CARLOS CASTANEDA

LAS ENSEÑANZAS DE DON JUAN

UNA FORMA YAQUI DE CONOCIMIENTO

MANO IZQUIERDA EDITORES

CARLOS CASTANEDA

LAS ENSEÑANZAS DE DON JUAN

UNA FORMA YAQUI DE CONOCIMIENTO

Y Otras Obras:

Una Realidad Aparte
Viaje A Ixtlán
Relatos de Poder
El Segundo Anillo de Poder
El Don del Águila
El Fuego Interno
El Conocimiento Silencioso
El Arte de Ensoñar
El Lado Activo del Infinito
La Rueda del Tiempo
Para Leer a Carlos Castaneda
Castaneda Entre Comillas
Entrevistas
Anotaciones de las Brujas

MANO IZQUIERDA EDITORES

Carlos Castaneda.
Las Enseñanzas de Don Juan, una forma Yaqui de conocimiento.

Fotografía de Portada: David Billings by Unsplash.
Rieserferner-Ahrn Nature Park, Italy.

Edición bajo el cuidado de:
Mano Izquierda Editores.

Circa, 2021.
Lima, Perú.

ÍNDICE

1. Las Enseñanzas de Don Juan, Una forma Yaqui de conocimiento 3
- Introducción 11
- Primera Parte "Las Enseñanzas" 18
- I 18
- II 22
- III 31
- IV 47
- V 56
- VI 64
- VII 69
- VIII 75
- IX 80
- X 84
- XI 92

2. Una Realidad Aparte 101
- Introducción 103
- Primera Parte Los Preliminares de "Ver" 111
- I 111
- II 113
- III 123
- IV 131
- V 141
- VI 148
- Segunda Parte La Tarea de "Ver" 157
- VII 157
- VIII 166
- IX 168
- X 174
- XI 179
- XII 187
- XIII 194
- XIV 203
- XV 214
- XVI 218
- XVII 228
- Epílogo 236

3. Viaje A Ixtlán 239
- Introducción 241
- Primera Parte "Parar el mundo" 245
- I. Las reafirmaciones del mundo que nos rodea 245
- II. Borrar la historia personal 249
- III. Perder la importancia 253
- IV. La muerte como una consejera 257

V. Hacerse responsable 262
VI. Volverse cazador 267
VII. Ser inaccesible 273
VIII. Romper las rutinas de la vida 279
IX. La última batalla sobre la Tierra 283
X. Hacerse accesible al poder 288
XI. El ánimo de un guerrero 296
XII. Una batalla de poder 304
XIII. La última parada de un guerrero 314
XIV. La marcha de poder 322
XV. No-hacer 335
XVI. El anillo de poder 344
XVII. Un adversario que vale la pena 351
Segunda Parte: El Viaje a Ixtlán 359
XVIII. El anillo de poder del Brujo 359
XIX. Parar el mundo 366
XX. El viaje a Ixtlán 371

4. Relatos de Poder 379
I. Primera Parte Un testigo de actos de poder 381
Cita con el conocimiento 381
El soñador y el soñado 405
El secreto de los seres luminosos 419
II. Segunda parte El Tonal y el Nagual 431
Tener que creer 431
La isla del Tonal 437
El día del Tonal 444
Reducir el Tonal 452
La hora del Nagual 461
El susurro del Nagual 469
Las alas de la percepción 478
III. Tercera Parte La Explicación de los Brujos 484
Tres testigos del Nagual 484
La estrategia de un brujo 492
La burbuja de la percepción 509
La predilección de los guerreros 517

5. El Segundo Anillo de Poder 529
Prefacio 531
I. La transformación de Doña Soledad 532
II. Las hermanitas 563
III. La Gorda 583
IV. Los Genaros 611
V. El arte de soñar 635
VI. La segunda atención 662

6. El Don del Águila 687
Prólogo 689
Primera Parte El Otro Yo 691
I. La fijeza de la segunda atención 691

II. Viendo juntos 701
III. Los cuasirrecuerdos del Otro Yo 711
IV. El transborde de los linderos del afecto 719
V. Una horda de brujos iracundos 730
Segunda Parte El arte de Ensoñar 741
VI. Perder la forma humana 741
VII. Ensoñando juntos 749
VIII. La conciencia del lado derecho y del lado izquierdo 761
Tercera Parte El Don del Águila 770
IX. La regla del Nagual 770
X. El grupo de guerreros del Nagual 779
XI. La mujer Nagual 791
XII. Los No-haceres de Silvio Manuel 800
XIII. La complejidad del ensueño 808
XIV. Florinda 819
XV. La serpiente emplumada 835
Apéndice Seis Proposiciones explicatorias 844

7. El Fuego Interno 855
Introducción 857
I. Los nuevos videntes 859
II. Los pinches tiranos 864
III. Las emanaciones del Águila 873
IV. El resplandor del huevo luminoso 881
V. La primera atención 888
VI. Los seres inorgánicos 895
VII. El punto de encaje 909
VIII. La posición del punto de encaje 918
IX. El movimiento hacia abajo 925
X. Las grandes bandas de emanaciones 933
XI. Acecho, intento y la posición de ensueño 937
XII. El nagual Julián 945
XIII. El levantón de la Tierra 954
XIV. La fuerza rodante 961
XV. Los desafiantes de la muerte 967
XVI. El molde del hombre 979
XVII. El viaje del cuerpo de ensueño 986
XVIII. Romper la barrera de la percepción 994
Epílogo 998

8. El Conocimiento Silencioso 1001
Advertencia / Introducción 1003
Las Manifestaciones del Espíritu 1008
I. El Primer Centro Abstracto 1008
II. La Impecabilidad del Nagual Elías 1013
El Toque del Espíritu 1019
III. Lo Abstracto 1019
IV. El último desliz del Nagual Julián 1026
Los Trucos del Espíritu 1031
V. Quitar el polvo del vínculo con el Espíritu 1031

VI. Las cuatro disposiciones del acecho 1040
El descenso del Espíritu 1049
VII. Ver al Espíritu 1049
VIII. El salto mortal del Pensamiento 1058
IX. Mover el punto de encaje 1063
X. El sitio donde no hay compasión 1072
Los Requisitos del Intento 1082
XI. Romper la imagen de sí 1082
XII. El tercer punto 1089
El manejo del Intento 1103
XIII. Los dos puentes de una sola mano 1103
XIV. Intentar apariencias 1114
XV. El boleto para ir a la impecabilidad 1126

9. El Arte de Ensoñar 1137
Nota del Autor 1139
I. Los brujos de la Antigüedad 1141
II. La primera compuerta del ensueño 1152
III. La segunda compuerta del ensueño 1159
IV. La fijación del punto de encaje 1170
V. El mundo de los seres inorgánicos 1183
VI. El mundo de las sombras 1195
VII. El explorador azul 1207
VIII. La tercera compuerta del ensueño 1213
IX. La nueva área de exploración 1225
X. Acechar a los acechadores 1233
XI. El inquilino 1242
XII. La mujer de la iglesia 1252
XIII. Volando en alas del intento 1263

10. El Lado Activo del Infinito 1275
Prefacio 1277
Introducción 1278
Un temblor en el aire 1290
Un viaje de poder 1290
El intento del Infinito 1297
¿Quién era Juan Matus, en realidad? 1308
El final de una era 1312
Las profundas preocupaciones de la vida cotidiana 1312
La vista que no pude soportar 1318
La cita inevitable 1321
El punto de ruptura 1324
Las medidas de la cognición 1331
Agradeciendo 1337
Más allá de la Sintaxis 1342
El acomodador 1342
La interacción de energía en el horizonte 1352
Viajes por el oscuro mar de la conciencia 1360
La conciencia inorgánica 1366
La vista clara 1372

Sombras de barro 1379
Emprendiendo el Viaje definitivo 1389
El salto al abismo 1389
El viaje de regreso 1402

11. La Rueda del Tiempo 1409
Introducción 1411
Citas de Las enseñanzas de don Juan 1414
Citas de Una realidad aparte 1417
Citas de Viaje a Ixtlán 1422
Citas de Relatos de Poder 1427
Citas de El segundo anillo de poder 1432
Citas de El don del Águila 1435
Citas de El fuego interno 1439
Citas de El conocimiento silencioso 1442

12. Para Leer a Carlos Castaneda 1452

13. Castaneda Entre Comillas 1535

14. Entrevistas 1593
Entrevista a Carlos Castaneda (Javier Molina) 1595
Carlos Castaneda (Benjamin Epstein) 1597
"Un brujo os salvará" (Cesare Medail) 1600
El sueño continúa... (Concha Labarta) 1603
Aprendiendo sobre sabiduría antigua (Blanca Robleda) 1609
Entrevista a Miles Reid 1611
El Clan de Castaneda 1613
La energía de lo femenino 1617
Entrevista a los instructores de la tensegridad 1622

15. Anotaciones de las Brujas 1629
Notas Brujas 01 1632
Notas Brujas 02 1637
Notas Brujas 03 1641
Notas Brujas 04 1655
Notas Brujas 05 1658
Notas Brujas 06 1667
Notas Brujas 07 1678
Notas Brujas 08 1685
Notas Brujas 09 1687
Notas Brujas 10 1690

16. El oscuro legado de Carlos Castaneda (Robert Marshall) 1693

LAS ENSEÑANZAS DE DON JUAN

UNA FORMA YAQUI DE CONOCIMIENTO

INTRODUCCIÓN

DURANTE el verano de 1960, siendo estudiante de antropología en la Universidad de California, los Ángeles, hice varios viajes al suroeste para recabar información sobre las plantas medicinales usadas por los indios de la zona. Los hechos que aquí describo empezaron durante uno de mis viajes. Esperaba yo un autobús Greyhound en un pueblo fronterizo, platicando con un amigo que había sido mi guía y ayudante en la investigación. De pronto se inclinó hacia mí y dijo que el hombre sentado junto a la ventana, un indio viejo de cabello blanco, sabía mucho de plantas, del peyote sobre todo. Pedía mi amigo presentarme a ese hombre.

Mi amigo lo saludó, luego se acercó a darle la mano. Después de que ambos hablaron un rato, mi amigo me hizo seña de unírmeles, pero inmediatamente me dejó solo con el viejo, sin molestarse siquiera en presentarnos. El no se sintió incomodado en lo más mínimo. Le dije mi nombre y él respondió que se llamaba Juan y que estaba a mis órdenes. Me hablaba de "usted". Nos dimos la mano por iniciativa mía y luego permanecimos un tiempo callados. No era un silencio tenso, sino una quietud natural y relajada por ambas partes. Aunque las arrugas de su rostro moreno y de su cuello revelaban su edad, me fijé en que su cuerpo era ágil y musculoso.

Le dije que me interesaba obtener informes sobre plantas medicinales. Aunque de hecho mi ignorancia con respecto al peyote era casi total, me descubrí fingiendo saber mucho, e incluso insinuando que tal vez le conviniera platicar conmigo. Mientras yo parloteaba así, él asentía despacio y me miraba, pero sin decir nada. Esquivé sus ojos y terminamos por quedar los dos en silencio absoluto. Finalmente, tras lo que pareció un tiempo muy largo, don Juan se levantó y miró por la ventana. Su autobús había llegado. Dijo adiós y salió de la terminal.

Me molestaba haberle dicho tonterías, y que esos ojos notables hubieran visto mi juego. Al volver, mi amigo trató de consolarme por no haber logrado algo de don Juan. Explicó que el viejo era a menudo callado o evasivo; pero el efecto inquietante de ese primer encuentro no se disipó con facilidad.

Me propuse averiguar dónde vivía don Juan, y más tarde lo visité varias veces. En cada visita intenté llevarlo a hablar del peyote, pero sin éxito. No obstante, nos hicimos muy buenos amigos, y mi investigación científica fue relegada, o al menos reencaminada por cauces que se hallaban mundos aparte de mi intención original.

El amigo que me presentó a don Juan explicó más tarde que el viejo no era originario de Arizona, donde nos conocimos, sino un indio yaqui de Sonora.

Al principio vi a don Juan simplemente, como un hombre algo peculiar que sabía mucho sobre el peyote y que hablaba el español notablemente bien. Pero la gente con quien vivía lo consideraba dueño de algún "saber secreto", lo creía "brujo". Como se sabe, la palabra denota esencialmente a una persona que, posee poderes extraordinarios, por lo general malignos.

Después de todo un año de conocernos, don Juan fue franco conmigo. Un día me explicó que poseía ciertos conocimientos recibidos de un maestro, un "benefactor" como él lo llamaba, que lo había dirigido

en una especie de aprendizaje. Don Juan, a su vez, me había escogido como aprendiz, pero me advirtió que yo debería comprometerme a fondo, y que el proceso era largo y arduo.
Al describir a su maestro, don Juan usó la palabra "diablero". Más tarde supe que ése es un término usado sólo por los indios de Sonora. Denota a una persona malvada que practica la magia negra y puede transformarse en animal: en pájaro, perro, coyote o cualquier otra criatura. En una de mis visitas a Sonora tuve una experiencia peculiar que ilustraba el sentir de los indios hacia los diableros. Iba yo conduciendo un auto de noche, en compañía de dos amigos indios, cuando vi a un animal, al parecer un perro, cruzar la carretera. Uno de mis compañeros dijo que no era un perro, sino un coyote enorme. Disminuí la velocidad, y me acerqué a la cuneta para verlo bien. Permaneció unos cuantos segundos más al alcance de los faros y luego corrió a adentrarse en el chaparral. Era sin duda un coyote, pero del doble del tamaño ordinario. Hablando excitadamente, mis amigos convinieron en que era un animal muy fuera de lo común, y uno de ellos indicó que podía tratarse de un diablero. Decidí relatar aquella experiencia para interrogar a los indios de aquella zona sobre sus creencias en cuanto a la existencia de los diableros. Hablé con muchas personas, contando la anécdota y haciendo preguntas. Las tres conversaciones siguientes indican sus creencias al respecto.

-¿Crees que era un coyote, Choy? -pregunté a un joven después de que oyó la historia.
-Quién sabe. Un perro, de seguro. Demasiado grande para coyote.
-¿Crees que pudo ser un diablero?
-Esos son puros cuentos. Esas cosas no existen.
-¿Por qué dices eso, Choy?
-La gente se imagina cosas. Te apuesto a que si hubieran cogido al animal habrían visto que era un perro. Una vez tenía yo que hacer un trabajo en otro pueblo, y me levanté antes del amanecer y ensillé un caballo. De ida, me encontré en el camino con una sombra oscura que parecía un animal enorme. Mi caballo se encabritó y me tiró de la silla. Yo también casi me muero del susto, pero resultó que la sombra era una mujer que iba caminando al pueblo.
-¿O sea, Choy, que no crees que existan los diableros?
-¡Diableros! ¿Qué es un diablero? ¡Dime qué es un diablero!
-No sé, Choy. Manuel iba conmigo esa noche y dijo que el coyote podría haber sido un diablero. ¿Tú no puedes decirme qué es un diablero?
-Dizque un diablero es un brujo que cambia de forma y toma la que quiere. Pero todo el mundo sabe que eso es puro cuento. Los viejos de aquí están llenos de historias sobre diableros. No las vas a hallar entre nosotros los más jóvenes.

-¿Qué clase de animal piensa usted que fue, doña Luz? -pregunté a una mujer de edad madura.
-Eso sólo Dios lo sabe, pero creo que no era un coyote. Hay cosas que parecen coyotes, pero no son. ¿Iba corriendo el coyote, o estaba comiendo?
-Estuvo inmóvil casi todo el tiempo, pero creo que cuando lo vi al principio estaba comiendo algo.
-¿Está usted seguro de que no llevaba nada en el hocico?
-A lo mejor sí. Pero dígame, ¿tendría eso algo que ver?
-Sí, si tendría. Si llevaba algo en el hocico, no era un coyote.
-¿Qué era entonces?
-Era un hombre o una mujer.
-¿Cómo se llaman esas personas, doña Luz?
No respondió. La interrogué un rato más, pero sin éxito. Finalmente dijo no saber. Le pregunté si aquellas personas se llamaban diableros, y respondió que "diablero" era uno de los nombres que se les daban.
-¿Conoce usted a algún diablero? -pregunté.

-Conocí a una mujer, dijo. La mataron. Eso pasó cuando yo era niña. Dizque la mujer se convertía en perra. Y cierta noche una perra entró en la casa de un blanco a robar queso. El blanco la mató con una escopeta, y en el mismo instante en que la perra murió en la casa del blanco, la mujer murió en su choza. Sus parientes se juntaron y fueron al blanco a exigirle pago. El blanco les pagó buen dinero por haber matado a la mujer.
-¿Cómo pudieron exigirle pago si sólo mató un perro?
-Dijeron que el blanco sabía que no era perro, porque había otros hombres con él y todos vieron que el animal se paró en dos patas, como gente, para alcanzar el queso, que estaba en una bandeja colgada del techo. Los hombres estaban esperando al ladrón porque todas las noches le robaban queso al blanco. Así que el blanco mató al ladrón sabiendo que no era perro.
-¿Hay muchos diableros en estos días, doña Luz?
-Esas cosas son muy secretas. Dicen que ya no hay diableros, pero yo lo dudo, porque alguien de la familia del diablero tiene que aprender lo que el diablero sabe. Los diableros tienen sus propias leyes, y una de ellas es que un diablero debe enseñar sus secretos a algún pariente suyo.

-¿Qué cree que era el animal, don Genaro? -pregunté a un hombre muy anciano.
-Un perro de algún rancho de por ahí. ¿Qué otra cosa?
-¡Podría haber sido un diablero!
-¿Un diablero? ¡Está loco! No hay diableros.
-¿Quiere usted decir que ya no hay, o que nunca hubo?
-En un tiempo sí hubo. Es cosa sabida de todos, Pero la gente les tenía mucho miedo y los mató.
-¿Quién los mató, don Genaro?
-Toda la gente de la tribu. El último diablero que yo conocí fue S . . . Mató docenas, quizá hasta cientos de personas con su brujería. No podíamos tolerar eso y la gente se juntó y una noche le cayeron por sorpresa y lo quemaron vivo.
-¿Cuándo fue eso, don Genaro?
-En mil novecientos cuarenta y dos.
-¿Lo vio usted?
-No, pero la gente todavía lo comenta. Dicen que no quedaron cenizas, aunque la estaca era de madera verde. Todo lo que quedó al final fue un gran charco de grasa.

Aunque don Juan tildaba de diablero a su benefactor, nunca mencionó el sitio donde había adquirido su saber ni identificó a su maestro. De hecho, don Juan revelaba muy poco de su vida personal. Sólo decía que nació en el suroeste en 1891; que había pasado casi toda su vida en México; que en 1900 su familia fue exiliada por el gobierno a la parte central del país, junto con miles de otros indios sonorenses, y que él vivió en el centro y el sur de México hasta 1940, Así, como don Juan había viajado mucho, su conocimiento podía ser producto de múltiples influencias. Y aunque se consideraba indio de Sonora, yo no podía tener certeza para catalogar totalmente su saber en la cultura de los indios sonorenses. Pero no es mi intención determinar aquí su medio cultural preciso.
En junio de 1961 inicié mi aprendizaje con don Juan. Anteriormente lo había visto en diversas ocasiones, pero siempre en calidad de observador antropológico. Durante esas primeras conversaciones, yo tomaba notas en forma encubierta. Luego, confiando en mi memoria, reconstruía toda la conversación. Pero cuando empecé a participar como aprendiz, tal método de tomar notas se dificultó mucho, pues nuestras conversaciones se referían a muchos temas diferentes. Entonces don Juan me permitió aunque tras de vigorosa protesta anotar abiertamente cuanto se dijera. También me habría gustado tomar fotos y hacer grabaciones, pero no quiso permitírmelo.
Serví como aprendiz primero en Arizona y después en Sonora, porque don Juan se mudó a México durante el curso de mi preparación. El procedimiento que seguí fue verlo durante unos cuantos días cada determinado tiempo. Mis visitas se hicie-

ron más frecuentes y más largas durante los meses de verano de 1961, 1962, 1963 y 1964. En retrospectiva, pienso que este método de conducir el aprendizaje impidió que la enseñanza fuera completa, porque retrasó la venida del compromiso pleno indispensable para convertirme en brujo. Sin embargo, el método fue benéfico desde mi punto de vista personal, porque me dio un poco de distancia, y eso fomentó a su vez un sentido de examen crítico que habría sido imposible de lograr si yo hubiera participado continuamente, sin interrupción. En septiembre de 1965 interrumpí voluntariamente el aprendizaje.

Varios meses después de mi retirada, medité por primera vez en la idea de ordenar sistemáticamente mis notas de campo. Como los datos que había reunido eran bastante voluminosos e incluían mucha información miscelánea, empecé por tratar de establecer un sistema de clasificación. Dividí los datos en grupos de conceptos y procedimientos interrelacionados y dispuse tales grupos en orden jerárquico de importancia subjetiva, es decir, de acuerdo con el efecto que cada uno había tenido sobre mí. En esa forma llegué a la siguiente clasificación: usos de plantas alucinógenas; procedimientos y fórmulas empleados en la brujería; adquisición y manipulación de objetos de poder; usos de plantas medicinales; canciones y leyendas.

Reflexionando sobre los fenómenos experimentados, advertí que mi intento de clasificación no había producido sino un inventario de categorías; cualquier intento de refinar mi plan no daría, por tanto, sino un inventario más complejo. Eso no era lo que yo deseaba. Durante los meses siguientes a mi abandono del aprendizaje, necesité comprender lo que había experimentado, y lo que había experimen¬tado era la enseñanza de un sistema coherente de creencias por medio de un método pragmático y experimental. Desde la primera sesión en que participé, se me había hecho manifiesto que las enseñanzas de don Juan poseían cohesión interna. Una vez decidido definitivamente a comunicarme su saber, procedió a hacer sus explicaciones por pasos ordenados. Descubrir ese orden y comprenderlo resultó para mí una tarea en extremo difícil.

Mi incapacidad de lograr una comprensión parece haber nacido del hecho de que, tras cuatro años como aprendiz, seguía siendo un principiante. Resultaba claro que el conocimiento de don Juan y su método de trasmitirlo eran los de su benefactor; así, mis dificultades para comprender sus enseñanzas debieron de ser análogas a las que él mismo experimentó. Don Juan aludía a nuestra similitud como principiantes en comentarios incidentales sobre la incapacidad de comprender a su maestro durante su propio aprendizaje. Tales observaciones me llevaron a creer que para cualquier principiante, indio o no, el conocimiento de la brujería se hacía incomprensible por las características extranjeras de los fenómenos que el aprendiz experimentaba. Personalmente, como occidental, dichas características me resultaron tan ajenas que me fue prácticamente imposible explicarlas según mi propia vida cotidiana, y me vi forzado a concluir que sería inútil cualquier intento de clasificar mis datos de campo en mis propios términos.

Así se hizo obvio que el saber de don Juan debía ser examinado como él mismo lo comprendía; sólo en esos términos podría manifestarse en forma convincente. Sin embargo, al tratar de reconciliar mis puntos de vista con los de don Juan advertí que, cuando trataba de explicarme su saber, usaba siempre conceptos que lo hicieran "inteligible". Como esos conceptos eran ajenos a mí, tratar de comprender los conocimientos de don Juan como él los comprendía me colocaba en otra posición insostenible. Por tanto, mi primera tarea era determinar el orden de conceptualización empleado por don Juan. Trabajando en ese sentido, vi que él mismo había hecho hincapié particular en cierto terreno de sus enseñanzas: específicamente, los

usos de plantas alucinógenas. Sobre la base de este descubrimiento, revisé mi propio esquema de categorías.
Don Juan usó, por separado y en distintas ocasiones, tres plantas alucinógenas: peyote (Lophophora williamsii), toloache (Datura inoxia syn. D. meteloicles) y un hongo (posiblemente Psilocybe mexicana). Desde antes de su contacto con europeos, los indios americanos conocían las propiedades alucinógenas de estas tres plantas. A causa de sus propiedades, han sido muy usadas por placer, para curar, en la brujería, y para alcanzar un estado de éxtasis. En el contexto específico de sus enseñanzas, don Juan relacionaba el uso de la Datura inoxia y la Psilocybe mexicana con la adquisición de poder, un poder que él llamaba un "aliado". Relacionaba el uso de la Lophophora williamsii con la adquisición de sabiduría, o conocimiento de la buena manera de vivir.
La importancia de las plantas consistía, para don Juan, en su capacidad de producir etapas de percepción peculiar en un ser humano. Así, me guió al experimentar una serie de tales etapas con el propósito de exponer y validar su conocimiento. Las he llamado "estados de realidad no ordinaria", en el sentido de realidad inusitada contrapuesta a la realidad ordinaria de la vida cotidiana. La distinción se basa en el significado inherente a los estados de realidad no ordinaria. En el contexto del saber de don Juan se consideraban reales, aunque su realidad se diferenciaba de la realidad ordinaria.
Don Juan consideraba los estados de realidad no ordinaria como única forma de aprendizaje pragmático y único medio de adquirir el poder. Daba la impresión de que otras partes de sus enseñanzas eran incidentales a la adquisición de poder. Este punto de vista permeaba la actitud de don Juan hacia todo lo que no estaba conectado directamente con los estados de realidad no ordinaria. A través de mis notas de campo hay referencias dispersas al sentir de don Juan. Por ejemplo, en una conversación insinuó que algunos objetos poseen en sí mismos cierta cantidad de poder. Aunque él en lo particular no tenía ninguna respeto por los objetos de poder, decía que los brujos menores a menudo se valían de ellos. Le pregunté frecuentemente sobre esos objetos, pero pareció no tener interés en discutirlos. Sin embargo, cuando el tema se trajo a colación. en otra oportunidad, consintió, con renuencia en hablar de ellos.

-Hay ciertos objetos empapados de poder, -dijo-. Hay cantidades de objetos así cultivados por hombres poderosos con ayuda de espíritus amigos. Estos objetos son herramientas; no son herramientas comunes, sino herramientas de muerte. Pero no son más que objetos; no tienen poder de enseñar. Hablando con propiedad, están en el terreno de los objetos de guerra; están hechos para la lucha; están hechos para matar, cuando se los arroja.
-¿Qué clase de objetos son, don Juan?
-No son en realidad objetos; más bien son modos de poder.
-¿Cómo puede uno obtener esos modos de poder, don Juan?
-Depende de la clase de objeto que quieras.
-¿Cuántas clases de objetos hay?
-Ya te dije, docenas. Cualquier cosa puede ser un objeto de poder.
-Bueno, entonces, ¿cuáles son los más poderosos?
-El poder de un objeto depende de su dueño, de la clase de hombre que sea. Un objeto de poder cultivado por uno de esos brujos de mala muerte es una idiotez; en cambio, un brujo fuerte y poderoso da su fuerza a sus herramientas.
-¿Cuáles son entonces los objetos de poder más comunes? ¿Cuáles prefieren la mayoría de los brujos?
-No hay preferencias. Todos son objetos de poder, todos son lo mismo,
-¿Usted tiene alguno, don Juan?
No respondió; sólo me miró y se echó a reír. Permaneció callado largo rato, y pensé que mis preguntas lo molestaban.
-Hay limites para esos modos de poder

-prosiguió-. Pero de esto yo tengo la seguridad que no entiendes ni una palabra. A mi me ha llevado casi una vida entender que, por sí solo, un aliado puede revelar todos los secretos de esos poderes menores y volverlos cosa de niños. Yo tuve herramientas así en un tiempo, cuando era muy joven.
-¿Qué objetos de poder tenía usted?
-Maíz pinto, cristales y plumas.
-¿Qué es el maíz pinto, don Juan?
-Un grano de maíz que tiene una raya de color rojo en la mitad.
-¿Es un solo grano?
-No. Un brujo tiene cuarenta y ocho.
-¿Qué hacen esos granos de maíz, don, Juan?
-Cada uno puede matar a un hombre entrando en su cuerpo.
-¿Y cómo entra en el cuerpo?
-Es un objeto de poder y su poder consiste, entre otras cosas, en entrar en el cuerpo.
-¿Y qué hace cuando entra?
-Se hunde; se acomoda en el pecho o en los intestinos. El hombre se enferma y, a menos que el brujo que lo atienda sea más fuerte que el que le hizo la brujería, muere tres meses después del momento en que el grano de maíz le entró en el cuerpo.
-¿Hay alguna manera de curarlo?
-El único modo es sacándole el maicito, pero muy pocos brujos se atreven a hacerlo. Puede que un brujo logre chuparlo, pero si no es lo bastante fuerte para rechazarlo, el maíz se le mete en el propio cuerpo y lo mata en lugar del otro.
-Pero ¿cómo logra un grano de maíz entrar en el cuerpo de alguien?
-Para explicar eso debo hablarte de la brujería del maíz pinto, que es una de las brujerías más poderosas que conozco. La brujería se hace con dos maicitos. A uno se lo esconde en el botón fresco de una flor amarilla. Luego, a la flor se la deja en algún lugar donde pueda quedar en contacto con la víctima: en el camino por donde él pase a diario, o en cualquier parte donde acostumbre llegar. Apenas la víctima pisa la flor, o la toca de cualquier manera, la brujería está hecha. El maicito pinto se hunde en su cuerpo.
-¿Qué pasa con el grano de maíz después de que el hombre lo toca?
-Todo su poder entra en el hombre, y el grano queda libre. Se convierte en un maíz cualquiera. Puede dejarse en el sitio de la brujería, o puede barrerse; no importa. Es mejor barrerlo y echarlo al matorral para que algún pájaro se lo coma.
-¿Puede comérselo un pájaro antes de que el hombre lo toque?
-No. Ningún pájaro es tan estúpido, te lo aseguro. Los pájaros no se le acercan.
Don Juan describió entonces un procedimiento muy complejo por medio del cual pueden obtenerse tales maíces de poder,
-Debes tener en cuenta que el maíz pinto es un simple instrumento, no un aliado -dijo-. Cuando hayas hecho esa distinción no tendrás problema. Pero si consideras que esas herramientas son supremas, serás un tonto.
-¿Son los objetos de poder tan poderosos como un aliado? -pregunté.
Don Juan rió desdeñoso antes de contestar. Parecía estar esforzándose por tenerme paciencia.
-El maíz pinto, los cristales y las plumas son simples juguetes en comparación con un aliado -dijo-. Un hombre necesita objetos de poder sólo cuando no tiene un aliado. Buscarlos es perder el tiempo, sobre todo para ti. Tú deberías tratar de ganarte un aliado; cuando lo logres comprenderás lo que te estoy diciendo ahora. Los objetos de poder son como juego de niños.
-No me entienda mal, don Juan, -protesté-. Por supuesto que quiero tener un aliado, pero también quiero saber todo lo que pueda acerca de los objetos de poder. Usted mismo ha dicho que saber es poder,
-¡No!, -dijo categórico-. El poder depende de la clase de saber que se tenga. ¿De qué sirve saber cosas que no valen la pena?
En el sistema de creencias de don Juan, la adquisición de un aliado significaba exclusivamente la explotación de los estados de realidad no ordinaria que produjo en mí usando plantas alucinógenas. Creía que enfocando dichos estados y omitiendo otros aspectos del saber que él impartía,

yo llegaría a una visión coherente de los fenómenos experimentados.

Por tanto, he dividido este libro en dos partes. En la primera, presento selecciones de mis notas de campo, relativas a los estados de realidad no ordinaria que atravesé durante el aprendizaje. Como he ordenado mis notas de acuerdo con la continuidad del relato, no siempre tienen una secuencia cronológica exacta. Nunca describí por escrito un estado de realidad no ordinaria hasta varios días después de haberlo experimentado, cuando ya podía tratarlo con calma y objetividad. En cambio, mis conversaciones con don Juan fueron anotadas conforme ocurrían, inmediatamente después de cada estado de realidad no ordinaria. Por ello, mis informes de estas conversaciones tienen a veces fecha anterior a la descripción completa de una experiencia.
Mis notas de campo revelan la versión subjetiva de lo que yo percibía al atravesar la experiencia. Esa versión se presenta aquí tal como la narraba a don Juan, quien exigía una reminiscencia completa y fiel de cada detalle y un recuento en pleno de cada experiencia. Al anotar dichas experiencias, añadí detalles incidentales, en un intento por recuperar el ámbito total de cada estado de realidad no ordinaria. Quería describir en la forma más completa posible el efecto emotivo que había experimentado.

Mis notas de campo manifiestan asimismo el contenido del sistema de creencias de don Juan. He condensado largas páginas de preguntas y respuestas entre don Juan y yo, con el fin de no reproducir la repetitividad propia de toda conversación. Pero como también quiero reflejar con exactitud el tono general de nuestras conversaciones, he quitado únicamente el diálogo que no aportó nada a mi comprensión de los conocimientos que don Juan me impartía. La información que él me daba era siempre esporádica, y por cada arranque de parte suya había horas de sondeo por la mía. Sin embargo, en muchas ocasiones expuso libremente sus conocimientos.

En la segunda parte de este libro, presento un análisis estructural sacado exclusivamente de los datos ofrecidos en la primera parte. A través de mi análisis intento cimentar los siguientes argumentos:
1) don Juan presentaba sus enseñanzas como un sistema de pensamiento lógico;
2) el sistema sólo tenía sentido examinado a la luz de sus propias unidades estructurales, y
3) el sistema estaba planeado para guiar al aprendiz a un nivel de conceptualización que explicaba el orden de los fenómenos que había experimentado el mismo aprendiz.

PRIMERA PARTE
"LAS ENSEÑANZAS"

I

LAS NOTAS sobre mi primera sesión con don Juan están fechadas el 23 de junio de 1961, En esa ocasión principiaron las enseñanzas. Yo había visto a don Juan varias veces antes, únicamente en calidad de observador. En cada oportunidad le había pedido instruirme sobre el peyote. Siempre hacia caso omiso de mi petición, pero jamás rechazaba de plano el tema y yo interpretaba sus titubeos como una posibilidad de que, rogándole más, podría inclinarse a hablar de sus conocimientos.
En esta sesión inicial me dio a entender claramente que podría tener en cuenta mi petición siempre y cuando yo poseyera claridad de mente y propósito con respecto a lo que le había preguntado. Me era imposible cumplir tal condición, pues yo sólo le había pedido enseñanza sobre el peyote como medio de establecer con él un lazo de comunicación. Pensé que su familiaridad con el tema podía predisponerlo a estar más abierto y más dispuesto a hablar, permitiéndome así el ingreso en su conocimiento de las propiedades de las plantas. Sin embargo, él había tomado mi petición en sentido literal, y le preocupaba mi propósito de desear aprender sobre el peyote.

Viernes, 23 de junio, 1961

-¿Me va usted a enseñar, don Juan?
-¿Por qué quieres emprender un aprendizaje así?
-Quiero, de veras que me enseñe usted lo que se hace con el peyote. ¿No es buena razón nada más que querer saber?
-¡No! Debes buscar en tu corazón y descubrir por qué un joven como tú quiere emprender tamaña tarea de aprendizaje.
-¿Por qué aprendió usted, don Juan?
-¿Por qué preguntas eso?
-Quizá los dos tenemos las mismas razones,
-Lo dudo. Yo soy indio. No andamos por los mismos caminos.
-Mi única razón es que quiero aprender, sólo por saber. Pero le aseguro, don Juan, que mis intenciones no son malas.
-Te creo. Te he fumado.
-¿Cómo dice?
-No importa ya. Conozco tus intenciones.
-¿Quiere usted decir que vio a través de mí?
-Puedes decirlo así.
-¿Entonces me enseñará?
-¡No!
-¿Porque no soy indio?
-No. Porque no conoces tu corazón. Lo importante es que sepas exactamente por qué quieres comprometerte. Aprender los asuntos del "Mescalito" es un acto de lo más serio. Si fueras indio, tu solo deseo seria suficiente. Muy pocos indios tienen ese deseo.

Domingo, 25 de junio, 1961

Me quedé con don Juan toda la tarde del viernes. Iba a marcharme a eso de las 7 p.m. Estábamos sentados en el zaguán de su casa y yo resolví preguntarle una vez más acerca de la enseñanza. Era casi una pregunta de rutina y esperaba que él volviese a negarse. Le pregunté si había alguna forma de aceptar mi solo deseo de saber, como si yo fuera indio. Tardó un rato largo en responder. Me sentí obligado a quedarme, porque don Juan parecía estar tratando de decidir algo.
Finalmente me dijo que había una forma, y procedió a delinear un problema. Señaló que yo estaba muy cansado sentado en el suelo, y que lo adecuado era hallar un "sitio" en el suelo donde pudiera sentarme sin fatiga. Yo tenía las rodillas contra el pecho y los brazos enlazados en torno a las pantorrillas. Cuando don Juan dijo que yo estaba cansado, advertí que me dolía la espalda y me hallaba casi exhausto.
Esperé su explicación con respecto a lo de un "sitio", pero don Juan no hizo ningún

intento abierto de aclarar el punto. Pensé que acaso quería indicarme cambiar de posición, de modo que me levanté y fui a sentarme más cerca de él. Don Juan protestó por mi movimiento y recalcó claramente que un sitio significaba un lugar donde uno podía sentirse feliz y fuerte de manera natural. Palmeó el lugar donde se hallaba sentado y dijo que ése era su sitio, añadiendo que me había puesto una adivinanza: yo debía resolverla solo y sin más deliberación.

Lo que él había planteado como un problema que ha de ser resuelto era ciertamente una adivinanza. Yo no tenía idea de cómo empezar, ni idea de lo que él tenía en mente. Varias veces pedí una pista, o al menos un indicio, sobre cómo proceder a la localización de un punto donde me sintiera feliz y fuerte. Insistí y argumenté que no tenía la menor idea de qué quería decir él en realidad, porque no me era posible concebir el problema. El me sugirió caminar por el zaguán, hasta hallar el sitio.

Me levanté y empecé a recorrer el suelo. Me sentí ridículo y fui a sentarme frente a don Juan.

El se enojó mucho conmigo y me acusó de no escuchar, diciendo que acaso no quisiera aprender. Tras un rato se calmó y me explicó que no cualquier lugar era bueno para sentarse o para estar en él, y que dentro de los confines del zaguán había un único sitio donde yo podía estar en las mejores condiciones. Mi tarea consistía en distinguirlo entre todos los demás lugares. La norma general era "sentir" todos los sitios posibles a mi alcance hasta determinar sin lugar a dudas cuál era el sitio correspondiente.

Argüí que, si bien el zaguán no era demasiado grande (3.5 X 2.5 metros), el número de sitios posibles era avasallador, que requeriría un tiempo muy largo para probarlos todos y que como él no especificaba el tamaño del sitio, las posibilidades podían ser infinitas. Mis argumentos resultaron fútiles. Don Juan se puso en pie y, con mucha severidad, me advirtió que resolver el problema tal vez requiriera días, pero de no resolverlo daba igual que me marchara, porque él no tendría nada que decirme. Recalcó que él sabía dónde era mi sitio, y que por tanto yo no podría mentirle; dijo que sólo en esta forma le sería posible aceptar como razón válida mi deseo de aprender los asuntos del Mescalito. Añadió que nada en este mundo era un regalo: todo cuanto hubiera que aprender debía aprenderse por el camino difícil.

Dio vuelta a la casa para ir a orinar en el chaparral. De regreso entró directamente en su casa por la parte trasera.

Pensé que la misión de hallar el supuesto sitio de felicidad era su propio modo de deshacerse de mí, pero me levanté y empecé a pasear de un lado a otro. El cielo estaba claro. Podía ver cuanto había en el zaguán y sus inmediaciones. Debí de caminar una hora o más, pero no ocurrió nada que revelase la ubicación del sitio. Me cansé de andar y tomé asiento; tras unos cuantos minutos me senté en otro lugar, y luego en otro, hasta cubrir todo el piso en forma semisistemática. Deliberadamente procuraba "sentir" diferencias entre lugares, pero carecía de criterio para la diferenciación. Sentí que estaba perdiendo el tiempo, pero me quedé. Mi racionalización fue que había venido de lejos sólo para ver a don Juan, y en realidad no tenía otra cosa que hacer.

Me acosté de espaldas y puse las manos bajo la cabeza a manera de almohada. Luego rodé y permanecí un rato sobre mi estómago. Repetí este proceso rodando por todo el piso. Por primera vez me pareció haber tropezado con un vago criterio. Sentía más calor acostado de espaldas.

Rodé nuevamente, ahora en dirección contraria, y otra vez cubrí el largo del piso, yaciendo boca abajo en los sitios donde estuve boca arriba en mi primera gira rodante. Experimenté las mismas sensaciones de tibieza y frío según la postura, pero no diferencia entre los sitios.

Entonces se me ocurrió una idea que creí brillante: ¡el sitio de don Juan! Me senté allí y luego me acosté, boca abajo al principio y después de espaldas, pero el lugar

era igual a los otros. Me levanté. Estaba harto. Quería despedirme de don Juan, pero no me atrevía a despertarlo. Miré mi reloj. ¡Eran las 2 de la mañana! Había estado rodando durante seis horas.

En ese momento don Juan salió y rodeó la casa para ir al chaparral. Regresó y se detuvo junto a la puerta. Me sentía completamente abatido, y quise decirle algo desagradable y marcharme. Pero me di cuenta de que no era culpa suya; yo mismo había querido prestarme a todas esas tonterías. Le declaré mi fracaso: llevaba toda la noche rodando en el suelo, como un idiota y aún no podía hallar pies ni cabeza a la adivinanza.

Don Juan rió y dijo que eso no lo sorprendía, porque yo no había procedido, correctamente. No había usado los ojos. Eso era cierto, pero yo estaba muy seguro de que él me había indicado sentir la diferencia. Señalé esto, y él arguyó que es posible sentir con los ojos, cuando no están mirando de lleno las cosas. En mi propio caso, dijo, no tenía yo otro medio de resolver el problema que usar cuanto tenia: mis ojos.

Entró en la casa. Tuve la certeza de que me había observado. No tenía, pensé, otra forma de saber que yo no había estado usando los ojos.

Empecé a rodar de nuevo, porque ése era el procedimiento más cómodo. Esta vez, sin embargo, apoyé la barbilla en las manos y miré cada detalle.

Tras un intervalo cambió la oscuridad en torno mío. Mientras enfocaba el punto directamente frente a mí, toda la zona periférica de mi campo de visión adquirió una coloración brillante, un amarillo verdoso homogéneo. El efecto fue pasmoso. Mantuve los ojos fijos en el punto frente a mí y empecé a reptar de lado, boca abajo, trecho por trecho.

De pronto, en un punto cercano a la mitad del piso, advertí otro cambio de color. En un sitio, a mi derecha, aún en la periferia de mi campo de visión, el amarillo verdoso se hacía intensamente púrpura. Concentré allí la atención. El púrpura se desvaneció en un color pálido, pero brillante todavía, que permaneció estable mientras detuve en él mi atención.

Marqué el sitio con mi chaqueta y llamé a don Juan. Salió al zaguán. Yo estaba realmente excitado; había visto claramente el cambio de matices. Don Juan no pareció impresionarse, pero me indicó sentarme en el sitio e informarle de qué clase de sensación era aquélla.

Tomé asiento y luego me tendí de espaldas. En pie junto a mí, don Juan preguntó repetidamente cómo me sentía, pero yo no experimenté nada diferente. Durante unos quince minutos traté de sentir o ver una diferencia, mientras don Juan aguardaba paciente junto a mí. Me sentí fastidiado. Tenía un sabor metálico en la boca. De un momento a otro me dolía la cabeza. Estaba a punto de vomitar. La idea de mis esfuerzos absurdos me irritaba hasta la furia. Me levanté.

Don Juan debió notar mi profunda amargura. No rió: dijo con mucha seriedad que, si quería yo aprender, debía ser inflexible conmigo mismo. Sólo una opción me estaba abierta, dijo: renunciar y marcharme, caso en el cual jamás aprendería, o resolver la adivinanza.

Entró de nuevo. Yo quería irme en el acto, pero me hallaba demasiado cansado para conducir; además, el percibir los colores había sido tan asombroso que yo no vacilaba en considerar aquello como un criterio de algún tipo, y acaso pudieran percibirse otros cambios.

De cualquier modo, era demasiado tarde para irme. Me senté, estiré las piernas hacia atrás y volvía comenzar desde el principio.

Durante esta ronda atravesé rápidamente cada lugar, pasando por el sitio de don Juan, hasta el final del piso, y luego viré para cubrir el lado exterior. Al llegar al centro advertí que otro cambio de coloración estaba ocurriendo de nuevo en el borde de mi campo de visión. El color verdoso pálido percibido en toda el área se convertía, en cierto sitio a mi derecha, en un verdigrís nítido. Permaneció un momento y luego se metamorfoseó súbitamente en

otro matiz fijo, distinto del que yo había percibido antes. Me quité un zapato para marcar el punto, y seguí rodando hasta cubrir el suelo en todas las direcciones posibles. No hubo ningún otro cambio de coloración.
Volví al punto indicado por mi zapato y lo examiné. Quedaba a metro y medio o poco más del sitio indicado por mi chaqueta, aproximadamente en dirección sureste. Había una piedra grande junto a él. Estuve tendido allí un buen rato, tratando de descubrir pistas, observando cada detalle, pero no sentí nada diferente.
Decidí probar el otro sitio. Rápidamente giré sobre mis rodillas, y estaba a punto de acostarme en la chaqueta cuando sentí una aprensión insólita. Era más bien como la sensación física de que algo empujaba mi estómago. Me levanté de un salto, retrocediendo con el mismo impulso. El cabello de mi nuca se erizó. Mis piernas se habían arqueado ligeramente, mi tronco estaba echado hacia adelante y mis brazos se proyectaban rígidamente frente a mí, con los dedos contraídos como garras. Advertí la extraña postura, y mi sobresalto aumentó.
Retrocediendo involuntariamente, tomé asiento en la piedra junto a mi zapato. De allí me dejé resbalar al suelo. Intenté aclarar qué cosa había podido ocurrir para producirme tal susto. Pensé que debía haber sido mi fatiga. Ya casi era de día, Me sentí ridículo y confuso. Sin embargo, no tenía modo de explicar qué cosa me asustó, ni había descubierto lo que deseaba don Juan.
Resolví hacer un último intento. Me levanté, me acerqué despacio al lugar marcado por mi chaqueta, y de nuevo sentí la misma aprensión. Esta vez hice un vigoroso esfuerzo por dominarme. Tomé asiento y luego me arrodillé para tenderme boca abajo, pero no pude acostarme pese a mi voluntad. Puse las manos en el suelo. Mi aliento se aceleró; se me revolvió el estómago. Tuve una clara sensación de pánico y luché por no salir corriendo, Pensé que tal vez don Juan me vigilaba. Lentamente repté de regreso al otro sitio y apoyé la espalda contra la piedra. Quería descansar un rato para poner en orden mis ideas, pero me quedé dormido.
Oí a don Juan hablar y reír por encima de mi cabeza. Desperté.
-Hallaste el sitio, -dijo.
Al principio no entendí, pero él me aseguró de nuevo que el lugar donde me había quedado dormido era el sitio en cuestión. Una vez más preguntó qué sentía allí tendido. Le dije que en realidad no advertía ninguna diferencia.
Me pidió comparar mis sensaciones en aquel momento con lo que había sentido al yacer en el otro sitio. Por vez primera se me ocurrió conscientemente que me era imposible explicar mi aprensión de la noche anterior, Don Juan me instó, con una especie de actitud de reto, a sentarme en el otro sitio.
Por algún motivo inexplicable, yo tenía miedo a ese lugar, y no me senté en él. Don Juan aseveró que sólo un tonto podía dejar de ver la diferencia.
Le pregunté si cada uno de los dos lugares tenía un nombre especial. Dijo que el bueno se llamaba el sitio y el malo el enemigo; dijo que estos dos lugares eran la clave del bienestar de un hombre, especialmente si buscaba conocimiento. El mero acto de sentarse en el sitio propio creaba fuerza superior; en cambio, el enemigo debilitaba e incluso podía causar la muerte. Dijo que yo había repuesto mi energía, dispendiada la noche anterior, echando una siesta en mi sitio.
También dijo que los colores percibidos por mí en asociación con cada sitio específico tenían el mismo efecto general de dar fuerza o de reducirla.
Le pregunté si existían para mí otros sitios como los dos que había hallado y cómo debería hacer para localizarlos. Dijo que muchos lugares en el mundo serían comparables a esos dos, y que la mejor manera de hallarlos era determinar sus colores respectivos.
Yo no sabía a ciencia cierta si había resuelto el problema o no; de hecho, ni siquiera

me hallaba convencido de que hubiese habido algún problema; no podía dejar de sentir que la experiencia era totalmente forzada y arbitraria. Estaba seguro de que don Juan me había observado toda la noche para luego seguirme la corriente diciendo que el sitio donde me quedara dormido era el buscado. Sin embargo, no veía yo motivo lógico de tal acción, y cuando me retó a sentarme en el otro sitio no pude hacerlo. Había una extraña separación entre mi experiencia pragmática de temer al "otro sitio" y mis consideraciones racionales sobre todo el episodio.

Don Juan, en cambio, se hallaba muy seguro de que yo había triunfado y, actuando en concordancia con mi éxito, me hizo saber que iba a instruirme con respecto al peyote.

-Me pediste que te enseñara los asuntos del Mescalito -dijo-. Yo quería ver si tenías espinazo como para conocerlo cara a cara. Mescalito no es chiste. Debes ser dueño de tus recursos. Ahora sé que puedo aceptar tu solo deseo como una buena razón para aprender.

-¿De veras va usted a enseñarme los asuntos del peyote?

-Prefiero llamarlo Mescalito. Haz tú lo mismo.

-¿Cuándo va usted a empezar?

-No es tan sencillo. Primero debes estar listo,

-Creo que estoy listo.

-Esto no es un chiste. Debes esperar hasta que no haya duda, y entonces lo conocerás.

-¿Tengo qué prepararme?

-No. Nada más tienes que esperar. A lo mejor te olvidas de todo el asunto después de un tiempo. Te cansas rápidamente. Anoche estabas a punto de irte a tu casa apenas se te puso difícil. Mescalito pide una intención muy seria.

II

Lunes, 7 de agosto, 1961

Llegué a la casa de don Juan en Arizona la noche del viernes, a eso de las siete. Otros cinco indios estaban sentados con él en el zaguán de su casa. Lo saludé y tomé asiento esperando que alguien dijera algo. Tras un silencio formal, uno de los hombres se levantó, vino a mí y dijo: "Buenas noches." Me levanté y respondí: "Buenas noches". Entonces todos los otros se pusieron de pie y se acercaron y todos murmuramos "buenas noches" y nos dimos la mano, tocando apenas las puntas de los dedos del otro o bien sosteniendo la mano un instante y luego dejándola caer con brusquedad.

Todos nos sentamos de nuevo. Parecían algo tímidos: sin saber qué decir, aunque todos hablaban español.

Como a las siete y media, todos se levantaron de repente y fueron hacia la parte trasera de la casa. Nadie había pronunciado palabra en largo rato. Don Juan me hizo seña de seguirlos y todos subimos en una camioneta de carga estacionada allí. Yo iba en la parte trasera, con don Juan y dos hombres más jóvenes. No había cojines ni bancas y el piso de metal resultó dolorosamente duro, sobre todo cuando dejamos la carretera y nos metimos por un camino de tierra. Don Juan susurró que íbamos a la casa de un amigo suyo, quien tenía siete mescalitos para mí.

-¿Usted no tiene, don Juan? le pregunté.

-Sí, pero no te los puedo ofrecer. Verás: otra gente tiene que hacerlo.

-¿Puede usted decirme por qué?

-A lo mejor "él" no te ve con agrado y no le caes bien, y entonces nunca podrás conocerlo con afecto, como debe ser, y nuestra amistad quedará rota.

-¿Por qué no iba yo a caerle bien? Nunca le he hecho nada.

-No tienes que hacer nada para caer bien o mal. O te acepta o te tira de lado.

-Pero si no me acepta, ¿hay algo que pueda yo hacer para caerle bien?

Los otros dos hombres parecieron haber oído mi pregunta y rieron.

-¡No! No se me ocurre nada que pueda uno hacer -dijo don Juan.

Volvió la cara a un lado y ya no pude hablarle.

Debimos haber viajado al menos una hora antes de detenernos frente a una casa pequeña. Estaba bastante oscuro, y una vez que el conductor hubo apagado los faros, yo apenas discernía el contorno vago del edificio.

Un mujer joven, mexicana a juzgar por la inflexión de su voz, le gritaba a un perro para hacerlo cesar sus ladridos. Bajamos de la camioneta y entramos en la casa. Los hombres murmuraban "buenas noches" al pasar junto a la mujer. Ella respondía y continuaba gritándole al perro.

La habitación era amplia y contenía pilas de objetos diversos. La luz opaca de un foco eléctrico muy pequeño hacia la escena bastante lóbrega. Reclinadas contra la pared había varias sillas con patas rotas y asientos hundidos. Tres de los hombres se instalaron en un sofá, el mueble más grande del aposento. Era muy viejo y se había vencido hasta el piso; a la luz indistinta, parecía rojo y sucio. Los demás ocupamos sillas. Estuvimos largo rato sentados en silencio.

De pronto, uno de los hombres se levantó y fue a otro cuarto. Tendría cincuenta y tantos años; era moreno, alto y fornido. Regresó al momento con un frasco de café. Quitó la tapa y me lo dio; dentro había siete cosas de aspecto raro. Variaban en tamaño y consistencia. Algunas eran casi redondas, otras alargadas. Se sentían al tacto como la pulpa de la castaña o la superficie del corcho. Su color pardusco las hacia semejar cáscaras de nuez duras y secas. Las manipulé, frotándolas durante un buen rato.

-Esto se masca, -dijo don Juan en un susurro.

Sólo cuando habló me di cuenta de que se había sentado junto a mí. Miré a los otros hombres, pero ninguno me miraba; estaban hablando entre sí en voz muy baja. Fue un momento de indecisión y temor agudos. Me sentí casi incapaz de dominarme,

-Tengo que ir al retrete, -le dije-. Voy afuera a dar una vuelta.

Don Juan me entregó el frasco de café y yo puse dentro los botones de peyote. Iba a salir de la habitación cuando el hombre que me había dado el frasco se levantó, se me acercó y dijo que tenía un excusado en el otro cuarto.

El excusado estaba casi contra la puerta. Junto a ésta, casi tocándolo, había una cama grande que llenaba más de la mitad del aposento. La mujer estaba durmiendo allí. Permanecí un rato inmóvil junto a la puerta; luego regresé a la habitación donde estaban los otros hombres.

El dueño de la casa me habló en inglés:

-Don Juan dice que usted es de Sudamérica. ¿Hay mescal allí?

Le dije que nunca había oído siquiera hablar de él.

Parecían interesados en Sudamérica y hablamos de los indios durante un rato. Luego, uno de los hombres me preguntó por qué quería comer peyote. Le dije que quería saber cómo era. Todos rieron con timidez.

Don Juan me urgió suavemente:

-Masca, masca.

Mis manos se hallaban húmedas y mi estómago se contraía. El frasco con los botones de peyote estaba en el piso junto a la silla. Me agaché, tomé al azar un botón y lo puse en mi boca. Tenía un sabor rancio. Lo partí en dos con los dientes y empecé a mascar uno de los trozo. Sentí un amargor fuerte, acerbo; en un momento toda mi boca quedó adormecida. El amargor crecía conforme yo mascaba, provocando un increíble fluir de saliva. Sentía las encías y el interior de la boca como si hubiera comido carne o pescado salados y secos, que parecen forzar a masticar más. Tras un rato masqué el otro pedazo; mi boca estaba tan entumecida que ya no pude sentir el amargor. El botón de peyote era un haz de hebras, como la parte fibrosa de una naranja o como caña de azúcar, y yo no sabía si tragarlo o escupirlo. En ese momento, el dueño de la casa se puso en pie e invitó a todos a salir al zaguán.

Salimos y nos sentamos en la oscuridad. Afuera se estaba bastante cómodo, y el anfitrión sacó una botella de tequila.

Los hombres se hallaban sentados en fila con la espalda contra la pared. Yo ocupaba el extremo derecho de la línea. Don Juan, instalado junto a mí, puso entre mis piernas el frasco con los botones de peyote. Luego me pasó la botella, que circulaba a lo largo de la línea, y me dijo que tomara algo de tequila para quitarme el sabor amargo.

Escupí las hebras del primer botón y tomé un sorbo. Me dijo que no lo tragara, que sólo me enjuagara la boca para detener la saliva. No sirvió de gran cosa para la saliva, pero sí ayudó a disipar un poco el sabor amargo.

Don Juan me dio un trozo de albaricoque seco, o quizá era un higo seco, no podía verlo en la oscuridad, ni percibir el sabor y me dijo que lo mascara detenida y lentamente, sin prisas. Tuve dificultad para tragarlo; parecía que no quisiera bajar.

Tras una pausa corta la botella dio otra vuelta. Don Juan me entregó un pedazo de carne seca, quebradiza. Le dije que no tenía ganas de comer.

-Esto no es comer -dijo con firmeza.

El ciclo se repitió seis veces. Recuerdo que había mascado seis botones de peyote cuando la conversación se puso muy animada; aunque yo no lograba distinguir qué idioma se estaba hablando, el tema de la conversación, en la que todo mundo participaba, era muy interesante, y procuré escuchar con cuidado para poder intervenir. Pero al hacer el intento de hablar me di cuenta de que no podía; las palabras se desplazaban sin objeto en mi mente.

Reclinando la espalda contra la pared, escuché lo que decían los hombres. Hablaban en italiano y repetían continuamente una frase sobre la estupidez de los tiburones. El tema me pareció lógico y coherente. Yo había dicho antes a don Juan que los primeros españoles llamaron al río Colorado, en Arizona, "el río de los tizones", y alguien escribió o leyó mal "tizones" y el río se llamó "de los tiburones". Me hallaba seguro de que discutían esa anécdota, pero nunca se me ocurrió pensar que ninguno de ellos sabía italiano.

Tenía un deseo muy fuerte de vomitar, pero no recuerdo el acto en sí. Pregunté si alguien me traería un vaso de agua. Experimenté una sed insoportable.

Don Juan trajo una cacerola grande. La puso en el suelo junto a la pared. También trajo una taza o lata pequeña. La llenó en la cacerola y me la dio, y dijo que yo no podía beber: sólo debía refrescarme la boca.

El agua parecía extrañamente brillante, reluciente, como barniz espeso, Quise preguntarle de ello a don Juan y laboriosamente traté de formular mis pensamientos en inglés, pero entonces tomé conciencia de que él no sabía inglés. Experimenté un momento muy confuso y advertí el hecho de que, aun habiendo en mi mente un pensamiento muy claro, no podía hablar. Quería comentar la extraña apariencia del agua, pero lo que sobrevino no fue habla; fue sentir que mis pensamientos no dichos salían de mi boca en una especie de forma líquida. Era la sensación de vomitar sin esfuerzo, sin contracciones del diafragma. Era un fluir agradable de palabras líquidas.

Bebí. Y la impresión de que estaba vomitando desapareció. Para entonces todos los ruidos se habían desvanecido y hallé que me costaba trabajo enfocar las cosas. Busqué a don Juan y al volver la cabeza noté que mi campo de visión se había reducido a una zona circular frente a mis ojos. Esta sensación no me atemorizaba ni me inquietaba; al contrario, era una novedad: me era posible barrer literalmente el terreno enfocando un sitio y luego moviendo despacio la cabeza en cualquier dirección. Al salir al zaguán había advertido que todo estaba oscuro, excepto el brillo distante de las luces de la ciudad. Pero dentro del área circular de; ni visión todo era claro. Olvidé mi interés en don Juan y los otros hombres, y me entregué por entero a explorar el terreno con un enfoque absolutamente preciso.

Vi la juntura de la pared y el piso del zaguán. Lentamente volví la cabeza a la derecha, siguiendo el muro, y vi a don Juan sentado contra él. Moví la cabeza a

la izquierda para enfocar el agua. Hallé el fondo de la cacerola; alcé ligeramente la cabeza y vi acercarse un perro negro de tamaño mediano. Lo vi venir hacia el agua. El perro empezó a beber. Alcé la mano para apartarlo de mi agua; enfoqué en él mi visión concentrada para llevar a cabo el movimiento de empujarlo, y de pronto lo vi transparentarse. El agua era un líquido reluciente, viscoso. La vi bajar por la garganta del perro al interior de su cuerpo. La vi correr pareja a todo lo largo del animal y luego brotar por cada uno de los pelos. Vi el fluido iridiscente viajar a lo largo de cada pelo individual y proyectarse más allá de la pelambre para formar una melena larga, blanca, sedosa.

En ese momento tuve la sensación de unas convulsiones intensas, y en cosa de instantes un túnel. se formó a mi alrededor, muy bajo y estrecho, duro y extrañamente frío. Parecía al tacto una pared de papel aluminio sólido. Me encontré sentado en el piso del túnel. Traté de levantarme, pero me golpeé la cabeza en el techo de metal, y el túnel se comprimió hasta empezar a sofocarme. Recuerdo haber tenido que reptar hacia una especie de punto redondo donde terminaba el túnel; cuando por fin llegué, si es que llegué, me había olvidado por completo del perro, de don Juan y de mí mismo. Me hallaba exhausto. Mis ropas estaban empapadas en un líquido frío, pegajoso. Rodé en una y en otra dirección tratando de encontrar una postura en la cual descansar, una postura en que mi corazón no golpeara tan fuerte. En una de esas vueltas vi de nuevo al perro.

Los recuerdos regresaron en el acto, y de improviso todo estuvo claro en mi mente. Me volví en busca de don Juan, pero no pude distinguir nada ni a nadie. Todo cuanto podía ver era al perro, que se volvía iridiscente; una luz intensa irradiaba de su cuerpo. Vi otra vez el flujo del agua atravesarlo, encenderlo como una hoguera. Me llegué al agua, hundí el rostro en la cacerola y bebí con él. Tenía yo las manos en el suelo frente a mí, y al beber veía el fluido correr por mis venas produciendo matices de rojo y amarillo y verde. Bebí más y más. Bebí hasta hallarme todo en llamas; resplandecía de pies a cabeza. Bebí hasta que el fluido salió de mi cuerpo a través de cada poro y se proyectó al exterior en fibras como de seda, y también yo adquirí una melena larga, lustrosa, iridiscente. Miré al perro y su melena era como la mía. Una felicidad suprema llenó mi cuerpo, y corrimos juntos hacia una especie de tibieza amarilla procedente de algún lugar indefinido. Y allí jugamos. Jugamos y forcejeamos hasta que yo supe sus deseos y él supo los míos. Nos turnábamos para manipularnos mutuamente, al estilo de una función de marionetas. Torciendo los dedos de los pies, yo podía hacerle mover las patas, y cada vez que él cabeceaba yo sentía un impulso irresistible de saltar. Pero su mayor travesura consistía en agitar las orejas de un lado a otro para que yo, sentado, me rascara la cabeza con el pie. Aquella acción me parecía total e insoportablemente cómica. ¡Qué toque de ironía y de gracia, qué maestría!, pensaba yo. Me poseía una euforia indescriptible. Reí hasta que casi me fue imposible respirar.

Tuve la clara sensación de no poder abrir los ojos; me encontraba mirando a través de un tanque de agua. Fue un estado largo y muy doloroso, lleno de la angustia de no poder despertar y de a la vez, estar despierto. Luego; lentamente, el inundo se aclaró y entró en foco. Mi campo de visión se hizo de nuevo muy redondo y amplio, y con ello sobrevino un acto consciente ordinario, que fue volver la vista en busca de aquel ser maravilloso. En este punto empezó la transición más difícil. La salida de mi estado normal había sucedido casi sin que yo me diera cuenta: estaba consciente, mis pensamientos y sentimientos eran un corolario de esa conciencia, y el paso fue suave y claro. Pero este segundo cambio, el despertar a la conciencia seria, sobria, fue genuinamente violento. ¡Había olvidado que era un hombre! La tristeza de tal situación irreconciliable fue tan intensa que lloré.

Sábado, 5 de agosto, 1961

Más tarde, aquella mañana después del desayuno, el dueño de la casa, don Juan y yo regresamos a donde vivía don Juan. Yo estaba muy cansado, pero no pude dormirme en la camioneta. Sólo después de que el hombre se marchó, me quedé dormido, en el zaguán de la casa de don Juan.

Cuando desperté era de noche, don Juan me había tapado con una cobija. Lo busqué, pero no estaba en la casa. Regresó más tarde con una olla de frijoles refritos y un montón de tortillas. Yo tenía mucha hambre.

Después de comer, mientras descansábamos, me pidió narrarle cuanto me hubiera ocurrido la noche anterior. Relaté mis experiencias en gran detalle y con la mayor exactitud posible. Cuando terminé, él asintió y dijo:

-Creo que andas muy bien. Se me dificulta explicarte ahora cómo y por qué. Pero creo que te fue bien. Verás: a veces él es juguetón como un niño; otras veces es terrible, espantoso. O hace travesuras o es muy serio. No se puede saber de antemano cómo va a ser con otra persona. Pero cuando uno lo conoce bien... a veces. Tú anoche jugaste con él. Eres la única persona que conozco que ha tenido un encuentro así.

-¿En qué forma difiere mi experiencia de la de otros?

-Tú no eres indio; por eso se me dificulta aclarar qué es qué. Pero él o toma a las gentes o las rechaza, sin importarle que sean indias o no. Eso lo sé. Las he visto por docenas. También sé que travesea, hace reír a algunos, pero jamás lo he visto con nadie.

-¿Puede usted decirme ahora, don Juan, cómo protege el peyote...?

No me dejó terminar. Me tocó vigorosamente el hombro.

-No lo nombres nunca así. Todavía no lo has visto lo bastante para conocerlo.

-¿Cómo protege Mescalito a la gente?

-Aconseja. Responde cualquier cosa que le preguntes.

-¿Entonces Mescalito es real? Digo, ¿es algo que puede verse?

Pareció desconcertado por mi pregunta. Me miró con una especie de expresión vacía.

-Lo que quise decir es que Mescalito...

-Oí lo que dijiste, ¿Qué no lo viste anoche?

Quise decirle que sólo había visto un perro, pero noté su mirada de extrañeza.

-¿Entonces cree usted que lo que vi anoche era él?

Me miró con desprecio. Chasqueó la lengua, sacudió la cabeza como si no pudiera creerlo, y en tono muy belicoso añadió:

-¿A poco crees que era tu... mamá?

Hizo una pausa antes de "mamá" porque lo que iba a decir era "tu chingada madre". La palabra "mamá" resultó tan incongruente que ambos reímos largo tiempo.

Luego me di cuenta de que se había quedado dormido sin responder a mi pregunta.

Domingo, 6 de agosto, 1961

Llevé a don Juan en mi auto a la casa donde yo había tomado peyote. En el camino me dijo que el hombre que me "ofreció a Mescalito" se llamaba John. Al llegar a la casa encontramos a John sentado en el zaguán con dos hombres jóvenes. Todos se mostraron en extremo joviales. Reían y charlaban con gran desenvoltura. Los tres hablaban inglés perfectamente. Dije a John que iba a darle las gracias por haberme ayudado:

Quería saber su opinión sobre mi conducta durante la experiencia alucinógena, y les dije que había estado tratando de pensar en lo que hice aquella noche y no podía recordar. Rieron y se mostraron renuentes a hablar del asunto. Parecían contenerse a causa de don Juan. Todos lo miraban de reojo, como esperando su autorización para hablar. Don Juan debió de dársela con alguna seña, aunque yo no advertí nada, porque de pronto John empezó a decirme qué había hecho yo aquella noche.

Dijo haber sabido que yo estaba "prendido" cuando me oyó vomitar. Calculó que había yo vomitado unas treinta veces. Don Juan rectificó y dijo que sólo diez.

-Luego todos nos acercamos a ti, -continuó

John-. Estabas tieso y tenlas convulsiones. Durante largo rato, acostado bocabajo, moviste los labios como si hablaras. Luego empezaste a pegar en el suelo con la cabeza, y don Juan te puso un sombrero viejo, y te detuviste. Estuviste horas temblando y gimiendo tirado en el piso. Creo que entonces todos nos dormimos, pero entre sueños yo te oía resoplar y gruñir. Luego te oí resoplar y gruñir. Luego te oí gritar, y desperté. Te vi saltar por los aires, gritando. Te abalanzaste sobre el agua, tiraste la cacerola y empezaste a nadar en el charco.

"Don Juan te trajo más agua. Te quedaste quieto un rato, sentado frente a la cacerola. Luego te levantaste de golpe y te quitaste toda la ropa. Estuviste de rodillas frente al agua, bebiendo a grandes tragos. Luego nada más te quedaste ahí sentado, mirando el aire. Pensamos que ahí te ibas a quedar para siempre. Casi todo el mundo estaba dormido, hasta don Juan, cuando de repente te levantaste otra vez, aullando, y te fuiste detrás del perro. El perro se asustó, y aulló también, y corrió para atrás de la casa. Entonces, todo el mundo despertó.

"Todos nos levantamos. Regresaste por el otro lado, todavía persiguiendo al perro. El perro corría delante de ti ladrando y aullando. Debiste dar como veinte vueltas a la casa, corriendo en círculos, ladrando como perro. Tuve miedo de que a la gente le entrara curiosidad. No hay vecinos cerca, pero tus aullidos eran tan fuertes que podían haberse oído a millas de distancia.

-Alcanzaste al perro -agregó uno de los jóvenes- y lo trajiste al zaguán en brazos.

-Entonces te pusiste a jugar con el perro -prosiguió John-. Luchabas con él, y el perro y tú se mordían y jugaban. Eso me hizo gracia. Mi perro no acostumbra jugar. Pero esta vez tú y el perro estaban rodando uno encima de otro.

-Luego corriste al agua y el perro bebió contigo -dijo el joven-. Corriste cinco o seis veces al agua, con el perro.

-¿Cuánto duró eso? -pregunté.

-Horas, -dijo- John. Durante un rato los perdimos de vista a los dos. Creo que corrieron para atrás de la casa. Nada más los oíamos ladrar y gruñir. Tú parecías de veras un perro; no podíamos distinguirlos.

-A lo mejor era el perro solo, -dije.

Rieron, y John dijo:

-¡Tú estabas ahí ladrando, muchacho!

-¿Qué pasó después?

Los tres hombres se miraron y parecieron tener dificultades para decidir qué pasó después. Finalmente, habló el joven que aún no decía nada.

-Se atragantó -dijo mirando a John.

-Sí, te atragantaste en serio. Comenzaste a llorar muy raro y luego caíste al piso. Pensamos que te estabas mordiendo la lengua, don Juan te abrió las quijadas y te echó agua en la cara. Entonces empezaste otra vez a temblar y a tener convulsiones. Luego estuviste inmóvil un rato largo. Don Juan dijo que todo había terminado. Para entonces ya era de mañana, así que te tapamos con una cobija y te dejamos a dormir en el zaguán.

Calló en ese punto y miró a los otros hombres, que obviamente trataban de contener la risa. Se volvió a don Juan y le preguntó algo. Don Juan sonrió y respondió a la pregunta. John se volvió hacia mí y dijo:

-Te dejamos en el porche porque teníamos miedo de que fueras a orinarte por los cuartos.

Todos rieron muy fuerte.

-¿Qué me pasaba? -pregunté-. ¿Hice yo...?

-¿Hiciste tú? -remedó John-. No íbamos a mencionarlo, pero don Juan dice que está bien. ¡Te orinaste en mi perro!

-¿Qué cosa?

-No pensarás que el perro corría porque te tenía miedo, ¿verdad? Corría porque lo estabas orinando.

Hubo risa general en este punto. Traté de interrogar a uno de los jóvenes, pero todos reían, y no me escuchó.

-Pero mi perro se desquitó -prosiguió John- ¡también él se orinó en ti!

Esta afirmación era al parecer el colmo de lo cómico, porque todos rieron a carcajadas, incluso don Juan. Cuando se calma-

ron, pregunté con toda sinceridad:
-¿Es cierto de verdad? ¿Pasó realmente?
-Juro que mi perro te orinó de verdad -repuso John, todavía riendo.
De regreso rumbo a la casa de don Juan, le pregunté:
-¿Pasó en realidad todo eso, don Juan?
-Sí -dijo él- pero ellos no saben lo que viste. No se dan cuenta de que estabas jugando con "él". Por eso no te molesté.
-Pero este asunto del perro y yo orinándonos, ¿es verdad?
-¡No era un perro! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Esa es la única manera de entenderlo. ¡La única! Fue "él" quien jugó contigo.
-¿Sabía usted que todo esto ocurrió antes de que yo se lo contara?
Vaciló un instante antes de responder.
-No; después de que lo contaste, recordé el aspecto raro que tenías. Nada más supuse que te estaba yendo muy bien porque no parecías asustado.
-¿De veras jugó el perro conmigo como dicen?
-¡Carajo! ¡No era un perro!

Jueves, 17 de agosto, 1961

Expuse a don Juan mi sentir con respecto a la experiencia. Desde el punto de vista de mi propuesto trabajo, había sido desastrosa. Dije que no me apetecía otro "encuentro" similar con Mescalito. Acepté que cuanto me ocurrió había sido más que interesante, pero añadí que nada de ello podía realmente impulsarme a buscarlo de nuevo. Creía seriamente no estar hecho para ese tipo de empresas. El peyote me había producido, como reacción posterior, una extraña clase de incomodidad física. Era un miedo o una desdicha indefinidos; una cierta melancolía, que yo no podía definir con exactitud. Y tal estado no me parecía noble en modo alguno.
Don Juan rió y dijo:
-Estás empezando a aprender.
-Este tipo de aprendizaje no es para mí. No estoy hecho para él, don Juan.
-Tú eres muy exagerado.
-Esta no es ninguna exageración.
-Lo es. El único problema es que solamente exageras los malos aspectos.
-En lo que a mí toca, no hay buenos aspectos. Todo lo que sé es que me da miedo.
-No hay nada malo en tener miedo. Cuando uno teme, ve las cosas en forma distinta.
-Pero a mi no me importa ver las cosas en forma distinta, don Juan. Creo que voy a dejar en paz el aprendizaje sobre Mescalito. No puedo con él, don Juan, Esta es en realidad una mala situación para mi.
-Claro que es mala... hasta para mi. Tú no eres el único sorprendido.
-¿Por qué iba a estar sorprendido usted, don Juan?
-He estado pensando en lo que vi la otra noche. Mescalito de veras jugó contigo. Eso me extrañó, porque fue una señal,
-¿Qué clase de señal, don Juan?
-Mescalito te señaló.
-¿Para qué?
-No lo tenía yo claro entonces, pero ahora sí. Quería decirme que tú eras el escogido. Mescalito te señaló y con eso me dijo que tú eras el escogido.
-¿Quiere usted decir que me escogió entre otros para alguna tarea, o algo así?
-No. Quiero decir que Mescalito me dijo que tú podías ser el hombre que busco.
-¿Cuándo se lo dijo, don Juan?
-Al jugar contigo me lo dijo. Eso te hace mi escogido.
-¿Qué significa ser el escogido?
-Tengo secretos. Tengo secretos que no podré revelar a nadie si no encuentro a mí escogido. La otra noche, cuando te vi jugar con Mescalito, se me aclaró que eras tú. Pero no eres indio. ¡Qué extraño!
-Pero ¿qué significa para mí, don Juan? ¿Qué tengo que hacer?
-Me he decidido y voy a enseñarte los secretos que corresponden a un hombre de conocimiento.
-¿Quiere usted decir sus secretos sobre Mescalito?
-Sí, pero ésos no son los únicos secretos que tengo. Hay otros, de distinta clase, que me gustaría revelar a alguien. Yo mismo tuve

un maestro, mi benefactor, y también me convertí en su escogido al realizar cierta hazaña. El me enseñó todo lo que sé.
Le pregunté de nuevo qué requeriría de mí este nuevo papel; dijo que sólo se trataba de aprender, en el sentido de lo que yo había experimentado en las sesiones con él.
La manera en que la situación había evolucionado era bastante extraña. Yo había decidido decirle que iba a abandonar la idea de aprender sobre el peyote, pero antes de que pudiera lograrlo realmente él me ofreció enseñarme sus "secretos". Ignoraba qué quería decir con eso, pero sentía que esta vuelta súbita era muy seria. Argumenté que no llenaba los requisitos para una tarea así, pues ésta requería una rara ciase de valor que yo no poseía. Le dije que la inclinación de mi carácter era hablar de actos que otros realizaban. Yo quería oír sus pareceres y opiniones acerca de todo. Le dije que sería feliz de poder estar allí sentado, escuchándolo durante días enteros. Para mí, eso seria aprender.
Escuchó sin interrumpirme. Hablé mucho tiempo. Luego dijo:
-Todo eso es muy fácil de entender. El miedo es el primer enemigo natural que un hombre debe derrotar en el camino del saber. Además, tú eres curioso. Eso compensa. Y aprenderás a pesar tuyo; ésa es la regla.
Protesté un rato más, tratando de disuadirlo. Pero él parecía convencido de que no me quedaba otra alternativa sino aprender.
-No estás pensando bien -dijo-. Mescalito de veras jugó contigo. Eso es lo único que hay que tener en cuenta. ¿Por qué no te ocupas de eso y no de tu miedo?
-¿Fue tan poco común?
-Eres la primera persona que he visto jugar con él. No estás acostumbrado a esta clase de vida; por eso las señales se te escapan. Así y todo eres una persona seria, pero tu seriedad está ligada a lo que tú haces, no a lo que pasa fuera de ti. Te ocupas demasiado de ti mismo. Ese es el problema. Y eso produce una tremenda fatiga.
-¿Pero qué otra cosa puede uno hacer, don Juan?
-Busca y ve las maravillas que te rodean. Te cansarás de mirarte a ti mismo, y el cansancio te hará sordo y ciego a todo lo demás.
-Dice usted bien, don Juan, pero ¿cómo puedo cambiar?
-Piensa en la maravilla de que Mescalito jugara contigo. No pienses en otra cosa; ,lo demás te llegará por su propia cuenta.

Domingo, 20 de agosto, 1961

La noche pasada, don Juan procedió a introducirme en el terreno de su saber. Estábamos sentados frente a su casa, en la oscuridad. De improviso, tras un largo silencio, empezó a hablar. Dijo que iba a aconsejarme con las mismas palabras usadas por su propio benefactor el día en que lo tomó como aprendiz. Al parecer, don Juan había memorizado las palabras, pues las repitió varias veces para asegurarse de que no se me fuera ninguna,
-Un hombre va al saber como a la guerra: bien despierto, con miedo, con respeto y con absoluta confianza. Ir en cualquier otra forma al saber o a la guerra es un error, y quien lo cometa vivirá para lamentar sus pasos.
Le pregunté por qué era así, y dijo que, cuando un hombre ha cumplido estos cuatro requisitos, no hay errores por los que deba rendir cuentas; en tales condiciones sus actos pierden la torpeza de las acciones de un tonto. Si tal hombre fracasa, o sufre una derrota, sólo habrá perdido una batalla, y eso no provocará deploraciones lastimosas.
Declaró luego su intención de enseñarme lo que es un "aliado" en la misma forma exacta como su benefactor se lo había enseñado a él. Recalcó con fuerza las palabras "misma forma exacta.", repitiendo la frase varias veces.
Un "aliado", dijo, es un poder que un hombre puede traer a su vida para que lo ayude, lo aconseje y le dé la fuerza necesaria para ejecutar acciones, grandes o pequeñas, jus-

tas o injustas. Este aliado es necesario para engrandecer la vida de un hombre, guiar sus actos y fomentar su conocimiento. De hecho, un aliado es la ayuda indispensable para saber. Don Juan decía esto con gran convicción y fuerza. Parecía elegir cuidadosamente sus palabras. Repitió cuatro veces la siguiente frase:

-Un aliado te hará ver y entender cosas sobre las que ningún ser humano podría jamás iluminarte.

-¿Es un aliado algo parecido a un espíritu guardián?

-No es ni espíritu ni guardián. Es una ayuda.

-¿Es Mescalito el aliado de usted?

-¡No! Mescalito es otra clase de poder. ¡Un poder único! Un protector, un maestro.

-¿En qué se diferencia Mescalito de un aliado?

-A Mescalito no se le puede domar y usar como se doma y se usa a un aliado. Mescalito está fuera de uno mismo. Escoge mostrarse en muchas formas a quienquiera que tenga enfrente, sin importarle que sea un brujo o un peón.

Don Juan hablaba con hondo fervor de que Mescalito era el maestro de la buena manera de vivir. Le pregunté cómo enseñaba Mescalito a "vivir como se debe", y don Juan repuso que Mescalito muestra cómo vivir.

-¿Cómo lo muestra? -pregunté.

-Tiene muchos modos de hacerlo. A veces lo enseña en su mano, o en las piedras, o los árboles, o nomás enfrente de uno.

-¿Es como una imagen enfrente de uno?

-No. Es una enseñanza enfrente de uno.

-¿Habla Mescalito a la persona?

-Sí. Pero no con palabras.

-¿Entonces cómo habla?

-A cada hombre le habla distinto.

Sentí que mis preguntas lo molestaban. No hice ninguna más. El siguió explicando que no había pasos exactos para conocer a Mescalito; por tanto, nadie podía instruir sobre él a excepción de Mescalito mismo, Esta característica lo hacía un poder único; no era el mismo para todos los hombres.

En cambio, dijo don Juan, la adquisición de un aliado requería la enseñanza más precisa y el seguir, sin desviación, una serie de etapas o pasos. Hay muchos de esos poderes aliados en el mundo, dijo, pero él sólo conocía bien dos de ellos. E iba a guiarme a ellos y a sus secretos, pero de mí dependía escoger uno de los dos, pues sólo uno podía tener. El aliado de su benefactor estaba en la yerba del diablo, dijo, pero a él en lo personal no le gustaba, aunque gracias al benefactor sabía sus secretos. Su propio aliado estaba en el "humito", dijo, pero no concretó la naturaleza del humo.

Inquirí al respecto. Permaneció callado. Tras una larga pausa le pregunté:

-¿Qué clase de poder es un aliado?

-Ya te dije: es una ayuda.

-¿Cómo ayuda?

-Un aliado es un poder capaz de llevar a un hombre más allá de sus propios límites. Así es como un aliado puede revelar cosas que ningún ser humano podría.

-Pero Mescalito también lo saca a uno de sus propios límites. ¿No lo convierte eso en un aliado?

-No. Mescalito te saca de ti mismo para enseñarte. Un aliado te saca para darte poder.

Le pedí explicarme el punto con más detalle, o describir la diferencia entre ambos efectos. Me miró largo rato y rió. Dijo que aprender por medio de la conversación era no sólo un desperdicio sino uno estupidez, porque el aprender era la tarea más difícil que un hombre podía echarse encima. Me pidió recordar la vez que traté de hallar mi sitio, y cómo quería yo encontrarlo sin trabajo porque esperaba que él me diese toda la información. Si lo hubiera hecho, dijo, yo jamás habría aprendido. Pero el saber cuán difícil era hallar mi sitio, y sobre todo el saber que existía, me darían un peculiar sentido de confianza. Dijo que mientras yo permaneciese enclavado en mi "sitio bueno" nada podría causarme daño corporal, porque yo tenía la seguridad de que en ese sitio específico me hallaba lo mejor posible. Tenía el poder de rechazar

cuanto pudiera serme dañino. Pero si él me hubiese dicho dónde estaba el sitio, yo jamás habría tenido la confianza necesaria para considerar esto como verdadero saber. Así, saber era ciertamente poder.
Don Juan dijo entonces que, siempre que un hombre se propone aprender, debe laborar tan arduamente como yo lo hice para encontrar aquel sitio, y los límites de su aprendizaje están determinados por su propia naturaleza. Así, no veía objeto en hablar del conocimiento. Dijo que ciertas clases de saber eran demasiado poderosas para la fuerza que yo tenía: hablar de ellas sólo me acarrearía daño. Al parecer sintió que no había nada más que quisiera decir. Se levantó y fue rumbo a su casa. Le dije que la situación me abrumaba. No era lo que yo había pensado ni deseado.
Dijo que los temores son naturales; todos los sentimos y no podemos evitarlo. Pero por otra parte, pese a lo atemorizante que sea el aprender, es más terrible pensar en un hombre sin aliado o sin conocimientos.

III

Pasaron más de dos años entre el tiempo en que don Juan decidió instruirme acerca de los poderes aliados y el tiempo en que me consideró listo para aprender sobre ellos en la forma pragmática y partícipe que él consideraba aprendizaje; en dicho lapso definió gradualmente las características generales de los dos aliados en cuestión. Me preparó para el corolario indispensable de todas las verbalizaciones y la consolidación de todas las enseñanzas: los estados de realidad no ordinaria.
Al principio, se refería de un modo muy casual a los poderes aliados. Las primeras menciones, en mis notas, están intercaladas entre otros temas de conversación

Miércoles, 23 de agosto, 1961

-La yerba del diablo [toloache] era el aliado de mi benefactor. Podría haber sido también el mío, pero no me gustó.
-¿Por qué no le gustó la yerba del diablo, don Juan?
-Tiene una desventaja seria.
-¿Es inferior a otros poderes aliados?
-No. No me estás entendiendo. La yerba del diablo es tan poderosa como el mejor de los aliados, pero tiene algo que a mí en lo personal no me gusta.
-¿Me puede decir qué es?
-Malogra a los hombres. Los hace probar el poder demasiado pronto, sin fortificar sus corazones, y los hace dominantes y caprichosos. Los hace débiles en medio de gran poder.
-¿No hay alguna manera de evitarlo?
-Hay una manera de superar todo esto, pero no de evitarlo. Quien se hace aliado de la yerba debe pagar ese precio.
-¿Cómo puede uno superar ese efecto, don Juan?
-La yerba del diablo tiene cuatro cabezas: la raíz, el tallo y las hojas, las flores, y las semillas. Cada una es diferente, y quien se haga su aliado tiene que aprenderlas en ese orden. La cabeza más importante está en las raíces. El poder de la yerba del diablo se conquista por las raíces. El tallo y las hojas son la cabeza que cura enfermedades; bien usada, esta cabeza es un don a la humanidad. La tercera cabeza está en las flores y se usa para volver locos a los hombres, o para hacerlos obedientes, o para matarlos. El hombre que tiene a la yerba de aliado nunca torna las flores, ni tampoco toma el tallo y las hojas, a no ser que esté enfermo, pero las raíces y las semillas se toman siempre, sobre todo las semillas: son la cuarta cabeza de la yerba del diablo, y la más poderosa de todas.
"Mi benefactor decía que las semillas son la 'cabeza sobria': la única parte capaz de fortificar el corazón del hombre. La yerba del diablo es dura con sus protegidos, decía él, porque busca matarlos aprisa, y por lo común lo logra antes de que puedan llegar a los secretos de la 'cabeza sobria'. Sin embargo, por ahí dicen que hubo hombres que averiguaron los secretos de la cabeza sobria. ¡Qué prueba para un hombre de conocimiento!"

-¿Averiguó su benefactor tales secretos?
-No, él no.
-¿Conoce usted a alguien que lo haya hecho?
-No. Pero vivieron en un tiempo en que ese saber era importante.
-¿Conoce a alguien que sepa de gente así?
-No, yo no.
-¿Conocía a alguien su benefactor?
-El sí,
-¿Por qué no llegó su benefactor a los secretos de la cabeza sobria?
-Domar la yerba del diablo para hacerla un aliado es una de las tareas más difíciles que conozco. Ella y yo, por ejemplo, jamás nos hicimos alianza, quizá porque nunca le tuve cariño.
-¿Puede usted usarla todavía como aliado, aunque no le tenga cariño?
-Puedo, sólo que prefiero no hacerlo. Tal vez contigo sea diferente.
-¿Por qué se llama yerba del diablo?
Don Juan hizo un gesto de indiferencia, alzó los hombros y permaneció callado algún tiempo. Finalmente dijo que "yerba del diablo" era su nombre de leche. Había, añadió, otros nombres para la yerba del diablo, pero no debían usarse porque el pronunciar un nombre era asunto serio, sobre todo si uno estaba aprendiendo a domar un poder aliado. Le pregunté por qué el pronunciar un nombre era cosa tan grave. Dijo que los nombres se reservaban para usarse sólo al pedir ayuda, en momentos de gran apuro y necesidad, y me aseguró que tales momentos ocurren tarde o temprano en la vida de quien busca el conocimiento.

Domingo, 3 de septiembre, 1961

Hoy en la tarde don Juan recogió del campo dos plantas Datura. Inesperadamente trajo a colación el tema de la yerba del diablo, y luego me pidió acompañarlo a los cerros a buscar una.
Fuimos en coche hasta las montañas cercanas. Saqué de la cajuela una pala y nos adentramos por una de las cañadas. Caminamos bastante rato, vadeando el chaparral que crecía denso en la tierra suave, arenosa. Don Juan se detuvo junto a una planta pequeña con hojas de color verde oscuro y flores grandes, blancuzcas, acampanadas.
-Ésta -dijo-.
Inmediatamente empezó a cavar. Traté de ayudarlo, pero él me rechazó con una vigorosa sacudida de cabeza y siguió cavando un hoyo circular en torno a la planta: un hoyo de forma cónica, hondo hacia el borde exterior, con un montículo en el centro del círculo. Dejando de cavar, se arrodilló cerca del tallo y limpió con los dedos la tierra suave en torno, descubriendo unos diez centímetros de una raíz grande, tuberosa, bifurcada, cuyo grosor contrastaba marcadamente con el del tallo, que parecía frágil por comparación.
Don Juan me miró y dijo que la planta era "macho" porque la raíz se bifurcaba desde el punto exacto en que se unía al tallo. Luego se levantó y echó a andar buscando algo.
-¿Qué busca usted, don Juan?
-Quiero hallar un palo.
Empecé a mirar en torno, pero él me detuvo.
-¡Tú no! Tú siéntate allí -señaló unas rocas como a seis metros de distancia-. Yo lo encontraré.
Volvió tras un rato con una rama larga y seca. Usándola a manera de coa, aflojó cuidadosamente la tierra a lo largo de los dos ramales divergentes de la raíz. Limpió en torno a ellos hasta una profundidad aproximada de medio metro. Cuanto más ahondaba, más apretada estaba la tierra, hasta el punto de ser prácticamente impenetrable a la vara.
Dejó de cavar y se sentó a recobrar el aliento. Me senté junto a él. Pasamos largo rato sin hablar.
-¿Por qué no la saca usted con la pala? -pregunté.
-Podría cortar y dañar a la planta. Tuve que conseguirme un palo de este sitio para que así, en caso de pegarle a la raíz, el daño no fuera tanto como el que haría una pala o un objeto extraño.

-¿Qué clase de palo trajo usted?
-Cualquier rama seca de paloverde es buena. Si no hay ramas secas, tienes que cortar una fresca.
-¿Pueden usarse las ramas de cualquier otro árbol?
-Ya te dije: sólo de paloverde y de ningún otro.
-¿Por qué, don Juan?
-Porque la yerba del diablo tiene muy pocos amigos, y el paloverde es el único árbol de por aquí que se lleva bien con ella: lo único que prende. Si dañas la raíz con una pala, no crecerá cuando la vuelvas a plantar, pero si la lastimas con un palo de ésos, lo más probable es que ni lo sienta.
-¿Qué va usted a hacer ahora con la raíz?
-Voy a cortarla. Debes dejarme. Vete a buscar otra planta y espera que te llame.
-¿No quiere que lo ayude?
-¡Sólo puedes ayudarme si te lo pido!
Alejándome, empecé a buscar otra planta, combatiendo el fuerte deseo de rondar a hurtadillas y observar a don Juan. Tras un rato se me unió.
-Ahora vamos a buscar la hembra -dijo.
-¿Cómo los distingue usted?
-La hembra es más alta y crece por encima del suelo, así que realmente parece un arbolito. El macho es grande y se extiende cerca del suelo y más parece un matorral espeso. Cuando saquemos a la hembra verás que la raíz se hunde por un buen trecho antes de hacerse horcón. El macho, en cambio, tiene el horcón de la raíz pegada al tallo.
Buscamos juntos por el campo de daturas. Luego, señalando una planta, dijo: "Esa es hembra." Y procedió a cavar en torno de ella como había hecho antes. Apenas descubrió la raíz pude ver que ésta se ajustaba a su predicción. Lo dejé nuevamente cuando se disponía a cortarla.
Al llegar a su casa, abrió el bulto donde había puesto las daturas. Sacó primero la más grande, el macho, y la lavó en una amplia bandeja de metal. Limpió cuidadosamente toda la tierra de la raíz, el tallo y las hojas. Después de esa limpieza minuciosa, separó el tallo de la raíz haciendo una incisión superficial en torno a su juntura con un cuchillo corto y serrado, y quebrando la planta por allí. Tomó el tallo y separó cada una de sus partes haciendo montones individuales con las hojas, las flores y las espinosas vainas de semilla. Tiró cuanto estaba seco o comido de gusanos, y conservó sólo las partes intactas. Unió ambos ramales de la raíz atándolos con dos trozos de cordel, los quebró por la mitad tras hacer un corte superficial en la juntura, y obtuvo dos pedazos de raíz de igual tamaño,
Luego tomó un trozo de arpillera áspera y colocó en él los dos pedazos de raíz atados; encima puso las hojas en un montón ordenado, luego las flores, las vainas y el tallo. Dobló la arpillera e hizo un nudo con las puntas.
Repitió exactamente los mismos pasos con la otra planta, la hembra, sólo que al llegar a la raíz, en vez de cortarla, dejó intacta la horqueta, como una letra Y invertida. Luego puso todos los pedazos en otro bulto de tela. Cuando terminó, ya había oscurecido.

Miércoles, 6 de septiembre, 1961

Hoy, al atardecer, volvimos al tema de la yerba del diablo.
-Creo que deberíamos empezar otra vez con esa planta -dijo de pronto don Juan.
Tras un silencio cortés pregunté:
-¿Qué va usted a hacer con las plantas?
-Las plantas que saqué y corté son mías -dijo. Es como si fueran yo mismo; con ellas voy a enseñarte la manera de domar a la yerba del diablo.
-¿Cómo lo hará usted?
-La yerba del diablo se divide en partes. Cada parte es distinta; cada una tiene su propósito y su servicio únicos.
Abrió la mano izquierda y midió sobre el piso desde la punta del pulgar hasta la del dedo anular.
-Esta es mi parte. Tú medirás la tuya con tu propia mano. Ahora bien, para establecer dominio sobre la yerba del diablo, debes empezar por tomar la primera parte

de la raíz. Pero como yo te he traído con ella, debes tomar la primera parte de la raíz de mi planta. Yo la he medido por ti, de modo que en realidad es mi parte la que debes tomar al principio.
Entró en la casa y sacó uno de los bultos de arpillera. Se sentó y lo abrió. Advertí que era la planta macho. También noté que sólo había un pedazo de raíz. Don Juan tomó el trozo restante de los dos originales y lo sostuvo frente a mi cara,
-Esta es mi primera parte -dijo-. Yo te la doy. Yo mismo la he cortado para ti. La he medido como mía; ahora te la doy.
Por un instante, se me ocurrió que debería masticar la raíz como una zanahoria, pero él la metió en una bolsita blanca de algodón.
Fue a la parte trasera de la casa. Allí tomó asiento en el piso, cruzando las piernas, y con una "mano" redonda empezó a macerar la raíz dentro de la bolsa. Trabajaba sobre una piedra lisa que servía de mortero. De vez en vez lavaba las dos piedras, conservando el agua en un pequeño recipiente plano, labrado en un trozo de madera.
Al golpear cantaba, en forma muy suave y monótona, una cantilena ininteligible. Cuando hubo convertido la raíz en una pulpa blanda dentro de la bolsa, la colocó en el recipiente de madera. Volvió a meter allí el metate y la mano, llenó de agua la palangana y después la llevó a una especie de bebedero rectangular para cerdos colocado contra la cerca trasera.
Dijo que la raíz debía remojarse toda la noche y tenia que dejarse afuera de la casa para que recibiera el sereno.
Si mañana es día de sol y calor, será muy buena señal.

Domingo, 1° de septiembre, 1961

El jueves 7 de septiembre fue un día muy claro y caluroso. Don Juan parecía muy complacido con el buen augurio y repitió varias veces que probablemente yo le había caído bien a la yerba del diablo. La raíz se había remojado toda la noche, y a eso de las 10 a.m. fuimos detrás de la casa. El sacó la palangana de la artesa, la puso en el suelo y se sentó al lado. Tomó la bolsa y la frotó contra el fondo. La alzó unos centímetros por encima del agua y la exprimió, para luego dejarla caer. Repitió los mismos pasos tres veces más; luego desechó la bolsa, tirándola en la artesa, y dejó la palangana bajo el sol ardiente.
Regresamos dos horas después. Don Juan sacó una tetera de tamaño mediano, con agua amarillenta hirviendo. Ladeó la palangana con mucho tiento y vació el agua de encima, conservando el sedimento espeso acumulado en el fondo. Vació el agua hirviendo sobre el sedimento y dejó nuevamente la palangana en el sol.
Esta secuencia se repitió tres veces a intervalos de más de una hora. Finalmente, vació casi toda el agua de la palangana, inclinó ésta a modo de que recibiera el sol del atardecer, y la dejó.
Cuando regresamos horas después, estaba oscuro. En el fondo de la palangana había una capa de sustancia gomosa. Parecía almidón a medio cocer, blancuzco o gris claro. Había quizá toda una cucharada cafetera de esa sustancia. Don Juan llevó la palangana a la casa, y mientras él ponía agua a hervir, yo quité trozos de tierra que el viento había echado en el sedimento. Se rió de mí.
-Ese poquito de tierra no le hace daño a nadie.
Cuando el agua hervía, virtió poco más o menos una taza en la palangana. Era la misma agua amarillenta usada antes. Disolvió el sedimento formando una especie de sustancia lechosa.
-¿Qué clase de agua es ésa, don Juan?
-Agua de flores y frutas de la cañada.
Vació el contenido de la palangana en un viejo jarro de barro que parecía florero. Todavía estaba. muy caliente, de modo que sopló para enfriarlo. Tomó un sorbo y me pasó el jarro,
-¡Bebe ya! -dijo.
Lo tomé automáticamente, y sin deliberación bebí toda el agua. Era un poco amarga, aunque su amargor era apenas

perceptible. Lo que resaltaba mucho era el olor acre del agua. Olía a cucarachas.
Casi inmediatamente empecé a sudar. Me dio mucho calor y la sangre se me agolpó en las orejas. Vi una mancha roja delante de mis ojos, y los músculos de mi estómago empezaron a contraerse en dolorosos retortijones. Tras un rato, aunque ya no sentía dolor, empecé a enfriarme; el sudor literalmente me empapaba.
Don Juan me preguntó si veía negrura o manchas negras frente a mis ojos. Le dije que lo veía todo rojo,
Mis dientes castañeteaban a causa de un nerviosismo incontrolable que me llegaba en oleadas, como irradiando del centro de mi pecho.
Luego me preguntó si tenía miedo. No encontraba yo sentido a sus preguntas. Le dije que obviamente tenía miedo, pero él me preguntó nuevamente si tenía miedo de ella. No comprendí a qué se refería y dije que sí. El rió y dijo que yo no tenía miedo en realidad. Me preguntó si seguía viendo rojo. Todo lo que yo veía era una enorme mancha roja frente a mis ojos.
Tras un rato me sentí mejor. Gradualmente desaparecieron los espasmos nerviosos, dejando sólo un cansancio doliente, agradable, y un intenso deseo de dormir. No podía tener los ojos abiertos, aunque aún oía la voz de don Juan. Me dormí. Pero la sensación de estar sumergido en un rojo profundo persistió toda la noche. Incluso soñé en rojo.
Desperté el sábado, alrededor de las 3 p.m. Había dormido casi dos días. Tenía una leve jaqueca y el estómago revuelto, y dolores intermitentes, muy agudos, en los intestinos. A excepción de eso, todo era como un despertar ordinario. Encontré a don Juan dormitando frente a su casa. Me sonrió.
-Todo salió muy bien la otra noche -dijo-. Viste rojo y eso es todo lo que importa.
-¿Qué habría pasado si no hubiera visto rojo?
-Habrías visto negro, y eso es mala señal.
-¿Por qué es mala?
-Cuando un hombre ve negro, quiere decir que no está hecho para la yerba del diablo, y vomita las entrañas, todas verdes y negras.
-¿Y se muere?
-No creo que nadie muera de esto, pero sí se puede enfermar por mucho tiempo.
-¿Qué les pasa a quienes ven rojo?
-No vomitan, y la raíz les produce un efecto de placer, lo cual significa que son fuertes y de naturaleza violenta: eso le gusta a la yerba. Así es como incita. Lo único malo es que los hombres terminan siendo esclavos suyos a cambio del poder que les da. Pero sobre esas cosas no tenemos control. El hombre vive sólo para aprender. Y si aprende es porque ésa es la naturaleza de su suerte, para bien o para mal.
-¿Qué debo hacer luego, don Juan?
-Luego debes plantar un brote que he cortado de la otra mitad de la primera parte de raíz. Tú la otra noche tomaste la mitad, y ahora hay que meter en la tierra la otra mitad. Tiene que crecer y dar semilla antes de que puedas emprender la verdadera tarea de domar a la planta.
-¿Cómo la domaré?
-La yerba del diablo se doma por la raíz. Paso a paso, debes aprender los secretos de cada parte de la raíz. Debes tomarlas para aprender los secretos y conquistar el poder.
-¿Se preparan las distintas partes en la misma forma en que usted preparó la primera?
-No, cada parte es distinta.
-¿Cuáles son los efectos específicos de cada parte?
-Ya te dije: cada una enseña una forma distinta de poder. Lo que tomaste la otra noche no es nada todavía. Cualquiera puede con eso. Pero sólo el brujo puede tomar las partes más hondas. No puedo decirte qué hacen porque todavía no sé si ella irá a tomarte. Hay que esperar.
-¿Cuándo me dirá, entonces?
-Cuando tu planta crezca y dé semilla.
-Si cualquiera puede tomar la primera parte, ¿para qué se usa?
-Diluida, es buena para todas las cosas de la hombría: gente vieja que ha perdido el vigor, o jóvenes que buscan aventuras, o hasta mujeres que quieren pasión.

-Dijo usted que la raíz se usa sólo para el poder, pero veo que también se usa para otras cosas aparte del poder. ¿Estoy en lo cierto?
Me miró durante un rato muy largo, con una mirada firme que me hizo sentir incómodo. Sentí que mi pregunta lo había enojado, pero no podía comprender por qué.
-La yerba se usa sólo para el poder dijo finalmente con tono seco, severo . El hombre que quiere recobrar su vigor, la gente joven que busca soportar la fatiga y el hambre, el hombre que quiere matar a otro hombre, la mujer que quiere estar caliente: todos desean poder. ¡Y la yerba se lo da! ¿Sientes que la quieres? preguntó tras una pausa.
-Siento un vigor extraño -dije, y era verdad. Lo había advertido al despertar y lo sentía entonces. Era una sensación muy peculiar de incomodidad, de amargura; todo mi cuerpo se movía y se estiraba con ligereza y fuerza inusitadas. Tenía comezón en los brazos y en las piernas. Mis hombros parecían henchirse; los músculos de mi espalda y de mi cuello me hacían sentir deseos de empujar árboles o frotarme contra ellos. Me sentía capaz de demoler un muro.
No dijimos más. Estuvimos un rato sentados en el zaguán. Noté que don Juan se estaba quedando dormido; cabeceó un par de veces y luego, sencillamente, estiró las piernas, se acostó en el piso con las manos tras la cabeza y se durmió. Me levanté y fui detrás de la casa, donde quemé mi energía física extra limpiando la basura; don Juan, recordaba yo, había dicho que le gustaría que yo lo ayudase a limpiar detrás de su casa.
Más tarde, cuando él se despertó y vino al traspatio, yo me hallaba más relajado.
Nos sentamos a comer, y durante la comida me preguntó tres veces cómo me sentía. Siendo esto una rareza, terminé por preguntar:
-¿Por qué le preocupa cómo me siento, don Juan? ¿Espera que tenga una mala reacción por haber tomado el jugo?
Rió. Pensé que se estaba portando como un niño travieso que ha armado una jugarreta e investiga los resultados de vez en cuando. Todavía riendo, dijo:
-No pareces enfermo. Hace rato hasta me hablaste mal.
-No es cierto, don Juan -protesté-. No recuerdo haberle hablado nunca así.
Tomé muy en serio ese punto porque no recordaba haberme sentido molesto con él.
-Saliste en su defensa -dijo.
-¿En defensa de quién?
-Estabas defendiendo a la yerba del diablo. Ya parecías su amante.
Yo iba a protestar aún más vigorosamente, pero me contuve.
-De veras no me di cuenta de que estaba defendiéndola.
-Claro que no. Ni siquiera te acuerdas de lo que dijiste, ¿verdad?
-No, no me acuerdo. Tengo que admitirlo.
-Ya ves. Así es la yerba del diablo. Se te cuela como una mujer. Ni siquiera te das cuenta. Todo lo que sabes es que te hace sentirte bien y con poder: los músculos se hinchan de vigor, los puños dan comezón, las plantas de. los pies arden por perseguir a alguien. Cuando un hombre la conoce es cuando de veras se llena de ansias. Mi benefactor decía que la yerba del diablo se queda con los hombres que quieren poder y se deshace de los que no pueden con ella.
Pero el poder era más común entonces; se buscaba con más ganas. Mi benefactor era un hombre poderoso y, según lo que me dijo, su benefactor era todavía más dado a buscar poder. Pero en esos días había razón para ser poderoso.
-¿Piensa usted que ya no hay razón para el poder en estos di as?
-El poder está bien para ti, ahora. Eres joven. No eres indio. Acaso la yerba del diablo sea buena en tus manos. Parece que te gustó. Te hizo sentirte fuerte. Yo mismo sentí todo eso. Y sin embargo no me gustó.
-¿Puede decirme por qué, don Juan?
-¡No me gusta su poder! Ya no sirve de nada. En otros tiempos, como aquellos de los que mi benefactor me contaba, había razón para buscar poder. Los hombres realizaban hazañas fenomenales, eran

admirados por su fuerza y temidos y respetados por su saber. Mi benefactor me contaba historias de hazañas verdaderamente fenomenales que se realizaron hace mucho, mucho. Pero ahora nosotros, los indios, ya no buscamos ese poder. Hoy en día, los indios usan la yerba para darse friegas. Usan las hojas y las flores para otras cosas; hasta dicen que les curan los granos. Pero no buscan su poder: un poder que actúa como un imán, más potente y más peligroso de manejar cuanto más se ahonda la raíz en la tierra. Cuando uno llega a los cuatro metros dicen que algunos han llegado encuentra el sitio del poder permanente, poder sin fin. Muy pocos seres humanos han hecho esto en el pasado, y nadie lo hace hoy.

Te lo digo, nosotros los indios ya no necesitamos el poder de la yerba del diablo. Creo que poco a poco he-mos perdido el interés, y ahora el poder ya no importa. Yo mismo no lo busco, y sin embargo una vez, cuando tenía tu edad, también sentía por dentro su hinchazón. Me sentía como tú te sentiste hoy, sólo que quinientas veces más fuerte. Maté a un hombre con un solo golpe de mi brazo. Podía aventar peñascos, peñascos enormes que ni veinte hombres podían mover. Una vez salté tan alto que tronché las copas de los árboles más altos. ¡Pero todo eso fue de balde! Lo único que hacía era asustar a los indios: nada más a los indios. Los demás, que no sabían nada de eso, no lo creían. Veían un indio loco, o bien algo que se movía en las copas de los árboles.

Estuvimos callados largo tiempo. Yo necesitaba decir algo.

-Era distinto cuando había gente en el mundo -prosiguió-, gente que sabía que, un hombre podía convertirse en león de montaña o en pájaro, o que un hombre podía volar así nomás. Por eso ya no uso la yerba del diablo. ¿Para qué? ¿Para asustar a los indios?

Y lo vi triste, y una honda simpatía me llenó. Quise decirle algo, aunque fuera una perogrullada,

-Tal vez, don Juan, ése sea el destino de todos los hombres que quieren saber.

-Tal vez -dijo suavemente.

Jueves, 23 de noviembre, 1961

Al llegar en el auto, no vi a don Juan sentado en su zaguán. Eso me pareció extraño. Lo llamé en voz alta y su nuera salió de la casa.

-Está adentro -dijo.

Resultó que don Juan se había dislocado el tobillo varias semanas antes. Había hecho su propio enyesado remojando tiras de tela en una papilla de cacto y hueso molido. Las tiras, atadas estrechamente en torno del tobillo, habían formado al secarse un molde ligero, ajustado. Tenía la dureza del yeso, pero no su amplitud de volumen.

-¿Cómo pasó? pregunté.

La nuera, una yucateca, que lo estaba atendiendo, me contestó,

-Fue un accidente. ¡Se cayó y casi se rompe el pie!

Don Juan rió y esperó que la mujer saliera de la casa antes de responder.

-¡Qué accidente ni qué nada! Tengo cerca una enemiga. ¡La Catalina! Me empujó en un momento de debilidad y yo caí.

-¿Por qué hizo eso ella?

-Porque quería matarme, por eso.

-¿Estuvo aquí con usted?

-¡Sí!

-¿Por qué la dejó entrar?

-Yo no la dejé. Ella entró volando,

-¡Cómo dice!

-Es chanate. Y muy buena para eso. Me cogió desprevenido. Ha estado tratando de acabarme desde hace mucho. Esta vez anduvo muy cerca.

-Dijo usted que es un chanate? Digo, ¿es la Catalina un pájaro?

-Ahí vas otra vez con tus preguntas. ¡Es un chanate! Igual que yo soy un cuervo. ¿Soy un hombre o un pájaro?

Soy un hombre que sabe cómo volverse pájaro. Pero hablando otra vez de la Catalina: ¡es una bruja del demonio! Su intención de matarme es tan fuerte que a duras penas logré quitármela de encima.

El chanate se metió hasta mi casa y no pude detenerlo.
-¿Puede usted convertirse en pájaro, don Juan?
-¡Sí! Pero eso es algo que veremos después.
-¿Por qué quiere matarlo?
-Oh, hay un viejo problema entre nosotros. Se pasó de la raya, y ahora parece que tendré que acabar con ella antes de que ella acabe conmigo.
-¿Va usted a usar brujería? -pregunté con gran expectación.
-No seas tonto. Ninguna brujería trabajaría contra ella. ¡Tengo otros planes! Algún día te los diré.
-¿Puede su aliado protegerlo de ella?
-¡No! El humito nada más me dice qué hacer. Luego yo debo protegerme solo.
-¿Y Mescalito? ¿Puede protegerlo de ella?
-¡No! Mescalito es un maestro, no un poder que se use por motivos personales.
-¿Y la yerba del diablo?
-Ya te dije que debo protegerme solo, siguiendo las indicaciones de mi aliado el humito. Y hasta donde yo sé, el humito puede hacer cualquier cosa. Si quieres saber de lo que sea, el humo te dice. Y no sólo te da conocimiento, sino también los medios para proseguir. Es el aliado más maravilloso que un hombre pueda tener.
-¿Es el humito el mejor aliado posible para todo el mundo?
-Todos nosotros no somos iguales. Muchos le tienen miedo y no lo tocan, ni siquiera se le acercan. El humito es como todo lo demás; no se hizo para todos nosotros.
-¿Qué clase de humo es, don Juan?
-¡El humo de los adivinos!
Había en su voz una reverencia perceptible; un estado de ánimo que yo nunca había notado anteriormente.
-Empezaré por decirte exactamente lo que me dijo mi benefactor cuando empezó a enseñarme acerca de él. Aunque en ese entonces, igual que tú ahora, yo no tenía modo de entender. "La yerba del diablo es para los que quieren poder. El humito es para los que quieren observar y ver." Y en mi opinión, el humito no tiene rival, Una vez que un hombre entra en su campo, todos los otros poderes están a su disposición. ¡Es magnífico! Y por supuesto, requiere una vida entera. Años nada más para familiarizarse con sus dos partes vitales: la pipa y la mezcla de fumar. La pipa me la dio mi benefactor, y después de tantos años de acariciarla se ha vuelto mía. Se ha hecho a mis manos. Pasarla a tus manos, por ejemplo, será una verdadera faena para mí, y una gran hazaña para ti, ¡si salimos con bien! La pipa sentirá la tensión de que alguien más la manosee, y si alguno de nosotros comete un error no habrá manera de evitar que la pipa se parta sola por su propia fuerza o se escape de nuestras manos para romperse, aunque se caiga en un montón de paja. Si eso llega a suceder, será el fin de los dos. Sobre todo el mío. El humito se volvería contra mí en formas increíbles.
-¿Cómo podría volverse contra usted si es su aliado?
Mi pregunta pareció alterar el curso de sus pensamientos. Pasó largo rato sin hablar.
La dificultad de los ingredientes -prosiguió de súbito- hace a la mezcla de fumar una de las sustancias más peligrosas que conozco. Nadie puede prepararla sin que le enseñen. ¡Es veneno mortal para cualquiera que no sea el protegido del humito! La pipa y la mezcla deben tratarse con extremo cuidado. Y el hombre que trata de aprender debe prepararse llevando una vida dura, tranquila. Los efectos son tan terribles que sólo un hombre fuerte puede soportar la más pequeña fumada. Al principio todo es aterrador y confuso, pero cada fumada define más las cosas. ¡Y de pronto el mundo se abre de nuevo! ¡Increíble! Cuando esto sucede, el humito se ha hecho aliado de uno y le resolverá cualquier problema permitiéndole entrar en mundos inconcebibles.
"Esta es la mayor propiedad del humito, su mayor don. Y lleva a cabo su función sin dañar en lo más mínimo. ¡Yo llamo al humito un verdadero aliado!"
Como de costumbre, estábamos sentados frente a su casa, donde el suelo de tierra está siempre limpio y bien apisonado. Don Juan se levantó de pronto y entró en la

casa. Tras unos momentos regresó con un bulto angosto y volvió a sentarse.
-Esta es mi pipa -dijo.
Se inclinó hacia mí para mostrarme una pipa que sacó de una funda de lienzo verde. Medía unos veintidós o veinticinco centímetros. El tallo era de madera rojiza, sencillo, sin ornamentación. El cuenco parecía también de madera, y era un poco voluminoso en comparación con el delgado tallo. Tenía un acabado pulido y era de color gris oscuro, casi del color del carbón.
Don Juan sostuvo la pipa frente a mi cara Pensé que me la estaba entregando. Alargué la mano para tomarla, pero él la apartó rápidamente.
-Esta pipa me la dio mi benefactor -dijo-. A su tiempo yo te la pasaré a ti. Pero primero debes conocerla. Cada vez que vengas te la daré. Empieza por tocarla. Agárrala un rato muy corto, al principio, hasta que tú y la pipa se acostumbren el uno al otro. Luego métela en tu bolsa, o acaso en tu camisa. Y finalmente póntela en la boca. Todo esto se hace poco a poco, despacio y con tiento. Cuando la amistad está hecha, fumas en ella. Si sigues mi consejo y no te apuras, a lo mejor el humito se hace también tu aliado preferido.
Me entregó la pipa, pero sin soltarla. Alargué hacia ella el brazo derecho.
-Con las dos manos -dijo él.
Toqué la pipa con ambas manos durante un momento muy breve. No me la acercó lo suficiente para asirla, sino sólo lo bastante para tocarla, Luego la apartó,
-El primer paso es que la pipa te guste. ¡Eso lleva tiempo!
-¿Puedo yo disgustar, a la pipa, don Juan?
-No. No puedes disgustarle, pero debes aprender a que te guste para que, cuando te llegue la hora de fumar, la pipa te ayude a no tener miedo.
-¿Qué fuma usted, don Juan?
-¡Esto!
Abrió el cuello de su camisa dejando ver una bolsita que llevaba colgada como un medallón. La sacó, la desató, y con mucho cuidado virtió parte del contenido en la palma de su mano.
Hasta donde pude ver, la mezcla parecía hojas de té finamente deshebradas cuyo color variaba del café oscuro al verde claro, con unas cuantas pizcas de amarillo brillante.
Reintegró la mezcla a la bolsa, cerró la bolsa, la ató con una tirilla de cuero y la puso nuevamente bajo su camisa.
-¿Qué clase de mezcla es?
-Lleva muchas cosas. Conseguir todos los ingredientes es empresa muy difícil. Hay que viajar lejos. Los honguitos que se necesitan para preparar la mezcla crecen sólo en ciertas épocas del año, y sólo en ciertos sitios.
-¿Tiene usted una mezcla diferente para cada tipo de ayuda que necesita?
-¡No! Sólo hay un humito, y no hay otro como él.
Señaló la bolsa colgada contra su pecho y alzó la pipa que descansaba entre sus piernas.
¡Estas dos son una! Una no puede ir sin la otra. Esta pipa y el secreto de esta mezcla pertenecían a mi benefactor. A él se los entregaron en la misma forma en que mi benefactor me los dio a mi. Aunque la mezcla es difícil de preparar, uno puede volver a abastecerse. El secreto está en los ingredientes, y en la manera como se tratan y se mezclan. En cambio, la pipa es para toda la vida. Debe tratársela con cuidado infinito. Es resistente y fuerte, pero nunca hay que golpearla ni hacerla rodar de aquí para allá. Hay que manejarla con las manos secas, nunca cuando las manos están sudadas, y nada más debe usarse cuando se esté a solas. Y nadie, absolutamente nadie debe verla nunca, a menos que uno quiera dársela a alguien. Así me enseñó mi benefactor, y así he tratado a la pipa toda mi vida.
-¿Qué pasaría si usted perdiera o rompiera la pipa?
Meneó la cabeza, muy lentamente, y me miró.
-¡Me moriría!
-¿Son como la suya todas las pipas de los brujos?
No todos tienen pipas como la mía. Pero conozco algunos que sí.

-¿Puede usted mismo hacer una pipa como ésta, don Juan? -insistí-. Suponga que no la tuviera: ¿cómo podría darme una si quisiera?
-Si no tuviera la pipa, no podría ni querría darla. Te darla cualquier otra cosa.
Parecía algo hosco conmigo. Metió con mucho cuidado la pipa en la funda, que debía de estar forrada de algún material suave, pues la pipa, que encajaba con justeza, se deslizó fácilmente al interior. Don Juan entró en la casa para guardar su pipa.
-¿Está usted enojado conmigo, don Juan? le pregunté cuando volvió. Pareció sorprenderse de mi pregunta.
-¡No! ¡Nunca me enojo con nadie! Ningún ser humano puede hacer nada lo bastante importante para enojarme. Uno se enoja con la gente cuando siente que sus actos son importantes. Yo ya no siento eso.

Martes, 26 de diciembre, 1961

El tiempo específico de replantar el "brote", como don Juan llamaba a la raíz, no estaba fijado, aunque se suponía que era el siguiente paso para domar el poder vegetal.
Llegué a casa de don Juan el sábado 23 de diciembre, temprano por la tarde. Estuvimos un rato sentados en silencio, como de costumbre. El día era cálido y nublado. Habían pasado meses desde que don Juan me diera la primera parte.
Es tiempo de devolver la yerba a la tierra dijo de pronto . Pero antes voy a prepararte una protección. Tú la guardarás, y sólo tú debes verla. Como yo voy a prepararla, también yo la veré. Eso no es bueno porque, como te dije, no le tengo buena voluntad a la yerba del diablo. No somos uno. Pero mi recuerdo no vivirá mucho; soy demasiado viejo. Sin embargo, debes guardarla de los ojos de otros porque, mientras dura su recuerdo de haberla visto, el poder de la protección sufre daño.
Entró en su cuarto y sacó tres bultos de arpillera debajo de un petate viejo. Volvió al zaguán y tomó asiento.
Tras largo silencio abrió uno de los bultos. Era la datura hembra que había recogido en mi compañía; todas las hojas, flores y vainas apiladas con anterioridad estaban secas. Tomó el trozo largo de raíz en forma de Y, y luego ató nuevamente el bulto.
La raíz se había secado y enjutado y las barras de la horqueta se hallaban más separadas y contorsionadas. Puso la raíz en su regazo, abrió el morral de cuero y extrajo su cuchillo. Sostuvo la raíz seca frente a mí.
Esta parte es para la cabeza dijo, e hizo la primera incisión en la cola de la Y, que vista al revés semejaba la forma de un hombre con las piernas abiertas.
-Ésta es para el corazón dijo, y cortó cerca del ángulo de la Y. Luego cortó las puntas de la raíz, dejando unos siete centímetros en cada barra de la Y. Luego, con lentitud y paciencia, talló la forma de un hombre.
La raíz era seca y fibrosa. Para tallarla, don Juan hacía dos incisiones y pelaba las fibras entre ambas hasta la hondura de los cortes. Sin embargo, cuando se trataba de detalles, como dar forma a brazos y manos, cincelaba la madera. El producto final fue una figurilla como de alambre: un hombre con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos en posición de aferrar.
Don Juan se levantó y fue hasta una agave azul que crecía frente a la casa, junto al porche. Asió la dura espina de una de las pulposas hojas centrales, la dobló y le dio dos o tres vueltas. El movimiento circular casi separó la espina de la hoja, dejándola colgada. El la mordió, o más bien la tomó entre los dientes, y dio un tirón. La espina salió de la pulpa, arrastrando consigo un manojo de largas fibras: hebras de sesenta centímetros de largo unidas a la parte leñosa como una cola blanca. Aún sosteniendo la espina con los dientes, don Juan trenzó las fibras entre las palmas de sus manos e hizo un cordel que ató alrededor de las piernas de la figurilla, para juntarlas. Envolvió la parte inferior del cuerpo hasta que el cordel se terminó; luego, con gran pericia, utilizó la espina como una lezna dentro de la parte delantera del cuerpo, bajo los brazos cruzados, hasta

que la aguda punta salió, como brotando de las manos de la figurilla. Usó de nuevo los dientes y, jalando con suavidad, sacó la espina casi por entero. Parecía una larga lanza sobresaliendo del pecho de la figura. Sin mirar ya la estatuilla, don Juan la metió en su morral.

Parecía exhausto por el esfuerzo. Se acostó en el piso y se quedó dormido.

Ya estaba oscuro cuando despertó. Comimos las provisiones que yo le había llevado y estuvimos un rato más sentados en el zaguán. Luego don Juan caminó hacia la parte trasera de la casa, llevando los tres bultos de arpillera Cortó varias ramas secas y encendió una fogata. Nos sentamos cómodamente frente a ella y don Juan abrió los tres bultos. Además del que contenía los pedazos secos de la planta hembra, había otro con todo lo que aún quedaba de la planta macho, y un tercero, voluminoso, que contenía pedazos verdes de datura, recién cortados.

Don Juan fue a la artesa y regresó con un mortero muy hondo, que más parecía una jarra con el fondo en suave curva. Hizo un hoyo poco profundo y asentó firmemente el mortero en la tierra Echó más ramas secas en el fuego; después tomó los dos bultos con los pedazos secos de las plantas macho y hembra y los vació juntos en el mortero. Sacudió la arpillera para asegurarse de que todos los pedazos habían caído en el mortero. Del tercer bulto extrajo dos trozos frescos de raíz de datura.

-Voy a prepararlos sólo para ti -dijo.

-¿Qué clase de preparación es, don Juan?

-Lino de estos pedazos viene de una planta macho, el otro de una planta hembra. Esta es la única vez que se deben juntar las dos plantas. Los pedazos vienen de un metro de hondo.

Los maceró con golpes parejos de la mano del mortero. Al hacerlo cantaba en voz baja: una especie de zumbido monótono, sin ritmo. Las palabras me resultaron ininteligibles. Se hallaba absorto en su tarea.

Cuando las raíces estuvieron completamente maceradas, tomó del bulto algunas hojas de datura. Estaban limpias y recién cortadas, todas intactas, sin cortes ni agujeros de gusano. Las echó en el mortero una por una. Tomó un puñado de flores de datura y también las echó en el mortero, en la misma forma deliberada. Conté catorce de cada cosa. Luego sacó un manojo de vainas frescas, verdes: conservaban sus espinas y no estaban abiertas. No pude contarlas porque las echó todas juntas en el mortero, pero supuse que también eran catorce. Añadió tres tallos de datura, sin hojas. Eran rojos oscuros y estaban limpios y, a juzgar por sus ramificaciones múltiples, parecían haber pertenecido a unas plantas grandes.

Tras poner en el mortero todos estos ingredientes, los convirtió en una pulpa con los mismos golpes parejos. En determinado momento inclinó el mortero y con la mano empujó la mezcla a una olla vieja. Me alargó la mano; pensé que quería que se la secara. En vez de ello, tomó mi mano izquierda y con un movimiento muy rápido separó los dedos medio y anular tanto como pudo. Luego, con la punta de su cuchillo, me hirió entre ambos dedos y desga¬rró hacia abajo la piel del anular. Actuó con tanta habilidad y rapidez que cuando retraje la mano ésta tenía una cortada honda, y la sangre fluía en abundancia. Cogió nuevamente mi mano, la puso sobre la olla y la apretó para forzar la salida de más sangre.

El brazo se me adormeció. Me hallaba en un estado de shock: extrañamente frío y rígido, con una sensación opresiva en el pecho y en los oídos. Sentí que resbalaba sobre mi asiento. ¡Me estaba desmayando! Don Juan soltó mi mano y agitó el contenido de la olla. Al recuperarme del shock, me sentí realmente enojado con él. Tardé bastante tiempo en recobrar la compostura.

Colocó tres piedras en torno al fuego y puso encima la olla. A todos los ingredientes añadió algo que me pareció ser un gran trozo de cola de carpintero, así como una olla de agua, y dejó hervir la mezcla. Las plantas de datura tienen, por sí solas,

un olor muy peculiar. Combinadas con la cola, que produjo un fuerte olor cuando la mezcla empezó a hervir, creaban un vapor tan acerbo que yo debía contenerme para no vomitar.
La mezcla hirvió largo rato mientras seguíamos inmóviles, sentados frente a ella. A ratos, cuando el viento llevaba el vapor en mi dirección, la pestilencia me envolvía, y yo aguantaba el aliento en un esfuerzo por evitarla.
Don Juan abrió su morral y sacó la figurilla; me la dio cuidadosamente y me indicó ponerla en la olla sin quemarme las manos. La dejé resbalar suavemente hacia la papilla hirviente. El sacó su cuchillo, y por un segundo creí que iba a cortarme de nuevo; en vez de ello, empujó la figurita con la punta del cuchillo y la hundió.
Observó la papilla hervir durante un rato más, y luego empezó a limpiar el mortero. Lo ayudé. Cuando terminamos, puso contra la cerca el mortero y la mano. Entramos en la casa, y la olla quedó toda la noche sobre las piedras.
Al amanecer, don Juan me dio instrucciones de sacar la figurilla de la goma y colgarla del techo mirando hacia el este, para que se secara al sol. A mediodía estaba tiesa como alambre. El calor había sellado el pegamento, y el color verde de las hojas se había mezclado con él. La figurilla tenía un acabado brillante, extraño.
Don Juan me pidió descolgarla. Luego me dio un morral pequeño que había hecho con una vieja chaqueta de ante que yo le llevé tiempo atrás. El morral era igual al que él mismo tenía. La única diferencia era que el suyo era de cuero café suave.
-Mete tu "imagen" en el morral y ciérralo -dijo. No me miraba, y deliberadamente mantenía apartado el rostro. Una vez que tuve la figurilla dentro del morral me dio una red para cargar y me indicó poner allí la olla de barro.
Caminó hasta mi coche, me quitó a red de las manos y la ató a la tapa abierta del compartimiento de guantes.
-Ven conmigo -dijo.
Lo seguí. Rodeó la casa, describiendo un círculo completo en el sentido de las manecillas del reloj. Se detuvo en el zaguán y circundó la casa de nuevo, esta vez en dirección contraria, regresando otra vez al zaguán. Permaneció inmóvil algún tiempo, y luego se sentó.
Estaba yo condicionado a suponer un significado en todo cuanto don Juan hacía. Me preguntaba cuál podría ser el de dar vueltas a la casa, cuando él dijo:
-¡Caramba! Se me olvidó dónde lo puse.
Le pregunté qué buscaba. Dijo haber olvidado dónde dejó el brote que yo debía replantar. Rodeamos la casa una vez más antes de que recordara el sitio.
Me mostró un pequeño frasco de vidrio sobre un pedazo de tabla clavado a la pared, debajo del techo. El frasco contenía la otra mitad de la primera parte de la raíz de datura. El brote mostraba un incipiente crecimiento de hojas en su extremo superior. El frasco contenía una pequeña cantidad de agua, pero nada de tierra,
-¿Por qué no tiene tierra? -pregunté.
-No todas las tierras son la. misma, y la yerba del diablo debe conocer sólo la tierra en que vivirá y crecerá. Y ahora es tiempo de devolverla a la tierra, antes que la dañen los gusanos.
-¿Podemos plantarla aquí cerca de la casa? pregunté.
-¡No! ¡No! Cerca de aquí no. Debe regresar a un sitio de tu gusto.
-¿Pero dónde puedo encontrar un sitio de mi gusto?
-Eso yo no sé. Puedes plantarla donde quieras. Pero hay que velar por ella, porque debe vivir para que tú tengas el poder que necesitas. Si muere, eso significa que no te quiere, y no debes molestarla más. Significa que no tendrás poder sobre ella. Por eso debes cuidarla y velar por ella, para que crezca. Pero no vayas a consentirla.
-¿Por qué no?
-Porque si no es su voluntad crecer, de nada sirve sonsacarla. Pero, eso sí, demuéstrale que te preocupas. Tenla limpia de gusanos y dale agua cuando la visites. Esto debe hacerse cada cierto tiempo has-

ta que tenga semilla. Después de que las primeras semillas germinen, estaremos seguros de que te quiere.
-Pero, don Juan, no me es posible cuidar la raíz como usted dice,
-¡Si quieres su poder, debes hacerlo! ¡No hay otra manera!
-¿Puede usted cuidármela mientras no estoy aquí, don Juan?
-¡No! ¡Yo no! ¡No puedo! Cada quien debe alimentar su propio brote. Yo tuve el mío. Ahora tú debes tener el tuyo. Y sólo cuando dé semillas, como te dije, podrás considerarte listo para aprender.
-¿Dónde piensa usted que debo replantarla?
-¡Eso es para que tú solo lo decidas! ¡Y nadie debe saber el lugar, ni siquiera yo! Así es como hay que replantar. Nadie, pero nadie, puede saber dónde está tu planta. Si un extraño te sigue, o te ve, toma el brote y corre para otro lado. Cualquiera podría causarte un daño como no te imaginas con sólo manosear el brote. Podría lisiarte o matarte. Por eso ni siquiera yo debo saber dónde está tu planta.
Me alargó el frasquito con el brote.
-Agárralo ya.
Lo tomé. Entonces me llevó casi a rastras a mi coche.
-Ahora debes irte. Ve y escoge el sitio donde replantarás el brote. Escarba un agujero hondo en tierra blanda, junto a un lugar con agua. Acuérdate: tiene que estar cerca del agua para crecer. Haz el agujero con las puras manos, aunque sangren. Pon el brote en el centro del agujero y haz un pilón alrededor, Luego remójalo con agua. Cuando el agua se hunda, llena el hoyo con tierra blanda. Después escoge un sitio a dos pasos del brote, en esa dirección [señaló hacia el sureste]. Haz allí otro agujero hondo, también con las manos, y tira en él lo que hay en la olla. Luego quiebra la olla y entiérrala hondo en otro lugar, lejos del sitio donde está tu brote. Cuando hayas enterrado la olla, regresa con tu brote y riégalo otra vez. Entonces saca tu imagen, sostenla entre los dedos donde está la cortada y, parad; en el sitio donde enterraste la cola, toca apenas el brote con la punta de la aguja. Da tres vueltas al brote, parándote cada vez en el mismo sitio a tocarlo.
-¿Tengo que seguir una dirección específica al dar vueltas a la raíz?
-Cualquier dirección es buena. Pero debes siempre recordar en qué dirección enterraste la cola y qué dirección tomaste al rodear el brote. Toca apenitas el brote con la punta todas las veces menos la última: entonces la clavas hondo. Pero hazlo con cuidado; arrodíllate para afirmar la mano, porque no debes romper la punta dentro del brote. Si la rompes, estás acabado. La raíz no te servirá de nada.
-¿Tengo que decir algo mientras doy la vuelta al brote?
-No, eso lo haré yo por ti.

Sábado, 27 de enero, 1962

Apenas llegué a su casa esta mañana, don Juan me dijo que iba a enseñarme cómo se prepara la mezcla de fumar. Caminamos hasta los cerros y nos adentramos bastante por una de las cañadas. Se detuvo junto a un arbusto alto y esbelto cuyo color contrastaba marcadamente con el de la vegetación circundante. El chaparral en torno era amarillento, pero el arbusto era verde brillante.
-De este arbolito debes tomar las hojas y las flores -dijo-. El momento justo para cortarlas es el día de las ánimas.
Sacó su cuchillo y tronchó la punta de uña rama delgada. Eligió otra rama similar y también le tronchó la punta. Repitió esta operación hasta tener un puñado de puntas de rama. Luego se sentó en el suelo.
-Mira -dijo-. Corté todas las ramas encima de la horqueta que hacen dos o más hojas y el tallo. ¿Ves? Todas son iguales. Nada más usé la punta de cada rama, donde las hojas están frescas y tiernas. Ahora hay que buscar un lugar sombreado.
Caminamos hasta que pareció hallar lo que buscaba. Sacó del bolsillo un largo cordel y lo ató al tronco y a las ramas bajas de dos arbustos, haciendo una especie de

tendedero donde colgó de cabeza las puntas de rama. Las ordenó con pulcritud a lo largo del cordel; enganchadas por la horqueta entre las hojas y el tallo, parecían formar una larga fila de jinetes verdes.
-Hay que ver que las hojas se sequen en la sombra -dijo-. El sitio debe ser apartado y difícil de alcanzar. Así las hojas están protegidas Hay que dejarlas a secar en un sitio donde sea casi imposible encontrarlas. Después de que se secan, hay que ponerlas en un paquete y sellarlas.
Quitó las hojas del cordel y las tiró en los arbustos cercanos. Al parecer sólo había querido mostrarme el procedimiento.
Seguimos caminando y don Juan cortó tres flores distindiciendo que eran parte de los ingredientes y debían juntarse al mismo tiempo. Pero las flores se ponían en sendas vasijas de barro y se secaban en la oscuridad; había que poner una tapa en cada vasija para que las flores crearan moho dentro del recipiente. Dijo que la función de las hojas y las flores consistía en endulzar la mezcla del humito.
Salimos de la cañada y nos encaminamos al lecho del río. Tras un largo rodeo volvimos a su casa; En la noche estuvimos sentados hasta hora avanzada en su propio cuarto, cosa que rara vez me permitía, y me habló del ingrediente final de la mezcla: los hongos.
-El verdadero secreto de la mezcla está en los honguitos -dijo-. Son el ingrediente más difícil de juntar. El viaje al sitio donde crecen es largo y peligroso, y seleccionar los buenos es todavía más arriesgado. Hay otras clases de hongos que crecen allí mismo y que no sirven; echan a perder a los buenos si se secan juntos. Requiere tiempo conocer bien los hongos, para no cometer un error. Hay daño grave si se usan los que no son: daño para el hombre y para la pipa. Sé de hombres que cayeron muertos por usar el humo sucio.
"En cuanto los honguitos se cortan, se meten en un guaje, así que no hay modo de revisarlos. Ves, hay que deshebrarlos para hacerlos pasar por el cuello del guaje."
-¿Cómo se puede prevenir un error?
-Teniendo cuidado y sabiendo escoger. Te dije que es difícil. No cualquiera puede domar el humito; la mayoría de la gente ni siquiera hace el intento.
-¿Cuánto tiempo se dejan los hongos dentro del guaje?
-Un año. Todos los demás ingredientes también se sellan un año, Luego se miden por partes iguales y se muelen por separado, hasta que quede un polvo muy fino. Los honguitos no necesitan molerse porque ellos solos se convierten en polvo finito; nada más hay que desmoronar los trozos. Cuatro partes de hongos se añaden a una parte de todos los demás ingredientes juntos. Luego se mezclan y se ponen en una bolsa como la mía -señaló el saquito colgado bajo su camisa.

-Entonces todos los ingredientes se juntan otra vez, y cuando se han puesto a secar ya estás listo para fumar la mezcla que acabas de preparar. En tu caso, fumarás el año entrante. Y el año después de ése, la mezcla será toda tuya porque la habrás juntado solo. La primera vez que fumes, yo te encenderé la pipa. Fumas toda la mezcla del cuenco y esperas. El humito vendrá. Lo sentirás. Te dará libertad de ver todo cuanto quieras ver. Hablando con propiedad, es un aliado sin rival. Pero quien lo busque debe tener una intención y tina voluntad irreprochables. Las necesita, porque si no tiene intención v voluntad de volver, el humito no lo dejará. Y después, también, debe tener intención y voluntad de recordar lo que el humito le permita ver; de otro modo no será más que una mancha de niebla en su mente.

Sábado, 8 de abril, 1962

En nuestras conversaciones, don Juan usaba a menudo la frase "hombre de conocimiento", o se refería a ella, pero nunca explicaba qué quería decir. Inquirí al respecto.
-Un hombre de conocimiento es alguien que ha seguido de verdad las penurias de aprender -dijo-. Un hombre que, sin apu-

ro, sin vacilación ha ido lo más lejos que puede en desenredar los secretos del poder y el conocimiento.
-¿Puede cualquiera ser un hombre de conocimiento?
-No, no cualquiera,
-¿Entonces qué debe hacer un hombre para volverse hombre de conocimiento?
-Debe desafiar y vencer a sus cuatro enemigos naturales.
-¿Será un hombre de conocimiento tras derrotar a estos cuatro enemigos?
-Si. Un hombre puede llamarse hombre de conocimiento sólo si es capaz de vencer a los cuatro.
-Entonces, ¿puede cualquiera que venza a estos enemigos ser un hombre de conocimiento?
-Todo el que los venza se convierte en un hombre de conocimiento.
-¿Pero hay requisitos especiales que un hombre debe cumplir antes de luchar con estos enemigos?
-No hay requisitos. Cualquiera puede tratar de llegar a ser hombre de conocimiento; muy pocos llegan a serlo, pero eso es natural. Los enemigos que un hombre encuentra en el camino para llegar a ser un hombre de conocimiento son de veras formidables, de verdad poderosos; y la mayoría, pues, se pierde.
-¿Qué clase de enemigos son, don Juan?
Se negó a hablar de los enemigos. Dijo que pasaría largo tiempo antes de que el tema tuviera algún sentido para mí. Traté de mantener vivo ese tema, y le pregunté si pensaba que yo podía volverme hombre de conocimiento. Dijo que nadie podía decir eso de seguro. Pero yo insistí en preguntar si había algunas pistas que él pudiera usar para determinar si yo tenía o no oportunidad de convertirme en un hombre de conocimiento. Dijo que dependería de mi batalla contra los cuatro enemigos de si podía yo vencerlos o salía vencido pero que era imposible predecir el resultado de esa lucha.
Le pregunté si podía usar brujería o adivinación para ver el desenlace de la batalla. Dijo terminantemente que los resultados de la contienda no podían anticiparse por ningún medio, porque volverse hombre de conocimiento era cosa temporal. Cuando le pedí explicar este punto, replicó:
-Ser hombre de conocimiento no tiene permanencia. Uno no es nunca en realidad un hombre de conocimiento. Más bien, uno se hace hombre de conocimiento por un instante muy corto, después de vencer a las cuatro enemigos naturales.
-Debe usted decirme, don Juan, qué clase de enemigos son.
No respondió. Insistí de nuevo, pero él abandonó el tema y se puso a hablar de otra cosa.

Domingo, 15 de abril, 1962

Cuando me disponía a partir, decidí preguntarle una vez más por los enemigos de un hombre de conocimiento. Aduje que no podría regresar en algún tiempo y serla buena idea escribir lo que él dijese y meditar en ello mientras estaba fuera.
Titubeó un rato, pero luego comenzó a hablar.
-Cuando un hombre empieza a aprender, nunca sabe lo que va a encontrar. Su propósito es deficiente; su intención es vaga. Espera recompensas que nunca llegarán, pues no sabe nada de los trabajos que cuesta aprender.
"Pero uno aprende así, poquito a poquito al comienzo, luego más y más. Y sus pensamientos se dan de topetazos y se hunden en la nada. Lo que se aprende no es nunca lo que uno creía. Y así se comienza a tener miedo. El conocimiento no es nunca lo que uno se espera. Cada paso del aprendizaje es un atolladero, y el miedo que el hombre experimenta empieza a crecer sin misericordia, sin ceder. Su propósito se convierte en un campo de batalla.
"Y así ha tropezado con el primero de sus enemigos naturales: ¡el miedo! Un enemigo terrible: traicionero y enredado como los cardos. Se queda oculto en cada recodo del camino, acechando, esperando. Y si el hombre, aterra¬do en su presencia, echa a correr, su enemigo habrá puesto fin a su búsqueda."

-¿Qué le pasa al hombre si corre por miedo?
-Nada le pasa, sólo que jamás aprenderá. Nunca llegará a ser hombre de conocimiento. Llegará a ser un maleante, o un cobarde cualquiera, un hombre inofensivo, asustado; de cualquier modo, será un hombre vencido. Su primer enemigo habrá puesto fin a sus ansias.
-¿Y qué puede hacer para superar el miedo?
-La respuesta es muy sencilla. No debe correr. Debe desafiar a su miedo, y pese a él debe dar el siguiente paso en su aprendizaje, y el siguiente, y el siguiente. Debe estar lleno de miedo, pero no debe detenerse. ¡Esa es la regla! Y llega un momento en que su primer enemigo se retira. El hombre empieza a sentirse seguro de si. Su propósito se fortalece. Aprender no es ya una tarea aterradora.
"Cuando llega ese momento gozoso, el hombre puede decir sin duda que ha vencido a su primer enemigo natural."
-¿Ocurre de golpe, don Juan, o poco a poco?
-Ocurre poco a poco, y sin embargo el miedo se conquista rápido y de repente.
-¿Pero no volverá el hombre a tener miedo si algo nuevo le pasa?
-No. Una vez que un hombre ha conquistado el miedo, está libre de él por el resto de su vida, porque a cambio del miedo ha adquirido la claridad: una claridad de mente que borra el miedo. Para entonces, un hombre conoce sus deseos; sabe cómo satisfacer esos deseos. Puede prever los nuevos pasos del aprendizaje, y una claridad nítida lo rodea todo. El hombre siente que nada está oculto,
"Y así ha encontrado a su segundo enemigo: ¡la claridad! Esa claridad de mente, tan difícil de obtener, dispersa el miedo, pero también ciega.
"Fuerza al hombre a no dudar nunca de sí. Le da la seguridad de que puede hacer cuanto se le antoje, porque todo lo que ve lo ve con claridad. Y tiene valor porque tiene claridad, y no se detiene en nada porque tiene claridad. Pero todo eso es un error; es como si viera algo claro peto incompleto. Si el hombre se rinde a esa ilusión. de poder, ha sucumbido a su segundo enemigo y será torpe para aprender. Se apurará cuando debía ser paciente, o será paciente cuando debería apurarse. Y tonteará con el aprendizaje, hasta que termine incapaz de aprender nada más.
-¿Qué pasa con un hombre derrotado en esa forma, don Juan? ¿Muere en consecuencia?
-No, no muere. Su segundo enemigo nomás ha parado en seco sus intentos de hacerse hombre de conocimiento; en vez de eso, el hombre puede volverse un guerrero impetuoso, o un payaso. Pero la claridad que tan caro ha pagado no volverá a transformarse en oscuridad y miedo. Será claro mientras viva, pero ya no aprenderá ni ansiará nada.
-Pero ¿qué tiene que hacer para evitar la derrota?
-Debe hacer lo que hizo con el miedo: debe desafiar su claridad y usarla sólo para ver, y esperar con paciencia y medir con tiento antes de dar otros pasos; debe pensar, sobre todo, que su claridad es casi un error. Y vendrá un momento en que comprenda que su claridad era sólo un punto delante de sus ojos. Y así habrá vencido a su segundo enemigo, y llegará a una posición donde nada puede ya dañarlo. Esto no será un error ni tampoco una ilusión. No será solamente un punto delante de sus ojos. Ése será el verdadero poder.
"Sabrá entonces que el poder tanto tiempo perseguido es suyo por fin. Puede hacer con él lo que se le antoje. Su aliado está a sus órdenes. Su deseo es la regla. Ve claro y parejo todo cuanto hay alrededor. Pero también ha tropezado con su tercer enemigo: ¡el poder!
"El poder es el más fuerte de todos los enemigos. Y naturalmente, lo más fácil es rendirse; después de todo, el hombre es de veras invencible. Él manda; empieza tomando riesgos calculados y termina haciendo reglas, porque es el amo del poder.
"Un hombre en esta etapa apenas advierte que su tercer enemigo se cierne sobre él. Y de pronto, sin saber, habrá sin duda

perdido la batalla. Su enemigo lo habrá transformado en un hombre cruel, caprichoso."
-¿Perderá su poder?
-No, nunca perderá su claridad ni su poder.
-¿Entonces qué lo distinguirá de un hombre de conocimiento?
-Un hombre vencido por el poder muere sin saber realmente cómo manejarlo. El poder es sólo un carga sobre su destino. Un hombre así no tiene dominio de si mismo, ni puede decir cómo ni cuándo usar su poder.
-La derrota a manos de cualquiera de estos enemigos ¿es definitiva?
-Claro que es definitiva. Cuando uno de estos enemigos vence a un hombre, no hay nada que hacer.
-¿Es posible, por ejemplo, que el hombre vencido por el poder vea su error y se corrija?
-No. Una vez que un hombre se rinde, está acabado.
-¿Pero si el poder lo ciega temporalmente y luego él lo rechaza?
-Eso quiere decir que la batalla sigue. Quiere decir que todavía está tratando de volverse hombre de conocimiento. Un hombre está vencido sólo cuando ya no hace la lucha y se abandona.
-Pero entonces, don Juan, es posible que un hombre se abandone al miedo durante años, pero finalmente lo conquiste,
-No, eso no es cierto. Si se rinde al miedo nunca lo conquistará, porque se asustará de aprender y no volverá a hacer la prueba. Pero si trata de aprender durante años, en medio de su miedo, terminará conquistándolo porque nunca se habrá abandonado a él en realidad.
-¿Cómo puede vencer a su tercer enemigo, don Juan?
-Tiene que desafiarlo, con toda intención. Tiene que llegar a darse cuenta de que el poder que aparentemente ha conquistado no es nunca suyo en verdad. Debe tenerse a raya a todas horas, manejando con tiento, y con fe todo lo que ha aprendido. Si puede ver que, sin control sobre sí mismo, la claridad y el poder son peores que los errores, llegará a un punto en el que todo se domina. Entonces sabrá cómo y cuándo usar su poder. Y así habrá vencido a su tercer enemigo.
"El hombre estará, para entonces, al fin de su travesía por el camino del conocimiento, y casi sin advertencia tropezará con su último enemigo: ¡la vejez! Este enemigo es el más cruel de todos, el único al que no se puede vencer por completo; el enemigo al que solamente podrá ahuyentar por un instante.

"Este es el tiempo en que un hombre ya no tiene miedos, ya no tiene claridad impaciente; un tiempo en que todo su poder está bajo control, pero también el tiempo en el que siente un deseo constante de descansar. Si se rinde por entero a su deseo de acostarse y olvidar, si se arrulla en la fatiga, habrá perdido el último asalto, y su enemigo lo reducirá a una débil criatura vieja. Su deseo de retirarse vencerá toda su claridad, su poder y su conocimiento.
"Pero si el hombre se sacude el cansancio y vive su destino hasta el final, puede entonces ser llamado hombre de conocimiento, aunque sea tan sólo por esos momentitos en que logra ahuyentar al último enemigo, el enemigo invencible. Esos momentos de claridad, poder y conocimiento son suficientes."

IV

Don Juan casi nunca hablaba abiertamente de Mescalito. Cada vez que yo lo interrogaba sobre el tema se negaba a contestar, pero siempre decía lo suficiente para crear una impresión de Mescalito: impresión que siempre era antropomórfica. Mescalito era masculino, no sólo por el género gramatical de su nombre, sino también por sus constantes cualidades de ser protector y maestro. Don Juan reafirmaba estas características en formas diversas cada vez que hablábamos.

Domingo, 24 de diciembre, 1961

-La yerba del diablo nunca ha protegido a nadie. Sólo sirve para dar poder. Mescalito, en cambio, es manso, como un niñito.
-Pero dijo usted que Mescalito es a veces aterrador.
-Claro que es aterrador, pero una vez que lo conoces es manso y bondadoso.
-¿Cómo muestra su bondad?
-Es un protector y un maestro.
-¿Cómo protege?
-Puedes guardarlo contigo a toda hora y él verá que nada malo te ocurra.
-¿Cómo puede uno guardarlo consigo a toda hora?
-En una bolsita, amarrada con un cordón debajo del brazo o alrededor del cuello.
-¿Lo tiene usted consigo?
-No, porque yo tengo un aliado. Pero otra gente si.
-¿Qué enseña?
-Enseña a vivir como se debe.
-¿Cómo enseña?
-Enseña las cosas y te dice lo que son.
-¿Cómo?
-Tendrás que ver por ti mismo.

Martes, 30 de enero, 1962

-¿Qué ve usted cuando Mescalito lo lleva consigo, don Juan?
-De esas cosas no se platica. No puedo decirte eso.
-¿Le pasaría algo malo si me dijera?
-Mescalito es un protector, un protector manso y bueno, pero eso no quiere decir que pueda uno burlarse de él. Por ser un protector bueno también puede ser el horror mismo para los que no le gustan.
-No quiero burlarme de él. Sólo quiero saber qué hace hacer o ver a otras personas. Yo le describí a usted todo cuanto Mescalito me hizo ver, don Juan.
-Contigo es diferente, a lo mejor porque no conoces sus modos. Hay que enseñarte sus modos como se enseña a caminar a un niño.
-¿Cuánto tiempo más hay que enseñarme?
-Hasta que él mismo empiece a tener sentido para ti.
-¿Y entonces?
-Entonces comprenderás solo. Ya no tendrás que decirme nada.
-¿Puede usted decirme solamente a dónde lo lleva Mescalito?
-No puedo hablar de eso.
-Nada más quiero saber si hay otro mundo al cual lleva a la gente.
-Hay.
-¿Es el cielo?
-Te lleva a través del cielo.
-Quiero decir, ¿es el cielo donde está Dios?
-Ya te estás haciendo el pendejo. No sé dónde está Dios.
-¿Es, Mescalito, Dios el único Dios? ¿O es uno de los dioses?
-Es sólo un protector y un maestro. Es un poder.
-¿Es un poder dentro de nosotros mismos?
-No. Mescalito no tiene nada que ver con nosotros mismos. Está fuera de nosotros.
-Entonces todo el que ve a Mescalito debe verlo en la misma forma.
-No, de ninguna manera. No es el mismo para todos.

Jueves, 12 de abril, 1962

-¿Por qué no me dice más sobre Mescalito, don Juan?
-No hay nada que decir.
-Ha de haber miles de cosas que yo debería saber antes de encontrarme de nuevo con él.
-No. A lo mejor para ti no hay nada que debas saber. Como ya te dije, no es el mismo para todos.
-Lo sé, pero de cualquier modo me gustaría saber qué opinan otros acerca de él.
-La opinión de aquellos que se preocupan por hablar de él no vale mucho. Ya verás. Lo más probable es que hables de él hasta cierto punto, y de allí en adelante no vuelvas a mencionarlo.
-¿Puede usted contarme de sus primeras experiencias?
-¿Para qué?
-Así sabré cómo portarme con Mescalito.
-Tú ya sabes más que yo, Jugaste de ver-

dad con él. Algún día verás cuán bueno fue contigo el protector. Estoy seguro de que esa primera vez te dijo muchas, muchas cosas, pero estabas sordo y ciego.

Sábado, 14 de abril, 1962

-¿Toma Mescalito cualquier forma cuando se muestra?
-Sí, cualquier forma.
-Entonces, ¿cuáles son las formas más comunes que usted conoce?
-No hay formas comunes.
-¿Quiere usted decir, don Juan, que se aparece en cualquier forma hasta a los hombres que lo conocen bien?
-No. Se aparece en cualquier forma a los que apenas lo conocen un poco, pero para quienes lo conocen bien es siempre constante.
-¿Cómo es constante?
-A veces se les aparece como un hombre, igual que nosotros, o como una luz. Nada más una luz.
-¿Cambia alguna vez Mescalito su forma permanente con quienes lo conocen bien?
-No que yo sepa.

Viernes, 6 de julio, 1962

Don Juan y yo iniciamos un viaje el sábado 23 de junio, al atardecer. Dijo que íbamos a buscar honguitos en el estado de Chihuahua. Dijo que sería un viaje largo y duro. Tenía razón. Llegamos a un pequeño pueblo minero en el norte de Chihuahua a las 10 p.m. del miércoles 27 de junio. Caminamos desde el sitio donde estacioné el coche, en las afueras del pueblo, hasta la casa de sus amigos, un indio tarahumara y su esposa. Allí dormimos.
A la mañana siguiente, el hombre nos despertó a eso de las cinco. Nos llevó atole y frijoles. Tomó asiento y habló con don Juan mientras comíamos, pero nada dijo sobre nuestro viaje.
Después del desayuno, el hombre puso agua en mi cantimplora y dos panes de dulce en mi mochila. Don Juan me entregó la cantimplora, se colgó la mochila a la espalda con un cordón, agradeció al hombre su cortesía y, volviéndose hacia mi, dijo:
-Es hora de irse.
Anduvimos cosa de kilómetro y medio sobre el camino de tierra. Después cortamos a través de los campos, y en dos horas nos hallamos al pie de los cerros al sur del pueblo. Ascendimos las suaves laderas en dirección suroeste aproximada: Cuando llegamos a las pendientes más abruptas, don Juan cambió de dirección y seguimos hacia el este, sobre un valle alto. Pese a su edad avanzada, don Juan mantenía un paso tan increíblemente rápido que al mediodía yo estaba agotado por completo. Nos sentamos y él abrió el saco de pan.
-Puedes comer todo si quieres dijo,
-¿Y usted?
-No tengo hambre, y después no necesitaremos esta comida,
Yo estaba muy cansado y hambriento y acepté su oferta. Sentí que aquél era un buen momento para hablar sobre el propósito de nuestro viaje, y como incidentalmente pregunté:
-¿Piensa usted que nos quedaremos aquí mucho tiempo?
-Estamos aquí para juntar un poco de Mescalito. Nos quedaremos hasta mañana,
-¿Dónde está Mescalito?
-En todo el rededor.
Cactos de muchas especies crecían en profusión por toda la zona, pero no pude ver peyote entre ellos.
Echamos a andar de nuevo y a eso de las 3 llegamos a un valle largo y angosto, con empinadas colinas a los lados.
Me sentía extrañamente excitado ante la idea de hallar peyote, que nunca había visto en su medio natural. Entramos en el valle, y hemos de haber caminado unos ciento veinte metros cuando de pronto localicé tres inconfundibles plantas de peyote. Estaban agrupadas, unos centímetros por encima del terreno frente a mí, a la izquierda del sendero. Parecían rosas verdes redondas y pulposas. Corrí hacia ellas, señalándolas a don Juan.
El no me hizo caso y deliberadamente me dio la espalda al alejarse. Me di cuenta que

había hecho lo que no debía, y durante el resto de la tarde caminamos en silencio, cruzando despacio el suelo llano del valle, cubierto de piedras pequeñas y agudas. Pasábamos entre los cactos, espantando multitudes de lagartijas y a veces un pájaro solitario. Y yo dejé atrás veintenas de plantas de peyote sin decir una palabra.
A las 6 estábamos al pie de las montañas que marcaban el final del valle. Trepamos a una saliente. Don Juan dejó su saco y se sentó.
Yo tenía hambre de nuevo, pero no nos quedaba comida; sugerí que recogiéramos el Mescalito y volviéramos al pueblo. Pareció molestarse y chasqueó los labios. Dijo que íbamos a pasar la noche allí.
Permanecimos sentados en silencio. Había una pared de roca a la izquierda, y a la derecha estaba el valle recién atravesado. Se extendía una distancia considerable y parecía ser más ancho y menos llano de lo que yo pensaba. Desde esta perspectiva, se le veía lleno de cerritos y protuberancias.
-Mañana echamos a andar de regreso dijo don Juan sin mirarme y señalando el valle. Caminamos de vuelta y lo recogemos al cruzar el campo. Es decir, lo recogeremos sólo cuando se nos presente en nuestro camino. El nos encontrará y no al revés. El nos encontrará... si quiere.
Don Juan se reclinó contra el farallón y, con la cabeza vuelta hacia un lado, continuó hablando como si hubiera allí otra persona aparte de mi.
-Otra cosa. Sólo yo puedo recogerlo. Tú a lo mejor puedas cargar la bolsa, o caminar delante de mi; todavía no sé. Pero mañana ¡no vayas a señalarlo como hiciste hoy!
-Lo siento, don Juan.
-Está bien. No sabías.
-¿Le enseñó su benefactor todo esto sobre Mescalito?
-¡No! Nadie me ha enseñado sobre él. Mi maestro fue el mismo protector.
-¿Entonces mescalito es como una persona con quien se puede hablar?
-No, no es.
-¿Entonces cómo enseña?
Permaneció callado un rato.
-¿Te acuerdas de la vez que jugaste con él? Entendiste lo que quería decir, ¿no?
-¡SI!
-Así enseña. No lo sabías entonces, pero si le hubieras prestado atención te habría hablado.
-¿Cuándo?
-Cuando lo viste por primera vez.
Parecía muy molesto por mis preguntas. Le dije que tenia que preguntar todo esto porque deseaba averiguar cuanto pudiese.
-¡No me preguntes a mí! -sonrió con malicia-. Pregúntale a él. La próxima vez que lo veas, pregúntale todo lo que quieres saber.
-Entonces Mescalito es como una persona con quien se puede...
No me dejó terminar. Se dio vuelta, recogió la cantimplora, bajó de la saliente y desapareció al rodear la roca. Yo no quería estar allí solo, y aunque no me había pedido acompañarlo fui tras él. Caminamos unos ciento cincuenta metros hasta un arroyuelo. Se lavó manos y cara y llenó la cantimplora. Hizo buches de agua, pero no la tragó. Saqué un poco de agua en el hueco de mis manos y bebí, pero él me detuvo y dijo que era innecesario beber.
Me dio la cantimplora y echó a andar de regreso a la saliente. Al llegar volvimos a sentarnos mirando el valle, de espaldas contra el farallón. Pregunté si podíamos encender un fuego. Reaccionó como si fuera inconcebible preguntar tal cosa. Dijo que por esa noche éramos huéspedes de Mescalito y que él nos daría calor.
Ya anochecía. Don Juan extrajo de su saco dos delgadas cobijas de algodón, echó una en mi regazo y, con la otra sobre los hombros, se sentó cruzando las piernas. Abajo, el valle estaba oscuro, sus contornos ya difusos en la bruma del atardecer.
Don Juan estaba inmóvil, encarando el campo de peyote. Un viento continuo soplaba en mi rostro.
-El crepúsculo es la raja entre los mundos -dijo él suavemente, sin volverse hacia mí.
No pregunté qué quería decir. Mis ojos se cansaron. De súbito me sentí exaltado, tenía un deseo extraño y avasallador de llorar.

Me acosté boca abajo. El piso de roca era duro e incómodo y yo tenía que cambiar de postura cada pocos minutos. Finalmente me senté y crucé las piernas, poniendo la cobija sobre mis hombros. Para mi sorpresa, tal posición era perfectamente cómoda, y me quedé dormido.

Al despertar, oía don Juan hablarme. Estaba muy oscuro. No podía verlo bien. No comprendí qué cosa decía, pero le seguí cuando empezó a descender de la saliente. Nos desplazamos cuidadosamente, o al menos yo, a causa de la oscuridad. Nos detuvimos al pie del farallón. Don Juan tomó asiento y con una seña me indicó sentarme a su izquierda. Desabotonó su camisa y sacó una bolsa de cuero, la cual abrió y colocó en el suelo frente a él. Contenía botones secos de peyote.

Tras una pausa larga tomó uno de los botones. Lo sostuvo en la mano derecha, frotándolo varias veces entre pulgar e índice mientras canturreaba suavemente. De pronto dejó escapar un grito tremendo,

-¡Aíííí!

Fue sobrecogedor, inesperado. Me aterró. Vagamente lo vi poner el botón de peyote en su boca y empezar a mascarlo. Tras un momento recogió el saco, se inclinó hacia mí y me susurró que tomara el saco, cogiera un mescalito, volviera a poner el saco frente a nosotros, y luego hiciera exactamente lo que él.

Tomando un botón de peyote, lo froté como él había hecho. Mientras tanto, don Juan canturreaba, oscilando a un lado y a otro. Traté varias veces de meter el botón en mi boca, pero me avergonzaba gritar. Entonces, como en un sueño, un alarido increíble salió de mí: ¡Aíííí! Por un momento pensé que se trataba de alguien más. De nuevo sentí en el estómago los efectos de un shock nervioso. Estaba cayendo hacia atrás. Me estaba desmayando. Metí en mi boca el botón de peyote y lo masqué. Tras un rato don Juan tomó otro de la bolsa. Me sentí aliviado al ver que lo ponía en su boca tras un canturreo corto. Me pasó la bolsa, y volvía dejarla frente a nosotros después de sacar un botón. Este ciclo se repitió cinco veces antes de que yo notara algo de sed. Recogí la cantimplora para beber, pero don Juan me dijo que sólo me lavara la boca, y que no bebiera porque vomitaría.

Agité repetidamente el agua dentro de mi boca. En determinado momento la tentación de beber fue formidable, y tragué un poco. Inmediatamente mi estómago empezó a convulsionarse. Esperaba yo un fluir indoloro y fácil, como durante mi primera experiencia con el peyote, pero para mi sorpresa tuve sólo la sensación común de vomitar. No duró mucho, sin embargo.

Don Juan cogió otro botón y me entregó la bolsa, y el ciclo se renovó y repitió hasta que hube mascado catorce botones. Para entonces, todas mis sensaciones iniciales de sed, frío e incomodidad habían desaparecido. En su lugar tenía una novedosa sensación de tibieza y excitación. Tomé la cantimplora para refrescarme la boca, pero estaba vacía.

-¿Podemos ir al arroyo, don Juan?

En vez de proyectarse hacia afuera, el sonido de mi voz pegó en el velo del paladar, rebotó hacia la garganta y resonó entre ambos en una y otra dirección. El eco era suave y musical, y parecía aletear dentro de mi garganta. El roce de las alas me apaciguaba. Seguí sus movimientos de ida y vuelta hasta que desapareció.

Repetí la pregunta. Mi voz sonó como si me hallase hablando dentro de una bóveda.

Don Juan no respondió. Me levanté y me volví en dirección del arroyo, Lo miré para ver si venía, pero él parecía escuchar algo atentamente.

Hizo un ademán imperativo de guardar silencio.

-¡Abuhtol [?] ya está aquí! -dijo.

Yo nunca había oído esa palabra, y meditaba si preguntarle sobre ella cuando percibí un ruido que parecía ser un zumbido dentro de mis orejas. El sonido se hizo gradualmente más fuerte, hasta semejar la vibración causada por un enorme zumbador. Duró un momento breve y se fue

apagando hasta que todo estuvo otra vez en silencio. La violencia y la intensidad del ruido me aterraron. Temblaba tanto que apenas podía permanecer en pie; sin embargo, mi estado era perfectamente racional. Si unos minutos antes me hallaba soñoliento, esta sensación había desaparecido por entero, dando paso a una lucidez extrema. El ruido me recordó una película de ficción científica en que las alas de una abeja gigantesca zumbaban al salir de un área de radiación atómica. Reí de la idea. Vi a don Juan reclinarse para recuperar su postura relajada. Y de pronto volvió a acosarme la imagen de una abeja gigantesca. La imagen era más real que los pensamientos comunes. Estaba sola, rodeada de una claridad extraordinaria. Todo lo demás fue expulsado de mi mente. Este estado de claridad mental, sin precedente en mi vida, produjo otro momento de terror.

Empecé a sudar. Me incliné hacia don Juan para decirle que tenía miedo. Su rostro estaba a unos centímetros del mío. Me miraba, pero sus ojos eran los ojos de una abeja. Parecían anteojos redondos, con luz propia en la oscuridad. Sus labios formaban una trompa y de ellos surgía un ruido acompasado: "Pehtuh peh tuh peh tuh." Salté hacia atrás, casi chocando contra el muro de roca. Durante un tiempo al parecer infinito experimenté un miedo insoportable. Jadeaba y gemía. El sudor se había congelado sobre mi piel, dándome una rigidez incómoda. Entonces oí la voz de don Juan diciendo:

-¡Levántate! ¡Muévete! ¡Levántate!

La imagen se desvaneció y de nuevo pude ver su rostro familiar.

-Voy por agua -dije tras otro momento interminable. Mi voz se quebraba. Apenas me era posible articular las palabras. Don Juan asintió. Mientras me alejaba, advertí que el miedo se había ido en forma tan rápida y misteriosa como su llegada.

Al acercarme al arroyo noté que podía ver cada objeto en el camino. Recordé que acababa de ver claramente a don Juan, cuando antes apenas podía distinguir sus contornos. Me detuve y miré la distancia, y pude ver incluso el otro lado del valle. Algunos peñascos que había allí se hicieron perfectamente visibles. Pensé que debería ser de madrugada, pero se me ocurrió que tal vez hubiera perdido la noción del tiempo. Miré mi reloj. ¡Eran las 12:10! Revisé el reloj para ver si estaba funcionando. No podía ser mediodía: ¡tenía que ser medianoche! Planeaba correr por el agua y volver a las rocas, pero vi acercarse a don Juan y lo esperé. Le dije que podía ver en la oscuridad. El se quedó mirándome largo rato sin decir palabra; si acaso habló, no lo oí, pues me hallaba concentrado en mi nueva y única capacidad de ver en lo oscuro. Podía distinguir los guijarros minúsculos en la arena. En momentos todo estaba tan claro que parecía ser madrugada o atardecer. Luego se oscurecía; luego se aclaraba de nuevo. Pronto advertí que la luminosidad correspondía a la diástole de mi corazón, y la oscuridad a la sístole. El mundo se hacía brillante y oscuro y brillante de nuevo con cada latido de mi corazón.

Estaba absorto en este descubrimiento cuando el extraño sonido que había oído antes se hizo audible otra vez. Mis músculos se tensaron.

-Anuhctal [según oí la palabra en esta ocasión] está aquí -dijo don Juan. Yo imaginaba el bramido tan atronante, tan avasallador, que nada más importaba. Cuando amainó, percibí un aumento súbito en el volumen de agua. El arroyo, que un minuto antes había tenido una anchura de menos de treinta centímetros, se expandió hasta ser un lago enorme. Luz que parecía venir de encima de él tocaba la superficie como brillando a través de follaje espeso. De tiempo en tiempo el agua cintilaba un segundo: dorada y negra. Luego quedaba oscura, sin luz, casi fuera de vista y sin embargo extrañamente presente.

No recuerdo cuánto tiempo permanecí allí, nada más que observando, acuclillado a la orilla del lago negro. El rugido debió de calmarse mientras tanto, pues lo que me hizo regresar con violencia (¿a la realidad?) fue otro zumbido aterrador. Me

volví para buscar a don Juan. Lo vi trepar y desaparecer tras la saliente de roca. Sin embargo, el sentimiento de estar solo no me molestaba en absoluto; reposaba allí en un estado de abandono y confianza totales. El bramido se hizo audible de nuevo; era muy intenso, como el ruido causado por un viento alto. Escuchándolo con todo el cuidado posible, logré reconocer una melodía definida. Era un conglomerado de sonidos agudos, como voces humanas, acompañado por un tambor bajo, grave. Enfoqué toda mi atención en la melodía, y nuevamente noté que la sístole y la diástole de mi corazón coincidían con el sonido del tambor y con la pauta de la música.

Me levanté y la melodía cesó. Traté de escuchar mi corazón, pero el latido no era localizable. Me acuclillé de nuevo, pensando que acaso la posición de mi cuerpo había causado o inducido los sonidos. ¡Pero nada ocurrió! ¡Ni un sonido! ¡Ni siquiera mi corazón! Pensé que ya era bastante, pero al ponerme en pie para marcharme sentí un temblor de tierra. El suelo bajo mis pies se estremecía. Perdí el equilibrio. Caí hacia atrás y quedé bocarriba mientras la tierra se sacudía con violencia. Traté de aferrar una roca o una planta, pero algo se deslizaba debajo de mí. Me incorporé de un salto, estuve de pie un momento y volví a caer. El terreno donde me hallaba se movía, deslizándose hacia el agua como una balsa. Permanecí inmóvil, atontado por un terror que, como todo lo demás, era único, ininterrumpido y absoluto.

Surqué las aguas del lago negro encaramado en un fragmento de la ribera que parecía un tronco de barro. Tenía la sensación de ir más o menos hacia el sur, transportado por la corriente. Podía ver el agua moverse y arremolinarse en torno mío. Se sentía fría al tacto, y curiosamente pesada. La imaginé viva.

No había orillas ni puntos de referencia discernibles, ni puedo evocar las ideas o sentimientos que debieron de asaltarme durante aquel viaje. Tras lo que parecieron horas de ir a la deriva, mi balsa dio un viraje en ángulo recto hacia la izquierda, el este. Siguió deslizándose sobre el agua por una distancia muy corta, e inesperadamente chocó contra algo. El golpe me aventó hacia adelante. Cerré los ojos y sentí un dolor agudo al golpear el suelo con las rodillas y con los brazos extendidos. Después de un momento, alcé la mirada. Yacía sobre el polvo. Era como si mi tronco de barro se hubiese fundido con la tierra. Me senté y volví la cara. ¡El agua retrocedía! Se desplazaba hacia atrás, como una ola en la resaca, hasta desaparecer.

Quedé allí sentado largo tiempo, tratando de organizar mis pensamientos y de integrar en una unidad coherente todo lo ocurrido. Mi cuerpo entero estaba adolorido. Sentía la garganta como llaga viva; me había mordido los labios al "desembarcar". Me incorporé. El viento me dio conciencia de tener frío, Mi ropa estaba mojada. Las manos y quijadas y rodillas me temblaban con tal violencia que hube de acostarme nuevamente. Gotas de sudor resbalaban a mis ojos, quemándolos hasta hacerme gritar de dolor.

Tras un rato recobré en cierta medida la estabilidad y me levanté. En el crepúsculo oscuro, la escena era muy clara. Di unos pasos. Me llegó distintamente el sonido de muchas voces humanas. Parecían estar hablando alto. Seguí el sonido; caminé menos de cincuenta metros y me detuve de pronto. Había llegado al final del camino. El sitio donde me hallaba era un corral formado por grandes peñascos. Podía yo distinguir otra fila, y otra, y otra, hasta que se fundían con la montaña empinada. De entre ellos surgía la música más exquisita. Era un fluir sonoro ágil, constante, extraño.

Al pie de un peñasco vi a un hombre sentado en el suelo, con el rostro vuelto casi de perfil. Me acerqué hasta hallarme quizá a tres metros de él; entonces volvió la cabeza y me miró. Me detuve: ¡sus ojos eran el agua que yo acababa de ver! Tenían el mismo volumen enorme, el cintilar de oro y negro. La cabeza del hombre era puntiaguda como una fresa; su piel era

verde, salpicada de innumerables verrugas. A excepción de la forma en punta, su cabeza era exactamente como la superficie de la planta del peyote. Me quedé inmóvil, mirándolo; no podía apartar los ojos de él. Sentí que me estaba presionando deliberadamente el pecho con el peso de sus ojos. Me ahogaba. Perdí el equilibrio y me desplomé. Sus ojos se desviaron. Oí que me hablaba. Al principio su voz fue como el manso crujir de una brisa ligera. Luego la percibí como música -como una melodía cantada y "supe" que estaba diciendo:
-¿Qué quieres?
Me arrodillé frente a él y hablé de mi vida. Luego lloré. Me miró de nuevo. Sentí que sus ojos tiraban de mi y pensé que ese sería el momento de mi muerte. Me hizo seña de acercarme. Vacilé un segundo antes de dar un paso. Mientras me acercaba, él apartó de mí los ojos y me enseñó el dorso de su mano. La melodía dijo: "¡Mira!" En medio de la mano había un agujero redondo. "¡Mira!", dijo otra vez la melodía. Me asomé al agujero y me vi a mí mismo. Estaba muy viejo y débil y corría encorvado; chispas brillantes volaban en todo mi derredor. Luego tres de las chispas me golpearon, dos en la cabeza y una en el hombro izquierdo. Mi figura, en el agujero, se irguió por un momento hasta hallarse totalmente vertical, y luego desapareció junto con el hoyo.
Mescalito volvió de nuevo los ojos a mí. Estaban tan cerca que yo los "oía" retumbar suavemente con ese sonido peculiar tantas veces oído esa noche. Fueron apaciguándose hasta ser como un estanque quieto, ondulado por destellos de oro y negro.
Apartó los ojos una vez más y, saltando como grillo, se alejó cosa de cincuenta metros. Saltó otra y otra vez, y desapareció en la lejanía.
Lo siguiente que recuerdo es haber echado a andar. Muy racionalmente, traté de reconocer puntos de referencia, tales como montañas en la distancia, para orientarme. Durante toda la experiencia me habían obsesionado los puntos cardinales, y creía yo que el norte debía estar a mi izquierda. Caminé en esa dirección bastante rato antes de advertir que ya era de día y que ya no estaba usando mi "visión nocturna". Recordé que tenía reloj y vi la hora. Eran las 8.
A eso de las 10 llegué a la saliente donde había estado la noche anterior. Don Juan yacía dormido en el suelo.
-¿Dónde has estado? -dijo.
Me senté a tomar aire. Tras un largo silencio, don Juan preguntó:
-¿Lo viste?
Empecé a narrar la sucesión de mis experiencias desde el principio, pero me interrumpió diciendo que todo cuanto importaba era si lo había yo visto o no. Me preguntó si Mescalito había estado cerca de mí. Le dije que casi lo había tocado.
Esa parte de mi relato le interesó. Escuchó atentamente cada detalle, sin comentar, interrumpiendo sólo para inquirir sobre la forma del ente que yo había visto, su talante, y otros detalles acerca de él. Era como mediodía cuando don Juan pareció haber oído suficiente. Se levantó y amarró a mi pecho un saco de lona; me ordenó caminar tras él y dijo que él iba a cortar a Mescalito y que yo debía recibirlo en mis manos y meterlo con delicadeza en el saco.
Bebimos un poco de agua y empezamos a caminar. Cuando llegamos al borde del valle, don Juan pareció titubear un momento sobre la dirección a seguir. Una vez que hubo elegido anduvimos en línea recta.
Cada vez que llegábamos a una planta de peyote, se acuclillaba frente a ella y muy gentilmente cortaba la parte superior con su cuchillo corto y serrado. Hacía una incisión al nivel del suelo y rociaba la "herida", como él la llamaba, con polvo puro de azufre que llevaba en una bolsa de cuero. Sostenía el botón fresco en la mano izquierda y esparcía el polvo con la derecha. Luego se ponía en pie para entregarme el botón, que yo recibía con ambas manos, como él había prescrito, y colocaba dentro del saco.
-Manténte derecho y no dejes que la bolsa toque la tierra ni las matas ni ninguna otra cosa -me decía repetidamente, como si pensara que yo lo olvidaría.

Recogimos sesenta y cinco botones. Cuando el saco estuvo completamente lleno, lo puso sobre mi espalda y amarró otro a mi pecho. Al terminar de cruzar la meseta teníamos dos sacos llenos, que contenían ciento diez botones de peyote. Los sacos eran tan pesados y voluminosos que yo apenas podía caminar bajo su bulto y su peso.
Don Juan me susurró que las bolsas estaban pesadas porque Mescalito quería regresar a la tierra. Dijo que la tristeza de dejar su morada era lo que hacía pesado a Mescalito; mi verdadera tarea era no dejar que los sacos tocaran el suelo, porque si lo hacía, Mescalito jamás me permitiría tomarlo de nuevo.
En un momento particular la presión de las correas sobre mis hombros se hizo insoportable. Algo estaba ejerciendo una fuerza tremenda, tirando hacia abajo. Sentí mucha aprensión. Noté que había empezado a caminar más rápidamente, casi a correr; iba por así decirlo trotando detrás de don Juan. De pronto disminuyó el peso sobre mi pecho y mi espalda. La carga se hizo esponjosa y ligera. Corrí libremente para alcanzar a don Juan, que iba delante de mí. Le dije que ya no sentía el peso. Me explicó que ya habíamos dejado la morada de Mescalito.

Martes, 3 de julio, 1962

-Creo que Mescalito casi te ha aceptado dijo don Juan.
-¿Por qué dice usted que casi me ha aceptado, don Juan?
-No te mató, ni siquiera te hizo daño. Te dio un buen susto, pero no uno malo de verdad. Si no te hubiera aceptado para nada, se te habría aparecido monstruoso y lleno de ira. Algunas gentes han aprendido lo que significa el horror al encontrárselo y no ser aceptadas.
-Si es tan terrible, ¿por qué no me lo dijo usted antes de llevarme al campo?
-No tienes valor suficiente para buscarlo a propósito. Pensé que era mejor que no supieses.
-¡Pero pude haber muerto, don Juan!
-Sí, pudiste. Pero yo estaba seguro de que te iba a ir bien. Una vez jugó contigo. No te hizo daño. Pensé que también esta vez tendría compasión de ti.
Le pregunté si realmente pensaba que Mescalito me había tenido compasión. La experiencia había sido aterradora; yo sentía casi haber muerto de susto.
Dijo que Mescalito fue de lo más bondadoso conmigo; me enseñó una escena que era una respuesta a una pregunta. Don Juan dijo que Mescalito me había dado una lección. Le pregunté cuál era la lección y qué significaba. Dijo que sería imposible responder a esa pregunta porque yo había tenido demasiado miedo para saber exactamente qué le preguntaba a Mescalito.
Don Juan sondeó mi memoria con respecto a lo que había dicho a Mescalito antes de que él me enseñara la escena en su mano. Pero yo no podía acordarme. Todo cuanto recordaba era haber caído de rodillas a "confesarle mis pecados".

Don Juan no pareció tener interés en hablar más de eso. Le pregunté:
-¿Puede enseñarme la letra de las canciones que usted cantaba?
-No, no puedo. Esas palabras son mías, las palabras que el protector mismo me enseñó. Las canciones son mis canciones. No puedo decirte cuáles son.
-¿Por qué no puede decirme, don Juan?
-Porque esas canciones son un lazo entre el protector y yo. Estoy seguro de que algún día él te enseñará tus propias canciones. Espera hasta entonces, y nunca jamás copies ni preguntes las canciones que pertenecen a otra gente.
-¿Cuál era el nombre que usted pronunció? ¿Puede decirme eso, don Juan?
-No. Su nombre nunca puede pronunciarse más que para llamarlo.
-¿Y si yo quiero llamarlo?
-Si algún día te acepta, te dirá su nombre. Ese nombre será para qué tú solo lo uses, ya sea para llamarlo en voz alta o para decírtelo en silencio a ti mismo. A. lo mejor te dirá que su nombre es José. Quién sabe.

-¿Por qué es malo usar su nombre para hablar de él?
-Ya viste sus ojos, ¿no? Con el protector no se juega. ¡Por eso no puedo explicarme el hecho de que escogiera jugar contigo!
-¿Cómo puede ser él un protector si también hace mal a la gente?
-La respuesta es muy sencilla. Mescalito es un protector porque está a la disposición de cualquiera que lo busque.
-Pero, ¿no es cierto que todo en el mundo está a la disposición de cualquiera que lo busque?
-No, eso no es cierto. Los poderes aliados sólo están a disposición de los brujos, pero cualquiera puede disponer de Mescalito.
-Pero entonces ¿por qué daña a cierta gente?
-No a todos les gusta Mescalito, pero todos lo buscan con la idea de sacar provecho sin trabajar. Naturalmente, su encuentro con él siempre es horrendo.
-¿Qué ocurre cuando acepta por entero a alguien?
-Se le aparece como un hombre, o como una luz. Cuando alguien ha ganado esta clase de aceptación, Mescalito es constante. Ya no vuelve a cambiar después. A lo mejor cuando te lo encuentres de nuevo será una luz, y algún día hasta puede llevarte a volar y revelarte todos sus secretos.
-¿Qué tengo que hacer para llegar a ese punto, don Juan?
-Tienes que ser un hombre fuerte, y tu vida tiene que ser verdadera.
-¿Qué es una vida verdadera?
-Una vida que se vive con la certeza nítida de estar viviéndola; una vida buena, fuerte.

V

Don Juan inquiría periódicamente, en forma casual, sobre el estado de mi datura. En el año transcurrido desde que replanté la raíz, la planta se había convertido en un arbusto grande. Había dado semillas y las vainas de las semillas se habían secado. Y don Juan juzgó que era hora de que yo aprendiera algo más sobre la yerba del diablo.

Domingo, 27 de enero, 1963

Don Juan me dio hoy la información preliminar sobre la "segunda parte" de la raíz de datura, el segundo paso en el aprendizaje de la tradición. Dijo que la segunda parte de la raíz era el verdadero principio del aprendizaje; en comparación con ella, la primera parte era juego de niños. Había que dominar la segunda parte; había que tomarla veinte veces por lo menos, dijo, antes de poder avanzar al tercer paso.
-¿Qué hace la segunda parte? -pregunté.
-La segunda parte de la yerba del diablo se usa para ver. Con ella, un hombre puede remontarse por los aires y ver qué está pasando en cualquier sitio que escoja.
-¿Puede en verdad un hombre volar por los aires, don Juan?
-¿Por qué no? Como ya te dije, la yerba del diablo es para aquellos que buscan poder. El hombre que domina la segunda parte puede usar la yerba del diablo para ganar más poder haciendo cosas que nadie se imagina.
-¿Qué clase de cosas, don Juan?
-No te lo puedo decir. Cada hombre es distinto.

Lunes, 28 de enero, 1963

-Si completas con bien el segundo paso dijo don Juan, sólo podré enseñarte otro paso más. Al ir aprendiendo sobre la yerba del diablo me di cuenta de que no era para mí, y ya no adelanté más en su camino.
-¿Qué le hizo decidir en contra de ello, don Juan?
-La yerba del diablo estuvo a punto de matarme todas las veces que traté de usarla. Una vez me fue tan mal que me di por acabado. Y sin embargo, yo habría podido evitar todo ese dolor.
-¿Cómo? ¿Hay alguna manera especial de evitar el dolor?
-Sí, hay una manera,

-¿Es una fórmula, o un procedimiento, o qué?
-Es una manera de agarrarse a las cosas. Por ejemplo, cuando yo estaba aprendiendo sobre la yerba del diablo, era demasiado ansioso. Me agarraba a las cosas de la misma manera que los niños agarran dulces. La yerba del diablo es sólo un camino entre cantidades de caminos. Cualquier cosa es un camino entre cantidades de caminos. Por eso debes tener siempre presente que un camino es sólo un camino; si sientes que no deberías seguirlo, no debes seguir en él bajo ninguna condición. Para tener esa claridad debes llevar una vida disciplinada. Sólo entonces sabrás que un camino es nada más un camino, y no hay afrenta, ni para ti ni para otros, en dejarlo si eso es lo que tu corazón te dice. Pero tu decisión de seguir en el camino o de dejarlo debe estar libre de miedo y de ambición. Te prevengo. Mira cada camino de cerca y con intención. Pruébalo tantas veces como consideres necesario. Luego hazte a ti mismo, y a ti solo, una pregunta. Es una pregunta que sólo se hace un hombre muy viejo. Mi benefactor me habló de ella una vez cuando yo era joven, y mi sangre era demasiado vigorosa para que yo la entendiera, Ahora sí la entiendo. Te diré cuál es: ¿tiene corazón este camino? Todos los caminos son lo mismo: no llevan a ninguna parte. Son caminos que van por el matorral. Puedo decir que en mi propia vida he recorrido caminos largos, largos, pero no estoy en ninguna parte. Ahora tiene sentido la pregunta de mi benefactor, ¿Tiene corazón este camino? Si tiene, el camino es bueno; si no, de nada sirve. Ningún camino lleva a ninguna parte, pero uno tiene corazón y el otro no. Uno hace gozoso el viaje; mientras lo sigas, eres uno con él. El otro te hará maldecir tu vida. Uno te hace fuerte; el otro te debilita.

Domingo, 21 de abril, 1963

La tarde del martes 16 de abril, don Juan y yo fuimos a los cerros donde están sus daturas. Me pidió dejarlo solo allí, y esperarlo en el coche. Volvió casi tres horas después cargando un paquete envuelto en una tela roja. Cuando iniciábamos el regreso a su casa, señaló el bulto y dijo que era su último regalo para mí.
Pregunté si quería decir que ya no iba a enseñarme. Explicó que se refería al hecho de que yo tenía una planta plenamente madura y ya no necesitaría de las suyas.
Al atardecer tomamos asiento en su cuarto; él sacó un mortero y una mano, ambos de acabado pulido. El cuenco del mortero tenía unos quince centímetros de diámetro. Desató un gran paquete lleno de bultos pequeños, seleccionó dos y los puso sobre un petate, a mi lado; luego añadió otros cuatro bultos del mismo tamaño, extraídos del paquete que trajo a casa. Dijo que eran semillas, y yo debía molerlas hasta convertirlas en polvo fino. Abrió el primer bulto y virtió parte de su contenido en el mortero. Las semillas secas eran redondas, de color amarillo caramelo.
Empecé a trabajar con la mano del mortero; tras un rato don Juan me corrigió. Me dijo que primero empujase la mano contra un lado del recipiente y luego la deslizara sobre el fondo para hacerla subir contra el otro lado. Le pregunté qué iba a hacer con el polvo. No quiso hablar de ello.
El primer lote de semillas resultó extremadamente duro de moler. Tardé cuatro horas en terminar el trabajo. La espalda me dolía a causa de la postura en que había estado sentado. Me acosté y quise dormirme allí mismo, pero don Juan abrió la siguiente bolsa y vació parte de su contenido en el mortero. Esta vez las semillas eran un poco más oscuras que las primeras y se hallaban apelotonadas. El resto del contenido de la bolsa era una especie de polvo, consistente en gránulos muy pequeños, redondos y oscuros.
Yo quería algo de comer, pero don Juan dijo que si deseaba aprender tenía que seguir la regla, y la regla sólo me permitía beber un poco de agua mientras aprendía los secretos de la segunda parte.
La tercera bolsa contenía un puñado de

gorgojos negros, vivos. Y en la última había algunas semillas frescas: blancas y casi pulposas en su blancura, pero fibrosas y difíciles de convertir en pasta fina, como don Juan esperaba de mí. Cuando hube terminado de moler el contenido de las cuatro bolsas, él midió dos tazas de un agua verdosa, la virtió en una olla de barro y puso la olla al fuego. Cuando el agua hervía, añadió el primer lote de semillas pulverizadas. Agitó el líquido con un pedazo largo y puntiagudo de hueso o madera, que llevaba en su morral de cuero. Apenas hirvió nuevamente el agua, añadió las otras sustancias una por una, siguiendo el mismo procedimiento. Luego añadió otra taza de la misma agua y dejó la mezcla hervir a fuego lento.

Entonces me dijo que era hora de macerar la raíz, Extrajo cuidadosamente un largo pedazo de raíz de datura del bulto que había traído a casa. La raíz tenía unos cuarenta centímetros de largo. Era gruesa, como de cuatro centímetros de diámetro. Dijo que era la segunda parte, y también la había medido él mismo porque aún era su raíz. La próxima vez que yo probara la yerba del diablo, dijo, tendría que medir mi propia raíz.

Empujó hacia mi el gran mortero, y procedí a macerar la raíz exactamente como él había hecho con la primera parte. Me guió a través de los mismos pasos, y nuevamente dejamos la raíz macerada remojándose en agua, expuesta al sereno. Para entonces, la mezcla hirviente se había solidificado en la olla de barro. Don Juan retiró la olla del fuego, la puso dentro de una red y la colgó de una viga a mitad del aposento.

El 17 de abril, a eso de las 8 de la mañana, don Juan y yo empezamos a colar con agua el extracto de raíz. Era un día claro, soleado, y don Juan interpretó el buen tiempo como augurio de que yo le simpatizaba a la yerba del diablo; dijo que, conmigo allí, nada más se acordaba de lo mala que la yerba había sido con él.

El procedimiento que seguimos para filtrar el extracto de raíz fue el mismo que yo había observado para la primera parte. Al atardecer, tras vaciar el agua de encima por octava vez, quedó en el fondo del recipiente una cucharada de sustancia amarillenta.

Volvimos al cuarto de don Juan, donde aún había dos bolsitas sin tocar. Abrió una, metió la mano y con la otra plegó el extremo abierto en torno de su muñeca. Parecía estar sosteniendo algo, a juzgar por la forma como su mano se movía dentro de la bolsa. De pronto, con un movimiento rápido, peló la bolsa de su mano como quitándose un guante, volteándola al revés, y acercó la mano a mi rostro. Estaba sosteniendo una lagartija. La cabeza del animal se hallaba a pocos centímetros de mis ojos. Había algo extraño en el hocico. Observé un momento, y luego me retraje involuntariamente. El hocico de la lagartija estaba cosido con puntadas toscas. Don Juan me ordenó coger la lagartija con la mano izquierda. La aferré; se revolvió contra mi palma. Sentí náuseas. Mis manos empezaron a sudar.

Don Juan tomó la última bolsa y, repitiendo los mismos movimientos, extrajo otra lagartija. También la acercó a mi cara. Vi que los ojos del animal estaban cosidos. Me ordenó coger esta lagartija con la mano derecha.

Para cuando tuve ambas lagartijas en las manos, me hallaba a punto de vomitar. Tenía un deseo avasallador de dejarlas caer y largarme de allí.

-¡No las apachurres! -dijo, y su voz me trajo un sentido de alivio y de propósito. Preguntó qué me pasaba. Trataba de estar serio, pero no pudo contener la risa. Intenté aflojar las manos, pero sudaban tan profusamente que las lagartijas, retorciéndose, empezaron a escapárseme. Sus garritas agudas arañaban mis manos, produciendo una increíble sensación de asco y náusea. Cerré los ojos y apreté los dientes. Una de las lagartijas ya se deslizaba a mi muñeca; sólo necesitaba dar un tirón para sacar la cabeza de entre mis dedos y quedar libre. Yo experimentaba una sensación peculiar de desesperación física, de incomo-

didad suprema. Gruñía a don Juan, entre dientes, que me quitara esas porquerías. Mi cabeza se sacudía involuntariamente. El me miró con curiosidad. Gruñí como un oso, sacudiendo el cuerpo. Don Juan echó las lagartijas en sus bolsas y empezó a reír. Yo quería reír también, pero tenía el estómago revuelto. Me acosté.

Le expliqué que lo que me había afectado era la sensación de las garras en mis palmas; él dijo que muchas cosas podían volver loco a un hombre, sobre todo si no tenía la decisión, el propósito necesario para aprender; pero cuando un hombre poseía una intención clara y recia, los sentimientos no resultaban en modo alguno un obstáculo, pues era capaz de controlarlos.

Don Juan esperó un rato y entonces, repitiendo los mismos movimientos, me entregó de nuevo las lagartijas. Me dijo que alzara sus cabezas y las frotara suavemente contra mis sienes, mientras les preguntaba cualquier cosa que quisiera saber.

Al principio no comprendí qué deseaba de mí. Me dijo otra vez que preguntara a las lagartijas cualquier cosa que yo no pudiese averiguar por mi mismo. Me dio toda una serie de ejemplos: podía yo descubrir cosas sobre personas que por lo común no veía, o sobre objetos perdidos, o sobre sitios que no conociera. Entonces advertí que se refería a la adivinación. Me puse muy excitado. Mi corazón empezó a latir con fuerza. Sentí que perdía el aliento.

Me advirtió que esta primera vez no preguntara sobre asuntos personales: dijo que mejor pensara en algo que no tuviese nada que ver conmigo. Debía pensar rápidamente y con claridad, porque no habría modo de revocar mis pensamientos.

Traté frenéticamente de pensar en algo que deseara saber. Don Juan me instaba con imperiosidad, y quedé atónito al darme cuenta de que no podía pensar nada que quisiese "preguntar" a las lagartijas.

Tras una espera penosamente larga, se me ocurrió algo. Tiempo antes, habían robado un buen número de libros de un salón de lectura. No era un asunto personal, y sin embargo me interesaba. Yo no tenía ideas preconcebidas acerca de la identidad de la persona, o personas, que habían tomado los libros. Froté las lagartijas contra mis sienes, preguntándoles quién era el ladrón.

Tras un rato, don Juan metió las lagartijas en las bolsas y dijo que no había ningún secreto profundo con respecto a la raíz ni a la pasta. La pasta se hacía para dar dirección; la raíz aclaraba las cosas. Pero el verdadero misterio eran las lagartijas. Ellas eran el secreto de toda la brujería de la segunda parte, dijo don Juan.

Le pregunté si eran un tipo especial de lagartijas. Respondió que sí lo eran. Tenían que venir de la zona de la propia planta de uno; tenían que ser amigas de uno. Y para trabar amistad con las lagartijas, había que cultivarla un largo período. Había que desarrollar una fuerte amistad con ellas dándoles comida y hablándoles con bondad.

Pregunté por qué era tan importante su amistad. Don Juan dijo que las lagartijas sólo se dejan capturar si conocen al hombre, y quien tomara en serio la yerba del diablo debía tratar con seriedad a las lagartijas. Dijo que, como regla, las lagartijas debían cogerse después de que la pasta y la raíz estuvieran preparadas. Debían cogerse al atardecer. Si uno no estaba en confianza con las lagartijas, dijo, podía pasarse días tratando, sin éxito, de cogerlas, y la pasta sólo duraba un día. Luego me dio una larga serie de instrucciones concernientes al procedimiento a seguir una vez capturadas las lagartijas.

Una vez que hayas cogido las lagartijas, ponlas en bolsas separadas. Luego saca a la primera y háblale. Discúlpate por causarle dolor y ruégale que te ayude. Y cósele la boca con una aguja de madera. Haz la costura con fibras de ágave y una espina de choya. Aprieta bien las puntadas. Luego dile las mismas cosas a la otra lagartija y cósele los párpados. A la hora en que la noche empiece a caer estarás listo. Toma la lagartija de la boca cosida y explícale el asunto del que quieres saber. Pídele que vaya a ver por ti. Dile que tuviste que co-

serle la boca para que se apure a volver y no hable con nadie más. Déjala revolcarse en la pasta después de que se la embarres en la cabeza; luego ponla en el suelo. Si toma la dirección de tu buena fortuna, la brujería saldrá bien y fácil. Si agarra la dirección contraria, saldrá mal. Si la lagartija se acerca a ti (hacia el sur) puedes esperar mejor suerte que de costumbre, pero si se aleja de ti (hacia el norte), la brujería será terriblemente difícil, ¡Puedes hasta morir! De modo que, si se aleja de ti, estás a tiempo de rajarte. A estas alturas puedes tomar la decisión de rajarte. Si te rajas, perderás tu autoridad sobre las lagartijas, pero mejor eso que perder la vida. O también puede ser que decidas seguir con la brujería a pesar de mi advertencia. En ese caso, el paso siguiente es tomar la otra lagartija y decirle que escuche el relato de su hermana y luego te lo describa.

-¿Pero cómo puede la lagartija de la boca cosida decirme lo que ve? ¿No se le cosió la boca para que no hablara?

-Coserle la boca le impide contar su relato a los extraños. La gente dice que las lagartijas son platicadoras; en cualquier parte se paran a platicar. Bueno, el paso siguiente es embarrarle la pasta atrás de la cabeza, y luego frotar la cabeza de la lagartija contra tu sien izquierda, sin que la pasta toque el centro de tu frente. Al comienzo del aprendizaje, es buena idea enlazar a la lagartija por en medio, con un cordón, y amarrártela al hombro derecho. Así no la pierdes ni la lastimas. Pero conforme progresas y te vas familiarizando con el poder de la yerba del diablo, las lagartijas aprenden a obedecer tus órdenes y se quedan trepadas en tu hombro. Después que te hayas untado pasta en la sien derecha, con la lagartija, mete en la olla los dedos de las dos manos; úntate la pasta primero en las sienes y luego extiéndela bien sobre ambos lados de tu cabeza. La pasta se seca muy rápido, y puede aplicarse tantas veces como sea necesario. Cada vez, empieza por usar primero la cabeza de la lagartija y después tus dedos. Tarde o temprano la lagartija que fue a ver regresa y le cuenta a su hermana todo el viaje, y la lagartija ciega te lo describe como si fueras de su especie. Cuando la brujería esté terminada, pon a la lagartija en el suelo y déjala ir, pero no mires a dónde va. Escarba con las manos un agujero hondo y entierra en él todo lo que usaste.

Alrededor de las 6 p.m., don Juan recogió del recipiente el extracto de raíz, depositándolo sobre un trozo liso de pizarra; había menos de una cucharadita de almidón amarillo. Puso la mitad en una taza y añadió agua amarillenta. Dio vueltas a la taza para disolver la sustancia. Me entregó la taza y me dijo que bebiera la mezcla. Era insípida, pero dejó en mi boca un sabor levemente amargo. El agua estaba demasiado caliente y eso me molestó. Mi corazón empezó a golpear aprisa, pero pronto me tranquilicé de nuevo.

Don Juan trajo la olla de la pasta. Esta parecía sólida y tenía una superficie reluciente. Quise penetrar la costra con el dedo, pero don Juan saltó hacía mi y apartó mi mano de la olla. Se molestó mucho; dijo que era mucho descuido de mi parte el tratar de hacer eso, y que si yo de veras quería aprender no había necesidad de ser descuidado. Eso era poder, dijo señalando la pasta, y nadie sabia qué clase de poder era en realidad. Era suficiente injuria, ya que nos metiéramos con él para nuestros propios fines algo que no podemos evitar porque somos hombres, dijo , pero al menos había que tratarlo con el debido respeto. La mezcla semejaba avena cocida. Al parecer tenía almidón suficiente para darle esa consistencia. Don Juan me pidió traer las bolsas con las lagartijas. Tomó la lagartija del hocico cosido y me la entregó cuidadosamente. Me hizo cogerla con la mano izquierda y me dijo que tomara con el dedo un poco de pasta y lo frotara en la cabeza de la lagartija y luego pusiera a la lagartija en la olla y la sostuviera allí hasta que la pasta cubriese todo su cuerpo.

Luego me indicó sacar a la lagartija de la olla. Recogió la olla y me guió a una zona rocosa no demasiado lejos de su casa. Se-

ñaló una gran roca y me dijo que me sentara frente a ella, como si fuera mi datura, y, sosteniendo la lagartija frente a mi rostro, le explicara nuevamente lo que deseaba saber y le rogara ir a buscarme la respuesta. Me aconsejó decir a la lagartija que sentía haber tenido que causarle molestias, y prometerle que a cambio seria bueno con todas las lagartijas. Y luego me indicó sostenerla entre los dedos tercero y cuarto de mi mano izquierda, donde una vez él hizo un corte, y bailar alrededor de la roca haciendo exactamente lo que había hecho al replantar la raíz de la yerba del diablo; me preguntó si recordaba cuanto había hecho entonces. Dije que sí. Subrayó que todo tenía que ser exactamente igual, y que si no me acordaba debía esperar hasta que todo se hallase claro en mi memoria. Me advirtió con gran apremio que si actuaba en forma precipitada, sin deliberar, me haría daño a mí mismo. Su última indicación fue que yo pusiera en tierra a la lagartija del hocico cosido y observara hacia dónde se iba, para poder determinar el resultado de la experiencia. Dijo que no debía yo apartar los ojos de la lagartija ni por un instante, pues una treta común de las lagartijas era distraerlo a uno y luego salir corriendo.

Todavía no acababa de oscurecer. Don Juan miró el cielo.

-Te dejo solo -dijo, y se alejó.

Seguí todas sus instrucciones y luego puse a la lagartija en el suelo. La lagartija permaneció inmóvil donde la dejé. Luego me miró, y corrió a las rocas, hacia el este, y desapareció entre ellas.

Me senté en el suelo frente a la roca, como si estuviera ante mi planta. Una profunda tristeza me invadió. Me pregunté por la lagartija del hocico cosido. Pensé en su extraño viaje y en cómo me miró antes de correr. Era un pensamiento extraño, una proyección molesta. A mi modo yo también era una lagartija, realizando otro viaje extraño. Mi destino, acaso, era sólo el de ver; en ese momento sentía que nunca me sería posible decir lo que había visto. Para entonces ya estaba muy oscuro. Apenas podía ver las rocas que estaban frente a mí. Pensé en las palabras de don Juan: "El crepúsculo: ¡allí está la rendija entre los mundos!"

Tras largo titubeo empecé a seguir los pasos prescritos. Aunque la pasta parecía avena cocida, no tenía ese tacto. Era muy lisa y fría. Olía en forma peculiar, acre. Producía en la piel una sensación de frescura y se secaba rápidamente. Me froté las sienes once veces, sin notar efecto alguno. Traté con mucho cuidado de tomar en cuenta cualquier cambio en percepción o estado de ánimo, pues ni siquiera sabía qué anticipar. De hecho, no era yo capaz de concebir la naturaleza de la experiencia, e insistía en buscar pistas.

La pasta se había secado y desprendido en escamas de mis sienes, Estaba a punto de untarme más cuando advertí que me hallaba sentado sobre los tobillos, a la japonesa. Había estado sentado con las piernas cruzadas y no recordaba haber cambiado de postura. Tardé algún tiempo en tomar plena conciencia de que me encontraba sobre el piso de una especie de claustro con arcadas altas. Pensé que eran de ladrillo, pero al examinarlas vi que eran de piedra. Esta transición fue muy difícil. Sobrevino tan repentinamente que yo no estaba listo para seguirla. Mi percepción de los elementos de la visión era difusa, como si soñara. Pero los componentes no cambiaban. Permanecían fijos, y yo podía detenerme junto a cualquiera de ellos y examinarlo concretamente. La visión no era tan clara ni tan real como una inducida por el peyote. Tenía un carácter nebuloso, un matiz pastel intensamente placentero. Me pregunté si podría levantarme o no, y en seguida noté que me había movido. Estaba en la parte superior de una escalera y H, una amiga mía, se hallaba al pie de ella. Sus ojos eran febriles. Había en ellos un brillo de locura. Rió fuertemente, con tal intensidad que resultó aterradora su risa, empezó a subir la escalera. Quise huir o refugiarme, porque "ella había estado chiflada una vez". Ese fue el pensamiento que acudió a mi mente. Me oculté

detrás de una columna y H pasó ante mí sin mirar, "Ahora se va a un largo viaje", fue otro pensamiento que se me ocurrió entonces, y finalmente la última idea que recordé fue: "Se ríe cada vez que está a punto de tronar."
De pronto la escena se hizo muy clara; ya no era como un sueño. Era como una escena común, pero yo parecía estar viéndola a través de un cristal. Traté de tocar una columna, pero todo cuanto noté fue que no podía moverme; sin embargo, sabía que podía quedarme cuanto quisiera, contemplando la escena. Estaba en ella pero no era parte de ella.
Sentí que levantaba un dique de pensamientos y argumentos racionales. Me hallaba, hasta donde podía juzgar, en un estado ordinario de conciencia sobria. Cada elemento pertenecía al terreno de mis procesos normales. Y sin embargo, yo sabía que no se trataba de un estado ordinario.
La escena cambió súbitamente. Era de noche. Me encontraba en el vestíbulo de un edificio. La oscuridad dentro del edificio me hizo consciente de que en la escena anterior la luz del sol tenía una hermosa claridad. Pero había sido algo tan común que en ese momento no lo advertí.
Al seguir mirando la nueva visión, vi a un joven salir de un cuarto con una mochila grande sobre los hombros. No sabía yo quién era, aunque lo había visto una o dos veces. Pasó frente a mí y descendió las escaleras. Para entonces yo había olvidado mi aprensión, mis dilemas racionales. "¿Quién es ese tipo?" pensé. "¿Por qué lo vi?"
La escena cambió de nuevo y me hallé observando al joven mutilar libros: pegaba algunas páginas con goma, borraba marcas. Luego lo vi acomodar los libros con cuidado en una caja de madera, Había una pila de cajas. No estaban en su cuarto sino en algún almacén. Otras imágenes acudieron a mi mente, pero no estaban claras. La escena se hizo nebulosa. Tuve la sensación de girar.
Don Juan me sacudió por los hombros y desperté. Me ayudó a levantarme y caminamos de regreso a su casa. Habían pasado tres horas y media desde el momento en que empecé a untar la pasta en mis sienes hasta la hora en que desperté, pero el estado visionario no pudo haber durado más de diez minutos. Yo no sentía ningún mal efecto; sólo hambre y sueño.

Jueves, 18 de abril, 1963

Don Juan me pidió anoche describir mi reciente experiencia, pero yo estaba demasiado adormecido para hablar de ella. No podía concentrarme. Hoy, apenas desperté, repitió su petición.
-¿Quién te dijo que esta muchacha H había estado chiflada? -preguntó cuándo terminé mi historia.
-Nadie. Fue sólo uno de los pensamientos que tuve.
-¿Crees que eran tus pensamientos?
Le dije que eran mis pensamientos, aunque yo no tenía motivo para pensar que H hubiese estado enferma. Eran pensamientos extraños. Parecían brotar en mi mente surgidos de ninguna parte. Don Juan me miró inquisitivo. Le pregunté si no me creía; rió y dijo que mi costumbre era ser descuidado con mis actos.
-¿Qué hice mal, don Juan?
-Debiste haber escuchado a las lagartijas.
-¿Cómo debí escuchar?
-La lagartijita encima de tu hombro te estaba describiendo todo lo que veía su hermana. Te estaba hablando. Te estaba diciendo todo, y tú no hiciste caso. En cambio, creíste que las palabras de la lagartija eran tus propios pensamientos.
-Pero si eran mis propios pensamientos, don Juan.
-No lo eran. Esa es la naturaleza de esta brujería, Para decirte la verdad, la visión es más para escucharse que para mirarse. Lo mismo me pasó a mí. Estaba a punto de advertírtelo cuando recordé que mi benefactor no me lo advirtió a mi tampoco.
-¿Fue su experiencia como la mía, don Juan?
-No. La mía fue un viaje infernal. Casi me muero.

-¿Por qué fue infernal?
-A lo mejor porque yo no le caía bien a la yerba del diablo, o porque no tenía claro lo que quería preguntar. Como tú ayer. Has de haber estado pensando en esa muchacha cuando preguntaste por los libros.
-No me acuerdo de eso.
-Las lagartijas nunca yerran; toman cada pensamiento como una pregunta. La lagartija volvió y te dijo cosas de H que nadie podrá entender jamás, porque ni siquiera tú sabes cuáles eran tus pensamientos.
-¿Y la otra visión que tuve?
-Tus pensamientos han de haber estado firmes cuando hiciste esa pregunta. Y así es como hay que conducir esta brujería: con claridad.
-¿O sea que la visión de la muchacha no debe tomarse en serio?
-¿Cómo puede tomarse en serio si no sabes qué preguntas estaban contestando las lagartijitas?
-¿Sería más claro para la lagartija si uno hiciera una sola pregunta?
-Sí, sería más claro. Si pudieras sostener con firmeza un solo pensamiento.
-¿Pero qué ocurriría, don Juan, si la única pregunta no fuera sencilla?
-Mientras tu pensamiento sea firme y no se meta en otras cosas, es claro para las lagartijitas, y entonces su respuesta es clara para ti.
-¿Puede uno hacer más preguntas a las lagartijas mientras va avanzando en la visión?
-No. La visión es para mirar lo que las lagartijas te estén diciendo. Por eso dije que es una visión para oír más que una visión para ver. Por eso te pedí tratar asuntos no personales. Por lo general, cuando la pregunta trata de personas, tu ansia de tocarlas o de hablarles es demasiado fuerte, y la lagartija deja de hablar y la brujería se deshace. Deberás saber mucho más que ahora antes de querer ver cosas que te conciernan en lo personal. La próxima vez debes escuchar con cuidado. Estoy seguro de que las lagartijitas te dijeron muchas, muchas cosas, pero no estabas escuchando.

Viernes, 19 de abril, 1963

-¿Qué son todas las cosas que molí para la pasta, don Juan?
-Semillas de yerba del diablo y los gorgojos que viven de las semillas. La medida es un puño de cada cosa ahuecó la mano derecha para mostrarme cuánto.
Le pregunté qué ocurriría si un elemento se usara solo, sin los demás. Dijo que tal procedimiento sólo produciría el antagonismo de la yerba del diablo y de las lagartijas.
-No debes enemistarte con las lagartijas -dijo-, porque al otro día, cuando esté atardeciendo, tienes que regresar al sitio de tu planta. Háblales a todas las lagartijas y pide que salgan otra vez a las dos que te ayudaron en la brujería. Busca por todas partes hasta que esté oscuro. Si no puedes hallarlas, debes intentarlo de nuevo al otro día. Sí eres fuerte hallarás a las dos, y entonces tendrás que comértelas allí mismo. Y tendrás por siempre la facultad de ver lo desconocido. Ya nunca necesitarás coger lagartijas para practicar esta brujería. Vivirán dentro de ti desde entonces.
-¿Qué hago si nada más encuentro una?
-Si nada más encuentras una, debes dejarla ir al final de tu búsqueda. Si la encuentras el primer día, no la guardes con la esperanza de coger a la otra al día siguiente. Eso nada más echaría a perder tu amistad con ellas.
-¿Qué sucede si no puedo hallarlas para nada?
-Creo que eso seria lo mejor para ti. Quiere decir que debes coger dos lagartijas cada vez que necesites su ayuda, pero también quiere decir que eres libre.
-¿Cómo, libre?
-Libre de ser esclavo de la yerba del diablo. Si las lagartijas viven dentro de ti, la yerba del diablo no te dejará ir jamás.
-¿Es malo eso?
-Claro que es malo. Te apartará de todo lo demás. Tendrás que pasar la vida cultivándola como aliado. Es posesiva. Una vez que te domina, sólo hay un camino a seguir: el suyo.
-¿Y si hallo muertas a las lagartijas?
-Si hallas muerta a una o a las dos, no de-

bes tratar de hacer esta brujería durante un tiempo. Déjala descansar un rato.
"Creo que sólo esto necesito decirte; lo que te he dicho es la regla. Cada vez que practiques por tu cuenta esta brujería, debes sentarte frente a tu planta y seguir todos los pasos que te he descrito. Otra cosa, No debes comer ni beber hasta que la brujería esté terminada."

VI

El siguiente paso en las enseñanzas de don Juan fue un nuevo aspecto en el dominio de la segunda parte de la raíz de datura. En el tiempo transcurrido entre las dos etapas del aprendizaje, don Juan inquirió únicamente acerca del desarrollo de mi planta.

Jueves, 27 de junio, 1963

-Es buena costumbre probar la yerba del diablo antes de emprender de lleno su camino -dijo don Juan.
-¿Cómo se le prueba, don Juan?
-Debes probar otra brujería con las lagartijas. Tienes todos los elementos que se necesitan para hacerles una pregunta más, esta vez sin mi ayuda.
-¿Es muy necesario que haga yo esta brujería, don Juan?
-Es la mejor forma de probar los sentimientos de la yerba del diablo hacia ti. Ella te prueba todo el tiempo, así que es justo que tú también la pruebes, y si en cualquier punto a lo largo de su camino sientes que por algún motivo no deberías seguir, entonces simplemente te detienes.

Sábado, 29 de junio, 1963

Saqué a colación el tema de la yerba del diablo. Quería que don Juan me dijese más sobre ella, y sin embargo no quería comprometerme a participar.
-La segunda parte se usa nada más para adivinar, ¿no es así, don Juan? -pregunté para iniciar la conversación.
-No solamente para adivinar. Con ayuda de la segunda parte, uno aprende la brujería de las lagartijas, y al mismo tiempo prueba a la yerba del diablo; pero en realidad la segunda parte se usa para otros propósitos. La brujería de las lagartijas es apenas el principio.
-Entonces, ¿para qué se usa, don Juan?
No respondió. Cambiando súbitamente el tema, me preguntó de qué tamaño estaban las daturas que crecían alrededor de mi propia planta. Señalé la altura con un gesto. Don Juan dijo:
-Te he enseñado a distinguir el macho de la hembra. Ahora, ve a tus plantas y tráeme los dos. Ve primero a tu planta vieja y observa con cuidado el cauce hecho por la lluvia. A estas alturas, el agua ha de haber llevado muy lejos las semillas. Observa las zanjitas hechas por el desagüe y de ellas determina la dirección de la corriente. Luego encuentra la planta que esté creciendo en el punto más alejado a tu planta. Todas las plantas de yerba del diablo que crezcan en medio son tuyas. Más tarde, cuando vayan soltando semilla, puedes extender el tamaño de tu territorio siguiendo el cauce desde cada planta a lo largo del camino.
Me dio instrucciones minuciosas sobre cómo procurarme una herramienta cortante. El corte de la raíz, dijo, debía hacerse en la forma siguiente. Primero, debía yo escoger la planta que iba a cortar y apartar la tierra en torno al sitio donde la raíz se unía al tallo. Segundo, debía repetir exactamente la misma danza que había ejecutado al replantar la raíz. Tercero, debía cortar el tallo y dejar la raíz en la tierra. El paso final era cavar para extraer cuarenta centímetros de raíz. Me instó a no hablar ni delatar sentimiento alguno durante este acto.
-Deberás llevar dos trozos de tela -dijo-. Extiéndelos en el suelo y pon las plantas encima. Luego córtalas en partes y amontónalas. El orden depende de ti, pero debes recordar siempre qué orden usaste, porque así es como tienes que hacerlo siempre. Tráeme las plantas tan pronto como las tengas.

Sábado, 6 de julio, 1963

El lunes 1° de julio corté las daturas que don Juan había pedido. Esperé a que estuviera bastante oscuro antes de bailar alrededor de las plantas, pues no quería que nadie me viera. Me sentía lleno de aprensión. Estaba seguro de que alguien iba a presenciar mis extrañas acciones. Previamente había yo elegido dos plantas que me parecieron macho y hembra. Tenía que cortar cuarenta centímetros de la raíz de cada una, y no fue tarea fácil cavar a esa profundidad con un palo. Requirió horas. Tuve que terminar el trabajo en la oscuridad completa, y ya listo para cortarlas debí usar una lámpara de mano. Mi aprensión original de que alguien fuera a verme resultó mínima en comparación con el miedo de que alguien notara la luz en los ma-torrales,

Llevé las plantas a casa de don Juan el martes 2 de julio. El abrió los bultos y examinó los trozos. Dijo que aún tenía que darme semillas de sus plantas. Empujó un mortero frente a mí. Tomó un frasco de vidrio y vació su contenido semillas secas aglomeradas en el mortero.

Le pregunté qué eran, y repuso que semillas comidas de gorgojo. Había entre ellas bastantes bichos: pequeños gorgojos negros. Dijo que eran bichos especiales, que debíamos sacarlos y ponerlos en un frasco aparte. Me entregó otro frasco, lleno hasta la tercera parte del mismo tipo de gorgojos. Un trozo de papel metido en el frasco les impedía escapar.

-La próxima vez tendrás que usar los bichos de tus propias plantas -dijo don Juan-. Lo que haces es cortar las vainas que tengan agujeritos: están llenas de gorgojos. Abres la vaina y raspas todo y lo echas en un frasco. Junta un puñado de gorgojos y guárdalos aparte. Trátalos mal. No les tengas miramientos ni consideraciones. Mide un puño de las semillas apelmazadas comidas de gorgojo y un puño del polvo de los bichos, y entierra lo demás en cualquier sitio en esa dirección [señaló el sureste] de tu planta. Luego juntas semillas buenas, secas, y las guardas por separado. Junta todas las que quieras. Siempre puedes usarlas. Es buena idea sacar allí las semillas de las vainas, para poder enterrar todo de una vez.

Luego, don Juan me dijo que moliera primero las semillas apelmazadas, después los huevos de gorgojo, después los bichos y finalmente las semillas buenas y secas.

Cuando todo estuvo bien pulverizado, don Juan tomó los pedazos de datura que yo había cortado y amontonado. Separó la raíz macho y la envolvió con delicadeza en un trozo de tela. Me entregó lo demás y me dijo que lo cortara en pedacitos, lo moliera bien y pusiera en una olla hasta la última gota del jugo. Dijo que yo debía macerar las partes en el mismo orden en que las había amontonado.

Después de que terminé, me hizo medir una taza de agua hirviendo y agitarla con todo en la olla, y luego añadir otras dos tazas. Me entregó una barra de hueso de acabado pulido. Agité con ella la papilla y puse la olla en el fuego. Don Juan dijo entonces que debíamos preparar la raíz, usando para ello el mortero grande porque la raíz macho no podía cortarse para nada. Fuimos atrás de la casa. Don Juan tenía listo el mortero, y procedía machacar la raíz como había hecho antes. La dejamos remojando, al sereno, y entramos en la casa.

Me indicó vigilar la mezcla en la olla. Debía dejarse hervir hasta que tuviera cuerpo: hasta que fuese difícil de agitar. Luego se acostó en su petate y se durmió. La papilla llevaba al menos una hora hirviendo cuando noté que cada vez era más difícil agitarla. Juzgué que debía estar lista y la quité del fuego. La puse en la red bajo las tejas y me dormí.

Desperté al levantarse don Juan. El sol brillaba en un cielo despejado. Era un día cálido y seco. Don Juan comentó de nuevo su certeza de que yo le caía bien a la yerba del diablo.

Procedimos a tratar la raíz, y al finalizar el día teníamos una buena cantidad de sustancia amarillenta en el fondo del

cuenco. Don Juan escurrió el agua de encima. Pensé que ése era el fin del proceso, pero él volvió a llenar el recipiente con agua hirviendo.
Bajó la olla de la papilla. Esta parecía casi seca. Llevó la olla dentro de la casa, la colocó cuidadosamente en el piso y se sentó. Luego empezó a hablar.
-Mi benefactor me dijo que se permitía mezclar la planta con manteca. Y eso es lo que vas a hacer. Mi benefactor me la mezcló a mi con manteca, pero, como. ya te he dicho, yo nunca le tuve afición a la planta ni traté realmente de hacerme uno con ella. Mi benefactor decía que para mejores resultados, para quienes de veras quieren dominar el poder, lo debido es revolver la planta con sebo de jabalí. El sebo de tripa es el mejor. Pero escoge tú. Acaso la vuelta de la rueda decida que tomes como aliado a la yerba del diablo, y en ese caso te aconsejo, como mi benefactor me aconsejó a mí, cazar un jabalí y sacar el sebo de tripa.
En otros tiempos, cuando la yerba del diablo era lo mejor, los brujos acostumbraban ir de cacería nada más para traer sebo de jabalí. Buscaban a los machos más grandes y fuertes. Tenían una magia especial para jabalíes; tomaban de ellos un poder especial, tan especial que hasta en esos días costaba trabajo creerlo. Pero ese poder se perdió. No sé nada de él. Ni conozco a nadie que sepa. A lo mejor la misma yerba te enseña todo eso.
Don Juan midió un puño de manteca y lo echó en el cuenco donde estaba la pasta seca, limpiándose la mano en el borde de la olla. Me dijo que agitara el contenido hasta que estuviera suave y bien revuelto. Batí la mezcla durante casi tres horas. Don Juan la miraba de tiempo en tiempo, sin considerarla terminada aún. Por fin pareció satisfecho. El aire batido en la pasta le había dado un color gris claro, y consistencia de jalea. Colgó la olla del techo, junto al otro recipiente. Dijo que iba a dejarlo allí hasta el otro día, porque preparar esta segunda parte requería dos días. Me dijo que no comiera nada entre tanto. Podía tomar agua, pero rada de comida.
El día siguiente, jueves 4 de julio, cuatro veces hice escurrir la raíz, dirigido por don Juan. La última vez que escurrí el agua del cuenco, ya estaba oscuro. Nos sentamos en el porche. Don Juan puso ambos recipientes frente a mí. El extracto de raíz consistía en una cucharadita de almidón blancuzco. Lo puso en una taza y añadió agua. Dio vueltas a la taza para disolver la sustancia y luego me entregó la taza. Me dijo que bebiera todo lo que había en la taza. Lo bebí rápido y luego puse la taza en el piso y me recliné. Mi corazón empezó a golpear; sentí perder el aliento. Don Juan me ordenó, como si tal cosa, quitarme toda la ropa. Le pregunté por qué, y dijo que para untarme la pasta. Vacilé. No sabia si desvestirme.
Don Juan me instó a apurarme. Dijo que había muy poco tiempo para tonterías. Me quité toda la ropa.
Tomó su barra de hueso y cortó dos líneas horizontales en la superficie de la pasta, dividiendo así el contenido de la olla en tres partes iguales. Luego, empezando en el centro de la línea superior, trazó una raya vertical perpendicular a las otras dos, dividiendo la pasta en cinco partes. Señaló el área inferior de la derecha y dijo que era para mi pie izquierdo. El área encina de ésa era para mi pierna izquierda. La parte superior, la más grande, era para mis genitales. La que seguía hacia abajo, del lado izquierdo, era para mi pierna derecha, y el área inferior izquierda para mi pie derecho. Me dijo que aplicara la parte destinada al pie izquierdo en la planta del pie y la frotara a conciencia. Luego me guió en la aplicación de la pasta a la parte interior de toda mi pierna izquierda, a mis genitales, hacia abajo por toda la parte interior de la pierna derecha, y finalmente a la planta del pie derecho.
Seguí sus instrucciones. La pasta estaba fría y tenía un olor particularmente fuerte. Al terminar de aplicarla me enderecé. El olor de la mezcla entraba en mi nariz. Me estaba sofocando. El olor acre literalmente me asfixiaba. Era como un gas de

algún tipo. Traté de respirar por la boca y traté de hablarle a don Juan, pero no pude.
Don Juan me miraba con fijeza. Di un paso hacia él. Mis piernas eran como de hule y largas, extremadamente largas. Di otro paso. Las junturas de mis rodillas parecían tener resorte, como una garrocha para salto de altura; se sacudían y vibraban y se contraían elásticamente. Avancé. El movimiento de mi cuerpo era lento y tembloroso: más bien un estremecimiento ascendente y hacia adelante. Bajé la mirada y vi a don Juan sentado debajo de mí: muy por debajo de mí. El impulso me hizo dar otro paso, aun más largo y elástico que el precedente. Y entonces me elevé. Recuerdo haber descendido una vez; entonces empujé con ambos pies, salté hacia atrás y me deslicé bocarriba. Veía el cielo oscuro sobre mí, y las nubes que pasaban a mi lado. Moví el cuerpo a tirones para ver hacia abajo. Vi la masa oscura de las montañas. Mi velocidad era extraordinaria. Tenía los brazos fijos, plegados contra los flancos. Mi cabeza era la unidad directriz. Manteniéndola echada hacia atrás, describía yo círculos verticales. Cambiaba de dirección moviendo la cabeza hacia un lado. Disfrutaba de libertad y ligereza como nunca antes había conocido. La maravillosa oscuridad me producía un sentimiento de tristeza, de añoranza tal vez. Era como haber hallado un sitio al cual correspondía: la oscuridad de la noche. Traté de mirar en torno, pero todo cuanto percibía era que la noche estaba serena, y sin embargo pletórica de poder.
De pronto supe que era hora de bajar; fue como recibir una orden que debía obedecer. Y empecé a descender como una pluma, con movimientos laterales. Ese tipo de trayectoria me hacía sentir enfermo. Era lento y a sacudidas, como si estuvieran bajándome con poleas. Me dio náusea. Mi cabeza estallaba a causa de un dolor torturante en extremo. Una especie de negrura me envolvía. Tenía mucha conciencia del sentimiento de hallarme suspendido en ella.
Lo siguiente que recuerdo es la sensación de despertar. Estaba en mi cama, en mi propio cuarto. Me senté. Y la imagen de mi cuarto se disolvió. Me levanté, ¡Estaba desnudo! Al ponerme en pie, volvió la náusea.
Reconocí algunos puntos de referencia. Me encontraba a menos de un kilómetro de la casa de don Juan, cerca del sitio de sus daturas. De pronto todo encajó donde le correspondía y me di cuenta de que debería regresar caminando hasta la casa, desnudo. Hallarme privado de ropa era una profunda desventaja psicológica, pero nada podía yo hacer para resolver el problema. Pensé en improvisarme una falda con ramas, pero la idea parecía ridícula y además pronto amanecería, pues el crepúsculo matutino ya estaba claro. Olvidé mi incomodidad y mi náusea y eché a andar rumbo a la casa. Me obsesionaba el temor de ser descubierto. Iba a la expectativa de gente o perros. Traté de correr, pero me herí los pies en las piedritas agudas. Caminé despacio. Ya había clareado mucho. Entonces vi a alguien acercarse por el camino, y rápidamente salté tras los matorrales. La situación me parecía de lo más incongruente. Un momento antes me hallaba disfrutando el increíble placer de volar; al minuto siguiente estaba escondido, avergonzado de mi propia desnudez. Pensé en saltar de nuevo al camino y correr con todas mis fuerzas pasando junto a la persona que se acercaba. Pensé que se sobresaltaría tanto que, cuando advirtiera que se trataba de un hombre desnudo, yo ya la habría dejado muy atrás. Pensé todo eso, pero no me atrevía moverme.
La persona que venía por el camino estaba casi junto a mí y se detuvo. La oí decir mi nombre. Era don Juan, y traía mi ropa. Riendo, me miró vestirme; rió tanto que acabé por reír también yo.
El mismo día, viernes 5 de julio, al caer la tarde, don Juan me pidió narrarle los detalles de mi experiencia. Relaté todo el episodio con el mayor cuidado posible.
-La segunda parte de la yerba del diablo se usa para volar -dijo cuando hube termina-

do-. El ungüento por sí solo no basta. Mi benefactor decía que la raíz es la que dirige y da sabiduría, y es la causa del volar. Conforme vayas aprendiendo, y la tomes seguido para volar, empezarás a ver todo con gran claridad. Puedes remontarte por los aires cientos de kilómetros para saber qué está pasando en cualquier lugar que quieras, o para descargar un golpe mortal sobre tus enemigos lejanos. Conforme te vayas familiarizando con la yerba del diablo, ella te enseñará a hacer esas cosas. Por ejemplo, ya te ha enseñado a cambiar de dirección. Así, te enseñará cosas que ni te imaginas.
-¿Cómo qué, don Juan?
-Eso no te lo puedo decir. Cada hombre es distinto. Mi benefactor jamás me dijo lo que había aprendido. Me dijo cómo proceder, pero jamás lo que él vio. Eso es nada más para uno mismo.
-Pero yo le digo a usted todo lo que veo, don Juan.
-Ahora sí. Más tarde no. La próxima vez que tomes la yerba del diablo la tomarás solo, alrededor de tus propias plantas, porque allí es donde aterrizarás: alrededor de tus plantas. Recuérdalo. Por eso vine aquí a mis plantas a buscarte.
No dijo más y me quedé dormido. Al despertar por la noche, me sentía revigorizado. Por alguna razón exudaba una especie de contento físico. Estaba feliz, satisfecho. Don Juan me preguntó:
-¿Te gustó la noche? ¿O te asustó?
Le dije que la noche había sido en verdad magnífica.
-¿Y tu dolor de cabeza? ¿Era muy fuerte? preguntó.
-Tan fuerte como todas las otras sensaciones. Fue el peor dolor que he sentido dije.
-¿Te impediría eso querer probar otra vez el poder de la yerba del diablo.
-No sé. No quiero ahora, pero más tarde quizá. De veras no sé, don Juan.
Había una pregunta que yo deseaba hacerle, Supe que él la evadiría, de modo que había esperado que él mismo tocara el tema; esperé todo el día. Por fin, aquella noche antes de irme, tuve que preguntarle:
-¿De verdad volé, don Juan?
-Eso me dijiste. ¿No?
-Ya lo sé, don Juan. Quiero decir, ¿voló mi cuerpo? ¿Me elevé como un pájaro?
-Siempre me preguntas cosas que no puedo responder. Tú volaste. Para eso es la segunda parte de la yerba del diablo. Conforme vayas tomando más, aprenderás a volar a la perfección. No es asunto sencillo. Un hombre vuela con ayuda de la segunda parte de la yerba del diablo. Nada más eso puedo decirte. Lo que tú quieres saber no tiene sentido. Los pájaros vuelan como pájaros y el enyerbado vuela así.
-¿Así como los pájaros?
-No, así como los enyerbados.
-Entonces no volé de verdad, don Juan. Volé sólo en mi imaginación, en mi mente. ¿Dónde estaba mi cuerpo?
-En las matas -repuso cortante, pero inmediatamente echó a reír de nuevo-, el problema contigo es que nada más entiendes las cosas de un modo. No piensas que un hombre vuele, y sin embargo un brujo puede recorrer mil kilómetros en un segundo para ver qué está pasando. Puede descargar un golpe sobre sus enemigos a grandes distancias. Conque, ¿vuela o no vuela?
-Mire, don Juan, usted y yo tenemos orientaciones diferentes. Pongamos por caso que uno de mis compañeros estudiantes hubiera estado aquí conmigo cuando tomé la yerba del diablo. ¿Habría podido verme volar?
-Ahí vas de vuelta con tus preguntas de qué pasaría si... Es inútil hablar así. Si tu amigo, o cualquier otro, toma la segunda parte de la yerba, no le queda otra cosa sino volar. Ahora, si nada más te está viendo, puede que te vea volar, o puede que no. Depende del hombre,
-Pero lo que quiero decir, don Juan, es que si usted y yo miramos un pájaro y lo vemos volar, estamos de acuerdo en que vuela. Pero si dos de mis amigos me hubieran visto volar como anoche, ¿habrían estado de acuerdo en que yo volaba?
-Bueno, a lo mejor. Tú estás de acuerdo en que los pájaros vuelan porque los has

visto volar. Volar es cosa común para los pájaros. Pero no estarás de acuerdo en otras cosas que hacen los pájaros, porque nunca los has visto hacerlas. Si tus amigos supieran de hombres que vuelan con la yerba del diablo, entonces estarían de acuerdo.
-Vamos a ponerlo de otro modo, don Juan. Lo que quise decir es que, si me hubiera amarrado a una roca con una cadenota pesada, habría volado de todos modos, porque mi cuerpo no tuvo nada que ver con el vuelo.
Don Juan me miró incrédulo.
-Si te amarras a una roca -dijo-, mucho me temo que tendrás que volar cargando la roca con su pesada cadenota.

VII

Juntar los ingredientes y prepararlos para la mezcla de fumar formaba un ciclo anual. El primer año, don Juan me enseñó el procedimiento. En diciembre de 1962, el segundo año, al renovarse el ciclo, don Juan se limitó a dirigirme; yo mismo recolecté los ingredientes, los preparé, y los guardé hasta el año siguiente.
En diciembre de 1963, empezó un nuevo ciclo. Don Juan me enseñó entonces a combinar los ingredientes secos que yo había juntado y preparado el año anterior. Echó la mezcla de fumar en una bolsita de cuero, y nos pusimos a reunir una vez más los diversos ingredientes, para el próximo año.
Don Juan rara vez mencionó el "humito" durante el año transcurrido entre ambas recolecciones. Sin embargo, siempre qué iba a verlo me daba a sostener su pipa, y el proceso de "hacer amistad" con la pipa se desarrolló tal como él había prescrito. Puso la pipa en mis manos muy gradualmente. Exigía concentración y cautela absoluta en esa acción, y me daba instrucciones explícitas. Cualquier torpeza con la pipa produciría inevitablemente mi muerte o la suya propia, decía.
Apenas hubimos terminado el tercer ciclo de recolección y preparación, don Juan empezó a hablar del humo como aliado por primera vez en más de un año.

Lunes, 23 de diciembre, 1963

Regresábamos en el coche a su casa, tras recolectar unas flores amarillas para la mezcla. Eran uno de los ingredientes necesarios. Hice la observación de que aquel año, al juntar los ingredientes, no habíamos seguido el mismo orden que el pasado. Rió y dijo que el humito no era caprichoso ni mezquino, como la yerba del diablo. Para el humito, el orden de recolección carecía de importancia; lo único que se requería era que quien usara la mezcla fuese certero y exacto.
Pregunté a don Juan qué íbamos a hacer con la mezcla que él preparó y me dio a guardar. Repuso que era mía, y añadió que yo debía usarla lo más pronto posible. Pregunté cuánto se necesitaba cada vez. La bolsita que me había dado contenía aproximadamente el triple de la cantidad que cabría en una bolsa pequeña de tabaco. Me dijo que en un año tenía que usar todo el contenido de mi bolsa, y la cantidad necesaria cada vez que fumase era asunto personal.
Quise saber qué pasaría si nunca me acababa la bolsa. Don Juan dijo que nada pasaría; el humito no exigía nada. El mismo ya no necesitaba fumar, y sin embargo cada año hacia una mezcla nueva. Luego se corrigió y dijo que rara vez tenía que fumar. Le pregunté qué hacía con la mezcla no usada, pero no respondió. Dijo que la mezcla ya no servía si no se usaba en un año.
En este punto nos metimos en una larga discusión. Yo no formulaba correctamente mis preguntas, y sus respuestas parecían confusas. Yo deseaba saber si la mezcla perdería sus propiedades alucinógenas, o poder, después de un año, haciendo así necesario el ciclo anual, pero él insistió en que la mezcla no perdía su poder después de ningún tiempo. Sólo pasaba, dijo, que uno ya no la necesitaba porque había he-

cho nueva provisión; debía disponer del resto de la vieja mezcla en una forma especifica, que don Juan no quiso revelarme en ese punto.

Martes, 24 de diciembre, 1963

-Dijo usted, don Juan, que ya no necesita fumar.
-Sí; como el humito es mi aliado, ya no necesito fumar. Puedo llamarlo en donde sea y cuando sea.
-¿Quiere decir que viene con usted aunque usted no fume?
-Quiero decir que yo voy libremente con él.
-¿Podré hacer eso yo también?
-Podrás, si logras ganártelo como aliado.

Martes, 31 de diciembre, 1963

El jueves 26 de diciembre tuve mi primera experiencia con el aliado de don Juan, el humito. Durante todo el día llevé a don Juan en coche de un lado a otro e hice encargos suyos. Regresamos a su casa al atardecer. Observé que no habíamos comido nada en todo el día. Eso no le preocupaba en absoluto; en cambio, empezó a decir que me era imperativo entrar en confianza con el humito. Dijo que debía experimentarlo yo mismo para ver cuán importante era como aliado.
Sin darme oportunidad de responder nada, don Juan anunció, que en ese preciso momento iba a encenderme su pipa. Intenté disuadirlo, argumentando que no me consideraba listo. Le dije que no sentía haber manejado la pipa el tiempo suficiente. Pero él dijo que no me quedaba mucho tiempo para aprender, y que yo debía usar la pipa muy pronto. La sacó de su funda y la acarició. Sentado en el piso, junto a él, yo trataba frenéticamente de ponerme mal y desmayarme: de hacer cualquier cosa por aplazar este paso inevitable.
La habitación estaba casi oscura. Don Juan había encendido, y puesto en un rincón, la lámpara de kerosén. Por lo general, ésta mantenía el cuarto en una semioscuridad relajante, su luz amarillenta siempre apacible. Pero esta vez la luz parecía inusitadamente roja; sacaba de quicio. Don Juan desató su pequeña bolsa de mezcla sin quitarla del cordón amarrado en torno a su cuello. Acercó la pipa a sí, la puso dentro de su camisa y virtió parte de la mezcla en el cuenco. Me hizo observar el procedimiento, señalando que si la mezcla se derramaba caería dentro de su camisa.
Don Juan llenó tres cuartas partes del cuenco; luego ató la bolsa con una mano sosteniendo la pipa en la otra. Recogió un pequeño plato de barro, me lo entregó y me pidió ir afuera a traer brasitas del fuego. Fui atrás de la casa y saqué un montón de carbones de la estufa de adobe. Regresé apresurado al cuarto de don Juan. Sentía una angustia profunda. Era como una premonición.
Me senté junto a don Juan y le di el plato. Lo miró y dijo calmadamente que las brasas eran demasiado grandes. Las quería más chicas, que encajaran en el cuenco de la pipa. Volví a la estufa y traje algunas. Tomó el nuevo plato de brasas y lo puso frente a sí. Estaba sentado con las piernas cruzadas y metidas bajo el cuerpo. Me miró con el rabillo del ojo y se inclinó hasta casi tocar los carbones con la barbilla. Sostuvo la pipa en la mano izquierda, y con un movimiento extremadamente veloz de la derecha recogió una brasa ardiente y la puso en el cuenco de la pipa; luego irguió la espalda y, tomando la pipa con ambas manos, se la puso en la boca y dio tres fumadas. Extendió los brazos hacia mí y me dijo, en susurro enérgico, que tomase la pipa en las dos manos y fumara. La idea de rechazar la pipa y salir corriendo cruzó por un segundo mi mente, pero don Juan exigió de nuevo todavía susurrando que tomara la pipa y fumase. Lo miré. Sus ojos estaban fijos en mi. Pero su mirada era amistosa, preocupada. Resultaba claro que yo había hecho la elección largo tiempo atrás; no había más alternativa que hacer lo que él decía.
Tomé la pipa y casi la dejé caer. ¡Estaba

caliente! Me la llevé a la boca con gran cuidado porque imaginé que su calor sería insoportable. Pero no sentí calor alguno.
Don Juan me indicó inhalar. El humo fluyó entrando en mi boca y pareció circular allí. Sentí como si tuviera la boca llena de masa. El símil se me ocurrió aunque nunca había tenido la boca llena de masa. El humo era también como mentol, y el interior de mi boca se enfrió de repente. La sensación fue refrescante.
¡Otra vez! ¡Otra vez! oí susurrar a don Juan. Yo sentía que el humo se filtraba libremente dentro de mi cuerpo, casi sin mi control. No necesité más apremio de don Juan. Mecánicamente seguí inhalando.
De pronto, don Juan se inclinó y me quitó la pipa de las manos. Con golpes suaves vació la ceniza en el plato de las brasas, luego se mojó el dedo con saliva y le dio vueltas dentro del cuenco para limpiar las paredes de éste. Sopló repetidas veces a través del tallo. Lo vi devolver la pipa a su funda. Sus acciones retenían mi interés.
Cuando hubo limpiado y guardado la pipa, me miró, y por vez primera advertí que todo mi cuerpo se hallaba insensible, mentolado. Me pesaba el rostro y me dolían las quijadas. No podía tener cerrada la boca, pero no había flujo de saliva. Mi boca ardía de tan seca, y sin embargo yo no tenía sed. Empecé a percibir un calor insólito encima de toda mi cabeza. ¡Un calor frío! Cada vez que exhalaba, el aliento parecía cortarme los orificios nasales y el labio superior. Pero no quemaba; dolía como un trozo de hielo.
Don Juan estaba sentado junto a mí, a mi derecha, y sin moverse sostenía contra el suelo la funda de la pipa, como impidiéndole elevarse. Mis manos pesaban. Los brazos se me vencían, tirando de los hombros hacia abajo. Mi nariz cho¬rreaba. La limpié con el dorso de la mano ¡y se borró mi labio superior! Enjuagué mi cara y toda la carne desapareció. ¡Estaba derritiéndome! Sentí que mi carne en verdad se fundía. Levantándome de un salto, traté de agarrar algo cualquier cosa para sostenerme. Experimentaba un terror nunca antes sentido. Aferré una enorme estaca que don Juan tiene clavada en el piso, en el centro de su cuarto. Permanecí allí en pie un momento; luego me volvía mirarlo. Seguía sentado, inmóvil, deteniendo la pipa, mirándome con fijeza.
Mi aliento era dolorosamente cálido (¿o frío?). Me asfixiaba. Incliné la cabeza hacia adelante para apoyarla en la estaca, pero al parecer no di en ella: mi cabeza siguió descendiendo más allá del punto donde se encontraba la estaca. Me detuve casi llegando al suelo. Me enderecé. ¡La estaca estaba allí frente a mis ojos! Intenté nuevamente apoyar en ella la cabeza. Traté de controlarme y de estar consciente, y mantuve los ojos abiertos al inclinarme para tocar la estaca con la frente. Se hallaba a unos centímetros de mis ojos, pero al poner la cabeza contra ella tuve la extraña sensación de estar atravesándola. Buscando desesperadamente una explicación racional, concluí que mis ojos estaban alterando la distancia, y que la estaca debía hallarse a tres metros, aunque yo la viera frente a mi cara. Entonces concebí una forma lógica y racional de corroborar la posición de la estaca. Empecé a caminar de lado en torno a ella, paso a pasito. Mi idea era que, rodeando así la estaca, no me sería posible en forma alguna describir un circulo mayor de metro y medio en diámetro; si la estaca se encontraba en realidad a tres metros de mí, o fuera de mi alcance, llegaría el momento en que yo le diera la espalda. Confiaba en que, en ese instante, la estaca se desvanecería, porque de hecho estaría detrás de mi.
Procedí entonces a rodear la estaca, pero durante toda la vuelta siguió frente a mis ojos. En un arranque de ira la agarré con ambas manos, pero mis manos la atravesaron. Estaba agarrando el aire. Calculé cuidadosamente la distancia hasta la estaca. Concluí que seria menos de un metro. Es decir, mis ojos la percibían como un metro. Jugué un momento con mi percepción de profundidad moviendo la cabeza de un lado a otro, enfocando por turno cada ojo, primero sobre la estaca y luego

sobre lo de atrás. Según mi manera de juzgar la profundidad, la estaca se hallaba sin duda frente a mi, posiblemente a un metro. Estirando los brazos para proteger mi cabeza, embestí con todas mis fuerzas. La sensación fue la misma: atravesé la estaca. Esta ocasión fui a dar contra el piso. Me levanté. Y ésa fue tal vez la más insólita de todas las acciones que ejecuté aquella noche. ¡Me levanté con el pensamiento! No usé, al levantarme, mis músculos ni mi esqueleto en la forma que acostumbro, porque ya no tenía control sobre ellos. Lo supe en el instante de chocar contra el piso. Pero mi curiosidad con respecto a la estaca era tan fuerte que me "levanté con el pensamiento" en una especie de acción refleja. Y antes de haber tomado plena conciencia de que no podía moverme, estaba ya de pie.

Pedí ayuda a don Juan. En determinado momento grité frenéticamente, a voz en cuello, pero don Juan no se movió. Seguía mirándome, de soslayo, como no queriendo volver la cabeza para encararme de lleno. Di un paso hacia él, pero en vez de avanzar trastabillé hacia atrás y caí contra la pared. Supe que mi espalda la había arremetido, pero no sentí dureza alguna; me hallaba suspendido por entero en una sustancia blanda, esponjosa: era la pared. Tenía los brazos extendidos lateralmente, y poco a poco mi cuerpo parecía hundirse en el muro. Sólo podía ver al frente, ha¬cia el cuarto. Don Juan seguía observándome, pero sin hacer el menor movimiento para ayudarme. Realicé un esfuerzo supremo por sacar mi cuerpo de la pared, pero sólo se hundía más y más. Con un terror indescriptible, sentí que la pared esponjosa me cubría la cara. Traté de cerrar los ojos, pero estaban fijos y abiertos.

No recuerdo qué más sucedió. De pronto vi a don Juan enfrente, a poca distancia. Nos hallábamos en el otro cuarto. Vi la mesa de don Juan y la estufa de tierra, encendida, y con el rabo del ojo distinguí la cerca fuera de la casa. Veía todo muy claro. Don Juan había traído la linterna de kerosén, ahora colgada de la viga en mitad de la habitación, Traté de mirar en dirección distinta, pero mis ojos estaban colocados exclusivamente para ver en línea recta ha¬cia adelante. No podía distinguir, ni sentir, parte alguna de mi cuerpo. Mi respiración tampoco se notaba. Pero mis ideas eran lúcidas en extremo. Tenía clara conciencia de todo cuanto ocurría frente a mí. Don Juan se acercó, y mi claridad mental cesó. Algo pareció detenerse en mi interior. No había más ideas. Vi venir a don Juan y lo odié. Quería hacerlo pedazos. Lo habría matado entonces, pero no podía moverme. Al principio percibí vagamente una presión sobre mi cabeza, pero también desapareció. Sólo una cosa quedaba: una ira incontenible contra don Juan. Lo vi a unos centímetros de mí. Quise destrozarlo con las manos. Sentí estar gruñendo. Algo en mi empezó a retorcerse. Oí que don Juan me hablaba. Su voz era suave y tranquilizadora y, sentía yo, infinitamente agradable. Se acercó más aún y comenzó a recitar una canción de cuna.

Señora Santa Ana, ¿Por qué llora el niño?
Por una manzana que se le ha Perdido.
Yo le daré una. Yo le daré dos.
Una para el niño y otra para vos.

Una calidez me saturó. Era una tibieza de corazón y sentimientos. Las palabras de don Juan eran un eco distante. Revivían los recuerdos olvidados de la niñez.

La violencia antes sentida desapareció. El resentimiento se hizo añoranza: afecto gozoso que ya no tenía cuerpo y me hallaba en libertad de convertirme en lo que quisiera. Retrocedió. Mis ojos ocupaban un nivel normal, como si me encontrara de pie frente a él. Extendió ambos brazos hacia mí y me dijo que entrara en ellos.

O avancé, o él se me acercó. Sus manos estaban casi sobre mi rostro: sobre mis ojos, aunque yo no las sentía.

-Métete en mi pecho -le oí decir. Sentí que me envolvía. Era la misma sensación esponjosa de la pared.

Luego sólo pude oír su voz ordenándome

mirar y ver. Ya no me era posible distinguirlo. Al parecer mis ojos estaban abiertos, pues veían relámpagos en un campo rojo; era como mirar una luz a través de párpados cerrados. Entonces mis pensamientos volaron de nuevo. Regresaron en un bombardeo de imágenes: rostros, paisajes. Escenas sin la menor coherencia brotaban y desaparecían. Era como uno de esos sueños rápidos en que las imágenes se enciman y cambian.

Luego los pensamientos empezaron a disminuir en número e intensidad, y pronto se fueron otra vez. Había sólo una conciencia de afecto, de ser feliz. No discernía yo formas ni luz. De pronto tiraron de mí hacia arriba. Claramente sentí que me alzaban. Y me hallaba libre, moviéndome en agua o en aire con tremenda ligereza y velocidad. Nadaba como una anguila; me contorsionaba y viraba y me elevaba y descendía a voluntad. Sentí soplar un viento frío en todo mi derredor y empecé a flotar como una pluma de un lado a otro, bajando, y bajando, y bajando.

Sábado, 28 de diciembre, 1963

Desperté ayer, al terminar la tarde. Don Juan me dijo que yo había dormido apaciblemente casi dos días. La cabeza me dolía como si fuera a romperse. Bebí un poco de agua y vomité. Me sentía cansado, extremadamente cansado, y después de comer volví a dormirme.

Hoy me hallaba perfectamente relajado de nuevo. Don Juan y yo hablamos de mi experiencia con el humito. Pensando que él deseaba, como siempre, el relato completo, empecé a describir mis impresiones, pero me detuvo diciendo que no era necesario. Dijo que yo en realidad no había hecho nada y me había quedado dormido inmediatamente, así que no había nada de qué hablar.

-¿Y cómo me sentí? ¿No importa para nada? -insistí.

-No, con el humito no. Más tarde, cuando aprendas a viajar, hablaremos; cuando aprendas a meterte en las cosas.

-¿De veras se "mete" uno en las cosas?

-¿No recuerdas? Te metiste en esa pared y saliste por el otro lado.

-Pienso que en realidad me salí de mis cabales.

-No, no fue eso.

-¿Se portó usted igual que yo cuando fumó por primera vez, don Juan?

-No, igual no. Tenemos distinto carácter.

-¿Cómo se portó usted? .

Don Juan no respondió. Planteé de otro modo la pregunta y la hice de nuevo. Pero él afirmó no recordar sus experiencias, y dijo que mi pregunta era comparable a interrogar a un pescador sobre lo que había sentido la primera vez que pescó.

Dijo que el humito como aliado era único, y le recordé que también había llamado único a Mescalito. Arguyó que cada uno era único, pero que diferían en especie.

-Mescalito es un protector porque te habla y puede guiar tus actos -dijo-. Mescalito enseña la forma debida de vivir. Y puedes verlo porque está fuera de ti. El humito, en cambio, es un aliado. Te transforma y te da poder sin mostrarse jamás. No puedes hablarle. Pero sabes que existe porque se lleva tu cuerpo y te hace ligero como el aire. No obstante, nunca lo ves. Pero allí está, dándote poder para que lleves a cabo cosas que ni te imaginas, como cuando se lleva tu cuerpo.

-Sentí de veras que había perdido mi cuerpo, don Juan.

-Pues si.

-¿Quiere usted decir que yo en realidad no tenía cuerpo?

-¿Tú qué piensas?

-Bueno, no sé. Nada más puedo decirle lo que sentí.

-Eso es todo lo que hay en realidad: lo que sentiste.

-¿Pero cómo me vio usted, don Juan? ¿Qué parecía yo? No importa cómo te haya visto. Es como cuando aga¬rraste la estaca. Sentiste que no estaba allí y le diste vuelta para estar seguro de que estaba allí. Pero cuando saltaste volviste a sentir que no estaba de veras allí.

-Pero usted me vio como soy ahora, ¿no?

-¡No! ¡No eras como eres ahora!
-¡Cierto! Lo admito. Pero ¿tenía mi cuerpo, verdad, aunque yo no pudiera sentirlo?
-¡No! ¡Carajo! ¡No tenías un cuerpo como el cuerpo que tienes hoy!
-¿Qué pasó entonces con mi cuerpo?
-Creí que entendías. Tu cuerpo se lo llevó el humito.
-Pero, ¿adónde fue a dar?
-¿Cómo demonios quieres que sepa eso?
Era inútil persistir en tratar de obtener una explicación "racional". Le dije que no quería discutir ni hacer preguntas estúpidas, pero si aceptaba la idea de que era posible perder mi cuerpo, perdería toda mi racionalidad.
Dijo que yo exageraba, como de costumbre, y que no perdí ni iba a perder nada a causa del humito.

Martes, 28 de enero, 1964

Pregunté a don Juan qué pensaba de la idea de dar el humito a todo el que deseara la experiencia. Repuso con indignación que dar el humito a cualquiera sería igual que matarlo, porque no tendría a nadie que lo guiara. Pedí a don Juan explicar sus palabras. Repuso que yo estaba allí, vivo y hablando con él, porque él me había hecho regresar. Había recobrado mi cuerpo. Sin él, yo jamás habría despertado.
-¿Cómo recobró usted mi cuerpo, don Juan?
-Eso lo aprenderás más tarde, pero tendrás que aprenderlo por tu propia cuenta. Por ese motivo quiero que aprendas lo más posible mientras yo ande todavía por aquí. Has perdido ya bastante tiempo haciendo preguntas estúpidas sobre cosas absurdas. Pero quizá no sea tu suerte aprender todo lo del humito.
-Bueno, ¿qué hago entonces?
-Deja que el humito te enseñe cuanto puedas aprender.
-¿También el humito enseña?
-Claro que enseña.
-¿Enseña como Mescalito?
-No, no es un maestro como Mescalito. No enseña las mismas cosas.
-Pero entonces, ¿qué enseña el humito?
-Te enseña a manejar su poder, y para aprender eso debes tomarlo todas las veces que puedas.
-Su aliado da mucho miedo, don Juan. Lo que sentí no se parecía a nada que yo hubiera experimentado jamás. Creí haber perdido la razón.
Por algún motivo, esta fue la imagen más aguda que acudió a mi mente. Veía yo el sucedido total desde la peculiar perspectiva de haber tenido otras experiencias alucinógenas con las cuales trazar una comparación, y lo único que se me ocurría, una y otra vez, era que con el humito uno pierde la razón.
Don Juan descartó mi símil, diciendo que lo que yo sentí fue el poder inimaginable del humito. Y para manejar ese poder, dijo, hay que vivir una vida fuerte. La idea de la vida fuerte no atañe sólo al periodo de preparación, sino también se vincula a la actitud del sujeto después de la experiencia. Don Juan dijo que el humito es tan fuerte que sólo con fuerza es posible hermanarlo; de otro modo, la vida de uno se quebraría en pedazos.
Le pregunté si el humito tenía el mismo efecto sobre cualquiera. Dijo que producía una transformación, pero no en cualquiera.
-Entonces, ¿cuál es la razón especial de que el humito produjera la transformación en mí? pregunté.
-Esa creo que es una pregunta muy tonta. Has seguido con obediencia todos los pasos que se necesitan. No es ningún misterio que el humito te transformara.
Nuevamente le pedí hablar de mi apariencia. Quería saber cómo me había visto, pues la imagen de un ser incorpóreo que don Juan había plantado en mi mente, comprensiblemente era insoportable.
Dijo que, a decir verdad, le dio miedo mirarme; sintió lo mismo que su benefactor debió de sentir al ver a don Juan fumar por vez primera.
-¿Por qué le daba miedo? pregunté . ¿Me veía tan mal?
-Jamás habla visto fumar a nadie.

-¿No veía fumar a su benefactor?
-No.
-¿Ni siquiera se ha visto nunca usted mismo?
-¿Y cómo me voy a ver?
-Podría fumar frente a un espejo.
No respondió, pero se quedó mirándome y sacudió la cabeza. Volví a preguntarle si era posible mirarse en un espejo. Dijo que seria posible, aunque resultaría inútil, porque probablemente uno se moriría del susto, si no es que de otra cosa,
-Entonces ha de verse uno espantoso -dije.
-Toda mi vida me ha intrigado la misma cosa -dijo-. Y sin embargo no pregunté, ni me vi en un espejo. Ni siquiera pensé en eso.
-Entonces, ¿cómo puedo averiguar?
-Tendrás que esperar, como yo, hasta que le des el humito a otro. Si es que llegas a dominarlo, claro. Entonces verás cómo parece un hombre. Esa es la regla.
-¿Qué pasaría si fumara yo frente a una cámara y me tomara un retrato?
-No sé. Quizás el humito se volvería en tu contra. Pero a ti eso no te importa porque ha de parecerte tan inofensivo que te crees capaz de jugar con él.
Le dije que no me proponía jugar, pero que antes él me había dicho que el humito no requería pasos, y yo pensaba que no había mal en querer saber qué aspecto tenía uno. Me corrigió: había querido decir que no existía la necesidad de seguir un orden especifico, como con la yerba del diablo; con el humito, todo cuanto se necesitaba era la actitud debida. Desde ese punto de vista, dijo, había que ser exacto al seguir la regia. Me dio un ejemplo, explicando que no importaba cuál de los ingredientes para la mezcla se recogiese primero, siempre y cuando la cantidad fuese la necesaria.
Pregunté si habría algún mal en contar a otros mi experiencia. Repuso que los únicos secretos que nunca debían revelarse eran cómo hacer la mezcla, cómo desplazarse y cómo regresar; otros asuntos relativos al tema carecían de importancia.

VIII

Mi último encuentro con Mescalito fue una serie de cuatro sesiones celebradas en cuatro días consecutivos. Don Juan llamaba "mitote" a esta larga sesión. Era una ceremonia de peyote para "peyoteros" y aprendices. Había dos hombres mayores, como de la edad de don Juan, uno de los cuales era el guía, y cinco hombres más jóvenes, contándome a mí.
La ceremonia tuvo lugar en el estado de Chihuahua, cerca de la frontera con Tejas. Consistía en cantar y en ingerir peyote durante la noche. En el día las mujeres de servicio, que permanecían fuera de los confines del sitio de la ceremonia, proveían de agua a todos los hom¬bres, y sólo un simulacro de comida ritual se consumía diariamente.

Sábado, 12 de septiembre, 1964

Durante la primera noche de la ceremonia, el jueves 3 de septiembre, tomé ocho botones de peyote. No tuvieron efecto sobre mí, o si lo hubo fue muy ligero. Mantuve cerrados los ojos la mayor parte de la noche. Me sentía mucho mejor así. No me dormí, ni estaba cansado. Al final de la sesión, el canto se hizo extraordinario. Por un breve momento me sentí exaltado y quise llorar, pero al concluir la canción se desvaneció el sentimiento.
Todos nos levantamos y salimos. Las mujeres nos dieron agua. Unos la bebieron, otros hicieron gárgaras. Los hombres no hablaban en absoluto, pero las mujeres charlaban y soltaban risitas de la mañana a la noche. La comida ritual se sirvió al mediodía. Era maíz cocido.
Al ponerse el sol el viernes 4 de septiembre, empezó la segunda sesión. El guía cantó su canción de peyote y el ciclo de canciones e ingestión de botones de peyote se inició nuevamente. Terminó en la mañana con todos los hombres cantando al unísono, cada quién su propia canción.
Al salir, no vi tantas mujeres como el día anterior. Alguien me dio agua, pero yo ya

no me ocupaba de mi alrededor. Otra vez había ingerido ocho botones, pero el efecto fue distinto.

Debió de ser hacia el final de la sesión cuando el canto se aceleró grandemente, con todos cantando a la vez. Percibí que algo o alguien fuera de la casa quería entrar. No podía yo saber si el canto era para impedirle entrar o para atraerlo al interior.

Yo era el único que no tenía canción. Los demás parecían mirarme inquisitivamente, sobre todo los jóvenes. Terminé por sentirme incómodo y cerrar los ojos.

Entonces advertí que con los ojos cerrados me era posible percibir mucho mejor lo que pasaba. Esta idea concentró por entero mi atención. Cerraba los ojos y veía a los hombres frente a mi. Abría los ojos y la imagen no se alteraba. Las cosas en torno eran exactamente las mismas para mí, estuvieran mis ojos cerrados o abiertos.

De pronto todo se desvaneció, o se desmoronó, y en su lugar surgió la figura casi humana de Mescalito que yo había visto dos años antes. Se hallaba sentado a alguna distancia, de perfil hacia mí. Lo observé fijamente, pero él no me miró; ni una sola vez volvió la cara.

Creía estar haciendo algo mal, algo que lo mantenía a distancia. Me levanté y caminé hacia él para preguntarle al respecto. Pero el acto de moverme dispersó la imagen. Empezó a palidecer, y las figuras de los hombres con quienes yo estaba se superpusieron a ella, volvía oír el canto fuerte, frenético.

Salí a los matorrales cercanos y anduve un rato. Todo resaltaba con mucha claridad. Noté que veía en la oscuridad, pero esta vez importaba muy poco. El punto importante era: ¿por qué me rehuía Mescalito?

Regresé a unirme al grupo, y a punto de entrar en la casa oí un pesado retumbar y sentí un temblor. La tierra se sacudía. Era el mismo ruido que dos años atrás yo había oído en el valle del peyote.

Corrí de nuevo al matorral. Sabia que Mescalito estaba allí, y que iba a encontrarlo. Pero no estaba. Esperé hasta la mañana, y me uní a los otros poco antes de terminar la sesión.

El procedimiento habitual se repitió el tercer día. Yo no me hallaba cansado, pero dormí durante la tarde.

La noche del sábado 5 de septiembre, el viejo entonó su canción de peyote para iniciar el ciclo una vez más. Durante esta sesión masqué un solo botón y no escuché ninguna de las canciones ni presté atención a nada de lo que ocurría. Desde el primer momento, todo mi ser se concentró exclusivamente en un punto. Sabía que faltaba algo terriblemente importante para mi bienestar.

Mientras los hombres cantaban pedí a Mescalito, en alta voz, enseñarme una canción. Mi súplica se confundió con el estentóreo canto de los hombres. De inmediato percibí una canción en mis oídos. Me volví y, sentado de espaldas al grupo, escuché. Oí las palabras y la tonada una y otra vez, y las repetí hasta aprenderme toda la canción. Era una canción larga, en español. Entonces la canté al grupo varias veces. Y poco después llegó a mis oídos una nueva canción. Al amanecer, había yo cantado ambas canciones incontables veces. Me sentía renovado, fortificado.

Después de que nos dieron agua, don Juan me entregó una bolsa y todos salimos a los cerros. Fue un recorrido largo y esforzado hasta una meseta baja. Allí vi varias plantas de peyote. Pero por alguna razón no quería mirarlas. Cuando hubimos cruzado la meseta, el grupo se disgregó. Don Juan y yo caminamos de retorno, juntando botones de peyote igual como habíamos hecho la primera vez que lo ayudé.

Regresamos al atardecer del domingo 6 de septiembre. En la noche, el guía abrió de nuevo el ciclo. Nadie había dicho una palabra, pero yo sabía perfectamente que se trataba de la única reunión. Esta vez el viejo cantó una canción nueva. Un saco con botones frescos de peyote se pasó de mano en mano. Era la primera vez que yo probaba un botón fresco. Era pulposo, pero difícil de masticar. Semejaba una fruta dura, verde, y era más acre y más

amargo que los botones secos. En lo personal, el peyote fresco me pareció infinitamente más vivo.
Masqué catorce botones. Los conté con cuidado. No terminé el último, pues oí el conocido retumbar que marcaba la presencia de Mescalito. Todo el mundo cantaba con frenesí, y supe que don Juan y todos los demás habían oído realmente el ruido. No quise pensar que su reacción fuera respuesta a una señal dada por alguno de ellos sólo para engañarme.
En ese momento sentí que me envolvía tina gran oleada de sabiduría. Una conjetura con la que llevaba tres años jugando se convirtió en certeza. Había necesitado tres años advertir, o más bien descubrir, que cualquier cosa que esté contenida en el cacto Lophophora williamsii no tenía ninguna necesidad de mí para existir como entidad; existía por sí misma allá afuera, libre. Lo supe entonces.
Canté febrilmente hasta no poder ya dar voz a las palabras. Sentía como si las canciones estuvieran dentro de mi cuerpo, sacudiéndome en forma incontrolable. Me era preciso salir y hallar a Mescalito; de lo contrario, estallaría. Caminé hacia el campo de peyote. Seguía cantando mis canciones. Sabía que eran individualmente mías: la prueba incuestionable de mi peculiaridad. Percibía cada uno de mis pasos. Resonaban sobre la tierra; su eco producía la indescriptible euforia de ser un hombre.
Cada una de las plantas de peyote en el campo brillaba con una luz azulenca, cintilante. Una planta tenía una luz muy viva. Me senté frente a ella y le canté mis canciones. Mientras las cantaba, Mescalito salió de la planta: la mis¬ma figura semihumana que yo había visto antes. Me miraba. Con gran audacia, para una persona de mi temperamento, le canté. Hubo un sonido de flautas o de viento, una vi¬bración musical conocida. Mescalito parecía haber dicho, como dos años antes:
-¿Qué quieres?
Hablé en voz muy alta. Sabia, dije, que algo estaba fuera de lugar en mi vida y en mis acciones, pero no podía descubrir qué era. Le rogué decirme qué andaba mal en mí, y también decirme su nombre para poder llamarlo cuando lo necesitara. Me miró, alargó la boca como una trompeta hasta alcanzar mi oído, y entonces me dijo su nombre.
De pronto vi a mi padre, en pie a mitad del campo de peyote; pero el campo había desaparecido y la escena era mi vieja casa, la casa de mi niñez. Mi padre y yo estábamos en pie junto a una higuera Abracé a mi padre y, aprisa, empecé a decirle cosas que nunca antes había podido decir. Cada una de mis ideas era concisa, e iba al grano. Era, en realidad, como si no hubiese tiempo y yo tuviera que decir todo de golpe. Dije cosas estremecedoras sobre mis sentimientos hacia él, cosas que jamás habría podido pronunciar en circunstancias ordinarias.
Mi padre no habló. Solamente me escuchó, y luego fue jalado, o chupado, a otra parte. Me hallaba solo de nuevo. Lloré de remordimiento y de tristeza.
Crucé el campo de peyote clamando el nombre que Mescalito me había enseñado. Algo surgió de una luz extraña, como estrella, en una planta de peyote. Era un objeto largo y brillante: una barra de luz del tamaño de un hombre. Por un momento iluminó todo el campo con un intenso resplandor amarillento o ámbar; luego encendió el cielo creando una vista portentosa, maravillosa. Pensé que de seguir mirando me quedaría ciego; me cubrí los ojos y oculté la cabeza entre los brazos.
Tuve la clara noción de que Mescalito me indicaba comer un botón más de peyote. Pensé: "No puedo porque no tengo cuchillo para cortarlo."
-Come uno de la tierra me dijo en la misma extraña forma.
Me acosté boca abajo y masqué la parte superior de una planta. Me encendió. Llenó de tibieza e inmediatez cada rincón de mi cuerpo. Todo estaba vivo. Todo tenía detalle exquisito e intrincado, y sin embargo todo era simple. Yo estaba en todas partes; podía ver al mismo tiempo hacia arriba y hacia abajo y alrededor.

Este sentimiento particular duró lo bastante para que yo lo Advirtiera. Luego se tornó en un terror opresivo: terror que no me invadió súbitamente, sino, de alguna manera, efusivamente. Al principio, mi maravilloso mundo de silencio fue sacudido por ruidos agudos, pero no me preocupé. Luego los ruidos se hicieron más fuertes, ininterrumpidos, como si estuviesen cerrándose sobre mí. Y gradualmente perdí el sentimiento de flotar en un mundo indiferenciado, indiferente y hermoso. Los ruidos se volvieron pasos gigantescos. Algo enorme respiraba y se movía en mi derredor. Creí que estaba cazándome.

Corrí a esconderme detrás de un peñasco, y desde allí traté de precisar qué me seguía. En determinado momento repté fuera de mi escondite para mirar y mi. perseguidor, fuera el que fuera, me localizó. Era como un sargazo. Se arrojó encima de mí. Pensé que su peso me quebrantaría, pero en vez de ello me encontré dentro de un tubo o una cavidad.

Vi claramente que el sargazo no había cubierto toda la superficie en torno mío. Quedaba un poco de terreno libre debajo del peñasco. Empecé a reptar por allí. Vi enormes gotas liquidas caer del sargazo. "Supe" que estaba secretando ácido digestivo para disolverme. Una gota cayó sobre mi brazo; traté de limpiar el ácido con tierra y le apliqué saliva mientras continuaba escarbando. En cierto momento era yo casi vaporoso. Me empujaban hacia arriba, en dirección de una luz. Pensé que el sargazo me había disuelto. Advertí vagamente una luz que se abrillantaba; empujaba desde abajo de la tierra hasta que por fin brotó en algo que reconocí como el sol saliendo detrás de las montañas.

Lentamente empecé a recobrar mis procesos sensoriales habituales. Yacía bocabajo con la barbilla sobre el brazo doblado. La planta de peyote frente a mí empezó a iluminarse de nuevo, y antes de que yo pudiese mover los ojos la luz larga surgió otra vez. Se cirnió sobre mí. Me senté. La luz tocó todo mi cuerpo con fuerza serena, y luego rodó hasta perderse de vista.

Corriendo durante todo el camino, llegué al sitio donde se hallaban los demás. Todos regresamos al pueblo. Don Juan y yo nos quedamos otro día con don Roberto, el guía peyotero. Yo dormí el tiempo que estuvimos allí. Cuando íbamos a marcharnos, los jóvenes que tomaron parte en el mitote se me acercaron. Me abrazaron uno por uno y rieron tímidamente. Cada uno se presentó. Pasé horas hablando con ellos acerca de todo, menos de las sesiones de peyote.

Don Juan dijo que era hora de irse. Los jóvenes volvieron a abrazarme.

-Vuelve -dijo uno de ellos.

-Ya te estamos esperando -añadió otro.

Manejé despacio, tratando de ver a los hombres mayores, pero ninguno estaba allí.

Jueves, 10 de septiembre, 1964

Hablar a don Juan de una experiencia me forzaba siempre a evocarla paso por paso, como mejor podía. Esta parecía ser la única manera de recordar todo.

Hoy le conté los detalles de mi último encuentro con Mescalito. Escuchó atentamente mi historia hasta el punto en que Mescalito me dijo su nombre. Don Juan interrumpió allí.

-Ya vas por cuenta propia -dijo-. El protector te ha aceptado. De aquí en adelante, yo te seré de muy poca ayuda. Ya no tienes que decirme nada sobre tu relación con él. Ya sabes su nombre, y ni su nombre, ni sus tratos contigo, deben mencionarse nunca a ningún ser viviente.

Insistí en que deseaba narrarle todos los detalles de la experiencia, porque para mí no tenía sentido. Le dije que necesitaba su ayuda para interpretar lo que había visto. Dijo que eso podía hacerlo yo solo, que me convenía más empezar a pensar por mi cuenta. Argüí que me interesaba oír sus opiniones porque llegar a formular las mías requeriría demasiado tiempo, y no sabía cómo proceder.

Dije:

-Por ejemplo, las canciones. ¿Qué significan?

-Eso nada más tú puedes decidirlo -dijo él-, ¿Cómo voy yo a saber lo que significan? Sólo el protector puede decirte eso, igual que sólo él puede enseñarte sus canciones. Si yo te dijera lo que significan, sería lo mismo como si aprendieras las canciones de otra gente,

-¿Qué quiere usted decir con eso, don Juan?

-Oyendo cantar las canciones del protector, luego se conoce quiénes son los farsantes. Nada más las canciones con alma son suyas y él las enseñó. Las otras son copias de canciones de otros hombres. La gente es a veces así de engañosa. Canta canciones ajenas sin siquiera saber qué dicen.

Dije que yo había querido preguntar qué propósito tenían las canciones. Repuso que las canciones que yo había aprendido eran para llamar al protector, y que yo debía usarlas siempre, junto con su nombre, para llamarlo. Más tarde, probablemente Mescalito me enseñaría otras canciones con otros propósitos, dijo don Juan.

Le pregunté entonces si pensaba que el protector me había aceptado plenamente. Rió como si mi pregunta fuera tonta. El protector me había aceptado, dijo, y se había asegurado de que yo supiera que me había aceptado mostrándoseme dos veces como una luz, Don Juan parecía muy impresionado por el hecho de que yo había visto dos veces la luz. Recalcó ese aspecto de mi encuentro con Mescalito.

Le dije que no podía comprender cómo era posible ser aceptado y, a la vez, aterrorizado por el protector.

Pasó un rato muy largo sin responder. Parecía desconcertado. Por fin dijo:

-¡Es tan claro! Lo que él quería es tan claro que no veo cómo puedes entender mal.

-Todo es aún incomprensible para mí, don Juan.

-Requiere tiempo ver y entender de veras lo que Mescalito quiere decir; hay que pensar en sus lecciones hasta que se aclaren.

Viernes, 11 de septiembre, 1964

Insistí nuevamente en que don Juan interpretara mis experiencias visionarias, Dio largas un rato. Luego habló como si ya hubiéramos estado conversando sobre Mescalito.

-¿Ves cómo es idiota preguntar si es como una persona con quien se puede hablar? -dijo don Juan-. No es como nada que hayas visto nunca. Es como un hombre, pero al mismo tiempo no tiene nada que ver con uno. Es difícil explicarle eso a la gente que no sabe rada de él y quiere saberlo todo de golpe. Y además, sus lecciones son tan misteriosas como él mismo. Ninguno, que yo sepa, puede predecir sus actos. Le haces una pregunta y él te enseña el camino, pero no te habla de él de la misma manera en que tú y yo hablamos. ¿Entiendes ahora lo que hace?

-No creo tener problemas para entender eso. Lo que no puedo figurarme es qué me quiso decir.

-Le preguntaste qué anda mal en ti, y él te dio el panorama completo: ¡No puede haber error! No puedes salir con que no entiendes. No fue plática y sin embargo lo fue. Luego le hiciste otra pregunta, y te contestó exactamente del mismo modo. En cuanto a lo que quiso decir, no estoy seguro de entenderlo, porque tú decidiste no decirme cuál fue tu pregunta.

Repetí con mucho cuidado las preguntas que recordaba haber hecho, en el mismo orden: "¿Estoy haciendo lo correcto? ¿Estoy en el buen camino? ¿Qué debería hacer con mi vida?" Don Juan dijo que las preguntas que yo había hecho eran sólo palabras; resultaba preferible no pronunciarlas, sino hacerlas desde adentro. Dijo que el protector quiso darme una lección, y para probar que quería darme una lección y no asustarme ni ahuyentarme, dos veces se mostró como una luz.

Aún no podía yo comprender, dije, por qué Mescalito me aterrorizó si me había aceptado. Recordé a don Juan que, de acuerdo a sus postulados, ser aceptado por Mescalito implicaba que la forma del protector

era constante y no pasaba de la beatitud a la pesadilla. Don Juan volvió a reírse de mí y dijo que, si pensaba en la pregunta que había tenido en mi corazón al hablar con Mescalito, yo mismo entendería la lección. Pensar en la pregunta que había tenido en mi "corazón" era un problema difícil. Dije a don Juan haber tenido muchas cosas en mente. Cuando pregunté si estaba en el buen camino, quise decir: ¿Tengo un pie en un mundo y otro en otro? ¿Qué mundo es el bueno? ¿Qué curso debe seguir mi vida?

Don Juan escuchó mis explicaciones y concluyó que yo no tenía una visión clara del mundo, y que el protector me había dado una lección hermosamente clara.

-Piensas que hay dos mundos para ti -dijo- dos caminos. Pero nada más hay uno. El protector te enseñó esto con claridad increíble. El único mundo a tu disposición es el mundo de los hombres, y de ese mundo no te puedes salir. ¡Eres un hombre! El protector te enseñó el mundo de la felicidad, donde no hay diferencias porque no hay nadie que pregunte por las diferencias. Pero ése no es el mundo de los hombres. El protector te sacó de él y te enseñó cómo piensa y lucha un hombre. ¡Ese es el mundo del hombre! Y ser hombre es estar condenado a ese mundo. Eres vanidoso, crees que vives en dos mundos, pero eso es pura vanidad. Hay un solo mundo para nosotros. Somos hombres, y debemos estar conformes con el mundo de los hombres.

"Creo que ésa fue la lección."

IX

Don Juan me dio a entender que deseaba que yo me familiarizara lo más posible con la yerba del diablo. Esta posición era incongruente con su supuesto desagrado hacia la planta, pero él se explicó diciendo que era indispensable desarrollar un mejor conocimiento del poder de la yerba del diablo para entender el efecto del humito. Sugirió repetidamente que al menos debía yo probar la yerba del diablo una vez más con una brujería con las lagartijas. Di vueltas largo tiempo a la idea. La urgencia de don Juan creció continuamente hasta que me sentí obligado a tomar su demanda en serio. Y un día resolví adivinar acerca de unos objetos robados.

Lunes, 28 de diciembre, 1964

El sábado 19 de diciembre corté la raíz de la datura. Esperé a que estuviera bastante oscuro para bailar alrededor de la planta. Preparé el extracto de raíz durante la noche y el domingo, a eso de las 6 a.m., fui al lugar de mi datura. Me senté frente a la planta. Había anotado cuidadosamente las enseñanzas de don Juan relativas al procedimiento. Releyendo mis notas, vi que no tenía que moler allí las semillas. De alguna manera, el solo estar frente a la planta me producía un raro estado de estabilidad emocional, una claridad de pensamiento o un poder de concentrarme en mis acciones del que ordinariamente carezco.

Seguí minuciosamente todas las instrucciones, calculando mi tiempo de modo que la pasta y la raíz estuvieran listas al atardecer. A eso de las cinco, me hallaba ocupado en cazar un par de lagartijas. Durante hora y media probé cuanto método se me ocurrió, pero fracasé en cada intento. Sentado frente a la datura, trataba de descubrir un modo expedito de lograr mi propósito cuando de pronto recordé que a las lagartijas, según don Juan, había que hablarles. Al principio me sentí ridículo hablando a las lagartijas. Era como avergonzarse de hablar frente a un público. El sentimiento no tardó en desvanecerse, y seguí hablando. Era casi de noche. Alcé una roca. Debajo había una lagartija. Parecía hallarse entumida. La recogí. Y entonces vi otra lagartija, rígida debajo de otra roca. Ni siquiera se retorcieron.

Coser el hocico y los ojos fue la tarea más difícil. Noté que don Juan había impartido a mis actos un sentido de irrevocabilidad. Su posición era que cuando uno empieza a actuar no hay modo de detenerse. Sin

embargo, si yo hubiera querido parar, no había nada que me lo impidiese. La verdad era que no quería parar.
Dejé libre una lagartija, y tomó una dirección más o menos hacia el noroeste: augurio de una experiencia buena, pero difícil. Até a mi hombro la otra lagartija y me embarré las sienes según lo prescrito. La lagartija estaba tiesa: por un momento pensé que había muerto, y don Juan nunca me había dicho qué hacer si eso ocurría. Pero sólo se hallaba entumida.
Bebí la poción y esperé un rato. No sentí nada fuera de lo ordinario. Empecé a untarme la pasta a las sienes. La apliqué veinticinco veces. Luego, en forma enteramente mecánica, como distraído, la extendí repetidas veces sobre mi frente. Advertí el error y me limpié apresuradamente la pasta. Mi frente sudaba; me puse febril. Me aferraba una angustia intensa, ya que don Juan me había aconsejado enfáticamente no untarme la pasta en la frente. El miedo se convirtió en un sentimiento de soledad absoluta, el sentimiento del juicio final. Me hallaba allí solo. Si algo malo iba a pasarme, nadie había que me ayudara. Quise echar a correr. Tenía una alarmante sensación de indecisión, de no saber qué hacer. Un torrente de pensamientos irrumpió en mi mente, destellando con velocidad extraordinaria. Noté que eran pensamientos más bien extraños; es decir, extraños en el sentido de que parecían acudir en forma distinta de los pensamientos comunes. Conozco la manera como pienso. Mis pensamientos tienen un orden definido que me es propio, y cualquier desviación resulta perceptible.
Uno de los pensamientos ajenos versaba sobre una aseveración hecha por un autor. Era, recuerdo vagamente, más como una voz, o algo dicho al fondo, en alguna parte. Fue tan rápido que me sobresaltó. Hice una pausa para examinarlo, pero se volvió un pensamiento común. Me hallaba seguro de haber leído el aserto, pero no podía recordar el nombre del autor. De pronto me acordé de que era Alfred Kroeber. Entonces otro pensamiento ajeno brotó para "decir" que no era Kroeber, sino Georg Simmel, quien había hecho la aseveración. Insistí en que era Kroeber, y sin saber cómo me vi envuelto en una discusión conmigo mismo. Y olvidé mi sentimiento de perdición total,
Los párpados me pesaban como si hubiera tomado pastillas para dormir. Aunque nunca las he tomado, esa fue la imagen que acudió a mi mente. Me estaba quedando dormido. Quise ir a mi coche a acostarme, pero no podía moverme.
Entonces, con bastante brusquedad, desperté, o mejor dicho, sentí claramente haber despertado. Mi primer pensamiento fue sobre la hora del día. Miré en torno. No me hallaba enfrente de la datura. Despreocupadamente acepté el hecho de que estaba viviendo otra experiencia adivinatoria. Eran las 12:35 en un reloj por encima de mi cabeza. Yo sabía que era de tarde.
Vi a un hombre joven con un rimero de papeles en las manos. Yo estaba tan cerca de él que casi lo tocaba. Veía pulsar las venas de su cuello y oía el latir rápido de su corazón. Absorto en lo que veía, no había tomado conciencia, hasta el momento, de la calidad de mis pensamientos. Entonces oí una "voz" en mi oído describiendo la escena, y me di cuenta de que la "voz" era el pensamiento ajeno en mi mente.
Me concentré tanto en escuchar que la escena perdió para mí su interés visual. Oía la voz junto a mi oreja derecha, sobre el hombro, Literalmente creaba la escena al describirla. Pero obedecía mi voluntad, pues yo podía detenerla en cualquier momento y examinar a mi antojo los detalles de lo que decía. "Oí vi" toda la secuencia de las acciones del joven. La voz seguía explicándolas en detalle, pero de algún modo la acción carecía de importancia. Lo extraordinario era la vocecita. Tres veces durante el curso de la experiencia quise volverme para ver quién hablaba. Traté de hacer girar mi cabeza totalmente hacia la derecha, o nada más de volverme inesperadamente para ver si había alguien allí. Pero cada vez que lo hacía, se nublaba mi visión. Pensé: "El motivo de que no

pueda volverme es que la escena no está en el terreno de la realidad ordinaria." Y ese pensamiento era mío.
Desde ese momento concentré mi atención sólo en la voz. Parecía venir de mi hombro. Era perfectamente clara, aunque pequeña. No era, sin embargo, una voz de niño ni una voz en falsete, sino la voz de un hombre en miniatura. Tampoco era mi voz. Supuse que hablaba en inglés. Cada vez que me proponía atrapar a la voz, se apagaba por entero o se hacía vaga y la escena palidecía. Pensé en un símil. La voz era como la imagen creada por partículas de polvo en las pestañas, o por los vasos sanguíneos en la córnea del ojo: una forma como gusano que puede verse mientras uno no la mira directamente, pero en el momento en que tratamos de mirarla se desliza fuera del panorama con el movimiento del ojo.
Me desinteresé por completo de la acción. Conforme escuchaba, la voz se hacía más compleja. Lo que yo tomaba por voz era más bien como algo que susurrara pensamientos a mi oído. Pero eso no era exacto. Algo estaba pensando por mí. Los pensamientos estaban fuera de mí mismo. Supe que era así porque podía retener al mismo tiempo mis propios pensamientos y los pensamientos del "otro".
En cierto punto, la voz creaba escenas, actuadas por el joven, que nada tenían que ver con mi pregunta original sobre los objetos perdidos. El joven realizaba acciones muy complejas. La acción nuevamente había cobrado importancia y ya no presté atención a la voz. Empecé a perder la paciencia; quería detenerme. "¿Cómo puedo acabar con esto?", pensé. La voz en mi oído dijo que debía volver a la cañada. Pregunté cómo, y la voz respondió que pensara en mi planta.
Pensé en mi planta. Solía sentarme frente a ella. Lo había hecho tantas veces que me fue bastante fácil visualizarlo. Creí que verla, como la vi en ese momento, era otra alucinación, ¡pero la voz dijo que yo había "vuelto"! Me esforcé por escuchar. Sólo había silencio: La datura frente a mí parecía tan real como todo lo demás que yo había visto, pero podía tocarla, podía moverme.
Me levanté y caminé hacia mi coche. El esfuerzo me agotó; me senté cerrando los ojos. Estaba mareado y quería vomitar. Tenía un zumbido en las orejas.
Algo resbaló sobre mi pecho. Era la lagartija. Recordé la admonición de don Juan acerca de liberarla. Regresé a la planta y desaté la lagartija. No quise ver si estaba muerta o viva. Rompí la olla de barro que contenía la pasta y la cubrí de tierra con los pies. Subí en mi coche y me quedé dormido.

Jueves, 24 de diciembre, 1964

Hoy narré toda la experiencia a don Juan. Corno de costumbre, escuchó sin interrumpirme. Al final tuvimos el siguiente diálogo.
-No te fue bien porque hiciste algo muy malo.
-Lo sé. Fue un error estúpido, un accidente.
-Con la yerba del diablo no hay accidentes. Te dije que la yerba te probaría hasta lo último. Una de dos: o eres muy fuerte, o de veras la yerba te quiere. El centro de la frente es sólo para los grandes brujos que saben manejar su poder.
-¿Qué pasa cuando un hombre se pasa la pasta en la frente, don Juan.
-A menos que el hombre sea un brujo de primera nunca vuelve del viaje.
-¿Se ha frotado usted la pasta en la frente, don Juan?
-¡Jamás! Mi benefactor me dijo que muy pocas personas vuelven de un viaje así. Uno podría quedarse ido meses enteros y tener que ser atendido por otros. Mi benefactor decía que las lagartijas pueden llevar a un hombre al fin del mundo y enseñarle los secretos más maravillosos, si así lo pide.
-¿Conoce usted a alguien que haya emprendido ese viaje?
-Sí, mi benefactor. Pero nunca me dijo cómo volvió.
-¿Es tan difícil volver, don Juan?
-Sí. Por eso lo que tú hiciste de veras me sorprende. No sabías el camino, y debemos seguir ciertos pasos, porque es en los

pasos donde el hombre halla fuerza. Sin ellos no somos nada.
Permanecimos horas en silencio. El parecía sumergido en una meditación muy profunda.

Sábado, 26 de diciembre, 1964

Don Juan me preguntó si había buscado a las lagartijas. Le dije que sí, pero que no pude hallarlas. Le pregunté qué habría pasado si una de las lagartijas hubiera muerto mientras yo la sostenía. Dijo que la muerte de una lagartija era un suceso infortunado. Si la lagartija del hocico cosido hubiera muerto en cualquier momento, no habría tenido objeto proseguir con la brujería. La muerte de esa lagartija también significaría que las lagartijas en general habían retirado su amistad, y yo tendría que abandonar el aprendizaje de los secretos de la yerba del diablo durante un buen tiempo.
-¿Cuánto tiempo, don Juan? -pregunté.
-Dos años o más.
-¿Qué habría pasado si muere la otra lagartija?
-Si muere la segunda lagartija, estás en verdadero peligro. Te quedas solo, sin guía. Si muere antes de que empieces la brujería, puedes suspenderla, pero entonces también tienes que dejar para siempre a la yerba del diablo. Si la lagartija muere estando en tu hombro, ya empezada la brujería, tendrías que seguir adelante, y eso es de veras la locura.
-¿Por qué es la locura?
-Porque en tales condiciones nada tiene sentido. Estás solo, sin guía, viendo cosas aterradoras, sin sentido.
-¿Qué quiere usted decir con "cosas sin sentido"?
-Cosas que vemos por nosotros mismos. Cosas que vemos cuando no tenemos rumbo. Significa también que la yerba del diablo está tratando de librarse de ti, empujándote al abismo.
-¿Conoce usted a alguien que haya experimentado eso?
-Sí. A mi me pasó eso. Sin la sabiduría de las lagartijas, me volví loco.
-¿Qué vio usted, don Juan?
-Un montón de pendejadas. ¿Qué otra cosa habría podido ver si no tenía rumbo?

Lunes, 28 de diciembre, 1964

-Me dijo usted, don Juan, que la yerba del diablo prueba a los hombres. ¿A qué se refería usted?
-La yerba del diablo es como una mujer, y como mujer halaga a los hombres. Les pone trampas a cada vuelta. Te puso una trampa forzándote a untarte la pasta en la frente. Y tratará de nuevo, y tú probablemente caerás. Te lo advierto. No la tomes con pasión; la yerba del diablo es sólo un camino a los secretos de un hombre de conocimiento, hay otros caminos. Pero su trampa es hacerte creer que el único camino es el suyo. Yo digo que es inútil desperdiciar la vida en un solo camino, sobre todo si ese camino no tiene corazón.
-Pero, ¿cómo sabe usted cuándo no tiene corazón un camino, don Juan?
-Antes de embarcarte en cualquier camino tienes que hacer la pregunta: ¿tiene corazón este camino? Si la respuesta es no, tú mismo lo sabrás, y deberás entonces escoger otro camino.
-Pero ¿cómo sé de seguro si un camino tiene corazón o no?
-Cualquiera puede saber eso. El problema es que nadie hace la pregunta, y cuando uno por fin se da cuenta de que ha tomado un camino sin corazón, el camino está ya a punto de matarlo. En esas circunstancias muy pocos hombres pueden pararse a considerar, y más pocos aún pueden dejar el camino.
-¿Cómo debo proceder para hacer la pregunta apropiada, don Juan?
-Pregunta nada más.
-Lo que quiero decir es si hay un método indicado para que yo no me mienta a mí mismo y crea que la respuesta es sí cuando en realidad es no,
-¿Por qué habrías de mentir?
-Tal vez porque en el momento el camino es agradable y me gusta.
-Esas son tonterías. Un camino sin cora-

zón nunca es disfrutable. Hay que trabajar duro tan sólo para tomarlo. En cambio, un camino con corazón es fácil: no te hace trabajar por tomarle gusto.
Don Juan cambió de pronto el rumbo de la conversación y me enfrentó directamente con la idea de que me gustaba la yerba del diablo. Tuve que admitir que al menos sentía cierta inclinación hacia ella. Me preguntó cómo me sentía con respecto a su aliado, el humito, y tuve que decirle que la sola idea de tener que usarlo me asustaba hasta hacerme perder los sentidos.
-Te he dicho que para escoger un camino debes estar libre de miedo y de ambición. Pero el humito te ciega de miedo, y la yerba del diablo te ciega de ambición.
Argüí que se necesitaba ambición para emprender cualquier camino, y que su aseveración de que había que estar libre de ambición carecía de sentido. Una persona tiene que tener ambición para poder aprender.
-El deseo de aprender no es ambición -dijo-. El querer saber, es nuestro destino como hombres, pero convidar a la yerba del diablo es solicitar poder, y eso es ambición, porque no lo estás haciendo para saber. No dejes que la yerba del diablo te ciegue. Ya te tiene enganchado. Invita a los hombres y les da una sensación de poder; los hace sentirse capaces de hacer cos" que ningún hombre común puede. Pero esa es su trampa. Y, luego, el camino sin corazón se vuelve contra los hombres y los destruye. No se necesita gran cosa para morir, y buscar la muerte es no buscar nada.

X

En el mes de diciembre, 1964, don Juan y yo fuimos a recolectar las diversas plantas necesarias para hacer la mezcla de fumar. Era el cuarto ciclo. Don Juan se limitó a supervisar mis acciones. Me instaba a no precipitarme, a observar y deliberar antes de cortar cualquiera de las plantas. En cuanto los ingredientes fueron reunidos y almacenados, me sugirió que debía tener un nuevo encuentro con su aliado.

Jueves, 31 de diciembre, 1964

-Ahora que sabes un poco más sobre la yerba del diablo y el humito, puedes decir con más claridad a cuál de los dos prefieres -dijo don Juan.
-En serio, el humito me da terror, don Juan. No sé exactamente por qué, pero no le tengo buen sentimiento.
-Te gusta el halago, y la yerba del diablo te halaga Igual que una mujer, te hace sentir bien. El humito, en cambio, es el poder más noble, el que tiene el corazón más puro. Ni incita a los hombres ni los aprisiona; ni ama ni odia, Todo lo que requiere es fuerza. La yerba del diablo también requiere fuerza, pero distinta. Algo más parecido a ser ardiente con las mujeres. En cambio, la fuerza que el humito requiere es la fuerza del corazón. El no es como la yerba del diablo, llena de pasiones, celos y violencias. El humito es constante. No tienes que preocuparte de que a lo mejor se te olvidó algo y te va a llevar la chingada.

Miércoles, 27 de enero, 1965

El martes 19 de enero fumé nuevamente la mezcla alucinó¬gena. Le había dicho a don Juan que el humito me asustaba, y que le tenía mucha aprensión. El dijo que yo debía probarlo de nuevo para evaluarlo con justicia.
Entramos en su cuarto. Eran casi las dos de la tarde. Sacó la pipa. Fui por las brasas y nos sentamos uno frente a otro. Dijo que iba a calentar la pipa y a despertarla, y que si me fijaba bien la vería relumbrar. Llevó la pipa a sus labios tres o cuatro veces y chupó a través de ella. La frotó con ternura. De pronto me hizo un signo casi imperceptible con la cabeza, indicándome que mirara el despertar de la pipa. Miré, pero no pude verlo.
Me entregó la pipa. Llené el cuenco con mi propia mezcla, y luego recogí una brasa usando unas tenazas que había hecho con unas pinzas de madera para ropa y que había estado guardando para esta ocasión. Don Juan miró mis tenazas y empe-

zó a reír. Vacilé un momento, y el carbón se pegó a las tenazas. No me atreví a golpearlas contra el cuenco de la pipa, y tuve que escupir en la brasa para apagarla.
Don Juan volvió la cabeza y se cubrió el rostro con el brazo. Su cuerpo se sacudía. Por un momento creí que lloraba, pero estaba riendo en silencio.
La acción se interrumpió largo rato luego él mismo recogió velozmente una brasa, la puso en el cuenco y me ordenó fumar. Se requería todo un esfuerzo para chupar a través de la mezcla; parecía ser muy compacta. Tras el primer intento ya tenía yo el fino polvo en la boca. La adormeció al punto. Yo veía el resplandor en el cuenco, pero jamás sentí el humo como se siente el humo de un cigarro. Sin embargo, tenía la sensación de inhalar algo, algo que primero llenaba mis pulmones y luego se impulsaba hacia abajo para llenar el resto de mi cuerpo.
Conté veinte inhalaciones, y después la cuenta ya no importó. Empecé a sudar; don Juan me miró fijamente y me dijo que no tuviera miedo e hiciese exactamente lo que él me indicara. Traté de responder "bueno", pero en vez de ello produje un extraño sonido ululante. Continuó resonando después de que hube cerrado la boca. El sonido sobresaltó a don Juan, quien tuvo otro ataque de risa. Quise decir "sí" con la cabeza, pero ésta no podía moverla. Don Juan me abrió suavemente las manos y se llevó la pipa. Me ordenó acostarme en el piso, pero sin dormirme. Pensé que tal vez me ayudaría a acostarme, pero no lo hizo. Sólo me miraba sin interrupción. De pronto vi girar el cuarto y me hallé mirando a don Juan desde una postura de costado. A partir de ese punto, las imágenes se hicieron extrañamente borrosas, como en un sueño. Puedo acordarme vagamente de haber oído a don Juan hablarme mucho durante el tiempo que estuve inmovilizado.
No experimenté miedo, ni desagrado, durante el estado en sí, ni me sentí mal al despertar el día siguiente. Lo único fuera de lo común fue que no pude pensar con claridad por un largo rato después de despertar. Luego, gradualmente, en un periodo de cuatro o cinco horas, volví a ser yo mismo.

Miércoles, 20 de enero, 1965

Don Juan no habló de mi experiencia ,ni me pidió que se la relatara. Solamente comentó que me había dormido demasiado pronto.
-La única forma de seguir despierto es convertirse en pájaro o grillo o algo por el estilo -dijo.
-¿Cómo se hace eso, don Juan?
-Es lo que te estoy enseñando. ¿Te acuerdas de lo que te dije ayer cuando estabas sin cuerpo?
-No puedo recordar claramente.
-Yo soy un cuervo. Te estoy enseñando a convertirte en cuervo. Cuando aprendas eso, seguirás despierto y te moverás con libertad; de otro modo siempre estarás pegado al suelo, dondequiera que caigas.

Domingo, 7 de febrero, 1965

Mi segunda prueba con el humito tuvo lugar a eso del mediodía del domingo 31 de enero. Desperté al día siguiente, al empezar la noche. Me sentía poseedor de un poder fuera de lo común para recordar lo que don Juan me había dicho durante la experiencia. Sus palabras estaban impresas en mi mente. Yo seguía oyéndolas con claridad y persistencia extraordinarias. Durante esta prueba hubo otro hecho que se me hizo obvio: mi cuerpo entero se había entumido poco después de que empecé a tragar el polvo fino que se, metía en mi boca cada vez que yo chupaba la pipa. De modo que, no sólo inhalaba el humo, sino también ingería la mezcla.
Traté de narrar mi experiencia a don Juan; él dijo que yo no había hecho nada importante. Dije que podía recordar cuanto había ocurrido, pero él no quería saber de eso. Cada recuerdo era preciso e inconfundible. El proceso de fumar había sido el mismo que en el intento previo. Era casi

como si ambas experiencias perfectamente pudieran yuxtaponerse, y yo pudiese iniciar mi recuento desde el momento en que la primera experiencia terminaba. Recordaba con claridad que desde el instante de caer de costado sobre el piso estuve completamente privado de sentimiento y pensamiento. Pero mi claridad no se menoscaba en modo alguno. Recuerdo haber tenido mi último pensamiento más o menos en el momento en que el cuarto se convirtió en un plano vertical: "Debí de golpearme la cabeza en el suelo, pero no siento dolor."

Desde ese momento sólo pude ver y oír. Me era posible repetir cada palabra que don Juan había dicho. Seguí una por una todas sus indicaciones. Parecían claras, lógicas y fáciles. Dijo que mi cuerpo estaba desapareciendo y sólo mi cabeza quedaría, y en tal circunstancia la única manera de seguir despierto y moverse era convertirse en cuervo. Me ordenó esforzarme por parpadear, añadiendo que cuando pudiese hacerlo estaría listo para proceder. Luego me dijo que mi cuerpo se había desvanecido por entero y que yo no tenía sino mi cabeza; dijo que la cabeza nunca desaparece porque es lo que se transforma en cuervo. Me ordenó parpadear. Sin duda repitió esta orden, y todas las otras, incontables veces, pues yo podía acordarme de ellas con claridad extraordinaria. Debí de parpadear, pues don Juan dijo que me hallaba listo y me ordenó enderezar la cabeza y ponerla sobre la barbilla. Dijo que en la barbilla estaban las patas de cuervo. Me instó a sentir las patas y a observar que iban saliendo despacio. Luego dijo que yo no estaba sólido aún, que debía crecerme una cola, y que la cola saldría de mi cuello. Me ordenó extender la cola como un abanico y sentirla barrer el suelo.

Luego habló de las alas del cuervo, y dijo que saldrían de mis pómulos. Dijo que era duro y doloroso. Me ordenó desplegarlas. Dijo que habían de ser extremadamente largas, tanto como me fuera posible extenderlas; de otro modo no podría yo volar. Me dijo que las alas estaban saliendo y eran largas y hermosas, y que yo debía agitarlas hasta que fueran alas de verdad. Habló de la parte superior de mi cabeza y dijo que aún era muy grande y pesada; su bulto me impediría el vuelo. La manera de reducir su tamaño era parpadear; con cada parpadeo mi cabeza se achicaría más. Me ordenó parpadear hasta que el peso de arriba hubiese desaparecido y yo pudiera saltar libremente. Luego me dijo que había reducido mi cabeza al tamaño de un cuervo, y que debía caminar y saltar hasta perder la tiesura.

Antes de poder volar, dijo, tenía yo que cambiar una última cosa. Era el cambio más difícil, y para llevarlo a cabo debía ser dócil y hacer exactamente lo que él me dijera. Tenía que aprender a ver corro un cuervo. Dijo que mí boca y nariz iban a crecer entre mis ojos hasta dotarme de un pico fuerte. Dijo que los cuervos ven directamente de lado, y me ordenó volver la cabeza y mirarlo con un ojo. Dijo que si deseaba cambiar y mirar con el otro ojo, sacudiera el pico hacia abajo, y que ese movimiento me haría mirar con el otro ojo. Me ordenó alternar de uno a otro varias veces. Y entonces dijo que yo estaba listo para volar, y que el único modo de volar era que él me arrojase al aire.

No tuve la menor dificultad en despertar la sensación correspondiente a cada una de sus órdenes. Percibí cómo me crecían patas de ave, débiles y vacilantes al principio. Sentí una cola salir de mi nuca y alas de mis pómulos. Las alas estaban profundamente plegadas. Las sentí brotar por grados. El proceso era difícil pero no doloroso. Luego, parpadeando, reduje mi cabeza al tamaño de un cuervo. Pero el efecto más asombroso se llevó a cabo con mis ojos. ¡Mi vista de pájaro!

Cuando don Juan dirigió el crecimiento del pico, tuve una molesta sensación de falta de aire. Entonces brotó un bulto, creando un bloque frente a mí. Pero sólo cuando don Juan me indicó mirar lateralmente fueron mis ojos capaces de tener en realidad un panorama completo de lado. Podía yo cerrar un ojo y cambiar el enfo-

que al otro. Pero la visión del cuarto y de todos los objetos que había en él no era una visión ordinaria. Sin embargo, resultaba imposible decir en qué forma difería. Acaso estaba ladeada, o quizá las cosas se hallasen fuera de foco. Don Juan se hizo muy grande y resplandeciente. Algo en él era confortante y seguro. Luego las imágenes se borraron; perdieron sus contornos y se volvieron nítidos diseños abstractos que cintilaron un rato.

Domingo, 28 de marzo, 1965

El jueves 18 de marzo fumé de nuevo la mezcla alucinógena. El procedimiento inicial varió en pequeños detalles. Tuve que volver a llenar una vez el cuenco de la pipa. Cuando terminé la primera dotación, don Juan me indicó limpiar el cuenco, pero él mismo virtió la mezcla, pues yo carecía de coordinación muscular. Me costaba mucho esfuerzo mover los brazos. Había en mi bolsa mezcla suficiente para una nueva carga. Don Juan miró la bolsa y dijo que aquélla era mi última prueba con el humito hasta el año siguiente, pues ya había agotado mis provisiones.

Volvió del revés la bolsita y sacudió el polvo sobre el plato de las brasas. Ardió con un resplandor naranja, como si don Juan hubiera puesto sobre los carbones una lámina de material transparente. La lámina estalló en llamas, y luego se quebró en un intrincado diseño de líneas. Algo describía zigzags dentro de las líneas, a gran velocidad. Don Juan me dijo que mirara el. movimiento en las líneas. Vi algo que parecía una canica pequeña rodando de un lado a otro en el área resplandeciente. El se agachó, metió la mano en el resplandor, recogió la canica y la colocó en el cuenco de la pipa. Me ordenó dar tina fumada. Tuve la clara impresión de que había puesto la pequeña bola en la pipa para que yo la inhalase. En un momento el cuarto perdió su posición horizontal. Experimenté un entumecimiento profundo, una sensación pesada.

Al despertar, yacía de espaldas en el fondo de una zanja de riego poca profunda, sumergido en agua hasta la barbilla. Alguien sostenía mi cabeza. Era don Juan. Mi primer pensamiento fue que el agua en la zanja tenía una calidad insólita: era fría y pesada. Me golpeaba suavemente, y mis ideas se aclaraban a cada uno de sus movimientos. Al principio el agua tenía un halo o fluorescencia verde brillante que pronto se disolvió, dejando sólo una corriente de agua común.

Pregunté la hora a don Juan. Dijo que era temprano, de mañana. Tras un rato, ya completamente despierto, salí del agua.

Debes decirme todo lo que viste -dijo don Juan cuando llegamos a su casa. También dijo que había estado tratando de "hacerme volver" durante tres días, y había tenido muchas dificultades al hacerlo. Hice muchos intentos de describir lo que había visto, pero no podía concentrarme. Más tarde, al anochecer, me sentí listo para hablar con don Juan y empecé a contarle lo que recordaba desde el momento en que caí de costado, pero él no quería oír de eso. Dijo que la única parte interesante era lo que vi e hice después de que él "me echó al aire y yo salí volando".

Todo cuanto recordaba era una serie de imágenes o escenas oníricas. No tenían orden de secuencia. Tuve la impresión de que cada una era como una burbuja aislada, que flotaba hasta quedar en foco y luego se alejaba. Sin embargo, no eran simplemente escenas para mirar. Yo estaba dentro de ellas. Tomaba parte en ellas. Cuando traté de evocarlas, tuve al principio la sensación de que eran destellos vagos, difusos, pero pensándolas me di cuenta de que cada una era extremadamente clara, aunque sin relación alguna con mi forma ordinaria de ver las cosas, de allí la sensación de vaguedad. Las imágenes eran pocas y sencillas.

Apenas don Juan mencionó haberme "echado al aire", tuve un leve recuerdo de una escena absolutamente clara en la cual yo lo miraba de lleno, desde alguna distancia. Miraba sólo su cara. Tenía un tamaño monumental. Era plana, con un resplandor intenso. Su cabello era amari-

llento y se movía. Cada parte de su rostro se movía por sí misma, proyectando una especie de luz ámbar.
La siguiente imagen era una en que don Juan me echaba realmente al aire, o me aventaba, en una dirección recta hacia adelante. Recuerdo que "extendí mis alas y volé". Me sentía solo, rasgando el aire, avanzando derecho, penosamente. Era más como caminar que como volar. Cansaba mi cuerpo. No había sentimiento de fluir libre, no había júbilo.
Entonces recordé un instante hallarme inmóvil, mirando una masa de filos agudos, oscuros, en un área que tenía una luz opaca y dolorosa; luego vi un campo con una variedad infinita de luces. Las luces se movían y parpadeaban y cambiaban su luminosidad. Eran casi como colores. Su intensidad me deslumbraba.
En otro momento, había un objeto casi contra mi ojo. Era grueso y puntiagudo; tenía un definido brillo rosáceo. Sentí un temblor súbito en alguna parte del cuerpo y vi una multitud de formas rosadas similares venir hacia mí. Todas se me acercaban. Me alejé de un salto.
La última escena que recordé fue de tres aves plateadas. Irradiaban una luz metálica, lustrosa, casi como acero inoxidable pero intensa y móvil y viva. Me gustaron. Volamos juntos.
Don Juan no hizo ningún comentario sobre mi recuento.

Martes, 23 de marzo, 1965

La siguiente conversación tuvo lugar al otro día, después del relato de mi experiencia. Don Juan dijo:
-No se necesita gran cosa para volverse cuervo. Lo hiciste y ahora siempre lo serás.
-¿Qué pasó después de que me volví cuervo, don Juan? ¿Volé durante tres días?
-No; regresaste al caer la noche, como yo te había dicho.
-Pero, ¿cómo regresé?
-Estabas muy cansado y te dormiste. Eso es todo.
-Quiero decir, ¿volé de regreso?
-Ya te dije. Me obedeciste y regresaste a la casa. Pero no te preocupes por ese asunto. No tiene importancia.
-¿Qué es importante, entonces?
-En todo tu viaje hubo una sola cosa de gran valor: ¡los pájaros plateados!
-¿Qué tenían de especial? Sólo eran pájaros,
-No. Eran cuervos.
-¿Eran cuervos blancos, don Juan?
-Las plumas negras del cuervo son en realidad plateadas. Los cuervos brillan tan fuerte que las demás aves no los molestan.
-¿Por qué parecían plateadas sus plumas?
-Porque estabas viendo como cuervo. Un ave que nos parece oscura le parece blanca a un cuervo. Las palomas blancas, por ejemplo, son rosas o azuladas para un cuervo; las gaviotas son amarillas. Ahora, trata de recordar cómo te juntaste con ellos.
Pensé en eso, pero los cuervos eran una imagen nebulosa, disociada, sin continuidad. Le dije que sólo podía recordar que sentí haber volado con ellos. Preguntó si me les había unido en el aire o en la tierra, pero yo no tenía modo de responder. Casi se enojó conmigo. Exigió que pensara en eso. Dijo:
-Todo esto vale pura madre, no es sino un sueño de loco, a menos que recuerdes correctamente.
Me esforcé por hacer memoria, pero no pude.

Sábado, 3 de abril, 1965

Hoy pensé en otra imagen de mi "sueño" sobre los cuervos plateados. Recordé haber visto una masa oscura con miríadas de agujeros de alfiler. De hecho, la masa era un conglomerado de agujeritos, Ignoro por qué pensé que era blanda. Cuando estaba mirándola, tres aves volaron directamente hacia mi. Una de ellas hizo un ruido; luego las tres se hallaban junto a mí, en tierra.
Describí la imagen a don Juan. Me preguntó de que dirección habían venido las

aves. Le dije que no me era posible determinarlo. Se impacientó bastante y me acusó de ser rígido en mi pensamiento. Dijo que muy bien podría recordar si trataba de hacerlo, y que en realidad yo tenía miedo de volverme menos rígido. Dijo que yo estaba pensando en términos de hombres y cuervos, y que no era ni hombre ni cuervo en el momento del que deseaba acordarme.
Me pidió recordar lo que me había dicho el cuervo. Traté de pensar en ello, pero mi mente jugaba con veintenas de cosas ajenas al asunto. No podía concentrarme.

Domingo, 4 de abril, 1965

Hoy di una larga caminata. Ya había oscurecido bastante cuando llegué a la casa de don Juan. Iba pensando en los cuervos cuando de pronto un "pensamiento" muy extraño cruzó por mi mente. Era como una impresión o sentimiento, más que pensamiento. El ave que había hecho el ruido dijo que venían del norte e iban al sur, y cuando nos encontráramos de nuevo vendrían por el mismo camino.
Conté a don Juan lo que había pensado, o quizá recordado. El dijo:
-No pienses si lo recordastes o lo inventastes. Esos pensamientos pertenecen sólo a los hombres, no a los cuervos, y menos aún a los cuervos que vistes, porque son los emisarios de tu destino. Tú ya eres un cuervo. Nunca cambiarás eso. De ahora en adelante, los cuervos te señalarán con su vuelo cada vuelta de tu destino. ¿Hacia dónde volaste con ellos?
-¡No podría saber eso, don Juan!
-Si piensas como se debe, recordarás. Siéntate en el suelo y dime en qué posición estabas cuando las aves volaron a ti. Cierra los ojos y haz una raya en el suelo.
Seguí su indicación y determiné el punto.
-¡No abras todavía los ojos! -prosiguió- ¿Para dónde volaron todos en relación con ese punto?
Hice otra marca en el piso.
Tomando como referencia estos puntos de orientación, don Juan interpretó las diferentes pautas de vuelo que los cuervos observarían para predecir mi futuro personal o destino. Puse los cuatro puntos cardinales como eje del vuelo de los cuervos.
Le pregunté si los cuervos siempre seguían los puntos cardinal es para anunciar el destino de un hombre. Dijo que la orientación era sólo mía; lo que los cuervos hicieron en mi primera reunión con ellos tenía importancia crucial. Insistió en que recordara cada detalle, porque el mensaje y la pauta de los "emisarios" eran un asunto individual, personalizado.
Había una cosa más de la cual me instaba a acordarme: la hora en que me dejaron los emisarios. Me pidió pensar en la diferencia de la luz a mi alrededor entre la hora en que "empecé a volar" y la hora en que las aves plateadas "volaron conmigo". Cuando tuve inicialmente la sensación de vuelo penoso, estaba oscuro. Pero cuando vi a las aves, todo se hallaba rojizo: rojo claro, o tal vez naranja.
-Eso quiere decir que era casi el fin del día -dijo don Juan-; pero todavía no se había metido el sol. Cuando está todo oscuro, un cuervo se ciega de blancura y no de oscuridad, como nosotros de noche. Esta indicación de la hora quiere decir que tus emisarios finales vendrán al fin del día. Te llamarán, y al volar sobre tu cabeza se volverán blancos plateados; los verás brillar contra el cielo y eso que¬rrá decir que llegó tu hora final. Querrá decir que te vas a morir y a volverte cuervo por última vez.
-¿Y si los veo de mañana?
-¡No los verás de mañana!
-Pero los cuervos vuelan todo el día.
-¡Tus emisarios no, tonto!
-¿Y sus emisarios, don Juan?
-Los míos vendrán de mañana. También serán tres. Mi benefactor me dijo que, si uno no quiere morir, puede volverlos negros a gritos. Pero ahora sé que no vale la pena. Mi benefactor era dado a gritar, y a todo el barullo y la violencia de la yerba del diablo. Yo sé que el humito es diferente porque no tiene pasión. Es justo. Cuando tus emisarios plateados lleguen por ti,

no hay necesidad de gritarles. Vuela con ellos como ya lo hiciste. Después de haberte recogido darán media vuelta, y los cuatro se irán volando.

Sábado, 1° de abril, 1965

Había estado experimentando breves destellos de disociación, o estados superficiales de realidad no ordinaria.
Un elemento de la experiencia alucinógena con los hongos recurría sin cesar en mis pensamientos: la masa de agujeritos blanda y oscura. Continué visualizándola como una burbuja de grasa o de aceite que empezaba a tirar de mí hacia su centro. Era casi como si el centro fuera a abrir¬se y a tragarme, y en momentos muy breves yo experimentaba algo semejante a un estado de realidad no ordinaria. Como resultado, sufría instantes de profunda agitación, angustia e incomodidad, y luchaba por poner fin a las experiencias apenas comenzaban.
Hoy discutí esta condición con don Juan. Pedí consejo.
El no pareció preocuparse, y me indicó olvidarme de esas experiencias, porque carecían de significado o más bien de valor. Dijo que las únicas experiencias dignas de mi esfuerzo y atención serían aquéllas en los que viera un cuervo; cualquier otra clase de "visión" no sería sino el producto de mis temores. Me recordó una vez más que para usar el humito era necesario llevar una vida fuerte, calmada. En lo personal, yo parecía haber alcanzado un umbral peligroso. Le dije que me sentía incapaz de proseguir; había en los hongos algo verdaderamente aterrador.
Al repasar las imágenes evocadas de mi experiencia alucinógena, yo había llegado a la conclusión inevitable de que había visto el mundo en una forma estructuralmente distinta de la visión ordinaria. En otros estados de realidad no ordinaria que había atravesado, las formas y los diseños que visualizaba se hallaban siempre dentro de los confines de mi concepción visual del mundo. Pero la sensación de ver bajo la influencia de la mezcla alucinógena de fumar no era la misma. Todo lo que veía estaba frente a mí en una línea directa de visión; nada había encima ni abajo de esa línea de visión.
Cada imagen tenía una irritante planura, y sin embargo, desconcertantemente, una gran profundidad. Acaso seria más exacto decir que las imágenes eran un conglomerado de detalles increíblemente precisos colocados dentro de campos de luz diferente; la luz se movía en los campos, creando un efecto de rotación.
Después de aguijarme y esforzarme por recordar, me hallé obligado a hacer una serie de analogías o símiles para "entender" lo que había "visto". El rostro de don Juan, por ejemplo, parecía como sumergido en el agua. El agua parecía moverse en un fluir continuo sobre la cara y el cabello, Los amplificaba a tal grado que, cuando yo enfocaba mi visión, podía ver cada poro de la piel o cada cabello de la cabeza. Por otra parte, vi masas de materia planas y llenas de aristas, pero no se movían porque no había fluctuación en la luz proveniente de ellas.
Pregunté a don Juan qué eran las cosas que vi. Dijo que, siendo ésta la primera vez que yo veía como cuervo, las imágenes no eran claras ni importantes, y que más tarde, con la práctica, me sería posible reconocerlo todo.
Saqué a colación la diferencia que había notado en el movimiento de la luz.
-Las cosas que están vivas dijo él se mueven por dentro, y tan cuervo puede ver con facilidad cuándo algo está muerto, o a punto de morir, porque el movimiento ya se paró o se va parando. Un cuervo sabe también cuando algo se mueve demasiado aprisa, y por lo mismo sabe cuando algo se mueve al paso justo.
-¿Qué significa cuando algo se mueve demasiado aprisa, o al paso justo?
-Significa que un cuervo sabe de hecho qué evitar y qué buscar. Cuando algo se mueve demasiado aprisa por dentro, quiere decir que está a punto de estallar con violencia, o de pegar el brinco, y un cuervo

lo evita. Cuando se mueve por dentro al paso justo, es una vista placentera y un cuervo la busca.
-¿Se mueven las rocas por dentro?
-No, ni las rocas ni los animales muertos ni los árboles muertos. Pero es hermoso mirarlos. Por eso los cuervos andan por donde hay cadáveres. Les gusta mirarlos. Ninguna luz se mueve dentro de ellos.
-Pero cuando la carne se pudre, ¿no cambia ni se mueve?
-Sí, pero ese movimiento es distinto. Lo que el cuervo ve entonces son millones de cosas moviéndose dentro de la carne con luz propia, y eso es lo que le gusta ver. Verdaderamente es una vista inolvidable.
-¿La ha visto usted, don Juan?
-Cualquiera que aprenda a volverse cuervo la puede ver. Tú mismo la verás.
En este punto hice a don. Juan la pregunta inevitable.
-¿Me convertí realmente en cuervo? 0 mejor dicho, ¿habría pensado cualquiera, al verme, que era yo un cuervo común?
-No. No puedes pensar así cuando tratas con el poder de los aliados. Esas preguntas no tienen sentido, y eso que volverse cuervo es lo más simple que hay. Es casi como travesura; tiene poca utilidad. Como ya te he dicho, el humito no es para los que buscan poder. Es sólo para quienes anhelan ver. Yo aprendí a volverme cuervo porque son las aves más efectivas de todas. Ninguna otra las molesta, a menos que sean águilas grandes y hambrientas, pero los cuervos vuelan en parvadas y pueden defenderse. Tampoco los hombres molestan a los cuervos, y eso es importante, Cualquiera puede distinguir un águila grande, sobre todo un águila fuera de lo común, o cualquier otra ave grande y fuera de lo común, pero, ¿a quién le interesa un cuervo? Un cuervo está seguro. Es ideal en tamaño y en naturaleza. Puede meterse donde sea sin llamar la atención. En cambio, volverse oso o león es posible, pero sale bastante peligroso. Una criatura de ésas es demasiado grande; se necesita demasiada energía para convertirse en ella. También puede uno volverse grillo, o lagartija, o hasta hormiga, pero eso es todavía más arriesgado, porque los animales grandes cazan a las criaturas pequeñas.
Señalé que, según lo que él decía, uno se transformaba realmente en cuervo, o grillo, o cualquier otra cosa. Pero él insistió en que yo entendía mal.
-Se necesita mucho tiempo para aprender a ser un cuervo cabal -dijo-. Pero tú no cambiaste, ni dejaste de ser hombre. Es otra cosa lo que pasa.
-¿Puede usted decirme qué es la otra cosa, don Juan? A lo mejor a estas alturas ya tú mismo lo sabes. Quizá si no tuvieras tanto miedo de volverte loco, o de perder tu cuerpo, entenderías este secreto maravilloso. Pero a lo mejor debes esperar a perder tu miedo para entender lo que quiero decir.

XI

El último hecho que registré en mis notas de campo tuvo lugar en septiembre de 1965. Fue la última de las enseñanzas de don Juan. Lo llamé "un estado especial de realidad no ordinaria" porque no los produjo ninguna de las plantas que yo había usado con anterioridad. Al parecer don Juan lo provocó por medio de una manipulación cuidadosa de indicaciones acerca de si mismo; es decir, se portó frente a mi en una forma tan hábil. que creó la impresión clara y sostenida de no ser realmente él mismo, sino alguien que lo suplantaba. Como resultado, experimenté un profundo sentido de conflicto; quería creer que se trataba de don Juan, y sin embargo no podía estar seguro. La concomitante del conflicto fue un terror consciente tan agudo que minó mi salud por varias semanas. Después pensé que habría sido prudente poner fin entonces a mi aprendizaje. Desde aquel tiempo, nunca he sido participante, pero don Juan no ha cesado de considerarme aprendiz. Ha visto en mi retiro sólo un periodo necesario de recapitulación, otro paso de aprendizaje, que puede durar indefinidamente. Sin embar-

go, desde entonces, jamás me ha expuesto sus conocimientos.
Escribí la crónica detallada de mi última experiencia casi un mes después de que ocurrió, aunque tenía ya copiosas notas sobre sus puntos destacados, escritas al día siguiente, durante las horas de gran agitación emotiva que precedieron al punto más intenso de mi terror.

Viernes, 29 de octubre, 1965

El jueves 30 de septiembre de 1965 fui a ver a don Juan. Los estados breves y someros de realidad no ordinaria persistían a pesar de mis deliberados intentos por ponerles fin, o sacudírmelos de encima como don Juan había sugerido. Yo sentía que mi condición iba empeorando, pues aumentaba la duración de tales estados. Tomé conciencia aguda del ruido de los aeroplanos. El ruido de sus motores al pasar por encima captaba inexorablemente mi atención y la fijaba, hasta el punto en que me parecía seguir al avión como si fuera dentro de él o volara con él. Esta sensación era muy molesta. La incapacidad de sacudírmela me producía una honda angustia.
Don Juan, tras escuchar atentamente todos los detalles, concluyó que yo sufría de pérdida del alma. Le dije que tenía estas alucinaciones desde la vez que fumé los hongos, pero él insistió en que eran cosa nueva. Dijo que antes yo tenía miedo y "soñaba cosas sin sentido", pero que ahora estaba en verdad embrujado. La prueba era que el ruido de los aviones en vuelo podía arrastrarme. Por lo común, dijo, el ruido de un arroyo o de un río puede atrapar a un embrujado que ha perdido el alma y arrastrarlo a su muerte. Luego me pidió describir todas mis actividades durante la época anterior a las alucinaciones. Enumeré todas las actividades que pude recordar. Y de mi recuento, él dedujo el sitio donde yo había perdido el alma.
Don Juan parecía francamente preocupado, cosa del todo insólita en él. Esto, como es natural, aumentó mi aprensión. Dijo que no tenía idea definida de quién había atrapado mi alma, pero quienquiera que fuese pretendía sin duda matarme o enfermarme de gravedad. Luego me dio instrucciones precisas acerca de una "forma para pelear", una posición corporal especifica que yo debería mantener, permaneciendo en mi sitio benéfico. Tenía que conservar esta postura que él llamaba forma. Le pregunté a qué venia todo eso y con quién iba yo a pelear. Repuso que él iría a ver quién había tomado mi alma y si era posible recuperarla. Mientras tanto, yo debía permanecer en mi sitio hasta su regreso. La forma para pelear era en realidad una precaución, dijo, en caso de que algo ocurriese durante su ausencia, y yo debía usarla si me atacaban. Consistía en palmotear contra la pantorrilla y el muslo de mi pierna derecha y dar de saltos con el pie izquierdo en una especie de danza que yo había de ejecutar enfrentando al atacante.
Me advirtió que la forma debía adoptarse sólo en momentos de crisis extrema; mientras no hubiera peligro a la vista, yo podía estar simplemente sentado en mi sitio, con las piernas cruzadas. Pero en circunstancias de peligro extremo, tenía el recurso de un último medio de defensa: arrojar un objeto contra el enemigo. Me dijo que por lo común se arroja un objeto de poder, pero como yo no tenía ninguno me era forzoso usar cualquier piedra que cupiese en la palma de mi mano derecha, una piedra que yo pudiera sostener apretada entre la palma y el pulgar. Dijo que tal técnica debía usarse sólo si uno se hallaba indudablemente en peligro de perder la vida. El lanzamiento del objeto tenía que acompañarse con un grito de guerra, un alarido con la propiedad de dirigir el objeto a su blanco. Insistió en recomendarme cuidado y deliberación con el gritó, y no emplearlo al azar, sino sólo con "severas condiciones de seriedad".
Le pregunté qué quería decir con "severas condiciones de seriedad". Dijo que el clamor, o grito de guerra, era algo que se quedaba con un hombre toda la vida: por

eso tenia que ser bueno desde el principio. Y la única manera de empezarlo correctamente era retener el miedo y la prisa naturales de uno hasta hallarse lleno por entero de poder, y entonces el alarido brotaría con dirección y fuerza. Dijo que éstas eran las condiciones de seriedad necesarias para soltar el grito.

Le pedí explicación sobre el poder que supuestamente lo llenaba a uno antes del clamor. Dijo que era algo que corría a través del cuerpo saliendo de la tierra donde uno estaba parado; era una especie de poder emanado del sitio benéfico, para ser exactos. Era una fuerza que empujaba el alarido para hacerlo salir. Si tal fuerza se manejaba debidamente, el grito de batalla sería perfecto.

De nuevo le pregunté si pensaba que algo iba a ocurrirme. Dijo no saber nada de eso y me advirtió dramáticamente quedarme pegado a mi sitio cuanto fuese necesario, porque ésa era la única protección que yo tenía contra cualquier cosa que pudiera pasar.

Empecé a asustarme; le supliqué ser más explícito. Dijo que todo cuanto sabia era que yo no debía moverme en ninguna circunstancia; no debía entrar en la casa ni ir al matorral. Sobre todo, dijo, no debía hablar una sola palabra, ni siquiera a él. Dijo que si me daba mucho miedo podía cantar mis canciones de Mescalito, y añadió que yo ya sabia demasiado sobre estos asuntos para que fuera necesario señalarme, como a un niño, la importancia de hacer todo correctamente.

Sus admoniciones me provocaron un estado de angustia profunda. Estuve seguro de que él esperaba que algo ocurriese. Le pregunté por qué me recomendaba cantar las canciones de Mescalito, y qué cosa creía él que fuera a asustarme. Rió y dijo que tal vez me diese miedo de estar solo. Entró en la casa y cerró la puerta tras de sí. Miré mi reloj. Eran las 7 p.m. Estuve sentado en calma un largo rato. No salían ruidos del cuarto de don Juan. Todo estaba tranquilo, Hacía viento. Pensé en correr a mi coche a sacar una mampara, pero no me atreví a actuar contra el consejo de don Juan. No tenía sueño, sino cansancio; el viento frío me imposibilitaba descansar.

Cuatro horas después oía don Juan caminar en torno a la casa. Pensé que podía haber salido por la parte trasera para orinar en el matorral. Entonces me llamó con voz fuerte.

-¡Oye muchacho! ¡Oye muchacho! Ven aquí -dijo-.

Casi me levanté para ir con él. Era su voz, pero no su tono, ni sus palabras de costumbre. Don Juan nunca me había dicho "oye muchacho". De modo que seguí donde me hallaba. Un escalofrío corrió a lo largo de mi espalda. El empezó a gritar de nuevo, usando la misma frase o una similar.

Lo oí dar vuelta a la pared trasera de su casa. Tropezó con una pila de leña como si no supiera que estaba allí. Luego llegó al zaguán y se sentó junto a la puerta, con la espalda contra la pared. Parecía más pesado que de costumbre. Sus movimientos no eran lentos ni torpes, sólo más pesados. Se dejó caer a plomo en el suelo, en vez de deslizarse ágilmente como solía. Además, ése no era su sitio, y don Juan nunca, en ninguna circunstancia, se sentaba en ningún otro lugar.

Entonces volvió a hablarme. Preguntó por qué me había yo negado a ir cuando él me necesitaba. Hablaba con voz fuerte. Yo no quería mirarlo, y sin embargo experimentaba una urgencia compulsiva de observarlo. Empezó a mecerse levemente de un lado a otro. Cambié de postura, adopté la forma para pelear que él me enseñó, y me volvía encararlo. Mis músculos estaban tiesos y extrañamente tensos. No sé qué me movió a adoptar la forma dé pelea, acaso fue el creer que don Juan quería asustarme creando la impresión de que, en realidad, la persona que yo estaba viendo no era él mismo. Pensé que ponía mucho cuidado en hacer cosas fuera de costumbre, para implantar la duda en mi mente. Tuve miedo, pero aun así me sentía por encuna de todo aquello, porque de hecho me hallaba evaluando y analizando la secuencia completa.

En ese punto, don Juan se levantó. Sus movimientos fueron completamente desconocidos. Puso los brazos frente al cuerpo y se empujó hacia arriba, alzando primero la espalda; luego asió la puerta y enderezó la parte superior del cuerpo. Me asombró la honda familiaridad que yo tenia con sus movimientos, y el sentimiento terrible que él creaba al hacerme ver un don Juan que no se movía como don Juan.

Dio unos pasos hacia mí. Sostenía con ambas manos la parte inferior de su espalda, como si tratara de enderezarse o sufriera un dolor. Gemía y resoplaba. Parecía tener tapada la nariz. Dijo que me iba a llevar, y me ordenó levantarme y seguirlo. Caminé hacia el lado oeste de la casa. Cambié de posición para encararlo. Se volvió hacia mí. Yo no me moví de mi sitio; estaba pegado a él.

-¡Oye muchacho! -vociferó-. Te dije que vengas conmigo. ¡Si no vienes te llevo a empujones!

Se me acercó. Empecé a golpearme la pantorrilla y el muslo y a bailar aprisa. Don Juan llegó al filo del zaguán, frente a mi, y casi me tocó. Frenéticamente dispuse mi cuerpo para adoptar la posición de lanzamiento, pero él cambió de dirección y se alejó hacia los matorrales a mi izquierda. En cierto momento, mientras se alejaba, se volvió de pronto, pero yo le daba la cara. Se perdió de vista. Conservé la postura de pelea un rato más, pero como ya no lo vi me senté de nuevo con las piernas cruzadas y la espalda contra la roca. A estas alturas me hallaba realmente asustado. Quise huir corriendo, pero esa idea me aterraba más aún. Sentí que, si él me atrapaba en el camino a mi coche, quedaría completamente a su merced. Empecé a cantar las canciones de peyote que sa¬bía. Pero sentía de algún modo que allí eran impotentes. Sólo servían de pacificador, pero me serenaron. Las canté una y otra vez.

A eso de las 2:45 a.m. oí un ruido dentro de la casa. Inmediatamente cambié de postura. La puerta se abrió de golpe y don Juan salió trastabillando. Boqueaba y se agarraba la garganta. Se arrodilló frente a mí y gimió. Me pidió, en voz aguda y chillona, ir a ayudarlo. Luego vociferó nuevamente y me ordenó ir. Hacía ruidos de gargarismo. Me suplicó ir a ayudarlo, porque algo lo ahogaba. Se arrastró sobre las manos y las rodillas hasta hallarse a poco más de un metro. Extendió las manos hacia mí.

-¡Ven acá! -dijo. Entonces se levantó. Sus brazos estaban extendidos en mi dirección. Parecía dispuesto a aferrarme. Pateé el suelo y me di palmadas en la pantorrilla y el muslo. Estaba fuera de mí.

Don Juan se detuvo y caminó hacia el costado de la casa y se internó entre los matorrales. Cambié de postura para encararlo. Luego volví a sentarme. Ya no quería cantar. Mi energía parecía desgastarse. Todo el cuerpo me dolía; cada músculo estaba tieso y dolorosamente contraído. No sabía qué pensar. No podía decidir si enojarme con don Juan o no. Pensé en saltarle encima, pero de alguna manera supe que él me derribaría de golpe como a un insecto. Tuve verdaderas ganas de llorar. Experimentaba una honda desesperanza; la idea de que don Juan iba a tales extremos por asustarme provocaba en mí una sensación de llanto. Me resultaba imposible hallar un motivo para su tremendo despliegue histriónico; sus movimientos eran tan habilidosos que me confundían. No era como si tratara de moverse como mujer; era como si una mujer tratara de moverse igual que don Juan. Tuve la impresión de que esa mujer intentaba en verdad caminar y moverse con la deliberación de don Juan, pero era demasiado pesada y no tenía la ligereza de don Juan. Quien estuviera frente a mí creaba la impresión de ser una mujer pesada, de menos edad, tratando de imitar los movimientos lentos de un anciano ágil.

Estos pensamientos me arrojaron a un estado de pánico. Un grillo empezó a clamar ruidosamente, muy cerca de mí. Noté la riqueza de su tono; imaginé que tenía voz de barítono. El canto empezó a disolverse. De pronto, todo mi cuerpo se contrajo. Volvía adoptar la forma de lucha y encaré la

dirección de donde había venido el canto del grillo.
El sonido me estaba atrapando; había empezado a atraparme antes de que yo me diera cuenta de que solamente era como de grillo. El sonido se acercó de nuevo. Se hizo terriblemente fuerte. Empecé a cantar mis canciones de peyote, más y más alto. De pronto el grillo calló. Inmediatamente me senté, pero seguí cantando. Un momento después vi la figura de un hombre correr hacia mí, viniendo de la dirección opuesta al llamado del grillo. Palmotee sobre mi muslo y mi pantorrilla y pateé vigorosa, frenéticamente. La figura pasó muy aprisa, casi tocándome. Parecía un perro. Experimenté un miedo tan espantoso que quedé insensible. No recuerdo haber sentido ni pensado nada más.
El rocío de la mañana fue refrescante. Me sentí mejor. El fenómeno, fuera lo que fuese, parecía haberse retirado. Eran las 5:48 a.m. cuando don Juan abrió calladamente la puerta y salió. Estiró los brazos, bostezando, y me miró. Dio dos pasos hacia mí, prolongando su bostezo. Vi sus ojos mirar a través de párpados entornados. Me levanté de un salto; supe entonces que quienquiera, o lo que fuera, que estuviese frente a mí, no era don Juan.
Recogí del suelo una piedra pequeña, con filos agudos. Estaba junto a mi mano derecha. No la miré; únicamente la sostuve apretándola con el pulgar contra los dedos extendidos Adopté la forma que don Juan me había enseñado. En cuestión de segundos, sentí que me llenaba un extraño vigor. Entonces grité y arrojé la piedra. Me pareció un clamor magnífico. En ese momento, no me importaba vivir ni morir. Sentí que el grito era estremecedor en su potencia. Era penetrante y prolongado, y en verdad dirigió mi puntería. La figura frente a mí osciló y chilló y trastabilló hacia el costado de la casa, para internarse de nuevo en el matorral.
Tardé horas en calmarme. Ya no pude tomar asiento; trotaba de continuo en el mismo sitio. Tenía que respirar por la boca para recibir aire suficiente.
A las 11 a.m. don Juan volvió a salir. Yo iba a dar un salto, pero los movimientos eran suyos. Fue derecho a su sitio y se sentó como solía. Me miró y sonrió. ¡Era don Juan! Fui a él y, en vez de enojarme, besé su mano. Creía realmente que él no había actuado para crear un efecto dramático, sino que alguien lo había suplantado para hacerme daño o matarme.
La conversación se inició con especulaciones sobre la identidad de una persona femenina que supuestamente había tomado mi alma. Luego don Juan me pidió contarle cada detalle de mi experiencia.
Narré toda la secuencia de eventos en una forma muy deliberada. El rió todo el tiempo, como si fuera un chiste. Cuando terminé, dijo:
-Te fue bien. Ganaste la batalla por tu alma. Pero el asunto es más serio de lo que yo creía. Anoche tu vida no valía ni un carajo. Tu buena suerte fue que sabías lo suficiente y te defendiste. De no haber tenido un poco de preparación, ahorita estarías muerto, porque lo que te visitó anoche traía ganas de acabar contigo.
-¿Cómo es posible, don Juan, que alguien tomara la forma de usted?
-Muy sencillo. Lo que te visitó anoche es una diablera y tiene un buen ayudante del otro lado. Pero no fue muy buena para tomar mi apariencia, y tú diste con el truco.
-¿Un ayudante del otro lado es lo mismo que un aliado?
-No, un ayudante es la ayuda de un diablero. Un ayudante es un espíritu que vive del otro lado del mundo y ayuda al diablero a causar enfermedad y dolor. Lo ayuda a matar.
-¿Puede un diablero tener también un aliado, don Juan?
-Por supuesto, si son los diableros los que tienen aliados, pero antes de que un diablero pueda domar a un aliado, el diablero acostumbra tener un ayudante que lo auxilie en sus tareas.
-¿Y la mujer que tomó su forma, don Juan? ¿Tiene sólo ayudante y no aliado?
-No sé si tenga aliado o no. A algunas personas no les gusta el poder de un aliado y

prefieren un ayudante. Domar un aliado es trabajo duro. Sale más fácil conseguir un ayudante del otro lado.
-¿Piensa usted que yo podría conseguir un ayudante?
-Para saberlo, tienes que aprender mucho más. Estamos otra vez al principio, casi como el primer día que viniste a pedirme hablar de Mescalito, y yo no podía porque no me habrías entendido ni una palabra. Ese otro lado es el mundo de los diableros. Creo que lo mejor será decirte lo que yo creo y siento, como lo hizo mi benefactor. El era diablero y guerrero; su vida se inclinaba hacia la fuerza y la violencia del mundo. Pero yo no soy ninguna de las dos cosas. Esa. es mi naturaleza. Tú has visto mi mundo desde el principio. En cuanto a enseñarte el camino de mi benefactor, nada más puedo dejarte en la puerta, y tú tendrás que decidir solo; tendrás que aprenderlo por tu propia cuenta. Debo reconocer ahora que cometí un error contigo. Habría sido mucho mejor, ahora lo veo, empezar como yo mismo empecé. Así es más fácil darse cuenta de cuán sencilla y a la vez cuán profunda es la diferencia. Un diablero es un diablero y un guerrero es un guerrero. O se puede ser las dos cosas. Hay bastante gente que es las dos cosas. Pero un hombre que sólo recorre los caminos de la vida lo es todo. Hoy no soy ni guerrero ni diablero. Para mí ya no hay nada de eso. Para mí sólo recorrer los caminos que tienen corazón, cualquier camino que tenga corazón. Esos recorro, y la única prueba que vale es atravesar todo su largo. Y esos recorro mirando, mirando, sin aliento,
Hizo una pausa. Su rostro reflejaba un estado de ánimo peculiar; parecía inusitadamente serio. Yo no sabía qué preguntar ni qué decir.
Don Juan prosiguió:
-La cosa que hay que aprender es cómo llegar a la raja entre los mundos y cómo entrar en el otro mundo. Hay una raja entre los dos mundos, el mundo de los diableros y el mundo de los hombres vivos. Hay un lugar donde los dos mundos se montan el uno sobre el otro. La raja está allí. Se abre y se cierra como una puerta con el viento. Para llegar allí, un hombre debe ejercer su voluntad. Debe, diría yo, desarrollar un deseo indomable, una dedicación total. Pero debe hacerlo sin ayuda de ningún poder ni de ningún hombre. El hombre sólo debe reflexionar y desear hasta el momento en que su cuerpo esté listo para emprender el viaje. Ese momento se anuncia con un temblor prolongado de los miembros y vómitos violentos. Por lo general, el hombre no puede dormir ni comer, y se va gastando.
Cuando las convulsiones ya no cesan, el hombre está listo para partir, y la raja entre los mundos aparece enfrente de sus ojos como una puerta monumental: una rendija que sube y baja. Cuando se abre, el hombre tiene que colarse por ella. Del otro lado de esa frontera es difícil distinguir. Hace viento, como polvareda. El viento se arremolina. El hombre debe entonces caminar en cualquier dirección. El viaje será corto o largo, según su fuerza de voluntad. Un hombre de voluntad fuerte hace viajes cortos. Un hombre débil, indeciso, viaja largo y con dificultades. Después de este viaje, el hombre llega a una especie de meseta. Se pueden distinguir con claridad algunos de sus rasgos. Es un plano encima de la tierra. Se le reconoce por el viento, que allí sopla todavía más fuerte: golpea, ruge por todo el derredor. En la parte más alta de esa meseta está la entrada al otro mundo. Y hay una especie de piel que separa los dos mundos; los muertos la atraviesan sin ruido, pero nosotros tenemos que romperla con un grito. El viento reúne fuerza, el mismo viento indómito que sopla en la meseta. Cuando el viento ha juntado fuerza suficiente, el hombre tiene que gritar y el viento lo empuja al otro lado. Aquí también su voluntad debe ser inflexible, para poder combatir al viento. Todo lo que necesita es un empujón suave, y no que el viento lo mande al fin del otro mundo. Una vez que está del otro lado, tiene que vagar por allí. Su buena suerte sería encontrar un ayu-

dante cerca, no muy lejos de la entrada. El hombre tiene que pedirle ayuda. En sus propias palabras, tiene que pedir al ayudante que lo instruya y lo haga diablero. Cuando el ayudante acepta, mata al hombre allí mismo, y mientras está muerto le enseña. Cuando hagas el viaje, a lo mejor encuentras a un gran diablero en el ayudante que te mate y te enseñe; eso depende de tu suerte. Pero las más de las veces uno encuentra brujos de mala muerte sin gran cosa que enseñar. Pero ni tú ni ellos tienen el poder de negarse. El mejor de los casos es hallar un ayudante macho para no caer en manos de una diablera que lo haga a uno sufrir en forma increíble. Las mujeres siempre son así. Pero eso depende de la pura suerte, a no ser que el benefactor de uno sea también un gran diablero, caso en el cual tendrá muchos ayudantes en el otro mundo y puede mandarlo a uno a ver a un ayudante en particular. Mi benefactor era uno de esos hombres.

"Me guió al encuentro de su espíritu ayudante. Después de que regreses, ya no serás el mismo. Estás comprometido a volver y a ver seguido a tu ayudante. Y estás comprometido a alejarte más y más de la entrada, hasta que por fin un día irás demasiado lejos y no podrás regresar. A veces un diablero pesca un alma y la empuja por la entrada y la deja a la custodia de su ayudante mientras él le roba a la persona toda su voluntad. En otros casos, el tuyo por ejemplo, el alma pertenece a una persona de voluntad fuerte, y el diablero sólo puede guardarla en su morral, porque es demasiado difícil llevársela al otro lado. En tales casos, como en el tuyo, una batalla puede resolver el problema: una batalla en que el diablero se juega el todo por el todo. Esta vez perdió el combate y tuvo que soltar tu alma. De haber ganado, se la llevaba a su ayudante para que se quede con ella."

-Pero ¿cómo le gané?

-No te moviste de tu sitio. Si te hubieras apartado un centímetro, te habría hecho polvo. La diablera escogió el momento en que yo no estaba como la mejor hora para atacar, y lo hizo bien. Falló porque no contaba con tu propia naturaleza, que es violenta, y también porque no te saliste del sitio en el que eres invencible.

-¿Cómo me habría matado de haberme movido?

-Te habría golpeado como un rayo. Pero sobre todo se habría quedado con tu alma, y tú te habrías ido gastando.

-¿Qué va a suceder ahora, don Juan?

-Nada. Recobraste tu alma. Fue una buena batalla Anoche aprendiste muchas cosas.

Después nos pusimos a buscar la piedra que yo había lanzado. Don Juan dijo que, de encontrarla, podríamos estar absolutamente seguros de que el asunto había terminado. Buscamos durante casi tres horas. Yo tenía el sentimiento de que la reconocería. Pero no pude.

Ese mismo día, empezando a anochecer, don Juan me llevó a los cerros cerca de su casa. Allí me dio instrucciones largas y detalladas sobre procedimientos específicos de pelea. En determinado momento, mientras repetía ciertos pasos prescritos, me hallé solo. Había subido corriendo una ladera y estaba sin aliento. Sudaba en abundancia, pero tenía frío. Llamé varias veces a don Juan, pero no contestó, y empecé a experimentar una aprensión extraña. Oí un crujir en el matorral, como si algo viniera hacia mí. Escuché atentamente, pero el ruido cesó. Luego volvió a oírse, más fuerte y más cerca. En ese instante se me ocurrió que iban a repetirse los eventos de la noche anterior. En cuestión de segundos, mi miedo creció fuera de toda proporción. El crujir en las matas se acercó más, y mi fuerza menguó. Quería gritar o llorar, correr o desmayarme, Mis rodillas se vencieron; caí por tierra, chillando. Ni siquiera pude cerrar los ojos. Después de eso, sólo recuerdo que don Juan encendió una hoguera y frotó los músculos agarrotados de mis brazos y piernas.

Permanecí varias horas en un estado de profunda zozobra. Más tarde, don Juan explicó mi reacción desproporcionada como un hecho común. Me declaré incapaz

de descubrir lógicamente qué había ocasionado mi pánico; y él repuso que no fue el miedo de morir, sino más bien el miedo a perder el alma, un temor común entre los hombres que no poseen una intención indomable.

Esa experiencia fue la última enseñanza de don Juan. Desde entonces me he abstenido de buscar sus lecciones. Y, aunque don Juan no ha alterado su actitud de benefactor hacia mí, creo en verdad haber sucumbido al primer enemigo de un hombre de conocimiento.

FIN

* * *

CARLOS CASTANEDA

UNA REALIDAD APARTE

NUEVAS CONVERSACIONES CON DON JUAN

MANO IZQUIERDA EDITORES

Carlos Castaneda.
Una Realidad Aparte. Nuevas conversaciones con don Juan.

Fotografía de Portada: Eberhard Grossgasteiger by Unsplash.

Edición bajo el cuidado de:
Mano Izquierda Editores.

Circa, 2019.
Lima, Perú.

UNA REALIDAD APARTE

NUEVAS CONVERSACIONES CON DON JUAN

INTRODUCCIÓN

HACE diez años tuve la fortuna de conocer a don Juan Matus, un indio yaqui del noroeste de México. Entablé amistad con él bajo circunstancias en extremo fortuitas. Estaba yo sentado con Bill, un amigo mío, en la terminal de autobuses de un pueblo fronterizo en Arizona. Guardábamos silencio. Atardecía y el calor del verano era insoportable. De pronto, Bill se inclinó y me tocó el hombro.

-Ahí está el sujeto del que te hablé -dijo en voz baja.

Ladeó casualmente la cabeza señalando hacia la entrada. Un anciano acababa de llegar.

-¿Qué me dijiste de él? -pregunté.

-Es el indio que sabe del peyote, ¿Te acuerdas?

Recordé que una vez Bill y yo habíamos andado en coche todo el día, buscando la casa de un indio mexicano muy "excéntrico" que vivía en la zona. No la encontramos, y yo tuve la sospecha de que los indios a quienes pedimos direcciones nos habían desorientado a propósito. Bill me dijo que el hombre era un "yerbero" y que sabía mucho sobre el cacto alucinógeno peyote. Dijo también que me sería útil conocerlo. Bill era mi guía en el suroeste de los Estados Unidos, donde yo andaba reuniendo información y especímenes de plantas medicinales usadas por los indios de la zona.

Bill se levantó y fue a saludar al hombre. El indio era de estatura mediana. Su cabello blanco y corto le tapaba un poco las orejas, acentuando la redondez del cráneo. Era muy moreno: las hondas arrugas en su rostro le daban apariencia de viejo, pero su cuerpo parecía fuerte y ágil. Lo observé un momento. Se movía con una facilidad que yo habría creído imposible para un anciano.

Bill me hizo seña de acercarme.

-Es un buen tipo -me dijo-. Pero no le entiendo. Su español es raro; ha de estar lleno de coloquialismos rurales.

El anciano miró a Bill y sonrió. Y Bill, que apenas habla unas cuantas palabras de español, armó una frase absurda en ese idioma. Me miró como preguntando si se daba a entender, pero yo ignoraba lo que tenía en mente; sonrió con timidez y se alejó. El anciano me miró y empezó a reír. Le expliqué que mi amigo olvidaba a veces que no sabía español.

-Creo que también olvidó presentarnos -añadí, y le dije mi nombre.

-Y yo soy Juan Matus, para servirle -contestó.

Nos dimos la mano y quedamos un rato sin hablar. Rompí el silencio y le hablé de mi empresa. Le dije que buscaba cualquier tipo de información sobre plantas, especialmente sobre el peyote. Hablé compulsivamente durante un buen tiempo, y aunque mi ignorancia del tema era casi total, le di a entender que sabía mucho acerca del peyote. Pensé que si presumía de mi conocimiento el anciano se interesaría en conversar conmigo. Pero no dijo nada. Escuchó con paciencia. Luego asintió despacio y me escudriñó. Sus ojos parecían brillar con luz propia. Esquivé su mirada. Me sentí apenado. Tuve en ese momento la certeza de que él sabía que yo estaba diciendo tonterías.

-Vaya usted un día a mi casa -dijo final-

mente, apartando los ojos de mí-. A lo mejor allí podemos platicar más a gusto.
No supe qué más decir. Me sentía incómodo. Tras un rato, Bill volvió a entrar en el recinto. Advirtió mi desazón y no pronunció una sola palabra. Estuvimos un rato sentados en profundo silencio. Luego el anciano se levantó. Su autobús había llegado. Dijo adiós.
-No te fue muy bien, ¿verdad? -preguntó Bill.
-No.
-¿Le preguntaste de las plantas?
-Sí. Pero creo que metí la pata.
-Te dije, es muy excéntrico. Los indios de por aquí lo conocen, pero jamás lo mencionan. Y eso es por algo.
-Pero dijo que yo podía ir a su casa.
-Te estaba tomando el pelo. Seguro, puedes ir a su casa, pero eso qué. Nunca te dirá nada. Si llegas a preguntarle algo, te tratará como si fueras un idiota diciendo tonterías.
Bill dijo convincentemente que ya había conocido gente así, personas que daban la impresión de saber mucho. En su opinión tales personas no valían la pena, pues tarde o temprano se podía obtener la misma información de alguien que no se hiciera el difícil. Dijo que él no tenía paciencia ni tiempo que gastar con viejos farsantes, y que posiblemente el anciano sólo aparentaba ser conocedor de hierbas, mientras que en realidad sabía tan poco como cualquiera.
Bill siguió hablando, pero yo no escuchaba. Mi mente continuaba fija en el indio. El sabía que yo había estado alardeando. Recordé sus ojos. Habían brillado, literalmente.
Regresé a verlo unos meses más tarde, no tanto como estudiante de antropología interesado en plantas medicinales, sino como poseso de una curiosidad inexplicable. La forma en que me había mirado fue un evento sin precedentes en mi vida. Yo quería saber qué implicaba aquella mirada.
Se me volvió casi una obsesión, y mientras más pensaba en ella más insólita parecía. Don Juan y yo nos hicimos amigos, y a lo largo de un año le hice innumerables visitas. Su actitud me daba mucha confianza y su sentido del humor me parecía excelente; pero sobre todo sentía en sus actos una consistencia callada, totalmente desconcertante para mí. Experimentaba en su presencia un raro deleite, y al mismo tiempo una desazón extraña. Su sola compañía me forzaba a efectuar una tremenda revaluación de mis modelos de conducta. Me habían educado, quizá como a todo el mundo, para tener la disposición de aceptar al hombre como una criatura esencialmente débil y falible. Lo que me impresionaba de don Juan era el hecho de que no destacaba el ser débil e indefenso, y el solo estar cerca de él aseguraba una comparación desfavorable entre su forma de comportarse y la mía. Acaso una de las aseveraciones más impresionantes que le oí en aquella época se refería a nuestra diferencia inherente. Con anterioridad a una de mis visitas, había estado sintiéndome muy desdichado a causa del curso total de mi vida y de cierto número de conflictos personales apremiantes. Al llegar a su casa me sentía melancólico y nervioso.
Hablábamos de mi interés en su conocimiento, pero, como de costumbre, íbamos por sendas distintas. Yo me refería al conocimiento académico que trasciende la experiencia, mientras él hablaba del conocimiento directo del mundo.
-¿A poco crees que conoces el mundo que te rodea? -preguntó.
-Conozco de todo -dije.
-Quiero decir, ¿sientes el mundo que te rodea?
-Siento el mundo que me rodea tanto como puedo.
-Eso no basta. Debes sentirlo todo; de otra manera el mundo pierde su sentido.
Formulé el clásico argumento de que no era necesario probar la sopa para conocer la receta, ni recibir un choque eléctrico para saber de la electricidad.
-Ya transformaste todo en una estupidez -dijo-. Ya veo que quieres agarrarte de tus razones a pesar de que no te dan nada;

quieres seguir siendo el mismo aún a costa de tu bienestar.
-No sé de qué habla usted.
-Hablo del hecho de que no estás completo. No tienes paz.
La aserción me molestó. Me sentí ofendido. Pensé que don Juan no estaba calificado en modo alguno para juzgar mis actos ni mi personalidad.
-Estás lleno de problemas -dijo-. ¿Por qué?
-Sólo soy un hombre, don Juan -repuse malhumorado.
Hice la afirmación en la misma vena en que mi padre solía hacerla. Cada vez que decía ser sólo un hombre, implicaba que era débil e indefenso y su frase, como la mía, rebosaba un esencial sentido de desesperanza.
Don Juan me escudriñó como el día en que nos conocimos.
-Piensas demasiado en ti mismo -dijo sonriendo-. Y eso te da una fatiga extraña que te hace cerrarte al mundo que te rodea y agarrarte de tus razones. Por eso tienes solamente problemas. Yo también soy sólo un hombre, pero no lo digo como tú lo dices.
-¿Cómo lo dice usted?
-Yo me he salido de todos mis problemas. Qué lástima que mi vida sea tan corta y no me permita aferrarme de todas las cosas que quisiera. Pero eso no es problema, ni punto de discusión; es sólo una lástima.
Me gustó el tono de sus frases. No había en él desesperación ni compasión por sí mismo.
En 1961, un año después de nuestro primer encuentro, don Juan me reveló que poseía un conocimiento secreto de las plantas medicinales. Me dijo que era brujo. Desde ese punto, cambió la relación entre nosotros; me convertí en su aprendiz y durante los cuatro años siguientes luchó por enseñarme los misterios de la hechicería. He escrito sobre ese aprendizaje en *Las enseñanzas de don Juan: una forma yaqui de conocimiento*.
Nuestras conversaciones fueron todas en español, y gracias al magnífico dominio que don Juan poseía del idioma obtuve explicaciones detalladas de los complejos significados de su sistema de creencias. He llamado brujería a esa intrincada y sistemática estructura de conocimiento, y brujo a don Juan, porque él mismo empleaba tales categorías en la conversación informal. Sin embargo, en el contexto de elucidaciones más serias, usaba los términos "conocimiento" para categorizar la brujería y "hombre de conocimiento" o "el que sabe" para categorizar al brujo.
Con el fin de enseñar y corroborar su conocimiento, don Juan usaba tres conocidas plantas sicotrópicas: peyote, Lophophora williamsii; toloache, Datura inoxia, y un hongo perteneciente al género Psylocibe. A través de la ingestión por separado de cada uno de estos alucinógenos produjo en mí, su aprendiz, unos estados peculiares de percepción distorsionada, o conciencia alterada, que he llamado "estados de realidad no ordinaria". He usado la palabra "realidad" porque una premisa principal en el sistema de creencias de don Juan era que los estados de conciencia producidos por la ingestión de cualquiera de las tres plantas no eran alucinaciones, sino aspectos concretos, aunque no comunes, de la realidad de la vida cotidiana. Don Juan no se comportaba hacia tales estados de realidad no ordinaria "como si" fueran reales; los tomaba "como" reales.
Clasificar como alucinógenos las plantas citadas, y como realidad no ordinaria los estados que producían, es, desde luego, un recurso mío. Don Juan entendía y explicaba las plantas como vehículos que conducían o guiaban a un hombre a ciertas fuerzas o "poderes" impersonales; y los estados que producían, como los "encuentros" que un brujo debía tener con esos "poderes" para ganar control sobre ellos.
Llamaba al peyote "Mescalito" y lo describía como maestro benévolo y protector de los hombres. Mescalito enseñaba la "forma correcta de vivir". El peyote solía ingerirse en reuniones de brujos llamadas "mitotes", donde los participantes se juntaban específicamente para buscar una lección sobre la forma correcta de vivir.

Don Juan consideraba al toloache, y a los hongos, poderes de distinta clase. Los llamaba "aliados" y decía que eran susceptibles a la manipulación; de hecho, un brujo obtenía su fuerza manipulando a un aliado. De los dos, don Juan prefería el hongo. Afirmaba que el poder contenido en el hongo era su aliado personal, y lo llamaba "humo" o "humito".

El procedimiento de don Juan para utilizar los hongos era dejarlos secar dentro de un pequeño guaje, donde se pulverizaban. Mantenía cerrado el guaje durante un año, y luego mezclaba el fino polvo con otras cinco plantas secas y producía una mezcla para fumar en pipa.

Para convertirse en hombre de conocimiento había que "encontrarse" con el aliado tantas veces como fuera posible; había que familiarizarse con él. Esta premisa implicaba, desde luego, que uno debía fumar bastante a menudo la mezcla alucinógena. Este proceso de "fumar" consistía en ingerir el tenue polvo de hongos, que no se incineraba, y en inhalar el humo de las otras cinco plantas que componían la mezcla. Don Juan explicaba los profundos efectos del humo sobre las capacidades de percepción diciendo que "el aliado se llevaba el cuerpo de uno".

El método didáctico de don Juan requería un esfuerzo extraordinario por parte del aprendiz. De hecho, el grado de participación y compromiso necesario era tan extenuante que a fines de 1965 tuve que abandonar el aprendizaje. Puedo decir ahora, con la perspectiva de los cinco años transcurridos, que en ese tiempo las enseñanzas de don Juan habían empezado a representar una seria amenaza para mi "idea del mundo". Yo empezaba a perder la certeza, común a todos nosotros, de que la realidad de la vida cotidiana es algo que podemos dar por sentado.

En la época de mi retirada, me hallaba convencido de que mi decisión era terminante; no quería volver a ver a don Juan. Sin embargo, en abril de 1968 me facilitaron uno de los primeros ejemplares de mi libro y me sentí compelido a enseñárselo. Fui a visitarlo. Nuestra liga de maestro-aprendiz se restableció misteriosamente, y puedo decir que en esa ocasión inicié un segundo ciclo de aprendizaje, muy distinto del primero. Mi temor no fue tan agudo como lo había sido en el pasado. El ambiente total de las enseñanzas de don Juan fue más relajado. Reía y también me hacía reír mucho. Parecía haber, por parte suya, un intento deliberado de minimizar la seriedad en general. Payaseó durante los momentos verdaderamente cruciales de este segundo ciclo, y así me ayudó a superar experiencias que fácilmente habrían podido volverse obsesivas. Su premisa era la necesidad de una disposición ligera y tratable para soportar el impacto y la extrañeza del conocimiento que me estaba enseñando.

-La razón por la que te asustaste y saliste volado es porque te sientes más importante de lo que crees -dijo, explicando mi retirada previa-. Sentirse importante lo hace a uno pesado, rudo y vanidoso. Para ser hombre de conocimiento se necesita ser liviano y fluido.

El interés particular de don Juan en el segundo ciclo de aprendizaje fue enseñarme a "ver". Aparentemente, había en su sistema de conocimiento la posibilidad de marcar una diferencia semántica entre "ver" y "mirar" como dos modos distintos de percibir. "Mirar" se refería a la manera ordinaria en que estamos acostumbrados a percibir el mundo, mientras que "ver" involucraba un proceso muy complejo por virtud del cual un hombre de conocimiento percibe supuestamente la "esencia" de las cosas del mundo.

Con el fin de presentar en forma legible las complicaciones del proceso de aprendizaje he condensado largos pasajes de preguntas y respuestas, reduciendo así mis notas de campo originales. Creo, sin embargo, que en este punto mi presentación no puede, en absoluto, desvirtuar el significado de las enseñanzas de don Juan. La reducción tuvo el propósito de hacer fluir mis notas, como fluye la conversación, para que tuvieran el impacto deseado; es

decir, yo quería comunicar al lector, por medio de un reportaje, el drama y la inmediacidad de la situación de campo. Cada sección que he puesto como capítulo fue una sesión con don Juan. Por regla general, él siempre concluía cada una de nuestras sesiones en una nota abrupta; así, el tono dramático del final de cada capítulo no es un recurso literario de mi cosecha: era un recurso propio de la tradición oral de don Juan. Parecía ser un recurso mnemotécnico que me ayudaba a retener la cualidad dramática y la importancia de las lecciones.

Empero, son necesarias ciertas explicaciones para dar coherencia a mi reportaje, pues su claridad depende de la elucidación de ciertos conceptos clave o unidades clave que deseo destacar. Esta elección de énfasis es congruente con mi interés en la ciencia social. Es perfectamente posible que otra persona, con un conjunto diferente de metas y anticipaciones, resaltara conceptos enteramente distintos de los que yo he elegido.

Durante el segundo ciclo de aprendizaje, don Juan insistió en asegurarme que el uso de la mezcla de fumar era el requisito indispensable para "ver". Por tanto, yo debía usarla con toda la frecuencia posible.

-Sólo el humo te puede dar la velocidad necesaria para vislumbrar ese mundo fugaz -dijo.

Con ayuda de la mezcla sicotrópica, produjo en mí una serie de estados de realidad no ordinaria. La característica saliente de tales estados, en relación a lo que don Juan parecía estar haciendo, era una condición de "inaplicabilidad". Lo que yo percibía en aquellos estados de conciencia alterada era incomprensible e imposible de interpretar por medio de nuestra forma cotidiana de entender el mundo. En otras palabras, la condición de inaplicabilidad acarreaba la cesación de la pertinencia de mi visión del mundo.

Don Juan usó esta condición de inaplicabilidad de los estados de realidad no ordinaria para introducir una serie de nuevas "unidades de significado" preconcebidas. Las unidades de significado eran todos los elementos individuales pertinentes al conocimiento que don Juan se empeñaba en enseñarme. Las he llamado unidades de significado porque eran el conglomerado básico de datos sensoriales, y sus interpretaciones, sobre el cual se erigía un significado más complejo. Una de tales unidades era, por ejemplo, la forma en que se entendía el efecto fisiológico de la mezcla sicotrópica. Esta producía un entumecimiento y una pérdida de control motriz que en el sistema de don Juan se interpretaban como una acción realizada por el humo, que en este caso era el aliado, con el fin de "llevarse el cuerpo del practicante".

Las unidades de significado se agrupaban en forma específica, y cada bloque así creado integraba lo que llamo una "interpretación sensible". Obviamente, tiene que haber un número infinito de posibles interpretaciones sensibles que son pertinentes a la brujería y que un brujo debe aprender a realizar. En nuestra vida cotidiana, enfrentamos un número infinito de interpretaciones sensibles pertinentes a ella. Un ejemplo sencillo podría ser la interpretación, ya no deliberada, que hacemos veintenas de veces cada día, de la estructura que llamamos "cuarto". Es obvio que hemos aprendido a interpretar en términos de cuarto la estructura que llamamos cuarto; así, cuarto es una interpretación sensible porque requiere que en el momento de hacerla tengamos conocimiento, en una u otra forma, de todos los elementos que entran en su composición. Un sistema de interpretación sensible es, en otras palabras, el proceso por virtud del cual un practicante tiene conocimiento de todas las unidades de significado necesarias para realizar asunciones, deducciones, predicciones, etc., sobre todas las situaciones pertinentes a su actividad.

Al decir "practicante" me refiero a un participante que posee un conocimiento adecuado de todas, o casi todas, las unidades de significado implicadas en su sistema particular de interpretación sensible. Don

Juan era un practicante; esto es, era un brujo que conocía todos los pasos de su brujería.
Como practicante, intentaba abrirme acceso a su sistema de interpretación sensible. Tal accesibilidad, en este caso, equivalía a un proceso de resocialización en el que se aprendían nuevas maneras de interpretar datos perceptuales.
Yo era el "extraño", el que carecía de la capacidad de realizar interpretaciones inteligentes y congruentes de las unidades de significado propias de la brujería.
La tarea de don Juan, como practicante ocupado en hacerme accesible su sistema, consistía en descomponer una certeza particular que yo comparto con todo el mundo: la certeza de que la perspectiva "de sentido común" que tenemos del mundo es definitiva. A través del uso de plantas sicotrópicas, y de contactos bien dirigidos entre su sistema extraño y mi persona, logró mostrarme que mi perspectiva del mundo no puede ser definitiva porque sólo es una interpretación.
Para el indio americano, acaso durante miles de años, el vago fenómeno que llamamos brujería ha sido una práctica, seria y auténtica, comparable a la de nuestra ciencia. Nuestra dificultad para comprenderla surge, sin duda, de las unidades de significado extrañas con las cuales trata.

Don Juan me dijo una vez que un hombre de conocimiento tiene predilecciones. Le pedí explicar este enunciado.
-Mi predilección es ver -dijo.
-¿Qué quiere usted decir con eso?
-Me gusta ver -dijo- porque sólo viendo puede un hombre de conocimiento saber.
-¿Qué clase de cosas ve usted.
-Todo.
-Pero yo también veo todo y no soy un hombre de conocimiento.
-No. Tú no ves.
-Por supuesto que sí,
-Te digo que no.
-¿Por qué dice usted eso, don Juan?
-Tú solamente miras la superficie de las cosas.
-¿Quiere usted decir que todo hombre de conocimiento ve a través de lo que mira?
-No. Eso no es lo que quiero decir. Dije que un hombre de conocimiento tiene sus propias predilecciones; la mía es sencillamente ver y saber; otros hacen otras cosas.
-¿Qué otras cosas, por ejemplo?
-Ahí tienes a Sacateca: es un hombre de conocimiento y su predilección es bailar. Así que él baila y sabe.
-¿Es la predilección de un hombre de conocimiento algo que él hace para saber?
-Sí, pues.
-¿Pero cómo podría el baile ayudar a Sacateca a saber?
-Podríamos decir que Sacateca baila con todo lo que tiene.
-¿Baila como yo bailo? Digo, ¿cómo se baila?
-Digamos que baila como yo veo y no como tú bailas.
-¿También ve como usted ve?
-Sí, pero también baila.
-¿Cómo baila Sacateca?
-Es difícil explicar eso. Es un baile muy especial que usa cuando quiere saber. Pero lo único que te puedo decir es que, a menos que entiendas los modos del que sabe, es imposible hablar de bailar o de ver.
-¿Lo ha visto usted bailar?
-Sí. Pero no todo el que mira su baile puede ver que ésa es su forma especial de saber.
Yo conocía a Sacateca, o al menos sabía quién era. Nos habían presentado y una vez le invité una cerveza. Se portó con mucha cortesía y me dijo que fuera a su casa con entera libertad en cualquier momento que quisiese. Pensé largo tiempo en visitarlo, pero no se lo dije a don Juan.
La tarde del 14 de mayo de 1962, fui a casa de Sacateca; me había dado instrucciones para llegar y no tuve dificultad en hallarla. Estaba en una esquina y tenía una cerca en torno. La verja estaba cerrada. Di la vuelta para ver si podía atisbar el interior de la casa. Parecía desierta.
-Don Elías -llamé en voz alta. Las gallinas asustadas, se desparramaron por el patio cacareando con furia. Un perrito se llegó a

la cerca. Esperé que me ladrara; en vez de ello, se sentó a mirarme. Grité de nuevo y las gallinas estallaron otra vez en cacareos.
Una vieja salió de la casa. Le pedí llamar a don Elías.
-No está -dijo.
-¿Dónde puedo hallarlo?
-Está en el campo.
-¿En qué parte del campo?
-No sé. Ven más tarde. El regresa como a las cinco.
-¿Es usted la mujer de don Elías?
-Sí, soy su mujer -dijo y sonrió.
Traté de hacerle preguntas sobre Sacateca, pero se excusó y dijo que no hablaba bien el español. Subí en mi coche y me alejé.
Volví a la casa a eso de las seis. Me estacioné ante la verja y grité el nombre de Sacateca. Esta vez salió él de la casa. Encendí mi grabadora, que en su estuche de cuero café parecía una cámara colgada de mi hombro. Sacateca pareció reconocerme.
-Ah, eras tú -dijo sonriendo-. ¿Cómo está Juan?
-Muy bien. ¿Pero cómo está usted, don Elías?
No respondió. Parecía nervioso. Pese a su gran compostura exterior, sentí que se hallaba disgustado.
-¿Te mandó Juan con algún recado?
-No. Vine yo solo.
-¿Y para qué?
Su pregunta pareció traicionar su sorpresa genuina.
-Nada más quería hablar con usted -dijo, tratando de parecer lo más despreocupado posible-. Don Juan me ha contado cosas maravillosas de usted y me entró la curiosidad y quería hacerle unas cuantas preguntas.
Sacateca estaba de pie frente a mi. Su cuerpo era delgado y fuerte. Llevaba camisa y pantalones caqui. Tenía los ojos entrecerrados; parecía adormilado o quizá borracho. Su boca estaba entreabierta y el labio inferior colgaba. Noté su respiración profunda; casi parecía roncar. Se me ocurrió que Sacateca se hallaba sin duda borracho sin medida. Pero esa idea resultaba incongruente, porque apenas unos minutos antes, al salir de su casa, había estado muy alerta y muy consciente de mi presencia.
-¿De qué quieres hablar? -erijo por fin.
La voz sonaba cansada; era como si las palabras reptaran una tras otra. Me sentí muy incómodo. Era como si su fatiga fuese contagiosa y me jalara.
-De nada en particular -respondí-, Nada más vine a que platicáramos como amigos. Usted me invitó una vez a venir a su casa.
-Pues sí, pero esto no es lo mismo.
-¿Por qué no es lo mismo?
-¿Qué no hablas con Juan?
-Sí.
-¿Entonces para qué quieres hablar conmigo?
-Pensé que quizá podría hacerle unas preguntas . . .
-Pregúntale a Juan, ¿Qué no te está enseñando?
-Sí, pero de todos modos me gustaría preguntarle a usted acerca de lo que don Juan me enseña, y tener su opinión. Así podré saber a qué atenerme.
-¿Para qué andas con esas cosas? ¿No te confías en Juan?
-Sí.
-¿Entonces por qué no le preguntas a él todo lo que quieres saber?
-Sí le pregunto. Y me dice todo. Pero si usted también pudiera hablarme de lo que don Juan me enseña, tal vez yo entendería mejor.
-Juan puede decirte todo. El es el único que puede. ¿No entiendes eso?
-Sí, pero es que me gusta hablar con gente como usted, don Elías. No todos los días encuentra uno a un hombre de conocimiento.
-Juan es un hombre de conocimiento.
-Lo sé.
-¿Entonces por qué me estás hablando a mí?
-Ya le dije que vine a que habláramos como amigos.

-No, no es cierto. Tú te traes otra cosa.
Quise explicarme y no pude sino mascullar incoherencias. Sacateca no dijo nada. Parecía escuchar con atención. Tenía de nuevo los ojos entrecerrados, pero sentí que me escudriñaba. Asintió casi imperceptiblemente. Sus párpados se abrieron de pronto, y vi sus ojos. Parecía mirar más allá de mi. Golpeó despreocupadamente el suelo con la punta de su pie derecho, justo atrás de su talón izquierdo. Tenía las piernas levemente arqueadas, los brazos inertes contra los costados. Luego alzó el brazo derecho; la mano estaba abierta con la palma perpendicular al suelo; los dedos extendidos señalaban en mi dirección. Dejó oscilar la mano un par de veces antes de ponerla al nivel de mi rostro. La mantuvo en esa posición durante un instante y me dijo unas cuantas palabras. Su voz era muy clara, pero las palabras se arrastraban.
Tras un momento dejó caer la mano a su costado y permaneció inmóvil, adoptando una posición extraña. Estaba parado en los dedos de su pie izquierdo. Con la punta del pie derecho, cruzado tras el talón del izquierdo, golpeaba el suelo suave y rítmicamente.
Experimenté una aprensión sin motivo, una especie de inquietud. Mis ideas parecían disociadas. Pensaba yo en cosas sin conexión ni sentido que nada tenían que ver con lo que ocurría. Advertí mi incomodidad y traté de encauzar nuevamente mis pensamientos hacia la situación inmediata, pero no pude a pesar de una gran pugna. Era como si alguna fuerza me evitara concentrarme o pensar cosas que vinieran al caso.
Sacateca no había pronunciado palabra y yo no sabía qué más decir o hacer. En forma totalmente automática, di la media vuelta y me marché.
Más tarde me sentí empujado a narrar a don Juan mi encuentro con Sacateca. Don Juan rió a carcajadas.
-¿Qué es lo que realmente pasó? -pregunté.
-¡Sacateca bailó! -dijo don Juan-. Te vio, y después bailó.
-¿Qué me hizo? Me sentí muy frío y mareado.
-Parece que no le caíste bien, y te paró tirándote una palabra.
-¿Cómo pudo hacer eso? -exclamé, incrédulo.
-Muy sencillo; te paró con su voluntad.
-¿Cómo dijo usted?
-¡Te paró con su voluntad!
La explicación no bastaba. Sus afirmaciones me sonaban a jerigonza. Traté de sacarle más, pero no pudo explicar el evento de manera satisfactoria para mi.
Obviamente, dicho evento, o cualquier evento que ocurriese dentro de este ajeno sistema de sentido común, sólo podía ser explicado o comprendido en términos de las unidades de significado propias de tal sistema. Esta obra es, por lo tanto, un reportaje, y debe leerse como reportaje. El sistema en aprendizaje me era incomprensible; así que la pretensión de hacer algo más que reportar sobre él sería engañosa e impertinente. En este aspecto, he adoptado el método fenomenológico y luchado por encarar la brujería exclusivamente como fenómenos que me fueron presentados. Yo, como perceptor, registré lo que percibí, y en el momento de registrarlo me propuse suspender todo juicio.

PRIMERA PARTE
LOS PRELIMINARES DE "VER"

I

2 de abril, 1968

DON JUAN me miró un momento y no pareció en absoluto sorprendido de verme, aunque habían pasado más de dos años desde mi última visita. Me puso la mano en el hombro y sonriendo con suavidad dijo que me veía distinto, que me estaba poniendo gordo y blando.

Yo le había llevado un ejemplar de mi libro. Sin ningún preámbulo, lo saqué de mi portafolio y se lo di.

-Es un libro sobre usted, don Juan -dije.

El lo tomó y lo hojeó rápidamente como si fuera un mazo de cartas. Le gustaron el color verde del forro y el tamaño del libro. Sintió la cubierta con la palma de las manos, le dio vuelta un par de veces y luego me lo devolvió. Sentí una oleada de orgullo.

-Quiero que usted lo guarde -dije.

Don Juan meneó la cabeza con una risa silenciosa.

-Mejor no -dijo, y luego añadió con ancha sonrisa-: Ya sabes lo que hacemos con el papel en México.

Reí. Su toque de ironía me pareció hermoso.

Estábamos sentados en una banca en el parque de un pueblito en el área montañosa de México central. Yo no había tenido absolutamente ninguna manera de informarle sobre mi intención de visitarlo, pero me había sentido seguro de que lo hallaría, y así fue. Esperé sólo un corto tiempo en ese pueblo antes de que don Juan bajara de las montañas; lo hallé en el mercado, en el puesto de una de sus amistades.

Don Juan me dijo, como si nada, que había llegado yo justo a tiempo para llevarlo de regreso a Sonora, y nos sentamos en el parque a esperar a un amigo suyo, un indio mazateco con quien vivía.

Esperamos unas tres horas. Hablamos de diversas cosas sin importancia, y hacia el final del día, exactamente antes de que llegara su amigo, le relaté algunos eventos que yo había presenciado pocos días antes.

Mientras viajaba a verlo, mi carro se descompuso en las afueras de una ciudad y tuve que quedarme en ella tres días, mientras lo reparaban. Había un motel enfrente del taller mecánico, pero las afueras de las poblaciones siempre me deprimen, así que me alojé en un moderno hotel de ocho pisos en el centro de la ciudad.

El botones me dijo que el hotel tenía restaurante, y cuando bajé a comer descubrí que había mesas en la acera. Era un arreglo bastante bonito, en la esquina de la calle, a la sombra de unos arcos bajos de ladrillo, de líneas modernas. Hacía fresco afuera y había mesas desocupadas, pero preferí sentarme en el interior mal ventilado. Había advertido, al entrar, un grupo de niños limpiabotas sentados en la acera frente al restaurante, y estaba seguro de que me acosarían si tomaba una de las mesas exteriores.

Desde donde me hallaba sentado, podía ver al grupo de muchachos a través del aparador. Un par de jóvenes tomaron una mesa y los niños se congregaron alrededor de ellos, ofreciendo lustrarles los zapatos. Los jóvenes rehusaron y quedé asombrado al ver que los muchachos no insistían y regresaban a sentarse en la acera. Después de un rato, tres hombres en traje de calle se levantaron y se fueron, y los muchachos corrieron a su mesa y empezaron a comer las sobras: en cuestión de segundos los platos se hallaron limpios. Lo mismo ocurrió con las sobras de todas las demás mesas.

Advertí que los niños eran muy ordenados; si derramaban agua la limpiaban con sus propios trapos de lustrar. También advertí lo minucioso de sus procedimientos devoradores. Se comían incluso los cubos de hielo restantes en los vasos de agua y las rebanadas de limón para el té, con

todo y cáscara. No desperdiciaban absolutamente nada.
Durante el tiempo que permanecí en el hotel, descubrí que había un acuerdo entre los niños y el administrador del restaurante; a los muchachos se les permitía rondar el local para ganar algún dinero con los clientes, y asimismo comer las sobras, siempre y cuando no molestaran a nadie ni rompieran nada. Había once niños en total, y sus edades iban de los cinco a los doce años; sin embargo, al mayor se le mantenía a distancia del resto del grupo. Lo discriminaban deliberadamente, mofándose de él con una cantinela de que ya tenía vello púbico y era demasiado viejo para andar entre ellos.
Después de tres días de verlos lanzarse como buitres sobre las más escasas sobras, me deprimí verdaderamente, y salí de aquella ciudad sintiendo que no había esperanza para aquellos niños cuyo mundo ya estaba moldeado por su diaria pugna por migajas.
-¿Les tienes lástima? -exclamó don Juan en tono interrogante.
-Claro que sí -dije.
-¿Por qué?
-Porque me preocupa el bienestar de mis semejantes. Esos son niños y su mundo es feo y vulgar.
-¡Espera! ¡Espera! ¿Cómo puedes decir que su mundo es feo y vulgar? -dijo don Juan, remedándome con burla-. A lo mejor crees que tú estás mejor, ¿no?
Dije que eso creía, y me preguntó por qué, y le dije que, en comparación con el mundo de aquellos niños, él mío era infinitamente más variado, más rico en experiencias y en oportunidades para la satisfacción y el desarrollo personal. La risa de don Juan fue amistosa y sincera. Dijo que yo no me fijaba en lo que decía, que no tenía manera alguna de saber qué riqueza ni qué oportunidades había en el mundo de esos niños.
Pensé que don Juan se estaba poniendo terco. Creía realmente que sólo me contradecía por molestarme. Me parecía sinceramente que aquellos niños no tenían la menor oportunidad de ningún desarrollo intelectual.
Discutí mi punto de vista un rato más, y luego don Juan me preguntó abruptamente:
-¿No me dijiste una vez que, en tu opinión, lo más grande que alguien podía lograr era llegar a ser hombre de conocimiento?
Lo había dicho, y repetí de nuevo que, en mi opinión, convertirse en hombre de conocimiento era uno de los mayores triunfos intelectuales.
-¿Crees que tu riquísimo mundo podría ayudarte a llegar a ser un hombre de conocimiento? -preguntó don Juan con leve sarcasmo.
No respondí, y él entonces formuló la misma pregunta en otras palabras, algo que yo siempre le hago cuando creo que no entiende.
-En otras palabras -dijo, sonriendo con franqueza, obviamente al tanto de que yo tenía conciencia de su ardid-, ¿pueden tu libertad y tus oportunidades ayudarte a ser hombre de conocimiento?
-¡No! -dije enfáticamente.
-¿Entonces cómo pudiste tener lástima de esos niños? -dijo con seriedad-. Cualquiera de ellos podría llegar a ser un hombre de conocimiento. Todos los hombres de conocimiento que yo conozco fueron muchachos como ésos que viste comiendo sobras y lamiendo las mesas.
El argumento de don Juan me produjo una sensación incómoda. Yo no había tenido lástima de aquellos niños subprivilegiados porque no tuvieran suficiente de comer, sino porque en mis términos su mundo ya los había condenado a la insuficiencia intelectual. Y sin embargo, en los términos de don Juan, cualquiera de ellos podía lograr lo que yo consideraba el pináculo de la hazaña intelectual humana: la meta de convertirse en hombre de conocimiento. Mi razón para compadecerlos era incongruente. Don Juan me había atrapado en forma impecable.
-Quizá tenga usted razón -dije-. ¿Pero cómo evitar el deseo, el genuino deseo de ayudar a nuestros semejantes?

-¿Cómo crees que podamos ayudarlos?
-Aliviando su carga. Lo menos que uno puede hacer por sus semejantes es tratar de cambiarlos. Usted mismo se ocupa de eso. ¿O no?
-No. No sé qué cosa cambiar ni por qué cambiar cualquier cosa en mis semejantes.
-¿Y yo, don Juan? ¿No me estaba usted enseñando para que pudiera cambiar?
-No, no estoy tratando de cambiarte. Puede suceder que un día llegues a ser un hombre de conocimiento, no hay manera de saberlo, pero eso no te cambiará. Tal vez algún día puedas ver a los hombres de otro modo, y entonces te darás cuenta de que no hay manera de cambiarles nada.
-¿Cuál es ese otro modo de ver a los hombres, don Juan?
-Los hombres se ven distintos cuando uno ve. El humito te ayudará a ver a los hombres como fibras de luz.
-¿Fibras de luz?
-Sí. Fibras, como telarañas blancas. Hebras muy finas que circulan de la cabeza al ombligo. De ese modo, un hombre se ve como un huevo de fibras que circulan. Y sus brazos y piernas son como cerdas luminosas que brotan para todos lados.
-¿Se ven así todos?
-Todos. Además, cada hombre está en contacto con todo lo que lo rodea, pero no a través de sus manos, sino a través de un montón de fibras largas que salen del centro de su abdomen. Esas fibras juntan a un hombre con lo que lo rodea: conservan su equilibrio; le dan estabilidad. De modo que, como quizá veas algún día, un hombre es un huevo luminoso ya sea un limosnero o un rey, y no hay manera de cambiar nada; o mejor dicho, ¿qué podría cambiarse en ese huevo luminoso? ¿Qué?

II

Mi visita a don Juan inició un nuevo ciclo. No tuve dificultad alguna en recuperar mi viejo hábito de disfrutar su sentido del drama y su humor y su paciencia conmigo. Sentí claramente que tenía que visitarlo más a menudo. No ver a don Juan era en verdad una gran pérdida para mí; además, yo tenía algo de particular interés que deseaba discutir con él.
Después de terminar el libro sobre sus enseñanzas, empecé a reexaminar las notas de campo no utilizadas. Había descartado una gran cantidad de datos porque mi énfasis se hallaba en los estados de realidad no ordinaria. Repasando mis notas, había llegado a la conclusión de que un brujo hábil podía producir en su aprendiz la más especializada gama de percepción simplemente con "manipular indicaciones sociales". Todo mi argumento sobre la naturaleza de estos procedimientos manipulatorios descansaba en la asunción de que se necesitaba un guía para producir la gama de percepción requerida. Tomé como caso específico de prueba las reuniones de peyote de los brujos. Sostuve que, en los mitotes, los brujos llegaban a un acuerdo sobre la naturaleza de la realidad sin ningún intercambio abierto de palabras o señales, y mi conclusión fue que los participantes empleaban una clave muy refinada para alcanzar tal acuerdo. Había construido un complejo sistema para explicar el código y los procedimientos, de modo que regresé a ver a don Juan para pedirle su opinión personal y su consejo acerca de mi trabajo.

21 de mayo, 1968

No pasó nada fuera de lo común durante mi viaje para ver a don Juan. La temperatura en el desierto andaba por los cuarenta grados y era casi insoportable. El calor disminuyó al caer la tarde, y al anochecer, cuando llegué a casa de don Juan, había una brisa fresca. No me hallaba muy cansado, de manera que estuvimos conversando en su cuarto. Me sentía cómodo y reposado, y hablamos durante horas. No fue una conversación que me hubiera gustado registrar; yo no estaba en realidad tratando de dar mucho sentido a mis palabras ni de extraer mucho significado; hablamos del

tiempo, de las cosechas, del nieto de don Juan, de los yaquis, del gobierno mexicano. Dije a don Juan cuánto disfrutaba la exquisita sensación de hablar en la oscuridad. Contestó que mi gusto estaba de acuerdo con mi naturaleza parlanchina; que me resultaba fácil disfrutar la charla en la oscuridad porque hablar era lo único que yo podía hacer en ese momento, allí sentado. Argumenté que era algo más que el simple hecho de hablar lo que me gustaba. Dije que saboreaba la tibieza calmante de la oscuridad en torno. El me preguntó qué hacía yo en mi casa cuando oscurecía. Respondí que invariablemente encendía las luces, o salía a la calle hasta la hora de dormir.

-¡Ah! -dijo, incrédulo-. Creía que habías aprendido a usar la oscuridad.

-¿Para qué puede usarse? -pregunté.

Dijo que la oscuridad -y la llamó "la oscuridad del día"- era la mejor hora para "ver". Recalcó la palabra "ver" con una inflexión peculiar. Quise saber a qué se refería, pero dijo que ya era tarde para ocuparnos de eso.

22 de mayo, 1968

Apenas desperté en la mañana, y sin ninguna clase de preliminares, dije a don Juan que había construido un sistema para explicar lo que ocurría en un mitote. Saqué mis notas y le leí lo que había hecho. Escuchó con paciencia mientras yo luchaba por aclarar mis esquemas.

Dije que, según creía, un guía encubierto era necesario para marcar la pauta a los participantes de modo que pudiera llegarse a algún acuerdo pertinente. Señalé que la gente asiste a un mitote en busca de la presencia de Mescalito y de sus lecciones sobre la forma correcta de vivir, y que tales personas jamás cruzan entre sí una sola palabra o señal, pero concuerdan acerca de la presencia de Mescalito y de su lección específica. Al menos, eso era lo que supuestamente habían hecho en los mitotes donde yo estuve: concordar en que Mescalito se les había aparecido individualmente para darles una lección. En mi experiencia personal, descubrí que la forma de la visita individual de Mescalito y su consiguiente lección eran notoriamente homogéneas, si bien su contenido variaba de persona a persona. No podía explicar esta homogeneidad sino como resultado de un sutil y complejo sistema de señas.

Me llevó casi dos horas leer y explicar a don Juan el sistema que había construido. Terminé con la súplica de que me dijese, en sus propias palabras, cuáles eran los procedimientos exactos para llegar a tal acuerdo.

Cuando hube acabado, don Juan frunció el entrecejo. Pensé que mi explicación le había resultado un reto; parecía hallarse sumido en honda deliberación.

Tras un silencio que consideré razonable le pregunté qué pensaba de mi idea.

La pregunta hizo que su ceño se transformara de pronto en sonrisa y luego en carcajadas. Traté de reír también y, nervioso, le pregunté qué cosa tenía tanta gracia.

-¡Estás más loco que una cabra! -exclamó-. ¿Por qué iba alguien a molestarse en hacer señas en un momento tan importante como un mitote? ¿Crees que uno puede jugar con Mescalito?

Por un instante pensé que trataba de evadirse; no estaba respondiendo realmente mi pregunta.

-¿Por qué habría uno de hacer señas? -inquirió don Juan tercamente-. Tú has estado en mitotes. Deberías de saber que nadie te dijo cómo sentirte ni qué hacer; nadie sino el mismo Mescalito.

Insistí que tal explicación no era posible y le rogué de nuevo que me dijera cómo se llegaba al acuerdo.

-Sé por qué viniste -dijo don Juan en tono misterioso-. No puedo ayudarte en tu labor porque no hay sistema de señales.

-¿Pero cómo pueden todas esas personas estar de acuerdo sobre la presencia de Mescalito?

-Están de acuerdo porque ven -dijo don Juan con dramatismo, y luego añadió en tono casual-: ¿Por qué no asistes a otro mitote y ves por ti mismo?

Sentí que me tendía una trampa. Sin decir nada, guardé mis notas. Don Juan no insistió.
Un rato después me pidió llevarlo a casa de un amigo. Pasamos allí la mayor parte del día. Durante el curso de una conversación, su amigo John me preguntó qué había sido de mi interés en el peyote. John había dado los botones de peyote para mi primera experiencia, casi ocho años antes. No supe qué decirle. Don Juan salió en mi ayuda y dijo a John que yo iba muy bien.
De regreso a casa de don Juan, me sentí obligado a comentar la pregunta de John y dije, entre otras cosas, que no tenía intenciones de aprender más sobre el peyote, porque eso requería un tipo de valor que yo no tenía, y que al declarar mi renuncia había hablado en serio. Don Juan sonrió y no dijo nada. Yo seguí hablando hasta que llegamos a su casa.
Nos sentamos en el espacio despejado frente a la puerta. Era un día cálido y sin nubes, pero en el atardecer había suficiente brisa para hacerlo agradable.
-¿Para qué le das tan duro? -dijo de pronto don Juan-. ¿Cuántos años llevas diciendo que ya no quieres aprender?
-Tres.
-¿Y por qué tanta vehemencia?
-Siente que lo estoy traicionando a usted, don Juan. Creo que ese es el motivo de que siempre hable de eso.
-No me estás traicionando.
-Le fallé. Me corrí. Me siento derrotado.
-Haces lo que puedes. Además, todavía no estás derrotado. Lo que tengo que enseñarte es muy difícil. A mí, por ejemplo, me resultó quizá más duro que a ti.
-Pero usted siguió adelante, don Juan. Mi caso es distinto. Yo dejé todo, y no he venido a verlo por deseos de aprender, sino a pedirle que me aclarara un punto en mi trabajo.
Don Juan me miró un momento y luego apartó los ojos.
-Deberías dejar que el humo te guiara otra vez -dijo con energía.
-No, don Juan. No puedo volver a usar su humo. Creo que ya me agoté.
-Ni siquiera has comenzado.
-Tengo demasiado miedo.
-Conque tienes miedo. No hay nada de nuevo en tener miedo. No pienses en tu miedo. ¡Piensa en las maravillas de ver!
-Quisiera sinceramente poder pensar en esas maravillas, pero no puedo. Cuando pienso en su humo siento que una especie de oscuridad me cae encima. Es como si ya no hubiera gente en el mundo, nadie con quien contar. Su humo me ha enseñado soledad sin fin, don Juan.
-Eso no es cierto. Aquí estoy yo, por ejemplo. El humo es mi aliado y yo no siento esa soledad.
-Pero usted es distinto; usted conquistó su miedo.
Don Juan me dio suaves palmadas en el hombro.
-Tú no tienes miedo -dijo con dulzura. En su voz había una extraña acusación.
-¿Estoy mintiendo acerca de mi miedo, don Juan?
-No me interesan las mentiras -dijo, severo-. Me interesa otra cosa. La razón de que no quieras aprender no es que tengas miedo. Es otra cosa.
Lo insté con vehemencia a decirme qué cosa era. Se lo supliqué, pero él no dijo nada; sólo meneó la cabeza como negándose a creer que yo no lo supiera.
Le dije que tal vez la inercia era lo que me impedía aprender. Quiso saber el significado de la palabra "inercia". Leí en mi diccionario: "La tendencia de los cuerpos en reposo a permanecer en reposo, o de los cuerpos en movimiento a seguir moviéndose en la misma dirección, mientras no sean afectados por alguna fuerza exterior."
-"Mientras no sean afectados por alguna fuerza exterior" -repitió-. Esa es la mejor palabra que has hallado. Ya te lo he dicho, sólo a un chiflado se le ocurriría emprender por cuenta propia la tarea de hacerse hombre de conocimiento. A un cuerdo hay que hacerle una artimaña para que la emprenda.
-Estoy seguro de que habrá montones de gente que emprenderían con gusto la tarea -dije.

-Sí, pero ésos no cuentan. Casi siempre están rajados. Son como guajes que por fuera se ven buenos, pero gotean al momento que uno les pone presión, al momento que uno los llena de agua. Ya una vez tuve que hacerte una treta para que aprendieras, igual que mi benefactor me lo hizo a mi. De otro modo, no habrías aprendido tanto como aprendiste. A lo mejor es hora de ponerte otra trampa.

La trampa a la que se refería fue uno de los puntos cruciales en mi aprendizaje. Había ocurrido años atrás, pero en mi mente se hallaba tan vívido como si acabara de suceder. A través de manipulaciones muy hábiles, don Juan me había forzado a una confrontación directa y aterradora con una mujer que tenía fama de bruja. El choque produjo una profunda animosidad por parte de ella. Don Juan explotó mi temor a la mujer como estímulo para continuar el aprendizaje, aduciendo que me era necesario saber más de brujería para protegerme contra ataques mágicos. Los resultados finales de su treta fueron tan convincentes que sentí sinceramente no tener más recurso que el de aprender todo lo posible, si deseaba seguir con vida.

-Si está usted planeando darme otro susto con esa mujer, simplemente no vuelvo más por aquí -dije.

La risa de don Juan fue muy alegre.

-No te apures -dijo, confortante-. Las tretas de miedo ya no sirven para ti. Ya no tienes miedo. Pero de ser necesario, se te puede hacer una artimaña dondequiera que estés; no tienes que andar por aquí.

Puso los brazos tras la cabeza y se acostó a dormir. Trabajé en mis notas hasta que despertó, un par de horas después; ya estaba casi oscuro. Al advertir que yo escribía, se irguió y, sonriendo, preguntó si me había escrito la solución de mi problema.

23 de mayo, 1968

Hablábamos de Oaxaca. Dije a don Juan que una vez yo había llegado a la ciudad en día de mercado, cuando veintenas de indios de toda la zona se congregan allí para vender comida y toda clase de chucherías. Mencioné que me había interesado particularmente un vendedor de plantas medicinales. Llevaba un estuche de madera y en él varios frasquitos con plantas secas deshebradas; se hallaba de pie a media calle con un frasco en la mano, gritando una cantinela muy peculiar.

-Aquí traigo -decía- para las pulgas, los mosquitos, los piojos, y las cucarachas.

"También para los puercos, los caballos, los chivos y las vacas.

"Aquí tengo para todas las enfermedades del hombre.

"Las paperas, las viruelas, el reumatismo y la gota.

"Aquí traigo para el corazón, el hígado, el estómago y el riñón.

"Acérquense, damas y caballeros.

"Aquí traigo para las pulgas, los mosquitos, los piojos, y las cucarachas".

Lo escuché largo rato. Su formato consistía en enumerar una larga lista de enfermedades humanas para las que afirmaba traer cura; el recurso que usaba para dar ritmo a su cantinela era hacer una pausa tras nombrar un grupo de cuatro.

Don Juan dijo que él también solía vender hierbas en el mercado de Oaxaca cuando era joven. Dijo que aún recordaba su pregón y me lo gritó. Dijo que él y su amigo Vicente solían preparar pociones.

-Esas pociones eran buenas de verdad -dijo don Juan-. Mi amigo Vicente hacía magníficos extractos de plantas.

Dije a don Juan que, durante uno de mis viajes a México, había conocido a su amigo Vicente. Don Juan pareció sorprenderse y quiso saber más al respecto.

Aquella vez, iba yo atravesando Durango y recordé que en cierta ocasión don Juan me había recomendado visitar a su amigo, que vivía allí. Lo busqué y lo encontré, y hablamos un rato. Al despedirnos, me dio un costal con algunas plantas y una serie de instrucciones para replantar una de ellas.

Me detuve de camino a la ciudad de Aguascalientes. Me cercioré de que no hubiera gente cerca. Durante unos diez mi-

nutos, al menos, había ido observando la carretera y las áreas circundantes. No se veía ninguna casa, ni ganado pastando a los lados del camino. Me detuve en lo alto de una loma; desde allí podía ver la pista frente a mí y a mis espaldas. Se hallaba desierta en ambas direcciones, en toda la distancia que yo alcanzaba a percibir. Dejé pasar unos minutos para orientarme y para recordar las instrucciones de don Vicente. Tomé una de las plantas, me adentré en un campo de cactos al lado este del camino, y la planté como don Vicente me había indicado. Llevaba conmigo una botella de agua mineral con la que planeaba rociar la planta, Traté de abrirla golpeando la tapa con la pequeña barra de hierro que había usado para cavar, pero la botella estalló y una esquirla de vidrio hirió mi labio superior y lo hizo sangrar.

Regresé a mi coche por otra botella de agua mineral. Cuando la sacaba de la cajuela, un hombre que conducía una camioneta VW se detuvo y preguntó si necesitaba ayuda. Le dije que todo estaba en orden y se alejó. Fui a regar la planta y luego eché a andar nuevamente hacia el auto. Unos treinta metros antes de llegar, oí voces. Descendí apresurado una cuesta, hasta la carretera, y hallé tres personas junto al coche: dos hombres y una mujer. Uno de los hombres había tomado asiento en el parachoques delantero. Tendría alrededor de treinta y cinco años; estatura mediana; cabello negro rizado. Cargaba un bulto a la espalda y vestía pantalones viejos y una camisa rosácea descosida. Sus zapatos estaban desatados y eran quizá demasiado grandes para sus pies; parecían flojos e incómodos. El hombre sudaba profusamente.

El otro hombre estaba de pie a unos cinco metros del auto. Era de huesos pequeños, más bajo que el primero; tenía el pelo lacio, peinado hacia atrás. Portaba un bulto más pequeño y era mayor, acaso cincuentón. Su ropa se encontraba en mejores condiciones. Vestía una chaqueta azul oscuro, pantalones azul claro y zapatos negros. No sudaba en absoluto y parecía ajeno, desinteresado.

La mujer representaba también unos cuarenta y tantos años. Era gorda y muy morena. Vestía capris negros, suéter blanco y zapatos negros puntiagudos. No llevaba ningún bulto, pero sostenía un radio portátil de transistores. Se veía muy cansada; perlas de sudor cubrían su rostro.

Cuando me acerqué, la mujer y el hombre más joven me acosaron. Querían ir conmigo en el auto. Les dije que no tenía espacio. Les mostré que el asiento de atrás iba lleno de carga y que en realidad no quedaba lugar. El hombre sugirió que, si manejaba yo despacio, ellos podían ir trepados en el parachoques trasero, o acostados en el guardafango delantero. La idea me pareció ridícula. Pero había tal urgencia en la súplica que me sentí muy triste e incómodo. Les di algo de dinero para su pasaje de autobús.

El hombre más joven tomó los billetes y me dio las gracias, pero el mayor volvió desdeñoso la espalda.

-Quiero transporte -dijo-. No me interesa el dinero.

Luego se volvió hacia mí.

-¿No puede darnos algo de comida o de agua? -preguntó.

Yo en verdad no tenía nada que darles. Se quedaron allí de pie un momento, mirándome, y luego empezaron a alejarse.

Subí en el coche y traté de encender el motor. El calor era muy intenso y al parecer el motor estaba ahogado. Al oír fallar el arranque, el hombre menor se detuvo y regresó y se paró atrás del auto, listo para empujarlo. Sentí una aprensión tremenda. De hecho, jadeaba con desesperación. Por fin, el motor encendió y me fui a toda marcha.

Cuando hube terminado de relatar esto, don Juan permaneció ensimismado un largo rato.

-¿Por qué no me habías contado esto antes? -dijo sin mirarme.

No supe qué decir. Alcé los hombros y le dije que jamás lo consideré importante.

-¡Es bastante importante! -dijo-. Vicente es un brujo de primera. Te dio algo que plantar porque tenía sus razones, y si des-

pués de plantarlo te encontraste con tres gentes como salidas de la nada, también para eso había razón, pero sólo un tonto como tú echaría la cosa al olvido creyéndola sin importancia.
Quiso saber con exactitud qué había ocurrido cuando visité a don Vicente.
Le dije que iba yo atravesando la ciudad y pasé por el mercado; entonces se me ocurrió la idea de buscar a don Vicente. Entré en el mercado y fui a la sección de hierbas medicinales. Había tres puestos en fila, pero los atendían tres mujeres gordas. Caminé hasta el fin del pasadizo y hallé otro puesto a la vuelta de la esquina. En él vi a un hombre delgado, de huesos pequeños y cabello blanco. En esos momentos se hallaba vendiendo una jaula de pájaros a una mujer.
Esperé hasta que estuvo solo y luego le pregunté si conocía a don Vicente Medrano. Me miró sin responder.
-¿Qué se trae usted con ese Vicente Medrano? -dijo al fin.
Respondí que había venido a visitarlo de parte de su amigo, y di el nombre de don Juan. El viejo me miró un instante y luego dijo que él era Vicente Medrano, para servirme. Me invitó a tomar asiento. Parecía complacido, muy reposado, y genuinamente amistoso. Sentí un lazo inmediato de simpatía entre nosotros. Me contó que conocía a don Juan desde que ambos tenían veintitantos años. Don Vicente no tenía sino palabras de alabanza para don Juan.
-Juan es un verdadero hombre de conocimiento -dijo en tono vibrante hacia el final de nuestra conversación-. Yo sólo me he ocupado a la ligera de los poderes de las plantas. Siempre me interesaron sus propiedades curativas; hasta coleccioné libros de botánica, que vendí apenas hace poco.
Permaneció silencioso un momento; se frotó la barbilla un par de veces. Parecía buscar una palabra adecuada.
-Podemos decir que yo soy sólo un hombre de conocimiento lírico -dijo-. No soy como Juan, mi hermano indio.
Don Vicente quedó otro instante en silencio. Sus ojos, empañados, estaban fijos en el suelo a mi izquierda. Luego se volvió hacia mí y dijo casi en un susurro:
-¡Ah, qué alto vuela mi hermano indio!
Don Vicente se puso en pie. Al parecer, nuestra conversación había terminado.
Si cualquiera otro hubiese hecho una frase sobre un hermano indio, yo la habría considerado un estereotipo vulgar. Pero el tono de don Vicente era tan sincero, y sus ojos tan claros, que me embelesó con la imagen de su hermano indio en tan altos vuelos. Y creí que hablaba su sentir.
-¡Qué conocimiento lírico ni qué la chingada! -exclamó don Juan cuando hube narrado el incidente completo-. Vicente es brujo. ¿Por qué fuiste a verlo?
Le recordé que él mismo me había pedido visitar a don Vicente.
-¡Eso es absurdo! -exclamó con dramatismo-. Te dije: algún día, cuando sepas ver, has de visitar a mi amigo Vicente; eso fue lo que dije. Por lo visto no me escuchaste.
Repuse que no veía daño alguno en haber conocido a don Vicente; que sus modales y su amabilidad me encantaron.
Don Juan meneó la cabeza de lado a lado y, medio en broma, expresó su perplejidad ante lo que llamó mi "desconcertante buena suerte". Dijo que mi visita a don Vicente había sido como entrar en el cubil de un león armado con una ramita. Don Juan parecía agitado, pero no me era posible ver motivo alguno para su preocupación. Don Vicente era una bella persona. Se veía muy frágil; sus ojos extrañamente obsesionantes le daban un aspecto casi etéreo. Pregunté a don Juan cómo podía resultar peligrosa una persona así de bella.
-Eres un idiota -respondió, y durante un momento su rostro se hizo severo-. El por sí solo no te causaría ningún daño. Pero el conocimiento es poder, y una vez que un hombre emprende el camino del conocimiento ya no es responsable de lo que pueda pasarle a quienes entran en contacto con él. Deberías haberlo visitado cuando supieras lo bastante para defenderte; no de él, sino del poder que él ha enganchado, que, dicho sea de paso, no es suyo ni de nadie. Al oír que

tú me conocías, Vicente supuso que sabías protegerte y te hizo un regalo. Por lo visto le caíste bien y te ha de haber hecho un gran regalo, y tú lo perdiste. ¡Qué lástima!

24 de mayo, 1968

Llevaba yo casi todo el día acosando a don Juan para que me hablase del regalo de don Vicente. Le había señalado, en distintas formas, que él debía tener en cuenta nuestras diferencias; lo que para él resultaba evidente podía ser enteramente incomprensible para mí.
-¿Cuántas plantas te dio? -preguntó por fin.
Dije que cuatro, pero de hecho no recordaba. Luego don Juan quiso saber con exactitud qué había ocurrido entre que dejé a don Vicente y me detuve al lado del camino. Pero tampoco me acordaba de eso.
-El número de plantas es importante, y también el orden de los hechos -dijo-. ¿Cómo voy a decirte qué era el regalo si no recuerdas lo que pasó?
Luché, sin éxito, por visualizar la secuencia de eventos.
-Si recordaras todo lo que pasó -dijo don Juan-, yo podría al menos decirte cómo desperdiciaste tu regalo.
Don Juan parecía muy inquieto. Me instó con impaciencia a acordarme, pero mi memoria era un blanco casi total.
-¿Qué cree usted que hice mal, don Juan? -dije, sólo para prolongar la conversación.
-Todo.
-Pero seguí las instrucciones de don Vicente al pie de la letra.
-¿Y qué? ¿No entiendes que seguir sus instrucciones carecía de sentido?
-¿Por qué?
-Porque esas instrucciones estaban hechas para alguien capaz de ver, y no para un idiota que por pura suerte salió con vida. Fuiste a ver a Vicente sin estar preparado.
"Le caíste bien y te hizo un regalo. Y ese regalo pudo fácilmente haberte costado la vida.
-¿Pero por qué me dio algo tan serio? Si es brujo, debió haber sabido que yo no sé nada,
-No, no podía haber visto eso. Tú apareces como si supieras, pero en realidad no sabes gran cosa.
Declaré mi sincera convicción de no haber dado nunca, al menos a propósito, una imagen falsa de mí mismo.
-Yo no decía eso -repuso-. Si te hubieras dado aires, Vicente habría visto tu juego. Esto es algo peor que darse aires. Cuando yo te veo, te me apareces como si supieras mucho, y sin embargo yo sé que no sabes.
-¿Qué es lo que parezco saber, don Juan?
-Secretos de poder, por supuesto; el conocimiento de un brujo. Así que cuando Vicente te vio te hizo un regalo, y tú hiciste con él lo que hace un perro con la comida cuando tiene la panza llena. Un perro se orina en la comida cuando ya no quiere comer más, para que no se la coman otros perros. Tú hiciste lo mismo con el regalo. Ahora nunca sabremos qué ocurrió en verdad. Has perdido muchísimo. ¡Qué desperdicio!
Estuvo callado un tiempo; luego alzó los hombros y sonrió.
-Es inútil quejarse -dijo-, pero es difícil no quejarse. Los regalos de poder ocurren muy rara vez en la vida; son únicos y preciosos. Mírame a mí, por ejemplo; nadie me ha hecho nunca un regalo de ésos. Que yo sepa, a muy poca gente le ha tocado tal cosa. Perder algo así de único es una vergüenza.
-Entiendo lo que quiere usted decir, don Juan -dije-. ¿Hay algo que yo pueda hacer ahora para salvar el regalo?
Rió y repitió varias veces: "Salvar el regalo."
-Eso suena bien -dijo-. Me gusta. Pero no hay nada que pueda hacerse para salvar tu regalo.

25 de mayo, 1968

Este día, don Juan empleó casi todo su tiempo en mostrarme cómo armar trampas sencillas para animales pequeños. Estuvimos cortando y limpiando ramas durante la mayor parte de la mañana. Yo

tenía muchas preguntas en mente. Traté de hablarle mientras trabajábamos, pero él lo tomó en chiste y dijo que, de nosotros dos, sólo yo podía mover manos y boca al mismo tiempo. Finalmente nos sentamos a descansar y solté una pregunta.
-¿Cómo es ver, don Juan?
-Para saber eso tienes que aprender a ver. Yo no puedo decírtelo.
-¿Es un secreto que yo no debería saber?
-No. Es nada más que no puedo describirlo.
-¿Por qué?
-No tendría sentido para ti.
-Haga usted la prueba, don Juan. Quizá lo tenga.
-No. Tienes que hacerlo tú solo. Una vez que aprendas, puedes ver cada cosa del mundo en forma diferente.
-Entonces, don Juan, usted ya no ve el mundo en la forma acostumbrada.
-Veo de los dos modos. Cuando quiero mirar el mundo lo veo como tú. Luego, cuando quiero verlo, lo miro como yo sé y lo percibo en forma distinta.
-¿Se ven las cosas del mismo modo cada vez que usted las ve?
-Las cosas no cambian. Uno cambia la forma de verlas, eso es todo.
-Quiero decir, don Juan, que si usted, por ejemplo, ve el mismo árbol, ¿sigue siendo el mismo cada vez que usted lo ve?
-No. Cambia, y sin embargo es el mismo,
-Pero si el mismo árbol cambia cada vez que usted lo ve, el ver puede ser una simple ilusión.
Rió y estuvo un rato sin responder; parecía estar pensando. Por fin dijo:
-Cuando tú miras las cosas no las ves. Sólo las miras, yo creo que para cerciorarte de que algo está allí. Como no te preocupa ver, las cosas son bastante lo mismo cada vez que las miras. En cambio, cuando aprendes a ver, una cosa no es nunca la misma cada vez que la ves, y sin embargo es la misma. Te dije, por ejemplo, que un hombre es como un huevo. Cada vez que veo al mismo hombre veo un huevo, pero no es el mismo huevo.
-Pero no podrá usted reconocer nada, pues nada es lo mismo, así que ¿cuál es la ventaja de aprender a ver?
-Puedes distinguir una cosa de otra. Puedes verlas como realmente son.
-¿No veo yo las cosas como realmente son?
-No. Tus ojos sólo han aprendido a mirar. Por ejemplo, esos tres que te encontraste. Me los describiste en detalle, y hasta me dijiste qué ropa llevaban. Y eso solamente me demostró que no los viste para nada. Si fueras capaz de ver habrías sabido en el acto que no eran gente.
-¿No eran gente? ¿Qué eran?
-No eran gente, eso es todo.
-Pero eso es imposible. Eran exactamente como usted o como yo.
-No, no eran. Estoy seguro.
Le pregunté si eran fantasmas, espíritus, o almas de difuntos. Su respuesta fue que ignoraba lo que eran fantasmas, espíritus y almas.
Le traduje la definición que el New World Dictionary de Webster asigna a la palabra fantasma: "El supuesto espíritu desencarnado de una persona muerta que, según se concibe, aparece a los vivos como una aparición pálida, penumbrosa." Y luego la definición de espíritu: "Un ser sobrenatural, especialmente uno al que se considera . . . fantasma, o habitante de cierta región, poseedor de cierto carácter (bueno o malo)."
Dijo que tal vez podría llamárseles espíritus, aunque la definición del diccionario no era muy adecuada para describirlos.
-¿Son alguna especie de guardianes? -pregunté.
-No. No guardan nada.
-¿Son cuidadores? ¿Nos están vigilando?
-Son fuerzas, ni buenas ni malas; sólo fuerzas que un brujo aprende a ponerles rienda.
-¿Son esos los aliados, don Juan?
-Sí, son los aliados de un hombre de conocimiento.
Esta era la primera vez, en los ocho años de nuestra relación, que don Juan se había acercado a una definición de "aliado". Debo habérselo pedido docenas de veces. Por lo general ignoraba mi pregunta, di-

ciendo que yo sabía qué era un aliado y que resultaba estúpido definir lo que yo ya sabía. La declaración directa de don Juan sobre la naturaleza de los aliados era toda una novedad, y me vi compelido a aguijarlo.
-Usted me dijo que los aliados estaban en las plantas -dije-, en el toloache y en los hongos.
-Jamás te he dicho tal cosa -dijo con gran convicción-. Tú siempre sales con tus propias conclusiones.
-Pero lo escribí en mis notas, don Juan.
-Puedes escribir lo que se te dé la gana, pero no me salgas con que dije eso.
Le recordé que, en un principio, me había dicho que el aliado de su benefactor era el toloache y que el suyo propio era el humito, y que más tarde había aclarado diciendo que el aliado se hallaba contenido en cada planta.
-No. Eso no es correcto -dijo, frunciendo el entrecejo-. Mi aliado es el humito, pero eso no significa que mi aliado esté en la mezcla de fumar, o en los hongos, o en mi pipa. Todos tienen que juntarse para poder llevarme con el aliado, y a ese aliado le digo humito por razones propias.
Don Juan dijo que las tres personas que había encontrado, a quienes llamó "los que no son gente" eran en realidad los aliados de don Vicente.
Le recordé su premisa de que la diferencia entre un aliado y Mescalito era que un aliado no podía verse, mientras que resultaba fácil ver a Mescalito.
Entonces nos metimos en una larga discusión. El dijo haber establecido la idea de que un aliado no podía verse porque adoptaba cualquier forma. Cuando señalé que en una ocasión me había dicho que Mescalito también adoptaba cualquier forma, don Juan desistió de la conversación, diciendo que el "ver" al cual se refería no era el ordinario "mirar las cosas" y que mi confusión nacía de mi insistencia en hablar.

Horas más tarde, él mismo reinició el tema de los aliados. Sintiéndolo algo molesto por mis preguntas, yo no lo había presionado más. Estaba enseñándome cómo hacer una trampa para conejos; yo debía sostener una vara larga y doblarla lo más posible, para que él atara un cordel en torno a los extremos. La vara era bastante delgada, pero aún así se requería fuerza considerable para doblarla. La cabeza y los brazos me vibraban a causa del esfuerzo, y me hallaba casi agotado cuando él ató por fin el cordel.
Nos sentamos y empezó a hablar. Dijo que obviamente yo no podía comprender nada a menos que hablase de ello, y que mis preguntas no lo molestaban e iba a hablarme de los aliados.
-El aliado no está en el humo -dijo-. El humo te lleva adonde está el aliado, y cuando te haces uno con el aliado ya no tienes que volver a fumar. De allí en adelante puedes convocar a tu aliado cuantas veces quieras, y hacer que haga lo que se te antoje.
"Los aliados no son buenos ni malos; los brujos los usan para cualquier propósito que les convenga. A mi me gusta el humito como aliado porque no me exige gran cosa. Es constante y justo."
-¿Qué aspecto tiene para usted un aliado, don Juan? Por ejemplo, esas tres personas que vi, que me parecieron gente común, ¿qué habrían parecido para usted?
-Habrían parecido gente común.
-¿Entonces cómo los distingue usted de la gente de verdad?
-Los que son de verdad gente aparecen como huevos luminosos cuando uno los ve. Los que no son gente aparecen siempre como gente. A eso me refería cuando dije que no hay manera de ver a un aliado. Los aliados adoptan formas diversas. Parecen perros, coyotes, pájaros, hasta huizaches, o lo que sea. La única diferencia es que, cuando los ves, aparecen así como lo que están fingiendo ser. Todo tiene su modo de ser, cuando uno ve. Igual que los hombres se ven como huevos, las otras cosas se ven como algo más, pero los aliados nada más pueden verse en la forma que están tratando de ser. Esa forma es lo bas-

tante buena para engañar a los ojos; digo, a nuestro ojos. A un perro jamás lo engañan, ni a un cuervo.
-¿Por qué quieren engañarnos?
-Creo que los engañados somos nosotros. Nos hacemos tontos solos. Los aliados nada más adoptan la apariencia de lo que haya por ahí y entonces nosotros los tomamos por lo que no son. No es culpa suya que sólo hayamos enseñado a nuestros ojos a mirar las cosas.
-No tengo clara la función de los aliados, don Juan. ¿Qué hacen en el mundo?
-Eso es como si me preguntaras qué hacemos nosotros los hombres en el mundo. Palabra que no sé. Aquí estamos, eso es todo. Y los aliados están aquí como nosotros, y a lo mejor estuvieron antes de nosotros.
-¿Cómo antes de nosotros, don Juan?
-Nosotros los hombres no siempre hemos estado aquí.
-¿Quiere usted decir aquí en este país o aquí en el mundo?
En este punto nos metimos en otro largo debate. Don Juan dijo que para él sólo había el mundo, el sitio donde asentaba sus pies. Le pregunté cómo sabía que no siempre habíamos estado en el mundo.
-Muy sencillo -dijo-. Los hombres sabemos muy poco del mundo. Un coyote sabe mucho más que nosotros. A un coyote casi nunca lo engaña la apariencia del mundo.
-¿Y entonces cómo podemos atraparlos y matarlos? -pregunté-. Si las apariencias no los engañan, ¿cómo es que mueren tan fácilmente?
Don Juan se me quedó mirando hasta incomodarme.
-Podemos atrapar o envenenar o balacear a un coyote -dijo-. En cualquier forma que lo hagamos, un coyote es presa fácil para nosotros porque no está al tanto de las maquinaciones del hombre. Pero si el coyote sobrevive, puedes tener la seguridad de que jamás volveremos a darle alcance. Un buen cazador sabe eso y nunca pone su trampa dos veces en el mismo sitio, porque si un coyote muere en una trampa todos los demás coyotes ven su muerte, que se queda allí, y evitan la trampa o hasta el rumbo donde la pusieron. Nosotros, en cambio, jamás vemos la muerte que se queda en el sitio donde uno de nuestros semejantes muere; tal vez lleguemos a sospecharla, pero nunca la vemos.
-¿Puede un coyote ver a un aliado?
-Claro.
-¿Qué parece un aliado para un coyote?
-Tendría yo que ser coyote para saber eso. Puedo decirte, sin embargo, que para un cuervo parece un sombrero puntiagudo. Redondo y ancho por abajo, terminado en una punta larga. Algunos brillan, pero la mayoría son opacos y parecen muy pesados, parecen un trozo de tela empapado de agua. Son formas imponentes.
-¿Cómo qué aparecen cuando usted los ve, don Juan?
-Ya te dije: aparecen como lo que estén fingiendo ser. Toman el tamaño y la forma que les acomoda. Pueden ser piedritas o montañas.
-¿Hablan, ríen, o hacen algún ruido?
-Entre hombres se portan como hombres. Entre animales se portan como animales. Los animales suelen tenerles miedo, pero si están acostumbrados a ver aliados, los dejan en paz. Nosotros mismos hacemos algo parecido. Tenemos montones de aliados entre nosotros, pero no los molestamos. Como nuestros ojos sólo pueden mirar las cosas, no los advertimos.
-¿Quiere usted decir que algunas de las personas que veo en la calle no son en realidad gente? -pregunté, auténticamente desconcertado por su aseveración.
-Algunas no lo son -dijo con énfasis.
Su afirmación me parecía descabellada, pero no me era posible concebir seriamente que don Juan dijera una cosa así sólo por efectismo. Le dije que me sonaba a un cuento de ciencia ficción sobre seres de otro planeta. Dijo que no le importaba cómo sonara, pero que alguna gente en la calle no era gente.
-¿Por qué debes pensar que cada persona en una multitud en movimiento es un ser humano? -preguntó con aire de seriedad extrema.

No me era posible, en verdad, explicar por qué; sólo que me hallaba habituado a creerlo como un acto de fe pura por mi parte.
Don Juan siguió diciendo cuánto le gustaba observar sitios ajetreados, con mucha gente, y cómo a veces veía una multitud de seres que parecían huevos, y entre la masa de criaturas oviformes localizaba una que tenía todas las apariencias de una persona.
-Se goza mucho haciendo eso -dijo, riendo-, o al menos yo lo disfruto. Me gusta sentarme en parques y en terminales y observar. A veces localizo en el acto a un aliado; otras veces sólo puedo ver gente de verdad. Una vez vi dos aliados sentados en un autobús, lado a lado. Esa es la única vez en mi vida que he visto dos juntos.
-¿Tenía algún sentido especial que viera usted dos?
-Claro. Todo lo que hacen tiene sentido. De sus acciones un brujo puede, a veces, sacar su poder. Aunque un brujo no tenga aliado propio, mientras sepa ver puede manejar el poder observando las acciones de los aliados. Mi benefactor me enseñó a hacerlo, y durante años, antes de tener mi propio aliado, buscaba yo aliados entre las multitudes, y cada vez que veía uno eso me enseñaba algo. Tú hallaste tres juntos. Qué magnífica lección desperdiciaste.
No dijo nada más hasta que hubimos acabado de armar la trampa para conejos. Entonces se volvió hacia mí y dijo súbitamente, como si acabara de recordarlo, que otra cosa importante de los aliados era que, si uno hallaba dos juntos, siempre eran dos de la misma clase. Los dos aliados que él vio eran dos hombres, dijo, y como yo había visto dos hombres y una mujer, concluyó que mi experiencia era aún más insólita.
Le pregunté si los aliados podían fingirse niños; si los niños podían ser del mismo sexo o de diferentes; si los aliados fingían gente de diversas razas; si podían simular una familia compuesta de hombre, mujer e hijo, y por fin le pregunté sí había visto alguna vez a un aliado manejar un coche o un autobús.
Don Juan no respondió en absoluto. Sonrió y me dejó hablar. Al oír mi última pregunta se echó a reír y dijo que me estaba yo descuidando, que habría sido más propio preguntarle si había visto a un aliado manejar un vehículo de motor.
-No querrás olvidar las motocicletas, ¿verdad? -dijo con un brillo malicioso en la mirada.
Su burla de mis preguntas me pareció graciosa y ligera, y reí junto con él.
Luego explicó que los aliados no podían tomar la iniciativa ni actuar directamente sobre nada; podían, sin embargo, actuar sobre el hombre en forma indirecta. Don Juan dijo que entrar en contacto con un aliado era peligroso porque el aliado podía sacar lo peor de una persona. El aprendizaje era largo y arduo, dijo, porque había que reducir al mínimo todo lo superfluo en la vida de uno, con el fin de soportar el impacto de tal encuentro. Don Juan dijo que su benefactor, la primera vez que entró en contacto con un aliado, fue impelido a quemarse y quedó lleno de cicatrices como si un puma lo hubiera mascado. En su propio caso, dijo, un aliado lo empujó a una pila de leña ardiendo, y se quemó un poco la rodilla y la clavícula, pero las cicatrices desaparecieron a su tiempo, cuando don Juan se hizo uno con el aliado.

III

El 10 de junio de 1968 inicié un largo viaje con don Juan para participar en un mitote. Llevaba meses esperando esta oportunidad, pero no me hallaba verdaderamente seguro de querer ir. Pensaba que mi titubeo se debía al miedo de que en la reunión me viera obligado a ingerir peyote, pues no tenía la menor intención de hacerlo. Había expresado repetidamente estos sentimientos a don Juan. Al principio reía con paciencia, pero terminó declarando firmemente que no quería oír nada más acerca de mi miedo.
En lo que a mí respectaba, un mitote era el terreno ideal para verificar los esque-

mas que había construido. En primer lugar, nunca había abandonado por entero la idea de que en tales ceremonias se necesitaba un guía encubierto para asegurar acuerdo entre los participantes. De algún modo tenía yo el sentimiento de que don Juan había descartado mi idea por razones personales, pues le parecía más eficaz explicar en términos de "ver" todo cuanto ocurría en un mitote. Pensaba que mi interés por hallar una explicación adecuada en mis propios términos no iba de acuerdo con lo que él quería de mí; por tanto, tenía que descartar mi razonamiento, como solía hacer con todo lo que no se adaptaba a su sistema.

Justo antes de iniciar el viaje, don Juan alivió mi aprensión de tener que ingerir peyote diciéndome que yo asistía al mitote sólo para observar. Me sentí jubiloso. Estaba entonces casi seguro de que iba a descubrir el procedimiento oculto por el cual los participantes llegaban a un acuerdo.

Atardecía cuando partimos; el sol se hallaba casi en el horizonte; lo sentí en el cuello y desee tener una persiana en la ventana trasera del auto. Desde la cima de un cerro pude mirar un enorme valle; el camino era como un listón negro aplastado contra el suelo, subiendo y bajando innumerables colinas. Lo seguí un momento con los ojos antes de empezar el descenso; corría directamente hacia el sur hasta desaparecer sobre una hilera de montañas bajas en la distancia.

Don Juan, callado, miraba al frente. No habíamos dicho palabra en largo rato. Dentro del coche había un calor incómodo. Yo había abierto todas las ventanillas, pero eso no ayudaba porque el día era en extremo caluroso. Me sentía muy molesto e inquieto. Empecé a quejarme del calor.

Don Juan frunció el entrecejo y me miró interrogante.

-En esta época hace calor en todo México -dijo-. No se puede remediar.

No lo miré, pero supe que me contemplaba. El coche ganó velocidad al descender la cuesta. Vi vagamente una señal de carretera: vado. Cuando vi el vado mismo, iba muy rápido, y aunque frené sentimos el impacto y brincoteamos en los asientos. Reduje considerablemente la velocidad; atravesábamos una zona en que el ganado pastaba libre a los lados del camino, un área donde era común ver el cadáver de un caballo o una vaca atropellados por un auto. En cierto punto hube de detenerme por entero para que algunos caballos cruzaran la carretera. Cada vez me sentía más desazonado y molesto. Le dije que era el calor; que el calor me disgustaba desde la niñez, porque cada verano solía sentirme sofocado y apenas podía respirar.

-Ya no eres niño -dijo él.

-El calor me sofoca todavía.

-Bueno, a mí de niño me sofocaba el hambre -dijo con suavidad-. El hambre fue lo único que conocí de niño, y me hinchaba hasta que yo tampoco podía respirar. Pero eso fue cuando era niño. Ya no puedo sofocarme, ni puedo hincharme como sapo cuando tengo hambre.

No supe qué decir. Sentí que me estaba colocando en una posición insostenible y que pronto debería defender un punto que no me importaba defender. El calor no era tan malo. Lo que me molestaba era la perspectiva de manejar casi dos mil kilómetros hasta nuestro destino. Me irritaba la idea de tener que esforzarme.

-Por qué no paramos a comer algo -dije-. Quizá no haga tanto calor después que el sol se meta.

Don Juan me miró, sonriendo, y dijo que en largo trecho no había pueblos limpios, y que según entendía mi política era no comer en los puestos a los lados del camino.

-¿Ya no le tienes miedo a la diarrea? -preguntó.

Me di cuenta que hablaba con sarcasmo, pero su rostro conservaba una expresión interrogante y, a la vez, seria.

-Del modo como te portas -dijo-, uno pensaría que la diarrea está allí acechando, esperando que salgas del coche para saltarte encima. Estás en un dilema terrible; si escapas del calor, la diarrea terminará por atraparte.

El tono de don Juan era tan serio que em-

pecé a reír. Luego viajamos en silencio largo tiempo. Cuando llegamos a un parador para camiones llamado Los Vidrios ya estaba oscuro.
-¿Qué tienen hoy? -gritó don Juan desde el auto.
-Carnitas -gritó a su vez una mujer desde adentro.
-Espero, por tu bien, que el puerco haya sido atropellado hoy -me dijo don Juan, riendo.
Salimos del coche. El camino se hallaba flanqueado, a ambos lados, por hileras de montañas bajas que parecían la lava solidificada de alguna gigantesca erupción volcánica. En la oscuridad, los picos negros, dentellados, se recortaban contra el cielo como enormes y ominosos muros de astillas de vidrio.
Mientras comíamos, dije a don Juan que, sin duda, el lugar debía su nombre a la forma de las montañas.
Don Juan repuso en tono convincente que el sitio se llamaba Los Vidrios porque un camión cargado de cristales se había volteado allí y los pedazos de vidrio se quedaron tirados en el camino durante años.
Sentí que se estaba haciendo el chistoso y le pedí decirme la verdadera razón.
-¿Por qué no le preguntas a alguien? -dijo.
Interrogué a un hombre sentado en la mesa vecina; dijo en tono de disculpa, que no sabía. Entré en la cocina y pregunté a las mujeres si sabían, pero todas dijeron que no; que el lugar nada más se llamaba Los Vidrios.
-Creo que estoy en lo cierto -dijo don Juan en voz baja-. Los mexicanos no son dados a notar las cosas que los rodean. Estoy seguro de que no pueden ver las montañas de vidrio, pero claro que pueden dejar una montaña de vidrios tirada ahí durante años.
A ambos nos hizo gracia la imagen, y reímos.
Al terminar de comer, don Juan me preguntó cómo me sentía. Le dije que muy bien, pero en realidad experimentaba cierta náusea. Don Juan me miró con firmeza y pareció detectar mi sentimiento de malestar.
-Una vez que decidiste venir a México debiste haber dejado todos tus pinches miedos -dijo con mucha severidad-. Tu decisión de venir debió haberlos vencido. Viniste porque querías venir. Ese es el modo del guerrero. Te lo he dicho mil veces: el modo más efectivo de vivir es como guerrero. Preocúpate y piensa antes de hacer cualquier decisión, pero una vez que la hagas echa a andar libre de preocupaciones y de pensamientos; todavía habrá un millón de decisiones que te esperen. Ese es el modo del guerrero.
-Creo hacer eso, don Juan, al menos parte del tiempo. Pero es muy difícil estar recordándomelo siempre.
-Un guerrero piensa en su muerte cuando las cosas pierden claridad.
-Eso es todavía más difícil, don Juan. Para la mayoría de la gente, la muerte es muy vaga y remota. Jamás pensamos en ella.
-¿Por qué no?
-¿Por qué hacerlo?
-Muy sencillo -dijo-. Porque la idea de la muerte es lo único que templa nuestro espíritu.
Cuando salimos de Los Vidrios, estaba tan oscuro que la silueta quebrada de las montañas se había unificado con la tiniebla del cielo. Viajamos en silencio más de una hora. Me sentía cansado. Era como si no quisiese hablar porque no había nada de qué hablar. El tráfico era mínimo. Pocos coches se cruzaban con el nuestro, y al parecer éramos los únicos viajando hacia el sur por la carretera. Eso se me hacía extraño; miraba de continuo el espejo retrovisor para ver si otros carros venían por atrás, pero no descubría ninguno.
Tras un rato dejé de buscar coches y empecé a pensar de nuevo en la perspectiva de nuestro viaje. Entonces advertí que mis faros parecían extremadamente brillantes en contraste con la oscuridad en torno, y miré de nuevo el retrovisor. Vi primero un resplandor intenso y luego dos puntos de luz como brotados del suelo. Eran los faros de un coche sobre una loma en la distancia tras nosotros. Permanecieron visibles un rato, luego desaparecieron en la oscu-

ridad como arrebatados; tras un momento aparecieron en otra cima, y luego desaparecieron de nuevo. Durante largo tiempo seguí en el espejo sus apariciones y desapariciones. En cierto punto se me ocurrió que el coche iba a alcanzarnos. Sin lugar a dudas, se acercaba. Las luces eran más grandes y brillantes. Pisé a fondo el acelerador. Tenía una sensación de inquietud. Don Juan pareció advertir mi preocupación, o acaso sólo notó el aumento en la velocidad. Primero me miró, después volvió la cara para mirar los faros distantes.

Me preguntó si me pasaba algo. Le dije que durante horas no había visto coches detrás de nosotros y que de pronto había advertido las luces de un auto que parecía acercarse cada vez más.

Soltó una risita chasqueante y me preguntó si de veras creía que se trataba de un carro. Le dije que tenía que ser un coche y él dijo que mi preocupación le revelaba que, de algún modo, yo debía haber sentido que lo que venía tras nosotros, fuera lo que fuese, no era un simple coche. Insistí en que lo creía sólo otro coche en la carretera, o acaso un camión.

-¿Qué más puede ser? -dije, fuerte.

El aguijoneo de don Juan me había puesto nervioso.

El se volvió y me miró de lleno; luego asintió despacio, como midiendo lo que iba a decir.

-Ésas son las luces en la cabeza de la muerte -dijo con suavidad-. La muerte se las pone como un sombrero y después se lanza al galope. Ésas son las luces de la muerte al galope, ganando terreno, acercándose más y más.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Tras un rato miré de nuevo el retrovisor, pero las luces ya no estaban allí.

Dije a don Juan que el coche debía de haberse parado o salido del camino. El no volvió la cara; solamente estiró los brazos y bostezó.

-No -dijo-. La muerte nunca se para. A veces apaga sus luces, eso es todo.

Llegamos al noreste de México el 13 de junio. Dos indias viejas, de aspecto similar, que parecían ser hermanas, se hallaban junto con cuatro muchachas a la puerta de una pequeña casa de adobe. Detrás de la casa había una choza y un granero ruinoso del que sólo quedaba parte del techo y un muro. Aparentemente, las mujeres nos esperaban; deben haber avizorado mi coche por el polvo que levantaba en el camino de tierra que tomé al dejar la carretera pavimentada, unos tres kilómetros atrás. La casa estaba en un valle hondo, y vista desde la puerta la carretera parecía una larga cicatriz en lo alto de la ladera de las colinas verdes.

Don Juan salió del automóvil y habló un momento con las ancianas. Ellas señalaron unos bancos de madera frente a la puerta. Don Juan me hizo seña de acercarme y tomar asiento. Una de las viejas se sentó con nosotros; el resto de las mujeres entró en la casa. Dos muchachas permanecieron junto a la puerta, examinándome con curiosidad. Las saludé con la mano; entraron corriendo, entre risitas. Tras algunos minutos, dos hombres jóvenes llegaron a saludar a don Juan. No me dirigieron la palabra; ni siquiera me miraron. Hablaron brevemente con don Juan; luego él se levantó y todos, incluyendo a las mujeres, caminamos hasta otra casa, a menos de un kilómetro de distancia.

Allí nos encontramos con otro grupo. Don Juan entró, pero me indicó permanecer junto a la puerta. Miré adentro y vi a un indio viejo, como de la edad de don Juan, sentado en un banco de madera.

No acababa de anochecer. Un grupo de indios e indias jóvenes rodeaba de pie, en silencio, un viejo camión estacionado frente a la casa. Les hablé en español, pero deliberadamente evitaron responderme; las mujeres sofocaban risas cada vez que yo decía algo y los hombres sonreían corteses y hurtaban los ojos. Era como si no me entendieran, pero yo estaba seguro de que todos sabían español porque los había oído hablar entre si.

Tras un rato, don Juan y el otro anciano salieron y subieron en el camión, junto al

conductor. Esa parecía ser una señal para que todos treparan en la plataforma del vehículo. No había tablas a los lados, y cuando el camión se puso en marcha nos agarramos a una larga cuerda atada a unos ganchos en el chasis.

El camión avanzaba despacio por el camino de tierra. En cierto punto, al llegar a una cuesta muy empinada, se detuvo y todos bajamos para caminar tras él; luego dos jóvenes saltaron de nuevo a la plataforma y se sentaron en el borde sin usar la cuerda. Las mujeres reían y los animaban a mantener su precaria posición. Don Juan y el anciano, a quien llamaban don Silvio, caminaban juntos y no parecían interesarse en el histrionismo de los jóvenes. Cuando el camino se niveló, todo el mundo volvió a subir en el camión.

Viajamos cerca de una hora. El piso era extremadamente duro e incómodo, así que me puse en pie y me sostuve del techo de la casilla: viajé en esa forma hasta que nos detuvimos frente a un grupo de chozas. Había allí más gente; ya estaba muy oscuro y yo sólo podía ver unas cuantas personas en la opaca luz amarillenta de una linterna de petróleo colgada junto a una puerta abierta.

Todos descendieron del camión y se mezclaron con la gente en las casas. Don Juan volvió a indicarme que permaneciese afuera. Me incliné contra el guardafango delantero del camión y tras uno o dos minutos se me unieron tres jóvenes. Había conocido a uno de ellos cuatro años antes, en un mitote. Me abrazó asiendo mis antebrazos.

-Estás muy bien -me susurró en español.

Nos quedamos quietos junto al camión. Era una noche cálida, con viento. Cerca podía oírse el suave retumbar de un arroyo. Mi amigo me preguntó, en un susurro, si tenía yo cigarros. Pasé una cajetilla. Al resplandor de los cigarros miré mi reloj. Eran las nueve.

Al rato, un grupo de gente emergió de la casa y los tres jóvenes se alejaron. Don Juan vino a decirme que había explicado mi presencia a satisfacción de todos y que estaba yo invitado a servir agua en el mitote. Dijo que nos iríamos en el acto.

Un grupo de diez mujeres y once hombres dejó la casa. El cabecilla de la partida era bastante fornido; tendría quizás alrededor de cincuenta y cinco años. Lo llamaban "Mocho". Daba pasos firmes, ágiles. Llevaba una lámpara de petróleo y al caminar la agitaba de lado a lado. En un principio pensé que la movía al azar, pero luego descubrí que lo hacía para marcar un obstáculo o un pasaje difícil en el camino. Anduvimos más de una hora. Las mujeres charlaban y reían suavemente de tiempo en tiempo. Don Juan y el otro anciano iban al principio de la fila; yo la cerraba. Mantenía los ojos en el suelo, tratando de ver por dónde caminaba.

Habían pasado cuatro años desde que don Juan y yo habíamos andado de noche en los cerros, y yo había perdido mucha destreza física. Tropezaba de continuo, e involuntariamente pateaba piedras. Mis rodillas carecían de flexibilidad; el camino parecía alzarse hacia mí en los sitios altos, o ceder bajo mis pies en los bajos. Era yo quien más ruido hacía al caminar, y eso me convertía en bufón involuntario. Alguien del grupo decía "aaay" cada vez que yo tropezaba, y todos reían. En cierto momento, una de las piedras que pateé golpeó el talón de una mujer y ella dijo en voz alta, para deleite general: "¡Denle una vela a ese pobre muchacho!" Pero la mortificación culminante fue cuando tropecé y tuve que asirme a la persona frente a mí; el hombre casi perdió el equilibrio a causa de mi peso y soltó, adrede, un grito fuera de toda proporción. Todo el mundo rió tan fuerte que el grupo tuvo que detenerse un rato.

En determinado momento, el hombre que guiaba movió la lámpara hacia arriba y hacia abajo. Esa parecía ser la señal de que habíamos llegado a nuestro destino. Hacia mi izquierda, a corta distancia, se vislumbraba la silueta oscura de una casa baja. El grupo se dispersó en distintas direcciones. Busqué a don Juan. Era difícil hallarlo en las tinieblas. Trastabillé rui-

dosamente durante un rato antes de advertir que se hallaba sentado en una roca. Volvió a decirme que mi deber era llevar agua para los hombres que participarían. Años antes me había enseñado el procedimiento, pero insistió en refrescar mi memoria y me lo enseñó de nuevo.

Después fuimos atrás de la casa, donde todos los hombres se habían reunido. Ardía un fuego. A unos cinco metros de la hoguera había un área despejada cubierta de petates. Mocho, el hombre que nos guió, fue el primero en sentarse en uno de ellos; noté que le faltaba el borde superior de la oreja izquierda, lo cual explicaba su apodo. Don Silvio tomó asiento a su derecha y don Juan a su izquierda. Mocho se hallaba encarando el fuego. Un joven se acercó y puso frente a él una canasta plana con botones de peyote; luego tomó asiento entre Mocho y don Silvio, Otro joven trajo dos canastas pequeñas y las puso junto a los botones para luego sentarse entre Mocho y don Juan. Los otros dos jóvenes flanquearon a don Silvio y a don Juan, cerrando un círculo de siete personas. Las mujeres se quedaron dentro de la casa. Dos jóvenes estaban a cargo de mantener el fuego ardiendo toda la noche, y un adolescente y yo guardábamos el agua que se daría a los siete participantes tras su ritual de toda la noche. El muchacho y yo nos sentamos junto a una roca. El fuego y el receptáculo con agua se hallaban en lados opuestos y a igual distancia del círculo de participantes.

Mocho, el cabecilla, cantó su canción de peyote; tenía los ojos cerrados; su cuerpo se meneaba hacia arriba y hacia abajo. La canción era muy larga. No comprendí el idioma. Después todos ellos, uno por uno, cantaron sus canciones de peyote. No parecían seguir ningún orden preconcebido. Aparentemente cantaban cuando tenían ganas de hacerlo. Luego Mocho sostuvo la canasta con botones de peyote, tomó dos y volvió a dejarla en el centro del círculo; don Silvio fue el siguiente y después don Juan. Los cuatro jóvenes, que parecían formar una unidad aparte, tomaron cada uno dos botones de peyote, siguiendo una dirección contraria a la de las manecillas del reloj.

Cada uno de los siete participantes cantó y comió dos botones de peyote cuatro veces consecutivas; luego pasaron las otras dos canastas, que contenían fruta y carne seca.

Repitieron este ciclo varias veces durante la noche, pero no me fue posible detectar ningún orden subyacente en sus movimientos individuales. No hablaban entre sí; más bien parecían hallarse solos y ensimismados. Ni siquiera una vez vi que alguno de ellos prestara atención a lo que hacían los demás.

Antes del amanecer se levantaron, y el muchacho y yo les dimos agua. Después, caminé por los alrededores para orientarme. La casa era una choza de una sola habitación, una construcción de adobe de poca altura y techo de paja. El paisaje en torno era bastante opresivo. La choza estaba situada en una llanura áspera con vegetación mezclada. Arbustos y cactos crecían juntos, pero no había árboles en absoluto. No me dieron ganas de aventurarme más allá de la casa.

Las mujeres se marcharon en el curso de la mañana. Silenciosamente, los hombres se desplazaban por el área circunvecina a la casa. A eso del mediodía, todos nos sentamos de nuevo en el mismo orden que la noche anterior. Se pasó una canasta con trozos de carne seca cortados al tamaño de un botón de peyote. Algunos de los hombres cantaron sus canciones de peyote. Después de una hora o algo así, todos se levantaron y tomaron direcciones distintas.

Las mujeres habían dejado una olla de atole para los ayudantes del fuego y el agua. Comí un poco y dormí la mayor parte de la tarde.

Ya oscurecido, los jóvenes a cargo del fuego construyeron otra hoguera y el ciclo de tomar botones de peyote empezó de nuevo. Siguió en general el mismo orden que la noche precedente, terminando al amanecer.

Durante el curso de la noche pugné por observar y registrar cada movimiento realizado por cada uno de los siete participantes, con la esperanza de descubrir la más leve forma de un sistema detectable de comunicación, verbal o no, entre ellos. Pero nada en sus acciones revelaba un sistema subyacente.

Al anochecer del tercer día se renovó el ciclo de tomar peyote. Cuando la mañana llegó, supe que había fallado por completo en mi búsqueda de pistas que señalaran al guía encubierto; tampoco había podido descubrir ninguna forma de comunicación disimulada entre los participantes o el menor rastro de su sistema de acuerdo. Durante el resto del día estuve sentado a solas, tratando de organizar mis notas.

Cuando los hombres volvieron a juntarse para la cuarta noche, supe de alguna manera que ésta sería la última reunión. Nadie me había mencionado nada al respecto, pero yo sabía que al día siguiente se desbandarían. Nuevamente me senté junto al agua y todos los demás reasumieron sus posiciones en el orden ya establecido.

La conducta de los siete hombres en el círculo fue una réplica de lo que yo había observado las tres noches anteriores. Como en ellas, me concentré en sus movimientos. Quería registrar todo cuanto hicieran: cada ademán, cada sonido, cada gesto.

En cierto momento percibí en mi oído una especie de timbrazo; era un tipo común de zumbido en la oreja y no le presté atención. Se hizo más fuerte, pero aún se hallaba dentro de la gama de mis sensaciones corporales ordinarias. Recuerdo haber dividido mi atención entre observar a los hombres y escuchar el zumbido. Entonces, en un instante dado, los rostros de los hombres parecieron hacerse más brillantes; era como si una luz se hubiese encendido. Pero no acababa de semejar una luz eléctrica, ni una linterna, ni el reflejo del fuego en los rostros. Era más bien una iridiscencia: una luminosidad rosácea, muy tenue, pero detectable desde donde me hallaba. El zumbido pareció aumentar. Miré al muchacho que estaba conmigo, pero se había dormido.

La luminosidad rosácea se hizo por entonces más notoria. Miré a don Juan: sus ojos estaban cerrados; también los de Silvio y los de Mocho. No pude ver los ojos de los cuatro jóvenes porque dos de ellos se hallaban agachados y los otros dos me daban la espalda.

Me concentré más aún en la observación. Sin embargo, no me había dado cuenta cabal de estar realmente oyendo un zumbido y viendo un resplandor rosa cernirse sobre los hombres. Tras un momento tomé conciencia de que la tenue luz rosa y el zumbido eran muy firmes. Tuve un instante de intenso desconcierto y luego un pensamiento cruzó mi mente: un pensamiento sin nada que ver con la escena que presenciaba ni con el propósito que yo tenía en mente para estar allí. Recordé algo que mi madre me dijo una vez, cuando yo era niño. El pensamiento distraía y no venía en absoluto al caso; traté de descartarlo y concentrarme de nuevo en mi asidua observación, pero no pude. El pensamiento recurrió; era más fuerte, más exigente, y entonces oí con claridad la voz de mi madre llamarme. Oí el arrastrar de sus pantuflas y luego su risa. Me volví, buscándola; concebí que, transportado en el tiempo por algún tipo de alucinación o de espejismo, iba a verla, pero vi sólo al muchacho dormido junto a mí. Verlo fue una sacudida, y experimenté un breve momento de calma, de sobriedad.

Miré de nuevo hacia el grupo de los hombres. No habían cambiado en nada su postura. Sin embargo, la luminosidad había desaparecido, al igual que el zumbido en mis orejas.

Me sentí aliviado. Pensé que la alucinación de oír la voz de mi madre había concluido. Qué clara y vívida había sido esa voz. Me dije una y otra vez que, por un instante, la voz casi me había atrapado. Noté vagamente que don Juan estaba mirándome, pero eso no importaba. Lo mesmerizante era el recuerdo del llamado de mi madre. Pugné desesperadamente por pensar en otra cosa. Y entonces oí la voz de nuevo, con tanta claridad como si mi madre estu-

viera detrás de mí. Llamaba mi nombre. Me volví con rapidez, pero no vi más que la silueta oscura de la choza y los arbustos más allá.
El oír mi nombre me produjo la más profunda angustia. Gimotee involuntariamente. Sentí frío y mucha soledad y empecé a llorar. En ese momento tenía la sensación de necesitar a alguien que se preocupara por mí. Volví el rostro para mirar a don Juan; me observaba. No quería verlo, de modo que cerré los ojos. Y entonces vi a mi madre. No era el pensamiento de mi madre, la forma en que suelo pensar en ella. Era una visión clara de su persona parada junto a mí. Me sentí desesperado. Temblaba y quería escapar. La visión de mi madre era demasiado inquietante, demasiado ajena a lo que yo perseguía en ese mitote. Al parecer no había manera consciente de evitarla. Acaso podría haber abierto los ojos, de querer en verdad que la visión se desvaneciese, pero en vez de ello la examiné con detenimiento. Mi examen fue algo más que simplemente mirarla; fue un escrutinio y una valoración compulsivos. Un sentimiento muy peculiar me envolvió como una fuerza externa, y de pronto sentí la horrenda carga del amor de mi madre. Al oír mi nombre me desgarré; el recuerdo de mi madre me llenó de angustia y melancolía, pero al examinarla supe que nunca la había querido. Esa toma de conciencia me sacudió. Pensamientos e imágenes acudieron en avalancha. La visión de mi madre debe de haberse desvanecido mientras tanto; ya no era importante. Tampoco me interesaba ya lo que los indios hacían. De hecho, había olvidado el mitote. Me hallaba absorto en una serie de pensamientos extraordinarios: extraordinarios porque eran más que pensamientos; porque eran unidades de sentimiento completas, certezas emotivas, evidencias indisputables sobre la naturaleza de mi relación con mi madre.
En cierto momento, estos pensamientos extraordinarios cesaron de acudir. Noté que habían perdido su fluidez y la calidad de ser unidades de sentimiento completas. Había yo empezado a pensar en otras cosas. Mi mente desvariaba. Pensé en otros miembros de mi familia inmediata, pero ninguna imagen acompañaba mis pensamientos. Entonces miré a don Juan. Estaba de pie; los demás hombres también estaban de pie, y entonces todos caminaron hacia el agua. Me hice a un lado y codeé al muchacho que seguía dormido.

Casi tan pronto como don Juan subió en mi coche, le relaté la secuencia de mi asombrosa visión. Rió con gran deleite y dijo que mi visión era una señal, un augurio tan importante como mi primera experiencia con Mescalito. Recordé que, cuando ingerí peyote por vez primera, don Juan interpretó mis reacciones como un augurio importantísimo; de hecho, ésa fue la causa de que decidiera enseñarme su conocimiento.
Don Juan dijo que, durante la última noche del mitote, Mescalito se había cernido sobre mí en forma tan obvia que todo el mundo se sintió forzado a volverse en mi dirección; por eso él me estaba observando cuando yo lo miré.
Quise escuchar la interpretación que daba a mi visión, pero don Juan no quería hablar de ella. Dijo que cualquier cosa que yo hubiese experimentado era una tontería en comparación con el augurio. Don Juan siguió hablando de la luz de Mescalito derramándose sobre mí, y de cómo todos la habían visto.
-Eso sí fue algo bueno -dijo-. No podría yo pedir mejor señal.
Obviamente, don Juan y yo nos hallábamos en dos avenidas distintas de pensamiento. A él le concernía la importancia de los sucesos que había interpretado como señal; a mí me obsesionaban los detalles de la visión que había tenido.
-No me importan las señales -dije-. Quiero saber qué cosa me ocurrió.
Frunció el entrecejo, como disgustado, y durante un momento permaneció muy tieso y callado. Luego me miró. Su tono fue muy vigoroso. Dijo que lo único importante era que Mescalito había sido muy gentil

conmigo, me había inundado con su luz y me había dado una lección sin que yo pusiera de mi parte más esfuerzo que el de estar allí.

IV

El 4 de septiembre de 1968 fui a Sonora para visitar a don Juan. Cumpliendo una petición que me había hecho durarte mi visita previa, me detuve de paso en Hermosillo para comprarle un tequila fuera de comercio llamado bacanora. El encargo me parecía muy extraño, pues yo sabía que le disgustaba beber, pero compré cuatro botellas y las puse en una caja junto con otras cosas que le llevaba.

-¡Vaya, trajiste cuatro botellas! -dijo, riendo, cuando abrió la caja-. Te pedí que me compraras una. Apuesto a que creíste que el bacanora era para mí, pero es para mi nieto Lucio, y tú tienes que dárselo como regalo personal de tu parte.

Yo había conocido al nieto de don Juan dos años antes; entonces tenía veintiocho. Era muy alto -más de un metro ochenta- y siempre vestía extravagantemente bien para sus medios y en comparación con sus iguales. Mientras la mayoría de los yaquis visten caqui y mezclilla, sombreros de paja y guaraches de fabricación casera, el atavío de Lucio consistía en una costosa chaqueta de cuero negra con escarolas de cuentas de turquesa, un sombrero tejano y un par de botas monogramadas y decoradas a mano.

Lucio quedó encantado al recibir el licor e inmediatamente metió las botellas a su casa, al parecer para almacenarlas. Don Juan comentó en forma casual que nunca hay que esconder licor ni beberlo a solas. Lucio dijo que en realidad no estaba escondiendo las botellas, sino guardándolas hasta la noche, hora en que invitaría a sus amigos a beber.

Esa noche, a eso de las siete, regresé a casa de Lucio. Había oscurecido. Discerní la vaga silueta de dos personas paradas bajo un árbol pequeño; eran Lucio y uno de sus amigos, quienes me esperaban y me guiaron a la casa con una linterna de pilas.

La vivienda de Lucio era una endeble construcción de dos habitaciones y piso de tierra, hecha con varas y argamasa. Medía unos seis metros de largo y la sustentaban vigas de mezquite, relativamente delgadas. Como todas las casas de los yaquis, tenía techo plano, de paja, y una "ramada" de tres metros de ancho: especie de toldo sobre toda la parte delantera de la casa. Un techo de ramada nunca tiene paja; se hace de ramas acomodadas con soltura, dando bastante sombra y a la vez permitiendo la circulación libre de la brisa refrescante.

Al entrar en la casa encendí la grabadora que llevaba dentro de mi portafolio. Lucio me presentó con sus amigos.

Había ocho hombres dentro de la casa, incluyendo a don Juan. Se hallaban sentados informalmente en torno al centro de la habitación, bajo la viva luz de una lámpara de gasolina que colgaba de una viga. Don Juan ocupaba un cajón. Tomé asiento frente a él en el extremo de una banca de dos metros hecha con una gruesa viga de madera clavada a dos horquillas plantadas en el suelo.

Don Juan había puesto su sombrero en el piso, junto a él. La luz de la lámpara hacía que su cabello corto y cano se viese más brillantemente blanco. Miré su rostro; la luz resaltaba asimismo las hondas arrugas en su cuello y su frente, y lo hacía parecer más moderno y más viejo.

Miré a los otros hombres; bajo la luz blanca verdosa de la lámpara de gasolina todos se veían cansados y viejos.

Lucio se dirigió en español a todo el grupo y dijo en voz fuerte que íbamos a beber una botella de bacanora que yo le había traído de Hermosillo. Fue al otro aposento, sacó una botella, y la descorchó y me la dio junto con una pequeña taza de hojalata. Serví un pequeñísimo tanto y lo bebí. El bacanora parecía más fragante y denso que el tequila común, y más fuerte también. Me hizo toser. Pasé la botella y todos

se sirvieron un traguito: todos excepto don Juan; él nada más tomó la botella y la colocó frente a Lucio, que estaba al final de la línea.
Todos comentaron con vivacidad el rico sabor de esa botella en particular, y estuvieron de acuerdo en que el licor debía proceder de las montañas altas de Chihuahua.
La botella dio una segunda vuelta. Los hombres chasquearon los labios, repitieron sus elogios e iniciaron una animada discusión acerca de las notorias diferencias entre el tequila hecho en los alrededores de Guadalajara y el que se elabora a gran altitud en Chihuahua.
Durante la segunda vuelta, don Juan tampoco bebió, y yo sólo me serví un sorbo, pero los demás llenaron la taza hasta el borde. La botella volvió a pasar de mano en mano y se vació.
-Saca las otras botellas, Lucio -dijo don Juan.
Lucio pareció vacilar, y don Juan explicó a los otros, en tono enteramente casual, que yo había traído cuatro botellas para Lucio.
Benigno, un joven de la edad de Lucio, miró el portafolio que yo había colocado inconspicuamente detrás de mí y preguntó si era yo un vendedor de tequila. Don Juan le contestó que no, y que en realidad había ido a Sonora para verlo a él.
-Carlos está aprendiendo sobre Mescalito, y yo le estoy enseñando -dijo don Juan.
Todos me miraron y sonrieron con cortesía. Bajea, el leñador, un hombre pequeño y delgado, de facciones pronunciadas, fijó los ojos en mí durante un momento y luego dijo que el tendero me había acusado de ser espía de una compañía americana que planeaba explotar minas en la tierra yaqui. Todos reaccionaron como si tal acusación los indignara. Además, nadie se llevaba bien con el tendero, que era mexicano, o yori, como dicen los yaquis.
Lucio fue al otro aposento y regresó con una nueva botella de bacanora. La abrió, se sirvió un buen tanto y luego la pasó. La conversación se desvió hacia las probabilidades de que la compañía americana viniese a Sonora, y a su posible efecto sobre los yaquis. La botella volvió a Lucio. La alzó y miró su contenido para ver cuánto quedaba.
-Dile que no se apure -me susurró don Juan-. Dile que le traerás más la próxima vez que vengas.
Me incliné hacia Lucio y le aseguré que en mi próxima visita le llevaría al menos media docena de botellas.
En determinado momento, los temas de conversación parecieron agotarse. Don Juan se volvió hacia mi y dijo en voz alta:
-¿Por qué no les cuentas aquí a los muchachos tus encuentros con Mescalito? Creo que eso será mucho más interesante que esta plática inútil de qué pasará si la compañía americana viene a Sonora.
-¿Ese Mescalito es el peyote, agüelo? -preguntó Lucio con curiosidad.
-Alguna gente lo llama así -dijo don Juan secamente-. Yo prefiero llamarlo Mescalito.
-Esa chingadera lo vuelve a uno loco -dijo Genaro, un hombre alto y robusto, de edad madura.
-Eso de decir que Mescalito lo vuelve a uno loco es pura estupidez -dijo don Juan suavemente-. Porque si ése fuera el caso, Carlos andaría ahorita mismo con camisa de fuerza en vez de estar aquí platicando con ustedes. El ha tomado y mírenlo. Está muy bien.
Bajea sonrió y repuso con timidez: -¿Quién sabe? -y todo el mundo rió.
-Bueno, mírenme a mí -dijo don Juan-. Yo he conocido a Mescalito casi toda mi vida y jamás me ha hecho daño.
Los hombres no rieron, pero resultaba obvio que no lo tomaban en serio.
-Por otro lado -siguió don Juan-, es cierto que Mescalito lo vuelve loco a uno, como tú dijiste, pero eso pasa sólo cuando uno va a verlo sin saber lo que hace.
Esquere, un anciano que parecía de la edad de don Juan, rió suavemente, chasqueando la lengua, mientras meneaba la cabeza de un lado a otro.
-¿Qué es lo que uno tiene que saber, Juan? -preguntó-. La última vez que te vi, te oí decir la misma cosa.

-La gente de veras se vuelve loca cuando toma esa chingadera del peyote -continuó Genaro-. Yo he visto a los huicholes comerlo. Parecía como si les hubiera dado la rabia. Echaban espuma por la boca y se vomitaban y se orinaban por todas partes. Te puede dar epilepsia por comer esa porquería. Eso me dijo una vez el señor Salas, el ingeniero del gobierno. Y la epilepsia es para toda la vida, ya saben.
-Eso es estar peor que los animales -añadió Bajea con solemnidad.
-Tu viste nomás lo que querías ver de los huicholes, Genaro -dijo Juan-. Por eso jamás te molestaste en preguntarles cómo es trabar amistad con Mescalito. Que yo sepa, Mescalito no le ha dado epilepsia a nadie. El ingeniero del gobierno es yori, y no creo que un yori sepa nada de eso ¿A poco de veras piensas que todos los miles de gentes que conocen a Mescalito están locas?
-Deben de estar locos o casi locos, para hacer una cosa así -respondió Genaro.
-Pero si todos esos miles estuvieran locos al mismo tiempo, ¿quién haría su trabajo? ¿Cómo se las arreglarían para ganarse la vida -preguntó don Juan.
-Macario, que viene del "otro lado" -(los EE.UU.)-, me dijo que quien lo toma ahí está marcado para toda la vida -dijo Esquere.
-Macario está mintiendo si dice tal cosa -dijo don Juan-. Estoy seguro de que no sabe lo que está diciendo.
-Ese dice muchas mentiras -dijo Benigno.
-¿Quién es Macario? -pregunté.
-Un yaqui que vive aquí -dijo Lucio-. Ese dice que es de Arizona y Dizque estuvo en Europa cuando la guerra. Cuenta toda clase de historias.
-¡Dizque fue coronel! -dijo Benigno.
Todo el mundo rió y por un rato la conversación se centró en los increíbles relatos de Macario, pero don Juan volvió nuevamente al tema de Mescalito.
-Si todos ustedes saben que Macario es un embustero, ¿cómo pueden creerle cuando habla de Mescalito?
-¿Eso es el peyote, agüelo? -preguntó Lucio, como si en verdad pugnara por hallar sentido al término.
-¡Sí! ¡Carajo!
El tono de don Juan fue cortante y abrupto. Lucio se encogió involuntariamente, y por un momento sentí que todos tenían miedo. Luego don Juan sonrió con amplitud y prosiguió en tono amable.
-¿Es que no ven que Macario no sabe lo que dice? ¿No ven que para hablar de Mescalito hay que saber?
-Ahí va la burra al trigo -dijo Esquere-. ¿Qué carajos hay que saber? Estás peor que Macario. Al menos él dice lo que piensa, sepa o no sepa. Llevo años oyéndote decir que tenemos que saber. ¿Qué cosa tenemos que saber?
-Don Juan dice que hay un espíritu en el peyote -dijo Benigno.
-Yo he visto peyote en el campo, pero jamás he visto espíritus ni nada por el estilo -añadió Bajea.
-Mescalito es tal vez como un espíritu -explicó don Juan-. Pero lo que pueda ser no se aclara hasta que uno lo conoce. Esquere se queja de que llevo años diciendo esto. Pues, si. Pero no es culpa mía que ustedes no entiendan. Bajea dice que quien lo toma se vuelve como animal. Pues, yo no lo veo así. Para mí, los que se creen por encima de los animales viven peor que los animales. Aquí está mi nieto. Trabaja sin descanso. Yo diría que vive para trabajar, como una mula. Y lo único que él hace que no hace un animal es emborracharse.
Todos soltaron la risa. Víctor, un hombre muy joven que parecía hallarse aún en la adolescencia, rió en un tono por encima de los demás.
Eligio, un indio joven, no había pronunciado hasta entonces una sola palabra. Estaba sentado en el piso, a mi derecha, recargado contra unos costales de fertilizante químico que se habían apilado dentro de la casa para protegerlos de la lluvia. Era uno de los amigos de niñez de Lucio, más lleno de carnes y mejor formado. Eligio parecía preocupado por las palabras de don Juan. Bajea intentaba dar una réplica, pero Eligio lo interrumpió.

-¿En qué forma cambiaría el peyote todo esto? -preguntó-. A mí me parece que el hombre nace para trabajar toda la vida, como las mulas.
-Mescalito cambia todo -dijo don Juan-, pero todavía tenemos que trabajar como todo el mundo, como mulas. Dije que había un espíritu en Mescalito porque algo como un espíritu es lo que produce el cambio en los hombres. Un espíritu que se ve y se toca, un espíritu que nos cambia, a veces aunque no queramos.
-El peyote te vuelve loco -dijo Genaro-, y entonces, claro, crees que has cambiado. ¿Verdad?
-¿Cómo puede cambiarnos? -insistió Eligio.
-Nos enseña la forma correcta de vivir -dijo don Juan-. Ayuda y protege a quienes lo conocen. La vida que ustedes llevan no es vida. No conocen la felicidad que viene de hacer las cosas a propósito. ¡Ustedes no tienen un protector!
-¿Qué quieres decir? -dijo Genaro con indignación-. Claro que tenemos. Nuestro Señor Jesucristo, y nuestra madre la Virgen, y la Virgencita de Guadalupe. ¿No son nuestros protectores?
-¡Qué buen hatajo de protectores! -dijo don Juan, burlón-, ¿A poco te han enseñado a vivir mejor?
-Es que la gente no les hace caso -protestó Genaro-; y sólo le hacen caso al demonio.
-Si fueran protectores de verdad, los obligarían a escuchar -dijo don Juan-. Si Mescalito se convierte en tu protector, tendrás que escuchar quieras o no, porque puedes verlo y tienes que hacer caso de lo que te diga. Te obligará a acercarte a él con respeto. No como ustedes están acostumbrados a acercarse a sus protectores -aclaró.
-¿Qué quieres decir, Juan? -preguntó Esquere.
-Quiero decir que, para ustedes, acercarse a sus protectores significa que uno de ustedes tiene que tocar el violín, y un bailarían tiene que ponerse su máscara y sonajas y bailar, mientras todos ustedes beben. Tú, Benigno, fuiste pascola; cuéntanos cómo fue eso.
-No más que tres años y después lo dejé -dijo Benigno-. Es trabajo duro.
-Pregúntenle a Lucio -dijo Esquere, satírico-. ¡Ese lo dejó en una semana!
Todos rieron, excepto don Juan. Lucio sonrió, aparentemente apenado, y se tomó dos grandes tragos de bacanora.
-No es duro, es estúpido -dijo don Juan-. Pregúntenle a Valencio, el pascola, si goza de su baile. ¡Pos no! Se acostumbró, eso es todo. Yo llevo años de verlo bailar, y siempre veo los mismos movimientos mal hechos. No tiene orgullo de su arte, salvo cuando habla del baile. No le tiene cariño, y por eso año tras año repite los mismos movimientos. Lo que su baile tenía de malo al principio ya se hizo duro. Ya no lo puede ver.
-Así le enseñaron a bailar -dijo Eligio-. Yo también fui pascola, en el pueblo de Torim. Sé que hay que bailar como le enseñan a uno.
-De todas maneras, Valencio no es el mejor pascola -dijo Esquere-. Hay otros. ¿Qué tal Sacateca?
-Sacateca es un hombre de conocimiento; no es de la misma clase que ustedes -dijo don Juan con severidad-. Ese baila porque ésa es la inclinación de su naturaleza. Lo que yo quería decir era sólo que ustedes, que no son pascolas, no gozan las danzas. Si el pascola es bueno, capaz, algunos de ustedes sacarán placer. Pero no hay muchos de ustedes que sepan tanto de la danza de los pascolas; por eso ustedes se contentan con una alegría muy pinche. Por eso todos ustedes son borrachos. ¡Miren, ahí está mi nieto!
-¡Ya no le haga agüelo! -protestó Lucio.
-No es flojo ni estúpido -prosiguió don Juan-, ¿pero qué más hace aparte de tomar?
-¡Compra chamarras de cuero! -observó Genaro, y todos los oyentes rieron a carcajadas.
-¿Y cómo va el peyote a cambiar eso? -preguntó Eligió.
-Si Lucio buscara al protector -dijo don Juan-, su vida cambiaría. No sé exactamente cómo, pero estoy seguro de que sería distinta.

-¿O sea que dejaría la bebida? -insistió Eligio.
-A lo mejor. Necesita algo más que tequila para tener una vida satisfecha. Y ese algo, sea lo que sea, puede que se lo dé el protector.
-Entonces el peyote ha de ser muy sabroso -dijo Eligio.
-Yo no dije eso -repuso don Juan.
-¿Cómo carajos lo va uno a disfrutar si no sabe bien? -dijo Eligio.
-Lo hace a uno disfrutar mejor de la vida -dijo don Juan.
-Pero si no sabe bien, ¿cómo va a hacernos disfrutar mejor la vida? -persistió Eligio-. Esto no tiene ni pies ni cabeza.
-Claro que tiene -dijo Genaro con convicción-. El peyote te vuelve loco y naturalmente crees que estás gozando de la vida como nunca, hagas lo que hagas.
Todos rieron de nuevo.
-Sí tiene sentido -prosiguió don Juan, incólume- cuando piensas lo poco que sabemos y lo mucho que hay por verse. El trago es lo que enloquece a la gente. Empaña las imágenes. Mescalito, en cambio, lo aclara todo. Te hace ver tan bien. ¡Pero tan bien!
Lucio y Benigno se miraron y sonrieron como si hubiesen oído antes la historia. Genaro y Esquere se impacientaron más y empezaron a hablar al mismo tiempo. Victor rió por encima de todas las otras voces. Eligio parecía ser el único interesado.
-¿Cómo puede el peyote hacer todo eso? -preguntó.
-En primer lugar -explicó don Juan-, debes tener el deseo de hacer su amistad, y creo que esto es lo más importante. Luego alguien tiene que ofrecerte a él, y debes reunirte con él muchas veces antes de poder decir que lo conoces.
-¿Y qué pasa después? -preguntó Eligio.
-Te cagas en el techo con el culo en el suelo -interrumpió Genaro. El público rugió.
-Lo que pasa después depende por completo de ti -prosiguió don Juan sin perder el control-. Debes acudir a él sin miedo y, poco a poco, él te enseñará cómo vivir una vida mejor.
Hubo una larga pausa. Los hombres parecían cansados. La botella estaba vacía. Con obvia renuencia, Lucio abrió otra.
-¿Es también el peyote el protector de Carlos? -preguntó Eligio en tono de broma.
-Yo no sé -dijo don Juan-. Lo ha probado tres veces; dile a él que te cuente.
Todos se volvieron hacia mí con curiosidad, y Eligio preguntó:
-¿De veras lo hiciste?
-Si. Lo hice.
Al parecer, don Juan había ganado un asalto con su público. Estaban interesados en oír de mi experiencia, o bien eran demasiado corteses para reírse en mi cara.
-¿No te cortó la boca? -preguntó Lucio.
-Si y también tenía un sabor espantoso.
-¿Entonces por qué lo comiste? -preguntó Benigno. Empecé a explicar, en términos elaborados, que para un occidental el conocimiento que don Juan tenía del peyote era una de las cosas más fascinantes que podían hallarse.
Añadí luego que cuanto él había dicho al respecto era cierto, y que cada uno de nosotros podía verificarlo por sí mismo.
Advertí que todos sonreían como ocultando su desdén. Me puse muy incómodo. Tenía conciencia de mi torpeza para transmitir lo que realmente pensaba. Hablé un rato más, pero había perdido el ímpetu y sólo repetí lo que ya don Juan había dicho.
Don Juan acudió en mi ayuda y preguntó en tono confortante:
-Tú no andabas buscando un protector cuando te encontraste por vez primera a Mescalito, ¿verdad?
Les dije que yo no sabía que Mescalito pudiera ser un protector, y que sólo me movían mi curiosidad y un gran deseo de conocerlo.
Don Juan reafirmó que mis intenciones habían sido impecables, y dijo que a causa de ello Mescalito tuvo un efecto benéfico sobre mí.
-Pero te hizo vomitar y orinar por todas partes, ¿no? -insistió Genaro.
Le dije que, en efecto, me había afectado de tal manera. Todos rieron en forma contenida. Sentí que su desdén hacia mí había crecido más aun. No parecían inte-

resados, con excepción de Eligio, que me observaba.
-¿Qué viste? -preguntó.
Don Juan me instó a narrarles todos, o casi todos, los detalles salientes de mis experiencias, de modo que describí la secuencia y la forma de lo que había percibido. Cuando terminé de hablar, Lucio hizo un comentario.
-Te sacó la . . . ¡Qué bueno que yo nunca lo he comido!
-Es lo que les decía -dijo Genaro a Bajea-. Esa chingadera lo vuelve a uno loco.
-Pero Carlos no está loco ahora. ¿Cómo explicas eso? -preguntó don Juan a Genaro.
-¿Y cómo sabemos que no está? -replicó Genaro.
Todos soltaron la risa, inclusive don Juan.
-¿Tuviste miedo? -preguntó Benigno.
-Claro que si.
-¿Entonces por qué lo hiciste? -preguntó Eligio.
-Dijo que quería saber -repuso Lucio en mi lugar-. Yo creo que Carlos se está volviendo como mi abuelo. Los dos han estado diciendo que quieren saber, pero nadie sabe qué carajos quieren saber.
-Es imposible explicar eso -dijo don Juan a Eligio- porque es distinto para cada hombre. Lo único que es igual para todos nosotros es que Mescalito revela sus secretos en forma privada a cada hombre. Porque yo sé como se siente Genaro, no le recomiendo que busque a Mescalito. Sin embargo, pese a mis palabras o a lo que él siente, Mescalito podría crearle un efecto totalmente benéfico. Pero sólo él lo puede averiguar, y ése es el saber del que yo he estado hablando.
Don Juan se puso de pie.
-Es hora de irse -dijo-. Lucio está borracho y Víctor ya se durmió.
Dos días después, el 6 de septiembre, Lucio, Benigno y Eligio fueron a la casa donde yo me alojaba, para que saliéramos de cacería. Permanecieron en silencio un rato mientras yo seguía escribiendo mis notas. Entonces Benigno rió cortésmente, como advertencia de que iba a decir algo importante.
Tras un embarazoso silencio, rió de nuevo y dijo:
-Aquí Lucio dice que quiere comer peyote.
-¿De veras lo harías? -pregunté.
-Sí. Me da igual hacerlo o no hacerlo.
La risa de Benigno brotó a borbollones:
-Lucio dice que él come peyote si tú le compras una motocicleta.
Lucio y Benigno se miraron y echaron a reír.
-¿Cuánto cuesta una motocicleta en los Estados Unidos? -preguntó Lucio.
-Probablemente la conseguirás en cien dólares -dije.
-Eso no es mucho por allá, ¿verdad? Podrías conseguírsela fácilmente, ¿no? -preguntó Benigno.
-Bueno, déjame preguntarle primero a tu abuelo -dije a Lucio.
-No, no -protestó-. Ni se lo menciones. Lo va a echar todo a perder. Es bien raro. Y además, está muy viejo y muy chocho y no sabe lo que hace.
-Antes era un brujo de los buenos -añadió Benigno-. Digo, de a de veras. En mi casa dicen que era el mejor. Pero se las dio de peyotero y acabó mal. Ahora ya está muy viejo.
-Y repite y repite las mismas pendejadas sobre el peyote -dijo Lucio.
-Ese peyote es pura mierda -dijo Benigno-. Sabes, lo probamos una vez. Lucio le sacó a su abuelo un costal entero. Una noche que íbamos al pueblo lo mascamos. ¡Hijo de puta! me hizo pedazos la boca. ¡Tenía un sabor de la chingada!
-¿Lo tragaron? -pregunté.
-Lo escupimos -dijo Lucio-, y tiramos todo el pinche costal.
Ambos pensaban que el incidente era muy chistoso. Eligio, mientras tanto, no había dicho una palabra. Estaba apartado, como de costumbre. Ni siquiera rió.
-¿A ti te gustaría probarlo, Eligio? -pregunté.
-No. Yo no. Ni por una motocicleta.
Lucio y Benigno hallaron la frase absolutamente chistosa y rugieron de nuevo.
-Sin embargo -continuó Eligio-, tengo que decir que don Juan me intriga.
-Mi abuelo es demasiado viejo para saber nada -dijo Lucio con gran convicción.

-Sí, es demasiado viejo -resonó Benigno.
La opinión que los dos jóvenes tenían de don Juan me parecía pueril e infundada. Sentí que era mi deber salir en defensa de su reputación, y les dije que en mi opinión don Juan era entonces, como lo había sido antes, un gran brujo, tal vez incluso el más grande de todos. Dije que sentía en él algo en verdad extraordinario. Los insté a recordar que don Juan, teniendo más de setenta años, poseía mayor fuerza y energía que todos nosotros juntos. Reté a los jóvenes a comprobarlo tratando de tomar por sorpresa a don Juan.
-A mi abuelo nadie lo agarra desprevenido -dijo Lucio orgullosamente-. Es brujo.
Le recordé que lo habían llamado viejo y chocho, y que un viejo chocho no sabe lo que pasa en su derredor. Dije que la presteza de don Juan me había maravillado en repetidas ocasiones.
-Nadie puede tomar por sorpresa a un brujo, aunque sea viejo -dijo Benigno con autoridad-. Lo que sí, pueden caerle en montón cuando esté dormido. Eso le pasó a un tal Cevicas. La gente se cansó de sus malas artes y lo mató.
Les pedí detalles de aquel evento, pero dijeron que había ocurrido años atrás cuando eran aún muy chicos. Eligio añadió que en el fondo la gente creía que Cevicas había sido solamente un charlatán, pues nadie podía dañar a un brujo de verdad. Traté de seguir interrogándolos sobre sus opiniones acerca de los brujos. No parecían tener mucho interés en el tema; además, estaban ansiosos de salir a disparar el rifle 22 que yo llevaba.
Guardamos silencio un rato mientras caminábamos hacia el espeso chaparral; luego Eligio, que iba a la cabeza de la fila, se volvió a decirme:
-A lo mejor los locos somos nosotros. A lo mejor don Juan tiene razón. Mira nada más cómo vivimos.
Lucio y Benigno protestaron. Yo intenté mediar. Apoyé a Eligió y les dije que yo mismo había sentido algo erróneo en mi manera de vivir. Benigno dijo que yo no tenía motivo para quejarme de la vida; que tenía dinero y coche. Repuse que yo fácilmente podría decir que ellos mismos estaban mejor porque cada uno poseía un trozo de tierra. Respondieron al unísono que el dueño de su tierra era el banco ejidal. Les dije que yo tampoco era dueño de mi coche, que el propietario era un banco californiano, y que mi vida era sólo distinta a las suyas, pero no mejor. Para entonces ya estábamos en los matorrales densos.
No hallamos venados ni jabalíes, pero cobramos tres liebres. Al regreso nos detuvimos en casa de Lucio y él anunció que su esposa haría guisado de liebre. Benigno fue a la tienda a comprar una botella de tequila y a traernos refrescos. Cuando volvió, don Juan iba con él.
-¿Hallaste a mi agüelo tomando cerveza en la tienda? -preguntó Lucio, riendo.
-No he sido invitado a esta reunión -dijo don Juan-. Sólo pasé a preguntarle a Carlos si siempre se va a Hermosillo.
Le dije que planeaba salir al día siguiente, y mientras hablábamos Benigno distribuyó las botellas. Eligio dio la suya a don Juan, y como entre los yaquis rehusar algo, aun como cumplido, es una descortesía mortal, don Juan la tomó en silencio. Yo di la mía a Eligio, y él se vio obligado a tomarla. Benigno, a su vez, me dio su botella. Pero Lucio, que obviamente había visualizado todo el esquema de buenos modales yaquis, ya había terminado de beber su refresco. Se volvió a Benigno, que lucía una expresión patética, y dijo riendo:
-Te chingaron tu botella.
Don Juan dijo que él nunca bebía refresco y puso su botella en manos de Benigno. Quedamos en silencio, sentados bajo la ramada. Eligio parecía nervioso. Jugueteaba con el ala de su sombrero.
-He estado pensando en lo que decía usted la otra noche -dijo a don Juan-. ¿Cómo puede el peyote cambiar nuestra vida? ¿Cómo?
Don Juan no respondió. Miró fijamente a Eligio durante un momento y luego empezó a cantar en yaqui. No era una canción propiamente dicha, sino una recitación

corta. Permanecimos largo rato sin hablar. Luego pedí a don Juan que me tradujese las palabras yaquis.
-Eso fue solamente para los yaquis -dijo con naturalidad.
Me sentí desanimado. Estaba seguro de que había dicho algo de gran importancia.
-Eligio es indio -me dijo finalmente don Juan-, y como indio, Eligio no tiene nada. Los indios no tenemos nada. Todo lo que ves por aquí pertenece a los yoris. Los yaquis sólo tienen su ira y lo qué la tierra les ofrece libremente.
Nadie abrió la boca en bastante rato; luego don Juan se levantó y dijo adiós y se fue. Lo miramos hasta que desapareció tras un recodo del camino. Todos parecíamos estar nerviosos. Lucio nos dijo, deshilvanadamente, que su abuelo se había marchado porque detestaba el guisado de liebre. Eligio parecía sumergido en pensamientos. Benigno se volvió hacia mí y dijo, fuerte:
-Yo pienso que el Señor los va a castigar a ti y a don Juan por lo que están haciendo.
Lucio empezó a reír y Benigno se le unió.
-Ya te estás haciendo el payaso, Benigno -dijo Eligio, sombrío-. Lo que acabas de decir no vale madre.

15 de septiembre, 1968

Eran las nueve de una noche de sábado. Don Juan estaba sentado frente a Eligio en el centro de la ramada en casa de Lucio. Don Juan puso entre ambos su saco de botones de peyote y cantó meciendo ligeramente su cuerpo hacia atrás y hacia adelante. Lucio, Benigno y yo nos hallábamos cosa de metro y medio detrás de Eligio, sentados con la espalda contra la pared. Al principio la oscuridad fue completa. Habíamos estado dentro de la casa, a la luz de la linterna de gasolina, esperando a don Juan. Al llegar, él nos hizo salir a la ramada y nos dijo dónde sentarnos. Tras un rato mis ojos se acostumbraron a lo oscuro. Pude ver claramente a todos. Advertí que Eligio parecía aterrado. Su cuerpo entero temblaba; sus dientes castañeteaban en forma incontrolable. Sacudidas espasmódicas de su cabeza y su espalda lo convulsionaban.
Don Juan le habló diciéndole que no tuviera miedo y confiase en el protector y no pensara en nada más. Con ademán despreocupado tomó un botón de peyote, lo ofreció a Eligio y le ordenó mascarlo muy despacio. Eligio gimió como un perrito y retrocedió. Su respiración era muy rápida; sonaba como el resoplar de un fuelle. Se quitó el sombrero y se enjugó la frente. Se cubrió el rostro con las manos. Pensé que lloraba. Transcurrió un momento muy largo y tenso antes de que recuperara algún dominio de si. Enderezó la espalda y, aún cubriéndose la cara con una mano, tomó el botón de peyote y comenzó a mascarlo.
Sentí una aprensión tremenda. No había advertido, hasta entonces, que acaso me hallaba tan asustado como Eligio. Mi boca tenía una sequedad similar a la que produce el peyote. Eligio mascó el botón durante largo rato. Mi tensión aumentó. Empecé a gemir involuntariamente mientras mi respiración se aceleraba.
Don Juan empezó a canturrear más alto; luego ofreció otro botón a Eligio y, cuando Eligio lo hubo terminado, le ofreció fruta seca y le indicó mascarla poco a poco.
Eligio se levantó repetidas veces para ir a los matorrales. En determinado momento pidió agua. Don Juan le dijo que no la bebiera, que sólo hiciese buches con ella.
Eligio masticó otros dos botones y don Juan le dio carne seca,
Cuando hubo mascado su décimo botón, yo estaba casi enfermo de angustia.
De pronto, Eligio cayó hacia adelante y su frente golpeó el suelo. Rodó sobre el costado izquierdo y se sacudió convulsivamente. Miré mi reloj. Eran las once y veinte. Eligio se sacudió, se bamboleó y gimió durante más de una hora, tirado en el suelo. Don Juan mantuvo la misma posición frente a él. Sus canciones de peyote eran casi un murmullo. Benigno, sentado a mi derecha, parecía distraído; Lucio, junto a él, se había dejado caer de lado y roncaba. El cuerpo de Eligio se contrajo a una po-

sición retorcida. Yacía sobre el costado izquierdo, de frente hacia mí, con las manos entre las piernas. Dio un poderoso salto y se volvió sobre la espalda, con las piernas ligeramente curvadas. Su mano izquierda se agitaba hacia afuera y hacia arriba con un movimiento libre y elegante en extremo. La mano derecha repitió el mismo diseño, y luego ambos brazos alternaron en un movimiento lento, ondulante, parecido al de un arpista. El movimiento se hizo gradualmente más vigoroso. Los brazos tenían una vibración perceptible y subían y bajaban como pistones. Al mismo tiempo, las manos giraban hacia adelante, desde la muñeca, y los dedos se agitaban. Era un espectáculo bello, armonioso, hipnótico. Pensé que su ritmo y su dominio muscular estaban más allá de toda comparación.

Entonces Eligio se levantó despacio, como si se estirara contra una fuerza envolvente. Su cuerpo temblaba. Se sentó en cuclillas y luego empujó hasta quedar erecto. Sus brazos, tronco y cabeza vibraban como si los atravesase una corriente eléctrica intermitente. Era como si una fuerza ajena a su control lo asentara o lo impulsase hacia arriba.

El canto de don Juan se hizo muy fuerte. Lucio y Benigno despertaron y miraron sin interés la escena durante un rato y luego volvieron a dormirse.

Eligio parecía moverse hacia arriba. Al parecer estaba escalando. Ahuecaba las manos para agarrarse a objetos más allá de mi visión. Se empujó hacia arriba e hizo una pausa para recuperar el aliento.

Queriendo ver sus ojos me acerqué más a él, pero don Juan me miró con fiereza y retrocedí a mi puesto.

Entonces Eligio saltó. Fue un salto formidable, definitivo. Al parecer, había llegado a su meta. Resoplaba y sollozaba con el esfuerzo. Parecía asido a un borde. Pero algo iba alcanzándolo. Chilló desesperado. Sus manos se aflojaron y empezó a caer. Su cuerpo se arqueó hacia atrás, y un hermosísimo escarceo coordinado lo convulsionó de la cabeza a los pies. La oleada lo atravesó unas cien veces antes de que su cuerpo se desplomara como un costal sin vida. Tras un rato extendió los brazos hacia el frente, como protegiendo su rostro. Mientras yacía sobre el pecho, sus piernas se estiraron hacia atrás; estaban arqueadas a unos centímetros del suelo, dando al cuerpo la apariencia exacta de deslizarse o volar a una velocidad increíble. La cabeza estaba arqueada hacia atrás, a todo lo que daba; los brazos unidos sobre los ojos, escudándolos. Podía yo sentir el viento silbando en torno suyo. Boqueé y di un fuerte grito involuntario. Lucio y Benigno despertaron y miraron con curiosidad a Eligio.

-Si me compras una moto, lo masco ahorita -dijo Lucio en voz alta.

Miré a don Juan. El hizo un gesto imperativo con la cabeza.

-¡Hijo de puta! -masculló Lucio, y volvió a dormirse.

Eligio se puso en pie y echó a andar. Dio unos pasos hacia mí y se detuvo. Pude verlo sonreír con una expresión beatífica. Trató de silbar. El sonido no era claro, pero tenía armonía. Era una tonada. Constaba solamente de un par de barras, repetidas una y otra vez. Tras un rato el silbido se hizo nítidamente audible, y luego se convirtió en una melodía aguda. Eligio murmuraba palabras ininteligibles. Las palabras parecían ser la letra de la tonada. La repitió durante horas. Una canción muy sencilla: repetitiva, monótona, pero extrañamente bella.

Al cantar, Eligio parecía estar mirando algo. En cierto momento se acercó mucho a mí. Vi unos ojos en la semioscuridad. Estaban vidriosos, transfigurados. Sonrió y soltó una risita. Caminó y tomó asiento y caminó de nuevo, gruñendo y suspirando.

De repente, algo pareció haberlo empujado desde atrás Su cuerpo se arqueó por enmedio, como movido por una fuerza directa. En determinado instante, Eligio estaba equilibrado sobre la punta de los pies, formando un círculo casi completo, sus manos tocando el suelo. Cayó de nuevo, suavemente, sobre la espalda, y se extendió a todo su largo adquiriendo una rigidez extraña.

Gimoteó y gruñó durante un rato, luego empezó a roncar. Don Juan lo cubrió con unos sacos de arpillera.
Eran las 5:35 AM.

Lucio y Benigno dormían hombro contra hombro, recargados en la pared. Don Juan y yo estuvimos callados largo rato. El se veía fatigado. Rompí el silencio y le pregunté por Eligió. Me dijo que el encuentro de Eligio con Mescalito había tenido un éxito excepcional; Mescalito le había enseñado una canción en su primer encuentro y eso era ciertamente extraordinario.
Le pregunté por qué no había dejado a Lucio tomar peyote a cambio de una motocicleta. Dijo que Mescalito habría matado a Lucio si éste se le hubiera acercado bajo tales condiciones. Don Juan admitió haber preparado todo cuidadosamente para convencer a su nieto; me dijo que había contado con mi amistad con Lucio como parte central de su estrategia. Dijo que Lucio había sido siempre su gran preocupación, y que en una época ambos vivieron juntos y estaban muy unidos, pero Lucio enfermó gravemente a los siete años y el hijo de don Juan, católico devoto, prometió a la Virgen de Guadalupe que Lucio ingresaría en una sociedad sagrada de danzantes si su vida se salvaba. Lucio se recobró y fue obligado a cumplir el juramento. Duró una semana como aprendiz, y luego se resolvió a romper el voto. Pensó que moriría a resultas de esto, templó su ánimo y durante un día entero esperó la llegada de la muerte. Todo el mundo se burló del niño y el incidente jamás se olvidó.
Don Juan pasó largo rato sin hablar. Parecía haber sido cubierto por un mar de pensamientos.
-Mi trampa era para Lucio -dijo- y en vez de él hallé a Eligio. Yo sabía que no tenía caso, pero cuando se quiere a alguien debemos insistir como se debe, como si fuera posible rehacer a los hombres. Lucio tenía valor cuando era niño, y luego lo perdió a lo largo del camino,
-¿No puede usted embrujarlo, don Juan?
-¿Embrujarlo? ¿Para qué?
-Para que cambie y recobre su valor.
-La brujería no se usa para dar valor. El valor es algo personal. La brujería es para volver a la gente inofensiva o enferma o tonta. No se embruja para hacer guerreros. Para ser guerrero hay que ser claro como el cristal, igual que Eligio. ¡Ahí tienes a un hombre de valor!
Eligio roncaba apaciblemente bajo los costales. Despuntaba el día. El cielo era de un azul impecable. No había nubes a la vista.
-Daría cualquier cosa en este mundo -dije- por saber del viaje de Eligio. ¿Se opondría usted a que yo le pidiera que me lo contara?
-¡Bajo ninguna circunstancia debes pedirle eso!
-¿Por qué no? Yo le cuento a usted mis experiencias.
-Eso es distinto. No es tu inclinación guardarte las cosas para ti solo. Eligio es indio. Su viaje es todo lo que tiene. Ojalá hubiera sido Lucio.
-¿No hay nada que pueda usted hacer, don Juan?
-No. Por desgracia, no hay manera de hacerles huesos a las aguamalas. Fue sólo mi desatino.
Salió el sol. Su luz empañó mis ojos cansados.
-Me ha dicho usted muchas veces, don Juan, que un brujo no puede permitirse desatinos. Jamás pensé que tuviera usted alguno.
Don Juan me miró con ojos penetrantes. Se levantó, miró a Eligio y luego a Lucio. Se encajó el sombrero en la cabeza, palmeándolo en la copa.
-Es posible insistir, insistir como es debido, aunque sepamos que lo que hacemos no tiene caso -dijo, sonriendo-. Pero primero debemos saber que nuestros actos son inútiles, y luego proceder como si no lo supiéramos. Eso es el desatino controlado de un brujo.

V

El 5 de octubre de 1968 regresé a casa de don Juan con el único propósito de interrogarlo sobre los hechos en torno a la iniciación de Eligio. Al releer el recuento de lo que tuvo lugar entonces, se me había ocurrido una serie de dudas casi interminables. Como buscaba explicaciones muy precisas, preparé de antemano una lista de preguntas, eligiendo cuidadosamente las palabras más adecuadas.

Empecé por preguntarle:

-¿Vi aquella noche, don Juan?

-Estuviste a punto.

-¿Vio usted que yo veía los movimientos de Eligio?

-Sí. Vi que Mescalito te permitía ver parte de la lección de Eligio; de otro modo habrías estado mirando un hombre allí sentado, o quizás allí tirado. En el último mitote no notaste que los hombres hicieran nada, ¿o sí?

En el último mitote, yo no había advertido que ninguno de los participantes realizara movimientos fuera de lo común. Le dije que podía asegurar con certeza que todo cuanto había registrado en mis notas era que algunos se levantaban para ir a los matorrales más a menudo que otros.

-Pero casi viste toda la lección de Eligio -prosiguió don Juan-. Piensa en eso. ¿Entiendes ahora lo generoso que es contigo Mescalito? Mescalito jamás ha sido tan bueno con nadie, que yo sepa. Con nadie. Y tú, sin embargo, no tienes en cuenta su generosidad. ¿Cómo puedes volverle la espalda tan de golpe? O quizá debería decir: ¿a cambio de qué le vuelves la espalda a Mescalito?

Sentí que don Juan me acorralaba de nuevo. Me resultaba imposible responder su pregunta. Siempre había creído haber renunciado al aprendizaje para salvarme, pero no tenía idea de qué era aquello de lo que me salvaba, ni para qué. Quise cambiar de inmediato el sentido de nuestra conversación, y para tal fin abandoné la intención de proseguir con mis preguntas premeditadas y expuse mi duda más importante.

-Acaso podría usted decirme más acerca de su desatino controlado -dije.

-¿Qué quieres saber de eso?

-Dígame por favor, don Juan, ¿qué es exactamente el desatino controlado?

Don Juan rió fuerte y produjo un sonido chasqueante golpeándose el muslo con la mano ahuecada.

-¡Esto es desatino controlado! -dijo, y nuevamente rió y golpeó su muslo.

-¿Qué quiere usted decir . . . ?

-Estoy feliz de que, al cabo de tantos años, finalmente me hayas preguntado por mi desatino controlado, y sin embargo no me hubiera importado en lo más mínimo si nunca hubieras preguntado. Pero he decidido sentirme feliz, como si me importara que preguntases, como si importara que me importara. ¡Eso es desatino controlado!

Ambos reímos con ganas. Lo abracé. Su explicación me resultaba deliciosa, aunque no acababa de comprenderla.

Como de costumbre, estábamos sentados en el área frente a la puerta de su casa. Mediaba la mañana. Don Juan tenía delante una pila de semillas y les estaba quitando la basura. Yo había ofrecido ayudarlo pero él rehusó; dijo que las semillas eran un regalo para uno de sus amigos en Oaxaca y que yo no tenía el poder suficiente para tocarlas.

-¿Con quiénes practica usted el desatino controlado, don Juan? -pregunté tras un silencio largo.

El chasqueó la lengua.

-¡Con todos! -exclamó, sonriendo.

-Entonces, ¿cuándo decide usted practicarlo?

-Cada vez que actúo.

En ese punto sentí necesidad de recapitular, y le pregunté si desatino controlado significaba que sus actos no eran nunca sinceros, sino sólo los actos de un actor.

-Mis actos son sinceros -dijo-, pero sólo son los actos de un actor.

-¡Entonces todo lo que usted hace debe ser desatino controlado! -dije, verdaderamente sorprendido.

-Sí, todo -dijo él.

-Pero no puede ser cierto -protesté- que cada uno de sus actos sea únicamente eso.

-¿Por qué no? -replicó con una mirada misteriosa.
-Eso significaría que nada tiene caso para usted y que nada ni nadie le importan en verdad. Yo, por ejemplo. ¿Quiere usted decir que no le importa si yo me convierto o no en hombre de conocimiento, o si vivo, si muero, si hago cualquier cosa?
-¡Cierto! No me importa. Tú eres como Lucio, o como cualquier otro en mi vida, mi desatino controlado.
Experimenté una peculiar sensación de vacío. Obviamente no había en el mundo razón alguna para que yo hubiera de importarle a don Juan, pero a la vez yo tenía casi la certeza de que se preocupaba por mi en lo personal; pensaba que no podía ser de otro modo, pues siempre me había dedicado su atención completa durante cada momento que yo había pasado con él. Se me ocurrió que acaso don Juan sólo decía eso por estar molesto conmigo. Después de todo, yo abandoné sus enseñanzas.
-Siento que no estamos hablando de lo mismo -dije-. No debía haberme puesto como ejemplo. Lo que quise decir es que debe haber algo en el mundo que a usted le importe en una forma que no sea desatino controlado. No creo que sea posible seguir viviendo si nada nos importa en realidad.
-Eso se aplica a ti -dijo-. Las cosas te importan a ti. Tú me preguntaste por mi desatino controlado y yo te dije que todo cuanto hago en relación conmigo mismo y con mis semejantes es precisamente eso, porque nada importa.
-La cosa es, don Juan, que si nada le importa, ¿cómo puede usted seguir viviendo?
Rió, y tras una pausa momentánea, en la que pareció deliberar si responderme o no, se levantó y fue al traspatio de su casa. Lo seguí.
-Espere, espere, don Juan -dije-. De veras quiero saber; debe usted explicarme lo que quiere decir.
-A lo mejor no es posible explicar -dijo él-. Ciertas cosas de tu vida te importan porque son importantes; tus acciones son ciertamente importantes para ti, pero para mí, ni una sola cosa es importante ya, ni mis acciones ni las acciones de mis semejantes. Pero sigo viviendo porque tengo mi voluntad. Porque he templado mi voluntad a lo largo de toda mi vida, hasta hacerla impecable y completa, y ahora no me importa que nada importe. Mi voluntad controla el desatino de mi vida.
Se acuclilló y pasó los dedos sobre unas hierbas que había puesto a secar al sol en un gran trozo de arpillera.
Me hallaba desconcertado. Jamás habría podido anticipar la dirección que mi interrogatorio había tomado. Tras una larga pausa, pensé en un buen punto. Le dije que en mi opinión algunos actos de mis semejantes tenían importancia suprema. Señalé que una guerra nuclear era definitivamente el ejemplo más dramático de un acto así. Dije que, para mí, destruir la vida en toda la faz de la tierra era un acto de enormidad vertiginosa.
-Crees eso porque estás pensando. Estás pensando en la vida -dijo don Juan con un brillo en la mirada-. No estás viendo.
-¿Me sentiría distinto si pudiera ver? -pregunté.
-Una vez que un hombre aprende a ver, se halla solo en el mundo, sin nada más que desatino -dijo don Juan en tono críptico.
Hizo una pausa y me miró como queriendo juzgar el efecto de sus palabras.
-Tus acciones, así como las acciones de tus semejantes en general, te parecen importantes sólo porque has aprendido a pensar que son importantes.
Puso una inflexión tan peculiar en la palabra "aprendido" que me forzó a inquirir a qué se refería con ella.
-Aprendemos a pensar en todo -dijo-, y luego entrenamos nuestros ojos para mirar al mismo tiempo que pensamos de las cosas que miramos. Nos miramos a nosotros mismos pensando ya que somos importantes. ¡Y por supuesto tenemos que sentirnos importantes! Pero luego, cuando uno aprende a ver, se da cuenta de que ya no puede uno pensar en las cosas que mira, y si uno no puede pensar en lo que mira todo se vuelve sin importancia.

Don Juan debe haber notado mi expresión intrigada; repitió sus aseveraciones tres veces, como para hacerme comprenderlas. Lo que dijo me sonó al principio como un galimatías, pero al pensarlo cuidadosamente, sus palabras descollaron más bien como una declaración elaborada acerca de alguna faceta de la percepción.

Intenté pensar una buena pregunta que lo hiciera clarificar su argumento, pero no se me ocurrió nada. De un momento a otro me sentía exhausto y no podía formular con claridad mis pensamientos.

Don Juan pareció notar mi fatiga y me dio unas palmaditas suaves.

-Limpia estas plantas aquí -dijo-, y luego las desmenuzas con cuidado y las pones en este frasco.

Me dio un frasco grande de café y se marchó.

Volvió a su casa horas después, al atardecer. Yo había terminado de deshebrar sus plantas y tenido tiempo de sobra para escribir mis notas. Quise hacerle acto seguido algunas preguntas, pero no estaba de humor para responderme. Dijo que se moría de hambre y que primero debía preparar su comida. Encendió un fuego en su estufa de tierra y puso una olla con extracto de caldo de hueso. Atisbó en las bolsas de provisiones que yo había llevado y sacó unas verduras, las cortó en trozos pequeños y las echó en la olla. Luego se acostó en su petate, se quitó los huaraches y me indicó sentarme más cerca de la estufa, para alimentar el fuego.

Estaba casi oscuro; desde mi puesto podía ver el cielo hacia el oeste. Las orillas de unas espesas formaciones de nubes estaban teñidas de un color anteado profundo, mientras el centro de las nubes permanecía casi negro.

Iba yo a comentar la belleza de las nubes, pero él habló primero.

-Esponjosas por fuera y apretadas por dentro -dijo señalando las nubes.

Su frase encajaba tan a la perfección que me hizo saltar.

-En este momento yo iba a hablarle de las nubes -dije.

-Entonces te gané -dijo, y rió con abandono infantil.

Le pregunté si estaba de humor para responder algunas preguntas.

-¿Qué quieres saber? –repuso.

-Lo que me dijo usted esta tarde acerca del desatino controlado me ha inquietado muchísimo -dije-. Realmente no puedo entenderlo.

-Claro que no puedes entenderlo -dijo-. Estás tratando de pensarlo, y lo que yo dije no encaja con tus pensamientos.

-Estoy tratando de pensarlo -dije- porque ésa es la única forma en que yo, personalmente, puedo entender cualquier cosa. Por ejemplo, don Juan, ¿dice usted que, cuando uno aprende a ver, todo en el mundo entero carece de valor?

-No dije de valor. Dije de importancia. Todo es igual y por lo tanto sin importancia. Por ejemplo, no hay manera de decir que mis actos son más importantes que los tuyos, o que una cosa es más esencial que otra; por lo tanto, todas las cosas son iguales, y al ser iguales carecen de importancia.

Le pregunté si estaba declarando que lo que había llamado "ver" era en efecto una "manera mejor" que el simple "mirar las cosas".

Dijo que los ojos del hombre podían realizar ambas funciones, pero ninguna era mejor que la otra; sin embargo, educar los ojos nada más para mirar era, en su opinión, un desperdicio innecesario.

-Por ejemplo, para reír necesitamos mirar con los ojos -dijo-, porque sólo cuando miramos las cosas podemos captar el filo gracioso del mundo. En cambio, cuando nuestros ojos ven, todo es tan igual que nada tiene gracia.

-¿Quiere usted decir, don Juan, que un hombre que ve nunca puede reír?

Permaneció en silencio un rato.

-Tal vez haya hombres de conocimiento que nunca ríen -dijo-. Pero no conozco ninguno. Los que conozco ven y también miran, de modo que ríen.

-¿Lloraría asimismo un hombre de conocimiento?

-Por supuesto. Nuestros ojos miran para que podamos reír, o llorar, o regocijarnos, o estar tristes, o estar contentos. A mí personalmente no me gusta estar triste; por eso, cada vez que presencio algo que por lo común me entristecería, simplemente cambio los ojos y lo veo en lugar de mirarlo. Pero cuando encuentro algo gracioso, miro y me río.
-Pero entonces, don Juan, su risa es genuina, y no desatino controlado.
Don Juan se me quedó mirando un momento.
-Yo hablo contigo porque me haces reír -dijo-. Me haces acordar a unas ratas coludas del desierto que se quedan atracadas cuando meten la cola en agujeros tratando de ahuyentar a otras ratas para robarles la comida. Tú quedas atrapado en tus propias preguntas. ¡Ten cuidado! A veces, esas ratas se arrancan la cola al soltarse.
La comparación me hizo gracia y reí. Don Juan me había enseñado cierta vez unos roedores pequeños, de cola peluda, que parecían ardillas gordas; la imagen de una de esas ratas rechonchas arrancándose la cola a tirones era triste y al mismo tiempo morbosamente chistosa.
-Mi risa, así como todo cuanto hago, es de verdad -dijo don Juan-, pero también es desatino controlado porque es inútil; no cambia nada y sin embargo lo hago.
-Pero según yo lo entiendo, don Juan, su risa no es inútil. Lo hace a usted feliz.
-¡No! Soy feliz porque escojo mirar las cosas que me hacen feliz, y entonces mis ojos captan su filo gracioso y me río. Te lo he dicho incontables veces. Siempre hay que escoger el camino con corazón para estar lo mejor posible, quizá para poder reír todo el tiempo.
Interpreté sus palabras en el sentido de que el llanto era inferior a la risa, o al menos, quizá, un acto que nos debilitaba. El aseveró que no había diferencia intrínseca y que ambas cosas carecían de importancia; dijo, empero, que su preferencia era la risa, porque la risa hacía a su cuerpo sentirse mejor que el llanto.
En este punto sugerí que, si uno tiene preferencia, no hay igualdad; si él prefería la risa al llanto, la primera era sin duda más importante.
Don Juan mantuvo tercamente que su preferencia no quería decir que no fueran iguales, y yo insistí diciendo que nuestra discusión podía extenderse lógicamente al planteamiento de que, si todas las cosas eran supuestamente iguales, ¿por qué no elegir también la muerte?
-Eso hacen muchos hombres de conocimiento -dijo-. Un día desaparecen así no más. La gente piensa que los emboscaron y los mataron a causa de sus hechos. Prefieren morir porque no les importa. En cambio, yo prefiero vivir, y reír, no porque importe, sino porque esa preferencia es la inclinación de mi naturaleza. Si digo que prefiero o escojo es porque veo, pero el asunto es que yo no escojo vivir; mi voluntad me hace seguir viviendo a pesar de cuanto pueda ver. Tú no me entiendes ahora a causa de esa costumbre que tienes de pensar así como miras y de pensar así como piensas.
Esta frase me intrigó sobremanera. Le pedí explicar qué quería decir con ella.
Repitió la misma formulación varias veces, como dándose tiempo para organizarla en términos distintos, y luego remachó su argumento diciendo que con lo de "pensar" se refería a la idea constante que tenemos de todo en el mundo. Dijo que "ver" disipaba esa costumbre y, mientras yo no aprendiera a "ver", no podría comprender lo que él decía.
-Pero si nada importa, don Juan, ¿por qué va a importar que yo aprenda a ver?
-Una vez te dije que nuestra suerte como hombres es aprender, para bien o para mal -repuso-. Yo he aprendido a ver y te digo que nada importa en realidad; ahora te toca a ti; a lo mejor algún día verás y sabrás si las cosas importan o no. Para mí nada importa, pero capaz para ti importe todo. Ya deberías saber a estas alturas que un hombre de conocimiento vive de actuar, no de pensar en actuar, ni de pensar qué pensará cuando termine de actuar.
"Por eso un hombre de conocimiento elige un camino con corazón y lo sigue: y luego

mira y se regocija y ríe; y luego ve y sabe. Sabe que su vida se acabará en un abrir y cerrar de ojos; sabe que él, así como todos los demás, no va a ninguna parte; sabe, porque ve, que nada es más importante que lo demás. En otras palabras, un hombre de conocimiento no tiene honor, ni dignidad, ni familia, ni nombre, ni tierra, sólo tiene vida que vivir, y en tal condición su única liga con sus semejantes es su desatino controlado. Así, un hombre de conocimiento se esfuerza, y suda, y resuella, y si uno lo mira es como cualquier hombre común, excepto que el desatino de su vida está bajo control. Como nada le importa más que nada, un hombre de conocimiento escoge cualquier acto, y lo actúa como si le importara. Su desatino controlado lo lleva a decir que lo que él hace importa y lo lleva a actuar como si importara, y sin embargo él sabe que no importa; de modo que, cuando completa sus actos se retira en paz, sin pena ni cuidado de que sus actos fueran buenos o malos, o tuvieran efecto o no.

"Por otro lado, un hombre de conocimiento puede preferir quedarse totalmente impasible y no actuar jamás, y comportarse como si el ser impasible le importara de verdad; también en eso será genuino y justo, porque eso es también su desatino controlado".

En este punto me enredé en un esfuerzo muy complicado por explicar a don Juan mi interés en saber qué motivaría a un hombre de conocimiento a actuar en determinada forma a pesar de saber que nada importaba. Chasqueó suavemente la lengua antes de responder.

-Tú piensas en tus actos -dijo-. Por eso tienes que creer que tus actos son tan importantes como piensas que son, cuando en realidad nada de lo que uno hace es importante. ¡Nada! Pero entonces, si nada importa en realidad, me preguntaste, ¿cómo puedo seguir viviendo? Sería más sencillo morir; eso es lo que dices y lo que crees, porque estás pensando en la vida, igual que ahora piensas en cómo será ver. Querías que te lo describiera para poder ponerte a pensar en ello, igual que haces con todo lo demás. Sólo que, en el caso de ver, pensar no es lo fuerte, así que no puedo decirte cómo es ver. Ahora quieres que te describa las razones de mi desatino controlado y sólo puedo decirte que el desatino controlado se parece mucho a ver; es algo en lo que no se puede pensar.

Bostezó. Se acostó de espaldas y estiró los brazos y las piernas. Sus huesos produjeron un sonido crujiente.

-Te fuiste por un tiempo muy largo. Piensas demasiado.

Se levantó y fue al espeso chaparral a un lado de la casa. Alimenté el fuego para mantener hirviendo la olla. Iba a encender una lámpara de petróleo, pero la semioscuridad era muy confortante. El fuego de la estufa, que daba luz suficiente para escribir, creaba asimismo un resplandor rojizo en mi alrededor. Puse mis notas en el suelo y me acosté. Me sentía cansado. De toda la conversación de don Juan, lo único que punzaba mi mente era que yo no le importaba; eso me producía una inquietud inmensa. Durante un lapso de años yo había depositado en él mi confianza. De no haber confiado en él por entero, el miedo me habría paralizado ante la perspectiva de aprender su conocimiento; la premisa en que mi confianza se basaba era la idea de que yo le importaba en lo personal; de hecho siempre le tuve miedo, pero frené mi temor porque confiaba en él. Cuando él quitó esa base, me dejó sin nada en que apoyarme, y me sentí desvalido.

Una angustia muy extraña se posesionó de mi. Me puse extremadamente agitado y empecé a pasear de un lado a otro frente a la estufa. Don Juan tardaba mucho. Lo esperé con impaciencia.

Regresó un rato después; volvió a sentarse ante el fuego y yo solté atropelladamente mis temores. Le dije que me preocupaba mi incapacidad de cambiar de dirección a mitad de la corriente; le expliqué que, junto con la confianza que le tenía, había aprendido también a respetar su forma de vivir y a considerarla intrínsecamente más racional, o al menos más funcional,

que la mía. Dije que sus palabras me habían lanzado a un conflicto terrible porque involucraban la necesidad de cambiar mis sentimientos. Para ilustrar mi argumento, narré a don Juan la historia de un anciano de mi propia cultura: un abogado rico, conservador, que había vivido su vida convencido de sostener la verdad. En los primeros años del treinta, con el advenimiento de la política del presidente Roosevelt se vio envuelto apasionadamente en el drama político de aquella época. Poseía la seguridad categórica de que el cambio era perjudicial al país, y por devoción a su forma de vida y convicción de estar en lo justo, juró combatir lo que consideraba un mal político. Pero la marea de la época era demasiado fuerte; lo avasalló. Pugnó contra ella a lo largo de diez años, en la arena política y en el territorio de su vida personal; luego, la segunda guerra mundial selló sus esfuerzos con la derrota completa. Su caída política e ideológica dio por resultado una profunda amargura; se autoexiló durante veinticinco años. Cuando lo conocí, tenía ochenta y cuatro y había vuelto a su ciudad natal a pasar sus últimos días en un asilo de ancianos. Me parecía inconcebible que hubiese vivido tanto, teniendo en cuenta la forma en que había despilfarrado su vida en amargura y autocompasión. Por algún motivo mi compañía le resultaba amena, y solíamos conversar largamente.

La última vez que lo vi, concluyó nuestra conversación en la forma siguiente:

-He tenido tiempo de volver la cara y examinar mi vida. Los asuntos de mi tiempo no son hoy más que una historia, y ni siquiera una historia interesante. Acaso desperdicié años de mi vida persiguiendo algo que nunca existió. Últimamente he tenido el sentimiento de que creí en algo que era una farsa. No valía la pena. Creo que ahora lo sé. Y sin embargo no puedo recobrar los cuarenta años que he perdido.

Dije a don Juan que mi conflicto surgía de las dudas a que me habían arrojado sus palabras sobre el desatino controlado.

-Si nada importa en realidad -dije-, al convertirse en hombre de conocimiento uno se hallaría, forzosamente, tan vacío como mi amigo y no en mejor posición.

-No es así -dijo don Juan, cortante-. Tu amigo se siente solo porque morirá sin ver. Su vida sólo fue para hacerse viejo y ahora ha de sentirse más mal que nunca. Siente haber desperdiciado cuarenta años porque buscaba victorias y no halló sino derrotas. Jamás sabrá que ser victorioso y ser derrotado son iguales.

"Conque ahora me tienes miedo por haberte dicho que eres igual a todo lo demás. Te estás haciendo el necio. Nuestra suerte como hombres es aprender, y al conocimiento se va como a la guerra; te lo he dicho incontables veces. Al conocimiento o a la guerra se va con miedo, con respeto, sabiendo que se va a la guerra, y con absoluta confianza en sí mismo. Confía en ti, no en mí.

"Conque temes el vacío de la vida de tu amigo. Pero no hay vacío en la vida de un hombre de conocimiento: te lo digo yo. Todo está lleno hasta el borde.

Don Juan se puso en pie y extendió los brazos como palpando cosas en el aire.

-Todo está lleno hasta el borde -repitió-, y todo es igual. Yo no soy como tu amigo que nada más se hizo viejo. Cuando yo te digo que nada importa, no lo digo como él. Para él, su lucha no valió la pena porque salió derrotado; para mí no hay victoria, ni derrota, ni vacío. Todo está lleno hasta el borde y todo es igual y mi lucha valió la pena.

"Para convertirse en hombre de conocimiento hay que ser un guerrero, no un niño llorón. Hay que luchar sin entregarse, sin una queja, sin titubear, hasta que uno vea, y sólo entonces puede uno darse cuenta que nada importa.

Don Juan revolvió la olla con una cuchara de madera. La comida estaba lista. Quitó la olla del fuego y la puso en un bloque rectangular de adobe que había construido contra la pared y que usaba como repisa o mesa. Empujó con el pie dos cajones pequeños que servían como sillas cómodas, especialmente si uno se recargaba contra las vigas que soportaban el muro. Me hizo

seña de tomar asiento y sirvió un plato de sopa. Sonrió; sus ojos brillaban como si en verdad disfrutara mi presencia. Suavemente deslió el plato en mi dirección. Había en su gesto tal calor y bondad que parecía estarme pidiendo restaurar mi confianza en él. Me sentí idiota; traté de romper mi pesadumbre mientras buscaba mi cuchara, pero no pude hallarla. La sopa estaba demasiado caliente para beberla del plato, y mientras se enfriaba pregunté a don Juan si desatino controlado quería decir que un hombre de conocimiento ya no podía querer a nadie.

Dejó de comer y rió.

-Te importa demasiado querer a los otros o que te quieran a ti -dijo-. Un hombre de conocimiento quiere, eso es todo. Quiere lo que se le antoja o a quien se le antoja, pero usa su desatino controlado para andar sin pena ni cuidado. Lo contrario de lo que tú haces ahora. Que los otros lo quieren o no lo quieran a uno no es todo lo que se puede hacer como hombre.

Se me quedó viendo un rato, con la cabeza algo ladeada.

-Piénsalo -dijo.

-Hay una cosa más que quiero preguntar, don Juan. Dijo usted que necesitamos mirar con nuestros ojos para reír, pero yo creo que nos reímos porque pensamos. Un ciego también se ríe.

-No -dijo-. Los ciegos no ríen. Sus cuerpos se sacuden un poquito con la oleada de la risa. Jamás han mirado el filo gracioso del mundo y tienen que imaginarlo. Su risa no es rugido.

No hablamos más. Yo experimentaba una sensación de bienestar, de felicidad. Comimos en silencio; luego don Juan empezó a reír. Yo estaba usando una rama seca para llevar las verduras a mi boca.

4 de octubre, 1968

Hoy, en cierto momento, pregunté a don Juan si tenía inconveniente en hablar un poco más sobre "ver". Pareció deliberar un instante; luego sonrió y dijo que de nuevo me hallaba envuelto en mi rutina de costumbre, tratando de hablar en vez de hacer.

-Si quieres ver deberás dejar que el humo te guíe -dijo con énfasis-. Ya no voy a hablar de esto.

Yo estaba ayudándole a limpiar unas hierbas secas. Trabajamos un buen rato en silencio completo. Cuando me veo forzado a un silencio prolongado me entra siempre la aprensión, sobre todo en presencia de don Juan. En un momento dado le presenté una pregunta en una especie de arranque compulsivo, casi beligerante.

-¿Cómo ejercita su desatino controlado un hombre de conocimiento en el caso de la muerte de una persona a quien ama?

Tomado por sorpresa, don Juan me miró extrañado.

-Digamos su nieto Lucio -dije-. ¿Serían desatino controlado los actos de usted en caso de que él muriera?

-Digamos mi hijo Eulalio, es mejor ejemplo -repuso con calma don Juan-. Lo aplastó un derrumbe cuando trabajaba en la construcción de la Carretera Panamericana. La manera como actué con él en el momento de su muerte fue desatino controlado. Cuando llegué a la zona de explosivos, casi estaba muerto, pero su cuerpo era tan fuerte que seguía moviéndose y pataleando. Me puse frente a él y les dije a los muchachos de la cuadrilla que ya no lo acarrearan; me obedecieron y se quedaron allí parados alrededor de mi hijo, mirando su cuerpo maltrecho. Yo también me quedé allí parado, pero sin mirar. Cambié mis ojos para ver cómo su vida personal se deshacía, se extendía incontrolable más allá de sus limites, como una neblina de cristales, porque así es como la vida y la muerte se mezclan y se expanden. Eso fue lo que hice en la hora de la muerte de mi hijo. Eso es todo lo que uno podría hacer, y es desatino controlado. Si lo hubiera mirado, lo hubiera visto quedarse quieto y habría sentido un grito por dentro, porque ya nunca más miraría su hermosa figura caminando por la tierra. En lugar de eso vi su muerte, y no hubo tristeza ni sentimiento. Su muerte era igual a todo lo demás.

Don Juan guardó silencio unos instantes. Parecía triste, pero entonces sonrió y golpeteó mi cabeza con un dedo.
-Puedes decir que, en el caso de la muerte de un persona a quien amo, mi desatino controlado es cambiar los ojos.
Pensé en la gente que yo amo, y una oleada de pena, terriblemente opresiva, me envolvió.
-Dichoso usted, don Juan -dije-. Usted puede cambiar los ojos, mientras que yo no puedo sino mirar.
Mis frases lo hicieron reír.
-¡Qué dichoso ni qué la chingada! -dijo-. Es trabajo duro.
Ambos reímos. Tras un largo silencio empecé a interrogarlo de nuevo, quizá sólo para disipar mi propia tristeza.
-Entonces, don Juan, si le he entendido correctamente -dije-, los únicos actos en la vida de un hombre de conocimiento que no son desatino controlado son aquéllos que realiza con su aliado o con Mescalito. ¿No es cierto?
-Es cierto -dijo chasqueando la lengua-. Mi aliado y Mescalito no están al nivel de nosotros los seres humanos. Mi desatino controlado se aplica sólo a mí mismo y a los actos que realizo en compañía de mis semejantes.
-Sin embargo -dije-, es una posibilidad lógica pensar que un hombre de conocimiento puede también considerar desatino controlado sus actos con su aliado o con Mescalito, ¿verdad?
Me miró un momento.
-Estás pensando otra vez -dijo-. Un hombre de conocimiento no piensa, por lo tanto no puede encontrarse con esa posibilidad. Aquí estoy yo, por ejemplo. Yo digo que mi desatino controlado se aplica a los actos que realizo en compañía de mis semejantes; lo digo porque puedo ver a mis semejantes. Sin embargo, no puedo ver a mi aliado y eso lo hace incomprensible para mi, así que ¿cómo voy a controlar mi desatino si no lo veo? Con mi aliado o con Mescalito yo soy solamente un hombre que sabe cómo ver y se desconcierta con lo que ve; un hombre que sabe que jamás entenderá todo lo que lo rodea.
"Ahí estás tú, por ejemplo. A mí no me importa si te haces o no hombre de conocimiento; sin embargo, a Mescalito le importa. Si no le importara, no daría tantos pasos para mostrar que se ocupa de ti. Yo me doy cuenta de que se ocupa y actúo de acuerdo con eso, pero sus razones me son incomprensibles."

VI

Justamente cuando subíamos en mi coche para iniciar un viaje al estado de Oaxaca, el 5 de octubre de 1968, don Juan me detuvo.
-Te he dicho antes -dijo con expresión graveque nunca hay que revelar el nombre ni el paradero de un brujo. Creo que entendiste que nunca debías revelar mi nombre ni el sitio donde está mi cuerpo. Ahora voy a pedirte que hagas lo mismo con un amigo mío, un amigo a quien llamarás Genaro. Vamos a ir a su casa; pasaremos allí un tiempo.
Aseguré a don Juan no haber traicionado jamás su confianza.
-Lo sé -dijo sin alterar su seriedad-. Pero me preocupa que vayas a volverte descuidado.
Protesté, y don Juan dijo que su propósito era únicamente recordarme que, cada vez que uno se descuidaba en asuntos de brujería, estaba jugando con una muerte inminente y sin sentido, la cual podía evitarse siendo precavido y alerta.
-Ya no tocaremos este asunto -dijo-. Una vez que salgamos de mi casa no mencionaremos a Genaro ni pensaremos en él. Quiero que desde ahora pongas en orden tus pensamientos. Cuando lo conozcas debes ser claro y no tener dudas en tu mente.
-¿A qué clase de dudas se refiere usted, don Juan?
-A cualquier clase de dudas. Cuando lo conozcas, debes ser claro como el cristal. ¡El te va a ver!
Sus extrañas admoniciones me produjeron una gran aprensión. Mencioné que acaso no debía conocer en absoluto a su amigo. Pensé que sólo debía llevar a don

Juan cerca de donde aquél vivía y dejarlo allí.
-Lo que te dije fue sólo una precaución -dijo él-. Ya conociste a un brujo, Vicente, y casi te mató. ¡Ten cuidado esta vez!

Cuando llegamos a la parte central de México, nos tomó dos días caminar desde donde dejé mi coche hasta la casa del amigo, una chocita encaramada en la ladera de una montaña. El amigo de don Juan estaba en la puerta, como si nos aguardara. Lo reconocí de inmediato. Ya había tenido contacto con él, aunque brevemente, cuando llevé mi libro a don Juan. Aquella vez no lo había mirado en realidad, sino muy por encima, y tuve la impresión de que era de la misma edad que don Juan. Sin embargo, al verlo en la puerta de su casa advertí que definitivamente era más joven. No tendría muchos años más de los sesenta. Era más bajo y más esbelto que don Juan, muy moreno y magro. Tenía el cabello espeso, veteado de gris y un poco largo; le cubría en parte las orejas y la frente. Su rostro era redondo y duro. Una nariz muy prominente lo hacía parecer un ave de presa con pequeños ojos oscuros.
Habló primero con don Juan. Don Juan asintió con la cabeza. Conversaron brevemente. No hablaban en español, así que no entendí lo que decían. Luego don Genaro se volvió hacia mí.
-Sea usted bienvenido a mi humilde choza -dijo en español y en tono de disculpa.
Sus palabras eran una fórmula de cortesía que yo había oído antes en diversas áreas rurales de México. Pero al decirlas rió gozoso, sin ninguna razón evidente, y supe que estaba ejerciendo su desatino controlado. No le importaba en lo más mínimo que su casa fuera una choza. Don Genaro me simpatizó mucho.

Durante los dos días siguientes, fuimos a las montañas para recoger plantas. Don Juan, don Genaro y yo salíamos cada día al romper el alba. Los dos viejos se encaminaban juntos a una parte especifica, pero no identificada, de las montañas, y me dejaban solo en cierta zona del bosque. Yo tenía allí una sensación exquisita. No advertía el paso del tiempo, ni me daba aprensión el quedarme solo; la experiencia extraordinaria que tuve ambos días fue una inexplicable capacidad para concentrarme en la delicada tarea de hallar las plantas específicas que don Juan me había confiado recoger.
Regresábamos a la casa al caer la tarde, y los dos días mi cansancio me hizo dormirme en el acto.
Pero el tercer día fue distinto. Los tres trabajamos juntos, y don Juan pidió a don Genaro enseñarme cómo seleccionar determinadas plantas. Regresamos alrededor del mediodía y los dos viejos estuvieron sentados frente a la casa horas enteras, en completo silencio, como si se hallaran en estado de trance. Pero no estaban dormidos. Caminé un par de veces alrededor de ellos; don Juan seguía con los ojos mis movimientos, y lo mismo hacía don Genaro.
-Hay que hablar con las plantas antes de cortarlas -dijo don Juan. Dejó caer al descuido sus palabras y repitió la frase tres veces, como para captar mi atención. Nadie había dicho una sola palabra hasta que él habló.
-Para ver a las plantas hay que hablarles personalmente -prosiguió-. Hay que llegar a conocerlas una por una; entonces las plantas te dicen todo lo que quieras saber de ellas.
Atardecía. Don Juan estaba sentado en una piedra plana, de cara a las montañas del oeste; don Genaro, junto a él, ocupaba un petate y miraba hacia el norte. Don Juan me había dicho, el primer día que estuvimos allí, que ésas eran las "posiciones" de ambos, y que yo debía sentarme en el suelo en cualquier sitio frente a los dos. Añadió que, mientras nos halláramos sentados en esas posiciones, yo tenía que mantener el rostro hacia el sureste, y mirarlos sólo en breves vistazos.
-Sí, así pasa con las plantas, ¿no? -dijo don Juan y se volvió a don Genaro, quien manifestó su acuerdo con un gesto afirmativo.

Le dije que el motivo de que yo no hubiera seguido sus instrucciones era que me sentía un poco estúpido hablando con las plantas.
-No acabas de entender que un brujo no está bromeando -dijo con severidad-. Cuando un brujo hace el intento de ver, hace el intento de ganar poder.
Don Genaro me observaba. Yo estaba tomando notas y eso parecía desconcertarlo. Me sonrió, meneó la cabeza y dijo algo a don Juan. Don Juan alzó los hombros. Verme escribir debe haber sido bastante extraño para don Genaro. Don Juan, supongo, se hallaba acostumbrado a mis anotaciones, y el hecho de que yo escribiera mientras él hablaba ya no le producía extrañeza; podía continuar hablando sin parecer advertir mis actos. Don Genaro, en cambio, no dejaba de reír, y tuve que abandonar mi escritura para no romper el tono de la conversación.
Don Juan volvió a afirmar que los actos de un brujo no debían tomarse como chistes, pues un brujo jugaba con la muerte en cada vuelta del camino. Luego procedió a relatar a don Genaro la historia de cómo una noche, durante uno de nuestros viajes, yo había mirado las luces de la muerte, siguiéndome. La anécdota resultó absolutamente graciosa; don Genaro rodó por el suelo riendo.
Don Juan me pidió disculpas y dijo que su amigo era dado a explosiones de risa. Miré a don Genaro, a quien creí todavía rodando en el suelo, y lo vi ejecutar un acto de lo más insólito. Estaba parado de cabeza sin ayuda de brazos ni piernas, y tenía las piernas cruzadas como si se encontrara sentado. El espectáculo era tan insólito que me hizo saltar. Cuando tomé conciencia de que don Genaro estaba haciendo algo casi imposible, desde el punto de vista de la mecánica corporal, él había vuelto a sentarse en una postura normal. Don Juan, empero, parecía tener conocimiento de lo involucrado, y celebró a carcajadas la hazaña de don Genaro.
Don Genaro parecía haber notado mi confusión; palmoteó un par de veces y rodó nuevamente en el suelo; al parecer quería que yo lo observara. Lo que al principio había parecido rodar en el suelo era en realidad inclinarse estando sentado, y tocar el suelo con la cabeza. Aparentemente lograba su ilógica postura ganando impulso, inclinándose varias veces hasta que la inercia llevaba su cuerpo a una posición vertical, de modo que por un instante "se sentaba de cabeza".
Cuando la risa de ambos aminoró, don Juan siguió hablando; su tono era muy severo. Cambié la posición de mi cuerpo para estar cómodo y darle toda mi atención. No sonrió ni por asomo, como suele hacer, especialmente cuando trato de prestar atención deliberada a lo que dice. Don Genaro seguía mirándome como en espera de que yo empezase a escribir de nuevo, pero ya no tomé notas. Las palabras de don Juan eran una reprimenda por no hablar con las plantas que yo había cortado, como siempre me había dicho que hiciera. Dijo que las plantas que yo maté podrían también haberme matado; expresó su seguridad de que, tarde o temprano, harían que me enfermara. Añadió que si me enfermaba como resultado de dañar plantas, yo, sin embargo, no daría importancia al hecho y creería tener solamente un poco de gripe.
Los dos viejos tuvieron otro momento de regocijo; luego don Juan se puso serio nuevamente y dijo que, si yo no pensaba en mi muerte, mi vida entera no sería sino un caos personal. Se veía muy austero.
-¿Qué más puede tener un hombre aparte de su vida y su muerte? -me dijo.
En ese punto sentí que era indispensable tomar notas y empecé a escribir de nuevo. Don Genaro se me quedó mirando y sonrió. Luego inclinó la cabeza un poco hacia atrás y abrió sus fosas nasales. Al parecer controlaba en forma notable los músculos que operaban dichas fosas, pues éstas se abrieron como al doble de su tamaño normal.
Lo más cómico de su bufonería no eran tanto los gestos de don Genaro como sus propias reacciones a ellos. Después de

agrandar sus fosas nasales se desplomó, riendo, y una vez más llevó su cuerpo a la misma extraña posición invertida de sentarse de cabeza.
Don Juan rió hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas. Me sentí algo apenado y reí con nerviosismo.
-A Genaro no le gusta que escribas -dijo don Juan a guisa de explicación.
Puse mis notas a un lado, pero don Genaro me aseguró que estaba bien escribir, porque en realidad no le importaba. Volví a recoger mis notas y empecé a escribir. El repitió los mismos movimientos hilarantes y ambos tuvieron de nuevo las mismas reacciones.
Don Juan me miró, riendo aún, y dijo que su amigo me estaba imitando; que yo tenía la tendencia de abrir las fosa nasales cada vez que escribía; y que don Genaro pensaba que tratar de llegar a brujo tomando notas era tan absurdo como sentarse de cabeza; por eso había inventado la ridícula postura de reposar en la cabeza el peso de su cuerpo sentado.
-A lo mejor a ti no te hace gracia -dijo don Juan-, pero sólo a Genaro se le puede ocurrir sentarse de cabeza, y sólo a ti se te ocurre aprender a ser brujo escribiendo de arriba abajo.
Ambos tuvieron otra explosión de risa, y don Genaro repitió su increíble movimiento. Me agradaba. Había en sus actos enorme gracilidad y franqueza.
-Mis disculpas, don Genaro -dije señalando el bloque de notas.
-Está bien -dijo, y rió chasqueando la lengua.
Ya no pude escribir. Siguieron hablando largo rato acerca de la forma en que las plantas podían realmente matar, y de cómo los brujos las usaban en esa capacidad. Ambos me miraban continuamente al hablar, como si esperaran que escribiese.
-Carlos es como un caballo al que no le gusta la silla -dijo don Juan-. Hay que ir muy despacio con él. Lo asustaste y ahora no escribe.
Don Genaro expandió sus fosas nasales y dijo en súplica parodiada, frunciendo el ceño y la boca:
-¡Ándale, Carlitos, escribe! Escribe hasta que se te caiga el dedo.
Don Juan se levantó, estirando los brazos y arqueando la espalda. Pese a su avanzada edad, su cuerpo se veía potente y flexible. Fue a los matorrales a un lado de la casa y yo quedé solo con don Genaro. El me miró y yo aparté los ojos, porque me hacía sentirme apenado.
-No me digas que ni siquiera vas a mirarme -dijo con una entonación extremadamente cómica.
Abrió las fosas nasales y las hizo vibrar; luego se puso en pie y repitió los movimientos de don Juan, arqueando la espalda y estirando los brazos, pero con el cuerpo contraído en una posición sumamente burlesca; era en verdad un gesto indescriptible que combinaba un exquisito sentido de la pantomima y un sentido de lo ridículo. Era una caricatura maestra de don Juan.
Don Juan regresó en ese momento y captó el gesto, y también la intención. Se sentó riendo por lo bajo.
-¿Qué dirección lleva el viento? -preguntó como si nada don Genaro.
Don Juan señaló el oeste con un movimiento de cabeza.
-Mejor voy a donde sopla el viento -dijo don Genaro con expresión de seriedad.
Luego se volvió y sacudió un dedo en mi dirección.
-Y tú no hagas caso si oyes ruidos raros -dijo-. Cuando Genaro caga, las montañas se estremecen.
Saltó a los matorrales y un momento después oí un ruido muy extraño, un retumbar profundo, ultraterreno. No supe qué interpretación darle. Miré a don Juan buscando un indicio, pero él estaba doblado de risa.

17 de octubre, 1968

No recuerdo qué cosa motivó a don Genaro a hablarme sobre el orden del "otro mundo", como él lo llamaba. Dijo que un maestro brujo era un águila, o más bien

que podía convertirse en águila. En cambio, un brujo malo era un tecolote. Don Genaro dijo que un brujo malo era hijo de la noche y que para un hombre así los animales más útiles eran el león de montaña u otros felinos salvajes, o bien las aves nocturnas, el tecolote en especial. Dijo que los "brujos líricos", o simples aficionados, preferían otros animales: el cuervo, por ejemplo. Don Juan rió; había estado escuchando en silencio.

Don Genaro se volvió a él y dijo:

-Eso es cierto; tú lo sabes, Juan.

Luego dijo que un maestro brujo podía llevar consigo a su discípulo en un viaje y atravesar literalmente las diez capas del otro mundo. El maestro, siempre y cuando fuera un águila, podía empezar en la capa de abajo y luego atravesar cada mundo sucesivo hasta llegar a la cima. Los brujos malos y los líricos, dijo, sólo podían cuando mucho atravesar tres capas.

Don Genaro describió aquellos pasos diciendo:

-Empiezas en el mero fondo y entonces tu maestro te lleva en su vuelo y al rato, ¡pum! Atraviesas la primera capa. Luego, un ratito después, ¡pum! Atraviesas la segunda; y ¡pum! Atraviesas la tercera . . .

En tal forma don Genaro me llevó hasta la última capa del mundo. Cuando hubo terminado de hablar, don Juan me miró y sonrió sabiamente.

-Las palabras no son la predilección de Genaro -dijo-, pero si quieres recibir una lección, él te enseñará acerca del equilibrio de las cosas.

Don Genaro asintió con la cabeza; frunció la boca y entrecerró los párpados.

Su gesto me pareció delicioso.

Don Genaro se puso en pie y lo mismo hizo don Juan.

-Muy bien -dijo don Genaro-. Vamos, pues. Podemos ir a esperar a Néstor y Pablito. Ya terminaron. Los jueves terminan temprano.

Ambos subieron en mi coche, don Juan en el asiento delantero. No les pregunté nada; simplemente eché a andar el motor. Don Juan me guió a un sitio que según dijo era la casa de Néstor; don Genaro entró en la casa y un rato después salió con Néstor y Pablito, dos jóvenes que eran sus aprendices. Todos subieron en mi coche y don Juan me indicó tomar el camino hacia las montañas del oeste.

Dejamos el auto al lado del camino de tierra y seguimos la ribera de un río, que tendría cinco o seis metros de ancho, hasta una cascada visible desde donde me había estacionado. Atardecía. El paisaje era impresionante. Directamente sobre nuestras cabezas había una nube enorme, oscura, azulosa, que parecía un techo flotante; tenía un borde bien definido y la forma de un gigantesco semicírculo. Hacia el oeste, en las altas montañas de la Cordillera Central, la lluvia parecía estar descendiendo sobre las laderas. Se veía como una cortina blancuzca que caía sobre los picos verdes. Al este se hallaba el valle largo y hondo; sobre él sólo había nubes desparramadas, y el sol brillaba allí. El contraste entre ambas áreas era magnífico. Nos detuvimos al pie de la cascada; tenía quizás unos cuarenta y cinco metros de altura: el rugido era muy fuerte.

Don Genaro se puso un cinturón del que colgaban siete o más objetos. Parecían guajes pequeños. Se quitó el sombrero y dejó que colgara, sobre su espalda, de un cordón atado alrededor de su cuello. Se puso en la cabeza una banda que sacó de un morral hecho de gruesa tela de lana. La banda era también de lana de diversos colores; el que más resaltaba era un amarillo vívido. En la banda insertó tres plumas. Parecían ser plumas de águila. Noté que los sitios donde las insertó no eran simétricos. Una pluma quedó sobre la curva posterior de su oreja derecha, otra unos centímetros más adelante y la tercera sobre la sien izquierda. Luego se quitó los huaraches, los enganchó o ató a la cintura de sus pantalones y aseguró el cinturón por encima de su poncho. El cinturón estaba hecho, al parecer, de tiras de cuero entretejidas. No pude ver si don Genaro lo amarró o si tenía hebilla. Don Genaro caminó hacia la cascada.

Don Juan manipuló una piedra redonda hasta dejarla en una posición firme, y tomó asiento en ella. Los dos jóvenes hicieron lo mismo con otras piedras y se sentaron a su izquierda. Don Juan señaló el sitio junto a él, a su derecha, y me indicó traer una piedra y sentarme a su lado.

-Hay que hacer una línea aquí -dijo, mostrándome que los tres se hallaban sentados en fila.

Para entonces, don Genaro había llegado al pie del desplomadero y había empezado a trepar por una vereda a la derecha de la cascada. Desde donde nos encontrábamos, la vereda se veía bastante empinada. Había muchos arbustos que don Genaro usaba como barandales. En cierto momento pareció perder pie y casi se deslizó hacia abajo, como si la tierra estuviera resbaladiza. Un momento después ocurrió lo mismo, y por mi mente cruzó la idea de que tal vez don Genaro era demasiado viejo para andar escalando. Lo vi resbalar y trastabillar varias veces antes de llegar al punto en que la vereda terminaba.

Experimenté una especie de aprensión cuando empezó a trepar por las rocas. No podía figurarme qué iba a hacer.

-¿Qué hace? -pregunté a don Juan en un susurro.

Don Juan no me miró.

-¿No ves que está trepando? -dijo.

Don Juan miraba directamente a don Genaro. Tenía los ojos fijos, los párpados entrecerrados. Estaba sentado muy erecto, con las manos descansando entre las piernas, sobre el borde de la piedra.

Me incliné un poco para ver a los dos jóvenes. Don Juan hizo un ademán imperativo para hacerme volver a la línea. Me retraje de inmediato. Tuve sólo un vislumbre de los jóvenes. Parecían igual de atentos que él.

Don Juan hizo otro ademán y señaló en dirección de la cascada.

Miré de nuevo. Don Genaro había trepado un buen trecho por la pared rocosa. En el momento en que miré se hallaba encaramado en una saliente; avanzaba despacio, centímetro a centímetro, para rodear un enorme peñasco. Tenía los brazos extendidos, como abrazando la roca. Se movió lentamente hacia su derecha y de pronto perdió pie. Di una boqueada involuntaria. Por un instante, su cuerpo entero pendió en el aire. Me sentí seguro de que caería, pero no fue así. Su mano derecha había aferrado algo, y muy ágilmente sus pies volvieron a la saliente. Pero antes de seguir adelante se volvió a mirarnos. Fue apenas un vistazo. Había, sin embargo, tal estilización en el movimiento de volver la cabeza, que empecé a dudar. Recordé que había hecho lo mismo, volverse a mirarnos, cada vez que resbalaba. Yo había pensado que don Genaro debía de sentirse apenado por su torpeza y que volteaba a ver si lo observábamos.

Trepó un poco más hacia la cima, sufrió otra pérdida de apoyo y quedó colgando peligrosamente de la salediza superficie de roca. Esta vez se sostenía con la mano izquierda. Al recuperar el equilibrio se volvió nuevamente a mirarnos. Resbaló dos veces más antes de llegar a la cima. Desde donde nos hallábamos sentados, la cresta de la cascada parecía tener de seis a ocho metros de ancho.

Don Genaro permaneció inmóvil un momento. Quise preguntar a don Juan qué iba a hacer don Genaro allá arriba, pero don Juan parecía tan absorto en observar que no me atrevía a molestarlo.

De pronto, don Genaro saltó hacia el agua. Fue una acción tan completamente inesperada que sentí un vacío en la boca del estómago. Fue un salto magnífico, extravagante. Durante un segundo tuve la clara sensación de haber visto una serie de imágenes superpuestas de su cuerpo en vuelo elíptico hasta la mitad de la corriente.

Al aminorar mi sorpresa, advertí que don Genaro había aterrizado en una piedra al borde de la caída: una piedra apenas visible desde donde nos encontrábamos.

Permaneció largo tiempo allí encaramado. Parecía combatir la fuerza del agua precipitada. Dos veces se inclinó sobre el precipicio y no pude determinar a qué estaba

asido. Alcanzó el equilibrio y se acuclilló en la piedra. Luego saltó de nuevo, como un tigre. Mis ojos apenas si percibían la siguiente piedra donde aterrizó; era como un cono pequeño en el borde mismo del despeñadero.
Se quedó allí casi diez minutos. Estaba inmóvil. Su quietud me impresionaba a tal grado que empecé a tiritar. Quería levantarme y caminar por ahí.
Don Juan advirtió mi nerviosismo y con tono autoritario me instó a calmarme.
La inmovilidad de don Genaro me precipitó a un terror extraordinario y misterioso. Sentí que, si seguía más tiempo allí encaramado, yo no podría controlarme.
De pronto saltó de nuevo, ahora hasta la otra ribera de la cascada. Cayó sobre los pies y las manos, como un felino. Permaneció acuclillado un momento; luego se incorporó y miró a través del torrente, hacia la otra orilla, y luego hacia abajo, en nuestra dirección. Se estuvo enteramente quieto, mirándonos. Tenía las manos a los lados, ahuecadas como aferrando un barandal invisible.
Había en su postura algo verdaderamente exquisito; su cuerpo parecía tan flexible, tan frágil. Pensé que don Genaro con su banda y sus plumas, su poncho oscuro y sus pies descalzos, era el ser humano más hermoso que yo hubiera visto.
Repentinamente echó los brazos hacia arriba, alzó la cabeza, y con gran rapidez lanzó su cuerpo a la izquierda, en una especie de salto mortal lateral. El peñasco donde había estado era redondo, y al saltar desapareció tras él.
En ese momento empezaron a caer grandes gotas de lluvia. Don Juan se levantó y lo mismo hicieron los dos jóvenes. Su movimiento fue tan abrupto que me confundió. La experta hazaña de don Genaro me había puesto en un estado de profunda excitación emotiva. Sentía que el viejo era un artista consumado y quería verlo en ese mismo instante para aplaudirlo.
Me esforcé por escudriñar el lado izquierdo de la cascada para ver si don Genaro descendía, mas no lo hizo. Insistí en saber qué le había pasado. Don Juan no respondió.
-Más vale que nos vayamos aprisa -dijo-. Está fuerte el aguacero. Hay que llevar a Néstor y Pablito a su casa, y luego tendremos que irnos regresando.
-Ni siquiera le dije adiós a don Genaro -me quejé.
-Él ya te dijo adiós -repuso don Juan con aspereza.
Me observó un instante y luego suavizó el ceño y sonrió.
-También te dio su afecto -dijo-. Le caíste bien.
-Pero ¿no vamos a esperarlo?
-¡No! -dijo don Juan con brusquedad-. Déjalo tranquilo, ahí donde esté. Capaz ya es un águila volando al otro mundo, o capaz ya se murió allá arriba. Ahorita ya no le hace.

23 de octubre, 1968

Don Juan mencionó casualmente que iba a hacer otro viaje a México central en un futuro cercano.
-¿Va usted a visitar a don Genaro? -pregunté.
-A lo mejor -dijo sin mirarme.
-Don Genaro está bien, ¿verdad, don Juan? Digo, no le pasó nada malo allá arriba de la catarata, ¿no?
-No le pasó nada; tiene aguante.
Hablamos un rato de su proyectado viaje y luego dije que había gozado mucho de la compañía y los chistes de don Genaro. Se rió y dijo que don Genaro era en verdad como un niño. Hubo una larga pausa; yo pugnaba mentalmente por hallar una frase inicial para inquirir acerca de su lección. Don Juan me miró y dijo en tono malicioso:
-Ya te matan las ganas de preguntarme por la lección de Genaro, ¿no?
Reí con turbación. Todo lo ocurrido en la catarata me había estado obsesionando. Daba yo vueltas y más vueltas a todos los detalles que podía recordar, y mis conclusiones eran que había sido testigo de una increíble hazaña de destreza física. Pensaba que don

Genaro era, sin lugar a dudas, un incomparable maestro del equilibrio; cada uno de sus movimientos había sido ejecutado con un alto toque ritual y, obviamente, debía de tener algún inextricable sentido simbólico.
-Si -dije-. Admito que me muero por saber cuál fue su lección.
-Déjame decirte algo -dijo don Juan-. Para ti fue una pérdida de tiempo. Su lección era para alguien que pudiera ver. Pablito y Néstor agarraron el hilo, aunque no ven muy bien. Pero tú, tú fuiste a mirar. Le dijo a Genaro que eras medio idiota y muy raro, todo atascado, y que a lo mejor te destapabas con su lección, pero no. No importa, de todos modos. Ver es muy difícil.
"No quise que hablaras después con Genaro; por eso tuvimos que irnos. Lástima. Pero habría salido peor quedarse. Genaro arriesgó mucho por mostrarte algo magnífico. Qué lástima que no puedas ver.
-Quizá, don Juan, si usted me dice cuál fue la lección, yo descubra que en realidad vi.
Don Juan se dobló de risa.
-Tu mejor detalle es hacer preguntas -dijo.
Parecía dispuesto a relegar nuevamente el tema. Como de costumbre, estábamos sentados en el área frente a su casa; de pronto, don Juan se puso en pie y entró. Fui tras él e insistí en describirle lo que yo había visto. Seguí con fidelidad la secuencia de los hechos, según la recordaba. Don Juan sonreía al escucharme. Cuando terminé, meneó la cabeza.
-Ver es muy difícil -dijo.
Le supliqué explicar su aseveración.
-Ver no es cosa de hablar -dijo imperativamente.
Resultaba obvio que no iba a decirme nada más, de modo que desistí y salí de la casa a cumplir unos encargos suyos.
Al regresar ya era de noche: comimos algo y después salimos a la ramada. Acababamos de tomar asiento cuando don Juan empezó a hablar sobre la lección de don Genaro. No me dio tiempo de prepararme para ello. Tenía conmigo mis notas, pero estaba demasiado oscuro para escribir, y no quise alterar el fluir de la conversación yendo al interior de la casa por la lámpara de petróleo.
Dijo que don Genaro, siendo un maestro del equilibrio, podía ejecutar movimientos muy complejos y difíciles. Sentarse de cabeza era uno de tales movimientos, y con él había intentado mostrarme que era imposible "ver" mientras uno tomaba notas. La acción de sentarse de cabeza sin ayuda de las manos era, en el mejor de los casos, una treta extravagante que duraba sólo un momento. Según la opinión de don Genaro, escribir acerca de "ver" era lo mismo; es decir, una maniobra precaria, tan curiosa y superflua como sentarse de cabeza.
Don Juan me escudriño en la oscuridad y dijo, en un tono muy dramático, que mientras don Genaro traveseaba sentándose de cabeza, yo estuve al borde mismo de "ver". Don Genaro, advirtiéndolo, repitió sus maniobras una y otra vez, sin resultado, pues yo perdí el hilo inmediatamente.
Don Juan dijo que después don Genaro, movido por la simpatía personal que me tenía, intentó en una forma muy dramática llevarme de nuevo a ese borde de "ver". Tras una deliberación muy cuidadosa, decidió mostrarme una hazaña de equilibrio cruzando la cascada. Sintió que la cascada era como la orilla en que yo estaba parado, y confió en que yo también podría realizar el cruce.
A continuación, don Juan explicó la hazaña de don Genaro. Dijo que ya me había indicado que los seres humanos eran, para quienes "veían", seres luminosos compuestos por una especie de fibras de luz, que giraban del frente a la espalda y mantenían la apariencia de un huevo. También me había dicho que la parte más asombrosa de las criaturas ovoides era un grupo de fibras largas que surgían del área alrededor del ombligo; don Juan dijo que tales fibras tenían una importancia primordial en la vida de un hombre. Esas fibras eran el secreto del equilibrio de don Genaro y su lección no tenía nada que ver con saltos acrobáticos en la cascada. Su hazaña de equilibrio consistía en la forma en que usaba esas fibras "como tentáculos".

Don Juan se apartó del tema tan repentinamente como lo había traído a cuento, y empezó a hablar de algo sin ninguna relación.

24 de octubre, 1968

Arrinconé a don Juan y le dije que intuitivamente sentía que jamás recibiría otra lección de equilibrio, y que él debía explicarme todos los detalles pertinentes, pues de otro modo nunca podría descubrirlos por mí mismo. Don Juan dijo que yo tenía razón con respecto a que don Genaro no volvería a darme otra lección.

-¿Qué más quieres saber? -preguntó.

-¿Qué son esas fibras como tentáculos, don Juan?

-Son los tentáculos que salen del cuerpo de un hombre y son visibles para cualquier brujo que ve. Los brujos actúan con la gente de acuerdo a la forma en que ven sus tentáculos. Las personas débiles tienen fibras cortas, casi invisibles; las personas fuertes las tienen largas y brillantes. Las de Genaro, por ejemplo, son tan brillantes que parecen gruesas. Por las fibras se conoce si una persona está sana o está enferma, si es mezquina o bondadosa o traicionera. También se conoce, por las fibras, si una persona puede ver. Aquí hay un problema desconcertante. Cuando Genaro te vio supo, igual que mi amigo Vicente, que podías ver; cuando yo te veo, veo que puedes ver, y sin embargo sé muy bien que no puedes. ¡Qué contrariedad! Genaro no podía creerlo. Le dije que eras un sujeto raro. Creo que quiso verlo por sí mismo y te llevó a la cascada.

-¿Por qué piensa usted que doy la impresión de que puedo ver?

Don Juan no respondió. Permaneció largo rato en silencio. No quise preguntarle nada más. Finalmente me habló y dijo que sabía por qué, pero no cómo explicarlo.

-Piensas que todo el mundo es sencillo de entender -dijo- porque todo cuanto tú haces es una rutina sencilla de entender. En la caída de agua, cuando miraste a Genaro cruzar el agua, creíste que era un maestro de los saltos mortales, porque sólo en eso pudiste pensar. Y eso es todo lo que siempre creerás que hizo. Pero Genaro nunca saltó al cruzar esa agua. Si hubiera saltado, habría muerto. Genaro se equilibró con sus magníficas fibras brillantes. Las alargó lo suficiente para poder, digamos, rodar en ellas hasta el otro lado de la caída de agua. Demostró la manera correcta de alargar esos tentáculos, y la manera de moverlos con precisión.

"Pablito vio casi todos los movimientos de Genaro. Néstor, en cambio, sólo vio las maniobras más obvias. Se perdió los detalles delicados. Pero tú, tú no viste nada de nada.

-Quizá si me hubiera usted dicho por anticipado qué cosa observar...

Me interrumpió y dijo que el darme instrucciones sólo habría estorbado a don Genaro. De haber yo sabido lo que iba a ocurrir, mis fibras, agitadas, habrían interferido con las de don Genaro.

-Si pudieras ver -dijo-, te habría sido evidente, desde el primer paso que Genaro dio, que no estaba resbalando al subir por las peñas. Estaba aflojando sus tentáculos. Dos veces los enredó en las piedras y se sostuvo como una mosca en la mera roca. Cuando llegó arriba y estuvo listo para cruzar el agua, los enfocó sobre una piedra chica en medio de la corriente, y una vez que los tuvo afianzados dejó que las fibras lo jalaran. Genaro jamás saltó; por eso podía aterrizar en las piedras resbalosas en el mero borde del agua. Genaro todo el tiempo tenía las fibras bien enredadas en cada roca que usó.

"No se estuvo mucho tiempo en la primera piedra, porque tenía el resto de sus fibras amarradas a otra, todavía más chica, en el sitio donde mayor era el empellón del agua. Sus tentáculos volvieron a jalarlo y aterrizó en ella. Esa fue la más notable de todas las cosas que hizo. La superficie era demasiado chica para que un hombre se sostuviera, y el empellón del agua habría arrastrado su cuerpo al precipicio si él no hubiera tenido algunas de sus fibras enfocadas todavía en la primera roca.

"Genaro se mantuvo mucho rato en esa segunda posición, porque tenía que sacar otra vez sus tentáculos y mandarlos hasta el otro lado del despeñadero. Después de afianzarlos, tuvo que soltar las fibras enfocadas en la primera roca. Eso era muy arriesgado. Tal vez solamente Genaro es capaz de hacerlo. Casi perdió el control, o a lo mejor nada más se estaba burlando de nosotros: nunca lo sabremos con certeza. En lo personal, pienso que de veras estuvo a punto de perder el equilibrio. Lo se porque se puso tieso y mandó un brote magnífico, como un rayo de luz cruzando el agua. Me parece que tan sólo ese rayo habría bastado para jalarlo al otro lado. Cuando llegó a la orilla, se paró y dejó brillar sus fibras como un racimo de luces. Eso lo hizo solamente para ti. De haber podido ver, habrías visto eso.
"Genaro estuvo allí parado, mirándote, y entonces supo que no habías visto."

SEGUNDA PARTE
LA TAREA DE "VER"

VII

DON JUAN no estaba en su casa cuando llegué a ella el mediodía del 8 de noviembre de 1968. Como no tenía idea de dónde buscarlo, me senté a esperar. Por alguna razón desconocida, sabía que regresaría pronto. Un rato después, don Juan entró en su casa. Asintió mirándome. Cambiamos saludos. Parecía estar cansado y se tendió en su petate. Bostezó un par de veces.
La idea de "ver" se me había vuelto obsesión, y yo había decidido usar nuevamente la mezcla alucinógena de fumar. Fue terriblemente difícil hacer esa decisión, así que todavía deseaba discutirla un poco.
-Quiero aprender a ver, don Juan -dije de sopetón-. Pero en realidad no quiero tomar nada; no quiero fumar su mezcla. ¿Piensa usted que hay alguna posibilidad de que yo aprenda a ver sin ella?
Se sentó, se me quedó viendo unos segundos y volvió a acostarse.
-¡No! -dijo-. Tendrás que usar el humo.
-Pero usted dijo que con don Genaro estuve a punto de ver.
-Quise decir que algo en ti brillaba como si de verdad te dieras cuenta de lo que Genaro hacía, pero nada más estabas mirando. La verdad es que hay algo en ti que se asemeja a ver, pero no es; estás atascado y sólo el humo puede ayudarte.
-¿Por qué hay que fumar? ¿Por qué no puede uno, simplemente, aprender a ver por sí mismo? Yo tengo un deseo ferviente. ¿No es bastante?
-No, no es bastante. Ver no es tan sencillo, y sólo el humo puede darte a ti la velocidad que necesitas para echar un vistazo a ese mundo fugaz. De otro modo no harás sino mirar.
-¿Qué quiere usted decir con lo de mundo fugaz?
-El mundo, cuando ves, no es como aho-

ra piensas que es. Es más bien un mundo fugaz que se mueve y cambia. Por cierto que uno puede aprender a capturar por sí mismo ese mundo fugaz, pero a ti de nada te servirá, porque tu cuerpo se gastará con la tensión. Con el humo, en cambio, jamás sufrirás de agotamiento. El humo te dará la velocidad necesaria para asir el movimiento fugaz del mundo, y al mismo tiempo mantendrá intactos tu cuerpo y su fuerza.

-¡Muy bien! -dije con dramatismo-. No quiero andarme ya por las ramas. Fumaré.

Don Juan rió de mi arrebato histriónico.

-Párale -dijo-. Siempre te agarras a lo que no debes. Ahora piensas que la simple decisión de dejarte guiar por el humo va a hacerte ver. Hay mucho pan por rebanar. En todo hay siempre más de lo que uno cree.

Se puso serio un momento.

-He tenido mucho cuidado contigo, y mis actos han sido deliberados -dijo-, porque es el deseo de Mescalito que comprendas mi conocimiento. Pero ahora sé que no tendré tiempo de enseñarte todo lo que quiero. Nada más tendré tiempo de ponerte en el camino, y confío en que buscarás del mismo modo que yo busqué. Debo admitir que eres más indolente y más terco que yo. Pero tienes otras ideas, y la dirección que seguirá tu vida es algo que no puedo predecir.

El tono deliberado de su voz, algo en su actitud, despertaron en mí un viejo sentimiento: una mezcla de miedo, soledad y expectativa.

-Pronto sabremos como andas -dijo crípticamente.

No dijo nada más. Tras un rato salió de la casa. Lo seguí y me paré frente a él, no sabiendo si sentarme o si descargar unos paquetes que le había traído.

-¿Será peligroso? -pregunté, sólo por decir algo.

-Todo es peligroso -respondió.

Don Juan no parecía dispuesto a decirme ninguna otra cosa; reunió unos bultos pequeños que estaban apilados en un rincón y los puso en una bolsa de red. No ofrecí ayudarlo por saber que si quisiera mi ayuda la habría pedido. Luego se acostó en su petate. Me dijo que me calmase y descansara. Me acosté en mi petate y traté de dormir, pero no estaba cansado; la noche anterior había parado en un motel y dormido hasta mediodía, sabiendo que en sólo tres horas de viaje llegaría a la casa de don Juan. El tampoco dormía. Aunque sus ojos estaban cerrados, noté un movimiento de cabeza rítmico, casi imperceptible. Se me ocurrió la idea de que tal vez canturreaba para sí mismo.

-Comamos algo -dijo de pronto don Juan, y su voz me hizo saltar-. Vas a necesitar toda tu energía. Debes estar en buena forma.

Preparó sopa, pero yo no tenía hambre.

Al siguiente día, 9 de noviembre, don Juan sólo me dejó comer un bocado y me dijo que descansara. Estuve acostado toda la mañana, pero sin poder relajarme. No imaginaba qué tenía en mente don Juan y, peor aun, no me hallaba seguro de lo que yo mismo tenía en mente.

A eso de las 3 pm, estábamos sentados bajo su ramada. Yo tenía mucha hambre. Varias veces había sugerido que comiéramos, pero don Juan había rehusado.

-Llevas tres años sin preparar tu mezcla -dijo de repente-. Tendrás que fumar mi mezcla, así que digamos que la he juntado para ti. Sólo necesitarás un poquito. Llenaré una vez el cuenco de la pipa. Te lo fumas todo y luego descansas. Entonces vendrá el guardián del otro mundo. No harás nada más que observarlo. Observa cómo se mueve; observa todo lo que hace. Tu vida puede depender de lo bien que vigiles.

Don Juan había dejado caer sus instrucciones en forma tan abrupta que no supe qué decir, ni siquiera qué pensar. Mascullé incoherencias durante un momento. No podía organizar mis ideas. Finalmente, pregunté la primera cosa clara que me vino a la mente:

-¿Quién es ese guardián?

Don Juan se negó, de plano, a participar en conversación, pero yo estaba demasiado nervioso para dejar de hablar e insistí desesperadamente en que me hablara del guardián.
-Ya lo verás -dijo con despreocupación-. Custodia el otro mundo.
-¿Qué mundo? ¿El mundo de los muertos?
-No es el mundo de los muertos ni el mundo de nada. Sólo es otro mundo. No tiene caso hablarte de él. Velo tú mismo.
Con eso, don Juan entró en la casa. Lo seguí a su cuarto.
-Espere, espere, don Juan. ¿Qué va usted a hacer?
No respondió. Sacó su pipa de un envoltorio y tomó asiento en un petate en el centro de la habitación, mirándome inquisitivo. Parecía esperar mi consentimiento.
-Eres medio tonto -dijo con suavidad-. No tienes miedo. Nada más dices que tienes miedo.
Meneó lentamente la cabeza de lado a lado. Luego tomó la bolsita de la mezcla de fumar y llenó el cuenco de la pipa.
-Tengo miedo, don Juan. De veras tengo miedo.
-No, no es miedo.
Traté con desesperación de ganar tiempo e inicié una larga discusión sobre la naturaleza de mis sentimientos. Mantuve con toda sinceridad que tenía miedo, pero él señaló que yo no jadeaba ni mi corazón latía más rápido que de costumbre.
Pensé unos momentos en lo que había dicho. Se equivocaba; yo sí tenía muchos de los cambios físicos que suelen asociarse con el miedo, y me hallaba desesperado. Un sentido de condenación inminente permeaba todo en mi derredor. Tenía el estómago revuelto y la seguridad de estar pálido; mis manos sudaban profusamente; y sin embargo pensé realmente que no tenía miedo. No tenía el sentimiento de miedo al que había estado acostumbrado durante toda mi vida. El miedo que siempre había sido idiosincrásicamente mío no estaba presente. Hablaba caminando de un lado a otro frente a don Juan, que seguía sentado en el petate, sosteniendo su pipa y mirándome en forma inquisitiva; y al considerar el asunto llegué a la conclusión de que lo que sentía, en vez de mi miedo usual, era un profundo sentimiento de desagrado, una incomodidad ante la mera idea de la confusión creada por la ingestión de plantas alucinógenas.
Don Juan se me quedó viendo un instante; luego miró más allá de mi, guiñando como si se esforzara por discernir algo en la distancia.
Seguí caminando de un lado a otro enfrente de él hasta que en tono enérgico me indicó tomar asiento y calmarme. Estuvimos sentados en silencio unos minutos.
-No quieres perder tu claridad, ¿verdad? -dijo abruptamente.
-Eso es muy cierto, don Juan -dije.
Rió, al parecer con deleite.
-La claridad, el segundo enemigo de un hombre de conocimiento, ha descendido sobre ti.
"No tienes miedo -dijo con voz reconfortante-, pero ahora odias perder tu claridad, y como eres un idiota, llamas miedo a eso."
Rió chasqueando la lengua.
-Tráeme unos carbones -ordenó.
Su tono era amable y confortante. Automáticamente me puse en pie y fui a la parte trasera de la casa; saqué algunas brasas del fuego, las puse sobre una pequeña laja y regresé a la habitación.
-Ven aquí a la ramada -llamó desde afuera don Juan, en voz alta.
Había colocado un petate en el sitio donde yo suelo sentarme. Puse los carbones a su lado y él los sopló para activar el fuego. Yo iba a sentarme, pero me detuvo y me dijo que tomara asiento en el borde derecho del petate. Luego metió una brasa en la pipa y me la tendió. La tomé. Me asombraba la silenciosa energía con que don Juan me había guiado. No se me ocurrió nada que decir. Ya no tenía más argumentos. Me hallaba convencido de que no sentía miedo, sino sólo renuencia a perder mi claridad.
-Fuma, fuma -me ordenó con gentileza-. Nada más un cuenco esta vez.
Chupé la pipa y oí el chirriar de la mezcla

al encenderse. Sentí una capa instantánea de hielo dentro de la boca y la nariz. Di otra fumada y el recubrimiento se extendió a mi pecho. Cuando hube fumado por última vez sentí que todo el interior de mi cuerpo se hallaba recubierto por una peculiar sensación de calor frío.

Don Juan tomó la pipa de mis manos y golpeó el cuenco contra la palma de la suya, para aflojar el residuo. Luego, como siempre hace, se mojó el dedo de saliva y frotó el interior del cuenco.

Mi cuerpo estaba aterido, pero podía moverse. Cambié de postura para hallarme más cómodo.

-¿Qué va a pasar? -pregunté.

Tuve cierta dificultad para vocalizar.

Con mucho cuidado, don Juan metió la pipa en su funda y la envolvió en un largo trozo de tela. Luego se sentó erguido, encarándome. Yo me sentía mareado; los ojos se me cerraban involuntariamente. Don Juan me movió con energía y me ordenó permanecer despierto. Dijo que yo sabía muy bien que de quedarme dormido moriría. Eso me sacudió. Pensé que probablemente don Juan sólo lo decía para mantenerme despierto, pero por otro lado se me ocurrió también que podía tener razón. Abrí los ojos tanto como pude y eso hizo reír a don Juan. Dijo que yo debía esperar un rato y tener los ojos abiertos todo el tiempo, y que en un momento dado podría ver al guardián del otro mundo.

Sentía un calor muy molesto en todo el cuerpo; traté de cambiar de postura, pero ya no podía moverme. Quise hablar a don Juan; las palabras parecían estar tan dentro de mí que no podía sacarlas. Entonces caí sobre el costado izquierdo y me hallé mirando desde el piso a don Juan.

Se inclinó para ordenarme, en un susurro, que no lo mirara, sino fijase la vista en un punto del petate que estaba directamente frente a mis ojos. Dijo que yo debía mirar con un ojo, el izquierdo, y que tarde o temprano vería al guardián.

Fijé la mirada en el sitio indicado, pero no vi nada. En cierto momento, sin embargo, advertí un mosquito que volaba frente a mis ojos. Se posó en el petate. Seguí sus movimientos. Se acercó mucho a mí; tanto, que mi percepción visual se emborronó. Y entonces, de pronto, sentí como si me hubiera puesto de pie. Era una sensación muy desconcertante que merecía algo de cavilación, pero no había tiempo para ello. Tenía la sensación total de estar mirando al frente desde mi acostumbrado nivel ocular; y lo que veía estremeció la última fibra de mi ser. No hay otra manera de describir la sacudida emocional que experimenté. Allí mismo, encarándome, a poca distancia, había un animal gigantesco y horrendo. ¡Algo verdaderamente monstruoso! Ni en las más locas fantasías de la ficción había yo encontrado nada parecido. Lo miré con desconcierto absoluto y extremo.

Lo primero que en realidad noté fue su tamaño. Pensé, por algún motivo, que debía de tener casi treinta metros de alto. Parecía hallarse en pie, erecto, aunque yo no podía saber cómo se tenía en pie. Luego, noté que tenía alas: dos alas cortas y anchas. En ese punto tomé conciencia de que insistía en examinar al animal como si se tratase de una visión ordinaria; es decir, lo miraba. Sin embargo, no podía realmente mirarlo en la forma en que me hallaba acostumbrado a mirar. Me di cuenta de que, más bien, notaba yo cosas de él, como si la imagen se aclarara conforme se añadían partes. Su cuerpo estaba cubierto por mechones de pelo negro. Tenía un hocico largo y babeaba. Sus ojos eran saltones y redondos, como dos enormes pelotas blancas.

Entonces empezó a batir las alas. No era el aleteo de un pájaro, sino una especie de tremor parpadeante, vibratorio. Ganó velocidad y empezó a describir círculos frente a mí; más que volar, se deslizaba, con asombrosa rapidez y agilidad, a unos cuantos centímetros del piso. Durante un momento me hallé abstraído en observarlo. Pensé que sus movimientos eran feos, y sin embargo su velocidad y soltura eran espléndidas.

Dio dos vueltas en torno mío, vibrando las alas, y la baba que caía de su boca volaba

en todas direcciones. Luego giró sobre sí mismo y se alejó a una velocidad increíble, hasta desaparecer en la distancia. Miré fijamente en la dirección que había seguido, pues no me era posible hacer nada más. Tenía una peculiarísima sensación de pesadez, la sensación de ser incapaz de organizar mis pensamientos en forma coherente. No podía irme. Era como si me hallara pegado al sitio.

Entonces vi en la distancia algo como una nube; un instante después la bestia gigantesca daba vueltas nuevamente frente a mí, a toda velocidad. Sus alas tajaron el aire cada vez más cerca de mis ojos, hasta golpearme. Sentí que las alas habían literalmente golpeado la parte de mí que estaba en ese sitio, fuera la que fuera. Grité con toda mi fuerza, invadido por uno de los dolores más torturantes que jamás he sentido.

Lo próximo que supe fue estar sentado en mi petate; don Juan me frotaba la frente. Frotó con hojas mis brazos y piernas; luego me llevó a una zanja de irrigación detrás de su casa, me quitó la ropa y me sumergió por entero; me sacó y volvió a sumergirme una y otra vez.

Mientras yo yacía en el fondo, poco profundo, de la zanja, don Juan me jalaba de tiempo en tiempo el pie izquierdo y daba golpecitos suaves en la planta. Tras un rato sentí un cosquilleo. El lo advirtió y dijo que yo estaba bien. Me puse la ropa y regresamos a su casa. Volví a sentarme en mi petate y traté de hablar, pero me sentí incapacitado de concentrarme en lo que quería decir, aunque mis pensamientos eran muy claros. Asombrado, tomé conciencia de cuánta concentración se necesitaba para hablar. También noté que, para decir algo, tenía que dejar de mirar las cosas. Tuve la impresión de que me hallaba enredado en un nivel muy profundo y cuando quería hablar tenía que salir a la superficie como un buceador; tenía que ascender como si me jalaran mis palabras. Dos veces logré incluso aclararme la garganta en una forma perfectamente ordinaria. Pude haber dicho entonces lo que deseaba decir, pero no lo dije. Preferí permanecer en el extraño nivel de silencio donde podía limitarme a mirar. Tuve el sentimiento de que empezaba a conectarme con lo que don Juan llamaba "ver", y eso me hacía muy feliz.

Después, don Juan me dio sopa y tortillas y me ordenó comer. Pude hacerlo sin ningún problema y sin perder lo que yo consideraba mi "poder de ver". Enfoqué los ojos en todo lo que me rodeaba. Estaba convencido de que podía "ver" todo, y sin embargo el mundo se miraba igual, hasta donde me era posible juzgar. Pugné por "ver" hasta que la oscuridad fue completa. Finalmente me cansé y me dormí.

Desperté cuando don Juan me cubrió con una frazada. Tenía jaqueca y estaba mal del estómago. Tras un rato me sentí mejor y dormí tranquilamente hasta el día siguiente.

A la mañana, era de nuevo yo mismo. Ansioso, pregunté a don Juan:

-¿Qué cosa me ocurrió?

Don Juan rió, taimado.

-Fuiste a buscar al cuidador y claro que lo hallaste -dijo.

-¿Pero qué era, don Juan?

-El guardián, el cuidador, el centinela del otro mundo -dijo don Juan, concretando.

Intenté narrarle los detalles de esa bestia fea y portentosa, pero él hizo caso omiso, diciendo que mi experiencia no era nada especial, que cualquiera podía hacer eso.

Le dije que el guardián había sido para mí un choque tal, que todavía no me era posible pensar realmente en él.

Don Juan rió e hizo burla de lo que llamó una inclinación demasiado dramática de mi naturaleza.

-Esa cosa, fuera lo que fuera, me lastimó -dije-. Era tan real como usted y yo.

-Claro que era real. Te hizo doler, ¿no?

Al rememorar la experiencia creció mi excitación. Don Juan me pidió calma. Luego me preguntó si de veras había tenido miedo del guardián; enfatizó el "de veras".

-Estaba yo petrificado -dije-. Jamás en mi vida he experimentado un susto tan imponente.

-Qué va -dijo, riendo-. No tuviste tanto miedo.
-Le juro -dije con fervor genuino- que de haberme podido mover habría corrido como histérico.
Mi aseveración le pareció graciosa y le causó risa.
-¿Qué caso tenía el hacerme ver esa monstruosidad, don Juan?
Se puso serio y me contempló.
-Era el guardián -dijo-. Si quieres ver, debes vencer al guardián.
-¿Pero cómo voy a vencerlo, don Juan? Ha de tener unos treinta metros de alto.
Don Juan rió con tantas ganas que las lágrimas rodaron por sus mejillas.
-¿Por qué no me deja decirle lo que vi, para que no haya malentendidos? -dije.
-Si eso te hace feliz, ándale, dime.
Narré cuanto podía recordar, pero eso no pareció alterar su humor.
-Sigue sin ser nada nuevo -dijo sonriendo.
-¿Pero cómo espera usted que yo venza una cosa así? ¿Con qué?
Estuvo callado un rato. Luego me miró y dijo:
-No tuviste miedo, no realmente. Tuviste dolor, pero no tuviste miedo.
Se reclinó contra unos bultos y puso los brazos detrás de la cabeza. Pensé que había abandonado el tema.
-Sabes -dijo de pronto, mirando el techo de la ramada-, cada hombre puede ver al guardián. Y el guardián es a veces, para algunos de nosotros, una bestia imponente del alto del cielo. Tienes suerte; para ti fue nada más de treinta metros. Y sin embargo, su secreto es tan simple.
Hizo una pausa momentánea y tarareó una canción ranchera.
-El guardián del otro mundo es un mosquito -dijo despacio, como si midiera el efecto de sus palabras.
-¿Cómo dijo usted?
-El guardián del otro mundo es un mosquito -repitió-. Lo que encontraste ayer era un mosquito; y ese mosquito te cerrará el paso hasta que lo venzas.
Por un momento no creí lo que don Juan decía, pero al rememorar la secuencia de mi visión hube de admitir que en cierto momento me hallaba mirando un mosquito, y un instante después tuvo lugar una especie de espejismo y me encontré mirando la bestia.
-¿Pero cómo pudo lastimarme un mosquito, don Juan? -pregunté, verdaderamente confundido,
-No era un mosquito cuando te lastimó -dijo él-; era el guardián del otro mundo. Capaz algún día tengas el valor de vencerlo. Ahora no; ahora es una bestia babeante de treinta metros. Pero no tiene caso hablar de eso. Parársele enfrente no es ninguna hazaña, así que si quieres conocer más a fondo, busca otra vez al guardián.
Dos días más tarde, el 11 de noviembre, fumé nuevamente la mezcla de don Juan. Le había pedido dejarme fumar de nuevo para hallar al guardián. No se lo pedí en un arranque momentáneo, sino después de larga deliberación. Mi curiosidad con respecto al guardián era desproporcionadamente mayor que mi miedo, o que la desazón de perder mi claridad.
El procedimiento fue el mismo. Don Juan llenó una vez el cuenco de la pipa, y cuando hube terminado todo el contenido la limpió y la guardó.
El efecto fue marcadamente más lento; cuando empecé a sentirme un poco mareado don Juan se acercó y, sosteniendo mi cabeza en sus manos, me ayudó a acostarme sobre el lado izquierdo. Me dijo que estirara las piernas y me relajara, y luego me ayudó a poner el brazo derecho frente a mi cuerpo, al nivel del pecho. Volteó mi mano para que la palma presionara contra el petate, y dejó que mi peso descansara sobre ella. No hice nada por ayudarlo ni por estorbarlo, pues no supe qué estaba haciendo.
Tomó asiento frente a mí y me dijo que no me preocupara por nada. Dijo que el guardián vendría, y que yo tenía un asiento de primera fila para verlo. Añadió, en forma casual, que el guardián podía causar gran dolor, pero que había un modo de evitarlo. Dos días atrás, dijo, me había hecho sentarme al juzgar que yo ya tenía suficiente. Señaló mi brazo derecho y dijo que

lo había puesto deliberadamente en esa posición para que yo pudiera usarlo como una palanca con la cual impulsarme hacia arriba cuando así lo deseara.
Cuando hubo terminado de decirme todo eso, mi cuerpo estaba ya adormecido por completo. Quise presentar a su atención el hecho de que me sería imposible empujarme hacia arriba porque había perdido el control de mis músculos. Traté de vocalizar las palabras, pero no pude. Sin embargo, él parecía habérseme anticipado, y explicó que el truco estaba en la voluntad. Me instó a recordar la ocasión, años antes, en que yo había fumado los hongos por vez primera. En dicha ocasión caí al suelo y salté a mis pies nuevamente por un acto de lo que él llamó, en ese entonces, mi "voluntad"; me "levanté con el pensamiento". Dijo que ésa era, de hecho, la única manera posible de levantarse.
Lo que decía me resultaba inútil, pues yo no recordaba lo que en realidad había hecho años antes. Tuve un avasallador sentido de desesperación y cerré los ojos.
Don Juan me aferró por el cabello, sacudió vigorosamente mi cabeza y me ordenó, imperativo, no cerrar los ojos. No sólo los abrí, sino que hice algo que me pareció asombroso. Dije:
-No sé cómo me levanté aquella vez.
Quedé sobresaltado. Había algo muy monótono en el ritmo de mi voz, pero claramente se trataba de mi voz, y sin embargo creí con toda honestidad que no podía haber dicho eso, porque un minuto antes me hallaba incapacitado para hablar.
Miré a don Juan. El volvió el rostro hacia un lado y rió.
-Yo no dije eso -dije.
Y de nuevo me sobresaltó mi voz. Me sentí exaltado. Hablar bajo estas condiciones se volvía un proceso regocijante. Quise pedir a don Juan que explicara mi habla, pero me descubrí nuevamente incapaz de pronunciar una sola palabra. Luché con fiereza por dar voz a mis pensamientos, pero fue inútil. Desistí y en ese momento, casi involuntariamente, dije:
-¿Quién habla, quién habla?
Esa pregunta causó tanta risa a don Juan que en cierto momento se fue de lado.
Al parecer me era posible decir cosas sencillas, siempre y cuando supiera exactamente qué deseaba decir.
-¿Estoy hablando? ¿Estoy hablando? -pregunté.
Don Juan me dijo que, si no dejaba yo mis juegos, saldría a acostarse bajo la ramada y me dejaría solo con mis payasadas.
-No son payasadas -dije.
El asunto me parecía de gran seriedad. Mis pensamientos eran muy claros; mi cuerpo, sin embargo, estaba entumido: no podía sentirlo. No me hallaba sofocado, como alguna vez anterior bajo condiciones similares; estaba cómodo porque no podía sentir nada; no tenía el menor control sobre mi sistema voluntario, y no obstante podía hablar. Se me ocurrió la idea de que, si podía hablar, probablemente podría levantarme, como don Juan había dicho.
-Arriba -dije en inglés, y en un parpadeo me hallaba de pie.
Don Juan meneó la cabeza con incredulidad y salió de la casa.
-¡Don Juan! -llamé tres veces.
Regresó.
-Acuésteme -pedí.
-Acuéstate tú solo -dijo-. Parece que estás en gran forma.
Dije: -Abajo- y de pronto perdí de vista el aposento. No podía ver nada. Tras un momento, la habitación y don Juan volvieron a entrar en mi campo de visión. Pensé que debía haberme acostado con la cara contra el piso, y que él me había alzado la cabeza agarrándome del cabello.
-Gracias -dije con voz muy lenta y monótona.
-De nada -repuso, remedando mi entonación, y tuvo otro ataque de risa.
Luego tomó unas hojas y empezó a frotarme con ellas los brazos y los pies.
-¿Qué hace usted? -pregunté.
-Te estoy sobando -dijo, imitando mi penoso hablar monótono.
Su cuerpo se sacudía de risa. Sus ojos brillaban, amistosos. Me agradaba verlo. Sentí que don Juan era compasivo y justo

y gracioso. No podía reír con él, pero me habría gustado hacerlo. Otro sentimiento de regocijo me invadió, y reí; fue un sonido tan horrible que don Juan se desconcertó un instante.
-Más vale que te lleve a la zanja -dijo-, porque si no te vas a matar a payasadas.
Me puso en pie y me hizo caminar alrededor del cuarto. Poco a poco empecé a sentir los pies, y las piernas, y finalmente todo el cuerpo. Mis oídos reventaban con una presión extraña. Era como la sensación de una pierna o un brazo que se han dormido. Sentía un peso tremendo sobre la nuca y bajo el cuero cabelludo, arriba de la cabeza.
Don Juan me llevó apresuradamente a la zanja de irrigación atrás de su casa; me arrojó allí con todo y ropa. El agua fría redujo gradualmente la presión y el dolor, hasta que desaparecieron por entero.
Me cambié de ropa en la casa y tomé asiento y de nuevo sentí el mismo tipo de alejamiento, el mismo deseo de permanecer callado. Pero esta vez noté que no era claridad de mente ni poder de enfocar; más bien era una especie de melancolía y una fatiga física. Por fin, me quedé dormido.

12 de noviembre, 1968

Esta mañana, don Juan y yo fuimos a los cerros cercanos a recoger plantas. Caminamos unos diez kilómetros sobre terreno extremadamente áspero. Me cansé mucho. Nos sentamos a descansar, a iniciativa mía, y él abrió una conversación diciendo que se hallaba satisfecho de mis progresos.
-Ahora sé que era yo quien hablaba -dije-, pero en esos momentos podría haber jurado que era alguien más.
-Eras tú, claro -dijo-.
-¿Por qué no pude reconocerme?
-Eso es lo que hace el humito. Uno puede hablar sin darse cuenta; uno puede moverse miles de kilómetros y tampoco darse cuenta. Así es también como se pueden atravesar las cosas. El humito se lleva el cuerpo y uno está libre, como el viento; mejor que el viento: al viento lo para una roca o una pared o una montaña. El humito lo hace a uno tan libre como el aire; quizás hasta más libre: el aire se queda encerrado en una tumba y se vicia, pero con la ayuda del humito nada puede pararlo a uno ni encerrarlo.
Las palabras de don Juan desataron una mezcla de euforia y duda. Sentí una incomodidad avasalladora, una sensación de culpa indefinida.
-¿Entonces uno de verdad puede hacer todas esas cosas, don Juan?
-¿Tú qué crees? Preferirías creer que estás loco, ¿no? -dijo, cortante.
-Bueno, para usted es fácil aceptar todas esas cosas. Para mi es imposible.
-Para mi no es fácil. No tengo ningún privilegio sobre ti. Esas cosas son igualmente difíciles de aceptar para ti o para mí o para cualquier otro.
-Pero usted está en su elemento con todo esto, don Juan.
-Sí, pero bastante me costó. Tuve que luchar, quizá más de lo que tú luches nunca. Tú tienes un modo inexplicable de hacer que todo marche para ti. No tienes idea de cuánto hube de esforzarme para hacer lo que tú hiciste ayer. Tienes algo que te ayuda en cada paso del camino. No hay otra explicación posible de la manera en que aprendes las cosas de los poderes. Lo hiciste antes con Mescalito, ahora lo has hecho con el humito. Deberías concentrarte en el hecho de que tienes un gran don, y dejar de lado otras consideraciones.
-Lo hace usted sonar muy fácil, pero no lo es. Estoy roto por dentro.
-Te compondrás pronto. Una cosa es cierta, no has cuidado tu cuerpo. Estás demasiado gordo. No quise decirte nada antes. Siempre hay que dejar que los otros hagan lo que tienen que hacer. Te fuiste años enteros. Pero te dije que volverías, y volviste. Lo mismo pasó conmigo. Me rajé durante cinco años y medio.
-¿Por qué se alejó usted, don Juan?
-Por la misma razón que tú. No me gustaba.
-¿Por qué volvió?

-Por la misma razón por la que tú has vuelto: porque no hay otra manera de vivir.
Esa declaración tuvo un gran impacto sobre mí, pues yo me había descubierto pensando que tal vez no había otra manera de vivir. Jamás había expresado a nadie este pensamiento, pero don Juan lo había inferido correctamente.
Tras un silencio muy largo le pregunté:
-¿Qué hice ayer, don Juan?
-Te levantaste cuando quisiste.
-Pero no sé cómo lo hice.
-Toma tiempo perfeccionar esa técnica. Pero lo importante es que ya sabes cómo hacerlo.
-Pero no sé. Ese es el punto, que de veras no sé.
-Claro que sabes.
-Don Juan, le aseguro, le juro . . .
No me dejó terminar; se puso en pie y se alejó.

Más tarde, hablamos de nuevo sobre el guardián del otro mundo.
-Si creo que lo que he experimentado, sea lo que sea, tiene una realidad concreta -dije-, entonces el guardián es una criatura gigantesca que puede causar increíble dolor físico; y si creo que uno puede en verdad viajar distancias enormes por un acto de la voluntad, entonces es lógico concluir que también podría, con mi voluntad, hacer que el monstruo desapareciera. ¿Correcto?
-No del todo -dijo él-. Tu voluntad no puede hacer que el guardián desaparezca. Puede evitar que te haga daño; eso sí. Por supuesto, si llegas a lograr eso, tienes el camino abierto. Puedes pasar junto al guardián y no hay nada que él pueda hacer, ni siquiera revolotear como loco.
-¿Cómo puedo lograr eso?
-Ya sabes cómo. Nada más te hace falta práctica.
Le dije que sufríamos un malentendido brotado de nuestras diferencias en percibir el mundo. Dije que para mi saber algo significaba que yo debía tener plena conciencia de lo que estaba haciendo y que podía repetir a voluntad lo que sabía, pero en este caso ni tenía conciencia de lo que había hecho bajo la influencia del humo, ni podría repetirlo aunque mi vida dependiera de ello.
Don Juan me miró inquisitivo. Lo que yo decía parecía divertirlo. Se quitó el sombrero y se rascó las sienes, como hace cuando desea fingir desconcierto.
-De veras sabes hablar sin decir nada, ¿no? -dijo, riendo-. Ya te lo he dicho: hay que tener un empeño inflexible para llegar a ser hombre de conocimiento. Pero tú pareces tener el empeño de confundirte con acertijos. Insistes en explicar todo como si el mundo entero estuviera hecho de cosas que pueden explicarse. Ahora te enfrentas con el guardián y con el problema de moverte usando tu voluntad. ¿Alguna vez se te ha ocurrido que, en este mundo, sólo unas cuantas cosas pueden explicarse a tu modo? Cuando yo digo que el guardián te cierra realmente el paso y que podría sacarte el pellejo, sé lo que estoy diciendo. Cuando digo que uno puede moverse con su voluntad, también sé lo que digo. Quise enseñarte, poco a poco, cómo moverse, pero entonces me di cuenta de que sabes cómo hacerlo aunque digas que no.
-Pero de veras no sé cómo -protesté.
-Sí sabes, idiota -dijo con severidad, y luego sonrió-. Esto me hace acordar la vez que alguien puso a aquel muchacho Julio en una máquina segadora; sabía cómo manejarla aunque jamás lo había hecho antes.
-Sé a lo que se refiere usted, don Juan; de cualquier modo, siento que no podría hacerlo de nuevo, porque no estoy seguro de qué cosa hice.
-Un brujo charlatán trata de explicar todo en el mundo con explicaciones de las que no está seguro -dijo-, así que todo sale siendo brujería. Pero tú andas igual. También quieres explicarlo todo a tu manera, pero tampoco estás seguro de tus explicaciones.

VIII

Don Juan me preguntó abruptamente si planeaba irme a casa durante el fin de semana. Dije que mi intención era marcharme el lunes en la mañana. Estábamos sentados bajo su ramada a eso del mediodía del sábado 18 de enero de 1969, descansando tras una larga caminada en los cerros cercanos. Don Juan se levantó y entró en la casa. Unos momentos más tarde, me llamó. Se hallaba sentado a la mitad de su cuarto y había puesto mi petate frente al suyo. Me hizo seña de tomar asiento y sin decir palabra desenvolvió la pipa, la sacó de su funda, llenó el cuenco con la mezcla para fumar, y la encendió. Incluso llevó a su habitación una bandeja de barro llena de carbones pequeños.

No preguntó si yo estaba dispuesto a fumar. Simplemente me pasó la pipa y me dijo que chupara. No titubeé. Al parecer, don Juan había evaluado correctamente mi estado de ánimo; mi curiosidad avasalladora con respecto al guardián debe de haberle sido obvia. Sin necesidad de instancia alguna, fumé ávidamente todo el cuenco.

Las reacciones que tuve fueron idénticas a las que había experimentado antes. También don Juan procedió en forma muy similar. Esta vez, sin embargo, en vez de ayudarme a hacerlo, se limitó a indicarme que apuntalara el brazo derecho sobre el petate y me acostara del lado izquierdo. Sugirió que cerrara el puño si eso mejoraba el apalancamiento.

Cerré, efectivamente, el puño derecho, pues me resultaba más fácil que volver la palma contra el piso yaciendo con el peso sobre la mano. No tenía sueño; sentí calor durante un rato, luego perdí toda sensación.

Don Juan se acostó de lado, encarándome; su antebrazo izquierdo descansaba sobre el codo y apoyaba su cabeza como en un cojín. Reinaba una placidez perfecta, incluso en mi cuerpo, que para entonces carecía de sensaciones táctiles. Me sentía muy a gusto.

-Es agradable -dije.

Don Juan se levantó apresuradamente.

-No vayas a empezar con tus carajadas -dijo con acritud-. No hables. Toda la energía se te va a ir en hablar, y entonces el guardián te aplastará como quien apachurra un mosquito.

Sin duda pensó que su símil era chistoso, pues empezó a reír, pero se detuvo de pronto.

-No hables, por favor no hables -dijo con una expresión seria en el rostro.

-No iba a decir nada -dije, y en realidad no quería decir eso.

Don Juan se puso en pie. Lo vi alejarse hacia la parte trasera de su casa. Un momento después advertí que un mosquito había aterrizado en mi petate, y eso me llenó de un tipo de ansiedad que jamás había experimentado antes. Era una mezcla de exaltación, angustia y miedo. Me hallaba totalmente consciente de que algo transcendental estaba a punto de revelarse frente a mí; un mosco que guardaba el otro mundo. La idea era ridícula; sentí ganas de reír con fuerza, pero entonces me di cuenta de que mi exaltación me distraía y de que iba a perderme un periodo de transición que deseaba clarificar. En mi anterior intento de ver al guardián, primero había mirado al mosquito con el ojo izquierdo, y luego sentí que me había incorporado y lo miraba con ambos ojos, pero no tuve conciencia de cómo ocurrió esa transición.

Vi al mosquito girar sobre el petate, frente a mi rostro, y advertí que lo miraba con ambos ojos. Se acercó mucho; en un momento dado ya no pude verlo con los dos ojos y cambié el enfoque a mi ojo izquierdo, que se hallaba al nivel del piso. En el instante en que alteré el enfoque sentí también haber enderezado mi cuerpo hasta cobrar una posición completamente vertical, y me hallé mirando a un animal increíblemente enorme. Era de pelambre negra brillante.

Su parte delantera estaba cubierta de pelo largo, negro, insidioso, que daba la impresión de espigones que brotaban por las ranuras de unas escamas lisas y brillosas.

De hecho, el pelo se hallaba dispuesto en mechones. El cuerpo era macizo, grueso y redondo. Las alas eran anchas y cortas en comparación con el largo del cuerpo. La criatura tenía dos ojos blancos saltones y una trompa larga. Esta vez semejaba más un lagarto. Parecía tener orejas largas, o acaso cuernos, y babeaba.

Me esforcé por contemplarlo con fijeza y entonces cobré plena conciencia de que no podía mirarlo igual que como miro ordinariamente las cosas. Tuve una idea extraña; mirando el cuerpo del guardián sentí que cada una de sus partes poseía vida independiente, así como están vivos los ojos de los hombres. Advertí entonces, por primera vez en mi existencia, que los ojos de un hombre eran la única parte de su persona capaz de indicarme si estaba vivo o no. El guardián, en cambio, tenía un "millón de ojos".

Consideré que éste era un descubrimiento notable. Antes de esta experiencia, yo había especulado sobre las comparaciones aptas para describir las "distorsiones" que convertían a un mosquito en una bestia gigantesca, y había pensado que un buen símil era "como mirar un insecto a través del lente de aumento de un microscopio". Pero no era así. Al parecer, ver al guardián era mucho más complejo que mirar un insecto amplificado.

El guardián empezó a girar frente a mí. En cierto momento se detuvo y sentí que me estaba mirando. Noté entonces que no producía sonido alguno. La danza del guardián era silenciosa. Lo imponente estaba en su aspecto: sus ojos saltones; su horrenda boca; su babear; su pelo insidioso; y sobre todo su increíble tamaño. Observé con mucha atención la forma en que movía las alas, cómo las hacía vibrar sin sonido. Observé cómo se deslizaba sobre el piso semejando un monumental patinador sobre hielo.

Mirando esa criatura pesadillesca frente a mí, me sentía en verdad exaltado. Creía realmente haber descubierto el secreto de vencerla. Pensé que el guardián era sólo una imagen en movimiento sobre una pantalla muda; no podía hacerme daño; únicamente parecía aterradora.

El guardián estaba inmóvil, encarándome; de pronto aleteó y dio la media vuelta. Su lomo parecía una armadura de color brillante; el resplandor deslumbraba pero el matiz era repugnante: era mi color desfavorable. El guardián permaneció un rato dándome la espalda y luego, aleteando, volvió a deslizarse hasta que se perdió de vista.

Me vi ante un dilema muy extraño. Honradamente creía haberlo vencido al tomar conciencia de que sólo presentaba una imagen de ira. Mi creencia se debía tal vez a la insistencia de don Juan en que yo conocía más de lo que estaba dispuesto a admitir. En todo caso, sentía haber vencido al guardián y tener despejado el camino. Pero no sabía cómo proceder. Don Juan no me había dicho qué hacer en una situación así. Traté de volverme a mirar a mi espalda, pero no pude moverme. Sin embargo, podía ver muy bien la mayor parte de un panorama de 180 grados ante mis ojos. Y lo que veía era un horizonte nebuloso, amarillo pálido; parecía gaseoso. Una especie de tono limón cubría uniformemente todo cuanto me era posible observar. Al parecer me hallaba en una meseta llena de vapores sulfurosos.

De improviso, el guardián volvió a aparecer en un punto del horizonte. Describió un amplio círculo antes de pararse frente a mí; su hocico estaba muy abierto, como una enorme caverna; no tenía dientes. Vibró las alas un instante y luego me embistió. Se lanzó contra mí como un toro, y sus alas gigantescas oscilaron buscando mis ojos. Grité de dolor y luego volé, o más bien sentí haberme disparado hacia arriba, me remonté más allá del guardián, más allá de la meseta amarillenta, hasta otro mundo, el mundo de los hombres, y me encontré de pie a mitad del cuarto de don Juan.

19 de enero, 1969

-Realmente pensé haber vencido al guardián -dije a don Juan.
-Debes de estar bromeando -dijo él.
Don Juan no me había dicho una sola palabra desde el día anterior, y eso no me causaba molestia. Había estado inmerso en una especie de ensoñación, y nuevamente había sentido que de mirar con empeño sería capaz de "ver", pero no vi nada diferente. El no hablar, sin embargo, me había hecho descansar muchísimo.
Don Juan me pidió referir la secuencia de mi experiencia, y lo que le interesó particularmente fue el color que yo había visto en el lomo del guardián. Don Juan suspiró, al parecer realmente preocupado.
-Tuviste suerte de que el color estuviera en el lomo del guardián -dijo con rostro serio-. Si hubiera estado en la parte delantera de su cuerpo, o peor todavía, en su cabeza, ahora estarías muerto. No debes tratar de ver al guardián nunca más. No es tu temperamento cruzar esa llanura; sin embargo, yo estaba convencido de que podrías atravesarla. Pero ya no hablemos de eso. Este era sólo uno de diversos caminos.
Capté una pesadez fuera de lo común en el tono de don Juan.
-¿Qué me pasará si trato de ver nuevamente al guardián?
-El guardián te llevará -dijo él-. Te cogerá con la boca y te llevará a esa llanura y te dejará allí para siempre. Es evidente que el guardián supo que no es tu temperamento y te advirtió que te fueras.
-¿Cómo piensa usted que el guardián supo eso?
Don Juan me dedicó una mirada larga y firme. Trató de decir algo, pero desistió como incapaz de hallar las palabras adecuadas.
-Siempre caigo en tus preguntas -dijo sonriendo-. Cuando me preguntaste eso no estabas pensando en realidad, ¿no?
Protesté y volví a afirmar que me desconcertaba el conocimiento que el guardián tenía de mi temperamento.
Don Juan tenía un brillo extraño en los ojos al decir:
-Y tú que ni siquiera le mencionaste al guardián nada acerca de tu temperamento, ¿verdad?
Su tono era tan cómicamente serio que ambos reímos. Tras un rato, empero, don Juan dijo que el guardián, siendo el cuidador, el vigía de ese mundo, conocía muchos secretos que un brujo tenía derecho a compartir.
-Esa es una manera en que un brujo llega a ver -dijo-. Pero ése no será tu dominio, así que no tiene caso hablar de ello.
-¿Fumar es el único modo de ver al guardián? -pregunté.
-No. También podrías verlo sin fumar. Hay montones de gente que pueden hacerlo. Yo prefiero el humo porque es más efectivo y menos peligroso para uno. Si tratas de ver al guardián sin ayuda del humo, lo más probable es que tardes en quitártele del paso. En tu caso, por ejemplo, es obvio que el guardián te estaba advirtiendo cuando te dio la espalda para que miraras tu color enemigo. Entonces se fue; pero cuando volvió tú seguías allí, así que te embistió. Pero tú estabas preparado y saltaste. El humito te dio la protección que necesitabas; de haberte metido en ese mundo sin su asistencia, no habrías podido librarte de la garra del guardián.
-¿Por qué no?
-Tus movimientos habrían sido demasiado lentos. Para sobrevivir en ese mundo hay que ser veloz como el rayo. Cometí un error al salirme del cuarto, pero no quería que siguieras hablando. Eres un lengualarga y hablas aunque no quieras. De haber estado allí contigo, te habría subido la cabeza. Saltaste solo y eso fue todavía mejor, pero prefiero no correr esos riesgos; el guardián no es cosa de juego.

IX

Durante tres meses, don Juan evitó sistemáticamente hablar del guardián. En dicho lapso le hice cuatro visitas; él me

mandaba a realizar encargos y, cuando se hallaban cumplidos, me decía simplemente que regresara a mi casa. El 24 de abril de 1969, la cuarta vez que estuve con él, tuvimos por fin una confrontación, después de cenar, sentados junto a su estufa de tierra. Le dije que me estaba haciendo algo incongruente; yo estaba dispuesto a aprender y él ni siquiera quería tenerme cerca. Yo había tenido que luchar muy duro para superar mi aversión a usar sus hongos alucinógenos y sentía, como él mismo había dicho, que no tenía tiempo que perder.

Don Juan escuchó pacientemente mis quejas.

-Eres demasiado débil -dijo-. Te apuras cuando deberías esperar, pero esperas cuando deberías darte prisa. Piensas demasiado. Ahora piensas que no hay tiempo que perder.

"Y hace poco pensabas que no querías volver a fumar. Tu vida es como una pelota desinflada y ahorita no te da para encontrarte con el humito. Yo soy responsable de ti y no quiero que mueras como un idiota."

Me sentí apenado.

-¿Qué puedo hacer, don Juan? Soy muy impaciente.

-¡Vive como guerrero! Ya te he dicho: un guerrero acepta la responsabilidad de sus actos, del más trivial de sus actos. Tú actúas tus pensamientos y eso está mal. Fallaste con el guardián a causa de tus pensamientos.

-¿Cómo fallé, don Juan?

-Pensando todo. Pensaste en el guardián y por eso no pudiste vencerlo,

"Primero debes vivir como un guerrero. Creo que entiendes eso muy bien."

Quise intercalar algo en mi defensa, pero él me calló con un ademán.

-Tu manera de vivir es suficientemente templada -prosiguió-. En realidad, es más templada que la de Pablito o la de Néstor, los aprendices de Genaro, y así y todo ellos ven y tú no. Tu vida es más compacta que la de Eligio y él probablemente verá antes que tú. Eso de veras me confunde. Ni siquiera Genaro puede acabar de entenderlo. Has cumplido fielmente todo lo que te he mandado hacer. Todo cuanto mi benefactor me enseñó, en la primera etapa del aprendizaje, te lo he pasado. La regla es justa, los pasos no pueden cambiarse. Has hecho todo cuanto uno tiene que hacer y sin embargo no ves; pero a los que ven, como Genaro, les parece que ves. Yo me fío de eso y caigo en una trampa. Siempre acabas portándote como un tonto que no ve, y por supuesto eso es lo que eres.

Las palabras de don Juan me despertaron una profunda zozobra. Sin saber por qué, me hallaba a punto de llorar. Empecé a hablar de mi niñez y una oleada de pesar me envolvió. Don Juan se me quedó viendo un instante y luego apartó los ojos. Fue una mirada penetrante. Sentí que literalmente me había agarrado con los ojos. Tuve la sensación de dos dedos que me asían con suavidad y advertí una agitación extraña, una comezón, una desazón agradable en la zona de mi plexo solar. Estaba tremendamente consciente de mi región abdominal. Percibí su calor. Ya no pude hablar coherentemente; mascullé algo antes de callar por entero.

-Ha de ser la promesa -dijo don Juan tras una larga pausa.

-¿Cómo?

-Una promesa que hiciste una vez, hace mucho.

-¿Qué promesa?

-A lo mejor tú puedes decírmelo. Sí te acuerdas de ella, ¿no?

-No.

-Una vez prometiste algo muy importante. Pensé que quizá tu promesa te evitaba ver.

-No sé de qué habla usted.

-¡Hablo de una promesa que hiciste! Tienes que recordarla.

-Si usted sabe cuál fue la promesa, ¿por qué no me lo dice, don Juan?

-No. De nada serviría decirte.

-¿Fue una promesa que me hice a mi mismo?

Por un momento pensé que podría estarse refiriendo a mi decisión de abandonar el aprendizaje.

-No. Esto es algo que pasó hace mucho tiempo -dijo.
Reí, seguro de que don Juan estaba jugando conmigo. Me sentí lleno de malicia. Tuve un sentimiento de exaltación ante la idea de poder engañar a don Juan, quien, me hallaba convencido, sabía tan poco como yo acerca de la supuesta promesa. Sin duda buscaba en la oscuridad y trataba de improvisar. La idea de seguirle la corriente me deleitó.
-¿Fue algo que le prometí a mi abuelito?
-No -dijo él, y sus ojos brillaron-. Tampoco fue algo que le prometiste a tu abuelita.
La ridícula entonación que dio a la palabra "abuelita" me hizo reír. Pensé que don Juan me estaba poniendo alguna trampa, pero me hallaba dispuesto a jugar el juego hasta el final. Empecé a enumerar todos los posibles individuos a quienes yo habría podido prometer algo de gran importancia. El dijo no cada vez. Luego encaminó la conversación hacia mi niñez.
-¿Por qué fue triste tu niñez? -preguntó con gesto serio.
Le dije que mi infancia no había sido en verdad triste, sino acaso un poco difícil.
-Todo el mundo siente lo mismo -dijo, mirándome de nuevo-. También yo pasé de niño muchas desdichas y temores. Ser un niño indio es duro, muy duro. Pero el recuerdo de aquel tiempo ya no tiene otro significado sino que fue duro. Dejé de pensar en las penalidades de mi vida aun antes de que aprendiera a ver.
-Yo tampoco pienso en mi niñez -dije.
-¿Entonces por qué te entristece? ¿Por qué tienes ganas de llorar?
-No sé. Tal vez cuando me recuerdo de niño siento lástima de mí mismo y de todos mis semejantes. Me siento indefenso y triste.
Me miró con fijeza y de nuevo mi región abdominal registró la extraña sensación de dos dedos suaves que la aferraban. Aparté los ojos y luego volví a mirarlo. El miraba la distancia más allá de mí; tenía los ojos nebulosos, desenfocados.
-Fue una promesa de tu niñez -dijo tras un silencio momentáneo.
-¿Qué cosa prometí?
No respondió. Tenía los ojos cerrados. Sonreí involuntariamente; sabía que don Juan estaba tentaleando en la oscuridad; sin embargo, había perdido en parte mi ímpetu original de seguirle el juego.
-Yo era un niño flaco -prosiguió-, y siempre tenía miedo.
-También yo -dije.
-Lo que más recuerdo es el terror y la tristeza que se me vinieron encima cuando los soldados yoris mataron a mi madre -dijo suavemente, como si el recuerdo fuera aún doloroso-. Era una india pobre y humilde. Tal vez fue mejor que su vida se acabara entonces. Yo quería que me mataran con ella, porque era un niño. Pero los soldados me levantaron y me golpearon. Cuando me agarré al cuerpo de mi madre, me rompieron los dedos de un fuetazo. No sentí dolor, pero ya no pude cerrar las manos, y entonces me llevaron a rastras.
Dejó de hablar. Sus ojos seguían cerrados y pude percibir un temblor muy leve en sus labios. Una profunda tristeza empezó a invadirme. Imágenes de mi propia infancia inundaban mi mente.
-¿Cuántos años tenía usted, don Juan? -pregunté, sólo por disipar mi tristeza.
-Como siete. Era el tiempo de las grandes guerras yaquis. Los soldados yoris nos cayeron de sorpresa mientras mi madre preparaba algo de comer. Era una mujer indefensa. La mataron sin ningún motivo. No tiene nada que ver el que haya muerto así, en realidad no importa, pero para mí sí. No puedo decirme por qué, sin embargo; nada más me importa. Creí que también habían matado a mi padre, pero no. Estaba herido. Luego nos metieron en un tren, como reses, y cerraron la puerta. Días y días nos tuvieron allí en la oscuridad, como animales. Nos mantenían vivos con pedazos de comida que de vez en cuando echaban en el vagón.
"Mi padre murió de sus heridas en ese vagón. En el delirio del dolor y la fiebre me decía y me repetía que yo tenía que vivir. Siguió diciéndome eso hasta el último momento de su vida.

"La gente me cuidaba; me daba comida; una vieja curandera me compuso los huesos rotos de la mano. Y como puedes ver, viví. La vida no ha sido ni buena ni mala conmigo; la vida ha sido dura. La vida es dura, y para un niño es a veces el horror mismo."

Quedamos largo rato sin hablar. Alrededor de una hora transcurrió en silencio completo. Yo experimentaba sentimientos muy confusos. Me sentía algo afligido, pero no podía saber la razón. Experimentaba un sentido de remordimiento. Un rato antes había estado dispuesto a seguirle la corriente a don Juan, pero de pronto él había trastocado la situación con su relato directo. Había sido sencillo y conciso y me había producido un sentimiento extraño. La idea de un niño soportando dolor era un tema al que yo siempre había sido susceptible. En un instante, mis sentimientos de empatía hacia don Juan cedieron el paso a una sensación de disgusto conmigo mismo. Allí estaba yo, tomando notas, como si la vida de don Juan fuera sólo un caso clínico. Estaba a punto de romper mis notas cuando don Juan me dio un leve puntapié en la pantorrilla para llamar mi atención. Dijo que "veía" a mi alrededor una luz de violencia y que se preguntaba si iba yo a empezar a golpearlo. Su risa fue un alivio delicioso. Dijo que yo era dado a explosiones de conducta violenta, pero que en realidad no era malo y que la mayor parte del tiempo la violencia era contra mi mismo.

-Tiene usted razón, don Juan -dije.

-Por supuesto -dijo, riendo.

Me instó a hablar de mi niñez. Empecé a contarle mis años de miedo y soledad y me metí a describirle lo que yo consideraba mi abrumadora lucha por sobrevivir y conservar mi espíritu. Rió de la metáfora de "conservar mi espíritu".

Hablé largo rato. El escuchaba con expresión grave. Entonces, en un momento dado, sus ojos volvieron a "asirme" y dejé de hablar. Tras una pausa momentánea, don Juan dijo que nadie me había humillado nunca, y que ése era el motivo de que yo no fuera realmente malo.

-Todavía no has sido derrotado -dijo. Repitió la frase cuatro o cinco veces, de manera que me sentí obligado a preguntarle qué quería decir con ella. Explicó que la derrota era una condición inevitable de la vida. Los hombres eran victoriosos o derrotados y, según eso, se convertían en perseguidores o en víctimas. Estas dos condiciones prevalecían mientras uno no "veía"; el "ver" disipaba la ilusión de la victoria, la derrota o el sufrimiento. Añadió que yo debía aprender a "ver" mientras fuese victorioso, para evitar el tener jamás el recuerdo de una humillación.

Protesté: no era victorioso ni lo había sido nunca, en nada; mi vida era, si acaso, una derrota.

Rió y arrojó al suelo su sombrero.

-Si tu vida es la derrota que dices, pisa mi sombrero -me desafió en broma.

Argumenté sinceramente mi parecer. Don Juan se puso serio. Sus ojos se achicaron hasta convertirse en finas ranuras. Dijo que las razones por las que yo consideraba mi vida una derrota no eran la derrota en sí. Luego, en un movimiento rápido y completamente inesperado, me tomó la cabeza entre las manos colocando sus palmas contra mis sienes. Sus ojos cobraron fiereza al mirar los míos. Asustado, aspiré por la boca, profunda e involuntariamente. Soltó mi cabeza y se reclinó contra la pared, aún escudriñándome. Se había movido con tal rapidez que, cuando se relajó y se recargó cómodamente en la pared, yo seguía a la mitad de mi aspiración profunda. Me sentí mareado, incómodo.

-Veo un niño que llora -dijo don Juan tras una pausa.

Lo repitió varias veces, como si yo no comprendiera. Tuve el sentimiento de que su frase se refería a mí, de modo que no le presté verdadera atención.

-¡Oye! -dijo, exigiendo mi concentración total-. Veo un niño que llora.

Le pregunté si ese niño era yo. Dijo que no. Le pregunté entonces si era una visión de mi vida o sólo un recuerdo de la suya. No respondió.

-Veo un niño -siguió diciendo-. Llora y llora.

-¿Es un niño que yo conozco? -pregunté.
-Sí.
-¿Es mi niño?
-No.
-¿Está llorando ahora?
-Está llorando ahora -dijo con convicción.
Pensé que don Juan tenía una visión de un niño que yo conocía y que en ese mismo instante estaba llorando. Pronuncié los nombres de todos los niños que conocía, pero él dijo que esos niños no tenían que ver con mi promesa, y que el niño que lloraba era muy importante con relación a ella.
Las aseveraciones de don Juan parecían incongruentes. Había dicho que yo prometí algo a alguien durante mi infancia, y que el niño que lloraba en ese preciso momento era importante para mi promesa. Le dije que sus palabras no tenían sentido. Repitió calmadamente que "veía" a un niño llorar en ese momento, y que el niño estaba herido.
Luché seriamente por dar a sus afirmaciones algún tipo de ilación ordenada, pero no podía relacionarlas con nada de lo cual yo tuviera conciencia.
-No doy en el clavo -dije-, porque no puedo recordar haber hecho a nadie una promesa importante, y menos a un niño.
Achicó de nuevo los ojos y dijo que el niño que lloraba en ese preciso momento era un niño de mi infancia.
-¿Era niño durante mi niñez y sigue llorando ahora? -pregunté.
-Es un niño que está llorando ahora -insistió.
-¿Se da usted cuenta de lo que dice, don Juan?
-Sí.
-No tiene sentido. ¿Cómo puede ser un niño ahora, si lo fue cuando yo mismo era niño?
-Es un niño y está llorando ahora -dijo con terquedad.
-Explíqueme eso, don Juan.
-No. Tú me lo tienes que explicar a mí.
A fe, me resultaba imposible sondear aquello a lo cual se refería.
-¡Está llorando! ¡Está llorando! -siguió diciendo don Juan en tono hipnótico-. Y ahora te abraza. ¡Está herido! ¡Está herido! Y te mira. ¿Sientes sus ojos? Está hincado y te abraza. Es más chico que tú. Vino a ti corriendo. Pero tiene el brazo roto. ¿Sientes su brazo? Ese niño tiene una nariz que parece botón. ¡Si! Es una nariz de botón.
Mis oídos empezaron a zumbar y perdí la noción de hallarme en la casa de don Juan. Las palabras "nariz de botón" me arrojaron de inmediato en una escena de mi niñez. ¡Yo conocía a un niño con nariz de botón! Don Juan se había colado en uno de los sitios más recónditos de mi vida. Supe entonces de qué promesa hablaba. Experimenté exaltación, desesperación, reverencia temerosa hacia don Juan y su espléndida maniobra. ¿Cómo demonios sabía lo del niño con nariz de botón de mi infancia? El recuerdo evocado en mí por don Juan me agitó a tal grado que el poder de mi memoria me hizo retroceder a un tiempo en el que yo tenía ocho años. Esa fue sin duda la época más atormentada de mi niñez. El carácter dulce y apacible de mis padres no contribuyó de ninguna manera a prepararme para el embate de mis compañeros de escuela y primos de mi edad. Había más de veinte niños con quien vérmelas día a día. Eran fuertes y, sin darse cuenta, absolutamente brutales. Su crueldad llegaba a extremos verdaderamente extravagantes. Yo sentía entonces estar rodeado de enemigos, y en los torturantes años siguientes libré una guerra sórdida y desesperada. Finalmente, por medios que a estas alturas sigo sin conocer, logré someter a todos mis primos. Era en verdad victorioso. Ya no tenía competidores que contaran. Sin embargo, yo no me di cuenta de eso, ni tampoco sabía cómo detener mi guerra, que lógicamente se extendió a los terrenos de la escuela.
Los salones de la escuela rural a la que asistía eran mixtos, y los años primero y tercero estaban separados únicamente por un espacio entre los pupitres. Fue allí donde conocía un niño de nariz plana, a quien fastidiaban con el apodo "Nariz de botón". Cursaba el primer año. Yo solía

ensañarme con él al azar, sin verdadera intención de hacerlo.
Pero él parecía simpatizar conmigo a pesar de cuanto le hacía. Solía seguirme a todas partes e incluso guardaba el secreto de que yo era el responsable de algunas de las maldades que desconcertaban al director. Sin embargo, yo seguía molestándolo. Un día derribé a propósito un pesado pizarrón de caballete; cayó sobre él; el pupitre donde se hallaba sentado absorbió parte del impacto, pero así y todo el golpe le rompió la clavícula. Cayó al suelo. Lo ayudé a levantarse y vi el dolor y el susto en sus ojos mientras él me miraba y se me abrazaba. El choque de verlo sufrir con un brazo destrozado fue más de lo que pude soportar. Durante años, yo había batallado sañudamente contra mis primos, y había vencido; había sojuzgado a mis enemigos; me había sentido bueno y poderoso hasta el momento en que la figura llorosa del niñito con nariz de botón demolió mis victorias. Allí mismo abandoné la batalla. En todas las formas de que era capa, me hice el propósito de no triunfar nunca más. Pensé que tendrían que cortarle el brazo, y prometí que si el niño se curaba yo jamás volvería a ser victorioso. Renuncié por él a mis victorias. Así fue como lo comprendí entonces.
Don Juan había abierto una llaga purulenta en mi vida. Me sentí aturdido, acongojado. Un pozo de tristeza sin alivio me llamaba, y sucumbí a él. Sentí sobre mí el peso de mis acciones. El recuerdo de aquel niñito con nariz de botón, cuyo nombre era Joaquín, me produjo una angustia tan vívida que lloré. Hablé a don Juan de mi tristeza por ese niño que jamás tuvo nada, ese joaquincito que no tenía dinero para ver a un médico y cuyo brazo nunca sanó debidamente. Y todo lo que yo pude darle fueron mis victorias pueriles. Me sentía lleno de vergüenza.
-Déjate de babosadas -dijo don Juan, imperioso-. Diste bastante. Tus victorias eran fuertes y eran tuyas. Diste bastante. Ahora debes cambiar tu promesa.
-¿Cómo la cambio? ¿Lo digo y ya?
-Una promesa de ésas no se cambia nada más con decirlo. Quizá muy pronto puedas saber qué se hace para cambiarla. Entonces a lo mejor hasta llegas a ver.
-¿Puede usted darme algunas sugerencias, don Juan?
-Debes esperar con paciencia, sabiendo que esperas y sabiendo qué cosa esperas. Ese es el modo del guerrero. Y si se trata de cumplir tu promesa, debes conocer que la estás cumpliendo. Entonces llegará un momento en el que tu espera habrá terminado y ya no tendrás que honrar tu promesa. No hay nada que puedas hacer por la vida de ese niño. Sólo él podría cancelar ese acto.
-¿Pero cómo?
-Aprendiendo a reducir a nada sus necesidades. Mientras piense que fue una víctima, su vida será un infierno. Y mientras tú pienses lo mismo, tu promesa vale. Lo que nos hace desdichados es la necesidad. Pero si aprendemos a reducir a nada nuestras necesidades, la cosa más pequeña que recibamos será un verdadero regalo. Ten paz: le hiciste un buen regalo a Joaquín. Ser pobre o necesitado es sólo un pensamiento; y lo mismo es odiar, o tener hambre, o sentir dolor.
-No puedo creer eso en verdad, don Juan. ¿Cómo pueden ser sólo pensamientos el hambre y el dolor?
-Para mí, ahora, son sólo pensamientos. Eso es todo lo que sé. He logrado esa hazaña. Esa hazaña es poder y ese poder es todo lo que tenemos, fíjate bien, para oponernos a las fuerzas de nuestras vidas; sin ese poder somos basuras, polvo en el viento.
-No dudo que usted lo hay logrado, don Juan, ¿pero cómo puede un hombre común, digamos yo o el Joaquincito, llegar a eso?
-A nosotros, como individuos, nos toca oponernos a las fuerzas de nuestras vidas. Esto te lo he dicho mil veces: sólo un guerrero puede sobrevivir. Un guerrero sabe que espera y sabe lo que espera, y mientras espera no quiere nada y así cualquier cosita que recibe es más de lo que puede

tomar. Si necesita comer halla el modo, porque no tiene hambre; si algo lastima su cuerpo halla el modo de pararlo, porque no siente dolor. Tener hambre o sentir dolor significa que uno se ha entregado y que ya no se es guerrero; las fuerzas de su hambre y su dolor lo destruirán.

Quise seguir discutiendo el tema, pero me detuve al darme cuenta de que con la discusión estaba levantando una barrera para protegerme de la fuerza devastadora de la prodigiosa hazaña de don Juan, que me había tocado tan hondo y con tal poder, ¿Cómo supo? Pensé que tal vez le había contado la historia del niño con nariz de botón durante uno de mis estados profundos de realidad no ordinaria. No recordaba haberlo hecho, pero el olvido bajo tales condiciones era comprensible.

-¿Cómo supo usted de mi promesa, don Juan?

-La vi.

-¿La vio usted cuando tomé Mescalito, o cuando fumé su mezcla?

-La vi hoy. Ahorita.

-¿Vio usted todo el episodio?

-Ahí vas otra vez. Ya te dije: no tiene caso hablar de cómo es ver. No es nada.

No prolongué más el asunto. Emotivamente me hallaba convencido.

-Yo también hice una vez un juramento -dijo don Juan de repente.

El sonido de su voz me hizo saltar.

-Prometí a mi padre que viviría para destruir a sus asesinos. Años enteros cargué con esa promesa. Ahora la promesa está cambiada. Ya no me interesa destruir a nadie. No odio a los yoris. No odio a nadie. He aprendido que los incontables caminos que uno recorre en su vida son todos iguales. Los opresores y los oprimidos se encuentran al final, y lo único que sigue valiendo es que la vida fue demasiado corta para ambos. Hoy no me siento triste porque mis padres murieran como murieron; me siento triste porque eran indios. Vivieron como indios y murieron como indios y nunca se dieron cuenta de que antes que nada eran gente.

X

Volvía visitar a don Juan el 30 de mayo de 1969, y de buenas a primeras le dije que deseaba hacer un nuevo intento por "ver". Meneó la cabeza negativamente y rió, y me sentí impelido a protestar. Me dijo que yo debía ser paciente y que el tiempo no era propicio, pero yo insistí obstinadamente en que me hallaba preparado.

No pareció molestarse con mi insistencia. Sin embargo, trató de cambiar el tema. No cedí, y le pedí consejo acerca de cómo superar mi impaciencia.

-Debes actuar como guerrero -dijo.

-¿Cómo?

-Uno aprende a actuar como guerrero actuando, no hablando.

-Dijo usted que un guerrero piensa en su muerte. Yo hago eso todo el tiempo; por lo visto no es suficiente.

Pareció tener un estallido de impaciencia e hizo con los labios un sonido chasquearte. Le dije que no era mi intención hacerlo enojar, y que si no me necesitaba allí en su casa, estaba dispuesto a regresar a Los Ángeles. Don Juan me dio palmaditas en la espalda y dijo que jamás se enojaba conmigo; sencillamente, había supuesto que yo sabía lo que significaba ser un guerrero.

-¿Qué puedo hacer para vivir como un guerrero? -pregunté.

Se quitó el sombrero y se rascó las sienes. Me miró con fijeza y sonrió.

-Te gusta que todo te lo deletreen, ¿verdad?

-Mi mente trabaja en esa forma.

-No hay necesidad de ser así.

-No sé cómo cambiar. Por eso le pido que me diga exactamente qué hacer para vivir como guerrero; si lo supiera, podría hallar un modo de adaptarme a ello.

Debe de haber pensado que mis frases eran humorísticas; me palmeó la espalda mientras reía.

Tuve la impresión de que en cualquier momento me pediría marcharme, de modo que rápidamente tomé asiento en mi petate, frente a él, y empecé a hacerle más

preguntas. Quise saber por qué tenía que esperar.
Me explicó que si yo trataba de "ver" a lo loco, antes de "sanar las heridas" que recibí luchando contra el guardián, lo más probable era que volviese a encontrarme con el guardián aunque no anduviera buscándolo. Don Juan me aseguró que nadie en esa posición podría sobrevivir tal encuentro.
-Debes olvidar por completo al guardián antes de embarcarte nuevamente en la empresa de ver -dijo.
-¿Cómo es posible olvidar al guardián?
-Un guerrero tiene que usar su voluntad y su paciencia para olvidar. De hecho, un guerrero no tiene más que su voluntad y su paciencia, y con ellas construye todo lo que quiere.
-Pero yo no soy un guerrero.
-Has empezado a aprender las brujerías. Ya no te queda más tiempo para retiradas ni para lamentos. Sólo tienes tiempo para vivir como un guerrero y trabajar por la paciencia y la voluntad, quieras o no quieras.
-¿Cómo trabaja un guerrero por ellas?
Don Juan meditó largo rato antes de responder.
-Creo que no hay manera de hablar de eso -dijo por fin-. Y menos de la voluntad. La voluntad es algo muy especial. Ocurre misteriosamente. No hay en realidad manera de decir cómo la usa uno, excepto que los resultados de usar la voluntad son asombrosos. Acaso lo primero que se debe hacer es saber que uno puede desarrollar la voluntad. Un guerrero lo sabe y se pone a esperar. Tu error es no saber que estás esperando a tu voluntad.
"Mi benefactor decía que un guerrero sabe que espera y sabe lo que espera. En tu caso, tú sabes que esperas. Llevas años aquí conmigo, pero no sabes qué estás esperando. Es muy difícil, si no imposible, que el hombre común y corriente sepa lo que está esperando. Pero un guerrero no tiene problemas; sabe que está esperando a su voluntad."
-¿Qué es exactamente la voluntad? ¿Es determinación, como la determinación de su nieto Lucio de tener una motocicleta?
-No -dijo don Juan suavemente, y soltó una risita-. Eso no es voluntad. Lucio nada más se entrega. La voluntad es otra cosa, algo muy claro y poderoso que dirige nuestros actos. La voluntad es algo que un hombre usa, por ejemplo, para ganar una batalla que, según todos los cálculos, debería perder.
-Entonces la voluntad debe ser lo que llamamos valor -dije.
-No. El valor es otra cosa. Los hombres valientes son hombres dignos de confianza, hombres nobles perennemente rodeados de gente que se congrega en torno suyo y los admira; pero muy pocos hombres valientes tienen voluntad. Por lo general son hombres sin miedo, dados a hacer acciones temerarias de sentido común; casi siempre, un hombre valiente es también temible y temido. La voluntad, en cambio, tiene que ver con hazañas asombrosas que desafían nuestro sentido común.
-¿Es la voluntad el dominio que podemos tener sobre nosotros mismos? -pregunté.
-Se puede decir que es una especie de dominio.
-¿Cree usted que yo pueda ejercitar mi voluntad, por ejemplo, negándome ciertas cosas?
-¿Como el hacer preguntas? -interpuso.
Lo dijo en un tono tan malicioso que tuve que dejar de escribir para mirarlo. Ambos reímos.
-No -dijo-. Negarte es una entrega, y no recomiendo ninguna cosa por el estilo. Ese es el motivo de que te deje hacer todas las preguntas que quieres. Si te forzara a parar de preguntar, podrías torcer tu voluntad tratando de obedecer. Entregarse a la negación es el peor de todos los modos de entrega; nos fuerza a creer que estamos haciendo cosas buenas, cuando en efecto sólo estamos fijos dentro de nosotros mismos. Dejar de hacer preguntas no es la voluntad de la que te hablo. La voluntad es un poder. Y como es un poder, tiene que ser controlado y afinado, y eso toma tiempo. Lo sé y soy paciente contigo. A tu edad, yo era igual de impulsivo. Pero he

cambiado. Nuestra voluntad opera a pesar de nuestra indulgencia. Por ejemplo, tu voluntad ya está abriendo tu boquete, poco a poco.
-¿De qué boquete habla usted?
-Hay en nosotros una abertura; como la parte blanda de la cabeza de un niño, que se cierra con la edad, esta abertura se abre conforme uno desarrolla su voluntad.
-¿Dónde está?
-En el sitio de tus fibras luminosas -dijo, señalando su área abdominal.
-¿Cómo es? ¿Para qué es?
-Es una abertura. Da un espacio para que la voluntad se dispare, como una flecha.
-¿Es la voluntad un objeto? ¿O es como un objeto?
-No. Sólo dije eso para hacerte entender. Lo que un brujo llama voluntad es un poder dentro de nosotros. No es un pensamiento, ni un objeto, ni un deseo. Dejar de preguntar no es voluntad porque requiere pensamiento y deseo.
La voluntad es lo que puede darte el triunfo cuando tus pensamientos te dicen que estás derrotado. La voluntad es lo que te hace invulnerable. La voluntad es lo que manda a un brujo a través de una pared; a través del espacio; a la luna, si él lo quiere.
No había nada más que yo deseara preguntar. Estaba cansado y algo tenso. Temía que don Juan fuera a pedirme que me marchara, y eso me molestaba.
-Vamos a los cerros -dijo abruptamente, y se puso de pie.
En el camino, empezó nuevamente a hablar de la voluntad, y rió de mi desaliento por no poder tomar notas.
Describió la voluntad como una fuerza que era la verdadera liga entre los hombres y el mundo. Tuvo buen cuidado de establecer que el mundo era lo que percibimos, en cualquier manera que podemos elegir percibirlo. Don Juan sostenía que "percibir el mundo" involucra un proceso de aprehender lo que se presenta ante nosotros. Esta "percepción" particular se lleva a cabo con nuestros sentidos y nuestra voluntad.
Le pregunté si la voluntad era un sexto sentido. Dijo que más bien era una relación entre nosotros mismos y el mundo percibido.
Sugerí que nos detuviéramos para que yo pudiese tomar notas. El rió y siguió caminando.
No me hizo marcharme aquella noche, y al día siguiente, después del desayuno, él mismo trajo a colación el tema de la voluntad.
-Lo que tú llamas voluntad es carácter y disposición fuerte -dijo-. Lo que un brujo llama voluntad es una fuerza que viene de dentro y se prende al mundo de fuera. Sale por la barriga, por aquí, donde están las fibras luminosas -se frotó el ombligo para señalar la zona-. Digo que sale por aquí porque uno lo siente salir.
-¿Por qué lo llama usted voluntad?
-Yo no lo llamo nada. Mi benefactor lo llamaba voluntad, y otros hombres de conocimiento lo llaman voluntad.
-Ayer dijo usted que uno puede percibir el mundo con los sentidos así como con la voluntad. ¿Cómo puede ser posible eso?
-Un hombre común nada más agarra las cosas del mundo con las manos, o los ojos, o los oídos, pero un brujo también las agarra con la nariz, o la lengua, o la voluntad, sobre todo con la voluntad. No puedo describir realmente cómo se hace, pero tú mismo, por ejemplo, no puedes describirme cómo oyes. Lo que sucede es que yo también puedo oír, de modo que podemos hablar de lo que oímos, pero no de cómo oímos. Un brujo usa su voluntad para percibir el mundo. Pero no es como percibirlo con el oído. Cuando miramos el mundo o cuando lo oímos, tenemos la impresión de que está allí y de que es real. Cuando percibimos el mundo con la voluntad, sabemos que no está tan allí ni es tan real como pensamos.
-¿Es la voluntad lo mismo que ver?
-No. La voluntad es una fuerza, un poder. Ver no es una fuerza, sino más bien un modo de atravesar cosas. Un brujo puede tener una voluntad muy fuerte y sin embargo quizá no vea; eso significa que sólo un hombre de conocimiento percibe el mundo con sus sentimientos y con su voluntad y también con su ver.

Le dije que me hallaba más confuso que nunca con respecto a la forma de usar mi voluntad para olvidar al guardián. Esa afirmación y mi perplejidad de ánimo parecieron deleitarlo.

-Ya te he dicho que cuando hablas nada más te confundes -dijo, y rió-. Pero por lo menos ahora sabes que estás esperando a tu voluntad. Todavía no sabes qué es ni cómo podría ocurrirte. Así que vigila con cuidado todo lo que hagas. La cosa misma que podría ayudarte a desarrollar tu voluntad está entre todas las cositas que haces.

Don Juan se fue toda la mañana; regresó en las primeras horas de la tarde con un bulto de plantas secas. Me hizo con la cabeza señal de que lo ayudara, y trabajamos durante horas en silencio completo, separando las plantas. Al terminar nos sentamos a descansar y él me sonrió con benevolencia.

Le dije con mucha seriedad que había esta leyendo mis notas y que aún no podía comprender qué implicaba el ser guerrero ni qué significaba la idea de la voluntad.

-La voluntad no es una idea -dijo.

Era la primera vez que me hablaba en todo el día. Tras una larga pausa continuó:

-Somos distintos, tú y yo. No tenemos el mismo carácter. Tu naturaleza es más violenta que la mía. Yo a tu edad, no era violento, sino malo; tú eres lo opuesto. Mi benefactor era así; habría estado como mandado hacer para maestro tuyo. Era un gran brujo, pero no veía; no del modo como yo veo o como Genaro ve. Yo entiendo el mundo y vivo según lo que veo. Mi benefactor, en cambio, tenía que vivir como guerrero. Un hombre que ve no necesita vivir como guerrero ni como ninguna otra cosa, porque puede ver las cosas como son y dirigir su vida de acuerdo con eso. Pero, teniendo en cuenta tu carácter, yo diría que tal vez nunca aprendas a ver, y en ese caso tendrás que vivir como guerrero toda tu vida.

"Mi benefactor decía que, cuando un hombre se embarca en los caminos de la brujería, poco a poco se va dando cuenta de que la vida ordinaria ha quedado atrás para siempre; de que el conocimiento es en verdad algo que da miedo; de que los medios del mundo ordinario ya no le sirven de sostén; y de que si desea sobrevivir debe adoptar una nueva forma de vida. Lo primero que debe hacer, en ese punto, es querer llegar a ser un guerrero, un paso y una decisión muy importantes. La aterradora naturaleza del conocimiento no le permite a uno otra alternativa que la de llegar a ser un guerrero.

"Ya cuando el conocimiento se convierte en algo que da miedo, el hombre también se da cuenta de que la muerte es la compañera inseparable que se sienta a su lado en el petate. Cada trocito de conocimiento que se vuelve poder tiene a la muerte como fuerza central. La muerte da el último toque, y lo que la muerte toca se vuelve en verdad poder.

"Un hombre que sigue los caminos de la brujería se enfrenta en cada recodo con la aniquilación inminente, y sin poder evitarlo se vuelve terriblemente consciente de su muerte. Sin la conciencia de la muerte no sería más que un hombre común envuelto en actos comunes. Carecería de la potencia necesaria, de la concentración necesaria que transforman en poder mágico nuestro tiempo ordinario sobre la tierra.

"De ese modo, para ser un guerrero un hombre debe estar, antes que nada y con justa razón, terriblemente consciente de su propia muerte. Pero preocuparse por la muerte forzaría a cualquiera de nosotros a enfocar su propia persona, y eso es debilitante. De modo que lo otro que uno necesita para ser guerrero es el desapego. La idea de la muerte inminente, en vez de convertirse en obsesión, se convierte en indiferencia."

Don Juan dejó de hablar y me miró. Parecía esperar un comentario.

-¿Entiendes? -preguntó.

Yo entendía lo que había dicho, pero personalmente me resultaba imposible ver cómo podía alguien llegar a un sentido de desapego. Dije que, desde el punto de vista de mi propio aprendizaje, ya había

experimentado el momento en que el conocimiento se convertía en algo atemorizante. También podía decir con toda veracidad que ya no encontraba apoyo en las premisas ordinarias de mi vida cotidiana. Y deseaba, o quizá más que desear, necesitaba, vivir como un guerrero.

-Ahora debes despegarte -dijo don Juan.

-¿De qué?

-Despégate de todo.

-Eso es imposible. No quiero ser un ermitaño.

-Ser ermitaño es una entrega y jamás me referí a eso. Un ermitaño no está despegado, pues se abandona voluntariamente a ser ermitaño.

"Sólo la idea de la muerte da al hombre el desapego suficiente para que sea incapaz de abandonarse a nada. Sólo la idea de la muerte da al hombre el desapego suficiente para que no pueda negarse nada. Pero un hombre de tal suerte no ansía, porque ha adquirido una lujuria callada por la vida y por todas las cosas de la vida. Sabe que su muerte lo anda cazando y que no le dará tiempo de adherirse a nada, así que prueba, sin ansias, todo de todo.

"Un hombre despegado, sabiendo que no tiene posibilidad de poner vallas a su muerte, sólo tiene una cosa que lo respalde: el poder de sus decisiones. Tiene que ser, por así decirlo, el amo de su elección. Debe comprender por completo que su preferencia es su responsabilidad, y una vez que hace su selección no queda tiempo para lamentos ni recriminaciones. Sus decisiones son definitivas, simplemente porque su muerte no le da tiempo de adherirse a nada.

"Y así, con la conciencia de su muerte, con desapego y con el poder de sus decisiones, un guerrero arma su vida en forma estratégica. El conocimiento de su muerte lo guía y le da desapego y lujuria callada; el poder de sus decisiones definitivas le permite escoger sin lamentar, y lo que escoge es siempre estratégicamente lo mejor; así cumple con gusto y con eficiencia lujuriosa, todo cuanto tiene que hacer.

"¡Cuando un hombre se porta de esa manera puede decirse con justicia que es un guerrero y que ha adquirido paciencia!"

Don Juan me preguntó si tenía algo que decir, y señalé que cumplir la tarea que había descrito llevaría toda una vida. Me contestó que yo protestaba demasiado en su presencia, y que él sabía que en mi vida cotidiana me portaba, o al menos trataba de portarme, en términos de guerrero.

-Tienes garras bastante buenas -dijo riendo-. Enséñamelas de vez en cuando. Es buena práctica.

Hice un ademán prensil, gruñendo, y él rió. Después se aclaró la garganta y siguió hablando.

-Cuando un guerrero ha adquirido paciencia, está en camino hacia la voluntad. Sabe cómo esperar. Su muerte se sienta junto a él en su petate, son amigos. Su muerte le aconseja, en formas misteriosas, cómo escoger, cómo vivir estratégicamente. ¡Y el guerrero espera! Yo diría que el guerrero aprende sin apuro porque sabe que está esperando su voluntad; y un día logra hacer algo que por lo común es imposible de ejecutar. A lo mejor ni siquiera advierte su acto extraordinario. Pero conforme sigue ejecutando actos imposibles, o siguen pasándole cosas imposibles, se da cuenta de que una especie de poder está surgiendo. Un poder que sale de su cuerpo conforme progresa en el camino del conocimiento. Al principio es como una comezón en la barriga, o un calor que no puede mitigarse; luego se convierte en un dolor, en un gran malestar. A veces el dolor y el malestar son tan grandes que el guerrero tiene convulsiones durante meses; mientras más duras sean, mejor para él. Un magnifico poder es siempre anunciado por grandes dolores.

"Cuando las convulsiones cesan, el guerrero advierte que tiene sensaciones extrañas con respecto a las cosas. Advierte que puede tocar cualquier cosa que quiera con una sensación que sale de su cuerpo por un sitio abajo o arriba de su ombligo. Esa sensación es la voluntad, y cuando el guerrero es capaz de agarrar con ella, puede decirse con justicia que es un brujo y que ha adquirido voluntad."

Don Juan cesó de hablar y pareció esperar mis comentarios o preguntas. Yo no tenía nada que decir. Me preocupaba hondamente la idea de que un brujo debía experimentar dolor y convulsiones, pero me apenaba el preguntarle si también yo tendría que atravesar eso. Finalmente, tras un largo silencio, se lo pregunté, y el soltó una risita, como si hubiera estado esperándolo. Dijo que el dolor no era absolutamente necesario; él, por ejemplo, jamás lo tuvo, y la voluntad simplemente le aconteció.

-Un día andaba yo en las montañas -dijo- y me encontré con una leona; era grande y tenía hambre. Eché a correr y corrió tras de mí. Me trepé a una peña y ella se paró a unos metros, lista para saltar. Le tiré piedras. Gruñó y empezó a embestirme. Entonces fue cuando mi voluntad acabó de salir, y con ella la detuve antes de que me brincara encima. La acaricié con mi voluntad. Como lo oyes: le restregué las tetas. La leona me miró con ojos dormidos y se echó, y yo corrí como la chingada antes de que se repusiera.

Don Juan hizo un gesto muy cómico para representar a un hombre en carrera frenética, agarrándose el sombrero. Le dije que odiaba pensar que, de querer voluntad, no tenía más alternativas que leonas de montaña o convulsiones.

-Mi benefactor era un brujo de grandes poderes -prosiguió-. Era un guerrero hecho y derecho. Su voluntad era en verdad su hazaña suprema. Pero un hombre puede ir todavía más allá; puede aprender a ver. Al aprender a ver, ya no necesita vivir como guerrero, ni ser brujo. Al aprender a ver, un hombre llega a ser todo llegando a ser nada. Desaparece, por así decirlo, y sin embargo está allí. Yo diría que éste es el tiempo en que un hombre puede ser o puede obtener cualquier cosa que desea. Pero no desea nada, y en vez de jugar con sus semejantes como si fueran juguetes, los encuentra en medio de su desatino. La única diferencia es que un hombre que ve controla su desatino, mientras que sus semejantes no pueden hacerlo. Un hombre que ve ya no tiene un interés activo en sus semejantes. El ver lo ha despegado de absolutamente todo lo que conocía antes.

-La sola idea de despegarme de todo lo que conozco me da escalofríos -dije.

-¡Has de estar bromeando! Lo que debería darte escalofríos es no tener nada que esperar más que una vida de hacer lo que siempre has hecho. Piensa en el hombre que planta maíz año tras año hasta que está demasiado viejo y cansado para levantarse y se queda echado como un perro viejo. Sus pensamientos y sentimientos, lo mejor que tiene, vagan sin ton ni son y se fijan en lo único que ha hecho: plantar maíz. Para mí, ése es el desperdicio más aterrador que existe.

"Somos hombres y nuestra suerte es aprender y ser arrojados a mundos nuevos, inconcebibles."

-¿Hay de veras algún mundo nuevo para nosotros? -pregunté, medio en broma.

-No hemos agotado nada, idiota -dijo él, imperioso-. Ver es para hombres impecables. Templa tu espíritu, llega a ser un guerrero, aprende a ver, y entonces sabrás que no hay fin a los mundos nuevos para nuestra visión.

XI

Don Juan no me hizo marcharme después de que cumplí sus encargos, como había dado en hacer últimamente. Dijo que podía quedarme, y al día siguiente, 28 de junio de 1969, me anunció que iba a fumar de nuevo.

-¿Voy a tratar de ver otra vez al guardián?

-No, eso ya no. Es otra cosa.

Don Juan llenó sosegadamente su pipa, la encendió y me la entregó. No experimenté aprensión alguna. Una agradable soñolencia me envolvió de inmediato. Cuando hube terminado de fumar todo el cuenco de mezcla, don Juan guardó su pipa y me ayudó a ponerme de pie. Habíamos estado sentados, el uno frente al otro, en dos petates que él colocó en el centro de su cuarto. Dijo que íbamos a dar un paseo y me ani-

mó a caminar, empujándome suavemente. Di un paso y mis piernas se doblaron. No sentí dolor cuando mis rodillas dieron contra el piso. Don Juan sostuvo mi brazo y me empujó nuevamente a mis pies.

-Tienes que caminar -dijo- igual que como te levantaste la otra vez. Debes usar tu voluntad.

Yo parecía hallarme pegado al suelo. Intenté dar un paso con el pie derecho y casi perdí el equilibrio. Don Juan asió mi brazo derecho a la altura del sobaco y me aventó con suavidad hacia adelante, pero las piernas no me sostuvieron, y habría caído sobre la cara si don Juan no hubiese tomado mi brazo y amortiguado mi caída. Me sostuvo por el sobaco derecho y me hizo reclinarme en él. Yo no sentía nada, pero estaba seguro de que mi cabeza reposaba en su hombro; mi perspectiva de la habitación era sesgada. Me arrastró en esa postura alrededor de la ramada. Dimos dos vueltas en forma por demás penosa; finalmente, supongo, mi peso se hizo tan grande que don Juan tuvo que dejarme caer en el suelo. Supe que no le sería posible moverme. En cierto modo, era como si una parte de mí quisiera deliberadamente hacerse pesada como el plomo. Don Juan no hizo ningún esfuerzo por levantarme. Me miró un instante; yo yacía sobre la espalda, encarándolo. Traté de sonreírle y él empezó a reír; luego se agachó y me golpeó el vientre con la palma de la mano. Tuve una sensación de lo más peculiar. No era dolorosa ni agradable ni nada que se me ocurriera. Fue más bien una sacudida. Inmediatamente, don Juan empezó a rodarme. Yo no sentía nada: supuse que me hacía rodar porque mi visión del pórtico cambiaba de acuerdo con un movimiento circular. Cuando don Juan me tuvo en la posición que deseaba, retrocedió unas pasos.

-¡Párate! -ordenó imperiosamente-. Párate como el otro día. No te andes con tonterías. Sabes cómo pararte. ¡Párate ya!

Apliqué mi atención a recordar las acciones que había ejecutado en aquella ocasión, pero no podía pensar con claridad; era como si mis pensamientos tuviesen voluntad propia por más que yo trataba de controlarlos. Finalmente, se me ocurrió la idea de que si decía "arriba", como había hecho antes, me levantaría sin duda alguna. Dije:

-Arriba -claro y fuerte, pero nada sucedió.

Don Juan me miró con disgusto evidente y luego caminó hacia la puerta. Yo estaba acostado sobre el lado izquierdo y tenía a la vista el área frente a la casa; la puerta quedaba a mi espalda, de modo que cuando don Juan se perdió de vista detrás de mí supuse inmediatamente que había entrado.

-¡Don Juan! -exclamé, pero no respondió.

Tuve un avasallador sentimiento de impotencia y desesperación. Quería levantarme. Dije: -Arriba- una y otra vez, como si ésa fuera la palabra mágica que me haría moverme. No pasó nada. Sufrí un ataque de frustración y tuve una especie de berrinche. Quería golpearme la cabeza contra el piso y llorar. Pasé momentos de tortura deseando moverme o hablar y sin poder hacer ninguna de las dos cosas. Me hallaba en verdad inmóvil, paralizado.

-¡Don Juan, ayúdeme! -logré berrear por fin.

Don Juan regresó y tomó asiento frente a mí, riendo. Dijo que me estaba poniendo histérico y que cuanto me hallara experimentando carecía de importancia. Me alzó la cabeza y, mirándome de lleno, dijo que yo sufría un ataque de falso miedo. Me dijo que no me agitara.

-Tu vida se está complicando -dijo-. Líbrate de lo que te está haciendo perder la compostura. Quédate aquí calmado y recomponte.

Puso mi cabeza en el suelo. Pasó por encima de mí y todo lo que pude percibir fue el arrastrar de sus huaraches mientras se alejaba.

Mi primer impulso fue agitarme de nuevo, pero no pude reunir la energía necesaria para llevarme a ese punto. En vez de ello, me sentí deslizar a un raro estado de serenidad; un gran sentimiento de calma me envolvió. Supe cuál era la complejidad de mi vida. Era mi niño. Más que ninguna

otra cosa en el mundo, yo quería ser su padre. Me gustaba la idea de moldear su carácter y llevarlo a excursiones y enseñarle "cómo vivir", y sin embargo aborrecía la idea de coaccionarlo para que adoptara mi forma de vida, pero eso era precisamente lo que yo tendría que hacer: coaccionarlo por medio de la fuerza o por medio de ese mañoso conjunto de razones y recompensas que llamamos comprensión.

"Debo soltarlo -pensé-. No debo adherirme a él. Debo ponerlo en libertad."

Mis pensamientos evocaron un aterrador sentimiento de melancolía. Empecé a llorar. Mis ojos se llenaron de lágrimas y se nubló mi visión del pórtico. De pronto tuve una gran urgencia de levantarme a buscar a don Juan para explicarle lo de mi niño, y cuando me di cuenta ya estaba mirando el pórtico desde una posición erecta. Me volví hacia la casa y hallé a don Juan parado frente a mí. Al parecer había estado allí detrás todo el tiempo.

Aunque no pude sentir mis pasos, debo haber caminado hacia él, pues me moví. Don Juan se acercó sonriendo y me sostuvo de los sobacos. Su cara estaba muy cerca de la mía.

-Bien, muy bien -dijo alentador.

En ese instante cobré conciencia de que algo extraordinario tenía lugar allí mismo. Tuve al principio la sensación de hallarme tan sólo recordando un evento ocurrido años antes. Una vez había visto yo muy de cerca la cara de don Juan; también entonces bajo los efectos de su mezcla para fumar, tuve la sensación de que el rostro se hallaba sumergido en un tanque de agua. Era enorme y luminoso y se movía. La imagen fue tan breve que no hubo tiempo para evaluarla realmente. Pero esta vez don Juan me sostenía y su rostro no estaba a más de treinta centímetros del mío y tuve tiempo de examinarlo. Al levantarme y darme la vuelta, vi definitivamente a don Juan; "el don Juan que conozco" caminó definitivamente hacia mí y me sostuvo. Pero cuando enfoqué su rostro no vi a don Juan tal como suelo verlo; vi un objeto grande frente a mis ojos. Sabía que era el rostro de don Juan, pero ése no era un conocimiento guiado por mi percepción; era más bien una conclusión lógica por parte mía; después de todo, mi memoria confirmaba que un momento antes "el don Juan que conozco" me sostenía de los sobacos. Por lo tanto, el extraño objeto luminoso frente a mí tenía que ser el rostro de don Juan; había en él cierta familiaridad, pero ningún parecido con lo que yo llamaría el "verdadero" rostro de don Juan. Lo que me encontraba mirando era un objeto redondo con luminosidad propia. Cada una de sus partes se movía. Percibí un fluir contenido, ondulatorio, rítmico; era como si el fluir estuviese encerrado en sí mismo, sin pasar nunca de sus límites, y sin embargo el objeto frente a mis ojos exudaba movimiento en cualquier sitio de su superficie. Pensé que exudaba vida. De hecho, estaba tan vivo que me ensimismé mirando su movimiento. Era un oscilar hipnótico. Se hizo cada vez más absorbente, hasta no serme posible discernir qué era el fenómeno frente a mis ojos.

Experimenté una sacudida súbita; el objeto luminoso se emborronó, como si algo lo sacudiera, y luego perdió su brillo para hacerse sólido y carnal. Me hallé entonces mirando el conocido rostro moreno de don Juan. Sonreía con placidez. La visión de su rostro "verdadero" duró un instante y luego la cara adquirió nuevamente un brillo, un resplandor, una iridiscencia. No era luz como estoy acostumbrado a percibirla, ni siquiera un resplandor; más bien era movimiento, el parpadeo increíblemente rápido de algo. El objeto brillante empezó otra vez a sacudirse de arriba a abajo, y eso rompía su continuidad ondulatoria. Su brillo disminuía con las sacudidas, hasta que de nuevo se volvió la cara "sólida" de don Juan, como lo veo en la vida cotidiana. En ese momento me di cuenta, vagamente, de que don Juan me sacudía. También me hablaba. Yo no comprendía lo que estaba diciendo, pero como siguió sacudiéndome terminé por oírlo.

-No te me quedes viendo. No te me quedes viendo -repetía-. Rompe tu mirada. Rompe tu mirada. Aparta los ojos.

El sacudir de mi cuerpo pareció forzarme a desplantar mi mirada fija; aparentemente no veía el objeto luminoso más que cuando escudriñaba el rostro de don Juan. Al apartar mis ojos de su cara y mirarlo, por así decir, con el rabo del ojo, percibía yo su solidez; esto es, percibía una persona tridimensional; sin mirarlo realmente podía yo, de hecho, percibir todo su cuerpo, pero al enfocar mis ojos el rostro se hacía de inmediato el objeto luminoso.

-No me mires para nada -dijo don Juan con gravedad.

Aparté los ojos y miré el suelo.

-No claves la vista en ninguna cosa -dijo don Juan imperiosamente, y se hizo a un lado para ayudarme a caminar.

Yo no sentía mis pasos ni podía explicarme cómo ejecutaba el acto de caminar, pero, con don Juan sosteniéndome del sobaco, llegamos hasta la parte trasera de su casa. Nos detuvimos junto a la zanja de irrigación.

-Ahora quédate viendo el agua -me ordenó don Juan.

Miré el agua, pero no podía fijar la vista. De algún modo, el movimiento de la corriente me distraía. Don Juan siguió instándome, en son de broma, a ejercitar mis "poderes de contemplación", pero no pude concentrarme. Observé de nuevo el rostro de don Juan, pero el resplandor ya no se hizo evidente.

Empecé a experimentar un extraño cosquilleo en mi cuerpo, la sensación de un miembro dormido; los músculos de mis piernas comenzaron a crisparse. Don Juan me empujó al agua y caí hasta el fondo. Al parecer tenía asida mi mano derecha al empujarme, y cuando toqué el escaso fondo volvió a jalarme hacia arriba.

Me tomó largo tiempo recobrar el dominio de mis acciones. Cuando volvimos a su casa, horas más tarde, le pedí explicar mi experiencia. Mientras me ponía ropa seca describí excitado lo que había percibido, pero él descartó por entero mi relato, diciendo que no contenía nada de importancia.

-¡Gran cosa! -dijo, burlándose-. Viste un resplandor, gran cosa.

Insistí en una explicación y él se puso de pie y dijo que tenía que irse. Eran casi las cinco de la tarde.

Al día siguiente, volví a sacar a colación mi peculiar experiencia.

-¿Eso es ver, don Juan? -pregunté.

Permaneció en silencio, con una sonrisa misteriosa, mientras yo seguía presionando en busca de respuesta.

-Digamos que ver es un poco como eso -dijo por fin-. Mirabas mi cara y la veías brillar, pero seguía siendo mi cara. Sucede que el humito lo hace mirar así a uno. No es nada.

-¿Pero en qué forma sería distinto ver?

-Cuando uno ve, ya no hay detalles familiares en el mundo. Todo es nuevo. Nada ha sucedido antes. ¡El mundo es increíble!

-¿Por qué dice usted increíble, don Juan? ¿Qué cosa lo hace increíble?

-Nada es ya familiar. ¡Todo lo que miras se vuelve nada! Ayer no viste. Miraste mi cara y, como te caigo bien, notaste mi resplandor. No era yo monstruoso, como el guardián, sino bello e interesante. Pero no me viste. No me volví nada frente a tus ojos. De todos modos estuviste bien. Diste el primer paso verdadero hacia ver. El único inconveniente fue que te concentraste en mí, y en ese caso yo no soy para ti mejor que el guardián. Sucumbiste en ambos casos, y no viste.

-¿Desaparecen las cosas? ¿Cómo se vuelven nada?

-Las cosas no desaparecen. No se pierden, si eso es lo que quieres decir; simplemente se vuelven nada y sin embargo siguen estando allí.

-¿Cómo puede ser eso posible, don Juan?

-¡Me lleva la chingada con tu insistencia en hablar! -exclamó don Juan con rostro serio-. Creo que no dimos bien con tu promesa. A lo mejor lo que de verdad prometiste fue que nunca te ibas a callar la boca.

El tono de don Juan era severo. Su rostro lucía preocupado. Quise reír, pero no me atreví. Pensé que don Juan hablaba en serio, pero no era así. Empezó a reír. Le

dije que si yo no hablaba me ponía muy nervioso.
-Vamos a caminar, pues -dijo.
Me llevó a la boca de una cañada en el fondo de los cerros. Caminamos como por una hora. Descansamos un poco y luego me guió, a través de los densos matorrales del desierto, hasta un ojo de agua; es decir, a un sitio que según él era un ojo de agua. Estaba tan seco como cualquier otro sitio en el área circundante.
-Siéntate en medio del ojo de agua -me ordenó.
Obedecí y tomé asiento,
-¿Va usted también a sentarse aquí? -pregunté.
Lo vi disponer un sitio donde sentarse a unos veinte metros del centro del ojo de agua, contra las rocas en la ladera de la montaña.
Dijo que iba a vigilarme desde allí. Yo estaba sentado con las rodillas contra el pecho. Corrigió mi postura y me dijo que me sentara sobre la pierna izquierda, con la derecha doblada y la rodilla hacia arriba. El brazo derecho debía estar a un lado, con el puño descansando sobre el suelo, mientras mi brazo izquierdo se hallaba cruzado sobre el pecho. Me dijo que lo encarara y que permaneciera allí, relajado pero no "abandonado". Luego sacó de su morral una especie de cordón blancuzco. Parecía un gran lazo. Lo enlazó en torno de su cuello y lo estiró con la mano izquierda hasta que estuvo tenso. Rasgueó la apretada cuerda con la mano derecha. Hizo un sonido opaco, vibratorio.
Aflojó el brazo y me miró y dijo que yo debía gritar una palabra específica si empezaba a sentir que algo se venía a mí cuando él tocara la cuerda.
Pregunté qué era lo que se suponía que viniera hacia mí y él me ordenó callarme. Me hizo con la mano seña de que iba a comenzar, pero no lo hizo; antes me dio una indicación más. Dijo que si algo se venía hacia mí de modo muy amenazante, yo debía adoptar la posición de pelea que él me había enseñado años antes: consistía en danzar, golpeando el suelo con la punta del pie izquierdo, mientras se daban palmadas vigorosas en el muslo derecho. La posición de pelea era parte de una técnica defensiva usada en casos de extremo apuro y peligro.
Tuve un momento de aprensión genuina. Quise inquirir el motivo de nuestra presencia allí, pero él no me dio tiempo y empezó a pulsar la cuerda. Lo hizo varias veces, a intervalos regulares de unos veinte segundos. Advertí que, conforme tocaba la cuerda, iba aumentando la tensión. Podía yo ver claramente el temblor que el esfuerzo producía en sus brazos y cuello. El sonido se hizo más claro y entonces me di cuenta de que don Juan añadía un grito peculiar en cada pulsación. El sonido compuesto de la cuerda tensa y de la voz humana producía una reverberación extraña, ultraterrena.
No sentí nada que viniera a mí, pero la visión de los afanes de don Juan y el escalofriante sonido que producía me tenían casi en estado de trance.
Don Juan aflojó los músculos y me miró. Al tocar me daba la espalda y encaraba el sureste, igual que yo; al relajarse me dio la cara.
-No me mires cuando toco -dijo-. Pero no vayas a cerrar los ojos. Por nada del mundo. Mira el suelo enfrente de ti y escucha.
Tensó de nuevo la cuerda y se puso a tocar. Miré al suelo y me concentré en el sonido. Nunca lo había oído en toda vida.
Me asusté mucho. La extraña reverberación llenó la cañada estrecha y empezó a resonar. De hecho, el sonido que don Juan producía me llegaba como un eco desde el contorno de los muros de la cañada. Don Juan también debe haber notado eso, y aumentó la tensión de su cuerda. Aunque don Juan había cambiado totalmente el tono, el eco pareció amainar, y luego concentrarse en un punto, hacia el sureste.
Don Juan redujo por grados la tensión de la cuerda, hasta que oí un apagado vibrar final. Metió la cuerda en su morral y vino hacia mí. Me ayudó a incorporarme. Noté entonces que los músculos de mis brazos y piernas estaban tiesos, como piedras; me

hallaba literalmente empapado de sudor. No tenía idea de haber transpirado a tal grado. Gotas de sudor caían en mis ojos y los hacían arder.
Don Juan casi me sacó a rastras del lugar. Traté de decir algo, pero me puso la mano en la boca.
En vez de salir de la cañada por donde habíamos entrado, don Juan dio un rodeo. Trepamos la ladera del monte y fuimos a dar a unos cerros muy lejos de la boca de la cañada.
Caminamos hacia la casa en silencio de tumba. Ya había oscurecido cuando llegamos. Traté nuevamente de hablar, pero don Juan volvió a taparme la boca.
No comimos ni encendimos la lámpara de petróleo. Don Juan puso mi petate en su cuarto y lo señaló con la barbilla. Interpreté el gesto como indicación de que me acostara a dormir.
-Ya sé lo que te conviene hacer -me dijo don Juan apenas desperté la mañana siguiente-. Vas a empezarlo hoy. No hay mucho tiempo, ya sabes.
Tras una pausa muy larga e incómoda me sentí compelido a preguntarle:
-¿Qué me tenía usted haciendo ayer en la cañada?
Don Juan rió como un niño.
-Nada más toqué al espíritu de ese ojo de agua -dijo-. A esa clase de espíritus hay que tocarlos cuando el ojo de agua está seco, cuando el espíritu se ha retirado a la montaña. Ayer, dijéramos, lo desperté de su sueño. Pero no lo tomó a mal y señaló tu dirección afortunada. Su voz vino de esa dirección.
Don Juan señaló el sureste.
-¿Qué era la cuerda que usted tocó, don Juan?
-Un cazador de espíritus.
-¿Puedo verlo?
-No. Pero te haré uno. O mejor aun, tú mismo te harás el tuyo algún día, cuando aprendas a ver.
-¿De qué está hecho, don Juan?
-El mío es un jabalí. Cuando tengas uno te darás cuenta de que está vivo y puede enseñarte los diversos sonidos de su gusto. Con práctica, llegarás a conocer tan bien a tu cazador de espíritus, que juntos harán sonidos llenos de poder.
-¿Por qué me llevó usted a buscar el espíritu del ojo de agua, don Juan?
-Eso lo sabrás muy pronto.

A eso de las 11:30 a.m. nos sentamos bajo su ramada, donde él preparó su pipa para que yo fumase.
Me dijo que me levantara cuando mi cuerpo estuviese totalmente adormecido; lo logré con gran facilidad. Me ayudó a caminar un poco. Quedé sorprendido de mi control; pude dar dos vueltas a la ramada por mí mismo. Don Juan permanecía junto a mí, pero sin guiarme ni apuntalarme. Luego, tomándome por el brazo me llevó a la zanja de irrigación. Me hizo sentar en el borde y me ordenó imperiosamente mirar el agua y no pensar en nada más.
Traté de enfocar mi mirada en el agua, pero su movimiento me distraía. Mi mente y mis ojos empezaron a vagar a otros elementos del entorno inmediato. Don Juan me sacudió la cabeza de arriba a abajo y me ordenó de nuevo mirar sólo el agua y no pensar en absoluto. Dijo que quedarse viendo el agua móvil era difícil, y que había que seguir tratando. Intenté tres veces, y en cada ocasión otra cosa me distrajo. Don Juan, con gran paciencia, me sacudía la cabeza. Finalmente noté que mi mente y mis ojos se enfocaban en el agua; pese a su movimiento yo me sumergía en la visión de su liquidez. El agua se alteró levemente. Parecía más pesada, verde grisácea pareja. Me era posible distinguir las ondas que hacía al moverse. Eran ondulaciones extremadamente marcadas. Y entonces tuve de pronto la sensación de no estar mirando una masa de agua móvil sino una imagen del agua; lo que tenía ante mis ojos era un segmento congelado del agua fluyente. Las ondas estaban inmóviles. Podía mirar cada una. Luego empezaron a adquirir una fosforescencia verde, y una especie de niebla verde manó de ellas. La niebla se expandía en ondas, y al moverse abrillantaba su verdor, hasta ser

un brillo deslumbrante que todo lo cubría. No sé cuánto tiempo permanecí junto a la zanja. Don Juan no me interrumpió. Me hallaba inmerso en el verde resplandor de la niebla. Podía sentirlo en todo mi derredor. Me confortaba. No tenía yo pensamientos ni sensaciones. Sólo tenía una tranquila percepción, la percepción de un verdor brillante y apaciguador.

Una gran frialdad y humedad fue lo siguiente de lo que tuve conciencia. Gradualmente me di cuenta de que estaba sumergido en la zanja. En cierto momento el agua se metió en mi nariz, y la tragué y me hizo toser. Tenía una molesta comezón en la nariz, y estornudé repetidamente. Me puse en pie y solté un estornudo tan fuerte que una ventosidad lo acompañó. Don Juan aplaudió riendo.

-Si un cuerpo se pedorrea, es que está vivo -dijo.

Me hizo seña de seguirlo y caminamos a su casa.

Pensé quedarme callado. En cierto sentido, esperaba hallarme en un estado de ánimo solitario y hosco, pero realmente no me sentía cansado ni melancólico. Me sentía más bien alegre, y me cambié de ropa muy rápido. Empecé a silbar. Don Juan me miró con curiosidad y fingió sorprenderse; abrió la boca y los ojos. Su gesto era muy gracioso, y me reí bastante más de lo que venía al caso.

-Estás medio loco -dijo, y rió mucho por su parte.

Le expliqué que no deseaba caer en el hábito de sentirme malhumorado después de usar su mezcla para fumar. Le dije que después de que él me sacó de la zanja de irrigación, durante mis intentos por encontrarme con el guardián, yo había quedado convencido de que podría "ver" si me quedaba mirando el tiempo suficiente las cosas a mi alrededor.

-Ver no es cosa de mirar y estarse quieto -dijo él-. Ver es una técnica que hay que aprender. O a lo mejor es una técnica que algunos de nosotros ya conocemos.

Me escudriñó como insinuando que yo era uno de quienes ya conocían la técnica.

-¿Tienes fuerzas para caminar? -preguntó.

Dije que me sentía bien, lo cual era cierto. No tenía hambre, aunque no había comido en todo el día. Don Juan puso en una mochila algo de pan y carne seca, me la dio y con la cabeza me hizo gesto de seguirlo.

-¿Dónde vamos? -pregunté.

Señaló los cerros con un leve movimiento de cabeza. Nos encaminamos hacia la misma cañada donde estaba el ojo de agua, pero no entramos en ella. Don Juan trepó por las peñas a nuestra derecha, en la boca misma de la cañada. Ascendimos la ladera. El sol estaba casi en el horizonte. Era un día templado, pero yo sentía calor y sofoco. Apenas podía respirar.

Don Juan me llevaba mucha ventaja y tuvo que detenerse para que yo lo alcanzara. Dijo que me hallaba en pésimas condiciones físicas y que acaso no era prudente ir más allá. Me dejó descansar como una hora. Seleccionó un peñasco liso, casi redondo, y me dijo que me acostara allí. Acomodó mi cuerpo sobre la roca. Me dijo que estirara brazos y piernas y los dejara colgar. Mi espalda se hallaba ligeramente arqueada y mi cuello relajado, así que mi cabeza colgaba también. Me hizo permanecer en esa postura unos quince minutos. Luego me indicó descubrir mi región abdominal. Eligió cuidadosamente algunas ramas y hojas y las amontonó sobre mi vientre desnudo. Sentí una tibieza instantánea en todo el cuerpo. Don Juan me tomó entonces por los pies y me dio vuelta hasta que mi cabeza apuntó hacia el sureste.

-Vamos a llamar al espíritu ése del ojo de agua. -dijo.

Traté de volver la cabeza para mirarlo. Me detuvo vigorosamente por el cabello y dijo que me encontraba en una posición muy vulnerable y en una condición terriblemente débil y que debía permanecer callado e inmóvil. Me había puesto en la barriga todas esas ramas especiales para protegerme, e iba a permanecer junto a mí por si acaso yo no podía cuidarme solo.

Estaba de pie junto a la coronilla de mi cabeza, y girando los ojos yo podía verlo.

Tomó su cuerda y la tensó y entonces se dio cuenta de que yo lo miraba con las pupilas casi hundidas en la frente. Me dio un coscorrón seco y me ordenó mirar el cielo, no cerrar los ojos y concentrarme en el sonido. Añadió, como recapacitando, que yo no debía titubear en gritar la palabra que él me había enseñado si sentía que algo venía hacia mi.

Don Juan y su "cazador de espíritus" empezaron con un rasgueo de baja tensión. Fue aumentándola lentamente, y empecé a oír, primero, una especie de reverberación, y luego un eco definido que llegaba constantemente de una dirección hacia el sureste. La tensión aumentó. Don Juan y su "cazador de espíritus" se hermanaban a la perfección. La cuerda producía una nota de tono bajo y don Juan la amplificaba, acrecentando su intensidad hasta que era un grito penetrante, un aullido de llamada. El remate fue un chillido ajeno, inconcebible desde el punto de vista de mi propia experiencia.

El sonido reverberó en las montañas y volvió en eco hacia nosotros. Imaginé que venía directamente hacia mí. Sentí que algo tenía que ver con la temperatura de mi cuerpo. Antes de que don Juan iniciara sus llamados yo había sentido tibieza y comodidad, pero durante el punto más alto del clamor me entró un escalofrío; mis dientes castañeteaban fuera de control y tuve en verdad la sensación de que algo venía a mí. En cierto punto noté que el cielo estaba muy oscuro. No me había dado cuenta del cielo aunque lo estaba mirando. Tuve un momento de pánico intenso y grité la palabra que don Juan me había enseñado.

Don Juan empezó inmediatamente a disminuir la tensión de sus extraños gritos, pero eso no me trajo ningún alivio.

-Tápate los oídos -murmuró don Juan, imperioso.

Los cubrí con mis manos. Tras algunos minutos don Juan cesó por entero y vino a mi lado. Después de quitar de mi vientre las ramas y las hojas, me ayudó a levantarme y cuidadosamente las puso en la roca donde yo había yacido. Hizo con ellas una hoguera, y mientras ardía frotó mi estómago con otras hojas de su morral.

Me puso la mano en la boca cuando yo estaba a punto de decirle que tenía una jaqueca terrible.

Nos quedamos allí hasta que todas las hojas ardieron. Ya había oscurecido bastante. Bajamos el cerro y volví el estómago.

Mientras caminábamos a lo largo de la zanja, don Juan dijo que yo había hecho bastante y que no debía quedarme. Le pedí explicar qué era el espíritu del ojo de agua, pero me hizo gesto de callar. Dijo que hablaríamos de eso algún otro día, luego cambió deliberadamente el tema y me dio una larga explicación acerca de "ver". Dije que era lamentable no poder escribir en la oscuridad. Pareció muy complacido y dijo que la mayor parte del tiempo yo no prestaba atención a lo que él decía a causa de mi decisión de escribirlo todo.

Habló de "ver" como un proceso independiente de los aliados y las técnicas de la brujería. Un brujo era una persona que podía dominar a un aliado y, en esa forma, manipular para su propia ventaja el poder de un aliado, pero el hecho de que dominara un aliado no significaba que pudiera "ver". Le recordé que antes me había dicho que era imposible "ver" si no se tenía un aliado. Don Juan repuso con mucha calma que había llegado a la conclusión de que era posible "ver" sin dominar un aliado. Sentía que no había razón para lo contrario, pues "ver" no tenía nada en común con las técnicas manipulatorias de la brujería, que sólo servían para actuar sobre nuestros semejantes. Las técnicas de "ver", por otra parte, no tenían efecto sobre los hombres.

Mis ideas eran muy claras. No experimentaba fatiga ni soñolencia ni tenía ya malestar de estómago, caminando con don Juan. Tenía mucha hambre, y cuando llegamos a su casa me atraganté de comida.

Después le pedí hablarme más sobre las técnicas de "ver". Sonrió ampliamente y dijo que yo era de nuevo yo mismo.

-¿Cómo es -dije- que las técnicas de ver no

tienen ningún efecto sobre nuestros semejantes?
-Ya te dije -respondió-. Ver no es brujería. Pero es fácil confundirnos, porque un hombre que ve puede aprender, en menos que te lo cuente, a manipular un aliado y puede hacerse brujo. O también, un hombre puede aprender ciertas técnicas para dominar un aliado y así hacerse brujo, aunque tal vez nunca aprenda a ver.
"Además, ver es contrario a la brujería. Ver le hace a uno darse cuenta de la insignificancia de todo eso."
-¿La insignificancia dé qué, don Juan?
-La insignificancia de todo.
No dijimos nada más. Me sentía muy calmado y ya no quería hablar. Yacía de espaldas sobre un petate. Había hecho una almohada con mi chaqueta. Me sentía cómodo y feliz y pasé horas escribiendo mis notas a la luz de la lámpara de petróleo.
De pronto don Juan habló de nuevo.
-Hoy estuviste muy bien -dijo-. Estuviste muy bien en el agua. El espíritu del ojo de agua simpatiza contigo y te ayudó en todo momento.
Me di cuenta entonces de que había olvidado relatarle mi experiencia. Empecé a describir la forma en que había percibido el agua. No me dejó continuar. Dijo saber que yo había percibido una niebla verde.
Me sentí compelido a preguntar:
-¿Cómo sabía usted eso, don Juan?
-Te vi.
-¿Qué hice?
-Nada, estuviste allí sentado mirando el agua, y por fin percibiste la neblina verde.
-¿Fue eso ver?
-No. Pero anduviste muy cerca. Te estás acercando.
Me excité mucho. Quise saber más al respecto. Don Juan rió e hizo burla de mis ansias. Dijo que cualquiera podía percibir la niebla verde porque era como el guardián, algo que inevitablemente estaba allí, de modo que percibirla no era gran hazaña.
-Cuando dije que estuviste bien, me refería a que no te inquietaste -dijo-, como cuando te encontraste con el guardián. Si te hubieras puesto inquieto yo habría tenido que sacudirte la cabeza y regresarte. Siempre que un hombre entra en la niebla verde, su maestro tiene que quedarse con él por si la niebla lo empieza a atrapar. Tú sólo puedes dar el salto y escapar del guardián, pero no puedes escapar por ti mismo de las garras de la niebla verde. Al menos al principio. A lo mejor más tarde aprendes un modo de hacerlo. Ahora estamos tratando de averiguar otra cosa.
-¿Qué estamos tratando de averiguar?
-Si puedes ver el agua.
-¿Cómo sabré que la he visto, o que la estoy viendo?
-Sabrás. Te confundes sólo cuando hablas.

XII

Trabajando en mis notas había tropezado con varias preguntas.
-¿Es la neblina verde, como el guardián, algo que debe vencerse para ver? -dije a don Juan apenas nos sentamos ambos bajo su ramada el 8 de agosto de 1969.
-Sí. Hay que vencer a todo eso -respondió.
-¿Cómo puedo vencer a la neblina verde?
-Del mismo modo que debiste vencer al guardián: dejándolo que se vuelva nada.
-¿Qué debo hacer?
-Nada. Para ti, la neblina verde es mucho más fácil que el guardián. Le caes bien al espíritu del ojo de agua, mientras que tus asuntos con el guardián estaban muy lejos de tu temperamento. Nunca viste realmente al guardián.
-Quizá porque no me caía bien. ¿Y si encontrara yo un guardián que me gustase? Ha de haber personas a quienes el guardián que yo vi les parecería hermoso. ¿Lo vencerían porque les caería bien?
-¡No! Sigues sin entender. No importa cómo te caiga el guardián. Mientras tengas cualquier sentimiento hacia él, el guardián permanecerá igual, monstruoso, hermoso o lo que fuese. En cambio, si no tienes sentimiento alguno hacia él, el guardián se volverá nada y todavía estará allí frente a ti.
La idea de que algo tan colosal como el

guardián pudiera hacerse nada y sin embargo seguir allí carecía en absoluto de sentido. Imaginé que era una de las premisas alógicas del conocimiento de don Juan. Sin embargo, también me parecía que, de querer, él podría explicármela. Insistí en preguntarle qué quería decir con eso.

-Pensaste que el guardián era algo que conocías, eso es lo que quiero decir.

-Pero yo no pensé que fuera algo que yo conocía.

-Pensaste que era feo. Tenía un tamaño imponente. Era un monstruo. Tú conoces todas esas cosas. Así que el guardián fue siempre algo que conocías, y como era algo que conocías, no lo viste. Ya te dije: el guardián tenía que volverse nada y sin embargo tenía que seguir parado frente a ti. Tenía que estar allí y tenía, al mismo tiempo, que ser nada.

-¿Cómo puede ser, don Juan? Lo que usted dice es absurdo.

-Sí. Pero eso es ver. No hay en realidad ningún modo de hablar sobre eso. Ver, como te dije antes, se aprende viendo.

"Al parecer no tienes problema con el agua. El otro día casi la viste. El agua es tu coyuntura. Ahora sólo necesitas perfeccionar tu técnica de ver. Tienes un ayudante poderoso en el espíritu del ojo de agua."

-Ahí tengo otra preguntota, don Juan.

-Puedes tener todas las preguntotas que quieras, pero no podemos hablar del espíritu del ojo de agua en estos rumbos. De hecho, es mejor no pensar en eso para nada. Para nada. De lo contrario el espíritu te atrapará, y si eso ocurre no hay manera de que ningún hombre vivo te ayude. De modo que cierra la boca y piensa en otra cosa.

A eso de las 10 de la mañana siguiente, don Juan desenfundó su pipa, la llenó de mezcla para fumar y me la entregó con la indicación de que la llevara a la ribera de la corriente. Sosteniendo la pipa en ambas manos, me las ingenié para desabotonar mi camisa y poner dentro la pipa y apretarla. Don Juan llevaba dos petates y una bandejita con brasas. Era un día soleado. Nos sentamos en los petates, a la sombra de una pequeña arboleda de breas en la orilla misma del agua. Don Juan metió un carbón en el cuenco de la pipa y me dijo que fumara. Yo no tenía ninguna aprensión, ningún sentimiento exaltado. Recordé que al iniciar mi segundo intento por "ver" al guardián, habiendo don Juan explicado su naturaleza, me había embargado una peculiar sensación de maravilla y respeto. Esta vez, sin embargo, aunque don Juan me había dado a conocer la posibilidad de "ver" realmente el agua, no me hallaba involucrado emocionalmente; sólo curiosidad.

Don Juan me hizo fumar dos tantos de lo que había fumado en ocasiones anteriores. En algún momento se inclinó a susurrar en mi oído derecho que iba a enseñarme a usar el agua para moverme. Sentí su rostro muy cercano, como si hubiera puesto la boca junto a mi oreja. Me dijo que no observara el agua, sino enfocara los ojos en la superficie y los tuviera fijos hasta que el agua se tornase una niebla verde. Repitió una y otra vez que yo debía poner toda mi atención en la niebla hasta no discernir ninguna otra cosa.

-Mira el agua frente a ti -oí que decía-, pero no dejes que su sonido te arrastre a ningún lado. Si dejas que el sonido del agua te arrastre, quizá nunca pueda yo encontrarte y regresarte. Ahora métete en la niebla verde y escucha mi voz.

Lo oía y comprendía con claridad extraordinaria. Empecé a mirar fijamente el agua, y tuve una sensación muy peculiar de placer físico; una comezón; una felicidad indefinida. Miré largo tiempo, pero sin detectar la niebla verde. Sentía que mis ojos se desenfocaban y tenía que esforzarme por seguir mirando el agua; finalmente no pude ya controlar mis ojos y debo haberlos cerrado, o acaso fue un parpadeo, o bien simplemente perdí la capacidad de enfocar; en todo caso, en ese mismo instante el agua quedó fija; cesó de moverse. Parecía una pintura. Las ondas estaban inmóviles. Entonces el agua em-

pezó a burbujear: era como si tuviese partículas carbonadas que explotaban de una vez. Por un instante vi la efervescencia como una lenta expansión de materia verde. Era una explosión silenciosa; el agua estalló en una brillante neblina verde que se expandió hasta rodearme.

Permanecí suspendido en ella hasta que un ruido muy agudo, sostenido y penetrante lo sacudió todo; la niebla pareció congelarse en las formas habituales de la superficie del agua. El ruido era un grito de don Juan: "¡Oooye!", cerca de mi oído. Me dijo que prestara atención a su voz y regresara a la niebla y esperara su llamada Dije: "O.K." en inglés y oí el ruido crepitante de su risa.

-Por favor, no hables -dijo-. Guárdate tus oquéis.

Podía oírlo bien. El sonido de su voz era melodioso y sobre todo amigable. Supe eso sin pensar; fue una convicción que me llegó y luego pasó.

La voz de don Juan me ordenó enfocar toda mi atención en la niebla, pero sin abandonarme a ella. Dijo repetidas veces que un guerrero no se abandona a nada, ni siquiera a su muerte. Volví a sumergirme en la neblina y advertí que no era niebla en absoluto, o al menos no era lo que yo concibo como niebla. El fenómeno neblinoso se componía de burbujas diminutas, objetos redondos que entraban en mi campo de "visión", y salían de él, desplazándose como si estuviesen a flote. Observé un rato sus movimientos; luego un ruido fuerte y distante sacudió mi atención y perdí la capacidad de enfoque y ya no pude percibir las burbujitas. Sólo tenía conciencia de un resplandor verde, amorfo, como niebla. Oí de nuevo el ruido y la sacudida que me dio hizo desaparecer la niebla inmediatamente, y me hallé mirando el agua de la zanja de irrigación.

Entonces volví a oírlo, ahora mucho más cerca; era la voz de don Juan. Me estaba diciendo que le prestara atención, porque su voz era mi única guía. Me ordenó mirar la ribera de la corriente y la vegetación directamente ante mis ojos. Vi algunos juncos y un espacio libre de ellos. Era un recoveco en la ribera, un sitio donde don Juan cruza para sumergir su balde y llenarlo de agua. Tras unos momentos don Juan me ordenó regresar a la niebla y me pidió nuevamente prestar atención a su voz, porque iba a guiarme para que yo aprendiera a moverme; dijo que al ver las burbujas debía abordar una de ellas y dejar que me llevara.

Lo obedecí y de inmediato me rodeó la neblina verde, y luego vi las burbujas diminutas. Oí nuevamente la voz de don Juan como un retumbar extraño y atemorizante. En el momento de oírla, empecé a perder la capacidad de percibir las burbujas.

-Monta una de esas burbujas -lo oí decir.

Pugné por conservar mi percepción de las burbujas verdes y a la vez seguir oyendo la voz. No sé cuánto tiempo me esforcé, pero de pronto me di cuenta de que podía escuchar a don Juan y seguir viendo las burbujas, que aún pasaban despacio, flotantes, por mi campo de percepción. La voz de don Juan seguía instándome a seguir una de ellas y montarla.

Me pregunté cómo se suponía que yo hiciera eso, y automáticamente pronuncié en inglés la palabra "cómo". Sentí que la palabra se hallaba muy dentro de mí y que al ir saliendo me llevaba a la superficie. La palabra era como una boya que surgiera de mi hondura. Me oí decir how y me sonó a aullido de perro. Don Juan aulló a su vez, también como perro, y luego hizo como coyote y rió. Me pareció muy gracioso y mi risa en verdad brotó.

Con mucha calma, don Juan me dijo que me adhiriera a una burbuja siguiéndola.

-Regresa otra vez -dijo-. ¡Entra en la niebla! ¡En la niebla!

Al regresar advertí que las burbujas se movían más despacio y que tenían ahora el tamaño de un balón. De hecho, eran tan grandes y lentas que yo podía examinar cualquiera detalladamente. No eran en realidad burbujas: no eran como una burbuja de jabón, ni como un globo, ni como ningún recipiente esférico. No contenían nada, pero se contenían. Tampoco

eran redondas, aunque al percibirlas por vez primera yo habría podido jurar que lo eran y la imagen que acudió a mi mente fue "burbujas". Las observaba como si me hallase mirando por una ventana: es decir, el marco de la ventana no me permitía seguirlas, sólo verlas entrar y salir de mi campo de percepción.
Pero cuando dejé de verlas como burbujas fui capaz de seguirlas; en el acto de seguirlas me adherí a una y floté con ella. Sentía realmente estar en movimiento. De hecho, yo era la burbuja, o esa cosa que parecía burbuja.
Entonces oí el sonido agudo de la voz de don Juan. Me sacudió, y perdí el sentimiento de ser "aquello". El sonido era en extremo temible: una voz remota, muy metálica, como si don Juan hablara por un altoparlante. Discerní algunas palabras.
-Mira las orillas -dijo.
Vi un gran cuerpo de aguas. El agua se precipitaba. Se oía su fragor.
-Mira las orillas -me ordenó de nuevo don Juan.
Vi un muro de concreto.
El sonido del agua se hizo terriblemente fuerte; el sonido me envolvió. Entonces cesó instantáneamente, como si lo cortaran. Tuve la sensación de negrura, de sueño.
Me di cuenta de estar echado en la zanja de riego. Don Juan tarareaba salpicando agua en mi rostro. Luego me sumergió en la zanja. Jaló mi cabeza hasta sacarla por encima de la superficie y me dejó descansarla en la ribera mientras él me sostenía por el cuello de la camisa. Tuve una sensación de lo más agradable en los brazos y las piernas. Los estiré. Los ojos, cansados, me ardían; alcé la mano derecha para frotarlos. Fue un movimiento difícil. Mi brazo pesaba. Apenas pude sacarlo del agua, pero cuando salió estaba cubierto por una asombrosa masa de neblina verde. Puse el brazo frente a mis ojos. Podía ver su contorno: una masa verde más oscura, rodeada por un intenso resplandor verdoso. Rápidamente me incorporé y, parado a media corriente, miré mi cuerpo: pecho, brazos y piernas eran verdes, verde profundo. El matiz era tan intenso que me dio la sensación de una sustancia viscosa. Parecía yo una figurita que don Juan me había hecho años antes con una raíz de datura.
Don Juan me dijo que saliera. Detecté alarma en su voz.
-Estoy verde -dije.
-Deja ya -repuso, imperioso-. No tienes tiempo. Sal de ahí. El agua está a punto de atraparte. ¡Salta! ¡Fuera! ¡Fuera!
Me llené de pánico y salí de un salto.

-Esta vez debes decirme todo lo que ocurrió -dijo, secamente, cuando estuvimos sentados frente a frente en su cuarto.
No le interesó la manera como mi experiencia había transcurrido; sólo quería saber qué había encontrado cuando él me dijo que mirara la orilla. Le interesaban los detalles. Describí el muro que había visto.
-¿Estaba a tu izquierda o a tu derecha? -preguntó.
Le dije que en realidad el muro había estado frente a mí. Pero él insistió en que tenía que ser a la derecha o a la izquierda.
-Cuando lo viste por primera vez; ¿dónde estaba? Cierra los ojos y no los abras hasta que te acuerdes.
Se puso en pie y, habiendo yo cerrado los ojos, hizo girar mi cuerpo hasta ponerme cara al este, la misma dirección que yo había enfrentado al sentarme frente a la corriente. Me preguntó en qué dirección me había movido.
Dije que había ido hacia adelante, derecho, para enfrente. Insistió en que yo debía recordar y concentrarme en el momento en que aún veía el agua como burbujas.
-¿Para qué lado corrían? -preguntó.
Don Juan me instó a hacer memoria, y finalmente tuve que admitir que las burbujas había parecido moverse hacia mi derecha. Pero no me hallaba tan absolutamente seguro como él deseaba. Bajo su interrogatorio, empecé a darme cuenta de mi incapacidad para clasificar la percepción. Las burbujas se habían desplazado a la derecha cuando las vi primero, pero

al hacerse más grandes fluyeron para todas partes. Algunas parecían venir directamente hacia mí, otras parecían seguir cada dirección posible. Había burbujas que se movían encima de mi y abajo de mí. De hecho, estaban en todo mi derredor. Recordaba haber oído su efervescencia; por lo tanto, debo haberlas percibido auditiva además de visualmente.

Cuando las burbujas crecieron tanto que pude "montar" en una de ellas, las "vi" frotarse una contra otra como globos.

Mi excitación crecía con el recuerdo de los detalles de mi percepción. Pero don Juan no se interesaba en lo más mínimo. Le dije que había visto hervir las burbujas. No era un efecto puramente auditivo ni puramente visual, sino algo indiscriminado y sin embargo claro como el cristal; las burbujas raspaban una contra otra. Yo no veía ni oía su movimiento, lo sentía; yo era parte del sonido y del transcurso.

Al relatar mi experiencia me conmoví en lo más hondo. Tomé el brazo de don Juan y lo sacudí en un ataque de agitación intensa. Me había dado cuenta de que las burbujas no tenían límite externo; sin embargo, estaban contenidas y sus bordes cambiaban de forma y eran disparejos, dentellados. Las burbujas se fundían y separaban con gran velocidad, pero su movimiento no era vertiginoso. Era un movimiento rápido y a la vez lento.

Otra cosa que recordé en el momento del relato fue la calidad cromática que las burbujas parecían tener. Eran transparentes y muy brillantes y se veían casi verdes, aunque no era un color como yo acostumbro a percibir los colores.

-Te estás atascando -dijo don Juan-. Esas cosas no son importantes. Te estás fijando en lo que no vale la pena. La dirección es lo único importante.

Sólo pude recordar que me había movido sin ningún punto de referencia, pero don Juan concluyó que, si las burbujas habían fluido constantemente hacia mi derecha -el sur- al principio, el sur era la dirección que debía interesarme. De nuevo me instó, imperioso, a acordarme de si el muro estaba a mi derecha o a mi izquierda. Luché por hacer memoria.

Cuando don Juan "me llamó" y salí a la superficie, por así decirlo, creo que el muro estaba a mi izquierda. Me hallaba muy cerca de él y pude discernir los surcos y protuberancias del molde o armadura de madera en donde se vertió el concreto. Se habían usado tiras de madera muy delgadas, creando un diseño compacto. El muro era sumamente alto. Uno de sus extremos podía verse, y noté que no tenía esquina, sino que se curvaba para dar vuelta.

Don Juan guardó silencio un instante, como si pensara la forma de descifrar mi experiencia; luego dijo que yo no había logrado gran cosa, que no había colmado sus esperanzas.

-¿Qué debí haber hecho?

En vez de responder hizo un gesto frunciendo los labios.

-Te fue muy bien -dijo-. Hoy aprendiste que un brujo usa el agua para moverse.

-¿Pero vi?

Me miró con una expresión curiosa. Alzó los ojos al techo y dijo que yo tendría que entrar en la niebla verde muchas veces hasta poder contestar mi propia pregunta. Cambió sutilmente el curso de nuestra conversación, diciendo que yo no había aprendido en realidad a moverme por medio del agua, pero había aprendido que un brujo puede hacerlo, y él me había hecho mirar la orilla de la corriente con el propósito de que yo ratificara mi movimiento.

-Ibas muy rápido -dijo-, tan rápido como alguien que sabe ejecutar esta técnica. Tuve que apurarme para que no me dejaras atrás.

Le supliqué explicar lo que me había ocurrido desde el principio. Rió, meneando la cabeza lentamente, como incrédulo.

-Tú siempre insistes en saber las cosas desde el principio -dijo-. Pero no hay ningún principio; el principio está sólo en tu pensamiento.

-Yo pienso que el principio fue cuando fumé junto al agua -dije.

-Pero antes de que fumaras yo tuve que averiguar qué cosa hacer contigo -dijo-.

Tendría que decirte lo que hice y no puedo, porque me llevaría a otro asunto más. A lo mejor las cosas se te aclaran si no piensas en principios.
-Dígame entonces qué sucedió después de que me senté y fumé.
-Creo que ya me lo dijiste tú -dijo, riendo.
-¿Tuvo importancia algo de lo que hice, don Juan?
Alzó los hombros.
-Seguiste muy bien mis indicaciones y no tuviste problema para entrar y salir de la niebla. Luego escuchaste mi voz y regresaste a la superficie cada vez que te llamé. Ese era el ejercicio. El resto fue muy fácil. Todo lo que pasó fue que te dejaste llevar por la niebla. Te portaste como si supieras qué hacer. Cuando estabas muy lejos te llamé otra vez y te hice mirar la orilla, para que te dieras cuenta hasta dónde habías llegado. Luego te jalé de vuelta.
-¿Quiere usted decir, don Juan, que realmente viajé en el agua?
-Por cierto. Y bien lejos, además.
-¿Qué distancia?
-No lo vas a creer.
Le rogué que me dijera, pero abandonó el tema y dijo que debía irse un rato. Insistí en que al menos me diera una pista.
-No me gusta que me tengan a oscuras -dije.
-Tú solo te tienes a oscuras -repuso-. Piensa en el muro que viste. Siéntate aquí en tu petate y recuérdalo con todo detalle. A lo mejor así descubres qué distancia recorriste. Lo único que yo sé de momento es que viajaste muy lejos. Lo sé porque me costó muchísimo trabajo regresarte. Si yo no hubiera estado allí, podrías haberte ido para no volver, y todo lo que ahora quedaría de ti sería tu cadáver en la orilla de la corriente. O quizá podrías haber regresado tú solo. Contigo no estoy seguro. Así que, a juzgar por el esfuerzo que me costó traerte, yo diría que seguramente estabas en...
Hizo una larga pausa: me miró con ojos amistosos.
-Yo iría hasta las sierras de Oaxaca -dijo-. No sé hasta dónde irías tú, a lo mejor hasta Los Ángeles, o quizás incluso hasta Brasil.

Don Juan regresó al día siguiente, al atardecer. Mientras tanto, yo había escrito cuanto podía recordar sobre mi percepción. Al escribir, se me ocurrió seguir la ribera corriente abajo y corriente arriba, y corroborar si había visto realmente, en alguno de los lados, un detalle que pudiera haberme provocado la imagen de un muro. Conjeturé que don Juan podía haberme hecho caminar en un estado de estupor, para luego hacerme enfocar mi atención en alguna pared a lo largo del camino. En las horas transcurridas entre el momento en que descubrí la niebla por vez primera y el momento en que salí de la zanja y volvimos a su casa, calculé que no podríamos haber caminado más de cuatro kilómetros. De modo que seguí la corriente durante unos cinco kilómetros en cada dirección, observando cuidadosamente todo lo que hubiese podido relacionarse con mi visión del muro. La corriente era, hasta donde pude juzgar, un simple canal de riego. Tenía de metro a metro y medio de ancho a todo lo largo, y no pude hallar en él ningún aspecto visible que pudiera haberme recordado o impuesto la imagen de una pared de concreto.
Cuando don Juan llegó a su casa al atardecer, lo acosé e insistí en leerle mi relato. Rehusó escuchar y me hizo tomar asiento. Se sentó frente a mí. No sonreía. Parecía estar pensando, a juzgar por la mirada penetrante de sus ojos, que se hallaban fijos por encima del horizonte.
-Creo que ya te habrás dado cuenta -dijo en un tono que de pronto era muy severo- de que todo es mortalmente peligroso. El agua es tan mortal como el guardián. Si no te cuidas, el agua te atrapará. Casi lo hizo ayer. Pero para que lo atrapen, un hombre debe estar dispuesto. Esa es cuestión tuya. Estás dispuesto a entregarte.
Yo no sabía de qué estaba hablando. Su ataque contra mí había sido tan repentino que me hallaba desorientado. Débilmente le pedí explicarse. Mencionó, con desgano,

que había ido al monte y había "visto" al espíritu del ojo de agua y tenía la profunda convicción de que yo había malogrado mi oportunidad de "ver" el agua.
-¿Cómo? -pregunté, en verdad desconcertado.
-El espíritu es una fuerza -dijo él-, y como tal, responde a la fuerza. No te puedes entregar en su presencia.
-¿Cuándo me entregué?
-Ayer, cuando te pusiste verde en el agua.
-No me entregué. Pensé que era un momento muy importante y le dije a usted lo que me estaba pasando.
-¿Quién eres tú para pensar o decir qué cosa es importante? No sabes nada de las fuerzas que estás tocando. El espíritu del ojo de agua existe allí y podría haberte ayudado; de hecho, te estuvo ayudando hasta que tú lo echaste a perder. Ahora no sé cuál será el resultado de tus acciones. Has sucumbido a la fuerza del espíritu del ojo de agua y ahora puede llevarte en cualquier momento.
-¿Fue un error mirar cómo me volvía verde?
-Te abandonaste. Quisiste abandonarte. Eso estuvo mal. Te lo he dicho y te lo repito. Sólo como un guerrero puedes sobrevivir en el mundo de un brujo. Un guerrero trata todo con respeto y no pisotea nada a menos que tenga que hacerlo. Tú, ayer, no trataste el agua con respeto. Por lo común te portas muy bien. Pero ayer te abandonaste a tu muerte, como un pinche idiota. Un guerrero no se abandona a nada, ni siquiera a su muerte. Un guerrero no es un socio voluntario; un guerrero no está disponible, y si se mete con algo, puedes tener la certeza de que sabe lo que está haciendo.
No supe qué decir. Don Juan estaba casi enojado. Eso me producía inquietud. Rara vez se había portado así conmigo. Le dije que en verdad no tuve ni la menor idea de que estaba cometiendo un error. Tras algunos minutos de silencio tenso, se quitó el sombrero y sonrió y me dijo que debía irme y no regresar a su casa hasta sentir que había ganado control sobre mi deseo de abandonarme. Recalcó que yo debía apartarme del agua y evitar que tocara la superficie de mi cuerpo durante tres o cuatro meses.
-No creo que podría aguantar sin darme una ducha -dije.
Don Juan rió y las lágrimas corrieron por sus mejillas.
-¡No aguantas sin una ducha! A veces eres tan flojo que pienso que estás bromeando. Pero no es un chiste. A veces realmente no tienes ningún control, y las fuerzas de tu vida te agarran con entera libertad.
Aducí que era humanamente imposible estar controlado en todo momento. El sostuvo que para un guerrero no había nada fuera de control. Yo traje a colación la idea de los accidentes y dije que lo ocurrido en la zanja de riego podía sin duda considerarse como tal, pues yo actué sin intención y sin conciencia de mi conducta impropia. Hablé de diversas personas que habían sufrido infortunios explicables como accidentes; me referí en especial a Lucas, un excelente viejo yaqui que resultó herido al volcarse el camión que conducía.
-Me parece que es imposible evitar los accidentes -dije-. Ningún hombre puede controlar todo cuanto lo rodea.
-Cierto -dijo don Juan, cortante-. Pero no todo es un accidente inevitable. Lucas no vive como guerrero. De lo contrario, sabría que está esperando y porque espera, y no habría manejado ese camión estando borracho. Se estrelló contra las peñas porque estaba borracho, y destrozó su cuerpo por nada.
"La vida, para un guerrero, es un ejercicio de estrategia -prosiguió don Juan-, Pero tú quieres hallar el significado de la vida. A un guerrero no le importan los significados. Si Lucas viviera como guerrero -y tuvo su oportunidad, como todos tenemos la nuestra- armaría su vida estratégicamente. De ese modo, si no podía evitar un accidente que le destrozara las costillas, habría hallado medios para compensar ese contratiempo, o evitar sus consecuencias, o batallar contra ellas. Si Lucas fuera guerrero no estaría murién-

dose de hambre en su casa mugrosa. Estaría batallando hasta el final.
Planteé a don Juan una posibilidad, usándolo a él mismo como ejemplo, y le pregunté que haría si él tuviese un accidente en el que perdiera las piernas.
-Si no puedo evitarlo, y pierdo las piernas -dijo-, ya no podré ser un hombre, así que me uniré a lo que me está esperando allá. Hizo un arco con la mano para señalar a todo al derredor.
Argumenté que me malinterpretaba. Yo había querido hacer referencia a la imposibilidad de que cualquier individuo previera todas las variables implicadas en sus acciones de cada día.
-Todo lo que puedo decirte -dijo don Juan- es que un guerrero nunca está disponible; nunca está parado en el camino esperando las pedradas. Así corta al mínimo el chance de lo imprevisto. Lo que tú llamas accidentes son casi siempre muy fáciles de evitar, excepto para los tontos que viven por las puras.
-No es posible vivir estratégicamente todo el tiempo -dije-. Imagínese que alguien lo está esperando con un rifle de alta potencia con mira telescópica; puede darle con exactitud a quinientos metros de distancia. ¿Qué haría usted?
Don Juan me miró con aire de incredulidad y luego se echó a reír.
-¿Qué haría usted? -insistí.
-¿Si alguien me está esperando con un rifle de mira telescópica? -dijo, obviamente en son de burla.
-Si alguien está escondido fuera de vista, esperándolo. No tiene usted el menor chance. No puede parar una bala.
-No, no puedo. Pero sigo sin entender lo que quieres decir.
-Quiero decir que toda su estrategia no puede servirle de nada en una situación así.
-Ah, pero sí sirve. Si alguien me está esperando en un sitio con un rifle de alta potencia con mira telescópica, sencillamente no llego a ese sitio.

XIII

Mi siguiente intento de "ver" tuvo lugar el 3 de septiembre de 1969. Don Juan me hizo fumar dos cuencos de la mezcla. Los efectos inmediatos fueron idénticos a los experimentados anteriormente. Recuerdo que, cuando mi cuerpo se hallaba adormecido por completo, don Juan me tomó del sobaco derecho y me condujo al espeso chaparral desértico que se extiende por kilómetros alrededor de su casa. No recuerdo qué hicimos don Juan o yo después de entrar en el matorral, ni cuánto tiempo anduvimos; en determinado momento me descubrí sentado en la cima de un cerrito. Don Juan había tomado asiento a mi izquierda, tocándome. Yo no podía sentirlo, pero lo veía con el rabo del ojo. Tuve la sensación de que me había estado hablando, aunque no lograba recordar sus palabras. De cualquier modo sentía saber exactamente lo que había dicho, pese al hecho de que no me era posible recobrarlo en mi memoria lúcida. Sentía que sus palabras eran como los vagones de un tren que se aleja, y la última era como un cabús cuadrangular. Yo sabía cuál era esa última palabra, pero no podía decirla ni pensar claramente en ella. Era un estado de semivigilia, con la imagen onírica de un tren de palabras.
Entonces oí muy levemente la voz de don Juan que me hablaba.
-Ahora debes mirarme -dijo, volviendo mi rostro hacia el suyo. Repitió la frase tres o cuatro veces.
Al mirar, descubrí de inmediato el mismo efecto de resplandor que dos veces antes había percibido en su cara; era un movimiento hipnotizante, un cambio ondulatorio de luz dentro de áreas contenidas. No había límites precisos para esas áreas, y sin embargo la luz ondulante no se derramaba: se movía dentro de fronteras invisibles.
Paseé la vista sobre el objeto resplandeciente frente a mí, y en el acto empezó a perder su brillo y los rasgos familiares del rostro de don Juan surgieron, o más bien

se superpusieron al resplandor falleciente. Luego debo haber fijado una vez más la mirada: las facciones de don Juan se desvanecieron y el brillo se intensificó. Yo había puesto mi atención en una zona que debía ser, el ojo izquierdo. Advertí que allí el movimiento del resplandor no estaba contenido. Percibí algo como explosiones de chispas. Las explosiones eran rítmicas, y despedían unas como partículas de luz que volaban hacia mí con fuerza aparente y luego se retiraban como si fueran fibras de hule.

Don Juan debe haber hecho girar mi cabeza. De pronto me hallé mirando un campo de labranza.

-Ahora mira al frente -oí decir a don Juan.

Frente a mí, a unos doscientos metros, había un cerro grande y largo; toda la cuesta estaba arada. Surcos horizontales corrían paralelos desde la base hasta la cima del cerro. Noté que en el campo labrado había cantidad de piedras chicas y tres enormes peñascos que interrumpían la rectitud de los surcos. Justamente delante de mí había unos arbustos que me impedían observar los detalles de una barranca o cañada al pie del cerro. Desde donde me hallaba, la cañada parecía un corte profundo, con vegetación verde marcadamente distinta del cerro yermo. El verdor parecían ser árboles que crecían en el fondo de la cañada. Sentí una brisa soplar en mis ojos. Tuve un sentimiento de paz y quietud profunda. No se escuchaban pájaros ni insectos.

Don Juan volvió a hablarme. Me tomó un momento entender lo que decía.

-¿Ves un hombre en ese campo? -preguntaba repetidamente.

Quise decirle que no había nadie en el campo, pero no pude vocalizar las palabras. Desde atrás, don Juan tomó mi cabeza entre sus manos -yo veía sus dedos sobre mi ceño y mis mejillas- y me hizo barrer todo el campo, moviéndome despacio la cabeza de derecha a izquierda y luego en dirección contraria.

-Observa cada detalle. Tu vida puede depender de ello -lo oí decir una y otra vez.

Me hizo recorrer cuatro veces el horizonte visual de 180 grados frente a mi. En cierto momento, cuando había movido mi cabeza hacia la extrema izquierda, creí ver algo que se movía en el campo. Tuve una breve percepción de movimiento con el rabo del ojo derecho. Don Juan empezó a volver mi cabeza hacia la derecha y pude enfocar la mirada en el campo. Vi un hombre caminar a lo largo de los surcos. Era un hombre común vestido como campesino mexicano; llevaba huaraches, pantalones gris claro, camisa beige de manga larga, sombrero de paja y un morral café claro colgado del hombro derecho con una correa.

Don Juan notó, sin duda, que yo había visto al hombre. Me preguntó repetidamente si el hombre me miraba o si venía en mi dirección. Quise decirle que el hombre se alejaba dándome la espalda, pero sólo pude pronunciar: "No." Don Juan dijo que si el hombre se volvía y se acercaba, yo debía gritar, y él me haría volver la cabeza para protegerme.

No experimenté ningún sentimiento de miedo o aprensión o participación. Observaba fríamente la escena. El hombre se detuvo a medio campo. Quedó parado con el pie derecho en la saliente de un gran peñasco redondo, como si estuviera atando su huarache. Luego se enderezó, sacó de su morral un cordel y lo enredó en su mano izquierda. Me dio la espalda y, enfrentando la cima del cerro, se puso a escudriñar el área ante sus ojos. Supuse que lo hacía por la forma en que movía la cabeza, volviéndola despacio y de continuo a la derecha; lo vi de perfil, y luego empezó a volver todo su cuerpo hacia mí, hasta que estuvo mirándome. Echó la cabeza bruscamente hacia atrás, o la movió de manera que supe, sin lugar a dudas, que me había visto. Extendió al frente su brazo izquierdo, señalando el suelo, y con el brazo en tal postura empezó a caminar hacia mí.

-¡Ahí viene! -grité sin ninguna dificultad.

Don Juan debe haber vuelto mi cabeza, porque después estaba yo mirando el chaparral. Me dijo que no clavara la vista, sino mirara "a la ligera" las cosas, pasándoles los ojos por encima. Dijo que iba a

pararse a corta distancia, frente a mí, y luego a caminar en mi dirección, y que yo debía observarlo hasta ver su resplandor.
Vi a don Juan retirarse unos veinte metros. Caminaba con increíble rapidez y agilidad, tanto que yo apenas podía creer que fuera don Juan. Se volvió a encararme y me ordenó mirarlo.
Su rostro brillaba: parecía una mancha de luz. La luz se derramaba por el pecho casi hasta la mitad del cuerpo. Era como si yo estuviera mirando una luz a través de párpados entrecerrados. El resplandor parecía expanderse y amainar. Don Juan debe haber empezado a caminar hacia mí, pues la luz se hizo más intensa y mejor discernible.
Me dijo algo. Pugné por comprender y perdí mi visión del resplandor, y entonces vi a don Juan como lo veo todos los días; se hallaba a medio metro de distancia. Tomó asiento encarándome.
Al concentrar mi atención en su rostro empecé a percibir un vago resplandor. Luego fue como si delgados haces de luz se entrecruzaran. El rostro de don Juan se veía como si alguien le echara el cardillo de espejos diminutos; conforme la luz se intensificaba, la faz perdió sus contornos y de nuevo era un objeto brillante amorfo.
Percibí una vez más el efecto de explosiones pulsantes de luz enlanadas desde un espacio que debe haber sido su ojo izquierdo. No enfoqué allí mi atención, sino que deliberadamente miré una zona adyacente que supuse el ojo derecho. De inmediato capté la visión de un estanque de luz, claro y transparente. Era una luz líquida. Noté que percibir era más que avistar: era sentir. El estanque de luz oscura y líquida tenía una profundidad extraordinaria. Era "amistoso", "bueno". La luz que emanaba de allí, en vez de estallar, giraba en lento remolino hacia adentro, creando reflejos exquisitos. El resplandor tenía un modo tan bello y delicado de tocarme, de confortarme, que me daba sensación de delicia.
Vi un anillo simétrico de brillantes rayones de luz expandirse rítmicamente sobre la planicie vertical del área resplandeciente. El anillo creció hasta cubrir casi toda la superficie y luego se contrajo a un punto de luz en medio del charco brillante. Vi el anillo expandirse y contraerse varias veces. Luego me eché atrás cuidando de no perder la visión, y pude ver ambos ojos. Distinguí el ritmo de ambos tipos de explosiones luminosas. El ojo izquierdo despedía rayos de luz que sobresalían de la planicie vertical, mientras los del ojo derecho irradiaban sin proyectarse. El ritmo de ambos ojos alternaba: la luz del ojo izquierdo estallaba hacia afuera mientras los haces radiantes del ojo derecho se contraían y giraban hacia adentro. Luego, la luz del ojo derecho se extendía para cubrir toda la superficie resplandeciente mientras la luz del ojo izquierdo se retraía.
Don Juan debe haberme dado vuelta una vez más, pues de nuevo me hallé mirando el campo de labranza. Lo oí decirme que observara al hombre.
El hombre estaba de pie junto al peñasco, mirándome. Yo no podía discernir sus facciones: el sombrero le cubría la mayor parte de la cara. Tras un momento puso su morral bajo el brazo derecho y empezó a alejarse hacia mi diestra. Caminó casi hasta el final del área labrada, cambió de dirección y dio unos pasos hacia la cañada. Entonces perdí control sobre mi enfoque y el hombre desapareció junto con la escena total. La imagen de los arbustos del desierto se superpuso a ella.
No recuerdo cómo volví a casa de don Juan, ni lo que él hizo para "regresarme". Al despertar, yacía sobre mi petate en el cuarto de don Juan. El acudió a mi lado y me ayudó a levantarme. Me sentía mareado; tenía el estómago revuelto. En forma muy rápida y eficiente, don Juan me arrastró hasta los arbustos al lado de su casa. Vomité y él rió.
Luego me sentí mejor. Miré mi reloj; eran las 11:00 p.m. Me dormí de nuevo y a la una de la tarde siguiente creí ser otra vez yo mismo.
Don Juan me preguntó repetidamente cómo me sentía. Yo tenía la sensación

de hallarme distraído. No podía concentrarme realmente. Caminé un rato por la casa, bajo el escrutinio atento de don Juan. Me seguía a todas partes. Sentí que no había nada que hacer y volví a dormirme. Desperté al atardecer, muy mejorado. En torno mío hallé muchas hojas aplastadas. De hecho, desperté bocabajo encima de un montón de hojas. Su olor era muy fuerte. Recuerdo haber cobrado conciencia de aquel olor antes de despertar por entero.

Fui atrás de la casa y hallé a don Juan sentado junto a la zanja de irrigación. Al ver que me acercaba, hizo gestos frenéticos para detenerme y hacerme volver a la casa.

-¡Corre para adentro! -gritó.

Entré corriendo en la casa y él llegó un instante después.

-No me sigas nunca -dijo-. Si quieres verme espérame aquí.

Me disculpé. El me dijo que no me desperdiciara en disculpas tontas que no tenían el poder de cancelar mis actos. Dijo que había tenido muchas dificultades para regresarme y que había estado interceciendo por mí ante el agua.

-Ahora tenemos que correr el riesgo y lavarte en el agua -dijo.

Le aseguré que me sentía muy bien. El se quedó largo rato mirándome a los ojos.

-Ven conmigo -dijo-. Voy a meterte en el agua.

-Estoy muy bien -dije-. Mire, estoy tomando notas.

Me jaló de mi petate con fuerza considerable.

-¡No te entregues! -dijo-. Cuando menos lo pienses vas a quedarte dormido otra vez. A lo mejor esta vez ya no podré despertarte.

Corrimos a la parte trasera de su casa. Antes de que llegáramos al agua me dijo, en un tono de lo más dramático, que cerrara bien los ojos y no los abriera hasta que él lo indicase. Me dijo que si miraba el agua, aun por un instante, podría morir. Me llevó de la mano y me echó de cabeza en el canal de riego.

Conservé los ojos cerrados mientras él me sumergía y me sacaba del agua; esto duró horas. Experimenté un cambio notable. Lo que había de mal en mi antes de entrar en el agua era tan sutil que no lo noté hasta comparar ese estado con el sentimiento de bienestar y claridad que tuve mientras don Juan me hizo permanecer en la zanja. El agua se metió en mi nariz y empecé a estornudar. Don Juan me sacó y me llevó, sin dejarme abrir los ojos, hasta la casa. Me hizo cambiarme de ropa y luego me guió a su cuarto, me condujo a sentarme en mi petate, dispuso la dirección de mi cuerpo y me dijo que abriera los ojos. Los abrí, y lo que vi me hizo saltar hacia atrás y agarrarme de su pierna. Experimenté un momento tremendamente confuso. Don Juan me golpeó con los nudillos en la parte más alta de la cabeza. Fue un golpe rápido, no duro ni doloroso, sino más bien como un choque.

-¿Qué pasa contigo? ¿Qué viste? -preguntó.

Al abrir los ojos yo había visto la misma escena que observé antes. Había visto al mismo hombre. Pero esta vez se hallaba casi tocándome. Vi su rostro. Había en él cierto aire de familiaridad. Casi supe quién era. La escena se desvaneció cuando don Juan me pegó en la cabeza.

Alcé los ojos a don Juan. Tenía la mano lista para pegarme de nuevo. Riendo, preguntó si quería yo otro coscorrón. Solté su pierna y me relajé sobre mi petate. Me ordenó mirar directamente hacia adelante y por ningún motivo volverme en dirección del agua atrás de su casa.

Hasta entonces advertí que el cuarto estaba en tinieblas. Por un instante no estuve seguro de tener abiertos los ojos. Los toqué para asegurarme. Llamé a don Juan en voz alta y le dije que algo andaba mal con mis ojos; no podía yo ver nada, cuando un momento antes lo había visto dispuesto a pegarme. Oí su risa a la derecha, sobre mi cabeza, y luego encendió su linterna de petróleo. Mis ojos se adaptaron a la luz en cuestión de segundos. Todo estaba como siempre: las paredes de ramas y argamasa y las raíces medicinales secas,

extrañamente contrahechas, que colgaban de ellas; el techo de paja; la linterna de petróleo colgada de una viga. Yo había visto la habitación cientos de veces, pero ahora sentí que había algo único en ella y en mí mismo. Esta era la primera vez que yo no creía en la "realidad" definitiva de mi percepción. Había estado acercándome con cautela hacia tal sentimiento, y acaso lo había intelectualizado en diversas ocasiones, pero jamás me había hallado al borde de la duda seria. Ahora, sin embargo, no creí que el cuarto fuera "real", y por un momento tuve la extraña sensación de que se trataba de una escena que desaparecería si don Juan me golpeaba la cabeza con los nudillos. Empecé a temblar sin tener frío. Espasmos nerviosos recorrían mi espina. Sentía la cabeza pesada, sobe todo en la zona directamente encima de la nuca.

Me quejé de no sentirme bien y dije a don Juan lo que había visto. El se rió de mí, diciendo que sucumbir al susto era una entrega miserable.

-Estás asustado sin tener miedo -dijo-. Viste al aliado que te miraba, gran cosa. Espera a tenerlo cara a cara antes de cagarte en los calzones.

Me indicó levantarme y caminar hacia mi coche sin volverme en dirección del agua, y esperarlo mientras traía una soga y una pala. Me hizo manejar hasta un sitio donde habíamos hallado un tocón de árbol. Nos pusimos a cavar para sacarlo. Trabajé terriblemente duro horas enteras. No sacamos el tocón, pero me sentí mucho mejor. Regresamos a la casa y comimos y las cosas eran de nuevo perfectamente "reales" y comunes.

-¿Qué me sucedió? -pregunté-. ¿Qué hice ayer?

-Me fumaste y luego fumaste un aliado -dijo él.

-¿Cómo dijo?

Don Juan rió y dijo que al rato iba yo a exigirle contar todo desde el principio.

-Me fumaste -repitió-. Me miraste a la cara, a los ojos. Viste las luces que marcan la cara de un hombre. Yo soy brujo: tú viste eso en mis ojos. Pero no lo sabías, porque ésta es la primera vez que lo haces. Los ojos de los hombres no son todos iguales. Pronto lo descubrirás. Luego fumaste un aliado.

-¿Dice usted el hombre en el campo?

-No era hombre, era un aliado que te hacía señas.

-¿A dónde fuimos? ¿Dónde estábamos cuando vi a ese hombre, digo, a ese aliado?

Don Juan señaló con la barbilla un área frente a su casa y dijo que me había llevado a lo alto de un cerrito. Dije que el paisaje que observé no tenía nada en común con el desierto de chaparrales alrededor de su casa, y repuso que el aliado que me había "hecho señas" no era de los alrededores.

-¿De dónde es?

-Te llevaré allí muy pronto.

-¿Qué significa mi visión?

-Estabas aprendiendo a ver, eso era todo; pero ahora se te están cayendo los calzones porque te entregas; te has abandonado a tu susto. Capaz sería bueno que describieras todo cuanto viste.

Cuando empecé a describir la apariencia que su propio rostro me había presentado, me detuvo y dijo que eso no tenía ninguna importancia. Le dije que casi lo había visto como un "huevo luminoso". Respondió que "casi" no era suficiente, y que ver me llevaría mucho tiempo y esfuerzo.

Le interesaban la escena del campo labrado y todos los detalles que pudiera yo recordar del hombre.

-Ese aliado te estaba haciendo señas -dijo-. Cuando vino hacia ti y yo te moví la cabeza, no fue porque te estuviera poniendo en peligro sino porque es mejor esperar. Tú no tienes prisa. Un guerrero nunca está ocioso ni tiene prisa. Encontrarse con un aliado sin estar preparado es como atacar a un león a pedos.

Me gustó la metáfora. Compartimos un delicioso momento de risa.

-¿Qué habría pasado si usted no me mueve la cabeza?

-Habrías tenido que moverla solo.

-¿Y si no lo hacía?

-El aliado habría llegado hasta ti y te habría dado un buen susto. Si hubieras es-

tado solo, habría podido matarte. No es aconsejable que estés sólo en las montañas o en el desierto hasta que puedas defenderte. Un aliado podría agarrarte allí solo y hacerte picadillo.
-¿Qué significado tenían sus acciones?
-Al mirarte quería decir que te da la bienvenida. Te enseñó que necesitas un cazador de espíritus y un morral, pero no de estos rumbos; su bolsa era de otra parte del país. Tienes en tu camino tres piedras de tropiezo que te detienen; eran las peñas. Y, definitivamente, vas a sacar tus mejores poderes de cañadas y barrancas; el aliado te señaló la barranca. El resto de la escena era para ayudarte a localizar el sitio exacto donde encontrarlo. Ya sé dónde está ese sitio. Te llevaré allí muy pronto.
-¿Quiere usted decir que el paisaje que vi existe realmente?
-Por supuesto.
-¿Dónde?
-No te lo puedo decir.
-¿Cómo hallaría yo ese sitio?
-Tampoco puedo decírtelo, y no porque no quiera sino porque sencillamente no sé cómo decírtelo.
Quise saber el significado de haber visto la misma escena estando en la casa. Don Juan rió e imitó la forma en que me había asido a su pierna.
-Era una reafirmación de que el aliado te quiere -dijo-. Ese era su modo de hacernos saber sin lugar a dudas de que te daba la bienvenida.
-¿Y el rostro que vi?
-Su rostro te es familiar porque lo conoces. Lo has visto antes. Quizás es el rostro de tu muerte. Te asustaste, pero eso fue descuido tuyo. El te esperaba, y cuando se mostró sucumbiste al susto. Por suerte yo estaba allí para pegarte; si no, él se habría vuelto en tu contra, y merecido lo tenías. Para tener un aliado, hay que ser un guerrero sin mancha, o el aliado puede volverse contra uno y destruirlo.
Don Juan me disuadió de volver a Los Ángeles la mañana siguiente. Al parecer, pensaba que aún no me había recuperado por completo. Insistió en que me sentara en su cuarto, mirando al sureste, con el fin de preservar mi fuerza. Se sentó a mi izquierda, me entregó mi cuaderno y dijo que esta vez yo lo tenía agarrado: no sólo debía quedarse conmigo, sino también hablar conmigo.
-Tengo que llevarte otra vez al agua al anochecer -dijo-. Todavía no estás macizo y no deberías quedarte solo hoy. Te haré compañía toda la mañana; en la tarde estarás mejor.
Su preocupación me puso muy aprensivo.
-¿Qué anda mal conmigo? -pregunté.
-Topaste un aliado.
-¿Qué quiere usted decir con eso?
-No debemos hablar hoy de aliados. Hablemos de cualquier otra cosa.
Yo no tenía en realidad ningún deseo de hablar. Había empezado a sentirme ansioso e inquieto. A don Juan, al parecer, la situación le resultaba totalmente ridícula; rió hasta que se le saltaron las lágrimas.
-No me salgas con que, ahora que deberías hablar, no vas a hallar nada que decir -dijo, sus ojos brillando con malicia. Su humor era muy reconfortante.
Un solo tema me interesaba en ese momento: el aliado. Qué familiar su rostro; no era como si yo lo conociese o lo hubiera visto antes. Era otra cosa. Cada vez que empezaba a pensar en ese rostro, mi mente experimentaba un bombardeo de pensamientos ajenos, como si alguna parte de mí mismo conociera el secreto pero no permitiese que el resto de mí se le acercara. La sensación de que el rostro del aliado era familiar resultaba tan extraña que me había forzado a un estado de melancolía mórbida. Don Juan había dicho que podía ser el rostro de mi muerte. Creo que esa frase me tenía sujeto. Quería desesperadamente preguntar acerca de ella y sentía con claridad que don Juan estaba conteniéndome. Llené los pulmones un par de veces y acabé preguntando.
-¿Qué es la muerte, don Juan?
-No sé -dijo él, sonriendo.
-Quiero decir, ¿cómo describiría usted la muerte? Quiero sus opiniones. Creo que

todo el mundo tiene opiniones definidas acerca de la muerte.
-No sé de qué estás hablando.
Yo tenía el Libro tibetano de los muertos en la cajuela de mi coche. Se me ocurrió usarlo como tema de conversación, ya que trataba de la muerte. Dije que iba a leérselo e hice por levantarme. Don Juan me indicó permanecer sentado y fue él por el libro.
-La mañana es mala hora para los brujos -dijo para explicar el que yo debiera estarme quieto-. Estás demasiado débil para salir de mi cuarto. Aquí adentro estás protegido. Si ahora te echaras a andar, lo más probable es que hallaras un desastre terrible. Un aliado podría matarte en el camino o en el matorral, y luego, cuando encontraran tu cuerpo, dirían que moriste misteriosamente o que tuviste un accidente.
Yo no estaba en posición ni de humor para poner en duda sus decisiones, así que me estuve quieto casi toda la mañana, leyéndole y explicándole algunas partes del libro. Escuchó con atención, sin interrumpirme para nada. Dos veces tuve que parar durante periodos cortos, mientras él traía agua y comida, pero apenas quedaba desocupado nuevamente me urgía a continuar la lectura. Parecía muy interesado.
Cuando terminé, don Juan me miró.
-No entiendo por qué esa gente habla de la muerte como si la muerte fuera como la vida -dijo con suavidad.
-A lo mejor así lo entienden ellos. ¿Piensa usted que los tibetanos ven?
-Difícilmente. Cuando uno aprende a ver, ni una sola de las cosas que conoce prevalece. Ni una sola. Si los tibetanos vieran, sabrían de inmediato que ninguna cosa es ya la misma. Una vez que vemos, nada es conocido; nada permanece como solíamos conocerlo cuando no veíamos.
-Quizá, don Juan, ver no sea lo mismo para todos.
-Cierto. No es lo mismo. Pero eso no significa que prevalezcan los significados de la vida. Cuando uno aprende a ver, ni una sola cosa es la misma.
-Los tibetanos piensan, obviamente, que la muerte es como la vida. ¿Cómo piensa usted que sea la muerte? -pregunté.
-Yo no pienso que la muerte sea como nada, y creo que los tibetanos han de estar hablando de otra cosa. En todo caso, no están hablando de la muerte.
-¿De qué cree usted que estén hablando?
-A lo mejor tú puedes decírmelo. Tú eres el que lee.
Traté de decir algo más, pero él empezó a reír.
-Acaso los tibetanos de veras ven -prosiguió don Juan-, en cuyo caso deben haberse dado cuenta de que lo que ven no tiene ningún sentido y entonces escribieron esa porquería porque todo les da igual, en cuyo caso lo que escribieron no es porquería de ninguna clase.
-En realidad no me importa lo que los tibetanos digan -le dije-, pero sí me importa mucho lo que diga usted. Me gustaría oír qué piensa usted de la muerte.
Se me quedó viendo un instante y luego soltó una risita. Abrió los ojos y alzó las cejas en un gesto cómico de sorpresa.
-La muerte es un remolino -dijo-. La muerte es el rostro del aliado; la muerte es una nube brillante en el horizonte; la muerte es el susurro de Mescalito en tus oídos; la muerte es la boca desdentada del guardián; la muerte es Genaro sentado de cabeza; la muerte soy yo hablando; la muerte son tú y tu cuaderno; la muerte no es nada. ¡Nada! Está aquí pero no está aquí en todo caso.
Don Juan rió con gran deleite. Su risa era como una canción; tenía una especie de ritmo de danza.
-Mis palabras no tienen sentido, ¿eh? -dijo don Juan-. No puedo decirte cómo es la muerte. Pero quizá podría hablarte de tu propia muerte. No hay manera de saber cómo será de cierto, pero sí podría decirte cómo sea tal vez.
En ese punto me asusté y repuse que yo sólo quería saber lo que la muerte parecía ser para él; recalqué que me interesaban sus opiniones sobre la muerte en un sentido general, pero no buscaba enterarme en detalle de la muerte personal de nadie, y menos de la mía.

-Yo nada más puedo hablar de la muerte en términos personales -dijo él-. Tú querías que te hablara de la muerte. ¡Muy bien! Entonces no tengas miedo de oír tu propia muerte.

Admití que me hallaba demasiado nervioso para hablar de ella. Dije que deseaba hablar de la muerte en términos generales, como él mismo había hecho la vez que me contó que al momento de la muerte de su hijo Eulalio la vida y la muerte se mezclaron como una niebla de cristales.

-Te dije que la vida de mi hijo se expandió a la hora de su muerte personal -repuso-. Yo no hablaba de la muerte en general, sino de la muerte de mi hijo. La muerte, sea lo que sea, hizo expandir su vida.

Yo quería a toda costa sacar la conversación del terreno de lo particular, y mencioné que había estado leyendo relatos de gente que murió varios minutos y fue revivida a través de técnicas médicas. En todos los casos que leí, las personas involucradas habían declarado, al revivir, que no podían recordar nada en absoluto; que la muerte era simplemente una sensación de oscurecimiento.

-Eso es perfectamente comprensible -dijo él-. La muerte tiene dos etapas. La primera es un oscurecimiento. Es una etapa sin sentido, muy semejante al primer efecto de Mescalito, cuando uno experimenta una ligereza que lo hace sentirse feliz, completo, y todo en el mundo está en calma. Pero ése es sólo un estado superficial; no tarda en desvanecerse y uno entra en un nuevo terreno, el terreno de la dureza y el poder. Esa segunda etapa es el verdadero encuentro con Mescalito. La muerte es muy parecida. La primera etapa es un oscurecimiento superficial. Pero la segunda es la verdadera etapa en que uno se encuentra con la muerte; un breve momento, después de la primera oscuridad, hallamos que, de algún modo, somos otra vez nosotros mismos. Y entonces la muerte choca contra nosotros con su callada furia y su poder, hasta que disuelve nuestras vidas en la nada.

-¿Cómo puede usted tener la certeza de que está hablando de la muerte?

-Tengo mi aliado. El humito me ha enseñado con gran claridad mi muerte inconfundible. Por eso nada más puedo hablar de la muerte personal.

Las palabras de don Juan me ocasionaron una profunda aprensión y una ambivalencia dramática. Tuve el presentimiento de que iba a describirme los detalles exteriores y vulgares de mi muerte y a decir cómo o cuándo moriría yo. La simple idea de saber eso me hacía desesperar y a la vez picaba mi curiosidad. Desde luego, podría haberle pedido describir su propia muerte, pero sentí que tal petición sería bastante descortés y la cancelé automáticamente.

Don Juan parecía disfrutar mi conflicto. Su cuerpo se retorcía de risa.

-¿Quieres saber cómo podría ser tu muerte? -me preguntó con deleite infantil en el rostro.

Su malicioso placer en acosarme me daba ánimos. Casi mellaba mi aprensión.

-Bueno, dígame -dije, y mi voz se quebró.

Don Juan tuvo una formidable explosión de risa. Agarrándose el estómago, rodó de lado y repitió burlonamente: "Bueno, dígame", con una quebradura en su voz. Luego se enderezó y tomó asiento, asumiendo una tiesura fingida, y con tono trémulo dijo:

-La segunda etapa de tu muerte muy bien podría ser como sigue.

Sus ojos me examinaron con curiosidad aparentemente genuina. Reí. Me daba cuenta de que sus bromas eran el único recurso capaz de suavizar la idea de la propia muerte.

-Tú manejas mucho -siguió diciendo-, así que tal vez te encuentres, en un momento dado, nuevamente al volante. Será una sensación muy rápida que no te dará tiempo de pensar. De pronto, digamos, te encuentras manejando, como has hecho miles de veces. Pero antes de que puedas recapacitar, notas una formación extraña frente a tu parabrisas. Si miras más de cerca verás que es una nube que parece un remolino brillante. Parece, digamos, una cara, allí en medio del cielo, frente a

ti. Mientras la miras, la ves moverse hacia atrás hasta que sólo es un punto brillante en la distancia, y luego notas que empieza a moverse otra vez hacia ti; gana velocidad y, en un parpadeo, se estrella contra el parabrisas de tu coche. Eres fuerte; estoy seguro de que la muerte necesitará un par de golpes para ganarte.

"Para entonces ya sabes dónde estás y qué te está pasando; el rostro retrocede otra vez hasta una posición en el horizonte, toma vuelo y choca contra ti. El rostro entra dentro de ti y entonces sabes: era el rostro del aliado, o era yo hablando, o tú escribiendo. La muerte no era nada todo el tiempo. Nada. Era un puntito perdido en las hojas de tu cuaderno. Pero entra en ti con fuerza incontrolable y te expande; te aplana y te extiende por todo el cielo y la tierra y más allá. Y eres como una niebla de cristales diminutos yéndose, yéndose.

La descripción de mi muerte me afectó mucho. Cuán distinta a lo que yo esperaba oír. Durante un largo rato no pude pronunciar palabra.

-La muerte entra por el vientre -prosiguió don Juan-. Se mete por la abertura de la voluntad. Esa zona es la parte más importante y sensible del hombre. Es la zona de la voluntad y también la zona por la que todos morimos. Lo sé porque mi aliado me guió hasta esa etapa, Un brujo templa su voluntad dejando que su muerte lo alcance, y cuando está plano y empieza a expandirse, su voluntad impecable entra en acción y convierte nuevamente la niebla en una persona.

Don Juan hizo un gesto extraño. Abrió las manos como abanicos, las alzó al nivel de los codos, les dio vuelta hasta que los pulgares tocaron sus flancos, y luego las unió lentamente en el centro del cuerpo, sobre el ombligo. Las retuvo allí un momento. Sus brazos temblaban con la tensión. Luego las subió hasta que las puntas de sus dedos medios tocaron la frente, y las hizo descender a la misma posición sobre el centro del cuerpo. Fue un gesto formidable. Don Juan lo ejecutó con tal vigor y belleza que quedé fascinado.

-La voluntad es lo que junta al brujo -dijo-, pero conforme la vejez lo debilita su voluntad se apaga, y llega inevitablemente un momento en el que ya no es capaz de dominar su voluntad. Entonces se queda sin nada con qué oponerse a la fuerza silenciosa de su muerte, y su vida se convierte, como las vidas de todos sus semejantes, en una niebla que se expande y se mueve más allá de sus límites.

Don Juan me miró un rato y se puso en pie. Yo tiritaba.

-Puedes ir ya al matorral -dijo-. Es de tarde.

Yo necesitaba ir, pero no me atrevía. Tal vez sentía más sobresalto que miedo. Sin embargo, había desaparecido mi aprensión con respecto al aliado.

Don Juan dijo que no importaba cómo me sintiera siempre y cuando estuviese "sólido". Me aseguró que estaba en perfectas condiciones y que podía ir con seguridad a los matorrales, siempre y cuando no me acercase al agua.

-Ese es otro asunto -dijo-. Necesito lavarte una vez más, así que no te acerques al agua.

Más tarde quiso que lo llevara al pueblo vecino. Mencioné que manejar sería una cambio feliz para mí, porque todavía me hallaba estremecido; la idea de que un brujo jugaba literalmente con su muerte me era bastante grotesca.

-Ser brujo es una carga terrible -dijo él en tono tranquilizador-. Te he dicho que es mucho mejor aprender a ver. Un hombre que ve lo es todo; en comparación, el brujo es un pobre diablo.

-¿Qué es la brujería, don Juan?

Se me quedó mirando un buen rato, sacudiendo la cabeza en forma apenas perceptible.

-La brujería es aplicar la voluntad a una coyuntura clave -dijo-. La brujería es interferencia. Un brujo busca y encuentra la coyuntura clave de cualquier cosa que quiera afectar y luego aplica allí su voluntad. Un brujo no tiene que ver para ser brujo; nada más necesita saber usar su voluntad.

Le pedí explicar lo que quería decir con coyuntura clave. Meditó y luego dijo que él sabía lo que mi coche era.
-Es obviamente una máquina -dije.
-Quiero decir que tu coche son las bujías. Esa es para mí su coyuntura clave. Puedo aplicarle mi voluntad y tu coche no funcionará.
Don Juan subió en mi coche y tomó asiento. Me hizo señas de imitarlo mientras se acomodaba en su lugar.
-Observa lo que hago -dijo-. Como soy un cuervo, primero voy a soltar mis plumas.
Hizo temblar todo el cuerpo. Sus movimientos me recordaban a un gorrión que humedeciera sus plumas en un charco. Bajó la cabeza como un pájaro al meter el pico en el agua.
-Qué bien se siente eso -dijo, y empezó a reír.
Su risa era extraña. Tuvo sobre mí un efecto hipnotizante muy peculiar. Recordé haberlo oído reír de esa manera muchas veces antes. Acaso la razón de que yo jamás hubiera tomado conciencia declarada de ello era que don Juan nunca había reído así el tiempo suficiente en mi presencia.
-Después, el cuervo afloja el pescuezo -dijo, y empezó a torcer el cuello y a frotar las mejillas en sus hombros-. Luego mira el mundo con un ojo y después con el otro.
Sacudió la cabeza mientras, supuestamente, cambiaba su visión del mundo de un ojo a otro. El tono de su risa se hizo más agudo. Tuve la absurda sensación de que iba a convertirse en cuervo delante de mis ojos. Quise disiparla riendo, pero me hallaba casi paralizado. Sentía literalmente una especie de fuerza envolvente que me rodeaba. No tenía miedo, ni estaba mareado o soñoliento. Mis facultades estaban intactas, hasta donde yo podía juzgar.
-Enciende tu coche -dijo don Juan.
Di vuelta a la marcha y automáticamente pisé el acelerador. La marcha empezó a sonar sin encender el motor. La risa de don Juan era un cacareo rítmico y suave. Intenté otra vez, y otra más. Pasé unos diez minutos tratando de encender el motor. Don Juan cacareaba todo el tiempo. Luego desistí y me quedé allí sentado, sintiendo el peso de mi cabeza.
El dejó de reír y me escudriñó y "supe" entonces que su risa me había obligado a entrar en una especie de trance hipnótico. Aunque yo había tenido plena conciencia de lo que ocurría, sentía no ser yo mismo. Durante el tiempo en que no pude arrancar mi coche estaba muy dócil, casi insensible. Era como si don Juan no sólo estuviese haciéndole algo al coche, sino también a mí. Cuando dejó de cacarear me convencí de que el hechizo había terminado, e impetuosamente volví a girar la marcha. Tuve la certeza de que don Juan sólo me había mesmerizado con su risa, haciéndome creer que no podía arrancar mi coche. Con el rabo del ojo lo vi mirarme con curiosidad, mientras yo movía la marcha y bombeaba con furia el pedal.
Don Juan me dio palmaditas y dijo que la furia me "amacizaría" y que tal vez no necesitara yo otro baño en el agua. Mientras más enojado pudiera ponerme, más rápido me recuperaría de mi encuentro con el aliado.
-No tengas pena -oí decir a don Juan-. Patea el carro.
Estalló su risa natural, cotidiana, y yo me sentí ridículo y reí con cortedad.
Tras un rato, don Juan dijo que había soltado el coche. ¡El motor arrancó!

XIV

28 de septiembre, 1969

Había algo extraño en la casa de don Juan. Por un momento pensé que estaba escondido en algún sitio para asustarme. Lo llamé en voz alta y luego reuní suficiente valor para entrar. Don Juan no estaba allí. Puse sobre una pila de leña las dos bolsas de comestibles que le había traído y me senté a esperarlo, como había hecho docenas de veces. Pero, por vez primera en mis años de tratar a don Juan, tenía miedo de quedarme solo en su casa. Sentía una pre-

sencia, como si alguien invisible estuviera allí conmigo. Recordé haber tenido, años atrás, la misma sensación vaga de que algo desconocido merodeaba en torno mío cuando me hallaba solo. Me levanté de un salto y salí corriendo de la casa.
Había venido a ver a don Juan para decirle que el efecto acumulativo de la tarea de "ver" estaba haciéndose notar. Había empezado a sentirme inquieto; vagamente aprensivo sin ninguna razón declarada; cansado sin tener fatiga. Entonces, mi reacción al estar solo en casa de don Juan hizo volver el recuerdo total de cómo había crecido mi miedo en el pasado.

El miedo se remontaba varios años, a la época en que don Juan había forzado la extrañísima confrontación entre una bruja, a quien llamaba "la Catalina", y yo. Empezó el 23 de noviembre de 1961, cuando lo hallé en su casa con un tobillo dislocado. Explicó que tenía una enemiga, una bruja que podía convertirse en chanate y que había intentado matarlo.
-Apenas pueda caminar voy a enseñarte quién es la mujer -dijo don Juan-. Debes saber quién es.
-¿Por qué quiere matarlo?
Alzó los hombros con impaciencia y rehusó decir más.
Regresé a verlo diez días después y lo hallé perfectamente bien. Hizo girar el tobillo para demostrarme que se hallaba curado y atribuyó su pronta recuperación a la naturaleza del molde que él mismo había hecho.
-Qué bueno que estés aquí -dijo-. Hoy voy a llevarte a un viajecito.
Siguiendo sus indicaciones, manejé hasta un paraje desolado. Nos detuvimos allí; don Juan estiró las piernas y se acomodó en el asiento, como si fuera a echar una siesta. Me indicó relajarme y permanecer muy callado; dijo que mientras oscurecía debíamos ser lo más inconspicuo posible, porque el atardecer era una hora muy peligrosa para el asunto que habíamos emprendido.
-¿Qué clase de asunto emprendimos? -pregunté.
-Estamos aquí para cazar a la Catalina -dijo él.
Cuando oscureció lo suficiente, bajamos con cautela del coche y nos adentramos muy despacio, sin hacer ruido, en el chaparral desértico.
Desde el sitio donde nos detuvimos, yo podía discernir la silueta negra de los cerros a ambos lados. Estábamos en una cañada llana, bastante ancha. Don Juan me dio instrucciones detalladas sobre cómo permanecer confundido con el chaparral y me enseñó un modo de sentarse "en virgilia", como él decía. Me dijo que metiera la pierna derecha bajo el muslo izquierdo y pusiese la pierna izquierda como si me hallara en cuclillas. Explicó que la primera se usaba como resorte para levantarse con gran velocidad, si era necesario. Luego me dijo que mirara al oeste, porque para allá quedaba la casa de la mujer. Se sentó junto a mi, a mi derecha, y en un susurro me indicó enfocar los ojos en el suelo, buscando, o más bien esperando, una especie de oleada de viento que produciría un escarceo en los matorrales. Cuando la onda tocara los arbustos en los que yo había fijado la vista, yo debía mirar hacia arriba para ver a la bruja en todo su "magnífico esplendor maligno". Don Juan usó esas mismas palabras. Cuando le pedí explicar a qué se refería, dijo que, al descubrir una ondulación, yo no tenía más que alzar los ojos y ver por mi mismo, porque "una bruja en vuelo" era un espectáculo único que desafiaba toda explicación.
Había un viento más o menos constante, y muchas veces creí percibir una ondulación en los arbustos. Miré hacia arriba en cada ocasión, preparado a una experiencia trascendente, pero no vi nada. Cada vez que el viento agitaba los matorrales, don Juan pateaba vigorosamente el suelo, dando vueltas, moviendo los brazos como látigos. La fuerza de sus movimientos era extraordinaria.
Tras algunos intentos fallidos por ver a la bruja "en vuelo", me sentí seguro de que no iba a presenciar ningún suceso trascendente, pero la demostración de "poder"

realizada por don Juan era tan exquisita que no me importó pasar allí la noche.
Al romper el alba, don Juan se sentó junto a mi. Parecía totalmente exhausto. Apenas podía moverse, Se acostó bocarriba y musitó que no había logrado "atravesar a la mujer". Esa frase me intrigó mucho; él la repitió varias veces, y su tono iba haciéndose más desalentado, más desesperado. Comencé a experimentar una angustia fuera de lo común. Me resultó muy fácil proyectar mis sentimientos en el estado anímico de don Juan.
Don Juan no mencionó el incidente, ni a la mujer, durante varios meses. Pensé que había olvidado, o resuelto, todo ese asunto. Pero cierto día lo hallé muy agitado, y en una forma por entero incongruente con su calma habitual me dijo que el chanate había estado frente a él la noche anterior, casi tocándolo, y que él ni siquiera había despertado. La maña de la mujer era tanta que don Juan no sintió para nada su presencia. Dijo que su buena suerte fue despertar justo a tiempo para iniciar una horrenda lucha por su vida. El tono de su voz era conmovedor, casi patético. Sentí una oleada avasalladora de compasión y cuidado.
En tono dramático y sombrío, volvió a afirmar que no tenía modo de parar a la bruja, y que la siguiente vez que ella se le acercara sería su último día sobre la tierra. El abatimiento me puso al borde de las lágrimas. Don Juan pareció advertir mi honda preocupación y rió, según pensé, con valentía. Me palmeó la espalda y dijo que no me apurara, que todavía no se hallaba perdido por completo porque tenía una última carta, un comodín.
-Un guerrero vive estratégicamente -dijo, sonriendo-. Un guerrero jamás lleva cargas que no puede soportar.
La sonrisa de don Juan tuvo el poder de disipar las ominosas nubes de desastre. De pronto me sentí exhilarado, y ambos reímos. Me dio palmaditas en la cabeza.
-Sabes, de todas las cosas en esta tierra, tú eres mi última carta -dijo abruptamente, mirándome a los ojos.
-¿Qué?
-Eres mi carta de triunfo en mi pelea contra esa bruja.
No entendía a qué se refería y me explicó que la mujer no me conocía y que, si jugaba yo mi mano como él me indicaría, tenía una oportunidad más que buena de "atravesarla".
-¿Qué quiere usted decir con "atravesarla"?
-No puedes matarla, pero debes atravesarla como a un globo. Si haces eso, me dejará en paz. Pero no pienses en ello por ahora. Te diré qué hacer cuando llegue el momento.
Pasaron algunos meses. Yo había olvidado el incidente y fui tomado de sorpresa al llegar un día a su casa; don Juan salió corriendo y no me dejó bajar del coche.
-Tienes que irte en el acto -susurró con urgencia aterradora-. Escucha con cuidado. Compra una escopeta, o consigue una como puedas; no me traigas la tuya propia, ¿entiendes? Consigue cualquier escopeta que no sea tuya y tráela aquí de inmediato.
-¿Para qué quiere usted una escopeta?
-¡Vete ya!
Regresé con una escopeta. No tenía dinero suficiente para comprar una, pero un amigo me había dado su arma vieja. Don Juan no la miró; explicó, riendo, que había sido brusco conmigo porque el chanate estaba en el techo de la casa y él no quería que me viera.
-El hallar al chanate en el techo me dio la idea de que podías traer una escopeta y atravesarlo con ella -dijo don Juan enfáticamente-. No quiero que te pase nada, por eso sugerí que compraras la escopeta o que la consiguieras de cualquier otro modo. Verás: tienes que destruir el arma después de completar la tarea.
-¿De qué clase de tarea habla usted?
-Debes tratar de atravesar a la mujer con tu escopeta.
Me hizo limpiar el arma frotándola con las hojas y los tallos frescos de una planta de olor peculiar. El mismo frotó dos cartuchos y los puso en los cañones. Luego dijo que yo debía esconderme frente a su casa

y esperar hasta que el chanate aterrizara en el techo para, después de apuntar con cuidado, descargar ambos cañones. El efecto de la sorpresa, más que las municiones, atravesaría a la mujer, y si yo era fuerte y decidido podía forzarla a dejarlo en paz. De tal modo, mi puntería debía ser impecable, así como mi decisión de atravesarla.

-Tienes que gritar en el momento en que dispares -dijo don Juan-. Debe ser un grito potente y penetrante.

Luego apiló atados de leña y de caña a unos tres metros de la ramada de su casa. Me hizo reclinarme contra ellos. La postura era bastante cómoda. Quedaba yo semisentado; mi espalda tenía un buen apoyo y el techo estaba a la vista.

Don Juan dijo que era demasiado temprano para que la bruja saliera, y que teníamos hasta el anochecer para hacer todos los preparativos; él fingiría entonces encerrarse en la casa, para atraerla y provocar otro ataque sobre su propia persona. Me indicó relajarme y hallar una posición cómoda desde la cual pudiera disparar sin moverme. Me hizo apuntar al techo un par de veces y concluyó que el acto de llevarme la escopeta al hombro y tomar puntería era demasiado lento y engorroso. Entonces construyó un puntal para el arma. Hizo dos agujeros profundos con una barra de hierro puntiaguda, plantó en ellos dos palos ahorquillados y ató una larga pértiga entre ambas horquillas. La estructura me daba apoyo para disparar y me permitía tener la escopeta apuntada hacia el techo.

Don Juan miró al cielo y dijo que era hora de meterse en la casa. Se puso de pie y entró calmadamente, lanzándome la admonición final de que mi empresa no era un chiste y de que tenía que darle al pájaro con el primer disparo.

Después de irse don Juan, tuve unos cuantos minutos más de crepúsculo, y luego oscureció por completo. Parecía como si la oscuridad hubiera estado esperando a que me hallara solo para descender de golpe sobre mí. Traté de enfocar los ojos en el techo, que se recortaba contra el cielo; durante un rato hubo en el horizonte suficiente luz para que la línea del techo siguiera visible, pero luego el cielo se ennegreció y apenas pude ver la casa. Durante horas conservé los ojos enfocados en el techo, sin notar nada en absoluto. Vi una pareja de búhos pasar volando hacia el norte; la envergadura de sus alas era notable, y no podía tomárseles por chanates. En un momento dado, sin embargo, vislumbré claramente la forma negra de un pájaro pequeño que aterrizaba en el techo. ¡Era un pájaro, sin lugar a dudas! Mi corazón empezó a golpetear; sentí un zumbido en las orejas. Tomé puntería en la oscuridad y oprimí ambos gatillos. Hubo una explosión muy fuerte. Sentí la violenta patada de la culata contra mi hombro, y al mismo tiempo oí un grito humano de lo más penetrante y horrendo. Era fuerte y sobrecogedor y parecía haber venido del techo. Tuve un momento de confusión total. Entonces recordé que don Juan me había indicado gritar cuando disparara y que había olvidado hacerlo. Estaba pensando en cargar nuevamente mi arma cuando don Juan abrió la puerta y salió corriendo. Llevaba su linterna de petróleo. Parecía muy nervioso.

-Creo que le diste -dijo-. Ahora tenemos que hallar el pájaro muerto.

Trajo una escalera y me hizo subir a buscar sobre la ramada, pero nada pude hallar. El mismo subió y buscó un rato, con resultados igualmente negativos.

-A lo mejor lo hiciste pedacitos -dijo don Juan-, en cuyo caso debemos hallar al menos una pluma.

Empezamos a buscar en torno a la ramada y luego alrededor de la casa. La luz de la interna alumbró nuestra búsqueda hasta la mañana. Luego nos pusimos nuevamente a recorrer el área que habíamos cubierto durante la noche. A eso de las 11:00 a.m. don Juan suspendió la busca. Se sentó desalentado, sonriéndome con tristeza y dijo que yo no había logrado detener a su enemiga y que ahora, más que nunca antes, su vida no valía un centavo porque

la mujer estaba sin duda molesta, ansiosa de tomar venganza.
-Pero tú estás a salvo -dijo don Juan dándome ánimos-. La mujer no te conoce.
Mientras me dirigía a mi auto para regresar a casa, le pregunté si debía destruir la escopeta. Respondió que el arma no había hecho nada y que la devolviera a su dueño. Noté una profunda desesperanza en los ojos de don Juan. Eso me conmovió tanto que estuve a punto de llorar.
-¿Qué puedo hacer por ayudarlo? -pregunté.
-No hay nada que puedas hacer -dijo don Juan.
Permanecimos callados un momento. Yo quería irme de inmediato. Sentía una angustia opresiva. Me hallaba a disgusto.
-¿De veras tratarías de ayudarme? -preguntó don Juan en tono infantil.
Le dije de nuevo que mi persona estaba por entero a su disposición, que mi afecto por él era tan profundo que yo emprendería cualquier clase de acción por ayudarlo.
-Si los dices en serio -repuso-, tal vez tenga yo otro chance.
Parecía encantado. Sonrió ampliamente y palmoteó las manos varias veces, como siempre que quiere expresar un sentimiento de placer. Este cambio de humor fue tan notable que también me involucró. Sentí de pronto que el ambiente opresivo, la angustia, habían sido derrotados y la vida era otra vez inexplicablemente estimulante. Don Juan tomó asiento y yo hice lo mismo. Me miró un largo momento y luego procedió a decirme, en forma muy tranquila y deliberada, que yo era de hecho la única persona que podía ayudarlo en ese trance, y que por ello iba a pedirme hacer algo muy peligroso y muy especial.
Hizo una pausa momentánea como si quisiera una reafirmación de mi parte, y nuevamente reiteré mi firme deseo de hacer cualquier cosa por él.
-Voy a darte un arma para atravesarla -dijo.
Sacó de su morral un objeto largo y me lo entregó. Lo tomé y luego lo examiné. Estuve a punto de soltarlo.
-Es un jabalí -prosiguió-. Debes atravesarla con él.
El objeto que yo tenía en la mano era una pata delantera de jabalí, seca. La piel era fea y las cerdas repugnantes al tacto. La pezuña estaba intacta y sus dos mitades se hallaban desplegadas, como si la pata estuviera estirada. Era una cosa de aspecto horrible. Me provocaba un amago de náusea. Don Juan la recuperó rápidamente.
-Tienes que clavarle el jabalí en el mero ombligo -dijo.
-¿Qué? -dije con voz débil.
-Tienes que agarrar el jabalí con la mano izquierda y clavárselo. Es una bruja y el jabalí entrará en su barriga y nadie en este mundo, excepto otro brujo, lo verá clavado allí. Esta no es una batalla común y corriente, sino un asunto de brujos. El peligro que corres es que, si no logras atravesarla, ella te mate allí mismo, o sus compañeros y parientes te den un balazo o una cuchillada. Por otra parte, puede que salgas sin un rasguño.
"Si tienes éxito, ella se sentirá tan mal con el jabalí en el cuerpo que me dejará en paz."
Una angustia opresiva me envolvió nuevamente. Yo tenía un profundo afecto por don Juan. Lo admiraba. En la época de esta pasmosa petición, ya había aprendido a considerar su forma de vida, y su conocimiento, un logro insuperable. ¿Cómo podía alguien dejar morir a un hombre así? Y sin embargo, ¿cómo podía alguien arriesgar a sabiendas su vida? A tal grado me sumergí en mis deliberaciones que sólo hasta que don Juan me palmeó el hombro advertí que se había puesto de pie y estaba parado junto a mí. Alcé la vista; él sonreía con benevolencia.
-Regresa cuando sientas que de veras quieres ayudarme -dijo-, pero sólo hasta entonces. Si regresas, sabré lo que tendremos que hacer. ¡Vete ya! Si no quieres regresar, también eso lo comprenderé.
Automáticamente me levante, subí en mi coche y me fui. Don Juan me había sacado del aprieto. Podría haberme ido para

nunca volver, pero de algún modo la idea de estar en libertad de marcharme no me confortaba. Manejé un rato más y luego, siguiendo un impulso, di la vuelta y regresé a casa de don Juan.

Seguía sentado bajo su ramada y no pareció sorprendido de verme.

-Siéntate -dijo-. Las nubes están hermosas en el poniente. Pronto va a oscurecer. Siéntate callado y deja que el crepúsculo te llene. Haz ahora lo que quieras, pero cuando yo te diga, mira de frente a esas nubes brillantes y pídele al crepúsculo que te dé poder y calma.

Durante un par de horas estuve sentado ante las nubes del oeste. Don Juan entró en la casa y permaneció dentro. Cuando oscurecía, regresó.

-Ha llegado el crepúsculo -dijo-. ¡Párate! No cierres los ojos, mira directo a las nubes; alza los brazos con las manos abiertas y los dedos extendidos y trota marcando el paso.

Seguí sus instrucciones; alcé los brazos por encima de la cabeza y empecé a trotar. Don Juan se acercó a corregir mis movimientos. Puso la pata de jabalí contra la palma de mi mano izquierda y me hizo sostenerla con el pulgar. Luego bajó mis brazos hasta hacerlos apuntar hacia las nubes naranja y gris oscuro sobre el horizonte occidental. Extendió mis dedos en abanico y me dijo que no los doblara sobre las palmas. Era de importancia crucial el que yo mantuviese los dedos extendidos, porque si los cerraba no estaría pidiendo al crepúsculo poder y calma, sino que estaría amenazándolo. También corrigió mi trote. Dijo que debía ser apacible y uniforme, como si me hallara corriendo hacia el crepúsculo con los brazos extendidos.

Esa noche no pude dormir. Era como si, en vez de calmarme, el crepúsculo me hubiera agitado hasta el frenesí.

-Tengo todavía tantas cosas pendientes en mi vida -dije-. Tantas cosas sin resolver.

Don Juan chasqueó suavemente la lengua.

-Nada está pendiente en el mundo -dijo-. Nada está terminado, pero nada está sin resolver. Duérmete.

Las palabras de don Juan me apaciguaron extrañamente.

A eso de las diez de la mañana siguiente, don Juan me dio algo de comer y luego nos pusimos en camino. Susurró que íbamos a acercarnos a la mujer a eso del mediodía, o antes si era posible. Dijo que la hora ideal habría sido el principio del día, porque una bruja tiene siempre menos potencia en la mañana, pero la Catalina jamás dejaría a esa hora la protección de su casa.

No hice ninguna pregunta. Me dirigió hacia la carretera, y en cierto punto me dijo que parara y me estacionara al lado del camino. Dijo que allí debíamos esperar.

Miré el reloj; eran cinco para las once. Bostecé repetidamente. Me hallaba en verdad soñoliento; mi mente vagaba sin objeto. De pronto, don Juan se enderezó y me dio un codazo. Salté en mi asiento.

-¡Allí está! -dijo.

Vi a una mujer caminar hacia la carretera por el borde de un campo de cultivo. Llevaba una canasta colgada del brazo derecho. Sólo hasta entonces advertí que nos hallábamos estacionados cerca de una encrucijada. Había dos veredas estrechas que corrían paralelas a ambos lados de la carretera, y otro sendero más ancho y transitado, perpendicular a los otros; obviamente, la gente que usaba ese sendero tenía que cruzar el camino pavimentado.

Cuando la mujer estaba aún en el camino de tierra, don Juan me hizo bajar del coche.

-Hazlo ahora -dijo con firmeza.

Lo obedecí. La mujer estaba casi en la carretera. Corrí y la alcancé. Estaba tan cerca de ella que sentí sus ropas en mi rostro. Saqué de mi camisa la pezuña de jabalí y lancé con ella una estocada. No sentí resistencia alguna al objeto romo. Vi una sombra fugaz frente a mí, como un cortinaje; mi cabeza giró hacia la derecha y vi a la mujer parada a quince metros de distancia, en el otro lado del camino. Era una mujer bastante joven, morena, de cuerpo fuerte y rechoncho. Me sonreía. Tenía dientes blancos y grandes y su sonrisa era plácida. Había entrecerrado los ojos, como

para protegerlos del viento. Seguía con la canasta colgada del brazo.
Tuve entonces un momento de confusión única. Me volví para mirar a don Juan. El hacía gestos frenéticos, llamándome. Corrí en su dirección. Tres o cuatro hombres se acercaban presurosos. Subí en el coche y hundiendo el acelerador me alejé en dirección opuesta.
Traté de preguntar a don Juan qué había ocurrido, pero no pude hablar; una presión avasalladora hacía reventar mis oídos; sentía asfixiarme. El parecía complacido: empezó a reír. Era como si mi fracaso no le importara. Yo apretaba tanto el volante que no podía mover las manos; estaban congeladas; mis brazos se hallaban rígidos y lo mismo mis piernas. De hecho, no podía quitar el pie del acelerador.
Don Juan me dio palmadas en la espalda y dijo que me calmara. Poco a poco disminuyó la presión en mis oídos.
-¿Qué sucedió allá? -pregunté al fin.
Rió como niño travieso, sin responder. Luego me preguntó si había notado la manera en que la mujer se quitó del paso. Elogió su excelente velocidad. Las palabras de don Juan parecían tan incongruentes que yo no podía en realidad seguir el hilo. ¡Elogiaba a la mujer! Dijo que su poder era impecable, y ella una enemiga despiadada.
Pregunté a don Juan si mi fracaso no le importaba. Su cambio de humor me sorprendía y molestaba. Cualquiera hubiera dicho que se hallaba alegre.
Me dijo que parara. Me estacioné al lado del camino. El puso su mano en mi hombro y me miró penetrantemente a los ojos.
-Todo lo que te he hecho hoy fue una trampa -dijo de buenas a primeras-. La regla es que un hombre de conocimiento tiene que atrapar a su aprendiz. Hoy te he atrapado, y te he hecho una treta para que aprendas.
Quedé atónito. No podía organizar mis ideas. Don Juan explicó que todo el asunto con la mujer era una trampa; que ella jamás había sido una amenaza para él; y que su propia labor fue la de ponerme en contacto con ella, bajo las condiciones específicas de abandono y poder que yo había experimentado al tratar de atravesarla. Encomió mi determinación y la llamó un acto de poder que demostró a la Catalina mi gran capacidad para el esfuerzo. Don Juan dijo que, aunque yo lo ignoraba, no había hecho más que lucirme ante ella.
-Jamás pudiste tocarla -dijo-, pero le enseñaste tus garras. Ahora sabe que no tienes miedo. Le has hecho un desafío. La usé para tenderte la trampa porque esa mujer es poderosa y es incansable y nunca olvida. Los hombres, por lo general, están demasiado ocupados para ser enemigos implacables.
Sentí una ira terrible. Le dije que no había que jugar con los sentimientos y las lealtades más profundos de una persona.
Don Juan rió hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas, y lo odié. Tuve un deseo avasallador de darle un golpe y marcharme; había en su risa, sin embargo, un ritmo tan extraño que me tenía paralizado casi por entero.
-No te enojes tanto -dijo don Juan apaciguadoramente.
Y dijo que sus actos jamás habían sido una farsa, que también él había puesto en juego su vida mucho tiempo antes, cuando su propio benefactor lo había atrapado igual que él a mí. Don Juan dijo que su benefactor era un hombre cruel que no pensaba en él como el mismo don Juan pensaba en mí. Añadió con mucha severidad que la mujer había probado su fuerza contra él y que en verdad trató de matarlo.
-Ahora sabe que yo estaba jugando con ella -dijo, riendo-, y por eso te odiará a ti. A mí no puede hacerme nada, pero se desquitará contigo. Todavía no sabe qué tanto poder tienes, así que vendrá a probarte, poco a poco. Ahora no tienes otra alternativa que aprender para defenderte, o serás presa de esa señora. No es cosa de burla.
Don Juan me recordó la forma en que la mujer se había apartado en un vuelo.
-No te enojes -dijo-. No fue una trampa común. Fue la regla.

Había algo verdaderamente enloquecedor en la forma como la mujer se apartó de mí. Yo mismo lo había presenciado: saltó el ancho de la carretera en un parpadeo. No tenía yo manera de librarme de tal certeza. Desde ese momento, enfoqué toda mi atención en aquel incidente y poco a poco acumulé "evidencia" de que la Catalina en verdad me perseguía. La consecuencia final fue que tuve que abandonar el aprendizaje bajo la presión de mi miedo irracional.

Unas horas después, en las primeras de la tarde, regresé a la casa de don Juan. El parecía haberme estado esperando. Se me acercó cuando bajaba del coche y me examinó con mirada curiosa, caminando en torno mío dos veces.

-¿Por qué los nervios? -preguntó antes de que yo tuviera tiempo de decir nada.

Le expliqué que algo me había ahuyentado esa mañana, y que había empezado a sentir algo que me rondaba, como antes.

Don Juan se sentó y pareció sumergirse en pensamientos. Su rostro tenía una expresión inusitadamente seria. Parecía fatigado. Me senté junto a él y ordené mis notas.

Tras una pausa muy larga, su rostro se iluminó y sus labios sonrieron.

-Lo que sentiste en la mañana era el espíritu del ojo de agua -dijo-. Te he dicho que debes estar preparado para encontrarte de repente con esas fuerzas. Creí que entendías.

-Entendí.

-¿Entonces por qué el miedo?

No pude responder.

-El espíritu sigue tu rastro -dijo él-. Ya te topó en el agua. Te aseguro que te topará otra vez, y probablemente no estarás preparado y ese encuentro será tu fin.

Las palabras de don Juan me produjeron genuina preocupación. Lo que sentía era, sin embargo, extraño; me preocupaba, pero no tenía miedo. Lo que me ocurría, fuera lo que fuese, no había podido provocar mis viejos sentimientos de terror ciego.

-¿Qué debo hacer? -pregunté.

-Olvidas con demasiada facilidad -respondió-. El camino del conocimiento se anda a la mala. Para aprender necesitamos que nos echen espuelas. En el camino del conocimiento siempre estamos peleando con algo evitando algo, preparados para algo; y ese algo es siempre inexplicable, más grande y poderoso que nosotros. Las fuerzas inexplicables vendrán a ti. Ahora es el espíritu del ojo de agua, luego será tu propio aliado, por eso en este momento no tienes otra tarea que el prepararte a la lucha. Hace años la Catalina te espoleó, pero esa era sólo una bruja y esa trampa fue de principiante.

"El mundo está en verdad lleno de cosas temibles, y nosotros somos criaturas indefensas rodeadas por fuerzas que son inexplicables e inflexibles. El hombre común, en su ignorancia, cree que se puede explicar o cambiar esas fuerzas; no sabe realmente cómo hacerlo, pero espera que las acciones de la humanidad las expliquen o las cambien tarde o temprano. El brujo, en cambio, no piensa en explicarlas ni en cambiarlas; en vez de ello, aprende a usar esas fuerzas. El brujo se ajusta los remaches y se adapta a la dirección de tales fuerzas. Ese es su truco. La brujería no es gran cosa cuando le hallas el truco. Un brujo apenas anda mejor que un hombre de la calle. La brujería no lo ayuda a vivir una vida mejor; de hecho yo diría que le estorba; le hace la vida incómoda, precaria. Al abrirse al conocimiento, un brujo se hace más vulnerable que el hombre común. Por un lado, sus semejantes lo odian y le temen y se esfuerzan por acabarlo; por otro lado, las fuerzas inexplicables e inflexibles que a todos nos rodean, por el derecho de que estamos vivos, son para el brujo la fuente de un peligro todavía mayor. Que un semejante lo atraviese a uno duele, cómo no, pero ese dolor no es nada en comparación con el topetazo de un aliado. Un brujo, al abrirse al conocimiento, pierde sus resguardos y se hace presa de tales fuerzas y sólo tiene un medio de equilibrio: su voluntad; por eso debe sentir y actuar como un guerrero. Te lo repito

una vez más: sólo como guerrero es posible sobrevivir en el camino del conocimiento. Lo que ayuda a un brujo a vivir una vida mejor es la fuerza de ser guerrero.

"Es mi obligación enseñarte a ver. No porque yo personalmente quiera hacerlo, sino porque fuiste escogido; tú me fuiste señalado por Mescalito. Sin embargo, mi deseo personal me fuerza a enseñarte a sentir y actuar como guerrero. Yo personalmente creo que ser guerrero es más adecuado que cualquier otra cosa. Por tanto, he procurado enseñarte esas fuerzas como un brujo las percibe porque sólo bajo su impacto aterrador puede uno convertirse en guerrero. Ver sin ser antes un guerrero te debilitaría; te daría una mansedumbre falsa, un deseo de hundirte en el olvido; tu cuerpo se echaría a perder porque te harías indiferente. Mi obligación personal es hacerte guerrero para que no te desmorones.

"Te he oído decir una y otra vez que siempre estás dispuesto a morir. No considero necesario ese sentimiento. Me parece una entrega inútil. Un guerrero sólo debe estar preparado para la batalla. También te he oído decir que tus padres dañaron tu espíritu. Yo creo que el espíritu del hombre es algo que se daña muy fácilmente, aunque no con las mismas acciones que tú llamas dañinas. Creo que tus padres sí te dañaron, haciéndote indulgente y flojo y dado a quedarte sentado más de la cuenta.

"El espíritu de un guerrero no está engranado para la entrega y la queja, ni está engranado para ganar o perder. El espíritu de un guerrero sólo está engranado para la lucha, y cada lucha es la última batalla del guerrero sobre la tierra. De allí que el resultado le importa muy poco. En su última batalla sobre la tierra, el guerrero deja fluir su espíritu libre y claro. Y mientras libra su batalla, sabiendo que su voluntad es impecable, el guerrero ríe y ríe."

Terminé de escribir y alcé la vista. Don Juan me miraba. Meneó la cabeza de lado a lado y sonrió.

-¿De veras escribes todo? -preguntó en tono incrédulo-. Genaro dice que nunca puede estar serio contigo porque tú siempre estás escribiendo. Tiene razón; ¿cómo puede uno estar serio si siempre escribes?

Rió por lo bajo, y yo traté de defender mi posición.

-No importa -dijo-. Si algún día aprendes a ver, supongo que habrás de hacerlo de ese rarísimo modo.

Se puso de pie y miró el cielo. Era alrededor del mediodía. Dijo que aún había tiempo para salir de cacería a un sitio en las montañas.

-¿Qué vamos a cazar? -pregunté.

-Un animal especial: venado o jabalí, o puede que un puma.

Calló un momento y después añadió:

-Hasta un águila.

Me incorporé y lo seguí hacia mi coche. Dijo que esta vez sólo íbamos a observar, y a descubrir qué animal debíamos cazar. Estaba a punto de subir en el coche cuando pareció recordar algo. Sonrió y dijo que el viaje debía posponerse hasta que yo hubiera aprendido algo sin lo cual nuestra caza sería imposible.

Desandamos nuestros pasos y volvimos a sentarnos bajo la ramada. Había muchas cosas que yo deseaba preguntar, pero él habló de nuevo sin darme tiempo de decir nada.

-Esto nos lleva al último punto que debes saber -sobre la vida de un guerrero. Un guerrero elige los elementos que forman su mundo. El otro día que viste al aliado y tuve que lavarte dos veces, ¿sabes qué cosa te pasaba?

-No.

-Habías perdido tus resguardos.

-¿Qué resguardos? ¿De qué habla usted?

-Dije que un guerrero elige los elementos que forman su mundo. Elige con deliberación, pues cada elemento que escoge es un escudo que lo protege de los ataques de las fuerzas que él lucha por usar. Un guerrero utiliza sus resguardos para protegerse de su aliado, por ejemplo.

"Un hombre común y corriente, igualmente rodeado por esas fuerzas inexplicables, se olvida de ellas porque tiene otras clases de resguardos especiales para protegerse.

Hizo una pausa y me miró con una pregunta en los ojos. Yo no había entendido a qué se refería.
-¿Qué son esos resguardos? -pregunté.
-Lo que la gente hace -repuso.
-¿Qué hace?
-Bueno, mira a tu alrededor. La gente está ocupada haciendo lo que la gente hace. Esos son sus resguardos. Cada vez que un brujo se encuentra con cualquiera de esas fuerzas inexplicables e inflexibles de las que hemos hablado, su abertura se ensancha, haciéndolo más susceptible a su muerte de lo que es comúnmente; te he dicho que morimos por esa abertura; por ello, si está abierta, uno tiene que tener la voluntad lista para llenarla; eso es, si uno es guerrero. Si uno no es guerrero, como tú, el único recurso que le queda es usar las actividades de la vida cotidiana para apartar a la mente del susto del encuentro y así permitir que la abertura se cierre. Tú te enojaste conmigo ese día que te encontraste al aliado. Te hice enojar cuando paré tu coche y te enfrié al echarte al agua. El que tuvieras la ropa puesta te dio aún más frío. El enojo y el frío te ayudaron a cerrar tu abertura y quedaste protegido. Pero a esta altura en tu vida ya no puedes usar esos resguardos en forma tan efectiva como un hombre corriente. Sabes demasiado de esas fuerzas y ahora estás por fin al borde de sentir y actuar como guerrero. Tus antiguos resguardos ya no son seguros.
-¿Qué es lo que debería hacer?
-Actuar como guerrero y elegir los elementos de tu mundo. Ya no puedes rodearte de cosas a la loca. Te digo esto de la manera más seria. Ahora, por primera vez, no estás seguro en tu antigua forma de vivir.
-¿A qué se refiere usted con lo de elegir los elementos de mi mundo?
-Un guerrero encuentra esas fuerzas inexplicables e inflexibles porque las anda buscando adrede; así que siempre está preparado para el encuentro. Tú, en cambio, nunca estás preparado. Es más, si esas fuerzas vienen a ti van a tomarte por sorpresa; el susto ensanchará tu abertura y por ahí se escapará sin remedio tu vida. Entonces, la primera cosa que debes hacer es estar preparado. Piensa que el aliado va a saltar en cualquier momento frente a tus ojos y debes estar listo. Encontrarse con un aliado no es fiesta de domingo ni paseo al campo, y un guerrero toma la responsabilidad de proteger su vida. Luego, si cualquiera de esas fuerzas te topa y ensancha tu abertura, debes luchar deliberadamente por cerrarla tú solo. Para ese propósito deberás haber elegido cierto número de cosas que te den paz y placer, cosas que puedas usar deliberadamente para apartar los pensamientos de tu susto y cerrarte y amacizarte.
-¿Qué clase de cosas?
-Hace años te dije que, en su vida cotidiana, el guerrero escoge seguir el camino con corazón. La consistente preferencia por el camino con corazón es lo que diferencia al guerrero del hombre común. El guerrero sabe que un camino tiene corazón cuando es uno con él, cuando experimenta gran paz y placer al atravesar su largo. Las cosas que un guerrero elige para hacer sus resguardos son los elementos de un camino con corazón.
-Pero usted dice que yo no soy guerrero, de modo que ¿cómo puedo escoger un camino con corazón?
-Este es el empalme de caminos. Digamos que hasta hoy no tenías verdadera necesidad de vivir como guerrero. Ahora es distinto, ahora debes rodearte con los elementos de un camino con corazón y debes rehusar el resto, o de otro modo perecerás en el próximo encuentro. Puedo añadir que ya no necesitas pedir el encuentro. Ahora, un aliado puede venir a ti mientras duermes; mientras hablas con tus amigos; mientras escribes.
-Durante años he tratado realmente de vivir de acuerdo con sus enseñanzas -dije-. Por lo visto no he sabido hacerlo. ¿Cómo puedo mejorar ahora?
-Piensas y hablas demasiado. Debes dejar de hablar contigo mismo.
-¿Qué quiere usted decir?
-Hablas demasiado contigo mismo. No

eres único en eso. Cada uno de nosotros lo hace. Sostenemos una conversación interna. Piensa en eso. ¿Qué es lo que siempre haces cuando estás solo?
-Hablo conmigo mismo.
-¿De qué te hablas?
-No sé; de cualquier cosa, supongo.
-Te voy a decir de qué nos hablamos. Nos hablamos de nuestro mundo. Es más, mantenemos nuestro mundo con nuestra conversación interna.
-¿Cómo es eso?
-Cuando terminamos de hablar con nosotros mismos, el mundo es siempre como debería ser. Lo renovamos, lo encendemos de vida, lo sostenemos con nuestra conversación interna. No sólo eso, sino que también escogemos nuestros caminos al hablarnos a nosotros mismos. De allí que repetimos las mismas preferencias una y otra vez hasta el día en que morimos, porque seguimos repitiendo la misma conversación interna una y otra vez hasta el día en que morimos.
"Un guerrero se da cuenta de esto y lucha por parar su habladuría. Este es el último punto que debes saber si quieres vivir como guerrero.
-¿Cómo puedo dejar de hablar conmigo mismo?
-Antes que nada debes usar tus oídos a fin de quitar a tus ojos parte de la carga. Desde que nacimos hemos estado usando los ojos para juzgar el mundo. Hablamos a los demás, y nos hablamos a nosotros mismos, acerca de lo que vemos. Un guerrero se da cuenta de esto y escucha el mundo; escucha los sonidos del mundo.
Guardé mis notas. Don Juan rió y dijo que no buscaba llevarme a forzar el proceso, que escuchar los sonidos del mundo debía hacerse armoniosamente y con gran paciencia.
-Un guerrero se da cuenta de que el mundo cambiará tan pronto como deje de hablarse a sí mismo -dijo-, y debe estar preparado para esa sacudida monumental.
-¿Qué es lo que quiere usted decir, don Juan?
-El mundo es asi-y-así o así-y-asá sólo porque nos decimos a nosotros mismos que esa es su forma. Si dejamos de decirnos que el mundo es así-y-asá, el mundo deja de ser así-y-asá. En este momento no creo que estés listo para un golpe tan enorme; por eso debes empezar despacio a deshacer el mundo.
-¡Palabra que no le entiendo!
-Tu problema es que confundes el mundo con lo que la gente hace. Pero tampoco en eso eres el único. Todos lo hacemos. Las cosas que la gente hace son los resguardos contra las fuerzas que nos rodean; lo que hacemos como gente nos da consuelo y nos hace sentirnos seguros; lo que la gente hace es por cierto muy importante, pero sólo como resguardo. Nunca aprendemos que las cosas que hacemos como gente son sólo resguardos, y dejamos que dominen y derriben nuestras vidas. De hecho, podría decir que para la humanidad, lo que la gente hace es más grande y más importante que el mundo mismo.
-¿A qué llama usted el mundo?
-El mundo es todo lo que está encajado aquí -dijo, y pateó el suelo-. La vida, la muerte, la gente, los aliados y todo lo demás que nos rodea. El mundo es incomprensible. Jamás lo entenderemos; jamás desenredaremos sus secretos. Por eso, debemos tratarlo como lo que es: ¡un absoluto misterio!
"Pero un hombre corriente no hace esto. El mundo nunca es un misterio para él, y cuando llega a viejo está convencido de que no tiene nada más por qué vivir. Un viejo no ha agotado el mundo. Sólo ha agotado lo que la gente hace. Pero en su estúpida confusión cree que el mundo ya no tiene misterios para él. ¡Qué precio tan calamitoso pagamos por nuestros resguardos!
"Un guerrero se da cuenta de esta confusión y aprende a tratar a las cosas debidamente. Las cosas que la gente hace no pueden, bajo ninguna condición, ser más importantes que el mundo. De modo que un guerrero trata el mundo como un interminable misterio, y lo que la gente hace como un desatino sin fin."

XV

Inicié el ejercicio de escuchar los "sonidos del mundo" y lo prolongué dos meses, como don Juan había especificado. Al principio resultaba torturante escuchar y no mirar, pero todavía peor era el no hablar conmigo mismo. Al finalizar los dos meses, yo era capaz de suspender mi diálogo interno durante periodos cortos, y también de prestar atención a los sonidos.

Llegué a casa de don Juan a las 9 a.m. del lo de noviembre de 1969.

-Hay que emprender ese viaje ahora mismo -dijo él a mi llegada.

Descansé una hora y luego viajamos hacia las bajas laderas de las montañas al este. Dejamos mi coche al cuidado de un amigo suyo que vivía en esa zona, mientras nos adentrábamos a pie en las montañas. Don Juan había puesto en una mochila galletas y panes de dulce para mí. Había suficientes provisiones para un día o dos. Pregunté a don Juan si necesitaríamos más. Sacudió la cabeza negativamente.

Caminamos toda la mañana. Era un día algo cálido. Yo llevaba una cantimplora llena, y bebí la mayor parte del agua. Don Juan sólo bebió dos veces. Cuando ya no hubo agua, me aseguró que podía beber de los arroyos que encontrábamos en el camino. Se rió de mi renuncia. Tras un rato corto, la sed me hizo superar los temores.

Poco después del mediodía nos detuvimos en un vallecito al pie de unas exuberantes colinas verdes. Detrás de las colinas, hacia el este, las altas montañas se recortaban contra un cielo nublado.

-Puedes quedarte callado pensando, o puedes escribir lo que digamos o lo que percibas, pero nada acerca de dónde estamos -dijo don Juan.

Descansamos un rato y luego sacó un bulto debajo su camisa. Lo desató y me mostró su pipa. Llenó el cuenco con mezcla para fumar, encendió un fósforo y con él una ramita seca, puso la rama ardiente dentro del cuenco y me dijo que fumara. Sin un trozo de carbón dentro del cuenco era difícil encender la pipa; tuvimos que seguir prendiendo ramas hasta que la mezcla empezó a arder.

Cuando terminé de fumar, don Juan me dijo que estábamos allí para que yo descubriera qué clase de presa me correspondía cazar. Repitió con cuidado, tres o cuatro veces, que el aspecto más importante de mi empresa era hallar unos agujeros. Recalcó la palabra "agujeros" y dijo que dentro de ellos un brujo podía encontrar todo tipo de mensajes e indicaciones.

Quise preguntar qué clase de agujeros eran; don Juan pareció haber adivinado mi pregunta y dijo que eran imposibles de describir y se hallaban en el terreno de "ver". Repitió en diversos momentos que yo debía enfocar toda mi atención en escuchar sonidos, y hacer lo posible por hallar los agujeros entre los sonidos. Dijo que él tocaría cuatro veces su cazador de espíritus. Se suponía que yo usara esos extraños clamores como guía para encontrar el aliado que me había dado la bienvenida; ese aliado me entregaría entonces el mensaje que yo buscaba. Don Juan me instó a permanecer muy alerta, pues ni él tenía idea de cómo se me manifestaría el aliado.

Escuché con atención. Estaba sentado con la espalda contra el costado rocoso del cerro. Experimentaba un entumecimiento leve. Don Juan me advirtió que no cerrara los ojos. Empecé a escuchar y pude discernir silbidos de pájaro, el viento agitando las hojas, zumbido de insectos. Al colocar mi atención unitaria en esos sonidos, pude distinguir cuatro tipos diferentes de silbidos. Podía diferenciar las velocidades del viento, en términos de lento o rápido; también oía el distinto crujir de tres tipos de hojas. Los zumbidos de los insectos eran asombrosos. Había tantos que no me era posible contarlos ni diferenciarlos correctamente.

Me hallaba sumergido en un extraño mundo sonoro, como nunca en mi vida. Empecé a deslizarme hacia la derecha. Don Juan hizo un movimiento para detenerme, pero me frené antes de que él lo hiciera. Me enderecé y volví a sentarme erecto. Don Juan movió mi cuerpo hasta apoyarme en

una grieta en la pared de roca. Despejó de piedras el espacio bajo mis piernas y puso mi nuca contra la roca.
Me dijo, imperativamente, que mirara las montañas hacia el sureste. Fijé la mirada en la distancia, pero él me corrigió y dijo que no me quedara viendo nada, sino que mirase, como recorriendo, los cerros frente a mí y la vegetación en ellos. Repitió una y otra vez que toda mi atención debía concentrarse en mi oído.
Los sonidos recobraron prominencia. No era tanto que yo quisiese oírlos; más bien, tenían un modo de forzarme a concentrarme en ellos. El viento sacudía las hojas. El viento llegaba por encima de los árboles y luego caía en el valle donde estábamos. Al caer, tocaba primero las hojas de los árboles altos; hacían un sonido peculiar que me pareció rico, rasposo, exuberante. Luego él viento daba contra los arbustos, cuyas hojas sonaban como una multitud de cosas pequeñas; era un sonido casi melodioso, muy absorbente e impositivo; parecía capaz de ahogar todo lo otro. Me resultó desagradable. Me sentí apenado porque se me ocurrió que yo era como el crujir de los arbustos, regañón y exigente. El sonido era tan semejante a mí que yo lo odiaba. Luego oí al viento rodar en el suelo. No era un crepitar sino más bien un silbido, casi un timbrar agudo o un zumbido llano. Escuchando los sonidos que hacía el viento, advertí que los tres ocurrían al mismo tiempo. Estaba pensando cómo fui capaz de aislarlos, cuando de nuevo me di cuenta del silbar de pájaros y el zumbar de insectos. En cierto instante, sin embargo, sólo había los sonidos del viento, pero al siguiente, otros sonidos brotaron en gigantesco fluir a mi campo de atención. Lógicamente, todos los sonidos existentes deben haberse emitido de continuo durante el tiempo en que yo sólo oía el viento.
No podía contar todos los silbidos de pájaros o zumbidos de insectos, pero me hallaba convencido de que estaba escuchando cada sonido individual en el momento en que se producía. Juntos creaban un orden de lo más extraordinario. No puedo llamarlo otra cosa que "orden". Era un orden de sonidos que tenía un diseño; es decir, cada sonido ocurría en secuencia.
Entonces oí un peculiar lamento prolongado. Me hizo temblar. Todos los otros ruidos cesaron un instante, y hubo completo silencio mientras la reverberación del gemido alcanzaba los límites extremos del valle; después recomenzaron los ruidos. De inmediato capté su diseño. Tras escuchar con atención un momento, creí entender la recomendación que don Juan me hizo de buscar agujeros entre los sonidos. ¡El diseño de los ruidos contenía espacios entre un sonido y otro! Por ejemplo, los cantos de ciertos pájaros tenían su tiempo y sus pausas, y de igual manera todos los demás sonidos que yo percibía. El crujir de las hojas era la goma que los unificaba en un zumbido homogéneo. El hecho era que el tiempo de cada sonido formaba una unidad en la pauta sonora general. Así, los espacios o pausas entre sonidos eran, si uno se fijaba, hoyos en una estructura.
Oí nuevamente el penetrante lamento del cazador de espíritus. No me sacudió, pero los sonidos volvieron a cesar un instante y percibí tal cesación como un agujero, un hoyo muy grande. En ese preciso momento mi atención se trasladó del oído a la vista. Me hallaba mirando un conglomerado de cerros con lujuriante vegetación verde. La silueta de los cerros estaba dispuesta de tal manera que desde mi posición se veía un agujero en una de las laderas. Era un espacio entre dos cerros, y a través de él me era visible el tinte profundo, gris oscuro, de las montañas distantes. Por un momento no supe qué cosa era. Fue como si el agujero que miraba fuese el "hoyo" en el sonido. Luego volvieron los ruidos, pero persistió la imagen visual del enorme agujero. Un momento después, cobré una conciencia todavía más aguda de la pauta sonora, de su orden y la disposición de sus pausas. Mi mente era capaz de discernir y discriminar un número enorme de sonidos individuales. Me era posible seguir todos los sonidos; así, cada pausa era un hoyo

definido. En un momento dado las pausas cristalizaron en mi mente y formaron una especie de malla sólida, una estructura. Yo no la veía ni la oía. La sentía con alguna parte desconocida de mí mismo.

Don Juan tocó su cuerda una vez más; los sonidos cesaron como antes, creando un enorme agujero en la estructura sonora. Esta vez, sin embargo, la gran pausa se confundió con el agujero en las colinas que yo estaba mirando; ambos se sobreimpusieron. El efecto de percibir los dos agujeros duró tanto tiempo que pude ver-oír cómo sus contornos encajaban mutuamente. Luego volvieron a empezar los otros sonidos y su estructura de pausas se convirtió en una percepción extraordinaria, casi visual. Empecé a ver cómo los sonidos creaban diseños y luego todos esos diseños se sobreimpusieron al medio ambiente de la misma manera en que percibí la superposición de los dos grandes agujeros. Yo no miraba ni oía como suelo hacerlo. Hacía algo que era enteramente distinto pero combinaba facetas de ambos procesos. Por algún motivo, mi atención se enfocaba en el gran hoyo en los cerros. Sentía estarlo oyendo y mirando al mismo tiempo. Algo había en él de reclamo. Dominaba mi campo de percepción, y cada pauta sonora aislada, correspondiente a un detalle del entorno, tenía su gozne en aquel agujero.
Oí de nuevo el gemido sobrenatural del cazador de espíritus; cesaron los demás sonidos; los dos grandes agujeros parecieron encenderse y de pronto me hallé mirando nuevamente el campo de labranza; el aliado estaba allí de pie, como lo había visto antes. La luz de la escena total se hizo muy clara. Pude verlo perfectamente, como si se hallara a cincuenta metros. No distinguía su cara; el sombrero la cubría. Entonces empezó a acercarse, alzando despacio la cabeza; estuve a punto de ver su rostro y me aterré. Supe que debía pararlo sin demora. Sentí un extraño empellón dentro de mi cuerpo; sentí que brotaba "poder". Quise mover la cabeza hacia un lado para detener la visión, pero no podía hacerlo. En ese instante crucial una idea acudió a mi mente. Supe a qué se refería don Juan cuando dijo que los elementos de un "camino con corazón" eran escudos. Había algo que yo deseaba realizar en mi vida, algo que me consumía e intrigaba, algo que me llenaba de paz y alegría. Supe que el aliado no podía avasallarme. Moví la cabeza sin ninguna dificultad, antes de ver todo su rostro.
Empecé a oír todos los demás sonidos; de pronto se hicieron muy fuertes y agudos, como si estuvieran airados conmigo. Perdieron sus pautas y se convirtieron en un conglomerado amorfo de chillidos punzantes, dolorosos. Mis oídos empezaron a zumbar bajo la presión. Sentía la cabeza a punto de estallar. Me puse de pie y cubrí mis oídos con la palma de las manos.
Don Juan me ayudó a caminar hasta un arroyo muy pequeño, me hizo quitarme la ropa y me rodó en el agua. Me hizo yacer en el lecho casi seco y luego reunió agua en su sombrero y me roció con ella.
La presión en mis oídos disminuyó con gran rapidez, y sólo se necesitaron unos minutos para "lavarme", Don Juan me miró, sacudió la cabeza en gesto aprobatorio y dijo que me había puesto "sólido" muy rápidamente.
Me vestí y me llevó de vuelta al sitio donde estuve sentado. Me encontraba extremadamente vigoroso, alegre y lúcido.
Quiso conocer todos los detalles de mi visión. Dijo que los brujos usaban los "agujeros" de los sonidos para averiguar cosas específicas. El aliado de un brujo revelaba asuntos complicados a través de tales agujeros. Rehusó especificar sobre ellos y se salió de mis preguntas diciendo que, al no tener yo un aliado, tal información sólo me haría daño.
-Todo tiene sentido para un brujo -dijo-. Los sonidos tienen agujeros, lo mismo que todo cuanto te rodea. Por lo general, un hombre no tiene velocidad para pescar los agujeros, y por eso recorre la vida sin protección. Los gusanos, los pájaros, los árboles: todos ellos nos pueden decir cosas increíbles, si llegamos a tener la ve-

locidad necesaria para agarrar su mensaje. El humo puede darnos esa velocidad de agarre. Pero debemos estar en buenos términos con todas las cosas vivientes de este mundo. Por esta razón hay que hablarles a las plantas que vamos a matar y pedirles perdón por dañarlas; igual debe hacerse con los animales que vamos a cazar. Sólo debemos tomar lo suficiente para nuestras necesidades, de otro modo las plantas y los animales y los gusanos que matamos se pondrían en contra nuestra y nos causarían enfermedad y desventura. Un guerrero se da cuenta de esto y hace por aplacarlos; así, cuando mira por los agujeros, los árboles y los pájaros y los gusanos le dan mensajes veraces.

"Pero nada de esto tiene importancia por ahora. Lo importante es que viste al aliado. ¡Esa es tu presa! Te dije que íbamos a cazar algo. Pensé que iba a ser un animal. Calculé que verías el animal que debíamos cazar. Yo en mi caso vi un jabalí; mi cazador de espíritus es jabalí.

-¿Quiere usted decir que su cazador de espíritus está hecho de jabalí?

-¡No! Nada en la vida de un brujo está hecho de ninguna otra cosa. Si algo es algo, lo que sea, es la cosa misma. Si conocieras jabalís te darías cuenta de que mi cazador de espíritus es eso.

-¿Por qué vinimos aquí a cazar?

-El aliado sacó de su morral un cazador de espíritus y te lo enseñó. Necesitas tener uno si quieres llamarlo.

-¿Qué es un cazador de espíritus?

-Es una fibra. Con ella puedo llamar a los aliados, o a mi propio aliado, o puedo llamar espíritus de ojos de agua, espíritus de ríos, espíritus de montañas. El mío es jabalí y grita como jabalí. Dos veces lo usé cerca de ti para llamar en tu ayuda al espíritu del ojo de agua. El espíritu vino a ti como el aliado vino hoy a ti. Pero no pudiste verlo, porque no tenías velocidad; así y todo, aquel día que te llevé a la cañada y te puse en una piedra, supiste que el espíritu estaba casi sobre ti, sin necesidad de verlo. Esos espíritus son ayudantes. Son demasiado duros de manejar y medio peligrosos. Se necesita una voluntad impecable para tenerlos a raya.

-¿Qué aspecto tienen?

-Son distintos para cada quien, lo mismo que los aliados. Para ti, al parecer, un aliado tendría el aspecto de alguien que conociste o que siempre estarás a punto de conocer; ésa es la inclinación de tu naturaleza. Eres dado a misterios y secretos. Yo no soy como tú, y para mí un aliado es algo muy preciso.

"Los espíritus de ojos de agua son propios de determinados sitios. El que llamé en tu ayuda es uno que yo conozco. Me ha ayudado muchas veces. Habita en aquella cañada. Cuando lo llamé en tu ayuda, no eras fuerte y el espíritu te dio duro. No era ésa su intención -no tienen ninguna- pero te quedaste allí tirado, muy débil, más débil de lo que yo suponía. Más tarde, el espíritu casi te jaló a tu muerte; en el agua, en la zanja de riego, estabas fosforescente. El espíritu te tomó por sorpresa y casi sucumbes. Cuando un espíritu hace eso, vuelve siempre en busca de su presa. Estoy seguro de que volverá por ti. Desgraciadamente, necesitas el agua para hacerte sólido de nuevo cuando usas el humito; eso te coloca en una desventaja terrible. Si no usas el agua, probablemente mueras, pero si la usas, el espíritu te llevará.

-¿Puedo usar el agua de otro sitio?

-No hay diferencia. El espíritu del ojo de agua de por mi casa puede seguirte a cualquier parte, a menos que tengas un cazador de espíritus. Por eso el aliado te lo enseñó. Te dijo que lo necesitas. Lo enredó en su mano izquierda y vino a ti después de señalar la cañada. Hoy quiso enseñarte de nuevo el cazador de espíritus, como la primera vez que lo encontraste. Fue muy sensato que te detuvieras; el aliado iba demasiado rápido para tu fuerza y una sacudida directa con él te sería muy dañina.

-¿Cómo puedo ahora obtener un cazador de espíritus?

-Parece que el mismo aliado te lo va a dar.

-¿Cómo?

-No sé. Tendrás que ir a él. Ya él te dijo dónde buscarlo.

-¿Dónde?
-Allá arriba, en esos cerros donde viste el hoyo.
-¿Debo ir a buscar al aliado mismo?
-No. Pero él ya te da la bienvenida. El humito te abrió el camino hacia él. Luego, más adelante, lo encontrarás cara a cara, pero eso pasará sólo cuando lo conozcas muy bien.

XVI

Llegamos al mismo valle al atardecer el 15 de diciembre de 1969. Mientras cruzábamos los matorrales, don Juan mencionó repetidas veces que las direcciones o puntos de orientación tenían importancia crucial en la empresa que yo iba a emprender.
-Debes determinar la dirección correcta apenas llegues a la punta de un cerro -dijo don Juan-. Nomás te veas en la punta, enfrenta esa dirección -señaló el sureste-. Esa es tu buena dirección y debes encararla siempre, sobre todo cuando andes en dificultades. Recuérdalo.
Nos detuvimos al pie de los cerros donde yo había percibido el hoyo. Señaló un sitio específico en el cual debía sentarme; tomó asiento junto a mí y con voz pausada me dio detalladas instrucciones. Dijo que tan pronto como llegara yo a la cima del cerro, debía extender el brazo derecho frente a mí, con la palma de la mano hacia abajo y los dedos desplegados en abanico, excepto el pulgar, que debía doblarse contra la palma. Luego tenía que volver la cabeza al norte y plegar el brazo contra el pecho, con la mano apuntando también al norte; después tenía que bailar, poniendo el pie izquierdo atrás del derecho, golpeando el suelo con la punta de los dedos izquierdos. Dijo que al sentir que un calor subía por mi pierna, empezara a girar el brazo lentamente de norte a sur, y luego otra vez hacia el norte.
-Donde sientas que se te entibia la palma de tu mano mientras mueves el brazo es el sitio en el que debes sentarte, y también la dirección en la que debes mirar -dijo-. Si el sitio queda hacia el este, o si está en esa dirección -señaló de nuevo el sureste-, los resultados serán excelentes. Si el sitio donde tu mano se calienta está para el norte, te darán una buena paliza, pero puedes volver la marea a tu favor. Si el sitio queda para el sur, tendrás una pelea dura.
"Al principio necesitarás pasar el brazo hasta cuatro veces, pero conforme te vayas familiarizando con el movimiento no necesitarás más que una sola pasada para saber si tu mano se va a calentar o no.
"Una vez que localices un sitio donde tu mano es caliente, siéntate allí; ése es tu primer punto. Si estás mirando al sur o al norte, tienes que decidir si te sientes lo bastante fuerte para quedarte. Si tienes dudas, levántate y vete. No hay necesidad de quedarte si no tienes confianza en ti mismo. Si decides seguir allí, limpia un lugar para hacer una hoguera como a metro y medio de tu primer punto. El fuego debe quedar en línea recta en la dirección que estás mirando. El espacio donde enciendes la hoguera es tu segundo punto. Luego recoge todas las ramas que puedas entre los dos puntos y prende la hoguera. Siéntate en tu primer punto y mira el fuego. Tarde o temprano llegará el espíritu y lo verás.
"Si no se te calienta la mano para nada después de cuatro movimientos, gira el brazo despacio de norte a sur, y luego da la vuelta y gíralo hacia el oeste. Si tu mano se calienta en cualquier sitio hacia el oeste, deja todo y echa a correr. Corre cuesta bajo hacia el terreno llano, y no voltees, oigas o sientas lo que sea detrás de ti. Tan pronto como llegues al terreno llano, por más asustado que estés, no sigas corriendo, tírate al suelo, quítate la chamarra, hazla bola contra tu ombligo y acurrúcate con las rodillas contra el estómago. También debes cubrirte los ojos con las manos, y los brazos tienen que estar apretados contra los muslos. Debes quedarte en esa posición hasta que amanezca. Si sigues estos pasos sencillos, no sufrirás el menor daño.

"En caso de que no puedas llegar a tiempo al terreno llano, tírate al suelo ahí donde estés. Te va a ir pero muy mal. Te van a acosar, pero si conservas la calma y no te mueves ni miras, saldrás sin un rasguño.
"Ahora, si tu mano no se calienta para nada cuando la muevas hacia el oeste, mira de nuevo al este y corre en esa dirección hasta que te quedes sin aliento. Párate allí y repite las mismas maniobras. Has de seguir corriendo hacia el este, repitiendo estos movimientos, hasta que se te caliente la mano."
Después de darme estas instrucciones me hizo repetirlas hasta que las memoricé. Luego estuvimos largo rato sentados en silencio. Un par de veces intenté revivir la conversación, pero él me obligó a callar con un gesto imperativo.
Oscurecía cuando don Juan se puso en pie y, sin una palabra, empezó a trepar el cerro. Fui tras él. En la cima, ejecuté todos los movimientos prescritos. Don Juan me observaba atentamente a corta distancia. Actué con mucho cuidado y con lentitud deliberada. Traté de sentir algún cambio perceptible de temperatura, pero no podía descubrir si la palma de mi mano se calentaba o no. Para entonces había oscurecido bastante, pero aún pude correr hacia el este sin tropezar en los arbustos. Dejé de correr al hallarme sin aliento, lo cual sucedió no demasiado lejos de mi punto de partida. Me encontraba cansado y tenso en extremo. Me dolían los antebrazos y las pantorrillas.
Repetí allí todos los movimientos marcados y obtuve los mismos resultados negativos. Corrí en lo oscuro dos veces más, y entonces, al girar el brazo por tercera vez, mi mano se calentó sobre un punto hacia el este. El cambio de temperatura fue tan definido que me sorprendió. Me senté a esperar a don Juan. Le dije que había percibido un cambio de temperatura en mi mano. Me indicó que procediera, y recogí todas las ramas secas que pude hallar y encendí un fuego. Él se sentó a mi izquierda, a medio metro de distancia.
El fuego trazaba extrañas siluetas danzantes. A ratos las llamas se hacían iridiscentes; se volvían azulosas y luego blanco brillante. Expliqué ese insólito juego de colores asumiendo que lo producía alguna propiedad química específica de las varas y ramas secas que reuní. Otro aspecto muy poco usual del fuego eran las chispas: Las nuevas ramas que yo seguía añadiendo creaban chispas desmesuradas. Pensé que eran como pelotas de tenis que parecían estallar en el aire.
Miré el fuego fijamente, como creía que don Juan me había recomendado, y me maree. El me dio su guaje de agua y me hizo seña de beber. El agua me relajó y me produjo una deliciosa sensación de frescura.
Don Juan se inclinó para susurrarme al oído que no tenía que clavar la vista en las llamas, que sólo observara en la dirección del fuego. Tras casi una hora de observar, sentía yo un gran frío viscoso. En cierto momento en que estaba a punto de agacharme a recoger una vara, algo como un insecto o una mancha en mi retina pasó, cruzando de derecha a izquierda, entre mi persona y el fuego. Inmediatamente me retraje. Miré a don Juan y él me indicó, con un movimiento de barbilla, mirar de nuevo las llamas. Un momento después, la misma sombra cruzó en dirección opuesta.
Don Juan se puso en pie rápidamente y empezó a apilar tierra suelta encima de las ramas ardientes hasta apagar por entero las llamas. Ejecutó la maniobra con velocidad increíble. Cuando me moví para ayudarlo, ya él había acabado de extinguir el fuego. Pisoteó la tierra sobre los rescoldos y luego casi me arrastró cuesta abajo y hacia la salida del valle. Caminaba muy aprisa, sin volver la cabeza, y no me permitió hablar en absoluto.
Cuando llegamos a mi coche, horas después, le pregunté qué era la cosa que vi. Sacudió la cabeza imperativamente y viajamos en completo silencio.
Entró directamente en su casa cuando llegamos a ella en las primeras horas del día, y nuevamente me calló cuando hice por hablar.

Don Juan estaba sentado afuera, detrás de su casa. Parecía haber aguardado mi despertar, pues al salir yo se puso a hablar. Dijo que la sombra de la noche pasada era un espíritu, una fuerza que pertenecía al sitio particular donde yo la vi. Calificó de inútil a ese ser específico.

-Sólo existe allí -dijo-. No tiene secretos de poder; por eso no tenía caso quedarse. Sólo habrías visto una sombra rápida y pasajera yendo de un lado a otro toda la noche. Pero hay otras clases de seres que pueden darte secretos de poder, si tienes la suerte de encontrarlos.

Desayunamos entonces y estuvimos un buen rato sin hablar. Después de comer nos sentamos frente a la casa.

-Hay tres clases de seres -dijo él de pronto-: los que no dan nada porque no tienen nada que dar, los que sólo causan susto, y los que tienen regalos. El que viste anoche era de los silenciosos; no tiene nada que dar; es sólo una sombra. Pero casi siempre hay otro tipo de ser asociado con el silencioso: un espíritu malvado cuya única cualidad es causar miedo y que siempre ronda la morada de un silencioso. Por eso decidí que nos fuéramos cuanto antes. Ese espíritu fastidioso sigue a la gente hasta su casa y le hace la vida imposible. Conozco gente que a causa de ellos ha tenido que irse de su casa. Siempre hay quienes creen que pueden sacarle mucho a esa clase de ser, pero el simple hecho de que haya un espíritu por la casa no significa nada. Luego tratan de atraerlo, o lo siguen por la casa bajo la impresión de que puede revelarles secretos. Pero lo único que sacan es una experiencia espantosa. Conozco unas personas que se turnaban para vigilar a uno de esos seres malvados que los siguió hasta su casa. Meses enteros vigilaron al espíritu; al final, otra gente tuvo que entrar a sacarlos de la casa; se habían debilitado y estaban consumiéndose. Por esa razón lo único prudente que puede hacerse con esa clase de espíritus cargosos es olvidarlos y dejarlos en paz."

Le pregunté cómo atraía la gente a los espíritus. Dijo que primero se ponían a pensar dónde sería más probable que el espíritu apareciera y luego colocaban armas en su camino, con la esperanza de que las tocase, pues era sabido que a los espíritus les gustan los atavíos de guerra. Don Juan dijo que cualquier clase de armamento, cualquier objeto tocado por un espíritu se convertía por derecho en objeto de poder. Sin embargo, se sabía que el tipo avieso de ser nunca tocaba nada, sino sólo producía la ilusión auditiva de ruido.

Pregunté entonces a don Juan en qué forma tales espíritus causan miedo. Dijo que su manera más común de asustar a la gente era aparecer como una sombra oscura, con figura de hombre, que recorría la casa creando un estruendo temible o bien sonido de voces, o como una sombra oscura que de repente se abalanzaba desde un rincón oscuro.

Don Juan dijo que la tercera clase de espíritus era un verdadero aliado, un dador de secretos; ese tipo especial existía en sitios solitarios y abandonados, sitios casi inaccesibles. Dijo que quien deseara hallar a uno de estos seres debía viajar lejos e ir solo. En un sitio distante y solitario, tenía que dar solo todos los pasos necesarios. Tenía que sentarse junto a su hoguera, e irse de inmediato si veía la sombra. Pero debía quedarse si encontraba otras condiciones, como un viento fuerte que matara su fuego y le impidiera encenderlo nuevamente durante cuatro intentos; o si en un árbol cercano se rompía una rama. La rama tenía que romperse en realidad, y había que cerciorarse de que no sólo era el ruido de una rama rota.

Otras condiciones que debían tenerse en cuenta eran piedras que rodaran, o guijarros arrojados al fuego, o cualquier ruido constante, y entonces había que caminar en la dirección en que ocurriera cualquiera de estos fenómenos, hasta que el espíritu se revelara.

Un ser de ésos tenía muchos modos de poner a prueba a un guerrero. Saltaba de pronto a su paso, bajo la apariencia más horrenda, o agarraba al hombre por la espalda y no lo soltaba y lo tenía sujeto en el suelo durante horas. También podía de-

rribarle un árbol encima. Don Juan dijo que ésas eran fuerzas verdaderamente peligrosas, y aunque incapaces de matar a un hombre mano a mano, podían matarlo de susto, o dejarle caer objetos, o al aparecer de pronto para hacerlo tropezar, perder pie y rodar a un precipicio.
Me dijo que si alguna vez encontraba yo uno de esos seres bajo circunstancias inapropiadas, por ningún motivo debía tratar de luchar con él, porque me mataría. Me robaría el alma. De modo que debía tirarme al suelo y soportar hasta el amanecer.
-Cuando un hombre está frente al aliado, el dador de secretos, tiene que reunir todo su valor y agarrarlo antes de que el otro lo agarre a él, o perseguirlo antes de que lo persiga. La persecución ha de ser sin tregua, y luego viene la lucha. El hombre debe derribar por tierra al espíritu y tenerlo allí hasta que le dé poder.
Le pregunté si estas fuerzas tenían sustancia, si era posible tocarlas realmente. Dije que la sola idea de un "espíritu" me refería a algo etéreo.
-No los llames espíritus -respondió-. Llámalos aliados; llámalos fuerzas inexplicables.
Quedó un rato en silencio, luego se acostó de espaldas y reclinó la cabeza en los brazos cruzados. Insistí en saber si esos seres tenían sustancia.
-Claro que tienen sustancia -dijo tras otro momento de silencio-. Cuando luchas con ellos son sólidos, pero esa sensación no dura más que un momento. Esos seres confían en el miedo de uno; por eso, si el que lucha con alguno de ellos es un guerrero, el ser pierde su tensión muy aprisa, mientras el hombre cobra más vigor. Uno puede, en verdad, absorber la tensión del espíritu.
-¿Qué clase de tensión es? -pregunté.
-Poder. Cuando uno los toca, vibran como si estuvieran listos a rasgarlo a uno en pedazos. Pero es sólo un alarde. La tensión termina cuando uno mantiene firme la mano.
-¿Qué pasa cuando pierden su tensión? ¿Se vuelven como aire?
-No, sólo se vuelven fláccidos. Todavía siguen teniendo sustancia, pero no es como nada que uno haya tocado jamás.

Más tarde, al anochecer, le dije que tal vez lo que vi la noche anterior pudo ser sólo una polilla. Rió y explicó con mucha paciencia que las polillas vuelan de un lado a otro solamente en torno de los focos de luz eléctrica, porque un foco no puede quemarles las alas. Un fuego, en cambio, las quemaría la primera vez que se le acercaran. También señaló que la sombra cubría todo el fuego. Cuando mencionó eso, recordé que en verdad la sombra era extremadamente grande y que durante un momento obstruyó la vista de la hoguera. Sin embargo, aquello sucedió tan rápido que no lo enfaticé en mi primer recuento.
Luego don Juan señaló que las chispas eran muy grandes y volaban hacia mi izquierda. Yo mismo había advertido eso. Dije que probablemente el viento soplaba en esa dirección. Don Juan repuso que no había ningún viento. Eso era verdad. Al rememorar mi experiencia pude recordar que la noche estaba quieta.
Otra cosa que pasé por alto fue un resplandor verdoso en las llamas, que detecté cuando don Juan me hizo seña de seguir mirando el fuego, después de que la sombra cruzó por vez primera mi campo de visión. Don Juan me lo recordó. También objetó que dijera yo sombra. Dijo que era redonda y que más bien parecía una burbuja.

Dos días después, el 17 de diciembre de 1969, don Juan dijo en tono muy casual que yo conocía todos los detalles y las técnicas necesarias para ir solo a los cerros y obtener un objeto de poder, el cazador de espíritus. Me instó a proceder por mí mismo y afirmó que su compañía sólo me serviría de estorbo.
Estaba listo para irme cuando él pareció cambiar de idea.
-No eres lo bastante fuerte -dijo-. Iré contigo hasta el pie de los cerros.

Cuando estuvimos en el vallecito donde vi al aliado, examinó desde cierta distancia la formación topográfica que yo había llamado un hoyo en los cerros, y dijo que teníamos que ir todavía más al sur, a las montañas distantes. La morada del aliado se hallaba en el punto más lejano que podíamos ver por el hoyo.

Miré la configuración y sólo pude discernir la masa anulosa de las montañas. Sin embargo, él me guió en una dirección hacia el sureste, y tras horas de camino llegamos a un punto que él consideró "bastante adentrado" en la morada del aliado.

Caía la tarde cuando nos detuvimos. Tomamos asiento en unas rocas. Yo estaba cansado y hambriento; en todo el día sólo había tomado agua y algunas tortillas. Don Juan se puso de pronto en pie, miró el cielo y me dijo en tono conminante que echara a andar en la dirección que era mejor para mí, cerciorándome de recordar el sitio donde estábamos en este momento, para volver allí cuando acabara. Dijo en tono tranquilizador que me esperaría así tardase yo toda la eternidad.

Pregunté con aprensión si creía que el asunto de obtener un cazador de espíritus tomaría mucho tiempo.

-Quién sabe -repuso, con una sonrisa misteriosa.

Me alejé hacia el sureste, volviéndome un par de veces para mirar a don Juan. El caminaba muy despacio en dirección opuesta. Trepé hasta la cima de un cerro grande y miré de nuevo a don Juan; se hallaba por lo menos a doscientos metros. No volteó a mirarme. Corrí cuesta abajo metiéndome en una pequeña depresión, como un cuenco entre los cerros, y de pronto me hallé solo. Me senté un momento y empecé a preguntarme que cosa hacía allí. Me sentí ridículo buscando un cazador de espíritus. Corrí de nuevo a la cumbre del cerro para tener una mejor visión de don Juan, pero no pude verlo en ninguna parte. Corrí cuesta abajo en la dirección en que lo vi por última vez. Quería suspender todo el asunto y regresar a casa. Me sentía enteramente estúpido y fatigado.

-¡Don Juan! -grité una y otra vez.

No estaba en ningún sitio a la vista. Corriendo, escalé otro empinado cerro; tampoco desde allí pude verlo. Corrí un buen trecho buscándolo, pero había desaparecido. Desanduve mi camino y volví al lugar donde nos separamos. Tuve la absurda certeza de que iba a encontrarlo allí sentado, riendo de mis inconsistencias.

-¿En qué demonios me he metido? -dije en voz alta.

Supe entonces que no había manera de parar lo que estaba haciendo allí, fuera lo que fuese. Realmente no sabía cómo regresar a mi coche. Don Juan había cambiado de dirección varias veces, y la orientación general de los cuatro puntos cardinales no era suficiente. Temí perderme en las montañas. Me senté, y por primera vez en mi vida tuve el extraño sentimiento de que en realidad nunca había manera de regresar a un punto original de partida. Don Juan decía que yo siempre insistía en empezar en un punto que llamaba el principio, cuando de hecho el principio no existía. Y allí entre esas montañas sentí comprender lo que quería decir. Era como si el punto de partida hubiese sido siempre yo mismo; como si don Juan nunca hubiera estado realmente allí; y cuando lo busqué se hizo lo que en verdad era: una imagen fugaz desvaneciéndose tras una colina.

Oí el suave crujir de las hojas y una fragancia extraña me envolvió. Sentía el viento como presión en los oídos, como un zumbido cauto. El sol estaba a punto de alcanzar unas nubes compactas sobre el horizonte, que parecían una banda naranja esmaltada, cuando desapareció tras una pesada cortina de nubes más bajas; apareció de nuevo un momento después, como una bola escarlata flotando en la niebla. Pareció luchar un rato por llegar a un trozo de cielo azul, pero era como si las nubes no le dieran tiempo al sol, y luego la banda naranja y la oscura silueta de las montañas parecieron devorarlo.

Me acosté sobre la espalda. El mundo en mi derredor era tan quieto, tan sereno y al mismo tiempo tan ajeno, que me sen-

tí avasallado. No quería llorar, pero las lágrimas fluyeron sin impedimento.
Permanecí horas en esa postura. Levantarme era casi imposible. Las rocas bajo mi cuerpo eran duras, y allí donde me acosté apenas había vegetación, en contraste con los exuberantes arbustos verdes en todo el contorno. Desde donde me hallaba podía ver una orla de árboles altos en las colinas del este.
Finalmente oscureció bastante. Me sentí mejor; de hecho, casi experimentaba contento. Para mí, la semioscuridad era mucho más sustento y refugio que la dura luz del día.
Me puse en pie, trepé a la cima de un cerro pequeño y empecé a repetir los movimientos que don Juan me enseñó. Siete veces corrí hacia el este, y entonces noté un cambio de temperatura en la mano. Encendí el fuego e inicié una guardia cuidadosa, como don Juan había recomendado, observando cada detalle. Horas pasaron y comencé a sentir mucho frío y cansancio. Había juntado una buena pila de ramas secas; alimenté el fuego y me acerqué más a él. La vigilia era tan ardua e intensa que me agotó; empecé a cabecear. En dos ocasiones me quedé dormido y desperté sólo cuando mi cabeza cayó hacia un lado. Tenía tanto sueño que ya no podía vigilar el fuego. Bebí un poco de agua y rocié otro poco en mi cara para mantenerme despierto. Sólo por breves momentos lograba combatir la somnolencia. Sin saber cómo, me había desanimado e irritado; me sentía un perfecto estúpido por estar allí y eso me daba una sensación irracional de frustración y desaliento. Estaba fatigado, hambriento, con sueño, y absurdamente molesto conmigo mismo. Terminé por abandonar la lucha por mantenerme despierto. Añadí un montón de ramas secas a la hoguera y me acosté a dormir. La búsqueda de un aliado y un cazador de espíritus era en ese momento una empresa de lo más ridículo y extravagante. Tenía tanto sueño que ni siquiera podía pensar ni hablar solo. Me quedé dormido.
Un fuerte crujido me despertó de pronto. Al parecer el ruido, fuera lo que fuera, había sido justamente encima de mi oído izquierdo, pues yo estaba echado sobre el costado derecho. Me senté, completamente despierto. Mi oído izquierdo zumbaba, ensordecido por la proximidad y la fuerza del sonido.
Debo haber dormido sólo un corto rato, a juzgar por la cantidad de ramas secas que aún ardían en el fuego. No oí más sonidos, pero permanecí alerta y seguí alimentando las llamas.
Por mi mente cruzó la idea de que tal vez me había despertado un disparo; tal vez alguien andaba cerca observándome, disparando contra mí. La idea se hizo muy angustiosa y creó una avalancha de miedos racionales. Tuve la seguridad de que alguien era dueño de esa tierra, y siendo así podían tomarme por un ladrón y matarme, o podrían matarme para robarme, ignorando que yo no tenía nada encima. Experimenté un instante de terrible preocupación por mi seguridad. Sentía la tensión en los hombros y en el cuello. Moví la cabeza hacia arriba y hacia abajo; los huesos del cuello crujieron. Seguía mirando el fuego, pero no advertía en él nada fuera de lo común, ni oía más ruidos.
Tras un rato me sosegué bastante y se me ocurrió que acaso don Juan estaba en el fondo de todo esto. Rápidamente me convencí de que así era. La idea me hizo reír. Tuve otra avalancha de conclusiones racionales, felices esta vez. Pensé que don Juan sospechó que yo iba a cambiar de parecer con respecto a quedarme en las montañas, o me vio correr tras él y se escondió en una cueva oculta o detrás de un arbusto. Luego me siguió y, al verme dormido, me despertó rompiendo una rama cerca de mi oído. Añadí más ramas al fuego y empecé a mirar en torno, en forma casual y encubierta, para ver si podía localizarlo, aun sabiendo que si andaba escondido por ahí no me sería posible descubrirlo.
Todo era completamente plácido: los grillos, el viento que azotaba los árboles en las laderas de los cerros a mi alrededor, el suave sonido crujiente de las varas al

encenderse. Volaban chispas, pero eran chispas ordinarias.
De pronto oí el fuerte ruido de una rama al partirse en dos. El sonido procedía de mi izquierda. Contuve el aliento y escuché con la máxima concentración. Un instante después oí que otra rama se quebraba a mi derecha.
Luego percibí el leve sonido lejano de más ramas rotas, Era como si alguien las pisara haciéndolas crujir. Los sonidos eran ricos y plenos, con un matiz de lozanía. Además, parecían irse acercando a mí. Tuve una reacción muy lenta; no sabía si escuchar o levantarme. Deliberaba qué hacer cuando repentinamente el sonido de ramas rotas ocurrió en todo mi derredor. Me envolvió tan rápido que apenas tuve tiempo de saltar a mis pies y pisotear el fuego.
Eché a correr cuesta abajo en la oscuridad. Mientras cruzaba los arbustos me vino la idea de que no había tierra llana. Iba a la mitad del cerro cuando sentí algo detrás, casi tocándome. No era una rama; era algo que, sentí intuitivamente, me estaba dando alcance. Al darme cuenta de esto me helé. Me quité la chaqueta, la enrollé contra mi estómago, me acuclillé sobre las piernas y me cubrí los ojos con las manos, como don Juan había indicado. Mantuve esa posición un corto rato antes de advertir que todo en torno mío estaba en completo silencio. No había sonidos de ninguna clase. Me entró una alarma extraordinaria. Los músculos de mi estómago se contraían y temblaban espasmódicamente. Entonces oí otro crujido. Parecía venir de lejos, pero era en extremo claro y distinto. Se oyó de nuevo, más cerca. Hubo un intervalo de quietud y luego algo estalló por encima de mi cabeza. La brusquedad del ruido me hizo saltar involuntariamente, y casi rodé sobre el costado. Era definitivamente el sonido de una rama quebrada en dos. El sonido fue tan cercano que oí el rumor de las hojas cuando la rama era partida.
Hubo a continuación un diluvio de explosiones crujientes; en todo el derredor se quebraban ramas con gran fuerza. Lo incongruente, en ese punto, era mi reacción a todo el fenómeno; en vez de hallarme aterrado, reía. Pensaba sinceramente haber dado con la causa de cuanto ocurría. Estaba convencido de que don Juan me engañaba de nuevo. Una serie de conclusiones lógicas cimentaron mi confianza; me sentí jubiloso. Sin duda podría atrapar a ese viejo zorro de don Juan en otra de sus tretas. Andaba cerca de mí rompiendo ramas y, sabiendo que yo no osaría alzar la vista, estaba a salvo y en libertad de hacer lo que quisiera. Calculé que debía estar solo en las montañas, pues yo había andado constantemente con él durante días. No había tenido tiempo ni oportunidad de enrolar colaboradores. Si se hallaba oculto, como yo creía, sólo él se ocultaba, y lógicamente no podría producir más que un número limitado de ruidos. Como estaba solo, los ruidos tenían que ocurrir en una secuencia lineal de tiempo; es decir, uno por uno, o cuando mucho dos o tres por vez. Además, la variedad de sonidos debía también estar limitada a la mecánica de un solo individuo. Agazapado e inmóvil, me sentí absolutamente seguro de que toda la experiencia era un juego y de que la única manera de permanecer por encima de él era desalojar de ese nivel mis emociones. Positivamente lo disfrutaba. Me sorprendí riendo por lo bajo ante la idea de poder anticipar la siguiente tirada de mi oponente. Traté de imaginar qué haría yo en ese momento si fuera don Juan.
El sonido de algo que sorbía me hizo salir, con una sacudida, de mi ejercicio mental. Escuché con atención; el sonido se repitió. No pude determinar qué era. Sonaba como si un animal sorbiera agua. Se oyó de nuevo, muy cerca. Era un sonido irritante que me recordó el chasquido producido por un adolescente de gran quijada al mascar chicle. Me preguntaba cómo podía don Juan producir tal ruido cuando el sonido ocurrió de nuevo, a mi derecha. Primero fue un solo sonido y luego oí una serie de chapoteos y ruidos de succión, como si al-

guien caminara en el lodo. Era un sonido exasperante, casi sensual, de pies que chapoteaban en fango profundo. Los ruidos cesaron un momento y recomenzaron a mi izquierda, muy cerca, quizás a sólo tres metros. Sonaban como si una persona corpulenta trotara en el lodo con botas de hule. Me maravilló la riqueza del sonido. No me era posible imaginar ningún aparato primitivo que yo mismo pudiera usar para producirlo. Oí otra serie de pasos y chapoteos atrás de mí, y luego se oyeron simultáneamente por todos lados. Alguien parecía caminar, correr, trotar sobre lodo por todo mi derredor.

Se me ocurrió una duda lógica. Para hacer todo eso, don Juan habría tenido que correr en círculos a una velocidad inverosímil. La rapidez de los sonidos clausuraba esa alternativa. Pensé entonces que don Juan, después de toda, debía de tener confederados. Quise ocuparme en especulaciones sobre quiénes serían sus cómplices, pero la intensidad de los ruidos me quitaba toda concentración. En verdad no podía pensar con lucidez, pero no tenía miedo, quizá me hallaba solamente atontado por la extraña calidad de los sonidos. Los chapoteos vibraban, literalmente. De hecho, sus peculiares vibraciones parecían dirigidas a mi estómago, o acaso percibía yo la vibración con la parte baja del abdomen.

Al darme cuenta de eso, perdí instantáneamente mi sentido de objetividad y despego. ¡Los sonidos atacaban mi estómago! Me vino la pregunta: "¿Qué tal si no era don Juan?" Me llené de pánico. Tensé los músculos abdominales y apreté con fuerza los muslos contra el bulto de mi chaqueta. Los ruidos crecieron en número y velocidad, como si supieran que yo había perdido mi confianza; las vibraciones eran tan intensas que me producían náusea. Luché contra la sensación. Aspiré hondo y empecé a cantar mis canciones de peyote. Vomité y los ruidos cesaron en el acto; se sobrelaparon los sonidos de grillos y viento y los distantes ladridos en staccato de los coyotes. La abrupta cesación me permitió un respiro, y evalué mi circunstancia. Un corto rato antes me había hallado del mejor humor, confiado y sereno; obviamente, había fallado como un miserable al juzgar la situación. Aunque don Juan tuviera cómplices, sería mecánicamente imposible que produjeran sonidos que afectaran mi estómago. Para producir sonidos de tal intensidad, habrían necesitado aparatos más allá de sus medios y de su concepción. Al parecer, el fenómeno que yo experimentaba no era un juego, y la teoría "otra de las tretas de don Juan" era sólo mi propia explicación rudimentaria.

Tenía calambre y un deseo incontenible de dar la vuelta y estirar las piernas. Decidí moverme a la derecha para quitar la cara del sitio donde vomité. En el instante en que empecé a reptar oí un chirrido muy suave justamente sobre mi oído izquierdo. Me congelé en ese sitió. El chirrido se repitió al otro lado de mi cabeza. Era un sonido suelto. Pensé que parecía el chirrido de una puerta. Esperé, y al no oír nada más decidí moverme de nuevo. Apenas había empezado a hacer la cabeza a la derecha cuando casi me vi forzado a levantarme de un salto. Un torrente de chirridos me cubrió en el acto. Unas veces eran como chirriar de puertas; otras, como chillidos de ratas o cobayos. No eran fuertes ni intensos, sino muy suaves e insidiosos, y me producían torturantes espasmos de náusea. Cesaron como se habían iniciado, disminuyendo gradualmente hasta que sólo uno o dos se oían a la vez.

Entonces oí algo como las alas de una gran ave que volara rasando la copa de los arbustos. Parecía describir círculos en torno de mi cabeza. Los suaves chirridos empezaron a aumentar de nuevo, y también el batir de alas. Sobre mi cabeza parecía haber una bandada de aves gigantescas moviendo sus alas suaves. Ambos ruidos se mezclaron, creando en torno mío una oleada envolvente. Me sentí flotar suspendido en un enorme escarceo ondulante. Los chillidos y aleteos eran tan fluidos que los sentía en todo el cuerpo. Las alas en movimiento de una bandada de aves parecían jalarme desde arriba, mientras los chilli-

dos de un ejército de ratas me empujaban desde abajo y en torno de mi cuerpo.
No había duda en mi mente de que, a través de mi estúpida torpeza, me había echado encima algo terrible. Apreté los dientes y respiré hondo y canté canciones de peyote.
Los ruidos duraron mucho tiempo y me opuse a ellos con toda mi fuerza. Cuando amainaron, hubo nuevamente un "silencio" interrumpido, como suelo percibir el silencio; es decir, sólo podía percibir los sonidos naturales de insectos y viento. La hora del silencio me fue más perjudicial que la hora de los ruidos. Empecé a pensar y a evaluar mi posición, y mi deliberación me hundió en pánico. Supe que estaba perdido; carecía del conocimiento y el vigor necesarios para repeler aquello que me acosaba. Me hallaba enteramente inerme, doblado sobre mi propio vómito. Pensé que había llegado el fin de mi vida y me puse a llorar. Quise pensar en mi vida, pero no sabía por dónde empezar. Nada de lo que había hecho en mi vida ameritaba en realidad ese último énfasis definitivo, de modo que no tenía yo nada en qué pensar. Ese reconocimiento fue exquisito. Había cambiado desde la última ocasión en que experimenté un miedo similar. Esta vez me hallaba más vacío. Tenía menos sentimientos personales que llevar a cuestas.
Me pregunté qué haría un guerrero en esa situación, y llegué a diversas conclusiones. Había en mi región umbilical algo de suma importancia; había algo ultraterreno en los sonidos; éstos se dirigían a mi estómago; y la idea de que don Juan me estuviese embromando era insostenible por completo.
Los músculos de mi estómago estaban muy tensos, aunque ya no había retortijones. Seguí cantando y respirando profundamente y sentí una tristeza confortante inundar todo mi cuerpo. Se me había aclarado que para sobrevivir debía proceder en términos de las enseñanzas de don Juan. Repetí mentalmente sus instrucciones. Recordé el punto exacto donde el sol había desaparecido tras las montañas en relación con el cerro donde me hallaba y con el sitio en que me agazapé. Recuperé la orientación y, una vez convencido de que mi determinación de los puntos cardinales era correcta, empecé a cambiar de postura para que mi cabeza apuntara en una dirección nueva y "mejor", el sureste. Lentamente moví los pies hacia la izquierda, pulgada por pulgada, hasta torcerlos bajo las pantorrillas. Luego me dispuse a alinear mi cuerpo con los pies, pero no bien había empezado a reptar lateralmente sentí un toque peculiar; tuve la sensación física concreta de que algo tocaba la zona expuesta de mi nuca. Fue tan repentina que grité involuntariamente y volví a inmovilizarme. Apreté los músculos abdominales y me puse a respirar hondo y a cantar mis canciones de peyote. Un segundo después sentí de nuevo el mismo toque leve en el cuello. Me hice pequeño. Tenía la nuca descubierta y nada podía hacer para protegerme. Me tocaron de nuevo. Era un objeto muy suave, casi sedoso, el que tocaba mi nuca, como la pata peluda de un conejo gigante. Me tocó de nuevo y después empezó a cruzar mi nuca de un lado a otro hasta ponerme al borde del llanto. Sentía que un hato de canguros silenciosos, lisos, ingrávidos, pisaba mi cuello. Oía el suave golpeteo de sus patas mientras pasaban suavemente sobre mí. No era en absoluto una sensación dolorosa, y sin embargo resultaba enloquecedora. Supe que si no me ocupaba en hacer algo me volvería loco y saldría corriendo. Lentamente, recomencé las maniobras para cambiar la dirección de mi cuerpo. Mi intento de moverme pareció aumentar el golpeteo sobre mi nuca. Finalmente llegó a tal frenesí que jalé mi cuerpo y de inmediato lo alineé en la nueva dirección. No tenía la menor idea sobre las consecuencias de mi acto. Sólo tomaba acción para evitar volverme loco furioso y delirante.
Apenas cambié de dirección, cesó el golpeteo en mi nuca. Tras una larga pausa angustiada oí un lejano crujir de ramas. Los ruidos ya no estaban cerca. Parecían

haberse retirado a otra posición, distante de la mía, Tras un momento, el sonido de ramas quebradas se confundió con un estruendo de hojas agitadas, como si un fuerte viento azotara todo el cerro. Todos los arbustos en torno mío parecían sacudirse, pero no soplaba viento. El rumor y los crujidos me dieron la sensación de que el cerro estaba en llamas. Mi cuerpo estaba rígido como una roca. Sudaba copiosamente. Empecé a sentir más y más calor. Por un momento estuve enteramente convencido de que el cerro se quemaba. No eché a correr porque estaba tan tieso que me hallaba paralizado; de hecho, ni siquiera podía abrir los ojos. Todo lo que me importaba entonces era ponerme en pie y huir del fuego. Tenía calambres terribles que empezaron a cortarme el aire. Me concentré en tratar de respirar. Tras una larga pugna pude al fin aspirar hondo nuevamente, y asimismo notar que el rumor había amainado; sólo había un ocasional sonido crujiente. El sonido de ramas quebradas se hizo cada vez más distante y esporádico, hasta cesar por entero.

Pude abrir los ojos. Entre párpados entrecerrados miré el suelo debajo de mí. Ya había luz diurna. Esperé otro rato sin moverme y luego comencé a estirar mi cuerpo. Rodé boca arriba. El sol estaba encima de los cerros, al este.

Tardé horas en enderezar mis piernas y arrastrarme ladera abajo. Eché a andar rumbo al sitio donde don Juan me dejó, que se hallaba como a kilómetro y medio; al mediar la tarde, iba apenas a la orilla de un bosque, y faltaba aún la cuarta parte del recorrido.

No podía caminar más, por ningún motivo. Pensé en leones de montaña y traté de subir a un árbol, pero mis brazos no soportaron mi peso. Reclinado contra una roca, me resigné a morir allí. Me hallaba convencido de que sería pasto de pumas o de otros merodeadores. No tenía fuerza ni para lanzar una piedra. No tenía hambre ni sed. A eso del mediodía había hallado un arroyito y bebí en abundancia, pero el agua no ayudó a restaurar mi vigor. Sentado allí, en el colmo de la desesperanza, sentía más pesar que miedo. Estaba tan cansado que no me importaba mi destino, y me dormí.

Desperté cuando algo me sacudió. Don Juan se inclinaba sobre mí. Me ayudó a enderezarme y me dio agua y atole. Dijo, riendo, que me veía muy mal. Traté de narrarle lo ocurrido, pero me hizo callar y dijo que yo había fallado el tiro, que el sitio donde quedamos de encontrarnos estaba como a cien metros de distancia. Luego, medio llevándome a cuestas, me condujo cuesta abajo. Dijo que me llevaba a una corriente grande y que iba a lavarme allí. En el camino, me tapó las orejas con hojas que traía en su morral y luego me cubrió los ojos, poniendo una hoja sobre cada uno y asegurando ambas con un trozo de tela. Me hizo quitarme la ropa y me ordenó poner las manos sobre los ojos y oídos para asegurarme de que no podía ver ni oír nada.

Don Juan frotó todo mi cuerpo con hojas y luego me echó a un río. Sentí que era un río grande. Era profundo. Yo estaba de pie y no tocaba fondo. Don Juan me sostenía por el codo derecho. Al principio no sentí la frialdad del agua, pero poco a poco me fue calando y por fin se hizo intolerable. Don Juan me jaló a tierra y me secó con unas hojas de aroma peculiar. Me vestí y él me condujo; caminamos una buena distancia antes de que me quitara las hojas de los oídos y los ojos. Me preguntó si tenía fuerzas para caminar de regreso a mi coche. Lo extraño era que me sentía muy fuerte. Incluso ascendí corriendo una ladera empinada para demostrarlo.

En el camino a mi coche, fui muy cerca de don Juan. Tropecé veintenas de veces; él se reía. Noté que su risa era especialmente vigorizante, y se convirtió en el punto focal de mi recuperación; mientras más reía él, mejor me sentía yo.

Al día siguiente, narré a don Juan el curso de los eventos desde la hora en que me dejó. No dejó de reír durante todo mi recuento, especialmente cuando le dije que

había creído que era otra de sus tretas.
-Siempre piensas que te están engañando -dijo-. Confías demasiado en ti mismo. Actúas como si conocieras todas las respuestas. No conoces nada, mi amiguito, nada.
Esta era la primera vez que don Juan me llamaba "mi amiguito". Me tomó por sorpresa. Lo advirtió y sonrió. Había en su voz un gran calor, y eso me puso muy triste. Le dije que era descuidado e incompetente porque tal era la inclinación inherente de mi personalidad; y que nunca me sería posible comprender su mundo. Me sentía hondamente conmovido. El me dio ánimos y aseveró que me había portado muy bien.
Le pregunté el significado de mi experiencia.
-No tiene significado -dijo-. Lo mismo podría pasarle a cualquiera, especialmente a alguien como tú que ya tiene la abertura ensanchada. Es muy común. Cualquier guerrero que haya salido en busca de aliados te puede hablar de lo que hacen. Lo que te hicieron a ti no fue nada. Pero tu abertura está de par en par y por eso andas tan nervioso. No se convierte uno en guerrero de la noche a la mañana. Ahora debes irte a tu casa, y no regreses hasta que sanes y estés cerrado.

XVII

No regresé a México en varios meses; aproveché el tiempo para trabajar en mis notas de campo y por primera vez en diez años, desde que inicié el aprendizaje, las enseñanzas de don Juan empezaron a cobrar verdadero sentido. Sentí que los largos periodos en que debía ausentarme del aprendizaje habían tenido sobre mi un efecto calmante y benéfico; me daban la oportunidad de revisar mis hallazgos y de ponerlos en un orden intelectual adecuado a mi preparación e interés. Sin embargo, los sucesos acontecidos en mi última visita al campo señalaban una falacia en mi optimismo de comprender el conocimiento de don Juan.

El 16 de octubre de 1970 escribí las últimas páginas de mis notas de campo. Los eventos que entonces tuvieron lugar marcaron una transición. No sólo cerraron un ciclo de enseñanza, sino que también abrieron otro, tan distinto de lo que yo había hecho hasta allí que, tengo el sentimiento, éste es el punto en el que debo terminar mi reportaje.

Al acercarme a la casa de don Juan lo vi sentado en su sitio de costumbre, bajo la ramada frente a la puerta. Me estacioné a la sombra de un árbol y fui hacia él, saludándolo en alta voz. Noté entonces que no estaba solo. Había otro hombre sentado tras una alta pila de leña. Ambos me miraban. Don Juan agitó la mano y lo mismo hizo el otro. A juzgar por su atavío, no era indio, sino mexicano del suroeste de los Estados Unidos. Llevaba pantalones de mezclilla, una camisa beige, un sombrero tejano y botas de vaquero.
Hablé a don Juan y luego miré al hombre; me sonreía. Me le quedé viendo un momento.
-Aquí está Carlitos -dijo el hombre a don Juan- y ya no me habla. ¡No me digas que está enojado conmigo!
Antes de que yo pudiera decir algo, ambos se echaron a reír, y sólo entonces me di cuenta de que el extraño era don Genaro.
-No me reconociste, ¿verdad? -preguntó, aún riendo.
Tuve que admitir que su vestuario me desconcertó.
-¿Qué hace usted por estas partes del mundo, don Genaro? -pregunté.
-Vino a disfrutar el aire caliente -dijo don Juan-. ¿Verdad?
-Verdad -repitió don Genaro-. No tienes idea de lo que el aire caliente puede hacerle a un cuerpo viejo como el mío.
-¿Qué le hace a su cuerpo? -pregunté.
-El aire caliente le dice a mi cuerpo cosas extraordinarias -respondió.
Se volvió hacia don Juan, los ojos brillantes.
-¿Verdad?
Don Juan meneó la cabeza afirmativamente.

Les dije que la época de los cálidos vientos de Santa Ana era para mí la peor parte del año, y que resultaba sin duda extraño que don Genaro viniese a buscar él aire caliente mientras que yo huía de él.
-Carlos no aguanta el calor -dijo don Juan a don Genaro-. Cuando hace calor se pone como niño y se sofoca.
-¿Seso qué?
-Se so . . . foca.
-¡Válgame! -dijo don Genaro, fingiendo preocuparse, e hizo un gesto desesperado en forma indescriptiblemente graciosa.
A continuación, don Juan le explicó que yo me había ido varios meses a causa de un revés con los aliados.
-¡Conque por fin te encontraste con un aliado! -dijo don Genaro.
-Creo que así fue -repuse cauteloso.
Rieron a carcajadas. Don Genaro me palmeó la espalda dos o tres veces. Fue un contacto muy ligero, que interpreté como gesto amistoso de interés. Mirándome, dejó descansar la mano sobre mi hombro y tuve una sensación de contento plácido, que sólo duró un instante, porque al siguiente don Genaro me hizo algo inexplicable. De pronto sentí que me había puesto en la espalda el peso de un peñasco. Tuve la impresión de que aumentaba el peso de su mano, que reposaba en mi hombro derecho, hasta que me hizo doblarme por completo y me golpeé la cabeza en el piso.
-Hay que ayudar a Carlitos -dijo don Genaro, y lanzó una mirada cómplice a don Juan.
Erguí de nuevo la espalda y me volví hacia don Juan, pero él apartó los ojos. Tuve un momento de vacilación y la molesta idea de que don Juan actuaba como desapegado, desentendido de mí. Don Genaro reía; parecía aguardar mi reacción.
Le pedí ponerme otra vez la mano en el hombro, pero no quiso hacerlo. Lo insté a que por lo menos me dijera qué me había hecho. Chasqueó la lengua. Me volví nuevamente a don Juan y le dije que el peso de la mano de don Genaro casi me había aplastado,
-Yo no sé nada de eso -dijo don Juan en un tono cómicamente objetivo-. A mí no me puso la mano en el hombro.
-¿Qué me hizo usted, don Genaro? -pregunté.
-Nada más te puse la mano en el hombro -dijo con aire de inocencia.
-Vuélvalo a hacer -dije.
Se negó. Don Juan intervino en ese punto y me pidió describir a don Genaro lo que percibí en mi última experiencia. Pensé que deseaba una descripción seria de lo que me había ocurrido, pero mientras más serio me ponía más risa les daba. Me interrumpí dos o tres veces, pero me instaron a continuar.
-El aliado viene a ti sin que tus sentimientos cuenten -dijo don Juan cuando hube terminado mi relato-. Digo, no tienes que hacer nada para llamarlo. Puedes estar allí sentado rascándote la panza, o pensando en mujeres, y entonces, de repente, te tocan el hombro, te volteas y el aliado está de pie junto a ti.
-¿Qué puedo hacer si ocurre algo así? -pregunté.
-¡Espera! ¡Espera! ¡Un momento! -dijo don Genaro-. Esa no es buena pregunta. No debes preguntar qué puedes hacer tú: por supuesto que no puedes hacer nada. Debes preguntar qué puede hacer un guerrero.
-¡Está bien! -dije-. ¿Qué otra cosa puede hacer un guerrero?
Don Genaro parpadeó y chasqueó los labios, como buscando una palabra exacta. Me miró con fijeza, la mano en la barbilla.
-Un guerrero se mea en los calzones -dijo con solemnidad indígena.
Don Juan se cubrió el rostro y don Genaro dio palmadas en el suelo, estallando en una risa ululante.
-El susto es algo que uno no puede nunca superar -dijo don Juan cuando la risa se calmó-. Cuando un guerrero se ve en tales aprietos, sencillamente le vuelve la espalda al aliado sin pensarlo dos veces. Un guerrero no se entrega; por eso no puede morir de susto. Un guerrero permite que el aliado venga sólo cuando él ya está listo y preparado. Cuando es lo bastante fuerte para forcejear con el aliado, ensancha

su abertura y va para afuera, agarra al aliado, lo tiene sujeto y le clava la vista exactamente el tiempo que necesita; luego hace los ojos a un lado y suelta al aliado y lo deja ir. Un guerrero, mi amiguito, es alguien que siempre manda.

-¿Qué sucede si uno mira demasiado tiempo a un aliado? -pregunté.

Don Genaro me miró de hito en hito e hizo un gesto cómico como forzándome a bajar los ojos.

-Quién sabe -dijo don Juan-. Tal vez Genaro te cuente lo que le pasó a él.

-Tal vez -dijo don Genaro, y chasqueó la lengua.

-¿Me lo cuenta, por favor?

Don Genaro se puso en pie, estiró los brazos haciendo crujir los huesos, y abrió los ojos hasta tenerlos redondos, con aspecto de locura.

-Genaro va a hacer temblar el desierto -dijo y se adentró en el chaparral.

-Genaro está decidido a ayudarte -dijo don Juan en tono de confidencia-. Te hizo lo mismo en su casa y estuviste a punto de ver.

Pensé que se refería a lo ocurrido en la cascada, pero hablaba de unos extraños sonidos retumbantes que oí en casa de don Genaro.

-A propósito, ¿qué era? -pregunté-. Nos reímos, pero usted nunca me explicó qué cosa era.

-Nunca habías preguntado.

-Sí pregunté.

-No. Me has preguntado de todo menos de eso.

Don Juan me miró acusadoramente.

-Ese es el arte de Genaro -dijo-. Sólo Genaro puede hacer eso. Casi viste entonces.

Le dije que nunca se me había ocurrido asociar el "ver" con los extraños ruidos que oí entonces.

-¿Y por qué no? -preguntó, contundente.

-Ver, para mí significa los ojos -dije.

Me escudriñó un momento como si algo anduviera mal conmigo.

-Yo nunca dije que ver fuera asunto nada más de los ojos -dijo, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

-¿Cómo hace don Genaro esos ruidos? -insistí.

-Ya te dijo cómo los hace -dijo don Juan, cortante.

En ese momento oí un retumbar extraordinario.

Me incorporé de un salto y don Juan se echó a reír. El retumbar era como un tumultuoso alud. Escuchándolo, me hizo gracia enterarme de que mi inventario de experiencias sonoras procede claramente del cine. El hondo trueno que escuchaba me parecía la banda sonora de una película donde todo el costado de una montaña cayera en un valle.

Don Juan se agarraba las costillas, como si le dolieran de reír. El atronador retumbar sacudía el suelo bajo mis pies. Oí claramente los golpes de lo que parecía ser un peñasco monumental rodando sobre sus costados. Oí una serie de golpes demoledores que me dieron la impresión de que el peñasco rodaba inexorablemente hacia mí. Experimenté un instante de confusión suprema. Mis músculos estaban tensos; todo mi cuerpo se disponía a la fuga.

Miré a don Juan. Me observaba. Oí entonces el golpe más tremendo que había percibido en mi vida. Era como si un peñasco gigantesco hubiera caído allí atrás de la casa. Todo se cimbró, y en ese momento tuve una peculiar percepción. Por un instante "vi" en verdad un peñasco del tamaño de una montaña, allí mismo, tras la casa. No era como si una imagen se sobrelapara a la casa y el paisaje que yo tenía enfrente. Tampoco fue la visión de un peñasco real. Fue más bien como si el ruido creara la imagen de un peñasco rodando sobre sus monumentales costados. Yo estaba "viendo" el sonido. El carácter inexplicable de mi percepción me arrojó a las profundidades de la confusión y la desesperanza. Jamás en mi vida habría concebido que mis sentidos fueran capaces de percibir en tal forma. Tuve un ataque de susto racional y decidí correr como si en ello fuera mi vida. Don Juan me agarró el brazo y me ordenó vigorosamente no correr ni volver el rostro, sino enfrentar la dirección en que don Genaro se había ido.

Oí después una serie de estampidos, pa-

recida al ruido de rocas cayendo y apilándose unas sobre otras, y luego todo quedó en silencio otra vez. Pocos minutos más tarde, don Genaro regresó y tomó asiento. Me preguntó si había "visto". No supe qué decir. Me volví hacia don Juan buscando una indicación. El me observaba.
-Creo que sí -dijo, y chasqueó la lengua.
Quise decir que no sabía de qué hablaban. Me sentía terriblemente frustrado. Tenía una sensación física de ira, de incomodidad plena.
-Creo que debemos dejarlo aquí sentado solo -dijo don Juan.
Se levantaron y pasaron junto a mí.
-Carlos se está entregando a su confusión -dijo don Juan en voz muy alta.

Me quedé solo varias horas y tuve tiempo de escribir mis notas y de meditar en mi absurda experiencia. Al pensarlo, se me hizo obvio que, desde el primer momento en que vi a don Genaro bajo la ramada, la situación había adquirido un tono de farsa. Mientras más deliberaba, más me convencía de que don Juan había entregado el control a don Genaro, y esa idea me llenaba de aprensión.
Don Juan y don Genaro volvieron al crepúsculo. Se sentaron junto a mí, flanqueándome. Don Genaro se acercó más y casi se recargó contra mí. Su hombro delgado y frágil me tocó levemente y tuve la misma sensación de cuando me puso la mano. Un peso aplastante me derribó y caí en el regazo de don Juan. El me ayudó a enderezarme y preguntó en son de broma si trataba yo de dormir en sus piernas. Don Genaro parecía deleitado; le brillaban los ojos. Quise llorar. Me sentí como un animal encorralado.
-¿Te estoy asustando, Carlitos? -preguntó don Genaro, al parecer con preocupación genuina-. Tienes los ojos de caballo loco.
-Cuéntale un cuento -dijo don Juan-. Eso es lo único que lo calma.
Se apartaron y tomaron asiento frente a mí. Ambos me examinaron con curiosidad. En la penumbra sus ojos se veían vidriosos, como enormes estanques de agua oscura. Esos ojos eran impresionantes. No eran ojos humanos. Nos miramos un momento y luego aparté la vista. Advertí que no les tenía miedo, y sin embargo sus ojos me habían asustado hasta ponerme a temblar. Sentí una confusión muy incómoda.
Tras un rato de silencio, don Juan instó a don Genaro a contarme lo que le pasó la vez que trató de clavarle la vista a su aliado. Don Genaro estaba sentado a corta distancia, dándome la cara; no dijo nada. Lo miré; sus ojos parecían cuatro o cinco veces más grandes que los ojos humanos comunes; brillaban y tenían un influjo irresistible. Lo que parecía ser la luz de sus ojos dominaba todo en torno a éstos. El cuerpo de don Genaro se veía disminuido, y más bien parecía el cuerpo de un felino. Noté un movimiento de su cuerpo gatuno y me asusté. De una manera totalmente automática, como si lo hubiera hecho siempre, adopté una "forma de pelea" y empecé a golpearme rítmicamente la pantorrilla. Al notar mis actos, me avergoncé y miré a don Juan. Me escudriñaba como suele; sus ojos eran bondadosos y confortantes. Rió con fuerza. Don Genaro dejó oír una especie de ronroneo, se levantó y entró en la casa.
Don Juan me explicó que don Genaro era muy enérgico y no le gustaba andarse con boberías, y que sólo había estado tomándome el pelo con sus ojos. Dijo que, como de costumbre, yo sabía más de lo que yo mismo esperaba. Comentó que todo el que tuviera que ver con la brujería era terriblemente peligroso durante las horas de crepúsculo, y que brujos como don Genaro podían ejecutar maravillas en tales momentos.
Estuvimos callados unos minutos. Me sentí mejor. Hablar con don Juan me calmó y restauró mi confianza. Luego, él dijo que iba a comer algo y que saldríamos a caminar para que don Genaro me enseñase una técnica para esconderse.
Le pedí explicar a qué se refería con lo de técnica para esconderse. Dijo que ya no iba a explicarme nada, porque las explica-

ciones sólo me forzaban a ser indulgente.
Entramos en la casa. Don Genaro había encendido la lámpara de petróleo y masticaba un bocado de comida.
Después de comer, los tres salimos al espeso chaparral desértico. Don Juan iba casi junto a mí. Don Genaro caminaba al frente, unos metros por delante.
La noche era clara; había nubes densas, pero suficiente luz de luna para que los alrededores fueran visibles. En determinado momento, don Juan se detuvo y me dijo que siguiera adelante, sobre los pasos de don Genaro. Vacilé; él me empujó con suavidad y me aseguró que todo estaba bien. Dijo que siempre debía estar listo y que siempre debía confiar en mi propia fuerza.
Seguí a don Genaro y durante dos horas traté de alcanzarlo, pero por más que pugnaba no podía hacerlo. La silueta de don Genaro estaba siempre delante de mí. A veces desaparecía como si hubiera saltado a un lado del camino, sólo para reaparecer de nuevo ante mí. En lo que a mí tocaba, ésta parecía una extraña caminata nocturna sin sentido. Seguía adelante porque no sabía regresar a la casa. No podía comprender qué estaba haciendo don Genaro. Pensé que me guiaba a algún sitio recóndito del chaparral para enseñarme la técnica de que don Juan hablaba. En cierto momento, sin embargo, tuve la peculiar sensación de que don Genaro estaba a mis espaldas. Volviéndome, vislumbré a una persona atrás de mí, a cierta distancia. El efecto fue una sacudida. Me esforcé por ver en la oscuridad y creí discernir la silueta de un hombre parado a unos quince metros. La figura casi se confundía con los arbustos; era como si quisiera ocultarse. Miré fijamente por un momento y pude mantener la silueta del hombre dentro de mi campo de percepción, aunque el otro trataba de esconderse entre las formas oscuras de los arbustos. Entonces vino a mi mente una idea lógica. Se me ocurrió que el hombre tenía que ser don Juan, quien sin duda nos había venido siguiendo todo el tiempo. En el instante en que me convencí de que así era, también advertí que ya no podía aislar la silueta; frente a mí sólo había la masa oscura, indiferenciada, del chaparral.
Caminé hacia el sitio donde había visto al hombre, pero no encontré a nadie. Don Genaro tampoco estaba a la vista, y como ignoraba el camino me senté a esperar. Media hora después, don Juan y don Genaro sé acercaron. Gritaban mi nombre. Me levanté y me uní a ellos.
Regresamos a la casa en completo silencio. Me agradó ese interludio de quietud, pues me hallaba enteramente desconcertado. De hecho, me sentía desconocido de mí mismo. Don Genaro me estaba haciendo algo, algo que me impedía formular mis pensamientos en la forma en que acostumbro. Esto se me hizo evidente cuando me senté en el camino. Había mirado automáticamente a mi reloj, y luego permanecí en calma, como si mi mente estuviese desconectada. Pero me hallaba en un estado de alerta que jamás había experimentado. Era un estado de no pensar, acaso comparable a no preocuparse por nada. Durante ese tiempo, el mundo pareció hallarse en un extraño equilibrio; no había nada que yo pudiera añadirle y nada que pudiese restarle.
Cuando llegamos a la casa, don Genaro desenrolló un petate y se durmió. Me sentí compelido a transmitir a don Juan mis experiencias del día. No me dejó hablar.

18 de octubre, 1970

-Creo comprender lo que don Genaro trataba de hacer la otra noche -dije a don Juan.
Se lo dije para sacarle prenda. Su continua negación a hablar estaba destruyendo mis nervios.
Don Juan sonrió y asintió lentamente, como de acuerdo conmigo. Yo habría tomado su gesto como una afirmación, a no ser por el extraño brillo de sus ojos. Era como si sus ojos se rieran de mí.
-Usted no cree que comprendo, ¿verdad? -pregunté impulsivamente.
-Yo creo que sí . . . efectivamente sí. Comprendes que Genaro iba detrás de ti todo

el tiempo. Sin embargo el truco no está en comprender.
La afirmación de que don Genaro estuvo a mis espaldas todo el tiempo me impresionó. Le supliqué explicarla.
-Tu mente está empeñada en buscar un solo lado a todo esto -dijo.
Tomó una vara y la movió en el aire. No dibujaba en el aire ni trazaba una figura; los movimientos recordaban a los que hace con los dedos al limpiar una pila de semillas. Parecía picar o rascar suavemente el aire con la vara.
Se volvió a mirarme y yo alcé los hombros automáticamente, en gesto de desconcierto. El se acercó y repitió sus movimientos, haciendo ocho puntos en el suelo. Encerró el primero en un círculo.
-Tú estás aquí -dijo-. Todos estamos aquí; éste punto es la razón, y nos movemos de aquí a aquí.
Circundó el segundo punto, que había puesto justo encima del número uno. Luego movió la vara de un punto a otro, imitando un tráfico intenso.
-Sólo que hay otros seis puntos que un hombre es capaz de manejar -dijo-. Casi nadie sabe de ellos.
Puso su vara entre los puntos uno y dos y picoteó con ella el suelo.
-Al acto de moverse entre estos dos puntos lo llamas entendimiento. En eso has andado toda tu vida. Si dices que entiendes mi conocimiento, no has hecho nada nuevo.
Luego trazó rayas uniendo algunos puntos con otros; el resultado fue un trapezoide alargado que tenía ocho centros de radiación dispareja.
-Cada uno de estos otros seis puntos es un mundo, igual que la razón y el entendimiento son dos mundos para ti -dijo
-¿Por qué ocho puntos? ¿Por qué no un número infinito, como en un círculo? -pregunté.
Tracé un círculo en el suelo. Don Juan sonrió.
-Hasta donde yo sé, nada más hay ocho puntos que un hombre es capaz de manejar. Quizá los hombres no puedan pasar de ahí. Y dije manejar, no entender, ¿no?
Su tono fue tan gracioso que reí. Estaba imitando, o más bien remedando mi insistencia en el uso exacto de las palabras.
-Tu problema es que quieres entenderlo todo, y eso no es posible. Si insistes en entender, no estás tomando en cuenta todo lo que te corresponde como ser humano. La piedra en la que tropiezas sigue intacta. Así pues, no has hecho casi nada en todos estos años. Se te ha sacado de tu profundo sueño, cierto, pero eso podría haberse logrado de todos modos con otras circunstancias.
Tras una pausa, don Juan dijo que me levantara porque íbamos a la cañada. Cuando subíamos en mi coche, don Genaro salió de detrás de la casa y se nos unió. Manejé parte del camino y luego echamos a andar adentrándonos en una hondonada profunda. Don Juan eligió un sitio para descansar a la sombra de un árbol grande.
-Una vez mencionaste -empezó don Juan- que un amigo tuyo dijo, cuando los dos vieron una hoja caer desde la punta de un encino, que esa misma hoja no volverá a caer de ese mismo árbol nunca jamás en toda una eternidad, ¿te acuerdas?
Recordé haberle hablado de ese incidente.
-Estamos al pie de un árbol grande -prosiguió-, y si ahora miramos ese otro árbol de enfrente, puede que veamos una hoja caer desde la punta.
Me hizo seña de mirar. Había un árbol grande del otro lado de la barranca; tenía las hojas secas y amarillentas. Con un movimiento de cabeza, don Juan me instó a seguir mirando el árbol. Tras algunos minutos de espera, una hoja se desprendió de la punta y empezó a caer al suelo; golpeó otras hojas y ramas tres veces antes de aterrizar en la crecida maleza.
-¿La viste?
-Sí.
-Tú dirías que la misma hoja nunca volverá a caer de ese mismo árbol, ¿verdad?
-Verdad.
-Hasta donde tu entendimiento llega, eso es verdad.
Pero nada más hasta donde tu entendimiento llega. Mira otra vez.

Miré, automáticamente, y vi caer una hoja. Golpeó las mismas hojas y ramas que la anterior. Era como ver una repetición instantánea en la televisión. Seguí la ondulante caída de la hoja hasta que llegó al suelo. Me levanté para averiguar si había dos hojas, pero los altos matorrales en torno al árbol me impidieron ver dónde había caído exactamente la hoja.

Don Juan rió y me dijo que me sentara.

-Mira -dijo, señalando con la cabeza la punta del árbol-. Ahí va otra vez la misma hoja.

Nuevamente vi caer una hoja, en la misma trayectoria exacta de las dos anteriores.

Cuando aterrizó, supe que don Juan estaba a punto de indicarme de nuevo la punta del árbol, pero antes de que lo hiciera levanté la cabeza. La hoja caía una vez más. Me di cuenta entonces de que sólo había visto desprenderse la primera hoja, o mejor dicho, la primera vez que vi caer la hoja la vi desde el instante en que se separó de la rama; las otras tres veces la hoja ya estaba cayendo cuando alcé la cara para mirar.

Dije eso a don Juan y le pedí explicar lo que hacía.

-No entiendo cómo me está usted haciendo ver una repetición de lo que vi antes. ¿Qué me hizo, don Juan?

Rió sin responder, e insistí en que me dijera cómo podía yo ver esa hoja cayendo una y otra vez. Dije que de acuerdo a mi razón eso era imposible.

Don Juan repuso que su razón le decía lo mismo, pero que yo había sido testigo del caer repetido de la hoja. Luego se volvió a don Genaro.

-¿No es cierto? -preguntó.

Don Genaro no respondió. Sus ojos estaban fijos en mí.

-¡Es imposible! -dije.

-¡Estás encadenado! -exclamó don Juan-. Estás encadenado a tu razón.

Explicó que la hoja había caído vez tras vez del mismo árbol para que yo abandonase mis intentos de entender. En tono de confidencia me dijo que yo sabía lo que estaba pasando, pero mi manía siempre me cegaba al final.

-No hay nada que entender. El entendimiento es sólo un asunto pequeño, pequeñísimo -dijo.

En ese punto don Genaro se puso en pie. Lanzó una rápida mirada a don Juan; los ojos de ambos se encontraron y don Juan miró el suelo frente a él. Don Genaro se paró ante mí y empezó a agitar los brazos a los costados, hacia adelante y hacia atrás, al unísono.

-Mira, Carlitos -dijo-. ¡Mira! ¡Mira!

Hizo un ruido extraordinariamente agudo, cortante. Era el sonido de un desgarramiento. En el preciso instante de oírlo, sentí un vacío en la parte baja del abdomen. Era la sensación, terriblemente angustiosa, de caer: no dolorosa, pero desagradable y aniquiladora. Duró unos cuantos segundos y luego se apagó, dejando una extraña comezón en mis rodillas.

Pero mientras duraba la sensación experimenté otro fenómeno inverosímil. Vi a don Genaro encima de unas montañas que estaban a unos quince kilómetros de distancia. La percepción duró sólo algunos segundos, y ocurrió tan inesperadamente que no tuve en realidad tiempo para examinarla. No recuerdo si vi una figura del tamaño de un hombre parada encima de las montañas, o una imagen reducida de don Genaro. Ni siquiera me acuerdo de si era o no don Genaro. Pero en aquel momento estuve seguro, sin ningún lugar a dudas, de que lo estaba viendo de pie encima de las montañas. Sin embargo, la percepción se desvaneció en el instante en que pensé que era imposible ver a alguien a quince kilómetros.

Me volví en busca de don Genaro, pero no estaba allí.

El desconcierto sufrido fue tan peculiar como todo lo demás que me ocurría. Mi mente se doblegaba bajo la tensión. Me sentía enteramente desorientado.

Don Juan se puso en pie e hizo que me cubriera con las manos la parte baja del abdomen y que, en cuclillas, apretara las piernas contra el cuerpo. Estuvimos un rato sentados en silencio, y luego él dijo que en verdad iba a abstenerse de explicar-

me cualquier cosa, porque sólo actuando puede uno hacerse brujo. Recomendó que me fuera de inmediato; de otro modo, don Genaro probablemente me mataría en su esfuerzo por ayudarme.
-Vas a cambiar de dirección -dijo- y romperás tus cadenas.
Dijo que nada había que entender en sus acciones o en las de don Genaro, y que los brujos eran muy capaces de realizar hazañas extraordinarias.
-Genaro y yo actuamos desde aquí dijo, y señaló uno de los centros de radiación de su diagrama-. Y no es el centro de la razón; pero tú sabes qué cosa es.
Quise decir que yo de veras no sabía de qué me hablaba, pero sin darme tiempo se incorporó y me hizo seña de seguirlo. Empezó a caminar aprisa, y en muy poco tiempo yo sudaba y resollaba tratando de mantenerme a la par.
Cuando subíamos en el coche, miré en torno buscando a don Genaro.
-¿Dónde está? -pregunté.
-Tú sabes dónde está -repuso don Juan con cierta brusquedad.

Antes de marcharme estuve sentado con él, como de costumbre. Tenía un deseo urgente de pedir explicaciones. Como dice don Juan, las explicaciones son mi verdadera manía.
-¿Dónde está don Genaro? -inquirí con cautela.
-Tú sabes dónde -dijo él-. Pero siempre fallas por tu insistencia en comprender. Por ejemplo, la otra noche sabías que Genaro iba detrás de ti todo el tiempo; hasta volteaste y lo viste.
-No -protesté-. No, no sabía eso.
Hablaba con veracidad. Mi mente rehusaba considerar "reales" ese tipo de estímulos, y sin embargo, tras diez años de aprendizaje con don Juan, ya no podía sostener mis viejos criterios ordinarios de lo que es real. Así y todo, las especulaciones que yo había engendrado hasta entonces sobre la naturaleza de la realidad eran simples manipulaciones intelectuales; la prueba era que, bajo la presión de los actos de don Juan y don Genaro, mi mente había entrado en un callejón sin salida.
Don Juan me miró, y en sus ojos había tal tristeza que comencé a llorar. Las lágrimas fluyeron libremente. Por primera vez en mi vida sentí el gravoso peso de mi razón. Una angustia indescriptible se abatió sobre mí. Chillé involuntariamente, abrazando a don Juan. El me dio un rápido golpe de nudillos en la cima de la cabeza. Lo sentí descender como una ondulación por mi espina dorsal. Tuvo un efecto apaciguador.
-Te das por las puras -dijo suavemente.

EPÍLOGO

Don Juan caminó despacio en torno mío. Parecía deliberar si decirme algo o no. Dos veces se detuvo y pareció cambiar de idea.
-El que regreses o no carece por entero de importancia -dijo al fin-. De todos modos ya tienes la necesidad de vivir como guerrero. Siempre has sabido cómo hacerlo; ahora estás simplemente en la posición de tener que usar algo que antes desechabas. Pero tuviste que luchar por este conocimiento; no te lo dieron así nomás, no te lo pasaron así nomás. Tuviste que sacártelo a golpes. Sin embargo, eres todavía un ser luminoso. Todavía vas a morir como todos los demás. Una vez te dije que no hay nada que cambiar en un huevo luminoso.
Calló un momento. Supe que me miraba, pero esquivé sus ojos.
-Nada ha cambiado realmente en ti -dijo.

FIN

* * *

CARLOS CASTANEDA

VIAJE A IXTLAN

MANO IZQUIERDA EDITORES

Carlos Castaneda.
Viaje a Ixtlan.

Fotografía de Portada: Alex Azabache by Unsplash.

Edición bajo el cuidado de:
Mano Izquierda Editores.

Circa, 2019.
Lima, Perú.

VIAJE A IXTLAN

INTRODUCCIÓN

El sábado 22 de mayo de 1971 fui a Sonora, México, para ver a don Juan Matus, un brujo yaqui con quien tenía contacto desde 1961. Pensé que mi visita de ese día no iba a ser en nada distinta de las veintenas de veces que había ido a verlo en los diez años que llevaba como aprendiz suyo. Sin embargo, los hechos que tuvieron lugar ese día y el siguiente fueron decisivos para mí. En dicha ocasión mi aprendizaje llegó a su etapa final.

Ya he presentado el caso de mi aprendizaje en dos obras anteriores: *Las enseñanzas de don Juan* y *Una realidad aparte*.

Mi suposición básica en ambos libros ha sido que los puntos de coyuntura en aprender brujería eran los estados de realidad no ordinaria producidos por la ingestión de plantas psicotrópicas.

En este aspecto, don Juan era experto en el uso de tres plantas: *Datura inoxia*, comúnmente conocida como toloache; *Lophophora williamsii*, conocida como peyote, y un hongo alucinógeno del género *Psilocybe*.

Mi percepción del mundo a través de los efectos de estos psicotrópicos había sido tan extraña e impresionante que me vi forzado a asumir que tales estados eran la única vía para comunicar y aprender lo que don Juan trataba de enseñarme.

Tal suposición era errónea.

Con el propósito de evitar cualquier mala interpretación relativa a mi trabajo con don Juan, me gustaría clarificar en este punto los aspectos siguientes.

Hasta ahora, no he hecho el menor intento de colocar a don Juan en un determinado medio cultural. El hecho de que él se considere indio yaqui no significa que su conocimiento de la brujería se conozca o se practique entre los yaquis en general.

Todas las conversaciones que don Juan y yo tuvimos a lo largo del aprendizaje fueron en español, y sólo gracias a su dominio completo de dicho idioma pude obtener explicaciones complejas de su sistema de creencias.

He observado la práctica de llamar brujería a ese sistema, y también la de referirme a don Juan como brujo, porque éstas son las categorías empleadas por él mismo.

Como pude escribir la mayoría de lo que se dijo al principiar el aprendizaje, y todo lo que se dijo en fases posteriores, reuní voluminosas notas de campo. Para hacerlas legibles, conservando a la vez la unidad dramática de las enseñanzas de don Juan, he tenido que reducirlas, pero lo que he eliminado es, creo, marginal a los puntos que deseo plantear.

En el caso de mi trabajo con don Juan, he limitado mis esfuerzos exclusivamente a verlo como brujo y a adquirir membrecía en su conocimiento.

Con el fin de presentar mi argumento, debo antes explicar la premisa básica de la brujería según don Juan me la presentó. Dijo que, para un brujo, el mundo de la vida cotidiana no es real ni está allí, como nosotros creemos. Para un brujo, la realidad, o el mundo que todos conocemos, es solamente una descripción.

Para validar esta premisa, don Juan hizo todo lo posible por llevarme a una convicción genuina de que, lo que mi mente consideraba el mundo inmediato era sólo una descripción del mundo: una descripción que se me había inculcado desde el momento en que nací.

Me señaló que todo el que entra en contacto con un niño es un maestro que le

describe incesantemente el mundo, hasta el momento en que el niño es capaz de percibir el mundo según se lo describen. De acuerdo con don Juan, no guardamos recuerdo de aquel momento portentoso, simplemente porque ninguno de nosotros podía haber tenido ningún punto de referencia para compararlo con cualquier otra cosa. Sin embargo, desde ese momento el niño es un miembro. Conoce la descripción del mundo, y su membrecía supongo, se hace definitiva cuando él mismo es capaz de llevar a cabo todas las interpretaciones perceptuales adecuadas, que validan dicha descripción ajustándose a ella.

Para don Juan, pues, la realidad de nuestra vida diaria consiste en un fluir interminable de interpretaciones perceptuales que nosotros, como individuos que comparten una membrecía específica, hemos aprendido a realizar en común.

La idea de que las interpretaciones perceptuales que configuran el mundo tienen un fluir es congruente con el hecho de que corren sin interrupción y rara vez, o nunca, se ponen en tela de juicio. De hecho, la realidad del mundo que conocemos se da a tal grado por sentada que la premisa básica de la brujería, la de que nuestra realidad es apenas una de muchas descripciones, difícilmente podría tomarse como una proposición seria.

Afortunadamente, en el caso de mi aprendizaje, a don Juan no le preocupaba en absoluto el que yo pudiese, o no, tomar en serio su proposición, y procedió a dilucidar sus planteamientos pese a mi oposición, mi incredulidad y mi incapacidad de comprender lo que decía. Así, como maestro de brujería, don Juan trató de describirme el mundo desde la primera vez que hablamos. Mi dificultad para asir sus conceptos y sus métodos derivaba del hecho de que las unidades de su descripción eran ajenas e incompatibles con las de la mía propia.

Su argumento era que me estaba enseñando a *"ver"*, cosa distinta de solamente *"mirar"*, y que *"parar el mundo"* era el primer paso para *"ver"*.

Durante años, la idea de *"parar el mundo"* fue para mí una metáfora críptica que en realidad nada significaba. Sólo durante una conversación informal, ocurrida hacia el final de mi aprendizaje, llegué a advertir por entero su amplitud e importancia como una de las proposiciones principales en el conocimiento de don Juan.

Él y yo habíamos estado hablando de, diversas cosas en forma reposada, sin estructura. Le conté el dilema de un amigo mío con su hijo de nueve años. El niño, que había estado viviendo con la madre durante los cuatro años anteriores, vivía entonces con mi amigo, y el problema era qué hacer con él. Según mi amigo, el niño era un inadaptado en la escuela, sin concentración y no se interesaba en nada. Era dado a berrinches, a conducta destructiva y a escaparse de la casa.

-Menudo problema se carga tu amigo -dijo don Juan, riendo.

Quise seguirle contando todas las cosas "terribles" que el niño hacia, pero me interrumpió.

-No hay necesidad de decir más sobre ese pobre niñito -dijo-. No hay necesidad de que tú o yo pensemos de sus acciones de un modo o del otro.

Su actitud fue abrupta y su tono firme, pero luego sonrió.

-¿Qué puede hacer mi amigo? -pregunté.

-Lo peor que puede hacer es forzar al niño a estar de acuerdo con él -dijo don Juan.

-¿Qué quiere usted decir?

-Quiero decir que el padre no debe pegarle ni asustarlo cuando no se porta como él quiere.

-¿Cómo va a enseñarle algo si no es firme con él?

-Tu amigo debería dejar que otra gente le pegara al niño.

-¡No puede dejar que una persona ajena toque a su niño! -dije, sorprendido de la sugerencia.

Don Juan pareció disfrutar mi reacción y soltó una risita.

-Tu amigo no es guerrero -dijo-. Si lo fuera, sabría que no puede hacerse nada peor que enfrentar sin más ni más a los seres humanos.

-¿Qué hace un guerrero, don Juan?
-Un guerrero procede con estrategia.
-Sigo sin entender qué quiere usted decir.
-Quiero decir que si tu amigo fuera guerrero ayudaría a su niño a parar el mundo.
-¿Cómo puede hacerlo?
-Necesitaría poder personal. Necesitaría ser brujo.
-Pero no lo es.
-En tal caso debe usar medios comunes y corrientes para ayudar a su hijo a cambiar su idea del mundo. No es parar el mundo, pero de todos modos da resultado.
Le pedí explicar sus aseveraciones.
-Yo, en el lugar de tu amigo -dijo don Juan-, empezaría por pagarle a alguien para que le diera sus nalgadas al muchacho. Iría a los arrabales y me arreglaría con el hombre más feo que pudiera hallar.
-¿Para asustar a un niñito?
-No nada más para asustar a un niñito, idiota. Hay que parar a ese escuincle, y los golpes que le dé su padre no servirán de nada.
"Si queremos parar a nuestros semejantes, siempre hay que estar fuera del círculo que los oprime. En esa forma se puede dirigir la presión."
La idea era absurda, pero de algún modo me atraía.
Don Juan descansaba la barbilla en la palma de la mano izquierda. Tenía el brazo izquierdo contra el pecho, apoyado en un cajón de madera que servía como una mesa baja. Sus ojos estaban cerrados, pero se movían. Sentí que me miraba a través de los párpados. La idea me espantó.
-Dígame qué más debería hacer mi amigo con su niño -dije.
-Dile que vaya a los arrabales y escoja con mucho cuidado al tipo más feo que pueda -prosiguió él-. Dile que consiga uno joven. Uno al que todavía le quede algo de fuerza.
Don Juan delineó entonces una extraña estrategia. Yo debía instruir a mi amigo para que hiciera que el hombre lo siguiese o lo esperara en un sitio a donde fuera a ir con su hijo. El hombre, en respuesta a una seña convenida, dada después de cualquier comportamiento objetable por parte del pequeño, debía saltar de algún escondite, agarrar al niño y darle una soberana tunda.
-Después de que el hombre lo asuste, tu amigo debe ayudar al niño a recobrar la confianza, en cualquier forma que pueda. Si sigue este procedimiento tres o cuatro veces, te aseguro que el niño cambiará su sentir con respecto a todo. Cambiará su idea del mundo.
-¿Y si el susto le hace daño?
-El susto nunca daña a nadie. Lo que daña el espíritu es tener siempre encima alguien que te pegue y te diga qué hacer y qué no hacer.
"Cuando el niño esté más contenido, debes decir a tu amigo que haga una última cosa por él. Debe hallar el modo de dar con un niño muerto, quizá en un hospital o en el consultorio de un doctor. Debe llevar allí a su hijo y enseñarle el niño muerto. Debe hacerlo tocar el cadáver una vez, con la mano izquierda, en cualquier lugar menos en la barriga. Cuando el niño haga eso, quedará renovado. El mundo nunca será ya el mismo para él."
Me di cuenta entonces de que, a través de los años de nuestra relación, don Juan había estado usando conmigo, aunque en una escala diferente, la misma táctica que sugería para el hijo de mi amigo. Le pregunté al respecto. Dijo que todo el tiempo había estado tratando de enseñarme a *"parar el mundo"*.
-Todavía no lo paras -dijo, sonriendo-. Parece que nada da resultado, porque eres muy terco. Pero si fueras menos terco, probablemente ya habrías parado el mundo con cualquiera de las técnicas que te he enseñado.
-¿Qué técnicas, don Juan?
-Todo lo que te he dicho era una técnica para parar el mundo.
Pocos meses después de aquella conversación, don Juan logró lo que se había propuesto: enseñarme a *"parar el mundo"*.
Ese monumental hecho de mi vida me obligó a reexaminar en detalle mi trabajo de diez años. Se me hizo evidente que mi

suposición original con respecto al papel de las plantas psicotrópicas era erróneo. Tales plantas no eran la faceta esencial en la descripción del mundo usada por el brujo, sino únicamente una ayuda para aglutinar, por así decirlo, partes de la descripción que yo había sido incapaz de percibir de otra manera. Mi insistencia en adherirme a mi versión normal de la realidad me hacía casi sordo y ciego a los objetivos de don Juan. Por tanto, fue sólo mi carencia de sensibilidad lo que propició el uso de los alucinógenos.

Al revisar la totalidad de mis notas de campo, advertí que don Juan me había dado la parte principal de la nueva descripción al principio mismo de nuestras relaciones, en lo que llamaba *"técnicas de parar el mundo"*. En mis obras anteriores, descarté esas partes de mis notas porque no se referían al uso de plantas psicotrópicas. Ahora las he reinstaurado en el panorama total de las enseñanzas de don Juan, y abarcan los primeros diecisiete capítulos de esta obra. Los últimos tres capítulos son las notas de campo relativas a los eventos que culminaron cuando logré *"parar el mundo"*.

Resumiendo, puedo decir que, cuando inicié el aprendizaje, había otra realidad, es decir, había una descripción del mundo, correspondiente a la brujería, que yo no conocía.

Don Juan, como brujo y maestro, me enseñó esa descripción. El aprendizaje que atravesé a lo largo de diez años consistía, por tanto, en instaurar esa realidad desconocida por medio del desarrollo de su descripción, añadiendo partes cada vez más complejas conforme yo progresaba.

La conclusión del aprendizaje significó que yo había aprendido, en forma convincente y auténtica, una nueva descripción del mundo, y así había obtenido la capacidad de deducir una nueva percepción de las cosas que encajaba con su nueva descripción. En otras palabras, había obtenido membrecía.

Don Juan declaraba que para llegar a *"ver"* primero era necesario *"parar el mundo"*. La frase *"parar el mundo"* era en realidad una buena expresión de ciertos estados de conciencia en los cuales la realidad de la vida cotidiana se altera porque el fluir de la interpretación, que por lo común corre ininterrumpido, ha sido detenido por un conjunto de circunstancias ajenas a dicho fluir. En mi caso, el conjunto de circunstancias ajeno a mi fluir normal de interpretaciones fue la descripción que la brujería hace del mundo. El requisito previo que don Juan ponía para "parar el mundo" era que uno debía estar convencido; en otras palabras, había que aprender la nueva descripción en un sentido total, con el propósito de enfrentarla con la vieja y en tal forma romper la certeza dogmática, compartida por todos nosotros, de que la validez de nuestras percepciones, o nuestra realidad del mundo, se encuentra más allá de toda duda.

Después de *"parar el mundo"*, el siguiente paso fue *"ver"*. Con eso, don Juan se refería a lo que me gustaría categorizar como "responder a los estímulos perceptuales de un mundo fuera de la descripción que hemos aprendido a llamar realidad".

Mi argumento es que todos estos pasos sólo pueden comprenderse en términos de la descripción a la cual pertenecen; y como es una descripción que don Juan luchó por darme desde el principio, debo dejar que sus enseñanzas sean la única fuente de acceso a ella. Así pues, he dejado que las palabras de don Juan hablen por sí mismas.

PRIMERA PARTE: "PARAR EL MUNDO"

I. LAS REAFIRMACIONES DEL MUNDO QUE NOS RODEA

-ENTIENDO que usted conoce mucho de plantas, señor -dije al anciano indígena frente a mí.
Un amigo mío acababa de ponernos en contacto para luego salir de la habitación, y nos habíamos presentado el uno al otro. El viejo me había dicho que se llamaba Juan Matus.
-¿Te dijo eso tu amigo? -preguntó casualmente.
-Sí, en efecto.
-Corto plantas, o mejor dicho ellas me dejan que las corte -dijo con suavidad.
Estábamos en la sala de espera de una terminal de autobuses en Arizona. Le pregunté con mucha formalidad:
-¿Me permitiría el caballero hacerle algunas preguntas?
Me miró inquisitivamente.
-Soy un caballero sin caballo -dijo con una gran sonrisa, y luego añadió-: Ya te dije que mi nombre es Juan Matus.
Me gustó su sonrisa. Pensé que, obviamente, era un hombre capaz de apreciar la franqueza, y decidí lanzarle con audacia una petición.
Le dije que me interesaba reunir y estudiar plantas medicinales. Dije que mi interés especial eran los usos del cacto alucinógeno llamado peyote, que yo había estudiado con detalle en la Universidad en Los Ángeles.
Mi presentación me pareció muy seria. La hice con gran sobriedad y me sonó perfectamente verosímil.
El anciano meneó despacio la cabeza y yo, animado por su silencio, añadí que sin duda ambos sacaríamos provecho de juntarnos a hablar del peyote.
En ese momento alzó la cabeza y me miró de lleno a los ojos. Fue una mirada formidable. Pero no era amenazante ni aterradora en modo alguno. Fue una mirada que me atravesó. Inmediatamente se me trabó la lengua y no pude proseguir mis peroratas. Ése fue el final de nuestro encuentro. Pero al irse dejó un rastro de esperanza. Dijo que tal vez pudiera yo visitarlo algún día en su casa.
Resulta difícil valorar el efecto de la mirada de don Juan si mi inventario de experiencias personales no se relaciona de alguna manera con la peculiaridad de aquel evento. Cuando empecé a estudiar antropología era ya un experto en "hallar el modo". Años antes había dejado mi hogar y eso significaba, según mi evaluación, que era capaz de cuidarme solo. Cada vez que sufría un desaire podía, por lo general, ganarme a la gente con halagos, hacer concesiones, argumentar, enojarme, o si nada resultaba me ponía chillón y quejumbroso; en otras palabras, siempre había algo que yo me sabía capaz de hacer bajo las circunstancias dadas, y jamás en mi vida había hallado un ser humano que detuviera mi impulso tan veloz y definitivamente como don Juan aquella tarde. Pero no era sólo cuestión de quedarme sin palabras; en otras ocasiones me había sido imposible decir nada a mi oponente a causa de algún respeto inherente que yo le tenía, pero mi ira o frustración se manifestaban en mis pensamientos. La mirada de don Juan, en cambio, me atontó hasta el punto de impedirme pensar con coherencia.
Aquella mirada estupenda me llenó de curiosidad, y decidí buscarlo.
Me preparé durante seis meses, tras ese primer encuentro, leyendo sobre los usos del peyote entre los indios americanos, y especialmente sobre el culto del peyote entre los indios de la planicie. Me familiaricé con todas las obras a mi disposición y cuando me sentí preparado regresé a Arizona.

Sábado, diciembre 17, 1960

Hallé su casa tras largas y cansadas inquisiciones entre los indios locales. Empezaba la tarde cuando llegué y me estacioné enfrente. Lo vi sentado en un cajón

de leche. Pareció reconocerme y me saludó cuando bajé del coche.
Intercambiamos cortesías sociales durante un rato y luego, en términos llanos, confesé haber sido muy engañoso con él la primera vez que nos vimos. Había alardeado de mis grandes conocimientos sobre el peyote, cuando en realidad no sabía nada al respecto. Se me quedó mirando. Sus ojos eran muy amables.
Le dije que durante seis meses había estado leyendo con el fin de prepararme para nuestro encuentro, y que ahora sí sabía mucho más.
Rió. Obviamente, había algo en mis palabras que le parecía chistoso. Se reía de mí, y yo me sentí algo confuso y ofendido.
Pareció notar mi desazón y me aseguró que, pese a mis buenas intenciones, no había en realidad ningún modo de prepararme para nuestro encuentro.
Me pregunté si sería conveniente preguntarle si esa frase tenía algún sentido oculto, pero no lo hice; sin embargo, él parecía estar a tono con mi sentir y procedió a explicar a qué se refería. Dijo que mis esfuerzos le recordaban un cuento sobre cierta gente que, en otro tiempo, un rey había perseguido y matado. Dijo que en el cuento los perseguidos sólo se distinguían de los perseguidores en que los primeros insistían en pronunciar ciertas palabras de un modo peculiar, propio solamente de ellos; esa falla, por supuesto, los delataba. El rey cerró los caminos en puntos críticos, donde un oficial pedía a todos los que pasaban pronunciar una palabra clave. Quienes la pronunciaban igual que el rey conservaban la vida, pero quienes no podían eran muertos en el acto. El meollo del cuento es que cierto día un joven decidió prepararse para pasar la barrera aprendiendo a pronunciar la palabra de prueba en la forma en que al rey le gustaba.
Don Juan dijo, con ancha sonrisa, que de hecho el joven tardó "seis meses" en aprenderse la pronunciación. Y luego vino el día de la gran prueba; el joven, con mucha confianza, se acercó a la barrera y esperó que el oficial le pidiese pronunciar la palabra.
En ese punto, don Juan interrumpió muy dramáticamente su relato y me miró. Su pausa era muy estudiada y me pareció algo cursi, pero seguí el juego. Yo había oído antes la trama del cuento. Tenía que ver con los judíos en Alemania y con la forma en que podía saberse quién era judío por la pronunciación de ciertas palabras. También conocía el remate del chiste: el joven era atrapado porque el oficial olvidaba la palabra clave y le pedía pronunciar otra, muy similar, pero que el joven no había aprendido a decir correctamente. Don Juan parecía esperar que yo preguntara qué había sucedido, de modo que lo hice.
-¿Qué le pasó? -pregunté, tratando de sonar ingenuo e interesado en la historia.
-El joven, que era todo un zorro -dijo él-, se dio cuenta de que el oficial había olvidado la palabra clave, y antes de que le pidieran decir cualquier otra, confesó que se había preparado durante seis meses.
Hizo otra pausa y me miró con un brillo malicioso en los ojos. Esta vez me había cambiado la partida. La confesión del joven era un nuevo elemento, y yo ya no sabía cómo acabaría el relato.
-Bueno, ¿qué pasó entonces? -pregunté con verdadero interés.
-Lo mataron en el acto, por supuesto -dijo él y estalló en una risotada.
Me gustó mucho la forma en que había atrapado mi interés; sobre todo, me agradó cómo había ligado el cuento con mi propio caso. De hecho, parecía haberlo construido a mi medida. Se burlaba de mí con mucho arte y sutileza. Reí junto con él.
Después le dije que, por más estupideces que yo dijera, me interesaba realmente aprender algo sobre las plantas.
-A mí me gusta caminar mucho -dijo.
Pensé que cambiaba deliberadamente el tema de la conversación para evitar responderme. No quise antagonizarlo con mi insistencia.
Me preguntó si me gustaría acompañarlo a una corta caminata por el desierto. Le

dije con entusiasmo que me encantaría caminar en el desierto.
-Esto no es un paseo de campo -dijo en tono de advertencia.
Contesté que tenía deseos muy serios de trabajar con él. Dije que necesitaba información, cualquier tipo de información, sobre los usos de las hierbas medicinales, y que estaba dispuesto a pagarle su tiempo y su esfuerzo.
-Estaría usted trabajando para mí -dije-. Y le pagaré un sueldo.
-¿Qué tanto me pagarías? -preguntó.
Detecté en su voz un matiz de codicia.
-Lo que a usted le parezca apropiado -dije.
-Págame mi tiempo... con tu tiempo -dijo él.
Pensé que era un tipo de lo más peculiar. Declaré no entender a qué se refería. Repuso que no había nada qué decir acerca de las plantas, de modo que no podía ni pensar en aceptar mi dinero.
Me miró penetrantemente.
-¿Qué haces en tu bolsillo? -preguntó, frunciendo el entrecejo-. ¿Estás jugando con tu pito?
Se refería a que yo tomaba notas en un cuaderno diminuto, dentro de los enormes bolsillos de mi rompevientos.
Cuando le dije lo que hacía, rió de buena gana.
Expliqué que no deseaba molestarlo escribiendo frente a él.
-Si quieres escribir, escribe -dijo-. No me molestas.
Caminamos por el desierto en torno hasta que casi era de noche. No me mostró ninguna planta ni habló de ellas para nada. Nos detuvimos un momento a descansar junto a unos arbustos grandes.
-Las plantas son cosas muy peculiares -dijo sin mirarme-. Están vivas y sienten.
En el momento mismo en que hizo tal afirmación, una fuerte racha de viento sacudió el chaparral desértico en nuestro derredor. Los arbustos produjeron un ruido crujiente.
-¿Oyes? -me preguntó, poniéndose la mano izquierda junto a la oreja como para escuchar mejor-. Las hojas y el viento están de acuerdo conmigo.
Reí. El amigo que nos puso en contacto ya me había advertido que tuviera cuidado porque el viejo era muy excéntrico. Pensé que el "acuerdo con las hojas" era una de sus excentricidades.
Caminamos un rato más, pero siguió sin mostrarme plantas, y tampoco cortó ninguna. Simplemente caminaba con vivacidad entre los arbustos, tocándolos suavemente. Luego se detuvo para sentarse en una roca y me dijo que descansara y mirase alrededor.
Insistí en hablar. Una vez más le hice saber que tenía muchos deseos de aprender cosas de las plantas, especialmente del peyote. Le supliqué que se convirtiera en informante mío a cambio de alguna recompensa monetaria.
-No tienes que pagarme -dijo-. Puedes preguntarme lo que quieras. Te diré lo que sé y luego te diré qué se puede hacer con eso.
Me preguntó si estaba de acuerdo con el arreglo. Yo me hallaba deleitado. Luego añadió una frase críptica:
-A lo mejor no hay nada que aprender de las plantas, porque no hay nada que decir de ellas.
No comprendí lo que había dicho ni a qué se refería.
-¿Cómo dice usted? -pregunté.
Repitió su afirmación tres veces, y luego toda la zona se estremeció con el rugido de un aeroplano de la Fuerza Aérea que pasó volando bajo.
-¡Ya ves! El mundo está de acuerdo conmigo -dijo, llevándose la mano izquierda al oído.
Me resultaba muy divertido. Su risa era contagiosa.
-¿Es usted de Arizona, don Juan? -pregunté, en un esfuerzo por mantener la conversación centrada en la posibilidad de que fuera mi informante.
Me miró y asintió con la cabeza. Sus ojos parecían fatigados. Se veía el blanco debajo de las pupilas.
-¿Nació usted en esta localidad?
Asintió de nuevo sin responderme. Parecía un gesto afirmativo, pero también el

asentimiento nervioso de alguien que está pensando.
-¿Y tú de dónde eres? -preguntó.
-Vengo de Sudamérica -dije.
-Es grande ese sitio. ¿Vienes de todo él?
Sus ojos me miraban, penetrantes de nuevo.
Empecé a explicar las circunstancias de mi nacimiento, pero me interrumpió.
-En esto nos parecemos -dijo-. Yo ahora vivo aquí, pero en realidad soy un yaqui de Sonora.
-¡No me diga! Yo soy de . . .
No me dejó terminar.
-Ya sé, ya sé -dijo-. Tú eres quien eres, de donde eres, igual que yo soy un yaqui de Sonora.
Sus ojos relucían y su risa era extremadamente inquietante. Me hizo sentir como si me hubiera atrapado en una mentira. Experimenté una peculiar sensación de culpa. Tuve el sentimiento de que él conocía algo que yo no sabía o no quería decir.
Mi extraña incomodidad creció. Debe haberla advertido, porque se puso en pie y me preguntó si quería ir a comer en una fonda del pueblo.
Caminar de regreso a su casa, y luego el viaje en coche al pueblo, me hizo sentirme mejor, pero no me hallaba completamente relajado. De algún modo me sentía amenazado, aunque no podía precisar el motivo.
En la fonda, quise invitarle a una cerveza. Dijo que nunca bebía, ni siquiera cerveza. Reí para mis adentros. No le creía; el amigo que nos puso en contacto me había dicho qué "el viejo andaba perdido de borracho casi todo el tiempo". En realidad no me importaba que me mintiera diciendo que no bebía. Me agradaba; había algo muy tranquilizante en su persona.
Debí haber tenido una expresión de duda en el rostro, pues él pasó a explicar que de joven le daba por la bebida, pero que un buen día la había dejado.
-La gente casi nunca se da cuenta de que podemos cortar cualquier cosa de nuestras vidas en cualquier momento, así nomás -chasqueó los dedos.
-¿Piensa usted que uno puede dejar de fumar o de beber así de fácil? -pregunté.
-¡Seguro! -dijo con gran convicción-. El cigarro y la bebida no son nada. Nada en absoluto si queremos dejarlos.
En ese mismo instante, el agua que hervía en la cafetera hizo un ruido fuerte y vivaz.
-¡Oye! -exclamó don Juan, con un brillo en los ojos-. El agua hirviendo está de acuerdo conmigo.
Luego añadió, tras una pausa:
-Uno puede recibir acuerdos de todo lo que lo rodea.
En ese momento crucial, la cafetera produjo un gorgoteo verdaderamente obsceno.
Don Juan miró la cafetera y dijo suavemente: "Gracias"; asintió con la cabeza y luego estalló en carcajadas.
Me desconcerté. Su risa era un poco demasiado fuerte, pero yo me divertía genuinamente con todo aquello.
Mi primera sesión propiamente dicha con mi "informante" llegó entonces a su fin. Se despidió en la puerta de la fonda. Le dije que tenía que visitar a unos amigos, y que me gustaría verlo de nuevo a fines de la semana siguiente.
-¿Cuándo estará usted en su casa? -pregunté.
Me escudriñó.
-Cuando vengas -repuso.
-No sé exactamente cuándo pueda venir.
-Pues ven y no te preocupes.
-¿Y si usted no está?
-Allí estaré -dijo, sonriendo, y se alejó.
Corrí tras él y le pregunté si podría llevar conmigo una cámara para tomar fotos suyas y de su casa.
-Eso está fuera de cuestión -dijo con el entrecejo fruncido.
-¿Y una grabadora? ¿Le molestaría?
-Me temo que tampoco de eso hay posibilidad.
Me molesté y empecé a agitarme. Dije que no veía ningún motivo lógico para su rechazo.
Don Juan movió la cabeza en sentido negativo.
Olvídalo -dijo con fuerza-. Y si todavía

quieres verme, no vuelvas a mencionarlo.
Presenté una débil queja final. Dije que las fotos y las grabaciones eran indispensables para mi trabajo. Él respondió que sólo una cosa era indispensable para todo lo que hacíamos. La llamó "el espíritu".
-No se puede prescindir del espíritu -dijo-. Y tú no lo tienes. Preocúpate de eso y no de tus fotos.
-¿A qué se... ?
Me interrumpió con un ademán y retrocedió algunos pasos.
-No te olvides de volver -dijo con suavidad, y agitó la mano en despedida.

II. BORRAR LA HISTORIA PERSONAL

Jueves, diciembre 22, 1960

DON JUAN estaba sentado en el suelo, junto a la puerta de su casa, con la espalda contra la pared. Volteó un cajón de madera para leche y me pidió tomar asiento y ponerme cómodo. Le ofrecí unos cigarrillos. Había llevado un paquete. Dijo que no fumaba, pero aceptó el regalo. Hablamos sobre el frío de las noches del desierto y otros temas ordinarios de conversación.
Le pregunté si no interfería yo con su rutina normal. Me miró como frunciendo el entrecejo y repuso que no tenía rutinas, y que yo podía estarme con él toda la tarde si así lo deseaba.
Yo había preparado algunas cartas de genealogía y parentesco que deseaba llenar con ayuda suya. También había compilado, a través de la literatura etnográfica, una larga serie de rasgos culturales pertenecientes, se decía, a los indígenas de la zona. Quería revisar con él la lista y marcar todos los elementos que le fuesen familiares.
Empecé con las cartas de parentesco.
-¿Cómo llamaba usted a su padre? -pregunté.
-Lo llamaba papá -dijo él con rostro muy serio.
Me sentí algo molesto, pero procedí sobre la suposición de que no había comprendido.
Le mostré la carta y expliqué: un espacio era para el padre y otro para la madre. Di como ejemplo las distintas palabras usadas para padre y madre en inglés y en español.
Pensé que tal vez habría debido empezar por la madre.
-¿Cómo llamaba usted a su madre? -pregunté.
-La llamaba mamá -repuso con tono ingenuo.
-Quiero decir, ¿qué otras palabras usaba usted para llamar a su padre y a su madre? ¿Cómo los llamaba usted? -dije, tratando de ser paciente y cortés.
Se rascó la cabeza y me miró con una expresión estúpida.
-¡Caray! -dijo-. Me la pusiste difícil. Déjame pensar.
Tras un momento de titubeo, pareció recordar algo, y yo me dispuse a escribir.
-Bueno -dijo, como inmerso en serios pensamientos-, ¿de qué otra forma los llamaba? ¡oye, oye, papá! ¡Oye, oye, mamá!
Reí contra mi voluntad. Su expresión era verdaderamente cómica y en ese momento no supe si era un viejo absurdo que me jugaba bromas, o si en verdad era un simplón. Usando cuanta paciencia había en mi, le expliqué que éstas eran preguntas muy serias, y que para mi trabajo tenía gran importancia llenar los formularios. Traté de hacerle comprender la idea de una genealogía e historia personal.
-¿Cuáles eran los nombres de su padre y su madre? -pregunté.
Él me miró con ojos claros y amables.
-No pierdas tu tiempo con esa mierda -dijo suavemente, pero con fuerza insospechada.
No supe qué decir; parecía que alguien más hubiese pronunciado esas palabras. Un momento antes, don Juan había sido un indio estúpido y destanteado rascándose la cabeza, y de buenas a primeras había cambiado los papeles. Yo era el estúpido, y él me contemplaba con una mirada indescriptible que no era de arrogancia,

ni de desafío, ni de odio, ni de desprecio. Sus ojos eran claros y bondadosos y penetrantes.
-No tengo ninguna historia personal -dijo tras una larga pausa-. Un día descubrí que la historia personal ya no me era necesaria y la dejé, igual que la bebida.
Yo no acababa de entender el sentido de sus palabras. Le recordé que él mismo me había asegurado que estaba bien hacerle preguntas. Reiteró que eso no lo molestaba en absoluto.
-Ya no tengo historia personal -dijo, y me miró con agudeza-. La dejé un día, cuando sentí que ya no era necesaria.
Me le quedé viendo, tratando de detectar los significados ocultos de sus palabras.
-¿Cómo puede uno dejar su historia personal? -pregunté en tono de discusión.
-Primero hay que tener el deseo de dejarla -dijo-. Y luego tiene uno que cortársela armoniosamente, poco a poco.
-¿Por qué iba uno a tener tal deseo? -exclamé.
Yo tenía un apego terriblemente fuerte a mi historia personal. Mis raíces familiares eran hondas. Sentía, con toda honradez, que sin ellas mi vida no tendría continuidad ni propósito.
-Quizá debería usted decirme a qué se refiere con lo de dejar la historia personal -dije.
-A acabar con ella, a eso me refiero -respondió cortante.
Insistí en que sin duda yo no entendía el planteamiento.
-Usted, por ejemplo -dije-. Usted es un yaqui. No puede cambiar eso.
-¿Lo soy? -preguntó sonriendo-. ¿Cómo lo sabes?
-¡Cierto! -dije-. No puedo saberlo con certeza, en este punto, pero usted lo sabe y eso es lo que cuenta. Eso es lo que hace que sea historia personal.
Sentí haber remachado un clavo bien puesto.
-El hecho de que yo sepa si soy yaqui o no, no hace que eso sea historia personal -replicó él-. Sólo se vuelve historia personal cuando alguien más lo sabe. Y te aseguro que nadie lo sabrá nunca de cierto.
Yo había anotado torpemente sus palabras. Dejé de escribir y lo miré. No podía hallarle el modo. Repasé mentalmente las impresiones que de él tenía: la forma misteriosa e insólita en que me miró durante nuestro primer encuentro, el encanto con que había afirmado recibir corroboraciones de todo cuanto lo rodeaba, su molesto humorismo y su viveza, su expresión de auténtica estupidez cuando le pregunté por su padre y su madre, y luego la insospechada fuerza de sus aseveraciones, que me había partido en dos.
-No sabes quién soy, ¿verdad? -dijo como si leyera mis pensamientos-. jamás sabrás quién soy ni qué soy, porque no tengo historia personal.
Me preguntó si tenía padre. Le dije que sí. Afirmó que mi padre era un ejemplo de lo que él tenía en mente. Me instó a recordar lo que mi padre pensaba de mí.
-Tu padre conoce todo lo tuyo -dijo-. Así pues, te tiene resuelto por completo. Sabe quién eres y qué haces, y no hay poder sobre la tierra que lo haga cambiar de parecer acerca de ti.
Don Juan dijo que todos cuantos me conocían tenían una idea sobre mí, y que yo alimentaba esa idea con todo cuanto hacía.
-¿No ves? -preguntó con dramatismo-. Debes renovar tu historia personal contando a tus padres, o a tus parientes y tus amigos todo cuanto haces. En cambio, si no tienes historia personal, no se necesitan explicaciones; nadie se enoja ni se desilusiona con tus actos. Y sobre todo, nadie te amarra con sus pensamientos.
De pronto, la idea se aclaró en mi mente. Yo casi la había sabido, pero nunca la examiné. El carecer de historia personal era en verdad un concepto atrayente, al menos en el nivel intelectual; sin embargo, me daba un sentimiento de soledad ominoso y desagradable. Quise discutir con él mis sentimientos, pero me frené; algo había de tremenda incongruencia en la situación inmediata. Me sentí ridículo por intentar meterme en una discusión filosófica con un indio viejo que obviamente no

tenía el "refinamiento" de un estudiante universitario. De algún modo, don Juan me había apartado de mi intención original de interrogarlo sobre su genealogía.
-No sé cómo terminamos hablando de esto cuando yo nada más quería unos nombres para mis cartas -dije, tratando de reencauzar la conversación hacia el tema que yo deseaba.
-Es muy sencillo -dijo él-. Terminamos hablando de ello porque yo dije que hacer preguntas sobre el pasado de uno es un montón de mierda.
Su tono era firme. Sentí que no había forma de moverlo, así que cambié mis tácticas.
-Esta idea de no tener historia personal ¿es algo que hacen los yaquis? -pregunté.
-Es algo que hago yo.
-¿Dónde lo aprendió usted?
-Lo aprendí en el curso de mi vida.
-¿Se lo enseñó su padre?
-No. Digamos que lo aprendí solo, y ahora voy a darte el secreto, para que no te vayas hoy con las manos vacías.
Bajó la voz hasta un susurro dramático. Reí de su histrionismo. Había que admitir su excelencia en ese renglón. Por mi mente cruzó la idea de que me hallaba ante un actor nato.
-Escríbelo -dijo con arrogante condescendencia-. ¿Por qué no? Parece que así estás más a gusto.
Lo miré, y mis ojos deben haber delatado mi confusión. Él se dio palmadas en los muslos y rió con gran deleite.
-Vale más borrar toda historia personal -dijo despacio, como dando tiempo a mi torpeza de anotar sus palabras- porque eso nos libera de la carga de los pensamientos ajenos.
No pude creer que en verdad estuviera diciendo eso. Tuve un momento de gran confusión. Él, sin duda, leyó en mi rostro mi agitación interna, y la utilizó de inmediato.
-Aquí estás tú, por ejemplo -prosiguió-. En estos momentos no sabes si vas o vienes. Y eso es porque yo he borrado mi historia personal. Poco a poco, he creado una niebla alrededor de mí y de mi vida. Y ahora, nadie sabe de cierto quién soy ni qué hago.
-Pero usted mismo sabe quién es, ¿no? -intercalé.
-Por supuesto que... no -exclamó y rodó por el suelo, riendo de mi expresión sorprendida.
Había hecho una pausa lo bastante larga para hacerme creer que iba a decir que sí sabía, como yo anticipaba. El subterfugio me resultó muy amenazante. En verdad me dio miedo.
-Ése es el secretito que voy a darte hoy -dijo en voz baja-. Nadie conoce mi historia personal. Nadie sabe quién soy ni qué hago. Ni siquiera yo.
Achicó los ojos. No miraba en mi dirección sino más allá, por encima de mi hombro derecho. Estaba sentado con las piernas cruzadas, tenía la espalda derecha y sin embargo parecía de lo más relajado. En aquel instante era la imagen misma de la fiereza. Lo imaginé fantasiosamente como un jefe indio, un "guerrero de piel roja" en las románticas sagas fronterizas de mi niñez. Mi romanticismo me arrastró, y un sentimiento de ambivalencia sumamente insidioso tejió su red en torno mío. Podía decir sinceramente que don Juan me simpatizaba mucho, y añadir, en el mismo aliento, que le tenía un miedo mortal.
Sostuvo esa extraña mirada durante un momento largo.
-¿Cómo puedo saber quién soy, cuando soy todo esto? -dijo, barriendo el entorno con un gesto de su cabeza.
Luego posó en mí los ojos y sonrió.
-Poco a poco tienes que crear una niebla en tu alrededor; debes borrar todo cuanto te rodea hasta que nada pueda darse por hecho, hasta que nada sea ya cierto. Tu problema es que eres demasiado cierto. Tus empresas son demasiado ciertas; tus humores son demasiado ciertos. No tomes las cosas por hechas. Debes empezar a borrarte.
-¿Para qué? -pregunté, belicoso.
Se me aclaró que don Juan me estaba dando reglas de conducta. A lo largo de toda mi vida, yo había llegado al punto de

ruptura cuando alguien trataba de decirme qué hacer; la sola idea de que me dijeran qué hacer me ponía de inmediato a la defensiva.
-Dijiste que querías aprender los asuntos de las plantas -dijo él calmadamente-. ¿Quieres recibir algo a cambio de nada? ¿Qué te crees que es esto? Quedamos en que tú me harías preguntas y yo te diría lo que sé. Si no te gusta, no tenemos nada más qué decirnos.
Su terrible franqueza me despertó resentimiento, y a regañadientes concedí que él tenía la razón.
-Entonces mírala por este lado -prosiguió-. Si quieres aprender los asuntos de las plantas, como en realidad no hay nada que decir de ellas, debes, entre otras cosas, borrar tu historia personal.
-¿Cómo? -pregunté.
-Empieza por lo fácil, como no revelar lo que verdaderamente haces. Luego debes dejar a todos los que te conozcan bien. Así construirás una niebla en tu alrededor.
-Pero eso es absurdo -protesté-. ¿Por qué no va a conocerme la gente? ¿Qué hay de malo en ello?
-Lo malo es que, una vez que te conocen, te dan por hecho, y desde ese momento no puedes ya romper el lazo de sus pensamientos. A mí en lo personal me gusta la libertad ilimitada de ser desconocido. Nadie me conoce con certeza constante, como te conocen a ti, por ejemplo.
-Pero eso sería mentir.
-No me importan las mentiras ni las verdades -dijo con severidad-. Las mentiras son mentiras solamente cuando tienes historia personal.
Argumenté qué no me gustaba engañar deliberadamente a la gente ni despistarla. Su respuesta fue que de cualquier manera yo despistaba a todo el mundo.
El viejo había tocado una llaga abierta en mi vida. No me detuve a preguntarle qué quería decir con eso ni cómo sabía que yo engañaba a la gente todo el tiempo. Simplemente reaccioné a su afirmación, defendiéndome a través de explicaciones. Dije tener la dolorosa conciencia de que mi familia y mis amigos me consideraban indigno de confianza, cuando en realidad jamás había dicho una mentira en toda mi vida.
-Siempre supiste mentir -dijo él-. Lo único que faltaba era que sabías por qué hacerlo. Ahora lo sabes.
Protesté.
-¿No ve usted que estoy harto de que la gente me considere indigno de confianza? -dije.
-Pero sí eres indigno de confianza -repuso con convicción.
-¡Que no, hombre, me llevan los demonios! -exclamé.
Mi actitud, en vez de forzarlo a la seriedad, lo hizo reír histéricamente. Sentí un enorme desprecio hacia el anciano por su engreimiento. Desdichadamente, estaba en lo cierto con respecto a mí.
Tras un rato me calmé y él siguió hablando.
-Cuando uno no tiene historia personal -explicó-, nada de lo que dice puede tomarse como una mentira. Tu problema es que tienes que explicarle todo a todos, por obligación, y al mismo tiempo quieres conservar la frescura, la novedad de lo que haces. Bueno, pues como no puedes sentirte estimulado después de explicar todo lo que has hecho, dices mentiras para seguir en marcha.
-Me hallaba en verdad perplejo por la gama de nuestra conversación. Escribía lo mejor posible todos los detalles del diálogo, concentrándome en lo que don Juan decía en lugar de detenerme a deliberar en mis prejuicios o en el sentido de sus palabras.
-De ahora en adelante -dijo él-, debes simplemente enseñarle a la gente lo que quieras enseñarle, pero sin decirle nunca con exactitud cómo lo has hecho.
-¡Yo no puedo guardar secretos! -exclamé-. Lo que usted dice es inútil para mí.
- ¡Pues cambia! -dijo en tono cortante y con un brillo feroz en la mirada.
Parecía un extraño animal salvaje. Y sin embargo era tan coherente en sus ideas, y tan verbal. Mi molestia cedió el paso a un estado de confusión irritante.

-Verás -prosiguió-: sólo tenemos una alternativa: o tomamos todo por cierto, o no. Si hacemos lo primero, terminamos muertos de aburrimiento con nosotros mismos y con el mundo. Si hacemos lo segundo y borramos la historia personal, creamos una niebla a nuestro alrededor, un estado muy emocionante y misterioso en el que nadie sabe por dónde va a saltar la liebre, ni siquiera nosotros mismos.
Repuse que borrar la historia personal sólo acrecentaría nuestra sensación de inseguridad.
-Cuando nada es cierto nos mantenemos alertas, de puntillas todo el tiempo -dijo él-. Es más emocionante no saber detrás de cuál matorral se esconde la liebre, que portarnos como si conociéramos todo.
No dijo una palabra más durante un rato muy largo; acaso una hora transcurrió en completo silencio. Yo no sabía qué preguntar. Finalmente, se puso de pie y me pidió llevarlo al pueblo cercano.
Yo ignoraba el motivo, pero nuestra conversación me había agotado. Tenía ganas de dormir. Él me pidió parar en el camino y me dijo que, si deseaba descansar, debía trepar a la cima plana de una loma al lado de la carretera y acostarme bocabajo con la cabeza hacia el este.
Parecía tener un sentimiento de urgencia. Yo no quise discutir, o acaso me encontraba demasiado cansado hasta para hablar. Subí al cerro e hice lo que él me había indicado.
Dormí sólo dos o tres minutos, pero fueron suficientes para que mi energía se renovara.
Llegamos al centro del pueblo, donde quiso que lo dejase.
-Vuelve -dijo al bajar del coche-. Acuérdate de volver.

III. PERDER LA IMPORTANCIA

Tuve oportunidad de discutir mis dos visitas previas a don Juan con el amigo que nos puso en contacto. Su opinión fue que yo estaba perdiendo el tiempo. Le relaté, con todo detalle, la gama de nuestras conversaciones. Él pensó que yo exageraba y romantizaba a un viejo chiflado y tonto.
No había en mí mucha visión romántica que aplicar a tan absurdo anciano. Sentía sinceramente que sus críticas sobre mi personalidad habían socavado en forma grave mi simpatía hacia él. Pero tenía que admitirlo; siempre habían sido oportunas, ciertas y agudamente precisas.
En ese punto, el centro de mi dilema era que rehusaba a aceptar que don Juan era muy capaz de desbaratar todas mis ideas preconcebidas acerca del mundo y a concordar con mi amigo en la creencia de que "el viejo indio estaba simplemente loco".
Me sentí compelido a hacerle otra visita antes de resolver el problema.

Miércoles, diciembre 28, 1960

Inmediatamente después de que llegué a su casa, me llevó a caminar por el chaparral del desierto. Ni siquiera miró la bolsa de comestibles que yo le llevé. Parecía haberme estado esperando.
Caminamos durante horas. Él no cortó plantas ni me las mostró. En cambio, me enseñó una "forma correcta de andar". Dijo que yo debía curvar suavemente los dedos mientras caminaba, para conservar la atención en el camino y los alrededores. Aseveró que mi forma ordinaria de andar debilitaba, y que nunca había que llevar nada en las manos. De ser necesario transportar cosas, debía usarse una mochila o cualquier clase de red portadora o bolsa para los hombros. Su idea era que, obligando a las manos a adoptar una posición específica, uno era capaz de mayor energía y mayor lucidez."
No vi caso en discutir; curvé los dedos como él indicaba y seguí caminando. Mi lucidez no varió en modo alguno, ni tampoco mi vigor.
Iniciamos nuestra excursión en la mañana y nos detuvimos a descansar a eso del mediodía. Yo sudaba y quise beber de mi cantimplora, pero él me detuvo diciendo que era mejor tomar sólo un sorbo de

agua. De un pequeño arbusto amarillento, cortó algunas hojas y las mascó. Me dio unas y señaló que eran excelentes; si las mascaba despacio, mi sed desaparecería. No fue así, pero tampoco sentí malestar.
Pareció haber leído mis pensamientos, y explicó que yo no advertía los beneficios de la "forma correcta de andar", ni los de masticar las hojas, porque era joven y fuerte y mi cuerpo no percibía nada por ser un poco estúpido.
Rió. Yo no estaba de humor para risas y eso pareció divertirle más aún. Corrigió su frase anterior, diciendo que mi cuerpo no era realmente estúpido, sino que estaba adormilado.
En ese instante un cuervo enorme voló por encima de nuestras cabezas, graznando. Sobresaltado, eché a reír. Me pareció que la ocasión pedía risa, pero para mi absoluto asombro él sacudió con fuerza mi brazo y me calló. Su expresión era sumamente seria.
-Eso no fue chiste -dijo con severidad, como si yo supiera a qué se refería.
Pedí una explicación. Era incongruente, le dije, que se enojara porque yo reía del cuervo, cuando nos habíamos reído de la cafetera.
-¡Lo que viste no era sólo un cuervo! -exclamó.
-Pero yo lo vi y era un cuervo -insistí.
-No viste nada, idiota -dijo, hosco.
Su brusquedad era injustificada. Le dije que no me gustaba hacer enojar a la gente y que tal vez sería mejor irme, pues él no parecía estar de humor para tolerar compañía.
Él río a carcajadas, como si yo fuese un payaso que actuaba para él. Mi molestia e irritación crecieron proporcionalmente.
-Eres muy violento -comentó despreocupado-. Te tomas demasiado en serio.
-¿Pero no estaba usted haciendo lo mismo? -interpuse-. ¿Tomándose en serio cuando se enojó conmigo?
Dijo que enojarse conmigo era lo que más lejos estaba de su pensamiento. Me miró con ojos penetrantes.
-Lo que viste no era un acuerdo del mundo -dijo-. Los cuervos que vuelan o graznan no son nunca un acuerdo. ¡Eso fue una señal!
-¿Una señal de qué?
-Una indicación muy importante acerca de ti -repuso crípticamente.
En ese mismo instante, el viento arrastró hasta nuestros pies la rama seca de un arbusto.
-¡Eso fue un acuerdo! -exclamó él, y mirándome con ojos relucientes estalló en una carcajada.
Tuve la sensación de que, por molestarme, inventaba sobre la marcha las reglas de su extraño juego; así, él podía reír, pero yo no. Mi irritación volvió a expandirse y le dije lo que pensaba de él.
No se disgustó ni se ofendió para nada. Rió, y su risa acrecentó más aún mi angustia y mi frustración. Pensé que deliberadamente me humillaba. Decidí allí mismo que ya estaba harto del "trabajo de campo".
Me puse en pie y le dije que deseaba emprender el regreso a su casa, porque tenía que salir rumbo a Los Ángeles.
-¡Siéntate! -dijo, imperioso-. Te pones de malas como señora vieja. No puedes irte ahora, porque todavía no terminamos.
Lo odié. Pensé que era un hombre despectivo.
Empezó a cantar una idiota canción ranchera. Obviamente, estaba imitando a algún cantante popular. Alargaba ciertas sílabas y contraía otras, convirtiendo la canción en todo un objeto de farsa. Era tan cómico que acabé por reír.
-Ya ves, te ríes de la canción estúpida -dijo-. Pero el que canta así, y los que pagan por oírlo, no se ríen; piensan que es seria.
-¿Qué quiere usted decir? -pregunté.
Pensé que había urdido el ejemplo para decirme que yo reí del cuervo por no haberlo tomado en serio, igual que no había tomado en serio la canción. Pero me desconcertó de nuevo. Dijo. que yo era como el cantante y la gente a quien le gustaban sus canciones: lleno de arrogancia y seriedad con respecto a una idiotez que a nadie

en su sano juicio debía importarle un pepino.
Luego recapituló, como para refrescar mi memoria, todo cuanto había dicho antes sobre el tema de "aprender los asuntos de las plantas". Recalcó enfáticamente que, si yo en verdad quería aprender, debía remodelar la mayor parte de mi conducta.
Mi molestia creció, hasta que incluso el tomar notas me costaba un esfuerzo supremo.
-Te tomas demasiado en serio -dijo, despacio-. Te das demasiada importancia. ¡Eso hay que cambiarlo!. Te sientes de lo más importante, y eso te da pretexto para molestarte con todo. Eres tan importante que puedes marcharte así nomás si las cosas no salen a tu modo. Sin duda piensas que con eso demuestras tener carácter. ¡Eres débil y arrogante!
Traté de formular una protesta, pero él no quitó el dedo del renglón. Señaló que, en el curso de mi vida, yo jamás había podido terminar nada, a causa de ese sentido de importancia desmedida que yo mismo me atribuía.
La certeza con que hizo sus aseveraciones me desconcertó por completo. Eran verdad, desde luego, y eso me hacía sentirme no sólo enojado, sino también bajo amenaza.
-La arrogancia es otra cosa que hay que dejar, lo mismo que la historia personal -dijo en tono dramático.
Yo no quería en modo alguno discutir con él. Resultaba obvia mi tremenda desventaja; él no iba a regresar a su casa hasta que se le antojase, y yo no conocía el camino. Tenía que quedarme con él.
Hizo un movimiento extraño y súbito: pareció husmear el aire en torno suyo, su cabeza se sacudió leve y rítmicamente. Se le veía en un estado de alerta fuera de lo común. Se volvió y fijó en mí los ojos, con una expresión de extrañeza y curiosidad. Me miró de pies a cabeza como buscando algo específico; luego se levantó abruptamente y empezó a caminar con rapidez. Casi corría. Lo seguí. Mantuvo un paso muy acelerado durante poco menos de una hora.
Finalmente se detuvo junto a una colina rocosa y nos sentamos a la sombra de un arbusto. El trote me había agotado por completo, aunque me hallaba de mejor humor. Era extraña la forma en que había cambiado. Me sentía casi alborozado, pero cuando habíamos empezado a trotar, después de nuestra discusión, me hallaba furioso con él.
-Es muy extraño -dije-, pero me siento de veras, bien.
Oí a la distancia el graznar de un cuervo. Él se llevó el dedo a la oreja derecha y sonrió.
-Eso fue una señal -dijo.
Una piedra cayó rebotando cuestabajo y aterrizó con estruendo en el chaparral.
Él río con fuerza y señaló con el dedo en dirección del sonido.
-Y eso fue un acuerdo -dijo.
Luego preguntó si me encontraba dispuesto a hablar de mi arrogancia. Reí; mi sentimiento de ira parecía tan lejano que ni siquiera podía yo concebir cómo me había disgustado con don Juan.
-No entiendo qué me está pasando -dije-. Me enojé y ahora no sé por qué ya no estoy enojado.
-El mundo que nos rodea es muy misterioso -dijo él-. No entrega fácilmente sus secretos.
Me gustaban sus frases crípticas. Eran un reto y un misterio. No podía yo determinar si estaban llenas de significados ocultos o si eran sólo puros sinsentidos.
-Si alguna vez regresas aquí al desierto -dijo-, no te acerques a ese cerrito pedregoso donde nos detuvimos hoy. Húyele como a la plaga.
-¿Por qué? ¿Qué ocurre?
-Éste no es el momento de explicarlo -dijo-. Ahora nos importa perder la arrogancia. Mientras te sientas lo más importante del mundo, no puedes apreciar en verdad el mundo que te rodea. Eres como un caballo con anteojeras: nada más te ves tú mismo, ajeno a todo lo demás.
Me examinó un momento.
-Voy a hablar aquí con mi amiguita -dijo, señalando una planta pequeña.

Se arrodilló frente a ella y empezó a acariciarla y a hablarle. Al principio no entendí lo que decía, pero luego cambió de idioma y le habló a la planta en español. Parloteó sandeces durante un rato. Luego se incorporó.

-No importa lo que le digas a una planta -dijo-. Lo mismo da que inventes las palabras; lo importante es sentir que te cae bien y tratarla como tu igual.

Explicó que alguien que corta plantas debe disculparse cada vez por hacerlo, y asegurarles que algún día su propio cuerpo les servirá de alimento.

-Conque, a fin de cuentas, las plantas y nosotros estamos parejos -dijo-. Ni ellas ni nosotros tenemos más ni menos importancia.

"Anda, háblale a la plantita -me instó-. Dile que ya no te sientes importante."

Llegué incluso a arrodillarme frente a la planta, pero no pude decidirme a hablarle. Me sentí ridículo y reí. Sin embargo, no estaba enojado.

Don Juan me dio palmadas en la espalda y dijo que estaba bien, que al menos había dominado mi temperamento.

-De ahora en adelante, habla con las plantitas -dijo-. Habla hasta que pierdas todo sentido de importancia. Háblales hasta que puedas hacerlo enfrente de los demás. "Ve a esos cerros de ahí y practica solo."

Le pregunté si bastaba con hablar a las plantas en silencio, mentalmente.

Rió y me golpeó la cabeza con un dedo.

-¡No! -dijo-. Debes hablarles en voz clara y fuerte si quieres que te respondan.

Caminé hasta el área en cuestión, riendo para mí de sus excentricidades. Incluso traté de hablar a las plantas, pero mi sentimiento de hacer el ridículo era avasallador.

Tras lo que consideré una espera apropiada, volví a donde estaba don Juan. Tuve la certeza de que él sabía que yo no había hablado a las plantas.

No me miró. Me hizo seña de tomar asiento junto a él.

-Obsérvame con cuidado -dijo-. Voy a platicar con mi amiguita.

Se arrodilló frente a una planta pequeña y durante unos minutos movió y contorsionó el cuerpo, hablando y riendo.

Pensé que se había salido de sus cabales.

-Esta plantita me dijo que te dijera que es buena para comer -dijo al ponerse en pie-. Me dijo que un manojo de estas plantitas mantiene sano a un hombre. También dijo que hay un buen montón creciendo por allá.

Don Juan señaló un área sobre una ladera, a unos doscientos metros de distancia.

-Vamos a ver -dijo.

Reí de su actuación. Estaba seguro de que hallaríamos las plantas, pues él era un experto en el terreno y sabía dónde hallar las plantas comestibles y medicinales.

Mientras íbamos hacia la zona en cuestión, me dijo como al acaso que debía fijarme en la planta, por que era alimento y también medicina.

Le pregunté, medio en broma, si la planta acababa de decirle eso. Se detuvo y me examinó con aire incrédulo. Meneó la cabeza de lado a lado.

-¡Ah! -exclamó, riendo-. Te pasas de listo y resultas más tonto de lo que yo creía. ¿Cómo puede la plantita decirme ahora lo que he sabido toda mi vida?

Procedió a explicar que conocía desde antes las diversas propiedades de esa planta específica, y que la planta sólo le había dicho que un buen montón de ellas crecía en el área recién indicada por él, y que a ella no le molestaba que don Juan me lo dijera.

Al llegar a la ladera encontré todo un racimo de las mismas plantas. Quise reír, pero don Juan no me dio tiempo. Quería que yo diese las gracias al montón de plantas. Sentí una timidez torturante y no pude decidirme a hacerlo.

Él sonrió con benevolencia e hizo otra de sus aseveraciones crípticas. La repitió tres o cuatro veces, como para darme tiempo de descifrar su sentido.

-El mundo que nos rodea es un misterio -dijo-. Y los hombres no son mejores que ninguna otra cosa. Si una plantita es generosa con nosotros, debemos darle las gracias, o quizá no nos deje ir.

La forma en que me miró al decir eso me produjo un escalofrío. Apresuradamente me incliné sobre las plantas y dije: "Gracias" en voz alta.
Él empezó a reír en estallidos calmados, bajo control.
Caminamos otra hora y luego iniciamos el camino de vuelta a su casa. En cierto momento me quedé atrás y él tuvo que esperarme. Revisó mis dedos para ver si los había curvado. No era así. Me dijo, imperioso, que cuando yo anduviera con él tenía que observar y copiar todas sus maneras, o de lo contrario mejor haría no yendo.
-No puedo estarte esperando como si fueras un niño -dijo en tono de regaño.
Esa frase me hundió en las profundidades de la vergüenza y el desconcierto: ¿Cómo era posible que un hombre tan anciano caminase mucho mejor que yo? Me creía de constitución atlética y fuerte, y sin embargo él había tenido que esperar a que yo me le emparejara.
Curvé los dedos y, extrañamente, pude mantenerme a su paso sin ningún esfuerzo. De hecho, en ocasiones sentía que las manos me jalaban hacia adelante.
Me sentí exaltado. Era por completo feliz caminando tontamente con ese extraño viejo indio. Empecé a hablar y le pregunté repetidas veces si podría mostrarme algunas plantas de peyote. Él me miró, pero no dijo una sola palabra.

IV. LA MUERTE COMO UNA CONSEJERA

Miércoles, enero 25, 1961

-¿Me enseñará usted algún día lo que sabe del peyote? -pregunté.
Él no respondió y, como había hecho antes, se limitó a mirarme como si yo estuviera loco.
Le había mencionado el tema, en conversación casual, varias veces anteriores, y en cada ocasión arrugó el ceño y meneó la cabeza. No era un gesto afirmativo ni negativo; más bien expresaba desesperanza e incredulidad.
Se puso en pie abruptamente. Habíamos estado sentados en el piso frente a su casa. Una sacudida casi imperceptible de cabeza fue la invitación a seguirlo.
Entramos en el chaparral, caminando más o menos hacia el sur. Durante la marcha, don Juan mencionó repetidamente que yo debía darme cuenta de lo inútiles que eran mi arrogancia y mi historia personal.
-Tus amigos -dijo volviéndose de pronto hacia mí-. Esos que te han conocido durante mucho tiempo: debes ya dejar de verlos.
Pensé que estaba loco y que su insistencia era idiota, pero no dije nada. Él me escudriñó y echó a reír.
Tras una larga caminata nos detuvimos. Estaba a punto de sentarme a descansar, pero él me dijo que fuera a unos veinte metros de distancia y hablara, en voz alta y clara, a un grupo de plantas. Me sentí incómodo y aprensivo. Sus extrañas exigencias eran más de lo que yo podía soportar, y le dije nuevamente que no me era posible hablar a las plantas, porque me sentía ridículo. Su único comentario fue que me daba yo una importancia inmensa. Pareció hacer una decisión súbita, y dijo que yo no debía tratar de hablar a las plantas hasta que me sintiera cómodo y natural al respecto.
-Quieres aprender todo lo de las plantas, pero no quieres trabajar para nada -dijo, acusador-. ¿Qué te propones?
Mi explicación fue que yo deseaba información fidedigna sobre los usos de las plantas; por eso le había pedido ser mi informante. Incluso había ofrecido pagarle por su tiempo y por la molestia.
-Debería usted aceptar el dinero -dije-. En esta forma los dos nos sentiríamos mejor. Yo, entonces, podría preguntarle lo que quisiera, porque usted trabajaría para mí y yo le pagaría. ¿Qué le parece?
Me miró con desprecio y produjo con la boca un ruido majadero, exhalando con gran fuerza para hacer vibrar su labio inferior y su lengua.
-Eso es lo que me parece -dijo, y rió

histéricamente de la expresión de sorpresa absoluta que debo haber tenido en el rostro.
Obviamente, no era un hombre con el que yo pudiera vérmelas fácilmente. Pese a su edad, estaba lleno de entusiasmo y de una fuerza increíble. Yo había tenido la idea de que, por ser tan viejo, resultaría un "informante" perfecto. La gente vieja, se me había hecho creer, era la mejor informante porque se hallaba demasiado débil para hacer otra cosa que no fuese hablar. Don Juan, en cambio, era un pésimo sujeto. Yo lo sentía incontrolable y peligroso. El amigo que nos presentó tenía razón. Era un indio viejo y excéntrico, y aunque no se halla perdido de borracho la mayor parte del tiempo, como mi amigo había dicho, la cosa era peor aún: estaba loco. Sentí renacer las tremendas dudas y temores que había experimentado antes. Creía haber superado eso. De hecho, no tuve ninguna dificultad para convencerme de que deseaba visitarlo nuevamente. Sin embargo, la idea de que acaso yo mismo estaba algo loco se coló en mi mente cuando advertí que me gustaba estar con él. Su idea de que mi sentimiento de importancia era un obstáculo, me había producido un verdadero impacto. Pero todo eso era al parecer un mero ejercicio intelectual por parte mía; apenas me hallaba cara a cara con su extraña conducta, empezaba a experimentar aprensión y deseaba irme.
Dije que éramos tan distintos que, pensaba, no había posibilidad de llevarnos bien.
-Uno de nosotros tiene que cambiar -dijo él, mirando el suelo-. Y tú sabes quién.
Empezó a tararear una canción ranchera y, de repente, alzó la cabeza para mirarme, Sus ojos eran fieros y ardientes. Quise apartar los míos o cerrarlos, pero para mi completo asombro no pude zafarme de su mirada.
Me pidió decirle lo que había visto en sus ojos. Dije que no vi nada, pero él insistió en que yo debía dar voz a aquello de lo que sus ojos me habían hecho darme cuenta. Pugné por hacerle entender que sus ojos no me daban conciencia más que de mi desazón, y que la forma en que me miraba era muy incómoda.
No me soltó. Mantuvo la mirada fija. No era declaradamente maligna ni amenazante; era más bien un mirar misterioso pero desagradable.
Me preguntó si no me recordaba un pájaro.
-¿Un pájaro? -exclamé.
Soltó una risita de niño y apartó sus ojos de mí.
-Sí -dijo con suavidad-. ¡Un pájaro, un pájaro muy raro!
Volvió a atrapar mis ojos con los suyos y me ordenó recordar. Dijo con extraordinaria convicción que él "sabía" que yo había visto antes esa mirada.
Mi sentir de aquellos momentos era que el anciano me encolerizaba, pese a mi buena voluntad, cada vez que abría la boca. Me le quedé viendo con obvio desafío. En vez de enojarse echó a reír. Se golpeó el muslo y gritó como si cabalgara un potro salvaje. Luego se puso serio y me indicó la importancia suprema de que yo dejara de pelear con él y recordarse aquel pájaro raro del cual hablaba.
-Mírame a los ojos -dijo.
Sus ojos eran extraordinariamente fieros. Tenían un aura que en verdad me recordaba algo, pero yo no estaba seguro de qué cosa era. Me esforcé un momento y entonces, de pronto, me di cuenta: no la forma de los ojos ni de la cabeza, sino cierta fría fiereza en la mirada, me recordaba los ojos de un halcón. En el mismo instante en que lo advertí, don Juan me miraba de lado, y por un segundo mi mente experimentó un caos total. Creí haber visto las facciones de un halcón en vez de los de don Juan. La imagen fue demasiado fugaz y yo me hallaba demasiado sobresaltado para haberle prestado más atención.
En tono de gran excitación, le dije que podría jurar haber visto las facciones de un halcón en su rostro. Él tuvo otro ataque de risa.
He visto cómo miran los halcones. Solía cazarlos cuando era niño, y en la opinión de mi abuelo me desempeñaba bien. El

abuelo tenía una granja de gallinas Leghorn y los halcones eran una amenaza para su negocio. Dispararles no era sólo funcional, sino también "justo". Yo había olvidado, hasta ese momento, que la fiera mirada de las aves me obsesionó durante años; se hallaba en un pasado tan remoto que creía haber perdido memoria de ella.
-Yo cazaba halcones -dije.
-Lo sé -repuso don Juan como si tal cosa.
Su tono contenía tal certeza que empecé a reír. Pensé que era un tipo absurdo. Tenía el descaro de hablar como si en verdad supiese que yo cazaba halcones. Lo desprecié enormemente.
-¿Por qué te enojas tanto? -preguntó en un tono de genuina preocupación.
Yo ignoraba por qué. Él se puso a sondearme de un modo muy insólito. Me pidió mirarlo de nuevo y hablarle del "pájaro muy raro" que me recordaba. Luché contra él y, por despecho, dije que no había nada de qué hablar. Luego me sentí forzado a preguntarle por qué había dicho saber que yo solía cazar halcones. En lugar de responderme, volvió a comentar mi conducta. Dijo que yo era un tipo violento, capaz de "echar espuma por la boca" al menor pretexto. Protesté, negando que eso fuera cierto; siempre había tenido la idea de ser bastante simpático y calmado. Dije que era culpa suya por sacarme de mis casillas con sus palabras y acciones inesperadas.
-¿Por qué la ira? -preguntó.
Hice un avalúo de mis sentimientos y reacciones. Realmente no tenía necesidad de airarme con él.
Insistió nuevamente en que mirara sus ojos y le hablara del "extraño halcón". Había cambiado su fraseo; el "pájaro muy raro" de que hablaba antes se había vuelto el "extraño halcón". El cambio de palabras resumió un cambio en mi propio estado de ánimo. De repente me había puesto triste.
Achicó los ojos hasta convertirlos en ranuras, y dijo en tono sobreactuado que estaba "viendo" un halcón muy extraño. Repitió su afirmación tres veces, como si en verdad estuviera viéndolo allí frente a él.
-¿No lo recuerdas? -preguntó.
Yo no recordaba nada por el estilo.
-¿Qué de extraño tiene el halcón? -pregunté.
-Eso me lo debes decir tú -repuso.
Insistí en que no tenía forma de saber a qué se refería; por tanto, no podía decirle nada.
-¡No luches conmigo! -dijo-. Lucha contra tu pereza y recuerda.
Durante un momento me esforcé seriamente por desentrañar su intención. No se me ocurrió que igual podría haber tratado de acordarme.
-En un tiempo viste muchos pájaros -dijo como apuntándome.
Le dije que de niño viví en una granja y cacé cientos de aves.
Respondió que, en tal caso, no me costaría trabajo recordar a todas las aves raras que había cazado.
Me miró con una pregunta en los ojos, como si acabara de darme la última pista.
-He cazado tantos pájaros -dije- que no recuerdo nada de ellos.
Este pájaro es especial -repuso casi en un susurro-. Este pájaro es un halcón.
Nuevamente me puse a pensar a dónde querría llevarme. ¿Se burlaba? ¿Hablaba en serio? Tras un largo intervalo, me instó otra vez a recordar. Sentí que era inútil tratar de acabar con su juego; sólo me quedaba jugar con él.
-¿Habla usted de un halcón que yo he cazado? -pregunté.
-Sí -murmuró con los ojos cerrados.
-De modo que, ¿esto pasó cuando yo era niño?
-Sí.
-Pero usted dijo que está viendo ahora un halcón frente a usted.
-Lo veo.
-¿Qué trata usted de hacerme?
-Trato de hacerte recordar.
-¿Qué cosa? ¡Por amor de Dios!
-Un halcón rápido como la luz -dijo mirándome a los ojos.
Sentí que mi corazón se detenía.
-Ahora mírame -dijo.
Pero no lo hice. Percibía su voz como un sonido leve. Cierto recuerdo colosal se ha-

bía posesionado de mí. ¡El halcón blanco!
Todo empezó con el estallido de ira que tuvo mi abuelo al contar sus pollos Leghorn. Habían estado desapareciendo en forma continua y desconcertante. Él organizó y ejecutó personalmente una meticulosa vigilia, y tras días de observación constante vimos finalmente una gran ave blanca que se alejaba volando con un pollo en las garras. El ave era rauda y al parecer conocía su ruta. Descendió desde el cobijo de unos árboles, aferró el pollo y voló por una abertura entre dos ramas. Ocurrió tan rápido que mi abuelo casi ni vio al ave, pero yo sí, y supe que era en verdad un halcón. Mi abuelo dijo que, en ese caso, debía ser un albino.
Iniciamos una campaña contra el halcón albino y dos veces creí tenerlo cazado. Incluso dejó caer la presa, pero escapó. Era demasiado veloz para mí. También era muy inteligente; nunca regresó a asolar la granja de mi abuelo.
Yo habría olvidado el asunto si el abuelo no me hubiese aguijoneado a cazar el ave. Durante dos meses perseguí al halcón albino por todo el valle donde vivíamos. Aprendí sus hábitos y casi me era posible intuir su ruta de vuelo, pero su velocidad y lo brusco de sus apariciones siempre me desconcertaban. Podía yo alardear de haberle impedido cobrar su presa, quizá todas las veces que nos encontramos, pero nunca logré echarlo en mi morral.
En los dos meses en que libré la extraña guerra contra el halcón albino, sólo una vez estuve cerca de él. Había estado cazándolo todo el día y me hallaba cansado. Me senté a reposar y me quedé dormido bajo un eucalipto. El grito súbito de un halcón me despertó. Abrí los ojos sin hacer ningún otro movimiento, y vi un ave blancuzca encaramada en las ramas más altas del eucalipto. Era el halcón albino. La caza había terminado. Iba a ser un tiro difícil; yo estaba acostado y el ave me daba la espalda. Hubo una repentina racha de viento y la aproveché para ahogar el sonido de alzar mi rifle 22 largo para apuntar. Quería esperar que el halcón se volviera o empezara a volar, para no fallarle. Pero el ave permaneció inmóvil. Para mejor dispararle, habría tenido que moverme, y era demasiado rápida para ello. Pensé que mi mejor alternativa era aguardar. Y eso hice durante un tiempo largo, interminable. Acaso me afectó la prolongada espera, o quizá fue la soledad del sitio donde el halcón y yo nos hallábamos; de pronto sentí un escalofrío ascender por mi espina y, en una acción sin precedente, me puse en pie y me fui. Ni siquiera vi si el halcón había volado.
Jamás atribuí ningún significado a mi acto final con el halcón albino. Pero fue muy raro que no le disparara. Yo había matado antes docenas de halcones. En la granja donde crecí, matar aves o cazar cualquier tipo de animal era cosa común y corriente.
Don Juan escuchó atentamente mientras yo narraba la historia del halcón albino.
-¿Cómo supo usted del halcón blanco? -pregunté al terminar.
-Lo vi -repuso.
-¿Dónde?
Aquí mismo, frente a ti.
Ya no me quedaban ánimos para discutir.
-¿Qué significa todo esto? -pregunté.
Él dijo que un ave blanca como ésa era un augurio, y que no dispararle era lo único correcto que podía hacerse.
-Tu muerte te dio una pequeña advertencia -dijo con tono misterioso-. Siempre llega como escalofrío.
-¿De qué habla usted? -dije con nerviosismo.
En verdad me había puesto nervioso con sus palabras fantasmagóricas.
-Conoces mucho de aves -dijo-. Has matado demasiadas. Sabes esperar. Has esperado pacientemente horas enteras. Lo sé. Lo estoy viendo.
Sus palabras me produjeron gran turbación. Pensé que lo más molesto en él era su certeza. No soportaba yo su seguridad dogmática con respecto a elementos de mi vida de los que ni yo mismo estaba seguro. Inmerso en mis sentimientos de depresión, no lo vi inclinarse sobre mí hasta que me susurró algo al oído. No entendí al principio, y él lo repitió. Me dijo que vol-

viera la cabeza como al descuido y mirara un peñasco a mi izquierda. Dijo que mi muerte estaba allí, mirándome, y que si me volvía cuando él me hiciera una seña, tal vez fuese capaz de verla.
Me hizo una seña con los ojos. Volví la cara y me pareció ver un movimiento parpadeante sobre el peñasco. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, los músculos de mi abdomen se contrajeron involuntariamente y experimenté una sacudida, un espasmo. Tras un momento recobré la compostura y expliqué la sombra fugaz que había visto como una ilusión óptica causada por volver la cabeza tan repentinamente.
-La muerte es nuestra eterna compañera -dijo don Juan con un aire sumamente serio-. Siempre está a nuestra izquierda, a la distancia de un brazo. Te vigilaba cuando tú vigilabas al halcón blanco; te susurró en la oreja y sentiste su frío, como lo sentiste hoy. Siempre te ha estado vigilando. Siempre lo estará hasta el día en que te toque.
Extendió el brazo y me tocó levemente en el hombro, y al mismo tiempo produjo con la lengua un sonido profundo, chasqueante. El efecto fue devastador; casi volví el estómago.
-Tú eres el muchacho que acechaba su caza y esperaba pacientemente, como la muerte espera; sabes muy bien que la muerte está a nuestra izquierda, igual que tú estabas a la izquierda del halcón blanco.
Sus palabras tuvieron la extraña facultad de provocarme un terror injustificado; la única defensa era mi compulsión de poner por escrito todo cuanto él decía.
¿Cómo puede uno darse tanta importancia sabiendo que la muerte nos está acechando? -preguntó.
Sentí que mi respuesta no era en realidad necesaria. De cualquier modo, no habría podido decir nada. Un nuevo estado de ánimo se había posesionado de mí.
-Cuando estés impaciente -prosiguió-, lo que debes hacer es voltear a la izquierda y pedir consejo a tu muerte. Una inmensa cantidad de mezquindad se pierde con sólo que tu muerte te haga un gesto, o alcances a echarle un vistazo, o nada más con que tengas la sensación de que tu compañera está allí vigilándote.
Volvió a inclinarse y me susurró al oído que, si volteaba de golpe hacia la izquierda, al ver su señal, podría ver nuevamente a mi muerte en el peñasco.
Sus ojos me hicieron una seña casi imperceptible, pero no me atreví a mirar.
Le dije que le creía y que no era necesario llevar más lejos el asunto, porque me hallaba aterrado. Él soltó una de sus rugientes carcajadas.
Respondió que el asunto de nuestra muerte nunca se llevaba lo bastante lejos. Y yo argumenté que para mí no tendría sentido seguir pensando en mi muerte, ya que eso sólo produciría desazón y miedo.
-¡Eso es pura idiotez! -exclamó-. La muerte es la única consejera sabia que tenemos. Cada vez que sientas, como siempre lo haces, que todo te está saliendo mal y que estás a punto de ser aniquilado, vuélvete hacia tu muerte y pregúntale si es cierto. Tu muerte te dirá que te equivocas; que nada importa en realidad más que su toque. Tu muerte te dirá: "Todavía no te he tocado."
-Meneó la cabeza y pareció aguardar mi respuesta. Yo no tenía ninguna. Mis pensamientos corrían desenfrenados. Don Juan había asestado un tremendo golpe a mi egoísmo. La mezquindad de molestarme con él era monstruosa a la luz de mi muerte.
Tuve el sentimiento de que se hallaba plenamente consciente de mi cambio de humor. Había vuelto las tablas a su favor. Sonrió y empezó a tararear una canción ranchera.
-Sí -dijo con suavidad, tras una larga pausa-. Uno de los dos aquí tiene que cambiar, y aprisa. Uno de nosotros tiene que aprender de nuevo que la muerte es el cazador, y que siempre está a la izquierda. Uno de nosotros tiene que pedir consejo a la muerte y dejar la pinche mezquindad de los hombres que viven sus vidas como si la muerte nunca los fuera a tocar.
Permanecimos en silencio más de una

hora; luego echamos a andar nuevamente. Caminamos sin rumbo, durante horas, por el chaparral. No le pregunté si eso tenía algún propósito; no importaba. De alguna manera, me había hecho recobrar un viejo sentimiento, olvidado por completo: el puro gozo de moverse, simplemente, sin añadir a eso ningún propósito intelectual.
Quise que me permitiera echar otro vistazo a lo que yo había percibido sobre la roca.
-Déjeme ver esa sombra otra vez -dije.
-Te refieres a tu muerte, ¿no? -replicó con un toque de ironía en la voz.
Durante un momento sentí renuencia de decirlo.
-Sí -dije por fin-. Déjeme ver otra vez a mi muerte.
-Ahora no -respondió-. Eres demasiado sólido.
-¿Perdón?
Echó a reír, y por alguna razón desconocida su risa ya no era ofensiva e insidiosa, como anteriormente. No pensé que fuera distinta, desde el punto de vista de su timbre, su volumen, o el espíritu que la animaba; el nuevo elemento era mi propio humor. En vista de mi muerte inminente, los miedos y la irritación eran tonterías.
-Entonces déjame hablar con las plantas -dije.
Rió a más no poder.
-Ahora eres demasiado bueno -dijo, aún entre risas-. Te vas de un extremo al otro. Apacíguate. No hay necesidad de hablar con las plantas a menos que quieras conocer sus secretos, y para eso necesitas el más recio de los empeños. Conque guárdate tus buenos deseos. Tampoco hay necesidad de ver a tu muerte. Basta con que sientas su presencia cerca de ti.

V. HACERSE RESPONSABLE

Martes, abril 11, 1961

Llegué a casa de don Juan temprano en la mañana del domingo 9 de abril.
-Buenos días, don Juan -dije-. ¡Qué gusto me da verlo!
Él me miró y echó a reír suavemente. Se había acercado a mi coche cuando yo lo estacionaba, y mantuvo la puerta abierta mientras yo reunía unos paquetes de comida que le llevaba.
Caminamos hasta la casa y nos sentamos junto a la puerta.
Ésta era la primera vez que yo tenía verdadera conciencia de lo que hacía allí. Durante tres meses había aguardado con impaciencia el retorno al "campo". Fue como si una bomba de tiempo puesta dentro de mí hubiera estallado, y de pronto recordé algo que me era trascendente. Recordé que una vez en mi vida había sido muy paciente y eficaz.
Antes de que don Juan pudiese decir algo, le hice la pregunta que pesaba sobre mi mente. Llevaba tres meses obsesionado por la imagen del halcón albino. ¿Cómo supo él de eso, cuando yo mismo lo había olvidado?
Rió sin responder. imploré que me contestara.
-No fue nada -dijo con su convicción de costumbre-. Cualquiera puede darse cuenta de que eres extraño. Estás adormilado, eso es todo.
Sentí que nuevamente estaba minando mis defensas y empujándome a un rincón donde yo no tenía deseos de hallarme.
-¿Es posible ver nuestra muerte? -pregunté, en un intento por seguir dentro del tema.
-Claro -dijo riendo-. Está aquí con nosotros.
-¿Cómo lo sabe usted?
-Soy viejo; con la edad uno aprende toda clase de cosas.
-Yo conozco mucha gente vieja, pero jamás ha aprendido esto. ¿Por qué usted sí?
-Bueno, digamos que conozco toda clase de cosas porque no tengo historia personal, y porque no me siento más importante que ninguna otra cosa, y porque mi muerte está sentada aquí conmigo.
Extendió el brazo izquierdo y movió los dedos como si en verdad acariciara algo.
Reí. Supe a dónde me llevaba. El viejo endemoniado iba a apalearme de nuevo, probablemente con lo de mi importancia, pero esta vez no me molestaba. El recuer-

do de haber tenido otrora una paciencia magnifica me llenaba de una extraña euforia tranquila que disipaba casi por entero mi nerviosismo y mi intolerancia hacia don Juan; lo que sentía en vez de eso era una cierta maravilla por sus actos.
-¿Quién es usted en realidad? -pregunté.
Pareció sorprenderse. Abrió desmesuradamente los ojos y parpadeó como un ave, bajando los párpados como un obturador. Bajaron y subieron de nuevo y los ojos conservaron su enfoque. La maniobra me sobresaltó; me eché hacia atrás, y él rió con abandono infantil.
-Para ti soy Juan Matus, y estoy a tus órdenes -dijo con exagerada cortesía.
Formulé entonces mi otra pregunta candente:
-¿Qué me hizo usted el primer día que nos vimos?
Me refería a la forma en que me miró.
-¿Yo? Nada -repuso en tono de inocencia.
Le describí cómo me había sentido cuando él me miró, y lo incongruente que para mí resultó el que eso me dejara mudo.
Rió hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas. Volví a sentir un brote de animosidad hacia él. Pensé que, mientras yo era tan serio y considerado, él se porta muy "indio" con sus modales bastos.
Pareció darse cuenta de mi estado de ánimo y dejó de reír de un momento a otro.
Tras un largo titubeo le dije que su risa me había molestado porque yo trataba seriamente de entender qué cosa me ocurrió.
-No hay nada que entender -repuso, impasible.
Le repasé la secuencia de hechos insólitos que habían tenido lugar desde que lo conocí, empezando con la mirada misteriosa que me había dirigido, hasta el recuerdo del halcón albino y el percibir en el peñasco la sombra que según él era mi muerte.
-¿Por qué me hace usted todo esto? -pregunté.
No había beligerancia en mi interrogación. Sólo tenía curiosidad de saber por qué me lo hacía a mí en particular.
-Tú me pediste que te enseñara lo que sé de las plantas -dijo.
Noté en su voz un matiz de sarcasmo. Sonaba como si estuviera siguiéndome la corriente.
-Pero lo que me ha dicho hasta ahora no tiene nada que ver con plantas -protesté.
Su respuesta fue que aprender sobre ellas tomaba tiempo.
Sentí que era inútil discutir con él. Tomé conciencia entonces de la idiotez total de los propósitos fáciles y absurdos que me había hecho. En mi casa. me prometí nunca más perder los estribos ni irritarme con don Juan. Pero ya en la situación real, apenas me sentí desairado tuve otro ataque de malhumor. Sentía que no había manera de interactuar con él y eso me llenaba de risa.
-Piensa ahora en tu muerte -dijo don Juan de pronto-. Está al alcance de tu brazo. Puede tocarte en cualquier momento, así que de veras no tienes tiempo para pensamientos y humores de cagada. Ninguno de nosotros tiene tiempo para eso.
"¿Quieres saber qué te hice el día que nos conocimos? Te vi, y vi que tú creías que estabas mintiendo. Pero no lo estabas, en realidad."
Le dije que esta explicación me confundía más aún. Repuso que ése era el motivo de que no quisiera explicar sus actos, y que las explicaciones no eran necesarias. Dijo que lo único que contaba era la acción, actuar en vez de hablar.
Sacó un petate y se acostó, apoyando la cabeza en un bulto. Se puso cómodo y luego me dijo que había otra cosa que yo debía realizar si verdaderamente quería aprender de plantas.
-Lo que andaba mal contigo cuando te vi, y lo que anda mal contigo ahora, es que no te gusta aceptar la responsabilidad de lo que haces -dijo despacio, como para darme tiempo de entender sus palabras-. Cuando me estabas diciendo todas esas cosas en la terminal, sabías muy bien que eran mentiras. ¿Por qué mentías?
Expliqué que mi objetivo había sido hallar un "informante clave" para mi trabajo.
Don Juan sonrió y empezó a tararear una tonada.

-Cuando un hombre decide hacer algo, debe ir hasta él fin -dijo-, pero debe aceptar responsabilidad por lo que hace. Haga lo que haga, primero debe saber por qué lo hace, y luego seguir adelante con sus acciones sin tener dudas ni remordimientos acerca de ellas.
Me examinó. No supe qué decir. Finalmente aventuré una opinión, casi una protesta.
-¡Eso es una imposibilidad! -dije.
Me preguntó por qué y dije que acaso, idealmente, eso era lo que todos pensaban que debían hacer. En la práctica, sin embargo, no había manera de evitar la duda y el remordimiento.
Claro que hay manera -repuso con convicción.
-Mírame a mí -dijo-. Yo no tengo duda ni remordimiento. Todo cuanto hago es mi decisión y mi responsabilidad. La cosa. más simple que haga, llevarte a caminar en el desierto, por ejemplo, puede muy bien significar mi muerte. La muerte me acecha. Por eso, no tengo lugar para dudas ni remordimientos. Si tengo que morir como resultado de sacarte a caminar, entonces debo morir.
"Tú, en cambio, te sientes inmortal, y las decisiones de un inmortal pueden cancelarse o lamentarse o dudarse. En un mundo donde la muerte es el cazador, no hay tiempo para lamentos ni dudas, amigo mío. Sólo hay tiempo para decisiones."
-Argumenté, de buena fe, que en mi opinión ése era un mundo irreal, pues se construía arbitrariamente, tomando una forma idealizada de conducta y diciendo que ésa era la manera de proceder.
Le narré la historia de mi padre, que solía lanzarme interminables sermones sobre las maravillas de mente sana en cuerpo sano, y cómo los jóvenes debían templar sus cuerpos con penalidades y con hazañas de competencia atlética. Era un hombre joven: cuando yo tenía ocho años él andaba apenas en los veintisiete. Por regla general, durante el verano, llegaba de la ciudad, donde daba clases en una escuela, a pasar por lo menos un mes conmigo en la granja de mis abuelos, donde yo vivía. Era para mí un mes infernal. Conté a don Juan un ejemplo de la conducta de mi padre, el cual me pareció aplicable a la situación inmediata.
Casi inmediatamente después de llegar a la granja, mi padre insistía en dar un largo paseo conmigo, para que pudiéramos hablar, y mientras hablábamos hacía planes para que fuésemos a nadar todos los días a las seis de la mañana. En la noche, ponía el despertador a las cinco y media para tener tiempo suficiente, pues a las seis en punto debíamos estar en el agua. Y cuando el reloj sonaba en la mañana, él saltaba del lecho, se ponía los anteojos, iba a la ventana y se asomaba.
Yo incluso había memorizado el monólogo subsiguiente.
-Hum... Un poco nublado hoy. Mira, voy a acostarme otros cinco minutos, ¿eh? ¡No más de cinco! Sólo voy a estirar los músculos y a despertar del todo.
Invariablemente se quedaba dormido hasta las diez, a veces hasta mediodía.
Dije a don Juan que lo que me molestaba era su negación a abandonar sus resoluciones obviamente falsas. Repetía este ritual cada mañana, hasta que yo finalmente hería sus sentimientos rehusándome a poner el despertador.
-No eran resoluciones falsas -dijo don Juan, evidentemente tomando partido por mi padre-. Nada más no sabía cómo levantarse de la cama, eso era todo.
-En cualquier caso -dije-, siempre recelo de las resoluciones irreales.
-¿Cuál sería entonces una resolución real? -preguntó don Juan con leve sonrisa.
-Si mi padre se hubiera dicho que no podía ir a nadar a las seis de la mañana, sino tal vez a las tres de la tarde.
-Tus resoluciones dañan el espíritu -dijo don Juan con aire de gran seriedad.
Me pareció incluso percibir, en su tono, una nota de tristeza. Estuvimos callados largo tiempo. Mi inquina se había desvanecido. Pensé en mi padre.
-No quería nadar a las tres de la tarde. ¿No ves? -dijo don Juan.

Sus palabras me hicieron saltar.
Le dije que mi padre era débil, y lo mismo su mundo de actos ideales jamás ejecutados. Hablé casi a gritos.
Don Juan no dijo una sola palabra. Sacudió la cabeza lentamente, en forma rítmica. Me sentí terriblemente triste. El pensar en mi padre siempre me afligía.
-Piensas que tú eras más fuerte, ¿verdad? -preguntó él en tono casual.
Le dije que sí, y empecé a narrarle toda la turbulencia emotiva que mi padre me hizo atravesar, pero él me interrumpió.
¿Era malo contigo? -preguntó.
-No.
-¿Era mezquino -contigo?
-No.
-¿Hacía por ti todo lo que podía?
-Si.
-¿Entonces qué tenía de malo?
De nuevo empecé a gritar que era débil, pero me contuve y bajé la voz. Me sentía un poco ridículo ante el interrogatorio de don Juan.
-¿Para qué hace usted todo esto? -dije-. Se supone que deberíamos estar hablando de plantas.
Me sentía más molesto y deprimido que nunca. Le dije que él no tenía motivo alguno, ni la más mínima capacidad, para juzgar mi conducta, y estalló en una carcajada.
-Cuando te enojas siempre te crees en lo justo, ¿verdad? -dijo, y parpadeó como ave.
Estaba en lo cierto. Yo tenía la tendencia a sentirme justificado por mi enojo.
-No hablemos de mi padre -dije-, fingiendo buen humor-. Hablemos de plantas.
-No, hablemos de tu padre -insistió él-. Ése es el sitio donde hay que comenzar hoy. Si piensas que eras mucho más fuerte que él, ¿por qué no ibas a nadar a las seis de la mañana en lugar suyo?
Le dije que no podía creer que me estuviera preguntando eso en serio. Siempre había pensado que nadar a las seis de la mañana era asunto de mi padre, no mío.
-También era asunto tuyo desde el momento en que aceptaste su idea -dijo don Juan con brusquedad.
Repuse que nunca la había aceptado, que siempre había sabido que mi padre no era veraz consigo mismo. Don Juan me preguntó, como si tal cosa, por qué no había yo expresado entonces mis opiniones.
-Uno no le dice esas cosas a su padre -dije, en débil explicación.
-¿Por qué no?
-Eso no se hacía en mi casa, es todo.
-Tú has hecho cosas peores en tu casa -declaró como un juez desde el tribunal-. Lo único que nunca hiciste fue lustrar tu espíritu.
Sus palabras, llenas de fuerza devastadora, resonaron en mi mente. Derribó todas mis defensas. No podía yo discutir con él. Tomé refugio en la escritura de mis notas. Intenté una última explicación desvaída y dije que toda mi vida había encontrado gente como mi padre, que al igual que él me habían metido de algún modo en sus maquinaciones, y por lo general me dejaron colgado.
-Lamentos -dijo él con suavidad-. Te has lamentado toda tu vida porque nunca te haces responsable de tus decisiones, si te hubieras hecho responsable de la idea que tu padre tenía que nadar a las seis de la mañana, habrías nadado tú solo en caso necesario, o lo hubieras mandado a callar la primera vez que abrió la boca cuando ya conocías sus mañas. Pero no dijiste nada. Por tanto, eras tan débil como tu padre.
"Hacernos responsables de nuestras decisiones significa estar dispuestos a morir por ellas."
-¡Espere, espere -dije-. Está usted enredando todo.
No me dejó terminar. Yo iba a decirle que sólo había usado a mi padre como ejemplo de una forma irreal de actuar, y que nadie en su sano juicio estaría dispuesto a morir por una cosa tan idiota.
-No importa cuál sea la decisión -dijo él-. Nada podría ser más ni menos serio que ninguna otra cosa. ¿No ves? En un mundo donde la muerte es el cazador no hay decisiones grandes ni pequeñas. Sólo hay decisiones que hacemos a la vista de nuestra muerte inevitable.

No pude decir nada. Transcurrió quizás una hora. Don Juan se hallaba perfectamente inmóvil sobre su petate, aunque no dormía.

-¿Por qué me dice usted todo esto, don Juan? -pregunté-. ¿Por qué me hace esto?

-Tú viniste conmigo -dijo él-. No, no fue ése el caso: te trajeron conmigo. Y yo tengo un gesto contigo.

-¿Cómo dice usted?

-Tú habrías podido tener un gesto con tu padre nadando en su lugar, pero no lo hiciste, a lo mejor porque eras demasiado joven. Yo he vivido más que tú. No tengo nada pendiente. No hay ninguna prisa en mi vida, por eso puedo tener contigo un gesto como es debido.

En la tarde salimos de excursión. Mantuve con facilidad su paso y me maravillé nuevamente de su estupenda condición física. Caminaba con tanta agilidad, y con pisada tan firme, que junto a él yo era como un niño. Fuimos más o menos hacia el este. Noté que no le gustaba hablar mientras caminábamos. Si yo le decía algo, se detenía para responderme

Tras un par de horas llegamos a un monte; tomó asiento y me hizo seña de sentarme a su lado. En tono de dramatismo paródico, anunció que iba a contarme un cuento.

Dijo que había una vez un joven, un indio desheredado que vivía entre los blancos, en una ciudad. No tenía casa, ni parientes, ni amigos. Había llegado a la ciudad en busca de fortuna y sólo encontró miseria y dolor. De vez en cuando ganaba algunos centavos trabajando como mula: apenas lo bastante para un bocado; de lo contrario tenía que mendigar o robar comida.

Don Juan dijo que cierto día el joven fue al mercado. Caminó ofuscado de un lado a otro de la calle, con los ojos locos de ver todas las cosas buenas allí reunidas. Sufría tal frenesí que no veía por dónde caminaba, y terminó tropezando con unas canastas y cayendo encima de un anciano.

El viejo llevaba cuatro enormes guajes y acababa de sentarse a comer y descansar. Don Juan sonrió con aire sapiente y dijo que al anciano le pareció muy raro que el joven hubiese tropezado con él. No se enojó por la molestia; lo asombraba el porqué este joven en particular le había caído encima. El joven, en cambio, estaba enojado y le dijo que se quitara del paso. Para nada le preocupaba la razón recóndita del encuentro. No había advertido que los caminos de arribos se habían cruzado.

Don Juan imitó los movimientos de quien persigue un objeto que rueda. Dijo que los guajes del anciano cayeron y rodaban calle abajo. Al verlos, el joven pensó haber hallado su comida para ese día.

Ayudó al viejo a levantarse e insistió en ayudarlo a cargar los pesados guajes. El viejo le dijo que iba camino a su casa en las montañas, y el joven insistió en acompañarlo, por lo menos parte del camino.

El viejo tomó el camino a las montañas, y mientras caminaban dio al joven parte de la comida que había comprado en el mercado. El joven comió hasta llenarse y, ya satisfecho, empezó a notar cuánto pesaban los guajes y los aferró con fuerza.

Don Juan abrió los ojos y sonrió diabólicamente al decir que el joven preguntó: "¿Qué lleva usted en estos guajes?" El anciano, en vez de responder, le dijo que iba a mostrarle un compañero que podía aliviar sus penas y darle consejo y sabiduría en los caminos del mundo.

Don Juan hizo un gesto majestuoso con ambas manos y dijo que el anciano hizo venir al venado más hermoso que el joven había visto en su vida. El venado era tan manso que se acercó a él y caminó en torno suyo. Resplandecía y brillaba. El joven, cautivado, supo en el acto que se trataba de un "espíritu venado". El viejo le dijo que, si deseaba tener ese amigo y su sabiduría, lo único que debía hacer era soltar los guajes.

La sonrisa de don Juan expresó ambición; dijo que los deseos mezquinos del joven se avivaron al oír tal petición. Los ojos de don Juan se hicieron pequeños y diabólicos cuando prestó voz a la pregunta del joven: "¿Qué lleva usted en estos cuatro guajes enormes?"

El anciano, dijo don Juan, repuso serenamente que llevaba comida: pinole y agua.
Don Juan dejó de narrar la historia y caminó en circulo un par de veces. Yo no supe qué estaba haciendo. Pero aparentemente era parte de la historia. El círculo parecía representar las deliberaciones del joven.
Don Juan dijo que, por supuesto, el joven no creyó una sola palabra. Calculó que si el viejo, quien obviamente era un brujo, se hallaba dispuesto a dar un "espíritu venado" a cambio de sus guajes, éstos debían estar llenos de un poder más allá de lo imaginable.
Don Juan contrajo nuevamente su rostro en una .sonrisa demoniaca y dijo que el joven declaró que deseaba quedarse con los guajes. Hubo una larga pausa que al parecer marcaba el final del cuento. Don Juan permaneció callado, pero me sentí seguro de que deseaba una pregunta mía, y la hice.
-¿Qué pasó con el joven?
-Se llevó los guajes -repuso él con una sonrisa de satisfacción.
Hubo otra larga pausa. Reí. Pensé que éste había sido un verdadero "cuento de indios".
Los ojos de don Juan brillaban; me sonreía. La circundaba un aire de inocencia. Empezó a reír en suaves estallidos y me preguntó:
-¿No quieres saber de los guajes?
-Claro que quiero saber. Creí que allí acababa el cuento.
-Oh no -dijo con una luz maliciosa en los ojos-. El joven tomó sus guajes y corrió a un sitio apartado y los abrió.
-¿Qué halló? -pregunté.
Don Juan me observó y tuve el sentimiento de que se hallaba al tanto de mi gimnasia mental. Meneó la cabeza, riendo por lo bajo.
-Bueno -lo insté-. ¿Estaban vacíos los guajes?
-Sólo había pinole y agua adentro de los guajes -dijo él-. Y el joven, en un arranque de furia, los rompió contra las piedras.
Dije que su reacción era natural: cualquiera en su lugar habría hecho lo mismo. La respuesta de don Juan fue que el joven era un tonto que no sabía lo que andaba buscando. Ignoraba lo que era el "poder", de modo que no podía decir si lo había encontrado o no. No se hizo responsable de su decisión, por ello lo enfureció su error. Esperaba ganar algo y en vez de ello no obtuvo nada. Don Juan especuló que, si yo hubiera sido el joven y hubiese seguido mis inclinaciones, me habría entregado a la furia y al remordimiento para, sin duda, pasar el resto de mi vida compadeciéndome por lo que había perdido.
Luego explicó la conducta del viejo. Astutamente, alimentó al joven para darle el "valor de un estómago lleno", de modo que el joven, al hallar sólo comida en los guajes, los rompió en un arrebato de ira.
-Si hubiera estado consciente de su decisión y se hubiera hecho responsable de ella -dijo don Juan-, se habría dado por bien satisfecho con la comida. Y a lo mejor hasta se hubiera dado cuenta de que esa comida también era poder.

VI. VOLVERSE CAZADOR

Viernes, junio 23, 1961

APENAS tomé asiento empecé a bombardear a don Juan con preguntas. Él no respondió y, con un ademán impaciente, me indicó guardar silencio. Parecía estar de humor grave.
-Estaba pensando que no has cambiado nada en el tiempo que llevas tratando de aprender los asuntos de las plantas -dijo en tono acusador.
Empezó a pasar revista, en alta voz, a todos los cambios de personalidad que me había recomendado emprender. Dije que había considerado muy seriamente el asunto, y hallado que no me era posible cumplirlos porque cada uno era contrario a mi esencia. Replicó que considerar el asunto no era suficiente, y que lo que me había dicho no era ningún chiste. Insistí en que, pese a lo poco que había hecho. en lo referente a ajustar mi vida personal a

sus ideas, yo quería realmente aprender los usos de las plantas.
Tras un silencio largo e incómodo, le pregunté con audacia:
-¿Me va usted a enseñar cómo usar el peyote, don Juan?
Dijo que mis intenciones por sí solas no eran suficientes, y que conocer los asuntos del peyote -lo llamó "Mescalito" por vez primera- era cosa seria. Al parecer, no había nada más que decir.
pero, al anochecer, me puso una prueba; planteó un problema sin darme ninguna pista para su resolución: hallar un sitio benéfico en el área frente a su puerta, donde siempre nos sentábamos a hablar; un sitio donde supuestamente pudiera sentirme perfectamente feliz y vigorizado. Durante el curso de la noche, mientras rodaba en el suelo tratando de hallar el "sitio", noté dos veces un cambio de coloración en el piso de tierra, uniformemente oscuro, del área designada.
El problema me agotó y me quedé dormido en uno de los lugares donde percibí el cambio de color. En la mañana, don Juan me despertó para anunciar que mi experiencia había tenido gran éxito. No sólo había hallado el sitio benéfico que buscaba, sino también su opuesto, un sitio enemigo o negativo, y los colores asociados con ambos.

Sábado, junio 24, 1961

Temprano en la mañana salimos al chaparral. Mientras caminábamos, don Juan me explicó que hallar un sitio "benéfico" o "enemigo" era una importante necesidad para un hombre en el desierto. Quise llevar la conversación hacia el tema del peyote, pero él rehusó, de plano, hablar de eso. Me advirtió que no debía haber mención del asunto, a menos que él mismo lo planteara.
Nos sentamos a descansar a la sombra de unos arbustos altos, en una zona de vegetación densa. El chaparral en torno no estaba aún enteramente seco: el día era caluroso y las moscas me acosaban de continuo, pero no parecían molestar a don Juan. Me pregunté si él simplemente las ignoraba, pero luego advertí que no se posaban jamás en su rostro.
-A veces es necesario hallar aprisa un sitio benéfico, a campo abierto -prosiguió don Juan-. O a lo mejor es necesario determinar aprisa si el sitio en que uno va a descansar es o no un mal sitio. Una vez, nos sentamos a descansar junto a un cerro y tú te pusiste muy enojado y molesto. Ese sitio era enemigo tuyo. Un cuervito te lo advirtió, ¿recuerdas?
Recordé que él me había dicho, con énfasis, que evitase en lo futuro aquella zona. También recordé haberme enojado porque don Juan no me dejó reír.
-Creí que el cuervo que pasó volando en esa ocasión era una señal para mí solo -dijo-. Nunca se me hubiera ocurrido pensar que los cuervos fuesen también amigos tuyos.
-¿De qué habla usted?
-El cuervo era un augurio -prosiguió-. Si supieras cómo son los cuervos, le habrías huido a ese sitio como a la peste. Pero no siempre hay cuervos que den la advertencia, y tú debes aprender a hallar, por ti mismo, un sitio apropiado para acampar o descansar.
Tras una larga pausa, don Juan se volvió, de repente hacia mí y dijo que, para hallar el sitio apropiado donde descansar, sólo tenía uno que cruzar los ojos. Me dirigió una mirada sapiente y, en tono confidencial, dijo que yo había hecho precisamente eso cuando rodaba en el pórtico de su casa, y que así pude hallar dos sitios y sus colores. Me hizo saber que mi hazaña lo impresionaba.
-No sé en verdad qué cosa hice -dije.
-Cruzaste los ojos -repitió con énfasis-. Ésa es la técnica; eso debes haber hecho, aunque no te acuerdes.
Don Juan me describió la técnica, cuyo perfeccionamiento llevaba años; consistía en forzar gradualmente a los ojos a ver por separado la misma imagen. La carencia de conversión en la imagen involucraba una percepción doble del mundo; esta doble percepción, según don Juan, daba a

uno oportunidad de evaluar cambios en el entorno, que los ojos eran por lo común incapaces de percibir.
Don Juan me animó a hacer la prueba. Me aseguró que no dañaba la vista. Dijo que yo debía empezar lanzando miradas cortas, casi con el rabo del ojo. Señaló un gran arbusto y me puso el ejemplo. Tuve un sentimiento extraño al verlo dirigir miradas increíblemente rápidas al arbusto. Sus ojos me recordaban los de un animal mañoso que no puede mirar de frente. Caminamos cosa de una hora mientras yo trataba de no enfocar mi vista en nada. Luego don Juan me pidió empezar a separar las imágenes percibidas por cada uno de mis ojos. Después de otra hora, o algo así, me dio una jaqueca terrible y tuve que pararme.
-¿Crees que podrías hallar, tú solo, un sitio apropiado para que descansemos? -preguntó.
Yo no tenía idea de cuál era el criterio acerca de un "sitio apropiado". Me explicó pacientemente que mirar en vistazos cortos permitía a los ojos apresar visiones insólitas.
-¿Como qué? -pregunté.
-No son visiones propiamente dichas -dijo él-. Son más bien sensaciones. Si miras un arbusto o un árbol o una piedra donde tal vez te gustaría descansar, tus ojos pueden darte a sentir si ése es o no el mejor sitio de reposo.
De nuevo lo insté a describir qué eran aquellas sensaciones, pero él no podía describirlas o bien, sencillamente, no quería. Dijo que yo debía practicar eligiendo un sitio, y él entonces me diría si mis ojos estaban trabajando o no.
En cierto momento percibí lo que me pareció un guijarro que reflejaba luz. No podía verlo si enfocaba en él mis ojos, pero recorriendo el área con vistazos rápidos percibía una especie de resplandor leve. Señalé a don Juan el sitio. Se hallaba en medio de una zona llana, sin sombra, privada de arbustos densos. Don Juan rió a carcajadas y luego me preguntó por qué había elegido ese lugar específico. Expliqué que estaba viendo un resplandor.
-No me importa lo que veas -dijo-. Daría igual que estuvieras viendo un elefante. Lo importante es qué cosa sientes.
Yo no sentía nada en absoluto. Él me lanzó una mirada misteriosa y dijo que habría querido ser cortés y sentarse a descansar allí conmigo, pero que iba a sentarse en otro sitio mientras yo probaba mi elección. Tomé asiento; él me observaba con curiosidad a diez o doce metros de distancia. Tras unos minutos empezó a reír fuerte. Por algún motivo su risa me ponía nervioso. Me irritaba sobremanera. Sentí que se burlaba de mí y eso me enojó. Empecé a poner en duda los motivos que me empujaban para estar allí. Había algo definitivamente erróneo en la manera como toda mi empresa con don Juan iba desarrollándose. Sentí ser un simple peón en sus garras.
De pronto don Juan me embistió, a toda velocidad, y tomándome del brazo me arrastró en peso tres o cuatro metros. Me ayudó a incorporarme y se enjugó el sudor de la frente. Noté entonces que se había esforzado hasta el límite. Me palmeó la espalda y dijo que yo había elegido el sitio equivocado y que él tuvo que rescatarme a toda prisa, porque vio que el sitio estaba a punto de apoderarse de todos mis sentimientos. Reí. La imagen de don Juan embistiéndome era muy graciosa. Había corrido verdaderamente como un joven. Sus pies se movían como si aferrara la suave tierra roja del desierto para catapultarse sobre mí. Yo lo había visto reír y luego, en cosa de segundos, me estaba jalando del brazo.
Tras un rato me instó a seguir buscando un sitio adecuado para descansar. Reanudamos el camino, pero no noté ni "sentí" nada. Quizá, de haberme hallado menos tenso, otro hubiera sido el caso. Pero había cesado mi enojo contra don Juan. Por fin, él señaló unas rocas y nos detuvimos.
-No te descorazones -dijo-. Lleva mucho tiempo educar a los ojos como se debe.
No dije nada: No iba a descorazonarme por algo que no entendía en modo alguno. Sin embargo, debía admitir que ya en tres

ocasiones, desde que comenzaron mis visitas a don Juan, me había enojado mucho, y me había agitado casi hasta el punto de enfermarme, hallándome sentado en sitios que él llamaba malos.

-El truco es sentir con los ojos -dijo-. Tu problema es el no saber qué sentir. Pero ya te vendrá, con la práctica.

-Quizá usted debería decirme, don Juan, qué es lo que debo sentir.

-Eso es imposible.

-¿Por qué?

-Nadie puede decirte lo que debes sentir. No es calor, ni luz, ni brillo, ni color. Es otra cosa.

-¿No puede usted describirla?

-No. Sólo puedo darte la técnica. Una vez que aprendas a separar las imágenes y veas dos de cada cosa, debes poner atención en el espacio entre las dos imágenes. Cualquier cambio digno de notarse ocurrirá allí, en ese espacio.

-¿Qué clase de cambios son?

-Eso no importa. El sentimiento que recibes es lo que cuenta. Cada hombre es distinto. Tú viste hoy un resplandor, pero eso no quería decir nada porque faltaba el sentimiento. No te puedo decir cómo sentirte. Eso debes aprenderlo tú solo.

Descansamos un rato en silencio. Don Juan se cubrió la cara con el sombrero y permaneció inmóvil, como dormido. Yo me absorbí en escribir mis notas, hasta que un súbito movimiento suyo me sobresaltó. Se enderezó abruptamente y me encaró, ceñudo.

-Tienes facilidad para la cacería -dijo-. Y eso es lo que debes aprender: a cazar. Ya no vamos a hablar de plantas.

Infló las quijadas un instante; luego añadió con candidez:

-De todos modos creo que nunca hablamos, ¿verdad?- y rió.

Pasamos el resto del día caminando en todas direcciones, mientras él me daba una explicación increíblemente detallada acerca de las serpientes de cascabel. La forma en que anidan, la forma en que se desplazan, sus hábitos de temporada, sus caprichos de conducta. Luego procedió a corroborar cada uno de los puntos señalados y finalmente atrapó y mató una serpiente grande; le cortó la cabeza, la destripó, la despellejó y asó la carne. Sus movimientos tenían tal gracia y habilidad que ya el estar cerca de él era un placer. Yo lo había escuchado y observado, inmerso. Mi concentración era tan completa que el resto del mundo había desaparecido prácticamente para mí.

Comer la serpiente fue un duro retorno al mundo de los asuntos ordinarios. Sentí náusea al empezar a mascar un bocado de carne. El asco no tenía fundamento, pues la carne era deliciosa, pero mi estómago parecía ser una unidad independiente. Apenas me fue posible pasarlo. Pensé que don Juan sufriría un ataque cardiaco de tanto reírse.

Después nos sentamos a reposar a nuestras anchas a la sombra de unas rocas. Empecé a trabajar en mis notas, y lo copiosas que eran me hizo darme cuenta de que don Juan me había dado una cantidad asombrosa de información sobre las serpientes de cascabel.

-Tu espíritu de cazador ha vuelto a ti -dijo él de pronto, con rostro grave-. Ahora estás enganchado.

-¿Cómo dijo?

Quise que detallara su afirmación de que me hallaba enganchado, pero él sólo rió y la repitió.

-¿Cómo estoy enganchado? -insistí.

-Los cazadores siempre cazan -dijo-. Yo también soy cazador.

-¿Quiere usted decir que caza para vivir?

-Cazo para poder vivir. Puedo vivir de la tierra, en cualquier parte.

Indicó con un ademán todo el derredor.

-Ser cazador significa, que uno conoce mucho -prosiguió-. Significa que uno puede ver el mundo en formas distintas. Para ser cazador, hay que estar en perfecto equilibrio con todo lo demás; de lo contrario la caza sería una faena sin sentido. Por ejemplo, hoy agarramos una culebrita. Tuve que pedirle disculpas por quitarle la vida tan de repente y tan definitivamente; hice lo que hice sabiendo que mi

propia vida se cortará algún día en una forma muy semejante: repentina y definitiva. Así que, a fin de cuentas, nosotros y las culebras estamos parejos. Una de ellas nos alimentó hoy.
-Jamás concebí un equilibrio de ese tipo cuando cazaba -dije.
-Eso no es cierto. Tú no matabas animales por las puras. Tú y tu familia se comían la caza.
Sus afirmaciones tenían la convicción de alguien que hubiera estado allí presente. Por supuesto, tenía razón. Hubo épocas en las que yo proveía la carne de caza que completaba ocasionalmente la dieta familiar.
-¿Cómo lo supo usted? -pregunté tras un momento de titubeo.
-Hay ciertas cosas que sé, así nomás -dijo-. No puedo decirte cómo.
Le conté que mis parientes, con mucha seriedad, llamaban "perdices" a todas las aves que yo cobraba.
Don Juan dijo que podía imaginárselos llamando "una perdiz chiquita" a un gorrión, y añadió una versión cómica de la manera como lo masticarían. Los extraordinarios movimientos de su quijada me hicieron sentir que en efecto estaba masticando un pájaro entero, con huesos y todo.
-De verdad creo que tienes buena mano para cazar -dijo, mirándome con fijeza-. Y nos estábamos yendo por donde no era. A lo mejor estarás dispuesto a cambiar tu forma de vida para volverte cazador.
Me recordó que, con sólo un poco de esfuerzo por mi parte, yo había descubierto que en el mundo había sitios buenos y malos para mí; añadió que también había hallado los colores específicos asociados con ellos.
-Eso significa que tienes facilidad para la caza -declaró-. No cualquiera hallaría sus sitios y sus colores al mismo tiempo.
Ser cazador sonaba bonito y romántico, pero me resultaba un absurdo porque a mí no me interesaba especialmente cazar.
-No tiene que interesarte ni que gustarte -repuso él a mi queja-. Tienes una inclinación natural. Creo que a los mejores cazadores nunca les gusta cazar; lo hacen bien, eso es todo.
Tuve el sentimiento de que don Juan, con su don de palabra, podía salir de cualquier atolladero; sin embargo, él afirmó que no le gustaba hablar.
-Es como lo que te dije de los cazadores. No es necesario que me guste hablar. Nada más tengo facilidad para ello y lo hago bien, eso es todo.
Su agilidad mental me hizo verdadera gracia.
-Los cazadores tienen que ser individuos excepcionalmente agudos -prosiguió-. Un cazador deja muy pocas cosas al azar. He estado tratando mil maneras de convencerte de que debes aprender a vivir en forma distinta. Hasta ahora no he podido. No había nada de lo que pudieras agarrarte. Ahora es diferente. He hecho volver tu viejo espíritu de cazador; a lo mejor cambias a través de él.
Protesté: no quería hacerme cazador. Le recordé que al principio sólo había querido que me hablara de plantas medicinales, pero él me había hecho apartarme a tal grado de mi propósito original, que ya no me era posible recordar claramente si en verdad había querido aprender de plantas.
-Eso está bueno -dijo él-. Realmente muy bueno. Si no tienes una imagen tan clara de lo que quieres, tal vez te hagas más humilde.
"Vamos a ponerlo de otro modo. Para tus fines, no importa en realidad que aprendas de plantas o de cacería. Tú mismo me lo has dicho. Te interesa todo lo que cualquiera pueda decirte. ¿No es cierto?"
Yo le había dicho eso tratando de definir el terreno de la antropología, y con el fin de reclutarlo como informante.
-Soy un cazador -dijo como si leyera mis pensamientos-. Dejo muy pocas cosas al azar. Quizá deba explicarte que aprendí a ser cazador. No siempre he vivido como vivo ahora. En cierto punto de mi vida tuve que cambiar. Ahora te estoy señalando el camino. Te estoy guiando. Sé lo que digo; alguien me enseñó todo esto. No lo inventé, ni lo aprendí por mí mismo.

-¿Quiere decir, don Juan, que tuvo un maestro?
-Digamos que alguien me enseñó a cazar como yo quiero enseñarte ahora -dijo rápidamente, y cambió el tema.
-Creo que en otro tiempo la caza era una de las mayores acciones que un hombre podía ejecutar -dijo-. Todos los cazadores eran hombres poderosos. De hecho, un cazador tenía que ser poderoso por principio de cuentas, para soportar los rigores de esa vida.
De pronto se me despertó la curiosidad. ¿Se refería acaso a una época anterior a la Conquista? Empecé a interrogarlo.
-¿Cuándo fue la época de que usted habla?
-En otro tiempo.
-¿Cuándo? ¿Qué significa "en otro tiempo"?
-Significa en otro tiempo, o a lo mejor significa ahora, hoy. No tiene importancia. En un tiempo todo el mundo sabía que un cazador era el mejor de los hombres. Ahora no todos lo saben, pero sí un número suficiente de personas. Yo lo sé, algún día tú lo sabrás. ¿Ves lo que quiero decir?
-¿Tienen los indios yaquis las mismas ideas acerca de los cazadores? Eso es lo que quiero saber.
-No necesariamente.
-¿Y los indios pimas?
-No todos. Pero algunos.
Nombré varios grupos indígenas vecinos. Quería comprometerlo a la declaración de que la caza era una creencia y práctica compartida por algún pueblo determinado. Pero como evitó responderme directamente, cambié el tema.
-¿Por qué hace usted todo esto por mí, don Juan? -pregunté.
Se quitó el sombrero y se rasgó las sienes en fingido desconcierto.
-Tengo un gesto contigo -dijo suavemente-. Otras personas han tenido contigo un gesto similar; algún día tú mismo tendrás el mismo gesto con otros: Digamos que esta vez me toca a mí. Un día descubrí que, si quería ser un cazador digno de respetarme a mí mismo, tenía que cambiar mi forma de vivir. Me gustaba lamentarme y llorar mucho. Tenía buenas razones para sentirme víctima. Soy indio y a los indios los tratan como a perros. Nada podía yo hacer para remediarlo, de modo que sólo me quedaba mi dolor. Pero entonces mi buena suerte me salvó y alguien me enseñó a cazar. Y me di cuenta de que la forma como vivía no valía la pena de vivirse... así que la cambié.
-Pero yo estoy contento con mi vida, don Juan. ¿Por qué tendría que cambiarla?
Empezó a cantar una canción ranchera, muy suavemente, y luego tarareó la tonada. Su cabeza oscilaba hacia arriba y hacia abajo, siguiendo el ritmo.
-¿Crees que tú y yo somos iguales? -preguntó con voz nítida.
La pregunta me agarró desprevenido. Experimenté en los oídos un zumbido peculiar, como si don Juan hubiera gritado, cosa que no hizo; sin embargo, su voz tenía un sonido metálico que reverberó en mis oídos.
Me rasqué, con el meñique izquierdo, el interior de la oreja del mismo lado. Desde hacía algún tiempo tenía comezón en las orejas, y había desarrollado una forma rítmica y nerviosa de frotarlas por dentro con el meñique de cualquier mano. El movimiento era, más exactamente, una sacudida de todo el brazo.
Don Juan observó mis movimientos con fascinación aparente.
-Bueno... ¿somos iguales? -preguntó.
-Por supuesto que somos iguales -dije.
Naturalmente, condescendía. Le tenía mucho afecto al anciano, aunque a veces no supiera qué hacer con él; sin embargo conservaba aún en el trasfondo de mi mente -sin que jamás fuera a darle voz- la creencia de que, siendo un estudiante universitario, un hombre del refinado mundo occidental, yo era superior a un indio.
-No -dijo él calmadamente-, no lo somos.
-Por supuesto que lo somos -protesté.
-No -dijo él con voz suave. No somos iguales. Yo soy un cazador y un guerrero, y tú eres un cabrón.
Quedé boquiabierto. No podía creer que don Juan hubiera dicho eso. Dejé caer mi

cuaderno y lo miré atónito y luego, por supuesto, me enfurecí.
Él me miró con ojos serenos y apacibles. Esquivé su mirada. Y entonces empezó a hablar. Pronunciaba claramente las palabras. Fluían sin interrupción ni misericordia. Dijo que yo alcahueteaba para otros. Que no planeaba mis propias batallas, sino las batallas de unos desconocidos. Que no me interesaba aprender de plantas ni de cacería ni de nada. Y que su mundo de actos, sentimientos, y decisiones precisas era infinitamente más efectivo que la torpe idiotez que yo llamaba "mi vida".
Cuando terminó, quedé mudo. Había hablado sin agresividad ni presunción, pero con tal fuerza, y a la vez tal sosiego, que yo ni siquiera estaba ya enojado.
Permanecimos en silencio. Me sentía apenado y no se me ocurría nada apropiado que decir. Esperé que él tomara la palabra. Transcurrieron las horas. Don Juan se inmovilizó gradualmente hasta que su cuerpo adquirió una rigidez extraña, casi atemorizante; su silueta se hizo difícil de discernir conforme la luz menguaba y finalmente, cuando todo estuvo negro a nuestro alrededor, pareció haberse disuelto en la negrura de las piedras. Su estado de inmovilidad era tan total que él parecía ya no existir.
Era medianoche cuando al fin me di cuenta de que don Juan podía quedarse inmóvil tal vez para siempre en ese desierto, en esas rocas, y que lo haría en caso necesario. Su mundo de actos, decisiones y sentimientos precisos era en verdad superior. Toqué calladamente su brazo, y el llanto me inundó.

VII. SER INACCESIBLE

Jueves, junio 29, 1961

NUEVAMENTE don Juan, como había hecho a diario durante casi una semana, me tuvo cautivado con su conocimiento de detalles específicos sobre el comportamiento de la caza. Explicó, y luego corroboró, varias tácticas de cacería basadas en lo que llamaba "los caprichos de las perdices". A tal grado me abstraje en sus explicaciones que todo un día transcurrió sin que yo notara el paso del tiempo. Incluso se me olvidó almorzar. Don Juan hizo notar, bromeando, que perder una comida era en mí algo insólito.
Al finalizar el día habíamos capturado cinco perdices en una trampa muy ingeniosa que él me enseñó a armar e instalar.
-Con dos nos alcanza -dijo, y soltó tres.
Luego me enseñó a asar perdices. Yo habría querido cortar unos arbustos y hacer una fosa para barbacoa como mi abuelo solía hacerla, forrada de ramas verdes y sellada con tierra, pero don Juan dijo que no había necesidad de dañar los arbustos, pues ya habíamos dañado a las perdices.
Cuando terminamos de comer, caminamos sin prisa alguna hacia un área rocosa. Tomamos asiento en una ladera de piedra arenisca y dije, en tono de chiste, que si él hubiera dejado el asunto en mis manos, yo habría cocinado a las cinco perdices, y que mi barbacoa hubiera sabido mucho mejor que su asado.
-Sin duda -dijo-. Pero si haces todo eso, tal vez nunca saldríamos enteros de este sitio.
-¿Qué quiere usted decir? -pregunté-. ¿Qué nos lo impediría?
-Los matorrales, las perdices, todo lo de aquí se juntaría.
-Nunca sé cuándo habla usted en serio -dije.
Hizo un gesto de impaciencia fingida y chasqueó los labios.
-Tienes una idea rara de lo que significa hablar en serio -dijo-. Yo río mucho porque me gusta reír, pero todo lo que digo es totalmente en serio, aunque no lo entiendas. ¿Por qué debería ser el mundo sólo como tú crees que es? ¿Quién te dio la autoridad para decir eso?
-No hay prueba de que el mundo sea de otro modo -dije.
Oscurecía. Me pregunté si no sería hora de regresar a casa de don Juan, pero él no parecía tener prisa y yo me divertía.

El viento era frío. De súbito, don Juan se puso en pie y me dijo que debíamos trepar a la cima del cerro y pararnos en un espacio libre de arbustos.
-No tengas miedo -dijo-. Soy tu amigo y veré que nada malo te ocurra.
-¿A qué se refiere usted? -pregunté con alarma.
Don Juan tenía una insidiosa facilidad para hacerme pasar del contento puro al susto sin fin.
-El mundo es muy extraño a esta hora del día -dijo-. A eso me refiero. Veas lo que veas, no tengas miedo.
-¿Qué cosa voy a ver?
-No sé todavía -dijo escudriñando la distancia hacia el sur.
No parecía preocupado. Yo también fijé la mirada en la misma dirección.
De pronto se irguió y, con la mano izquierda, señaló una zona oscura en el matorral del desierto.
-Allí está -dijo, como si hubiera estado esperando algo que de repente había aparecido.
-¿Qué es? -pregunté.
-Allí está -repitió-. ¡Mira! ¡Mira!
Yo no veía nada, sólo los arbustos.
-Ahora está aquí -dijo con gran urgencia en la voz-. Está aquí.
Una repentina racha de viento me golpeó en ese instante e hizo arder mis ojos. Miré hacia la zona en cuestión. No había absolutamente nada fuera de lo común.
-No veo nada -dije.
-Acabas de sentirlo -repuso. Ahora mismo. Se te metió en los ojos y te impidió ver.
-¿De qué habla usted?
-A propósito te traje a la punta de un cerro -dijo-. Aquí nos notamos mucho y algo se nos viene encima.
-¿Qué cosa? ¿El viento?
-No sólo el viento -dijo con severidad-. A ti te parece viento porque el viento es todo lo que conoces.
Esforcé los ojos mirando los arbustos. Don Juan estuvo un momento en silencio junto a mí y luego se adentró en el chaparral cercano y empezó a arrancar ramas grandes de los matorrales en torno; reunió ocho y formó un bulto. Me ordenó hacer lo mismo y pedir disculpas en voz alta a las plantas, por mutilarlas.
Cuando tuvimos dos bultos me hizo correr con ellos a la cima del cerro y acostarme bocabajo entre dos grandes rocas. Con tremenda rapidez acomodó las ramas de mi bulto para que me cubrieran todo el cuerpo; luego se cubrió en la misma forma y susurró, por entre las hojas, que observara yo cómo el supuesto viento dejaba de soplar una vez que nos volvíamos inconspicuos.
En cierto instante, para mi asombro total, el viento dejó realmente de soplar como don Juan había predicho. Ocurrió de modo tan gradual que yo no hubiera notado el cambio de no estar deliberadamente esperándolo. Durante un rato el viento silbó atravesando las hojas sobre mi cara y luego, poco a poco, todo quedó quieto en torno nuestro.
Susurré a don Juan que el viento había cesado y él respondió, también en un susurro, que no debía yo hacer ningún ruido o movimiento notorio, pues lo que llamaba el viento no era viento en absoluto, sino algo que tenía voluntad propia y era capaz de reconocernos.
Reí de nerviosismo.
En voz apagada, don Juan me llamó la atención con respecto a la quietud que nos rodeaba, y susurró que iba a ponerse en pie y yo debía seguirlo, apartando suavemente las ramas con la mano izquierda.
Nos incorporamos al mismo tiempo. Don Juan miró un momento la distancia hacia el sur y luego se volvió abruptamente para encarar el oeste.
-Traicionero. Muy traicionero -murmuró, señalando un área hacia el suroeste.
¡Mira! ¡Mira! -me instó.
Miré con toda la intensidad de que era capaz. Quería ver aquello a lo que él se refería, fuera lo que fuera, pero no advertí nada que no hubiera visto antes; había únicamente arbustos que parecían agitados por un viento suave: ondulaban.
-Aquí está -dijo don Juan.
En ese momento sentí una bocanada de

aire en la cara. Al parecer, el viento había en verdad empezado a soplar después de que nos levantamos. Yo no podía creerlo; tenía que haber una explicación lógica.
Don Juan soltó una risita suave y me dijo que no forzara mi cerebro buscando las razones.
-Vamos a juntar otra vez los arbustos -dijo-. No me gusta hacerles esto a las plantitas, pero hay que pararte.
Recogió las ramas que habíamos usado para cubrirnos y apiló piedras y tierra sobre ellas. Luego, repitiendo los movimientos que hicimos antes, cada uno de nosotros juntó otras ocho ramas. Mientras tanto, el viento soplaba sin cesar. Yo lo sentía encrespar el cabello en torno a mis oídos. Don Juan susurró que, una vez que me cubriese, yo no debía hacer el más leve sonido o movimiento. Con mucha rapidez puso las ramas sobre mi cuerpo, y luego se tendió y se cubrió a su vez.
Permanecimos en esa posición unos veinte minutos, y durante ese tiempo ocurrió un fenómeno extraordinario: el viento volvió a cambiar, de una racha dura y continua, a una vibración apacible.
Contuve el aliento, esperando la señal de don Juan. En un momento dado, apartó suavemente las ramas. Hice lo mismo y nos incorporamos. La cima del cerro estaba muy quieta. Sólo había una leve y suave vibración de hojas en el chaparral en torno.
Los ojos de don Juan se hallaban fijos en una zona de los matorrales al sur de nosotros.
-¡Allí está otra vez! -exclamó en voz recia.
Salté involuntariamente, casi perdiendo el equilibrio, y él me ordenó mirar, en tono fuerte e imperioso.
-¿Qué se supone que vea? -pregunté, desesperado.
Dijo que aquello, el viento o lo que fuese, era como una nube o un remolino que, bastante por encima del matorral, avanzaba dando vueltas hacia el cerro donde estábamos.
Vi un ondular formarse en los arbustos, a distancia.
-Ahí viene -me dijo don Juan al oído-. Mira cómo nos anda buscando.
En ese momento una racha de viento fuerte y constante golpeó mi rostro, como anteriormente. Pero esta vez mi reacción fue distinta. Me aterré. No había visto lo descrito por don Juan, pero sí un extraño escarceo agitando los arbustos. No deseando sucumbir al miedo, busqué deliberadamente cualquier tipo de explicación adecuada. Me dije que en la zona debía haber continuas corrientes de aire y don Juan, conocedor de toda la región, no sólo tenía conciencia de eso sino era capaz de calcular mentalmente su recurrencia. No tenía más que acostarse, contar y esperar que el viento amainara; y una vez de pie sólo le era necesario esperar que empezase de nuevo.
La voz de don Juan me arrancó de mis deliberaciones. Me decía que era hora de irse. Hice tiempo; quería quedarme para comprobar que el viento amainaría.
-Yo no vi nada, don Juan -dije.
-Pero notaste algo fuera de lo común.
-Quizá debería usted volver a decirme qué se suponía que viera.
-Ya te lo dije -repuso-. Algo que se esconde en el viento y parece un remolino, una nube, una niebla, una cara que da vueltas.
Don Juan hizo un gesto con las manos para describir un movimiento horizontal y uno vertical.
-Se mueve en una dirección específica -prosiguió-. Da tumbos o da vueltas. Un cazador debe conocer todo eso para moverse en forma correcta.
Quise decir algo para seguirle la corriente, pero se veía tan concentrado en dejar claro el tema, que no me atreví. Me miró un momento y aparté los ojos.
-Creer que el mundo sólo es como tú piensas, es una estupidez -dijo-. El mundo es un sitio misterioso. Sobre todo en el crepúsculo.
Señaló hacia el viento con un movimiento de barbilla.
-Esto puede seguirnos -dijo-. Puede fatigarnos, o hasta matarnos.
-¿Ese viento?

-A esta hora del día, en el crepúsculo, no hay viento. A esta hora sólo hay poder.
Estuvimos sentados en el cerro durante una hora. El viento sopló fuerte y constante todo ese tiempo.

Viernes, junio 30, 1961

AL declinar la tarde, después de comer, don Juan y yo nos instalamos en el espacio frente a su puerta. Tomé asiento en mi "sitio" y me puse a trabajar en mis notas. Él se acostó de espaldas, con las manos unidas sobre el estómago. Todo el día habíamos permanecido cerca de la casa por razón del "viento". Don Juan explicó que habíamos molestado adrede al viento, y que lo mejor era no buscarle tres pies al gato. Incluso debería dormir cubierto de ramas.
Una racha repentina hizo a don Juan incorporarse en un salto increíblemente ágil.
-Me lleva la chingada -dijo-. El viento te anda buscando.
-No puedo aceptar eso, don Juan -dije, riendo-. De veras no puedo.
No estaba terqueando; simplemente me resultaba imposible secundar la idea de que el viento tenía voluntad propia y andaba en mi busca, o de que realmente nos había localizado en la cima del cerro y se había lanzado contra nosotros. Dije que la idea de un "viento voluntarioso" era una visión del mundo bastante simplista.
-¿Entonces qué es el viento? -preguntó en tono de reto.
Con toda paciencia le expliqué que las masas de aire caliente y frío producen distintas presiones y que la presión hace a las masas de aire moverse en sentido vertical y horizontal. Me tomó un buen rato explicar todos los detalles de la meteorología básica.
-¿Quieres decir que el viento no es otra cosa que aire caliente y frío? -preguntó en tono desconcertado.
-Me temo que así es -dije, y en silencio gocé mi triunfo.
Don Juan parecía hallarse pasmado. Pero entonces me miró y soltó la risa.
-Tus opiniones son definitivas -dijo con un matiz de sarcasmo-. Son la última palabra, ¿no? Pues para un cazador, tus opiniones son pura mierda. No importa para nada que la presión sea uno o dos o diez; si vivieras aquí en el desierto sabrías que durante el crepúsculo el viento se transforma en poder. Un cazador digno de serlo, sabe eso y actúa de acuerdo.
-¿Cómo actúa?
-Usa el crepúsculo y ese poder oculto en el viento.
-¿Cómo?
-Si le conviene, el cazador se esconde del poder cubriéndose y quedándose quieto hasta que el crepúsculo pasa y el poder lo tiene envuelto en su protección.
Don Juan hizo gesto de envolver algo con las manos.
-Su protección es como un .....
Se detuvo en busca de una palabra, y sugerí "capullo".
-Eso es -dijo-. La protección del poder te encierra como un capullo. Un cazador puede quedarse a campo raso sin que ningún puma o coyote o bicho pegajoso lo moleste. Un león de montaña puede acercarse a la nariz del cazador y olfatearlo, y si el cazador no se mueve, el león se va. Te lo garantizo.
"En cambio, si el cazador quiere darse a notar, todo lo que tiene que hacer es pararse en la punta de un cerro a la hora del crepúsculo, y el poder lo acosará y lo buscará toda la noche. Por eso, si un cazador quiere viajar de noche, o quiere que lo tengan despierto, debe ponerse al alcance del viento.
"En eso consiste el secreto de los grandes cazadores. En ponerse al alcance, y fuera del alcance, en la vuelta justa del camino."
Me sentí algo confuso y le pedí recapitular.
Con mucha paciencia, don Juan explicó que había utilizado el crepúsculo y el viento para indicar la crucial importancia de la interacción entre esconderse y mostrarse.
-Debes aprender a ponerte adrede al alcance y fuera del alcance -dijo-. Como anda tu vida ahora, estás todo el tiempo al alcance sin saberlo.

Protesté. Sentía que mi vida se hacía cada vez más y más secreta. Él dijo que yo no lo había comprendido, y que ponerse fuera del alcance no significaba ocultarse ni guardar secretos, sino ser inaccesible.
-Deja que te lo diga de otro modo -prosiguió, pacientemente-. No tiene caso esconderte si todo el mundo sabe que estás escondido.
"Tus problemas de ahora surgen de allí. Cuando estás escondido, todo el mundo sabe que estás escondido, y cuando no, te pones enmedio del camino para que cualquiera te dé un golpe."
Empezaba a sentirme amenazado, y apresuradamente intenté defenderme.
-No des explicaciones -dijo don Juan con sequedad-. No hay necesidad. Todos somos tontos, toditos, y tú no puedes ser diferente. En un tiempo de mi vida yo, igual que tú, me ponía enmedio del camino una y otra vez, hasta que no quedaba nada de mí para ninguna cosa, excepto si acaso para llorar. Y eso hacía, igual que tú.
Don Juan me miró de pies a cabeza y suspiró fuerte.
-Sólo que yo era más joven que tú -prosiguió-, pero un buen día me cansé y cambié. Digamos que un día, cuando me estaba haciendo cazador, aprendí el secreto de estar al alcance y fuera del alcance.
Le dije que no veía el objeto de sus palabras. Verdaderamente no podía entender a qué se refería con lo de "ponerse al alcance" y "ponerse enmedio del camino".
-Debes ponerte fuera del alcance -explicó-. Debes rescatarte de en medio del camino. Todo tu ser está allí, de modo que no tiene caso esconderte; sólo te figuras que estás escondido. Estar enmedio del camino significa que todo el que pasa mira tus ires y venires.
Su metáfora era interesante, pero al mismo tiempo oscura.
-Habla usted en enigmas -dije.
Me miró con fijeza un largo momento y luego empezó a tararear una tonada. Enderecé la espalda y me puse alerta. Sabía que, cuando don Juan tarareaba una canción, estaba a punto de soltarme un golpe.
-Oye -dijo, sonriendo, y me escudriñó-. ¿Qué pasó con tu amiga la güera? Esa muchacha que tanto querías.
Debo haberlo mirado con cara de idiota. Rió con enorme deleite. Yo no sabía qué decir.
-Tú me contaste de ella -afirmó, tranquilizante.
Pero yo no recordaba haberle contado de nadie, mucho menos de una muchacha rubia.
-Nunca le he mencionado nada por el estilo -dije.
-Por supuesto que sí -dijo como dando por terminada la discusión.
Quise protestar, pero me detuvo diciendo que no importaba cómo supiera él de la chica: lo importante era que yo la había querido.
Sentí gestarse en mi interior una oleada de animosidad en contra de él.
-No te andes por las ramas -dijo don Juan secamente-. Ésta es la ocasión en que debes olvidar tu idea de ser muy importante. "Una vez tuviste una mujer, una mujer muy querida, y luego, un día, la perdiste."
Empecé a preguntarme si alguna vez le había hablado de ella. Concluí que nunca había habido ocasión. Pero era posible. Cada vez que viajábamos en coche hablábamos sin cesar de todos los temas. Yo no recordaba cuanto habíamos dicho porque no podía tomar notas mientras manejaba. Me sentí algo tranquilizado por mis conclusiones. Le dije que tenía razón. Había habido una muchacha rubia muy importante en mi vida.
-¿Por qué no está contigo? -preguntó.
-Se fue.
-¿Por qué?
-Hubo muchas razones.
-No tantas. Hubo sólo una. Te pusiste demasiado al alcance.
Anhelosamente, le pedí explicar sus palabras. De nuevo me había tocado en lo hondo. Consciente, al parecer, del efecto de su toque, frunció los labios para
ocultar una sonrisa maliciosa.
-Todo el mundo sabía lo de ustedes dos -dijo con firme convicción.
-¿Estaba mal eso?

-Totalmente mal. Ella era una magnífica persona.
Expresé el sincero sentimiento de que su pesquisa a oscuras me resultaba odiosa, y sobre todo el hecho de que siempre afirmaba las cosas con la seguridad de alguien que hubiera estado en la escena y lo hubiese visto todo.
-Pero es cierto -dijo con candor inatacable-. Lo he visto todo. Era una magnífica persona.
Supe que no tenía caso discutir, pero me hallaba enojado con él por tocar esa llaga abierta y dije que la muchacha en cuestión no era después de todo tan magnífica persona, que en mi opinión era bastante débil.
-Igual que tú -dijo calmadamente-. Pero eso no importa. Lo que cuenta es que la has buscado en todas partes; eso la hace una persona especial en tu mundo, y para una persona especial no hay que tener más que buenas palabras.
Me sentí avergonzado; una gran tristeza se cirnió sobre mí.
-¿Qué me está usted haciendo, don Juan? -pregunté-. Usted siempre logra entristecerme. ¿Por qué?
-Ahora te entregas al sentimentalismo -dijo, acusador.
-¿Qué objeto tiene todo esto, don Juan?
-El objeto es ser inaccesible -declaró-. Te traje el recuerdo de esta persona sólo como un medio de enseñarte directamente lo que no pude enseñarte con el viento.
"La perdiste porque eras accesible; siempre estabas a su alcance y tu vida era de rutina."
-¡No! -dije-. Se equivoca usted. Mi vida jamás fue una rutina.
-Fue y es una rutina -dijo en tono dogmático-. Es una rutina fuera de lo común y eso te da la impresión de que no es una rutina, pero yo te aseguro que lo es.
Quise deprimirme y perderme en la hosquedad, pero de algún modo sus ojos me inquietaban; parecían empujarme sin tregua hacia adelante.
-El arte de un cazador es volverse inaccesible -dijo-. En el caso de esa güera, quería decir que tenías que volverte cazador y verla lo menos posible. No como hiciste. Te quedaste con ella día tras día, hasta no dejar otro sentimiento que el fastidio. ¿Verdad?
No respondí. Sentí que no era necesario. Don Juan tenía razón.
Ser inaccesible significa tocar lo menos posible el mundo que te rodea. No comes cinco perdices; comes una. No dañas las plantas sólo por hacer una fosa para barbacoa. No te expones al poder del viento a menos que sea obligatorio. No usas ni exprimes a la gente hasta dejarla en nada, y menos a la gente que
amas.
Jamás he usado a nadie -dije sinceramente.
Pero don Juan mantuvo que sí, y quizá por eso pude declarar sin tapujos que la gente me cansaba y me aburría.
-Ponerse fuera del alcance significa que evitas, a propósito, agotarte a ti mismo y a los otros. -prosiguió él-. Significa que no estás hambriento y desesperado, como el pobre hijo de puta que siente que no volverá a comer y devora toda la comida que puede, ¡todas las cinco perdices!
Definitivamente, don Juan golpeaba debajo del cinturón. Reí y eso pareció complacerlo. Tocó levemente mi espalda.
-Un cazador sabe que atraerá caza a sus trampas una y otra vez, así que no se preocupa. Preocuparse es ponerse al alcance, sin quererlo. Y una vez que te preocupas, te agarras a cualquier cosa por desesperación; y una vez que te aferras, forzosamente te agotas o agotas a la cosa o la persona de la que estás agarrado.
Le dije que en mi vida cotidiana la inaccesibilidad era inconcebible. Me refería a que, para funcionar, yo tenía que estar al alcance de todo el que tuviera algo que ver conmigo.
-Ya te dije que ser inaccesible no significa esconderse ni andar con secretos -dijo él calmadamente-. Tampoco significa que no puedas tratar con la gente.
Un cazador usa su mundo lo menos posible y con ternura, sin importar que el

mundo sean cosas o plantas, o animales, o personas o poder. Un cazador tiene trato íntimo con su mundo, y sin embargo es inaccesible para ese mismo mundo.
-Eso es una contradicción -dije-. No puede ser inaccesible si está allí en su mundo, hora tras hora, día tras día.
-No entendiste -dijo don Juan con paciencia-. Es inaccesible porque no exprime ni deforma su mundo. Lo toca levemente, se queda cuanto necesita quedarse, y luego se aleja raudo, casi sin dejar señal alguna.

VIII. ROMPER LAS RUTINAS DE LA VIDA

Domingo, julio 16, 1961

PASAMOS toda la mañana observando unos roedores que parecían ardillas gordas; don Juan las llamaba ratas de agua. Señaló que eran muy veloces para huir del peligro, pero después de haber dejado atrás a cualquier atacante tenían el pésimo hábito de detenerse, o incluso trepar a una roca, para, erguidas sobre sus patas traseras, mirar en torno y acicalarse.
-Tienen muy buenos ojos -dijo don Juan-. Sólo debes moverte cuando vayan corriendo; por eso, debes aprender a predecir cuándo y dónde van a pararse, para que tú también te pares al mismo tiempo.
Me concentré en vigilarlas, y tuve lo que habría sido un día provechoso para cazadores, pues localicé muchas. Y finalmente, podía predecir sus movimientos casi sin fallar.
Luego, don Juan me mostró cómo hacer trampas para capturarlas. Explicó que un cazador debía tomarse tiempo para observar los sitios donde comían o anidaban, con el fin de determinar la colocación de las trampas; luego las instalaba durante la noche, y al día siguiente todo lo que tenía que hacer era asustar a los roedores para que éstos se dispersaran y cayesen en los artefactos.
Reunimos algunas varas y nos pusimos a construir las trampas. Yo tenía la mía casi terminada y me preguntaba con excitación si funcionaría o no, cuando de pronto don Juan se detuvo y miró su muñeca izquierda, como consultando un reloj qué nunca había tenido, y dijo que era la hora del almuerzo. Yo tenía en las manos una vara larga y trataba de doblarla en círculo para convertirla en aro. Automáticamente la puse a un lado con el resto de mis arreos de caza.
Don Juan me miró con expresión de curiosidad. Luego hizo el sonido ululante de una sirena de fábrica a la hora del almuerzo. Reí. Su sonido de sirena era perfecto. Caminé hacia él y noté que me miraba con fijeza. Meneó la cabeza de lado a lado.
-Con una chingada -dijo.
-¿Qué pasa? -pregunté.
Volvió a hacer el ulular de un silbato de fábrica.
-Se acabó el almuerzo -dijo-. Regresa a trabajar.
Por un instante me sentí confundido, pero luego pensé que don Juan estaba bromeando, acaso porque en realidad no había nada con que preparar el almuerzo. Me había concentrado en los roedores al grado de olvidar que no teníamos provisiones. Recogí nuevamente la vara y traté de doblarla. Tras un momento, don Juan hizo sonar otra vez su "sirena".
-Hora de irse a la casa -dijo.
Examinó su reloj imaginario y luego me miró y guiñó el ojo.
-Son las cinco en punto -dijo con el aire de quien revela un secreto.
Pensé que de repente se había hartado de cazar y estaba desistiendo del asunto. Simplemente dejé todo y empecé a prepararme para irnos. No lo miré. Supuse que también preparaba sus cosas. Al acabar, alcé la cara y lo vi sentado a unos metros, con las piernas cruzadas.
-Ya acabé -dije-. Podemos irnos cuando sea.
Se levantó para trepar a una roca. Parado allí, a más de metro y medio sobre el suelo, me miró. Puso las manos a ambos lados de la boca y emitió un sonido muy prolongado y penetrante. Era como una sirena

de fábrica, amplificada. Girando, describió un círculo completo mientras producía el ulular.
-¿Qué hace usted, don Juan? -pregunté.
Dijo que estaba dando la señal para que todo el mundo se fuera a su casa. Yo me hallaba completamente desconcertado. No podía saber si don Juan bromeaba o si sencillamente había perdido la razón. Lo observé con atención y traté de relacionar lo que hacía con algo que hubiera dicho antes. Apenas si habíamos hablado en toda la mañana, y no pude recordar nada de importancia.
Don Juan seguía parado encima de la roca. Me miró, sonrió y guiñó de nuevo él ojo. De pronto me alarmé. Don Juan puso las manos a los lados de la boca y dejó oír otro largo sonido de silbato.
Dijo que eran las ocho de la mañana y que volviera a disponer mis arreos, porque teníamos un día entero por delante.
Para entonces, me encontraba hundido en la confusión. En cuestión de minutos, mi temor se convirtió en un deseo irresistible de salir corriendo. Pensé que don Juan estaba loco. Me disponía a huir cuando él se deslizó al suelo y vino a mí, sonriente.
-Crees que estoy loco, ¿no? -preguntó.
Le dije que su inesperado comportamiento me estaba sacando de mis casillas.
Respondió que estábamos a mano. No comprendí a qué se refería. Me preocupaba hondamente la idea de que sus acciones parecían totalmente insanas. Explicó que con la pesadez de su conducta inesperada había tratado a propósito de sacarme de mis casillas, porque yo mismo lo estaba desquiciando con la pesadez de mi conducta esperada. Añadió que mis rutinas eran igual de locas como su ulular de silbato.
Sobresaltado, afirmé que en realidad no tenía ninguna rutina. De hecho, dije, creía que mi vida era un lío a causa de mi carencia de rutinas saludables.
Don Juan rió y me hizo seña de sentarme junto a él. Toda la situación había vuelto a cambiar misteriosamente. Mi miedo se desvaneció al empezar don Juan a hablar.
-¿Cuáles son mis rutinas? -pregunté.
-Todo cuanto haces es una rutina.
-¿No somos todos así?
-No todos. Yo no hago cosas por rutina.
-¿A qué viene todo esto, don Juan? ¿Qué cosa hice o dije para que usted actuara como actuó?
-Te estabas preocupando por el almuerzo.
-Yo no le dije nada; ¿cómo supo usted que me preocupaba por el almuerzo?
-Te preocupas por comer todos los días a eso de las doce, y a eso de las seis de la tarde, y a eso de las ocho de la mañana -dijo con una sonrisa maliciosa-. A esas horas te preocupas por comer, aunque no tengas hambre.
"Para mostrar tu espíritu de rutina, me bastó con tocar mi silbato. Tu espíritu está entrenado para trabajar con una señal."
Se me quedó viendo con una pregunta en los ojos. No pude defenderme.
-Ahora te dispones a convertir la caza en una rutina -prosiguió-. Ya has marcado tu paso en la cacería; hablas a cierta hora, comes a cierta hora, y te quedas dormido a cierta hora.
Yo no tenía nada que decir. La forma en que don Juan había descrito mis hábitos alimenticios era la norma que yo usaba para todo lo de mi vida. Sin embargo, sentía vigorosamente que mi vida era menos rutinaria que las de casi todos mis amigos y conocidos.
-Ya conoces mucho de caza -continuó don Juan-. Te será fácil darte cuenta de que un buen cazador conoce sobretodo una cosa: conoce las rutinas de su presa. Eso es lo que lo hace buen cazador.
"Si recuerdas el modo como te he ido enseñando a cazar, tal vez entiendas lo que digo. Primero te enseñé a hacer y a instalar tus trampas, luego te enseñé las rutinas de los animales que perseguías, y luego probamos las trampas contra sus rutinas. Esas partes son las formas externas de la caza.
"Ahora tengo que enseñarte la parte final, y definitivamente la más difícil. Tal vez pasarán años antes de que puedas decir que la entiendes y que eres un cazador."
Don Juan hizo una pausa como para dar-

me tiempo. Se quitó el sombrero e imitó los movimientos de aseo de los roedores que habíamos estado observando. Me resultó muy gracioso. Su cabeza redonda lo hacía parecer uno de tales roedores.
-Ser cazador es mucho más que sólo atrapar animales -prosiguió-. Un cazador digno de serlo no captura animales porque pone trampas, ni porque conoce las rutinas de su presa, sino porque él mismo no tiene rutinas. Esa es su ventaja. No es de ningún modo cómo los animales que persigue, fijos en rutinas pesadas y en caprichos previsibles; es libre, fluido, imprevisible.
Lo que don Juan decía me sonaba a idealización arbitraria e irracional. No podía yo concebir una vida sin rutinas. Quería ser muy honesto con él, y no sólo estar de acuerdo o en desacuerdo con sus pareceres. Sentía que la idea que él tenía en mente no era realizable ni por mí ni por nadie más.
-No me importa lo que sientas -dijo-. Para ser cazador debes romper las rutinas de tu vida. Has progresado en la caza. Has aprendido rápido y ahora puedes ver que eres como tu presa, fácil de predecir.
Le pedí especificar y darme ejemplos concretos.
-Estoy hablando de la caza -dijo calmadamente-. Por tanto, me interesan las cosas que los animales hacen; los sitios donde comen; el sitio, el modo, la hora en que duermen; dónde anidan; cómo andan. Éstas son las rutinas que te estoy señalando para que tú puedas darte cuenta de ellas en tu propio ser.
"Has observado las costumbres de los animales en el desierto. Comen o beben en ciertos lugares, anidan en determinados sitios, dejan sus huellas en determinada forma; de hecho, un buen cazador puede prever o reconstruir todo cuanto hacen.
"Como ya te dije, tú en mi parecer te portas como tu presa. Una vez en mi vida alguien me señaló a mí lo mismo, de modo que no eres el único. Todos nosotros nos portamos como la presa que perseguimos. Eso, por supuesto, nos hace ser la presa de algún otro. Ahora bien, el propósito de un cazador, que conoce todo esto, es dejar de ser él mismo una presa. ¿Ves lo que quiero decir?"
Expresé de nuevo el parecer de que su meta era inalcanzable.
-Toma tiempo -dijo don Juan-. Podrías empezar no almorzando todos los días a las doce en punto.
Me miró con una sonrisa benévola. Su expresión era muy chistosa y me hizo reír.
-Pero hay ciertos animales que son imposibles de rastrear -prosiguió-. Hay ciertas clases de venado, por ejemplo, que un cazador con mucha suerte puede encontrarse, a lo mejor, una vez en su vida. ,
Don Juan hizo una pausa dramática y me miró con ojos penetrantes. Parecía esperar una pregunta, pero yo no tenía ninguna.
-¿Qué crees que los hace tan difíciles de hallar, y tan únicos? -preguntó.
Alcé los hombros porque no sabía qué decir.
-No tienen rutinas -dijo él en tono de revelación-. Eso es lo que los hace mágicos
-Un venado tiene que dormir de noche -dije-. ¿No es eso una rutina?
-Seguro; si el venado duerme todas las noches a tal hora y en tal sitio. Pero esos seres mágicos no se portan así. Tal vez algún día puedas verificarlo por ti mismo. Acaso sea tu destino perseguir a uno de ellos el resto de tu vida.
-¿Qué quiere usted decir?
-A ti te gusta cazar; tal vez algún día, en algún, lugar del mundo, tu camino se cruce con el camino de un ser mágico y vayas en pos de él.
"Un ser mágico es cosa de verse. Yo tuve la fortuna de cruzarme con uno. Nuestro encuentro tuvo lugar cuando yo ya había aprendido y practicado mucha cacería. Una vez estaba en un bosque de árboles densos, en las montañas de Oaxaca, cuando de repente oí un silbido muy dulce. Era desconocido para mí; nunca, en todos mis años de andar por las soledades, había escuchado un sonido así. No podía situarlo en el terreno; parecía venir de distintos sitios. Pensé que a los mejor estaba rodeado

por un hatajo de animales desconocidos.
"Volví a oír el encantador silbido; parecía venir de todas partes. Entonces me di cuenta de mi buena suerte. Supe que era un ser mágico, un venado. Sabía también que un venado mágico conoce las rutinas de los hombres comunes y las rutinas de los cazadores.
"Es muy sencillo figurarse qué haría un hombre cualquiera en una situación así. Primero que nada, su miedo lo convertiría inmediatamente en una presa. Una vez que se convierte en presa, le quedan dos cursos de acción. O corre o se planta. Si no está armado, por lo común huye a campo abierto y corre para salvar la vida. Si está armado, prepara su arma y se planta, congelándose en su sitio o tirándose al suelo.
"Un cazador, en cambio, cuando se adentra en el monte, nunca se mete a ninguna parte sin fijar sus puntos de protección; por tanto, se pone de inmediato a cubierto. Deja caer su poncho al suelo, o lo cuelga de una rama, como señuelo, y luego se esconde y espera a ver qué hace la pieza.
"Así pues, en presencia del venado mágico no me porté como ninguno de los dos. Rápidamente me paré de cabeza y me puse a llorar bajito; derramé lágrimas de verdad, y sollocé tanto tiempo que estaba a punto de desmayarme. De pronto sentí un airecito suave; algo me estaba husmeando el cabello atrás de la oreja derecha. Traté de voltear la cabeza para ver qué era, y me caí al suelo y me senté a tiempo de ver una criatura radiante que me miraba. El venado me veía y yo le dije que no le haría daño. Y el venado me habló."
Don Juan se detuvo y me miró. Sonreí involuntariamente. La idea de un venado parlante era enteramente increíble, por decir lo menos.
-Me habló -dijo don Juan sonriendo.
-¿El venado habló?
-Eso mismo.
Don Juan se puso en pie y recogió el bulto de sus arreos de caza.
-¿De veras habló? -pregunté en tono de perplejidad.
Don Juan echó a reír.
-¿Qué dijo? -pregunté, medio en guasa.
Pensé que me estaba embromando. Don Juan quedó callado un momento, como si intentara recordar; luego, con ojos brillantes, me dijo las palabras del venado.
-El venado mágico dijo: "¿Qué tal, amigo? -prosiguió don Juan-. Y yo respondí: "Qué tal". Entonces me preguntó: "¿Por qué lloras?" y yo le dije: "Porque estoy triste". Entonces, la criatura mágica se acercó a mi oído y dijo, tan clarito como estoy hablando ahora: "No estés triste".
Don Juan me miró a los ojos. Tenía un resplandor de malicia pura. Empezó a reír a carcajadas.
Dije que su diálogo con el venado había sido algo tonto.
¿Qué esperabas? -preguntó, riendo aún-. Soy indio.
Su sentido del humor era tan extraño que no pude hacer más que reír con él.
-No crees que un venado mágico hable, ¿verdad?
-Lo siento mucho, pero no puedo creer que ocurran cosas así -dije.
-No te culpo -repuso, confortante-. De veras que está del carajo.

IX. LA ÚLTIMA BATALLA SOBRE LA TIERRA

Lunes, julio 24, 1961

A media tarde, tras horas de recorrer el desierto, don Juan eligió un sitio para descansar, en un espacio sombreado. Apenas tomamos asiento empezó a hablar. Dijo que yo había aprendido mucho de cacería, pero no había cambiado tanto como él quisiera.
-No basta con saber hacer y colocar trampas -dijo-. Un cazador debe vivir como cazador para sacar lo máximo de su vida. Por desdicha, los cambios son difíciles y ocurren muy despacio; a veces un hombre tarda años en convencerse de la necesidad de cambiar. Yo tardé años, pero a lo mejor no tenía facilidad para la caza. Creo que para mí lo más difícil fue querer realmente cambiar.

Le aseguré que comprendía la cuestión. De hecho, desde que había empezado a enseñarme a cazar, yo mismo empecé a revaluar mis acciones. Acaso el descubrimiento más dramático fue que me agradaban los modos de don Juan. Me simpatizaba como persona. Había cierta solidez en su comportamiento; su forma de conducirse no dejaba duda alguna acerca de su dominio, y sin embargo jamás había ejercido su ventaja para exigirme nada. Su interés en cambiar mi forma de vivir era, sentía yo, semejante a una sugerencia impersonal, o quizá a un comentario autoritario sobre mis fracasos. Me había hecho cobrar aguda conciencia de mis fallas, pero yo no veía en qué forma su línea de conducta podría remediar nada en mí. Creía sinceramente que, a la luz de lo que yo deseaba hacer en la vida, sus modos sólo me habrían producido sufrimiento y penalidades, de aquí el callejón sin salida. Sin embargo, había aprendido a respetar su dominio, que siempre se expresaba en términos de belleza y precisión.

-He decidido cambiar mis tácticas -dijo.

Le pedí explicar; su frase era vaga y yo no estaba seguro de si se refería a mí.

-Un buen cazador cambia de proceder tan a menudo como lo necesita -respondió-. Tú lo sabes.

-¿Qué tiene usted en mente, don Juan?

-Un cazador no sólo debe conocer los hábitos de su presa; también debe saber que en esta tierra hay poderes que guían a los hombres y los animales y todo lo que vive.

Dejó de hablar. Esperé, pero parecía haber llegado al final de lo que quería decir.

-¿De qué clase de poderes habla usted? -pregunté tras una larga pausa.

-De poderes que guían nuestra vida y nuestra muerte.

Don Juan calló; al parecer tenía tremendas dificultades para decidir qué cosa decir. Se frotó las manos y sacudió la cabeza, hinchando las quijadas. Dos veces me hizo seña de guardar silencio cuando yo empezaba a pedirle explicar sus crípticas declaraciones.

-No vas a poder frenarte fácilmente -dijo por fin-. Sé que eres terco, pero eso no importa. Mientras más terco seas, mejor será cuando al fin logres cambiarte.

-Estoy haciendo lo posible -dije.

-No. No estoy de acuerdo. No estás haciendo lo posible. Nada más dices eso porque te suena bien; de hecho, has estado diciendo lo mismo acerca de todo cuanto haces. Llevas años haciendo lo posible, sin que sirva de nada. Algo hay que hacer para remediar eso.

Como de costumbre, me sentí impulsado a defenderme. Don Juan parecía atacar, por sistema, mis puntos más débiles. Recordé entonces que cada intento por defenderme de sus críticas había desembocado en el ridículo, y me detuve a la mitad de un largo discurso explicativo.

Don Juan me examinó con curiosidad y rió. Dijo, en tono muy bondadoso, que ya me había dicho que todos somos unos tontos. Yo no era la excepción.

-Siempre te sientes obligado a explicar tus actos, como si fueras el único hombre que se equivoca en la tierra -dijo-. Es tu viejo sentimiento de importancia. Tienes demasiada; también tienes demasiada historia personal. Por otra parte, no te haces responsable de tus actos; no usas tu muerte como consejera y, sobre todo, eres demasiado accesible. En otras palabras, tu vida sigue siendo el desmadre que era cuando te conocí.

De nuevo tuve un genuino empellón de orgullo y quise rebatir sus palabras. Él me hizo seña de callar.

-Hay que hacerse responsable de estar en un mundo extraño -dijo-. Estamos en un mundo extraño, has de saber.

Moví la cabeza en sentido afirmativo.

-No estamos hablando de lo mismo -dijo él-. Para ti el mundo es extraño porque cuando no te aburre estás enemistado con él. Para mí el mundo es extraño porque es estupendo, pavoroso, misterioso, impenetrable; mi interés ha sido convencerte de que debes hacerte responsable por estar aquí, en este maravilloso mundo, en este maravilloso desierto, en este maravilloso tiempo. Quise convencerte de que debes

aprender a hacer que cada acto cuente, pues vas a estar aquí sólo un rato corto, de hecho, muy corto para presenciar todas las maravillas que existen.
Insistí que aburrirse con el mundo o enemistarse con él era la condición humana.
-Pues cámbiala -repuso con sequedad-. Si no respondes al reto, igual te valdría estar muerto.
Me instó a nombrar un asunto, un elemento de mi vida que hubiera ocupado todos mis pensamientos. Dije que el arte. Siempre quise ser artista y durante años me dediqué a ello. Todavía conservaba el doloroso recuerdo de mi fracaso.
-Nunca has aceptado la responsabilidad de estar en este mundo impenetrable -dijo en tono acusador-. Por eso nunca fuiste artista, y quizá nunca seas cazador.
-Hago lo mejor que puedo, don Juan.
-No. No sabes lo que puedes.
-Hago cuanto puedo.
-Te equivocas otra vez. Puedes hacer más. Hay una cosa sencilla que anda mal contigo: crees tener mucho tiempo.
Hizo una pausa y me miró como aguardando mi reacción.
-Crees tener mucho tiempo -repitió.
-¿Mucho tiempo para qué, don Juan?
-Crees que tu vida va a durar para siempre.
-No. No lo creo.
-Entonces, si no crees que tu vida va a durar para siempre, ¿qué cosa esperas? ¿Por qué titubeas en cambiar?
-¿Se le ha ocurrido alguna vez, don Juan, que a lo mejor no quiero cambiar?
-Sí, se me ha ocurrido. Yo tampoco quería cambiar, igual que tú. Sin embargo, no me gustaba mi vida; estaba cansado de ella, igual que tú. Ahora no me alcanza la que tengo.
Afirmé con vehemencia que su insistente deseo de cambiar mi forma de vida era atemorizante y arbitrario. Dije que en cierto nivel estaba de acuerdo, pero el mero hecho de que él fuera siempre el amo que decidía las cosas me hacía la situación insostenible.
-No tienes tiempo para esta explosión, idiota -dijo con tono severo-. Esto, lo que estás haciendo ahora, puede ser tu último acto sobre la tierra. Puede muy bien ser tu última batalla. No hay poder capaz de garantizar que vayas a vivir un minuto más.
-Ya lo sé -dije con ira contenida.
-No. No lo sabes. Si lo supieras, serías un cazador.
Repuse que tenía conciencia de mi muerte inminente, pero que era inútil hablar o pensar acerca de ella, pues nada podía yo hacer para evitarla. Don Juan río y me comparó con un cómico que atraviesa mecánicamente su número rutinario.
-Si ésta fuera tu última batalla sobre la tierra, yo diría que eres un idiota -dijo calmadamente-. Estas desperdiciando en una tontería tu acto sobre la tierra.
Estuvimos callados un momento. Mis pensamientos se desbordaban. Don Juan tenía razón, desde luego.
-No tienes tiempo, amigo mío, no tienes tiempo. Ninguno de nosotros tiene tiempo -dijo.
-Estoy de acuerdo, don Juan, pero...
-No me des la razón por las puras -tronó-. En vez de estar de acuerdo tan fácilmente, debes actuar. Acepta el reto. Cambia.
-¿Así no más? .
-Como lo oyes. El cambio del que hablo nunca sucede por grados; ocurre de golpe. Y tú no te estás preparando para ese acto repentino que producirá un cambio total.
Me pareció que expresaba una contradicción. Le expliqué que, si me estaba preparando para el cambio, sin duda estaba cambiando en forma gradual.
-No has cambiado en nada -repuso-. Por eso crees estar cambiando poco a poco. Pero a lo mejor un día de éstos te sorprendes cambiando de repente y sin una sola advertencia. Yo sé que así es la cosa, y por eso no pierdo de vista mi interés en convencerte.
No pude persistir en mi argumentación. No estaba seguro de qué deseaba decir realmente. Tras una corta pausa, don Juan reanudó sus explicaciones.
-Quizás haya que decirlo de otra manera -dijo-. Lo que te recomiendo que hagas es

notar que no tenemos ninguna seguridad de que nuestras vidas van a seguir indefinidamente. Acabo de decir que el cambio llega de pronto, sin anunciar, y lo mismo la muerte. ¿Qué crees que podamos hacer?
Pensé que la pregunta era retórica, pero él hizo un gesto con las cejas instándome a responder.
-Vivir lo más felices que podamos -dije.
-¡Correcto! ¿Pero conoces a alguien que viva feliz?
Mi primer impulso fue decir que sí; pensé que podía usar como ejemplos a varias personas que conocía. Pero al pensarlo mejor supe que mi esfuerzo sería sólo un hueco intento de exculparme.
-No -dije-. En verdad no.
-Yo sí -dijo don Juan-. Hay algunas personas que tienen mucho cuidado con la naturaleza de sus actos. Su felicidad es actuar con el conocimiento pleno de que no tienen tiempo; así, sus actos tienen un poder peculiar; sus actos tienen un sentido de...
Parecían faltarle las palabras. Se rascó las sienes y sonrió. Luego, de pronto, se puso de pie como si nuestra conversación hubiera concluido. Le supliqué terminar lo que me estaba diciendo. Volvió a sentarse y frunció los labios.
Los actos tienen poder -dijo-. Sobre todo cuando la persona que actúa sabe que esos actos son su última batalla. Hay una extraña felicidad ardiente en actuar con el pleno conocimiento de que lo que uno está haciendo puede muy bien ser su último acto sobre la tierra. Te recomiendo meditar en tu vida y contemplar tus actos bajo esa luz.
-Yo no estaba de acuerdo. Para mí, la felicidad consistía en suponer que había una continuidad inherente a mis actos y que yo podría seguir haciendo, a voluntad, cualquier cosa que estuviera haciendo en ese momento, especialmente si la disfrutaba. Le dije que mi desacuerdo, lejos de ser banal, brotaba de la convicción de que el mundo y yo mismo poseíamos una continuidad determinable.
Don Juan pareció divertirse con mis esfuerzos por lograr coherencia. Rió, meneó la cabeza, se rascó el cabello, y finalmente, cuando hablé de una "continuidad determinable", tiró su sombrero al suelo y lo pisoteó.
Terminé riendo de sus payasadas.
-No tienes tiempo, amigo mío -dijo él-. Ésa es la desgracia de los seres humanos. Ninguno de nosotros tiene tiempo suficiente, y tu continuidad no tiene sentido en este mundo de pavor y misterio.
"Tu continuidad sólo te hace tímido. Tus actos no pueden de ninguna manera tener el gusto, el poder, la fuerza irresistible de los actos realizados por un hombre que sabe que está librando su última batalla sobre la tierra. En otras palabras, tu continuidad no te hace feliz ni poderoso."
Admití mi temor de pensar en que iba a morir, y lo acusé de provocarme una gran aprensión con sus constantes referencias a la muerte.
-Pero todos vamos a morir -dijo.
Señaló unos cerros en la distancia.
-Hay algo allí que me está esperando, de seguro; y voy a reunirme con ello, también de seguro. Pero a lo mejor tú eres distinto y la muerte no te está esperando en ningún lado.
Rió de gesto de desesperanza.
-No quiero pensar en eso, don Juan.
-¿Por qué no?
-No tiene caso. Si está allí esperándome, ¿para qué preocuparme por ella?
-Yo no dije que te preocuparas por ella.
-¿Entonces qué hago?
Usarla. Pon tu atención en el lazo que te une con tu muerte, sin remordimiento ni tristeza ni preocupación. Pon tu atención en el hecho de que no tienes tiempo, y deja que tus actos fluyan de acuerdo con eso. Que cada uno de tus actos sea tu última batalla sobre la tierra. Sólo bajo tales condiciones tendrán tus actos el poder que les corresponde. De otro modo serán, mientras vivas, los actos de un hombre tímido.
-¿Es tan terrible ser tímido?
-No. No lo es si vas a ser inmortal, pero si vas a morir no hay tiempo para la timidez, sencillamente porque la timidez te

hace agarrarte de algo que sólo existe en tus pensamientos. Te apacigua mientras todo está en calma, pero luego el mundo de pavor y misterio abre la boca para ti, como la abrirá para cada uno de nosotros, y entonces te das cuenta de que tus caminos seguros nada tenían de seguro. La timidez nos impide examinar y aprovechar nuestra suerte como hombres.

-No es natural vivir con la idea constante de nuestra muerte, don Juan.

-Nuestra muerte espera, y este mismo acto que estamos realizando ahora puede muy bien ser nuestra última batalla sobre la tierra -respondió en tono solemne-. La llamo batalla porque es una lucha. La mayoría de la gente pasa de acto a acto sin luchar ni pensar. Un cazador, al contrario, evalúa cada acto; y como tiene un conocimiento íntimo de su muerte, procede con juicio, como si cada acto fuera su última batalla. Sólo un imbécil dejaría de notar la ventaja que un cazador tiene sobre sus semejantes. Un cazador da a su última batalla el respeto que merece. Es natural que su último acto sobre la tierra sea lo mejor de sí mismo. Así es placentero. Le quita el filo al temor.

-Tiene usted razón -concedí-. Sólo que es difícil de aceptar.

-Tardarás años en convencerte, y luego tardarás años en actuar como corresponde. Ojalá te quede tiempo.

-Me asusta que diga usted eso -dije.

Don Juan me examinó con una expresión grave en el rostro.

-Ya te dije: éste es un mundo extraño -dijo-. Las fuerzas que guían a los hombres son imprevisibles, pavorosas, pero su esplendor es digno de verse.

Dejó de hablar y me miró de nuevo. Parecía estar a punto de revelarme algo, pero se contuvo y sonrió.

-¿Hay algo que nos guía? -pregunté.

-Seguro. Hay poderes que nos guían.

-¿Puede usted describirlos?

-En realidad no; sólo llamarlos fuerzas, espíritus, aires, vientos o cualquier cosa por el estilo.

Quise seguir interrogándolo, pero antes de que pudiera formular otra pregunta él se puso en pie. Me le quedé viendo, atónito. Se había levantado en un solo movimiento; su cuerpo, simplemente, se estiró hacia arriba y quedó de pie.

Me hallaba meditando todavía en la insólita pericia necesaria para moverse con tal rapidez, cuando él me dijo, en seca voz de mando, que rastreara un conejo, lo atrapara, lo matara, lo desollase, y asara la carne antes del crepúsculo.

Miró el cielo y dijo que tal vez me alcanzara el tiempo.

Puse automáticamente manos a la obra, siguiendo el procedimiento usado veintenas de veces. Don Juan caminaba a mi lado y seguía mis movimientos con una mirada escudriñadora. Yo estaba muy calmado y me movía cuidadosamente, y no tuve ninguna dificultad en atrapar un conejo macho.

-Ahora mátalo -dijo don Juan secamente.

Metí la mano en la trampa para agarrar al conejo. Lo tenía asido de las orejas y lo estaba sacando cuando me invadió una súbita sensación de terror. Por primera vez desde que don Juan había iniciado sus lecciones de caza, se me ocurrió que nunca me había enseñado a matar animales. En las numerosas ocasiones que habíamos recorrido el desierto, él mismo sólo había matado un conejo, dos perdices y una víbora de cascabel.

Solté el conejo y miré a don Juan.

-No puedo matarlo -dije.

-¿Por qué no?

-Nunca lo he hecho.

-Pero has matado cientos de aves y otros animales.

-Con un rifle, no a mano limpia.

-¿Qué importancia tiene? El tiempo de este conejo se acabó.

El tono de don Juan me produjo un sobresalto; era tan autoritario, tan seguro, que no dejó en mi mente la menor duda: él sabía que el tiempo del conejo había terminado.

-¡Mátalo! -ordenó con ferocidad en la mirada.

-No puedo.

Me gritó que el conejo tenía que morir. Dijo que sus correrías por aquel hermoso desierto habían llegado a su fin. No tenía caso perder tiempo, porque el poder o espíritu que guía a los conejos había llevado a ése a mi trampa, justo al filo del crepúsculo.

Una serie de ideas y sentimientos confusos se apoderó de mí, como si los sentimientos hubieran estado allí esperándome. Sentí con torturante claridad la tragedia del conejo: haber caído en mi trampa. En cuestión de segundos mi mente recorrió los momentos decisivos de mi propia vida, las muchas veces que yo mismo había sido el conejo.

Lo miré y el conejo me miró. Se había arrinconado contra un lado de la jaula; estaba casi enroscado, muy callado e inmóvil. Cambiamos una mirada sombría, y esta mirada, que supuse de silenciosa desesperanza, selló una identificación competa por parte mía.

-Al carajo -dije en voz alta-. No voy a matar nada. Ese conejo queda libre.

Una profunda emoción me estremecía. Mis brazos temblaban al tratar de asir al conejo por las orejas; se movió aprisa y fallé. Hice un nuevo intento y volví a errar. Me desesperé. Al borde de la náusea, patee rápidamente la trampa para romperla y liberar al conejo. La jaula resultó insospechadamente fuerte y no se quebró como yo esperaba. Mi desesperación creció convirtiéndose en una angustia insoportable. Usando toda mi fuerza, pisotee la esquina de la jaula con el pie derecho. Las varas crujieron con estruendo. Saqué el conejo. Tuve un alivio momentáneo, hecho trizas al instante siguiente. El conejo colgaba inerte de mi mano. Estaba muerto.

No supe qué hacer. Quise descubrir el motivo de su muerte. Me volví hacia don Juan. Él me miraba. Un sentimiento de terror atravesó mi cuerpo en escalofrío.

Me senté junto a unas rocas. Tenía una jaqueca terrible. Don Juan me puso la mano en la cabeza y me susurró al oído que debía desollar y asar al conejo antes de terminado el crepúsculo.

Sentía náuseas. Él me habló con mucha paciencia, como dirigiéndose a un niño. Dijo que los poderes que guían a los hombres y a los animales habían llevado hacia mí ese conejo, en la misma forma, en que me llevarán a mi propia muerte. Dijo que la muerte del conejo era un regalo para mí, exactamente como mi propia muerte será un regalo para algo o alguien más.

Me hallaba mareado. Los sencillos eventos de ese día me habían quebrantado. Intenté pensar que no era sino un conejo; sin embargo, no podía sacudirme la misteriosa identificación que había tenido con él.

Don Juan dijo que yo necesitaba comer de su carne, aunque fuera sólo un bocado, para validar mi hallazgo.

-No puedo hacerlo -protesté débilmente.

-Somos basuras en manos de esas fuerzas -me dijo, brusco-. Conque deja de darte importancia y usa este regalo como se debe.

Recogí el conejo; estaba caliente.

Don Juan se inclinó para susurrarme al oído:

-Tu trampa fue su última batalla sobre la tierra. Te lo dije: ya no tenía más tiempo para corretear por este maravilloso desierto.

X. HACERSE ACCESIBLE AL PODER

Jueves, agosto 17, 1961

APENAS bajé del coche, me quejé con don Juan de no sentirme bien.

-Siéntate, siéntate -dijo suavemente, y casi me llevó de la mano a su pórtico. Sonrió y me palmeó la espalda.

Dos semanas antes, el 4 de agosto, don Juan, como había dicho, cambió de táctica conmigo y me permitió ingerir unos botones de peyote. Durante la parte álgida de mi experiencia alucinatoria, jugué con un perro que vivía en la casa donde la sesión tuvo lugar. Don Juan interpretó mi interacción con el perro como un evento muy especial. Aseveró que en momentos de poder como el que yo viví entonces, el mundo de los asuntos ordinarios no existía y nada podía darse por hecho; que el perro no era

en realidad un perro sino la encarnación de Mescalito, el poder o deidad contenido en el peyote.
Los efectos posteriores de aquella experiencia fueron un sentido general de fatiga y melancolía, así como la incidencia de sueños y pesadillas excepcionalmente vívidos.
-¿Dónde está tu equipo de escribir? -preguntó don Juan cuando tomé asiento en el pórtico.
Yo había dejado mis cuadernos en el coche. Don Juan fue y sacó con cuidado mi portafolio y lo trajo a mi lado.
Preguntó si al caminar solía llevar mi portafolio. Dije que sí.
-Eso es una locura -repuso-. Te he dicho que cuando camines no lleves nada en las manos. Consigue una mochila.
Reí. La idea de llevar mis notas en una mochila era absurda. Le dije que por lo común usaba traje, y que una mochila sobre un traje de tres piezas ofrecería un espectáculo risible.
-Ponte el saco encima de la mochila -dijo él-. Mejor que la gente te crea jorobado, y no que te arruines el cuerpo cargando todo esto.
Me instó a sacar mi libreta y escribir. Parecía esforzarse deliberadamente por ponerme a mis anchas.
Volví a quejarme de la sensación de incomodidad física y el extraño sentimiento de desdicha que experimentaba. Don Juan río y dijo:
-Estás empezando a aprender.
Tuvimos entonces una larga conversación. Dijo que Mescalito, al permitirme jugar con él, me había señalado como un "escogido" y que don Juan, aunque el oráculo lo desconcertaba porque yo no era indio, iba a pasarme ciertos conocimientos secretos. Dijo que él mismo había tenido un "benefactor" que le enseñó a convertirse en "hombre de conocimiento".
Sentí que algo terrible estaba a punto de ocurrir. La revelación de que yo era su escogido, junto con la indudable rareza de sus modos y el efecto devastador que el peyote había tenido sobre mí, creaban un estado de aprensión e indecisión insoportables. Pero don Juan desechó mis sentimientos, recomendándome pensar únicamente en la maravilla de Mescalito jugando conmigo.
-No pienses en nada más -dijo-. El resto te llegará solo.
Se puso en pie y me dio palmaditas en la cabeza y dijo con voz muy suave:
-Te voy a enseñar a hacerte guerrero del mismo modo que te he enseñado a cazar. Pero te hago la advertencia de que aprender a cazar no te ha hecho cazador, ni el aprender a ser guerrero te hará guerrero.
Experimenté un sentimiento de frustración, una desazón física que bordeaba en la angustia. Me quejé de los vívidos sueños y pesadillas que tenía. Don Juan pareció deliberar un momento y volvió asentarse.
-Son sueños raros -dije.
-Siempre has tenido sueños raros -replicó.
-Le digo, esta vez son de veras más raros que cualesquiera que haya tenido.
-No te preocupes. Sólo son sueños. Como los sueños de cualquier soñador común y corriente, no tienen poder. Conque ¿de qué sirve preocuparse por ellos o hablar de ellos?
-Me molestan, don Juan. ¿No hay algo que pueda yo hacer para detenerlos?
-Nada. Déjalos pasar -dijo-. Ya es tiempo de que te hagas accesible al poder, y vas a comenzar abordando el soñar.
El tono con que dijo "soñar" me hizo pensar que usaba la palabra en un sentido muy particular. Meditaba una pregunta pertinente cuando él habló de nuevo.
-Nunca te he dicho del soñar, porque hasta ahora sólo me proponía enseñarte a ser cazador -dijo-. Un cazador no se ocupa de manipular poder; por eso sus sueños son sólo sueños. Pueden calarle hondo, pero no son soñar.
"Un guerrero, en cambio, busca poder, y una de las avenidas al poder es el soñar. Puedes decir que la diferencia entre un cazador y un guerrero es que el guerrero va camino al poder, mientras el cazador no sabe nada de él, o muy poco."
"La decisión de quién puede ser guerrero y

quién puede ser sólo cazador, no depende de nosotros. Esa decisión está en el reino de los poderes que guían a los hombres. Por eso tu juego con Mescalito fue una señal tan importante. Esas fuerzas te guiaron a mí; te llevaron a aquella terminal de autobuses, ¿recuerdas? Un payaso te llevó a donde yo estaba. Un augurio perfecto: un payaso dándome la señal. Así, te enseñé a ser cazador, y luego la otra señal perfecta: Mescalito en persona jugando contigo. ¿Ves a qué me refiero?"
Su extraña lógica me avasallaba. Sus palabras creaban visiones en las que yo sucumbía a algo tremendo y desconocido, algo que yo no buscaba y cuya existencia no había concebido ni en mis fantasías más desbordantes.
-¿Qué propone usted que haga? -pregunté.
-Hacerte accesible al poder; abordar tus sueños -repuso-. Los llamas sueños porque no tienes poder. Un guerrero, siendo un hombre que busca poder, no los llama sueños, los llama realidades.
-¿Quiere usted decir que el guerrero toma sus sueños como si fueran realidad?
-No toma nada como si fuera ninguna otra cosa. Lo que tú llamas sueños son realidades para un guerrero. Debes entender que un guerrero no es ningún tonto. Un guerrero es un cazador inmaculado que anda a caza de poder; no está borracho, ni loco, y no tiene tiempo ni humor para fanfarronear, ni para mentirse a sí mismo, ni para equivocarse en la jugada. La apuesta es demasiado alta. Lo que pone en la mesa es su vida dura y ordenada, que tanto tiempo le llevó perfeccionar. No va a desperdiciar todo eso por un estúpido error de cálculo, o por tomar una cosa por lo que no es.
"El soñar es real para un guerrero porque allí puede actuar con deliberación, puede escoger y rechazar; puede elegir, entre una variedad de cosas, aquellas que llevan al poder, y luego puede manejarlas y usarlas, mientras que en un sueño común y corriente no puede actuar con deliberación."
-¿Quiere usted decir entonces, don Juan, que el soñar es real?
-Claro que es real.
-¿Tan real como lo que estamos haciendo ahora?
-Si se trata de hacer comparaciones, yo diría que a lo mejor es más real. En el soñar tienes poder; puedes cambiar las cosas; puedes descubrir incontables hechos ocultos; puedes controlar lo que quieras.
Las premisas de don Juan siempre me resultaban atractivas a cierto nivel. Yo comprendía fácilmente su gusto por la idea de que uno podía hacer cualquier cosa en los sueños, pero no me era posible tomarlo en serio. El salto era demasiado grande.
Nos miramos un momento. Sus aseveraciones eran locas, y sin embargo, hasta donde yo sabía, él era uno de los hombres más cuerdos que yo había conocido.
Le dije que no podía creerlo capaz de tomar sus sueños por realidades. Él río chasqueando la lengua, como si conociese la magnitud de mi posición insostenible; luego se levantó sin decir palabra y entró en la casa.
Quedé sentado largo rato, en un estado de estupor, hasta que don Juan me llamó a la parte trasera de su casa. Había preparado atole de maíz, y me dio un cuenco.
Le pregunté por las horas de vigilia. Quería saber si daba a ese tiempo un nombre en particular. Pero él no comprendió o no quiso responder.
-¿Cómo llama usted a lo que estamos haciendo ahora? -pregunté, queriendo decir que lo que estábamos haciendo era realidad, en contraposición con los sueños.
-Yo lo llamo comer -dijo, conteniendo la risa.
-Yo lo llamo realidad -dije-. Porque nuestro comer está verdaderamente teniendo lugar.
-El soñar también tiene lugar -repuso con una risita-. Y lo mismo el cazar, el caminar, el reír.
No insistí en la discusión, a pesar de que ni estirándome más allá de mis limites me era posible aceptar su planteamiento. Él parecía deleitarse con mi desesperación.
Apenas terminamos de comer, dijo como al acaso que íbamos a salir de excursión, pero no recorreríamos el desierto como habíamos hecho antes.

-Esta vez será distinto -dijo-. De ahora en adelante vamos a ir a sitios de poder; vas a aprender a ponerte al alcance del poder.
Expresé nuevamente mi conflicto. Dije no estar calificado para tal empresa.
-Vamos, te estás entregando a miedos tontos -dijo él en voz baja, dándome palmadas en la espalda y sonriendo con benevolencia-. He estado alimentando tu espíritu de cazador. Te gusta dar vueltas conmigo por este hermoso desierto. Es demasiado tarde para volverte atrás.
Echó a andar para adentrarse en el chaparral. Con la cabeza me hizo gesto de seguirlo. Yo habría podido ir a mi coche y marcharme, pero me gustaba andar con él por ese hermoso desierto. Me gustaba la sensación, experimentada sólo en su compañía, de que éste era en verdad un mundo tremendo y misterioso, pero bello. Como él decía, me hallaba enganchado.
Don Juan me condujo a los cerros hacia el este. Fue una larga caminata. El día era cálido; sin embargo, el calor, que de ordinario me habría parecido insoportable, pasaba desapercibido de alguna manera.
Nos adentramos bastante en una cañada, hasta que don Juan hizo un alto y tomó asiento a la sombra de unos peñascos. Yo saqué de mi mochila unas galletas, pero me dijo que no perdiera mi tiempo en eso. Dijo que debía sentarme en un sitio prominente. Señaló un peñasco aislado, casi redondo, a tres o cuatro metros de distancia, y me ayudó a trepar a la cima. Pensé que. también él se sentaría allí, pero escaló sólo parte del camino para darme unos trozos de carne seca. Me dijo, con una expresión mortalmente seria, que era carne de poder y debía mascarse muy despacio y no había que mezclarla con otra comida. Luego regresó a la zona sombreada y tomó asiento con la espalda contra una roca. Parecía relajado, casi soñoliento. Permaneció en la misma postura hasta que hube acabado de comer. Entonces enderezó la espalda e inclinó la cabeza a la derecha.
Parecía escuchar con atención. Me miró dos o tres veces, se puso en pie abruptamente y empezó a recorrer el entorno con los ojos, como haría un cazador. Automáticamente me congelé en mi sitio; sólo movía los ojos para seguir sus movimientos. Con mucho cuidado se metió detrás de unas rocas, como si esperara que llegasen presas al área donde nos hallábamos. Advertí entonces que estábamos en un recodo redondo, a manera de ensenada en la cañada seca, rodeado por peñascos de piedra arenisca.
Repentinamente, don Juan dejó la protección de las rocas y me sonrió. Estiró los brazos, bostezó y fue hacia el peñasco donde me encontraba. Relajé mi tensa posición y torné asiento.
-¿Qué pasó? -pregunté en un susurro.
Él me respondió, gritando, que no había por allí nada de qué preocuparse.
Sentí de inmediato una sacudida en el estómago. La respuesta estaba fuera de lugar, y me resultaba inconcebible que hablase a gritos sin tener una razón específica para ello.
Empecé a deslizarme hacia tierra, pero él gritó que debía quedarme allí un rato más.
-¿Qué hace usted? -pregunté.
Sentándose, se ocultó entre dos rocas al pie del peñasco donde yo estaba, y luego dijo, en voz muy alta, que sólo había estado cerciorándose porque le pareció haber oído un ruido.
Pregunté si había oído a algún animal grande. Se llevó la mano a la oreja y gritó que no me oía y que yo debía gritar. a mi vez. Me sentía incómodo vociferando, pero él me instó, en voz alta, a hablar fuerte. Grité que quería saber qué ocurría, y él respondió de igual manera que de verdad no había nada por allí. Preguntó si veía yo algo fuera de lo común desde la cima del peñasco. Dije que no, y me pidió describirle el terreno hacia el sur.
Conversamos a gritos durante un rato, y luego me hizo seña de bajar. Cuando estuve a su lado, me susurró al oído que los gritos eran necesarios para dar a conocer nuestra presencia, pues yo tenía que hacerme accesible al poder de ese ojo de agua específico.

Miré en torno, pero no vi el ojo de agua. Don Juan indicó que estábamos parados sobre él.
-Aquí hay agua -dijo en un susurro- y también poder. Aquí hay un espíritu y tenemos que sonsacarlo; a lo mejor viene tras de ti.
Quise más información acerca del supuesto espíritu, pero don Juan insistió en el silencio total. Me aconsejó permanecer absolutamente quieto, sin dejar escapar un susurro ni hacer el menor movimiento que traicionara nuestra presencia.
Al parecer, le era fácil pasar horas enteras en completa inmovilidad; para mí, sin embargo, resultaba una tortura. Se me durmieron las piernas, la espalda me dolía, y la tensión aumentaba en torno a mi cuello y mis hombros. Tenía todo el cuerpo frío e insensible. Me hallaba en gran incomodidad cuando don Juan finalmente se puso de pie. Simplemente se incorporó de un salto y me tendió la mano para ayudarme a levantarme.
Al tratar de estirar las piernas, tomé conciencia de la facilidad inconcebible con que don Juan se puso en pie tras horas de inmovilidad. Mis músculos tardaron un buen rato en recobrar la elasticidad necesaria para caminar.
Don Juan emprendió el regreso a la casa. Caminaba con extrema lentitud. Marcó un largo de tres pasos como la distancia a la cual yo debía seguirlo. Dio rodeos en torno a la ruta de costumbre y la cruzó cuatro o cinco veces en distintas direcciones; cuando por fin llegamos a su casa, la tarde declinaba.
Traté de interrogarlo sobre los eventos del día. Explicó que hablar era innecesario. Por el momento, debía abstenerse de hacer preguntas hasta que estuviésemos en un sitio de poder.
Me moría por saber a qué se refería e intenté susurrar una pregunta, pero él me recordó, con una mirada fría y severa, que hablaba en serio.
Estuvimos horas sentados en su pórtico. Yo trabajaba en mis notas. De tiempo en tiempo, él me daba un trozo de carne seca; finalmente, la penumbra se adensó demasiado para escribir. Traté de pensar en los acontecimientos del día, pero alguna parte de mí mismo rehusó hacerlo y me quedé dormido.

Sábado, agosto 19, 1961

Ayer en la mañana, don Juan y yo fuimos al pueblo y desayunamos en una fonda. Él me aconsejó no cambiar demasiado drásticamente mis hábitos alimenticios.
-Tu cuerpo no está acostumbrado a la carne de poder -dijo-. Te enfermarías si no comieras tu comida.
Él mismo comió con gran apetito. Cuando hice una broma al respecto, se limitó a decir:
-A mi cuerpo le gusta todo.
A eso del mediodía regresamos a la cañada. Procedimos a darnos a notar al espíritu por medio de "conversación a viva voz" y de un silencio forzado que duró horas.
Cuando dejamos el lugar, en vez de dirigirse a la casa, don Juan echó a andar en dirección de las montañas. Llegamos primero a unas cuestas suaves, y luego trepamos a la cima de unos cerros altos. Allí, eligió un sitio para descansar en el área abierta, sin sombra. Me dijo que debíamos esperar hasta el crepúsculo y que me condujera en la forma más natural posible, lo cual incluía preguntar cuanto quisiera.
-Sé que el espíritu anda por ahí, al acecho -dijo en voz muy baja.
-¿Dónde?
-Ahí, en los matorrales.
-¿Qué clase de espíritu es?
Me miró con expresión intrigada y repuso:
-¿Cuántas clases hay?
Ambos reímos. Yo hacía preguntas por puro nerviosismo.
-Saldrá a la puesta del sol -dijo-. Nomás tenemos que esperar.
Permanecí en silencio. Me había quedado sin preguntas.
-Ahora es cuando hay que seguir hablando -dijo-. La voz humana atrae a los espíritus. Hay uno ahí acechando en estos momentos. Nos estamos poniendo a su alcance, así que sigue hablando.

Experimenté un sentido idiota de vacuidad. No se me ocurría nada que decir. Don Juan rió y me palmeó la espalda.
-Eres todo un caso -dijo-. Cuando tienes que hablar, pierdes la lengua. Anda, dale a las encías.
Hizo un gesto hilarante de entrechocar las encías, abriendo y cerrando la boca a gran velocidad.
-Hay ciertas cosas de las que sólo hablaremos, de hoy en adelante, en sitios de poder -prosiguió-. Te he traído aquí porque ésta es tu primera prueba. Éste es un sitio de poder, y aquí sólo podemos hablar de poder.
-Yo en realidad no sé lo que es el poder -dije.
-El poder es algo con lo cual un guerrero se las ve -repuso-. Al principio es un asunto increíble, traído a la mala; hasta pensar en el poder es difícil. Eso es lo que te está pasando ahora. Luego, el poder se convierte en cosa seria; uno capaz ni lo tenga, o ni siquiera se dé cuenta cabal de que existe, pero uno sabe que hay algo allí, algo que no se notaba antes. Es en ese entonces que el poder se manifiesta como algo incontrolable que le viene a uno. No me es posible decir cómo viene ni qué es en realidad. No es nada, y sin embargo hace aparecer maravillas delante de tus propios ojos. Y finalmente, el poder es algo dentro de uno mismo, algo que controla nuestros actos y a la vez obedece nuestro mandato.
Hubo una corta pausa. Don Juan me preguntó si había entendido. Me sentí ridículo al responder que sí. Él pareció advertir mi desaliento, y chasqueó la lengua.
-Voy a enseñarte aquí mismo el primer paso hacia el poder -dijo como si me estuviera dictando una carta-. Voy a enseñarte cómo arreglar los sueños.
Volvió a mirarme y me preguntó si entendía lo que él quería decir. No lo había comprendido. Me sonaba casi incoherente. Explicó que "arreglar los sueños" significaba tener un dominio conciso y pragmático de la situación general de un sueño, comparable al dominio que uno tiene en el desierto sobre cualquier decisión que uno haga, como la de trepar a un cerro o quedarse en la sombra de una cañada.
-Tienes que empezar haciendo algo muy sencillo -dijo-. Esta noche, en tus sueños, debes mirarte las manos.
Solté la risa. Su tono era tan objetivo que parecía estarme indicando algo común y corriente.
-¿De qué te ríes? -preguntó, sorprendido.
-¿Cómo puedo mirarme las manos en sueños?
-Muy sencillo, enfoca en ellas tus ojos, así.
Inclinó la cabeza hacia adelante y se quedó viendo sus manos, con la boca abierta. El gesto era tan cómico que no pude menos que reír.
-En serio, ¿cómo espera usted que haga eso? -pregunté.
-Como te dije -respondió, seco-. Claro, puedes mirarte lo que te dé tu chingada gana: los pies, o la panza, o el pito, si quieres. Te dije las manos porque fueron lo que a mí se me hizo más fácil mirar. No pienses que es un chiste. Soñar es igual de serio que ver o morir o cualquier otra cosa en este temible y misterioso mundo.
"Tómalo como una cosa divertida. Imagina todas las cosas inconcebibles que podrías lograr. Un hombre que caza poder no tiene casi ningún límite en su soñar."
Le pedí darme algunas indicaciones o señales más precisas.
-No hay ninguna indicación -dijo. Sólo que te mires las manos.
-Tiene que haber algo más que usted puede decirme -insistí.
Sacudió la cabeza y achicó los ojos, lanzándome vistazos breves.
-Cada uno de nosotros es distinto -dijo por fin-. Lo que tú llamas señales precisas no sería sino lo que yo mismo hice cuando estaba aprendiendo. No somos iguales; ni siquiera nos parecemos un poco.
-Quizá me ayude cualquier cosa que usted diga.
-Sería más sencillo que empezaras a mirarte las manos, y ya.
Parecía estar organizando sus ideas; su cabeza osciló de arriba a abajo.
-Cada vez que miras una cosa en tus sue-

ños, esa cosa cambia de forma -dijo tras un largo silencio-. La movida de arreglar los sueños, está claro, no es sólo mirar las cosas, sino mantenerlas a la vista. El soñar es real cuando uno ha logrado poner todo en foco. Entonces no hay diferencia entre lo que haces cuando duermes y lo que haces cuando no estás dormido. ¿Ves a qué me refiero?

Confesé que, si bien comprendía lo que me había dicho, era incapaz de aceptar su planteamiento. Hice la observación de que, en un mundo civilizado, numerosas personas sufrían ilusiones y no podían distinguir entre los hechos del mundo real y lo que tenía lugar en sus fantasías. Tales personas, dije, eran sin duda enfermos mentales, y mi inquietud crecía siempre que don Juan me recomendaba actuar como un loco.

Después de mi larga explicación, don Juan hizo un cómico gesto de desesperanza llevándose las manos a las mejillas y suspirando hondamente.

-Deja en paz tu mundo civilizado -dijo-. !Déjalo! Nadie te pide que te portes como un loco. Ya te lo he dicho: un guerrero necesita ser perfecto para manejar los poderes que caza; ¿cómo puedes concebir que un guerrero no sea capaz de diferenciar las cosas?

"En cambio, tú, amigo mío, que conoces lo que es el mundo real, te perderías y morirías en un instante si tuvieras que depender de tu capacidad para distinguir qué cosa es real y cuál no."

Evidentemente, yo no había expresado lo que en verdad tenía en mente. Cada vez que protestaba, no hacía más que dar voz a la insoportable frustración de hallarme en una posición insostenible.

-No trato de convertirte en un hombre enfermo y loco -prosiguió don Juan-. Eso puedes hacerlo tú mismo sin ayuda mía. Pero las fuerzas que nos guían te trajeron a mí, y yo me he esforzado por enseñarte a cambiar tus costumbres idiotas y vivir la vida fuerte y clara de un cazador. Luego las fuerzas volvieron a guiarte y me dijeron que debes aprender a vivir la vida impecable de un guerrero. Al parecer no puedes. Pero ¿quién sabe? Somos tan misteriosos y tan temibles como este mundo impenetrable, conque ¿quién sabe de lo que seas capaz?

Un tono de tristeza se entramaba en la voz de don Juan. Quise disculparme, pero él empezó a hablar de nuevo.

-No tienes que mirarte las manos -dijo-. Como ya te dije, escoge cualquier cosa. Pero escógela por anticipado y encuéntrala en tus sueños. Te dije que tus manos porque tus manos siempre estarán allí.

"Cuando empiecen a cambiar de forma, debes apartar la vista de ellas y elegir alguna otra cosa, y cuando esa otra cosa empiece a cambiar de forma debes mirarte otra vez las manos. Lleva mucho tiempo perfeccionar esta técnica."

Me había concentrado tanto en escribir que no había notado que estaba oscureciendo. El sol ya había desaparecido en el horizonte. El cielo estaba nublado y el crepúsculo era inminente. Don Juan se puso en pie y miró de soslayo hacia el sur.

-Vámonos -dijo-. Tenemos que caminar al sur hasta que el espíritu del ojo de agua se manifieste.

Caminamos una media hora. El terreno cambió abruptamente y llegamos a una zona sin arbustos. Había un cerro grande y redondo donde había ardido la maleza. Parecía una cabeza calva. Caminamos hacia él. Pensé que don Juan iba a subir la suave ladera, pero en vez de ello se detuvo y adoptó una postura muy atenta. Su cuerpo pareció haberse contraído como una sola unidad, y se estremeció por un instante. Luego se relajó de nuevo y quedó en pie, flácido. No pude explicarme cómo se mantenía erecto con los músculos relajados a tal punto.

En ese momento, una racha muy fuerte de viento me sacudió. El cuerpo de don Juan giró en la dirección del viento, hacia el oeste. No usó los músculos para dar la vuelta, o al menos no los usó como yo los usaría al girar. Más bien, pareció que lo jalaban desde afuera. Era como si otra persona le hubiese acomodado el cuerpo para que pudiera mirar en otra dirección.

Yo tenía la vista fija en él. Don Juan me miraba con el rabo del ojo. En su rostro había una expresión decidida, resuelta. Todo su ser se hallaba alerta, y yo lo contemplaba maravillado. Jamás me había visto en una situación que requiriese una concentración tan extraña.

De pronto, su cuerpo se estremeció como rociado por un súbito chubasco de agua fría. Experimentó otra sacudida y luego echó a andar como si nada hubiera pasado. Lo seguí. Flanqueamos el cerro pelado, por el costado oriental, hasta hallarnos en su parte media; allí se detuvo, volviéndose a encarar el oeste.

Desde donde estábamos, la cima del cerro no era tan redonda y lisa como había parecido a distancia. Había una cueva, o un hoyo, cerca de la cumbre. Fijé allí la vista porque don Juan hacía lo mismo. Otra fuerte racha de viento hizo trepar un escalofrío por mi espina dorsal. Don Juan volteó hacia el sur y escudriñó el área con los ojos.

-¡Allí! -dijo en un susurro y señaló un objeto en el suelo.

Esforcé los ojos por ver. Había algo en el suelo, a unos seis metros de distancia. Era café claro y se estremeció mientras lo miraba. Enfoqué allí toda mi atención. El objeto era casi redondo y parecía acurrucado; de hecho, se veía como un perro hecho bola.

-¿Qué es? susurré a don Juan.

-No sé -respondió, también susurrando, mientras observaba el objeto-. ¿Qué te parece a ti?

Le dije que parecía ser un perro.

-Demasiado grande para perro -aseveró él.

Di unos pasos hacia el objeto, pero don Juan me detuvo con gentileza. Lo examiné de nuevo. Era definitivamente algún animal dormido o muerto. Casi podía verle la cabeza; sus orejas sobresalían como las de un lobo. Para entonces, me hallaba seguro de que era un animal acurrucado. Pensé que podía ser un ternero café. Se lo dije a don Juan, en susurro. Él respondió que era demasiado compacto para ternero, y además tenía las orejas picudas.

El animal volvió a estremecerse y entonces noté que estaba vivo. Pude ver que respiraba; sin embargo, no parecía respirar rítmicamente. Los alientos que tornaba eran más bien como temblores irregulares. En ese momento me di cuenta de algo.

-Es un animal que se está muriendo -susurré a don Juan.

-Tienes razón -respondió susurrando-. ¿Pero qué clase de animal?

Yo no podía distinguir sus rasgos específicos. Don ,Juan dio dos pasos cautos en su dirección. Lo seguí. Ya estaba entonces muy oscuro, y tuvimos que dar otros dos pasos para mantener el animal a la vista.

-Cuidado -me susurró don Juan al oído-. Si es un animal moribundo, puede saltarnos encima con sus últimas fuerzas.

El animal, fuera lo que fuese, parecía estar al borde de la muerte; su respiración era irregular, su cuerpo se estremecía espasmódicamente, pero no cambiaba de postura. En determinado momento, sin embargo, un espasmo tremendo lo elevó por encima del suelo. Oí un chillido inhumano y el animal estiró las patas: sus garras eran más que aterradoras, eran repugnantes. El animal cayó de lado después de estirar las patas y luego rodó sobre el lomo.

Oí un gruñido formidable y la voz de don Juan que gritaba:

-¡Corre! ¡Corre!

Y eso fue exactamente lo que hice. Corrí hacia la cúspide del cerro con increíble rapidez y agilidad. A medio camino me volví y vi a don Juan parado en el mismo sitio. Me hizo seña de bajar. Descendí corriendo la ladera.

-¿Qué pasó? -pregunté, sin aliento.

-Creo que el animal está muerto -dijo.

Avanzamos cautelosamente hacia el animal. Estaba tendido de espaldas. Al acercarme, casi grité de susto. Me di cuenta de que todavía no se hallaba muerto por completo. Su cuerpo temblaba aún. Las patas, estiradas hacia arriba, se sacudían frenéticamente. El animal estaba sin duda en sus últimas boqueadas.

Caminé delante de don Juan. Una nue-

va sacudida movió el cuerpo del animal y pude ver su cabeza. Me volví hacia don Juan, horrorizado. A juzgar por su cuerpo, el animal era a las claras un mamífero; sin embargo, tenía pico de ave.

Lo miré fijamente, presa de un horror total y absoluto. Mi mente rehusaba creerlo. Me hallaba atontado. Ni siquiera podía articular una palabra. Nunca en toda mi existencia había visto nada de tal naturaleza. Algo inconcebible se hallaba ahí frente a mis propios ojos. Quería que don Juan me explicara ese animal increíble, pero sólo pude mascullar incoherencias. Don Juan me miraba. Yo lo miré y miré al animal, y entonces algo dentro de mí arregló el mundo y supe de inmediato qué cosa era el animal. Fui hasta él y lo recogí. Era una rama grande de arbusto. Se había quemado, y posiblemente el viento arrastró basura chamuscada que se atoró en la rama seca dándole la apariencia redonda y abultada de un animal grande. La basura quemada la hacía verse café claro en contraste con la vegetación verde.

Reí de mi estupidez y, excitado, expliqué a don Juan que el viento, al soplar a través de la rama, la había hecho parecer un animal vivo. Pensé que le complacería la forma en que resolví el misterio, pero él dio la media vuelta y empezó a subir al cerró. Lo seguí. Agachándose, entró en la depresión que parecía cueva. No era un hoyo, sino una muesca poco profunda en la piedra arenosa.

Don Juan tomó algunas varitas y las usó para barrer la tierra acumulada en el fondo de la depresión.

-Hay que quitar las garrapatas -dijo.

Me hizo seña de tomar asiento y dijo que me pusiera cómodo porque íbamos a pasar allí la noche.

Empecé a hablar de la rama, pero él me hizo callar.

-Lo que has hecho no es ningún triunfo -dijo-. Desperdiciaste un poder hermoso, un poder que infundió vida en aquella rama seca.

Dijo que el triunfo verdadero habría sido dejarme ir en pos del poder hasta que el mundo hubiera cesado de existir. No parecía disgustado conmigo ni desilusionado con mi desempeño. Declaró repetidas veces que éste era sólo el principio, que manejar poder llevaba tiempo. Palmeándome el hombro, dijo en son de broma que ese mismo día, unas horas antes, yo era la persona que conocía qué era real y qué no. Me sentí apenado. Empecé a pedir disculpas por mi tendencia a estar siempre tan seguro de mis supuestos.

-No importa -dijo él-. Esa rama era un animal verdadero y estaba viva en el momento en que el poder la tocó. Siendo el poder lo que le daba vida, la movida era, como en el soñar, prolongar su visión. ¿Ves a qué me refiero?

Quise preguntar otra cosa, pero me calló y dijo que yo debía permanecer en completo silencio, pero despierto, toda la noche, y que él iba a hablar un rato.

Dijo que, como el espíritu conocía su voz, podía aplacarse al oírla y dejarnos en paz. Explicó que la idea de hacerse accesible al poder tenía graves implicaciones. El poder era una fuerza devastadora que fácilmente podía conducir a la muerte, y había que tratarlo con enorme cuidado. Había que ponerse sistemáticamente al alcance del poder, pero siempre con gran cautela.

Se procedía poniendo en evidencia la presencia propia a través de un despliegue contenido de palabras en voz alta o cualquier otro tipo de actividad ruidosa, y luego era obligatorio observar un silencio prolongado y total. Un estallido controlado y una quietud controlada eran la marca de un guerrero. Dijo que, propiamente, yo debía haber sostenido un rato más la visión del monstruo vivo. En forma dominada, sin perder la razón ni trastornarme de excitación o miedo, debí haber pugnado por "parar el mundo". Don Juan señaló que, después de mi carrera cerro arriba, me hallaba en un estado perfecto para "parar el mundo". En tal estado se combinaban el temor, la impotencia, el poder y la muerte; dijo que sería bastante difícil repetir un estado así.

-¿Qué quiere usted decir con "parar el mundo"? -le susurré al oído.
Me lanzó una mirada feroz antes de responder que era una técnica practicada por quienes cazaban poder, una técnica por virtud de la cual el mundo, tal como lo conocemos, se derrumbaba.

XI. EL ÁNIMO DE UN GUERRERO

LLEGUÉ a la casa de don Juan el jueves 31 de agosto de 1961 y él, sin darme siquiera tiempo de saludar, metió la cabeza por la ventanilla de mi coche, me sonrió y dijo:
Tienes que manejar un trecho muy largo, a un sitio de poder, y ya casi es mediodía.
Abrió la puerta del coche, se sentó junto a mí en el asiento delantero y me indicó marchar hacia el sur durante unos ciento veinte kilómetros; luego tomamos hacia el este por un camino de tierra y lo seguimos hasta llegar a las faldas de las montañas.
Estacioné el coche a un lado del camino, en una hondonada que don Juan eligió porque era lo bastante profunda para ocultar el vehículo a la vista. Desde allí fuimos directamente a la cima de los cerros bajos, cruzando un llano vasto y desolado.
Cuando se hizo de noche, don Juan escogió un sitio para dormir. Exigió silencio completo.

A la mañana siguiente comimos frugalmente y continuamos nuestro viaje más o menos hacia el este. La vegetación ya no constaba de matorrales desérticos, sino de densos arbustos y árboles verdes, de montaña.
Al mediar la tarde trepamos a la cima de un gigantesco risco de roca conglomerada, como un muro. Don Juan tomó asiento y me hizo seña de imitarlo.
-Éste es un sitio de poder -dijo tras una pausa momentánea-. Éste es el sitio donde los guerreros se enterraban hace mucho tiempo.
En aquel instante un cuervo voló sobre nuestras cabezas, graznando. Don Juan siguió su vuelo con una mirada fija.
Examiné la roca, y me preguntaba cómo y dónde habrían enterrado a los guerreros cuando don Juan me tocó el hombro.
-Aquí no, idiota -dijo sonriendo-. Allá abajo.
Señaló el campo a nuestros pies, al fondo del risco, hacia el este; explicó que dicho campo estaba rodeado por un corral natural de peñascos. Desde donde me hallaba, vi un área que tendría como cien metros de diámetro y parecía un circulo perfecto. Arbustos espesos cubrían su superficie, camuflando los peñascos. Yo no habría notado su redondez perfecta si don Juan no me la hubiera señalado.
Dijo que había montones de sitios así esparcidos en el viejo mundo de los indios. No eran exactamente sitios de poder, como ciertos cerros o formaciones de tierra que eran morada de espíritus, sino más bien sitios de instrucción donde uno podía recibir lecciones, resolver dilemas.
Todo lo que tienes que hacer es venir aquí -dijo-. O pasar la noche en esta roca para poner en orden tus sentimientos.
-¿Vamos a pasar la noche aquí?
-Eso pensaba yo, pero un cuervito acaba de decirme que no lo hagamos.
Traté de averiguar más sobre el cuervo, pero él me silenció con un ademán impaciente.
-Mira ese círculo de peñascos -dijo-. Grábatelo en la memoria y luego, algún día, un cuervo te llevará a otro de estos sitios. Mientras más perfecta sea su redondez, mayor es su poder.
-¿Todavía están sepultados aquí los huesos de los guerreros?
Don Juan hizo un cómico gesto de desconcierto y luego sonrió ampliamente.
-Éste no es un cementerio -dijo-. Nadie está sepultado aquí. Dije que en otro tiempo los guerreros se enterraban aquí. Quise decir que venían a enterrarse una noche, o dos días, o el tiempo que necesitaran. No decía que aquí estuvieran enterrados huesos de muertos. No me interesan los cementerios. No hay poder en ellos. En los huesos de un guerrero sí hay poder, pero nunca están en cementerios. Y en los hue-

sos de un hombre de conocimiento todavía hay más poder, pero sería prácticamente imposible encontrarlos.
-¿Quién es un hombre de conocimiento, don Juan?
-Cualquier guerrero podría llegar a ser hombre de conocimiento. Como ya te dije, un guerrero es un cazador impecable que caza poder. Si logra cazar, puede ser un hombre de conocimiento.
-¿Qué es lo que usted...?
Detuvo mi pregunta con un ademán. Se puso en pie, me hizo seña de seguirlo y empezó a descender por la empinada ladera oriental del risco. Había una vereda definida en la superficie casi perpendicular, y llevaba al área redonda.
Descendimos lentamente por el peligroso sendero, y al llegar a tierra don Juan, sin detenerse para nada, me guió por el denso chaparral hasta el centro del círculo. Allí utilizó unas gruesas ramas secas para barrer un sitio donde sentarnos. El sitio era también perfectamente redondo.
-Tenía la intención de enterrarte aquí toda la noche -dijo-. Pero ahora sé que todavía no te da. No tienes poder. Nada más voy a enterrarte un ratito.
Me puse muy nervioso con la idea de verme sepultado y le pregunté cómo planeaba enterrarme. Rió como un niño travieso y empezó a juntar ramas secas. No me dejó ayudarlo; dijo que me sentara y aguardase.
Echó las ramas que juntaba dentro del círculo despejado. Luego me hizo acostarme con la cabeza hacia el este, puso mi saco bajo mi cabeza e hizo una jaula en torno a mi cuerpo. La construyó clavando en la tierra suave trozos de ramas, de unos 75 centímetros de largo; las ramas, terminadas en horquetas, sirvieron de soportes para unos palos largos que dieron a la jaula un marco y la apariencia de un ataúd abierto. Cerró esa especie de caja colocando ramas pequeñas y hojas sobre las varas largas, encajonándome de los hombros para abajo. Dejó mi cabeza fuera, con el saco como almohada.
Luego tomó un trozo grueso de madera seca y, usándolo como coa, aflojó la tierra en torno de mí y cubrió con ella la jaula.
El marco era tan sólido y las hojas estaban tan bien puestas que no entró tierra. Yo podía mover libremente las piernas y, de hecho, entrar y salir, deslizándome.
Don Juan dijo que por lo común el guerrero construía la jaula y luego se metía en ella y la sellaba desde adentro.
-¿Y los animales? -pregunté-. ¿Pueden rascar la tierra de encima y colarse en la jaula y hacer daño al hombre?
-No, ésa no es preocupación para un guerrero. Es preocupación para ti porque tú no tienes poder. Un guerrero, en cambio, está guiado por su empeño inflexible y puede alejar cualquier cosa. Ninguna rata, ni serpiente, ni puma podría molestarlo.
-¿Para qué se entierran, don Juan?
-Para recibir instrucción y para ganar poder.
Experimenté un sentimiento extremadamente agradable de paz y satisfacción; el mundo en aquel momento parecía en calma. La quietud era exquisita y al mismo tiempo enervante. No me hallaba acostumbrado a ese tipo de silencio. Traté de hablar, pero don Juan me calló. Tras un rato, la tranquilidad del sitio afectó mi estado de ánimo. Me puse a pensar en mi vida y en mi historia personal y experimenté una familiar sensación de tristeza y remordimiento. Dije a don Juan que yo no merecía estar allí, que su mundo era fuerte y bello y yo era débil, y que mi espíritu había sido deformado por las circunstancias de mi vida.
Él rió y amenazó con cubrirme la cabeza con tierra si seguía hablando en esa vena. Dijo que yo era un hombre. Y como cualquier hombre, merecía todo lo que era la suerte de los hombres: alegría, dolor, tristeza y lucha, y la naturaleza de nuestros actos carecía de importancia siempre y cuando actuáramos como guerreros.
Bajando la voz casi hasta un susurro, dijo que, si en verdad sentía yo que mi espíritu estaba deformado, simplemente debía componerlo -purificarlo, hacerlo perfecto- porque en toda nuestra vida no había otra ta-

rea más digna de emprenderse. No arreglar el espíritu era buscar la muerte, y eso era igual que no buscar nada, pues la muerte nos iba a alcanzar de cualquier manera.
Hizo una larga pausa y luego dijo, con un tono de profunda convicción:
-Buscar la perfección del espíritu del guerrero es la única tarea digna de nuestra hombría.
Sus palabras actuaron como un catalizador. Sentí el peso de mis acciones pasadas como una carga insoportable y estorbosa. Admití que no había esperanza para mí. Empecé a llorar, hablando de mi vida. Dije que llevaba tanto tiempo de andar errante que me había encallecido al dolor y a la tristeza, excepto en ciertas ocasiones en las que me daba cuenta de mi soledad y de mi impotencia.
Don Juan no dijo nada. Me tomó por los sobacos y me sacó a rastras de la jaula. Me senté al verme libre. Él también tomó asiento. Un silencio incómodo se ahondó entre nosotros. Pensé que me estaba dando tiempo de recobrar la compostura. Tomé mi cuaderno y, por nerviosismo, me puse a garabatear.
-Te sientes como una hoja a merced del viento, ¿no? -dijo al fin, mirándome.
Así me sentía exactamente. Don Juan parecía compenetrado de mis sentimientos. Dijo que mi estado de ánimo le recordaba una canción y empezó a cantarla en tono bajo; su voz cantante era muy agradable y la letra me arrebató: "Qué lejos estoy del suelo donde he nacido. Inmensa nostalgia invade mi pensamiento. Al verme tan solo y triste cual hoja al viento, quisiera llorar, quisiera morir de sentimiento."
Callamos largo rato. Finalmente, él rompió el silencio.
-Desde el día en que naciste, de una forma u otra, alguien te ha estado haciendo algo -dijo.
-Eso es correcto -dije.
-Y te han estado haciendo algo en contra de tu voluntad.
-Cierto.
-Y ahora estás desamparado, cual hoja al viento.
-Correcto. Así es.
Dije que las circunstancias de mi vida habían sido, a veces, devastadoras. Él escuchó con atención, pero no pude saber si sólo lo hacía por amabilidad, o si estaba genuinamente preocupado, hasta que lo sorprendí tratando de esconder una sonrisa.
-Por mucho que te guste compadecerte a ti mismo, tienes que cambiar eso -dijo con voz suave-. No encaja con la vida de un guerrero.
Rió y cantó nuevamente la canción, pero contorsionando la entonación de ciertas palabras; el resultado fue un lamento risible. Señaló que el motivo de que me gustara la canción era que en mi propia vida yo no había hecho sino lamentarme y hallar defectos en todo. No pude discutir con él. Estaba en lo cierto. Sin embargo, yo creía tener motivos suficientes para justificar mi sentimiento de ser como una hoja al viento.
-Lo más difícil en este mundo es adoptar el ánimo de un guerrero -dijo él-. De nada sirve estar triste y quejarse y sentirse justificado de hacerlo, creyendo que alguien nos está siempre haciendo algo. Nadie le está haciendo nada a nadie, mucho menos a un guerrero.
"Tú estás aquí, conmigo, porque quieres estar aquí. Ya deberías haber asumido la responsabilidad completa, y la idea de que estás a merced del viento debería ser inadmisible."
Se puso de pie y empezó a desarmar la jaula. Volvió a poner la tierra en donde la había tomado, y cuidadosamente esparció las ramas en el chaparral. Luego cubrió con desechos el círculo limpio, dejando el área como si nada la hubiese tocado jamás.
Comenté su eficacia. Dijo que un buen cazador sabría que habíamos estado allí por más cuidado que él tuviese, porque las huellas de los hombres no pueden borrarse por entero.
Tomó asiento con las piernas cruzadas y me indicó sentarme lo más cómodo posible, dando la cara al sitio donde me había

enterrado, y quedarme quieto hasta que mi ánimo de tristeza se hubiera disipado.
-Un guerrero se entierra para hallar poder, no para llorar de pena -dijo.
Intenté explicar, pero él me detuvo con un movimiento impaciente de cabeza. Dijo que había tenido que sacarme aprisa de la jaula porque mi ánimo era intolerable y él temió que el sitio resintiese mi debilidad y me hiciera daño.
La pena no encaja con el poder -dijo-. El ánimo de un guerrero implica que el guerrero se controla y al mismo tiempo se abandona.
-¿Cómo puede ser? -pregunté-. ¿Cómo se puede dominar y abandonar al mismo tiempo?
-Es una técnica difícil -dijo.
Pareció cavilar si debería seguir hablando o no. Dos veces estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo y sonrió.
-Todavía no te sobrepones a tu tristeza -dijo-. Todavía te sientes débil y no tiene caso hablar ahora del ánimo de un guerrero.
Casi una hora transcurrió en completo silencio. Luego, don Juan me preguntó de buenas a primeras si había yo logrado aprender las técnicas de "soñar" que él me enseñó. Yo había practicado asiduamente y, tras un esfuerzo monumental, pude obtener cierto grado de control sobre mis sueños. Don Juan tenía mucha razón al decir que los ejercicios podían tomarse como diversión. Por primera vez en mi vida, esperaba yo con ansia la hora de dormir.
Le di un detallado reporte de mi progreso. Aprender a sostener la imagen de mis manos había sido relativamente fácil una vez que aprendía darme la orden de mirarlas. Mis visiones, aunque no siempre eran de mis propias manos, duraban un tiempo aparentemente largo, hasta que terminaba por perder el control y sumergirme en sueños comunes, imprevisibles. Yo carecía de toda volición con respecto al momento en que me daba la orden de mirar mis manos, o de mirar otros elementos del sueño. Simplemente sucedía. En determinado instante recordaba que debía mirarme las manos y después ver el entorno. Sin embargo, había noches en las que no tenía memoria de haberlo hecho.
Don Juan pareció satisfecho y quiso saber cuáles eran los elementos habituales que yo había estado hallando en mis visiones. No se me ocurrió alguno en particular, y empecé a elaborar sobre un sueño pesadillesco que había tenido la noche anterior.
-Uy, ya te estás haciendo el loco -dijo con sequedad.
Le dije que estaba anotando todos los detalles de mis sueños. Desde que había empezado la práctica de mirarme las manos, mis sueños habían adquirido mucha intensidad y mi capacidad de evocarlos había aumentado hasta el punto de que me era posible recordar detalles minúsculos. Él dijo que fijarse en eso era una pérdida de tiempo, porque los detalles y la vividez no tenían ninguna importancia.
-Los sueños comunes se vuelven muy vívidos apenas empiezas a arreglar los sueños -dijo-. Esa vividez y claridad es una barrera formidable, y tú estás peor que cualquiera que yo haya conocido en mi vida. Tienes la peor manía. Escribes todo lo que puedes.
Con toda justeza, yo creía estar haciendo lo adecuado. Llevar un recuento meticuloso de mis sueños me daba cierto grado de claridad con respecto a la naturaleza de las visiones que tenía estando dormido.
-¡Déjalo! -dijo él, imperioso-. No sirve de nada. Lo único que estás haciendo es distraerte del propósito del soñar, que es el control y el poder.
Se acostó y se cubrió los ojos con el sombrero y habló sin mirarme.
-Voy a recordarte todas las técnicas que debes practicar -dijo-. Primero enfocas la mirada en tus manos, como punto de partida. Luego pasas la mirada a otras cosas y les echas vistazos cortos. Enfoca la mirada en tantas cosas como puedas. Recuerda que si sólo miras un momento las imágenes no cambian. Luego regresa a tus manos.
"Cada vez que te miras las manos renue-

vas el poder necesario para soñar, conque al principio no mires demasiadas cosas. Cuatro cada vez serán suficientes. Más adelante, podrás irlas aumentando hasta que cubras todas las que quieras, pero apenas las imágenes empiecen a cambiar y sientas que estás perdiendo el dominio, regresa a tus manos.

"Cuando te sientas capaz de mirar las cosas indefinidamente, estarás listo para una nueva técnica. Te la voy a enseñar ahora, pero no espero que la utilices sino hasta que estés listo."

Estuvo callado unos quince minutos. Por fin se sentó y me miró.

-El siguiente paso para arreglar los sueños es aprender a viajar -dijo-. De la misma forma en que has aprendido a mirarte las manos, puedes moverte con la voluntad, ir a cualquier sitio. Primero tienes que determinar a dónde quieres ir. Escoge un lugar bien conocido -puede ser tu escuela, o un parque, o la casa de un amigo- y luego pon tu voluntad en ir allí.

"Esta técnica es muy difícil. Debes realizar dos tareas: debes trasladarte con la voluntad al sitio específico, y luego, cuando hayas dominado esa técnica, tienes que aprender a controlar el tiempo exacto de tu viaje."

Mientras anotaba sus palabras, sentía hallarme realmente chiflado. Estaba de hecho anotando aberraciones sin sentido, esforzándome al máximo por seguirlas. Experimenté una oleada de remordimiento y vergüenza.

-¿Qué me está usted haciendo, don Juan? -pregunté, sin querer decirlo realmente.

Pareció sorprendido. Me miró un instante y luego sonrió.

-Ya me has preguntado mil veces lo mismo. Yo no te estoy haciendo nada. Tú te estás poniendo al alcance del poder; lo estás cazando y yo nada más te guío.

Inclinó la cabeza hacia un lado y me examinó. Me tomó por la barbilla con una mano y por la nuca con la otra y luego movió mi cabeza hacia adelante y hacia atrás. Los músculos de mi cuello estaban muy tensos, y el movimiento redujo la tensión.

Don Juan alzó los ojos al cielo por un momento y pareció observar algo.

-Es hora de irse - dijo secamente y se puso en pie.

Caminamos más o menos hacia el oriente hasta llegar a un bosquecillo de árboles pequeños, en un valle entre dos enormes colinas. Eran casi las cinco de la tarde. Don Juan dijo, en tono casual, que tal vez tuviéramos que pasar la noche en ese lugar. Señaló los árboles y dijo que por ahí había agua.

Tensó el cuerpo y empezó a olfatear el aire como un animal. Pude ver los músculos de su estómago contraerse en espasmos cortos, muy rápidos, mientras él exhalaba e inhalaba por la nariz en veloz sucesión. Me instó a imitarlo y a descubrir por mí mismo dónde estaba el agua. Hice la prueba, con renuencia. Tras cinco o seis minutos de respirar aprisa me hallaba mareado, pero mi nariz se había despejado en forma extraordinaria y me era posible detectar el olor de sauces de río. Sin embargo, no podía decir dónde estaban.

Don Juan me indicó descansar unos minutos y luego me puso a olfatear de nuevo. La segunda ronda fue más intensa. Pude distinguir una bocanada de olor a sauce que llegaba de mi derecha. Nos encaminamos en esa dirección y hallamos, a cosa de medio kilómetro, un sitio pantanoso con agua estancada.

Rodeándolo, subimos a una meseta plana ligeramente más alta. Encima y en torno de la meseta el chaparral era muy denso.

-Este lugar está lleno de pumas y otros gatos de monte más chicos -dijo don Juan como si tal cosa.

Corrí a su lado y él soltó la risa.

-De plano, yo no vendría por aquí para nada. -dijo-. Pero el cuervo señaló en esta dirección. Debe haber algo especial en este sitio.

-¿Tenemos realmente que estar aquí, don Juan?

-Sí. De lo contrario, evitaría yo este sitio.

Yo me había puesto extremadamente nervioso. Don Juan me dijo que escuchara sus palabras con toda atención.

-Lo único que puede hacerse en este sitio es cazar pumas -prosiguió-. Así que voy a enseñarte eso.

"Hay un modo especial de construir una trampa para las ratas de agua que viven cerca de los ojos de agua. Sirven de cebo. Los lados de la jaula están hechos de modo que se caen, y al caer dejan al descubierto púas muy filosas. Las púas no se ven cuando la trampa está puesta, y no afectan nada a menos que algo caiga sobre la jaula; en ese caso los lados se caen y las púas atraviesan lo que haya pegado en la trampa."

Yo no entendía, pero él trazó un diagrama en el suelo y me mostró que, si los soportes verticales de la jaula se colocaban en hoyos cóncavos hechos en el marco a guisa de pivotes, la jaula se desplomaría para un lado o el otro cuando algo empujara su parte superior.

Las púas eran aguzadas astillas puntiagudas de madera dura, que se colocaban en todo el contorno del marco y se aseguraban a él.

Don Juan dijo que, por lo común, se ponía una pesada carga de piedras sobre una red de varas conectada a la jaula y colgada encima de ella, a buena altura. Cuando el gato montés llegaba a la trampa cebada con las ratas de agua, generalmente intentaba romperla de un fuerte zarpazo; entonces las púas le atravesaban las patas y el animal, frenético, daba el salto, echándose encima una avalancha de piedras.

-A lo mejor algún día necesitas atrapar un gato montés -dijo don Juan-. Tienen poderes especiales. Son tremendos y muy listos, y la única manera de atraparlos es engañándolos con el dolor y con el aroma de los sauces de río.

Con rapidez asombrosa armó una trampa, y tras larga espera capturó tres roedores rechonchos, con aspecto de ardillas.

Me indicó cortar un puñado de mimbres de la orilla del pantano y frotar con ellos mi ropa. Él hizo lo mismo. Luego, con rapidez y habilidad, tejió con juncos dos sencillas redes portadoras, recogió del pantano un gran montón de lodo y plantas verdes, y lo llevó a la meseta, donde se ocultó.

Mientras tanto, los roedores habían empezado a chillar a todo volumen.

Don Juan habló desde su escondite para indicarme que usara la otra red, juntara una buena cantidad de plantas y lodo, y trepase a las ramas bajas de un árbol cercano a la jaula donde estaban los roedores. Don Juan dijo que no quería hacer ningún daño al puma ni a las ratas de agua, de modo que iba a arrojarle lodo al león si éste se acercaba a la trampa.

Me dijo que estuviese alerta y golpeara al puma con mi bulto de lodo después de que él lo hubiera hecho, para asustarlo. Me recomendó mucho cuidado para no caer del árbol. Sus instrucciones finales fueron permanecer tan quieto que me confundiera con las ramas.

Yo no podía ver dónde estaba don Juan. El chillar de los roedores se hizo extremadamente fuerte. Llegó a estar tan oscuro que apenas me era posible distinguir la configuración general del terreno. Percibí el súbito sonido cercano de pasos suaves y una exhalación felina amortiguada, luego un gruñido muy suave y las ratas de agua cesaron de chillar. En ese mismo instante vi la masa oscura de un animal justamente debajo del árbol donde me encontraba. Incluso antes de que yo pudiera estar seguro de que era un puma, se lanzó contra la trampa, pero no llegó a alcanzarla porque algo lo golpeó y lo hizo recular. Arrojé mi bulto, como don Juan me había dicho. No dio en el blanco, pero hizo mucho ruido.

En ese instante don Juan soltó una serie de gritos penetrantes que me produjeron escalofríos, y el puma, con extraordinaria agilidad, saltó a la meseta y desapareció.

Don Juan siguió haciendo un rato los ruidos penetrantes y luego me dijo que bajara del árbol, recogiera la jaula con las ratas de agua, corriera a la meseta y llegara lo más rápido posible a donde él se hallaba.

En un tiempo increíblemente corto me encontré parado junto a don Juan. Me dijo que imitara sus gritos lo mejor posible para tener al gato a distancia mientras él desarmaba la jaula y liberaba a los roedores.

Empecé a gritar, pero no podía producir el mismo efecto. Mi voz estaba ronca a causa de la excitación.
Él dijo que me dejara ir y gritara con verdadero sentimiento, porque el león todavía andaba por ahí. De pronto cobré plena conciencia de la situación. El león era real. Prorrumpí en una magnifica serie de gritos penetrantes.
Don Juan rió a carcajadas.
Me dejó gritar un momento y luego dijo que debíamos dejar ese sitio lo antes posible, pues, el puma no era ningún tonto y probablemente estaba en ese momento desandando sus pasos dirigiéndose a donde nos hallábamos.
-De seguro nos va a seguir -dijo-. Por mucho cuidado que tengamos, dejaremos un rastro del ancho de la carretera panamericana.
Caminé muy cerca de don Juan. De vez en cuando él se detenía un instante a escuchar. En determinado momento echó a correr en la oscuridad, y yo lo seguí con las manos extendidas frente a los ojos para protegerme de las ramas.
Por fin llegamos al pie del risco donde estuvimos antes. Don Juan dijo que si lográbamos trepar a la cima sin que el león nos atacara, estaríamos a salvo. Tomó la delantera para mostrarme el camino. Empezamos a trepar en la oscuridad. No supe cómo, pero lo seguí con paso firme y certero. Cuando estábamos cerca de la cima oí un peculiar clamor animal. Era casi como el mugido de una vaca, pero un poco más largo y más áspero.
-¡Arriba! ¡Arriba! gritó don Juan.
Trepé velozmente en la oscuridad total, adelantándome a don Juan. Cuando él llegó al remate plano del risco yo ya estaba sentado recuperando el aliento.
Rodó por el suelo. Por un segundo pensé que el esfuerzo había sido demasiado para él, pero en realidad estaba riendo de mi raudo ascenso.
Estuvimos sentados un par de horas en completo silencio y luego emprendimos la marcha hacia el coche.

Domingo, septiembre 3, 1961

Don Juan no estaba en la casa cuando desperté. Trabajé en mis notas y tuve tiempo de juntar leña en el chaparral circundante antes de que él regresara. Me hallaba comiendo cuando entró en la casa. Empezó a reír de lo que llamaba mi rutina de comer al mediodía, pero tomó de mis emparedados.
Le dije que lo ocurrido con el puma era desconcertante para mí. En retrospectiva, parecía enteramente irreal. Era como si todo se hubiera escenificado para mi beneficio. La sucesión de eventos fue tan rápida que no tuve en realidad tiempo de asustarme. Tuve tiempo para actuar, pero no para deliberar sobre mis circunstancias. Al escribir mis notas se planteó la interrogante de si había visto realmente al puma. La alucinación de la rama seca estaba todavía fresca en mi memoria.
-Era un puma -dijo don Juan en tono imperioso.
-¿Era un verdadero animal de carne y hueso?
-Seguro.
Le dije que mis sospechas habían despertado a causa del fácil desarrollo de todo el evento. Era como si el gato hubiera estado allí aguardando y hubiera sido entrenado para hacer exactamente lo que don Juan planeara.
Mi alud de observaciones escépticas no le hizo la menor mella. Se rió de mí.
-Eres un tipo chistoso -dijo-. Tú viste y oíste al gato. Estaba abajito del árbol donde tú estabas. Si no te olfateó y te saltó fue por los mimbres. Matan cualquier otro olor, hasta para los gatos. Tú tenías en los brazos una carga de lodo.
Dije que no era que dudara de él, sino que todo lo ocurrido aquella noche era extremadamente ajeno a los sucesos de mi vida cotidiana. Durante un rato, al escribir mis notas, tuve incluso el sentimiento de que don Juan podía haber hecho el papel de león. Sin embargo, hube de descartar la idea porque yo había visto realmente la silueta oscura de un animal de cuatro patas

lanzándose hacia la jaula y luego saltando a la meseta.
-¿Por qué te haces tanto lío? -dijo él-. No era más que un gato grande. Ha de haber miles de gatos en esos montes. Gran cosa. Como de costumbre, diriges la atención a donde no debes. No importa para nada que fuera un puma o mis calzones. Lo que sentías en ese instante era lo que contaba. En toda mi vida, yo nunca había visto ni oído la ronda de un gran felino salvaje. Al pensar en ello, no podía reponerme del hecho de haber estado a tan poca distancia de uno.
Don Juan escuchó pacientemente mientras yo repasaba toda la experiencia.
-¿Por qué tanta reverencia con el gatote? -preguntó con expresión inquisitiva-. Has estado cerca de casi todos los animales que viven por aquí y jamás te han impresionado tanto. ¿Te gustan los gatos?
-No.
-Bueno, entonces olvídalo. De cualquier modo, la lección no tenía nada que ver con cazar leones.
-¿Y con qué tenía que ver?
-El cuervito me señaló ese sitio específico, y en ese sitio vi la oportunidad de hacerte entender cómo actúa uno cuando tiene ánimo de guerrero.
"Todo lo que hiciste anoche lo hiciste con un ánimo correcto. Tenías control y a la vez estabas abandonado cuando saltaste del árbol para recoger la jaula y llevármela corriendo. No te paralizó el miedo. Y luego, casi en lo alto del risco, cuando el león soltó un grito, te moviste muy bien. Estoy seguro de que no creerías lo que hiciste si vieras el risco de día. Tenías cierto grado de abandono, y al mismo tiempo cierto grado de control sobre ti mismo. No te soltaste al grado de orinarte en los calzones, pero te soltaste y trepaste ese muro en completa oscuridad. Podrías haber dado un paso en falso y matarte. Trepar ese muro en la oscuridad requería que te contuvieras y te soltaras al mismo tiempo. Eso es lo que yo llamo el ánimo de un guerrero."
Dije que cuanto hubiese hecho aquella noche fue el producto de mi miedo, y no el resultado de ningún estado de dominio y abandono.
-Lo sé -dijo, sonriendo-. Y quise enseñarte que te puedes espolear más allá de tus límites si estás en el ánimo correcto. Un guerrero crea su propio ánimo. Tú no lo sabías. El miedo te metió en el ánimo de un guerrero, pero ahora que lo conoces, cualquier cosa puede servir para que te metas en él.
Quise discutir, pero mis razones no eran claras. Experimentaba una molestia inexplicable.
-Es conveniente actuar siempre con ese ánimo -prosiguió-. Acaba con la idiotez y lo deja a uno purificado. Te sentiste muy bien cuando llegaste a la cima del risco. ¿O no?
Le dije que comprendía lo que me estaba diciendo, pero sentía que sería idiota tratar de aplicar sus enseñanzas a mi vicia cotidiana.
-Uno necesita el ánimo de un guerrero para cada uno de sus actos -dijo-. De otro modo uno se enchueca y se afea. No hay poder en una vida que carece de este ánimo. Mírate tú mismo. Todo te ofende y te inquieta. Chillas y te quejas y sientes que todo el mundo te hace bailar a su son. Eres una hoja a merced del viento. No hay poder en tu vida. ¡Qué feo debe de sentirse eso!
"Un guerrero, en cambio, es un cazador. Todo lo calcula. Eso es control. Pero una vez terminados sus cálculos, actúa. Se deja ir. Eso es abandono. Un guerrero no es una hoja a merced del viento. Nadie lo empuja; nadie lo obliga a hacer cosas en contra de sí mismo o de lo que juzga correcto. Un guerrero está entonado para sobrevivir, y sobrevive del mejor modo posible."
Me gustó su posición, aunque la consideré falta de realismo. Parecía demasiado simplista para el complejo mundo donde yo vivía.
Río de mis argumentos y yo insistí en que el ánimo de un guerrero no podía en modo alguno ayudarme a superar el sentimiento de ofensa, o el daño concreto, nacidos de

las acciones de mis semejantes, como en el caso hipotético de ser vejado físicamente por una persona cruel y maliciosa colocada en una posición de autoridad.
Se carcajeó y admitió que el ejemplo venía al caso.
-Un guerrero podría sufrir daño, pero no ofensa -dijo-. Para un guerrero no hay nada ofensivo en los actos de sus semejantes mientras él mismo esté actuando dentro del ánimo correcto.
"La otra noche, no te ofendiste con el gato. El hecho de que nos persiguió no te hizo enojar. No te oí maldecirlo, ni te oí decir que no tuviera derecho a seguirnos. Fácilmente podría haber sido un gato cruel y malicioso. Pero eso no te preocupaba mientras tratabas de huirle. Lo único que venía al caso era sobrevivir. Y eso lo hiciste muy bien.
"Si hubieras estado solo y el puma te hubiera alcanzado y hecho garras, jamás habrías pensado siquiera en quejarte o en sentirte ofendido por sus actos."
"El, ánimo de un guerrero no es tan descabellado para tu mundo ni para el de nadie. Lo necesitas para salirte de todas las idioteces."
Expliqué mi forma de razonar. El puma y mis semejantes no estaban en el mismo nivel, porque yo conocía los recovecos humanos pero no sabía nada del puma. Lo que me ofendía de mis semejantes era que actuaban con malicia y a sabiendas.
-Ya sé, ya sé -dijo don Juan con paciencia-. Lograr el ánimo de un guerrero no es cosa sencilla. Es una revolución. Considerar iguales al puma y a las ratas de agua y a nuestros semejantes es un acto magnífico del espíritu del guerrero. Se necesita poder para llevarlo a cabo.

XII. UNA BATALLA DE PODER

Jueves, diciembre 28, 1961

INICIAMOS un viaje a primera hora de la mañana. Fuimos hacia el sur y luego hacia el este, a las montañas. Don Juan llevó guajes con comida y agua. Comimos en mi coche antes de empezar a caminar.
-No te me despegues -dijo-. Ésta es una región que no conoces y no hay necesidad de arriesgarse. Vas en busca de poder y todo cuanto haces cuenta. Vigila el viento, sobre todo al fin del día. Observa cuando cambie de dirección, y cambia tu posición para que yo te resguarde siempre de él.
-¿Qué vamos a hacer en estas montañas, don Juan?
-Estás cazando poder.
-Digo, ¿qué vamos a hacer en particular?
-No hay plan cuando se trata de cazar poder. Cazar poder o cazar animales es lo mismo. Un cazador caza lo que se le presente. Así que debe estar siempre preparado.
"Ya sabes del viento, y puedes cazar por ti mismo el poder del viento. Pero hay otras cosas que no conoces y que son, como el viento, centro de poder a ciertas horas y en ciertos lugares.
"El Poder es un asunto muy peculiar. No puedo decir con exactitud lo que realmente es. Es un sentimiento que uno tiene sobre ciertas cosas. El poder es personal. Pertenece a uno nada más. Mi benefactor, por ejemplo, podía enfermar de muerte a una persona con sólo mirarla. Las mujeres se consumían después de que él les ponía los ojos encima. Pero no enfermaba a la gente todo el tiempo; nada más cuando intervenía su poder personal."
-¿Cómo elegía a quién enfermar?
-Eso no lo sé. Ni él mismo lo sabía. Así es el poder. Te manda, y sin embargo te obedece.
"Un cazador de poder lo atrapa y luego lo guarda como su hallazgo personal. Así, el poder personal crece, y puede darse el caso de un guerrero que, de tanto poder personal que tiene, se hace hombre de conocimiento."
-¿Cómo guarda uno el poder, don Juan?
-Eso también es un sentimiento. Depende de la clase de persona que sea el guerrero. Mi benefactor era un hombre de naturaleza violenta. Guardaba poder a través de ese sentimiento. Todo cuanto hacía era

fuerte y directo. Dejaba la impresión de algo que pasaba aplastando las cosas. Y todo cuanto le ocurrió tuvo lugar de ese modo.
Me declaré incapaz de comprender cómo se almacenaba el poder a través de un sentimiento.
-No hay forma de explicarlo -dijo tras una larga pausa-. Tienes que hacerlo tú mismo.
Recogió los guajes de comida y los ató a su espalda. Me entregó un cordel con ocho trozos de carne seca colgados de él, e hizo que me lo pusiera al cuello.
-Esta es comida de poder -dijo.
-¿Qué es lo que la hace comida de poder, don Juan?
-Es la carne de un animal que tenía poder. Un venado, un venado único. Mi poder personal me lo trajo. Esta carne nos mantendrá durante semanas enteras, durante meses si es necesario. Vela mascando por pedacitos, y máscala muy bien. Que el poder se hunda despacio en tu cuerpo.
Echamos a andar. Eran casi las once de la mañana. Don Juan me recordó una vez más el procedimiento a seguir.
-Vigila el viento -dijo-. No dejes que te haga perder el paso. Y no dejes que te fatigue. Masca tu comida de poder y escóndete del viento detrás de mi cuerpo. El viento no me hará daño a mí; nos conocemos muy bien.
Me guió a una vereda que iba recta hacia las altas montañas. El día era nublado y estaba a punto de llover. Pude ver cómo, de lo alto de las montañas, nubes bajas y niebla descendían a la zona donde estábamos.
Caminamos en completo silencio hasta eso de las tres de la tarde. Masticar la carne seca era en verdad vigorizante. Y observar los cambios repentinos en la dirección del viento se convirtió en un asunto misterioso, hasta el punto de que todo mi cuerpo parecía sentir los cambios antes de que ocurrieran. Tenía la impresión de poder sentir las oleadas de aire como una especie de presión en la parte superior de mi pecho, en los bronquios. Cada vez que me hallaba a punto de sentir una racha de viento, experimentaba una comezón en el pecho y la garganta
Don Juan se detuvo un momento y miró en torno. Pareció orientarse y dio vuelta a la derecha. Noté que también mascaba carne seca. Yo me sentía muy fresco y no tenía nada de cansancio. La tarea de atender a los cambios en el viento había sido tan absorbente que no tuve conciencia del tiempo.
Nos adentramos en una profunda cañada y luego subimos uno de sus lados hasta una pequeña meseta en la empinada ladera de una montaña enorme. Estábamos bastante alto, casi en la cima.
Don Juan trepó a una gran roca en el extremo de la meseta y me ayudó a hacer lo mismo. La roca estaba colocada en tal forma que parecía una cúpula sobre muros escarpados. Le dimos la vuelta, caminando despacio. Finalmente, tuve que sentarme para seguir el recorrido, asiéndome a la superficie con los talones y las manos. Estaba empapado de sudor y tenía que secarme las manos repetidas veces.
Desde el otro lado, pude ver una cueva muy grande, de escasa hondura, cerca de la cima de la montaña. Parecía un recinto esculpido en la roca. La erosión había formado, en la piedra arenisca, una especie de balcón con dos columnas.
Don Juan dijo que íbamos a acampar allí, que ése era un sitio muy seguro por ser demasiado poco profundo para cubil de leones o de cualquier otra fiera, demasiado abierto para nido de ratas, y demasiado ventoso para los insectos. Rió y dijo que era un sitio ideal para el hombre, porque ninguna otra criatura viviente podía soportarlo.
Trepó hacia allá como una cabra montés. Me maravilló su estupenda agilidad.
Lentamente me arrastré, sentado, roca abajo, y luego traté de subir corriendo la ladera de la montaña con el fin de alcanzar la saliente. Los últimos metros me agotaron por completo. En son de broma, pregunté a don Juan cuántos años tenía en realidad. Opiné que, para llegar al lugar como él lo

había hecho, era necesario ser muy joven y estar en perfectas condiciones.
-Soy tan joven como quiero. -dijo él-. Esto también es cosa de poder personal. Si vas juntando poder, tu cuerpo puede realizar hazañas increíbles. En cambio, si disipas el poder, te pones viejo y gordo de la noche a la mañana.
El largo de la saliente estaba orientado en una línea este-oeste. El lado abierto de la configuración que semejaba un balcón que daba hacia el sur. Caminé hasta el extremo oeste. La vista era estupenda. La lluvia nos había sacado la vuelta. Se veía como una lámina de material transparente colgada sobre la tierra baja.
Don Juan dijo que teníamos suficiente tiempo para construir un albergue. Me dijo que apilara todas las rocas que pudiese llevar al reborde mientras él juntaba ramas para hacer un techo.
En una hora, había construido un muro de 30 centímetros de espesor en el extremo oriental de la saliente. Tendría más de medio metro de largo y casi un metro de alto. Tejiendo y atando unos bultos de ramas que había reunido, don Juan hizo un techo; lo aseguró a dos palos largos terminados en horqueta. Otro lado del mismo largo, sujeto al techo en sí, lo sostenía del otro lado del muro. La estructura parecía una mesa alta con tres patas.
Don Juan tomó asiento bajo ella, cruzando las piernas, en la orilla misma del reborde. Me indicó sentarme junto a él, a su derecha. Permanecimos callados un rato.
Don Juan rompió el silencio. Dijo en un susurro que yo debía actuar como si no hubiera nada fuera de lo común. Pregunté si habría de hacer algo en particular. Respondió que me pusiera a escribir, como si estuviera ante mi escritorio sin ninguna otra preocupación en el mundo. En determinado momento él me daría un codazo y entonces yo debía mirar hacia donde sus ojos señalaran. Me advirtió que, viera lo que viese, no pronunciara una sola palabra. Sólo él podía hablar con impunidad, porque era conocido de todos los poderes en esas montañas.
Seguí sus instrucciones y escribí durante más de una hora. Me embebí en la tarea. De pronto sentí un leve toque en el brazo y vi que los ojos y la cabeza de don Juan se movían para señalar un banco de niebla que se hallaba a unos doscientos metros de distancia y descendía de la cima de la montaña. Don Juan me susurró al oído, en un tono apenas audible incluso a tan corta distancia.
-Mueve los ojos de un lado a otro a lo largo del banco de niebla -dijo-. Pero no lo mires de lleno. Abre y cierra los ojos y no los enfoques en la niebla. Cuando veas un sitio verde en el banco de niebla, señálamelo con los ojos.
Moví los ojos de izquierda a derecha a lo largo del banco de niebla que lentamente caía sobre nosotros. Pasó tal vez media hora. Estaba oscureciendo. La niebla se movía con extrema lentitud. En cierto momento, tuve la sensación súbita de haber vislumbrado un leve resplandor a mi derecha. En un principio creí haber visto un sector de matorral verde a través de la niebla. Al mirarlo directamente no notaba nada, pero mirando sin enfocar podía percibir una vaga zona verdosa.
La señalé a don Juan. Él achicó los ojos y la observó.
-Enfoca los ojos en ese lugar -me susurró al oído-. Mira sin parpadear hasta que veas.
Quise preguntar qué se suponía que yo viera, pero él me miró con fiereza como para recordarme que no debía hablar.
Observé de nuevo. El trozo de niebla que había descendido colgaba como un pedazo de materia sólida. Se alineaba en el sitio justo donde advertí el tinte verde. Conforme mis ojos se fatigaban de nuevo, y bizqueaban, vi primero el trozo de niebla superpuesto al banco de niebla, y luego vi entre ambos una delgada tira de niebla que parecía una escueta estructura sin soportes, un puente que unía la montaña por encima de mí y el banco de niebla frente a mí. Por un momento creí ver cómo la niebla transparente, empujada montaña abajo por el viento, pasaba por el puente

sin alterarlo. Era como si el puente fuese en verdad sólido. En cierto instante el espejismo se hizo tan completo que yo podía discernir la oscuridad de la parte bajo el puente propiamente dicho, en contraste con el claro color arenoso de su costado.

Atónito, contemplé el puente. Y entonces me alcé a su nivel, o bien el puente bajó al mío. De pronto me hallaba mirando una viga recta frente a mí. Era una viga sólida inmensamente larga, angosta y sin barandales, pero lo bastante amplia para caminar sobre ella.

Don Juan me sacudió vigorosamente por el brazo. Sentí mi cabeza oscilar de arriba a abajo y luego noté que los ojos me ardían terriblemente. Me los froté en forma por entero inconsciente. Don Juan siguió sacudiéndome hasta que volví a abrirlos. Virtió agua del guaje en el cuenco de su mano y me roció la cara. La sensación fue muy desagradable. Tan fría estaba el agua que sentí las gotas como llagas en la piel. Advertí entonces que tenía el cuerpo muy caliente. Estaba febril.

Apresuradamente, don Juan me dio de beber y luego salpicó agua en mis oídos y mi cuello.

Oí, muy fuerte, un grito de ave, extraño y prolongado. Don Juan escuchó con atención un instante y luego empujó con el pie las rocas del muro, derribando el techo. Lo arrojó en los matorrales y, una por una, tiró las piedras por el borde.

-Bebe un poco de agua y masca tu carne seca -susurró en mi oído-. No podemos quedarnos aquí. Ese grito no fue de pájaro.

Descendimos del reborde y empezamos a caminar aproximadamente hacia el este. De un momento a otro oscureció tanto que era como si hubiese una cortina frente a mis ojos. La niebla se antojaba una barrera impenetrable. Nunca me había dado cuenta de lo paralizante que era la niebla de noche. No podía concebir cómo caminaba don Juan. Yo me asía a su brazo como un ciego.

De algún modo, tenía la sensación de caminar al borde de un precipicio. Mis piernas rehusaron seguir adelante. Mi razón confiaba en don Juan y se hallaba dispuesta a proseguir, pero no así mi cuerpo, y don Juan tuvo que arrastrarme en la oscuridad total.

Debe haber conocido el terreno hasta el último detalle. En cierto punto se detuvo y me hizo tomar asiento. Yo no me atrevía a soltar su brazo. Mi cuerpo sentía, sin el menor lugar a dudas, que me hallaba sentado en un monte pelado con forma de cúpula, y que si me movía una pulgada a la derecha caería, sobrepasado el punto de tolerancia, en un abismo. Estaba yo absolutamente seguro de encontrarme en una ladera curva, porque mi cuerpo se movía inconscientemente a la derecha. Pensé que lo hacía para conservar la verticalidad, de modo que intenté compensar inclinándome a la izquierda, contra don Juan, lo más posible.

De repente, don Juan se apartó de mí, y sin el apoyo de su cuerpo caí al suelo. Al tocar tierra recobré mi sentido del equilibrio. Yacía en un área llana. Empecé a explorar a tientas mi entorno inmediato. Reconocí hojas y ramas secas.

Hubo un súbito relámpago que iluminó toda la zona, y un trueno tremendo. Vi a don Juan de pie a mi izquierda. Vi árboles enormes y una cueva pocos metros detrás de él.

Don Juan me dijo que me metiera en el hoyo. Entré por él, reptando, y me senté de espaldas contra la roca.

Sentí a don Juan inclinarse sobre mí para susurrar que yo debía guardar silencio completo.

Hubo tres relámpagos, uno tras otro. De un vistazo percibí a don Juan sentado a mi izquierda con las piernas cruzadas. La cueva era una configuración cóncava lo bastante grande para que dos o tres personas se sentaran dentro. El hoyo parecía haber sido labrado en la parte inferior de un peñasco. Sentí que en verdad había sido perspicaz el entrar arrastrándome, porque de haberlo hecho erguido me habría golpeado la cabeza contra la roca.

El brillo de los relámpagos me daba una

idea de la densidad del banco de niebla. Noté los troncos de árboles gigantescos como siluetas oscuras contra la opaca masa gris claro de la niebla.

Don Juan susurró que la niebla y el rayo estaban confabulados y que yo debía realizar una vigilia agotadora porque estaba metido en una batalla de poder. En ese momento, un espléndido destello hizo fantasmagórica toda la escena. La niebla era como un filtro blanco que escarchaba la luz de la descarga eléctrica y la difundía uniformemente; la niebla era como una densa sustancia blanquecina colgada entre los altos árboles, pero justo frente a mí, al nivel del suelo, la niebla estaba disipándose. Discerní con claridad las características del terreno. Estábamos en un bosque de pinos. Árboles de gran altura nos rodeaban. Eran tan extremadamente grandes que, de no haber sabido previamente nuestro paradero, yo podría haber jurado que nos hallábamos entre los gigantescos pinos rojos de California.

Hubo un bombardeo de rayos que duró varios minutos. Cada destello hacía más discernibles los detalles que yo había observado. Al frente de mí vi un sendero definido. No tenía vegetación. Parecía terminar en un espacio despejado de árboles. Los relámpagos eran tan frecuentes que no me era posible saber de dónde venía cada uno. Sin embargo, el contorno se iluminaba tan profusamente que me sentía mucho más tranquilo. Mis temores e incertidumbres habían desaparecido apenas hubo luz suficiente para alzar la pesada cortina de la oscuridad.

Así, cuando se produjo una larga pausa entre los destellos, la negrura en torno ya no me desorientó.

Don Juan susurró que probablemente ya había yo vigilado bastante, y que debía enfocar mi atención en el sonido del trueno. Para mi asombro, advertí que no había hecho ningún caso del trueno, pese al hecho de que en verdad era tremendo. Don Juan añadió que siguiera yo el sonido y mirara en la dirección de la cual pareciera venir.

Ya no había estallidos continuos de rayos y truenos, sino sólo destellos esporádicos de luz y sonido intensos. El trueno parecía venir siempre de mi derecha. La niebla se alzaba y, ya acostumbrado a las tinieblas, yo podía discernir masas de vegetación. El rayo y el trueno continuaban, y de pronto se abrió todo el lado derecho y pude ver el cielo.

La tormenta eléctrica parecía desplazarse hacia mi derecha. Hubo otro relámpago y vi una montaña distante a mi extrema derecha. La luz iluminó el trasfondo, dejando en silueta la voluminosa masa de la montaña. Vi árboles en su cima; parecían pulcros recortes negros superpuestos al cielo blanco brillante. Vi incluso nubes tipo cúmulo sobre las montañas.

La niebla se había disipado por entero en torno nuestro. Soplaba un viento continuo y yo oía crujir las ramas de los grandes árboles a mi izquierda. La tormenta eléctrica estaba demasiado lejos para iluminar los árboles, pero sus masas oscuras permanecían discernibles. La luz de la tormenta me permitió establecer, sin embargo, que había a mi derecha una cordillera distante y que el bosque se hallaba limitado hacia el lado izquierdo. Al parecer miraba yo un valle oscuro, que no podía ver en absoluto. La cordillera sobre la cual tenía lugar la tormenta eléctrica estaba en el otro lado del valle.

Entonces comenzó a llover. Pegué la espalda a la roca lo más que pude. Mi sombrero servía como una buena protección. Me hallaba sentado con las rodillas contra el pecho, y sólo se mojaron mis pantorrillas y mis zapatos.

Llovió largo rato. La lluvia era tibia. La sentía contra los pies. Y luego me dormí.

Me despertó el ruido de los pájaros. Miré alrededor buscando a don Juan. No estaba allí; de ordinario me hubiera preguntado si no me habría dejado solo en ese sitio, pero el sobresalto de ver en torno casi me paralizó.

Me puse en pie. Mis piernas estaban empapadas, el ala de mi sombrero se había reblandecido y tenía aún un poco de agua, que me cayó encima. No estaba en ningu-

na cueva, sino bajo unos arbustos espesos. Experimenté un momento de confusión sin paralelo. Me hallaba parado en un pedazo de tierra llana entre dos cerritos cubiertos de matas. No había árboles a mi izquierda ni valle a mi derecha. Justo frente a mí, donde vi el camino en el bosque, había un arbusto gigantesco.

Rehusé creer lo que presenciaba. La incongruencia de mis dos versiones de realidad me hizo tentalear en busca de cualquier explicación. Se me ocurrió que era perfectamente posible que don Juan, aprovechando mi profundo sueño, me hubiera llevado a cuestas hasta otro sitio sin despertarme.

Examiné el lugar donde había estado dormido. La tierra estaba seca, y lo mismo en el sitio de junto, el que ocupó don Juan.

Lo llamé un par de veces y luego tuve un ataque de angustia y bramé su nombre lo más fuerte que pude. Salió detrás de unas matas. Inmediatamente me di cuenta de que él sabía lo que pasaba. Su sonrisa tenía tanta malicia que acabé por sonreír a mi vez.

No quería perder tiempo jugando con él. Dije sin más ni más lo que me ocurría. Expliqué con todo el cuidado posible cada detalle de mi prolongada alucinación nocturna. Escuchó sin interrumpir. No podía, sin embargo, conservar la seriedad, y dos veces le ganó la risa, pero recobró en el acto la compostura.

En tres o cuatro ocasiones pedí sus comentarios; se limitó a menear la cabeza como si todo el asunto fuera también incomprensible para él.

Cuando terminé mi recuento, me miró y dijo:

-Te ves de la chingada. A lo mejor necesitas ir al matorral.

Soltó una breve risa, como un cacareo, y añadió que me quitara las ropas y las exprimiera para que se secaran.

La luz del sol era radiante. Había muy pocas nubes. Era un fresco día de viento.

Don Juan se alejó, diciéndome que iba a buscar unas plantas y que yo debía ponerme en orden y comer algo y no llamarlo hasta hallarme calmado y fuerte.

Mi ropa estaba en verdad mojada. Me senté en el sol a secarme. Sentí que la única manera de relajarme era sacar mi libreta y escribir. Comí mientras trabajaba en mis notas.

Después de un par de horas me hallaba más tranquilo, y llamé a don Juan. Respondió desde un sitio cercano a la cumbre de la colina. Me dijo que recogiera los guajes y subiese a donde se encontraba. Cuando llegué al sitio, lo encontré sentado en una roca lisa. Abrió los guajes y se sirvió comida. Me dio dos grandes trozos de carne.

Yo no sabía por dónde empezar. Había muchas cosas que deseaba preguntarle. Él parecía consciente de mi estado de ánimo y río con gran deleite.

-¿Cómo te sientes? -preguntó parodiando amabilidad.

No quise decir nada. Seguía trastornado.

Don Juan me instó a tomar asiento en la laja. Dijo que esa piedra era un objeto de poder y que yo me renovaría después de estar allí un rato.

-Siéntate -me ordenó con sequedad.

No sonreía. Su mirada era penetrante. Obedecí automáticamente.

Dijo que, al actuar de mala gana, estaba yo tratando con descuido el poder, y que, si no ponía un alto, el poder se volvería contra nosotros y jamás saldríamos con vida de aquellos montes desolados.

Tras una pausa momentánea, preguntó en tono casual:

-¿Cómo va tu soñar?

Le expliqué cuán difícil se había vuelto el darme la orden de mirar mis manos. Al principio había sido relativamente fácil, quizá por la novedad del concepto. No tenía yo el menor problema para recordarme que debía mirarme las manos. Pero la excitación se había gastado, y algunas noches no podía hacerlo en absoluto.

-Debes ponerte una banda en la cabeza cuando te vayas a dormir -dijo él-. Conseguir una banda tiene sus dificultades. No puedo dártela, porque tú mismo debes hacerla desde el principio. Pero no puedes

hacerla hasta que no tengas una visión de ella al soñar. ¿Ves lo que te decía? La banda tiene que hacerse de acuerdo a la visión particular. Y debe tener una tira a lo largo que ajuste bien en la cabeza. O muy bien puede ser una gorra apretada. Soñar es más fácil cuando se tiene un objeto de poder encima de la cabeza. Podrías usar tu sombrero o ponerte capucha, como un fraile, y luego dormirte, pero esas cosas sólo causarían sueños intensos, no soñar.

Quedó en silencio un momento y luego procedió a decirme, en rápida andanada verbal, que la visión de la banda no tenía que ocurrir exclusivamente al "soñar", sino que podía presentarse en estados de vigilia y como resultado de cualquier evento ajeno y sin relación alguna, como el observar el vuelo de las aves, el movimiento del agua, las nubes, y así por el estilo.

-Un cazador de poder vigila todo -prosiguió-. Y cada cosa le dice algún secreto.

-¿Pero cómo puede uno estar seguro de que las cosas dicen secretos? -pregunté.

Pensé que tal vez tenía una fórmula específica que le permitía hacer interpretaciones "correctas".

-La única forma de estar seguro es seguir todas las instrucciones que te he estado dando desde el primer día que viniste a verme -dijo-. Para tener poder, hay que vivir con poder.

Sonrió, benévolo. Parecía haber perdido su fiereza; incluso me dio un leve codazo en el brazo.

-Come tu comida de poder -me instó.

Empecé a mascar un poco de carne seca, y en ese momento tuve la súbita ocurrencia de que tal vez la carne contenía una sustancia psicotrópica, de allí las alucinaciones. Por un momento casi sentí alivio. Si don Juan había puesto algo en la carne, mis espejismos eran perfectamente comprensibles. Le pedí decirme si había cualquier cosa en la "carne de poder".

Rió, pero sin dar una respuesta directa. Insistí, asegurándole que no estaba enojado, ni siquiera molesto, pero tenía que saber para poder explicar a mi propia satisfacción los eventos de la noche pasada. Lo insté a decirme la verdad, traté de sacársela con halagos, y finalmente le supliqué.

-Estás más loco que una cabra -dijo él, meneando la cabeza en un gesto de incredulidad-. Tienes una tendencia insidiosa. Insistes en tratar de explicarlo todo a tu satisfacción. No hay nada en la carne más que poder. El poder no lo puse yo, ni ninguna otra persona, sino el poder mismo. Es la carne seca de un venado y ese venado fue un regalo para mí en la misma forma en que cierto conejo fue regalo para ti no hace mucho. Ni tú ni yo pusimos nada en el conejo. No te pedí secar la carne del conejo, porque ese acto requería más poder del que tenías. Sin embargo, te dije que comieras la carne. No comiste casi nada, a causa de tu propia. estupidez.

"Lo que te sucedió anoche no fue un chiste ni una maldad. Tuviste un encuentro con el poder. La niebla, la oscuridad, el trueno y la lluvia tomaban parte en una gran batalla de poder. Tuviste la suerte de un tonto. Un guerrero daría cualquier cosa por una batalla así."

Mi argumento fue que el evento no podía ser una batalla de poder porque no había sido real.

-¿Y qué cosa es real? -me preguntó don Juan con mucha calma.

-Esto, lo que estamos viendo es real -dije, señalando en derredor.

-Pero también lo era el puente que viste anoche, y también el bosque y todo lo demás.

-Pero si eran reales. ¿dónde están ahora?

-Están aquí. Si tuvieras suficiente poder, podrías hacer que volvieran. En este momento no puedes porque te parece muy útil seguir dudando y discutiendo. No lo es, amigo mío. No lo es. Hay mundos sobre mundos, aquí mismo frente a nosotros. Y no son cosa de risa. Anoche si no te hubiera agarrado el brazo, habrías caminado por ése puente, quisieras o no. Y un poco más temprano tuve que protegerte del viento que te andaba buscando.

-¿Qué habría sucedido si usted no me hubiera protegido?

Como no tienes poder suficiente, el vien-

to te habría hecho perder el camino y a lo mejor hasta te mataba empujándote a un barranco. Pero la niebla fue, anoche, lo último. Dos cosas pudieron pasarte en la niebla. Pudiste cruzar el puente hasta el otro lado, o pudiste caerte y matarte. Cualquiera de las dos habría dependido del poder. Pero una cosa es cierta. Si no te hubiera protegido, habrías tenido que caminar por ese puente fuera como fuera. Ésa es la naturaleza del poder. Como ya te dije, te manda y sin embargo está a tus órdenes. Anoche, por ejemplo, el poder te habría forzado a cruzar el puente y habría estado a tu disposición para sostenerte mientras cruzabas. Te detuve porque sé que no tienes medios de usar el poder, y sin poder, el puente se hubiera caído.

-¿Vio usted el puente, don Juan?

-No. Nada más vi poder. Podría haber sido cualquier cosa. El poder para ti, esta vez, fue un puente. No sé por qué un puente. Somos criaturas misteriosas.

-¿Ha visto usted alguna vez un puente en la niebla, don Juan?

-Nunca. Pero eso es porque no soy como tú. Vi otras cosas. Mis batallas de poder son muy distintas de las tuyas.

-¿Qué vio usted, don Juan? ¿Me lo puede decir?

-Vi a mis enemigos durante mi primera batalla de poder en la niebla. Tú no tienes enemigos. No odias a la gente. Yo sí, en aquel entonces, mi pasión era odiar gente. Ya no lo hago. He vencido mi odio, pero aquella vez mi odio estuvo a punto de destruirme.

"Tu batalla de poder, en cambio, fue nítida. No te consumió. Tú solo te estás consumiendo ahora, con tus ideas y tus dudas estúpidas. Ésa es tu manera de entregarte y sucumbir.

"La niebla fue impecable contigo. Tienes afinidad con ella. Te dio un puente estupendo, y ese puente estará allí en la niebla de ahora en adelante. Se te revelará una y otra vez, hasta que un día tendrás que cruzarlo.

"Te recomiendo mucho que, a partir de este día, no te metas solo en sitios con niebla hasta que sepas lo que haces.

"El poder es un asunto muy extraño. Para tenerlo y disponer de él, hay que tener poder por principio de cuentas. Es posible, sin embargo, irlo juntando poco a poco, hasta tener lo suficiente para sostenerse en una batalla de poder."

-¿Qué es una batalla de poder?

-Lo que te ocurrió anoche fue el principio de una batalla de poder. Las escenas que contemplaste eran el asiento del poder. Algún día tendrán sentido para ti; esas escenas tienen mucho sentido.

-¿No puede usted decirme qué sentido tienen, don Juan?

-No. Esas escenas son tu propia conquista personal, que no puedes compartir con nadie. Pero lo ocurrido anoche fue sólo el principio, una escaramuza. La verdadera batalla tendrá lugar cuando cruces ese puente. ¿Qué hay del otro lado? Sólo tú lo sabrás. Y sólo tú sabrás qué hay al final de aquella vereda en el bosque. Pero todo eso es algo que puede o no puede pasarte. Viajar por esas veredas y puentes desconocidos depende de tener suficiente poder propio.

-¿Qué pasa si uno no tiene poder suficiente?

-La muerte siempre está esperando, y cuando el poder del guerrero mengua, la muerte simplemente lo toca. Por eso, aventurarse a lo desconocido sin ningún poder es estúpido. Sólo se encuentra la muerte.

Yo no escuchaba en verdad. Seguía jugando con la idea de que la carne seca podía haber sido el agente que produjo las alucinaciones. Entregarme a ese pensamiento me aplacaba.

-No te esfuerces queriendo resolverlo -dijo como si leyera mi mente-. El mundo es un misterio. Esto, lo que estás mirando, no es todo lo que hay. El mundo tiene muchas más cosas, tantas que es inacabable. Cuando estás buscando la respuesta, lo único que haces en realidad es tratar de volver familiar el mundo. Tú y yo estamos aquí mismo, en el mundo que llamas real, simplemente porque los dos lo conocemos. Tú no conoces el mundo del poder, por eso

no puedes convertirlo en una escena familiar.
-Usted sabe que en realidad no le puedo discutir ese punto -dije-. Pero mi mente tampoco puede aceptarlo.
Rió y me tocó levemente el brazo.
-De veras estás loco -dijo-. Pero no importa. Yo sé lo difícil que es vivir como un guerrero. Si hubieras seguido mis instrucciones y ejecutado todos los actos que te enseñé, ya habrías tenido poder suficiente para cruzar el puente aquel. Poder suficiente para ver y para parar el mundo.
-Pero ¿por qué tengo yo que querer poder, don Juan?
-Ahora no se te ocurre una razón. Pero si guardas suficiente poder, el mismo poder te hallará una buena razón. Suena a locura, ¿verdad?
-¿Para qué quería usted poder, don Juan?
-Soy como tú. No quería. No hallaba razón para tenerlo. Tuve todas las dudas que tú tienes y nunca seguí las instrucciones que me daban, o nunca creí seguirlas; sin embargo, pese a mi estupidez, junté suficiente poder, y un día mi poder personal hizo desplomarse el mundo.
-¿Pero para qué querría alguien parar el mundo?
-Nadie quiere, ésa es la cosa. Nada más ocurre. Y una vez que sabes cómo es parar el mundo, te das cuenta de que hay razón para ello. Verás, una de las artes del guerrero es derribar el mundo por una razón específica y luego restaurarlo para seguir viviendo.
Le dije que tal vez la forma más segura de ayudarme sería dándome un ejemplo de razón específica para derribar el mundo.
Permaneció callado un tiempo. Parecía estar pensando qué decir.
-No puedo decirte eso -dijo-. Se necesita demasiado poder para saberlo. Algún día vivirás como guerrero, pese a ti mismo; para tal entonces habrás quizá guardado suficiente poder personal para responder tú mismo esa pregunta.
"Te he enseñado casi todo lo que un guerrero necesita conocer para lanzarse al mundo a juntar poder por sí solo. Pero sé que no puedes hacerlo y debo ser paciente contigo. Sé de plano que se necesita luchar toda una vida para estar a solas en el mundo del poder." ,
Don Juan miró el cielo y las montañas. El sol ya descendía hacia el oeste y en las montañas se formaban rápidamente nubes de lluvia. Yo no sabía la hora; había olvidado dar cuerda a mi reloj. Le pregunté si podía decirme qué hora era, y tuvo tal ataque de risa que rodó de la laja y fue a parar en el matorral.
Se puso de pie y estiró los brazos, bostezando.
-Es temprano -dijo-. Debemos esperar hasta que se junte niebla en la cima de la montaña, y luego debes pararte tú solo en esta laja y agradecer a la niebla sus favores. Deja que llegue y te envuelva. Yo estaré cerca para prestar ayuda, si es necesario.
Por algún motivo, la perspectiva de quedarme a solas en la niebla me aterraba. Me sentí idiota por reaccionar de ese modo irracional.
-No puedes dejar estos montes desolados sin dar las gracias -dijo él con tono firme-. Un guerrero jamás vuelve la espalda al poder sin pagar los favores recibidos.
Se acostó bocarriba con las manos detrás de la cabeza y se cubrió el rostro con el sombrero.
-¿Cómo he de esperar la niebla? -pregunté-. ¿Qué hago?
-¡Escribe, -dijo a través del sombrero-. Pero no cierres los ojos ni le des la espalda.
Traté de escribir, pero no podía concentrarme. Me puse en pie y fui de un lado a otro, inquieto. Don Juan alzó su sombrero y me miró con aire de molestia.
-¡Siéntate! -me ordenó.
Dijo que la batalla de poder todavía no terminaba, y que yo debía enseñar a mi espíritu a ser impasible. Nada de lo que hiciera debería revelar lo que en realidad sentía, a menos que deseara quedarme atrapado en esos montes.
Se sentó y movió las manos en un ademán de urgencia. Dijo que yo debía actuar como si no hubiese nada fuera de lo co-

mún, porque los sitios de poder, como ése en el que estábamos, tenían la propiedad de absorber a quien se hallaba inquieto. Y en tal forma uno podía desarrollar lazos extraños y dañinos con un lugar.
-Esos lazos lo anclan a uno a un sitio de poder, a veces por toda la vida -dijo-. Y éste no es el sitio para ti. No lo hallaste por ti mismo. Conque fájate y no pierdas los calzones.
Sus advertencias me hicieron efecto de fórmula mágica. Escribí durante horas sin interrupción.
Don Juan volvió a dormirse y no despertó hasta que la niebla estaba a unos cien metros de distancia, descendiendo de la cumbre del monte. Se puso en pie y examinó el derredor. Lo miré en torno sin volver la espalda. La niebla ya había invadido, las tierras bajas, descendiendo de las montañas a mi derecha. A mi izquierda el paisaje estaba despejado; el viento, sin embargo, parecía venir de la derecha, y empujaba la niebla a las tierras bajas como para rodearnos.
Don Juan me susurró que permaneciera impasible, parado donde me hallaba, sin cerrar los ojos, y que no debía moverme a ningún lado mientras la niebla no me rodeara por entero; sólo entonces sería posible iniciar nuestro descenso.
Se refugió al pie de unas rocas, algunos metros atrás de mí.
El silencio en aquellas montañas era algo magnífico y al mismo tiempo imponente. El suave viento que transportaba la niebla me daba la sensación de que ésta silbaba en mis oídos. Grandes trozos de niebla venían cuestabajo como conglomerados sólidos de materia blancuzca que rodaran hacia mí. Olí la niebla. Era una mezcla peculiar de olor acerbo y fragante. Y entonces me vi envuelto en ella.
Tuve la impresión de que la niebla operaba sobre mis párpados. Se sentían pesados y quise cerrar los ojos. Tenía frío. La garganta me daba comezón y quería toser, pero no me atrevía. Alcé la barbilla y estiré el cuello para disipar la tos, y al alzar la vista tuve la sensación de que podía ver concretamente el espesor del banco de niebla. Era como si mis ojos pudieran tasar el espesor atravesándolo. Los ojos empezaron a cerrárseme y no me era posible luchar contra el deseo de dormir. Sentí que en cualquier momento iba a derrumbarme por tierra. En ese instante don Juan dio un salto y me aferró por los brazos y me sacudió. El sobresalto bastó para restaurar mi lucidez.
Me susurró al oído que corriera cuestabajo lo más rápido posible. Él iría detrás porque no quería que lo aplastaran las rocas que yo echara a rodar en mi camino. Dijo que yo era el guía, pues se trataba de mi batalla de poder, y que necesitaba claridad y abandono para sacarnos de allí sanos y salvos.
-Dale -dijo en voz alta-. Si no tienes el ánimo de un guerrero, nunca saldremos de la niebla.
Titubee un momento. No estaba seguro de poder hallar el camino para bajar de esos montes.
-¡Corre, conejo! -gritó don Juan empujándome con suavidad ladera abajo.

XIII. LA ÚLTIMA PARADA DE UN GUERRERO

Domingo, enero 28, 1962

A eso de las diez de la mañana don Juan entró en su casa. Había salido al romper el alba. Lo saludé. Chasqueó la lengua y, en son de guasa, me dio la mano y me saludó ceremoniosamente.
-Vamos a ir a un viajecito -dijo-. Vas a llevarnos a un sitio muy especial en busca de poder.
Desplegó dos redes portadoras y puso en cada una dos guajes llenos de comida, las ató con un mecate y me entregó una de ellas.
Viajamos sin prisa hacia el norte y, al cabo de unos seiscientos kilómetros dejamos la carretera panamericana y tomamos un camino de grava hacia el oeste. Mi coche parecía haber sido el único vehículo en la carretera durante varias horas. Mientras

seguíamos adelante advertí que no podía ver por el parabrisas. Me esforcé desesperadamente por mirar los alrededores, pero estaba demasiado oscuro y el parabrisas se hallaba cubierto de polvo y de insectos aplastados.
Dije a don Juan que debía detenerme para limpiar mi parabrisas. Me ordenó seguir adelante aunque tuviera que ir a dos kilómetros por hora, sacando la cabeza por la ventanilla para ver adelante. Dijo que no podíamos detenernos hasta alcanzar nuestro destino.
En cierto sitio me indicó doblar a la derecha. Estaba tan oscuro y había tanto polvo que ni los faros eran mucha ayuda. Me salí del camino con gran nerviosismo. Tenía miedo de atascarme, pero la tierra estaba apretada.
Manejé unos cien metros a la menor velocidad posible, sosteniendo la puerta abierta para mirar hacia afuera. Por fin, don Juan me dijo que parara. Añadió que me había estacionado justamente detrás de una roca enorme que ocultaría mi coche a la vista.
Bajé del auto y me puse a caminar, guiado por los faros. Quería examinar el entorno porque no tenía idea de dónde estaba. Pero don Juan apagó las luces. Dijo muy alto que no había tiempo que perder, que cerrara mi coche para que nos pusiéramos en marcha.
Me entregó mi red con guajes. Estaba tan oscuro que tropecé y estuve a punto de dejarlas caer. En tono firme y suave, don Juan me ordenó tomar asiento hasta que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Pero mis ojos no eran el problema. Ya fuera del coche, podía ver bastante bien. Lo malo era un nerviosismo peculiar que me hacía actuar como si estuviese distraído. Veía todo nada más por encima.
-¿A dónde vamos? -pregunté.
-Vamos a caminar en completa oscuridad a un sitio especial -dijo.
-¿Para qué?
-Para saber de cierto si eres o no capaz de seguir cazando poder.
Le pregunté si lo que proponía era una prueba y si, en caso de que no la pasara, seguiría hablándome y diciéndome de su conocimiento.
Escuchó sin interrumpir. Dijo que lo que hacíamos no era una prueba, que estábamos esperando una señal, y si la señal no llegaba, la conclusión sería que yo no había tenido éxito en mi cacería de poder, en cuyo caso me vería libre de cualquier imposición futura y podría ser todo lo estúpido que me viniese en gana. Dijo que, sin importar lo que pasara, él era mi amigo y siempre me hablaría.
De algún modo, yo sabía que iba a fallar.
-La señal no vendrá -dije en broma-. Lo sé. Tengo un poquito de poder.
Río y me dio palmaditas en la espalda.
-No te apures -repuso-. La señal vendrá. Yo lo sé. Tengo más poder que tú.
Su propia respuesta le pareció hilarante. Se golpeó los muslos y dio palmadas, carcajeándose.
Don Juan me ató a la espalda mi red portadora y dijo que yo debía caminar un paso atrás de él y hollar sus pisadas tanto como pudiera.
En un tono muy dramático, susurró:
-Ésta es una caminata de poder, así que todo cuenta.
Dijo que, si yo caminaba sobre sus huellas, el poder que él disipaba al andar se me trasmitiría.
Miré mi reloj; eran las once de la noche.
Me hizo pararme como un soldado en posición de firmes. Luego empujó hacia adelante mi pierna izquierda y me hizo quedarme como si acabara de dar un paso al frente. Se alineó delante de mí en la misma postura y luego echó a andar, tras repetir las instrucciones de que yo debía tratar de seguir sus pisadas a la perfección. Dijo en un claro susurro que yo no debía preocuparme por nada más que por pisar sus huellas; no debía mirar al frente ni a los lados, sino el piso donde él caminaba.
Se puso en marcha a un paso muy descansado. No tuve ningún problema para seguirlo; el terreno era relativamente duro. Durante unos treinta metros mantuve su paso y seguí perfectamente sus pisadas;

luego volví la cara un instante y cuando me di cuenta ya había chocado con él.
Soltó una risita y me aseguró que yo no le había lastimado el tobillo al pisárselo con mis zapatones, pero que si me proponía seguir tonteando uno de nosotros se quedaría lisiado antes del amanecer. Dijo, riendo, en una voz muy baja pero firme, que no tenía intención de lastimarse a causa de mi estupidez y falta de concentración, y que si lo pisaba de nuevo yo tendría que caminar descalzo.
-No puedo caminar sin zapatos -dije en voz alta y rasposa.
Don Juan se dobló de risa y tuvimos que esperar hasta que le pasó el acceso.
Me aseguró nuevamente que hablaba en serio. Ibamos en un viaje para calar poder, y las cosas tenían que ser perfectas.
La idea de caminar descalzo en el desierto me asustaba más allá de lo verosímil. Don Juan hizo el chiste de que mi familia era sin duda de aquellos granjeros que no se quitan los zapatos ni para dormir. Tenía razón, desde luego. Yo nunca había andado descalzo, y caminar sin zapatos en el desierto habría sido suicida para mí.
-Este desierto rezuma poder -me susurró don Juan al oído-. No hay tiempo para cortedades.
Echamos a andar de nuevo. Don Juan mantuvo un paso calmado. Tras un rato advertí que habíamos dejado el terreno duro y caminábamos sobre arena suave. Los pies de don Juan se hundían en ella y dejaban huellas profundas.
Caminamos durante horas antes de que don Juan se detuviera. No lo hizo repentinamente; primero me advirtió que iba a pararse, para que no chocara yo con él. El terreno era duro de nuevo, y al parecer subíamos una pendiente.
Don Juan dijo que, si yo necesitaba ir al matorral, lo hiciese, porque de allí en adelante nos quedaba un buen trecho sin una sola pausa. Miré mi reloj; era la una.
Tras un descanso de diez o quince minutos, don Juan me hizo alinearme tras él y nos pusimos otra vez en marcha. Tenía razón: fue un trecho enorme. Jamás había hecho yo algo que requiriera tal concentración. El paso de don Juan era tan rápido, y la tensión de vigilar cada pisada alcanzó tales alturas, que en determinado momento ya no me era posible sentir que caminaba. No sentía las piernas ni los pies. Era como si anduviese sobre el aire y alguna fuerza me transportara sin cesar. Mi concentración era ya tan total que no advertí el cambio gradual de luz. De pronto me di cuenta de que podía ver a don Juan frente a mí. Veía sus pies y sus huellas, en vez de medio adivinarlas como había hecho la mayor parte de la noche.
En cierto momento, don Juan saltó inesperadamente hacia un lado, y mi inercia me hizo avanzar todavía unos veinte metros. Cuando disminuí la velocidad, mis piernas se debilitaron y empezaron a temblar, hasta que finalmente caí por tierra.
Alcé la vista para mirar a don Juan, que me examinaba con toda calma. No parecía fatigado. Yo jadeaba, falto de aire, y estaba empapado de sudor frío.
Jalándome del brazo, don Juan me dio la vuelta en mi posición yacente. Dijo que, si quería recuperar fuerzas, me quedara acostado con la cabeza hacia el este. Poco a poco mi cuerpo dolorido se relajó y descansó. Por fin cobré energía suficiente para levantarme. Quise ver mi reloj, pero él me lo impidió poniéndome la mano en la muñeca. Con mucha gentileza me hizo girar para que mirara al este y dijo que no había necesidad de mi condenado reloj, que estábamos en una hora mágica y que íbamos a saber con seguridad si era yo capaz o no de perseguir el poder.
Miré en torno. Estábamos en la cima de un cerro alto, muy grande. Quise caminar en dirección de algo que parecía un reborde o una grieta en la roca, pero don Juan dio un salto y me contuvo.
Me ordenó imperiosamente permanecer en el sitio donde había caído hasta que el sol saliera detrás de unos negros picos de montaña a corta distancia.
Señaló el este y llamó mi atención hacia un pesado banco de nubes sobre el ho-

rizonte. Dijo que sería buena señal si el viento se llevaba las nubes a tiempo para que los primeros rayos del sol dieran en mi cuerpo, allí en lo alto del cerro.
Me indicó quedarme quieto, de pie, con la pierna derecha al frente, como si estuviera caminando, y no mirar directamente el horizonte, sino mirarlo sin enfocar.
Las piernas se me pusieron muy tiesas y las pantorrillas me dolían. Era una postura torturante y los músculos de mis piernas estaban demasiado adoloridos para sostenerme. Soporté lo más que pude. Me hallaba a punto de caer. Las piernas me temblaban fuera de control cuando don Juan puso fin al asunto. Me ayudó a sentarme.
El banco de nubes no se había movido y no habíamos visto el sol despuntar en el horizonte.
El único comentario de don Juan fue:
-Ni modo.
No quise preguntar de inmediato cuáles eran las verdaderas implicaciones de mi fracaso, pero conociendo a don Juan sabía con certeza que él debía seguir el dictado de sus señales. Y esa mañana no había habido señal. Se disipó el dolor de mis pantorrillas y sentí una oleada de bienestar. Me puse a trotar para soltar mis músculos. En voz muy suave, don Juan me dijo que corriera a un cerro adyacente y cortara algunas hojas de un arbusto específico para frotarme las piernas y aliviar el dolor muscular.
Desde donde me hallaba, pude ver claramente un gran arbusto, verde vivo. Las hojas parecían muy húmedas. Las había usado antes. Nunca sentí que me hubiesen ayudado, pero don Juan siempre afirmaba que el efecto de las plantas verdaderamente amistosas era tan sutil que casi no se notaba, pero que siempre producían los resultados debidos.
Corriendo, bajé el cerro y subí el otro. Al llegar a la cima me di cuenta de que el esfuerzo casi había sido demasiado para mí. Tuve dificultades para recuperar el aliento, y mi estómago se revolvía. Me acuclillé y luego me agazapé un momento hasta sentirme relajado. Luego me incorporé y estiré la mano para cortar las hojas indicadas. Pero no hallé el arbusto. Miré en torno. Estaba seguro de hallarme en el sitio correcto, pero en esa zona del cerro no había nada que se pareciera ni remotamente a esa planta particular. Sin embargo, ése tenía que ser el sitio donde la vi. Cualquier otro quedaría fuera del campo de quienquiera que mirase desde el lugar donde don Juan estaba parado.
Abandoné la búsqueda y volví al otro cerro. Don Juan sonrió con benevolencia cuando expliqué mi equivocación.
-¿Por qué dices que fue una equivocación? -preguntó.
-Por lo visto el arbusto no está allí -dije.
-Pero tú lo viste, ¿o no?
-Creí verlo.
-¿Qué ves ahora en su lugar?
-Nada.
No había absolutamente ninguna vegetación en el lugar donde antes me pareció ver la planta. Intenté atribuir lo que había visto a una distorsión visual, una especie de espejismo. Yo me hallaba realmente exhausto, y a causa de ello pude fácilmente creer que veía algo que esperaba ver allí, pero que no estaba.
Don Juan chasqueó suavemente la lengua y se me quedó viendo un breve instante.
-Yo no veo ninguna equivocación -dijo-. La planta está allí arriba de ese cerro.
Fue mi turno de reír. Escudriñé cuidadosamente toda el área. No había plantas de ésas a la vista y lo que yo había experimentado era, hasta donde mi conocimiento llegaba, una alucinación.
Con mucha calma, don Juan empezó a bajar la ladera y me hizo seña de seguirlo. Subimos juntos al otro cerro y nos paramos en el mero sitio donde creí ver el arbusto.
Chasquee la lengua con la absoluta certeza de estar en lo cierto. Don Juan me imitó.
-Ve al otro lado del cerro -dijo-. Allí encontrarás la planta.
Hice notar que el otro lado del cerro había estado fuera de mi campo de visión; tal vez hubiera allí una planta, pero eso no significaba nada.

Don Juan hizo un movimiento de cabeza para indicar que lo siguiera. Rodeó la cumbre del cerro en vez de atravesarla directamente, y con dramatismo se detuvo junto a un arbusto verde, sin mirarlo.
Se volvió y me miró. Fue una mirada peculiarmente penetrante.
-Ha de haber cientos de esas plantas por aquí -dije.
Don Juan, con mucha paciencia, descendió la otra ladera del cerro, conmigo en pos suyo. Buscamos en todas partes un arbusto similar. Pero no había ninguno a la vista. Cubrimos cosa de medio kilómetro antes de encontrar otra planta.
Sin decir palabra, don Juan me guió de regreso al primer cerro. Estuvimos en él un momento y luego me llevó a otra excursión, pero en dirección opuesta. Recorrimos con minuciosidad el área y hallamos otros dos arbustos, como a kilómetro y medio de distancia. Habían crecido juntos y resaltaban como un parche de verde vívido e intenso, más lozano que todos los otros arbustos en torno.
Don Juan me miró con expresión de seriedad. Yo no sabía qué pensar del asunto.
-Ésta es una señal muy extraña -dijo.
Regresamos a la cima del primer cerro, dando un amplio rodeo para llegar desde una nueva dirección. Don Juan parecía estar haciendo lo posible por demostrarme que había muy pocas plantas de ésas en los alrededores. No encontramos ninguna otra en nuestro camino. Después de subir al cerro, nos sentamos en silencio total. Don Juan desató sus guajes.
-Te sentirás mejor después de comer -dijo.
No podía ocultar su regocijo. Lucía una sonrisa de oreja a oreja al darme palmaditas en la cabeza. Yo me sentía desorientado. Los nuevos acontecimientos eran inquietantes, pero me hallaba demasiado hambriento y cansado para meditar realmente en ellos.
Después de comer tuve mucho sueño. Don Juan me instó a usar la técnica de mirar sin enfocar para descubrir un sitio apropiado para dormir en el cerro donde vi el arbusto.
Elegí uno. Don Juan recogió las hojas secas del sitio e hizo con ellas un círculo del tamaño de mi cuerpo. Con mucha gentileza, jaló unas ramas tiernas de los arbustos y barrió el área dentro del circulo. Sólo hizo la mímica de barrer; no tocó el suelo con las ramas. Luego juntó todas las piedras que había dentro del círculo y las puso en el centro, después de dividirlas meticulosamente, por tamaño, en dos montones de igual cantidad.
-¿Qué va a hacer usted con esas piedras? -pregunté.
-No son piedras -dijo-. Son cuerdas. Van a mantener suspendido tu sitio.
Tomó las rocas más pequeñas y marcó. con ellas la circunferencia del círculo. Igualó las distancias entre ellas y con ayuda de una vara aseguró firmemente cada piedra en el suelo, como haría un albañil.
No me dejó entrar en el circulo; me dijo que caminara en torno y viera lo que él estaba haciendo. Contó dieciocho rocas, siguiendo una dirección contraria a las manecillas del reloj.
-Ahora corre al pie del cerro y espera -dijo-. Y yo me asomaré desde la orilla para ver si estás parado donde debes.
-¿Qué va usted a hacer?
-Te voy a tirar estas cuerdas una por una -dijo señalando el montón de piedras más grandes-. Y tú tienes que ponerlas en el suelo, en el sitio que te indique, del mismo modo que yo he puesto las otras.
"Tienes que tener una cautela infinita. Cuando uno maneja poder, hay que ser perfecto. Los errores son mortales aquí. Cada una de éstas es una cuerda, una cuerda que podría matarnos si la dejamos suelta por ahí, conque simple y sencillamente no puedes cometer errores. Debes clavar la vista en el sitio donde yo tire la cuerda. Si te distraes con cualquier cosa, la cuerda se convertirá en una piedra común y corriente y no podrás distinguirla de las otras piedras ahí tiradas."
Sugerí que sería más fácil que yo bajara las "cuerdas" una por una.
Don Juan rió y meneó la cabeza en sentido negativo.

-Éstas son cuerdas -insistió-. Y yo tengo que tirarlas y tú tienes que recogerlas.
Llevó horas cumplir la tarea. El grado de concentración necesario era sumamente arduo. En cada ocasión, don Juan me recordaba que estuviera atento y enfocase la mirada. Tenía razón en hacerlo. Discernir una piedra específica que se precipitaba cuestabajo, empujando otras piedras en su camino, era en verdad cosa de locos.
Guando hube cerrado completamente el círculo y subido a la cima, me sentía a punto de caer muerto. Don Juan había acolchonado el círculo con ramas pequeñas. Me dio unas hojas y me dijo que las pusiera dentro de mis pantalones, contra la piel de la región umbilical. Dijo que me darían calor y que no necesitaría cobija para dormir. Me desplomé dentro del círculo. Las ramas formaban un lecho bastante blando, y me dormí en el acto.
Atardecía cuando desperté. Estaba nublado y hacia viento. Las nubes sobre mi cabeza eran cúmulos compactos, pero hacia el oeste había cirros delgados y el sol bañaba la tierra de tiempo en tiempo.
El sueño me había renovado. Me sentía vigoroso y feliz. El viento no me molestaba. No tenía frío. Alcé la cabeza apoyándola en los brazos y miré alrededor. No me había dado cuenta, pero el cerro era bastante alto. El paisaje hacia el oeste era impresionante. Veía yo una vasta área de montes bajos y luego el desierto. Había una cordillera de picos café oscuro hacia el norte y el este, y en dirección sur una extensión interminable de tierra y cerros y distantes montañas azules.
Tomé asiento. Don Juan no estaba a la vista. Tuve un repentino ataque de miedo. Pensé que tal vez me había dejado allí solo, y yo no sabía cómo volver a mi coche. Volví a acostarme en el colchón de ramas y, curiosamente, se disipó mi aprensión. Nuevamente experimenté un sentimiento de quietud, un exquisito bienestar. Era una sensación extremadamente nueva para mí; mis pensamientos parecían haber sido desconectados. Era feliz. Me sentía sano. Una efervescencia muy tranquila me llenaba. Un viento suave soplaba del oeste y barría todo mi cuerpo sin darme frío. Lo sentía en la cara y en torno a los oídos, como una suave ola de agua tibia que me bañaba y luego retrocedía y volvía a bañarme. Era un extraño estado de ser, sin paralelo en mi agitada y dislocada vida. Empecé a llorar, no por tristeza ni autocompasión sino a causa de una alegría inefable, inexplicable.
Quería quedarme para siempre en ese sitio y tal vez allí seguiría si don Juan no hubiera llegado a sacarme de un tirón.
-Ya descansaste bastante -dijo al jalarme para que me incorporara.
Me llevó muy calmadamente a caminar por la periferia de la cima. Caminamos despacio y en silencio completo. Él parecía interesado en hacerme observar el paisaje en torno. Señalaba nubes o montañas con un movimiento de los ojos o de la barbilla. El paisaje de atardecer era espléndido. Evocaba en mí sensaciones de reverencia y desesperanza. Me recordaba escenas vistas en la niñez.
Trepamos a la parte más alta del cerro, una punta de roca ígnea, y nos sentamos cómodamente de espaldas contra la roca, mirando al sur. La extensión interminable de tierra que se veía en esa dirección era en verdad majestuosa.
-Graba todo esto en tu memoria -me susurró don ,Juan al oído-. Este sitio es tuyo. Esta mañana viste, y ésa fue la señal. Encontraste este sitio viendo. La señal fue inesperada, pero se presentó. Vas a cazar poder, te guste o no. No es una decisión humana, no es tuya ni mía.
"Ahora, hablando con propiedad, este cerro es tu lugar, tu querencia; todo lo que te rodea está bajo tu cuidado. Debes cuidar todo lo de aquí y todo, a su vez, te cuidará."
En son de broma le pregunté si todo era mío. Dijo sí en un tono muy serio. Riendo, le dije que lo que hacíamos me recordaba la historia de cómo los españoles que conquistaron el Nuevo Mundo dividieron la tierra en nombre de su rey. Solían trepar a la cima de una montaña y reclamar

toda la tierra que podían ver en cualquier dirección específica.
-Ésa es una buena idea -dijo-. Voy a darte toda la tierra que puedes ver, no en una dirección sino en todo tu alrededor.
Se puso en pie y señaló con la mano extendida, girando el cuerpo para cubrir un círculo completo.
-Toda esta tierra es tuya -dijo.
-Reí con fuerza. Él soltó una risita y preguntó:
-¿Por qué no? ¿Por qué no puedo darte esta tierra?
-No es usted el dueño -dije.
-¿Y qué? Tampoco los españoles eran los dueños, pero de todos modos la dividían y la regalaban. Conque ¿por qué no puedes tomar posesión de ella en la misma vena?
Lo escudriñé para ver si podía detectar el verdadero estado de ánimo del rostro risueño. Tuvo una explosión de risa y casi se cae de la roca.
-Toda esta tierra, hasta donde puedes ver, es tuya -prosiguió, aún sonriente-. No para usarla sino para recordarla. Pero este cerro es tuyo para que lo uses el resto de tu vida. Te lo doy porque tú mismo lo hallaste. Es tuyo. Acéptalo.
Reí, pero don Juan parecía hablar muy en serio. A excepción de su sonrisa chistosa, tenía toda la cara de creer que podía darme aquel cerro.
-¿Por qué no? -preguntó como leyendo mis pensamientos.
-Lo acepto -dije medio en broma.
Su sonrisa desapareció. Achicó los ojos para mirarme.
-Cada piedra y guijarro y planta sobre este cerro, especialmente en la cima, está bajo tu cuidado -dijo-. Cada gusano que vive aquí es tu amigo. Puedes usarlos y ellos pueden usarte.
Permanecimos en silencio unos minutos. Mis pensamientos eran inusitadamente escasos. Sentía vagamente que este súbito cambio de ánimo anunciaba algo en mí, pero no me hallaba temeroso ni aprensivo. Simplemente ya no quería hablar. De algún modo, las palabras se antojaban inexactas, y sus significados difíciles de precisar. Jamás había yo sentido eso con respecto a las palabras, y al darme cuenta de mi ánimo insólito me apresuré a hablar.
-¿Pero qué puedo hacer con este cerro, don Juan?
-Grábate en la memoria cada uno de sus detalles. Éste es el sitio al que vendrás en tu soñar. Éste es el sitio donde te encontrarás con los poderes, donde algún día se te revelarán secretos.
"Estás cazando poder y éste es tu sitio, el sitio donde juntarás tus recursos.
"Ahora esto no tiene sentido para ti. Conque deja que sea un sinsentido, por lo pronto."
Bajamos de la roca y me llevó a una pequeña depresión, a manera de cuenco, en el lado oeste del cerro. Allí nos sentamos a comer.
Sin lugar a dudas había algo indescriptiblemente placentero para mí en, lo alto de ese cerro. Comer, como descansar, era una exquisita sensación desconocida.
La luz del sol poniente tenía un resplandor intenso, casi cobrizo, y todo alrededor parecía untado de un tinte dorado. Me hallaba entregado por entero a observar el paisaje; ni siquiera deseaba pensar.
Don Juan me habló casi en un susurro. Me dijo que observara cada detalle del entorno, por más pequeño y trivial que pareciera. Especialmente los elementos del paisaje que eran más prominentes por el lado del poniente. Me indicó mirar el sol sin enfocarlo, hasta que desapareciera tras el horizonte.
Los últimos minutos de luz, inmediatamente antes de que el sol llegara a un palio de nubes bajas o de niebla, fueron magníficos en el sentido total de la expresión. Era como si el sol inflamase la tierra, la encendiera como una hoguera. Tuve en la cara una sensación de rojez.
-¡Párate! -gritó don Juan, jalándome.
Se apartó de un salto y me ordenó, en tono imperativo pero urgente, trotar en el sitio donde me hallaba de pie.
Mientras corría sin avanzar, empecé a sentir una calidez invadir mi cuerpo. Era

una calidez cobriza. La sentía en el paladar y en el "techo" de los ojos. Era como si la parte superior de mi cabeza ardiese en un fuego fresco que irradiaba algo así como un brillo de cobre.
Algo dentro de mí me hizo trotar más y más rápido conforme el sol empezaba a desaparecer. En determinado momento me sentí en verdad tan ligero que hubiera podido volar. Don Juan asió con mucha firmeza mi muñeca derecha. La sensación causada por la presión de su mano me devolvió un sentido de sobriedad y compostura. Me dejé caer en el suelo y él se sentó junto a mí.
Tras unos minutos de reposo se puso calladamente en pie, me tocó el hombro y me hizo seña de seguirlo. Volvimos a escalar hasta la punta de roca ígnea donde habíamos estado antes. La roca nos escudaba del viento frío. Don Juan rompió el silencio.
-Fue una estupenda señal -dijo-. ¡Qué extraño! Sucedió al terminar el día. Tú y yo somos muy distintos. Tú eres más criatura de la noche. Yo prefiero el brillo joven de la mañana. O mejor dicho, el brillo del sol matutino me busca, pero de ti se esconde. En cambio, el sol poniente te bañó. Sus llamas te abrasaron sin quemarte. ¡Qué extraño!
-¿Por qué es extraño?
-Nunca lo había visto pasar. La señal, cuando sucede, ha sido siempre en el reino del sol joven.
-¿Por qué es así, don Juan?
-No es hora de hablar de eso -repuso, cortante-. El conocimiento es poder. Toma mucho tiempo juntar el poder suficiente incluso para hablar de él.
Traté de insistir, pero él cambió de tema abruptamente. Inquirió sobre mi progreso en "soñar".
Yo había empezado a soñar en sitios específicos, como la escuela y las casas de algunos amigos.
-¿Estabas en esos sitios durante el día o durante la noche? -preguntó.
Mis sueños correspondían con la hora del día a la que solía estar en tales sitios: en la escuela durante el día, en casa de mis amigos por la noche.
Sugirió que probara yo "soñar" mientras echaba una siesta de día, y ver si podía visualizar el sitio elegido como estaba a la hora en que yo "soñaba". Si yo "soñaba" de noche, mis visiones del local debían ser nocturnas. Dijo que lo que uno experimenta al "soñar" debe ser congruente con la hora en que el "soñar" tiene lugar; de otra forma las visiones que uno tenga no serán "soñar", sino sueños comunes.
-Para ayudarte debías escoger un objeto determinado que pertenezca al sitio donde quieres ir, y enfocar en él tu atención -prosiguió-. En este cerro, por ejemplo, tienes ya una planta determinada que debes observar hasta que tenga un lugar en tu memoria. Puedes regresar aquí en tu soñar simplemente recordando esa planta, o recordando esta roca donde estamos sentados, o recordando cualquier otra cosa de aquí. Es más fácil viajar al soñar cuando puedes enfocarte en un sitio de poder, como éste. Pero si no quieres venir aquí puedes usar cualquier otro sitio. A lo mejor la escuela donde vas es para ti un sitio de poder. Úsalo. Enfoca tu atención en cualquier objeto de allí, y luego encuéntralo al soñar.
"Del objeto específico que recuerdes, debes volver a tus manos, y luego a otro objeto y así sucesivamente.
"Pero ahora debes enfocar la atención en todo lo que existe encima de este cerro, porque éste es el sitio más importante de tu vida."
Me miró como sondeando el efecto de sus palabras.
-Éste es el sitio en que morirás -dijo con voz suave.
Me moví con nerviosismo, cambiando de postura, y él sonrió.
-Tendré que venir contigo una y otra vez a este cerro -dijo-. Y luego tú tendrás que venir solo hasta que estés saturado de él, hasta que el cerro te rezume. Sabrás la hora en que estés lleno de él. Este cerro, como es ahora, será entonces el sitio de tu última danza.

-¿Qué quiere usted decir con mi última danza, don Juan?
-Ésta es tu última parada -dijo-. Morirás aquí, estés donde estés. Cada guerrero tiene un sitio para morir. Un sitio de su predilección, donde eventos poderosos dejaron su huella; un sitio donde ha presenciado maravillas, donde se le han revelado secretos; un sitio donde ha juntado su poder personal.
"Un guerrero tiene la obligación de regresar a ese sitio de su predilección cada vez que absorbe poder, para guardarlo allí. Va allí caminando o bien soñando.
"Y por fin, un día que su tiempo en la tierra ha terminado y siente el toque de la muerte en el hombro izquierdo, su espíritu, que siempre está listo, vuela al sitio de su predilección y allí el guerrero baila ante su muerte.
"Cada guerrero tiene una forma específica, una determinada postura de poder, que desarrolla a lo largo de su vida. Es una especie de danza. Un movimiento que él hace bajo la influencia de su poder personal."
"Si el guerrero moribundo tiene poder limitado, su danza es corta; si su poder es grandioso, su danza es magnífica. Pero ya sea su poder pequeño o magnifico, la muerte debe pararse a presenciar su última parada sobre la tierra. La muerte no puede llevarse al guerrero que cuenta por última vez la labor de su vida, hasta que haya acabado su danza."
Las palabras de don Juan me dieron un escalofrío. El silencio, el crepúsculo, el espléndido paisaje: todo parecía haber sido colocado allí como tramoya para la imagen de la última danza de poder de un guerrero.
-¿Puede usted enseñarme esa danza aunque no sea yo guerrero? -pregunté.
-Todo hombre que caza poder tiene que aprender esa danza -repuso-. Pero no te la puedo enseñar ahora. Tal vez tengas pronto un adversario que valga la pena y entonces te enseñaré el primer movimiento de poder. Tú mismo debes añadir los otros conforme sigas viviendo. Cada movimiento debe adquirirse durante una lucha de poder. Así que, hablando con propiedad, la postura, la forma de un guerrero, es la historia de su vida, una danza que crece conforme él crece en poder personal.
-¿De veras se para la muerte a ver bailar al guerrero?
-Un guerrero no es más que un hombre. Un hombre humilde. No puede cambiar los designios de su muerte. Pero su espíritu impecable, que ha juntado poder tras penalidades enormes, puede ciertamente detener a su muerte un momento, un momento lo bastante largo para permitirle regocijarse por última vez en el recuerdo de su poder. Podemos decir que ése es un gesto que la muerte tiene con quienes poseen un espíritu impecable.
Experimenté una angustia avasalladora y hablé sólo por aliviarla. Le pregunté si había conocido guerreros que murieron, y en qué forma su última danza había afectado su morir.
-Ya párale -dijo con sequedad-. Morir es algo monumental. Es algo mucho más que estirar la pata y ponerte tieso.
-¿Bailaré yo también ante mi muerte, don Juan?
-Sin duda. Estás cazando poder personal aunque todavía no vivas como guerrero. Hoy el sol te dio una señal. Lo mejor que produzcas en el trabajo de tu vida se hará al final del día. Por lo visto no te gusta el joven resplandor de la luz temprana. Viajar en la mañana no te llama la atención. Pero tu gusto es el sol poniente, amarillo viejo, y maduro. No te gusta el calor, te gusta el resplandor.
"Y así bailarás ante tu muerte, aquí, en la cima de este cerro, al acabar el día. Y en tu última danza dirás de tu lucha, de las batallas que has ganado y de las que has perdido; dirás de tus alegrías y desconciertos al encontrarte con el poder personal. Tu danza hablará de los secretos y las maravillas que has atesorado. Y tu muerte se sentará aquí a observarte.
"El sol poniente brillará sobre ti sin quemar, como lo hizo hoy. El viento será suave y dulce y tu cerro temblará. Al llegar

al final de tu danza mirarás el sol, porque nunca volverás a verlo ni despierto ni soñando, y entonces tu muerte apuntará hacia el sur. Hacia la inmensidad."

XIV. LA MARCHA DE PODER

Sábado, abril 8, 1962

-¿Es la muerte un personaje, don Juan? -pregunté al tomar asiento en el pórtico.
Hubo un aire de desconcierto en la mirada de don Juan. Estaba sosteniendo una bolsa de provisiones que yo le había traído. La dejó cuidadosamente en el suelo y se sentó frente a mí. Me sentí animado y expliqué que deseaba saber si la muerte era una persona, o semejante a una persona, cuando observaba la última danza de un guerrero.
-¿Es importante saber esto? -preguntó don Juan.
Le dije que la imagen me resultaba fascinante y deseaba saber cómo llegó a ella. Cómo sabía que así era.
-Es muy sencillo -dijo-. Un hombre de conocimiento sabe que la muerte es el último testigo porque la ve.
-¿Quiere decir que usted mismo ha presenciado la última danza de un guerrero?
-No. No se puede ser testigo de eso. Sólo la muerte puede. Pero he visto a mi propia muerte observarme, y he bailado ante ella como si me estuviera muriendo. Al final de mi danza, la muerte no apuntó. en ninguna dirección, ni el sitio de mi predilección se estremeció diciéndome adiós. De modo que mi tiempo sobre la tierra no se había acabado todavía, y no morí. Cuando todo eso tuvo lugar, yo tenía poder limitado y no entendía los designios de mi propia muerte; por eso creía estarme muriendo.
-¿Era su muerte como una persona?
-Ya te estás haciendo el loco otra vez. Piensas que todo lo vas a entender haciendo preguntas. Yo no creo que lo logres, pero ¿quién soy para decir?
"La muerte no es como una persona. Es más bien una presencia. Pero también podría uno decir que no es nada y sin embargo es todo. Uno tendría razón en todos aspectos. La muerte es cualquier cosa que uno desee.
"Yo me siento a gusto con la gente, de modo que la muerte es para mí una persona. También soy dado a los misterios, de modo que la muerte tiene para mí ojos huecos. Puedo mirar a través de ellos. Son como dos ventanas, pero se mueven como ojos. Así puedo decir que la muerte, con sus ojos huecos, mira a un guerrero mientras él baila por última vez en la tierra."
-¿Pero es, así sólo para usted, don Juan, o es lo mismo para otros guerreros?
-Es lo mismo para cada guerrero que tiene una danza de poder, y sin embargo no lo es. La muerte presencia la última danza del guerrero, pero la manera en que el guerrero ve a su muerte es asunto personal. Puede ser cualquier cosa: un pájaro, una luz, una persona, una mata, una piedrita, un trozo de niebla, o una presencia desconocida.
Esas imágenes de la muerte me inquietaron. No pude hallar palabras adecuadas para dar voz a mis preguntas, y tartamudeé. Don Juan me miró con fijeza, sonriendo, y me animó a hablar.
Le pregunté si la forma en que un guerrero veía a su muerte dependía de cómo lo hubieran educado. Usé como ejemplos a los indios yumas y yaquis. Mi propia idea era que la cultura determinaba el modo en que uno se representaba a la muerte.
-No importa cómo lo hayan criado a uno -dijo él-. Lo que determina el modo en que uno hace cualquier cosa es el poder personal. Un hombre no es más que la suma de su poder personal, y esa suma determina cómo vive y cómo muere.
-¿Qué es el poder personal?
-El poder personal es un sentimiento -dijo-. Algo como tener suerte. O podríamos llamarlo un estado de ánimo. El poder personal es algo que uno adquiere sin importar su propio origen. Ya te he dicho que un guerrero es un cazador de poder, y que te estoy enseñando a cazarlo y guardarlo. Lo difícil contigo, que es lo difícil con todos

nosotros, es que te convenzas. Necesitas creer que el poder personal puede usarse y que es posible guardarlo, pero hasta ahora no te has convencido.
Le dije que se había dado a entender y que yo estaba tan convencido como jamás lo estaría. Rió.
-No hablo de ese tipo de convicción -dijo.
Dio dos o tres puñetazos suaves en mi hombro y añadió con un cacareo:
-No necesito que me sigas la corriente, ya lo sabes
Me sentí obligado a asegurarle que hablaba en serio.
-No lo dudo -dijo-. Pero estar convencido significa que puedes actuar por ti mismo. Todavía te costará una gran cantidad de esfuerzo el hacerlo.
"Queda mucho por hacer. Apenas empiezas.
Quedó en silencio un momento. Su rostro adquirió una expresión de placidez.
-Es muy extraño, pero a veces me haces acordar a mí mismo -prosiguió-. Tampoco yo quería seguir el camino del guerrero-. Creía que tanto trabajo era para nada, y puesto que todos vamos a morir, ¿qué importaba el ser guerrero? Me equivocaba. Pero tuve que descubrirlo por mi propia cuenta. Cuando llegues a descubrir que te equivocas, y que ciertamente hay un mundo de diferencia, podrás decir que estás convencido. Y entonces puedes seguir adelante por tu cuenta. Y a lo mejor, por tu cuenta, hasta te haces hombre de conocimiento.
Le pedí explicar qué quería decir con hombre de conocimiento.
-Un hombre de conocimiento es alguien que ha seguido de verdad las penurias del aprendizaje -dijo-. Un hombre que, sin apurarse ni desfallecer, ha llegado lo más lejos que puede en desentrañar los secretos del poder personal.
Discutió el concepto en términos breves y luego lo desechó como tema de conversación, diciendo que yo sólo debía preocuparme por la idea de almacenar poder personal.
-Eso es incomprensible -protesté-. De veras, no puedo figurarme qué es lo que está usted diciendo.
-Cazar poder es un evento peculiar -dijo-. Primero tiene que ser una idea, luego hay que arreglarlo, paso a paso, y luego ¡pum! Sucede.
-¿Cómo sucede?
Don Juan se puso en pie. Empezó a estirar los brazos, arqueando la espalda como gato. Sus huesos, como de costumbre, produjeron una serie de sonidos chasqueantes.
-Vámonos -dijo-. Tenemos que hacer un largo viaje.
-Pero tengo tantas cosas que preguntarle -dije.
-Vamos a un sitio de poder -respondió al entrar en su casa-. ¿Por qué no guardas tus preguntas para cuando estemos allí? A lo mejor tenemos oportunidad de hablar.
Pensé que iríamos en coche, de modo que me levanté y fui a mi auto, pero don Juan me llamó desde la casa y me indicó tomar mi red con guajes. Me estaba esperando a la orilla del chaparral desértico detrás de su casa.
-Hay que apurarse -dijo.

A eso de las tres de la tarde llegamos a las primeras faldas de la Sierra Madre occidental. Había sido un día cálido, pero hacia el atardecer el viento se enfrió. Don Juan tomó asiento en una roca y me hizo seña de imitarlo.
-¿Qué vamos a hacer aquí esta vez, don Juan?
-Sabes muy bien que venimos a cazar poder.
-Lo sé. ¿Pero qué vamos a hacer aquí en particular?
-Sabes que no tengo la menor idea.
-¿Quiere usted decir que nunca sigue un plan?
-Cazar poder es un asunto muy extraño -dijo-. No hay manera de planearlo por anticipado. Eso es lo emocionante. Pero de todos modos un guerrero procede como si tuviera un plan, porque confía en su poder personal. Sabe de cierto que lo hará actuar en la forma más apropiada.

Señalé que sus aseveraciones eran de alguna manera contradictorias. Si un guerrero ya tenía poder personal, ¿por qué iba a cazarlo?
Don Juan alzó las cejas e hizo un falso gesto de fastidio.
-Tú eres el que está cazando poder personal -dijo-. Y yo soy el guerrero que ya tiene. Me preguntaste si tenía un plan y yo dije que confío en que mi poder personal me guíe y que no necesito tener un plan.
Nos quedamos allí un momento y luego echamos a andar nuevamente. Las cuestas eran muy empinadas, y treparlas me resultaba muy difícil y extremadamente fatigoso. Por otra parte, el vigor de don Juan parecía no tener fin. No corría ni se apresuraba. Su andar era continuo e incansable. Noté que ni siquiera sudaba, incluso después de trepar una ladera enorme y casi vertical. Cuando yo llegué a su parte superior, don Juan ya estaba allí, esperándome. Al sentarme junto a él sentí que el corazón se me iba a salir del pecho. Me acosté bocarriba y el sudor manó, literalmente, de mis cejas.
Don Juan rió con fuerza y me rodó de un lado a otro durante un rato. El movimiento me ayudó a recobrar el aliento.
Le dije que su aptitud física me tenía en verdad atónito.
-Todo el tiempo he estado tratando de dártela a notar -dijo.
-¡Usted no es viejo para nada, don Juan!
-Claro que no. He estado tratando de que lo notes.
-¿Cómo le hace usted?
-No hago nada. Mi cuerpo se siente perfectamente, eso es todo. Me trato muy bien; por eso no tengo motivo para sentirme cansado o incómodo. El secreto no está en lo que tú mismo te haces, sino más bien en lo que no haces.
Esperé una explicación. Él parecía consciente de mi incapacidad de comprender. Sonrió y se puso de pie.
-Éste es un sitio de poder -dijo-. Encuentra un lugar para que acampemos aquí en esta cima.
Empecé a protestar. Quería que me explicara qué era lo que no debía yo hacerle a mi cuerpo. Hizo un gesto imperioso.
-Déjate de tonterías -dijo con suavidad-. Esta vez nada más actúa, para variar. No importa cuánto te tardes en hallar un sitio apropiado para descansar. Tal vez te lleve toda la noche. Tampoco es importante que halles el sitio; lo importante es que trates de hallarlo.
Guardé mi bloque de notas y me puse en pie. Don Juan me recordó, como había hecho incontables veces -siempre que me había pedido hallar un lugar de reposo-, que mirara sin enfocar ningún sitio particular, achicando los ojos hasta emborronar la visión.
Eché a andar, escudriñando el suelo con mis ojos entrecerrados. Don Juan caminaba un metro a mi derecha y un par de pasos atrás de mí.
Cubrí primero la periferia de la cima. Mi intención era ir en espiral hacia el centro. Pero cuando hube cubierto la circunferencia de la cima, don Juan me hizo detenerme.
Me acusó de permitir que mi preferencia por las rutinas tomara las riendas. En tono sarcástico añadió que ciertamente cubría yo el área en forma sistemática, pero de un modo tan seco y estéril que no sería capaz de percibir el sitio convenientes Dijo que él mismo sabía donde estaba dicho sitio, de modo que no había posibilidad de improvisaciones por mi parte.
-¿Qué debería hacer entonces en lugar de esto? -pregunté.
Don Juan me hizo sentarme. Luego arrancó una sola hoja de diversos arbustos y me las dio. Me ordenó acostarme de espaldas y aflojar mi cinturón y poner las hojas contra la piel de mi región umbilical. Supervisó mis movimientos y me indicó presionar con ambas manos las hojas contra mi cuerpo. Luego me ordenó cerrar los ojos y me advirtió que, si deseaba resultados perfectos, no debía soltar las hojas, ni abrir los ojos, ni tratar de sentarme cuando él moviese mi cuerpo a una posición de poder.
Me agarró por el sobaco derecho y me dio

vuelta. Tuve un invencible deseo de atisbar a través de mis párpados entreabiertos, pero don Juan me puso la mano sobre los ojos. Me ordenó ocuparme únicamente de la sensación de calor que saldría de las hojas.

Después de yacer inmóvil un momento, empecé a sentir una extraña calidez que emanaba de las hojas. Primero la noté en las palmas de las manos, luego se extendió a mi abdomen, y por fin invadió literalmente todo mi cuerpo. En cuestión de minutos mis pies ardían con un calor que me recordaba momentos en que tuve alta temperatura.

Hablé a don Juan de la sensación desagradable y el deseo de quitarme los zapatos. Él dijo que me iba a ayudar a incorporarme, que no abriera los ojos hasta que él me dijese, y que continuara apretando las hojas contra mi estómago hasta encontrar el sitio adecuado para descansar.

Cuando estuve de pie, me susurró al oído que abriera los ojos y caminara sin plan, dejando que el poder de las hojas me jalara y me guiara.

Empecé a caminar al azar. El calor de mi cuerpo era desagradable. Creí que tenía fiebre, y me abstraje tratando de concebir por qué medios la había producido don Juan.

Él caminaba tras de mí. De pronto soltó un grito que casi me paralizó. Explicó, riendo, que los ruidos bruscos espantan a los espíritus no gratos. Achiqué los ojos y anduve de un lado a otro durante cosa de media hora. En ese tiempo, el incómodo calor de mi cuerpo se convirtió en una tibieza placentera. Experimenté una sensación de ligereza al recorrer la cima hacia adelante y hacia atrás. Sin embargo, me sentía desilusionado; por algún motivo había esperado notar algún tipo de fenómeno visual, pero no había el menor cambio en la periferia de mi campo de visión: ni colores insólitos, ni resplandor, ni masas oscuras.

Por fin me cansé de tener los ojos entrecerrados y los abrí. Me hallaba frente a una pequeña saliente de piedra arenisca, uno de los pocos lugares yermos y rocosos en la cima; el resto era tierra con pequeños arbustos muy espaciados. Al parecer la vegetación se había quemado algún tiempo antes y los nuevos brotes no maduraban aún por completo. Por alguna razón desconocida, la saliente arenisca me pareció hermosa. Estuve largo rato parado mirándola. Y luego, simplemente, me senté en ella.

-¡Bien! ¡Bien! -dijo don Juan y me palmeó la espalda.

Luego me dijo que sacara cuidadosamente las hojas de bajo mis ropas y las colocase en la roca.

Apenas hube retirado las hojas de mi piel, empecé a refrescarme. Me tomé el pulso. Parecía normal.

Don Juan rió y me dijo "doctor Carlos" y me preguntó si no le tomaba el pulso también a él. Dijo que lo que sentí fue el poder de las hojas, y que ese poder me despejó y me permitió cumplir mi tarea.

Afirmé, con toda sinceridad, que no había hecho nada en particular, y que me senté en ese sitio porque estaba cansado y porque el color de la piedra me resultó muy atrayente.

Don Juan no dijo nada. Estaba parado cerca de mí. Súbitamente saltó hacia atrás, corrió con agilidad increíble y, saltando unos arbustos, llegó a una alta cresta de rocas, a cierta distancia.

-¿Qué pasa? -pregunté, alarmado.

-Vigila la dirección en la que el viento se llevará tus hojas -dijo-. Cuéntalas rápido. El viento viene. Guarda la mitad y vuélvetelas a poner en la barriga.

Conté veinte hojas. Metí diez bajo mi camisa, y entonces una fuerte racha de viento esparció las otras diez en una dirección occidental. Al ver volar las hojas, tuve la extraña sensación de que una entidad real las barría deliberadamente hacia la masa amorfa de matorrales verdes.

Don Juan volvió a donde me hallaba y se sentó junto a mí, a mi izquierda, mirando al sur.

No dijimos palabra en largo tiempo. Yo no sabía qué decir. Estaba exhausto. Quería

cerrar los ojos, pero no me atrevía. Don Juan debe haber notado mi condición y dijo que estaba bien dormirse. Me indicó poner las manos en el abdomen, sobre las hojas, y tratar de sentir que me hallaba suspendido en el lecho de "cuerdas" que él me había preparado en el "sitio de mi predilección". Cerré los ojos, y el recuerdo de la paz y plenitud que experimenté durmiendo en aquel otro cerro me invadió. Quise descubrir si en verdad podía sentirme suspendido, pero me dormí.

Desperté justamente antes del crepúsculo. El sueño me había refrescado y vigorizado. Don Juan también se había dormido. Abrió los ojos al mismo tiempo que yo. Soplaba viento, pero yo no tenía frío. Las hojas sobre mi estómago parecían haber actuado como estufa, como una especie de calentador.

Examiné el derredor. El sitio que había elegido para descansar era como una pequeña cuenca. Era posible sentarse en él como en un diván largo; había suficiente muro rocoso para servir de respaldo. También descubrí que don Juan había traído mis libretas y las había puesto bajo mi cabeza.

-Hallaste el sitio correcto -dijo con una sonrisa-. Y toda la operación tuvo lugar como yo te dije. El poder te guió aquí sin ningún plan de tu parte.

-¿Qué clase de hojas me dio usted? -pregunté.

El calor que irradiaba de las hojas y me conservaba en un estado tan cómodo sin mantas ni ropa gruesa, era en verdad un fenómeno absorbente para mí.

-Nada más eran hojas -dijo don Juan.

-¿Quiere usted decir que yo podría agarrar hojas de cualquier arbusto y me producirían el mismo efecto?

-No. No quiero decir que tú mismo puedas hacer eso. Tú no tienes poder personal. Quiero decir que cualquier clase de hojas ayuda, siempre y cuando la persona que te las dé tenga poder. Lo que te ayudó hoy no fueron las hojas, sino el poder.

-¿El poder de usted, don Juan?

-Supongo que puedes decir que fue mi poder, aunque eso no es realmente exacto. El poder no pertenece a nadie. Algunos de nosotros podemos guardarlo, y luego se le podría dar directamente a otra persona. Verás, la clave del poder así guardado es que sólo puede usarse para ayudar a alguien más a guardar poder.

Le pregunté si eso significaba que su poder estaba limitado exclusivamente a ayudar a los otros. Don Juan explicó pacientemente que él podía usar su poder personal en la forma que quisiera, en cualquier cosa que deseara, pero cuando se trataba de darlo directamente a otra persona, era inútil a menos que esa persona lo utilizara para su propia búsqueda de poder personal.

-Todo lo que hace un hombre gira sobre su poder personal -prosiguió don Juan-. Así pues, para quien no tiene, los hechos de un hombre poderoso son increíbles. Se necesita poder hasta para concebir lo que es el poder, Esto es lo que he estado tratando dé decirte todo el tiempo. Pero sé que no entiendes, no porque no quieras sino porque tienes muy poco poder personal.

-¿Qué debo hacer, don Juan?

-Nada. Sigue como vas. El poder hallará el modo.

Se puso de pie y dio la vuelta en circulo completo, clavando la mirada en todo lo que había en torno. Su cuerpo se movía al mismo tiempo que sus ojos; el efecto total era el de un hierático juguete mecánico que giraba ejecutando un movimiento circular preciso e inmutable.

Lo miré con la boca abierta. Él ocultó una sonrisa, consciente de mi sorpresa.

-Hoy vas a cazar poder en la oscuridad del día -dijo y tomó asiento.

-¿Cómo dijo?

-Esta noche te aventurarás en aquellos cerros desconocidos. En la oscuridad esos no son cerros.

-¿Qué son?

-Son otra cosa. Algo que no te imaginas, porque nunca has presenciado su existencia.

-¿Qué quiere usted decir, don Juan? Siempre me asusta usted con esas cosas fantasmagóricas.

Se rió y pateó suavemente mi pantorrilla.
-El mundo es un misterio -dijo-. Y no es para nada cómo te lo representas
Pareció reflexionar un momento. Su cabeza empezó a subir y bajar rítmicamente; luego sonrió y añadió:
-Bueno, también es como te lo representas, pero eso no es todo lo que hay en el mundo; hay mucho más. Has estado descubriendo eso todo el tiempo, y a lo mejor esta noche añades un pedazo más.
Su entonación me dio escalofríos.
-¿Qué planea usted? -pregunté.
-Yo no planeo nada. Todo lo decide el mismo poder que te permitió encontrar este sitio.
Don Juan se puso en pie y señaló algo a la distancia. Supuse que deseaba que me levantase a mirar. Traté de incorporarme de un salto, pero antes de que pudiera enderezarme por entero don Juan me empujó hacia abajo con terrible fuerza.
-No te pedí seguirme -dijo con voz severa. Luego suavizó el tono y añadió: -Esta noche la vas a pasar un poco difícil, y necesitarás todo el poder personal que puedas juntar. Quédate donde estás y guárdate para más tarde.
Explicó que no estaba señalando nada, sino sólo cerciorándose de que ciertas cosas estaban allí. Me aseguró que todo se hallaba en orden y que yo debía sentarme en silencio y ocuparme en algo, porque tenía mucho tiempo para escribir antes de que la oscuridad terminara de cubrir la tierra. Su sonrisa era contagiosa y muy confortante.
-¿Pero qué vamos a hacer, don Juan?
Meneó la cabeza de lado a lado en un gesto exagerado de incredulidad.
-¡Escribe! -ordenó y me volvió la espalda.
No me quedaba nada más que hacer. Trabajé en mis notas hasta que oscureció demasiado.
Don Juan conservó la misma posición todo el tiempo que estuve trabajando. Parecía absorto en contemplar la distancia hacia el oeste. Pero apenas me detuve se volvió hacia mí y dijo en tono jocoso que las únicas maneras de callarme eran darme de comer, hacerme escribir o dormirme.
Sacó de su mochila un bulto pequeño, y ceremoniosamente lo abrió. Contenía trozos de carne seca. Me dio uno y tomó otro para sí y empezó a mascarlo. Me informó, como al descuido, que era comida de poder, necesaria para ambos en esa ocasión.
Yo estaba demasiado hambriento para pensar en la posibilidad de que la carne contuviese alguna sustancia psicotrópica. Comimos en completo silencio hasta que la carne se acabó, y para entonces la oscuridad era total.
Don Juan se puso en pie y estiró los brazos y la espalda. Me sugirió hacer lo mismo. Dijo que era buena costumbre estirar todo el cuerpo después de dormir, estar sentado o caminar.
Seguí su consejo y algunas de las hojas que conservaba bajo la camisa se escurrieron por las piernas de mi pantalón. Me pregunté si debería tratar de recogerlas, pero él dijo que lo olvidara, que ya no había ninguna necesidad de ellas y que las dejase caer donde quisiera.
Entonces don Juan se acercó mucho y me susurró en el oído derecho que yo debía seguirlo muy de cerca e imitar todo lo que hiciera. Dijo que estábamos a salvo en el sitio donde nos hallábamos, porque estábamos, por así decirlo, al filo de la noche.
-Esto no es la noche -susurró, pateando la roca donde pisábamos-. La noche está allá afuera.
Señaló la oscuridad que nos circundaba.
Luego revisó mí red portadora para ver si los guajes de comida y mis cuadernos de notas estaban asegurados, y en voz suave dijo que un guerrero siempre se cercioraba de que todo estuviese en orden, no porque creyera que iba a sobrevivir la prueba que se hallaban a punto de emprender, sino porque era parte de su conducta impecable.
En vez de producirme alivio, sus admoniciones crearon la absoluta certeza de que mi fin se acercaba. Quise llorar. Don Juan, sin duda, tenía plena conciencia del efecto de sus palabras.
-Confía en tu poder personal -me dijo al oído-. Eso es todo lo que uno tiene en todo este mundo misterioso.

Me jaló con gentileza y echamos a andar. Tomó la delantera un par de pasos frente a mí. Lo seguí con la vista fija en el suelo. Por algún motivo no osaba mirar en torno, y enfocar los ojos en el suelo me daba una extraña calma; casi me hipnotizaba.

Tras un corto camino, don Juan se detuvo. Susurró que la oscuridad total estaba cerca y que él iba a adelantarse, pero me daría su posición imitando el canto de cierto buho pequeño. Me recordó que yo ya conocía su imitación particular: rasposa al principio y después fluida como el canto de un buho verdadero. Me advirtió cuidarme muchísimo de otros cantos de tecolote que no llevaran esa marca.

Al terminar don Juan de darme esas instrucciones, yo era ya presa del pánico. Lo aferré por el brazo y me negué a soltarlo. Traté dos o tres minutos en calmarme lo suficiente para poder articular mis palabras. Una oleada nerviosa corría a lo largo de mi estómago y abdomen y me impedía hablar con coherencia.

En voz tranquila y suave, don Juan me instó a dominarme, porque la oscuridad era como el viento: una entidad desconocida e indómita que podía engatusarme si no me cuidaba, para vérmelas con ella tenía que estar perfectamente calmo.

-Tienes que dejarte ir para que así tu poder personal se aúne con el poder de la noche -me dijo a oído.

Dijo que iba a adelantarse y tuve un ataque de miedo irracional.

-Esto es una locura -protesté.

Don Juan no se enojó ni se impacientó. Rió calladamente y me dijo al oído algo que no acabé de entender.

-¿Qué dijo usted? -pregunté en voz alta, mientras mis dientes castañeteaban.

Don Juan me puso la mano en la boca y susurró que un guerrero actuaba como si supiera lo que hacía, aunque en realidad no sabía nada. Repitió una frase tres o cuatro veces, como si quisiera que yo la memorizara. Dijo:

-Un guerrero es impecable cuando confía en su poder personal sin importar que sea pequeño o enorme.

Tras una breve espera me preguntó si estaba bien. Asentí y se perdió velozmente de vista casi sin un sonido.

Traté de mirar en torno. Parecía hallarme en una zona de vegetación tupida. Sólo podía discernir la masa oscura de unos arbustos, o acaso árboles pequeños. Concentré mi atención en los sonidos, pero ninguno resaltaba. El silbar del viento sofocaba todos los otros ruidos, excepto el esporádico grito penetrante de buhos grandes y el trinar de otras aves.

Aguardé un rato en un estado de atención extrema. Y entonces llegó el canto rasposo y prolongado de un buho pequeño. No dudé que fuera don Juan. Se oyó en un sitio a mis espaldas. Di la vuelta y eché a andar en esa dirección. Me movía despacio porque me sentía inextricablemente estorbado por las tinieblas.

Anduve unos diez minutos. De pronto, una masa oscura saltó frente a mí. Di un grito y caí hacia atrás, de nalgas. Mis oídos empezaron a zumbar. El susto fue tan grande que me cortó el aliento. Tuve que abrir la boca para respirar.

-Párate -dijo don Juan suavemente-. No quise asustarte. Nada más vine a tu encuentro.

Dijo que había estado observando mi absurda forma de andar, y que al moverme en la oscuridad parecía yo una viejita lisiada queriendo caminar de puntitas entre charcos de lodo. La imagen le hizo gracia y rió fuerte.

Procedió luego a mostrarme una forma especial de caminar en la oscuridad, una forma que llamaba "la marcha de poder". Se agachó frente a mí y me hizo pasar las manos sobre su espalda y sus rodillas, con el fin de darme una idea de la posición de su cuerpo. El tronco de don Juan estaba ligeramente inclinado hacia adelante, pero su espina se hallaba derecha. También sus rodillas estaban un poco dobladas.

Caminó despacio frente a mí para hacerme notar que alzaba las rodillas casi hasta el pecho cada vez que daba un paso. Y luego echó a correr perdiéndose de vista y regresó de nuevo. Yo no concebía cómo podía correr en la oscuridad total.

-La marcha de poder es para correr de noche -me susurró al oído.
Me instó a hacer la prueba. Le dije que sin duda me rompería las piernas al caer en una grieta o contra una roca. Don Juan dijo con mucha calma que la marcha de poder era completamente segura.
Le señalé que la única manera en que yo podía comprender sus actos era suponiendo que conocía a la perfección esos montes y así evitaba los peligros.
Don Juan tomó mi cabeza entre las manos y susurró con energía:
-¡Ésta es la noche! ¡Y eso es poder!
Me soltó la cabeza y añadió, en voz suave, que de noche el mundo era distinto; y que su habilidad para correr en lo oscuro no tenía nada que ver con su conocimiento de esos cerros. Dijo que la clave era dejar al poder personal fluir libremente, para que se mezclara con el poder de la noche; una vez que ese poder tomaba las riendas no había posibilidad de resbalar. Agregó, en un tono de seriedad absoluta, que si yo lo dudaba debía recapacitar por un momento en lo que estaba pasando. Para un hombre de su edad, correr por el monte a esa hora sería suicida si el poder de la noche no lo estuviera guiando.
-¡Mira! -dijo, y corrió velozmente adentrándose en la oscuridad y regresó de nuevo.
Su cuerpo se movía en una forma tan extraordinaria que yo no podía creer lo que veía. Corrió sin avanzar durante un momento. La manera como alzaba las piernas me recordaba los ejercicios de calentamiento de los corredores.
Me dijo entonces que lo siguiera. Lo hice, tenso e incómodo en extremo. Con la mayor cautela trataba de ver dónde ponía los pies, pero era imposible juzgar la distancia. Don Juan regresó y trotó junto a mí. Susurró que yo debía abandonarme al poder de la noche y confiar en el poquito poder personal que tenía, pues de lo contrario nunca podría moverme con libertad, y que la oscuridad me estorbaba sólo porque yo confiaba en mi vista para todo cuanto hacía, sin saber que otro modo de moverse era permitiendo que el poder fuera el guía. Hice varios intentos sin ningún éxito. Simplemente no podía soltarme. El temor de dañarme las piernas era más fuerte que yo.
Don Juan me ordenó seguirme moviendo en el mismo sitio y tratar de sentir que en verdad estaba usando la marcha de poder.
Dijo luego que iba a correr adelante, y que esperara su canto de tecolote. Desapareció en la oscuridad antes que yo pudiera responder. Cerrando a ratos los ojos, troté en el mismo sitio, con las rodillas y el tronco doblados, durante cosa de una hora. Poco a poco mi tensión empezó a disminuir, hasta que me sentí bastante a gusto. Entonces oí la señal de don Juan.
Corrí cinco o seis metros en la dirección de donde vino el sonido, tratando de "abandonarme", como don Juan había sugerido. Pero al tropezar en un arbusto recobré de inmediato mis sentimientos de inseguridad.
Don Juan me estaba esperando y corrigió mi postura. Insistió en que primero plegara yo los dedos contra las palmas de las manos, estirando el pulgar y el índice. Luego dijo que, en su opinión, yo nada más me estaba, como siempre, entregando a mis sentimientos de incapacidad, y que eso era absurdo puesto que yo sabía de cierto que siempre me era posible ver bastante bien, por más oscura que estuviese la noche, si en vez de enfocar cualquier cosa barría con los ojos el suelo enfrente de mi. La marcha de poder era similar a la búsqueda de un sitio donde reposar. Ambos involucraban un sentido de abandono y un sentido de confianza. La marcha de poder requería que uno pusiera los ojos en el suelo directamente enfrente, porque cualquier vistazo a los lados producía una alteración en el fluir del movimiento.
Explicó que era necesario inclinar el tronco hacia adelante para bajar los ojos, y que la razón para levantar las rodillas hasta el pecho era que los pasos debían ser cortos y seguros. Me advirtió que al principio tropezaría mucho, pero aseguro que, con práctica, podría yo correr con la misma rapidez y seguridad que a la luz del día.

Durante horas traté de imitar sus movimientos y de producirme el ánimo que recomendaba. Él, con mucha paciencia, trotaba en el mismo sitio enfrente de mí, o echaba una carrera corta y volvía a donde me hallaba, para enseñarme cómo se movía. Incluso me empujaba para hacerme correr unos cuantos metros.

Luego se fue y me llamó con una serie de gritos de buho. De alguna manera inexplicable, me moví con un grado inesperado de confianza en mí mismo. Que yo supiera, nada había hecho para despertar ese sentimiento, pero mi cuerpo parecía tener conocimiento de las cosas sin pensar en ellas. Por ejemplo, no me era posible ver realmente las rocas dentadas en mi camino, pero mi cuerpo siempre se las arreglaba para pisar los bordes y no las ranuras, con excepción de algunas ocasiones en que perdí el equilibrio por distraerme. El grado de concentración. necesario para ir barriendo el área directamente enfrente tenía que ser total. Como don Juan me había advertido, cualquier leve vistazo a los lados, o demasiado lejos al frente, alteraba el fluir.

Localicé a don Juan tras una larga búsqueda. Estaba sentado junto a unas formas oscuras que parecían ser árboles. Vino hacia mí y dijo que iba yo muy bien, pero era hora de terminar porque había estado usando su silbido bastante tiempo y de seguro ya para entonces otros podrían imitarlo.

Estuve de acuerdo en que era hora de parar. Mis intentos me tenían al borde del agotamiento. Me sentí aliviado y le pregunté quién imitaría su llamado.

-.Poderes, aliados, espíritus, quién sabe -dijo en un susurro.

Explicó que esas "entidades de la noche" solían hacer sonidos muy melodiosos, pero se hallaban en desventaja para reproducir lo rasposo de los gritos humanos o los cantos de aves. Me recomendó dejar de moverme siempre que oyera un sonido de ésos, y tener en mente todo lo que él me decía, porque quizá alguna otra vez necesitara realizar la identificación correspondiente. En tono confortante, dijo que yo ya tenía una muy buena idea de cómo era la marcha de poder, y que para dominarlo no necesitaba sino un ligero empujón, que podíamos dejar para el futuro, cuando nos aventurásemos de nuevo en la noche.

Me dio palmaditas en el hombro y anunció que estaba listo para irse.

-Vámonos de aquí -dijo y echó a correr.

-¡Espere! ¡Espere! -grité, frenético-. Vamos caminando.

Don Juan se detuvo y se quitó el sombrero.

-¡Caray! -dijo en tono perplejo-. Estamos fregados. Ya sabes que no puedo caminar en lo oscuro. Sólo puedo correr. Me rompería las piernas si camino.

Tuve la sensación de que sonreía al decir eso, aunque no podía verle la cara.

Añadió en tono confidencial que era demasiado viejo para caminar y que lo poquito de la marcha de poder que yo había aprendido esa noche debía estirarse para cumplir con la ocasión.

-Si no usamos la marcha de poder, nos cortarán como hierba -me susurró al oído.

-¿Quiénes?

-Hay cosas en la noche que actúan sobre la gente -susurró en un tono que me produjo escalofríos.

Dijo que no era importante que me mantuviera a la par con él, porque iba a dar señales repetidas -cuatro gritos de buho a la vez- para permitirme seguirlo.

Sugerí que nos quedáramos en esos montes hasta el amanecer y después nos fuéramos. Replicó, en un tono muy dramático, que permanecer allí sería suicida; e incluso si salíamos con vida, la noche habría chupado nuestro poder personal hasta el punto en que no podríamos evitar ser víctimas del primer azar del día.

-No perdamos más tiempo -dijo con un timbre de urgencia en la voz-. Vámonos de aquí.

Me aseguró que trataría de ir lo más despacio posible. Sus instrucciones finales fueron que no tratara yo de emitir sonido alguno, ni siquiera un jadeo, pasara lo que pasase. Me dio la dirección general que

íbamos a seguir y empezó a correr a un paso marcadamente más lento. Lo seguí, pero por más despacio que él avanzara no podía mantenerme a la par, y no tardó en desaparecer en la oscuridad ante mis ojos. Después de quedarme solo tomé conciencia de que había adoptado un andar bastante rápido sin darme cuenta. Y eso fue un choque para mí. Traté largo rato de mantener ese paso, y entonces oí el llamado de don Juan ligeramente a mi derecha. Silbó cuatro veces en sucesión.

Tras un rato muy corto volví a oír su canto de buho, esta vez totalmente a la derecha. Para seguirlo, tuve que dar una vuelta de cuarenta y cinco grados. Empecé a avanzar en la nueva dirección, esperando que los otros tres silbidos de la serie me permitieran una mejor orientación.

Oí un nuevo llamado, que colocaba a don Juan casi en la dirección de donde veníamos. Me detuve a escuchar. Oí un sonido muy nítido a corta distancia. Algo como dos piedras golpeadas una contra otra. Me esforcé por escuchar y noté una serie de ruidos suaves, como si alguien frotara dos piedras suavemente. Hubo otro canto de buho y entonces supe a qué se había referido don Juan. Había en el sonido algo verdaderamente melodioso. Era definitivamente más largo que el canto de un buho verdadero, e incluso más dulce.

Experimenté una extraña sensación de susto. Mi estómago se contrajo como si algo jalara hacia abajo la parte media de mi cuerpo. Di la vuelta y empecé a semitrotar en la dirección contraria.

Oí un apagado canto de buho en la distancia. Hubo una rápida sucesión de otros tres gritos. Eran de don Juan. Corrí en su dirección. Sentí que debía ya de estar como a medio kilómetro, y si mantenía ese paso no tardaría en dejarme irremediablemente solo en aquellos cerros. Yo no comprendía por qué don Juan se adelantaba, cuando podría haber corrido en torno mío, si necesitaba mantener ese paso.

Advertí entonces que algo parecía moverse conmigo, a mi izquierda. Casi podía verlo en la periferia extrema de mi campo visual. Estaba a punto de ceder al pánico, pero una idea tranquilizante cruzó mi mente. No era posible que viese nada en la oscuridad. Quise mirar en esa dirección, pero temía perder impulso.

otro grito de buho me sacó bruscamente de mis deliberaciones. Venía de mi izquierda. No lo seguí porque era sin duda el grito más dulce y melodioso que jamás había oído. Sin embargo, no me asustó. Había en él algo muy atrayente, o quizá obsesivo, o incluso triste.

Entonces, una masa oscura muy veloz cruzó de izquierda a derecha delante de mí. Lo repentino de su movimiento me hizo mirar adelante, perdí el equilibrio y choqué ruidosamente contra unos arbustos. Caí de costado y entonces oí el sonido melodioso unos pasos a mi izquierda. Me levanté, pero antes de que pudiera avanzar de nuevo hubo otro sonido, más urgente y apremiante que el primero. Era como si algo que había allí quisiera hacer que me detuviese y escuchara. El sonido del canto de buho fue tan prolongado y suave que calmó mis temores. Me habría detenido en verdad, de no haber oído en ese preciso momento los cuatro silbidos rasposos de don Juan. Parecían más cerca. Di un salto y eché a correr en esa dirección.

Tras un momento noté de nuevo cierto parpadeo, o una onda, en la oscuridad a mi izquierda. No era propiamente una percepción visual, sino más bien un sentimiento, y sin embargo me hallaba casi seguro de estarlo captando con los ojos. Se movía más aprisa que yo, y de nuevo cruzó de izquierda a derecha, haciéndome perder el equilibrio. Esta vez no caí, y extrañamente el no caer me molestó. De pronto me puse furioso, y la incongruencia de mis sentimientos me produjo un verdadero pánico. Traté de acelerar mi paso. Quería lanzar yo mismo un canto de tecolote para que don Juan supiera mi paradero, pero no me atrevía a desobedecer sus instrucciones.

En ese momento, una cosa grotesca se presentó a mi atención. Había en verdad algo como un animal a mi izquierda, casi tocándome. Salté involuntariamente y

viré a la derecha. El susto casi me sofocó. Me hallaba tan intensamente dominado por el miedo que no había pensamientos en mi mente mientras corría en las tinieblas lo más rápido posible. El miedo parecía ser una sensación física sin nada que ver con mis ideas. Esa condición me resultaba insólita. En él curso de mi vida, mis temores siempre habían tenida como marco una matriz intelectual, y se habían engendrado en situaciones sociales ominosas, o en rasgos peligrosos en la conducta de la gente hacia mí. Esta vez, empero, mi miedo era una verdadera novedad. Procedía de una parte desconocida del mundo y me afectaba en una parte desconocida de mi ser.

Oí un canto de búho muy cerca, ligeramente a mi izquierda. No pude captar los detalles de su timbre, pero parecía ser de don Juan. No era melodioso. Amainé mi carrera. Siguió otro canto. Tenía la aspereza de los silbidos de don Juan, de modo que apresuré el paso. Llegó un tercer silbido, desde una distancia muy corta. Pude discernir una masa oscura de rocas, o tal vez árboles. Oí otro grito de buho y pensé que don Juan me estaba esperando porque ya habíamos salido del campo de peligro. Me hallaba casi al filo del área más oscura cuando un quinto silbido me congeló. Pugné por mirar al frente, a la zona oscura, pero un súbito sonido crujiente a mi izquierda me hizo volverme a tiempo para notar un objeto negro, más negro que el entorno, rodando o deslizándose a mi lado. Boqueando, me aparté de un salto. oí un chasquido, como si alguien chasqueara los labios, y entonces una masa oscura muy grande brotó de golpe del área más oscura. Era rectangular, como una puerta, y tendría dos y medio o tres metros de alto.

Su aparición repentina me hizo gritar. Por un momento mi susto fue enteramente desproporcionado, pero un segundo después me hallaba inmerso en una calma impresionante, mirando la forma oscura.

Mis reacciones fueron, en lo que a mí concernía, otra novedad absoluta. Cierta parte de mí mismo parecía jalarme con extraña insistencia hacia el área oscura, mientras otra parte resistía. Era como si por un lado quisiera cerciorarme, y por otro tuviera ganas de salir corriendo histéricamente.

Apenas oía los silbidos de don Juan. Parecían muy cercanos y frenéticos; eran más largos y más rasposos, como si estuviera lanzándolos al correr hacia mí.

De pronto parecí recobrar el dominio de mí mismo y pude dar media vuelta, y durante un momento corrí exactamente como don Juan había querido que lo hiciera.

-¡Don Juan! -grité al encontrarlo.

Me puso la mano en la boca y me hizo seña de seguirlo, y ambos trotamos a un paso muy cómodo hasta llegar a la saliente de piedra arenisca donde estuvimos antes.

Nos sentamos en la saliente y permanecimos en completo silencio durante cosa de una hora, hasta el amanecer. Luego tomamos comida de los guajes. Don Juan dijo que debíamos permanecer en la saliente hasta mediodía, y que no íbamos a quedarnos dormidos sino que hablaríamos como si no hubiese nada fuera de lo común.

Me pidió relatar con detalle todo lo ocurrido desde el momento en que me dejó. Cuando terminé mi relato, permaneció en silencio un buen rato. Parecía inmerso en pensamientos profundos.

-La cosa no está tan buena que digamos -dijo por fin-. Lo que te sucedió anoche fue muy grave, tan grave que ya no puedes aventurarte solo en la noche. De ahora en adelante, las entidades de la noche no te dejarán en paz.

-¿Qué me sucedió anoche, don Juan?

-Tropezaste con unas entidades que están en el mundo, y que actúan sobre la gente. No sabes nada de ellas porque nunca las has encontrado. Quizá sería más propio llamarlas entidades de las montañas; no pertenecen realmente a la noche. Las llamo entidades de la noche porque en la oscuridad se las puede percibir con mayor facilidad. Están aquí, a nuestro alrededor, a toda hora. Sólo que de día es más difícil percibirlas, simplemente porque el mundo nos es familiar, y lo que es familiar se sale

adelante. En cambio, en la oscuridad todo es igualmente extraño y muy pocas cosas se salen adelante, así que de noche somos más susceptibles a esas entidades.
-¿Pero son reales, don Juan?
-¡Seguro! Son tan reales que por lo común matan a la gente, sobre todo a los que se pierden en el monte y no tienen poder personal.
-Si usted sabía que son tan peligrosas, ¿por qué me dejó solo allí?
-Sólo hay un modo de aprender: poniendo manos a la obra. No tiene caso estar nomás hablando del poder. Si quieres conocer lo que es el poder, y si quieres guardarlo, debes emprender todo por tu cuenta.
"El camino del conocimiento y el poder es muy difícil y muy largo. Habrás notado que, hasta anoche, nunca te he dejado aventurarte solo en la oscuridad. No tenías suficiente poder para hacerlo. Ahora tienes suficiente para dar una buena batalla, pero no para quedarte solo en lo oscuro."
-¿Qué pasaría si lo hiciera?
-Morirías. Las entidades de la noche te aplastarían como a un bicho.
-¿Quiere eso decir que no puedo pasar la noche solo?
-Puedes pasar la noche solo en tu cama, pero no en el monte.
-¿Y en el llano?
-Te hablo del despoblado, donde no hay gente, y especialmente del despoblado de las montañas altas. Como las moradas naturales de las entidades de la noche son las rocas y las grietas, no puedes ir a las montañas de ahora en adelante, a menos que hayas guardado suficiente poder personal.
-¿Pero cómo puedo guardar poder personal?
-Lo estás haciendo al vivir como te he recomendado. Poco a poco estás tapando todos tus puntos de desagüe. No tienes que hacerlo en forma deliberada, porque el poder siempre encuentra un modo. Aquí me tienes a mí, por ejemplo. Yo no sabía que estaba guardando poder cuando empecé por vez primera a aprender las cosas del guerrero. Igual que tú, creí que no estaba haciendo nada en particular, pero no era así. El poder tiene la peculiaridad de que no se nota cuando se lo está guardando.
Le pedí explicar cómo había llegado a la conclusión de que era peligroso para mí quedarme solo en la oscuridad.
-Las entidades de la noche iban moviéndose a tu izquierda -dijo-. Trataban de aunarse con tu muerte. Sobre todo la puerta que viste. Era una entrada, sabes, y te habría jalado hasta obligarte a cruzarla. Y ése habría sido tu fin.
Mencioné, lo mejor que pude, que me parecía muy extraño que siempre me pasaran cosas cuando él estaba cerca, y que era como si él mismo hubiera estado urdiendo todos los sucesos. Las veces que yo había estado solo en el monte, de noche, todo había sido perfectamente normal y tranquilo. Jamás experimenté sombras ni ruidos extraños. De hecho, jamás me asustó nada.
Don Juan chasqueó la lengua suavemente y dijo que todo era prueba de que él tenía suficiente poder personal para llamar en su ayuda una miríada de cosas.
Tuve el sentimiento de que acaso insinuaba haber llamado realmente a algunas personas como confederados. Don Juan pareció leer mis pensamientos y rió fuerte.
-No te fatigues con explicaciones -dijo-. Lo que dije no tiene sentido para ti, simplemente porque todavía no tienes bastante poder personal. Pero tienes más que al principio, así que han comenzado a pasarte cosas. Ya tuviste un poderoso encuentro con la niebla y el rayo. No es importante que comprendas lo que te pasó aquella noche. Lo importante es que hayas adquirido esa memoria. El puente y todo lo demás que viste aquella noche se repetirán algún día, cuando tengas bastante poder personal.
-¿Con qué objeto se repetiría todo eso, don Juan?
-No sé. Yo no soy tú. Sólo tú puedes responder. Todos somos distintos. Por eso tuve que dejarte solo anoche, aunque sabía que era mortalmente peligroso; tenías que tener un duelo con esas entidades. El

motivo por el que elegí el canto del tecolote fue porque los tecolotes son mensajeros de las entidades. Imitar el canto del tecolote las hace salir. Se volvieron peligrosas para ti no porque sean malas de naturaleza, sino porque no fuiste impecable. Hay en ti algo muy torcido y yo sé lo que es. Nada más me estás llevando la corriente. Toda tu vida le has llevado la corriente a todo el mundo y eso, claro, te coloca automáticamente por encima de todos y de todo. Pero tú mismo sabes que eso no puede ser. Eres sólo un hombre, y tu vida es demasiado breve para abarcar todas las maravillas y todos los horrores de este mundo prodigioso. Por eso, tu manera de darle cuerda a la gente es una cosa asquerosa que te hace quedar muy mal.

Quise protestar. Don Juan había dado en el clavo, como docenas de veces anteriormente. Por un instante me enojé. Pero, como había sucedido antes, el escribir me dio el suficiente despego para permanecer impasible.

-Creo que tengo la cura -prosiguió don Juan tras un largo intervalo-. Hasta tú estarías de acuerdo conmigo si recordaras lo que hiciste anoche. Corriste tan rápido como cualquier brujo sólo cuando tu adversario se puso insoportable. Los dos sabemos eso y creo que ya te encontré un digno adversario.

-¿Qué va usted a hacer, don Juan?

No respondió. Se puso en pie y estiró el cuerpo. Pareció contraer cada músculo. Me ordenó hacer lo mismo.

-Debes estirar tu cuerpo muchas veces durante el día -dijo-. Mientras más veces mejor, pero nada más después de un largo periodo de trabajo o un largo periodo de descanso.

-¿Qué clase de adversario me va usted a poner: -pregunté.

-Por desgracia, sólo nuestros semejantes son nuestros dignos adversarios -dijo-. Otras entidades no tienen voluntad propia y hay que salirles al encuentro y sonsacarlas. Nuestros semejantes, en cambio, son implacables.

"Ya hemos hablado bastante- dijo don Juan en tono abrupto, y se volvió hacia mí-. Antes de irte debes hacer una última cosa, la más importante de todas. Ahora mismo voy a decirte algo para que sepas por qué estás aquí y te tranquilices. La razón de que sigas viniendo a verme es muy sencilla; todas las veces que me has visto, tu cuerpo ha aprendido ciertas cosas, aun sin tú quererlo. Y finalmente ahora tu cuerpo necesita regresar conmigo para aprender más. Digamos que tu cuerpo sabe que va a morir, aunque tú jamás piensas en eso. Así pues, he estado diciéndole a tu cuerpo que yo también voy a morir y que antes de eso me gustaría enseñarle ciertas cosas, cosas que tú mismo no puedes darle. Por ejemplo, tu cuerpo necesita sustos. Le gustan. Tu cuerpo necesita la oscuridad y el viento. Tu cuerpo conoce ya la marcha de poder y arde en deseos de probarlo. Tu cuerpo necesita poder personal y arde en deseos de tenerlo.

Digamos, pues, que tu cuerpo regresa a verme porque soy amigo suyo."

Don Juan quedó en silencio largo rato. Parecía forcejear con sus pensamientos.

-Ya te he dicho que el secreto de un cuerpo fuerte no consiste en lo que haces sino en lo que no haces -dijo por fin-. Ahora es tiempo de que no hagas lo que siempre haces. Siéntate aquí hasta que nos vayamos y no hagas.

-No le entiendo, don Juan.

Puso las manos sobre mis notas y me las quitó. Cerró cuidadosamente las páginas de mi libreta, la aseguró con su liga y luego la arrojó como un disco a lo lejos, al chaparral.

Sobresaltado, empecé a protestar, pero él me tapó la boca con la mano. Señaló un arbusto grande y me dijo que fijara mi atención, no en las hojas, sino en las sombras de las hojas. Dijo que el correr en la oscuridad, en vez de nacer del miedo, podía ser la reacción muy natural de un cuerpo jubiloso que sabía cómo "no hacer". Repitió una y otra vez, susurrando en mi oído derecho, que "no hacer lo que yo sabía hacer" era la clave del poder. En el caso de mirar un árbol, lo que yo sabía hacer era

enfocar inmediatamente el follaje. Nunca me preocupaban las sombras de las hojas ni los espacios entre las hojas. Sus recomendaciones finales fueron que empezara a enfocar las sombras de las hojas de una sola rama para luego, sin prisas, recorrer todo el árbol, y que no dejara a mis ojos volver a las hojas, porque el primer paso deliberado para juntar poder personal era permitir al cuerpo "no-hacer".

Acaso fue por mi fatiga o por mi excitación nerviosa, pero me abstraje a tal grado en las sombras de las hojas que para cuando don Juan se puso en pie yo ya casi podía agrupar las masas oscuras de sombra tan efectivamente como por lo común agrupaba el follaje. El efecto total era sorprendente. Dije a don Juan que me gustaría quedarme otro rato. Él rió y me dio palmadas en la cabeza.

-Te lo dije -repuso-. Al cuerpo le gustan estas cosas.

Luego me dijo que dejara a mi poder almacenado guiarme a través de los arbustos hasta mi libreta. Me empujó suavemente al chaparral. Caminé al azar un momento y entonces la encontré. Pensé que debía haber memorizado inconscientemente la dirección en que don Juan la arrojó. Él explicó el evento diciendo que fui directamente a la libreta porque mi cuerpo se había empapado durante horas en "no-hacer".

XV. NO-HACER

Miércoles, abril 11, 1962

AL volver a su casa, don Juan me recomendó trabajar en mis notas como si nada me hubiera pasado, y no mencionar ninguno de los eventos que experimenté, ni preocuparme por ellos.

Tras un día de descanso anunció que debíamos dejar la región durante unos días, porque era aconsejable poner tierra de por medio entre nosotros y aquellas "entidades". Dijo que me habían afectado profundamente, aunque todavía yo no notara su efecto porque mi cuerpo no era lo bastante sensible. Sin embargo, en muy poco tiempo me enfermaría de gravedad a menos que regresara al "sitio de mi predilección" a limpiarme y a restaurarme.

Salimos antes del amanecer, rumbo al norte, y tras un agotador recorrido en coche y una rápida caminata, llegamos al atardecer a la cima del cerro.

Como ya lo había hecho antes, don Juan cubrió con ramas y hojas el sitio donde yo había una vez dormido. Luego me dio un puñado de hojas para que las pusiera contra la piel de mi abdomen y me dijo que me acostara a descansar. Dispuso otro sitio para sí mismo, ligeramente a mi derecha, como a metro y medio de mi cabeza, y se acostó también.

En cuestión de minutos empecé a sentir un calor exquisito y un supremo bienestar. Era una sensación de comodidad física, de hallarme suspendido en el aire. Estuve totalmente de acuerdo con la aseveración de don Juan de que la "cama de cuerdas" me tendría a flote. Comenté la increíble cualidad de mi experiencia sensorial. Don Juan dijo en tono objetivo que la "cama" estaba hecha para ese propósito.

-¡No puedo creer que esto sea posible! -exclamé.

Don Juan tomó literalmente mi frase y me regañó. Dijo estar cansado de que yo actuara como un ser de importancia suprema, a quien una y otra vez había que dar pruebas de que el mundo es desconocido y prodigioso.

Traté de explicar que una exclamación retórica no tenía ningún significado. Él repuso que, de ser así, yo podría haber escogido otra frase. Al parecer estaba seriamente molestó conmigo. Me senté a medias y empecé a disculparme, pero él río e, imitando mi manera de hablar, sugirió una serie de hilarantes exclamaciones retóricas que yo podría haber empleado. Terminé riendo del absurdo calculado de algunas de las alternativas propuestas.

Él soltó una risita y en tono suave me recordó que me abandonara a la sensación de flotar.

El confortante sentimiento de paz y plenitud que yo experimentaba en ese misterioso sitio despertó en mí emociones hondamente sepultadas. Me puse a hablar de mi vida. Confesé que nunca había tenido respetó ni simpatía por nadie, ni siquiera por mí mismo, y que siempre había sentido ser inherentemente malo, de allí que mi actitud hacia los demás siempre se hallara velada por cierta bravata y audacia.

-Cierto -dijo don Juan-. No te quieres nadita. Con una risa cascada, me dijo que había estado "viendo" mientras yo hablaba. Su recomendación era que no tuviese yo remordimiento por nada de lo que había hecho, porque aislar los propios actos llamándolos mezquinos, feos o malos era darse una importancia injustificada.

Me moví con nerviosismo y el lecho de hojas produjo un ruido crujiente. Don Juan dijo que, si deseaba reposar, no debía agitar a mis hojas, y que debía imitarlo y quedarme tirado sin hacer un solo movimiento. Añadió que en su "ver" había tropezado con uno de mis estados de ánimo. Pugnó un momento, al parecer por hallar una palabra adecuada, y dijo que el ánimo en cuestión era una actitud mental en la que yo caía continuamente. La describió como una especie de escotilla que en momentos inesperados se abría y me tragaba.

Le pedí ser más específico. Respondió que era imposible ser específico con respecto al "ver".

Antes de que yo pudiera decir algo más, me indicó relajarme, pero sin dormir, y conservarme en estado de alerta el mayor tiempo que pudiera. Dijo que la "cama de cuerdas" se hacía exclusivamente para permitir que un guerrero llegase a cierto estado de paz y bienestar.

En tono dramático, don Juan aseveró que el bienestar era una condición que debía cultivarse, una condición con la que uno tenía que familiarizarse para buscarla.

-Tú no sabes lo que es el bienestar porque nunca lo has sentido -dijo.

Yo no estuve de acuerdo. Pero él siguió argumentando que el bienestar era un logro que debía buscarse deliberadamente. Dijo que lo único que yo sabía buscar era un sentimiento de desorientación, malestar y confusión.

Rió con burla y me aseguró que, para lograr la hazaña de sentirme desdichado, yo debía trabajar en forma muy intensa, y que era absurdo el que nunca me hubiera dado cuenta de que lo mismo podía trabajar para sentirme completo y fuerte.

-El chiste está en lo que uno recalca -dijo-. O nos hacemos infelices o nos hacemos fuertes. La cantidad de trabajo es la misma.

Cerré los ojos y volví a relajarme y empecé a sentir que flotaba; durante un corto rato fue como si en verdad me moviera por el espacio, igual que una hoja. Aunque enteramente placentera, la sensación me recordó de algún modo veces en que me enfermaba y me mareaba y sentía dar vueltas. Pensé que acaso había comido algo malo.

Oí a don Juan hablarme, pero no hice un verdadero esfuerzo por escuchar. Trataba de llevar a cabo un inventario mental de todas las cosas que había comido ese día, pero no podía interesarme ni en eso. Nada parecía importar.

-Observa cómo cambia la luz del sol -dijo él.

Su voz era clara. Pensé que era como agua, fluida y tibia.

El cielo estaba totalmente despejado hacia el oeste y la luz del sol era espectacular. Acaso el hecho de que don Juan me llamaba la atención al respecto hacía verdaderamente espléndido el resplandor amarillento del sol vespertino.

-Deja que ese resplandor te encienda -dijo don Juan-. Antes de que el sol se oculte hoy, debes estar perfectamente tranquilo y recuperado, porque mañana o pasado vas a aprender a no-hacer.

-¿A no hacer qué? -pregunté.

-No te apures ahora -dijo-. Espera a que estemos en esas montañas de lava.

Señaló unos picos distantes hacia el norte, serrados, oscuros y de aspecto ominoso.

Jueves, abril 12, 1962

Al atardecer llegamos al desierto alto en torno a las montañas de lava. En la distancia, los montes café oscuro se veían casi siniestros. El sol estaba muy bajo en el horizonte y brillaba sobre la cara occidental de la lava solidificada, pintando en su pardez oscura un deslumbrante conjunto de reflejos amarillos.

Yo no podía apartar la vista. Aquellos picos eran en verdad hipnotizantes.

Al final del día, las cuestas inferiores de las montañas estaban a la vista. Había muy poca vegetación en el desierto alto; todo cuanto yo podía ver eran cactos y una especie de arbustos que crecían en mechones.

Don Juan se detuvo a descansar. Tomó asiento, apoyó cuidadosamente sus guajes de comida contra una roca, y dijo que íbamos a acampar en ese sitio durante la noche. Había elegido un lugar relativamente alto. Desde donde me encontraba podía ver a una buena distancia, en todo el derredor.

Era un día nublado y el crepúsculo envolvió rápidamente el área. Me puse a observar la velocidad con que las nubes escarlata del oeste se desteñían adquiriendo un gris oscuro espeso y uniforme.

Don Juan se levantó para ir a los matorrales. Cuando volvió, la silueta de los montes de lava era ya una masa oscura. Se sentó junto a mí y llamó mi atención hacia lo que parecía ser una formación natural en las montañas, hacia el noreste. Era un sitio que tenía un color mucho más claro que sus alrededores. Mientas toda la cordillera volcánica se veía de un café oscuro uniforme en el crepúsculo, el sitio que él señalaba era amarillento o beige oscuro. No pude imaginarme qué cosa sería. Lo miré con fijeza largo rato. Parecía moverse; creí que pulsaba. Cuando achicaba mis ojos, ondeaba como si el viento lo agitase.

-¡Míralo fijamente! -me ordenó don Juan.

En cierto momento, tras un buen rato de observar, sentí que toda la cordillera se movía hacia mí. Dicha sensación fue acompañada por una agitación insólita en la boca. del estómago. La incomodidad se hizo tan aguda que me puse en pie.

-¡Siéntate! -gritó don Juan, pero yo ya estaba levantado.

Desde mi nuevo punto de vista, la configuración amarillenta se hallaba más baja en la ladera de los montes. Volví a sentarme, sin apartar los ojos, y la configuración se trasladó a un sitio más alto. La contemplé un instante y de pronto organicé todo en la perspectiva correcta. Me di cuenta de que lo que había estado mirando no estaba en las montañas, sino era en realidad un trozo de tela verde amarillento colgado de un cacto alto frente a mí.

Reí fuerte y expliqué a don Juan que el crepúsculo había ayudado a crear una ilusión de óptica.

Él se levantó y fue al sitio donde se hallaba el trozo de tela, lo descolgó, lo dobló y lo puso en su morral.

-¿Para qué hace usted eso? -pregunté.

-Porque este trozo de tela tiene poder -dijo en tono casual-. Durante un momento ibas muy bien con él, y no hay manera de saber qué habría pasado si te hubieras quedado sentado.

Viernes, abril 13, 1962

Al romper el alba nos encaminamos a las montañas. Estaban sorprendentemente lejos. Al mediodía nos adentramos en una de las cañadas. Había algo de agua en charcos de poca hondura. Nos sentamos a descansar en la sombra de un acantilado oblicuo.

Los montes eran aglutinaciones de un monumental fluir volcánico. La lava solidificada se había erosionado a lo largo de milenios, hasta ser piedra porosa, café oscuro. Sólo unas cuantas yerbas resistentes crecían entre las rocas y en las grietas.

Al alzar la vista a los muros casi perpendiculares de la cañada, experimenté una extraña sensación en la boca del estómago. Los farallones tenían cientos de metros de alto y me daban a sentir que se cerraban sobre mí. El sol estaba casi por encima de nuestras cabezas, ligeramente hacia el suroeste.

-Párate aquí -dijo don Juan, y maniobró mi cuerpo hasta que me encontré mirando al sol.
Me dijo que fijara la vista en los farallones sobre mí.
El espectáculo era estupendo. La colosal altura de las paredes de lava hacia tambalearse mi imaginación. Empecé a pensar qué erupción volcánica debía haber sido aquélla. Varias veces subí y bajé los ojos por los lados de la cañada. Me abstraje en la riqueza de colorido sobre el farallón. Había manchas de todos los matices concebibles. Había en cada roca trozos de musgo o liquen gris claro. Miré directamente hacia arriba y noté que la luz del sol producía reflejos exquisitos al tocar las manchas brillantes de la lava sólida.
Contemplé un área en las montañas donde se reflejaba la luz. Conforme el sol se movía, la intensidad disminuía; luego se apagó por entero.
Miré al otro lado de la cañada y vi otra área de las mismas exquisitas refracciones luminosas. Dije a don Juan lo que estaba ocurriendo, y entonces localicé otra zona de luz, y luego otra más en un sitio distinto, y otra, hasta que toda la cañada se hallaba cubierta de grandes manchas de luz.
Me sentía mareado; aun cuando cerraba los ojos seguía viendo las brillantes luces. Con la cabeza entre las manos, traté de meterme bajo el acantilado saliente, pero don Juan aferró mi brazo con firmeza e imperiosamente me indicó mirar los lados de las montañas y tratar de localizar manchas de oscuridad pesada enmedio de los campos de luz.
Yo no quería mirar, porque el resplandor molestaba mis ojos. Dije que me ocurría algo similar a cuando se miraba una calle soleada a través de una ventana y luego se veía el marco de la ventana como una silueta oscura en todas partes.
Don Juan meneó la cabeza de lado a lado y empezó a reír chasqueando la lengua. Me soltó el brazo y tomamos asiento nuevamente bajo el acantilado.
Yo estaba anotando mis impresiones del entorno cuando don Juan, tras largo silencio, habló súbitamente en tono dramático.
-Te he traído aquí para enseñarte una cosa -dijo, e hizo una pausa-. Vas a aprender a no-hacer. Y tienes que hacerlo hablando de ello porque no hay otra forma de que sigas adelante. Pensé que a lo mejor te salía el no-hacer sin que yo tuviera que decir nada. Me equivocaba.
-No sé de qué habla usted, don Juan.
-No importa -dijo-. Voy a hablarte de algo que es muy sencillo pero muy difícil de ejecutar; voy a hablarte de no-hacer, pese al hecho de que no hay manera de hablar de eso, porque el cuerpo es el que lo ejecuta.
Me miró en vistazos y luego dijo que yo debía prestar la máxima atención a lo que iba a decirme.
Cerré mi libreta pero, para mi asombro absoluto, él insistió en que siguiera escribiendo.
-No-hacer es tan difícil y tan poderoso que no debes mencionarlo -prosiguió- hasta que hayas parado el mundo; sólo entonces puedes hablar de ello libremente, si eso es lo que quieres hacer.
Don Juan miró en torno y luego señaló una roca grande.
-Esa roca que está allí es una roca a causa del hacer -dijo.
Nos miramos y él sonrió. Esperé una explicación, pero permaneció silencioso. Finalmente tuve que decir que no había comprendido sus palabras.
-¡Eso es hacer! -exclamó.
-¿Cómo dijo?
-Eso también es hacer.
-¿De qué habla usted, don Juan?
-Hacer es lo que hace esa roca una roca y esa mata una mata. Hacer es lo que te hace ser tú y a mí ser yo.
Le dije que su explicación no explicaba nada. Rió y se rascó las sienes.
-Eso es lo malo de hablar -dijo-. Siempre lleva a confundir las cosas. Si uno se pone a hablar de hacer, siempre termina hablando de algo más. Lo mejor es no decir nada y no más actuar.
"Ahí tienes esa roca, por ejemplo. Mirarla es hacer, pero verla es no-hacer."

Tuve que confesar que sus palabras no tenían sentido para mí.
¡Oh sí, por supuesto que tienen sentido! -exclamó-. Pero tú estás convencido de que no lo tienen porque ése es tu hacer. esa es la forma en que actúas conmigo y con el mundo.
Volvió a señalar la roca.
-Esa roca es una roca por todas las cosas que tú sabes hacerle -dijo-. Yo llamo a eso hacer. Un hombre de conocimiento sabe, por ejemplo, que la roca sólo es un roca a causa de hacer, y si no quiere que la roca, sea una roca lo único, que tiene que hacer es no-hacer. ¿Ves a qué me refiero?
Yo no le entendía en lo absoluto. Riendo, hizo otro intento de explicar.
-El mundo es el mundo porque tú conoces el hacer implicado en hacerlo así -dijo-. Si no conocieras su hacer, el mundo sería distinto.
Me examinó con curiosidad. Dejé de escribir. No quería sino escucharlo. Siguió explicando que sin ese cierto "hacer" no habría nada familiar en el ámbito.
Se agachó a recoger una piedrecilla y la sostuvo ante mis ojos entre el pulgar y el índice de la mano izquierda.
Ésta es una piedra porque tú conoces el hacer que la hace piedra -dijo.
-¿Qué dice usted? -pregunté con un sentimiento de genuina confusión.
Don Juan sonrió. Parecía estar tratando de ocultar un deleite malicioso.
-No sé por qué te confundes tanto -dijo-. Las palabras son tu predilección. Deberías estar en el cielo.
Me lanzó una mirada misteriosa y alzó las cejas dos o tres veces. Luego volvió a señalar la piedra que sostenía frente a mis ojos.
-Digo que tú haces de esto una piedra porque conoces el hacer necesario para eso -dijo-. Ahora, si quieres parar el mundo, debes parar de hacer.
Pareció darse cuenta de que yo seguía sin entender, y sonrió meneando la cabeza. Luego tomó una rama y señaló el borde desigual de la piedra.
-En el caso de esta piedrita -prosiguió-, lo primero que hace el hacer es encogerla y dejarla de este tamaño. Por eso lo que debe hacerse, lo que hace un guerrero cuando quiere parar el mundo, es agrandar una piedrita, o cualquier otra cosa, por medio del no-hacer.
Se puso de pie y colocó el guijarro en un peñasco y luego me pidió acercarme a examinarlo. Me dijo que mirara los hoyos y las concavidades del guijarro y tratase de percibir sus minucias. Si lograba captar el detalle, dijo, los hoyos y concavidades desaparecerían y yo entendería el significado de "no-hacer".
-Esta pinche piedra te va a volver loco hoy -dijo, Mi rostro debe de haber reflejado desconcierto. Don Juan me miró y soltó la carcajada. Luego fingió enojarse con la piedra y la golpeó dos o tres veces con su sombrero.
Lo insté a clarificar su propósito. Argumenté que, haciendo un esfuerzo, le sería posible explicar cualquier cosa que quisiera.
Me miró con aire ladino y meneó la cabeza como si la situación fuera desesperada.
-Claro que puedo explicar cualquier cosa -dijo, riendo-. ¿Pero podrás tú entenderla?
Su insinuación me sobresaltó.
-Hacer te obliga a separar la piedrita de la piedra grande -continuó-. Si quieres aprender a no-hacer, digamos que debes juntarlas.
Señaló la pequeña sombra que el guijarro arrojaba sobre el peñasco y dijo que no era una sombra sino una goma que adhería a ambos. Luego dio la media vuelta y se alejó, diciendo que más tarde volvería a echarme un vistazo.
Durante largo rato me quedé mirando la piedrecilla. No me era posible enfocar la atención en los diminutos detalles de los agujeros y las concavidades, pero la pequeñísima sombra proyectada sobre el peñasco adquirió un enorme interés. Don Juan tenía razón; era como un pegamento. Se movía y fluía. Tuve la impresión de que algo la exprimía desde el pie del guijarro.
Al volver don Juan, le dije lo que había observado en relación con la sombra.
-Ése es un buen comienzo -repuso-. Un

guerrero se entera de muchas cosas fijándose en las sombras.
Luego sugirió que tomase yo el guijarro y lo enterrara en algún sitio.
-¿Por qué? -pregunté.
-Lo has estado observando mucho rato -dijo-. Ya tiene algo de ti. Un guerrero trata siempre de afectar la fuerza de hacer cambiándola en no-hacer. Hacer sería dejar la piedra por ahí porque no es más que una piedrita. No-hacer sería tratarla como si fuera mucho más que una simple piedra. En este caso, la piedrita se ha empapado de ti durante largo rato y ahora es tú, y por eso no puedes dejarla ahí nada más, sino debes enterrarla. Pero si tuvieras poder personal, no-hacer sería convertir esa piedra en un objeto de poder.
-¿Puedo hacer eso ahora?
-Tu vida no es lo bastante compacta. Si vieras, sabrías que el peso de tu preocupación ha convertido esa piedra en algo sin ningún chiste, por eso lo mejor es cavar un agujero y enterrarla y dejar que la tierra absorba la pesadez.
-¿Es verdad todo esto, don Juan?
-Responder sí o no a tu pregunta es hacer. Pero como estás aprendiendo a no-hacer, debo decirte que en realidad no importa que todo esto sea verdad o no. Aquí es donde el guerrero tiene un punto de ventaja sobre el hombre común. Al hombre común le importa que las cosas sean verdad o mentira; al guerrero no. El hombre común procede de un modo especifico con las cosas que sabe ciertas, y de modo distinto con las cosas que sabe no son ciertas. Si se dice que las cosas son ciertas, él actúa y cree en lo que hace. Pero si se dice que las cosas no son ciertas, no le importa actuar o no cree en lo que hace. En cambio, un guerrero actúa en ambos casos. Si le dicen que las cosas son ciertas, actúa por hacer. Si le dicen que no son ciertas, actúa de todos modos, por no-hacer. ¿Ves lo que quiero decir?
-No, no veo para nada a qué se refiere usted -dije.
Las aseveraciones de don Juan despertaban mi ánimo belicoso. Yo no podía hallar sentido a lo que me decía. Dije que eran incoherencias, y él se burló de mí y repuso que yo ni siquiera tenía un espíritu impecable en lo que más me gustaba hacer: hablar. Llegó a burlarse de mi dominio verbal y a tacharlo de defectuoso e impropio.
-Si vas a ser pura boca, sé un guerrero bocón. -dijo y rió a carcajadas.
Me sentí abatido. Los oídos me zumbaban. Experimenté un calor incómodo en la cabeza. De hecho, me hallaba apenado, y probablemente ruboroso.
Me puse de pie y fui al chaparral y sepulté la piedrecilla.
-Te estaba fregando un poco -dijo don Juan cuando regresé y volví a sentarme-. Y sin embargo sé que si no hablas no entiendes. Hablar es hacer para ti, pero hablar no viene al caso y, si quieres saber a qué me refiero con lo de no-hacer, debes hacer un ejercicio sencillo. Como nos ocupa el no-hacer, no importa si haces el ejercicio ahora o dentro de diez años.
Me hizo acostarme y, tomando mi brazo derecho, lo dobló por el codo. Luego dio vuelta a mi mano hasta que la palma miraba al frente; curvó los dedos como si asieran una perilla de puerta, y empezó a mover mi brazo hacia adelante y hacia atrás en una trayectoria circular; la acción semejaba la de empujar y jalar una palanca unida a una rueda.
Don Juan dijo que un guerrero ejecutaba ese movimiento cada vez que deseaba sacar algo de su cuerpo: por ejemplo, una enfermedad o un sentimiento indeseable. La idea era empujar y jalar una imaginaria fuerza oponente hasta sentir que un objeto pesado, un cuerpo sólido, frenaba el libre movimiento de la mano. En el caso del ejercicio, el "no-hacer" consistía en repetirlo hasta sentir con la mano el cuerpo pesado, aunque de hecho uno jamás pudiera creer que fuese posible sentirlo.
Empecé a mover el brazo y tras corto rato mi mano se puso fría como el hielo. Yo había empezado a sentir, en torno de ella, una especie de materia pulposa. Era como si me hallara agitando un liquido de viscosidad pesada.

Don Juan hizo un movimiento súbito y asió mi brazo para detener el movimiento. Todo mi cuerpo se estremeció, como agitado por alguna fuerza invisible. Él me escudriñó mientras yo tomaba asiento; luego caminó en torno mío antes de volver a sentarse en el sitio donde había estado.

-Ya hiciste bastante -dijo-. Puedes hacer este ejercicio en otra ocasión, cuando tengas más poder personal.

-¿Hice algo mal?

-No. No-hacer es sólo para guerreros muy fuertes y tú no tienes aún el poder para agarrarte con eso. Ahora nada más atraparías cosas horrendas con la mano. Conque hazlo poquito a poco, hasta que ya no se te enfríe la mano. Cuando conserva su calor, puedes sentir con ella las líneas del mundo.

Hizo una pausa como para darme tiempo de preguntar con respecto a las líneas. Pero antes de que yo tuviera oportunidad de hacerlo, empezó a explicarme que había números infinitos de líneas que nos juntaban a las cosas. Dijo que el ejercicio de "no-hacer" que acababa de describir, ayudaría a cualquiera a sentir una línea brotada de la mano en movimiento, una línea que uno podía colocar o arrojar donde quisiera. Don Juan dijo que éste era sólo un ejercicio, porque las líneas formadas por la mano no eran lo bastante duraderas para tener valor real en una situación práctica.

-Un hombre de conocimiento usa otras partes de su cuerpo para producir líneas duraderas -dijo.

-¿Qué partes del cuerpo, don Juan?

-Las líneas más duraderas que un hombre de conocimiento produce, vienen de la parte media del cuerpo -dijo-. Pero también puede hacerlas con los ojos.

-¿Son líneas reales?

-Seguro.

-¿Pueden verse y tocarse?

-Digamos que pueden sentirse. La parte más difícil del camino del guerrero es darse cuenta de que el mundo es un sentir. Cuando uno no-hace, está sintiendo el mundo, y se siente a través de sus líneas.

Calló y me examinó con curiosidad. Alzó las cejas y abrió los ojos y luego parpadeó. El efecto fue como si un pájaro parpadease. Casi de inmediato experimenté una sensación de incomodidad y náusea. Era, de hecho, como si algo presionara mi estómago.

-¿Ves lo que quiero decir? -preguntó don Juan, y apartó los ojos.

Mencioné que sentía náuseas y él repuso, como si tal cosa, que ya lo sabía, y que estaba tratando de hacerme sentir las líneas del mundo, con sus ojos. Yo no podía aceptar la afirmación de que él mismo me estaba haciendo sentirme así. Di voz a mis dudas. Apenas podía concebir la idea de que él estuviese causando mi náusea, pues no había tenido el menor contacto físico conmigo.

-No-hacer es muy sencillo pero muy difícil -dijo-. No es cosa de entenderlo, sino de dominarlo. Ver, por supuesto, es la hazaña final de un hombre de conocimiento, y sólo se logra ver cuando uno ha parado el mundo a través de la técnica de no-hacer.

Sonreí involuntariamente. No había comprendido sus palabras.

-Guando uno hace algo con la gente -dijo-, sólo debía preocuparse por presentar el caso a sus cuerpos. Eso es lo que he estado haciendo contigo hasta ahora: hacerle saber a tu cuerpo. ¿A quién le importa que tú entiendas o no?

-Pero, eso no es justo, don Juan. Yo quiero entenderlo todo; de otra forma, el venir aquí sería perder mi tiempo.

-¡Perder tu tiempo! -exclamó, parodiando mi tono-. De veras eres presumido.

Se levantó y me dijo que íbamos a trepar a la cima del pico de lava a nuestra derecha. El ascenso a la cima fue penosísimo. Era alpinismo en forma, sólo que no había cuerdas que nos ayudaran y protegieran. Repetidas veces, don Juan me indicó no mirar hacia abajo, y en un par de ocasiones tuvo que alzarme en vilo, pues empecé a resbalar por la roca. Me apenaba terriblemente el que don Juan, a sus años, tuviera que auxiliarme. Le dije que me hallaba en pésimas condiciones físicas porque era

demasiado perezoso para hacer cualquier ejercicio. Repuso que, una vez alcanzado cierto nivel de poder personal, se hacía innecesario el ejercicio o cualquier entrenamiento de ese tipo, ya que, para hallarse en forma impecable, la única práctica necesaria era la de "no-hacer".

Cuando llegamos a la cima, me tiré al suelo. Estaba a punto de vomitar. Don Juan me hizo rodar de un lado a otro, con el pie, como había hecho una vez anterior. Poco a poco el movimiento restauró mi equilibrio. Pero me sentía nervioso. Era como si de algún modo aguardase la súbita aparición de algo. Involuntariamente, miré dos o tres veces a cada lado. Don Juan no dijo palabra, pero también miró en la dirección que yo observaba.

-Las sombras son asuntos peculiares -dijo de repente-. Has de haber notado que una nos viene siguiendo.

-No he notado nada semejante -protesté en voz alta.

Don Juan dijo que mi cuerpo había notado la persecución, pese a mi oposición obstinada, y me aseguró en tono confidencial que no había nada fuera de lo común en ser seguido por una sombra.

-No es más que un poder -dijo-. Estas montañas están llenas de eso. Es igual que una de esas entidades que te asustaron la otra noche.

Quise saber si me sería posible percibirla personalmente. Afirmó que durante el día sólo podría sentir su presencia.

Quise que me explicara por qué la llamaba sombra, cuando obviamente no era como la sombra de un peñasco. Replicó que ambas tenían las mismas líneas, por lo tanto ambas eran sombras.

Señaló un peñasco alargado que se hallaba directamente frente a nosotros.

-Mira la sombra de esa peña -dijo-. La sombra es la peña, y sin embargo no lo es. Observar la peña para saber lo que es la peña, es hacer, pero observar su sombra es no-hacer.

"Las sombras son como puertas, las puertas de no-hacer. Un hombre de conocimiento, por ejemplo, puede penetrar los sentimientos íntimos de la gente mirando sus sombras."

-¿Hay movimiento en ellas? -pregunté.

-Puedes decir que hay movimiento en ellas, o puedes decir que en ellas se muestran las líneas del mundo, o puedes decir que los sentimientos vienen de ellas.

-¿Pero cómo pueden los sentimientos salir de las sombras, don Juan?

-Creer que las sombras son sólo sombras es hacer -explicó-. Esa creencia no deja de ser estúpida. Piénsalo en esta forma: habiendo tanto más detrás de todas las cosas del mundo, sin duda debe haber algo más detrás de las sombras. Después de todo, lo que las hace sombras es sólo nuestro hacer.

Hubo un largo silencio. Yo no sabía qué agregar.

-Se acerca el final del día -dijo don Juan, mirando el cielo-. Tienes que usar este sol brillante para ejecutar un último ejercicio.

Me llevó a un sitio donde dos picos del tamaño de un hombre se erguían paralelos entre sí, a cosa de metro y medio de distancia. Don Juan se detuvo a diez metros de ellos, mirando al oeste. Marcó un lugar para que yo lo ocupara y me indicó mirar las sombras de los picos. Me dijo que las observara bizqueando como suelo hacer al escudriñar el terreno en busca de un lugar de descanso. Clarificó sus instrucciones diciendo que, al buscar un sitio de reposo, había que mirar sin enfocar, pero al observar sombra: había que bizquear y, al mismo tiempo, conservar enfocada una imagen clara. La idea era cruzar los ojos para que una sombra se sobrelapase a la otra. Explicó que por medio de ese proceso era posible corroborar un cierto sentimiento emanado de la, sombras. Comenté la vaguedad de sus palabras, pero él afirmó que de hecho no había forma de describir aquello a lo cual se refería.

Mi intento de ejecutar el ejercicio fue fútil. Pugné hasta que me dolió la cabeza. Don Juan no se preocupó en absoluto por mi fracaso. Trepó a un pico en forma de cúpula y me gritó desde arriba, indicándome buscar dos trozos de roca pequeños, largos y estrechos. Mostró con las manos el tamaño que quería.

Hallé dos trozos y se los entregué. Don Juan puso cada piedra en una grieta, más o menos a treinta centímetros de distancia, me hizo acercarme a mirarlas desde arriba, con el rostro hacia el poniente, y me indicó repetir con sus sombras el mismo ejercicio.

Esta vez el asunto fue muy distinto. Casi de inmediato fui capaz de cruzar los ojos y de percibir las sombras individuales como si se hubieran fundido en una sola. Advertí que el acto de mirar sin converger las imágenes, daba a la sombra única formada por mí, una profundidad increíble y una especie de transparencia. La observé, desconcertado. Cada hoyo de la roca, en el área donde mis ojos se enfocaban, era nítidamente discernible, y la sombra compuesta, sobrelapada a ellos, era como un velo de indescriptible transparencia.

No quería yo parpadear, por miedo a perder la imagen que tan precariamente retenía. Finalmente el escozor en mis ojos forzó el parpadeo, pero no perdí en absoluto la visión de los detalles. De hecho, al rehumedecerse mi córnea la imagen se hizo aun más clara. Advertí en ese punto que parecía hallarme mirando, desde una altura inconmensurable, un mundo nunca antes visto. También noté que podía escudriñar el entorno de la sombra sin perder el foco de mi percepción visual. Luego, por un instante, perdí la noción de estar mirando una roca. Sentí que aterrizaba en un mundo cuya vastedad superaba cualquier cosa que hubiese yo concebido. Esta extraordinaria percepción duró un segundo y después todo se apagó. Alcé automáticamente la mirada y vi a don Juan parado directamente por encima de las rocas, enfrentándome. Su cuerpo tapaba el sol.

Describí la insólita sensación que había tenido, y él explicó que se vio forzado a interrumpirla porque me "vio" a punto de extraviarme en ella. Añadió que para todos nosotros era natural la tendencia de entregarnos cuando ocurrían sentimientos de tal índole, y que al entregarme yo casi había convertido el "no-hacer" en mi viejo "hacer" cotidiano. Lo que yo debería haber hecho, dijo, era retener la visión sin sucumbir a ella, porque en cierto sentido "hacer" era un modo de sucumbir.

Me quejé del hecho que podría haberme dicho de antemano qué podía esperar y hacer, pero él señaló que no tenía modo de saber si yo lograría o no fundir las sombras.

Hube de confesar que "no-hacer" me desconcertaba más que nunca. Los comentarios de don Juan fueron que yo debía contentarme con lo que había hecho porque por una vez había procedido en forma correcta; que al reducir el mundo lo había agrandado, que, aunque estuve lejos de sentir las líneas del mundo, usé adecuadamente la sombra de las rocas como una puerta a "no-hacer".

La afirmación de que yo había agrandado el mundo al reducirlo, me intrigó sobremanera. El detalle de la roca porosa, en la pequeña área donde mis ojos se enfocaban, fue tan vívido y tan exactamente definido que la cima del pico redondo se convirtió para mí en un vasto mundo; y sin embargo se trataba en realidad de una visión reducida de la roca. Cuando don Juan bloqueó la luz y me encontré mirando como normalmente lo hago, el detalle preciso se opacó, los, hoyos diminutos en la roca porosa se hicieron más grandes, el color pardo de la lava seca se nubló, y todo perdió la transparencia reluciente que hacía de la roca un mundo real.

Don Juan tomó entonces las dos rocas, las colocó gentilmente en una grieta profunda, y se sentó con las piernas cruzadas, de cara al oeste, en el sitio don de las rocas habían estado. Palmeó un lugar junto a él, a su izquierda, y me indicó ocuparlo.

Pasamos largo rato sin hablar. Luego comimos, también en silencio. Sólo cuando el sol hubo descendido, don Juan se volvió súbitamente y me preguntó por mi progreso en "soñar".

Le dije que al principio había sido fácil, pero que por el momento ya había cesado por entero de hallar mis manos en los sueños.

-Cuando empezaste a soñar estabas usan-

do mi poder personal, por eso era más fácil -dijo él-. Ahora estás vacío. Pero debes seguir tratando hasta que tengas bastante poder propio. Verás: soñar es el no-hacer de los sueños, y conforme progreses en tu no-hacer progresarás también en el soñar. El chiste es no dejar de buscarte las manos, aunque no creas que lo que haces tenga algún sentido. De hecho, como ya te he dicho, un guerrero no necesita creer, porque mientras continúe actuando sin creer está no-haciendo.

Nos miramos un momento.

-No hay nada más que pueda yo decirte acerca de soñar -prosiguió-. Todo lo que pudiera decirte sería sólo no-hacer. Pero si te lanzas directamente al no-hacer, tú mismo sabrás qué hacer al soñar. Hallarte las manos es sin embargo esencial en este momento, y estoy seguro de que lo harás.

-No sé, don Juan. No me tengo confianza.

-No se trata de tenerle confianza a nadie. Se trata de una lucha de guerrero, y tú seguirás luchando, si no bajo tu propio poder, entonces quizá bajo el impacto de un digno adversario, o con la ayuda de algunos aliados, como el que ya te anda siguiendo.

Hice un movimiento brusco e involuntario con el brazo derecho. Don Juan dijo que mi cuerpo sabía mucho más de lo que yo sospechaba, porque la fuerza que nos había estado persiguiendo se hallaba a m derecha. Me confió, en voz baja, que dos veces ese día, el aliado se había acercado tanto a mí que tuvo que intervenir y detenerlo.

-Durante el día, las sombras son las puertas dc no-hacer -dijo-. Pero de noche, como en lo oscuro hay muy poco hacer, todo es sombra, incluyendo a lo aliados. Ya te hablé de esto cuando te enseñé la marcha de poder.

Reí en voz alta y mi propia risa me asustó.

-Todo cuanto te he enseñado hasta ahora ha sido un aspecto de no-hacer -prosiguió don Juan-. Un guerrero aplica el no-hacer a todo en el mundo, y sin embargo no puedo decirte más al respecto de lo que te he dicho hoy. Debes dejar que tu propio cuerpo descubra el poder y el sentir de no-hacer.

Tuve otro ataque de risa cascada, nerviosa.

-Es una estupidez que desdeñes los misterios del mundo nada más porque conoces el hacer del desdén -me dijo con rostro serio.

Le aseguré que yo no desdeñaba nada ni a nadie, pero que era más nervioso e incompetente de lo que él creía.

-Siempre he sido así -dije-. Y quiero cambiar, pero no sé cómo. No estoy a la altura.

-Ya sé que te crees podrido -dijo-. Ése es tu hacer. Ahora, con el fin de afectar ese hacer, voy a recomendarte que aprendas otro. De ahora en adelante, y durante un lapso de ocho días, quiero que te digas mentiras. En vez de decirte la verdad, que eres feo y estás podrido y no tienes remedio, te dirás exactamente lo contrario, sabiendo que mientes y que no hay esperanza para ti.

-¿Pero cuál sería el objeto de mentir así, don Juan?

-A lo mejor te engancha a otro hacer, y a lo mejor entonces te das cuenta de que ambos haceres son mentira, son irreales, que prenderte en cualquiera es una pérdida de tiempo, porque lo único real es el ser que hay en ti y que va a morir. Llegar a ese ser, al ser que va a morir es el no-hacer de la persona.

XVI. EL ANILLO DE PODER

Sábado, abril 14, 1962

DON JUAN sopesó nuestros guajes y concluyó que habíamos agotado las provisiones y que era tiempo d emprender el regreso. Mencioné, en tono casual, que tardaríamos por lo menos un par de días en llegar a su casa. Dijo que no iba a Sonora, sino a un pueblo fronterizo donde tenía asuntos que atender.

Pensé que iniciaríamos nuestro descenso a través de una cañada, pero don Juan se encaminó hacia el noroeste sobre las mesetas altas de las montañas volcánicas. Tras una hora de andar, me guió a una hondonada profunda, que terminaba en

un punto donde dos picos casi se juntaban. Había allí una pendiente que casi llegaba a la parte superior de la cordillera: una pendiente extraña que parecía un puente cóncavo, inclinado, entre los dos picos.
Don Juan señaló un área en la cara de la pendiente.
-Fija allí la mirada -dijo-. El sol está casi en su punto.
Explicó que, al mediodía, la luz del sol podía ayudarme a "no-hacer". Luego me dio una serie de órdenes: aflojarme todas las prendas apretadas que trajera puestas, sentarme con las piernas cruzadas, y mirar concentradamente el sitio especificado.
Había muy pocas nubes en el cielo y ninguna hacia el oeste. Era un día cálido y el sol brillaba sobre la lava sólida. Observé con mucha atención el área susodicha.
Tras larga vigilancia pregunté qué cosa específica debía tratar de ver. Don Juan me silenció con un ademán impaciente.
Me hallaba cansado. Quería dormir. Entrecerré los ojos; me ardían y los froté, pero tenía las manos pegajosas y el sudor me produjo escozor. Miré los picos de lava a través de los párpados entrecerrados, y de pronto la montaña entera se encendió.
Dije a don Juan que, achicando los ojos, podía ver toda la cordillera como una intrincada trama de fibras luminosas.
Me indicó respirar lo menos posible, para conservar la visión de las fibras, y no escudriñarla directamente, sino mirar en forma casual un punto en el horizonte, directamente encima de la pendiente. Seguí sus instrucciones y pude sostener la imagen de una extensión interminable cubierta por una red de luz.
Don Juan dijo, en voz muy suave, que yo debía tratar de aislar zonas de oscuridad dentro del campo de las fibras luminosas, y que al hallar un sitio oscuro abriera de inmediato los ojos y constatara dónde se hallaba ese punto sobre la cara de la pendiente.
Fui incapaz de percibir ningún área oscura. Varias veces entrecerré los ojos para luego abrirlos. Acercándose, don Juan señaló un sitio a mi derecha, y después otro justamente frente a mí. Intenté cambiar la posición de mi cuerpo; pensé que acaso, si variaba mi perspectiva, me sería posible percibir la supuesta zona de oscuridad que él indicaba, pero don Juan sacudió mi brazo y me dijo, en tono severo, que me quedase quieto y fuera paciente.
Volví a achicar los ojos y una vez más vi la red de fibras luminosas. La miré un momento y luego ensanché los ojos. En ese instante oí un leve retumbar -podría haberse explicado fácilmente como el sonido distante de un aeroplano a reacción- y luego, con los ojos de par en par, vi toda la fila de montañas frente a mí como un enorme campo de minúsculos puntos de luz. Fue como si por un momento fugaz ciertos granos metálicos en la lava solidificada reflejasen el sol al unísono. Luego la luz se opacó y se apagó de repente, y las montañas se convirtieron en una masa de roca café oscuro, sin brillo, y al mismo tiempo el viento empezó a soplar y enfrió el día.
Quise volverme para ver si una nube había tapado el sol, pero don Juan me detuvo la cabeza y no me permitió moverla. Dijo que, si me volvía, acaso alcanzara a ver a una entidad de las montañas, el aliado que nos iba siguiendo. Me aseguró que yo carecía de la fuerza necesaria para soportar una visión de tal naturaleza, y añadió en tono deliberado que el rumor llegado a mis oídos era la forma peculiar en que un aliado anunciaba su presencia.
Luego se puso en pie y anunció que íbamos a subir por la ladera.
-¿A dónde vamos? -pregunté.
Señaló una de las áreas que había indicado como sitio de oscuridad. Explicó que el "no-hacer" le había permitido destacar ese punto como un posible centro de poder, o quizá como un lugar donde podrían hallarse objetos de poder.
Tras un penoso ascenso, llegamos al sitio que tenía en mente. Se quedó quieto un momento, a poca distancia de mí. Traté de acercarme, pero él me hizo una, seña con la mano y me detuve. Parecía estarse orientando. Yo podía ver que su nuca se

movía como si sus ojos barrieran la montaña de arriba a abajo; luego con paso firme, encabezó la marcha hacia una saliente. Tomó asiento y se puso a limpiar la saliente, quitando con la mano la tierra suelta. Cavó con los dedos en torno de un pequeño trozo de roca que sobresalía del suelo, quitando la. tierra que lo rodeaba. Luego me ordenó sacarlo.
Cuando hube desalojado el trozo de roca, don Juan me indicó meterlo de inmediato en mi camisa, porque era un objeto de poder que me pertenecía. Dijo que me lo daba para su custodia, y que yo debía pulirlo y cuidarlo.
Acto seguido empezamos a descender por una cañada, y un par de horas después nos hallábamos en el desierto alto, al pie de las montañas volcánicas. Don Juan caminaba unos tres metros delante de mí, a buen paso constante. Fuimos hacia el sur hasta que el sol ya casi se había puesto. Un pesado banco de nubes, hacia occidente, lo ocultaba, pero detuvimos la marcha hasta suponer que su disco había desaparecido tras el horizonte.
Entonces don Juan cambió de ruta y me guió hacia el sureste. Traspusimos un cerro; en la cima avisoré cuatro hombres que venían del sur hacia nosotros.
Miré a don Juan. Jamás habíamos encontrado gente en nuestras excursiones y yo ignoraba qué hacer en un caso así. Pero él no pareció preocuparse. Siguió andando como si nada ocurriera.
Los hombres se movían sin prisa; reposada y tortuosamente venían a nosotros. Cuando estuvieron mas cerca noté que eran cuatro indios jóvenes. Mostraron reconocer a don Juan. Él les habló en español. Lo trataban con gran respeto, y sus voces eran suaves. Sólo uno de ellos me habló. Pregunté a don Juan, en un susurro, si también yo podía dirigirles la palabra, y él meneó la cabeza en sentido afirmativo.
Una vez que les hablé, estuvieron muy amigables y comunicativos, especialmente el que me había hablado primero. Me contaron que buscaban cuarzos de poder. Dijeron que llevaban muchos días vagando, por las montañas de lava, pero sin suerte.
Don Juan miró en torno y señaló una zona rocosa como a doscientos metros de distancia.
-Ése es buen sitio para acampar un rato -dijo.
Echó a andar hacia las rocas y todos lo seguimos.
El sitio elegido era muy áspero. Carecía de arbustos. Nos sentamos en las rocas. Don Juan anunció que volvía al matorral a reunir algunas ramas secas para hacer leña.
Quise ayudarlo, pero me susurró que éste sería un fuego especial para aquellos jóvenes valerosos, y que no necesitaba mi ayuda.
Los jóvenes se apiñaron en torno mío. Uno de ellos tomó asiento reclinando su espalda contra la. mía. Me sentí un poco apenado.
Al volver con una pila de varas don Juan, encomie lo cuidadosos que eran, y me dijo que, como aprendices de brujo, tenían la regla de formar un circulo con dos personas en el centro, espalda contra espalda, cuando salían en partidas a cazar objetos de poder.
Uno de los jóvenes me preguntó si alguna vez había yo encontrado cristales de cuarzo. Le dije que don Juan nunca me había llevado a buscarlos.
Don Juan escogió un lugar cercano a un gran peñasco y empezó a armar una hoguera. Ninguno de los jóvenes acudió a ayudarlo; lo observaban con atención. Cuando todas las varas ardían, don Juan tomó asiento con la espalda contra el peñasco. El fuego quedaba a su derecha.
Al parecer, los jóvenes se hallaban al tanto de la situación, pero yo no tenía la menor idea acerca del procedimiento a seguir en tratos con aprendices de brujería.
Observé a los jóvenes. Formaban un semicírculo perfecto, encarando a don Juan. Advertí que don Juan me miraba de frente, y que dos jóvenes hablan tomado asiento a mi izquierda y los otros dos a mi derecha.

Don Juan empezó a contarles que yo estaba en las montañas de lava para aprender a "no-hacer", y que un aliado nos andaba siguiendo. Me pareció un comienzo muy dramático, y por lo visto lo era. Los jóvenes cambiaron de postura y se sentaron sobre la pierna izquierda. Yo no había observado qué posición tenían antes. Suponía que tenían las piernas cruzadas, igual que yo. Un vistazo a don Juan me reveló que también él estaba sentado sobre la pierna izquierda. Hizo con la barbilla un gesto apenas perceptible, señalando mi postura. Plegué la pierna con disimulo.

Don Juan me había dicho una vez que ésa era la postura adoptada por un brujo cuando las cosas estaban inciertas. Pero siempre había resultado, para mi, una posición muy fatigosa. Sentí que me costaría un esfuerzo terrible quedarme sentado así mientras durara su charla. Don Juan parecía comprender por entero mi desventaja, y en forma sucinta explicó a los jóvenes que los cristales de cuarzo podían hallarse en ciertos sitios específicos de aquella zona, y de que una vez hallados se requerían técnicas especiales para convencerlos de dejar su morada. Entonces los cuarzos se convertían en el hombre mismo, y su poder escapaba al entendimiento.

Dijo que por lo común los cristales se encontraban en racimos, y que a la persona que los hallase correspondía elegir cinco hojas de cuarzo, de las mejores y más largas, y arrancarlas de su matriz. El descubridor tenía la responsabilidad de tallarlas y pulirla; para sacarles punta y para hacerlas ajustar perfectamente al tamaño y a la forma de los dedos de su mano derecha.

Luego agregó que los cuarzos eran armas usadas para brujería; que por lo general se lanzaban a matar, y que, tras penetrar el cuerpo del enemigo, regresaban a la mano del dueño como si nunca se hubieran ido.

Después habló sobre la búsqueda del espíritu que convertiría en armas los cuarzos comunes, y dijo que lo primero era hallar un sitio propicio para llamar al espíritu. Tal sitio debía estar en la cima de un cerro, y se localizaba moviendo la mano, con la palma vuelta hacia la tierra, hasta que cierto calor se detectaba en la palma de la mano. Había que encender fuego en ese sitio. Don Juan explicó que el aliado, atraído por las llamas, se manifestaba a través de una serie continuada de ruidos. La persona que buscaba aliado debía seguir la dirección de la cual venían los ruidos y, cuando el aliado se revelaba, luchar con él y derribarlo al suelo para domeñarlo. En ese punto, uno podía hacer que el aliado tocase los cuarzos parar infundirles poder.

Nos advirtió que había otras fuerzas sueltas en aquellas montañas de lava, fuerzas que no se parecían a los aliados; no producían ruido alguno, aparecían sólo como sombras fugaces y carecían por completo de poder.

Don Juan añadió que una pluma de vívidos colores, o unos cuarzos muy pulidos, atraían la atención del aliado, pero a la larga un objeto cualquiera sería igualmente efectivo, porque lo importante no era hallar los objetos sino hallar la fuerza que les infundiera poder.

-¿De qué les sirve tener cuarzos bellamente pulidos si jamás encuentran al espíritu dador de poder? -dijo-. En cambio, si no tienen los cuarzos, pero encuentran al espíritu, pueden ponerle cualquier cosa en el camino para que la toque. Pueden ponerle la verga si no hallan otra cosa.

Los jóvenes soltaron risitas. El más audaz, el que me habló primero, río con fuerza.

Noté que don Juan había cruzado las piernas y relajado su postura. También los jóvenes tenían las piernas cruzadas. Traté de adoptar desenfadadamente una posición más cómoda, pero mi rodilla izquierda parecía tener un nervio torcido o un músculo dolorido. Tuve que ponerme en pie y trotar marcando el paso unos cuantos minutos.

Don Juan hizo un comentario en broma. Dijo que yo había perdido la práctica de arrodillarme porque llevaba años sin ir a confesión, desde que empecé andar con él. Eso produjo una gran conmoción entre los jóvenes. Rieron a borbotones. Algunos se

taparon la cara lanzaron risitas nerviosas.
-Voy a enseñarles algo, muchachos -dijo don Juan, con despreocupación, cuando la risa de los jóvenes cesó.
Supuse que nos mostraría algunos objetos de poder sacados de su morral. Durante un segundo creí que los jóvenes iban a apeñuscarse en torno suyo, pues hicieron al unísono un movimiento súbito. Todos se inclinaron un poco hacia adelante, como para ponerse en pie, pero luego plegaron la pierna izquierda y recuperaron esa misteriosa posición que tanto me maltrataba las rodillas.
Con la mayor naturalidad posible, puse mi pierna izquierda bajo mi cuerpo. Descubrí que si no me sentaba sobre el pie izquierdo, es decir, si mantenía una postura medio arrodillada, las rodillas no me dolían tanto.
Don Juan se levantó y rodeó el gran peñasco hasta desaparecer de nuestra vista.
Sin duda alimentó el fuego antes de ponerse en pie, mientras yo plegaba la pierna, pues las nueva varas chisporrotearon al encender, y brotaron larga llamas. El efecto fue extremadamente dramático. Las llamas duplicaron su tamaño. De pronto, don Juan dejó el cubierto de peñasco y se paró donde había estado sentado. Tuve un instante de desconcierto. Don Juan se había puesto un curioso sombrero negro. Tenía picos a los lados, junto a los oídos, y copa redonda. Se me ocurrió que era de hecho un sombrero de pirata. Don Juan llevaba también una larga casaca negra, de cola, abrochada con un solo botón metálico, brillante, y tenía una pierna de palo.
Reí para mis adentros. Don Juan se veía realmente ridículo en su traje de pirata. Empecé a preguntarme de dónde había sacado ese disfraz en pleno desierto. Asumí que debía haberlo tenido oculto detrás de la roca. Comenté para mí mismo que don Juan no necesitaba más que un parche sobre el ojo y un loro en el hombro para ser el perfecto estereotipo de un bucanero.
Don Juan miró a cada miembro del grupo, deslizando despacio los ojos de derecha a izquierda. Luego alzó la vista por encima de nosotros y escudriñó las tinieblas a nuestras espaldas; permaneció así un momento y luego rodeó el peñasco y desapareció.
No me fijé en cómo caminaba. Obviamente debía llevar la rodilla doblada para representar a un hombre con pata de palo; cuando dio la media vuelta para ir tras el peñasco debí haber visto su pierna doblada, pero me hallaba tan intrigado por sus actos que no presté atención a los detalles.
Las llamas perdieron fuerza en el momento mismo que don Juan rodeó el peñasco. Pensé que su sincronización era magistral; indudablemente calculó cuánto tiempo tardarían en arder las varas añadidas al fuego, y dispuso su aparición y su salida de acuerdo con ese cálculo.
El cambio en la intensidad del fuego fue muy dramático para el grupo; hubo un escarcen de nerviosismo entre los jóvenes. Conforme las llamas disminuían de tamaño, los cuatro recuperaron, al unísono, una postura de piernas cruzadas.
Yo esperaba que don Juan regresara de inmediato y volviera a tomar asiento, pero no lo hizo. Permaneció invisible. Aguardé con impaciencia. Los jóvenes tenían una expresión impasible en sus rostros.
No entendía cuál era el propósito del histrionismo de don Juan. Tras una larga espera, me volví al joven a mi derecha y le pregunté en voz baja si alguna de las prendas que don Juan se había puesto -el sombrero chistoso y la larga casaca de cola-, o el hecho de que se sustentara en una pierna de palo, tenían algún sentido para él.
El joven me miró con una expresión rara, vacía. Parecía confundido. Repetí mi pregunta, y el joven junto al primero me miró con atención para prestar oído.
Se miraron entre si, al parecer presas de la confusión total. Dije que, a mis ojos, el sombrero y la pata y la casaca convertían a don Juan en un pirata.
Para entonces, los cuatro jóvenes se habían congregado a mi alrededor. Reían suavemente y el nerviosismo los agitaba.

Parecían faltos de palabras. El de mayor audacia me habló, finalmente. Dijo que don Juan no llevaba sombrero, no tenía puesta una casaca larga, ni en modo alguno se apoyaba en una, pata de palo, sino que lucia un chal o una capucha negra sobre la cabeza y una túnica negro azabache, como de fraile, que llegaba hasta el suelo.

-¡No! -exclamó con suavidad otro joven-. No traía capucha.

-Es cierto -dijeron los otros.

El joven que habló primero me miró con una expresión de incredulidad completa.

Les dije que debíamos repasar lo ocurrido con mucho cuidado y mucha calma, y que yo tenía la seguridad de que don Juan quería que hiciéramos eso y por ello nos había dejado solos.

El joven a mi extrema derecha dijo que don Juan vestía harapos. Tenía un astroso poncho, o una prenda india similar, y un sombrero muy aporreado. Llevaba una canasta con cosas dentro, pero el joven no sabía con certeza qué cosas eran. Añadió que el atavío de don Juan no era realmente el de un pordiosero, sino más bien el de un hombre que volvía, cargado de objetos extraños, de un viaje interminable.

El joven que vio a don Juan con capucha negra dijo que el anciano no llevaba nada en las manos, pero que su pelo era largo y desordenado, como el de un salvaje que acabara de matar a un fraile y de ponerse su hábito, sin lograr con esto encubrir su salvajismo.

El joven a mi izquierda chasqueó suavemente la lengua y comentó lo extraño que era todo. Dijo que don Juan vestía como un hombre importante recién bajado de su caballo. Lucía chaparreras de cuero, grandes espuelas, un fuete que golpeaba continuamente contra la palma de su mano izquierda, un sombrero chihuahueño de copa cónica, y dos pistolas automáticas calibre 45. Dijo que don Juan era la imagen de un ranchero acomodado.

El joven a mi extrema izquierda rió con timidez y se abstuvo de revelar lo que había visto. Hice por animarlo, pero los demás no se mostraban interesados. El muchacho parecía ser demasiado tímido para hablar.

El fuego estaba a punto de extinguirse cuando don Juan salió de tras el peñasco.

-Más vale que dejemos a los jóvenes en sus labores -me dijo-. Diles adiós.

No los miró. Empezó a alejarse, despacio, para darme tiempo de despedirme.

Los jóvenes me abrazaron.

No había llamas en el fuego, pero las brasas daban suficiente resplandor. Don Juan era como una sombra oscura a unos metros de distancia, y los jóvenes formaban un círculo de siluetas estáticas claramente definidas. Semejaban una línea de estatuas negras como el azabache, colocadas contra un fondo de tinieblas.

Fue entonces cuando el evento total tuvo impacto sobre mí. Un escalofrío recorrió mis vértebras. Alcancé a don Juan. Él me dijo, en un tono de gran urgencia, que no me volviera a mirar a los jóvenes, porque en ese momento eran un círculo de sombras.

Mi estómago sintió una fuerza venida del exterior. Era como si una mano me aferrara. Grité involuntariamente. Don Juan susurró que en esos parajes había tanto poder que me sería muy fácil usar "la marcha de poder".

Trotamos durante horas. Me caí cinco veces. Don Juan contaba en voz alta cada vez que yo perdía el equilibrio. Luego se detuvo.

-Siéntate, acurrúcate contra las rocas, y cúbrete la barriga con las manos -me susurró al oído.

Domingo, abril 15, 1962

En la mañana, apenas hubo luz suficiente, echamos a andar. Don Juan me guió al sitio donde dejé mi coche. Yo tenía hambre, pero por lo demás me sentía descansado y lleno de vigor.

Comimos galletas y bebimos agua mineral embotellada que yo traía. en el coche. Quise hacerle unas preguntas que me presionaban con violencia, pero él se llevó el índice a los labios.

A media tarde nos hallamos en el pueblo fronterizo donde él deseaba quedarse. Fuimos a comer a un restaurante. Estaba desierto; ocupamos una mesa junto a una ventana que miraba el ajetreo de la calle principal, y ordenamos nuestra comida.
Don Juan parecía tranquilo; en sus ojos brillaba un reflejo malicioso. Me sentí propiciado e inicié un bombardeo de preguntas. Más que nada, inquirí sobre su disfraz.
-Les enseñé un poquito mi no-hacer -dijo, y sus ojos parecían brasas.
-Pero ninguno vio el mismo disfraz -dije-. ¿Cómo le hizo usted?
-Muy sencillo -replicó-. Eran sólo disfraces, pues todo lo que hacemos es, en cierto sentido, un simple disfraz. Todo cuanto hacemos, como ya te dije, es asunto de hacer. Un hombre de conocimiento puede así engancharse con el hacer de todo el mundo y salir con cosas extrañas. Pero no son realmente ni tanto. Son extrañas sólo para quienes están atrapados en el hacer. "Ni esos cuatro jóvenes ni tú aún se han dado cuenta del no-hacer por eso fue fácil engatusarlos a todos."
-¿Pero, cómo nos engañó usted?
-No tendría sentido para ti. No hay modo de que lo entiendas.
-Pruébeme, don Juan, por favor.
-Digamos que, cuando nacemos, traemos un anillito de poder. Casi desde el principio, empezamos a usar ese anillito. Así que cada uno de nosotros está enganchado desde el nacimiento, y nuestros anillos de poder están unidos con los anillos de todos los demás. En otras palabras, nuestros anillos de poder están enganchados al hacer del mundo para construir el mundo.
-Deme un ejemplo para que entienda -dije.
-Por ejemplo, nuestros anillos de poder, el tuyo y el mío, están enganchados ahora mismo en el hacer de este cuarto. Estamos construyendo este cuarto. Nuestros anillos de poder están tejiendo este cuarto en este preciso momento.
-Espere, espere -dije-. Este cuarto está aquí por sí mismo. Yo no lo estoy creando. No tengo nada que ver con él.
A don Juan no parecían importarle mis protestas y argumentos. Sostuvo con mucha calma que el aposento donde estábamos recibía su ser y su orden de la fuerza del anillo de poder de todos nosotros.
-Verás -continuó-, todos conocemos el hacer de los cuartos porque, en una forma o en otra, hemos pasado en cuartos gran parte de nuestra vida. Un hombre de conocimiento, en cambio, desarrolla otro anillo de poder. Yo lo llamaría el anillo de no-hacer, porque está enganchado a no-hacer. Así, con ese anillo, puede urdir otro mundo.
Una mesera joven trajo nuestra comida y pareció recelosa de nosotros. Don Juan me susurró que le pagara, para mostrarle que traía dinero suficiente.
-No me extraña que desconfíe de ti -dijo, y soltó una carcajada-. Te ves del carajo.
Pagué a la mujer y le di propina, y cuando nos dejó solos me quedé mirando a don Juan, tratando de hallar la forma de recobrar el hilo de nuestra conversación. Él acudió en mi ayuda.
-Tu dificultad es que todavía no desarrollas tu otro anillo de poder y tu cuerpo no sabe no-hacer -dijo.
No entendí lo que decía. Mi mente estaba trabada con una preocupación realmente prosaica.. Todo lo que deseaba saber era si don Juan se había puesto o no un traje de pirata.
Don Juan no me respondió; echó a reír con estruendo. Le supliqué explicar.
-Pero si acabo de explicártelo -repuso.
-¿Es decir, que no se puso usted ningún disfraz? -.pregunté.
-Todo lo que hice fue enganchar mi anillo de poder a tu propio hacer -dijo-. Tú mismo hiciste el resto, y así hicieron los demás.
-¡Eso es increíble! -exclamé.
-A todos nosotros nos han enseñado a estar de acuerdo en hacer -dijo suavemente-. No tienes idea del poder que ese acuerdo implica. Pero, por fortuna, no-hacer es igual de milagroso y poderoso.
Sentí una ondulación incontrolable en el estómago. Había un abismo insalvable en-

tre mi experiencia de primera mano y la explicación. Mi último reducto fue, como siempre, un tinte de duda y desconfianza que creó la pregunta: "¿Qué tal si don Juan estaba de acuerdo con los muchachos y él mismo preparó todo?"
Cambié de tema y le pregunté por los cuatro aprendices.
-¿Me dijo usted que eran sombras? -pregunté.
-Cierto.
-¿Eran aliados?
-No. Eran aprendices de un hombre que conozco.
-¿Por qué les dijo usted sombras?
-Porque en ese momento los había tocado el poder de no-hacer, y como no son tan estúpidos como tú, cambiaron a algo muy distinto de lo que tú conoces. Por ese motivo no quise que los miraras. Sólo te habría hecho mal.
No me quedaban preguntas. Tampoco tenía hambre. Don Juan comió de buena gana y parecía de un humor excelente. Pero yo me sentía deprimido. De pronto, una gran fatiga me saturó. Tomé conciencia de que el camino de don Juan era demasiado arduo para mí. Comenté que no llenaba los requisitos para convertirme en brujo.
-Quizá otro encuentro con Mescalito te ayude -dijo él.
Le aseguré que eso era lo que más lejos estaba de mi mente, y que ni siquiera tomaría en cuenta la posibilidad.
-Tienen que pasarte cosas muy drásticas para que permitas a tu cuerpo aprovechar lo que has aprendido -dijo.
Aventuré la opinión de que, no siendo indio, carecía de las cualidades básicas para vivir la insólita existencia de un brujo.
-Tal vez, si lograra desprenderme de todos mis compromisos, podría desenvolverme un poco mejor en su mundo -dije-. O si me fuera con usted al desierto, a vivir allí. Como están las cosas, el hecho de tener un pie en cada mundo me hace inútil en ambos.
Se me quedó mirando un rato.
-Éste es tu mundo -dijo, señalando la calle tumultuosa detrás de la ventana-. Eres hombre de ese mundo. Y allá afuera, en ese mundo, está tu campo de caza. No hay manera de escapar al hacer de nuestro mundo; por eso, lo que hace un guerrero es convertir su mundo en su campo de caza. Como cazador, el guerrero sabe que el mundo está hecho para usarse. De modo que lo usa hasta lo último. Un guerrero es como un pirata que no tiene escrúpulos en tomar y usar cualquier cosa que desee, sólo que el guerrero no se aflige ni se ofende cuando lo usan y lo toman a él.

XVII. UN ADVERSARIO QUE VALE LA PENA

Martes, diciembre 11, 1962

Mis trampas eran perfectas; la ubicación era correcta; vi conejos, ardillas y otros roedores, perdices, pájaros, pero nada pude capturar en todo el día.
Don Juan me dijo, cuando salíamos de su casa muy de mañana, que ese día habría de esperar un "regalo de poder", un animal excepcional que tal vez cayera en mis trampas y cuya carne podría yo secar para convertir en "comida de poder".
Don Juan parecía pensativo. No hizo una sola sugerencia o comentario. Casi al terminar el día, habló por fin.
-Alguien está interfiriendo con tu cacería -dijo.
-¿Quién? -pregunté, verdaderamente sorprendido.
Me miró y sonrió y meneó la cabeza en un gesto incrédulo.
-Te portas como si no supieras quién -dijo-. Y lo has sabido todo el día.
Yo iba a protestar, pero no le vi objeto. Supe que don Juan diría "la Catalina", y si de ese tipo de conocimiento hablaba, tenía razón, yo sí sabía quién.
-O nos vamos ahorita a la casa -prosiguió-, o esperamos que oscurezca y usamos el crepúsculo para agarrarla.
Parecía esperar mi decisión. Yo quería marcharme. Empecé a levantar un meca-

te que estaba usando, pero antes de que pudiera dar voz a mi deseo él me detuvo con una orden directa.
-Siéntate -dijo-. Lo más sencillo y cuerdo sería irnos y ya, pero éste es un caso peculiar y creo que debemos quedarnos. Esta función de teatro es nada más para ti.
-¿Qué quiere usted decir?
-Alguien está interfiriendo contigo, en particular, por eso ésta es tu función. Yo sé quién y tú también sabes quién.
-Me asusta usted -dije.
-Yo no -repuso, riendo-. Te asusta esa vieja, que anda por allí merodeando.
Hizo una pausa como si esperara que el efecto de sus palabras se hiciera visible en mí. Tuve que admitir mi terror.
Más de un mes antes, yo había tenido una horrenda confrontación con una bruja llamada "la Catalina". La enfrenté con riesgo de mi vida porque don Juan me convenció de que ella deseaba matarlo y él era incapaz de contener sus ataques. Cuando hube entrado en contacto con ella, don Juan me reveló que la mujer no había representado en realidad ningún peligro para él, y que todo el asunto había sido una trampa, no en el sentido de travesura malicia sino en el de un lazo que me había tendido.
Su método me pareció tan carente de ética que me enfurecí con él.
Al oír mi estallido iracundo, don Juan se puso a cantar canciones rancheras. Imitó cantantes populares y sus versiones eran tan cómicas que terminé riendo como un niño. Me entretuvo durante horas. Yo no sabía que tuviese tal repertorio de canciones idiotas.
-Déjame decirte algo -dijo finalmente en aquella ocasión-. Si no nos pusieran trampas, nunca aprenderíamos. Lo mismo me pasó a mí, y le pasa a cualquiera. El arte de un maestro es llevarnos hasta el borde. Un maestro sólo puede señalar el camino y hacer trampas. Te puse una antes. ¿No recuerdas la forma en que recobré tu espíritu de cazador? Tú mismo me dijiste que cazar te hacía olvidarte de las plantas. Estuviste dispuesto a hacer un montón de cosas para llegar a ser cazador, cosas que no habrías hecho por saber de las plantas. Ahora debes hacer mucho más si quieres sobrevivir.
Se me quedó mirando y estalló en un arranque de risa.
-Todo esto es una locura -dije-. Somos seres racionales.
-Tú eres racional -repuso-. Yo no.
-Por supuesto que sí -insistí-. Usted es uno de los hombres más racionales que he conocido.
-¡Muy bien! -exclamó-. No discutamos. Soy racional, ¿y eso qué?
Lo envolví en el argumento de por qué era necesario que dos seres racionales procedieran en forma tan insana como nosotros habíamos procedido con la bruja.
-De veras eres racional -dijo él con fiereza-. Y eso significa que crees conocer mucho del mundo, pero ¿conoces? ¿Conoces en verdad? Sólo has visto las acciones de la gente. Tus experiencias se limitan únicamente a lo que la gente te ha hecho o le ha hecho a otros. No sabes nada de este misterioso mundo desconocido.
Me hizo seña de seguirlo a mi auto, y viajamos al pequeño pueblo mexicano que había cerca.
No pregunté qué íbamos a hacer. Me hizo estacionar el coche junto a una fonda, y luego caminamos rodeando la terminal de autobuses y un almacén general. Don Juan iba a mi derecha, guiándome. De pronto me di plena cuenta de que otra persona caminaba junto a mí, a mi izquierda, pero don Juan, sin darme tiempo a volver el rostro para mirar, hizo un movimiento veloz y súbito; se agachó como si recogiera algo del suelo, y luego me asió por el sobaco cuando estuve a punto de tropezar con él. Me arrastró al coche, y no soltó mi brazo ni siquiera para permitirme abrir la puerta. Tantalee un momento con las llaves. Él me empujó con gentileza al interior del coche y luego subió a su vez.
-Maneja despacio y párate frente a la tienda -dijo.
Cuando me hube detenido, don Juan me hizo, con la cabeza, seña de mirar. La Catalina estaba parada en el sitio donde don

Juan me había agarrado el brazo. Respingué involuntariamente. La mujer dio unos pasos hacia el coche y se paró desafiante. La escudriñé con cuidado y concluí que era hermosa. Era muy morena y rechoncha, pero parecía fuerte y muscular. Tenía un rostro redondo, lleno, con pómulos altos y dos largas trenzas de cabello negrísimo. Lo que más me sorprendió fue su juventud. No podría tener mucho más de treinta años, a lo sumo.
-Que se acerque más si quiere -susurró don Juan.
La Catalina dio tres o cuatro pasos hacia mi coche y se detuvo a unos tres metros de distancia. Nos miramos. En ese momento sentí que no había en ella ninguna amenaza. Sonreí y la saludé con la mano. Ella rió, como niñita tímida, y se cubrió la boca. Me sentí deleitado. Me volví a don Juan para comentar la apariencia y la conducta de la muchacha, y él casi me mata de susto con un grito.
-¡No le des la espalda a esa mujer, hijo de la chingada! -dijo con voz conminante.
Me volví rápidamente a mirar a la Catalina. Había dado otros pasos hacia el coche y se hallaba a menos de metro y medio de mi puerta. Sonreía; sus dientes eran grandes y blancos y muy limpios. Pero había algo extraño en su sonrisa. No era amistosa; era una mueca contenida; sólo sonreía la boca. Los ojos, negros y fríos, me miraban con fijeza.
Experimenté un escalofrío en todo el cuerpo. Don Juan echó a reír en un cacareo rítmico; tras un momento de espera, la mujer retrocedió despacio y desapareció entre la gente.
Nos alejamos, y don Juan especuló que, si yo no templaba mi vida y aprendía, la Catalina iba a aplastarme con el pie, como a un bicho indefenso.
Ésa es el adversario que te dije que te había encontrado -dijo.
Don Juan dijo que debíamos esperar un augurio, antes de saber qué hacíamos con la mujer que interfería mi caza.
-Si oímos o vemos un cuervo, será señal de que podemos esperar, y también sabremos dónde esperar -añadió.
Dio vuelta, despacio, en un círculo completo, escudriñando todo el entorno.
-Éste no es el sitio para esperar -dijo en un susurro.
Echamos a andar hacia el este. Ya había oscurecido bastante. De pronto, dos cuervos salieron volando de unos arbustos altos, y desaparecieron tras un cerro. Don Juan dijo que el cerro era nuestro destino. Cuando llegamos, lo circundó, y eligió un sitio orientado al sureste, al pie del cerro. Limpió de ramas secas, hojas y otra basura, un espacio circular de metro y medio o dos metros de diámetro. Intenté ayudarlo, pero me rechazó con un vigoroso ademán. Se puso el índice sobre los labios e hizo gesto de silencio. Al terminar, me jaló al centro del círculo, me hizo mirar al sur, con el cerro a las espaldas, y me susurró al oído que imitara sus movimientos. Inició una especie de danza, produciendo un golpeteo con el pie derecho; consistía en siete tiempos iguales, espaciados por un conglomerado de tres patadas rápidas.
Traté de adaptarme a su ritmo, y tras algunos intentos desmañados fui más o menos capaz de reproducir el golpeteo.
-¿Para qué es esto? -le susurré al oído.
Respondió, también susurrando, que yo estaba golpeando la tierra como un conejo, y que tarde o temprano la presencia acechante, atraída por el ruido, vendría a ver qué pasaba.
Una vez que hube copiado el ritmo, don Juan dejó de patalear, pero a mí me hizo proseguir, marcando el paso con un movimiento de su mano.
De tiempo en tiempo escuchaba atento, con la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha, al parecer para discernir sonidos entre el matorral. En cierto punto me hizo seña de cesar y mantuvo una postura de lo más alerta; era como si se hallase pronto a dar un salto y caer sobre un asaltante desconocido e invisible.
Luego me indicó reanudar el golpeteo, y tras un rato me hizo parar de nuevo. Cada vez que yo me detenía, él escuchaba con tal concentración que cada fibra de su cuerpo parecía tensarse casi hasta reventar.

De pronto saltó a mi lado y me susurró al oído que el crepúsculo estaba en pleno poder.
Miré alrededor. El matorral era una masa oscura, y lo mismo los cerros y las rocas. El cielo era azul oscuro y yo no distinguía ya las nubes. El mundo entero parecía una masa uniforme de siluetas oscuras sin límites visibles.
Oí a lo lejos el grito escalofriante de un animal: un coyote o quizá un ave nocturna. Ocurrió tan de repente que no le presté atención. Pero el cuerpo de don Juan amagó un sobresalto. Parado junto a él, sentí su vibración.
-Dale de nuevo -susurró-. Patea otra vez y ponte listo. Ya ella está aquí.
Empecé a patalear con furia y don Juan puso su pie sobre el mío y me hizo señas frenéticas de que me calmara y golpease rítmicamente.
-No la asustes -me dijo al oído-. Tranquilízate y no pierdas el juicio.
Nuevamente empezó a marcarme el paso, y la segunda vez que me hizo parar volví a escuchar el mismo grito. Ahora parecía ser el grito de un ave que volaba sobre el cerro.
Don Juan me hizo patalear una vez más, y en el momento de cesar oía mi izquierda un peculiar sonido crujiente. Era el ruido que produciría un animal pesado al cruzar entre las matas secas. Pensé fugazmente en un oso, pero caí en la cuenta de que no había osos en el desierto. Me cogí del brazo de don Juan y él me sonrió y se llevó el dedo a la boca en gesto de silencio. Fijé la mirada en la oscuridad hacia mi izquierda, pero él me indicó no hacerlo. Señaló repetidamente algo por encima de mi cabeza y luego me hizo girar, despacio y en silencio, hasta que me vi encarando la masa oscura del cerro. Don Juan mantenía el dedo apuntando a cierto punto del cerro. Adherí mi vista a dicho sitió y de pronto, como en una pesadilla, una sombra negra me saltó encima. Chillé y caí de espaldas al suelo. Durante un momento la silueta se sobreimpuso al cielo azul oscuro y luego voló por el aire y aterrizó más allá de nosotros, en el matorral. Oí el sonido de un cuerpo pesado que caía con estruendo sobre los arbustos, y después un extraño clamor.
Don Juan me ayudó a levantarme y me guió, en la oscuridad, al sitio donde había dejado mis trampas. Me hizo reunirlas y desarmarlas, y luego desparramó las piezas en todas direcciones. Realizó todo esto sin decir palabra. No hablamos en el camino a su casa.
-¿Qué quieres que te diga? -preguntó don Juan después de que lo hube instado repetidas veces a explicar los eventos acontecidos unas horas antes.
-¿Qué cosa era? -pregunté.
-Sabes muy bien quién era -dijo-. No me vengas con eso de "qué cosa era". Lo importante es quién era.
Yo había urdido una explicación que parecía satisfacerme. La figura que vi podría haber sido un papalote: alguien lo había soltado arriba del cerro mientras alguien más, a nuestra espalda, lo jalaba al suelo, dando así el efecto de una silueta oscura que voló por el aire cosa de quince o veinte metros.
Escuchó atentamente mi explicación y luego rió hasta que se le salieron las lágrimas.
-Ya no te andes por las ramas -lijo-. Al grano. ¿No era una mujer?
Tuve que admitir que, al caer y alzar la vista, vi saltar sobre mí, en un movimiento muy lento, la silueta oscura de una mujer con falda larga; luego algo pareció jalar a la silueta y ésta voló con gran velocidad y se estrelló en los arbustos. De hecho, ese movimiento fue lo que me dio la idea de un papalote.
Don Juan rehusó seguir discutiendo el incidente.
Al otro día, salió a cumplir alguna misión misteriosa y yo fui a visitar a unos amigos yaquis de otra comunidad.

Miércoles, diciembre 12, 1962

Apenas llegué a la comunidad yaqui, el tendero mexicano me dijo que una compañía de Ciudad Obregón le había rentado un tocadiscos y veinte disco para la fies-

ta que iba a dar esa noche en honor de la Virgen de Guadalupe. Ya había contado a todos cómo hizo los arreglos necesarios a través de Julio, el agente viajero que llegaba a la población yaqui dos veces por mes para cobrar los abonos de la ropa barata que había logrado vender, a plazos, a algunos indios.

Julio trajo el tocadiscos temprano por la tarde, y lo conectó a la dínamo que producía electricidad para la tienda. Verificó el funcionamiento, subió el volumen al máximo, recordó al tendero que no tocara los botones, y empezó a acomodar los veinte discos.

-Sé cuántos rayones tiene cada uno -advirtió al tendero.

-Eso díselo a mi hija -respondió el otro.

-El responsable eres tú, no tu hija.

-De todos modos, ella es la que va a estar cambiando los discos.

Julio recalcó que a él no le importaba quién fuera a manejar el aparato, siempre y cuando el tendero pagara los discos dañados. El tendero se puso a discutir con Julio. El rostro de Julio enrojeció. De tiempo en tiempo se volvía hacia el nutrido grupo de yaquis congregado frente a la tienda y daba muestras de desesperanza o frustración moviendo las manos o contorsionando la cara en una mueca. Como último recurso, exigió un depósito en efectivo. Eso precipitó otra larga discusión acerca de qué cosa debía tomarse por un disco dañado. Julio declaró con autoridad que cualquier disco roto tenía que pagarse a precio de nuevo. El tendero se enojó más y empezó a quitar sus extensiones eléctricas. Parecía decidido a desconectar el tocadiscos y cancelar la fiesta. Aclaró a sus clientes, reunidos frente a la tienda, que había hecho lo posible por entrar en tratos con Julio. Durante un momento pareció que la fiesta fallaría antes de comenzar.

Blas, el viejo yaqui que me alojaba en su casa, hizo en voz alta comentarios despectivos acerca del triste estado de cosas entre los yaquis, que ni siquiera podían celebrar su festividad religiosa más reverenciada, el día de la Virgen de Guadalupe.

Quise intervenir y ofrecer mi ayuda, pero Blas lo impidió. Dijo que, si yo cubriera el depósito requerido, el tendero mismo haría pedazos los discos.

-Es peor que cualquiera -dijo-. Que pague él. Bien que nos chupa sangre. Déjalo que pague.

Tras una larga discusión en la que, extrañamente, todos los presentes estaban en favor de Julio, el tendero logró términos que satisficieron a ambas partes. No pagó el depósito en efectivo, pero acertó responsabilidad por los discos y el aparato.

La motocicleta de Julio dejó una estela de polvo cuando el viajante se dirigió a algunas de las casas más remotas de la localidad. Blas dijo que estaba tratando de agarrar a sus clientes antes de que ellos viniesen a la tienda y gastaran todo su dinero en tragos. Mientras hablaba, un grupo de indios salió de tras la tienda. Blas los miró y echó a reír, y lo mismo hicieron todos los demás. Blas me dijo que esos indios eran clientes de Julio y habían estado escondidos detrás de la tienda, esperando que se fuera.

La fiesta comenzó temprano. La hija del tendero puso un disco en la tornamesa y bajó el brazo; hubo un estruendo chillante y un zumbido muy agudo; y luego se oyó un ensordecedor sonido de trompeta y algunas guitarras.

La fiesta consistía en tocar los discos a todo volumen, Había cuatro mexicanos jóvenes que bailaban con las dos hijas del tendero y con otras tres muchachas mexicanas. Los yaquis no bailaban; observaban con aparente deleite cada movimiento de los bailarines, Parecían divertirse nada más mirando y engullendo tequila barato. Invité copas a todos los que conocía. Quería evitar cualquier resentimiento. Circulé entre los numerosos indios, haciéndoles plática y ofreciéndoles tragos. Mi patrón de conducta funcionó hasta que se dieron cuenta de que yo no bebía. Eso pareció molestar simultáneamente a todo el mundo. Era como si, colectivamente, hubieran descubierto que yo no encajaba allí. Los indios se pusieron muy hoscos y me dirigían miradas de reojo.

Los mexicanos, que se hallaban tan borrachos como los indios, advirtieron al mismo tiempo que yo no había bailado, y eso pareció ofenderlos a un grado incluso mayor. Se pusieron muy agresivos. Uno de ellos me agarró el brazo y me llevó más cerca del tocadiscos; otro me sirvió una taza entera de tequila y quiso que me la tomara de un trago para demostrar que era macho.

Traté de ganar tiempo y reí estúpidamente, como si disfrutara de toda esa situación. Dije que me gustaría bailar primero y beber después. Uno de los jóvenes gritó el título de una canción. La muchacha a cargo del aparato empezó a buscar en la pila de discos. Parecía algo achispada, aunque ninguna de las mujeres había bebido en público, y tuvo dificultades para encajar el disco en la espiga. Un joven dijo que el disco elegido no era un twist; ella revolvió la pila, tratando de hallar la música adecuada, y todo el mundo se cerró en torno a ella y me dejó. Eso me dio tiempo para correr detrás de la tienda, salir del área iluminada y quedar fuera de vista.

Parado a unos treinta metros de distancia, en la oscuridad de unos matorrales, traté de decidir qué hacía. Me hallaba cansado. Sentí que era tiempo de subir en mi coche y volver a casa. Eché a andar hacia la vivienda de Blas, donde estaba el coche. Calculé que, si manejaba despacio, nadie se daría cuenta de que me iba.

Al parecer, la gente a cargo de la música seguía buscando el disco -todo lo que yo podía oír era el zumbido agudo de la bocina-, pero luego surgió el estruendo de un twist. Reí, pensando que probablemente habían vuelto los ojos buscándome, sólo para descubrir mi desaparición.

Vi siluetas oscuras de personas que iban en dirección opuesta, hacia la tienda. Nos cruzamos y murmuraron: "Buenas noches." Los reconocí y les hablé. Les dije que la fiesta estaba buena.

Antes de llegar a un brusco recodo del camino, me encontré con otras dos personas; no las reconocí, pero las saludé de todos modos. El escándalo del tocadiscos era casi tan fuerte allí, en el camino, como frente a la tienda. Era una noche oscura, sin estrellas, pero el brillo de las luces de la tienda me permitía una percepción visual bastante buena del contorno. La casa de Blas quedaba muy cerca, y aceleré el paso. Noté entonces la figura oscura de una persona, sentada o tal vez acuclillada a mi izquierda, en el recodo. Pensé por un instante que podía ser uno de los asistentes a la fiesta, que se había ido antes que yo.

La persona parecía estar defecando al lado del camino. Eso resultaba extraño. La gente de la comunidad se adentraba en el matorral cuando quería hacer sus necesidades. Pensé que quien estaba frente a mí debía hallarse borracho.

Llegué al recodo y dije: "Buenas noches." La respuesta fue un aullido áspero, inhumano. Los vellos de mi cuerpo se erizaron. Por un segundo quedé paralizado. Luego eché a andar aprisa. Lancé un vistazo breve. Vi que la silueta oscura se había incorporado a medias; era una mujer. Se hallaba encorvada, inclinada hacia adelante; caminó unos metros en esa postura y luego saltó. Eché a correr, mientras la mujer saltaba como pájaro a mi lado, manteniéndose a la par. Cuando llegué a la casa de Blas, me estaba cortando el camino y casi nos tocábamos.

Salté una zanjita seca frente a la casa y entré, casi derribando la frágil puerta.

Blas ya se encontraba en la casa y mi historia no pareció preocuparlo.

-Te jugaron una buena -dijo, tranquilizándome-. A los indios les encanta chingar a los yoris.

La experiencia me había espantado tanto que al día siguiente fui a casa de don Juan en vez de volver a la mía como había planeado.

Don Juan regresó al atardecer. Sin darle tiempo a decir nada, barboté la historia completa, incluyendo el comentario de Blas. La cara de don Juan se ensombreció. Acaso fue sólo mi imaginación, pero pensé que estaba preocupado.

-No te fíes mucho de lo que Blas te dijo

-aconsejó en tono serio-. No sabe nada de las luchas entre brujos.
"Debías haber sabido que era algo serio en el momento en que viste la sombra a tu izquierda. Pero no debiste correr.
-¿Y qué debería haber hecho? ¿Quedarme allí parado?
-Correcto. Cuando un guerrero se encuentra con su adversario, y el adversario no es un ser humano ordinario, tiene que plantarse. Eso es lo único que lo hace invulnerable.
-¿Qué dice usted, don Juan?
-Digo que has tenido tu tercer encuentro con el adversario que vale la pena. Te anda siguiendo, esperando que tengas un momento de debilidad. Esta vez casi te atrapa.
Sentí un brote de angustia y lo acusé de ponerme riesgos innecesarios. Me quejé de que estaba jugando conmigo un juego cruel.
-Sería cruel si esto le hubiera pasado a un hombre común y corriente -dijo-. Pero uno deja de ser común en el instante en que empieza a vivir cono guerrero. Además, no te busqué un adversario que vale la pena porque quiera jugar contigo, o fastidiarte, o enojarte. Un adversario digno podría servirte de acicate; bajo la influencia de una oponente como la Catalina, tal vez tengas que echar mano de todo cuanto te he enseñado. No te queda otra alternativa.
Guardamos silencio un rato. Sus palabras me habían provocado una tremenda aprensión.
Luego me pidió imitar lo mejor posible el grito que oí después de decir: "Buenas noches."
Intenté reproducir el sonido y lancé un aullido extraño que me asustó. A don Juan debe haberle parecido chistosa mi interpretación; rió casi incontrolablemente.
Después me hizo reconstruir la secuencia total: la distancia que corrí, la distancia a que la mujer estaba cuando la encontré y a qué distancia cuando llegué a la casa, y el sitio en que empezó a saltar.
-Ninguna india gorda podría brincar así -dijo después de sopesar todas aquellas variables-. Ni siquiera podría correr tanto.
Me hizo saltar. No pude cubrir más de un metro veinte en cada brinco, y si mi percepción era correcta, los saltos de la mujer habían sido cuando menos de tres metros.
-Bueno, has de saber que de ahora en adelante debes estar siempre alerta -dijo don Juan con gran urgencia-. Esa mujer va a tratar de tocarte el hombro izquierdo en un momento de descuido y debilidad.
-¿Qué debo hacer? -pregunté.
-No tiene caso quejarse -dijo él-. De ahora en adelante, lo que importa es la estrategia de tu vida.
Yo no podía concentrarme en lo que decía. Tomaba notas en forma automática. Tras un largo silencio me preguntó si tenía yo algún dolor en la nuca o detrás de las orejas. Repuse que no, y él me dijo que, si hubiera experimentado una sensación desagradable en cualquiera de esas dos partes, eso habría significado que la Catalina me había hecho daño aprovechando mi torpeza.
-Todo lo que hiciste anoche fue una torpeza -dijo-. En primer lugar, fuiste a la fiesta a matar tiempo, como si hubiera tiempo que matar. Eso te debilitó.
-¿Quiere usted decir que no debo ir a fiestas?
-No, no digo eso. Puedes ira donde se te antoje, pero si vas, debes aceptar la entera responsabilidad de ese acto. Un guerrero vive su vida estratégicamente. Sólo asiste a una fiesta o a una reunión así, en caso de que su estrategia lo pida. Eso significa, desde luego, que tiene dominio total y realiza todos los actos que considera necesarios.
Me miró con fijeza y sonrió; luego se cubrió la cara y rió suavemente.
-Estás en un buen aprieto -dijo-. Tu adversario te está pisando los talones y, por primera vez en tu vida, no puedes permitirte el lujo de actuar por las puras. Esta vez debes aprender un hacer totalmente distinto, el hacer de la estrategia. Considéralo así. En caso de que sobrevivas a los

ataques de la Catalina, algún día tendrás que darle las gracias por haberte forzado a cambiar de hacer.
-¡Qué cosa tan terrible! -exclamé-. ¿Y si no sobrevivo?
-Un guerrero nunca se entrega a esos pensamientos -dijo-. Cuando tiene que actuar con sus semejantes, un guerrero sigue el hacer de la estrategia, y en ese hacer no hay victorias ni derrotas. En ese hacer sólo hay acciones.
Le pregunté qué implicaba el hacer de la estrategia.
-Implica que uno no está a merced de la gente -repuso-. En esa fiesta, por ejemplo, fuiste un payaso, no porque conviniera a tus propósitos el ser un payaso, sino porque te colocaste a merced de ,aquella gente. Nunca tuviste el menor dominio y por eso tuviste que salir huyendo.
-¿Qué debía haber hecho?
-No ir a la fiesta, o bien ir a fin de cumplir un acto especifico.
"Después de travesear con los yoris estabas débil, y la Catalina usó esa oportunidad. Se puso a esperarte en el camino.
"Pero tu cuerpo sabía que algo andaba fuera de lugar, y así y todo le hablaste. Eso estuvo muy mal. No debes dirigir una sola palabra a tu oponente durante esos encuentros. Luego le diste la espalda. Eso estuvo peor todavía. Luego corriste de ella, ¡y eso fue lo peor que podrías haber hecho! Parece que la vieja ésa es torpe. Una bruja de las buenas te habría agarrado allí mismo, en el instante en que volviste la espalda y echaste a correr.
"Por lo pronto, tu única defensa es plantarte y bailar tu danza."
-¿De qué danza habla usted? -pregunté.
Dijo que el "pataleo de conejo" que me había enseñado era el primer movimiento de la danza que un guerrero cultiva y acrecienta toda su vida, y luego ejecuta en su última parada sobre la tierra.
Tuve un momento de rara sobriedad y me vino una serie de pensamientos. En cierto nivel, estaba claro que lo ocurrido entre la Catalina y yo, la primera vez que la enfrenté, era real. La Catalina era real, y no podía descartarse la posibilidad de que verdaderamente me estuviera siguiendo. En otro nivel, yo no comprendía cómo estaba siguiéndome, y eso daba pábulo a la leve sospecha de que don Juan me estuviera engañando, y de que él mismo produjera de algún modo los extraños efectos de los que fui testigo.
Don Juan miró de pronto el cielo y me dijo que todavía había tiempo de ir a ver a la bruja. Me aseguró que corríamos muy poco peligro, porque sólo pasaríamos en el coche frente a su casa.
-Debes confirmar su forma -dijo don Juan-. Así ya no quedarán dudas en tu mente, en un sentido o en otro.
Las manos me empezaron a sudar profundamente y tuve que secarlas repetidas veces con una toalla. Subimos en mi coche y don Juan me encaminó a la carretera principal y luego a un camino amplio, sin pavimentar. Conduje por la parte central; camiones y tractores habían dejado hondos surcos y mi coche tenía la suspensión demasiado baja para ir por la derecha, o por la izquierda. Avanzamos despacio entre una espesa nube de polvo. La tosca grava usada para nivelar el camino se había apelmazado con la tierra durante las lluvias, y piedras de barro seco rebotaban contra el fondo metálico del coche, produciendo fuertes sonidos de explosión.
Don Juan me indicó reducir la velocidad al acercarnos a un puente pequeño. Había cuatro indios sentados allí y nos saludaron con la mano. No supe, bien si los conocía o no. Pasamos el puente y el camino se curvó con suavidad.
-Ésa es la casa de la mujer. -me susurró don Juan, señalando con los ojos una casa blanca circundada por una alta cerca de carrizo.
Me dijo que diera vuelta en U y me detuviese a medio camino; esperaríamos a ver si la bruja cobraba suficientes sospechas para dar la cara.
Estuvimos allí unos diez minutos. Me pareció un tiempo interminable. Don Juan no dijo palabra. Inmóvil en el asiento, miraba la casa.

-Allí está -dijo, y su cuerpo dio un salto súbito. Vi la silueta oscura, ominosa, de una mujer parada dentro de la casa, mirando a través de la puerta abierta. El interior estaba en penumbras y eso sólo acentuaba la oscuridad de la silueta.
Después de unos minutos, la mujer dejó las sombras del cuarto y se paró en el umbral a observarnos. La miramos un momento y don Juan me dijo que siguiera adelante. Yo estaba sin habla. Podría haber jurado que esa mujer era la que vi saltando junto al camino, en la oscuridad.
Una media hora después, cuando íbamos ya por la carretera pavimentada, don Juan me habló.
-¿Qué dices? -preguntó-. ¿Reconociste la forma?
Vacilé un largo rato antes de responder. Tenía miedo del compromiso involucrado en decir sí. Preparé cuidadosamente mi contestación y dije que me parecía que había estado demasiado oscuro para tener verdadera certeza.
Riendo, me dio unos golpecitos suaves en la cabeza.
-Era ella, ¿verdad? -preguntó.
No me dio tiempo de responder. Puso un dedo sobre su boca en gesto de silencio y me susurró al oído que no tenía caso decir nada y que, para sobrevivir a los ataques de la Catalina, yo debía usar todo cuanto él me había enseñado.

SEGUNDA PARTE: EL VIAJE A IXTLÁN

XVIII. EL ANILLO DE PODER DEL BRUJO

EN Mayo de 1971, hice a don Juan la última visita de mi aprendizaje. Fui a verlo, en aquella ocasión, con el mismo espíritu que durante los diez años de nuestra relación; es decir, buscando una vez más la amenidad de su compañía.
Su amigo don Genaro, un brujo mazateco, estaba con él. Yo había visto a ambos durante mi visita .previa, seis meses antes. Titubeaba en preguntarles si habían estado juntos todo ese tiempo, cuando don Genaro explicó que el desierto del norte le gustaba tanto que había regresado justo a tiempo para verme. Ambos rieron como si conocieran un secreto.
-Regresé nada más por ti -dijo don Genaro.
-Es cierto -corroboró don Juan.
Recordé a don Genaro que, la vez pasada, sus intentos de ayudarme a "parar el mundo" me habían resultado desastrosos. Fue una manera amistosa de declarar mi miedo hacia él. Rió inconteniblemente, sacudiendo el cuerpo y pataleando como niño. Don Juan evitó mirarme y rió también.
-Ya no va usted a tratar de ayudarme, ¿verdad, don Genaro? -pregunté.
Mi frase les produjo espasmos de risa. Don Genaro rodó por el suelo, entre carcajadas; luego se acostó bocabajo y empezó a nadar en el piso. Al verlo hacer eso, supe que me hallaba perdido. En ese momento, de algún modo, mi cuerpo cobró conciencia de haber llegado al fin. Yo ignoraba cuál era ese fin. Mi tendencia personal a la dramatización, y mi experiencia previa con don Genaro, me hicieron creer que podía ser el fin de mi vida.
Durante mi última visita, don Genaro había intentado empujarme al borde de "parar el mundo". Sus esfuerzos fueron tan extravagantes y directos que el mismo don Juan tuvo que decirme que me marcha-

ra. Las demostraciones de "poder" de don Genaro eran tan extraordinarias y desconcertantes que me forzaron a una total revaluación de mí mismo. Fui a casa, revisé las notas tomadas en el principio mismo de mi aprendizaje, y misteriosamente me invadió un sentimiento del todo nuevo, aunque no tuve conciencia plena de él hasta ver a don Genaro nadar en el piso.

El acto de nadar en el piso, congruente con otras acciones extrañas y desconcertantes que don Genaro había ejecutado frente a mis propios ojos, se inició cuando él yacía bocabajo. Al principio reía tan duro que su cuerpo se sacudía como convulsionado; luego empezó a patalear; finalmente, el movimiento de las piernas se coordinó con un movimiento de remar con las manos, y don Genaro comenzó á deslizarse por el suelo como si estuviera acostado en una tabla con ruedas. Cambió de dirección varias veces y cubrió todo el espacio frente a la casa, maniobrando en torno a mí y a don Juan.

Don Genaro había payaseado antes en mi presencia, y en cada una de tales ocasiones don Juan afirmó que yo había estado a punto de "ver". No lo lograba a causa de mi insistencia en tratar de explicar cada acción de don Genaro desde una perspectiva racional. Esta vez me hallaba en guardia, y cuando se puso a nadar no intenté explicar ni entender el hecho. Me limité a observar. Pero no pude evitar la sensación de hallarme atónito. Don Genaro se deslizaba realmente sobre el estómago y el pecho. Al observarlo, empecé a bizquear. Sentí un empellón de recelo. Estaba convencido de que, si no explicaba lo que tenía lugar, "vería", y la idea me llenaba de una angustia inusitada. Mi anticipación nerviosa era tanta que en algún sentido me encontraba de vuelta en el mismo punto: encerrado una vez más en alguna empresa de raciocinio.

Don Juan debe haber estado observándome. Me tocó de pronto; automáticamente me volví a encararlo, y por un instante aparté la vista de don Genaro. Cuando lo miré de nuevo, estaba parado junto a mí con la cabeza levemente inclinada y la barbilla casi apoyada en mi hombro derecho. Tuve un sobresalto retardado. Lo miré un segundo y después salté hacia atrás.

Su expresión de sorpresa fingida fue tan cómica que reí histéricamente. Pero no podía menos de advertir que mi risa se salía de lo acostumbrado. Mi cuerpo se sacudía con espasmos nerviosos originados en la parte media de mi estómago. Don Genaro me puso la mano en el estómago y las ondulaciones convulsionadas cesaron.

-¡Este Carlitos, siempre tan exagerado! -exclamó con tono de gente remilgada.

Luego añadió, imitando la voz y las inflexiones de don Juan:

-¿Qué no sabes que un guerrero jamás se ríe así?

Su caricatura de don Juan era tan perfecta que reí todavía más fuerte.

Después, ambos se fueron juntos, y estuvieron fuera más de dos horas, hasta eso del mediodía.

Al regresar, tomaron asiento en el espacio frente a la casa de don Juan. No dijeron palabra. Parecían soñolientos, cansados, casi distraídos. Permanecieron inmóviles largo rato, pero se veían cómodos y relajados. La boca de don Juan estaba ligeramente abierta, como si durmiera, pero tenía las manos unidas sobre el regazo y movía rítmicamente los pulgares.

Durante un tiempo me agité, inquieto, y cambié de posiciones; luego empecé a sentir una placidez confortante. Debo haberme dormido. La risa leve de don Juan me despertó. Abrí los ojos. Ambos me escudriñaban.

-Si no hablas, te duermes -dijo don Juan, riendo.

-Me temo que sí -dije.

Don Genaro se acostó de espaldas y empezó a patalear en el aire. Por un momento pensé que reiniciaba su inquietante payaseo, pero él recuperó de inmediato su postura anterior, sentado con las piernas cruzadas.

-Hay algo que ya por ahora debías tener en cuenta -dijo don Juan-. Yo lo llamo el centímetro cúbico de suerte. Todos nosotros,

guerreros o no, tenemos un centímetro cúbico de suerte que salta ante nuestros ojos de tiempo en tiempo. La diferencia entre un hombre común y un guerrero es que el guerrero se da cuenta, y una de sus tareas consiste en hallarse alerta, esperando con deliberación, para que cuando salte su centímetro cúbico él tenga la velocidad necesaria, la presteza para cogerlo.
"La suerte, la buena fortuna, el poder personal, o como lo quieras llamar, es un estado peculiar de cosas. Es como un palito que sale frente a nosotros y nos invita a arrancarlo. Por lo general andamos demasiado ocupados, o preocupados, o estúpidos y perezosos, para darnos cuenta de que es nuestro centímetro cúbico de suerte. Un guerrero, en cambio, siempre está alerta y duro y tiene la elasticidad, el donaire necesario para agarrarlo."
-¿Es tu vida dura y ajustada? -me preguntó de pronto don Genaro.
-Creo que sí -dije con convicción.
-¿Te crees capaz de coger tu centímetro cúbico de suerte? -me preguntó don Juan con tono incrédulo.
-Creo hacerlo todo el tiempo -dije.
-Yo creo que sólo te tienen alerta las cosas que ya conoces -dijo don Juan.
-Quizá me engañe, pero de veras creo que actualmente estoy mucho más despierto que en ninguna otra época de mi vida -dije, y hablaba en serio.
Don Genaro asintió, aprobando.
-Sí -dijo suavemente, como hablando consigo mismo-. Carlitos está de veras compacto, y absolutamente despierto.
Sentí que me seguían la corriente. Pensé que tal vez les molestó la declaración de mi supuesta condición de compacidad.
-No quise presumir -dije.
Don Genaro arqueó las cejas y agrandó las fosas nasales. Miró mi cuaderno y fingió escribir.
-Creo que Carlos está más compacto que antes -dijo don Juan a don Genaro.
-A lo mejor está demasiado compacto -devolvió don Genaro.
-Puede muy bien que sea así -concedió don Juan.
Yo no supe cómo terciar en ese punto, así que permanecí callado.
-¿Recuerdas la vez que trabé tu carro? -preguntó don Juan como al acaso.
Su pregunta era abrupta y no tenía relación con la conversación. Se refería a una ocasión en la que no pude arrancar mi coche hasta que él me dijo que ya podía. Dije que nadie olvidaría un evento así.
-Eso no fue nada -dijo don Juan en tono sereno-. Nada en absoluto. ¿Verdad, Genaro?
-Verdad -dijo don Genaro, indiferente.
-¿Cómo va usted a decir eso? -dije en tono de protesta-. Lo que usted hizo aquel día fue algo que verdaderamente yo nunca podré comprender.
-Eso no es decir gran cosa -repuso don Genaro.
Ambos rieron de buena gana y luego don Juan me palmeó la espalda.
-Genaro puede hacer algo mucho mejor que trabar tu coche -prosiguió-. ¿Verdad, Genaro?
-Verdad -respondió don Genaro, frunciendo los labios como un niño.
-¿Qué puede hacer? -pregunté, tratando de parecer despreocupado.
-¡Genaro puede llevarse tu carro entero! -exclamó don Juan con voz retumbante; luego añadió con el mismo tono-: ¿Verdad, Genaro?
-¡Verdad! -contestó don Genaro en el tono de voz humana más fuerte que jamás había yo escuchado.
Salté involuntariamente. Tres o cuatro espasmos nerviosos convulsionaron mi cuerpo.
-¿Qué es lo que quiso usted decir con lo de que se puede llevar mi carro?
-¿Qué quise decir, Genaro? -preguntó don Juan.
-Quisiste decir que puedo subirme en su carro, encender el motor y luego irme manejando -replicó don Genaro con seriedad nada convincente.
-Llévate el carro, Genaro -lo instó don Juan en tono de broma.
-¡Hecho! -dijo don Genaro, frunciendo el entrecejo y mirándome de lado.

Noté que, cuando ponía ceño, sus cejas ondulaban, haciendo su mirada maliciosa y penetrante.
-¡Muy bien! -dijo don Juan calmadamente-. Vamos a examinar el carro.
-¡Sí! -repitió don Genaro-. Vamos a examinarlo.
Se levantaron, muy despacio. Por un instante no supe qué hacer, pero don Juan me indicó imitarlos.
Empezamos a subir el cerrito frente a la casa de don Juan. Ambos me flanqueaban, don Juan a mi derecha y don Genaro a la izquierda. Iban unos dos metros delante de mí, siempre dentro de mi campo central de visión.
-Examinemos el carro -dijo de nuevo don Genaro.
Don Juan movió las manos como si tejiera un hilo invisible; don Genaro hizo lo mismo y repitió: "Examinemos el carro." Caminaban con una especie de rebote. Sus pasos eran más largos que de costumbre, y sus manos se movían como si azotaran o batieran objetos invisibles frente a ellos. Yo nunca había visto a don Juan payasear en esa forma, y me sentid casi avergonzado de mirarlo.
Llegamos a la cima y dirigí la vista al espacio a pie del cerro -unos cincuenta metros de distancia-, donde había estacionado mi coche. El estómago se me contrajo con una sacudida. ¡El coche no estaba! Corrí cuestabajo. Mi coche no se veía por ninguna parte. Experimenté un momento de gran confusión. Me hallaba desorientado.
El coche había estado allí desde que llegué temprano en la mañana. Cosa de media hora antes, yo había venido a sacar un nuevo cuaderno de papel para escribir. Se me ocurrió entonces dejar abiertas las ventanillas a causa del calor excesivo, pero la abundancia de mosquitos y otros insectos voladores me hizo cambiar de idea, y dejé el coche cerrado como de costumbre.
Volví a mirar en torno. Rehusaba creer que mi coche no estuviera. Caminé hasta el borde del espacio despejado. Don Juan y don Genaro se me unieron y se pararon junto a mí, haciendo exactamente lo que yo hacía: escudriñar la distancia para ver si avizoraba el coche. Tuve un momento de euforia que cedió el paso a una desconcertante sensación irritada. Ellos parecieron advertirla y empezaron a caminar en torno mío, moviendo las manos como si amasaran.
-¿Qué crees que le pasaría al carro, Genaro? -preguntó don Juan con mansedumbre.
-Me lo llevé -dijo don Genaro, y realizó una asombrosa pantomima de cambiar velocidades y conducir. Dobló las piernas como si estuviera sentado y conservó esa postura unos momentos, obviamente sostenido sólo por los músculos de las piernas; luego apoyó su peso en la pierna derecha y estiró el pie izquierdo como pisando el embrague. Imitó con los labios el ruido de un motor, y finalmente, como broche de oro, fingió haber dado en un bache y se sacudió hacia arriba y hacia abajo, dándome la entera sensación de un conductor inepto que rebota en el asiento sin soltar el volante.
La mímica de don Genaro era estupenda. Don Juan rió hasta quedarse sin aliento. Yo quería unirme al regocijo, pero me era imposible relajarme. Me sentía amenazado e incómodo, poseído por una angustia que no tenía precedentes en mi vida. Sentía arder por dentro y empecé a patear piedras y terminé recogiéndolas y aventándolas con una fuerza inconsciente e imprevisible. Era como si la ira estuviese realmente fuera de mí, y me hubiera envuelto de pronto. Luego el sentimiento de molestia me abandonó, tan repentinamente como me había invadido. Aspiré hondo y me sentí mejor.
No me atrevía a mirar a don Juan. Me apenaba mi demostración de ira, pero al mismo tiempo tenía ganas de reír. Don Juan se acercó y me dio unas palmadas en la espalda. Don Genaro puso el brazo en mi hombro.
-¡Ándale! -dijo don Genaro-. Que te dé un coraje. Pégate en la nariz y sácate sangre. Luego puedes agarrar una piedra y romperte los dientes. ¡Qué bien te vas a sentir! Y si eso no te basta, puedes poner los

huevos en ese peñasco y hacerlos papilla con la misma piedra.
Don Juan soltó una risita. Les dije que me sentía avergonzado de mi comportamiento. No sabía qué cosa se me metió. Don Juan declaró hallarse seguro de que yo sabía exactamente lo que pasaba, pero fingía no saberlo y lo que me enojaba era el acto de fingir.
Don Genaro estaba insólitamente confortante; me palmeó la espalda repetidas veces.
-A todos nos pasa lo mismo -dijo don Juan.
-¿A qué se refiere usted, don Juan? -preguntó don Genaro imitando mi voz, parodiando mi hábito de hacer preguntas a don Juan.
Don Juan dijo cosas absurdas como: "Cuando el mundo está al revés nosotros estamos al derecho, pero cuando el mundo está al derecho nosotros estamos al revés. Bueno, pues cuando el mundo y nosotros estamos al derecho, creemos estar al revés. . ." Siguió y siguió diciendo incoherencias mientras don Genaro imitaba mi forma de tomar notas. Escribía en un cuaderno invisible, con los ojos muy abiertos y fijos en don Juan. Don Genaro había observado mis esfuerzos por escribir sin mirar el papel, para no alterar el flujo natural de la conversación. Su mímica era en verdad hilarante.
De pronto me sentí a mis anchas, feliz. La risa de los viejos era tranquilizante. Por un momento me dejé ir y solté una carcajada. Pero luego mi mente entró en un nuevo estado de aprensión, confusión y molestia. Pensé en la imposibilidad de aquello que estaba ocurriendo; era algo inconcebible según el orden lógico por el cual juzgo habitualmente el mundo frente a mí. Sin embargo yo, como perceptor, percibía que mi coche no estaba allí. Como siempre que don Juan me enfrentaba con fenómenos inexplicables, se me ocurrió la idea de que se me estaba engañando por medios ordinarios. Siempre, bajo tensión, mi mente repetía, en forma involuntaria y consistente, la misma elaboración. Me puse a calcular cuántos cómplices habrían necesitado don Juan y don Genaro para alzar mi coche y llevárselo. Me hallaba absolutamente seguro de haber cerrado con llave, compulsivamente, todas las puertas; el freno de mano estaba puesto, también la velocidad, y el volante tenía seguro. Para mover el coche, habrían tenido que alzarlo en vilo. Esa tarea requería una fuerza laboral que ninguno de ellos podría haber reunido. Otra posibilidad era que alguien, de acuerdo con ambos, hubiera forzado la portezuela y conectado el alambre de encendido para llevarse el auto. Esa acción implicaba un conocimiento especializado más allá de sus medios. La última explicación posible era que tal vez me estaban hipnotizando. Sus movimientos me resultaban tan nuevos y tan sospechosos que me puse a girar en racionalizaciones. Pensé que, si me hallaba hipnotizado, ocupaba un estado de conciencia alterada. En mi experiencia con don Juan había notado que, en tales estados, uno es incapaz de llevar cuenta coherente del paso del tiempo. En ese respecto, jamás había habido un orden perdurable en ninguno de los estados de realidad no ordinaria experimentados por mí, y mi conclusión fue que, manteniéndome alerta, llegaría un momento en el que perdería mi orden de tiempo secuencial. Como si, por ejemplo, estuviese mirando una montaña en determinado momento, y luego, en mi siguiente instante de conciencia, me hallase mirando un valle en la dirección opuesta, pero sin recordar haber dado la vuelta. Sentí que, de ocurrirme algo de tal naturaleza, tal vez me sería posible explicar lo que ocurría con mi coche como un caso de hipnosis. Decidí que lo único a hacer era observar cada detalle con minuciosidad extrema.
-¿Dónde está mi carro? -pregunté, dirigiéndome a ambos.
-¿Dónde está el carro, Genaro? -preguntó don Juan con una expresión totalmente seria.
Don Genaro empezó a voltear piedras para mirar debajo. Trabajó febrilmente en todo el espacio llano donde yo había esta-

cionado el coche. No pasó por alto una sola piedra. A veces fingía enojarse y arrojaba la piedra al matorral.
Don Juan parecía disfrutar la escena a un grado inexpresable. Reía y chasqueaba la lengua y casi ignoraba mi presencia.
Don Genaro acababa de arrojar una piedra, en un arranque de frustración mentida, cuando llegó a un peñasco de buen tamaño, la única piedra grande y pesada en el área. Intentó volcarla, pero pesaba demasiado y se hallaba incrustada en el suelo. Pugnó y resopló hasta empezar a sudar. Luego se sentó en la roca y llamó a don Juan en su ayuda.
Don Juan me miró con una sonrisa resplandeciente y dijo:
-Anda, vamos a darle una mano a Genaro.
-¿Pero qué es lo que está haciendo? -pregunté.
-Está buscando tu carro -dijo don Juan con desenfado y naturalidad.
-¡Por Dios! ¿Cómo va a encontrarlo debajo de las piedras?
-Por Dios, ¿por qué no? -repuso don Genaro, y ambos se carcajearon.
No pudimos mover la roca. Don Juan sugirió que fuéramos a la casa a buscar un madero grueso que usar como palanca.
En el camino a la casa, les dije que sus actos eran absurdos y que eso que me hacían, fuera lo que fuese, no tenía caso.
Don Genaro me escudriñó.
-Genaro es un hombre muy cabal -dijo don Juan con expresión seria-. Es tan cabal y meticuloso como tú. Tú mismo dijiste que nunca dejas una sola piedra sin voltear. Él está haciendo lo mismo.
Don Genaro me palmeó el hombro y dijo que don Juan tenía toda la razón y que, de hecho, él quería ser como yo. Me miró con un brillo de locura y abrió las fosas nasales.
Don Juan chocó las manos y arrojó su sombrero al suelo.
Tras una larga búsqueda en torno a la casa, don Genaro encontró un tronco de árbol, largo y bastante grueso, parte de una viga. Lo cargó atravesado en los hombros e iniciamos el regreso al sitio donde había estado mi coche.
Cuando subíamos el cerrito y estábamos a punto de alcanzar un recodo del camino, desde donde se veía el espacio llano, tuve una ocurrencia súbita. Pensé que iba a hallar el coche antes que ellos, pero al mirar hacia abajo no había ningún coche al pie del cerro.
Don Juan y don Genaro deben haber comprendido lo que yo tenía en mente y corrieron en pos de mí, riendo con regocijo.
Apenas llegamos al pie del cerro, pusieron manos a la obra. Los observé unos momentos. Sus acciones eran incomprensibles. No fingían trabajar; se hallaban inmersos de lleno en la tarea de volcar un peñasco para ver si mi coche estaba debajo. Eso era demasiado para mí, y me uní a ellos. Resoplaban y gritaban y don Genaro aullaba como coyote. Estaban empapados de sudor. Noté lo fuerte que eran sus cuerpos, sobre todo el de don Juan. Junto a ellos, yo era un joven flácido.
No tardé en sudar también, copiosamente. Por fin logramos voltear el peñasco y don Genaro examinó la tierra bajo la roca con la paciencia y la minuciosidad más enloquecedoras.
-No. No está aquí -anunció.
La aseveración hizo a ambos tirarse en el suelo de risa.
Yo reí con nerviosismo. Don Juan parecía tener verdaderos espasmos de dolor; se cubrió el rostro y se acostó mientras su cuerpo se sacudía de risa.
-¿En qué dirección vamos ahora? -preguntó don Genaro tras un largo descanso.
Don Juan señaló con un movimiento de cabeza.
-¿A dónde vamos? -pregunté.
-¡A buscar tu carro! -dijo don Juan, sin la menor sonrisa.
Volvieron a flanquearme cuando entramos en el matorral. Sólo habíamos cubierto unos cuantos metros cuando don Genaro hizo señas de que nos detuviéramos. Fue de puntillas hasta un arbusto redondo que se hallaba a unos pasos, se asomó a las ramas internas y dijo que el coche no estaba allí.
Seguimos caminando un rato y luego don

Genaro nos inmovilizó con un ademán. Parado de puntas, arqueó la espalda y estiró los brazos por encima de la cabeza. Sus dedos, contraídos, semejaban una garra.
Desde mi posición, el cuerpo de don Genaro tenía la forma de una letra S. Conservó la postura un instante y luego se abalanzó de cabeza sobre una rama larga, con hojas secas. La levantó con cuidado y, después de examinarla, comentó de nuevo que el coche no estaba allí.
Conforme nos adentrábamos en el matorral, él buscaba detrás de los arbustos y trepaba pequeños árboles de paloverde para mirar entre el follaje, sólo para concluir que el coche tampoco estaba allí.
Mientras tanto, yo llevaba concienzudas cuentas de todo cuanto tocaba o veía. Mi visión secuencial y ordenada del mundo en torno, era tan continua como siempre. Toqué rocas, arbustos, árboles. Mirando primero con un ojo y después con el otro, cambié el enfoque de un primer plano a un plano general. Según todos los cálculos, me hallaba caminando por el chaparral como en veintenas de ocasiones anteriores durante mi vida cotidiana.
Luego, don Genaro se acostó bocabajo y nos pidió hacer lo mismo. Descansó la barbilla en las manos entrelazadas. Don Juan lo imitó. Ambos se quedaron mirando una serie de pequeñas protuberancias en el suelo, semejantes a cerros diminutos. De pronto, don Genaro hizo un amplio movimiento con la diestra y asió algo. Se puso en pie apresuradamente, y lo mismo don Juan. Don Genaro nos mostró la mano cerrada y nos hizo seña de ir a mirar. Luego, lentamente, empezó a abrir la mano. Cuando la tuvo extendida, un gran objeto negro salió volando. El movimiento fue tan súbito, y el objeto volador tan grande, que salté hacia atrás y estuve a punto de perder el equilibrio. Don Juan me apuntaló.
-No era el carro -se quejó don Genaro-. Era una pinche mosca. ¡Ni modo!
Ambos me escudriñaban. Se hallaban parados frente a mí y no me miraban directamente, sino con el rabo del ojo. Fue una mirada prolongada.
-Era una mosca, ¿verdad? -me preguntó don Genaro.
-Creo que sí -dije.
-No creas -me ordenó don Juan imperativamente-. ¿Qué viste?
-Vi algo del tamaño de un cuervo que salía volando de su mano -dije.
Mi descripción era congruente con mi percepción y nada tenía de chiste, pero ellos la recibieron como una de las frases más hilarantes pronunciadas aquel día. Ambos dieron saltos y rieron hasta atragantarse.
-Creo que Carlos ya tuvo suficiente -dijo don Juan. Su voz estaba ronca por la risa.
Don Genaro dijo que estaba a punto de encontrar mi coche, que sentía andar cada vez más caliente. Don Juan observó que estábamos en una zona agreste y que hallar allí el coche no era deseable. Don Genaro se quitó el sombrero y reacomodó la cinta con un trozo de cordel sacado de su morral; a continuación, ató su cinturón de lana a una borla amarilla pegada al ala.
-Estoy haciendo un papalote con mi sombrero -me dijo.
Lo observé y supe que bromeaba. Yo siempre me había considerado un experto en papalotes. De niño, solía hacer cometas de lo más complejo, y sabía que el ala del sombrero de paja era demasiado frágil para resistir el viento. Por otra parte, la copa era demasiado honda y el aire circularía dentro de ella, haciendo imposible el despegue.
-No crees que vuele, ¿verdad? -me preguntó don Juan.
-Sé que no volará -dije.
Don Genaro, sin preocuparse, terminó de añadir un largo cordel a su papalote-sombrero.
Hacía viento, y don Genaro corrió cuesta-abajo mientras don Juan sostenía el sombrero; luego don Genaro jaló el cordel y la maldita cosa echó a volar.
-¡Mira, mira el papalote! -gritó don Genaro.
Dio un par de tumbos, pero permaneció en el aire.
-No quites los ojos del papalote -dijo don Juan con firmeza.
Por un momento me sentí mareado. Mirando el papalote, tuve una viva memoria

de otro tiempo; era como si yo mismo estuviese volando una cometa, como solía hacer cuando soplaba el viento en las colinas de mi pueblo.
Durante un breve instante, hundido en el recuerdo, perdí conciencia del paso del tiempo.
Oí que don Genaro gritaba algo y vi el sombrero dar de tumbos y luego caer al suelo, donde estaba mi coche. Todo ocurrió con tal velocidad que no tuve una percepción clara de lo ocurrido. Me sentí mareado y distraído. Mi mente se aferraba a una imagen muy confusa. O había yo visto que el sombrero de don Genaro se convertía en mi coche, o bien que el sombrero caía encima del coche. Quise creer lo último, que don Genaro había usado su sombrero para señalar mi coche. No que importara en realidad: una cosa era tan impresionante como la otra, pero así y todo mi mente se aferraba a ese detalle arbitrario con el fin de conservar su equilibrio original.
-No luches -oí decir a don Juan.
Sentí que algo en mi interior estaba a punto de emerger. Pensamientos e imágenes acudían en oleadas incontrolables, como si me estuviera quedando dormido. Miré, atónito, el coche. Se hallaba en un espacio llano rocoso, a unos treinta metros de distancia. Parecía como si alguien acabara de colocarlo allí. Corrí hacia él y empecé a examinarlo.
-¡Carajo! -exclamó don Juan-. No te quedes viéndolo. ¡Para el mundo!
Luego, como entre sueños, lo oí gritar:
-¡El sombrero de Genaro! ¡El sombrero de Genaro!
Los miré. Me miraban de frente. Sus ojos eran penetrantes. Sentí un dolor en el estómago. Tuve una jaqueca instantánea y me puse enfermo.
Don Juan y don Genaro me miraron con curiosidad. Estuve un rato sentado junto al coche y luego, en forma por completo automática, abrí la puerta para que don Genaro subiese en la parte trasera. Don Juan lo siguió y se sentó a su lado. Eso me pareció extraño, pues por lo común él siempre viajaba en el asiento delantero.
Manejé hacia la casa de don Juan. Una especie de bruma me envolvía. Yo no era yo mismo en absoluto. Tenía el estómago revuelto, y la sensación de náusea demolía toda mi sobriedad. Manejaba mecánicamente.
Oí que don Juan y don Genaro reían en el asiento trasero, como niños. Oí a don Juan preguntarme:
-¿Ya estamos llegando?
Hasta entonces me fijé deliberadamente en el camino. Nos hallábamos muy cerca de su casa.
-Ya casi llegamos -murmuré.
Aullaron de risa. Chocaron las manos y se golpearon los muslos.
Al llegar a la casa, me apresuré automáticamente a bajar y les abrí la puerta. Don Genaro bajó primero y me felicitó por lo que llamaba el viaje más tranquilo y agradable que había hecho en toda su vida. Don Juan dijo lo mismo. No les presté mucha atención.
Cerré el coche y a duras penas pude llegar a la casa. Antes de dormirme, oí las carcajadas de don Juan y don Genaro.

XIX. PARAR EL MUNDO

AL día siguiente, apenas desperté, me puse a interrogar a don Juan. Estaba cortando leña atrás de su casa, pero don Genaro no se veía por ningún lado. Dijo que no había nada de qué hablar. Señalé que yo había logrado conservar la calma y había observado a don Genaro "nadar en el piso" sin querer ni pedir explicación alguna, pero mi contestación no me había ayudado a entender lo que pasaba. Luego, tras la desaparición del coche, me encerré automáticamente en la búsqueda de una explicación lógica, pero eso tampoco me ayudó. Dije a don Juan que mi insistencia en hallar explicaciones no era algo que yo mismo hubiese inventado arbitrariamente, nada más para ponerme difícil, sino algo tan hondamente enraizado en mí que sobrepujaba cualquier otra consideración.
-Es como una enfermedad -dije.

-No hay enfermedades -repuso don Juan con toda calma-. Sólo hay idioteces. Y tú te haces el idiota al tratar de explicarlo todo. Las explicaciones ya no son necesarias en tu caso.

Insistí en que sólo me era posible funcionar bajo condiciones de orden y comprensión. Le recordé que yo había cambiado radicalmente mi personalidad durante el tiempo de nuestra relación, y que la condición que hizo posible tal cambio fue que pude explicarme las razones detrás de él.

Don Juan rió suavemente. Estuvo callado largo rato.

-Eres muy listo -dijo por fin-. Regresas a donde siempre has estado. Pero esta vez se te acabó el juego. No tienes a dónde regresar. Ya no voy a explicarte nada. Lo que Genaro te hizo ayer se lo hizo a tu cuerpo; entonces, que tu cuerpo decida qué es qué.

El tono de don Juan era amistoso, pero inusitadamente despegado, y eso me hizo sentir una soledad avasallante. Expresé mis sentimientos de tristeza. Él sonrió. Sus dedos apretaron suavemente la parte superior de mi mano.

-Los dos somos seres que van a morir -dijo con suavidad-. Ya no hay más tiempo para lo que hacíamos antes. Ahora debes emplear todo el no-hacer que te he enseñado, y parar el mundo.

Volvió a apretarme la mano. Su contacto era firme y amigable; reafirmaba su preocupación y su afecto por mí, y al mismo tiempo me daba la impresión de un propósito inflexible.

-Éste es mi gesto que tengo contigo -dijo, prolongando un instante el apretón de mano-. Ahora debes irte solo a esas montañas amigas -señaló con la barbilla la distante cordillera hacia el sureste.

Dijo que yo debía permanecer allí hasta que mi cuerpo me dijera que ya era bastante, y luego volver a su casa. No quería que yo dijese nada ni esperase más tiempo, y me lo hizo saber empujándome con gentileza en dirección del coche.

-¿Qué debo hacer allí? -pregunté.

En vez de responder me miró, meneando la cabeza, -ya estuvo bueno -dijo al fin.

Luego señaló con el dedo hacia el, sureste.

-Ándale -dijo, cortante.

Fui hacia el sur y luego hacia el este, siguiendo los caminos que siempre había tomado al viajar con don Juan. Estacioné el coche cerca del sitio donde la brecha terminaba, y luego seguí un sendero conocido hasta llegar a una alta meseta. No tenía idea de qué hacer allí. Empecé a pasearme, buscando un sitio de reposo. De pronto advertí un pequeño espacio a mi izquierda. La composición química del suelo parecía ser distinta en dicho sitio, pero cuando enfoqué allí los ojos no vi nada que explicase la diferencia. Parado a corta distancia, traté de "sentir", como don Juan me recomendaba siempre.

Quedé inmóvil cosa de una hora. Mis pensamientos empezaron a disminuir gradualmente, hasta que ya no hablaba conmigo mismo. Tuve entonces una sensación de molestia. Parecía confinada a mi estómago y se agudizaba cuando yo enfrentaba el sitio en cuestión. Me repelía y me sentí impelido a apartarme de él. Empecé a examinar el área con los ojos cruzados, y tras caminar un poco llegué a una gran roca plana. Me detuve frente a ella. No había en la roca nada en particular que me atrajera. No detecté en ella ningún color ni brillo específico, pero me gustaba. Mi cuerpo se sentía bien. Experimenté una sensación de comodidad física y tomé asiento un rato.

Todo el día vagué por la meseta y las montañas circundantes, sin saber qué hacer ni qué esperar. Al oscurecer volví a la roca plana. Sabía que pasando allí la noche estaría a salvo.

Al día siguiente me adentré más en las montañas, hacia el este. Al atardecer llegué a otra meseta, todavía más alta. Me pareció haber estado allí antes. Miré en torno para orientarme, pero no pude reconocer ninguno de los picos circundantes. Tras elegir con cuidado un sitio, me senté a descansar al borde de un área yerma y rocosa. Allí sentía tibieza y tranquilidad. Quise sacar comida de mi guaje, pero estaba vacío. Bebí un poco de agua. Estaba

tibia y aceda. Pensé que no me quedaba más que volver a casa de don Juan, y empecé a preguntarme si debería iniciar de una vez mi camino de regreso. Me acosté bocabajo y apoyé la cabeza en el brazo. Inquieto, cambié varias veces de postura, hasta hallarme de cara al oeste. El sol ya descendía. Mis ojos estaban cansados. Miré el suelo y vi un gran escarabajo negro. Salió detrás de una piedra, empujando una bola de estiércol dos veces más grande que él. Seguí sus, movimientos durante largo rato. El insecto parecía ajeno a mi presencia y seguía empujando su carga sobre rocas, raíces, depresiones y protuberancias. Hasta donde yo sabía, el escarabajo no se daba cuenta de que yo estaba allí. Se me ocurrió la idea de que yo no podía estar seguro de que el insecto no tuviera conciencia de mí; esa idea desató una serie de evaluaciones racionales con respecto a la naturaleza del mundo del insecto, en contraposición con el mío. El escarabajo y yo estábamos en el mismo mundo, y obviamente el mundo no era el mismo para ambos. Me concentré en observarlo, maravillado de la fuerza titánica que necesitaba para transportar su carga por rocas y por grietas.

Largo tiempo observé al insecto, y entonces me di cuenta del silencio en torno. Sólo el viento silbaba entre las ramas y hojas del matorral. Alcé la vista, me volví a la izquierda en forma rápida e involuntaria, y alcancé a ver una leve sombra, o un cintilar, sobre una roca cercana. Al principio no presté atención, pero luego me di cuenta de que el cintilar había estado a mi izquierda. Me volví de nuevo, súbitamente, y pude percibir con claridad una sombra en la roca. Tuve la extraña sensación de que la sombra se deslizó inmediatamente al suelo y la tierra la absorbió como un secante chupa una mancha de tinta. Un escalofrío recorrió mi espalda. Por mi mente cruzó la idea de que la muerte nos observaba a mí y al escarabajo.

Busqué de nuevo al insecto, pero no pude hallarlo. Pensé que debía haber llegado a su destino y arrojado su carga a un agujero. Apoyé el rostro contra una roca lisa. El escarabajo surgió de un hoyo profundo y se detuvo a pocos centímetros de mi cara. Parecía mirarme, y por un instante sentí que cobraba conciencia de mi presencia, tal vez como yo advertía la presencia de mi muerte. Experimenté un estremecimiento. El escarabajo y yo no éramos tan distintos, después de todo. La muerte, como una sombra, nos acechaba a ambos detrás del peñasco. Tuve un extraordinario momento de júbilo. El escarabajo y yo estábamos a la par. Ninguno era mejor que el otro. Nuestra muerte nos igualaba.

Mi júbilo y mi alegría fueron tan grandes que eché a llorar. Don Juan tenía razón. Siempre había tenido razón. Yo vivía en un mundo lleno de misterio y, como todos los demás, era un ser lleno de misterio, y sin embargo no tenía más importancia que un escarabajo. Me sequé los ojos y, al frotarlos con el dorso de la mano, vi un hombre, o algo con figura humana. Se hallaba a mi derecha, a unos cincuenta metros de distancia. Me senté, erguido, y me esforcé por mirar. El sol estaba casi en el horizonte y su resplandor amarillo me impedía tener una visión clara. En ese instante oí un rugido peculiar. Era como el sonido de un distante aeroplano a reacción. Cuando me concentré en él, el rugido aumentó hasta ser un agudo zumbar metálico, y luego, suavizándose, se volvió un sonido hipnótico, melodioso. La melodía era como la vibración de una corriente eléctrica. La imagen que acudió a mi mente fue la de que dos esferas electrizadas se unían, o dos bloques cúbicos de metal eléctrico se frotaban entre sí y, al estar perfectamente nivelados el uno con el otro, se detenían con un golpe. Nuevamente me esforcé por ver si podía distinguir a la persona que parecía esconderse de mí, pero no detecté sino una forma oscura contra los arbustos. Puse las manos sobre los ojos formando una visera. En ese instante cambió el brillo del sol y advertí que sólo veía una ilusión óptica, un juego de sombras y follaje. Aparté los ojos y vi un coyote que cruzaba el campo en trote calmoso. Estaba cer-

ca del sitio donde yo creía haber visto al hombre. Recorrió unos cincuenta metros en dirección sur y luego se detuvo, dio la vuelta y empezó a caminar hacia mí. Di unos gritos para asustarlo, pero siguió acercándose. Tuve un momento de aprensión. Pensé que tal vez estaba rabioso y hasta se me ocurrió juntar piedras para defenderme en caso de un ataque. Cuando el animal estuvo a tres o cuatro metros de distancia, noté que no se hallaba agitado en forma alguna; al contrario, parecía tranquilo y sin temores. Amainó su paso, deteniéndose a un metro o metro y medio de mí. Nos miramos, y el coyote se acercó más aún. Sus ojos pardos eran amistosos y límpidos. Me senté en las rocas y el coyote se detuvo, casi tocándome. Yo estaba atónito. Jamás había visto tan de cerca a un coyote salvaje, y lo único que se me ocurrió entonces fue hablarle. Lo hice como si hablara con un perro amistoso. Y entonces me pareció que el coyote me respondía. Tuve una absoluta certeza de que había dicho algo. Me sentí confuso, pero no hubo tiempo de ponderar mis sentimientos, porque el coyote volvió a "hablar". No era que el animal pronunciase palabras como las que suelo escuchar en voces humanas; más bien yo "sentía" que estaba hablando. Pero no era tampoco la sensación que uno tiene cuando una mascota parece comunicarse con su amo. El coyote en verdad decía algo; trasmitía un pensamiento y esa comunicación se producía a través de algo muy similar a una frase. Yo había dicho: "¿Cómo estás, coyotito?" y creí oír que el animal respondía: "Muy bien, ¿y tú?" Luego el coyote repitió la frase y yo me levanté de un salto. El animal no hizo un solo movimiento. Ni siquiera lo alarmó mi repentino brinco. Sus ojos seguían claros y amigables. Se echó y, ladeando la cabeza, preguntó: "¿Por qué tienes miedo?" Me senté frente a él y llevé a cabo la conversación más extraña que jamás había tenido. Finalmente, me preguntó qué hacía yo allí y le dije que había venido a "parar el mundo". El coyote dijo "¡Qué bueno!" y entonces me di cuenta de que era un coyote bilingüe. Los sustantivos y verbos de sus frases eran en inglés, pero las conjunciones y exclamaciones eran en español. Cruzó por mi mente la idea de que me hallaba en presencia de un coyote chicano. Eché a reír ante lo absurdo de todo eso, y reí tanto que casi me puse histérico. Entonces, la imposibilidad de lo que estaba pasando me golpeó de lleno y mi mente se tambaleó. El coyote se incorporó y nuestros ojos se encontraron. Miré los suyos fijamente. Sentí que me jalaban, y de pronto el animal se hizo iridiscente; empezó a resplandecer. Era como si mi mente reprodujese la memoria de otro suceso que había tenido lugar diez años antes, cuando, bajo la influencia del peyote, presencié la metamorfosis de un perro común en un inolvidable ser de iridiscencia. Era como si el coyote hubiera provocado el recuerdo, y la imagen de aquel suceso anterior, invocada, se superpusiera a la forma del coyote; el coyote era un ser fluido, líquido, luminoso. Su luminosidad deslumbraba. Quise proteger mis ojos cubriéndolos con las manos, pero no podía moverme. El ser luminoso me tocó en alguna parte indefinida de mí mismo y mi cuerpo experimentó una tibieza y un bienestar indescriptibles, tan exquisitos que el toque parecía haberme hecho estallar. Me transfiguré. No podía sentir los pies, ni las piernas, ni parte alguna de mi cuerpo, pero algo me sostenía erecto.

No tengo idea de cuánto tiempo permanecí en esa posición. Mientras tanto, el coyote luminoso y el monte donde me hallaba se disolvieron. No había ideas ni sentimientos. Todo se había desconectado y yo flotaba libremente.

De súbito, sentí que mi cuerpo era golpeado, y luego envuelto por algo que me encendía. Tomé conciencia entonces de que el sol brillaba sobre mí. Yo distinguía vagamente una cordillera distante hacia el occidente. El sol casi se ocultaba en el horizonte. Yo lo miraba de frente, y entonces vi las "líneas del mundo". Percibí en verdad una extraordinaria profusión de líneas blancas, fluorescentes, que se en-

trecruzaban en todo mi alrededor. Por un momento pensé que tal vez se trataba del sol refractado por mis pestañas. Parpadee y volví a mirar. Las líneas eran constantes, y se superponían a todo cuanto había en torno, o lo atravesaban. Me di vuelta y examiné un mundo insólitamente nuevo. Las líneas eran visibles y constantes aunque yo no diera la cara al sol.

Me quedé allí en estado de éxtasis, durante lo que pareció un tiempo interminable; todo debe haber durado sólo unos minutos, acaso únicamente el tiempo que el sol brilló antes de llegar al horizonte, pero para mí fue la eternidad. Sentía que algo tibio y confortante brotaba del mundo y de mi propio cuerpo. Supe haber descubierto un secreto. Era tan sencillo. Experimentaba un torrente desconocido de sentimientos. Nunca en toda mi vida había tenido tal euforia divina, tal paz, tan amplio alcance, y sin embargo no me era posible traducir el secreto a palabras, ni siquiera a pensamientos, pero mi cuerpo lo conocía.

Luego me dormí o me desmayé. Cuando volví a cobrar conciencia de mí, yacía sobre las rocas. Me puse de pie. El mundo era como yo siempre lo había visto. Estaba oscureciendo, y automáticamente inicié el regreso hacia mi coche.

Don Juan estaba solo en la casa cuando llegué a la mañana siguiente. Le pregunté por don Genaro y dijo que andaba por allí, haciendo un mandado. Inmediatamente empecé a narrarle las extraordinarias experiencias que tuve. Escuchó con obvio interés.

-Sencillamente has parado el mundo -comentó cuando hube terminado mi recuento.

Quedamos un rato en silencio y luego don Juan dijo que yo debía dar las gracias a don Genaro por ayudarme. Parecía inusitadamente contento conmigo. Me palmeó la espalda repetidas veces, chasqueando la lengua.

-Pero es inconcebible que un coyote hable -dije.

-Eso no fue hablar -repuso don Juan.

-¿Qué era entonces?

-Tu cuerpo entendió por vez primera. Pero fallaste de reconocer que, por principio de cuentas, no era un coyote, y que ciertamente no hablaba como hablamos tú y yo.

-¡Pero el coyote de veras hablaba, don Juan!

-Mira quién es ahora el que dice idioteces. Después de tantos años de aprendizaje, deberías tener más conocimiento. Ayer paraste el mundo, y a lo mejor hasta viste. Un ser mágico te dijo algo, y tu cuerpo fue capaz de entenderlo porque el mundo se había derrumbado.

-El mundo era como es hoy, don Juan.

-No. Hoy los coyotes no te dicen nada, ni puedes ver las líneas del mundo. Ayer hiciste todo eso simplemente porque algo se paró dentro de ti.

-¿Qué cosa fue?

-Lo que se paró ayer dentro de ti fue lo que la gente te ha estado diciendo que es el mundo. Verás, desde que nacemos la gente nos dice que el mundo es así y asá, y naturalmente no nos queda otro remedio que ver el mundo en la forma en que la gente nos ha dicho que es.

Nos miramos.

-Ayer el mundo se hizo como los brujos te dicen que es -prosiguió-. En ese mundo hablan los coyotes y también los venados, como te dije una vez, y también las víboras de cascabel y los árboles y todos los demás seres vivientes. Pero lo que quiero que aprendas es ver. A lo mejor ahora ya sabes que el ver ocurre sólo cuando uno se cuela entre los mundos, el mundo de la gente común y el mundo de los brujos. Ahora estás justito enmedio de los dos. Ayer creíste que el coyote te hablaba. Cualquier brujo que no ve creería lo mismo, pero alguien que ve sabe que creer eso es quedarse atorado en el reino de los brujos. De la misma manera, no creer que los coyotes hablan es estar atorado en el reino de la gente común.

-¿Quiere usted decir, don Juan, que ni el mundo de la gente común ni el mundo de los brujos son reales?

-Son mundos reales. Pueden actuar sobre ti. Por ejemplo, podrías haberle pre-

guntado a ese coyote cualquier cosa que quisieras saber, y él se habría obligado a responderte. Lo único triste es que los coyotes no son de fiar. Son embusteros. Es tu destino no tener un compañero animal de confianza.
Don Juan explicó que el coyote sería mi compañero toda la vida y que, en el mundo de los brujos, tener un amigo coyote no era un estado de cosas muy de desear. Dijo que habría sido ideal que yo hablara con una serpiente de cascabel, pues son compañeras estupendas.
-Yo en tu lugar -añadió- jamás me fiaría de un coyote. Pero tú eres distinto y a lo mejor hasta te haces brujo coyote.
-¿Qué es un brujo coyote?
-Uno que saca muchas cosas de sus hermanos coyotes.
Quise seguir haciendo preguntas, pero me detuvo con un gesto.
-Has visto las líneas del mundo -dijo-. Has visto un ser luminoso. Ya casi estás listo para encontrarte con el aliado. Por supuesto, sabes que el hombre a quien viste en el matorral era el aliado. Oíste su rugido como el sonar de un avión de chorro. Te estará esperando a la orilla de un llano, un llano al que yo mismo te llevaré.
Guardamos silencio largo rato. Don Juan tenía las manos entrelazadas por encima del estómago. Sus pulgares se movían casi imperceptiblemente.
-También Genaro tendrá que ir con nosotros a ese valle -dijo de pronto-. Es el que te ha ayudado a parar el mundo.
Don Juan me miró con ojos penetrantes.
-Voy a decirte una cosa más -dijo, y rió-. Ya realmente no importa. El otro día, Genaro nunca movió tu carro del mundo de la gente común. Nada más te forzó a mirar el mundo como los brujos, y tu coche no estaba en ese mundo. Genaro quiso ablandar tu certeza. Sus payasadas hablaron a tu cuerpo acerca de lo absurdo que es tratar de entenderlo todo. Y cuando voló su papalote casi viste. Hallaste tu coche y estabas en los dos mundos. La razón de que casi se nos reventaran las tripas de tanto reír fue que tú de veras pensabas que nos estabas trayendo de donde creíste hallar tu coche.
-¿Pero cómo me forzó a ver el mundo como los brujos?
-Yo estaba con él. Los dos conocemos ese mundo Ya conociéndolo, lo único que se necesita para producirlo es usar ese otro anillo de poder que te he dicho que los brujos tienen. Genaro puede hacerlo con la misma facilidad con la que mueve los dedos. Te tuvo ocupado volteando piedras para distraer tus pensamientos y permitir que tu cuerpo viera.
Le dije que los sucesos de los tres últimos días habían causado algún daño irreparable a mi idea del mundo. Dije que, durante los diez años que llevaba de verlo, jamás había experimentado una sacudida tal, ni siquiera las veces que ingerí plantas psicotrópicas.
-Las plantas de poder son sólo una ayuda -dijo don Juan-. Lo de verdad es cuando el cuerpo se da cuenta de que puede ver. Sólo entonces somos capaces de saber que el mundo que contemplamos cada día no es nada, más que una descripción. Mi intención ha sido mostrarte eso. Desgraciadamente, te queda muy poco tiempo antes de que el. aliado te salga al paso.
-¿Tiene que salirme al paso?
-No hay manera de evitarlo. Para ver hay que aprender la forma en que los brujos miran el mundo; por eso hay que llamar al aliado, y una vez que se le llama, viene.
-¿No podía usted enseñarme a ver sin llamar al aliado?
-No. Para ver hay que aprender a mirar el mundo en alguna otra forma, y la única otra forma que conozco es la del brujo.

XX. EL VIAJE A IXTLÁN

DON GENARO regresó a eso del mediodía y, siguiendo la sugerencia de don Juan, los tres fuimos en coche a la cordillera donde yo estuve el día anterior. Caminamos por el mismo sendero que seguí, pero en vez de detenernos en la meseta alta, como yo había hecho, continuamos ascendiendo

hasta alcanzar la parte superior de la cordillera más baja; luego empezamos a descender a un valle llano.
Nos detuvimos a descansar en la cima de un cerro alto. Don Genaro eligió el lugar. Automáticamente me senté, como siempre he hecho en compañía de ambos, con don Juan a mi derecha y don Genaro a mi izquierda, formando un triángulo.
El chaparral desértico había adquirido un exquisito lustre húmedo. Se veía verde brillante tras una corta lluvia de primavera.
-Genaro te va a contar algo -me dijo don Juan de repente-. Te va a contar la historia de su primer encuentro con su aliado. ¿No es cierto, Genaro?
Había un matiz de ruego en la voz de don Juan. Don Genaro me miró y contrajo los labios hasta que su boca parecía un agujero redondo. Dobló la lengua contra el paladar y empezó a abrir y cerrar la boca como si tuviera espasmos.
Don Juan lo miró y rió con fuerza. Yo no sabía cómo tomar aquello.
-¿Qué está haciendo? -pregunté a don Juan.
-¡Es una gallina! -dijo él.
-¿Una gallina?
-Mira, mira su boca. Ése es el culo de la gallina, y está a punto de poner un huevo.
Los espasmos de don Genaro parecieron aumentar. Tenía en los ojos una expresión rara, de locura. Su boca se abrió como si los espasmos dilataran el agujero redondo. Produjo con la garganta una especie de graznido, dobló los brazos sobre el pecho con las manos hacia adentro y luego, sin ninguna ceremonia, escupió.
-¡Carajo! No era un huevo, era un pollo -dijo con expresión preocupada.
La postura de su cuerpo y la cara que tenía eran tan ridículas que, no pude menos que reír.
-Ahora que Genaro casi puso un huevo, a lo mejor te cuenta su primer encuentro con su aliado -insistió don Juan.
-A lo mejor -dijo don Genaro, sin interés.
Le supliqué que me lo contara.
Don Genaro se puso de pie, estiró los brazos y la espalda. Sus huesos crujieron. Luego volvió a sentarse.
-Era yo joven cuando me enfrenté por primera vez con mi aliado -dijo al fin-. Recuerdo que fue en las primeras horas de la tarde. Yo había estado en el campo desde el amanecer e iba de vuelta a mi casa. De repente, el aliado salió y se interpuso en mi camino. Me había estado esperando detrás de una masa y me invitaba a luchar. Yo iba a salir corriendo, pero me vino la idea de que yo era lo bastante fuerte pare enfrentarme con él. De todos modos tuve miedo. Un escalofrío me subió por la espalda y mi cuello se puso tieso como tabla. A propósito, ésa es siempre la señal de que uno está listo; digo, cuando el cuello se pone duro.
Se abrió la camisa y me enseñó su espalda. Tensó los músculos de su cuello, brazos y espalda. Noté la excelencia de su musculatura. Era como si el recuerdo del encuentro hubiese activado cada músculo en su torso.
-En tal situación -prosiguió-, siempre hay que cerrar la boca.
Se volvió a don Juan y dijo:
-¿No es cierto?
-Si -dijo don Juan calmadamente-. El choque que uno recibe al agarrar a un aliado es tan grande que uno podría arrancarse la lengua de una mordida o romperse los dientes. El cuerpo debe estar recto y bien plantado, y los pies deben agarrar el suelo.
Don Genaro se levantó y me enseñó la posición correcta: el cuerpo ligeramente doblado en las rodillas, los brazos colgando a los lados con los dedos curvados suavemente. Permaneció en esa postura un instante, y cuando creí que se sentaría, se lanzó de súbito hacia adelante en un salto estupendo, como si tuviera resortes en los talones. Su movimiento fue tan repentino que caí de espaldas; pero al caer tuve la clara impresión de que don Genaro había agarrado a un hombre, o algo con forma de hombre.
Volví a sentarme. Don Genaro conservaba aún una tremenda tensión en todo el cuer-

po; luego relajó abruptamente los músculos y volvió al lugar donde había estado y tomó asiento.
-Carlos acaba de ver ahorita a tu aliado -observó don Juan casualmente-, pero todavía está muy débil y se cayó.
-¿De veras? -preguntó don Genaro en tono ingenuo, y agrandó las fosas nasales.
Don Juan le aseguró que yo lo había "visto".
Don Genaro volvió a saltar hacia adelante; con tal fuerza que caí de costado. Ejecutó su salto con tanta rapidez que no pude saber cómo había alcanzado a ponerse en pie antes de lanzarse al frente.
Ambos rieron con fuerza y luego la risa de don Genaro se convirtió en un aullido indiscernible del de un coyote.
-No creas que tienes que saltar como Genaro para agarrar a tu aliado -dijo don Juan en tono de advertencia-. Genaro salta tan bien porque tiene su aliado que lo ayuda. Todo lo que tienes que hacer es plantarte con firmeza para soportar el impacto. Tienes que pararte como estaba Genaro antes de saltar; luego te avientas y agarras al aliado.
-Primero tiene que besar su escapulario -intervino don Genaro.
Don Juan, con severidad fingida, dijo que yo no llevaba escapularios.
-¿Y sus cuadernos? -insistió don. Genaro-. Tiene que hacer algo con sus cuadernos: ponerlos en alguna parte antes de brincar, o a lo mejor los usa para pegarle al aliado.
-¡Carajo! -dijo don Juan con sorpresa aparentemente genuina-. Nunca se me había ocurrido. Apuesto que será la primera vez que alguien derriba a un aliado a cuadernazos.
Cuando la risa de don Juan y el aullido coyotesco de don Genaro amainaron, todos estábamos de muy buen humor.
-¿Qué pasó cuando agarró usted a su aliado, don Genaro? -pregunté.
-Fue una gran sacudida -dijo don Genaro tras un titubeo momentáneo. Parecía haber estado ordenando sus pensamientos.
-Nunca imaginé que sería así -prosiguió-. Fue algo, algo, algo... como nada que pueda yo decir. Después que lo agarré, empezamos a dar vueltas. El aliado me hizo dar vueltas, pero yo no lo solté. Giramos por el aire tan rápido y tan fuerte que yo ya no veía nada. Todo era como una nube. Dimos vueltas, y vueltas, y más vueltas. De repente sentí que estaba parado otra vez en el suelo. Me miré. El aliado no me había matado. Estaba yo entero. ¡Era yo mismo! Supe entonces que había triunfado. Por fin tenía un aliado. Me puse a saltar de alegría. ¡Qué sensación! ¡Qué sensación aquélla!
"Luego miré alrededor para averiguar dónde estaba. No conocía por ahí. Pensé que el aliado debía haberme llevado por los aires para tirarme en algún sitio, muy lejos del lugar donde empezamos a dar vueltas. Me orienté. Pensaba que mi casa debía quedar hacia el este, así que empecé a caminar en esa dirección. Todavía era temprano. El encuentro con el aliado no llevó mucho tiempo. Al rato encontré un caminito, y entonces vi un grupo de hombres y mujeres que venían hacia mí. Eran indios. Me parecieron mazatecos. Me rodearon y preguntaron a dónde iba.
"-Voy a mi casa, en Ixtlán -les dije.
"-¿Andas perdido? -preguntó alguien.
"-Sí -dije-. ¿Por qué?
"-Porque Ixtlán no queda para allá. Ixtlán está para el otro lado. Nosotros vamos allí -dijo otro.
"-¡Vente con nosotros! -dijeron todos-. ¡Tenemos comida!"
Don Genaro dejó de hablar y me miró como si esperara una pregunta.
-Bueno, ¿qué pasó? -pregunté-. ¿Se fue usted con ellos?
-No -dijo-. Porque no eran reales. Lo supe de inmediato, apenas se me acercaron. Había en sus voces, en su amabilidad algo que los delataba, sobre todo cuando me pedían ir con ellos. Eché a correr. Me llamaron y me rogaron que volviera. Las súplicas me perseguían, pero yo seguí corriendo.
¿Quiénes eran? -pregunté.
-Personas -repuso don Genaro, cortante-. Sólo que no eran reales.
-Eran como apariciones -explicó don Juan-. Como fantasmas.

-Después de caminar un rato -prosiguió don Genaro-, cobré más confianza. Supe que Ixtlán quedaba en la dirección que yo llevaba. Y entonces vi dos hombres que venían hacia mí por el camino. También parecían mazatecos. Tenían un burro cargado de leña. Pasaron junto a mí y murmuraron:

"-Buenas tardes.

"-¡Buenas tardes! -dije y seguí de frente. No me hicieron caso y continuaron su camino. Disminuí el paso, y como si tal cosa me volví a mirarlos. Ellos se alejaban sin preocuparse por mí. Parecían reales. Corrí tras ellos gritando:

"-¡Esperen, esperen!"

"Detuvieron al burro y se pararon uno a cada lado del animal, como protegiendo la carga.

"-Estoy perdido en estas montañas -les dije-. ¿Para dónde queda Ixtlán?

"Señalaron en la dirección en que iban.

"-Está usted muy lejos -me dijo uno-. Queda al otro lado de esas montañas. Tardará usted cuatro o cinco días en llegar.

"Luego dieron la vuelta y siguieron andando. Sentí que eran indios de verdad y les rogué que me dejaran ir con ellos.

"Caminamos juntos un rato, y luego uno de ellos sacó su bastimento y me ofreció de comer. Yo me quedé quieto. Había algo muy extraño en la forma en que me ofrecía su comida. Mi cuerpo se asustó, de modo que me eché para atrás y corrí. Los dos me dijeron que moriría en las montañas si no iba con ellos, y trataron de convencerme para que volviera. También sus ruegos eran muy extraños, pero yo corrí de ellos con toda mi fuerza.

"Seguí andando. Supe entonces que iba bien para Ixtlán y que esos fantasmas trataban de apartarme de mi camino.

"Encontré otros ocho; deben haber conocido que mi decisión era inflexible. Se pararon junto al camino y me miraban con ojos implorantes. La mayoría no dijo una sola palabra, pero las mujeres eran más audaces y me rogaban. Algunas me enseñaban comida y otras cosas que se suponía estaban vendiendo, como inocentes vendedoras al lado del camino. No me detuve ni las miré.

"Ya era muy de tarde cuando llegué a un valle que me pareció reconocer. Algo tenía de familiar. Pensé que había estado antes allí, pero en tal caso me hallaba en realidad al sur de Ixtlán. Empecé a buscar puntos de referencia para orientarme debidamente y corregir mi ruta, cuando vi a un niño indio que cuidaba unas cabras. Tenía unos siete años y vestía como yo había vestido a su edad. De hecho, me recordaba a mí mismo, cuando pastoreaba las dos cabras de mi padre.

"Lo observé un tiempo; el niño hablaba solo, igual que yo entonces, y hablaba con sus cabras. Por lo que yo sabía de cuidar cabras, el muchacho era de veras bueno para eso. Era cabal y cuidadoso. No mimaba a sus cabras, pero tampoco era cruel con ellas.

"Decidí llamarlo. Cuando le hablé en voz alta, se paró de un salto y corrió a un repecho y me espió escondido detrás de unas rocas. Parecía dispuesto a correr por su vida. Me cayó bien. Parecía tener miedo, y sin embargo halló tiempo para pastorear las cabras y quitarlas de mi vista.

"Le hablé mucho rato; dije que andaba perdido y que no sabía el camino a Ixtlán. Pregunté el nombre del sitio donde estábamos y él dijo que era el sitio que yo pensaba. Eso me hizo muy dichoso. Me di cuenta de que ya no andaba perdido y pensé en el poder que mi aliado debía tener para transportar todo mi cuerpo en menos de un parpadeo.

"Di las gracias al niño y eché a caminar. Él salió como si tal cosa de su escondite y pastoreó sus cabras hacia una vereda que apenas se notaba. La vereda parecía bajar al valle. Llamé al niño y no corrió. Caminé hacia él y, cuando me acerqué demasiado, saltó al matorral. Lo felicité por su cautela y empecé a hacerle preguntas.

"-¿Para dónde va esta vereda? -pregunté.

"-Para abajo -dijo él.

"-¿Dónde vives?

"-Allá abajo.

"-¿Hay muchas casas allá abajo?

"-No, nada más una.

"-¿Dónde están las otras casas?
"El niño apuntó para el otro lado del valle, con indiferencia, como hacen los niños de su edad. Luego empezó a bajar la vereda con sus cabras.
"-Espera -le dije-. Estoy muy cansado y tengo mucha hambre. Llévame con tus papás.
"-No tengo papás -dijo el niño, y eso me sacudió. No sé por qué, pero su voz me hizo titubear. El niño, notando mis dudas, se paró y volteó hacia mí.
-No hay nadie en mi casa -dijo-. Mi tío se fue y su mujer anda en los campos. Hay bastante comida. Bastante. Ven conmigo.
"Casi me puse triste. El niño era también un fantasma. El tono de su voz y su ansiedad lo habían traicionado. Los fantasmas estaban dispuestos a capturarme, pero yo no tenía miedo. Seguía aterido por el encuentro con el aliado. Quise enojarme con el aliado o con los fantasmas, pero por alguna razón no pude enojarme como antes, así que dejé de hacer el intento. Luego quise entristecerme, porque el niñito me había caído bien, pero no pude, así que también dejé eso en paz.
"De pronto me di cuenta de que tenía un aliado y nada podían hacerme los fantasmas. Seguí al muchacho por la vereda. Otros fantasmas salieron veloces y trataron de hacerme caer a los precipicios, pero mi voluntad era más fuerte que ellos. Deben haberlo sentido, porque dejaron de molestar. Después de un rato, nada más se quedaban parados junto a mi camino; de vez en cuando algunos me saltaban encima, pero yo los detenía con mi voluntad. Y luego dejaron de molestarme en absoluto."
Don Genaro calló largo rato.
Don Juan me miró.
-¿Qué ocurrió después de eso, don Genaro? -pregunté.
-Seguí caminando -respondió sin énfasis.
Al parecer, había terminado su relato y no había nada que deseara añadir.
Le pregunté por qué el hecho de que le ofrecieran comida era indicativo de su condición de fantasmas.
No contestó. Inquirí más a fondo y quise saber si, entre los mazatecos, era costumbre negar la comida, o preocuparse mucho por asuntos alimenticios.
Dijo que el tono de las voces, la ansiedad por llevárselo consigo, y la manera en que los fantasmas hablaban de comida, eran las indicaciones; y que él supo eso porque su aliado lo ayudaba. Afirmó que, por sí solo, jamás habría notado esas peculiaridades.
-¿Eran aliados esos fantasmas, don Genaro? -pregunté.
-No. Eran gente.
-¿Gente? Pero usted dijo que eran fantasmas.
-Dije que ya no eran reales. Después de mi encuentro con el aliado, ya nada fue real.
Guardamos silencio un rato largo.
-¿Cuál fue el resultado final de aquella experiencia, don Genaro? -pregunté.
-¿Resultado final?
-Digo, ¿cuándo y cómo llegó usted por fin a Ixtlán?
Ambos echaron a reír al mismo tiempo.
-Conque ése es para ti el resultado final -comentó don Juan-. Digamos entonces que no hubo ningún resultado final en el viaje de Genaro. Nunca habrá ningún resultado final. ¡Genaro va todavía camino a Ixtlán!
Don Genaro me miró con ojos penetrantes y luego volvió la cabeza para observar la distancia, hacia el sur.
-Nunca llegaré a Ixtlán -dijo.
Su voz era firme pero suave, casi un murmullo.
-Pero en mis sentimientos... en mis sentimientos pienso a veces que estoy a un solo paso de llegar. Pero nunca llegaré. En mi viaje, ni siquiera encuentro los sitios que conocía. Nada es ya lo mismo.
Don Juan y don Genaro se miraron. Había algo muy triste en sus ojos.
-En mi viaje a Ixtlán sólo encuentro viajeros fantasmas -dijo suavemente don Genaro.
No entendí a qué se refería. Miré a don Juan.
-Todos aquellos con los que Genaro se encuentra en su camino a Ixtlán son nada más seres efímeros -explicó don Juan-.

Tú, por ejemplo. Eres un fantasma. Tus sentimientos y tu ansiedad son los de la gente. Por eso dice que sólo se encuentra viajeros fantasmas en su viaje a Ixtlán.
De pronto me di cuenta de que el viaje de don Genaro era una metáfora.
-Entonces, su viaje a Ixtlán no es real -dije.
-¡Es real! -repuso don Genaro-. Los viajeros no son reales.
Señaló a don Juan con un movimiento de cabeza y dijo enfáticamente:
-Éste es el único que es real. El mundo es real sólo cuando estoy con éste.
Don Juan sonrió.
-Genaro te contaba su historia -dijo- porque ayer paraste el mundo, y él piensa que también viste, pero eres tan tonto que tú mismo no lo sabes. Yo le digo que eres un ser muy raro, y que tarde o temprano verás. De cualquier modo, en tu próximo encuentro con el aliado, si acaso llega, tendrás que luchar con él y domarlo. Si sobrevives al choque, de lo cual estoy seguro, pues eres fuerte y has estado viviendo como guerrero, te encontrarás vivo en una tierra desconocida. Entonces, como es natural para todos nosotros, lo primero que querrás hacer es volver a Los Ángeles. Pero no hay modo de volver a Los Ángeles. Lo que dejaste allí está perdido para siempre. Para entonces, claro, serás brujo, pero eso no ayuda; en un momento así, lo importante para todos nosotros es el hecho de que todo cuanto amamos, odiamos, o deseamos ha quedado atrás. Pero los sentimientos del hombre no mueren ni cambian, y el brujo inicia su camino a casa sabiendo que nunca llegará, sabiendo que, ningún poder sobre la tierra, así sea su misma muerte, lo conducirá al sitio, las cosas, la gente que amaba. Eso es lo que Genaro te dijo.
La explicación de don Juan fue como un catalizador; el pleno impacto de la historia de don Genaro me golpeó súbitamente cuando empecé a relacionar el relato con mi propia vida.
-¿Y las personas que yo quiero? -pregunté a don Juan-. ¿Qué les va a pasar?
-Todas se quedarán atrás -dijo.
-¿Pero no hay manera de recuperarlas? ¿Podría yo rescatarlas y llevarlas conmigo?
-No. Tu aliado te llevará, a ti solo, a mundos desconocidos.
-Pero yo podré volver a Los Ángeles, ¿no? Podría tomar el autobús o un avión e ir allí. Los Ángeles seguirá allí, ¿no?
-Seguro -dijo don Juan, riendo-. Y también Manteca y Temecula y Tucson.
-Y Tecate -añadió don Genaro con gran seriedad.
-Y Piedras Negras y Tranquitas -dijo don Juan, sonriendo.
Don Genaro agregó más nombres y lo mismo hizo don Juan; ambos se dedicaron a enumerar una serie de hilarantes e increíbles nombres de ciudades y pueblos.
-Dar vueltas con tu aliado cambiará tu idea del mundo -dijo don Juan-. Esa idea es todo, y cuando cambia, el mundo mismo cambia.
Me recordó que una vez le había leído un poema y quiso que se lo recitara. Citó unas cuantas palabras y me acordé de haberle leído unos poemas de Juan Ramón Jiménez. El que tenía en mente se titulaba "El viaje definitivo". Lo recité:

...Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros cantando;
y se quedará mi huerto, con su verde árbol,
y con su pozo blanco.
Todas las tardes, el cielo será azul y plácido;
y tocarán, como esta tarde están tocando,
las campanas del campanario.
Se morirán aquellos que me amaron;
y el pueblo se hará nuevo cada año;
y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado,
mi espíritu errará, nostálgico...

-Ése es el sentimiento de que habla Genaro -dijo don Juan-. Para ser brujo, hay que ser apasionado. Un hombre apasionado tiene posesiones en la tierra y cosas que le son queridas, aunque sea nada .más que el camino por donde anda.
"Lo que Genaro te dijo en su historia es

precisamente eso. Genaro dejó su pasión en Ixtlán: su casa, su gente, todas las cosas que le importaban. Y ahora vaga al acaso por aquí y allá cargado de sus sentimientos; y a veces, como dice, está a punto de llegar a Ixtlán. Todos nosotros tenemos eso en común. Para Genaro es Ixtlán; para ti será Los Ángeles; para mi...

No quise que don Juan me hablara de sí mismo. Hizo una pausa como si hubiera leído mi pensamiento.

Genaro suspiró y parafraseó los primeros versos del poema.

-Me fui. Y se quedaron los pájaros, cantando.

Durante un instante sentí que una oleada de zozobra y soledad indescriptible nos envolvía a los tres. Miré a don Genaro y supe que, siendo un hombre apasionado, debió haber tenido tantos lazos del corazón, tantas cosas que le importaban y que sin embargo dejó atrás. Tuve la clara sensación de que en ese momento la fuerza de su recuerdo iba a precipitarse en talud, y que don Genaro estaba al filo del llanto. Aparté con premura los ojos. La pasión de don Genaro, su soledad suprema, me hacían llorar. Miré a don Juan. Él me observaba.

-Sólo como guerrero se puede sobrevivir en el camino del conocimiento -dijo-. Porque el arte del guerrero es equilibrar el terror de ser hombre con el prodigio de ser hombre.

Contemplé a los dos, uno por uno. Sus ojos eran claros y apacibles. Habían invocado una oleada de nostalgia avasalladora y, cuando parecían a punto de estallar en apasionadas lágrimas, contuvieron la marea. Creo que, por un instante, vi. Vi la soledad humana como una ola gigantesca congelada frente a mí, detenida por el muro invisible de una metáfora.

Mi tristeza era tanta que me sentí eufórico. Abracé a los dos.

Don Genaro sonrió y se puso en pie. Don Juan también se levantó, y colocó suavemente la mano en mi hombro.

-Vamos a dejarte aquí -dijo-. Haz lo que te parezca correcto. El aliado te estará esperando al borde de aquel llano.

Señaló un valle oscuro en la distancia.

-Si todavía no sientes que sea tu hora, no vayas a la cita -prosiguió-. Nada se gana forzando las cosas. Si quieres sobrevivir, debes ser claro como el cristal y estar mortalmente seguro de ti mismo.

Don Juan se alejó sin mirarme, pero don Genaro se volvió un par de veces y, con un guiño y un movimiento de cabeza, me instó a avanzar. Los miré hasta que desaparecieron en la distancia y luego fui a mi coche y me marché. Sabía que aún no había llegado mi hora.

FIN

* * *

CARLOS CASTANEDA

RELATOS DE PODER

MANO IZQUIERDA EDITORES

Carlos Castaneda.
Relatos de Poder.

Fotografía de Portada: Josh Rose by Unsplash.

Edición bajo el cuidado de:
Mano Izquierda Editores.

Circa, 2019.
Lima, Perú.

RELATOS DE PODER

Las condiciones del pájaro solitario son cinco. La primera, que se va a lo más alto; la segunda, que no sufre compañía aunque sea de su naturaleza; la tercera, que pone el pico al aire; la cuarta, que no tiene determinado color; la quinta, que canta suavemente.

SAN JUAN DE LA CRUZ, Dichos de luz y amor.

PRIMERA PARTE
UN TESTIGO DE ACTOS DE PODER

CITA CON EL CONOCIMIENTO

Llevaba yo varios meses sin ver a don Juan. Era el otoño de 1971. Tuve la certeza de que se encontraba en casa de don Genaro, en el México central, y realicé los preparativos necesarios para un viaje de seis o siete días. Al segundo día, obedeciendo a un impulso, me detuve al mediar la tarde en la casa de don Juan en Sonora. Estacioné el coche y caminé una corta distancia hasta la casa misma. Para mi sorpresa, lo encontré allí.

-¡Don Juan! No esperaba hallarlo aquí -dije.

Echó a reír, deleitado por mi asombro. Estaba sentado en un cajón de leche vacío, junto a la puerta delantera. Al parecer me aguardaba. Había un aire de hazaña cumplida en la desenvoltura con que me saludó. Quitándose el sombrero, lo agitó cómicamente en florido gesto. Se lo puso de nuevo y me hizo un saludo militar. Se hallaba reclinado en la pared, a horcajadas en el cajón como sobre una silla de montar.

-Siéntate, siéntate -dijo en tono jovial-. Qué gusto me da que estés otra vez por aquí.

-Ya me estaba yendo hasta Oaxaca a buscarlo, don Juan -dije-. Y luego habría tenido que regresar a Los ángeles. El hallarlo aquí me ahorra días y días de manejar.

-De todos modos me habrías encontrado -dijo él en tono misterioso-, pero digamos que me debes los seis días que hubieras tardado en llegar allá, días que deberías emplear en algo más interesante que andar correteando en tu carro.

Había algo cautivante en la sonrisa de don Juan. Su calidez era contagiosa.

-¿Y dónde están los instrumentos? -preguntó, haciendo un gesto de escribir a mano.

Le dije que los había dejado en el coche; él respondió que sin ellos me veía extraño y me hizo ir a traerlos.

-Acabo de escribir un libro -dije.

Fijó en mí una mirada larga y peculiar que me dio comezón en la boca del estómago. Era como si empujase mi parte media con un objeta suave. Sentí que me iba a poner mal, pero entonces don Juan miró para otro lado y recobré mi primera sensación de bienestar.

Quise hablar de mi libro, pero él indicó con un gesto que no quería oír nada sobre el tema. Sonrió. Desbordaba ligereza y encanto, e inmediatamente me envolvió en una larga conversación acerca de personas y de sucesos actuales. Al cabo de un buen rato logré por fin desviar la conversación hacia el tópico de mi interés. Empecé mencionando que, al revisar mis antiguas notas, me di cuenta de que él me había estado dando, desde el principio de

nuestra asociación, una descripción detallada del mundo de los brujos. A la luz de lo que me dijo en aquellas etapas, comencé a poner en tela de juicio el papel de las plantas alucinógenas.

-¿Por qué me hizo usted tomar tantas veces esas plantas de poder? -pregunté.

Rió y musitó, en voz muy suave:

-Porque eres un idiota.

Lo oí perfectamente, pero quise cerciorarme y fingí no haber entendido.

-¿Cómo dijo? -inquirí.

-Tú sabes lo que dije -replicó, y se puso en pie.

Al pasar junto a mí me golpeó la cabeza con un dedo.

-Eres un poco lento -dijo-. Y no había otra forma de sacudirte.

-¿De modo que nada de eso era absolutamente necesario? -pregunté.

-Lo era, en tu caso. Pero hay otros tipos de gente que no parecen necesitarlas.

Se quedó parado junto a mí, la vista fija en la copa de los matorrales al lado izquierdo de su casa; luego volvió a sentarse y habló de Eligio, su otro aprendiz. Dijo que Eligio había tomado plantas psicotrópicas una sola vez desde el inicio del aprendizaje, pero no obstante se hallaba, quizás, incluso más adelantado que yo.

-Tener sensibilidad es una condición natural de cierta gente -dijo-. Tú no la tienes. Pero tampoco yo. A fin de cuentas, la sensibilidad importa muy poco.

-¿Qué es entonces lo que importa? -pregunté.

Pareció buscar una respuesta adecuada.

-Lo que importa es que un guerrero sea impecable -dijo al fin-. Pero eso es sólo una manera de decir las cosas, un modo de andarse por las ramas. Tú ya has terminado algunas tareas de brujería y creo que ya es hora de mencionar la fuente de todo lo que importa. Así pues, diré que lo importante para un guerrero es llegar a la totalidad de uno mismo.

-¿Qué es la totalidad de uno mismo, don Juan?

-Dije que nada más iba a mencionarla. Todavía quedan en tu vida muchos cabos sueltos que debes atar antes de que podamos hablar de la totalidad de uno mismo.

Con eso puso fin a la conversación. Hizo un ademán para callarme. Al parecer, había algo o alguien en la cercanía. Ladeó la cabeza hacia un lado, como para escuchar. Pude ver el blanco de sus ojos mientras enfocaban los arbustos más allá de la casa, hacia la izquierda. Escuchó atentamente unos momentos y luego se puso en pie, se acercó y me susurró al oído que debíamos dejar la casa y salir a un paseo.

-¿Algo anda mal? -pregunté, también en un susurro.

-No. Nada anda mal -dijo-. Todo anda bastante bien.

Me guió al chaparral desértico. Caminamos cosa de media hora y llegamos a una pequeña área circular libre de vegetación, un sitio de unos cuatro metros de diámetro donde el suelo rojizo estaba apisonado y perfectamente plano. No había, sin embargo, señas de que el espacio hubiera sido desmontado y aplanado con maquinaria. Don Juan se sentó en el centro, mirando al sureste. Señaló un sitio como a metro y medio de distancia y me pidió sentarme allí, dándole la cara.

-¿Qué vamos a hacer aquí? -pregunté.

Tenemos una cita aquí esta noche -respondió.

Escudriñó los alrededores con rápida mirada, girando sobre su eje hasta hallarse de nuevo mirando al sureste.

Sus movimientos me alarmaron. Le pregunté con quién teníamos cita.

-Con el conocimiento -repuso-. Digamos que el conocimiento anda merodeando por aquí.

No me dio oportunidad de pensar en su críptica respuesta. Rápidamente cambió el tema y en tono jovial me instó a portarme con naturalidad, es decir, a tomar notas y hablar como hubiéramos hecho en su casa.

Lo que más presionaba mi mente en esos instantes era la vívida sensación que, seis meses antes, tuve de "hablar" con un coyote. Ese evento significaba que por vez primera fui capaz de visualizar o aprisio-

nar, con mis cinco sentidos y en total sobriedad, la descripción mágica del mundo: una descripción en que la comunicación a través de palabras con los animales era asunto rutinario.
-No vamos a ponernos a revivir ninguna experiencia de tal naturaleza -dijo don Juan al oír mi pregunta-. No es dable que le des tal atención a los hechos pasados. Podemos tocarlos, pero sólo como referencia.
-¿Por qué motivo, don Juan?
-Todavía no tienes suficiente poder personal para buscar la explicación de los brujos.
-¡Entonces hay una explicación de brujos!
-Claro. Los brujos son hombres. Somos criaturas del pensamiento. Buscamos aclaraciones.
-Yo tenía la impresión de que mi gran falla era buscar explicaciones.
-No. Tu falla es buscar explicaciones convenientes, explicaciones que se ajustan a ti y a tu mundo. Lo que no me gusta es que seas tan razonable. Un brujo también explica las cosas en su mundo, pero no es tan terco como tú.
-¿Cómo puedo llegar a la explicación de los brujos?
-Acumulando poder personal. El poder personal te hará deslizarte con gran facilidad y entrar en la explicación de los brujos. La explicación no es lo que, tú llamarías una explicación; sin embargo, aunque no aclara el mundo ni sus misterios, los hace menos pavorosos. Ésa debería ser la esencia de una explicación, pero no es eso lo que tú buscas. Tú andas detrás del reflejo de ti y tus ideas.
Perdí el impulso de hacer preguntas. Pero su sonrisa me invitaba a seguir hablando. Otro asunto de gran importancia para mí era su amigo don Genaro y el extraordinario efecto que sus acciones habían surtido en mi. Cada vez que entraba en contacto con él, experimentaba distorsiones sensoriales de lo más, extrañas.
Don Juan rió cuando planteé mi pregunta.
-Genaro es estupendo -dijo-. Pero no tiene sentido por ahora hablar de él ni de lo que te hace. Tampoco tienes suficiente poder personal para desenvolver ese tema. Espera a tenerlo, y entonces hablaremos.
-¿Y si nunca lo tengo?
-Si nunca lo tienes, nunca hablaremos.
-Al paso que voy, ¿tendré alguna vez el suficiente? -pregunté.
-De ti depende -respondió-. Yo te he dado toda la información necesaria. Ahora es responsabilidad tuya ganar suficiente poder personal para inclinar la balanza.
-Habla usted en metáforas -dije-. Háblame claro. Dígame exactamente qué debo hacer. Si ya me lo dijo, digamos que lo olvidé.
Don Juan chasqueó la lengua y se acostó, con los brazos detrás de la cabeza.
-Tú sabes exactamente lo que necesitas -dijo.
Respondí que a veces creía saberlo, pero que la mayor parte del tiempo carecía de confianza en mi mismo.
-Me temo que confundes las cosas -dijo-. La confianza de un guerrero no es la confianza del hombre común. El hombre común busca la certeza en los ojos del espectador y llama a eso confianza en sí mismo. El guerrero busca la impecabilidad en sus propios ojos y llama a eso humildad. El hombre común está enganchado a sus prójimos, mientras que el guerrero sólo depende de sí mismo. Andas en pos de lo imposible. Buscas la confianza del hombre común, cuando deberías buscar la humildad del guerrero. Hay una gran diferencia entre las dos. La confianza implica saber algo con certeza; la humildad implica ser impecable en los propias actos y sentimientos.
-He tratado de vivir de acuerdo con sus consejos -dije-. Tal vez no sea yo lo mejor, pero soy lo mejor de mí mismo. ¿Es eso impecabilidad?
-No. Debes ser aún mejor. Debes empujarte siempre más allá de tus límites.
-Pero eso sería una locura, don Juan. Nadie puede hacer eso.
-Muchas cosas que haces ahora te habrían parecido una locura hace diez años. Las cosas esas nunca cambiaron, pero sí cam-

bió tu idea de ti mismo; lo que antes era imposible es ahora perfectamente posible, y a lo mejor el que logres cambiarte por completo es sólo cuestión de tiempo. En este asunto, el único camino posible para un guerrero es actuar directamente y sin reservas. Ya conoces el camino del guerrero lo suficiente para desenvolverte bastante bien; pero te salen al encuentro tus malas costumbres.

Comprendí a qué se refería.

-¿Cree usted que escribir es una de esas malas costumbres que debo cambiar? -pregunté-. ¿Debo destruir mi nuevo manuscrito?

No contestó. Se puso en pie y se volvió a mirar el borde del matorral.

Le conté que había recibido una cantidad de cartas en las que diversas personas me señalaban el error de escribir acerca de mi aprendizaje. Citaban como precedente el hecho de qué los maestros de las doctrinas esotéricas orientales exigían discreción absoluta con respecto a sus enseñanzas.

-Capaz si esos maestros tienen el vicio de ser maestros -dijo don Juan sin mirarme-. Yo no soy maestro. Yo soy solamente un guerrero. No sé en realidad qué es lo que uno siente como maestro.

-Pero quizás estoy revelando cosas que no debería, don Juan.

-No importa lo que uno revela ni lo que uno se guarda -dijo-. Todo cuanto hacemos, todo cuanto somos, descansa en nuestro poder personal. Si tenemos suficiente, una palabra que se nos diga podría ser suficiente para cambiar el curso de nuestra vida. Pero si no tenemos suficiente poder personal, se nos puede revelar la sabiduría más grande y esa revelación nos importaría un ajo.

Luego bajó la voz como si me estuviera revelando un asunto confidencial.

-Voy a decirte algo que a lo mejor es la mayor sabiduría a la que uno puede dar voz -dijo-. A ver qué haces can ella.

"¿Sabes que en este mismo instante estás rodeado por la eternidad? ¿Y sabes que puedes usar esa eternidad, si así lo deseas?"

Tras una larga pausa, durante la cual un sutil movimiento de sus ojos me instaba a rendir alguna formulación, dije no entender de qué hablaba.

-¡Allí! ¡La eternidad está allí! -dijo, señalando el horizonte.

Luego apuntó hacia el cenit.

-O allí, o quizá podamos decir que la eternidad es así.

Extendió los brazos para señalar al este y al oeste.

Nos miramos. Sus ojos contenían una pregunta.

-¿Y qué me dices de esto? -inquirió, animándome a meditar sus palabras.

No supe qué responder.

-¿Sabes que puedes extenderte hasta el infinito en cualquiera de las direcciones que he señalado? -prosiguió-. ¿Sabes que un momento puede ser la eternidad? Esto no es una adivinanza; es un hecho, pero sólo si te montas en ese momento y lo usas para llevar la totalidad de ti mismo hasta el infinito, en cualquier dirección.

Se me quedó mirando.

-Antes no tenías este conocimiento -dijo, sonriendo-. Ahora es tuyo. Te lo he dado, y sin embargo no importa nada, porque no tienes suficiente poder personal para utilizar mi revelación. Pero si lo tuvieras, sólo mis palabras serían el medio para que acorralaras toda tu totalidad, y sacaras la parte que manda, de estos límites que la contienen.

Vino a mi lado y me tocó el pecho con los dedos; fue un golpe muy ligero.

-Estos son los límites de los que hablo -dije Uno puede salir de ellos. Somos un sentimiento, un darse cuenta encajonado aquí.

Me palmeó los hombros con las manos. Mi cuaderno y mi lápiz cayeron por tierra. Don Juan puso el pie sobre el cuaderno y me miró con fijeza; luego rió.

Le pregunté si lo molestaba tomando notas. Dijo que no, en tono confortante, y apartó el pie.

-Somos seres luminosos -dijo, meneando rítmicamente la cabeza-. Y para un ser luminoso lo único que importa es el poder personal. Pero si me preguntas qué cosa

es el poder personal, debo decirte que mi explicación no lo explicará.
Don Juan miró el horizonte occidental y dijo que todavía quedaban unas horas de luz diurna.
-Tenemos que estarnos aquí mucho rato -explicó-. Así pues; o nos sentarnos en silencio o hablamos. Para ti no es natural estar callado, de modo que sigamos hablando. Este lugar es un sitio de poder y debe acostumbrarse a nosotros antes de que caiga la noche. Debes quedarte sentado, lo más natural que puedas, sin miedo y sin impaciencia. Parece que es más fácil para ti estar tranquilo cuando escribes, así que escribe cuanto se te dé la gana.
"Y ahora, a ver si me cuentas de tu soñar."
La súbita transición me tomó desprevenido. Don Juan repitió su petición. Había mucho que decir al respecto. "Soñar" implicaba el cultivo de un poder peculiar sobre los propios sueños, hasta el punto en que las experiencias habidas en ellos y las vividas en las horas de vigilia adquirían la misma valencia pragmática. Los brujos alegaban que, bajo el impacto del "soñar", los criterios ordinarios para diferenciar entre sueño y realidad se hacían inoperantes.
La praxis del "solar" era, para don Juan, un ejercicio que consistía en hallar las propias manos durante un sueño. En otras palabras, uno debía soñar deliberadamente que buscaba y hallaba sus manos en un sueño que consistía en soñar que uno alzaba las manos al nivel de los ojos.
Después de años de intentos infructuosos, yo había logrado finalmente la tarea. Considerando retrospectivamente, se me evidenció que sólo pude alcanzar el éxito tras haber obtenido cierto grado de dominio sobre el mundo de mi vida cotidiana.
Don Juan quiso saber los puntos salientes. Empecé a contarle que la dificultad de estructurar la orden de mirarme las manos parecía ser, muy a menudo, insuperable. Él me había advertido que la primera etapa de la faceta preparatoria, lo que él llamaba "armar los sueños", consistía en un juego mortal que la mente jugaba consigo misma, y que cierta parte de mi ser iba a hacer todo lo posible por impedir el cumplimiento de mi tarea. Eso podía incluir, dijo don Juan, el arrojarme a una pérdida de significado, a la melancolía, o incluso a una depresión suicida. Sin embargo, no llegué tan lejos. Mi experiencia se quedó más bien en el lado ligero, cómico; no obstante, la frustración era igual. Cada vez que, en un sueño, estaba a punto de mirarme las manos, algo extraordinario sucedía; echaba yo a volar, o el sueño se volvía pesadilla, o simplemente se transformaba en una placentera experiencia de excitación corporal; todo lo contenido en el sueño se extendía mucho más allá de lo "normal" en lo referente a vividez y, por ello, resultaba absorbente en extremo. La intención original de observar mis manos siempre se olvidaba a la luz de la nueva situación.
Una noche, inesperadamente, hallé mis manos en sueños. Soñaba recorrer una calle desconocida en una ciudad extranjera y de pronto alcé las manos y las puse frente a mi rostro. Fue como si algo en mí cediera para permitirme observar el dorso de mis manos.
Las instrucciones de don Juan estipulaban que, apenas la percepción de mis manos empezara a disolverse o transformarse, yo debía trasladar la mirada a cualquier otro elemento en el ámbito del sueño. En aquella ocasión particular, la trasladé a un edificio en el extremo de la calle. Cuando la apariencia del edificio empezó a disiparse, presté atención a otros elementos ambientales. El resultado final fue la imagen increíblemente clara, de una calle desierta en alguna ciudad extranjera.
Don Juan me hizo contar otras experiencias en el "soñar". Hablamos largo rato.
Al acabar mi reporte, él se levantó y fue al matorral. Me incorporé también. Estaba nervioso. Era una sensación injustificada, pues nada había que invocara miedo o cuidado. Don Juan no tardó en volver. Advirtió mi agitación.
-Sosiégate -dijo, mientras asía con suavidad mi brazo.

Me hizo tomar asiento y me puso el cuaderno en el regazo. Me animó a escribir. Argumentaba que yo no debía inquietar el sitio de poder con innecesarios sentimientos de miedo o vacilación.
-¿Por qué me pongo tan nervioso? -pregunté.
-Es natural -dijo-. Algo en ti se ve amenazado por tus quehaceres en el soñar. Mientras no pensabas en ellos, anduviste bien. Pero ahora que me revelaste tus acciones estás a punto de desmayarte:
"Cada guerrero tiene su propio modo de soñar. Todos son distintos. Lo único que tenemos en común es que algo en nosotros tiende trampas para obligarnos a abandonar la empresa. El remedio es persistir a pesar de todas las barreras y desilusiones."
Luego me preguntó si era yo capaz de elegir temas para "soñar". Dije no tener la menor idea de cómo hacerlo.
-La explicación de los brujos acerca de cómo escoger un tema para soñar -dijo él- es que el guerrero escoge el tema manteniendo a fuerza una imagen en la mente mientras para su diálogo interior. En otras palabras, si es capaz de no hablar consigo mismo por un momento, y luego evoca la imagen o el pensamiento de lo que quiere soñar, aunque sólo sea por un instante, lo deseado vendrá a él. Estoy seguro de que esto es lo que has hecho, aunque sin darte cuenta.
Hubo una larga pausa y después don Juan empezó a husmear el aire. Parecía limpiarse la nariz; exhaló por ella tres o cuatro veces, con gran fuerza. Los músculos de su abdomen se contraían en espasmos que él controlaba aspirando breves bocanadas de aire.
-Ya no vamos a hablar más de soñar -dijo-. Podrías obsesionarte. Para lograr éxito en cualquier empresa se debe ir muy despacio, con mucho esfuerzo pero sin tensión ni obsesiones.
Se puso en pie y caminó hasta el borde del matorral. Agachándose, escrutó el follaje. Parecía examinar algo en las hojas, sin acercarse a ellas demasiado.
-¿Qué hace usted? -pregunté, incapaz de contener la curiosidad.
Me encaró, sonriendo y alzando las cejas.
-Los matorrales están llenos de cosas extrañas -dijo al sentarse de nuevo.
De tan casual, su tono me asustó más que si hubiera lanzado un alarido súbito. Lápiz y cuaderno cayeron de mis manos. Me remedó entre risas y dijo que mis reacciones exageradas eran uno de los cabos sueltos que aún existían en mi vida.
Quise hacer una observación, pero no me dejó hablar.
-Todavía queda un poco de luz del día -dijo-. Hay otras cosas que deberíamos tocar antes de que caiga el crepúsculo.
Añadió entonces que, juzgando por los resultados de mi "soñar" yo debía de haber aprendido a interrumpir voluntariamente mi diálogo interno. Le dije que así era.
En el principio de nuestra relación, don Juan había delineado otro procedimiento: caminar largos trechos sin enfocar los ojos en nada. Su recomendación había sido no mirar nada directamente sino, cruzando levemente los ojos, mantener una visión periférica de cuanto se presentaba a la vista. Recalcó, aunque entonces no entendí, que conservando los ojos sin enfocar en un punto justamente arriba del horizonte, era posible percibir, en forma simultánea, cada elemento en el panorama total de casi 180 grados frente a los ojos. Me aseguró que ese ejercicio era la única manera de suspender el diálogo interno. Solía pedir reportes sobre mi progreso, pero luego dejó de preguntar por él.
Dije a don Juan que practiqué la técnica años enteros sin advertir cambio alguno, pero de todos modos no lo esperaba. Cierto día, sin embargo, me di cuenta, súbitamente, de que acababa de caminar durante unos diez minutos sin haberme dicho una sola palabra.
Mencioné también que en esa ocasión cobré conciencia de que suspender el diálogo interno implicaba algo más que sólo reprimir las palabras que me decía a mí mismo. Todos mis procesos intelectuales se detuvieron, y me sentí como suspendido,

flotando. Una sensación de pánico surgió de esa vivencia, y tuve que reanudar mi diálogo interno como antídoto.

-Te he dicho que el diálogo interno es lo que nos hace arrastrar -dijo don Juan-. El mundo es así como es sólo porque hablamos con nosotros mismos acerca de que es así como es.

Don Juan explicó que el pasaje al mundo de los brujos se franquea después que el guerrero aprende a suspender el diálogo interno.

-Cambiar nuestra idea del mundo es la clave de la brujería -dijo-. Y la única manera de lograrlo es parar el diálogo interno. Lo demás sólo es arreglo. Ahora estás en la posición de saber que nada de lo que has visto o hecho, con la excepción de parar el diálogo interno, habría podido de por sí cambiar nada en ti, o en tu idea del mundo. El asunto, por supuesto, es que ese cambio no sea un trastorno. Ahora entenderás por qué un maestro no presiona a su aprendiz. Eso nada más fomentaría obsesión y morbidez.

Pidió detalles de otras experiencias que yo hubiera tenido al suspender el diálogo interno. Hice un recuento de cuanto pude recordar.

Hablamos hasta que oscureció y ya no pude tomar notas cómodamente; debía atender a la escritura y eso alteraba mi concentración. Don Juan se dio cuenta y se echó a reír. Señaló que yo había propiamente logrado otra tarea de brujo: escribir sin concentrarme. Apenas lo dijo, advertí que yo, en verdad, no prestaba atención al acto de tomar notas. Parecía ser una actividad separada con la cual yo no tenía que ver.. Me sentí raro. Don Juan me, pidió sentarme junto a él en el centro del círculo. Dijo que había demasiada oscuridad y que ya no me hallaba -seguro sentado tan al filo del matorral. Un escalofrío ascendió por mi espalda; salté a su lado.

Me hizo mirar al sureste y me pidió que interrumpiera mi diálogo interno y estuviera callado y sin pensamientos. Al principio fui incapaz y tuve un momento de impaciencia. Don Juan me dio la espalda y dijo que me apoyara en su hombro, y que una vez que aquietara mis pensamientos, debía mantener los ojos abiertos, mirando el matorral al sureste. En tono misterioso, agregó que me estaba planteando un problema, y que, de resolverlo, me hallaría preparado para otra faceta del mundo de los brujos.

Planteé una débil pregunta acerca de la naturaleza del problema. Él rió suavemente. Esperé su respuesta, y de pronto algo en mí se desconectó. Me sentí suspendido. Como si mis orejas se hubieran destapado, miríadas de ruidos en el chaparral se hicieron audibles. Había tantos que no me era posible distinguirlos individualmente. Sentí que me quedaba dormido y entonces, de pronto, algo captó mi atención. No era algo que involucrara mis procesos mentales; no era una visión, ni un aspecto del ámbito, pero de algún modo mi percepción participaba. Estaba completamente despierto. Tenía los ojos enfocados en un sitio al borde del matorral, pero no miraba, ni pensaba, ni hablaba conmigo mismo. Mis sentimientos eran claras sensaciones corpóreas; no requerían palabras. Sentía que me precipitaba hacia algo indefinido. Acaso se precipitaba lo que de ordinario habrían sido mis pensamientos; fuera como fuese, tuve la sensación de haber sido atrapado en un derrumbe y de que algo se desplomaba en avalancha, conmigo en la cima. Sentía la caída en el estómago. Algo me jalaba al chaparral. Discernía la masa oscura de las matas frente a mí. No era, sin embargo, una tiniebla indiferenciada como lo sería ordinariamente. Veía cada arbusto individual como si los mirara en un crepúsculo oscuro. Parecían moverse; la masa de su follaje semejaba faldas negras ondeando en mi dirección como si las agitara el viento, pero no había viento. Quedé absorto en sus hipnóticos movimientos; era un escarceo pulsante que parecía acercármelas más y más. Y entonces noté una silueta más clara, como superpuesta en las formas oscuras de las matas. Enfoqué los ojos en un sitio al lado de la silueta y pude percibir en ella un res-

plandor verdoso pálido. Luego la miré sin enfocar y tuve la certeza de que se trataba de un hombre oculto entre las matas.
Me hallaba, en ese momento, en un estado muy peculiar de conciencia. Tenía conocimiento del entorno y de los procesos mentales que el entorno engendraba en mí, pero no pensaba como pienso de ordinario. Por ejemplo, al darme cuenta de que la silueta superpuesta en las matas era un hombre, rememora otra ocasión en el desierto; en aquel entonces, mientras don Genaro y yo caminábamos, de noche, por el chaparral, noté que un hombre se ocultaba entre los arbustos, detrás de nosotros, pero lo perdí de vista apenas traté de explicar racionalmente el fenómeno. Esta vez, sin embargo, sentí llevar la ventaja y me rehusé a explicar o pensar en absoluto.
Durante un momento tuve la impresión de que podía retener al hombre y forzarlo a permanecer donde se hallaba. Entonces experimenté un extraño dolor en la boca del estómago. Algo pareció desgarrarse dentro de mí y ya no pude conservar en tensión los músculos de mi abdomen. En el preciso instante en que cedí, la forma oscura de un enorme pájaro, o alguna clase de animal volador, brotó del matorral y se me echó encima. Fue como si la figura del hombre se hubiese transformado, en la de un ave. Tuve la clara percepción consciente del miedo. Di una boqueada, y luego un fuerte grito, y caí de espaldas.
Don Juan me ayudó a incorporarme. Su rostro estaba muy cerca del mío. Reía.
-¿Qué fue eso? -vociferé.
Me silenció, cubriéndome la boca con la mano. Acercó los labios a mi oírlo y susurró que debíamos abandonar el sitio en forma tranquila y sosegada, como si nada hubiera ocurrido.
Laminamos lado a lado. Su paso era sereno y parejo. Un par de veces volvió rápidamente la cabeza. Lo imité, y en las dos ocasiones pude ver una masa oscura que parecía seguirnos. Oí a mis espaldas un chillido escalofriante. Experimenté un momento de terror puro; un movimiento ondulatorio recorrió en espasmos los músculos de mi estómago, creciendo en intensidad hasta que, sencillamente, forzó a mi cuerpo a correr.
Para hablar de mi reacción, es -Imprescindible usar la terminología de don Juan; así puedo decir que mi cuerpo, a causa del susto experimentado, fue capaz de ejecutar lo que él llamaba "la marcha de poder", una técnica que me había enseñado años antes para correr en la oscuridad sin tropezar ni lastimarse en forma alguna.
No tuve conciencia clara de qué había hecho ni de cómo lo hice. De pronto me hallé nuevamente en la casa de don Juan. Al parecer él había corrido también y llegamos al mismo tiempo. Encendió su lámpara de kerosén, la colgó de una viga en el techo v, con toda naturalidad, me invitó a tomar asiento y relajarme.
Troté marcando el paso durante un rato, hasta que mi nerviosismo se redujo a proporciones manejables. Luego me senté. Enfáticamente, me ordenó actuar como si nada hubiera pasado y me entregó mi cuaderno. Yo no había advertido que, en mi prisa por salir del matorral, lo dejé caer.
-¿Qué es lo que pasó, don Juan? -pregunté por fin.
-Tenías una cita con el conocimiento -repuso, señalando con un movimiento de barbilla el borde oscuro del chaparral desértico-. Te llevé allá porque encontré al conocimiento ahí dando vueltas alrededor de la casa, cuando llegaste. Podrías decir que el conocimiento sabía de tu venida y te esperaba. En lugar de enfrentarlo aquí, me pareció propio enfrentarlo en un sitio de poder. Entonces preparé una prueba para ver si tenías suficiente poder personal para separarlo del resto de las cosas en torno nuestro. Lo hiciste muy bien.
-¡No se vaya tan de prisa! -protesté-. Vi la silueta de un hombre escondido detrás de una mata, y luego vi un enorme pájaro.
-¡No viste un hombre! -dijo con énfasis-. Tampoco viste un pájaro. La silueta en las matas, y lo que voló hacia nosotros, era una polilla. Si quieres ser exacto en términos de brujo, pero muy ridículo en tus propios términos, puedes decir que esta

noche tenías cita con una polilla. El conocimiento es una polilla.
Me dirigió una mirada penetrante. La luz de la linterna creaba sombras extrañas en su cara. Aparté los ojos.
-A lo mejor tendrás bastante poder personal para deshilvanar hoy ese misterio -dijo-. Si no es hoy, será mañana; recuerda, todavía me debes seis días.
Don Juan se puso en pie y fue a la cocina en la parte trasera de la casa. Tomó la linterna y la puso contra la pared, sobre el tocón bajo y redondo que usaba como banco. Nos sentamos en el suelo, uno frente al otro, y nos servimos frijoles y carne de una olla que él había colocado frente a nosotros. Comimos en silencio.
De vez en cuando me echaba vistazos furtivos, y parecía a punto de reír. Sus ojos semejaban dos ranuras. Al mirarme los abría un poco y la humedad de la córnea reflejaba la luz de la linterna. Parecía estar usando la luz para crear un reflejo. Jugaba con el reflejo, sacudiendo la cabeza en forma casi imperceptible, cada vez que enfocaba en mí los ojos. El efecto era un fascinante estremecimiento luminoso. Tomé conciencia de sus maniobras después de que las hubo ejecutado un par de veces. Me sentí convencido de que actuaba con un propósito definido. No pude menos que preguntarle al respecto.
-Tengo un motivo ulterior -dijo empleando una voz tranquilizadora-. Te estoy calmando con mis ojos. No parece que te estés poniendo más nervioso, ¿verdad?
Tuve que admitir que me sentía bastante a mis anchas. El cintilar constante de sus ojos no era ominoso, ni me había asustado o molestado en forma alguna.
-¿Cómo hace usted para calmarme con los ojos? -pregunté.
Repitió el imperceptible oscilar de cabeza. Las córneas de sus ojos reflejaban en verdad la luz de la linterna de kerosén.
-Haz tú la prueba -dijo en tono casual, mientras se servía otro plato de comida-. Puedes calmarte solo.
Intenté menear la cabeza; mis movimientos eran torpes.
-Si sacudes así la cabeza, no vas a calmarte -dijo, riendo-. Nada más te va a doler. El secreto no está en el meneo dé cabeza sino en la sensación que viene a los ojos desde la parte abajo del estómago. Esto es lo que mueve la cabeza.
Se frotó la región umbilical.
Habiendo terminado de comer, me recliné en una pila de leña donde había algunos costales. Traté de imitar su movimiento de cabeza. Don Juan parecía divertirse inmensamente. Lanzaba risitas y se golpeaba los muslos.
Un ruido súbito interrumpió su regocijo. Oí un extraño sonido grave, como golpeteó sobre madera, procedente del chaparral. Don Juan echó la mandíbula hacia adelante, haciéndome seña de permanecer alerta.
-Esa es la polilla que te llama -dijo en un tono carente de emoción.
Me levanté de un salto. El sonido cesó instantáneamente. Miré a don Juan en busca de una explicación. Él hizo un gesto cómico de impotencia, alzando los hombros.
-Todavía no has cumplido con tu cita -añadió.
Le dije que me sentía indigno, y que tal vez debiera irme a casa y regresar cuando tuviera más fuerza.
-Esas son idioteces -repuso, cortante-. Un guerrero toma su suerte, sea la que sea, y la acepta con la máxima humildad. Se acepta con humildad así como es, no como base para lamentarse, sino como base para su lucha y su desafío.
"Nos demoramos mucho para comprender eso y vivirlo por entero. Yo, por ejemplo, odiaba mencionar la palabra humildad. Soy un indio, y los indios siempre hemos sido humildes y no hemos hecho nada más que agachar la cabeza. Yo pensaba que la humildad no tenía nada que ver con el camino del guerrero. ¡Me equivocaba! Ahora sé que la humildad del guerrero no es la humildad del pordiosero. El guerrero no agacha la cabeza ante nadie, pero, al mismo tiempo, tampoco permite que nadie agache la cabeza ante él. En cambio,

el pordiosero a la menor provocación pide piedad de rodillas y se echa al suelo a que lo Pise cualquiera a quien considera más encumbrado; pero al mismo tiempo, exige que alguien más bajo que él le haga lo mismo.
"Por eso te dije hace rato que no entiendo lo que debe sentir un maestro. Yo sólo conozco la humildad del guerrero, y eso jamás me permitirá ser el amo de nadie."
Guardamos silencio unos momentos. Sus palabras me habían causado una profunda agitación. Me conmovían, y al mismo tiempo me preocupaba lo presenciado en el matorral. Mi evaluación consciente era que don Juan me ocultaba cosas y que debía saber lo que realmente estaba ocurriendo.
Me hallaba envuelto en tales deliberaciones cuando el mismo extraño golpeteo dispersó mis pensamientos con una sacudida. Don Juan sonrió y luego empezó a reír por lo bajo.
-Te gusta la humildad del pordiosero -dijo suavemente-. Agachas la cabeza ante la razón.
-Siempre pienso que me están engañando -dije-. Ése es el punto de mi problema.
-Tienes razón. Te están engañando -repuso con una sonrisa encantadora-. Eso no puede ser tu problema. El verdadero punto del asunto es que sientes que soy yo el que te está mintiendo, ¿no es así?
-Sí. Algo en mi no me permite creer que lo que está ocurriendo sea real.
-Otra vez tienes razón. Nada de lo que está ocurriendo es real.
-¿Qué quiere usted decir, don Juan?
-Las cosas son reales sólo cuando uno ha aprendido a estar de acuerdo de que son reales. Lo que sucedió esta noche, por ejemplo, no puede de ninguna manera ser real para ti, porque nadie podría este, de acuerdo contigo en ese respecto.
-¿Quiere decir que usted no vio lo que ocurría?
-Claro que sí. Pero yo no cuento. Yo soy el que te está mintiendo, ¿recuerdas?
Don Juan rió hasta toser y atragantarse. Su risa era amistosa aunque se burlaba de mí.
-No le des tanta importancia a mis palabras -dijo, confortante-. Sólo trato de que descanses, y sé que te sientes a tus anchas sólo cuando estás confundido.
Su expresión era tan deliberadamente cómica que ambos reímos. Le dije que lo que acababa de decir me hacía sentir más atemorizado que nunca.
-¿Me tienes miedo? -preguntó.
-No a usted, sino a lo que usted representa.
-Represento la libertad del guerrero. ¿Tienes miedo de eso?
-No. Pero tengo miedo de su conocimiento. Yo no tengo descanso, ni puedo refugiarme en nada.
-Otra vez confundes las cosas. Descanso, refugio, miedo: cavilaciones que has aprendido sin poner jamás en duda su valor. Como podrás ver, los brujos malignos ya se han aliado contigo.
-¿Quiénes son los brujos malignos, don Juan?
-Todos nuestros prójimos son los brujos malignos. Y como andas revuelto con ellos, también tú eres un brujo maligno. Piensa un momento. ¿Puedes desviarte de la senda que te han trazado? No. Tus ideas y tus acciones están fijadas para siempre en sus términos. Eso es esclavitud. Yo, en cambio, te traje libertad. La libertad es muy cara, pero el precio no es imposible.
Ten miedo a tus carceleros, a tus amos. No desperdicies tu tiempo y tu poder en temerme a mí.
Supe que tenía razón, y sin embargo, pese a mi genuina concordancia con él, supe también que los hábitos de toda mi vida me harían, inevitablemente, ceñirme a mi vieja senda. Me sentí en verdad un esclavo.
Tras un largo silencio, don Juan me preguntó si tenía fuerza suficiente para otro encuentro con el conocimiento.
-¿O sea, con la polilla? -pregunté, medio en broma.
Su cuerpo se contorsionó de risa. Fue como si yo le hubiera contado el chiste más gracioso del mundo.
-¿Qué quiere usted decir realmente con

eso de que el conocimiento es una polilla? -pregunté.
-Eso es lo único que quiero decir -replicó-. Una polilla es una polilla. Pensé que a estas alturas, con todo lo que has aprendido y logrado, tendrías poder suficiente para ver. Pero en lugar de ver, tu mirada se fijó en un hombre, y eso no fue ver de verdad.
Desde el principio de mi aprendizaje, don Juan había descrito el concepto de "ver" como una capacidad especial que podía cultivarse y que permitía percibir la naturaleza "última" de las cosas.
A través de los años de nuestra relación, yo había desarrollado la idea de que con "ver" él se refería a una percepción intuitiva de las cosas, o a la capacidad de comprender algo de una sola vez, o quizás al don de penetrar las interacciones humanas y descubrir significados y motivos encubiertos.
-Yo diría que esta noche, cuando enfrentaste a la polilla, medio mirabas y medio veías –prosiguió don Juan-. En ese estado, aunque no eras del todo lo que eres de costumbre, fuiste capaz de darte cuenta de lo que estaba pasando, a fin de hacer operar tu conocimiento del mundo.
Don Juan hizo una pausa y me miró. Al principió no supe qué decir.
-¿Cómo estaba yo operando mi conocimiento del mundo? -pregunté.
-Tu conocimiento del mundo te decía que en los matorrales uno solamente puede hallar animales rondando u hombres escondidos detrás del follaje. Te aferrabas á ese pensamiento y, naturalmente, tuviste que hallar modos de hacer que el mundo se ajustara a tu pensamiento.
-Pero yo, no pensaba en absoluto, don Juan.
-Entonces no digamos que pensabas. Es más bien el hábito de hacer que el mundo se ajuste siempre a nuestros pensamientos. Cuando no se ajusta, simplemente lo forzamos a hacerlo. Las polillas del tamaño de un hombre no pueden ser ni siquiera un pensamiento, por lo tanto, para ti, lo que había en el matorral tenía que ser un hombre.
"Lo mismo pasó con el coyote. Tus viejos hábitos decidieron también la naturaleza de aquel encuentro. Algo tuvo lugar entre el coyote y tú, pero no fue conversación. Yo mismo he estado en ese jaleo. Ya te conté que una vez hablé con un venado; tú hablaste con un coyote, pero ni tú ni yo sabremos jamás qué fue lo que realmente ocurrió en esas ocasiones."
-¿Qué me está usted diciendo, don Juan?
-Cuando la explicación de los brujos se me hizo clara, ya era demasiado tarde para saber qué me hizo el venado. Dije que hablamos, pero no fue así. Decir que tuvimos una conversación es sólo una forma de arreglar lo que pasó para así poder hablar de ello. El venado y yo hicimos algo, pero en el momento en que eso ocurría yo también necesitaba ajustar el mundo a mis ideas, igual que tú. Yo he hablado toda mi vida, igual que tú, por lo tanto mis hábitos se impusieron y se extendieron aún al venado. Cuando el venado se me acercó e hizo lo que hizo, me vi forzado a entenderlo como conversación.
-¿Es ésta la explicación de los brujos?
-No. Es la explicación que yo te doy. Pero no se opone a la explicación de los brujos.
Sus aseveraciones me produjeron un estado de gran agitación intelectual. Durante un rato olvidé la mariposa nocturna que rondaba, e incluso tomar notas. Intenté reformular sus postulados y entramos en una larga discusión acerca de la naturaleza reflexiva de nuestro mundo. El mundo, según don Juan, debía ajustarse a su descripción; es decir, la descripción se reflejaba a sí misma.
Otro punto en su elucidación era que habíamos aprendido a relacionarnos con nuestra descripción del mundo en términos de lo que él llamaba -hábitos-. Introduje un término que me parecía más totalizador: intencionalidad, la propiedad de la conciencia humana por medio de la cual un objeto se alude o se propone.
Nuestra conversación engendró una especulación sumamente interesante. Examinada a la luz de la explicación de don Juan, mi "conversación" con el coyote adquiría

un nuevo carácter. Yo había; en verdad, no solamente "propuesto" el diálogo, pues nunca he conocido otra avenida de comunicación intencional, sino que también había logrado ajustarme a la descripción de que la comunicación tiene lugar a través del diálogo, y en tal forma hice que la descripción se reflejara a sí misma.

Tuve un momento de gran alborozo. Don Juan rió y dijo que conmoverme a tal grado con las palabras era otro aspecto de mi tontería. Hizo una cómica pantomima de hablar sin sonidos.

-Todos pasamos por los mismos jalones -dijo tras una larga pausa-. La única manera de vencerlos es persistir en actuar como guerrero. El resto viene de sí mismo y por sí mismo.

-¿Qué es el resto, don Juan?

-El conocimiento y el poder. Los hombres de conocimiento tienen los dos. Y sin embargo, ninguno de ellos podría decir cómo llegó a tenerlos; simplemente que siguieron actuando como guerreros y, en un momento dado, todo cambió.

Me miró. Parecía indeciso, luego se puso en pie y dijo que yo no tenía más recurso que cumplir mi cita con el conocimiento.

Sentí un escalofrío; mi corazón empezó a golpear con rapidez. Me incorporé. Don Juan caminó en torno mío como si examinase mi cuerpo desde todos los ángulos posibles. Me hizo seña de tomar asiento y seguir escribiendo.

-Si te asustas demasiado, no podrás cumplir con tu cita. -dijo-. Un guerrero debe tener serenidad y aplomo, y no debe perder nunca los estribos.

-Estoy verdaderamente asustado -dije-. Polilla o lo que sea, hay algo que ronda allí afuera entre las matas.

-¡Claro que sí! -exclamó-. Lo que me fastidia de ti es que insistes en pensar que es un hombre, igual que insistes en pensar que hablaste con un coyote.

Cierta parte mía comprendía totalmente su argumento; había, sin embargo, otro aspecto de mi persona que no cedía, y que a pesar de la evidencia se aferraba con firmeza a la "razón".

Dije a don Juan que su explicación no satisfacía mis sentidos, aunque mi acuerdo intelectual con ella era completo.

-Eso es lo malo de las palabras -dijo con gran certidumbre-. Siempre nos fuerzan a sentirnos iluminados, pero cuando damos la vuelta para encarar al mundo siempre nos fallan y terminamos encarando al mundo como lo hemos hecho siempre, sin iluminación. Por este motivo, a un brujo le precisa actuar más que hablar, y para efectuar eso obtiene una nueva descripción del mundo: una nueva descripción en la cual el hablar no es tan importante y en la cual los actos nuevos tienen nuevas reflexiones.

Tomó asiento junto a mí, me miró a los ojos y me pidió decir en voz alta lo que realmente había "visto" en el matorral.

Me enfrentaba en ese momento a una inconsistencia absorbente. Yo había visto la silueta oscura de un hombre, pero también había visto que dicha silueta se convertía en un pájaro. Había, por tanto, presenciado más de lo que mi razón me permitía considerar posible. Pero en lugar de descartar por entero mi razón, algo en mí había seleccionado partes de mi experiencia, como el tamaño y el contorno general de la silueta oscura, y las enarbolaba como posibilidades razonables, mientras descartaba otras partes, como la transformación de la figura en un pájaro. Y así había llegado a convencerme a mí mismo de haber visto un hombre.

Don Juan rió a carcajadas cuando expuse mi dilema. Dijo que tarde o temprano la explicación de los brujos llegaría a mí rescate y todo estaría entonces perfectamente claro, sin tener que ser razonable 0 irrazonable.

-Mientras tanto, lo único que puedo hacer por ti es garantizarte que eso no era un hombre -añadió.

La mirada de don Juan se hizo decididamente enervante. Mi cuerpo se estremeció en forma involuntaria. Me hacía sentir apenado y nervios.

-Busco marcas en tu cuerpo -explicó-. Tal vez no lo sepas, pero esta noche tuviste todo un combate allá afuera.

-¿Qué clase de marcas busca usted?
-No son propiamente marcas físicas en tu cuerpo, sino señales, indicios en tus fibras luminosas, zonas de mucho brillo. Somos seres luminosos y todo cuanto somos o sentimos se nota en nuestras fibras. Los seres humanos tienen un brillo que les es peculiar. Ésa es la única manera de distinguirlos de otros seres vivientes luminosos.
"Si hubieras viste esta noche, habrías notado que la figura en las matas no era un ser viviente luminoso."
Quise seguir preguntando, pero él me cubrió la boca con la mano y siseó para acallarme. Luego acercó la boca a mi oído y susurró que escuchara y tratase de oír un crujido suave, los leves pasos apagados de una mariposa nocturna sobre las hojas y ramas secas en el suelo.
No pude oír nada. Den Juan se levantó abruptamente, recogió la linterna y dijo que íbamos a sentarnos bajo la ramada junto a la puerta del frente. Me guió por la salida trasera y rodeamos la casa, al borde del chaparral, en vez de atravesar el cuarto y salir por enfrente. Explicó que era esencial hacer obvia nuestra presencia. Describimos un semicírculo en torno al costado izquierdo de la casa. El paso de don Juan era extremadamente lento. Sus pisadas eran débiles y vacilantes. Su brazo temblaba al sostener la linterna.
Le pregunté si algo le pasaba. Con un guiño, me susurró que la enorme mariposa que andaba rondando tenía cita con un hombre joven, y que el lento andar de un anciano decrépito era una forma obvia de indicar quién era el interesado.
Cuando finalmente llegamos a la fachada de la casa, don Juan colgó la linterna de una viga y me hizo tomar asiento con la espalda contra la pared. Se sentó a mi derecha.
-Vamos a estarnos aquí -dijo- y tú vas a escribir y a hablar conmigo en forma muy normal. La polilla que hoy se te echó encima anda por aquí, en las matas. Dentro de un rato se acercará a mirarte. Por eso puse la linterna exactamente encima de ti. La luz guiará a la polilla para que te encuentre. Cuando llegue al filo del matorral, te llamará. Es un sonido muy especial. El sonido por si solo pude ayudarte.
-¿Qué clase de sonido es, don Juan?
-Es una canción. Un grito hipnotizante que las polillas producen. Por lo común no puede oírse, pero la polilla que anda por las matas es una polilla rara; oirás claramente su llamado y, siempre y cuando seas impecable, lo conservarás el resto de tu vida.
-¿En qué me va a ayudar?
-Esta noche, vas a tratar de acabar lo que empezaste antes. El ver sólo ocurre cuando el guerrero es capaz de parar el diálogo interno.
"Hoy paraste tu diálogo a pura fuerza, allá en las matas. Y viste. Lo que viste no fue claro. Pensaste que era un hombre. Yo digo que era una polilla. Ninguno de los dos está en lo cierto, pero eso se debe a que tenemos que hablar. Yo te sigo llevando ventaja porque veo mejor que tú y porque estoy familiarizado con la explicación de los brujos; de modo que yo sé, aunque esto no sea exacto par entero, que la figura que viste hoy era una polilla.
"Y ahora vas a quedarte callado y sin pensamientos para dejar que la polillita venga otra vez a ti."
Apenas me era posible tomar notas. Don Juan, riendo, me instó a proseguir mi escritura como si nada me molestara. Me tocó el brazo y me dijo que escribir era el mejor escudo de protección con que yo podría contar.
-Nunca hemos hablado de las polillas -continuó-. No había llegado la hora hasta hoy. Como ya sabes, tu espíritu estaba sin balance. Para contrarrestar eso, te enseñé la vida del guerrero. Pues bien, un guerrero empieza la faena con la certeza de que su espíritu está fuera de balance; pero a medida que va adquiriendo, sin pena ni apuro, control y conocimiento, también va haciendo lo mejor que puede por ganar ese balance.
"En tu caso, como en el de todos los hombres, tu falta de balance se debía a la suma total de todas tus acciones. Pero ahora tu

espíritu parece estar en una claridad propicia para hablar de las polillas."
-¿Cómo supo usted que ésta era la hora correcta para hablar de las polillas?
-Cuando llegaste, miré a una rondando alrededor de la casa. Esa era la primera vez que se mostraba amistosa y abierta. Ya la había visto antes en las montañas, junto a la casa de Genaro, pero solamente como una figura espeluznante que reflejaba tu falta de orden.
En ese momento oí un extraño sonido. Era como el crujido apagado de una rama que raspase contra otra, o como el petardeo de un motor pequeño oído a distancia. Cambiaba de escalas, como un tono musical, creando un ritmo sobrecogedor. Luego cesó.
-Esa fue la polilla -dijo don Juan-. A lo mejor ya notaste que, aunque la luz de la linterna es lo bastante viva para atraer polillas, no hay ni siquiera una sola volando en torno de ella.
Yo no había prestado atención al hecho, pero una vez que don Juan me lo hizo notar, advertí también un silencio increíble en el desierto que circundaba la casa.
-No te sobresaltes -dijo calmadamente-. No hay nada en este mundo de lo cual un guerrero no pueda dar razón. Verás, un guerrero se considera ya muerto, y así no tiene ya nada que perder. Ya le pasó lo peor, y por lo tanto se siente tranquilo y sus pensamientos son claros; a juzgar por sus actos o sus palabras, uno jamás sospecharía que un guerrero lo ha presenciado todo.
Las palabras de don Juan, y sobre todo su ánimo, me resultaban muy confortantes. Le dije que en mi vida cotidiana había definitivamente dejado de experimentar mi antiguo miedo obsesivo, pero que mi cuerpo se convulsionaba de temor al pensar en lo que había allí en las tinieblas.
-Allá afuera sólo hay conocimiento -dijo en tono objetivo-. El conocimiento es pavoroso, cierto; pero si un guerrero acepta la naturaleza aterradora del conocimiento, cancela lo temible.
El extraño sonido barbotante se oyó de nuevo. Parecía más cercano y más fuerte. Escuché con cuidado. Mientras más atención le prestaba, más difícil era determinar su naturaleza. No parecía ser el canto de un pájaro ni el gruñir de un animal terrestre. El tono de cada barbotar era rico y profundo; algunos se producían en una escala baja, otros en una alta. Tenían ritmo y duración específica; algunos eran largos, yo los oía como una sola unidad sonora; otros eran cortos y venían en conglomerado, como el sonido en staccato de una ametralladora.
-Las polillas son los heraldos o, mejor dicho, los guardianes de la eternidad -dijo don Juan cuando el sonido hubo cesado-. Por alguna razón, o a lo mejor por ninguna, son los depositarios del polvo de oro de la eternidad.
La metáfora me era ajena. Le pedí explicarla.
-Las polillas llevan polvo en sus alas -dijo-. Un polvo de oro. Ese polvo es el polvo del conocimiento.
Su explicación había oscurecido más Aún la metáfora. Vacilé un momento, queriendo hallar la mejor manera de formular mi pregunta. Pero él empezó a hablar de nuevo.
-El conocimiento es un asunto de lo más peculiar -dijo-, especialmente para un guerrero. El conocimiento, para un guerrero es algo que llega de pronto, lo envuelve, y pasa.
-¿Qué tiene que ver el conocimiento con el polvo en las alas de las polillas? -pregunté tras una larga pausa.
-El conocimiento llega flotando como centellas de polvo de oro, el mismo polvo que cubre las alas de las polillas. Y así pues, para un guerrero, el conocimiento es como si le cayera el agua de una regadera, o como si le llovieran centellas de polvo de oro.
En la forma más cortés que me fue posible, mencioné que sus explicaciones me hablan confundido más aún. Riendo, me aseguró que cuanto decía tenía perfecto sentido, sólo que mi razón no me dejaba en paz.

-Las polillas han sido amigas intimas y ayudantes de los brujos desde tiempos inmemoriales –dijo-. No le di antes a este tema a causa de tu falta de preparación.
-¿Pero cómo puede el polvo en sus alas ser conocimiento?
-Ya verás.
Puso la mano sobre mi cuaderno y me indicó cerrar los ojos y quedarme callado y sin pensar. Dijo que el canto de la polilla en el chaparral me asistiría. Si le prestaba atención, me hablaría de sucesos inminentes. Recalcó que no sabía cómo iba a establecerse la comunicación entre la polilla y yo, ni cuáles serían los términos de la comunicación. Me instó asentirme tranquilo y seguro y a confiar en mi poder personal.
Tras un periodo inicial de impaciencia y nerviosismo, logré quedar en silencio. Mis pensamientos disminuyeron en número hasta que mi mente se vació por completo. Los ruidos del chaparral desértica parecieron surgir al parejo de mi calma.
El extraño sonido que don Juan atribuía a una polilla se dejó escuchar nuevamente. Se registraba como una sensación en mi cuerpo, no como un pensamiento en mi mente. Se me ocurrió que no era para nada ominoso ni malévolo. Era dulce y sencillo. Era como el llamado de un niño. Trajo la memoria de un niñito que yo conocí. Los sonidos largos me recordaban su redonda cabeza rubia; los sonidos cortos, en staccato, su risa. Me oprimió un sentimiento de angustia suprema, y sin embargo no había ideas en mi mente; sentía la angustia en el cuerpo. Incapaz de permanecer sentado, me deslicé hasta quedar de lado sobre el suelo. Mi tristeza era tan intensa que empecé a pensar. Evalué mi dolor y mi pena y de pronto me hallé inmerso en un debate interno acerca del niño. El sonido barbotante había cesado. Mis ojos estaban cerrados. Oía don Juan incorporarse y luego sentí cómo me ayudaba asentarme. Yo no quería hablar. Él no dijo una palabra. Lo oí moverse junto a mí. Abrí los ojos; se había arrodillado frente a mí y examinaba mi rostro, acercándome la linterna. Me ordenó poner las manos en el estómago. Se levantó, fue a la cocina y trajo agua. Salpicó parte de ella en mi cara y me dio a beber el resto.
Tomó asiento a mi lado y me entregó mis notas. Le dije que el sonido me había envuelto en una ensoñación sumamente dolorosa.
-Te estás entregando a tu vicio -dijo con sequedad.
Pareció sumergirse en sus pensamientos, como si buscara una proposición adecuada que hacer.
-El problema de esta noche es ver gente -dijo por fin-. Primero debes parar tu diálogo interno, y luego traer la imagen de la persona que quieres ver; cualquier pensamiento que uno lleva en mente en un estado de silencio es propiamente una orden, pues no hay otros pensamientos que compitan con él. Esta noche, la polilla en las matas quiere ayudarte, y cantará para ti. Su canción traerá las centellas doradas, y entonces verás a la persona que has elegido.
Quise más detalles, pero él hizo un gesto brusco y me indicó proceder.
Tras luchar unos cuantos minutos por suspender mi diálogo interno, me hallé en silencio total. Y entonces, con deliberación, pensé brevemente en un amigo mío. Mantuve los ojos cerrados durante un lapso que creí instantáneo, y entonces me di cuenta de que alguien me sacudía por los hombros. Fue una lenta toma de conciencia. Abrí los ojos y me descubrí yaciendo sobre el costado izquierdo. Al parecer me había dormido tan profundamente que no recordaba haberme dejado caer por tierra. Don Juan me ayudó a sentarme de nuevo. Reía. Imitó mis ronquidos y dijo que, de no haberlo visto con sus propios ojos, no creería que alguien pudiera dormirse tan rápido. Afirmó que para él era un regocijo estar cerca de mí cada vez que yo debía hacer algo que mi razón no comprendía. Hizo a un lado mi cuaderno de notas y dijo que debíamos empezar otra vez desde el principio.
Seguí los pasos necesarios. El extraño barbotar vino de nuevo. En esta ocasión, sin

embargo, no procedía del chaparral; más bien parecía ocurrir dentro de mí, como si mis labios, o piernas, o brazos lo produjeran. El sonido no tardó en recubrirme. Sentí como un chisporroteo de bolas suaves que salían desde mi interior o venían contra mí; era un sentimiento apaciguador, exquisito, de ser bombardeado con pesadas borlas de algodón. De pronto oí que una racha de viento abría una puerta y me hallé pensando de nueva. Pensé haber arruinado otra oportunidad. Abrí los ojos y estaba en mi cuarto. Los objetos sobre mi escritorio seguían como los dejé. La puerta estaba abierta; afuera soplaba un fuerte viento. Por mi mente cruzó la idea de que debía revisar el calentador de agua. Entonces oí un traqueteo en las contraventanas que yo mismo había puesto y que no encajaban bien en el marco. Era un ruido furioso, como si alguien quisiera entrar. Experimenté una sacudida de temor. Me levanté de la silla. Sentí que algo me jalaba. Grité.

Don Juan me sacudía por los hombros. Excitadamente, le hice un recuento de mi visión. Había sido tan vívida que me hallaba temblando. Sentía que acababa de estar sentado a mi escritorio, en mi completa forma corporal.

Don Juan meneó la cabeza con incredulidad y dijo que yo era un genio para hacerme tonto. No parecía impresionado por lo que yo había hecho. Lo descartó de plano y me ordenó volver a empezar.

Oí entonces, nuevamente, el misterioso sonido. Me llegó, como don Juan había sugerido, bajo la guisa de una lluvia de centellas doradas. No sentí que fueran motas o copos pianos, como los había descrito, sino más bien burbujas esféricas. Flotaron hacia mí. Una de ellas se abrió revelándome una escena. Fue como si se hubiera detenido enfrente de mis ojos para mostrarme un objeto extraño. Parecía un hongo. Yo lo miraba, sin duda alguna, y lo que experimentaba no era un sueño. El objeto micoforme permaneció inalterable dentro de mi campo de "visión" y luego desapareció, como si hubieran apagado la luz que brillaba sobre él. Siguió una oscuridad interminable. Sentí un temblor, un sobresalto desquiciante, y abruptamente advertí que me sacudían. De inmediato mis sentidos empezaron a funcionar. Don Juan me agitaba vigorosamente, y yo lo miraba. Debo haber abierto los ojos en ese momento.

Me roció agua en la cara. La frialdad del liquido era muy agradable. Tras una breve pausa, quiso saber qué había ocurrido. Expuse cada detalle de mi visión.

-¿Pero qué vi? -pregunté.

-A tu amigo -replicó.

Reí y expliqué pacientemente que había "visto" una figura en forma de hongo. Aun careciendo de criterio para juzgar dimensiones, había tenido la sensación de que media unos treinta centímetros.

Don Juan recalcó que el sentir era todo lo que contaba. Dijo que mis sensaciones eran la medida que evaluaba el estado de ser del sujeto que yo "veía".

-Por tu descripción y tus sensaciones, debo concluir que tu amigo ha de ser una magnífica persona -dijo.

Sus palabras me desconcertaron.

Dijo que la configuración micoforme era la forma esencial de los seres humanos cuando un brujo los "veía" desde lejos, pero cuando el brujo encaraba directamente a la persona a quien estaba "viendo", la característica humana se mostraba como un conglomerado oviforme de fibras luminosas.

-No estabas viendo cara a cara a tu amigo -dijo-. Por eso apareció como un hongo.

-¿Por qué es así, don Juan?

-Nadie sabe. Ésa, sencillamente, es la forma en que los hombres aparecen en este tipo específico de ver.

Añadió que cada rasgo de la configuración micoforme tenía un significado especial, pero que era imposible para un principiante interpretar con exactitud dicho significado.

Tuve entonces un recuerdo de gran interés. Algunos años antes, en un estado de realidad no ordinaria producido por la ingestión de plantas psicotrópicas, había experimentado o percibido, mientras miraba

una corriente acuática, que un racimo de burbujas flotaba hacia mí, envolviéndome. Las burbujas doradas que acababa de contemplar flotaban y me envolvían de la misma manera exacta. De hecho, yo podía decir que ambos conglomerados habían tenido la misma estructura y la misma pauta.

Don Juan escuchó con indiferencia mis comentarios.

-No gastes tu poder en babosadas -dijo-. Estás tratando con esa inmensidad que está allá afuera.

Señaló hacia el chaparral con un movimiento de la mano.

Convertir en razonable esa cosa magnifica que está allá afuera no te sirve de nada. Aquí, alrededor de nosotros, está la eternidad misma. Esforzarse a reducirla a una tontería manejable es un acto despreciable y definitivamente desastroso.

Luego insistió en que yo tratara de "ver" a otra persona de mi gama de conocidos. Añadió que, una vez terminada la visión, debía procurar abrir los ojos por mí mismo y resurgir a la conciencia plena de mi entorno inmediato.

Logré fijar la visión de otra figura micoforme, pero mientras la primera había sido amarillenta y pequeña, la segunda fue blancuzca, de mayor tamaño y contrahecha.

Cuando hubimos terminado de hablar sobre las dos formas que yo había "visto", me había olvidado de la "polilla en el matorral", tan abrumadora un rato antes. Dije a don Juan que me asombraba tener tal facilidad para descartar algo tan verdaderamente ultraterreno. Parecía que yo no fuese la misma persona que solfa ser.

-No veo por qué haces tanta alharaca -dijo don Juan-. Cada vez que el diálogo cesa, el mundo se desploma y salen a la superficie facetas extraordinarias de nosotros mismos, como si nuestras palabras las hubieran tenido bajo guardia. Eres como eres porque te dices a ti mismo que eres así.

Tras un corto descanso, don Juan me instó a seguir "llamando" amigos. Dijo que el ejercicio consistía en tratar de "ver" todas las veces posibles, con el fin de establecer una gula o una pauta de diversos sentimientos.

Llamé treinta y dos personas en sucesión. Después de cada intento, don Juan exigía una versión cuidadosa y detallada de todo lo percibido en mi visión. Sin embargo, cambió de procedimientos conforme adquirí mayor proficiencia en mi desempeño; proficiencia juzgada por el hecho de que detenía el diálogo interno en cuestión de segundos, de que podía abrir los ojos por mí mismo al finalizar cada experiencia, y de que reanudaba sin transición alguna actividades ordinarias. Noté ese cambio de procedimiento mientras discutíamos la coloración de las configuraciones micoformes. Ya él había señalado que lo que yo llamaba coloración no era un tinte sino un brillo de diferentes intensidades. Me hallaba a punto de referirme a un resplandor amarillento recién percibido cuando él me interrumpió para dar una descripción exacta de lo que yo había "visto". A partir de entonces, discutió el contenido de cada visión, no sólo como si comprendiese lo que yo decía, sino como si lo hubiera "visto" él mismo. Al pedirle yo un comentario al respecto, rehusó de plano hablar de ello.

Cuando terminé de llamar a las treinta y dos personas, había "visto" una variedad de figuras micoformes, y resplandores, y había experimentado hacia ellas una variedad de sentimientos, desde el suave deleite hasta la repugnancia pura.

Don Juan explicó que la gente estaba llena de configuraciones que podían ser deseos, problemas, pesares, preocupaciones, o cosas por el estilo. Aseveró que sólo un brujo profundamente poderoso podía devanar el sentido de dichas configuraciones, y que yo debía contentarme con observar tan sólo la forma general de las personas.

Me hallaba muy cansado. Había algo sumamente fatigoso en aquellas figuras extrañas. La sensación que predominaba en mi era un amago de náusea. No me habían gustado. Me habían hecho sentir atrapado y sin esperanza.

Don Juan me ordenó escribir para dispersar de ese modo el sentimiento sombrío. Y tras un largo intervalo silencioso, durante el cual no pude escribir nada, me pidió llamar gente que él mismo escogería.
Emergió una nueva serie de figuras. No eran micoformes; más bien parecían tazas japonesas para sake, volteadas boca abajo. Algunas tenían, a manera de cabeza, una formación como el pie de las tazas; otras eran más redondas. Sus formas eran atractivas y apacibles. Sentí que en ellas había alguna propiedad inherente de felicidad. Rebotaban, en oposición a la pesadez lastrada que el grupo anterior había exhibido. De algún modo, el mero hecho de que estuviesen allí frente a mí aliviaba mi fatiga.
Entre las personas elegidas por don Juan estaba su aprendiz Eligio. Al evocar la imagen de Eligio, recibí una sacudida que me sacó de mi estado visionario. Eligio tenía una forma blanca y larga que respingó y pareció saltarme encima. Don Juan explicó que Eligio era un aprendiz muy talentoso y que, sin duda, había notado que alguien lo estaba "viendo".
Otra de las elecciones fue Pablito, aprendiz de don Genaro. El sobresalto que la visión de Pablito me produjo fue incluso mayor que en el caso de Eligio.
Don Juan rió tan fuerte que las lágrimas corrían por sus mejillas.
-¿Por qué tiene esa gente formas distintas? -pregunté.
-Tienen más poder personal -repuso-. Como habrás notado, no están pegados al suelo.
-¿Qué les ha dado esa ligereza? ¿Nacieron así?
-Todos nacemos así de ligeros y livianos, pero nos volvemos pesados y fijos. Eso es lo que nos hacemos a nosotros mismos. Así pues, podríamos decir que esas personas tienen distinta forma porque viven como guerreros. Pero eso no es importante. Lo que tiene valor es que ahora estás en el borde. Has llamado cuarenta y siete personas, y sólo falta una más para completar las cuarenta y ocho originales.
Recordé en ese momento que años antes me había dicho, al discutir la brujería del maíz y la adivinación, que el número de maíces que un guerrero poseía era cuarenta y ocho. Nunca había explicado el motivo.
-¿Por qué cuarenta y ocho? -le pregunté de nuevo.
-Cuarenta y ocho es nuestro número -dijo-. Eso es lo que nos hace hombres. No sé por qué. No malgastes tu poder en preguntas tontas.
Se puso en pie y estiró brazos y piernas. Me indicó, hacer lo mismo. Advertí que había un toque de luz en el cielo, hacia el oriente. Volvimos a sentarnos. Se inclinó acercando la boca a mi oído.
-La última persona que vas a llamar es Genaro, el verdadero chingón -susurró.
Sentí un empellón de curiosidad excitada. Realicé con rapidez los pasos requeridos. El extraño sonido desde el borde del chaparral se hizo vivido y adquirió nueva fuerza. Yo casi lo había olvidado. Las burbujas doradas me cubrieron y, en una de ellas, vi a don Genaro. Estaba parado ante mí, sombrero en mano. Sonreía. Abrí apresuradamente los ojos y estaba a punto de hablarle a don Juan, pero antes de que pudiera pronunciar palabra mi cuerpo se puso rígido como una tabla; mi cabello se irguió y durante un largo momento no supe qué hacer ni qué decir. Don Genaro estaba allí parado frente a mi. ¡En persona!
Me volví hacia don Juan; sonreía. Luego, ambos estallaron en una gran carcajada. Traté de reír también. No podía. Me puse en pie.
Don Juan me dio una taza de agua. La bebí automáticamente. Pensé que me iba a rociar la cara. En vez de ello, volvió a llenar mi taza.
Don Genaro se rascó la cabeza y ocultó una sonrisa.
-¿No vas a saludar a Genaro? -preguntó don Juan.
Requerí un enorme esfuerzo para organizar mis ideas y mis sensaciones. Finalmente mascullé algún saludo. Don Genaro hizo una reverencia.

-Me llamaste, ¿verdad? -preguntó, sonriendo.
Murmurando, expresé mi asombro por haberlo hallado allí.
-Sí te llamó -interpuso don Juan.
-Bueno, pues aquí estoy -me dijo don Genaro- ¿En qué te puedo servir?
Poco a poco, mi mente pareció organizarse y finalmente tuve una comprensión súbita. Mis ideas se hicieron claras como el cristal y "supe" lo que en verdad había ocurrido. Deduje que don Genaro estaba de visita con don Juan, y que, al oír acercarse mi coche, se metió en el matorral y permaneció escondido hasta caer la noche. La evidénciate me parecía convincente. Don Juan, que sin duda había planeado todo el asunto, me dio pistas de tiempo en tiempo, guiando así su desarrollo. En el momento adecuado, don Genaro me hizo notar su presencia, y cuando don Juan y yo volvíamos a la casa, nos siguió de la manera más obvia con el fin de despertar mi temor. Luego esperó en el chaparral, produciendo el extraño sonido cada vez que don Juan se lo indicaba. La seña final de abandonar el refugio de las matas debió darse cuando mis ojos estaban cerrados, después de que don Juan me pidió "llamar" a don Genaro. Entonces don Genaro debió llegarse hasta la ramada para esperar que yo abriera los ojos y darme un susto final.
Las únicas incongruencias en mi esquema de explicación lógica eran que yo había visto, sin lugar a dudas, que el hombre oculto entre las matas se convertía en pájaro, y que al visualizar a don Genaro por vez primera, lo vi como una imagen en una burbuja dorada. En mi visión llevaba exactamente las mismas ropas que en persona. Como yo no tenía ninguna manera lógica de explicar dichas incongruencias, asumí, como siempre he hecho en circunstancias similares, que la tensión emocional debía haber jugado un papel importante en determinar lo que yo "creí ver".
Eché a reír, en forma totalmente involuntaria, ante la idea de la absurda treta. Les hablé de mis deducciones. Ellos rieron a mandíbula batiente. Pensé con toda sinceridad que su risa los delataba.
-Estaba usted escondido en las matas, ¿verdad? -pregunté a don Genaro.
Don Juan tomó asiento y puso la cabeza entre las manos.
-No, no estaba escondido -dijo don Genaro con paciencia-. Estaba lejos de aquí y entonces me llamaste, así que vine a verte.
-¿Dónde estaba usted, don Genaro?
-Lejos.
-¿Qué tan lejos?
Don Juan me interrumpió y dijo que don Genaro había venido como un acto de deferencia hacia mí, y que yo no podía preguntarle dónde había estado, porque no había estado en parte alguna.
Don Genaro salió en mi defensa y dijo que estaba bien preguntarle cualquier cosa.
-Si no andaba escondido cerca de la casa, ¿dónde estaba usted, don Genaro? -pregunté.
-Estaba en mi casa -repuso con gran candor.
-¿En Oaxaca?
-¡Sí! Es la única casa que tengo.
Se miraron y nuevamente soltaron la risa. Yo sabia que me embromaban, pero decidí no llevar más lejos mis averiguaciones. Pensé que ambos debían haber tenido una razón para ponerse a montar un espectáculo tan complicado. Tomé asiento.
Me sentía verdaderamente cortado en dos; cierta parte de mi ser no se sobresaltaba en absoluto y podía aceptar en su valor aparente cualquier reto de don Juan o don Genaro. Pero había otra parte que se negaba de plano; era mi parte más fuerte. Mi evaluación consciente era que yo había aceptado la descripción mágica del mundo, dada por don Juan, sólo en términos intelectuales, mientras mi cuerpo como entidad completa la rechazaba; de ahí mi dilema. Sin embargo, en el curso de los años que tenía de tratar a don Juan y a don Genaro, yo había experimentado fenómenos extraordinarios, y todos habían sido experiencias corporales, no intelectuales. Esa misma noche yo había ejecutado "la marcha de poder", lo cual, desde la

perspectiva de mi intelecto, era una hazaña inconcebible; y más aún, había tenido visiones increíbles sin usar otro medio que mi propia volición.
Les expliqué la naturaleza de mi desconcierto, doloroso y al mismo tiempo sincero.
-Este muchacho es un genio -dijo don Juan a don Genaro, meneando la cabeza con incredulidad.
-Eres un geniete, Carlitos -dijo don Genaro como transmitiendo un mensaje.
Tomaron asiento junto a mí, don Juan a la. derecha y don Genaro a la izquierda. Don Juan observó que pronto sería de mañana. En ese instante oí de nuevo el llamado de la polilla. Se había movido. El sonido venía de la dirección contraria. Miré a uno y a, otro, sosteniendo su mirada. Mi esquema lógico empezó a desintegrarse. El sonido tenía una riqueza y una profundidad hipnotizantes. Luego percibí pasos ahogados, patas suaves que aplastaban los yerbajos secos. El sonido barbotante se acercó y me acurruqué contra don Juan. Secamente, me ordenó "ver" aquello. Hice un esfuerzo supremo, no tanto para complacerlo como para complacerme a mí mismo. Había estado seguro de que don Genaro era la polilla. Pero don Genaro estaba sentado junto a mí; ¿qué había entonces entre las matas? ¿Una polilla?
El barbotar resonaba en mis oídos. Yo no podía parar por entero mi diálogo interno. Oía el sonido, pero no podía sentirlo en el cuerpo, como antes. Percibí pasos definidos. Algo se deslizaba en la oscuridad. Hubo un fuerte crujido, como si una rama se partiera en dos, y de pronto me aferró un recuerdo aterrorizante. Años atrás, había pasado una noche tremenda en el yermo, y algo me hostigó: algo muy ligero y suave que pisó mi cuello repetidas veces mientras yo yacía agazapado. Don Juan había explicado el evento como un encuentro con "el aliado", una fuerza misteriosa que el brujo aprendía a percibir como entidad.
Me incliné hacia don Juan y susurré mi recuerdo. Don Genaro se nos acercó caminando a gatas.
-¿Qué dijo? -pregunté a don Juan en un susurro.
-Dijo que allí anda un aliado -repuso don Juan en voz baja.
Don Genaro regresó gateando a su sitio y se sentó. Luego se volvió hacia mí y susurró en voz baja:
-Eres un genio.
Rieron calladamente. Don Genaro señaló el matorral con un movimiento de barbilla.
-Anda allá afuera y agárralo -dijo-. Desnúdate y métele un buen susto a ese aliado.
Se sacudieron de risa. Mientras tanto, el sonido había cesado. Don Juan me ordenó detener mis pensamientos pero conservar los ojos abiertos, enfocados en el borde del chaparral frente a mí. Dijo que la polilla había cambiado de posición porque don Genaro estaba allí, y que, si se me iba a manifestar, elegiría llegar por tal punto.
Tras luchar un momento por aquietar mis ideas, percibí otra vez el sonido. Su textura era más rica que nunca. Primero oí los pasos apagados sobre ramas secas y luego los sentí en mi cuerpo. En ese instante discerní una masa oscura directamente frente a mí, al filo de las matas.
Sentí que me sacudían. Abrí los ojos. Don Juan y don Genaro se erguían a mi lado y yo estaba de rodillas, como si me hubiera dormido agazapado. Don Juan me dio agua y volví a sentarme con la espalda contra la pared.
Poco rato después vino la aurora. El chaparral pareció despertar. El frío matinal era terso y vigorizante.
La polilla no había sido don Genaro. Mi estructura racional se cata a pedazos. No quería hacer más preguntas, ni quería tampoco permanecer en silencio. Finalmente tuve que hablar.
-Pero si estaba usted en las sierras de Oaxaca, don Genaro, ¿cómo llegó aquí? -pregunté.
Don Genaro hizo con la boca gestos absurdos e hilarantes.
-Lo siento -dijo-, mi boca no quiere hablar.
Luego se volvió hacia don Juan y dijo, sonriendo:
-¿Por qué no le dices tú?

Don Juan titubeó. Luego dijo que don Genaro, como consumado artista de la brujería, era capaz de hechos prodigiosos.
El pecho de don Genaro se hinchó como si las palabras de don Juan lo inflaran. Parecía haber inhalado tanto aire que su pecho se miraba el doble del tamaño normal. Daba la impresión de hallarse a punto de flotar. Saltó por los aires. Me pareció como si el aire dentro de sus pulmones lo hubiera forzado a saltar. Caminó de un lado a otro sobre el piso de tierra hasta que, aparentemente, logró adquirir control sobre su pecho; le dio de palmadas y, con gran fuerza, pasó las palmas de las manos desde los músculos pectorales hasta el estómago, como si desinflara la cámara de una llanta. Finalmente tomó asiento.
Don Juan sonreía. Un gran deleite brillaba en sus ojos.
-Escribe tus notas -me ordenó suavemente-. !Escribe, escribe, o te mueres¡
Luego comentó que ya ni siquiera don Genaro sentía que mi hábito de tomar notas fuera tan extravagante.
-¡Cierto! -replicó don Genaro-. He estado pensando en ponerme a escribir yo también.
-Genaro es un hombre de conocimiento -dijo don Juan con sequedad-. Y siendo un hombre de conocimiento, es perfectamente capaz de trasladarse a. grandes distancias. Me recordó que una vez, años antes, los tres estábamos en las montañas y don Genaro, en un esfuerzo por ayudarme a superar mi estúpida razón, dio un calco prodigioso hasta la cumbre de la Sierra, a quince kilómetros de distancia. El incidente figuraba en mi memoria, pero también el hecho de que yo ni siquiera pude concebir que don Genaro hubiera saltado.
Don Juan añadió que don Genaro era en ocasiones capaz de realizar hazañas extraordinarias.
-A veces Genaro no es Genaro sino su doble -dijo.
Lo repitió tres o cuatro veces. Luego ambos me observaron, como esperando mi reacción inminente.
Yo no había entendido lo de "su doble". Don Juan nunca había mencionado eso antes. Pedí una aclaración.
-Hay otro Genaro -explicó.
Los tres nos miramos. Me puse muy aprensivo. Con un movimiento de los ojos, don Juan me instó a seguir hablando.
-¿Tiene usted un hermano gemelo? -pregunté, volviéndome a don Genaro.
-Claro que sí -dijo-. Tengo un cuate.
No pude determinar si me estaban jugando una broma o no. Ambos rieron con el abandono de niños traviesos.
-Puedes decir -prosiguió don Juan- que en este momento Genaro es su cuate.
Esa aseveración hizo que ambos se tiraran al suelo entre risas. Pero yo no podía disfrutar su regocijo. Mi cuerpo se estremeció involuntariamente.
Don Juan dijo, en tono severo, que yo estaba demasiado pesado y engreído.
-¡Déjate ir! -me ordenó con sequedad-. Ya sabes que Genaro es un brujo y un guerrero impecable. Por eso es capaz de realizar hechos que serían inconcebibles para el hombre común. Su doble, el otro Genaro, es uno de esos hechos.
Quedé sin habla. No podía concebir que simplemente estuvieran burlándose de mí.
-Para un guerrero como Genaro -continuó-, producir al otro no es una cosa tan asombrosa.
Tras meditar largo rato qué decir, pregunté:
-¿Es el otro como uno mismo?
-El otro es uno mismo -replicó don Juan.
Su explicación había tomado un giro increíble, y sin embargo no era, en realidad, más increíble que todos los demás hechos de ambos.
-¿De qué está hecho el otro? -pregunté a don Juan tras algunos minutos de indecisión.
-No hay forma de saberlo -dijo.
-¿Es real, o sólo una ilusión?
-Claro que es real.
-¿Sería entonces posible decir que está hecho de carne y hueso? -pregunté.
-No. No sería posible -respondió don Genaro.
-Pero si es tan real como yo...

-¿Tan real como tú? -interrumpieron al unísono don Juan y don Genaro.
Se miraron entre sí y rieron hasta que pensé que se enfermarían. Don Genaro tiró al piso su sombrero y bailó alrededor. La danza era ágil y graciosa y, por algún motivo inexplicable, chistosa de principio a fin. Acaso el humor estaba en los movimientos exquisitamente "profesionales" que don Genaro ejecutaba. La incongruencia era tan sutil, y a la vez tan notable, que me doblé de risa.
-Lo malo contigo, Carlitos -dijo al sentarse de nuevo- es que eres un genio.
-Tengo que averiguar eso del doble -dije.
-No hay manera de saber si es de carne y hueso -dijo don Juan-. Porque no es tan real como tú. El doble de Genaro es tan real como Genaro. ¿Ves lo que quiero decir?
-Pero tiene usted que admitir, don Juan, que debe haber algún modo de saber.
-El doble es uno mismo; esa explicación debería bastar. Pero si vieras, sabrías que hay una gran diferencia entre Genaro y su doble. Para un brujo que ve, el doble brilla más.
Me sentía demasiado débil para hacer nuevas preguntas. Dejé mi cuaderno y por un instante creí que iba a desmayarme. Tenía visión de un túnel; todo a mi alrededor estaba oscuro, con excepción de un sector redondo de paisaje claro, frente a mis ojos.
Don Juan dijo que yo necesitaba comer algo. Yo no tenía hambre. Don Genaro anunció que él también desfallecía, se puso en pie y fue a la parte trasera de la casa. Don Juan se levantó y me hizo seña de seguirlo. En la cocina, don Genaro se sirvió comida y luego inició una comiquísima pantomima imitando a alguien que quiere comer pero no puede tragar. Pensé que don Juan iba a morirse; rugía, pataleaba, lloraba, tosía y se atragantaba de risa. Yo también me sentía a punto de estallar. Las gracias de don Genaro eran incomparables.
Por fin desistió y nos miró por turno a don Juan y a mí; tenía los ojos relucientes y una sonrisa espléndida.
-Ni modo -dijo alzando los hombros.
Yo devoré una gran cantidad de comida, y lo mismo hizo don Juan; luego todos volvimos al frente de la casa. El sol resplandecía, el cielo estaba despejado y la brisa matinal refrescaba el aire. Me sentía dichoso y fuerte.
Nos sentamos en triángulo, dándonos la cara. Tras un silencio cortés, decidí pedirles clarificar mi dilema. Una vez más me hallaba en perfectas condiciones, y quería explotar mi fuerza.
-Háble me más acerca del doble, don Juan -dije.
Don Juan señaló a don Genaro y don Genaro inclinó la cabeza.
-Allí está -dijo don Juan-. No hay nada que decir. Aquí está para que lo atestigües.
-Pero es don Genaro -dije, en un débil intento por guiar la conversación.
-Claro que soy Genaro -dijo él, enderezando los hombros.
-¿Qué es entonces un doble, don Genaro? -pregunté.
-Pregúntale a él -repuso con brusquedad mientras señalaba a don Juan-. Él es el que habla. Yo soy mudo.
-Un doble es el brujo mismo, desarrollado a través de su soñar -explicó don Juan-. Un doble es un acto de poder para un brujo, pero sólo un cuento de poder para ti. En el caso de Genaro, su doble no se puede distinguir del original. Eso se debe a que su impecabilidad como guerrero es suprema; así, tú mismo nunca has notado la diferencia. Pero en los años que llevas de conocerlo, sólo dos veces has estado con el Genaro original; todas las otras veces has estado con su doble.
-¡Pero esto es absurdo! -exclamé.
Sentí la angustia crecer en mi pecho. Me agité tanto que dejé caer mi cuaderno, y el lápiz rodó perdiéndose de vista, Don Juan y don Genaro se lanzaron al piso, casi como clavadistas, e iniciaron una búsqueda de farsa loca. Yo jamás había visto una representación más asombrosa de magia teatral y prestidigitación. Sólo que no había escenario, ni tramoya, ni artefactos de ninguna clase, y lo más probable era que los actores no usasen prestidigitación.

Don Genaro, ti malo principal, y su asistente don Juan, produjeron en cuestión de minutos la mas sorprendente, grotesca y extravagante colección de objetos, hallados debajo, detrás, o encima de paila cosa dentro de la periferia de la ramada.
Siguiendo el estilo de la magia teatral, el asistente disponía los elementos de tramoya, que en este raso eran los escasos objetos sobre el piso de tierra -piedras, costales, trozos de madera, un cajón de leche, una linterna y mi chaqueta-, y luego el mago, don Genaro, procedía a encontrar algo, que arrojaba a un lado inmediatamente después de constatar que no era mi lápiz. La colección de hallazgos incluía prendas de vestir, pelucas, anteojos, juguetes, utensilios, piezas de maquinaria, ropa interior femenina, dientes humanos, un sandwich de pollo, y objetos religiosos. Uno de ellos era francamente repugnante. Fue un compacto trozo de excremento humano que don Genaro sacó de debajo de mi chaqueta. Por fin, don Genaro halló mi lápiz y me lo entregó después de quitarle el polvo con el faldón de su camisa.
Celebraron sus payasadas con gritos y risas chasqueantes. Yo me descubrí observándolos, pero incapaz de unírmeles.
-No tomes las cosas tan en serio, Carlitos –dijo don Genaro con tono preocupado-. Se te va a reventar la...
Hizo un gesto risible que podía significar cualquier cosa.
Cuando la risa amainó, pregunté a don Genaro qué hacía un doble, o qué hacía un brujo con el doble.
Don Juan respondió. Dijo que el doble tenía poder, y que usaba para realizar hazañas que serían inimaginables en términos ordinarios.
-Ya re he dicho una y otra vez que el mundo no tiene fondo -me dijo-. Y tampoco lo tenemos nosotros los hombres, o los otros seres que existen en este mundo. Por eso, es imposible razonar al doble. Sin embargo se te ha permitido a ti atestiguarlo, y eso debería ser más que suficiente.
-Pero debe haber un modo de hablar de él -dije-. Usted mismo me ha dicho que explicó su conversación con el venado para poder hablar de ella. ¿No puede Hacer lo mismo con el doble?
Guardó silencio un momento. Le rogué. La ansiedad que experimentaba iba más allá de todo cuanto jamás había atravesado.
-Bueno, un brujo puede desdoblarse -dijo don Juan- Eso es todo lo que se puede decir.
-¿Pero se da cuenta de que está desdoblado?
-Claro que se da cuenta.
-¿Sabe que está en dos sitios al mismo tiempo?
Ambos me miraron y luego se miraron entre sí.
-¿Dónde está el otro don Genaro? -pregunté.
Don Genaro se inclinó en mi dirección y fijó la vista en mis ojos.
-No sé -dijo suavemente-. Ningún brujo sabe dónde está su otro.
-Genaro tiene razón -dijo don Juan-. Un brujo no tiene ni la menor idea de que está en dos sitios al mismo tiempo. Tener conocimiento de eso equivaldría a encarar a su doble, y el brujo que se encuentra cara a cara consigo mismo es un brujo muerto. Ésa es la regla. Ése es el modo en que el poder ha armado las cosas. Nadie sabe por qué.
Don Juan explicó que, para cuando un guerrero ha conquistado el "soñar" y el "ver" y ha desarrollado un doble, debe haber logrado asimismo borrar la historia personal, el darse importancia a sí misino, y las rutinas. Dijo que todas las técnicas que me había enseñado y que yo había considerado conversación vana eran, en esencia, medios de dar fluidez a la personalidad y al mundo y colocándolos fuera de los límites de la predicción, para de ese modo eliminar la impracticabilidad de tener un doble en el mundo ordinario.
-Un guerrero fluido ya no puede ponerle fechas cronológicas al mundo -explicó don Juan-. Y para él, el mundo y él mismo ya no son objetos. Él es un ser luminoso que existe en un mundo luminoso. El doble es cosa sencilla para un brujo porque él sabe lo que hace. Tomar notas es para ti cosa

sencilla, pero todavía asustas a Genaro con tu lápiz.
-¿Puede una persona ajena, mirando a un brujo, ver que está en dos lugares a la vez? -pregunté a don Juan.
-Seguro. Ésa sería la única manera de saberlo.
-¿Pero no puede asumirse lógicamente que el brujo también notaría que ha estado en dos lugares?
-¡Ajá! -exclamó don Juan-. Por esta vez acertaste. Un brujo puede sin duda notar, después, que ha estado en dos sitios al mismo tiempo. Pero esto sólo sirve para llevar la cuenta y no afecta en nada el hecho de que, mientras actúa, no tiene idea de que es doble.
Mi mente se tambaleaba. Sentí que, de no seguir escribiendo, estallaría.
-Piensa en esto -prosiguió-. El mundo no se nos viene encima directamente; la descripción del mundo siempre está en el medio. Así pues, hablando con propiedad, siempre estamos a un paso de distancia y nuestra vivencia del mundo es siempre un recuerdo de la experiencia. Estamos eternamente recordando el instante que acaba de suceder, acaba de pasar. Recordamos, recordamos, recordamos.
Volteó la mano una y otra vez para darme el sentimiento de lo que quería decir.
-Si toda nuestra vivencia del mundo es recuerdo, entonces no resulta tan absurdo decir que un brujo puede estar en dos sitios al mismo tiempo. Pero ese no es el caso desde el punto de vista de lo que él siente, porque para vivir el mundo un brujo, como cualquier otro hombre, tiene que recordar el acto que acaba de realizar, la experiencia que acaba de vivir. En el conocimiento del brujo hay un solo recuerdo. Sin embargo, para alguien que estuviera mirando al brujo, el brujo aparecería como si estuviera actuando a la vez en dos episodios diferentes. El brujo, no obstante, recuerda dos instantes aislados, distintos, porque para él la goma de la descripción del tiempo ya no pega más.
Cuando don Juan terminó de hablar, me sentí seguro de tener fiebre.
Don Genaro me examinó con ojos curiosos.
-Tiene razón -dijo-. Siempre andamos un salto atrás.
Movió la mano como don Juan había hecho; su cuerpo empezó a moverse en tirones y saltó hacía atrás sobre su asiento. Era como si tuviese hipo y el hipo forzara a su cuerpo a saltar. Empezó a desplazarse de espaldas, saltando sentado, y fue hasta el final de la ramada y regresó.
La visión de don Genaro saltando hacia atrás sobre sus nalgas, en vez de ser chistosa como debería haber sido, me produjo un ataque de miedo tan intenso que don Juan tuvo que golpear repetidamente, con los nudillos, la parte superior de mi cabeza.
-Sencillamente no puedo comprender todo esto, don Juan -dije.
-Yo tampoco -repuso don Juan, alzando los hombros.
-Y yo menos, querido Carlitos -añadió don Genaro.
Mi fatiga, el total de mi experiencia sensorial, el ambiente de ligereza y humor que prevalecía, y las payasadas de don Genaro eran demasiado para mis nervios. No podía detener la agitación en los músculos de mi estómago.
Don Juan me hizo rodar en el piso hasta que recobré la calma; luego volví a sentarme encarándolos.
-¿Es sólido el doble? -pregunté a don Juan tras un largo silencio.
Me miraron.
-¿Tiene cuerpo el doble? -pregunté.
-Seguro -dijo don Juan-. La solidez, el cuerpo son recuerdos; al igual que todo lo demás que sentimos del mundo, son recuerdos que acumulamos. Tú tienen el recuerdo de mi solidez, igual que tienes el recuerdo de comunicarte con palabras. Por eso crees que hablaste con un coyote y sientes que soy sólido.
Don Juan puso su hombro junto al mío y me dio un leve codazo.
-Tócame -dijo.
Le di palmadas y luego lo abracé. Me hallaba al borde del llanto.
Don Genaro se puso de pie y se me acercó. Daba la impresión de un niño con brillan-

tes ojos traviesos. Hizo un mohín frunciendo los labios y me miró un largo momento.
-¿Y yo? -preguntó, tratando de esconder una sonrisa-. ¿No vas a darme mi abrazo?
Me levanté y extendí los brazos para tocarlo; mi cuerpo pareció congelarse en esa postura. No tenía poder para moverme. Traté de forzar mis brazos a alcanzarlo, pero la pugna fue en vano.
Don Juan y don Genaro se pararon, observándome. Sentí mi cuerpo contraerse bajo una presión desconocida.
Don Genaro tomó asiento y fingió ponerse de mal humor porque yo no lo había abrazado; frunció la boca y golpeó el suelo con los talones, luego los dos volvieron a estallar en carcajadas.
Los músculos de mi estómago temblaban, sacudiendo todo mi cuerpo. Don Juan señaló que estaba moviendo la cabeza como él había recomendado antes, y que ésa era la oportunidad de tranquilizarme reflejando un rayo de luz en la córnea de mis ojos. Me jaló a la fuerza a campo abierto, fuera del techo de la ramada, y manipuló mi cuerpo para que mis ojos captaran el sol oriental; pero cuando acabó de ponerme en la posición adecuada, yo había dejado de temblar. Noté que yo aferraba mi cuaderno solamente después de que don Genaro dijo que el peso de las hojas era lo queme hacía estremecer.
Aseguré a don Juan que mi cuerpo me jalaba para irme. Agité la mano en dirección de don Genaro. No quería darles tiempo de hacerme cambiar de idea.
-Adiós, don Genaro -grité-. Ya tengo que irme.
Devolvió el ademán.
Don Juan caminó conmigo unos metros, hacia mi coche.
-¿Usted también tiene un doble, don Juan? -pregunté.
-¡Claro! -exclamó.
Tuve en ese momento una idea enloquecedora. Quise descartarla y marcharme a toda prisa, pero algo en mi interior seguía aguijándome. A lo largo de los años de nuestra relación, se había hecho costumbre que, cada vez que yo deseaba ver a don Juan, iba a Sonora o a México central y siempre lo hallaba esperándome. Había aprendido a dar eso por sentado y nunca hasta entonces se me había ocurrido pensar nada al respecto.
-Dígame una cosa, don Juan -dije, medio en broma-. ¿Usted es usted, o usted es su doble?
Se inclinó hacia mí. Sonreía.
-Mi doble -susurró.
Mi cuerpo saltó en el aire como si me impeliera una fuerza formidable. Corrí a mi coche.
-Lo dije en broma -dijo don Juan en voz alta-.
Todavía no te puedes ir. Me sigues debiendo cinco días.
Ambos corrieron hacia el auto mientras yo lo echaba en reversa. Reían y brincoteaban.
-¡Carlitos, llámame cuando quieras! -gritó don Genaro.

EL SOÑADOR Y EL SOÑADO

Llegué a casa de don Juan temprano por la mañana. Había pasado la noche en un motel en el camino, para estar allí antes del mediodía.
Don Juan estaba en la parte trasera y vino al frente cuando lo llamé. Me dio un saludo caluroso y la impresión de que se alegraba de verme. Hizo un comentario que creí destinado a sosegarme, pero que produjo el efecto contrario.
-Te oí venir -dijo con una sonrisa-. Y me corrí para atrás de la casa. Tuve miedo de que si me quedaba aquí fueras a asustarte.
Señaló, en tono casual, que me hallaba sombrío y pesado. Dijo que le recordaba a Eligio, quien era lo bastante mórbido para ser un buen brujo, pero demasiado para hacerse hombre de conocimiento. Añadió que el único modo de contrarrestar el devastador efecto del mundo de los brujos era reírse de él.
Había evaluado correctamente mi estado de ánimo. Yo estaba, en verdad, preocupa-

do y asustado. Salimos a una larga caminata. Mis sentimientos tardaron horas en aligerarse. Caminar con él me hacía sentir mejor que si hubiera intentado disipar mis sombras hablando.
Regresamos a su casa al atardecer. Me moría de hambre. Después de comer nos sentamos bajo la ramada. El cielo estaba despejado. La luz de la tarde me producía complacencia. Quise conversar.
-Llevo meses de sentirme inquieto -dije-. Hubo algo verdaderamente pavoroso en lo que usted y don Genaro dijeron e hicieron la última vez que estuve, aquí.
Don Juan no respondió. Se puso en pie y caminó por la ramada.
-Tengo que hablar de esto -dije-. Me obsesiona y no puedo dejar de darle vueltas.
-¿Tienes miedo? -preguntó.
Yo no tenía miedo sino desconcierto; me avasallaba lo que había visto y oído. Los huecos en mi razón eran tan enormes que, de no repararlos, yo debería prescindir de ella por entero.
Mis comentarios le dieron risa.
-Todavía no tires tu razón -dijo-. Todavía no es hora de hacer eso. Eso sucederá, por cierto, pero no creo que ahora sea el momento.
-Entonces, ¿debo tratar de hallar una explicación para lo que ocurrió? -pregunté.
-¡Seguro! -replicó-. Tienes el deber de apaciguar tu mente. Los guerreros no ganan victorias golpeándose la cabeza contra los muros. Los guerreros saltan los muros, no los derriban.
-¿Cómo puedo saltar éste? -pregunté.
-En primer lugar, me parece un error fatal que tomes las cosas tan en serio -dijo al tomar asiento junto a mí-. Hay tres clases de malos hábitos que usamos una y otra vez al enfrentarnos con situaciones fuera de lo común en esta vida. Primero: podemos no hacer caso de lo que está ocurriendo o ha ocurrido, y sentir como si nunca hubiera pasado. Ése es el camino del santurrón. Segundo: podemos aceptar todo tal como se presenta y sentir como si supiéramos qué es lo que está pasando. Ése es el camino de los devotos. Tercero: podemos obsesionarnos con un suceso porque no podemos descartarlo o porque no podemos aceptarlo de todo corazón. Ése es el camino del tonto. ¿Tu camino? Hay un cuarto camino, el correcto, el camino del guerrero. Un guerrero actúa como si nunca hubiera pasado nada, porque no cree en nada, pero acepta todo tal como se presenta. Acepta sin aceptar y descarta sin descartar. Nunca siente como si supiera, ni tampoco siente como si nada hubiera pasado. Actúa como si tuviera el control, aunque esté temblando de miedo. Actuar en esa forma disipa la obsesión.
Quedamos largo rato en silencio. Las palabras de don Juan eran como un bálsamo para mí.
-¿Puedo hablar de don Genaro y su doble? -pregunté.
-Depende de lo que quieras decir de él -repuso-. ¿Vas a entregarte a la obsesión?
-Quiero entregarme a las explicaciones -dije-. Estoy obsesionado porque no me he atrevido a venir a verlo ni he podido hablar con nadie de mis escrúpulos y mis dudas.
-¿No hablas con tus amigos?
-Sí, pero ¿cómo podrían ayudarme?
-Nunca pensé que necesitaras ayuda. Debes cultivar el sentimiento de que un guerrero no necesita nada. Dices que necesitas ayuda. ¿Ayuda para qué? Tienes todo lo necesario para el viaje extravagante que es tu vida. He tratado de enseñarte que la verdadera experiencia es ser un hombre, y que lo que cuenta es estar vivo; la vida es la vueltita que ahora estamos tomando. La vida en sí misma es suficiente y se explica sola, y es completa.
"Un guerrero entiende eso y vive de acuerdo a eso; por lo tanto, uno puede decir sin ser presumido, que la experiencia de experiencias es el ser un guerrero."
Pareció esperar respuesta. Titubeé un momento. Quería elegir cuidadosamente mis palabras.
-Si un guerrero necesita alivio -Prosiguió-, simplemente elige a cualquiera y le expresa a esa persona cada detalle de su tumulto. Después de todo, el guerrero no busca

que le entiendan o le ayuden; con hablar simplemente busca aliviar su presión. Eso es, siempre y cuándo el guerrero sea dado a hablar; si no lo es, no le dice nada a nadie. Pero tú no vives totalmente como guerrero. No todavía. Y los obstáculos que te salen al encuentro han de ser verdaderamente monumentales. Te entiendo perfectamente.
No se hacia el gracioso. A juzgar por la preocupación en su mirada, parecía ser alguien que hubiera andado por esos rumbos. Se puso en pie y me dio palmaditas en la cabeza. Se paseó de un lado a otro a lo largo de la ramada y miró casualmente hacia el chaparral en torno de la casa. Sus movimientos evocaron en mí una sensación de inquietud.

Con el fin de relajarme, empecé a hablar de mi dilema. Sentía que inherentemente era demasiado tarde para fingirme un espectador inocente. Bajo su guía, me había entrenado hasta lograr percepciones extrañas, como "parar el diálogo interno" y controlar los sueños. Ésas eran instancias que no podían falsificarse. Yo había seguido sus sugerencias, aunque nunca al pie de la letra, y había logrado parcialmente romper rutinas cotidianas, asumir responsabilidades por mis actos, borrar la historia personal, y llegado finalmente a un punto que años antes me producía pánico, era capaz de estar solo sin violentar mi bienestar físico ni emotivo. Ése era quizá mi triunfo aislado más sorprendente. Desde la perspectiva de mis anteriores expectaciones y estados de ánimo, hallarme solo y no "salirme de mis casillas" era un estado inconcebible. Tenía aguda conciencia de todos los cambios acontecidos en mi vida y en mi visión del mundo, y también de que en alguna forma era superfluo resentir tan profundamente la revelación de don Juan y don Genaro acerca del "doble".
-¿Qué anda mal conmigo, don Juan? -pregunté.
-Te entregas a tu vicio -respondió, brusco-. Sientes que entregarte a las dudas y a las tribulaciones es la marca de un hombre sensitivo. Bueno, la verdad del asunto es que está, muy lejos de ser eso. ¿Por qué fingir, pues? Ya te dije el otro día: un guerrero se acepta con humildad así como es.
-De la manera como usted lo dice, me hace aparecer como si yo me confundiera a propósito -dije.
-Pues eso es lo que hacemos, nos confundimos a propósito –repuso-. Todos nosotros nos damos cuenta de lo que hacemos y nuestra razón se convierte, a propósito, en el monstruo que se imagina ser. Pero ese molde le queda demasiado grande.
Le expliqué que mi dilema era quizá más complejo que como él lo presentaba. Dije que mientras él y don Genaro fuesen hombres como yo mismo, su dominio superior los convertía en modelos para mi propia conducta. Pero si eran en esencia hombres drásticamente distintos a mí, no me era ya posible concebirlos como modelos, sino como rarezas que yo no podía aspirar a emular.
-Genaro es un hombre -dijo don Juan en tono confortante-. Ya no es un hombre como tú, cierto. Pero ésa es su hazaña, y no debería darte miedo. Si es distinto, mayor razón para admirarlo.
-Pero su diferencia no es una diferencia humana -dije.
-¿Y qué cosa crees que es? ¿La diferencia entre un hombre y un caballo?
-No sé. Pero no es como yo.
-No obstante, lo fue una vez.
-¿Pero puedo yo entender su cambio?
-Claro. Tú mismo estás cambiando.
-¿Quiere usted decir que me saldrá un doble?
-A nadie le sale un doble. Ése es sólo un modo de hablar de eso. Pese a lo mucho que hablas, las palabras te enredan. Te quedas atrapado en sus significados. Y ahora seguramente has de creer que el doble le sale a uno por medios malignos. Todos nosotros los seres luminosos tenemos un doble. ¡Todos! Un guerrero aprende a darse cuenta de ello, eso es todo. Hay barreras que parecen infranqueables, que protegen ese conocimiento. Pero eso es de esperarse; de no ser por esas barreras, lle-

gar a darse cuenta del doble no sería el desafío único que es.
-¿Por qué le temo yo tanto al doble, don Juan?
-Porque estás pensando que el doble es lo que dice la palabra, un doble, otro tú. Yo escogí esas palabras con el propósito de describirlo. El doble es uno mismo y no se puede encararlo de otro modo.
-¿Y si yo no quiero un doble?
-El doble no es asunto de gusto personal. Tampoco es asunto de gusto personal quien resulta seleccionado para aprender el conocimiento de los brujos que nos llevan a darnos cuenta del doble. ¿Te has preguntado alguna vez por qué tú en particular?
-Todo el tiempo. Cientos de veces le he hecho esa pregunta, pero usted nunca ha respondido.
-No quise decir que lo hicieras una pregunta que busca respuesta, sino en el sentido de un guerrero que se asombra en su gran fortuna, la fortuna de haber hallado un propósito.
Convertirlo en pregunta común es el recurso de un hombre ordinario y engreído que quiere que lo admiren o lo compadezcan por lo que hace. Yo no tengo ningún interés en esa clase de pregunta, porque no hay modo de responderla. La decisión de escogerte a ti en particular fue un designio del poder; nadie puede penetrar los designios del poder. Ahora que has sido seleccionado, no hay nada que puedas hacer para que ese designio no se cumpla.
-Pero usted mismo dice, don Juan, que uno siempre puede fracasar.
-Cierto. Uno siempre puede fracasar. Pero yo creo que te refieres a otra cosa. Quieres hallar una salida. Quieres tener la libertad de fracasar y salir corriendo cuando se te dé la gana. Es demasiado tarde para eso. Un guerrero está en las manos del poder y su única libertad es elegir una vida impecable. No hay manera de fingir el triunfo o la derrota. Tu razón podrá querer que fracases por completo, para así aniquilar la totalidad de tu ser. Pero hay una contramedida que no te permitirá declarar una falsa victoria o derrota. Si crees que puedes retirarte al refugio del fracaso, estás loco. Tu cuerpo montará guardia y no te dejará ir a ninguno de los dos lados.
Empezó a reír para sí, suavemente.
-¿Por qué ríe usted? -pregunté.
-Estás metido en un pantano espantoso -dijo-. Es demasiado tarde para retirarte, pero demasiado pronto para actuar. Lo único que puedes hacer es atestiguar. Estás en la miserable posición de una criatura que no puede regresar al vientre de la madre, pero tampoco puede corretear y actuar. Lo único que una criatura puede hacer es atestiguar, y escuchar los estupendos cuentos de acción que le cuentan. Tú estás ahora en ese punto preciso. No puedes regresar al vientre de tu viejo mundo, pero tampoco puedes actuar con poder. Para ti no hay más que atestiguar actos de poder y escuchar cuentos, cuentos de poder.
"El doble es uno de esos cuentos. Lo sabes, y por eso cautiva tanto tu razón. Te estás golpeando la cabeza contra un muro si pretendes entender. Todo lo que puedo decirte, a manera de explicación, es que el doble, aunque se llega a él soñando, es de lo más real que hay."
-Según lo que usted me ha contado, don Juan, el doble puede realizar actos. ¿Puede entonces. . .?
No me dejó proseguir mi línea de razonamiento. Me recordó que era inadecuado decir que él me había contado del doble, cuando podía decir que yo mismo lo había presenciado.
-Por lo visto, el doble puede realizar actos -dije.
-¡Por lo visto! -repuso.
-¿Pero puede el doble actuar como uno mismo?
-Es uno mismo, ¡carajo!
Me resultaba muy difícil darme a entender. Tenía en mente que, sí un brujo podía ejecutar dos acciones a la vez su capacidad para la producción utilitaria necesariamente se duplicaba. Podía trabajar en dos empleos, estar en dos sitios, ver a dos

personas, y así sucesivamente, al mismo tiempo.
Don Juan escuchó con paciencia.
-Permítame poner un ejemplo -dije-. Como pura teoría, ¿puede don Genaro matar a alguien a cientos de kilómetros de distancia, dejando que su doble lo haga?
Don Juan me miró. Meneó la cabeza y apartó los ojos.
-Estás repleto de cuentos de violencia -dijo-. Genaro no puede matar a nadie, sencillamente porque ya no tiene ningún interés en sus semejantes. A la hora en que un guerrero es capaz de conquistar el ver y el soñar y de darse cuenta de su propia luminosidad, ya no le queda nada de ese interés.
Señalé que, al principio de mi aprendizaje, él había afirmado que un brujo, con la guía de su "aliado", podía transportarse a cientos de kilómetros para descargar un golpe mortal a sus enemigos.
-Yo soy el responsable de esa confusión -dijo-. Pero debes recordar que en otra ocasión te dije que, contigo, yo no estaba siguiendo los pasos que mi propio maestro me trazó. El era brujo, y propiamente yo debería haberte echado a ese mundo. No lo hice, porque ya no me conciernen los quehaceres de mis semejantes. Pero de todos modos, las palabras de mi maestro se me quedaron pegadas. Muchas veces hablé contigo en la forma en que él mismo hubiera hablado.
"Genaro es un hombre de conocimiento. El más puro de todos. Sus acciones son impecables. Está más allá de los hombres comunes, y más allá de los brujos. Su doble es una expresión de su alegría y su buen humor. Por eso, no puede de ningún modo usarlo para crear o resolver situaciones ordinarias. Hasta donde yo sé, el doble es el darse cuenta de nuestro estado como seres luminosos. Puede hacer cualquier cosa, pero escoge ser gentil y no llamar la atención.
"Mi error fue extraviarte con palabras prestadas. Mi maestro no era capaz de producir los efectos que Genaro produce. Para mi maestro, desdichadamente, ciertas cosas eran, como son para ti, sólo cuentos de poder."
Me vi compelido a defender mi premisa. Dije que hablaba en un sentido de posibilidades hipotéticas.
-No hay tal sentido cuando hablas del mundo de los hombres de conocimiento -dijo-. Un hombre de conocimiento no puede de ninguna manera actuar hacia sus semejantes en términos perjudiciales, hipotéticamente o no.
-Pero ¿y si sus semejantes traman algo contra su seguridad y su bienestar? ¿Puede entonces usar su doble para protegerse?
Chasqueó la lengua con reprobación.
-Qué violencia increíble en tus pensamientos -dijo-. Nadie puede tramar nada contra la seguridad y el bienestar de un hombre de conocimiento. Él ve, de modo que tomaría medidas para evitar cualquier cosa por el estilo. Genaro, por ejemplo, corre un riesgo calculado al juntarse contigo. Pero no hay nada que podrías hacer tú para poner en peligro su seguridad. Si algo hubiera, su ver se lo haría saber. Ahora bien, si hay en ti algo que sea desde el fondo perjudicial para él, y su ver no lo alcanza, entonces es su destino, y ni Genaro ni nadie puede evitar eso. Conque, ya ves, un hombre de conocimiento tiene el control sin controlar nada.
Guardamos silencio. El sol estaba a punto de alcanzar la copa de las densas matas altas al lado oeste de la casa. Quedaban unas dos horas de luz diurna.
-¿Por qué no llamas a Genaro? -dijo don Juan en tono casual.
Mi cuerpo dio un salto. Mi reacción inicial fue abandonar todo y correr a mi coche. Don Juan estalló en una carcajada. Le dije que yo no tenía nada que probarme a mí mismo, y que me hallaba perfectamente satisfecho hablando con él. Don Juan no podía parar de reír. Finalmente dijo que era una vergüenza que Genaro no estuviera allí para disfrutar la escena.
-Mira, si a ti no te interesa llamar a Genaro, a mí sí -dijo en tono resuelto-. Me gusta su compañía.

Había un terrible amargor en mi paladar. El sudor goteaba de mis cejas y mi labio superior. Quise decir algo pero en realidad no había qué decir.
Don Juan me escudriñó con una larga mirada.
-Ándale -dijo-. Un guerrero siempre está listo. Ser guerrero no es el simple asunto de nomás querer serlo. Es más bien una lucha interminable que seguirá hasta el último instante de nuestras vidas. Nadie nace guerrero, exactamente igual que nadie nace siendo un ser razonable. Nosotros nos hacemos lo uno o lo otro.
"Siéntate bien. No quiero que Genaro te vea temblando."
Se puso en pie y recorrió de un lado a otro el piso limpio de la ramada. No pude permanecer impasible. Mi nerviosismo era tan intenso que, incapaz de escribir una línea más, me levanté de un salto.
Don Juan me hizo trotar marcando el paso, cara al oeste. Me había puesto a realizar los mismos movimientos en varias ocasiones anteriores. La idea era sacar "poder" del crepúsculo inminente alzando los brazos al cielo con los dedos extendidos en abanico, y cerrando los puños con fuerza cuando los brazos estuvieran en el punto medio entre horizonte y cenit.
El ejercicio surtió efecto y, casi de inmediato, me llené de calma y sosiego. No pude, sin embargo, dejar de pensar qué habría ocurrido con el antiguo "yo" que nunca se habría relajado tan completamente ejecutando esos movimientos sencillos e idiotas.
Quería enfocar toda mi atención en el procedimiento que don Juan seguiría para llamar a don Genaro. Anticipaba actos portentosos. Don Juan se paró en el borde de la ramada, mirando al sureste, formó una bocina con las manos, y gritó:
-¡Genaro! ¡Ven aquí!
Un momento después, don Genaro surgió del chaparral. Ambos resplandecían de contento. Prácticamente bailaron frente a mí.
Don Genaro me saludó con abundantes efusiones y tomó asiento en el cajón de leche.
Algo espantoso me ocurría. Estaba calmado, impávido. Un increíble estado de indiferencia y distanciamiento dominaba todo mi ser. Casi me parecía estarme observando desde un escondrijo. Con gran despreocupación, le platiqué a don Genaro que durante mi última visita casi me había matado a sustos, y que ni siquiera durante mis experiencias con plantas psicotrópicas me había visto en un caos mayor. Ambos celebraron mis frases como si tuvieran propósito de chiste. Reí con ellos.
Obviamente estaban al tanto de mi estado de insensibilidad emotiva. Me vigilaban y me seguían la corriente como a un borracho. Dentro de mí, algo luchaba desesperadamente por convertir la situación en cosa familiar. Quería sentirme preocupado y temeroso.
Al cabo de un rato, don Juan me salpicó agua en la cara y me instó a sentarme y tomar notas. Dijo, como lo había hecho antes, que de no tomar -notas me moriría. El mero acto de poner por escrito algunas palabras hizo regresar mi ánimo habitual. Fue como si algo se volviera de nuevo claro y cristalino, algo que unos momentos antes era opaco e inerte.
El advenimiento de mi personalidad acostumbrada significó a la vez el de mis miedos habituales. Curiosamente, yo tenía menos miedo de tener miedo que de no tenerlo. La familiaridad de mis viejos hábitos, por desagradables que fuesen, era un respiro deleitoso.
Entonces me di plena cuenta de que don Genaro acababa de surgir del chaparral. Mis procesos usuales empezaban a funcionar. Comenzó rehusando a pensar o especular acerca del hecho. Hice la decisión de no preguntarle nada. Esta vez, sería un testigo silencioso.
-Genaro ha venido de nuevo, exclusivamente por usted -dijo don Juan.
Don Genaro estaba reclinado en la pared de la casa, y reposaba la espalda, sentado en un cajón de leche puesto en declive. Parecía un jinete. Tenía las manos enfrente, y daban la impresión de que sostenía las riendas de un caballo.

-Eso es cierto, Carlitos -dijo bajando el cajón a la horizontal del piso.
Desmontó, pasando la pierna derecha sobre el imaginario cuello equino, y saltó a tierra. La destreza de sus movimientos me hizo sentir sin lugar a dudas que había llegado cabalgando. Vino y se sentó a mi izquierda.
-Genaro vino porque quiere hablarte del otro -dijo don Juan.
Hizo ademán de ceder la palabra. Don Genaro saludó al auditorio. Se volvió ligeramente para darme la cara.
-¿Qué es lo que te gustaría saber, Carlitos? -preguntó en voz aguda.
-Bueno, si va usted a hablarme del otro, cuéntemelo todo -dije, fingiendo despreocupación.
Ambos menearon la cabeza y se miraron.
-Genaro te va a hablar acerca del soñador y el soñado -anunció don Juan.
Como ya sabes, Carlitos -dijo don Genaro con el aire de un orador que entra en materia-, el doble empieza en sueños.
Me lanzó una larga mirada y sonrió. Sus ojos se deslizaron de mi cara a mi cuaderno y mi lápiz.
-El doble es un sueño -dijo, rascándose los brazos, y luego se paró.
Dejó la ramada y se metió en el chaparral. Se detuvo frente a una mata, mostrándonos tres cuartos de perfil; al parecer orinaba. Tras un momento vi que algo le ocurría. Parecía tratar desesperadamente de orinar sin conseguirlo. La risa de don Juan me indicó que don Genaro había vuelto a las andadas.
Don Genaro contorsionaba su cuerpo en tan cómica manera, que nos puso prácticamente histéricos.
Don Genaro regresó a la ramada y tomó asiento. Su sonrisa irradiaba una insólita calidez.
-Si no se puede, pues no se puede -dijo alzando los hombros.
Luego, tras una pausa momentánea, añadió, suspirando:
-Sí, Carlitos, el doble es un sueño.
-¿Quiere usted decir que no es real? -pregunté.
-No. Quiero decir que es un sueño -repuso.
Don Juan intervino para explicar que don Genaro se refería a la primera manifestación del hecho de darnos cuenta de ser seres luminosos.
-Cada uno de nosotros es distinto, y por eso los detalles de nuestras luchas son distintos -dijo don Juan-. Pero los pasos que seguimos para llegar al doble son los mismos. Sobre todo los primeros pasos, que son confusos e inciertos.
Don Genaro estuvo de acuerdo, y comentó la incertidumbre del brujo en esa etapa.
-Cuando me pasó por primera vez, no supe lo que había pasado -relató-. Un día había estado recogiendo plantas en los cerros y me había metido en un sitio que les tocaba a otros yerberos. Junté dos costalotes y ya estaba listo para irme a mi casa, cuando me dieron ganas de descansar un rato. Me acosté junto al camino, a la sombra de un árbol, y me quedé dormido. Después oí gente que bajaba del monte y desperté. Al momento me escurrí y me escondí detrás de unas matas, al otro lado del camino muy cerca del sitio donde me había echado a dormir. Estando allí se me dio por pensar que me había olvidado algo. Miré a ver si tenía mis dos costales de plantas. No los tenía conmigo. Miré para el otro lado del camino, al lugar donde había estado durmiendo y casi me lleva la chingada. ¡Yo seguía allí dormido! ¡Era yo mismo! Toqué mi cuerpo. ¡Yo era yo mismo! Ya para entonces, las gentes que bajaban del monte iban llegando a mí que estaba dormido, mientras yo que estaba bien despierto miraba desde mi escondite sin poder hacer nada. ¡Me lleva la chingada! Me van a encontrar allí, pensé, y me van a quitar mis costales. Pero las gentes pasaron junto a mí que dormía como si yo no estuviera allí.
"La visión fue tan vivida que me puse como loco. Grité y entonces volví a despertar. ¡Carajo! ¡Había sido un sueño!"
Don Genaro cesó su recuento y me miró como esperando una pregunta o un comentario.
-Dile dónde despertaste la segunda vez -dijo don Juan.

-Desperté junto al camino -dijo don Genaro-, donde me quedé dormido. Pero por un momento no supe bien dónde me encontraba en realidad. Casi puedo decir que me estaba viendo a mí mismo despertar cuando algo me jaló al otro lado del camino cuando ya estaba a punto de abrir los ojos.

Hubo una larga pausa. Yo no sabía qué decir.

-¿Y qué hiciste después? -preguntó don Juan.

Me di cuenta, cuando ambos echaron a reír, de que me hacía burla imitando mis preguntas.

Don Genaro siguió hablando. Dijo que se quedó atónito un momento v luego fue a verificar todo.

-El sitio donde me escondí era tal como lo había visto -dijo-. Y las gentes que pasaron se encontraban a corta distancia, bajando el cerro. Lo sé porque corrí cuestabajo siguiéndolos. Eran los mismos que había visto. Los seguí hasta que llegaron al pueblo. Han de haber creído que estaba yo loco. Les pregunté si habían visto a mi amigo durmiendo junto al camino. Todos dijeron que no.

-Ya ves -dijo don Juan-, todos pasamos por las mismas dudas. Nos da miedo volvernos locos, pero la desgracia es que, de a tiro, ya todos nosotros estamos locos.

-Pero tú eres un poquito más loco que nosotros dos -me dijo don Genaro, e hizo un guiño-. Y eres, como buen loco, más sospechoso.

Hicieron bromas sobre mi suspicacia. Luego, don Genaro volvió a hablar.

-Todos somos seres densos -dijo-. No eres el único, Carlitos. A mí el sueño me tuvo espantado unos días, pero entonces tenía que ganarme la vida y me ocupaba de muchas cosas y no me alcanzaba el tiempo para ponerme a pensar en el misterio de mis sueños. Y se me olvidó la cosa. Yo era muy parecido a ti.

"Pero un día, meses más tarde, después de una mañana de mucho trabajo me quedé dormido como una piedra en la media tarde. Acababa de empezar a llover y me despertó una gotera. Salté de la cama y trepé al techo para arreglarla antes de que se hiciera un chorro. Me sentía tan bien y con tanta fuerza, que acabé en un minuto y ni siquiera me mojé mucho. Pensé que el sueñito que había echado me hizo bien. Cuando terminé, volví a la casa para comer algo, y me di cuenta de que no podía tragar. Pensé que estaba enfermo. Junté unas hojas y raíces, las machuqué y me hice un emplasto en la garganta y fui a acostarme. Y otra vez, al llegar a mi cama, casi se me caen los calzones. ¡Yo estaba allí en la cama dormido! Quise sacudirme y despertarme, pero yo sabía que no era eso lo que uno debía hacer. Así que salí corriendo de la casa, despavorido. Anduve sin rumbo por el monte. No tenía ni la menor idea a dónde iba, y aunque había vivido allí toda mi vida, me perdí. Andaba en la lluvia y ni la sentía. Parecía coipo si no pudiera pensar. Entonces el rayo y el trueno se hicieron tan fuertes que desperté otra vez".

Hizo una pausa.

-¿Quieres saber dónde desperté? -me preguntó.

-Claro -contestó don Juan.

-Desperté en el monte, en la lluvia -dijo él.

-¿Pero cómo supo usted que había despertado? -pregunté.

-Mi cuerpo lo supo -respondió.

-Esa pregunta fue idiota -terció don Juan-. Tú mismo sabes que algo en el guerrero se da cuenta siempre de cada cambio. La meta del camino del guerrero es precisamente cultivar y mantener ese sentido de darse cuenta. El guerrero lo limpia, lo pule y lo tiene siempre funcionando.

Tenía razón. Hube de admitir hallarme al tanto de ese algo que en mí registraba y conocía todas mis acciones. No tenía nada que ver con la habitual conciencia de mí mismo. Era otra cosa que yo no podía precisar. Les dije que tal vez don Genaro pudiera describirlo mejor.

-Tú lo haces muy bien -dijo don Genaro-. Es la voz de adentro que te dice qué es lo qué es. Y aquella vez me dijo que yo había despertado por segunda vez. Claro,

apenas desperté quedé convencido de que había estado soñando. Por lo visto este no había sido un sueño ordinario, pero tampoco había sido propiamente soñar. Me conformé con otra explicación: me dije que había andado dormido o medio despierto, supongo. No había para mí ningún otro modo de entenderlo.

Don Genaro dijo que su benefactor le explicó que no era un sueño lo experimentado, y que tampoco debía insistir en creerlo sonambulismo.

-¿Qué cosa le dijo que era? -pregunté.

Cambiaron miradas.

-Me dijo que era el coco -repuso don Genaro, adoptando el tono de un niño pequeño.

Les aclaré que deseaba saber si el benefactor de don Genaro explicaba las cosas del mismo modo que ellos.

-Claro que sí -dijo don Juan.

-Mi benefactor me explicó que el sueño en el que uno se veía durmiendo -prosiguió don Genaro- era la hora del doble. Me aconsejó que, en vez de malgastar mi poder en dudas y preguntas, usara esa oportunidad para actuar, y que estuviera preparado para cuando llegara otra ocasión.

"La siguiente me tocó en la casa de mi benefactor. Yo lo estaba ayudando con el trabajo de casa. Me había acostado a descansar y, como de costumbre, me dormí profundamente. Su casa era definitivamente un sitio de poder para mí, y me ayudó. Un gran ruido me sacudió de pronto y me despertó. La casa de mi benefactor era grande. Era un hombre muy rico y mucha gente trabajaba para él. El ruido parecía ser el de una pala cavando grava. Me senté a escuchar y luego me levanté. El ruido me inquietaba mucho, pero yo no sabía la causa. Pensaba si salir a ver cuando me di cuenta de que estaba dormido en el piso. Esta vez sabía qué esperar y qué hacer, y seguí el ruido. Caminé por toda la casa hasta llegar a la parte de atrás. Allí no había nadie. El ruido parecía venir de más lejos. Yo lo fui siguiendo. Mientras más lo seguía, más rápido podía moverme. Fui a dar muy lejos y vi cosas increíbles."

Explicó que en la época de esos eventos se hallaba aún en las etapas iniciales de su aprendizaje y había incursionado muy poco en "soñar", pero tenía una facilidad extraña para soñar que se miraba a sí mismo.

-¿A dónde fue usted a dar, don Genaro? -pregunté.

-Esa era realmente la primera vez que me movía al soñar -dijo-. Pero ya sabía lo suficiente para portarme correctamente. No fijé la vista directamente en nada y fui a parar a una cañada muy honda donde mi benefactor tenía sus plantas de poder.

-¿Cree usted que es mejor si uno casi no sabe nada de soñar? -pregunté.

-¡No! -intervino don Juan-. Cada uno de nosotros tiene facilidad para algo en particular. La facilidad de Genaro es para soñar.

-¿Qué vio usted en las cañada, don Genaro? -pregunté.

-Vi a mi benefactor haciendo maniobras peligrosas con unas gentes. Pensé que yo estaba allí para ayudarlo y me escondí detrás de unos árboles. Pero así como yo andaba en ese entonces no habría podido ayudar a nadie. De todos modos, yo no era tonto, y me di cuenta de que la escena esa era para mirarla de lejos y no para actuar en ella.

-¿Cuándo y cómo y dónde despertó usted?

-No sé cuándo desperté. Han de haber pasado horas enteras. Lo único que sé es que seguí a mi benefactor y los otros hombres, y cuando iban llegando a la casa de mi benefactor el ruido que hacían, porque andaban peleándose casi a puños, me despertó. Estaba en el sitio donde me vi dormido.

"Al despertar, me di cuenta de que todo eso que había visto y hecho no era un sueño. En verdad me había ido bastante lejos, guiado por el sonido."

-¿Estaba su benefactor al tanto de lo que usted hacía?

-Seguro. Él fue el que estuvo haciendo ruido con la pala para ayudarme a cumplir mi tarea. Cuando entró en la casa me regañó de mentira por haberme dormido y por eso supe que me había visto. Después, cuando se fueron sus amigos, me dijo que había notado mi brillo oculto entre los árboles.

Don Genaro dijo que esos tres casos lo pusieron en el camino de "soñar", y que tardó quince años en recibir la oportunidad siguiente.

-La cuarta vez fue una visión más rara y más completa -dijo-. Me hallé dormido enmedio de un sembrado. Me vi echado de costado, profundamente dormido. Supe de inmediato que eso era soñar, porque me había propuesto hacerlo cada noche que me iba a dormir. Por lo general, todas las veces que yo me había visto a mí mismo dormido, estaba en el sitio donde me había echado a dormir. Esta vez no estaba en mi cama, y sabia que me había acostado en mi cama esa noche. En este soñar era de día. Así que me puse a explorar. Me alejé del sitio donde estaba yo echado y me orienté. Supe dónde me encontraba. Andaba en realidad no muy lejos de mi casa, capaz a unos tres kilómetros. Caminé por allí, mirando cada detalle del sitio. Me paré a la sombra de un gran árbol, a poca distancia; con la vista, crucé una franja de llano y miré una milpa en la ladera del cerro. En ese momento noté algo muy raro: los detalles del paisaje no cambiaban ni desaparecían por más que les clavara la vista. Me asusté y volví corriendo al sitio donde dormía. Yo seguía allí, exactamente como había estado antes. Empecé a observarme. Sentía una horrible indiferencia hacia -el cuerpo que miraba.

"Entonces oí el sonido de risas de gente que se acercaba. La gente siempre me anda encima. Subí corriendo una lomita y observé cuidadosamente desde allí. Diez personas venían al campo donde yo estaba. Todos eran muchachos jóvenes. Corrí al sitio donde estaba dormido y pasé los momentos más angustiosos de mi vida, mirándome allí tirado, roncando como cerdo. Sabía que tenía que despertarme, pero no tenía idea de cómo hacerlo. Sabía también que era cosa de muerte despertarme yo mismo. Pero si aquellos muchachos me encontraban allí, se iba a armar un gran pleito. Todas esas deliberaciones que pasaban por mi mente no eran en realidad pensamientos. Más bien eran escenas frente a mis ojos. Mi preocupación, por ejemplo, era una escena en la cual yo me miraba a mí mismo mientras tenía la sensación de estar encajonado. Llamo a eso preocuparse. Me ha pasado eso muchas veces desde aquella primera vez.

"Bueno, como no sabía qué hacer me quedé mirándome a mí mismo, dormido, esperando lo peor. Un montón de imágenes fugaces pasaron frente a mis ojos. Me agarré a una en particular, la imagen de mi casa y mi cama. La imagen se hizo muy clara. ¡Caramba, cómo quería yo estar de vuelta en mi cama! Algo me dio un sacudón entonces; sentí como si alguien me golpeara y desperté. ¡Estaba en mi cama! Por lo visto esto había sido soñar. Me levanté de un salto y corrí al sitio de mi soñar. Era tal como lo había visto. Los muchachos estaban allí trabajando. Los observé por un largo rato. Eran los mismos que había visto antes.

"Regresé al mismo lugar al fin del día, cuando ya todos se habían ido, y me paré en el sitio exacto donde me vi dormido. Alguien se había echado allí. Las yerbas estaban aplastadas."

Don Juan y don Genaro me observaban. Parecían dos extraños animales. Sentí un escalofrío en la espalda. Estaba a punto de entregarme al muy racional miedo de que no eran en realidad hombres como yo, pero don Genaro echó a reír.

-En aquellos días -dijo- yo era igual que tú, Carlitos. Quería confirmarlo todo. Era tan desconfiado como tú.

Hizo una pausa, alzó el dedo y lo sacudió en mi dirección. Luego encaró a don Juan.

-¿A poco no eras tú tan desconfiado como este sujeto? -preguntó.

-Ni modo -dijo don Juan-. Éste es el campeón.

Don Genaro se volvió hacia mí e hizo un gesto de disculpa.

-Creo que me equivocaba -dijo-. Yo tampoco era tan desconfiado como tú.

Rieron suavemente, como si no quisieran hacer ruido. El cuerpo de don Juan se convulsionaba de risa contenida.

-Éste es un sitio de poder para ti -dijo don Genaro en un susurro-. Te has roto los

dedos escribiendo ahí donde estás sentado. ¿Has hecho alguna vez la prueba de echarte a soñar a toda máquina aquí?
-No, nunca lo ha hecho -dijo don Juan en voz baja-. Aquí él nomás ha escrito a toda máquina.
Se doblaron de risa. Parecía que no quisieran reír abiertamente. Sus cuerpos se sacudían. La risa suave era como un cacareo rítmico.
Don Genaro enderezó la espalda y se deslizó sentado acercándose a mí. Me dio repetidas palmadas en el hombro, llamándome bribón, luego, con gran fuerza, jaló hacia sí mi brazo izquierdo. Perdí el equilibrio y caí de bruces. Casi me golpeo la cabeza en el piso. Automáticamente adelanté el brazo derecho y amortigüé la caída. Uno de ellos presionó mi cuello para impedir que me levantara. No supe a ciencia cierta quién. La mano que me detenía parecía la de don Genaro. Tuve un momento de pánico devastador Sentía desmayarme; quizá me desmayé. La presión en mi estómago era tan intensa que vomité. Mi siguiente percepción clara fue la de que alguien me ayudaba a enderezarme. Don Genaro estaba en cuclillas frente a mí. Volví la cara en busca de don Juan. No se veía en ninguna parte. Don Genaro lucía una sonrisa resplandeciente. Sus ojos brillaban. Miraban fijamente los míos. Le pregunté qué me había hecho y respondió que yo estaba en pedazos. Su tono era de reproche, y parecía molesto o insatisfecho conmigo. Repitió varias veces que me hallaba hecho pedazos y tenía que juntarme de nuevo. Trataba de asumir un tono severo, pero rió a mitad de su arenga. Me decía cuán terrible era verme desparramado por todo el suelo, y que él necesitaría una escoba para reunir mis pedazos. Añadió que tal vez los trozos iban a quedar fuera de lugar y yo terminaría con el dedo gordo del pie en lugar del pene. La risa le ganó en ese punto. Quise reír también y experimenté una sensación insólita. ¡Mi cuerpo se deshizo! Fue como si yo hubiera sido un juguete mecánico que se desarmara así como así. No tenía sensaciones físicas, ni tampoco miedo o cuidado. Desmoronarme era una escena que yo presenciaba desde la perspectiva del perceptor, y sin embargo no percibía nada desde un punto sensorial de referencia.
La siguiente cosa de que me apercibí fue que don Genaro manipulaba mi cuerpo. Tuve entonces una sensación física, una vibración tan intensa que me hizo perder de vista todo cuanto me rodeaba.
Una vez más sentí que alguien me ayudaba a enderezarme. Vi de nuevo a don Genaro acuclillado frente a mí. Me empujó de los sobacos y me ayudó a caminar. Yo no podía determinar dónde estaba. Tenía la sensación de estar en un sueño, pero asimismo tenía un sentido completo de secuencia temporal. Me hallaba agudamente consciente de que acababa de estar con don Genaro y don Juan en la ramada de la casa del segundo.
Don Genaro caminaba conmigo; me apoyaba sosteniendo mi sobaco izquierdo. El paisaje que yo contemplaba cambiaba de continuo. Yo no podía, sin embargo, determinar la naturaleza de lo que observaba. Lo que había frente¡ a mis ojos era más bien un sentimiento o un estado de ánimo, y el centro de donde irradiaban todos esos cambios estaba definitivamente en mi estómago. Establecí esa relación no como una idea o un darme cuenta, sino como una sensación corpórea que de pronto se hizo fija y predominante. Las fluctuaciones en torno mío salían de mi estómago. Yo creaba un mundo, una corriente interminable de sentimientos e imágenes. Todo cuanto conocía estaba allí. Eso mismo era una sensación, no un pensamiento ni una evaluación consciente.
Traté de llevar la cuenta durante un momento, a causa de mi hábito casi invencible de evaluarlo todo, pero en determinado instante mis procesos de contaduría cesaron y un algo sin nombre me envolvió, sentimientos e imágenes de todo tipo.
En cierto punto, algo en mí inició de nuevo la tabulación y noté que una imagen se repetía constantemente: don Juan y don Genaro que trataban de alcanzarme. La

imagen era fugaz; pasaba rápida frente a mí. Era algo comparable a verlos desde la ventana de un vehículo en marcha veloz. Parecían tratar de agarrarme a la pasada. A fuerza de recurrir, la imagen se hizo más clara y perdurable. En algún momento tuve conciencia de estarla aislando deliberadamente de toda una miríada de imágenes. Pasaba las otras por alto para llegar a esa escena particular. Finalmente pude sostenerla pensando en ella. Una vez que empecé a pensar, mis procesos ordinarios tomaron las riendas. No eran tan definidos como en mis actividades ordinarias, pero sí lo bastante claros para saber que había aislado la escena o sentimiento de que don Juan y don Genaro estaban en la ramada de la casa del segundo y me detenían por los sobacos. Quise seguir huyendo a través de otras imágenes y sensaciones, pero ellos no me dejaron. Me debatí un instante. Me sentía ágil y contento. Sabía que ambos me caían muy bien, y también que no les tenía miedo. Quería bromear con ellos; no sabía cómo, y reía y les daba palmadas en los hombros. Tuve otra peculiar toma de conciencia, la certidumbre de que estaba "soñando". Cuando enfocaba los ojos en alguna cosa, inmediatamente se deshacía. Don Juan y don Genaro me hablaban. Yo no podía seguir el hilo de sus palabras ni distinguir quién de ellos las decía. Entonces don Juan dio vuelta a mi cuerpo y señaló un bulto en el piso. Don Genaro me acercó al objeto y me hizo circundarlo. Era un hombre y yacía bocabajo, el rostro vuelto a la derecha. Al hablarme, señalaban al hombre. Me jalaban y me torean en torno a él. Yo no podía enfocarlo con los ojos, pero finalmente tuve una sensación de quietud y sobriedad y miré al hombre. Desperté con lentitud en la conciencia de que el hombre tirado en el suelo era yo. El reconocimiento no produjo terror ni sufrimiento. Simplemente lo acepté sin emoción. En ese instante no me hallaba totalmente dormido, pero tampoco totalmente despierto y sereno. También empecé a sentir más a don Juan y don Genaro, y podía distinguirlos cuando me hablaban. Don Juan dijo que íbamos a ir al sitio redondo de poder en el chaparral. Apenas pronunció las palabras, la imagen del sitio brotó en mi mente. Vi las masas oscuras de los arbustos en torno. Me volví a la derecha; don Juan y don Genaro estaban también allí. Experimenté una sacudida y la sensación de tenerles miedo. Acaso porque parecían dos sombras amenazantes. Se acercaron. Al mirar sus facciones, mis temores desaparecieron.

Mi efecto retornó. Era como si me hallase borracho y no tuviera asidero firme en ninguna parte. Me agarraron por los hombros y me sacudieron al unísono. Me ordenaban despertar. Yo oía sus voces clara y separadamente. Tuve entonces un momento único. Mi mente contenía dos imágenes, dos sueños. Sentí que algo de mi ser estaba profundamente dormido y empezaba a despertar y me hallé en el piso de la ramada, con don Juan y don Genaro que me sacudían. Pero también me encontraba en el sitio de poder y don Juan y don Genaro seguían sacudiéndome. Durante un instante crucial, no estuve en un lugar ni en el otro, sino más bien en ambos, como un observador que ve dos escenas al mismo tiempo. Tuve la increíble sensación de que en dicho instante habría podido tomar cualquier derrotero. Todo cuanto tenía que hacer en ese momento era cambiar de perspectiva y, más que observar cualquiera de ambas escenas desde el exterior, sentirla desde el punto de vista del sujeto.

Había algo muy cálido en la casa de don Juan. De modo que preferí esa escena.

Tuve entonces un ataque aterrador, tan brusco que recobré de golpe toda mi conciencia ordinaria. Don Juan y don Genaro me vertían encima baldes de agua. Estábamos en la ramada de la casa de don Juan.

Horas más tarde, tomamos asiento en la cocina. Don Juan insistía en que yo procediera como si nada hubiese ocurrido. Me dio comida y dijo que debía comer mucho para compensar mi gasto de energía.

Pasaban de las nueve de la noche cuando miré mi reloj después de que nos sentamos a comer. Mi experiencia había durado varias horas. Sin embargo, desde mi perspectiva de recuerdo, parecía que sólo me había dormido un corto rato.

Aunque ya era totalmente el de siempre, seguía atontado. No recobré mi conciencia habitual hasta que empecé a escribir en mi cuaderno. Me sorprendió que el tomar notas pudiera producir sobriedad instantánea. Apenas me recobré, un torrente de pensamientos razonables se desató en mi mente; me proponía explicar el fenómeno que había experimentado. "Supe" en el acto que don Genaro me había hipnotizado en el momento en que me detuvo contra el piso, pero no intenté figurarme cómo lo había hecho.

Ambos rieron histéricamente cuando expresé mis ideas. Don Genaro examinó mi lápiz y dijo que ésa era la llave que me daba cuerda. Me puse belicoso. Estaba cansado e irritable. Me descubrí prácticamente gritándoles, mientras sus cuerpos se sacudían de risa.

Don Juan dijo que estaba bien el caerse al dar un salto, pero que no estaba bien el saltar de cara contra la pared, y que don Genaro había venido exclusivamente para ayudarme y enseñarme el misterio del Soñador y el soñado.

Mi irritabilidad culminó. Don Juan hizo a don Genaro una seña con la cabeza. Ambos se levantaron y me llevaron a un lado de la casa. Allí don Genaro demostró su gran repertorio de gruñidos y gritos animales. Me sugirió que eligiera el rebuzno de un burro y luego me enseñó a reproducirlo.

Tras horas de práctica, llegué al punto de poderlo imitar bastante bien. El resultado final fue que ellos habían disfrutado mis torpes intentos y reído hasta lloras, y yo había liberado mi tensión reproduciendo ese clamor. Les dije que había algo aterrador en mi imitación. El relajamiento de mi cuerpo era incomparable. Don Juan dijo que, si perfeccionaba yo el rebuzno, podía convertirlo en cosa de poder, o simplemente usarlo para aliviar mi tensión cuando fuera necesario. Me sugirió dormir. Pero yo temía dormirme. Me senté con ellos un largo rato, ante el fuego de la cocina, y después, sin querer, caí en un hondo sueño.

Desperté al amanecer. Don Genaro dormía junto a la puerta. Pareció despertar al mismo tiempo que yo. Me habían tapado y pusieron mi chaqueta doblada a modo de almohada. Me sentía muy tranquilo y descansado. Le comenté a don Genaro que había estado exhausto la noche anterior. Dijo que él también. Susurró, como si me hiciera una confidencia, que don Juan estaba todavía más cansado por ser más viejo.

-Tú y yo somos jóvenes -dijo con un brillo en los ojos-. Pero él ya está muy viejo. Ya debe andar por los trescientos.

Me senté apresuradamente. Don Genaro se tapó la cara con su cobija y soltó una carcajada. Don Juan entró en ese momento.

Tuve un sentimiento de plenitud y paz. Por una vez, nada importaba realmente. Estaba tan a gusto que quería llorar.

Don Juan dijo que la noche anterior yo había empezado a tener presente mi luminosidad. Me advirtió no entregarme a la sensación de bienestar que atravesaba, porque se convertiría en complacencia.

-En este momento -dije-, no quiero explicar nada. No importa lo que don Genaro me haya hecho anoche.

-Yo no te hice nada -repuso don Genaro-. Mira, soy yo, Genaro. ¡Tu Genaro! ¡Tócame!

Abracé a don Genaro y ambos reímos como niños.

Preguntó si me parecía extraño poder abrazarlo entonces, cuando la última vez que nos vimos allí me resultó imposible tocarlo. Le aseguré que esas cuestiones ya no tenían pertinencia para mí.

El comentario de don Juan fue que yo me estaba entregando a ser tolerante y bueno.

-¡Cuidado! -dijo-. Un guerrero jamás baja la guardia. Si sigues así de feliz, vas a agotar el poco poder que te queda.

-¿Qué debo hacer? -pregunté.
-Ponte de nuevo como eres -dijo-. Duda de todo. Desconfía.
-Pero no me gusta ser así, don Juan.
-No es cosa de que te guste o no. Lo importante es ¿qué puedes usar ahora a manera de escudo? Un guerrero debe usar todo lo que está a su alcance para cerrar su abertura mortal una vez que ésta se abre. Por eso no importa que en realidad no te guste ser desconfiado o hacer preguntas. Eso es ahora tu único escudo.
"Escribe, escribe. O te mueres. Morir de contento es muerte de imbécil."
-¿Cómo debe entonces morir un guerrero? -preguntó don Genaro exactamente en mi tono de voz.
-Un guerrero muere a la mala -dijo don Juan-. Su muerte debe luchar para llevárselo. El guerrero no se entrega ni aún a la muerte.
Don Genaro abrió desmesuradamente los ojos y luego parpadeó.
-Lo que Genaro te enseñó ayer es de suma importancia -prosiguió don Juan-. No te lo puedes sacudir haciéndote el piadoso. Ayer me dijiste que la idea del doble te volvía loco. Pero mírate ahora. Ya no te importa. Eso es lo malo de la gente que se vuelve loca; se vuelve loca para uno y otro lado. Ayer eras todo preguntas, hoy eres todo resignación.
Señalé que él siempre encontraba una falta en lo que yo hacía, sin importar cómo lo hiciera.
-¡Eso no es verdad! -exclamó-. No hay falla en el camino del guerrero. Síguelo y nadie podrá criticar tus actos. Toma como ejemplo lo que pasó ayer, el camino del guerrero habría sido, primero, hacer preguntas sin miedo y sin sospechas, y luego dejar que Genaro te enseñara el misterio del soñador, sin oponerle resistencia y sin agotarte. Hoy, el camino del guerrero sería juntar lo que aprendiste, sin presumir nada y sin hacerte el piadoso. Hazlo así y nadie podrá encontrar fallas en lo que haces.
Pensé, por el tono, que don Juan estaba muy disgustado con mis errores. Pero me sonrió y luego soltó una risita que parecía motivada por sus propias palabras.
Le dije que simplemente me estaba conteniendo, pues no deseaba agobiarlos con mis inquisiciones. A mí me abrumaba en verdad lo que don Genaro había hecho. Yo estuve convencido -aunque eso ya no importaba- de que don Genaro esperó entre las matas que don Juan lo llamase. Más tarde, aprovechó mi susto para atontarme. Tenido a la fuerza en el suelo, debo haberme desmayado, y entonces don Genaro me hipnotizó.
Don Juan arguyó que yo era demasiado fuerte para que me dominaran con tal facilidad.
-¿Qué ocurrió entonces? -le pregunté.
-Genaro vino a verte para decirte una cosa muy exclusiva -dijo-. Cuando salió de las matas, era Genaro el doble. Hay otro modo de hablar de todo esto que lo explicaría mejor, pero no puedo usarlo ahora.
-¿Por qué no, don Juan?
-Porque todavía no estás listo para hablar de la totalidad de uno mismo. Por lo pronto, sólo puedo decirte que este Genaro que está aquí no es el doble.
Señaló a don Genaro con un movimiento de cabeza. Don Genaro parpadeó repetidas veces.
-El Genaro de anoche era el doble. Y cono ya te lo he dicho, el doble tiene un poder inconcebible. Te enseñó un asunto de lo más importante. Para hacerlo, tenía que tocarte. El doble simplemente te tocó en el pescuezo, en el mismo sitio que el aliado te pisó hace años. Naturalmente, te apagaste como vela. Y, naturalmente también, te entregaste como hijo de puta. Nos costó horas acorralarte de nuevo. Así disipaste tu poder y, cuando te tocó la hora de cumplir una hazaña de guerrero, te faltó el jugo.
-¿Cuál era esa hazaña de guerrero, don Juan?
-Ya dije que Genaro sólo vino a enseñarte una cosa: el misterio de los seres luminosos soñadores. Tú querías saber del doble. Empieza en los sueños. Pero luego preguntaste. "¿Qué es el doble?" Y yo te dije que

el doble es uno mismo. Uno mismo sueña el doble. Eso debería ser sencillo, pero no tenemos nada de sencillos. Quizá los sueños comunes que uno tiene sean sencillos, pero eso no significa que uno sea sencillo. Una vez que uno aprende a soñar el doble, se llega a esta encrucijada extraña, y en un momento dado uno se da cuenta de que el doble es quien lo sueña a uno mismo.
Yo había anotado todas sus palabras. También les había prestado atención, pero no las comprendía.
Don Juan repitió sus aseveraciones.
-La lección de anoche, como te dije, trataba del soñador y el soñado, o quién sueña a quién.
-Perdone usted -dije.
Ambos echaron a reír.
-Anoche -prosiguió don Juan- casi, casi escoges despertar en el sitio de poder.
-¿Qué quiere usted decir, don Juan?
-Ésa habría sido la hazaña. Si no te hubieras entregado a tus hábitos de imbécil, habrías tenido poder suficiente para inclinar la balanza y, sin duda alguna, eso te habría matado de miedo. Por fortuna o por desgracia, como sea el caso, no tuviste poder suficiente. De hecho, malgastaste tu poder en confusiones hasta el punto que casi no te quedó lo bastante para salvar tu vida.
"Así pues, como puedes entender muy bien, entregarte a tus caprichitos no es sólo estúpido y un desperdicio total, sino que también es perjudicial. Un guerrero que se agota no puede vivir. El cuerpo no es cosa indestructible. Habrías podido enfermarte de gravedad. No sucedió así, simplemente porque Genaro y yo desviamos parte de tu imbecilidad."
El pleno impacto de sus palabras empezaba a hacerse sentir en mí.
-Anoche, Genaro te guió por los laberintos del doble -prosiguió don Juan-. Sólo él es capaz de hacer eso por ti. Y no fue visión ni alucinación cuando te viste tirado en el piso. Podrías haberte dado cuenta de ello con infinita claridad si no te hubieras perdido en tu vicio de hacerte el niñito, y podrías haber sabido entonces que tú mismo eres un sueño, que tu doble te está soñando, de la misma manera en que tú lo soñaste anoche.
-¿Pero cómo puede ser eso posible, don Juan?
-Nadie sabe cómo sucede. Sólo sabemos que sí sucede. Ése es nuestro misterio como seres luminosos. Anoche tenías dos sueños y pudiste despertar en cualquiera, pero tú no tenías ni siquiera suficiente poder para entender eso.
Me miraron fijamente unos momentos.
-Yo creo que sí entiende -dijo don Genaro.

EL SECRETO DE LOS SERES LUMINOSOS

Don Genaro me deleitó durante horas con algunas instrucciones absurdas para manejar mi mundo cotidiano. Don Juan dijo que yo debía tener mucho cuidado y seriedad con las recomendaciones de don Genaro, pues aunque eran chistosas no eran un chiste.
A eso del mediodía, don Genaro se puso en pie y sin decir palabra se metió al matorral. Yo iba también a levantarme, pero don Juan me retuvo gentilmente y, en tono solemne, anunció que don Genaro iba a hacer otra prueba conmigo.
-¿Qué se trae? -pregunté-. ¿Qué me va a hacer?
Don Juan me aseguró que no necesitaba preocuparme.
-Te acercas a una encrucijada -dijo-. Cierta encrucijada a la que todo guerrero llega.
Tuve la idea de que hablaba de mi muerte. Pareció anticipar mi pregunta y me hizo seña de callar.
-No vamos a discutir este asunto -dijo-. Basta decir que la encrucijada a la cual me refiero es la explicación de los brujos. Genaro cree que ya estás listo para recibirla.
-¿Cuándo me la va usted a dar?
-No sé cuándo. Tú eres el que la va a recibir; por lo tanto, depende de ti. Tú decidirás cuándo.
-¿Qué tal ahora mismo?

-Decidir no significa escoger un momento arbitrario -dijo-. Decidir significa que has puesto tu espíritu en orden impecable, y que has hecho todo lo posible por ser digno del conocimiento y el poder.

"Pero hoy debes resolverle a Genaro una adivinanza que te va a altar Se nos ha adelantado y nos va a esperar por ahí en el matorral. Nadie sabe el sitio donde estará, ni la hora específica de ir a verlo. Si eres capaz de determinar la hora correcta para salir de la casa, también podrás llegar al sitio donde está."

Dije a don Juan que no imaginaba a nadie capaz de resolver tal acertijo.

-¿Cómo puede el hecho de salir de la casa a fina hora especifica, guiarme a donde está don Genaro? -pregunté.

Don Juan sonrió y se puso a tararear una melodía. Parecía disfrutar mi agitación.

-Ése es et problema que Genaro te ha puesto -dijo-. Si tienes bastante poder personal, decidirás con certeza absoluta la hora justa para salir de la casa. Cómo te guiará el salir a la hora precisa es algo que nadie sabe. Y sin embargo, si tienes poder suficiente, tú mismo atestiguarás que, es así.

-¿Pero cómo voy a ser guiado, don Juan?

-Nadie sabe eso tampoco.

-Yo creo que don Genaro me está tomando el pelo.

-Entonces ten cuidado -dijo-. Si Genaro te toma el pelo, lo más probable es que te lo arranque.

Don Juan rió de su propio chiste. No pude secundarlo. Mi temor al peligro inherente en las manipulaciones de don Genaro era demasiado real.

-¿Puede usted darme alguna pista? -pregunté.

-¡No hay pistas! -dijo, cortante.

-¿Por qué quiere hacer esto don Genaro?

-Quiere probarte -repuso-. Digamos que le importa mucho saber si ya estás listo para recibir la explicación de los brujos. Si resuelves la adivinanza, querrá decir que has juntado suficiente poder personal y estás listo. Pero si lo echas a perder, será porque no tienes poder suficiente, y en ese caso la explicación de los brujos no tendría sentido para ti. Yo pienso que deberíamos darte la explicación sin cuidarnos de que la entiendas o no; ésa es mi idea. Genaro es un guerrero más conservador; quiere las cosas en el orden debido y no cederá hasta pensar que estás listo.

-¿Por qué usted no me habla por su cuenta de la explicación de los brujos?

-Porque Genaro debe ser quien te ayude.

-¿Por qué es así, don Juan?

-Genaro no quiere que te diga por qué -dijo-. Todavía no.

-¿Me perjudicaría conocer la explicación de los brujos? -pregunté.

-Yo creo que no.

-Entonces, don Juan, dígamela, por favor.

-¡No le hagas! Genaro tiene ideas precisas sobre este asunto, y debemos observarlas y respetarlas.

Hizo un gesto imperativo para callarme.

Tras una pausa larga y desesperante, aventuré una pregunta:

-¿Pero cómo puedo resolver esta adivinanza, don Juan?

-De veras no lo sé, por eso no puedo aconsejarte -dijo-. Genaro es muy eficaz. Planeó la adivinanza nada más para ti. Puesto que lo está haciendo para beneficiarte, él está entonado sólo contigo; por lo tanto, sólo tú puedes escoger la hora justa para salir de la casa. Él mismo te llamará y te guiará por me dio de su llamada.

-¿Cómo será su llamada?

-Eso yo no lo sé. Su llamada es para ti, no para mí. Te topará directamente en tu voluntad. En otras palabras, debes usar tu voluntad para saber cuál es su llamada.

"Genaro siente la necesidad de asegurarse de que el poder personal que has juntado hasta hoy en día es lo suficiente para convertir tu voluntad en una unidad que funcione."

"Voluntad" era otro concepto que don Juan había delineado con gran cuidado, pero sin aclararlo. Yo había entendido a través de sus explicaciones que la "voluntad" era una fuerza emanada de la región umbilical a través de una abertura invisible debajo del ombligo, abertura a la cual llamaba "bo-

quete". Se alegaba que sólo los brujos cultivaban la "voluntad". Les llegaba envuelta en el misterio y les daba la capacidad de realizar prodigios extraordinarios.
Comenté a don Juan que no había posibilidad de que algo tan vago pudiera ser una unidad funcional en mi vida.
-Allí es donde te equivocas -dijo-. La voluntad se desarrolla en un guerrero pese a toda la oposición de la razón.
-¿No puede acaso don Genaro, siendo brujo, saber, sin ponerme a prueba, si estoy listo o no? -pregunté.
-Por supuesto que puede -dijo-. Pero ese conocimiento no te será de valor ni consecuencia alguna, porque nada tiene que ver contigo. Tú, y no Genaro, eres el que está aprendiendo; y por lo tanto, tú mismo debes reclamar el conocimiento como poder. A Genaro no le interesa un comino saber que él sabe, pero sí le interesa saber que tú sabes. Tú debes descubrir si tu voluntad trabaja o no. Éste es un asunto muy difícil de aclarar. Pese a lo que Genaro o yo sepamos de ti, tú debes comprobar por ti mismo que estás en la posición de reclamar el conocimiento como poder. En otras palabras, tú mismo debes convencerte de que puedes ejercer tu voluntad. Si no estás convencido, hoy te convencerás. Pero si no puedes llevar a cabo esta tarea, Genaro sabrá que a pesar de todo lo que él ve en ti, tú no estás listo todavía.
Experimenté una aprensión abrumadora.
-¿Es necesario todo esto? -pregunté.
-Esto es lo que Genaro pide, y esto es lo que se debe obedecer -dijo en tono firme pero amistoso.
-¿Pero qué tiene don Genaro que ver conmigo?
-Puede que a lo mejor hoy lo sepas -dijo sonriendo.
Imploré a don Juan sacarme de esa situación intolerable y explicar toda la misteriosa conversación. Riendo, me dio palmadas en el pecho e hizo un chiste sobre un levantador de pesas mexicano que tenía enormes músculos pectorales pero no podía hacer trabajos físicos pesados porque tenía la espalda débil.
-Cuida esos músculos -dijo-. No deben ser nada más para lucir.
-Mis músculos no tienen nada que ver con lo que estaba usted diciendo -respondí, belicoso.
-Cómo no -dijo-. El cuerpo tiene que estar perfecto antes de que la voluntad funcione como una unidad.
Don Juan había desviado una vez más la dirección de mis averiguaciones. Me sentí inquieto y frustrado.
Me levanté y fui a la cocina a beber agua. Don Juan me siguió y sugirió que practicase el rebuzno que don Genaro me había enseñado. Fuimos a un lado de la casa; me senté en una pila de leña y me di a reproducirlo. Don Juan hizo algunas correcciones y me dio instrucciones sobre mi respiración: el resultado fue una relajación física completa.
Regresamos a la ramada y tomamos asiento nuevamente. Le dije que a veces me irritaba conmigo mismo por ser tan indefenso.
-No hay nada malo en sentirse indefenso -dijo-. Todos nosotros nos sentimos así. Acuérdate que hemos pasado una eternidad como niños indefensos. Como ya te lo he dicho, en estos momentos eres como un niño que no puede salirse solo de la cuna, y mucho menos actuar por su cuenta. Genaro te saca de tu cuna, pues digamos, levantándote de los sobacos. Un niño quiere actuar y, como no puede, se queja. No hay nada malo en eso; pero darse por entero a lamentos y protestas es otro asunto.
Me exigió conservar la calma; sugirió que le hiciera preguntas un rato, mientras pasaba a un mejor estado mental.
Durante un momento perdí el hilo y no supe qué preguntar.
Don Juan desenrolló un petate y me indicó sentarme en él. Luego llenó de agua un guaje grande y lo puso en una red portadora. Parecía prepararse para un viaje. Volvió a sentarse y, con un movimiento de cejas, me instó a iniciar el interrogatorio.
Le pedí que me hablara más de la polilla.
Me escudriñó con una larga mirada y chasqueó la lengua.

-Eso era un aliado -dijo-. Tú lo sabes.
-¿Pero qué es en realidad un aliado, don Juan?
-No hay manera de saber lo que es exactamente un aliado, así como no hay tampoco manera de saber lo que es exactamente un árbol.
-Un árbol es un organismo viviente -dije.
-Eso no me dice mucho -respondió-. Yo también puedo decir que un aliado es una fuerza, una tensión. Eso ya te lo he dicho, pero eso no dice mucho sobre un aliado.
"Igual que en el caso de un árbol, el único modo de saber lo que es un aliado es experimentándolo. Por años enteros he luchado por prepararte para el interesantísimo encuentro con un aliado. A lo mejor no te has dado ni cuenta, pero te demoraste años preparándote para presentarte con el árbol. Presentarte con el aliado no es distinto. Un maestro debe familiarizar a su discípulo poco a poco con el aliado, pedazo por pedazo. En el curso de los años, has guardado una gran cantidad de conocimiento al respecto y ahora eres capaz de armar todo ese conocimiento para vivir al aliado del mismo modo en que vives al árbol."
-No tengo idea de estar haciendo eso, don Juan.
-Tu razón no se da cuenta, porque para empezar no acepta la posibilidad del aliado. Por fortuna, no es la razón lo que arma al aliado. Es el cuerpo. Tú has percibido al aliado en muchos estados y en muchas ocasiones. Cada una de esas percepciones fue guardada en tu cuerpo. La suma de todos esos pedazos es el aliado. Yo no conozco otra manera de describirlo.
Dije no concebir que mi cuerpo actuara por sí solo, como una entidad separada de la razón.
-No hay separación, pero hemos hecho una -dijo-. Nuestra razón es mezquina y siempre anda luchando al cuerpo. Esto, desde luego, es sólo un decir, pero el triunfo de un hombre de conocimiento es que ha rejuntado a los dos. Como tú no eres hombre de conocimiento, tu cuerpo hace ahora cosas que tu razón no puede comprender. El aliado es una de esas cosas. No estabas loco, ni tampoco soñabas cuando percibiste al aliado aquella noche, aquí mismo.
Le pedí que me explicara más acerca de la pava rosa idea, que él y don Genaro me implantaron, de que el aliado era una entidad que me estaba esperando al filo de un pequeño valle encajonado en las montañas del norte de México. Me hablan dicho que tarde o temprano yo tenía que cumplir esa cita con el aliado y luchar con él.
-esas son maneras de hablar de misterios para los cuales no hay palabras -dijo don Juan-. Genaro y yo dijimos que al borde de esa planicie te esperaba el aliado. Eso era cierto, pero no tiene el sentido que tú quieres darle. El aliado te espera, seguro, pero no al borde de ninguna planicie. Está aquí mismo, o allí, o en cualquier otro sitio. El aliado te espera, igual que la muerte te espera, en todas partes y en ninguna en particular.
-¿Por qué me espera el aliado a mí?
-Por la misma razón que la muerte te espera -dijo-, porque naciste. No hay posibilidad de explicar en este momento lo que eso significa. Primero debes vivir al aliado. Debes percibirlo en toda su fuerza, y acaso entonces la explicación de los brujos pueda darte luz. Por ahora has tenido poder suficiente para aclarar por lo menos un punto: que el aliado es una polilla.
"Hace unos años, tú y yo fuimos a las montañas y tú te encontraste con algo. Yo no tenía manera de aclararte lo que estaba ocurriendo: viste una sombra extraña volando de un lado a otro frente al fuego. Tú mismo dijiste que parecía una polilla; y aunque ni sabias lo que estabas diciendo, estabas absolutamente en lo cierto: la sombra era una polilla. Luego, en otra ocasión, y de nuevo frente a un fuego, algo casi te mata del susto después de que te dormiste frente a una hoguera. Te había advertido que no te durmieras, pero no me hiciste caso; eso te dejó a merced del aliado y la polilla te pisó la nuca. Por qué sobreviviste será siempre un misterio para mí. Tú lo supiste entonces, y yo tampoco

te lo dije, pero va te había dado por muerto. Esa noche anduviste a ciegas.
"De allí en adelante, cada vez que hemos andado en las montañas o en el desierto, aunque no lo hayas notado, la polilla siempre nos ha seguido. Si tomamos todo esto en cuenta, podemos decir que para ti el aliado es una polilla. Pero no puedo decir que sea realmente una polilla como son todas las polillas que conocemos. Llamar polilla al aliado es, nuevamente, sólo una manera de decir las cosas, una manera de hacer entender esa inmensidad que está allí afuera."
-¿Para usted también es una polilla el aliado? -pregunté.
-No. La manera que uno entiende al aliado es asunto personal -dijo.
Mencioné que habíamos vuelto al punto de partida; no me había dicho lo que en realidad era un aliado.
-No hay necesidad de confundirse -dijo-. La confusión es un sentimiento en el que uno se mete, pero también uno puede salirse de él. En este momento no hay modo de dar aclaraciones. A lo mejor hoy, más tarde, podremos considerar en detalle estos asuntos: depende de ti. O más bien, depende de tu poder personal.
Rehusó decir una palabra más. Me preocupé mucho con el temor dé fallar en la prueba. Don Juan me llevó atrás de su casa y me hizo sentarme en un petate al borde de una zanja de riego. El agua se movía tan despacio que casi parecía estancada. Me ordenó estarme quieto, cesar mi diálogo interno y mirar el agua. Dijo haber descubierto, años antes, que yo tenía cierta afinidad con las masas de agua, un sentimiento de lo más conveniente para las empresas en que me hallaba envuelto. Argüí que yo no tenía particular afición a las masas acuáticas, pero tampoco me disgustaban. Dije que precisamente por eso el agua era benéfica para mí: me es indiferente. En situaciones tensas que requerían esfuerzo máximo, el agua no podía atraparme, pero tampoco rechazarme.
Se sentó un poco atrás de mí, a mi derecha, y me aconsejó dejarme ir sin miedo, porque él estaba allí para ayudarme si había necesidad.
Tuve un momento de temor. Lo miré, esperando otras instrucciones. Tomó mi cabeza y la volvió hacia el agua, ordenándome proceder. Yo no tenía idea de qué debía hacer, de modo que simplemente me relajé. Al mirar el agua, percibí los juncos en la otra orilla. Inconscientemente, posé en ellos mis ojos sin enfocar. La corriente despaciosa los hacía vibrar. El agua tenía el color de la tierra del desierto. Las ondulaciones en torno a los juncos me parecieron surcos o grietas sobre una superficie lisa. En cierto instante los juncos se agigantaron, el agua era una planicie ocre pulida, y luego, en cuestión de segundos, me quedé profundamente dormido, o acaso entré en un estado perceptual que carecía de paralelo. Lo que más se acercaría a describirlo sería decir que me dormí y tuve un sueño portentoso.
Sentí que podía seguir en él indefinidamente si así lo deseaba, pero deliberadamente le puse fin entrando en un diálogo interno consciente. Abrí los ojos. Yacía en el petate. Don Juan estaba a unos metros. Mi sueño había sido de tal magnificencia que empecé a contárselo. Me hizo seña de callar. Con una larga vara, señaló dos sombras que unas ramas secas de matorral proyectaban sobre el suelo. La punta de su vara siguió el perímetro de una de las sombras -como si la estuviera dibujando; luego saltó a la otra e hizo lo mismo con ella. Las sombras tenían unos treinta centímetros de largo y unos tres de ancho; distaban entre sí doce o quince. El movimiento de la vara me hizo desenfocar los ojos y me hallé mirando, a lo bizco, cuatro sombras largas; de repente las dos de enmedio se juntaron en una y crearon una extraordinaria percepción de profundidad. Había cierta inexplicable redondez y volumen en la sombra así formada. Era casi un tubo transparente, una barra redonda de alguna sustancia desconocida. Sabía que tenía los ojos cruzados, y sin embargo parecía enfocar un solo sitio; la imagen era allí clara como el cristal. Pude

mover los ojos sin disiparla.
Continué observando, pero sin bajar la guardia. Experimentaba una curiosa compulsión de soltarme y sumergirme en la escena. Algo en lo que observaba parecía jalarme; pero algo dentro de mí salió a la superficie e inicié un diálogo semiconsciente; casi en el acto tomé conciencia de mi entorno en el mundo de la vida cotidiana.
Don Juan me observaba. Parecía intrigado. Le pregunté si pasaba algo. No respondió. Me ayudó a sentarme. Sólo entonces advertí que yo había estado de espaldas, mirando el cielo, y que, don Juan había estado inclinado casi sobre mi rostro.
Mi primer impulso fue decirle que había visto las sombras en el piso mientras miraba el cielo, pero me puso la mano en la boca. Estuvimos un rato en silencio. Yo no tenía pensamientos. Experimentaba una exquisita sensación de paz, y luego, abruptamente, tuve un impulso irrefrenable de pararme e ir al chaparral en busca de don Genaro.
Hice un intento de hablar a don Juan: él sacó la barbilla y torció los labios en un mandato mudo de callar. Traté de evaluar mi predicamento en forma racional; sin embargo, disfrutaba tanto mi silencio que no quería molestarme con consideraciones lógicas.
Tras una pausa momentánea, sentí de nuevo el deseo imperioso de adentrarme en el matorral. Seguí una vereda. Don Juan iba a la zaga, como si yo fuera el guía.
Caminamos cosa de una hora. Logré permanecer sin pensamientos. Luego llegamos a un cerro. Don Genaro estaba allí, sentado cerca de la cima de un farallón. Me saludó efusivamente, a gritos, pues se hallaba a unos quince metros del suelo. Don Juan me hizo tomar asiento y se sentó junto a mí.
Don Genaro explicó que yo había hallado el sitio donde me esperaba porque él me guió con un sonido que hizo. Apenas pronunció esas palabras, me di cuenta de que en verdad había estado oyendo un sonido peculiar que creí ser zumbido en mis oídos; había parecido más bien un asunto interno, una condición corporal, un sentimiento de sonido que por indeterminado escapaba a la evaluación y la interpretación conscientes.
Creí que don Genaro tenía un pequeño instrumento en la mano izquierda. Desde el lugar donde me hallaba, no lo distinguía claramente. Parecía un birimbao; con él producía un sonido suave y extraño que era prácticamente indiscernible. Siguió tocándolo un momento, como dándome tiempo para enterarme por completo de lo que me había dicho. Luego me mostró la mano izquierda. Estaba vacía; no tenía en ella ningún instrumento. Yo había tenido la impresión de que tocaba algo por la forma en que se llevó la mano a la boca; de hecho, producía el sonido con los labios y con el borde de la mano izquierda, entre el pulgar y el índice.
Me volví hacia don Juan para explicarle que me habían engañado los movimientos de don Genaro. Él hizo un ademán rápido y me dijo que no hablara y que prestase mucha atención a lo que don Genaro hacía. Me volvía mirar a don Genaro, pero ya no estaba allí. Pensé que había descendido. Esperé unos momentos a que emergiera entre las matas. La roca donde había estado era una formación peculiar, algo así como un gran reborde en la cara del farallón. No le quité la vista de encima más que algunos segundos. Si hubiera ascendido, lo habría visto antes de que llegara a la cima del farallón, y si hubiera bajado también hubiera sido visible desde donde me hallaba.
Pregunté a don Juan dónde estaba don Genaro. Repuso que seguía de pie en el reborde. Hasta donde yo podía juzgar, no había nadie allí, pero don Juan insistió una y otra vez en que don Genaro seguía en la roca.
No parecía bromear. Sus ojos eran fijos y fieros. Dijo en tono cortante que mis sentidos no eran la avenida correcta para apreciar lo que don Genaro hacía. Me ordenó parar mi diálogo interno. Pugné un momento y empecé a cerrar los ojos: Don

Juan se lanzó hacia mí y me sacudió por los hombros. Susurró que yo debía mantener la vista en el reborde.
Me sentía soñoliento y oía las palabras de don Juan como si llegasen de muy lejos. Automáticamente miré el reborde. Don Genaro estaba allí de nuevo. Eso no me interesaba. Noté, a media conciencia, que me resultaba muy difícil respirar, pero antes de que pudiese pensar algo al respecto, don Genaro saltó a tierra. Eso tampoco captó mi interés. Se acercó y me ayudó a levantarme, sosteniéndome el brazo; don Juan me asió el otro. Entre los dos me levantaron. Luego, sólo don Genaro me ayudaba a caminar. Me susurró al oído algo que no entendí, y de pronto sentí que había jalado mi cuerpo de alguna manera extraña; me agarró, por así decirlo, de la piel del estómago, y me subió al reborde, o quizás a otra roca. Yo podría haber jurado que era el reborde; sin embargo, la fugacidad de la imagen me impidió evaluarla en detalle. Luego sentí que algo en mí desfallecía y caí hacia atrás. Tuve una leve sensación de angustia, o acaso incomodidad física. Lo siguiente que supe fue que don Juan me hablaba. No le entendía. Concentré mi atención en sus labios. Tenía la sensación de que experimentaba un sueño; yo trataba de romper desde adentro una tela membranosa que me envolvía, mientras don Juan hacía por rasgarla desde afuera. Por fin se reventó; las palabras de don Juan se hicieron audibles, y su significado nítido. Me ordenaba salir por mí mismo a la superficie. Luché desesperadamente por cobrar sobriedad; no tuve éxito. Me pregunté, en un plano bien consciente, por qué pasaba tantos apuros. Pugné por hablar conmigo mismo.
Don Juan parecía al tanto de mi dificultad. Me instó a un mayor esfuerzo. Algo allá afuera me impedía establecer mi diálogo interno habitual. Era como si una fuerza extraña me volviera soñoliento e indiferente.
Le opuse resistencia hasta quedarme sin aliento. Oí a don Juan hablarme. Mi cuerpo se contrajo involuntariamente por la tensión. Me sentía trabado en mortal combate con algo que me impedía respirar. No temía; antes bien, una furia incontrolable me dominaba. Mi ira llegaba a tal extremo que gruñía y gritaba como una bestia. Luego, una convulsión se apoderó de mi cuerpo; recibí una sacudida que me paró de inmediato. Nuevamente pude respirar en forma normal, y entonces me di cuenta de que don Juan había vaciado un guaje de agua en mi estómago y mi cuello, empapándome.
Me ayudó a sentarme. Don Genaro estaba en el reborde. Me llamó por mi nombre y saltó a tierra. Lo vi desplomarse desde una altura de quince metros o algo así, y experimenté una sensación insoportable en torno a la región umbilical; he sentido lo mismo en sueños de caída.
Don Genaro se acercó y me preguntó, sonriendo, si me había gustado su salto. Traté sin éxito de responder. Don Genaro volvió a gritar mi nombre.
-¡Carlitos! ¡Fíjate! -dijo.
Agitó los brazos a los lados cuatro o cinco veces, como para ganar impulso, y luego desapareció de un salto, o eso creí. Tal vez hizo otra cosa para la cual yo carecía de descripción. Estaba a menos de dos metros de distancia, y de pronto se desvaneció como chupado por una fuerza incontrolable.
Me sentía ajeno, fatigado. Tenía un sentimiento de indiferencia y no quería pensar ni hablar conmigo mismo. No sentía miedo, sino una tristeza inexplicable. Tenía ganas de llorar. Don Juan me dio varios coscorrones y rió como si todo lo ocurrido fuera un chiste. Me exigió hablar conmigo mismo porque en esa hora se necesitaba desesperadamente el diálogo interno. Oí que me ordenaba:
-¡Habla! ¡Habla!
Tuve un espasmo involuntario en los músculos labiales. Mi boca se movió sin sonido. Recordé a don Genaro moviendo la boca en forma similar cuando estaba payaseando, y quise haber podido decir, como él: "Mi boca no quiere hablar." Traté de pronunciar las palabras y mis labios

se contrajeron dolorosamente. Don Juan parecía a punto de desmembrarse de risa. Su regocijo era contagioso y reí a mi vez. Finalmente, me ayudó a ponerme en pie. Le pregunté si don Genaro iba a regresar. Dijo que Genaro ya se había hartado de mí por ese día.

-Casi te sale bien -dijo don Juan.

Estábamos sentados cerca de la estufa de tierra, donde ardía un fuego. Él había insistido en que yo comiera. Yo no tenía hambre ni cansancio. Una melancolía insólita me saturaba; me sentía distante de todos los eventos del día. Don Juan me dio mi cuaderno. Hice un intento supremo por recapturar mi estado habitual. Anoté algunos comentarios. Poco a poco, entré de nuevo en mis viejos patrones. Fue como si un velo se alzara; de pronto me vi de nuevo envuelto en mi actitud familiar de interés y desconcierto.

-¡Qué bueno! -dijo don Juan, dándome palmaditas en la cabeza-. Te he dicho que el verdadero arte de un guerrero consiste en equilibrar el terror y la maravilla.

Don Juan estaba de un humor insólito. Se veía casi nervioso, angustiado. Parecía dispuesto a hablar por iniciativa propia. Creí que me preparaba para la explicación de los brujos, y yo mismo me llené de ansiedad. Sus ojos tenían un brillo extraño que yo sólo había visto unas cuantas veces antes. Al decirle lo que pensaba de su extraña actitud, él respondió que se sentía dichoso en mi nombre; que, como guerrero podía regocijarme en los triunfos de sus semejantes, si eran triunfos del espíritu. Desdichadamente, agregó, yo no me hallaba todavía listo para la explicación de los brujos, pese a haber resuelto la adivinanza de don Genaro. Su argumento era que, cuando me vació encima el guaje de agua, yo había estado al borde de la muerte, y que toda mi hazaña se vio cancelada por mi incapacidad de rechazar la última embestida de don Genaro.

-El poder de Genaro era como la marea y así te cubrió -dijo.

-¿Quería hacerme daño don Genaro? -pregunté.

-No -repuso-. Genaro quiere ayudarte. Pero al poder sólo se lo puede enfrentar con poder. Te estaba probando y fallaste.

-Pero resolví su adivinanza, ¿o no?

-Lo hiciste muy bien -dijo-. Tan bien que Genaro te creyó capaz de una hazaña completa de guerrero. Y eso también casi te sale. Pero lo que te tiró al suelo esta vez no fue tu vicio de hacerte el chamaquito.

-¿Qué fue entonces?

-Eres demasiado impaciente y violento; en vez de dejarte ir y seguir a Genaro te pusiste a pelear con él. No puedes ganarle; es más fuerte que tú.

A continuación, don Juan cambió el tema y me ofreció consejo y sugerencias acerca de mis relaciones personales con la gente. Sus observaciones eran la contraparte seria de lo que don Genaro me había dicho antes en broma. Estaba locuaz, y sin ruegos por mi parte comenzó a explicar lo que había ocurrido en las dos últimas ocasiones que estuve allí.

-Como sabes -dijo-, la clave de la brujería es el diálogo interno; ésa es la llave que abre todo. Cuando un guerrero aprende a pararlo, todo se hace posible; se logran los planes más descabellados. La entrada a todas las experiencias extrañas y pavorosas que has tenido últimamente fue el hecho de que pudiste dejar de hablar contigo mismo. Has atestiguado, en sobriedad completa, al aliado, al doble de Genaro, al soñador y al soñado, y hoy estuviste a punto de toparte con la totalidad de ti mismo; ésa era la hazaña de guerrero que Genaro esperaba de ti. Todo esto ha sido posible por la cantidad de poder personal que has juntado. Empezó la vez pasada que estuviste aquí; yo vislumbré entonces una señal muy propicia. Cuando llegaste, oí al aliado merodeando; primero oí sus pasos y luego vi que la polilla te miraba bajar de tu coche. El aliado estaba inmóvil, observándote. Eso fue para mí la mejor de las señales. Si el aliado se hubiera movido o si se hubiera agitado como si tu presencia lo disgustara, como siempre lo ha hecho, el curso de los eventos habría sido distinto. Muchas veces he visto al aliado

en un estado de enojo contigo, pero esta vez la señal era buena y supe que el aliado te aguardaba para darte algún conocimiento. Ésa fue la razón por la que yo dije que tenías una cita con el conocimiento, una cita con una polilla, concertada hace mucho tiempo. Por razones inconcebibles para nosotros, el aliado escogió la forma de una polilla para manifestarse ante ti.

-Pero usted me ha dicho muchas veces que el aliado carecía de forma, y que uno sólo podía juzgar sus efectos -dije.

-Cierto -dijo él-. Pero el aliado es una polilla para los espectadores relacionados contigo: Genaro y yo. Para ti, el aliado es sólo un efecto, una sensación en tu cuerpo, o un sonido, o el polvo dorado del conocimiento. Sigue, sin embargo, siendo un hecho que, al escoger la forma de una polilla, el aliado nos dice, a Genaro y a mí, algo de gran importancia. Las polillas son las portadoras del conocimiento, y las ayudantes y amigas de los brujos. Debido a que el aliado escogió ser eso contigo, es que Genaro te da tanta importancia.

"La noche esa que te encontraste con la polilla, como yo anticipaba, fue para ti una verdadera cita con el conocimiento. Aprendiste su llamado, sentiste el polvo de oro de sus alas, pero, sobre todo, esa noche, por primera vez, te diste cuenta de que veías y tu cuerpo aprendió que somos seres luminosos. Todavía no has tasado correctamente ese evento monumental en tu vida. Genaro te demostró, con tremenda fuerza y claridad, que somos un sentir; lo que llamamos nuestro cuerpo es un manojo de fibras luminosas que se dan cuenta.

"Anoche estabas de nuevo bajo el buen amparo del aliado. Vino a mirarte cuando llegaste y así supe que debería llamar a Genaro para que te explicara el misterio del soñador y el soñado. Tú creíste entonces, como siempre lo haces, que yo te engañaba, pero Genaro no estaba escondido entre las matas, como pensaste. Vino por ti, aunque tu razón se niegue a creerlo."

Esa parte de las elucidaciones de don Juan fue, en verdad, la más difícil de aceptar en su valor evidente. Yo no podía admitirla. Dije que don Genaro había sido real y de este mundo.

-Todo cuanto has atestiguado hasta ahora ha sido real y de este mundo -dijo don Juan-. No hay otro mundo. Lo que te hace tropezar es una peculiar insistencia por parte tuya, y esa peculiaridad no se te va a curar con explicaciones. De manera que, hoy, Genaro se dirigió directamente a tu cuerpo. Un examen cuidadoso de lo que hiciste hoy te revelará que tu cuerpo supo juntar las cosas en una forma digna de alabanza. De algún modo, te moderaste y no te diste a tus visiones junto a la zanja. Mantuviste un control muy raro y un dominio de ti mismo como debe ser para un guerrero; no creías nada, y sin embargo actuaste con eficacia y pudiste así seguir el llamado de Genaro. Lo encontraste sin más ni más y sin que yo te ayudara en nada.

"Cuando llegamos a la roca, estabas lleno de poder y viste a Genaro parado donde otros brujos han estado parados, por razones similares. Se acercó a ti después de que saltó al suelo. Él era todo poder. De haber procedido como antes, junto a la zanja, lo habrías visto como es en realidad, un ser luminoso. En vez de eso te asustaste, sobre todo cuando Genaro te hizo saltar. Ese salto debería haber bastado para transportarte más allá de tus limites. Pero no tuviste fuerza y volviste a caer en el mundo de tu razón. Entonces, claro, te trabaste en combate mortal contigo mismo. Algo en ti, tu voluntad, quería ir con Genaro, mientras tu razón se le oponía. De no ser por mi ayuda, estarías muerto y sepultado en ese sitio de poder. Pero, aún con mi ayuda, el resultado estuvo en duda por un momento."

Quedamos callados algunos minutos. Esperé que él hablara. Por fin pregunté:

-¿Me hizo don Genaro saltar hasta la cima de la roca?

-No tomes ese salto en el sentido en que entiendes un salto -dijo-. Una vez más, ésta es sólo una manera de decir las cosas. Mientras pienses que eres un cuerpo sóli-

do, no podrás concebir de qué cosa hablo.
Derramó entonces cenizas en el piso, junto a la linterna, cubriendo una zona cuadrangular de medio metro por fiado, y trazó con los dedos un diagrama que tenía ocho puntos interconectados por medio de líneas. Era una figura geométrica.
Había dibujado una semejante años atrás, al tratar de explicarme que no era ilusión el observar la misma hoja cayendo cuatro veces del mismo árbol.
El diagrama en las cenizas tenía dos epicentros; don Juan llamó a uno "la razón", y al otro "la voluntad". "Razón se conectaba directamente con un punto que él llamó "el habla". A través de "el habla", "la razón" se relacionaba indirectamente con otros tres puntos, "el sentir", "el soñar" y "el ver". El otro epicentro, "la voluntad", se conectaba directamente con "el sentir" "el soñar" y "el ver", pero sólo en forma indirecta con "la razón" y "el habla".
Comenté que el diagrama era distinto del que copié años antes.
-La forma de afuera no tiene importancia -dijo-. Estos puntos representan a un ser humano y puedes dibujarlos como se te dé la gana.
-¿Representan el cuerpo de un ser humano? -pregunté.
-No lo llames el cuerpo -dijo-. Ésos son ocho puntos en las fibras de un ser luminoso. Un brujo dice, como puedes ver en este dibujo, que el ser humano es, primero que nada, voluntad, porque la voluntad se relaciona con tres puntos: el sentir, el soñar y el ver: después, el ser humano es razón. Este es propiamente un centro más pequeño que la voluntad; sólo está conectado con el habla.
-¿Qué son los otros dos puntos, don Juan?
Se me quedó mirando y sonrió.
-Ahora eres ya mucho más fuerte que la primera vez que hablamos de este diagrama -dijo-. Pero todavía no eres lo bastante fuerte para conocer todos los ocho puntos. Genaro te hablará algún día de los otros dos.
-¿Tiene todo el mundo esos ocho puntos, o sólo los brujos?
-Podríamos decir que cada uno de nosotros trae al mundo ocho puntos. Dos de ellos, la razón y el habla, los conocen todos. El sentir es siempre vago, pero de algún modo familiar. Pero sólo en el mundo de los brujos llega uno a conocer por completo el soñar, el ver y la voluntad. Y finalmente, en el último borde de ese mundo, encuentra uno los otros dos. Los ocho puntos componen la totalidad de uno mismo.
Me mostró sobre el diagrama que, en esencia, todos los puntos podían conectarse indirectamente.
Volví a preguntar acerca de los dos misteriosos puntos restantes. Me enseñó que solo estaban conectados a "la voluntad": se hallaban aparte de "el sentir", "el soñar" y "el ver", y mucho más lejos de "el habla" y "la razón". Señaló con el dedo cómo estaban aislados de los demás, y el uno del otro.
-Estos dos puntos jamás se someten al habla ni a la razón -dijo-. Sólo la voluntad puede con ellos. La razón está tan lejos de ellos que es completamente inútil tratar de figurárselos. Ésta es una de las cosas más difíciles de aceptar; después de todo, el fuerte de la razón es razonarlo todo.
Pregunté si los ocho puntos correspondían a zonas, o a ciertos órganos, del ser humano.
-Pues sí -repuso con sequedad y borró el diagrama.
Me tocó la cabeza y dijo que ése era el centro de "la razón" y "el habla". La punta de mi esternón era él centro de "el sentir". La zona debajo del ombligo era "la voluntad". "El soñar" estaba en el lado derecho, contra las costillas. "El ver" en el izquierdo. Dijo que a veces, en algunos guerreros, "el ver" y "el sonar" estaban del lado derecho.
-¿Dónde están los otros dos puntos? -pregunté.
Me dio una respuesta sumamente obscena y lanzó la carcajada.
-Qué vivo eres -dijo-. Crees que soy un viejo cabrón que anda medio dormido, ¿verdad?
Le expliqué que mis preguntas creaban su propio impulso.
-No andes tan de prisa -dijo-. Ya lo sabrás

a su debido tiempo, y después que lo sepas estarás por tu cuenta, tú solo.
-¿Quiere usted decir que ya no volveré a verlo, don Juan?
-Nunca jamás -dijo-. Genaro y yo seremos entonces lo que siempre hemos sido, polvo en el camino.
Sentí una sacudida en la boca del estómago.
-¿Qué dice usted, don Juan?
-Digo que todos somos seres sin principio ni fin, luminosos y sin límites. Tú, Genaro y yo estamos pegados, unidos por un propósito que no es decisión nuestra.
-¿De qué propósito habla usted?
-El de aprender el camino del guerrero. No puedes salirte de él, pero nosotros tampoco. Mientras nuestra misión esté pendiente, nos encontrarás a mí o a Genaro, pero una vez cumplida, volarás libremente y nadie sabe a dónde te llevará la fuerza de tu vida.
-¿Que hace en esto don Genaro?
-Ese tema no está aún en tu esfera -dijo-. Hoy debo clavar el clavo que Genaro puso, el hecho, de que somos seres luminosos. Somos perceptores. Nos damos cuenta; no somos objetos; no tenemos solidez. No tenemos límites. El mundo de los objetos y la solidez es una manera de hacer nuestro paso por la tierra más conveniente. Es sólo una descripción creada para ayudarnos. Nosotros, o mejor dicho nuestra razón, olvida que la descripción es solamente una descripción y así atrapamos la totalidad de nosotros mismos en un círculo vicioso del que rara vez salimos en vida.
"En este momento, por ejemplo, estás enredado en liberarte de los ganchos de la razón. Para ti es una cosa absurda que ni siquiera se puede imaginar el que Genaro apareciera así nomás al borde del matorral, y sin embargo no puedes negar que tú mismo lo atestiguaste. Tú percibiste que así fue."
Dos Juan chasqueó la lengua. Dibujó cuidadosamente otro diagrama en las cenizas y lo cubrió con su sombrero sin darme tiempo a copiarlo.
-Somos perceptores -prosiguió-. Pero el mundo que percibimos es una ilusión. Fue creado por una descripción que nos dijeron desde el momento en que nacimos.
"Nosotros, los seres luminosos, nacemos con dos anillos de poder, pero sólo usamos uno para crear el mundo. Ese anillo, que se engancha al muy poco tiempo que nacemos, es la razón, y su compañera es el habla. Entre las dos urden y mantienen el mundo.
"Así pues, en esencia, el mundo que tu razón quiere sostener es el mundo creado por una descripción y sus reglas dogmáticas e inviolables, que la razón aprende a aceptar y defender,
"El secreto de los seres luminosos es que tienen otro anillo de poder que nunca se usa, la voluntad. El truco del brujo es el mismo truco del hombre común. Ambos tienen una descripción: uno, el hombre común, la sostiene con su razón; el otro, el brujo, la sostiene con su voluntad. Ambas descripciones tienen sus regias y las reglas se perciben, pero la ventaja del brujo es que la voluntad abarca más que la razón.
"Lo que quiero sugerirte a estas alturas es que, de ahora en adelante, te esfuerces por percibir si lo que sostiene la descripción es tu razón o tu voluntad. Yo siento, por cierto, que esa es la única manera de usar tu mundo diario como un desafío y como un vehículo para acumular suficiente poder personal, a fin de llegar a la totalidad de ti mismo.
"A lo mejor la próxima vez que vengas tendrás lo bastante. De todos modos, espera hasta que sientas, como sentiste hoy junto a la zanja, que una voz interna te dice que lo hagas. Si vienes con cualquier otro espíritu, será una pérdida de tiempo y un peligro para ti."

Observé que, de esperar aquella voz interna, nunca volvería a verlos.
-Vieras lo bien que puede uno actuar cuando tiene la espalda contra el paredón -dijo.
Se puso en pie y recogió un atado de leña. Puso algunas varas secas en la estufa de tierra. Las llamas lanzaban un resplandor amarillento sobre el piso. Apagó la linter-

na y se acuclilló frente a su sombrero, que cubría el dibujo en las cenizas.
Me ordenó estar en calma, cesar mi diálogo interno, y mantener los ojos en el sombrero. Me esforcé unos momentos y luego tuve la sensación de flotar, de caer desde un acantilado. Era como si nada me soportase, como si no me hallara sentado ni tuviese cuerpo.
Don Juan levantó el sombrero. Debajo había espirales de ceniza. Las observé sin pensar. Sentí moverse las espirales. Las sentí en el estómago. Las cenizas parecieron apilarse. Luego, algo las agitó y esponjó, y de pronto don Genaro estaba sentado frente a mí.
La imagen me forzó instantáneamente a reanudar el diálogo interno. Pensé que me había dormido. Empecé a respirar en boqueadas cortas y quise abrir los ojos, pero estaban abiertos.
Oí a don Juan decirme que me parara y me moviera. Me levanté de un salto y corrí a la ramada. Don Juan y don Genaro me siguieron. Don Juan trajo la linterna. Yo no podía recuperar el aliento. Traté de calmarme como antes, trotando sin avanzar mientras miraba al oeste. Alcé los brazos y comencé a respirar. Don Juan vino a mi lado y dijo que esos movimientos sólo se hacían en el crepúsculo.
Don Genaro gritó que para mí era el crepúsculo y ambos soltaron la risa. Don Genaro corrió al borde del matorral y luego regresó de un rebote a la ramada, como si una liga gigantesca lo hubiera hecho volver. Repitió los mismos movimientos tres o cuatro veces, y luego se me acercó. Don Juan me miraba con fijeza, riendo risitas de niño.
Cruzaron una mirada furtiva. Don Juan dijo a don Genaro, en voz alta, que mi razón era peligrosa, y que podía matarme si no le daban la razón.
-¡Por Dios santo! -exclamó don Genaro con voz rugiente-. ¡Dale la razón a su razón!
Dieron de saltos riendo, como dos niños.
Don Juan me hizo sentar bajo la linterna y me dio mi cuaderno.
-Hoy si que te estábamos tomando el pelo -dijo en tono conciliador-. No tengas miedo. Genaro estaba escondido ahí debajo de mi sombrero.

SEGUNDA PARTE
EL TONAL Y EL NAGUAL

TENER QUE CREER

Caminé hacia el centro sobre el Paseo de la Reforma. Estaba cansado; sin duda, la altitud de la ciudad de México tenía algo que ver en ello. Podría haber tomado un autobús o un taxi pero, no obstante mi fatiga, deseaba caminar. Transcurría una tarde de domingo. Aunque el tránsito era mínimo, los escapes de los autobuses y camiones con motores de diesel daban a las estrechas calles del centro el aspecto de cañadas de smog.

Llegué al Zócalo y noté que la Catedral parecía haber aumentado su inclinación desde la última vez que la vi. Me adentré unas cuantos metros en los enormes recintos. Una idea cínica atravesó mi mente.

Después me dirigí al mercado de la Lagunilla. Carecía de propósito definido. Caminé al azar, pero a buen paso, sin mirar nada en particular. Fui a dar a los puestos de monedas antiguas y libros de segunda mano.

-¡Vaya, vaya! ¡Miren quién está aquí! -dijo alguien, tocando levemente mi hombro.

La voz y el contacto me hicieron saltar. Rápidamente giré hacia la derecha. La sorpresa me hizo abrir la boca. La persona que me hablaba era don Juan.

-¡Don Juan! -exclamé, y un escalofrío sacudió mi cuerpo de la cabeza a los pies-. ¿Qué hace usted aquí?

-¿Tú qué haces aquí? -replicó como un eco.

Le dije que me había detenido unos días en la ciudad antes de adentrarme a buscarlo en las montañas de México central.

-Bueno, digamos entonces que yo bajé de las montañas para encontrarte -dijo, sonriente.

Me palmeó el hombro repetidas veces. Parecía contento de verme. Puso las manos en las caderas, infló el pecho y preguntó si me agradaba su apariencia. Sólo entonces advertí que don Juan vestía de traje. El impacto de tal incongruencia me golpeó de lleno. Quedé atónito.

-¿Te gusta mi tacuche? -preguntó, regocijado-. Hoy ando de traje -añadió como si tuviera que explicar, y luego, señalando mi boca abierta-: ¡Ciérrala! ¡Ciérrala!

Reí, distraído. Él notó mi confusión. Sacudiéndose de risa, dio la vuelta para que yo pudiera verlo desde todos los ángulos. Su atuendo era increíble. Vestía un traje café claro con rayas delgadas, zapatos café, camisa blanca. ¡Y corbata! Y eso me hizo preguntarme: ¿llevaría calcetines, o se habría puesto los zapatos "a raíz"?

A mi desconcierto se sumaba la sensación enloquecedora de que, cuando don Juan me tocó el hombro y volví la cara, lo vi con su pantalón y su camisa de caqui, con sus huaraches y su sombrero de paja, y luego, cuando llamó mi atención sobre su atuendo y lo enfoqué en detalle, la unidad completa de su atavío se fijó, como si yo la creara con mi pensamiento. La boca parecía ser la parte de mi cuerpo más afectada por el asombro. Se abría involuntariamente. Don Juan me tocó levemente la barbilla, como ayudándome a cerrarla.

-De veras te está creciendo la papada -dijo, y rió en explosiones cortas.

Tomé nota, entonces, de que no llevaba sombrero; su cabello blanco y corto estaba peinado de raya. Se vela como un viejo caballero mexicano, un habitante urbano impecablemente vestido.

Le dije que Hallarlo allí me tenía tan estremecido que necesitaba sentarme. Se mostró muy comprensivo y sugirió ir a un parque cercano.

Anduvimos unas calles en completo silencio y llegamos a la Plaza Garibaldi, un sitio donde los mariachis ofrecen sus servicios: especie de centro de empleo para músicos.

Don Juan y yo nos mezclamos con veintenas de espectadores y turistas y circunvalamos el parque. Tras un rato se detuvo, se reclinó en una pared y alzó levemente sus pantalones, en las rodillas; llevaba calcetines café claro. Le pedí decirme el significado de su misteriosa atavío. Su

vaga réplica fue que, sencillamente, debía andar de traje -ese día por razones que se me aclararían después.
El hallar trajeado a don Juan había sido tan extraño que mi agitación resultaba casi incontrolable. Yo llevaba varios meses sin verlo y más que nada en el mundo quería hablar con él, pero de algún modo la escena no encajaba y mi atención se perdía en vericuetos. Notando, sin duda, mi ansiedad, don Juan sugirió que fuéramos a la Alameda, un parque más calmado, a algunas cuadras de distancia.
No había demasiada gente en el parque, ni tuvimos dificultad para hallar una banca vacía. Tomamos asiento. Mi nerviosismo había cedido el paso a un sentimiento de incomodidad. No me atrevía a mirar a don Juan.
Hubo una larga pausa enervante; aún sin verlo, dije que finalmente la voz interna me había lanzado en busca suya, que los tremendos sucesos presenciados en su casa habían afectado muy hondamente mi vida, y que me era necesario hablar de ellos.
Hizo un ademán de impaciencia y dijo que su política era no ocuparse nunca de sucesos pasados.
-Lo importante es que has seguido mi consejo -dijo-. Has tomado tu mundo cotidiano como un desafío, y la prueba de que has reunido suficiente poder personal es el hecho indiscutible de que me has encontrado sin ninguna dificultad, en el sitio exacto en que debías.
-Dudo mucho poder aceptar crédito por eso -dije.
-Yo te estaba esperando y llegaste -dijo-. Eso es lo único que sé; eso es lo único que a cualquier guerrero le importaría saber.
-¿Qué va a pasar ahora que lo he encontrado? -pregunté.
-Por principio de cuentas -dijo-, no vamos a discutir los dilemas de tu razón; esas experiencias pertenecen a otro tiempo y a otro ánimo. Son, hablando con propiedad, meros escalones de una escalera sin fin; darles importancia significaría quitársela a lo que está ocurriendo ahora. Un guerrero no puede de ningún modo permitirse eso.
Tuve un deseo casi invencible de quejarme. No era que resintiese nada que me hubiera ocurrido, pero anhelaba solaz y simpatía. Don Juan parecía estar al tanto de mi estado y habló como si yo hubiese dado voz a mis pensamientos.
-Sólo como guerrero puede uno soportar el camino del conocimiento -dijo-. Un guerrero no puede quejarse ni lamentar nada. Su vida es un desafío interminable, y no hay modo de que los desafíos sean buenos o malos. Los desafíos son simplemente desafíos.
Su tono era seco y severo; su sonrisa, cálida y apaciguadora.
-Ahora que estás aquí, lo que haremos será esperar una señal -dijo.
-¿Qué clase de señal? -pregunté.
-Necesitamos averiguar si tu poder puede valerse por sí solo -dijo-. La última vez se apagó en forma miserable; esta vez las circunstancias de tu vida personal parecen haberte dado, al menos en la superficie, todo lo necesario para tratar con la explicación de los brujos.
-¿Hay alguna probabilidad de que usted me hable de ella? -pregunté.
-Depende de tu poder personal -dijo-. Como pasa siempre en el hacer y el no-hacer de los guerreros, el poder personal es lo único que importa. Hasta ahora, yo diría que vas muy bien.
Tras un momento de silencio, como si quisiera cambiar de tema, se puso en pie y señaló su traje.
-Me puse mi traje para ti -dijo en tono misterioso-. Este traje es mi desafío. ¡Mira qué bien me queda! ¡Qué fácil! ¿Eh? ¡Como si no fuera nada¡
En verdad, don Juan se veía extraordinariamente bien de traje. Todo lo que se me ocurría como rasero de comparación era el aspecto que mi abuelo solía tener en su pesado traje de franela inglesa. Siempre me daba la impresión de que se sentía desnaturalizado, fuera de lugar en un traje. Don Juan, al contrario, estaba a sus anchas.
-¿Piensas que es fácil para mí verme natural de traje? -preguntó don Juan.

No supe qué decir. Sin embargo, concluí para mis adentros que, a juzgar por su apariencia y su porte, era para él lo más fácil del mundo.
-Andar de traje es un desafío para mí -dijo-. Un desafío tan difícil como andar de huaraches y poncho sería para ti. Pero tú nunca has tenido la necesidad de tomar eso como desafío. Mi caso es diferente; soy indio.
Nos miramos. Alzó las cejas en muda interrogación, como pidiéndome comentarios.
-La diferencia básica entre un hombre común y un guerrero es que un guerrero toma todo como un desafío -prosiguió-, mientras un hombre ordinario toma todo como bendición o maldición. El hecho de que estés hoy aquí indica que has inclinado la balanza en favor del camino del guerrero.
Su mirada fija me ponía nervioso. Traté de levantarme y caminar, pero me hizo volver a mi sitio.
-Vas a estarte aquí sentado y tranquilo hasta que acabemos -dijo, imperioso-. Estamos esperando una señal; no podemos proceder sin ella, porque no basta que me hayas encontrado, como no bastó que encontraras a Genaro aquel día en el desierto. Tu poder debe acorralarse y dar una indicación.
-No puedo figurarme lo que usted quiere -dije.
-Vi algo rondando por este parque -dijo.
-¿Era el aliado? -pregunté.
-No. No lo era. Conque debemos sentamos aquí y averiguar qué clase de señal está acorralando tu poder.
Luego me pidió razón detallada de cómo había yo llevado a cabo las recomendaciones que don Genaro y él mismo hicieron acerca de mi mundo cotidiano y mis relaciones con la gente. Me sentí un poco apenado. Don Juan me tranquilizó con el argumento de que mis asuntos personales no eran privados, pues incluían una tarea de brujería que él y don Genaro estaban cultivando en mí. Observé, en broma, que mi vida se había arruinado a causa de esa tarea, e hice recuento de las dificultades para mantener mi mundo de día con día.
Hablé largo rato. Don Juan rió de mi relato hasta derramar lágrimas en abundancia. Se palmeaba repetidas veces los muslos; ese gesto, que yo le había visto cientos de veces, estaba definitivamente fuera de lugar cuando se hacia sobre los pantalones de un traje. Me llené de una aprensión que me vi compelido a expresar.
-Su traje me asusta más que todo lo que usted me ha hecho -dije.
-Ya te acostumbrarás -repuso-. Un guerrero debe ser fluido y debe variar en armonía con el mundo que lo rodea, ya sea el mundo de la razón o el mundo de la voluntad.
"El aspecto más peligroso de esa variación surge cada vez que el guerrero descubre que el mundo no es ni lo uno ni lo otro. A mí me dijeron que el único modo de salir a flote en medio de esas variaciones era proseguir con nuestras acciones como si uno creyera. En otras palabras, el secreto de un guerrero es que él cree sin creer. Pero, por lo visto, un guerrero no puede nada más decir que cree y dejar allí las cosas. Eso sería demasiado fácil. Creer no más que por creer lo libraría de examinar su situación. Cuan do un guerrero tiene por fuerza que creer, lo hace porque así lo escoge, como expresión de su predilección más íntima.. Un guerrero no cree; un guerrero tiene que creer."
Se me quedó mirando unos segundos mientras yo escribía en mi cuaderno. Permanecí callado. No podía decir que comprendía la diferencia, pero tampoco quería discutir ni hacer preguntas. Quise pensar en lo que don Juan había dicho, pero mi mente se dispersó al mirar en torno. En la calle, a nuestras espaldas, había una larga fila de automóviles y autobuses, tocando sus bocinas. En el extremo del parque, a unos veinte metros de distancia, directamente en la línea de la banca donde estábamos sentados, un grupo de unas siete personas, incluyendo tres policías de uniforme gris claro, estaba congregado junto a un hombre que yacía inmóvil en el pasto. Pa-

recía estar borracho, o acaso seriamente enfermo.
Miré a don Juan. También él había estado observando al hombre.
Le dije que, por algún motivo, me resultaba imposible esclarecer por mí mismo lo que acababa de decirme.
-Ya no quiero hacer preguntas -dije-. Pero sino le pido explicaciones, me quedo sin entender. No hacer preguntas es muy anormal para mí.
-Por favor, sé normal, con toda confianza -repuso con seriedad fingida.
Dije no comprender la diferencia entre creer y tener que creer. Para mí, ambas cosas eran la misma.
Discernir entre las dos formulaciones era bizantinismo.
-¿Recuerdas la historia que una vez me contaste de tu amiga y los gatos? -preguntó don Juan con tono casual.
Alzó lo ojos al cielo y se reclinó en la banca, estirando las piernas. Unió las manos detrás de la cabeza y contrajo los músculos de todo el cuerpo. Como siempre ocurre, sus huesos produjeron un fuerte crujido.
Se refería a la historia de una amiga mía que halló dos gatitos, casi muertos, dentro de una secadora de lavandería automática. Los revivió y, con excelente nutrición y cuidado, hizo de ellos dos gatos gigantescos, uno negro y otro rojizo.
Dos años después, vendió su casa. Como no podía llevar a los gatos consigo, ni les encontraba otro hogar, sólo le quedó llevarlos a un hospital de animales para que dispusieran de ellos.
Yo la acompañé. Los gatos nunca habían estado en un coche; ella trataba de calmarlos. La arañaron y la mordieron, sobre todo el gato rojizo, al que llamaba Max. Cuando finalmente llegamos al hospital, ella se llevó primero al gato negro; con él entre los brazos, y sin pronunciar palabra, bajó del coche. El gato jugaba con ella: la tocaba suavemente con la pata mientras ella abría, empujándola, la puerta de cristal de la clínica.
Miré a Max; estaba sentado en la parte trasera. El movimiento de mi cabeza debe haberlo asustado, pues se escurrió bajo el asiento del conductor. Deslicé el asiento hacia atrás. No quería meter la mano debajo por miedo de que el gato me mordiera o rasguñara. Max yacía en una concavidad en el piso del coche. Parecía muy agitado; su aliento se aceleraba. Me miró; nuestros ojos se encontraron y una sensación avasalladora me poseyó. Algo se hizo cargo de mi cuerpo: una forma de aprensión, desesperanza, o acaso vergüenza por ser parte de lo que ocurría.
Sentí la necesidad de explicar a Max que la decisión era de mi amiga, y que yo sólo la ayudaba. El gato seguía mirándome, como si entendiera mis palabras.
Miré por ver si ella venía. La vi a través de la puerta de cristal. Hablaba con la recepcionista. Mi cuerpo sintió una extraña sacudida, y automáticamente abrí la puerta del coche.
-¡Corre, Max, corre! -dije al gato.
Bajó de un salto; cruzó velozmente la calle con el cuerpo cerca de tierra, como un verdadero felino. El otro lado de la calle estaba vacío; no había coches estacionados y pude ver a Max correr a lo largo de la cloaca. Llegó a la esquina de un gran bulevar y descendió por la compuerta de desagüe.
Mi amiga regresó. Le dije que Max se había ido. Ella subió al auto y nos fuimos sin decir palabra.
A lo largo de los meses, el incidente se convirtió en un símbolo para mí. Imaginé, o acaso vi, un raro destello en los ojos de Max cuando me miró al saltar del coche. Y creí que por un instante ese animal doméstico, castrado, gordo e inútil, se hizo gato.
Expresé a don Juan mi convicción de que, cuando Max corría calle abajo y se sumergía en el drenaje, su "espíritu de gato" era impecable, y quizás en, ningún otro momento de su vida fue tan evidente su "gatunidad". El incidente me dejó una impresión imborrable.
Conté la historia a todos mis amigos; tras repetirla una y otra vez, mi identificación con el gato llegó a ser muy placentera.
Me pensaba yo mismo como Max: dejado, domesticado en muchos sentidos, pero no

podía pasar por alto, sin embargo, que siempre había la posibilidad de un momento en que el espíritu del hombre se posesionara de todo mi ser, igual que el espíritu "gatuno" llenó el cuerpo hinchado e inútil de Max.
A don Juan le había gustado la historia; hizo algunos comentarios casuales acerca de ella. Dijo que no era tan difícil dejar que el espíritu del hombre fluyera a tomar las riendas; sostener el paso, sin embargo, era algo que sólo un guerrero podía hacer.
-¿Qué pasa con la historia de los gatos? -pregunté. -Me dijiste que crees estar corriendo el riesgo, como Max -dijo él.
-Así creo.
-Lo que he estado queriendo decirte es que, como guerrero, no puedes nada más creer eso y dejar las cosas así. Con Max, tener que creer significa que aceptas el hecho de que su fuga pudo ser un arranque inútil. A lo mejor se metió por el desagüe y se murió en el acto. A lo mejor se ahogó, o se murió de hambre, o se lo comieron las ratas. Un guerrero toma en consideración todas esas posibilidades y luego elige creer de acuerdo con su predilección intima.
"Como guerrero, tienes que creer que a Max le salió todo bien; que no sólo escapó, sino que mantuvo su poder. Tienes que creerlo. Digamos que sin esa creencia no tienes nada."
La diferencia se hizo muy clara. Pensé que yo, en realidad, había elegido creer en la supervivencia de Max, sabiendo que tenía en su contra toda una vida regalada y llena de engreimientos.
-Creer es lo de menos -siguió don Juan-. Tener que creer es otra cosa. En este caso, por ejemplo, el poder te dio una lección espléndida, pero elegiste usarla sólo en parte. Sin embargo, si tienes que creer, debes usar todo el suceso.
-Ya me voy dando cuenta a qué se refiere usted -dije.
Mi mente se hallaba en un estado de lucidez, y parecía aprehender los conceptos sin el menor esfuerzo.
-Temo que todavía no entiendes -dijo don Juan, casi en un susurro.
Me miró con fijeza. Sostuve su mirada un momento.
-¿Y el otro gato? -preguntó.
-¿Uh? ¿El otro gato? -repetí involuntariamente.
Lo había olvidado. Mi símbolo había girado en torno a Max. El otro gato no tenía importancia para mí.
-¡Por supuesto que la tiene! -exclamó don Juan cuando di voz a mis pensamientos-. Tener que creer significa que también tienes que tomar en cuenta al otro gato. Al que jugaba y lamía las manos que lo llevaban a su fin. Ese fue el gato que marchó confiado hacia su muerte, repleto de sus juicios de gato.
"Tú piensas que eres como Max; por eso te olvidas del otro gato. Ni siquiera sabes su nombre. Tener que creer significa que debes tomar todo en consideración, y antes de decidir que eres como Max debes considerar que a lo mejor eres como el otro gato; en vez de luchar por tu vida y correr el riesgo, a lo mejor te vas feliz a tu muerte, repleto de tus juicios."

Había en sus palabras una tristeza inquietante, o acaso, la tristeza era mía. Permanecimos largo rato en silencio. Jamás se me había ocurrido que yo podía ser como el otro gato. La idea me conturbaba grandemente.
Una leve conmoción y el sonido de voces apagadas me sacaron bruscamente de mis deliberaciones. Unos policías dispersaban a la gente reunida en torno al hombre tirado en el pasto. Alguien había colocado, bajo la cabeza del yacente, un saco enrollado a manera de almohada. El hombre yacía paralelo a la calle. Miraba al este. Desde mi sitio, casi podía saber que tenía los ojos abiertos.
Don Juan suspiró.
-Qué tarde más espléndida -dijo, mirando el cielo.
-No me gusta la ciudad de México -dije.
-¿Por qué?
-Odio el smog.
Meneó rítmicamente la cabeza, como asintiendo a mis palabras.

-Preferiría estar con usted en el desierto, o en las montañas -dije.
-Si yo fuera tú, nunca diría eso -replicó.
-No quise decir nada malo, don Juan.
-Eso ya lo sabemos. Pero eso no es lo que importa. Un guerrero, o cualquier hombre si a ésas vamos, no puede de ningún modo lamentarse por no estar en otra parte; un guerrero porque vive del desafío, un hombre común porque no sabe dónde lo va a encontrar su muerte.
"Mira a ese hombre ahí al lado, tirado en el pasto: ¿Qué crees que le pasa?"
-Está borracho o enfermo -dije.
-¡Se está muriendo! -dijo don Juan con definitiva convicción-. Cuando nos sentamos aquí, vislumbré a su muerte haciéndole la rueda. Por eso te dije que no te levantaras; llueva o truene, no puedes pararte de esta banca hasta el final. Ésta es la indicación que esperábamos. Atardece. En estos momentos, el sol se va a poner. Es tu hora de poder. ¡Mira! La escena con ese hombre es sólo para nosotros.
Señaló que, desde donde nos hallábamos, teníamos campo abierto para ver al hombre. Un grupo de curiosos formaba semicírculo a su otro costado, frente a nosotros. La presencia del hombre tirado en la grama me inquietaba cada vez más. Era delgado y moreno, todavía joven. Su cabello negro era corto y rizado. Tenía la camisa desabotonada y el pecho al descubierto. Llevaba un suéter anaranjado, de punto, con hoyos en los codos, y astrosos pantalones grises. Sus zapatos, de algún color borrado, indefinible, estaban desatados. Se veta rígido. Yo no podía decir si respiraba o no. Me pregunté si estaba muriendo, como decía don Juan. ¿O quizá don Juan usaba simplemente el evento para recalcar algo? Mis anteriores experiencias con él me daban la certeza de que, en alguna forma, estaba haciendo todo encajar en algún misterioso plan propio.
Tras un largo silencio me volví hacia él. Tenía los ojos cerrados. Empezó a hablar sin abrirlos.
-Ese hombre está a punto de morir -dijo-. Pero tú no lo crees, ¿verdad?
Abrió los ojos y me miró un segundo. La mirada, de tan penetrante, me aturdió.
-No, no lo creo -dije.
Sentía en realidad que todo el asunto era demasiado sencillo. Vinimos a sentarnos en el parque y allí mismo, como si todo fuera una representación teatral, había un moribundo.
"El mundo se ajusta a sí mismo -dijo don Juan después de escuchar mis dudas-. Esto no es una farsa. Esto es un augurio, un acto de poder.
"El mundo sostenido por razón hace de todo esto un asunto que podemos observar por un momento en camino hacia otras cosas más importantes. Todo lo que podemos decir de esto es que un hombre está tirado en el pasto, en el parque, a lo mejor borracho.
"El mundo sostenido por voluntad lo hace un acto de poder, un acto que podemos ver. Podemos ver que la muerte está girando velozmente sobre el hombre, que le hunde las garras más y más en sus fibras luminosas. Podemos ver que las cuerdas luminosas pierden tensión y se desvanecen una a una.
"Ésas son las dos posibilidades que se abren a nosotros, los seres luminosos. Tú andas por ahí en el medio; todavía quieres tenerlo todo bajo la firma de la razón. Y sin embargo, ¿cómo puedes descartar el hecho de que tu poder personal te trajo esta señal? Vinimos a este parque, después de que me encontraste donde yo te esperaba -me encontraste así de sopetón, sin pensar, ni planear, ni usar deliberadamente tu razón-, y después de que nos sentamos aquí a esperar una señal, nos dimos cuenta de ese hombre; cada uno de nosotros lo notó a su manera: tú con tu razón, yo con mi voluntad.
"Ese moribundo es uno de los centímetros cúbicos de suerte que el poder pone siempre a disposición del guerrero. El arte del guerrero es ser perennemente fluido para poderlo coger de un tirón. Yo lo he cogido de un tirón, y ¿tú?"
No pude responder. Tomé conciencia de un abismo inmenso dentro de mí, y por un momento tuve, en alguna forma, conoci-

miento de los dos mundos a los cuales se refería.
-¡Qué señal más exquisita es ésta! -prosiguió-. Y todo esto para ti. El poder te enseña que la muerte es el ingrediente indispensable del tener que creer. Si no se tiene en cuenta a la muerte, todo es ordinario, trivial. Sólo porque la muerte nos anda al acecho es el mundo un misterio sin principio ni fin. El poder te ha mostrado eso. Todo lo que yo he hecho es reunir los detalles de esta señal, a fin de que la dirección fuera clara; pero al reunir así los detalles, también yo te he mostrado que todo cuanto te he dicho hoy es lo que yo mismo tengo que creer, porque esa es la predilección de mi espíritu.
Nos miramos a los ojos un momento.
-Esto me recuerda la poesía esa que me leías -dijo, haciendo a un lado la mirada-. Acerca de ese hombre que juró morir en París. ¿Te acuerdas cómo era?
El poema era "Piedra negra sobre una piedra blanca", de César Vallejo. A petición de don Juan, yo le había leído y recitado incontables veces las dos primeras estrofas.

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París -y no me corro-
tal vez un jueves, como es hoy, de otoño.

Jueves será, porque hoy, jueves, que proso
estos versos, los húmeros me he puesto
a la mala y, jamás como hoy, me he vuelto,
con todo mi camino, a verme solo.

El poema resumía para mí una melancolía indescriptible.
Don Juan susurró que él tenía que creer que el moribundo había tenido bastante poder personal para permitirle escoger las calles de la ciudad de México como el sitio de su muerte.
-Volvemos otra vez a la historia de los dos gatos -dijo-. Tenemos que creer que Max se dio cuenta de lo que le andaba al acecho y, cómo ese hombre que está ahí, tuvo al menos poder suficiente para escoger el sitio de su fin. Pero hubo el otro gato, como hay otros hombres cuya muerte los envolverá mientras están solos, desprevenidos, mirando las paredes y el techo de un cuarto desolado y feo.
"En cambio, aquel hombre se está muriendo donde siempre ha vivido: en las calles. Tres policías son sus guardias de honor. Y, a medida que se desvanece, se acentuarán en sus ojos los últimos resplandores de las luces de los aparadores de las tiendas que están enfrente; de los coches, de los árboles, de las oleadas de gente que se arremolina en la calle; y sus oídos se inundarán por última vez con los sonidos del tránsito y las voces de los hombres y las mujeres que pasan.
"Así que, si no fuera porque nos damos cuenta de la presencia de nuestra muerte no hubiera poder, ni misterio."
Miré largo rato al hombre. Estaba inmóvil. Acaso había muerto. Pero mi incredulidad ya no importaba. Don Juan estaba en lo cierto. Tener que creer que el mundo es misterioso e insondable era la expresión de la predilección intima de un guerrero. Sin ella, el guerrero no tenía nada.

LA ISLA DEL TONAL

Don Juan y yo volvimos a vernos a eso del mediodía siguiente, en el mismo parque. Él lucía aún su traje café. Tomamos asiento en una banca; se quitó el saco, lo dobló con gran cuidado, pero a la vez con un aire de suprema indiferencia, y lo puso en la banca. Su despreocupación era muy estudiada y, sin embargo, completamente natural. Me sorprendí mirándolo con fijeza. Él parecía al tanto de la paradoja que me presentaba, y sonrió. Enderezó su corbata. Llevaba una camisa beige de manga larga. Le quedaba muy bien.
-Traigo todavía mi traje porque quiero decirte algo de gran importancia -dijo, dando palmadas en mi hombro-. Ayer te salieron las cosas muy bien; así que ya es hora de llegar a ciertos arreglos finales.
Hizo una larga pausa. Parecía estar pre-

parando una declaración. Tuve una sensación extraña en el estómago. Mi suposición inmediata fue que don Juan iba a darme allí mismo la explicación de los brujos. Se puso en pie un par de veces y se paseó de un lado a otro frente a mí, como si le resultara difícil dar voz a lo que tenía en mente.
-Vamos al restaurante de enfrente a comer algo -dijo finalmente.
Desdobló el saco, y antes de ponérselo me mostró que tenla forro completo.
-Hecho a la medida -dijo, y sonrió como si eso lo enorgulleciera, como si le importara.
-Tengo que llamarte la atención sobre estas cosas, porque si no, no lo notarías, y es importante que tengas en cuenta que mi forro es completo. Tú te das cuenta de todo sólo cuando piensas que así debes hacerlo; pero la condición de un guerrero, es darse cuenta de todo en todo momento.
"Mi traje y todos estos adornos son importantes porque representan mi condición en la vida. O mejor dicho, la condición de una de las dos partes de mi totalidad. Esta discusión ha estado pendiente, por muchos años. Yo sé que esta es la hora de tenerla. Todos los puntos de esta discusión tienen que estar, sin embargo, perfectamente cortados, de lo contrario no tendrá sentido. Quise que mi traje te diera la primera pista. Creo que ha cumplido su misión. Ahora es tiempo de hablar, porque en los asuntos de este tema, no hay comprensión completa sin palabras."
-¿Cuál es el tema, don Juan?
-La totalidad de uno mismo.
Se puso en pie abruptamente y me guió a un restaurante en un gran hotel al otro lado de la calle. Una recepcionista con cara de pocos amigos nos dio una mesa dentro, en un rincón ciego. Obviamente, los lugares preferentes estaban cerca de las ventanas.
Dije a don Juan que la mujer me recordaba a otra encargada, en un restaurante de Arizona donde él y yo comimos una vez, la cual nos preguntó, antes de darnos el menú, si teníamos dinero suficiente para pagar.
-Es muy natural lo que le pasa a esta pobre mujer -dijo don Juan, como simpatizando con ella-. Los chicanos no le caen bien, así como a la otra.
Rió suavemente. Dos o tres personas, en las mesas adyacentes, volvieron la cabeza y nos miraron.
Don Juan dijo que sin saberlo, o quizás incluso contra sus propias intenciones, la recepcionista nos había dado la mejor mesa en todo el local: una mesa donde podíamos hablar, y yo podía escribir hasta hartarme.
Acababa de sacar del bolsillo mi bloc de notas, y de ponerlo en la mesa, cuando de pronto el mesero se cirnió sobre nosotros. También parecía de mal humor. Nos miraba con aire de reto.
Don Juan procedió a ordenar una comida muy complicada. Pedía sin ver el menú, como si lo conociese de memoria. Yo me hallaba desconcertado: la aparición del mesero fue inesperada y no me dio tiempo de leer el menú, de modo que le dije que me trajera lo mismo.
-Te apuesto a que no tienen lo que ordené -me susurró don Juan al oído.
Estiró brazos y piernas y me indicó relajarme y ponerme cómodo, porque la comida tardaría eternidades.
-Estás en cierto trecho del camino, muy agudo y peligroso. Quizás ésta sea la última encrucijada, y también, quizá, la más difícil de entender. Algunas de las cosas que te voy a señalar hoy, probablemente nunca serán claras. De todos modos, no se supone que sean claras. Con que no te preocupes ni te desalientes. Todos nosotros somos una bola de idiotas cuando entramos en el mundo de la brujería, y entrar en ese mundo no nos garantiza, en ningún sentido, que cambiaremos. Algunos seguimos idiotas hasta el fin.
Me gustó que se incluyera entre los idiotas. Supe que no lo hacía por bondad, sino como recurso pedagógico.
-No te agites si no comprendes lo que voy a decirte -continuó-. Teniendo en cuenta tu temperamento, temo que te rompas la crisma tratando de entender. ¡No lo ha-

gas! Lo que voy a decirte sirve sólo para señalar una dirección.
Tuve un súbito sentimiento aprensivo. Las admoniciones de don Juan me refundieron en una especulación interminable. Otras veces me había lanzado advertencias por el estilo, e invariablemente, aquello sobre lo cual me advertía había resultado devastador.
-Me pongo muy nervioso cuando usted habla así -dije.
-Ya sé -repuso calmadamente-. Trato, a propósito, de tenerte alerta. Necesito tu atención, toda tu atención.
Hizo una pausa y me miró. Reí nerviosa, involuntariamente. Supe que don Juan quería estirar al máximo las posibilidades dramáticas de la situación.
-No te digo todo esto por crear un efecto -dijo como si leyera mis pensamientos-. Simplemente te estoy dando tiempo de hacer los ajustes del caso.
En ese instante, el mesero se detuvo a nuestro lado para anunciar que no tenían lo que habíamos ordenado. Don Juan rió en alta voz y pidió tortillas y frijoles. El mesero torció despectivamente la boca y dijo que no servían eso; sugirió filete o pollo. Optamos por una sopa.
Comimos en silencio. No me gustó la sopa, ni pude terminarla, pero don Juan vació su propio plato.
-Me he puesto mi traje -dijo de repente- para hablarte de algo, algo que ya conoces pero que necesita aclararse si va a ser efectivo. He esperado hasta ahora, porque Genaro siente que no sólo debes estar dispuesto a emprender el camino del conocimiento, sino que tus esfuerzos, por sí mismos, deben ser lo bastante impecables para hacerte digno de tal conocimiento. Te has portado muy bien. Ahora te diré cuál es la explicación de los brujos.
Hizo una nueva pausa, se frotó las mejillas y jugó con su lengua dentro de la boca, como si se palpara los dientes.
-Voy a hablarte del tonal y del nagual -dijo, y me dirigió una mirada penetrante. Ésta era la primera vez que usaba esos dos términos en mi presencia. Yo tenía una vaga familiaridad con ellos, gracias a la literatura antropológica sobre las culturas de México central. Sabia que el "tonal" era, según la creencia, una especie de espíritu guardián, generalmente un animal, que el niño obtenía al nacer y con el cual tenía lazos íntimos por el resto de su vida. "Nagual" era el nombre dado al animal en que los brujos, supuestamente, podían transformarse, o al brujo que efectuaba tal transformación.
-Éste es mi tonal -dijo don Juan, frotándose las manos en el pecho.
-¿Su traje?
-No. Mi persona.
Se golpeó el pecho y los muslos y los flancos del costillar.
-Mi tonal es todo esto.
Explicó que cada ser humano tenía dos facetas, dos entidades distintas, dos contrapartes que entraban en funciones en el instante del nacimiento; una se llamaba "tonal" y la otra "nagual".
Le dije lo que los antropólogos sabían acerca de ambos conceptos. Me dejó hablar sin interrumpirme.
-Bueno, lo que fuera que sepas del tonal y el nagual es pura tontería -dijo-. Yo me baso para decir esto en el hecho de que habría sido imposible que alguien te hablara antes de lo que yo te estoy diciendo acerca del tonal y del nagual. Cualquier idiota se podría dar cuenta de que no sabes nada, porque para conocer al tonal y al nagual tendrías que ser brujo y no lo eres. O habrías tenido que hablar de ellos con un brujo, y no lo has hecho. Conque olvídate o tira de lado todo cuanto has oído antes, porque nada de eso se puede aplicar.
-Era sólo un comentario -dije.
Alzó las cejas en un gesto cómico.
-Tus comentarios no tienen cabida hoy -dijo-. Esta vez necesito tu atención completa, puesto que te voy a presentar al tonal y al nagual. Los brujos tienen un interés único y especial en ese conocimiento. Yo diría que el tonal y el nagual están en el reino exclusivo de los hombres de conocimiento. En tu caso, ésta es la tapa que cierra todo cuanto te he enseñado. De allí

que he esperado hasta ahora para hablarte de esto.
"El tonal no es el animal que custodia a una persona. Yo más bien diría que es un guardián que puede representarse como animal. Pero eso no es lo importante."
Sonrió y me guiñó un ojo.
Ahora estoy usando tus palabras dijo-. El tonal es la persona social.
Rió, supongo que al ver mi desconcierto.
-El tonal es, y con derecho, un protector, un guardián: un guardián que la mayoría de las veces se transforma en guardia.
Jugueteé con mi cuaderno. Trataba de prestar atención a lo que don Juan decía. Él rió y remedó mis movimientos nerviosos.
-El tonal es el organizador del mundo -prosiguió-. Quizá la mejor forma de describir su obra monumental, es decir que en sus hombros descansa la tarea de poner en orden el caos del mundo. No es un absurdo sostener, como lo hacen los brujos, que todo cuanto sabemos y hacemos como hombres, es obra del tonal.
"En este momento, por ejemplo, lo que se ocupa de dar sentido a nuestra conversación es tu tonal; sin él sólo habría sonidos raros y muecas y no comprenderías nada de lo que te digo.
"Yo diría, pues, que el tonal es un guardián que protege algo muy, pero muy valioso: nuestro mismo ser. Por lo tanto, una cualidad nata del tonal es la de ser astuto, y celoso con su obra. Y como lo que hace es efectivamente la parte más importante de nuestras vidas, no es del nada extraño que al fin y al cabo se convierta, en cada uno de nosotros, de guardián en guardia."
Se detuvo y me preguntó si comprendía. Maquinalmente asentí con la cabeza, y él sonrió con aire de incredulidad.
-Un guardián es magnánimo y comprensivo -explicó-. Un guardia, en cambio, es un vigilante intolerante y, por lo siempre, un déspota. Yo diría que en todos nosotros el tonal se ha hecho un guardia insoportable y déspota, cuando debería ser un guardián magnánimo.
Yo definitivamente no seguía el hilo de su explicación. Oía y escribía cada palabra, y sin embargo parecía hallarme atorado en algún diálogo interno por mi propia cuenta.
-Me resulta muy difícil captar su idea -dije.
-Si no te enredaras en hablar contigo mismo, no tendrías líos -dijo él en tono cortante.
Su observación me lanzó a un largo parlamento explicativo. Finalmente recapacité, y ofrecí disculpas por mi insistencia en defenderme.
Sonrió e hizo un gesto que parecía indicar que mi actitud no lo había molestado en realidad.
-El tonal es completamente todo lo que somos -prosiguió-. ¡Nombra cualquier cosa! El tonal es todo eso para lo cual tenemos palabras. Y como el tonal está hecho de sus propios hechos, todas las cosas, por lo visto, tienen que caer bajo su dominio.
Le recordé su definición del tonal como la persona social, un término que yo mismo había usado ante él para significar un ser humano como producto final de los procesos de socialización. Señalé que, si el tonal era ese producto, no podía serlo todo, como él decía, porque el mundo en torno nuestro no era el producto de la socialización.
Don Juan me recordó, a su vez, que mi argumento no tenía base para él, y que, mucho tiempo antes, ya él me había explicado el tema de que el mundo no existe de por sí, y que aquello que atestiguamos es sólo una descripción del mundo, la cual aprendemos a visualizar y a dar por sentada.
-El tonal es todo cuanto conocemos -dijo-. Yo creo que esto, por sí solo, es razón suficiente para que el tonal sea un asunto tan imponente.
Calló por un momento. Parecía, a las claras, esperar comentarios o preguntas, pero yo no tenía ninguna. Sin embargo, me sentía obligado a pronunciar una pregunta, y luché por formular alguna que fuese apropiada. Fracasé. Sentí que las admoniciones con que él inició nuestra conversación habían servido, tal vez, como antídoto contra cualquier inquisición por parte mía. Experimentaba una curiosa

insensibilidad. No podía concentrarme ni ordenar mis ideas. De hecho, me sentía y me sabía, sin el menor lugar a dudas, incapaz de pensar, y de esto mismo tomaba conocimiento sin ayuda del raciocinio, si tal cosa era posible.
Miré a don Juan. Tenía los ojos fijos en la parte media de mi cuerpo. Alzó la mirada y mi claridad mental retornó en el acto.
-El tonal es todo cuanto conocemos -repitió lentamente-. Y eso no sólo nos incluye a nosotros, como personas, sino a todo lo que hay en nuestro mundo. Puede decirse que el tonal es todo cuanto salta a la vista.
"Lo empezamos a cuidar desde el momento de nacer. En el momento en que tomamos la primera bocanada de aire, también ese mismo aire es poder para el tonal. Así que, es muy apropiado decir que el tonal de un ser humano está ligado íntimamente a su nacimiento.
"Debes recordar este punto. Es de gran importancia para entender todo esto. El tonal empieza en el nacimiento y acaba en la muerte."
Quise recapitular todas las ideas expresadas. Llegué incluso a abrir la boca para pedirle repetir los puntos clave de nuestra conversación, pero, para mi asombro, no pude vocalizar mis palabras. Sufría una incapacidad en extremo curiosa; mis palabras pesaban y yo no tenía ningún control sobre esa sensación.
Miré a don Juan para indicarle que no podía hablar. Él tenía nuevamente la vista clavada en el área alrededor de mi estómago.
Alzó los ojos y preguntó cómo me sentía. Las palabras fluyeron de mi boca como si algo me hubiera destapado. Le dije que había tenido la peculiar sensación de no poder hablar ni pensar, pese a que mis ideas eran claras como el cristal.
-¿Tus ideas eran claras como el cristal? -preguntó.
Me di cuenta entonces de que la claridad no había correspondido a mis ideas, sino a mi percepción del mundo.
-¿Me está usted haciendo algo, don Juan? -pregunté.
-Estoy tratando de convencerte de que tus comentarios no son necesarios -dijo, y rió.
-¿O sea, que usted no quiere que yo haga preguntas?
-No, no. Pregunta lo que quieras, pero no dejes que tu atención vacile.
Hube de admitir que la inmensidad del tema me había distraído.
-Todavía no puedo entender, don Juan, lo que quiso usted decir con la frase de que el tonal es todo -dije tras una pausa momentánea,
-El tonal es lo que construye el mundo.
-¿Es el tonal el creador del mundo?
Don Juan se rascó las sienes.
-El tonal construye el mundo sólo en un sentido figurado. No puede crear ni cambiar nada, y sin embargo construye el mundo porque su función es juzgar, y evaluar, y atestiguar. Digo que el tonal construye el mundo porque atestigua y evalúa al mundo de acuerdo con las reglas del tonal. En una manera extrañísima, el tonal es un creador que no crea nada. O sea que, el tonal inventa las reglas por medio de las cuales capta el mundo. Así que, en un sentido figurado, el tonal construye el mundo.

Tarareó una melodía popular, golpeando con los dedos un lado de su silla, para llevar el ritmo. Sus ojos brillaban; parecían centellear. Chasqueó la lengua, meneando la cabeza.
-No entiendes ni jota -dijo con una sonrisa.
-Sí le entiendo. No hay problema -dije, pero no sonó muy convincente.
-El tonal es una isla -explicó-. La mejor manera de describirlo es decir que el tonal es esto.
Pasó la mano sobre la superficie de la mesa.
-Podemos decir que el tonal es como la superficie de esta mesa. Una isla. Y en la isla tenemos todo. Esta isla es, de hecho, el mundo.
"Hay un tonal que es personalmente para cada uno de nosotros, y hay otro que es colectivo para todos nosotros en cualquier

momento dado, al cual llamamos el tonal de los tiempos."
Señaló las hileras de mesas en el restaurante.
-¡Mira! Cada mesa tiene la misma configuración. Hay ciertos objetos presentes en todas. Sin embargo, son individualmente distintas entre sí: algunas mesas están más llenas que otras; tienen diferente comida, diferentes platos, diferente atmósfera, pero tenemos que admitir que todas las mesas en este restaurante son muy semejantes. Lo mismo pasa con el tonal. Podemos decir que el tonal de los tiempos es lo que nos hace semejantes, en la misma forma en que hace semejantes todas las mesas en este restaurante. No obstante, cada mesa por separado es un caso individual, lo mismo que el tono personal de cada uno de nosotros. Pero el factor importante que hay que tener en cuenta, es que todo cuanto conocemos de nosotros mismos y dé nuestro mundo está en la isla del tonal. ¿Ves lo que quiero decir?
-Si el tonal es todo cuanto conocemos de nosotros mismos y de nuestro mundo, ¿qué es entonces el nagual?
-El nagual es la parte de nosotros mismos con la cual nunca tratamos.
-¿Cómo dijo usted?
-El nagual es la parte de nosotros para la cual no hay descripción: ni palabras, ni nombres, ni sensaciones, ni conocimiento.
-Ésa es una contradicción, don Juan. En mi opinión, si no puede sentirse ni describirse ni nombrarse, no puede existir.
-Es una contradicción nada más en tu opinión. Ya te lo advertí: no te rompas la crisma tratando de entender esto.
-¿Diría usted que el nagual es la mente?
-No. La mente es un objeto encima de la mesa. La mente es parte del tonal. Digamos que la mente es la salsa picante.
Tomó una botella de salsa y la puso frente a mí.
-¿Es el nagual el alma?
-No. El alma también está en la mesa. Digamos que el alma es el cenicero.
-¿Es el nagual los pensamientos?
-No. Los pensamientos también están en la mesa. Los pensamientos son como los cubiertos.
Cogió un tenedor y lo puso junto a la salsa y el cenicero.
-¿Es un estado de gracia? ¿El cielo?
-Tampoco es eso. Eso, sea lo que fuera, también es parte del tonal. Es, digamos, la servilleta.
Seguí proponiendo formas de describir aquello a lo que él aludía: intelecto puro, psique, energía, fuerza vital, inmortalidad, principio vital. Por cada cosa que yo nombraba, él hallaba en la mesa un objeto que servía de contraparte y lo ponía frente a mí, hasta que todo cuanto había en la mesa quedó apilado en un montón.
Don Juan parecía disfrutar enormidades. Soltaba risitas y se frotaba las manos cada vez que yo nombraba otra posibilidad.
-¿Es el nagual el Ser Supremo, el Omnipotente, Dios? -pregunté.
-No. Dios también está en la mesa. Digamos que Dios es el mantel.
Hizo, en broma, el gesto de jalar el mantel para amontonarlo con los otros objetos que había puesto frente a mí.
-Pero, ¿dice usted que Dios no existe?
-No. No dije eso. Sólo dije que el nagual no era Dios, porque Dios es un objeto de nuestro tonal personal y del tonal de los tiempos. El tonal es, como ya dije, todo lo que creemos que es parte del mundo, incluyendo a Dios, por supuesto. Dios no tiene otra importancia que la de ser parte del tonal de nuestro tiempo.
-Según yo lo entiendo, don Juan, Dios es todo ¿No estamos hablando de lo mismo?
-No. Dios es solamente todo aquello en lo que puedes pensar; por eso, propiamente hablando, Dios no es sino otro objeto en la isla. Dios no puede ser visto cuando uno quiere; sólo podemos hablar de Él. En cambio, el nagual está al servicio del guerrero. Puede ser visto, pero no se puede hablar de él.
-Si el nagual no es ninguna de las cosas que he mencionado -dije-, quizá pueda usted decirme el sitio donde se encuentra. ¿Dónde está?
Don Juan hizo un amplio ademán y señaló

el área más allá de los confines de la mesa. Movió la mano como si, con el dorso, limpiara una superficie imaginaria que rebasara los bordes de la mesa.

-El nagual está allí -dijo-. Allí, alrededor de la isla. El nagual está, allí, donde el poder se cierne.

"Desde el momento de nacer sentimos que hay dos partes en nosotros. A la hora de nacer, y luego por algún tiempo después, uno es todo nagual. En ese entonces, nosotros sentimos que para funcionar necesitamos una contraparte a lo que tenemos. Nos falta el tonal y eso nos da, desde el principio, el sentimiento de no estar completos. A esas alturas el tonal empieza a desarrollarse y llega a tener una importancia tan absoluta para nuestro funcionamiento que opaca el brillo del nagual, lo avasalla; y así nos volvemos todo tonal. Desde el momento en que uno se vuelve todo tonal, no hacemos otra cosa sino aumentar esa vieja sensación de estar incompletos; esa sensación que nos acompaña desde el momento de nacer y que nos dice constantemente que hay otra parte de nosotros que nos haría íntegros.

"A partir del momento en que somos todo tonal, empezamos a hacer pares. Sentimos nuestros dos lados, pero siempre los representamos con objetos del tonal. Decimos que nuestras dos partes son el alma y el cuerpo. O la mente y la materia. O el bien y el mal. Dios y Satanás. Nunca nos damos cuenta, sin embargo, de que sólo estamos haciendo parejas con las cosas de la isla, algo muy semejante a hacer parejas con café y té, o pan y tortillas, o chile y mostaza. Somos de verdad animales raros. Nos creemos tanto y, en nuestra locura, creemos tener perfecto sentido."

Don Juan se puso en pie y me apostrofó como un orador. Me señaló con el índice e hizo temblar su cabeza.

-El hombre no se mueve entre el bien y el mal -dijo en un tono hilarantemente retórico, tomando el salero y el pimentero en ambas manos-. Su verdadero movimiento es entre lo negativo y lo positivo

Dejó la sal y la pimienta y cogió un tenedor y un cuchillo.

-¡Lo dicho es un error! No hay movimiento ninguno -continuó como si se respondiera a sí mismo-. ¡El hombre es sólo mente!

Cogió la botella de salsa y la puso en alto. Luego la dejó.

-Como puedes ver -dijo suavemente-, podríamos muy fácilmente reemplazar mente por salsa de chile y acabar diciendo: -"¡El hombre es sólo salsa de chile!" El hacer eso no nos volvería más dementes de lo que ya estamos.

-Mucho me temo no haber hecho la pregunta correcta -dije-. Quizá podríamos llegar a una mejor comprensión si preguntara qué puede uno hallar, específicamente, en el área más allá de la isla.

-No hay manera de responder eso. Si yo te dijera: nada, sólo haría al nagual parte del tonal. Todo cuanto puedo decir es que allí, más allá de la isla, uno encuentra al nagual.

-Pero, cuando usted, lo llama nagual, ¿no lo coloca también en la isla?

-No. Lo llamé nagual solamente para que te dieras cuenta de él.

-¡Muy bien! Pero al darme cuenta de él también he dado el primer paso para convertirlo en un nuevo objeto de mi tonal.

-Creo que no me comprendes. Yo he nombrado al tonal y al nagual como un par verdadero. Eso es todo lo que he hecho.

Me recordó que en una ocasión, al tratar de explicarle mi insistencia en el significado, discutí la idea de que acaso los niños no fueran capaces de concebir la diferencia entre "padre" y "madre" hasta que no se desarrollaran lo suficiente en el manejo del significado, y que tal vez creerían que la diferencia estaba radicada en que "padre" usa pantalones y "madre" usa faldas, o en otras diferencias relativas al corte de pelo, o al tamaño del cuerpo, o a la ropa.

-Por cierto que hacemos lo mismo con las dos partes de nosotros -dijo-. Sentimos que en nosotros hay otro lado. Pero cuando tratamos de precisar cuál es ese otro lado, el tonal se apodera de la batuta y, como director, es un fracaso. Es tan mez-

quino y celoso que nos deslumbra con su astucia y nos fuerza a destruir el menor indicio de la otra parte del par verdadero: el nagual.

EL DÍA DEL TONAL

Al salir del restaurante, dije a don Juan que había tenido razón en advertirme acerca de la dificultad del tema, y que mi destreza intelectual no servía para captar sus conceptos y explicaciones. Sugerí que tal vez, si fuera yo a mi hotel a leer mis notas, mejoraría mi comprensión del asunto. Trató de tranquilizarme; dijo que me estaba preocupando por palabras. Mientras hablaba, experimenté un escalofrío, y por un instante sentí que, en verdad, había otra zona dentro de mí.

Mencioné a. don Juan mis inexplicables sensaciones. Su curiosidad pareció despertarse. Le dije que había tenido antes dichas sensaciones, y que parecían ser lapsos momentáneos, interrupciones en mi flujo de conciencia. Siempre se manifestaban como una sacudida en mi cuerpo, seguida por la impresión de hallarme suspendido en algo.

Nos dirigimos al centro, caminando pausadamente. Don Juan me pidió relatar todos los detalles de mis lapsos. Me resultaba muy difícil describirlos, más allá de llamarlos momentos de olvido, o distracción, o de no fijarme en lo que hacía.

Con toda paciencia me contradijo. Señaló que yo era una persona exigente, tenía una buena memoria y era muy cuidadoso en mis acciones. En un principio se me había ocurrido que aquellos lapsos peculiares se asociaban con la cesación del diálogo interno, pero también los experimentaba cuando había hablado extensamente conmigo mismo. Parecían brotar de una zona independiente de todo cuanto yo conocía.

Don Juan me dio palmadas en la espalda. Sonrió con deleite visible.

-Por fin empiezas a establecer relaciones reales -dijo.

Le pedí explicar la críptica frase, pero él detuvo abruptamente nuestra conversación y me hizo seña de seguirlo al atrio de una iglesia.

-,Este es el final de nuestro viaje al centro -dijo, y tomó asiento en una banca-. Aquí tenemos un sitio ideal para observar a la gente. Unos pasan por la calle y otros vienen a la iglesia. Desde aquí podemos verlos a todos.

Señaló una ancha calle de comercios y el sendero de grava que llevaba a los escalones de la iglesia. Nuestra banca estaba a medio camino entre el templo y la calle.

Vista es mi banca favorita -dijo, acariciando la madera.

Me guiñó el ojo y añadió, sonriendo:

-Le caigo bien. Por eso no había nadie sentado aquí. Sabía que yo venía.

-¿La banca sabia eso?

-¡No! La banca no. Mi nagual.

-¿Es el nagual algo consciente? ¿Se da cuenta de las cosas?

-Por supuesto que se da cuenta de todo. Por eso me interesa tu relato. Lo que tú llamas lapsos y sensaciones, es el nagual. Para hablar de él, debemos tomar prestado de la isla del tonal, así que es más conveniente no explicarlo, sino sencillamente contar sus efectos.

Quise decir alguna otra cosa sobre aquellas sensaciones peculiares, pero él me silenció.

-Esto es todo por hoy. Hoy no es el día del nagual, hoy es el día del tonal dijo-. Me puse mi traje porque hoy soy todo tonal.

Se me quedó mirando. Yo iba a decirle que el tema estaba resultando más difícil que cualquier cosa que jamás me hubiera explicado; él pareció anticipar mis palabras.

-Es difícil -dijo-. Lo sé. Pero si se piensa que ésta es la etapa final, la última etapa de lo que te he estado enseñando, no estamos diciendo demasiado al decir que envuelve todo cuanto mencioné desde el primer día en que nos encontramos.

Guardamos silencio un largo rato. Yo sentía que debía esperar la reanudación de las explicaciones, pero tuve un repentino ataque de aprensión y pregunté apresuradamente:

-¿Están dentro de nosotros el nagual y el tonal?
Me dirigió una mirada penetrante.
-Esa es una pregunta muy difícil -dijo-. Tú mismo dirías que están dentro de nosotros. Yo mismo diría que no lo están, pero ninguno de nosotros estaría en lo cierto. El tonal de tu tiempo te empuja a mantener que todo lo que se trata de tus sensaciones y pensamientos tiene lugar dentro de ti. El tonal de los brujos dice lo contrario: todo está afuera. ¿Quién tiene razón? Ninguno. Adentro, afuera: eso realmente no importa.
Hice una observación. Dije que, cuando hablábamos del tonal y del nagual, parecía que aún hubiera una tercera parte. Él había dicho que el tonal "nos fuerza" a ejecutar acciones, y si era imposible tomar en cuenta al nagual, ¿quién era entonces el ser forzado?
No me respondió directamente.
-Explicar todo esto no es tan sencillo -dijo-. Por muy astutas que sean las aduanas del tonal, el asunto es que el nagual salta a la superficie. Pero su salida a la superficie siempre es inadvertida. El gran arte del tonal es reprimir toda manifestación del nagual, de tal modo que, aunque su presencia sea lo más obvio del mundo, pasa por alto.
-¿Para quién pasa por alto?
Chasqueó la lengua, sacudiendo la cabeza de arriba a abajo. Lo presioné a responder.
-Para el tonal -dijo-. Estoy hablando exclusivamente del tonal. Por supuesto que ando con rodeos, pero eso no debería sorprenderte ni molestarte. Te advertí la dificultad de comprender lo que tengo que decirte. Me tuve que salir con todas estas bolas porque mi tonal se da cuenta de que está hablando de sí mismo. En otras palabras, mi tonal se usa a sí mismo a fin de entender la información que yo quiero que tu tonal tenga en claro. Digamos que el tonal, puesto que se da tremenda cuenta del esfuerzo que cuesta hablar de sí mismo, ha creado los términos "yo", "yo mismo" y otros así por el estilo, como balance, y gracias a ellos puede hablar con otros tonales, o consigo mismo, acerca de sí mismo.
"Ahora, cuando digo que el tonal nos fuerza a hacer algo, no quiero decir que haya ahí una tercera parte. Por lo visto, el tonal se fuerza a sí mismo a seguir sus propios juicios.
"En ciertas ocasiones, o bajo determinadas circunstancias especiales, algo en el mismo tonal se da cuenta de que hay más en nosotros. Es como una voz que surge de las profundidades: la voz del nagual. Como se ve, la totalidad de nosotros mismos es una condición natural que el tonal no puede aniquilar por entero, y hay momentos, sobre todo en la vida de un guerrero, en que la totalidad se hace aparente. Durante esos momentos, uno puede adivinar y avalorar lo que realmente somos.
"Esas sacudidas que has tenido te resultan muy bien, porque ésa es la forma en que surge el nagual. En esos momentos, el tonal se da cuenta de la totalidad de uno mismo. Siempre es una sacudida porque darse cuenta de esto desbarata el sosiego. Yo llamo a ese sentimiento: darse cuenta de la totalidad del ser que va a morir. La idea es que en el momento de la muerte el otro miembro del par verdadero; el nagual, empieza a operar por completo y el sentir y los recuerdos y las percepciones guardados en nuestras pantorrillas y muslos, en nuestra espalda y hombros y cuello, empiezan a expandirse y a desintegrarse. Como las cuentas de un interminable collar roto, se desparraman sin la fuerza unificadora de la vida."
Me miró. Sus ojos eran apacibles. Me sentí incómodo, estúpido.
-La totalidad de nosotros mismos es un asunto muy peliagudo -dijo-. Necesitamos solamente una porción muy pequeña de esa totalidad para llevar a cabo las tareas más complejas de la vida. Pero, al morir, morimos con la totalidad de nosotros mismos. Un brujo hace la pregunta: "Si vamos a morir con la totalidad de nosotros mismos, ¿por qué no, entonces, vivir con esa totalidad?"
Movió la cabeza para indicarme mirar a las numerosas personas que pasaban.
-Son todos tonal -dijo-. Voy a señalarte al-

gunos para que tu tonal los evalúe, y al evaluarlos se evaluará a sí mismo.
Dirigió mi atención hacia dos ancianas que acababan de salir de la iglesia. Se detuvieron un momento en la cima de los escalones de piedra caliza, y luego empezaron a descender con infinitos cuidados, descansando en cada peldaño.
-Observa con mucho cuidado a esas dos viejas -dijo-. Pero no las veas como personas, ni como rostros que tienen cosas en común con nosotros; velas como tonales.
Las dos mujeres llegaron al pie de los escalones. Se movían como si la áspera grava estuviera hecha de canicas y ellas se viesen a punto de resbalar y perder el equilibrio. Caminaban del brazo, apuntalándose entre sí con el peso de sus cuerpos.
-¡Míralas! -dijo don Juan en voz baja-. Esas viejas son el mejor ejemplo del peor tonal que puede hallarse.
Noté que las mujeres eran de huesos pequeños, pero gordas. Tendrían poco más de cincuenta años. Sus rostros mostraban una expresión dolorosa, como si descender los peldaños de la iglesia hubiera sido una empresa superior a sus fuerzas.
Estaban frente a nosotros; vacilaron un momento y después se detuvieron. Había otro peldaño más en la senda de grava.
-Tengan cuidado, señoras -gritó don Juan al incorporarse dramáticamente.
Las mujeres lo miraron, al parecer confundidas por su repentina exclamación.
-El otro día, mi mami se rompió la cadera aquí mismo -añadió él mientras acudía a prestarles ayuda.
Le dieron profusamente las gracias, y él les aconsejó que, si alguna vez perdían el equilibrio y caían, permanecieran inmóviles en el sitio hasta que llegara la ambulancia. Las mujeres se santiguaron.
Don Juan volvió a sentarse. Sus ojos resplandecían. Habló con suavidad.
-Esas mujeres no son tan viejas, ni sus cuerpos tan débiles, y sin embargo están decrépitas. Todo en ellas es sombrío y triste: su ropa, su olor, su actitud. ¿Por qué crees tú que son así?
-Quizá nacieron así -dije.
-Nadie nace así. Nos hacemos así. El tonal de esas viejas es débil y tímido.
"Te dije que éste iba a ser el día del tonal; con eso quise decir que hoy quiero tratar exclusivamente con el tonal. También te dije que me había puesto mi traje para ese mismo propósito. Quise mostrarte con mi traje que un guerrero trata a su tonal en forma muy especial. Te hice ver que mi traje fue hecho a la medida, y que todo lo que hoy traigo puesto me queda a la perfección. No es mi vanidad lo que quería mostrar, sino mi espíritu de guerrero, mi tonal de guerrero.
"Esas dos viejas te dieron hoy tu primera visión del tonal. La vida puede ser tan despiadada contigo como es con ellas, si eres descuidado con tu tonal. Yo me pongo de contraparte. Si comprendes correctamente, no será necesario recalcar este punto."
Tuve un repentino ataque de incertidumbre y le pedí descifrarme lo que yo debía de haber entendido. Sin duda, mi voz sonó desesperada. Don Juan rió con fuerza.
-Mira a ese muchacho de pantalones verdes y camisa rosada -susurró, indicando a un joven flaco y muy moreno, de facciones afiladas, parado casi frente a nosotros. Parecía indeciso entre ir hacia la iglesia o hacia la calle. Dos veces alzó la mano en dirección del templo, como si hablara consigo mismo y estuviera a punto de encaminarse a la puerta. Luego me miró con expresión vacía.
-Mira cómo está vestido -dijo don Juan en un susurro- ¡Fíjate en esos zapatos!
La ropa del muchacho se veía andrajosa y arrugada, y sus zapatos estaban cayéndose a pedazos.
-Se ve que es muy pobre -dije.
-¿Es eso todo lo que puedes decir? -preguntó don Juan.
Enumeré una serie de razones que podrían haber explicado la astrosa apariencia del joven: mala salud, un revés de la suerte, indolencia, indiferencia hacia su apariencia personal, o la posibilidad de que acabara de salir de la cárcel.
Don Juan dijo que yo no hacía sino es-

pecular, y que no le interesaba justificar nada sugiriendo que el joven era víctima de fuerzas inconquistables.
-A lo mejor es un agente secreto que se ha disfrazado de vago -dije en son de broma.
El muchacho se alejó hacia la calle con paso incoherente.
-No se ha disfrazado de vago; es un vago -dijo don Juan-. Mira qué débil está su cuerpo. Tiene los brazos y las piernas como, alambres. Apenas puede caminar. Nadie es capaz de fingir esa apariencia. Algo anda muy mal con él, pero sin lugar a duda, no sus circunstancias. Debo insistir de nuevo que quiero que veas a ese hombre como a un tonal.
-¿Qué implica el ver a alguien como a un tonal?
-Implica dejar de juzgarlo en un sentido moral, o disculparlo con la idea de que es como una hoja a merced del viento. En otras palabras, implica ver a un hombre sin pensar que no tiene ni esperanza ni remedio.
"Tú sabes exactamente lo que yo estoy diciendo. Puedes valorar a ese muchacho sin condenarlo ni perdonarlo."
-Bebe demasiado -dije.
No fue una frase volitiva. Simplemente la enuncié sin saber en realidad por qué. Por un instante, incluso sentí que alguien parado a mis espaldas había dicho las palabras. Me vi impulsado a explicar que la afirmación era, otra de mis especulaciones.
-Ése no fue el caso -dijo don Juan-. El tono de tu voz tenía una certeza que no tenía antes. No dijiste: "A lo mejor es borracho."
Me sentí apenado, aunque sin poder determinar con exactitud el motivo. Don Juan rió.
-Viste a través de ese hombre -dijo-. Eso fue ver. Ver es así. Uno hace afirmaciones con gran certeza, y sin saber cómo.
"Tú sabes que el tonal de ese joven está fundido, pero no sabes cómo lo sabes."
Hube de admitir que de algún modo había tenido esa impresión
-Es muy cierto -dijo don Juan-. No importa realmente que sea joven; está tan decrépito como esas dos viejas. La juventud no le pone de ningún modo barrera al deterioro del tonal.
"Tú pensaste que podría haber muchísimas razones para la condición de aquel hombre. Yo encuentro que sólo hay una: su tonal. No es que su tonal sea débil por la bebida; es al contrario: bebe porque su tonal es débil. Esa debilidad lo fuerza a ser lo que es. Pero lo mismo nos pasa a todos nosotros en una forma o en otra."
-¿Pero no está usted también justificando la conducta de ese muchacho al decir que es cosa de su tonal?
-Te estoy dando una explicación que jamás has encontrado antes. No es una justificación ni una condena. El tonal de ese muchacho es débil y timorato. Y sin embargo él no es único en esto. Todos nosotros pasamos más o menos por las mismas.
En ese momento, un hombre de gran corpulencia pasó frente a nosotros, en dirección a la iglesia. Vestía un fino traje de negocios gris oscuro, y llevaba un portafolios. El cuello de su camisa estaba desabotonado, y la corbata floja. Sudaba profusamente. Su piel era muy blanca, lo cual hacia aún más obvia la transpiración.
-¡Fíjate en él! -me ordenó don Juan.
Los pasos del hombre eran cortos pero pesados. Su andar tenía cierto bamboleo. No subió hacia la iglesia; la rodeó y desapareció tras ella.
-No hay necesidad de tratar el cuerpo de una manera tan atroz -dijo don Juan con un toque de sarcasmo-. Pero la triste verdad es que todos nosotros hemos aprendido a la perfección cómo debilitar a nuestro tonal. Yo llamo a eso entregarse al vicio.
Puso la mano sobre mi cuaderno y no me dejó escribir más. Razonaba que, mientras yo siguiera tomando notas, sería incapaz de concentrarme. Me sugirió relajarme, cortar el diálogo interno y dejarme ir, para así fundirme con la persona observada.
Le pedí explicar a qué se refería con fundirse. Repuso que no había manera de explicarlo; era algo que el cuerpo sentía o hacía al ponerse en contacto de observación con otros cuerpos. Luego clarificó el tema

diciendo que en el pasado había llamado "ver" a ese proceso, el cual consistía en un lapso de verdadero silencio interno, seguido por una elongación externa de algo en el sí-mismo: una elongación que encontraba y se fundía con el otro cuerpo, o con cualquier cosa dentro del campo de percepción.

En ese momento quise volver a mi cuaderno, pero don Juan me detuvo y empezó a señalar distintas personas entre la multitud que pasaba.

Indicó docenas de individuos, cubriendo una amplia gama de tipos entre hombres, mujeres y niños de diversas edades. Don Juan dijo que elegía personas cuyo débil tonal encajara en un esquema de categorización; así, me había mostrado una preconcebida variedad de tonales que se entregaban al vicio de darse a sí mismos.

No me era posible recordar a toda la gente que él había señalado y discutido. Quejoso, dije que, de haber tomado notas, habría al menos bosquejado su intrincado esquema de tonales que se entregaban a dicho vicio. El caso era que él no quería repetirlo, o quizá tampoco lo recordaba.

Riendo, dijo que no lo recordaba, porque en la vida de un brujo, el responsable de la creatividad era el nagual.

Miró el cielo y dijo que se hacia tarde, y que desde ese momento en adelante cambiaríamos de rumbo. En vez de tonales débiles, aguardaríamos la aparición de un "tonal hecho y derecho". Añadió que sólo un guerrero poseía tal tonal, y que el hombre común, cuando mucho, podía tener un "tonal en buen estado".

Cuando hubimos esperado unos minutos, se dio una palmada en el muslo y chasqueó la lengua.

-Mira quiénes vienen -dijo, señalando la calle con un movimiento de barbilla-. Como si los hubiéramos encargado.

Vi a tres indios que se acercaban. Vestían cotones pardos de lana, pantalones blancos que les llegaban a media pantorrilla, camisas blancas de manga larga, huaraches sucios y gastados y viejos sombreros de paja. Cada uno llevaba un bulto atado a la espalda.

Don Juan se levantó y fue a encontrarlos. Les habló. Ellos, sorprendidos al parecer, lo rodearon. Le sonrieron. Aparentemente les decía algo acerca de mí; los tres se volvieron a sonreírme. Estaban a tres o cuatro metros de distancia; escuché con atención, pero no pude oír lo que decían.

Don Juan metió la mano en el bolsillo y les dio unos billetes. Parecieron alegrarse; movían los pies con nerviosismo. Me simpatizaron mucho. Daban las impresión de ser unos niños. Todos tenían dientes pequeños y blancos, y facciones apacibles, muy agradables. Uno de ellos, el mayor según todas las apariencias, tenía bigotes. Sus ojos se vetan cansados, pero bondadosos. Se quitó el sombrero y se acercó a la banca. Los otros lo siguieron. Los tres me saludaron al unísono. Nos dimos la mano. Don Juan me dijo que les diera algo de dinero. Lo agradecieron y, tras un silencio cortés, dijeron adiós. Don Juan volvió a sentarse en la banca y los miramos desaparecer en la multitud.

Dije a don Juan que, por algún motivo extraño, me habían simpatizado en extremo.

-No es tan extraño -dijo él-. Has de haber sentido que tienen un buen tonal. Un tonal bueno, sí, pero no para nuestro tiempo.

"Probablemente sentiste que eran como niños. Lo son. Y eso es muy duro. Yo los entiendo mejor que tú; por eso no pude menos que sentir un poquitín de tristeza. Los indios son como perros: no tienen nada. Pero ésa es la naturaleza de su fortuna, y no debería entristecerme. Mi tristeza, desde luego, es mi propia manera de entregarme a mi vicio.

-¿De dónde son, don Juan?

-De las sierras. Han venido aquí a buscar fortuna. Quieren hacerse comerciantes. Son hermanos. Les dije que yo también vine de las sierras y que soy comerciante. Dije que eras mi socio. El dinero que les dimos fue un rasgo que tuvimos con ellos; un guerrero debe tener rasgos todo el tiempo. Sin duda necesitan el dinero, pero la necesidad no debe ser una consideración esencial cuando se tiene un rasgo. Lo que

hay que buscar es el sentimiento. A mí en lo personal me conmovieron esos tres.
"Los indios son los desafortunados de nuestro tiempo. Su caída empezó con los españoles y ahora, bajo el reino de sus descendientes, los indios lo han perdido todo. No es una exageración decir que los indios han perdido su tonal."
-¿Es eso una metáfora, don Juan?
-No. Es un hecho. El tonal es muy vulnerable. No soporta el maltrato. El hombre de razón, el blanco, desde el día en que puso el pie en esta tierra, ha destruido sistemáticamente no sólo el tonal del tiempo, sino también el tonal personal de cada indio. Uno puede fácilmente darse cuenta de que para el pobre indio común, el reino del blanco ha sido un verdadero infierno. Y sin embargo, la ironía es que, para otra clase de indio, ha sido una verdadera bendición.
-¿De quién habla usted? ¿Cuáles es esa otra clase de indio?
-El brujo. Para el brujo, la Conquista fue un desafío a muerte. Esos fueron los únicos a los que la Conquista no destruyó; se adaptaron a ella y le sacaron el último jugo.
-¿Cómo pudo ser eso, don Juan? Yo tenía la impresión de que los españoles arrasaron con todo.
-Digamos que arrasaron con todo lo que estaba dentro de los limites de su propio tonal. Pero en la vida que vivían los indios había cosas incomprensibles para el blanco; esas cosas ni siquiera las notaron. Capaz fue la pura suerte de los brujos, o capaz fue su conocimiento lo que los salvó. Después que el tonal del tiempo, y el tonal personal de cada indio, fueron aniquilados, los brujos se encontraron agarrados de lo único que seguía en pie: el nagual. En otras palabras, el tonal del brujo buscó refugio en su nagual. Esto no habría podido pasar de no ser por las penurias del pueblo vencido. Los hombres de conocimiento de hoy, son el producto de esas condiciones y los únicos catadores del nagual, puesto que los dejaron allí, totalmente solos. En esos matorrales, el blanco nunca se ha aventurado. Es más aún, ni siquiera tiene la idea de que existen.
Me sentí impelido en ese punto a presentar un argumento. Argüí con toda sinceridad que el pensamiento europeo había tomado nota de lo que él llamaba nagual, Traje a colación el concepto del Ego Trascendente, o el observador inobservado presente en todas nuestras ideas, percepciones y sentimientos. Expliqué a don Juan que el individuo podía percibirse o intuirse a sí mismo, como una entidad en sí, a través del Ego Trascendente, porque sólo éste era capaz de juicio, capaz de revelar la realidad dentro del terreno de su conciencia.
Don Juan no se inmutó. Echó a reír.
-Revelar la realidad -dijo, remedándome-. Eso es lo que hace el tonal.
Aduje que el tonal podía llamarse el Ego Empírico localizado en la corriente pasajera de la propia conciencia o experiencia, mientras que el Ego Trascendente se hallaba detrás de esa corriente.
-Observando, supongo -dijo él con sorna.
-Cierto. Observándose a sí mismo -dije.
-Oigo lo que dices -repuso-. Pero no dices nada. El nagual no es ni la experiencia ni la intuición ni el consciente. Esos términos, y todos los demás que se te dé la gana decir, son sólo objetos en la isla del tonal. El nagual, en cambio, solo es efecto. El tonal empieza al nacer y termina al morir, pero el nagual nunca termina. El nagual no tiene límites. He dicho que el nagual es donde se cierne el poder; ésa era sólo una forma de aludirlo. Quizá, por razones del efecto que causa, el nagual pueda entenderse mejor en términos de poder. Por ejemplo, cuando hace rato te sentiste entumido y sin poder hablar, yo te estaba en verdad tranquilizando; esto es, mi nagual actuaba sobre ti.
-¿Cómo le fue posible hacer eso, don Juan?
-No vas a creerlo, pero nadie sabe cómo. Yo nada más sé que quería tu atención completa, y entonces mi nagual se encargó de hacerte el resto. Esto yo lo sé porque soy el testigo de sus efectos, pero no sé cómo funciona.

Calló un momento. Yo quería seguir sobre el tema. Intenté hacer una pregunta: me silenció.
-Uno puede decir que el nagual es el responsable de la creatividad -dijo al fin, y me miró con ojos penetrantes-. El nagual es la única parte de nosotros capaz de crear.
Permaneció callado, mirándome. Sentí que estaba encaminando la discusión a un tópico que yo había deseado que él elucidara más ampliamente. Me había dicho que el tonal no creaba nada, sino sólo atestiguaba y evaluaba. Le pregunté cómo explicaba el hecho de que construimos magníficas estructuras y máquinas.
-Eso no es creatividad -dijo-. Eso es solamente moldear cualquier cosa con nuestras manos, ya sea personalmente o en conjunto con las manos de otros tonales. Un grupo de tonales puede moldear lo que sea: estructuras magníficas, como dices.
-¿Pero entonces qué es la creatividad, don Juan?
Se me quedó mirando, los ojos entrecerrados. Chasqueó suavemente la boca, alzó la mano derecha por encima de la cabeza y, con un brusco tirón, torció la muñeca como si hiciera girar una perilla de puerta.
-La creatividad es esto -dijo al poner la mano, con la palma ahuecada, al nivel de mis ojos.
Tardé un tiempo increíblemente largo en enfocar los ojos en su mano. Sentí que una membrana transparente sujetaba todo mi cuerpo en una posición fija, y que tenía que romperla para posar la vista en aquella mano.
Me esforcé hasta que gotas de sudor fluyeron a mis ojos. Por fin, oí o sentí un chasquido, y mis ojos y mi cabeza se libraron de golpe.
En la diestra de don Juan había el roedor más curioso que yo hubiese visto. Parecía una ardilla de cola esponjosa. La cola, sin embargo, era más bien la de un puercoespín. Tenía púas tiesas.
-¡Tócalo! -dijo don Juan con suavidad.
Maquinalmente lo obedecí y pasé un dedo sobre el lomo suave. Don Juan acercó más su mano a mis ojos, y entonces noté algo que me produjo espasmos nerviosos. La ardilla tenía anteojos y dientes muy grandes.
-Parece un japonés -dije, y me eché a reír histéricamente.
El roedor empezó a crecer en la palma de don Juan. Y mientras mis ojos seguían llenos de lágrimas de risa, se hizo tan enorme que desapareció. Literalmente, salió de mi campo de visión. Ocurrió con tal rapidez que me quedé a la mitad de un espasmo de risa. Citando miré de nuevo, o cuando enjugué mis ojos y los enfoqué debidamente, me hallé mirando a don Juan. Estaba sentado en la banca y yo de pie frente a él, aunque no recordaba haberme parado.
Por un momento mi nerviosismo fue incontrolable. Con toda calma, don Juan se levantó, me forzó a tomar asiento, apoyó mi barbilla entre el bíceps y el antebrazo de su brazo izquierdo y me golpeó en la cima de la cabeza con los nudillos de su diestra. El efecto fue como la sacudida de una corriente eléctrica. Me tranquilizó de inmediato.
Yo deseaba preguntar tantas cosas. Pero mis palabras no lograban vadear todos esos pensamientos. Tuve entonces aguda conciencia de que había perdido el control sobre mis cuerdas vocales. Pero no quise esforzarme por hablar, y me recliné contra el respaldo de la banca. Don Juan dijo con energía que yo debía integrarme y dejarme de tonterías. Me sentía un poco mareado. Imperioso, me ordenó escribir mis notas, y me alargó mi bloque y mi lápiz tras recogerlos de bajo la banca.
Hice un esfuerzo supremo por decir algo, y de nuevo tuve la clara sensación de que una membrana me envolvía. Resoplé y gruñí durante un momento, mientras don Juan reía, hasta que oí o sentí otro chasquido.
Inmediatamente me puse a escribir. Don Juan habló como si me dictara.
-Uno de los actos de un guerrero es no dejar que nunca lo afecte nada -dijo-. De este modo, un guerrero puede estar viendo al mismo diablo, pero jamás dejará que na-

die lo sepa. El control del guerrero tiene que ser impecable.
Esperó a que yo terminara de escribir y luego preguntó, riendo:
-¿Anotaste todo eso?
Sugerí que friéramos a un restaurante a cenar. Me sentía desfallecer. Él dijo que debíamos quedarnos hasta que apareciera el "tonal hecho y derecho". Añadió con seriedad que, si no venía aquel día, tendríamos que quedarnos en la banca hasta que le diera la gana aparecer.
-¿Qué es un tonal hecho y derecho? -pregunté.
-Un tonal en su punto justo, equilibrado y armonioso. Se supone que hoy encontrarás uno, o mejor dicho, que tu poder nos lo traerá.
-¿Pero cómo puedo distinguirlo de otros tonales?
-No te apures por eso. Yo te lo señalaré.
-¿Cómo es el tonal ese, don Juan?
-Eso es muy difícil de saber. Depende de ti. La función es para ti; por lo tanto, tú mismo pondrás esas condiciones.
-¿Cómo?
-Eso yo no lo sé. Lo hará tu poder, tu nagual.
"Hablando en general, hay dos lados en cada tonal. Uno es la parte externa, el margen, la superficie de la isla. Ésa es la parte relacionada con la acción y la actuación, el lado áspero. La otra parte es la decisión y el juicio, el tonal interno, más suave, más delicado y más complejo.
"El tonal hecho y derecho es un tonal donde los dos niveles se encuentran en perfecta armonía y equilibrio."
Don Juan calló. Ya había oscurecido bastante, y me era difícil tomar notas. Me indicó estirarme y descansar. Dijo que el día había sido agotador, pero muy prolífico, y que sin duda el tonal hecho y derecho aparecería.
Pasaron docenas de personas. Estuvimos sentados, en calma y silencio, unos diez o quince minutos. Entonces don Juan se incorporó abruptamente.
-¡No le hagas, hombre! Mira lo que viene allí. ¡Una vieja!
Señaló con una inclinación de cabeza a una joven que cruzaba el parque y se aproximaba a la vecindad de nuestra banca. Don Juan dijo que la joven era el tonal hecho y. derecho, y que si se detenía a hablar con cualquiera de nosotros, sería una indicación extraordinaria, y tendríamos que hacer lo que ella quisiese.
No me era posible distinguir con claridad las facciones de la mujer, aunque aún había luz suficiente. Se acercó a menos de un metro, pero pasó sin mirarnos. Don Juan me ordenó, en un susurro, alcanzarla y hablarle.
Corrí tras ella; pretendí estar perdido y le pedí orientación. Me acerqué mucho a ella. Era joven, de unos veinticinco años, de estatura mediana, muy atractiva y bien arreglada. Sus ojos eran claros y apacibles. Sonreía al escucharme. Había en ella algo que conquistaba. Me simpatizó tanto como los tres indios.
Regresé a la banca y tomé asiento.
-¿Es esa chica un guerrero? -pregunté.
-No tanto -dijo don Juan-. Tu poder todavía no tiene la agudeza necesaria para traer un guerrero. Pero ese es un tonal en muy buen estado, que podría convertirse en tonal hecho y derecho. Los guerreros están hechos de esa madera.
Sus frases avivaron mi curiosidad. Le pregunté si las mujeres podían ser guerreros. Me miró, aparentemente desconcertado por la pregunta.
-Claro que pueden -dijo-, y están aún mejor equipadas que los hombres para el camino del conocimiento. Sólo que los hombres son un poco más resistentes. Pero yo diría que, a fin de cuentas, las mujeres llevan una ligera ventaja.
Me declaré intrigado por el hecho de que jamás habíamos hablado de mujeres en relación con su conocimiento.
-Tú eres hombre -dijo él-; por ello uso el género masculino al hablar contigo. Eso es todo. Lo demás es igual.
Quise proseguir el interrogatorio, pero él hizo un gesto para cerrar el tema. Alzó la vista. El cielo estaba casi negro. Los conglomerados de nubes se veían extremada-

mente oscuros. Había aún, sin embargo, algunas áreas en que las nubes tenían un leve tinte anaranjado.
-El final del día es tu mejor hora -dijo don Juan-. La aparición de esa muchacha en el filo mismo del día, es una indicación. Hablábamos del tonal; por tanto, es una indicación acerca de tu tonal.
-¿Qué significa la indicación, don Juan?
-Significa que te queda muy poco tiempo para organizar tus arreglos. Cualquier arreglo que puedas haber construido tiene que ser en un arreglo vivo, porque no tienes tiempo para hacer otros nuevos. Tus arreglos deben funcionar ahora, o no tienen nada de arreglos.
"Te recomiendo que cuando vuelvas a tu casa, revises tus líneas y te asegures de que son fuertes. Las vas a necesitar."
-¿Qué va a pasar conmigo, don Juan?
-Hace años hiciste oferta al poder. Has seguido fielmente las penalidades del aprendizaje, sin inquietarte ni apurarte. Ahora estás al filo del día.
-¿Qué significa eso?
-Para un tonal hecho y derecho, todo cuanto hay en la isla del tonal es un desafío. Otra forma de decirlo es que, para un guerrero, todo en este mundo es un desafío. El mayor de todos es, desde luego, su oferta al poder. Pero el poder viene del nagual, y cuando un guerrero se encuentra al filo del día, eso significa que se aproxima la hora del nagual, la hora en que el poder acepta la oferta del guerrero.
-Sigo sin comprender el sentido de todo esto, don Juan. ¿Significa que voy a morir pronto?
-Si eres estúpido, pues ni modo -repuso él, cortante-. Pero, vamos a ponerlo en términos más amenos; todo esto que he dicho significa que se te van a caer los calzones. Una vez hiciste oferta al poder, y esa oferta no se puede retirar. No diré que estás a punto de cumplir tu destino, porque no hay destino. Lo único que uno puede decir es que estás a punto de cumplir tu oferta. La señal fue clara. La muchacha esa vino a ti al filo del día. Te queda muy poco tiempo, y ninguno para idioteces. Espléndido estado. Yo diría que lo mejor de nosotros siempre sale a flote cuando estamos de espaldas contra la pared, cuando sentimos que la espada se cierne sobre nuestra cabeza. En lo personal, yo prefiero ese estado y no viviría de ningún otro modo.

REDUCIR EL TONAL

La mañana del miércoles dejé mi hotel a eso de las nueve cuarenta y, cinco. Caminé despacio, permitiéndome quince minutos para llegar al sitio en el que don Juan y yo habíamos quedado de vernos. Él había elegido una esquina del Paseo de la Reforma, a cinco o seis cuadras de distancia, frente a la oficina de boletos de una aerolínea.
Yo acababa de desayunarme con un amigo. Quiso acompañarme, pero le insinué que iba a ver a una muchacha. Deliberadamente, caminé por la acera opuesta al lado de la calle donde estaba la oficina. Tenía la persistente sospecha de que mi amigo, que siempre me pedía presentarle a don Juan, sabía que yo iba a verlo y acaso me siguiera. Temía que, de volverme, lo hallaría detrás de mí.
Vi a don Juan en un puesto de revistas, al otro lado de la calle. Empecé a cruzar, pero tuve que detenerme en el camellón y esperar hasta que fuera seguro atravesar el resto de la ancha avenida. Me volví, con aire casual, para ver si mi amigo me seguía. Estaba parado en la esquina detrás de mí. Sonrió avergonzado y saludó con la mano, como diciéndome que había sido incapaz de dominarse. Eché a correr hacia la otra acera sin darle tiempo de alcanzarme.
Don Juan parecía al tanto de mi predicamento. Cuando llegué con él, lanzó una mirada furtiva por encima de mi hombro.
-Ahí viene -dijo-. Mejor nos metemos por la calle lateral.
Señaló una calle que desembocaba diagonalmente en el Paseo de la Reforma en el punto donde nos hallábamos. Rápidamente me orienté. Nunca estuve en esa calle,

pero dos días antes había ido a la oficina de la aerolínea. Conocía su peculiar distribución. La oficina estaba en la cuchilla formada por las dos calles. Una puerta daba a cada una; la distancia entre ambas sería de tres o cuatro metros. Un pasillo cruzaba la oficina de puerta a puerta, y era fácil pasar de una calle a otra. Había escritorios a un lado del pasadizo y, del otro, un gran mostrador redondo con dependientes y cajeras. El día en que estuve allí, el sitio se hallaba repleto de gente.

Quería apresurarme, incluso correr, pero el paso de don Juan era calmado. Cuando llegábamos a la puerta de la oficina, en la calle diagonal, supe, sin tener que volverme, que mi amigo había, atravesado corriendo la avenida y estaba a punto de tomar la calle por donde íbamos. Miré a don Juan, en la esperanza dé que tuviera una solución. Alzó los hombros. Me sentí molesto; tampoco a mí se me ocurría nada, excepto propinar una trompada a mi amigo. Debo de haber suspirado o exhalado en ese momento preciso, pues de buenas a primeras sentí una súbita pérdida de aire debida a un formidable empujón que don Juan me había dado, y que me lanzó, girando, por la puerta de la oficina. Impelido por el tremendo empellón, prácticamente entré volando. Don Juan me tomó tan desprevenido que mi cuerpo no ofreció resistencia alguna; el susto se mezcló con la sacudida concreta del empuje. Automáticamente extendí los brazos para proteger mi rostro. La fuerza del empujón fue tan grande que la saliva brotó de mi boca y experimenté un vértigo leve al trastabillar dentro del recinto. Casi perdí el equilibrio y tuve que hacer un esfuerzo supremo por no caer. Giré un par de veces; pareció que la velocidad de mis movimientos emborronara la escena. Vagamente advertí una multitud de clientes que realizaban sus negocios. Me sentí muy apenado. Supe que todo el mundo me miraba cruzar tambaleante la oficina. La idea de que estaba haciendo el ridículo era más que incómoda. Una serie de pensamientos cruzó en destellos mi mente. Tuve la certeza de que caería de cara. O chocaría con un cliente, acaso una anciana que sería lastimada por el impacto. O peor aun, la puerta de cristal en el otro lado estaría cerrada, y me estrellaría contra ella.

En un estado de ofuscación, alcancé la puerta al Paseo de la Reforma. Estaba abierta y salí. Mi preocupación del momento era conservar la calma, dar vuelta a la derecha y caminar hacia el centro como si nada hubiera ocurrido. Estaba seguro de que don Juan se me uniría, y tal vez mi amigo había seguido caminando por la calle diagonal.

Abrí los ojos, o mejor dicho los enfoqué en el área frente a mí. Tuve un largo momento de insensibilidad antes de tomar plena conciencia de lo que había pasado. No me hallaba en el Paseo de la Reforma, como debería haber sido, sino en el mercado de La Lagunilla, a dos kilómetros y medio de distancia. Lo que experimenté en el instante de ese reconocimiento, fue un azoro tan intenso que sólo pude mirar, estupefacto.

Observé en torno para orientarme. Advertí que me hallaba muy cerca de donde había encontrado a don Juan durante mi primer día en la ciudad de México, Acaso estuviera incluso en el mismo sitio. Los puestos de monedas antiguas estaban a metro y medio. Hice un esfuerzo supremo por cobrar dominio de mí. Obviamente, experimentaba una alucinación. No podía ser de ningún otro modo. Rápidamente me volví para trasponer de nuevo la puerta de la oficina, pero a mis espaldas no hallé más que una hilera de puestos con libros y revistas de segunda mano. Don Juan estaba junto a mí, a mi derecha. Lucía una enorme sonrisa.

Había una presión en mi cabeza, una sensación cosquilleante, como si por mi nariz pasara soda carbonatada. Me hallaba mudo. Traté, sin éxito, de decir algo.

Oí con claridad la voz de don Juan: me decía que no tratara de hablar ni de pensar, pero yo quería decir algo, cualquier cosa. Una angustia espantosa crecía dentro de mi pecho. Sentí lágrimas rodar por mis mejillas.

Don Juan no me sacudió, como suele hacer cuando caigo presa de un miedo incontrolable. En vez de ello, me dio suaves palmaditas en la cabeza.
-Ya, ya, Carlitos -dijo-. No te me deschavetes.
Sostuvo mi rostro entre sus manos por un instante.
-No trates de hablar -dijo.
Soltándome, señaló lo que tenía lugar en torno nuestro.
-Esto no es para hablar -dijo-. Esto es nada más para observar. ¡Observa! ¡Observa todo!
Yo estaba en verdad llorando. Pero mi reacción al llanto era muy extraña; lo dejaba fluir sin ninguna preocupación. No me importaba, en ese momento, si hacía o no el ridículo.
Miré alrededor. Precisamente frente a mí había un hombre de edad madura, con camisa rosa de manga corta y pantalones gris oscuro. Parecía norteamericano. Una mujer regordeta, sin duda su esposa, lo tomaba del brazo. El hombre manipulaba algunas monedas, mientras un muchacho de trece o catorce años, acaso el hijo del propietario, lo vigilaba. El muchacho seguía cada movimiento del hombre. Finalmente, éste puso de nuevo las monedas sobre la mesa, y el muchacho se relajó de inmediato.
-¡Observa todo! -volvió a ordenar don Juan.
No había nada insólito que observar. La gente pasaba en todas direcciones. Me volví. Un hombre, que parecía atender el puesto de revistas, me miraba con fijeza. Parpadeó repetidas veces, como a punto de quedarse dormido. Se veía cansado o enfermo, amén de andrajoso.
Sentí que no había nada que observar, al menos nada de verdadera importancia. Contemplé la escena. Descubrí que era imposible concentrar mi atención en cualquier cosa. Don Juan caminó en círculo a mi derredor. Actuaba como si evaluase algo en mí. Meneó la cabeza y frunció los labios.
-Vamos, vamos -dijo, tomándome gentilmente del brazo-. Es hora de andar.
Apenas empezamos a movernos, advertí que mi cuerpo era muy ligero. De hecho, sentía esponjosas las plantas de los pies. Tenían una elasticidad peculiar, como si fueran de hule.
Don Juan estaba sin duda al tanto de mis sensaciones: me sostenía con fuerza, como para impedirme escapar; me lastraba, como temiendo que yo fuera a ascender más allá de su alcance, a semejanza de un globo.
Caminando me sentí mejor. El nerviosismo cedió el paso a una tranquilidad amable.
Nuevamente, don Juan insistió en que yo debía observarlo todo. Le dije que no había nada que yo quisiera observar, que no me concernía lo que la gente estuviera haciendo en el mercado, y que no deseaba sentirme como un idiota, obsecrando cumplidamente la trivial actividad de alguien que compraba mondas o libros viejos, mientras lo importante se me escapaba entre los dedos.
-¿Y cuál es lo importante? -preguntó.
Me detuve y le dije con vehemencia que lo importante era lo que él hubiese hecho para hacerme percibir que en cuestión de segundos había cubierto la distancia entre la oficina de boletos y el mercado.
En ese punto me eché a temblar y sentí que iba a enfermar. Don Juan me hizo poner las manos contra el estómago.
Señaló en torno y declaró una vez más, en tono sereno, que la actividad mundana en nuestro derredor era lo único importante.
Me enojé con él. Tuve una sensación física de girar. Aspiré hondo.
-¿Qué hizo usted, don Juan? -pregunté con forzada naturalidad.
En tono confortante, repuso que de eso podía hablarme en cualquier momento, pero que los acontecimientos en torno mío no se repetirían jamás. Yo estaba en completo acuerdo con ello. La actividad que yo presenciaba no podía, obviamente, repetirse en toda su complejidad. Mi argumento fue que en cualquier momento me era posible observar una actividad muy semejante. En cambio, la implicación

de haber sido transportado a través de la distancia, fuera en la forma que fuere, era inconmensurablemente significativa.
Cuando expuse este parecer, don Juan hizo temblar su cabeza como si lo que oía le resultara doloroso.
Anduvimos un trecho en silencio. Mi cuerpo estaba enfebrecido. Noté que las palmas de mis manos y las plantas de mis pies ardían. El mismo calor insólito parecía también localizarse en mis fosas nasales y mis párpados.
-¿Qué hizo usted, don Juan? -pregunté, implorante.
En vez de responder, me palmeó el pecho y rió. Dijo que los hombres eran criaturas muy frágiles, y se hacían aún más frágiles a través de su vicio de entregarse a todo. En un tono sumamente serio, me exhortó a no sentirme a punto de perecer; a empujarme más allá de mis límites y, simplemente, centrar la atención en el mundo en torno mío.
Seguimos caminando, a un paso muy lento. Mi preocupación era suprema. No me permitía prestar atención a nada. Don Juan se detuvo y pareció deliberar si hablaba o no. Abrió la boca para decir algo, pero aparentemente cambió de idea y echamos a andar de nuevo.
-Lo que pasó es que viniste aquí -dijo de repente, mientras se volvía a mirarme con fijeza.
-¿Cómo ocurrió eso?
Dijo que lo ignoraba; lo único que sabía era que yo mismo había elegido ese lugar. El nudo ciego se complicaba aún más conforme hablábamos. Yo quería conocer los pasos que él había seguido, y él insistía en que la elección del sitio era la única cosa que podíamos discutir, y como yo no sabía por qué lo elegí, no había esencialmente nada de qué hablar. Criticó, sin enfado, mi obsesión por razonarlo todo, y la llamó una entrega innecesaria. Dijo que actuar sin buscar explicaciones era más sencillo y efectivo, y que yo disipaba mi experiencia hablando y pensando acerca de ella.
Tras unos momentos, declaró que debíamos dejar ese sitio, pues yo lo había echado a perder y me sería cada vez más dañino.
Dejamos el mercado y caminamos hasta la Alameda. Me hallaba exhausto. Me desplomé en una banca. Sólo entonces se me ocurrió mirar mi reloj. Eran las 10:20 AM. Tuve que realizar un gran esfuerzo para enfocar mi atención. No recordaba la hora exacta en que don Juan y yo nos encontramos. Calculé que habría sido alrededor de las diez. Y no podíamos haber tardado más de diez minutos en caminar del mercado al parque, lo cual dejaba sólo otros diez minutos fuera de cuenta.
Hablé a don Juan de mis cálculos. Sonrió. Tuve la certeza de que la sonrisa ocultaba desprecio, aunque nada había en su rostro que traicionara tal sentimiento.
-Usted piensa que soy un idiota sin remedio, ¿no es cierto, don Juan?
-¡Ajá! -exclamó, incorporándose de un salto.
Su reacción fue tan inesperada que yo también salté al mismo tiempo.
-Dime exactamente que es lo que estoy sintiendo -dijo con énfasis.
Yo sentía conocer sus sentimientos. Era como si yo mismo los sintiera. Pero cuando traté de decir lo que sentía, me di cuenta de que no podía hablar de ello. Hablar requería un esfuerzo tremendo.
Don Juan dijo que yo todavía no tenía poder suficiente para "verlo" a él. Pero ciertamente podía "ver" lo bastante para encontrar por mí mismo explicaciones adecuadas de lo que estaba ocurriendo.
-No tengas pena -dijo-. Dime exactamente lo que ves.
Tuve un pensamiento súbito y extraño, muy similar a los que suelen acudir a mi mente antes de quedarme dormido. Era más que una idea; podría llamársele, con más exactitud, una imagen completa. Vi un cuadro que contenta diversos personajes. El que estaba justo enfrente de mí era un hombre sentado tras un marco de ventana. El área más allá del marco era difusa, pero el marco y el hombre resaltaban con la claridad del cristal. El hombre me miraba; tenía la cabeza vuelta ligera-

mente hacia la izquierda, de manera que la mirada era de reojo. Pude ver que sus ojos se movían para conservarme en foco. Apoyaba en el pretil el codo derecho. Tenía empuñada la mano y contraídos los músculos.

A la izquierda del hombre, había otra imagen en el cuadro. Era un león volador. Es decir, la cabeza y la melena eran de león, pero la parte inferior del cuerpo pertenecía a un perro de aguas de pelambre blanca y rizada.

Iba yo a enfocar en él mi atención, cuando el hombre produjo con los labios un ruido chasqueante y sacó por la ventana la cabeza y el tronco. Todo su cuerpo emergió como si algo lo empujara. Quedó suspendido un momento, agarrando el pretil con las puntas de los dedos mientras oscilaba como péndulo. Después se soltó.

Experimenté en mi propio cuerpo la sensación de caída. No era un desplome, sino un descenso suave, y luego un flotar acojinado. El hombre carecía de peso. Permaneció estacionario un instante y luego se perdió de vista como si una fuerza incontrolable lo hubiera absorbido a través de una grieta en el cuadro. Un segundo después se hallaba de nuevo en la ventana, mirándome de reojo. Su antebrazo derecho descansaba en el pretil, sólo que esta vez su mano se agitaba diciéndome adiós.

El comentario de don Juan fue que mi "ver" era demasiado elaborado.

-Eso no es lo mejor que tienes -dijo-. ¿Quieres que te explique lo que sucedió? Bueno, pues yo quiero que uses tu ver para explicarlo. Ahorita viste, pero viste porquerías. Esa clase de información es inútil para un guerrero. Llevaría demasiado tiempo descifrar qué es qué. El ver debe ser directo, porque un guerrero no puede malgastar su tiempo en deshilar lo que él mismo está viendo. Ver es ver porque acaba con todas esas idioteces.

Le pregunté si consideraba que mi visión había sido sólo una alucinación, y no "ver" en realidad. Él estaba convencido, a causa de lo intrincado del detalle, de que había sido "ver", pero que no se ajustaba a la ocasión.

-¿Piensa usted que mis visiones explican algo? -pregunté.

-Seguro que sí. Pero si yo estuviera en tu lugar no me pondría a deshilvanarlas. Al principio, ver es confuso y es muy fácil perderse allí. Pero, a medida que el guerrero se pone más fuerte, su ver se convierte en lo que debería ser: un conocimiento directo.

Mientras don Juan hablaba, tuve uno de aquellos peculiares lapsos de sentimiento, y claramente percibí que estaba a punto de quitar el velo a algo que ya conocía, una cosa que me eludía convirtiéndose en algo borroso. Tomé conciencia de hallarme enmedio de una pugna. Mientras más intentaba definir o alcanzar aquel esquivo conocimiento, más hondo se hundía.

-Ese ver fue demasiado... demasiado visionario -dijo don Juan.

El sonido de su voz me estremeció.

-Un guerrero hace una pregunta, y a través dé su ver obtiene una respuesta, pero la respuesta es sencilla, nunca es adornada hasta el punto de que hay perros de aguas voladores.

Reímos de la imagen. Y, medio en broma, le dije que él era demasiado estricto; cualquiera que atravesara lo que yo había atravesado esa mañana, merecía un poco de tolerancia.

-Eso es irse por lo fácil -dijo-. Es el camino de la entrega. Tú haces girar el mundo sobre el sentimiento de que todo es demasiado para ti. Tú no estás viviendo como guerrero.

Le dije que, habiendo tantas facetas en lo que él llamaba el camino del guerrero, resultaba imposible cumplirlas todas, y que el sentido del concepto sólo se aclaraba cuando yo encontraba nuevas instancias en las que debía aplicarlo.

-Una regla básica para un guerrero -repuso- es hacer sus decisiones con tanto cuidado que nada de lo que pueda ocurrir como resultado de ellas sea capaz de sorprenderlo, mucho menos de menguar su poder.

"Ser un guerrero significa ser humilde y alerta. Hoy día, lo que tenías que haber hecho era observar la escena que se de-

sarrollaba frente a tus ojos, no romperte el seso tratando de razonar cómo era eso posible. Enfocaste tu atención en el sitio que no debías. Si yo quisiera ser bueno contigo, me sería fácil decir que, siendo ésta la primera vez que te ocurrió, no estabas preparado. Pero eso no se puede permitir, porque viniste aquí como un guerrero, dispuesto a morir; por lo tanto, lo que te ocurrió hoy no debía haberte agarrado con los pantalones en la mano."

Concedí que mi tendencia era la de entregarme al miedo y al desconcierto.

-Digamos que una regla básica para ti debe ser que, cuando vengas a verme, vengas preparado a morir -dijo él-. Si vienes dispuesto a morir, no habrá caídas, ni sorpresas desagradables, ni acciones innecesarias. Todo caerá suavemente en su sitio, porque tú no estás esperando nada.

-Eso es fácil de decir, don Juan. Pero yo estoy en la línea de fuego. Yo soy el que tiene que vivir con todo esto.

-El caso no es el que tengas que vivir con todo esto. Tú eres todo esto. No estás solamente tolerándolo por lo pronto. Tu decisión de unir fuerzas con este maligno mundo de la brujería, debería haber quemado todos esos pesados sentimientos de confusión y debería haberte dado la ligereza necesaria para reclamar todo esto como tu mundo.

Me sentí apenado y triste. Las acciones de don Juan, por más preparado que me hallara, me abrumaban en tal forma que cada vez que entraba en contacto con el no me quedaba otro recurso sino el de actuar y sentirme como una persona regañona, semirracional. Experimenté un brote de ira y no quise seguir escribiendo. En ese momento, deseaba desgarrar mis notas y tirarlas en el bote de la basura. Y lo hubiera hecho de no ser por don Juan, quien rió y detuvo mi brazo.

En tono burlón dijo que mi "tonal" estaba a punto de caer en sus tonterías habituales. Me recomendó ir a la fuente y echarme agua en el cuello y las orejas.

El agua me tranquilizó. Permanecimos callados largo tiempo.

-Escribe, escribe -me instó don Juan en tono amistoso-. Digamos que tu cuaderno es la única brujería que tienes. Romperlo es otro modo de abrirte a tu muerte. Sería otro de tus berrinches, un berrinche vistoso cuando mucho, pero no un cambio. Un guerrero jamás deja la isla del tonal. La utiliza.

Señaló en torno con un rápido ademán, y luego tocó mi cuaderno.

-Éste es tu mundo. No puedes renunciar a él. Es inútil enojarse y desilusionarse con uno mismo. Eso simple y llanamente prueba que el tonal de uno está envuelto en una batalla interna; una batalla dentro del propio tonal es una de las luchas más imbéciles que pueden ocurrir. La vida ajustada de un guerrero está diseñada para acabar con esa lucha. Desde el principio te he enseñado a evitar la fatiga y el desgaste. Ahora ya no hay la guerra esa que había dentro de ti, porque el camino del guerrero es armonía: la armonía entre las acciones y las decisiones, al principio, y luego la armonía entre tonal y nagual.

"Durante todo este tiempo que llevo de conocerte, he hablado tanto a tu tonal como a tu nagual. Ésa es la forma de conducir la instrucción.

"Al comienzo, uno tiene que hablarle al tonal. El tonal es el que debe ceder el control. Pero hay que hacerlo que lo ceda con alegría. Por ejemplo, tu tonal ha cedido algunos controles sin mucho forcejeo, porque se le hizo claro que, de seguir como estaba, la totalidad de ti estaría muerta hoy en día. En otras palabras, se hace que el tonal abandone cosas innecesarias como el sentirse importante y el entregarse al vicio, las cuales sólo lo hunden en el aburrimiento. Todo el problema es que el tonal se aferra a esas cosas cuando debería dar las gracias por librarse de esa porquería. La tarea es entonces convencer al tonal de que se haga libre y fluido. Eso es lo que un brujo necesita antes que cualquier otra cosa: un tonal fuerte, y libre. Mientras más se fortalece, menos se aferra a sus hechos, y más fácil resulta encogerlo. Así, lo que ocurrió esta mañana fue que vi

la oportunidad de encoger tu tonal. Por un instante, estabas distraído, apurado, sin pensar, y agarré ese momento para empujarte.
"El tonal se encoge en determinados momentos, sobre todo cuando se apena. De hecho, una característica del tonal es su timidez. Su timidez no viene realmente al caso. Pero hay ciertas ocasiones en que el tonal es tomado por sorpresa, y su timidez, inevitablemente, lo encoge.
"Esta mañana atrapé mi centímetro cúbico de suerte. Noté la puerta abierta de esa oficina y te di un empujón. Un empujón es entonces la técnica para encoger el tonal. Uno tiene que empujar en el instante preciso; para ello, por supuesto, uno debe saber cómo ver.
"Una vez que el hombre ha sido empujado y su tonal se encoge, su nagual, si es que ya está en movimiento, por más pequeño que sea este movimiento, toma las riendas y realiza hazañas extraordinarias. Tu nagual tomó las riendas esta mañana y acabaste en el mercado."
Permaneció en silencio unos instantes. Parecía aguardar preguntas. Nos miramos.
-De veras no sé cómo -dijo como si leyera mi mente-. Sólo sé que el nagual es capaz de hazañas inconcebibles.
"Esta mañana te pedí observar. Esa escena frente a ti, fuera lo que fuese, tenía un valor incalculable para ti. Pero en vez de seguir mi consejo, te entregaste a lamentar tu suerte y la confusión y no observaste.
"Durante un rato fuiste todo nagual y no podías hablar. Ése era el momento de observar. Luego, poco a poco, tu tonal recuperó las riendas; y antes que tirarte a una batalla mortal entre tu tonal y tu nagual, te hice caminar hasta aquí."
-¿Qué había en esa escena, don Juan? ¿Qué era tan importante?
-No lo sé. Eso no me estaba pasando a mí.
-¿Qué quiere usted decir:
-Fue experiencia tuya, no mía.
-Pero usted estaba conmigo. ¿O no?
-No. Yo no estaba. Tú estabas solo. Te dije repetidas veces que observaras todo, porque esa escena era sólo para ti.
-Pero usted estaba parado junto a mí, don Juan.
-No. No estaba. Pero es inútil hablar de eso. Lo que yo pudiera decir carece de sentido, porque durante esos momentos estábamos en la hora del nagual. Los asuntos del nagual sólo pueden atestiguarse con el cuerpo, no con la razón.
-Si usted no estaba conmigo, don Juan, ¿quién o qué era la persona que yo atestigüé como usted?
-Era yo, y sin embargo yo no estaba allí.
-¿Dónde estaba usted, entonces?
-Estaba contigo, pero no allí. Digamos que andaba contigo, pero no en el sitio particular donde tu nagual te había llevado.
-¿O sea que usted no sabía que estábamos en el mercado?
-No, no lo sabía. Nada más te fui siguiendo para no perderte.
-Esto es verdaderamente espantoso, don Juan.
-Estábamos en la hora del nagual, y eso nada tiene de espantoso. Somos capaces de hacer mucho más que todo eso. Tal es nuestra naturaleza como seres luminosos. Nuestro error es que insistimos en permanecer en nuestra isla, monótona y fastidiosa, pero conveniente. El tonal es el villano y no debería serlo.
Describí lo poco que recordaba. Él quiso saber si me había fijado en algunas características del cielo, como la luz, las nubes, el sol. O si había oído ruidos de cualquier especie. O si había visto personas o sucesos fuera de lo común. Quiso saber si alguien peleaba. O si la gente gritaba, y en ese caso, lo que había dicho.
No pude responder a ninguna de sus preguntas. La verdad era que yo simplemente acepté el hecho según su apariencia, admitiendo como axioma el haber "volado" una distancia considerable en uno o dos segundos para, gracias al conocimiento de don Juan, fuera el que fuese, aterrizar en toda mi corporeidad material dentro del mercado.
Mis reacciones fueron un corolario direc-

to de tal interpretación. Quise saber los procedimientos, lo que sabía cada uno, de "cómo se hace". Por tanto, no me importaba observar lo que, según mi convicción, eran los sucesos cotidianos de un hecho mundano.
-¿Piensa usted que la gente me vio en el mercado? -pregunté.
Don Juan no respondió. Riendo, me golpeó levemente con el puño.
Traté de recordar si había tenido algún contacto físico con la gente. La memoria me falló.
-¿Qué cree usted que vio la gente cuando entré en la oficina de la aerolínea?
-Probablemente vieron a un hombre que cruzaba como borracho de una puerta a la otra.
-Pero ¿me vieron desaparecer en el aire?
-De eso se ocupa el nagual. Yo no sé cómo. Todo lo que puedo decirte es que somos seres luminosos y fluidos, hechos de fibras. El acuerdo de que somos objetos sólidos es cosa del tonal. Cuando el tonal se encoge, son posibles cosas extraordinarias. Pero sólo son extraordinarias para el tonal.
"Para el nagual, no es nada moverse como tú hiciste esta mañana. Sobre todo para tu nagual, que ya es capaz de tretas difíciles. Da por hecho que ya está hundido en algo terriblemente extraño. ¿Puedes sentir lo que es?"
Un millón de preguntas y sensaciones me invadieron de pronto. Fue como si una racha de viento hubiera desprendido mi capa de compostura. Me estremecí. Mi cuerpo se sentía al borde de un abismo. Luchaba yo con algún conocimiento misterioso pero concreto. Era como hallarme a punto de que me mostraran algo, y sin embargo alguna terca parte de mí insistía en cubrirlo con una nube. La pugna me adormecía gradualmente, hasta que ya no sentía mi propio cuerpo. Tenía la boca abierta y los ojos entrecerrados. Tuve la sensación de que podía ver mi rostro endurecerse más y más, hasta ser el rostro de un cadáver reseco, con la piel amarillenta adherida al cráneo.
Lo siguiente que sentí fue una sacudida. Don Juan estaba de pie a mi lado, con una cubeta vacía en las manos. Me había empapado. Tosí y me enjugué el agua de la cara, y sentí otro escalofrío en la espalda. De un salto abandoné la banca. Don Juan me había echado agua por el cuello.
Un grupo de niños me miraba y reía. Don Juan me sonrió. Recogió mi cuaderno y dijo que sería bueno ir a mi hotel para que yo pudiera cambiarme. Me sacó del parque. Estuvimos un momento parados en la acera antes de que pasara un coche de alquiler.
Horas después, tras almorzar y descansar, don Juan y yo tomamos asiento en su banca favorita del parque junto a la iglesia. En forma oblicua, llegamos al tema de mi extraña reacción. Él parecía muy cauteloso. No me enfrentó directamente con ella.
-Esas cosas pasan -dijo-. El nagual, una vez que aprende a salir a la superficie puede causar un gran daño al tonal si sale sin ningún control. Pero tu caso es especial. Te entregas de un modo tan exagerado que podrías morir sin que te importara, o peor aun, sin darte siquiera cuenta de que te estás muriendo.
Le dije que mi reacción empezó al preguntarme él si podía sentir lo que mi nagual había hecho. Creía saber exactamente a qué cosa aludía, pero al tratar de describir qué era, me descubrí incapaz de pensar con lucidez. Experimentaba una sensación de ligereza, casi una indiferencia, como si nada me importara en realidad. Luego, tal sensación se convirtió en una concentración mesmerizante. Era como si todo cuanto había en ml fuera extraído por lenta succión. Lo que atraía y atrapaba mi atención era la clara sensación de que un secreto portentoso estaba a punto de revelárseme, y yo no quería que nada interfiriera con tal revelación.
-Lo que se te iba a revelar era tu muerte -dijo don Juan-. Ese es el riesgo de entregarse. Sobre todo para ti, que de natural eres tan exagerado. Tu tonal es tan dado a darse de por sí a todo que amenaza tu totalidad. Ésa es una terrible forma de ser.
-¿Qué puedo hacer?

-Tu tonal debe convencerse con razones, tu nagual con acciones, hasta que cada uno apuntale al otro. Como te he dicho, el tonal gobierna, pero así y todo es muy vulnerable. El nagual, en cambio, nunca, o casi nunca, actúa; pero cuando lo hace, aterra al tonal.

"Esta mañana tu tonal se asustó y empezó a encogerse por sí mismo, y entonces tu nagual empezó a imponerse.

"Tuve que pedirle su cubeta a uno de los fotógrafos del parque, para azotar al nagual como a un perro rabioso y volverlo a su sitio. Hay que proteger al tonal a cualquier costo. Hay que quitarle la corona, pero debe permanecer como el supervisor protegido.

"Cualquier amenaza para el tonal resulta siempre en su muerte. Y si el tonal muere, muere también el hombre. A causa de su debilidad nata, el tonal se destruye con facilidad, y así una de las artes del equilibrio del guerrero es hacer que el nagual emerja para apuntalar al tonal. Digo que es un arte, porque los brujos saben que sólo tirando al tonal para arriba puede emerger el nagual. ¿Ves a qué me refiero? Ese tirón se llama poder personal."

Don Juan se puso en pie, estiró los brazos y arqueó la espalda. Empecé a levantarme yo también, pero lo impidió empujándome con suavidad.

-Tú debes quedarte en esta banca hasta el crepúsculo -dijo-. Yo tengo que irme ahora mismo. Genaro me espera en las montañas. Ven a su casa dentro de tres días y allí nos encontraremos.

-¿Qué va a hacer usted en casa de don Genaro? -pregunté.

-Depende de que tengas suficiente poder -dijo-, a lo mejor Genaro te enseña el nagual.

Había otra cosa que yo necesitaba expresar en ese momento. Tenía que saber si su traje era un recurso de choque reservado para mí, o. parte normal de su vida. Ninguno de sus actos había causado nunca en mí tal desconcierto como el que se vistiera de traje No era sólo el acto mismo el que me impresionaba tanto, sino el hecho de que don Juan era elegante. Sus piernas poseían una agilidad juvenil. Parecería que el usar zapatos hubiera alterado su punto de equilibrio; sus pasos eran más largos y firmes que de costumbre.

-¿Usa usted traje todo el tiempo? -pregunté.

-Sí -repuso con una sonrisa encantadora-. Tengo otros, pero no quise ponerme hoy un traje distinto, porque eso te habría asustado más todavía.

No supe qué pensar. Sentí haber llegado al final de mi camino. Si don Juan usaba traje y se veía elegante, todo era posible.

Él rió; parecía disfrutar mi confusión.

-Soy un accionista -dijo en tono misterioso, pero sin afectación alguna, y se alejó.

A la mañana siguiente, jueves, pedí a un amigo acompañarme a caminar desde la puerta de la oficina donde don Juan me empujó, hasta el mercado de la Lagunilla. Tomamos la ruta más directa. Tardamos treinta y cinco minutos. Una vez que llegamos, traté de orientarme. Fracasé. Entré en una tienda de ropa, en la esquina de la ancha avenida donde nos hallábamos.

-Disculpe usted -dije a una joven que limpiaba gentilmente un sombrero con un sacudidor-. ¿Dónde están los puestos de monedas y libros usados?

-No tenemos de eso -repuso con mal humor.

-Pero yo los vi ayer, por aquí en este mercado.

-No me diga -contestó yendo tras el mostrador.

Corrí tras ella y le supliqué decirme dónde estaban los puestos. Me miró de arriba a abajo.

-No pudo usted haberlos visto ayer -dijo-. Esos puestos se arman nada más los domingos, aquí mismo junto a esta pared. No los tenemos entre semana.

-¿Nada más los domingos? -repetí maquinalmente.

-Sí. Nada más los domingos. Así es la cosa. Entre semana, estorbarían el tránsito.

Señaló la ancha avenida llena de coches.

LA HORA DEL NAGUAL

Subí corriendo una pendiente frente a la casa de don Genaro y vi a don Juan y don Genaro sentados en un espacio despejado junto a la puerta. Me sonrieron. Había en sus sonrisas tal calor e inocencia, que mi cuerpo experimentó un estado de alarma inmediata. Automáticamente aminoré el paso. Los saludé.

-¿Pero, cómo estás? -me preguntó Genaro, con tal afectación que todos reímos.

-Está más que bien intervino don Juan antes de que yo pudiera responder.

-Eso veo -repuso don Genaro-. ¡Mira esa papada! ¡Y mira ese chicharrón en los cachetes!

Don Juan se echó a reír agarrándose el estómago.

-Tienes la cara redonda -prosiguió don Genaro-. ¿A qué te has dedicado? ¿A comer?

Don Juan le aseguró, en son de broma, que mi estilo de vida me imponía comer en abundancia. De la manera más amistosa, hicieron bromas acerca de mi vida, y luego don Juan me pidió sentarme entre ellos. El sol ya se había puesto detrás de la enorme cordillera del oeste.

-¿Dónde está tu famoso cuaderno? -me preguntó don Genaro, y cuando lo saqué del bolsillo gritó como los charros y me lo quitó de las manos.

Obviamente, me había observado con gran cuidado y conocía a la perfección mis manerismos. Sostuvo el Cuaderno en ambas manos y jugó nerviosamente con él, como si no supiera en qué ocuparlo. Dos veces pareció a punto de arrojarlo a un lado, pero se contuvo. Luego lo reclinó contra sus rodillas y fingió escribir febrilmente, como yo hago.

Don Juan rió tanto que casi se ahoga.

-¿Qué hiciste después de que me fui? -preguntó cuando ambos se hubieron calmado.

-El jueves fui al mercado -dije.

-¿Qué hacías allí? ¿Desandando tus pasos? -repuso.

Don Genaro cayó hacia atrás y produjo con los labios el ruido seco de una cabeza al golpear contra el suelo. Me miró de reojo e hizo un guiño.

-Tuve que hacerlo -dije-. Y descubrí que entre semana no hay puestos de monedas ni de libros usados.

Los dos rieron. Luego don Juan dijo que hacer preguntas no revelaría nada nuevo.

-¿Qué es lo que realmente pasó, don Juan? -pregunté.

-Créeme, no hay manera de saberlo -dijo con sequedad-. En esos asuntos, tú y yo estamos en las mismas. Mi ventaja sobre ti en este momento es que yo sé cómo llegar al nagual, y tú no. Pero una vez que llego allí, no tengo más ventaja ni más conocimiento que tú.

-¿Aterricé realmente en el mercado, don Juan? -pregunté.

-Claro que sí. Ya te lo dije: el nagual está a las órdenes del guerrero. ¿No es cierto, Genaro?

-¡Cierto! -exclamó don Genaro con voz atronadora y se incorporó en un solo movimiento. Fue como si su voz lo hubiera alzado, desde una postura yacente, hasta una perfectamente vertical.

Don Juan casi rodaba por el suelo de tanto reír. Don Genaro, con aire de indiferencia, hizo una cómica reverencia y dijo adiós.

-Genaro te verá mañana en la mañana -dijo don Juan-. Ahora debes quedarte aquí sentado en silencio completo.

No dijimos otra palabra. Tras horas de silencio, me quedé dormido.

Miré mi reloj. Eran casi las seis de la mañana. Don Juan examinó la sólida masa de nubes, blancas y densas, sobre el horizonte oriental, y concluyó que sería un día nublado. Don Genaro olfateó el aire y añadió que también sería caluroso y sin viento.

-¿Hasta dónde vamos? -pregunté.

-Hasta esos eucaliptos de allá -replicó don Genaro, señalando lo que parecía ser una arboleda, a menos de dos kilómetros de distancia.

Cuando llegamos allí, pude ver que no era una arboleda; los eucaliptos habían sido plantados en líneas rectas para marcar los limites de campos donde se hacían di-

ferentes cultivos. Caminamos por el borde de un maizal, bajo una fila de árboles enormes, delgados y derechos, de más de treinta metros de altura, y llegamos a un campo baldío. Supuse que la cosecha acababa de recogerse. Quedaban sólo hojas y tallos secos de unas plantas que no reconocí. Me agaché a recoger una hoja, pero don Genaro me detuvo. Asió mi brazo con gran fuerza. Me retraje dolorido, y entonces noté que sólo me tocaba suavemente con los dedos.

Evidentemente sabía lo que había hecho y lo que yo experimentaba. Con un veloz movimiento, quitó los dedos de mi brazo y luego los puso de nuevo, gentilmente. Lo repitió una vez más y rió de mi mueca de dolor, como un niño deleitado. Luego me mostró el perfil. Su nariz aguileña le daba aspecto de pájaro: de un pájaro con extraños y largos dientes blancos.

En voz suave, don Juan me dijo que no tocara nada. Le pregunté si sabía qué clase de cosecha se había levantado allí. Parecía a punto de responder, pero don Genaro terció diciendo que era un campo de gusanos.

Don Juan me miró con fijeza, sin asomo de sonrisa. La respuesta absurda de don Genaro tenía visos de chiste. Aguardé el pie para empezar a reír, pero ellos sólo me miraron.

-Un campo de gusanos muy lindos -dijo don Genaro-. Sí, lo que aquí crecía eran los gusanos más bonitos que yo he visto.

Se volvió hacia don Juan. Ambos se miraron un instante.

-¿No es cierto? -preguntó.

-Absolutamente cierto -dijo don Juan, y volviéndose a mí añadió en voz baja-: Genaro tiene hoy la batuta; sólo él puede decir qué es qué, conque haz exactamente lo que diga.

La idea de que don Genaro tenía las riendas me llenó de terror. Miré a don Juan para decírselo; pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, don Genaro soltó un largo y formidable grito: un clamor tan fuerte y temible que sentí cómo mi nuca se hinchaba y el cabello flotaba como si un viento lo moviera. Tuve un instante de disociación completa y habría permanecido inmóvil en mi sitio de no haber sido por don Juan, quien con increíble velocidad y dominio hizo girar mi cuerpo para que mis ojos atestiguaran una hazaña inconcebible. Don Genaro estaba parado horizontalmente, a unos treinta metros del suelo, sobre el tronco de un eucalipto que se hallaba acaso a cincuenta metros de distancia. Es decir, estaba parado con las piernas abiertas, perpendicular al tronco. Era como si tuviese ganchos en el calzado y con ellos pudiera desafiar la gravedad. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y me daba la espalda.

Lo miré fijamente. No quería parpadear por miedo a perderlo de vista. Realicé un rápido juicio y concluí que, de conservarlo dentro de mi campo de visión, tal vez podría detectar un indicio, un movimiento, un gesto, o cualquier cosa que me ayudara a comprender qué ocurría.

Sentí la cabeza de don Juan junto a mi oído derecho; en un susurro me dijo que cualquier intento de explicar era inútil e idiota. Lo oí repetir:

-Empuja la barriga para abajo, para abajo.

Era una técnica que me había enseñado, años antes, para momentos de gran peligro, miedo o tensión. Consistía en empujar hacia abajo el diafragma mientras se tomaban cuatro marcadas bocanadas de aire, seguidas por cuatro hondas inhalaciones y exhalaciones por la nariz. Había explicado que las bocanadas tenían que sentirse como sacudidas en la parte media del cuerpo, y que el mantener las manos apretadamente enlazadas, cubriendo el ombligo, daba fuerza a la sección abdominal y ayudaba a controlar las bocanadas y las inhalaciones profundas, que debían retenerse hasta la cuenta de ocho mientras el diafragma se presionaba hacia abajo. Las exhalaciones se hacían dos veces a través de la nariz y dos a través de la boca, en forma lenta o acelerada, según la propia preferencia.

Maquinalmente obedecí a don Juan. No me atrevía, sin embargo, a apartar los

ojos de don Genaro. Conforme seguía respirando, mi cuerpo se relajó y me di cuenta de que don Juan torcía mis piernas. Al parecer, cuando me hizo girar mi pie derecho se atoró en un montón de tierra y mi pierna izquierda quedó forzadamente doblada. Cuando me enderezó, cobré conciencia de que el choque de ver a don Genaro parado en el tronco de un árbol me había hecho ignorar mi incomodidad.

Don Juan me susurró al oído que no fijara la vista en don Genaro.

-¡Parpadea! ¡Parpadea! -lo oí decir.

Durante un momento sentí renuencia. Don Juan volvió a ordenarme. Yo estaba convencido de que todo el fenómeno se ligaba de algún modo a mí como el observador, y que si yo, único testigo de la hazaña de don Genaro, dejaba de mirarlo, caería por tierra, o acaso la escena entera desaparecería.

Tras una inmovilidad torturantemente larga, don Genaro giró sobre sus talones, cuarenta y cinco grados a la derecha, y empezó a caminar tronco arriba. Su cuerpo temblaba: Lo vi dar un pequeño paso tras otro, hasta que hubo avanzado ocho. Incluso rodeó una rama. Luego, con los brazos cruzados todavía sobre el pecho, tomó asiento en el tronco, dándome la espalda. Sus piernas pendían como si se hallara sentado en una silla, como si la gravedad no tuviera efecto sobre él. Luego pareció andar sentado, hacia abajo. Alcanzó una rama paralela a su cuerpo y por unos segundos se reclinó en ella con el brazo izquierdo y la cabeza; parecía apoyarse para lograr un efecto dramático más que para sostener su cuerpo. Luego reanudó su camino pasando, centímetro a centímetro, del tronco a la rama, hasta que hubo cambiado de postura y se halló sentado como cualquiera podría sentarse normalmente en una rama.

Don Juan rió por lo bajo. Yo tenía un horrible sabor en la boca. Quise volverme hacia don Juan, que se hallaba un poco detrás de mí, a la derecha, pero no me atrevía a perderme ninguna de las acciones de don Genaro.

Tras unos minutos, cruzó los pies y los meció suavemente; finalmente, volvió a deslizarse hacia arriba sobre el tronco.

Don Juan me tomó la cabeza entre las manos y la inclinó hacia la izquierda a modo que mi línea de visión fuera paralela al árbol, más que perpendicular. Mirando a don Genaro desde ese ángulo, no parecía estar desafiando la gravedad. Simplemente se hallaba sentado en el tronco de un árbol. Noté entonces que, si lo miraba sin pestañear, el trasfondo se hacía vago y difuso, y la claridad del cuerpo de don Genaro se intensificaba; su forma se hacía predominante, como si nada más existiera.

Velozmente, don Genaro volvió a deslizarse a la rama. Quedó sentado meciendo los pies, como en un trapecio. El mirarlo desde una perspectiva sesgada hacía que ambas posiciones, especialmente aquélla sobre el tronco, parecieran factibles.

Don Juan volvió mi cabeza a la derecha hasta llevarla a descansar sobre mi hombro. La posición de don Genaro en la rama se miraba perfectamente normal, pero cuando pasó de nuevo al tronco, no pude efectuar el ajuste de percepción necesario y lo vi como si estuviese al revés, con la cabeza hacia el suelo.

Don Genaro se desplazó varias veces de un lado a otro, y don Juan, a la par, movía mi cabeza de lado a lado. El resultado de sus manipulaciones fue que perdí por entero la pista de mi perspectiva normal, y sin ella las acciones de don Genaro no eran tan espeluznantes.

Don Genaro permaneció un largo rato en la rama. Don Juan me enderezó el cuello y susurró que don Genaro estaba a punto de descender. Lo oí decir en tono imperioso:

-Empuja para abajo, para abajo.

Me hallaba a mitad de una exhalación rápida cuando el cuerpo de don Genaro pareció transfigurarse por alguna especie de tensión; resplandeció, se hizo laxo, osciló hacia atrás y colgó un momento de las rodillas. Sus piernas parecían fláccidas, incapaces de seguir dobladas, y cayó al suelo.

En el instante que empezó a caer, yo mismo experimenté una sensación de caída a

través de espacio interminable. Mi cuerpo entero sentía una angustia dolorosa y. al mismo tiempo altamente placentera; una angustia de tal intensidad y duración que mis piernas no pudieron ya soportar el peso de mi cuerpo y caí sobre la tierra suave. Apenas pude mover los brazos para aminorar la caída. Respiraba tan agitadamente que la tierra se metió en mi nariz y me daba comezón. Traté de levantarme; mis músculos parecían haber perdido la fuerza.

Don Juan y don Genaro vinieron a mi lado. oía sus voces como si estuvieran lejos, pero los sentía jalarme. Deben de haberme levantado, asiéndome cada uno por un brazo y una pierna, Para llevarme en vilo. Yo tenía plena conciencia de la incómoda posición de mi cuello y mi cabeza. Mis ojos estaban abiertos. Veía el suelo y trozos de hierba pasar debajo de mí. Finalmente, tuve un ataque de frío. El agua entraba en mi boca y mi nariz y me hacía toser. Mis brazos y mis piernas se movieron frenéticamente. Empecé a nadar, pero el agua -no era lo bastante profunda, y me hallé de pie en el río de poco fondo al que me habían arrojado.

Don Juan y don Genaro rieron hasta la tontería. Don Juan se enrolló los pantalones y se acercó a mí; me miró a los ojos, dijo que aún no estaba completo, y suavemente volvió a empujarme al agua. Mi cuerpo no ofreció resistencia. Yo no deseaba sumergirme de nuevo, pero no había manera de conectar mi volición a mis músculos, v me desplomé hacia atrás. El frío fue todavía más intenso. Me levanté de un salto y, por error, salí corriendo a la ribera opuesta. Don Juan y don Genaro se pusieron a gritar y a silbar y arrojaban piedras a los arbustos delante de mí, como si acorralaran a un novillo fugitivo. Regresé cruzando el río y tomé asiento en una roca junto a ellos. Don Genaro me dio mi ropa y entonces advertí que me hallaba desnudo, aunque no recordaba cuándo ni cómo me quité la ropa. Estaba empapado, y no quise ponérmela de inmediato. Don Juan se volvió a don Genaro y dijo con voz resonante:

-¡Por amor de Dios, dénle una toalla a este hombre!

Tardé un par de segundos en advertir el absurdo. Me sentía muy bien. De hecho, era tan feliz que no deseaba hablar. Tuve, empero, la certeza de que, si mostraba mi euforia, volverían a echarme al agua.

Don Genaro me vigilaba. Sus ojos brillaban como los de un animal salvaje. Me atravesaban.

-Ya estás mejor -me dijo don Juan de repente-, Ya estás controlándote ahora, pero allá junto a los eucaliptos te diste a tus vicios como hijo de puta.

Quise reír histéricamente. Las palabras de don Juan parecían tan por entero graciosas que costó un esfuerzo supremo dominarme. Una comezón incontrolable en la parte media de mi cuerpo me hizo quitarme la ropa y echarme de nuevo al agua. Permanecí en el río unos cinco minutos. La frialdad restauró mi sentido de lo propio. Cuando salí, era yo mismo otra vez.

-Bien hecho -dijo don Juan, tocándome el hombro.

Me guiaron de regreso a los eucaliptos. Conforme íbamos, don Juan explicó que mi tonal había resultado peligrosamente vulnerable, y al parecer tuvo demasiado con la incongruencia de los actos de don Genaro. Dijo que decidieron ya no meterse con él y regresar a la casa de don Genaro, pero el hecho de que supe que debía lanzarme al río cambiaba todo. No dijo, sin embargo, lo que se proponían.

Nos detuvimos a mitad de un campo, en el sitio donde estuvimos antes. Don Juan estaba a mi derecha y don Genaro a mi izquierda. Ambos tensaban los músculos, en estado de alerta. Mantuvieron la tensión unos diez minutos. Yo movía los ojos del uno al otro. Pensé que don Juan me indicaría qué hacer. Tenía razón. En determinado momento relajó el cuerpo y pateó unos terrones. Sin mirarme, dijo:

-Creo que mejor nos vamos.

Automáticamente razoné que don Genaro debía de haber tenido la intención de darme otra demostración del nagual, pero decidió no hacerlo. Me sentí aliviado. Esperé

otro momento por una confirmación definitiva. Don Genaro también se destensó y entonces ambos dieron un paso. Supe que habíamos terminado allí. Pero en el instante mismo en que me aflojé, don Genaro volvió a lanzar un grito increíble.
Empecé a respirar frenéticamente. Miré en torno. Don Genaro había desaparecido. Don Juan estaba frente a mí. Su cuerpo se estremecía de risa. Me dio la cara.
-Lo siento dijo en un susurro-. No hay otro modo.

Quise preguntar por don Genaro, pero sentía que, de no seguir respirando y presionando mí diafragma, moriría. Don Juan señaló con su barbilla un sitio a mis espaldas. Sin mover los pies, empecé a volverme a mirar sobre el hombro izquierdo. Pero antes de que pudiese ver lo que señalaba, don Juan saltó y me detuvo. La fuerza de su salto y la celeridad con que me aferró hicieron que perdiese mi equilibrio. Al caer de espaldas tuve la sensación de que mi reacción sobresaltada había sido agarrarme a don Juan, y que en consecuencia lo arrastraba en mi caída. Pero cuando alcé la vista, hubo total discordancia entre las impresiones de mis sentidos táctil y visual. Vi a don Juan de pie junto a mí, riendo, mientras mi cuerpo sentía sin lugar a dudas el peso y la presión de otro cuerpo encima de mí, casi inmovilizándome.
Don Juan extendió la mano y me ayudó a levantarme. Mi sensación corporal fue la de que él alzaba dos cuerpos. Sonrió como quien sabe y susurró que nunca había que volverse a la izquierda para enfrentar al nagual. Dijo que el nagual era fatídico y que no había necesidad de acrecentar todavía más el riesgo. Luego me dio vuelta con gentileza y me hizo encarar un enorme eucalipto. Era acaso el árbol más viejo de las inmediaciones. Su tronco era casi dos veces más grueso que el de cualquier otro. Don Juan señaló hacia arriba con los ojos. Don Genaro se hallaba encaramado en una rama. Me daba el rostro. Vi sus ojos como dos espejos enormes que reflejaban luz. No quería mirar pero don Juan insistió en que no apartara la vista. En un susurro muy enérgico me ordenó que no parpadeara ni sucumbiera al susto o a la entrega.
Advertí que si pestañeaba de continuo, los ojos de don Genaro no eran tan imponentes. Sólo al fijar la vista el resplandor enloquecía.
Estuvo largo tiempo acuclillado en la rama. Luego, sin mover el cuerpo para nada, saltó y aterrizó, en la misma postura, a un par de metros de donde me encontraba. Presencié la secuencia completa de su salto, y supe haber percibido más de lo que mis ojos me permitieron aprehender. Don Genaro no había saltado en verdad. Algo lo había empujado desde atrás haciéndolo deslizar en curso parabólico. La rama donde estuvo trepado se hallaba a unos treinta metros de altura, y el árbol crecía como a cuarenta y cinco de distancia; así, su cuerpo tuvo que trazar una parábola para caer donde cayó. Pero la fuerza necesaria para, cubrir el trecho no era producto de los músculos de don Genaro; un "soplo" impulsó su cuerpo desde la rama hasta el suelo. En cierto punto vi las suelas de sus zapatos, y su posterior, conforme su cuerpo describía la parábola. Después aterrizó con suavidad, aunque su peso deshizo los terrones duros y secos e incluso levantó algo de polvo.
Don Juan rió por lo bajo a mis espaldas. Don Genaro se puso en pie-como si nada hubiese ocurrido y me jaló de la manga para indicar que nos íbamos.
Nadie habló en el camino a la casa. Me sentía lúcido y compuesto. Un par de veces, don Juan se detuvo y examinó mis ojos mirándolos detenidamente. Pareció satisfecho. Apenas llegamos, don Genaro fue atrás de la casa. Todavía era temprano. Don Juan tomó asiento en el suelo junto a la puerta y. me señaló un sitio donde sentarme. Yo estaba exhausto. Me acosté y me apagué como una vela.
Desperté porque don Juan me sacudía. Quise ver la hora. No tenía reloj. Don Juan lo sacó del bolsillo de su camisa y me

lo devolvió. Era la una de la tarde. Alcé los ojos y encontré los suyos.
-No. No hay explicación -dijo, volviéndose-. El nagual es sólo para atestiguarse.
Di la vuelta a la casa buscando a don Genaro; no lo hallé. Regresé a la parte frontal. Don Juan me había hecho algo de comer. Cuando lo hube comido empezó a hablar.
-Cuando uno está tratando con el nagual, nunca hay que mirarlo de frente -dijo-. Tú te le quedaste mirando fijamente esta mañana, y por eso te vaciaste. La única manera de mirar al nagual es como si fuera cosa común. Uno tiene que pestañear para romper la fijación. Nuestros ojos son los ojos del tonal, o quizá sería más exacto decir que nuestros ojos han sido entrenados por el tonal, por eso el tonal los reclama. Una de tus fuentes de confusión y desconcierto es que tu tonal no te suelta los ojos. El día que lo haga, tu nagual habrá ganado una gran batalla. Tu obsesión, o mejor dicho la obsesión de todos nosotros, es arreglar el mundo según reglas de tonal; así, cada vez que nos enfrenta el nagual, hacemos lo imposible por volver nuestros ojos tiesos e intransigentes, Debo apelar a la parte de tu tonal que entiende este dilema, y debes hacer un esfuerzo por liberar tus ojos. La cosa es convencer al tonal de que hay otros mundos que pueden pasar frente a las mismas ventanas. El nagual te lo enseñó esta mañana. Conque deja que tus ojos sean libres; déjalos ser verdaderas ventanas. Los ojos pueden ser ventanas para contemplar el aburrimiento o para atisbar aquella infinitud.
Don Juan trazó con el brazo izquierdo un amplio arco para señalar el entorno. Había un brillo en sus ojos, y su sonrisa era a la vez temible e irresistible.
-¿Cómo puedo hacer eso? -pregunté.
-Yo digo que es un asunto muy fácil. Quizá lo llamo fácil porque llevo tanto tiempo haciéndolo. Todo lo que tienes que hacer es instalar tu intención como aduana. Cuando estés en el mundo del tonal, deberías de ser un tonal impecable; ahí no hay tiempo para porquerías irracionales. Pero cuando estés en el mundo del nagual, también deberías ser impecable; ahí no hay tiempo para porquerías racionales. Para el guerrero, la intención es la puerta de enmedio. Se cierra por completo detrás de él cuando va o cuando viene.
"Otra cosa que uno debe hacer cuando se enfrenta al nagual es cambiar la línea de los ojos de tiempo en tiempo, para así romper el encantamiento. Cambiar la posición de los ojos siempre alivia la carga del tonal. Esta mañana noté que estabas muy vulnerable y te cambié la posición de tu cabeza. Si estás en un aprieto de ésos, deberías ser capaz de cambiar tú solo. Pero el cambio ese sólo es para alivio, y no es otra manera de parapetarse para proteger el orden del tonal. Yo apostaría que tú vas a procurar usar esta técnica para esconder la racionalidad de tu tonal, y creer que así la estás salvando de la extinción. La falla de tu razonamiento es que nadie quiere ni busca la extinción de la racionalidad del tonal. Ese miedo es infundado.
"Nada más puedo decirte, excepto que sigas todos los movimientos de Genaro, sin agotarte. Ahora estás probando si tu tonal está o no repleto de banalidades. Si hay en tu isla demasiados objetos innecesarios, no podrás sostener el encuentro con el nagual."
-¿Qué me pasaría?
-Podrías morirte. Nadie es capaz de sobrevivir un encuentro voluntario con el nagual, sin una larga preparación. Lleva años preparar al tonal para tal encuentro. Por regla general, si un hombre común y corriente se encuentra un día cara a cara con el nagual, la impresión es tan grande que lo mata. La meta de la preparación del guerrero no es entonces enseñarle conjuros ni embrujos, sino preparar a su tonal para que no se caiga de narices. Una empresa de lo más difícil. Al guerrero se le debe enseñar a ser impecable y a estar totalmente vacío antes de que Pueda aún siquiera concebir el ser testigo del nagual.
"En tu caso, por ejemplo, tienes que dejar de calcular. Lo que hacías esta mañana era absurdo. Tú lo llamas explicar. Yo lo

llamo una insistencia estéril y tediosa del tonal por tener todo bajo su control. Cada vez que no le salen bien las cosas, hay un instante de confusión y entonces el tonal se abre a la muerte. ¡Qué hijo de la chingada! Primero se mata antes que ceder el control. Y sin embargo muy poco podemos hacer por cambiar esa condición."
-¿Cómo la cambió usted, don Juan?
-Hay que barrer la isla del tonal y mantenerla limpia. Es la única alternativa que tiene el guerrero. Una isla limpia no ofrece resistencia; es como si allí no hubiera nada.
Rodeó la casa y tomó asiento en una gran roca lisa. Desde allí se miraba hacia una hondonada. Me hizo seña de sentarme junto a él.
-¿Puede decirme, don Juan, qué más vamos a hacer hoy? -pregunté.
-No vamos a hacer nada. Es decir, tú y yo seremos sólo testigos. Tu benefactor es Genaro.
Pensé haber malentendido en mi afán de tomar notas. En las primeras etapas de mi aprendizaje, el mismo don Juan había introducido el término "benefactor". Mi impresión había sido siempre la de que él mismo era mi benefactor.
Don Juan había callado y me miraba. Hice una rápida evaluación y concluí que sin duda se refería a que don Genaro era algo así como el actor estelar de aquella ocasión. Don Juan rió como si leyera mi mente.
-Genaro es tu benefactor -repitió.
-Usted lo es, ¿o no? -pregunté en tono frenético.
-Yo soy el que te ayudó a barrer la isla del tonal -dijo-. Genaro tiene dos aprendices, Pablito y Néstor. Los está ayudando a barrer la isla; pero soy yo el que les enseñará el nagual. Yo seré su benefactor. Genaro es sólo su maestro. En estos andares, uno habla o actúa; uno no puede hacer las dos cosas con la misma persona. Uno toma la isla del tonal, o toma el nagual. En tu caso, mi deber ha sido trabajar con tu tonal.
Mientras don Juan hablaba, tuve un ataque de terror tan intenso que estuve a punto de enfermarme. Sentí que iba a dejarme con don Genaro, y la idea me espantaba.
Don Juan rió y rió al escuchar mis miedos.
-Lo mismo le pasa a Pablito -dijo-. Nomás me ve y se enferma. El otro día entró en la casa cuando Genaro no estaba. Yo estaba solo aquí y había dejado mi sombrero junto a la puerta. Pablito lo vio y su tonal se asustó tanto que de verdad se cagó en los calzones.
Yo podía entender fácilmente los sentimientos de Pablito y proyectarme en ellos. Considerando con cuidado, había que admitir que don Juan era aterrador. Yo, sin embargo, había aprendido a sentirme a gusto con él. Experimentaba una familiaridad nacida de nuestra larga asociación.
-No voy a dejarte con Genaro -dijo, riendo aún-. Yo soy quien cuida tu tonal. Sin él estás muerto.
-¿Tiene todo aprendiz un maestro y un benefactor? -pregunté para calmar mi turbación.
-No, no todo aprendiz. Pero algunos sí.
-¿Por qué tienen algunos maestro y benefactor?
-Cuando un hombre común y corriente está listo, el poder le consigue un maestro, y se hace aprendiz. Cuando el aprendiz está listo, el poder le consigue un benefactor, y se hace brujo.
-¿Qué es lo que hace que un hombre esté listo, para que el poder le consiga un maestro?
-Nadie lo sabe. Sólo somos hombres. Algunos somos hombres que han aprendido a ver y a usar al nagual, pero nada de lo que hayamos podido ganar en el curso de nuestras vidas puede revelarnos los designios del poder. Así pues, no todo aprendiz tiene un benefactor. El poder decide eso.
Le pregunté si él mismo había tenido un maestro y un benefactor, y -por primera vez en trece años habló libremente de ellos. Dijo que tanto su maestro como su benefactor eran de Oaxaca. Yo siempre había considerado que ese tipo de información era valioso para mi investigación antropológica, pero por algún motivo, -en

el momento de la revelación, no me importó.
Don Juan me lanzó un vistazo. Pensé que era una mirada de preocupación. Luego cambió abruptamente de tema y me pidió relatar cada detalle de lo que experimenté en la mañana.
-Un susto repentino siempre encoge al tonal -dijo al comentar la descripción de mi reacción al grito de don Genaro-. El problema es aquí no dejar que el tonal se encoja más de la cuenta. Un grave asunto para un guerrero es el saber precisamente cuándo dejar que su tonal se encoja y cuándo detenerlo. Eso sí que es un arte. El guerrero debe luchar como demonio para encoger su tonal; pero en el mismo momento en que el tonal se encoge, el guerrero debe voltear al revés la lucha inmediatamente para no dejarlo encogerse más.
-Pero al hacer eso, ¿no regresa a lo que ya era? -pregunté.
-No. Después que el tonal se encoge, el guerrero cierra la puerta desde el otro lado. Mientras nada desafíe a su tonal y sus ojos estén encajados sólo para el mundo del tonal, el guerrero anda en el lado seguro de la cerca. Está en terreno familiar y conoce todas las reglas. Pero cuando su tonal se encoge, está en el lado de los ventarrones, y esa abertura debe sellarse en el acto, o el viento lo barrerá como a una hoja. Y esto no es sólo una manera de decir las cosas. Más allá de la puerta de los ojos del tonal, el viento es furibundo. Y ese es un viento real. Esto no es una metáfora. Un viento que le puede volar a uno la vida. De hecho, ése es el viento que se vuela a todas las cosas vivas que están sobre la tierra. Hace años te presenté a ese viento. Pero tú lo tomaste en broma.
Se refería a una vez que me llevó a las montañas para enseñarme ciertas propiedades del viento. A mí, sin embargo, nunca me pareció cosa de broma.
-No es importante si lo tomaste en serio o no -dijo tras escuchar mis protestas-. Por regla, el tonal debe defenderse, a cualquier costo, siempre que se ve amenazado; así que no tiene importancia alguna la forma en que el tonal reacciona para lograr su defensa. Lo único importante es que el tonal de un guerrero debe entrar en relaciones con otras alternativas. Lo que un maestro trata de alcanzar, en este caso, es el peso total de esas posibilidades. El peso de esas nuevas posibilidades es lo que ayuda a encoger el tonal. Del mismo modo, ese mismo peso ayuda a impedir que el tonal se encoja más de la cuenta.
Me indicó proseguir el relato de los sucesos matinales, y me interrumpió en la parte en que don Genaro se deslizaba de un lado a otro entre el tronco y la rama.
-El nagual puede ejecutar cosas extraordinarias -dijo-. Cosas que no parecen posibles, cosas impensables para el tonal. Pero lo extraordinario es que el que actúa no tiene manera de saber cómo ocurren esas cosas. En otras palabras, Genaro no sabe cómo hace esas cosas; él sólo sabe que las hace. El secreto de un brujo es que sabe cómo llegar al nagual, pero una vez que llega allí, su opinión no vale más que la tuya, acerca de lo que ahí pasa.
-¿Pero qué siente uno al hacer esas cosas?
-Uno siente que uno está haciendo algo.
-¿Sentiría don Genaro que estaba caminando por el tronco de un árbol?
Don Juan me miró un momento; luego apartó la cara.
-No -dijo en un susurro enérgico-. No del modo que tú quieres decir.
No dijo nada más. Yo casi contenía el aliento, esperando su explicación. Al fin tuve que preguntar:
-¿Pero qué siente?
-No puedo decirlo, no porque sea asunto personal, sino porque no hay manera de describirlo.
-Ándele -lo animé-. No hay nada que uno no pueda explicar o elucidar con palabras. Creo que, aunque no sea posible describir algo directamente, uno puede aludir, andarse por las ramas.
Don Juan rió. Su risa era amistosa y amable. Y sin embargo, había en ella un toque de burla y de travesura.
-Tengo que cambiar el tema -dijo-. Baste decir que el nagual estaba apuntándote a

ti esta mañana. Lo que hizo Genaro fue una mezcla entre tú y él. Su nagual se templaba con tu tonal.
Insistí en sondearlo y pregunté:
Guando usted le enseña el nagual a Pablito, ¿qué cosa siente?
-No puedo explicarlo -dijo con voz suave-. Y no porque no quiera; sencillamente, no puedo. Mi tonal se para allí.
No quise presionarlo más. Permanecimos un rato en silencio; luego, él empezó a hablar de nuevo.
-Digamos que un guerrero aprende a entonar su voluntad, a dirigirla a un punto directo, a enfocarla donde quiere. Es como si su voluntad, que sale de la parte media de su cuerpo, fuera una sola fibra luminosa, una fibra que él puede dirigir a cualquier sitio concebible. Esa fibra es el camino al nagual. O también yo podría decir que el guerrero se hunde en el nagual a través de esa sola fibra.
"Una vez que se ha hundido, la expresión del nagual es asunto de su temperamento personal. Si el guerrero es chistoso, el nagual es chistoso. Si el guerrero es espantoso, el nagual es espantoso. Si el guerrero es perverso, el nagual es perverso.
"Genaro siempre me hace reír porque es uno de los seres más divertidos que hay. Nunca sé con qué va a salir. Eso, para mí, es la esencia última de la brujería. Genaro es un guerrero tan fluido que el más leve enfoque de su voluntad hace que su nagual actúe en formas increíbles."
-¿Observó usted mismo lo qué don Genaro hacia en los árboles? -pregunté.
-No. Nada más supe, porque vi, que el nagual estaba en los árboles. El resto del espectáculo era para ti solo.
-¿O sea, don Juan, que, como la vez que usted me empujó y fui a dar al mercado, usted no estaba conmigo?
-Fue algo así. Cuando uno se encuentra cara a cara con el nagual, uno siempre tiene que estar solo, Yo nada más andaba por ahí para proteger a tu tonal. Ése es mi cargo.
Don Juan dijo que mi tonal casi estalló en pedazos cuando don Genaro descendió del árbol; no tanto por alguna cualidad de riesgo inherente al nagual, sino porque mi tonal se entregó al desconcierto. Dijo que uno de los propósitos de la preparación del guerrero era cortar el desconcierto del tonal, hasta que el guerrero fuese lo bastante fluido para admitirlo todo sin admitir nada.
Cuando describí los saltos de don Genaro al subir al árbol y al bajar de él, don Juan dijo que el grito del guerrero era uno de los asuntos más importantes de la brujería, y que don Genaro era capaz de enfocarse en su grito, usándolo como vehículo.
Tienes razón -dijo-. A Genaro lo jalaron en parte su grito y en parte el árbol. En eso sí viste bien. Esa fue una verdadera vista del nagual. La voluntad de Genaro estaba enfocada en su grito, y su carácter personal hizo que el árbol jalara al nagual. Las líneas iban en ambos sentidos, de Genaro al árbol y del árbol a Genaro.
"Lo que debiste ver cuando Genaro saltó del árbol era que estaba enfocando un sitio enfrente de ti y luego el árbol lo empujó. Pero sólo parecía un empujón; en esencia era más bien como si el árbol lo soltara. El árbol soltó al nagual y el nagual regresó al mundo del tonal en el sitio que Genaro enfocaba.
"La segunda vez que Genaro bajó del árbol, tu tonal no estaba tan desconcertado; no te entregabas tan duro y por eso no te agotaste tanto como la primera vez."
A eso de las cuatro de la tarde, don Juan detuvo la conversación.
-Vamos a volver a los eucaliptos -dijo-. El nagual nos espera allí.
-¿No corremos el riesgo de que nos vea la gente? -pregunté.
-No. El nagual mantendrá todo suspendido -respondió.

EL SUSURRO DEL NAGUAL

Cuando nos acercamos a los eucaliptos vi a don Genaro sentado en un tronco. Sonriente, agitó la mano. Fuimos hasta él.
Había en los árboles una bandada de

cuervos. Graznaban como asustados. Don Genaro dijo que permaneciéramos quietos y en silencio hasta que los cuervos se calmaran.

Don Juan reclinó la espalda contra un árbol y me indicó otro que estaba cerca, a su izquierda. Ambos dábamos la cara a don Genaro, que estaba a tres o cuatro metros de nosotros.

Con un sutil movimiento de los ojos, don Juan me indicó reacomodar mis pies. Se erguía de pie, con firmeza, los pies ligeramente separados, y sólo la parte superior de sus omoplatos, y el centro de su nuca, tocaban el tronco. Los brazos le pendían a los lados.

Estuvimos así tal vez una hora. Yo los vigilaba detenidamente, sobre todo a don Juan. En determinado momento se dejó resbalar suavemente por el tronco y tomó asiento, manteniendo aún las mismas áreas de su cuerpo en contacto con el árbol.. Sus rodillas quedaron alzadas, y descansó en ellas los brazos. Imité sus movimientos. Tenía las piernas sumamente fatigadas, y el cambio de postura me confortó.

Los cuervos cesaron poco a poco de graznar, hasta que no hubo un sonido en el campo. El silencio me turbaba más que el ruido de los cuervos.

Don Juan me habló en voz baja. Dijo que el crepúsculo era mi mejor hora. Miró el cielo. Pasarían de las seis. El día fue nublado y yo no había tenido manera de comprobar la posición del sol. Oí a lo lejos alboroto de gansos y quizá pavos. Pero en el campo de los eucaliptos no había rumor alguno. Desde un largo rato atrás, no se escuchaban pájaros ni insectos grandes.

Los cuerpos de don Juan y don Genaro habían guardado una inmovilidad perfecta, hasta donde yo podía juzgar, excepto en los instantes en que, para descansar, desplazaban su centro de gravedad.

Cuando don Juan y yo estábamos sentados en el suelo, don Genaro hizo un movimiento súbito. Alzó los pies y se puso en cuclillas sobre el tronco. Luego giró cuarenta y cinco grados, y me hallé mirando su perfil izquierdo: Busqué en don Juan una indicación. Él echó hacia adelante la barbilla; era una orden de mirar a don Genaro.

Una agitación monstruosa me invadió. Era incapaz de contenerme. Mis intestinos se soltaban. Pude sentir en lo absoluto lo que Pablito debe de haber sentido al ver el sombrero de don Juan. Experimentaba tal tumulto intestinal que me fue necesario correr a los arbustos. Oí a los viejos aullar de risa.

No me atreví a regresar con ellos. Titubeé un rato; pensé que mi repentina explosión habría roto el hechizo. No tuve que meditar mucho tiempo; don Juan y don Genaro vinieron a donde me hallaba. Me flanquearon y fuimos a otro campo. Nos detuvimos en su centro mismo, y recordé que estuvimos allí en la mañana.

Don Juan me habló. Me dijo que fuera fluido y silencioso y detuviera mi diálogo interno. Yo escuché con atención. Don Genaro debe haber advertido que toda mi concentración se enfocaba en las admoniciones de don Juan, y aprovechó ese momento para repetir lo que hizo en la mañana; de nuevo soltó su grito enloquecedor. Me pescó de sorpresa, pero no desprevenido. Casi inmediatamente recuperé mi equilibrio por medio de la respiración. El choque fue aterrador, pero no tuvo un efecto prolongado, y pude seguir con la vista los movimientos de don Genaro. Lo miré saltar a una rama baja. Al seguir su curso en una distancia de más o menos veinticinco metros, mis ojos experimentaron una extravagante distorsión. No era que saltara por medio de la acción elástica de sus músculos; más bien se deslizaba por el aire, catapultado en parte por su formidable alarido, y jalado por unas vagas líneas emanadas del árbol. Era como si el árbol lo chupara a través de esas líneas.

Don Genaro quedó un momento encaramado en la rama. Yo veía su perfil izquierdo. Empezó a ejecutar una serie de movimientos extraños. Su cabeza oscilaba, su cuerpo se estremecía. Varias veces ocultó

la cabeza entre las rodillas. Mientras más se movía y se agitaba, mayor era mi dificultad para enfocar los ojos en su cuerpo. Parecía disolverse. Parpadeé como desesperado y luego alteré mi línea de visión torciendo la cabeza a diestro y siniestro, como don Juan me había enseñado. Desde mi perspectiva izquierda vi el cuerpo de don Genaro como nunca antes lo había visto. Parecía haberse puesto un disfraz. Lucía un traje peludo, del color de un gato siamés: ante claro, con toques de chocolate oscuro en las piernas y la espalda; tenía una cola gruesa y larga. El atavío de don Genaro lo hacía verse como un cocodrilo peludo y café, de patas largas, sentado en una rama. No se discernían su cabeza ni sus facciones.

Enderecé la cabeza hasta una postura normal. La visión de don Genaro disfrazado se mantuvo sin alteración.

Sus brazos se estremecieron. Se paró en la rama, pareció agacharse, y saltó hacia el suelo. La rama estaba a cinco o seis metros de altura. Hasta donde yo podía juzgar, fue el salto ordinario de un hombre ataviado con un disfraz. Vi el cuerpo de don Genaro a punto de tocar el suelo, y entonces la gruesa cola de su disfraz vibró y, en vez de aterrizar, despegó como impelido por un silencioso motor de turbina. Ascendió por encima de los árboles y luego planeó casi hasta el suelo. Repitió una y otra vez la maniobra. En ocasiones asía una rama y se mecía dando la vuelta al árbol, o se escondía como una anguila entre las ramas. Y luego planeaba y describía círculos en torno nuestro, o aleteaba con los brazos al tocar su estómago la punta de los árboles.

Los juegos de don Genaro me llenaban de asombro. Mis ojos lo seguían, y dos o tres veces percibí con toda claridad que usaba unas líneas brillantes, como si fueran poleas, para deslizarse de un sitio a otro. Luego pasó, hacia el sur, por encima de los árboles, y desapareció tras ellos. Traté de anticipar el sitio donde reaparecería, pero ya no se mostró.

Advertí que yacía bocarriba, aunque no había tenido conciencia de ningún cambio en la perspectiva. Todo el tiempo creí estar de pie mirando a don Genaro.

Don Juan me ayudó a sentarme, y entonces vi que don Genaro se acercaba. Caminaba con un aire de descuido. Sonrió con recato y preguntó si me había gustado su vuelo. Traté de decir algo, pero me hallaba mudo.

Don Genaro cruzó con don Juan una extraña mirada y volvió a acuclillarse. Inclinándose, susurró en mi oído izquierdo. Lo oí decir:

-¿Por qué no vienes a volar conmigo?

Repitió la frase cinco o seis veces. Don Juan se acercó y me susurró en el oído derecho:

-No hables. Tú nomás sigue a Genaro.

Don Genaro me hizo poner en cuclillas y susurró de nuevo. Yo lo oía con precisión cristalina. Repitió unas diez veces:

-Confía en el nagual. El nagual te va a llevar.

Entonces don Juan susurró otra frase en mi oído derecho. Dijo:

-Cambia tus sentimientos.

Yo los oía hablarme a la vez, pero también percibía sus voces por separado. Cada una de las indicaciones de don Genaro tenía que ver con el contexto general de deslizarse por el aire. Las que repetía docenas de veces parecían ser aquellas que se grababan en mi memoria. En cambio, las palabras de don Juan se referían a órdenes específicas que repitió incontables veces. El efecto del susurro doble fue por demás extraordinario. Parecía que el sonido de sus palabras individuales me partiera por la mitad. Finalmente, el abismo entre mis oídos fue tan ancho que perdí todo sentido de unidad. Había algo que sin duda era yo, pero carecía de solidez. Semejaba una niebla resplandeciente, una neblina amarillo oscuro dotada de sentimientos.

Don Juan dijo que iba a moldearme para el vuelo. Tuve entonces la sensación de que las palabras eran como unas pinzas que torcían y moldeaban mis "sentimientos".

Las palabras de don Genaro eran una

invitación a seguirlo. Sentí que deseaba hacerlo, pero no podía. La disociación era tan grande que me incapacitaba. Oí entonces las mismas frases cortas interminablemente repetidas por ambos; cosas como:
-Mira qué bonita figura para volar.
-falta, salta.
-Tus piernas te subirán a la copa de los árboles.
-Los eucaliptos son puntos verdes.
-Los gusanos son luces.
Algo ha de haber cesado en mí en un momento dado; quizá la conciencia de que se me dirigía la palabra. Sentía que don Genaro se hallaba aún conmigo, pero en lo tocante a percepción sólo discernía una masa enorme de las más extraordinarias luces. A ratos el fulgor disminuía y a ratos se intensificaba. Asimismo, yo experimentaba movimiento. El efecto era el de ser jalado por un vacío que no me daba tregua. Cada vez que mi movimiento parecía disminuir y me era posible enfocar la atención en las luces, el vacío me jalaba de nuevo.
En cierto momento, entre el jalón hacia adelante Y hacia atrás, experimenté la máxima confusión. El mundo en torno mío, fuera lo que fuese, iba y venía al mismo tiempo; de allí el efecto de vacío. Yo veía dos mundos por separado; uno que se alejaba de mí Y otro que se acercaba. No me di cuenta de esto en forma ordinaria; es decir, no tomé conciencia de ello como de algo que hasta entonces no se revelaba. Más bien tuve dos percepciones que no llegaron a unificarse.
Después, mis percepciones se opacaron. O carecían de precisión, o eran demasiadas y no había modo de diferenciarlas. El siguiente grupo de percepciones discernibles fue una serie de sonidos en el extremo de una larga configuración semejante a un tubo. El tubo era yo mismo y los sonidos eran don Juan y don Genaro, que de nuevo me hablaban uno por cada oído. Conforme hablaban, el tubo se iba acortando, hasta quedar los sonidos en una gama que yo reconocía. Es decir: el sonido de las palabras de don Juan y don Genaro alcanzó mi gama normal de percepción; los sonidos se hicieron reconocibles primero como ruidos, luego como palabras gritadas, y finalmente como palabras susurradas en mis orejas.
A continuación noté objetos del mundo familiar. Al parecer me hallaba tendido bocabajo. Distinguía terrones, piedras, hojas secas. Y luego me percaté del campo de eucaliptos.
Don Juan y don Genaro estaban de pie junto a mí. Aún había luz. Sentí que debía meterme en el agua para consolidarme. Fui al río, me quité la ropa y permanecí en el agua fría el tiempo suficiente para restaurar mi equilibrio perceptual.
Don Genaro se marchó apenas llegamos a su casa. Al despedirse, me dio una palmada en el hombro. Me aparté de un salto por acción refleja. Pensaba que su contacto sería doloroso; para mi sorpresa, no fue más que un suave golpecito en el hombro. Don Juan y don Genaro rieron como dos niños celebrando una travesura.
-No seas tan nervioso -dijo don Genaro-. El nagual no anda tras de ti todo el tiempo.
Chasqueó los labios como reprobando mi reacción excesiva, y con aire de candor y camaradería abrió los brazos. Lo abracé. Me palmeó la espalda en un gesto sumamente cálido y amistoso.
-Debes preocuparte del nagual sólo en ciertos momentos -dijo-. El resto del tiempo, tú y yo somos como cualquier otra gente de este mundo.
Se volvió a don Juan y le sonrió.
-¿No es así, Juancho? -preguntó.
-Así es, Gerancho -repuso don Juan.
Ambos tuvieron una explosión de risa.
-Debo prevenirte -me dijo don Juan-: tienes que ejercer la vigilancia más exigente para estar seguro de cuándo un hombre es un nagual y cuándo es simplemente un hombre. Puedes morir si entras en contacto físico directo con el nagual.
Don Juan se volvió a don Genaro y con ancha sonrisa preguntó:
-¿No es así, Gerancho?
-Pues así es, Juancho -repuso don Genaro y ambos rieron.

Su alegría infantil me conmovió en alto grado. Los sucesos del día habían sido agotadores y mi emotividad estaba a flor de piel. Una oleada de autocompasión me envolvió. Casi lloraba al repetirme una y otra vez que lo que ellos me habían hecho, fuera lo que fuese, poseía carácter de irreversible y probablemente de perjudicial. Don Juan parecía leer mis pensamientos; meneó la cabeza en un gesto de incredulidad. Chasqueó la lengua. Hice un esfuerzo por detener mi diálogo interno, y la autocompasión desapareció.

-Genaro es muy cariñoso -comentó don Juan cuando don Genaro se fue-. El designio del poder fue que hallaras un benefactor gentil.

No supe qué decir. La idea de que don Genaro era mi benefactor me intrigaba sobremanera. Quise que don Juan me dijera más al respecto. Él no parecía tener ganas de hablar. Miró el cielo y la cima de la oscura silueta de unos árboles al lado de la casa. Tomó asiento con la espalda contra un grueso palo ahorquillado, plantado casi frente a la puerta, y me indicó sentarme junto a él, a su izquierda.

Así lo hice. Tomándome del brazo me jaló más cerca, hasta que nuestros cuerpos se tocaron. Dijo que esa hora de la noche era peligrosa para mí, sobré todo en aquella ocasión. Con voz muy tranquila me dio una serie de instrucciones: no nos moveríamos del sitio hasta que él lo creyera conveniente; seguiríamos hablando, en tono sosegado, sin interrupciones largas; yo debía respirar y parpadear como si me hallara frente al nagual.

-¿Está por aquí el nagual? -pregunté.

-Desde luego -dijo, y rió por lo bajo.

Prácticamente me acurruqué contra don Juan. Él empezó a hablar y solicitó de mí cualquier tipo de preguntas. Incluso me dio mi libreta y mi lápiz, como si yo pudiera escribir en la oscuridad. Afirmó que yo necesitaba estar lo más tranquilo y normal que fuese posible, y no había mejor modo de fortificar mi tonal que el de tomar notas. Planteó el asunto en un nivel conminatorio; dijo que si anotar era mi predilección, debía ser capaz de hacerlo aun entre tinieblas. Había en su voz un tono de reto cuando me dijo que yo podía convertir la anotación en una tarea de guerrero, en cuyo caso la oscuridad no sería ningún obstáculo.

De algún modo debe de haberme convencido, pues logré garrapatear partes de nuestra conversación. El tema principal fue don Genaro como benefactor mío. Yo tenía curiosidad de saber cuándo se había vuelto tal, y don Juan me instó a recordar un supuesto suceso extraordinario que tuvo lugar el día en que conocí a don Genaro, y que sirvió de señal propicia. No pude recordar nada por el estilo. Empecé a recontar la experiencia; hasta donde recordaba, fue un encuentro de lo más común y casual, ocurrido en la primavera del año 1968. Don Juan me detuvo.

-Si eres tan tonto que no te acuerdas -dijo-, más vale dejarlo así. Un guerrero sigue los dictados del poder. Lo recordarás cuando se haga necesario:

Don Juan dijo que tener benefactor era un asunto muy difícil. Citó como ejemplo el caso de su aprendiz Eligio, que llevaba muchos años con él. Dijo que Eligio no había podido encontrar benefactor. Le pregunté si a la larga lo hallaría; repuso que no había modo de predecir los caprichos del poder. Me recordó que una vez, años atrás, habíamos encontrado un grupo de indios jóvenes explorando el desierto en el norte de México. Dijo que había "visto" en aquella ocasión que ninguno de ellos tenía benefactor, y que el entorno general y el ánimo del momento eran propicios para que él les diera una ayuda mostrándoles el nagual. Hablaba de una noche en que cuatro jóvenes presenciaron, sentados junto al fuego, lo que yo consideré un truco espectacular, en el cual don Juan pareció manifestarse en diferente forma ante cada uno de nosotros.

-Esos muchachos ya sabían bastante -dijo-. Tú eras el único novato entre ellos.

-¿Qué les ocurrió después? -pregunté.

-Algunos hallaron benefactor -fue la respuesta.

Don Juan dijo que el deber del benefactor era entregar a su pupilo al poder, y que el benefactor impartía al neófito su toque personal, tanto como el maestro o más todavía.

Durante una corta pausa en la plática, oí un extraño ruido rasposo en la parte trasera de la casa. Don Juan me retuvo; yo casi me había levantado como reacción. Antes del ruido, nuestra conversación había sido para mí una cosa común y corriente. Pero cuando ocurrió la pausa, y hubo un momento de silencio, el extraño ruido se metió por él. En ese instante tuve la certeza de que nuestra conversación era un suceso extraordinario. Sentí que el sonido de las palabras de don Juan y las mías, era como una capa quebradiza, y que el ruido había estado al acecho, en espera de una oportunidad para irrumpir.

Don Juan me ordenó seguir sentado sin prestar atención al entorno. El sonido rasposo evocaba a un topo cavando en suelo duro y seco. En el momento en que pensé en el símil, tuve asimismo la imagen visual de un roedor como el que don Juan me había enseñado en la palma de su mano. Era como si me estuviese durmiendo y mis pensamientos se hicieran visiones o sueños.

Inicié el ejercicio de respiración y sostuve mi estómago con las manos entrelazadas. Don Juan seguía hablando, pero yo no lo escuchaba. Mi atención se hallaba en el suave crujir de una cosa serpentina al deslizarse sobre pequeñas hojas secas. Tuve un momento de pánico y repulsión física ante la idea de que una serpiente me pasara encima. Involuntariamente metí los pies bajo las piernas de don Juan mientras respiraba y parpadeaba frenéticamente.

Oí el ruido tan cerca que parecía estar a menos de un metro. Mi pánico aumentó. Don Juan dijo calmadamente que la única manera de repeler al nagual era permanecer inalterable. Me ordenó estirar las piernas y no enfocar la atención en el ruido. Imperioso, exigió que escribiera c preguntara, e hiciera un esfuerzo por no sucumbir.

Tras una gran pugna le pregunté si era don Genaro quien hacía el ruido. Dijo que era el nagual y que no los confundiese; Genaro era el nombre del tonal. Añadió otra cosa, pero no pude entenderle. Algo describía círculos en torno a la casa y yo no podía concentrarme en la conversación. Me ordenó hacer un esfuerzo supremo. En determinado momento me hallé balbuciendo inanidades. Tuve una sacudida de miedo y entré en un estado de gran lucidez. Don Juan me dijo entonces que podía escuchar. Pero no había sonido alguno.

-El nagual ya se fue -dijo don Juan, y levantándose entró en la casa.

Encendió una linterna de kerosén y preparó comida. La consumimos en silencio. Le pregunté si el nagual volvería.

-No -dijo con expresión seria-. Nada más te estaba probando. A esta hora, justo después del crepúsculo, siempre deberías de ocuparte en algo. Cualquier cosa es buena. Se trata sólo de un periodo corto, acaso una hora, pero en tu caso, una hora mortal.

"Esta noche, el nagual quiso hacerte perder el paso, pero fuiste lo bastante fuerte para rechazar su asalto. Una vez sucumbiste y tuve que echarte agua en todo el cuerpo; ahora lo hiciste mejor."

Observé que la palabra "asalto" daba a lo ocurrido un aire de peligro.

-¿Un aire de peligro? Bonita manera de decirlo -repuso-. No estoy tratando de asustarte. Las acciones del nagual son mortales. Ya te lo he dicho, y no es que Genaro trate de hacerte daño; al contrario, su preocupación por ti es impecable, pero si no tienes el poder suficiente para detener la embestida del nagual, te mueres, pese a mi ayuda o a la preocupación de Genaro.

Cuando terminamos de comer, don Juan tomó asiento junto a mí y por encima de mi hombro miró las notas. Comenté que probablemente tardaría años en ordenar todo lo que me había pasado ese día. Me habían inundado percepciones que ni siquiera tenía la esperanza de entender.

-Si no entiendes, estás pero muy bien -dijo

él-. Cuando entiendes es cuando te va mal. Eso es desde el punto de vista de un brujo, por supuesto. Desde el punto de vista de un hombre común, si no entiendes te vas a pique. En tu caso, yo diría que un hombre común creería que estás disociado, o que empiezas a disociarte.

Reí ante su elección de términos. Supe que me devolvía el concepto de disociación; yo se lo había mencionado alguna vez antes en conexión con mis temores. Le aseguré que en esta ocasión no iba a preguntar nada acerca de lo que había atravesado.

-Nunca te he prohibido hablar -dijo él-. Podemos hablar del nagual todo lo que se te dé la regalada gana, siempre y cuando no trates de explicarlo. Si recuerdas correctamente, dije que el nagual es sólo para presenciarse. Conque podemos hablar de lo que presenciamos y de cómo lo presenciamos. Pero tú quieres abordar la explicación de cómo es todo aquello posible, y eso es una abominación. Quieres explicar el nagual con el tonal. Eso es una estupidez, especialmente en tu caso, puesto que tú ya no puedes esconderte en -tu ignorancia. Tú sabes muy bien que nosotros tenemos sentido al hablar sólo porque permanecemos dentro de ciertas fronteras, y esas fronteras no se aplican al nagual.

Intenté aclarar el asunto. No era solamente que yo quisiese explicarlo todo desde un punto de vista racional; mi tendencia a explicar brotaba de la necesidad de mantener el orden a través de los tremendos asaltos de percepciones y estímulos caóticos que había sufrido.

El comentario de don Juan fue que yo trataba de defender un argumento en el que no creía.

-Sabes muy bien que te estás entregando -dijo-. Mantener el orden significa ser un tonal perfecto, y ser un tonal perfecto significa darse cuenta de todo cuanto ocurre en la isla del tonal. Pero tú no estás haciendo eso. Conque tu argumento de mantener el orden carece de verdad. Lo usas sólo para ganar una discusión.

No supe qué decir. Don Juan me consoló, más o menos, diciendo que se requería una pugna titánica para limpiar la isla del tonal. Luego me pidió relatar cuanto había percibido en mi segunda sesión con el nagual. Después de escucharme, señaló que lo que v; como un cocodrilo peludo era el epítome del sentido humorístico de don Genaro.

-Qué lástima que todavía seas tan pesado -dijo-. Siempre te atoras en el desconcierto y pierdes de vista el verdadero arte de Genaro.

-¿Advirtió usted su apariencia, don Juan?

-No. La función era nada más para ti.

-¿Qué vio usted?

-Todo lo que pude ver hoy fue el movimiento del nagual, deslizándose entre los árboles y girando en torno nuestro. Cualquiera que vea puede presenciar eso.

-¿Y alguien que no ve?

-No presenciaría nada; sólo, quizá, los árboles agitados por un ventarrón. Nosotros siempre interpretamos cualquier expresión desconocida del nagual como algo que conocemos; en este caso el nagual podría interpretarse como una brisa que sacude las hojas, o aún como una luz extraña, como una luciérnaga de gran tamaño. Si un hombre que no ve se halla presionado, dirá que creyó ver algo pero no pudo recordar qué. Esto es muy natural. Él estaría diciendo la verdad. Después de todo, sus ojos no habrían juzgado nada extraordinario; siendo los ojos del tonal, tienen que limitarse al mundo del tonal, y en ese mundo no hay nada asombrosamente nuevo, nada que los ojos no puedan captar y el tonal no pueda explicar.

La pregunté por las insólitas percepciones que me produjeron al susurrar en mis oídos.

-Ésa fue la mejor parte de todo lo ocurrido -dijo-. Podríamos prescindir de los demás, pero ése fue el punto final del día. La regla pide que el benefactor y el maestro hagan ese arreglo final. El más difícil de todos los actos. Tanto el maestro como el benefactor deben ser guerreros impecables antes de intentar siquiera la hazaña de partir a un hombre. Tú no sabes eso, porque todavía

está más allá de tu dominio, pero el poder ha sido otra vez benévolo contigo. Genaro es el guerrero más impecable que existe.
-¿Por qué es el partir a un hombre tan grande hazaña?
-Porque es peligrosa. Podrías haber muerto como un bicho. O, peor todavía, podríamos no haber logrado juntarte de nuevo y te habrías perdido en ese extraño plano de sentimientos.
-¿Por qué era necesario que ustedes me hicieran eso, don Juan?
-Hay un cierto momento en que el nagual debe susurrar en el oído del aprendiz y partirlo.
-¿Qué significa eso, don Juan?
-Para ser un tonal común y corriente, un hombre debe tener unidad. Todo su ser debe pertenecer a la isla del tonal. Sin esa unidad el hombre se saldría de quicio; un brujo, sin embargo, debe romper esa unidad, pero sin poner en peligro su ser. La meta de un brujo es durar; es decir, no corre riegos innecesarios, por ello pasa años barriendo su isla hasta el momento en que puede, por así decirlo, escaparse de ella. Partir a un hombre en dos es la puerta para esa fugó.
"El partirte en dos, lo cual ha sido la cosa más peligrosa que has atravesado, fue sencillo y fácil. El nagual te guió con maestría. Créeme, sólo un guerrero impecable puede hacer eso. Me sentí muy bien por ti."
Don Juan me puso una mano en el hombro y experimenté un enorme impulso de llorar.
-Ya estamos llegando al punto en que usted no volverá a verme, ¿verdad? -pregunté.
Riendo, meneó la cabeza.
-Te entregas a tu vicio como un hijo de la... -dijo-. Pero todos lo hacemos. De diferentes modos, eso es todo. A veces yo también me entrego. Mi modo es sentir que te he consentido y debilitado. Sé que Genaro siente lo mismo con respecto a Pablito. Lo consiente como a un niño. Pero así lo dispuso el poder. Genaro da a Pablito todo lo que es capaz de dar, y uno no puede desear que hiciera otra cosa. Uno no puede criticar a un guerrero por hacer cuanto impecablemente puede.
Calló un rato. Yo estaba demasiado nervioso pasa guardar silencio.
-¿Qué cree usted que me pasaba cuando me sentía chupado por un vacío? -pregunté.
-Te deslizabas -dijo como si tal cosa.
-¿Por el aire?
-No. Para el nagual no hay tierra, ni aire, ni agua. En este momento, tú mismo puedes estar de acuerdo con esto. Des veces estuviste en ese limbo y sólo estabas a las puertas del nagual. Me has dicho que todo cuanto encontraste era insólito. Así pues el nagual se desliza, o vuela, o hace lo que haga, en la hora del nagual, que nada tiene que ver con la hora del tonal. Las dos cosas no casan.
Mientras don Juan hablaba, sentí un temblor en el cuerpo. Mi quijada descendió y mi boca se abrió involuntariamente. Mis oídos se destaparon y pude escuchar un zumbido o vibración apenas perceptible. Al describir mis sensaciones a don Juan, noté que mis palabras sonaban como si alguien más las pronunciase. Era una sensación compleja, equivalente a oír lo que aún no decía.
Mi oído izquierdo era una fuente de percepciones extraordinaria. Sentí que era más potente y exacto que mi oído derecho. Tenía algo que no había tenido antes. Cuando me volví a encarar a don Juan, que estaba a mi derecha, advertí, en torno a ese oído, un campo de clara percepción auditiva. Era un espacio físico, un campo dentro del cual los sonidos adquirían una fidelidad increíble. Volviendo la cabeza, yo podía barrer el entorno con mi oído.
-El susurro del nagual te hizo eso -dijo don Juan cuando describí mi experiencia sensorial-. Vendrá a ratos y luego se perderá. No le tengas miedo a esto, ni tampoco a ninguna sensación desacostumbrada que tengas de aquí en adelante. Pero sobre todo, no te des a tu vicio ni te obsesiones con esas sensaciones. Sé que tendrás éxito. El momento que escogimos para par-

tirte fue correcto. El poder dispuso todo eso. Ahora lo demás depende de ti. Si tienes poder suficiente, soportarás el gran choque de la partición. Pero si eres incapaz de soportarlo, perecerás. Empezarás a marchitarte, a perder peso; te volverás pálido, distraído, irritable, callado.

-Quizá -dije- si usted me hubiera dicho hace años lo que usted y don Genaro hacían, yo tendría bastante...

Alzó la mano y me impidió terminar.

-Lo que dices no tiene sentido -dijo-. Una vez me dijiste que, de no ser por el hecho de que eres terco y dado a explicaciones racionales, ya serías un brujo hoy en día. Pero ser brujo significa, en tu caso, que debes superar la terquedad y la necesidad de explicaciones racionales, que obstruyen tu camino. Más aún: esas limitaciones son tu camino al poder. No puedes decir que el poder fluiría hacia ti si tu vida fuera diferente.

"Genaro y yo tenemos que actuar igual que tú; dentro de ciertos límites. El poder dispone esos límites y un guerrero es, digamos, un prisionero del poder; un prisionero que puede hacer una decisión: la decisión de actuar como un guerrero impecable, o actuar como un asno. A fin de cuentas, quizás el guerrero no sea un prisionero sino un esclavo del poder, porque la decisión ya no es una decisión para él. Genaro no puede actuar en ninguna otra forma más que impecablemente. Actuar como un asno lo agota ría y lo llevaría a la tumba.

"La razón por la que tienes miedo de Genaro, es porque él debe usar la avenida del susto para encoger tu tonal. Tu cuerpo sabe eso, aunque tal vez tu razón lo ignore, y por esto tu cuerpo quiere salir corriendo cada vez que Genaro anda cerca."

Mencioné que tenía curiosidad por saber si don Genaro se proponía deliberadamente asustarme. Don Juan dijo que el nagual hacía cosas extrañas, cosas que no podían preverse. Puso como ejemplo lo que había ocurrido entre nosotros esa mañana, cuando él me impidió voltear a la izquierda para mirar a don Genaro en el árbol. Dijo que se dio cuenta de lo que su nagual había hecho, aunque no tenía manera de saberlo por adelantado. Su explicación del asunto fue que mi súbito movimiento hacia la izquierda era un paso en dirección de mi muerte, un acto suicida que mi tonal realizaba a propósito. Ese movimiento agitó el nagual de don Juan, con el resultado de que una parte suya cayó encima de mí.

Hice un gesto involuntario de perplejidad.

-Tu razón te está diciendo otra vez que eres inmortal -dijo.

-¿Qué quiere usted decir con eso, don Juan?

-Un ser inmortal tiene todo el tiempo del mundo para dudas y desconciertos y temores. Un guerrero, en cambio, no puede aferrarse a los significados que se hacen bajo las órdenes del tonal, porque el guerrero sabe con certeza que la totalidad de sí mismo tiene sólo un poquito de tiempo sobre esta tierra.

Quise presentar un argumento serio. Mis temores, mis dudas, mi desconcierto, no se daban en un nivel consciente y, por mucho que intentara controlarlos, me sentía desamparado cada vez que me enfrentaba con don Juan y don Genaro.

-Un guerrero no puede sentirse desamparado -dijo él-. Ni desconcertado ni asustado, bajo ninguna circunstancia. Para un guerrero, sólo hay tiempo para su impecabilidad; todo lo demás agota su poder, la impecabilidad lo renueva.

-Volvamos a mi vieja pregunta, don Juan. ¿Qué es la impecabilidad?

-Sí, volvemos a tu vieja pregunta y por supuesto volvemos a mi vieja respuesta: "La impecabilidad es hacer lo mejor que puedas en lo que fuese."

-Pero, don Juan, yo me refiero a que siempre tengo la impresión de estar haciendo lo mejor que puedo, cuando por lo visto no lo hago.

-No es tan complicado como lo haces parecer. La clave de todos estos asuntos de impecabilidad es el sentido de tener o no tener tiempo. Por regla general, cuando te sientes y actúas como un ser inmortal

que tiene todo el tiempo del mundo, no eres impecable; en esos momentos debes volverte, mirar alrededor tuyo, y entonces te darás cuenta de que tu sentimiento de tener tiempo es una idiotez. ¡No hay sobrevivientes en esta tierra!

LAS ALAS DE LA PERCEPCIÓN

Don Juan y yo pasamos todo el día en las montañas. Salimos al amanecer. Me llevó a cuatro sitios de poder, y en cada uno de ellos me dio instrucciones específicas sobre cómo proceder al cumplimiento de la tarea particular que años antes me había bosquejado como situación de por vida. Regresamos al atardecer. Después de comer, don Juan dejó la casa de don Genaro. Me dijo que esperara a Pablito, el cual llevaría combustible para la lámpara, y que hablara con él.

Me puse a trabajar en mis notas y, absorto, no oí llegar a Pablito sino hasta tenerlo a mi lado. Él comentó que había estado practicando el "paso de poder", y que debido a eso yo no hubiera podido oírlo de ningún modo, á menos que fuera capaz de "ver".

Pablito siempre me había simpatizado. Sin embargo, aunque éramos buenos amigos, las oportunidades de charlar a solas con él habían sido escasas. Pablito me parecía una persona sumamente encantadora. Su nombre, por supuesto, era Pablo, pero el diminutivo le sentaba mejor. Era pequeño de huesos, pero duro. Como don Genaro, era magro de carnes, insospechadamente musculoso y fuerte. Andaría quizá pisando los treinta años, pero parecía tener dieciocho. Era moreno y de estatura media. Tenía ojos cafés, claros y brillantes, y -de nuevo como don Genaro- una sonrisa cautivante, con cierto toque de malicia.

Le pregunté por su amigo Néstor, el otro aprendiz de don Genaro. Anteriormente siempre los había visto juntos, y me daban la impresión de tener una excelente relación mutua; sin embargo, eran opuestos en apariencia física y en carácter. Mientras Pablito era jovial y franco, Néstor era sombrío y reservado. También era más alto, más pesado, más moreno y mucho mayor.

Pablito dijo que Néstor se había involucrado finalmente en su trabajo con don Genaro, y que se había vuelto una persona totalmente distinta desde la última vez que lo vi. No quiso detallar el trabajo de Néstor ni su cambio de personalidad, y cambió abruptamente el tema.

-Entiendo que el nagual te anda pisando los talones -dijo.

Me sorprendió que lo supiera y le pregunté cómo lo averiguó.

-Genaro me cuenta todo -repuso.

Noté que no hablaba de don Genaro con el formalismo que yo usaba. Simplemente le decía Genaro, en tono familiar. Dijo que don Genaro era como su hermano, y que entre ambos existía una confianza de verdaderos parientes. Profesó abiertamente su gran cariño por don Genaro. Su sencillez y su candor me conmovieron en lo profundo. Hablándome, me di cuenta de la gran semejanza de temperamento entre don Juan y yo; debido a ella, nuestra relación era formal y estricta en comparación con la de don Genaro y Pablito.

Pregunté a Pablito por qué tenía miedo de don Juan. Hubo un titubeo en su mirada. Era como si la sola idea de don Juan lo hiciera retraerse. No respondió. Parecía evaluarme en alguna forma misteriosa.

-¿A poco tú no le tienes miedo? –preguntó.

Le dije que tenía miedo de don Genaro, y rió como si hubiera esperado oír todo menos eso. Dijo que la diferencia entre don Juan y don Genaro era como la diferencia entre el día y la noche. Don Genaro era el día; don Juan era la noche y, como tal, el ser más atemorizante del mundo. De la descripción de su temor hacia don Juan, Pablito pasó a comentar su propia condición como aprendiz.

-Estoy que me lleva la chingada -dijo-. Si vieras lo que hay en mi casa, te darías cuenta de que sé demasiado para ser un hombre común, pero si me vieras con el nagual, te darías cuenta de que no sé lo suficiente.

Rápidamente cambió el tema y rió de que yo tomara notas. Dijo que don Genaro los había divertido horas enteras imitándome. Añadió que don Genaro me quería mucho, con todo y mis rarezas, y que se declaraba encantado de que yo fuera su "protegido".

Era la primera vez que yo escuchaba ese término. Guardaba coherencia con otro que don Juan introdujo en el comienzo de nuestra asociación. Me había dicho que yo era su "escogido".

Pregunté a Pablito por sus encuentros con el nagual y me contó el primero de ellos. Dijo que cierta vez don Juan le dio una canasta, que él consideró un regalo de buena voluntad. La puso en un gancho sobre la puerta de su cuarto, y como en ese momento no podía hallarle ningún uso, la olvidó todo el día. Pensaba, dijo, que la canasta era un regalo de poder y debía utilizarse para algo muy especial.

Al anochecer -ésa era, también para él, la hora mortífera-, Pablito fue a su cuarto por su chamarra. Estaba solo en la casa y se disponía a ir de visita. La habitación se hallaba a oscuras. Tomó la chamarra y, cuando estaba por llegar a la puerta, la canasta cayó frente a él y rodó cerca de sus pies. Pablito rió de su propio sobresalto al ver que sólo había sido la canasta, caída del gancho. Se inclinó para recogerla y se llevó el susto de su vida. La canasta saltó fuera de su alcance y empezó a sacudirse y a rechinar, como si alguien la aplastara y la torciera. Pablito dijo que de la cocina entraba luz suficiente para discernir con claridad cuanto había en el cuarto. Por un momento se quedó mirando la canasta, aunque sentía que no debía Hacerlo. La canasta empezó a convulsionarse en medio de una ardua respiración, pesada y rasposa. Al narrar su experiencia, Pablito aseveró que vio y oyó respirar a la canasta; que estaba viva y lo persiguió por el aposento, cortándole la salida. Dijo que luego la canasta empezó a hincharse; las tiras de carrizo se destramaron para formar una pelota gigantesca, como un amaranto seco que rodara hacia él. Cayó de espaldas en el piso y la bola empezó a reptar por sus pies. Pablito dijo que para entonces se hallaba fuera de quicio y gritaba como histérico. La bola lo tenía atrapado y se movía sobre sus piernas como alfileres que lo atravesaran. Trató de apartarla y entonces vio que la bola era el rostro de don Juan, con la boca abierta para devorarlo. Incapaz de soportar más tiempo el terror, perdió el conocimiento.

En forma muy franca y abierta, Pablito me relató una serie de encuentros aterradores que él y otros miembros de su familia habían tenido con el nagual. Pasamos horas hablando. El brete en el cual se hallaba parecía ser muy similar al mío, pero Pablito poseía sin duda mayor sensibilidad para conducirse dentro del marco de referencia proporcionado por la brujería.

En determinado momento se levantó y dijo que sentía venir a don Juan y no deseaba que lo hallara allí. Se marchó con rapidez increíble. Fue como si algo lo jalara sacándolo del cuarto. Me dejó con el adiós en la boca.

Don Juan y don Genaro no tardaron en volver. Reían.

-Pablito corría por el camino como alma que lleva el diablo -dijo don Juan-. ¿Pero qué tendrá?

-Yo creo que se asustó de ver a Carlitos gastarse los dedos hasta el hueso -dijo don Genaro, burlándose de mi escritura.

Se me acercó.

-¡Oye! Tengo una idea -dijo, casi en un susurro-. Ya que tanto te gusta escribir, ¿por qué no aprendes a escribir sin lápiz, con el puro dedo? Eso sería lo mejor.

Don Juan y don Genaro tomaron asiento junto a mí y especularon, entre risas, sobre la posibilidad de escribir con el dedo. Don Juan, en tono serio, hizo un comentario extraño. Dijo:

-No hay duda de que podría escribir con el dedo, ¿pero sería capaz de leerlo?

Don Genaro se dobló de risa y repuso:

-Estoy seguro de que puede leer cualquier cosa.

Luego empezó a narrar una historia muy desconcertante acerca de un patán cam-

pesino que se convirtió en funcionario de importancia durante una época de trastornos políticos. Don Genaro dijo que el héroe de su cuento fue nombrado ministro, o gobernador, quizás incluso presidente, porque no había modo de saber lo que la gente haría en su locura. A causa de este nombramiento, llegó a creer que en verdad era importante y aprendió a actuar en consecuencia.

Don Genaro hizo una pausa y me examinó con el aire de un cómico sobreactuado. Me guiñó los ojos y movió las cejas de arriba a abajo. Dijo que el héroe de la historia era muy bueno en las apariciones públicas y podía improvisar discursos sin la menor dificultad, pero su posición requería que leyera sus discursos y el hombre era analfabeto. De modo que usó el ingenio para salvar las apariencias. Tenía una hoja de papel con algo escrito, y la blandía cada vez que pronunciaba un discurso. Así, su eficiencia y sus otras cualidades eran innegables para todos los campesinos. Pero cierto día, un fuereño con alguna preparación llegó por allí y advirtió que, al leer su discurso, el héroe sostenía la hoja al revés. Se echó a reír y señaló el engaño a todo el mundo.

Don Genaro hizo una nueva pausa; me miró, achicando los ojos, y preguntó:

-¿Crees que el héroe quedó atrapado? Ni modo. Miró a la gente con toda calma y dijo: "¿Al revés? Eso no le hace al que sabe leer." Y los campesinos estuvieron de acuerdo.

Don Juan y don Genaro estallaron en carcajadas. Don Genaro me dio suaves palmadas en la espalda. Era como si yo fuese el héroe del cuento. Me sentí apenado y reí con nerviosismo. Pensé que acaso la historia tenía algún sentido oculto, pero no me atreví a preguntar.

Don Juan se acercó más a mí. Inclinándose, susurró en mi oído derecho:

-¿No te parece chistoso?

Don Genaro se inclinó también hacia mí y susurró en mi oído izquierdo:

-¿Qué cosa dijo?

Tuve una reacción automática a ambas preguntas y realicé una síntesis involuntaria.

-Sí. Me parece que preguntó ¿es chistoso? -dije.

Obviamente advertían el efecto de sus maniobras; ambos rieron hasta derramar lágrimas. Como de costumbre, don Genaro exageraba más que don Juan; se tiró de espaldas y se puso a rodar a unos metros de mí. Echado bocabajo, extendió brazos y piernas y giró como un rehilete. Dio de vueltas hasta que llegó junto a mí y su pie tocó el mío. Abruptamente se sentó y sonrió con mansedumbre.

Don Juan se agarraba los costados. Reía muy duro y al parecer le dolía el estómago. Tras un rato, ambos volvieron a hablarme al oído. Traté de memorizar la secuencia de sus frases, pero tras un esfuerzo fútil, desistí. Eran demasiadas.

Me susurraron en los oídos hasta que nuevamente tuve la sensación de haberme partido por la mitad. Como el día anterior, me convertí en una niebla, en un resplandor amarillo que percibía todo en forma directa. Es decir, yo "conocía" las cosas. No había pensamientos; sólo había certezas. Y al entrar en contacto con una sensación suave, esponjosa, elástica, exterior a mí y sin embargo parte mía, "supe" que era un árbol. Lo percibí por su olor. No olía como ningún árbol específico que yo recordara, pero algo en mí "sabía" que ese olor peculiar era la "esencia" del árbol. Yo no tenía solamente la sensación de saber, ni razonaba mi conocimiento, ni barajaba datos. Simplemente sabía que había algo en contacto conmigo, en todo mi derredor; un aroma tibio, amable, apremiante, emanado de algo que no era sólido ni líquido sino un indefinido algo más, que yo "sabía" que era un árbol. Sentí que al "saber" en esa forma calaba yo su esencia. No me repelía. Más bien me invitaba a fundirme con él. Me abarcaba o yo lo abarcaba. Había entre nosotros un lazo que no era exquisito ni desagradable.

La siguiente sensación que pude recordar con claridad fue una oleada de maravilla y regocijo. Todo mi ser vibraba. Era como si me atravesaran cargas de electricidad. No dolían. Eran agradables, pero en for-

ma tan indeterminada que no había modo de categorizarlas. Supe, sin embargo, que aquello con lo que me hallaba en contacto era el suelo. Cierta parte de mi ser reconocía con certeza y concisión que se trataba del suelo. Pero en el instante en que traté de discernir la infinitud de percepciones directas que experimentaba, perdí toda capacidad de diferenciarlas.

Luego, de pronto, era de nuevo yo mismo. Pensaba. La transición fue tan abrupta que creí haber despertado. Pero algo había en el modo que me sentía, que no era del todo mío. Supe que, en verdad, algo faltaba, antes de abrir por entero los ojos. Miré en torno. Me hallaba aún en un sueño, o en alguna visión. Sin embargo, mis procesos mentales no sólo funcionaban intactos, sino con extraordinaria claridad. Realicé una rápida evaluación. No me cabía duda de que don Juan y don Genaro habían inducido mi estado onírico para algún propósito específico. Parecía hallarme a punto de entender cuál era ese propósito, cuando algo ajeno a mí me forzó a prestar atención al entorno. Tardé un largo momento en orientarme.

Yacía bocabajo, y aquello sobre lo cual yacía era un piso de lo más espectacular. Examinándolo, no pude evitar un sentimiento de pavor y maravilla. No concebía de qué pudiera estar hecho. Losas irregulares de alguna sustancia desconocida habían sido colocadas en forma intrincada y, a la vez, sencilla. Las habían puesto juntas, pero no estaban pegadas al suelo ni entre sí. Eran elásticas y cedían cuando yo intentaba apartarlas con los dedos, pero libres de presión volvían en el acto a su posición original.

Quise incorporarme y me vi poseído por una grotesca distorsión sensorial. Carecía de control sobre mi cuerpo; de hecho, no parecía pertenecerme. Se hallaba inerte; yo no tenía conexión con ninguna de sus partes y cuando traté de levantarme no pude mover los brazos y, balanceándome inerme sobre mi estómago, rodé hasta quedar de costado. El impulso del balanceo casi me hizo dar la vuelta completa y quedar bocabajo de nuevo. Mis brazos y piernas, extendidos, lo impidieron, y quedé tendido de espaldas. En esa posición pude percibir dos piernas de forma extraña, y los pies más distorsionados que jamás había visto. ¡Era mi cuerpo! Parecía estar envuelto en una túnica. La idea que me vino a la mente fue que experimentaba una escena en la que yo era un paralítico o un inválido de alguna índole. Intenté curvar la espalda y mirarme las piernas pero sólo pude mover a tirones el cuerpo. Miraba directamente un cielo amarillo, un cielo profundo y vívido, amarillo limón. Tenía surcos o canales de un tono amarillo más oscuro, y un número interminable de protuberancias que colgaban como gotas de agua. El efecto total de ese cielo increíble era apabullante. No pude determinar si las protuberancias eran nubes. También había áreas de sombras y áreas de diferentes tonos de amarillo, que descubrí al mover la cabeza de lado a lado.

Entonces algo más atrajo mi atención: un sol en el cenit mismo del cielo amarillo, directamente sobre mi cabeza, un sol tibio -a juzgar por el hecho de que podía mirarlo de frente- que despedía una luz blancuzca, apacible y uniforme.

Antes de que pudiese ponderar todas estas visiones ultraterrenas, me vi sacudido con violencia; mi cabeza oscilaba hacia adelante y hacia atrás. Sentí que me alzaban. Oí una voz aguda, riente, y enfrenté un espectáculo asombroso: una gigantesca mujer descalza. Su rostro era redondo y enorme. Su cabello negro estaba cortado al estilo paje. Sus brazos y piernas eran descomunales. Me levantó y me llevó hasta sus hombros como si fuera yo un muñeco. Mi cuerpo colgaba fláccido. Miré desde arriba su vigorosa espalda. Tenía un fino vello en torno de los hombros y sobre la espina dorsal. Desde su hombro, vi de nuevo el piso magnifico. Lo oía ceder elásticamente bajo el gran peso de la mujer, y veía las huellas que la presión de sus pies dejaba en él.

Me colocó bocabajo frente a una estructura, una especie de edificio. Noté entonces

que algo fallaba en mi percepción de profundidad. No podía, mirando el edificio, calcular su tamaño. Por momentos parecía ridículamente pequeño, pero cuando, al parecer, ajusté mi percepción, sus proporciones monumentales me maravillaron.

La muchacha gigante se sentó junto a mí haciendo rechinar el piso. Yo tocaba su enorme rodilla. Olía a dulce o a fresas. Me habló y yo entendí todo lo que dijo; señalando la estructura, decía que yo iba a vivir allí.

Mi habilidad de observador parecía aumentar conforme yo superaba el choque inicial de encontrarme allí. Noté que el edificio tenía cuatro exquisitas columnas no funcionales. No soportaban nada; estaban encima del edificio. Su forma era la sencillez misma; eran proyecciones largas y gráciles que parecían tenderse hacia aquel impresionante cielo de increíble amarillo. El efecto de esas columnas invertidas era para mí la belleza pura. Tuve un ataque de éxtasis estético.

Las columnas parecían hechas de una pieza; yo no podía siquiera concebir tal factura. Las dos de enfrente estaban unidas por una delgada viga, una vara monumentalmente larga que, pensé, podía ser un barandal de algún tipo, o un pórtico sobre la fachada.

La muchacha gigante me deslizó bocarriba al interior de la estructura. El techo era negro y plano, lleno de agujeros simétricos que dejaban pasar el resplandor amarillento del sol, creando intrincados diseños. Me sobrecogió la absoluta y sencilla belleza lograda por esos puntos de cielo amarillo que se mostraban a través de aquellos precisos agujeros en el techo, y los dibujos de sombras creados sobre el piso intrincado y magnífico. La estructura era cuadrada, Y más allá de su punzante belleza, incomprensible para mí.

Mi exaltación era en ese momento tan intensa que quise llorar, o quedarme allí para siempre. Pero alguna fuerza o tensión, o algo indefinible, empezó a jalarme. De pronto me hallé fuera de la estructura; aún yacía bocarriba. La muchacha gigante seguía allí, pero con ella había otro ser, una mujer tan grande que casi llegaba al cielo y eclipsaba el sol. Comparada con ella, la muchacha era sólo una niñita. La mujer estaba enojada; asió la estructura por una de sus columnas, la alzó, la volteó al revés y la puso en el suelo. ¡Era una silla!

Esa realización fue como un catalizador; dio rienda suelta a percepciones avasalladoras. Atravesé una serie de imágenes que, pese a su inconexión, podían ordenarse en una secuencia. En destellos sucesivos vi o supe que el suelo magnífico e incomprensible era una estera de paja; el cielo amarillo, era el techo estucado de una habitación; el gol, un foco eléctrico; la estructura que tanto me extasió, una silla puesta de cabeza por una niña que jugaba a la casita.

Tuve aún otra visión coherente y secuencial de una misteriosa estructura arquitectónica de proporciones monumentales. Se erguía aislada. Casi parecía la concha puntiaguda de un caracol parado de cabeza. Las paredes constaban de placas cóncavas y convexas de algún extraño material violeta; cada placa tenía surcos que parecían más funcionales que ornamentales.

Examiné la estructura meticulosa y detalladamente, y hallé que, como la anterior, era incomprensible por completo. Esperaba ajustar de pronto mi percepción para captar la "verdadera" naturaleza de la estructura. Pero no ocurrió nada por el estilo. Experimenté luego un conglomerado de "tomas de conciencia" o "hallazgos", ajenos e inextricables, acerca del edificio y su función; no tenían sentido, pues yo carecía de un marco de referencia donde colocarlos.

De un momento a otro recobré mi conciencia normal. Don Juan y don Genaro estaban junto a mí. Me hallaba cansado. Buqué mi reloj; había desaparecido. Don Juan -y don Genaro soltaron risitas unísonas.

Don Juan dijo que no me preocupara por el tiempo y que me concentrara en seguir

ciertas recomendaciones que don Genaro me había hecho.
Miré a don Genaro y él hizo un chiste. La recomendación más importante, dijo, era que aprendiese a escribir con el dedo, para ahorrar lápices y para presumir.
Bromearon un rato más acerca de mis notas y luego me quedé dormido.
Don Juan y don Genaro escucharon el detallado recuento de mi experiencia, que a petición de don Juan hice al despertar al día siguiente.
-Genaro cree que ya tuviste suficiente por el momento -dijo don Juan cuando hube terminado.
Don Genaro asintió con la cabeza.
-¿Qué significa lo que experimenté anoche? -inquirí.
-Le echaste un vistazo al asunto más importante de la brujería -dijo don Juan-. Anoche te asomaste a la totalidad de ti mismo. Pero éstas palabras, desde luego, no tienen sentido para ti en este momento. Por lo que queda dicho, ya sabes que llegar a la totalidad de uno mismo no es cosa de que uno quiera aceptar, o de que uno esté dispuesto a aprender. Genaro piensa que tu cuerpo necesita tiempo para que el susurro del nagual te penetre.
Don Genaro volvió a asentir.
-Bastante tiempo -dijo, meneando la cabeza de arriba a abajo-. Unos veinte o treinta años.
No supe cómo reaccionar. Miré a don Juan en busca de una guía. Ambos tenían expresiones serias.
-¿De veras me faltan veinte o treinta años? -pregunté.
-¡Claro que no! -gritó don Genaro, y ambos soltaron la risa.
Don Juan me dijo que volviera cuando mi voz interna así lo indicase, y que mientras tanto intentara ordenar todas las sugerencias que me hicieron cuando estaba partido.
-¿Cómo lo hago? -pregunté.
-Cerrando tu diálogo interno y dejando que algo en ti fluya y se expanda -repuso don Juan-. Ese algo es tu percepción, pero no trates de razonar de lo que te digo. Nada más déjate guiar por el susurro del nagual.
Luego dijo que la noche anterior yo había tenido dos perspectivas intrínsecamente distintas. Una era inexplicable; la otra, perfectamente natural, y el orden en que ocurrieron indicaba una condición inmanente en todos nosotros.
-Una vista era él nagual, la otra el tonal -añadió don Genaro.
Le pedí explicar su frase. Me miró y me palmeó la espalda.
Don Juan terció para decir que las dos primeras visiones eran el nagual, y que don Genaro había elegido un árbol y el suelo como puntos de énfasis. Las otras dos eran visiones del tonal seleccionadas por él mismo; una de ellas fue mi percepción del mundo cuando niño.
-Te parecía un mundo extraño porque tu percepción todavía no había sido cortada para ajustarla al molde deseado -dijo.
-¿Era así como yo veía realmente el mundo? -pregunté.
-Claro -dijo-. Eso fue tu memoria.
Pregunté a don Juan si el sentimiento de apreciación estética que me había extasiado era también parte de mi recuerdo.
-Entramos en esas vistas tal como somos hoy -dijo-. Veías la escena como la verías ahora. Pero el ejercicio era de percepción. Ésa era la escena de la época en que el mundo se volvió para ti lo que es ahora. Una época en que una silla se hizo una silla.
No quiso discutir la otra escena.
-Eso no era un recuerdo de mi niñez -dije.
-Pues claro que no -repuso-. Eso era otra cosa.
-¿Era algo que veré en el futuro? -pregunté.
-¡No hay futuro! -exclamó, cortante-. El futuro no es más que una manera de hablar. Para un brujo sólo existe el aquí y el ahora.
Dijo que esencialmente no había nada que decir al respecto porque el propósito del ejercicio fue abrir las alas de mi percepción, y que, si bien no volé con esas alas, toqué sin embargo cuatro puntos inconce-

bibles de alcanzar desde el punto de vista de mi percepción ordinaria.
Empecé a reunir mis cosas para marcharme. Don Genaro me ayudó a empacar mi cuaderno; lo puso en el fondo de mi portafolios.
-Allí estará calientito y tranquilo -dijo, guiñando un ojo-. Puedes tener la seguridad de que no se resfriará.
En esos momentos don Juan pareció cambiar de idea con respecto a mi partida y empezó a hablar de mi experiencia. Automáticamente quise tomar mi portafolios de manos de don Genaro, pero él lo dejó caer antes de que yo lo tocara. Don Juan hablaba de espaldas a mí. Recogí el portafolios y busqué presuroso mi cuaderno. Dan Genaro lo había empacado tan apretadamente que sacarlo me costó un trabajo infernal; finalmente lo tuve en mis manos y empecé a escribir. Don Juan y don Genaro me observaban.
-Pero que mal andas -dijo don Juan, riendo-. Buscas tu cuaderno como un borracho la botella.
-Como una madre amorosa busca a su niño -replicó don Genaro.
-Como un cura busca su crucifijo -añadió don Juan.
-Como una mujer busca sus calzones -gritó don Genaro.
Siguieron acumulando símiles y aullando de risa mientras me acompañaban hasta mi coche.

TERCERA PARTE
LA EXPLICACIÓN DE LOS BRUJOS

TRES TESTIGOS DEL NAGUAL

Al volver a casa me vi una vez más ante la tarea de organizar mis notas de campo. Lo que don Juan y don Genaro me hicieron experimentar ganaba aun más en poder de conmoción conforme yo recapitulaba los sucesos. Noté, sin embargo, que mi acostumbrada reacción de entregarme meses enteros al desconcierto o al pavor por lo que había atravesado, no era tan intensa como antes. Varias veces intenté deliberadamente concentrar mis sentimientos, como otrora, en especulaciones e incluso en autocompasión; pero algo faltaba. Tuve asimismo la intención de anotar cierto número de preguntas que haría a don Juan, a don Genaro y hasta a Pablito. El proyecto fracasó antes de iniciado. Había en mí algo que me impedía entrar en un estado de inquisición o perplejidad.
No me propuse volver con don Juan y don Genaro, pero tampoco rehuía la posibilidad. Un buen día, sin premeditación alguna por mi parte, sentí simplemente que era tiempo de verlos.
En el pasado, cada vez que me disponía a salir rumbo a México, tenía la sensación de que había miles de Preguntas importantes y urgentes que deseaba plantear a don Juan; esta vez mi mente se hallaba en blanco. Era como si, después de trabajar en mis notas, me hubiera deshecho del pasado y estuviese listo Para el aquí y el ahora del mundo de don Juan y don Genaro.
Sólo tuve que esperar unas cuantas horas antes de que don Juan me "encontrara" en el mercado de un pequeño pueblo, en las montañas de México central. Me saludó con gran afecto e hizo una sugerencia casual. Dijo que antes de llegar a casa de don Genaro le gustaría visitar a los aprendices de éste, Pablito y Néstor: Guando dejamos la carretera me dijo que vigilara

con atención por si había algo fuera de lo común al lado del camino o en el camino mismo. Le pedí darme pistas más precisas al respecto.
-No puedo -respondió-. El nagual no necesita pistas precisas.
Disminuí la velocidad en reacción automática a su réplica. Rió y con un ademán me instó a seguir manejando.
Al acercarnos al pueblo donde Pablito y Néstor vivían, don Juan me hizo detener el coche. Movió imperceptiblemente la barbilla, señalando un grupo dé peñascos no muy grandes al lado izquierdo del camino.
-Ahí está el nagual -dijo en un susurro.
No había nadie en las cercanías. Yo había esperado ver a don Genaro. Miré de nuevo los peñascos y luego escudriñé el área circundante. Nada a la vista. Esforcé los ojos por discernir cualquier cosa: un animal pequeño, un insecto, una sombra, una configuración extraña en las rocas, cualquier cosa fuera de lo común. Tras un momento desistí y me volví a encarara a don Juan. Él sostuvo sin sonreír mi mirada interrogante y luego empujó suavemente mi brazo con el dorso de su mano para hacerme mirar de nuevo los peñascos. Obedecí; luego don Juan bajó del coche y me dijo que lo siguiera para examinarlos.
Ascendimos lentamente una pendiente suave durante sesenta o setenta metros, hasta llegar a la base de las rocas. Don Juan se detuvo allí un momento y me susurró en el oído derecho que el nagual me esperaba en ese mismo sitio. Le dije que, por más que me esforzaba, no podía discernir sino las rocas y unos mechones de hierba y algunos cactos. Insistió, sin embargo, en que el nagual se hallaba allí, esperándome.
Me ordenó tomar asiento, suspender mi diálogo interno y mantener los ojos sin enfocar, en la cima de los peñascos. Sentado junto a mí, acercó la boca a mi oído derecho y susurró que el nagual me había visto, que estaba allí aunque yo no pudiera visualizarlo, y que mi problema era simplemente la incapacidad de suspender por entero el diálogo interno. Oí cada una de sus palabras en un estado de silencio interior. Entendía todo y sin embargo no podía responder; el esfuerzo necesario para pensar y hablar excedía lo posible. Mis reacciones a sus comentarios no fueron pensamientos propiamente dichos sino más bien unidades completas de sentimiento, las cuales tenían todas las implicaciones de significado que suelo asociar con el pensamiento.
Susurró que era muy difícil emprender por uno mismo el camino hacia el nagual, y que yo había tenido en verdad una gran suerte al ser iniciado por la polilla y su canción. Dijo que, manteniendo el recuerdo del "llamado de la polilla", yo podía hacerlo volver en mi ayuda.
Tal vez sus palabras eran una sugerencia avasalladora, o bien rememoré aquel fenómeno perceptual que él llamaba el "llamado de la polilla", pues apenas hubo susurrado esas palabras, el extraordinario borboteo se hizo audible. Su riqueza tonal me hizo sentir dentro de una cámara de ecos. Al crecer el ruido en volumen o proximidad, detecté también, en un estado de entresueño, que algo se movía encima de los peñascos. El movimiento me produjo un susto tan intenso que de inmediato recobré mi claridad de conciencia. Mis ojos se enfocaron en los peñascos. ¡Don Genaro estaba sentado en uno de ellos! Sus pies pendían, y con los talones martillaba la roca, produciendo un sonido rítmico que parecía sincronizado con el "llamado de la polilla". Sonrió y agitó la mano saludándome. Quise pensar racionalmente, Tuve la sensación, el deseo de averiguar cómo llegó él allí, o cómo lo vi en ese sitio, pero no podía convocar a mi razón en modo alguno. Lo único posible, bajo las circunstancias, era mirarlo ahí sentado, sonriente, agitando la mano.
Tras un instante pareció disponerse a bajar deslizándose por el redondeado peñasco. Lo vi tensar las piernas, preparar los pies para aterrizar en el duro suelo, y arquear la espalda, hasta casi tocar la superficie de la roca, con el fin de ganar

impulso de deslizamiento. Pero a medio descenso su cuerpo se detuvo. Tuve la impresión de que se había atorado. Pataleó dos o tres veces con ambas piernas como si flotara en el agua. Parecía querer soltarse de algo que lo tenía asido por el asiento-de sus pantalones. Frenéticamente se frotó con ambas manos las caderas. Me daba la impresión de hallarse dolorosamente atrapado. Quise correr a ayudarlo, pero don Juan me retuvo por el brazo y lo oí decir, medio ahogado de risa:

-¡Obsérvalo! ¡Obsérvalo!

Don Genaro pataleó, contrajo el cuerpo y se retorció de lado a lado como si aflojara un clavo; luego oí un fuerte tronido y se deslizó, o fue arrojado, hasta donde don Juan y yo nos hallábamos. Aterrizó de pie, a metro y medio de mí. Se frotó las nalgas y saltó repetidas veces en una danza de dolor, gritando obscenidades.

-La piedra no quería dejarme ir y me agarró por el culo -me dijo en tono de mansedumbre.

Experimenté una sensación de alegría sin igual. Reí con fuerza. Noté que mi regocijo era equiparable a mi claridad mental. Me hallaba sumergido en un estado de gran perceptividad. Todo cuanto me rodeaba era claro y cristalino. Antes había estado soñoliento o distraído a causa de mi silencio interno. Pero luego, algo en la súbita aparición de don Genaro había creado un estado de suma lucidez.

Don Genaro continuó frotándose las nalgas y saltando durante un rato más; luego cojeó hasta mi coche, abrió la puerta y subió con dificultad al asiento trasero.

Automáticamente me volví para hablar con don Juan. No lo vi en ninguna parte. Empecé a llamarlo en voz alta. Don Genaro salió del coche y se puso a correr en círculos, gritando también el nombre de don Juan en un tono chillón y frenético. Sólo entonces, al observarlo, me di cuenta de que me remedaba. Yo había tenido tal ataque de miedo al verme a solas con don Genaro, que inconscientemente corrí tres o cuatro veces en torno al coche, gritando el nombre de don Juan.

Don Genaro dijo que teníamos que recoger a Pablito y Néstor, y que don Juan nos estaría esperando en algún punto del camino.

Habiendo superado mi susto inicial, le dije que me alegraba de verlo. Hizo bromas sobre mi reacción. Dijo que don Juan no era como un padre para mí, sino más bien como una madre. Hilvanó graciosas observaciones y juegos de palabras sobre "madres". Yo reía tanto que no me había dado cuenta de que habíamos llegado a casa de Pablito. Don Genaro me indicó parar y bajó del coche. Pablito estaba parado junto a la puerta de su casa. Vino corriendo y subió en el coche para sentarse a mi lado.

-Vamos por Néstor -dijo como si tuviera prisa.

Me volví en busca de don Genaro. No estaba. Pablito, en tono suplicante, me instó a apresurarme.

Fuimos a casa de Néstor. También él esperaba junto a la puerta. Bajamos del coche. Sentí que los dos sabían qué cosa pasaba.

-¿A dónde vamos? -pregunté.

-¿No te dijo Genaro? -preguntó a su vez Pablito, incrédulo.

Les aseguré que ni don Juan ni don Genaro me habían mencionado nada.

-Vamos a un sitio de poder -dijo Pablito.

-¿Qué vamos a hacer allí? -pregunté.

Ambos dijeron al unísono que no sabían. Néstor añadió que don Genaro le había dicho que me guiara al sitio.

-¿Veniste de casa de Genaro? -preguntó Pablito.

Repuse que había estado con don Juan y que hallamos a don Genaro en el camino y don Juan me dejó con él.

-¿A dónde fue don Genaro? -pregunté a Pablito.

Pero Pablito no supo de qué hablaba yo. No había visto a don Genaro en mi coche.

-Fue conmigo a tu casa -dijo.

-Creo que traías al nagual en tu coche -dijo Néstor, asustado.

No quiso ir en la parte trasera y se hizo caber junto a Pablito y a mí en el asiento de adelante.

Viajamos en silencio, a excepción de las breves órdenes que Néstor daba para indicar el camino.
Quise pensar en los sucesos de esa mañana, pero de algún modo sabía que cualquier intento de explicarlos era una infructuosa entrega de mi parte. Traté de trabar conversación con Néstor y Pablito; dijeron que dentro del coche iban demasiado nerviosos y no podían hablar. Disfruté su cándida respuesta y no los presioné ya.
Más de una hora después, dejamos el coche en un ramal y ascendimos la ladera de una abrupta montaña. Caminamos en silencio otra hora o algo así, con Néstor a la cabeza, y nos detuvimos al pie de un enorme acantilado, casi vertical, de unos sesenta metros de altura. Con ojos entrecerrados, Néstor escudriñó el suelo, buscando un sitio adecuado donde sentarnos. Tuve la penosa conciencia de que se conducía con torpeza. Pablito, que se hallaba junto a mí, pareció varias veces a punto de adelantarse y corregirlo, pero se contenía y se relajaba. Finalmente, tras un titubeo momentáneo, Néstor eligió un sitio. Pablito suspiró aliviado. Supe que el sitio elegido por Néstor era el correcto, pero ignoraba cómo lo supe. Me envolví en el seudoproblema de imaginar qué sitio habría yo escogido de haber ido guiándolos. Pablito, obviamente, se daba cuenta de lo que yo hacía.
-No puedes hacer eso -me susurró.
Reí apenado, como si me hubiera sorprendido en algún acto ilícito. Riendo, Pablito dijo que don Genaro siempre caminaba con ellos dos por las montañas y los turnaba en el papel de guía; así, él sabía que no había manera de imaginar cuál habría sido la propia elección.
-Genaro dice que la razón por la que uno no puede hacer eso, es porque sólo hay decisiones bien hechas o decisiones mal hechas. Si es una decisión mal hecha tu cuerpo lo sabe, y también el cuerpo de los demás; pero si es una decisión bien hecha, el cuerpo lo sabe y descansa y se olvida rapidísimo de que hubo una decisión. Vuelves a cargar tu cuerpo, ves, como una escopeta, para la siguiente decisión. Si quieres usar otra vez tu cuerpo para hacer la misma decisión, no funciona.
Néstor me miró; aparentemente le daba curiosidad el que yo tomase notas. Asintió como para secundar a Pablito y luego sonrió por vez primera. Dos de sus dientes superiores estaban chuecos. Pablito explicó que Néstor no era malo ni sombrío; sus dientes lo apenaban y ésa era la razón de que nunca sonriera. Néstor rió, tapándose la boca. Le dije que podía mandarlo con un dentista para que le enderezara los dientes. Creyeron que mi sugerencia era un chiste y rieron como niños.
-Genaro dice que él solo tiene que vencer la vergüenza dijo Pablito-. Además, Genaro dice que tiene suerte; mientras que todo el mundo muerde del mismo modo, Néstor puede partir un hueso a lo largo con sus dientotes chuecos, y si te muerde un dedo te puede hacer un agujero, como un clavo.
Néstor abrió la boca y me enseñó los dientes. El incisivo y el canino izquierdos habían crecido de lado. Entrechocó los dientes, haciéndolos sonar, y gruñó como un perro. Fingió dos o tres tarascadas en mi dirección. Pablito rió.
Yo nunca había visto a Néstor tan contento. Las pocas veces que estuve antes con él, me daba la impresión de ser un hombre de edad madura. Mirándolo allí sentado, sonriendo con sus dientes chuecos, me maravilló su apariencia juvenil. Parecía tener poco más de veinte años.
Pablito nuevamente leyó a la perfección mis pensamientos.
-Está perdiendo la importancia -dijo-. Por eso se ve más joven.
Néstor asintió y, sin decir palabra, soltó un sonoro pedo. Sobresaltado, dejé caer mi lápiz.
Pablito y Néstor casi se mueren de risa. Cuando se hubieron calmado, Néstor vino a mi lado y me mostró un aparato hecho en casa, que producía un sonido peculiar al ser aplastado con la mano. Explicó que don Genaro le había enseñado a hacerlo. Tenía un fuelle diminuto, y el vibrador

podía ser cualquier clase de hoja que se colocara en una ranura entre las dos piezas de madera que eran los compresores. Néstor dijo que el tipo de sonido producido dependía de la hoja que se usara como vibrador. Quiso que lo probara y me mostró cómo aplastar los compresores para producir cierto sonido, y cómo abrirlos para producir otro.

-¿Para qué te sirve? -pregunté.

Ambos cruzaron una mirada.

-Es su cazador de espíritus, pendejo -dijo Pablito, cortante.

Su tono era malhumorado, pero sonreía amistosamente. Ambos eran una mezcla extraña e inquietante de don Genaro y don Juan.

Me absorbió un horrible pensamiento. ¿Estaban don Juan y don Genaro jugándome una treta? Tuve un momento de supremo terror. Pero algo cedió dentro de mi estómago e inmediatamente me calmé de nuevo. Supe que Pablito y Néstor usaban a don Genaro y don Juan como modelos de conducta. Yo mismo había descubierto que cada vez me portaba más como ellos.

Pablito dijo que Néstor era afortunado por tener un cazador de espíritus y que él mismo carecía de uno.

-¿Qué vamos a hacer aquí? -pregunté a Pablito.

Néstor respondió como si me hubiera dirigido a él.

-Genaro me dijo que esperáramos aquí, y que mientras esperamos debemos reírnos y divertirnos -dijo.

-¿Cuánto crees que tendremos que esperar? -pregunté.

No respondió; meneó la cabeza y miró a Pablito como preguntándole a él.

-Yo tampoco sé -dijo Pablito.

Iniciamos entonces una animada conversación sobre las hermanas de Pablito, que duró hasta que Néstor, bromeando, dijo que la mayor tenía una mirada tan maligna que mataba los piojos con sólo verlos. Pablito, añadió, le tenía miedo porque era tan fuerte que una vez, en un arrebato de ira, le arrancó un puñado de cabellos como quien despluma a un pollo.

Pablito concedió que su hermana mayor había sido una bestia, pero que el nagual la había metido en cintura. Cuando me contó la historia, me di cuenta de que Pablito y Néstor nunca mencionaban el nombre de don Juan, sino que se referían a él como el nagual. Al parecer, don Juan había intervenido en la vida de Pablito para obligar a todas sus hermanas a llevar una vida más armoniosa. Pablito dijo que, cuando el nagual acabó con ellas, quedaron hechas unas santas.

La conversación duró hasta después que se había puesto el sol. Néstor la interrumpió súbitamente y quiso saber qué hacía yo con mis notas. Les expliqué mi trabajo. Tuve la extraña sensación de que se interesaban verdaderamente en lo que yo decía, y terminé hablando de antropología y filosofía. Me sentí ridículo y quise parar, pero me hallaba inmerso en mi explicación e incapaz de interrumpirla. Tuve la sensación inquietante de que los dos, como equipo, me forzaban de alguna manera a ese largo discurso. Tenían los ojos fijos en mí. No parecían aburridos ni, cansados.

Me encontraba a la mitad de un comentario cuando oí el leve sonido del "llamado de la polilla". Mi cuerpo se tensó y mi frase quedó inconclusa.

-El nagual está aquí -dije maquinalmente.

Néstor y Pablito cruzaron una mirada que me pareció de terror puro y, saltando a mi lado, me flanquearon. Tenían la boca abierta. Parecían niños asustados.

Tuve entonces una inconcebible experiencia sensorial. Mi oreja izquierda empezó amoverse. Sentí como si se agitara por sí sola. Prácticamente volteó mi cabeza en un semicírculo, hasta que me hallé encarando lo que creía el oriente. Mi cabeza se inclinó levemente a la derecha; en esa posición me era posible detectar el rico sonido barbotante del "llamado de la polilla". Sonaba lejano, hacia el noreste. Una vez que establecí la dirección, mi oído registró una increíble cantidad de sonidos. Sin embargo, yo no tenía manera de saber si eran recuerdos de sonidos escuchados an-

tes, o sonidos reales que se producían en esos momentos.
El sitio en que nos hallábamos era la áspera ladera occidental de una cordillera. Hacia el noreste había arboledas y conglomerados de arbustos montañeses. Mi oído pareció captar el sonido de algo pesado que se movía sobre las rocas, procedente de esa dirección.
Néstor y Pablito respondían a mis acciones, o bien escuchaban los mismos sonidos. Me habría gustado preguntárselos, pero no me atrevía; o tal vez me era imposible interrumpir mi concentración.
Cuando el sonido se hizo más fuerte y más próximo, Néstor y Pablito se acurrucaron contra mis flancos. Néstor parecía el más afectado; su cuerpo temblaba fuera de control. En determinado momento, mi brazo izquierdo empezó a sacudirse; se alzó sin volición mía hasta que estuvo casi al nivel de mi rostro, y luego señaló un área de arbustos. Oí un sonido vibratorio o un rugido; era un sonido familiar para mí. Lo había oído años antes bajo la influencia de una planta psicotrópica. Discerní en los arbustos una gigantesca figura negra. Era como si los arbustos mismos se hubieran oscurecido gradualmente hasta producir una ominosa negrura. No tenía forma definida pero se movía. Parecía alentar. Oí un chillido escalofriante, que se mezcló a los gritos aterrados de Néstor y Pablito; y los arbustos, o la masa negra en la que se habían trocado, volaron hacia nosotros.
No pude mantener la ecuanimidad. De algún modo, algo en mí cedió. La masa se cirnió sobre nosotros, y luego nos tragó. La luz en torno se hizo opaca. Era como si el sol se hubiese ocultado. O como si de pronto llegara el crepúsculo. Serio las cabezas de Néstor y Pablito bajo mis axilas; hice bajar los brazos -en un inconsciente movimiento protector y caí, girando hacia atrás.
Pero no llegué a tocar el suelo rocoso, pues un instante después me hallé de pie flanqueado por Pablito y Néstor. Ambos, aunque más altos que yo, parecían haberse encogido; con las piernas y la espalda arqueadas, disminuían su estatura al grado de caber bajo mis brazos.
Don Juan y don Genaro estaban de pie frente a nosotros. Los ojos de don Genaro brillaban como los de un felino en la noche. Los ojos de don Juan tenían el mismo brillo. Yo nunca había visto así n don Juan. Era en verdad imponente. Más aun que don Genaro. Se veía más joven y más fuerte que de costumbre. Mirando a los dos, tuve el sentimiento enloquecedor de que no eran hombres como yo.
Pablito y Néstor gemían quedamente. Entonces don Genaro dijo que éramos la imagen de la Trinidad. Yo era el Padre, Pablito el Hijo y Néstor el Espíritu Santo. Don Juan y don Genaro rieron en tono resonante. Pablito y Néstor sonrieron mansamente.
Don Genaro dijo que debíamos desenredarnos, porque los abrazos sólo eran permisibles entre hombres Y mujeres, o entre un hombre y su burro.
Noté entonces que me hallaba en el mismo sitio que antes; obviamente, no había girado hacia atrás, como me pareció. De hecho, Néstor y Pablito estaban también en los mismos sitios.
Don Genaro hizo un seña con la cabeza a Pablito y Néstor. Don Juan me indicó seguirlos. Néstor tomó la guía y me señaló un sitio donde sentarme, y otro para Pablito. Formamos una línea recta, a unos cincuenta metros del sitio donde don Juan y don Genaro se erguían inmóviles al pie del acantilado. Mis ojos, fijos en ellos, se desenfocaron involuntariamente. Supe que bizqueaba, pues veía cuatro personas. Luego la imagen de don Juan en el ojo izquierdo se superpuso a la de don Genaro en el derecho; el resultado de la fusión fue un ser iridiscente parado entre don Juan y don Genaro. N o era un hombre como suelo verlos. Más bien era una bola de fuego blanco, cubierta por algo como fibras de luz. Sacudí la cabeza; se disipó la doble imagen, y sin embargo persistió la visión de don Juan y don Genaro como seres luminosos. Yo veía dos extraños objetos alargados, hechos de luz. Parecían

balones blancos, iridiscentes, con fibras, y las fibras tenían luz propia.
Los dos seres luminosos se estremecieron; vi temblar sus fibras, y luego desaparecieron como una exhalación. Los jaló un largo filamento, un hilo de araña que parecía surgido de la cima del acantilado. La sensación que tuve fue la de que un largo rayo de luz, o una línea luminosa, había bajado de la roca para alzarlos. Percibí la secuencia con los ojos y con el cuerpo.
También podía advertir enormes disparidades en mi modo de percepción, pero me resultaba imposible especular sobre ellas como ordinariamente habría hecho. Así, tenía conciencia de estar mirando directamente hacia la base del acantilado, y sin embargo veía a don Juan y don Genaro en la cima, como si hubiese alzado la cara en un ángulo de cuarenta y cinco grados.
Quise tener miedo, acaso cubrirme el rostro y llorar, o hacer cualquier otra cosa dentro de mi gama normal de reacciones. Pero parecía hallarme trabado. Mis deseos no eran pensamientos, tal como los conozco; por tanto, no podían evocar la respuesta emocional que yo estaba acostumbrado a despertar en mí mismo.

Don Juan y don Genaro se desplomaron al suelo. Sentí que lo habían hecho a juzgar por la consumante sensación de caída que experimenté en el estómago.
Don Genaro permaneció donde había aterrizado, pero don Juan vino a nosotros y tomó asiento detrás de mí, a mi derecha. Néstor se agazapaba con las piernas contra el estómago; reposaba la barbilla en las palmas dé las manos; sus antebrazos, apoyados contra los muslos, servían de soportes. Pablito estaba sentado con el cuerpo ligeramente hacia adelante y las manos contra el estómago. Advertí entonces que yo había cruzado los antebrazos sobre la región umbilical, y que asía la piel de mis flancos. Me había agarrado con tal fuerza que tenía los flancos adoloridos.
Don Juan habló en un murmullo seco, dirigiéndose a todos nosotros.
-Deben fijar la vista en el nagual -dijo-. Todos los pensamientos y las palabras deben borrarse.
Lo repitió cinco o seis veces. Su voz era extraña, desconocida para mí; me daba la sensación concreta de las escamas en la piel de una lagartija. Este símil era un sentimiento, no un pensamiento consciente. Cada una de sus palabras se desprendía como una escama; tenían un ritmo extraño; eran ahogadas, secas, como una tos suave; un murmullo rítmico hecho mando.
Don Genaro estaba inmóvil. Al mirarlo no pude mantener mi conversión de imagen, y crucé los ojos involuntariamente. Entonces volví a notar una extraña luminosidad en el cuerpo de don Genaro. Mis ojos empezaban a cerrarse, o a rasgarse. Don Juan acudió a mi rescate. Lo oí dar la orden de no cruzar los ojos. Sentí un golpe suave en la cabeza. Al parecer me había pegado con una piedrecilla. Vi la piedra rebotar un par de veces sobre las rocas cercanas. También debe haber golpeado a Néstor y a Pablito; oí el rebote de otras piedras en las rocas.
Don Genaro adoptó una extraña postura de danza. Dobló las rodillas, extendió los brazos a los lados, estiró los dedos. Parecía a punto de girar; -de hecho, dio una media vuelta y luego fue jalado hacia arriba. Tuve la clara percepción de que el hilo de una oruga gigante había alzado su cuerpo hasta la cima del acantilado. Mi percepción del movimiento ascendente fue una extraña mezcla de sensaciones visuales y corpóreas. Medio vi, medio sentí su vuelo vertical. Había algo que se veía o se sentía como una línea o un hilo casi imperceptible de luz, y que lo jalaba. No presencié su vuelo en el sentido en el que seguiría con los ojos a un ave. No hubo secuencia lineal en el movimiento. No tuve que alzar la cabeza para mantenerlo dentro de mi campo visual. Vi la línea jalarlo, luego sentí su movimiento en mi cuerpo, o con mi cuerpo; y en el instante siguiente se hallaba encima del acantilado, a decenas de metros de altura.
Tras unos minutos se desplomó. Sentí su Caída y gruñí involuntariamente.
Don Genaro repitió su hazaña tres ve-

ces más. En cada ocasión, mi percepción se entonó. Durante su último salto, pude claramente distinguir, una serie de líneas que emanaban de su parte media, y supe cuándo estaba a punto de ascender y descender, juzgando por la forma en que las líneas de su cuerpo se movían. Cuando estaba a punto de saltar hacia arriba, las líneas se tendían en esa dirección; al contrario, cuando se disponía a saltar hacia abajo, las líneas se tendían hacia afuera y en descenso.

Después de su cuarto salto, don Genaro vino a nosotros y tomó asiento detrás de Pablito y Néstor. Luego don Juan pasó al frente y se paró donde don Genaro estuvo. Quedó inmóvil un rato. Don Genaro dio breves instrucciones a Pablito y Néstor. No entendí lo que había dicho. Mirándolos, vi que cada uno recogía una piedra y la colocaba contra su región umbilical. Me preguntaba si yo también debía hacerlo, cuando don Genaro me dijo que la precaución no se aplicaba en mi caso, pero que sin embargo tuviera una piedra a la mano, por si me enfermaba. Echó hacia adelante la quijada para indicarme mirar a don Juan Y luego dijo algo ininteligible; lo repitió y, aunque no comprendí las palabras, supe qué era más o menos la misma fórmula que don Juan había pronunciado. Las palabras no importaban en realidad; era, el ritmo, la sequedad del tono, la cualidad de tosido. Tuve la certeza de que el lenguaje empleado por don Genaro, fuera el que fuese, resultaba más adecuado que el español para el ritmo en staccato. Don Juan hizo exactamente lo que don Genaro había hecho en un principio, pero luego, en vez de saltar hacia arriba, giró como un gimnasta sobre su propio eje. En mi semiconciencia, esperé que aterrizara de nuevo sobre sus pies. Nunca lo hizo. Su cuerpo siguió dando vueltas a poca distancia del suelo. Los círculos eran muy rápidos al principio, luego se hicieron más lentos. Desde donde me hallaba, pude ver que el cuerpo de don Juan colgaba, como el de don Genaro, de un hilo de luz. Giraba despacio como para permitirnos verlo con detenimiento. Luego empezó a ascender; ganó altura hasta alcanzar la cima del acantilado. Flotaba como carente de peso. Sus vueltas despaciosas evocaban la imagen de un astronauta en el espacio, en estado de ingravidez.

Me mareé de observarlo. Mi sensación de malestar pareció darle impulso; empezó a girar con mayor rapidez. Se apartó del acantilado y, conforme ganaba velocidad, me enfermé verdaderamente. Cogí la piedra y la puse sobre mi estómago. La apreté contra mi cuerpo lo más que pude. Su contacto me calmó un poco. La acción de tomar la piedra y apretarla me había permitido un descanso momentáneo. Aunque no aparté los ojos de don Juan, mi concentración se interrumpió. Antes de procurar la piedra sentía que la velocidad ganada por el cuerpo flotante emborronaba su forma; parecía un disco giratorio y luego una luz en rotación. Cuando tuve la roca contra el cuerpo, su velocidad menguó; parecía un sombrero flotando en el aire, un volador que oscilaba hacia adelante y hacia atrás.

El movimiento del volador fue todavía más perturbador. Mi malestar se hizo incontrolable. Oí un aletear de pájaro, y tras un momento de incertidumbre supe que el acontecimiento había concluido.

Me sentía tan enfermo y exhausto que me tendí a dormir. Debo haber dormitado un rato. Abrí los ojos cuando alguien sacudió mi brazo. Era Pablito. En tono frenético, me decía que no podía dormirme, pues si lo hacía todos moriríamos. Insistió en que debíamos irnos en el acto, aunque fuera a gatas. También él parecía físicamente exhausto. De hecho, tuve la idea de que pasáramos allí la noche. El prospecto de caminara oscuras hasta el coche me parecía espantable. Traté de convencer a Pablito, cuyo frenesí crecía. Néstor se hallaba tan mal que la indiferencia lo dominaba.

Pablito se sentó, desesperado por entero. Hice un esfuerzo por organizar mis ideas. Ya había oscurecido, aunque todavía había suficiente luz para discernir las rocas en torno. La quietud era exquisita y

confortante. Yo disfrutaba sin reservas el momento, pero de pronto mi cuerpo saltó; oí el sonido distante de una rama quebrada. Maquinalmente encaré a Pablito. Él parecía saber lo que me ocurría. Tomamos a Néstor por los sobacos y lo levantamos. Corrimos, arrastrándolo. Al parecer sólo él conocía el camino. Nos daba breves órdenes de tiempo en tiempo.
Yo no me preocupaba por lo que hacíamos: Enfocaba mi atención en mi oído izquierdo, que parecía ser una unidad independiente del resto de mi persona. Algún sentimiento me forzaba a detenerme cada determinado tramo para reconocer el entorno con mi oído. Sabia que algo iba siguiéndonos. Era algo masivo; aplastaba las piedras al avanzar.
Néstor recobró en cierta medida la compostura y caminó por sí mismo, asiendo ocasionalmente el brazo de Pablito.
Llegamos a una arboleda. La oscuridad era ya total. Oí un sonido repentino y extremadamente fuerte. Era como el chasquido de un látigo monstruoso que azotara la copa de los árboles. Sentí sobre nuestras cabezas el escarceo de una ola de alguna especie.
Pablito y Néstor gritaron y salieron de allí a toda velocidad. Quise detenerlos. No estaba seguro de poder correr en las tinieblas. Pero en aquel instante oí y sentí una serie de pesadas exhalaciones justamente atrás de mí. El susto fue indescriptible.
Los tres corrimos juntos hasta llegar al coche. Néstor nos guió en alguna forma desconocida.
Pensé dejarlos en sus casas e irme a un hotel en el pueblo. No habría ido a casa de don Genaro por nada del mundo. Pero Néstor no quería dejar el coche, ni Pablito ni yo tampoco. Terminamos en casa de Pablito. Mandó a Néstor a comprar cerveza y refrescos de cola mientras su madre y sus hermanas nos preparaban de comer. Néstor, bromeando; preguntó si la hermana mayor no lo acompañaría, por si acaso lo atacaran perros o borrachos. Pablito rió y me dijo que le habían confiado a Néstor.
-¿Quién te lo confió? -pregunté.
-¡El poder, por supuesto! -repuso-. En otro tiempo Néstor era mayor que yo, pero Genaro le hizo algo y ahora es mucho más joven. Tú te diste cuenta, ¿no?
-¿Qué le hizo don Genaro? -pregunté.
-Ya sabes, lo volvió niño otra vez. Era demasiado importante y pesado. Ya se habría muerto si no lo vuelven más joven.
Había en Pablito algo verdaderamente cándido y encantador. La sencillez de su explicación me avasallaba. Néstor había en verdad rejuvenecido; no sólo se veía más joven, sino que actuaba como un niño inocente. Supe sin la menor duda que así se sentía.
-Yo lo cuido -prosiguió Pablito-. Genaro dice que es un honor cuidar a un guerrero. Néstor es un magnífico guerrero.
Sus ojos brillaban, como los de don Genaro. Me dio vigorosas palmadas en la espalda y rió.
-Deséale el bien, Carlitos -dijo-. Deséale el bien.
Me sentía muy fatigado. Tuve un extraño brote de tristeza alegre. Le dije que venía de un sitio donde rara vez, si acaso, se deseaba el bien.
-Yo lo sé -dijo-. Lo mismo me pasaba a mí. Pero ahora soy un guerrero y ya puedo desear el bien.

LA ESTRATEGIA DE UN BRUJO

Don Juan estaba en casa de don Genaro cuando llegué allí al declinar la mañana. Lo saludé.
-Oye, ¿qué te pasó? Genaro y yo te esperamos toda la noche -dijo.
Supe que bromeaba. Me sentía ligero y contento. Me había rehusado sistemáticamente a ponderar lo atestiguado el día anterior. En ese momento, sin embargo, mi curiosidad era incontrolable y lo interrogué al respecto.
-Ah, esa fue nada más que una demostración de todas las cosas que debes saber antes de recibir la explicación de los brujos -dijo-. Lo que hiciste ayer le dio a Genaro la impresión de que has juntado poder suficiente para entrarle a lo de verdad. Por lo que se ve, has seguido sus indicaciones.

Ayer dejaste que las alas de tu percepción se abrieran. Estabas tieso, pero aun así percibiste todas las idas y venidas del nagual; en otras palabras, viste. También confirmaste algo que en este momento es todavía más importante que ver, y eso fue el hecho de que ya puedes poner tu atención entera en el nagual. Y eso es lo que decidirá el resultado del último asunto, la explicación de los brujos.

"Pablito y tú la recibirán al mismo tiempo. Es un obsequio del poder el ser acompañado por un guerrero tan excelente."

Al parecer no quería decir nada más. Tras un rato, pregunté por don Genaro.

-Anda por ahí -dijo-. Fue al matorral a hacer temblar a las montañas.

Oí en ese momento un rumor lejano, como trueno sofocado.

Don Juan me miró y se echó a reír.

Me hizo tomar asiento y preguntó si había comido. Al responderle afirmativamente, me entregó mi cuaderno y me guió al sitio favorito de don Genaro, una gran roca en el lado occidental de la casa, mirando a una honda cañada.

-Ahora es cuando necesito toda tu atención -dijo don Juan-. Atención en el sentido en que los guerreros la entienden: una verdadera pausa, para dejar que la explicación de los brujos te empape por entero. Estamos al final de nuestra labor; toda la instrucción necesaria te ha sido dada y ahora debes detenerte, volver la vista y reconsiderar tus pasos. Los brujos dicen que éste es el único modo de consolidar lo ganado: Yo habría preferido decirte todo esto en tu propio sitio de poder, pero Genaro es tu benefactor y tal vez su sitio te resulte más benéfico en un caso como éste.

Lo que llamaba mi "sitio de poder" era la cumbre de un cerro en el desierto norte de México; él me la había mostrado años antes y me la había "dado" como propia.

-¿Debo escucharlo nada más, sin tomar notas? -pregunté.

-Ésta es de veras una maniobra peliaguda -dijo-. Por una parte, necesito toda tu atención, y por otra, necesitas tener calma y confianza en tus propias fuerzas. La única forma de que estés calmado es escribiendo, de modo que éste es el momento de echar mano de todo tu poder personal y cumplir esta imposible tarea de ser lo que eres sin ser lo que eres.

Se dio una palmada en el muslo y rió.

-Ya te he dicho que estoy a cargo de tu tonal y que Genaro está a cargo de tu nagual -prosiguió-. Mi deber ha sido ayudarte en todos los asuntos concernientes a tu tonal y todo cuanto te he hecho o he hecho contigo ha sido a fin de cumplir una sola tarea, la tarea de limpiar y reordenar tu isla del tonal. Ése es mi trabajo como tú maestro. La tarea de Genaro como tu benefactor, es darte demostraciones innegables del nagual y enseñarte cómo llegar a él.

-¿Qué quiere usted decir con limpiar y reordenar la isla del tonal? -pregunté.

-Quiero decir el cambio total del que te he hablado desde el primer día que nos vimos -dijo-. Te he dicho incontables veces que necesitabas un cambio drástico si querías triunfar en el camino del conocimiento. Este cambio no es un cambio de ánimo, o de actitud, o de lo que uno espera en la vida; ese cambio implica la transformación de la isla del tonal. Tú has cumplido con esa tarea.

-¿Cree usted que he cambiado? -pregunté.

Tras un titubeo, soltó la carcajada.

-Eres el mismo idiota de siempre -dijo-. Y sin embargo no eres el mismo. ¿Ves lo qué quiero decir?

Se burló de mis anotaciones y dijo que echaba de menos a don Genaro, quien habría disfrutado el absurdo de que yo escribiera la explicación de los brujos.

-En este punto preciso del camino, un maestro le tiene que decir a su discípulo que han llegado a una encrucijada final -prosiguió-. Pero decirlo así no más es falso. En mi opinión no hay encrucijada final, ni paso final en ninguna cosa. Y como no hay paso final en nada, no debe haber secreto acerca de nada de lo que es nuestra suerte como seres luminosos. El poder personal decide quién puede y quién no puede sacar provecho de una revelación; la experiencia que tengo con mis semejan-

tes me ha mostrado que pocos, poquísimos de ellos estarían dispuestos a escuchar; y de los pocos que escuchan, menos aún estarían dispuestos a actuar de acuerdo a lo que han escuchado; y de aquellos que están dispuestos a actuar, menos aún tienen suficiente poder personal para sacar provecho de sus actos. Conque el asunto del secreto con respecto a la explicación de los brujos se reduce a una rutina, quizás una rutina tan vacía como cualquier otra.

"En todo caso, ya sabes ahora del tonal y del nagual, lo cual es el centro de la explicación de. los brujos. Saber de ellos parece ser totalmente inofensivo. Estamos aquí sentados, hablando inocentemente del tonal y del nagual como si esto sólo fuera un tema común de conversación. Tú escribes tranquilamente como lo has hecho durante años. El paisaje que nos rodea es una imagen de la quietud. Ha pasado el mediodía pero todavía no es tarde, el día es hermoso, las montañas que nos rodean nos han envuelto en un capullo protector. Uno no tiene que ser brujo para darse cuenta de que este sitio, que habla del poder y la impecabilidad de Genaro, es el escenario más adecuado para abrir la puerta; porque eso es lo que estoy haciendo este día: abrirte la puerta. Pero antes de aventurarnos más allá de este punto, es de justicia hacer una advertencia; el maestro debe hablar con fervor y advertir a su discípulo que la inocencia y la placidez de este momento son un espejismo, que hay un abismo sin fondo frente a él, y que una vez que la puerta se abre no hay manera de volverla a cerrar."

Calló unos instantes.

Me sentía ligero y contento; desde el sitio predilecto de don Genaro, tenía un panorama imponente. Don Juan estaba en lo cierto; el día y el paisaje eran más que hermosos. Quise preocuparme por sus admoniciones y advertencias, pero de algún modo la tranquilidad en torno impedía todos mis intentos, y me sorprendí deseando y esperando que estuviera hablando sólo de peligros metafóricos.

Súbitamente, don Juan habló de nuevo.

-Los años de duro entrenamiento son sólo una preparación para el devastador encuentro del guerrero con...

Hizo otra pausa, me miró achicando los ojos, y chasqueó la lengua.

-...con lo que fuera que está ahí, más allá de este punto dijo.

Le pedí explicar sus frases ominosas.

-La explicación de los brujos, que no parece en nada una explicación, es mortal -dijo-. Parece inofensiva y encantadora, pero apenas el guerrero se abre a ella, descarga un golpe que nadie puede parar.

Soltó una fuerte carcajada.

-Conque prepárate para lo peor, pero no te apures ni te asustes -prosiguió-. Ya no te queda más tiempo, y sin embargo te rodea la eternidad. ¡Qué paradoja para tu razón!

Don Juan se puso en pie. Limpió una depresión lisa, en forma de cuenco, y allí se sentó cómodamente, con la espalda contra la roca, mirando al noroeste. Me indicó otro sitio donde yo también podía sentarme con comodidad. Me hallé a su izquierda, también con la cara hacia el noroeste. La roca estaba tibia y me dio un sentimiento de serenidad, de protección. Era un día templado; un viento suave hacia agradable el calor, del sol vespertino. Me quité el sombrero, pero don Juan insistió en que lo tuviera puesto.

-Ahora estás mirando hacia tu propio sitio de poder -dijo-. Ése es un apoyo que tal vez te proteja. Hoy necesitas todos los apoyos que puedas usar. Tal vez tu sombrero sea otro de ellos.

-¿Por qué me lo advierte usted, don Juan? ¿Qué va a ocurrir realmente? -pregunté.

-Lo que ocurra aquí hoy dependerá de si tienes o no suficiente poder personal para enfocar tu atención entera en las alas de tu percepción -dijo.

Sus ojos relumbraban. Parecía más excitado de lo que yo jamás lo había visto. Me pareció que en su voz había algo insólito, acaso un nerviosismo desacostumbrado.

Dijo que la ocasión requería que allí mismo, en el sitio de predilección de mi benefactor, él recapitulara conmigo cada uno de los pasos que había tomado en su lu-

cha por ayudarme a limpiar y reordenar mi isla del tonal. Su recapitulación fue minuciosa y le llevó unas cinco horas. En forma brillante y clara, me dio un sucinto recuento de todo cuanto me había hecho desde el día en que nos conocimos. Fue como si un dique se rompiera. Sus revelaciones me tomaron por sorpresa. Yo me había acostumbrado a ser el tenaz inquisidor; por lo tanto, el hecho de que don Juan -quien siempre era la parte renuente- explicara de modo tan académico los puntos de su enseñanza, era tan asombroso como el de que vistiera traje en la ciudad de México. Su dominio del idioma, su exactitud dramática y su elección de palabras eran tan extraordinarios que yo no tenía modo de explicarlos racionalmente. Dijo que en momentos tales el maestro debía hablar en términos exclusivos a cada guerrero, que la forma en que me hablaba y la claridad de su explicación eran parte de su última treta, y que sólo al final tendría sentido para ml todo lo que él hacía. Habló sin parar, hasta concluir su recapitulación. Y yo escribí cuanto dijo, sin necesidad de ningún esfuerzo consciente.

-Empezaré por decirte que un maestro nunca busca aprendices y nadie puede solicitar las enseñanzas -dijo-. Lo que señala al aprendiz es siempre un augurio. El guerrero que esté en la posición de volverse maestro debe andar siempre despierto para así coger su centímetro cúbico de suerte. Yo te vi justo antes de que nos presentaran; tenías un tonal en buen estado, como aquella muchacha que encontramos en México: Después de verte aguardé, tal como hicimos con la muchacha aquella noche en el parque. La muchacha pasó sin prestarnos atención. Pero a ti te trajo hasta donde yo estaba, un hombre que salió corriendo después de decir babosadas. Tú te quedaste allí frente a mí, también diciendo babosadas. Supe que debía actuar con rapidez y engancharte; tú mismo habrías tenido que hacer algo por el estilo si aquella muchacha te hubiera hablado. Lo que hice fue agarrarte con mi voluntad.

Don Juan aludía al modo extraordinario en que me miró el día en que nos conocimos. Fijó en mí su vista y tuve una inexplicable sensación de vacuidad, o entorpecimiento. No pude hallar ninguna explicación lógica de mi reacción, y siempre he creído que después de nuestro primer encuentro volví a buscarlo sólo porque esa mirada me obsesionaba.

-Ése era el modo más rápido de engancharte -dijo-. Fue un golpe directo a tu tonal. Lo adormecí enfocando en él mi voluntad.

-¿Cómo lo hizo usted? -pregunté.

-La mirada del guerrero se coloca en el ojo derecho de la otra persona -dijo-. Y lo que hace es parar el diálogo interno; entonces el nagual se hace cargo. De allí el peligro de esa maniobra. Cada vez que el nagual prevalece, así sea nomás por un instante, no hay manera de describir la sensación que el cuerpo experimenta. Sé que has pasado horas sin fin tratando de aclarar lo que sentiste, y que hasta hoy no has podido. Pero yo logré lo que quería. Te enganché.

Le dije que aún recordaba cómo había fijado su vista en mí.

-La mirada en el ojo derecho no es fijar la vista -dijo-. Es más bien un agarrón duro que uno da a través del ojo de la otra persona. Es decir, uno agarra algo que hay detrás del ojo. Uno tiene la sensación física y real de estar agarrando algo con la voluntad.

Se rascó la cabeza echando el sombrero hacia adelante, sobre su rostro.

-Esto, naturalmente, es sólo una manera de decir -continuó-. Una manera de explicar sensaciones físicas extrañas.

Me ordenó dejar de escribir y mirarlo. Dijo que iba a "agarrar" gentilmente mi tonal con su "voluntad". La sensación que experimenté fue una repetición de la que tuve aquel primer día que nos vimos y en otras ocasiones en qué don Juan me había hecho sentir que sus ojos me tocaban físicamente.

-¿Pero cómo me hace usted sentir que me está tocando, don Juan? ¿Qué hace usted concretamente? -pregunté.

-No hay modo de describir con exactitud

lo que uno hace -dijo-. Algo sale de algún sitio abajo del estómago; ese algo posee dirección y puede enfocarse en cualquier cosa.
Nuevamente sentí que algo como unas pinzas suaves asía alguna parte indefinida de mi persona.
-Sólo funciona cuando el guerrero aprende a enfocar su voluntad -explicó don Juan tras apartar los ojos-. No hay manera de practicarlo; por eso no he recomendado ni animado su uso. En un momento dado en la vida del guerrero, ocurre simplemente. Nadie sabe cómo.
Calló un rato. Me sentía extremadamente aprensivo. Don Juan, de repente, habló de nuevo.
-El secreto está en el ojo izquierdo dijo-. Conforme un guerrero progresa en el camino del conocimiento, su ojo izquierdo puede coger cualquier cosa. Por lo general, el ojo izquierdo del guerrero tiene una apariencia extraña; a veces se queda bizco, o se hace más pequeño que el otro, o más grande, o diferente de algún modo.
Me miró y en son de broma fingió examinar mi ojo izquierdo. Meneó la cabeza simulando desaprobación y rió para sí.
-Una vez que el aprendiz ha sido enganchado empieza la instrucción -prosiguió-. El primer acto del maestro es introducir la idea de que el mundo que creemos ver es sólo una visión, una descripción del mundo. Cada esfuerzo del maestro se dirige a demostrar este punto al aprendiz. Pero aceptarlo parece ser una de las cosas más difíciles de hacer; estamos complacientemente atrapados en nuestra particular visión del mundo, que nos compele a sentirnos y a actuar como si supiéramos todo lo que hay que saber acerca del mundo. Un maestro, desde el primer acto que efectúa, se propone parar esa visión. Los brujos lo llaman parar el diálogo interno, y están convencidos de que esa técnica es la más importante que el aprendiz puede aprender.
"Para detener esa visión del mundo que uno ha tenido desde la cuna, no es suficiente el que uno simplemente tenga el deseo, o se haga la resolución. Uno necesita una tarea práctica; esa tarea se llama la forma correcta de andar. Parece una cosa inocente y sin sentido. Como todo lo que tiene poder en sí o de por sí, la forma correcta de andar no llama la atención. Tú la entendiste y la consideraste, al menos durante varios años, una manera curiosa de comportarse. No se te hizo claro, hasta hace muy poco, que era el modo más eficaz de parar tu diálogo interno."
-¿Cómo detiene la forma correcta de andar el diálogo interno? -pregunté.
-El andar en esa forma específica satura el tonal -dijo-. Lo inunda. Verás: la atención del tonal tiene que colocarse en sus creaciones. De hecho, esa atención es la que por principio de cuentas crea el orden del mundo; el tonal debe prestar atención a los elementos de su mundo con el fin de mantenerlo, y debe, sobre todo, sostener la visión del mundo como diálogo interno.
Dijo que la forma correcta de andar era un subterfugio. El guerrero, al curvar los dedos, llama la atención hacia sus brazos; luego, mirando sin enfocar cualquier punto directamente frente a él en el arco que empieza en las puntas de sus pies y termina sobre el horizonte, inunda literalmente a su tonal con información. El tonal, sin su relación de uno-a-uno con los elementos de su descripción, no podía hablar consigo mismo, y así uno llegaba al silencio.
Don Juan explicó que la posición de los dedos no importaba en absoluto, que la única consideración era llamar atención hacia los brazos poniendo los dedos en diversas posiciones desacostumbradas, y que lo importante era la forma en que los ojos, mantenidos fuera de foco, detectaban un enorme número de detalles del mundo sin tener claridad con respecto a ellos. Añadió que en tal estado los ojos podían captar detalles demasiado fugaces para la visión normal.
-Junto con la forma correcta de andar -prosiguió don Juan-, el maestro debe enseñar al aprendiz otra posibilidad, todavía más sutil: la posibilidad de actuar sin creer, sin esperar recompensa; de actuar

sólo por actuar. No exagero al decirte que el éxito de la empresa del maestro depende de lo bien y lo armoniosamente que guíe a su aprendiz en este aspecto específico.
Dije a don Juan que yo no recordaba ninguna ocasión en la que él hubiera discutido el "actuar sólo por actuar" como una técnica particular; todo cuanto recordaba eran sus comentarios constantes, pero divagados, al respecto.
Rió y dijo que su maniobra había sido tan hábil que se me había escapado hasta ese día. Luego me trajo a la memoria todas las tareas sin sentido que, bromeando, solía encomendarme cada vez que iba yo a su casa. Labores absurdas como acomodar la leña según cierto diseño, circundar la casa con una cadena continua de círculos concéntricos dibujados en el polvo con el dedo, barrer la basura de un sitio a otro, y así por el estilo. Las tareas incluían también actos que yo debía realizar por mí mismo en casa, tales como ponerme una gorra negra, o atar primero mi zapato derecho, o abrocharme el cinturón de derecha a izquierda.
La razón de que nunca las hubiera tomado más que en guasa era que él siempre me decía que las olvidara después de haberlas establecido como rutinas habituales.
Conforme él recapitulaba las tareas que me había dado, me di cuenta de que, al hacerme realizar rutinas sin sentido, había implantado en mi la idea de actuar sin esperar nada a cambio.
-Parar el diálogo interno es, sin embargo, la llave del mundo de los brujos -dijo-. El resto de las actividades son sólo apoyos; lo único que hacen es acelerar el efecto de parar el diálogo interno.
Dijo que había dos actividades o técnicas principales usadas para acelerar el cese del diálogo interno: borrar la historia personal y "soñar". Me recordó que, durante las primeras etapas de mi aprendizaje, me había dado cierto número de métodos específicos para cambiar mi "personalidad". Yo los puse en mis notas y los olvidé durante años, hasta advertir su importancia. Esos métodos parecían al principió recursos altamente idiosincrásicos para coaccionarme a modificar mi conducta.
Explicó que el arte del maestro consistía en desviar la atención del discípulo de los asuntos principales. Un agudo ejemplo de tal arte era el hecho de que hasta ese día yo no me había percatado de su treta para hacerme aprender ese punto de lo más crucial: actuar sin esperar recompensa.
Dijo que, en línea con aquella premisa, había centrado mi interés en la idea de "ver", que bien entendido era el acto de tratar directamente con el nagual, un acto que a su vez era el inevitable producto final de sus enseñanzas, pero una tarea inalcanzable como tarea en sí.
-¿Cuál fue el objeto de engañarme así? -pregunté.
-Los brujos están convencidos de que todos nosotros somos una bola de idiotas -dijo-. Nunca podemos abandonar voluntariamente nuestro control; por eso hay que engañarnos.
Su argumento era que al hacerme enfocar mi atención en una seudotarea, aprender a "ver", había logrado dos cosas. Primero, bosquejó el encuentro directo con el nagual, sin mencionarlo, y segundo, me llevó a considerar los verdaderos puntales de sus enseñanzas como asuntos sin consecuencia. El borrar la historia personal y el "soñar" nunca fueron para mi tan importantes como "ver". Yo los consideraba actividades muy divertidas. Incluso pensaba que eran las prácticas para las cuales yo tenía la mayor facilidad.
-La mayor facilidad -dijo, burlón, al oír mis comentarios-. Un maestro no debe dejar nada al azar. Te he dicho que tenías razón al sentir que te engañaban. El problema fue que estabas convencido de que el engaño se dirigía a embaucar a tu razón. Para mí, la treta consistía en distraer tu atención, o en atraparla según el caso.
Me miró achicando los ojos y señaló en torno con un amplio ademán.
-El secreto de todo esto está en la atención de uno -dijo.
-¿Qué quiere usted decir, don Juan?
-Todo esto existe sólo a causa de nuestra

atención. Este mismo peñasco donde estamos sentados es un peñasco porque hemos sido forzados a ponerle nuestra atención como peñasco.
Quise que explicara esa idea. Rió y me apuntó con un dedo acusador.
-Esto es una recapitulación -dijo-. Llegaremos a eso después.
Aseveró que gracias a su maniobra encubridora yo me interesé en borrar la historia personal y en "soñar". Dijo que el efecto de esas dos técnicas era ultimadamente devastador si se ejercitaban en su totalidad, y que entonces su preocupación fue la de todo maestro: no dejar que su discípulo hiciera nada que fuera a arrojarlo en la aberración y la morbidez.
-Borrar la historia personal y soñar deberían ser sólo una ayuda -dijo-. Lo que un aprendiz necesita para apuntalarse es la sobriedad y la fuerza. Por eso el maestro habla del camino del guerrero, o vivir como un guerrero. Ésa es la goma que pega todas las partes en el mundo de un brujo. El maestro debe forjarla y desarrollarla poco a poco. Sin la solidez y la serenidad del camino del guerrero no hay posibilidad de resistir la senda del conocimiento.
Don Juan dijo que aprender el camino del guerrero era una instancia en la que la atención del aprendiz debía atraparse más que desviarse, y que él atrapó mi atención sacándome de mis circunstancias ordinarias cada vez que yo iba a verlo. Nuestros andares por el desierto y las montañas fueron el medio de lograr eso.
La maniobra de alterar el contexto de mi mundo ordinario llevándome a excursiones y a cazar, era otra instancia de su sistema que yo había pasado por alto. El desarreglo del contexto significaba que yo no conocía las claves y tenía que enfocar la atención en todo cuanto don Juan hiciera.
-¡Qué truco! ¿Eh? -dijo, riendo.
Reí a mi vez, impresionado. Nunca había supuesto tal deliberación en él.
A continuación enumeró los pasos seguidos para guiar y atrapar mi atención. Al finalizar su recuento, añadió que el maestro debía tomar en cuenta la personalidad del aprendiz, y que en mi caso tuvo que actuar con cuidado, pues yo era violento y me habría resultado fácil matarme en un arranque de desesperación.
-Usted es un tipo terrible, don Juan -dije en broma, y él estalló en una enorme carcajada.

Explicó que, para ayudar a borrar la historia personal, se enseñaban otras tres técnicas: perder la importancia, asumir la responsabilidad, y usar a la muerte como consejera. La idea era que, sin el efecto benéfico de esas técnicas, el borrar la historia personal haría del aprendiz un individuo tornadizo, evasivo e innecesariamente dudoso de sí y de sus acciones.
Don Juan me pidió decirle cuál había sido, antes de hacerme aprendiz, mi reacción más natural en los momentos de tensión, frustración y desencanto. Dijo que su propia reacción había sido la ira. Le dije que la mía era la autocompasión.
-Aunque no te das cuenta de ello, tuviste que trabajar como loco para hacer de ése un sentimiento natural -dijo-. Para ahora, no hay manera de que recuerdes el inmenso esfuerzo que necesitaste para establecer eso como un detalle de tu isla. La compasión por ti mismo era el testigo de todo cuanto hacías. La llevabas en la punta de los dedos, lista para aconsejarte. El guerrero considera a la muerte un consejero más tratable, que también puede llevarse a ser el testigo de todo cuanto uno hace, igual que la compasión por ti mismo o la ira. Por lo visto, tras una lucha sin cuento aprendiste a tenerte lástima. Pero también puedes aprender, en la misma forma, a sentir tu fin inminente, y así puedes aprender a tener en la punta de los dedos la idea de tu muerte. Como consejero, la compasión por ti mismo no es nada comparada con la muerte.
Don Juan señaló entonces que había una aparente contradicción en la idea del cambio; por una parte, el mundo de los brujos pedía una transformación drástica, y por otra, la explicación de los brujos decía que la isla del tonal estaba completa y que ni

un solo elemento podía quitarse de ella. El cambio, pues, no significaba eliminar nada, sino más bien alterar el uso asignado a dichos elementos.

-La compasión por ti mismo, por ejemplo -dijo-. No hay manera de librarse de eso de una vez por todas; tiene un sitio y un carácter definidos en tu isla, una fachada definida que se puede identificar. Así; cada vez que se presenta la ocasión, la compasión por ti mismo se activa. Tiene historia. Si cambias entonces su fachada, habrás cambiado su sitio de prominencia.

Le pedí explicar el significado de sus metáforas, especialmente la idea de cambiar fachadas. Yo la entendía como, quizás, el acto teatral de interpretar más de un papel al mismo tiempo.

-La fachada se cambia alterando el uso de los elementos de la isla -replicó-. Tomemos de nuevo el tenerte lástima a ti mismo. Te era útil porque te sentías importante y digno de mejores condiciones, de mejor trato, o bien porque no deseabas asumir responsabilidad por aquello que te despertaba la compasión por ti mismo, o porque eras incapaz de hacer que la idea de tu muerte atestiguara tus actos y te aconsejara.

"Borrar la historia personal, y sus tres técnicas compañeras, son los medios que usa el brujo para cambiar la fachada de los elementos de la isla. Por ejemplo, al borrar tu historia personal, le quitaste el uso al tener lástima por ti mismo; para que la compasión por ti mismo funcionara tenías que sentirte importante, irresponsable, inmortal. Cuando esos sentimientos se alteraron en alguna forma, ya no te fue posible tenerte lástima.

"Lo mismo vale para todos los otros elementos que has cambiado en tu isla. Sin usar esas cuatro técnicas, jamás habrías logrado cambiarlos. Pero cambiar fachadas significa sólo que uno ha asignado un sitio secundario a un elemento antes importante. Tu compasión por ti mismo sigue siendo un detalle de tu isla; seguirá allí, relegada al segundo plano, igual que la idea de tu muerte, o tu humildad, o la responsabilidad de tus actos, estaban allí, sin usarse nunca."

Don Juan dijo que, una vez presentadas todas esas técnicas, el aprendiz llegaba a una encrucijada. Según su sensibilidad, hacía una de dos cosas. Tomaba en lo que valían las recomendaciones y los consejos de su maestro, actuando sin esperar recompensa, o bien tomaba todo como un chiste o una aberración.

Observé que, en mi propio caso, la palabra "técnicas" me había confundido. Siempre esperaba yo una serie de direcciones precisas, pero él sólo me daba vagas sugerencias, y yo había sido incapaz de tomarlas en serio o de actuar en concordancia con sus estipulaciones.

-Ése fue tu error dijo-. Entonces tuve que decidir si usar o no las plantas de poder. Podrías haber empleado esas cuatro técnicas para limpiar y reordenar tu isla del tonal. Te habrían llevado con el nagual. Pero no todos somos capaces de reaccionar a simples recomendaciones. Tú, y yo si a ésas vamos, necesitábamos otra cosa que nos sacudiera; necesitábamos esas plantas de poder.

En verdad, yo había tardado años en advertir la importancia de aquellas primeras sugerencias hechas por don Juan. El extraordinario efecto que las plantas psicotrópicas tuvieron sobre mí fue lo que me dio la idea de que su uso era el elemento clave en las enseñanzas. Me aferré a dicha convicción, y sólo en los años posteriores de mi aprendizaje caí en la cuenta de que las transformaciones y los descubrimientos significativos de los brujos siempre se realizaban en estados de sobriedad consciente.

-¿Qué habría pasado si yo hubiera tomado en serio sus recomendaciones? -pregunté.

-Habrías llegado al nagual -repuso.

-Pero ¿habría llegado al nagual sin tener benefactor?

-El poder da de acuerdo a tu impecabilidad -dijo-. Si hubieras empleado seriamente esas cuatro técnicas, habrías juntado suficiente poder personal para hallar un benefactor. Habrías sido impecable y el

poder habría abierto las vías necesarias. Ésa es la regla.
-¿Por qué no me dio usted más tiempo? -pregunté.
-Tuviste todo el tiempo que necesitabas -dijo-. El poder me mostró el camino. Una noche te di un acertijo que resolver; tenías que hallar tu sitio frente a la puerta de mi casa. Esa noche tú actuaste de maravilla, pero a la mala, y en la mañana te dormiste sobre una piedra muy especial que yo había puesto allí. El poder me mostró que había que empujarte sin misericordia para que hicieras algo.
-¿Me ayudaron las plantas de poder? -pregunté.
-Claro -dijo-. Te abrieron al detener tu visión del mundo. En este aspecto, las plantas de poder tienen el mismo efecto sobre el tonal que la forma correcta de andar. Ambas cosas lo inundan de información y fuerzan el diálogo interno a detenerse. Las plantas son excelentes para eso, pero muy costosas. Causan al cuerpo un daño incalculable. Ésa es su desventaja, sobre todo con la yerba del diablo.
-Si sabia usted que eran tan peligrosas, ¿por qué me dio tantas, y tantas veces? -pregunté.
Me aseguró que los detalles del procedimiento eran decididos por el poder mismo. Dijo que, si bien se suponía que las enseñanzas cubrieran los mismos asuntos en el caso de todo aprendiz, el orden era diferente para cada uno, y que él había recibido repetidas indicaciones de que yo necesitaba una gran cantidad de coerción para que me molestara en hacer cualquier cosa.
-Estaba yo tratando con un ser inmortal lleno de arrogancia que no tenía respeto por su vida ni por su muerte -dijo, riendo.
Mencioné el hecho de que él había descrito y discutido aquellas plantas en términos de cualidades antropomórficas. Sus referencias a ellas sugerían invariablemente que las plantas poseían personalidad. Replicó que ése era un medio prescrito para desviar la atención del aprendiz del verdadero propósito, que era detener el diálogo interno.
-Si sólo se usan para detener el diálogo interno, ¿cuál es su conexión con el aliado? -pregunté.
-Eso es un punto difícil de explicar -dijo-. Esas plantas llevan al aprendiz directamente al nagual, y el aliado es un aspecto del nagual. Funcionamos exclusivamente en el centro de la razón, sin importar quiénes somos ni de dónde venimos. La razón puede naturalmente responder en una u otra forma por todo lo que ocurre dentro de su visión del mundo. El aliado es algo que se halla fuera de esa visión, fuera del terreno de la razón. El aliado se puede atestiguar solamente en el centro de la voluntad en momentos en que nuestra visión ordinaria se ha parado, por ello, el aliado es propiamente el nagual. Los brujos, sin embargo, pueden aprender a percibir el aliado en una forma de lo más intrincada, y al hacerlo así, se meten demasiado adentro en una nueva visión. Así que, para protegerte de ese destino, yo no recalqué el aliado como los brujos lo hacen. Tras generaciones de usar plantas de poder, los brujos han aprendido a dar cuenta en sus visiones de todo lo que se pueden dar cuenta acerca de ellas. Yo diría que los brujos, al usar su voluntad, han logrado ampliar sus visiones del mundo. Mi maestro y mi benefactor eran claros ejemplos de esto. Eran hombres de gran poder, pero no eran hombres de conocimiento. Jamás rompieron las barreras de sus enormes visiones y por eso jamás llegaron a la totalidad de sí mismos, aunque sabían que existía. No era que viviesen vidas aberradas, tratando de agarrar cosas más allá de su alcance; sabían que habían perdido la ocasión y que sólo a la hora de su muerte se les revelaría el misterio total. La brujería les había permitido echar sólo un vistazo, pero nunca les dio el verdadero medio de llegar a esa esquiva totalidad de uno mismo.
"Yo te di lo suficiente de la visión de los brujos sin permitir que te enganchara. Te dije que si uno hace encarar a dos visiones, la una contra la otra, puede escurrirse entre ambas para llegar al mundo real.

Me refería a que sólo puede llegarse a la totalidad de uno mismo cuando uno tiene bien entendido que el mundo es simplemente una visión, sin importar que esa visión pertenezca a un hombre común o a un brujo.

"Aquí es donde me he apartado de la tradición. Tras una lucha de toda la vida, sé que lo importante no es aprender una nueva descripción sino llegar a la totalidad de uno mismo. Hay que llegar al nagual sin maltratar al tonal, y sobre todo, sin dañar el cuerpo. Tú tornaste esas plantas siguiendo los pasos exactos que yo mismo seguí. La única diferencia fue que, en vez de sumergirte en ellas, te detuve cuando creí que ya habías juntado suficientes visiones del nagual. Ésa es la razón por la que nunca quise discutir tus encuentros con plantas de poder, ni dejarte hablar como loco de ellas; no venía al caso tratar de hablar de lo que no se puede hablar. Ésas fueron verdaderas excursiones al nagual, a lo desconocido."

Mencioné que mi necesidad de hablar sobre mis percepciones bajo la influencia de plantas psicotrópicas, se debía al interés por aclarar una hipótesis mía. Me hallaba convencido de que, con ayuda de dichas plantas, don Juan me había dado memorias de inconcebibles formas de percibir. Esas memorias, que en el momento de experimentarlas pudieron parecerme idiosincrásicas y desconectadas de todo lo significante, se ensamblaban después en unidades de significado. Supe que don Juan me había guiado certeramente en cada ocasión, y que cualquier ensamblaje de significado se realizaba bajo su guía.

-No quiero recalcar esos hechos ni explicarlos -dijo con sequedad-. El acto de meternos en explicaciones nos pondría de nuevo en donde no queremos estar; es decir, seríamos arrojados dentro de una visión del mundo, esta vez una visión mucho más amplia.

Don Juan dijo que, una vez detenido el diálogo interno del discípulo por el efecto de las plantas de poder, surgía un obstáculo invencible. El aprendiz empezaba a reconsiderar y a tener dudas de todo su aprendizaje. En opinión de don Juan, hasta el discípulo más ferviente sufría en ese punto una grave pérdida de interés.

-Las plantas de poder sacuden al tonal y amenazan la solidez de toda la isla -dijo-. A estas alturas el aprendiz se retira, lo cual es una cosa muy sana; y quiere salir de todo el enredo. También a estas alturas es cuando el maestro coloca su trampa más artera, al adversario que vale la pena. Esta trampa tiene dos propósitos. Primero, hace que el maestro atrape a su aprendiz, y segundo, hace que el aprendiz tenga un punto de referencia para su uso. La trampa es una maniobra, que trae a la arena al adversario que vale la pena. Sin la ayuda de un adversario así, que no es en realidad un enemigo sino un adversario totalmente dedicado, el aprendiz no tiene posibilidad de continuar en la senda del conocimiento. El mejor de los hombres se saldría volado a estas alturas si de él dependiera la decisión. Yo te traje, como un adversario que vale la pena, al mayor guerrero que pude encontrar, la Catalina.

Don Juan hablaba de una ocasión, años atrás, en que me había llevado a una batalla de largo alcance con una bruja india.

-Te puse en contacto corporal con ella -prosiguió-. Elegí una mujer porque tú confías en las mujeres. Traicionar esa confianza fue muy difícil para ella. Años después me confesó que le habría gustado renunciar el encargo, porque tú le gustabas. Pero es una gran guerrera y, a pesar de sus sentimientos, casi te borra del planeta. Desarregló tu tonal en forma tan intensa que nunca volvió a ser el mismo. Efectivamente, la Catalina cambió tan profundamente el panorama de tu isla, que sus actos te metieron en otro terreno. Puede decirse que la Catalina habría podido ser tu benefactor, de no ser porque no estabas cortado para ser un brujo como ella. Algo andaba mal entre ustedes dos. Eras incapaz de tenerle miedo. Casi te vuelves loco una noche en que te acosó, pero a pesar de eso ella te atraía. Era para ti una mujer deseable; por más asustado que estuvie-

ras. Ella lo sabía. Una vez te sorprendí en el pueblo mirándola; temblabas de miedo y sin embargo se te caía la baba.
"Es debido, entonces, a los actos de un adversario que vale la pena, que el aprendiz puede quedar hecho pedazos o cambiar radicalmente. Las acciones de la Catalina contigo, como no te mataron -no porque ella no se esforzara lo bastante, sino porque eres resistente-, tuvieron en ti un efecto benéfico, y también trajeron a tu alcance una decisión.
"El maestro usa al adversario para forzar al aprendiz a hacer la decisión de su vida. El aprendiz debe escoger entre el mundo del guerrero y su mundo ordinario. Pero no hay decisión posible si el aprendiz no entiende lo que tiene que decidir; por eso, el maestro debe tener una actitud enteramente paciente y comprensiva y debe guiar al aprendiz, con mano firme, a que elija el mundo y la vida del guerrero. Yo logré esto pidiéndote que me ayudaras a vencer a la Catalina. Te dije que estaba a punto de matarme y que necesitaba tu ayuda para librarme de ella. Te advertí las consecuencias de tu decisión y te di tiempo suficiente para saber si la hacías o no."
Yo recordaba claramente que don Juan me dejó ir aquel día. Me dijo que, si no quería ayudarlo, estaba en libertad de irme y nunca volver. Sentí en ese momento que me hallaba en libertad de elegir mi propio curso y que ya no tenía obligaciones hacia él.
Subí al coche y me alejé de su casa con una mezcla de tristeza y contento. Me entristecía dejas a don Juan y a la vez me alegraba haber roto con todas sus desconcertantes actividades. Pensé en Los Ángeles y en mis amigos y en todas las rutinas cotidianas que me aguardaban, esas pequeñas rutinas que siempre me habían dado tanto placer. Durante un rato me sentí eufórico. La rareza de don Juan y de su vida quedaba tras de mí y yo era libre.
Pero mi felicidad no duró mucho. El deseo de abandonar el mundo de don Juan era insostenible. Mis rutinas habían perdido su poder. Quise pensar en algo que deseara hacer en Los Ángeles, pero no había nada. Una vez don Juan me había dicho que yo tenía miedo a la gente y había aprendido a defenderme no queriendo nada. Dijo que no querer nada era el mejor logro de un guerrero. Sin embargo, en mi estupidez. yo había ampliado la sensación de no querer nada, haciéndola caer en la de no disfrutar nada. Así, mi vida era tediosa y vacía.
Tenía razón y, al correr hacía el norte sobre la carretera, me golpeó al fin el impacto pleno de mi propia locura insospechada. Empecé a recapacitar en lo que mi elección implicaba. Yo dejaba un mundo mágico de renovación continua por mi vida blanda y tediosa en Los Ángeles. Me puse a recordar mis días vacíos. Rememoré un domingo en particular. Todo aquel día me sentí inquieto, sin nada que hacer. Ningún amigo llegaba a visitarme. Nadie me había invitado a una fiesta. La gente que deseaba ver no estaba en casa y, lo peor de todo, yo había visto todas las películas que se exhibían en la ciudad. Al caer la tarde, desesperado en extremo, hurgué de nuevo en la lista de películas y hallé una que jamás había querido ver. La pasaban en un pueblo a sesenta kilómetros de distancia. Fui a verla, y la detesté, pero hasta eso era mejor que no tener nada que hacer.
Bajo el impacto del mundo de don Juan, yo había cambiado. Por principio de cuentas, desde que lo conocí no había tenido tiempo de aburrirme. Eso en sí era suficiente para mí; en verdad, don Juan se había asegurado de que yo eligiera el mundo del guerrero. Di la vuelta y regresé a su casa.
-¿Qué habría ocurrido si decido volver a Los Ángeles? –pregunté.
-Eso habría sido una imposibilidad -repuso-. Esa decisión no existía. Todo cuanto se requería de ti era que dejaras que tu tonal se diera cuenta de haber decidido unirse al mundo de los brujos. El tonal no sabe que las decisiones están en el terreno del nagual. Cuando creemos decidir, no hacemos más que reconocer que algo más allá de nuestra comprensión ha puesto el

marco de nuestra dizque decisión, y todo lo que nosotros hacemos es consentir.
"En la vida del guerrero sólo hay una cosa, un único asunto que en realidad no está decidido: qué tan lejos puede uno avanzar en la senda del conocimiento y el poder. Ése es un asunto abierto y nadie puede predecir el resultado. Una vez te dije que la libertad que un guerrero tiene, es actuar impecablemente, o bien actuar como un imbécil. La impecabilidad es de verdad el único acto que es libre y, por ello, la verdadera medida del espíritu de un guerrero."
Don Juan dijo que, una vez que el aprendiz hacía su decisión de unirse al mundo de los brujos, el maestro le daba una labor pragmática, una tarea que cumplir en su vida cotidiana. Explicó que la tarea, planeada de acuerdo a la personalidad del aprendiz, suele ser una especie de situación vital traída de los cabellos, en la cual el aprendiz debe meterse como medio de afectar permanentemente su visión del mundo. En mi propio caso, yo había entendido la tarea más como un divertido chiste que como una situación vital seria. Con el paso del tiempo, sin embargo, llegué a comprender que debía encararla con fervor.
-Una vez que el aprendiz ha recibido su tarea de brujería, está listo para otra clase de instrucción -prosiguió-. Es entonces un guerrero. En tu caso, como ya no eras aprendiz, te enseñé las tres técnicas que ayudan a soñar: romper las rutinas de la vida, la marcha de poder, y no-hacer. Tú, como siempre, eras persistente, tonto como aprendiz y tonto como guerrero. Escribías muy meticulosamente lo que yo decía y todo lo que te pasaba, pero no hacías exactamente lo que yo te decía que hicieras. De modo que todavía tuve que reventarte con plantas de poder.
Don Juan detalló entonces, paso a paso, cómo había apartado mi atención del "soñar", haciéndome creer que el problema importante era una actividad muy difícil que él llamaba no-hacer, juego perceptual que consistía en enfocar la atención en partes del mundo comúnmente pasadas por alto, como las sombras de las cosas. Don Juan dijo que su estrategia había sido la de destacar el no-hacer imponiendo un estricto secreto a ese respecto.
-No-hacer es, como todo lo demás, una técnica muy importante, pero no era el asunto principal -dijo-. Te embaucó el secreto. ¡Tú, el hablador, obligado a guardar un secreto!
Riendo, dijo que se imaginaba los problemas que yo habría atravesado para mantener la boca cerrada.
Explicó que romper las rutinas, el paso de poder y no-hacer eran avenidas para aprender nuevas maneras de percibir, el mundo; maneras que daban al guerrero un anticipo de posibilidades increíbles de acción. La opinión de don Juan era que el tener conciencia de que el mundo del "soñar" era independiente y pragmático, se hacía posible por el uso de aquellas tres técnicas.
-Soñar es una ayuda práctica que los brujos inventaron -dijo-. No eran tontos; sabían lo que estaban haciendo y buscaron la utilidad del nagual entrenando a su tonal para que se dejara ir por un momento, por así decirlo, y luego volviera a agarrarse. Esta frase no tiene sentido para ti. Pero eso es lo que has estado haciendo hasta ahora: entrenándote para dejarte ir sin perder la chaveta. Soñar es, por supuesto, la corona del esfuerzo de los brujos, el uso máximo del nagual.
Repasó todos los ejercicios de no-hacer que me había puesto a ejecutar, las rutinas de mi vida diaria que él había aislado para su rompimiento, y todas las ocasiones en que me había forzado a adoptar el paso de poder.
-Vamos llegando al fin de mi recapitulación -dijo-. Ahora tenemos que hablar de Genaro.
Don Juan dijo que hubo un augurio muy importante el día en que conocí a don Genaro. Le dije que no recordaba nada fuera de lo común. Me recordó que ese día estábamos sentados en una banca en un parque. Él había mencionado que espera-

ba a un amigo que yo no conocía, y luego, cuando el amigo apareció, lo señalé sin titubear entre una gran multitud. Ésa fue la indicación que los hizo darse cuenta de que don Genaro era mi benefactor.
Me acordé, cuando él lo mencionó, que mientras charlábamos volví la cara y vi a un hombre pequeño y delgado que irradiaba extraordinaria vitalidad, o gracia, o simple alegría; acababa de dar la vuelta a una esquina y entraba en el parque. En vena de guasa, dije a don Juan que su amigo se acercaba, y que sin duda era un brujo a juzgar por su apariencia.
-Desde ese día, Genaro recomendó lo que se tenía que hacer contigo -continuó don Juan-. Como tu guía para entrar en el nagual, te dio demostraciones impecables, y cada vez que ejecutaba un acto como nagual, te dejaba un conocimiento que desafiaba y pasaba por alto a tu razón. Desarmó tu visión del mundo, aunque todavía tú no te das cuenta de eso. Nuevamente, en, este caso, te comportaste igual que en el caso de las plantas de poder: necesitabas más de lo necesario. Unas cuantas embestidas del nagual debieran bastar para desmantelar la visión de uno; pero hasta el día de hoy, después de todos los ataques del nagual, tu visión parece invulnerable. Y aunque parezca mentira, ése es tu mejor detalle.
"En general, entonces, el trabajo de Genaro ha sido guiarte al nagual. Pero aquí tenemos una pregunta extraña. ¿Qué cosa era guiada hacia el nagual?"
Con un movimiento de los ojos, me instó a responder.
-¿Mi razón? -pregunté.
-No, la razón no tiene ningún sentido aquí -repuso-. La razón se raja apenas sale de sus límites estrechos y seguros.
-Entonces era mi tonal -dije.
-No, el tonal y el nagual son las dos partes natas de nosotros mismos -replicó con sequedad-. No pueden llevarse el uno al otro.
-¿Mi percepción? -pregunté.
-Exacto -gritó como si yo fuera un niño dando la respuesta correcta-. Ahora llegamos a la explicación de los brujos. Ya te advertí que no explicaría nada, y sin embargo...
Hizo una pausa y me miró con ojos brillantes.
-Ésta es otra de las tretas de los brujos -dijo.
-¿A qué se refiere usted? ¿Cuál es la treta? -pregunté con un matiz de alarma.
-La explicación de los brujos, por supuesto -repuso-. Ya lo verás por ti mismo. Pero sigamos adelante. Los brujos dicen que estamos dentro de una burbuja. En una burbuja en la que somos colocados en el instante de nuestro nacimiento. Al principio está abierta, pero luego empieza a cerrarse hasta que nos ha sellado en su interior. Esa burbuja es nuestra percepción. Vivimos dentro de esa burbuja toda la vida. Y lo que presenciamos en sus paredes redondas es nuestro propio reflejo.
Bajó la cabeza y me miró de, reojo. Soltó una risita.
-No te me duermas -dijo-. Aquí es donde debes hacer una observación.
Reí. De algún modo, sus advertencias acerca de la explicación de los brujos, aunadas a la revelación de su impresionante gama de conciencia, se hacían sentir finalmente en mí.
-¿Cuál es la observación que yo debía hacer? -pregunté.
-Si lo que presenciamos en las paredes es nuestro propio reflejo, entonces lo que se está reflejando debe ser la cosa real -dijo, sonriendo.
-Buena observación -dije en tono de chanza.
Mi razón podía seguir con facilidad ese argumento.
-La cosa reflejada es nuestra visión del mundo -dijo-. Esa visión es primero una descripción, que se nos da desde el instante en que nacernos hasta que toda nuestra atención queda atrapada en ella y la descripción se convierte en visión.
"La tarea del maestro consiste en reacomodar la visión, a fin de preparar al ser luminoso para el momento en que el benefactor abre la burbuja desde afuera."

Hizo otra pausa deliberada y luego una nueva observación acerca de mi falta de atención, juzgada por mi incapacidad de hacer un comentario o una pregunta adecuados.
-¿Cuál debería haber sido mi pregunta? -inquirí.
-¿Por qué se tiene que abrir la burbuja? -repuso.
-Buena pregunta -dije, y él rió con fuerza y me palmeó la espalda.
-¡Por supuesto! -exclamó-. Tiene que ser una buena pregunta para ti; es una de las tuyas.
"La burbuja se abre para permitir al ser luminoso una visión de su totalidad -prosiguió-. Naturalmente, esto de llamarla burbuja es sólo una manera de hablar, pero en este caso la manera es exacta.
"La delicada maniobra de llevar a un ser luminoso a la totalidad de sí mismo requiere que el maestro trabaje desde adentro de la burbuja y el benefactor desde afuera. El maestro reorganiza la visión del mundo, yo le he llamado a esa visión la isla del tonal. He dicho que todo lo que somos se encuentra en esa isla. La explicación de los brujos dice que la isla del tonal está hecha por nuestra percepción, que ha sido entrenada a enfocarse en ciertos elementos; cada uno de esos elementos y todos juntos forman nuestra visión del mundo. El trabajo del maestro, en lo referente a la percepción del aprendiz, consiste en reordenar todos los elementos de la isla en una mitad de la burbuja. Para ahora ya te habrás dado cuenta de que limpiar y reordenar la isla del tonal significa reagrupar todos sus elementos en el lado de la razón. Mi tarea ha sido desarreglar tu visión ordinaria, no para destruirla sino para forzarla a ponerse en el lado de la razón. Y tú has hecho esto mejor que cualquiera que yo conozco."
Trazó en la roca un círculo imaginario y lo dividió en dos a lo largo de un diámetro vertical. Dijo que el arte del maestro era forzar al discípulo a agrupar su visión del mundo en la mitad derecha de la burbuja.
-¿Por qué la mitad derecha? -pregunté.
-Ése es el lado del tonal -dijo-. El maestro siempre se dirige a ese lado, y al presentar a su aprendiz, por una parte, el camino del guerrero, lo obliga al raciocinio, a la sobriedad, a la fuerza de carácter y de cuerpo; y al presentarle, por otra parte, situaciones inimaginables pero reales, que el aprendiz no puede abarcar, lo obliga a reconocer que su razón, por más maravillosa que sea, sólo puede cubrir una zona pequeña Una vez enfrentado con su incapacidad de razonarlo todo, el guerrero hará hasta lo imposible por reforzar y defender su razón derrotada, y para lograr tal efecto reunirá en torno a ella todo cuanto tiene. El maestro se ocupa de ello, martillándolo sin piedad hasta que toda su visión del mundo está en una mitad de la burbuja. La otra mitad, la que ha quedado limpia, puede entonces ser reclamada por algo que los brujos llaman la voluntad.
"Esto podemos explicarlo mejor diciendo que la tarea del maestro es limpiar una mitad de la burbuja y reordenar todo lo que hay en la otra mitad. Entonces, la tarea del benefactor es abrir la burbuja en el lado despejado. Una vez roto el sello, el guerrero nunca vuelve a ser el mismo. Tiene ya el dominio de su totalidad. La mitad de la burbuja es el centro máximo de la razón, el tonal. La otra mitad es el centro máximo de la voluntad, el nagual. Ése es el orden que debe prevalecer; cualquier otro acomodo es absurdo y maligno, porque va en contra de nuestra naturaleza; nos roba nuestra herencia mágica v nos reduce a nada."
Don Juan se incorporó y estiró los brazos y la espalda y caminó para desentumir los músculos. Ya hacia un poco de frío.
Le pregunté si habíamos terminado.
-¡Pero si la función todavía ni empieza! -exclamó, riendo-. Ése fue sólo el principio.
Miró al cielo y señaló hacia el oeste con un ademán casual.
-Más o menos dentro de una hora, el nagual estará aquí -dijo y sonrió.
Volvió a sentarse.
-Nos queda un solo asunto por terminar

-continuó-. Los brujos lo llaman el secreto de los seres luminosos, y se trata del hecho de que somos perceptores. Los hombres y todos los otros seres luminosos que hay sobre la tierra somos perceptores. Ésa es nuestra burbuja, la burbuja de la percepción. Nuestro error es creer que la única percepción digna de reconocerse es lo que pasa por nuestra razón. Los brujos creen que la razón es sólo un centro y que no debería dársele tanto vuelo.

"Genaro y yo te liemos enseñado que la totalidad de nuestra burbuja de percepción se compone de ocho puntos. Conoces seis. Hoy, Genaro y yo seguiremos despejando tu burbuja de percepción, y después de eso conocerás los dos puntos restantes."

Cambiando abruptamente de tema, me pidió un recuento detallado de mis percepciones del día anterior, a partir del punto en que vi a don Genaro sentado en una roca junto al camino. No hizo ningún comentario ni me interrumpió para nada. Al terminar, añadí una observación por cuenta propia. En la mañana había hablado con Néstor y Pablito; me dijeron que sus percepciones habían sido similares a las mías. Mi comentario era que don Juan me había dicho que el nagual era una experiencia individual que sólo el observador puede atestiguar. El día anterior, había tres observadores, y todos nosotros habíamos presenciado más o menos la misma cosa. Las diferencias se expresaban sólo en términos de cómo se sentía o reaccionaba cada uno con respecto a cualquier instancia específica del fenómeno total.

-Lo que ocurrió ayer fue una demostración del nagual para ti, y para Néstor y Pablito. Yo soy su benefactor. Entre Genaro y yo, cancelamos el centro de la razón en ustedes tres.. Genaro y yo tuvimos poder suficiente para ponerlos a ustedes de acuerdo en lo que presenciaban. Hace varios años, tú y yo estuvimos cierta noche con un grupo de aprendices, pero yo solo sin Genaro no tenía suficiente poder para hacer que todos ustedes presenciaran lo mismo.

Dijo que, a juzgar por lo que yo debía haber presenciado el día anterior y por lo que él había "visto" de mí, su conclusión era que me hallaba listo para la explicación de los brujos. Añadió que Pablito también lo estaba, pero tenía dudas acerca de Néstor.

-Estar preparado para la explicación de los brujos es algo muy difícil de lograr -dijo-. No debería serlo, pero insistimos en entregarnos a la visión del mundo que hemos tenido toda la vida. En este aspecto, tú y Néstor y Pablito se parecen. Néstor se esconde detrás de su timidez y su mal humor, Pablito detrás de su irresistible personalidad; y tú te escondes detrás de tu engreimiento y tus palabras. Todas son visiones que parecen invencibles, y mientras ustedes persistan en usarlas, sus burbujas de percepción no han sido despejadas y la explicación de los brujos no tendrá sentido.

En son de broma dije que la famosa explicación de los brujos me había obsesionado desde mucho tiempo atrás, pero mientras más me acercaba a ella más lejos parecía hallarse. Iba a añadir un comentario jocoso cuando él me quitó las palabras de la boca.

-¿Qué tal si la explicación de los brujos resulta un fiasco? -preguntó entre risas sonoras.

Me palmeó la espalda y parecía deleitado, como un niño que anticipa algo agradable:

-Genaro siempre quiere atenerse a la regla -dijo en tono confidencial-. La condenada explicación no es nada del otro mundo. Si por mí fuera, te la habría dado hace años. No esperes gran cosa de ella.

Alzó la vista para examinar el cielo.

-Ahora estás listo -dijo en tono dramático y solemne-. Es hora de ir. Pero antes de dejar este sitio, he de decirte una última cosa: El misterio, o el secreto, de la explicación de los brujos es que tiene que ver con el acto de abrir las alas de la percepción.

Puso la mano sobre mi libreta y me dijo que fuera al matorral a ocuparme de mis funciones corporales, para después quitarme la ropa y dejarla en un bulto precisamente donde nos hallábamos. Lo miré inquisitivamente y explicó que yo debía

estar desnudo, pero que podía dejarme los zapatos y el sombrero.
Insistí en saber por qué debía estar desnudo. Don Juan rió y dijo que la razón era más bien personal y tenía que ver con mi propia comodidad, y que yo mismo le había dicho que así lo deseaba. Su explicación me desconcertó. Sentí que me jugaba una broma o que, en conformidad con lo que me había revelado, simplemente distraía mi atención. Quise enterarme de por qué lo hacía.
Empezó a hablar de un incidente ocurrido años antes, una vez que estuvimos con don Genaro en las montañas del norte de México. Ellos me explicaban entonces que la "razón" no podía en modo alguno dar cuenta de todo cuanto ocurría en el mundo. Para darme una demostración innegable de ello, don Genaro ejecutó un magnífico salto de nagual, y se "alargó" para alcanzar la cima de unos picos a quince o veinte kilómetros de distancia. Don Juan dijo que la intención me pasó inadvertida, y que en lo referente a convencer a mi "razón", la demostración de don Genaro fue un fracaso, pero desde el punto de vista de mi reacción corporal resultó muy divertida.
La reacción corporal a la que don Juan se refería, conservaba gran vividez en mi mente. Vi a don Genaro desaparecer frente a mis propios ojos como si un viento se lo hubiera llevado. Su salto, o lo que fuese, tuvo en mí un efecto tan profundo que sentí como si su movimiento hubiera desgarrado algo en mis entrañas. Mis intestinos se soltaron y tuve que tirar mis pantalones y camisa. Incómodo y apenado hasta lo indecible, caminé desnudo, tocado sólo con un sombrero, por una carretera muy transitada, hasta llegar a mi coche. Don Juan me recordó que fue entonces cuando le pedí no volver a permitirme arruinar mi ropa.
Cuando me hube desvestido, caminamos unas decenas de metros hasta una roca de gran tamaño que miraba a la misma cañada. Don Juan me hizo asomar. Había un despeñadero de más de treinta metros. Luego me dijo que interrumpiera mi diálogo interno y escuchara los sonidos en torno.
Tras unos momentos oí el sonido de un guijarro que rebotaba de roca en roca, despeñadero abajo. Percibí con inconcebible claridad cada rebote del guijarro. Luego oí caer otro, y otro más: Alcé la cabeza para alinear mi oído izquierdo con la dirección del sonido y vi a don Genaro sentado encima de la roca, a unos cuatro o cinco metros de donde estábamos. Con aire casual, arrojaba piedras a la cañada.
Apenas lo vi, gritó y cacareó, y dijo que había estado allí escondido en espera de que yo lo descubriese. Tuve un instante de desconcierto. Don Juan me susurró al oído, repetidas veces, que mi "razón" no estaba invitada a ese acontecimiento, y que yo debía abandonar la necedad de querer controlarlo todo. Dijo que el nagual era una percepción sólo para mí, y que por ese motivo Pablito no lo había visto en mi coche. Añadió, como si leyera mi oculto sentir, que si bien el nagual era sólo para que yo lo presenciara, seguía siendo don Genaro en persona.
Don Juan me tomó del brazo y en son de juego me llevó a donde se hallaba don Genaro. Éste se puso de pie y se me acercó. Su cuerpo radiaba un calor visible, un resplandor que me deslumbraba. Vino a mi lado y, sin tocarme, puso la boca cerca de mi oído izquierdo y empezó a susurrar. Don Juan hizo lo mismo en mi otro oído. Sus voces se sincronizaban. Ambos repetían las mismas frases. Me decían que no tuviera miedo, y que poseía fibras largas y poderosas, las cuales no eran para protegerme, porque no había nada que proteger ni de lo cual protegerse, sino para guiar mi percepción de nagual en forma semejante a la manera en que mis ojos guiaban mi percepción normal de tonal. Decían que las fibras estaban en todo mi derredor, que a través de ellas yo podía percibir todas las cosas al mismo tiempo, y que una sola fibra bastaba para saltar de la roca a la cañada, o del fondo de la cañada a la roca.

Yo escuchaba todo cuanto decían. Cada palabra parecía tener una connotación única para mí; me era posible retener cada cosa pronunciada y repetirla como una grabadora. Ambos me urgían a saltar a la cañada. Me decían que sintiera mis fibras, aislara una que bajara hasta el fondo y la siguiera. Conforme pronunciaban sus órdenes, surgían en mí sensaciones acordes a las palabras. Percibí una comezón en todo mi ser, especialmente una peculiar sensación indiscernible en sí misma, pero cercana a la de una "larga comezón". Mi cuerpo sentía en verdad el fondo de la cañada, y yo percibía tal sentir en alguna zona corporal indefinida.

Don Juan y don Genaro seguían instándome a resbalar por aquella sensación, pero yo no sabia cómo. Entonces oí sólo la voz de don Genaro.

Dijo que iba a saltar conmigo; me agarró, o me empujó, o me abrazó, y se precipitó conmigo en el abismo. Experimenté el apoteosis de la angustia física. Era como si algo mascara y devorara mi estómago. Era una mezcla de dolor y placer, de tal intensidad y duración que yo no podía más que gritar y gritar a todo pulmón. Al amainar la sensación, vi un conglomerado inextricable de chispas y masas oscuras, rayos de luz y formas como nubes. No sabía si mis ojos se hallaban abiertos o cerrados, o dónde estaban, o dónde estaba mi cuerpo. Luego sentí la misma angustia física, aunque no tan pronunciada como la primera vez, y luego tuve la impresión de haber despertado y me hallé de pie en la roca con don Juan y don Genaro.

Don Juan dijo que yo había fallado de nuevo, que era inútil saltar si la percepción del salto iba a ser caótica. Ambos repitieron incontables veces en mis oídos que el nagual por sí solo no servía, que el tonal debía templarlo. Dijeron que yo tenía que saltar voluntariamente y tener conciencia de mi acto.

Yo titubeaba, no tanto por miedo como por renuencia. Me sentía vacilar como si mi cuerpo oscilara pendularmente de lado a lado. Entonces un ánimo extraño se apoderó de mí, y salté con toda mi corporalidad. Quise pensar al precipitarme, pero no podía. Veía como a través de la niebla los muros de la estrecha cañada y las rocas que sobresalían en el fondo. No tuve una percepción secuencial de mi descenso, sino la sensación de que me hallaba sobre el suelo en el fondo mismo; discernía cada detalle de las rocas en un breve círculo en tomo mío. Noté que mi visión no era unidireccional y estereoscópica desde el nivel de mis ojos, sino plana y hacia todo el derredor. Tras un momento fui presa del pánico, y algo me jaló hacia arriba como un yoyo.

Don Juan y don Genaro me hicieron repetir el salto una y otra vez. Después de cada salto, don Juan me instaba a ser menos reticente y desganado. Dijo, vez tras vez, que el secreto de los brujos al usar el nagual radicaba en nuestra percepción, que saltar era simplemente un ejercicio de percepción, y que terminaría sólo cuando yo hubiese logrado percibir, como perfecto tonal, lo que había en el fondo de la cañada.

En cierto momento tuve una sensación inconcebible. Me hallaba total y sobriamente consciente de estar parado en el borde de la roca, con don Juan y don Genaro susurrando en mis oírlos, y en el instante siguiente miraba el fondo de la cañada. Todo era perfectamente normal. Casi había oscurecido, pero aún quedaba suficiente luz para reconocer cada cosa como en el mundo de mi vida cotidiana. Miraba unos arbustos cuando oí un ruido súbito, una peña que caía. Instantáneamente vi una roca de buen tamaño rodar por el despeñadero hacia mí. En un destello, vi también a don Genaro arrojándola. Tuve un ataque de pánico, y un segundo después había vuelto al sitio encuna de la roca. Miré en torno; don Genaro ya no estaba allí. Don Juan se echó a reír y dijo que don Genaro se había ido por no soportar mi hediondez. Avergonzado, -me percaté de que mi estado no era para menos. Don Juan había tenido razón al hacerme dejar mis ropas. Me llevó a un arroyo y me

lavó romo a un caballo, recogiendo agua en mi sombrero y lanzándomela, mientras hacía hilarantes comentarios acerca de haber salvado mis pantalones.

LA BURBUJA DE LA PERCEPCIÓN

Pasé el día solo, en casa de don Genaro. Dormí la mayor parte del tiempo. Don Juan regresó al pardear la tarde y caminamos, en completo silencio, hasta una cordillera cercana. Nos detuvimos a la hora del crepúsculo y estuvimos sentados al filo de una fonda barranca hasta que casi estuvo oscuro. Entonces don Juan me llevó a otro sitio cercano, un monumental risco con un muro de roca liso y vertical. El risco no podía verse desde el sendero que conducía a él; don Juan, sin embargo, me lo había enseñado varias veces antes. Me había hecho asomar por el borde y decía que todo el risco era un sitio de poder, especialmente su base, un desfiladero muy profundo. Siempre que lo miraba, sentía un desazonante escalofrío; el desfiladero era siempre oscuro y ominoso.

Antes de que llegáramos al sitio, don Juan dijo que yo debía seguir solo y encontrarme con Pablito en el borde del risco. Me recomendó relajarme y practicar el paso de poder con el fin de eliminar mi fatiga nerviosa.

Don Juan se hizo a un lado, hacia la izquierda del camino, y la oscuridad, literalmente, se lo tragó. Quise detenerme a averiguar dónde había ido, pero mi cuerpo no obedeció. Empecé -a marchar á paso veloz, aunque me hallaba tan cansado que apenas me tenía en pie.

Al llegar al risco no vi a nadie y seguí marcando el paso de carrera, respirando profundamente. Tras un rato me relajé un poco; quedé inmóvil con la espalda contra una roca, y noté entonces la figura de un hombre a unos cuantos pasos de mí. Estaba sentado, con la cabeza oculta entre los brazos. Tuve un momento de susto intenso y me retraje, pero luego me expliqué que el hombre debía de ser Pablito, y sin titubear fui hacia él. Dije en voz alta el nombre de Pablito. Pensé que, incierto de quién era yo, se había asustado tanto que cubrió su rostro para no mirar. Pero antes de llegar a donde estaba, un miedo inexplicable me poseyó. Mi cuerpo se inmovilizó en el acto, el brazo derecho ya extendido para tocar al otro. El hombre alzó la cabeza. ¡No era Pablito! Sus ojos eran dos enormes espejos, como ojos de tigre. Mi cuerpo saltó hacia atrás; mis músculos se tensaron y luego libraron la tensión sin la menor influencia de mi voluntad, y ejecuté el salto con tanta rapidez y a tal distancia que en circunstancias normales me habría envuelto en una grandiosa especulación al respecto. En aquellos momentos, sin embargo, mi miedo desproporcionado no me permitía ninguna inclinación a ponderar, y habría salido corriendo de allí de no haber sido porque alguien aferró mi brazo con fuerza. Ese contacto me produjo un pánico total; lancé un grito.. No fue el chillido que yo habría esperado, sino un largo alarido escalofriante.

Me volví a encarar a mi asaltante. Era Pablito, aun más tembloroso que yo. Mi nerviosismo estaba en su punto más alto. No me era posible hablar; los dientes me castañeteaban y el escalofrío recorría mi espalda, provocándome sacudidas involuntarias. Tenía que respirar a bocanadas.

Pablito dijo, entre castañeteos, que el nagual lo había estado esperando, que él apenas se había zafado de sus garras cuando tropezó conmigo, y que mi grito estuvo a punto de matarlo. Quise reír y produje los sonidos más extraños que pueden imaginarse. Al recobrar la calma, dije a Pablito que aparentemente me había ocurrido lo mismo. El resultado final, en mi caso, era que mi fatiga se desvaneció; un incontenible empellón de fuerza y bienestar ocupaba su sitio. Pablito parecía experimentar las mismas sensaciones; empezamos a reír risitas tontas y nerviosas.

Oí en la distancia pasos suaves y cautelosos. Detecté el sonido antes que Pablito. Él pareció reaccionar a mi tensión. Tuve la certeza de que alguien se acercaba al

sitio donde estábamos. Miramos en dirección del ruido; un momento después, las siluetas de don Juan y don Genaro se hicieron visibles. Caminaban despacio y se detuvieron a uno o dos pasos de nosotros; don Juan estaba frente a mí y don Genaro encaraba a Pablito. Quise decir a don Juan que algo había estado a punto de enloquecerme de miedo, pero Pablito me apretó el brazo. Supe por qué lo hacia. Algo había de extraño en don Juan y don Genaro. Al mirarlos, mis ojos empezaron a desenfocarse.

Don Genaro dio una orden seca. No entendí lo que dijo, pero "supe" que nos prohibía cruzar los ojos.

-Ya la oscuridad descendió al mundo -dijo don Juan mirando el cielo.

Don Genaro dibujó una media luna en el duro suelo. Por un instante me pareció que usaba un gis iridiscente, pero luego advertí que no tenía nada en la mano; yo percibía la media luna imaginaria que había dibujado con el dedo. Hizo que Pablito y yo nos sentáramos en la curva interna del filo convexo, mientras él y don Juan se instalaban, con las piernas cruzadas, en los extremos de la media luna, a unos dos metros de nosotros.

Don Juan habló primero; dijo que nos iban a mostrar a sus aliados. Dijo que si mirábamos sus costados izquierdos, entre la cadera y el costillar, "veríamos" algo como un trapo o un pañuelo colgado de sus cinturones. Don Genaro añadió que junto a esos trapos había dos objetos redondos, como botones, y que debíamos mirar sus cintos hasta "ver" los trapos y los botones. Antes de que don Genaro hablase yo había notado ya un objeto plano, como un trozo de tela, y un guijarro redondo que colgaban de sus cinturones. Los aliados de don Juan eran más oscuros y ominosos que los de don Genaro. Mi reacción fue una mezcla de curiosidad y miedo. Experimentaba las reacciones en el estómago y no juzgaba nada de manera racional.

Don Juan y don Genaro se llevaron la mano al cinturón y parecieron desenganchar los trozos de tela oscura. Los tomaron con la mano izquierda; don Juan lanzó el suyo al aire por encima de su cabeza, pero don Genaro dejó caer suavemente el propio. Los trozos de tela se desplegaron en la caída como pañuelos perfectamente lisos; descendieron despacio, oscilando como voladores. El movimiento del aliado de don Juan era la réplica exacta de lo que él había hecho al girar días antes. Conforme los trozos de tela se acercaban al suelo, se hacían sólidos, redondos y masivos. Se contrajeron como sí hubiesen caído sobre un tirador de puerta; luego se expandieron. El de don Juan creció hasta ser una sombra voluminosa. Tomó la guía y avanzó hacia nosotros, aplastando piedras y terrones. Llegó a uno o dos pasos de nosotros, hasta el cuenco de la media luna, entre don Juan y don Genaro. En cierto momento pensé que rodaría sobre nosotros, pulverizándonos. Mi terror en ese instante ardía como una hoguera. La sombra frente a mí era gigantesca, de unos cuatro metros de alto y dos de ancho. Se movía como si tentaleara a ciegas sintiendo su camino. Se sacudía y oscilaba. Supe que estaba buscándome. En ese momento, Pablito ocultó la cabeza contra mi pecho. La sensación que su movimiento me produjo, disipó en parte la atención empavorecida que yo había enfocado en la sombra. Ésta pareció disociarse, a juzgar por sus sacudidas erráticas, y luego desapareció, fundiéndose con la oscuridad en torno.

Sacudí a Pablito. Él alzó la cara y dejó escapar un grito sofocado. Miré hacia arriba. Un hombre extraño me contemplaba. Parecía haberse hallado detrás de la sombra, acaso oculto por ella. Era alto y delgado, de rostro largo, sin cabello, y una irritación o eczema cubría el lado izquierdo de su cabeza. Sus ojos eran locos y brillantes; tenía la boca entreabierta. Vestía una rara especie de pijama; los pantalones le quedaban cortos. No pude discernir si usaba zapatos. Quedó mirándonos durante lo que pareció un largo rato, como en espera de una coyuntura para lanzarse sobre nosotros y despedazarnos. Así de intensos

eran sus ojos. No había en ellos odio ni violencia, sino alguna especie de desconfianza animal. Yo no podía soportar más la tensión. Quise adoptar una posición de pelea que don Juan me había enseñado años antes, y lo habría hecho si Pablito no me hubiera susurrado que el aliado no podía pasar de la raya que don Genaro trazara en el suelo. Advertí entonces que en verdad había una línea brillante que al parecer detenía lo que se hallaba frente a nosotros.

Tras un momento el hombre se apartó hacia la izquierda, igual que la sombra. Tuve la sensación de que don Juan y don Genaro habían llamado a ambos.

Hubo un corto intervalo de quietud. Yo no veía a don Juan ni a don Genaro; no estaban ya sentados en las puntas de la media luna. De pronto oí el sonido de dos guijarros que golpeaban el sólido suelo de roca donde nos hallábamos, y en un destello el área frente a nosotros se iluminó como si alguien hubiera encendido una luz amarillenta. Vimos una bestia voraz, un gigantesco lobo o coyote de aspecto repugnante. ,Cubría su cuerpo una secreción blanca, como sudor o saliva. Su pelambre era áspera y húmeda. Gruñía con una furia ciega que me produjo escalofríos. Su quijada temblaba, lanzando goterones de baba. Rascaba el suelo como un perro rabioso que tratara de librarse de una cadena. Luego se paró sobre las patas traseras y agitó con furia las delanteras y las quijadas. Toda su ferocidad parecía concentrada en romper alguna barrera frente a nosotros.

Me percaté de que el miedo hacia aquel animal enloquecido era diferente del que me habían producido las dos apariciones anteriores. Mi temor de la bestia era repulsión y horror físicos. Seguí mirando, en completa impotencia, su rabia. De pronto pareció perder su salvajismo y se alejó trotando.

Oí entonces que algo más venía hacia nosotros, o acaso lo sentí; de un momento a otro apareció la forma de un felino colosal. Lo primero que vi fueron sus ojos en la oscuridad; eran enormes y fijos como dos charcos dé agua que reflejaran la luz. Resoplaba y gruñía suavemente. Exhalaba aire y se paseaba frente a nosotros sin quitarnos la vista de encima. No tenía el mismo brillo eléctrico que el coyote; yo no podía distinguir claramente sus facciones, y sin embargo su presencia era infinitamente más ominosa que la de la otra bestia. Parecía reunir fuerzas; sentí que, en su audacia, traspasaría sus límites. Pablito debe de haber tenido un sentimiento similar, pues me susurró que agachara la cabeza y me tendiera en el suelo. Un segundo después, el felino atacó. Corrió en nuestra dirección y luego saltó con las garras extendidas. Cerré los ojos y escondí la cabeza entre los brazos, contra el suelo. Sentí que la bestia había rasgado la línea protectora que don Genaro dibujara alrededor nuestro, y que se hallaba encima de nosotros. Su peso me aplastaba; la piel de su vientre frotaba mi cuello. Parecía que sus patas delanteras estaban atrapadas en algo; forcejeaba por liberarse. Sentí sus sacudidas y oí su diabólico resoplar. Supe entonces que me hallaba perdido. Tuve un vago sentido de elección racional y quise resignarme con calma a la suerte de morir allí, pero temía el dolor físico de la muerte bajo tan atroces circunstancias. Entonces, una fuerza extraña brotó de mi cuerpo; fue como si mi cuerpo rehusara morir y reuniera toda su energía en un solo punto, mi brazo izquierdo. Sentí que un empellón indomable lo atravesaba. Algo incontrolable tomaba posesión de mi cuerpo, algo que me forzaba a empujar el peso maligno de la bestia y quitárnoslo de encima. Pablito pareció haber reaccionado en la misma forma, y ambos nos pusimos de pie al mismo tiempo; fue tanta la energía creada por ambos, que la bestia salió disparada como un muñeco de trapo.

El esfuerzo había sido supremo. Me derrumbé en el suelo, jadeante. Los músculos de mi estómago estaban tan tensos que me impedían respirar. No prestaba atención a lo que Pablito hacía. Finalmente noté que don Juan y don Genaro me

ayudaban a sentarme. Vi a Pablito tirado bocabajo con los brazos extendidos. Parecía desmayado. Después de haber hecho que me sentara, don Juan y don Genaro ayudaron a Pablito. Ambos le frotaron el estómago y la espalda. Lo hicieron poner de pie y tras un rato pudo sentarse por sí mismo.

Don Juan y don Genaro tomaron asiento en los extremos de la media luna, y luego empezaron a moverse frente a nosotros como si entre los dos puntos existiera un barandal, el cual usaban para cambiar sus posiciones de un lado a otro. Sus movimientos me mareaban. Por fin se detuvieron junto a Pablito y empezaron a susurrarle al oído. Tras un momento, los tres se incorporaron al unísono y fueron hasta el filo del risco. Don Genaro alzó a Pablito como si éste fuera un niño. El cuerpo de Pablito estaba tieso como una tabla; don Juan lo asió por los tobillos. Le dio vueltas, al parecer para ganar fuerza e impulso, y finalmente soltó sus piernas y arrojó el cuerpo sobre el abismo, desde el borde del risco.

Vi el cuerpo de Pablito contra el oscuro cielo occidental. Describía círculos, igual que el cuerpo de don Juan había hecho días antes; los círculos eran lentos. Pablito parecía ganar altura en vez de caer. Luego el giro se aceleró; el cuerpo de Pablito dio vueltas como un disco y en el momento siguiente se desintegró. Percibí que se había desvanecido en el aire.

Don Juan y don Genaro vinieron a mi lado, se acuclillaron y empezaron a susurrarme en los oídos. Cada uno decía algo diferente, pero yo no tenía dificultad en seguir sus órdenes. Era como si me hubiese "partido" en el instante en que pronunciaron las primeras palabras. Sentí que me hacían lo que habían hecho con Pablito. Don Genaro me hizo girar y luego tuve la sensación totalmente consciente de dar vueltas o flotar durante un momento. Luego caía por los aires, me desplomaba hacia el suelo a una velocidad tremenda. Sentí que mis ropas se desgarraban, que mi carne se desprendía, y finalmente sólo quedaba mi cabeza. Tuve claramente la sensación de que, al desmembrarse mi cuerpo, perdía el peso superfluo, y así la caída perdió impulso y mi velocidad amainó. El descenso ya no era un vértigo. Empecé a oscilar en el aire como una hoja. Luego mi cabeza fue despojada de su peso y todo cuanto quedaba de "mí" era un centímetro cúbico, una pepita, un diminuto residuo como guijarro. Todo mi sentir se concentraba allí; luego la pepita pareció reventar y fui un millar de trozos. Supe, o algo en alguna parte supo, que yo tenía conciencia de los mil trozos a la vez. Yo era la conciencia misma.

Luego, alguna parte de esa conciencia empezó a agitarse; se alzó, creció. Adquiría localización, y poco a poco recobré el sentido de los límites, el entendimiento o lo que fuera, y de pronto el "yo" que conocía y me era familiar brotó a una espectacular visión de todas las combinaciones imaginables de escenas "hermosas"; era como si mirara miles de imágenes del mundo, de la gente, de las cosas.

Después, las escenas se emborronaron. Tuve la sensación de que pasaban frente a mis ojos a velocidad creciente, hasta que ya no me era posible examinar ninguna por separado. Finalmente, fue como si presenciara la organización del mundo rodando frente a mis ojos en una cadena continua sin fin.

De repente me hallé parado en el risco con don Juan y don Genaro. Susurraron que me habían traído de vuelta, y que yo había atestiguado lo desconocido, sobre lo que nadie puede hablar. Dijeron que me lanzarían allí una vez más, y que yo debía desplegar las alas de mi percepción y tocar al tonal y al nagual al mismo tiempo, sin la conciencia de oscilar entre uno y otro.

Experimenté nuevamente las sensaciones de ser arrojado, girar, y caer á tremenda velocidad. Luego estallé. Me desintegré. Algo cedió en mí; soltó algo que yo había retenido toda mi vida. Me di perfecta cuenta entonces de que mi reserva secreta había sido perforada y se vertía sin restricciones. Ya no había la dulce unidad

que llamo "yo". No había nada y sin embargo esa nada estaba llena. No era luz ni oscuridad, calor ni frío, agradable ni desagradable. Yo no me movía ni flotaba ni me hallaba estacionario; tampoco era una unidad, un yo mismo, como estoy acostumbrado a serlo. Yo era una miríada de yo mismo y todos eran "yo", una colonia de unidades independientes que tenían una alianza especial entre sí e inevitablemente se unirían para integrar una sola conciencia, mi conciencia humana. No era que yo "supiese" sin duda alguna, porque no había nada con lo que hubiera podido "saber", pero todos mis yo mismos "sabían" que el "yo" de mi mundo familiar era una colonia, un conglomerado de sentimientos separados e independientes que poseían una inflexible solidaridad mutua. La solidaridad inflexible de mis incontables conciencias, la alianza mutua de esas partes, era mi fuerza vital.

Una manera de describir aquella sensación unificada sería decir que las pepitas de conciencia se hallaban dispersas; cada una poseía conciencia de sí y ninguna predominaba más que otra. Entonces algo las agitaba, y se reunían para emerger en una zona donde todas tenían que juntarse en un bloque, el "yo" que conozco. Luego, "yo", como "yo mismo", presenciaba una escena coherente de actividad mundana, o una escena referente a otros mundos y que me parecía pura imaginación, o una escena que pertenecía al "pensamiento puro"; es decir, visiones de sistemas intelectuales, o de ideas concatenadas como verbalizaciones. En algunas escenas, hablé conmigo mismo hasta saciarme. Después de cada una de esas visiones coherentes, el "yo" se desintegraba y volvía a no ser nada.

Durante una de las excursiones a la visión coherente, me hallé en el risco con don Juan. Inmediatamente me percaté de ser entonces el "yo" total que me es familiar. Sentí la realidad de mi parte física. Estaba en el mundo, no sólo presenciándolo.

Don Juan me abrazó como a un niño. Me miró. Su rostro estaba muy cerca. Yo veía sus ojos en la oscuridad. Eran bondadosos. Parecían contener una pregunta. Supe cuál era. L o impronunciable era en verdad impronunciable.

-¿Y bien? -preguntó suavemente, como si necesitara mi reafirmación.

Yo estaba mudo. Las palabras "insensible", "desconcertado", "confuso" y otras por el estilo, no eran en modo alguno descripciones apropiadas de mi sentir en aquel momento. No era sólido. Supe que don Juan tenía que asirme y mantenerme a la fuerza sobre el suelo; de otro modo habría flotado en el aire para desaparecer. No tenía miedo de desvanecerme. Añoraba lo "desconocido" donde mi conciencia no estaba unificada.

Don Juan me llevó despacio, haciendo presión sobre mis hombros, hasta un área cercana a la casa de don Genaro; me hizo acostar y me cubrió con tierra que al parecer había apilado previamente. Me cubrió hasta el cuello. Hizo con hojas una especie de almohada para mi cabeza y me dijo que no me moviera ni me quedara dormido. Dijo que iba a sentarse allí para hacerme compañía hasta que la tierra hubiera vuelto a consolidar mi forma.

Me sentía muy cómodo y tenía un deseo casi invencible de dormir, pero don Juan no lo permitió. Exigió que hablara dé cualquier cosa bajo el sol, excepto de lo que acababa de experimentar. Yo al principio no sabía de qué hablar; luego pregunté por don Genaro. Don Juan dijo que don Genaro había ido a enterrar a Pablito cerca de allí, y que estaba haciendo con él lo que él mismo hacía conmigo.

Pese a mi deseo de sostener la conversación, algo en mí se hallaba incompleto; sentía una indiferencia inusitada, un cansancio que más parecía fastidio. Don Juan parecía al tanto de mis sentimientos. Empezó a hablar de Pablito y de cómo nuestros destinos se trenzaban. Dijo haberse convertido en el benefactor de Pablito al mismo tiempo que don Genaro se hizo su maestro, y que el poder nos había emparejado paso a paso a Pablito y a mí. Señaló con énfasis que la única diferencia entre Pablito y yo era que, mientras el mundo

de Pablito como guerrero estaba gobernado por la coerción y el miedo, el mío lo estaba por el afecto y la libertad. Don Juan explicó que tal diferencia se debía a las personalidades intrínsecamente distintas de los benefactores. Don Genaro era dulce y afectuoso y gracioso, mientras él mismo era seco, autoritario y directo. Dijo que mi personalidad exigía un maestro fuerte pero un benefactor tierno, y que Pablito era al contrario: necesitaba un maestro bueno y un benefactor severo.

Hablamos un rato más y luego amaneció. Al aparecer el sol sobre las montañas en el horizonte oriental, don Juan me ayudó a salir de la tierra.

Cuando desperté, al atardecer, don Juan y yo nos sentamos junto a la puerta de la casa. Don Juan dijo que don Genaro seguía con Pablito, preparándolo para el último encuentro.

-Mañana, Pablito y tú entrarán a lo desconocido -dijo-. Debo prepararte para eso ahora. Entrarán ustedes dos solos. Anoche ustedes eran como dos yoyos que nosotros hacíamos ir y venir; mañana andarán solos y por su cuenta.

Tuve un ataque de curiosidad, y las preguntas sobre mis experiencias nocturnas brotaron en torrente. Don Juan no se inmutó.

-Hoy tengo que lograr una maniobra crucial -dijo-. Tengo que tenderte el último lazo. Y tú debes caer en él.

Rió y se palmeó los muslos.

-Lo que Genaro quiso mostrarte la otra noche con el primer ejercicio fue cómo usan los brujos al nagual -prosiguió-. No hay modo de llegar a la explicación de los brujos a menos que uno haya usado voluntariamente el nagual, o mejor dicho, a menos que uno haya usado voluntariamente el tonal para dar sentido a las propias acciones que uno ejecuta en el nagual. Otra manera de aclarar todo esto es decir que la visión del tonal debe prevalecer si uno quiere usar el nagual como lo usan los brujos.

Le dije que encontraba una notoria incongruencia en lo que él acababa de expresar. Por una parte me había dado, dos días antes, una increíble recapitulación de sus actos deliberados durante un periodo de años, actos planeados para afectar mi visión del mundo; y por otra parte, quería que esa misma visión prevaleciese.

-Uno no tiene nada que ver con lo otro -dijo-. El orden en nuestra percepción es el dominio exclusivo del tonal; sólo allí pueden nuestras acciones tener continuidad; sólo allí son como escaleras en las que uno puede contar los peldaños. No hay nada por el estilo en el nagual. Por ello, la visión del tonal es una herramienta, y como tal no es sólo la mejor herramienta, sino la única que tenemos.

"Anoche, tu burbuja de percepción se abrió y sus alas se desplegaron. No hay otra cosa que decir al respecto. Es imposible explicar lo que te sucedió, de modo que no voy a intentarlo y tú tampoco deberías. Baste decir que las alas de tu percepción tocaron tu totalidad. Anoche fuiste y viniste del nagual al tonal, una y otra vez. Fuiste lanzado en el abismo dos veces para no dejar posibilidad de error. La segunda vez experimentaste el impacto pleno del viaje a lo desconocido. Y tu percepción desplegó las alas cuando algo en ti se dio cuenta de tu verdadera naturaleza. Eres un racimo.

"Ésta es la explicación de los brujos. El nagual es lo impronunciable. Todos los sentimientos y todos los seres, y todos los uno mismos que son posibles flotan en él para siempre, como barcas, apacibles y constantes. Entonces la goma de la vida pega a algunos de ellos. Tú lo descubriste eso anoche, y lo mismo hizo Pablito, y lo mismo hizo Genaro la vez que se adentró en lo desconocido, y lo mismo hice yo. Cuando la goma de la vida pega a esos sentimientos se crea un ser, un ser que pierde el sentido de su verdadera naturaleza y se ciega con el brillo y el clamor del área dónde están los seres: el tonal. El tonal es donde existe toda la organización unificada. Un ser entra al tonal una vez que la fuerza de la vida ha unido los sentimientos que se necesiten. Una vez te dije que el tonal empieza al nacer y termina

al morir; lo dije porque sé que, apenas la fuerza de la vida deja el cuerpo, todos esos pedazos aislados o que forman el racimo se desintegran y regresan al sitio de donde vinieron: el nagual. Lo que un guerrero hace al viajar a lo desconocido se parece mucho a la muerte, excepto que su racimo de sentimientos aislados no se desintegra, sino que se expande un poco sin perder la unión. En la muerte, sin embargo, todos se hunden en lo profundo y se mueven por su propia cuenta, como sí nunca hubieran sido una unidad."

Quise señalar la completa homogeneidad de sus descripciones con mi experiencia. Pero no me permitió hablar.

-No hay manera de referirse a lo desconocido -dijo-. Uno sólo puede presenciarlo. La explicación de los brujos dice que cada uno de nosotros tiene un centro desde el cual podemos presenciar el nagual: la voluntad. Así, un guerrero puede aventurarse en el nagual y dejar que su racimo se organice y se reorganice en todas las formas posibles. Te he dicho que la expresión del nagual es un asunto personal. Con eso quise decir que depende del guerrero mismo dirigir la organización y reorganización de ese racimo. La forma humana o el sentimiento humano es el arreglo original; capaz, para nosotros, esa es la más dulce de todas las formas; sin embargo, hay un número infinito de formas alternas que el racimo puede adoptar. Te he dicho que un brujo puede adoptar la forma que quiera. Eso es cierto. Un brujo que está en posesión de la totalidad de sí mismo puede dirigir las partes de su racimo para que se unan en cualquier forma concebible. La fuerza de la vida es lo que hace posible ese barajeo, pero una vez que la fuerza de la vida se agota, no hay modo de reintegrar el racimo.

"He llamado a ese racimo la burbuja de la percepción. También he dicho que está sellado, cerrado fuertemente, y que jamás se abre hasta el momento en que morimos. Sin embargo, puede hacérsele abrir. Evidentemente los brujos han aprendido el secreto, y aunque no todos llegan a la totalidad de sí mismos, conocen la posibilidad de llegar a eso. Saben que la burbuja sólo se abre cuando uno se sumerge en el nagual. Ayer te di una recapitulación de todos los pasos que has seguido para llegar a ese punto."

Me escrutó como si esperara un comentario o una pregunta. Lo que había dicho estaba más allá de lo comentable. Entendí entonces que no habría tenido efecto alguno si me lo hubiera dicho catorce años antes, o en cualquier punto durante mi aprendizaje. Lo importante era el hecho de que yo había experimentado con mi cuerpo, o en él, las premisas de la explicación.

-Estoy esperando tu pregunta de costumbre -dijo, pronunciando despacio las palabras.

-¿Qué pregunta?

-La que tu razón se muere por hacer.

-Hoy desisto de todas las preguntas. En verdad no tengo ninguna, don Juan.

-Eso no es justo -dijo, riendo-. Hay una pregunta en particular que necesito que hagas.

Dijo que si cesaba mi diálogo interno tan sólo un instante, podría discernir qué pregunta era. Tuve un pensamiento súbito, una comprensión momentánea, y supe lo que él deseaba.

-¿Dónde estaba mi cuerpo mientras me sucedía todo eso, don Juan? -pregunté, y estalló en una carcajada.

-Ésta es la última treta de los brujos -dijo-. Digamos que lo que voy a revelarte es el último pedacito de la explicación de los brujos. Hasta ahora tu razón ha seguido mis hechos como mejor ha podido. Tu razón está dispuesta a admitir que el mundo no es como la descripción lo pinta, que hay en él mucho más de lo que se ve. Tu razón está casi preparada y dispuesta para admitir que tu percepción subió y bajó ese peñasco, o que algo en ti, o incluso todo tú, saltó al fondo del barranco y examinó con los ojos del tonal lo que había allí, como si hubieras descendido corporalmente con una cuerda y una escalera. El acto de examinar el fondo del barranco fue la cúspide

de todos estos años de entrenamiento. Lo hiciste bien. Genaro vio el centímetro cúbico de suerte cuando le aventó una roca al tú que estaba en el fondo de la cañada. Tú viste todo. Genaro y yo supimos entonces sin la menor duda que estabas listo para lanzarte a lo desconocido. En aquel instante no sólo viste, sino que supiste todo lo del doble, el otro.

Interrumpiendo, le dijo que me daba crédito inmerecido por algo más allá de mi entendimiento. Su respuesta fue que yo necesitaba tiempo para dejar que todas esas impresiones se asentaran, y que una vez que lo hicieran, las respuestas manarían de mí como antes las preguntas.

-El secreto del doble radica en la burbuja de la percepción, que en tu caso estaba, aquella noche, en lo alto del peñasco y en el fondo del barranco al mismo tiempo -dijo-. El racimo de sentimientos puede agruparse al instante en cualquier parte. En otras palabras, podemos percibir a la vez el aquí y el allí

Me instó a hacer memoria y recordar una secuencia de acciones que de tan ordinarias, dijo, casi se me habían olvidado.

No supe de qué hablaba. Me animó a un mayor esfuerzo.

-Piensa en tu sombrero -dijo-. Y en lo que Genaro hizo con él.

Experimenté un brusco choque de reconocimiento. Había olvidado que don Genaro quiso que me quitara el sombrero porque el viento me lo arrancaba a cada momento. Pero yo no quería prescindir de él. Me sentía estúpido en mi desnudez. Usar sombrero, lo cual por lo común nunca hago, me proporcionaba un sentimiento de extrañeza; yo no era en verdad yo mismo, por lo cual estar desnudo no me apenaba tanto. Don Genaro intentó luego cambiar sombreros conmigo, pero el suyo era demasiado pequeño para mí. Hizo chistes sobre el tamaño de mi cabeza y las proporciones de mi cuerpo, y finalmente me quitó el sombrero y me envolvió la cabeza en un poncho viejo, a guisa de turbante.

Dije a don Juan que había olvidado esa secuencia, la cual sin duda ocurrió entre mis supuestos saltos. Y sin embargo, el recuerdo de tales "saltos" resaltaba como una unidad sin interrupción.

-Por supuesto que fueron una unidad sin interrupción, y también lo fueron los juegos de Genaro con tu sombrero -dijo él-. Esos dos recuerdos no pueden acomodarse uno tras otro porque ocurrieron al mismo tiempo.

Movió los dedos de la mano izquierda como si no pudieran encajar en los espacios entre los dedos de la derecha.

-Esos saltos fueron sólo el principio -continuó-. Luego vino tu verdadera excursión a lo desconocido; anoche experimentaste lo impronunciable, el nagual.

Tu razón no puede luchar contra el conocimiento físico de que eres un racimo de sentimientos sin nombre. Tu razón tal vez incluso admita, a estas alturas, que hay otro centro de ensamble: la voluntad, a través de la cual es posible juzgar, calcular y utilizar los extraordinarios efectos del nagual. Por fin tu razón se ha enterado de que podemos reflejar al nagual a través de la voluntad, aunque nunca podamos explicarlo.

"Pero entonces viene tu pregunta: ¿Dónde estaba yo mientras ocurría todo eso? ¿Dónde estaba mi cuerpo? La convicción de que hay un tú real es el resultado del hecho de que has reunido todo cuanto tienes en torno a tu razón. En este momento, tu razón admite que el nagual es lo indescriptible, no porque la evidencia lo haya convencido, sino porque es más seguro admitir esto. Tu razón está en terreno seguro; todos los elementos del tonal están de su lado."

Don Juan hizo una pausa y me examinó. Sonreía con bondad.

-Vamos al sitio de predilección de Genaro -dijo abruptamente.

Se puso de pie y caminamos hasta la roca donde habíamos hablado dos días antes; nos sentamos cómodamente en los mismos sitios, con la espalda contra la roca.

-Hacer que la razón se sienta segura es siempre la tarea del maestro -dijo-. Yo le jugué un truco a tu razón al hacerla creer que el tonal era explicable y previsible.

Genaro y yo hemos trabajado para darte la impresión de que sólo el nagual estaba más allá de la explicación; la prueba de que el truco tuvo éxito es que en este momento te parece que, pese a todo cuanto has atravesado, hay todavía un núcleo que puedes reclamar como propio, tu razón. Esto es un espejismo. Tu preciosa razón no es más que un centro de ensamble, un espejo que refleja algo que está fuera de ella. Anoche atestiguaste no sólo lo indescriptible que es el nagual sino también lo indescriptible que es el tonal.

"El último trozo de la explicación de los brujos dice que la razón no hace sino reflejar un orden externo, y que la razón no sabe nada de ese orden; no puede explicarlo, como tampoco puede explicar el nagual. La razón sólo puede atestiguar los efectos del tonal, pero jamás podría comprenderlo o deshilvanarlo. El hecho mismo de que estemos pensando y hablando indica que hay un orden que seguimos sin ni siquiera saber cómo lo hacemos, o qué es el orden ese."

Saqué a colación la idea de las investigaciones realizadas por el hombre occidental con respecto al funcionamiento del cerebro, como una posibilidad de explicar qué era aquel orden. Él señaló que las investigaciones no hacían más que atestiguar que algo estaba sucediendo.

-Los brujos hacen lo mismo con su voluntad -dijo-. Dicen que por medio de la voluntad pueden atestiguar los efectos del nagual. Ahora puedo añadir que por medio de la razón, sin importar lo que hagamos con ella, o cómo lo hagamos, estamos simplemente atestiguando los efectos del tonal. En ambos casos no hay esperanza, nunca, de entender o de explicar qué es lo que estamos atestiguando.

"Anoche fue la primera vez que volaste con las alas de tu percepción. Eras aún muy tímido. Sólo te aventuraste en la banda de la percepción humana. Un brujo puede usar esas alas, para tocar otras sensibilidades: la de un cuervo, por ejemplo, la de un coyote, un grillo, o el orden de otros mundos en ese espacio infinito."

-¿Se refiere usted a otros planetas, don Juan?

-Claro. Las alas de la percepción pueden llevarnos a los más recónditos confines del nagual o a los mundos inconcebibles del tonal.

-¿Puede un brujo, por ejemplo, ir a la Luna?

-Desde luego que sí -replicó-. Sólo que no podría traer un costal dé piedras.

Reímos y bromeamos al respecto, pero él había hablado con toda seriedad.

-Hemos llegado a la última parte de la explicación de los brujos -dijo-. Anoche, Genaro y yo te mostramos los dos últimos puntos que integran la totalidad del hombre: el nagual y el tonal. Una vez te dije que esos dos puntos estaban fuera de uno mismo, y a la vez no lo estaban. Ésa es la paradoja de los seres luminosos. El tonal de cada uno de nosotros es sólo un reflejo de ese indescriptible desconocido lleno de orden: el gran tonal; el nagual de cada uno de nosotros es sólo un reflejo de ese indescriptible vacío que lo contiene todo: el gran nagual.

"Ahora debes quedarte en el sitio de predilección de Genaro hasta que llegue el crepúsculo; para entonces ya habrás metido en su sitio la explicación de los brujos. Ahora, aquí sentado, no tienes nada más que la fuerza de tu vida, que une ese racimo de sentimientos."

Se puso de pie.

-La tarea de mañana es lanzarte solo a lo desconocido, mientras Genaro y yo te observamos sin intervenir -dijo-. Quédate aquí sentado y suspende tu diálogo interno. Puede que reúnas el poder necesario para desplegar las alas de tu percepción y volar hacia esa infinitud.

LA PREDILECCIÓN DE LOS GUERREROS

Don Juan me despertó al rayar el alba. Me dio un guaje lleno de agua y una bolsa de carne seca. Caminamos en silencio

unos tres kilómetros hasta el sitio donde yo había dejado el coche dos días antes.
-Este viaje es nuestro último viaje juntos -dijo con voz tranquila cuando llegamos al auto.
Sentí una brusca sacudida en el estómago. Supe a qué se refería.
Se reclinó contra el parachoques trasero mientras yo abría la portezuela del lado derecho, y me miró con un sentimiento que nunca antes había traslucido en sus ojos.
Subimos en el coche, pero antes de que yo encendiera el motor, don Juan hizo algunas oscuras observaciones que también entendí a la perfección; dijo que teníamos unos cuantos minutos para estar sentados en el coche y tocar algunos sentimientos muy personales y punzantes.
Permanecí sentado en calma, pero mi espíritu se hallaba inquieto. Quise decirle algo a don Juan, algo que me apaciguara. Busqué en vano las palabras adecuadas, la fórmula que habría expresado aquello que yo "sabía" sin que me lo dijeran.
Don Juan habló de un niño que yo conocí una vez, y de cómo mis sentimientos hacia él no cambiarían con los años ni con la distancia. Declaró su certeza de que cada vez que yo pensaba en ese niño mi espíritu saltaba de alegría y, sin rastro de egoísmo ni mezquindad, le deseaba lo mejor.
Me recordó una historia que otrora le narré acerca del niño, una historia que le gustaba y en la que había encontrado un significado profundo. Durante una de nuestras caminatas por las montañas cercanas a Los Ángeles, el niño se cansó de caminar y yo lo llevé montado en mis hombros. Una oleada de felicidad intensa nos envolvió entonces, y el niño gritó su agradecimiento al, sol y a las montañas.
-Ésa era su manera de decirte adiós -dijo don Juan.
Sentí en la garganta el aguijón de la angustia.
-Hay muchas maneras de decir adiós -continuó-. Acaso la mejor es sostener un recuerdo especial de alegría. Por ejemplo, si vives como guerrero, el calor que sentiste cuando llevabas en hombros al niño será fresco y cortante durante todo el tiempo que vivas. Ésa es la manera en que un guerrero dice adiós.

Encendí apresuradamente el motor, y manejé más rápido que de costumbre sobre el duro terreno rocoso, hasta que llegamos a la carretera sin pavimentar.
Seguimos en coche una corta distancia y recorrimos a pie el resto del camino. Cosa de una hora después, llegamos a una arboleda. Don Genaro, Pablito y Néstor nos aguardaban, allí. Los saludé. Todos se veían felices y vigorosos. Al contemplarlos, a ellos y a don Juan, me inundó un sentimiento de profunda empatía. Don Genaro me abrazó y me dio palmadas afectuosas en la espalda. Dijo a Néstor y a Pablito que yo me había desempeñado muy bien al saltar al fondo de una cañada. Con la mano todavía en mi hombro, se dirigió a ellos en voz alta.
-Sí, señor -dijo mirándolos-. Yo soy su benefactor y sé que eso fue lo mejor que ha hecho hasta hoy. Le costó años de vivir como guerrero.
Se volvió hacia mí y puso su otra mano en mi hombro. Sus ojos relucían apaciblemente.
-No hay otro modo de decirlo, Carlitos -dijo, pronunciando despacio las palabras-. Excepto que tenías cantidades de caca en las tripas.
Con lo cual, él y don Juan aullaron de risa hasta que parecían a punto de desmayarse. Pablito y Néstor soltaron risitas nerviosas, sin saber exactamente qué hacer.
Cuando don Juan y don Genaro se hubieron calmado, Pablito me dijo que estaba inseguro de su capacidad para entrar solo en lo "desconocido".
-En realidad no tengo ni la menor idea de cómo hacerlo -dijo-. Genaro dice que uno no necesita nada más que impecabilidad. ¿Qué piensas tú?
Le contesté que yo sabia incluso menos que él. Néstor suspiró; parecía seriamente preocupado. Movía nerviosamente las manos y la boca como si estuviera a punto de decir algo importante y no hallara el modo.

-Genaro dice que a ustedes dos les va a ir bien -dijo por fin.
Don Genaro hizo un ademán para indicar que nos íbamos. Él y don Juan caminaron juntos, unos metros por delante de nosotros. Casi todo el día seguimos el mismo sendero montañés. Todos llevábamos una provisión de carne seca y un guaje de agua, y se entendía que comeríamos sobre la marcha. En cierto punto, el sendero se convirtió definitivamente en un camino. Se curvaba para rodear una ladera; de pronto, el panorama de un valle se desplegó frente a nosotros. Era un espectáculo que cortaba el aliento: un largo valle verde resplandeciente de sol; había sobre él dos magníficos arcoíris, y retazos de lluvia sobre las colinas circundantes.
Don Juan se detuvo y adelantó la barbilla para señalar a don Genaro algo que había en el valle. Don Genaro meneó la cabeza. No era un gesto afirmativo ni negativo; era más bien una especie de respingo. Ambos quedaron inmóviles largo rato, escudriñando el valle.
Dejamos el camino y tomamos lo que parecía un atajo. Empezamos a descender por una senda más estrecha y azarosa que llevaba a la parte norte del valle.
Cuando llegamos al terreno llano, mediaba la tarde. Me vi allí envuelto en el fuerte aroma de sauces acuáticos y tierra mojada. Durante un momento la lluvia fue un suave rugido verde sobre los árboles cercanos a mi izquierda; luego se convirtió en un temblor entre los juncos. Oí la carrera de un arroyo. Miré hacia la copa de los árboles; los altos cirros en el horizonte oeste parecían bolas de algodón desparramadas en el cielo. Me quedé observando las nubes el tiempo suficiente para que todos se me adelantaran un buen trecho. Corrí en pos de ellos.
Don Juan y don Genaro se detuvieron y voltearon al unísono; sus ojos se movieron y me enfocaron con tan uniforme precisión que ambos parecían una sola persona. Fue una breve mirada estupenda que me produjo escalofríos. Luego don Genaro rió y dijo que yo corría a trastazos, como un mexicano de cien kilos y pies planos.
-¿Por qué mexicano? -preguntó don Juan.
-Un indio de cien kilos y pies planos no corre -dijo don Genaro en tono explicativo.
-Ah -dijo don Juan como si don Genaro hubiese en realidad explicado algo.
Cruzamos el estrecho valle y trepamos a las montañas del lado este. Al pardear la tarde nos detuvimos por fin en una meseta plana y yerma que miraba a un valle alto hacia el sur. La vegetación había cambiado drásticamente. En todo el derredor había montañas redondas y erosionadas. La tierra del valle y las laderas estaba parcelada y cultivada, pero aun así toda la escena me sugería esterilidad.
El sol ya declinaba sobre el horizonte del suroeste. Don Juan y don Genaro nos llamaron al borde norte de la meseta. Desde este punto, el panorama era sublime. Había interminables valles y montañas hacia el norte, y una cordillera de altas sierras hacia el oeste. El sol reflejado en las distantes montañas del norte las hacía aparecer anaranjadas, del color de los bancos de nubes hacia occidente. Pese a su belleza, el paisaje era triste y solitario.
Don Juan me dio mi libreta, pero yo no sentía deseos de tomar notas. Nos sentamos en semicírculo, con don Juan y don Genaro en los extremos.
-Escribiendo empezaste en la senda del conocimiento, y en la misma forma terminarás -dijo don Juan.
Todos me instaron a escribir, como si ello fuera esencial.
-Estás en el mero borde, Carlitos -dijo de pronto don Genaro-. Tanto tú como Pablito.
Su voz era suave. Sin su tono de chanza, sonaba bondadosa y preocupada.
-Otros guerreros que viajaban a lo desconocido se han parado en este mismo sitio -dijo-. Todos ellos desean el bien a ustedes dos.
Sentí un escarceo en torno mío, como si el aire hubiera sido menos sólido y algo hubiese creado una ola que lo recorría.
-Todos nosotros, los que estamos aquí, les deseamos el bien a ustedes dos -dijo.

Néstor abrazó a Pablito y a mí y luego se sentó aparte.
-Todavía nos queda algo de tiempo -dijo don Genaro, mirando el cielo. Y luego, volviéndose hacia Néstor, preguntó-: ¿Qué debemos hacer mientras tanto?
-Reír y gozar -repuso Néstor ágilmente.
Dije a don Juan que tenía pavor a lo que me aguardaba, y que ciertamente me habían llevado a ello a fuerza de engaños; yo que ni siquiera había imaginado que existieran situaciones como la que Pablito y yo vivíamos. Dije que algo en verdad imponente se había apoderado de ml, y que me había empujado poco a poco hasta llevarme a encarar algo tal vez peor que la muerte.
-Ya te estás quejando otra vez -dijo don Juan con sequedad-. Te vas a tener lástima hasta el último minuto.
Todos rieron. Don Juan tenía razón. ¡Qué impulso invencible! Y yo que creía haberlo desarraigado de mi vida. Pedí a todos que perdonaran mi idiotez.
-No te disculpes -me dijo don Juan-. Las disculpas son una idiotez. Lo que realmente importa es el ser un guerrero impecable en este inigualable sitio de poder. Este lugar ha hospedado a los mejores guerreros. Sé así como ellos de excelente.
Luego se dirigió tanto a Pablito como a mí.
-Ya ustedes saben que ésta es la última tarea en la que estaremos juntos -dijo-. Ustedes dos van a entraren el nagual y el tonal por la sola fuerza de su poder personal. Genaro y yo estamos aquí sólo para decirles adiós. El poder ha determinado que Néstor deberá ser el testigo. Así sea.
"Ésta será también la última encrucijada en que Genaro y yo los asistiremos. Una vez que hayan entrado de por sí solos en lo desconocido, no pueden depender de nosotros para que los traigamos de vuelta, de manera que se impone una decisión; deben decidir si regresar o no. Nosotros confiamos en que ustedes dos tienen fuerza para regresar si eligen hacerlo. La otra noche ustedes fueron perfectamente capaces, unidos o por separado, de quitarse de encima al aliado, que de otro modo los habría aplastado hasta matarlos. Ésa fue una prueba de sus fuerzas.
"Debo añadir también que pocos guerreros sobreviven el encuentro con lo desconocido que ustedes están a punto de tener; no tanto porque sea difícil, sino porque el nagual es atrayente más allá de cuanto pueda decirse, y los guerreros que se adentran en él encuentran que el regreso al tonal, o al mundo del orden y el ruido y el dolor, es un asunto de lo más disgustante.
"La decisión de quedarse o de volver la realiza algo en nosotros que no es nuestra razón ni nuestro deseo, sino nuestra voluntad, de manera que no hay forma de saber el resultado por anticipado.
"Si eligen no volver, desaparecerán como si la tierra los hubiera tragado. Pero si eligen regresar a esta tierra, deben esperar como verdaderos guerreros hasta que sus tareas particulares estén cumplidas. Una vez que se cumplan, ya sea en el triunfo o en la derrota, tendrán dominio sobre la totalidad de ustedes mismos."
Don Juan hizo una pausa. Don Genaro me miró y guiñó un ojo.
-Carlitos quiere saber qué significa el tener dominio sobre la totalidad de uno mismo -dijo, y todos rieron.
Tenía razón. Bajo otras circunstancias, yo habría hecho la pregunta; sin embargo, la situación era demasiado solemne para ello.
-Significa que el guerrero ha encontrado finalmente el poder -dijo don Juan-. Nadie puede decir qué hará con él cada guerrero; tal vez ustedes dos vaguen en paz y sin nombre, en esta tierra, o quizá resulten ser dos hombres odiosos, o notables, o bondadosos. Todo eso depende de la impecabilidad y la libertad de sus espíritus.
"Lo importante es, sin embargo, su tarea. Eso es el regalo que un maestro y un benefactor hacen a sus aprendices. Yo ruego porque ustedes dos logren llevar sus tareas a la culminación."
-La espera para cumplir esa tarea es una espera muy especial -dijo de pronto don Genaro-. Les voy a contar a ustedes la historia de unos guerreros que en otros

tiempos vivían en las montañas, por ahí en esos rumbos.
Señaló con despreocupación hacia el oriente, pero luego, tras un titubeo momentáneo, pareció cambiar de idea y, levantándose, indicó las distantes montañas del norte.
-No. Vivían ahí, en esa dirección -dijo, mirándome y sonriendo con aire erudito-. Exactamente ciento treinta y cinco kilómetros de aquí.
Tal vez don Genaro me remedaba. Contraía la boca y la frente, apretaba las manos contra el pecho sosteniendo algún objeto imaginario que bien podía ser una libreta. Su postura era totalmente ridícula. Yo había conocido otrora a un erudito alemán, un sinólogo, que tenía ese aspecto preciso. La idea de que yo hubiera podido estar imitando todo el tiempo los gestos de un sinólogo alemán me resultó sumamente graciosa. Reí a solas. Parecía ser un chiste nada más para mí.
Don Genaro volvió a sentarse y prosiguió su relato.
-Cada vez que se encontraba que uno de esos guerreros había hecho algo que iba en contra de las reglas, su destino era puesto en las manos de todos los demás. El culpable tenía primero que explicar las razones que lo llevaron a hacer lo que hizo. Sus camaradas tenían que escucharlo, y después, hacían una de dos, o se desbandaban y cada quien se iba por su lado porque las razones eran buenas, o se alineaban, con sus armas, en el mero filo de una montaña muy parecida a esta montaña donde estamos sentados, listos para ejecutar la sentencia de muerte porque encontraban que sus razones eran malas. En ese caso, el guerrero sentenciado tenía que despedirse de sus viejos camaradas, y empezaba su ejecución.
Don Genaro me miró, y miró a Pablito, como esperando una señal nuestra. Luego se volvió hacia Néstor.
-Tal vez el testigo aquí, pueda decirnos qué tiene que ver la historia con estos dos -le dijo.
Néstor sonrió con timidez y pareció hundirse en la meditación durante un momento.
-El testigo aquí no tiene ni la menor idea -dijo y soltó una risita nerviosa.
Don Genaro pidió a todos ponerse de pie y acompañarlo a mirar por el borde occidental de la meseta.
Había una pendiente suave hasta el fondo de la formación terrosa; luego, una tira estrecha de tierra llana terminaba en una hondonada que parecía ser un canal natural para el desagüe de la lluvia.
-Allí justo donde está esa zanja, había una hilera de árboles en la montaña de la historia -dijo-. Y luego más allá de ahí había una arboleda muy tupida.
"Después de decir adiós a sus camaradas, el guerrero sentenciado debía echar a andar cuesta abajo, hacia los árboles. Sus camaradas entonces preparaban sus armas y apuntaban. Si nadie disparaba, o si el guerrero sobrevivía a sus heridas y llegaba a los árboles, quedaba libre."
Volvimos al sitio donde habíamos estado.
-¿Y qué pasa ahora, testigo? -preguntó a Néstor-. ¿Ya puedes decirnos?
Néstor era el epitome del nerviosismo. Se quitó el sombrero y se rascó la cabeza. Luego ocultó el rostro entre las manos.
-¿Qué puede decir el pobre testigo si no sabe nada? -repuso finalmente en tono de reto, y rió con todos los demás.
-Dicen que hubo hombres que salieron sin ningún daño -prosiguió don Genaro-. Digamos que su poder personal afectó a sus camaradas. Una ola de algo les pasó por encima mientras le apuntaban y nadie se atrevió a disparar. O tal vez el temple del guerrero los impresionaba tanto que no podían hacerle daño.
Don Genaro me miró y luego miró a Pablito.
-Había una condición puesta para esa caminata hasta el borde de la arboleda -continuó-. El guerrero tenía que andar con calma, indiferente. Sus pasos tenían que ser seguros y firmes, sus ojos tenían que mirar al frente, sin -pena ni miedo. Tenía que bajar sin tropezar, sin volver la cara, y sobre todo sin correr.

Don Genaro hizo una pausa; Pablito asintió con la cabeza.
-Si ustedes dos deciden regresar a esta tierra -dijo don Genaro-, tendrán que esperar, como verdaderos guerreros, hasta haber cumplido sus tareas. Esa espera es muy parecida a la caminata del guerrero en la historia. Como se ve, a ese guerrero ya no le quedaba más tiempo humano, y a ustedes dos tampoco. La única diferencia está en quién les apunta. Los que apuntaban al guerrero eran sus propios camaradas. Pero los que a ustedes les apuntan son los tiradores de lo desconocido. Y lo único que ustedes dos tienen es la impecabilidad. Deben esperar sin mirar hacia atrás. Deben esperar sin pedir nada. Y deben dirigir todo el poder personal que tengan a cumplir la tarea.
"Si ustedes no actúan impecablemente, si empiezan a inquietarse, si se impacientan o se desesperan, serán cortados sin misericordia por los tiradores de lo desconocido.
"Si, por el contrario, su impecabilidad y poder personal son tales que les permiten cumplir sus tareas, lograrán entonces la promesa del poder. ¿Y cuál es esa promesa?, podrían preguntar. Es una promesa que el poder hace a los hombres como seres luminosos. Cada guerrero tiene un destino diferente, así que no hay modo de decir cuál será esa promesa para cualquiera de ustedes."
El sol estaba a punto de ocultarse. El anaranjado claro de las distantes montañas del norte se había oscurecido. El paisaje me dio el sentimiento de un mundo solitario barrido por el viento.
-Ustedes ya han aprendido que el temple de un guerrero está en el ser humilde y eficiente -dijo don Genaro, y su voz me hizo saltar-. Ya han aprendido a actuar sin esperar ni pedir nada a cambio. Ahora les digo que, para soportar lo que les aguarda más allá de este día, necesitarán ustedes contenerse hasta lo último.
Experimenté un choque en el estómago. Pablito empezó a temblar levemente.
-Un guerrero debe estar siempre listo. El destino de todos nosotros los que estamos aquí ha sido saber que somos prisioneros del poder. Nadie sabe por qué nosotros en particular, pero ¡qué buena suerte!
Don Genaro calló y bajó la cabeza como exhausto. Yo nunca lo había oído hablar en esos términos.
-Aquí es obligatorio que el guerrero diga adiós a todos los presentes y a todos los que deja atrás -dijo de pronto don Juan-. Debe hacerlo en sus propias palabras y en voz alta, para que su voz se quede para siempre en este sitio de poder.
La voz de don Juan añadió otra dimensión a mi estado de ser en ese momento. Nuestra conversación en el coche se hizo doblemente conmovedora. ¡Cuánta razón tenía al decir que la serenidad del paisaje en torno había sido sólo un espejismo, y que la explicación de los brujos descargaba un golpe que nadie podría parar! Yo había oído la explicación de los brujos y había experimentado sus premisas; y allí estaba, desarmado y desvalido como nunca lo había estado antes en mi vida. Nada de cuanto había hecho, de cuanto había imaginado, podía compararse con la angustia y la soledad de aquel momento. La explicación de los brujos me había despojado incluso de mi "razón". Don Juan también estaba en lo cierto al decir que un guerrero no podía evitar el dolor y el sufrimiento, sino únicamente la entrega a ellos. En ese momento mi tristeza era incontenible. No soportaba decir adiós a quienes habían compartido las vueltas de mi destino. Dije a don Juan y a don Genaro que había hecho un pacto de morir con cierta persona, y que mi espíritu no se resignaba a dejarla sola.
-Todos estamos solos, Carlitos -dijo don Genaro suavemente-. ,Ésa es nuestra condición.
Sentí en la garganta la angustia de mi pasión por la vida y por los seres que eran queridos para mí; yo rehusaba decirles adiós.
-Todos estamos solos -dijo don Juan-. Pero morir solo es morir desolado.
Su voz sonaba seca y apagada, como una tos.

Pablito lloraba en silencio. Luego se puso de pie y habló. No fue una arenga ni un testimonio. En voz clara agradeció la bondad de don Genaro y don Juan. Se volvió hacia Néstor y le agradeció el haberle dado la oportunidad de cuidarlo. Secó sus ojos con la manga de su camisa.

-¡Qué cosa más linda el haber estado en este hermoso mundo! ¡En este maravilloso tiempo! -exclamó con un suspiro.

Su ánimo era contagioso.

-Si no regreso, te suplico como último favor que ayudes a quienes han compartido mi destino -dijo a don Genaro.

Luego miró hacia el oeste, en dirección de su casa. Su delgado cuerpo se convulsionó de llanto. Con los brazos extendidos corrió hacia el borde de la meseta, como para abrazar a alguien. Sus labios se movían; parecía hablar en voz baja.

Aparté la vista. No quería oír lo que Pablito decía.

Regresó a donde estábamos sentados, se dejó caer junto a mí y bajó la cabeza.

Yo era incapaz de decir nada. Pero súbitamente una fuerza exterior pareció tomar las riendas y me hizo levantarme, y también yo dije mi gratitud y mi tristeza.

Guardamos silencio de nuevo. El viento del norte susurraba, soplando contra mi rostro. Don Juan me miró. Nunca había visto tanta bondad en sus ojos. Me dijo que un guerrero se despedía dando las gracias a todos los que habían tenido para él un gesto de bondad o de preocupación, y que yo debía expresar mi gratitud no sólo hacia ellos sino también hacia aquellos que me habían cuidado y ayudado en mi camino.

Miré hacia el noroeste, hacia Los Ángeles, y todo el sentimentalismo de mi espíritu se vertió. ¡Qué descarga purificadora fue esa expresión de gracias!

Me senté de nuevo. Nadie me miró.

-Un guerrero reconoce su dolor pero no se entrega a él -dijo don Juan-. Por eso el sentimiento de un guerrero que entra en lo desconocido no es de tristeza; al contrario, está alegre porque se siente humilde ante su gran fortuna, confiado en la impecabilidad de su espíritu, y sobre todo, completamente al tanto de su eficiencia. La alegría del guerrero le viene de haber aceptado su destino, y de haber calculado de verdad lo que le espera.

Hubo una larga pausa. Mi tristeza era suprema. Quise hacer algo por librarme de tal opresión.

-A ver, ese testigo, aplasta tu cazador de espíritus -dijo don Genaro a Néstor.

Oí el fuerte y ridículo sonido del artefacto en cuestión.

Pablito rió casi hasta la histeria, y también don Juan y don Genaro. Advertí un olor peculiar y me di cuenta de que Néstor había soltado un pedo. Lo horrendamente chistoso era la gran expresión de seriedad en su rostro. No se había pedorreado como guasa, sino porque no traía su cazador de espíritus. Quería ayudar como mejor podía.

Todos rieron con abandono. Qué facilidad tenían para pasar de las situaciones sublimes a las totalmente cómicas.

De pronto, Pablito se volvió hacia mí. Quiso saber si era yo poeta, pero antes de que pudiera responderle, don Genaro hizo una rima.

-Carlitos es un chingón; tiene un poco de poeta, de loco y de cabrón -dijo.

Todos sufrimos otro ataque de risa.

-Éste es un mejor humor -dijo don Juan-. Y ahora, antes de que Genaro y yo les digamos adiós, pueden decir lo que les venga en gana. Puede que ésta sea la última vez que pronuncien una palabra.

Pablito negó con la cabeza, pero yo tenía algo que decir. Quería expresar mi admiración, mi respeto por el exquisito temple del espíritu guerrero de don Juan y don Genaro. Pero me enredé en mis palabras y finalmente no dije nada; o peor aun, terminé hablando como si de nuevo me quejara.

Don Juan meneó la cabeza y chasqueó los labios en un remedo de reprobación. Reí involuntariamente; no importaba, después de todo, que hubiese arruinado la oportunidad de expresarles mi admiración. Un sentimiento muy atrayente em-

pezaba a poseer, me: cierto alborozo y alegría, una libertad exquisita que me hacia reír. Dije a don Juan y a don Genaro que el resultado de mi encuentro con lo "desconocido" me importaba un cacahuate; que me sentía feliz y completo, y que el vivir o el morir carecían de valor para mí en esos momentos.

Don Juan y don Genaro parecieron disfrutar mis aseveraciones todavía más que yo. Don Juan se golpeó el muslo y se echó a reír. Don Genaro arrojó su sombrero por tierra y gritó como si montara un caballo salvaje.

-Hemos gozado y nos hemos reído mientras esperábamos, así como lo recomendó el testigo -dijo don Genaro de pronto-. Pero es la condición natural del orden el que siempre tenga que llegar a su fin.

Miró el cielo.

-Ya es casi la hora de que nos desbandemos como los guerreros de la historia -dijo-. Pero antes de que nos vayamos cada uno por su lado, debo decirles una última cosa a ustedes dos. Voy a revelarles un secreto de guerrero. Quizás podrían llamarlo la predilección de un guerrero.

Centrando en mi su atención particular, dijo que en una ocasión yo había opinado que la vida de un guerrero era fría y solitaria y carente de sentimientos. Añadió que incluso en aquel preciso instante yo me había convencido de que así era.

-La vida de un guerrero no puede en modo alguno ser fría y solitaria y sin sentimientos -dijo-, porque se basa en su afecto, su devoción, su dedicación a su ser amado. ¿Y quién, podrían ustedes preguntar, es ese ser amado? Yo se los voy a mostrar ahora mismo.

Don Genaro se puso en pie y caminó despacio hasta un área perfectamente llana, justamente frente a nosotros, a unos tres metros de distancia. Allí hizo un curioso gesto. Movió las manos como si barriera el polvo de su pecho y su estómago. Entonces ocurrió algo extraño. Un destello de luz casi imperceptible lo atravesó; salió del suelo y pareció encender todo su cuerpo. Don Genaro ejecutó una especie de pirueta hacia atrás; un clavado de espaldas, dicho con mayor propiedad, y aterrizó sobre el pecho y los brazos. La precisión y habilidad de su movimiento lo hicieron parecer un ser sin peso, una criatura vermiforme que diera la vuelta sobre sí misma. Ya en el suelo, realizó una serie de movimientos inconcebibles. Se deslizaba a unos cuantos centímetros de la tierra, o rodaba sobre ella como si yaciera sobre balines, o nadaba describiendo círculos y vueltas con la rapidez y la agilidad de una anguila en el océano.

Empecé a bizquear, y en cierto momento, sin transición alguna, me hallé observando una bola de luminosidad que se deslizaba de un lado a otro sobre lo que parecía ser una pista de hielo con mil luces brillando sobre ella.

El espectáculo era sublime. Luego la bola de fuego se detuvo y permaneció inmóvil. Una voz me sacudió disipando mi atención. Era don Juan que hablaba. No entendí al principio lo que decía. Miré de nuevo la bola de fuego; todo lo que pude discernir fue a don Genaro tirado en el suelo, con los brazos y las piernas extendidos.

La voz de don Juan era muy clara. Pareció desatar algo en mi interior, y me puse a escribir.

-El amor de Genaro es el mundo -decía-. Ahora mismo estaba abrazando esta enorme tierra, pero siendo tan pequeño, no puede sino nadar en ella. Pero la tierra sabe que Genaro la ama y por eso lo cuida. Por eso la vida de Genaro está llena hasta el borde y su estado, dondequiera que él se encuentre, siempre será la abundancia. Genaro recorre las sendas de su ser amado, y en cualquier sitio que esté, está completo.

Don Juan se acuclilló frente a nosotros. Acarició el suelo con gentileza.

-Ésta es la predilección de dos guerreros -erijo-. Esta tierra, este mundo. Para un guerrero no puede haber un amor más grande.

Don Genaro se levantó y vino a acuclillarse junto a don Juan; por un momento ambos nos escrutaron con fijeza, luego tomaron asiento al unísono, cruzando las piernas.

-Solamente si uno ama a esta tierra con pasión inflexible puede uno librarse de la tristeza -dijo don Juan-. Un guerrero siempre está alegre porque su amor es inalterable y su ser amado, la tierra, lo abraza y le regala cosas inconcebibles. La tristeza pertenece sólo a esos que odian al mismo ser que les da asilo.

Don Juan volvió a acariciar el suelo con ternura.

-Este ser hermoso, que está vivo hasta sus últimos resquicios y comprende cada sentimiento, me dio cariño, me curó de mis dolores, y finalmente, cuando entendí todo mi cariño por él, me enseñó lo que es la libertad.

Hizo una pausa. El silencio en torno era atemorizante. El viento silbaba suavemente, y luego oí el ladrido lejano de un perro solitario.

-Escuchen ese ladrido -prosiguió don Juan-. Ése es el modo en que mi amada tierra me ayuda a darles esta última lección. Ese ladrido es la cosa más triste que uno puede oír.

Guardamos silencio un rato. El ladrar de aquel perro solitario era tan triste, y la quietud en torno tan intensa, que experimenté una angustia adormecedora. Pensaba en mi propia vida, mi tristeza, el no saber dónde ir, qué hacer.

-El ladrido de ese perro es la voz nocturna de un hombre -dijo don Juan-. Viene de una casa en ese valle hacia el sur. Un hombre grita a través de su perro, pues ambos son esclavos compañeros de por vida, su tristeza, su aburrimiento. Está rogando a su muerte que venga y lo libre de las torpes y sombrías cadenas de su vida.

Las palabras de don Juan habían entroncado en forma inquietante con mi línea de pensamiento. Sentí que me hablaba directamente.

-Ese ladrido, y la soledad que crea, hablan de los sentimientos de los hombres -prosiguió-. Hombres para los que toda una vida fue como una tarde de domingo, una tarde que no fue del todo mala, pero sí calurosa, y aburrida, y pesada. Sudaron y se fastidiaron más de la medida. No sabían a dónde ir ni qué hacer. Esa tarde les dejó solamente el recuerdo del tedio y de pequeñas molestias, y de pronto se acabó; de pronto ya era noche.

Volvió a narrar una historia que yo le conté alguna vez acerca de un hombre de setenta y dos años, quejoso de que su vida había sido tan breve que su niñez parecía haber ocurrido apenas el día anterior. Ese hombre me había dicho: "Recuerdo los piyamas que solía ponerme a los diez años. Parece que sólo ha pasado un día. ¿A dónde se fue el tiempo?"

-El contraveneno de eso está aquí -dijo don Juan, acariciando la tierra-. La explicación de los brujos no puede en modo alguno liberar el espíritu. Ahí están ustedes dos. Han llegado a la explicación de los brujos, pero no tiene ninguna importancia el que la sepan. Están más solos que nunca, porque sin un cariño constante por el ser que les da asilo, la soledad es desolación.

"Solamente amando a este ser espléndido se puede dar libertad al espíritu del guerrero; y la libertad es alegría, eficiencia, y abandono frente a cualquier embate del destino. Ésa es la última lección. Siempre se deja para el último momento, para el momento de desolación suprema en el que un hombre se enfrenta a su muerte y a su soledad. Sólo entonces tiene sentido."

Don Juan y don Genaro se pusieron de pie; estiraron los brazos y arquearon la espalda, como si el estar sentados hubiera entiesado sus cuerpos. Mi corazón empezó a golpetear con rapidez. Los dos hicieron que Pablito y yo nos levantáramos.

-El crepúsculo es la raja entre los mundos -dijo don Juan-. Es la puerta a lo desconocido.

Indicó con un amplio ademán la meseta donde nos hallábamos.

-Ésta es la planicie frente a esa puerta.

Señaló entonces el filo norte de la meseta.

-Allí está la puerta. Más allá hay un abismo, y más allá de ese abismo está lo desconocido.

Después don Juan y don Genaro se volvieron hacia Pablito y le dijeron adiós. Los

ojos de Pablito estaban dilatados y fijos; por sus mejillas rodaban abundantes lágrimas.
Oí la voz de don Genaro diciéndome adiós, pero no oí la de don Juan.
Don Juan y don Genaro se acercaron a Pablito y susurraron brevemente en sus oídos. Luego vinieron hacia mí. Pero antes de que susurraran nada, yo ya tenla la peculiar sensación de estar partido.
-Ahora nosotros seremos otra vez polvo en el camino -dijo don Genaro-. Tal vez algún día otra vez vuelva a entrar en tus ojos.
Don Juan y don Genaro retrocedieron y parecieron perderse en la oscuridad. Pablito me tomó del antebrazo y nos dijimos adiós. Entonces un extraño impulso, una fuerza, me hizo correr con él hacia el filo norte de la meseta. Sentí que su brazo me sostenía cuando saltamos, y luego quedé solo.

FIN

* * *

CARLOS CASTANEDA

EL SEGUNDO ANILLO DE PODER

MANO IZQUIERDA EDITORES

Carlos Castaneda.
El Segundo Anillo de Poder.

Fotografía de Portada: Casey Horner by Unsplash.

Edición bajo el cuidado de:
Mano Izquierda Editores.

Circa, 2019.
Lima, Perú.

EL SEGUNDO ANILLO DE PODER

PREFACIO

Mi último encuentro con don Juan, don Genaro y sus otros dos aprendices, Pablito y Néstor, tuvo como escenario una plana y árida cima de la vertiente occidental de la Sierra Madre, en México Central. La solemnidad y la trascendencia de los hechos que allí tuvieron lugar no dejaron duda alguna en mi mente acerca de que nuestro aprendizaje había llegado a su fin y que en realidad veía a don Juan y a don Genaro por última vez. Hacia el desenlace, nos despedimos unos de otros y luego Pablito y yo saltamos de la cumbre de la montaña, lanzándonos a un abismo.

Antes del salto, don Juan había expuesto un principio de importancia fundamental en relación con todo lo que estaba a punto de sucederme. Según él, tras arrojarme al abismo me convertiría en percepción pura y comenzaría a moverme de uno a otro lado entre los dos reinos inherentes a toda creación, el tonal y el nagual.

En el curso de la caída mi percepción experimentó diecisiete rebotes entre el tonal y el nagual. Al moverme dentro del nagual viví mi desintegración física. No era capaz de pensar ni de sentir con la coherencia y la solidez con que suelo hacer ambas cosas; no obstante, como quiera que fuese, pensé y sentí. Por lo que a mis movimientos en el tonal respecta, me fundí en la unidad. Estaba entero. Mis percepciones eran coherentes. Consecuentemente, tenía visiones de orden. Su fuerza era a tal punto compulsiva, su intensidad tan real y su complejidad tan vasta, que no he logrado explicarlas a mi entera satisfacción. El denominarlas visiones, sueños vívidos o, incluso, alucinaciones, poco ayuda a clarificar su naturaleza.

Tras haber considerado y analizado del modo más cabal y cuidadoso mis sensaciones, percepciones e interpretaciones de ese salto al abismo, concluí que no era racionalmente aceptable el hecho de que hubiese tenido lugar. No obstante, otra parte de mi ser se aferraba con firmeza a la convicción de que había sucedido, de que había saltado.

Ya no me es posible acudir a don Juan ni a don Genaro, y su ausencia ha suscitado en mí una necesidad apremiante: la de avanzar por entre contradicciones aparentemente insolubles.

Regresé a México con la intención de ver a Pablito y a Néstor y pedirles ayuda para resolver mis conflictos. Pero aquello con lo que me encontré en el viaje no puede ser descrito sino como un asalto final a mi razón, un ataque concentrado, planificado por el propio don Juan. Sus discípulos, bajo su dirección -aun cuando él se hallase ausente-, demolieron de modo preciso y metódico, en el curso de unos pocos días, el último baluarte de mi capacidad de raciocinio. En ese lapso me revelaron uno de los aspectos prácticos de su condición de brujos, el arte de soñar, que constituye el núcleo de la presente obra.

El arte del acecho, la otra faz práctica de su brujería, así como también el punto culminante de las enseñanzas de don Juan y don Genaro, me fue expuesto en el curso de visitas subsiguientes: se trataba, con mucho, del cariz más complejo de su ser en el mundo como brujos.

1

LA TRANSFORMACIÓN DE DOÑA SOLEDAD

Intuí de pronto que ni Pablito ni Néstor estarían en casa. Mi certidumbre era tal que detuve mi coche. Me encontraba en el punto en que el asfalto acaba abruptamente, y deseaba reconsiderar la conveniencia de continuar ese día el recorrido del escarpado y áspero camino de grava que conduce al pueblo en que viven, en las montañas de México Central.

Bajé la ventanilla del automóvil. El clima era bastante ventoso y frío. Salí a estirar las piernas. La tensión debida a las largas horas al volante me había entumecido la espalda y el cuello. Fui andando hasta el borde del pavimento. El campo estaba húmedo por obra de un aguacero temprano. La lluvia seguía cayendo pesadamente sobre las laderas de las montañas del sur, a poca distancia del lugar en que me hallaba. No obstante, exactamente delante de mí, ya fuese que mirara hacia el Este o hacia el Norte, el cielo se veía despejado. En determinados puntos de la sinuosa ruta había logrado divisar los azulinos picos de las sierras, resplandeciendo al sol a una gran distancia.

Tras pensarlo un momento, decidí dar la vuelta y regresar a la ciudad, porque había tenido la peculiar impresión de que iba a encontrar a don Juan en la plaza del mercado. Después de todo, eso era lo que había hecho siempre, hallarle en el mercado, desde el comienzo de mi relación con él. Por norma, si no daba con él en Sonora, me dirigía a México Central e iba al mercado de la ciudad del caso: tarde o temprano, don Juan se dejaría ver. Nunca le esperé más de dos días. Estaba tan habituado a reunirme con él de ese modo que tuve la más absoluta certeza de que volvería a hallarle, como siempre.

Aguardé en el mercado toda la tarde. Recorrí las naves una y otra vez, fingiendo buscar algo que adquirir. Luego esperé paseando por la plaza. Al anochecer comprendí que no vendría. Tuve entonces la clara impresión de que él había estado allí. Me senté en uno de los bancos de la plaza, en que solía reunirme con él, y traté de analizar mis sentimientos. Desde el momento de mi llegada a la ciudad, la firme convicción de que don Juan se encontraba en sus calles me había llenado de alegría. Mi seguridad se fundaba en mucho más que el recuerdo de las incontables veces en que le había hallado allí; sabía físicamente que él me estaba buscando. Pero entonces, en el momento en que me senté en el banco, experimenté otra clase de extraña certidumbre. Supe que él ya no estaba allí. Se había ido y yo le había perdido.

Pasado un rato, dejé de lado mis especulaciones. Llegué a la conclusión de que el lugar estaba comenzando a afectarme. Iba a caer en lo irracional, como siempre me había sucedido al cabo de unos pocos días en la zona.

Fui a mi hotel a descansar unas horas y luego salí nuevamente a vagar por las calles. Ya no tenía las mismas esperanzas de hallar a don Juan. Me di por vencido y regresé al hotel con el propósito de dormir bien durante la noche.

Por la mañana, antes de partir hacia las montañas, recorrí las calles en el coche; no obstante, de alguna manera, sabía que estaba perdiendo el tiempo. Don Juan no estaba allí.

Me tomó toda la mañana llegar al pueblo en que vivían Pablito y Néstor. Arribé a él cerca del mediodía. Don Juan me había acostumbrado a no entrar nunca al pueblo con el automóvil, para no excitar la curiosidad de los mirones. Todas las veces que había estado allí, me había apartado del camino, poco antes de la entrada al pueblo, y pasado por un terreno llano en que los muchachos solían jugar al fútbol. La tierra estaba allí bien apisonada y permitía alcanzar una huella de caminantes lo bastante ancha para dar paso a un automóvil y que llevaba a las casas de Pablito y de Néstor, situadas al pie de las colinas,

al sur del poblado. Tan pronto como alcancé el borde del campo descubrí que la huella se había convertido en un camino de grava.
Dudé acerca de qué era lo más conveniente: si ir a la casa de Néstor o a la de Pablito. La sensación de que no estarían allí persistía. Opté por dirigirme a la de Pablito; tuve en cuenta el hecho de que Néstor vivía solo, en tanto Pablito compartía la casa con su madre y sus cuatro hermanas. Si él no se encontraba allí, las mujeres me ayudarían a dar con él. Al acercarme, advertí que el sendero que unía el camino con la casa había sido ensanchado. El suelo daba la impresión de ser firme y, puesto que había espacio suficiente para el coche, fui en él casi hasta la puerta de entrada. A la casa de adobe se había agregado un nuevo portal con techo de tejas. No hubo perros que ladrasen, pero vi uno enorme, que me observaba alerta, sentado con calma tras una cerca. Una bandada de polluelos, que hasta ese momento habían estado comiendo frente a la casa, se dispersó cacareando. Apagué el motor y estiré los brazos por sobre la cabeza. Tenía el cuerpo rígido.
La casa parecía desierta. Pensé por un instante en la posibilidad de que Pablito y su familia se hubiesen mudado y alguna otra gente viviese allí. De pronto, la puerta delantera se abrió con estrépito y la madre de Pablito salió como si alguien la hubiese empujado. Me miró distraídamente un momento. Cuando bajé del coche pareció reconocerme. Un ligero estremecimiento recorrió su cuerpo y se apresuró a acercarse a mí. Lo primero que se me ocurrió fue que habría estado dormitando y que el ruido del motor la habría traído a la vigilia; y al salir a ver qué sucedía, le hubiese costado comprender en un primer momento de quién se trataba. Lo incongruente de la visión de la anciana corriendo hacia mí me hizo sonreír. Al acercarse, experimenté cierta duda fugaz. El modo en que se movía revelaba una agilidad que en modo alguno se correspondía con la imagen de la madre de Pablito.
-¡Dios mío! ¡Qué sorpresa! -exclamó.
-¿Doña Soledad? -pregunté, incrédulo.
-¿No me reconoces? -replicó, riendo.
Hice algunos comentarios estúpidos acerca de su sorprendente agilidad.
-¿Por qué siempre me tomas por una anciana indefensa? -preguntó, mirándome con cierto aire de desafío burlón.
Me reprochó abiertamente el hecho de haberla apodado «Señora Pirámide». Recordé que en cierta oportunidad había comentado a Néstor que sus formas me recordaban las de una pirámide. Tenía un ancho y macizo trasero y una cabeza pequeña y en punta. Los largos vestidos que solía usar contribuían al efecto.
-Mírame -dijo. ¿Sigo teniendo el aspecto de una pirámide?
Sonreía, pero sus ojos me hacían sentir incómodo. Intenté defenderme mediante una broma, pero me interrumpió y me interrogó hasta obligarme a admitir que yo era el responsable del mote. Le aseguré que lo había hecho sin ninguna mala intención y que, de todos modos, en ese momento se la veía tan delgada que sus formas podían recordarlo todo menos una pirámide.
-¿Qué le ocurrió, doña Soledad? -pregunté-. Está transformada.
-Tú lo dijiste -se apresuró a responder-. ¡He sido transformada!
Yo lo había dicho en sentido figurado. No obstante, tras un examen más detallado, me vi en la necesidad de admitir que no había lugar para la metáfora. Francamente, era otra persona. De pronto, me vino a la boca un sabor metálico, seco. Tenía miedo.
Puso los brazos en jarras y se quedó allí parada, con las piernas ligeramente separadas, enfrentándome. Llevaba una falda fruncida verdosa y una blusa blanquecina. La falda era más corta que aquellas qué solía usar. No veía su cabello; lo llevaba ceñido por una cinta ancha, una tela dispuesta a modo de turbante. Estaba descalza y golpeaba rítmicamente el suelo con sus grandes pies, mientras sonreía con el candor de una jovencita. Nunca había

visto a nadie que irradiase tanta energía. Advertí un extraño destello en sus ojos, un destello turbador pero no aterrador. Pensé que era posible que nunca hubiese observado su aspecto cuidadosamente. Entre otras cosas, me sentía culpable por haber dejado de lado a mucha gente durante los años pasados junto a don Juan. La fuerza de su personalidad había logrado que todo el mundo me pareciese pálido y sin importancia.

Le dije que nunca había supuesto que pudiese ser dueña de tan estupenda vitalidad, que mi indiferencia no me había permitido conocerla en profundidad y que era indudable que debía replantearme el conjunto de mis relaciones con la gente.

Se me acercó. Sonrió y puso su mano derecha en la parte posterior de mi brazo izquierdo, dándome un ligero apretón.

-De eso no hay duda -susurró a mi oído.

Su sonrisa se heló y sus ojos se pusieron vidriosos. Estábamos tan cerca que sentía sus pechos rozar mi hombro izquierdo. Mi incomodidad aumentaba a medida que hacía esfuerzos por convencerme de que no había razón alguna para alarmarme. Me repetía una y otra vez que realmente nunca había conocido a la madre de Pablito, y que, a pesar de lo extraño de su conducta, lo más probable era que estuviese actuando según los dictados de su personalidad normal. Pero una parte de mi ser, atemorizada, sabía que ninguno de esos pensamientos servía para otra cosa que no fuese darme fuerzas, que carecían de fundamento, porque, más allá de la poca o mucha atención que hubiese prestado a su persona, no sólo la recordaba muy bien, sino que la había conocido muy bien. Representaba para mí el arquetipo de una madre; la suponía cerca de los sesenta años, o algo más. Sus débiles músculos arrastraban con extrema dificultad su voluminoso físico. Su cabello estaba lleno de hebras grises. Era, en mi recuerdo, una triste, sombría mujer, con rasgos delicados y nobles, una madre abnegada y sufriente, siempre en la cocina, siempre cansada. También recordaba su amabilidad y su generosidad, y su timidez, una timidez, que la llevaba incluso a adoptar una actitud servil con todo aquel que hallase a su alrededor. Tal era la imagen que tenía de ella, reforzada por años de encuentros casuales. Ese día, había algo terriblemente diferente. La mujer que tenía frente a mí no se correspondía en lo más mínimo con mi concepción de la madre de Pablito, y, no obstante, se trataba de la misma persona, más delgada y más fuerte, veinte años menor, a juzgar por su aspecto, que la última vez que la había visto. Sentí un escalofrío.

Dio un par de pasos delante de mí y me miró de frente.

-Déjame verte -dije. El Nagual nos dijo que eras un demonio.

Recordé entonces que ninguno de ellos -Pablito, su madre, sus hermanas y Néstor- gustaba de pronunciar el nombre de don Juan, y le llamaban «el Nagual», término que yo también había adoptado para las conversaciones que sosteníamos.

Osadamente, puso las manos sobre mis hombros, cosa que jamás había hecho. Mi cuerpo se puso tenso. En realidad, no sabía qué decir. Sobrevino una larga pausa, que me permitió considerar mis posibilidades. Tanto su aspecto como su conducta me habían aterrado a tal punto que había olvidado preguntarle por Pablito y Néstor.

-Dígame, ¿dónde está Pablito? -le pregunté, experimentando un súbito recelo.

-Oh, se ha ido a las montañas -me replicó con tono evasivo, a la vez que se apartaba de mí.

-¿Y Néstor?

Desvió la mirada, tratando de aparentar indiferencia.

-Están juntos en las montañas -dijo en el mismo tono.

Me sentí aliviado y le dije que había sabido, sin la menor sombra de duda, que se encontraban bien.

Me miró y sonrió. Hizo presa en mí una oleada de felicidad y entusiasmo y la abracé. Audazmente, respondió a mi gesto y me retuvo junto a sí; la actitud me resultó tan sorprendente que quedé sin respira-

ción. Su cuerpo estaba rígido. Percibí una fuerza extraordinaria en ella. Mi corazón comenzó a latir a toda velocidad. Traté de apartarla con gentileza y le pregunté si Néstor seguía viendo a don Genaro y a don Juan. En el curso de nuestra reunión de despedida, don Juan había manifestado ciertas dudas acerca de la posibilidad de que Néstor estuviese en condiciones de finalizar su aprendizaje.

-Genaro se ha ido para siempre -dijo, separándose de mí.

Jugueteaba, nerviosa, con el dobladillo de la blusa.

-¿Y don Juan?

-El Nagual también se ha ido -respondió, frunciendo los labios.

-¿A dónde fueron?

-¿Quieres decir que no lo sabes?

Le dije que ambos me habían despedido hacía dos años, y que todo lo que sabía era que por entonces estaban vivos. A decir verdad, no me había atrevido a especular acerca del lugar al que habían ido. Nunca me habían hablado de su paradero, y yo había llegado a aceptar el hecho de que, si deseaban desaparecer de mi vida, todo lo que tenían que hacer era negarse a verme.

-No están por aquí, eso es seguro -dijo, frunciendo el ceño-. Y no están en camino de regreso, eso también es seguro.

Su voz transmitía una extrema indiferencia. Empezaba a fastidiarme. Quería irme.

-Pero tú estás aquí -dijo, trocando el ceño en una sonrisa-. Debes esperar a Pablito y a Néstor. Han de estar muriéndose por verte.

Aferró mi brazo firmemente y me apartó del coche. Considerando su talante de otrora, su osadía resultaba asombrosa.

-Pero primero, permíteme presentarte a mi amigo -mientras lo decía me arrastraba hacia uno de los lados de la casa.

Se trataba de una zona cercada, semejante a un pequeño corral. Había en él un enorme perro. Lo primero en llamar mi atención fue su piel, saludable, lustrosa, de un marrón amarillento. No parecía ser un perro peligroso. No estaba encadenado y la valla no era lo bastante alta para impedirle salir. Permaneció impasible cuando nos acercamos a él, sin siquiera menear la cola.

Doña Soledad señaló una jaula de considerable tamaño, situada al fondo. En su interior, hecho un ovillo, se veía un coyote.

-Ése es mi amigo -dijo-. El perro no. Pertenece a mis niñas.

El perro me miró y bostezó. Yo le caía bien. Y tenía una absurda sensación de afinidad con él.

-Ven, vamos a la casa -dijo, cogiéndome por el brazo para guiarme.

Vacilé. Cierta parte de mí se hallaba en estado de total alarma y quería irse de allí inmediatamente y, sin embargo, otra porción de mi ser no estaba dispuesta a partir por nada del mundo.

-No me tendrás miedo, ¿no? -me preguntó, en tono acusador.

-¡Claro que sí! ¡Y mucho! -exclamé.

Sofocó una risita y, con tono tranquilizador, se refirió a sí misma, sosteniendo que era una mujer tosca, primitiva, que tenía muchas dificultades con las palabras y que apenas si sabía cómo tratar a la gente. Me miró francamente a los ojos y dijo que don Juan le había encomendado ayudarme, porque yo le preocupaba.

-Nos dijo que eras poco formal y andabas por allí causando problemas a los inocentes -afirmó.

Hasta ese momento, sus aseveraciones me habían resultado coherentes, pero no me parecía concebible que don Juan dijese cosas tales sobre mí.

Entramos a la casa. Quería sentarme en el banco en que solía hacerlo en compañía de Pablito. Ella me detuvo.

-Ése no es el lugar para ti y para mí -dijo-. Vamos a mi habitación.

-Preferiría sentarme aquí -dije con firmeza-. Conozco este lugar y me siento cómodo en él.

Chascó la lengua, manifestando su desaprobación. Actuaba como un niño desilusionado. Contrajo el labio superior hasta que adquirió el aspecto del pico de un pato.

-Aquí hay algún terrible error -dije-. Creo que me voy a ir si no me explica lo que está sucediendo.

Se puso muy nerviosa y arguyó que su problema residía en el hecho de no saber cómo hablarme. Le planteé la cuestión de su indudable transformación y le exigí que me dijera qué había ocurrido. Necesitaba saber cómo había tenido lugar tal cambio.
-Si te lo digo, ¿te quedarás? -preguntó, con una vocecilla infantil.
-Tendré que hacerlo.
-En ese caso, te lo diré todo. Pero tiene que ser en mi habitación.
Durante un instante, sentí pánico. Hice un esfuerzo supremo para serenarme y fuimos a su habitación. Vivía en el fondo, donde Pablito había construido un dormitorio para ella. Yo había estado allí una vez, cuando se hallaba en construcción, y también después de terminado, precisamente antes de que ella lo habitase. El lugar estaba tan vacío como yo lo había visto, con la excepción de una cama, situada exactamente en el centro, y dos modestas cómodas, junto a la puerta. El jalbegue de los muros había dado paso a un tranquilizador blanco amarillento. También la madera del techo había adquirido su pátina. Al mirar las tersas, limpias paredes, tuve la impresión de que cada día las fregaban con una esponja. La habitación guardaba gran semejanza con una celda monástica, debido, a su sobriedad y ascetismo. No había en ella ornamento de especia alguna. En las ventanas había postigos de madera, sólidos y abatibles, reforzados por una barra de hierro. No había sillas ni nada en que sentarse.
Doña Soledad me quitó la libreta de notas, la apretó contra su seno y luego se sentó en la cama, que constaba tan sólo de dos colchones; no había somier. Me ordenó sentarme cerca de ella.
-Tú y yo somos lo mismo -dijo, a la vez que me tendía la libreta.
-¿Cómo?
-Tú y yo somos lo mismo -repitió sin mirarme.
No llegaba a comprender el significado de sus palabras. Ella me observaba, como si esperase una respuesta.
-¿Qué es lo que se supone que yo deba entender, doña Soledad? -pregunté.
Mi interrogación pareció desconcertarla. Era evidente que esperaba que la hubiese comprendido. Primero rió, pero luego, cuando volví a decirle que no había entendido, se enfadó. Se puso tiesa y me acusó de ser deshonesto con ella. Sus ojos ardían de ira; la cólera la llevaba a contraer los labios en un gesto muy feo, que la hacía parecer extraordinariamente vieja.
Yo estaba francamente perplejo e intuía que, dijese lo que dijese, iba a cometer un error. Lo mismo parecía ocurrirle a ella. Movió la boca para decir algo, pero el gesto no pasó de un estremecimiento de los labios. Finalmente murmuró que no era impecable actuar como yo lo hacía en un momento tan trascendente. Me volvió la espalda.
-¡Míreme, doña Soledad -dije con energía-. No estoy tratando de desconcertarla en absoluto. Usted debe saber algo que yo ignoro por completo.
-Hablas demasiado -me espetó con enojo-. El Nagual me dijo que no debía dejarte hablar nunca. Lo tergiversas todo.
Se puso en pie de un salto y golpeó el suelo con fuerza, como un niño malcriado. En ese momento tomé conciencia de que el piso de la habitación era diferente. Lo recordaba de tierra apisonada, del mismo tono oscuro que tenía el conjunto de los terrenos de la zona. El nuevo era de un rosa subido. Dejé de lado mi enfrentamiento con ella y anduve por la estancia. No lograba explicarme el hecho de que el piso me hubiese pasado desapercibido al entrar. Era magnífico. Primero pensé que se trataría de arcilla roja, colocada como cemento mientras estaba suave y húmeda, pero luego vi que no presentaba una sola grieta. La arcilla se habría secado, apelotonado, agrietado, y alguna gramilla habría crecido allí. Me agaché y pasé los dedos con delicadeza por sobre la superficie. Tenía la consistencia del ladrillo. La arcilla había sido cocida. Comprendí entonces que el piso estaba hecho con grandes losas de arcilla cocida, asentadas sobre un lecho de arcilla fresca que hacía las veces de matriz. Las losas estaban distribuidas según

un diseño intrincado y fascinante, aunque muy difícilmente visible a menos que se le prestase especial atención. La precisión con que cada losa había sido colocada en su lugar me reveló un plan perfectamente concebido. Me interesaba averiguar cómo se había hecho para cocer piezas tan grandes sin que se combasen. Me volví, con la intención de preguntárselo a doña Soledad. Desistí inmediatamente. No habría comprendido aquello a lo que yo me iba a referir. Di un nuevo paseo. La arcilla era un tanto áspera, casi como la piedra arenisca. Constituía una perfecta superficie antideslizante.

-¿Fue Pablito quien instaló este piso? -pregunté.

No me respondió.

-Es un trabajo magnífico -dije-. Debe usted de sentirse orgullosa de él.

No me cabía la menor duda de que el autor había sido Pablito. Nadie más habría tenido la imaginación ni la capacidad necesarias para concebirlo. Supuse que lo habría hecho durante mi ausencia. Pero no tardé en recordar que yo no había entrado en la habitación de doña Soledad desde la época en que había sido construida, seis o siete años atrás.

-¡Pablito! ¡Pablito! ¡Bah! -exclamó con voz áspera y llena de enfado-. ¿Qué te hace pensar que sea el único capaz de hacer cosas?

Cambiamos una larga mirada, y súbitamente comprendí que era ella quien había hecho el piso, y que don Juan la había inducido a ello.

Estuvimos de pie en silencio, contemplándonos durante largo rato. Yo sabía que habría sido completamente superfluo preguntarle si mi suposición era correcta.

-Yo me lo hice -dijo al cabo, en un tono seco-. El Nagual me dijo cómo.

Sus palabras me pusieron eufórico. La cogí y la alcé en un abrazo. Sosteniéndola así, dimos unas vueltas por la habitación. Lo único que se me ocurría era bombardearla con preguntas. Quería saber cómo había hecho las losas, qué significaban los dibujos, de dónde había sacado la arcilla. Pero ella no compartía mi exaltación. Permanecía serena e imperturbable, y de tanto en tanto me miraba desdeñosamente.

Volví a recorrer el piso. La cama había sido situada en el punto exacto de convergencia de varias líneas. Las losase de arcilla estaban cortadas en ángulos agudos, de modo de dar lugar a un motivo de diseño fundado en líneas convergentes que, en apariencia, irradiaban desde debajo de la cama.

-No encuentro palabras para expresarle lo impresionado que me hallo -dije.

-¡Palabras! ¿Quién necesita palabras? -dijo, cortante.

Tuve un destello de lucidez. Mi razón me había estado traicionando. Había una sola explicación probable para su magnífica metamorfosis; don Juan debía haberla tomado como aprendiz. ¿De qué otro modo podía una vieja como doña Soledad convertirse en ese ser fantástico, poderoso? Tendría que haberme resultado obvio desde el momento en que la vi, pero esa posibilidad no formaba parte del conjunto de mis expectativas respecto de ella.

Deduje que el trabajo de don Juan con ella debía haberse realizado en los dos años durante los cuales yo no la había visto, si bien dos años parecían constituir un lapso demasiado breve para tan espléndido cambio.

-Ahora creo comprender lo que le ha sucedido -dije, en tono alegre y despreocupado-. Acaba de hacerse cierta luz en mi mente.

-Ah, ¿si? -dijo, sin el menor interés.

-El Nagual le está enseñando a ser una bruja, ¿no es cierto?

Me miró desafiante. Percibí que lo que había dicho era precisamente lo menos adecuado. Había en su rostro una expresión de verdadero desprecio. No iba a decirme nada.

-¡Qué cabrón eres! -exclamó de pronto, temblando de ira.

Pensé que su cólera era injustificada. Me senté en un extremo de la cama, mientras ella, nerviosa, daba golpecitos en el suelo con el talón. Luego fue a sentarse al otro extremo, sin mirarme.

-¿Qué es exactamente lo que usted quiere que haga? -pregunté con tono firme, intimidatorio.
-¡Ya te lo he dicho! -aulló-. Tú y yo somos lo mismo.
Le pedí que me explicase lo que quería decir y que no pensase, ni por un instante, que yo sabía algo. Tales palabras la irritaron aún más. Se puso en pie bruscamente y dejó caer su falda al suelo.
-¡Esto es lo que quiero decir! -chilló, acariciándose el pubis.
Mi boca se abrió sin que mediase mi voluntad. Era consciente de que la estaba contemplando como un idiota.
-¡Tú y yo somos uno aquí! -dijo.
Yo estaba mudo de asombro. Doña Soledad, la anciana india, madre de mi amigo Pablito, estaba realmente semidesnuda, a pocos pasos de mí, mostrándome sus genitales. La miré, incapaz de expresar idea alguna. Lo único que sabía era que su cuerpo no correspondía a una vieja. Tenía hermosos muslos, oscuros y sin vello. Sus caderas eran anchas debido a su estructura ósea, pero no tenían gordura alguna. Debió de haber advertido mi examen y se echó sobre la cama.
-Ya sabes qué hacer -dijo, señalándose el pubis-. Somos uno aquí.
Descubrió sus robustos pechos.
-¡Doña Soledad, se lo ruego! -exclamé-. ¿Qué le sucede? Usted es la madre de Pablito.
-No, ¡no lo soy! -barbotó-. No soy madre de nadie.
Se incorporó y me miró fieramente.
-Soy lo mismo que tú, una parte del nagual -dijo-. Estamos hechos para mezclarnos.
Abrió las piernas y yo me aparté de un salto.
-¡Espere un momento, doña Soledad! -dije-. Déjeme decirle algo.
Por un instante me dominó un miedo salvaje y por mi mente cruzó una idea loca. ¿Sería posible, me preguntaba, que don Juan estuviese oculto por allí, desternillándose de risa?
-¡Don Juan! -aullé.
Mi chillido fue tan fuerte y profundo que doña Soledad saltó de su cama y se cubrió a toda prisa con su falda. Vi cómo se la ponía mientras yo volvía a bramar:
-¡Don Juan!
Anduve por toda la casa, profiriendo el nombre de don Juan, hasta que tuve la garganta seca. Doña Soledad, en el ínterin, había salido corriendo y aguardaba junto a mi automóvil, contemplándome, perpleja.
Me acerqué a ella y le pregunté si don Juan le había ordenado hacer todo aquello. Asintió con un gesto. Le pregunté si él se encontraba en los alrededores. Respondió que no.
-Dígamelo todo -dije.
Me explicó que se limitaba a seguir instrucciones de don Juan. El le había ordenado cambiar su ser por el de un guerrero con la finalidad de ayudarme. Aseveró que había pasado años esperando para cumplir esa promesa.
-Ahora soy muy fuerte -dijo con suavidad-. Sólo para ti. Pero en la habitación no te gusté, ¿no?
Me encontré explicándole que no se trataba de que no me gustase, que contaban en mucho mis sentimientos hacia Pablito; entonces comprendí que no tenía la más vaga idea de lo que estaba diciendo.
Doña Soledad parecía entender lo embarazoso de mi posición y afirmó que era mejor olvidar nuestro incidente.
-Debes estar hambriento -dijo con vivacidad-. Te prepararé algo de comer.
-Aún hay muchas cosas que no me ha explicado -señalé-. Le seré franco: no me quedaría aquí por nada del mundo. Usted me asusta.
-Estás obligado a aceptar mi hospitalidad; aunque sea una taza de café -dijo, sin inmutarse-. Vamos, olvidemos lo sucedido.
Me indicó con un gesto que fuese hacia la casa. En ese momento oí un gruñido sordo. El perro se había levantado y nos miraba como si comprendiese lo que conversábamos.
Doña Soledad clavó en mí una mirada aterradora. Luego se serenó y sonrió.

-No hagas caso de mis ojos dijo-. Lo cierto es que soy vieja. Últimamente me mareo. Creo que necesito gafas.
Se echó a reír y comenzó a hacer payasadas, mirando entre sus dedos, colocados de modo de fingir gafas.
-¡Una vieja india con gafas! Será el hazmerreír -comentó, sofocando una carcajada.
Me preparé mentalmente para comportarme con brusquedad y salir de allí sin dar explicación alguna. Pero antes de partir quería dejar algunas cosas para Pablito y sus hermanas. Abrí el portaequipajes para sacar los regalos que les había llevado. Me incliné hacia el interior con el objeto de alcanzar los dos paquetes colocados junto al respaldo del asiento posterior, al lado de la rueda de recambio. Había cogido uno y estaba a punto de asir el otro cuando sentí en la nuca una mano suave y peluda. Emití un chillido involuntario y me golpeé la cabeza contra la tapa levantada del coche. Me volví para mirar. La presión de la mano peluda me impidió completar el movimiento, pero alcancé a vislumbrar fugazmente un brazo, o una garra, de tonalidad plateada, suspendido sobre mi cuello. El pánico hizo presa en mí, me aparté con esfuerzo del portaequipajes, y caí sentado, con el paquete aún en la mano. Todo mi cuerpo temblaba, tenía contraídos los músculos de las piernas y me vi levantándome de un brinco y corriendo.
-No pretendía asustarte -dijo doña Soledad, en tono de disculpa, mientras yo la miraba desde una distancia de más de dos metros.
Me mostró las palmas en un gesto de entrega, como si tratase de asegurarme que lo que yo había sentido no era una de sus manos.
-¿Qué me hizo? -pregunté, tratando de aparentar calma y soltura.
No se podría decir si estaba muy avergonzada o totalmente desconcertada. Murmuró algo y sacudió la cabeza como si no pudiese expresarlo, o no supiera a qué me refería.
-Vamos, doña Soledad -dije, acercándome a ella-, no me juegue sucio.
Parecía hallarse al borde del llanto. Yo deseaba consolarla, pero una parte de mí se resistía. Tras una pausa brevísima le dije lo que había sentido y visto.
-¡Eso es terrible! -su voz era un grito.
Con un movimiento sumamente infantil, se cubrió el rostro con el antebrazo derecho. Pensé que estaba llorando. Me acerqué a ella e intenté rodear sus hombros con el brazo. Pero no conseguí hacer el gesto.
-Ahora, doña Soledad -dije-, olvidemos todo esto y reciba estos paquetes antes de que yo parta.
Di un paso para situarme frente a ella. Alcancé a ver sus ojos, negros y brillantes, y parte de su rostro tras el brazo que me lo ocultaba. No lloraba. Sonreía.
Salté hacia atrás. Su sonrisa me aterraba. Ambos permanecimos inmóviles largo tiempo. Mantenía cubierta la cara, pero yo le veía los ojos y sabía que me observaba.
Allí parado, casi paralizado por el miedo, me sentía completamente abatido. Había caído en un pozo sin fondo. Doña Soledad era una bruja. Mi cuerpo lo sabía, y, sin embargo, no terminaba de aceptarlo. Prefería creer que había enloquecido y la tenían encerrada en la casa para no enviarla a un manicomio.
No me atrevía a moverme ni a quitarle los ojos de encima. Debimos haber permanecido en la misma posición durante cinco o seis minutos. Ella mantuvo el brazo alzado inmóvil. Se encontraba junto a la parte trasera del coche, casi apoyada en el parachoques izquierdo. La tapa del portaequipaje seguía levantada. Pensé en precipitarme hacia la puerta derecha. Las llaves estaban en el contacto.
Me relajé un tanto con el objeto de decidir el momento más adecuado para echar a correr. Pareció advertir mi cambio de actitud inmediatamente. Bajó el brazo, dejando al descubierto todo su rostro. Tenía los dientes apretados y los ojos fijos en mí. Se la veía cruel y vil. De pronto, avanzó hacia donde yo me encontraba, tambaleándose. Se afirmó sobre el pie derecho, al modo de un esgrimista, y alargó las manos, cual si

se tratase de garras, para aferrarme por la cintura mientras profería el más escalofriante de los alaridos.
Mi cuerpo dio un salto hacia atrás, para no quedar a su alcance. Corrí hacia el coche, pero con inconcebible agilidad se echó ante mí, haciéndome dar un traspié. Caí boca abajo y me asió por el pie izquierdo. Encogí la pierna derecha, y le habría propinado un puntapié en la cara si no se hubiese separado de mí, dejándose caer de espaldas. Me puse en pie de un salto y traté de abrir la portezuela del auto. Me arrojé sobre el capó para pasar al otro lado pero, de algún modo, doña Soledad llegó a él antes que yo. Intenté retroceder, siempre rodando sobre el capó, pero en medio de la maniobra sentí un agudo dolor en la pantorrilla derecha. Me había sujetado por la pierna. No pude pegarle con el pie izquierdo; me tenía sujeto por ambas piernas contra el capó. Me atrajo hacia ella y le caí encima. Luchamos en el suelo. Su fuerza era magnífica y sus alaridos aterradores. Apenas si podía moverme bajo la inmensa presión de su cuerpo. No era una cuestión de peso, sino más bien de potencia, y ella la tenía. De pronto oí un gruñido y el enorme perro saltó sobre su espalda y la apartó de mí. Me puse de pie. Quería entrar al coche pero mujer y perro luchaban junto a la puerta. El único refugio era la casa. Llegué a ella en uno o dos segundos. No me volví a mirarlos: me precipité dentro y cerré la puerta de inmediato, asegurándola con la barra de hierro que había tras ella. Corrí hacia el fondo y repetí la operación con la otra puerta.
Desde el interior alcanzaba a oír los furiosos gruñidos del perro y los chillidos inhumanos de la mujer. Entonces, súbitamente, el gruñir y el ladrar del animal se trocaron en gañidos y aullidos, como si experimentase dolor, o algo que lo atemorizase. Sentí una sacudida en la boca del estómago. Mis oídos comenzaron a zumbar. Comprendí que estaba atrapado en la casa. Tuve un acceso de terror. Me sublevaba mi propia estupidez al correr hacia la casa. El ataque de la mujer me había desconcertado a tal punto que había perdido todo sentido de la estrategia y me había comportado como si escapase de un contrincante corriente del que fuera posible deshacerse por medio del simple expediente de cerrar una puerta. Oí que alguien llegaba hasta la puerta y se apoyaba en ella, tratando de abrirla por la fuerza. Luego hubo violentos golpes y estrépito.
-Abre la puerta -dijo doña Soledad con voz seca-. Ese condenado perro me ha herido.
Consideré la posibilidad de dejarla entrar. Me vino a la memoria el recuerdo de un enfrentamiento con una bruja, que había tenido lugar años atrás, la cual, según don Juan, cambiaba de forma con el fin de enloquecerme y darme un golpe mortal. Evidentemente, doña Soledad no era tal como yo la había conocido, pero yo tenía razones para dudar que fuese una bruja. El elemento tiempo desempeñaba un papel preponderante en relación con mi convicción. Pablito, Néstor y yo llevábamos años de relación con don Juan y don Genaro y no éramos brujos; ¿cómo podía serlo doña Soledad? Por grande que fuese su transformación, era imposible que hubiera improvisado algo que cuesta toda una vida lograr.
-¿Por qué me atacó? -pregunté, hablando con voz lo bastante fuerte como para ser oído desde el otro lado de la maciza puerta.
Respondió que el Nagual le había dicho que no me dejase partir. Le pregunté por qué.
No contestó; en cambio, golpeó la puerta furiosamente, a lo que yo respondí golpeando a mi vez con más fuerza. Seguimos aporreando la puerta durante varios minutos. Se detuvo y comenzó a rogarme que le abriera. Sentí una oleada de energía nerviosa. Comprendí que si abría, tendría una oportunidad de huir. Quité la tranca. Entró tambaleándose. Llevaba la blusa desgarrada. La banda que sujetaba su cabello se había caído y las largas greñas le cubrían el rostro.
-¡Mira lo que me ha hecho ese perro bastardo! -aulló-. ¡Mira! ¡Mira!

Respiré hondo. Se la veía un tanto aturdida. Se sentó en un banco y comenzó a quitarse la blusa hecha jirones. Aproveché ese momento para salir corriendo de la casa y precipitarme hacia el coche. Con una velocidad que sólo podía ser hija del miedo, entré en él, cerré la portezuela, conecté el motor automáticamente y puse la marcha atrás. Aceleré y volví la cabeza para mirar por la ventanilla posterior. Al hacerlo sentí un aliento cálido en el rostro; oí un horrendo gruñido y vi en un instante los ojos demoníacos del perro. Estaba en el asiento trasero. Vi sus terribles dientes junto a mis ojos. Bajé la cabeza. Sus dientes alcanzaron a cogerme el cabello. Debo de haberme hecho un ovillo en el asiento, y, al hacerlo, retirado el pie del embrague. La sacudida que dio el coche hizo perder el equilibrio al animal. Abrí la portezuela y salí a toda prisa. La cabeza del perro asomó también por la portezuela. Faltaron pocos centímetros para que me mordiera los tobillos y alcancé a oír el ruido que hacían sus dientes al cerrar firmemente las mandíbulas. El coche comenzó a deslizarse hacia atrás y yo eché a correr nuevamente, esta vez hacia la casa. Me detuve antes de llegar a la puerta.

Doña Soledad estaba allí parada. Se había vuelto a recoger el pelo. Se había echado un chal sobre los hombros. Me miró fijamente por un instante y luego se echó a reír, muy suavemente al principio, como si hacerlo le provocase dolor en las heridas, y luego estrepitosamente, Me señalaba con un dedo y se sostenía el estómago mientras se retorcía de risa. Se movía hacia delante y hacia atrás, encorvándose e irguiéndose, como para no perder el aliento. Estaba desnuda por encima de la cintura. Veía sus pechos, agitados por las convulsiones de la risa.

Me sentí perdido. Miré el coche. Se había detenido tras retroceder un metro o metro y medio; la portezuela se había vuelto a cerrar, atrapando al perro en el interior. Veía y oía a la enorme bestia mordiendo el respaldo del asiento delantero y dando zarpazos contra las ventanillas.

La situación me obligaba a tomar una muy singular decisión. No sabía a quién temer más, si a doña Soledad o al perro. Concluí, tras un instante de reflexión, que el perro no era más que una bestia estúpida.

Volví corriendo al coche y me subí al techo. El ruido encolerizó al perro. Le oí desgarrar el tapizado. Tendido sobre el techo, conseguí abrir la portezuela del lado del conductor. Tenía la intención de abrir las dos, y deslizarme del techo al interior del automóvil a través de una de ellas, tan pronto como el perro hubiese salido por la otra. Me estiré nuevamente, para abrir la puerta derecha. Había olvidado que estaba asegurada. En ese momento, la cabeza del perro asomó por la portezuela abierta. Sentí pánico ciego ante la idea de que pudiese salir del auto y ganar el techo de un salto.

Tardé menos de un segundo en saltar al suelo y llegar a la puerta de la casa.

Doña Soledad aguardaba en la entrada. El reír le exigía ya esfuerzos supremos, en apariencia casi dolorosos.

El perro se había quedado dentro del coche, aún espumajeando de rabia. Al parecer, era demasiado grande y no lograba hacer pasar su voluminoso cuerpo por sobre el respaldo del asiento delantero. Fui hasta el coche y volví a cerrar la portezuela con delicadeza. Me puse a buscar una vara cuya longitud me permitiese maniobrar para quitar el seguro de la puerta derecha.

Busqué en la zona de delante de la casa. No había por allí siquiera un trozo de madera. Doña Soledad, entretanto, se había ido adentro. Consideré mi situación. No tenía otra alternativa que recurrir a su ayuda. Presa de gran agitación, crucé el umbral, mirando en todas direcciones y sin descartar la posibilidad de que estuviese escondida tras la puerta, esperándome.

-¡Doña Soledad! -grité.

-¿Qué diablos quieres? -gritó a su vez, desde su habitación.

-¿Me haría el favor de salir y sacar a su perro de mi coche? -dije.

-¿Estás bromeando? -replicó-. Ese perro no es mío. Ya te lo he dicho; pertenece a mis niñas.
-¿Dónde están sus niñas? -pregunté.
-Están en las montañas -respondió.
Salió de su habitación y se encaró conmigo.
-¿Quieres ver lo que me ha hecho ese condenado perro? -preguntó en tono seco-. ¡Mira!
Se quitó el chal y me mostró la espalda desnuda.
No encontré en ella marcas visibles de dientes; había tan sólo unos pocos, largos rasguños que bien podía haberse hecho frotándose contra el áspero suelo. Por otra parte, podía haberse arañado al atacarme.
-No tiene nada -dije.
-Ven a mirarlo a la luz dijo, y cruzó la puerta.
Insistió en que buscase cuidadosamente marcas de los dientes del perro. Me sentía estúpido. Tenía una sensación de pesadez en torno de los ojos, especialmente sobre las cejas. No le hice caso y salí. El perro no se había movido y comenzó a ladrar en cuanto traspuse la puerta.
Me maldije. Yo era el único culpable. Había caído en esa trampa como un idiota. En ese preciso momento se me ocurrió la posibilidad de ir andando al pueblo. Pero mi cartera, mis documentos, todas mis pertenencias, se hallaban en el piso del coche, exactamente bajo las patas del perro. Tuve un acceso de desesperación. Era inútil caminar hasta el pueblo: El dinero que tenía en los bolsillos no alcanzaba siquiera para una taza de café. Además no conocía un alma allí. No tenía más alternativa que hacer salir al perro del auto.
-¿Qué clase de alimentos come este perro? -grité desde la puerta.
-¿Por qué no pruebas dándole una pierna? -respondió doña Soledad, también gritando, desde su habitación, a la vez que soltaba una risa aguda.
Busqué algo de comer en la casa. Las ollas estaban vacías. No podía hacer otra cosa que volver a encararla. Mi desesperación se había trocado en cólera. Irrumpí en su habitación, dispuesto a una lucha a muerte. Estaba echada en la cama, cubierta con el chal.
-Por favor, perdóname por haberte hecho todas esas cosas -dijo con sencillez, mirando al techo.
Su audacia dio por tierra con mi cólera.
-Debes comprender mi posición -prosiguió-. No podía dejarte ir.
Rió suavemente y, con voz clara, serena y muy agradable, dijo que la llenaba de remordimiento el ser ávida y torpe, que había estado a punto de ahuyentarme con sus bufonadas, pero que la situación, de pronto, había variado. Hizo una pausa y se sentó en la cama, cubriéndose los pechos con el chal; agregó luego que una extraña confianza había ganado su cuerpo. Levantó la vista al techo e hizo con los brazos un movimiento misterioso, rítmico, semejante al de los molinos de viento.
-Ya no hay modo de que te vayas -dijo.
Me examinó atentamente, sin reír. Mi sentimiento de ira era menos violento, pero mi desesperación era más intensa que nunca. Comprendía que, en términos de fuerza bruta, me era imposible competir, tanto con ella como con el perro.
Dijo que nuestro encuentro estaba acordado desde hacía muchos años, y que ninguno de los dos contaba con el poder necesario para abreviar el lapso que debíamos pasar juntos, ni para separarse del otro.
-No derroches energías en tentativas de irte -dijo-. Es tan inútil que trates de hacerlo como que yo trate de retenerte. Algo que se encuentra más allá de tu voluntad te liberará, y algo que se encuentra más allá de mi voluntad te retendrá aquí.
De algún modo, su confianza no sólo la había dulcificado, sino que la había dotado de un gran dominio sobre las palabras. Sus aseveraciones eran convincentes y muy claras. Don Juan siempre había dicho que yo era un alma crédula cuando se entraba en el terreno de las palabras. Me sorprendí pensando, mientras ella hablaba, que en realidad no era tan temible como yo creía. Daba la impresión de no estar ni siquiera resentida. Mi razón se sentía casi

a gusto, pero otra parte de mi ser se rebelaba. Todos mis músculos estaban tensos como alambres, y, sin embargo, me veía forzado a admitir que, a pesar de que me había asustado hasta el punto de sacarme de mis cabales, la encontraba muy atractiva. Me miró fijamente.

-Te demostraré la inutilidad de tratar de escapar -dijo, saltando de la cama-. Voy a ayudarte. ¿Qué necesitas?

Me contemplaba con ojos extrañamente brillantes. La pequeñez y blancura de sus dientes daban a su sonrisa un toque diabólico. La cara, mofletuda, se veía extraordinariamente tersa, sin la menor arruga. Dos líneas bien definidas iban de los lados de su nariz a las comisuras de sus labios, dando al rostro una apariencia de madurez, sin envejecerlo. Al levantarse de la cama dejó caer descuidadamente el chal, poniendo en descubierto la plenitud de sus senos. No se cuidó de cubrirse. Por el contrario, aspiró profundamente y alzó los pechos.

-Ah, lo has advertido, ¿no? -dijo, y meció su cuerpo como si estuviese satisfecha de sí misma-. Siempre llevo el cabello recogido. El Nagual me lo recomendó. Al llevarlo tirante, mi rostro es más joven.

Yo estaba seguro de que se iba a referir a sus pechos. Su salida me sorprendió.

-No quiero decir que la tirantez del cabello me haga parecer más joven -prosiguió, con una sonrisa encantadora-. Sino que me hace realmente más joven.

-¿Cómo es posible? -pregunté.

Me respondió con otra pregunta. Quiso saber si yo había entendido correctamente a don Juan cuando él decía que todo era posible si uno tenía un firme propósito. Yo pretendía una explicación más precisa. Me interesaba saber qué hacía, además de estirarse el pelo, para parecer tan joven. Dijo que se tendía sobre la cama y se vaciaba de toda clase de pensamientos y sentimientos y permitía que las líneas del piso de su alcoba se llevaran las arrugas. Le exigí más detalles: impresiones, sensaciones, percepciones que hubiese experimentado en esos momentos. Insistió en que no sentía nada, en que ignoraba el modo de acción de las líneas del piso, y en que lo único que sabía era cómo impedir que los pensamientos interfiriesen.

Me puso las manos sobre el pecho y me apartó con suma delicadeza. Al parecer, quería indicarme con ese gesto que ya le había preguntado lo suficiente. Salió por la puerta trasera. Le dije que necesitaba una vara larga. Se dirigió a una pila de leña, pero allí no había varas largas. Le sugerí que me consiguiese un par de clavos, con la finalidad de unir dos trozos de esa madera. Buscamos clavos infructuosamente por toda la casa. Como último recurso, hube de quitar la vara más larga que encontré, una de las que Pablito había empleado en la construcción del gallinero del fondo. El madero, si bien algo endeble, parecía hecho para mi propósito.

Doña Soledad no había sonreído ni bromeado en el curso de la búsqueda. Aparentemente, estaba dedicada por entero a ayudarme. Tal era su concentración que llegué a pensar que me deseaba éxito.

Fui hasta el coche, munido del palo largo y de otro, de menores dimensiones, cogido del montón de leña. Doña Soledad permaneció junto a la puerta de la casa.

Comencé por distraer al perro con el más corto de los palos, sostenido con la mano derecha, a la vez que, con la otra, intentaba hacer saltar el seguro del lado opuesto, valiéndome del más largo. El perro estuvo a punto de morderme la mano derecha; hube de dejar caer el madero corto. La irritación y la fuerza de la enorme bestia eran tan inmensas que me vi al borde de soltar también el largo. El animal estaba a punto de partirlo en dos cuando doña Soledad acudió en mi ayuda; dando golpes en la ventanilla posterior, atrajo la atención del perro, haciéndolo desistir de su intento.

Alentado por su maniobra de distracción, me lancé de cabeza sobre el asiento de delante, deslizándome hacia el lado opuesto; de algún modo, me las arreglé para quitar la traba de seguridad. Intenté una retirada inmediata, pero el perro cargó sobre mí

con todas sus fuerzas y logró introducir su macizo lomo y sus zarpas delanteras en la parte anterior del coche, descargándolas sobre mí antes de que me fuese posible retroceder, Sentí sus patas en la espalda. Me arrastré. Sabía que me iba a destrozar. Bajó la cabeza con intenciones asesinas, pero, en vez de atacarme, mordió el volante. Conseguí escurrirme y, en un solo movimiento, trepé, al capó primero y al techo luego. Estaba lleno de magulladuras.
Abrí la portezuela derecha. Pedí a doña Soledad que me alcanzara la vara larga y, valiéndome de ella, moví la palanca que aseguraba el respaldo. Supuse que quizá molestando al perro, lo obligaría a empujarlo hacia delante y tendría así más espacio para salir del coche. No obstante no se movió. En cambio, mordió furiosamente la vara.
En ese momento, doña Soledad ganó el techo de un salto y se tendió cerca de mí. Quería ayudarme a molestar al perro. Le dije que no podía quedarse allí porque en cuanto el animal saliera yo iba a meterme en el coche y largarme. Le agradecí su apoyo y le expresé que lo más conveniente era que volviese a la casa. Se encogió de hombros, puso pie en tierra y regresó a la puerta. Nuevamente, oprimí la manecilla y provoqué al perro con mi vara, agitándosela ante los ojos y el hocico. La furia de la bestia superaba todo lo que yo había visto, pero no se la veía dispuestas a abandonar el lugar. Sus sólidas mandíbulas terminaron por arrebatarme el palo de las manos. Me bajé para recogerlo de debajo del automóvil. De pronto oí el grito de doña Soledad.
-¡Cuidado! ¡Sale!
Levanté la vista hacia el coche. El perro pasaba por sobre el asiento. Sus patas posteriores estaban atrapadas por el volante; de no ser por ello, habría salido.
Me lancé hacia la casa y logré entrar en ella exactamente a tiempo para evitar que el animal me derribase. Su ímpetu era tal que dio contra la puerta.
A la vez que trancaba la puerta con la barra de hierro, doña Soledad hablaba, con voz chillona.
-Te dije que era inútil.
Se aclaró la garganta y se volvió a mirarme.
-¿No puede atar al perro? -pregunté.
Estaba seguro de que me daría una respuesta carente de sentido, pero, para mi asombro, dijo que debía intentarlo todo, incluso atraer al perro a la casa y encerrarlo allí.
Su idea me sedujo. Abrí con sumo cuidado la puerta. El animal no se hallaba lejos. Me arriesgué a salir, aunque sin alejarme demasiado. No se lo veía. Tenía la esperanza de que hubiese regresado a su corral. Estaba dispuesto a lanzarme hacia el coche cuando oí un sordo gruñido, y divisé la sólida cabeza del animal en el interior del mismo. Había trepado al asiento delantero.
Doña Soledad tenía razón: era inútil intentarlo. Me invadió una oleada de tristeza. De algún modo, presentía que mi final estaba cerca. En un súbito acceso de absoluta desesperación, dije a doña Soledad que iba a buscar un cuchillo a la cocina y que estaba dispuesto a matar al perro, o a que él me matara. No lo hice porque no había un solo objeto metálico en toda la casa.
-¿Acaso no te enseñó el Nagual a aceptar tu destino? -preguntaba doña Soledad mientras me seguía los pasos-. Ese, el de allí fuera, no es un perro corriente. Ese perro tiene poder. Es un guerrero. Hará lo que tenga que hacer. Incluso matarte.
Por un momento experimenté un sentimiento de frustración incontrolable, la cogí por los hombros y gruñí. No se mostró sorprendida ni molesta por mi súbito arranque. Se volvió y dejó caer el chal. Su espalda era fuerte y hermosa. Sentí un irreprimible deseo de golpearla, pero, en cambio, deslicé la mano por sus hombros. Tenía una piel suave y tersa. Tanto sus brazos como sus hombros eran fornidos, sin llegar a ser gruesos. Aparentemente, una mínima capa de gordura contribuía a redondear sus músculos y dar tersura a la parte superior de su cuerpo; cuando, con las yemas de los dedos, llegué a hacer pre-

sión sobre esas partes, alcancé a sentir la solidez de invisibles carnes bajo la límpida superficie. No quise mirar sus pechos.
Se dirigió a un lugar techado, en la parte trasera de la casa, que hacía las veces de cocina. La seguí. Se sentó en un banco y, con tranquilidad, se lavó los pies en un barreño. Mientras se ponía las sandalias corrí hasta un nuevo cobertizo que había sido construido en los fondos. Cuando regresé, la hallé de pie junto a la puerta.
-A ti te gusta hablar -dijo despreocupadamente, mientras me llevaba hacia la habitación-. No hay prisa. Podemos conversar hasta siempre.
Sacó mi libreta de notas del cajón superior de la cómoda y me la tendió con exagerada delicadeza. Ella misma debía de haberla puesto allí. Luego retiró la colcha, la dobló cuidadosamente y la colocó encima de la misma cómoda. Advertí entonces que las dos cómodas eran del mismo color que las paredes, blanco amarillento, y que la cama, sin colcha, era de un rosa subido, muy semejante al del piso. La colcha, por su parte, era de tono castaño oscuro, al igual que la madera del techo y la de los postigos de las ventanas.
-Conversemos -dijo, sentándose cómodamente en la cama tras quitarse las sandalias.
Recogió las piernas hasta ponerlas en contacto con sus pechos desnudos. Parecía una niña. Sus maneras agresivas y dominantes se habían mitigado, trocándose en una actitud encantadora. En aquel momento era la antítesis de lo que había sido antes. Dado el modo en que me instaba a tomar notas, no pude menos de reírme. Me recordaba a don Juan.
-Ahora tenemos tiempo -dijo-. El viento ha cambiado. ¿Te has dado cuenta?
Me había dado cuenta. Dijo que la nueva dirección del viento era para ella la más benéfica, de modo que el viento se había convertido en su auxiliar.
-¿Qué sabe usted del viento, doña Soledad? -pregunté, y me senté con la mayor serenidad a los pies de la cama.
-Únicamente lo que me enseñó el Nagual -dijo-. Cada una de nosotras, las mujeres, posee su dirección singular, un viento personal. Los hombres, no. Yo soy el viento del Norte; cuando sopla, soy diferente. El Nagual decía que un guerrero puede usar su viento particular para lo que mejor le plazca. Yo lo he empleado para embellecer mi cuerpo y renovarlo. ¡Mírame! Soy el viento del Norte. Siénteme entrar por la ventana.
Un fuerte viento se abrió paso por la ventana, estratégicamente situada cara al Norte.
-¿Por qué cree usted que los hombres no poseen un viento? -pregunté.
Tras pensarlo un momento, respondió que el Nagual nunca había mencionado la causa.
-Querías saber quién hizo este piso -dijo, cubriéndose los hombros con la manta-. Yo misma. Me llevó cuatro años colocarlo. Ahora, este piso es como yo.
Mientras ella hablaba, advertí que las líneas convergentes del piso estaban orientadas de tal modo que hallaban su origen en el Norte. Los muros, no obstante, no se correspondían con precisión con los puntos cardinales; por ello la cama formaba extraños ángulos con los mismos, e igual cosa sucedía con las líneas de las losas de arcilla.
-¿Por qué hizo el piso de color rojo, doña Soledad?
-Es mi color. Yo soy roja, como tierra roja. Traje la arcilla roja de las montañas de por aquí. El Nagual me indicó dónde buscarla, y también me ayudó a acarrearla, y lo mismo hicieron los demás. Todos me ayudaron.
-¿Cómo coció la arcilla?
-El Nagual me hizo cavar un hoyo. Lo llenamos de leña y luego apilamos las losas de arcilla encima, con trozos chatos de roca entre una y otra. Cubrimos el hoyo con una capa de barro y prendimos fuego a la madera. Ardió durante días.
-¿Cómo hicieron para que las losas no se torcieran?
-Eso no lo conseguí yo. Lo hizo el viento; el viento del Norte, que sopló mientras

el fuego estuvo encendido. El Nagual me enseñó cómo hacer para cavar el hoyo de modo que mirase al Norte y al viento del Norte. También me hizo hacer cuatro agujeros para que el viento del Norte se introdujese en el pozo. Luego me hizo hacer un agujero en el centro de la capa de lodo, para dar salida al humo. El viento hizo arder la madera durante días; una vez todo se hubo enfriado, abrí el hoyo y empecé a pulir y nivelar las losas. Tardé un año en hacer todas las losas que necesitaba para mi piso.

-¿Cómo se le ocurrió el dibujo?

-El viento me enseñó eso. Cuando hice mi piso, el Nagual ya me había enseñado a no oponerme al viento. Me había mostrado el modo de entregarme a mi viento y dejar que me guiase. Tardó muchísimo en hacerlo, años y años. Yo era una vieja muy difícil, muy necia al principio; él mismo me lo decía, y tenía razón. Pero aprendí pronto. Tal vez porque era vieja y ya no tenía nada que perder. Al comenzar, lo que hacía todo más problemático era el miedo que sentía. La sola presencia del Nagual me hacía tartamudear y desvanecerme. El Nagual surtía el mismo efecto sobre los demás. Era su destino ser tan temible.

Se detuvo y me miró.

-El Nagual no es humano -dijo.

-¿Qué la lleva a decir eso?

-El Nagual es un demonio desde quién sabe cuándo.

Sus palabras me hicieron estremecer. Sentía batir mi corazón. Era indudable que la mujer no podía tener mejor interlocutor. Estaba infinitamente intrigado. Le rogué que me explicase lo que había querido decir con eso.

-Su contacto cambia a la gente -dijo-. Tú lo sabes. Cambió tu cuerpo. En tu caso, ni siquiera eras consciente de que lo estaba haciendo. Pero se metió en tu viejo cuerpo. Puso algo en él. Lo mismo hizo conmigo. Dejó algo en mi interior, y ese algo me ha ocupado por entero. Sólo un demonio puede hacer eso. Ahora soy el viento del Norte y no temo a nada, ni a nadie. Pero antes de que él me cambiara yo era una vieja débil y fea, capaz de desmayarse con sólo oír su nombre. Pablito, desde luego, no estaba en condiciones de ayudarme, porque temía al Nagual más que a la muerte.

»Un día, el Nagual y Genaro vinieron a la casa, cuando yo estaba sola. Les oí, rondando como jaguares, cerca de la puerta. Me santigüé; para mí, eran dos demonios, pero salí a ver qué podía hacer por ellos. Tenían hambre y con mucho gusto les serví de comer. Tenía unos tazones bastos, hechos de calabaza, y puse uno lleno de sopa a cada uno. Al Nagual, al parecer, no le gustó la comida; no quería comer nada preparado por una mujer tan decrépita y, con fingida torpeza, hizo caer el tazón de la mesa con un movimiento del brazo. Pero el tazón, en vez de darse vuelta y derramar todo su contenido por el suelo, resbaló con la fuerza del golpe del Nagual y fue a caer exactamente a mis pies, sin que de él saliese una sola gota. En realidad, aterrizó sobre mis pies, y allí quedó hasta que me agaché y lo alcé. Lo puse sobre la mesa, ante él, y le dije que a pesar de ser una mujer débil y haberle temido siempre, le había preparado la comida con cariño.

»A partir de ese preciso momento, la actitud del Nagual hacia mí cambió. El hecho de que el tazón de sopa cayese sobre mis pies y no se derramara le demostró que un poder me señalaba. No lo supe en aquel momento y pensé que su cambio en relación conmigo se debía a un sentimiento de vergüenza por haber rechazado mi comida. No percibí de inmediato su transformación. Seguía petrificada y ni siquiera me atrevía a mirarle a los ojos. Pero comenzó a prestarme cada vez más atención.

Inclusive, me trajo regalos: un chal, un vestido, un peine y otras cosas. Eso me hacía sentir terriblemente mal. Tenía vergüenza porque creía que era un hombre en busca de mujer. El Nagual disponía de muchachas jóvenes, ¿qué iba a querer con una vieja como yo? Al principio no quise usar, y ni siquiera mirar, sus regalos, pero Pablito me persuadió y terminé por ponérmelos. También comencé a temerle más y

a no querer estar con él a solas. Sabía que era un hombre diabólico. Sabía lo que había hecho a su mujer.
No pude dejar de interrumpirla. Le dije que jamás había oído hablar de mujer alguna en la vida de don Juan.
-Sabes a qué me refiero -dijo.
-Créame, doña Soledad, no lo sé.
-No me engañes. Sabes que hablo de la Gorda.
La única «Gorda» que yo conocía era la hermana de Pablito; la muchacha debía el mote a su enorme volumen. Yo había intuido, si bien nadie me había dicho jamás nada sobre el tema, que no era en realidad hija de doña Soledad. No quise forzarla a que me diese más información. Recordé de pronto que la joven había desaparecido de la casa y nadie había podido darme razón -o no se había atrevido a ello- de qué le había sucedido.
-Un día me encontraba sola en la entrada de la casa -prosiguió doña Soledad-. Me estaba peinando al sol con el peine que me había dado el Nagual; no había advertido su llegada ni reparado en que estaba de pie detrás de mí. De pronto, sentí sus manos, cogiéndome por la barbilla. Le oí cuando me dijo en voz muy queda que no debía moverme porque se me podía quebrar el cuello. Me hizo torcer la cabeza hacia la izquierda. No completamente, sino un poco. Me asusté muchísimo y chillé y traté de zafarme de sus garras, pero tuvo mi cabeza sujeta por un tiempo muy largo.
»Cuando me soltó la barbilla, me desmayé. No recuerdo lo que sucedió luego. Cuando recobré el conocimiento estaba tendida en el suelo, en el mismo lugar en que estoy sentada en este momento. El Nagual se había ido. Yo me sentía tan avergonzada que no quería ver a nadie, y menos aún a la Gorda. Durante una larga temporada di en pensar que el Nagual jamás me había torcido el cuello y que todo había sido una pesadilla.
Se detuvo. Aguardé una explicación de lo que había ocurrido. Se la veía distraída; quizá preocupada.
-¿Qué fue exactamente lo que sucedió, doña Soledad? -pregunté, incapaz de contenerme-. ¿Le hizo algo?
-Sí. Me torció el cuello con la finalidad de cambiar la dirección de mis ojos -dijo, y se echó a reír de buena gana ante mi mirada de sorpresa.
-Entonces, ¿él...?
-Sí. Cambió mi dirección -prosiguió, haciendo caso omiso de mis inquisiciones-. Lo mismo hizo contigo y con todos los demás.
-Es cierto. Lo hizo conmigo. Pero, ¿por qué cree que lo hizo?
-Tenía que hacerlo. Esa es, de todas las cosas que hay que hacer, la más importante.
Se refería a un acto singular que don Juan estimaba absolutamente imprescindible. Yo nunca había hablado de ello con nadie. En realidad, se trataba de algo casi olvidado para mí. En los primeros tiempos de mi aprendizaje hubo una oportunidad en que encendió dos pequeñas hogueras en las montañas de México Septentrional. Estaban alejadas entre sí unos seis metros. Me hizo situar a una distancia similar de ellas, manteniendo el cuerpo, especialmente la cabeza, en una postura muy natural y cómoda. Entonces me hizo mirar hacia uno de los fuegos y, acercándose a mí desde detrás, me torció el cuello hacia la izquierda, alineando mis ojos, pero no mis hombros, con el otro fuego. Me sostuvo la cabeza en esa posición durante horas, hasta que la hoguera se extinguió. La nueva dirección era la Sudeste; tal vez sea mejor decir que había alineado el segundo fuego según la dirección Sudeste. Yo había tomado todo el proceso como una más de las inescrutables peculiaridades de don Juan, uno de sus ritos sin sentido.
-El Nagual decía que todos desarrollamos en el curso de la vida una dirección según la cual miramos -prosiguió ella-. Esa dirección termina por ser la de los ojos del espíritu. Según pasan los años esa dirección se desgasta, se debilita y se hace desagradable y, puesto que estamos ligados a esa dirección particular, nos hacemos débiles y desagradables. El día en que el Nagual me torció el cuello y no me soltó

hasta que me desmayé de miedo, me dio una nueva dirección.
-¿Qué dirección le dio?
-¿Por qué lo preguntas? -dijo, con una energía innecesaria-. ¿Acaso piensas que el Nagual me dio una dirección diferente?
-Yo puedo decirle qué dirección me dio a mí -dije.
-¡No me importa! -espetó-. Eso ya me lo ha dicho él.
Parecía estar agitada. Cambió de posición, tendiéndose sobre el estómago. Me dolía la espalda a causa de la postura a que me obligaba el escribir. Le pregunté si me podía sentar en el suelo y emplear la cama a modo de mesa. Se incorporó y me tendió el cobertor doblado para que lo usase como cojín.
-¿Qué más le hizo el Nagual? -pregunté.
-Tras cambiar mi dirección, el Nagual comenzó, a decir verdad, a hablarme del poder -dijo, volviendo a tenderse-. Al principio mencionaba cosas sin propósito fijo, porque no sabía exactamente qué hacer conmigo. Un día me llevó a una corta excursión a pie por las sierras. Luego, otro día, me llevó en autobús a su tierra natal, en el desierto. Poco a poco, me fui acostumbrando a ir con él.
-¿Alguna vez le dio plantas de poder?
-Una vez me dio a Mescalito, cuando estábamos en el desierto. Pero, como yo era una mujer vacía, Mescalito me rechazó. Tuve un horrible encuentro con él. Fue entonces que el Nagual supo que debía ponerme al corriente del cambio de viento. Eso sucedió, desde luego, una vez hubo tenido un presagio. Pasó todo ese día repitiendo, una y otra vez, que, si bien él era un brujo que había aprendido a ver, si no tenía un presagio, no tenía modo de saber qué camino tomar. Ya había esperado durante días cierta indicación acerca de mí. Pero el poder no quería darla. Desesperado, supongo, me presentó a su guaje, y vi a Mescalito.
La interrumpí. Su uso de la palabra «guaje», calabaza, me resultaba confuso. Examinada en el contexto de lo que me estaba diciendo, el término carecía de sentido. Pensé que tal vez estuviese hablando en sentido metafórico, o que «calabaza» fuese un eufemismo.
-¿Qué es un guaje, doña Soledad?
Hubo sorpresa en su mirada. Hizo una pausa antes de responder.
-Mescalito es el guaje del Nagual -dijo al fin.
Su respuesta era aún más confusa. Me sentí mortificado porque se la veía realmente interesada en que yo comprendiera. Cuando le pedí que me explicase más, insistió en que yo mismo sabía todo. Era la estratagema favorita de don Juan para dar por tierra con mis investigaciones. Le expliqué que don Juan me había dicho que Mescalito era una deidad o fuerza contenida en los brotes del peyote. Decir que Mescalito era su calabaza carecía completamente de sentido.
-Don Juan puede informar acerca de todo valiéndose de su calabaza dijo tras una pausa -. Ésa es la clave de su poder. Cualquiera puede darte peyote, pero sólo un brujo, con su calabaza, puede presentarte a Mescalito.
Calló y me clavó la vista. Su mirada era feroz.
-¿Por qué tienes que hacerme repetir lo que ya sabes? -preguntó con enfado.
Su súbito cambio me desconcertó completamente. Tan sólo un momento antes se había comportado de un modo casi dulce.
-No hagas caso de mis cambios de humor -dijo, volviendo a sonreír -. Soy el viento del Norte. Soy muy impaciente. Nunca en mí vida me atreví a hablar con franqueza. Ahora no temo a nadie. Digo lo que siento. Para conocerme debes ser fuerte.
Se arrastró sobre su estómago, acercándose a mí.
-Bien; el Nagual me habló acerca del Mescalito que salía de su calabaza -prosiguió-. Pero ni siquiera sospechaba lo que me iba a suceder. Él esperaba que las cosas se desarrollasen de un modo semejante a aquel en que tú o Eligio conocieron a Mescalito. En ambos casos ignoraba qué hacer, y permitía que su calabaza decidiese el siguiente paso. En ambos casos su calaba-

za lo ayudó. Conmigo fue diferente; Mescalito le dijo que no me llevara nunca. El Nagual y yo dejamos el lugar a toda prisa. Fuimos hacia el Norte, en vez de venir a casa. Cogimos un autobús rumbo a Mexicali, pero bajamos de él en medio del desierto. Era muy tarde. El sol se escondía tras las montañas. El Nagual quería atravesar la carretera y dirigirse hacia el Sur a pie. Estábamos esperando que pasasen algunos automóviles lanzados a toda velocidad, cuando de pronto me dio unos golpecitos en el hombro y me señaló el camino, delante nuestro. Vi un remolino de polvo. Una ráfaga levantaba tierra a un costado de la carretera. Lo vimos acercarse a nosotros. El Nagual cruzó al otro lado de la ruta corriendo y el viento me envolvió. En realidad, me hizo dar unas vueltas, con mucha delicadeza, y luego se desvaneció. Era el presagio que el Nagual esperaba en relación conmigo. Desde entonces, fuimos a las montañas o al desierto en busca del viento. Al principio, el viento me rechazaba, porque yo era mi antiguo ser. Así que el Nagual se esforzó por cambiarme. Primero me hizo hacer esta habitación y este piso. Luego me hizo usar ropas nuevas y dormir sobre un colchón, en vez de un jergón de paja. Me hizo usar zapatos, y tengo cajones llenos de vestidos. Me obligó a caminar cientos de kilómetros y me enseñó a estarme quieta. Aprendí muy rápido. También me hizo hacer cosas raras sin motivo alguno.

»Un día, cuando nos encontrábamos en las montañas de su tierra natal, escuché el viento por primera vez. Penetró directamente en mi matriz. Yo yacía sobre una roca plana y el viento giraba a mi alrededor. Ya lo había visto ese día, arremolinándose en torno de los arbustos; pero esa vez llegó a mí y se detuvo. Lo sentí como a un pájaro que se hubiese posado sobre mi estómago. El Nagual me había hecho quitar toda la ropa; estaba completamente desnuda, pero no tenía frío porque el viento me abrigaba.

-¿Tenía miedo, doña Soledad?

-¿Miedo? Estaba petrificada. El viento tenía vida; me lamía desde la cabeza hasta la punta de los pies y se metía en todo mi cuerpo. Yo era como un balón, y el viento salía de mis oídos y mi boca y otras partes que prefiero no mencionar. Pensé que iba a morir, y habría echado a correr si el Nagual no me hubiera mantenido sujeta a la roca. Me habló al oído y me tranquilizó. Quedé allí tendida, serena, y dejé que el viento hiciese de mí lo que quisiera. Fue entonces que el viento me dijo qué hacer.

-¿Qué hacer con qué?

-Con mi vida, mis cosas, mi habitación, mis sentimientos. En un principio no me resultó claro. Creí que se trataba de mis propios pensamientos. El Nagual me dijo que eso nos sucede a todos. No obstante, cuando nos tranquilizamos, comprendemos que hay algo que nos dice cosas.

-¿Oyó una voz?

-No. El viento se mueve dentro del cuerpo de una mujer. El Nagual dice que se debe a que tenemos útero. Una vez dentro del útero, el viento no hace sino atraparte y decirte que hagas cosas. Cuanto más serena y relajada se encuentra la mujer, mejores son los resultados. Puede decirse que, de pronto, la mujer se encuentra haciendo cosas de cuya realización no tiene la menor idea.

»Desde ese día el viento me llegó siempre. Habló en mi útero y me dijo todo lo que deseaba saber. El Nagual comprendió desde el comienzo que yo era el viento del Norte. Los otros vientos nunca me hablaron así, a pesar de que he aprendido a distinguirlos.

-¿Cuántos vientos hay?

-Hay cuatro vientos, como hay cuatro direcciones. Esto, desde luego, en cuanto a los brujos y aquellos que los brujos hacen. El cuatro es un número de poder para ellos. El primer viento es la brisa, el amanecer. Trae esperanza y luminosidad; es el heraldo del día. Viene y se va y entra en todo. A veces es dulce y apacible; otras es importuno y molesto.

»Otro viento es el viento violento, cálido o frío, o ambas cosas. Un viento de mediodía. Sus ráfagas están llenas de energía,

pero también llenas de ceguera. Se abre camino destrozando puertas y derribando paredes. Un brujo debe ser terriblemente fuerte para detener al viento violento.
»Luego está el viento frío del atardecer. Triste y molesto. Un viento que nunca le deja a uno en paz. Hiela y hace llorar. Sin embargo, el Nagual decía que hay en él una profundidad tal que bien vale la pena buscarlo.
»Y por último está el viento cálido. Abriga y protege y lo envuelve todo. Es un viento nocturno para brujos. Su fuerza está unida a la oscuridad.
»Ésos son los cuatro vientos. Están igualmente asociados con las cuatro direcciones. La brisa es el Este. El viento frío es el Oeste. El cálido es el Sur. El viento violento es el Norte.
»Los cuatro vientos poseen también personalidad. La brisa es alegre y pulcra y furtiva. El viento frío es variable y melancólico y siempre meditabundo. El viento cálido es feliz y confiado y bullicioso. El viento violento es enérgico e imperativo e impaciente.
»El Nagual me dijo que los cuatro vientos eran mujeres. Es por ello que los guerreros femeninos los buscan. Vientos y mujeres son semejantes. Ésa es asimismo la razón por la cual las mujeres son mejores que los hombres. Diría que las mujeres aprenden con mayor rapidez si se mantienen fieles a su viento.
-¿Cómo llega una mujer a saber cuál es su viento personal?
-Si la mujer se queda quieta y no se habla a sí misma, su viento la penetra así -hizo con la mano el gesto de asir algo.
-¿Debe yacer desnuda?
-Eso ayuda. Especialmente si es tímida. Yo era una vieja gorda. No me había desnudado en mi vida. Dormía con la ropa puesta y cuando tomaba un baño lo hacía sin quitarme las bragas. Mostrar mi grueso cuerpo al viento era para mí como morir. El Nagual lo sabía e hizo las cosas así porque valía la pena. Conocía la amistad de las mujeres con el viento, pero me presentó a Mescalito porque yo le tenía desconcertado.
»Tras torcer mi cabeza aquel terrible primer día, el Nagual se encontró con que me tenía en sus manos. Me dijo que no tenía idea de qué hacer conmigo. Pero una cosa era segura: no quería que una vieja gorda anduviera fisgoneando en su mundo. El Nagual decía que se había sentido frente a mí del mismo modo que frente a ti. Desconcertado. Ninguno de los dos debía estar allí. Tú no eres indio y yo soy una vaca vieja. Bien mirado, ambos somos inútiles. Y míranos. Algo ha de haber sucedido.
»Una mujer, por supuesto, es mucho más flexible que un hombre. Una mujer cambia muy fácilmente con el poder de un brujo. Especialmente con el poder de un brujo con el Nagual. Un aprendiz varón, según el Nagual, es mucho más problemático. Por ejemplo, tú mismo has cambiado tanto como la Gorda, y ella inició su aprendizaje mucho más tarde. La mujer es más dúctil y más dócil; y, sobre todo, una mujer es como una calabaza: recibe. Pero, de todos modos, un hombre dispone de más poder. No obstante, el Nagual nunca estuvo de acuerdo con eso. Él creía que las mujeres eran inigualablemente superiores. También creía que mi impresión de que los hombres eran mejores se debía a mi condición de mujer vacía. Debía tener razón. Llevo tanto tiempo vacía que ni siquiera recuerdo qué se siente cuando se está llena. El Nagual decía que si alguna, llegaba a estar llena, mis sentimientos al respecto variarían. Pero si hubiese tenido razón, su Gorda habría tenido tan buenos resultados como Eligio, y, como sabes, no fue así.
No podía seguir el curso de su narración debido a su convicción de que yo sabía a qué se estaba refiriendo. En cuanto a lo que terminaba de decir, yo no tenía la menor idea de lo que habían hecho Eligio ni la Gorda.
-¿En qué sentido se diferenció la Gorda de Eligio? -pregunté.
Me contempló durante un instante, como midiéndome. Luego se sentó con las rodillas recogidas contra el pecho.
-El Nagual me lo dijo todo -respondió con

firmeza-. El Nagual no tuvo secretos para mí. Eligio era el mejor; es por eso que ahora no está en el mundo. No regresó. A decir verdad, era tan bueno que ni siquiera tuvo qué arrojarse a un precipicio al terminar su aprendizaje. Fue como Genaro; un día, cuando trabajaba en el campo, algo llegó hasta él y se lo llevó. Sabía cómo dejarse ir.

Tenía ganas de preguntarle si realmente yo mismo había saltado al abismo. Dudé antes de formular mi pregunta. Después de todo, había ido a ver a Pablito y a Néstor para aclarar ese punto. Cualquier información sobre el tema que pudiese obtener de una persona vinculada con el mundo de don Juan era un complemento valioso.

Tal como había previsto, se rió de mi pregunta.

-¿Quieres decir que no sabes lo que tú mismo has hecho? -preguntó.

-Es demasiado inverosímil para ser real -dije.

-Ese es el mundo del Nagual, sin duda. Nada en él es real. Él mismo me dijo que no creyera nada. Pero, a pesar de todo, los aprendices varones tienen que saltar. A menos que sean verdaderamente magníficos, como Eligio.

»El Nagual nos llevó, a mí y a la Gorda, a esa Montaña y nos hizo mirar al fondo del precipicio. Allí nos demostró la clase voladora de Nagual que era. Pero sólo la Gorda podía seguirlo. Ella también deseaba saltar al abismo. El Nagual le dijo que era inútil. Dijo que los guerreros femeninos deben hacer cosas más penosas y más difíciles que esa. También nos dijo que el salto estaba reservado a vosotros cuatro. Y eso fue lo que sucedió, los cuatro saltaron.

Había dicho que los cuatro habíamos saltado, pero yo sólo tenía noticia de que lo hubiésemos hecho Pablito y yo. Guiándome por sus palabras, concluí que don Juan y don Genaro nos habían seguido. No me resultaba sorprendente; era más bien halagüeño y conmovedor.

-¿De qué estás hablando? -preguntó, una vez yo hube expresado mis pensamientos-. Me refiero a ti y a los tres aprendices de Genaro. Tú, Pablito y Néstor, saltaron el mismo día.

-¿Quién es el otro aprendiz de don Genaro? Yo sólo conozco a Pablito y a Néstor.

-¿Quieres decir que no sabías que Benigno era aprendiz de Genaro?

-No, no lo sabía.

-Era el aprendiz más antiguo de Genaro. Saltó antes que tú, y lo hizo solo.

Benigno era uno de los cinco jóvenes indios que había conocido en el curso de una de las excursiones hechas al desierto de Sonora con don Juan. Andaban en busca de objetos de poder. Don Juan me dijo que todos ellos eran aprendices de brujo. Trabé una peculiar amistad con Benigno en las pocas oportunidades en que le vi posteriormente. Era del sur de México. Me agradaba mucho. Por alguna razón desconocida, parecía complacerse en crear un atormentador misterio en torno de su vida personal. Jamás logré averiguar quién era ni qué hacía. Cada vez que hablaba con él terminaba desconcertado por el apabullante desenfado con que eludía mis preguntas. En cierta ocasión don Juan me proporcionó algunas informaciones acerca de Benigno; me dijo que tenía la gran fortuna de haber hallado un maestro y un benefactor. Atribuí a las palabras de don Juan el valor de una observación casual e intrascendente. Doña Soledad acababa de aclararme un enigma que se había conservado como tal durante diez años.

-¿A qué cree usted que se puede deber el que don Juan nunca me haya dicho nada acerca de Benigno?

-¿Quién sabe? Alguna razón habrá tenido. El Nagual jamás hizo nada sin pensarlo cuidadosamente.

Tuve que apoyar mi espalda dolorida contra su cama antes de seguir escribiendo.

-¿Qué sucedió con Benigno?

-Lo está haciendo muy bien. Tal vez sea el mejor de todos. Le verás. Está con Pablito y con Néstor. Ahora son inseparables. Llevan la marca de Genaro. Lo mismo ocurre con las niñas; son inseparables porque llevan la marca del Nagual.

Me vi obligado a interrumpirla nuevamente para pedirle que me explicase a qué niñas se refería.
-Mis niñas -dijo.
-¿Sus hijas? Quiero decir, ¿las hermanas de Pablito?
-No son hermanas de Pablito. Son las aprendices del Nagual.
Su revelación me sobresaltó. Desde el momento en que había conocido a Pablito, años atrás, se me había inducido a creer que las cuatro muchachas que vivían en su casa eran sus hermanas. El propio don Juan me lo había dicho. Recaí súbitamente en la sensación de desesperación que había experimentado de modo latente durante toda la tarde. Doña Soledad no era de fiar; tramaba algo. Estaba seguro de que don Juan no podía haberme engañado de tal manera, fuesen cuales fuesen las circunstancias.
Doña Soledad me examinó con cierta curiosidad.
-El viento acaba de hacerme saber que no crees lo que te estoy contado -dijo, y rompió a reír.
-El viento tiene razón -respondí, en tono cortante.
-Las niñas que has estado viendo a lo largo de los años son las del Nagual. Eran sus aprendices. Ahora que el Nagual se ha ido, son el Nagual mismo. Pero también son mis niñas. ¡Mías!
-¿Quiere eso decir que usted no es la madre de Pablito y ellas son en realidad sus hijas?
-Lo que yo quiero decir es que son mías. El Nagual las dejó a mi cuidado. Siempre te equivocas porque esperas que las palabras te lo expliquen todo. Puesto que soy la madre de Pablito y supiste que ellas eran mis niñas, supusiste que debían ser hermano y hermanas. Las niñas son mis verdaderas criaturas. Pablito, a pesar de ser el hijo salido de mi útero, es mi enemigo mortal.
En mi reacción ante sus palabras se mezclaron el asco y la ira. Pensé que no sólo era una mujer anormal, sino también peligrosa. De todos modos, una parte de mi ser lo había percibido desde el momento de la llegada.
Pasó largo rato contemplándome. Para evitar mirarla, volví a sentarme sobre el cobertor.
-El Nagual me puso sobre aviso por lo que hace a tus rarezas -dijo de pronto-, pero no había logrado entender el significado de sus palabras. Ahora sí. Me dijo que tuviese cuidado y no te provocara porque eras violento. Lamento no haber sido todo lo cuidadosa que debía. También me dijo que, mientras te dejasen escribir, podías llegar al propio infierno sin siquiera darte cuenta. En cuanto a eso, no te he molestado. Luego me dijo que eras suspicaz porque te enredabas en las palabras. Tampoco en cuanto a eso te he molestado. He hablado hasta por los codos, tratando de que no te enredaras.
Había una tácita acusación en su tono. En cierta forma, el estar irritado con ella me hizo sentir incómodo.
-Lo que me está diciendo es muy difícil de creer -dije-. O usted o don Juan, alguno de los dos me ha mentido terriblemente.
-Ninguno de los dos ha mentido. Tú sólo entiendes lo que quieres. El Nagual decía que esa era una de las características de tu vaciedad.
»Las niñas son las hijas del Nagual, del mismo modo en que tú y Eligio lo son. Hizo seis hijos, cuatro hembras y dos varones. Genaro hizo tres varones. Son nueve en total. Uno de ellos, Eligio, ya lo ha hecho, así que ahora le corresponde a los ocho restantes intentarlo.
-¿A dónde fue Eligio?
-Fue a reunirse con el Nagual y con Genaro.
-¿Y a dónde fueron el Nagual y Genaro?
-Tú sabes dónde fueron. Me estás tomando el pelo, ¿no?
-Esa es la cuestión, doña Soledad. No le estoy tomando el pelo.
-Entonces te lo diré. No puedo negarte nada. El Nagual y Genaro regresaron al lugar del que vinieron, el otro mundo. Cuando se les agotó el tiempo se limitaron a dar un paso hacia la oscuridad exterior

y, puesto que no deseaban volver, la oscuridad de la noche se los tragó.
Me parecía inútil hacerle más preguntas. Iba a cambiar de tema, cuando se me adelantó a hablar.
-Tuviste una vislumbre del otro mundo en el momento de saltar -prosiguió-. Pero es posible que el salto te haya confundido. Una lástima. Eso nadie lo puede remediar. Es tu destino ser un hombre. Las mujeres están mejor que los hombres en ese sentido. No están obligadas a arrojarse a un abismo. Las mujeres cuentan con otros medios. Tienen sus propios abismos. Las mujeres menstrúan. El Nagual me dijo que esa era su puerta. Durante la regla se convierten en otra cosas. Sé que era en esos períodos cuando él enseñaba a mis niñas. Era demasiado tarde para mí; soy demasiado vieja para llegar a conocer el verdadero aspecto de esas puertas. Pero el Nagual insistía en que las niñas estuviesen atentas a todo lo que les sucediese en ese momento. Las llevaría a las montañas durante esos días y se quedaría junto a ellas hasta que viesen la fractura entre los mundos.
»El Nagual, que no tenía escrúpulos ni sentía miedo ante nada, las acuciaba sin piedad para que llegasen a descubrir por sí mismas que hay una fractura en las mujeres, una fractura que ellas disfrazan muy bien. Durante la regla, no importa cuán bueno sea, su disfraz se desmorona y quedan desnudas. El Nagual impelió a mis niñas a abrir esa fractura hasta que estuvieron al borde de la muerte. Lo hicieron. Él las llevó á hacerlo, pero tardaron años.
-¿Cómo llegaron a ser aprendices?
-Lidia fue su primera aprendiz. La descubrió una mañana; él se había detenido ante una cabaña ruinosa en las montañas. El Nagual me dijo que no había nadie a la vista, pero desde muy temprano había visto presagios que le guiaban hacia esa casa. La brisa se había ensañado con él terriblemente. Decía que ni siquiera podía abrir los ojos cada vez que intentaba alejarse del lugar. De modo que cuando dio con la casa supo que algo había. Miró debajo de una pila de paja y leña menuda y halló una niña. Estaba muy enferma. A duras penas alcanzaba a hablar, pero, sin embargo, se las compuso para decirle que no necesitaba ayuda de nadie. Iba a seguir durmiendo allí, y, si no despertaba más, nadie perdería nada. Al Nagual le gustó su talante y le habló en su lengua. Le dijo que iba a curarla y cuidar de ella hasta que volviera a sentirse fuerte. Ella se negó. Era india y sólo había conocido infortunios y dolor. Contó al Nagual que ya había tomado todas las medicinas que sus padres le habían dado y ninguna la aliviaba.
»Cuanto más hablaba, más claro resultaba al Nagual que los presagios se la habían señalado de modo muy singular. Más que presagios, eran órdenes.
»El Nagual alzó a la niña, la cargó a hombros, como si se tratase de un bebé, y la llevó donde Genaro. Genaro preparó medicinas para ella. Ya no podía abrir los ojos. Sus párpados no se separaban. Los tenía hinchados y recubiertos por una costra amarillenta. Se estaban ulcerando. El Nagual la atendió hasta que estuvo bien. Me contrató para que la vigilase y le preparase de comer. Mis comidas la ayudaron a recuperarse. Es mi primer bebé. Ya curada, cosa que llevó cerca de un año el Nagual quiso devolverla a sus padres, pero la niña se negó y, en cambio, se fue con él.
»Al poco tiempo de hallar a Lidia, en tanto ella seguía enferma y a mi cuidado, el Nagual te encontró a ti. Fuiste llevado hasta él por un hombre al que no había visto en su vida. El Nagual vio que la muerte se cernía sobre la cabeza del hombre y le extrañó que te señalase en tal momento. Hiciste reír al Nagual e inmediatamente te planteó una prueba. No te llevó consigo. Te dijo que vinieras y lo encontraras. Te probó como nunca lo había hecho con nadie. Dijo que ese era tu camino.
»Por tres años tuvo sólo dos aprendices, Lidia y tú. Entonces, un día en que estaba de visita en casa de su amigo Vicente,

un curandero del Norte, una gente llevó a una muchacha trastornada, una muchacha que no hacía sino llorar. Tomaron al Nagual por Vicente y pusieron a la niña en sus manos. El Nagual me contó que la niña corrió y se aferró a él como si lo conociese. El Nagual dijo a sus padres que debían dejarla con él. Estaban preocupados por el precio, pero el Nagual les aseguró que les saldría gratis. Imagino que la niña representaría tal dolor de cabeza para ellos que poco debía importarles abandonarla.

»El Nagual me la trajo. ¡Qué infierno! Estaba francamente loca. Ésa era Josefina. El Nagual dedicó años a curarla. Pero aún hoy sigue más loca que una cabra. Andaba, desde luego, perdida por el Nagual, y hubo una tremenda batalla entre Lidia y Josefina. Se odiaban. Pero a mí me caían bien las dos. El Nagual, al ver que así no podían seguir, se puso muy firme con ellas. Como sabes, el Nagual es incapaz de enfadarse con nadie. De modo que las aterrorizó mortalmente. Un día, Lidia, furiosa, se marchó. Había decidido buscarse un marido joven. Al llegar al camino encontró un pollito. Acababa de salir del cascarón y andaba perdido por en medio de la carretera. Lidia lo alzó, imaginando, puesto que se hallaba en una zona desierta, lejos de toda vivienda, que no pertenecía a nadie. Lo metió en su blusa, entre los pechos, para mantenerlo al abrigo. Lidia me contó que echó a correr y, al hacerlo, el pollito comenzó a moverse hacia su costado. Intentó hacerlo volver a su seno, pero no logró atraparlo. El pollito corría a toda velocidad por sus costados y su espalda, por dentro de su blusa. Al principio, las patitas del animal le hicieron cosquillas, y luego la volvieron loca. Cuando comprendió que le iba a ser imposible sacarlo de allí, volvió a mí, aullando, fuera de sí, y me pidió que sacase la maldita cosa de su blusa. La desvestí, pero fue inútil. No había allí pollo alguno, a pesar de que ella no dejaba de sentir sus patas, en uno y otro lugar de su piel.

»Entonces llegó el Nagual y le dijo que sólo cuando abandonara su viejo ser el pollito se detendría. Lidia estuvo loca durante tres días y tres noches. El Nagual me aconsejó atarla. La alimenté y la limpié y le di agua. Al cuarto día se la vio muy pacífica y serena. La desaté y se vistió, y cuando estuvo vestida, tal como lo había estado el día de su fuga, el pollito salió. Lo cogió en su mano, y lo acarició, y le agradeció, y lo devolvió al lugar en que lo había hallado. Recorrí con ella parte del camino.

»Desde entonces, Lidia no molestó a nadie. Aceptó su destino. El Nagual es su destino; sin él, habría estado muerta. ¿Por qué tratar de negar o modificar cosas que no se puede sino aceptar?

»Josefina fue la siguiente. Se había asustado por lo sucedido a Lidia, pero no había tardado en olvidarlo. Un domingo al atardecer, mientras regresaba a la casa, una hoja seca se posó en el tejido de su chal. La trama de la prenda era muy débil. Trató de quitar la hoja, pero temía arruinar el chal. De modo que esperó a entrar a la casa y, una vez en ella, intentó inmediatamente deshacerse de ella; pero no había modo, estaba pegada. Josefina, en un arranque de ira, apretó el chal y la hoja, con la finalidad de desmenuzarla en su mano. Suponía que iba a resultar más fácil retirar pequeños trozos. Oí un chillido exasperante y Josefina cayó al suelo.

Corrí hacia ella y descubrí que no podía abrir el puño. La hoja le había destrozado la mano, como si sus pedazos fuesen los de una hoja de afeitar. Lidia y yo la socorrimos y la cuidamos durante siete días. Josefina era la más testaruda de todas. Estuvo al borde de la muerte. Y terminó por arreglárselas para abrir la mano. Pero sólo después de haber resuelto dejar de lado su viejo talante. De vez en cuando aún siente dolores, en todo el cuerpo, especialmente en la mano, debido a los malos ratos que su temperamento sigue haciéndole pasar. El Nagual advirtió a ambas que no debían confiar en su victoria, puesto que la lucha que cada uno libra contra su antiguo ser dura toda la vida.

»Lidia y Josefina no volvieron a reñir. No

creo que se agraden mutuamente, pero es indudable que marchas de acuerdo. Es a ellas a quienes más quiero. Han estado conmigo todos estos años. Sé que ellas también me quieren.
-¿Y las otras dos niñas? ¿Dónde encajan?
-Elena, la Gorda, llegó un año después. Estaba en la peor de las condiciones que puedas imaginar. Pesaba ciento diez kilos. Era una mujer desesperada. Pablito le había dado cobijo en su tienda. Lavaba y planchaba para mantenerse. El Nagual fue una noche a buscar a Pablito y se encontró con la gruesa muchacha trabajando; las polillas volaban en círculo sobre su cabeza. Dijo que el círculo era perfecto, y los insectos lo hacían con la finalidad de que él lo observase. Él vio que el fin de la mujer estaba cerca, aunque las polillas debían saberse muy seguras para comunicar tal presagio. El Nagual, sin perder tiempo, la llevó con él.
»Estuvo bien un tiempo, pero los malos hábitos adquiridos estaban demasiado arraigados en ella como para que le fuese posible quitárselos de encima. Por lo tanto, el Nagual, cierto día, envió el viento en su ayuda. O se la auxiliaba o era el fin. El viento comenzó a soplar sobre ella hasta sacarla de la casa; ese día estaba sola y nadie vio lo que estaba sucediendo. El viento la llevó por sobre los montes y por entre los barrancos, hasta hacerla caer en una zanja, un agujero semejante a una tumba. El viento la mantuvo allí durante días. Cuando al fin el Nagual dio con ella, había logrado detener el viento, pero se encontraba demasiado débil para andar.
-¿Cómo se las arreglaban las niñas para detener las fuerzas que actuaban sobre ellas?
-Lo que en primer lugar actuaba sobre ellas era la calabaza que el Nagual llevaba atada a su cinturón.
-¿Y qué hay en la calabaza?
-Los aliados que el Nagual lleva consigo. Decía que el aliado es aventado por medio de su calabaza. No me preguntes más, porque nada sé acerca del aliado. Todo lo que puedo decirte es que el Nagual tiene a sus órdenes dos aliados y les hace ayudarle. En el caso de mis niñas, el aliado retrocedió cuando estuvieron dispuestas a cambiar. Para ellas, por supuesto, la cuestión era cambiar o morir. Pero ese es el caso de todos nosotros, una cosa o la otra. Y la Gorda cambió más que nadie. Estaba vacía, a decir verdad, más vacía que yo, pero laboró sobre su espíritu hasta convertirse en poder. No me gusta. La temo. Me conoce. Se me mete dentro, invade mis sentimientos, y eso me molesta. Pero nadie puede hacerle nada porque jamás se encuentra con la guardia baja. No me odia, pero piensa que soy una mala mujer. Debe tener razón. Creo que me conoce demasiado bien, y no soy tan impecable como quisiera ser; pero el Nagual me dijo que no debía preocuparme por mis sentimientos hacia ella. Es como Eligio: el mundo ya no la afecta.
-¿Qué había de especial en lo que le hizo el Nagual?
-Le enseñó cosas que no había enseñado a nadie. Nunca la mimó, ni nada que se le parezca. Confió en ella. Ella lo sabe todo acerca de todos. El Nagual también me lo dijo todo, salvo lo de ella. Tal vez sea por eso que no la quiero. El Nagual le ordenó ser mi carcelera. Vaya donde vaya, la encuentro. Sabe todo lo que hago. No me sorprendería, por ejemplo, que apareciese en este mismo momento.
-¿Lo cree posible?
-Lo dudo. Esta noche, el viento está a mi favor.
-¿A qué se supone que se dedica? ¿Tiene asignada alguna tarea en especial?
-Ya te he dicho lo suficiente sobre ella. Temo que, si sigo hablando de ella, esté donde esté, lo advierta; no quiero que ello ocurra.
-Háble me, entonces, de los demás.
-Unos años después de encontrar a la Gorda, el Nagual dio con Eligio. Me contó que había ido contigo a su tierra natal. Eligio fue a verte porque despertabas su curiosidad. El Nagual no dio importancia a su presencia. Lo conocía desde niño. Pero una mañana, cuando el Nagual se diri-

gía a la casa en que tú lo aguardabas, se tropezó con Eligio en el camino. Recorrieron juntos una corta distancia y un trozo de chola seca se adhirió a la puntera del zapato izquierdo de Eligio. Trató de quitársela, pero las espinas eran como uñas; se habían clavado profundamente en la suela. El Nagual contaba que Eligio había alzado el dedo al cielo y sacudido su zapato; la chola salió disparada hacia arriba como una bala. Eligio lo tomó a broma y rió; pero el Nagual supo que tenía poder, aunque el propio Eligio no lo sospechara. Es por eso que, sin dificultad alguna, llegó a ser el guerrero perfecto, impecable.

»Tuve mucha suerte al llegar a conocerle. El Nagual creía que éramos semejantes en una cosa. Una vez alcanzado algo, no lo dejábamos escapar. No compartí con nadie, ni siquiera con la Gorda, la felicidad de conocer a Eligio. Ella le vio, pero en realidad no llegó a conocerle, al igual que tú. El Nagual supo desde un principio que Eligio era excepcional y lo aisló. Supo que tú y las niñas estaban en una cara de la moneda y Eligio estaba, por sí, en la otra. El Nagual y Genaro también tuvieron mucha suerte al encontrarlo.

»Lo conocí cuando el Nagual lo trajo a mi casa. Eligio no caía bien a mis niñas. Ellas lo odiaban y lo temían a un tiempo. Pero él permanecía por completo indiferente. El mundo no lo tocaba. El Nagual no quería que tú, especialmente, tuvieras mucho que ver con Eligio. Él decía que tú eras la clase de brujo de la cual uno debe mantenerse apartado. Decía que el contacto contigo no renueva; por el contrario, echa a perder. Me dijo que tu espíritu tomaba prisioneros. En cierto modo, le causabas repugnancia; a la vez, te tenía afecto. Decía que estabas más loco que Josefina cuando te encontró, y que seguías estándolo.

Escuchar a alguien decir lo que don Juan pensaba de mí me perturbaba. En un primer momento, intenté no hacer caso de lo que decía doña Soledad, pero luego comprendí que era algo absolutamente estúpido y fuera de lugar el tratar de preservar mi ego.

-Se molestaba contigo -prosiguió- porque el poder le ordenaba, hacerlo. Y él, siendo el impecable guerrero que era, se sometía a los dictados de su amo y realizaba con alegría lo que el poder le mandaba hacer con tu persona.

Hubo una pausa. Deseaba con toda el alma preguntarle más detalles acerca de los sentimientos de don Juan hacia mí. En cambio, le pedí que me hablase de su otra niña.

-Un mes después de hallar a Eligio, el Nagual encontró a Rosa -comenzó-. Rosa fue la última. Una vez hubo dado con ella, supo que su número estaba completo.

-¿Cómo la encontró?

-Había ido a ver a Benigno a su tierra natal. Se acercaba a la casa cuando Rosa salió de entre los espesos matorrales que había a un lado del camino, tratando de dar caza a un cerdo que se había escapado y huía. El cerdo corría a demasiada velocidad para que Rosa lograse darle alcance. Ésta tropezó con el Nagual y lo perdió. Entonces se volvió contra el Nagual y comenzó a chillarle. Él hizo el ademán de aferrarla y la halló dispuesta a darle batalla. Lo insultó y lo desafió a que le pusiera una mano encima. Al Nagual le gustó su talante de inmediato, pero no había presagios. Me contó que había aguardado un momento antes de marcharse; fue entonces cuando el cerdo regresó corriendo y se detuvo junto a él. Ese fue el presagio. Rosa rodeó al cerdo con una cuerda. El Nagual le preguntó a quemarropa si era feliz en su trabajo. Ella dijo que no. Era criada. El Nagual quiso saber si estaba dispuesta a irse con él y ella le respondió que si era para lo que ella pensaba que era, la conclusión era que no. El Nagual le dijo que era para trabajar y ella se interesó por la suma que le pagaría. Él propuso una cifra y ella preguntó de qué clase de trabajo se trataba. El Nagual le dijo que se trataba de trabajar con él en los campos de tabaco de Veracruz. Ella le dijo entonces que lo había estado probando; si él le hubiese propuesto trabajar como criada, hubiese sabido que no era más que un mentiroso,

porque su aspecto correspondía a alguien que nunca en su vida había tenido casa.
»El Nagual estaba encantado con ella; le dijo que si quería salir de la trampa en que estaba debía ir a la casa de Benigno antes del mediodía. También le dijo que sólo la esperaría hasta las doce; si iba, debía ser dispuesta a una vida difícil y llena de trabajo. Ella le preguntó a qué distancia se hallaban los campos de tabaco. El Nagual le respondió que a tres días de viaje en autobús. Rosa dijo que, si era tan lejos, estaría pronta a partir en cuanto hubiese devuelto el cerdo a su chiquero. Y eso fue lo que hizo. Llegó aquí y gustó a todos. Nunca fue mezquina ni molesta; el Nagual no necesitó jamás forzarla a nada ni inducirla con engaños. No me quiere, en absoluto, y, sin embargo, es la que mejor me cuida. Confío en ella, y, sin embargo, no la quiero en absoluto. Pero cuando parta, será a ella a quien más extrañaré. ¿Has visto cosa más rara?
Noté cierta tristeza en sus ojos. No podía seguir recelando. Con un movimiento casi fortuito, se enjugó las lágrimas.
Llegados a este punto, hubo una natural interrupción en la conversación. Oscurecía y yo escribía con gran dificultad; además, tenía que ir al lavabo. Insistió en que fuese al de fuera de la casa antes que ella, como el propio Nagual hubiese hecho.
Después trajo dos recipientes redondos, del tamaño de una bañera para bebé, llenos hasta la mitad de agua caliente y echó en ellos unas hojas verdes, tras deshacerlas por completo entre los dedos. Me indicó en tono autoritario que me lavara en uno de los cubos, en tanto ella hacía lo propio en el otro. El agua estaba casi perfumada. Producía cierto cosquilleo. Experimenté una sensación ligeramente semejante a la que produce el mentol en la cara y los brazos.
Regresamos a la habitación. Puso mis bártulos de escritura, que yo había dejado sobre su cama, encima de una de las cómodas. Las ventanas estaban abiertas y aún había luz. Debían ser cerca de las siete.
Doña Soledad se echó boca arriba. Me sonreía. Pensé que era la imagen de la calidez. Pero al mismo tiempo, y a pesar de su sonrisa, sus ojos comunicaban una fuerza inexorable e inflexible.
Le pregunté cuánto tiempo había pasado junto a don Juan como mujer o como aprendiz. Se burló de mi cautela al calificarla. Me respondió que siete años. Me recordó luego que hacía cinco que yo no la veía. Hasta entonces, estaba seguro de haberla visto dos años atrás. Traté de recordar nuestro último encuentro, pero no lo logré.
Me dijo que me echara cerca de ella. Me arrodillé sobre la cama, a su lado. En voz suave me preguntó si tenía miedo. Le dije que no, lo cual era cierto. Allí en su habitación, en ese momento, me enfrentaba con una de mis viejas reacciones, que se había manifestado incontables veces: una mezcla de curiosidad e indiferencia suicida.
Casi en un susurro, declaró que debía ser impecable conmigo y añadió que nuestro encuentro era crucial para ambos. Afirmó que el Nagual le había dado órdenes precisas y detalladas respecto de lo que tenía que hacer. Al oírla hablar, no pude evitar reír ante los tremendos esfuerzos que hacía por imitar a don Juan.
Escuchaba cada una de sus frases y estaba en condiciones de predecir cuál iba a ser la siguiente.
De pronto, se sentó. Su rostro estaba a pocos centímetros del mío. Podía ver sus blancos dientes, brillantes en la penumbra de la habitación. Me rodeó con los brazos y me atrajo hacia sí hasta tenerme encima suyo.
Tenía la mente muy clara, y sin embargo algo me arrastraba, más y más profundamente, al fondo de una suerte de ciénaga. Me experimentaba a mí mismo de una manera que no lograba concebir. Súbitamente comprendí que, de algún modo, hasta ese momento había estado sintiendo sus sentimientos. Ella era lo sorprendente. Me había hipnotizado con palabras. Era una mujer vieja y fría. Y sus intenciones

nada tenían que ver con la juventud ni con el vigor, a pesar de su fuerza y su vitalidad. Supe entonces que don Juan no le había vuelto la cabeza en la misma dirección que la mía. No obstante, ello hubiese sonado ridículo en cualquier otro contexto; de todos modos, en ese momento lo consideré una intuición válida. Una sensación de alarma recorrió mi cuerpo. Quise salir de su cama. Pero parecía haber allí una fuerza extraordinaria que me retenía, privándome de toda posibilidad de movimiento. Estaba paralizado.

Debió de haber percibido mi impresión. De modo absolutamente imprevisto, se quitó el lazo que le sujetaba el pelo y, con un rápido movimiento, lo puso en torno de mi cuello. Sentí la presión del lazo en la piel, pero, por alguna razón, no creí que fuese real.

Don Juan siempre había insistido en que nuestro peor enemigo era la incapacidad para aceptar la realidad de aquello que nos ocurre. En ese momento, doña Soledad me rodeaba la garganta con una suerte de nudo corredizo; entendí su intención. Pero a pesar de haberlo comprendido intelectualmente, mi cuerpo no reaccionó. Permanecía laxo, casi indiferente, ante lo que, según todos los indicios, era mi muerte.

Tuve conciencia del exceso de presión que ejercían sus brazos y hombros sobre el lazo al intentar ajustarlo alrededor de mi cuello. Me estaba estrangulando con gran fuerza y habilidad. Empecé a boquear. En sus ojos había un destello de locura. Fue en ese instante que me di cuenta de que pretendía matarme.

Don Juan había dicho que, cuando por fin uno entiende qué ocurre, suele ser demasiado tarde para retroceder. Afirmaba que siempre es el intelecto lo que nos embauca; recibe el mensaje en primer término, pero en vez de darle crédito y obrar en consecuencia, pierde el tiempo en discutirlo.

Entonces oí, o tal vez intuí, un chasquido en la base del cuello, exactamente detrás de la tráquea. Comprendí que me había quebrado el pescuezo. Sentí un zumbido en los ojos y luego un hormigueo. Mi audición era extraordinariamente clara. Tenía la seguridad de estar muriendo. Me repugnaba mi propia incapacidad para hacer nada en mi defensa. No podía siquiera mover un músculo para darle un puntapié. Ya no me era posible respirar. Todo mi cuerpo vibró, y en un instante estuve en pie y me vi libre, libre del apretón mortal. Miré la cama. Todo contribuía a hacerme pensar que estaba contemplando la escena desde el techo. Vi mi propio cuerpo, inmóvil y lánguido, encima del suyo. Vi el horror en sus ojos. Deseé permitirle que soltase el lazo. Tuve un acceso de ira por haber sido tan estúpido y le propiné un sonoro puñetazo en la frente. Chilló y se cogió la cabeza y perdió el conocimiento, pero antes de que ello sucediese tuve una fugaz vislumbre de un cuadro fantasmagórico. Vi a doña Soledad despedida de la cama por la fuerza de mi golpe. La vi correr hasta la pared y acurrucarse junto a ella como un chiquillo asustado.

Luego tuve conciencia de una terrible dificultad para respirar. Me dolía el cuello. Tenía la garganta seca hasta el punto de que no podía tragar. Tardé bastante en reunir la fuerza necesaria para ponerme de pie. Entonces contemplé a doña Soledad. Yacía inconsciente en el lecho. En su frente lucía una enorme hinchazón roja. Busqué un poco de agua y se la eché en el rostro, tal como don Juan había hecho conmigo. Cuando recobró el sentido la hice caminar, sosteniéndola por las axilas. Estaba empapa en transpiración. Le puse toallas mojadas con agua fría en la frente. Vomitó, y tuve la seguridad casi absoluta de que padecía una conmoción cerebral. Temblaba. Traté de cubrirla con la mayor cantidad posible de sábanas y mantas, con el propósito de hacerla entrar en calor, pero se despojó de todas ellas y se volvió de modo de enfrentar el viento. Me pidió que la dejase sola y dijo que un cambio en la dirección del viento sería un signo de que se iba a recuperar. Cogió mi mano en una suerte de apretón y aseveró que el destino nos había enfrentado.

-Creo que era de esperar que uno de los dos muriese esta noche -dijo.
-No sea necia. Aún no está acabada -respondí; realmente, eso era lo que pensaba.
Algo me hizo sentirme seguro de que se encontraba bien. Salí, cogí una vara y me dirigí a mi coche. El perro gruñó. Seguía acurrucado en el asiento. Le dije que saliera. Dócilmente, saltó fuera. Había algo distinto en él. Vi su enorme sombra trotar en la semioscuridad. Regresó a su corral.
Era libre. Me senté en el coche un momento para considerar la situación. No, no era libre. Algo me impelía a retornar a la casa. Tenía que terminar cosas allí. Ya no temía a doña Soledad. A decir verdad, una extraordinaria indiferencia me había invadido. Sentía que ella me había dado, consciente o inconscientemente, una lección de suprema importancia. Bajo la horrenda presión de su tentativa de matarme, yo había actuado en su contra desde un nivel realmente inconcebible en circunstancias normales. Había estado a punto de ser estrangulado. Algún elemento de aquella su condenada habitación me había dejado absolutamente indefenso y, sin embargo, había logrado salir con bien. No alcanzaba a imaginar lo sucedido. Tal vez fuese cierto lo que don Juan siempre había sostenido: que todos poseemos un potencial adicional, algo que está allí, pero que rara vez alcanzamos a usar. Realmente, había golpeado a doña Soledad desde una posición fantasma.
Cogí mi linterna del coche, regresé a la casa, encendí todas las lámparas de petróleo que pude encontrar y me senté a escribir ante la mesa de la habitación delantera.
El trabajo me relajó.
Hacia el amanecer, doña Soledad salió de su habitación, tambaleante. A duras penas mantenía el equilibrio. Estaba completamente desnuda. Se sintió mal y se desplomó junto a la puerta. Le di un poco de agua y traté de cubrirla con una manta. Se negó. A mí me preocupaba una posible pérdida de calor corporal. Murmuró que tenía que estar desnuda si quería que el viento la curase. Preparó un emplasto con hojas maceradas, se lo aplicó a la frente y lo fijó allí por medio de su turbante. Se envolvió en una manta y se acercó a la mesa en que yo escribía; se sentó frente a mí. Tenía los ojos rojos. Se la veía francamente mal.
-Hay algo que debo decirte -musitó con voz trémula-. El Nagual me preparó para esperarte, tenía que esperarte, así tardases veinte años. Me dio instrucciones sobre cómo seducirte y quitarte el poder. Él sabía que, tarde o temprano, ibas a venir a ver a Pablito y a Néstor, así que me indicó que aguardase ese momento para hechizarte y coger todo lo tuyo. El Nagual dijo que si yo vivía una vida impecable, mi poder te traería cuando no hubiese nadie más en la casa. Mi poder lo hizo. Hoy llegaste cuando todos se habían ido. Mi vida impecable me había ayudado. Todo lo que me quedaba por hacer era tomar tu poder y luego matarte.
-¿Pero para qué quería hacer una cosa tan horrible?
-Porque necesito tu poder para seguir mi propio camino. El Nagual hubo de disponerlo así. Tú eras el elegido; después de todo, no te conozco. No significas nada para mí. Así que, ¿por qué no iba yo a quitarle algo que necesito tan desesperadamente a alguien que para mí no cuenta? Esas fueron las palabras del Nagual.
-¿Por qué iba el Nagual a querer hacerme daño? Usted misma dijo que se preocupaba por mí.
-Lo que yo te he hecho esta noche no tiene nada que ver con sus sentimientos hacia ti ni hacia mí. Esta es una cuestión que sólo nos afecta a nosotros. No ha habido testigos de nada de lo que hoy sucedió entre ambos, porque ambos formamos parte del propio Nagual, Pero tú, en especial, has recibido algo de él que yo no poseo, algo que necesito desesperadamente, el poder singular que te ha dado. El Nagual dijo que había dado algo a cada uno de sus seis hijos. No puedo llegar hasta Eligio. No puedo tomarlo de mis hijas; así, tú eres mi presa. Yo hice crecer el poder que el Na-

gual me dio, y al crecer produjo un cambio en mi cuerpo. Tú también hiciste crecer tu poder. Yo quería ese poder tuyo, y por eso tenía que matarte. El Nagual dijo que, aun cuando no murieras, caerías bajo mi hechizo y serías mi prisionero durante toda la vida si yo lo desease. De todos modos, tu poder iba a ser mío.

-¿Pero en qué podría beneficiarla mi muerte?

-No tu muerte, sino tu poder. Lo hice porque necesito ayuda; sin ella, lo pasaré muy mal durante mi viaje. No tengo bastantes agallas. Es por eso que no quiero a la Gorda. Es joven y le sobra valor. Yo soy vieja y lo pienso todo dos veces y vacilo. Si quieres saber la verdad, te diré que la verdadera lucha es la que se libra entre Pablito y yo. Él es mi enemigo mortal, no tú. El Nagual dijo que tu poder haría más llevadero mi viaje y me ayudaría a conseguir lo que necesito.

-¿Cómo diablos puede ser Pablito su enemigo?

-Cuando el Nagual me transformó, sabía lo que a la larga iba a suceder. Ante todo, me preparó para que mis ojos mirasen al Norte, y, si bien tú y mis niñas tienen la misma orientación, estoy opuesta a vosotros. Pablito, Néstor y Benigno están contigo; la dirección de sus ojos es la misma. Irán juntos hacia Yucatán.

»Pablito no es mi enemigo porque sus ojos miren en dirección opuesta, sino porque es mi hijo. Esto es lo que tenía que decirte, aunque no sepas de qué estoy hablando. Debo entrar al otro mundo. Donde está el Nagual. Donde están Genaro y Eligio. Aunque tenga que destrozar a Pablito para ello.

-¿Qué dice, doña Soledad? ¡Usted está loca!

-No, no lo estoy. No hay nada más importante para nosotros, los seres vivientes, que entrar en ese mundo. Te diré que para mí esa es la verdad. Para acceder a ese mundo vivo del modo en que el Nagual me enseñó. Sin la esperanza de ese mundo no soy nada, nada. Yo era una vaca gorda y vieja. Ahora esa esperanza me guía, me orienta, y, aunque no pueda hacerme con tu poder, no abandono el propósito.

Dejó descansar la cabeza sobre la mesa, utilizando los brazos a modo de almohada. La fuerza de sus aseveraciones me había obnubilado. No había entendido cabalmente sus palabras, pero en cierto nivel comprendía su alegato, a pesar de que era la más sorprendente de cuantas cosas le había oído esa noche. Sus propósitos eran los propósitos de un guerrero, en el estilo y la terminología de don Juan. Nunca había creído, sin embargo, que hubiese que destruir a alguien para cumplirlos.

Alzó la cabeza y me miró con los ojos entrecerrados.

-Al principio, hoy todo me iba bien -dijo-. Estaba un poco asustada cuando llegaste. Había esperado años ese momento. El Nagual me dijo que te gustaban las mujeres. Dijo que eres presa fácil para ellas, de modo que busqué un final rápido. Imaginé que cederías a ello. El Nagual me enseñó cómo aferrarte en el momento en que fueses el más débil. Te induje a ello con mi cuerpo. Pero sospechaste. Fui demasiado torpe. Te había llevado a mi habitación, como el Nagual me dijo que hiciera, para que las líneas de mi piso te atrapasen y te dejases indefenso. Pero no dio resultado porque te gustó y miraste las líneas atentamente. No tenía poder en tanto tus ojos estuviesen fijos en ellas. Tu cuerpo sabía qué hacer. Luego, asustaste a mi piso al gritar como lo hiciste. Ruidos súbitos como esos son mortales, especialmente la voz de un brujo. El poder de mi piso se extinguió como una llama. Yo lo comprendí, pero tú no.

»Estabas a punto de irte, de manera que me vi obligada a detenerte. El Nagual me había enseñado a tirar las manos para cogerte. Traté de hacerlo, pero me faltó poder. Mi piso estaba atemorizado. Tus ojos habían paralizado sus líneas. Nadie había puesto jamás sus ojos sobre él. Así, mi tentativa de cogerte por el cuello falló. Te libraste de mis garras antes de que me fuera posible hacer presión. Entonces me di cuenta de que te me estabas escapan-

do e intenté un ataque final. Me valí de aquello que el Nagual dijo que era clave si se te quería afectar: el terror. Te alarmé con mis chillidos, y ello me dio el poder necesario para dominarte. Creí tenerte, pero mi estúpido perro se puso nervioso. Es idiota, y me hizo caer cuando ya estaba a punto de someterte a mi hechizo. Ahora que lo pienso, tal vez mi perro no sea tan estúpido. Quizás haya percibido a tu doble y cargado contra él, pero en cambio me derribó a mí.

-Usted dijo que el perro no era suyo.

-Mentí. Era mi carta de triunfo. El Nagual me enseñó a tener siempre una carta de triunfo, una baza insospechada. De algún modo, sabía que podía llegar a necesitar de mi perro. Cuando te llevé a ver a mi amigo, se trataba en realidad de él; el coyote es el amigo de mis niñas. Quería que mi perro te oliera. Cuando corriste hacia la casa tuve que ser brutal con él. Le empujé al interior de tu coche haciéndolo aullar de dolor. Es demasiado grande y costó mucho hacerlo pasar por sobre el asiento. Entonces le ordené hacerte trizas. Sabía que si mi perro te mordía gravemente quedarías indefenso y podría terminar contigo sin dificultad. Volviste a escapar, pero no estabas en situación de salir de la casa. Entendí que debía ser paciente y aguardar la oscuridad. Luego el viento cambió de dirección y me convencí de que tendría éxito.

»El Nagual me había dicho que estaba seguro de que yo te gustaría como mujer. Era cuestión de esperar el momento oportuno. Agregó que te matarías tan pronto como comprendieses que yo te había estado robando el poder. Pero en el caso de que no lograse robártelo, o en el caso de que no te mataras, o si yo no quisiese conservarte vivo como prisionero, debía emplear mi lazo para estrangularte. Incluso me indicó dónde arrojar tu cadáver: un abismo sin fondo, una fractura en las montañas, no lejos de aquí, en que siempre desaparecen las cabras. Pero el Nagual nunca mencionó tu aspecto aterrador. Ya te he dicho que se suponía que uno de los dos iba a morir esta noche. No sabía que iba a ser yo. El Nagual me dejó con la impresión de que saldría triunfante. Fue muy cruel por su parte no decírmelo todo acerca de ti.

-Imagine mi situación, doña Soledad. Yo sabía aún menos que usted.

-No es lo mismo. El Nagual pasó años preparándome para esto. Yo conocía todos los detalles. Te tenía en el saco. El Nagual me señaló incluso las hojas que siempre debía tener, frescas y a mano, para paralizarte. Las puse en el agua de la tina aparentando que tenía por finalidad perfumarla. No advertiste que yo echaba otras en la tina en que me iba a lavar. Caíste en todas las trampas que te tendí. Y, sin embargo, tu lado aterrador terminó por salir vencedor.

-¿A qué se refiere al hablar de mi lado aterrador?

-A aquel que me golpeó y que me matará esta noche. Tu horrendo doble, que apareció para terminar conmigo. Jamás lo olvidaré y si vivo, cosa que dudo, nunca volveré a ser la misma.

-¿Se me parece?

-Eras tú, desde luego, pero no tenías el mismo aspecto que ahora. En realidad, no puedo decir a qué se parecía. Cuando trato de recordarlo, siento vértigo.

Le dije que ante el impacto de mi golpe la había visto fugazmente abandonar su cuerpo. Mi intención era la de sondearla con el relato. Me parecía que todo lo sucedido obedecía a una razón oculta: obligarnos a hurgar en fuentes habitualmente vedadas. En efecto, le había dado un tremendo golpe; le había causado un grave daño físico; sin embargo, era imposible que fuese yo quien lo hubiese hecho. Estaba seguro de haberle pegado con el puño izquierdo -la enorme hinchazón roja en su frente daba testimonio de ello-. Pero, sin embargo, no tenía en los nudillos marca alguna, ni experimentaba el menor dolor ni incomodidad. Un golpe de tal magnitud podía incluso haberme causado una fractura

Cuando escuchó mi descripción de cómo la había visto acurrucarse contra la pared,

cayó en la más absoluta desesperación. La pregunté si había tenido algún atisbo de lo que yo había visto, la impresión de abandonar su cuerpo, o alguna fugaz visión de la habitación.
-Ahora sé que estoy condenada -dijo-. Muy pocos sobreviven al contacto con el doble. Si mi alma ha partido, no me será posible seguir con vida. Me iré debilitando cada vez más, hasta morir.
Había en sus ojos un brillo salvaje. Se puso de pie; parecía estar a punto de pegarme, pero, en cambio, se dejó caer en el asiento.
-Me has quitado el alma -dijo-. Has de tenerla en tu morral. ¿Pero por qué tuviste que decírmelo?
Le juré que no había tenido la menor intención de lastimarla, que había actuado como lo había hecho únicamente en defensa propia y que, por consiguiente, no abrigaba la menor malevolencia hacia ella.
-Si no tienes mi alma en el morral, la situación es aún peor -dijo-. Andará vagando sin rumbo. Entonces nunca la recuperaré.
Doña Soledad daba la impresión de haber perdido por entero las energías. Su voz se hizo más débil. Yo quería que se fuese a acostar. Se negó a abandonar la mesa,
-El Nagual me advirtió que si mi fracaso era completo, debía transmitir su mensaje -continuó-. Me pidió que te dijera que había sustituido tu cuerpo hacía mucho. Ahora tú eres él.
-¿Qué quiso decir con eso?
-Es un brujo. Entró en tu viejo cuerpo y le devolvió su luminosidad. Ahora brillas como el propio Nagual. Ya no eres el hijo de tu padre. Eres el propio Nagual.
Doña Soledad se puso de pie. Estaba aturdida. Parecía querer decir algo, pero vocalizaba con dificultad. Anduvo hacia su habitación. La ayudé a llegar a la puerta; no quiso que entrara. Dejó caer la manta que la cubría y se tendió en la cama. Me pidió, con una voz muy suave, que fuese hasta una colina, a corta distancia de allí, y mirase si venía el viento. Agregó, como sin darle importancia, que debía llevar a su perro conmigo. Por alguna razón, su pedido me pareció sospechoso. Le informé que subiría al techo y miraría desde allí. Me volvió la espalda y dijo que lo menos que podía hacer por ella era llevar a su perro a la colina para que el animal atrajese al viento. Me enfadé mucho con ella. En la oscuridad, su habitación producía una misteriosa impresión. Fui a la cocina a buscar dos lámparas y las llevé allí. Al ver la luz chillé histéricamente. Yo también dejé escapar un grito, pero por una razón diferente. Cuando la habitación quedó iluminada vi el piso levantado y abarquillado, como un capullo, en torno a su cama. Mi percepción fue tan fugaz que en el instante que siguió hubiese jurado que la horrible escena había sido producto de las sombras proyectadas por las viseras protectoras de las lámparas. Lo fantasmagórico de la imagen me puso furioso. La sacudí, cogiéndola por los hombros. Lloró como un niño y prometió no tenderme más trampas. Coloqué las lámparas sobre una cómoda y se quedó dormida instantáneamente.
A media mañana, el viento había cambiado. Sentí entrar una violenta racha por la ventana Norte. Cerca del mediodía, doña Soledad volvió a salir. Se la veía un tanto insegura. Lo rojo de sus ojos había desaparecido y la hinchazón de la frente había disminuido; apenas si se veía una ligera marca.
Pensé que era hora de partir. Le dije que, si bien había tomado nota del mensaje de don Juan que me había transmitido, no me aclaraba nada.
-Ya no eres el hijo de tu padre. Ahora eres el propio Nagual -dijo.
Había algo francamente incongruente en mi modo de actuar. Pocas horas antes, me había encontrado indefenso y doña Soledad había intentado matarme; pero en ese momento, mientras ella me hablaba, había olvidado el horror de ese suceso. Y sin embargo, había otra parte de mí capaz de pasar días enteros reflexionando acerca de enfrentamientos sin importancia con gentes vinculadas con mi persona o mi trabajo. Esa parte parecía ser mi verda-

dero yo, el yo que había conocido durante toda mi vida. El yo que había librado un combate con la muerte esa noche y luego lo había echado al olvido, no era real. Era yo, y, sin embargo, no lo era.
Consideradas a la luz de tal absurdo, las afirmaciones de don Juan resultaban un poco menos traída de los pelos, pero seguían siendo inaceptables.
Doña Soledad estaba distraída. Sonreía pacíficamente.
-¡Oh! ¡Están aquí! -dijo de pronto-. Qué afortunada soy. Mis niñas están aquí. Ahora ellas cuidarán de mí.
Daba la impresión de estar peor. Se la veía más fuerte que nunca, pero su conducta era menos coherente. Mis temores aumentaron. No sabía si dejarla allí o llevarla a un hospital en la ciudad, a varios cientos de kilómetros de allí.
De pronto, saltó como un niño y atravesó corriendo la puerta delantera, ganando la avenida que conducía a la carretera. El perro corrió tras ella. Subí al coche a toda prisa, con la intención de alcanzarla. Tuve que desandar el sendero en marcha atrás, puesto que no había espacio para girar. Al acercarme al camino, vi por la ventana trasera a doña Soledad rodeada por cuatro mujeres jóvenes.

2

LAS HERMANITAS

Doña Soledad parecía estar explicando algo a las cuatro mujeres que la rodeaban. Movía los brazos con gestos teatrales y se cogía la cabeza con las manos. Era evidente que les hablaba de mí. Regresé al lugar en que había aparcado. Tenía intenciones de esperarles allí. Consideré qué sería más conveniente: si permanecer en el interior del coche o sentarme displicentemente sobre el parachoques izquierdo. Al final, opté por quedarme de pie junto a la puerta, pronto a entrar en el automóvil y partir si veía probable que tuviesen lugar sucesos semejantes a los del día anterior.
Me sentía muy cansado. No había pegado un ojo por más de veinticuatro horas. Mi plan consistía en revelar a las jóvenes todo lo que me fuera posible acerca del incidente con doña Soledad, de modo que pudiesen dar los pasos más convenientes en su auxilio, y luego irme. Su presencia había hecho dar un giro definitivo a la situación. Todo parecía cargado de un nuevo vigor y energía. Tuve conciencia del cambio cuando vi a doña Soledad en su compañía.
Al revelarme que eran aprendices de don Juan, doña Soledad las había dotado de un atractivo tal que me sentía impaciente por conocerlas. Me preguntaba si serían como doña Soledad. Ella había afirmado que eran como yo y que íbamos en una misma dirección. Era fácil atribuir un sentido positivo a sus palabras. Deseaba por sobre todas las cosas creerlo.
Don Juan solía llamarlas «las hermanitas», nombre sumamente adecuado, al menos para las dos que yo había tratado, Lidia y Rosa, dos jovencitas delgadas, encantadoras, con cierto aire de duendes. Al conocerlas, supuse que debían tener poco más de veinte años, si bien Pablito y Néstor siempre se habían negado a hablar de sus edades. Las otras dos, Josefina y Elena, constituían un misterio total para mí. De tanto en tanto, había oído mencionar sus nombres, cada vez en un contexto desfavorable. Había concluido, a partir de observaciones hechas al pasar por don Juan, que eran en cierto modo anormales: una, loca, y la otra, obesa; por eso se las mantenía aisladas. En una oportunidad me había tropezado con Josefina, al entrar a la casa junto a don Juan. Él la había presentado, pero ella se había cubierto el rostro y huido antes de que me hubiese sido posible saludarla. Otra vez había encontrado a Elena lavando ropa. Era enorme. Pensé que debía ser víctima de un trastorno glandular. La había saludado pero no se había vuelto. Nunca había visto su cara.
Tras las revelaciones de doña Soledad

acerca de sus personas, habían adquirido a mis ojos un prestigio tal que me sentía compelido a hablar con las misteriosas hermanitas, a la vez que experimentaba hacia ellas una suerte de temor.
Miré hacia el camino con aparente despreocupación, tratando de fortalecer mi ánimo para el encuentro que iba a tener lugar en seguida. El camino estaba desierto. Nadie se acercaba a él, aunque tan sólo un minuto antes no se encontraban a más de treinta metros de la casa. Subí al techo del coche para mirar. No venía nadie, ni siquiera el perro. Fui presa de un terror pánico, Me deslicé al suelo, y estaba a punto de entrar de un salto en el coche y marchar de allí cuando oí que alguien decía: «¡Eh! ¡Miren quién está aquí!»
Me volví bruscamente para enfrentarme con dos muchachas que acababan de salir de la casa. Deduje que habían pasado corriendo por delante de mí y entrado en la casa por la puerta trasera. Suspiré aliviado. Las dos jovencitas se dirigían hacia donde yo estaba. Tuve que reconocer que nunca había reparado en ellas. Eran hermosas, morenas y sumamente delgadas, sin llegar a ser descarnadas. Llevaban el largo cabello negro trenzado. Vestían faldas sencillas, camisas de algodón azul y zapatos marrones de tacón bajo y suela flexible. Sus piernas, fuertes y bien formadas, estaban desnudas. Debían medir un metro cincuenta o un metro sesenta. Parecían hallarse en buena forma y se movían con gran soltura. Eran Lidia y Rosa.
Las saludé y me tendieron la mano simultáneamente. Se pusieron a mi lado. Se las veía saludables y fuertes. Les pedí que me ayudasen a quitar los paquetes del portaequipaje. Cuando los llevábamos hacia la casa, oí un profundo gruñido, tan profundo y cercano que se asemejaba al rugido de un león.
-¿Qué fue eso? -pregunté a Lidia.
-¿No lo sabes? -interrogó con tono incrédulo.
-Debe ser el perro -dijo Rosa mientras entraban corriendo a la casa, arrastrándome prácticamente con ellas.
Pusimos los paquetes sobre la mesa y nos sentamos en dos bancos. Tenía a ambas frente a mí. Les dije que doña Soledad estaba muy enferma y que estaba a punto de llevarla al hospital de la ciudad, dado que no sabía qué hacer para ayudarla.
A medida que hablaba iba tomando conciencia de que pisaba terreno peligroso. No tenía modo de estimar cuánta información debía transmitirles acerca de la verdadera naturaleza de mi encuentro con doña Soledad. Empecé a buscar pistas. Pensé que, si las observaba atentamente, sus voces o la expresión de sus rostros terminarían por traicionar lo que sabían. Pero permanecieron en silencio, dejándome llevar la conversación.
Comencé a dudar que fuese conveniente proporcionar información alguna. En el esfuerzo por averiguar qué cabía hacer sin cometer errores, terminé por charlar sin sentido. Lidia me interrumpió. En tono seco, dijo que no debía preocuparme por la salud de doña Soledad, puesto que ellas ya habían hecho todo lo necesario para ayudarla. Su afirmación me obligó a preguntarle si sabía qué clase de problema tenía doña Soledad.
-Le has quitado el alma -dijo, acusadora.
Mi primera reacción fue defensiva. Empecé a hablar con vehemencia, pero acabé por contradecirme. Me observaban. Lo que hacía carecía por completo de sentido. Intenté repetir lo mismo con otros términos. Mi fatiga era tan grande que a duras penas conseguía organizar mis pensamientos. Finalmente, me di por vencido.
-¿Dónde están Pablito y Néstor? -pregunté, tras una larga pausa.
-Pronto estarán aquí -dijo Lidia con energía.
-¿Estuvieron ustedes con ellos? -quise saber.
-¡No! -exclamó, y se me quedó mirando.
-Nunca vamos juntos -explicó Rosa-. Esos vagabundos son diferentes de nosotras.
Lidia hizo un gesto imperativo con el pie para hacerla callar. Aparentemente, ella era quien daba las órdenes. El movimiento de su pie trajo a mi memoria una faceta muy peculiar de mi relación con don Juan.

En las incontables oportunidades en que salimos a vagar, había logrado enseñarme, sin proponérselo realmente, un sistema para comunicarse disimuladamente mediante ciertos movimientos clave del pie. Vi cómo Lidia hacía a Rosa la seña correspondiente a «horrible», que se hace cuando aquello que se halla a la vista de quienes se comunican es desagradable o peligroso. En ese caso, yo. Reí. Acababa de recordar que don Juan me había hecho esa misma seña cuando conocí a Genaro.

Fingí no darme cuenta de lo que estaba sucediendo, en la esperanza de alcanzar a descifrar todos sus mensajes.

Rosa expresó mediante una seña su deseo de pisotearme. Lidia respondió con la seña correspondiente a «no», imperativamente.

Según don Juan, Lidia era muy talentosa. Por lo que a él se refería, la consideraba más sensible y lista que Pablito, que Néstor y que yo mismo. A mí siempre me había resultado imposible trabar amistad con ella. Era reservada, y muy seca. Tenía unos ojos enormes, negros, astutos, con los que jamás miraba de frente a nadie, pómulos altos y una nariz proporcionada, ligeramente chata y ancha a la altura del caballete. La recordaba con los párpados enrojecidos, inflamados; recordaba también que todos se mofaban de ella por ese rasgo. Lo rojo de los párpados había desaparecido, pero ella seguía frotándose los ojos y pestañeando con frecuencia. Durante mis años de relación con don Juan y don Genaro, Lidia había sido la hermanita con la cual más me había encontrado; no obstante, nunca cambiamos probablemente más de una docena de palabras. Pablito la consideraba un ser harto peligroso. Yo siempre la había tomado por una persona muy tímida.

Rosa, por su parte, era bulliciosa. Yo creía que era la más joven. Sus ojos eran francos y brillantes. No era taimada, aunque tuviese muy mal genio. Era con ella con quien más había conversado. Era cordial, descarada y muy graciosa.

-¿Dónde están las otras? -pregunté a Rosa. ¿No van a salir?

-Pronto saldrán -respondió Lidia.

Era fácil deducir de sus expresiones que estaban lejos de experimentar simpatía por mí. A juzgar por sus mensajes en clave, eran tan peligrosas como doña Soledad, y, sin embargo, sentado allí contemplándolas, me parecían increíblemente hermosas. Abrigaba hacia ellas los más cálidos sentimientos. A decir verdad, cuanto más me miraban a los ojos, más intensidad cobraban esos sentimientos. En cierto momento, experimenté franca pasión. Eran tan fascinantes que hubiese sido capaz de pasar horas allí, limitándome a mirarlas, sin embargo un resto de sensatez me impelió a ponerme de pie. No estaba dispuesto a proceder con la misma torpeza de la noche anterior. Decidí que la mejor defensa consistía en poner las cartas sobre la mesa. En tono firme, les dije que don Juan me había sometido a una suerte de prueba, valiéndose para ello de doña Soledad, o viceversa. Lo más probable era que las hubiese puesto a ellas en situación similar, y estuviésemos a punto de lanzarnos a algún enfrentamiento, de cualquier clase que éste fuese, del que alguno de nosotros podía salir perjudicado. Apelé a su sentido guerrero. Si eran las verdaderas herederas de don Juan, debían ser impecables conmigo, revelando sus designios, y no comportarse como seres humanos ordinarios, codiciosos.

Volviéndome hacia Rosa, le pregunté por qué deseaba pisotearme. Quedó desconcertada un instante, y luego se enfadó. Sus ojos fulguraban de ira; tenía la pequeña boca contraída.

Lidia, de modo muy coherente, me dijo que no tenía nada que temer de ellas, y que Rosa estaba molesta conmigo porque había lastimado a doña Soledad. Sus sentimientos obedecían únicamente a una reacción personal.

Dije entonces que era hora de irme. Me puse de pie. Lidia hizo un gesto para detenerme. Se la veía asustada, o muy inquieta. Comenzaba a protestar, cuando un ruido proveniente de fuera de la puerta me distrajo. Las dos muchachas se pusie-

ron a mi lado de un salto. Algo pesado se apoyaba o hacía presión contra la puerta. Advertí entonces que las niñas la habían asegurado con una barra de hierro. Experimenté cierto disgusto. Todo iba a repetirse y me sentía harto del asunto.
Las muchachas se miraron, luego me miraron y por último volvieron a mirarse.
Oí el quejido y la respiración pesada de un animal de gran tamaño fuera de la casa. Debía ser el perro. Llegado a ese punto, el agotamiento me cegó. Me precipité hacia la puerta, y, tras quitar la pesada barra de hierro, la entreabrí. Lidia se arrojó contra ella, volviendo a cerrarla.
-El Nagual tenía razón -dijo, sin aliento-. Piensas y piensas. Eres más estúpido de lo que yo creía.
A tirones, me hizo regresar a la mesa. Ensayé mentalmente el mejor modo de decirles de una vez por todas que ya había tenido suficiente. Rosa se sentó a mi lado, en contacto conmigo; sentía su pierna mientras la frotaba nerviosamente contra la mía. Lidia estaba de pie frente a mí, mirándome con fijeza. Sus ardientes ojos negros parecían decir algo que yo no alcanzaba a comprender.
Empecé a hablar, pero no terminé. Súbitamente, tuve conciencia de algo más profundo. Mi cuerpo percibía una luz verdosa, una fluorescencia en el exterior de la casa. No oía ni veía nada. Simplemente, era consciente de la luz, como si de pronto me hubiese quedado dormido y mis pensamientos se convirtieran en imágenes y éstas, a su vez, se superpusieran al mundo de mi vida diaria. La luz se movía a gran velocidad. Lo percibía con el estómago. La seguí, o, mejor dicho, concentré mi atención en ella durante un instante, mientras se desplazaba. De mi esfuerzo de atención sobre la luz resultó una gran claridad mental. Supe entonces que en esa casa, en presencia de esa gente, era tan errado como peligroso comportarse como un espectador inocente.
-¿No tienes miedo? -preguntó Rosa, señalando la puerta.
Su voz quebró mi concentración.
Admití que, fuese lo que fuese aquello, me aterrorizaba en extremo, incluso me parecía posible morir de miedo. Quería decir más, pero, en ese preciso momento, una oleada de ira me indujo a ir a ver y hablar con doña Soledad. No confiaba en ella. Me dirigí sin vacilar a su habitación. No estaba allí. Empecé a llamarla, rugiendo su nombre. La casa contaba con una habitación más. Empujé la puerta entreabierta y me precipité dentro.
No había nadie. Mi cólera aumentaba en la misma medida en que lo hacía mi terror.
Traspuse la puerta trasera y rodeé la casa hacia el frente. No se veía siquiera al perro. Golpeé la puerta con furia. Fue Lidia quien la abrió. Entré. Le aullé, reclamándole que me informase dónde estaban los demás. Bajó los ojos, sin responder. Quiso cerrar la puerta, pero se lo impedí. Marchó apresuradamente hacia la otra habitación.
Me senté a la mesa nuevamente. Rosa no se había movido. Daba la impresión de hallarse paralizada en su sitio.
-Somos lo mismo -dijo inesperadamente-. El Nagual nos lo dijo.
-Dime, pues, qué era lo que rondaba la casa -exigí.
-El aliado -respondió.
-¿Dónde está ahora?
-Sigue aquí. No se irá. Cuando te encuentre debilitado, te hará pedazos. Pero no somos nosotras quienes podemos decirte nada.
-Entonces, ¿quién puede decírmelo?
-¡La Gorda! -exclamó Rosa, abriendo los ojos desmesuradamente-. Ella es la indicada. Ella lo sabe todo.
Rosa me pidió que cerrara la puerta, para sentirse en lugar seguro. Sin esperar respuesta, fue hasta ella recorriendo la distancia necesaria paso a paso, y dio un portazo.
-No podemos hacer nada, salvo esperar que todos estén aquí -dijo.
Lidia volvió de la habitación con un paquete, un objeto envuelto en un trozo de tela de un amarillo subido. Se la veía muy

serena. Noté que su talante era más autoritario. De algún modo, nos lo hizo compartir, a Rosa y a mí.
-¿Sabes qué tengo aquí? -me preguntó.
Yo no tenía la más vaga idea. Comenzó a desenvolverlo con deliberación, tomándose su tiempo. En un momento dado se detuvo y me miró. Dio la impresión de vacilar y sonrió como si la timidez le impidiera mostrar lo que había en el envoltorio.
-El Nagual dejó este paquete para ti -murmuró-, pero creo que sería mejor esperar a la Gorda.
Insistí en que lo deshiciera. Me dedicó una mirada feroz y se retiró de la habitación sin una sola palabra más.
Me divertía el juego de Lidia. Había actuado totalmente de acuerdo con las enseñanzas de don Juan. Me había demostrado el mejor modo de sacar partido de una situación de equilibrio. Al traerme el paquete y fingir que lo iba a abrir, tras revelar que don Juan lo había dejado para mí, había creado un verdadero misterio, casi insoportable. Sabía que me tenía que quedar si quería averiguar cuál era el contenido del paquete. Pensé en buen número de cosas que me parecía probable que albergase. Tal vez fuese la pipa empleada por don Juan al manipular hongos psicotrópicos. Había dado a entender en una oportunidad que la pipa debía serme entregada para que estuviese a buen recaudo. O tal vez fuera su cuchillo, o su morral de piel, o incluso sus objetos de poder de brujo. Por otra parte, bien podía tratarse simplemente de una estratagema de Lidia. Don Juan era demasiado sofisticado, demasiado inclinado a lo abstracto, para dejar reliquias.
Dije a Rosa que me encontraba mortalmente cansado y debilitado por la falta de comida. Mi idea era ir a la ciudad, descansar un par de días y regresar a ver a Pablito y a Néstor. Le informé que entonces me sería posible conocer a las otras dos niñas.
Volvió Lidia y Rosa le comunicó mi intención de partir.
-El Nagual nos ordenó atenderte como si tú fueses él mismo -dijo Lidia-. Todos nosotros somos el propio Nagual, pero tú eres algo más, por alguna razón que nadie entiende.
Ambas me hablaban simultáneamente, dándome garantías de que nadie iba a intentar en mi contra nada semejante a lo que había ensayado doña Soledad. En los ojos de ambas había una mirada tan intensamente honesta que mi cuerpo se vio abrumado. Les creí.
-Debes quedarte hasta que venga la Gorda -dijo Lidia.
-El Nagual dijo que debías dormir en su propia cama -agregó Rosa.
Comencé a pasearme por el lugar, angustiado por un gran dilema. Por una parte, quería quedarme y descansar; me sentía físicamente cómodo y satisfecho en su presencia, cosa que no me había ocurrido el día anterior con doña Soledad. Por otra parte, el aspecto razonante de mi ser, seguía sin relajarse. En ese nivel, continuaba tan atemorizado como siempre. Había habido momentos de ciega desesperación y había actuado con audacia. Pero, una vez que mis acciones perdieron su ímpetu, me había sentido tan vulnerable como de costumbre.
Me hundí en un intenso análisis de mi alma durante mi marcha casi frenética del lugar. Las dos muchachas se mantenían quietas, contemplándome con ansiedad. Entonces, súbitamente, se hizo la luz sobre el enigma; supe que había algo en mi interior que no hacía más que fingir miedo. Me había acostumbrado a reaccionar así en presencia de don Juan. A lo largo de los años que duró nuestra relación, había descargado sobre él todo el peso de mi necesidad de alivios convenientes para mi temor. El depender de él me había proporcionado consuelo y seguridad. Pero ya no era posible sostenerse por ese medio. Don Juan se había ido. Sus aprendices carecían de su paciencia, o de su refinamiento, o de capacidad para dar órdenes precisas. Frente a ellas, mi necesidad de consuelo era absolutamente absurda.
Las niñas me llevaron a la otra habita-

ción. La ventana estaba orientada al Sudeste, al igual que el lecho, una estera espesa, casi tanto como un colchón. Un voluminoso tallo de maguey, de unos sesenta centímetros, labrado hasta dejar al descubierto la porción porosa de su tejido, hacía las veces de almohada o cojín. En su parte central había un leve declive. La superficie era sumamente suave. Daba la impresión de haber sido trabajada a mano. Probé el lecho y la almohada. La comodidad y la satisfacción física que experimenté fueron desacostumbrados. Al yacer en la cama de don Juan me sentí seguro y pleno. Una calma incomparable se extendió por mi cuerpo. Sólo una vez antes, había vivido algo semejante: al improvisar don Juan un lecho para mí, en la cumbre de una montaña en el desierto septentrional de México. Me dormí.

Desperté al atardecer. Lidia y Rosa estaban casi encima de mí, profundamente dormidas. Permanecí inmóvil durante uno o dos segundos, y en ese momento ambas despertaron a un tiempo.

Lidia bostezó y dijo que había tenido que dormir cerca de mí para protegerme y hacerme descansar. Estaba famélico. Lidia envió a Rosa a la cocina a prepararnos algo de comer. En el ínterin, encendió todas las lámparas de la casa. Cuando la comida estuvo hecha, nos sentamos a la mesa. Me sentía como si las hubiese conocido o hubiese pasado junto a ellas toda mi vida. Comimos en silencio.

Cuando Rosa quitaba la mesa, pregunté a Lidia si todos dormían en el lecho del Nagual; era la única cama de la casa, aparte de la de doña Soledad. Lidia declaró, en tono flemático, que ellas se habían ido de la casa hacía años, a un lugar propio, cerca de allí, y que Pablito se había mudado en la misma época y vivía con Néstor y Benigno.

-Pero, ¿qué sucedió con ustedes? Creía que se hallaban juntos -dije.

-Ya no -replicó Lidia-. Desde que el Nagual se fue hemos tenido tareas separadas. El Nagual nos unió y el Nagual nos apartó.

-¿Y dónde está el Nagual ahora? -pregunté con el tono de mayor indiferencia que me fue posible fingir.

Ambas me miraron; luego se miraron entre sí.

-Oh, no lo sabemos -dijo Lidia-. Él y Genaro se han ido.

Aparentemente, decían la verdad, pero insistí una vez más en que me contasen lo que sabían.

-En realidad no sabemos nada -me espetó Lidia evidentemente nerviosa por mis inquisiciones-. Se fueron a otra parte. Eso se lo debes preguntar a la Gorda. Ella tiene algo que decirte. Supo ayer que habías venido y corrimos durante toda la noche para llegar. Temíamos que hubieses muerto. El Nagual nos dijo que tú eras la única persona a la que debíamos ayudar y creer. Dijo que eras él mismo.

Se cubrió el rostro y sofocó una risilla; luego, como si se le acabase de ocurrir, agregó:

-Pero es difícil de creer.

-No te conocemos -dijo Rosa-. Ese es el problema. Las cuatro sentimos lo mismo. Temimos que estuvieses muerto, pero luego, cuando te vimos, nos enfadamos contigo hasta la locura porque no lo estabas. Soledad es como nuestra madre; tal vez algo más.

Cambiaron miradas de inteligencia. Lo interpreté de inmediato como señal de dificultades. No se traían nada bueno. Lidia advirtió mi súbito recelo, que se debía leer fácilmente en mi rostro. Reaccionó haciendo una serie de aseveraciones acerca de su deseo de ayudarme. A decir verdad, no tenía razón alguna para dudar de su sinceridad. Si hubiesen pretendido hacerme daño, lo habrían hecho mientras dormía. Sus palabras sonaban tan veraces que me sentí mezquino. Decidí entregarles los regalos que les había traído. Les dije que se trataba de chucherías sin importancia, que estaban en los paquetes y podían escoger las que les gustasen. Lidia dijo que le parecía preferible que yo mismo distribuyese los obsequios. En un tono muy amable agregó que se sentirían muy agradecidas si curase a doña Soledad.

-¿Qué crees que debo hacer para curarla? -le pregunté, tras un largo silencio.
-Usa a tu doble -dijo, en un tono desprovisto de emoción.
Repasé minuciosamente los hechos: doña Soledad había estado a punto de asesinarme, y yo había sobrevivido merced a un algo en mí, que no se correspondía con mis capacidades ni con mi conocimiento. Por lo que yo sabía, esa cosa indefinida que le había dado un golpe era real, aunque inalcanzable. Por decirlo en breves palabras, me resultaba tan probable ayudar a doña Soledad como ir andando hasta la Luna.
Me observaba atentamente, y permanecían inmóviles, pero agitadas.
-¿Dónde se encuentra ahora doña Soledad? -pregunté a Lidia.
-Está con la Gorda -dijo, con aire sombrío-. La Gorda se la llevó y está tratando de curarla, pero en realidad no sabemos dónde se hallan. Esa es la verdad.
-¿Y dónde se encuentra Josefina?
-Fue a buscar al Testigo. Es el único capaz de curar a Soledad. Rosa piensa que tú sabes más que el Testigo, pero, puesto que estás enfadado con Soledad, deseas su muerte. No te culpamos por ello.
Les aseguré que no estaba enfadado con ella, y, por sobre todo, que no deseaba su muerte.
-¡Cúrala, entonces! -dijo Rosa, con una voz aguda en la cual se traslucía la cólera-. El Testigo nos ha dicho que tú siempre sabes qué hacer, y él no puede estar equivocado.
-¿Y quién demonios es el Testigo?
-Néstor es el Testigo -dijo Lidia, mostrando cierta renuencia a mencionar su nombre-. Tú lo sabes. Tienes que saberlo.
Recordé que en nuestro último encuentro don Genaro había llamado a Néstor «el Testigo». Pensé entonces que el nombre era una broma, o un truco del que se valía don Genaro para aliviar la sofocante tensión y la angustia de aquellos últimos momentos que pasábamos juntos.
-No era ninguna broma -dijo Lidia, en tono firme-. Genaro y el Nagual siguieron un camino diferente respecto del Testigo. Lo llevaron con ellos a todas partes. ¡Y quiero decir a todas! El Testigo presencia todo lo que hay que presenciar.
Era evidente que había un enorme malentendido entre nosotros. Me esforcé por hacerles entender que yo era prácticamente un desconocido para ellos. Don Juan me había mantenido apartado de todos, incluidos Pablito y Néstor. Con excepción de los saludos casuales que todos ellos habían cambiado conmigo en el curso de los años, nunca nos habíamos hablado. Yo les conocía, principalmente, a través de las descripciones que me había hecho don Juan. Si bien en una oportunidad había conocido a Josefina, me era imposible recordar su aspecto físico, y todo lo que había visto de la Gorda era su gigantesco trasero. Les dije que ni siquiera sabía, hasta el día anterior, que las cuatro eran aprendices de don Juan, y que Benigno también formaba parte del grupo.
Cambiaron una mirada tímida. Rosa movió los labios para decir algo, pero Lidia le ordenó callar con el pie. Creía que, tras mi larga y conmovedora explicación, ya no les sería necesario enviarse mensajes furtivos. Tenía los nervios tan alterados que sus movimientos encubiertos de pies resultaron el elemento preciso para hacerme montar en cólera. Les grité con toda la fuerza de mis pulmones y golpeé la mesa con la mano derecha. Rosa se puso de pie a increíble velocidad, y, supongo que a modo de respuesta a su súbito movimiento, mi cuerpo, por sí mismo, sin indicación alguna de mi razón, dio un paso atrás, exactamente a tiempo para eludir por pocos centímetros el golpe de un sólido leño u otro objeto contundente que Rosa blandía en la mano izquierda. Cayó sobre la mesa con ruido atronador.
Volví a oír, tal como la noche anterior, mientras doña Soledad trataba de estrangularme, un sonido singular y misterioso, un sonido seco, semejante al que produce un conducto tubular al quebrarse, exactamente por detrás de la tráquea, en la base del cuello. Mis oídos estallaron y, con la velocidad del relámpago, mi brazo izquierdo descendió con fuerza sobre el palo

de Rosa. Yo mismo presencié la escena, como si se tratara de una película.
Rosa chilló y comprendí entonces que le había golpeado el dorso de la mano con el puño izquierdo, descargando en ello todo mi peso. Estaba aterrado. Sucediese lo que sucediese, para mí no era real. Era una pesadilla. Rosa seguía chillando. Lidia la llevó a la habitación de don Juan. Oí sus gritos de dolor durante unos momentos; luego cesaron. Me senté a la mesa. Mis pensamientos surgían disociados e incoherentes.
Tenía aguda conciencia del peculiar sonido de la base de mi cuello. Don Juan lo había descrito como el sonido que se hace al cambiar de velocidad. Recordaba vagamente haberlo experimentado en su compañía. Si bien la noche previa el dato había pasado por mi mente, no había sido enteramente consciente de él hasta que tuvieron lugar los sucesos con Rosa. Percibí en ese momento que el sonido había dado paso a una sensación especialmente cálida en la bóveda de mi paladar y en mis oídos. La intensidad y la sequedad del sonido me hicieron pensar en el toque de una gran campana quebrada.
Lidia no tardó en volver. Se la veía más serena y contenida. Hasta sonreía. Le pedí por favor que me ayudase a desenmarañar ese lío y me contase lo sucedido. Tras vacilar largamente me dijo que, al aullar y aporrear la mesa, había puesto nerviosa a Rosa; ésta, creyendo que la iba a lastimar, había intentado golpearme con su «mano de sueño». Yo había esquivado el golpe y la había herido en el dorso de la mano, del mismo modo en que lo había hecho con doña Soledad. Lidia agregó que la mano de Rosa quedaría inutilizada a menos que yo conociera un modo de prestarle auxilio.
En ese momento, Rosa entró a la habitación. Tenía el brazo envuelto en un trozo de tela. Me miró. Su mirada recordaba la de un niño. Mis sentimientos eran totalmente confusos. Una parte de mí se sentía cruel y culpable. Pero otra permanecía imperturbable. De no ser por la segunda, no hubiese sobrevivido ni al ataque de doña Soledad ni al devastador golpe de Rosa.
Tras un largo silencio, les dije que era signo de gran intolerancia por mi parte el haberme molestado por los mensajes que se transmitían con los pies, pero que el gritar y golpear la mesa no guardaba relación alguna con lo que Rosa había hecho. En vista de que yo no me hallaba familiarizado con sus prácticas, bien podía haberme quebrado el brazo.
En tono intimidatorio, exigí ver su mano. La desvendó de mala gana. Estaba hinchada y roja. A mi criterio, no cabía duda alguna de que esa gente estaba dando los pasos correspondientes a una suerte de prueba preparada por don Juan para mí. Por afrontarla me veía arrojado a un mundo al cual era imposible acceder ni aceptar en términos racionales. Me había dicho una y otra vez que mi racionalidad comprendía tan sólo una pequeña porción de lo que denominaba la totalidad de uno mismo. Ante el impacto de lo desconocido y el riesgo enteramente real de mi aniquilación física, mi cuerpo había tenido que hacer uso de sus recursos ocultos, o morir. La trampa consistía, aparentemente, en la verdadera aceptación de la existencia de tales recursos y de la posibilidad de emplearlos. Los años de preparación no habían sido sino los pasos necesarios para llegar a esa aceptación. Fiel a su propósito de no comprometerse, don Juan había aspirado a una victoria total o a una completa derrota para mí. Si sus enseñanzas no habían servido para ponerme en contacto con mis recursos ocultos, la prueba lo pondría en evidencia, en cuyo caso habría sido muy poco lo que yo pudiese hacer. Don Juan había dicho a doña Soledad que me suicidaría. Siendo un conocedor tan profundo de la naturaleza humana, es probable que no se hallase en error alguno.
Era hora de variar la táctica. Lidia había sostenido que yo era capaz de ayudar a Rosa y a doña Soledad valiéndome de la misma fuerza con que las había lastimado; el problema, por consiguiente, consistía en dar con la secuencia correcta de

sentimientos, o pensamientos, o lo que quiera que ello fuese, susceptible de lograr que mi cuerpo liberase tal fuerza. Cogí la mano de Rosa y la acaricié. Deseaba que se curara. No abrigaba sino buenos sentimientos hacia ella. Le acaricié la mano y la tuve abrazada largo rato. Le acaricié la cabeza y quedó dormida, apoyada sobre mi hombro, pero no hubo disminución alguna de la hinchazón ni del rubor.

Lidia me miraba sin decir palabra. Me sonrió. Quería decirle que era un fracaso como sanador. Sus ojos parecieron captar mi intención, sostuvo mi mirada hasta hacerme abandonar el propósito.

Rosa quería dormir. Estaba mortalmente cansada, o se encontraba enferma. Prefería no saberlo. La alcé en brazos; era más ligera de lo que había imaginado. La llevé al lecho de don Juan y la deposité en él con delicadeza, Lidia la cubrió. La habitación estaba muy oscura. Miré por la ventana y vi un cielo estrellado sin nubes. No había sido consciente hasta ese momento de que nos hallábamos a una gran altitud.

Al mirar al cielo, sentí renacer mi optimismo. En cierto modo, las estrellas me regocijaban. El Sudeste me resultaba realmente una dirección digna de ser enfrentada.

De pronto, me vi obligado a satisfacer un impulso. Quise comprobar cuán diferente se vería el cielo desde la ventana de doña Soledad, orientada al Norte. Cogí a Lidia por la mano, con la intención de llevarla allí, pero un cosquilleo en la coronilla me detuvo. Algo así como si una onda recorriese mi cuerpo, desde la espalda a la cintura, y, desde allí, hasta la boca del estómago. Me senté sobre la estera. Hice un esfuerzo por racionalizar mis sensaciones. Aparentemente, en el mismo instante en que percibí el cosquilleo en la coronilla, mis pensamientos se habían reducido en intensidad y cantidad. Lo intenté; pero me fue imposible retornar al proceso habitual, que llamo «pensamiento».

Mis consideraciones me llevaron a olvidar a Lidia. Se había arrodillado en el suelo, cara a mí. Tomé conciencia de que sus enormes ojos me escrutaban desde una distancia de pocos centímetros. Automáticamente, volví a cogerle la mano y fuimos a la habitación de doña Soledad. Al llegar a la puerta, percibí que su cuerpo se ponía rígido. Tuve que empujarla. Estaba a punto de trasponer el umbral, cuando distinguí la masa voluminosa, oscura, de un cuerpo humano agazapado contra el muro opuesto al de la entrada. La visión era tan inesperada que sofoqué un grito y solté la mano de Lidia. Era doña Soledad. Tenía la cabeza apoyada en la pared. Me volví hacia Lidia. Había retrocedido un par de pasos. Quise susurrar que doña Soledad había regresado, pero de mí no brotó sonido alguno, a pesar de estar seguro de haber pronunciado correctamente las palabras. Hubiese intentado hablar de nuevo, de no haberse impuesto la necesidad que sentía de actuar. Era como si las palabras reclamasen mucho tiempo y yo tuviera muy poco. Entré a la habitación y me aproximé a doña Soledad. Daba la impresión de estar padeciendo un gran dolor. Me puse en cuclillas a su lado y, antes de preguntarle nada, alcé su rostro para mirarla. Vi algo en su frente; parecía ser el emplasto de hojas que ella misma se había preparado. Era oscuro, viscoso al tacto. Precisaba compulsivamente arrancarlo. Con gesto enérgico sujeté su cabeza, la incliné hacia atrás y se lo quité de un tirón. Fue como despegar un trozo de goma. No se movió ni se quejó de dolor alguno. Bajo el emplasto había una mancha de color verde amarillento. Se movía, como si estuviese viva o empapada de energía. La contemplé un rato, incapaz de hacer nada. La apreté con el dedo y se pegó a él como si fuese cola. No fui presa del pánico, como hubiese ocurrido de ordinario; es más: me agradaba esa sustancia. Hurgué en ella con las puntas de los dedos y terminó por desprenderse completamente de su frente. Me puse de pie. La materia pegajosa estaba tibia. Mantuvo sus características de pasta glutinosa por un instante y luego se secó entre mis dedos y sobre la palma de mi mano. Me conmovió una nueva y sú-

bita oleada de comprensión y corrí hacia la habitación de don Juan. Aferré el brazo de Rosa y saqué de su mano la misma sustancia fluorescente, verde amarillenta, que había sacado de la frente de doña Soledad.

El corazón me latía con tal violencia que a duras penas podía mantenerme en pie. Quería echarme, pero algo en mi interior me empujó hacia la ventana y me impulsó a ponerme a saltar en el lugar.

No alcanzo a recordar cuánto tiempo pasé allí saltando. En un momento dado, sentí que alguien me secaba el cuello y los hombros. Tomé conciencia de que me encontraba prácticamente desnudo, transpirando con profusión. Lidia me había echado un paño sobre los hombros, y en ese momento enjugaba el sudor de mi rostro. Mis procesos mentales normales se restablecieron de inmediato. Recorrí la habitación con la vista. Rosa se hallaba profundamente dormida. Fui corriendo a la habitación de doña Soledad. Esperaba verla también dormida, pero allí no había nadie. Lidia me había seguido. Le pregunté qué había sucedido. Fue a toda prisa a despertar a Rosa, mientras yo me vestía. Rosa no quería despertar. Lidia le cogió la mano lastimada y se la estrujó. En un solo movimiento, casi se diría que de un salto, Rosa se puso de pie, totalmente despierta.

Empezaron a recorrer la casa, apresurándose a apagar todas las lámparas. Daban la impresión de estar aprontándose para partir. Iba a preguntarles a qué obedecía tanta prisa, cuando tomé conciencia de que yo mismo me había vestido con suma rapidez. Todos nos precipitábamos. Es más: ellas parecían estar esperando órdenes mías.

Salimos corriendo de la casa, llevando con nosotros todos los paquetes de los regalos. Lidia me había recomendado que no dejase ninguno; aún no los había distribuido y por lo tanto seguían perteneciéndome. Los arrojé en el asiento trasero del automóvil, mientras las dos muchachas se instalaban en el delantero. Puse el motor en marcha y fui retrocediendo lentamente, buscando el camino en la oscuridad.

Una vez en la carretera, me vi enfrentado a una cuestión espinosa. Ambas declararon al unísono que yo era el guía; sus actos dependían de mis decisiones. Yo era el Nagual. No podíamos huir de la casa y marchar sin rumbo. Debía guiarles. Pero lo cierto era que yo no tenía idea de a dónde ir ni qué hacer. Me volví hacia ellas. Los faros arrojaban cierta luz dentro del coche, y sus ojos la reflejaban como espejos. Recordé que con los ojos de don Juan sucedía lo mismo; parecían reflejar más luz que los de una persona corriente.

Comprendí que las dos muchachas eran conscientes de lo extremo de mi situación. Más que una broma destinada a disimular mi incapacidad, lo que hice fue poner francamente en sus manos la responsabilidad de una solución. Les dije que me faltaba práctica como Nagual y que les quedaría muy agradecido si me hacían el favor de hacerme una sugerencia o una insinuación respecto al lugar al que debíamos dirigirnos. Ello pareció disgustarlas conmigo. Hicieron chasquear la lengua y negaron con la cabeza. Repasé mentalmente varios probables cursos de acción, ninguno de los cuales era factible, como llevarlas al pueblo, o a la casa de Néstor, o incluso a Ciudad de México.

Detuve el coche. Iba en dirección al pueblo. Deseaba más que nada en el mundo tener una conversación sincera con las muchachas. Abrí la boca para comenzar, pero se apartaron de mí, se pusieron cara a cara y se echaron mutuamente los brazos al cuello. Eso parecía ser una indicación de que se habían encerrado en sí mismas y no iban a escucharme.

Mi frustración fue enorme. Lo que anhelaba en ese momento era la maestría de don Juan frente a cualquier situación que se presentara, su camaradería intelectual, su humor. En cambio, me hallaba en compañía de dos idiotas.

Percibí cierto abatimiento en el rostro de Lidia y puse fin a mi ataque de autoconmiseración. Por primera vez fui abiertamente consciente de que no había modo de superar nuestra mutua desilusión. Era

evidente que ellas también estaban acostumbradas, aunque de una forma diferente, a la maestría de don Juan. Para ellas, el cambio del propio Nagual por mí debía de haber sido desastroso.

Permanecí inmóvil un buen rato, con el motor en marcha. De pronto, un estremecimiento, comenzado como un cosquilleo en mi coronilla, volvió a recorrer mi cuerpo; supe entonces lo que había sucedido poco antes, al entrar en la habitación de doña Soledad. Yo no la había visto en un sentido ordinario. Aquello que había tomado por doña Soledad acurrucada junto a la pared, era en realidad el recuerdo del instante, inmediatamente posterior a aquel en que la había golpeado, en el cual había abandonado su cuerpo. Comprendí también que al retirar aquella sustancia glutinosa, fosforescente, la había curado, y que se trataba de una forma de energía dejada en su cabeza y en la mano de Rosa por mis golpes.

Pasó por mi mente la imagen de un barranco singular. Me convencí de que doña Soledad y la Gorda estaban en él. Mi convicción no obedecía a una mera conjetura: se trataba de una verdad que no requería corroboración. La Gorda había llevado a doña Soledad al fondo de ese barranco, y en ese preciso instante estaba tratando de curarla. Deseaba decirle que era un error cuidarse de la hinchazón de la frente de doña Soledad, y que ya no tenían necesidad de permanecer allí.

Describí mi visión a las muchachas. Ambas me dijeron, tal como solía hacerlo don Juan, que no debía dejarme llevar por tales representaciones. En él, sin embargo, la reacción resultaba más congruente. Yo nunca había hecho realmente caso de sus críticas ni de su desdén; pero con ellas era diferente: no estaban al mismo nivel. Me sentí insultado.

-Las llevaré a su casa -dije-. ¿Dónde viven?

Lidia se volvió hacia mí y me dijo furiosa que ellas eran mis protegidas y que debía llevarlas a lugar seguro, puesto que habían renunciado a su libertad, a pedido del Nagual, con la finalidad de ayudarme. Llegados a este punto, monté en cólera. Quise abofetearlas, pero entonces sentí el extraño estremecimiento recorrer mi cuerpo una vez más. Volvió a comenzar como un cosquilleo en la coronilla, y bajó por mi espalda hasta llegar a la región umbilical: en ese instante supe dónde vivían. El cosquilleo era como una capa protectora, una suave, cálida, hoja de celuloide. La percibía físicamente, cubriendo la zona que va desde el pubis hasta el reborde costal. Mi cólera desapareció, dando paso a una extraña serenidad, una frialdad, y, a la vez, un deseo de reír. Comprendí en aquel momento algo trascendental. Ante el impacto de los actos de doña Soledad y de las hermanitas, mi cuerpo se había desprendido de la racionalidad; yo había, dicho en los términos de don Juan, parado el mundo. Había amalgamado dos sensaciones disociadas. El cosquilleo en la parte alta de la cabeza y el ruido seco de quebradura en la base del cuello: entre ambas cosas yacía la clave de aquella suspensión del juicio.

Sentado en el coche con las dos muchachas, al costado de un camino de montaña desierto, supe a ciencia cierta que, por primera vez, había tenido completa conciencia de parar el mundo. Esa sensación trajo a mi memoria otra similar: mi primera experiencia de conciencia corporal, ocurrida hacía años. Tenía que ver con el cosquilleo en la coronilla. Don Juan me había dicho que los brujos debían cultivar esa sensación, y se había extendido en su descripción. Según él, era una suerte de comezón, algo ni placentero ni doloroso, que se iniciaba en el punto más alto de la cabeza. Para hacérmelo comprender, en un nivel intelectual, definió y analizó sus características, y luego, atento al aspecto práctico, intentó orientarme en el desarrollo de la conciencia corporal y la memoria de la sensación, haciéndome correr bajo ramas o rocas salientes según un plano horizontal situado a pocos centímetros por encima de mí.

Pasé años tratando de comprender lo que me había indicado, pero, por una parte,

me resultaba imposible captar todo el sentido de su descripción, y, por otra parte, era incapaz de dotar a mi cuerpo de la memoria adecuada para seguir sus consejos prácticos. Nunca sentía nada sobre la cabeza al correr bajo las ramas o las rocas que él había escogido para sus demostraciones. Pero un día mi cuerpo descubrió la sensación por sí mismo, al intentar entrar conduciendo un camión de caja alta en un edificio para aparcamiento de tres plantas. Traspuse el umbral a la misma velocidad con que solía hacerlo en mi pequeño sedán de dos puertas; de resultas de lo cual vi, desde el alto asiento del camión, cómo la viga de cemento transversal del techo se acercaba a mi cabeza. No pude detenerme a tiempo y la sensación que tuve fue la de que la viga me escalpaba. Nunca había conducido un vehículo tan alto como ese, de modo que no me era posible haber hecho los ajustes perceptuales necesarios. El espacio que separaba el camión del techo del aparcamiento, me parecía inexistente. Sentí la viga con el cuero cabelludo.

Ese día pasé horas conduciendo en el aparcamiento para dar a mi cuerpo la oportunidad de hacerse con el recuerdo del cosquilleo.

Me volví hacia las muchachas con el propósito de informales que acababa de recordar dónde vivían. Desistí. No había modo de explicarles que la experiencia del cosquilleo había traído a mi memoria una observación hecha al azar por don Juan en cierta oportunidad en que, camino de la vivienda de Pablito, pasamos por otra casa. Había señalado una característica poco corriente de esos alrededores, y dicho que esa casa era un lugar ideal para quien buscase quietud, pero no un lugar para descansar. Las llevé allí.

Su casa era una construcción de adobe bastante grande con techo de tejas, como aquél en que vivía doña Soledad. Tenía una habitación larga delante, una cocina techada al aire libre en la parte trasera, un enorme patio contiguo a ella y, al otro lado del patio, un gallinero. La parte más importante de la casa, no obstante, era una habitación cerrada con dos puertas, una que se abría a la sala delantera, y otra que daba a los fondos. Lidia dijo que ellas mismas la habían construido. Quise verla, pero ambas argumentaron que no era el momento apropiado, puesto que ni Josefina ni la Gorda se hallaban presente para mostrarme las partes de la habitación que les pertenecían.

En un rincón de la primera habitación había una plataforma de ladrillos de tamaño considerable. Su altura sería de unos cuarenta y cinco centímetros y estaba destinada a hacer las veces de cama, con uno de sus extremos pegado a la pared. Lidia puso sobre ella unas espesas esteras de paja y me instó a que me echara a dormir mientras ellas velaban.

Rosa había encendido una lámpara y la colgó de un clavo sobre la cama. La luz alcanzaba para escribir. Les expliqué que al escribir me serenaba y les pregunté si les molestaba.

-¿Por qué lo tienes que preguntar? -replicó Lidia-. ¡Hazlo!

Con la pretensión de darle una explicación superficial, le dije que yo siempre había hecho cosas raras, como tomar notas, lo cual resultaba extraño inclusive a don Juan y a don Genaro y que, en consecuencia, debía resultarles extraño a ellas.

-Nosotras siempre hacemos cosas raras -dijo Lidia secamente.

Me senté en la cama, bajo la lámpara, con la espalda apoyada en el muro. Ellas se echaron cerca de mí, una a cada lado. Rosa se cubrió con una manta y se quedó dormida, como si todo lo que necesitase para ello fuera tenderse. Lidia declaró entonces que esos eran el momento y el lugar apropiados para conversar, si bien a ella le parecía preferible apagar la luz, porque ésta le daba sueño.

Nuestra conversación, en la oscuridad, giró en torno del paradero de las otras dos muchachas. Sostuvo que no tenía ni una remota idea del lugar en que pudiese hallarse la Gorda, pero que indudablemente Josefina seguía en las montañas buscando a Néstor, a pesar de la oscuridad. Explicó

que Josefina era la más capaz de valerse por sí misma en circunstancias tales como encontrarse en un lugar desierto y oscuro. Esa era la razón por la cual la Gorda la había escogido para esa misión.
Le comenté que, escuchándolas referirse a la Gorda, me había hecho la idea de que era la jefe. Lidia me respondió que efectivamente la Gorda mandaba, y que el propio Nagual había ordenado que así fuera. Agregó que, más allá de esa circunstancia, tarde o temprano, la Gorda habría terminado por ponerse a la cabeza porque era la mejor.
En ese punto, me vi obligado a encender la lámpara, para poder escribir. Lidia se quejó de que la luz le impedía permanecer despierta, pero me salí con la mía.
-¿Qué es lo que determina que la Gorda sea la mejor? -pregunté.
-Tiene más poder personal -dijo-. Lo sabe todo. Además, el Nagual le enseñó a controlar a la gente.
-¿Envidias a la Gorda por ser la mejor?
-Antes, pero ya no.
-¿A qué se debe este cambio?
-Terminé por aceptar mi destino, como me había dicho el Nagual.
-¿Y cuál es tu destino?
-Mi destino... mi destino es ser la brisa. Ser una soñadora. Mi destino es ser un guerrero.
-¿Envidian Rosa o Josefina a la Gorda?
-No, no la envidian. Todas nosotras hemos aceptado nuestros destinos. El Nagual dijo que el poder sólo llega tras haber aceptado nuestros destinos sin discusión. Yo solía quejarme mucho y sentirme terriblemente mal porque me gustaba el Nagual. Creía ser una mujer.
Pero él me demostró que no lo era. Este cuerpo que ves es nuevo. Lo mismo nos ocurrió a todas. Tal vez a ti no te haya sucedido lo mismo, pero para nosotras el Nagual significó una nueva vida.
»Cuando nos dijo que iba a partir, porque tenía que hacer otras cosas, creímos morir. Pero ya nos ves. Estamos vivas; ¿sabes por qué? Porque el Nagual nos demostró que éramos él mismo. Está aquí, con nosotras. Siempre estará aquí. Somos su cuerpo y su espíritu.
-¿Las cuatro se sienten de la misma manera?
-No somos cuatro. Somos una. Ese es nuestro destino. Debemos sostenernos unas a otras. Y tú eres lo mismo. Todos nosotros somos lo mismo. Incluso Soledad es lo mismo, aunque vaya en una dirección distinta.
-¿Y Pablito, y Néstor, y Benigno, dónde encajan?
-No lo sabemos. No nos gustan. Especialmente Pablito. Es cobarde. No ha aceptado su destino y pretende huir de él. Es más: quiere renunciar a su condición de brujo y vivir una vida ordinaria. Eso sería estupendo para Soledad. Pero el Nagual nos ordenó ayudarle. No obstante, nos estamos cansando de hacerlo. Tal vez uno de estos días la Gorda lo quite de en medio para siempre.
-¿Puede hacerlo?
-¡Si puede hacerlo! Claro que puede. Ella tiene más del Nagual que ninguno de nosotros. Quizás incluso más que tú.
-¿A qué se debe que el Nagual nunca me haya dicho que ustedes eran sus aprendices?
-A que estás vacío.
-Todo el mundo sabe que estás vacío. Está escrito en tu cuerpo.
-¿En qué te basas para decir eso?
-Tienes un agujero en el medio.
-¿En el medio de mi cuerpo? ¿Dónde?
Con suma delicadeza, tocó un lugar en el lado derecho de mi estómago. Trazó un círculo con el dedo, como si recorriese con él los bordes de un agujero invisible de diez o doce centímetros de ancho.
-¿Tú también estás vacía, Lidia?
-¿Bromeas? Estoy entera. ¿No lo ves?
Sus respuestas a mis preguntas estaban tomando un giro inesperado. No quería que mi ignorancia me pusiera a malas con ella. Asentí con la cabeza.
-¿Qué es lo que te lleva a pensar que tengo allí un agujero que me hace estar vacío? -pregunté, tras considerar cuál sería el más inocente de los interrogantes que le podía plantear.

No respondió. Me volvió la espalda y se lamentó de que la luz de la lámpara le hiciese escocer los ojos. Insistí. Me enfrentó, desafiante.
-No quiero decirte nada más -dijo-. Eres estúpido. Ni siquiera Pablito es tan estúpido, y es el peor.
No quería meterme en otro callejón sin salida fingiendo saber de qué estaba hablando, así que volví a inquirir acerca de la causa de mi vacuidad. Traté de sonsacárselo, dándole amplias garantías de que don Juan nunca me había explicado la cuestión. Me había dicho una y otra vez que estaba vacío, y yo siempre lo había interpretado en el sentido en que un occidental puede interpretar una afirmación semejante. Pensaba que se refería a una carencia de poder de decisión, voluntad, finalidades y hasta inteligencia. Nunca había mencionado la existencia de un agujero en mi cuerpo.
-Tienes un agujero en el costado derecho -dijo con frialdad-. Un agujero hecho por una mujer al vaciarte.
-¿Podrías decirme qué mujer ha sido?
-Sólo tú lo sabes. El Nagual decía que los hombres, en la mayoría de los casos, ignoran quién los ha vaciado. Las mujeres son más afortunadas; lo saben con certeza.
-Tus hermanas, ¿están vacías, como yo?
-No seas idiota. ¿Cómo podrían estar vacías?
-Doña Soledad me dijo que ella estaba vacía. ¿Presenta el mismo aspecto que yo?
-No. El agujero de su estómago era enorme. Abarcaba ambos costados, lo cual revela que la han vaciado un hombre y una mujer.
-¿Qué hizo doña Soledad con un hombre y una mujer?
-Les entregó su integridad.
Vacilé un instante antes de formularle la siguiente pregunta. Quería valorar en su justa medida todas las consecuencias de su afirmación.
-La Gorda estaba aún peor que Soledad -prosiguió Lidia-. Dos mujeres la vaciaron. El agujero de su estómago era como una caverna. Pero ella lo ha cerrado. Ha vuelto a estar completa.
-Háblame de esas dos mujeres.
-No te puedo decir nada más -declaró en un tono sumamente imperativo-. Sólo la Gorda puede hablar de ello. Espera a que venga.
-¿Por qué solamente la Gorda?
-Porque lo sabe todo.
-¿Es la única que lo sabe todo?
-El Testigo sabe tanto como ella, o quizá más, pero él es el propio Genaro y eso hace que sea muy difícil atraparle. No lo queremos.
-¿Por qué no lo quieren?
-Esos tres vagabundos son horrorosos. Están locos, como Genaro. Es que son Genaro. Pasan la vida combatiéndonos, porque temían al Nagual y ahora quieren desquitarse con nosotras. En todo caso eso es lo que dice la Gorda.
-¿Y qué es lo que lleva a la Gorda a decir eso?
-El Nagual le dijo cosas que ella no comunicó a las demás. Ella ve. El Nagual dijo que tú también veías. Ni Josefina, ni Rosa, ni yo vemos. Y, sin embargo, los cinco somos lo mismo. Somos lo mismo.
La frase «somos lo mismo», que doña Soledad había empleado la noche anterior, originó un torrente de pensamientos y de temores. Dejé a un lado mi libreta. Miré a mi alrededor. Estaba en un mundo extraño, echado en un lecho extraño, en medio de dos mujeres a las que no conocía. No obstante, me sentía cómodo. Mi cuerpo experimentaba abandono e indiferencia. Confiaba en ellas.
-¿Van a dormir aquí? -pregunté.
-¿Dónde, si no?
-¿Y la habitación de ustedes?
-No podemos dejarte solo. Sentimos lo mismo que tú; eres un extraño, pero estamos obligadas a ayudarte. La Gorda dijo que no importaba lo estúpido que fueras, que debíamos cuidar de ti. Dijo que debíamos dormir en la misma cama que tú, como si fueses el propio Nagual.
Lidia apagó la lámpara. Permanecí sentado con la espalda apoyada en la pared. Cerré los ojos para pensar y me quedé dormido instantáneamente.

A las ocho de la mañana, Lidia, Rosa y yo nos habíamos sentado en un sitio plano exactamente frente a la puerta de entrada, y ya llevábamos casi cuatro horas allí desde las ocho de la mañana. Yo había intentado trabar conversación con ellas, pero se negaban a hablar. Daban la impresión de encontrarse muy serenas, casi dormidas. No obstante, esa tendencia al abandono no era contagiosa. El estar allí sentado, en silencio forzoso, me había llevado a un estado de ánimo particular. La casa se alzaba en la cima de una pequeña colina; la puerta daba al Este. Desde el lugar en que me hallaba, alcanzaba a ver casi en su totalidad el estrecho valle que corría de Este a Oeste. No divisaba el pueblo, pero sí las zonas verdes de los campos cultivados en el fondo del valle. Al otro lado, en todas direcciones, se extendían gigantescas colinas, redondas y erosionadas. No había montañas altas en las proximidades del valle, sólo esas enormes colinas, cuya visión suscitaba en mí la más violenta sensación de opresión. Tuve la impresión de que las elevaciones que tenía delante estaban a punto de transportarme a otra época.

Lidia se dirigió a mí de pronto, y su voz interrumpió mi ensueño. Tironeó mi manga.

-Allí viene Josefina -dijo.

Miré al sinuoso sendero que llevaba del valle a la casa. Vi a una mujer que subía andando lentamente; se encontraba a una distancia aproximada de cincuenta metros. Advertí de inmediato la notable diferencia de edad entre Lidia y Rosa, y ella. Volví a mirarla. Nunca me hubiese imaginado que Josefina fuese tan vieja. A juzgar por su paso tardo y la postura de su cuerpo, se trataba de una cincuentona. Era delgada, vestía una falda larga y oscura y traía un fardo de leña cargado en sus espaldas. Llevaba algo atado a la cintura; tenía todas las trazas de ser un niño, sujeto a su cadera izquierda. Daba la impresión de estar dándole el pecho a la vez que caminaba. Su andar era casi tenue. A duras penas logró remontar la última cuesta antes de arribar a la casa. Cuando por fin la tuvimos frente a nosotros, a pocos metros, advertí que respiraba tan pesadamente que intenté ayudarla a sentarse. Hizo un gesto con el cual pareció indicar que estaba bien.

Oí a Rosa y a Lidia sofocar sendas risillas. No las miré, porque toda mi capacidad de atención había sido tomada por asalto. La mujer que tenía ante mí era la criatura más absolutamente repugnante y horrible que había visto en mi vida. Desató el fardo de leña y lo dejó caer al suelo con gran estrépito. Di un salto involuntariamente debido en parte al hecho de que estuvo a punto de caer sobre mi regazo, llevada por el peso de la madera.

Me miró por un instante y luego bajó los ojos, aparentemente turbada por su propia torpeza. Irguió la Espalda y suspiró con evidente alivio. Se veía que la cara había resultado excesiva para su viejo cuerpo.

Mientras estiraba los brazos, el pelo se le soltó en parte. Llevaba una sucia cinta amarrada a la frente. El cabello largo y grisáceo se veía mugriento y enmarañado. Alcancé a ver hebras blancas destacando contra el castaño oscuro del lazo. Me sonrió y esbozó un gesto de saludo con la cabeza. Aparentemente, le faltaban todos los dientes; su boca era un agujero negro. Se cubrió el rostro con la mano y rió. Se quitó las sandalias y entró a la casa, sin darme tiempo de articular palabra. Rosa la siguió.

Estaba pasmado. Doña Soledad había dado a entender que Josefina tenía la misma edad que Lidia y Rosa. Me volví hacia Lidia. Me estaba observando con mirada de miope.

-No tenía idea de que fuese tan vieja.

-Sí, es bastante mayor -dijo, sin darle importancia.

-¿Tiene un niño? -pregunté.

-Sí, y lo lleva consigo a todas partes. Nunca lo deja con nosotras. Teme que vayamos a comérnoslo.

-¿Es un varón?

-Sí.

-¿Qué edad tiene?

-Lo tuvo hace un tiempo. Pero no sé su

edad. Nosotras pensábamos que no debía tener un niño a sus años. Pero no nos hizo el menor caso.
-¿De quién es el niño?
-De Josefina, desde luego.
-Quiero decir, ¿quién es el padre?
-El Nagual. ¿Quién si no?
Esta revelación me pareció muy extraña y anonadante.
-Supongo que todo es posible en el mundo del Nagual -dije.
Era más un pensamiento en voz alta que una frase para Lidia.
-¡Desde luego! -dijo, y echó a reír.
Lo opresivo de aquellas colinas erosionadas se hacía insoportable. Había algo francamente aborrecible en aquella zona, y Josefina había sido el golpe de gracia. Además de tener un cuerpo feo, viejo y maloliente, y carecer de dientes, daba la impresión de padecer una suerte de parálisis facial. Los músculos del lado izquierdo de su cara estaban evidentemente afectados, condición que daba lugar a una distorsión del ojo y el lado izquierdo de la boca extraordinariamente desagradable. Mi depresión anímica se trocó en absoluta angustia. Durante un instante consideré la posibilidad, ya tan familiar, de correr hacia mi coche y marcharme.
Me lamenté ante Lidia, diciéndole que no me encontraba bien. Rió y aseguró que Josefina me había asustado.
-Surte ese efecto sobre la gente -dijo-. Todo el mundo la odia. Es más fea que una cucaracha.
-Recuerdo haberla visto una vez -dije-, pero era joven.
-Las cosas cambian -comentó Lidia, filosófica-, en un sentido o en otro. Mira a Soledad. Qué cambio, ¿eh? Y tú también has cambiado. Se te ve más sólido que en mis recuerdos. Te pareces cada vez más al Nagual.
Quise señalar que el cambio de Josefina era abominable, pero temí que mis palabras pudiesen llegar a sus oídos.
Miré las chatas colinas del otro lado del valle y sentí deseos de huir de ellas.
-El Nagual nos dio esta casa -dijo-, pero no es una casa para el descanso. Antes teníamos otra que era francamente hermosa. Este lugar embota. Esas montañas de allí arriba acaban por volverle a uno loco.
El descaro con que leía mis pensamientos me desconcertó. No supe qué decir.
-Somos indolentes por naturaleza -prosiguió-. No nos gusta esforzarnos. El Nagual lo sabía, así que debe haber supuesto que este sitio nos llevaría a subirnos por las paredes.
Se interrumpió bruscamente y dijo que quería algo de comer. Fuimos a la cocina, un área semicerrada, con sólo dos muros. Del lado abierto, a la derecha de la entrada, había un horno de barro; del opuesto, en el punto en que las dos paredes se unían, había un sitio amplio para comer, con una mesa y tres bancos. El piso estaba pavimentado con piedras del río pulidas. Un techo plano, situado a unos tres metros de altura descansaba sobre las paredes y sobre vigas en los lados abiertos.
Lidia me sirvió un tazón de frijoles con carne de una olla expuesta a fuego muy lento, y calentó unas tortillas directamente sobre las brasas. Rosa entró, se sentó junto a mí y pidió a Lidia que le diese algo de comer.
Me concentré en observar cómo Lidia servía frijoles y carne con un cucharón. Daba la impresión de tener noción precisa de la cantidad exacta. Debe de haber tomado conciencia de que yo admiraba sus maniobras. Quitó dos o tres frijoles del tazón de Rosa y los devolvió a la olla.
Por el rabillo del ojo, vi a Josefina entrar a la cocina. No obstante, no la miré. Se sentó frente a mí, al otro lado de la mesa. Experimenté una sensación de rechazo en el estómago. Me di cuenta de que no podría comer mientras esa mujer me estuviese contemplando. Para aliviar mi tensión bromeé con Lidia a propósito de dos frijoles de más, en el tazón de Rosa, que había pasado por alto. Los retiró con el cucharón con una precisión que me sobresaltó. Reí nerviosamente, sabiendo que, una vez que Lidia se hubiese sentado, me vería obligado a apartar mis ojos del fogón y hacerme cargo de la presencia de Josefina.

Finalmente, de mala gana, tuve que mirar al otro lado de la mesa. Hubo un silencio mortal. La contemplé, incrédulo. Abrí la boca, asombrado. Oí las carcajadas de Lidia y de Rosa. Me llevó una eternidad poner en cierto orden mis pensamientos y sensaciones. Fuese quien fuese la persona que tenía delante, no era la Josefina que había visto un rato antes, sino una muchacha muy bonita. No tenía los rasgos indios de Lidia y de Rosa. Su tipo era más bien latino. Tenía una tez ligeramente olivácea, una boca muy pequeña y una nariz finamente proporcionada, dientes cortos y blancos y cabello negro, breve y ensortijado. Un hoyuelo en el lado izquierdo del rostro completaba el encanto de su sonrisa.

Era la misma muchacha que había conocido superficialmente hacía años. Sostuvo mi mirada mientras la estudiaba. Sus ojos evidenciaban cordialidad. Me fui sintiendo poco a poco presa de un nerviosismo incontrolable. Terminé por decir chistes desesperados acerca de mi auténtica perplejidad.

Ellas reían como niños. Una vez que sus risas se hubieron acallado, quise saber cuál era la finalidad del despliegue histriónico de Josefina.

-Practica el arte del acecho -dijo Lidia-. El Nagual nos enseñó a confundir a la gente para pasar, desapercibidas. Josefina es muy bonita; si anda sola de noche, nadie la molestará en tanto se la vea fea y maloliente, pero si sale tal como es... bueno... ya te imaginas lo que podría suceder.

Josefina asintió con un gesto y luego deformó el rostro, en la más desagradable de las muecas posibles.

-Puede mantener la cara así todo el día.

Sostuve que, si viviera en esos parajes, seguramente Josefina llamaría más fácilmente mi atención con su disfraz que sin él.

-Ese disfraz era sólo para ti -dijo Lidia, y las tres rieron-. Y mira hasta qué punto te desconcertó. Te llamó más la atención el niño que ella.

Lidia fue a la habitación y regresó con un atado de trapos que tenía toda la apariencia de un niño envuelto en sus ropas; lo arrojó sobre la mesa, delante de mí. Sumé mis carcajadas a las suyas.

-¿Todas tienen disfraces? -pregunté.

-No. Solamente Josefina. Nadie en los alrededores la conoce tal cómo es -replicó Lidia.

Josefina asintió y sonrió, pero permaneció en silencio. Me gustaba muchísimo. Había algo inmensamente inocente y dulce en ella.

-Di algo, Josefina -dije, aferrándola por los antebrazos.

Me miró desconcertada y retrocedió. Supuse que, dejándome llevar por mi alegría, le había hecho daño al cogerla con demasiada fuerza. La dejé ir. Se sentó muy erguida. Contrajo su pequeña boca y sus labios finos y produjo una grotesca avalancha de gruñidos y chillidos.

Todo su rostro se alteró de pronto. Una serie de espasmos feos e involuntarios echaron a perder su serena expresión de un momento antes.

La miré horrorizado. Lidia me tiró de la manga.

-¿Por qué tuviste que asustarla, estúpido? -susurró-. ¿No sabes que quedó muda y no puede decir nada?

Era evidente que Josefina la había entendido y parecía resuelta a protestar. Mostró a Lidia su puño apretado y dejó escapar otra riada de chillidos, extremadamente altos y horripilantes; entonces se sofocó y tosió. Rosa comenzó a frotarle la espalda. Lidia pretendió hacer lo mismo, pero estuvo a punto de recibir en el rostro un puñetazo de Josefina.

Lidia se sentó a mi lado e hizo un gesto de impotencia. Se encogió de hombros.

-Ella es así -me susurró Lidia.

Josefina se volvió hacia ella. Su rostro se veía trastornado por una espantosa mueca de ira. Abrió la boca y vociferó, con todas sus fuerzas, dando rienda suelta a sonidos guturales, escalofriantes.

Lidia se deslizó del banco y con suma discreción dejó la cocina.

Rosa sostenía a Josefina por el brazo. Jo-

sefina parecía ser la representación de la furia. Movía la boca y deformaba el rostro. En cuestión de minutos había perdido toda la belleza y toda la inocencia que me habían encantado. No sabía qué hacer. Traté de disculparme, pero los sonidos infrahumanos de Josefina ahogaban mis palabras. Finalmente, Rosa la llevó al interior de la casa.

Lidia regresó y se sentó frente a mí, al otro lado de la mesa.

-Algo se descompuso aquí arriba -dijo, tocándose la cabeza.

-¿Cuándo sucedió? -pregunté.

-Hace mucho. El Nagual debe de haberle hecho algo, porque de pronto perdió el habla.

Lidia se veía triste. Tuve la impresión de que la tristeza se evidenciaba en contra de sus deseos. Hasta me sentí tentado de decirle que no se esforzase tanto por ocultar sus sentimientos.

-¿Cómo se comunica Josefina con ustedes? -pregunté-. ¿Escribe?

-Vamos, no seas necio. No escribe. No es tú. Se vale de las manos y de los pies para decirnos lo que quiere.

Josefina y Rosa volvieron a la cocina. Se detuvieron a mi lado. Josefina volvía a ser, a mis ojos, la imagen de la inocencia y el candor. Su beatífica expresión no revelaba en lo más mínimo su capacidad para transformarse en un ser tan feo, en tan poco tiempo. Al verla, comprendí que su fabulosa ductilidad gestual estaba, sin duda, íntimamente ligada a su afasia. Razoné que solo una persona que ha perdido la posibilidad de verbalizar puede ser tan versátil para la mímica.

Rosa me dijo que Josefina le había confesado que deseaba poder hablar, porque yo le gustaba mucho.

-Hasta que llegaste, se sentía feliz como era -dijo Lidia con voz áspera.

Josefina sacudió la cabeza afirmativamente, corroborando la declaración de Lidia, y emitió una serie de suaves sonidos.

-Desearía que la Gorda estuviese aquí -dijo Rosa-. Lidia siempre hace enfadar a Josefina.

-¡No es esa mi intención! -protestó Lidia.

Josefina le sonrió y extendió el brazo para tocarla. Según todas las apariencias, su intención era disculparse. Lidia rechazó su mano.

-¡Muda imbécil! -murmuró.

Josefina no se irritó. Desvió la vista. Había una enorme tristeza en sus ojos. Me vi obligado a interceder.

-Cree que es la única mujer en el mundo que tiene problemas -me espetó Lidia-. El Nagual nos dijo que la tratásemos con rigor y sin piedad hasta que dejase de sentir lástima por sí misma.

Rosa me miró confirmando la aseveración de Lidia con un movimiento de cabeza.

Lidia se volvió hacia Rosa y le ordenó apartarse de Josefina. Rosa la obedeció, yendo a sentarse en el banco, a mi lado.

-El Nagual dijo que cualquiera de estos días volvería a hablar -me confió Lidia.

-¡Hey! -dijo Rosa, tirándome de la manga-. Tal vez tú seas quien la haga hablar.

-¡Sí! -exclamó Lidia, como si hubiese estado pensando lo mismo-. Quizá sea por eso que hayamos debido esperarte.

-¡Es clarísimo! -agregó Rosa, con la expresión de quien ha tenido una verdadera revelación. Ambas se pusieron de pie de un salto y abrazaron a Josefina.

-¡Volverás a hablar! -gritaba Rosa mientras sacudía a Josefina, aferrándola por los hombros.

Josefina abrió los ojos y los hizo girar en sus órbitas. Empezó a suspirar, débil y entrecortadamente, como si sollozara, y terminó por echar a correr de un lado a otro, gritando como un animal. Su excitación era tal, que se la veía incapaz de cerrar la boca. Francamente, la creía al borde de un colapso nervioso. Lidia y Rosa corrieron a su lado y la ayudaron a cerrar la boca. Pero no intentaron serenarla.

-¡Volverás a hablar! ¡Volverás a hablar! -gritaban.

Josefina sollozaba y aullaba de tal manera que yo sentía un escalofrío que me recorría la columna vertebral.

Estaba absolutamente desconcertado. Traté de decir algo razonable. Apelé a su

sentido común, pero no tardé en comprender que, según mis cánones, tenían muy poco. Comencé a andar de un lado para otro, delante de ellas, intentando tomar una decisión.
-Vas a ayudarla, ¿no? -me apremiaba Lidia.
-Por favor, señor, por favor -me suplicaba Rosa.
Les dije que estaban locas, que no tenía la menor idea de qué se podía hacer. Y, sin embargo, según hablaba, una feliz sensación de optimismo y seguridad se iba adueñando de mi mente. En un principio, traté de ignorarla, pero finalmente hube de ceder a ella. En una oportunidad anterior había experimentado lo mismo, en relación con una amiga muy querida que se hallaba mortalmente enferma. Pensé que podía sanarla y hacerla abandonar el hospital en que se hallaba ingresada. Fui a consultar con don Juan.
-Claro. Puedes curarla y hacerla salir de esa trampa mortal -me dijo.
-¿Cómo? -le pregunté.
-El procedimiento es muy simple -dijo-. Todo lo que debes hacer es recordarle que se trata de una paciente incurable. Puesto que es un caso terminal, tiene poder. No tiene nada más que perder. Ya lo ha perdido todo. Cuando no se tiene nada que perder, se adquiere coraje. Somos temerosos únicamente en la medida que tengamos algo a que aferrarnos.
-¿Pero acaso basta con recordárselo?
-No. Eso le dará el estímulo que necesita. Entonces tiene que deshacerse de la enfermedad, empujándola con la mano izquierda. Debe empujar hacia afuera con el brazo, el puño cerrado como si estuviese asiendo el tirador de una puerta. Debe empujar más y más, y, a la vez repetir: «fuera, fuera, fuera». Dile que, puesto que ya no le queda nada por hacer, debe dedicar cada segundo del tiempo que le quede de vida a realizar esa actividad. Te aseguro que podrá levantarse e irse por su propio pie, si es que lo desea.
-Parece tan sencillo... -dije.
Don Juan rió entre dientes.
-Parece sencillo -dijo-, pero no lo es. Para hacerlo, tu amiga necesita un espíritu impecable.
Se quedó mirándome por un largo rato. En apariencia, estaba midiendo el grado de preocupación y de tristeza que experimentaba por mi amiga.
-Desde luego -agregó-, si tu amiga poseyese un espíritu impecable, no estaría allí.
Conté a mi amiga lo que don Juan me había dicho. Pero ya se encontraba demasiado débil para intentar siquiera mover el brazo.
En el caso de Josefina, la razón fundamental de mi secreta confianza radicaba en el hecho de que ella era un guerrero con un espíritu impecable. ¿Sería posible, me pregunté en silencio, llevarla a valerse del mismo movimiento de mano?
Dije a Josefina que su incapacidad para hablar era debida a una especie de bloqueo.
-Sí, sí, es un bloqueo -repitieron Lidia y Rosa en cuanto lo oyeron.
Enseñé a Josefina el modo de mover el brazo y le dije que tenía que deshacerse del bloqueo empujando así.
Los ojos de Josefina estaban completamente fijos. Parecía hallarse en trance. Movía la boca, emitiendo sonidos escasamente audibles. Trató de mover el brazo, pero se sentía tan excitada que lo hizo sin coordinación alguna. Intenté ordenar sus actos, pero daba la impresión de estar aturdida al punto de no oír lo que yo le decía. Su mirada estaba desenfocada y comprendí que se iba a desmayar. En apariencia, Rosa se dio cuenta de lo que estaba sucediendo; saltó de su asiento, cogió una taza de agua y se la echó sobre el rostro. Los ojos de Josefina quedaron en blanco. Parpadeó repetidas veces, hasta recuperar la visión normal. Movía la boca, pero sin producir sonido alguno.
-¡Tócale la garganta! -me gritó Rosa.
-¡No! ¡No! -le respondió Lidia, también en un grito-. Tócale la cabeza. ¡Lo tiene en la cabeza, hombre hueco!
Me cogió la mano, y yo, a regañadientes, le permití ponerla sobre la cabeza de Josefina.

Josefina se estremeció, y poco a poco fue dejando escapar una serie de sonidos débiles. En cierto sentido, resultaban más melodiosos que aquellos ruidos infrahumanos que había emitido poco antes.
También Rosa había reparado en la diferencia.
-¿Has oído eso? ¿Has oído eso? -me preguntó en un susurro.
No obstante, fuese cual fuere la diferencia, los sonidos que Josefina hizo a continuación fueron más grotescos que nunca. Cuando se tranquilizó, sollozó un momento, y de inmediato entró en otro nivel de euforia. Lidia y Rosa lograron por último serenarla. Se dejó caer pesadamente en el banco, parecía exhausta. Con enorme dificultad, consiguió abrir los ojos y mirarme. Me sonrió en forma sumisa.
-Lo siento, lo siento mucho -dije, y le cogí la mano.
Todo su cuerpo vibró. Bajó la cabeza y volvió a prorrumpir en sollozos. Me sobrevino una oleada de esencial simpatía hacia ella. En ese momento hubiese dado mi vida por auxiliarla.
Lloraba de manera incontrolable, a la vez que trataba de hablarme. Lidia y Rosa parecían tan profundamente inmersas en su drama, que remedaban sus gestos con la boca.
-¡Por el amor de Dios, haz algo! -exclamó Rosa con voz plañidera.
Experimenté una intolerable ansiedad. Josefina se puso de pie y se me abrazó; mejor dicho, se colgó de mí frenéticamente y me apartó de la mesa a rastras. En ese instante, Lidia y Rosa, con asombrosa agilidad, rapidez y dominio, me cogieron por los hombros con ambas manos, a la vez que con los pies me inmovilizaban los talones. El peso del cuerpo de Josefina, sumado a la velocidad de maniobra de Lidia y Rosa, me dejó indefenso. Todas ellas actuaban simultáneamente, y, antes de que pudiese darme cuenta de lo que ocurría, me encontré tendido en el piso, con Josefina encima de mí. Sentía latir su corazón. Se aferraba a mí con gran fuerza; el ruido de su corazón resonaba en mis oídos, latía en mi pecho. Traté de apartarla, pero se apresuró a asegurarse. Rosa y Lidia me sujetaban contra el suelo, descargando todo su físico sobre mis brazos y piernas. Rosa reía como una loca; comenzó a mordisquearme el costado. Sus pequeños y agudos dientes castañeteaban según sus mandíbulas se abrían y se cerraban en nerviosos espasmos.
Fui presa de un monstruoso dolor, seguido de repugnancia y terror. Perdí el aliento. No podía fijar la vista. Comprendí que estaba perdiendo el conocimiento. Oí el ruido seco, de quebradura de tubo, en la base del cuello y sentí el cosquilleo de la coronilla. Inmediatamente después tuve conciencia de que las estaba observando desde el otro lado de la cocina. Las tres muchachas me miraban, echadas en el suelo.
-¿Qué están haciendo? -oí que decía alguien en una voz áspera, fuerte, autoritaria.
Entonces tuve una impresión inconcebible: Josefina se dejaba ir de mí y se ponía de pie. Yo yacía en el suelo; no obstante, también me encontraba de pie, a cierta distancia de la escena, mirando a una mujer a la que nunca antes había visto. Estaba junto a la puerta. Anduvo hacia mí y se detuvo a uno o dos metros. Me observó durante un instante. Comprendí de inmediato que era la Gorda. Exigió saber lo que estaba ocurriendo.
-Le estamos gastando una pequeña broma -dijo Josefina, aclarándose la garganta-. Yo fingía ser muda.
Las tres muchachas se reunieron, muy cerca las unas de las otras, y echaron a reír. La Gorda permaneció impasible, contemplándome.
¡Me habían engañado! Encontré tan ultrajantes mi propia estupidez y mi necedad que estallé en una carcajada histérica, casi fuera de control. Mi cuerpo se estremecía.
Entendí que Josefina no había estado jugando, como acababa de afirmar. Las tres habían actuado en serio. A decir verdad, había sentido el cuerpo de Josefina como

una fuerza que en realidad se estaba introduciendo en mi propio cuerpo. El roer de Rosa en mi costado, indudablemente una estratagema para distraer mi atención, coincidió con la impresión de que el corazón de Josefina latía dentro de mi pecho.
Oí a la Gorda pedirme que me calmara.
Una conmoción nerviosa tuvo lugar dentro de mí, y luego una cólera lenta, sorda, me invadió. Las aborrecí. Había tenido bastante de ellas. Habría cogido mi chaqueta y mi libreta de notas y abandonado la casa, de no ser porque todavía no me había recuperado por completo. Estaba un tanto aturdido y mis sentimientos decididamente se hallaban embotados. Había tenido la sensación, al mirar por primera vez a las muchachas desde el otro lado de la cocina, de estar haciéndolo en realidad desde un lugar situado por encima de mi plano visual, cercano al techo. Pero sucedía algo aún más desconcertante: había percibido a ciencia cierta que el cosquilleo de la coronilla me liberaba del abrazo de Josefina. No era una sensación vaga; verdaderamente algo había surgido de la cima de mi cabeza.
Pocos años antes, don Juan y don Genaro habían manipulado mi capacidad perceptiva y yo había experimentado una imposible doble impresión: sentí a don Juan caer encima mío, apretándome contra el piso, en tanto, a la vez, seguía encontrándome de pie. Lo cierto es que me hallaba en ambas situaciones simultáneamente. En términos de brujería, podría decir que mi cuerpo había conservado el recuerdo de aquella doble percepción y, a juzgar por las apariencias, la había repetido. En esa oportunidad, sin embargo, había dos nuevos elementos para sumar a mi memoria corporal. Uno era el cosquilleo del que tan consciente venía siendo en el curso de mis enfrentamientos con aquellas mujeres: ese era el vehículo mediante el cual arribaba a la doble percepción; el otro era aquel sonido en la base del cuello, que me permitía liberar algo de mí, capaz de surgir de la coronilla.
Al cabo de uno o dos minutos me sentí bajar del techo hasta encontrarme parado en el suelo. Me costó cierto tiempo readaptar los ojos al nivel de visión normal.
Al mirar a las cuatro mujeres me sentí desnudo y vulnerable. Viví un instante de disociación, o una solución en la continuidad perceptual. Fue como si hubiese cerrado los ojos y una fuerza desconocida me hubiese hecho girar sobre mí mismo un par de veces. Cuando abrí los ojos, las muchachas me observaban con la boca abierta. Pero, de un modo u otro, volvía a ser yo mismo.

3

LA GORDA

Lo primero que me llamó la atención en la Gorda fueron sus ojos: muy oscuros y serenos. Era evidente que me estaba examinando de pies a cabeza. Escudriñó mi cuerpo con la mirada, tal como solía hacerlo don Juan. A decir verdad, sus ojos revelaban una calma y una energía semejantes a las de él. Comprendí por qué era la mejor. Se me ocurrió que don Juan le había legado los ojos.
Era ligeramente más alta que las otras tres muchachas. Tenía un cuerpo magro y oscuro y un soberbio trasero. Reparé en la gracia de la línea de sus anchos hombros en el momento en que volvió a medias el torso para encararse con las muchachas.
Les dio una orden ininteligible y las tres se sentaron en un banco, exactamente tras ella. En realidad, las protegía de mí con su cuerpo.
Me enfrentó de nuevo. Su expresión era de suprema seriedad, pero sin la menor traza de tenebrosidad ni de gravedad. No sonreía, pero se la veía amistosa. Sus rasgos eran muy agradables: un rostro finamente formado, ni redondo ni anguloso, boca pequeña, de labios finos, nariz ancha, pómulos altos, y cabello largo, negro como el azabache.

Era imposible pasar por alto sus fuertes y hermosas manos, que mantenía apretadas ante sí, sobre la región umbilical. Los dorsos de las mismas se hallaban vueltos hacia mí. Distinguía sus músculos según los contraía.
Llevaba un vestido de algodón de color naranja desteñido, de mangas largas, y un chal marrón. Había en ella algo de terriblemente sosegado y terminante. Sentí la presencia de don Juan. Mi cuerpo se relajó.
-Siéntate, siéntate -me dijo en tono mimoso.
Volví a la mesa. Me señaló un lugar para que me sentase, pero permanecí de pie.
Sonrió por primera vez, y sus ojos me resultaron más suaves y más brillantes. No era tan bonita como Josefina, y, sin embargo, era la más bonita de todas.
Pasamos un momento en silencio. A modo de explicación, dijo que en los años transcurridos desde la partida del Nagual habían hecho todo lo posible por cumplir con la tarea que les había encomendado, y que, dada su dedicación, habían terminado por acostumbrarse a ella.
No comprendí con toda claridad a qué se refería, pero, según hablaba, yo percibía más que nunca la presencia de don Juan. No se trataba de que copiase sus maneras, ni la inflexión de su voz. Poseía un control interno que la llevaba a actuar como don Juan. Su semejanza era profunda.
Le conté que había ido en busca de la ayuda de Pablito y Néstor. Le dije que era lento, quizás estúpido, para comprender los caminos de los brujos, pero que era sincero; y que sin embargo todas ellas me habían tratado con malevolencia y falsedad.
Intentó disculparse, pero no la dejé terminar. Recogí mis cosas y gané la puerta delantera. Corrió detrás de mí. No era su propósito impedirme partir, pero hablaba muy rápido, como si necesitase decir todo lo que fuese posible antes de que yo me marchara.
Decía que debía escucharla hasta el final, y que se proponía acompañarme hasta haberme hecho saber todo lo que el Nagual le había encargado que me comunicara.
-Voy a Ciudad de México -dije.
-Iré contigo hasta Los Angeles, de ser necesario.
Comprendí que hablaba en serio.
-De acuerdo -dije, con la intención de probarla-. Sube al coche.
Vaciló un instante, luego se quedó en silencio y miró la casa. Llevó las manos cerradas al nivel del ombligo. Se volvió y miró al valle y repitió el gesto.
Yo sabía qué era lo que hacía. Se despedía de su casa y de aquellas imponentes colinas que la rodeaban.
Don Juan me había enseñado, años atrás, el significado de esos gestos, destacando el hecho de que implicaban un extremo poder: un guerrero rara vez hacía uso de ellos. Yo mismo había tenido muy pocas ocasiones de efectuarlos.
El movimiento de despedida que la Gorda efectuaba era una variante del que me había enseñado don Juan. Éste me había dicho que las manos debían cerrarse como para pronunciar una plegaria, fuese ello hecho con delicadeza o violentamente, llegando incluso a producir un sonido como de palmoteo. Cualquiera que fuese la forma, el propósito del guerrero al cerrar las manos era atrapar el sentimiento que no quería dejar tras sí. Tan pronto como se apretaban los puños, una vez capturado el sentimiento, se los llevaba con gran fuerza al medio del pecho, a la altura del corazón. Allí, se convertía en una daga y el guerrero se la clavaba, sosteniéndola con ambas manos.
Don Juan me había dicho que un guerrero sólo dice adiós de ese modo cuando tiene buenas razones para creer que no regresará.
La despedida de la Gorda me cautivó.
-¿Te despides? -pregunté con curiosidad.
-Sí -dijo secamente.
-¿No te llevas las manos al pecho? -quise saber.
-Eso lo hacen los hombres. Las mujeres tienen útero. Guardan sus sentimientos allí.
-¿No se supone que esa clase de despedi-

das están reservadas a los casos en que no se regresa?
-Lo más probable es que no regrese -replicó-. Me voy contigo.
Tuve un súbito e injustificado acceso de tristeza; injustificado en el sentido de que no conocía a aquella mujer en lo más mínimo. Sólo abrigaba dudas y sospechas hacia ella. Pero al mirar de cerca sus claros ojos me sentí definitivamente vinculado con ella. Me serené. Mi cólera había dado paso a una melancolía desconocida. Miré a mi alrededor y comprendí que aquellas colinas romas, misteriosas, enormes, me estaban desgarrando.
-Esas colinas están vivas -dijo, leyendo mis pensamientos.
Me volví hacia ella y le dije que tanto el lugar como las mujeres me habían afectado muy profundamente; tanto, que no me parecía concebible desde el punta de vista de mi sentido común. No sabía qué había resultado más devastador, si el lugar o las mujeres. Las furiosas embestidas de estas últimas habían sido directas y aterradoras pero la presencia de las colinas constituía un factor constante, de continua aprensión; suscitaba un deseo de huir de allí. Ante ello; la Gorda me dijo que mi juicio acerca de los efectos del lugar era correcto, que era debido a ello que el Nagual las había dejado allí, y que no debía culpar a nadie por lo sucedido, puesto que el propio Nagual había dado a aquellas muchachas la orden de terminar conmigo.
-¿También a ti te ha dado órdenes semejantes? -pregunté.
-No; a mí no. No soy como ellas -replicó-. Ellas son hermanas. Son lo mismo; exactamente lo mismo. Tanto como son lo mismo Pablito y Néstor y Benigno. Sólo tú y yo podemos llegar a ser exactamente lo mismo. Aún no lo somos porque estás incompleto. Pero algún día seremos lo mismo, exactamente lo mismo.
-Me han dicho que eres la única que sabe dónde se encuentran el Nagual y Genaro -dije.
Me miró con atención durante un momento y sacudió la cabeza afirmativamente.
-Es cierto -dijo-. Sé dónde están. El Nagual me dijo que te llevara si podía.
Le exigí que dejase de andarse por las ramas y me revelara su paradero de inmediato. Mi pedido pareció sumirla en el caos. Se disculpó y me prometió que más tarde, cuando nos hallásemos en camino, me lo expondría todo. Me rogó que no le hiciese más preguntas porque tenía instrucciones precisas en el sentido de no comentar nada hasta el momento indicado.
Lidia y Josefina salieron a la puerta y se quedaron mirándome. Me apresuré a subir al coche. La Gorda me siguió; no pude evitar el observar que entraba en el automóvil como si lo hiciese a un túnel: casi a gatas. Don Juan solía hacerlo. En cierta ocasión le había dicho, bromeando, tras haberlo visto entrar así un buen número de veces, que resultaba más práctico como yo lo hacía. Su extraño modo de actuar me parecía atribuible a su falta de familiaridad con los coches. Me explicó entonces que el vehículo era una cueva, y que ese era el modo correcto de entrar en las cuevas, si pretendíamos valernos de ellas. Había un espíritu inherente a las cuevas, fuesen éstas naturales o construidas por el hombre, y era necesario acercarse a él con respeto. El gateo era la única forma adecuada de demostrar ese respeto.
Estaba considerando la conveniencia de preguntar o no a la Gorda si don Juan la había instruido acerca de tales detalles, cuando habló por propia iniciativa. Dijo que el Nagual le había dado directivas específicas para el caso de que yo sobreviviera a los ataques de doña Soledad y las tres muchachas. Agregó, en tono despreocupado, que antes de dirigirnos a Ciudad de México, debíamos ir a determinado lugar en las montañas, al que acostumbrábamos acudir don Juan y yo, y que allí me descubriría toda la información que el Nagual nunca me había proporcionado.
Tuve un momento de indecisión, pero luego un algo interior, distinto de la razón, me impulsó hacia las montañas. Viajamos en absoluto silencio. Intenté en varias ocasiones iniciar una conversación, pero

en todos los casos me rechazó, sacudiendo con energía la cabeza. Finalmente pareció cansarse de mi insistencia y se vio obligada a comentar que aquello que me debía decir requería, para ser confiado, un lugar de poder, y que teníamos que abstenernos de desperdiciar fuerzas en charlas sin sentido, hasta hallarnos en él.

Tras un largo recorrido en coche y una agotadora caminata desde la carretera, llegamos finalmente a destino. Caía la noche. Estábamos en lo hondo de un cañón. Allí ya estaba oscuro, en tanto el sol seguía brillando por sobre las montañas de encima. Anduvimos hasta llegar a una pequeña cueva, a uno o dos metros del nivel del suelo, en el extremo norte del cañón, que iba de Este a Oeste. Solía pasar mucho tiempo allí con don Juan.

Antes de entrar, la Gorda barrió cuidadosamente el suelo con ramas, tal como lo hacía don Juan, con el objeto de eliminar las garrapatas y otras parásitos adheridos a las rocas. Luego cortó tallos, cubiertos de hojuelas ligeras; reunió un montón de los arbustos de los alrededores y los distribuyó sobre el piso de piedra a modo de colchón.

Me indicó con un gesto que entrara. Yo siempre había permitido que don Juan me antecediese en señal de respeto. Quería hacer lo mismo con ella, pero se negó. Dijo que yo era el Nagual. Penetré en la cueva tal como ella lo había hecho en el coche. Reí ante mi inconsecuencia. No había llegado jamás a considerar mi automóvil como una cueva.

La Gorda procuró que me relajara y me pusiera cómodo.

-El Nagual no podía revelarte todos sus designios en razón de que estabas incompleto -dijo de repente-. Aún lo estás, pero ahora, tras tus encuentros con Soledad y las muchachas, eres más fuerte que antes.

-¿Qué significa estar incompleto? Todos me han dicho que eras la única persona capaz de explicármelo -dije.

-Es muy sencillo -replicó-. Una persona completa es aquella que nunca ha tenido niños.

Hizo una pausa, como si aguardase a que terminara de apuntar lo que había dicho. Alcé la vista de mi libreta. Me observaba, midiendo el efecto de sus palabras.

-Sé que el Nagual te dijo exactamente lo mismo que acaba de decirte -prosiguió-. No le prestaste atención, y lo más probable es que no me hayas prestado atención tampoco a mí.

Leí mis notas en voz alta, de modo de repetir sus palabras. Sofocó una risilla.

-El Nagual decía que una persona incompleta es aquella que ha tenido niños -dijo, como si me lo estuviese dictando.

Me examinó atentamente, esperando, a juzgar por las apariencias, una pregunta o un comentario. No tuve que hacer ninguna de las dos cosas.

-Ya te he dicho todo lo que hay que saber acerca del hecho de hallarse completo o incompleto -declaró-. Te he dicho exactamente lo mismo que el Nagual me dijo a mí. Entonces, no significó nada para mí; tal como no significa nada ahora para ti.

Me vi obligado a reír ante el modo en que se amoldaba a las enseñanzas de don Juan.

-Una persona incompleta tiene un agujero en el estómago -prosiguió-. Un brujo lo ve con la misma claridad con que tú ves mi cabeza. Cuando el agujero se encuentra a la izquierda del estómago, el niño que lo ha creado es del mismo sexo. Si se encuentra a la derecha, es del sexo opuesto. El agujero de la izquierda es negro; el de la derecha es castaño oscuro.

-¿Eres capaz de ver el agujero en todo aquel que haya tenido un niño?

-Claro. Hay dos modos de verlo. Un brujo puede verlo tanto en sueños como mirando directamente a una persona. Un brujo que ve no tiene reparos en observar el ser luminoso con la finalidad de comprobar si hay un agujero en la luminiscencia del cuerpo. No obstante, aun cuanto el brujo no sepa ver, es capaz de distinguir lo oscuro del boquete a través de la ropa.

Calló. La insté a continuar.

-El Nagual me dijo que escribías, y que luego no recordabas lo escrito -me dijo, en tono acusatorio.

Me vi enredado en mis propias palabras, tratando de defenderme. No obstante, ella había dicho la verdad. Las palabras de don Juan siempre habían surtido un doble efecto sobre mí: el uno, al oír sus aseveraciones por primera vez; el otro, al leer a solas lo escrito y olvidado.

La conversación con la Gorda, sin embargo, era esencialmente diferente. Los aprendices de don Juan no se hallaban en ningún sentido tan inmersos en lo suyo como él. Sus revelaciones, si bien extraordinarias, no eran sino piezas sueltas de un rompecabezas. El carácter insólito de aquellas piezas consistía en que no servían para clarificar la imagen, sino para hacerla cada vez más compleja.

-Tenías un agujero marrón en el lado derecho del estómago -continuó-. Ello significa que quien te había vaciado era una hembra. Has hecho una niña.

»El Nagual decía que yo tenía un enorme agujero negro, que revelaba el haber hecho dos mujeres. Nunca lo vi, pero vi a otra gente con agujeros semejantes al mío.

-Dijiste que yo tenía un agujero. ¿Significa eso que ya no lo tengo?

-No. Ha sido remendado. El Nagual te ayudó a remendarlo. Sin su apoyo estarías aun más vacío de lo que estás.

-¿Qué clase de remiendo se le ha aplicado?

-Un remiendo en tu luminosidad. No hay otra forma de decirlo. El Nagual explicaba que un brujo como él era capaz de rellenar el agujero en cualquier momento. Pero ese relleno no dejaba de ser una mancha sin luminosidad. Cualquiera que vea o sueñe puede afirmar que luce como un parche de plomo sobre la luminosidad amarilla del resto del cuerpo. El Nagual te remendó a ti y a mí y a Soledad. Pero dejó a nuestro cargo el recobrar la luminosidad, el brillo.

-¿Cómo nos remendó?

-Es un brujo; puso cosas en nuestros cuerpos. Hizo sustituciones. Ya no somos enteramente los mismos. El remiendo es lo que puso de sí mismo.

-Pero, ¿por qué puso esas cosas y qué eran?

-Puso en nuestros cuerpos su propia luminosidad; se valió de las manos para ello. Se limitó a entrar en nosotros y dejar allí sus fibras. Hizo lo mismo con sus seis niños y con Soledad. Todos ellos son lo mismo, salvo Soledad; ella es otra cosa.

La Gorda parecía poco dispuesta a continuar. Titubeó y la vi al borde del tartamudeo.

-¿Qué es doña Soledad?

-Es muy difícil decirlo -dijo, tras unos momentos de resistencia-. Es lo mismo que tú y que yo, y, sin embargo, es diferente. Posee idéntica luminosidad, pero no está junto a nosotros. Marcha en dirección opuesta. En este momento se te asemeja más. Ambos llevan remiendos que parecen de plomo. El mío ha desaparecido y he vuelto a ser un huevo completo, luminoso. Esa es la razón por la que te dije que tú y yo llegaríamos a ser lo mismo algún día, cuando estuvieses de nuevo completo. Actualmente, lo que nos hace ser casi lo mismo es la luminosidad del Nagual, y la realidad de que ambos marchamos en igual dirección y ambos estamos vacíos.

-¿Cómo ve un brujo a una persona completa? -pregunté.

-Como un huevo luminoso hecho de fibras -replicó-. Todas las fibras están enteras; lucen como cuerdas, como cuerdas tensas. La impresión que da el conjunto de las cuerdas es la de haber sido estirado como el parche de un tambor. Por otra parte, te diré que en una persona vacía las cuerdas se ven arrugadas en los bordes del agujero. Cuando se han tenido muchos niños, las fibras ya no se ven como tales. En esos casos, se observa algo así como dos trozos de luminosidad, separados por negrura. Es una visión horrenda. El Nagual me lo hizo ver en cierta ocasión, en un parque de la ciudad.

-¿A qué atribuyes el que el Nagual nunca me haya hablado de ello?

-El Nagual te lo ha dicho todo, pero nunca le entendiste cabalmente. Tan pronto como se daba cuenta de que tú no le comprendías, se veía obligado a cambiar de tema. Tu vaciedad te impedía entender. El Nagual decía que era perfectamente natural que no entendieras. Una vez que

una persona queda incompleta, se vacía realmente, como una calabaza ahuecada. No te importó el número de veces en que él te dijo que estabas vacío; ni siquiera te importó el que te lo explicase. Nunca supiste lo que quería decir o, lo que es peor, nunca quisiste saberlo.

La Gorda pisaba terreno peligroso. Intenté hacerla variar de rumbo, pero me rechazó.

-Tú quieres a un pequeño y no te interesa conocer el sentido de las palabras del Nagual -dijo, acusadora-. El Nagual me dijo que tenías una hija a la que nunca habías visto, y que querías a ese niño. La una te quitó fuerza, el otro te obligó a concretar. Les has unido.

No tuve otro remedio que dejar de escribir. Salí a gatas de la cueva y me puse de pie. Comencé a descender la empinada cuesta que llevaba al fondo del barranco. La Gorda me siguió. Me preguntó si me encontraba molesto por su franqueza. No quise mentir.

-¿Qué crees? -pregunté.

-¡Estás furioso! -exclamó, y soltó una risilla tonta con un desenfado que sólo había visto en don Juan y en don Genaro.

A juzgar por las apariencias, estuvo a punto de perder el equilibrio y se aferró a mi brazo izquierdo. Para ayudarla a bajar al fondo del barranco, la alcé por el talle. Creí que no podía pesar más de cincuenta kilos. Frunció los labios al modo de don Genaro y dijo que pesaba cincuenta y seis. Los dos nos echamos a reír a la vez. Ello supuso un instante de comunicación directa, espontánea.

-¿Por qué te molesta tanto hablar de esas cosas? -preguntó.

Le dije que una vez había tenido un pequeño al que había amado inmensamente. Experimenté la necesidad compulsiva de hablarle de él. Una exigencia extravagante, más allá de mi razón, me llevaba a abrirme a aquella mujer, una completa desconocida para mí.

Cuando comencé a hablar del niño, una oleada de nostalgia me envolvió; quizás se debiera al lugar, o a la situación, o a la hora. Por algún motiva, mis recuerdos del pequeño se mezclaban en mí con los de don Juan: por primera vez en todo el tiempo que había pasado sin verle, lo extrañé. Lidia había dicho que ella nunca lo extrañaba porque siempre estaba con él; él era sus cuerpos y sus espíritus. Había comprendido de inmediato el sentido de sus palabras. Yo mismo me sentía así. En aquel barranco, sin embargo, un sentimiento desconocido había hecho presa en mí. Hice saber a la Gorda que hasta aquel momento no había extrañado a don Juan. No respondió. Desvió la mirada.

Es probable que mi nostalgia por aquellas dos personas tuviese que ver con el hecho de que ambas habían dado lugar a situaciones catárticas en mi vida. Y ambas se habían ido. Hasta ese momento, no había tenido claro el carácter definitivo de esa separación. Comenté a la Gorda que el pequeño había sido, por sobre todo, mi amigo, y que un día fuerzas que se hallaban fuera de mi control le había apartado bruscamente de mí. Tal vez fuese uno de los golpes más fuertes recibidos en mi vida. Había incluso ido a ver a don Juan para pedir su auxilio. Fue la única oportunidad en que le solicité apoyo. Escuchó mi petición y rompió a reír estrepitosamente. Su reacción me resultó tan insólita que ni siquiera me enfadé. Lo único que pude hacer fue un comentario acerca de lo que yo consideraba falta de sensibilidad.

-¿Qué quieres que haga? -me había preguntado don Juan.

Le respondí que, puesto que era un brujo, podría ayudarme a recuperar a mi amiguito, cosa que me consolaría.

-Estás equivocado; un guerrero no busca nada que le consuele -había afirmado, en un tono que no admitía réplica.

Luego se dedicó a aniquilar mis argumentos. Dijo que un guerrero no debía dejar nada librado al azar, que un guerrero era realmente capaz de alterar el curso de los sucesos, valiéndose del poder de su conciencia y de la inflexibilidad de su propósito. Dijo que si mi intención de conservar y auxiliar a ese niño hubiese sido inflexi-

ble, me las habría arreglado para tomar las medidas necesarias para que no se fuese de mi lado. Pero, tal como estaban las cosas, mi cariño no pasaba de ser una palabra, un arranque inútil de un hombre vacío. Llegado a ese punto, me informó acerca de la vaciedad y la plenitud, pero opté por no oírle. Me limité a experimentar un sentimiento de pérdida, la carencia que él había mencionado, según me parecía evidente, al referirse a la sensación de extravío de algo irreemplazable.

-Lo amaste, reverenciaste su espíritu, deseaste su bien; ahora debes olvidarlo -dijo.

Pero yo no había sido capaz de hacerlo. Se trataba de algo terriblemente vigente en mis emociones, a pesar de que el tiempo se había encargado de suavizarlas. En cierto momento, creí haber logrado olvidar; pero una noche, un incidente desencadenó un profundo cataclismo en mi interior. Me dirigía a mi despacho cuando una joven mexicana me abordó. Estaba sentada en un banco, aguardando un autobús. Quería saber si ese autobús la llevaría a un hospital de niños. Yo no lo sabía. Explicó que su pequeño tenía una temperatura muy elevada desde hacía tiempo, y ella estaba preocupada porque no tenía dinero. Me acerqué y vi a un crío, de pie sobre el banco, con la cabeza apoyada en el respaldo. Vestía una chaqueta, pantalones cortos y gorra. No tenía más de dos años. Debió de haberme visto, porque se arrimó al extremo del asiento y puso la frente contra mi pierna.

-Me duele la cabecita -me dijo.

Su voz era tan débil y sus ojos oscuros tan tristes, que una oleada de angustia irreprimible hizo presa en mí. Lo alcé y los llevé, a él y a su madre, al hospital más cercano. Allí los dejé, tras dar a la madre el dinero necesario para pagar lo requerido. Pero no quise quedarme, ni saber más de él. Deseaba creer haberle ayudado, saldando con ello mi deuda con el espíritu del hombre.

Había aprendido de don Juan la fórmula «saldar la deuda con el espíritu del hombre». En una ocasión, preocupado por el hecho de no haberle pagado por todo lo hecho por mí, le pregunté si había algo en el mundo que pudiese hacer para reparar su esfuerzo. Salíamos de un banco, tras cambiar algunos dólares por moneda mexicana.

-No necesito que me pagues -dijo-, pero si quieres saldar una deuda, haz tu depósito a nombre del espíritu del hombre. La suma es siempre muy pequeña, y, sea cual sea la cantidad que se aporte, es más que suficiente.

Al auxiliar a aquel niño enfermo, no había hecho sino pagar al espíritu del hombre cualquier ayuda que mi pequeño pudiese recibir de desconocidos en su camino.

Dije a la Gorda que mi cariño hacia él seguiría vivo durante el resto de mis días, aunque no volviera a verle nunca. Quise agregar que su recuerdo se hallaba tan profundamente enterrado que nada podía alcanzarlo, pero desistí de hacerlo. Entendí que hubiese sido superflua la referencia. Además, oscurecía y yo quería salir de ese agujero.

-Es mejor que nos vayamos -dije-. Te llevaré a tu casa. Tal vez más tarde tengamos ocasión de hablar sobre estas cosas.

Se rió de mí, tal como don Juan solía hacerlo. Evidentemente, mis palabras debían de haberle parecido harto cómicas.

-¿Por qué ríes, Gorda? -pregunté.

-Porque sabes perfectamente que no podemos irnos de aquí con tanta facilidad -replicó-. Tienes una cita con el poder aquí. Y yo también.

Regresó a la cueva y entró en ella a gatas.

-Ven -chilló desde dentro-. No hay modo de irse.

Reaccioné de la manera más incongruente. Entré gateando y volví a sentarme cerca de ella. Resultaba obvio que me había tendido una trampa. Yo no había ido allí para tener enfrentamiento alguno. Debí haberme puesto furioso. En cambio, permanecí impasible. No podía mentirme diciéndome que aquello era tan sólo un alto en mi camino hacia Ciudad de México. Me encontraba en ese lugar porque una fuerza que sobrepasaba mi capacidad racional me había impelido a ir.

Me tendió la libreta y me instó a escribir. Me dijo que, si lo hacía, no sólo me relajaría, sino que además la relajaría a ella.
-¿En qué consiste esa cita con el poder? -pregunté.
-El Nagual me dijo que tú y yo teníamos una cita con algo allí fuera. Antes tuviste una cita con doña Soledad y otra con las hermanitas. Era de suponerse que acabaran contigo. El Nagual dijo que, si sobrevivías a esos asaltos, debía traerte aquí, para concurrir juntos a la tercera cita.
-¿De qué clase de cita se trata?
-A decir verdad, no lo sé. Como todo, depende de nosotros. En este mismo instante hay allí fuera algunas cosas que te han estado aguardando. Lo dijo porque he venido aquí sola muchas veces y no ocurrió nada. Pero esta noche la situación es distinta. Tú estás aquí y vendrán.
-¿A qué se debe que el Nagual trate de destruirme? -pregunté.
-¡Pero sin no trata de destruir a nadie! -protestó la Gorda-. Tú eres su hijo. Ahora quiere que seas él mismo. Más él mismo que el resto de nosotros. Pero para ser un verdadero Nagual debes exigir tu poder. De otro modo no hubiese puesto tanto cuidado en que Soledad y las hermanitas te acechasen. Él enseñó a Soledad la forma de cambiar su aspecto y rejuvenecer. La indujo a instalar un piso diabólico en su habitación. Un piso al que nadie puede oponerse. Como sabes, Soledad está vacía, así que el Nagual le prestó ayuda para realizar algo gigantesco. Le destinó una misión, una misión sumamente difícil y peligrosa, pero que era la única adecuada para ella: acabar contigo. Le expuso que no había nada más difícil para un brujo que eliminar a otro. Es más fácil que un individuo corriente mate a un brujo, o que un brujo mate a un hombre corriente. El Nagual explicó a Soledad que lo más conveniente para ella era sorprenderte y asustarte. Y eso fue lo que ella hizo. El Nagual la convirtió en una mujer apetecible, con la finalidad de que pudiese arrastrarte a su habitación; una vez allí, el suelo te hechizaría. Por lo que yo sé, nadie, lo que se dice nadie, se le puede resistir. Ese suelo fue la obra maestra del Nagual, por lo que hace a Soledad. Pero algo hiciste con el suelo que obligó a Soledad a variar sus tácticas, según las instrucciones del Nagual. Él le dijo que si el suelo fallaba y no conseguía tomarte por sorpresa y atemorizarte, debía hablarte y contarte todo lo que desearas saber. El Nagual la adiestró para que se expresara correctamente, como último recurso. Pero Soledad no logró superarte siquiera por ese medio.
-¿A qué se debía el que fuese tan importante superarme?
Se detuvo y me estudió detenidamente. Se aclaró la garganta y se puso rígida. Alzó la vista hacia el bajo techo de la cueva y exhaló el aire ruidosamente por la nariz.
-Soledad es mujer, como yo -dijo-. Te diré algo referente a mi propia vida y tal vez llegues a comprenderla.
»Una vez tuve a un hombre. Me dejó embarazada cuando yo era muy joven y tuve dos hijas de él. Una tras otra. Mi vida era un infierno. Se emborrachaba y me pegaba día y noche. Y lo odiaba y me odiaba. Y me puse gorda como un cerdo. Un día llegó otro hombre y me dijo que yo le gustaba y que deseaba que me fuese con él a trabajar como criada en la ciudad. Era consciente de mi capacidad de trabajo y lo único que pretendía era explotarme. Pero mi vida era tan miserable que me dejé engañar y me marché con él. Era peor que el primero, mezquino y temible. Al cabo de una semana, más o menos, no podía soportarme. Y solía darme las peores palizas que puedas imaginar. Pensé que me iba a matar, sin estar siquiera borracho; todo ello porque yo no había encontrado trabajo. Entonces me envió a pedir a las calles con un niño enfermo. Él pagaba a la madre con una parte del dinero que yo recaudaba. Y luego me pegaba por no haber reunido lo suficiente. El niño se ponía cada vez más enfermo; yo sabía que si moría mientras yo estuviese pidiendo, él me asesinaría. De modo que un día, sabiendo que él no estaría, fue a la casa de la madre del niño y se lo entregué, junto con algo

del dinero hecho ese día. Había sido una jornada afortunada para mí; una amable extranjera me había dado cincuenta pesos para medicinas para el crío.
»Había pasado con ese hombre horrible tres meses, y tenía la impresión de que habían sido veinte años. Empleé el dinero que había conservado para regresar a casa. Estaba nuevamente embarazada. El pretendía que tuviese el hijo como soltera; de modo de no responsabilizarse de él. Al volver a mi pueblo, intenté ver a mis hijas, pero se las había llevado la familia de su padre. Ésta se reunió conmigo, alegando que deseaban hablarme; en cambio, me llevaron a un lugar desierto y me pegaron con palos y piedras y me dejaron por muerta.
La Gorda me mostró las numerosas cicatrices que llevaba en el cuero cabelludo.
-Hasta este día ignoro cómo regresé al poblado. Incluso, perdí el hijo que llevaba en el vientre. Fui a casa de una tía que aún vivía; mis padres ya habían muerto. Me dio un lugar en el cual descansar y me atendió. La pobre me alimentó durante dos meses, hasta que estuve en condiciones de levantarme.
»Llegó el día en que mi tía me dijo que aquel hombre estaba en el pueblo, buscándome. Había dicho a la policía que me había dado dinero por adelantado y yo había huido llevándomelo, tras asesinar a un niño. Comprendí que ese era el fin para mí. Empero, el destino me favoreció una vez más y conseguí marcharme en el camión de un norteamericano. Lo vi venir por el camino y alcé la mano desesperadamente; el hombre se detuvo y me dejó subir. Me trajo hasta esta región de México. Me dejó en la ciudad. Yo no conocía a nadie. Vagué durante días, como un perro loco, comiendo desperdicios en las calles. Fue entonces que mi suerte cambió por última vez.
»Conocí a Pablito, con quien tengo una deuda que jamás podré pagar. Me llevó a su carpintería y me permitió dormir en un rincón. Lo hizo porque le di pena. Me encontró en el mercado: tropezó y cayó encima de mí. Yo estaba sentada, pidiendo. Una polilla, o una abeja, no sé bien qué, le entró en un ojo. Giró sobre sus talones y perdió el equilibrio y cayó exactamente sobre mí. Imaginé que estaría fuera de sí, que me golpearía; en cambio, me dio dinero. Le pregunté si me podría proporcionar trabajo. Fue entonces cuando me llevó a su tienda y me proveyó de una plancha y una mesa para planchar, de manera que me fuera posible ganarme la vida como lavandera.
»Me fue muy bien. Aparte de que engordé, ya que toda la gente a la que servía me daba sus sobras. A veces llegaba a comer dieciséis veces por día. No hacía sino comer. Los chicos de la calle se burlaban de mí, y se me acercaban a hurtadillas y me pisaban los talones y algunos llegaban a hacerme caer. Me hacían llorar con sus bromas crueles, especialmente cuando me echaban a perder el trabajo adrede, ensuciando la ropa que tenía preparada.
»Un día, muy entrada la noche, llegó un viejo misterioso a ver a Pablito. Nunca lo había visto. No sabía que Pablito tuviese relación con hombre alguno tan intimidante, tan imponente. Le di la espalda y seguí trabajando. Estaba sola. De pronto, sentí sus manos en el cuello. Mi corazón de detuvo. No podía gritar; no podía siquiera respirar. Caí de rodillas y ese hombre horrible me sujetó la cabeza, tal vez durante una hora. Luego se marchó. Estaba tan aterrorizada que no me moví del lugar en que me había dejado caer hasta la mañana siguiente. Pablito me encontró allí; rió y dijo que debía sentirme muy orgullosa y feliz porque el viejo era un poderoso brujo y uno de sus maestros. Estaba desconcertada; no podía creer que Pablito fuese un brujo. Me dijo que su maestro había visto volar polillas en un círculo perfecto en torno de mi cabeza. También había visto a la muerte rondándome. Esa era la razón por la cual había actuado con la velocidad del relámpago, cambiando la dirección de mis ojos. También me explicó que el Nagual me había impuesto las manos y había entrado en mi cuerpo, y que yo

no tardaría en ser diferente. Yo no tenía idea de aquello a lo que se refería. Tampoco tenía idea de lo que había hecho el viejo loco. Pero no me importaba. Yo era como un perro al que todos apartan a puntapiés. Pablito había sido la única persona amable conmigo. Al principio creí que me quería por mujer. Pero era demasiado fea y gorda y maloliente. Lo único que pretendía era ser amable conmigo.

»El viejo loco volvió una noche y, nuevamente, me cogió por el cuello desde atrás. Me lastimó en forma terrible. Grité y aullé. No sabía qué era lo que estaba haciendo. Nunca me decía una palabra. Le temía mortalmente. Más tarde comenzó a hablarme y a decirme qué hacer de mi vida. Me gustaba lo que decía. Me llevaba a todas partes con él. Pero mi vaciedad era mi peor enemigo. No podía aceptar sus costumbres, de modo que un día se hartó de mimarme y envió al viento en mi busca. Estaba sola en los fondos de la casa de Soledad ese día, y sentí que el viento cobraba una gran fuerza. Soplaba a través de la cerca. Penetraba en mis ojos. Quise entrar en la casa, pero mi cuerpo estaba asustado y, en vez de trasponer la puerta de la casa, me dirigí hacia la cerca. El viento me empujaba y me hacía girar sobre mí misma. Intenté regresar, pero fue inútil. No podía superar la violencia del viento. Me arrastró por sobre las colinas y me apartó de los caminos y terminé dando con mis huesos en un profundo agujero, semejante a una tumba. El viento me retuvo allí días y días, hasta que hube decidido cambiar y aceptar mi destino sin resistencia alguna. Entonces el viento cesó, y el Nagual me encontró y me llevó de vuelta a la casa. Me dijo que mi misión consistía en dar aquello de lo que carecía, amor y afecto, y en cuidar de las hermanas, Lidia y Josefina, más que de mí misma. Comprendí entonces que el Nagual había pasado años diciéndomelo. Mi vida había concluido largo tiempo atrás.

Él me ofrecía una nueva, y ésta debía serlo por completo. No podía llevar a ella mis viejos modos. Aquella primera noche, la noche en que dio conmigo, las polillas le revelaron mi existencia; yo no tenía motivos para rebelarme contra mi destino.

»Mi cambio se produjo al empezar a preocuparme más por Lidia y Josefina que por mí misma. Hice todo lo que el Nagual me dijo y una noche, en este mismo barranco y en esta misma cueva, hallé mi plenitud. Dormía en el mismo lugar en que me encuentro ahora, cuando un ruido me despertó. Alcé los ojos y me vi como había sido otrora: joven, fresca, delgada. Era mi espíritu, que iniciaba su camino de regreso a mí. En un principio no quería acercarse, porque aún se me veía bastante espantosa. Pero acabó por no poder resistirse y se aproximó. Entonces comprendí de golpe aquello que el Nagual había intentado durante años comunicarme. Él decía que, cuando se tiene un niño, nuestro espíritu pierde fuerza. Para una mujer, el tener una niña significa una pérdida de capacidad. El haber tenido dos, como en mi caso, era el fin. Lo mejor de mi fortaleza y de mis ilusiones había ido a parar a esas niñas. Me robaron cierta pujanza, como yo, al decir del Nagual, la había robado a mis padres. Ese es nuestro destino. Un chico roba la mayor parte de su potencia a su padre; una niña, a su madre. El Nagual afirmaba que quien ha tenido niños puede decir, a menos que sea tan terco como tú, que echa de menos algo suyo. Cierta locura, cierta nerviosidad, cierto poder que antes poseía. Solía tenerlo, pero, ¿dónde se halla ahora? El Nagual sostenía que se encontraba en el pequeño que daba vueltas en torno de la casa, lleno de energías, lleno de ilusiones. En otras palabras, completo. Decía que, si observáramos a los niños, estaríamos en condiciones de aseverar que son valerosos, que se mueven a saltos. Si observamos a sus padres, les vemos cautelosos y tímidos. Ya no saltan. Según el Nagual, explicábamos el fenómeno fundándonos en la idea de que los padres son adultos y tienen responsabilidades. Pero eso no es cierto. Lo cierto es que han perdido cierta pujanza.

Pregunté a la Gorda qué hubiese dicho el

Nagual si yo le hubiera comunicado que conocía padres con mucho más espíritu y más capacidad que sus hijos.
Rió, cubriéndose el rostro con fingido azoramiento
-Puedes interrogarme -dijo, sofocando una risilla-. ¿Quieres saber qué pienso?
-Claro que quiero saberlo.
-Esa gente no tiene más espíritu; simplemente han sido más fuertes y han preparado a sus hijos para ser obedientes y sumisos. Los han atemorizado para toda la vida; nada más.
Le narré el caso de un hombre que conocía, padre de cuatro hijos, que a los cincuenta y tres años había cambiado su vida por completo. Ello supuso el que dejara a su esposa y su puesto ejecutivo en una gran corporación, al cabo de más de veinticinco años de esfuerzo en pro de su carrera y su familia. Arrojó todo por la borda osadamente y se fue a vivir en una isla de Pacífico.
-¿Quieres decir que se fue solo? -preguntó la Gorda con sorpresa.
Había dado por tierra con mi argumento. Hube de admitir que se había marchado con su prometida, de veintitrés años.
-La cual sin duda está completa -agregó la Gorda.
Tuve que reconocer que era cierto.
-Un hombre vacío se vale permanentemente de la plenitud de una mujer -prosiguió-. La plenitud de una mujer es más peligrosa que la de un hombre. Ella se muestra informal, de ánimo inestable, nerviosa, aunque también capaz de grandes transformaciones. Mujeres así están en condiciones de sostenerse por sí mismas e ir a cualquier parte. No harán nada una vez allí, pero ello es debido a que de partida no habrá nada en ellas. La gente vacía, por otra parte, no puede dar saltos semejantes, pero es más digna de crédito. El Nagual decía que la gente vacía es como las lombrices, que miran a su alrededor antes de avanzar, retroceden y luego recorren otro brevísimo trecho. La gente completa siempre anda a saltos, da saltos mortales, y, las más de las veces, aterriza de cabeza, pero a ellos no les importa.
»El Nagual decía que, para entrar al otro mundo, uno debe estar completo. Para ser brujo es imprescindible disponer de la totalidad de la propia luminosidad, es decir, de toda la capacidad del espíritu, sin agujeros ni remiendos. De modo que un brujo vacío debe recobrar la plenitud. Hombre o mujer, ha de estar completo para entrar en ese mundo de allí fuera, esa eternidad en la cual, ahora, el Nagual y Genaro nos esperan.
Calló y se me quedó mirando durante un momento muy largo. La luz era escasísima para escribir.
-¿Cómo recobraste tu plenitud? -pregunté.
Se sobresaltó al oír mi voz. Repetí la pregunta. Clavó la vista en el techo de la cueva antes de responder.
-Tuve que negar a aquellas dos niñas -dijo-. En una ocasión el Nagual te explicó cómo hacerlo, pero no quisiste escucharle. Todo consiste en volver a hacerse con la fuerza, robándola. Él decía que era así como se perdía, por el camino más arduo, y que se debía recuperar del mismo modo, por el camino más arduo.
»Él me guió, y lo primero que me obligó a hacer fue negar mi cariño por aquellas dos niñas. Tuve que hacerlo soñando. Poco a poco aprendí a no quererlas. El Nagual me dijo que eso era inútil: se debe aprender a no preocuparse y no a no querer. Cuando las niñas ya no significasen nada para mí, debía volver a verlas, imponerles mis ojos y mis manos. Debía golpearlas con suavidad en la cabeza y permitir que mi costado izquierdo les arrebatase la fuerza.
-¿Y qué les sucedió?
-Nada. Jamás sintieron nada. Se fueron a su casa y ahora parecen dos personas adultas. Vacías, como la mayoría de quienes las rodean. No les gusta la compañía de muchachos porque no les sirven de nada. Yo diría que su situación es cómoda. Las libré de toda locura. No la necesitaban; yo sí. No había sabido lo que hacía al entregársela. Además, aún conservan la pujanza robada a su padre. El Nagual tenía razón: ninguna advirtió su pérdida, en

tanto yo tuve conciencia de mi ganancia. Al mirar hacia el exterior de esta cueva, vi todas mis ilusiones, alineadas como una fila de soldados. El mundo era luminoso y nuevo. Tanto el peso de mi cuerpo como el de mi espíritu habían desaparecido y yo era realmente un nuevo ser.

-¿No sabes cómo fue que le arrebataste la fuerza a tus hijas?

-¡No son mis hijas! Nunca tuve hijas. Mírame.

Salió de la cueva, se alzó la falda y me mostró su cuerpo desnudo. Lo primero en llamar mi atención fue lo delgada y musculosa que era.

Me instó a acercarme y examinarla. Su cuerpo se veía tan magro y firme que tuve que concluir que no era posible que hubiese tenido hijos. Apoyó la pierna izquierda sobre una roca más alta y me mostró la vagina. Su insistencia en demostrar su transformación era tal, que me vi impelido a reír para dar rienda suelta a mi nerviosismo. Dije que no era médico y, por tanto, no me hallaba en situación de aseverar nada, pero que estaba seguro de que decía la verdad.

-Claro que digo la verdad -afirmó, y volvió a entrar a la cueva-. Jamás salió nada de mi útero.

Tras una breve pausa respondió a mi pregunta, que yo ya había olvidado bajo el impacto de su exhibición.

-Mi costado izquierdo me devolvió la fuerza -dijo-. Todo lo que tuve que hacer fue ir a visitar a las niñas. Estuve con ellas cuatro o cinco veces, para acostumbrarlas a mi presencia. Habían crecido e iban a la escuela. Pensaba que me costaría cierto esfuerzo el no quererlas, pero el Nagual me dijo que ello no tenía importancia, que debía quererlas si lo necesitaba. Así, que las quise. Pero las quise como se puede querer a un extraño. Mi mente estaba completa, mis propósitos eran firmísimos. Deseo entrar en el otro mundo estando aún viva, de acuerdo con las propuestas del Nagual. Para hacerlo, necesito únicamente la fuerza de mi espíritu. Necesito mi plenitud. ¡Nada puede apartarme de ese mundo! ¡Nada!

Me miró de modo desafiante.

-Deberías negar a los dos: a la mujer que te vació y al pequeño que contaba con tu cariño; eso, si aspiras a la plenitud. Te resultará fácil negar a la mujer. El niño es otra cosa. ¿Crees que aquel inútil afecto justifica tu imposibilidad para entrar en ese reino?

No tenía una respuesta para ella. No se trataba de que no quisiera pensar en ello, sino que me sentía totalmente confundido.

-Soledad debe quitar su fuerza a Pablito, si quiere entrar en el nagual -prosiguió-. ¿Cómo diablos va a hacerlo? Pablito, por muy débil que sea, es un brujo. Pero el Nagual concedió a Soledad una única oportunidad. Le dijo que ese momento único podía ser aquél en que tú entrases en la casa; a partir de entonces, no sólo nos indujo a cambiar de casa, sino que nos impuso ayudarle a ensanchar el sendero de entrada a su vivienda, para que pudieses llegar con el coche hasta la puerta. Le dijo que, si vivía una vida impecable, lograría atraparte y sorber toda tu luminosidad: todo el poder que el Nagual dejó en el interior de tu cuerpo. No le resultaría difícil hacerlo. Puesto que ella marchaba en la dirección opuesta, le era posible reducirte a la nada. Su gran proeza iba a consistir en llevarte a un instante de indefensión.

»Una vez te hubiese dado muerte, tu luminosidad habría incrementado su poder y ella se habría lanzado sobre nosotras. Yo era la única que lo sabía. Lidia, Josefina y Rosa le tienen cariño. Yo no; yo conocía sus designios. Nos habría destruido una a una, cuando se le ocurriese, puesto que nada tenía que perder y sí en cambio, qué ganar. El Nagual me dijo que no le quedaba otro camino. Me confió las niñas y me explicó lo que debía hacer en el caso de que Soledad te asesinara e intentase apoderarse de nuestra luminosidad. Suponía que aún me quedaba una oportunidad de salvarme y, quizás, salvar también a alguna de las otras tres. Verás: Soledad no es una mala mujer, en absoluto; simplemente está haciendo lo que le corresponde hacer a un guerrero impecable. Las her-

manitas la quieren más que a sus propias madres. Es una verdadera madre para ellas. Eso era, decía el Nagual, lo que la ponía en ventaja. A pesar de mis esfuerzos no he conseguido separar de ella a las hermanitas. De modo que, si te hubiese matado, se habría apoderado de al menos dos de esas tres almas confiadas. Luego, al desaparecer tú del panorama, Pablito quedaba indefenso. Soledad lo habría aplastado como a un insecto. Entonces, completa y con poder, habría entrado en ese mundo de allí fuera. Si yo me hubiese encontrado en su situación, habría tratado de hacer exactamente lo mismo.

»Como ves, para ella la cuestión era todo o nada. Cuando llegaste, todos se habían marchado. Aparentemente, era el fin para ti y para algunos de nosotros. Pero todo terminó siendo la nada para ella y una oportunidad para las hermanitas. En cuanto supe que la habías derrotado, recordé a las muchachas, que era su turno. El Nagual había dicho que debían esperar hasta la mañana para cogerte desprevenido. Que la mañana no era un buen momento para ti. Me ordenó mantenerme aparte y no interferir a las hermanitas; debía intervenir únicamente en el caso de que intentases perjudicar su luminosidad.

-¿Se suponía que ellas también iban a matarme?

-Bueno... sí. Tú eres el lado masculino de su luminosidad. Su integridad es a veces su desventaja. El Nagual las trataba con mano de hierro y las mantenía en equilibrio, pero ahora que él se ha ido no hay manera de nivelarlas. Tu luminosidad podía lograrlo.

-¿Y tú, Gorda? ¿Debo esperar que tú también trates de acabar conmigo?

-Ya te he dicho que soy diferente. He alcanzado un equilibrio. Mi vaciedad, que era mi desventaja, es ahora mi ventaja. Un brujo que ha recuperado su integridad está nivelado, en tanto que un brujo que siempre estuvo completo está un poco desequilibrado. Como lo estaba Genaro. Pero el Nagual estaba nivelado porque había estado incompleto, como tú y como yo; tal vez más que tú y que yo. Tenía tres hijos y una hija. Las hermanitas son como Genaro; están ligeramente desequilibradas. Y las más veces tan tensas que no tienen límites.

-¿Y yo, Gorda? ¿Debo yo también perseguirlas?

-No. Solamente ellas podían haber sacado provecho al absorber tu luminosidad. Tú no puedes sacar provecho de la muerte de nadie. El Nagual te legó un poder especial, una suerte de equilibrio que ninguno de nosotros posee.

-¿No les es posible aprender a tener ese equilibrio?

-Claro que sí. Pero eso no tiene nada que ver con la misión que las hermanitas debían cumplir. Esta consistía en robarte el poder. Por ello se fueron uniendo hasta llegar a constituir un solo ser. Se prepararon para beberte de un trago como un vaso de soda. El Nagual hizo de ellas seductoras de primer orden, especialmente de Josefina. Montó para ti un espectáculo sin par. Comparado con él, la tentativa de Soledad era un juego de niños. Ella es una mujer tosca. Las hermanitas son verdaderas brujas. Dos de ellas ganaban tu confianza, en tanto la tercera te asustaba y te dejaba indefenso. Jugaron sus cartas a la perfección. Te dejaste engañar y estuviste a punto de sucumbir. El único inconveniente era que tú habías lastimado y curado la luminosidad de Rosa la noche anterior, y ello la había puesto nerviosa. De no haber sido por su nerviosidad, que la llevó a morderte el costado con tanta fuerza, lo más probable es que ahora no estuvieses aquí. Lo vi todo desde la puerta. Llegué en el preciso instante en que las ibas a aniquilar.

-¿Pero qué podía hacer yo para aniquilarlas?

-¿Cómo lo voy a saber? No soy tú.

-Lo que te pregunto es qué me viste hacer.

-Vi a tu doble salir de ti.

-¿Cómo era?

-Como tú, desde luego. Pero muy grande y amenazador. Tu doble las habría matado. Así que entré y lo interrumpí.

»Tuve que valerme de lo mejor de mi poder para tranquilizarte. Las hermanas no me podían ayudar. Estaban perdidas. Y tú estabas furioso y violento. Cambiaste de color delante nuestro dos veces. Uno de los colores era tan intenso que temí que me dieses muerte también a mí.
-¿Qué color era, Gorda?
-Blanco, ¿qué otro, si no? El doble es blanco, blanco amarillento, como el sol.
La miré. La sonrisa era completamente nueva para mí.
-Sí -continuó-, somos trozos del sol. Es por ello que somos seres luminosos. Pero nuestros ojos no llegan a captar esa luminosidad porque es muy débil. Sólo los ojos de un brujo alcanzan a verla, y ello al cabo de toda una vida de esfuerzos.
Su revelación me había tomado totalmente por sorpresa. Traté de poner orden en mis pensamientos para formular la pregunta más adecuada.
-¿Te habló el Nagual alguna vez del sol? -pregunté.
-Sí. Todos somos como el sol, aunque de modo muy, muy tenue. Nuestra luz es muy débil; no obstante, de todos modos, es luz.
-Pero, ¿dijo que tal vez el sol fuese el nagual? -insistí desesperadamente.
La Gorda no me respondió. Produjo una serie de sonidos involuntarios con los labios. Aparentemente, pensaba cómo contestar a mi inquisición. Aguardé, preparado para tomar nota de lo que dijese. Tras una larga pausa, salió a gatas de la cueva.
-Te mostraré mi débil luz -dijo, con cierta frialdad.
Se dirigió al centro del pequeño barranco, frente a la cueva, y se sentó en cuclillas. Desde donde me encontraba no veía lo que estaba haciendo, de modo que también salí de la cueva. Me detuve a tres o cuatro metros de ella. Metió las manos bajo la falda, siempre en cuclillas. De pronto, se puso de pie. Unía los puños cerrados flojamente; los elevó por sobre su cabeza y abrió los dedos de golpe. Oí un sonido seco, como un estallido, y vi salir chispas de los mismos. Volvió a cerrar los puños y a abrirlos de golpe, y de ellos surgió otro torrente de chispas larguísimas. Se puso nuevamente en cuclillas y hurgó bajo la falda. Parecía estar extrayendo algo del pubis. Repitió el movimiento de los dedos, a la vez que ponía las manos por sobre la cabeza, y vi cómo de ellos se desprendía un haz de largas fibras luminosas. Tuve que ladear la cabeza para contemplarlas contra el cielo ya oscuro. Unían el aspecto de largos filamentos luminosos rojizos. Terminaron por perder el color y desaparecer.
Se puso en cuclillas una vez más y, cuando abrió los dedos, emanó de ellos una asombrosa cantidad de luces. El cielo estaba lleno de rayos de luz. Era un espectáculo fascinante. Absorbió por completo mi atención; no podía apartar los ojos de él. No observaba a la Gorda. Contemplaba las luces. Repentinamente, un grito me obligó a mirarla, y alcancé a verla asir una de las líneas que generaba y subir hasta la parte más alta del cañón. Estaba allí convertida en una enorme sombra oscura contra el cielo, y luego descendió al fondo del barranco dando tumbos, como si bajara una escalera deslizándose sobre el viento.
Súbitamente la vi contemplándome. Sin darme cuenta, había caído sentado. Me puse en pie. Ella estaba empapada en sudor y jadeaba, tratando de recobrar el aliento. Durante un lapso considerable le fue imposible hablar. Comenzó a trotar sin moverse del lugar. No me atreví a tocarla. Finalmente, pareció serenarse lo bastante como para volver a entrar en la cueva. Descansó unos minutos.
Había actuado con tanta rapidez que casi no me había dado ocasión de considerar lo sucedido. En el momento de su exhibición, había experimentado un dolor insoportable, acompañado de cierto cosquilleo, exactamente debajo del ombligo. Yo no había hecho el menor esfuerzo físico y, sin embargo, también jadeaba.
-Creo que es hora de ir a nuestra cita -dijo, sin aliento-. Mi vuelo nos ha abierto a ambos. Tú sentiste mi vuelo en el vientre; eso significa que estás abierto y en condicio-

nes de enfrentarte con las cuatro fuerzas.
-¿A qué fuerzas te refieres?
-A los aliados del Nagual y de Genaro. Tú los has visto. Son horrendos. Ahora se han liberado de las calabazas del Nagual y de Genaro. La otra noche oíste a uno de ellos rondar la casa de Soledad. Te están esperando. En el momento en que caiga la noche, serán incontenibles. Uno de ellos llegó a seguirte a la luz del día en la casa de Soledad. Esos aliados nos pertenecen ahora, a ti y a mí. Nos llevaremos dos cada uno. No sé cuáles. Y tampoco sé cómo. Todo lo que me dijo el Nagual fue que tú y yo deberíamos atraparlos por nosotros mismos.
-¡Espera! ¡Espera! -grité.
No me permitió hablar. Con suavidad, me tapó la boca con la mano. Sentí una punzada de terror en la boca del estómago. Ya en el pasado me había visto enfrentado con algunos inexplicables fenómenos a los que don Juan y don Genaro llamaban sus aliados. Había cuatro y eran entes tan reales como cualquier objeto. Su aspecto era tan extravagante que suscitaba en mí un temor incomparable toda vez que los veía. El primero que había conocido pertenecía a don Juan; era una masa oscura, rectangular, de dos metros y medio o tres de altura y uno o uno y medio de ancho. Se movía con la aplastante imponencia de una piedra gigantesca y respiraba tan pesadamente que me hacía pensar en un fuelle. Siempre lo hallaba en la oscuridad, de noche. Lo imaginaba como una puerta que anduviese mediante el expediente de girar primero sobre uno de sus ángulos inferiores y luego sobre el otro.
El segundo con que me había topado era el aliado de don Genaro. Se trataba de un hombre incandescente, de largo rostro, calvo, extraordinariamente alto, con gruesos labios y ojos entrecerrados. Siempre llevaba pantalones demasiado cortos para sus largas y delgadas piernas.
Había visto a esos dos aliados en numerosas ocasiones, en compañía de don Juan y de don Genaro. El verlos daba inevitablemente lugar a una separación insuperable entre mi razón y mi percepción. Por una parte, no tenía motivo alguno para pensar que lo que me sucedía fuese real, y, por otra, no había modo posible de dejar de lado la certidumbre de mi percepción.
Puesto que siempre habían aparecido en momentos en que me encontraba cerca de don Juan y de don Genaro, los había clasificado como productos de la poderosa influencia que aquellos dos hombres habían ejercido sobre mi sugestionable personalidad. A mi entender, o bien se trataba de eso, o bien se trataba de que don Juan y don Genaro tenían en su posesión fuerzas a las que denominaban sus aliados, fuerzas capaces de manifestarse ante mí bajo la forma de esas horrendas criaturas.
Una de las características de los aliados era que nunca me permitían observarlos detenidamente. Había intentado muchas veces concentrar toda mi atención en ellos, pero siempre había terminado por encontrarme confundido y disociado.
Los otros dos aliados eran más esquivos. Los había visto sólo una vez: un jaguar de amarillos candentes y un voraz y enorme coyote. Las dos bestias eran en esencia agresivas y arrolladoras. El jaguar era de don Genaro y el coyote de don Juan.
La Gorda salió de la cueva. La seguí. Ella abría la marcha. Dejarnos atrás el sendero y nos vimos frente a una gran llanura rocosa. Se detuvo y me dejó ganar la delantera. Le dije que si me permitía abrir la marcha, iba a tratar de llegar al coche. Me dijo que sí con la cabeza y se pegó a mí. Sentía su piel fría y húmeda. Parecía hallarse muy agitada. Todo esto ocurría aproximadamente a un kilómetro del lugar en que había aparcado; para llegar allí, debíamos cruzar el desierto de rocas. Don Juan me había enseñado la situación de un camino oculto que discurría por entre grandes cantos rodados, casi junto a la montaña que cerraba el llano hacia el Este. Me dirigí a él. Cierto impulso desconocido me guiaba; de otro modo, habría seguido por la misma senda por la cual habíamos atravesado la planicie, sobre terreno raso.

Tuve la impresión de que la Gorda aguardaba algo espantoso. Se aferró a mí. Abrió desmesuradamente los ojos.
-¿Vamos por el buen camino? -pregunté.
No respondió. Se quitó el chal y lo retorció hasta hacerle cobrar el aspecto de una cuerda larga y espesa. Rodeó mi talle con ella, cruzó los extremos y rodeó el suyo. Hizo al cabo un nudo, de manera que quedamos unidos por un lazo que tenía forma de ocho.
-¿Para qué hiciste eso? -quise saber.
Negó con la cabeza. Le castañeteaban los dientes, pero no podía decir una sola palabra. Su temor parecía ser extremo. Me empujó para que siguiese andando. No logré evitar preguntarme por qué yo mismo no estaba a punto de volverme loco de susto.
Cuando alcanzamos el sendero alto, el agotamiento físico comenzaba a hacer presa en mí. Jadeaba y tuve que respirar por la boca. Distinguí el contorno de los grandes cantos rodados. No había luna, pero el cielo estaba tan claro que permitía reconocer formas. Me di cuenta de que la Gorda también jadeaba.
Intenté detenerme para recobrar el aliento, pero me dio un ligero empellón y movió la cabeza negativamente. Estaba a punto de hacer una broma para quebrar la tensión, cuando oí un ruido sordo, desconocido. Moví en forma instintiva la cabeza hacia la derecha, para que mi oído izquierdo recorriese el lugar. Contuve la respiración un instante y entonces percibí con claridad que alguien más que la Gorda y yo respiraba pesadamente. Atendí de nuevo para asegurarme antes de comunicárselo. No había duda de que esa impresionante forma se hallaba entre las rocas. Cubrí la boca de la Gorda con la mano, sin detener la marcha y le indiqué que contuviese el aliento. Se podía haber afirmado que la forma estaba muy cerca. Aparentemente, se deslizaba con la mayor discreción que le cabía. Jadeaba con suavidad.
La Gorda estaba sobrecogida. Se echó al suelo, poniéndose en cuclillas; me arrastró con ella, debido al chal que llevábamos atado a la cintura. Metió las manos bajo las faldas un momento y luego se puso de pie; tenía los puños cerrados y, cuando los abrió, de las puntas de sus dedos surgió una lluvia de chispas.
-Méate las manos -susurró, a través de sus dientes apretados.
-¿Qué? -dije, incapaz de comprender lo que me pedía.
Susurró la orden tres o cuatro veces, cada vez con mayor perentoriedad. Debió de haberse dado cuenta de que yo no entendía sus intenciones, porque se volvió a agachar y mostró a las claras que se estaba orinando las manos. La miré consternado, mientras las gotas de orina que salpicaba con los dedos se transformaban en chispas rojizas.
Mi mente quedó en blanco. No sabía qué era más apasionante, si la visión a que la Gorda daba lugar con su orina, o el jadeo del ente que se acercaba. No estaba en condiciones de decidir cual de los dos estímulos atraía más mi atención; ambos eran fascinantes.
-¡De prisa! ¡Hazlo en las manos! -gruñó la Gorda entre dientes.
La oía, pero mi atención estaba dislocada. Con voz implorante, la Gorda agregó que mis chispas harían retroceder a la criatura que se nos aproximaba. Ella comenzó a gimotear y yo a desesperarme. Ya no solamente escuchaba, sino que percibía con todo el cuerpo a aquella entidad. Intenté orinarme las manos; mi esfuerzo fue inútil. Estaba demasiado cohibido y nervioso. La agitación de la Gorda hizo presa en mí y luché denodadamente por orinar. Al final, lo logré. Sacudí los dedos tres o cuatro veces, pero nada surgió de ellos.
-Hazlo nuevamente -dijo la Gorda-. Toma cierto tiempo hacer chispas.
Le dije que había expelido toda mi orina. En sus ojos lucía una mirada de la más profunda angustia.
En ese momento vi a la enorme forma rectangular moverse hacia nosotros. Por una u otra razón, no me resultaba amenazante, aunque la Gorda estuviese a punto de desmayarse.

De pronto desató el chal y, de un brinco, se situó sobre una roca a mis espaldas, aferrándose a mí desde detrás y colocando la barbilla sobre mi cabeza. Prácticamente, se había encaramado a mis espaldas. En el instante en que adoptamos esa posición, la forma cesó en su marcha. Siguió jadeando, a unos ocho metros de nosotros. Yo experimentaba una enorme tensión, aparentemente concentrada en el tronco. Pasado un rato supe, sin ninguna duda, que de seguir en esa postura perderíamos toda nuestra energía y caeríamos en poder de lo que fuese que nos acechaba.

Le dije que debíamos echar a correr si queríamos conservar la vida. Ella negó con la cabeza. Parecía haber recobrado su fuerza y su confianza. Dijo entonces que debíamos enterrar la cabeza entre los brazos y echarnos, con los muslos contra el estómago. Recordé que una noche, años atrás, don Juan me había hecho hacer lo mismo, en un campo desierto de México Septentrional, al verme sorprendido por algo igualmente desconocido, y, sin embargo, igualmente real para mis sentidos. En aquella ocasión, don Juan me había dicho que huir era inútil, y que lo único que cabía hacer era permanecer en el lugar, en la posición que la Gorda acababa de recomendar.

Estaba a punto de arrodillarme cuando inesperadamente tuve la sensación de que habíamos cometido un terrible error al dejar la cueva. Debíamos retornar a ella a toda costa.

Pasé el chal de la Gorda por sobre mis hombros y por debajo de mis brazos. Le indiqué que sujetase las puntas encima de mi cabeza, trepase a mis espaldas y se sostuviera en ellas, preparándose para resistir las sacudidas mediante el expediente de aferrar el chal y valerse de él a modo de arreo. Años antes, don Juan me había enseñado que los sucesos extraños, como la forma rectangular que teníamos delante, debían enfrentarse tomando actitudes inesperadas. Me dijo que una vez se había tropezado con un ciervo, y éste le había «hablado»; él permaneció cabeza abajo durante el encuentro, para asegurar su supervivencia y reducir la tensión de la situación.

Yo me proponía correr, esquivando la forma rectangular, y volver a la caverna con la Gorda a hombros.

Me dijo en voz muy baja que regresar a la cueva era imposible. El Nagual le había recomendado no permanecer allí por nada del mundo. Le expliqué, tras preparar el chal para ella, que mi cuerpo tenía la certeza de que allí estaríamos a salvo. Me respondió que era cierto, y que daría resultado, pero que en realidad no disponíamos de ningún medio para controlar esas fuerzas. Necesitábamos un recipiente especial, alguna especie de calabaza, del tipo de aquellas que yo había visto pender de los cinturones de don Juan y de don Genaro.

Se quitó los zapatos, trepó a mi espalda y se afirmó allí. La sujeté por las pantorrillas. Cuando aferró las puntas del chal, sentí la tensión en las axilas. Aguardé hasta que hubo hallado su equilibrio. Andar en la oscuridad con una carga de sesenta kilos era una hazaña considerable. La marcha resultaba muy lenta. Conté veintitrés pasos y me vi obligado a dejarla en el suelo. El dolor en los hombros era insoportable. Le dije que, si bien era muy delgada, me estaba quebrando las clavículas.

Lo más llamativo, de todos modos, era el que la forma rectangular hubiese desaparecido de la vista. Nuestra estrategia había dado resultado. La Gorda propuso cargarme a hombros un trecho. La idea me pareció ridícula; mi peso excedía las posibilidades de carga de su ligero esqueleto. Decidimos andar un rato, atentos a lo que ocurriera.

El silencio que nos rodeaba era mortal. Caminábamos lentamente, apoyándonos el uno en el otro. No habíamos recorrido sino unos pocos metros cuando volví a oír extraños ruidos de respiración, un siseo suave y prolongado, semejante al de un felino. Me apresuré a cargarla a hombros nuevamente y anduvimos otros diez pasos.

Sabía que era necesario mantener la sorpresa como táctica si queríamos salir de ese lugar. Estaba tratando de imaginar una serie de otras actitudes que no fuese cargar con la Gorda, igualmente inesperadas, cuando ella se quitó sus largas vestiduras. En un solo movimiento, quedó desnuda. Hurgó en el suelo buscando algo. Oí un ruido de quebradura y se puso de pie sosteniendo una rama de un arbusto bajo. Rodeó mis hombros y cuello con el chal e hizo una suerte de soporte en forma de red en que poder sentarse, con las piernas en torno de mi pecho, como se lleva a los niños pequeños. Entonces enganchó su vestido en la rama y la elevó por sobre su cabeza. Comenzó a agitar la rama, dando a la tela un extraño movimiento. A ese efecto agregó un silbido, semejante al chillido peculiar de la lechuza nocturna.

Después de recorrer unos noventa metros, oímos sonidos similares procedentes de detrás de nosotros y de nuestros costados. Inició el reclamo de otra ave, un grito agudo parecido al del pavo real. A los pocos minutos, llamadas idénticas que provenían de todo el alrededor le hacían eco.

Años atrás, yo había presenciado un fenómeno similar de respuesta a voces de pájaros, estando con don Juan. Había pensado entonces que los sonidos los producía el propio don Juan, oculto en la oscuridad próxima, o algún asociado suyo muy cercano, como don Genaro, que le estuviese ayudando a crear en mí un temor insuperable, un miedo capaz de obligarme a echar a correr en la oscuridad sin siquiera tropezar. Don Juan había denominado a la particular acción de correr en la oscuridad «marcha de poder».

Pregunté a la Gorda si conocía el modo de emprender la marcha de poder. Dijo que sí. Le expuse que íbamos a intentarla, aun cuando yo no me sentía completamente seguro de lograrlo. Me respondió que no era el momento ni el lugar para ello y señalo un punto delante de nosotros. Mi corazón, que hasta entonces había latido con prisa, comenzó a batir salvajemente en mi pecho. Exactamente enfrente, a unos tres metros, en medio del sendero, se encontraba uno de los aliados de don Genaro, el extraño hombre incandescente, de largo rostro y cráneo calvo. Quedé congelado en el lugar. Oí el chillido de la Gorda como si viniese de muy lejos. Golpeaba mis costados frenéticamente con sus puños. Su modo de actuar me impidió concentrarme en el hombre. Me hizo volver la cabeza, primero hacia la izquierda, luego hacia la derecha. A mi izquierda, casi en contacto con mi pierna, percibí la negra masa de un felino de feroces ojos amarillos. A mi derecha, un enorme coyote fosforescente. Detrás de nosotros, casi pegada a la espalda de la Gorda, estaba la forma oscura y rectangular.

El hombre nos dio la espalda y echó a andar por el sendero. Yo también me puse en marcha. La Gorda seguía aullando y gimoteando. La forma rectangular se hallaba a punto de atraparla por la espalda. Oía sus movimientos, y sus sonoros tumbos. El ruido que producía al andar reverberaba en las rocas del lugar. El frío de su aliento alcanzaba mi cuello. Sabía que la Gorda estaba al borde de la locura. Y también yo. El felino y el coyote me rozaron las piernas. Escuchaba claramente su siseo y su gruñido, cada vez más fuertes. Experimenté, en ese momento, la necesidad irracional de reproducir cierto sonido que me había enseñado don Juan. Los aliados me respondieron. Seguí haciéndolo frenéticamente, y ellos respondiéndome. La tensión disminuía poco a poco y, antes de que llegásemos al camino, yo formaba parte de una escena sumamente extravagante. La Gorda seguía a mis espalda, enancada en mí, agitando con alegría su vestido en lo alto, como si nada hubiese ocurrido, adaptando el ritmo de sus movimientos al sonido que yo producía, en tanto cuatro criaturas del otro mundo respondían, a la vez que marchaban a mi paso, rodeándonos por los cuatro lados.

Así llegamos al camino. Pero yo no quería partir. Tenía la impresión de que faltaba algo. Me quedé inmóvil, con la Gorda a hombros, y emití un sonido especial,

intermitente, aprendido de don Juan. Él había dicho que era la llamada de las polillas. Para realizarlo, había que valerse del borde interno de la mano izquierda y los labios.

Tan pronto como lo efectué, todo pareció entrar en el más pacífico de los descansos. Los cuatro entes me respondieron y, en cuanto lo hicieron, comprendí cuáles eran los que marcharían conmigo.

Entonces me dirigí al coche, bajé a la Gorda de mi espalda, depositándola en el asiento del conductor y empujándola hacia el lado opuesto al del volante. Partimos en absoluto silencio. Algo me había afectado en cierto momento y mis pensamientos no funcionaban como tales.

La Gorda propuso que, en vez de ir a su casa, fuésemos a la de don Genaro. Dijo que Benigno, Néstor y Pablito vivían allí, pero estaban fuera. Su propuesta me atrajo.

Una vez en la casa, la Gorda encendió una lámpara. El lugar no había cambiado en absoluto desde la última vez en que yo había visitado a don Genaro. Nos sentamos en el suelo. Alcancé un banco y puse sobre él mi libreta de notas. No estaba cansado y deseaba escribir, pero era incapaz de hacerlo. No podía apuntar nada.

-¿Qué te dijo el Nagual de los aliados? -pregunté.

Aparentemente, mi pregunta la cogió con la guardia baja. No sabía cómo responder.

-No puedo pensar -dijo por último.

Era como si nunca antes hubiese experimentado esa situación. Se paseaba de aquí para allí, delante de mí. Pequeñas gotas de transpiración se habían formado en la punta de su nariz y en su labio superior.

De repente, me aferró por la mano y prácticamente me arrastró hasta fuera de la casa. Me condujo hasta un barranco cercano, y allí vomitó.

Sentí el estómago descompuesto. Dijo que el poder de los aliados había sido demasiado grande y que debía tratar de devolver. La miré, esperando una explicación más clara. Me cogió la cabeza y me metió un dedo en la garganta, con la precisión de una enfermera que se ocupa de un niño; y consiguió que vomitara. Explicó que los seres humanos poseían, en torno al estómago, un delicado halo, muy sensible a las fuerzas externas. A veces, cuando el forcejeo era demasiado violento, como en el caso del contacto con los aliados, o incluso, en el caso de encuentros con gente fuerte, el halo era agitado, cambiaba de color o se desvanecía por completo. En circunstancias tales, lo único que se podía hacer era, sencillamente, vomitar.

Me sentía mejor, pero no enteramente recuperado. Me dominaba una impresión de cansancio, de pesadez en los ojos. Regresamos a la casa. Al llegar a la puerta, la Gorda husmeó el aire como un perro y declaró que sabía cuáles eran mis aliados. Su aseveración, que de ordinario no hubiese tenido otro significado que aquél de su alusión, o aquel que yo quisiese atribuirle, tuvo la especial cualidad de un mecanismo catártico. Puso mi capacidad pensante en marcha a velocidad explosiva. De pronto, recobraron su ser mis procesos mentales habituales. Me vi brincando como si las ideas tuviesen fuerza propia.

Lo primero que se me ocurrió fue que los aliados eran entidades reales, tal como había supuesto sin osar admitirlo, ni tan siquiera para mí mismo. Los había visto y percibido y me había comunicado con ellos. Estaba eufórico. Abracé a la Gorda y me lancé a explicarle el punto capital de mi dilema intelectual. Había visto a los aliados sin la ayuda de don Juan ni de don Genaro, y ese hecho tenía la mayor importancia del mundo para mí. Conté a la Gorda que en cierta ocasión había informado a don Juan haber visto a uno de los aliados; él se había echado a reír y me había dicho que no me diese tanta importancia y no hiciese caso de lo que había visto.

Nunca había querido creer que estuviese teniendo alucinaciones, pero también me negaba a aceptar que existiesen los aliados. Mi formación racionalista era inflexible. No era capaz de dar el salto. Esta vez, sin embargo, todo era diferente, y la idea de que hubiese sobre esta tierra seres

realmente pertenecientes al otro mundo, sin ser ajenos al nuestro, rebasaba mis posibilidades de comprensión. Concedí a la Gorda, bromeando, que habría dado cualquier cosa por estar loco. Ello hubiese liberado cierta parte de mí de la aplastante responsabilidad de renovar mi concepción del mundo. Lo más irónico era que difícilmente nadie tuviese tanta voluntad como yo de rehacer su concepción del mundo, en un nivel puramente intelectual. Pero eso no bastaba. Nunca había bastado. Y ese había sido durante toda mi vida el obstáculo insuperable, la grieta mortal. Había tenido la esperanza de juguetear con el mundo de don Juan, pero sin terminar de convencerme; por esa razón, no pasaba de ser un cuasi-brujo. Ninguno de mis esfuerzos había pasado de corresponder a una fatua ilusión de defenderme con lo intelectual, como si me encontrase en una academia, donde todo puede hacerse entre las ocho de la mañana y las cinco de la tarde, hora en la cual uno, debidamente cansado, se va a casa. Don Juan solía hacer mofa de ello; decía: tras arreglar el mundo de un modo muy bello y luminoso, el académico se va a casa, a las cinco en punto, para olvidar su arreglo.

Mientras la Gorda preparaba algo de comer, trabajé febrilmente en mis notas. Me sentí mucho más sereno después de cenar. La Gorda estaba del mejor de los ánimos. Hizo payasadas, tal como hacía don Genaro, imitando mis gestos al escribir

-¿Qué sabes de los aliados, Gorda? -pregunté.

-Tan sólo lo que el Nagual me dijo -replicó-. Que los aliados eran las fuerzas a las cuales los brujos aprenden a controlar. Él tenía dos en su calabaza, al igual que Genaro.

-¿Cómo se las arreglaban para mantenerlos dentro de sus calabazas?

-Nadie lo sabe. Todo lo que el Nagual sabía era que, antes de someter al aliado, era necesario dar con una calabaza pequeña, perfecta y con cuello.

-¿Y dónde se puede hallar esa clase de calabaza?

-En cualquier parte. El Nagual me aseguró que, en caso de sobrevivir al ataque de los aliados, debíamos lanzarnos a la búsqueda de la calabaza perfecta, que debe ser del tamaño del pulgar de la mano izquierda. Ese era el tamaño de la calabaza del Nagual.

-¿Has visto tú su calabaza?

-No. Nunca. El Nagual decía que una calabaza de esa clase no está en el mundo de los hombres. Es como un pequeño lío que se puede ver pendiendo de sus cinturones. Pero si se la observa deliberadamente, no se ve nada.

»La calabaza, una vez encontrada, debe cuidarse con gran esmero. Por lo general, las brujas las hallan en las parras de los bosques. Las cogen y las secan y las vacían. Y luego las desbastan y las pulen. Tan pronto como el brujo tiene su calabaza, debe ofrecerla a los aliados y persuadirlos para que vivan en ella. Si los aliados consienten, la calabaza desaparece del mundo de los hombres y los aliados se convierten en una ayuda para el brujo. El Nagual y Genaro eran capaces de hacer hacer a sus aliados todo lo que necesitasen. Cosas que no podían hacer por sí mismos. Como por ejemplo, enviar al viento en mi busca, u ordenar a aquel pollito que se metiese en la blusa de Lidia.

Oí un siseo peculiar, prolongado, al otro lado de la puerta. Era exactamente el mismo que había oído en casa de doña Soledad dos días antes. Esa vez supe que era el jaguar. No me asusté. En realidad, habría salido a ver al jaguar, si la Gorda no me hubiese detenido.

-Aún estás incompleto -dijo-. Los aliados te van a devorar si sales por tu propia iniciativa. Especialmente ese atrevido que vino a rondar.

-Mi cuerpo se siente muy seguro -protesté.

Me palmeó la espalda y me retuvo contra el banco sobre el cual estaba escribiendo.

-Aún no eres un brujo completo -dijo-. Tienes un enorme parche en el centro de ti y la fuerza de los aliados te lo arrancaría. Ellos no bromean.

-¿Qué es lo que se supone que uno deba

hacer cuando un aliado se le acerca de ese modo?
-No importa el modo en que lo hagan. El Nagual me enseñó a permanecer en equilibrio y no buscar nada con ansiedad. Esta noche, por ejemplo, yo sé qué aliados te corresponderían, si alguna vez consigues una calabaza y la preparas como es debido. Tú debes estar deseando hacerte con ellos. Yo no. Lo más probable es que nunca me los lleve. Son un verdadero problema.
-¿Por qué?
-Porque son fuerzas y, como tales, pueden vaciarte hasta reducirte a la nada. El Nagual sostenía que se estaba mejor sin nada que no fuera nuestra resolución y nuestra voluntad. Algún día, cuando estés completo, tal vez debamos decidir acerca de la conveniencia de llevarlos con nosotros o no.
Le dije que, personalmente, me gustaba el jaguar, a pesar de que había algo de despótico en él.
Me miró con curiosidad. Había sorpresa y confusión en sus ojos.
-Realmente me gusta -dije.
-Dime qué viste -replicó.
Comprendí entonces que, hasta ese momento, había estado dando por descontado que ella había visto lo mismo que yo. Describí con gran detalle a los cuatro aliados, tal como los había percibido. Me escuchó con mucha atención y parecía embelesada por mi relato.
-Los aliados no tienen forma -dijo cuando terminé-. Son como una presencia, como un viento, como un brillo. El primero que hallamos esta noche era una negrura que pretendía introducirse en mi cuerpo. Por eso grité. Lo sentí a punto de treparse por mis piernas. Los demás eran solamente colores. Su luminosidad era tan intensa, sin embargo, que se veía el sendero como si estuviéramos a la luz del día.
Sus afirmaciones me dejaron atónito. Había terminado por admitir, tras años de luchas y sobre la sola base de nuestro encuentro de esa noche con ellos, que los aliados poseían una forma consensual, una sustancia susceptible de ser percibida del mismo modo por los sentidos de todos. Bromeando, hice saber a la Gorda que ya había apuntado en mi libreta que se trataba de criaturas con forma.
-¿Qué voy a hacer ahora? -pregunté, sin realmente esperar una respuesta.
-Es muy sencillo -dijo-. Escribe que no lo son.
Me di cuenta de que tenía toda la razón.
-¿Por qué los veo como monstruos? -pregunté.
-Ese no es ningún misterio -respondió-. Tú todavía no has perdido la forma humana. Lo mismo me sucedía a mí. Solía ver a los aliados como personas; todos ellos eran indios con rostros horribles y miradas canallas. Solían esperarme en lugares desiertos. Yo creía que me seguían por mi condición de mujer. El Nagual reía hasta por los codos ante mis temores. Pero yo seguía estando muerta de miedo. Uno de ellos venía a menudo a sentarse en mi cama, y la sacudía hasta que me despertaba. El miedo que me daba ese aliado es algo que prefiero no recordar, ni siquiera ahora, que he cambiado. Creo que esta noche les tuve tanto miedo como entonces.
-¿Quieres decir que ya no los ves con forma humana?
-No. Ya no. El Nagual te ha dicho que un aliado carece de forma. Tiene razón. Un aliado es sólo una presencia, un ayudante que es nada, a pesar de ser tan real como tú y como yo.
-¿Han visto las hermanitas a los aliados?
-Todas los han visto una que otra vez.
-¿Son también para ellas los aliados únicamente una fuerza?
-No. Ellas son como tú; aún no han perdido su forma humana. Ninguna de ellas. Para todos ellos, las hermanitas, los Genaro y Soledad, los aliados son cosas horrendas; con ellos, los aliados se comportan como malévolas, espantosas criaturas de noche. La sola mención de los aliados lleva a Lidia, Josefina y Pablito a la locura. Rosa y Néstor no los temen tanto, pero tampoco quieren tener nada que ver con ellos. Benigno está en lo suyo, de modo que no le atañen. Por eso a él no le molestan; ni a

mi. Pero los demás son presa fácil de los aliados, especialmente ahora, cuando se hallan fuera de las calabazas del Nagual y de Genaro. Pasan el tiempo buscándonos.
»El Nagual me dijo que en tanto uno conserva la forma humana, sólo le es posible reflejar esa apariencia, y, puesto que los aliados se alimentan directamente de nuestra fuerza vital, del centro de nuestro estómago, por lo general nos enferman; es entonces cuando los vemos como criaturas pesadas, feas.
-¿Hay algo que podamos hacer para protegernos, o para variar el aspecto de esas criaturas?
-Todo lo que tienes que hacer es perder tu forma humana.
-¿Qué quieres decir?
Mi pregunta pareció no tener sentido para ella. Me miró sin comprender, como si aguardase que le aclarara lo que acababa de decir. Cerró los ojos un instante.
-No sabes nada acerca del molde humano y la forma humana, ¿verdad? -preguntó.
Me quedé mirándola.
-Acabo de ver que nada sabes acerca de ello -dijo, y sonrió.
-Tienes toda la razón -repliqué.
-El Nagual me dijo que la forma humana es una fuerza -prosiguió-. Y el molde humano es... bueno... un molde. Dijo que todo tenía un molde particular. Las plantas tienen moldes, los animales tienen moldes, los gusanos tienen moldes. ¿Estás seguro de que el Nagual nunca te mostró el molde humano?
Le hice saber que había esbozado el concepto, pero de manera muy breve, en cierta ocasión en que había intentado explicarme un sueño. En el sueño en cuestión había visto a un hombre oculto en la oscuridad de un estrecho barranco. Hallarle allí me sobresaltaba. Le miraba por un momento y entonces el hombre se adelantaba y se me hacía visible. Estaba desnudo y su cuerpo resplandecía. Su apariencia era endeble, casi quebradiza. Sus ojos me agradaban. Eran amistosos y profundos. Me resultaban muy bondadosos. Pero luego regresaba a la oscuridad del barranco y sus ojos se convertían en dos espejos, se asemejaban a los de un animal feroz.
Don Juan aseveró que yo había dado con el molde humano «soñando». Explicó que los brujos contaban en su «soñar» con una vía que les llevaba al molde, y que el molde de los hombres era una entidad definida, una entidad a cuya visión accedíamos algunos en oportunidades en que nos hallábamos imbuidos de poder, y todos, sin duda, en el momento de nuestra muerte.
Describió el molde como la fuente, el origen del hombre, puesto que, sin el molde, capaz de concentrar la fuerza vital, no había modo de que la misma se organizase según la forma humana.
Interpretó mi sueño como una visión breve y extraordinariamente sencilla del molde. Sostuvo que el sueño confirmaba el hecho de que yo era un sujeto en extremo simple y basto.
La Gorda rió y contó que lo mismo le había dicho a ella. El visualizar el molde como un hombre corriente desnudo, y luego como un animal, suponía una concepción sumamente ingenua del mismo.
-Tal vez no pasara de ser un sueño estúpido, sin importancia -dije, intentando defenderme.
-No -dijo, con una gran sonrisa-. Como comprenderás, el molde humano resplandece; y siempre se lo halla en charcas y barrancos estrechos.
-¿Por qué en barrancos y charcas? -pregunté.
-Se alimenta de agua. Sin agua no hay molde -replicó-. Sé que el Nagual te llevaba a menudo a charcas, con la esperanza de mostrarte el molde; pero tu vaciedad te impedía ver nada. Lo mismo me sucedía a mí. Solía hacerme tender desnuda sobre una roca en el centro mismo de una charca desecada, pero lo único que lograba era percibir la presencia de algo que me aterrorizaba al punto de ponerme fuera de mí.
-¿Por qué impide la vaciedad ver el molde?
-El Nagual afirmaba que todo en el mundo es una fuerza; un rechazo o una atracción. Para ser atraídos o rechazados debemos

ser como una vela, como un cometa al viento. Pero si tenemos un agujero en el centro de nuestra luminosidad, las fuerzas pasan a través de él y jamás nos afectan.
»El Nagual me contó que Genaro te apreciaba mucho e intentaba hacerte tomar conciencia del agujero de tu centro. Echaba a volar su sombrero al modo de una cometa para atormentarte; llegó a tirar de los bordes de ese agujero hasta provocarte diarrea, pero tú nunca caíste en la cuenta de lo que estaba haciendo.
-¿Por qué nunca me habló claramente, como lo haces tú?
-Lo hizo, pero no le escuchaste.
Su declaración me resultaba imposible de creer. Aceptar que me había hablado sin que yo me hubiese dado por enterado, era impensable.
-¿Alguna vez viste el molde, Gorda? -pregunté.
-Claro; cuando volví a estar completa. Un día, sola, fui hasta aquella charca, y allí estaba. Era un ser radiante, luminoso. No pude mirarlo directamente. Me cegó. Pero estar en su presencia me bastó. Me sentí feliz y fuerte. Y eso era lo único importante; lo único. Estar allí era todo lo que deseaba. El Nagual decía que a veces, si tenemos el suficiente poder personal, obtenemos una visión del molde, aunque no seamos brujos; cuando eso ocurre, decimos que hemos visto a Dios. Él afirmaba que lo llamábamos Dios porque era justo hacerlo. El molde es Dios.
»Me costó una barbaridad entender al Nagual, porque yo era una mujer sumamente religiosa. No tenía nada en el mundo, salvo mi religión. De modo que me producía escalofríos el oír las cosas que el Nagual solía decir. Pero luego me completé y las fuerzas del mundo comenzaron a atraerme, y comprendí que el Nagual tenía razón. El molde es Dios. ¿Qué piensas?
-El día en que lo vea, te lo diré, Gorda -dije.
Rió y me contó que el Nagual se burlaba frecuentemente de mí, asegurando que el día en que yo viese el molde me haría fraile franciscano, porque en lo profundo de mi ser era un alma mística.
-¿Era el molde que tú viste hombre o mujer? -pregunté.
-Ninguna de las dos cosas. Era simplemente un humano luminoso. El Nagual decía que podía haberle pedido algo. Que un guerrero no puede permitirse dejar pasar las oportunidades. Pero no se me ocurrió pedirle nada. Mejor así. Guardo de ello el más hermoso de los recuerdos. El Nagual sostenía que un guerrero con el poder suficiente puede ver el molde muchas, muchas veces. ¡Qué gran fortuna ha de suponer!
-Ahora bien; si el molde humano es lo que aglutina nuestra sustancia, ¿qué es la forma humana?
-Algo viscoso, una fuerza viscosa que nos hace ser lo que somos. El Nagual me dijo que la forma humana carecía de forma. Al igual que los aliados que él llevaba en su calabaza, es nada; pero, a pesar de no tener forma, nos posee durante toda nuestra vida y no nos abandona hasta el momento de la muerte. Nunca he visto la forma humana, pero la he sentido en mi cuerpo.
Se lanzó entonces a la descripción de una serie de sensaciones complejas que había experimentado en el curso de cierto número de años, y que habían culminado en una grave enfermedad, cuyo apogeo era un estado físico que me recordó las exposiciones que había leído acerca de los ataques cardíacos. Aseguró que la forma humana, como fuerza que era, había salido de su cuerpo recién al cabo de una cruenta lucha interior, manifestada a su vez como enfermedad.
-A juzgar por lo que narras, has tenido crisis cardíacas -dije.
-Tal vez -replicó-, pero hay algo de lo que estoy segura: el día en que tuvieron lugar, perdí mi forma humana. Quedé tan débil que pasaron días antes de que pudiese siquiera levantarme del lecho. Desde entonces, no encontré la energía necesaria para ser como antes, mi viejo ser. De tiempo en tiempo, intentaba recobrar mis antiguos hábitos, pero me faltaba vigor para disfrutar de ellos como otrora. Al cabo, dejé de lado toda tentativa.

-¿En qué radica la importancia de perder la forma?
-Un guerrero debe deshacerse de la forma humana si quiere cambiar, realmente cambiar. De otra manera, las cosas no pasan de ser una conversación sobre el cambio, como en tu caso. El Nagual decía que era inútil creer o esperar que sea posible cambiar los propios hábitos. No se cambia un ápice en tanto se conserva la forma humana. El Nagual me dijo que un guerrero sabe que no puede cambiar; es más: sabe que no le está permitido. Es la única ventaja que tiene un guerrero sobre un hombre corriente. El guerrero jamás se decepciona al fracasar en una tentativa de cambiar.
-Pero tú, Gorda, sigues siendo tú misma, ¿no?
-No, ya no. La forma es lo único que te hace seguir pensando que tú eres tú. Cuando te abandona no eres nada.
-Pero tú sigues hablando, pensando y sintiendo como lo has hecho siempre, ¿verdad?
-En absoluto. Soy nueva.
Rió y me abrazó como quien consuela a un niño.
-Solamente Eligio y yo hemos perdido nuestra forma -prosiguió-. Fue una gran suerte para nosotros el perderla cuando el Nagual aún estaba entre nosotros. Tú pasarás una época horrible. Es tu destino. Quienquiera que sea el próximo en deshacerse de ella, me tendrá a mí por única compañía. Ya lo lamento por aquel a quien le corresponda.
-¿Qué más sentiste, Gorda, al perder tu forma, además de que ello te dejaba sin la energía suficiente?
-El Nagual me dijo que un guerrero sin forma comienza a ver un ojo. Veía un ojo frente a mí toda vez que cerraba los párpados. Llegó a tal extremo que no podía descansar; el ojo me seguía a todas partes. Estuve a punto de volverme loca. Al cabo, supongo, me acostumbré a él. Ahora ni siquiera tomo en cuenta su presencia, puesto que ha pasado a formar parte de mí. El guerrero sin forma se vale de ese ojo para empezar a soñar. Si no tienes forma, no te es necesario dormir para soñar. El ojo que tienes delante te lleva a ello cada vez que deseas ir.
-¿Exactamente, dónde está ese ojo, Gorda?
Cerró los ojos y movió la mano de un lado para otro frente a sus ojos, cubriendo su cara.
-Unas veces el ojo es muy pequeño y otras es enorme -continuó-. Cuando es pequeño tu soñar es claro. Si es grande, tu soñar es como un vuelo por sobre las montañas, en el cual realmente no se ve mucho. Yo aún no he soñado bastante, pero el Nagual me dijo que ese ojo es mi carta de triunfo. Algún día, cuando pierda definitivamente la forma, no veré más el ojo; el ojo se convertirá en lo mismo que yo, en nada, y, sin embargo, estará allí, como los aliados. El Nagual decía que todo debe ser examinado a la luz de nuestra forma humana. Cuando no tenemos forma, nada tiene forma; no obstante, todo está presente. Yo no lograba entender lo que quería decir, pero ahora sé que tenía toda la razón. Los aliados son tan sólo una presencia, y ese era el ojo. Pero por el momento ese ojo lo es todo para mí. A decir verdad, contando con ese ojo, nada más me hace falta para mi soñar, inclusive en vigilia. Todavía no he conseguido esto último. Tal vez yo sea como tú, un poco terca y perezosa.
-¿Cómo realizaste el vuelo que vi esta noche?
El Nagual me enseñó a valerme de mi cuerpo para generar luces, porque, de todos modos, somos luz; de modo que produje chispas y destellos, y ellos, a su vez, atrajeron a las líneas del mundo. Una vez que he visto una, me es fácil colgarme de ella.
-¿Cómo lo haces?
-Me aferro a ella.
Hizo un gesto con las manos. Las puso en garra y luego las juntó, a la altura de las muñecas, formando con ellas una suerte de cuenco, con los dedos curvados hacia arriba.
-Debes aferrarte a la línea como un jaguar -prosiguió-, y no separar jamás las muñe-

cas. Si lo haces, caes y te partes el cuello.
Calló, y ello me obligó a mirarla, en espera de más revelaciones.
-No me crees, ¿verdad? -preguntó.
Sin darme tiempo a responder; se agachó y volvió a emprender su exhibición de chispas. Yo estaba sereno y sosegado y podía dedicar toda mi atención a sus actos. En el momento en que abrió los dedos de golpe, todas las fibras de su cuerpo dieron la impresión de tensarse a la vez. Esa tensión parecía concentrarse en las puntas de sus dedos y proyectarse en forma de rayos de luz. La humedad de las yemas era realmente un vehículo adecuado para el tipo de energía que emanaba de su cuerpo.
-¿Cómo lo has hecho, Gorda? -pregunté maravillado de verdad.
-Francamente, no lo sé -dijo-. Me limito a hacerlo. Lo he hecho infinidad de veces y, sin embargo, sigo ignorando cómo. Cuando cojo uno de esos rayos me siento atraída por algo. En realidad, no hago más que dejarme llevar por las líneas. Cuando quiero regresar, percibo que la línea no me quiere soltar y me pongo frenética. El Nagual decía que ese era el peor de mis rasgos. Me asusto a tal punto que uno de estos días me voy a lastimar. Pero también supongo que uno de estos días llegaré a tener aún menos forma y entonces no me asustaré. Aunque por lo que recuerdo, hasta el día de hoy no he tenido problema alguno.
-Entonces, cuéntame, Gorda, cómo haces para dejarte llevar por las líneas.
-Volvemos a lo mismo. No lo sé. El Nagual me lo advirtió respecto de ti. Quieres saber cosas que no se pueden saber.
Me esforcé por aclararle que lo que me interesaba eran los procedimientos. En realidad, había renunciado a dar con una explicación de los mismos, porque sus aclaraciones no me decían nada. La descripción de los pasos a seguir era algo completamente diferente.
-¿Cómo aprendiste a librar tu cuerpo a las líneas del mundo? -pregunté.
-Lo aprendí en el soñar -dijo-, pero, sinceramente, no sé cómo. Para una mujer guerrero, todo nace en el soñar. El Nagual me dijo, tal como a ti, que lo primero que debía buscar en mis sueños eran mis manos. Pasé años tratando de encontrarlas. Cada noche solía ordenarme a mí misma hallar mis manos, pero era inútil. Jamás di con nada en mis sueños. El Nagual era despiadado conmigo. Aseveraba que debía hallarlas o perecer. De modo que le mentí, contándole que había encontrado mis manos en sueños. El Nagual no dijo una palabra, pero Genaro arrojó el sombrero al piso y bailó sobre él. Me dio unas palmaditas en la cabeza y afirmó que yo era realmente un gran guerrero. Cuanto más me alababa, peor me sentía. Estaba a punto de comunicar la verdad al Nagual cuando el loco de Genaro me dio la espalda y soltó el pedo más largo y sonoro que yo haya oído. Ciertamente, me hizo retroceder. Era como un viento caliente, viciado, repugnante y maloliente, exactamente como yo. El Nagual se ahogaba de risa.
»Corrí hacia la casa y me escondí allí. Por entonces era muy gorda. Comía mucho y tenía muchos gases. De modo que decidí no comer durante un tiempo. Lidia y Josefina me ayudaron. Ayuné durante veintitrés días, y entonces, una noche, encontré mis manos en sueños. Eran viejas, y feas, y verdes, pero eran mías. Ese fue el comienzo. El resto fue fácil.
-¿Y qué fue el resto, Gorda?
-Lo siguiente que el Nagual me encomendó fue buscar casas o edificios en mis sueños y observarlos, tratando de retener la imagen. Decía que el arte del soñador consiste en conservar la imagen de su sueño. Porque eso es lo que hacemos, de un modo u otro, durante toda nuestra vida.
-¿Qué quería decir con eso?
-Nuestro arte como personas corrientes consiste en saber cómo retener la imagen de lo que vemos. El Nagual decía que lo hacemos, pero sin saber cómo. Nos limitamos a hacerlo; mejor dicho, nuestros cuerpos lo hacen. Al soñar debemos hacer lo mismo, con la diferencia de que en el soñar hace falta aprender cómo hacerlo. Tenemos que luchar por no mirar, sino sólo

dar un vistazo, y, no obstante, conservar la imagen.

»El Nagual me encargó que buscara en mis sueños un refuerzo para mi ombligo. Tardé muchísimo porque no comprendía el significado de sus palabras. Decía que, en el soñar, prestamos atención con el ombligo, por consiguiente, debemos protegerlo bien. Necesitamos cierto calorcillo, o la sensación de que algo nos presiona el ombligo para retener las imágenes en nuestros sueños.

»Hallé en mis sueños un guijarro que encajaba perfectamente en mi ombligo, y el Nagual me obligó a buscarlo día tras día, por charcas y cañones, hasta dar con él. Le hice un cinturón y aún lo llevo conmigo día y noche. Al hacerlo así, me resulta más fácil conservar imágenes en mis sueños.

»Luego el Nagual me asignó la tarea de dirigirme a lugares específicos en mi soñar. Lo estaba haciendo realmente bien, pero fue por entonces que perdí la forma y comencé a ver el ojo frente a mí. El Nagual afirmó que el ojo lo había cambiado todo, y me dio instrucciones para que empezara a valerme del ojo para ponerme en movimiento. Dijo que no tenía tiempo de llegar a mi doble en el soñar, pero que el ojo era aún mejor. Me sentí defraudada. Ahora me tiene sin cuidado. He utilizado ese ojo lo mejor que me fue posible. Le permito llevarme al soñar. Cierro los párpados y quedo dormida como si nada, inclusive a la luz del día y en cualquier parte. El ojo me atrae y entro en otro mundo. La mayor parte del tiempo no hago más que deambular por él. El Nagual nos dijo, a mí y a las hermanitas, que durante el período menstrual el soñar se convierte en poder. Hay algo en ello que me desequilibra. Me vuelvo más osada. Y, tal como el Nagual nos enseñara, se abre una grieta ante nosotras en esos días. Tú no eres mujer, así que esto no debe tener mucho sentido para ti, pero dos días antes de la regla una mujer puede abrir esa grieta y pasar por ella a otro mundo.

Extendió el brazo izquierdo y siguió con la mano el contorno de una línea invisible que, al parecer, corría verticalmente ante ella.

-Durante ese tiempo una mujer, si lo desea, puede alejarse de las imágenes del mundo -continuó la Gorda-. Esa es la grieta entre los mundos y, como decía el Nagual, está precisamente enfrente e todas nosotras. La razón por la cual el Nagual juraba que las mujeres son mejores brujas que los hombres es que siempre tienen la grieta delante, en tanto que un hombre debe hacerla. Te diré que soñando durante mis menstruaciones aprendí a volar con las líneas del mundo. Aprendí a echar chispas con el cuerpo para atraer las líneas, y luego aprendí a asirme a ellas. Y eso es todo lo que he aprendido hasta ahora en el soñar.

Reí y le comenté que yo nada tenía que mostrar al cabo de años de «soñar».

-Has aprendido a convocar a los aliados en el soñar -dijo, con gran seguridad.

Le conté que don Juan me había enseñado a hacer aquellos sonidos. No pareció creerme.

-Entonces los aliados deben venir a ti en busca de su luminosidad -dijo, la luminosidad que él dejó en ti. Él me dijo que todo brujo tenía una cantidad limitada de luminosidad para regalar. De modo que la repartía entre sus hijos de acuerdo con órdenes recibidas de alguna parte, allí fuera, en esa inmensidad. En tu caso te ha legado incluso su propia llamada.

Hizo chascas la lengua y me guiñó un ojo.

-Si no me crees -prosiguió-, ¿por qué no haces el sonido que el Nagual te enseñó y compruebas si los aliados vienen a ti?

No me sentía dispuesto a hacerlo. No porque creyese que mi sonido fuera a atraer nada, sino porque no quería complacerla.

Aguardó un momento, y, cuando estuvo convencida de que yo no lo iba a intentar, se puso la mano sobre la boca e imitó mi sonido intermitente a la perfección. Lo hizo durante cinco o seis minutos, deteniéndose tan sólo para respirar.

-¿Ves lo que quiero decir? -preguntó sonriendo-. A los aliados no les importa un rábano mi llamada, por muy parecido que sea a la tuya. Ahora prueba tú.

Probé. A los pocos segundos se hizo oír la respuesta. La Gorda se puso de pie de un salto. Tuve la clara impresión de que se hallaba más sorprendida que yo. Se precipitó a hacerme callar, apagó la lámpara y recogió mis notas.

Estaba a punto de abrir la puerta, pero se detuvo repentinamente; un sonido aterrador no llegó de fuera. Me pareció un gruñido. Era tan horrendo y amenazador que nos hizo dar un salto atrás para alejarnos de la puerta. Mi temor físico era tan intenso que habría huido, de haber tenido adónde ir.

Algo pesado estaba apoyado en la puerta; la hacía crujir. Miré a la Gorda. Daba la impresión de estar aún más asustada que yo. Seguía con el brazo extendido como si fuese a abrir la puerta. Tenía la boca abierta. Parecía haber quedado paralizada en medio de un movimiento.

La puerta podía saltar en cualquier momento. Nada la golpeaba, pero estaba sometida a una terrible presión, como el resto de la casa.

La Gorda me dijo que me apresurase a abrazarla por detrás, cerrando las manos en torno a su talle, encima del ombligo. Hizo entonces un extraño movimiento con las manos. Fue como si sacudiese una toalla, sosteniéndola al nivel de los ojos. Lo repitió cuatro veces. Luego realizó otra curiosa acción. Llevó las manos al centro del pecho y las colocó, con las palmas hacia arriba una por encima de la otra, sin tocarse. Los codos, separados del cuerpo y alineados. Cerró los puños como si de pronto asiera dos barras invisibles y poco a poco, las fue girando, hasta quedar con las palmas hacia abajo. Luego con gran esfuerzo realizó un hermoso movimiento, un acto en el cual parecía comprometer cada músculo de su cuerpo. Algo así como el abrir una pesada puerta corrediza, que ofreciese gran resistencia. Todo su cuerpo vibraba por el esfuerzo. Movía los brazos lenta, muy lentamente, al igual que si abriese una puerta muy, muy pesada, hasta haberlos extendido por completo.

Tuve la clara impresión de que tan pronto como terminó de abrir esa puerta, por ella se precipitó un viento. Un viento que nos atrajo de modo de hacernos atravesar, literalmente, la pared. Tal vez fuese mejor decir que las paredes nos atravesaron, o, quizás, que los tres, la Gorda, la casa y yo, traspusimos la puerta que ella había abierto. De pronto me encontré en campo abierto. Veía las formas oscuras de las montañas y los árboles que nos rodeaban. Ya no ceñía el talle de la Gorda. Un ruido procedente de la altura me obligó a alzar los ojos: la distinguí suspendida en el aire, a unos tres metros por encima de mí, como el negro contorno de una cometa gigante. Experimenté una tremenda comezón en el ombligo y la Gorda cayó a plomo, a la mayor velocidad; pero, en vez de estrellarse, se detuvo suavemente.

En el momento en que la Gorda aterrizó, la picazón del ombligo se convirtió en un dolor nervioso horriblemente agotador. Algo así como si su contacto con la tierra me arrancase el interior. El dolor me hizo gritar a todo pulmón.

Para entonces la Gorda se hallaba de pie a mi lado, desesperadamente falta de aliento. Yo estaba sentado. Nos encontrábamos de nuevo en la habitación de la que habíamos salido, en casa de don Genaro.

La Gorda parecía incapaz de recobrar el ritmo normal de respiración. Estaba cubierta de sudor.

-Tenemos que salir de aquí -murmuró.

Recorrimos en el coche un breve trayecto, hasta la casa de las hermanitas. No encontramos a ninguna de ellas. La Gorda encendió una lámpara y me hizo pasar directamente a la cocina trasera, al aire libre. Allí se desnudó y me pidió que la bañase como a un caballo, arrojándole agua al cuerpo. Cogí un pequeño cubo lleno de agua y comencé a derramarlo con delicadeza sobre ella, pero lo que pretendía era que la empapara.

Explicó que un contacto con los aliados, como el que habíamos tenido, producía una transpiración sumamente dañina, que debía eliminarse de inmediato. Me hizo quitar las ropas y luego me bañó con

agua helada. Entonces me tendió un trozo de paño limpio y nos fuimos secando en el camino de entrada a la casa. Se sentó en la gran cama de la habitación delantera, tras colgar la lámpara sobre ella, en el soporte del muro. Tenía las rodillas levantadas y ello me permitía contemplarla en detalle. Abracé su cuerpo desnudo, y fue entonces cuando comprendí lo que había querido decir doña Soledad al sostener que la Gorda era la mujer del Nagual. No tenía formas, como don Juan. Me resultaba imposible considerarla como mujer.

Comencé a vestirme. Me lo impidió. Dijo que antes de poder volver a ponerme la ropa, debía asolearse. Me dio una manta para que me la echara sobre los hombros, y cogió otra para ella.

-Ese ataque de los aliados fue realmente terrorífico -dijo, una vez que nos hubimos sentado en la cama-. A decir verdad, tuvimos muchísima suerte al salir con bien de sus garras. Yo no tenía idea de por qué el Nagual me había indicado ir a casa de Genaro contigo. Ahora lo sé. Es en esa casa donde los aliados son más fuertes. Escapamos de ellos por un pelo. Fue una gran fortuna para nosotros el que yo haya sabido salir de allí.

-¿Cómo lo hiciste, Gorda?

-Francamente, no lo sé -dijo-. Sencillamente lo hice. Supongo que mi cuerpo supo cómo, pero cuando intento pensar en el modo preciso, lo encuentro imposible.

»Fue una gran prueba para ambos. No había comprendido hasta esta noche que era capaz de abrir el ojo; pero mira lo que hice. Verdaderamente, abrí el ojo, tal como el Nagual aseguraba que podía hacer. Nunca lo había logrado antes de que llegaras. Lo había intentado, pero sin resultados. Esta vez, el miedo a esos aliados me llevó a coger el ojo según las instrucciones del Nagual, agitándolo cuatro veces en sus cuatro direcciones. El aseveraba que se lo debía sacudir como si se tratase de una sábana, y luego abrirlo como a una puerta, aferrándolo exactamente por el medio. El resto fue muy fácil. Una vez la puerta se hubo abierto, sentí que un fuerte viento me atraía, en lugar de alejarme. La dificultad, según el Nagual, consiste en regresar. Uno tiene que ser muy fuerte para hacerlo. El Nagual, Genaro y Eligio podían entrar y salir de ese ojo como si nada. Para ellos el ojo ya no era un ojo, decían que era como una luz anaranjada, como el sol. Y también el Nagual y Genaro eran una luz anaranjada cuando volaban. Yo me encuentro aún en un punto muy bajo de la escala; el Nagual decía que al volar me expandía y se me veía como un montón de estiércol en el cielo. No tengo luz. Esa es la razón por la cual el retorno es tan terrible para mí. Esta noche me ayudaste, me atrajiste dos veces. Te mostré mi vuelo porque el Nagual me ordenó dejártelo ver, por difícil o pobre que fuese. Se suponía que con mi vuelo te ayudaba, tal como se suponía que tú me ayudabas al no ocultarme tu doble. Vi todo tu accionar desde la puerta. Estabas tan atareado sintiendo pena por Josefina que tu cuerpo no advirtió mi presencia. Vi cómo tu doble te salía de la coronilla. Lo hizo retorciéndose como un gusano. Vi un estremecimiento que comenzaba en tus pies y te recorría entero; luego salió el doble. Era como tú, pero muy brillante. Era como el propio Nagual. Es por eso que las hermanas quedaron petrificadas. Comprendí que creían que se trataba del Nagual en persona. Pero no logré verlo todo. Perdí el sonido, porque no tenía atención para ello.

-¿Cómo has dicho?

-El doble requiere tremendas cantidades de atención. El Nagual te dio esa atención a ti, pero no a mí. Me dijo que ya no tenía tiempo.

Agregó algo más, acerca de cierta clase de atención, pero yo estaba muy cansado. Me quedé dormido tan repentinamente que ni siquiera tuve tiempo de poner a un lado mi libreta.

4

LOS GENAROS

Desperté alrededor de las ocho de la mañana siguiente y descubrí que la Gorda había asoleado mis ropas y preparado el desayuno. Lo tomamos en la cocina, en el lugar que hacía las veces de comedor. Una vez que hubimos terminado, le pregunté por Lidia, Rosa y Josefina. Parecían haberse esfumado de la casa.

-Están ayudando a Soledad -dijo-. Se está preparando para partir.

-¿A dónde va?

-A algún lugar, lejos de aquí. Ya no tiene razón alguna para quedarse. Estuvo esperándote y tú ya has llegado.

-¿Las hermanitas se van con ella?

-No. Sólo que hoy no quieren estar aquí. Todo hace pensar que para ellas no es un buen día para andar por el lugar.

-¿Por qué no es un buen día?

-Los Genaros vienen a verte hoy y las muchachas no congenian con ellos. Si se encuentran aquí, se lanzarán a la lucha más espantosa. La última vez estuvieron a punto de matarse.

-¿Luchan físicamente?

-Ya lo creo. Son todos muy fuertes y ninguno quiere el segundo puesto. El Nagual me advirtió que ello ocurriría, pero no tengo poder para detenerlos; y no solo eso, sino que he tenido que tomar partido, de modo que es un lío.

-¿Cómo sabes que los Genaros vendrán hoy?

-No he hablado con ellos. Sólo sé que hoy estarán aquí, eso es todo.

-¿Lo sabes porque ves, Gorda?

-Así es. Veo que vienen. Y uno de ellos viene directamente hacia ti, porque le estás atrayendo.

Le aseguré que no atraía a nadie en particular. Le dije que no había revelado a nadie el propósito de mi viaje, pero que estaba relacionado con algo que deseaba preguntar a Pablito y a Néstor.

Sonrió con coquetería y sostuvo que el destino me había unido a Pablito, que éramos muy parecidos, y que, a no dudarlo, él iba a ser el primero en verme. Agregó que todo lo que le sucedía a un guerrero debía interpretarse como un presagio; así, mi encuentro con Soledad era un presagio de aquello que iba a descubrir en mi visita. Le pedí que me explicara ese punto.

-Los hombres te darán poco esta vez -dijo-. Son las mujeres las que te harán trizas, como lo hizo Soledad. Eso es lo que te diría, si leyera el presagio. Tú esperas a los Genaros, pero son hombres, como tú. Y considera ese otro presagio: están un poco atrasadillos. Yo diría que llevan un atraso de un par de días. Ese es tu destino, al igual que el de ellos: llevar siempre un par de días de atraso.

-¿Atraso con respecto a qué, Gorda?

-Con respecto a todo. Respecto de las mujeres, por ejemplo.

Rió y me acarició la cabeza.

-Por testarudo que seas -prosiguió-. Tendrás que admitir que tengo razón. Espera y verás.

-¿Te dijo el Nagual que los hombres estaban atrasados respecto de las mujeres? -pregunté.

-Desde luego -replicó-. Todo lo que tienes que hacer es mirar a tu alrededor.

-Lo hago, Gorda. Pero no veo tal cosa. Las mujeres se hallan siempre detrás. Dependen de los hombres.

Se echó a reír. Su risa no revelaba desdén ni amargura; sonaba más bien a clara alegría.

-Conoces mejor el mundo de la gente que yo -dijo con firmeza-. Pero en este momento yo no tengo forma y tú sí. Te digo: las mujeres son mejores brujas que los hombres, porque hay una grieta ante sus ojos.

No parecía enfadada, pero me sentí obligado a explicarle que yo formulaba preguntas y hacía comentarios, no para atacar ni defender ningún punto en particular, sino porque quería que hablara.

Me replicó que no había hecho más que hablar desde el momento de nuestro encuentro, y que el Nagual la había preparado

para hablar porque su tarea era idéntica a la mía: estar en el mundo de la gente.

-Todo lo que decimos -prosiguió-, es un reflejo del mundo de la gente. Descubrirás antes de que tu visita haya terminado que hablas y actúas como lo haces porque sigues unido a la forma humana, así como los Genaros y las hermanitas siguen unidos a la forma humana cuando luchan a muerte entre ellos.

-¿Pero acaso no se esperaba que todas colaborasen con Pablito, Néstor y Benigno?

-Genaro y el Nagual nos dijeron que debíamos vivir en armonía y ayudarnos y protegernos mutuamente, porque estábamos solos en el mundo. Pablito quedó a cargo de nosotras cuatro, pero es un cobarde. De ser por él, nos dejaría morir como perros. No obstante, cuando el Nagual estaba aquí, Pablito era muy amable y cuidaba muy bien de nosotras. Todo el mundo solía tomarle el pelo y decirle, bromeando, que nos trataba como si fuésemos sus esposas. No mucho antes de su partida, el Nagual y Genaro le confiaron que tenía una buena oportunidad de llegar a ser el Nagual algún día, por cuanto era posible que nosotras llegáramos a ser sus cuatro vientos, sus cuatro lados del mundo. Pablito entendió esto como una misión, y cambió a partir de entonces. Se puso insufrible. Comenzó a darnos órdenes, como si realmente fuésemos sus esposas.

Le pregunté al Nagual por las posibilidades de Pablito y me respondió que todo en el mundo de un guerrero, como yo debía saber, dependía de la impecabilidad. Si Pablito fuera impecable, tendría una oportunidad. Me eché a reír cuando me dijo eso. Conozco bien a Pablito. Pero el Nagual me explicó que no debía tomarlo a la ligera. Dijo que los guerreros siempre tenían una oportunidad, no importa cuán pequeña sea. Me hizo ver que yo también era un guerrero y no debía estorbar a Pablito con mis pensamientos. Que debía desecharlos y dejar en paz a Pablito; que lo impecable, en mi caso, consistía en ayudar a Pablito sin preocuparme por lo que sabía de él.

»Comprendí sus palabras. Además, tengo una deuda personal con Pablito, y recibí con gusto la ocasión de tenderle una mano. Pero no ignoraba que, por muchos esfuerzos que hiciese en su favor, iba a fracasar. Siempre supe que él carecía de lo que hace falta para ser como el Nagual. Pablito es muy pueril y no aceptará su derrota. Es desdichado porque no es impecable, y, sin embargo, en su pensamiento sigue intentando ser como el Nagual.

-¿Cómo fracasó?

-Tan pronto como el Nagual partió, Pablito tuvo una fatal discusión con Lidia. Años atrás, el Nagual le había encomendado la misión de ser el marido de Lidia, para cubrir las apariencias. La gente de por aquí creía que ella era su esposa. Esto a Lidia no le agradaba en lo más mínimo. Es muy dura. Lo cierto es que Pablito siempre le tuvo un miedo mortal. Nunca se llevaron bien, y se toleraron recíprocamente debido a la presencia del Nagual; pero cuando éste se fue, Pablito se volvió más loco de lo que ya estaba y se convenció de que poseía el suficiente poder personal para tomarnos por esposas. Los tres Genaros se reunieron y discutieron lo que Pablito debía hacer. Decidieron que primero tenía que tomar a Lidia, la más fuerte de las mujeres. Aguardaron a que estuviera sola y entonces los tres entraron a la casa, la cogieron por los brazos y la arrojaron sobre la cama. Pablito se puso encima de ella. Al principio, Lidia creyó que los Genaros estaban jugando. Pero cuando comprendió que sus propósitos eran serios, propinó a Pablito un cabezazo en el medio de la frente que lo puso al borde de la muerte. Los Genaros huyeron y Néstor pasó meses cuidando a Pablito a causa del golpe.

-¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudarles a entender?

-No. Desgraciadamente, su problema no es de comprensión. Los seis entienden muy bien. La verdadera dificultad no estriba en eso; se trata de otra cosa, algo muy feo en lo que nadie puede ayudarles. Se complacen en no tratar de cambiar. Desde que saben que no lo lograrán por mucho que lo

intenten, o lo deseen, o lo necesiten, han abandonado por completo la parda. Eso es tan malo como sentirse desalentado por los fracasos. El Nagual les advirtió a todos ellos que los guerreros, tanto hombres como mujeres, deben ser impecables en su esfuerzo por cambiar, con el objeto de asustar a la forma humana y deshacerse de ella. Al cabo de años de impecabilidad llegará un momento, al decir del Nagual, en que la forma no soporte más y parta, como ocurrió conmigo. Al hacerlo, por supuesto, lastima el cuerpo y hasta puede llegar a matarlo, pero un guerrero impecable sobrevive, siempre.

El discurso de la Gorda se vio interrumpido por un golpe en la puerta delantera. La Gorda se puso de pie y fue a alzar el pestillo. Era Lidia. Me saludó con gran formalidad y le pidió a la Gorda que fuese con ella. Salieron juntas.

Me alegré de estar solo. Trabajé en mis notas durante horas. En el lugar al aire libre que se empleaba como comedor hacía fresco y había muy buena luz.

La Gorda regresó cerca del mediodía. Me preguntó si quería comer. Yo no tenía hambre, pero insistió en que lo hiciera. Me aseguró que los contactos con los aliados debilitaban mucho, y que ella misma no se sentía muy fuerte.

Después de comer, me senté junto a la Gorda, y estaba a punto de comenzar a interrogarla sobre el «soñar», cuando se abrió la puerta delantera estrepitosamente y entró Pablito. Jadeaba. Era evidente que había corrido y se le veía en un estado de gran agitación. Se detuvo un instante junto a la puerta para recobrar el aliento. No había cambiado mucho. Parecía un poco más viejo, o más pesado, o, tal vez, sencillamente, más fornido. No obstante, seguía siendo muy delgado y nervudo. Tenía la tez pálida, como si hubiese pasado mucho tiempo sin ver el sol. El castaño de sus ojos se veía acentuado por ligeras huellas de fatiga en su rostro. Recordaba a Pablito como dueño de una seductora sonrisa; al verle allí, ésta me resultó tan encantadora como de costumbre. Corrió hacia el lugar en que yo me encontraba y me cogió por los antebrazos durante un momento, sin decir palabra. Me puse de pie. Entonces me sacudió suavemente y me abrazó. Yo también experimentaba un enorme gusto al verle, y saltaba de un lado para otro con alegría infantil. No sabía qué decirle y fue él quien finalmente rompió el silencio.

-Maestro -dijo dulcemente, inclinando la cabeza como si se sometiese a mí.

El que me llamase «maestro» me cogió por sorpresa. Me volví como si buscase a alguien detrás de mí. Exageré mis movimientos para permitirle comprender que estaba perplejo. Sonrió, y lo único que se me ocurrió fue preguntarle cómo sabía que yo estaba allí.

Me dijo que él, Néstor y Benigno se habían visto forzados a volver a causa de un extraño temor, que les hizo correr día y noche, sin detenerse. Néstor se había dirigido a su casa, con el fin de averiguar si había allí algo que justificase el sentimiento que les había guiado. Benigno había ido a la de Soledad y él a la de las muchachas.

-Tú has sacado el gordo, Pablito -dijo la Gorda, y rió.

Pablito no respondió. La miró.

-Apostaría a que estás elaborando un medio para echarme -dijo, con gran enfado.

-No te metas conmigo, Pablito -dijo la Gorda, imperturbable.

Pablito se volvió hacia mí y se disculpó; agregó, en voz bien audible, como si deseara que todo aquel que se encontrase en la casa le oyera, que había traído su propia silla para sentarse, y que podía colocarla donde quisiera.

-No hay aquí nadie más que nosotros -dijo la Gorda con suavidad, y sofocó una risita.

-De todos modos, traeré mi silla -dijo Pablito-. A ti no te importa, Maestro, ¿no?

Miré a la Gorda. Me hizo con el pie una seña casi imperceptible, autorizándome a seguir adelante.

-Tráela. Trae todo lo que quieras -dije.

Pablito salió de la casa.

-Todos ellos son así -dijo la Gorda-, los tres.

Pablito regresó sin tardanza, cargando

a hombros una silla de aspecto insólito. La silla estaba trabajada de modo que se adaptase perfectamente al contorno de su espalda; al traerla, con el asiento hacia abajo, daba la impresión de ser una mochila.
-¿Puedo dejarla en el suelo? -me preguntó.
-Desde luego -repliqué, corriendo el banco para hacer espacio.
Rió, con exagerada soltura.
-¿No eres el Nagual? -me preguntó; y agregó, tras mirar a la Gorda-: ¿O tienes que esperar órdenes?
-Soy el Nagual -dije, en tono burlón para complacerlo.
Intuí que estaba a punto de iniciar una riña con la Gorda; ella debió presentir lo mismo, porque se excusó y salió por la puerta trasera.
Pablito puso su silla en el piso y, lentamente, dio una vuelta a mi alrededor, como si estuviese inspeccionando mi cuerpo. Luego cogió su silla, estrecha y de respaldo bajo, con una mano, la situó en el sentido opuesto a aquél en que se hallaba y se sentó, dejando que sus brazos, cruzados, descansaran sobre el respaldo, lo cual le proporcionaba la mayor comodidad al ponerse a horcajadas. Me senté frente a él. Su talante había variado por completo al instante de irse la Gorda.
-Debo pedirte que me perdones por actuar del modo en que lo hice -dijo sonriendo-. Pero tenía que deshacerme de esa bruja.
-¿Tan mala es, Pablito?
-No tengas la menor duda -replicó.
Para cambiar de tema, le dije que se le veía muy elegante y próspero.
-También a ti se te ve muy bien, Maestro -dijo.
-¿Qué es ese disparate de llamarme Maestro? -pregunté en tono de broma.
-Las cosas ya no son como antes -replicó-. Estamos en un nuevo reino, y el Testigo dice que ahora tú eres un maestro; y el Testigo no puede equivocarse. Pero él mismo te contará toda la historia. Estará aquí dentro de poco, y se alegrará de volver a verte. Supongo que ya ha de haber percibido que estabas aquí. Mientras nos dirigíamos hacia aquí, todos teníamos la convicción de que estabas en camino, pero ninguno supo que ya habías llegado.
Le hice saber entonces que había ido con la única finalidad de verle a él y a Néstor, que eran las únicas personas en el mundo con las cuales podía hablar acerca de nuestro último encuentro con don Juan y don Genaro, y que necesitaba por sobre todo aclarar las incertidumbres que esa reunión final había suscitado en mí.
-Estamos unidos -dijo-. Haré todo lo que pueda por ti. Lo sabes. Pero debo advertirte que no soy tan fuerte como tú querrías. Tal vez fuese mejor que no conversáramos. No obstante, si no conversamos nunca entenderemos nada.
De modo cuidadoso y lento, formulé mi interrogatorio. Expliqué que había un solo punto en el centro de la cuestión que intrigaba mi razón.
-Dime, Pablito -pregunté-, ¿saltamos realmente, con nuestros cuerpos, al abismo?
-No lo se -respondió-. Francamente, no lo sé.
-Pero estuviste allí conmigo.
-Ese es el asunto. ¿Estuve realmente allí?
Su enigmática réplica me fastidió. Tuve la sensación de que, si lo sacudía o lo apretaba, algo de él se liberaría. Me resultaba evidente que ocultaba algo de gran valor. Afirmé enérgicamente que me guardaba secretos cuando había una absoluta confianza entre nosotros.
Pablito sacudió la cabeza como si, en silencio, se opusiese a mi acusación.
Le pedí que me narrara toda su experiencia, comenzando por el período anterior a nuestro salto, cuando don Juan y don Genaro nos prepararon para la embestida definitiva.
El relato de Pablito fue desordenado e inconsistente. Todo lo que recordaba acerca de los últimos momentos, previos a nuestro arrojarnos al abismo, era que, una vez que don Juan y don Genaro se hubieron despedido de nosotros para perderse en la oscuridad, le faltaron fuerzas, estuvo a punto de caer de bruces, yo le sostuve por el brazo y le llevé hasta el borde de la sima y allí perdió el conocimiento.

-¿Y qué sucedió luego, Pablito?
-No lo sé.
-¿Tuviste sueños, o visiones? ¿Qué viste?
-Por lo que sé, no tuve visiones o, si las tuve, no les presté atención. Mi falta de impecabilidad me impide recordarlas.
-¿Y entonces qué ocurrió?
-Desperté en la que había sido casa de Genaro. No sé cómo llegué allí.
Permaneció inmóvil, en tanto yo hurgaba frenéticamente en mi mente en busca de una pregunta, un comentario, una observación crítica o cualquier cosa que agregara cierta amplitud a sus declaraciones. En realidad, nada en el relato de Pablito servía para confirmar lo que me había sucedido. Me sentía decepcionado. Casi enfadado con él. En mí se mezclaban la piedad por Pablito y por mí mismo y una profundísima desilusión.
-Lamento resultarte un chasco -dijo Pablito.
Mi inmediata reacción ante sus palabras consistió en disimular mis sentimientos; le aseguré que no me sentía defraudado.
-Soy un brujo -dijo riendo-; un brujo no muy lúcido, pero sí lo bastante como para interpretar los mensajes de mi propio cuerpo. Y ahora me dice que estás enfadado conmigo.
-¡No estoy enfadado, Pablito! -exclamé.
-Eso es lo que indica tu razón, pero no tu cuerpo -dijo-. Tu cuerpo está enojado conmigo, pero tu razón no halla motivo alguno para ello; de modo que te hallas en medio de un fuego cruzado. Lo menos que puedo hacer por ti es aclararlo. Tu cuerpo está enfadado porque sabe que yo no soy impecable y que sólo un guerrero impecable puede prestarte ayuda. Está enfadado además porque siente que me estoy desperdiciando. Lo comprendió todo en el momento en que traspuse esa puerta.
No sabía qué decir. El recuerdo de algunos hechos me invadió como un torrente y entendí muchas de las cosas que habían tenido lugar. Posiblemente él tuviese razón al sostener que mi cuerpo ya lo sabía. En alguna medida, su franqueza al colocarme frente a mis propios sentimientos había embotado el filo de mi frustración. Empecé a preguntarme si Pablito no estaría jugando conmigo. Le dije que el ser tan directo y atrevido no era fácilmente conciliable con la imagen de debilidad que había dado de sí mismo.
-Mi debilidad consiste en que estoy hecho para el anhelo -dijo, casi en un susurro. Soy así hasta el punto en que suspiro por la vida que hacía cuando era un hombre ordinario. ¿Lo puedes creer?
-¡No hablas en serio, Pablito! -exclamé.
-Sí -replicó-. Ansío el gran privilegio de andar por la faz de la tierra como un hombre corriente, sin esta tremenda carga.
Encontré su declaración sencillamente ridícula, y me encontré repitiendo una y otra vez que no era posible que hablase en serio. Pablito me miró y suspiró. Fui presa de una repentina aprensión. A juzgar por las apariencias, se hallaba al borde de las lágrimas. La aprensión dio paso a una mutua comprensión. Ninguno de los dos podía ayudar al otro.
La Gorda volvió a la cocina en ese momento. Pablito pareció experimentar una repentina revitalización. Se puso de pie de un salto y pisó el suelo con todas sus fuerzas.
-¿Qué demonios quieres? -aulló con voz nerviosa y estridente-. ¿Por qué fisgoneas?
La Gorda se dirigió a mí, como si él no hubiese existido. Me informó cortésmente que iba a la casa de Soledad.
-¿A quién le importa adónde vas? -chilló-. Puedes irte al infierno.
Dio una patada en el suelo como un niño malcriado, mientras la Gorda reía.
-Vámonos de esta casa, Maestro -dijo a voz en cuello.
Su súbito paso de la tristeza a la cólera me fascinó. Estaba absorto observándolo. Uno de los rasgos que siempre había admirado en él era su agilidad; aun en el momento en que había pegado contra el piso, sus movimientos habían sido gráciles.
De pronto estiró el brazo por encima de la mesa, y estuvo a punto de arrebatarme la libreta de las manos. La cogió con los dedos pulgar e índice de su mano izquierda.

Tuve que aferrarla con ambas manos, haciendo uso de toda mi fuerza. Era tan extraordinaria la potencia de su tirón, que no le hubiera sido difícil, de proponérselo verdaderamente, quitármela. Lo dejó estar y en el momento en que retiraba la mano percibí una imagen fugaz de una prolongación de la misma. Fue tan veloz que podía habérmela explicado como una distorsión visual de mi parte, un producto de la violencia con que me había visto obligado a ponerme de pie a medias, arrastrado por su tirón. Pero ya había aprendido, que ante aquella gente ni mi actuación ni mi manera de explicarme las cosas podían ser las habituales, de modo que ni siquiera lo intenté.

-¿Qué tienes en la mano, Pablito? -pregunté.

Retrocedió sorprendido y escondió la mano tras de sí. Me dio una mirada inexpresiva y murmuró que quería que abandonáramos esa casa porque estaba comenzando a sentirse mareado.

La Gorda se echó a reír a carcajadas y dijo que Pablito era tan buen impostor como Josefina, o quizás mejor, y que si insistía en saber qué tenía en la mano se desmayaría y Néstor tendría que cuidar de él durante meses.

Pablito empezó a ahogarse. Su rostro se puso casi púrpura. La Gorda le dijo en tono despreocupado que dejase de actuar porque carecía de público; ella se iba y yo no tenía mucha paciencia. Luego se volvió y me dijo con tono autoritario que me quedara allí y no fuese a casa de los Genaros.

-¿Por qué diablos no? -gritó Pablito, y se plantó de un salto ante ella, como si su intención fuese impedirle partir-. ¡Qué descaro! ¡Indicarle al Maestro lo que debe hacer!

-Anoche tuvimos un encuentro con los aliados en tu casa -dijo la Gorda a Pablito, en tono indiferente-. El Nagual y yo nos sentimos aún débiles a causa de ello. Si yo fuera tú, Pablito, me preocuparía por trabajar. Las cosas han cambiado. Todo ha cambiado desde su llegada.

La Gorda salió por la puerta delantera. Fue en ese instante que tomé conciencia de que también a ella se la veía muy cansada. Sus zapatos parecían demasiado ajustados; o, tal vez, arrastraba un poco los pies debido a su debilidad. En apariencia, era pequeña y frágil.

Pensé que mi aspecto debía ser semejante. Puesto que no había espejos en aquella casa, sentí la necesidad de salir a mirarme en el retrovisor de mi coche. Lo hubiera hecho, de no habérmelo impedido Pablito. Me pidió fervorosamente que no creyera una sola de las palabras que ella había pronunciado acerca de su condición de impostor. Le dije que no se preocupara por ello.

-La Gorda no te gusta nada, ¿verdad?

-Es cierto -replicó con una mirada salvaje-. Sabes mejor que nadie la clase de monstruos que son esas mujeres. El Nagual nos dijo un día que ibas a venir para caer en su trampa. Nos rogó que estuviésemos alerta y te pusiéramos sobre aviso de sus designios. El Nagual dijo que tenías una de cuatro posibilidades: si nuestro poder era grande, nosotros mismos te traeríamos hasta aquí, te advertiríamos y te salvaríamos; si tu poder era poco, arribaríamos a tiempo de ver tu cadáver; la tercera posibilidad consistía en hallarte convertido en esclavo de la bruja Soledad o esclavo de estas mujeres repugnantes y hombrunas; la cuarta y más remota era que te encontrásemos sano y salvo. El Nagual nos dijo que, en caso de que sobrevivieras, serías el Nagual y deberíamos confiar en ti porque eras el único que nos podía ayudar.

-Haré cualquier cosa por ti, Pablito. Lo sabes.

-No sólo por mí. No estoy solo. El Testigo y Benigno están conmigo. Estamos juntos y tú debes ayudarnos a los tres.

-Desde luego, Pablito. Ni siquiera hace falta decirlo.

-La gente de por aquí nunca nos ha molestado. Sólo tenemos problemas con esos monstruos horribles. No sabemos qué hacer con ellas. El Nagual nos ordenó permanecer junto a ellas, seas cuales fuesen las circunstancias. Me encomendó una mi-

sión personal, pero fracasé en el cometido. Antes era muy feliz. Lo recuerdas. Ahora me parece imposible arreglar mi vida.
-¿Qué sucedió, Pablito?
-Esas brujas me echaron de mi casa. Tomaron posesión y me arrojaron como a un trasto viejo. Ahora vivo en casa de Genaro, con Néstor y Benigno. Hasta tenemos que prepararnos las comidas. El Nagual sabía que eso podía suceder y encargó a la Gorda la tarea de mediar entre nosotros y esas tres perras. Pero la Gorda sigue respondiendo al nombre con el cual el Nagual solía llamarla: Cien Nalgas. Ese fue su mote durante años y años, porque llevaba las básculas a cien kilos.
Pablito sofocó una risilla al recordar a la Gorda.
-Era la bestia más gorda y maloliente del mundo -prosiguió-. Hoy su tamaño real se halla reducido a la mitad, pero sigue siendo la misma mujer gorda y mentalmente lenta que otrora. Pero ahora estás aquí, Maestro, y nuestras preocupaciones se han desvanecido. Ahora somos cuatro contra cuatro.
Quise interponer un comentario, pero me detuvo.
-Déjame terminar lo que debo decirte antes de que esa bruja vuelva para echarme de aquí -dijo, en tanto miraba la puerta nerviosamente-. Sé que te han dicho que ustedes cinco son lo mismo porque tú eres el hijo del Nagual. ¡Eso es una mentira! También eres como nosotros los Genaros, porque también Genaro ayudó a construir tu luminosidad. También eres uno de nosotros. ¿Comprendes lo que quiero decir? De modo que no debes creer lo que te digan. También nos perteneces. Las brujas no saben que el Nagual nos lo contó todo. Creen que son las únicas que saben. Costó dos toltecas hacernos como somos. Somos hijos de ambos. Esas brujas...
-Espera, espera, Pablito -dije, tapándole la boca.
Calló, aparentemente asustado por lo súbito de mi movimiento.
-¿Qué me quieres dar a entender con eso de que costó dos toltecas hacernos?
-El Nagual nos hizo saber que éramos toltecas. Todos nosotros somos toltecas. Según él, un tolteca es un receptor y conservador de misterios. El Nagual y Genaro son toltecas. Nos dieron su luminosidad y sus misterios. Recibimos sus misterios y ahora los conservamos.
Su empleo de la palabra «tolteca» me desconcertó. Yo estaba familiarizado únicamente con su significado antropológico. En ese contexto, refiere siempre a la cultura de un pueblo de lengua nahuatl del centro y sur de México, ya extinguido en tiempos de la Conquista.
-¿Por qué nos llamaba toltecas? -pregunté, sin saber qué otra cosa decir.
-Porque eso es lo que somos. En vez de decir qué éramos brujos o hechiceros, él decía que éramos toltecas.
-Si ese es el caso, ¿por qué tú llamas brujas a las hermanitas?
-Oh... es que las odio. Eso no tiene nada que ver con lo que somos.
-¿Les dijo el Nagual eso a todos?
-Claro, por supuesto. Todos lo saben.
-Pero a mí nunca me lo dijo.
-Oh... es que tú eres un hombre muy educado y siempre estás discutiendo cosas estúpidas.
Rió, en un tono forzado y agudo, y me dio unas palmaditas en la espalda.
-¿Les dijo el Nagual en alguna oportunidad que los toltecas eran un pueblo antiguo que vivió por esta parte de México? -pregunté.
-¿Ves a dónde vas a parar? Por eso a ti no te dijo nada. Lo más probable es que el viejo cuervo no supiera que se trataba de un pueblo antiguo.
Se mecía en la silla mientras reía. Su risa era muy agradable y contagiosa.
-Somos toltecas, Maestro -dijo-. Ten la seguridad de que lo somos. Eso es todo lo que sé. Pero puedes preguntarle al Testigo. Él sabe. Yo he perdido el interés por la cuestión hace mucho.
Se puso de pie y se dirigió al fogón. Lo seguí. Examinó una olla llena de comida que se cocía a fuego lento. Me preguntó si sabía quién lo había preparado. Estaba casi

seguro de que había sido la Gorda, pero le respondí que no sabía. La olió cuatro o cinco veces, en cortas inhalaciones, como un perro. Luego anunció que su nariz le informaba que lo había hecho la Gorda. Me preguntó si yo lo había probado; cuando le hice saber que había acabado de comer exactamente antes de que él llegara, cogió un tazón de un estante y se sirvió una enorme ración. Me recomendó, en términos imperativos, que sólo comiera cosas preparadas por la Gorda y que usara únicamente su tazón, tal como él lo estaba haciendo. Le conté que la Gorda y las hermanitas me habían servido de comer en un tazón oscuro que guardaban en un estante separado de los demás. Me informó que ese tazón pertenecía al Nagual. Regresamos a la mesa. Comió con la mayor lentitud y no pronunció una sola palabra. Su absoluta concentración en el comer me llevó a tomar conciencia de que todos ellos hacían lo mismo: tragaban en completo silencio.

-La Gorda es una gran cocinera -dijo, al terminar-. Solía alimentarme. Hace siglos de ello, antes de odiarme, antes de convertirse en una bruja; quiero decir, en una tolteca.

Me miró con un expresivo destello y me guiñó un ojo.

Sentí la obligación de comentar que la Gorda me había dado la impresión de ser incapaz de odiar a nadie. Le pregunté si sabía que ella había perdido la forma.

-¡Eso es una sarta de tonterías! -exclamó.

Me observó como si estuviese midiendo la sorpresa de mis ojos, y luego escondió la cara tras un brazo y sofocó una risa tonta al modo de un niño confundido.

-Debo admitir que realmente lo ha hecho -agregó-. Es fantástica.

-Entonces, ¿por qué te desagrada?

-Te diré algo, Maestro, porque confío en ti. No me desagrada en lo más mínimo. Es realmente la mejor. Es la mujer del Nagual. Sólo que procedo así con ella porque me gusta que me mime, y lo hace. Nunca se irrita conmigo. A veces me dejo llevar y me trabo en lucha con ella. Cuando esto sucede, se limita a quitarse de en medio, como hacía el Nagual. Al minuto siguiente ni siquiera recuerda lo que hice. Ahí tienes a un verdadero guerrero sin forma. Hace lo mismo con todos. Pero los demás somos unos despojos lamentables. Somos malos. Esas tres brujas nos odian y nosotros las odiamos.

-Ustedes son brujos, Pablito. ¿No pueden cesar esas riñas?

-Claro que podemos, pero no lo deseamos. ¿Qué esperabas que hiciésemos? ¿Que nos comportáramos como hermanos y hermanas?

No supe qué decir.

-Ellas eran las mujeres del Nagual -prosiguió-. Y, sin embargo, todo el mundo esperaba que me hiciese con ellas. ¡Cómo, en nombre de Dios, voy a hacerlo! Lo intenté con una y, en vez de apoyarme, la bruja estuvo a punto de asesinarme. De modo que ahora cada una de esas mujeres anda tras mi escondite como si hubiese cometido un crimen. Lo único que hice fue seguir las instrucciones del Nagual. Él me ordenó tener relaciones íntimas con todas ellas, una por una, hasta lograr tenerlas con todas a la vez. Pero no lo conseguí con ninguna.

Deseaba preguntarle por su madre, doña Soledad, pero no se me ocurrió ningún modo de traerla a la conversación. Callamos por un momento.

-¿Las odias por lo que trataron de hacerte? -preguntó de pronto.

Vi mi oportunidad.

-No, en absoluto -dije-. La Gorda me explicó sus razones. Pero el ataque de doña Soledad fue aterrador. ¿La ves a menudo?

No respondió. Miró al techo. Repetí mi pregunta. Advertí que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Su cuerpo tembló, convulsionado por silentes sollozos.

Declaró que una vez había tenido una hermosa madre, a la cual, sin duda, yo recordaría. Su nombre era Manuelita, una santa mujer que crió dos niños, trabajando como una mula para mantenerlos. Sentía la más profunda veneración por aquella mujer, que les había alimentado y amado.

Pero un horrible día su destino se había cumplido y se había encontrado con Genaro y el Nagual, y, entre los dos, habían destruido su vida. Con tono muy emotivo, Pablito aseveró que los dos demonios se habían llevado su alma y el alma de su madre. Asesinaron a Manuelita y dejaron en su lugar a Soledad, esa horrenda hechicera. Me clavó los ojos bañados en lágrimas y sostuvo que esa espantosa mujer no era su madre. No era posible que fuese su Manuelita.

Sollozaba de una manera incontrolable. Yo no sabía qué decir. Su estallido emocional era a tal punto auténtico, y sus argumentos tan verosímiles, que me vi dominado por una oleada de sentimentalismo. Pensando como lo haría la mayoría de los hombres civilizados, tuve que estar de acuerdo con él. A juzgar por la apariencia, era una verdadera desgracia para Pablito haberse cruzado en el camino de don Juan y de don Genaro.

Pasé el brazo por sobre sus hombros y estuve a punto de echarme a llorar. Tras un largo silencio, se puso de pie y salió por la puerta trasera. Le oí sonarse la nariz y lavarse la cara en un cubo de agua. Volvió más sereno. Hasta sonreía.

-No me interpretes mal, Maestro -dijo-. No culpo a nadie de lo que me ha sucedido. Fue mi destino. Genaro y el Nagual actuaron como impecables guerreros que eran. Soy débil; eso es todo. Y fracasé en mi misión. El Nagual decía que la única posibilidad que tenía de evitar el ataque de esa horrible bruja consistía en acorralar a los cuatro vientos, y hacerlos soplar desde mis cuatro lados. Pero no lo conseguí. Esas mujeres estaban de acuerdo con la hechicera, Soledad, y no me prestaron ayuda. Buscaban mi muerte.

»El Nagual me dijo también que si yo fallaba, tú tampoco tendrías posibilidad alguna. Aseguró que, si ella te mataba, yo debía huir y tratar de salvar la vida. Dudaba de que consiguiera siquiera alcanzar el camino. Sostenía que tu poder más lo que la bruja ya sabía, la harían insuperable. De modo que, cuando comprendí que no lograría acorralar a los cuatro vientos, me consideré muerto. Y, como era de esperar, odié a esas mujeres. Pero hoy, Maestro, me has llenado de nuevas esperanzas.

Le dije que sus sentimientos hacia su madre me habían llegado muy profundamente. Me encontraba en realidad horrorizado por todo lo sucedido, pero dudaba intensamente de mi capacidad para traerle esperanzas de ninguna clase.

-¡Lo has hecho! -exclamó con gran certidumbre-. Me sentí terriblemente mal todo este tiempo. Ver a la propia madre corriendo tras uno con un hacha es algo que no puede hacer feliz a nadie. Pero ahora ella está fuera de la cuestión, merced a ti y a todo lo que has hecho.

»Esas mujeres me odian porque están convencidas de que soy un cobarde. No hay lugar en sus endurecidas mentes para comprender que somos diferentes. Tú y esas cuatro mujeres son diferentes de mí y del Testigo y de Benigno en muy amplio grado. Ustedes cinco estaban considerablemente más cerca de la puerta antes de que el Nagual los hallara. Él nos contó que en una oportunidad habías llegado a tratar de suicidarte. Nosotros no éramos así. Estábamos bien, vivos y felices. Éramos todo lo contrario de ti. Ustedes eran personas desesperadas; nosotros no. Si Genaro no se hubiese cruzado en mi camino, yo sería un carpintero satisfecho. O estaría muerto. Eso no importa. Habría dado lo mejor de mí y me encontraría a gusto.

Sus palabras suscitaron en mí un estado de ánimo singular. No pude dejar de admitir que tenía razón cuando decía que tanto aquellas mujeres como yo éramos individuos desesperados. De no haber conocido a don Juan, seguramente habría muerto; pero no podía decir, como Pablito, que me hubiese ido bien de otra manera. Don Juan había dado vida y vigor a mi cuerpo y libertad a mi espíritu.

Las afirmaciones de Pablito me hicieron recordar algo que don Juan me había dicho una vez, hablando de un anciano, amigo mío. Don Juan había asegurado, de modo tajante, que el hecho de que el viejo

viviese o muriese no tenía la menor importancia. Me enfadé un tanto ante lo que me parecía una redundancia de parte de don Juan. Le respondí que no hacía falta señalar que la vida o la muerte de aquel hombre carecía de importancia, por cuanto nada en el mundo podía tener trascendencia alguna, salvo para cada uno personalmente.

-¡Tú lo has dicho! -exclamó, y rió-. Eso exactamente es lo que quiero decir. La vida y la muerte de ese viejo no significan nada para él mismo. Podía haber muerto en mil novecientos veintinueve, o en mil novecientos cincuenta, o vivido hasta mil novecientos noventa y cinco, Eso no importa. Es absurdamente igual para él.

Así había sido mi vida antes de conocer a don Juan. Nada me había importado. Solía actuar como si ciertas cosas me afectasen, pero no dejaba de ser una estratagema para parecer un hombre sensible.

La voz de Pablito interrumpió mis reflexiones. Quería saber si había lastimado mis sentimientos. Le aseguré que no había nada de eso. Con el objeto de reiniciar el diálogo, le pregunté dónde había conocido a don Genaro.

-Mi destino era que mi patrón se enfermase -dijo-. Debido a ello hube de ir al mercado a construir una nueva serie de tiendas de ropa. Trabajé en ese lugar durante dos meses. Allí conocí a la hija del propietario de una de las tiendas. Nos enamoramos. Hice la tienda de su padre ligeramente más grande que las demás, de modo de poder hacer el amor con ella tras el mostrador mientras su hermana atendía a los clientes.

Un día Genaro llevó un saco de plantas medicinales a un comerciante del otro lado de la nave, y, mientras conversaba con él, notó que el puesto de ropas vibraba. Observó con atención el lugar, pero vio solamente a la hermana, dormitando en una silla. El hombre informó a Genaro de que cada día el puesto vibraba así alrededor de esa hora. Al día siguiente, Genaro llevó al Nagual, para que viese vibrar la construcción, y consiguió su propósito. Regresaron al otro día y volvió a vibrar. De modo que esperaron hasta que salí. Fue entonces que trabé relación con ella, y poco después Genaro me contó que era herborista y me propuso preparar para mí una poción merced a la cual ninguna mujer se me resistiría. Me gustaban las mujeres, así que piqué. Ciertamente me preparó la poción, pero ello le llevó diez años. En el ínterin llegué a conocerlo muy bien, y a quererlo más que si fuese mi propio hermano. Y ahora lo extraño como no te puedes imaginar. Como puedes ver, me hizo trampa. A veces me alegro de que lo haya hecho; no obstante, las más de las veces me irrita.

-Don Juan me dijo que los brujos debían contar con un presagio antes de decidirse por algo. ¿Hubo algo de eso contigo, Pablito?

-Sí. Genaro me contó que el ver temblar el puesto despertó su curiosidad y entonces vio que dos personas hacían el amor tras el mostrador. De modo que se sentó a esperar que salieran; quería ver quiénes eran. Al cabo de un rato apareció la muchacha, pero a mí no me vio. Pensó que resultaba muy extraño, tras estar tan decidido a ponerme los ojos encima. Al día siguiente regresó en compañía del Nagual; Genaro fue a pasearse por la parte de atrás del puesto, en tanto el Nagual aguardaba delante. Tropecé con Genaro cuando salía a gatas. Creí que no me había visto porque yo me hallaba aún detrás del trozo de tela que cubría la abertura que había dejado en la pared lateral. Comencé a ladrar, para hacerle pensar que debajo del trapo había un perrito. Gruñó y me ladró y me llevó a la convicción de que al otro lado había un enorme perro enfurecido. Me asusté tanto que salí corriendo por el lado opuesto y me di de bruces con el Nagual. Si hubiese sido un hombre corriente, lo hubiera derribado, dado que lo cogí enteramente de frente; en cambio, me alzó como a un niño. Me quedé absolutamente pasmado. Para ser un hombre tan viejo, era verdaderamente fuerte. Pensé que un hombre tan fuerte me podía servir para acarrear ma-

deras. Además, no quería desprestigiarme ante la gente que me había visto salir corriendo de debajo del mostrador. Le pregunté si le gustaría trabajar para mí. Me dijo que sí. En esa misma jornada fue al taller y comenzó a hacer las veces de mi asistente. Trabajó allí cada día durante dos meses. No tuve una solo oportunidad frente a esos dos demonios.

Lo incongruente de la imagen del Nagual trabajando para Pablito me resultaba extremadamente cómico. Pablito empezó a remedar el modo en que don Juan se echaba los maderos sobre los hombros. Tuve que coincidir con la Gorda en que Pablito era tan buen actor como Josefina.

-¿Por qué se dieron todas esas molestias, Pablito?

-Tenían que engañarme. No creerás que yo estaba dispuesto a irme con ellos así como así ¿no? Había pasado la vida oyendo hablar de brujas y curanderos y hechiceros y espíritus, sin creer jamás una palabra de ello. Quienes hablaban de esas cosas no eran más que ignorantes. Si Genaro me hubiese dicho que él y su amigo eran brujos, me hubiera alejado de ellos. Pero eran demasiado inteligentes para mí. Los dos zorros eran realmente astutos. Hicieron las cosas sin prisa. Genaro decía que hubiese esperado por mí así pasaran veinte años. Es por eso que el Nagual entró a trabajar para mí. Yo se lo pedí, de modo que le entregué la llave.

»El Nagual era un trabajador diligente. Yo era un tanto pícaro por entonces, y creía ser quien le tendía una trampa a él. Estaba convencido de que el Nagual no era más que un viejo indio estúpido, de modo que le comuniqué que pensaba decir al patrón que era mi abuelo, para que lo contratara; a cambio, debía entregarme un porcentaje de su salario. El Nagual me respondió que era muy amable por mi parte el hacerlo así. Me daba una parte de los pocos pesos que ganaba cada día.

»Mi patrón estaba impresionado por la capacidad de trabajo de mi abuelo. Pero los demás se burlaban de él. Como sabes, tenía la costumbre de hacer crujir todas sus articulaciones de tanto en tanto. En el taller lo hacía toda vez que acarreaba algo. Naturalmente, la gente creía que era tan viejo que siempre que se echaba algo a la espalda su cuerpo chirriaba.

»Con el Nagual como abuelo me sentía bastante desdichado. Pero para entonces Genaro ya había seducido mi avaricia, diciéndome que proporcionaba al Nagual una mezcla de plantas especial que lo hacía ser fuerte como un toro. Cada día acostumbraba llevarle un pequeño montón de hojas maceradas. Aseveraba que su amigo no era nada sin el brebaje, y, para demostrármelo, pasó dos días sin dárselo. Sin las hojas el Nagual parecía ser un viejo común y corriente. Genaro me convenció de que a mí también me era posible utilizar su pócima para que las mujeres me amasen. Ello despertó todo mi interés, sobre todo cuando me dijo que podíamos ser socios si le ayudaba a preparar la fórmula y dársela a su amigo. Un día me mostró unos dólares y me contó que había vendido su primer lote a un norteamericano. Eso me terminó de atraer y me convertí en socio suyo.

»Mi socio Genaro y yo teníamos grandes planes. Él sostenía que yo debía tener mi propio taller, porque con el dinero que íbamos a hacer con su fórmula podría comprar lo que quisiera. Compré un local y mi socio pagó por él. De modo que me entusiasmé. Sabía que hablaba en serio y comencé a trabajar en la preparación de su mezcla de hojas.

A esa altura, yo tenía la seguridad de que don Genaro había empleado plantas psicotrópicas en su receta. Razoné que debía de haber dado a Pablito su producto para garantizarse su sumisión.

-¿Te dio plantas de poder, Pablito? -pregunté.

-Desde luego -replicó-. Me dio su preparado. Tragué toneladas de él.

Describió y realizó la imitación del modo en que don Juan se sentaba junto a la puerta de la casa de don Genaro, profundamente aletargado, y volvía a la vida tan pronto como la pócima tocaba sus labios.

Pablito me dijo que, a la vista de tal transformación, se vio obligado a probarla.
-¿Qué había en esa fórmula? -pregunté.
-Hojas verdes -respondió-. Todas las hojas verdes que podía recoger. Así de demonio era Genaro. Solía hablar de su fórmula y me hacía reír hasta que me elevaba como una cometa. ¡Dios, cómo disfruté en aquellos días!
Reí para aplacar los nervios. Pablito sacudió la cabeza de uno a otro lado y se aclaró la garganta dos o tres veces. Parecía estar haciendo un esfuerzo por no llorar.
-Como ya te he dicho, Maestro -prosiguió-, me impulsaba la codicia. Secretamente planeaba deshacerme de mi socio tan pronto como aprendiera a preparar la fórmula por mí mismo. Genaro no ha de haber ignorado nunca mis designios; poco antes de partir, me abrazó y me dijo que era hora de cumplir mi deseo; era hora de deshacerme de mi socio, porque ya había aprendido a hacer la poción.
Pablito se puso de pie. Tenía los ojos llenos de lágrimas.
-El hijo del diablo de Genaro -dijo con dulzura-, El maldito demonio. Le quise realmente, y, si no fuese tan cobarde, estaría preparando su brebaje.
No quise escribir más. Para disipar mi tristeza, recordé a Pablito que debíamos ir a buscar a Néstor.
Estaba recogiendo mis notas para partir cuando la puerta de entrada se abrió de un fuerte golpe. Pablito y yo dimos un salto instintivamente y nos volvimos a mirar. Néstor estaba de pie en el vano. Corrí hacia él. Nos encontramos en medio de la habitación delantera. Se abalanzó sobre mí y me aferró por los hombros. Me pareció más alto y fuerte que en nuestra anterior reunión. Su cuerpo, largo y delgado, había adquirido una elegancia casi felina. Por una u otra razón, la persona que tenía frente a mí, que me miraba fijamente, no era el Néstor que había conocido. Le recordaba como un hombre tímido, al que avergonzaba sonreír a causa de sus dientes torcidos, un hombre que había sido confiado a Pablito para que éste cuidase de él. El Néstor que estaba viendo era una mezcla de don Juan y don Genaro. Era nervudo y ágil como don Genaro, pero tenía el poder de fascinación de don Juan. Quise complacerme en mi perplejidad, pero todo lo que logré hacer fue echar a reír como él. Me dio unas palmaditas en la espalda. Se quitó el sombrero. Recién entonces me percaté de que Pablito no lo llevaba. Y también advertí que Néstor era mucho más moreno y más recio. A su lado, Pablito se veía casi frágil. Ambos llevaban tejanos, chaquetas gruesas y zapatos con suela de crepé.
La presencia de Néstor en la casa disipó instantáneamente lo opresivo del ambiente. Le propuse reunirnos en la cocina.
-Llegas en buen momento -dijo Pablito a Néstor con una enorme sonrisa cuando nos sentamos-. El Maestro y yo estábamos aquí sollozando, recordando a los demonios toltecas.
-¿Es cierto que llorabas, Maestro? -preguntó Néstor con una sonrisa maliciosa.
-No te quepa duda -replicó Pablito.
Un suave crujido en la puerta delantera hizo callar a Pablito y a Néstor. Se pusieron de pie y yo hice lo mismo. Miramos a la puerta. Estaba siendo abierta con sumo cuidado. Pensé que tal vez la Gorda hubiese regresado y abriera la puerta poco a poco para no molestarnos. Cuando finalmente se abrió lo suficiente para dejar paso a una persona, entró Benigno, como si lo hiciese furtivamente en una habitación a oscuras. Tenía los ojos cerrados y andaba de puntillas. Me hizo pensar en un niño que tratase de entrar sin ser visto en un cine, por la puerta de salida, para asistir a una función, sin atreverse a hacer ruido y sin distinguir nada en la oscuridad.
Todos contemplábamos a Benigno en silencio. Abrió un ojo sólo lo necesario para echar una mirada fugaz y orientarse y se dirigió, siempre en puntillas, a la cocina. Pablito y Néstor se sentaron y me indicaron que hiciese lo mismo. Entonces Benigno se deslizó por el banco hasta llegar a mi lado. Me dio un leve cabezazo en el hombro, tan sólo un suave golpecito, para que

me corriese y le hiciese lugar en el banco. Se sentó cómodamente, con los ojos aún cerrados.
Vestía tejanos, como Pablito y Néstor. Su rostro había engordado desde nuestro anterior encuentro, años atrás, y su pelo se veía diferente, aunque yo no supiera explicar por qué. Tenía una tez más clara que la que yo recordaba, dientes muy pequeños, pómulos altos, nariz breve y orejas grandes. Siempre me había dado la impresión de ser un niño cuyos rasgos no hubieran madurado.
Pablito y Néstor, que habían callado en el momento de la entrada de Benigno, siguieron conversando mientras éste se sentaba, como si nada hubiese ocurrido.
-Claro, lloraba conmigo -dijo Pablito.
-Él no es un llorón como tú -le replicó Néstor.
Entonces se volvió hacia mí y me abrazó.
-Me alegra muchísimo que estés vivo -dijo-. Acabamos de hablar con la Gorda y nos dijo que eras el Nagual, pero no nos explicó cómo te las arreglaste para salvar tu vida. ¿Cómo fue, Maestro?
Entonces se me presentó una curiosa elección. Hubiera podido seguir por el camino de lo racional, como siempre, y decir sin mentir que no tenía la más vaga idea. También podía haber dicho que mi doble me había librado de aquellas mujeres. Estaba estimando el probable efecto de cada una de las alternativas cuando Benigno me distrajo. Abrió ligeramente un ojo y me miró y sofocó una risilla y ocultó la cabeza entre los brazos.
-Benigno, ¿no quieres hablar conmigo? -pregunté.
Negó con la cabeza.
Me sentía cohibido con él allí a mi lado, y opté por preguntar qué problema había conmigo.
-¿Qué hace? -pregunté a Néstor en voz alta.
Néstor frotó la cabeza de Benigno y lo sacudió. Benigno abrió los ojos y los volvió a cerrar.
-Es así, ya lo conoces... -me dijo Néstor-. Es extremadamente tímido. Tarde o temprano abrirá los ojos. No le hagas caso. Si se aburre, se quedará dormido.
Benigno hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, siempre con los ojos cerrados.
-Bueno, ¿cómo fue que te zafaste? -insistió Néstor.
-¿No nos lo quieres decir? -preguntó Pablito.
Expliqué que mi doble había salido de mi coronilla por tres veces. Les hice un relato de lo sucedido.
No se mostraron en absoluto sorprendidos y tomaron mi narración como una cuestión de rutina. Pablito quedó encantado al considerar la posibilidad de que doña Soledad no lograra recuperarse y, a la larga, muriera. Quiso saber si también había golpeado a Lidia. Néstor le ordenó, mediante un gesto perentorio, que callara. Pablito dócilmente se interrumpió en mitad de la frase.
-Lo siento, Maestro -dijo Néstor-, pero no fue tu doble.
-¡Pero si todo el mundo dijo que había sido mi doble!
-Sé a ciencia cierta que has interpretado mal a la Gorda, porque cuando Benigno y yo nos dirigíamos a la casa de Genaro, ella nos alcanzó y nos informó que tú y Pablito estabais aquí. Al referirse a ti, te llamó Nagual. ¿Sabes por qué?
Reí y le respondí que creía que ello era debido a su idea de que yo había recibido la mayor parte de la luminosidad del Nagual.
-¡Uno de nosotros es un imbécil! -dijo Benigno con voz tronante, sin abrir los ojos.
El sonido de su voz era tan extraño que me aparté de él de un salto. Su declaración, completamente inesperada, sumada a mi reacción ante ella, hizo reír a todos. Benigno abrió un ojo, me observó un instante y luego enterró la cabeza entre los brazos.
-¿Sabes por qué llamábamos el Nagual a Juan Matus? -me preguntó Néstor.
Le confesé que siempre había pensado que era un modo delicado de llamarle brujo.
La carcajada de Benigno fue tan estre-

pitosa que su sonido apagó las voces de todos los demás. Parecía estar divirtiéndose inmensamente. Apoyó la cabeza en mi hombro cual si se tratase de un objeto cuyo peso le resultara ya insoportable.
-Le llamábamos el Nagual -prosiguió Néstor- porque estaba escindido en dos partes. Dicho en otros términos, toda vez que lo necesitaba, le era posible salir por un camino con el que nosotros no contábamos; algo surgía de él, algo que no era un doble sino una sombra horrenda, amenazante, de aspecto semejante al suyo, pero del doble de su tamaño. Llamamos Nagual a esa sombra y todo aquel que la tiene es, por supuesto, el Nagual.
»El Nagual nos dijo que, si lo deseábamos, todos podíamos disponer de esa sombra que surge de la cabeza, pero lo más probable es que ninguno de nosotros lo desee. Genaro no lo quería, de modo que supongo que nosotros tampoco lo queremos. Por lo que parece, eres tú quien carga con ello.
Se desternillaron de risa. Benigno me rodeó los hombros con el brazo y rió hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas.
-¿Por qué dices que cargo con ello? -pregunté a Néstor.
-Consume mucha energía -dijo-, demasiado trabajo. No sé cómo puedes mantenerte en pie.
»El Nagual y Genaro te dividieron en el bosquecillo de eucaliptus. Te llevaron allí porque los eucaliptos son tus árboles. Yo estaba allí, y presencié el momento en que te abrieron y sacaron tu nagual. Lo hicieron tirándote de las orejas hasta que tu luminosidad estuvo separada en dos y dejaste de ser un huevo, para convertirte en dos largos trozos de luminosidad. Luego te volvieron a unir, pero cualquier brujo que vea puede decir que hay un enorme agujero en el centro.
-¿Cuál es la ventaja de haber sido dividido?
-Tienes un oído que lo oye todo y un ojo que lo ve todo y siempre te será posible sacar un kilómetro de ventaja en caso de necesidad. A esa división obedece también el que nos hayan dicho que tú eras el Maestro.
»Intentaron también dividir a Pablito, pero aparentemente fracasaron. Es demasiado consentido y siempre se ha gratificado como un cerdo. Es por ello que tiene tantas arrugas.
-Entonces, ¿qué es un doble?
-Un doble es el otro, el cuerpo que se obtiene mediante el soñar. Tiene exactamente el mismo aspecto que uno.
-¿Tienen todos un doble?
Néstor me miró con la sorpresa reflejada en sus ojos.
-¡Eh, Pablito, háblale de dobles al Maestro! -dijo riendo.
Pablito pasó al otro lado de la mesa y sacudió a Benigno.
-Háblale tú, Benigno -dijo-. Mejor aún, muéstraselo.
Benigno se puso de pie, abrió los ojos tanto como pudo y miró al techo; luego se bajó los pantalones y me mostró el pene.
Los Genaros estallaron en risotadas.
-¿Tu pregunta fue hecha en serio, Maestro? -me preguntó Néstor, inquieto.
Le aseguré que había expresado con absoluta autenticidad mi deseo de conocer todo lo relativo a su saber. Me lancé entonces a una larga aclaración acerca de cómo don Juan me había mantenido apartado de su mundo por motivos que no alcanzaba a desentrañar, impidiéndome una relación más estrecha con ellos.
-Piensen en esto -dije-: hasta hace tres días ignoré que esas cuatro muchachas fuesen aprendices del Nagual, y que Benigno lo fuera de Genaro.
Benigno abrió los ojos.
-Y tú piensa en esto -dijo-: hasta hoy ignoré que fueses tan estúpido.
Volvió a cerrar los ojos y los tres echaron a reír como locos. No me quedó más remedio que sumarme a ellos.
-Te estábamos tomando el pelo, Maestro -dijo Néstor a modo de disculpa-. Creíamos que tú nos lo estabas tomando a nosotros, con tu insistencia en el tema. El Nagual nos dijo que veías. Si es así, te darás cuenta de que somos un grupo ridículo. Carecemos del cuerpo del soñar. No tenemos doble.

Del modo más grave y formal, Néstor me hizo saber que algo se interponía entre ellos y su deseo de tener un doble. Entendí que lo que me quería decir era que, desde la partida de don Juan y don Genaro, se había creado una barrera. Él pensaba que probablemente fuese producto del fracaso de Pablito en su tarea. Pablito agregó que, desde que el Nagual y Genaro se habían ido, algo les perseguía; incluso Benigno, que por entonces vivía en el punto más meridional de México, había tenido que regresar. Sólo al estar los tres juntos se sentían seguros.

-¿Y de qué crees que se trate? -pregunté a Néstor.

-Hay algo allí fuera, en esa inmensidad, que nos atrae -replicó-. Pablito considera que la culpa es suya, por ponerse a malas con las mujeres.

Pablito se volvió hacia mí. Había un brillo intenso en sus ojos.

-Me han echado una maldición, Maestro -dijo-. Sé que soy la causa de todas nuestras dificultades. Quise desaparecer de estos alrededores tras mi pelea corn Lidia, y a los pocos meses me fui a Veracruz. Allí me encontré realmente feliz, junto a una muchacha con la que pretendía casarme. Conseguí trabajo y todo me iba bien, hasta que un día llegué a casa y me encontré con esos cuatro monstruos hombrunos que, como animales de presa, me habían seguido el rastro por el olfato. Estaban en mi casa, atormentando a mi mujer. La bruja de Rosa puso la mano sobre el vientre de mi mujer y la hizo cagar en la cama; como lo oyes. Su jefe, Cien Nalgas, me dijo que habían cruzado el continente buscándome. Me cogió por el cinturón y me arrancó de allí. Me empujó hasta la estación de autobuses para traerme aquí. Yo estaba enloquecido porque no podía enfrentarme con Cien Nalgas.

Me hizo subir al autobús. Pero en el camino huí. Corrí por entre arbustos y sobre colinas hasta que los pies se me hincharon al punto de no poder quitarme los zapatos. Estuve al borde de la muerte. Pasé nueve meses enfermo. Si el Testigo no me hubiese encontrado, no estaría vivo.

-Yo no le encontré -me dijo Néstor-. Fue la Gorda. Me llevó hasta el lugar en que se hallaba y entre los dos lo ayudamos a llegar al autobús y lo trajimos aquí. Deliraba y pagamos un suplemento del billete para que el conductor le permitiera permanecer en el vehículo.

Con acentos sumamente dramáticos, Pablito dijo que él no había cambiado de parecer; aún deseaba morir.

-Pero, ¿por qué? -le pregunté.

Benigno respondió por él, con voz estruendosa.

-Porque no le funciona la picha -dijo.

El resonar de su voz fue tan extraordinario que tuve la fugaz impresión de que hablaba desde dentro de una caverna. Era a la vez aterradora y absurda. Reí, casi fuera de control.

Néstor contó que Pablito había tratado de cumplir su misión de establecer relaciones sexuales con las mujeres, de acuerdo con las instrucciones del Nagual. Éste le había dicho que los cuatro lados de su mundo estaba ya situados en la posición adecuada y que todo lo que tenía que hacer era exigirlos. Pero cuando Pablito fue a exigir su primer lado, Lidia, ella estuvo a punto de darle muerte. Néstor agregó que, en su opinión personal como testigo del evento, la razón por la cual Lidia le había dado el cabezazo era su imposibilidad para cumplir su función como hombre; en vez de sentirse azorada por las circunstancias, le había golpeado.

-¿Estuvo Pablito realmente enfermo como consecuencia de ese golpe, o tan sólo lo fingió? -pregunté, casi chanceando.

Volvió a responder Benigno, con la misma voz retumbante.

-¡Sólo fingía! -dijo-. ¡No fue más que un chichón!

Pablo y Néstor rieron agudamente y chillaron

-No culpamos a Pablito por temer a esas mujeres -dijo Néstor-. Son todas como el propio Nagual, guerreros temibles. Son viles y locas.

-¿Las crees tan malas? -le pregunté.

-Decir que son malas es omitir una par-

te de la verdad -dijo Néstor-. Son exactamente como el Nagual. Son decididas y tenebrosas. Cuando el Nagual estaba aquí, solían sentarse cerca de él y mirar a lo lejos con los ojos entornados durante horas, a veces durante días.

-¿Es cierto que Josefina estuvo rematadamente loca hace tiempo? -inquirí.

-No me hagas reír -replicó Pablito-. No hace tiempo; es ahora cuando está loca. Es la más demente de la pandilla.

Les conté lo que me había hecho. Suponía que iban a apreciar el aspecto cómico de su magnífica actuación. Pero mi relato pareció caerles mal. Me escucharon como niños asustados; hasta Benigno abrió los ojos para atender a mis palabras.

-¡Es tremendo! -exclamó Pablito-. Esas brujas son realmente horrorosas. Y sabes que su jefe es Cien Nalgas. Es ella quien arroja la piedra y esconde la mano y finge ser una niña inocente. Ten cuidado con ella, Maestro.

-El Nagual preparó a Josefina para que fuese capaz de hacerle todo en cualquier momento -explicó Néstor-. Puede fingir lo que se te ocurra: llanto, risa, ira... cualquier cosa.

-Pero, ¿cómo es cuando no hace comedia? -pregunté a Néstor.

-Está loca de remate -respondió Benigno con voz suave-. Conocí a Josefina el día de su llegada. Tuve que arrastrarla hacia la casa. El Nagual y yo solíamos tenerla atada a la cama. Una vez se echó a llorar por su amiga, una pequeña con la que en otros tiempos había jugado. Lloró tres días. Pablito la consolaba y le daba de comer como a un bebé. Ella es como él. Ninguno de los dos sabe cómo detenerse una vez que ha comenzado.

De pronto, Benigno empezó a olisquear el aire. Se puso de pie y fue hasta el fogón.

-¿Es realmente tímido? -pregunté a Néstor.

-Es tímido y excéntrico -fue Pablito quién replicó-. Será así hasta que pierda la forma. Genaro nos dijo que tarde o temprano perderíamos la forma, de modo que no tiene sentido amargarnos la vida tratando de cambiar como nos indicó el Nagual. Genaro nos aconsejó divertirnos y no preocuparnos por nada. Tú y las mujeres se inquietan y se esfuerzan; nosotros, por el contrario, lo pasamos bien. Tú no sabes disfrutar de las cosas y nosotros no sabemos amargarnos la vida. El Nagual llamaba al amargarse la vida ser impecable; nosotros le llamamos estupidez, ¿no es así?

-Hablas únicamente por ti mismo, Pablito -dijo Néstor-. Benigno y yo no compartimos tu oposición.

Benigno trajo un tazón de comida y me lo puso delante. Sirvió a todos. Pablito examinó los recipientes y preguntó a Benigno de dónde los había sacado. Benigno le informó que estaban en una caja, en el lugar que la Gorda le había dicho que los tenía guardados. Pablito me dijo en confianza que aquéllos habían sido sus tazones antes de la ruptura.

-Debemos tener cuidado -comentó Pablito en tono nervioso-. Es indudable que estos tazones están hechizados. Esas brujas les ponen algo. Yo preferiría usar el de la Gorda.

Néstor y Benigno empezaron a comer. En ese momento advertí que Benigno me había dado el tazón marrón. Pablito parecía confundido. Quise tranquilizarle, pero Néstor me detuvo.

-No lo tomes en serio -dijo-. Le gusta ser así. Se sentará y comerá. Es allí donde tú y las mujeres fallan. No hay modo de hacerles entender que Pablito es así. Esperan que todo el mundo sea como el Nagual. La Gorda es la única que no se inmuta por él; no porque lo comprenda, sino porque ha perdido la forma.

Pablito se sentó a comer, y entre los cuatro dimos buena cuenta de toda la olla. Benigno lavó los tazones y volvió a ponerlos en la caja cuidadosamente. Luego, nos sentamos cómodamente en torno a la mesa.

Néstor propuso que, tan pronto como oscureciera, fuésemos a dar un paseo por un barranco cercano al que yo solía ir con don Juan y don Genaro. Por una u otra razón, me sentía poco dispuesto a ir. No tenía la

suficiente confianza en ellos. Néstor afirmó que estaban acostumbrados a andar en la oscuridad y que el arte de un brujo consistía en pasar desapercibido aun en medio de la multitud. Le conté lo que en cierta ocasión me había dicho don Juan, antes de dejarme en un lugar desierto de las montañas, no lejos de allí. Me había pedido que me concentrase en tratar de no ser evidente. Decía que los lugareños conocían a todo el mundo de vista. No había mucha gente, pero quienes allí vivían andaban siempre de un lado para otro y eran capaces de distinguir a un extraño a varios kilómetros. Algunos de ellos poseían armas de fuego y no tenían el menor reparo en disparar.

-No te preocupes por los seres del otro mundo -había dicho don Juan riendo-. Los peligrosos son los mexicanos.

-Eso sigue siendo válido -dijo Néstor-. Siempre fue cierto. Esa es la razón por la cual el Nagual y Genaro eran artistas tan consumados. Aprendieron a pasar inadvertidos por en medio de todo eso. Conocían el arte del acecho.

Aún era demasiado temprano para nuestro paseo por lo oscuro. Quería aprovechar el tiempo para formular a Néstor mi problema crucial. Lo había estado posponiendo hasta ese momento; cierta extraña sensación me había impedido hacerle la pregunta. Era como si la respuesta de Pablito hubiese agotado todo mi interés. Pero el propio Pablito vino en mi ayuda: de pronto, trajo a colación el tema, como si hubiera leído mis pensamientos.

-Néstor también saltó al abismo él mismo día que nosotros -dijo-. Y así fue como se convirtió en el Testigo, tú te convertiste en el Maestro y yo en el tonto del pueblo.

Con tono despreocupado pedía Néstor que me hablara de su salto al vacío. Traté de aparentar poco interés. Pablito era consciente de la verdadera naturaleza de mi forzada indiferencia. Rió y comentó con Néstor que yo procedía con cautela porque su propio relato de los hechos me había decepcionado profundamente.

-Yo lo hice después de ustedes -dijo Néstor, y se quedó mirándome como si esperara otra pregunta.

-¿Saltaste inmediatamente detrás de nosotros? -inquirí.

-No. Me llevó bastante rato disponerme -respondió-. Genaro y el Nagual no me habían dicho qué hacer. Ese era un día de prueba para todos nosotros.

Pablito parecía desalentado. Se levantó de la silla y echó a andar por la habitación. Volvió a sentarse, sacudiendo la cabeza en un gesto de desesperación.

-¿Realmente nos viste arrojarnos al abismo? -pregunté a Néstor.

-Soy el Testigo -replicó. En el presenciar estaba mi camino al conocimiento; contarte impecablemente lo que presencié es mi deber.

-¿Pero qué es lo que viste en verdad? -insistí.

-Los vi aferrarse el uno al otro y correr hasta el límite del abismo. Y luego los vi, como a dos cometas, recortados contra el cielo. Pablito se alejó en línea recta y luego cayó. Tú ascendiste un poco y te alejaste un corto trecho del borde, antes de caer.

-Pero, ¿saltamos con nuestros cuerpos? -quise saber.

-Bueno... no creo que haya otra forma de hacerlo -dijo, y rió.

-¿No pudo haberse tratado de una ilusión? -pregunté.

-¿Qué es lo que estás tratando de decir, Maestro? -preguntó a su vez en tono seco.

-Quiero conocer la verdad de lo ocurrido -dije.

-¿Acaso padeces amnesia, como Pablito? -inquirió Néstor con un destello en la mirada.

Intenté explicarle la naturaleza de mi dilema respecto del salto. No se pudo contener y me interrumpió. Pablito intervino para llamarle al orden y se lanzaron a una discusión. Pablito la eludió mediante el expediente de comenzar a pasearse, semisentado, arrastrando la silla alrededor de la mesa.

-Néstor no ve más allá de sus narices -me dijo-. Benigno es igual. No obtendrás nada de ellos. Al menos cuentas con mi simpatía.

Pablito soltó una risilla aguda que hizo temblar sus hombros y se cubrió la cara con el sombrero de Benigno.

-Por lo que a mí se refiere, ambos saltaron -dijo Néstor en un súbito estallido-. Genaro y el Nagual no les habían dejado otra salida. En eso consistía su técnica: en acorralarlos y guiarlos hacia la única puerta abierta. Por eso ustedes dos se arrojaron al vacío. Eso es lo que yo presencié. Pablito dice que él no sintió nada; eso es discutible. Sé que era perfectamente consciente de todo, pero él prefiere negar su experiencia.

-Yo no era verdaderamente consciente -me aseguró Pablito en tono de disculpa.

-Puede ser -dijo Néstor secamente-. Pero yo sí, y vi sus cuerpos haciendo lo que debían hacer: saltar.

Las afirmaciones de Néstor me pusieron de un humor singular. Hasta ese momento había estado en busca de confirmaciones para lo que había percibido por mí mismo. Pero, una vez logrado mi propósito, comprendía que no tenía la menor importancia. Saber que había saltado y temer lo que había percibido era una cosa; buscar para ello validaciones consensuales era otra. Entendí entonces que no había una correlación necesaria entre ambas. Había creído que el hecho de que alguien corroborase el salto liberaría a mi intelecto de dudas y temores. Estaba equivocado. Contra lo esperado, me sentía más inquieto, más inmerso en la cuestión.

Empecé por comunicar a Néstor que, si bien había ido a verlos con la finalidad específica de obtener de ellos la confirmación de mi salto, había cambiado de idea y no quería hablar más del asunto. Los dos se pusieron a hablar a la vez, de modo que la conversación se generalizó. Pablito sostenía que él no había sido consciente, Néstor gritaba que Pablito era un consentido y yo decía que no quería oír mencionar el salto ni una vez más.

Por primera vez, me resultó absolutamente ostensible que los tres carecíamos de serenidad y de dominio de sí. Ninguno de nosotros estaba dispuesto a prestar toda su atención al otro, como lo hacían don Juan y don Genaro. Puesto que me era imposible mantener un orden mínimo en nuestro intercambio de opiniones, me sumí en mis propias cavilaciones. Siempre había pensado que el único de mis defectos que me había impedido entrar de lleno en el mundo de don Juan era mi insistencia en racionalizarlo todo; pero la presencia de Pablito y de Néstor me acababa de dar una nueva visión de mí mismo. Otro de mis defectos era la timidez. Una vez apartado de los seguros rumbos del sentido común, me faltaba confianza en mí mismo y me dejaba intimidar por el terrible peso de aquello que tenía lugar ante mis ojos. Así consideré imposible creer que yo había saltado al vacío.

Don Juan había afirmado en numerosas ocasiones que en la brujería todo consistía en una cuestión de percepción; fieles a ese criterio, él y don Genaro habían montado un drama enorme, catártico, destinado a nuestro último encuentro en aquella cima arrasada. Cuando me hicieron expresar en palabras claras y audibles mi agradecimiento a cuantos alguna vez me habían ayudado, me embargó la alegría. En ese instante había captado toda mi atención, permitiendo a mi cuerpo percibir el único acto posible dentro de su marco de referencia: el salto al abismo. Ese salto era la realización práctica de mi percepción, no como hombre corriente, sino como brujo.

Estaba tan absorto poniendo por escrito mis pensamientos que no advertí que Néstor y Pablito habían dejado de hablar y los tres me estaban mirando. Les expliqué que, para mí, no había modo de comprender qué había ocurrido en ese salto.

-No hay nada que comprender -dijo Néstor-. Las cosas suceden y nadie puede decir cómo. Pregúntale a Benigno si quiere comprender.

-¿Quieres comprender? -pregunté a Benigno en broma.

-¡Puedes estar seguro de ello! -exclamó con voz de bajo profundo, haciendo reír a todos.

-Te complaces en afirmar que quieres en-

tender -prosiguió Néstor-. Como Pablito se complace en afirmar que no recuerda nada.
Miró a Pablito y me guiñó un ojo. Pablito bajó la cabeza.
Néstor me preguntó si algo me había llamado la atención en el talante de Pablito en el momento previo al salto. Tuve que admitir que no me había visto en situación de reparar en cosas tan sutiles como el talante de Pablito.
-Un guerrero debe advertirlo todo -dijo-. Esa es su peculiaridad y, como decía el Nagual, en ello radica su ventaja.
Sonrió y fingió turbación, cubriéndose la cara con el sombrero.
-¿Qué es lo que omití tomar en cuenta respecto del talante de Pablito? -le pregunté.
-Pablito había saltado antes de acercarse al abismo -respondió-. No tenía que hacer nada. Lo mismo hubiera dado que se sentase en el borde en vez de arrojarse.
-¿Qué quieres decir con eso?
-Pablito ya se estaba desintegrando -replicó-. Es por eso que cree haber perdido el conocimiento. Pablito miente. Oculta algo.
Pablito comenzó a hablar, dirigiéndose a mí. Murmuró algunas palabras ininteligibles; luego se dio por vencido y se desplomó en la silla. Néstor también empezó a decir algo. Le hice callar. No estaba seguro de haber entendido correctamente.
-¿Se estaba desintegrando el cuerpo de Pablito? -pregunté.
Pasó un largo rato mirándome fijamente, sin decir palabra. Estaba sentado a mi derecha. En silencio, se fue a sentar al banco de enfrente.
-Debes tomar en serio lo que digo -sostuvo-. No hay modo de hacer retroceder la rueda del tiempo hasta antes de ese salto. El Nagual decía que es un honor y una satisfacción ser un guerrero, y que la fortuna del guerrero consiste en hacer lo que debe hacer. Te he comunicado impecablemente lo que presencié. Pablito se estaba desintegrando. Cuando corrieron hacia el borde del abismo, sólo tú eras sólido. Pablito era como una nube. Él cree que estuvo a punto de caer de bruces, y tú crees que lo sostuviste por el brazo para ayudarle a llegar al borde. Ambos se equivocan, y yo no dudo que hubiese sido mejor para los dos que no lo recogieses.
Me sentía más confundido que nunca. Le creía sincero en sus afirmaciones, pero recordaba tan sólo haber cogido a Pablito por el brazo.
-¿Qué hubiera sucedido de no intervenir yo? -inquirí.
-No puedo contestar a eso -replicó Néstor-. Pero sé que cada uno de ustedes perjudicó la luminosidad del otro. En el momento en que le rodeaste el brazo, Pablito cobró cierta solidez, pero tú desperdiciaste tu precioso poder por nada.
-¿Qué hiciste tú una vez que hubimos saltado? -pregunté a Néstor tras un largo silencio.
-Tan pronto como hubieron desaparecido -dijo- quedé con los nervios tan destrozados que no podía respirar, y también me desmayé; no sé cuánto tiempo permanecí inconsciente. Creo que fue tan sólo un instante. Al recobrar el sentido miré a mi alrededor en busca de Genaro y del Nagual; se habían ido. Corrí de un lado para otro por aquella cima, llamándoles hasta enronquecer.
Entonces comprendí que estaba solo. Fui hasta el borde del precipicio en busca del signo con que la tierra indica que un guerrero no va a regresar, pero ya era demasiado tarde. En ese momento, tomé conciencia de que Genaro y el Nagual habían partido para siempre. No me había dado cuenta antes de que, tras haberse despedido de ustedes, mientras corrían hacia el vacío, se habían vuelto hacia mí y me habían dicho adiós con la mano.
»Encontrarme solo a esa hora, en aquel lugar desértico, era más de lo que podía soportar. De un solo golpe había perdido a todos los amigos que tenía en el mundo. Me senté y lloré. Y según iba sintiendo más y más pánico iban aumentando en volumen mis chillidos. Grité el nombre de Genaro con toda voz. Para entonces todo estaba negro como boca de lobo. No alcanzaba a distinguir un solo accidente conocido. Sa-

bía que como guerrero no tenía derecho alguno a ceder a mi aflicción. Para serenarme, comencé a aullar como un coyote, a la manera en que el Nagual me había enseñado a hacerlo. Al cabo de un rato de aullar me sentí mucho mejor; tanto, que olvidé mi tristeza. Olvidé la existencia del mundo. Cuanto más aullaba, más fácil me resultaba percibir el calor y la protección de la tierra.

»Deben haber pasado horas. De pronto sentí un golpe en mi interior, detrás de la garganta, y el sonido de una campana en los oídos. Recordé lo que el Nagual había dicho a Eligio y a Benigno antes de que saltaran. Que esa sensación en la garganta se presentaba en el instante inmediatamente anterior a aquel en que uno se dispone a cambiar de velocidad, y que el sonido de la campana era el vehículo del que era posible valerse para lograr cualquier cosa que uno deseara. Lo que yo deseaba era ser un coyote. Me miré los brazos, apoyados en el suelo frente a mí. Habían cambiado de aspecto y semejaban los de un coyote. Vi piel de coyote en ellos y en mi pecho. ¡Era un coyote! Ello me hizo tan feliz que lloré como debe llorar un coyote. Sentía mis dientes de coyote, mi hocico largo y puntiagudo y mi lengua. De algún modo, sabía que había muerto; pero no me importaba. No me importaba haberme convertido en un coyote, ni estar muerto, ni estar vivo. Anduve como un coyote, en cuatro patas, hasta el borde del precipicio, y me arrojé a él. No me quedaba otra cosa por hacer.

»Sentí que caía y que mi cuerpo de coyote daba vueltas en el aire. Entonces volví a ser yo, girando rápidamente en el espacio. Pero antes de llegar al fondo cobré tal ligereza que dejé de caer para empezar a flotar. El aire me pasaba de lado a lado. ¡Era tan liviano! Creí que por fin la muerte me penetraba. Algo agitaba mi interior y me desintegraba como arena seca. El lugar en que me hallaba era pacífico y perfecto. Por alguna razón sabía que estaba allí y, sin embargo, no estaba. Yo era nada. Eso es todo lo que puedo decir sobre ello. Luego, bruscamente, lo mismo que me había reducido a arena seca volvió a reunirme. Retorné a la vida y me encontré sentado en la cabaña de un viejo brujo mazateca. Me dijo que se llamaba Porfirio. Aseguró que estaba contento de verme y comenzó a enseñarme ciertas cosas referidas a plantas de las que Genaro nunca me había hablado. Me llevó al lugar en que se hacían las plantas y me mostró el molde de las plantas, especialmente las marcas de los moldes. Me explicó que si buscaba esas marcas en las plantas podría determinar para qué servían, aun cuando se tratase de una especie que nunca hubiese visto. Una vez seguro de que había aprendido a diferenciar las marcas, me despidió; pero me invitó a volver a verle. En ese momento sentí un violento tirón y me desintegré, como antes. Me dividí en un millón de trozos.

»Luego fui nuevamente atraído hacia mí mismo y volví a ver a Porfirio. Después de todo, me había invitado. Sabía que podía ir a donde quisiera, pero escogí la cabaña de Porfirio porque era amable conmigo y me enseñaba. Además, no quería correr el riesgo de encontrarme con cosas horrorosas. Esa vez Porfirio me llevó a ver el molde de los animales. Allí vi mi propio nagual animal. Nos reconocimos a primera vista. Porfirio quedó encantado con nuestra amistad. También vi el nagual de Pablito y el tuyo, pero no quisieron hablar conmigo. Parecían tristes. No insistí en trabar conversación. No conocía las consecuencias del salto de ustedes. Yo me suponía muerto, pero mi nagual me dijo que no lo estaba; y que ustedes dos también vivían. Le pregunté por Eligio, y mi nagual aseveró que se había marchado para siempre. Recordé que al presenciar el salto de Eligio y Benigno había oído al Nagual dar instrucciones a Benigno en el sentido de no buscar visiones estrafalarias ni mundos fuera del propio. El Nagual le aconsejó aprender tan sólo acerca de su mundo porque al hacerlo así hallaría la única forma de poder adecuada a él. El Nagual le indicó específicamente la conveniencia

de permitir que sus trozos volasen lo más lejos posible, con la finalidad de restaurar su fuerza. Lo mismo hice yo. Pasé del tonal al nagual y viceversa once veces. Cada una de ellas, no obstante, era recibido por Porfirio, quien se encargaba de seguir instruyéndome. En cuanto mis fuerzas disminuían, me restablecía en el nagual; hasta que, en una ocasión, las recobré hasta el punto de volver a hallarme sobre la tierra.
-Doña Soledad me dijo que Eligio no había saltado al abismo -acoté.
-Saltó con Benigno -dijo Néstor-. Pregúntaselo; te lo contará con su voz favorita.
Me volví hacia Benigno y le pregunté.
-¡No tengas duda de que saltamos juntos! -replicó con voz de trompeta-. Pero nunca hablo de ello.
-¿Qué te dijo de Eligio doña Soledad? -preguntó Néstor.
Les conté que doña Soledad me había dicho que Eligio había sido envuelto por un viento y abandonado el mundo cuando trabajaba en campo abierto.
-Está completamente confundida -dijo Néstor-. Eligio fue llevado por los aliados. Pero él no quería a ninguno de ellos, de modo que le dejaron ir. Eso no tiene nada que ver con el salto. La Gorda nos dijo que tuviste un encuentro con los aliados anoche; no sé qué hiciste, pero si hubieras querido atraparlos o seducirlos para que se quedasen contigo, habrías debido girar con ellos. A veces ellos llegan por propia decisión hasta el brujo y le envuelven y le hacen girar. Eligio era el mejor guerrero que había, así que los aliados fueron a él por su cuenta. Si alguno de nosotros quisiera a los aliados, tendríamos que rogarles durante años; aun así, dudo que accedieran a ayudarnos.
»Eligio tuvo que saltar como todo el mundo. Yo presencié su salto. Lo hizo en compañía de Benigno. Buena parte de lo que nos sucede como brujos depende de lo que haga nuestro compañero. Benigno está un poco trastornado porque su compañero no regresó. ¿No es así, Benigno?
-¡No lo dudes! -respondió Benigno con su voz predilecta.
En ese momento sucumbí ante una gran curiosidad que había hecho presa de mí desde la primera vez que había oído hablar a Benigno.
Le pregunté cómo hacía su voz tonante. Se volvió para mirarme. Se sentó tieso y se señaló la boca como si deseara que fijara mis ojos en ella.
-¡No lo sé! -tronó- ¡Me limito a abrir la boca y esta voz sale de ella!
Contrajo los músculos de la frente, curvó los labios y produjo un profundo sonido. Vi entonces que tenía poderosos músculos en las sienes, responsables del singular contorno de su cabeza. No era su peinado lo que había cambiado, sino el conjunto de la porción frontal superior de su cráneo.
-Genaro le legó sus sonidos -me aclaró Néstor-. Espera a que se tire un pedo.
Intuí que Benigno se estaba preparando para demostrar sus habilidades.
-Espera, espera, Benigno –dije- no es necesario.
-¡Oh, mierda! -exclamó Benigno decepcionado-. Reservaba el mejor para ti.
Pablito y Néstor rompieron a reír con tal fuerza que hasta Benigno se unió a ellos.
-Cuéntame qué más le sucedió a Eligio -pedí a Néstor cuando se hubieron calmado.
-Cuando Eligio y Benigno saltaron -replicó Néstor-, el Nagual me hizo ir a toda prisa hasta el borde del abismo para ver el signo con que la tierra indica que se han arrojado guerreros al vacío. Si se aprecia algo semejante a una nube, a una ligera ráfaga, es porque el tiempo del guerrero sobre la tierra aún no ha tocado a su fin. El día en que Eligio y Benigno saltaron sentí una corriente de aire procedente del lado del cual lo había hecho Benigno y comprendí que su tiempo no había expirado. Pero en el lado de Eligio no hubo sino silencio.
-¿Qué crees que le ocurrió a Eligio? ¿Murió?
Los tres me miraron. Estuvieron inmóviles un momento. Néstor se rascó las sienes con ambas manos. Benigno sofocó una risilla y sacudió la cabeza. Intenté ex-

plicarme, pero Néstor me detuvo con un gesto.
-¿Las preguntas que nos haces son serias? -quiso saber.
Benigno respondió por mí. Cuando no hacía el payaso, su voz era profunda y melodiosa. Dijo que el Nagual y Genaro nos habían reunido porque cada uno de nosotros poseía fragmentos de información de los cuales carecían los demás.
-Bien; si ese es él caso, te diremos cómo son las cosas -dijo Néstor sonriendo como si acabara de quitarse un gran peso de encima-. Eligio no murió. Nada de eso.
-¿Dónde está? -pregunté.
Volvieron a mirarme. Tuve la impresión de que estaban haciendo verdaderos esfuerzos por no reír. Les dije que lo único que sabía acerca de Eligio era lo que me había contado doña Soledad. Me había dicho que Eligio había ido al otro mundo a reunirse con el Nagual y con Genaro. A mí eso me sonaba a que los tres estaban muertos.
-¿Por qué hablas así, Maestro? -preguntó Néstor en un tono que revelaba profunda preocupación-. Ni siquiera Pablito habla así.
Pensé que Pablito iba a protestar. Estuvo a punto de ponerse de pie, pero pareció cambiar de opinión.
-Sí, es cierto -dijo-. Ni siquiera yo hablo así.
-Bueno, si Eligio no murió, ¿dónde está? -pregunté.
-Soledad ya te lo ha dicho -respondió Néstor suavemente-. Eligio fue a reunirse con el Nagual y con Genaro.
Consideré conveniente no hacer más preguntas. No quiero decir con ello que mis indagaciones fuesen agresivas, sino que ellos siempre las tomaban como tales. Además, sospechaba que no sabían mucho más que yo.
De pronto, Néstor se puso de pie y empezó a andar de un lado para otro delante de mí. Finalmente, me apartó de la mesa cogiéndome por las axilas. No quería que escribiera. Me preguntó si era cierto que me había desmayado como Pablito en el momento del salto y no recordaba nada. Le dije que había tenido buen número de sueños vívidos o visiones que no podía explicar y les había ido a ver en busca de una aclaración. Me pidieron que les contara todas las visiones que hubiese tenido. Tras escuchar mi relato, Néstor comentó que eran de un tipo muy extraño y que sólo las dos primeras eran de gran importancia y de esta tierra. Las demás eran visiones de mundos ajenos. Explicó que la primera tenía un especial valor porque se trataba de un presagio propiamente dicho. Agregó que los brujos consideraban el primero de los sucesos de toda serie como el anteproyecto del mapa de lo que iba a producirse a continuación.
En aquella visión en particular me encontraba delante de un mundo estrafalario. Había una enorme roca ante mis ojos, una roca que había sido partida en dos. A través de un ancho boquete en ella, alcanzaba a ver una llanura fosforescente y sin límites, una especie de valle, bañado en una luz amarillo verdosa. En un lado del valle, a la derecha, parcialmente oculto a mi vista por la enorme roca, había una increíble estructura en forma de cúpula. Era oscura, de un gris semejante al de la carbonilla. Si mi tamaño hubiese sido el mismo que en el mundo de mi vida corriente, su altura habría llegado a quince mil metros y su ancho a muchos kilómetros. Tal enormidad me deslumbró. Sentí vértigo y caí a plomo en un estado de desintegración.
Volví a experimentar el mismo rechazo y fui a dar sobre una superficie sumamente desigual y, sin embargo, lisa. Era una superficie brillante, interminable, tal como la llanura que había visto antes. Se extendía hasta donde alcanzaba la vista. No tardé en darme cuenta de que podía mover la cabeza en cualquier dirección que deseara sobre un plano horizontal, pero no hacia mí mismo. No obstante, me era posible inspeccionar los alrededores rotando la cabeza de izquierda a derecha y viceversa. Pero cuando pretendía volverme para mirar detrás de mí, no conseguía desplazar mi volumen.

La llanura se extendía monótonamente, igual a mi derecha que a mi izquierda. No había a la vista más que un infinito resplandor blanquecino. Quería ver el suelo que pisaba, pero no podía bajar los ojos. Alcé la cabeza para mirar al cielo; vi otra superficie ilimitada y blanquecina, que parecía unida a aquélla sobre la cual me hallaba. Experimenté una súbita aprensión e intuí que algo estaba a punto de serme revelado. Pero el repentino y devastador asalto de la desintegración lo impidió. Cierta fuerza me arrastró hacia abajo. Fue como si aquella superficie me tragase.

Néstor sostuvo que el haber visto una cúpula era de tremenda importancia porque esa forma en particular había sido referida por el Nagual y por Genaro como imagen del lugar en que se suponía que todos nos íbamos a reunir algún día con ellos.

Llegados a ese punto, Benigno se dirigió a mí, diciendo que había oído las instrucciones recibidas por Eligio en el sentido de dar con esa cúpula. Agregó que el Nagual y Genaro habían insistido en la cuestión, de modo que Eligio la entendiese cabalmente. Ellos siempre habían considerado a Eligio el mejor; por lo tanto, le prepararon para hallar esa cúpula y entrar a su bóveda blanquecina una y otra vez.

Pablito dijo que los tres habían sido instruidos para encontrar esa cúpula, si les resultaba posible, pero ninguno lo había logrado. Comenté en tono de queja que ni don Juan ni don Genaro me habían mencionado jamás nada semejante. Yo no había recibido enseñanza alguna relacionada con una cúpula.

Benigno, que se encontraba sentado a la mesa frente a mí, se puso de pie y vino a mi lado. Se situó a mi izquierda y me susurró al oído que tal vez los dos viejos me hubiesen instruido y yo no lo recordara, aunque también era probable que no me hubieran dicho nada para que no fijase mi atención en ella una vez encontrada.

-¿Cuál era la importancia de la cúpula? -pregunté a Néstor.

-Allí es donde están el Nagual y Genaro -replicó.

-¿Y dónde se encuentra esa cúpula? -inquirí.

-En alguna parte, sobre esta tierra -dijo.

Tuve que explicarle detenidamente la imposibilidad de que una estructura de esas dimensiones existiese en nuestro planeta. Le dije que mi visión había sido algo muy semejante a un sueño y que cúpulas de esa altura sólo eran concebibles como producto de la fantasía. Rió y me palmeó delicadamente la espalda, como si le siguiese la corriente a un niño.

-Tú quieres saber dónde está Eligio -dijo Néstor de pronto-. Pues bien: está en la bóveda blanquecina de esa cúpula con el Nagual y Genaro.

-Pero esa cúpula fue una visión -protesté.

-Entonces Eligio está en una visión -dijo Néstor-. Recuerda lo que Benigno acaba de decirte. Ni el Nagual ni Genaro te ordenaron hallar esa cúpula y regresar a ella. Si lo hubieran hecho, no estarías aquí. Estarías donde Eligio, en la cúpula de esa visión. Como ves, Eligio no murió como muere un hombre en las calles. Simplemente, no regresó de su salto.

Su declaración me resultó asombrosa. No podía apartar de mi memoria la intensidad de las visiones que había tenido, pero por alguna razón desconocida deseaba discutir con él. Néstor, antes de que me fuese posible decir nada, llevó la cosa aún más allá. Me recordó una de mis visiones: la penúltima. Había sido la más angustiosa de todas. En ella me perseguía una extraña criatura oculta. Sabía que estaba allí, pero no alcanzaba a verla, no porque fuese invisible, sino porque el mundo en que me encontraba era tan increíblemente nuevo que no podía determinar qué era cada cosa en él. Fueran lo que fueran los elementos que tenía a la vista, ciertamente no eran de esta tierra. La angustia que experimenté al saberme perdido en un lugar así estuvo a punto de superar mi capacidad emocional. En cierto momento, la superficie sobre la cual estaba parado comenzó a sacudirse. Percibí que cedía bajo mis pies y me aferré a una especie de rama, o un apéndice de algo que me hacía pen-

sar en un árbol, que colgaba, exactamente sobre mi cabeza, en un plano horizontal. En el instante en que la toqué, la cosa me rodeó la muñeca, como si hubiese estado llena de nervios que lo captaran todo. Fui alzado a una tremenda altura. Miré hacia abajo y vi un animal increíble; comprendí que se trataba de la criatura que me había estado persiguiendo. Surgía de una superficie que parecía ser suelo. Distinguí su enorme boca, abierta como una caverna. Oí un rugido estremecedor, completamente sobrenatural, algo semejante a un grito estridente, metálico, sofocado, y el tentáculo que me había cogido me soltó para dejarme caer en aquella boca de aspecto cavernoso. La vi en todos sus detalles en el curso de la caída. Entonces se cerró, conmigo dentro. Inmediatamente, la presión redujo mi cuerpo a una pasta.

-Ya has muerto -dijo Néstor-. Ese animal te comió. Te aventuraste más allá de este mundo y diste con el horror mismo. Nuestra vida y nuestra muerte no son más ni menos reales que tu corta vida en ese lugar y tu muerte en la boca de ese monstruo. Esta vida que tenemos no es sino una larga visión. ¿Te das cuenta?

Espasmos nerviosos recorrieron mi cuerpo.

-No fui más allá de este mundo -prosiguió-, pero sé de qué hablo. No protagonicé cuentos de horror, como ustedes. Lo único que hice fue visitar a Porfirio diez veces. Si hubiese dependido de mí, habría vuelto allí siempre que me fuera posible; pero mi undécimo rebote fue tan violento que cambió mi dirección. Percibí que dejaba atrás la cabaña de Porfirio. En lugar de encontrarme ante su puerta, me hallé en la ciudad, muy cerca de la casa de un amigo mío. Me pareció divertido. Sabía que estaba viajando entre el tonal y el nagual. Nadie me había dicho que los viajes debían serlo de una clase especial. Así que sentí ganas de ver a mi amigo y decidí hacerlo. Comencé a preguntarme si realmente lograría verlo. Llegué a su casa y golpeé la puerta, tal como lo había hecho numerosas veces. Su mujer me hizo pasar como siempre; en efecto, mi amigo estaba en casa. Le dije que había ido a la ciudad por cuestiones de trabajo, e incluso me pagó un dinero que me debía. Me lo puse en el bolsillo. No ignoraba que mi amigo, y su esposa, y el dinero, y su casa, eran una visión, como la cabaña del Porfirio. No ignoraba que una fuerza superior a mí me iba a desintegrar en cualquier momento. De modo que me senté para pasarlo bien con él. Reímos y bromeamos. Y me atrevo a decir que estuve gracioso y brillante y encantador. Pasé allí un largo rato, esperando la sacudida. Como no se producía, decidí marchar. Me despedí y le agradecí el dinero y la hospitalidad. Me fui. Quería ver la ciudad antes de que la fuerza me llevara de allí. Vagué toda la noche. Recorrí el camino que llevaba a las colinas que dominaban la ciudad; en el momento en que el sol se alzó, caí en la cuenta de algo cuya realidad me golpeó como un rayo. Estaba de regreso en el mundo y la fuerza que me iba a desintegrar se había disipado y me permitía quedarme. Iba a ver mi maravillosa tierra natal por mucho tiempo. ¡Qué gran alegría, Maestro! No obstante, no podría decir que la amistad de Porfirio no me haya agradado. Ambas visiones tienen un mismo valor, pero yo prefiero la de mi forma y mi tierra. Tal vez ello se deba a mi tendencia a la comodidad.

Néstor calló y todos me miraron. Me sentí amenazado como nunca lo había estado. Una parte de mí experimentaba un temor reverencial por lo que había dicho; otra deseaba enfrentarse a él. Comencé una discusión sin sentido alguno. Ese absurdo estado de ánimo me duró poco; entonces tomé conciencia de que Benigno me observaba con expresión vil. Unía los ojos fijos en mi pecho. Algo espantoso empezó de pronto a pesar sobre mi corazón. El sudor me corría por el rostro como si tuviese una estufa delante de mí. Los oídos me zumbaban.

La Gorda se acercó a mí en ese preciso momento. Su presencia era completamente inesperada para mí. Estoy seguro de que también lo era para los Genaros. Dejaron

de lado lo que estaban haciendo para mirarla. Pablito fue el primero en sobreponerse a la sorpresa.
-¿Por qué tienes que entrar así? -preguntó en tono plañidero-. Estabas escuchando en la otra habitación, ¿no?
Ella afirmó que había permanecido en la casa tan sólo unos minutos y luego había salido a la cocina. Y la razón por la que se había quedado en silencio nada tenía que ver con el fisgoneo; su actitud obedecía a un deseo de ejercitar su capacidad para pasar inadvertida.
Su presencia había dado lugar a una extraña tregua. Quise volver a seguir el curso de las revelaciones de Néstor; pero, antes de que me fuera posible decir nada, la Gorda aclaró que las hermanitas estaban en camino a la casa y traspondrían el umbral en cualquier momento. Los Genaros se pusieron de pie a la vez, como si hubieran sido levantados por una misma cuerda. Pablito cargó con su silla a la espalda.
-Vamos a caminar en la oscuridad, Maestro -me dijo Pablito.
La Gorda aseveró, en tono imperativo, que yo no podía ir con ellos porque no había terminado de decirme todo lo que el Nagual le había encargado comunicarme.
Pablito se volvió hacia mí y me guiñó un ojo.
-Te lo he dicho -dijo-. Son brujas tiránicas, tenebrosas. Espero sinceramente que tú no seas así, Maestro.

Néstor y Benigno se despidieron y me abrazaron. Pablito salió con su silla a hombros, como si fuese una mochila. Salieron por la puerta trasera.
Unos pocos segundos más tarde, un golpe horriblemente fuerte en la puerta delantera hizo que la Gorda y yo nos pusiéramos de pie de un salto. Pablito volvió a entrar, cargando su silla.
-Pensaste que no me iba a despedir, ¿verdad? -comentó, y se alejó riendo.

5

EL ARTE DEL SOÑAR

Pasé a solas toda la mañana del día siguiente. Trabajé en mis notas. Por la tarde ayudé a la Gorda y a las hermanitas, con mi coche, a transportar los muebles de la casa de doña Soledad a la suya.
Al atardecer, la Gorda y yo nos sentamos en la zona destinada a comedor, a solas. Estuvimos un rato en silencio. Me encontraba muy cansado.
La Gorda rompió el silencio para decir que todos habían estado demasiado satisfechos de sí mismos desde la partida del Nagual y de Genaro. Se habían dedicado exclusivamente a sus tareas particulares. Me hizo saber que el Nagual le había recomendado ser un guerrero vehemente y seguir cualquiera de los caminos que su destino le trazara. Si Soledad hubiese robado mi poder, la Gorda debía huir y tratar de salvar a las hermanitas, uniéndose a Benigno y a Néstor, los únicos dos Genaros que habrían sobrevivido. Si las hermanitas me hubiesen asesinado, su deber consistía en sumarse a los Genaros: las hermanitas ya no necesitarían de ella. Si yo no hubiese sobrevivido al ataque de los aliados, tendría que haberse alejado de la zona y vivir a solas. Me comentó, con los ojos brillantes, que había estado convencida de que ninguno de los dos iba a salvar la vida, y que esa era la razón por la cual se había despedido de las hermanas, la casa y las colinas.
-El Nagual me dijo que en caso de que sobreviviéramos al enfrentamiento con los aliados -prosiguió- debía hacer cualquier cosa por ti, porque ese era mi camino como guerrero. Fue por eso que intervine anoche ante lo que Benigno te estaba haciendo. Estaba apretándote el pecho con los ojos. Ese es su arte como acechador. Tú viste la mano de Pablito ayer; eso también forma parte del mismo arte.
-¿En qué consiste ese arte, Gorda?

-El arte del acechador. Era la actividad predilecta del Nagual, y los Genaros son sus verdaderos hijos en ese sentido. Nosotros, por otra parte, somos soñadores. Tu doble está en el soñar.
Lo que me refería era enteramente nuevo para mí. Deseaba que aclarara sus afirmaciones. Me detuve un momento para leer lo que tenía escrito y escoger la pregunta más adecuada. Le comuniqué que lo que más me interesaba averiguar era lo que ella sabía de mi doble, y en segundo término, me preocupaba el arte del acecho.
-El Nagual me dijo que tu doble era algo que requería muchísimo desgaste de poder para manifestarse -explicó-. Él suponía que tu energía alcanzaba para hacerlo surgir dos veces. Fue por eso que preparó a Soledad y a las hermanitas para matarte o para ayudarte.
La Gorda afirmó que yo había tenido más energía de lo que el Nagual creía, y que mi doble había salido tres veces. Aparentemente, el ataque de Rosa no había sido acción irreflexiva; por el contrario, había calculado con inteligencia que, si me hería, mis posibilidades de defensa serían nulas: la misma treta de doña Soledad en relación con su perro. Le había dado a Rosa una oportunidad de golpearme al gritarle, pero su tentativa de lastimarme había fracasado. En cambio, mi doble había salido para dañarla a ella. La Gorda aseveró que Lidia le había dicho que Rosa no quería despertar en el momento en que debimos huir de la casa de Soledad y por eso le había estrujado la mano lesionada. Rosa no sintió ningún dolor y comprendió instantáneamente que la había curado, lo cual significaba para ellas que mi poder se encontraba mermado. La Gorda sostuvo que las hermanitas eran muy inteligentes y tenían proyectado disminuir mi poder; a ese efecto habían insistido en que curase a Soledad. Tan pronto como Rosa comprendió que también la había curado a ella, pensó que mi debilidad superaba los límites de lo tolerable para mí. Todo lo que debían hacer era esperar a Josefina para acabar conmigo.
-Las hermanitas ignoraban que al sanar a Rosa y a soledad lo que habías hecho era recuperar energía -dijo la Gorda, riendo como si se tratara de una broma-. Esa es la razón por la cual tu energía te sirvió para hacer surgir a tu doble por tercera vez en cuanto ellas intentaron arrancarte la luminosidad.
Le narré mi visión de doña Soledad acurrucada contra la pared de su habitación, comentándole el modo en que había unido mi imagen al sentido táctil y terminado por arrancar una sustancia viscosa de su frente.
-Eso era, verdaderamente, ver -acotó la Gorda-. Viste a Soledad en su cuarto, a pesar de que ella estaba en la casa de Genaro conmigo y viste tu nagual en su frente.
Llegados a ese punto, me sentí obligado a relatarle los detalles de mi experiencia, en especial en todo lo relativo al modo en que me había hecho cargo de que estaba curando a doña Soledad y a Rosa mediante al contacto con su sustancia viscosa, que intuía como parte de mí mismo.
-Ver aquello sobre la mano de Rosa era también ver en verdad -dijo-. Y tú tenías toda la razón: la sustancia era tú mismo. Salió del cuerpo; era tu nagual. Al tomar contacto con él, lo recobraste.
La Gorda me dijo entonces, como si me estuviese revelando un misterio, que el Nagual le había ordenado no comunicar el hecho de que, puesto que todos poseíamos una luminosidad semejante, el contacto de mi nagual con cualquiera de ellos no me debilitaría, como hubiera sucedido en el caso de un hombre corriente.
-Si tu nagual nos toca -comentó, dándome una palmadita cariñosa en la frente-, tu luminosidad permanece en la superficie. Puedes recuperarla sin que nada se pierda.
Le hice saber que me resultaba imposible creer el contenido de su explicación. Se encogió de hombros, como para comunicarme que eso no era de su interés. Le pregunté entonces por el uso de la palabra «nagual». Mencioné el hecho de que don Juan me había expuesto que el nagual era

el principio indescriptible, la fuente de todo.
-Claro -dijo sonriendo-. Sé lo que quería decir. El nagual se halla en todo.
Le señalé, en un tono un tanto despectivo, que también se podía aseverar lo contrario: que el tonal está en todo. Me explicó detalladamente que no existía oposición alguna y que mi declaración era correcta; que el tonal también se encuentra en todo. Que el tonal es susceptible de ser fácilmente aprehendido por nuestros sentidos, en tanto el nagual sólo puede ser captado por el ojo del brujo. Agregó que nos podíamos tropezar con las más extravagantes visiones del tonal, y asustarnos o aterrorizarnos ante ellas, o serles indiferentes, puesto que eran accesibles a todos. Una visión del nagual, por otro lado, requería de los sentidos especializados de un brujo para ser contemplada por entero. Y, sin embargo, tanto el tonal como el nagual estaban presentes en todo siempre. Por tanto, correspondía a un brujo decir que «mirar» consistía en contemplar el tonal presente en todas las cosas, mientras que «ver» suponía, por su parte, el percibir el nagual, también presente en todas las cosas. Según ello, si un guerrero contemplaba el mundo como ser humano, estaba mirando; pero si lo hacía como brujo, estaba «viendo», y lo que «veía» debía llamarse con propiedad «nagual».
Reiteró luego las razones, que ya Néstor me había dado poco antes, por las cuales se llamaba a don Juan «el Nagual», y me confirmó que yo también era el Nagual debido a la forma que había surgido de mi cabeza.
Quise averiguar por qué habían denominado «doble» a la forma surgida de mi cabeza. Me dijo que habían creído compartir conmigo un chiste que solían hacer. Ellas siempre habían llamado «doble» a la forma, fundándose en que su tamaño doblaba el de la persona que la poseía.
-Néstor me dijo que no era demasiado conveniente disponer de esa forma -dije.
-No es bueno ni malo -replicó-. La tienes y eso te lleva a ser el Nagual. Eso es todo. Uno de nosotros debe ser el Nagual, y te ha correspondido a ti. Podía haber sido Pablito, o yo, o cualquier otro.
-Explícame ahora en qué consiste el arte del acecho.
-El Nagual era un acechador -comenzó, con los ojos clavados en mí-. Ya debes saberlo. Él te enseñó a acechar desde el comienzo.
Se me ocurrió que se refería a lo que don Juan denominaba «la caza». Era cierto que me había enseñado a ser cazador. Le comenté que me había indicado cómo cazar y tender trampas. El empleo del término «acecho», no obstante, era más apropiado.
-Un cazador se limita a cazar -dijo-. Un acechador lo acecha todo, inclusive a sí mismo.
-¿Cómo lo hace?
-Un acechador impecable lo convierte todo en presa. El Nagual me dijo que es posible llegar a acechar nuestras propias debilidades.
Dejé de escribir y traté de recordar si en alguna oportunidad don Juan me había expuesto tan insólita probabilidad: la de acechar mis propias debilidades. Nunca le había oído expresarlo en semejantes términos.
-¿Cómo es posible acechar las propias debilidades, Gorda?
-Del mismo modo en que se acecha una presa. Descifras tus costumbres hasta conocer todas las consecuencias de tu debilidad y te abalanzas sobre ellas y las coges como a conejos en una jaula.
Don Juan me había enseñado lo mismo acerca de los hábitos, pero más como un principio general del cual los cazadores deben ser conscientes. En cambio, la Gorda lo comprendía y aplicaba en una forma más pragmática que la mía.
Había afirmado que todo hábito era, en esencia, un «hacer»; y un hacer requería todas sus partes para funcionar. Si una de ellas faltaba, el hacer resultaba imposible. Para él, cualquier serie coherente y significativa de acciones era un hacer. Dicho en otros términos, una costumbre requería, para constituir una actividad vital, todas sus acciones componentes.

La Gorda narró entonces el acecho que ella misma había realizado a su costumbre de comer en exceso. El Nagual le había sugerido comenzar el ataque a la parte más importante de tal hábito, relacionado con su trabajo de lavandera, pues ingería todo aquello que le ofrecían los clientes al hacer su recorrido, casa por casa, recogiendo la ropa sucia. Confiaba en que el Nagual le dijese qué hacer; pero él se limitó a reír y hacerle burla, afirmando que tan pronto como él le propusiera hacer algo, ella se esforzaría por no hacerlo. Insistió en que así eran los seres humanos: les encanta que se les diga lo que deben hacer, pero les gusta mucho más resistirse a hacerlo, de modo que llegan a aborrecer a quien los ha aconsejado.

Tardó años en dar con una manera de acechar su debilidad. Cierto día, no obstante, se sintió tan harta y asqueada de verse gorda que se negó a comer durante veintitrés días. Tal fue la acción inicial conducente a romper con su fijación. Luego se le ocurrió la idea de llenarse la boca con una esponja para que sus clientes creyeran que tenía una muela infectada y no podía comer. El subterfugio resultó, no sólo con los clientes, que dejaron de darle comida, sino también con ella misma, por cuanto el mordisquear la esponja le proporcionaba la impresión de comer. La Gorda no podía dejar de reír al contarme cómo, para quitarse la costumbre de comer en exceso, había pasado años con una esponja metida en la boca.

-¿Fue eso todo lo que necesitaste para dejarlo? -pregunté.

-No. También tuve que aprender a comer como un guerrero.

-¿Y cómo come un guerrero?

-Un guerrero come en silencio, y lentamente, y muy poco cada vez. Yo solía hablar mientras comía, y comía muy rápido, y devoraba montones y montones de alimentos en una sentada. El Nagual me explicó que un guerrero ingería cuatro bocados seguidos; recién pasado un rato tragaba otros cuatro, y así.

«Por otra parte, un guerrero camina kilómetros y kilómetros cada día. Mi afición a comer me impedía caminar. Acabé con ella ingiriendo cuatro bocados por hora y andando. A veces lo hacía durante todo el día y toda la noche. Así me deshice de la gordura de mis nalgas.

Se echó a reír al recordar el mote que le había puesto don Juan.

-Pero acechar las propias debilidades no implica estrictamente el deshacerse de ellas -dijo-. Puedes estar acechándolas desde ahora hasta el día del juicio final sin que nada varíe un ápice. Por eso el Nagual se negaba a precisar lo que se debía hacer. En realidad, lo que un guerrero necesita para ser un acechador impecable es tener un propósito.

La Gorda me contó cómo, antes de conocer al Nagual, vivía de día en día sin aspirar a nada. No tenía esperanzas, ni sueños, ni deseo de cosa alguna. La oportunidad de comer, en cambio estaba siempre a su alcance. Por alguna razón misteriosa que le era imposible desentrañar, siempre, en todos y cada uno de los momentos de su existencia, había dispuesto de buena cantidad de alimentos. Tantos, a decir verdad, que llegó a pesar ciento veinte kilos.

-Comer era la única alegría de mi vida -comentó-. Además, nunca me veía gorda. Me creía más bien bonita y pensaba que la gente gustaba de mí tal como era. Todo el mundo decía que mi aspecto era saludable.

»El Nagual me dijo algo muy extraño: Afirmó que yo poseía un enorme poder personal y, debido a ello, siempre me las había arreglado para que los amigos me proveyeran de comida mientras mi propia familia pasaba hambre. Todos disponemos de poder personal para algo. En mi caso, el problema radicaba en desviar ese poder, dedicado a la obtención de alimentos, de modo de emplearlo para mi propósito de guerrero.

-¿Y cuál es ese propósito, Gorda? -pregunté, no muy en serio.

-Entrar en el otro mundo -replicó con una sonrisa, a la vez que fingía golpearme la coronilla con los nudillos, tal como solía

hacer don Juan cuando creía que yo sólo estaba satisfaciendo mis deseos.
La luz ya no permitía escribir. La pedí que fuese a buscar una lámpara, pero adujo que se hallaba demasiado cansada y tenía que dormir un poco antes de que llegasen las hermanitas.
Fuimos a la habitación de delante. Me tendió una manta, se envolvió en otra y se durmió instantáneamente. Yo me senté con la espalda apoyada en la pared. La base de ladrillos de la cama resultaba dura a pesar de los cuatro colchones de paja. Era más cómodo estar echado. En el momento en que lo hice, me dormí.
Desperté súbitamente, con una sed insoportable. Deseaba ir a la cocina a buscar agua, pero no lograba orientarme en la oscuridad. Percibía a la Gorda, cubierta por su manta, cerca de mí. La sacudí dos o tres veces, para pedirle que me ayudase a conseguir agua. Gruñó algunas palabras ininteligibles. A juzgar por las apariencias, se encontraba tan profundamente dormida que se resistía a despertar. Volví a agitarla y despertó de pronto; pero no era la Gorda. Fuese quien fuese la persona a la que había importunado, me aulló con una voz masculina, bronca, que callara. ¡Había un hombre en lugar de la Gorda! El miedo hizo presa en mí en forma instantánea e incontrolable. Salté del lecho y me precipité hacia la puerta delantera. Pero mi sentido de la orientación falló y terminé en la cocina. Cogí una lámpara y la encendí tan pronto como me fue posible. La Gorda llegó en ese momento, procedente del cobertizo exterior, y me preguntó qué sucedía. Le conté nerviosamente los hechos. También ella se mostró un tanto sorprendida. Tenía la boca abierta y sus ojos habían perdido el brillo habitual. Sacudió la cabeza vigorosamente, con lo cual, al parecer, se despabiló. Con la lámpara en la mano, fue hacia la habitación de la entrada.
No había nadie en la cama. La Gorda encendió tres lámparas más. Se la veía preocupada. Me ordenó quedarme en donde estaba y abrió la puerta de la habitación de las hermanas. Advertí que en el interior había luz. Cerró y me dijo en un tono que no admitía réplica que no me inquietase, que no era nada y que iba a hacer algo de comer. Con la rapidez y eficiencia de un cocinero de restaurante a la carta, preparó algunos alimentos. También me sirvió una bebida caliente a base de chocolate y harina de maíz. Nos sentamos el uno frente al otro y comimos en absoluto silencio.
La noche era fría. Todo hacía pensar que iba a llover. Las tres lámparas de petróleo que ella había llevado al lugar de la cena arrojaban una luz amarillenta y tranquilizadora. Cogió algunas tablas que se hallaban apiladas contra el muro, y las colocó verticalmente, insertándolas en una profunda acanaladura practicada en el madero de sostén del techo. Había en el piso una larga hendedura paralela a la viga, que contribuía a mantener los tablones en su sitio. De todo lo cual resultaba una pared portátil que cerraba el espacio destinado a comedor.
-¿Quién había en la cama? -pregunté.
-En la cama, a tu lado, estaba Josefina. ¿Quién iba a ser? -replicó como saboreando las palabras, y luego se echó a reír-. Es maestra en bromas así. Por un momento pensé que podía tratarse de otra cosa, pero en seguida percibí el olor que desprende su cuerpo cuando hace de las suyas.
-¿Qué pretendía? ¿Matarme de un susto? -quise saber.
-Ya sabes que no eres exactamente su preferido -respondió-. No les agrada verse apartadas del sendero que conocen. Detestan que Soledad se vaya. No quieren comprender que todos nos estamos yendo de aquí. Parece que nos ha llegado la hora. Hoy lo supe. Al salir de la casa me di cuenta de que esas estériles colinas me estaban cansando. Nunca había experimentado nada semejante.
-¿Dónde van a ir?
-Aún no lo sé. Tengo la impresión de que depende de ti. De tu poder.
-¿De mí? ¿En qué sentido, Gorda?
-Déjame explicártelo. El día anterior al de

tu llegada, las hermanitas y yo fuimos a la ciudad. Quería dar contigo allí porque había tenido una visión muy extraña en mi soñar. En ella, me encontraba en la ciudad contigo. Te veía con la misma claridad con que lo hago en este momento. Tú ignorabas quién era yo, pero me hablabas. Yo no alcanzaba a oír tus palabras. Regresé a la misma visión por tres veces, pero en mi soñar no había fuerza bastante para permitirme captar lo que me decías. Supuse que lo que se buscaba darme a entender con todo ello era que debía ir a la ciudad y confiar en mi poder para hallarte en ella. Estaba segura de que estabas en camino.

-¿Sabían las hermanitas por qué las llevabas a la ciudad? -pregunté.

-No les dije nada -respondió-. Me limité a llevarlas. Anduvimos por las calles durante toda la mañana.

Sus declaraciones me llevaron a un estado de ánimo singular. Espasmos nerviosos recorrieron mi cuerpo. Tuve que ponerme de pie y andar un poco. Volví a sentarme y le hice saber que había estado en la ciudad aquel mismo día y que había caminado durante toda la tarde por la plaza del mercado buscando a don Juan. Se me quedó mirando con la boca abierta.

-Debimos cruzarnos -dijo con un suspiro-. Nosotras estuvimos en el mercado y en la plaza. Pasamos la mayor parte de la tarde sentadas en la escalinata de la iglesia para no llamar la atención.

El hotel en que me había alojado era un edificio prácticamente contiguo al de la iglesia. Recordé que había pasado un rato observando a la gente que se encontraba en las escalinatas. Algo me llevaba a examinarlas. Unía la impresión absurda de que don Juan y don Genaro se hallaban allí, mezclados con aquellas personas, haciéndose pasar por mendigos para darme una sorpresa.

-¿Cuándo abandonaron la ciudad? -inquirí.

-Alrededor de las cinco, marchamos hacia el lugar que tiene el Nagual en las montañas -respondió.

También había tenido la certeza de que don Juan había partido al caer el día. Los sentimientos experimentados durante aquella búsqueda de don Juan se me aclaraban por completo. Debía revisar mis ideas sobre esa jornada a la luz de sus palabras. Ya me había explicado la certidumbre de que don Juan estaba en las calles de la ciudad como una expectación irracional de mi parte, consecuencia de mi costumbre de hallarle allí en otros tiempos. Ello me había librado de toda preocupación al respecto. Pero la Gorda había estado en la ciudad, tratando de dar conmigo, y se trataba del ser más próximo a don Juan en cuanto a temperamento. Lo que había percibido era su presencia. Su narración no hacía más que confirmar algo que mi cuerpo sabía más allá de toda duda.

Advertí una agitación nerviosa en su cuerpo, mientras le refería mi disposición de ánimo de aquel día.

-¿Qué hubiese ocurrido en el caso de que dieras conmigo? -pregunté.

-Todo habría cambiado -replicó-. Localizarte habría significado para mí que contaba con el poder necesario para seguir adelante. Ese es el motivo por el cual me hice acompañar por las hermanitas. Tú, yo y ellas, juntos, habríamos partido ese día.

-¿Hacia dónde, Gorda?

-¿Quién sabe? Si mi poder hubiese bastado para encontrarte, también habría bastado para saberlo. Ahora te toca a ti. Quizás tengas el poder necesario para determinar a dónde debemos ir. ¿Me entiendes?

Me invadió entonces una profunda tristeza. Se me hizo presente, de modo más agudo que nunca, lo desesperado de mi fragilidad y mi temporalidad humanas. Don Juan había sostenido siempre que lo único que ponía límite a la desesperación era la conciencia de muerte, clave del esquema de las cosas propio de los brujos. Estaba convencido de que la conciencia de muerte podía dotarnos de las fuerzas necesarias para resistir la presión y el dolor de la vida y el temor a lo desconocido. No obstante, nunca había sido capaz de de-

cirme cuál era el modo de hacer pasar a primer plano esa conciencia. Había insistido, cada vez que le interrogaba sobre el particular, en que mi voluntad era el solo factor determinante; en otros términos, debía disponer mi mente para que fuese testigo de tales actos de conciencia. Creía haberlo hecho. Pero, enfrentado a la decisión de la Gorda de dar conmigo para marchar juntos, comprendí que si ella lo hubiese logrado aquel día, yo jamás habría regresado a mi hogar, ni vuelto a ver a aquellos a quienes afirmaba querer. No estaba preparado para ello. Me había adaptado a la idea de la muerte, pero no a la de mi propia desaparición por el resto de la existencia en plena lucidez, sin ira ni desilusión, dejando a un lado lo mejor de mis afectos.

Me azoraba decir a la Gorda que yo no era un guerrero digno de poseer la clase de poder que debía necesitarse para ejecutar un acto de esa naturaleza: partir para siempre y saber hacia dónde y qué hacer.

-Somos criaturas humanas -dijo-. ¿Quién sabe qué nos espera o qué clase de poder merecemos?

Le confesé que me entristecía demasiado la idea de irse así. Los cambios sufridos por los brujos eran excesivamente drásticos y definitivos. Le referí la insoportable tristeza de Pablito ante la pérdida de su madre.

-La forma humana se alimenta de esos sentimientos -respondió secamente-. Me compadecí de mí misma y de mis pequeños durante años. No comprendía cómo el Nagual podía ser tan cruel como para pedirme que hiciera lo que hice: abandonarlos, destruirlos y olvidarlos.

Afirmó que le había llevado muchísimo tiempo entender que el Nagual también había tenido que abandonar la forma humana. No era cruel. Sencillamente, ya no experimentaba sentimientos humanos. Todo era igual para él. Había aceptado su destino. El problema de Pablito, y el mío propio, consistía en que ninguno de los dos había aceptado su destino. Agregó con desdén que Pablito lloraba al recordar a su madre, su Manuelita, especialmente cuando tenía que prepararse él mismo la comida. Me instó a rememorar a la madre de Pablito tal como era: una vieja estúpida que no sabía hacer otra cosa que servir a su hijo. Sostuvo que la razón por la cual todos ellos consideraban a Pablito un cobarde era su incapacidad para ser feliz al pensar que su sirvienta Manuelita se había convertido en la bruja Soledad, que podía matarlo como si aplastara un bicho.

La Gorda se puso en pie en actitud dramática y se inclinó sobre la mesa hasta que su frente estuvo a punto de rozar la mía.

-El Nagual decía que la buena suerte de Pablito era extraordinaria -dijo-. Madre e hijo luchan por lo mismo. Si no fuera tan cobarde, habría aceptado su destino y enfrentado a Soledad como un guerrero, sin miedo y sin odio. Al final, habría triunfado el mejor, alzándose con todo. Si Soledad hubiera sido la vencedora, Pablito habría debido sentirse feliz y desear su bien. Pero sólo un auténtico guerrero puede sentir ese tipo de felicidad.

-¿Y qué siente doña Soledad al respecto?

-No se abandona a sus sentimientos -replicó la Gorda, sentándose nuevamente-. Ha aceptado su destino con más prontitud que cualquiera de nosotros. Antes de recibir la ayuda del Nagual, se encontraba peor que yo. Yo, al menos, era joven; ella era una vaca vieja, gorda y cansada, que sólo pedía morir. Ahora la muerte tendrá que dar batalla para llevársela.

El elemento temporal era un factor confuso para mí en relación con la transformación de doña Soledad. Expliqué a la Gorda que no hacía más de dos años que la había visto y seguía siendo la misma anciana que conocía desde un principio. La Gorda me aclaró entonces que la última vez que yo había estado en casa de Soledad, convencido de que aún era la madre de Pablito, el Nagual los había instado a actuar como si nada hubiese ocurrido. Doña Soledad me saludó, como siempre desde la cocina, pero en realidad no llegué a verla. Lidia, Rosa, Pablito y Néstor representaron sus papeles a la perfección para evitar

que me diese cuenta de cuáles eran sus verdaderas actividades.
-¿Por qué el Nagual se dio todo ese trabajo, Gorda?
-Te protegía de algo que aún no estaba claro. Te apartaba de nosotros de una manera deliberada. Tanto él como Genaro me ordenaron no mostrar mi rostro mientras estuvieses cerca.
-¿Le dieron la misma orden a Josefina?
-Sí. Ella está loca y no puede contenerse. Pretendía hacerte una broma. Solía seguirte sin que tú te enterases. Una noche en que el Nagual te llevó a las montañas estuvo a punto de empujarte a un barranco. El Nagual la descubrió en el momento crítico. No hace esas cosas por maldad, sino porque le divierte ser así. Esa es su forma humana. No cambiará hasta que la pierda. Te he dicho que los seis están un poco idos. Debes ser consciente de ello si no quieres caer en su telaraña. Si te atrapan, no los culpes. No pueden evitarlo.
Guardó silencio por un rato. Capté un signo casi imperceptible de alteración en su cuerpo. Su mirada pareció desenfocarse y su mandíbula cayó como si los músculos de sostén hubiesen cedido. Quedé absorto contemplándola. Sacudió la cabeza dos o tres veces.
-Acabo de ver algo -dijo-. Eres idéntico a las hermanitas y a los Genaros.
Se echó a reír en silencio. No dije nada. Deseaba que se explicara sin mi intromisión.
-Todos se enfadan contigo porque aún no han caído en la cuenta de que no eres distinto de ellos -prosiguió-. Te consideran el Nagual y no comprenden que te complaces en ti mismo al igual que ellos.
Me comunicó que Pablito gimoteaba y se quejaba y representaba el papel de cobarde. Benigno se fingía tímido, incapaz de abrir los ojos. Néstor jugaba el rol del sabio, el que lo sabe todo. Lidia hacía las veces de la mujer dura, capaz de aplastar a cualquiera con una mirada. Josefina era la loca en quien no se podía confiar. Rosa era la muchacha de mal carácter que se comía a los mosquitos que la mordían. Y yo era el loco que venía de Los Angeles con una libreta y un montón de preguntas desatinadas. Y a todos nos gustaba ser como éramos.
-En una época yo era una mujer gorda y maloliente -siguió tras una pausa-. No me importaba que me patearan como a un perro, con tal de no encontrarme sola. Esa era mi forma.
»Tendré que contar a todos lo que he visto acerca de ti, para que nadie se sienta ofendido por tus actos.
No sabía que decir. Comprendía que tenía toda la razón. Lo más importante para mí era -más que la exactitud de su observación- el haber sido testigo de su arribo a tan incuestionable conclusión.
-¿Cómo viste todo eso? -pregunté.
-Llegó a mí -replicó.
-¿Cómo llegó a ti?
-Tuve la sensación de que el ver llegaba a mi coronilla, y entonces supe lo que acabo de decirte.
Insistí en que me describiera detalladamente la sensación del ver a la cual acababa de aludir. Accedió a ello tras un momento de vacilación y pasó a definir una impresión similar a aquella de cosquilleo de la que yo había sido tan consciente en el curso de mis enfrentamientos con doña Soledad y las hermanitas. Me explicó que las sensación se iniciaba en la coronilla, bajaba por la espalda y rodeaba la cintura en dirección al útero. Sentía un intenso cosquilleo interior que se convertía en el conocimiento de que yo me estaba aferrando a mi forma humana, como todos los demás, sólo que el modo como yo lo hacía resultaba incomprensible para ellos.
-¿Oíste alguna voz que te lo dijera? -pregunté.
-No. Sólo vi todo lo que te he dicho acerca de ti mismo.
Deseaba preguntarle si me había visto aferrado a algo, pero desistí de hacerlo. No quería caer en mis pautas habituales de conducta. Además, sabía lo que quería decir al emplear la palabra «ver». Lo mismo que había ocurrido con Rosa y Lidia. «Supe» súbitamente dónde vivían; no ha-

bía tenido una visión de la casa. Pero sentí que la conocía.
Le pregunté si también había oído un sonido seco en la base del cuello, semejante al de la quebradura de un tubo de madera.
-El Nagual nos enseñó a todos lo relativo a la sensación en la coronilla -dijo-. Pero no todos alcanzamos a tenerla. En cuanto al sonido en la base del cuello, es aún menos corriente. Ninguno de nosotros lo oyó. Es raro que lo hayas percibido tú, cuando todavía estás vacío.
-¿Qué efecto produce ese sonido? -pregunté-. Y, ¿qué es?
-Lo sabes mejor que yo. ¿Qué más puedo decirte? -replicó en tono áspero.
Su propia impaciencia pareció sorprenderla. Sonrió tímidamente y bajó la cabeza.
-Me siento una idiota al decirte cosas que ya sabes -dijo-. ¿Me haces esa clase de preguntas para comprobar si he perdido la forma?
Le hice saber que estaba confundido por cuanto tenía la impresión de saber qué era ese sonido y, sin embargo, ignorarlo todo acerca de él, debido a que para mí conocer algo suponía ser capaz de verbalizarlo. En ese caso, no sabía siquiera por dónde empezar. Por lo tanto, lo único que me cabía hacer era formularle preguntas, en la esperanza de que sus respuestas me ayudasen.
-Por lo que hace a ese sonido, no puedo ayudarte -dijo.
Experimenté una súbita y tremenda incomodidad. Le expliqué que estaba habituado a tratar con don Juan y que en ese momento le necesitaba más que nunca para que me aclarase todo.
-¿Extrañas al Nagual? -quiso saber.
Le confié que sí, y que no me había percatado de lo mucho que le echaba de menos hasta regresar a su tierra.
-Sientes su falta porque sigues aferrado a tu forma humana -dijo, y rió tontamente, como si le complaciera mi tristeza.
-¿Y tú no lo extrañas, Gorda?
-No. Yo no. Yo soy él. Toda mi luminosidad ha sido cambiada. ¿Cómo podría echar de menos una cosa que forma parte de mí misma?
-¿En qué ha variado tu luminosidad?
-Un ser humano, al igual que cualquier otra criatura viviente, emite un resplandor de un amarillo desvaído. En los animales tiende al amarillo, en las personas, al blanco. Pero en los brujos es ambarino, de un color similar al de la miel clara a la luz del sol. En algunas brujas es verdoso. El Nagual decía que ésas eran las más poderosas y difíciles.
-¿De qué color eres tú, Gorda?
-Ambar, como tú y nosotros. Eso es lo que el Nagual y Genaro me dijeron. Yo nunca me vi. Pero vi a todos los demás. Somos todos ámbar. Y todos, menos tú, semejamos una lápida. Los seres humanos corrientes tienen el aspecto de huevos; por eso el Nagual se refería a ellos como «huevos luminosos». Los brujos cambian no sólo el color de su luminosidad, sino también su forma. Somos como lápidas; sólo que redondeados en ambos extremos.
-¿Conservo la forma de un huevo, Gorda?
-No. Tienes la forma de una lápida, pero con un feo, sombrío remiendo en el centro. Mientras lo lleves no podrás volar como lo hacen los brujos, como yo lo hice anoche ante ti. Ni siquiera podrás deshacerte de tu forma humana.
Me enzarcé en una apasionada discusión, no tanto con ella como conmigo mismo. Insistí en que su declaración acerca de cómo recobrar la supuesta plenitud era sencillamente ridícula. Le dije que no debía dar la espalda a los propios hijos para tratar de alcanzar la más remota de las metas: entrar en el mundo del Nagual. Estaba tan convencido de tener la razón que me dejé llevar y le grité, enfadado. Mi estallido no la conmovió en lo más mínimo.
-No todo el mundo está obligado a hacerlo -dijo-. Sólo los brujos que desean entrar en otro mundo. Hay buen número de otros brujos que ven y están incompletos. El estar completo es cuestión exclusivamente nuestra, de los toltecas.
»Mira a Soledad, por no ir más lejos. Es la mejor bruja que puedas encontrar y está incompleta. Vivo dos hijos; uno de ellos fue niña. Afortunadamente para Soledad, su

hija murió. El Nagual decía que la fuerza del espíritu de la persona que muere regresa a sus dadores, refiriéndose con ello a los padres. Si los dadores ya no viven y el individuo tiene hijos, la fuerza va a parar a manos de aquel de entre ellos que esté completo. Si todos ellos están completos, la fuerza corresponderá a quien tenga poder, que no necesariamente es el mejor ni el más diligente. Te diré a guisa de ejemplo que Josefina, al morir su madre recibió su fuerza, a pesar de ser la más loca de todas. Debería haber ido a parar a su hermano, un hombre trabajador y responsable, pero Josefina tiene más poder que él. La hija de Soledad murió sin descendencia, lo cual le permitió a la madre cerrar parcialmente su agujero. La única posibilidad que tiene de acabar de taparlo reside en la muerte de Pablito. Y de igual forma, la única esperanza que tiene Pablito de tapar su propio agujero depende de la muerte de Soledad.

Le espeté, en términos muy violentos, que sus palabras me parecían repugnantes y horribles. Me dio la razón. Aseveró que en una época ella misma había considerado la posición de los brujos como la cosa más fea posible. Me miraba con ojos fulgurantes. Había algo malévolo en su sonrisa.

-El Nagual me dijo que tú lo entendías todo, pero te negabas a hacer nada al respecto -afirmó en voz muy queda.

Volví a lanzarme a la discusión. Le hice saber que lo que el Nagual le hubiese dicho de mí nada tenía que ver con el asco que experimentaba frente al tema que estábamos tocando. Le expliqué que amaba a los niños y sentía el más profundo respeto por ellos, así como también una gran simpatía por su desamparo en el espantoso mundo que les rodeaba. No concebía la posibilidad de hacer daño a un pequeño, por razón alguna.

-El Nagual no estableció las reglas -dijo-. Las reglas fueron establecidas en alguna parte, allí fuera; no por un hombre.

Me defendí arguyendo que no estaba enfadado con ella ni con el Nagual, sino que hablaba en abstracto, puesto que no alcanzaba a percibir la importancia de todo aquello.

-La importancia viene dada por el hecho de que necesitamos de toda nuestra fuerza; hemos de estar completos para entrar en ese otro mundo -respondió-. Yo era una mujer religiosa. Puedo decirte lo que solía repetir sin conocer el significado de las palabras. Deseaba que mi alma entrase en el reino de los cielos. Es lo que sigo buscando, aunque ahora lo haga por un camino diferente. El mundo del Nagual es el reino de los cielos.

Protesté por principio ante la connotación religiosa que pretendía atribuir a la cuestión. Don Juan me había acostumbrado a no explayarme nunca sobre el tema. Con mucha serenidad me expuso que ella no veía diferencia alguna en cuanto al tipo de vida, entre nosotros y los verdaderos sacerdotes. Destacó que no sólo los auténticos sacerdotes eran completos por norma, sino que ni siquiera se debilitaban con actos sexuales.

-El Nagual decía que esa es la razón por la cual nunca serían exterminados, no importa quién trate de hacerlo -dijo-. Sus seguidores siempre están vacíos; carecen del vigor de los pastores. Me gustó que el Nagual dijera eso. Siempre le tuve cariño. Nosotros somos como ellos. Hemos dejado el mundo y, sin embargo, nos mantenemos en medio de él. Los sacerdotes serían grandes brujos voladores si alguien les dijera que pueden serlo.

Recordé la admiración de mi padre y abuelo hacia la Revolución mexicana. Lo que más les entusiasmaba de ella era el intento por exterminar al clero. Ese entusiasmo, transmitido de padres a hijos, llegó hasta mí. Todos coincidíamos de alguna manera en ello. Tales convicciones formaban parte de las primeras cosas que don Juan había desterrado de mi personalidad.

En una ocasión le dije, como si estuviera expresando una opinión propia, algo que había estado oyendo durante toda mi vida: que la estratagema clásica de la Iglesia consistía en mantenernos en la ignorancia. Don Juan se puso muy serio. Parecía

que mis palabras habían tocado una fibra muy profunda dentro de él. Pensé inmediatamente en los siglos que había durado la explotación de los indios.
-Esos sucios bastardos -dijo don Juan-. Me han mantenido en la ignorancia, y a ti también.
Capté su ironía de inmediato y ambos reímos. Nunca me había detenido a examinar esa conversación. Yo no pensaba como él, pero tampoco me oponía a su concepción. Le hablé de mi padre y de mi abuelo y de sus puntos de vista frente a la religión, como hombres de talante liberal.
-No importa lo que nadie diga ni haga -afirmó. Tú debes ser impecable. La lucha se libra en nuestro pecho.
Me dio unos ligeros golpes en el pecho.
-Si tu padre o tu abuelo se hubiesen propuesto ser guerreros impecables -prosiguió don Juan-, no habrían perdido el tiempo en discusiones bizantinas. Hay que dedicar todo el tiempo y toda la energía para poder superar la propia estupidez. Y eso es lo importante. El resto no vale la pena. Nada de lo que tu padre y tu abuelo dijeron acerca de la Iglesia les proporcionó bienestar. En cambio, el ser un guerrero impecable te dará vigor y juventud y poder. De modo que lo que debes hacer es escoger sabiamente.
Mi opción era la impecabilidad y sencillez de una vida de guerrero. Debido a ello me resultaba evidente que debía tomar las palabras de la Gorda con la mayor seriedad, lo cual me parecía aún más amenazador que los actos de don Genaro. Él solía asustarme profundamente. Sus acciones, aunque terroríficas, eran asimiladas, sin embargo, en la continuidad coherente de sus enseñanzas. Tanto las afirmaciones como los hechos de la Gorda significaban una amenaza de diferente clase para mí, en cierto sentido más concreta y real.
La Gorda se estremeció. Un escalofrío recorrió su cuerpo, obligándola a contraer los músculos de hombros y brazos. Se aferró al borde de la mesa, rígida y torpe. Luego se relajó, y volvió a ser la de siempre.
Me sonrió. Sus ojos y su sonrisa eran deslumbradores. Dijo en tono despreocupado que acababa de ver mi dilema.
-Es inútil que cierres los ojos y finjas que no quieres hacer ni saber nada -afirmó-. Podrás hacerlo con los demás, pero no conmigo. Ahora comprendo por qué el Nagual me encargó transmitirte todo esto. Yo no soy nadie. Tú admiras a los grandes personajes; el Nagual y Genaro eran los más grandes de todos.
Calló y me estudió. Parecía esperar mi reacción ante su discurso.
-Luchaste contra todo lo que el Nagual y Genaro te enseñaron, constantemente -prosiguió-. Es por eso que estás retrasado. Y luchaste contra ellos porque eran grandes. Ese es tu modo de ser. Pero no puedes luchar conmigo porque te es imposible levantar la vista hacia mí. Soy tu par; formo parte de tu ciclo. A ti te agrada enfrentar a quienes son mejores que tú. Yo no constituyo un desafío. De modo que aquellos dos demonios acabaron por atraparte a través de mí. Pobre Nagualito, has perdido la batalla.
Se me acercó y me susurró en el oído que el Nagual también le había dicho que nunca debía intentar arrancarme la libreta de las manos porque ello era tan peligroso como quitarle un hueso de la boca a un perro hambriento.
Me rodeó con sus brazos, apoyando la cabeza sobre mi hombro y rió queda y suavemente.
Su «ver» me había dejado entumecido. Sabía que tenía toda la razón. Me había cogido por entero. Permaneció un largo rato con su cabeza junto a la mía. En cierto modo, la proximidad de su cuerpo resultaba tranquilizadora. En eso se parecía a don Juan. Rezumaba fuerza y convicción y firmeza de propósitos. Se había equivocado al decir que no podía admirarla.
-Olvidemos esto -dijo de pronto-. Hablemos acerca de lo que debemos hacer esta noche.
-¿Qué es exactamente lo que vamos a hacer, Gorda?
-Tenemos una última cita con el poder.
-¿Se trata de otra espantosa batalla con alguien?

-No. Las hermanitas se limitarían a mostrarte algo que completará tu visita. El Nagual me dijo que después de eso podías marcharte para no retornar jamás, o tomar la decisión de quedarte con nosotros. De todos modos, lo que ellas deben exponerte no es sino su arte, el arte del soñador.
-¿Y en qué consiste ese arte?
-Genaro me contó que ha intentado innumerables veces darte a conocer el arte del soñador. Exhibió ante ti su otro cuerpo: el del soñar; en una ocasión te hizo estar en dos sitios simultáneamente, pero tu vaciedad no te permitió ver lo que te indicaba. Aparentemente, todos sus esfuerzos escapaban a través del agujero que tienes en tu centro.
»Ahora parece que es diferente. Genaro hizo de las hermanitas las extraordinarias soñadoras que son; esta noche te revelarán el arte de Genaro. En ese aspecto, son sus verdaderas hijas.
Ello me recordó lo que Pablito había dicho poco antes: que éramos hijos de los dos, y que éramos toltecas. Le pregunté qué había querido decir con eso.
-El Nagual me dijo que los brujos solían ser llamados toltecas en el lenguaje de su benefactor -respondió.
-¿Y cuál era ese lenguaje, Gorda?
-Nunca me lo dijo. Pero Genaro y él hablaban en un idioma que ninguno de nosotros entendía. Y conocemos cuatro lenguas indígenas.
-¿También decía don Genaro que él era tolteca?
-Su benefactor había sido el mismo hombre, de modo que ambos decían lo mismo.
Cabía suponer, dadas sus respuestas, que o la Gorda no sabía gran cosa sobre el tema, o no quería comunicármelo. Le expuse esa conclusión. Me confesó que nunca había prestado gran atención al asunto y se preguntaba por qué yo le atribuía tanto valor. Prácticamente le di una conferencia sobre la etnografía de México Central.
-Un brujo es un tolteca cuando ha sido iniciado en los misterios del acechar y el soñar -dijo con mucha tranquilidad-. El Nagual y Genaro fueron iniciados por su benefactor y retuvieron esos misterios en sus cuerpos. Nosotros hacemos lo mismo, y por eso somos toltecas, como el Nagual y Genaro.
»El Nagual nos enseñó, a ti y a mí, a ser desapasionados. Yo soy más desapasionada que tú por cuanto carezco de forma. Tú aún la conservas y estás vacío. Es decir, que tienes toda clase de problemas. Algún día, sin embargo, volverás a estar completo y te darás cuenta de que el Nagual tenía razón. Afirmaba que el mundo de las gentes sube y baja y las gentes suben y bajan con su mundo; como brujos, no tenemos por qué seguirlas en sus subidas y bajadas.
»El arte de los brujos consiste en estar fuera de todo y pasar desapercibido. Y, sobre todo, en no malgastar el poder. El Nagual me informó de que tu problema es que siempre te enredas en idioteces, como ahora. Estoy segura de que nos preguntarás a todos por los toltecas, pero no harás lo propio respecto de nuestra atención.
Su risa era clara y contagiosa. Hube de reconocerle que tenía razón. Los pequeños problemas siempre me habían fascinado. No le oculté que el empleo que hacía del término «atención» me desconcertaba.
-Ya te he hecho saber lo que el Nagual me transmitió acerca de la atención -dijo-. Captamos las imágenes del mundo mediante nuestra atención. Es muy difícil enseñar a un varón el arte de los brujos porque su atención siempre está bloqueada, dirigida hacia algo. Una hembra, por el contrario, se halla siempre abierta, puesto que durante la mayor parte del tiempo no concentra su atención sobre nada específico. En especial cuando tiene la regla. El Nagual insistía en ello; además, me demostró que en ese período mi atención escapaba de las imágenes del mundo. Si no lo atiendo, el mundo se desploma.
-¿Cómo es eso, Gorda?
-Es muy sencillo. Mientras una mujer menstrúa, le es imposible concentrar su atención en nada. Esa es la fractura a la cual se refería el Nagual. En vez de luchar

por focalizarla, la mujer debe dejarse ir de las imágenes fijando la vista en las colinas distantes, o en el agua de los ríos, o en las nubes.
»Si miras con los ojos abiertos, te confundes y la vista se te nubla; pero si los entornas y parpadeas constantemente y observas las cimas de una en una, o las nubes de una en una, puedes pasar horas haciéndolo, o días, si es necesario.
»El Nagual tenía por costumbre hacernos sentar ante la puerta y contemplar las colinas redondeadas del otro lado del valle. A veces se sentaba a nuestro lado durante días enteros, hasta que la fractura se producía.
Me hubiera gustado que siguiera hablando, pero calló y se apresuró a sentarse muy cerca de mí. Me indicó con un gesto que escuchase. Oí un crujido y, de pronto, Lidia entró en la cocina. Supuse que había estado durmiendo en su habitación y que el rumor de nuestras voces la había despertado.
Había cambiado su vestimenta occidental, que llevaba la última vez que la había visto, por un vestido largo, similar a los que usaban las mujeres indias de la zona. Cubría sus hombros con un chal e iba descalza. El vestido no la hacía aparecer más vieja ni más pesada sino que le daba un aspecto de niña enfundada en ropas de mujer mayor.
Se acercó a la mesa y saludó a la Gorda con un formal «Buenas noches, Gorda». Se volvió a mí y dijo: «Buenas noches, Nagual».
Su saludo fue tan inesperado y su tono tan serio que estuve al borde de la risa. Capté una advertencia disimulada en la Gorda. Fingía rascarse la cabeza con el dorso de la mano izquierda.
Respondí tal como lo había hecho la Gorda: «Buenas noches, Lidia».
Se sentó en el extremo de la mesa, a mi derecha. No sabía si debía iniciar una conversación. Estaba por decir algo cuando la Gorda me tocó la pierna con la rodilla y, con un sutil movimiento de cejas, me indicó que escuchara. Volví a oír el roce de una tela contra el suelo. Josefina se detuvo un momento en la puerta antes de aproximarse a la mesa. Nos saludó: a Lidia, a la Gorda y a mí, en ese orden. No logré verla de frente. También llevaba un vestido largo y un chal, e iba descalza. Pero en su caso la ropa era tres o cuatro tallas más grande y había metido en ella un espeso relleno. Su aspecto era totalmente estrafalario; su rostro se veía delgado y joven, pero su cuerpo estaba grotescamente inflado.
Cogió un banco, lo llevó hasta la cabecera izquierda de la mesa y se sentó en él. Las tres parecían sumamente serias. Estaban sentadas con las piernas juntas y las espaldas rígidas.
Volví a percibir el rumor de ropas arrastradas y entró Rosa. Su vestimenta era similar a la de las otras y tampoco estaba calzada. Su saludo fue igualmente formal y la lista previa a mí incluyó a Josefina. Todos le respondimos en el mismo tono. Se sentó a la mesa frente a mí. Permanecimos en total silencio por un buen rato.
La Gorda habló, de improviso. El sonido de su voz nos hizo dar un respingo. Dijo, señalándome, que el Nagual iba a mostrarles a sus aliados, y que iba a valerse de su llamada especial para atraerlos a su habitación.
Intenté hacer una broma diciendo que el Nagual no estaba allí, de modo que no podía convocar aliado alguno. Esperaba que rieran. La Gorda se cubrió el rostro y las hermanitas se quedaron mirando. La Gorda me tapó la boca con la mano y me susurró al oído que era imprescindible que me abstuviera de decir idioteces. Me miró a los ojos y me ordenó invocar a los aliados mediante la llamada de las polillas.
Comencé a hacerlo, no sin experimentar cierta resistencia. De inmediato me vi superado por las circunstancias; descubrí en cuestión de segundos, que había dedicado toda mi concentración a producir el sonido. Modulé su formación y controlé la salida de aire de mis pulmones para dar lugar al sonsonete más prolongado posible. Resultó muy melodioso.

Aspiré profundamente para lanzarme a una nueve serie sonora. Me detuve al punto. Algo, fuera de la casa, respondía a mi llamada. Sones igualmente rítmicos llegaban de todas partes de la casa, incluso desde el tejado. Las hermanitas se levantaron de sus asientos para acurrucarse como niñas asustadas en torno de la Gorda y de mí.

-Por favor, Nagual, no dejes entrar nada en la casa -rogó Lidia.

Hasta la Gorda parecía un tanto sobresaltada. Me ordenó que me detuviera con un enérgico gesto. Yo no me proponía en modo alguno insistir. Los aliados, de cualquier manera, fuesen fuerzas informes, o seres que rondaban la casa, no dependían de mi expresión sonora. Volví a experimentar, al igual que dos noches antes en la casa de don Genaro, una presión insoportable, un peso descargado sobre toda la casa. Lo percibía en el ombligo como una comezón, una excitación que de pronto se convirtió en un agudo dolor físico.

Las tres hermanitas estaban presas del terror, especialmente Lidia y Josefina. Ambas gemían como perros heridos. Me rodearon y se prendieron de mí. Rosa pasó por debajo de la mesa a gatas; en cierto momento su cabeza asomó por entre mis piernas. La Gorda estaba de pie a mis espaldas y conservaba la calma en la medida en que le resultaba posible. Al poco rato la histeria y el miedo de las tres muchachas adquirieron proporciones incalculables. La Gorda se inclinó y murmuró en mi oído que debía producir el sonido opuesto, aquel capaz de dispersarlos. Experimenté durante un instante una suprema incertidumbre. A decir verdad, no conocía ningún otro sonido. Pero en ese momento sentí un ligero cosquilleo en la coronilla, un escalofrío recorrió mi cuerpo y mi memoria recuperó de quien sabe dónde un silbido singular que don Juan solía emitir por las noches y se esforzaba por enseñarme. Me había dicho que era un medio válido tanto para mantener el equilibrio durante la marcha como para no extraviar el camino en la oscuridad.

Comencé a silbar y la presión que sentía sobre mi zona umbilical cesó. La Gorda sonrió y suspiró aliviada y las hermanitas se apartaron de mí, sofocando risillas como si todo lo sucedido no hubiese pasado de ser una broma. Me hubiera gustado lanzarme a la reflexión espiritualista acerca de la brutal transición del agradable diálogo sostenido con la Gorda a esa situación sobrenatural. Consideré por un momento la posibilidad de que todo aquello no fuese más que una treta de las muchachas. Pero estaba demasiado débil. Me sentí al borde del desvanecimiento. Me zumbaban los oídos. La tensión en torno a mi estómago era tan violenta que creí enfermar. Apoyé la cabeza contra el canto de la mesa. No obstante, pasados unos pocos minutos, me encontré en condiciones de sentarme erguido.

Las tres muchachas parecían haber olvidado el susto. De hecho, reían y jugaban entre ellas, empujándose unas a otras y rodeándose las caderas con sus chales. La Gorda no se veía nerviosa; tampoco se la veía relajada.

En cierto momento, Rosa fue empujada por las otras dos y cayó del banco en que se hallaban sentadas las tres. Pensé que se iba a enfadar pero, en cambio, rió como una tonta. Miré a la Gorda, pidiéndole instrucciones. Estaba sobre su asiento, muy tiesa. Unía los ojos entornados, fijos en Rosa. Las hermanitas reñían estridentemente, como colegialas nerviosas. Lidia empujó a Josefina y la hizo rodar por el banco hasta que cayó al suelo, junto a Rosa. En el instante en que Josefina dio contra el piso, cesaron sus risas. Rosa y Josefina menearon el cuerpo, haciendo un movimiento incomprensible con las nalgas, las sacudían de un lado a otro, como si estuvieran aplastando algo contra el suelo. Luego se pusieron de pie y cogieron a Lidia por los brazos. Las tres, sin hacer el más ligero sonido, dieron un par de vueltas. Rosa y Josefina alzaron a Lidia, aferrándola por las axilas y la sostuvieron así mientras, de puntillas, rodeaban la mesa dos o tres veces. Entonces las tres se

desplomaron como si tuviesen en las rodillas resortes que hubieran cedido a la vez. Sus largos vestidos se llenaron de aire, adquiriendo el aspecto de enormes balones.
En el suelo, su silencio fue aún mayor. No hubo otro sonido que el suave crujir de sus ropas al arrugarse y arrastrarse. Tuve la impresión de estar viendo un filme tridimensional sin sonido.
La Gorda, que se había mantenido sentada a mi lado observándolas en silencio, se puso en pie de repente y, con la agilidad de un acróbata, corrió hacia la puerta de su habitación, situada en un rincón del comedor. Antes de llegar a ella, se dejó caer sobre el lado derecho; ayudándose con el hombro dio una vuelta sobre sí misma, se levantó empujada por el impulso de la rodada y abrió la puerta de golpe. Todos sus movimientos fueron realizados en absoluto silencio.
Las tres muchachas rodaron a su vez y entraron a la habitación arrastrándose como gigantescos insectos. La Gorda me hizo señas para que me acercase a ella; entramos a la habitación y me hizo sentar en el suelo, con la espalda apoyada en el marco de la puerta. Ella hizo lo mismo, situándose a mi derecha. Me ordenó entrecruzar los dedos y llevar las manos a la región umbilical, sobre el ombligo.
Al principio me vi obligado a dividir mi atención entre la Gorda, las hermanitas y la habitación. Pero una vez que la Gorda hubo dispuesto mi posición, fue el lugar lo que atrajo mi curiosidad. Las tres hermanas yacían en el centro de un cuarto amplio, blanco, cuadrado, con pisó de ladrillo. Había allí cuatro lámparas de petróleo, una en cada pared, colocadas sobre repisas empotradas a unos dos metros del suelo. No había cielorraso. Las vigas de sostén del techo habían sido oscurecidas y el efecto era el de un lugar enorme, sin cobertura. Las dos puertas estaban situadas, la una frente a la otra, en rincones opuestos por la diagonal. Al mirar la puerta que tenía delante, advertí que las paredes se correspondían en su orientación con los puntos cardinales. Nos encontrábamos en el ángulo noroeste.
Rosa, Lidia y Josefina recorrieron la habitación varias veces, rodando en el sentido opuesto al de las agujas del reloj. Me esforcé por percibir el roce de sus ropas pero el silencio era absoluto. Sólo oía la respiración de la Gorda. Finalmente, las hermanitas se detuvieron, para sentarse con la espalda contra la pared, cada una bajo una lámpara. Lidia se pegó a la pared este, Rosa al norte y Josefina al oeste.
La Gorda se puso de pie, cerró la puerta que teníamos detrás y la aseguró con una barra de hierro. Me hizo desplazar unos pocos centímetros, sin variar la posición, hasta que me hube apoyado en la puerta. Entonces, silenciosamente, atravesó la habitación girando y fue a sentarse bajo la lámpara de la pared sur; su llegada a esa posición parecía indicar el comienzo.
Lidia se levantó y echó a andar de puntillas por los lados del cuarto, junto a las paredes. No podía decir exactamente que caminara; más bien se trataba de un deslizarse silencioso. Según aumentaba la velocidad, más intensa se hacía la impresión de que planeaba; pisaba en el ángulo formado por los muros y el piso. Saltaba por sobre Rosa, Josefina, la Gorda y yo cada vez que nos encontraba en su recorrido. En cada caso sentí el roce de su falda al pasar. Cuanto más corría, más se elevaba, sin despegarse de las paredes. Llegó el momento en que se la vio transitar silenciosamente por los cuatro costados de la habitación a más de metro y medio del suelo. Su imagen, perpendicular a las paredes, resultaban tan inverosímil que rayaba en lo grotesco. Su largo traje hacía que la escena fuese aún más fantástica. La gravedad parecía no afectar a Lidia, pero sí a su falda, que se arrastraba. Siempre que pasaba por sobre mi cabeza me barría el rostro.
Había captado mi atención a un nivel que yo no había sido capaz de imaginar. La tensión producida por la concentración era tan grande que comencé a experimentar convulsiones en el estómago; era en ese órgano donde parecía desarrollarse su carrera. Tenía la mirada desenfocada.

Perdida ya casi por completo mi concentración, vi a Lidia descender diagonalmente por la pared este y detenerse en el centro del recinto.
Resollaba, sin aliento, y estaba bañada en sudor, al igual que la Gorda tras su exhibición de vuelo. Mantenía el equilibrio a duras penas. Pasado un momento regresó a su sitio junto a la pared este y se desplomó como un trapo húmedo. Supuse que se había desmayado, pero no tardé en advertir que respiraba deliberadamente por la boca.
Tras unos minutos de quietud, los necesarios para que Lidia recobrara fuerzas y volviera a sentarse erguida, Rosa se puso de pie y corrió hasta el centro del cuarto, giró sobre sus talones y se lanzó hacia su lugar de partida. La carrera le permitió cobrar el impulso imprescindible para realizar un extraño salto. Brincó como un jugador de baloncesto, siguiendo la vertical del muro y sus manos superaron la altura del mismo, superior a los tres metros. Vi como su cuerpo daba con violencia contra el techo aunque no se produjo el consiguiente sonido de choque. Esperaba ver cómo rebotaba en el suelo con la fuerza del impacto, pero permaneció allí colgada, sujeta a la superficie como un péndulo. Desde donde me hallaba, tuve la impresión visual de que sostenía una suerte de garfio en la mano izquierda. Se balanceó en silencio durante un momento para luego apartarse de golpe de la pared a una distancia aproximada de un metro valiéndose de su brazo derecho en el instante en que su oscilación llegaba al punto más alto. Repitió la operación treinta o cuarenta veces. Rodeó así toda la habitación y terminó por subirse a las vigas, de las cuales quedó pendiendo en equilibrio precario mediante un sostén invisible.
Al verla sobre los maderos tomé conciencia de que lo que yo imaginaba como un garfio no era sino cierta cualidad de la mano que le posibilitaba el mantenerse suspendida. Se trataba de la misma mano con la cual me había agredido dos noches antes.
Su exhibición culminó cuando quedó pendiente de las vigas en el centro mismo del cuarto. De pronto se dejó caer desde una altura de unos cinco metros. Su vestido se alzó, cubriéndole el rostro. Por un momento, antes de que tocara tierra sin un solo sonido, semejó un paraguas dado vuelta por la fuerza del viento; su cuerpo delgado y desnudo era como un bastón agregado a la masa oscura de la ropa.
Mi cuerpo acusó el impacto de su caída a plomo, tal vez más que el suyo propio. Tomó tierra en cuclillas y quedó inmóvil, tratando de recobrar el aliento. Yo estaba tumbado en el piso, presa de dolorosos calambres en el estómago.
La Gorda cruzó el lugar rodando, se quitó el chal y me envolvió con él la región umbilical, como si se tratara de una venda dándole dos o tres vueltas. Regresó rodando a la pared sur como una sombra.
Mientras disponía el chal a mi alrededor, perdí de vista a Rosa. Al alzar la mirada la descubrí sentada nuevamente junto a la pared norte. Un instante más tarde, Josefina se dirigió en silencio hacia el centro de la habitación. Se paseaba de un lado para otro, entre el lugar en que se hallaba Lidia y su propio sitio, con pasos inaudibles. No cesaba de mirarme. Súbitamente, mientras se aproximaba a su puesto, alzó el antebrazo izquierdo, llevándolo al nivel del rostro, como si quisiera evitar verme. Se cubría así parcialmente la cara. Dejó caer el brazo para volver a levantarlo, ocultando esta vez por completo su semblante. Repitió el movimiento incontables ocasiones, en tanto andaba sin producir sonido alguno de un lado a otro. Cada vez que alzaba el brazo, una porción mayor de su cuerpo desaparecía de mi vista. Llegó el momento en que todo su cuerpo se desvaneció, rodeado de ropas, tras su delgado antebrazo.
Era como si al impedir su visión de mi cuerpo, cosa que no resultaba difícil, también eliminaba mi visión de su cuerpo, cosa que no resultaba posible utilizando sólo el ancho de su brazo.
Una vez escondido todo su cuerpo, todo lo que yo lograba ver era el perfil de su an-

tebrazo suspendido en el aire, meciéndose de un lado a otro de la habitación; en cierto momento apenas se veía su brazo.
Sentí asco, una náusea insoportable. Ese brazo oscilante agotó mis energías. Caí sobre un lado, incapaz de mantener el equilibrio. Vi caer el brazo al suelo. Josefina yacía en el piso, cubierta de ropas, como si su vestido hubiese estallado. Estaba boca arriba, con los brazos extendidos.
Me tomó un buen rato recobrar la estabilidad física. Tenía la ropa empapada en sudor. No era yo el único afectado. Todas estaban exhaustas y bañadas en sudor. La Gorda era la más serena, pero aun su control parecía al borde del derrumbe. Las oía respirar por la boca, incluso a la Gorda.
Cuando hube recuperado el control por completo, todo el mundo se hallaba sentado en su sitio. Las hermanitas me miraban fijamente. Vi, por el rabillo del ojo, que la Gorda tenía los párpados entornados. Fue ella quien, sin el menor ruido, se llegó rodando hasta mi lado y me susurró al oído que debía ejecutar mi llamada de las polillas, insistiendo en ella hasta que los aliados se hubiesen precipitado en la casa y estuviesen a punto de lanzarse sobre nosotros.
Vacilé un instante. Me indicó, siempre por lo bajo, que no había modo de alterar el curso de los acontecimientos y que debíamos terminar con lo que habíamos iniciado. Tras quitarme el chal, que rodeaba mi cintura, regresó a su sitio y se sentó.
Me cubrí la boca con la mano izquierda e intenté reproducir el sonsonete. Al principio me resultó muy difícil. Tenía los labios y las manos húmedas, pero tras la torpeza inicial sobrevino una sensación de vigor y bienestar. El sonido fluyó más impecablemente que nunca. Me recordó a aquel que solía responder a mi señal. Tan pronto como dejé de hacerlo, oí la réplica, desde todas las direcciones.
La Gorda me ordenó con un gesto que prosiguiera. Repetí la serie por tres veces. La última fue totalmente magnética. No necesité tomar aire para soltarlo en pequeñas dosis, como había estado haciendo hasta entonces. El sonido salió de mi boca sin el menor esfuerzo. Ni siquiera hube de usar el canto de la mano para ayudarme.
De pronto, la Gorda se precipitó hacia mí, me alzó por las axilas y me llevó al centro de la habitación. Ello dio al traste con mi concentración. Advertí que Lidia estaba asida a mi brazo derecho, Josefina al izquierdo y Rosa había retrocedido hasta encontrarse de espaldas ante mí, y me aferraba por la cintura extendiendo los brazos hacia atrás. La Gorda se hallaba detrás de mí. Me hizo alargar las manos hacia ella y apoderarme de los extremos de su chal, con el cual se había envuelto cuello y hombros al modo de un arreo.
En ese momento me di cuenta de que en el recinto había algo además de nosotros, pero no alcanzaba a determinar de qué se trataba. Las hermanitas temblaban. Comprendí que ellas tenían conciencia de una presencia que yo no era capaz de distinguir. Entendía asimismo que la Gorda iba a intentar hacer lo mismo que había hecho en la casa de don Genaro. Súbitamente, sentí que el viento que penetraba por el ojo de la puerta nos empujaba. Me sujeté con todas mis fuerzas al chal de la Gorda, en tanto las muchachas hacían lo propio conmigo. Girábamos, caíamos y oscilábamos como una gigantesca hoja carente de peso.
Abrí los ojos y comprobé que teníamos el aspecto de un bulto. Tanto podíamos estar en posición vertical como yacer horizontalmente en el aire. Era imposible precisarlo, pues no tenía puntos de referencia sensorial. Entonces, tan de improviso como habíamos sido alzados, se nos dejó caer. Todo el peso del descenso se hizo sentir en la línea media de mi cuerpo. Aullé de dolor y mis alaridos se sumaron al de las hermanitas. Me dolía la parte posterior de las rodillas. Una presión insoportable se ejercía sobre mis piernas de forma que pensé que se me habían fracturado.
Mi siguiente impresión fue la de que algo me entraba en la nariz. Todo estaba muy oscuro y me encontraba tumbado boca

arriba. Me senté. Descubrí que la Gorda me hacía cosquillas con una ramita en las fosas nasales.
No me sentía agotado; ni siquiera ligeramente cansado. Me puse de pie de un salto; sólo entonces advertí que no estábamos en la casa. Nos encontrábamos en una colina rocosa y árida. Di un paso y estuve a punto de caer. Había tropezado con un cuerpo. Era Josefina. Al tocarla, reparé que se hallaba muy caliente. Parecía tener fiebre. Traté de hacerla sentar, pero estaba desmayada. Rosa estaba a su lado. Por contraste, estaba fría como el hielo. Coloqué a la una sobre la otra y las mecí. Ese movimiento les hizo recobrar el conocimiento.
La Gorda había dado con Lidia y la estaba haciendo andar. A los pocos minutos, todos estábamos de pie, a un kilómetro aproximadamente al este de la casa.
Años antes, don Juan me había hecho vivir una experiencia similar, aunque con la ayuda de una planta psicotrópica. Aparentemente, yo había volado para aterrizar a cierta distancia de su casa. Aquella vez había buscado una explicación racional del suceso. No había lugar para tal cosa, y al no aceptar que había volado, tuve que recurrir a una de las dos salidas posibles: don Juan me había transportado hasta aquel lugar mientras me hallaba inconsciente, bajo los efectos de los alcaloides del vegetal, o bien, como resultado de la droga, había creído aquello que don Juan me ordenaba creer: esto es, que volaba.
Ahora no me quedaba otro recurso que disponer mi ánimo para aceptar, en sentido literal, que había volado. No obstante, deseaba permitirme algunas dudas: comencé a considerar la posibilidad de que las cuatro muchachas me hubiesen llevado hasta aquella colina. Rompí a reír, incapaz de reprimir un oscuro deleite. Una recaída en mi vieja enfermedad. La razón que había mantenido temporalmente bloqueada, volvía a enseñorearse de mí. La defendía. Tal vez fuese más apropiado decir, a la luz de las cosas extravagantes que había presenciado, o de las cuales había participado desde mi llegada, que mi razón se defendía por sí sola, en independencia del todo más complejo que parecía ser el «yo» que no conocía. Me encontraba casi en situación de observador atento, ante la lucha de mi razón por dar con fundamentos lógicos adecuados a los hechos; por otra parte, una porción mucho mayor de mi persona carecía por completo del menor interés por explicarse nada.
La Gorda hizo poner en fila a las tres jóvenes. Luego me atrajo a su lado. Todas ellas cruzaron los brazos tras la espalda. Hube de imitarlas. Me estiró los brazos hacia atrás todo lo que fue posible, para que me cogiera cada antebrazo con la mano del lado opuesto fuertemente y muy cerca de los codos. Ello produjo una gran presión muscular en las articulaciones de mis hombros. Me obligó a echar el torso hacia adelante, inclinándome. Entonces remedó el peculiar reclamo de un ave. Era una señal. Lidia echó a andar. En la oscuridad, sus movimientos me recordaron los de una patinadora. Caminaba veloz y silenciosamente y en pocos minutos desapareció de mi vista.
La Gorda repitió la llamada por dos veces: Rosa y Josefina se marcharon tal como lo había hecho Lidia. Me dijo que no me apartase de ella. Reprodujo el sonido una vez más y ambos nos pusimos en camino.
Me sorprendía la suavidad de mi propia marcha. Todo mi equilibrio estaba centrado en mis piernas. El llevar los brazos detrás, en vez de estorbar mis movimientos, me ayudaba a conservar una curiosa estabilidad. Pero lo que más me asombraba era el silencio de mis pasos.
Cuando llegamos a la carretera comenzamos a andar normalmente. Nos cruzamos con dos hombres que iban en dirección opuesta. La Gorda los saludó y ellos respondieron. Al llegar a la casa encontramos a las hermanitas junto a la puerta: no se atrevían a entrar. La Gorda les hizo saber que, si bien yo no era capaz de controlar a los aliados, podía llamarlos u ordenarles partir y que ya no nos molestarían. Las muchachas le creyeron, cosa que a mí no me era posible hacer en ese caso.

Entramos. Silenciosas y eficientes, se desnudaron, se echaron agua fría en todo el cuerpo y se pusieron ropa limpia. Hice lo mismo. Me vestí con las prendas que solía dejar en la casa de don Juan, que la Gorda me entregó en una caja.

Todos estábamos alegres. Le pedí a la Gorda que me explicara lo que habíamos hecho.

-Más tarde hablaremos de eso -dijo en tono firme.

Recordé entonces que los paquetes que había llevado para ellas seguían en el coche. Pensé que el momento en que la Gorda estuviese preparando algo de comer sería el adecuado para distribuirlos. Fui a buscarlos. Lidia me preguntó si ya los había asignado, según su sugerencia. Le respondí que prefería que ellas mismas escogieran el que les gustase. Se negó. Sostuvo que no le cabía la menor duda de que había algo especial para Pablito y Néstor y un montón de chucherías para ellas, que yo arrojaba sobre la mesa para que se pelearan por ellas.

-Además, no has traído nada para Benigno -dijo, acercándose a mí y observándome con disimulada seriedad-. No puedes herir los sentimientos de los Genaros dándoles dos regalos para tres.

Rieron. Me sentí turbado. Tenía toda la razón en sus afirmaciones.

-Eres descuidado; es por eso que nunca me gustaste -prosiguió Lidia, trocando la sonrisa por el ceño-. Nunca me saludaste con cariño ni con respeto. Cada vez que nos encontrábamos, te limitabas a fingir que te hacía feliz verme.

Hizo una parodia de mi saludo, de una efusividad evidentemente artificial; un saludo que debía haber empleado con ella incontables veces en el pasado.

-¿Por qué nunca me preguntaste qué hacía aquí?

Dejé de escribir para considerar el punto. Nunca se me había ocurrido preguntarle nada. Le dije que no tenía justificación.

La Gorda intercedió, alegando que la razón por la cual jamás había dirigido más de dos palabras a Lidia ni a Rosa era que estaba acostumbrado a hablar únicamente con mujeres de las que estuviese enamorado, en uno u otro sentido. Agregó que el Nagual le había dicho que debían responderme en caso de que yo les preguntara algo directamente, pero que en tanto no lo hiciera no tenían por qué decirme nada. Rosa aseveró que yo no le gustaba porque estaba siempre riendo y tratando de ser divertido. Josefina añadió que, puesto que nunca antes me había visto, yo le desagradaba por que sí, sin ningún motivo especial.

-Quiero que sepas que no te acepto como Nagual -me dijo Lidia-. Eres demasiado estúpido. No sabes nada. Yo sé más que tú. ¿Cómo podría respetarte?

Afirmó que, por lo que a ella tocaba, le daba igual que yo regresara al lugar del cual había salido o me arrojase a un lado.

Rosa y Josefina no dijeron palabra. A juzgar por la expresión seria y concentrada de sus rostros, sin embargo, parecían estar de acuerdo con su hermana.

-¿Cómo puede guiarnos este hombre? -preguntó Lidia a la Gorda-. No es un verdadero Nagual. Es un hombre. Nos va a convertir en idiotas semejantes a él.

Según hablaba, la expresión vil en el gesto de Rosa y Josefina se me iba haciendo más evidente.

Intervino la Gorda para explicarles lo que había «visto» esa tarde acerca de mí. Terminó diciendo que, así como me había recomendado cuidarme de sus redes, similar consejo les daba a ellas: cuidarse de caer en las mías.

Tras la manifestación inicial de animosidad hacia mi persona, realizada por Lidia, auténtica y bien fundamentada, me causó estupor ver con cuanta facilidad se sometía a las observaciones de la Gorda. Me sonrió. Es más, fue a sentarse a mi lado.

-Tú eres como nosotros, ¿no? -preguntó como aturdida.

No sabía qué decir. Temía cometer un error garrafal.

Era evidente que Lidia acaudillaba a las hermanitas. En el momento en que me sonrió, las otras dos parecieron adoptar la misma postura hacia mí.

La Gorda le dijo que no se preocuparan por mi bolígrafo y mi libreta y mis preguntas; que, a cambio, yo no me podría nervioso cuando ellas se dedicasen a hacer lo que más les gustaba: abandonarse a sí mismas.
Las tres fueron a sentarse cerca de mí. La Gorda fue hasta la mesa, cogió los paquetes y los llevó al coche. Pedí a Lidia que me disculpara por mis torpezas pasadas, y a todas ellas que me contasen cómo habían llegado a ser aprendices de don Juan. Para que no se sintieran incómodas yo les conté cómo había conocido a don Juan. Sus relatos no difirieron en nada de los de doña Soledad.
Lidia comentó que todas habían tenido la posibilidad de marcharse del mundo de don Juan, pero habían elegido quedarse. Por lo que hacía a ella, en particular, siendo la primera de las aprendices, había tenido sobradas ocasiones para irse. Una vez el Nagual y Genaro la hubieron curado, el primero le había señalado la puerta, aclarándole que, de no utilizarla en ese preciso momento, se cerraría para no volver a abrirse nunca.
-Mi destino quedó sellado en el instante en que se cerró -me dijo Lidia-. A ti te sucedió algo semejante. El Nagual no me ocultó que, tras ponerte un parche, te fue dada la oportunidad de marchar, pero tú no lo hiciste.
Esa decisión constituía mi recuerdo más vívido. Les conté que don Juan me había engañado, diciéndome que una bruja andaba tras él y me daba a escoger entre irme para no volver y quedarme a ayudarle en la guerra contra su atacante. Resultó que su pretendido agresor no era sino uno de sus cómplices. Al enfrentarle, creyendo hacerlo en nombre de don Juan, le ponía en mi contra; se convirtió en lo que él llamaba mi «digno adversario».
Pregunté a Lidia si ellas también habían tenido un digno adversario.
-No somos tan tontas como tú -dijo-. Nunca necesitamos que nadie nos espoleara.
-Pablito sí es así de estúpido -dijo Rosa-. Soledad es su enemigo. No sé, sin embargo, hasta qué punto ella vale la pena. Pero, como reza el dicho, a falta de pan, buenas son tortas.
Rieron y dieron golpes sobre la mesa.
Inquirí si alguna de ellas conocía a la bruja que don Juan me había opuesto, la Catalina.
Negaron con la cabeza.
-Yo la conozco -dijo la Gorda desde junto al fogón-. Pertenece al ciclo del Nagual, pero en apariencia no tiene más de treinta años.
-¿Qué es un ciclo, Gorda? -pregunté.
Se acercó a la mesa, puso un pie sobre el banco y apoyó la barbilla en la mano, descansando sobre el brazo y la rodilla.
-Los brujos como el Nagual y Genaro tienen dos ciclos -explicó-. Durante el primero son humanos, como nosotros. Nos encontramos en nuestro primer ciclo. A cada uno nos ha sido asignada una tarea; el llevarla a cabo nos hará perder la forma humana. Eligio, los cinco aquí presentes y los Genaros pertenecemos a un mismo ciclo.
»El segundo ciclo es aquel en que el brujo ya no es humano: tal el caso del Nagual y de Genaro. Vinieron a educarnos y hecho eso, partieron. Nosotros somos para ellos su segundo ciclo.
»El Nagual y la Catalina son como tú y Lidia. Se encuentran en idénticas posiciones. Ella es una bruja asustadiza, como Lidia.
La Gorda regresó a su lugar junto a las hornallas. Las hermanitas se veían inquietas.
-Esa debe ser la mujer que conoce las plantas de poder -dijo Lidia a la Gorda.
Ésta confirmó su suposición. Las interrogué acerca de si el Nagual les había dado alguna vez plantas de poder.
-No, a nosotras no -replicó Lidia-. Las plantas de poder sólo se dan a gente vacía. Como tú y la Gorda.
-¿Te dio a ti plantas de poder el Nagual, Gorda? -pregunté en voz bien audible.
La Gorda mostró dos dedos, alzándolos hasta por sobre su cabeza.
-El Nagual le ofreció su pipa dos veces -dijo

Lidia-. Y en ambos casos perdió la razón.
-¿Qué fue lo que sucedió, Gorda? -quise saber.
-Salí de mis cabales -dijo acercándose a la mesa-. El Nagual nos dio plantas de poder porque nos estaba poniendo un parche en el cuerpo. El mío no tardó en adherirse. Contigo la cosa fue más difícil. El Nagual decía que estabas más loco que Josefina y eras tan insoportable como Lidia; tuvo que darte gran cantidad de plantas.
La Gorda explicó que las plantas de poder sólo eran empleadas por los brujos que dominaban enteramente su arte. Eran tan poderosas y su manipulación tan delicada que requerían la más impecable de las atenciones por parte del brujo. Llevaba toda una vida ejercitar la atención en el nivel necesario. Agregó que a la gente completa no le hacía falta las plantas de poder, y que ni las hermanitas ni los Genaros las habían tomado nunca; no obstante, algún día, cuando hubieran perfeccionado su arte como soñadores, se valdrían de ellas para lograr el impuso final y total, un impulso cuya magnitud no nos era posible concebir.
-¿También nosotros las tomaremos? -pregunté a la Gorda.
-Todos nosotros -respondió-. El Nagual aseguraba que tú entenderías esto con más facilidad que los demás.
Consideré la cuestión. A decir verdad, el efecto de las plantas psicotrópicas sobre mí había sido espantoso. Parecían penetrar en un vasto depósito que hubiese en mi interior, para extraer de él todo un mundo. Sus mayores desventajas consistían en su acción devastadora para mi bienestar físico y la imposibilidad de controlar sus consecuencias. El universo en que me sumergían era indomable y caótico. Perdía el dominio, el poder, por decirlo en los términos de don Juan, de utilizar ese mundo. Pero si alcanzara ese control, las posibilidades que se abrirían ante la mente serían pasmosas.
-Yo también las tomé -dijo de pronto Josefina-. Cuando estaba loca el Nagual me hizo fumar su pipa, para curarme o acabar conmigo. ¡Y me curó!
-Es cierto que el Nagual dio a Josefina su humo -dijo la Gorda desde junto al fogón. Volvió a acercarse a la mesa-. Sabía que ella fingía estar más loca de lo que en realidad estaba. Siempre había estado un poco ida y era muy atrevida y se abandonaba a sí misma más que nadie. Pretendía vivir donde nadie la molestara y pudiera hacer todo lo que le viniera en gana. De modo que el Nagual le dio su humo y la llevó a vivir a un mundo de su gusto durante catorce días; al cabo, se aburrió tanto de estar allí que se curó. Dejó de darse lujos. Esa fue su cura.
La Gorda regresó a la cocina. Las hermanitas rieron y se dieron palmaditas en la espalda.
Recordé entonces que, en la casa de doña Soledad, Lidia no sólo había dado a entender que don Juan me había dejado un paquete, sino que me había mostrado un envoltorio muy semejante a la funda en que don Juan guardaba la pipa. Mencioné a Lidia que había afirmado que me lo entregaría cuando la Gorda estuviese presente. Las hermanitas se miraron antes de volverse hacia la Gorda. Ésta hizo una seña con la cabeza. Josefina se puso en pie y se dirigió a la habitación delantera. Retornó poco más tarde, con el lío que Lidia me había enseñado.
Una punzada de esperanza atravesó mi estómago. Josefina depositó el bulto con delicadeza sobre la mesa, delante de mí. Todos se acercaron. Comenzó a desenvolverlo con la misma ceremonia con que lo había hecho Lidia la primera vez. Cuando hubo terminado de deshacerlo, esparció su contenido sobre la mesa. Eran paños de menstruación.
Quedé aturdido por un momento. Pero el sonido de la risa de la Gorda, mucho más fuerte que el de las demás, era tan agradable que no pude por menos de estallar en carcajadas yo también.
-Este es el paquete personal de Josefina -afirmó la Gorda-. Suya fue la brillante idea de despertar tu codicia anunciándote un regalo del Nagual, para que te quedases.

-Tendrás que admitir que fue una buena idea -me dijo Lidia.
Remedó la expresión avariciosa de mi rostro en el momento en que empezó a abrir el envoltorio y mi aspecto de individuo desilusionado del final.
Hice saber a Josefina que su idea había sido realmente brillante, que había surtido el efecto previsto y que tenía más interés por ese paquete del que me atrevía a reconocer.
-Puedes quedártelo, si lo deseas. -El comentario de Lidia hizo reír a todos.
La Gorda dijo que el Nagual había sabido desde el principio que Josefina no estaba realmente enferma, y que esa era la razón, por la cual le resultaba tan difícil curarla. Las personas verdaderamente dolientes son más dóciles. Josefina era demasiado consciente de todo y muy ingobernable; se vio obligado a fumarla muchas veces.
En una oportunidad, don Juan se había expresado en los mismos términos con respecto a mí: dijo que me había fumado. Yo siempre había creído que se refería al hecho de haber empleado hongos psicotrópicos para tener una visión diferente de mi persona.
-¿Cómo te fumó? -pregunté a Josefina.
Se encogió de hombros, sin responder.
-Tal como te fumó a ti -dijo Lidia-. Te quitó la luminosidad y la secó con el humo de un fuego que había encendido.
Estaba seguro de que don Juan nunca había mencionado nada semejante. Pedí a Lidia que me explicara lo que sabía sobre el particular. Se volvió hacia la Gorda.
-El humo es muy importante para los brujos -dijo la Gorda-. El humo es como la niebla. Claro que la niebla es mejor, pero es demasiado difícil de manejar. No está tan a mano como el humo. Así que si un brujo quiere ver y conoce a alguien que tiene por costumbre ocultarse, como tú y Josefina, caprichosos y huraños, enciende un fuego y hace que su humo envuelva a la persona. Esconda lo que esconda, surgirá con el humo.
La Gorda aclaró que el Nagual no sólo empleaba el humo para «ver» y conocer a la gente, sino también para curarla. Daba a Josefina baños de humo; la hacía estar de pie o sentada junto al fuego en la dirección hacia la cual soplaba el viento. El humo la envolvía, haciéndola sofocar y llorar, pero la incomodidad era sólo temporal y sin consecuencias graves; los efectos positivos, por otra parte, se traducían en un aumento gradual de la luminosidad.
-El Nagual nos dio baños de humo a todos -agregó la Gorda-. A ti te dio más que a Josefina. Decía que eras insoportable y que ni siquiera fingías como ella.
Lo vi con toda claridad. Tenía razón; don Juan me había hecho sentar frente al fuego cientos de veces. El humo me irritaba la garganta y los ojos hasta el punto de que me aterrorizaba verle coger ramas secas. El afirmaba que debía aprender a controlar la respiración y sentir el humo con los ojos cerrados. Así podría respirar sin sofocarme.
La Gorda aseveró que el humo había ayudado a Josefina a ser etérea y esquiva en sumo grado, y que no tenía la menor duda de que también había contribuido a aliviar mi enfermedad mental, cualquiera que ésta fuese.
-El Nagual afirmaba que el humo lo quita todo -prosiguió la Gorda-. Le hace a uno claro y franco.
Le pregunté si sabía cómo había que proceder para que el humo pusiera en evidencia lo que una persona ocultaba. Me respondió que era muy fácil para ella, porque había perdido la forma, pero que ni las hermanitas ni los Genaros eran capaces de hacerlo, a pesar de haber presenciado el procedimiento, realizado por el Nagual o por Genaro, cientos de veces.
Me interesaba conocer la razón por la cual don Juan nunca me había mencionado el tema, a pesar de haberme ahumado como un pescado seco en buen número de ocasiones.
-Lo hizo -dijo la Gorda con su acostumbrada seguridad-. Es más: te enseñó a escrutar la niebla. Nos contó que en cierta oportunidad habían ahumado un lugar de las montañas y visto aquello que se escondía tras el paisaje. Estaba embelesado.

Recordé una exquisita distorsión visual, una alucinación pasada, que consideraba producto de la acción cruzada de una muy densa niebla y una tormenta eléctrica que habían tenido lugar simultáneamente. Les narré el episodio y agregué que don Juan jamás me había enseñado nada, al menos directamente, acerca de la niebla ni el humo. Se había limitado a encender fuegos o guiarme hacia los bancos de niebla.

La Gorda no dijo nada. Se puso de pie y volvió a la cocina. Lidia sacudió la cabeza e hizo un chasquido con la lengua.

-Eres completamente idiota -dijo-. El Nagual te lo enseñó todo. ¿Cómo crees posible, en caso contrario, haber llegado a ver lo que nos acabas de contar?

Un abismo separaba nuestros distintos modos de entender la enseñanza. Les dije que si yo les enseñase algo que supiera, como conducir un coche, lo haría paso a paso, asegurándome de que comprendiesen todas y cada una de las facetas del procedimiento global.

La Gorda retornó a la mesa.

-Eso sólo se puede hacer cuando el brujo enseña algo relativo al tonal -afirmó-. Cuando se trata del nagual, debe dar la instrucción, es decir, mostrar el misterio al guerrero. Y nada más. El guerrero que recibe los misterios debe ganar su derecho al conocimiento como instrumento de poder haciendo aquello que le ha sido descubierto.

»El Nagual te reveló más misterios que a todos nosotros. Pero eres muy perezoso, como Pablito, y prefieres seguir sumido en la confusión. El tonal y el nagual son dos mundos diferentes. En uno se habla, en el otro se actúa.

Cuando terminó de hablar sus palabras cobraron sentido para mí. Comprendí lo que quería decir. Regresó a la cocina. Revolvió algo en una olla y se acercó nuevamente.

-¿Por qué eres tan imbécil? -me preguntó Lidia directamente.

-Está vacío -replicó Rosa.

Me hicieron poner de pie y exploraron mi cuerpo con los ojos hasta bizquear. Me palparon la región umbilical.

-Pero, ¿por qué sigues estando vacío? -preguntó Lidia.

-Sabes lo que debes hacer, ¿no? -agregó Rosa.

-Estuvo loco -les dijo Josefina-. Debe estarlo todavía.

La Gorda vino en mi ayuda, explicándoles que yo aún estaba vacío por la misma razón por la cual ellas no habían perdido la forma. En el fondo, aunque no lo reconociéramos, ninguno de nosotros deseaba el mundo del Nagual. Teníamos miedo y estábamos llenos de segundos pensamientos. En síntesis, no éramos mejores que Pablito.

No dijeron palabra. Las tres parecían estar muy turbadas.

-Pobre Nagualito -me dijo Lidia en un tono que revelaba auténtico interés-. Estás tan asustado como nosotras. Yo finjo ser dura, Josefina finge estar loca, Rosa finge tener mal genio y tú finges ser estúpido.

Rieron y, por primera vez desde mi llegada, tuvieron un gesto de camaradería para conmigo. Me abrazaron, descansando la cabeza en mi cuerpo.

La Gorda se sentó frente a mí y las hermanitas lo hicieron a su alrededor. Tenía a las cuatro delante.

-Ahora podemos hablar acerca de lo sucedido esta noche -dijo-. El Nagual me dijo que si sobrevivíamos al último contacto con los aliados ya no volveríamos a ser los mismos. Los aliados nos hicieron algo hoy. Nos han rechazado.

Me tocó con suavidad la mano con que escribía.

-Esta fue una noche especial para ti -prosiguió-. Todos, incluidos los aliados, nos lanzamos en tu ayuda. El Nagual lo hubiese querido. Esta noche viste todo el camino.

-¿Lo crees? -pregunté.

-Ya estás de nuevo -comentó Lidia. Todas rieron.

-Háblame de mi ver, Gorda -insistí-. Sabes que soy idiota. No debe haber malentendidos entre nosotros.

-De acuerdo -dijo-. Te comprendo. Esta noche vistes a las hermanitas.
Les dije que también había presenciado acciones increíbles realizadas por don Juan y don Genaro. Les había visto con la misma claridad con que acababa de ver a las hermanitas, pero don Juan y don Genaro siempre habían llegado a la conclusión de que no había visto. Me costaba, en consecuencia, precisar en qué sentido eran diferentes los actos de las hermanitas.
-¿Quieres decir que no las viste colgadas de las líneas del mundo? -inquirió.
-No, no las vi.
-¿No las viste colarse por la grieta que separa los mundos?
Les conté lo que había observado. Me escucharon en silencio. Cuando finalicé la Gorda parecía estar al borde de las lágrimas.
-¡Qué lástima! -exclamó.
Se puso de pie, rodeó la mesa y me abrazó. Sus ojos eran claros y serenos. Comprendí que no me guardaba rencor.
-Es parte de nuestro destino el que estés obstruido -dijo-. Pero sigues siendo el Nagual para nosotras. No te molestaré con feos pensamientos. Al menos, de eso puedes estar seguro.
Comprendí que lo decía de verdad. Me hablaba desde un nivel en que yo sólo había visto a don Juan. Había insistido en atribuir su talante a la pérdida de la forma humana; ciertamente, era un guerrero sin forma. Me recorrió una oleada de profundo cariño hacia ella. Estaba a punto de llorar. Fue en ese instante, al percibir que estaba ante un maravilloso guerrero, que me sucedió algo sumamente curioso. Tal vez la mejor forma de describirlo consista en decir que me estallaron los oídos inesperadamente. Salvo por el hecho de que sentí el estallido en medio del cuerpo, exactamente debajo del ombligo, con más intensidad que en los oídos. Una ráfaga caliente recorrió mi cuerpo. Y de pronto recordé algo que jamás había visto. Como si una memoria ajena hubiese tomado posesión de mí.
Recordé a Lidia, aferrada a dos cuerdas rojizas horizontales, andando por la pared. A decir verdad, no caminaba: se deslizaba sobre un denso lío de líneas, sobre las cuales afirmaba los pies. La recordé jadeante y con la boca abierta, debido al esfuerzo que le representaba tirar de las cuerdas rojizas. La razón por la cual había perdido el equilibrio al finalizar su exhibición consistía en que la había visto como una luz que rodeaba el cuarto vertiginosamente; tironeaba de la zona de alrededor de mi ombligo.
También vinieron a mi memoria los actos de Rosa y de Josefina. Rosa realmente había estado allí colgada, asiendo con la mano izquierda largas fibras rojizas verticales pendientes del oscuro techo como hojas de un emparrado. El brazo derecho le servía para mantenerse cogida a otras fibras, también verticales, que parecían ayudarle a conservar la estabilidad. También se sujetaba con los pies. Hacia el final de su demostración semejaba una fosforescencia cerca del techo. El contorno de su cuerpo había desaparecido.
Josefina se había escondido detrás de unas líneas que daban la impresión de surgir del suelo. Lo que había hecho con el brazo alzado había sido reunirlas en un haz del ancho necesario para ocultar su cuerpo. Su vestido, inflado, le había sido de gran ayuda: de algún modo había contraído su luminosidad. Su gran bulto era tan sólo aparente. Al finalizar su acto, Josefina, al igual que Lidia y Rosa, no pasaba de ser una mancha de luz. Logré pasar mentalmente de un recuerdo a otro.
Cuando les hablé de todo lo que había acudido a mi memoria, las hermanitas me miraron, desconcertadas. La Gorda era la única que parecía al corriente de lo que me estaba ocurriendo. Rió verdaderamente complacida y comentó que el Nagual tenía razón al afirmar que yo era demasiado perezoso para recordar lo que «veía»; en consecuencia, sólo me preocupaba por lo que miraba.
¿Es posible -pensé- que haya seleccionado inconscientemente mis recuerdos? ¿O

todo esto es obra de la Gorda? De ser cierto que al principio había limitado las posibilidades de mi memoria, para terminar luego aceptando las porciones censuradas, también debía ser verdad que había percibido mucho más respecto a las acciones de don Genaro y don Juan; no obstante, sólo retenía una parte del conjunto de percepciones de aquellos sucesos.

-Es difícil creer -dije a la Gorda- que puedo recordar en cierto momento algo que no había recordado un momento antes.

-El Nagual decía que todos podíamos ver, y escoger, y sin embargo, no tener memoria de lo visto -respondió-. Ahora comprendo cuánta razón tenía. Todos somos capaces de ver; unos más que otros.

Informé a la Gorda que era consciente de que acababa de dar con una clave. Ellas me habían devuelto una pieza extraviada. Pero no era fácil especificar de qué se trataba.

Anunció que terminaba de «ver» que yo había practicado mucho el «soñar» y ello había contribuido a desarrollar mi atención; no obstante, me dejaba engañar por mi propia apariencia de no saber nada.

-Quería hablarte de la atención -continuó-, pero tú sabes tanto como yo sobre el tema.

Le aseguré que mis conocimientos eran intrínsecamente diferentes de los suyos, que resultaban infinitamente más espectaculares que los míos. En consecuencia, todo lo que me pudiera decir acerca de sus prácticas sería de valor para mí.

-El Nagual nos encomendó demostrarte que, merced a la atención, podemos retener las imágenes de un sueño tal como retenemos las del mundo -dijo la Gorda-. El arte del soñador es el arte de la atención.

Los pensamientos se precipitaban sobre mí como si hubiera sobrevenido un corrimiento de tierras. Tuve que ponerme en pie y andar un poco por la cocina. Volví a sentarme. Pasamos un rato en silencio. Sabía perfectamente qué había querido decir al afirmar que el arte del soñador era el arte de la atención. Comprendí entonces que don Juan me había dicho y mostrado todo lo posible. Sin embargo, yo no había sido capaz de captar las premisas de su conocimiento con mi cuerpo mientras le tuve cerca. Él sostenía que la razón era el demonio que me tenía encadenado y que debía derrotarlo si quería llegar a captar sus enseñanzas. Todo, por lo tanto, consistía en dar con el medio idóneo para vencer mi razón. Nunca se me había ocurrido forzarle a que me diera una definición de lo que entendía por razón. Siempre había supuesto que con esa palabra aludía a la capacidad de entender, inferir o pensar de un modo racional, ordenado. Al escuchar a la Gorda, me di cuenta de que, para él, «razón» era sinónimo de «atención».

Don Juan aseveraba que el núcleo de nuestro ser era el acto de percibir, y lo mágico de nuestro ser era la toma de conciencia. Para él la percepción y la conciencia constituían una sola, inseparable, unidad funcional, una unidad con dos esferas. La primera de ellas correspondía a la «atención del tonal», es decir, a la capacidad de la gente corriente de percibir y situar su conciencia en el mundo ordinario, el de la vida diaria. Don Juan también llamaba a esa forma de atención «primer anillo de poder», y la describía como nuestra terrible pero indiscutible facultad de poner orden en nuestra percepción del mundo.

La segunda esfera abarcaba la «atención del nagual», esto es, la capacidad de los brujos de situar su conciencia en el mundo no ordinario. El denominaba a este ámbito «segundo anillo de poder»: la facultad completamente tormentosa, que todos teníamos, pero sólo los brujos usaban, de poner orden en ese otro mundo.

La Gorda y las hermanitas, al demostrarme que el arte de los soñadores consistía en retener las imágenes de los sueños mediante la atención, no habían hecho más que desarrollar el aspecto práctico del esquema de don Juan. Ellas habían llevado a la práctica el conjunto teórico de sus enseñanzas. Para poder realizar una exhibición de tal arte, debían valerse de su «segundo anillo de poder», o «atención del nagual». Y para poder presenciarla, yo debía hacer lo mismo. En realidad, era evi-

dente que yo había repartido mi atención entre ambos dominios. Tal vez todos percibimos constantemente ambas formas, pero decidimos aislar una para el recuerdo y descartar la otra; o tal vez archivamos la segunda, como había hecho yo. En ciertas condiciones de tensión y receptividad, la memoria censurada sale a la superficie y tenemos entonces dos visiones distintas de un mismo acontecimiento.

Lo que don Juan había luchado por derrotar, o, mejor dicho, suprimir en mí, no era mi razón considerada en el sentido de capacidad para el pensamiento racional, sino mi «atención del tonal» o conciencia del mundo del sentido común. La Gorda me había explicado el motivo por el cual él había buscado que así fuera al explicarme que el mundo diario existe porque sabemos cómo retener sus imágenes; por lo tanto, si uno pierde la atención necesaria para conservarlas, el mundo se derrumba.

-El Nagual nos decía que lo importante era la práctica -dijo la Gorda de pronto-. Una vez centrada la atención en las imágenes de tu sueño, queda atrapada allí para siempre. Al final puedes llegar a ser como Genaro, que recordaba cuanto había visto en todos sus sueños.

-Cada una de nosotras posee otros cinco sueños -dijo Lidia-. Pero te mostramos sólo el primero porque es el que nos dejó el Nagual.

-¿Pueden soñar cuantas veces lo deseen? -pregunté.

-No -replicó la Gorda-. Soñar requiere mucho poder. Ninguna de nosotras tiene tanto. Las hermanitas se ven obligadas a rodar por el piso numerosas veces, como has visto, porque, al hacerlo, la tierra les da energía. Tal vez también recuerdes haberlas visto como seres luminosos qué sorben energía de la luz de la tierra. El Nagual sostenía que la mejor manera de obtener energía consiste, desde luego, en permitir que la luz solar penetre en los ojos, especialmente el izquierdo.

Le comuniqué que nada sabía de ello y me describió un procedimiento que le había enseñado don Juan. Al oírla recordé que también me lo había enseñado a mí. Se trataba de mover la cabeza lentamente de un lado a otro, en tanto captaba la luz solar con el ojo izquierdo, entornado. Él afirmaba que no sólo era posible utilizar el sol, sino también cualquier otro tipo de luz susceptible de ser reflejada por los ojos.

La Gorda dijo que el Nagual les había recomendado atarse los chales bajo la cintura para protegerse las caderas al rodar. Le comenté que don Juan nunca me había hablado de rodar. Me explicó que sólo las mujeres podían hacerlo porque tenían útero. La energía entraba directamente en él y al rodar la distribuían por el resto del cuerpo. Un hombre, para captar energía, debía echarse de espalda, flexionando las rodillas hasta lograr que las plantas de los pies estuviesen en contacto en toda su superficie. Los brazos debían abrirse hacia los lados, con los antebrazos en posición vertical y los dedos en forma de garra hacia arriba.

-Pasamos años soñando esos sueños -dijo Lidia-. Son lo mejor que tenemos porque en ellos nuestra atención está completa. En los demás sueños sigue siendo inestable.

La Gorda afirmó que el retener las imágenes de los sueños era un arte tolteca. Tras años de agotadora práctica, todas ellas habían logrado realizar una acción en cada sueño. Lidia podía andar sobre lo que fuese, Rosa colgarse de todo, Josefina ocultarse tras cualquier cosa, y ella misma volar. Había llegado a poner toda su atención en una sola actividad. Pero aún eran principiantes, aprendices de ese arte. Agregó que Genaro era el maestro del «soñar»: era capaz de volver las cosas a su favor a voluntad y atender a todas las actividades de la vida diaria; para él las dos esferas de la atención tenían el mismo valor.

Me vi obligado a plantearle el tema de costumbre: necesitaba conocer los procedimientos, el modo en que se las arreglaban para retener las imágenes de sus sueños.

-Los conoces tan bien como yo -dijo la Gor-

da-. Lo único que puedo decirte es que tras repasar un mismo sueño una y otra vez, comenzamos a percibir las líneas del mundo. Ellas nos ayudaron a realizar lo que nos viste hacer.

Don Juan había dicho que nuestro «primer anillo de poder» penetra en nuestras vidas en épocas muy tempranas y vivimos bajo la impresión de que ese es todo nuestro mundo. El «segundo anillo de poder», «la atención del nagual» permanece oculto para la inmensa mayoría de nosotros, y se nos revela justo en el momento de la muerte. No obstante, existe un camino para llegar hasta él, al alcance de todos, pero cuyo recorrido solamente emprenden los brujos: el «soñar». «Soñar» consiste, en esencia, en transformar los sueños corrientes en cuestiones volitivas. Los soñadores, mediante el expediente de concentrar la «atención del nagual» en los asuntos y sucesos de sus sueños ordinarios, los transforman en «soñar».

Don Juan aseguraba que no existía un procedimiento específico para alcanzar la «atención del nagual». Solamente me había dado pistas. La primera fue que debía buscar mis manos en sueños; entonces, el ejercicio de atención fue ampliado a la búsqueda de objetos, rasgos característicos del paisaje, como calles, edificios, etcétera. Desde allí había que pasar a «soñar» sobre lugares determinados a determinadas horas. El último grado consistía en concentrar la «atención del nagual» en el yo total. Don Juan sostenía que esa etapa final se anunciaba generalmente por un sueño que buena parte de la gente había tenido en una u otra oportunidad, en el cual el sujeto se ve a sí mismo yaciendo dormido. Para cuando un brujo tiene ese sueño, su atención se ha desarrollado hasta el punto de que, en vez de despertar, como les ocurre a la mayoría de las personas, da media vuelta y se pone en actividad, como lo haría en el mundo en que tiene lugar nuestra vida diaria. En ese momento se produce una ruptura, una división definitiva en la hasta entonces unificada personalidad. En la concepción de don Juan, el atrapar la «atención del Nagual» y desarrollarla hasta el nivel de perfección de nuestra atención diaria al mundo tenía por resultado el nacimiento del otro yo, un ser idéntico a uno, pero construido en el «soñar».

Don Juan me había hecho saber que no existen reglas establecidas para la educación de ese doble, como no existen para alcanzar la conciencia corriente. Sencillamente, se logra mediante la práctica. Él aseveraba que el método más adecuado se nos revelaba en la captación de la «atención del nagual». Me instaba a practicar el «soñar» sin permitir que mis temores convirtieran la actividad en una carga.

Lo mismo había hecho con la Gorda y las hermanitas, pero era evidente que algo les había permitido llegar a ser más receptivas que yo a la idea de otro nivel de atención.

-Genaro pasaba la mayor parte del tiempo en su cuerpo de soñar -dijo la Gorda-. Lo prefería. Por eso podía hacer las cosas más fantásticas y asustarte mortalmente. Genaro podía pasar por la grieta de entre los mundos como tú y yo lo hacemos por una puerta, en ambas direcciones.

Don Juan también me había hablado mucho de la grieta entre los mundos. Yo siempre había creído que se refería, metafóricamente, a una división sutil entre el mundo percibido por un hombre corriente y aquel percibido por los brujos.

La Gorda y las hermanitas me habían demostrado que la grieta entre los mundos era algo más que una metáfora. Era más bien la capacidad para pasar de uno a otro nivel de atención. Una parte de mí entendía perfectamente a la Gorda, en tanto la otra se hallaba más aterrorizada que nunca.

-Has estado preguntando por el lugar al que habían ido el Nagual y Genaro -dijo la Gorda-. Soledad fue muy brutal al decirte que se habían ido al otro mundo; Lidia te dijo que habían abandonado estos alrededores; los Genaro, como buenos idiotas, te asustaron. Lo cierto es que se marcharon por esa grieta.

Por alguna razón, inaprehensible para mí, sus palabras me lanzaron al caos. Siempre había estado convencido de que su partida era definitiva. Sabía que no se habían ido en sentido ordinario, pero había dejado el asunto en el reino de la metáfora. Si bien había llegado a decírselo a amigos íntimos, nunca lo había creído realmente. En lo profundo de mí, nunca había dejado de ser un hombre racional. Pero la Gorda y las hermanitas habían convertido mis oscuras metáforas en posibilidades reales. Lo cierto era que la Gorda nos había transportado medio kilómetro valiéndose de la energía de su «soñar»

La Gorda se puso en pie y declaró que yo lo había entendido todo y era hora de comer. Nos sirvió lo que había preparado. Tuve la impresión de no estar comiendo. Una vez que terminamos, se levantó y se acercó a mí.

-Creo que ya ha llegado el momento de que te vayas -me dijo.

La frase parecía ser una indicación para las hermanitas. Éstas dejaron los asientos a su vez.

-Si te quedas, ya nunca podrás partir -prosiguió la Gorda-. El Nagual te ofreció la libertad una vez, pero tú escogiste permanecer con él. Me dijo que si sobrevivíamos al último contacto con los aliados debía darles de comer, hacerlos sentir bien y despedirme de todos. Supongo que ni las hermanitas ni yo tenemos dónde ir, de modo que no hay posible elección. Pero tu caso es diferente.

Las hermanitas me rodearon y se despidieron una a una.

La situación era monstruosamente irónica. Podía irme, pero no tenía a dónde. Tampoco para mí había elección. Años atrás don Juan me había brindado una oportunidad de marchar; ya entonces me había quedado por no tener lugar alguno al cual dirigirme.

-Se escoge sólo una vez -me había dicho don Juan-. Elegimos ser guerreros o ser hombres corrientes. No existe una segunda oportunidad. No sobre esta tierra.

6

LA SEGUNDA ATENCIÓN

-Debes marchar hoy, más tarde -me dijo la Gorda al terminar el desayuno-. Puesto que has decidido seguir con nosotros, has asumido el compromiso de ayudarnos a realizar nuestra tarea. El Nagual me dejó a cargo únicamente hasta tu llegada. Me encargó, como ya sabes, comunicarte ciertas cosas. Te he dicho la mayor parte. Pero aún quedan algunas, que no podía mencionarte hasta que hubieses hecho tu elección. Hoy nos ocuparemos de ellas. Una vez hecho, deberás irte, con la finalidad de darnos tiempo para prepararnos. Necesitamos unos pocos días para solucionarlo todo y disponernos a abandonar estas montañas para siempre. Pasamos aquí muchísimo tiempo. Es duro separarse de ellas. Pero todo ha terminado de pronto. El Nagual nos advirtió del cambio absoluto que tu presencia iba a acarrear, más allá del resultado de tus enfrentamientos; pero creo que nadie le creyó realmente.

-No alcanzo a ver por qué ustedes tienen que cambiar nada -apunté.

-Ya te lo he explicado -protestó-. Hemos perdido nuestro antiguo propósito. Ahora tenemos otro y este requiere que lleguemos a ser tan ligeros como la brisa. La brisa es nuestro nuevo talante. Antes era el viento cálido. Tú has cambiado nuestra dirección.

-Estás dando rodeos, Gorda.

-Sí, pero ello se debe a que estás vacío. No puedo ser más clara. Cuando regreses, los Genaros te enseñarán el arte del acecho y luego partiremos. El Nagual dijo que si decidías quedarte con nosotros, lo primero que debía decirte era que tenías que recordar tus encuentros con Soledad y con las hermanitas y examinar todos y cada uno de los detalles de lo sucedido en relación con ellas, porque todo es un presagio de lo que te ocurrirá en el camino. Si eres cauteloso e impecable, verás que esos hechos eran ofrendas de poder.

-¿Qué va a hacer doña Soledad?
-Se va. Las hermanitas le han estado ayudando a desmontar su suelo. Ese suelo la ayudaba a alcanzar la atención del nagual. Las líneas estaban dotadas de poder para hacerlo. Dada una de ellas captaba una parte de su atención. El estar incompleto no representa un inconveniente para que ciertos guerreros alcancen ese nivel. Soledad fue transformada porque llegó a ese grado de atención antes que los demás. Ya no le es necesario mirar su piso para entrar a ese otro mundo y dado que el suelo ya no le hace falta, lo ha devuelto a la tierra de la cual lo había cogido.
-Están de veras decididos a partir, ¿no, Gorda?
-Lo estamos. Es por eso que te pido que te marches por unos días para que tengamos tiempo de deshacernos de todo lo que poseemos.
-¿Soy yo el encargado de hallar un lugar para todos, Gorda?
-Tal sería tu deber si fueses un guerrero impecable. Pero no lo eres; tampoco lo somos nosotros. Sin embargo, deberemos hacer todo lo posible para hacer frente al nuevo desafío.
Tuve una sensación opresiva de perdición. Nunca me habían agradado las responsabilidades. Pensé que el cometido de guiarles era una carga demasiado pesada para mí.
-Tal vez no tengamos que hacer nada -dije.
-Sí. Eso es cierto -dijo, y rió-. ¿Por qué no te lo repites una y otra vez, hasta que te sientas a salvo? El Nagual se cansó de decirte que la única libertad de que disponen los guerreros consiste en su conducta impecable.
Me contó hasta qué punto había insistido el Nagual en que comprendiesen que la impecabilidad no sólo representaba la libertad, sino que era el único medio para ahuyentar la forma humana.
Yo le narré el modo en que don Juan logró hacerme entender en qué consistía la impecabilidad. Atravesábamos un día un barranco de paredes muy escarpadas; un enorme pedrusco se desprendió de sus sostén rocoso y cayó con fuerza formidable al fondo del cañón, a veinte o treinta metros de nosotros. El tamaño de la piedra hizo que su caída resultara impresionante. Dijo que la fuerza que rige nuestros destinos está fuera de nosotros y nada tiene que ver con nuestros actos ni con nuestra voluntad. En ocasiones, esa fuerza nos lleva a detenernos en el camino para inclinarnos a atar los cordones sueltos de los zapatos, como yo acababa de hacer, y ganar así un momento precioso. De seguir adelante, era indudable que el inmenso trozo de roca nos hubiese aplastado. No obstante, otro día, en otro desfiladero, era posible que la misma decisiva fuerza exterior nos obligara a anudarnos los cordones en el preciso lugar sobre el cual descendiera un canto rodado de iguales dimensiones. En ese casó, nos hubiese hecho perder un momento precioso: de continuar caminando, nos habríamos salvado. Don Juan concluyó que, dada mi total falta de control sobre las fuerzas que decidían mi destino, el único acto de libertad posible consistía en atarme los cordones impecablemente.
La Gorda daba la impresión de estar conmovida por mi relato. Retuvo durante un instante mi rostro entre las manos desde el otro lado de la mesa.
-La impecabilidad es para mí transmitirte, en el momento oportuno, lo que el Nagual me encomendó decirte -precisó-. Pero el poder debe decidir el instante exacto de revelártelo; de lo contrario, no servirá de nada.
Hizo una pausa dramática. Su dilación fue muy estudiada, pero surtió un terrible efecto sobre mí.
-¿Qué ocurre? -pregunté desesperadamente.
No respondió. Me cogió por el brazo y me condujo hasta la zona inmediata a la puerta de delante. Me hizo sentar en el duro suelo apisonado, con la espalda apoyada en una estaca de más o menos medio metro de altura con el aspecto de un tocón plantado casi contra el muro exterior de la casa. Había una hilera de cinco palos iguales, instalados en tierra a unos se-

senta centímetros el uno del otro. Tenía la intención de preguntar a la Gorda qué función cumplían. Mi primera impresión había sido que un anterior propietario los debía haber empleado para atar a ellos animales. Mi conjetura, no obstante, resultaba incongruente, puesto que el lugar era una especie de galería techada.

Comenté a la Gorda mis suposiciones cuando se sentó a mi izquierda, apoyándose en otro tocón. Rió y me dijo que, en efecto, los palos se empleaban para atar animales de todas clases; pero no se debían a la obra de un antiguo dueño. Agregó que casi había destrozado sus riñones mientras cavaba los agujeros para implantarlos.

-¿Para que los utilizan? -inquirí.

-Digamos que para atarnos a ellos -replicó-. Y ello me recuerda la siguiente cosa que el Nagual me encargó decirte. Me explicó que, debido a que estabas vacío, debía concentrar tu segunda atención, tu atención del Nagual, valiéndose de métodos distintos de aquellos que empleaba con los demás. Nosotros llegamos a consolidar esa atención por medio del soñar, en tanto tú lo hiciste a través de las plantas de poder. El Nagual sostenía que sus plantas de poder reducían el aspecto más amenazador de tu segunda atención a una mata, y que esa era la forma que se desprendía de tu cabeza. Según sus palabras, eso es lo que les ocurre a los brujos que toman plantas de poder. Si no mueren, las plantas de poder convierten su segunda atención en esa espantosa forma que surge de su cabeza.

»Ahora llegamos a lo que él quería que hicieras. Dijo que a esta altura debías cambiar de dirección y comenzar a concentrar tu segunda atención de otro modo, más semejante al nuestro. No puedes mantenerte en el sendero del conocimiento, a menos que equilibres tu segunda atención. Hasta ahora, la llevaste a hombros del poder del Nagual, pero ya estás solo. Eso era lo que debía decirte.

-¿Y qué debo hacer para equilibrar mi segunda atención?

-Debes soñar, tal como nosotras lo hacemos. El soñar es el único modo de concentrar la segunda atención sin dañarla, sin que resulte amenazadora u horrenda. Tu segunda atención se dirige al lado espantoso del mundo; la nuestra, al lado hermoso. Debes cambiar de lado y venir al nuestro. Eso es lo que escogiste la otra noche, al decidirte a marchar con nosotros.

-Esa forma, ¿puede surgir en mí en cualquier momento?

-No. El Nagual dijo que no volvería a aparecer hasta que no fueses viejo como él. Tu Nagual ya se ha mostrado siempre que ha sido necesario. El Nagual y Genaro se cuidaron de ello. Solían hacerlo salir por fastidiarte. El Nagual me contó que en ocasiones llegabas a un pelo de la muerte porque tu segunda atención era muy complaciente. Una vez incluso le asustaste: tu nagual le atacó y se vio obligado a cantar para serenarlo. Pero lo peor te sucedió en Ciudad de México; un día entraste a una oficina y allí pasaste por la grieta entre los mundos. Su único objetivo consistía en dispersar tu atención del tonal; estabas preocupado hasta un punto increíble por una cuestión idiota. Pero en cuanto te empujó, todo tu tonal se redujo y tu ser entero cruzó la grieta. Pasó momentos terribles buscándote. No me ocultó que, por un momento, creyó que te habías alejado incluso de los lugares a los cuales él podía acceder. Pero logró verte vagando a la ventura y te trajo de regreso. Me contó que saliste de la grieta a las diez de la mañana. Así, las diez pasó a ser tu hora.

-¿Mi hora para qué?

-Para todo. Si sigues siendo un hombre morirás alrededor de esa hora. Si llegas a ser un brujo, dejarás este mundo alrededor de esa hora.

»Eligio también siguió un camino diferente; un camino que ninguno de nosotros conoce. Lo conocimos poco antes de su partida. Era un soñador maravilloso. Tanto que el Nagual y Genaro solían llevarle a través de la grieta y tenía el poder necesario para cruzarla como si nada. Ni siquiera jadeaba. Ellos le dieron el empujón

final con plantas de poder. Disponía del control y del poder preciso para dominar las fuerzas resultantes del empujón. Y ello lo llevó hasta el lugar en que se halla.
-Los Genaros me dijeron que Eligio había saltado con Benigno. ¿Es cierto eso?
-Claro. Para cuando Eligio hubo de saltar, su segunda atención ya había estado en ese otro mundo. El Nagual estaba convencido de que la tuya también lo había estado, pero, debido a tu falta de control, te habría resultado una pesadilla. Según él, sus plantas de poder te desequilibraban; habían forzado a abrirte camino por tu atención del nagual y te habían situado directamente en el reino de tu segunda atención, aunque sin dominio alguno sobre ella. El Nagual no administró plantas de poder a Eligio hasta el final.
-¿Crees que mi segunda atención ha sido dañada, Gorda?
-El Nagual no dijo jamás nada semejante. Él pensaba que eras un loco peligroso, pero eso no tenía nada que ver con las plantas de poder. Aseveraba que, en ti, ambas atenciones eran ingobernables. Si te sobrepusieras a ello, serías un guerrero.
Quería que siguiera hablándome sobre el tema. Plantó su mano sobre mi libreta y me hizo saber que teníamos por delante un día terriblemente agotador y necesitábamos reponer energías para soportarlo. Por tanto, debíamos reforzarnos mediante la luz solar. Aseguró que las circunstancias requerían la captación de sus rayos por el ojo izquierdo. Comenzó a mover la cabeza de un lado a otro, lentamente, mirando con fijeza al sol a través de sus párpados entornados.
Instantes más tarde se nos unieron Rosa, Josefina y Lidia. Lidia se sentó a mi derecha, Josefina junto a ella, y Rosa lo hizo al lado de la Gorda. Todas apoyaban la espalda en las estacas. Yo me encontraba en el centro de la fila.
Era un día claro. El sol estaba por encima de la distante hilera de montañas. Comenzaron a mover la cabeza con una sincronización perfecta. Las imité y tuve la impresión de haberme puesto de acuerdo con ellas previamente. Al cabo de un minuto más o menos, se detuvieron.
Todas llevaban sombrero y se cubrían el rostro con las alas, evitando que la luz del sol diese en sus ojos cuando no los bañaban adrede en ella. La Gorda me había dado mi viejo sombrero.
Estuvimos allí sentados durante cerca de media hora. En ese lapso repetimos el ejercicio incontables veces. Yo pretendía indicar en la libreta el número, pero la Gorda, como al descuido, la había puesto fuera de mi alcance.
De pronto, Lidia se puso en pie murmurando algo ininteligible. La Gorda se inclinó sobre mí y susurró que los Genaros venían por el camino. Me erguí para mirar, pero no había nadie a la vista. Rosa y Josefina también se levantaron y entraron tras Lidia a la casa.
Comuniqué a la Gorda que no veía a nadie en las proximidades. Replicó que los Genaros se habían dejado ver en un punto del camino; añadió que temía el momento en que nos volviéramos a reunir, pero tenía confianza en que yo manejara la situación. Me aconsejó ser extremadamente cuidadoso con Josefina y Pablito porque carecían de control sobre sí mismos. Me dijo que mi misión más importante consistía en sacar a los Genaros de la casa al cabo de una hora, más o menos.
Yo seguía observando el camino. No había la menor señal de que alguien se aproximara.
-¿Estás segura de que vienen? -pregunté.
Dijo que ella no les había visto, pero que Lidia sí. Los Genaros habían resultado visibles para ella porque, a la vez que bañaba sus ojos en la luz, no había dejado de observar los alrededores.
La explicación de la Gorda no me había resultado satisfactoria y le pedí que se explayara sobre el particular.
-Somos observadores -dijo-. Como tú. Somos lo mismo. No es necesario que lo niegues. El Nagual nos contó tus proezas de observación.
-¡Mis proezas de observación! ¿De qué hablas, Gorda?

Contrajo los labios. Se la veía casi enfadada a causa de mi pregunta; sorprendida. Sonrió y me dio una palmada.
De pronto, su cuerpo vibró. Miró por encima de mi hombro, con los ojos en blanco y entonces sacudió la cabeza vigorosamente. Dijo que acababa de «ver» que los Genaros no iban hacia allí: era demasiado temprano. Esperarían un rato antes de hacer su aparición. Sonrió, como si la demora la complaciera.
-De todos modos, es demasiado temprano para recibirles -dijo-. Y ellos sienten lo mismo en lo que a nosotros respecta.
-¿Dónde se encuentran? -pregunté.
-Han de estar sentados en alguna parte, a un lado del camino -replicó-. Es indudable que Benigno miró hacia la casa antes de subir y nos vio aquí sentados; esa es la razón por la cual decidieron esperar. Es perfecto. Ello nos dará tiempo.
-Me preocupas, Gorda. ¿Tiempo para qué?
-Hoy debes acorralar tu segunda atención, y eso nos afecta a todos.
-¿Y cómo lo haré?
-No lo sé. Nos resultas muy misterioso. El Nagual te hizo cantidad de cosas con sus plantas de poder, pero no puedes afirmar que constituyan un conocimiento. Eso es lo que he estado tratando de decirte. A menos que tengas dominio sobre tu segunda atención, te será imposible valerte de ella. Hasta entonces, permanecerás para siempre a medio camino entre las dos, como ahora. Todo lo que te ha sucedido desde tu llegada ha tenido como objeto poner en movimiento esa atención. Te he ido dando instrucciones poco a poco, tal como el Nagual me lo ordenó. Dado que has seguido otro sendero, ignoras las cosas que nosotros conocemos; del mismo modo, nosotros nada sabemos acerca de las plantas de poder. Soledad sabe algo más, porque el Nagual la llevó a su tierra. Néstor conoce plantas medicinales, pero ninguno ha recibido las enseñanzas que tú. Aún no necesitamos de tu saber. Pero algún día, cuando estemos preparados, tú serás el único que conozca el modo de proporcionar un estímulo mediante plantas de poder. Sólo yo sé dónde se encuentra escondida la pipa del Nagual, en espera de ese día.
»La orden del Nagual es la siguiente: debes desviarte de tu camino y marchar con nosotros. Eso significa que tienes que soñar con nosotras y acechar con los Genaros. Ya no puedes permanecer donde te encuentras, en el lado horrendo de tu segunda atención. Otra salida violenta de tu nagual podría matarte. El Nagual me dijo que los seres humanos eran criaturas frágiles compuestas por muchas capas de luminosidad. Cuando los ves, parecen poseer fibras, pero éstas son en realidad capas, semejantes a las de una cebolla. Las sacudidas, de cualquier clase que sean, separan esas capas y pueden producir la muerte.
Se puso en pie y me condujo a la cocina. Allí nos sentamos, el uno frente al otro. Lidia, Rosa y Josefina estaban atareadas en el patio. No alcanzaba a verlas, pero las oía conversar y reír.
-El Nagual decía que nuestra muerte es consecuencia de la separación de las capas -dijo la Gorda-. Las sacudidas siempre las separan, pero vuelven a unirse. No obstante, a veces, la sacudida es tan violenta que las capas se distancian entre sí hasta el punto de no poder volver a juntarse.
-¿Has visto alguna vez las capas, Gorda?
-Claro. Vi morir a un hombre en la calle. El Nagual me contó que tú también habías dado con un hombre en trance de muerte, pero no le habías visto morir. El Nagual me hizo ver las capas del moribundo. Eran como las pieles de una cebolla. Cuando los seres humanos se hallan en salud, semejan huevos luminosos, pero si están enfermos comienzan a descascararse como una cebolla.
»El Nagual me dijo que tu segunda atención era tan poderosa que pugnaba constantemente por salir. Él y Genaro tenían que unir tus capas, pues de otro modo habrías muerto. Por eso estimaba que tu energía podía alcanzar para permitir la aparición de tu nagual por dos veces. Quería decir con ello que te era posible

conservar las capas en su sitio por ti mismo en dos oportunidades. Lo hiciste más veces, y ahora estás terminado. Ya no posees la energía necesaria para mantener unidas tus capas en caso de otra sacudida. El Nagual me encargó cuidar de todos; en cuanto a ti, debo ayudarte a apretar tus capas. El Nagual decía que la muerte las separa. Me explicó que el centro de nuestra luminosidad, la atención del nagual, ejerce permanentemente una fuerza hacia fuera, y que esa es la causa de que las capas se separen. De modo que a la muerte le resulta fácil introducirse en ellas y separarlas por completo. Los brujos tienen que hacer todo lo posible para mantener unidas sus propias capas. Por eso el Nagual nos enseñó a soñar. El soñar une las capas. Cuando los brujos aprenden a soñar reúnen sus dos atenciones y ya no es necesario que el centro empuje hacia afuera.

-¿Quieres decir que los brujos no mueren?

-En efecto. Los brujos no mueren.

-¿Quieres decir que ninguno de nosotros va a morir?

-No me refiero a nosotros. Nosotros no somos nada. Somos monstruos; no estamos aquí ni allá. Me refiero a los brujos. El Nagual y Genaro son brujos. Sus dos atenciones están tan estrechamente unidas que probablemente nunca morirán.

-¿Dijo eso el Nagual, Gorda?

-Sí. Tanto él como Genaro me lo dijeron. No mucho antes de su partida, el Nagual nos explicó el poder de la atención. Hasta entonces, yo nunca había oído hablar del tonal y del nagual.

La Gorda relató cómo don Juan les había instruido acerca de esa crucial dicotomía tonal-nagual. Contó que un día el Nagual les había reunido a todos para llevarles a una larga caminata hacia un valle rocoso, desolado, entre las montañas. Preparó un enorme y pesado bulto con toda clase de cosas; hasta puso en él la radio de Pablito. Se lo dio a Josefina para que lo acarrease, colocó una pesada mesa sobre los hombros de Pablito y abrió la marcha. Les obligó a todos a turnarse en el transporte del bulto y la mesa durante el trayecto de casi cuarenta kilómetros, hasta aquel alto y desértico lugar. Al llegar, el Nagual ordenó a Pablito colocar la mesa en el centro mismo del valle. Luego pidió a Josefina que distribuyera sobre ella el contenido del bulto. Cuando la mesa estuvo cubierta, les explicó la diferencia entre el tonal y el nagual, en los mismos términos en que lo había hecho conmigo en un restaurante de Ciudad de México; empero, en su caso el ejemplo era infinitamente más gráfico.

Les dijo que el tonal era el orden del que somos conscientes en nuestro mundo diario y también el orden personal con el que cargamos a hombros durante toda nuestra vida, tal como ellos lo habían hecho con la mesa y el bulto. El tonal personal de cada uno era como la mesa en ese valle: una pequeña isla llena de las cosas que nos son familiares. El nagual, por su parte, era la fuente inexplicable que mantenía el trozo de madera en su lugar y era como la inmensidad de aquel valle desierto.

Les hizo saber que los brujos estaban obligados a observar su tonal desde cierta distancia, para captar mejor lo que en realidad les rodeaba. Les hizo andar hasta lo alto de una cresta desde la cual alcanzaban a dominar toda la zona. Desde allí, la mesa resultaba apenas visible. Luego les hizo regresar hasta el lugar en que se hallaba la mesa e inclinarse sobre ella para demostrarles que un hombre corriente no posee la capacidad de captación de un brujo porque se halla situado directamente encima de su mesa, pendiente de todas las cosas que hay en ella.

Hizo que cada uno de ellos, uno por vez, se fijase superficialmente en lo que había sobre la mesa, y probó su memoria quitando algo y ocultándolo, para ver si habían estado atentos. Todos salieron airosos de la prueba. Les indicó que su capacidad para recordar con tanta facilidad las cosas allí expuestas se debía a que todos habían desarrollado su atención del tonal o, en otros términos, su atención a la mesa.

A continuación, les pidió que pasaran la vista por aquello que había bajo la mesa,

y probó su memoria cambiando de lugar piedras, ramitas y otras cosas. Ninguno logró recordar lo que había visto.
Entonces, el Nagual retiró de un golpe todo lo que había sobre la mesa e hizo que todos, de uno en uno, se echaran sobre ella de través, sosteniéndose a la altura del estómago, y examinaran cuidadosamente el suelo de abajo. Les explicó que para un brujo el nagual era precisamente la zona situada bajo la mesa. Puesto que era impensable asir la inmensidad del nagual, ejemplificada por aquel enorme y arrasado paraje, los brujos tomaban como dominio para su acción el área situada inmediatamente debajo de la isla del tonal, lo cual se mostraba gráficamente por medio de lo que había bajo la mesa. Ese nivel de atención sólo se alcanzaba una vez que los guerreros habían limpiado por completo la superficie de sus mesas. Él aseguraba que el hecho de alcanzar la segunda atención suponía reunir a ambas en una sola unidad, y esa unidad era la totalidad de uno mismo.
La Gorda aseguró que la demostración era tan clara que había comprendido de inmediato por qué el Nagual le había hecho limpiar su propia vida, barrer su isla del tonal, según lo había expresado él. Se sentía realmente afortunada de haber atendido a todas las sugerencias que el le había hecho. Le faltaba aún un largo camino por recorrer antes de unificar sus dos atenciones, pero su diligencia había resultado en una vida impecable, la cual, tal como él le había aseverado, constituía su única posibilidad de perder la forma humana. La pérdida de la forma humana era el requisito esencial para la unificación de las dos atenciones.
-La atención bajo la mesa es la clave de todo lo que hacen los brujos -prosiguió-. Para acceder a esa atención el Nagual y Genaro nos enseñaron a soñar y a ti te enseñaron lo relativo a las plantas de poder. No sé de qué modo habrán procedido para que aprendieras a concentrar tu segunda atención mediante las plantas de poder, pero para que nosotros aprendiésemos a soñar, el Nagual nos enseñó previamente a observar. Nunca nos hizo saber lo que en realidad estaba haciendo. Tan sólo nos educó para observar.
Nunca supimos que el observar era el camino para concentrar la segunda atención. Creíamos que se trataba de una diversión. Pero no era así. Los soñadores deben ser observadores si es que han de concentrar su segunda atención.
»Lo primero que hizo el Nagual fue poner una hoja seca en el suelo y hacer que la mirara durante horas. Cada día traía una hoja y la colocaba ante mí. Al principio, pensé que la hoja era siempre la misma, conservada día tras día, pero luego advertí que se trataba de hojas distintas. El Nagual decía que cuando se comprende eso, ya no estamos mirando, sino observando.
»Más tarde, puso ante mí montones de hojas secas. Me indicaba que las removiera con la mano izquierda y las percibiera mientras las observaba. Un soñador mueve las hojas en espiral, las observa y luego sueña los dibujos que forman. El Nagual decía que los soñadores pueden considerarse maestros en la observación de las hojas cuando sueñan primero los dibujos y terminan por hallarlos, al siguiente día, en su pila de hojas secas.
»El Nagual aseguraba que la observación de las hojas fortificaba la segunda atención. Si observas una pila de hojas durante horas, como él solía obligarme a hacer, los pensamientos llegan a silenciarse. Sin pensamientos, la atención del tonal mengua y, súbitamente, la segunda atención se prende a las hojas y las hojas pasan a ser algo más. Él llamaba al momento en que la segunda atención se detiene en algo «parar el mundo». Y eso es exacto: el mundo se detiene. Por ello, cuando se observa, es necesario que haya alguien cerca. Nunca conocemos las peculiaridades de nuestra segunda atención. Puesto que nunca la hemos empleado, debemos familiarizarnos con ella antes de aventurarnos a observar a solas.
»La dificultad de la observación radica en aprender a silenciar los pensamientos. El

Nagual prefería enseñarnos a hacerlo con un manojo de hojas porque era fácil obtenerlas siempre que deseáramos observar. Pero cualquier otra cosa habría servido igualmente.

»Una vez que logras parar el mundo, eres un observador. Y, dado que para parar el mundo sólo cabe observar, el Nagual nos hizo pasar años y años contemplando hojas secas. Creo que es la mejor manera de acceder a la segunda atención.

»Combinaba la observación de hojas secas con la búsqueda en el soñar de las propias manos. Tardé cerca de un año en hallarlas, y cuatro en parar el mundo. El Nagual decía que, una vez atrapada la segunda atención por medio de las hojas secas, se la amplía valiéndose del observar y el soñar. Eso es todo al respecto.

-Lo presentas como algo muy sencillo, Gorda.

-Todo lo que hacen los toltecas es muy sencillo. El Nagual afirmaba que lo único que se debía hacer para captar la segunda acción era intentarlo una y otra vez. Todos nosotros paramos el mundo observando hojas secas. Tú y Eligio siguieron un camino diferente. Tú lo hiciste mediante plantas de poder, pero ignoro el método que el Nagual empleó con Eligio. Nunca quiso decírmelo. Me habló de ti porque tenemos una misma misión.

Le mencioné que había dejado constancia en mis notas de que sólo unos días atrás había tenido por vez primera plena conciencia de haber parado el mundo. Rió.

-Paraste el mundo antes que cualquiera de nosotros -dijo-. ¿Qué crees que hiciste al tomar todas aquellas plantas de poder? No lo hiciste mediante el observar, como nosotros; eso es todo.

-¿Lo único que te hizo observar el Nagual fue la pila de hojas secas?

-Una vez que los soñadores aprenden a para el mundo, pueden observar otras cosas; finalmente, cuando pierden definitivamente la forma, pueden observarlo todo. Yo lo hago. Puedo penetrar en todo. No obstante, nos indicó un cierto orden a seguir en el observar.

»Primero observamos pequeñas plantas. El Nagual nos advirtió que eran sumamente peligrosas. Su poder está concentrado; poseen una luminosidad muy intensa y perciben la observación de los soñadores: en ese momento modifican su luz y la disipan contra el observador. Los soñadores deben escoger una especie vegetal determinada para llevar a cabo su observación.

»A continuación, observamos árboles. También en este caso es necesario elegir una especie. A este respecto, tú y yo somos lo mismo: observadores de eucaliptus.

Ha de haber intuido la siguiente pregunta por mi expresión.

-El Nagual aseveraba que le era muy fácil poner en funciones tu segunda atención mediante su humo -prosiguió-. En muchas ocasiones centraste tu atención sobre los cuervos, predilección suya. Contó que en una ocasión, tu segunda atención se enfocó tan intensamente en uno de esos animales que éste se vio obligado a volar, a su manera, hacia el único eucaliptus del lugar.

Durante años había meditado sobre esa experiencia. No podía considerarla sino como un estado hipnótico inconcebiblemente complejo, producto de los hongos psicotrópicos que formaban parte de la mezcla de fumar de don Juan y de su pericia como manipulador de conductas. Me había inducido a una catarsis perceptual, convirtiéndome en cuervo y llevándome a sentir el mundo como cuervo. Como resultado, percibí el mundo de un modo que no podía en manera alguna formar parte de mi inventario de pasadas experiencias. De alguna forma, la explicación de la Gorda lo había significado todo.

Siguió contando la Gorda que el Nagual les había hecho observar más tarde a criaturas vivientes, en movimiento. Les indicó que los insectos eran, con mucho, los más adecuados. Su movilidad los hacia inofensivos para el observador, al contrario de las plantas, que obtenía su luz directamente de la tierra.

El siguiente paso fue observar las rocas.

Me hizo saber que las rocas eran muy antiguas y poderosas y poseían una luz especial, más bien verdosa, distinta de la blanca de los vegetales y de la amarillenta de los seres vivientes y móviles. Las rocas no se abrían fácilmente a los observadores, pero éstos debían insistir, puesto que las rocas abrigaban en su núcleo secretos especiales, secretos que ayudaban a los brujos a «soñar».

-¿Qué te revelan las rocas? -pregunté.

-Cuando observo el núcleo mismo de una roca -dijo-, siempre percibo una vaharada del aroma que les es propio. Cuando vago en mi soñar, sé dónde estoy merced a esos aromas.

Afirmó que la hora era un factor importante en la observación de árboles y rocas. Al amanecer, tanto los unos como las otras estaban entumecidos y su luz era débil. Se los hallaba en su mejor forma alrededor del mediodía; la observación realizada a esa hora servía para apropiarse de su luz y su poder. Al anochecer se hallaban silenciosos y tristes, especialmente lo árboles. Según la Gorda, éstos dan la impresión, en ese momento, de observar a su vez al observador.

Un segundo estadio en la observación consistía en dirigir la atención a los fenómenos cíclicos: la lluvia y la niebla. Los observadores pueden dirigir su atención a la lluvia y moverse con ella, o concentrarla en el entorno y emplear la lluvia como lente de aumento, capaz de revelar rasgos ocultos. Observando a través de ella se descubren los lugares de poder y aquellos que deben ser evitados. Los lugares de poder son amarillentos y los que se tienen que eludir, intensamente verdes.

La Gorda dijo que la niebla era, a no dudarlo, la cosa más misteriosa de la tierra para un observador y que se la podía emplear en los mismos dos sentidos que la lluvia. Pero a las mujeres no les era fácil acceder a la niebla: aun después de haber perdido su forma humana, permanecía inasequible para ella. Contó que en una oportunidad el Nagual le había hecho ver una neblina verde, situada sobre un banco de niebla, y le había dicho que se trataba de la segunda atención de un observador de niebla que vivía en aquellas montañas y que se movía con el banco. Agregó la Gorda que la niebla servía igualmente para descubrir los fantasmas de las cosas que ya no estaban y que la verdadera proeza de los observadores de niebla consistía en permitir que su segunda atención penetrara en todo aquello que su actividad les revelase.

Le comenté que una vez, estando con don Juan, había visto un puente que surgía de un banco de niebla. Quedé pasmado por la claridad y la precisión de forma del puente. Me resultaba más que real. La imagen había sido tan intensa y vívida que no había podido olvidarla. Don Juan me había comentado que algún día iba a tener que atravesar ese puente.

-Conozco la cuestión -dijo-. El Nagual me advirtió que cierto día, cuando hubieses alcanzado el dominio sobre tu segunda atención, cruzarías ese puente valiéndote de ella, del mismo modo que llegaste a volar como un cuervo. Dijo que si llegabas a ser brujo, un puente surgiría de la niebla para ti, y tu pasarías por él y desaparecerías de este mundo para siempre. Tal como lo hizo él.

-¿Desapareció así, cruzando un puente?

-No a través de un puente. Pero tú viste con tus propios ojos como él y Genaro atravesaban la grieta entre los mundos. Néstor dice que sólo Genaro agitaba la mano en señal de despedida la última vez que les viste; el Nagual no lo hacía porque estaba ocupado abriendo la grieta. El me había señalado que, cuando la segunda atención es llamada a reunirse, todo lo que hace falta es el simple movimiento de abrir esa puerta. Ese es el secreto de los soñadores toltecas que han perdido la forma.

Quería preguntarle acerca del paso de don Juan y don Genaro por aquella grieta. Me hizo callar rozándome la boca con los dedos.

Dijo que otra etapa era la de la observación de lo distante y de las nubes. Ante

ambas cosas, el esfuerzo del observador se limitaba a remitir su segunda atención al lugar observado. Así, era posible recorrer grandes distancias montado en una nube. En caso de mirar una nube, el Nagual no permitía jamás observar el nacimiento de los rayos. Les decía que debía perder la forma antes de intentar tal hazaña. Entonces podrán montar no solo en una chispa inicial, sino también en el propio rayo.
La Gorda se echó a reír y me pidió que tratase de imaginar quién podía ser tan atrevido o estar tan loco como para intentar realmente observar el nacimiento de los rayos. Aseveró que Josefina lo había probado todas las veces posibles, en ausencia del Nagual, hasta el día en que un rayo casi le causó la muerte.
-Genaro era un brujo del rayo -continuó-. Sus dos primeros aprendices, Benigno y Néstor, fueron señalados por el trueno, su amigo. El aseguraba buscar plantas en una zona muy remota, en la cual los indios forman un grupo muy cerrado y no gustan de visitantes de ninguna clase. Habían permitido a Genaro acceder a su tierra debido a que él hablaba su lengua. Se encontraba recogiendo plantas cuando empezó a llover. Había por allí algunas casas, pero la gente era poco cordial y él no deseaba molestar. Estaba a punto de deslizarse, a gatas, en un agujero cuando vio acercarse a un hombre en bicicleta, aplastado por su carga. Era Benigno, el hombre del poblado, que trataba con aquellos indios. La bicicleta se clavó en el lodo y en ese preciso momento un rayo cayó sobre él. Genaro pensó que le había matado. La gente del lugar había visto lo ocurrido y había salido. Benigno estaba más asustado que lastimado, pero tanto su bicicleta como su mercancía estaban destrozadas. Genaro pasó una semana a su lado y lo curó.
»Algo casi idéntico le sucedió a Néstor. Acostumbraba a comprar plantas medicinales a Genaro; cierto día le siguió hasta las montañas, para ver donde las recogía y no tener que pagar más por ellas. Genaro se adentró en las montañas, adrede, mucho más que de costumbre; su intención era que Néstor se extraviara. No llovía, pero había rayos. Uno de ellos tomó tierra y corrió por ella como una serpiente. Pasó por entre las piernas de Néstor y fue a dar en una piedra a diez metros.
»Según Genaro, había chamuscado las piernas de Néstor. Los testículos se le hincharon y se puso muy enfermo. Genaro se vio obligado a cuidar de él durante una semana allí mismo, en las montañas.
»Para cuando Benigno y Néstor estuvieron curados, se vieron también enganchados. Es necesario enganchar a los hombres. A las mujeres no. Las mujeres entran libremente en todo. En ello radica su poder y su desventaja. Los hombres deben ser guiados y las mujeres, contenidas.»
Sofocó una risilla y dijo que era indudable que había mucho de masculino en ella, puesto que necesitaba ser guiada, y que yo debía tener mucho de femenino, porque requería ser contenido.
La etapa final había sido la de la observación del fuego, el humo y las nubes. Me comunicó que para un observador el fuego y el humo no eran luminosos, sino negros. Las sombras, en cambio, eran brillantes y tenían movimiento y color.
Había dos cosas más que se mantenían separadas: la observación del agua y la de las estrellas. La observación de estrellas era exclusividad de los brujos que habían perdido su forma humana. Me contó que a ella le había ido muy bien en ello; no así en la observación del agua; especialmente del agua fluyente, que servía a los brujos sin forma para concentrar su segunda atención y llevarla a cualquier parte a la que desearan ir.
-A todos nosotros nos aterroriza el agua -continuó-. Un río puede atrapar tu segunda atención y llevársela, sin que sea posible detenerla. El Nagual me habló de tus hazañas como observador de agua. Pero no me ocultó que una vez estuviste a punto de desintegrarte en el curso de un río poco profundo y que ahora no puedes siquiera tomar un baño.
En varias oportunidades, don Juan me

había hecho observar una acequia que se encontraba detrás de su casa bajo los efectos de su mezcla de fumar. Había experimentado sensaciones inconcebibles. Llegué a verme enteramente verde, como cubierto de algas. Fue entonces cuando me recomendó evitar el agua.

-¿Perjudicó el agua a mi segunda atención? -pregunté.

-En efecto -respondió ella-. Eres un individuo muy descuidado. El Nagual te advirtió que debías proceder con cautela, pero excediste tus propias limitaciones en la observación del agua fluyente. Él me contó que podías haber utilizado el agua como nadie, pero no era tu destino el ser moderado.

Acercó su asiento al mío.

-Eso es todo, por lo que a la observación respecta -dijo-. Pero debo comunicarte más cosas antes de que partas.

-¿De qué se trata, Gorda?

-Primero, antes de que te diga nada debes volver tu segunda atención hacia las hermanitas y yo.

-No creo que me sea posible.

La Gorda se puso de pie y entró en la casa. Volvió poco después, con un pequeño cojín redondo de la misma fibra natural que se utiliza para hacer las redes. Sin una palabra, me condujo hacia la galería de entrada. Me dijo que el cojín lo había hecho ella misma, para estar cómoda mientras aprendía a observar, puesto que la posición del cuerpo era de gran importancia para ello. Había que sentarse en el suelo, sobre un rimero de hojas secas o un cojín de fibras naturales. La espalda debía apoyarse en un árbol, un tocón o una piedra lisa. Era necesario estar completamente relajado. Los ojos no se fijaban jamás en el objeto, para evitar cansarlos. El observar consistía en explorar muy lentamente, moviendo los ojos en sentido opuesto al de las agujas del reloj, pero sin variar la posición de la cabeza. Agregó que el Nagual les había hecho instalar allí aquellas estacas para apoyarse.

Me hizo sentar sobre el cojín y colocar la espalda contra uno de los tocones. Me advirtió que iba a orientarme en la observación de un lugar de poder que el Nagual había hallado en las colinas erosionadas del otro lado del valle. Confiaba en que por ese medio lograría la energía necesaria para cambiar la dirección de mi segunda atención.

Se sentó muy cerca de mí, a mi izquierda, y comenzó a darme instrucciones. Casi en un susurro me ordenó tener los párpados entornados y mirar el punto en que convergían dos grandes colinas. Había allí una caída de agua. Dijo que esta observación en particular constaba de cuatro acciones separadas. La primera consistía en emplear el ala de mi sombrero como visera para evitar el excesivo resplandor solar y permitir que llegase a mis ojos tan sólo una pequeña cantidad de luz; luego, había que entrecerrar los ojos, el tercer paso requería mantener constante el ángulo de apertura de los mismos con la finalidad de que el flujo de luz fuese uniforme; el cuarto suponía distinguir al fondo la caída de agua, a través de la malla de fibras luminosas de las pestañas.

Al principio no me vi capaz de seguir sus instrucciones. El sol estaba alto y me veía forzado a ladear la cabeza. Incliné el sombrero hasta cubrir con el ala lo más violento de la luz. Eso parecía bastar. Tan pronto como entorné los ojos, un destello, que parecía provenir del ala, explotó, literalmente, sobre mis pestañas, que hacían las veces de filtro, creando una telaraña al paso de los rayos. Mantuve los párpados entrecerrados y jugué con la imagen hasta que el trazado oscuro, vertical, del hilo del agua destacó con claridad del conjunto.

La Gorda me indicó entonces que observase la parte media del declive hasta divisar una mancha de color castaño muy oscuro. Me hizo saber que se trataba de un agujero, inexistente, para el ojo que miraba, pero real para aquel que «veía». Me advirtió sobre la necesidad de controlarme a partir del momento en que aislase la mancha para que ésta no me atrajera. Me propuso que, llegado ese instante, se lo hiciese saber con una presión de mis

hombros sobre los suyos. Se deslizó hasta ponerse en contacto conmigo.
Luché durante un momento por coordinar y estabilizar los cuatro movimientos; de pronto, en el medio del salto, surgió un punto oscuro. Advertí sin tardanza que no lo veía en el sentido corriente del término. Se trataba fundamentalmente de una impresión, una distorsión óptica. En cuanto mi control disminuía, desaparecía. Entraba en mi campo de percepción únicamente en tanto conservaba bajo control los cuatro aspectos del esfuerzo. Recordé entonces que don Juan me había inducido innumerables veces a realizar tareas similares. Acostumbraba a colgar un trozo de tela de reducido tamaño en una rama baja de un arbusto, escogido estratégicamente para que se hallase en línea con formaciones geológicas específicas en las montañas que les servían de fondo. El sentarme a aproximadamente metro y medio de aquella pieza de paño y contemplarla en relación con las ramas de las cuales pendía, solía suscitar en mí un efecto perceptual especial. El trapo, siempre algo más oscuro que el accidente geológico al cual dirigía la vista, daba la impresión de ser, en principio, un detalle del mismo. Todo consistía en dejar que la percepción actuara libremente, prescindiendo de todo análisis. Todos mis intentos estaban condenados al fracaso porque yo era incapaz de no llevar a cabo un juicio; mi mente terminaba siempre por lanzarse a alguna especulación racional referida a la mecánica de mi percepción fantasma.
Esta vez no sentí necesidad de realizar especulación alguna. La Gorda no me resultaba una figura imponente con la cual necesitase inconscientemente enfrentarme, como en el caso de don Juan.
El punto oscuro en mi campo de percepción, pasó a ser casi negro. Me recliné sobre el hombro de la Gorda para hacérselo saber. Me susurró al oído que debía esforzarme por no variar la posición de mis párpados y respirar con tranquilidad con el abdomen. No tenía que permitir que la mancha me atrajera, sino dejarme ir gradualmente hacia ella. Lo que debía evitar era que el agujero creciese y de improviso me engullera. Si tal cosa sucedía, debía abrir los ojos de inmediato.
Comencé a respirar según sus recomendaciones; merced a ello, me era posible mantener los ojos indefinidamente abiertos en la medida adecuada.
Permanecí en esa posición durante bastante tiempo. Entonces reparé en que había vuelto a respirar como de costumbre sin que ello hubiese apartado mi percepción de la mancha oscura. Pero de repente la mancha comenzó a moverse, a latir y, antes de que me fuera posible retornar al ritmo respiratorio aconsejable, la oscuridad se cercó y me envolvió. Me sentí al borde de la locura y abrí los ojos.
La Gorda dijo que como lo que estaba haciendo era observar a distancia, se hacía necesario que respirara de acuerdo con sus instrucciones. Me instó a comenzarlo todo nuevamente. Dijo que el Nagual les hacía sentar durante días enteros acorralando la segunda atención mediante la observación de aquel punto. Les había hablado repetidas veces acerca del peligro de ser devorados, a causa de la sacudida que experimentaba el cuerpo.
Me llevó casi una hora de observación llegar a hacer lo que ella había indicado. Elevarse sobre la mancha marrón y observar su interior implicaba la iluminación por entero imprevista del objeto de mi percepción. A medida que se hacía más claro, iba comprendiendo que en mi interior tenía lugar un imposible, a cargo de un algo desconocido. Sentía que avanzaba realmente hasta observado, por eso tenía la impresión de que era más preciso. Llegué a encontrarme tan cerca de él que me era posible distinguir sus características, como, por ejemplo, las rocas y la vegetación. La cercanía alcanzó a ser tal que logré discernir una formación peculiar sobre una piedra. Tenía el aspecto de una silla toscamente tallada. Me gustaba mucho; comparadas con ella, las rocas de alrededor resultaban insignificantes y sin brillo.

No se cuanto tiempo pasé observándola. Alcanzaba a precisar todos y cada uno de sus detalles. Comprendí que no debía intentar agotarlos, porque nunca lo conseguiría. Pero algo disipó mi atención; una nueva y desconocida imagen se superpuso a la anterior en la roca, y luego otra y otra más. Me irritaba la interferencia. Entonces, me di cuenta de que la Gorda, situada a mis espaldas, me hacía mover la cabeza de un lado hacia otro. En cuestión de segundos, toda mi concentración se había desvanecido.

La Gorda se echó a reír y me dijo que comprendía por qué había causado en el Nagual tanta preocupación. Había visto por si misma mi tendencia a trasponer los límites. Se sentó junto al palo más próximo al mío y me comunicó que ella y las hermanitas iban a observar el lugar de poder del Nagual. Emitió un reclamo agudo. Al momento, las hermanitas salieron de la casa y se sentaron a observar junto a ella. Su maestría en la observación era evidente. Sus cuerpos adquirieron una extraña rigidez. No daban muestra alguna de estar respirando. Su quietud era tan contagiosa que me hallé inesperadamente con los ojos entornados contemplando las colinas.

El observar había constituido una verdadera revelación para mí. Al practicarla había corroborado muchos aspectos importantes de las enseñanzas de don Juan. La Gorda había descrito la tarea de un modo muy vago: «lanzarse» constituía más una orden que la explicación de un proceso, y no obstante, no dejaba de ser esto último en tanto se hubiese satisfecho un requisito previo, al que don Juan llamaba detención del diálogo interno. La gorda se había referido a ello al decir «silenciar los pensamientos». Si bien me había guiado por el sendero opuesto, don Juan no había dejado de enseñármelo; en vez de adiestrarme para concentrar mi visual, como los observadores, me preparó para abrirla, para anegar mi conciencia mediante el expediente de no centrar la atención en nada singular. Mi obligación consistía, en cierto modo, en poner los ojos sobre todo aquello que fuera visible para mí en un radio de 180 grados, en tanto dirigía la atención a un punto impreciso, inmediatamente por encima de la línea del horizonte.

La observación me resultaba muy difícil, por cuanto suponía revertir esa educación. Al tratar de concentrarme, tendí a dispersarme. No obstante, el esfuerzo que debía hacer para contener esa tendencia me apartaba de mis pensamientos. Una vez lograda esa desconexión de mi diálogo interno, era sencillo observar según las prescripciones de la Gorda.

Don Juan se había cansado de repetir que la condición esencial de la brujería residía para él en la capacidad para detener el diálogo interno. En términos correspondientes a la explicación provista por la Gorda, respecto de los dos dominios de la atención, la detención del diálogo interno era una forma de descripción operativa del acto de desconectar la atención del tonal.

También decía don Juan que cuando detenemos el diálogo interno también paramos el mundo. Esa era una descripción operativa del inconcebible proceso de concentración de nuestra segunda atención. Aseveraba que hay una parte de nosotros siempre cerrada bajo llave, porque le tememos; para la razón es algo así como un pariente loco al que mantenemos en un calabozo. Según palabras de la Gorda, eso era nuestra segunda atención. Cuando lográbamos finalmente concentrarla en algo, el mundo se paraba. Puesto que, como hombres corrientes, sólo conocemos la atención del tonal, no parece exagerado afirmar que, una vez que la misma es suprimida, el mundo entero debe cesar su movimiento. La concentración de nuestra salvaje, ineducada, segunda atención, debe ser, por fuerza, terrorífica. Don Juan tenía razón al decir que el único modo de evitar que el pariente loco irrumpiera con violencia en nuestra vida, era escudarse en el infinito diálogo interno.

La Gorda y las hermanitas se pusieron de pie tras unos treinta minutos de obser-

vación. La Gorda me indicó con la cabeza que las siguiera. Entraron en la cocina. La Gorda me señaló un banco para que me sentara. Dijo que iba al camino a buscar a los Genaros. Salió por la puerta de delante.

Las hermanitas se sentaron a mi alrededor. Lidia se ofreció para responder a todo lo que yo quisiera preguntar. Le pedí que me hablase de su observación del lugar de poder de don Juan, pero no me comprendió.

-Soy observadora de distancias y de sombras -dijo-. Cuando llegué a serlo, el Nagual me hizo comenzar todo otra vez; hube de observar las sombras de hojas, plantas y árboles y rocas. Yo no miró los objetos: sólo miro sus sombras. Aunque no haya luz alguna, hay sombras; hasta de noche hay sombras. Dado que soy observadora de sombras, lo soy de distancia. Puedo observar sombras, aún en la distancia.

»Las sombras del amanecer no rebelan gran cosa. Las sombras descansan a esa hora. De modo que es inútil observar muy temprano. Alrededor de las seis, las sombras despiertan, y su mejor momento está cerca de las cinco de la tarde. En ese momento se hallan enteramente despiertas.

-¿Qué te dicen las sombras?

-Todo lo que desee saber. Me dicen cosas ya sea por su temperatura, sus movimientos o sus colores. No conozco, sin embargo, todos los significados del color y el calor. El Nagual dejó por mi cuenta el aprenderlo.

-¿Cómo aprendes?

-En el soñar. Los soñadores deben observar para soñar, y deben buscar sueños para observar. Por ejemplo, el Nagual me hacía observar sombras de rocas; luego, en mi soñar, descubría que esas sombras poseían luz, de modo que, desde entonces, buscaba la luz en las sombras hasta dar con ella. Observar y soñar son cosas que están unidas. Me costó un largo tiempo de observación de sombras el llevarlas a mi soñar. Y luego me costó un largo período de soñar y observar el conseguir que ambas cosas se unieran, para ver realmente en las sombras lo que veía en mi soñar. ¿Entiendes? Todos hacemos lo mismo. El soñar de Rosa gira en torno a los árboles porque es una observadora de árboles y el de Josefina tiene que ver con nubes porque es una observadora de nubes. Observan árboles y nubes hasta alcanzar con ello el nivel de su soñar

Rosa y Josefina hicieron un gesto de asentimiento.

-¿Y la Gorda? -pregunté.

-Es la observadora de pulgas -dijo Rosa, y todas rieron.

-A la Gorda no le gusta que le piquen pulgas -explicó Lidia-. No tiene forma y puede observarlo todo, pero antes solía dedicarse a la lluvia.

-¿Y Pablito?

-Observa el sexo de las mujeres -dijo Rosa con indiferencia.

Soltaron una carcajada. Rosa me palmeó la espalda.

-Se me ocurre que, puesto que es tu compañero, sigue tu ejemplo -dijo

Golpearon la mesa y movieron los bancos al empujarlos con los pies en medio de su risa.

-Pablito es observador de rocas -dijo Lidia-. Néstor atiende la lluvia y a las plantas y Benigno a la distancia. Pero no me preguntes más acerca de la observación, porque perderé mi poder si te cuento más.

-¿Y por qué la Gorda me lo dice todo?

-Ella ha perdido la forma -replicó Lidia-. Cuando yo la pierda haré lo mismo. Pero para entonces no te interesará escucharme. Te importa ahora porque eres tan torpe como nosotras. Cuando pierdas tu forma dejarás de serlo.

-¿Por qué haces tantas preguntas cuando sabes todo esto? -quiso saber Rosa.

-Porque es como nosotras -dijo Lidia-. No es un verdadero nagual. Aún es un hombre.

Se volvió hacia mí. Durante un instante su rostro se mostró duro y sus ojos penetrantes y fríos, pero su expresión se hizo más dulce al hablarme.

-Pablito y tu son compañeros -dijo-. Le aprecias ¿no?.

Lo pensé antes de responder. Le dije que, de algún modo, confiaba en él implícitamente. Por cierta razón ignorada, sentía afinidad con el.
-Le estimas tanto que jugaste sucio con él. -dijo en tono acusador-. En aquella cima desde la cual saltaron, él estaba llegando a concentrar su segunda atención por sus propios medios; tú le obligastes a arrojarse contigo.
-Sólo le cogí por el brazo -protesté.
-Un brujo no coge a otro brujo por el brazo -dijo. Todos somos capaces de valernos por nosotros mismos. Tú no necesitas que ninguna de nosotras te ayude. Sólo un brujo que ve y carece de forma puede auxiliar. En aquella montaña, era de esperar que tu saltases primero. Ahora Pablito está ligado a ti. Imagino que te propones ayudarnos del mismo modo. ¡Dios mío! ¡Cuanto más pienso en ti más te desprecio!
Rosa y Josefina masculllaron unas palabras diciendo estar de acuerdo. Rosa se puso de pie y me enfrentó con los ojos llenos de ira. Exigía saber lo que me proponía hacer con ellas. Le respondí que pensaba partir muy pronto. Esa afirmación pareció chocarles. Las tres hablaron a la vez. La voz de Lidia se imponía a las demás. Dijo que el momento de partir había sido en la noche anterior, y que mi decisión de quedarme había suscitado su odio. Josefina comenzó a aullar obscenidades en mi contra.
Experimenté un súbito escalofrío. Me puse de pie y les dije que se callaran con una voz distinta a la mía. Me miraron horrorizadas. Traté de restar importancia a la cuestión, pero me había asustado a mi mismo tanto como a ellas.
En ese instante se presentó la Gorda en la cocina, como si hubiese estado escondida en la habitación de delante, aguardando a que iniciáramos una pelea. Manifestó que nos había advertido sobre el peligro que todos corríamos de caer los unos en las redes de los otros. Tuve que reír al ver el modo en que nos regañaba, como si fuésemos niños. Aseveró que nos debíamos mutuo respeto y que el respeto entre guerreros era un asunto sumamente delicado. Las hermanitas sabían comportarse como guerreros entre sí, al igual que los Genaros, pero en cuanto yo me inmiscuía en alguno de los grupos, o los dos grupos se reunían todos olvidaban su saber guerrero y se comportaban como bestias.
Nos sentamos. La Gorda lo hizo a mi lado. Tras una pausa, Lidia expuso que temía que hiciera con ellas lo que le había hecho a Pablito. La Gorda rió aseverando que nunca permitiría que ayudase a nadie así. Le expuse que no comprendía qué le había hecho a Pablito que resultaba tan malo. En todo caso, lo había hecho sin ser consciente de ello, y no me hubiese enterado de la acción en sí, de no habérmela hecho conocer Néstor.
Es más: me preguntaba si Néstor no exageraría un tanto y si no estaría equivocado.
La Gorda afirmó que el Testigo nunca cometería un error semejante, que mucho menos lo exageraría, y que era el más perfecto guerrero de entre todos ellos.
-Los brujos no se ayudan entre sí como tu hiciste con Pablito -prosiguió-. Te comportaste como un hombre corriente. El Nagual nos había preparado para ser guerreros. Decía que un guerrero no sentía compasión por nadie. Para él, sentir compasión implicaba desear que la otra persona fuese como uno, estuviese en el lugar de uno y que esa es la razón por la que se da una mano. Eso hiciste con Pablito. Lo más difícil del mundo, para un guerrero, es dejar ser a los otros. Cuando yo era gorda me preocupaba porque Lidia y Josefina no comían lo suficiente. Tenía miedo de que enfermasen y muriesen por no comer. Hice lo imposible por que engordasen, y con el mejor de los propósitos. La impecabilidad de un guerrero consiste en dejar de ser y apoyar a los demás en lo que realmente son. Desde luego, eso implica confiar en que los otros son también guerreros impecables.
-¿Y si no son guerreros impecables?
-Entonces tu deber es ser impecable y no decir palabra -replicó-. El Nagual sostenía

que sólo un brujo que ve y ha perdido la forma puede permitirse ayudar a otro. Es por eso que el nos ayudó e hizo de nosotros lo que somos. No creerás que es posible andar por la calle recogiendo gente para auxiliarla, ¿verdad?

Ya don Juan me había enfrentado con el dilema de no poder ayudar a mis semejantes en modo alguno. En realidad, para él, todo esfuerzo de nuestra parte en ese sentido era un acto arbitrario determinado por nuestro propio interés.

Un día, estando juntos en la ciudad, alcé un caracol que se hallaba en medio de la calzada y lo llevé a lugar seguro, bajo unas parras. Estaba convencido de que, de dejarlo donde lo había encontrado, tarde o temprano alguien lo habría pisado. Pensaba que, al ponerlo fuera de peligro, lo había salvado.

Don Juan señaló que mi suposición era muy superficial, puesto que no había tomado en cuenta dos posibilidades. Una de ellas consiste en que el caracol quizás estaba huyendo de una muerte segura por envenenamiento de parra; la otra, en que el caracol poseyese el poder personal suficiente para atravesar la calzada. Mi intervención no sólo no lo había salvado, sino que le había hecho perder lo que hubiera ganado muy penosamente.

Naturalmente, quise devolver el caracol al lugar en que lo había hallado, pero no me lo permitió. Dijo que era el destino del caracol el que un idiota se cruzase en su sendero y le echase a perder lo mejor de su ímpetu. Si lo dejaba donde lo había puesto, era probable que volviese a reunir el poder necesario para alcanzar su objetivo.

Creí entenderle. Era evidente que no había hecho sino aceptar su posición sin profundizar. Lo que más me costaba era dejar ser a los otros.

Conté la anécdota. La Gorda me palmeó la espalda.

-Somos todos bastante malos -dijo-. Los cinco somos personas horrorosas, que se niegan a entender. Yo me desembaracé de mi peor parte, pero aún no soy enteramente libre. Somos bastante lentos y en comparación con los Genaros, pesimistas y tiránicos. Los Genaros, en cambio se parecen a Genaro: hay muy poco de perverso en ellos.

Las hermanitas asintieron con un gesto.

-Tú eres el más feo de todos nosotros -me dijo Lidia-. No creo que seamos tan malas como tú.

La Gorda sofocó una risilla y me dio unas palmadas en la pierna, como pidiéndome que le diese la razón a Lidia. Lo hice y todas rieron como niñas.

Pasamos un rato en silencio.

-Voy a comunicarte ahora lo único que me queda por decirte -me informó la Gorda de repente.

Nos hizo poner de pie a todos. Dijo que me iban a mostrar el nivel de poder de los guerreros toltecas. Lidia se colocó a mi derecha, enfrentándome. Puso su mano sobre la mía, palma contra palma, pero sin que entrecruzásemos los dedos. Luego me cogió el brazo derecho por sobre el codo con la mano izquierda y me apretó con fuerza contra su pecho. Josefina hizo exactamente lo mismo a mi izquierda. Rosa se puso cara a cara conmigo, pasó las manos por debajo de mis axilas y se aferró a mis hombros. La Gorda se acercó desde detrás y me abrazó por la cintura, entrelazando los dedos sobre mi ombligo.

Todos teníamos aproximadamente la misma estatura y les era posible apoyar su cabeza contra la mía. La Gorda me habló al oído, en voz baja, aunque lo bastante fuerte como para que todos la oyesen. Dijo que íbamos a tratar de oponer nuestra segunda atención en el lugar de poder del Nagual, sin que nada ni nadie nos estorbara. Esa vez no había a mano maestros ni aliados que nos impulsaran. Lo único que nos llevaba a ello era nuestro deseo.

No pude vencer la irresistible urgencia de preguntarle qué debía hacer. Me respondió que debía centrar mi segunda atención en aquello que había observado.

Me explicó que la formación en la cual nos hallábamos era una postura de poder tolteca. En aquel instante era yo el centro y la fuerza capaz de reunir los cuatro rinco-

nes del mundo. Lidia era el Este, el arma que los guerreros toltecas blandían con la mano derecha; Rosa era el Norte, el escudo sostenido por delante del guerrero; Josefina era el Oeste, el espíritu cazador del guerrero, sostenido por su mano izquierda; y la Gorda era el Sur, el cesto que los guerreros llevan a la espalda y en la que guardan sus objetos de poder. Afirmó que la posición natural de todo guerrero era de cara al Norte, puesto que debía sujetar el arma, el Este, en la mano derecha. Pero la dirección a la que debíamos orientarnos era el Sur, con una ligera desviación hacia el Este: en consecuencia, el acto de poder que el Nagual nos había encomendado era cambiar las direcciones.

Me recordó que una de las primeras cosas que el Nagual nos había hecho a todos había sido reorientar nuestros ojos hacia el Sudeste. De ese modo, había inducido a nuestra segunda atención a realizar la hazaña que íbamos a efectuar entonces. Había dos posibilidades. Una consistía en que todos girásemos hacia el Sur, utilizándome como eje y alterando en el proceso los valores y funciones básicos de cada uno. Lidia sería así el Oeste, Josefina el Este, Rosa el Sur y ella el Norte. La otra alternativa implicaba cambiar nuestra dirección, enfrentando el Sur, pero sin girar. Esa era la alternativa de poder, que nos imponía la adquisición de nuestro segundo rostro.

Dije a la Gorda que no entendía qué era nuestro segundo rostro. Me respondió que el Nagual le había confiado la misión de reunir la segunda atención de todos los miembros del grupo, y que todo guerrero tolteca tenía dos rostros y enfrentaba dos direcciones opuestas. El segundo rostro era la segunda atención.

De pronto la Gorda me soltó. Las demás hicieron lo mismo. Ella se sentó y me instó a hacerlo a mi vez, a su lado. Las hermanitas permanecieron de pie. La Gorda me preguntó si lo tenía todo claro. En efecto, lo tenía, aunque, en cierto sentido, no era así. Antes de que hubiese tenido tiempo para formular una pregunta, me espetó que una de las últimas cosas que el Nagual le había encargado decirme era que debía cambiar la dirección, sumando mi segunda atención a la de ellas, y adquirir mi rostro de poder, para ver lo que ocurría a mis espaldas.

Se puso de pie y me indicó que la siguiera. Me llevó hasta la puerta de su habitación. Me dio un ligero empujón para hacerme entrar. Una vez que hube cruzado el umbral, Lidia, Rosa, Josefina y ella se me unieron, en ese orden, y la Gorda cerró la puerta.

El lugar estaba muy oscuro. No parecía haber ventanas. La Gorda me cogió por el brazo y me hizo situar en lo que supuse sería el centro del cuarto. Me rodearon. No alcanzaba a verlas; percibía su presencia tan sólo, en los cuatro lados.

Pasado un rato mis ojos se acostumbraron a la oscuridad. Pude entonces comprobar que la habitación contaba con dos ventanas, que habían sido cubiertas con sendas tablas. La poca luz que se filtraba a través de ellas me permitía distinguir a todas. Luego, el grupo se cogió de mí tal como lo había hecho minutos antes: perfectamente al unísono, apoyaron sus cabezas contra la mía. Sentía sus cálidas respiraciones a mi alrededor. Cerré los ojos para reconstruir la imagen que había observado. No lo logré. Me hallaba demasiado cansado y somnoliento. Los ojos me ardían terriblemente. Deseaba frotármelos, pero Lidia y Josefina me sujetaban los brazos con firmeza.

Permanecimos en esa posición durante mucho tiempo. La fatiga me resultaba insoportable y terminé por desplomarme. Creí que mis rodillas había cedido. Tenía la impresión de que iba a caer al piso y quedar dormido allí mismo. Pero no había piso. En realidad, no había nada debajo de mí. Mi terror al comprenderlo fue tal que desperté por completo en un instante; no obstante, una fuerza mayor que mi miedo me devolvió al sueño. Me abandoné. Flotaba con ellas como un globo. Era como si hubiese quedado dormido y soñara y en el sueño viera una serie de imágenes discon-

tinuas. Ya no nos encontrábamos en la oscuridad de la habitación. La luz me cegaba. En ocasiones alcanzaba a ver el rostro de Rosa contra el mío; por el rabillo del ojo distinguía también el de Lidia y el de Josefina. Tenía la frente apoyada contra mis orejas. Entonces la imagen cambiaba y tenía ante la vista la cara de la Gorda. Toda vez que ello ocurría, apoyaba la boca en la mía y me echaba el aliento. No me gustaba en lo más mínimo. Una cierta fuerza trataba de librarse en mí. Estaba aterrorizado. Traté de apartarlas. Cuanta más fuerza hacía para conseguirlo, más sólidamente me aferraban. Me convencí de que la Gorda me había engañado para guiarme por fin a una trampa mortal. Pero, a diferencia de las otras, la Gorda había sido una jugadora impecable. Esa idea me reconfortó. En cierto momento, dejé de luchar. El fenómeno de mi muerte, que consideraba inminente, suscitó mi interés y me dejé ir de mí mismo. Experimenté entonces una alegría inigualable, una exuberancia que, estaba seguro, era el heraldo de mi fin, si no de mi muerte propiamente dicha. Me esforcé por acercar aún más a mí a Lidia y Josefina. En ese momento tenía a la Gorda delante. No me importó que expulsara su aliento en mi boca; en realidad, me sorprendió que dejara de hacerlo entonces. En el instante en que ello ocurrió, las demás dejaron de apretar su cabeza contra la mía. Comenzaron a mirar a su alrededor y al hacerlo me dejaron en libertad de mover la cabeza. Lidia, la Gorda y Josefina estaban tan próximas a mí que sólo podía ver algo a través del espacio libre que quedaba entre sus frentes. No sabía dónde nos encontrábamos. Sólo estaba seguro de una cosa: no nos hallábamos en el suelo. Nos hallábamos en el aire. Di igualmente por seguro que habíamos alterado el orden. Lidia estaba a mi derecha y Josefina a mi izquierda. Al igual que la Gorda, tenía el rostro cubierto de sudor. Tan sólo percibía la presencia de Rosa detrás de mí. Veía sus manos, que atenazaban mis hombros. La Gorda decía algo que yo no alcanzaba a oír. Pronunciaba con gran lentitud, como para darme tiempo a leer sus labios, pero me distraían los detalles de su boca. En cierto instante me di cuenta de que las cuatro me movían, me mecían deliberadamente. Ello me obligó a prestar atención a las palabras silenciosas de la Gorda. Entonces leí claramente sus labios. Me decía que me diera vuelta. Lo intenté, pero mi cabeza parecía haber sido fijada en su posición. Sentí que alguien me mordía los labios. Miré a la Gorda. No me mordía, sino que me contemplaba, en tanto me decía que volviera la cabeza. A medida que hablaba, yo sentía que ese alguien a la vez me lamía el rostro o mordisqueaba mis labios y mejillas.

La cara de la Gorda presentaba una cierta distorsión. Se veía grande y amarillenta. Pensé que, puesto que toda la escena estaba bañada por este color, su rostro quizás lo reflejaba. Casi la oía ordenarme dar vuelta a la cabeza. La molestia que me ocasionaba el mordisqueo terminó por hacerme sacudir la cabeza. Y de pronto la voz de la Gorda se hizo claramente audible. Estaba detrás de mí y gritaba para que dirigiese mi atención al entorno. Rosa era quien lamía mi cara. La aparté con la frente. Lloraba y estaba bañada en sudor. Escuché a la Gorda. Me dijo que las había agotado al darles batalla y que no sabía qué hacer para recuperar la atención original. Las hermanitas gimoteaban.

Pensaba con absoluta claridad. Mis procesos racionales, sin embargo, no eran deductivos. Comprendía las cosas rápida y directamente y no había dudas de ninguna especie en mi mente. Por ejemplo, entendí de inmediato que debía volver a dormir, y que eso no hará caer a plomo. Pero también supe que debía permitir que ellas nos llevaran a su casa. Yo no era capaz de hacerlo. Si es que aún podía concentra mi segunda atención, tendría que dirigirme a un lugar de México Septentrional que don Juan me había asignado. Siempre había visto esa imagen con más claridad que la de ningún otro sitio del mundo. No me atreví a lanzarme a esa visión. No ignora-

ba que, de hacerlo, terminaríamos allí.
Estimé que debía decirle a la Gorda lo que sabía, pero no podía hablar. Sin embargo, una parte de mí intuía que ella había comprendido. Me confié a su accionar implícitamente y me dormí en cuestión de segundos. En mi sueño veía la cocina de su casa. Pablito, Néstor y Benigno estaban allí. Se los veía extraordinariamente grandes y resplandecían. No podía fijar mis ojos en ellos, debido a que nos separaba una hoja de plástico. Era como si les estuviera mirando a través de una ventana mientras alguien arrojaba agua en el cristal. Finalmente, el cristal se hizo pedazos y el agua me dio en la cara.
Pablito me estaba empapando con un cubo. Néstor y Benigno estaban de pie a su lado. La Gorda, las hermanitas y yo estábamos tendidos en el patio de la parte posterior de la casa. Los Genaros nos echaban agua. Me puse de pie de un salto. O el agua fría o la extravagante experiencia por la que acababa de pasar, me habían estimulado. La Gorda y las hermanitas se pusieron unas prendas que los Genaros debían haber tendido al sol. Mis ropas también se hallaban cuidadosamente dispuestas en el suelo. Me vestí sin una palabra. Experimentaba la sensación peculiar que siempre parece seguir a la concentración de la segunda atención; no podía hablar, o, mejor dicho, podía pero no quería. Tenía el estómago revuelto. La Gorda se dio cuenta y me condujo con gentileza al otro lado de la cerca. Estaba mareado. La Gorda y las hermanitas tenían los mismos síntomas que yo.
Regresé a la cocina y me lavé la cara. El agua fría pareció devolverme la conciencia. Pablito, Néstor y Benigno estaban sentados en torno a la mesa. Pablito había llevado su silla. Se levantó y me estrechó la mano. Luego, hicieron lo mismo Néstor y Benigno. La Gorda y las hermanitas se unieron a nosotros.
Me encontraba mal. Me zumbaban los oídos y estaba aturdido. Josefina se levantó, apoyándose en Rosa. Me volví para preguntar a la Gorda qué debía hacer. Lidia, en el banco, se iba cayendo de espaldas. La cogí, pero su peso fue mayor del que yo podía sostener y me derrumbe encima de ella.
Debo haberme desmayado. Desperté de pronto. Yacía sobre un colchón de paja en la habitación de delante. Lidia, Rosa y Josefina estaban profundamente dormidas, a mi lado. Hube de pasar por sobre ellas para levantarme. Las sacudí, pero no despertaron. Fui a la cocina. La Gorda se hallaba sentada a la mesa, junto a los Genaros.
-Bienvenido -dijo Pablito.
Agregó que la Gorda había despertado hacia poco. Yo sentía que volvía a ser el de antes. Tenía hambre. La Gorda me sirvió un tazón de comida. Dijo que ellos ya habían comido. Al terminar, me encontraba muy bien en todos los sentidos, salvo por no poder pensar del modo en que habitualmente lo hacía. El ritmo de procesos mentales había disminuido de manera notable. No me gustaba este estado. Advertí entonces que caía la tarde. Tuve una súbita necesidad de ponerme a saltar, mirando al sol, tal como me inducía a hacer don Juan. Me puse de pie y lo mismo hizo la Gorda. Aparentemente, había tenido la misma idea. El movimiento me hizo sudar. No tardé en sentirme rendido y regresar a la mesa. La Gorda me siguió. Volvimos a sentarnos. Los Genaros nos observaban. La Gorda me tendió mi libreta de notas.
-Aquí, el Nagual nos dejó librados a nosotros mismos -dijo.
Cuando habló, tuvo lugar en mí un singular estallido. Mis pensamientos regresaron como un torrente. Debía de haber habido un cambio en mi expresión, porque Pablito me abrazó y lo mismo hicieron Néstor y Benigno.
-¡El Nagual va a vivir! -dijo Pablito en voz muy alta.
La Gorda también parecía encantada. Se seco la frente, en un gesto de alivio. Afirmó que había estado a punto de provocar la muerte de todos, y la mía propia, debido a mi terrible complacencia.
-Concentrar la segunda atención no es nada fácil -dijo Néstor.

-¿Qué nos sucedió, Gorda? -pregunté.
-Nos perdimos -dijo-. Te dejaste llevar por el miedo y nos perdimos en aquella inmensidad. No conseguíamos concentrar nuevamente nuestra atención del tonal. Pero logramos mezclar nuevamente nuestra segunda atención con la tuya y ahora tienes dos rostros.
Lidia, Rosa y Josefina llegaron a la cocina en ese momento. Sonreían, y se las veía tan frescas y vigorosas como siempre. Se sirvieron algo de comer. Se sentaron y nadie pronunció palabra mientras comían. En cuanto la última hubo terminado, la Gorda continuó, a partir del punto en que había callado.
-Ahora eres un guerrero con dos rostros -prosiguió-. El Nagual decía que todos debíamos poseer dos rostros para encontrarnos cómodos en ambas atenciones. Él y Genaro nos ayudaron a dar vuelta a nuestra segunda atención, a la vez que volvían; así podíamos enfrentar ambas direcciones. Pero no hicieron lo mismo contigo porque para ser un verdadero nagual debes ganar todo tu poder por ti mismo. Aún estás muy lejos de ello, pero cabría decir que ya no te arrastras sino que caminas erguido hacia tu objetivo; cuando hayas recuperado tu plenitud y perdido la forma, volarás.
Benigno remedó con la mano el movimiento de un avión en vuelo e imitó el rugido del motor con su atronadora voz. El sonido era realmente ensordecedor.
Todos rieron. Las hermanitas se veían felices.
Hasta entonces no había sido consciente de que caía la tarde. Comenté a la Gorda que debíamos haber dormido bastantes horas, puesto que habíamos entrado en su habitación antes del mediodía. Me respondió que, por el contrario, habíamos dormido muy poco: la mayor parte del tiempo la habíamos pasado perdidos en el otro mundo y los Genaros se habían asustado y entristecido profundamente porque no podían hacer nada para traernos de regreso.
Me volví hacia Néstor y le pregunté qué era lo que habían hecho o dicho en nuestra ausencia. Me observó un momento antes de contestar.
-Llevamos mucha agua al patio -dijo, señalando unos barriles de petróleo vacíos-. Entonces llegaron ustedes y se la echamos encima; eso es todo.
-¿Salimos de la habitación? -le pregunté.
Benigno soltó una carcajada. Néstor miró a la Gorda como pidiéndole permiso o consejo.
-¿Salimos de la habitación? -preguntó la Gorda.
-No -replicó Néstor.
La Gorda parecía tan ansiosa por saber como yo, lo cual me resultaba alarmante. Llegó a rogar melosamente a Néstor que hablara.
-No vienen de ninguna parte -dijo Néstor-. Y también debería decir que fue terrorífico. Eran como niebla. Pablito fue el primero en verlos. Sin duda, estuvieron en el patio durante bastante tiempo, pero no sabíamos dónde buscarlos. Entonces Pablito gritó y todos los vimos. Nunca habíamos presenciado nada semejante.
-¿Cuál era nuestro aspecto? -pregunté.
Los Genaros se miraron. Hubo un silencio insoportablemente largo. Las hermanitas miraban a Néstor con la boca abierta.
-Eran como trozos de niebla atrapados en una red -dijo Néstor-. Al echarles agua, volvieron a ser sólidos.
Yo deseaba que siguiera hablando, pero la Gorda aseveró que quedaba muy poco tiempo, por cuanto yo debía partir al fin del día y ella aún tenía cosas que decirme.
Los Genaros se pusieron de pie y se despidieron de las hermanitas y de la Gorda con un apretón de manos. Me abrazaron y me hicieron saber que necesitaban tan sólo unos pocos días para preparar su marcha. Pablito cargo con su silla a hombros, Josefina corrió hacia el fondo, cogió un paquete que habían traído de la casa de doña Soledad y lo puso entre las patas de la silla de Pablito, que así se convirtió en un ingenio adecuado para el acarreo.
-Puesto que vas para tu casa, puedes llevarte esto -dijo-. De todos modos te pertenece.

Pablito se encogió de hombros y acomodó la silla para equilibrar bien la carga.
Néstor propuso que Benigno llevase el bulto, pero Pablito no se lo permitió.
-Está bien -dijo-. Bien puedo hacer de burro, si ya estoy obligado a soportar esta condenada silla.
-¿Por qué la llevas, Pablito? -pregunté.
-Tengo que conservar mi poder -replicó-. No puedo sentarme en cualquier parte. ¿Quién sabe que clase de imbécil se sienta en un lugar antes que uno?
Dejó escapar una risa aguda e hizo mover el bulto al sacudir los hombros.
Una vez que los Genaros hubieron partido, la Gorda me explicó que Pablito había comenzado con la locura de la silla para fastidiar a Lidia. No quería sentarse donde ella lo hubiera hecho, pero se había entusiasmado y, dada su tendencia a darse gusto, había decidido no sentarte más que en su silla.
-Es capaz de cargar con ella durante el resto de su vida -me dijo la Gorda con gran certidumbre-. Es casi tan malo como tú. Es tu compañero. Tu cargarás siempre con tu libreta de notas y él con su silla ¿Qué diferencia hay? Ambos son más complacientes con ustedes mismos que el resto de nosotros.
Las hermanitas se acercaron a mí y rieron, palmeándome la espalda.
-Es muy difícil penetrar en nuestra segunda atención -prosiguió la Gorda-. Y es aún más difícil lograrlo cuando se es cómo tú. El Nagual decía que debías conocer mejor que los demás esas dificultades. Mediante sus plantas de poder, aprendiste a internarte en ese otro mundo. Es por eso que hoy nos llevaste al borde de la muerte. Nosotras deseábamos concentrar nuestra segunda atención en el lugar del Nagual, y tú nos hundiste en algo desconocido. No estamos preparadas para ello, pero tampoco lo estás tú. Tampoco puedes ayudarte a ti mismo; las plantas de poder te hicieron así. El Nagual tenía razón; debemos ayudarte a contener tu segunda atención, y tu tienes que ayudarnos a liberar la nuestra. Tu segunda atención puede ir muy lejos, pero está fuera de control; la nuestra tiene poco radio de acción, pero la tenemos absolutamente controlada.
La Gorda y las hermanitas, una a una, me fueron expresando cuán horrible había sido la experiencia de hallarse perdidas en el otro mundo.
-El Nagual me dijo -prosiguió la Gorda- que cuando concentraba tu segunda atención con su humo, la dirigías a un mosquito. El mosquito se convertía entonces en el guardián del otro mundo para ti.
Le confesé que era cierto. Como me lo pidió, les narre la experiencia por la que don Juan me había hecho pasar. Con la ayuda de su mezcla para fumar, había llegado a percibir un mosquito de unos treinta metros de altura, un monstruo horripilante que se movía a velocidad increíble y con gran agilidad. La fealdad de aquella criatura era repugnante y, sin embargo, poseía una fantástica magnificencia.
Tampoco había tenido modo de acomodar esa experiencia a mi esquema racional de las cosas. Mi único apoyo intelectual radicaba en mi profunda certidumbre de que uno de los efectos de la mezcla psicotrópica era la alucinación relativa al tamaño del mosquito.
Dirigiéndome en particular a la Gorda, les expuse mi explicación racional, causal, de lo que había tenido lugar. Rieron.
-Las alucinaciones no existen -dijo la Gorda con firmeza-. Si alguien ve de pronto algo diferente, algo nuevo, es debido a que la segunda atención se ha concentrado y la persona la ha dirigido a un objeto en particular. De todos modos, algo debe concentrar la atención de la persona: tal vez el alcohol, o la locura, o quizá la mezcla de fumar del Nagual.
»Tu viste un mosquito y éste se convirtió en el guardián del otro mundo para ti. ¿Y sabes qué es ese otro mundo? Es el mundo de nuestra segunda atención. El Nagual creía probable que tu segunda atención tuviese la fuerza necesaria para superar al guardián y entrar a ese mundo. Pero no era así. De haberlo sido, habrías entrado en él para no retornar jamás. El Na-

gual me dijo que estaba preparado para seguirte. Pero el guardián te cerró el paso y estuvo a punto de matarte. El Nagual se vio obligado a dejar de emplear sus plantas de poder para concentrar tu segunda atención porque tú sólo la dirigías a los aspectos pavorosos de la realidad. Tuvo, en cambio, que hacerte soñar, para que la encontraras por otros medios. No obstante, estaba seguro de que también tu soñar sería horroroso. No había nada que hacer al respecto. Tú seguías sus pasos y el poseía un lado horrible, terrorífico.

Callaron. Era como si cada uno hubiese sido atrapado por sus propios recuerdos.

La Gorda contó que el Nagual me había señalado en una ocasión un insecto rojo muy especial, en las montañas de su tierra. Me preguntó si lo recordaba.

Lo recordaba. Años atrás don Juan me había llevado a una zona desconocida para mi, en las montañas de México Septentrional. Me hizo ver unos insectos redondos, del tamaño de una mariquita. El dorso era de un rojo brillante. Quise echarme al suelo para examinarlos, pero no me lo permitió. Me dijo que debía observarlos, sin mirarlos fijamente, hasta haber memorizado su forma, porque se esperaba de mí que los recordase siempre. Explicó luego algunos complicados detalles de su conducta, dando a su discurso un cierto matiz metafórico. Me habló acerca de la arbitrariedad de valores que regían nuestras costumbres más arraigadas. Destacó algunos hábitos atribuidos a aquellos insectos y los comparó con los nuestros. A la luz de tal comparación, los fundamentos de nuestras creencias se veían ridículos.

-Antes de que Genaro y él partieran -continuó la Gorda -, el Nagual me llevó al lugar de las montañas en que vivían esos animalitos. Ya había estado allí una vez, al igual que todos los demás. El Nagual se aseguró de que todos conociéramos aquellas pequeñas criaturas, si bien nunca nos permitió observarlas.

»Allí me dijo lo que debía hacer contigo y lo que debía decirte. Ya te he comunicado la mayor parte de aquello que me encomendó, salvo una última cosa. Tiene que ver con aquello que has estado preguntando a todo el mundo: ¿Dónde están el Nagual y Genaro? Te diré exactamente donde se encuentran. El Nagual aseguraba que lo entenderías mejor que cualquiera de nosotros. Ninguno de nosotros ha visto jamás al guardián. Ninguno de nosotros ha estado jamás en ese mundo amarillo azufre en que vive. Tú eres el único. El Nagual dijo haberte seguido en tu entrada a ese mundo cuando enfocaste tu segunda atención sobre el guardián. Pretendía ir allí contigo, tal vez para no regresar, si tú hubieses tenido la fuerza necesaria para pasar. Fue entonces cuando descubrió el mundo de aquellos pequeños insectos rojos. Decía que era la cosa más hermosa y perfecta que se pudiera imaginar. De modo que cuando llegó para él y para Genaro la hora de abandonar este mundo, concentraron su segunda atención y la dirigieron a aquel mundo. Entonces el Nagual abrió la grieta, como tu mismo viste, y entraron por ella a ese mundo, donde aguardan nuestra llegada, que tendrá lugar algún día. El Nagual y Genaro amaban la belleza. Fueron allí por su exclusivo placer.

Me miró. Yo no tenía nada que decir. Ella había estado en lo cierto al afirmar que su revelación debía hacerse en el momento estrictamente adecuado si se pretendía que surtiese algún efecto. Sentía una angustia inexpresable. Era como un deseo de llorar, aunque no estaba triste ni melancólico. Ansiaba algo inefable, pero esa ansiedad no me pertenecía. Como muchos de los sentimientos y sensaciones que había tenido desde mi llegada, me era ajeno.

Vinieron a mi memoria las aseveraciones de Néstor acerca de Eligio. Conté a la Gorda lo que él había dicho y ella me pidió que les narrara las visiones de mi trayecto entre el tonal y el nagual, inmediatamente posterior a mi salto al abismo. Cuando terminé, todas parecían asustadas. La Gorda aisló de inmediato mi visión de la cúpula.

-El Nagual nos dijo que nuestra segunda atención sería enfocada algún día a esa

cúpula -afirmó-. Ese día seremos enteramente segunda atención, como lo son el Nagual y Genaro, y ese día nos reuniremos con ellos.
-¿Quieres decir, Gorda, que iremos como somos? -pregunté.
-Sí, iremos como somos. El cuerpo es la primera atención, la atención del tonal. Cuando se convierte en segunda atención, sencillamente entra al otro mundo. Al saltar al abismo concentraste temporalmente tu segunda intención. Pero Eligio era más fuerte y su segunda intención quedó fijada por el salto. Eso fue lo que le ocurrió y era como nosotros. Pero es imposible decir dónde está. Ni siquiera el Nagual lo sabía. Pero si está en alguna parte es en esa cúpula. O rebotando de visión en visión, tal vez para toda la eternidad.
La Gorda dijo que en mi trayecto entre el tonal y el nagual había corroborado a gran escala que la totalidad de nuestro ser se convierte en segunda atención, y también cuando ella nos transportó un kilómetro para huir de los aliados. Agregó que el problema que el Nagual nos había dejado por resolver, a modo de desafío, consistía en si íbamos a ser o no capaces de desarrollar nuestra voluntad, o el poder de nuestra segunda atención para enfocarlo en forma indefinida sobre cualquier cosa que quisiéramos.
Permanecimos inmóviles durante un rato. Aparentemente, había llegado mi hora de partir, pero no podía ponerme en marcha. El pensar en el destino de Eligio me había paralizado. Ya fuese que hubiese podido llegar a la cúpula de nuestro encuentro, ya fuese que hubiera quedado atrapado en lo tremendo, la imagen de su viaje era enloquecedora. No me costaba ningún esfuerzo concebirlo, puesto que contaba con mi propia experiencia.
El otro mundo al cual don Juan se había referido prácticamente desde el mismo momento en que nos conocimos, había sido siempre una metáfora, una forma oscura de designar cierta distorsión perceptual, o, en el mejor de los casos, una manera de hablar acerca de un estado indefinible del ser. Si bien don Juan me había hecho percibir rasgos indescriptibles del mundo, no me era posible considerar míos experiencia como algo más que un juego sobre mi percepción, un espejismo dirigido de alguna especie, al cual se las había arreglado para someterme, bien por medio de plantas psicotrópicas o valiéndose de otros métodos que yo no lograba deducir racionalmente. Siempre había ocurrido esto. Siempre me había escudado en la idea de que la unidad del «yo» que conocía y que me era familiar había sido desplazada tan sólo temporalmente. Era inevitable, tan pronto como esa unidad fuera recuperada, que el mundo volviera a convertirse en el refugio de mi inviolable ser racional. El campo de probabilidades que la Gorda había abierto con sus revelaciones era escalofriante.
Se puso de pie y me hizo levantar del banco por la fuerza. Dijo que yo debía partir antes del crepúsculo. Me acompañaron al coche y nos despedimos.
La Gorda me dio una última orden. A mi regreso debía ir directamente a casa de los Genaros.
-No queremos verte hasta que sepas qué hacer -dijo con una radiante sonrisa-. Pero no tardes demasiado.
Las hermanitas asintieron.
-Estas montañas no nos van a permitir permanecer aquí por mucho tiempo -agregó, señalando con un sutil movimiento de la barbilla las ominosas, erosionadas colinas del otro lado del valle.
Le hice una pregunta más. Quería saber si ella tenía alguna idea del lugar al que irían el Nagual y Genaro una vez que se hubiese concretado nuestro encuentro. Levantó los ojos al cielo, alzó los brazos e hizo un movimiento indescriptible con ellos, dando a entender que no había límite para aquella inmensidad.

FIN

* * *

CARLOS CASTANEDA

EL DON DEL ÁGUILA

MANO IZQUIERDA EDITORES

Carlos Castaneda.
El Don del Águila.

Fotografía de Portada: Brian Hanson by Unsplash.

Edición bajo el cuidado de:
Mano Izquierda Editores.

Circa, 2019.
Lima, Perú.

EL DON DEL ÁGUILA

PRÓLOGO

A pesar de que soy antropólogo, ésta no es, estrictamente, una obra de antropología; sin embargo, tiene sus raíces en la antropología cultural, puesto que se inició hace años como una investigación de campo en esa disciplina. En aquella época yo estaba interesado en estudiar los usos de las plantas medicinales entre los indios del suroeste de los Estados Unidos y del norte de México.

Mi investigación, con los años, se transformó en algo más, como consecuencia de su propio impulso y de mi propio crecimiento. El estudio de las plantas medicinales fue desplazado por el aprendizaje de un sistema de creencias que daba la impresión de abarcar cuando menos dos culturas distintas.

El responsable de este cambio de enfoque en mi trabajo fue un indio yaqui del norte de México, don Juan Matus, quien más tarde me presentó a don Genaro Flores, un indio mazateco del México central. Los dos eran adeptos practicantes de un antiquísimo conocimiento, que en nuestros días se le llama, comúnmente, brujería y que se considera una forma primitiva de ciencia médica y psicológica, siendo en realidad una tradición de practicantes insólitamente disciplinados y de prácticas extraordinariamente sofisticadas.

Los dos hombres se convirtieron en mis maestros más que en mis informantes, pero yo aún así persistía, de una manera desordenada, en considerar mi tarea como un trabajo antropológico; pasé años tratando de deducir la matriz cultural de ese sistema; perfeccionando una taxonomía, un patrón clasificatorio, una hipótesis de su origen y diseminación. Todos resultaron esfuerzos vanos ante el hecho de que las apremiantes fuerzas internas de ese sistema descarrilaron mi búsqueda intelectual y me convirtieron en su participante.

Bajo la influencia de estos dos hombres poderosos mi obra se ha transformado en una autobiografía, en el sentido de que me he visto forzado, a partir del momento en que me volví participante, informar lo que me ocurre. Se trata de una autobiografía peculiar porque yo no estoy tratando con lo que me sucede como hombre común y corriente, ni tampoco con los estados subjetivos que experimento durante mi vida cotidiana. Más bien, he informado sobre los eventos que se despliegan en mi vida, como resultado directo de la adopción que hice de un conjunto de ideas y de procedimientos ajenos a mí. En otras palabras, el sistema de creencias que yo quería estudiar me ha devorado, y para proseguir con mi escrutinio tengo que pagar un extraordinario tributo diario: mi vida como hombre de este mundo.

Debido a estas circunstancias, ahora me enfrento al problema especial de tener que explicar lo que estoy haciendo. Me encuentro muy lejos de mi punto de origen como hombre occidental común y corriente o como antropólogo, y antes que nada debo reiterar que éste no es un libro de ficción. Lo que describo es extraño a nosotros; por eso, parece irreal.

A medida que penetro más profundamente en las complejidades de la brujería, lo que en un principio parecía ser un sistema de creencias y de prácticas primitivas ha

resultado ahora un mundo enorme e intrincado. Para poder familiarizarme con ese mundo. y para poder reportarlo; tengo que utilizar mi persona de modos progresivamente complejos y cada vez más refinados. Cualquier cosa que me ocurre ya no es algo que pueda predecir, ni algo congruente con lo que los demás antropólogos conocen acerca del sistema de creencias de los indios mexicanos. Consecuentemente me encuentro en una posición difícil; todo lo que puedo hacer bajo las circunstancias es presentar lo que me sucede a mí, tal como ocurrió. No puedo dar otras garantías de mi buena fe, salvo reafirmar que no vivo una vida dual y que me he comprometido a seguir los principios del sistema de don Juan en mi existencia cotidiana.

Después de que don Juan Matus y don Genaro Flores juzgaron que me habían explicado su conocimiento a satisfacción suya, me dijeron adiós y se fueron. Comprendí que a partir de entonces mi tarea consistía en reacomodar yo solo lo que aprendí de ellos.

A fin de cumplir con esta tarea regresé a México y supe que don Juan y don Genaro tenían otros nueve aprendices: cinco mujeres y cuatro hombres. La mayor de las mujeres se llamaba Soledad; la siguiente era María Elena, apodada la Gorda; las tres restantes: Lidia, Rosa y josefina, eran más jóvenes y se les conocía como "las hermanitas". Los cuatro hombres, en orden de edades, eran Eligio, Benigno, Néstor y Pablito; a los tres últimos les llamaban "los Genaros" porque estuvieron muy allegados a don Genaro.

Yo ya sabía que Néstor, Pablito y Eligio, quien había desaparecido del todo, eran aprendices, pero me habían hecho creer que las cuatro muchachas eran hermanas de Pablito, y que Soledad era su madre. Conocí a Soledad superficialmente a través de los años y siempre la llamé doña Soledad, como signo de respeto, ya que en edad era la más cercana a don Juan. También me habían presentado a Lidia y a Rosa, pero nuestra relación fue demasiado breve y casual para permitirme comprender quiénes eran en realidad. A la Gorda y a Josefina sólo las conocía por su nombre. Conocí a Benigno, pero no tenía idea de que estaba relacionado con don Juan y don Genaro.

Por razones incomprensibles para mí, todos ellos parecían haber estado aguardando, de una manera u otra, mi retorno a México. Me informaron que se suponía que yo debía de tomar el lugar de don Juan como su líder, su nagual. Me dijeron que don Juan y don Genaro habían desaparecido de la faz de la tierra, al igual que Eligio. Las mujeres y los hombres creían que los tres no habían muerto, sino que habían entrado en otro mundo distinto al de nuestra vida cotidiana, pero igualmente real.

Las mujeres -especialmente doña Soledad- chocaron violentamente conmigo desde el primer encuentro. Fueron, no obstante, el instrumento que produjo una catarsis en mí. Mi contacto con ellas me llevó a una efervescencia misteriosa en mi vida. A partir del momento en que las conocí, cambios drásticos tuvieron lugar en mi pensamiento y en mi comprensión.

Sin embargo, nada de eso ocurrió en un plano consciente: si acaso, después de visitarlas por primera vez me descubrí más confuso que nunca, pero no obstante, dentro del caos encontré una base sorprendentemente sólida. Gracias al impacto de nuestro enfrentamiento descubrí en mí, recursos que jamás imaginé poseer.

La Gorda y las tres hermanitas eran ensoñadoras consumadas; voluntariamente me dieron consejos y me mostraron sus propios logros. Don Juan había descrito el arte de ensoñar, como la capacidad de utilizar los sueños ordinarios de uno y de transformarlos en una conciencia controlada mediante una forma especializada de atención, que don Genaro y él llamaban la segunda atención.

Yo esperaba que los tres Genaros me enseñarían sus logros en el otro aspecto de las enseñanzas de don Juan y don Genaro: "el de acechar": Este me había sido explicado como un conjunto de procedimientos

y actitudes que le permitían a uno extraer lo mejor de cualquier situación concebible. Pero todo lo que los Genaros me dijeron acerca de acechar no tenía ni la cohesión ni la fuerza que yo había anticipado. Concluí que los hombres no eran en verdad practicantes de ese arte o que, simplemente, no querían mostrármelo.

Suspendí mis indagaciones para permitir que todos ellos pudieran sentirse a gusto conmigo, pero tanto los hombres como las mujeres se imaginaron, puesto que ya no les formulaba preguntas, que al fin yo actuaba como nagual. Cada uno de ellos exigió mi guía y mi consejo.

Para acceder a esto me vi obligado a llevar a cabo una recapitulación total de todo lo que don Juan y don Genaro me habían enseñado, y de penetrar aún más en el arte de la brujería.

PRIMERA PARTE: EL OTRO YO

I. LA FIJEZA DE LA SEGUNDA ATENCIÓN

Era de tarde cuando llegué a donde vivían la Gorda y las hermanitas. La Gorda estaba sola, sentada afuera de la puerta, contemplando las montañas distantes. Se pasmó al verme. Me explicó que había estado completamente absorta en un recuerdo y que en un momento estuvo a punto de recordar algo muy vago y que tenía que ver conmigo.

Esa noche, después de cenar, la Gorda, las tres hermanitas, los tres Genaros y yo nos sentamos en el suelo del cuarto de la Gorda. Las mujeres se acomodaban juntas.

Por alguna razón, aunque tenía la misma familiaridad con cada uno de ellos, había inconscientemente elegido a la Gorda como recipiente de toda mi atención. Era como si los demás no existieran para mí. Especulé que quizá se debía a que la Gorda me recordaba a don Juan, y los demás, no. Existía algo gracioso en ella, pero esa gracia no se hallaba tanto en sus acciones como en mis sentimientos hacia ella.

Querían saber qué estuve haciendo antes de llegar. Les dije que acababa de estar en la ciudad de Tula, Hidalgo, donde había visitado las ruinas arqueológicas. Me impresionó notablemente una hilera de cuatro colosales figuras de piedra, con forma de columna, llamadas "los Atlantes", que se hallaban en la parte superior plana de una pirámide.

Cada una de estas figuras casi cilíndricas, que miden cinco metros de altura y uno de diámetro, está compuesta de cuatro distintas piezas de basalto talladas para representar lo que los arqueólogos creen ser guerreros toltecas que llevan su parafernalia guerrera. A unos siete metros detrás de cada uno de los atlantes se encuentra otra hilera de cuatro columnas rectangu-

lares de la misma altura y anchura de las primeras, también hechas con cuatro piezas distintas de piedra.
El impresionante escenario de los atlantes fue encarecido aún más para mí por lo que me contó el amigo que me había llevado al lugar. Me dijo que un guardián de las ruinas le reveló que él había oído, durante la noche, caminar a los atlantes, de tal forma que debajo de ellos el suelo se sacudía.
Pedí comentarios a los Genaros. Se mostraron tímidos y emitieron risitas. Me volví a la Gorda, que se hallaba sentada junto a mí, y le pedí directamente su opinión.
-Yo nunca he visto esas figuras -aseguró-. Nunca he estado en Tula. La mera idea de ir a ese pueblo me da miedo.
-¿Por qué te da miedo, Gorda?-pregunté.
-A mí me pasó una cosa muy rara en las ruinas de Monte Albán, en Oaxaca -contestó-. Yo me iba mucho a andar por esas ruinas, a pesar de que el nagual Juan Matus me dijo que no pusiera un pie allí. No sé por qué pero me encantaba ese lugar. Cada vez que llegaba a Oaxaca iba allí. Como a las viejas que andan solas siempre las molestan, por lo general iba con Pablito, que es muy atrevido. Pero una vez fui con Néstor. Y él vio un destello en el suelo. Cavamos un poco y encontramos una piedra muy extraña que cabía en la palma de mi mano. Habían hecho un hueco bien torneado en la piedra. Yo quería meter el dedo ahí y ponérmela como anillo, pero Néstor no me dejó. La piedra era suave y me calentaba mucho la mano. No sabía que hacer con ella. Néstor la puso dentro de su sombrero y la cargamos como si fuera un animal vivo.
Todos empezaron a reír. Parecía haber una broma oculta en lo que la Gorda me decía.
-¿A dónde la llevaste? -le pregunté.
-La trajimos aquí, a esta casa -respondió, y esa aseveración generó risas incontenibles en los demás. Tosieron y se ahogaron de reír.
-La Gorda es la que pagó por el chiste -explicó Néstor-. Tienes que verla como es, terca como una mula. El nagual ya le había dicho que no se metiera con piedras, o con huesos, o con cualquier cosa que encontrara enterrada en el suelo. Pero ella se escurría como ladrón cuando él no se daba cuenta y recogía toda clase de porquerías.
"Ese día, en Oaxaca, la Gorda se emperró en que debíamos llevarnos esa maldita piedra. Nos subimos con ella al camión y la trajimos hasta aquí, hasta este pueblo, y luego hasta este mismo cuarto.
-El nagual y Genaro estaban de viaje -prosiguió la Gorda-. Me sentí muy audaz, metí el dedo en el agujero y me di cuenta de que esa piedra había sido cortada para llevarla en la mano. Ahí nomás empecé a sentir lo que sentía el dueño de esa piedra. Era una piedra de poder. Me puso de mal humor. Me entró miedo. Sentía que algo horrible se escondía en lo oscuro de la casa, algo que no tenía ni forma ni color. No podía quedarme sola. Me despertaba pegando gritos y después de un par de días ya nomás no pude ni dormir. Todos se turnaban para acompañarme, de día y de noche.
-Cuando el nagual y Genaro regresaron -dijo Néstor-, el nagual me mandó con Genaro a poner de nuevo la piedra en el lugar exacto donde había estado enterrada. Genaro se llevó tres días en localizar el lugar exacto. Y lo hizo.
-Y a ti, Gorda ¿qué te pasó, después de eso? -pregunté.
-El nagual me enterró. Durante nueve días estuve desnuda dentro de un ataúd de tierra.
Entre ellos tuvo lugar una explosión de risa.
-El nagual le dijo que no podía salirse de allí -explicó Néstor-. La pobre Gorda tenía que mear y hacer caca dentro del ataúd. El nagual la empujó dentro de una caja que hizo con ramas y lodo. Había una puertita en un lado para la comida y el agua. Todo lo demás estaba sellado.
-¿Por qué la enterró? -indagué.
-Es la única forma de proteger a cualquiera -sostuvo Néstor-. La Gorda tenía que ser puesta bajo el suelo para que la tierra

la curara. Nadie cura mejor que la tierra; además, el nagual tenía que desviar el sentido de esa piedra que estaba enfocado en la Gorda. La tierra es una pantalla, no deja que nada pase por ningún lado. El nagual sabía que la Gorda no podía empeorar por estar enterrada nueve días, a fuerza tenía que mejorar. Y eso pasó.

-¿Qué sentiste al estar enterrada así, Gorda? -le pregunté.

-Casi me vuelvo loca -confesó-. Pero eso nomás era mi vicio de consentirme. Si el nagual no me hubiera puesto ahí, me habría muerto. El poder de esa piedra era demasiado grande para mí; su dueño había sido un hombre de tamaño enorme. Podía sentir que su mano era el doble de la mía. Se aferró a esa roca porque en ello le iba la vida, y al final alguien lo mató.

"Su terror me espantó. Pude sentir que algo se acercaba a mi para devorar mi carne. Eso fue lo que sintió ese hombre. Era un hombre de poder, pero alguien todavía más poderoso que él lo atrapó.

"El nagual dijo que una vez que tienes un objeto de ésos, el desastre te persigue, porque su poder entra en pelea con el poder de otros objetos de ese tipo, y el dueño o se convierte en perseguidor o en víctima. El nagual dijo que la naturaleza de esos objetos es estar en guerra, porque la parte de nuestra atención que los enfoca para darles poder es una parte belicosa, de mucho peligro.

-La Gorda es muy codiciosa -aseguró Pablito-. Se imaginó que si podía encontrar algo que de por sí ya tuviera mucho poder, ella saldría ganando porque hoy en día ya nadie está interesado en desafiar al poder.

La Gorda asintió con un movimiento de cabeza.

-Yo no sabía que uno puede recoger otras cosas aparte del poder que esos objetos tienen. Cuando metí el dedo por primera vez en el agujero y agarré la piedra, mi mano se puso caliente y mi brazo empezó a vibrar. Me sentí de verdad grande y fuerte. Como siempre, y a escondidas, nadie se dio cuenta, de que yo traía la piedra en la mano. Después de varios días empezó el verdadero horror. Podía sentir que alguien se las traía con el dueño de la piedra. Podía sentir su terror. Sin duda se trataba de un brujo muy poderoso y quien fuera el que andara tras él no sólo quería matarlo sino también quería comerse su carne. Esto de veras me espantó. En ese momento debí tirar la piedra, pero esa sensación que estaba teniendo era tan nueva que seguía agarrándola en mi mano como una recontra pendeja que soy. Cuando finalmente la solté, ya era demasiado tarde: algo en mí había sido atrapado. Tuve visiones de hombres que se acercaban, vestidos con ropas extrañas. Sentía que me mordían, desgarraban la carne de mis piernas con sus dientes y con pequeños cuchillos filosos. ¡Me puse frenética!

-¿Y cómo explicó don Juan esas visiones? -pregunté.

-Dijo que ésta ya no tenía defensas -intervino Néstor-. Y que por eso podía recoger la fijeza de ese hombre, su segunda atención, que había sido vertida en esa piedra. Cuando lo estaban matando se aferró de la piedra para así poder juntar toda su concentración. El nagual dijo que el poder del hombre se desplazó del cuerpo a la piedra; sabía lo que estaba haciendo y no quería que sus enemigos se beneficiaran devorando su carne. El nagual también dijo que los que lo mataron sabían todo esto y por eso se lo comieron vivo, para poder adueñarse de todo el poder que le quedara. Deben haber enterrado la piedra para evitarse problemas. Y la Gorda y yo, como dos pendejos, la encontramos y la desenterramos.

La Gorda asintió, tres o cuatro veces. Tenía una expresión sumamente seria.

-El nagual me dijo que la segunda atención es la cosa más feroz que hay -declaró-. Si se le enfoca en objetos, no hay nada más horrendo.

-Lo que es horrible es que nos aferremos -dijo Néstor-. El hombre que era dueño de la piedra se aferraba a su vida y a su poder, por eso se horrorizó tanto cundo sintió que le quitaban la carne a mordidas. El nagual nos dijo que si ese hombre hu-

biera dejado de ser posesivo y se hubiese abandonado a su muerte, cualquiera que fuese, no habría sentido ningún temor.
La conversación se apagó. Les pregunté a los demás si tenían algo que decir. Las hermanitas me miraron con fuego en los ojos. Benigno rió quedito y escondió su rostro con el sombrero.
-Pablito y yo hemos ido a las pirámides de Tula -convino finalmente-. Hemos ido a todas las pirámides que hay en México, nos gustan.
-¿Y para qué fueron a todas las pirámides? -pregunté.
-Realmente no sé a qué fuimos -respondió-. A lo mejor fue porque el nagual Juan Matus nos dijo que no fuéramos.
-¿Y tú, Pablito?
-Yo fui a aprender -replico, malhumorado, y después rió-. Yo vivía en la ciudad de Tula. Conozco esas pirámides como la palma de mi mano. El nagual me dijo que él también vivió allí. Sabía todo acerca de las pirámides. El mismo era un tolteca.
Advertí entonces que algo más que curiosidad me había hecho ir a la zona arqueológica de Tula. La razón principal por la que acepté la invitación de mi amigo fue porque la primera vez que visité a la Gorda y a los otros, me dijeron algo que don Juan nunca me había mencionado: que él se consideraba un descendiente cultural de los toltecas. Tula fue el antiguo epicentro del imperio tolteca.
-¿Y qué, piensan que los atlantes caminen de noche? -le pregunté a Pablito.
-Por supuesto que caminan de noche -enfatizó-. Esas cosas han estado ahí durante siglos. Nadie sabe quién construyó las pirámides; el mismo nagual Juan Matus me dijo que los españoles no fueron los primeros en descubrirlas. El nagual aseguró que hubo otros antes que ellos. Dios sabrá cuántos.
-¿Y qué crees que representen esas figuras de piedra? -insistí.
-No son hombres, sino mujeres -dijo-. Y esas pirámides donde están es el centro del orden y de la estabilidad. Esas figuras son sus cuatro esquinas, son los cuatro vientos, las cuatro direcciones. Son la base, el fundamento de la pirámide. Tienen que ser mujeres, mujeres hombrunas si así las quieres llamar. Como ya sabes, nosotros los hombres no somos tan calientes. Somos una buena ligadura, un pegol que junta las cosas, y eso es todo. El nagual Juan Matus dijo que el misterio de la pirámide es su estructura. Las cuatro esquinas han sido elevadas hasta la cima. La pirámide misma es el hombre, que está sostenido por sus mujeres guerreras: un hombre que ha elevado sus soportes hasta el lugar más alto. ¿Entiendes?
Debo haber tenido una expresión de perplejidad en el rostro. Pablito rió. Se trataba de una risa cortes.
-No, no entiendo, Pablito -reconocí-, porque don Juan nunca me habló de eso. El tema es completamente nuevo para mí. Por favor, dime todo lo que sepas.
-Lo que se conoce como atlantes son el nagual; son mujeres ensoñadoras. Representan el orden de la segunda atención que ha sido traída a la superficie, por eso son tan temibles y misteriosas. Son criaturas de guerra, pero no de destrucción.
"La otra hilera de columnas, las rectangulares, representan el orden de la primera atención, el tonal. Son acechadoras, por eso están cubiertas de inscripciones. Son muy pacíficas y sabias, lo contrario de la hilera de enfrente.
Pablito dejó de hablar y me miró casi desafiante; después, sonrió.
Pensé que iba a explicar lo que había dicho, pero guardó silencio como si esperara mis comentarios.
Le dije cuán perplejo me hallaba y le urgía que continuara hablando. Pareció indeciso, me miró un momento y respiró largamente. Apenas había comenzado a hablar cuando las voces de los demás se alzaron en un clamor de protestas.
-El nagual ya nos explicó todo eso a nosotros -advirtió la Gorda, impacientemente-. ¿Por qué tienes que hacerlo repetir?
Traté de hacerles comprender que en verdad yo no tenía la menor idea de lo que hablaba Pablito. Le rogué que continua-

ra con su explicación. Surgió otra oleada de voces que hablaban al mismo tiempo. A juzgar por la manera como las hermanitas me fulminaban con la mirada, se estaban encolerizando aún más, Lidia en especial.
-No queremos hablar de esas mujeres -objetó la Gorda con un tono conciliatorio-. Nomás de pensar en las mujeres de la pirámide nos ponemos muy nerviosas.
-¿Qué les pasa a todos ustedes? -pregunté-. ¿Por qué actúan así?
-No sabemos -respondió la Gorda-. Es nomás una sensación que nos da a todos, una sensación muy inquieta. Todos estábamos bien hasta hace un rato, cuando empezaste a preguntar sobre esas mujeres.
Las aseveraciones de la Gorda fueron como una señal de alarma. Todos ellos se pusieron de pie y avanzaron amenazantes hacia mí, hablando muy fuerte.
Me tomó un buen rato calmarlos y hacer que volvieran a tomar asiento. Las hermanitas se hallaban muy molestas y su mal humor parecía influenciar el de la Gorda. Los tres hombres mostraban mayor control. Me enfrenté a Néstor y le pedí lisa y llanamente que me explicara por qué las mujeres se habían agitado tanto. Era obvio que yo me hallaba, involuntariamente, haciendo algo que las exasperaba.
-Yo verdaderamente no sé lo que es -respondió-. Es que ninguno de nosotros aquí sabe lo que nos sucede. Todo lo que sabemos es que nos sentimos mal y nerviosos.
-¿Es porque estamos hablando de las pirámides? -le consulté.
-Debe ser por eso -respondió, sombrío-. Yo mismo no sabía que esas figuras fuesen mujeres.
-Claro que lo sabías, idiota -exclamó Lidia.
Néstor pareció intimidarse ante ese estallido. Retrocedió y me sonrió mansamente.
-A lo mejor lo sabía -concedió-. Estamos pasando por un periodo muy extraño en nuestras vidas. Ya ninguno de nosotros puede estar seguro de nada. Desde que llegaste a nuestras vidas ya no nos conocemos a nosotros mismos.
Un humor muy opresivo nos poseyó. Insistí en que la única manera de ahuyentarlo era hablando de esas misteriosas columnas de las pirámides.
Las mujeres protestaron acaloradamente. Los hombres se mantuvieron en silencio. Tuve la sensación de que en principio estaban de acuerdo con las mujeres, pero que en el fondo querían discutir el tema, al igual que yo.
-¿Don Juan no te dijo algo más sobre las pirámides, Pablito? -pregunté.
-Dijo que una pirámide en especial, allí en Tula; era un guía -respondió Pablito, al instante.
Del tono de su voz deduje que en verdad tenía deseos de hablar. Y la atención que prestaban los demás aprendices me convenció de que secretamente todos ellos querían intercambiar opiniones.
-El nagual dijo que era un guía que llevaba a la segunda atención -continuó Pablito-, pero que fue saqueada y todo se destruyó. Me contó que algunas de las pirámides eran gigantescos no-haceres. No eran sitios de alojamiento, sino lugares para que los guerreros hicieran su ensueño y ejercitaran su segunda atención. Todo lo que hacían se registraba con dibujos y figuras que esculpían en los muros.
"Después debe haber llegado otro tipo de guerrero, una especie que no estaba de acuerdo con lo que los brujos de la pirámide hicieron con su segunda atención, y que destruyó la pirámide con todo lo que allí había.
"El nagual creía que los guerreros debieron ser guerreros de la tercera atención. Así como él mismo era. Guerreros que se horrorizaron con lo maligno que tiene la fijeza de la segunda atención. Los brujos de las pirámides estaban excesivamente ocupados con su fijeza, para darse cuenta de lo que ocurría. Cuando lo hicieron, ya era demasiado tarde.
Pablito tenía público. Todos en el cuarto, incluyéndome a mí, estábamos fascinados con lo que nos relataba. Pude comprender las ideas que presentaba, porque don Juan me las llegó a explicar.
Don Juan me había dicho que nuestro ser total consiste en dos segmentos percep-

tibles. El primero es nuestro cuerpo físico, que todos nosotros podemos percibir; el segundo es el cuerpo luminoso, que es un capullo que sólo los videntes pueden percibir y que nos da la apariencia de gigantescos huevos luminosos. También me dijo que una de las metas más importantes de la brujería era alcanzar el capullo luminoso; una meta que se logra a través del sofisticado uso del ensueño y mediante un esfuerzo riguroso y sistemático que él llamaba no-hacer. Don Juan definía no-hacer como un acto insólito que emplea a nuestro ser total forzándolo a ser consciente del segmento luminoso.

Para explicar estos conceptos, don Juan hizo una desigual división tripartita de nuestra conciencia. A la porción más pequeña la llamó "primera atención" y dijo que era la conciencia que toda persona normal ha desarrollado para enfrentarse al mundo cotidiano; abarca la conciencia del cuerpo físico. A otra porción más grande la llamó la "segunda atención" y la describió como la conciencia que requerimos para percibir nuestro capullo luminoso y para actuar como seres luminosos. Dijo que la segunda atención se queda en el trasfondo durante toda nuestra vida, a no ser que emerja a través de un entrenamiento deliberado o a causa de un trauma accidental, abarca la conciencia del cuerpo luminoso. A la última porción, que era la mayor, la llamó la "tercera atención": una conciencia de los cuerpos físico y luminoso.

Le pregunté si había experimentado la tercera atención. Dijo que se hallaba en la periferia de ella y que si llegaba a entrar completamente yo lo sabría al instante, porque todo él se convertiría en lo que en verdad era: un estallido de energía. Agregó que el campo de batalla de los guerreros era la segunda atención, que venía a ser algo como un campo de entrenamiento para llegar a la tercera atención; un campo un tanto difícil de alcanzar, pero muy fructífero una vez obtenido.

-Las pirámides son dañinas -continuó Pablito-. En especial para brujos desprotegidos como nosotros. Pero son todavía peores para guerreros sin forma, como la Gorda. El nagual dijo que no hay nada más peligroso que la fijeza maligna de la segunda atención. Cuando los guerreros aprenden a enfocarse en el lado débil de la segunda atención, ya no hay nada que pueda detenerlos. Se convierten en cazadores de hombres, en vampiros. No importa que ya no estén vivos, pueden alcanzar su presa a través del tiempo, como si estuvieran presentes aquí y ahora; porque en presas nos convertimos si nos metemos en una de esas pirámides El nagual las llamaba trampas de la segunda atención.

-¿Exactamente qué dijo que le pasaría a uno? -preguntó la Gorda.

-El nagual dijo que quizás podríamos aguantar una visita a las pirámides -explicó Pablito-. En la segunda visita sentíamos una extraña tristeza; como una brisa que nos volvería desatentos y fatigados: una fatiga que pronto se convierte en la mala suerte. En cuestión de días nos volveríamos unos salados. El nagual aseguró que nuestras oleadas de mala suerte se debían a nuestra obstinación al visitar esas ruinas a pesar de sus recomendaciones.

"Eligio, por ejemplo, nunca desobedeció al nagual. Ni a ratos te lo encontrabas allí; tampoco encontrabas este nagual que está aquí, y los dos siempre tuvieron suerte, mientras que el resto de nosotros traemos la sal, en especial la Gorda y yo. ¿No nos mordió el mismo perro? ¿Y no las mismas vigas del techo de la cocina se pudrieron dos veces y se nos cayeron encima?

-El nagual nunca me explicó esto -refutó la Gorda.

-Claro que sí -insistió Pablito.

-Si yo hubiera sabido lo malo que era todo eso, jamás habría puesto un pie en esos malditos lugares -protestó la Gorda.

-El nagual nos dijo a todos las mismas cosas -dijo Néstor-. El problema es que todos aquí no lo escuchábamos atentamente, o más bien que cada uno de nosotros lo escuchaba a su manera, y oíamos lo que queríamos oír.

"El nagual explicó que la fijeza de la se-

gunda atención tiene dos caras. La primera y la más fácil es la cara maléfica. Sucede cuando los soñadores usan su ensueño para enfocar la segunda atención en las cosas de este mundo, como dinero o poder sobre la gente. La otra cara es la más difícil de alcanzar y ocurre cuando los soñadores enfocan su atención en cosas que ya no están en este mundo o que ya no son de este mundo, así como el viaje a lo desconocido. Los guerreros necesitan una impecabilidad sin fin para alcanzar esta cara.

Les dije que estaba seguro de que don Juan había revelado selectivamente ciertas cosas a algunos de nosotros; y otras, a otros. Por ejemplo, yo no podía recordar que don Juan alguna vez hubiera discutido conmigo la cara maléfica de la segunda atención. Después les hablé de lo que don Juan me había dicho referente a la fijeza de la atención en general.

Empezó por dejar en claro que para él todas las ruinas arqueológicas de México, especialmente las pirámides, eran dañinas para el hombre moderno. Describió las pirámides como desconocidas de pensamiento y de acción. Dijo que cada parte, cada diseño, representaba un esfuerzo calculado para registrar aspectos de atención absolutamente ajenos a nosotros. Para don Juan no eran solamente las ruinas de antiguas culturas las que contenían un elemento peligroso en ellas; todo lo que era objeto de una preocupación obsesiva tenía un potencial dañino.

Una vez discutimos esto en detalle. Fue a causa del hecho de que yo no sabía qué hacer para poner a salvo mis notas de campo. Las veía de una manera muy posesiva y estaba obsesionado con su seguridad.

-¿Qué debo hacer? -le pregunté.

-Genaro te dio la solución una vez -replicó-. Tú creíste, como siempre, que estaba bromeando. Pero él nunca bromea.

"Te dijo que deberías escribir con la punta de tu dedo en vez de lápiz. No le hiciste caso porque no te puedes imaginar que ése sea el no-hacer de tomar notas.

Argüí que lo que me estaba proponiendo tenía que ser una broma. Mi imagen propia era la de un científico social que necesitaba registrar todo lo que era hecho o dicho, para extraer conclusiones verificables. Para don Juan, una cosa no tenía que ver con la otra. Ser un estudiante serio no tenía nada que ver con tomar notas. Yo, personalmente, no podía ver el valor de la sugerencia de don Genaro; me parecía humorística, pero no una verdadera posibilidad. ,

Don Juan llevó más adelante su punto de vista. Dijo que tomar notas era una manera. de ocupar la primera atención en la tarea de recordar, que yo tomaba notas para recordar lo que se decía y hacía. La recomendación de don Genaro no era una broma, porque escribir con la punta de mi dedo en un pedazo de papel, siendo el no-hacer de tomar notas, forzaría a mi segunda atención a enfocarse en recordar, y ya no acumularía hojas de papel. Don Juan creía que a la larga el resultado sería más exacto y más poderoso que tomar notas. Nunca se había hecho, en cuanto a lo que él sabía, pero el principio era sólido. Por un corto tiempo, me presionó para que lo hiciera. Me sentí perturbado. Tomar notas no sólo me servía como recurso mnemotécnico, también me aliviaba. Era mi muleta más útil. Acumular hojas de papel me daba una sensación de propósito y de equilibrio.

-Cuando te pones a cavilar en lo que vas a hacer con tus hojas -explicó don Juan-, estás enfocando en ellas una parte muy peligrosa de ti mismo. Todos nosotros tenemos ese lado peligroso, esa fijeza. Mientras más fuertes llegamos a ser, más mortífero es ese lado. La recomendación para los guerreros es no tener nada material en qué enfocar su poder, sino enfocarlo más bien hacia el espíritu, en el verdadero vuelo a lo desconocido, no en salvaguardas triviales. En tu caso, las notas son tu salvaguarda. No te van a dejar vivir en paz.

Yo creía seriamente que no había manera alguna sobre la faz de la tierra, que me disociara de mis notas. Pero don Juan concibió una tarea para llevarme a ese

fin. Dijo que para alguien que era tan posesivo como yo, el modo más apropiado de liberarme de mis cuadernos de notas sería revelándolos, echándolos a lo abierto, escribiendo un libro. En esa época pensé que ésa era una broma mayor aún que tomar notas con la punta del dedo.

-Tu compulsión de poseer y aferrarte a las cosas no es única -sostuvo-. Todo aquel que quiere seguir el camino del guerrero, el sendero del brujo, tiene que quitarse de encima esa fijeza.

"Mi benefactor me dijo que hubo una época en que los guerreros sí tenían objetos materiales en los que concentraban su obsesión. Y eso daba lugar a la pregunta de cuál objeto sería más poderoso, o el más poderoso de todos. Retazos de esos objetos aún existen en el mundo, las trazas de esa contienda por el poder. Nadie puede decir qué tipo de fijeza habrán recibido esos objetos. Hombres infinitamente más poderosos que tú virtieron todas las facetas de su atención en ellos. Tú apenas empiezas a desparramar tu minúscula preocupación en tus notas. Todavía no has llegado a otros niveles de atención. Piensa en lo horrible que sería si al final de tu sendero de guerrero te encontraras cargando tus bultos de notas en la espalda. Para ese entonces, las notas estarían vivas, especialmente si aprendieras a escribir con la punta del dedo y todavía tuvieras que apilar hojas. Bajo esas circunstancias no me sorprendería que alguien encontrara tus bultos caminando solos.

-Para mí es fácil comprender por qué el nagual Juan Matus no quería que tuviéramos posesiones -señaló Néstor, después de que concluí de hablar-. Todos nosotros somos ensoñadores. No quería que enfocáramos nuestro cuerpo de ensueño en la cara débil de la segunda atención. Yo no entendí sus maniobras en aquellos días; me chingaba el hecho de que me hizo deshacerme de todo lo que tenía. Pensé que era injusto. Creí que estaba tratando de evitar que Pablito y Benigno me tuvieran envidia, porque ellos no poseían nada. En comparación, yo era pudiente. En esa época, yo no tenía idea de que el nagual estaba protegiendo mi cuerpo de ensueño.

Don Juan me había descrito el ensoñar de diversas maneras. La más oscura, ahora me parece que lo define mejor. Dijo que ensoñar intrínsecamente es el no-hacer de dormir. En este sentido, el ensueño permite al practicante el uso de esa porción de su vida que se pasa en el sopor. Es como si los ensoñadores ya no durmiesen, y sin embargo esto no resulta en ninguna enfermedad. A los ensoñadores no les falta el sueño, pero el efecto de ensoñar parece ser un incremento del tiempo de vigilia, debido al uso de un supuesto cuerpo extra: el cuerpo de ensueño.

Don Juan me había explicado que, en ciertas ocasiones, el cuerpo de ensueño era llamado el "doble" o el "otro", porque es una réplica perfecta del cuerpo del ensoñador. Inherentemente se trata de la energía del ser luminoso, una emanación blancuzca, fantasmal, que es proyectada mediante la fijeza de la segunda atención en una imagen tridimensional del cuerpo. Don Juan me advirtió que el cuerpo de ensueño no es un fantasma, sino que es tan real como cualquier cosa con la que tratamos en el mundo. Dijo que, inevitablemente, la segunda atención es empujada a enfocar nuestro ser total como campo de energía, y que transforma esa energía en cualquier cosa apropiada. Lo más fácil, por supuesto, es la imagen del cuerpo físico, con la cual estamos completamente acostumbrados en nuestras vidas diarias, gracias al uso de nuestra primera atención. Lo que canaliza la energía de nuestro ser total, para producirse cualquier cosa que pueda hallarse dentro de los límites de lo posible, es conocido como voluntad. Don Juan no podía decir cuáles eran esos límites, salvo que al nivel de seres luminosos nuestro alcance es tan amplio que resulta vano tratar de establecer límites: de modo que la energía de un ser luminoso puede transformarse en cualquier cosa mediante la voluntad.

-El nagual aseguró que el cuerpo de ensueño se mete y se engancha en cualquier

cosa -expuso Benigno-. No tiene juicio. Me dijo que los hombre son más débiles que las mujeres porque el cuerpo de ensueño de un hombre es más posesivo.
Las hermanitas demostraron su acuerdo al unísono, con un movimiento de cabeza. La Gorda me miró y sonrió.
-El nagual me dijo que tú eres el rey de los posesivos -intervino-. Genaro decía que hasta te despides dé tus mojones cuando se los lleva el río.
Las hermanitas se revolcaron de risa. Los Genaros hicieron obvios esfuerzos por contenerse. Néstor, que se hallaba sentado junto a mí, me palmeó la rodilla.
-El nagual y Genaro nos contaban historias sensacionales de ti -dijo-. Nos entretuvieron durante años con las historias de un tipo raro que conocían. Ahora sabemos que se trataba de ti.
Sentí una oleada de vergüenza. Era como si don Juan y don Genaro me hubieran traicionado, riéndose de mí enfrente de los aprendices. La tristeza me envolvió. Empecé a protestar. Dije en voz alta que a ellos los habían predispuesto en mi contra para tomarme como un tonto.
-No es cierto -dijo Benigno-. Estamos muy contentos de que estés con nosotros.
-¿Estamos? -replicó mordazmente Lidia.
Todos se enredaron en una discusión acalorada. Los hombres y las mujeres se habían dividido. La Gorda no se unió a ningún grupo. Permaneció sentada junto a mí, mientras los otros se ponían en pie y gritaban.
-Estamos pasando por momentos difíciles -susurró la Gorda-. Hemos hecho bastante ensueño y sin embargo no es suficiente para lo que necesitamos.
-¿Qué necesitan ustedes, Gorda? -pregunté.
-No sabemos. Todos tenían la esperanza de que tú nos lo dijeras.
Las hermanitas y los Genaros tomaron asiento nuevamente para escuchar lo que la Gorda me decía.
-Necesitamos un líder -continuó ella-. Tú eres el nagual, pero no eres líder.
-Toma tiempo llegar a ser un nagual perfecto -proclamó Pablito-. El nagual Juan Matus me dijo que él mismo fue un fracaso en su juventud, hasta que algo lo sacó de su complacencia.
-¡No lo creo! -gritó Lidia-. A mí nunca me dijo eso.
-A mí me dijo que era un tarugo -añadió la Gorda, en voz baja.
-El nagual me contó que en su juventud era un salado igual que yo -precisó Pablito-. Su benefactor también le requirió que jamás pusiera el pie en esas pirámides, y nomás por eso, prácticamente vivía allí hasta que lo corrió una horda de fantasmas.
Al parecer nadie conocía esa historia. Todos se avivaron.
-Eso se me había olvidado completamente -comentó Pablito-. Hasta ahorita lo acabo de recordar. Fue como lo que le pasó a la Gorda. Un día, después de que el nagual finalmente se había convertido en un guerrero sin forma, la fijeza maligna de esos guerreros que habían hecho sus ensueños y otros no-haceres en las pirámides, se le vinieron encima. Lo encontraron cuando trabajaba en el campo. Me contó que vio que una mano salía de la tierra floja de un surco fresco, para agarrarle el vuelo de sus pantalones. El creyó que se trataba de un compañero trabajador que había sido enterrado accidentalmente. Trató de desenterrarlo. Entonces se dio cuenta de que estaba metiendo las manos en un ataúd de tierra, y que había un hombre enterrado allí. Era un hombre muy delgado y moreno y no tenía pelo. Frenéticamente, el nagual trató de componer el ataúd de tierra. No quería que sus compañeros vieran lo que estaba pasando, ni tampoco quería hacer daño al hombre desenterrándolo contra su voluntad. Se puso a trabajar tan duro que ni siquiera se dio cuenta, que los demás trabajadores lo estaban rodeando. Para entonces, el nagual dijo que el ataúd de tierra se había desecho y que el hombre moreno se encontraba tendido en el suelo, desnudo. Trató de ayudarlo a levantarse y pidió a los hombres que le dieran una mano. Se rieron de él. Pensaron que esta-

ba borracho, que le había dado el delirium tremens, porque ahí, en ese campo, no habían ni hombre ni ataúd de tierra ni nada por el estilo.

"El nagual dijo que se quedó aterrado, pero que no se atrevió a contarle a su benefactor nada de eso. No importó, porque en la noche toda una banda de fantasmas llegó por él. Fue a abrir la puerta de la calle después de que alguien había tocado y una horda de hombres desnudos, con ojos amarillos y brillantes, se metieron en la casa. Lo tiraron al suelo y se apilaron encima de él. Y le hubieran pulverizado todos los huesos de no haber sido por la veloz reacción de su benefactor. Vio a los fantasmas y empujó al nagual hasta ponerlo a salvo en un hueco en la tierra, que siempre tenia convenientemente abierto en la parte de atrás de su casa. Enterró allí al nagual mientras los fantasmas se acurrucaron alrededor esperando su oportunidad.

"El nagual admitió que se espantó tanto, que todas las noches él solito se metía otra vez a su ataúd de tierra a dormir, hasta mucho después de que los fantasmas desaparecieron.

Pablito cesó de hablar. Todos parecían estar impacientes; cambiaron de posición repetidamente como si quisieran dar a entender que estaban cansados de estar sentados.

Para calmarlos les dije que yo había tenido una reacción muy perturbadora al oír las aseveraciones de mi amigo acerca de los atlantes que caminaban de noche en la pirámide de Tula.

No me había dado cuenta de la profundidad con que acepté lo que don Juan y don Genaro me habían enseriado, hasta ese día. A pesar de que mi mente estaba bien claro que no había posibilidad alguna de que esas colosales figuras de piedra pudieran caminar, porque tal cuestión no entraba en el ámbito de la especulación seria, yo suspendí mi juicio por completo. Mi reacción fue una total sorpresa para mí.

Les expliqué extensamente que yo había aceptado la idea de que los atlantes caminaran de noche, como un claro ejemplo de la fijeza de la segunda atención. Había llegado a esa conclusión siguiendo las siguientes premisas: Primero, que no somos solamente aquello que nuestro sentido común nos exige que creamos ser. En realidad somos seres luminosos, capaces de volvernos conscientes de nuestra luminosidad. Segundo, que como seres luminosos conscientes de nuestra luminosidad podemos enfocar distintas facetas de nuestra conciencia, o de nuestra atención, como don Juan le llamaba. Tercero, que ese enfoque podía ser producido mediante un esfuerzo deliberado, como el que nosotros tratábamos de hacer, o accidentalmente, a través de un trauma corpóreo. Cuarto, que había habido una época en que los brujos deliberadamente enfocaban distintas facetas de su atención en objetos materiales. Quinto, que los atlantes, a juzgar por su espectacular apariencia, debieron haber sido objetos de la fijeza de los brujos de otro tiempo.

Dije que el guardia que le dio la información a mi amigo, sin duda había enfocado otra faceta de su atención: él podía haberse convertido, involuntariamente, aunque sólo por un momento, en un receptor de las proyecciones de la segunda atención de los brujos de la antigüedad. No era tan desmedido para mí entonces que ese hombre hubiera visualizado la fijeza de aquellos brujos.

Si ellos eran miembros de la tradición de don Juan y de don Genaro, debieron haber sido practicantes impecables, en cuyo caso no habría límite para lo que podrían llevar a cabo con la fijeza de su segunda atención. Si su intento era que los atlantes caminaran de noche, entonces los atlantes caminaban de noche.

Mientras yo hablaba, las hermanitas se pusieron muy enojadas y nerviosas conmigo. Cuando concluí, Lidia me acusó de no hacer nada más que hablar. Se pusieron en pie y se fueron sin siquiera despedirse. Los hombres las siguieron, pero se detuvieron en la puerta para estrecharme la mano. La Gorda y yo nos quedamos en el cuarto.

-Hay algo que anda muy mal con esas mujeres -censuré.
-No. Nada más están cansadas de hablar -disculpó la Gorda-. Esperan que tú actúes en vez de hablar.
-¿Y cómo es que los Genaros no están cansados de hablar? -pregunté.
-Porque son mucho más pendejos que las mujeres -replicó secamente.
-¿Y tú, Gorda? ¿Tú también estás cansada de hablar?
-No te podría decir -eludió solemnemente-. Cuando estoy contigo no me canso, pero cuando estoy con las hermanitas me siento cansadísima, igual que ellas.

Durante los siguientes días, los cuales pasaron sin acontecimientos, resultó obvio que las hermanitas estaban completamente enemistadas conmigo. Los Genaros a duras penas me toleraban. Sólo la Gorda parecía alinearse conmigo. Me causó sorpresa. Se lo pregunté antes de volverme a Los Ángeles.
-No sé cómo es posible, pero estoy acostumbrada a ti -admitió-. Es como si tú y yo estuviéramos unidos, y las hermanitas y los Genaros estuvieran en un mundo distinto.

II. VIENDO JUNTOS

Durante varias semanas después de mi regreso a Los Ángeles experimenté repetidamente una leve sensación de incomodidad, que la explicaba como causada por un mareo o como una repentina pérdida del aliento causada por cualquier esfuerzo físico agotador. Culminó todo esto una noche en que desperté aterrorizado, sin poder respirar. El médico al que fui a ver diagnosticó mi problema como hiperventilación, probablemente debida a tensión nerviosa. Me recetó un tranquilizante y sugirió que respirara dentro de una bolsa de papel si el ataque se repetía de nuevo.
Decidí volver a México para pedir consejo a la Gorda. Le dije cuál era el diagnóstico de mi médico; calmadamente, ella me aseguró que no se trataba de ninguna enfermedad, sino que al fin y al cabo estaba yo perdiendo mis salvaguardas, y que lo que experimentaba era "la pérdida de mi forma humana" y el ingreso a un estado de separación con los asuntos humanos.
-No le hagas lucha -aconsejó-. Nuestra reacción normal es asustarnos y pelearnos con todo esto. Al hacerlo, lo alejamos. Deja los temores a un lado, y sigue la pérdida de tu forma humana paso a paso.
Agregó que en su caso la desintegración de su forma humana comenzó en su vientre, con un dolor severo y una presión excesiva que lentamente se desplazaba en dos direcciones, por abajo hacia sus piernas y por arriba hasta su garganta. Reiteró que los efectos se sienten inmediatamente.
Yo quería anotar cada matiz de mi entrada a ese nuevo estado. Me preparé para describir un relato detallado de todo lo que ocurriese. Desafortunadamente, nada más sucedió. Tras unos días de inútil espera abandoné la advertencia de la Gorda y concluí que el médico había diagnosticado mi aflicción correctamente. Esto resultaba comprensible. Me hallaba cargado de una responsabilidad que generaba una tensión insoportable. Había aceptado el liderazgo que los aprendices creían que me correspondía, pero no tenía la menor idea de cómo guiarlos.
La presión de mi vida también se reflejó de un modo más serio. Mi acostumbrado nivel de energía decaía uniformemente. Don Juan me habría dicho que estaba perdiendo mi poder personal, y por tanto llegaría también a perder la vida. Don Juan había arreglado mis asuntos de tal modo que vivía exclusivamente del poder personal, el cual yo atendía como un estado de ser, una relación de orden entre el sujeto y el universo, una relación que si se desarregla resulta irremediablemente la muerte del sujeto. Puesto que no había forma previsible de cambiar mi situación, deduje que mi vida se extinguía. Esa sensación de irrefutable condena, enfurecía a todos los aprendices. Decidí dejarlos solos por un par de días para atenuar mi lobreguez y la tensión de ellos.

Cuando regresé los encontré parados afuera de la puerta principal de la casa de las hermanitas, como si me estuvieran esperando. Néstor corrió a mi auto y, antes de que apagara el motor, me dijo a gritos que Pablito nos había dejado a todos, que se fue a morir a la ciudad de Tula, al lugar de sus antepasados. Me desconcerté. Me sentí culpable.

La Gorda no compartía mi preocupación. Estaba radiante, contentísima.

-Ese pinche cabrón está mejor muerto -aseguró-. Ahora vamos a vivir en armonía, como debe ser. El nagual nos dijo que tú traerías cambios a nuestras vidas. Bueno, pues así fue. Pablito ya no nos joderá más. Te deshiciste de él. Mira qué contentos estamos. Estamos mejor sin él.

Me escandalizo su dureza. Afirmé, lo más vigorosamente posible, que don Juan nos había dado, de la manera más laboriosa, el marco de la vida de un guerrero. Enfaticé que la impecabilidad del guerrero me exigía que no dejara morir a Pablito, así nada más.

-¿Y qué te crees que vas a hacer? -preguntó la Gorda.

Me voy a llevar a una de ustedes a que viva con él hasta el día en que todos, incluyendo a Pablito, puedan irse de aquí.

Se rieron de mí, incluso Néstor y Benigno, a quienes yo siempre creí más afines a Pablito. La Gorda se rió mucho más que todos, desafiándome obviamente.

Apelé a la comprensión de la Gorda. Le rogué. Utilicé todos los argumentos que se me ocurrieron. Me miró con desprecio total.

-Vámonos -les ordenó a los demás.

Me ofreció la más vacua de las sonrisas. Alzó los hombros e hizo un vago gesto al fruncir los labios.

-Puedes venir con nosotros -me ofreció-, siempre y cuando no hagas preguntas ni hables de ese pendejo.

-Eres una guerrera sin forma -dije-. Tú misma me lo dijiste. ¿Por qué, entonces, ahora juzgas a Pablito?

La Gorda no respondió. Pero sintió el golpe. Frunció el entrecejo y no quiso mirarme.

-¡La Gorda está con nosotras! -chilló Josefina con una voz terriblemente aguda.

Las tres hermanitas se congregaron en torno a la Gorda y la empujaron al interior de la casa. Las seguí. Néstor y Benigno también entraron.

-¿Qué vas a hacer, llevarte a fuerzas a una de nosotras? -me gritó la Gorda.

Le dije a todos que yo consideraba un deber ayudar a Pablito y que haría lo mismo por cualquiera de ellos.

-¿De veras crees que puedes salirte con la tuya? -me preguntó la Gorda, con los ojos llameando de ira.

Yo quería rugir de rabia, como una vez lo hice en su presencia, pero las circunstancias eran distintas. No podía hacerlo.

-Me voy a llevar a Josefina -avisé-. Soy el nagual.

La Gorda juntó a las tres hermanitas y las escudó con su propio cuerpo. Estaban a punto de tomarse de las manos. Algo en mí sabía que, de hacerlo, su fuerza combinada sería terrible y mis esfuerzos por llevarme a Josefina resultarían inútiles. Mi única oportunidad consistía en atacar antes de que ellas pudieran agruparse. Empujé a Josefina con las palmas de las manos y la lancé tambaleándose hasta el centro del cuarto. Antes de que tuvieran tiempo de agruparse, golpeé a Lidia y a Rosa. Se doblaron, adoloradas. La Gorda vino hacia mí con una furia que jamás le había visto. Toda su concentración se hallaba en un solo impulso de su cuerpo. De haberme golpeado habría acabado conmigo. Por centímetros no me atinó en el pecho. La atrapé por detrás con un abrazo de oso y caímos al suelo. Rodamos y rodamos hasta quedar completamente exhaustos. Su cuerpo se relajó. Empezó a acariciar el dorso de mis manos, que se hallaban fuertemente apretadas en torno a su estómago.

Vi a Néstor y Benigno junto a la puerta. Los dos parecían estar a punto de vomitar.

La Gorda sonrió tímidamente y me susurró al oído que estaba muy bien el que yo la hubiera dominado.

Me llevé a Josefina con Pablito. Creí que

ella era la única de los aprendices que genuinamente necesitaba a alguien que la cuidara, y a la que menos detestaba Pablito. Estaba seguro de que el sentido de caballerosidad de Pablito lo forzaría a auxiliarla cuando ella lo necesitara.

Un mes después volví nuevamente a México. Pablito y Josefina habían regresado. Vivían juntos en la casa de don Genaro, y la compartían con Benigno y Rosa. Néstor y Lidia vivían en la casa de Soledad, y la Gorda habitaba sola en la casa de las hermanitas.

-¿Te sorprende la manera como nos arreglamos para vivir? -consultó la Gorda.

Mi sorpresa era más evidente. Quería saber cuáles eran las implicaciones de esta nueva organización.

La Gorda replicó, secamente, que no había nada de implicaciones. Decidieron vivir en pares, pero no como parejas. Agregó que, al contrario de todo lo que yo pudiera pensar, todos ellos eran guerreros impecables.

El nuevo arreglo parecía bastante agradable. Todos se hallaban completamente en paz. Ya no había más pleitos o explosiones de conducta competitiva entre ellos. También les dio por vestirse con las ropas indígenas típicas de la región. Las mujeres usaban vestidos con faldas largas que casi tocaban el suelo, rebozos negros y el pelo en trenzas, a excepción de Josefina, la cual siempre llevaba sombrero. Los hombres se vestían con ligeros pantalones y camisas de manta blanca, que parecían piyamas. Usaban sombreros de paja, y todos calzaban huaraches hechos en casa.

Le pregunté a la Gorda cuál era la razón de su nueva manera de vestir. Me dijo que estaban preparándose para partir. Tarde o temprano, con mi ayuda o por sí mismos, iban a abandonar ese valle. Irían hacia un mundo nuevo, hacia una nueva vida. Cuando lo hicieran, todos se darían cuenta cabal del cambio, porque mientras más usaran la ropa india, más dramático sería el cambio cuando se pusieran la indumentaria de la ciudad.

Añadió que les enseñaron a ser fluidos, a estar a sus anchas en cualquier situación en que se encontrasen, y que a mí me habían enseñado lo mismo. Lo que se demandaba de mi consistía en actuar con ellos sin perder la ecuanimidad, a pesar de lo que me hicieran. Para ellos, la demanda consistía en abandonar el valle y establecerse en otro sitio a fin de averiguar si de verdad podían ser tan fluidos como los guerreros deben serlo.

Le pedí su honesta opinión sobre nuestras posibilidades de tener éxito. Me dijo que el fracaso estaba marcado en nuestros rostros.

La Gorda cambió el tema abruptamente y dijo que en su ensueño se había hallado contemplando una gigantesca y estrecha barranca entre dos enormes montañas redondas; presumía que las dos montañas le eran conocidas y que quería que yo la llevara en mi auto hasta un pueblo cercano. La Gorda pensaba, sin saber por qué, que las dos montañas se hallaban allí, y que el mensaje de su ensueño era que los dos debíamos ir a ese lugar.

Partimos al rayar el alba. Yo ya había estado en las cercanías de ese pueblo con anterioridad. Era muy pequeño y nunca había advertido nada en los alrededores que se acercase siquiera a la visión de la Gorda. Por ahí sólo había colinas erosionadas. Resultó que las dos montañas no se encontraban ahí, o, si así era, no las pudimos localizar.

Sin embargo, durante las dos horas que pasamos en el pueblo, tanto ella como yo tuvimos la sensación de que conocíamos algo indefinido, una sensación que en momentos se transformaba en certeza y que después retrocedía nuevamente a la oscuridad y se convertía en mera molestia y frustración. Visitar ese pueblo nos inquietó de una manera misteriosa; o, más bien, por razones desconocidas, los dos quedamos muy agitados. Yo me descubrí angustiado por un conflicto sumamente lógico. No recordaba haber estado alguna vez en el pueblo mismo y, sin embargo, podía ju-

rar que no sólo estuve ahí, sino que había vivido ahí algún tiempo. No se trataba de una evocación clara; no podía recordar ni las calles ni las casas. Lo que sentía era la aprensión vaga pero poderosa de que algo se clarificaría en mi mente. No estaba seguro de qué, un recuerdo quizá. En momentos, esa incierta aprensión se volvía inmensa, en especial al ver una casa en particular. Me estacioné frente a ella. La Gorda y yo la miramos desde el auto quizá durante una hora y, no obstante, ninguno de nosotros sugirió que bajáramos del auto para ir a ella.

Los dos nos hallábamos muy tensos. Empezamos a hablar acerca de la visión de la Gorda de las dos montañas y nuestra conversación pronto devino en pleito. Ella creía que yo no había tomado en serio su ensueño. Nuestros temperamentos se encendieron y terminamos gritándonos el uno al otro, no tanto por ira como por nerviosidad. Me di cuenta de ello y me contuve.

Al regresar, estacioné el auto a un costado del camino de tierra. Nos bajamos para estirar las piernas. Caminamos unos momentos, pero hacía demasiado viento para estar a gusto. La Gorda estaba aún agitada. Regresamos al auto y nos sentamos dentro.

-Si nomás recuperaras lo que sabes -me dijo la Gorda con tono suplicante-, si replegaras tu conocimiento, te darías cuenta de que perder la forma humana. . .

Se interrumpió a mitad de la frase; mi ceño debió haberla detenido. Sabía muy bien lo difícil que era mi lucha. Si hubiese habido algún conocimiento que hubiera podido recuperar conscientemente, ya lo habría hecho.

-Pero es que somos seres luminosos -convino con el mismo tono suplicante-. Tenemos tanto. . . Tú eres el nagual. Tú tienes más aún.

-¿Qué crees que debo hacer?

-Tienes que abandonar tu deseo de aferrarte -sugirió-. Lo mismo me ocurrió a mí. Me aferraba a las cosas, por ejemplo la comida que me gustaba, las montañas donde vivía, la gente con la que disfrutaba platicar. Pero más que nada me aferraba al deseo de que me quieran.

Le dije que su consejo no tenía sentido para mí porque no estaba consciente de aferrarme a algo. Ella insistió en que de alguna manera yo sabía que estaba poniendo barreras a la pérdida de mi forma humana.

-Nuestra atención ha sido entrenada para enfocar con terquedad -continuó-. Esa es la manera como sostenemos el mundo. Tu primera atención ha sido adiestrada para enfocar algo que es muy extraño para mí, pero muy conocido para ti.

Le dije que mi mente se engarzaba en abstracciones, pero no en abstracciones como las matemáticas, por ejemplo, sino más bien en proposiciones razonables.

-Ahora es el momento de dejar todo eso -propuso-. Para perder tu forma humana, necesitas desprenderte de todo ese lastre. Tu contrapeso es tan fuerte que te paralizas.

No estaba con humor para discutir. Lo que la Gorda llamaba perder la forma humana era un concepto demasiado vago para una consideración inmediata. Me preocupaba lo que habíamos experimentado en ese pueblo. La Gorda no quería hablar de ello.

-Lo único que cuenta es que repliegues tu conocimiento, que recuperes lo que sabes -opinó-. Lo puedes hacer cuando lo necesitas, como ese día en que Pablito se fue y tú y yo nos agarramos a chingadazos.

La Gorda dijo que lo ocurrido ese día era un ejemplo de "replegar el conocimiento". Sin estar plenamente consciente de lo que hacía, había llevado a cabo complejas maniobras que implicaban ver.

-Tú no nos diste de chingadazos nomás porque sí -añadió-. Tú viste.

Tenía razón en cierta manera. Algo bastante fuera de lo común tuvo lugar en esa ocasión. Yo lo había considerado detalladamente, confinándolo, sin embargo, a una especulación puramente personal, puesto que no podía darle una explicación apropiada. Pensé que la carga emocional

del momento me había afectado en forma inusitada.
Cuando hube entrado en la casa de ellos y enfrenté a las cuatro mujeres, en fracciones de segundo advertí que podía cambiar mi manera ordinaria de percibir. Vi cuatro amorfas burbujas de luz ámbar muy intensa frente a mí. Una de ellas era de matiz delicado. Las otras tres eran destellos hostiles, ásperos, blancoambarinos. El brillo agradable era el de la Gorda. Y en ese momento los tres destellos hostiles se cernieron amenazantemente sobre ella. La burbuja de luminosidad blancuzca más cercana a mí, que era la de Josefina, estaba un tanto fuera de equilibrio. Se hallaba inclinándose, así que di un empujón. Di puntapiés a las otras dos, en una depresión que cada una de ellas tenía en el costado derecho. Yo no tenía una idea consciente de que debía asestar allí mis puntapiés. Simplemente descubrí que la depresión era adecuada: de alguna manera ésta invitaba a que yo las pateara allí. El resultado fue devastador. Lidia y Rosa se desmayaron en el acto. Las había golpeado en el muslo derecho. No se trato de un puntapié que rompiera huesos, sino que solo empujé con mi pie las burbujas de luz que se hallaban frente a mí. No obstante, fue como si les hubiera dado un golpe feroz en la más vulnerable parte de sus cuerpos.
La Gorda tenía razón. Yo había recuperado algún conocimiento del cual no estaba consciente. Si eso se llama ver, la conclusión lógica de mi intelecto sería que ver es un conocimiento corporal. La preponderancia del sentido visual en nosotros, influencia este conocimiento corporal y lo hace aparecer relacionado con los ojos. Pero lo que experimenté no era del todo visual. Vi las burbujas de luz con algo que no sólo eran mis ojos, puesto que estaba consciente de que las cuatro mujeres se hallaban en mi campo de visión durante todo el tiempo que lidié con ellas. Las burbujas de luz ni siquiera se encontraban sobreimpuestas en ellas. Los dos conjuntos de imágenes estaban separados. Si me desplacé visualmente de una escena a la otra, el desplazamiento tuvo que haber sido tan rápido que parecía no existir; de allí que sólo podía recordar la percepción simultánea de dos escenas separadas.
Después de que di los puntapiés a las dos burbujas de luz, la más agradable -la Gorda- se acercó a mí. No vino directamente, pues dibujó un ángulo a la izquierda a partir del momento en que comenzó a moverse; obviamente no intentaba golpearme, así es que cuando el destello pasó junto a mí lo atrapé. Mientras rodaba en el suelo con él, sentí que me fundía en el destello. Ese fue el único momento en el que en verdad perdí el sentido de continuidad. De nuevo estuve consciente de mí mismo cuando la Gorda acariciaba los dorsos de mis manos.
-En nuestro ensoñar, las hermanitas y yo hemos aprendido a unir las manos -explicó la Gorda-. Sabemos cómo hacer una línea. Nuestro problema ese día era que nunca habíamos hecho esa línea fuera de nuestro cuarto. Por eso me arrastraron dentro. Tu cuerpo supo lo que significaba que nosotras juntáramos las manos. Si lo hubiéramos hecho, yo habría quedado bajo control de ellas. Y ellas son más feroces que yo. Sus cuerpos están impenetrablemente cerrados, no les preocupa el sexo. A mí, sí. Eso me debilita. Estoy segura de que tu preocupación por el sexo es lo que hace que te sea tan difícil replegar tu conocimiento.
La Gorda continuó hablando acerca de los efectos debilitadores del sexo. Me sentí incómodo. Traté de desviar la conversación de ese tema, pero ella parecía decidida a volver a él a pesar de mi contrariedad.
-Vámonos tú y yo a la ciudad de México -le dije, desesperado.
Pensé que eso la espantaría. No respondió. Frunció los labios, entrecerrando los ojos. Contrajo los músculos de su barbilla, echando hacia adelante el labio superior hasta que quedó bajo la nariz. Su rostro quedó tan torcido que me desconcerté. Ella reaccionó ante mi sorpresa y relajó los músculos faciales.

-Ándale, Gorda -insistí-. Vamos a la ciudad de México.
-Claro que sí, ¿por qué no? -dijo-. ¿Qué necesito?
No esperaba esa respuesta y yo fui el que acabó escandalizándose.
-Nada -dije-. Nos vamos como estamos.
Sin decir otra palabra se hundió en el asiento y nos encaminamos hacia la ciudad de México. Aún era temprano, ni siquiera el mediodía. Le pregunté si se atrevería a ir a Los Ángeles conmigo. Lo pensó unos momentos.
-Acabo de hacerle esa pregunta a mi cuerpo luminoso -precisó.
-¿Y qué te contestó?
-Que sólo si el poder lo permite.
Había tal riqueza de sentimiento en su voz que detuve el auto y la abracé. Mi afecto hacia ella en ese momento era tan profundo que me asustó. No tenía nada que ver con el sexo o con la necesidad de un reforzamiento psicológico, se trataba de un sentimiento que trascendía todo lo que me era conocido.
Abrazar a la Gorda me devolvió la sensación, antes experimentada, de que algo, que estaba embotellado en mí, empujado a sitios recónditos a los que no podía llegar conscientemente, se hallaba a punto de liberarse. Casi supe lo que era, pero lo perdí cuando estaba a punto de obtenerlo.

La Gorda y yo llegamos a la ciudad de Oaxaca al anochecer. Estacioné el auto en una calle cercana y caminamos hacia el centro de la ciudad, al zócalo. Buscamos la banca en la que don Juan y don Genaro solían sentarse. No estaba ocupada. Tomamos asiento allí, en un silencio reverente. Luego, la Gorda dijo que muchas veces había estado allí con don Juan, al igual que con otras personas que no podía recordar, No estaba segura si esto se trataba solamente de algo que había soñado.
-¿Qué hacías con don Juan en esta banca? -le pregunté.
-Nada Aquí nos sentábamos a esperar el camión, o un camión maderero que nos llevaba de aventón a las montañas -respondió.
Le dije que cuando don Juan y yo nos sentábamos allí platicábamos horas y horas.
Le conté la gran predilección que don Juan tenía por la poesía, y cómo yo solía leerle cuando no teníamos que hacer. Oía los poemas bajo la base de que sólo el primero, o en ocasiones el segundo párrafo, valía la pena de ser leído; creía que el resto sólo era un consentirse del poeta. Únicamente unos cuantos poemas, de los cientos que debí haberle leído, llegó a escuchar hasta el final. En un principio buscaba lo que a mí me agradaba; mi preferencia era la poesía abstracta, cerebral, retorcida. Después me hizo leer una y otra vez lo que a él le gustaba. En su opinión, un poema debía ser, de preferencia, compacto, corto. Y tenía que estar compuesto de imágenes punzantes y precisas, de gran sencillez.
A la caída de la tarde, sentados en esa banca de Oaxaca, un poema de César Vallejo siempre recapitulaba para él un especial sentimiento de añoranza. Se lo recité de memoria a la Gorda, no tanto en su beneficio como en el mío.

Que estará haciendo esta hora mi andina y dulce Rita
de junco y capulí;
ahora que me asfixia Bizancio, y que dor mita
la sangre, como flojo cognac, dentro de mí.

Dónde estarán sus manos que en actitud contrita
planchaban en las tardes blancuras por venir,
ahora, en esta lluvia que me quita
las ganas de vivir.

Qué será de su falda de franela; de sus afanes; de su andar;
de su sabor a cañas de mayo del lugar.

Ha de estarse a la puerta mirando algún celaje,
y al fin dirá temblando "Que frío hay... ¡Jesús!"
Y llorará en las tejas un pájaro salvaje.

El recuerdo que tenía de don Juan era increíblemente vívido. No se trataba de un recuerdo en el plano del sentimiento, ni tampoco en el plano de mis pensamientos conscientes. Era una clase desconocida de recuerdo, que me hizo llorar. Las lágrimas fluían de mis ojos, pero no me aliviaban en lo más mínimo.

Las últimas horas de la tarde siempre tenían un significado especial para don Juan. Yo había aceptado sus consideraciones hacia esa hora, y su convicción de que si algo de importancia me ocurría tendría que ser entonces.

La Gorda apoyó su cabeza en mi hombro. Yo puse mi cabeza sobre la suya. En esa posición nos quedamos unos momentos. Me sentí calmado; la agitación se había desvanecido de mí. Era extraño que el solo hecho de apoyar mi cabeza en la de la Gorda me proporcionara tal paz. Quería bromear y decirle que deberíamos amarrarnos las cabezas. La idea de que ella lo tomaría al pie de la letra me hizo desistir. Mi cuerpo se estremeció de risa y me di cuenta de que me hallaba dormido, pero que mis ojos estaban abiertos. De haberlo querido, habría podido ponerme en pie. No quería moverme, así es que permanecí allí, completamente despierto y sin embargo dormido. Vi que la gente caminaba frente a nosotros y nos miraba. No me importaba en lo más mínimo. Por lo general, me habría molestado que se fijaran en mí. Y de súbito, en un instante, la gente que se hallaba frente a mí se transformó en grandes burbujas de luz blanca. ¡Por primera vez en mi vida, de una manera prolongada me enfrentaba a los huevos luminosos! Don Juan me había dicho que, a los videntes, los seres humanos se aparecen como huevos luminosos. Yo había experimentado relampagueos de esa percepción, pero nunca antes había enfocado mi visión en ellos como ese día.

Las burbujas de luz eran bastante amorfas en un principio. Era como si mis ojos no se hallaran adecuadamente enfocados. Pero después, en un momento, era como si finalmente hubiese ordenado mi visión y las burbujas de luz blanca se transformaran en oblongos huevos luminosos. Eran grandes; de hecho, eran enormes, quizá de más de dos metros de altura y más de un metro de ancho, o tal vez más grandes.

En un momento me di cuenta de que los huevos ya no se movían. Vi una sólida masa de luminosidad frente a mi. Los huevos me observaban, se inclinaban peligrosamente sobre mi. Me moví deliberadamente y me senté erguido. La Gorda se hallaba profundamente dormida sobre mi hombro. Había un grupo de adolescentes en torno a nosotros. Deben haber creído que estábamos borrachos. Nos imitaban. El adolescente más atrevido estaba acariciando los senos de la Gorda. La sacudí y se despertó. Nos pusimos en pie apresuradamente y nos fuimos. Nos siguieron, vituperándonos y gritando obscenidades. La presencia de un policía en la esquina los disuadió de continuar con su hostigamiento. Caminamos en completo silencio, del zócalo hasta donde había estacionado mi auto. Ya casi había oscurecido. Repentinamente, la Gorda tomó mi brazo. Sus ojos estaban desmedidos, la boca abierta. Señaló y gritó:

-¡Mira! ¡Mira! ¡Ahí está el nagual y Genaro!

Vi que dos hombres daban la vuelta a la esquina una larga cuadra adelante de nosotros. La Gorda se arrancó corriendo con rapidez. Corrí tras ella, preguntándole si estaba segura. Se hallaba fuera de sí. Me dijo que cuando había alzado la vista, don Juan y don Genaro la estaban mirando. En el momento en que sus ojos encontraron los de ellos, los dos se echaron a andar. Cuando nosotros llegamos a la esquina, los dos hombres aún conservaban la misma distancia. No pude distinguir sus rasgos. Uno era fornido, como don Juan, y el otro, delgado como don Genaro. Los dos hombres dieron vuelta en otra esquina y de nuevo corrimos estrepitosamente tras ellos. La calle en la que habían volteado se hallaba desierta y conducía a las afueras de la ciudad. Se curvaba un tanto hacia la izquierda En ese momento, algo ocurrió

que me hizo pensar que en realidad sí podría tratarse de don Juan y don Genaro. Fue un movimiento que hizo el hombre más pequeño. Se volvió tres cuartos de perfil hacia nosotros e inclinó su cabeza como diciéndonos que los siguiéramos, algo que don Genaro acostumbraba hacer cuando íbamos al campo. Siempre caminaba delante de mí, instándome, alentándome con un movimiento de cabeza para que yo lo alcanzara.

La Gorda empezó a gritar a todo volumen:

-¡Nagual! ¡Genaro! ¡Espérense!

Corría adelante de mí. A su vez, ellos caminaban con gran rapidez hacia unas chozas que apenas se distinguían en la semioscuridad. Debieron entrar en alguna de ellas o enfilaron por cualquiera de las numerosas veredas; repentinamente, ya no los vimos más.

La Gorda se detuvo y vociferó sus nombres sin ninguna inhibición. Varias personas salieron a ver quién gritaba. Yo la abracé hasta que se calmó.

-Estaban exactamente enfrente de mí -aseguró, llorando-, ni siquiera a un metro de distancia. Guando grité y te dije que los vieras, en un instante ya se encontraban una cuadra más lejos.

Traté de apaciguarla. Se hallaba en un alto estado de nerviosismo. Se colgó de mí, temblando. Por alguna razón indescifrable, yo estaba absolutamente seguro de que esos hombres no eran don Juan ni don Genaro, por tanto no podía compartir la agitación de la Gorda. Me dijo que teníamos que regresar a casa, que el poder no le permitiría ir conmigo a Los Ángeles, ni siquiera a la ciudad de México. Estaba convencida de que el haberlos visto, significaba un augurio. Desaparecieron señalando hacia el este, hacia el pueblo de ella.

No presenté objeciones para volver a su casa en ese mismo instante. Después de las cosas que nos habían ocurrido ese día, debería estar mortalmente fatigado. En cambio, me hallaba vibrando con un vigor de los más extraordinarios, que me recordaba los días con don Juan, cuando había sentido que podía derribar murallas con los hombros.

Al regresar al auto me sentí lleno del más apasionado afecto por la Gorda. Nunca podría agradecerle suficientemente su ayuda. Pensé que lo que fuera que ella hizo para ayudarme a ver los huevos luminosos, había dado resultado. Además, la Gorda fue muy valerosa arriesgándose al ridículo, e incluso a alguna injuria física, al sentarse conmigo en esa banca. Le expresé mi gratitud. Ella me miró como si yo estuviera loco y después soltó una carcajada.

-Yo pensé lo mismo de ti -reconoció-. Pensé que tú lo habías hecho nada más por mí. Yo también vi los huevos luminosos. Esta fue la primera vez para mí también. ¡Hemos visto juntos! Como el nagual y Genaro solían hacerlo.

Cuando abría la puerta del auto para que entrara la Gorda, todo el impacto de lo que habíamos hecho me golpeó. Hasta ese momento estuve aturdido, algo en mí me había vuelto lerdo. Ahora, mi euforia era tan intensa como la agitación de la Gorda momentos antes. Quería correr por la calle y pegar de gritos. Le tocó a la Gorda contenerme. Se encuclilló y me masajeó las pantorrillas. Extrañamente, me calmé en el acto. Descubrí que me estaba resultando difícil hablar. Mis pensamientos iban por delante de mi habilidad para verbalizarlos.

No quería manejar de regreso a la casa en ese instante. Me parecía que aún había mucho que hacer. Como no podía explicar con claridad lo que quería, prácticamente arrastré a la renuente Gorda de vuelta al zócalo, pero a esa hora ya no encontramos bancas vacías. Me estaba muriendo de hambre, así que empujé a la Gorda hacia un restaurante. Ella pensó que no podría comer, pero cuando nos trajeron la comida tuvo tanta hambre como yo. El comer nos tranquilizó por completo.

Más tarde, esa noche, nos sentamos en la banca. Yo me había refrenado para no hablar de lo que nos sucedió, hasta que tuviéramos oportunidad de sentarnos allí. En un principio, la Gorda no parecía dispuesta a hablar. Mi mente se hallaba en

un extraño estado de regocijo. En tiempos anteriores experimenté momentos similares con don Juan, pero éstos se hallaban asociados, inevitablemente, con los efectos posteriores a la ingestión de plantas alucinogénicas.

Empecé por describir a la Gorda lo que había visto. El rasgo de esos huevos luminosos que más me impresionó eran los movimientos. No caminaban. Se movían como si flotaran y, sin embargo, se hallaban en el suelo. La manera como se movían era desagradable. Sus movimientos eran mecánicos, torpes y a sacudidas. Cuando se movían, toda su forma se volvía más pequeña y redonda; parecían brincar o tironearse, o sacudirse de arriba abajo con gran velocidad. El resultado era un temblor nervioso sumamente fatigoso. Quizá la manera más aproximada de describir esa molestia física causada por los movimientos sería decir que sentí como si hubieran acelerado las imágenes de una película.

Otra cosa que me intrigaba era que no podía vislumbrar sus piernas. Una vez había visto una representación de ballet en la que los bailarines imitaban el movimiento de soldados en patines de hielo; para lograr el efecto se pusieron túnicas sueltas que llegaban hasta el suelo. No había manera de verles los pies, de allí la ilusión de que se deslizaban sobre el hielo. Los huevos luminosos que habían desfilado frente a mí me dieron la impresión de que se desplazaban sobre una superficie áspera. La luminosidad se sacudía de arriba abajo casi imperceptiblemente, pero lo suficiente como para casi hacerme vomitar. Cuando los huevos luminosos reposaban, empezaban a extenderse. Algunos eran tan largos y rígidos que parecían las imágenes de un ícono de madera.

Otro rasgo aún más perturbador de los huevos luminosos era la ausencia de ojos. Nunca había comprendido tan punzantemente hasta qué punto nos atraen los ojos de los vivientes. Los huevos luminosos estaban completamente vivos y me observaban con gran curiosidad. Los podía ver sacudiéndose de arriba abajo, inclinándose para mirarme, pero sin ojos.

Muchos de estos huevos luminosos tenían manchas negras: huecos enormes bajo la parte media. Otros no las tenían. La Gorda me había dicho que la reproducción afecta a los cuerpos, lo mismo de mujeres que de hombres, provocándoles un agujero bajo el estómago; empero, las manchas de esos seres luminosos no parecían agujeros. Eran áreas sin luminosidad, pero en ellas no había profundidad. Los que tenían las manchas parecían ser apacibles, o estar cansados; la cresta de su forma de huevo se hallaba ajada, se veía opaca en comparación con el resto del brillo. Por otra parte, los que no tenían manchas eran cegadoramente brillantes. Los imaginaba peligrosos. Se veían vibrantes, llenos de energía y blancura.

La Gorda dijo que en el instante que apoyé mi cabeza sobre la suya, ella también entró en un estado que parecía ensoñar. Estaba despierta, pero no se podía mover. Se hallaba consciente de que había gente apilándose en torno a nosotros. Entonces los vio convirtiéndose en burbujas luminosas y finalmente en criaturas con forma de huevo. Ella ignoraba que yo también estaba viendo. En un principio pensó que yo simplemente la estaba cuidando, pero después la impresión de mi cabeza fue tan pesada que con toda claridad concluyó que yo también tenía que estar ensoñando. Por mi parte, sólo hasta después que me incorporé y descubrí al tipo acariciándola, porque ella parecía dormir, tuve idea de lo que pudiera estar ocurriéndole.

Nuestras visiones diferían en cuanto que ella podía distinguir a los hombres de las mujeres por la forma de unos filamentos que ella llamó "raíces". Las mujeres, dijo, tenían espesos montones de filamentos que semejaban la cola de un león; éstos crecían hacia adentro a partir de los genitales. Explicó que esas raíces eran las donadoras de vida. El embrión, para poder efectuar su crecimiento, se adhiere a una de estas raíces nutritivas y después la consume por completo, dejando sólo un

agujero. Los hombres, por otra parte, tenían filamentos cortos que estaban vivos y flotaban casi separados de la masa luminosa de sus cuerpos.

Le pregunté cuál era, en su opinión, la razón de que hubiésemos visto juntos. Ella declinó aventurar cualquier comentario, pero me incitó a que yo prosiguiera con mis deducciones. Le dije que lo único que se me ocurría era lo obvio: las emociones tenían que haber sido un factor determinante.

Después de que la Gorda y yo tomamos asiento en la banca favorita de don Juan, en el atardecer de ese día, y después de que yo había recitado el poema que le gustaba, me sentí profundamente cargado de emotividad. Mis emociones debieron haber preparado a mi cuerpo. Pero también tenía que considerar el hecho de que, con la práctica del ensoñar, había aprendido a entrar en un estado de quietud total. Podía desconectar mi diálogo interno y quedarme como si estuviera en el interior de un capullo, atisbando hacia afuera a través de un agujero. En ese estado yo podía, si lo quisiese, soltar un poco del control que poseía y entrar en el ensueño; o bien conservar ese control y permanecer pasivo, sin pensamientos y sin deseos. Sin embargo, no creo que ésos fuesen factores significativos. Pensé que la Gorda había sido catalizadora y que mis sentimientos hacia ella crearon las condiciones para ver.

La Gorda rió tímidamente cuando dijo lo que pensaba.

-No estoy de acuerdo contigo -rechazó-. Yo creo que lo que pasa es que tu cuerpo ha empezado a recordar.

-¿Qué quieres decir con eso, Gorda? -sondeé.

Hubo una larga pausa. La Gorda parecía luchar por decir algo que no quería, o bien luchaba desesperadamente por encontrar la palabra adecuada.

-Hay tantas cosas que sé -dijo-, sin embargo ni siquiera sé qué es lo que sé. Recuerdo tantas cosas, que al final termino sin recordar nada. Creo que tú te encuentras en la misma situación.

Le aseguré que, si eso era así, no me daba cuenta. Ella se negó a creerme.

-En verdad, a veces creo que no sabes nada -dijo-. Otras veces creo que estás jugando con nosotros. El nagual me dijo que él mismo no lo sabía. Ahora me estoy volviendo a acordar de muchas cosas que me dijo de ti.

-¿Qué es lo que significa que mi cuerpo ha comenzado a recordar? -insistí.

-No me preguntes eso -contestó con una sonrisa-. Yo no sé qué será lo que se supone que debes recordar, o cómo se recuerda. Nunca lo he hecho, de eso estoy segura.

-¿Hay alguno entre los aprendices que me lo podría decir? -pregunté.

-Ninguno -enfatizó-. Creo que yo soy como un mensajero para ti, un mensajero que en esta ocasión sólo puede darte la mitad del mensaje.

Se puso de pie y me suplicó que la llevara de nuevo a su pueblo. En ese momento, yo me hallaba muy alborozado como para irme. A sugerencia mía caminamos un poco por la plaza. Por último nos sentamos en otra banca.

-¿No se te hace extraño que hayamos podido ver juntos con tanta facilidad? -preguntó la Gorda.

No sabía qué se traía ella en la cabeza. Titubeé en responder.

-¿Qué dirías si yo te dijera que creo que desde antes hemos visto juntos? -inquirió la Gorda, eligiendo con cuidado cada palabra.

No podía comprender qué quería decir. Me repitió la pregunta una vez más y, sin embargo, seguí sin poder comprender el significado.

-¿Cuándo pudimos haber visto juntos antes? -refuté-. Tu pregunta no tiene sentido.

-Ahí está la cosa -replicó-. No tiene sentido y no obstante tengo la sensación de que ya hemos visto juntos antes.

Sentí un escalofrío y me incorporé. De nuevo recordé la sensación que tuve durante la mañana en aquel pueblo. La Gorda abrió la boca para decir algo, pero se interrumpió a media frase. Se me quedó

viendo, perpleja, me puso una mano en los labios y después prácticamente me arrastró al automóvil.
Manejé toda la noche. Quería hablar, analizar, pero ella se quedó dormida como si a propósito quisiera evitar toda discusión. Estaba en lo correcto, por supuesto. De nosotros dos, ella era la que conocía bien el peligro de disipar un estado anímico analizándolo con exceso.
Cuando bajó del auto, al llegar finalmente a su casa, me dijo que no podríamos hablar, en lo más mínimo, de lo que nos había ocurrido en Oaxaca.
-¿Y eso por qué, Gorda? -pregunté.
-No quiero que desperdiciemos nuestro poder -replicó-. Esa es la costumbre del brujo. Nunca desperdicies tus ganancias.
-Pero si no hablamos de eso, nunca sabremos qué fue lo que realmente nos pasó -protesté.
-Podemos quedarnos callados, cuando menos nueve días -dijo.
-¿Y no podemos hablar de ello solamente entre tú y yo? -pregunté.
-Una conversación entre tú y yo es precisamente lo que debemos evitar -contradijo-. Somos vulnerables. Tenemos que procurarnos tiempo para curarnos.

III. LOS CUASIRRECUERDOS DEL OTRO YO

-¿Nos puedes decir qué es lo que está pasando? -me preguntó Néstor cuando todos nos reunimos esa noche-. ¿A dónde fueron ustedes dos ayer?
Se me había olvidado la recomendación de la Gorda. Empecé a decirles que primero fuimos al pueblo vecino y que allí encontramos una casa de lo más intrigante.
Pareció como si a todos los sacudiera un repentino temblor. Se avivaron, se miraron el uno al otro y después a la Gorda, como si esperasen que ella les hablara de eso.
-¿Qué tipo de casa era? -quiso saber Néstor.
Antes de que pudiera responder, la Gorda me interrumpió. Empezó a hablar de una manera apresurada y casi incoherente. Era obvio que estaba improvisando. Incluso usó frases y palabras en mazateco. Me dirigió miradas furtivas que implicaban una súplica silenciosa para que yo no dijera nada.
-¿Cómo va tu ensoñar, nagual? -me preguntó con el alivio de alguien que ha encontrado una salida-. Nos gustaría saber todo lo que haces. Es muy importante que nos platiques.
Se apoyó en mí y en el tono más casual que pudo me susurró que a causa de lo que nos había ocurrido en Oaxaca tenia que contarles todo lo referente a mi ensueño.
-¿Qué tienen ustedes que ver con mi ensueño? -pregunté en voz fuerte.
-Creo que ya estamos muy cerca del final -dijo la Gorda, solemnemente-. Todo lo que digas o hagas es de importancia vital ahora.
Les conté entonces lo que yo consideraba mi verdadero ensoñar. Don Juan me había dicho que no tenía caso enfatizar las pruebas por las que uno pudiera pasar. Me dio una regla definitiva: si yo llegaba a tener la misma visión tres veces, tenía que concederle una importancia extraordinaria; de otra manera, los intentos de un neófito sólo eran un apoyo para construir la segunda atención.
Una vez ensoñé que despertaba y que saltaba del lecho sólo para enfrentarme a mi propio cuerpo que dormía en la cama. Me vi dormir y tuve el autocontrol de recordar que me hallaba ensoñando. Seguí entonces las instrucciones que don Juan me había dado, y que consistían en evitar sacudidas o sorpresas repentinas, y en tomar todo con un grano de sal. El ensoñador tiene que envolverse, declaraba don Juan, en experimentos desapasionados. En vez de examinar su cuerpo que duerme, el ensoñador sale del cuarto caminando. De repente me descubrí, sin saber cómo, fuera de mi habitación. Tenía la sensación absolutamente clara de que me habían colocado allí instantáneamente. En el primer momento que me hallé parado afuera de

mi cuarto, el pasillo y la escalera parecían monumentales. Si hubo algo que de verdad me aterró esa noche fue el tamaño de esas estructuras, que en la vida real son de lo más comunes y corrientes; el pasillo tiene unos veinte metros de largo, y la escalera, dieciséis escalones.

No podía concebir cómo recorrer las enormes distancias que estaba percibiendo. Titubeé, y entonces algo me hizo moverme. Sin embargo, no caminé. No sentía mis pasos. De repente me hallé agarrándome al barandal. Podía ver mis manos y mis antebrazos, pero no los sentía. Me estaba sosteniendo mediante la fuerza de algo que no tenía nada que ver con mi musculatura, tal como la conozco. Lo mismo sucedió cuando traté de bajar las escaleras. No sabía cómo caminar. Simplemente no podía dar un solo paso. Era como si me hubieran soldado las piernas. Podía verlas si me inclinaba, pero no podía moverlas hacia delante o lateralmente, ni elevarlas hacia el pecho. Era como si me hubiesen pegado al escalón superior. Me sentí como uno de esos muñecos inflados, de plástico, que pueden inclinarse en cualquier dirección hasta quedar horizontales, sólo para erguirse nuevamente por el peso de sus bases redondeadas.

Hice un esfuerzo supremo por caminar y reboté de escalón en escalón como torpe pelota. Me costó un increíble esfuerzo de atención llegar a la planta baja. No podría describirlo de otra manera. Se requería algún tipo de atención para conservar los linderos de mi visión y evitar que ésta se desintegrase en las fugaces imágenes de un sueño ordinario.

Cuando finalmente llegué a la puerta de la calle no pude abrirla. Lo traté desesperadamente, pero sin éxito; entonces recordé que había salido de mi cuarto deslizándome, flotando como si la puerta hubiese estado abierta. Con sólo recordar esa sensación de flotación, de súbito ya estaba en la calle. Se veía oscuro: una peculiar oscuridad gris-plomo que no me permitía percibir ningún color. Mi interés fue atrapado al instante por una inmensa laguna de brillantez que se hallaba exactamente frente a mí, al nivel de mi ojo. Deduje, más que divisé, que se trataba de la luz de la calle, puesto que yo sabía que en la esquina había un farol de siete metros de altura. Supe entonces que me era imposible hacer los arreglos perceptivos requeridos para juzgar lo que estaba arriba, abajo, aquí, allá. Todo parecía hallarse extraordinariamente presente. No disponía de ningún mecanismo, como en la vida cotidiana, para acomodar mi percepción. Todo estaba allí, enfrente, y yo no tenía volición para construir un procedimiento adecuado que filtrara lo que veía.

Me quedé en la calle, perplejo, hasta que empecé a tener la sensación de que estaba levitando. Me aferré al poste metálico que sostenía la luz y el letrero de la calle. Una fuerte brisa me elevaba. Estaba deslizándome por el poste hasta que leí con claridad el nombre de la calle: Ashton.

Meses después, cuando nuevamente tuve el ensueño de mirar a mi cuerpo que dormía, ya tenía un repertorio de cosas por hacer. En el curso de mi ensoñar habitual había aprendido que lo que cuenta en ese estado es la voluntad: la materialidad del cuerpo no tiene relevancia. Es sólo un recuerdo que hace más lento al ensoñador. Me deslicé hacia fuera del cuarto sin titubeos, ya que no tenía que llevar a cabo los movimientos de abrir una puerta o de caminar para poder moverme. El pasillo y la escalera ya no me parecieron tan enormes como la primera vez. Avancé flotando con gran facilidad y terminé en la calle, donde me propuse avanzar tres cuadras. Me di cuenta entonces de que las luces aún eran imágenes muy perturbadoras. Si enfocaba mi atención en ellas, se convertían en estanques de tamaño inconmensurable. Los demás elementos de ese ensueño fueron fáciles de controlar. Los edificios eran extraordinariamente grandes, pero sus rasgos me resultaban conocidos. Reflexioné qué hacer. Y entonces, de una manera bastante casual, me di cuenta de que si no fijaba la vista en las cosas y sólo las ojeaba, tal como hacemos en nuestro mundo co-

tidiano, podía ordenar mi percepción. En otras palabras, se seguía las instrucciones de don Juan al pie de la letra, y tomaba mi ensoñar como un hecho, podía utilizar los recursos perceptivos de mi vida de todos los días. Después de unos cuantos momentos el escenario se volvió controlable, si bien no completamente normal.

La siguiente vez que tuve un ensueño similar fui al restaurante de la esquina. Lo escogí porque solía ir allí siempre, a la madrugada. En mi ensueño vi a las conocidas meseras de siempre que trabajaban el turno de esa hora; vi una hilera de gente que comía en el mostrador, y exactamente al final del mismo vi a un tipo extraño, un hombre al que veía todos los días vagabundeando por el recinto de la Universidad de California, en Los Ángeles. El fue la única persona que realmente me vio. En el instante en que llegué pareció sentirme. Se volvió y me observó.

Encontré al mismo hombre en mis horas de vigilia, unos cuantos días después, en el mismo restaurante. Me vio y pareció reconocerme. Se horrorizó y se fue corriendo sin darme oportunidad de hablarle.

En otro ensueño, regresé una vez al mismo lugar y entonces fue cuando cambió el curso de mi ensoñar. Cuando estaba viendo el restaurante desde el otro lado de la calle, la escena se alteró. Ya no podía seguir viendo los edificios conocidos. En vez de eso, vi un escenario primigenio. Ya no era de noche. Era un día brillante, y yo me hallaba contemplando un valle exuberante. Plantas pantanosas de un verde profundo, con forma de junquillos, crecían por doquier. junto a mí había un promontorio de rocas de tres o cuatro metros de altura. Un enorme tigre dientes de sable se hallaba sentado allí. Quedé petrificado. Nos miramos el uno al otro fijamente durante largo rato. El tamaño de la bestia era sorprendente y, sin embargo, no resultaba grotesco ni desproporcionado. Tenía una cabeza espléndida, grandes ojos color miel oscura, patas voluminosas y una enorme caja toráxica. Lo que más me impresionó fue el color del pelo. Era uniformemente de un marrón oscuro, casi chocolate, y me recordaba granos oscuros de café tostado, sólo que lustrosos; el tigre tenía un pelo extrañadamente largo, ni untado ni enredado. No parecía el pelo de un puma ni el de un lobo o de un oso polar. Asemejaba algo que yo no había viso jamás.

Desde ese entonces se volvió rutina para mí ver a ese tigre. En ciertas ocasiones, el escenario era nublado, frío. Veía lluvia en el valle: lluvia espesa, copiosa. Otras veces, el valle estaba bañado por luz solar. Muy a menudo podía ver a otros tigres dientes de sable en el valle, escuchar su insólito rugido chirriante: un sonido de lo más asqueante para mí.

El tigre nunca me tocaba. Nos mirábamos el uno al otro a una distancia de tres o cuatro metros. Sin embargo, yo sabía lo que quería. Me estaba enseñando a respirar de una manera específica. Llegó un momento en mi ensoñar en que podía imitar la respiración del tigre, tan bien que sentí que me convertía en tigre. Les dije a los aprendices que una consecuencia tangible de mi ensoñar era que mi cuerpo se había vuelto más musculoso.

Después de oír mi relación, Néstor se maravilló de cuán distinto era el ensoñar de ellos al mío. Ellos tenían tareas concretas en un ensueño. La suya era encontrar curaciones para todo lo que afligía al cuerpo humano. La de Benigno era predecir, prever, encontrar soluciones para cualquier cosa que fuera una preocupación humana. La tarea de Pablito consistía en hallar maneras de construir. Néstor dijo que a causa de esas tareas él negociaba con plantas medicinales; Benigno tenía un oráculo y Pablito era carpintero. Añadió que, hasta ese momento, los tres apenas habían rasguñado la superficie de su ensoñar y que no tenían nada sustancial que informar.

-Tú podrás pensar que hemos logrado mucho -continuó-, pero no es así. Genaro y el nagual hacían todo por nosotros y por estas cuatro viejas. Todavía no hemos hecho nada por nosotros mismos.

-Me parece que el nagual te preparó de una manera diferente -observó Benigno

con gran lentitud y deliberación-. Tú has de haber sido un tigre y con toda seguridad te vas a volver tigre otra vez. Eso fue lo que le pasó al nagual. él había sido un cuervo antes y cuando estuvo en esta vida se volvió cuervo otra vez.
-El problema es que ese tipo de tigre ya no existe -hizo notar Néstor-. Nunca hemos oído lo que puede pasar en ese caso.
Movió su cabeza de lado a lado para incluir a todos los presentes con ese gesto.
-Yo sé lo que pasa -aseguró la Gorda-. Recuerdo que el nagual Juan Matus le llamaba a eso el ensueño fantasma. Dijo que ninguno de nosotros ha hecho jamás ese tipo de ensoñar, porque no somos violentos ni destructivos. El nunca lo hizo. Y dijo que cualquiera que lo haga está marcado por el destino para tener aliados y ayudantes fantasmas.
-¿Qué quiere decir eso, Gorda? -pregunté.
-Quiere decir que no eres como nosotros -respondió sombríamente.
La Gorda se veía muy agitada. Se puso en pie y caminó de un extremo a otro del cuarto cuatro o cinco veces, hasta que nuevamente tomó asiento a mi lado.
Hubo una brecha de silencio en la conversación. Josefina masculló algo ininteligible. Ella también parecía estar muy nerviosa. La Gorda trató de tranquilizarla, abrazándola y palmeándole la espalda.
Josefina te va a decir algo sobre Eligio -me anunció la Gorda.
Todos se volvieron a Josefina, sin emitir una sola palabra, con los ojos interrogantes.
-A pesar de que Eligio ha desaparecido de la faz de la tierra -continuó la Gorda-, todavía es uno de nosotros. Y Josefina platica con él de vez en cuando.
Repentinamente, todos se hallaban muy atentos. Se miraron el uno al otro y después me miraron a mí.
-Se encuentran en el ensueño -sentenció la Gorda, dramáticamente.
Josefina inhaló con fuerza; parecía estar en el pináculo de la nerviosidad. Su cuerpo se sacudió convulsivamente. Pablito se tendió encima de ella, en el suelo, y comenzó a respirar con fuerza, obligándola a respirar al unísono con él.
-¿Qué es lo que está haciendo? -le pregunté a la Gorda.
-¡Qué es lo que está haciendo! ¿A poco no puedes verlo? -respondió con tono cortarte.
Le susurré que me daba cuenta que Pablito estaba tratando de calmarla, pero que el procedimiento era una novedad para mí. Explicó que los hombres tienen una abundancia de energía en el plexo solar, la cual las mujeres pueden almacenar en el vientre. Pablito simplemente le estaba transmitiendo energía a Josefina.
Josefina se sentó y me sonrió. Se había calmado totalmente.
-Pues de veras veo a Eligio todo el tiempo -confirmó-. Me espera todos los días.
-¿Y por qué nunca nos dijiste nada de eso? -reprochó Pablito con tono malhumorado.
-Me lo dijo a mí -interrumpió la Gorda, y después prosiguió con una larga explicación de lo que significaba para todos nosotros que Eligio se hallara a nuestra disposición. Agregó que ella había estado esperando un signo mío para revelar las palabras de Eligio.
-¡No te andes por las ramas, mujer! -chilló Pablito-. Dinos lo que dijo.
-¡Lo que dijo no lo dijo para ti! -gritó la Gorda, como respuesta.
-¿Y para quién lo dijo, entonces? -preguntó Pablito.
-Para este nagual -gritó la Gorda, señalándome.
La Gorda se disculpo por alzar la voz. Dijo que todo lo que Eligio había dicho era complejo y misterioso y que ella no podía sacar ni pies ni cabeza de todo eso.
-Yo nada más lo escuché. Eso fue todo lo que pude hacer: escucharlo -continuó la Gorda.
-¿Quieres decir que tú también has visto a Eligio? -indagó Pablito con un tono que era una mezcla de ira y de expectación.
-Sí -respondió la Gorda, casi susurrando-. Antes no podía hablar de esto porque tenía que esperarlo a él.
Me señaló y después me empujó con las

dos manos. Momentáneamente perdí el equilibrio y caía un lado.
-¿Qué es esto? ¿Qué le estás haciendo? -censuró Pablito con voz muy enojada-. ¿A poco esas son muestras de amor indio?
Me volví a la Gorda. Ella hizo un gesto con los labios para que guardara silencio.
-Eligio dice que tú eres el nagual, pero que no eres para nosotros -me advirtió Josefina.
Hubo un silencio mortal en el cuarto. No supe qué pensar de la aseveración de Josefina. Tuve que esperar hasta que otro hablase.
-Te sientes como si te hubieran quitado un peso de encima, ¿no? -me punzó la Gorda.
Les dije a todos que no tenía opiniones de ningún tipo. Se veían como niños desconcertados. La Gorda tenía un aire de una maestra de ceremonias que está completamente apenada.
Néstor se puso en pie y enfrentó a la Gorda. Le dijo una frase en mazateco. Sonaba como orden o reproche.
-Dinos todo lo que sabes, Gorda -continuó en castellano-. No tienes derecho a jugar con nosotros, a guardarte algo importante nomás para ti.
La Gorda protestó con vehemencia. Explicó que se había guardado lo que sabía, porque Eligió le ordenó que así lo hiciera.
Josefina asintió con la cabeza.
-¿Todo esto te lo dijo a ti o se lo dijo a Josefina? -preguntó Pablito.
-Estábamos juntas -explicó la Gorda con un susurro apenas audible.
-¿Quieres decir que Josefina y tú ensueñan juntas? -exclamó Pablito, sin aliento.
La sorpresa en su voz coincidió con la ola de conmoción que parecía haber invadido a todos los demás.
-¿Exactamente qué les dijo Eligio a ustedes dos? -apuró Néstor cuando el impacto había disminuido.
-Dijo que yo tenía que ayudar al nagual a recordar su lado izquierdo -contestó la Gorda.
-¿Tú sabes de qué está hablando ésta? -me preguntó Néstor.
No había manera de que yo lo pudiese saber. Les dije que buscaran las respuestas en sí mismos. Pero ninguno de ellos expresó ninguna sugerencia.
-Le dijo a Josefina otras cosas que ella no puede recordar -prosiguió la Gorda-. Así es que estamos en un verdadero lío. Eligio dijo que tú eres definitivamente el nagual y que tienes que ayudarnos, pero que no eres para nosotros. Sólo cuando recuerdes tu lado izquierdo podrás llevarnos a donde tenemos que ir.
Néstor habló a Josefina con tono paternal y la urgió a que recordara lo que Eligio había dicho, en vez de pedir que yo recordase algo que tenía que estar en alguna especie de clave, puesto que ninguno de nosotros podía descifrar nada de eso.
Josefina retrocedió y frunció el entrecejo como si se hallará bajo un peso tremendo que la oprimía. En verdad, parecía una muñeca de trapo que estaba siendo comprimida. La observó auténticamente fascinado.
-No puedo -admitió ella al fin-. Yo sé de qué me está hablando cuando habla conmigo, pero ahora no puedo decir de qué se trata. No me sale.
-¿Recuerdas alguna palabra? -preguntó Néstor-. ¿Cualquier palabra?
Josefina sacó la lengua, sacudió la cabeza de lado a lado y gritó al mismo tiempo:
-No, no puedo.
-¿Qué clase de ensueño haces tú, Josefina? -le pregunté.
-La única clase que sé -respondió con sequedad.
-Yo ya te dije cómo hago el mío -le recordé-. Ahora tú dime cómo haces él tuyo.
-Yo cierro los ojos y veo una pared -precisó Josefina-. Es como una pared de niebla. Eligio me espera ahí. Me lleva a través de la pared y me enseña cosas. Supongo que me enseña cosas; no se que es lo que hacemos, pero hacemos algo juntos. Después me regresa a la pared y me deja ir. Y yo me olvido de lo que vi.
-¿Cómo ocurrió que te fuiste con la Gorda? -señalé.
-Eligio me dijo que la llevara -contestó-. Los dos esperamos a la Gorda y cuando se

puso a hacer su ensueño la jalamos y la empujamos hasta el otro lado de la pared. Ya lo hemos hecho dos veces.
-¿Cómo la jalaste? -pregunté.
-¡No sé! -replicó desafiante-. Pero te voy a esperar y cuando hagas tu ensueño te voy a jalar y entonces ya vas a saber.
-¿Puedes jalar a cualquiera? -pregunté.
-Claro -respondió sonriente-. Pero no lo hago porque no sirve de nada. Jalé a la Gorda porque Eligio me dijo que quería decirle algo, nomás porque ella es más juiciosa que yo.
-Entonces Eligio te ha de haber dicho las mismas cosas, Gorda -intercedió Néstor con una firmeza que me era desconocida.
La Gorda hizo un extraño gesto. Inclinó la cabeza, abriendo la boca por los lados, alzó los hombros y levantó los brazos por encima de su cabeza.
-Josefina ya te dijo lo que pasó -concedió-. No hay manera de que yo pueda recordar. Eligio habla con una velocidad distinta. El me platica, pero mi cuerpo no le entiende. No. No. Mi cuerpo no puede recordar, eso es lo que pasa. Yo sé que dijo que este nagual se acordaría y nos llevaría a donde tenemos que ir. No me pudo decir más porque había mucho que decir en muy poquito tiempo. Dijo que alguien, no recuerdo quién, me está esperando a mí en especial.
-¿Eso es todo lo que dijo? -insistió Néstor.
-La segunda vez que lo vi, me aseguró que todos nosotros íbamos a tener que recordar nuestro lado izquierdo, tarde o temprano, si es que queremos ir a donde tenemos que ir. Pero él es el que tiene que recordar primero.
Me señaló y nuevamente me empujó como lo había hecho la vez anterior. La fuerza de su empujón me lanzó rebotando como pelota.
-¿Para qué haces esto, Gorda? -protesté, un tanto molesto.
-Estoy tratando de ayudarte a recordar. El nagual Juan Matus me dijo que tenía que darte un empujón de cuando en cuando, para sacudirte.
La Gorda me abrazó con un movimiento muy abrupto.
-Ayúdanos, nagual -suplicó-. Estaremos peor que muertos si no nos ayudas.
Yo estaba a punto de llorar. No a causa del dilema dé ellos, sino porque sentía algo agitándose dentro de mí. Era algo que había estado tratando de salir desde el momento en que fuimos a ese pueblo.
La súplica de la Gorda me rompía el corazón. Entonces tuve otro ataque de lo que parecía ser hiperventilación. Un sudor frío me envolvió y después tuve que vomitar. La Gorda me atendió con toda solicitud.

Fiel a su práctica de esperar antes de revelar un logro, la Gorda ni siquiera quiso considerar que discutiéramos nuestro ver juntos en Oaxaca. Durante varios días se mostró distante y deliberadamente desinteresada. Ni siquiera quería hablar de mi malestar. Tampoco las demás mujeres. Don Juan solía subrayar la necesidad de esperar el momento más apropiado para dejar salir algo que traemos almacenado. Yo comprendía las razones de las acciones de la Gorda, aunque pensé que su insistencia en esperar era un tanto irritante y que estaba en desacuerdo con nuestras necesidades. No podía quedarme con ellos mucho tiempo, así es que pedí que nos reuniéramos para compartir todo lo que sabíamos. Ella fue inflexible.
-Tenemos que esperar -dijo-. Tenemos que darle a nuestros cuerpos la oportunidad de proporcionarnos una solución. Nuestra tarea es recordar, no con nuestras mentes sino con nuestros cuerpos. Todos nosotros lo entendemos así.
Me miró inquisitivamente. Parecía buscar una clave que le dijera si yo también había comprendido la tarea. Reconocí hallarme completamente desconcertado, ya que yo era efectivamente un extraño. Yo estaba solo, y ellos se tenían los unos a los otros para darse apoyo.
-Este es el silencio de los guerreros -dijo riendo, y después añadió con un tono conciliatorio-. Pero este silencio no quiere decir que no podamos hablar de otras cosas.
-Tal vez debamos volver a nuestra vieja discusión de perder la forma humana.

Había irritación en sus ojos. Le expliqué detalladamente que, en especial cuando se trataba de conceptos extraños, a mí se me tenía que clarificar constantemente sus significados.
-Exactamente, ¿qué quieres saber? -preguntó.
-Todo lo que me quieras decir.
-El nagual me dio a entender que perder la forma humana trae la libertad -dijo-. Yo creo que es así. Pero no he sentido esa libertad, todavía no.
Hubo otro momento de silencio. Obviamente, la Gorda calculaba mi reacción.
-¿Qué clase de libertad es ésa, Gorda?
-La libertad de recordarte a ti mismo. El nagual dijo que perder la forma humana es como una espiral. Te da la libertad de recordar, y esto, a su vez, te hace aún más libre.
-¿Por qué no has sentido aún esa libertad?
Chasqueó la lengua y alzó los hombros. Parecía confusa o renuente a proseguir la conversación.
-Estoy atada a ti. Hasta que tú pierdas tu forma humana y puedas recordar, yo no podré saber cuál es esa libertad. Pero quizá tú no puedas perder tu forma humana a no ser que primero recuerdes. De cualquier manera, no deberíamos estar hablando de esto. ¿Por qué no te vas a platicar con los Genaros?
La Gorda habló con el aire de una madre que envía a su hijo afuera a jugar. No me molestó en lo más mínimo. En cualquier otra persona, fácilmente yo habría tomado esa actitud como arrogancia o desprecio. Me gustaba estar con la Gorda, ésa era la diferencia. Encontré a Pablito, Néstor y Benigno en la casa de Genaro, envueltos en un extraño juego. Pablito se hallaba suspendido, más o menos a un metro del suelo, en algo que parecía ser un arnés de cuero oscuro que tenía atado con correas al pecho, bajo las axilas. El arnés semejaba un grueso chaleco de cuero. Al concentrar mi atención, vi que en realidad Pablito se hallaba parado en unas gruesas correas que hacían una curva por debajo del arnés, como estribos. Se encontraba suspendido, en el centro del cuarto, mediante dos cuerdas que pasaban por encima de la gruesa viga transversal que sostenía el techo. Cada cuerda sostenía el arnés, por encima de los hombros de Pablito, merced a unos anillos de metal.
Néstor y Benigno tiraban de una cuerda cada quién. Se hallaban en pie, uno frente al otro, sosteniendo a Pablito en el aire por la fuerza de su pulsión. Pablito, a su vez, aferraba con todas sus fuerzas dos palos largos y delgados, que habían sido plantados en el suelo y que cabían cómodamente en sus manos apretadas. Néstor estaba a la izquierda de Pablito, y Benigno, a la derecha.
El juego parecía ser una guerra de tirones desde tres lados, una feroz batalla entre los que tiraban y el que se hallaba suspendido.
Cuando entré en el cuarto, todo lo que pude oír fue la pesada respiración de Néstor y Benigno. Los músculos de sus brazos y de sus cuellos estaban hinchados por la tensión.
Pablito no perdía de vista a ninguno de los dos, concentrándose en cada uno con miradas fugaces. Los tres se hallaban tan absortos en su juego que ni siquiera advirtieron mi presencia o, si lo hicieron, no pudieron romper su concentración para saludarme.
Néstor y Benigno se miraron el uno al otro de diez a quince minutos, en silencio total. Después, Néstor trató de engañarlo soltando su cuerda. Benigno no cayó en la trampa, pero Pablito sí. Aceptó aún más su mano izquierda y afianzó sus pies en los palos para apuntalar su posición. Benigno aprovechó ese momento para dar un poderoso tirón, en el preciso instante en que Pablito aflojaba su fuerza.
El tirón tomó por sorpresa a Pablito y a Néstor. Benigno se colgó de la cuerda con todo su peso, Néstor ya no pudo maniobrar y Pablito luchó desesperadamente para equilibrarse. Fue inútil. Benigno había vencido.
Pablito se bajó del arnés y llegó hasta donde yo me encontraba. Le pedí que me

hablara de su extraordinario juego. Me pareció un tanto renuente para hablar. Néstor y Benigno se nos unieron después de guardar sus aparejos. Néstor dijo que el juego había sido inventado por Pablito, quien halló la estructura en su ensueño y después lo concibió como juego. En un principio se trataba de un artificio que permitía tensar los músculos a dos de ellos al mismo tiempo. Se turnaban para ser elevados. Pero, después, el ensueño de Benigno les permitió entrar en un juego en el que los tres tensaban los músculos y agudizaban su agilidad visual al permanecer en estado de alerta, a veces durante horas.

-Benigno cree ahora que esto nos está ayudando para que nuestros cuerpos recuerden -prosiguió Néstor-. La Gorda, por ejemplo, juega de una manera bien rara. Siempre gana, no importa en qué posición se ponga. Benigno cree que es porque su cuerpo recuerda.

Les pregunté si ellos también observaban la regla del silencio. Se rieron. Pablito dijo que, más que nada, la Gorda quería ser como el nagual Juan Matus. Lo imitaba deliberadamente, hasta en los detalles más absurdos.

-¿Quieren decir que entonces sí podemos hablar entre nosotros de lo que paso la otra noche? -pregunté, casi perplejo, ya que la Gorda había sido tan enfática al negarse a hacerlo.

-Nosotros no tenemos trabas -reconoció Pablito-. Tú eres el nagual.

-Aquí, Benigno se acordó de algo pero bien, bien extraño -precisó Néstor, sin mirarme.

-Yo creo que fue un ensueño a medias -adujo Benigno-. Pero Néstor cree que no.

Esperé con paciencia. Con un movimiento de cabeza, les urgí a que continuaran.

-El otro día él se acordó de que tú le enseñaste cómo encontrar huellas de gente en la tierra floja -declaró Néstor.

-Tuvo que haber sido un ensueño -dije.

Quería reír de lo absurdo que era eso, pero los tres me miraron con ojos suplicantes.

-Es absurdo -recalqué.

-De cualquier manera, más vale que te diga que yo tengo un recuerdo parecido -dijo Néstor-. Tú me llevaste a unas rocas y me explicaste cómo esconderme. Lo mío no fue un ensueño a medias. Yo estaba bien despierto. Un día iba caminando con Benigno, buscando plantas, y de repente me acordé que tú me aleccionaste, así es que me escondí como tú me enseñaste y le pegué un sustazo a Benigno.

-¿Yo te enseñé? ¿Cómo pudo ser? ¿Cuándo?

Me estaba empezando a poner nervioso. Ninguno de ellos parecía bromear.

-¿Cuándo? Ahí está la cosa -convino Néstor-. No podemos acordarnos de cuándo. Pero Benigno y yo sabemos que eras tú.

Me sentí pesado, oprimido. Mi respiración se volvió más dificultosa. Tuve miedo de volver a sentirme mal. En ese momento decidí contarles lo que la Gorda y yo habíamos visto juntos. Hablar de eso me calmó. Al final de mi narración, de nuevo ya podía controlarme.

-El nagual Juan Matus nos dejó un poquito abiertos -dijo Néstor-. Todos nosotros podemos ver un poco. Vemos agujeros en la gente que tiene hijos y también, de vez en vez, vemos un pequeño resplandor en la gente. Puesto que tú no ves nada, parece que el nagual te dejó completamente cerrado para que te vayas abriendo desde dentro. Ahora ya le ayudaste a la Gorda y ella puede ver por sí misma o, de lo contrario, está dejando que la lleves a cuestas.

Les dije que lo que había ocurrido en Oaxaca pudo haber sido una chiripa.

Pablito pensó que deberíamos ir a la roca favorita de Genaro y sentarnos allí con las cabezas juntas. Los otros dos dijeron que la idea era brillante. Yo no presenté objeciones. Aunque estuvimos sentados allí un largo rato, nada pasó. Pero nos sentimos muy bien.

Cuando aún nos hallábamos sentados en la roca les conté de los dos hombres que la Gorda y yo creímos que eran don Juan y don Genaro. Se resbalaron de la roca inmediatamente y entraron a casa de la Gorda. Néstor era el más agitado. Estaba

casi incoherente. Todo lo que pude entender fue, así supuse, que todos ellos estuvieron esperando un signo de esta naturaleza.
La Gorda nos estaba esperando a la puerta. Ya sabía lo que yo les había dicho.
-Yo tan sólo quería darle tiempo a mi cuerpo -aclaró, antes de que nosotros pudiéramos decir algo-. Tenía que estar completamente segura, y ya lo estoy. Eran el nagual y Genaro.
-¿Qué hay en esas chozas donde desaparecieron? -preguntó Néstor.
-No se metieron allí -aseguró la Gorda-. Se fueron caminando por el campo abierto, hacia el Este. En dirección de este pueblo.
Parecía estar decidida a apaciguarlos. Les pidió que se quedaran, pero rehusaron, se disculparon y se fueron. Estaba seguro de que se sentían incómodos en presencia de ella, quien parecía estar muy enojada. Yo más bien me divertí con las explosiones de temperamento de la Gorda, y esto era bastante contrario a mis reacciones normales. Siempre me había sentido inquieto en presencia de alguien que estaba enojado, con la misteriosa excepción de la Gorda.

Durante las primeras horas de la noche nos congregamos en el cuarto de la Gorda. Todos se veían preocupados. Tomaron asiento silenciosamente, mirando al piso.
La Gorda trató de iniciar la conversación. Explicó que no había estado ociosa, que hizo ciertas indagaciones y que encontró una solución.
-Esto no es un asunto de hacer indagaciones -dijo Néstor-. Esta es una tarea de recordar con el cuerpo.
Parecía que todos habían estado conferenciando entre sí, a juzgar por los asentimientos que Néstor obtuvo de los otros. Eso nos dejó aparte a la Gorda y a mí.
-Lidia también recuerda algo -continuó Néstor-. Ella creía que era su pura estupidez, pero al oír lo que yo recordé, nos dijo que este nagual la llevó con una curandera y la dejó allí para que le curaran los ojos.
La Gorda y yo nos volvimos hacia Lidia. Ella inclinó la cabeza como si estuviera avergonzada. Habló entre dientes. El recuerdo seguramente le era muy doloroso. Dijo que cuando don Juan la encontró por primera vez, sus ojos estaban infectados y no podía ver. Alguien la llevó en automóvil una gran distancia, a una curandera que la sanó. Lidia siempre estuvo convencida de que don Juan había hecho eso, pero al oír mi voz se dio cuenta de que yo fui quien la llevó allí. La incongruencia de tal recuerdo la hundió en una agonía desde el primer día que me conoció.
-Mis oídos no me mienten -añadió Lidia después de un largo silencio-. Tú fuiste el que me llevó allí.
-¡Imposible! ¡Imposible! -grité.
Mi cuerpo empezó a sacudirse, fuera de control. Tuve una sensación de dualidad. Quizá lo que yo llamo mi ser racional, incapaz de controlar al resto de mí tomó asiento como espectador. Una parte mía observaba, mientras otra se sacudía.

IV. EL TRANSBORDE DE LOS LINDEROS DEL AFECTO

-¿Qué nos está pasando, Gorda? -le pregunté cuando los demás se habían ido.
-Nuestros cuerpos están recordando, pero no me da qué es lo que recuerdan -determinó.
-¿Crees en esos recuerdos de Lidia, Néstor y Benigno?
-Claro que sí. Ellos son gente seria. No se pondrían a decir esas cosas así nomás por que sí.
-Pero lo que dicen es imposible. Me crees, ¿verdad, Gorda?
-Yo creo que no puedes recordar, pero de un momento a otro...
No concluyó la frase. Vino a mi lado y empezó a cuchichear en mi oído. Me contó que había algo que el nagual Juan Matus la había obligado a guardar hasta que llegara el momento propicio, algo que sólo debería usarse cuando no hubiese ninguna otra salida. Con un murmullo dramático añadió que el nagual previó

la nueva organización que había surgido cuando yo me llevé a Josefina a Tula para que estuviera con Pablito. Dijo que existía una endeble oportunidad de que pudiéramos triunfar como grupo si seguíamos el orden natural de esa organización. Me explicó que, puesto que nos hallábamos divididos en parejas, formábamos un organismo viviente. Éramos una serpiente, una víbora de cascabel. La serpiente tenía cuatro secciones y se hallaba dividida en dos mitades longitudinales, masculina y femenina. Aseguró que ella y yo conformábamos la primera sección de la serpiente: la cabeza. Se trataba de una cabeza fría, calculadora, ponzoñosa. La segunda sección, formada por Néstor y Lidia, era el firme y bello corazón de la serpiente. La tercera era el vientre: un vientre furtivo, caprichoso, desconfiable, que componían Pablito y Josefina. Y la cuarta sección, la cola, donde se hallaba el cascabel, estaba formada por la pareja que en la vida real podía cascabelear en su lengua tzotzil por horas enteras, Benigno y Rosa.

La Gorda se enderezó de la posición que había adoptado para susurrar en mi oído. Me sonrió y me dio unas palmaditas en la espalda.

-Eligio dijo una palabra que me ha estado dando vueltas en la cabeza -continuó-. Josefina está de acuerdo conmigo en que la palabra era "sendero", una y otra vez. ¡Vamos a ir por un sendero!

Sin darme oportunidad de formular preguntas, anunció que se iba a dormir un rato y que después congregaría al grupo para que nos fuéramos de viaje.

Iniciamos el camino antes de la medianoche y avanzamos bajo la brillante luz de la luna. Todos los demás, en un principio, se mostraron renuentes a salir, pero la Gorda, con gran habilidad, desplegó la supuesta descripción que don Juan hizo de la serpiente. Antes de echar a andar, lidia sugirió que lleváramos comida por si el viaje resultaba largo. La Gorda rechazó la sugerencia con base en que no teníamos idea de la naturaleza de la jornada. Recordó que el nagual Juan Matus una vez le señaló el principio de un sendero, y le dijo que en la oportunidad correcta debíamos ir a ese sitio para dejar que el poder del sendero se nos revelara. Añadió que no era camino de cabras, común y corriente, sino una línea natural de la tierra, la cual, había dicho el nagual, nos daría fuerza y conocimiento si la podíamos seguir y ser uno con ella.

Nos desplazamos bajó un liderazgo mixto. La Gorda aportaba el ímpetu y Néstor conocía el terreno en cuestión. Ella nos condujo a un lugar en las montañas. Néstor se hizo cargo entonces y localizó una vereda. Era evidente nuestra formación, con la cabeza como guía y los demás ordenados de acuerdo con el modelo anatómico de la serpiente: corazón, intestinos y cola. Los hombres iban a la derecha. Cada pareja a metro y medio detrás de la que avanzaba delante de ellos.

Caminamos tan rápida y calladamente como nos fue posible. Unos perros ladraron durante un rato; y conforme subíamos sólo iba quedando el sonido de los grillos. Caminamos mucho. De súbito, la Gorda se detuvo y tomó mi brazo. Nos señaló hacia delante. A unos veinte o treinta metros, exactamente en el centro del sendero, se hallaba la aparatosa silueta de un hombre enorme, de más de dos metros de altura. Nos bloqueaba el camino. Nos agrupamos en un montón apretado. Nuestros ojos se hallaban fijos en la forma oscura. No se movía. Después de un momento, Néstor avanzó unos pasos hacia él. Hasta entonces se movió la figura. Vino hacia nosotros. A pesar de ser gigantesca, caminaba ágilmente.

Néstor regresó corriendo. En el momento en que se nos unió, el hombre se detuvo. Audazmente, la Gorda dio un paso hacia él. El hombre correspondió con otro hacia nosotros. Era evidente que si continuábamos yendo hacia delante, chocaríamos con el gigante. Y no éramos partido para él, fuese lo que fuese. Sin esperar a comprobarlo, tomé la iniciativa, empujé a todos hacia atrás y prestamente los alejé de ese sitio.

Regresamos a casa de la Gorda, en silencio total. Nos tomó horas llegar. Estábamos absolutamente exhaustos. Cuando ya nos hallábamos a salvo, sentados en el cuarto de la Gorda, ésta habló:
Estamos fregados -me dijo-. No quisiste que avanzáramos. Esa cosa que vimos en el sendero era uno de tus aliados, ¿verdad? Salen de sus escondites cuando tú los jalas.
No respondí. No tenía caso protestar. Recordé las incontables veces en que yo creí que don Juan y don Genaro se habían conjurado el uno con el otro. Yo creía que mientras don Juan hablaba conmigo en la oscuridad, don Genaro se ponía un disfraz para asustarme, y don Juan insistía en que era un aliado. La idea de que hubiera aliados o entidades en el mundo, que escapan a nuestra atención cotidiana, resultaba demasiado inverosímil para mí. Pero luego, mi forma de vida me hizo descubrir que los aliados de los que don Juan hablaba sí existían en realidad; eran, como él dijera, entidades en el mundo.
Con un estallido autoritario, extraño para mí en mi vida de todos los días, me puse en pie y le dije a la Gorda y al resto que les tenía una proposición y que podían aceptarla o rehusarla. Si estaban listos para irse de allí yo me hallaba dispuesto a asumir la responsabilidad de llevarlos a otra parte. Si no estaban listos, me sentiría exonerado de toda relación ulterior con ellos.
Sentí un brote de optimismo y seguridad. Nadie dijo nada. Me miraron silenciosamente, como si en su interior sopesaran mi proposición.
-¿Cuánto tiempo les llevaría juntar todas sus cosas? -pregunté.
-No tenemos cosas -dijo la Gorda-. Nos iremos como estamos. Y nos podemos ir en este mismo minuto si es necesario. Pero si podemos esperar tres días, todo irá mejor.
-¿Qué pasará con las casas que tienes? -pregunté.
-Soledad se encargará de eso.
Esa era la primera ocasión en que se mencionaba el nombre de doña Soledad, desde la última vez que la había visto. Esto me intrigó tanto que transitoriamente olvidé el drama del momento. Me senté. La Gorda se mostró indecisa a responder a mi pregunta, acerca de doña Soledad. Néstor se adelantó y replicó que doña Soledad andaba por ahí, pero que ninguno de ellos sabía gran cosa de sus actividades. Y venía sin avisarle a nadie, y el arreglo entre ellos consistía en que ellos cuidarían la casa de ella, y viceversa. Doña Soledad sabía que ellos tendrían que irse tarde ó temprano, y que ella asumiría la responsabilidad de hacer lo que fuera necesario para disponer de las propiedades.
-¿Y como le van a avisar? -pregunté.
-Eso es cosa de la Gorda -respondió Néstor-. Nosotros no sabemos dónde está.
-¿Dónde está doña Soledad, Gorda? -pregunté.
-¿Cómo diablos lo voy a saber? -me replicó.
-Pero tú eres quien la llama -dijo Néstor.
La Gorda me miró. Era una mirada casual, pero me dio un escalofrío. Pude reconocer esa mirada; pero, ¿de dónde? Las profundidades de mi cuerpo se agitaron, mi plexo solar adquirió una solidez que nunca antes había sentido. Mi diafragma parecía empujar por su propia cuenta. Me hallaba considerando si debería tenderme en el suelo, cuando de pronto me hallé parado.
-La Gorda no sabe -les advertí-. Yo soy el único que sabe dónde está.
Hubo una conmoción, quizá más en mí que en nadie. Acababa de hacer esa afirmación sin ninguna base racional. Sin embargo, en el momento en que la hice tuve la convicción exacta de que sabía dónde se hallaba. Fue como un relámpago que cruzó mi conciencia. Vi una zona montañosa con picos áridos, muy rugosos; un terreno escabroso, frío y desolado.
Tan pronto como hube hablado, mi subsiguiente pensamiento consciente fue que sin duda había visto ese paisaje en una película y que la presión de estar con esa gente me estaba causando un colapso nervioso.
Les pedí disculpas por desconcertarlos de

esa manera tan estrepitosa como involuntaria. Volví a tomar asiento.
-¿Quieres decir que no sabes por qué dijiste eso? -me preguntó Néstor.
Había elegido cada palabra cuidadosamente. Lo natural, al menos para mi, era que hubiese dicho: "Así que en realidad no sabes dónde está". Les dije que algo desconocido me había posesionado. Les describí el terreno que vi y planteé la certeza que tuve de que doña Soledad se encontraba allí.
-Eso nos pasa seguido -corroboró Néstor.
Me volví hacia la Gorda, quien asintió. Le pedí que se explicara.
-Estas cosas raras y confusas nos han estado viniendo a la cabeza -reforzó la Gorda-. Pregúntale a Lidia, o a Rosa, o a Josefina.
Desde que habían iniciado su nueva organización de vida, Lidia, Rosa y Josefina casi no me hablaban. Se limitaron a saludarme y a hacer comentarios triviales sobre la comida o el tiempo.
Lidia evitó mis ojos. Murmuró que había pensado que en momentos recordaba otras cosas.
-A veces, de veras te odio -me dijo-. Creo que estás haciendo el estúpido. Y después me acuerdo de que estuviste muy enfermo por nosotros. ¿Eras tú?
-Claro que era él -intervino Rosa-. Yo también recuerdo cosas. Me acuerdo de una señora que era muy buena conmigo. Me enseñó a lavarme, y este nagual me cortó el pelo por primera vez, mientras que la señora me tenía agarrada porque yo estaba espantada. Esa señora me quería. Ha sido la única persona que se ha preocupado por mí. Con mucho gusto me hubiera ido a la tumba por ella.
-¿Quién era esa señora, Rosa? -le preguntó la Gorda con el aliento entrecortado.
-El sabe -afirmó Rosa.
Todos me miraron, esperando una respuesta. Me enojé y le grité a Rosa que no tenía por qué andar afirmando cosas que en realidad eran acusaciones. De ninguna manera yo les estaba mintiendo.
Rosa no se inmutó ante mi estallido. Calmadamente me explicó que se acordaba de la señora diciéndole que yo regresaría algún día, después de estar curado de mi enfermedad. Comprendió que la señora estaba atendiéndome, cuidándome para que yo recuperara la salud; por tanto, tenía que saber quién era ella y dónde estaba, puesto que ya estaba sano.
-¿De qué estaba enfermo, Rosa? -quise saber.
-Te enfermaste porque no podías seguir con tu mundo -aseveró con la máxima convicción-. Alguien me dijo, y de esto creo que hace mucho tiempo, que tú no estabas hecho para nosotros, lo mismo que Eligio le dijo a la Gorda en su ensueño. Tú te fuiste por eso y Lidia nunca te perdonó. Te va a odiar más allá de este mundo.
Lidia protestó que sus sentimientos hacia mí no tenían nada que ver con lo que Rosa estaba diciendo. Ella simplemente era de temperamento brusco y se enojaba con facilidad ante mis estupideces.
Le pregunté a Josefina si ella también se acordaba.
-Claro que sí -afirmó con una sonrisa-. Pero tú ya me conoces, estoy loca. No puedes confiar en mi. No soy digna de confianza.
La Gorda insistió en escuchar lo que Josefina recordaba, pero ésta no quiso decir nada y todos se pusieron a discutir; finalmente, Josefina se dirigió a mí:
-¿Qué caso tiene toda esta habladuría de acordarse? Es pura baba -afirmó-. Y no vale un pito.
Josefina pareció haber ganado un punto sobre todos nosotros. Ya no hubo más que decir. Todos empezaron a ponerse en pie para irse.
-Me acuerdo que me compraste ropas bonitas -dijo repentinamente Josefina-. ¿No te acuerdas de cuando me caí de las escaleras de una tienda? Casi me rompí la pierna y tú tuviste que sacarme cargada.
Todos volvieron a tomar asiento con los ojos fijos en Josefina.
-También recuerdo a una vieja loca -continuó-. Me pegaba y me correteaba por toda la casa hasta que tú te enojaste y la paraste.

Me sentí exasperado. Todos pendían de las palabras de Josefina, cuando ella misma nos había dicho que no confiáramos en ella porque estaba loca. Tenía razón. Sus recuerdos eran aberración pura para mí.
-Yo también sé por qué te enfermaste -prosiguió-. Yo estaba ahí. Pero no me acuerdo dónde. Te llevaron al otro lado de la pared de niebla para buscar a esta estúpida Gorda. Me supongo que se habría perdido. No tuviste fuerza para regresar. Cuando te sacaron ya estabas casi muerto.
El silencio que siguió a estas revelaciones fue opresivo. Yo tuve miedo de hacer más preguntas.
-No puedo recordar por qué demonios fue a dar allá la Gorda, o quién te trajo de regreso -continuó Josefina-. Pero sí me acuerdo que estabas tan enfermo que ya no me podías reconocer. Esta estúpida Gorda jura que no te conocía cuando llegaste por primera vez a esta casa hace unos meses. Yo te reconocí al instante. Me acordé de que tú eras el nagual que se enfermó. ¿Quieres saber una cosa? Creo que estas viejas nomás se están haciendo las difíciles. Y también los hombres, en especial ese estúpido Pablito. Tienen que acordarse. Ellos también estaban allí.
-¿Te puedes acordar dónde estábamos? -pregunté.
-No. No puedo -negó Josefina-. Pero si tú me llevas ahí, lo sabré. Cuando nosotros estábamos allí nos decían los borrachos, porque siempre andábamos mareados. Yo era la menos mareada de todos, por eso me acuerdo bien.
-¿Quién nos decía borrachos? -pregunté.
-A ti no, sólo a nosotros -replicó Josefina-. No sé quién, el nagual Juan Matus, supongo.
Miré a cada uno de ellos, y cada uno rehuyó mi mirada.
-Estamos llegando al final -murmuró Néstor, como si hablara consigo mismo-. Ya nuestro fin se nos está echando encima.
Parecía estar al borde de las lágrimas.
-Debería sentirme contento y orgulloso porque ya llegamos al final de nuestros días -continuó-. Y sin embargo estoy triste. ¿Puedes explicarme eso, nagual?
De repente, todos estábamos tristes. Incluso la desafiante Lidia había entristecido.
-¿Qué les pasa a todos ustedes? -pregunté con tono conviviente-. ¿De qué final están hablando?
-Yo creo que todos saben de qué final se trata -manifestó Néstor-. Últimamente he estado experimentando sentimientos extraños. Algo nos llama. Y no nos dejamos ir como deberíamos. Nos aferramos.
Pablito tuvo un verdadero momento de galantería y apuntó que la Gorda era la única entre ellos que no se aferraba a nada. El resto, me aseguró, eran egoístas casi irremediables.
-El nagual Juan Matus nos dijo que cuando sea el momento de irnos de este mundo tendremos un signo -planteó Néstor-. Algo que en verdad nos guste nos saldrá al paso para llevarnos.
-Dijo que no tiene que ser nada grandioso -añadió Benigno-. Cualquier cosilla que nos guste será suficiente.
-Para mí, el signo aparecerá con la forma de los soldaditos de plomo que nunca tuve -me dijo Néstor-. Una hilera de húsares a caballo vendrá para llevarme. ¿Qué será en tu caso?
Recordé que una vez don Juan me había dicho que la muerte se escondía detrás de cualquier cosa imaginable, incluso detrás de un punto en mi cuaderno de notas. Me dio luego la metáfora definitiva de mi muerte. Yo le había dicho que una vez caminando por el Hollywood Boulevard, en Los Ángeles, había oído el sonido de una trompeta que tocaba una vieja, idiota tonada popular. La música venía de una tienda de discos al otro lado de la calle. Nunca antes había oído yo un sonido tan hermoso. Quedé extasiado con él. Me tuve que sentar en la acera. El límpido sonido metálico de esa trompeta se colaba directo a mi cerebro. Lo sentí por encima de mi sien derecha. Me apaciguó hasta que me embriagué con él. Cuando concluyó supe que nunca habría manera de repetir esa experiencia, y tuve el suficiente desapego para no ir corriendo a la tienda a comprar

el disco y un equipo estereofónico en el cual tocarlo.
Don Juan dijo que ése había sido un signo que me fue dado por los poderes que gobiernan el destino de los hombres. Cuando me llegue el momento de dejar el mundo, en cualquier forma que sea, escucharé el mismo sonido de esa trompeta, la misma tonada idiota, el mismo trompetista inigualable.

El día siguiente fue frenético para todos. Parecían tener infinitas cosas que hacer. La Gorda dijo que sus quehaceres eran personales y que tenían que ser ejecutados por cada uno de ellos sin ninguna ayuda. Yo también tenía cosas que hacer. Me sentó muy bien quedarme solo. Manejé hasta el pueblo cercano que me había perturbado tanto. Fui directo a la casa que nos fascinara. Toqué a la puerta. Una señora abrió. Le inventé la historia de que yo, de niño, viví en esa casa y que quería verla de nuevo. La señora era muy gentil. Me dejó recorrer la casa, disculpándose reiteradamente por un inexistente desorden.
Había un acopio de recuerdos ocultos en esa casa. Allí se encontraban, podía sentirlos, pero no pude recordar nada.

Al día siguiente, la Gorda salió al amanecer; yo juzgué que estaría fuera todo el día, pero regresó a eso de las doce. Se veía muy molesta.
-Ya vino Soledad y quiere verte -me avisó llanamente.
Sin otra palabra de explicación me llevó a la casa de doña Soledad. Ésta se hallaba a la puerta. Se veía más joven y más fuerte que la última vez que hablé con ella. Sólo le quedaba un leve parecido con la mujer a la que yo había conocido años antes.
La Gorda parecía a punto de soltar las lágrimas. La tensión nerviosa por la que pasábamos hacía que su humor me fuera perfectamente comprensible. Se fue sin decir una palabra.
Doña Soledad dijo que sólo tenía muy poco tiempo para hablar conmigo y que estaba dispuesta a aprovechar hasta el último segundo. Se mostraba extrañamente diferente. Había un tono de urbanidad en cada palabra que decía.
Hice un gesto para interrumpirla y formular una pregunta. Quería saber dónde había estado. Ella me desairó de una manera delicadísima. Escogió cada palabra cuidadosamente, y reafirmó que la falta de tiempo sólo le permitiría decir lo que fuese esencial.
Atisbó en mis ojos durante un momento que me pareció largo y poco natural. Esto me molestó. Durante ese lapso bien pudo hablar conmigo y responderme varias preguntas. Rompió el silencio y empezó a decir lo que yo juzgué puras cosas absurdas. Dijo que me había atacado tal como yo se lo pedí el día en que cruzamos las líneas paralelas por primera vez, y que sólo esperaba que el ataque hubiera sido efectivo y que hubiese cumplido su propósito. Quise gritarle que yo nunca le había pedido nada de eso. No entendía nada de líneas paralelas y todo lo que me decía era insensato. Ella cerró mis labios con su mano. Me eché hacia atrás automáticamente. Pareció entristecerse. Dijo que no había manera de que pudiéramos hablar porque en ese momento estábamos en dos líneas paralelas y ninguno de los dos tenía la energía suficiente para cruzarlas; solamente sus ojos me expresarían su estado de ánimo.
Sin razón aparente comencé a tranquilizarme; algo dentro de mí se sintió cómodo. Advertí que las lágrimas rodaban por mis mejillas. Y después, una sensación increíble me posesionó momentáneamente. Fue un instante, pero lo suficientemente largo como para sacudir los cimientos de mi conciencia, o de mi persona, o de los que yo creo y siento que soy yo mismo. Durante ese breve instante supe que ella y yo nos hallábamos muy próximos el uno al otro en propósito y temperamento. Nuestras circunstancias eran semejantes. Le dije, sin decir palabra alguna, que la nuestra había sido una lucha ardua, pero que esa lucha aún no terminaba. Nunca terminaría. Ella me decía adiós. Me decía

que nuestros caminos jamás se volverían a cruzar, que habíamos llegado al fin de un sendero. Una ola perdida de afiliación, de parentesco, surgió desde algún inimaginable rincón oscuro de mí mismo. Fue un relámpago, estalló como una carga eléctrica en mi cuerpo. La abracé; mi boca se movía, decía cosas que no tenían significado para mí. Sus ojos se iluminaron. Ella también me decía algo que yo no podía comprender. Lo único que me era claro era que yo había cruzado las líneas paralelas, y esto no tenía ningún significado pragmático para mí. Había una angustia almacenada dentro de mi, que empujaba hacia afuera. Alguna fuerza inexplicable me hendía. No podía respirar y todo se oscureció.

Sentí que alguien me movía, me sacudía con suavidad. El rostro de la Gorda se volvió nítido. Me hallaba tendido en la cama de doña Soledad, y la Gorda estaba sentada a mi lado. Nos hallábamos solos.
-¿Dónde está doña Soledad? -pregunté.
-Se fue -respondió la Gorda.
Quería contarle todo a la Gorda. Ella me lo pidió. Abrió la puerta. Todos los aprendices se encontraban afuera, esperándome. Se habían puesto sus ropas más parchadas. La Gorda me explicó que rasgaron las demás que tenían. Ya empezaba a atardecer. Había dormido durante horas. Sin hablar, caminamos a casa de la Gorda, donde mi auto se hallaba estacionado. Todos se apilaron dentro, como niños que van a su paseo dominical.
Antes de subir al auto me quedé contemplando el valle. Mi cuerpo inició una lenta rotación e hizo un círculo completo, como si tuviese voluntad, propósito por sí mismo. Sentí que me hallaba capturando la esencia de ese lugar. Quería conservarlo dentro de mi, pues sabía inequívocamente que nunca lo volvería a ver en esta vida.
Los otros seguramente ya lo habían hecho. Estaban libres de melancolía, reían y se hacían bromas.
Arranqué el auto y nos fuimos. Cuando llegamos a la última curva de la carretera, el sol estaba poniéndose, y la Gorda gritó que me detuviera. Salió del auto y corrió hasta una pequeña colina que se hallaba junto al camino. Trepó a ella y echó una última mirada a su valle. Extendió sus brazos hacia él y trató de inhalarlo.

Descender esas montañas nos tomó un tiempo extrañamente corto; fue un viaje sin ningún tipo de percances. Todos iban callados. Traté de iniciar una conversación con la Gorda, pero ella se negó del todo. Explicó que esas montañas eran posesivas y que exigían ser dueñas de ellos, y que si no guardaban su energía, las montañas nunca los dejarían ir.
Una vez que llegamos a las tierras bajas, todos se animaron mucho más, la Gorda en especial. Parecía burbujear de energía. Incluso me proporcionó informaciones sin ninguna coacción de mi parte. Una de las cosas que dijo fue que el nagual Juan Matus le había dicho, y Soledad se lo confirmó, que había otro lado en nosotros. Al oír esto, los demás se unieron a la conversación con preguntas y comentarios. Todos se encontraban terriblemente confundidos con los extraños recuerdos que tenían de eventos que lógicamente no pudieron haber ocurrido. Puesto que algunos de ellos me habían conocido unos cuantos meses antes, recordarme en un pasado remoto era algo que rebasaba los confines de la razón.
Les hablé de mi encuentro con doña Soledad. Les describí mi sensación de haberla conocido íntimamente desde antes, y sobre todo, la sensación de haber cruzado inequívocamente lo que ella llamaba las líneas paralelas. Esto último les causó una gran agitación; parecía que ya habían escuchado el término con anterioridad, pero yo no estaba seguro de que comprendiesen lo que significaba. Para mí era una metáfora. Pero no podría asegurar si sería lo mismo para ellos.
Cuando nos acercábamos a la ciudad de Oaxaca expresaron el deseo de visitar el lugar donde la Gorda aseguró que don Juan y don Genaro habían desaparecido.

Manejé directo hasta ese sitio. Salieron apresuradamente del auto y parecían estar orientándose, olfateando algo, buscando huellas. La Gorda señaló la dirección en la que creía que don Juan y don Genaro se habían ido.
-Cometiste un error terrible, Gorda -dijo Néstor en voz muy alta-. Ese no es el Este, es el Norte.
La Gorda protestó y defendió su opinión. Las mujeres la apoyaron, al igual que Pablito. Benigno no quiso comprometerse; sólo continuaba mirándome como si yo fuera el que proporcionaría la respuesta, lo cual hice. Me referí al mapa de la ciudad de Oaxaca que tenía en el auto. La dirección que la Gorda señalaba ciertamente era el Norte.
Néstor comentó que había estado seguro, desde el primer momento, que su partida del pueblo no fue prematura o forzada en lo más mínimo; el cronometraje había sido correcto. Los otros no tuvieron tal seguridad y sus titubeos fueron a raíz del error de la Gorda. Ellos habían creído, al igual que la Gorda, que el nagual señaló hacia el pueblo, lo cual significaba que debían quedarse allí. Yo admití, después de considerarlo, que a fin de cuentas yo era el único culpable, porque, a pesar de que tenía el mapa, no lo utilicé en aquel momento.
Después les mencioné haber olvidado decirles que uno de los dos hombres, el que yo creí que era don Genaro, nos había llamado con un movimiento de cabeza. Los ojos de la Gorda se abrieron con sorpresa genuina, o incluso alarma. Ella no percibió el gesto, afirmó. La seña sólo había sido para mí.
-¡Ya estamos! -exclamó Néstor-. ¡Nuestros destinos están sellados!
Se volvió para dirigirse a los demás. Todos ellos hablaban al mismo tiempo. Néstor hizo gestos frenéticos con las manos, para calmarlos.
-Lo único que espero es que todos ustedes hayan hecho lo que tenían que hacer como si nunca fueran a regresar -expresó-. Porque ya no vamos a regresar.
-¿Nos estás diciendo la verdad? -me preguntó Lidia con una mirada feroz en sus ojos, y los demás me contemplaron llenos de ansiedad.
Les aseguré que yo no tenía ninguna razón para inventarlo. El hecho de que yo hubiese visto a ese hombre haciéndome gestos con la cabeza no tenía ningún significado para mí. Además, ni siquiera estaba convencido de que esos hombres hubieran sido don Juan y don Genaro.
-Eres muy mañoso -dijo Lidia-. A lo mejor nos estás diciendo todo esto para que te sigamos mansamente.
-Oye, un momento -objetó la Gorda-. Este nagual podrá ser todo lo mañoso que quieras, pero jamás haría algo así.
Todos empezaron a hablar al mismo tiempo. Traté de mediar y tuve que gritar, por encima de sus voces, que lo que hubiese podido ver, de cualquier manera no significaba nada.
Muy cortésmente, Néstor me explicó que Genaro les había dicho que cuando llegara el momento de abandonar el valle, de algún modo él se los haría saber con un movimiento de su cabeza. Todos guardaron silencio cuando les dije que si sus destinos se hallaban sellados por ese evento, lo mismo ocurría con el mío: todos iríamos hacia el Norte.
Después, Néstor nos llevó a un sitio dónde alojarnos, una casa de pensión en la que él se hospedaba cuando hacía sus negocios en la ciudad. Todos se mostraban contentísimos, tanto que me hacían sentir incómodo. Incluso Lidia me abrazó y se disculpó por ser tan problemática. Me explicó que ella le creyó a la Gorda a pie juntillas y por tanto no se habían tomado la molestia de romper sus vínculos definitivamente. Josefina y Rosa parecían estar en un paroxismo de alegría y me daban feroces palmadas en la espalda una y otra vez. Yo quería hablar con la Gorda. Necesitaba discutir nuestro curso de acción. Pero no hubo manera de estar a solas con ella esa noche.

Néstor, Pablito y Benigno salieron muy temprano en la mañana para arreglar

unos asuntos. Lidia, Rosa y Josefina también se fueron de compras. La Gorda me pidió que la ayudara a adquirir su ropa nueva. Quería que yo le escogiera un vestido: una selección perfecta que le daría confianza en sí misma, necesaria para ser una guerrera fluida. No sólo le encontré el vestido, sino un atuendo completo.

La llevé a dar un paseo. Vagabundeamos por el centro de la ciudad como un par de turistas, mirando a los indios con sus trajes regionales. Siendo una guerrera sin forma, la Gorda se hallaba perfectamente a gusto en su elegancia. Se veía arrebatadora. Era como si nunca hubiese vestido de otra manera. Yo era quien estaba azorado.

Me resultaba imposible formular las preguntas que quería hacerle a la Gorda, a pesar de que eso debería ser tan fácil para mí. No tenía idea de qué preguntarle. Le dije, con gran seriedad, que su nueva apariencia me afectaba sobremanera. Muy sobriamente, contestó que el transborde de los linderos del afecto era lo que me había alterado.

-Anoche cruzamos unos linderos -añadió-. Soledad ya me había dicho lo que iba a suceder, así es que yo estaba preparada. Pero tú no.

Empezó a explicarme lentamente lo que significaba que la noche anterior hubiéramos transbordado unos linderos de afecto. Enunciaba cada sílaba como si hablara con un niño o con un extranjero. Pero yo no me podía concentrar. Regresamos a nuestra pensión. Necesitaba descansar, y sin embargo terminé saliendo nuevamente. Lidia, Rosa y Josefina no habían podido encontrar nada y querían algo como el atuendo de la Gorda.

A media tarde estaba de vuelta en el hospedaje admirando a las hermanitas. Rosa tenía dificultades con los zapatos de tacón alto. Estábamos haciéndole bromas sobre sus pies cuando la puerta se abrió con lentitud y Néstor hizo su dramática aparición. Vestía un traje azul. Su pelo estaba cuidadosamente peinado y un poco afelpado, como si hubiera usado una secadora. Miró a las mujeres y ellas lo miraron a él. Pablito entró, seguido por Benigno. Los dos estaban impresionantes. Sus zapatos eran nuevecitos y los trajes parecían cortados a la medida.

Mi sorpresa era total al verlos a todos ellos en ropas citadinas. Me recordaban enormemente a don Juan. Quizá me hallaba tan conmocionado al ver a los tres Genaros con sus trajes citadinos, como lo había estado al ver a don Juan vistiendo traje, y sin embargo acepté el cambio instantáneamente. Por otra parte, aunque no me sorprendía la transformación de las mujeres, por alguna razón no podía acostumbrarme a ella.

Pensé que los Genaros habían tenido un mágico golpe de suerte para poder encontrar trajes tan perfectos. Ellos rieron cuando me oyeron entusiasmarme por su suerte. Néstor me aclaró que un sastre les había hecho los trajes desde hacía meses.

-Cada uno de nosotros tiene otro traje -confirmó-. Es más, también tenemos maletas de cuero. Ya sabíamos que nuestra vida en las montañas se había acabado. ¡Y ya estamos listos para partir! Por supuesto, primero tienes que decirnos a dónde vamos. Y también cuánto tiempo nos quedaremos aquí.

Me explicó que tenía algunos viejos asuntos que atender y que necesitaba tiempo para cerrarlos. La Gorda se hizo cargo y con gran seguridad y autorización afirmó que esa noche iríamos tan lejos como el poder nos lo permitiera; consecuentemente, tenían hasta el fin del día para arreglar sus asuntos. Néstor y Pablito se detuvieron en la puerta, titubeaban. Me miraron, esperando alguna confirmación. Pensé que lo menos que podía hacer era ser honesto con ellos, pero la Gorda me interrumpió justo cuando empezaba a decir que no tenía la más remota idea de lo que iríamos a hacer.

-Nos veremos en la banca del nagual al atardecer -dijo la Gorda-. Partiremos de allí. Para entonces debemos haber hecho aquí todo lo que tengamos o queramos hacer, sabiendo que nunca más en esta vida regresaremos.

La Gorda y yo nos quedamos solos una vez que todos se fueron. Con un movimiento abrupto y un tanto torpe, ella se sentó en mis piernas. Era tan ligera, que yo podía hacer que todo su delgado cuerpo se estremeciera con sólo contraer los músculos de mis pantorrillas. Su cabello tenía una fragancia peculiar. Bromeé diciéndole que su perfume era intolerable. Ella reía y se sacudía cuando, de la nada, un sentimiento me llegó... ¿Un recuerdo? Súbitamente era otra Gorda la que estaba sentada en mis piernas, y era obesa, de doble tamaño de la Gorda que conocía. Tuve la sensación de que yo la cuidaba.

El impacto de ese espurio recuerdo me hizo ponerme en pie. La Gorda cayó estrepitosamente al suelo. Le describí lo que acababa de "recordar". Le dije que sólo una vez la había visto cuando era gorda, tan brevemente que no tenía idea de sus rasgos, y, sin embargo, hacía un momento tuve la visión de su rostro cuando era obeso.

No hizo ningún comentario. Se quitó la ropa y se volvió a poner su viejo vestido.

-Todavía no estoy lista para vestirme así -anunció, señalando sus nuevas ropas-. Todavía tenemos otra cosa que hacer antes de que seamos libres. De acuerdo con las instrucciones del nagual Juan Matus, debemos sentarnos juntos en un sitio de poder que él eligió.

-¿Dónde está ese sitio?

-En alguna parte de las montañas en estos alrededores. Es como una puerta. El nagual me dijo que había una hendidura natural en ese sitio, que ciertos lugares de poder son agujeros en este mundo; si no tienes forma, puedes pasar por uno de esos agujeros hacia lo desconocido, hacia otro mundo. Ese mundo y este mundo en que vivimos están en dos líneas paralelas. Hay muchas posibilidades de que todos nosotros hayamos sido llevados a través de esas líneas una o varias veces, pero no lo recordamos. Eligio está en ese otro mundo. Algunas veces llegamos a él a través del ensueño. Josefina, por supuesto, es la mejor ensoñadora de nosotros. Cruza las líneas todos los días, pero el estar loca la hace indiferente, hasta un poco tonta, así es que Eligio me ayudó a cruzar las líneas pensando que yo era más inteligente y resulté igual de pendeja. Eligio quiere que nos acordemos de nuestro lado izquierdo. Soledad me indicó que el lado izquierdo es la línea paralela a la que estamos viviendo en este momento. Así es que si Eligio quiere que lo recordemos, es porque tuvimos que haber estado allí. Y no en ensueños. Por eso es que todos nosotros recordamos cosas raras de vez en cuando.

Sus conclusiones eran lógicas dadas las premisas con las que operaba. Yo entendía lo que ella estaba diciendo; esos recuerdos desasociados que ninguno solicitaba, estaban empapados de la realidad de la vida cotidiana, y sin embargo no podíamos hallar la secuencia temporal que les correspondía, ninguna apertura en el continuo de nuestras vidas donde pudiesen encajar.

La Gorda se reclinó en la cama. Había desazón en sus ojos.

-Lo que me preocupa es cómo vamos a encontrar ese lugar de poder -se angustió-. Sin eso, no hay manera de hacer el viaje.

-Lo que a mí me preocupa es a dónde voy a llevarlos a todos ustedes y qué voy a hacer contigo -reflexioné.

-Soledad me explicó que iríamos al Norte, cuando menos hasta la frontera -recordó la Gorda-. Algunos de nosotros quizá vayamos más al norte. Pero tú no nos acompañarás hasta el final de nuestro camino. Tú tienes otro destino.

La Gorda se quedó pensativa unos momentos. Frunció el entrecejo con el aparente esfuerzo de ordenar sus pensamientos.

-Soledad me aseguró que tú me vas a llevar a cumplir mi destino -enfatizó-. Yo soy la única de todos nosotros que está a tu cargo.

En todo mi rostro debió pintarse la alarma. Ella sonrió.

-Soledad también me advirtió que estás taponado -prosiguió la Gorda-. Sin embargo, tienes momentos en que si eres un nagual. Dice Soledad que el resto del tiempo

eres así como un loco que es lúcido sólo por unos momentos y luego se hunde nuevamente en su locura.
Doña Soledad había usado una imagen que yo podía comprender. En su manera de ver, debí haber tenido un momento de lucidez cuando supe que había cruzado las líneas paralelas. Ese mismo momento, en mi modo de pensar, fue el más incongruente de todos. Doña Soledad y yo ciertamente nos hallábamos en distintas líneas de pensamiento.
-¿Qué más te dijo? -pregunté.
-Que tenía que forzarme a recordar -respondió-. Se agotó tratando de limpiarme la memoria, por eso ya no pudo tratar conmigo.
La Gorda se levantó; estaba lista para salir. La llevé a pasear por la ciudad. Se veía muy contenta. Iba de lugar en lugar observando todo, deleitando sus ojos en el mundo. Don Juan me había dado esa imagen. Decía que un guerrero sabe que está esperando y también sabe qué es lo que está esperando, y, mientras espera, deleita sus ojos en el mundo. Para él la máxima hazaña de un guerrero era el gozo. Esa día, en Oaxaca, la Gorda seguía las enseñanzas de don Juan al pie de la letra.

Después de la puesta del sol, antes del crepúsculo, nos sentamos en la banca de don Juan. Benigno, Pablito y Josefina llegaron primero. Después de unos minutos, los otros tres se nos unieron. Pablito tomó asiento entre Josefina y Lidia y abrazó a las dos. Todos habían vuelto a ponerse sus viejas ropas. La Gorda se incorporó y empezó a hablarles del sitio de poder.
Néstor se rió de ella y todos los demás le hicieron coro.
-Ya nunca más nos vas a engatusar con tu aire de mando -criticó Néstor-. Ya nos liberamos de ti. Anoche transbordamos los linderos.
La Gorda siguió imperturbable, pero los demás estaban enojadísimos. Tuve que intervenir. Dije en voz alta que quería saber más acerca de los linderos que habíamos transbordado la noche anterior. Néstor explicó que ésos les pertenecían sólo a ellos. La Gorda estuvo en desacuerdo. Parecía que ya iban a empezar a pelearse. Llevé a Néstor a un lado y le ordené que me hablara de los linderos.
-Nuestros sentimientos establecen límites alrededor de cualquier cosa -expuso-. Mientras más queremos algo, más fuerte es el cerco. En este caso nosotros queríamos a nuestra casa, y antes de irnos tuvimos que deshacernos de ese sentimiento. Los sentimientos por nuestra tierra llegaban hasta la cumbre de las montañas que están al oeste de nuestro valle. Ese fue el lindero, y cuando cruzamos la cima de esas montañas, sabiendo que ya nunca regresaríamos, los rompimos.
-Pero yo también sabía que no iba a regresar -dije.
-Es que tú no amabas esas montañas igual que nosotros -replicó Néstor.
-Eso está por verse -terció la Gorda, crípticamente.
-Estábamos bajo su influencia -intervino Pablito, poniéndose en pie y señalando a la Gorda-. Esta nos tenía del pescuezo. Ahora me doy cuenta de lo estúpido que fui por culpa de ella. No tiene caso llorar por lo que ya pasó, pero nunca me volverá a suceder lo mismo.
Lidia y Josefina se unieron a Néstor y a Pablito. Benigno y Rosa observaban todo como si ese altercado ya no les incumbiese más.
En ese momento experimenté otro instante de certeza y de conducta autoritaria. Me levanté y, sin ninguna volición consciente de mi parte, anuncié que yo me hacía cargo y que relevaba a la Gorda de cualquier obligación ulterior de hacer comentarios o de presentar sus ideas como única solución. Cuando terminé de hablar me asombré de mi audacia. Todos, inclusive la Gorda, estaban contentísimos.
La fuerza que generó mi explosión fue primero la sensación física de que mis fosas nasales se abrían, y después la certeza de que yo sabía lo que don Juan quería decir y dónde se hallaba con exactitud el lugar al que teníamos que ir para poder ser li-

bres. Cuando mis fosas nasales se abrieron tuve una visión de la casa que me había intrigado.
Les dije a dónde íbamos a ir. Todos aceptaron mis instrucciones, sin discutir e incluso sin comentarios. Pagamos en la pensión y nos fuimos a cenar. Luego, paseamos por la plaza hasta las once de la noche. Fuimos a mi auto, se apilaron ruidosamente dentro de él, y nos encaminamos a ese misterioso pueblo. La Gorda se quedó despierta para hacerme compañía, mientras los demás dormían. Después, Néstor manejó y la Gorda y yo dormimos.

V. UNA HORDA DE BRUJOS IRACUNDOS

Nos hallábamos en el pueblo cuando despuntó el alba. En ese momento tomé el volante y manejé hacia la casa. La Gorda me pidió que me detuviera un par de cuadras antes de llegar. Salió del auto y empezó a caminar por la alta banqueta. Todos salieron, uno a uno. Siguieron a la Gorda. Pablito vino a mi lado y dijo que debía estacionar el auto en el zócalo, el cual se hallaba a una cuadra de allí. Eso hice.
En el momento en que vi que la Gorda daba la vuelta a la esquina supe que algo le ocurría. Se hallaba extraordinariamente pálida. Vino a mí y me susurró que iba a ir a oír la primera misa. Lidia también quería hacer lo mismo. Las dos atravesaron el zócalo y entraron en la iglesia.
Nunca había visto tan sombríos a Pablito, Néstor y Benigno. Rosa estaba asustada, con la boca abierta, los ojos fijos, sin pestañear, mirando hacia la casa. Solamente Josefina resplandecía. Me dio una amistosa y jovial palmada en la espalda.
-Orate, hijo de la patada -exclamó-. ¡Ya les diste en la mera torre a estos hijos de la chingada!
Rió hasta que casi perdió el aliento.
-¿Este es el lugar, Josefina? -le pregunté.
-Claro que sí -dijo-. La Gorda siempre iba a la iglesia. Era una verdadera beata en esos tiempos.
-¿Te acuerdas de esa casa que está ahí? -le pregunté, señalándola.
-Es la casa de Silvio Manuel -respondió.
Todos saltamos al oír ese nombre. Yo experimenté algo similar a una benigna descarga de corriente eléctrica que me pasaba por las rodillas. El nombre definitivamente no me era conocido, y sin embargo mi cuerpo saltó al oírlo. Todo lo que se me ocurrió pensar fue que Silvio Manuel era un nombre sonoro y melodioso.
Los tres Genaros y Rosa se hallaban tan perturbados como yo. Advertí que todos ellos habían palidecido. A juzgar por lo que sentí, yo debía de estar tan pálido como ellos.
-¿Quién es Silvio Manuel? -finalmente pude preguntarle a Josefina.
-Ahora sí me agarraste -dijo-. No sé.
Josefina reiteró entonces que estaba loca y que nada de lo que dijera debía de tomarse en serio. Néstor le suplicó que nos refiriera todo lo que recordase.
Josefina trató de pensar, pero era del tipo de personas que no funcionan bien bajo presión. Yo sabía que ella podría hacerlo si nadie le preguntaba nada. Propuse que buscáramos una panadería o cualquier lugar dónde comer.
-A mí no me dejaban hacer nada en esa casa; eso es lo único de lo que me acuerdo -dijo Josefina de repente.
Se volvió en torno suyo como si buscara algo, o como si tratara de orientarse.
-¡Aquí hay algo que falta! -exclamó-. Esto no es exactamente como era.
Traté de ayudarla formulando preguntas que consideré apropiadas, como si eran ciertas casas las que faltaban, o si éstas habían sido pintadas, o si se habían construido otras, pero Josefina no pudo determinar cuál era la diferencia.
Caminamos a la panadería y compramos panes de dulce. Cuando íbamos de regreso al zócalo a esperar a la Gorda y a Lidia, Josefina súbitamente se dio un golpe en la frente como si una idea la hubiera fulminado.
-¡Ya sé qué es lo que falta! -gritó-: ¡Es esa pinche pared de niebla! Aquí estaba antes. Ahora ya no.

Todos empezamos a hablar al mismo tiempo, haciéndole preguntas acerca de la pared, pero Josefina continuó hablando sin perturbarse, como si no estuviéramos allí.
-Era una pared de niebla que se alzaba hasta el cielo -dijo-. Estaba exactamente aquí. Cada vez que volteaba la cabeza, ahí estaba la pinche pared. Me volvió loca. ¡Hijo de la chingada! Yo andaba bien del coco hasta que esa pared me enloqueció.
"La veía con los ojos abiertos o con los ojos cerrados. Creía que esa pared me andaba siguiendo.
Durante un instante Josefina perdió su vivacidad natural. Una mirada de desesperación apareció en sus ojos. Yo había visto ese tipo de mirada en personas con experiencias psicóticas. Apresuradamente le sugerí que se comiera su pan. Ella se calmo al instante y empezó a comerlo.
-¿Qué piensas de todo esto, Néstor? -pregunté.
-Tengo miedo -respondió suavemente.
-¿Te acuerdas de algo?
Negó sacudiendo la cabeza. Interrogué a Pablito y a Benigno con un movimiento de cejas. Ellos negaron con la cabeza.
-¿Y tú, Rosa? -pregunté.
Rosa saltó cuando oyó que le hablaba. Parecía haber perdido el habla. Tenia un pan en su mano y se le quedó mirando, como si no decidiera qué hacer con él.
-Claro que se acuerda -aseguró Josefina, riendo-, pero está muerta de miedo. ¿A poco no ves que le sale pipí hasta por las orejas?
Josefina parecía creer que su aseveración era broma máxima. Se dobló de la risa y dejó caer el pan al suelo. Lo recogió, le sacudió el polvo y se lo comió.
-Los locos hasta comen mierda -dijo, dándome una palmada en la espalda.
Néstor y Benigno se veían muy azorados con las extravagancias de Josefina. Pero Pablito estaba feliz. Había una mirada de admiración en sus ojos. Sacudía la cabeza y chasqueaba la lengua como si tal gracia fuese inconcebible.
-Vamos a la casa -nos urgió Josefina-. Allá les platicaré muchas cosas.
Le dije que debíamos esperar a la Gorda y a Lidia; además, aún era muy temprano para molestar a la gentil dama que vivía allí. Pablito dijo que en el curso de su trabajo de carpintería había estado en ese pueblo y conocía una familia que preparaba comida para viajeros. Josefina no quería esperar, era cuestión de ir a la casa o ir a comer. Opté por ir a desayunar y ordené a Rosa que fuera a la iglesia a buscar a la Gorda y a Lidia, pero, galantemente, Benigno se ofreció á esperarlas y llevarlas luego al sitio donde desayunaríamos. Al parecer, él también sabía dónde quedaba.
Pablito no nos llevó directamente allí. En vez de eso, y a petición mía, hicimos una larga desviación. Había un antiguo puente en las afueras del pueblo que yo quería examinar.
Lo había visto desde el auto aquel día en que la Gorda y yo venimos por primera vez. La estructura del puente parecía colonial. Avanzamos por el puente y de pronto nos detuvimos abruptamente a la mitad. Pregunté a un hombre que estaba allí qué tan antiguo era el puente. Respondió que lo había visto toda su vida y que él ya tenía más de cincuenta años de edad. Pensé que el puente ejercía una fascinación única sólo para mí, pero al ver a los demás tuve que concluir que a ellos también los había afectado. Néstor y Rosa estaban jadeando, sin poder respirar. Pablito se sostenía en Josefina, y ella a su vez se sostenía en mí:
-¿Te acuerdas de algo, Josefina? -pregunté.
-Ese maldito Silvio Manuel está al otro lado del puente -dijo, señalando hacia el otro extremo, que se hallaba como a unos nueve metros.
Miré a Rosa, quien asintió afirmativamente con la cabeza. Susurró que una vez ella había cruzado ese puente con gran temor y que algo la había estado esperando del otro lado para devorarla.
Los dos hombres no podían ofrecer ayuda. Me miraron, perplejos. Cada uno de ellos dijo que tenía miedo sin ninguna razón. Estuve de acuerdo con ellos. Sentí que de noche no me atrevería a cruzar el puen-

te por todo el oro del mundo. No supe por qué.
-¿Qué más recuerdas, Josefina? -le pregunté.
-Mi cuerpo ahora sí ya se asustó -dijo-. No puedo acordarme de nada más. El maldito Silvio Manuel siempre está en la oscuridad. Pregúntale a Rosa.
Con un movimiento de mi cabeza, invité a Rosa a hablar. Asintió afirmativamente tres o cuatro veces pero no pudo vocalizar sus palabras. La tensión que yo mismo me hallaba experimentando era insólita, pero real. Todos estábamos parados en el puente, a la mitad, sin poder dar otro paso en la dirección que Josefina había señalado. Finalmente, Josefina tomó la iniciativa y dio media vuelta. Regresamos caminando al centro del pueblo. Después, Pablito nos llevó a una casa bastante grande. La Gorda, Lidia y Benigno ya estaban desayunando, y habían ordenado comida para nosotros. Yo no tenía hambre. Pablito, Néstor y Rosa se hallaban ofuscados; Josefina comió con gran apetito. Había un silencio ominoso en la mesa. Nadie quiso verme a los ojos cuando traté de iniciar una conversación.
Después del desayuno caminamos a la casa. Nadie dijo una palabra. Toqué en la puerta y cuando la dama salió le expliqué que deseaba mostrar la casa a mis amigos. La señora titubeó unos momentos. La Gorda le dio algo de dinero y se disculpó por molestarla.
Josefina nos condujo directamente hasta el fondo. No había visto esa parte de la casa cuando estuve antes. Había un patio empedrado, con cuartos distribuidos en torno a él. Unas pesadas herramientas de siembra habían sido almacenadas en los techados corredores. Tuve la sensación de que había visto ese patio cuando no había tanto desorden. Había ocho cuartos, dos en cada uno de los cuatro lados del patio. Néstor, Pablito y Benigno parecían estar a punto de vomitar. La Gorda respiraba profundamente. Tomó asiento con Josefina en una banca hecha en la pared misma. Lidia y Rosa entraron en uno de los cuartos. Repentinamente Néstor pareció tener la necesidad de encontrar algo y desapareció en otro cuarto. Benigno y Pablito hicieron lo mismo.
Me quedé solo con la señora. Quise conversar con ella, hacerle preguntas, averiguar si conocía a Silvio Manuel, pero no pude reunir energía para hablar. Mi estómago estaba hecho un nudo. Mis manos chorreaban perspiración. Lo que me oprimía era una tristeza intangible, el anhelo de algo que no estaba presente, que no se podía formular.
No pude soportarlo. Estaba a punto de despedirme de la señora e irme de la casa cuando la Gorda llegó a mi lado. Me susurró que teníamos que entrar en un cuarto que era visible desde donde nos encontrábamos. Fuimos allí. Era muy grande y vacío, con un gran techo de vigas, oscuro pero aireado.
La Gorda llamó a todos a ese cuarto. La señora tan sólo se nos quedó mirando pero no fue con nosotros. Todos parecían saber precisamente dónde sentarse. Los Genaros lo hicieron a la derecha de la puerta, a un lado del cuarto, y la Gorda y las tres hermanitas se sentaron a la izquierda, en el lado opuesto. Se acomodaron cerca de las paredes. Aunque me hubiera gustado sentarme junto a la Gorda, lo hice en el centro del cuarto. El lugar me pareció apropiado. No supe por qué, pero era como si un orden ulterior hubiera determinado nuestros sitios.
Mientras permanecí sentado allí me envolvió una oleada de extraños sentimientos.
Me hallaba pasivo y en reposo total. Me imaginé como si yo fuera una pantalla cinematográfica en la cual proyectaban sentimientos de tristeza y de anhelo que no eran míos. Pero no había nada que pudiera reconocer como un recuerdo preciso.
Permanecimos en ese cuarto más de una hora. Hacia el final sentí que me hallaba a punto de descubrir la fuente de esa tristeza sobrenatural que me estaba haciendo llorar casi sin control. Pero después, tan involuntariamente como nos habíamos

sentado allí, nos pusimos en pie y salimos de la casa. Ni siquiera nos despedimos de la señora, no le dimos las gracias.
Nos congregamos en el zócalo. La Gorda afirmó al instante que como ella había perdido la forma humana aún era la cabeza del grupo. Dijo que tomaba esa posición a causa de las conclusiones a las que había llegado en casa de Silvio Manuel. La Gorda parecía esperar algún comentario. El silencio de los demás me era intolerable. Finalmente tuve que decir algo.
-¿A qué conclusiones llegaste en la casa, Gorda? -le pregunté.
-Creo que todos sabemos cuáles son -me replicó con un tono arrogante.
-No sabemos nada de eso -dije-. Todavía nadie ha dicho nada.
-No tenemos que hablar, sabemos -dijo la Gorda.
Insistí que yo no podía tomar por cierto un evento de tal importancia. Necesitábamos hablar de nuestros sentimientos. En lo que a mí tocaba, sólo podía dar cuenta de haber encontrado una sensación devastadora de tristeza y desesperación.
-El nagual Juan Matus tenía razón -dijo la Gorda-. Teníamos que sentarnos en ese sitio de poder para ser libres. Yo ya soy libre. No sé cómo pasó esto, pero algo se salió de mí cuando estaba sentada allí.
Las tres mujeres estuvieron de acuerdo. Los hombres, no. Néstor dijo que había estado a punto de recordar rostros reales, pero que por más que trató de aclarar su visión algo lo impedía. Todo lo que había experimentado era una sensación de anhelo y de tristeza de hallarse aún en este mundo. Pablito y Benigno dijeron más o menos lo mismo.
-¿Te das cuenta, Gorda? -dije.
La Gorda parecía molesta; enrojeció y contrajo los músculos del rostro en un gesto de enojo como jamás lo había visto en ella. ¿O acaso ya la había visto así, en alguna otra parte? Arengó al grupo. Yo no podía prestar atención a lo que decía. Me hallaba inmerso en un recuerdo que no tenía forma, pero que se hallaba casi a mi alcance. Para sostenerlo parecía que yo necesitaba el impulso continuo de la Gorda. Mi atención estaba fija en el sonido de su voz, en su ira. En un momento determinado, cuando ella atenuaba su enojo le grité que era mandona. Eso en verdad la molestó. La observé unos momentos. Estaba recordando a otra Gorda, otro tiempo; una Gorda obesa, iracunda, que con sus puños golpeaba mi pecho. Recordé que yo reía al verla enojada, y que trataba de aplacarla como si fuera una niña. El recuerdo concluyó al momento en que la Gorda trató de hablar. Al parecer, ella se había dado cuenta de lo que yo hacía.
Me dirigí a todos y les dije que nos hallábamos en una situación precaria: algo desconocido se cernía sobre nosotros.
-No se cierne sobre nosotros -dijo la Gorda secamente-. Ya lo llevamos encima. Y yo creo que ustedes saben de qué se trata.
-Yo no, y creo hablar por el resto de los hombres -le dije.
Los tres Genaros asintieron.
-Nosotros ya hemos vivido en esa casa, cuando estábamos en el lado izquierdo -explicó la Gorda-. Yo me sentaba en ese recoveco en la pared a llorar, porque no daba con qué era lo que tenía que hacer. Creo que si me hubiera podido quedar hoy un poquito más de tiempo en ese cuarto, habría recordado todo. Pero algo me empujó a salir de ahí. Yo acostumbraba sentarme en ese cuarto cuando había más gente allí. No pude recordar las caras, por desgracia. Sin embargo, otras cosas se aclararon cuando hoy me senté ahí. No tengo forma. Las cosas me vienen, buenas o malas. Por ejemplo, me volví a agarrar de mi antigua arrogancia y mi deseo de andar enojada. Pero también saqué otras cosas, cosas buenas.
-Yo también -dijo Lidia con voz ronca.
-¿Cuáles son las cosas buenas? -le pregunté.
-Creo que estaba mal odiarte -dijo Lidia-. Ese odio me impedirá poder volar. Eso me dijeron en ese cuarto los hombres y las mujeres.
-¿Qué hombres y qué mujeres? -preguntó Néstor con un tono de temor.

-Yo estaba ahí cuando ellos estaban ahí, eso es todo lo que sé -dijo Lidia-. Tú también estabas ahí. Todos nosotros estábamos ahí.
-¿Quiénes eran esos hombres y esas mujeres, Lidia? -le pregunté.
-Yo estaba ahí cuando ellos estaban ahí, eso es todo lo que sé -repitió.
-¿Y tú, Gorda? -pregunté.
-Ya te dije que no puedo recordar ninguna de las caras o algo en concreto -dijo-. Pero si sé una cosa: todo lo que hayamos hecho en esa casa fue en el lado izquierdo. Cruzamos, o alguien nos hizo cruzar, las líneas paralelas. Esos recuerdos extraños que tenemos son de ese tiempo, de ese mundo.
Sin ningún acuerdo verbal, abandonamos el zócalo al unísono y nos encaminamos al puente. La Gorda y Lidia corrieron delante de nosotros. Cuando llegamos al sitio encontramos a las dos detenidas exactamente donde nosotros lo habíamos hecho antes.
-Silvio Manuel está en la oscuridad -me susurró la Gorda, con los ojos fijos en el otro lado del puente.
Lidia temblaba. También trató de hablar conmigo. No pude comprender lo que estaba voceando.
Jalé a todos y los retiré del puente. Pensé que quizá si pudiésemos juntar lo que sabíamos de ese lugar, podríamos arreglarlo en una forma que nos ayudaría a comprender nuestro dilema.
Nos sentamos en el suelo, a unos cuantos metros del puente. Había mucha gente arremolinándose en torno, pero nadie nos prestaba atención.
-¿Quién es Silvio Manuel, Gorda? -pregunté.
-Nunca había oído ese nombre hasta ahora -dijo-. No conozco a ese hombre, y sin embargo lo conozco. Me llega algo como oleadas cuando escucho su nombre. Josefina me lo dijo cuando estábamos en la casa. Desde ese momento, cosas han empezado a llegarme a la mente o a la boca, igualito que a Josefina. Nunca pensé que un día yo acabaría siendo como Josefina.
-¿Por qué dijiste que Silvio Manuel está en la oscuridad? -pregunté.
-No tengo idea -dijo-, y sin embargo todos sabemos que ésa es la verdad.
Insté a las mujeres para que hablaran. Ninguna emitió palabra. La tomé contra Rosa. Había estado a punto de decir algo tres o cuatro veces. La acusé de ocultarnos algo. Su cuerpecito se convulsionó.
-Cruzamos este puente y Silvio Manuel nos estaba esperando al otro lado -dijo, con una voz apenas audible-. Yo fui la última. Yo oí los gritos de los demás cuando él se los devoraba. Quise huir corriendo, pero ese demonio de Silvio Manuel estaba en los dos lados del puente. No había cómo escapar.
La Gorda, Lidia y Josefina estuvieron de acuerdo. Les pregunté si se trataba sólo de una sensación vaga y general que habían tenido o si era algo preciso, que se podía seguir paso a paso. La Gorda dijo que para ella había sido exactamente como Rosa lo había descrito, un recuerdo que podía seguir paso a paso. Las otras dos estuvieron de acuerdo.
En voz alta me pregunté qué había ocurrido con la gente que vivía en torno al puente. Si las mujeres gritaron como Rosa dijo que lo habían hecho,`los transeúntes tenían que haberlas oído; los gritos debieron haber causado una conmoción. Por un instante imaginé que todo el pueblo había colaborado en una conjura. Un escalofrío me recorrió. Me volví hacia Néstor y abruptamente le expresé la dimensión total de mi miedo.
Néstor dijo que el nagual Juan Matus y Genaro, en verdad eran guerreros de logros supremos y que, como tales, eran seres solitarios. Sus contactos con la gente eran de uno en uno. No había posibilidad de que todo el pueblo, o cuando menos la gente que vivía alrededor del puente, estuviera coludida con ellos. Para. que eso ocurriera, dijo Néstor, toda esa gente habría tenido que ser guerrera, lo cual era prácticamente imposible.
Josefina se puso de pie y comenzó a caminar en círculo a mi alrededor, mirándome de arriba abajo despectivamente.

-Tú sí que eres un descarado -me dijo-. Haciéndote el que no sabe nada, cuando tú mismo estuviste aquí. ¡Tú nos trajiste aquí! ¡Tú nos empujaste a ese puente!
Los ojos de las mujeres se volvieron amenazantes. Me volví hacia Néstor en busca de ayuda.
-Yo no recuerdo nada -dijo-. Este lugar me da miedo, eso es todo lo que sé.
Volverme hacia Néstor fue una excelente maniobra de mi parte. Las mujeres lo acometieron.
-¡Claro que te acuerdas! -chilló Josefina-. Todos nosotros estábamos aquí. ¿Qué clase de pendejo eres?
Mi investigación requería un sentido de orden. Los alejé del puente. Pensé que, siendo personas tan activas, les resultaría mucho más fácil hablar caminando que permaneciendo sentados, como yo habría preferido.
Mientras caminábamos, la ira de las mujeres se desvaneció tan rápidamente como había surgido. Lidia y Josefina se mostraron más locuaces. Afirmaron una y otra vez sus sensaciones de que Silvio Manuel era pavoroso. Sin embargo, ninguna de ellas podía recordar haber sido lastimada físicamente; sólo recordaban haber estado paralizadas por el terror. Rosa no dijo una sola palabra, pero con gestos expresó su aprobación a todo lo que las otras decían.
Les pregunté si había sido de noche cuando trataron de cruzar el puente. Tanto Lidia como Josefina respondieron que había sido de día. Rosa se aclaró la garganta y susurró que había sido de noche. La Gorda clarificó la discrepancia, explicando que había sido en el crepúsculo de la mañana, o un poco antes.
Llegamos al final de una calle corta y automáticamente nos regresamos hacia el puente.
-Es la simplicidad misma -dijo la Gorda súbitamente, como si todo se le hubiera aclarado-. Estábamos cruzando, o mejor dicho, Silvio Manuel nos estaba haciendo cruzar las líneas paralelas. Ese puente es un sitio de poder, un agujero del mundo, una puerta al otro. Nos pasamos por ese hueco. El paso nos debe de haber dolido mucho, porque mi cuerpo está asustado. Silvio Manuel nos esperaba en el otro lado. Ninguno de nosotros puede recordar su cara, porque Silvio Manuel es la oscuridad. Nunca enseñaba la cara. Sólo le podíamos ver los ojos.
-Un ojo -dijo Rosa calladamente, y miró hacia otra parte.
-Todos los que estamos aquí, incluyéndote a ti -me dijo la Gorda-, sabemos que la cara de Silvio Manuel está en la oscuridad.
Uno nomás podía oírle la voz: suave, como tos apagada.
La Gorda dejó de hablar y empezó a examinarme de una manera que me hizo sentir autoconsciente. Sus ojos tenían una expresión malévola.
Me parecía que ella se guardaba algo que sabía. Le pregunté qué era. Ella lo negó, pero admitió que tenía cantidades de sentimientos que no tenían base y que no quería explicar. La presioné y después exigí que las mujeres hicieran un esfuerzo para recordar lo que les había ocurrido en el otro lado del puente. Cada una de ellas sólo podía recordar haber oído los gritos de las demás.
Los tres Genaros permanecieron fuera de la discusión. Le pregunté a Néstor si tenía alguna idea de lo que había ocurrido. Su sombría respuesta fue que todo eso rebasaba su comprensión.
Entonces tomé una decisión rápida. Me pareció que la única ruta abierta a nosotros era cruzar el puente. Los junté a todos para regresar al puente y cruzarlo, juntos, como equipo. Los hombres estuvieron de acuerdo instantáneamente, pero las mujeres no. Después de agotar todos mis razonamientos, finalmente tuve que empujar y arrastrar a Lidia, Rosa y Josefina.
La Gorda se mostraba renuente a ir, pero parecía estar intrigada por la posibilidad. Avanzó conmigo sin ayudarme con las mujeres, y los Genaros hicieron lo mismo; emitían risitas nerviosas ante mis intentos de agrupar a las hermanitas, pero no movieron un dedo para auxiliarme. Caminamos hasta el punto donde antes nos ha-

bíamos detenido. Allí sentí de repente una total falta de energía para detener a las tres mujeres. Le grité a la Gorda que me ayudara. Ella hizo un esfuerzo vago por atrapar a Lidia cuando el grupo perdió la cohesión y todos ellos, salvo la Gorda, se dispersaron precipitadamente, tropezando y bufando, hasta ponerse a salvo en la calle. La Gorda y yo nos quedamos como si estuviésemos pegados a ese puente, sin poder avanzar adelante y teniendo que retirarnos a regañadientes.

La Gorda me musitó en el oído que no debía tener miedo en lo más mínimo, porque en realidad era yo quien las había estado esperando del otro lado. Añadió que se hallaba convencida de que yo sabía que el ayudante de Silvio Manuel era yo. Pero que no me atrevía a revelárselo a nadie.

En ese momento, mi cuerpo se sacudió con una furia que rebasaba mi control. Sentí que la Gorda no tenía por qué hacer esas aseveraciones o tener esos sentimientos. La prendí del pelo y la hice dar vueltas a tirones. En la cúspide de mi ira me di cuenta de lo que hacía y me contuve. Le pedí disculpas y la abracé. Un sobrio pensamiento llegó a mi rescate. Le dije que ser líder me estaba erizando los nervios, la tensión era cada vez más intensa conforme progresábamos. Ella no estuvo de acuerdo. Se aferró tercamente a su aseveración de que Silvio Manuel y yo éramos totalmente íntimos; agregó que como ella me recordó a mi amo, yo reaccioné con ira. Era una fortuna que ella hubiera sido confiada a mi cuidado, me dijo; de otra manera probablemente la habría tirado al río.

Regresamos. Los demás se hallaban a salvo, más allá del puente, observándonos con inequívoco temor. Una condición muy peculiar de ausencia de tiempo parecía prevalecer. No había gente alrededor. Debimos haber estado en el puente cuando menos cinco minutos y ni una sola persona se desplazó por allí como sucedería en cualquier vía durante las horas de trabajo. Sin decir palabra caminamos de vuelta al zócalo. Nos hallábamos peligrosamente débiles. Yo tenía un vago deseo de quedarme en el pueblo un poco más, pero subimos al auto y avanzamos hacia el Fuste, hacia la costa del Atlántico. Néstor y yo nos turnamos para manejar, deteniéndonos tan sólo a comer, hasta que llegamos a Veracruz. Esa ciudad era terreno natural para nosotros. Yo sólo había estado allí una vez, y ellos ni una sola. La Gorda creía que una ciudad desconocida como ésa era el lugar adecuado para despojarnos de nuestras viejas envolturas. Nos registramos en un hotel y de allí ellos procedieron a rasgar sus viejas ropas hasta convertirlas en jirones. La excitación de estar en una nueva ciudad hizo maravillas para su moral y su sentimiento de bienestar.

Nuestra siguiente parada fue la Ciudad de México. Nos quedamos en un hotel junto a la Alameda, donde don Juan y yo nos habíamos hospedado una vez. Durante dos días fuimos perfectos turistas. Fuimos de compras y visitamos la mayor cantidad posible de sitios turísticos. La Gorda y las hermanitas simplemente se veían deslumbrantes. Benigno compró una cámara en una casa de empeño. Disparó cuatrocientas veinticinco tomas con la cámara sin rollo. En un sitio, mientras admirábamos los estupendos mosaicos de las paredes, un policía me preguntó de dónde eran esas esplendorosas extranjeras. Supuso que yo era un guía de turistas. Le dije que eran de Sri Lanka. Me lo creyó y se maravilló porque casi parecían mexicanas.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, nos hallábamos en la oficina de aviación hacia la cual una vez don Juan me había empujado. Cuando me dio el empellón yo entré por una puerta y salí por otra, pero no a la calle, como debía, sino a un mercado que se encontraba a más de un kilómetro de allí, donde presencié las actividades de la gente.

La Gorda especuló que la oficina de aviación era también, como el puente, un sitio de poder, una puerta para cruzar de una línea paralela a la otra. Dijo que evidentemente el nagual me había empujado por

esa apertura, pero yo me quedé atrapado a la mitad del camino entre los dos mundos, y así había observado la actividad del mercado sin formar parte de ella. Dijo que el nagual, naturalmente, había tratado de empujarme hasta el otro lado, pero mi obstinación lo impidió y terminé en la misma línea de donde venía: en este mundo.

Caminamos de la oficina de aviación hasta el mercado, y de allí a la Alameda, donde don Juan y yo nos habíamos sentado después de la experiencia de la oficina. Había estado muchas veces con él en ese parque. Sentí que era el lugar más apropiado para hablar sobre el curso de nuestras acciones futuras.

Mi intención era recapitular todo lo que habíamos hecho para dejar que el poder de ese lugar decidiera cuál debía de ser nuestro paso siguiente. Después de nuestro deliberado intento de cruzar el puente, yo había tratado, sin éxito, de encontrar una manera de relacionarme con mis compañeros como grupo. Nos sentamos en unos escalones de piedra y empecé con la idea de que, para mí, el conocimiento se hallaba fusionado con las palabras. Les dije que yo creía muy seriamente que si un evento o experiencia no se formulaba en un concepto, estaba condenado a disiparse; por tanto, les pedí que expusieran sus consideraciones individuales de nuestra situación.

Pablito fue el primero en hablar. Pensé que eso era extraño, puesto que había estado extraordinariamente silencioso hasta ese momento. Se disculpó porque lo que iba a decir no era algo que hubiera recordado o sentido, sino una conclusión que se basaba en todo lo que sabía. Dijo que no tenía problema en comprender lo que las mujeres contaron que había ocurrido en el puente. Sostuvo Pablito que habían sido obligados a cruzar del lado derecho, el tonal, al lado izquierdo, el nagual. Lo que había espantado a todos era el hecho de que alguien más estaba en control, forzando el cruce. Tampoco tenía problema en aceptar que yo fui el que entonces ayudó a Silvio Manuel. Apoyó su conclusión con la aseveración de que sólo días antes él me había visto hacer lo mismo: empujar a todos hacia el puente. Pero esta vez no tuve a nadie que me ayudara desde el otro lado, no estaba allí Silvio Manuel para jalárselos.

Traté de cambiar el tema y procedí a explicarles que olvidar como nosotros habíamos olvidado, se le llama amnesia. Lo poco que sabía acerca de la amnesia no era suficiente para esclarecer nuestro caso, pero sí bastó para hacerme creer que no podíamos olvidar como si fuera por decreto. Les dije que alguien, posiblemente don Juan, debió hacer algo insondable con nosotros. Y yo quería averiguar exactamente qué había sido.

Pablito insistió en que para mí era importante comprender que era yo quien había estado confabulado con Silvio Manuel. Insinuó luego que Josefina y Lidia le habían hablado a fondo del papel que yo había desempeñado al forzarlas a cruzar las líneas paralelas.

No me sentí a gusto discutiendo ese tema. Comenté que nunca había oído hablar de las líneas paralelas hasta el día en que hablé con doña Soledad; y, sin embargo, no había tenido escrúpulos en adoptar la idea inmediatamente. Les dije que yo comprendí al instante a lo que ella se refería. Incluso quedé convencido de que yo mismo había cruzado las líneas cuando creí estar recordándola. Cada uno de los demás, con excepción de la Gorda, aseguró que la primera vez que había oído mencionar las líneas paralelas fue cuando yo hablé de ellas. La Gorda dijo que supo de ellas por medio de doña Soledad, poco antes de que yo lo hiciera.

Pablito de nuevo intentó hablar de mi relación con Silvio Manuel. Lo interrumpí. Dije que cuando todos nosotros nos hallábamos en el puente tratando de cruzarlo, no pude reconocer que yo -y posiblemente todos ellos- había entrado en un estado de realidad no-ordinaria. Sólo me di cuenta del cambio cuando advertí que no había otra gente en el puente. Nosotros éramos los únicos que habíamos estado allí. Era

un día despejado, pero de súbito los cielos se nublaron y la luz de la mañana se convirtió en crepuscular. Yo estuve tan atareado con mis temores y con mis interpretaciones personales en ese momento, que no logré advertir ese cambio tan pavoroso. Cuando nos retiramos del puente percibí que de nuevo la gente circulaba por allí. ¿Pero qué había ocurrido con ellos cuando nosotros intentábamos el cruce?

La Gorda y el resto de ellos no habían notado nada: de hecho no se habían dado cuenta de ningún cambio hasta el momento exacto en que yo los describí. Todos se me quedaron viendo con una mezcla de irritación y temor. Pablito de nuevo tomó la iniciativa y me acusó de tratar de desviarlos hacia algo que ellos no querían. No fue específico, pero su elocuencia bastó para que todos lo apoyaran. Repentinamente, una horda de brujos iracundos se me vino encima. Me tomó un largo rato calmarlos. Les expliqué mi necesidad de examinar, desde todos los puntos de vista posibles, algo tan extraño y abarcante como fue nuestra experiencia en el puente. Finalmente se apaciguaron, pero no porque los convenciera con mis raciocinios sino a causa de la fatiga emocional. Todos ellos, incluyendo a la Gorda, habían apoyado vehementemente la posición de Pablito.

Néstor introdujo otro tren de pensamiento. Sugirió que posiblemente yo era un enviado involuntario que no me daba plena cuenta del alcance de mis acciones. Añadió que simplemente no podía creer, como los demás, que yo estaba consciente de que se me había dejado la tarea de malencaminarlos. Sentía que en verdad yo no me daba cuenta que los estaba llevando a la destrucción, y sin embargo eso era exactamente lo que yo hacía. Néstor creía que había dos maneras de cruzar las líneas paralelas: por medio del poder de otro o a través de nuestro propio poder. Su conclusión final era que Silvio Manuel los había hecho cruzar asustándolos tan intensamente que algunos de ellos ni siquiera recordaban haberlo hecho. La tarea que se les designó y que debían cumplir consistía en cruzar mediante su propio poder; y la mía era impedirlo.

Benigno habló entonces. Dijo que, en su opinión, lo último que don Juan había hecho con los aprendices hombres fue ayudarlos a cruzar las líneas paralelas haciéndolos saltar hacia un abismo. Benigno creía que en realidad ya teníamos bastantes conocimientos acerca de cómo cruzar, pero que aún no era el tiempo dado para lograrlo de nuevo. En el puente nadie pudo dar un paso más porque el momento no era apropiado. Estaban en lo correcto, por tanto, al creer que yo había tratado de destruirlos al forzarlos a cruzar. Pensaba que pasar las líneas paralelas con plena conciencia significaba para todos ellos un paso final, un paso que se debería dar sólo cuando ya estuviesen listos a desaparecer de esta tierra.

Lidia me encaró después. No hizo ninguna aseveración pero me desafió a que recordara cómo primero la persuadí para ir al puente. Agresivamente afirmó qué yo no era aprendiz del nagual don Juan sino de Silvio Manuel, y que Silvio Manuel y yo nos habíamos devorado el uno al otro.

Tuve otro ataque de rabia, como con la Gorda en el puente. Me contuve a tiempo. Un pensamiento lógico me tranquilizó. Me dije, una vez que lo único que me interesaban eran los análisis.

Le expliqué a Lidia que era inútil provocarme de esa manera. Pero ella no quiso detenerse. Gritó que Silvio Manuel era mi amo y que por esa razón yo no era parte de ellos en lo más mínimo. Rosa añadió que Silvio Manuel me dio todo lo que yo era.

Le dije a Rosa que ella no sabía ni siquiera cómo hablar, que debió decir que Silvio Manuel me había dado todo lo que yo tenía. Ella defendió su aseveración, Silvio Manuel me había dado lo que yo era. La Gorda también la apoyó y dijo que se acordaba de una vez en que yo me había enfermado de tal manera que ya no tenía más recursos; fue entonces cuando Silvio Manuel tomó control y me imbuyó nueva vida. La Gorda dijo que era mucho mejor

para mí conocer mis verdaderos orígenes que seguir como había hecho hasta ese momento, con la idea de que el nagual Juan Matus era quien me había ayudado. Insistió en que yo tenía la atención fija en el nagual porque su predilección eran las palabras. Silvio Manuel, por otra parte, era la oscuridad silenciosa. Explicó que para seguirlo tenía que cruzar las líneas paralelas, pero para seguir al nagual Juan Matus todo lo que yo necesitaba hacer era hablar de él.

Todo lo que decían sólo era insensatez para mí. Estaba a punto de responder con lo que consideré una idea brillante, cuando mi tren -de pensamiento literalmente se descarriló. Ya no podía pensar en cuál era mi razonamiento, a pesar de que sólo un segundo antes era la claridad misma. En cambio, un recuerdo sumamente curioso me acosó. No era la sensación vaga de algo, sino el recuerdo duro y real de un evento. Recordé qué una vez me hallaba con don Juan y con otro hombre cuyo rostro no podía precisar. Los tres hablábamos de algo que yo percibía como un rasgo del mundo. A tres o cuatro metros a mi derecha se hallaba un inconmensurable banco de niebla amarilla que, hasta donde yo podía establecer, dividía al mundo en dos. Iba del suelo al cielo, al infinito. Al hablar con los dos hombres, la mitad del mundo de mi izquierda se hallaba intacta, y la mitad a mi derecha estaba velada por la niebla. Me di cuenta de que el eje del banco de niebla iba del Oriente al Occidente. Hacia el Norte se hallaba el mundo que yo conocía. Recordé que le pregunté a don Juan qué ocurría en el mundo al sur de esa línea. Don Juan hizo que me volviera unos cuantos grados hacia mi derecha, y vi que la pared de niebla también se deslizaba cuando yo movía la cabeza. El mundo se hallaba dividido en dos en un nivel que mi intelecto no podía comprender. La división parecía real, pero el lindero no podía existir en un plano físico; de alguna manera tenía que hallarse en mí mismo.

Había otra faceta más de este recuerdo. El otro hombre dijo que era una gran hazaña dividir el mundo en dos, pero era aun un mayor logro cuando un guerrero tenía la serenidad y el control de detener la rotación de la pared. Dijo que la pared no se hallaba dentro de nosotros; estaba, por cierto, en el mundo de afuera, dividiéndolo en dos y rotando cuando movíamos la cabeza, como si se hallara pegada a nuestra sien derecha. La gran hazaña de mantener la pared inmóvil permitía al guerrero encararla y le confería el poder de pasar a través de ella cada vez que así lo deseara.

Cuando les conté a los aprendices lo que acababa de recordar, las mujeres quedaron convencidas de que el otro hombre era Silvio Manuel. Josefina, como experta de la pared de niebla, explicó que la ventaja que Eligio tenía sobre los demás consistía en su capacidad de inmovilizar la pared para así poder atravesarla a voluntad. Josefina añadió que es más fácil traspasarla en ensueños, porque ésta entonces no se mueve.

La Gorda parecía haber sido afectada por una serie de recursos quizá dolorosos. Toda ella se sacudía involuntariamente hasta que estalló en palabras. Dijo que ya no le era posible negar el hecho de que yo era el ayudante de Silvio Manuel. El nagual mismo le había advertido que yo la haría mi esclava si ella no era cuidadosa. Incluso Soledad le aconsejó que me vigilara porque mi espíritu tomaba prisioneros y los retenía como siervos, lo cual era algo que sólo Silvio Manuel podía hacer. El me había hecho su esclavo y yo a mi vez esclavizaría a cualquiera que estuviese próximo a mí. Aseveró que ella había vivido bajo mi embrujo hasta el momento en que se sentó en ese cuarto en la casa de Silvio Manuel, cuando repentinamente algo se le quitó de sus hombros.

Me puse en pie. Había un vacío en mi estómago y literalmente me tambaleé bajo el impacto de lo que dijo la Gorda. Había estado plenamente convencido de que podía contar con su ayuda bajo cualquier circunstancia. Me sentí traicionado. Pensé que sería perfectamente apropiado hacerle conocer mis sentimientos, pero un sen-

tido de sobriedad llegó a mi rescate, En vez de eso, les dije que yo había llegado a la conclusión imparcial de que, como guerrero, don Juan había cambiado el curso de mi vida, para bien. Yo había sopesado una y otra vez lo que él había hecho conmigo y la conclusión siempre fue la misma: don Juan me trajo la libertad. La libertad era todo lo que yo conocía, y eso era todo lo que yo ofrecía a quien fuera el que se acercase a mí.

Néstor tuvo un gesto de solidaridad conmigo. Exhortó a las mujeres a que abandonasen su animosidad. Me miró con el gesto de alguien que no puede comprender pero que quiere hacerlo. Dijo que yo no formaba parte de ellos, que en verdad yo era un pájaro solitario. Ellos me habían necesitado por un momento para romper sus linderos de afecto y de rutina. Ahora que eran libres, no tenían más barreras. Quedarse conmigo indudablemente sería agradable, pero un peligró mortal para ellos.

Parecía hallarse profundamente conmovido. Vino a mi lado y puso su mano sobre mi hombro. Dijo que tenía la sensación de que ya nunca más volveríamos a vernos sobre la faz de esta tierra. Lamentaba que fuésemos a separarnos como gente mezquina: riñendo, quejándonos, acusándonos. Me dijo que hablando en nombre de los demás, pero no en el suyo propio, me iba a pedir que me fuera, puesto que ya no había más posibilidades de continuar juntos. Añadió que había cambiado de opinión, en un principio se había reído de la Gorda cuando ella nos sugirió que formásemos una serpiente. Ya no creía que la idea fuera ridícula. Había sido nuestra última oportunidad de triunfar como grupo. Don Juan me había enseñado a aceptar mi suerte humildemente.

-El sino de un guerrero es inalterable -una vez me había dicho-: El desafío consiste en cuán lejos puede uno llegar dentro de esos rígidos confines y qué tan impecable puede una ser.

Si hay obstáculos en su camino, el guerrero intenta, impecablemente, superarlos. Si encuentra dolor y privaciones insoportables en su sendero, el guerrero llora, sabiendo que todas sus lágrimas puestas juntas no cambiarían un milímetro la línea de su sino.

Mi decisión original de dejar que el poder señalara nuestro paso siguiente había sido correcta. Me puse en pie. Los otros me volvieron la espalda. La Gorda fue a mi lado y me dijo, como si nada hubiese ocurrido, que yo debía dejarlos allí y que ella me buscaría y se uniría a mí después. Quise replicar que yo no veía ninguna razón para que se reuniera conmigo. Ella misma había elegido unirse a los demás. La Gorda pareció leer en mí el sentimiento que yo tenía de haber sido traicionado. Calmadamente me aseguró que como guerreros ella y yo teníamos que cumplir juntos nuestro destino, a pesar de ser tan mezquinos.

SEGUNDA PARTE: EL ARTE DE ENSOÑAR

VI. PERDER LA FORMA HUMANA

Unos cuantos meses después, tras ayudar a todos a reubicarse en diferentes partes de México, la Gorda estableció su residencia en Arizona. Empezamos entonces a desentrañar la parte más misteriosa y más honda de nuestro aprendizaje. En un principio nuestra relación fue más bien tensa. Me resultaba muy difícil rebasar mis sentimientos sobre la manera como nos habíamos despedido en la Alameda. Aunque la Gorda sabía dónde estaban establecidos los demás, nunca me dijo nada. Ella comprendía que era superfluo para mí estar enterado de las actividades de ellos.

En la superficie todo parecía marchar bien entre la Gorda y yo. No obstante, yo retenía un amargo resentimiento porque se había aunado a los demás en contra mía. Nunca lo expresé, pero allí estaba. La ayudé e hice todo lo que pude por ella como si nada hubiera ocurrido, pero eso se encontraba bajo la rúbrica de la impecabilidad. Era mi deber, y, por cumplirlo, alegremente habría marchado hacia la muerte. Con todo propósito me concentré en guiarla y entrenarla en las complejidades de la moderna vida urbana; incluso estaba aprendiendo inglés. Sus progresos eran fenomenales.

Tres meses transcurrieron sin que casi nos diéramos cuenta. Pero un día, cuando me hallaba en Los Ángeles, desperté muy temprano en la mañana con una intolerable presión en mi cabeza. No era un dolor de cabeza; más bien se trataba de un peso muy intenso en los oídos. También lo sentí en los párpados y en el paladar. Me hallaba febril, pero el calor sólo moraba en mi cabeza. Hice un débil intento por sentarme. Por mi mente pasó la idea de que era víctima de un derrame cerebral. Mi primera reacción fue pedir ayuda, pero de alguna manera logré serenarme y traté de subyugar mi temor. Después de un rato la presión de mi cabeza empezó a disminuir, pero también empezó a deslizarse hacia la garganta. Boqueé en busca de aire, carraspeando y tosiendo durante un tiempo; después la presión descendió lentamente hacia mi pecho, a mi estomago, a la ingle, a las piernas, y hasta los pies, por donde finalmente abandonó mi cuerpo.

Lo que me había ocurrido, fuese lo que fuese, se llevó dos horas en desplegarse. Durante esas dos agotadoras horas era como si algo que se hallaba dentro de mi cuerpo en verdad se desplazara hacia abajo, saliendo de mí. Imaginé una alfombra que se enrolla. Otra imagen que se me ocurrió fue la de una burbuja que se movía dentro de la cavidad de mi cuerpo. Prescindí de esa imagen en favor de la primera, porque el sentimiento era de algo que se enrollaba. Al igual que una alfombra que es enrollada, la presión se volvía cada vez más pesada, cada vez más dolorosa, conforme descendía. Las dos áreas en las que el dolor fue agudísimo eran las rodillas y los pies, especialmente el pie derecho, que siguió caliente media hora después de que todo el dolor y la presión habían desaparecido.

La Gorda, cuando hubo oído mi recuento, dijo que esta vez, con toda seguridad, había perdido mi forma humana, que me había deshecho de todos mis salvaguardas, o la mayoría de ellos. Tenía razón. Sin saber cómo, e incluso sin darme cuenta de cómo ocurrió, me encontré en un estado anímico sumamente desconocido. Me sentía desapegado de todo, sin prejuicios. No me importaba más lo que la Gorda me había hecho. No era cuestión de que yo hubiera perdonado su conducta reprobable. Era como si nunca hubiese habido traición alguna. No había rencor abierto o encubierto en mí, hacia la Gorda o hacia cualquiera. Lo que sentía no era una indiferencia voluntaria, o negligencia; tampoco se trataba de una enajenación o del de-

seo de la soledad. Más bien era un extraño sentimiento de lejanía, una capacidad de sumergirme en el momento actual sin tener pensamiento alguno. Las acciones de la gente ya no me afectaban, porque yo no tenía ninguna expectativa. La fuerza que gobernaba mi vida era una extraña paz. Sentí que de alguna manera había adoptado uno de los conceptos de la vida del guerrero: el desapego. La Gorda me aseguró que yo había hecho algo más que adoptarlo: en realidad lo había encarnado.

Don Juan y yo tuvimos largas discusiones acerca de la posibilidad de que algún día me ocurriera exactamente eso. El siempre me recalcó que el desapego no significaba sabiduría automática, pero que, no obstante, era una ventaja ya que permitía al guerrero detenerse momentáneamente para reconsiderar las situaciones para volver a sopesar las posibilidades. Sin embargo, para poder usar consistente y correctamente ese momento extra, don Juan dijo que el guerrero tenía que luchar insobornablemente durante toda una vida.

Yo me había desesperado al creer que jamás llegaría a experimentar ese sentimiento. Hasta donde yo podía determinar, no había cómo improvisarlo. Para mí había sido inútil pensar en sus beneficios, o racionalizar las posibilidades de su advenimiento. Durante los años en que conocí a don Juan experimenté por cierto una disminución uniforme de mis lazos personales con el mundo; pero esto ocurrió en un plano intelectual; en mi vida de todos los días seguí sin cambiar hasta el momento en que perdí la forma humana.

Especulé con la Gorda que el concepto de perder la forma humana se refería a una reacción corporal que el aprendiz tiene cuando alcanza cierto nivel en el curso de su entrenamiento. Sea como fuese, extrañamente, el resultado final de perder la forma humana, para la Gorda y para mí, consistió no sólo en llegar a la buscada y ansiada condición de desapego, sino también la ejecución completa de nuestra elusiva tarea de recordar. Y, nuevamente en este caso, el intelecto desempeñó una parte mínima.

Una noche, la Gorda y yo discutíamos una película. Había ido a un cine pornográfico y yo estaba ansioso por oír su descripción. No le gustó nada la película. Sostuvo que se trataba de una experiencia debilitante, porque ser un guerrero implicaba llevar una austera vida de celibato total, como el nagual Juan Matus.

Le dije que estaba completamente seguro de que a don Juan le gustaban las mujeres y que no era célibe, y que eso me parecía encantador.

-¡Estás loco! -exclamó con un timbre de diversión en su voz-. El nagual era un guerrero perfecto. No estaba apretado en ninguna red de sensualidad.

Quería saber por qué pensaba yo que don Juan no era célibe. Le referí un incidente que tuvo lugar en Arizona al principio de mi aprendizaje. Un día me hallaba descansando en casa de don Juan, después de una caminata agotadora. Don Juan parecía hallarse extrañamente nervioso. A cada rato se ponía en pie para mirar por la puerta. Parecía esperar a alguien. De pronto, bastante abruptamente, me dijo que un auto acababa de llegar al recodo del camino y que se dirigía a la casa. Dijo que se trataba de una muchacha, una amiga suya, que le traía unas cobijas. Yo nunca había visto a don Juan tan penoso. Me dio una inmensa tristeza verlo indispuesto al punto que no sabía qué hacer. Pensé que quizá no quería que yo conociera a la chica. Le sugerí que yo podía esconderme, pero no había dónde ocultarme en el cuarto, así es que él me hizo acostar en el suelo y me cubrió con un petate. Oí el sonido del motor de un auto que era apagado y después, por las rendijas del petate, vi a una muchacha parada junto a la puerta. Era alta, delgada, y muy joven. Pensé que era hermosa. Don Juan le decía algo con voz baja e íntima. Después se dio la vuelta y me señaló.

-Carlos está escondido bajo el petate -le dijo a la muchacha con voz clara y fuerte-. Salúdalo.

La muchacha me agitó la mano y me saludó con la sonrisa más amistosa del mundo. Me sentí estúpido y molesto porque don Juan me colocaba en esa situación tan avergonzante. Me pareció terriblemente obvio que don Juan trataba de aliviar su nerviosidad, o peor aún, que estaba luciéndose frente a mí.

Cuando la muchacha se fue, irritado le pedí una explicación a don Juan. El, cándidamente, admitió que había perdido el control porque mis pies estaban al descubierto y no supo qué otra cosa hacer. Cuando escuché esto, toda la maniobra se me volvió clara; don Juan me había estado presumiendo con su amiguita. Era imposible que yo hubiese tenido descubiertos los pies porque éstos se hallaban comprimidos bajo mis muslos. Reí con aire de conocedor, y don Juan se sintió obligado a explicar que le gustaban las mujeres: esa muchacha en especial.

Nunca olvidé ese incidente. Don Juan jamás lo discutió. Cada vez que yo lo traía a colación, él me obligaba a callar. Me pregunté siempre, de una manera casi obsesiva, quién sería esa chica. Tenía esperanzas de que algún día ésta pudiese buscarme después de haber leído mis libros.

La Gorda se puso muy agitada. Caminaba de un lado al otro de la habitación mientras yo hablaba. Estaba a punto de llorar. Imaginé todo tipo de intrincadas relaciones que pudieran ser pertinentes. Pensé que la Gorda era posesiva y reaccionaba como una mujer que es amenazada por otra mujer.

-¿Estás celosa, Gorda? -le pregunté.

-No seas idiota -dijo, irritada-. Soy una guerrera sin forro. Los celos o la envidia ya no existen en mí.

Le pregunté entonces algo que me habían dicho los Genaros: que la Gorda era la mujer del nagual. Su, voz bajó tanto que apenas podía oírla.

-Yo creo que sí -dijo, y con una mirada vaga tomó asiento en la cama-. Tengo la sensación de que lo era. Pero no sé cómo podía haberlo sido. En esta vida, el nagual Juan Matus era para mí lo que era para ti. No era un hombre. Era el nagual. No tenía interés en el sexo.

Le aseguré haber escuchado a don Juan expresar su cariño por esa muchacha.

-¿Dijo que tenía relaciones sexuales con ella? -preguntó la Gorda.

-No, nunca, pero eso era obvio por la manera como hablaba -le dije.

-A ti te gustaría que el nagual fuera como tú, ¿verdad? -afirmó, con una mueca-. El nagual era un guerrero impecable.

Yo creía tener la razón y no necesitaba reexaminar mi opinión. Sólo para darle por su lado a la Gorda dije que posiblemente la muchacha era una aprendiz de don Juan y no su amante.

Hubo una larga pausa. Lo que yo mismo dije tuvo un efecto perturbador en mí. Hasta ese momento nunca había pensado en esa posibilidad. Me había encerrado en un prejuicio, sin permitirme la posibilidad de revisarlo.

La Gorda me pidió que describiera a esa joven. No pude hacerlo. En realidad no me había fijado en sus rasgos. Había estado tan molesto, tan avergonzado, que no pude examinarla en detalle. Pareció que ella también fue afectada por lo anómalo de la situación y salió apresuradamente de la casa.

La Gorda dijo que, sin ninguna razón lógica, creía que esa joven era una figura clave en la vida del nagual. Su aseveración nos llevó a hablar de los amigos de don Juan que conocíamos. Durante horas luchamos por recuperar toda la información que teníamos de sus relaciones. Le conté las distintas veces que don Juan me había llevado a participar en ceremonias de peyote. Le describí a todos los que habían. No reconoció a ninguno de ellos. Me di cuenta que posiblemente yo conocía más gente asociada con don Juan que ella. Pero algo en mi relato desenlazó en ella el recuerdo que una vez había visto a una joven llevar al nagual y a Genaro en un pequeño auto blanco. La muchacha dejó a los dos a la puerta de la casa y fijó a la Gorda con una mirada penetrante antes de irse. La Gorda pensó que esa joven

era alguien que había recogido al nagual y a Genaro en la carretera. Recordé entonces que aquel día en casa de don Juan, yo también pude ver un pequeño Volkswagen blanco que se alejaba.
Mencioné otro incidente que tenía que ver con uno de los amigos de don Juan, un hombre que una vez me dio unas plantas de peyote en el mercado de una ciudad del norte de México. El también me había obsesionado durante años. Se llamaba Vicente. Al escuchar el nombre, la Gorda reaccionó como si le hubieran tocado un nervio. Su voz se volvió chillante. Me pidió que le repitiera el nombre y que describiera al individuo. De nuevo, no pude ofrecer ninguna descripción. Sólo lo había visto una vez por unos cuantos minutos, hacía más de diez años.

La Gorda y yo pasamos un periodo en el que casi estábamos enojados, no el uno con el otro, sino con aquello que nos tenía aprisionados.
El incidente final que precipitó el despliegue de nuestros recuerdos llegó un día en que yo tenía un resfrío y una fiebre muy alta. Me había quedado en cama, dormitando intermitentemente, mientras los pensamientos vagabundeaban sin rumbo por mi mente. Todo el día había estado, en mi cabeza la melodía de una vieja canción mexicana. En un momento me descubrí soñando que alguien la tocaba en una guitarra. Me quejé de la monotonía y la persona ante la que yo protestaba, fuese quien fuese, me dio con la guitarra en el estómago. Salté hacia atrás, para evitar el golpe, y me pegué en la cabeza contra la pared. Desperté. No había sido un sueño muy vívido, sólo la melodía había sido hechizante. No podía desvanecer el sonido de la guitarra: continuaba recorriendo mi mente. Me quedé medio despierto, escuchando la tonada. Parecía como si estuviese entrando en un estado de ensoñar: una escena completa y detallada de ensueño apareció ante mis ojos. En la escena había una joven sentada junto a mí. Podía distinguir cada uno de los rasgos de sus facciones. No sabía quién era, pero verla me conmocionó. Desperté en cuestión de segundos. La ansiedad que esa cara creaba en mí era tan intensa que me puse en pie y de una manera absolutamente automática empecé a caminar de un lado al otro. Me hallaba perspirando profundamente y tenía miedo de salir de la habitación. Tampoco podía contar con la ayuda de la Gorda. Ella se había ido de vuelta a México para ver a Josefina. Até una sábana en torno a mi cintura para sujetar mi parte media. Eso me ayudó a atenuar las ondas de energía nerviosa que estremecían todo mi cuerpo.
En tanto iba de un lado al otro, la imagen que tenía en la mente comenzó a disolverse, pero no en un olvido apacible, como me hubiera gustado, sino en un recuerdo completo e intrincado. Recordé que una vez me hallaba sentado en unos costales de trigo o cebada almacenados en un granero. La joven cantaba la vieja canción que había invadido mi mente, y tocaba una guitarra. Cuando yo me burlé de su manera dé tocar, ella me golpeó levemente en las costillas con el asiento de la guitarra. Había más gente sentada allí conmigo, estaba la Gorda y dos hombres. Yo conocía muy bien a esos hombres, pero aún no podía recordar quién era la joven. Lo intenté, pero me pareció imposible.
Me recosté nuevamente, empapado en sudor frío. Quería descansar unos momentos antes de quitarme la piyama mojada. Cuando apoyé mi cabeza en un almohadón mi memoria pareció aclararse aún más y entonces supe quién tocaba la guitarra. Era la mujer nagual, el ser más importante sobre la faz de la tierra para la Gorda y para mí. Se trataba del análogo femenino del nagual; no era ni su esposa ni su mujer, sino su contraparte. Tenía la serenidad y la autoridad de un verdadero jefe. Y siendo mujer, nos nutría.
No me atreví a presionar excesivamente a mi memoria. Intuitivamente sabía que no tenía la fuerza para resistir la totalidad del recuerdo. Me detuve en un nivel de sentimientos abstractos. Supe que ella

era la encarnación del afecto más puro, más desinteresado y profundo: Sería justo decir que la Gorda y yo amábamos a la mujer nagual más que a la vida misma. ¿Qué demonios nos pudo haber ocurrido para olvidarla?

Esa noche, mientras yacía en cama, llegué a agitarme tanto que temí por mi propia vida. Empecé a canturrear algunas palabras que se convirtieron en una guía para mí. Y sólo después de haberme calmado pude recordar que las palabras que había estado repitiendo una y otra vez también eran, un recuerdo que esa noche me había llegado; el recuerdo de una fórmula, una encantación para hacerme sortear torbellinos, como el que acababa de reexperimentar.

Ya me di al poder que a mi destino rige.
No me agarra ya de nada, para así no te ner nada que defender.
No tengo pensamientos, para así poder ver.
No temo ya a nada, para así poder acor darme de mí.

La fórmula tenía dos versos más, que en ese momento me resultaron incomprensibles:

Sereno y desprendido
me dejará el águila pasar a la libertad.

El hallarme enfermo y febril bien pudo haberme servido como una especie de amortiguador; pudo haber sido suficiente para desviar el impacto de lo que yo había hecho, o más bien, de lo que me había acontecido, puesto que intencionalmente yo no había hecho nada.

Hasta esa noche, de haberse examinado mi inventario dé experiencias, yo habría podido dar fe de la continuidad de mi existencia. Los recuerdos nebulosos que tenía de la Gorda, o el presentimiento de haber vivido en aquella casa, en cierta manera constituían amenazas a mi continuidad, pero todo eso no era nada comparado con la acción de haber recordado a la mujer nagual. No tanto a causa de la emoción que ese recuerdo trajo consigo, sino por el hecho de haberla olvidado, y no de la manera como uno olvida un nombre o una tonada. De ella no había habido nada en mi mente hasta el momento de la revelación. ¡Nada! En aquel momento algo llegó a mí, o algo se desprendió de mí, y de súbito yo estaba recordando a una importantísima persona que, desde mi punto de vista consciente y experiencial, yo jamás había conocido.

Tuve que esperar dos días hasta que llegara la Gorda para poder contarle mi recuerdo. Al instante en que le describí a la mujer nagual, la Gorda la recordó: de alguna manera su ser consciente dependía del mío.

-¡Esa muchacha que vi en el cochecito blanco era la mujer nagual! -exclamó la Gorda-. Ella regresó a mí y yo no pude recordarla.

Escuché sus palabras y comprendí su significado, pero a mi mente le llevó un largo rato poder concentrarse en lo que había dicho. Mi atención titubeaba, era como si en realidad se hubiese colocado frente a mis ojos una luz que se iba apagando. Tuve la sensación de que si no detenía esa disminución, yo moriría. Repentinamente sentí una convulsión y supe que había juntado dos partes de mí mismo que se hallaban escondidas; me di cuenta que la joven que había visto en la casa de don Juan era la mujer nagual.

En ese momento de cataclismo emocional, la Gorda no me sirvió de ayuda. Lloraba sin inhibiciones. La conmoción emocional de recordar a la mujer nagual había sido traumática para ella.

-¿Cómo pude olvidarla? -suspiró la Gorda.

Percibí un destello de suspicacia en sus ojos cuando la Gorda me encaró.

-Tú no tenías idea de que existía, ¿verdad? -me preguntó.

Bajo cualquier otra circunstancia habría creído que su pregunta era impertinente, insultante, pero yo también me preguntaba lo mismo. Se me había ocurrido que la Gorda podía saber más de lo que me había revelado.

-No tenía ni la menor idea -dije-. Pero, ¿y tú? ¿Sabías que existía, Gorda?

Su rostro tenía tal expresión de inocencia y perplejidad que mis dudas se desvanecieron.
-No -respondió-. No hasta hoy día. Ahora sé por cierto que yo me sentaba con ella y con el nagual Juan Matus en esa banca de la plaza de Oaxaca. Siempre recordé que hacíamos eso, y también recordaba sus facciones, pero pensaba que lo había soñado. Ya lo sabía todo, y sin embargo no sabía nada. Pero ¿por qué creí que era un sueño?
Tuve un momento de pánico, después, la perfecta certeza física de que cuando la Gorda hablaba, en alguna parte de mi cuerpo se abría un canal. Repentinamente supe que yo también solía sentarme en esa banca con don Juan y la mujer nagual. Recordé entonces una sensación que había experimentado en cada una de esas ocasiones. Era una sensación de satisfacción física, de felicidad, plenitud, que resultarían imposibles de imaginar. Para mí don Juan y la mujer nagual eran seres perfectos: hallarme en compañía de ellos en verdad era mi gran fortuna. Una y otra vez, sentado en la banca, flanqueado por los seres más exquisitos de la tierra, experimenté quizás el pináculo de mis sentimientos humanos. En una ocasión le dije a don Juan, y en verdad lo creía, que en ese momento querría morir, para así poder conservar ese sentimiento de plenitud puro, intacto, libre de desorden.
Le conté a la Gorda lo que había recordado. Quedamos silenciosos unos momentos y después el impulso de nuestros recuerdos nos arrastró peligrosamente hacia la tristeza, hacia la desesperación incluso. Tuve que ejercer el control más extraordinario para sujetar mis emociones y no llorar. La Gorda sollozaba, cubriendo su rostro con el antebrazo.
Después nos calmamos. La Gorda me miró fijamente. Supe lo que pensaba. Era como si leyera las preguntas en sus ojos. Eran las mismas interrogantes que me habían obsesionado por días. ¿Quién era la mujer nagual? ¿Dónde la habíamos conocido? ¿En dónde encajaba? ¿La conocían los otros aprendices también?
Me hallaba a punto de formular mis preguntas cuando la Gorda me lo impidió.
-Realmente no lo sé -dijo con rapidez, adelantándose a la pregunta-. Creía que tú me lo dirías. No sé por qué, pero creo que tú puedes decirme cuál es cuál.
Ella contaba conmigo y yo con ella. Reímos ante la ironía de la situación. Le pedí que me refiriera todo lo que sabía de la mujer nagual. La Gorda se esforzó por decir algo dos o tres veces pero no pudo organizar sus pensamientos.
-Realmente no sé por dónde empezar -dijo-. Lo único que sé es que yo la quería.
Le dije que yo tenía la misma sensación. Una tristeza sobrenatural me atrapaba cada vez que pensaba en la mujer nagual. Conforme hablaba, mi cuerpo se empezó a sacudir.
-Tú y yo la queríamos -dijo la Gorda-. No sé por qué estoy diciendo esto, pero sí sé que nosotros éramos de ella.
La presioné para que se explicara más, pero no me pudo aclarar por qué lo había dicho. Hablaba nerviosamente, tratando de ampliar la descripción de sus sentimientos. No pude prestarle más atención. Sentí un aleteo en mi plexo solar. Un vago recuerdo de la mujer nagual comenzó a adquirir forma. Urgí a la Gorda a que continuara hablando, le dije que se repitiera si ya no tenía nada más que decir, pero que no se detuviera. El sonido de su voz era como un conducto hacia otra dimensión, hacia otro tipo de tiempo. Era como si la sangre se agolpara en mi cuerpo con una presión insólita. Sentí un cosquilleo, y luego tuve un recuerdo corporal. Supe en mi cuerpo que la mujer nagual era el ser que completaba al nagual.
Le proporcionaba paz, plenitud, una sensación de estar protegido, de estar a salvo. Le dije a la Gorda que había tenido la clara percepción de que la mujer nagual era la compañera de don Juan. La Gorda me miró, estupefacta. Lentamente negó con la cabeza.
-No tenía nada que ver con el nagual Juan Matus, idiota -dijo, con un tono de autoridad final-. Era de ti. Por eso tú y yo le pertenecíamos.

La Gorda y yo nos miramos el uno al otro. Yo estaba seguro de que involuntariamente ella expresaba pensamientos que racionalmente no le decían nada.
-¿Qué quieres decir con que era de mí, Gorda? -le pregunté después de una larga pausa.
-Era tu compañero -dijo-. Ustedes dos formaban un equipo. Y yo estaba bajo su custodia. Y ella te encargó que algún día me llevaras a la libertad y me dejaras en sus manos.
Le supliqué a la Gorda que me dijera todo lo que sabía, pero no parecía saber nada más. Me sentí agotado.
-¿A dónde se fue? -preguntó la Gorda repentinamente-, eso es lo que no me puedo imaginar. Estaba contigo, no con el nagual. Debería estar aquí, con nosotros.
En ese momento la Gorda tuvo otro ataque de desconfianza y temor. Me acusó de esconder a la mujer nagual en Los Ángeles. Traté de desahogar sus aprensiones. Me sorprendí hablándole como si fuera una niña. Ella me escuchó al parecer con una atención completa; sin embargo, sus ojos se hallaban vacíos, desenfocados. Se me ocurrió entonces que estaba utilizando el sonido de mi voz así como yo había usado el de ella, como un conducto. Seguí hablando hasta que acabé con todo lo que tenía que decir dentro de los límites del tema. Algo extraño tuvo lugar entonces, y me descubrí escuchando a medias el sonido de mi propia voz. Le hablaba a la Gorda involuntariamente. Las palabras que parecían haber estado embotelladas dentro de mí, libres ahora, alcanzaron niveles indescriptibles de absurdidad. Hablé y hablé hasta que un recuerdo hizo que me detuviera. Una vez, en la banca de Oaxaca, don Juan nos habló, a la mujer nagual y a mí, de una persona cuya presencia había sintetizado para él todo lo que se podía esperar del compañerismo humano. Se trataba de una mujer que había sido para él lo que la mujer nagual era para mí: una compañera, una contraparte. Ella lo dejó, así como la mujer nagual me había dejado. Pero lo que él sentía por ella no había cambiado y se avivaba con la melancolía que ciertos poemas le evocaban. Con el mismo recuerdo aclaré que la mujer nagual era la que me surtía de libros de poemas. Tenía cantidades de ellos en la cajuela de su auto. A instancias suyas yo le leía poemas a don Juan. De repente fue tan claro el recuerdo de la mujer nagual sentada conmigo en la banca, que involuntariamente aspiré una bocanada de aire y mi pecho se hinchó. Tomó posesión de mí una opresiva sensación de pérdida. Me doblé con un dolor desgarrador en el omóplato derecho. Había algo más que yo sabía era un recuerdo que una parte mía se rehusaba a liberar.
Me adherí a lo que me quedaba de mi salvaguarda de intelectualidad, como el único medio de recuperar la ecuanimidad. Me dije una y otra vez que la Gorda y yo habíamos estado operando todo el tiempo en dos planos distintos. Ella recordaba mucho más que yo, pero no era inquisitiva. No había sido entrenada para formular preguntas a otros o a sí misma. Pero luego me asaltó la idea de que yo no me hallaba en mejores condiciones; seguía siendo tan torpe como don Juan dijo que lo era. Nunca había olvidado que le leía poesía a don Juan, y sin embargo jamás se me ocurrió considerar el hecho de que yo nunca he poseído un libro de poesía española, ni jamás he llevado uno en mi auto.
La Gorda me sacó de mis cavilaciones. Se hallaba casi histérica. Me gritó que la mujer nagual tenía que hallarse en alguna parte muy cercana a nosotros. Creía que así como a ella y a mí se nos había encargado que nos encontráramos el uno al otro, a la mujer nagual se le había encomendado hallarnos a nosotros.
La fuerza de su razonamiento casi me convenció. Sin embargo, algo en mí sabía que esto no era así. Ese era el recuerdo que yacía dentro de mí, y que no me atrevía a sacar a la superficie.
Quise iniciar un debate con la Gorda, pero no había ningún motivo para hacerlo; mi salvaguarda de intelecto y de palabras era insuficiente para absorber el impacto

de haber recordado a la mujer nagual. El efecto era aplastante para mí, más devastador que, incluso, el temor de morir.
-La mujer nagual está hundida en alguna parte -dijo la Gorda, mansamente-. Probablemente está con la espalda contra la pared y nosotros no hacemos nada para ayudarla.
-¡No, no! -grité-. La mujer nagual ya no está aquí.
Exactamente no supe por qué dije eso, y sin embargo sabía que era verdad. Nos hundimos durante unos momentos en unas profundidades de melancolía que sería imposible de dilucidar racionalmente. Por primera vez, en lo que yo conozco de mí mismo sentí una verdadera e infinita tristeza, una temible sensación de estar incompleto. En alguna parte de mí existía una herida que había sido abierta de nuevo. Esta vez no podía, como lo había hecho tantas otras veces, refugiarme detrás de un velo de misterio y de incertidumbre. No saber había sido una bendición para mí. Durante unos instantes me descubrí deslizándome peligrosamente hacia el desaliento. La Gorda me detuvo.
-Un guerrero es alguien que busca la libertad -me dijo en el oído-. La tristeza no es libertad. Tenemos que quitárnosla de encima.
Tener un sentido de desapego, como había dicho don Juan, implica tener una pausa momentánea para reconsiderar las situaciones. En lo más hondo de mi tristeza comprendí lo que él quería decir. Ya tenía el desapego, ahora me correspondía luchar por usar correctamente esa pausa.
No podría decir si mi volición entró en acción, pero de repente toda mi tristeza se desvaneció; era como si nunca hubiese existido. La velocidad de mi cambio y lo completo que fue, me alarmó.
- ¡Ahora ya estás donde yo estoy! -exclamó la Gorda cuando le describí lo que había ocurrido-. Después de tantos años aún no he podido aprender a manejar la ausencia de forma. Me deslizo irremediablemente de un sentimiento a otro en un instante. Como no tengo forma, podía ayudar a las hermanitas, pero por eso mismo ellas me tenían en sus manos. Cualquiera de ellas era lo suficientemente fuerte para mecerme de un lado al otro.
"El problema es que yo perdí mi forma humana antes que tú. Si tú y yo la hubiéramos perdido juntos, nos habríamos podido ayudar el uno al otro; pero como fueron las cosas, yo correteaba de arriba abajo como alma en pena.
Esa aseveración suya de no tener forma siempre me había parecido espuria. A mi entender, perder la forma humana tenía que incluir una consistencia de carácter, que se hallaba, a juzgar por los altibajos emocionales de la Gorda, más allá de su alcance. A causa de esto, la había juzgado áspera e injustamente. Habiendo perdido ya la forma humana, me hallaba ahora en posición de comprender que dicha condición es un perjuicio a la sobriedad y a la discreción. No aporta ninguna fortaleza emocional automática. Un aspecto del desapego, la capacidad de quedar inmerso en lo que uno se encuentre haciendo, naturalmente se extiende a todo lo que se hace, incluso ser inconsistente y totalmente mezquino. La ventaja de no tener forma es la capacidad de detenerse un momento, si es que se tiene autodisciplina y valor.
Por fin la conducta pasada de la Gorda se volvió comprensible para mí. No había tenido forma durante años, pero carecía de la autodisciplina requerida. Por ello había estado a merced de drásticos cambios y de discrepancias increíbles entre sus acciones y sus propósitos.

En los días subsiguientes, la Gorda y yo reunimos toda nuestra fuerza emocional y tratamos de conjurar otros recuerdos, pero ya no parecía haber ninguno más. Me hallaba de nuevo donde estuve antes de empezar a recordar. Intuía que, enterrado en mí, de alguna manera debería de haber mucho más, pero no encontraba manera de llegar a ello. En mi mente no existían ni los más vagos atisbos de cualquier otro recuerdo.
La Gorda y yo pasamos por un periodo de

tremenda confusión y de dudas. En nuestro caso, no tener forma significaba ser asolados por la peor desconfianza imaginable. Sentimos que éramos como ratas de laboratorio en manos de don Juan, una persona que al parecer nos era muy familiar, pero de la cual en realidad ignorábamos todo. Nos retroalimentamos el uno al otro con dudas y temores. La cuestión más seria por supuesto era la mujer nagual. Cuando concentrábamos nuestra atención en ella, el recuerdo se volvía tan agudo que rebasaba nuestra comprensión el que la hubiéramos olvidado. Esto nos permitía una y otra vez especular qué era lo que nos había hecho don Juan en realidad. Muy fácilmente estas conjeturas nos conducían a la sensación de que habíamos sido usados. Nos enfurecía la inevitable conclusión de que don Juan nos había engañado, nos había dejado desamparados y desconocidos para nosotros mismos.

Cuando la rabia se agotó, el temor empezó a cernirse sobre nosotros; ahora nos enfrentaba la terrible posibilidad de que no habíamos aún descubierto todo el daño que don Juan nos había hecho.

VII. ENSOÑANDO JUNTOS

Un día, para aliviar momentáneamente nuestra zozobra, sugerí que deberíamos dedicar todo nuestro tiempo y energía a ensoñar. Tan pronto como hice esta sugerencia me di cuenta de que la lobreguez que me había acosado durante días se alteró radicalmente con sólo desear el cambio. Claramente comprendí entonces que el problema de la Gorda y el mío era que inconscientemente nos habíamos centrado en el temor y la desconfianza, como si fueran las únicas opciones a nuestro alcance. En todo momento, sin embargo, habíamos tenido, sin saberlo conscientemente, la alternativa de centrar nuestra atención deliberadamente en lo opuesto: el misterio, la maravilla de lo que nos sucedía.

Comuniqué a la Gorda mi hallazgo. Ella estuvo de acuerdo en el acto. Al instante se animó, y el paño de su lobreguez se desvaneció en cuestión de segundos.

-¿Qué tipo de ensoñar propones que debemos hacer? -preguntó.

-¿Cuántos tipos hay? -dije.

-Podemos ensoñar juntos -replicó-. Mi cuerpo me dice que lo hemos hecho antes. Ya hemos entrado en el ensueño como par. Vas a ver que será facilísimo como lo fue ver juntos.

-Pero no sabemos cuál es el procedimiento para ensoñar juntos -dije.

-Pues tampoco sabíamos cómo ver juntos y sin embargo vimos -dijo-. Estoy segura de que si lo intentamos, podremos hacerlo, porque no hay pasos específicos para todo lo que hace un guerrero. Sólo hay poder personal. Y en este momento lo tenemos.

"Debemos, eso sí, ensoñar desde dos lugares distintos, lo más alejado posible el uno del otro. El que entra en el ensueño primero, espera al otro. Apenas nos encontramos entrecruzamos los brazos y nos adentramos juntos a las profundidades del ensoñar.

Le dije que no tenía idea de cómo esperarla si yo empezaba a ensoñar antes que ella. Ella misma no podía explicar lo que eso implicaba, pero aclaró que esperar al otro ensoñador era lo que Josefina había descrito como "jalarlo". La Gorda había sido jalada dos veces por Josefina.

-La razón por la cual Josefina le llama así es porque uno de los dos tiene que prender al otro del brazo -explicó.

Me enseñó entonces cómo hacerlo. Con su mano izquierda sujetó fuertemente mi antebrazo derecho a la altura del codo. Nuestros antebrazos quedaron entrelazados cuando yo cerré mi mano derecha sobre su codo.

-¿Cómo se puede hacer eso en ensueño? -pregunté.

Yo, en lo personal, consideraba que ensoñar era uno de los estados más privados que se puedan imaginar.

-No sé cómo, pero te voy a agarrar -dijo la Gorda-. Yo creo que mi cuerpo sabe cómo. Pero mientras más sigamos hablando de esto, más difícil parece ser.

Comenzamos a ensoñar desde dos lugares. Sólo pudimos ponernos de acuerdo a qué hora empezar, puesto que la entrada en el ensueño era imposible de predeterminar. La posibilidad de que yo tuviera que esperar a la Gorda fue algo que me causó una gran ansiedad, y no pude empezar a ensoñar con la facilidad usual. Después de diez o quince minutos de agitación finalmente logré entrar en un estado que yo llamo vigilia en reposo.

Años antes, cuando ya había adquirido cierto grado de experiencia en ensoñar, le pregunté a don Juan si había procedimientos específicos que fuesen comunes para todos. Me dijo que verdaderamente cada ensoñador es singular e independiente. Pero al hablar con la Gorda descubrí tantas similitudes en nuestras experiencias de ensoñar, que aventuré un posible patrón clasificatorio de las diversas etapas.

Vigilia en reposo es el estado preliminar, en el cual los sentidos se aletargan y, sin embargo, uno se halla consciente. En mi caso, yo siempre había percibido en este estado un flujo de luz rojiza, una luz exactamente igual a la que aparece cuándo encara uno el sol con los párpados fuertemente cerrados.

Al segundo estado de ensoñar le llamé vigilia dinámica. En éste, la luz rojiza se disipa así como se desvanece la niebla, y uno se queda viendo una escena, una especie de cuadro, que es estático. Se ve una imagen tridimensional, un tanto congelada: un pasaje, una calle, una casa, una persona, un rostro, o cualquier otra cosa.

Al tercer estado lo denominé atestiguación pasiva. En él, el ensoñador ya no presencia más un aspecto congelado del mundo, sino que es un testigo ocular de un evento tal como ocurre. Es como si la preponderancia de los sentidos visual y auditivo hiciera a este estado del ensoñar una cuestión principalmente de los ojos y los oídos.

En el cuarto estado uno es llevado a actuar, forzado a llevar a cabo acciones, a dar pasos, a aprovechar el máximo del tiempo. Yo llamé a este estado iniciativa dinámica.

Esperarme, como proponía la Gorda, tenía que ver con el segundo y el tercer estado de nuestro ensoñar juntos. Cuando entré en la segunda fase, vigilia dinámica, en una escena de ensoñar vi a don Juan y a varias otras personas, incluyendo a la Gorda cuando era obesa. Antes de que pudiese considerar qué era lo que veía, sentí un tremendo jalón en mi brazo y me di cuenta dé que la Gorda "verdadera" se hallaba a mi lado. Estaba a mi izquierda y había tomado mi antebrazo derecho con su mano izquierda. Claramente sentí cómo alzaba mi mano para que pudiéramos entrecruzar los antebrazos. Después me descubrí en la atestiguación pasiva, el tercer estado del ensoñar. Don Juan me decía que yo tenía que atender a la Gorda y cuidarla de la manera más egoísta: esto es, como si ella fuera parte de mí mismo.

Su juego de palabras me pareció delicioso. Sentí una felicidad sobrenatural por hallarme allí con él y con los otros. Don Juan prosiguió explicando que mi egoísmo podía ser utilizado de muy buen modo, y que ponerle riendas no era imposible.

Había una atmósfera general de camaradería entre toda la gente congregada allí. Todos reían de lo que don Juan me decía, pero sin burlarse. Don Juan añadió que la manera más segura de subyugar el egoísmo era por medio de las actividades cotidianas de nuestras vidas. Mantenía que yo era eficiente en todo lo que hacía porque no tenía a nadie que me hiciera la vida imposible y que no era nada del otro mundo andar derecho si uno anda solo. Si se me diera la tarea de cuidar a la Gorda, sin embargo, mi eficiencia estallaría en cachitos, y para sobrevivir tendría que extender la preocupación egoísta por mí mismo hasta incluir a la Gorda. Sólo ayudándola, don Juan decía con el tono más enfático, yo encontraría las claves para el desempeño de mi verdadera tarea.

La Gorda puso sus obesos brazos alrededor de mi cuello. Don Juan tuvo que dejar de hablar. Reía de tal manera que no po-

día proseguir. Todos ellos rugían de risa.
Me sentí avergonzado e irritado con la Gorda. Traté de desprenderme de ella, pero sus brazos se hallaban fuertemente enlazados en torno a mi cuello. Con un gesto de manos, don Juan me detuvo. Dijo que el mínimo embarazo que entonces experimentaba no era nada en comparación a lo que me esperaba.
El sonido de las risas era ensordecedor. Me sentí muy feliz, aunque me preocupaba tener que ayudar a la Gorda, ya que ignoraba lo que esto implicaría.
En un momento de mi ensoñar cambié el punto de vista. . . , o más bien, algo me sacó de la escena y empecé a mirar todo como espectador. Nos hallábamos en una casa del norte de México; podía darme cuenta de esto por el panorama que la rodeaba, el cual me era parcialmente visible. Podía ver montañas a lo lejos. También recordé los atavíos de la casa. Nos hallábamos en un porche tejado, abierto. Parte de la gente estaba sentada en grandes sillones; sin embargo, la mayoría se hallaba de pie o sentada en el suelo. Había dieciséis personas. La Gorda se hallaba a mi lado, frente a don Juan.
Me di cuenta que podía tener dos diferentes percepciones al mismo tiempo. Igualmente podía entrar en la escena del ensoñar y recuperar un sentimiento perdido hacía mucho, o podía presenciar la escena con las emociones y sentimientos de mi vida actual. Gozando me hundía en la escena del ensoñar me sentía seguro y protegido, pero cuando la contemplaba del otro modo me sentía perdido, inseguro, angustiado. No me gustó esa reacción mía, por lo tanto me sumergí en la escena del ensoñar.
Una Gorda obesa preguntó a don Juan, con una voz que podía oírse por encima de la risa de todos, si yo iba a ser su esposo. Hubo un momento de silencio. Don Juan parecía calcular lo que iría a decir. Palmeó la cabeza de la Gorda y dijo que de seguro yo estaría encantado de ser su esposo. La gente reía estrepitosamente. Yo reí con ellos. Mi cuerpo se convulsionó con un disfrute genuino, y sin embargo no creí estar riéndome de la Gorda. No la consideraba una aberrada o una estúpida. Era una niña. Don Juan se volvió hacia mí y dijo que yo tenía que honrar a la Gorda a pesar de cualquier cosa que ella me hiciera, y que debía entrenar mi cuerpo, a través de mi interacción con ella, a sentirse a gusto ante las situaciones más exigentes. Don Juan se dirigió a todo el grupo y dijo que era mucho más fácil comportarse bien bajo condiciones de máxima tensión que ser impecable en circunstancias normales, tales como la interrelación con alguien como la Gorda. Don Juan añadió que bajo ninguna circunstancia yo debía enojarme con la Gorda, porque en realidad ella era mi benefactora: sólo a través de ella podría ser yo capaz de controlar mi egoísmo.
Me hallaba tan completamente inmerso en la escena del ensoñar, que me había olvidado de que estaba ensoñando. Una repentina presión en el brazo me lo recordó. Sentí la presencia de la Gorda junto a mí, pero sin verla. Se hallaba allí sólo como un contacto, una sensación táctil en mi antebrazo. En esto concentré mi atención, alguien me tenía fuertemente agarrado; después la Gorda me materializó como una persona completa, como si estuviera hecha de cuadros sobreimpuestos de una película cinematográfica. La escena de ensoñar se disolvió. En vez de eso, la Gorda y yo nos mirábamos el uno al otro con los antebrazos entrecruzados.
Al unísono, de nuevo concentramos nuestra atención en la escena que habíamos estado presenciando. En ese momento supe, sin duda alguna, que habíamos observado la misma escena. Ahora don Juan decía algo a la Gorda, pero yo no podía oírlo. Mi atención era llevada de un lado a otro entre el tercer estado de ensoñar, contemplación pasiva, y la segunda, vigilia dinámica. En un momento yo estaba con don Juan, con una Gorda obesa y las dieciséis personas, y el siguiente instante me hallaba con la Gorda de siempre contemplando una escena congelada.
Entonces una drástica sacudida en mi

cuerpo me condujo a otro nivel más de atención: sentí algo como el chasquido de un trozo seco de madera al romperse, y me encontré en el primer estado de ensoñar, vigilia en reposo. Me hallaba dormido y, no obstante, enteramente consciente. Yo quería permanecer lo más posible en ese estado apacible, pero otra sacudida me hizo despertar al instante. Era el impacto intelectual de haberme dado cuenta de que la Gorda y yo habíamos ensoñado juntos.

Me hallaba más que ansioso por hablar con ella. La Gorda sentía lo mismo. Cuando nos calmamos, le pedí que me describiera todo lo que le había ocurrido en nuestro ensoñar juntos.

-Te estuve esperando un largo rato -dijo-. Una parte de mi creía que te había perdido, pero otra parte pensaba que estabas nervioso y que tenías problemas, así es que esperé.

-¿Dónde me esperaste, Gorda? -pregunté.

-No sé -respondió-. Sé que ya había salido de la luz rojiza, pero no podía ver nada. Pensándolo bien, no tenía vista, sólo sentía. A lo mejor todavía estaba en la luz rojiza, aunque no era roja. El lugar donde me encontraba tenía un tinte color durazno. Entonces abrí los ojos y allí estabas. Parecía que ya estabas a punto de irte, así es que te agarré del brazo. Entonces miré y vi al nagual Juan Matus, a ti, a mí, y a la otra gente en la casa de Vicente. Tú eras más joven y yo estaba gorda.

La mención de la casa de Vicente me trajo una repentina comprensión. Le dije a la Gorda que una vez, manejando por Zacatecas, en el norte de México, tuve un extraño impulso y fui a visitar a Vicente, uno de los amigos de don Juan. No comprendí entonces que al hacerlo, involuntariamente había cruzado a un dominio excluido. Vicente, como la mujer nagual, pertenecía a otra área, a otro mundo. Entendí en ese momento la razón por la que la Gorda quedara tan atónita cuando le referí esa visita. Conocíamos muy bien a Vicente, quien era tan allegado a nosotros como don Genaro, o quizás más aún. Y sin embargo, los habíamos olvidado, tal como había olvidado a la mujer nagual.

En ese momento la Gorda y yo hicimos una inmensa disgresión. Juntos recordamos que Vicente, Genaro y Silvio Manuel eran amigos de don Juan, sus cohortes. Todos ellos se hallaban unidos por una especie de juramento. La Gorda y yo no podíamos recordar qué era lo que los había unido. Vicente no era indio. Había sido farmacéutico cuando joven. Era el erudito del grupo, el verdadero curandero que mantenía a todos en perfecto estado de salud. Le apasionaba la botánica. Yo no tenía duda alguna de que él sabía de plantas más que cualquier ser humano viviente. La Gorda y yo recordamos que fue Vicente el que daba instrucción a todos, incluyendo a don Juan, acerca, de las plantas medicinales. Tomó un interés especial en Néstor, y todos nosotros pensábamos que Néstor llegaría a ser como él.

-Recordar a Vicente me hace pensar en mí -dijo la Gorda-. Me hace pensar en lo insoportable que he sido. Lo peor que le puede pasar a una mujer es tener hijos, tener agujeros en su cuerpo, y a pesar de eso seguir actuando como una adolescente. Ese era mi problema. Yo quería ser un encanto y estaba vacía. Y ellos me dejaban hacer el ridículo y hasta me ayudaban a hacerlo.

-¿Quiénes son ellos, Gorda? -le pregunté.

-El nagual y Vicente y toda esa gente que estaba en casa de Vicente cuando me porté como una burra contigo.

La Gorda y yo comprendimos lo mismo al unísono. A la Gorda le era permitido ser insoportable sólo conmigo. Nadie más aguantaba sus necedades, aunque ella las intentaba con todos.

-Vicente sí me aguantaba -dijo la Gorda-. Me llevaba la cuerda. Figúrate que hasta tío le decía. Cuando quise decir tío a Silvio Manuel, casi me despelleja los sobacos con sus manos que parecían garras.

Los dos tratamos de concentrar nuestra atención en Silvio Manuel, pero no pudimos recordar cómo era. Sentíamos su presencia en nuestros recuerdos, pero él no

era una persona, era sólo un sentimiento. Hablamos de nuestra escena de ensoñar y llegamos al acuerdo de que ésta había sido una réplica fiel de lo que en realidad tuvo lugar en nuestras vidas en cierto tiempo, pero nos resultaba imposible recordar cuándo. Sin embargo, yo tenía la extraña seguridad de que efectivamente estuve a cargo de la Gorda como entrenamiento para enfrentar la interacción con la gente. Era imperativo que yo interiorizara un estado de ecuanimidad ante situaciones sociales difíciles, y para esto nadie podía haber sido un mejor entrenador que la Gorda. Los relampagazos de vagos recuerdos que yo tenía de una obesa Gorda surgían de esas circunstancias, porque yo había cumplido las órdenes de don Juan al pie de la letra.

La Gorda dijo que no le había gustado en lo más mínimo la escena de ensoñar. Ella hubiera preferido mirar solamente, pero yo la empujé a que reviviera sus viejos sentimientos, que le eran detestables. Su descontento fue tan intenso que deliberadamente apretó mi brazo para forzarme a concluir nuestra participación en algo que le resultaba tan odioso.

Al día siguiente empezamos otra sesión de ensoñar juntos. Ella la inició en su recámara y yo en mi estudio, pero no ocurrió nada. Quedamos agotados meramente tratando de entrar en el ensueño. Luego, pasaron semanas enteras sin que pudiéramos avanzar lo mínimo. Cada fracaso nos volvía más desesperados y codiciosos.

En vista de nuestra derrota decidí que, por el momento, deberíamos posponer ensoñar juntos y examinar con mayor cuidado los procesos del ensoñar y analizar sus conceptos y procedimientos. En un principio la Gorda no estuvo de acuerdo conmigo. Para ella, la idea de revisar lo que sabíamos de ensoñar reconstituía otra manera de sucumbir a la codicia. Ella prefería nuestros fracasos. Yo persistí hasta que finalmente accedió, más que nada debido a la sensación de que estábamos absolutamente perdidos.

Una noche, lo más casualmente que pudimos, empezamos a discutir lo que debíamos de ensoñar. De inmediato nos fue obvio que había unos temas centrales que en especial don Juan había enfatizado.

Lo primero era el acto mismo, el cual comienza como un estado único de conciencia al que se llega concentrando el residuo consciente que se conserva, aun cuando uno está dormido, en los elementos o los rasgos de los sueños comunes y corrientes. El residuo consciente, al que don Juan llamaba la segunda atención, es adiestrado a través de ejercicios de no-hacer. La Gorda y yo estuvimos de acuerdo que un auxiliar esencial del ensoñar era un estado de quietud mental, que don Juan había llamado "detener el diálogo interno", o el "no-hacer de hablarse a uno mismo". Para enseñarme cómo lograrlo, don Juan solía hacerme caminar durante kilómetros con los ojos fuera de foco, fijos en un plano unos cuantos grados por encima del horizonte, a fin de realzar la visión periférica. El método fue efectivo por dos razones. Me permitió detener mi diálogo interno después de años de práctica, y entrenó mi atención. Al forzarme a una concentración en la vista periférica, don Juan reforzó mi capacidad de concentrarme, por largos periodos de tiempo, en una sola actividad.

Después, cuando logré controlar mi atención y ya fui capaz de trabajar por horas en cualquier tarea -algo que antes nunca pude hacer-, don Juan me dijo que la mejor manera de entrar en ensueños era concentrándome en el área exacta en la punta del esternón. Dijo que de ese sitio emerge la atención que se requiere para comenzar el ensueño. La energía que necesita uno para moverse en el ensueño surge del área tres o cuatro centímetros bajo el ombligo. A esa energía le llamaba la voluntad, o el poder de seleccionar, de armar. En una mujer, tanto la atención como la energía para ensoñar, se origina en el vientre.

-El ensoñar de una mujer tiene que venir de su vientre porque ése es su centro -dijo la Gorda-. Para que yo pueda empezar a ensoñar o dejar de hacerlo, todo lo que tengo que hacer es fijar la atención en mi

vientre. He aprendido a sentirlo por dentro. Veo un destello rojizo por un instante y luego ya estoy fuera.
-¿Cuánto tiempo te toma llegar a ver esa luz rojiza? -le pregunté.
-Unos cuantos segundos. En el momento en que mi atención está en mi vientre, ya estoy en el ensoñar -continuó-. Nunca batallo, nunca jamás. Así son las mujeres. Para una mujer la parte más difícil es aprender cómo empezar; a mí me llevó un par de años detener mi diálogo interno concentrando mi atención en el vientre. Quizás ésa es la razón por la que una mujer siempre necesita que otro la acicatee.
"El nagual Juan Matus me ponía en la barriga piedras del río, frías y mojadas; para hacerme sentir esa área. O me ponía un peso encima; yo tenía un trozo de plomo que él me consiguió. El nagual me hacía cerrar los ojos y concentrar la atención en el sitio donde yo sentía el peso. Por lo regular me quedaba dormida. Pero eso no lo molestaba. Realmente no importa lo que uno hace en tanto la atención esté en el vientre. Por último aprendí a concentrarme en ese sitio sin tener nada puesto encima. Un día empecé solita a ensoñar. Como siempre, comencé por sentir mi barriga, en el lugar donde el nagual había puesto el peso tantas veces, luego me quedé dormida como siempre, salvo que algo me jaló directo adentro de mi vientre. Vi un destello rojizo y después tuve un sueño de lo más hermoso. Pero tan pronto como quise contárselo al nagual, me di cuenta de que había sido un sueño común y corriente. No había modo de contarle cómo había sido. Del sueño yo sólo sabía que en él me sentí muy feliz y fuerte. El nagual me dijo que yo había ensoñado.
"A partir de ese momento ya nunca más me volvió a poner un peso encima. Me dejó hacer mi ensoñar sin interferir. De vez en cuando me pedía que le contara cómo iban las cosas, y me daba consejos. Así es como se debe de llevar a cabo la instrucción del ensoñar."
La Gorda aseguró que don Juan le había explicado que cualquier cosa puede servir como no-hacer para propiciar el ensoñar, siempre que esto fuerce a la atención a permanecer fija. Por ejemplo, hizo que ella y los demás aprendices contemplaran fijamente hojas y piedras, y alentó a Pablito a que construyera su propio aparato de no-hacer. Pablito empezó con el no-hacer de caminar hacia atrás. El avanzaba echando veloces miradas a los lados para no perder la dirección y para eludir los obstáculos del camino. Yo le di la idea de utilizar un espejo y él expandió la idea construyendo un casco de madera con una armazón exterior de alambre que sostenía dos pequeños espejos, a unos quince centímetros de su cara y a cinco centímetros por debajo del nivel de sus ojos. Los dos espejos no interferían con su visión frontal, y debido al ángulo lateral en el que se hallaban colocados éstos le permitían cubrir todo el campo visual a sus espaldas. Pablito alardeaba de que tenía una visión periférica de 360 grados. Auxiliado por este artefacto, Pablito podía caminar hacia atrás largas distancias, o por largos periodos de tiempo.
La posición que uno elige para hacer el ensoñar también era un tema muy importante.
-No sé por qué el nagual no me explicó desde el mero principio -dijo la Gorda- que para una mujer la mejor posición para empezar es sentarse con las piernas cruzadas y después dejar que el cuerpo caiga como pueda. El nagual me dijo esto un año después de que yo había empezado. Hoy en día, yo tomo asiento en esa posición durante un momento, siento mi vientre, y al instante ya estoy ensoñando.
Al principio, y al igual que la Gorda, yo lo había hecho acostado de espaldas, hasta que un día don Juan me dijo que para obtener mejores resultados debía de sentarme en una esterilla suave y delgada, con las plantas de mis pies puestas juntas y con los muslos tocando la esterilla. Me señaló que, como yo tenía las coyunturas de las caderas algo elásticas, debía de ejercitarlas al máximo, con el fin de llegar a tener los muslos completamente aplanados

contra el suelo. Don Juan añadió que si yo llegaba a entrar en el ensoñar sentado en esa posición, mi cuerpo no se deslizaría ni caería a ninguno de los lados, sino que mi tronco se inclinaría hacia adelante y mi frente se apoyaría en mis pies.

Otro tema de enorme significado era la hora de ensoñar. Don Juan nos había dicho que las horas más avanzadas de la noche o las primeras horas de la madrugada eran las mejores.

El explicaba la razón por la cual prefería estas horas como una aplicación práctica del conocimiento de los brujos. Dijo que desde el momento en que uno tiene que hacer su ensoñar dentro de su medio social, uno debe de buscar las mejores condiciones posibles de aislamiento, libres de interferencias. Las interferencias a las que se refería tenían que ver con la "atención" de la gente, y no con su presencia física. Para don Juan era algo fuera de propósito el retirarse del mundo y ocultarse, pues incluso si uno se hallase solo en un lugar aislado y desierto, la interferencia de nuestros prójimos prevalece. La fijeza de su primera atención no puede ser desconectada. Sólo localmente a las horas en las que la mayoría de la gente está dormida uno puede desviar parte de esa fijeza por un breve lapso. En esas horas está adormecida la primera atención de quienes nos rodean.

Esto condujo a don Juan al tema de la segunda atención. El nos explicó que la atención que uno requiere en los inicios del ensoñar tiene que forzarse a permanecer en un determinado detalle de un sueño. Sólo mediante la inmovilización de la atención puede uno convertir en ensueño un sueño ordinario.

Explicó también que al ensoñar uno debe de emplear los mismos compulsivos mecanismos de atención de la vida cotidiana. Nuestra primera atención ha sido entrenada para enfocar los elementos del mundo, compulsivamente y con gran fuerza, a fin de transformar el dominio caótico y amorfo de la percepción en el mundo ordenado de la conciencia.

Don Juan también nos dijo que la segunda atención desempeñaba el papel de un señuelo; la llamó un convocador de oportunidades. Mientras más se la ejercita, mayor es la posibilidad de obtener lo que se desea. Aseveró que también esta es la función de la atención en general, la cual damos de tal forma por sentada en nuestra vida diaria, que jamás la advertimos; si nos pasa un suceso fortuito, hablamos de él en términos de un accidente o de una coincidencia, y no en términos de que nuestra atención hizo que sucediera.

Nuestra discusión de la segunda atención preparó el terreno para otra cuestión crucial, el cuerpo de ensueño. Para poder guiar a la Gorda hacia éste, don Juan le dio la tarea dé inmovilizar su segunda atención lo más firmemente posible en los elementos de la sensación de volar en ensueños.

-¿Cómo aprendiste a volar en ensueños? -le pregunté-. ¿Te enseñó alguien?

-El nagual Juan Matus fue el que me enseñó en esta tierra -respondió-. Y en el ensueño me enseñó alguien al que nunca pude ver. Sólo era una voz que me iba diciendo lo que había que hacer. El nagual me impuso la tarea de aprender a volar en ensueños y la voz me enseñó cómo hacerlo. Después me llevó años aprender por mí misma a cambiar de mi cuerpo normal, ése que uno puede ver y tocar, a mi cuerpo de ensueño.

-Eso me lo tienes que explicar -le pedí.

-Tú estabas aprendiendo a entrar en tu cuerpo de ensueño cuando ensoñaste que te salías de tu cuerpo -continuó-. Pero tal como yo veo las cosas, el nagual no te dio ninguna tarea específica, así que tú seguiste dándole ahí como te saliera. Por otra parte, a mí se me dio la tarea de utilizar mi cuerpo de ensueño. Las hermanitas tuvieron la misma tarea. En mi caso, una vez tuve un sueño en el que volaba como papalote. Se lo conté al nagual porque me había gustado la sensación de planear. El lo tomó en serio y lo hizo una tarea. Dijo que tan pronto como uno aprende a ensoñar, cualquier sueño que uno puede recordar ya no es un sueño, es ensueño.

"Entonces empecé a tratar de volar cuando ensoñaba. Pero no podía organizarme. Mientras más trataba de influenciar mis ensueños, más difícil se me ponía. Finalmente el nagual me aconsejó que parara de forzarme y que dejara que todo ocurriera por sí mismo. Poco a poquito empecé a volar en los ensueños. Fue entonces cuando una voz me empezó a decir qué hacer. Siempre creí que era una voz de mujer.

"Cuando ya había aprendido a volar perfectamente, el nagual me dijo que tenía que repetir, despierta, todos los movimientos de vuelo que yo aprendí en ensueños. Tú tuviste la misma oportunidad cuando el tigre dientes de sable te enseñaba cómo respirar. Pero nunca te volviste un tigre en ensueños, de modo que propiamente no podías tratar de hacerlo cuando estabas despierto. Pero yo sí aprendí a volar en ensueños. Cambiando mi atención a mi cuerpo de ensueño, podía volar como papalote cuando estaba despierta. Una vez te enseñé mi vuelo porque quería que vieras que yo había aprendido a usar mi cuerpo de ensueño. Pero a ti nunca se te ocurrió de qué se trataba la cosa.

La Gorda se refería a la vez en que me aterró con el incomprensible acto real de elevarse y planear en el aire como un volador. El hecho fue tan extravagante para mí que no pude ni siquiera empezar a entenderlo de una manera lógica. Cómo de costumbre, cuando yo era confrontado por eventos de esa naturaleza, lo puse en la amorfa categoría de "percepciones bajo condiciones de tensión extrema". Yo argumentaba que en casos de tensión severa la percepción podía ser enormemente distorsionada por los sentidos. Mi explicación no explicaba nada pero parecía apaciguar a mi razón.

Le dije a la Gorda que por fuerza debía haber más, en lo que ella llamaba el cambio a su cuerpo de ensueño, que repetir meramente la acción de volar.

Ella lo pensó un rato antes de contestar.

-Yo creo que el nagual te debe haber dicho a ti también -afirmó- que lo único que en verdad cuenta al hacer ese cambio es anclar la segunda atención. El nagual decía que es la atención la que hace al mundo. Tenía sus razones para decirlo. Era el amo de la atención. Supongo que lo dejó a mi cuenta el que yo averiguara que todo lo que necesitaba para cambiar a mi cuerpo de ensueño, era concentrar mi atención en volar. Lo importante era almacenar atención en ensueños, observar todo lo que yo hacia al volar. Esa era la única forma de cultivar mi segunda atención. Una vez que ésta era sólida, con sólo enfocarla levemente en los detalles y en la sensación de volar me producía más ensueños de volar, hasta que por fin para mí era una rutina ensoñar, que me remontaba por los aires.

"En la cuestión de volar, pues, mi segunda atención estaba muy afilada. Cuando el nagual me dio la tarea de cambiarme a mi cuerpo de ensueño; lo que quería hacer era que sintonizara mi segunda atención al estar despierta. Así es como yo lo entiendo. La primera atención, la atención que hace al mundo, nunca puede ser subyugada del todo; sólo se le puede desconectar unos momentos para reemplazarla con la segunda atención, eso es, si el cuerpo la ha almacenado lo suficiente. Naturalmente, ensoñar es una manera de almacenar la segunda atención. De modo que yo diría que para poder cambiarte a tu cuerpo de ensueño, al estar despierto tienes que ensoñar hasta que los ensueños se te salgan por las orejas.

-¿Puedes entrar en tu cuerpo de ensueño cada vez que quieres? -le pregunté.

-No. No es así de fácil -replicó-. He aprendido a repetir los movimientos y las sensaciones de volar cuando estoy despierta, y sin embargo, no puedo volar cada vez que quiero. Mi cuerpo de ensueño siempre encuentra una barrera. Algunas veces la barrera cede; mi cuerpo es libre en esos momentos y yo puedo volar como si estuviera ensoñando.

Le dije a la Gorda que en mi caso don Juan me dio tres tareas para entrenar mi segunda atención. La primera era encontrar mis manos en mis ensueños. Después

me recomendó que escogiera un sitio local, concentrara en él mi atención, y luego hiciera ensoñar en pleno día y averiguara si en verdad podía ir allí. Me sugirió que colocara en aquel sitio a una persona allegada a mi, de preferencia una mujer. Con esto obtendría dos cosas: primero, ella podría percibir cambios sutiles que pudiesen atestiguar que en verdad yo estaba allí en ensueños; y, segundo, ella podría observar detalles minúsculos y particulares del sitio, porque precisamente en ésos se centraría mi segunda atención.

El problema más serio que a este respecto tiene el ensoñador es la fijeza inquebrantable de la segunda atención de detalles que pasarían completamente: desapercibidos en la vida cotidiana, creando, de esa manera, un obstáculo casi invencible para la verificación. Lo que uno busca en ensueños no es aquello a lo que se le prestaría atención en la vida ordinaria.

Don Juan explicó que durante el periodo de aprendizaje uno batalla por inmovilizar la segunda atención. Subsecuentemente, uno tiene que batallar aún más para romper esa misma inmovilización. En ensueños uno tiene que satisfacerse con ojeadas muy breves, con vislumbres pasajeros. Tan pronto como uno enfoca algo, uno pierde control.

La tarea menos generalizada que don Juan me dio, consistía en salir de mi cuerpo. Yo lo había logrado en parte, y por cierto lo consideré siempre como mi único verdadero logro en ensueños. Don Juan partió antes de que yo hubiera perfeccionado la sensación de que podía manejar el mundo de los asuntos diarios mientras ensoñaba. Su partida interrumpió lo que yo pensé iba a ser un inevitable montaje de mi realidad de ensueños sobre el mundo de mi vida diaria.

Para elucidar el control de la segunda atención, don Juan presentó la idea de la voluntad. Dijo que la voluntad podía describirse como el máximo control de la luminosidad del cuerpo en cuanto a campo de energía, o podía describirse como un nivel de pericia, o un estado de ser al que llega abruptamente un guerrero en un momento dado. Se le experimenta como un fuerza que irradia de la parte media del cuerpo después de un momento del silencio más absoluto, o de un momento de terror puro, o de una profunda tristeza; pero no después de un momento de felicidad. La felicidad es demasiado trastornante para permitirle al guerrero la concentración requerida a fin de usar la luminosidad de su cuerpo y convertirla en silencio.

-El nagual me dijo que para un ser humano la tristeza es tan poderosa como el terror -dijo la Gorda-. La tristeza hace que un guerrero derrame lágrimas de sangre. Ambos pueden producir el momento de silencio. O el silencio viene por sí mismo, porque el guerrero lo persigue a lo largo de su vida.

-¿Tú has llegado a sentir ese momento de silencio? -le pregunté.

-Claro que sí lo he hecho, pero no puedo recordar cómo es -dijo-. Tú y yo lo hemos sentido antes y ninguno de los dos podemos recordar nada de eso. El nagual dijo que es un momento de negrura, un momento aún más silente que el momento de parar y cerrar el diálogo interno. Esa negrura, ese silencio, permite que surja el intento de dirigir la segunda atención, de dominarla, de obligarla a hacer cosas. Por eso se le llama voluntad. El intento y el efecto son la voluntad; el nagual dijo que las dos estaban unidas. Me dijo todo esto cuando yo trataba de aprender a volar en ensueños. El intento de volar produce el efecto de volar.

Le dije que yo ya casi había descartado la posibilidad de llegar a experimentar la voluntad.

-La experimentarás -dijo la Gorda-. El problema es que tú y yo no estamos lo suficiente afilados para saber qué es lo que nos está ocurriendo. No sentimos nuestra voluntad porque pensamos que debería ser algo de lo cual estamos seguros, como el hecho de enojarse, por ejemplo. La voluntad es muy silenciosa, no se nota. La voluntad pertenece al otro yo.

-¿Cuál otro yo, Gorda? -pregunté.

-Tú sabes de qué estoy hablando -respondió enérgicamente-. Cuando ensoñamos entramos en nuestro otro yo. Ya hemos entrado allí infinitas veces, pero todavía no estamos completos.

Un largo silencio tuvo lugar. Yo me dije que ella tenía razón al decir que aún no estábamos completos. Entendí que con eso ella quería decir que éramos meros aprendices de un arte inagotable. Pero entonces cruzó por mi mente la idea de que a lo mejor ella se refería a otra cosa. No se trataba de un pensamiento racional. En un principio sentí algo como una sensación punzante en mi plexo solar y después tuve la idea de que quizá ella se refería a otra cosa. Luego sentí la respuesta. Me llegó como un solo bloque, una especie de masa. Supe que todo un conjunto se hallaba allí, primero en la punta del esternón y después en mi mente. Mi problema era que no podía desenredar lo que sabía, con rapidez suficiente para verbalizarlo.

La Gorda no interrumpió mis procesos de pensamiento con comentarios o gestos. Estaba perfectamente callada, esperando. Parecía hallarse conectada internamente conmigo a tal punto que no teníamos que decir nada.

Sostuvimos este sentimiento de comunión del uno con el otro durante un momento y después éste nos avasalló a los dos. La Gorda y yo nos calmamos poco a poco. Finalmente, empecé a hablar. No era que yo necesitase reiterar lo que sentimos y supimos en común, lo que necesitaba era reestablecer nuestras bases de discusión. Le dije que yo sabía de qué manera estábamos incompletos, pero que no podía poner en palabras mi conocimiento.

-Hay tantas y tantas cosas que sabemos -dijo-. Y sin embargo, no podemos usar todo eso porque en realidad ignoramos cómo extraerlo de nosotros mismos. Tú ya empezaste a sentir esa presión. Yo la he tenido por años. Sé y al mismo tiempo no sé. La mayor parte del tiempo se me caen las babas y todo lo que digo es pura estupidez.

Yo entendí a qué se refería y lo entendí en un nivel físico. Yo sabía algo absolutamente práctico y evidente de la voluntad y de lo que la Gorda había llamado el otro yo, y, sin embargo, no podía emitir la menor palabra de lo que sabía, no porque fuera reservado o vergonzoso, sino porque ignoraba por dónde comenzar, cómo organizar mi conocimiento.

-La voluntad es un control de la segunda atención al que se le llama el otro yo -dijo la Gorda después de una larga pausa-. A pesar de todo lo que hemos hecho, sólo conocemos un pedacito muy pequeño del otro yo. El nagual dejó a nuestro cargo el que completáramos nuestro conocimiento. Esa es nuestra tarea de recordar.

Se dio un golpe en la frente con la palma de su mano, como si algo hubiera llegado repentinamente a su mente.

-¡Dios santo! ¡Estamos recordando al otro yo! -exclamó, con su voz casi bordeando la histeria. Después se tranquilizó y habló en un tono más suave-: Evidentemente ya hemos estado allí y la única manera de recordarlo es como lo estamos haciendo, disparando nuestros cuerpos de ensueño mientras ensoñamos juntos.

-¿Qué quieres decir con eso de disparar nuestros cuerpos de ensueño? -le consulté.

-Tú mismo presenciaste cuando Genaro disparaba su cuerpo de ensueño -dijo-. Sale como si fuera una bala lenta; en realidad se pega y se despega del cuerpo físico con un chasquido fuerte. El nagual decía que el cuerpo de ensueño de Genaro podía hacer la mayor parte de las cosas que nosotros hacemos normalmente; él se dirigía a ti de esa manera para sacudirte. Ahora ya sé qué era lo que buscaban el nagual y Genaro. Querían que recordaras, y para lograrlo Genaro llevaba a cabo hazañas increíbles ante tus mismísimos ojos disparando su cuerpo de ensueño. Pero no sirvió de nada.

-Yo nunca supe que él se hallaba en su cuerpo de ensueño -dije.

-Nunca lo supiste porque no observabas nada -dijo-. Genaro trató de hacértelo saber intentando cosas que el cuerpo de ensueño no puede hacer, como comer, beber,

y cosas por el estilo. El nagual me dijo que a Genaro le gustaba bromear contigo diciéndote que iba a cagar y hacer que temblaran las montañas.
-¿Por qué el cuerpo de ensueño no puede hacer esas cosas? -pregunté.
-Porque el cuerpo de ensueño no puede manejar el intento de comer o de beber -respondió.
-¿Qué quieres decir con eso, Gorda?
-La gran hazaña de Genaro consistía en que en sus ensueños aprendió el intento de formar su cuerpo físico -explicó-. El terminó lo que tú empezaste a hacer. El podía ensoñar todo su cuerpo de la más perfecta manera. Pero el cuerpo de ensueño tiene un intento diferente del intento del cuerpo físico. Por ejemplo, el cuerpo de ensueño puede atravesar una pared, porque conoce el intento de desaparecer en el aire. El cuerpo físico conoce el intento de comer, pero no el de desaparecer en el aire. Para el cuerpo físico de Genaro, traspasar una pared sería tan imposible como sería comer para su cuerpo de ensueño.
La Gorda calló durante unos instantes como si sopesara lo que acababa de decir. Yo quise esperar antes de formularle más preguntas.
-Genaro había dominado sólo el intento del cuerpo de ensueño -dijo con una voz suave-. Silvio Manuel, por otra parte, era el máximo amo del intento. Ahora ya sé que no podemos recordar su cara porque él no era como cualquier otro.
-¿Qué te hace decir eso, Gorda? -pregunté.
Ella comenzó a explicarme lo que quería decir, pero no pudo hablar coherentemente. De pronto, sonrió. Sus ojos se iluminaron.
-¡Ya sé! -exclamó-. El nagual me dijo que Silvio Manuel era el amo del intento porque estaba permanentemente en su otro yo. El era el verdadero jefe. Se hallaba detrás de todo lo que hacía el nagual. En realidad, él fue el que hizo que el nagual se encargara de ti.
Experimenté una aguda incomodidad física al oír a la Gorda decir eso. Casi acabé vomitando y tuve que hacer esfuerzos extraordinarios para ocultárselo. Tuve espasmos de vómito. Le di la espalda. Ella dejó de hablar durante un instante y después procedió como si hubiera decidido ignorar mi estado. Me gritó. Dijo que ése era el momento de aclarar nuestros agravios. Me echó en cara mi resentimiento por lo que ocurrió en la ciudad de México. Añadió que mi rencor no se debía a que ella se hubiese puesto del lado de los otros aprendices en contra mía, sino porque ella los había ayudado a desenmascararme. Le expliqué que todos esos sentimientos se habían desvanecido en mí. Ella continuó inexorable. Sostuvo que a no ser que yo enfrentara esos sentimientos, éstos de alguna manera volverían a mí. Insistió en que mi afiliación con Silvio Manuel era el meollo del asunto.
Yo no podía creer los cambios anímicos por los que pasé al oír sus argumentos. Me convertí en dos personas: una rabiaba, espumeando de la boca; la otra estaba calmada, observando. Tuve un último espasmo doloroso en mi estómago y vomité. No fue la sensación de náusea la que causó el espasmo. Más bien se trataba de una ira incontenible.
Cuando finalmente me calmé me sentí muy avergonzado de mi comportamiento y preocupado de que un incidente de esa naturaleza pudiera volver a ocurrirme en otra ocasión.
-Tan pronto como aceptes tu verdadera naturaleza, estarás libre del furor -dijo la Gorda en un tono impasible.
Quise discutir con ella, pero vi la futilidad que eso implicaba. Además, el ataque de ira había consumido mi energía. Me reí porque de hecho ignoraba qué haría yo en caso de que la Gorda estuviera en lo cierto. Se me ocurrió entonces que desde el momento en que yo había olvidado a la mujer nagual, todo era posible. Sentía una extraña sensación de calor o irritación en la garganta, como si hubiese ingerido comida picante. Tuve una sacudida de alarma corporal justo como si hubiera visto a alguien agazapado a mis espaldas, y en ese momento supe a ciencia cierta algo

que un instante antes no sabía. La Gorda tenía razón. Silvio Manuel había estado encargado de mí.
La Gorda rió estentóreamente cuando se lo dije. Añadió que ella también recordaba algo más de Silvio Manuel.
-No me acuerdo de él como persona, como recuerdo a la mujer nagual -continuó-, pero sí me acuerdo de lo que el nagual me dijo de él.
-¿Qué te dijo? -pregunté.
-Dijo que mientras Silvio Manuel estuvo en esta tierra era como Eligio. Desapareció una vez sin dejar huellas y se fue al otro mundo. Se fue por años, y un día regresó. El nagual decía que Silvio Manuel no recordaba dónde había estado o qué había hecho, pero su cuerpo había cambiado. Había regresado al mundo, pero volvió en su otro yo.
-¿Qué más te dijo, Gorda? pregunté.
-No me puedo acordar de mas -respondió-. Es como si estuviera viendo a través de la niebla.
Yo estaba seguro de que si nos esforzábamos duramente, averiguaríamos allí mismo quién era Silvio Manuel. Se lo dije.
-El nagual aseguraba que el intento está presente en todo -dijo la Gorda de repente.
-¿Y eso qué quiere decir? -pregunté.
-No sé -respondió-. Sólo estoy hablando lo que se me viene a la mente. El nagual también dijo que el intento es lo que hace el mundo.
Estaba seguro de haber oído antes eso mismo. Pensé que don Juan debió haberme dicho la misma cosa y que yo la había olvidado.
-¿Cuándo te habló de eso don Juan? -pregunté.
-No recuerdo cuándo -respondió-. Pero me dijo que la gente, y todas las demás criaturas vivientes, por cierto, es esclava del intento. Estamos en sus garras. Nos hace hacer todo lo que quiere. Nos hace actuar en el mundo. Incluso nos hace morir.
"Me dijo que cuando nos convertimos en guerreros, sin embargo, el intento se vuelve nuestro amigo. Nos deja ser libres por un rato. A veces incluso viene a nosotros, como si por ahí hubiera estado esperándonos. Me dijo que él personalmente sólo era un amigo del intento. . . , no como Silvio Manuel, que era su amo.
En mí había inmensas presiones de memorias ocultas que pugnaban por salir. Experimenté una tremenda frustración durante unos momentos y después algo en mí cedió. Me tranquilicé. Ya no me interesaba averiguar nada de Silvio Manuel.
La Gorda interpretó mi cambio como un signo de que no nos hallábamos listos para confrontar nuestros recuerdos de Silvio Manuel.
-El nagual nos mostró a todos nosotros lo que él podía hacer con su intento -dijo, abruptamente-. Podía hacer aparecer cosas llamando al intento.
"Me dijo que si yo quería volar, tenía que convocar el intento de volar. Me enseñó entonces cómo él convocaba, y saltó en el aire y se remontó haciendo un círculo, como un papalote gigantesco. O podía hacer que en su mano aparecieran cosas. Me dijo que conocía el intento de muchas cosas y que podía llamar a esas mismas cosas intentándolas. La diferencia entre él y Silvio Manuel era que Silvio Manuel, siendo el amo del intento, conocía el intento de todo.
Le dije que su explicación requería aclaraciones. Ella pareció luchar por arreglar las palabras en su mente.
-Yo aprendí el intento de volar -dijo-, repitiendo todas las sensaciones que había tenido volando en mis ensueños. Esto fue solamente un ejemplo. El nagual había aprendido en vida el intento de cientos de cosas. Pero Silvio Manuel se fue a la fuente misma. La penetró. No tuvo que aprender el intento de nada. Era uno con el intento. El problema era que ya no tenía más deseos, porque el intento no tiene deseos por sí mismo, así es que tenía que depender del nagual para la voluntad. En otras palabras, Silvio Manuel podía hacer todo lo que el nagual quería. El nagual dirigía el intento de Silvio Manuel. Pero como el nagual tampoco tenía deseos, la mayor parte del tiempo no hacían nada.

VIII. LA CONCIENCIA DEL LADO DERECHO Y DEL LADO IZQUIERDO

Nuestra discusión sobre el ensoñar fue sumamente benéfica para nosotros, no sólo porque resolvió los obstáculos de nuestro ensoñar juntos, sino porque llevó los conceptos del ensoñar al nivel intelectual. Hablar de ellos nos tuvo ocupados; nos permitió hacer una pausa con el fin de mitigar nuestra agitación.

Una noche que andaba de compras llamé a la Gorda desde una cabina telefónica. Me dijo que había estado en un almacén comercial y que había tenido la sensación de que yo estaba escondido detrás de unos maniquíes de escaparate. Estaba tan segura de que yo le andaba jugando una broma que se puso furiosa conmigo. Se abalanzó por la tienda tratando de atraparme y hacerme saber su enojo. Luego se dio cuenta de que en realidad estaba recordando algo que ella acostumbraba hacer conmigo: tener un berrinche.

Al unísono, llegamos entonces a la conclusión de que era hora de volver a intentar el ensoñar juntos. Al decirlo, sentimos un optimismo renovado. Me fui a casa inmediatamente.

Entré muy fácilmente en el primer estado, vigilia en reposo. Tuve una sensación de placer corpóreo, un hormigueo que irradiaba de mi plexo solar y que se transformó en la idea de que obtendríamos grandes resultados. Esa idea se convirtió en una nerviosa anticipación. Me di cuenta de que mis pensamientos emanaban del hormigueo en la mitad de mi pecho. Sin embargo, en el momento en que centré mi atención en él, el hormigueo cesó. Era como una corriente eléctrica que yo podía conectar y desconectar.

El hormigueo se inició de nuevo, esta vez más pronunciado que antes, y de súbito me descubrí cara a cara con la Gorda. Era como si hubiera dado vuelta a una esquina para toparme con ella. Quedé absorto mirándola. Era tan absolutamente real, tan ella misma, que sentí la necesidad de tocarla. El efecto más puro, más sobrenatural por ella, brotó de mí en ese momento. Empecé a sollozar incontrolablemente. Rápidamente, la Gorda trató de entrecruzar nuestros brazos para detener mi estallido, pero no pudo moverse en lo más mínimo. Miramos en torno nuestro. No había ningún cuadro fijo frente a nuestros ojos, ninguna imagen estática de ningún tipo. Tuve un discernimiento repentino y le dije a la Gorda que por estar mirándonos el uno al otro habíamos perdido la oportunidad de ver una escena de ensoñar. Sólo hasta después de que hube hablado me di cuenta de que nos hallábamos en una situación nueva. El sonido de mi voz me asustó. Era una voz extraña, áspera, desagradable. Me dio una sensación de irritación física.

La Gorda respondió que no habíamos perdido nada, que nuestra segunda atención había sido atrapada por algo extraño. Sonrió e hizo un gesto frunciendo la boca, una mezcla de sorpresa e irritación ante el sonido de su propia voz.

Encontré la novedad de hablar en ensueños fascinante. No era que estuviéramos ensoñando una escena en la cual habláramos, sino que de hecho conversábamos. Y esto requería un esfuerzo único, muy similar al esfuerzo que tuve que hacer en un principio al descender una escalera en ensueños.

Le pregunté si creía que el sonido de mi voz era chistoso. Ella asintió y no estentóreamente. El sonido de su risa me conmocionó. Recordé que don Genaro solía hacer los ruidos más extraños y aterrorizantes; la risa de la Gorda se hallaba en la misma categoría. Entonces experimenté el impacto de comprender que la Gorda y yo, espontáneamente, habíamos entrado en nuestros cuerpos de ensueño.

Quería tomarla de la mano. Lo intenté, pero no pude mover el brazo. Como ya tenía cierta experiencia de moverme en ese estado, me propuse ir al lado de la Gorda. Mi deseo era abrazarla, pero en vez de eso me desplacé hasta un punto tan próximo de ella que nos fundimos. Yo estaba cons-

ciente de mi individualidad, pero al mismo tiempo sentía que era parte de la Gorda. Esa sensación me gustó inmensamente.
Permanecimos fusionados hasta que algo rompió nuestro vínculo. Sentí un impulso de examinar el medio ambiente. Miré, y claramente recordé haberlo visto antes. Nos hallábamos rodeados de pequeños promontorios circulares que exactamente semejaban dunas de arena. Estas se hallaban en torno nuestro, en todas las direcciones, hasta donde se podía ver. Las dunas parecían estar hechas de algo que semejaba piedra arenisca de un tono amarillo pálido, o toscos gránulos de sulfuro. El cielo era del mismo color, muy bajo y opresivo. Había bancos de niebla amarillenta o algún tipo de vapor amarillo que pendía de ciertos sitios del cielo.
Entonces advertí que la Gorda y yo parecíamos respirar normalmente. Yo no podía sentir mi pecho con las manos, pero sí lograba sentirlo expandirse cuando inhalaba. Los vapores amarillos obviamente no eran dañinos para nosotros.
Empezamos a movernos al mismo tiempo, lenta, cuidadosamente, casi como si camináramos. Después de una breve distancia me sentí muy fatigado, y la Gorda también. Nos deslizábamos sobre el suelo y, al parecer, desplazarse de esa manera era muy fatigoso para nuestra segunda atención; requería un grado excesivo de concentración. No nos hallábamos imitando intencionalmente nuestra forma ordinaria de caminar, pero el efecto venía a ser casi el mismo. Movernos requería estallidos de energía, algo como explosiones minúsculas, con pausas intermedias. Puesto que carecíamos de objetivo al movernos, finalmente nos tuvimos que detener.
La Gorda me habló con una voz tan desvanecida que apenas era audible. Dijo que nos hallábamos avanzando, como autómatas, hacia las regiones más pesadas, y que de continuar haciéndolo la presión resultaría tan grande que moriríamos.
Automáticamente dimos la vuelta y nos dirigimos por donde veníamos, pero la sensación de fatiga no cedió. Los dos estábamos tan agotados que ya no podíamos conservar nuestra posición erecta. Nos desplomamos y, espontáneamente, adoptamos la posición de ensoñar.
Desperté instantáneamente en mi estudio. La Gorda despertó en su recámara.
Lo primero que le dije al despertar fue que ya había estado en ese paisaje baldío varias veces antes. Ya había visto cuando menos dos aspectos de él: uno perfectamente plano, el otro cubierto por pequeños promontorios redondos, como de arena. Al momento de hablar, me di cuenta de que ni siquiera me había molestado en confirmar si la Gorda y yo tuvimos la misma visión. Me contuve y le dije que me había dejado llevar por mi propia excitación; había procedido como si comparara notas de un viaje de vacaciones con ella.
-Ya es muy tarde para ese tipo de plática entre nosotros -dijo, con un suspiro-, pero si eso te hace feliz, te diré lo que vi.
Pacientemente me describió todo lo que había visto, dicho y hecho. Añadió que ella también había estado en ese lugar desierto con anterioridad, y que estaba completamente segura de que se trataba del espacio entre el mundo que conocemos y el otro mundo.
-Es la zona entre las líneas paralelas -continuó-. Podemos ir ahí en ensueños: Pero para poder abandonar este mundo y llegar al otro, el que está más allá de las líneas paralelas, tenemos que recorrer esa zona con nuestros propios cuerpos.
Sentí un escalofrío al pensar que entraríamos en ese sitio yermo con nuestros propios cuerpos.
-Tú y yo hemos estado juntos ahí antes, con nuestros cuerpos -continuó la Gorda-. ¿No te acuerdas?
Le dije que todo lo que podía recordar era haber visto ese paisaje dos veces bajo la guía de don Juan. Las dos veces, yo había descartado la experiencia porque ésta había sido producida mediante la ingestión de plantas alucinógenas. Siguiendo los dictados de mi intelecto, las había considerado como visiones privadas y no como experiencias consensuales. No recordaba

haber visto ese paisaje en ninguna otra circunstancia.
-¿Cuándo fue que tú y yo fuimos allí con nuestros cuerpos? -pregunté.
-No sé -dijo-. Me llegó un vago recuerdo de eso justo cuando tú mencionaste haber estado ahí antes. Creo que ahora te toca a ti ayudarme a terminar lo que ya he comenzado a recordar. Aún no lo puedo enfocar, pero sí recuerdo que Silvio Manuel nos llevó, a la mujer nagual, a ti y a mí a ese lugar tan desolado. Pero no recuerdo por qué nos llevó ahí. No estábamos ensoñando.
No la escuché más, aunque ella seguía hablando. Mi mente había comenzado a perfilarse hacia algo aún desarticulado. Luché por poner en orden mis pensamientos, pues éstos vagaban a la deriva. Durante unos instantes sentí que había retornado años atrás, a una época en que no podía detener mi diálogo interno. Entonces la niebla comenzó a despejarse. Mis pensamientos se ordenaron por sí mismos sin mi dirección consciente, y el resultado fue el recuerdo completo de un evento que ya había logrado recordar parcialmente en uno de esos relampagueos desarticulados de recuerdos que solía tener. La Gorda tenía razón, una vez habíamos sido llevados a una región que don Juan llamaba "el limbo", evidentemente basándose en los dogmas religiosos. Supe que la Gorda también tenía razón al decir que no habíamos estado ensoñando.
En esa ocasión, a petición de Silvio Manuel, don Juan congregó a la mujer nagual, a la Gorda y a mí. Me dijo que nos había convocado porque sin saber cómo, yo había entrado en un receso especial de la conciencia, que era el centro de la más aguda atención. Yo había ya llegado previamente a ese estado, al que don Juan llamaba "el lado izquierdo izquierdo", pero muy brevemente, y siempre guiado por él. Uno de los rasgos principales, y el que tenía el valor más grande para todos los que nos hallábamos involucrados con don Juan, era que en ese estado podíamos percibir un colosal banco de vapor amarillento, algo que don Juan llamaba "la pared de niebla". Cada vez que yo podía percibirla, ésta se hallaba siempre a mi derecha, extendiéndose hasta el horizonte y, por lo alto, hacia el infinito, dividiendo en dos al mundo. La pared de niebla solía desplazarse ya fuese a la izquierda o la derecha, según yo volviese mi cabeza; parecía no haber modo de enfrentarla.
En aquel día, tanto don Juan como Silvio Manuel me habían hablado de la pared de niebla. Recordé que cuando terminó de hablar Silvio Manuel tomó a la Gorda de la nuca, como si fuera una gatita, y desapareció con ella dentro del banco de niebla. Yo sólo tuve una fracción de segundo para presenciar su desaparición, porque don Juan de alguna manera había logrado hacer que yo enfrentase la pared. No me tomó de la nuca, sino que me empujó adentro de la niebla; y de inmediato me encontré mirando esa planicie desolada. Don Juan, Silvio Manuel, la mujer nagual y la Gorda también se hallaban allí. No tomé en cuenta qué era lo que estaban haciendo. Me preocupaba una sensación que experimentaba, una opresión de lo mas desagradable y amenazador. Percibí que me hallaba en el interior de una caverna sofocante, amarilla, de techos bajos. La sensación física de presión se volvió tan avasalladora que ya no pude seguir respirando. Era como si todas mis funciones físicas se hubiesen detenido. No podía sentir ninguna parte de mi cuerpo. Y sin embargo, me podía mover, caminar, extender los brazos, girar la cabeza. Puse mis manos en los muslos: no había sensación en mis muslos ni en las palmas de mis manos.
Mis piernas y brazos se hallaban allí visiblemente, pero no eran palpables.
Movido por el infinito terror que experimentaba, tomé a la mujer nagual de un brazo y la hice perder el equilibrio. Pero no fue mi fuerza muscular lo que la empujó. Era una energía que no estaba almacenada en mis músculos o en el armazón óseo, sino en el mismo centro de mí.
Se me antojó poner a funcionar otra vez

esa energía y prendí a la Gorda. Ella se meció a causa de la fuerza de mi jalón. Entonces comprendí que la energía que me permitía moverla emanaba de una protuberancia que se hallaba equilibrada en el punto central de mi cuerpo. Eso la empujaba y jalaba como lo haría un tentáculo.
Ver y comprender todo eso me tomó sólo un instante. Al momento siguiente de nuevo me hallaba en el mismo estado de angustia y terror. Miré a Silvio Manuel con una muda súplica de ayuda. La manera como me devolvió la mirada me convenció de que yo estaba perdido. Sus ojos eran fríos e indiferentes. Don Juan me dio la espalda y yo me sacudía desde mi interior con un terror que rebasaba mi compresión. Pensé que la sangre de mi cuerpo se hallaba en ebullición, no porque sintiese calor, sino porque una presión interior crecía hasta el punto de estallar.
Don Juan me ordenó que me calmara y que me abandonara a mi muerte. Dijo que yo me iba a quedar allí hasta que muriese y que tenía la posibilidad de morir apaciblemente si hacía un esfuerzo supremo y dejaba que el terror me poseyese; o podía morir en agonía, si elegía combatirlo.
Silvio Manuel me habló, algo que muy raramente hacía. Dijo que la energía que yo necesitaba para aceptar mi terror se hallaba en mi parte media, y que la única manera de triunfar era doblegándome, rindiéndome sin rendirme.
La mujer nagual y la Gorda estaban en perfecta calma. Yo era el único que agonizaba allí. Silvio Manuel dijo que me hallaba desperdiciando tanta energía que mi fin era cuestión de momentos, y que yo podía considerarme ya muerto. Don Juan le hizo una seña a la mujer nagual y a la Gorda para que lo siguieran. Ellas me dieron la espalda. Ya no pude ver qué más hicieron. Sentí una vibración poderosa recorriéndome. Supuse que era el estertor de mi muerte; mi lucha había concluido. Ya no me preocupé más. Cedí al inconmensurable terror que me estaba matando. Mi cuerpo, o la configuración que yo consideraba mi cuerpo, se calmó, se abandonó a la muerte. Cuando dejé que el terror entrara en mi, o quizá que saliera de mí, sentí y vi un tenue vapor -una mancha blancuzca contra los alrededores amarillo-sulfurosos- que abandonaba lo que yo creía que era mi cuerpo.
Don Juan regresó a mi lado y me examinó con curiosidad. Silvio Manuel se alejó y volvió a tomar a la Gorda de la nuca. Claramente lo vi echándola, como si fuera una gigantesca muñeca de trapo, dentro del banco de niebla. Después él mismo se introdujo allí y desapareció.
La mujer nagual hizo un gesto como invitándome a acercarme. Me volví hacia ella, pero, antes de que pudiera alcanzarla, don Juan me dio un poderoso empellón que me lanzó a través de la espesa niebla amarilla. No trastabillé, sino que planeé a través del banco y terminé cayendo de cabeza en el suelo del mundo de todos los días.
La Gorda recordó todo esto conforme yo se lo narraba. Luego, agregó más detalles.
-La mujer nagual y yo no temíamos por tu vida -aseguró-. El nagual ya nos había dicho que tú tenías que ser forzado a abandonar tus defensas, eso no era nuevo. Todo guerrero hombre tiene que ser forzado mediante el miedo.
"Silvio Manuel ya me había llevado tres veces antes al otro lado de la pared, para que yo aprendiera a sosegarme. Dijo que si tú me veías tranquila, eso te afectaría, y así fue. Tú te abandonaste y te apaciguaste.
-¿Te dio mucho trabajo a ti también aprender a calmarte? -pregunté.
-No. Eso es fácil para una mujer -respondió-. Esa es la ventaja que tenemos. El único problema es que alguien nos tiene que transportar a través de la niebla. Nosotras no podemos hacerlo solas.
-¿Por qué no, Gorda? -pregunté.
-Se necesita ser pesado para atravesar la niebla, y una mujer es liviana -dijo-. Demasiado liviana, en realidad.
-¿Y la mujer nagual? Yo no vi que nadie la transportara -dije.
-La mujer nagual era especial -aseguró

la Gorda-. Ella sí podía hacer todo por sí misma. Me podía llevar allá, o llevarte a ti. Incluso podía atravesar toda esa planicie desierta, algo que el nagual dijo que era obligatorio para todos los viajeros que se aventuraban en lo desconocido.
-¿Y por qué fue conmigo allá la mujer nagual? -le pregunté.
-Silvio Manuel nos llevó para apoyarte -dijo-. El creía que tú necesitabas la protección de dos mujeres y de dos hombres que te flanquearan. Silvio Manuel creía que necesitabas ser protegido de las entidades que rodean y acechan en ese lugar. Los aliados vienen de esa planicie desierta. Y otras cosas aún más feroces.
-¿A ti también te protegieron? -pregunté.
-Yo no necesito protección -respondió-. Soy mujer. Estoy libre de todo eso. Pero todos creíamos que tú te hallabas en un aprieto terrible. Tú eras el nagual, pero un nagual muy estúpido. Creíamos que cualquiera de esos feroces aliados, o demonios si prefieres llamarlos así, podía haberte despanzurrado, o desmembrado. Eso fue lo que dijo Silvio Manuel. Nos llevó para que flanqueáramos tus cuatro esquinas. Pero lo más chistoso era que ni el nagual ni Silvio Manuel sabían que en realidad no nos necesitabas. Lo que era dable era que tú tenías que caminar muchísimo hasta que perdieras tu energía. Entonces Silvio Manuel te iba a asustar señalándote los aliados y convocándolos para que se te vinieran encima. El y el nagual planeaban ayudarte poco a poquito. Esa es la regla. Pero algo salió mal. Al instante en que llegaste ahí, te volviste loco. No te habías movido ni un centímetro y ya te estabas muriendo. Estabas muerto de susto y ni siquiera habías visto a los aliados.
"Silvio Manuel me contó que no sabía qué hacer, así es que te dijo al oído lo último que se proponía decirte: que cedieras, que te rindieras sin rendirte. Tú solito te sosegaste y ellos no tuvieron que hacer nada de lo que habían planeado. Al nagual y a Silvio Manuel ya no les quedó otra cosa sino sacarme de ahí.
Le dije a la Gorda que cuando me encontré de nuevo en el mundo había alguien de pie junto a mí que me ayudó a levantarme. Eso era todo lo que podía recordar.
-Estábamos en casa de Silvio Manuel -aclaró ella-. Ahora ya puedo recordar muchas cosas de esa casa. Alguien me dijo, no sé quién, que Silvio Manuel encontró la casa y la compró porque había sido construida en un sitio de poder. Pero alguien más dijo que Silvio Manuel encontró la casa, le gustó, la compró, y después trajo el poder a ella. Yo en lo personal creo que Silvio Manuel trajo el poder. Creo que su impecabilidad sostuvo el poder en esa casa todo el tiempo en que él y sus compañeros vivieron allí.
"Cuando era hora de que ellos se fueran, el poder del lugar se desvaneció con ellos, y la casa se convirtió en lo que había sido antes de que Silvio Manuel la encontrara: una casa común y corriente.
En tanto la Gorda hablaba, mi mente parecía aclararse mucho más, pero no lo suficiente para revelarme lo que nos sucedió en esa casa, eso que me había llenado de tanta tristeza. Sin saber por qué, estaba seguro de que tenía que ver con la mujer nagual. ¿Dónde estaba ella?
La Gorda no respondió cuando se lo pregunté. Un largo silencio tuvo lugar. Ella se excusó, diciendo que tenía que hacer el desayuno; ya era de mañana. Me dejó solo, con una lugubrez y una dolorosísima melancolía. La llamé. Ella se enojó y tiró sus cacerolas al suelo. Entendí muy bien por qué lo hacía.

En otra sección de ensoñar juntos penetramos aún más profundamente en lo intrincado de la segunda atención. Esto tuvo lugar unos cuantos días después. La Gorda y yo, sin ninguna expectativa o esfuerzo al respecto, nos encontramos juntos de pie. Tres o cuatro veces ella intento, en vano, entrecruzar su antebrazo con el mío. Me habló, pero lo que decía me era incomprensible. Sin embargo, supe que ella explicaba que nuevamente nos hallábamos en nuestros cuerpos de ensueño. La Gorda me advertía que todo movimien-

to nuestro debería de surgir de nuestras partes medias.
Como en nuestro intento anterior, ninguna escena de ensoñar se presentó a fin de que la examináramos, pero me pareció reconocer un local concreto que yo había visto en mis ensueños casi todos los días durante un año: se trataba del valle del tigre dientes de sable.
Caminamos unos cuantos metros. Esta vez nuestros movimientos no fueron violentos o explosivos. En realidad caminamos con nuestros vientres, sin ningún tipo de acción muscular. El aspecto más violento era mi falta de práctica; era como la primera vez que monté en bicicleta. Fácilmente me cansé y perdí el ritmo, me volví titubeante e inseguro de mí mismo. Nos detuvimos. La Gorda también se había desincronizado.
Empezamos a examinar lo que nos rodeaba. Todo tenía una realidad indisputable, al menos para el ojo. Nos encontrábamos en una zona rugosa con una extraña vegetación. No pude identificar los raros arbustos que vi. Parecían árboles pequeños, de un metro y medio de alto. Tenían muy pocas hojas que eran planas y gruesas, de un color verdoso, y flores enormes, cautivantes, de color marrón oscuro con franjas de oro. Los tallos no eran maderosos, sino que parecían ligeros y flexibles, como junquillos; se hallaban cubiertos de espinas largas, que semejaban formidables agujas. Algunas plantas viejas que se habían secado y caído al suelo me hacían tener la impresión de que los tallos eran huecos.
El suelo era muy oscuro, como si estuviera húmedo. Traté de inclinarme para tocarlo, pero no pude moverme. La Gorda me indicó con una seña que utilizara la parte media de mi cuerpo. Cuando lo hice no tuve que inclinarme para tocar el suelo; había algo en mí que era como un tentáculo con capacidad de sentir. Pero yo no podía reconocer lo que me hallaba sintiendo. No había cualidades táctiles en particular sobre las cuales establecer distinciones. El suelo que tocaba parecía ser un núcleo visual en mí. Me sumergí entonces en un dilema intelectual. ¿Por qué el ensoñar parecía ser el producto de mi facultad visual? ¿Se debía a la preponderancia de lo visual en la vida de todos los días? Mis preguntas no tenían significado. No había posibilidad de responderlas, y todas esas interrogantes sólo debilitaban mi segunda atención.
La Gorda rompió mis reflexiones dándome un empellón. Experimenté una sensación que era como de un golpe. Un temblor me recorrió. La Gorda señaló adelante de nosotros. Como siempre, el tigre dientes de sable yacía en el arrecife donde siempre lo había visto. Nos aproximamos hasta que nos hallamos a unos metros del arrecife y tuvimos que alzar nuestras cabezas para ver al tigre. Nos detuvimos. El tigre se incorporó. Su tamaño era estupendo, especialmente su anchura.
Supe que la Gorda quería que nos escabulléramos en torno al tigre hasta llegar al otro lado de la colina. Yo quería decirle que eso podría ser peligroso, pero no pude hallar una manera de transmitirle el mensaje. El tigre parecía iracundo, excitado. Se apoyó en las patas traseras, como si se preparara asaltar sobre nosotros. Yo estaba aterrorizado.
La Gorda se volvió hacia mí, sonriendo. Comprendí que me decía que no sucumbiera al pánico, porque el tigre solo era una imagen fantasmagórica. Con un movimiento de la cabeza, me instó a seguir adelante. Y sin embargo, en un nivel imprecisable, yo sabia que el tigre era una entidad, quizá no en el sentido concreto de nuestro mundo cotidiano, pero no obstante real. Y como la Gorda y yo estábamos ensoñando, habíamos perdido nuestra propia concreción en el mundo. En ese momento estábamos al parejo que el tigre: nuestra existencia era fantasmagórica igualmente.
Avanzamos otro paso ante la regañona insistencia de la Gorda. El tigre saltó del arrecife. Vi su enorme cuerpo surcando el aire, viniendo hacía mí directamente. Perdí la sensación de que me hallaba ensoñando: para mí, el tigre era real y yo iba a ser despedazado. Una barrera de luces,

imágenes y los colores primarios más intensos que haya llegado a ver relampagueó en todo mi entorno. Desperté en mi estudio.

La Gorda y yo después llegamos a ser expertos en ensoñar juntos. Yo tenía la certeza de que logramos esto gracias a nuestro desapego, al hecho de que ya no teníamos tanta premura. El resultado de nuestros esfuerzos no era lo que nos impelía a actuar. Más bien se trataba de una compulsión ulterior que nos daba el ímpetu para actuar impecablemente sin pensar en recompensas. Todas nuestras sesiones fueron tan fáciles como la primera, aunque era mayor la velocidad y la naturalidad con la cual entrábamos en la segunda fase de ensoñar, la vigilia dinámica.
Nuestra habilidad era tal, que ensoñábamos juntos cada noche. Sin ninguna intención de parte nuestra, los ensueños se concentraron al azar en tres áreas: en las dunas de arena, en el medio ambiente del tigre dientes de sable y, lo más importante, en acontecimientos de nuestro pasado que habíamos olvidado del todo.
Cuando las escenas que confrontábamos tenían que ver con eventos olvidados en los cuales la Gorda y yo desempeñamos un papel importante, ella no tenía dificultad en entrelazar su brazo con el mío. Ese acto me daba una irracional sensación de seguridad. La Gorda me explicó que ahuyentaba la soledad inquebrantable que produce la segunda atención. Dijo que entrecruzar los brazos propicia un ánimo de objetividad, y, como resultado, ambos podíamos contemplar las actividades que tenían lugar en cada escena. A veces formábamos parte de las actividades. Otras veces contemplábamos la escena objetivamente como si estuviéramos en un cine.
Según la Gorda, la mayor parte de nuestro ensoñar juntos se agrupaba en tres categorías. La primera, y por cierto la más vasta, era una reactuación de acontecimientos que habíamos vivido juntos. La segunda era un escrutinio que nosotros dos hacíamos de sucesos que solamente yo había "vivido": la tierra del tigre dientes de sable se hallaba en esta categoría. La tercera era una visita real en un dominio que existía tal como lo presenciábamos en el momento de nuestra visita. La Gorda sostenía que esos promontorios amarillos se hallaban presentes aquí y ahora, y que ésa es la manera como los ve el guerrero que viaja entre ellos.
Yo quería discutir una cuestión con ella. Ambos habíamos tenido misteriosas relaciones con gente a la que habíamos olvidado por razones inconcebibles para nosotros; pero era gente a la que, no obstante, habíamos en realidad conocido. El tigre dientes de sable, por otra parte, era una criatura propia de mi ensueño. Me era imposible concebir a uno y al otro en la misma categoría:
Antes de que pudiera expresar mis pensamientos, recibí su respuesta. Era como si ella en verdad se encontrara en el interior de mi mente, leyéndola como si fuera un texto.
-Pertenecen a la misma clase -dijo, y rió nerviosamente-. No podemos explicar por qué hemos olvidado todo eso, o cómo es que ahora lo recordamos. No podemos explicar nada. El tigre dientes de sable está ahí, en alguna parte. Nunca sabremos dónde. Pero ¿por qué preocuparnos por una inconciencia inventada? Decir que una cosa es una realidad y que la otra es un ensueño no tiene ningún significado para el otro yo.

Para la Gorda y para mí ensoñar juntos llegó a ser un medio de alcanzar un mundo inimaginado de recuerdos ocultos. Ensoñar juntos nos permitió acordarnos de acontecimientos que no podíamos recordar a través de nuestra memoria usual y corriente. Cuando los reexaminábamos en nuestras horas de vigilia, recuerdos aún más elaborados se desencadenaban. De esta manera desenterramos, por así decirlo, masas de recuerdos que habían estado escondidos en nosotros. Nos tomó casi dos años de esfuerzo prodigioso y de concentración llegar a una mínima comprensión de lo que nos había sucedido.

Don Juan nos dijo que un ser humano está dividido en dos. El lado derecho, que es llamado el tonal, abarca todo lo que el intelecto es capaz de concebir. El lado izquierdo, llamado el nagual es un dominio de rasgos indescriptibles; un dominio que es imposible de contener en palabras. El lado izquierdo quizás es comprendido, si compresión es lo que tiene lugar, con la totalidad del cuerpo, de allí su resistencia a la conceptualización.

Don Juan también nos había dicho que todas las facultades, posibilidades y logros de la brujería, desde lo más simple hasta lo más sorprendente; se halla en el cuerpo humano mismo.

Tomando como base los conceptos de que nos hallamos divididos en dos y de que todo se encuentra en el cuerpo mismo, la Gorda propuso una explicación de nuestros recuerdos. Ella creía que durante los años de nuestra asociación con el nagual Juan Matus, nuestro tiempo se hallaba dividido entre estados de conciencia normal, en el lado derecho, el tonal, donde prevalece la primera atención, y estados de conciencia acrecentada, en el lado izquierdo, el nagual, o el sitio de la segunda atención.

La Gorda creía que los esfuerzos del nagual Juan Matus tenían como objetivo conducirnos al otro yo por medio del autocontrol de la segunda atención a través del ensoñar. Sin embargo, don Juan también nos puso en contacto directo con la segunda atención mediante una manipulación corporal. La Gorda recordaba que él la forzaba a pasar de un lado al otro ya fuese oprimiendo o masajeándole la espalda. Decía que a veces incluso le daba un buen golpe en el omóplato derecho. El resultado era que ella entraba en un extraordinario estado de claridad. La Gorda creía que en ese estado todo se movía con mayor celeridad, y sin embargo nada en el mundo había sido cambiado.

Semanas después de que la Gorda me había dicho esto, recordé que a mí me había ocurrido lo mismo. En un momento dado, don Juan me daba un golpe en la espalda. Yo siempre sentí ese golpe en la espina, en medio y arriba de mis omóplatos. Una claridad extraordinaria me poseía luego. El mundo era el mismo pero más nítido. Todo se realizaba por sí mismo. Quizás se trataba de que mis facultades de razonamiento eran nubladas mediante el golpe de don Juan, y eso me permitía percibir sin ellas.

Yo permanecía con esa claridad indefinidamente, o hasta que don Juan me daba otro golpe en el mismo sitio para hacerme volver a mi estado normal de conciencia. Don Juan nunca me empujó o me masajeó. Siempre me dio un golpe directo y fuerte, no como el golpe de un puño, sino más bien un impacto que me quitaba el aliento por instantes. Yo tenía que respirar entrecortadamente, inhalar largas y rápidas bocanadas de aire hasta que de nuevo podía respirar normalmente.

La Gorda reportó el mismo efecto: todo el aire era expulsado de sus pulmones mediante el golpe del nagual y ella tenía que aspirar más de la cuenta para poder llenarlos nuevamente. La Gorda creía que la respiración era el factor decisivo. En su opinión las inhalaciones de aire que ella se veía forzada a hacer después de ser golpeada eran las que acrecentaban la conciencia. No podía, sin embargo, explicar de qué manera la respiración afectaba su percepción y su conciencia. La Gorda también explicó que a ella no se le tenía que golpear para hacerla volver a su estado normal. Ella volvía mediante sus propios medios, sin saber cómo.

Sus observaciones me parecieron pertinentes. Cuando niño, e incluso ya de adulto, ocasionalmente había quedado sin aliento al caer de espaldas. Pero el efecto del golpe de don Juan, aunque me dejaba sin aliento, no era semejante de ninguna manera. No había dolor, y en cambio me aportaba una sensación imposible de describir. Lo más cercano a lo que puedo llegar sería decir que creaba en mí un sentimiento como de sequedad. Los golpes en la espalda parecían resecar mis pulmones y nublar todo lo demás. Después,

como la Gorda había observado, todo lo que después del golpe del nagual se había vuelto neblinoso, adquiría una nitidez cristalina en cuanto respiraba, como si la respiración fuese el catalizador, el factor determinante.

Lo mismo me ocurría cuando regresaba a la conciencia de todos los días. El aire era expelido de mí, el mundo que contemplaba se volvía borroso y después se aclaraba cuando llenaba los pulmones.

Otro rasgo de esos estados de conciencia acrecentada era la riqueza incomparable de la interacción personal, una riqueza que nuestros cuerpos comprendían como una sensación de velocidad. Nuestro movimiento de ida y vuelta entre el lado derecho y el izquierdo nos facilitaba discernir que en el lado derecho se consume demasiada energía y demasiado tiempo en las acciones e interacciones de la vida diaria. En el lado izquierdo, por otra parte, existe una necesidad inherente de economía y velocidad.

La Gorda no podía describir lo que en realidad era esta velocidad, ni yo tampoco. Lo mejor que podría hacer sería decir que en el lado izquierdo yo podía comprender el significado de las cosas con precisión, directamente. Cada faceta de actividad se hallaba libre de preliminares o introducciones. Yo actuaba y descansaba; avanzaba y retrocedía sin ninguno de los procesos de pensamiento que me son usuales. Esto era lo que la Gorda y yo entendíamos por velocidad.

La Gorda y yo discernimos en un momento dado que la riqueza de nuestra percepción en el lado izquierdo era una comprensión post-facto. Nuestra interacción parecía ser rica a la luz de nuestra capacidad de recordarla. Nos dimos cuenta entonces de que en esos estados de conciencia acrecentada habíamos percibido todo de un solo golpe, una masa bultosa de detalles inexplicables. A esta habilidad de percibir todo de un solo golpe le llamamos intensidad. Durante años había sido imposible para nosotros examinar las distintas partes que componían esas experiencias; no habíamos podido sintetizar esas partes en una secuencia que tuviera significado para el intelecto. Puesto que éramos incapaces de efectuar esas síntesis, no podíamos recordar. Nuestra incapacidad para recordar, en realidad era la incapacidad de poner sobre una base lineal la memoria de nuestra percepción. No podíamos extender, por así decirlo, nuestras experiencias a fin de arreglarlas en un orden de sucesión. Las experiencias estuvieron siempre a nuestro alcance, pero al mismo tiempo era imposible restaurarlas, pues se hallaban bloqueadas por una muralla de intensidad.

La tarea de recordar, entonces, propiamente, consistía en unir los lados izquierdo y derecho, de reconciliar esas dos forma distintas de percepción en un todo unificado. La tarea de consolidar la totalidad de uno mismo se efectuaba mediante el reacomodo de la intensidad en una secuencia lineal.

Se nos ocurrió que las actividades en las que recordábamos haber tomado parte, quizá no tomaron mucho tiempo en llevarse a cabo en términos de tiempo medido por reloj. Por razón de poder, en esas circunstancias, al percibir en términos de intensidad, pudimos sólo haber tenido la sensación de extensos pasajes de tiempo. La Gorda creía que si pudiéramos rearreglar la intensidad en una secuencia lineal, creeríamos haber vivido miles de años.

El paso pragmático que don Juan tomó para auxiliarnos en nuestra tarea de recordar consistió en hacernos interactuar con cierta gente cuando nos hallábamos en un estado de conciencia acrecentada. El tenía mucho cuidado en impedirnos ver a esa gente cuando nos hallábamos en un estado normal de conciencia, creando de esta manera las condiciones apropiadas para recordar.

Al completar nuestros recuerdos, la Gorda y yo entramos en un estado insólito. Teníamos detallado conocimiento de interacciones sociales que habíamos compartido con don Juan y sus compañeros. Estos no eran recuerdos del modo como yo

recordaría un episodio de mi niñez; eran recuerdos más que vívidos de acontecimientos que podíamos revivir paso a paso. Reprodujimos conversaciones que parecían reverberar en nuestros oídos, como si las estuviéramos escuchando. Los dos pensamos que no era. superfluo especular sobre lo que nos estaba ocurriendo. Lo que estábamos recordando, desde el punto de vista de nuestra experiencia inmediata, tenia lugar ahora. Tal era, el carácter de nuestro recuerdo.

Por fin la Gorda y yo pudimos resolver las interrogantes que nos habían impulsado tan duramente. Recordamos quién era la mujer nagual, cómo encajaba entre nosotros, cuál había sido su papel. Dedujimos, más que recordamos, que habíamos pasado iguales porciones de tiempo con don Juan y don Genaro en estados normales de conciencia, y con don Juan y sus demás compañeros en estados de conciencia acrecentada. Recapturamos cada matiz de esas interacciones, que habían sido veladas por la intensidad.

Después de una cuidadosa revisión de lo que habíamos descubierto, comprendimos que apenas habíamos establecido un minúsculo puente entre los dos lados de nosotros mismos. Nos volvimos entonces a otros temas, a nuevas interrogantes que habían tomado precedencia sobre las antiguas. Había tres temas, tres preguntas que resumían todas nuestras preocupaciones. ¿Quién era don Juan y quiénes eran sus compañeros? ¿Qué nos habían hecho? Y, ¿a dónde se habían ido todos ellos?

TERCERA PARTE: EL DON DEL ÁGUILA

IX. LA REGLA DEL NAGUAL

Don Juan había sido extraordinariamente parco en cuanto a la historia de su vida personal. Su reticencia era, en lo fundamental, un recurso didáctico; hasta donde le concernía, su vida empezó cuando se convirtió en guerrero, y todo lo que le había ocurrido con anterioridad era de muy pocas consecuencias.

Todo lo que la Gorda y yo sabíamos de esa primera época de su vida, era que don Juan había nacido en Arizona, de ascendencia yaqui y yuma. Cuando aún era niño sus padres lo llevaron a vivir con los yaquis, en el norte de México. A los diez años de edad lo atrapó la marea de las guerras yaquis. Su madre fue asesinada, y después su padre fue aprehendido por el ejército mexicano. Tanto don Juan como su padre fueron enviados a un centro de reubicación en el estado de Yucatán, en el extremo sur del país. Allí creció.

Lo que le haya sucedido durante ese periodo nunca se nos fue revelado. Don Juan creía que no había necesidad de hablarnos de eso. Yo creía lo contrario. La importancia que di a esa parte de su vida, tenía que ver con mi convicción de que los rasgos distintivos y el énfasis de su mando emergieron de ese inventario personal de existencia.

Pero ese inventario, por muy importante que haya sido, no fue lo que le dio el inmenso significado que él tenía para nosotros, o para sus demás compañeros. Su preeminencia total se basaba en el acto fortuito de haberse ligado con "la regla".

El hallarse ligado con la regla puede describirse como vivir un mito. Don Juan vivía un mito, un mito que lo atrapó y que lo hizo ser el nagual.

Don Juan decía que cuando la regla lo atrapó, él era un hombre agresivo y des-

enfrenado que vivía en el exilio, como miles de otros indios yaquis. Don Juan trabajaba en las plantaciones tabacaleras del sur de México. Un día, después del trabajo, le dispararon un tiro en el pecho en un encuentro casi fatal con un compañero de trabajo sobre cuestiones de dinero. Cuando volvió en sí, un viejo indio estaba inclinado sobre él y hurgaba con los dedos una pequeña herida que don Juan tenía en el pecho. La bala no había penetrado en la cavidad pectoral, sino que se hallaba alojada en un músculo, junto a una costilla. Don Juan se desmayó dos o tres veces a causa de la conmoción, la pérdida de sangre y, según él mismo lo refirió, del temor a morir. El viejo indio extrajo la bala y, como don Juan no tenía dónde quedarse, se lo llevó a su propia casa y lo cuidó durante más de un mes.

El viejo indio era bondadoso pero severo. Un día, cuando don Juan ya se sentía relativamente fuerte y casi se había recuperado, el viejo le dio un fuerte golpe en la espalda y lo forzó a entrar en un estado de conciencia acrecentada. Después, sin mayores preliminares, le reveló a don Juan la porción de la regla que tenía que ver con el nagual y su función.

Don Juan llevó a cabo exactamente lo mismo conmigo y con la Gorda; nos hizo cambiar niveles de conciencia y nos dijo la regla del nagual de la siguiente manera:

Al poder que gobierna el destino de todos los seres vivientes se le llama el Águila, no porque sea un águila o porque tenga algo que ver con las águilas, sino porque a los videntes se les aparece como una inconmensurable y negrísima águila, de altura infinita; empinada como se empinan las águilas.

A medida que el vidente contempla esa negrura; cuatro estallidos de luz le revelan lo que es el Águila. El primer estallido, que es como un rayo, guía al vidente a distinguir los contornos del cuerpo del Águila. Hay trozos de blancura que parecen ser las plumas y los talones de un águila. Un segundo estallido de luz revela una vibrante negrura, creadora de viento, que aletea como las alas de un águila. Con el tercer estallido de luz el vidente advierte un ojo taladrante, inhumano. Y el cuarto y último estallido le deja ver lo que el Águila hace.

El Águila se halla devorando la conciencia de todas las criaturas que, vivas en la tierra un momento antes y ahora muertas, van flotando como un incesante enjambre de luciérnagas hacia el pico del Águila para encontrar a su dueño, su razón de haber tenido vida. El Águila desenreda esas minúsculas llamas, las tiende como un curtidor extiende una piel, y después las consume, pues la conciencia es el sustento del Águila.

El Águila, ese poder que gobierna los destinos de los seres vivientes, refleja igualmente y al instante a todos esos seres. Por tanto, no tiene sentido que el hombre le rece al Águila, le pida favores, o tenga esperanzas de gracia. La parte humana del Águila es demasiado insignificante como para conmover a la totalidad.

Sólo a través de las acciones del Águila el vidente puede decir qué es lo que ella quiere. El Águila, aunque no se conmueve ante las circunstancias de ningún ser viviente, ha concedido un regalo, a cada uno de estos seres. A su propio modo y por su propio derecho, cualquiera de ellos, si así lo desea, tiene el poder de conservar la llama de la conciencia, el poder de desobedecer el comparendo para morir y ser consumido. A cada cosa viviente se le ha concedido el poder, si así lo desea, de buscar una apertura hacia la libertad y de pasar por ella. Es obvio para el vidente que ve esa apertura y para las criaturas que pasan a través de ella, que el Águila ha concedido ese regalo a fin de perpetuar la conciencia.

Con el propósito de guiar a los seres vivientes hacia esa apertura, el Águila creó al nagual. El nagual es un ser doble a quien se ha revelado la regla. Ya tenga forma de ser humano, de animal, de planta o de cualquier cosa viviente, el nagual, por virtud de su doblez, está forzado a buscar ese pasaje oculto.

El nagual aparece en pares, masculino y femenino. Un hombre doble y una mujer doble se convierten en el nagual sólo después de que la regia les ha sido revelada a cada uno de ellos, y cada uno de ellos la ha comprendido y la ha aceptado en su totalidad.

Al ojo del vidente, un hombre nagual o una mujer nagual aparece como un huevo luminoso con cuatro compartimientos. A diferencia del ser humano ordinario, que sólo tiene dos lados, uno derecho y uno izquierdo, el nagual tiene el lado izquierdo dividido en dos secciones longitudinales, y un lado derecho igualmente dividido en dos.

El Águila creó el primer hombre nagual y la primera mujer nagual como videntes y de inmediato los puso en el mundo para que vieran. Les proporcionó cuatro guerreras acechadoras, tres guerreros y un propio, a quienes ellos tendrían que mantener, engrandecer y conducir a la libertad.

Las guerreras son llamadas las cuatro direcciones, las cuatro esquinas de un cuadrado, los cuatro humores, los cuatro vientos, las cuatro distintas personalidades femeninas que existen en la raza humana.

La primera es el Este. Se le llama orden. Es, optimista, de corazón liviano, suave, persistente como una brisa constante.

La segunda es el Norte. Es llamada fuerza. Tiene muchos recursos, es brusca, directa, tenaz como el viento duro.

La tercera es el Oeste. Se le llama sentimiento. Es introspectiva, llena de remordimientos, astuta, taimada, como una ráfaga de viento frío.

La cuarta es el Sur. Se le llama crecimiento. Nutre, es bullanguera, tímida, animada como el viento caliente.

Los tres guerreros y el propio representan los cuatro tipos de actividad y temperamento masculinos.

El primer tipo es el hombre que conoce, el erudito; un hombre confiable, noble, sereno, enteramente dedicado a llevar a cabo su tarea, cualquiera que ésta fuera.

El segundo tipo es el hombre de acción, sumamente volátil, un gran compañero, voluble y lleno de humor.

El tercer tipo es el organizador, el socio anónimo, el hombre misterioso, desconocido. Nada puede decirse de él porque no deja que nada de él se escape.

El propio es el cuarto tipo. Es el asistente, un hombre sombrío y taciturno que logra mucho si se le dirige adecuadamente pero que no puede actuar por sí mismo.

Con el fin de hacer las cosas más fáciles, el Águila mostró al hombre nagual y a la mujer nagual que cada uno de estos tipos entre los hombres y las mujeres de la tierra tienen rasgos específicos en su cuerpo luminoso.

El erudito tiene una especie de hendidura superficial, una brillante depresión en el plexo solar. En algunos hombres aparece como un estanque de intensa luminosidad, a veces tersa y reluciente como un espejo que no refleja.

El hombre de acción tiene unas fibras que emanan del área de la voluntad. El número de fibras varía de una a cinco, y su grosor fluctúa desde un cordel hasta un macizo tentáculo parecido a un látigo de más de dos metros. Algunos hombres tienen hasta tres de estas fibras desarrolladas al punto de ser tentáculos.

Al socio anónimo no se le reconoce por ningún rasgo exclusivo sino por su habilidad de crear, muy involuntariamente, un estallido de poder que bloquea con efectividad la atención de los videntes. Cuando están en presencia de este tipo de hombre, los videntes se descubren inmersos en detalles externos en vez de ver.

El asistente no tiene configuración obvia. Ante el vidente aparece como un brillo diáfano en un cascarón de luminosidad sin imperfecciones.

En el dominio femenino, se reconoce al Este por las casi imperceptibles manchas de su luminosidad, que son como pequeñas zonas de descoloración.

El Norte tiene una radiación que abarca todo, exuda un destello rojizo, casi como calor.

El Oeste tiene una tenue membrana que la envuelve, que la hace verse más oscura que las otras.
El Sur tiene un destello intermitente; brilla durante un momento y después se opaca, para brillar de nuevo.
El hombre nagual y la mujer nagual tienen dos movimientos distintos en sus cuerpos luminosos; sus lados derechos ondean, mientras los izquierdos giran.
En términos de personalidad, el hombre nagual es un proveedor, estable, incambiable. La mujer nagual es un ser en guerra pero aún así es un ser calmado, por siempre consciente pero sin ningún esfuerzo. Cada uno de ellos refleja los cuatro tipos de su sexo en cuatro materas de comportamiento.
La primera orden que el Águila dio al hombre nagual y a la mujer nagual fue que encontraran, por sus propios medios, otro grupo de cuatro guerreras, las cuatro direcciones, que siendo ensoñadoras fuesen las réplicas exactas de las acechadoras.
Las ensoñadoras aparecen ante el vidente como si tuviesen en sus partes medias un delantal de fibras que asemejan cabellos. Las acechadoras tienen un rasgo semejante, qué parece delantal, pero en vez de fibras el delantal consiste en incontables, pequeñas y redondas protuberancias.
Las ocho guerreras están divididas en dos bandas, que son llamadas planetas derecho e izquierdo. El planeta derecho está compuesto de cuatro acechadoras; el izquierdo, de cuatro ensoñadoras. Las guerreras de cada planeta fueron adiestradas por el Águila en la regla de sus tareas específicas: las acechadoras aprendieron a acechar; las soñadoras, a soñar.
Las dos guerreras de cada dirección viven juntas. Son tan semejantes que se reflejan la una a la otra, y sólo a través de la impecabilidad pueden encontrar solaz y estímulo en su reflejo comunal.
La única vez en que las cuatro soñadoras o las cuatro acechadoras se reúnen, es cuando tienen que llevar a cabo una tarea extrema. Pero sólo bajo circunstancias especiales deben juntar sus manos. Ese contacto las fusiona en un solo ser y solamente debe de ser usado en casos de necesidad extrema, o en el momento de abandonar este mundo.
Las dos guerreras de cada dirección están unidas a cualquiera de los guerreros, en la combinación que sea necesaria. De esa manera establecen un grupo de cuatro casas, en las que se pueden incorporar cuantos más guerreros sean necesarios.
Los guerreros y el propio también pueden formar un grupo independiente de cuatro hombres, o cada uno de ellos puede funcionar como ser solitario, si eso dicta la necesidad.
Después, al nagual y a su grupo se les ordenó encontrar a otros tres propios. Estos podían ser todos hombres o todas mujeres o un grupo mixto; las mujeres tenían que ser del Sur.
Para asegurar que el primer hombre nagual condujera a su grupo a la libertad, sin desviarse del camino o sin corromperse, el Águila se llevó a la mujer nagual al otro mundo para que sirviera como faro que guía al grupo hacia la apertura.
El nagual y sus guerreros recibieron luego la orden de olvidar. Fueron hundidos en la oscuridad y se les dio nuevas tareas: la tarea de recordarse a sí mismos, y la tarea de recordar al Águila.
La orden de olvidar fue tan enorme que todos se separaron. No pudieron recordar quiénes eran. El Águila designó que si lograban recordarse a sí mismos nuevamente, podrían hallar la totalidad de sí mismos. Sólo entonces tendrían la fuerza y la tolerancia necesarias para buscar y enfrentar su jornada definitiva.
Su última tarea, después de recobrar la totalidad de sí mismos, consistió en conseguir un nuevo par de seres dobles y de transformarlos en un nuevo hombre nagual y en una nueva mujer nagual por virtud de revelarles la regla.
Y así como el primer hombre nagual y la primera mujer nagual fueron provistos de una banda mínima, su deber era proporcionar al nuevo par de naguales cuatro

guerreras acechadoras, tres guerreros y un propio.
Cuando el primer nagual y su banda estuvieron listos para entrar en el pasaje, la primera mujer nagual ya los esperaba para guiarlos. Se les ordenó entonces que se llevaran con ellos a la nueva mujer nagual a fin de que ella sirviera de faro a su gente; el nuevo hombre nagual se quedó en el mundo para repetir el ciclo.
Mientras se hallan en el mundo, el número mínimo que se hallaba la dirección del nagual es dieciséis: ocho guerreras, cuatro guerreros contando al nagual, y cuatro propios. En el momento de abandonar el mundo, cuando la nueva mujer nagual se encuentra con ellos, el número del nagual es diecisiete. Si el poder personal permite tener más guerreros, éstos deben añadirse en múltiplos de cuatro.

Yo había presentado a don Juan la cuestión de cómo fue que se hizo conocer la regla al hombre. Me explicó que la regla no tenía fin y que cubría cada faceta de la conducta de un guerrero. La interpretación y acumulación de la regla es obra de videntes cuya tarea, a través de los milenios, ha sido ver al Águila, observar su flujo incesante. Por medio de sus observaciones, los videntes han concluido que, si el cascarón luminoso que comprende la humanidad de uno ha sido roto, uno puede encontrar en el Águila el tenue reflejo del hombre. Los irrevocables dictados del Águila pueden ser capturados por los videntes, interpretados adecuadamente por ellos, y acumulados en forma de un cuerpo de gobierno.
Don Juan me explicó que la regla no era un cuento, y que cruzar hacia la libertad no significa vida eterna tal como se entiende comúnmente a la eternidad: esto es, vivir por siempre. Lo que la regla asentaba era que uno podía conservar la conciencia, que por fuerza se abandona en el momento de morir. Don Juan no podía explicar lo que significaba conservar esa conciencia, o quizá ni siquiera podía concebirlo. Su benefactor le había dicho que en el momento de cruzar, uno entra en la tercera atención, y que el cuerpo en su totalidad se inflama de conocimiento. Cada célula se torna, al instante, consciente de sí misma y también de la totalidad del cuerpo.
Su benefactor también le había dicho que este tipo de conciencia no tiene sentido para nuestras mentes compartamentalizadas. Por consiguiente, el meollo de la lucha del guerrero no consistía tanto en enterarse de que el cruce del que se habla en la regla significaba cruzar a la tercera atención, sino, más bien, en concebir que tal conciencia existe.
Don Juan decía que al principio la regla era, para él, algo estrictamente en el dominio de las palabras. No podía imaginar cómo podía deslizarse al dominio del mundo real y sus manifestaciones. Bajo la efectiva guía de su benefactor, sin embargo, y después de mucho trabajo, finalmente logró comprender la verdadera naturaleza de la regla, y la aceptó totalmente como un conjunto de directivas pragmáticas y no como mito. A partir de ese momento, no tuvo problemas al tratar con la realidad de la tercera atención. El único obstáculo en su camino surgió a raíz de su creencia de que la regla era un mapa. Estaba tan convencido de ello, que creyó que tenía que buscar una apertura en el mundo, un pasaje. De alguna manera, se había quedado innecesariamente atascado en el primer nivel del desarrollo de un guerrero.
Como resultado de esto, la tarea de don Juan, en su capacidad de guía y maestro, fue dirigida a ayudar a los aprendices, y a mí en lo especial, a evitar que se repitiera ese error. Lo que logró hacer con nosotros fue conducirnos a través de las tres etapas del desarrollo del guerrero, sin enfatizar ninguna de ellas más de la cuenta. Primero nos guió para que tomáramos la regla como mapa, después nos guió a la comprensión de que uno puede obtener una conciencia suprema, porque tal cosa existe; y, por último, nos guió a un pasaje concreto para pasar a ese otro mundo oculto de la conciencia.
Para conducirnos a través de la primera etapa, la aceptación de la regla como un

mapa, don Juan tomó la sección que pertenece al nagual y su función, y nos mostró que ésta corresponde a hechos inequívocos. El logró esto a fuerza de hacernos tener, mientras nos hallábamos en fases de conciencia acrecentada, un trato sin restricciones con los miembros del grupo, que eran las personificaciones vivientes de los ocho tipos descritos por la regla. Conforme tratamos con ellos, se nos revelaron aspectos más complejos e inducidos de la regla. Hasta que estuvimos en condiciones de comprender que nos encontrábamos atrapados en la red de algo que en un principio habíamos conceptualizado como mito, pero que en esencia era un mapa.

Don Juan nos dijo que, en este respecto, su caso había sido idéntico al nuestro. Su benefactor le ayudó a pasar a través de esa primera fase permitiéndole el mismo tipo de interacción. Para ello lo hizo desplazarse una y otra vez de la conciencia del lado derecho a la del izquierdo, lo presentó con los miembros de su propio grupo, las ocho guerreras, los tres guerreros y los cuatro propios, que eran, como es obligatorio, los ejemplos más estrictos de los tipos que describe la regla. El impacto de conocerlos y de tratar con ellos fue aplastante para don Juan. No sólo lo obligó a considerar la regla como un hecho positivo sino que lo hizo comprender la magnitud de nuestras desconocidas posibilidades.

Don Juan dijo que para el momento en que todos los miembros de su propio grupo habían sido reunidos, él se hallaba tan profundamente dado a la vida del guerrero, que no le causó gran sorpresa el hecho de que, sin ningún esfuerzo evidente por parte de nadie, ellos vinieron a ser réplicas perfectas de los guerreros del grupo de su benefactor. La similitud de sus gustos personales, antipatías, afiliaciones, etcétera, no era resultado de imitación; don Juan decía que ellos pertenecían, tal como plantea la regla, a grupos específicos de gente que tiene las mismas reacciones. Las únicas diferencias entre la gente del mismo grupo era el tono de sus voces, el sonido de su risa.

Al explicarme los efectos que en él había tenido el trato con los guerreros de su benefactor, don Juan tocó el tema de la muy significativa diferencia que existía entre cómo interpretaban la regla su benefactor y él, y también en cómo conducían y enseñaban a otros a aceptarla como mapa. Me dijo que hay dos tipos de interpretaciones: la universal y la individual. Las interpretaciones universales toman las afirmaciones que conforman el cuerpo de la regla tal como son. Un ejemplo sería decir que al Águila no le importan las acciones de los hombres y, sin embargo, les ha proporcionado un pasaje hacia la libertad.

La interpretación individual, por otra parte, es una conclusión presente, del día, a la que llegan los videntes al utilizar las interpretaciones universales como premisas. Un ejemplo sería decir que a causa de que al Águila no le importo, yo tendría que ver modos de asegurar mis posibilidades de alcanzar la libertad, quizás a través de mi propia iniciativa.

Según don Juan, él y su benefactor eran muy distintos en sus métodos para guiar a sus pupilos. Don Juan decía que su benefactor era demasiado severo; guiaba con mano de hierro y, siguiendo su convicción de que con el Águila no existen las limosnas, nunca hizo nada por nadie de una manera directa.

En cambio, apoyó activamente a todos para que se ayudaran a sí mismos. Consideraba que el regalo de la libertad que ofrece el Águila no es una dádiva sino la oportunidad de tener una oportunidad.

Don Juan, aunque apreciaba los méritos del método de su benefactor, no estaba de acuerdo con él. Cuando él ya era nagual vio que ese método desperdicia tiempo irreemplazable. Para él era más eficaz presentarle a cualquiera una situación dada y forzarlo a aceptarla, y no esperar a que estuviese listo a enfrentarla por su propia cuenta. Ese fue el método que siguió conmigo y con los demás aprendices.

La ocasión en que esa diferencia fue más agobiante para don Juan, fue durante el tiempo que trató con los guerreros de su

benefactor. El mandato de la regla era que el benefactor tenía que encontrarle a don Juan primero una mujer nagual y después un grupo de cuatro mujeres y cuatro hombres para componer su grupo de guerreros. El benefactor vio que don Juan aún no disponía de suficiente poder personal para asumir la responsabilidad de una mujer nagual, así es que invirtió el orden y pidió a las mujeres de su propio grupo que hallaran primero las cuatro mujeres y después los cuatro hombres.

Don Juan confesó que la idea de esa inversión lo entusiasmó. Había entendido que esas mujeres eran para su uso, y en su mente eso se traducía en un uso sexual. Su ruina fue el revelar sus expectativas a su benefactor, quien inmediatamente lo puso en contacto con los guerreros y las guerreras de su propio grupo y lo dejó con ellos.

Para don Juan fue un verdadero encontrón conocer a esos guerreros, no sólo porque eran a propósito difíciles con él, sino porque ese encuentro es de por sí un abre caminos.

Don Juan decía que es un abre caminos porque los actos en el lado izquierdo no pueden tener lugar a no ser que todos los participantes compartan el mismo estado. Por esa razón no nos dejaba entrar en la conciencia del lado izquierdo sino para llevar a cabo nuestra actividad con sus guerreros. En su caso, sin embargo, su benefactor lo empujó a ella y no lo dejó salir de allí.

Don Juan me dio una breve relación de lo que ocurrió durante su primer encuentro con los miembros del grupo de su benefactor. Tenía la idea de que quizá yo podía usar esa experiencia como una muestra de lo que me esperaba. Me dijo que el mundo de su benefactor tenía una seguridad magnífica. Los miembros de su grupo eran guerreros indios que provenían de todo México. Cuando él los conoció, todos ellos vivían en una remota región montañosa del sur de México.

Al llegar a la casa, don Juan se enfrentó a dos mujeres idénticas, las indias más grandes que jamás hubiera visto. Eran ceñudas y malas, pero tenían facciones muy agradables. Cuando él quiso pasar entre ellas, lo atraparon con sus enormes barrigas, lo cogieron de los brazos y empezaron a golpearlo. Lo tiraron al suelo y se sentaron sobre él, casi aplastándole la caja torácica. Lo tuvieron inmovilizado mas de doce horas mientras negociaban con su benefactor, quien tuvo que hablar sin parar toda la noche hasta que ellas finalmente dejaron libre a don Juan en la mañana. Me dijo que lo que lo aterró más que nada fue la determinación que mostraban los ojos de esas mujeres. Pensó que estaba perdido, porque ellas iban a quedarse sentadas encima de él hasta que muriera, como lo habían advertido.

Por regla general debe haber un periodo de espera de unas cuantas semanas antes de conocer al siguiente grupo de guerreros, pero debido a que su benefactor planeaba dejarlo permanentemente con ellos, don Juan fue inmediatamente presentado a los demás. Conoció a cada uno de ellos en un solo día y todos ellos lo trataron como basura. Argüían que no era el hombre adecuado para la tarea, que era demasiado soez y excesivamente estúpido, joven pero ya senil en su manera de ser. Su benefactor habló brillantemente en defensa de don Juan; les dijo que todos ellos iban a tener la oportunidad de modificar esas condiciones, y que debería ser el máximo deleite, para ellos y para don Juan, asumir esa responsabilidad.

Don Juan me dijo que la primera impresión fue correcta. Para él, a partir de ese momento, sólo hubo penurias y trabajo. Las mujeres vieron que don Juan era ingobernable y que no se le podía confiar la compleja y delicada tarea de dirigir a cuatro mujeres. Como eran videntes, hicieron su propia interpretación personal de la regla y decidieron que sería más adecuado para don Juan tener primero a los cuatro guerreros y luego a las cuatro mujeres. Don Juan estaba convencido de que ese ver había sido justo. Para poder dirigir guerreras, un nagual tiene que hallarse

en un estado de poder personal consumado; un estado de seriedad y control, en el cual los sentimientos humanos desempeñan un papel mínimo; en ese tiempo tal estado le era inconcebible.

Su benefactor lo puso bajo la supervisión directa de sus dos guerreras del Oeste, las más intransigentes y feroces de todas. Don Juan me dijo que las mujeres del Oeste, de acuerdo con la regla, están totalmente locas y que alguien tiene que cuidarlas. Bajó las durezas del ensoñar y del acechar sus lados derechos, sus mentes se dañan. Su razón se extingue muy fácilmente por el hecho de que su conciencia del lado izquierdo es extremadamente aguda. Una vez que pierden el lado racional son ensoñadoras y acechadoras insuperables porque ya no tienen ningún lastre racional que las contenga.

Don Juan dice que esas mujeres lo curaron de la lujuria. Durante seis meses pasó la mayor parte del tiempo en un arnés, suspendido del techo de una cocina rural, como jamón que se ahuma, hasta que quedó completamente limpio de pensamientos de ganancia y de gratificación personal.

Don Juan me explicó que el arnés de cuero es espléndido recurso para curar ciertas enfermedades que no son físicas. Mientras más alta esté suspendida una persona y más tiempo pase sin tocar el suelo, pendiendo en el aire, mejores son las posibilidades de un efecto verdaderamente purificador.

A medida que las dos guerreras del Oeste lo limpiaban, las otras mujeres estaban atareadas en encontrar los hombres y las mujeres que iban a formar su grupo. Les tomó años lograrlo. Don Juan, en tanto, tuvo que tratar por su propia cuenta a todos los guerreros de su benefactor. La presencia y el contacto con ellos fue tan avasallador que don Juan creyó que nunca se vería libre de su influencia. El resultado fue una adherencia total y literal al cuerpo de la regla. Don Juan decía que desperdició tiempo irremplazable reflexionando sobre la existencia de su pasaje real hacia el otro mundo. Consideraba que esa preocupación era una trampa que debía evitarse a toda costa. Para protegerme de ella, no me dejó llevar a cabo el trato obligatorio con los miembros de su cuerpo a menos que estuviera protegido por la presencia de la Gorda o de cualquier otro de los aprendices.

En mi caso, conocer a los guerreros de don Juan fue el resultado final de un largo proceso. Nunca se hizo mención de ellos en las conversaciones habituales con don Juan. Yo sabía de su existencia solamente a través de inferencias; él me iba revelando porciones de la regla que me daban a entender eso. Más tarde, don Juan admitió que esas personas existían, y que a la larga yo las conocería. Me preparó para esos encuentros dándome instrucciones y consejos generales.

Me previno acerca de un error común; el error de sobrestimar la conciencia del lado izquierdo, de deslumbrarse ante su claridad y poder. Me dijo que estar en la conciencia del lado izquierdo no quiere decir que uno se libera inmediatamente de los desatinos: sólo significa tener una capacidad perceptiva más intensa, una facilidad aún mayor para comprender y aprender y, sobre todo, una gran habilidad para olvidar.

A medida que se aproximaba la hora de que conociera a los guerreros de don Juan, éste me dio una escueta descripción del grupo de su benefactor, como una guía para mi propio uso. Me dijo que para un espectador el mundo de su benefactor podría parecer a veces que consistía en cuatro familias. La primera estaba formada por las mujeres del Sur y el primer propio; la segunda, por las mujeres del Este, el erudito y un propio; la tercera, por las mujeres del Norte, el hombre de acción y otro propio; y la cuarta, por las mujeres del Oeste, el socio anónimo y un tercer propio.

Otras veces, ese mundo podía parecer compuesto de grupos. Había un grupo de cuatro hombres de mayor edad, completamente distintos, que eran el benefactor de don Juan y sus tres guerreros. Luego, es-

taba un grupo de cuatro hombres tremendamente parecidos entre sí: los propios. Un tercer grupo compuesto de dos pares de gemelas, aparentemente. idénticas, que vivían juntas y que eran las mujeres del Sur y las del Este. Y un cuarto grupo formado por otros dos pares de supuestas hermanas, las mujeres del Norte y del Oeste.

Ninguna de estas mujeres tenía lazos de parentesco entre sí, simplemente parecían iguales, al punto, en ciertos casos, de ser idénticas. Don Juan creía que esto era producto del enorme poder personal que tenía su benefactor. Don Juan describió a las mujeres del Sur como dos mastodontes temibles en apariencia pero muy simpáticas y afectuosas. Las mujeres del Este eran muy bellas, frescas y graciosas, un verdadero deleite para verlas y oírlas. Las mujeres del Norte eran completamente femeninas, vanas, coquetas, preocupadas con la edad, pero también terriblemente directas e impacientes. Las mujeres del Oeste eran a veces locas, y otras, un epítome de severidad y determinación. Eran las que más perturbaban a don Juan, quien no podía reconciliar el hecho de que fueran tan sobrias, bondadosas y serviciales, con el hecho de que en un momento dado podían perder la compostura y quedar totalmente locas.

Los hombres, por otra parte, de ninguna manera eran memorables para don Juan. Creía que no había nada notable en ellos. Todos parecían hallarse completamente anulados por la conmocionante fuerza y determinación de las mujeres y por la personalidad avasalladora del benefactor.

En cuanto a su propio desarrollo, don Juan decía que el haber sido empujado al mundo de su benefactor le hizo comprender cuán fácil y conveniente le había sido dejar que su vida transcurriera sin disciplina alguna Entendió que su error había consistido en creer que sus miras eran las únicas metas valiosas que un hombre podía tener. Toda su vida había sido un indigente; la ambición que lo consumía, por tanto, era tener posesiones materiales, ser alguien. Tanto le preocupó el afán de salir adelante y la desesperación de saber que no lo estaba logrando; que nunca tuvo tiempo de examinar cosa alguna. De buena gana se aunó a su benefactor porque creyó que se le estaba presentando una oportunidad de engrandecerse. Pensó que, por lo menos, podría aprender a ser brujo. La realidad de su encuentro con el mundo de su benefactor fue tan diferente, que él la concebía como algo análogo al efecto de la conquista española en la cultura indígena. Algo que destruyó todo, pero que también llevó a una revalidación total.

Mi reacción a los preparativos para conocer al grupo de guerreros de don Juan no fue temor reverencial o miedo, sino más bien una mezquina preocupación intelectual sobre dos cuestiones. La primera era la proposición de que en el mundo sólo hay cuatro tipos de hombres y cuatro tipos de mujeres. Argüí con don Juan que la variación individual en la gente es demasiado vasta y compleja para un esquema tan simple. El no estuvo de acuerdo conmigo. Dijo que la regla era final, y que ésta no permitía un número indefinido de tipos de gente.

La segunda cuestión era el contexto cultural del conocimiento de don Juan. El no lo sabía. Lo consideraba producto de una especie de panindianismo. Su conjetura era que una vez, en el mundo indígena anterior a la Conquista, la manipulación de la segunda atención se vició. Se había desarrollado sin ningún obstáculo durante quizá miles de años, hasta que perdió la fuerza. Los practicantes de ese tiempo posiblemente no necesitaban controles, y así, sin freno, la segunda atención, en vez de volverse más fuerte se debilitó conforme se volvió más y más intrincada. Después vinieron los invasores españoles y, con su tecnología superior, destruyeron el mundo de los indios. Don Juan me dijo que su benefactor se hallaba convencido de que sólo un grupo pequeño de guerreros sobrevivió y pudo reagrupar su conocimiento y redirigir su sendero. Todo lo

que don Juan y su benefactor sabían de la segunda atención venía a ser versión reestructurada, una nueva versión a la que se le habían añadido restricciones porque había sido forjada bajo las más ásperas condiciones de supresión.

X. EL GRUPO DE GUERREROS DEL NAGUAL

Cuando don Juan consideró que era hora de que tuviera mi primer encuentro con sus guerreros, me hizo cambiar de niveles de conciencia. En ese momento me aclaró que él no tendría nada que ver con la manera en que ellos me trataran. Me previno que si decidían golpearme, él no los iba a detener. Podían hacer lo que desearan, menos matarme. Subrayó una y otra vez que los guerreros de su grupo eran la perfecta réplica del grupo de su benefactor, salvo que algunas mujeres eran más feroces, y todos los hombres eran absolutamente poderosos y sin igual. Por tanto, mi primer encuentro con ellos podría resultar como una colisión frontal.

Yo, por una parte, me hallaba nervioso y aprensivo, pero, por otra, curioso. Mi mente se abrumaba con infinitas especulaciones, la mayor parte de ellas sobre cómo serían los guerreros.

Don Juan me dijo que él tenía dos opciones, una era la posibilidad de enseñarme a memorizar un elaborado ritual, como habían hecho con él, y la otra era hacer el encuentro lo más casual posible. Esperó un augurio que le señalara qué alternativa tomar. Su benefactor había hecho algo semejante, sólo que había insistido en que don Juan aprendiera el ritual antes de que el augurio se presentara. Cuando don Juan le reveló sus ilusiones de dormir con cuatro mujeres, su benefactor lo interpretó como el augurio, dejó a un lado el ritual y terminó negociando por la vida de don Juan.

En mi caso, don Juan quería un augurio antes de enseñarme el ritual. El augurio llego cuando don Juan y yo viajábamos por un pueblo fronterizo en Arizona y un policía me detuvo. El policía creía que yo era un extranjero sin documentación. Sólo hasta que le mostré mi pasaporte, que él supuso falsificado, y otros documentos, me dejó ir. A don Juan, que estuvo junto a mí en el asiento delantero, el policía ni siquiera lo miró. Se había concentrado absolutamente en mí. Don Juan consideró que ese incidente era el augurio que esperaba. Lo interpretó como algo que señalaba lo peligroso que resultaría si yo llamaba la atención, y concluyó que mi mundo debía de ser de la máxima simplicidad y candor: toda pompa y rituales elaborados estarían fuera de carácter. Concedió, sin embargo, que sería adecuada una mínima observación de patrones ritualistas cuando me presentara a sus guerreros. Tenía que empezar aproximándome a ellos desde el Sur, porque ésa es la dirección que el poder sigue en su flujo incesante. La fuerza vital fluye hacia nosotros desde el Sur, y nos abandona fluyendo hacia el Norte. Me dijo que la única entrada al mundo del nagual era a través del Sur, y que el portal se hallaba custodiado por dos guerreras, quienes tendrían que saludarme y dejarme pasar si así lo decidían.

Me llevó a un pueblo del centro de México. Caminamos a una casa en el campo y cuando nos acercábamos a ella desde el Sur, vi a dos indias macizas, de pie, enfrentándose la una a la otra a un metro de distancia. Se hallaban a unos diez o quince metros de la puerta principal de la casa, en una área donde la tierra estaba apisonada. Las dos mujeres eran extraordinariamente musculosas. Ambas tenían el pelo negrísimo y largo, juntado en una gruesa trenza. Parecían hermanas. Eran de la misma altura, del mismo peso: calculé que debían de tener alrededor de un metro sesenta de estatura y un peso de unos setenta kilos. Una de ellas era bastante oscura, casi negra, y, la otra, mucho más clara. Se hallaban vestidas como típicas indias del centro de México: vestidos largos, hasta el suelo, rebozos y huaraches caseros.

Don Juan me hizo detener a un metro de ellas. Se volvió hacia la mujer que se hallaba a nuestra izquierda y me hizo mirarla. Me dijo que se llamaba Cecilia y que era ensoñadora. Luego se volvió abruptamente, sin darme tiempo de decir nada, y me hizo enfrentarme a la mujer más morena, que se hallaba a nuestra derecha. Me dijo que su nombre era Delia y que era acechadora. Las mujeres me saludaron con un movimiento de cabeza. Ni sonrieron ni hicieron ningún gesto de bienvenida.

Don Juan caminó entre ellas como si fueran dos columnas que señalaban un portón. Avanzó un par de pasos y se volvió como si esperara que ellas me invitaran a pasar. Me observaron calmadamente durante unos momentos. Después Cecilia me invitó a entrar, como si yo me hallara en el umbral de una puerta verdadera.

Don Juan guió el camino hacia la casa. En la puerta principal encontramos a un hombre. Era muy delgado. A primera vista era bastante joven, pero un escrutinio más agudo revelaba que parecía tener casi sesenta años. Me dio la impresión de ser un niño viejo: pequeño, fuerte y nervioso, con penetrantes ojos oscuros. Era como una sombra. Don Juan me lo presentó como Emilito, y dijo que era su propio, su asistente personal, y que él me daría la bienvenida a nombre suyo.

Me pareció que Emilito en verdad era el ser más apropiado para bienvenir a cualquiera. Su sonrisa era radiante, sus pequeños dientes estaban perfectamente alineados. Me dio la mano, o más bien cruzó sus antebrazos y apretó mis dos manos. Parecía exudar gozo, y cualquiera habría dicho que estaba extático de verme. Su voz era muy suave y sus ojos chisporroteaban.

Entramos a un gran cuarto. Allí estaba otra mujer. Don Juan me dijo que se llamaba Teresa y que era la ayudante de Cecilia y Delia. Quizás apenas tenía unos treinta años, y definitivamente parecía ser hija de Cecilia. Era muy callada, pero amistosa. Seguimos a don Juan al fondo de la casa, donde había una terraza techada. Era un día cálido. Nos sentamos a una mesa, y después de una frugal merienda conversamos hasta la medianoche.

Emilito fue el anfitrión. Encantó y deleitó a todos con sus historias exóticas. Las mujeres se animaron. Eran un público magnífico. Oír su risa era un placer exquisito. En un momento, cuando Emilito dijo que ellas eran como sus dos madres, y Teresa como su hija, lo alzaron al vuelo y lo echaron al aire como si fuera un niño.

De las dos, Delia me parecía la más racional, con los pies en la tierra. Cecilia era quizá más indiferente, pero parecía tener mayor fuerza interna. Me dio la impresión de ser más intolerante o más impaciente; parecía irritarse con algunos de los cuentos de Emilito. No obstante, definitivamente era toda oídos cuando él contaba lo que llamaba sus "cuentos de la eternidad". Cada historia era precedida por la frase "¿sabían ustedes, queridos amigos, que . . .?" La historia que más me impresionó trataba de unas criaturas que según él existían en el universo y que eran lo más próximo a seres humanos, sin serlo; eran criaturas obsesionadas con el movimiento, capaces de percibir la más ligera fluctuación dentro o en torno de ellas. Eran tan sensitivas al movimiento que éste constituía una maldición para ellas, algo tan terriblemente doloroso que su máxima ambición era encontrar la quietud.

Emilito intercalaba entre sus cuentos de la eternidad los más terribles chistes picantes. Debido a sus increíbles dotes como narrador, me dio la impresión de que cada una de sus historias era una metáfora, una parábola, a través de la cual nos enseñaba algo.

Don Juan dijo que no era así, que Emilito simplemente reportaba lo que había presenciado en sus viajes por la eternidad. La función de un propio consistía en viajar por delante del nagual, como explorador de una operación militar. Emilito había llegado hasta los límites de la segunda atención, y todo lo que presenciaba lo transmitía a los demás.

Mi segundo encuentro con los guerreros de

don Juan fue tan preparado como el primero. Un día don Juan me hizo cambiar niveles de conciencia y me informó que yo iba a tener una segunda cita. Me hizo manejar a Zacatecas, en el norte de México. Llegamos allí muy temprano en la mañana. Don Juan me dijo que se trataba solamente de una escala, y que teníamos hasta el día siguiente para descansar antes de emprender mi segundo encuentro formal con las mujeres del Este y el guerrero erudito de su grupo. Me empezó a hablar entonces de un delicado e intrincado asunto de elección. Dijo que habíamos conocido al Sur y al propio a media tarde, porque él había hecho una interpretación personal de la regla y había elegido esa hora para representar la noche. El Sur verdaderamente era la noche -una noche cálida, propicia, agradable-, y propiamente debimos haber ido a conocer a las dos mujeres del Sur después de la medianoche. Sin embargo, eso no hubiera sido buen auspicio para mí, puesto que mi dirección general era hacia la luz, hacia el optimismo, un optimismo que se desenvuelve armoniosamente y entra en el misterio de la oscuridad. Dijo que eso era precisamente lo que habíamos hecho ese día; habíamos disfrutado nuestra reunión, conversando y riendo en la luz del día y en la total oscuridad de la noche. Me extraño en esa ocasión por qué no encendían las lámparas.

Don Juan dijo que el Este, por otra parte, era la mañana, la luz, y que deberíamos visitar a las mujeres del Este en la mañana del día siguiente.

Antes del desayuno fuimos al zócalo y tomamos asiento en una banca. Don Juan me pidió que me quedara allí y los esperase mientras él hacía algunos mandados. Se fue, y poco después llegó una mujer y tomó asiento en el otro extremo de la banca. No le presté ninguna atención y empecé a leer un periódico. Un momento después otra mujer se le unió. Quise irme a otra banca, pero recordé que don Juan había especificado que yo debía sentarme allí. Di la espalda a las mujeres y ya me había olvidado que estaban allí, puesto que todos estábamos en perfecto silencio, cuando un hombre las saludó y se detuvo, justo frente a mí. Me di cuenta, a través de su conversación, que las mujeres lo habían estado esperando. El hombre se disculpó por su tardanza. Obviamente quería sentarse. Me deslicé un poco para hacerle espacio. Me dio las gracias profusamente y se disculpó por molestarme. Me dijo que los tres estaban absolutamente perdidos en la ciudad porque eran gente del campo, que una vez habían ido a la ciudad de México y casi se mueren en el tráfico. Me preguntó si yo vivía en Zacatecas. Le dije que no y me disponía a concluir nuestra conversación en ese momento, pero había algo muy cautivador en su sonrisa. Era un hombre viejo, notablemente conservado para su edad. No era indio. Parecía un caballero agricultor de pueblo rural. Vestía traje y tenía puesto un sombrero de paja. Sus rasgos eran muy delicados, y la piel era casi transparente. Tenía nariz perfilada, boca pequeña y una barba blanca, corta y perfectamente peinada. Se veía extraordinariamente sano y, a la vez, parecía frágil. Era de estatura mediana, musculoso, pero al mismo tiempo daba la impresión de ser delgado, casi débil.

Se puso en pie y se presentó. Me dijo que se llamaba Vicente Medrano, que estaría en la ciudad solamente por ese día, y que las dos mujeres eran sus hermanas. Las mujeres se levantaron y nos miramos. Eran muy delgadas, más morenas que su hermano. También eran mucho más jóvenes; una de ellas lo bastante como para ser su hija. Advertí que la piel de ellas era más seca, no era como la de él. Las dos mujeres eran muy atractivas. Como el hombre, tenían facciones delicadas y sus ojos eran claros y apacibles. Las dos medían como un metro sesenta. Lucían vestidos bellamente cortados, pero con sus rebozos, sus zapatos sin tacón y sus medias de algodón oscuro semejaban campesinas adineradas. La de mayor edad parecía tener unos cincuenta años, y la menor, cuarenta.

El hombre me las presentó. La mayor se llamaba Carmela y la menor, Hermelin-

da. Me puse en pie y brevemente estreché sus manos. Les pregunté si tenían hijos. Esa pregunta por lo general era la manera con que yo iniciaba conversaciones. Las mujeres rieron y al unísono pasaron las manos por sus estómagos para mostrarme cuán delgadas eran. El hombre me explicó con mucha calma que sus hermanas eran solteronas, y que él mismo también era un viejo solterón. Me confió, con un tono semibromista, que por desgracia sus hermanas eran demasiado hombrunas, les faltaba esa femineidad que hace deseables a las mujeres, y que por tanto nunca habían podido hallar marido.

Les dije que así estaban mejor, considerando el papel subordinado de las mujeres en nuestra sociedad. Las mujeres no estuvieron de acuerdo; dijeron que no les habría importado subordinarse si tan sólo hubiesen hallado hombres que quisieran ser sus dueños. La más joven dijo que el verdadero problema era que su padre no les había enseñado a comportarse como mujeres. El hombre comentó con un suspiro que el padre era tan dominante que también a él le había impedido casarse. Los tres suspiraron y se mostraron sombríos. A mí, me dio risa.

Después de un prolongado silencio volvimos a tomar asiento y el hombre dijo que si yo me quedaba allí un poco más tendría la oportunidad de conocer al padre de ellos, quien aún era muy fogoso a pesar de su edad tan avanzada. Añadió, con un tono tímido, que su padre los iba a llevar a desayunar, porque ellos nunca llevaban dinero. Su papá era el que administraba la economía.

Quedé estupefacto. Esos viejos que parecían tan fuertes, en realidad eran como niños débiles y azorados. Les dije adiós y me puse en pie para retirarme. El hombre y sus hermanas insistieron en que me quedara. Me aseguraron que a su papá le encantaría que yo los acompañara a desayunar. Yo no quería conocer a su padre, y a la vez tenía curiosidad. Les dije que yo también esperaba a alguien. En ese momento, las mujeres empezaron a reír con unas risas ahogadas que después se convirtieron en carcajadas estentóreas. El hombre también se dejó llevar por una risa incontenible. Me sentí estúpido. Mi deseo era irme al instante de allí En ese momento don Juan llegó y me di cuenta de toda la maniobra. No me pareció divertida.

Todos nos pusimos en pie. Ellos aún reían cuando don Juan me dijo que las mujeres eran el Este; Carmela era acechadora y Hermelinda, ensoñadora; Vicente era el guerrero erudito, y el compañero más antiguo de don Juan.

Conforme nos alejábamos del zócalo, otro hombre se nos unió, un indio moreno y alto, quizá de unos cuarenta años. Vestía pantalones de mezclilla y un sombrero de vaquero. Parecía ser terriblemente fuerte y huraño. Don Juan me lo presentó como Juan Tuma, el propio y el asistente de investigaciones de Vicente.

Caminamos a un restorán que se hallaba a unas cuadras. Las mujeres me pusieron entre ellas. Carmela me dijo que esperaba que yo no me hubiera ofendido, que tuvieron la alternativa de simplemente presentarse conmigo o de jugarme una broma. Lo que los decidió en favor de embromarme fue mi actitud absolutamente esnob de darles la espalda y de querer cambiarme de banca. Hermelinda agregó que uno tiene que ser completamente humilde y no cargar nada que uno no tenga. que defender, ni siquiera su propia persona; la persona de uno debe protegerse, pero no defenderse. Al desairarlos, yo no me protegía, sino que simplemente estaba defendiéndome.

Me sentí belicoso. Francamente, su broma me había caído mal. Empecé a hablar de mi enojo, pero antes de que expusiera mi argumento, don Juan vino a mi lado. Dijo a las dos mujeres que perdonaran mi belicosidad, que toma mucho tiempo limpiar la basura que un ser luminoso recoge en el mundo.

El dueño del restorán a donde fuimos conocía a Vicente y nos había preparado un desayuno suntuoso. Todos ellos estaban de

magnífico humor, pero yo no podía acabar con mi enojo. Entonces, a petición de don Juan, Juan Tuma nos comenzó a hablar de sus viajes. Era un hombre de hechos. Me hipnotizaron sus secas narraciones de cosas que estaban más allá de mi entendimiento. Para mí la más fascinante fue la descripción de unos rayos de luz o de energía que supuestamente entrelazan la tierra. Dijo que esos rayos no fluctúan como todo lo demás en el universo, sino que se hallan fijos en un patrón. Ese patrón coincide con cientos de puntos del cuerpo luminoso. Hermelinda creía que todos esos puntos se encontraban en nuestro cuerpo físico, pero Juan Tuma explicó que, puesto que el cuerpo luminoso es bastante grande, algunos de esos puntos están localizados hasta a un metro de distancia del cuerpo físico. En cierto sentido se hallan fuera de nosotros, y sin embargo, esto no es así: están en la periferia de nuestra luminosidad y, por tanto, pertenecen al cuerpo total. El punto más importante se localiza a unos treinta centímetros del estómago, a cuarenta grados a la derecha de una línea imaginaria que se desprende, recta, hacia delante. Juan Tuma nos contó que ése era el centro donde se congrega la segunda atención, y que es posible manejarlo golpeando suavemente con las palmas de las manos. Oyendo hablar a Juan Tuma, olvidé mi enojo.

Mi siguiente encuentro con el mundo de don Juan fue con el Oeste. Don Juan me dio variadas advertencias de que el primer contacto con el Oeste era un evento sumamente importante, porque éste decidiría, de una manera u otra, lo que subsecuentemente yo debería hacer. También me puso en guardia de que iba a ser un evento difícil, especialmente para mí, que tan inflexible y tan importante me sentía. Me dijo que por lo común uno se aproxima al Oeste durante el crepúsculo, un momento del día que ya en sí es difícil, y que sus guerreras del Oeste eran poderosas, temerarias y enteramente exasperantes. A la vez, también conocería al guerrero que era el socio anónimo. Don Juan me recomendó que ejercitara la mayor cautela y paciencia; esas mujeres no sólo estaban locas de atar, sino que ellas y el hombre eran los guerreros más poderosos que había conocido. En su opinión, los tres eran las máximas autoridades de la segunda atención.

Un día, como si se tratara de un mero impulso, súbitamente don Juan decidió que era hora de iniciar nuestro viaje para conocer a las mujeres del Oeste. Viajamos a una ciudad del norte de México. Justo al atardecer, don Juan me indicó que estacionara el auto enfrente de una gran casa sin luces que se hallaba casi en las afueras de la ciudad. Nos bajamos del automóvil y caminamos a la puerta principal. Don Juan tocó varias veces. Nadie contestó. Tuve la sensación de que habíamos llegado en un momento inoportuno. La casa parecía vacía.

Don Juan continuó tocando hasta que, al parecer, se fatigó. Me indicó que tocara. Me dijo que lo hiciera sin parar porque las personas que vivían allí eran medio sordas. Le pregunté si no sería mejor regresar más tarde, o al día siguiente. Me dijo que continuara golpeando la puerta.

Después de una espera que pareció interminable, la puerta se empezó a abrir lentamente. Una mujer rarísima sacó la cabeza y me preguntó si lo que quería era tumbar la puerta al suelo, o enfurecer a los vecinos y a sus perros con mis golpes.

Don Juan dio un paso como para decir algo. La mujer salió afuera y con brusquedad lo empujó a un lado. Empezó a sacudir su dedo índice casi sobre mi nariz, gritando que me estaba portando como si en el mundo no existiera nadie más aparte de mí. Protesté. Dije que yo sólo estaba cumpliendo lo que don Juan me había ordenado hacer. La mujer preguntó si me habían ordenado derrumbar la puerta. Don Juan quiso intervenir pero de nuevo fue empujado a un lado.

Parecía que esa mujer acababa de levantarse de la cama. Era una calamidad. La habíamos probablemente despertado y en

su prisa se puso un vestido, de su canasta de ropa sucia. Se hallaba descalza, su pelo encanecido estaba en desorden total. Tenía los ojos irritados y apenas entreabiertos. Era una mujer de facciones ordinarias, pero de alguna manera muy impresionante: más bien alta, de un metro setenta centímetros, morena y enormemente musculosa; sus brazos desnudos estaban anudados con duros músculos. Advertí que el contorno de sus piernas era bellísimo.

Ella me miró de arriba abajo, irguiéndose por encima de mí, y gritó que no había oído mis disculpas. Don Juan me susurró que debería disculparme con voz fuerte y clara. Una vez que lo hice, la mujer sonrió y se volvió hacia don Juan y lo abrazó como si fuera un niño. Gruñó que él no debió hacerme golpear la puerta porque mi contacto era demasiado furtivo y perturbador. Tomó a don Juan del brazo, lo condujo al interior y lo ayudó a cruzar la puerta, que por cierto tenía un pie muy alto. Lo llamaba "queridísimo viejecillo". Don Juan se rió. Yo me hallaba asombrado viéndolo comportarse como si le fascinaran las absurdidades de esa temible mujer. Una vez que ayudó al "queridísimo viejecillo" a entrar en la casa, ella se volvió hacia mí e hizo un gesto con la mano para ahuyentarme, como si yo fuera un perro. Se rió al ver mi sorpresa: sus dientes eran grandes, disparejos y sucios. Después pareció cambiar de opinión y me indicó que entrara.

Don Juan se dirigía a una puerta que yo difícilmente podía distinguir al final de un oscuro pasillo. La mujer lo regaño por ignorar hacia dónde se dirigía. Nos condujo por otro pasillo oscuro. La casa parecía inmensa, y no había una sola luz en ella. La mujer abrió una puerta que conducía a un cuarto muy grande, casi vacío a excepción de dos viejas sillas en el centro, bajo el foco más débil que jamás he visto. Era un foco alargado, antiguo.

Otra mujer se hallaba sentada en uno de los sillones. La primera mujer tomó asiento en un pequeño petate y reclinó su espalda contra la otra silla. Después colocó sus muslos contra los senos, descubriéndose por completo. No usaba ropa interior. La contemplé, estupefacto.

En un tono áspero y feo, la mujer me preguntó que por qué le estaba yo mirando descaradamente la vagina. No supe qué decir y sólo lo negué. Ella se levantó y pareció estar a punto de golpearme. Exigió que confesará que me había quedado con la boca abierta ante ella porque nunca había visto una vagina en mi vida. Me aterré. Me hallaba completamente avergonzado y luego me sentí irritado por haberme dejado atrapar en tal situación.

La mujer le preguntó a don Juan qué tipo de nagual era yo que nunca había visto una vagina. Empezó a repetir esto una y otra vez; gritándolo a todo pulmón. Corrió por todo el cuarto y se detuvo en la silla donde se hallaba sentada la otra mujer. La sacudió de los hombros y, señalándome, le dijo que yo nunca había visto una vagina en toda mi vida.

Me hallaba mortificado. Esperaba que don Juan hiciera algo para evitarme esa humillación. Recordé que me había dicho que esas mujeres estaban bien locas. Se había quedado corto: esa mujer estaba en su punto para el manicomio. Miré a don Juan, en busca de consejo y apoyo. El desvió su mirada. Parecía hallarse igualmente perdido, aunque me pareció advertir una sonrisa maliciosa, que ocultó rápidamente volviendo la cabeza.

La mujer se tendió boca arriba, se alzó la falda y me ordenó que mirara hasta hartarme en vez de estar con miraditas aviesas. Mi rostro debió enrojecer, a juzgar por el calor que sentí en la cabeza y el cuello. Me hallaba tan molesto que casi perdí el control. Tenía ganas de aplastarle la cabeza.

La mujer que se hallaba en la silla repentinamente se puso en pie y tomó del pelo a la otra; la hizo levantarse con un solo movimiento, al parecer sin ningún esfuerzo. Se me quedó mirando con los ojos entrecerrados, y aproximó su rostro a unos cinco centímetros del mío. Su olor era sorprendentemente fresco.

Con una voz muy chillante dijo que deberíamos acabar con lo que empezamos. Las dos mujeres quedaron muy cerca de mí bajo el foco. No se parecían. La segunda era de mayor edad, o daba esa impresión. Su cara se hallaba cubierta por una densa capa de polvo cosmético que le daba una apariencia de bufón. Su cabello estaba arreglado en un moño. Parecía muy serena, salvo un continuo temblor en el labio inferior y la barbilla.

Las dos eran igualmente altas y fuertes en apariencia; ambas se irguieron amenazadoras sobre mí y me observaron un rato largo. Don Juan no hizo nada por romper su fijeza. La mujer de más edad asintió con la cabeza y don Juan me dijo que se llamaba Zuleica y que era ensoñadora. La mujer que había abierto la puerta se llamaba Zoila, y era acechadora.

Zuleica se volvió hacia mí y, con voz de loro, me preguntó si en verdad nunca había visto una vagina. Don Juan ya no pudo conservar más tiempo la compostura, y empezó a reír. Con un gesto, le hice ver que no sabía qué decir. Me susurró en el oído que lo mejor sería decir que no; de otra manera tendría que describir una vagina, porque eso me exigiría después Zuleica.

Respondí como don Juan me indicó y Zuleica comentó que sentía lástima por mí. Y luego ordenó a Zoila que me enseñara su vagina. Zoila se tendió boca arriba bajo el foco y abrió los muslos.

Don Juan reía y tosía. Le supliqué que me sacara de ese manicomio. De nuevo me susurró en el oído que lo que debía hacer era mirar bien y mostrarme atento e interesado, porque si no tendríamos que quedarnos allí hasta el Día del Juicio.

Después de un examen cuidadoso y atento, Zuleica dijo que a partir de ese momento podía yo alardear de ser un conocedor, y que si alguna vez me topaba con una mujer sin pantaletas, ya no sería tan vulgar y obsceno como para quedarme bizco mirándola, porque ya había visto una vagina.

Caminando muy despacio, Zuleica nos condujo al patio. Me susurró que allí se hallaba alguien esperando conocerme. El patio estaba en completas tinieblas. A duras penas podía distinguir las siluetas de los otros. Entonces vi el oscuro contorno de un hombre que se hallaba a unos cuantos metros de mí. Mi cuerpo experimentó una sacudida involuntaria.

Don Juan le habló a ese hombre con una voz muy baja, y dijo que me había llevado con él para que lo conociera. Le dijo cómo me llamaba. Después de un momento de silencio, don Juan me dijo que el hombre se llamaba Silvio Manuel, que era el guerrero de la oscuridad y el verdadero jefe de todo el grupo de guerreros. Después, Silvio Manuel me habló. Me dio la impresión de que tenía un desorden en el habla: su voz era amortiguada y las palabras le salían como suaves estallidos de tos.

Me ordenó que me acercara. Cuando traté de aproximarme, él retrocedió, exactamente como si flotara. Me llevó a un receso aún más oscuro del pasillo, caminando, o eso parecía, hacia atrás y sin ruido. Murmuró algo que no pude comprender. Quise hablar, pero la garganta me picaba y estaba reseca. Me repitió algo dos o tres veces hasta que comprendí que me estaba ordenando que me desnudara. Había algo abrumador en su voz y en la oscuridad que lo envolvía. No pude desobedecer. Me quité la ropa y quedé desnudo, temblando de temor y de frío.

Estaba tan oscuro que no podía ver si don Juan y las dos mujeres aún estaban allí. Escuché un suave y prolongado siseo que se originaba muy cerca de mí; entonces sentí una brisa fresca. Comprendí que Silvio Manuel exhalaba su aliento sobre todo mi cuerpo.

Después me pidió que me sentara en mi ropa y mirara un punto brillante que con facilidad yo podía distinguir en la oscuridad, un punto que daba una tenue luz ámbar. Me pareció que me quedé mirando horas enteras hasta qué de súbito comprendí que el punto de brillantez era el ojo izquierdo de Silvio Manuel. Pude distinguir entonces el contorno de todo su rostro y de su cuerpo. El pasillo no estaba tan

oscuro como parecía. Silvio Manuel avanzó hacia mí y me ayudó a incorporarme. Me encantó ver en la oscuridad con tal claridad. Ni siquiera me importaba estar desnudo o que, como entonces advertí, las mujeres me miraran. Al parecer, ellos también podían ver en la oscuridad; me observaban. Quise ponerme el pantalón, pero Zoila me lo arrebató de las manos.

Las dos mujeres y Silvio Manuel me observaron durante un largo rato. Después, don Juan se presentó repentinamente, me dio mis zapatos, y Zoila nos llevó por un corredor a un patio abierto, con árboles. Distinguí la negra silueta de una mujer parada en la mitad del patio. Don Juan le habló y ella murmuró algo como respuesta. Don Juan me dijo que era una mujer del Sur, se llamaba Marta, y era la asistente de las dos mujeres del Oeste. Marta dijo que podría apostar que yo nunca me había presentado a una mujer estando desnudo; el procedimiento habitual es conocerse y desvestirse después. Rió con fuerza. Su risa era tan agradable, tan clara y joven, que me estremeció. Su risa repercutió por toda la casa, aumentada por la oscuridad y el silencio que allí reinaba. Miré a don Juan en busca de apoyo. Se había ido, y Silvio Manuel también. Me hallaba solo con las tres mujeres. Me puse muy nervioso y le pregunté a Marta si sabía a dónde se había ido don Juan. En ese preciso momento, alguien me agarró de la piel de mis axilas. Grité de dolor. Supe que había sido Silvio Manuel. Me levantó como si yo no pesara nada y me sacudió hasta que se me salieron los zapatos. Después me puso de pie en una estrecha tina de agua helada que me llegaba a las rodillas.

Me quedé en la tina durante un rato largo mientras todos me escrutaban. Después, Silvio Manuel volvió a levantarme, me sacó del agua y me colocó junto a mis zapatos, que diligentemente alguien había puesto al lado de la tina.

Don Juan de nuevo apareció y me dio mi ropa. Me susurró que debía de ponérmela y que lo cortés era quedarse conversando por un rato. Marta me dio una toalla para que me secara. Busqué a las otras dos mujeres y a Silvio Manuel, pero no aparecían por ningún sitio.

Marta, don Juan y yo permanecimos en la oscuridad conversando un largo rato. Ella parecía dirigirse principalmente a don Juan, pero creí que yo era su verdadero público. Esperé una indicación de don Juan para que nos marcháramos, pero él parecía disfrutar la ágil conversación de Marta. Nos dijo que ese día Zoila y Zuleica habían estado en la cumbre de la locura. Añadió luego, en beneficio mío, que las dos eran extraordinariamente racionales la mayor parte del tiempo.

Como si revelara un secreto, Marta nos contó que el cabello de Zoila estaba tan despeinado porque cuando menos un tercio de éste era pelo de Zuleica. Las dos habían tenido un momento de intensa camaradería, y se ayudaron mutuamente a peinarse el pelo. Zuleica trenzó el pelo de Zoila como lo había hecho cientos de veces, salvo que, como estaba fuera de control, anudó parte de su propio cabello con el de Zoila. Marta dijo que al levantarse de las sillas hubo una conmoción. Ella corrió al rescate, pero cuando entró en el cuarto, Zuleica ya había tomado la iniciativa y se hallaba más lúcida que Zoila, decidió cortar la parte del pelo de Zoila que había trenzado con el suyo. En el desorden que vino después, Zuleica se confundió y acabó cortando su propio pelo.

Don Juan reía como si fuera lo más chistoso que hubiera oído en su vida. Escuché suaves explosiones de risa que parecían tos y que provenían de la oscuridad del lado opuesto del patio.

Marta añadió que había tenido que improvisarle un moño hasta que le creciera el pelo a Zuleica.

Reí con don Juan. Marta me caía muy simpática. En cambio las otras dos mujeres me daban asco. Marta, por el contrario, parecía un parangón de calma y de voluntad férrea. No podía ver sus rasgos, pero la imaginé muy hermosa. El sonido de su voz era cautivante.

Muy cortésmente, ella le preguntó a don

Juan si yo querría algo de comer. El respondió que yo no me sentía muy a gusto que digamos con Zuleica y Zoila y que probablemente acabaría en náusea. Marta me aseguró que las dos mujeres ya se habían ido, y tomó mi brazo y nos llevó a través de un corredor aún más oscuro hasta una bien iluminada cocina. El contraste fue excesivo para mis ojos. Me quedé en el umbral de la puerta tratando de acostumbrarme a la luz.

La cocina era de techo alto y bastante moderna y funcional. Tomamos asiento en una especie de desayunador. Marta era joven y muy fuerte; tenía una figura llena, voluptuosa; rostro circular y nariz y boca pequeñas. Su pelo negrísimo estaba trenzado y enroscado encima de su cabeza.

Estaba seguro de que ella habría estado tan curiosa por examinarme como yo por verla en la luz. Nos sentamos y comimos y hablamos durante horas. Yo quedé fascinado. Era una mujer sin educación y, sin embargo, me tuvo absorto con su conversación. Nos contó chistosísimas y detalladas historias de las ridiculeces que Zoila y Zuleica hacían cuando estaban locas.

Cuando salimos de la casa, don Juan expresó su admiración por Marta. Dijo que ella era quizás el más admirable ejemplo de cómo la determinación puede afectar a un ser humano. Sin ninguna base educativa o de preparación, salvo su voluntad inquebrantable, Marta había triunfado en la más ardua tarea imaginable: la de cuidar a Zoila, Zuleica y Silvio Manuel.

Pregunté a don Juan por qué Silvio Manuel se había rehusado a que lo mirara en la luz. Me respondió que Silvio Manuel se hallaba en su elemento en la oscuridad, y que ya tendría incontables oportunidades de verlo. Durante nuestro primer encuentro, no obstante, era obligatorio que él se conservara dentro de los linderos de su poder: la oscuridad de la noche. Silvio Manuel y las dos mujeres vivían juntos porque formaban un equipo de brujos formidables. Don Juan me recomendó que no me formara juicios apresurados de las dos mujeres del Oeste. Yo las había conocido en un momento en que estaban fuera de control, pero esa ausencia de control sólo tenía que ver con la conducta superficial. Las dos tenían un centro interno que era inalterable; por tanto, hasta en los momentos de peor locura podían reírse de sus propias aberraciones como si se tratara de una representación puesta en escena por otras personas.

El caso de Silvio Manuel era distinto, no se hallaba trastornado de manera alguna. De hecho, su profunda sobriedad le permitía actuar tan efectivamente con las dos mujeres, porque ellas y él eran extremos opuestos. Don Juan me dijo que Silvio Manuel había nacido de esa manera y que todos los que lo rodeaban reconocían la diferencia. Aun el mismo benefactor de don Juan, que era duro e implacable con todos, prodigaba especial atención a Silvio Manuel. Don Juan tardó años en comprender la razón de esa preferencia. Debido a algo inexplicable en su naturaleza, una vez que Silvio Manuel ingresó en la conciencia del lado izquierdo, nunca más salió de allí. Su proclividad a permanecer en un estado de conciencia acrecentada, aunado a la soberbia capacidad de su benefactor, le permitieron llegar, antes que los demás, no sólo a la conclusión de que la regla es un mapa y que, en realidad, existe otro tipo de conciencia, sino también el pasaje real y concreto que conduce al otro mundo de la conciencia. Don Juan decía que Silvio Manuel, de la manera más impecable, equilibraba sus ganancias excesivas poniéndolas al servicio del propósito común de todos ellos. Silvio Manuel era la fuerza silenciosa que se hallaba tras don Juan.

Mi último encuentro introductorio con los guerreros de don Juan fue con el Norte. Don Juan me llevó a la ciudad de Guadalajara a fin de llevarlo a cabo. Me dijo que nuestra cita era a sólo una corta distancia del centro de la ciudad y que tendría lugar al mediodía, porque el Norte era el mediodía. Dejamos el hotel a las once de la mañana, y nos paseamos tranquilamente por la zona del centro.

Caminaba sin fijarme, preocupado por el encuentro, cuando me estrellé de cabeza con una dama que salía apresurada de una tienda. Llevaba unos paquetes, que se esparcieron por la acera. Pedí disculpas y empecé a ayudarla a recogerlos. Don Juan me urgió a que me apurara para no llegar demasiado tarde. La señora parecía aturdida con el golpe. La sostuve del brazo. Era una mujer alta, muy esbelta, quizá de unos sesenta años, vestida con suma elegancia. Parecía una dama de sociedad. Era exquisitamente cortés y asumió la culpa, aduciendo que se había distraído buscando a su sirviente. Me preguntó si la podía ayudar a localizarlo entre la multitud. Me volví a don Juan, quien dijo que, después de medio matarla, lo menos que podía hacer era ayudarla.

Tomé los paquetes y regresamos a la tienda. A corta distancia localicé a un indio de aire desamparado que parecía estar absolutamente fuera de sitio allí. La señora lo llamó y él fue a su lado casi como un perrito extraviado. Parecía que estaba a punto de lamerle la mano.

Don Juan nos esperaba afuera de la tienda. Le explicó a la señora que teníamos prisa y después le di mi nombre. La señora sonrió con gracia y me extendió su mano. Pensé que en su juventud debió haber sido arrebatadora, pues aún se conservaba hermosa y cautivante.

Don Juan se volvió a mí y abruptamente me dijo que el nombre de la señora era Nélida, que era del Norte, y que era ensoñadora. Después me hizo volverme hacia el sirviente y me dijo que se llamaba Genaro Flores, y que él era el hombre de acción, el guerrero de las hazañas del grupo. Mi sorpresa fue total. Los tres soltaron una carcajada, y mientras más crecía mi consternación más disfrutaban ellos.

Don Genaro regaló los paquetes a un grupo de niños, diciéndoles que su patrona, la bondadosa señora, había comprado esas cosas para regalárselas. Era su buena acción del día. Después caminamos en silencio una media cuadra. Yo tenía la lengua trabada. De repente, Nélida señaló una tienda y nos pidió que nos detuviéramos un instante porque tenía que recoger una caja de medias que le estaban guardando allí. Me escudriñó sonriendo, con los ojos resplandecientes, y me dijo que, ya en serio, brujería o no brujería, ella tenía que usar medias de nailon y pantaletas de encaje. Don Juan y don Genaro rieron como idiotas. Yo me quedé mirándola con la boca abierta, porque no tenía otra cosa que hacer. Había algo absolutamente terrenal en ella y, sin embargo, era casi etérea.

En tono de broma le dijo a don Juan que me sostuviera porque estaba a punto de desmayarme. Después cortésmente le pidió a don Genaro que fuera corriendo adentro y que recogiera el paquete. Cuando él procedía a entrar en la tienda, Nélida cambió de idea y lo llamó, pero él al parecer no la escuchó y desapareció en la tienda. Nélida se disculpó y corrió tras él.

Don Juan oprimió mi espalda para sacarme de mis turbulencias. Me dijo que iba a conocer a la otra mujer del Norte, cuyo nombre era Florinda, por mi propia cuenta y en otra ocasión, porque ella sería mi enlace con otro ciclo, con otro estado de ser. Describió a Florinda como una copia al carbón de Nélida, o viceversa.

Observé que Nélida era tan sofisticada y de tan buen gusto que la podía imaginar en una revista de modas. El hecho de que fuese bella y tan blanca, quizá de familia francesa o del norte de Italia, me sorprendió. Aunque Vicente tampoco era indio, su apariencia rural no lo hacía ver como una anomalía. Le pregunté a don Juan por qué había gente blanca en su mundo. Dijo que el poder es lo que selecciona a los guerreros del grupo de un nagual, y que es imposible conocer sus designios.

Esperamos en frente de la tienda por lo menos una media hora. Don Juan pareció impacientarse y me pidió que entrara y los apresurara. Entré en la tienda. No era un lugar grande, no había puerta trasera, y ellos no estaban allí. Les pregunté a los empleados, pero nadie pudo darme razón. Volví con don Juan y le exigí que me dijera qué había ocurrido. Me dijo que o habían

desaparecido en pleno aire o habían salido a escurridillas cuando él me oprimió la espalda.
Me enfurecí y le grité que toda su gente eran unos embaucadores. El rió tanto que le rodaron lágrimas por las mejillas. Dijo que yo era la ideal víctima de engaño. Mi sentido de impaciencia personal me empujaba a jugar el papel de un tonto sin remedio. Mi irritación lo hacía reír con tanta fuerza, que tuvo que apoyarse en la pared.

La Gorda me relató su primer encuentro con los miembros del grupo de don Juan. Su versión difería sólo en el contenido: la forma era la misma. Los guerreros quizá fueron un poco más violentos con ella. La Gorda lo interpretó como un experimento para sacarla de su modorra, o una reacción natural, por parte de ellos, a lo que ella consideraba su detestable personalidad.
A medida que revisábamos el mundo de don Juan, nos íbamos dando cuenta de que éste era una réplica del mundo de su benefactor. Se podía ver que consistía o de grupos o de casas. Había un grupo de cuatro pares independientes de mujeres que parecían hermanas y que trabajaban y vivían juntas; otro grupo estaba compuesto por don Juan y tres hombres de la edad de don Juan, y muy allegados a él; un par de mujeres del Sur, más jóvenes que las demás, que parecían tener lazos de parentesco entre ellas, Marta y Teresa; y finalmente un par de hombres menores que don Juan, los propios Emilito y Juan Tuma. Pero también parecían consistir en cuatro casas aparte, localizadas muy lejos la una de la otra en distintas zonas de México. Una se hallaba compuesta por las dos mujeres del Oeste, Zuleica y Zoila, Silvio Manuel y Marta. La siguiente estaba formada por las dos mujeres del Sur, Cecilia y Delia; Emilito que era el propio de don Juan, y Teresa. Otra casa estaba hecha por Carmela y Hermelinda, las mujeres del Oeste, Vicente, y el propio Juan Tuma; y, por último, la de las mujeres del Norte, Nélida y Florinda, y don Genaro.
Según don Juan, su mundo no tenía ni la armonía ni el equilibrio del de su benefactor. Las dos únicas mujeres que se equilibraban completamente la una a la otra, y que parecían gemelas idénticas, eran las guerreras del Norte, Nélida y Florinda. Una vez, Nélida me dijo que las dos eran tan parecidas que incluso tenían el mismo tipo sanguíneo.
Para mí, una de las sorpresas más agradables fue la transformación de Zuleica y Zoila, quienes habían sido tan repugnantes. Resultaron ser, como había dicho don Juan, las guerreras más sobrias que se pudiera imaginar. No lo podía creer cuando las vi por segunda vez. El ataque de locura había pasado y ahora asemejaban dos señoras bien vestidas, altas, morenas y musculosas, con brillantes ojos oscuros como pedazos de resplandeciente obsidiana negra. Rieron y bromearon conmigo por lo que ocurrió la noche de nuestro primer encuentro, como si otras personas y no ellas hubieran tomado parte en él. Puede comprenderse fácilmente el tumulto emocional de don Juan causado por las guerreras del Oeste del grupo de su benefactor. Para mí también era imposible aceptar que Zuleica y Zoila pudiesen transformarse en criaturas repugnantes y detestables. Me tocó la oportunidad de presenciar esa metamorfosis en varias ocasiones; felizmente nunca pude juzgarlas tan ásperamente como lo hice en el primer encuentro. Más que nada, sus excesos me causaban tristeza.
Pero la sorpresa más grande me la deparó Silvio Manuel. En la oscuridad de nuestro primer encuentro lo imaginé como un hombre imponente, un gigante avasallador. En realidad era pequeño, pero no frágilmente pequeño. Su cuerpo era como el de un jinete de carreras, un jockey pequeño pero perfectamente proporcionado. Me pareció que hubiera podido ser un gimnasta. Su control físico era tan notable que podía inflarse, como si fuera un sapo, hasta casi el doble de su tamaño, expandiendo todos los músculos del cuerpo. Daba asombrosas demostraciones de cómo podía descoyuntar sus miembros y reacomo-

darlos nuevamente sin ninguna manifestación de dolor. Al mirar a Silvio Manuel, siempre experimenté un profundo, desconocido sentimiento de temor. Para mí, era como un visitante de otro tiempo. Era moreno pálido, como estatua de bronce. Sus rasgos eran afilados. Su nariz aguileña; sus labios gruesos y sus ojos oblicuos ampliamente separados, lo hacían parecer una figura estilizada de un fresco maya. Durante el día era amigable y simpático, pero tan pronto oscurecía se volvía insondable. Su voz se transformaba. Tomaba asiento en una esquina oscura y se dejaba devorar por la oscuridad. Todo lo que quedaba visible de él era su ojo izquierdo, que permanecía abierto y adquiría un fulgor extraño, como ojos de felino.

Una cuestión secundaria que emergió en el transcurso de nuestro trato con los guerreros de don Juan fue el tema del desatino controlado. Don Juan me dio una explicación suscinta de una vez que se hallaba exponiendo las dos categorías en las que obligatoriamente se dividen las mujeres guerreras: ensoñadoras y acechadoras. Me dijo que todos los miembros de su grupo hacían ensoñar y acechar como parte de sus vidas diarias, pero que las mujeres que componían el planeta de las ensoñadoras y el planeta de las acechadoras eran las máximas autoridades de sus actividades respectivas.

Las acechadoras son las que enfrentan los embates del mundo cotidiano. Son las administradoras de negocios, las que tratan con la gente. Todo lo que tiene que ver con el mundo de los asuntos ordinarios pasa por sus manos. Las acechadoras son las practicantes del desatino controlado, así como las ensoñadoras son las practicantes del ensueño. En otras palabras, el desatino controlado es la base del acechar, y los ensueños son las bases del ensoñar. Don Juan decía que, hablando en términos generales, el logro más importante de un guerrero en la segunda atención es ensoñar, y en la primera atención el logro más grande es acechar.

Yo malentendí lo que los guerreros de don Juan hicieron conmigo en nuestros primeros encuentros. Tome sus actos como ejemplos de engaño y falsedad, y ésa sería mi impresión hasta la fecha, de no haber sido por la idea del desatino controlado. Don Juan me dijo que los actos de esos guerreros fueron lecciones maestras de acechar. Me dijo que su benefactor le había enseñado el arte de acechar antes que otra cosa. Para poder sobrevivir entre los guerreros de su benefactor tuvo que aprender ese arte a toda prisa. En mi caso, dijo don Juan, puesto que no tenía que vérmelas con sus guerreros, tuve que aprender primero a ensoñar. Pero cuando el momento fuese apropiado, Florinda aparecería para guiarme a través de las complejidades del acechar. Nadie más qué ella podía hablar conmigo detalladamente del acecho; los otros tan sólo podían ofrecerme demostraciones directas, como ya lo habían hecho en nuestros primeros encuentros.

Don Juan me explicó detalladamente que Florinda era una de las máximas practicantes del acecho, ya que su benefactor y sus cuatro guerreras, que eran acechadoras, la habían entrenado en los aspectos más intrincados de este arte. Florinda fue la primera guerrera que llegó al mundo de don Juan, y por esa razón ella iba a ser mi guía personal: no sólo en el arte de acechar sino también en el misterio de la tercera atención, si es que yo llegaba a ese nivel. Don Juan no me explicó nada más acerca de ese punto. Me dijo que eso tendría que esperar a que yo estuviera listo, primero para aprender a acechar, y después a entrar en la tercera atención.

Don Juan decía que su benefactor había sido muy meticuloso con cada uno de sus guerreros al adiestrarlos en el arte de acechar. Utilizó toda clase de estratagemas a fin de crear un contrapunto entre los dictados de la regla y la conducta de los guerreros en el mundo cotidiano. Creía que ésa era la mejor forma de convencerlos de que la única manera que disponen para tratar con el medio social es en términos del desatino controlado.

A medida que desarrollaba sus estratagemas, el benefactor de don Juan ponía a la gente y a los guerreros frente a los mandatos de la regla, y dejaba que el drama natural se desenvolviese por sí mismo. La insensatez de la gente tomaba la delantera y por un momento arrastraba con ella a los guerreros, como parece ser lo natural, pero siempre será vencida por los designios más abarcantes de la regla.

Don Juan nos dijo que en un principio se sintió profundamente agraviado por el control que su benefactor ejercía sobre sus guerreros. Incluso se lo echó en cara. Su benefactor no se inmutó. Sostuvo que su control era tan sólo una ilusión que el Águila creaba. El solamente era un guerrero impecable, y sus actos representaban un humilde intento de reflejar al Águila.

Don Juan decía que el impulso con el cual su benefactor llevaba a cabo sus estratagemas se originaba en su certeza de que el Águila era real y final, y en su certeza de que lo que la gente hace es un desatino absoluto. Esas dos convicciones daban origen al desatino controlado, que el benefactor de don Juan describía como el único puente que existe entre la insensatez de la gente y la finalidad de los dictados del Águila.

XI. LA MUJER NAGUAL

Don Juan me dijo que cuando fue puesto bajo el cuidado de las mujeres del Oeste, para ser purificado, también lo pusieron bajo la tutela de la mujer del Norte, que era el equivalente de Florinda, para que ésta le enseñara los principios del arte de acechar. Ella y su benefactor le dieron los medios concretos para adquirir a los tres guerreros, al propio y a las cuatro acechadoras que compondrían su grupo.

Las ocho mujeres videntes del grupo de su benefactor habían buscado las configuraciones distintivas de luminosidad, y no tuvieron dificultad alguna en hallar los tipos apropiados de guerreros masculinos y femeninos para el grupo de don Juan. Sin embargo, su benefactor no permitió que esos videntes hicieran ningún intento por congregar a los guerreros que habían encontrado. Le correspondió a don Juan aplicar los principios del acecho para obtenerlos.

El primer guerrero que apareció fue Vicente. Don Juan aún no dominaba el arte de acechar para poder enrolarlo. Su benefactor y la acechadora del Norte tuvieron que hacer casi todo el trabajo. Después vino Silvio Manuel, más tarde don Genaro y, por último, Emilito, el propio.

Florinda fue la primera guerrera. Fue seguida por Zoila, después por Delia y luego por Carmela. Don Juan decía que su benefactor inexorablemente los obligó a todos ellos a que trataran con el mundo en términos de desatino controlado.

El resultado fue un estupendo equipo de practicantes, quienes concebían y ejecutaban las más intrincadas estratagemas.

Cuando todos ellos tenían ya cierto grado de pericia en el arte de acechar, su benefactor consideró que era el momento adecuado de encontrar para ellos una mujer nagual. Fiel a su política de ayudarlos a que se ayudaran a sí mismos, esperó, para encontrarla, hasta que don Juan había aprendido a ver y todos ellos eran expertos acechadores. Aunque don Juan lamentaba inmensamente el tiempo que desperdició en esperar, estaba de acuerdo en que ese curso de acción creó un enorme vínculo entre todos ellos y dio nueva vida a su obligación de buscar la libertad.

Su benefactor empezó su estratagema para atraer a la mujer nagual convirtiéndose, de repente, en un católico devoto. Exigió que don Juan, siendo el heredero de su conocimiento, se comportará como un hijo y fuera a la iglesia con él. Día tras día lo empujaba a oír misa. Don Juan decía que su benefactor, quien en su trato con la gente era un hombre encantador y elocuente, lo presentaba a todos como su hijo, el algebrista.

Don Juan, que según sus propias palabras era en aquel entonces un salvaje, se sen-

tía desolado en situaciones sociales en las que debía hablar y dar una relación de sí mismo. Lo único que lo tranquilizaba era la idea de que su benefactor tenía razones ulteriores. Trató de deducir a través de sus observaciones cuáles podían ser esas razones, pero no pudo hacerlo. Los actos de su benefactor parecían estar abiertos a la vista de todos. Como católico ejemplar, ganó la confianza de muchísima gente, especialmente del párroco, quien lo tenía en alta estima y lo consideraba amigo y confidente. Le pasó por la mente la idea de que su benefactor sinceramente podía haberse convertido al catolicismo, si no es que se había vuelto loco de remate. Aún no había comprendido que un guerrero jamás pierde la cabeza bajo ninguna circunstancia.

Las quejas de don Juan por tener que ir a la iglesia se desvanecieron cuando su benefactor empezó a presentarlo con las hijas de la gente que conocía. Eso le gustó, aunque también lo incomodaba. Don Juan creyó que su benefactor estaba ayudándolo a soltar la lengua. El no era ni elocuente ni encantador, y su benefactor le había dicho que un nagual por fuerzas tiene que ser ambas cosas.

Un domingo, durante la misa, después de casi un año de oírla prácticamente todos los días, don Juan descubrió cuál era la verdadera razón por la que iban a la iglesia. Se hallaba arrodillado junto a una muchacha llamada Olinda, hija de uno de los conocidos de su benefactor. Don Juan se volvió para entrecruzar miradas con ella, como ya era su costumbre después de meses de contacto diario. Sus ojos se encontraron, y súbitamente don Juan la vio como un ser luminoso y luego vio que Olinda era una mujer doble. Su benefactor lo sabía desde el principio, y había elegido el camino más difícil para que don Juan se pusiera en contacto con ella. Don Juan me confesó que ese momento fue avasallador para él.

Su benefactor supo que don Juan había visto. Su misión de reunir a los seres dobles había sido lograda impecablemente. Se puso en pie y sus ojos barrieron todas las esquinas de la iglesia; caminó luego hacia afuera sin volver la cabeza una sola vez. Ya no tenía nada qué hacer allí.

Don Juan me dijo que cuando su benefactor se puso en pie y salió de la misa, todos se volvieron a verlo. Don Juan quiso seguirlo, pero Olinda audazmente le tomó la mano y lo detuvo. En ese momento supo que el poder de ver no había sido suyo solamente. Algo los había traspasado a los dos. Don Juan advirtió de repente que la misa no sólo había concluido, sino que ambos estaban ya fuera de la iglesia. Su benefactor trataba de calmar a la madre de Olinda, que se hallaba encolerizada y avergonzada por la inesperada e inadmisible muestra de afecto que tuvo lugar entre Olinda y don Juan.

Don Juan me dijo que se halló completamente desorientado. Sabía que a él le correspondía concebir un plan de acción. Tenía los recursos, pero la importancia del evento lo hizo perder la confianza en su habilidad. Dejó a un lado su pericia como acechador y se perdió en el dilema intelectual de si debía o no tratar a Olinda como desatino controlado.

Su benefactor le dijo que no podía ayudarlo. Su deber había sido reunirlos, y allí cesaba su responsabilidad. A don Juan le correspondía tomar los pasos apropiados. Sugirió incluso que don Juan considerara casarse con ella, si eso era lo que se requería. Sólo cuando Olinda fuera a él por su propia voluntad él podría ayudar a don Juan interviniendo directamente como nagual.

Don Juan intentó un cortejo formal. No fue bien recibido por los padres, quienes no podían concebir que alguien de una clase social tan distinta fuese pretendiente de su hija. Olinda no era india; su familia era de clase media, dueña de un pequeño negocio. El padre tenía otros planes para su hija. Amenazó con enviarla a la capital si don Juan insistía en casarse con ella.

Don Juan me dijo que los seres dobles, las mujeres en especial, son extraordinariamente moderados, incluso tímidos. Olinda no era una excepción. Después de la exal-

tación inicial en la iglesia, fue dominada por la prudencia, y después por el miedo. Sus propias reacciones la asustaban.
Como maniobra estratégica, su benefactor hizo que don Juan se retirara, para dar la idea de que condescendía con él, quien no había aprobado a la muchacha: ésa fue la suposición de todos los que presenciaron el incidente de la iglesia, La gente chismeó que el espectáculo de los dos agarrados de la mano había desagradado tan intensamente "al padre" de don Juan, un católico tan devoto, que éste ya no volvió más a la iglesia.
Su benefactor le dijo a don Juan que un guerrero no puede ser sitiado. Estar bajo sitio implica que uno tiene posesiones personales que defender. Un guerrero no tiene nada en el mundo salvo su impecabilidad, y la impecabilidad no puede ser sitiada. No obstante, en una batalla de vida o muerte, como era la que don Juan enfrentaba para obtener a la mujer nagual, un guerrero debe de usar estratégicamente todos los medios posibles.
Don Juan resolvió, de acuerdo con ello, usar cualquier parte de su conocimiento de acechador que fuera pertinente. Para ese fin, encomendó a Silvio Manuel que usara sus artes de brujo, que aun en aquella época de principiante ya eran formidables, para secuestrar a la muchacha. Silvio Manuel y Genaro, quien era verdaderamente temerario, entraron furtivamente en la casa de la muchacha disfrazados de lavanderas. Era mediodía, y todos en la casa estaban ocupados preparando comida para los parientes y amigos que habían invitado a cenar. Se trataba de una fiesta de despedida para Olinda. Silvio Manuel contaba con la posibilidad de que los que vieran a dos extrañas lavanderas entrando con unos atados de ropa creyesen que tenían que ver con la fiesta de Olinda, y que de esa forma no sospecharían nada. Don Juan había proporcionado a Silvio Manuel y a Genaro, de antemano, toda la información necesaria acerca de las rutinas de los miembros de la casa. Les dijo que las lavanderas por lo general llevaban sus atados de ropa lavada a la casa y los dejaban en el cuarto de planchar. Silvio Manuel y Genaro, cargados de enormes atados de ropa, fueron directamente a ese cuarto, pues sabían que Olinda estaría allí.
Don Juan me contó que Silvio Manuel se acercó a Olinda y utilizó sus poderes mesmerizantes para desmayarla. La pusieron dentro de un costal, envolvieron éste con sábanas y se fueron, dejando tras de sí los atados que habían llevado. Se toparon con el padre de Olinda en la puerta, y él ni siquiera los miró.
Al benefactor de don Juan no le gustó en lo mínimo la maniobra. Ordenó a don Juan que llevase inmediatamente a la muchacha de vuelta a su casa. Era imperativo, dijo, que la mujer doble llegase a la casa del benefactor por su propia voluntad, quizá no con la idea de unírseles sino, cuando menos, porque ellos le interesaban.
Don Juan creyó que todo estaba perdido -las posibilidades de que pudiera regresarla a su casa sin que nadie se diera cuenta eran mínimas-, pero a Silvio Manuel se le ocurrió una solución. Propuso que las cuatro mujeres del grupo de don Juan llevarán a la joven a un camino desierto, donde don Juan la rescataría.
Silvio Manuel quería que las mujeres actuaran un drama. En ese drama ellas eran las que estaban secuestrándola. En algún lugar del camino alguien las descubría y se lanzaba a la persecución. El perseguidor las alcanzaba y ellas dejaban caer el costal, con la suficiente fuerza para ser convincentes. Por supuesto, el perseguidor sería don Juan, quien milagrosamente había estado en el camino.
Silvio Manuel exigió una actuación bien realista. Ordenó a las mujeres que amordazaran a la muchacha, quien para entonces estaba despierta, gritando en el interior del costal. Las hizo luego que corrieran kilómetros con todo y carga. Durante la jornada les indicó cuándo se debían ocultar del perseguidor y cuándo debían correr. Por último, después de una ordalía verdaderamente agotadora, las hizo tirar el cos-

tal de la manera más adecuada para que la joven pudiese presenciar una pelea de lo más terrible entre don Juan y las cuatro mujeres. Silvio Manuel había propuesto a las mujeres que la pelea tendría que ser absolutamente real. Las armó con palos y las instruyó a que golpearan a don Juan sin misericordia.

De las mujeres, Zoila era la que más fácilmente se dejaba llevar por la histeria; tan pronto como empezaron a aporrear a don Juan, Zoila se dejó poseer por el papel y ofreció una actuación escalofriante; golpeó tan fuerte a don Juan que le arrancó pedazos de carne de la espalda y de los hombros. Durante un momento pareció que las secuestradoras iban a ganar. Silvio Manuel tuvo que salir de su escondite y, fingiendo ser un transeúnte, les recordó que sólo se trataba de una estratagema y que era hora de que huyeran.

Don Juan se convirtió de esa manera en el salvador y protector de Olinda. Le dijo que él mismo no podría llevarla a casa porque estaba herido, pero que la enviaría de regreso con su piadoso padre.

Ella le ayudó a caminar a casa de su benefactor. Don Juan me dijo que no tuvo que fingir estar herido: sangraba profusamente y a duras penas pudo llegar a la puerta. Cuando Olinda le narró a su benefactor lo que había ocurrido; éste tuvo que disfrazar de llanto su agonizante deseo de reír.

Le vendaron las heridas a don Juan y después se acostó. Olinda empezó a explicarle por qué no podía casarse con él, pero no pudo terminar. El benefactor de don Juan entró al cuarto y le dijo a Olinda que le era evidente, al verla caminar, que las secuestradoras le habían lesionado la espalda. Se ofreció a alinearla antes de que se transformase en algo critico.

Olinda titubeó. El benefactor de don Juan le recordó que las secuestradoras no estaban jugando; después de todo, casi habían matado a su hijo. Olinda fue al lado del benefactor y permitió que éste le propinara un golpe en el omóplato. Se oyó un chasquido y Olinda entró en un estado de conciencia acrecentada. El benefactor le reveló la regla y; al igual que don Juan, ella la aceptó de lleno. No hubo duda, ni titubeos.

La mujer nagual y don Juan encontraron plenitud, unidad y silencio en su compañía mutua. Don Juan me dijo que lo que sentían el uno por el otro no tenía nada que ver con el afecto o la necesidad; era más bien como una sensación física que ambos compartían; la sensación de que una barrera que había existido dentro de cada uno de ellos se había roto y que eran uno y el mismo ser.

Don Juan y la mujer nagual, como prescribía la regla, trabajaron años, el uno al lado del otro, para hallar cuatro ensoñadoras; que vinieron a ser Nélida, Zuleica, Cecilia y Hermelinda, y los tres propios, Juan Tuma, Teresa y Marta. Encontrarlos fue en una ocasión en que la naturaleza pragmática de la regla le fue una vez más revelada a don Juan. Todos ellos eran exactamente lo que la regla decía. Su advenimiento produjo un nuevo ciclo para todos, incluyendo al benefactor de don Juan y su grupo. Para don Juan y sus guerreros significó el ciclo de ensoñar, y para su benefactor y su grupo significó un periodo de impecabilidad insuperable.

Su benefactor explicó a don Juan que cuando él era joven y se le presentó por primera vez la idea de la regla como un instrumento de libertad, quedó exaltado de gozo. Para él, la libertad era una realidad que estaba al alcance de la mano. Cuando llegó a comprender la naturaleza de la regla en calidad de mapa, sus esperanzas y optimismo se redoblaron. Más tarde, la sobriedad entró a formar parte de su vida; mientras más envejecía, menos oportunidad veía de que él y su grupo tuvieran éxito. Finalmente se convenció de que, hicieran lo que hicieran, su tenue conciencia humana jamás llegaría a volar libre. Entró en paz consigo mismo y con su destino, y se resignó al fracaso. Le dijo al Águila desde lo más profundo de su ser que estaba contento y orgulloso de haber engrandecido su conciencia. El Águila podía disponer de ella.

Don Juan me dijo que todos los miembros del grupo de su benefactor compartieron el mismo estado de ánimo. La libertad que la regla proponía era algo que todos consideraban inalcanzable. En el curso de sus vidas habían vislumbrado la fuerza aniquilante que es el Águila, y creían que no tenían ninguna posibilidad ante ella. Sin embargo, todos estaban de acuerdo que vivirían sus vidas impecablemente sin más razón que la impecabilidad misma.

Don Juan decía que su benefactor y su grupo, a pesar de saberse inadecuados, o quizás a causa de esto, sí encontraron la libertad. Entraron en la tercera atención, pero no como grupo sino uno a uno. El hecho de que hallaran el acceso fue la corroboración total de la verdad contenida en la regla. El último en dejar el mundo de la conciencia de todos los días fue su benefactor. Este cumplió con la regla y se llevó consigo a la mujer nagual de don Juan. Cuando los dos se disolvían en la conciencia total, don Juan y todos sus guerreros fueron obligados a explosionar desde adentro de sí mismos: don Juan no hallaba otra manera de describir la sensación de ser forzado a olvidar todo lo que ellos habían presenciado del mundo de su benefactor.

El que nunca olvidó fue Silvio Manuel. Fue él quien impulsó a don Juan en el esfuerzo agotador de volver a reunir a los miembros del grupo, quienes se habían esparcido por todo el país. Después, don Juan los hundió a todos ellos en la tarea de encontrar la totalidad de sí mismos. Les llevó años completar ambas tareas.

Don Juan había discutido extensamente conmigo la cuestión del olvido, pero sólo en conexión con la gran dificultad que tuvo en volver a congregar a todos y empezar sin su benefactor. Nunca nos dijo con exactitud lo que implicaba olvidar o ganar la totalidad de uno mismo. En ese aspecto fue fiel a las enseñanzas de su benefactor: solamente nos ayudó a ayudarnos a nosotros mismos.

Para esto, don Juan entrenó a la Gorda y a mí a ver juntos y pudo mostrarnos que, aunque los seres humanos aparecen ante los videntes como huevos luminosos, la forma oval es un capullo externo, un cascarón de luminosidad que alberga un núcleo que es a la vez obsesionante y mesmérico, compuesto de círculos concéntricos de luminosidad amarilla, del color de la llama de una vela. Durante nuestra sesión final hizo que viéramos a la gente que se congregaba en las afueras de una iglesia. Ya era tarde, casi había oscurecido, y sin embargo, las criaturas en el interior de sus rígidos capullos luminosos irradiaban suficiente luz como para iluminar claramente todo nuestro entorno. La visión fue maravillosa.

Don Juan nos explicó que los cascarones que parecían ser tan brillantes, en realidad eran opacos. La luminosidad emanaba del centro brillante; de hecho, el capullo opacaba su resplandor. Don Juan nos reveló. que hay que romperlo para liberar a ese ser brillante. El capullo debe de romperse desde el interior en el momento exacto, justo como los pollos que al nacer rompen el cascarón. Si no logran hacerlo, se sofocan y mueren. Al igual que las criaturas que nacen de huevos, un guerrero no puede romper el cascarón de su luminosidad hasta que sea el momento dado.

“ Don Juan nos dijo que perder la forma humana era el único medio de romper ese cascarón, la única manera. de liberar ese obsesionante centro luminoso, el centro de la conciencia que viene a ser el alimento del Águila. Romper el cascarón significa recordar el otro yo y llegar a la totalidad de uno mismo.

Después que don Juan y sus guerreros llegaron a la totalidad de sí mismos, encararon su última tarea: encontrar un nuevo par de seres dobles. Don Juan decía que ellos creyeron que esto sería un asunto simple: todo lo que habían hecho hasta ese entonces les había sido relativamente fácil. No tenían idea de que la aparente facilidad de sus logros como guerreros era consecuencia de la maestría y el poder personal de su benefactor.

La búsqueda de un nuevo par de seres do-

bles resultó una tarea sin fruto. En todas sus búsquedas jamás encontraron a una mujer doble. Encontraron varios hombres dobles, pero todos estaban bien situados, atareados, prolíficos, y tan satisfechos con sus vidas que habría sido inútil aproximárseles. No necesitaban hallar un propósito en la vida, creían haberlo encontrado ya.

Don Juan decía que un día se dio cuenta de que él y su grupo estaban envejeciendo, y que no parecía haber esperanzas de llegar a cumplir con su tarea. Esa fue la primera vez que sintieron el aguijonazo de la desesperación y la impotencia.

Silvio Manuel insistió en que todos debían resignarse y vivir impecablemente sin esperanzas de encontrar la libertad. A don Juan le era plausible que esto en verdad pudiese ser la clave de todo. En este aspecto, se descubrió siguiendo los pasos de su benefactor. Llegó a aceptar que un invencible pesimismo domina al guerrero en cierto punto de su camino. Una sensación de derrota, o quizá más exactamente, una sensación de inutilidad, le llega casi sin que se dé cuenta. Don Juan decía que, antes, él se reía de las dudas de su benefactor y no podía llegar a creer que éste se preocupara en serio. A pesar de las protestas y las amonestaciones de Silvio Manuel, don Juan creyó siempre que ésta era una gigantesca estratagema destinada a enseñarles algo.

Puesto que don Juan no podía creer que las dudas de su benefactor fuesen reales, tampoco podía creer que fuese genuina la resolución de su benefactor de vivir sin esperanza de libertad. Cuando finalmente comprendió que su benefactor, con toda seriedad, se había resignado a la derrota, también comprendió que la resolución de un guerrero de vivir impecablemente a pesar de todo no puede ser concebida como una estrategia para asegurar el triunfo. Don Juan y su grupo se demostraron esta verdad a sí mismos, citando se dieron cuenta cabal de que no tenían ventaja contra las fuerzas de lo desconocido. Don Juan decía que en tales momentos el entrenamiento de toda una vida es lo que sale a mano, y el guerrero entra en un estado de humildad insuperable; cuando se vuelve innegable la pobreza de los recursos humanos, el guerrero no tiene otra alternativa que retroceder y agachar la cabeza.

Don Juan se maravillaba de que dichas circunstancias no parecen tener efecto en las guerreras de un grupo; el desorden las deja imperturbables. Nos dijo que ya había advertido esto, en el grupo de su benefactor; las mujeres nunca se mostraron tan preocupadas ni tan abatidas como los hombres. Parecía que, simplemente le llevaban la corriente a su benefactor y lo seguían sin mostrar signos de desgaste emocional. Si estaban de algún modo confundidas, parecían ser indiferentes a esto. Estar atareadas era todo lo que contaba para ellas. Era como si solamente los hombres hubieran hecho una oferta por la libertad y sintieran el impacto de una oferta contraria.

Don Juan observó el mismo contraste en su propio grupo. Las mujeres estuvieron inmediatamente de acuerdo cuando él se convenció de que sus recursos eran insuficientes. Don Juan sólo pudo concluir que las mujeres, aunque jamás lo decían, nunca habían creído tener recurso alguno. En consecuencia, no había manera de que se sintieran frustradas o desalentadas al toparse con su impotencia: desde un principio ya sabían que eran así.

Don Juan nos dijo que la razón por la que el Águila exigía un número doble de guerreras era precisamente debido a que las mujeres tienen un equilibrio innato que no existe en los hombres. En un momento crucial, son los hombres los que se ponen histéricos y se suicidan si es que consideran que todo está perdido. Una mujer podrá matarse por falta de dirección y de propósitos, pero no debido al fracaso de un sistema al cual pertenece.

Después de que don Juan y su grupo de guerreros perdieron toda esperanza o, más bien, como decía don Juan, después de que él y los hombres tocaron fondo y las

mujeres hallaron maneras apropiadas de llevarles la cuerda-, don Juan finalmente encontró un hombre doble al cual se podía aproximar. Yo era ese hombre doble. Me dijo que como nadie en su sano juicio se ofrece de voluntario para algo tan absurdo como la lucha por la libertad, tuvo que seguir las enseñanzas de su benefactor y, en fiel estilo de acechador, me encarriló como había encarrilado a los miembros de su propio grupo. Necesitaba estar a solas conmigo en un lugar donde pudiera aplicar presión física en mi cuerpo, y era necesario que yo fuese allí por mi propia cuenta. Me atrajo a su casa con gran facilidad: como decía, obtener a un hombre doble no es gran problema. La dificultad estriba en hallar uno que esté disponible.

La primera visita a su casa fue, desde el punto de vista de mi conciencia de todos los días, una sesión sin acontecimientos. Don Juan se comportó de una manera encantadora conmigo. Condujo la conversación hacia la fatiga que experimenta el cuerpo después de largos viajes en automóvil. A mí, que era estudiante de antropología, este tema me pareció absolutamente fuera de propósito. Después, don Juan comentó que mi espalda parecía desalineada, y sin decir más me puso una mano en el pecho, me irguió la barbilla y me dio una fuerte palmada en la espalda. Me tomó tan desprevenido que perdí el conocimiento. Cuando volví a abrir los ojos sentí un dolor agudísimo, como si me hubieran partido la espina dorsal, pero también sentí que yo era diferente. Era otro, y no el yo que siempre había sido. A partir de ese momento, cada vez que veía a don Juan, éste me hacía cambiar niveles de conciencia y después procedía a revelarme la regla.

Casi inmediatamente después de encontrarme, don Juan descubrió a una mujer doble. No la puso en contacto conmigo siguiendo una estratagema tal como su benefactor había hecho con él, pero concibió un ardid, tan efectivo y elaborado como los de su benefactor, mediante el cual él mismo atrajo y obtuvo a la mujer doble. Don Juan asumió esa carga porque creía que el deber del benefactor es obtener a los dos seres dobles tan pronto como se les encuentra, y luego, ponerlos juntos como socios de una empresa inconcebible.

Me dijo que un día, cuando vivía en Arizona, había ido a una oficina gubernamental para llenar una solicitud. La recepcionista le dijo que fuera con una empleada de la sección adyacente, y, sin levantar la cabeza, señaló hacia su izquierda. Don Juan siguió la dirección del brazo extendido y vio a una mujer doble sentada en un escritorio. Cuando le llevó la solicitud se dio cuenta de que en realidad era una jovencita, quien, le informó que ella no tenía nada que ver con las solicitudes. No obstante, compadecida ante el pobre viejecillo indio, le ofreció ayudarlo.

Se requerían algunos documentos legales, que don Juan llevaba en su bolsillo, pero él fingió total ignorancia y desamparo. Se comportó como si la organización burocrática fuese un enigma para él. Don Juan decía que no le fue nada difícil imitar un estado de completa insensatez; todo lo que tuvo que hacer fue volver a lo que una vez había sido su estado normal de conciencia. Su intención era prolongar el trato con la muchacha el mayor tiempo posible. Su benefactor le había dicho, y él mismo lo había verificado durante su búsqueda, que las mujeres dobles son sumamente escasas. Su benefactor también le había prevenido que tienen recursos internos que las vuelven sumamente volátiles. Don Juan temía que si no manejaba sus cartas expertamente iba a perderla. Para ganar tiempo, se apoyó en la compasión que ella mostraba. Creó mayores dilaciones fingiendo haber perdido los documentos. Casi todos los días le llevaba uno diferente. Ella lo leía y se lamentaba de qué no fuera el adecuado. La muchacha se conmovió tanto por la deplorable condición de don Juan que se ofreció a pagarle un abogado que le prepararía una declaración jurada que supliera los documentos.

Después de tres meses, don Juan pensó que era ya el momento de mostrar los do-

cumentos. Para entonces la muchacha se había acostumbrado a él y casi esperaba verlo todos los días. Don Juan fue por última vez a expresarle su agradecimiento y a decirle adiós. Le dijo que le habría gustado llevarle un regalo para mostrarle su gratitud, pero no tenía dinero ni para comer. Ella se conmovió ante este candor y lo invitó a almorzar. Cuando comían, don Juan reflexionó en voz alta que un regalo no tiene que ser, por fuerza, un objeto que se compra. También podía ser algo que fuera únicamente para la vista del testigo. Algo hecho para recordar y no para poseer.

A ella la intrigaron estas palabras. Don Juan le recordó que ella había expresado compasión hacia los indios y su condición miserable. Le preguntó si no le gustaría ver a los indios bajo otra luz: no como seres miserables sino como artistas. Le dijo que conocía a un viejo que era el último descendiente de una línea de bailarines de poder. Le aseguró que ese hombre bailaría para ella si él se lo pedía: y, aún más, le juró que ella jamás en su vida había visto algo semejante y que jamás lo volvería a ver. Se trataba de algo que sólo los indios presenciaban.

A ella le fascinó la idea. Fue por él después de su trabajo en su automóvil y don Juan la guió hacia las colinas donde estaba su propia casa. Hizo que estacionara el auto a una considerable distancia, y siguieron a pie el resto del camino, Antes de llegar a la casa, don Juan se detuvo y trazó una raya con el pie en la tierra seca y arenosa. Le dijo que esa raya era un lindero, y la instó a que lo cruzara.

La mujer nagual me contó que hasta ese momento ella se hallaba intrigadísima ante la posibilidad de ver un genuino bailarín indio, pero que cuando el viejo hizo una raya en el suelo y la llamo un lindero, ella empezó a titubear. Después se alarmó absolutamente cuando él añadió que ese lindero era sólo para ella, y que una vez que lo cruzara ya no habría cómo regresar.

El indio aparentemente vio la consternación de la muchacha y quiso tranquilizarla. Cortésmente le palmeó el hombro y le dio su garantía de que no le ocurriría ningún daño mientras él estuviera allí. Le dijo que el lindero podía explicarse como una forma de pago simbólico al bailarín, quien nunca aceptaba dinero. El ritual reemplazaba al dinero, y el ritual requería que ella cruzara el lindero por su propia cuenta.

El viejo, al parecer lleno de júbilo, dio un paso por encima de la línea y le dijo que para él todo lo que estaban haciendo eran puras necedades indias, pero que había que seguirle la corriente al bailarín, quien se hallaba mirándolos desde el interior de la. casa, si es que ella quería verlo bailar.

La mujer nagual me contó que repentinamente tuvo tanto miedo que no podía moverse para cruzar la línea. El viejo hizo un esfuerzo por persuadirla, diciendo que cruzar ese lindero era benéfico para todo el cuerpo. Él, al cruzarlo, no sólo se había sentido más joven, sino que en realidad se había vuelto más joven, pues tal era el poder que tenía ese lindero. Para demostrar lo que decía, volvió a cruzar la raya en retroceso y en el acto sus hombros se desplomaron, las esquinas de su boca se inclinaron hacia abajo, sus ojos perdieron el brillo. A la mujer nagual le era imposible negar las diferencias que generaba el cruce.

Don Juan volvió a cruzar la raya por tercera vez. Respiró hondamente, expandiendo el pecho; se movía con energía y seguridad. La mujer nagual dijo que le pasó por la mente la idea de que si don Juan se sentía tan joven hasta le llegaría a hacer proposiciones sexuales. Su automóvil se hallaba demasiado lejos para correr a él. Lo único que le quedaba era decirse a sí misma que era estúpido tenerle miedo a ese viejecillo.

Después el viejo trató de hacerle ver el chiste que todo aquello tenía. En un tono de conspirador, como si renuentemente le revelara un secreto, le dijo que solamente se hallaba fingiendo ser más joven para satisfacer al bailarín, y que si ella no lo ayudaba cruzando la raya se iba a desma-

yar en cualquier momento debido al esfuerzo de caminar con la espalda derecha. Volvió a cruzar de un lado al otro de la línea para mostrarle el inmenso esfuerzo que implicaba su pantomima.

La mujer nagual me dijo que los ojos suplicantes de don Juan revelaban los dolores que su cuerpo estaba pasando al fingir juventud. Cruzó la línea para ayudarlo y para terminar el espectáculo; quería irse a casa:

En el momento en que cruzó la línea, don Juan dio un salto prodigioso y planeó por encima del techo de la casa. La mujer nagual me dijo que don Juan voló como si fuera un inmenso bumerang. Cuando aterrizó a su lado, ella se cayó de espaldas. Su espanto era el más grande que había experimentado en su vida, pero lo mismo ocurría con su emoción de haber presenciado semejante maravilla. Sus sentimientos eran tan confusos que ni siquiera le preguntó cómo había llevado a cabo esa extraordinaria proeza. Quería regresar corriendo a su auto e irse a su casa.

El viejo la ayudó a incorporarse y se disculpó por haberla engatusado. Le dijo que él era en realidad el bailarín y su vuelo por encima de la casa había sido su baile. Le preguntó si se había fijado en la dirección del vuelo. La mujer nagual hizo un círculo con su mano de derecha a izquierda. Don Juan le palmeó la cabeza paternalmente y dijo que había sido muy propicio que ella hubiese estado atenta. Después añadió que quizá ella se había lastimado al caer, y que de ninguna manera podía dejarla ir sin asegurarse de que estaba bien. Sin más ni más, don Juan le irguió los hombros y le alzó la barbilla, como si la dirigiera a que estirara la espina dorsal. Después le dio un fuerte golpe entre los omóplatos, y literalmente le sacó todo el aire de los pulmones. Durante unos instantes ella no pudo respirar y sé desmayó. Cuando volvió en sí, se hallaba dentro de la casa. Su nariz sangraba, sus oídos zumbaban; su respiración estaba acelerada y no podía enfocar la vista. Don Juan le indicó que hiciera inhalaciones profundas mientras contaba hasta ocho, Mientras más respiraba, más se aclaraba todo. Me contó ella que, en un momento dado, el cuarto se volvió incandescente; todo destelleaba con una luz ámbar. Quedó estupefacta y ya no pudo seguir respirando profundamente. Para entonces la luz ámbar era tan densa que parecía neblina. Después la niebla se convirtió en telarañas de color ámbar. Por último, se disipó, pero el mundo continuó uniformemente ámbar durante un largo rato.

Don Juan le empezó a hablar. La condujo afuera de la casa y le mostró que el mundo se hallaba dividido en dos mitades. La parte izquierda se hallaba clara, pero la derecha estaba velada por una niebla amarilla. Le dijo que es monstruoso pensar que el mundo es comprensible o que nosotros mismos somos comprensibles. Le dijo que lo que se encontraba percibiendo era un enigma, un misterio que sólo se puede aceptar con asombro y humildad.

Después le reveló la regla. Su claridad mental era tan intensa que ella comprendió todo lo que él le decía. La regla le pareció apropiada y evidente.

Don Juan le explicó que los dos lados de un ser humano están totalmente separados y que se requiere una gran disciplina y determinación para romper ese sello e ir de un lado al otro. Los seres dobles tienen una gran ventaja: la condición de ser doble les permite un movimiento relativamente fácil entre los compartimientos del lado derecho. La gran desventaja de los seres dobles consiste en que por virtud de tener dos compartimientos son sedentarios, conservadores, temerosos del cambio.

Don Juan le dijo que su intención había sido desplazarla del compartimiento del extremo derecho a su más lúcido y definido lado derecho-izquierdo, pero, en vez de eso, a causa de un giro inexplicable, el golpe la había enviado a través de toda su doblez, de la extrema derecha cotidiana a la extrema izquierda. Cuatro veces la golpeó en los omóplatos a fin de reubicarla en el estado normal de conciencia, pero sin éxito. Los golpes la ayudaron, sin embar-

go, a hacer que su percepción de la pared de niebla obedeciera a su voluntad. Aunque no había sido su intención, don Juan había estado en lo cierto al decir que cruzar la línea era un viaje sin retorno. Una vez que ella lo cruzó, al igual que Silvio Manuel, ya nunca regresó.

Cuando don Juan nos puso cara a cara a la mujer nagual y a mí, ninguno de los dos sabía nada de la existencia del otro, y sin embargo, al instante sentimos una intensa familiaridad. Don Juan sabía, a través de su propia experiencia, que el alivio que los seres dobles experimentan el uno en el otro es indescriptible, y demasiado breve. Nos dijo que fuerzas incomprensibles a nuestra razón, nos habían colocado juntos y que lo único que no teníamos era tiempo. Cada minuto podía ser el último; por tanto, tenía que ser vivido con el espíritu.

Una vez que don Juan nos reunió, todo lo que le restó a él y a sus guerreros fue encontrar cuatro acechadoras, tres guerreros y un propio para completar nuestro grupo. Para ese fin, don Juan encontró a Lidia, Josefina, la Gorda, Rosa, Benigno, Néstor, Pablito y Eligio. Cada uno de ellos era una réplica incipiente de los miembros del grupo de don Juan.

XII. LOS NO-HACERES DE SILVIO MANUEL

Don Juan y sus guerreros hicieron una pausa a fin de dar campo a que la mujer nagual y yo pudiéramos cumplir con la regla: esto es, mantener, engrandecer y conducir a los ocho guerreros a la libertad. Todo parecía perfecto, y sin embargo, algo estaba mal. Las primeras cuatro guerreras que don Juan había encontrado eran ensoñadoras, cuando debían haber sido acechadoras. Don Juan no sabía cómo explicar esta anomalía. Sólo podía concluir que el poder había puesto a esas mujeres en su camino de tal manera que fue imposible rehusarlas.

Había otra patente irregularidad que era aún más sorprendente para don Juan y su grupo; tres de las mujeres y los tres guerreros no podían entrar en un estado de conciencia acrecentada, a pesar de los esfuerzos titánicos de don Juan. Estaban como atontados, vacilantes, al parecer no podían romper el sello, la membrana que separa los dos lados. Los apodaban los borrachos, porque se tambaleaban por doquier sin coordinación muscular. Eligio y la Gorda eran los únicos que disponían de un grado extraordinario de conciencia, especialmente Eligio, quien se hallaba a la par de la misma gente de don Juan.

Las tres muchachas formaron una unidad inquebrantable. Lo mismo hicieron los tres hombres. Grupos de tres, cuando la regla prescribe de cuatro, era algo nefasto. El número tres es símbolo de dinamismo, cambio, movimiento, y sobre todo, símbolo de revitalización.

La regla ya no servía como mapa. Y sin embargo, era inconcebible la posibilidad de un error. Don Juan y sus guerreros arguyeron que el poder no comete errores. Examinaron el asunto como ensoñadores y videntes. Se preguntaron si quizá no se habrían apresurado en exceso, y simplemente no habían visto que las tres mujeres y los tres hombres eran ineptos.

Don Juan me confió que para él había dos cuestiones pertinentes. Una era el problema pragmático de nuestra presencia entre ellos. La otra era la cuestión de la validez de la regla. Su benefactor los había guiado a la certeza de que la regla abarcaba todo lo que concernía a un guerrero. No los había preparado para la eventualidad de que la regla pudiera resultar inaplicable.

La Gorda decía que las mujeres del grupo de don Juan nunca tuvieron problemas con nosotros; eran sólo los hombres los que no sabían qué hacer. Los hombres hallaban incomprensible e inaceptable que la regla fuera incongruente en nuestro caso. Las mujeres, sin embargo, tenían confianza en que tarde o temprano se aclararía la razón de nuestra presencia entre ellos. Yo mismo había observado cómo las mujeres se mantenían alejadas de la turbulencia emocional al parecer completamente

ajenas al resultado. Parecían saber, sin ninguna duda, que nuestro caso se hallaba incluido de alguna manera en la regla. Después de todo, definitivamente yo les había ayudado al aceptar mi papel. Gracias a la mujer nagual y a mí, don Juan y su grupo habían completado su ciclo y casi se hallaban libres.

Finalmente la respuesta les llegó a través de Silvio Manuel. Él vio que las tres hermanitas y los tres Genaros no eran ineptos; más bien se trataba de, que yo no era el nagual adecuado para ellos. Yo no podía guiarlos porque tenía una configuración insospechada que no encajaba con el patrón establecido por la regla, una configuración que a don Juan, como vidente, le había pasado desapercibida. Mi cuerpo luminoso daba la apariencia de tener cuatro compartimientos cuando en realidad sólo había tres. Había otra regla. para lo que llamaban "el nagual de tres puntas". Yo pertenecía a esa regla. Silvio Manuel dijo que yo era como un pájaro incubado por el calor y el cuidado de pájaros de otras especies. Todos ellos aún se hallaban obligados a ayudarme, así como yo mismo estaba obligado a hacer todo por ellos, pero aun así, yo no pertenecía a su grupo.

Don Juan asumió toda responsabilidad, puesto que él me había encontrado, sin embargo mi presencia en el grupo obligó a que todos dieran de sí hasta el máximo, buscando dos cosas: una explicación de qué era lo que yo hacía entre ellos, y la solución del problema de qué hacer conmigo. Con gran rapidez, Silvio Manuel encontró los medios por los cuales se podían deshacer de mi. Tomó la dirección del proyecto, pero como no tenía ni la energía ni la paciencia para tratar conmigo, comisionó a don Juan para que hiciera lo necesario en calidad de suplente suyo. La meta de Silvio Manuel consistía en prepararme para el momento en que un mensajero me trajese la regla pertinente al nagual de tres puntas.

Dijo que no le correspondía a él personalmente revelar esa porción de la regla. Yo debía, como todos los demás, esperar a que llegara el momento adecuado.

Aún había otro serio problema que añadía más confusión. Tenía que ver con la Gorda, y, a la larga, conmigo. La Gorda había sido aceptada en mi grupo como mujer del Sur. Don Juan y el resto de sus videntes lo habían confirmado. Parecía hallarse en la misma categoría de Cecilia, Deba, Marta y Teresa. Las similitudes eran innegables. Pero luego la Gorda perdió el peso superfluo y adelgazó hasta la mitad de su tamaño anterior. El cambio fue tan radical y profundo que se convirtió en otra persona. Pasó desapercibida durante mucho tiempo, simplemente porque los demás guerreros se hallaban tan preocupados con mis dificultades que no le prestaron atención. Después, cuando ocurrió su drástico cambio, todos tuvieron que concentrarse en ella, y vieron que no era una mujer del Sur. Lo abultado de su cuerpo los había hecho verla inadecuadamente. Entonces recordaron que desde el momento en que llegó; la Gorda en realidad no podía llevarse bien con Cecilia, Delia y las otras mujeres del Sur. Por otra parte, se hallaba fascinada con Nélida y Florinda, porque en realidad siempre había sido como ellas. Lo cual significaba que había dos ensoñadoras del Norte en mi grupo: la Gorda y Rosa, una estridente discrepancia con la regla.

Don Juan y sus guerreros experimentaron una tremenda confusión. Interpretaron todo lo que les ocurría como un augurio, una indicación de que las cosas habían tomado un curso imprevisible. Puesto que no podían aceptar la idea de que un error humano supeditara a la regla, asumieron que un designio superior los había hecho errar por razones difíciles de discernir, pero que no por eso dejaban de ser reales. Estudiaron el asunto de cómo remediar todo esto, pero antes de que alguno de ellos llegara a una respuesta, una verdadera mujer del Sur, doña Soledad, entró en escena con tal fuerza, que les fue imposible rechazarla. De acuerdo con la regla, ella era acechadora.

Su presencia nos distrajo. Durante un tiempo pareció como si ella fuera a empujarnos hacia otro nivel. Creó un movi-

miento vigoroso. Florinda, la tomó bajo su mando para instruirla en el arte de acechar. Pero todo el beneficio que ella trajo consigo no fue suficiente para remediar una extraña pérdida de energía que yo experimentaba, una languidez que parecía aumentar día a día.

Finalmente, Silvio Manuel dijo que en su ensoñar había recibido un plan maestro. Estaba rebosante de alegría y se apresuró a discutir los detalles con don Juan y con los demás guerreros: La mujer nagual fue invitada a las discusiones, pero yo no. Esto me hizo sospechar que no querían que yo me enterara de lo que Silvio Manuel había descubierto acerca de mí.

Les hablé a cada uno de ellos de mis sospechas. Todos lo negaron y se rieron de mí, salvo la mujer nagual, quien me dijo que yo estaba en lo cierto. El ensueño de Silvio Manuel le había revelado la nefasta razón de mi presencia entre ellos. Yo tenía, sin embargo, la obligación de aceptar mi destino, que consistía en no saber la naturaleza de mi tarea hasta el momento en que me hallara listo para saberlo.

Habló con tanta seriedad que no tuve más recurso que aceptar sin preguntas todo lo que me decía. Creo que si don Juan o Silvio Manuel me hubieran dicho lo mismo, yo no me habría rendido tan fácilmente. La mujer nagual también me dijo que ella había persistido en que don Juan y los demás me informaran el propósito general de sus acciones, aunque sólo fuera para evitar fricciones y rebeldías innecesarias.

Me dijeron que lo que Silvio Manuel se proponía hacer era prepararme para mi tarea llevándome directamente a la segunda atención. Para ello planeaba llevar a cabo maniobras que galvanizarían mi conciencia.

En presencia de todos los demás me dijo que estaba tomándome a su cargo, y por tanto me llevaría a la zona de su poder.

Nos explicó que en sus ensueños se le habían presentado una serie de no-haceres diseñados para un equipo compuesto por la Gorda y por mí como actores, y por la mujer nagual como vigilante.

Silvio Manuel sólo tenía palabras de admiración cuando se refería a la mujer nagual. Decía que ella era de una clase exclusiva, y que podía desempeñarse de igual a igual con él o con cualquier otro de los guerreros del grupo. No tenía experiencia pero podía manear su atención como quiera que lo necesitara. Silvio Manuel me confesó que, para él, la destreza de la mujer nagual era un misterio tan grande como lo era mi presencia entre ellos, y que la fuerza de la mujer nagual era tan intensa que yo era un principiante junto a ella. A tal extremo que le pidió a la Gorda que me auxiliara en especial, para que yo pudiese resistir el contacto de la mujer nagual.

Para nuestro primer no-hacer, Silvio Manuel construyó una enorme caja de madera donde cabíamos la Gorda y yo, si nos sentábamos espalda contra espalda con las rodillas hacia arriba. La caja tenía una tapa de enrejado para permitir la ventilación. La Gorda y yo teníamos que entrar en ella y sentarnos en total oscuridad y silencio, sin quedarnos dormidos. Silvio Manuel empezó dejándonos entrar en la caja por breves periodos; después los aumentó, conforme nos acostumbrábamos al procedimiento, hasta que pudimos pasar la noche entera dentro de ella sin movernos ni dormitar.

La mujer nagual se quedaba con nosotros para asegurarse de que no cambiásemos de niveles de conciencia a causa de la fatiga. Silvio Manuel decía que la tendencia natural, bajo condiciones de esfuerzo y tensión desacostumbrados, es cambiar del estado de conciencia acrecentada al normal, y viceversa.

El efecto general de este no-hacer, cada vez que lo llevábamos a cabo, era una sensación inigualable de tranquilidad, de descanso, lo cual era un completo enigma para mí, ya que jamás nos quedamos dormidos durante esas vigilias de toda la noche. Atribuí esa sensación de tranquilidad al hecho de que nos hallábamos en un estado de conciencia acrecentada, pero Silvio Manuel dijo que una cosa nada tenía que ver con la otra, y que la sensación de

descanso se debía a que nos sentábamos con las rodillas arriba.
En el segundo no-hacer, Silvio Manuel nos hacía tender en el suelo en nuestro lado izquierdo, como perros hechos ovillo, casi en una posición fetal, con las frentes sobre los brazos doblados. Silvio Manuel insistió en que conserváramos los ojos cerrados lo más que pudiéramos, abriéndolos tan sólo cuando nos indicaba que cambiáramos de posición y que nos tendiéramos en el lado derecho. Nos explicó que el propósito de este no-hacer era separar a nuestro, sentido del oído del de la vista. Como antes, Silvio Manuel gradualmente incrementó la duración de las sesiones hasta que pudimos pasar toda la noche en una vigilia auditiva. Silvio Manuel nos dijo que estábamos para entonces listos para entrar a otra área de actividad. Nos explicó que en los dos primeros no-haceres habíamos roto cierta barrera perceptual mientras estábamos pegados al suelo. A manera de analogía, comparaba a los seres humanos con árboles. Somos árboles móviles. De alguna manera nos hallamos arraigados a la tierra; nuestras raíces son transportables, pero eso no nos libera del suelo. Dijo que para establecer el equilibrio teníamos que llevar a cabo el tercer no-hacer suspendidos en el aire. Si lográbamos canalizar nuestro intento mientras permanecíamos colgados de un árbol dentro de un arnés de cuero, podríamos hacer un triángulo con nuestro intento; la base de este triángulo se hallaba en el suelo y el vértice en el aire. Silvio Manuel creía que con los dos primeros no-haceres habíamos almacenado nuestra atención a tal punto, que podríamos ejecutar el tercero perfectamente desde el comienzo.
Una noche, Silvio Manuel nos puso a la Gorda y a mí en dos arneses separados que eran como sillas de correas; nos sentamos en ellos y él nos suspendió con una polea hasta la rama más alta y gruesa de un árbol muy grande. Quería que prestáramos atención a la conciencia del árbol, que, según él, nos daría señales, ya que éramos sus huéspedes. Hizo que la mujer nagual se quedara en el suelo y nos llamara en voz alta, una y otra vez, durante toda la noche.
Mientras nos hallábamos suspendidos del árbol, en las innumerables veces en que llevamos a cabo este no-hacer, experimentábamos un glorioso diluvio de sensaciones físicas, como tibias cargas de impulsos eléctricos. Durante los tres primeros de los cuatro intentos que realizamos, era como si el árbol protestara por nuestra intrusión; después de eso, los impulsos se convirtieron en señales de paz y equilibrio. Silvio Manuel nos dijo que la conciencia de un árbol atrae su alimento de las profundidades de la tierra, en tanto que la conciencia de las criaturas móviles la atrae de la superficie. No hay sensación de contienda o rivalidad en un árbol, mientras que en los seres móviles esa sensación los llena por completo.
Silvio Manuel planteaba que la percepción sufre una profunda sacudida cuando nos colocamos en estados de quietud en la oscuridad. Nuestros oídos toman entonces la delantera y pueden percibirse las señales de todas las entidades vivientes y existentes en torno a nosotros: no sólo con los oídos, sino con una combinación de los sentidos auditivo y visual, en ese orden. Decía que en la oscuridad, especialmente mientras uno se halla suspendido, los ojos se vuelven subsidiarios de los oídos.
La Gorda y yo descubrimos que Silvio Manuel tenía absoluta razón. A través del tercer no-hacer, Silvio Manuel dio una nueva dimensión a nuestra percepción del mundo que nos rodea.
Después nos dijo a la Gorda y a mi que el siguiente grupo de tres no-haceres sería intrínsecamente distinto y más complejo. Éstos tenían que ver con el aprendizaje de cómo manipular el otro mundo. Era obligatorio incrementar su efecto cambiando la hora de acción al crepúsculo matutino o vespertino. Nos dijo que el primer no-hacer del segundo grupo tenía dos fases. En la primera debíamos llegar al más profundo estado de conciencia acrecentada a fin de percibir la pared de niebla. Una

vez que esto se lograba, la segunda fase consistía en hacer que la pared dejara de girar para así poder uno aventurarse en el mundo que se hallaba entre las líneas paralelas.

Nos advirtió que su meta era colocarnos directamente en la segunda atención, sin ninguna preparación intelectual. Quería que aprendiéramos lo sutil y compleja que es, sin comprender racionalmente lo que estábamos haciendo. Su tema era que un venado mágico o un coyote mágico maneja la segunda atención sin intelecto. A través de la práctica forzada de viajar al otro lado de la pared de niebla íbamos a sufrir, tarde o temprano, una alteración permanente de nuestro ser total, y esa alteración nos haría aceptar que el mundo que se halla entre las líneas paralelas es real, porque forma parte de la totalidad del mundo, así como nuestro cuerpo luminoso es parte de la totalidad de nuestro ser.

Silvio Manuel también dijo que nos usaba a la Gorda y a mí para explorar la posibilidad de que algún día pudiéramos ayudar a los otros aprendices introduciéndolos en el otro mundo, en cuyo caso ellos acompañarían al nagual Juan Matus y a su grupo en el viaje definitivo. Razonaba que puesto que la mujer nagual debía abandonar este mundo con el nagual Juan Matus y sus guerreros, los aprendices tenían que seguirla porque ella era su única guía en ausencia de un hombre nagual. Nos aseguró que la mujer nagual confiaba en nosotros, y que por esa razón supervisaba nuestro trabajo.

Silvio Manuel hizo que la Gorda y yo tomáramos asiento en el suelo del área trasera de su casa, donde habíamos llevado a cabo los otros no-haceres. No necesitamos la ayuda de don Juan para entrar en nuestro más profundo estado de conciencia acrecentada Casi en el acto vi la pared de niebla. La Gorda la vio también, pero, por más que tratábamos, no podíamos detener la rotación de ésta. Cada vez que movía mi cabeza, la pared se desplazaba con ella.

La mujer nagual pudo detenerla y atravesarla sin ayuda de nadie, pero por más esfuerzos que hizo no logró transportarnos a nosotros dos con ella. Por último, don Juan y Silvio Manuel tuvieron que detener la pared y empujarnos físicamente a través de ella. La sensación que tuve al entrar en esa pared de niebla fue que a mi cuerpo lo torcían como las trenzas de una cuerda.

En el otro lado se hallaba el horrible valle desolado, con pequeñas dunas redondas de arena. Había unas nubes amarillas muy bajas en torno a nosotros, pero ningún cielo, ningún horizonte; bancos de pálido vapor amarillo impedían la visibilidad. Caminar era muy difícil. La presión parecía mucho mayor que aquella a la que mi cuerpo está acostumbrado. La Gorda y yo caminamos sin rumbo, pero la mujer nagual parecía saber hacia dónde se dirigía. Mientras más lejos nos íbamos de la pared, más oscuro era todo y más difícil resultaba avanzar. La Gorda y yo no pudimos ya seguir caminando erectos. Tuvimos que gatear. Perdí mi fuerza, y a la Gorda le pasó lo mismo; la mujer nagual tuvo que arrastrarnos para que pudiéramos regresar a la pared y salir de ella.

Repetimos ese viaje incontables veces. Las primeras veces don Juan y Silvio Manuel nos auxiliaban a detener la pared de niebla, pero después la Gorda y yo nos volvimos tan expertos como la mujer nagual. Aprendimos a detener la rotación de la pared. Esto ocurrió de una forma muy natural. En mi caso, en una ocasión advertí que mi intento era la clave: un aspecto especial de mi intento, porque no se trataba de mi voluntad tal como la conozco. Era un deseo intenso que se concentraba en la parte media de mi cuerpo. Se trataba de una nerviosidad peculiar que me hacía estremecerme y que después se convertía en una fuerza que en realidad no detenía a la pared, pero que hacía que cierta parte de mi cuerpo involuntariamente se volviera noventa grados a la derecha. El resultado era que por un instante tenía dos puntos de vista. Miraba al mundo dividido en dos

por la pared de niebla y al mismo tiempo contemplaba directamente un banco de vapor amarillento. Esta última visión ganaba predominancia y algo me jalaba hacia la niebla y más allá de ella.
Otra cosa que aprendimos fue a considerar ese lugar como algo real; nuestros viajes se transformaron para nosotros en algo tan concreto como una excursión a las montañas, o un viaje por mar en un bote de vela. El valle desierto con promontorios que semejaban dunas de arena, para nosotros era tan real como cualquier parte del mundo.
La Gorda y yo teníamos la sensación de que los tres pasábamos una eternidad en ese mundo que se halla entre las líneas paralelas, y sin embargo, no podíamos recordar qué era lo que realmente acontecía allí. Sólo podíamos recordar lo aterradores que eran los momentos cuando teníamos que salir de ese mundo para retornar al de la vida de todos los días. Siempre eran momentos de tremenda angustia e inseguridad.
Don Juan y todos sus guerreros siguieron nuestros empeños con gran curiosidad; solamente Eligio siempre se hallaba extrañamente ausente de todas nuestras actividades. Aunque era un guerrero insuperable, que sólo se podía comparar con los guerreros del grupo de don Juan, nunca tomó parte en nuestras luchas, ni nos auxilió de ninguna manera.
La Gorda decía que Eligio había logrado adherirse a Emilito y, así, directamente al nagual Juan Matus. Nunca fue parte de nuestro problema porque él podía trasladarse a la segunda atención en un abrir y cerrar de ojos. Para él, viajar a los confines de la segunda atención era tan fácil como sacudir los dedos.
La Gorda me hizo recordar el día en que los insólitos talentos de Eligio le permitieron descubrir que yo no era el hombre indicado para ellos, mucho antes de que cualquier otro tuviera la menor sospecha de la verdad.
Me hallaba sentado bajo una ramada atrás de la casa de Vicente cuando Emilito. y Eligio repentinamente aparecieron. Todos estaban acostumbrados a que Emilito se ausentara durante largos periodos de tiempo; cuando volvía a aparecer, todos daban, por cierto que había vuelto de un viaje. Nadie le formulaba preguntas. Él hacía una relación de sus descubrimientos primero a don Juan y después a todo aquel que quisiera escucharlo.
En ese día era como si Emilito y Eligio simplemente hubieran entrado en la casa por la puerta trasera. Emilito se hallaba tan efervescente como siempre. Eligio, en su acostumbrada condición silenciosa y sombría. Yo siempre pensé, cuando los dos se encontraban juntos, que la exquisita personalidad de Emilito abrumaba a Eligio y lo hacía aún más taciturno.
Emilito entró a la casa a buscar a don Juan y Eligio me abrazó sonriente. Fue a mi lado, puso su brazo sobre mis hombros y colocó su boca junto a mi oído para susurrarme que había roto el sello de las líneas paralelas y había entrado en algo que Emilito llamaba la gloria.
Eligio continuó explicándome ciertas cosas acerca de la gloria, que yo no pude comprender. Era como si mi mente sólo se pudiera concentrar en la periferia de ese evento. Después de explicármelo, Eligio me tomó de la mano y me hizo ponerme en pie a la mitad del patio, mirando al cielo con mi barbilla levemente alzada. Se hallaba a mi derecha, de pie junto a mí en la. mima posición. Me dijo que aflojara todos los músculos y que me dejara caer atrás, jalado por la pesadez de la tapa de mi cabeza. Algo me atrapó por detrás y me jaló hacia abajo. Había un abismo y me caí dentro de él. Súbitamente me hallaba en el valle desolado con promontorios que semejaban dunas.
Eligio me urgió a seguirlo. Me dijo que el borde de la gloria se hallaba al otro lado de las colinas. Caminé con él hasta que ya no pude moverme más. El corría delante de mí sin ningún esfuerzo, como si estuviera hecho de aire. Se detuvo en la cumbre de un gran promontorio y señaló más allá. Corrió hacia mí y me suplicó que

me arrastrara hasta la cima de esa colina, que era, según dijo, el borde de la gloria. La colina se hallaba quizás a sólo treinta metros de mí, pero ya no pude moverme un centímetro más.
Trató de arrastrarme, no pudo hacerlo. Mi peso parecía haber aumentado cien veces. Finalmente, Eligio tuvo que traer a don Juan y su grupo. Cecilia me alzó en sus hombros y me llevó de regreso.
La Gorda añadió que Emilito había mandado a Eligio que hiciera todo eso. Emilito procedía de acuerdo con la regla. Mi propio había viajado a la gloria. Le era obligatorio mostrármela.
Pude recordar el anhelo en el rostro de Eligio y el fervor con el que me urgía a hacer un último esfuerzo para que presenciara la gloria. También pude recordar su tristeza y desilusión cuando fracasé. Nunca volvió a hablarme.
La Gorda y yo nos hallábamos tan inmersos en nuestros viajes al otro lado de la pared de niebla, que habíamos olvidado que era tiempo de emprender el siguiente no-hacer de la serie. Silvio Manuel nos dijo que éste podría ser devastador, y que consistía en cruzar las líneas paralelas con las tres hermanitas y los tres Genaros, directamente hacia la entrada del mundo de la conciencia total. No incluyó a doña Soledad porque sus no-haceres eran sólo para ensoñadores y ella era acechadora.
Silvio Manuel agregó que su interés era que nosotros nos fuéramos acostumbrando a la tercera atención, colocándonos al pie del Águila una y otra vez. Nos preparó para esa sacudida; nos explicó que los viajes de un guerrero hacia las desoladas dunas de arena, es un paso preparatorio para el verdadero cruce de linderos. Aventurarse tras la pared de niebla cuando uno se halla en un estado de conciencia acrecentada o cuando se está ensoñando, emplea solamente una pequeña porción de nuestra conciencia total, en tanto que cruzar corporalmente al otro mundo emplea la totalidad de nuestro ser.
Silvio Manuel había concebido la idea de usar el puente como símbolo del verdadero cruce. Razonó que el puente era adyacente a un sitio de poder; y los sitios de poder son grietas, pasajes hacia el otro mundo. Creía que era posible que la Gorda y yo hubiéramos adquirido la fuerza suficiente para resistir un vislumbre del Águila.
Anunció que era mi deber personal acorralar a las tres mujeres y a los tres hombres, y ayudarlos a entrar al nivel más profundo de conciencia acrecentada. Era lo menos que yo podía hacer por ellos, puesto que quizás yo había sido el instrumento que destruiría sus posibilidades de libertad.
Movió nuestro periodo de acción a la hora justa antes del alba. Obedientemente traté de hacerlos desplazar su conciencia, como don Juan había hecho conmigo. Puesto que yo no tenía la menor idea de cómo manejar sus cuerpos o de qué hacer con ellos, acabé golpeándolos en la espalda. Después de varios truculentos intentos de mi parte, don Juan intervino finalmente. Los alistó lo mejor que pudo y me los pasó a que los empujara como una manada de ganado en el puente. Mi tarea consistía en llevarlos, uno a uno, al otro lado del puente. El sitio de poder se hallaba en el lado sur, lo cual era un augurio muy favorable. Silvio Manuel planeó cruzar él primero, esperarme a que se los llevara y después conducirnos como grupo hacia lo desconocido.
Silvio Manuel cruzó el puente, seguido por Eligio, quien ni siquiera me miró. Junté a los seis aprendices en un grupo compacto en el lado norte del puente. Todos estaban aterrorizados; se desprendieron de mí y empezaron a correr en distintas direcciones. Atrapé a las tres mujeres una a una y logré entregárselas a Silvio Manuel. Él las detuvo a la entrada de la hendidura entre los mundos. Los tres hombres fueron demasiado rápidos para mí. Estaba muy cansado para perseguirlos.
Miré a don Juan, al otro lado del puente, en busca de guía.
Él y el resto de sus guerreros y la mujer nagual formaban un grupo compacto y me instaban con gestos a que corriera tras las mujeres y los hombres, riendo de mis tor-

pes intentos. Don Juan hizo un gesto con la cabeza para indicarme que no hiciera caso de los tres hombres y cruzara con la Gorda hacia Silvio Manuel.

Cruzamos. Silvio Manuel y Eligio parecían sostener los lados de una grieta vertical del tamaño de un hombre. Las mujeres corrieron y se ocultaron tras la Gorda. Silvio Manuel nos urgió a todos a que entráramos por la apertura. Lo obedecí. Las mujeres, no. Más allá de la entrada no había nada. Y sin embargo, ésta se hallaba repleta hasta los bordes de algo que no era nada. Mis ojos estaban abiertos, todos mis sentidos se hallaban alertas. Me esforcé tratando de ver en frente de mí. Pero no había nada frente a mí. O, si había algo allí, yo no podía comprender lo que era. Mis sentidos no estaban divididos en los compartimientos que les dan significado. Todo me llegó de golpe, o más bien la nada llegó a mí. Sentí que mi cuerpo era despedazado. Una fuerza desde mi interior empujaba hacia afuera. Yo me hallaba explotando, y no de una manera figurada. De súbito sentí que una mano humana me sacaba de allí antes de ser desintegrado.

La mujer nagual había cruzado para salvarme. Eligio no había podido moverse porque estaba sosteniendo la apertura, y Silvio Manuel tenía sujetas a las cuatro mujeres del cabello, dos en cada mano, listo para echarlas dentro.

Supongo que todo el evento debió de transcurrir cuando menos en un cuarto de hora, pero en ese momento nunca se me ocurrió preocuparme por la gente que pudiera estar cerca del puente. De alguna manera, el tiempo parecía haberse suspendido, de la misma forma como pareció suspenderse cuando regresamos al puente en nuestro viaje a la Ciudad de México.

Silvio Manuel dijo que aunque el atentado de cruzar pareció ser un fracaso, fue un éxito absoluto. Las cuatro mueres si vieron la apertura y, a través de ella, el otro mundo; y lo que yo experimenté allí fue una verdadera sensación de la muerte.

-No hay nada primoroso o pacífico en la muerte -dijo-. Porque el verdadero terror comienza al morir, Con esa incalculable fuerza que sentiste allí, el Águila te exprimirá todos y cada uno de los aleteos de conciencia que has llegado a tener. Después, Silvio Manuel nos preparó a la Gorda y a mí para otro intento. Nos explicó que los sitios de poder en realidad eran agujeros en una especie de palo que evita que el mundo pierda su forma. Un sitio de poder es utilizado cuando uno ha congregado suficiente fuerza en la segunda atención. Nos dijo que la clave para resistir la presencia del Águila era la potencia del intento de uno. Sin intento no había nada. Me dijo que yo debía entender, puesto que yo era el único que había puesto el pie en el otro mundo, que lo que casi me había matado era mi incapacidad para cambiar mi intento. Sin embargo, él estaba confiado en que con una práctica forzada, todos nosotros llegaríamos a alargar nuestro intento. Pero no podía explicar lo que era el intento. Bromeó diciendo que sólo el nagual Juan Matus podría explicarlo. . . , pero no andaba por allí.

Por desgracia, el siguiente cruce no tuvo lugar, pues yo agoté mi energía. Fue una rápida y devastadora pérdida de vitalidad. De repente me encontré tan débil que me desmayé en casa de Silvio Manuel.

Le pregunté a la Gorda si acaso ella sabía lo que ocurrió después. Yo no tenía ni idea. La Gorda dijo que Silvio Manuel le dijo a todos que el Águila me había echado del grupo, y que finalmente me hallaba listo para que ellos me prepararan a llevar a cabo los designios de mi destino. Su plan era llevarme al mundo que se halla entre las líneas paralelas mientras yo estuviera sin sentido, y dejar que ese mundo me extrajera toda la energía restante e inútil de mi cuerpo. Su idea era correcta a juicio de todos sus compañeros ya que la regla indica que sólo se puede entrar allí consciente de uno mismo. Entrar sin conciencia trae la muerte, puesto que sin ella la fuerza se agota a causa de la presión física de ese mundo.

La Gorda añadió que a ella no la llevaron conmigo. Pero el nagual Juan Matus le

había contado que al momento que me hallé vacío de energía vital, prácticamente muerto, todos ellos se turnaron a soplar nueva energía a mi cuerpo. En ese mundo, cualquiera que tiene fuerza puede dársela a los otros soplándosela. Siguiendo la regla me dieron su aliento en todos los lugares donde hay un punto de almacenamiento. Silvio Manuel sopló primero, después la mujer nagual. El resto de mí fue compuesto por todos los miembros del grupo del nagual Juan Matus.

Después de que todos me soplaron su energía, la mujer nagual me sacó de la niebla en casa de Silvio Manuel. Me tendió en el suelo con la cabeza hacia el Sur. La Gorda me dijo que yo parecía estar muerto. Ella y los Genaros y las tres hermanitas estaban allí. La mujer nagual les explicó que yo estaba enfermo, pero que algún día regresaría para ayudarles a encontrar la libertad, porque yo mismo no podría ser libre hasta que ellos lo hicieran. Silvio Manuel luego me dio su aliento y me hizo resucitar. Por esa razón las hermanitas y ella recordaban que él era mi amo. Silvio Manuel me llevó a mi cama y me dejó dormido, como si nada hubiera pasado. Después de que desperté me fui y no regresé. Y luego la Gorda olvidó todo porque ya nadie la volvió a empujar al lado izquierdo. Se fue a vivir al pueblo donde más tarde la encontré con los demás. El nagual Juan Matus y Genaro establecieron dos casas diferentes. Genaro se encargó de los hombres, el nagual Juan Matus cuidó a las mujeres.

Todo lo que yo recordaba era el haberme sentido deprimido y débil. Luego, perdí el conocimiento y, cuando desperté, me hallaba en perfecto control de mí mismo, efervescente, lleno de una energía extraordinaria y desacostumbrada. Mi bienestar se acabó en el momento que don Juan me dijo que tenía que dejar a la mujer nagual y a la Gorda y buscar yo solo el perfeccionamiento de mi atención, hasta el día en que pudiera regresar a ayudar a todos los aprendices. También me dijo que ni me impacientara ni me desalentara, pues el portador o la portadora de la regla se me haría presente a su debido tiempo para así revelarme mi verdadera misión.

Después ya no fui a ver a don Juan durante un largo tiempo. Cuando volví, él continuó haciéndome cambiar de la conciencia del lado derecho a la del izquierdo con dos fines: primero, para que yo pudiera continuar mi relación con sus guerreros y con la mujer nagual; y, segundo, para que él pudiera ponerme bajo el directo tutelaje de Zuleica.

Me dijo que de acuerdo con el plan maestro de Silvio Manuel, había dos tipos de instrucción para mí, uno para el lado derecho, el otro para el izquierdo. La instrucción del lado derecho pertenecía al estado de conciencia normal y su fin era conducirme a la convicción racional de que hay otro tipo de conciencia oculta en los seres humanos. Don Juan se hallaba a cargo de esta instrucción. La del lado izquierdo había sido asignada a Zuleica, estaba relacionada con el estado de conciencia acrecentada y tenía que ver exclusivamente con el manejo de la segunda atención a través del ensueño. De esa manera, cada vez que iba a México pasaba la mitad del tiempo con Zuleica, y la otra mitad con don Juan.

XIII. LA COMPLEJIDAD DEL ENSUEÑO

Don Juan, al comenzar la tarea de introducirme en la segunda atención, dijo que ya tenía bastante experiencia en entrar en ella. Silvio Manuel me había llevado justo hasta la entrada. La falla había residido en que no se me dieron los raciocinios apropiados. A los guerreros se les debe dar serias razones antes de que puedan aventurarse sin peligros en lo desconocido. Las guerreras no están sujetas a esto y pueden entrar en ello sin ningún titubeo, siempre y cuando tengan confianza total en quien las guía.

Me dijo que yo tenía que empezar primero por aprender la complejidad del ensueño. Me puso entonces bajo la supervisión de

Zuleica. Me exhortó a que fuera impecable y practicara con meticulosidad todo lo que hubiera aprendido, y, sobre todo, me pidió que fuese cuidadoso y deliberado en mis acciones para que no agotara en vano mi fuerza viviente. Dijo que el prerrequisito de entrada a cualquiera de las tres fases de la atención es poseer fuerza viviente, porque sin ella los guerreros no pueden tener dirección ni propósito. Me explicó que al morir, nuestra conciencia también entra en la tercera atención, pero sólo por un instante, como una acción catártica, justo antes de que el Águila la devore.

La Gorda decía que el nagual Juan Matus hizo que cada uno de los aprendices aprendiera a ensoñar. Ella creía que a todos ellos se les había dado esta tarea al mismo tiempo que a mí. La instrucción que se les dio fue dividida también en derecha e izquierda. Dijo que el nagual y Genaro les proporcionaron instrucción del lado derecho, para el estado de conciencia normal. Cuando juzgaron que los aprendices estaban listos, el nagual los hizo cambiar a un estado de conciencia acrecentada y los dejó con sus respectivas contrapartes. Vicente le enseñó a Néstor, Silvio Manuel fue el maestro de Benigno, Genaro instruyó a Pablito, Lidia tuvo como maestra a Hermelinda, y Rosa, a Nélida. La Gorda agregó que Josefina y ella fueron puestas al cuidado de Zuleica para que juntas aprendieran los aspectos más delicados del ensoñar y así pudieran llegar a ayudarme algún día.

Además, la Gorda dedujo por su propia cuenta que los tres Genaros también fueron llevados con Florinda para aprender el acecho. La prueba de esto era su drástico cambio de conducta. La Gorda me dijo que ella sabía, aun desde antes de recordar nada, que alguien le enseñó los principios de acechar, pero de una manera muy superficial; no se le hizo practicar, mientras que a los hombres se les dieron conocimientos prácticos y tareas. El cambio de conducta de ellos era la prueba. Se volvieron más alegres y joviales. Disfrutaban sus vidas, en tanto que ella y las demás mujeres, a causa de su ensoñar, se volvieron cada vez más sombrías y malhumoradas.

La Gorda creía que los Genaros no pudieron recordar su instrucción, cuando yo les pedí que me revelaran sus conocimientos del arte de acechar, porque lo practicaban sin saber que lo estaban haciendo. Sin embargo, su destreza salía a la luz en sus tratos con la gente. Eran artistas consumados en torcer la voluntad de quien fuera y de salirse siempre con la suya. A través de las prácticas de acechar, los Genaros hasta habían aprendido el desatino controlado. Por ejemplo, se comportaban como si Soledad fuera la madre de Pablito. Para cualquier observador, parecería que eran madre e hijo incitándose a pelear el uno contra el otro, cuando en realidad los dos estaban representando un papel. Convencían a cualquiera. En ocasiones Pablito daba tales representaciones que hasta se convencía a si mismo.

La Gorda me confió que todos ellos se hallaban más que asombrados ante mi conducta. No sabían si yo estaba loco o si era un maestro del desatino controlado. Yo daba todas las indicaciones externas de tomar en serio sus dramatizaciones. Soledad les dijo que no se engañaran, porque en verdad yo estaba loco. Parecía estar en control, pero me hallaba tan completamente aberrado que no podía comportarme como nagual. Ella encomendó a cada una de las mujeres que me propinara un golpe mortal. Les dijo que yo mismo lo había pedido en un momento en que me hallaba en control de mis facultades.

La Gorda me contó que le costó varios años, bajo la guía de Zuleica, para aprender a ensoñar. Cuando el nagual Juan Matus juzgó que ella era ya una experta, finalmente la llevó con su verdadera contraparte, Nélida. Fue Nélida quien le enseñó cómo comportarse en el mundo. La preparó no sólo para que supiera cómo vestirse bien, sino también para que tuviera donaire.

De esa manera, cuando se puso su ropa nueva en Oaxaca y me dejó azorado con su

encanto y elegancia, ya tenía experiencia en esa transformación.

En mi caso, Zuleica fue muy efectiva como guía hacia la segunda atención. Insistió en que nuestra tarea tuviera lugar solamente en la noche, y en la oscuridad absoluta. Para mí, Zuleica sólo era una voz en las tinieblas, una voz que iniciaba todos los contactos que tuvimos, diciéndome que concentrara mi atención en sus palabras y nada más. Su voz era la voz femenina que la Gorda creía haber oído en ensueños.

Zuleica me dijo que si se va a ensoñar dentro de la casa, lo mejor es hacerlo en la oscuridad total, estando uno acostado o sentado en una cama estrecha, o, mejor aún, sentado dentro de una cuna con forma de ataúd. En el campo abierto, el ensueño debería de hacerse en la protección de una caverna, en las áreas arenosas de manantiales secos, o sentado con la espalda contra una roca en las montañas: jamás en el suelo plano de un valle, ni junto a ríos o lagos o el mar, ya que las zonas planas; al igual que el agua, eran antitéticas a la segunda atención.

Cada una de mis sesiones con ella estuvo empapada de misterio. Me explicó que la manera más segura de acertar un golpe directo en la segunda atención es a través de actos rituales: cantos monótonos e intrincados movimientos repetitivos.

Sus enseñanzas no fueron acerca de los principios del arte de ensoñar, que ya me habían sido revelados por don Juan. Zuleica decía que para tenerla a ella como maestra uno tenía que saber cómo ensoñar, para así dejarla libre a que tratara exclusivamente con las cuestiones esotéricas de la conciencia del lado izquierdo.

Las instrucciones de Zuleica se iniciaron un día en que don Juan me llevó a su casa. Llegamos a mediados de la tarde. El sitio parecía desierto, aunque la puerta de enfrente se abrió cuando nos acercamos a ella. Yo esperaba que Zoila o Marta aparecieran, pero no había nadie en la entrada. Sentí que quien fuera el que abrió la puerta, se alejó con gran rapidez. Don Juan me llevó adentro del patio y me hizo sentar en una caja de madera que tenía un cojín y que había sido convertida en banca. El asiento de la caja era duro y muy incómodo. Desplacé mi mano por debajo del delgadísimo cojín y encontré un puñado de piedras filosas. Don Juan me dijo que mi situación era poco convencional porque yo tenía que aprender las cuestiones más delicadas del ensoñar a toda prisa. Sentarme en una superficie dura era una manera de evitar que mi cuerpo sintiera que se hallaba en una situación normal. Unos cuantos minutos antes de llegar a la casa, don Juan me hizo cambiar de niveles de conciencia. Me dijo que la instrucción de Zuleica tenía que ser conducida en un estado de conciencia acrecentada para que yo pudiese tener la rapidez que se requería. Me ordenó que me quedara tranquilo y que confiara implícitamente en Zuleica. Después me mandó que fijara mi atención, con toda la fuerza de que fuera capaz, y que memorizara todos los detalles del patio que se hallaban dentro de mi campo de visión. Insistió en que yo tenía que memorizar cada detalle al igual que la sensación de estar sentado allí. Me repitió sus instrucciones para estar seguro de que yo había entendido. Después se fue.

Rápidamente se hizo oscuro y empecé a enfadarme, sentado allí. No tuve tiempo suficiente para concentrarme en los detalles del patio. De repente escuché un crujido justo a mis espaldas y después la voz de Zuleica me sobresaltó. Con un vigoroso susurro me dijo que me pusiera en pie y la siguiera. Automáticamente la obedecí. No podía ver su rostro, ella sólo era una forma oscura que caminaba dos pasos delante de mí. Me llevó a un rincón del pasillo más oscuro de su casa. Aunque mis ojos estaban habituados a la oscuridad aún no podía ver nada. Tropecé con algo y ella me ordenó que me sentara dentro de una estrecha cuna y que reclinara la parte inferior de mi espalda en un cojín duro.

Después sentí que ella había retrocedido unos cuantos pasos detrás de mí, lo cual me desconcertó por completo, pues pensé que mi espalda se hallaba a unos cuantos

centímetros de la pared. Hablando desde allí, me ordenó con voz suave que enfocara mi atención en sus palabras para que éstas me pudieran guiar. Me dijo que mantuviera los ojos abiertos y fijos en un punto que se hallaba frente a mí, a la altura de mis ojos, y que ese punto se transformaría de negrura a un agradable y brillante color rojo-naranja.

Zuleica hablaba muy suavemente, con entonación uniforme. Escuché cada una de sus palabras. La oscuridad que me envolvía parecía haber cortado eficazmente cualquier estímulo externo que me distrajera. Oí las palabras de Zuleica en un vacío, y después advertí que el silencio de ese pasillo era comparable al silencio dentro de mí.

Zuleica me explicó que un ensoñador debe partir desde un punto de color; la luz intensa o las completas tinieblas son inútiles para un ensoñador en su asalto inicial. Colores como el púrpura o verde claro o amarillo profundo son, por otra parte, excelentes puntos de arranque. Zuleica me aseguró que una vez que hubiese logrado yo entrar en el color rojo-naranja, habría congregado mi segunda atención permanentemente, si es que era capaz de estar consciente de las sensaciones físicas que uno experimenta al entrar en ese color.

Necesité varias sesiones con la voz de Zuleica para darme cuenta con mi cuerpo de lo que ella trataba de hacer. La ventaja de estar en un estado de conciencia acrecentada era que yo podía seguir mi transición de un estado de vigilia a un estado de ensueño. Bajo condiciones normales esa transición es borrosa, pero en esas circunstancias especiales de hecho sentí, en el transcurso de una de mis sesiones, cómo mi segunda atención tomaba los controles. El primer paso fue una inusitada dificultad en respirar. No era una dificultad para inhalar o exhalar, ni tampoco me faltaba el aire; más bien, mi respiración cambió de ritmo súbitamente. Mi diafragma empezó a contraerse y forzó a la parte media de mi cuerpo a moverse como un fuelle, con gran celeridad. Respiraba con la parte inferior de mis pulmones y sentí una gran presión en los intestinos. Sin éxito traté de romper los espasmos de mi diafragma. Mientras más trataba, más doloroso se volvía.

Zuleica me ordenó que dejara que mi cuerpo hiciera todo lo que fuese necesario y que no pensara en dirigirlo o controlarlo. Yo quería obedecerla, pero ignoraba cómo. Los espasmos, que deben haber durado de diez a quince minutos, se desvanecieron tan súbitamente como habían aparecido y fueron seguidos por otra sensación extraña y conmocionarte. En un principio la sentí como una picazón de lo más peculiar, un sentimiento físico que no era ni agradable ni desagradable; era algo parecido a un temblor nervioso. Se volvió muy intenso, hasta el punto de forzarme a concentrar mi atención en él a fin de determinar en qué parte de mi cuerpo estaba ocurriendo.

Quedé pasmado al darme cuenta de que no tenía lugar en ninguna parte de mi cuerpo físico, sino fuera de él, y sin embargo aún lo sentía.

No hice caso a la orden de Zuleica de entrar en una mancha de coloración que empezaba a formarse a la altura de mis ojos, y me entregué enteramente a la exploración de esa extraña sensación que ocurría fuera de mí. Zuleica debió haber visto lo que me estaba sucediendo; repentinamente empezó a explicarme que la segunda atención pertenece al cuerpo luminoso, así como la primera atención pertenece al cuerpo físico. Dijo que el punto donde la segunda atención se arma está situado en el lugar que Juan Tuma me había descrito la primera vez que nos conocimos: aproximadamente a un metro de distancia enfrente de la parte media del cuerpo, justo entre el estómago y el ombligo, y a quince centímetros a la derecha.

Zuleica me ordenó que pusiera las manos en ese punto y lo masajeara moviendo los dedos de mis dos manos, exactamente como si estuviera tocando un arpa. Me aseguró que si persistía en el ejercicio, tarde o temprano terminaría sintiendo

que mis dedos pasaban por algo que era tan denso como el agua, y que finalmente sentiría mi cascarón luminoso.
A medida que seguía moviendo mis dedos, el aire se puso progresivamente denso hasta que sentí una especie de masa. Un indefinido placer físico se esparció por todo mi cuerpo. Pensé que me hallaba tocando un nervio y me sentí ridículo por lo absurdo de todo eso. Me detuve.
Zuleica me advirtió que si no movía mis dedos iba a darme un coscorrón en la cabeza. Mientras más continuaba yo ese movimiento oscilante, más cercana sentía la picazón. Finalmente, ésta llegó a estar a unos diez centímetros de mi cuerpo. Era como si algo dentro de mí se hubiera encogido. En verdad creí que podía sentir una concavidad, una abolladura donde sentía la comezón. Después tuve otra sensación sobrecogedora. Me estaba quedando dormido y, a la vez, estaba consciente. Había una vibración en mis orejas, que me recordaba el sonido de un zumbador; después sentí una fuerza queme enrollaba sobre mi lado izquierdo sin despertarme. Fui enrollado muy apretadamente, como un puro, y se me colocó en la concavidad donde sentía la picazón. Mi conciencia quedó suspendida allí, incapaz de despertar, pero tan apretadamente enrollada en sí misma, que tampoco podía quedarse dormida.
Oí la voz de Zuleica que me decía que viese a mi alrededor. No pude abrir los ojos, pero mi sentido del tacto me reveló que me hallaba en una zanja; acostado boca arriba. Me sentí cómodo, seguro. Mi cuerpo estaba tan compacto y apretado que yo no tenía el más leve deseo de incorporarme. La voz de Zuleica me ordenó que me pusiera en pie y abriera los ojos. No pude hacerlo. Me dijo que tenía que desear mis movimientos, porque no se trataba de un asunto de contraer mis músculos para levantarme.
Pensé que mi lentitud la había molestado. Comprendí entonces que me hallaba plenamente consciente, quizá más consciente de lo que había estado en toda mi vida. Podía pensar racionalmente y a la vez parecía estar completamente dormido. Se me ocurrió la idea de que Zuleica me había puesto en un estado de hipnosis profunda. Esto me molestó un instante, pero después ya no tuvo importancia. Cedí a la sensación de hallarme suspendido, y floté libremente.
Ya no pude oír lo que ella me decía. O ella había dejado de hablar o yo había cortado el sonido de su voz. No quería abandonar ese refugio. Nunca me había sentido tan en paz y tan completo. Me quedé allí inmóvil sin querer levantarme ni cambiar nada. Podía sentir el ritmo de mi respiración. Repentinamente, desperté.
En la siguiente sesión, Zuleica me dijo que yo había logrado hacer una concavidad en mi luminosidad sin ayuda de nadie, y que hacer esa concavidad significaba que yo había movido un punto distante de mi cascarón luminoso mas cerca de mi cuerpo físico, y por tanto, más cercano al control. Sostuvo repetidas veces que a partir del momento en que el cuerpo aprende a hacer esa concavidad, es más fácil entrar en el ensueño. Estuve de acuerdo con ella. Yo había adquirido un extraño impulso, una sensación que mi cuerpo había aprendido a reproducir instantáneamente. Era una muestra de sentirme en reposo, seguro, adormilado, suspendido sin el sentido del tacto, y al mismo tiempo completamente despierto, consciente de todo.
La Gorda me dijo que el nagual Juan Matus había luchado durante años por crear esa concavidad en ella, en las tres hermanitas y también en los Genaros, para darles habilidad permanente de concentrar su segunda atención. Le dijo que por lo general el ensoñador la crea en el momento mismo en que la necesita. Después, el corazón luminoso vuelve a recobrar su forma original. Pero en el caso de los aprendices, puesto que no tenían un nagual que los dirigiera, la concavidad fue creada desde afuera y llegó a ser un rasgo permanente de sus cuerpos luminosos: una gran ayuda pero también una obstrucción. A todos los hacía vulnerables y taciturnos.

Recordé que una vez yo había visto y golpeado con mi pie una hendidura en los cascarones luminosos de Lidia y de Rosa.
Pensé que la hendidura se hallaba paralela a la porción superior del muslo derecho, o quizás junto en la cresta del hueso de la cadera. La Gorda me explicó que yo les había propinado el puntapié en la concavidad de su segunda atención y que casi las maté.
La Gorda me dijo que, durante su instrucción, Josefina y ella vivieron en la casa de Zuleica durante varios meses. El nagual Juan Matus las llevó con ella un día, después de hacerlas cambiar niveles de conciencia. No les dijo qué iban a hacer allí ni qué era lo que debían esperar, simplemente las dejó solas en un pasillo de la casa y se marchó. Ellas se sentaron allí hasta que oscureció, fue entonces que Zuleica llegó a donde ellas estaban. Nunca la vieron, sólo escucharon su voz como si les hablara desde un sitio en la pared.
Zuleica fue muy exigente a partir del momento en que tomó cargo. Las hizo desvestirse en el acto y les ordenó que se metieran dentro de unas gruesas y esponjosas bolsas de algodón, una especie de ponchos. Se cubrieron de la cabeza a los pies con ellos. Zuleica les ordenó luego que se sentaran espalda con espalda, sobre un petate, en el mismo rincón del pasillo donde yo solía sentarme. Les dije que su tarea consistía en contemplar la oscuridad hasta que ésta empezara a adquirir un tinte. Después de varias sesiones, ellas en verdad comenzaron a ver colores en las tinieblas, entonces fue cuando Zuleica las hizo sentarse lado a lado y ver el mismo punto.
La Gorda decía que Josefina aprendió con gran rapidez, y que una noche entró dramáticamente, de un tirón, en la mancha de rojo-naranja, desprendiéndose físicamente de la bolsa. La Gorda creía que o Josefina se estiró hasta alcanzar la mancha de color, o ésta se estiró hasta alcanzarla a ella. El resultado fue que en un instante Josefina se salió del interior de la bolsa. A partir de ese momento, Zuleica las separó, y la Gorda inició su lento y largo aprendizaje.
La narración de la Gorda me hizo recordar que Zuleica también me había hecho meterme en la bolsa esponjosa. Por cierto, el tenor de las órdenes que me dio me revelaron la razón de su uso. Zuleica me dirigió a que sintiera la esponjosidad con mi piel desnuda, especialmente con la piel de mis pantorrillas. Me repitió una y otra vez que los seres humanos tenemos un excelente centro de percepción en el exterior de las pantorrillas, y que si la piel de esa área era puesta en calma y masajeada, el alcance de nuestra percepción aumentaría de maneras imposibles de concebir racionalmente. La bolsa era muy suave y caliente, e inducía en mis piernas una extraordinaria sensación de calma y paz. Los nervios de mis pantorrillas experimentaron una placentera estimulación
La Gorda me dio una relación de un placer físico igual al mío. Aún más, ella dijo que el poder de esa bolsa la había guiado a encontrar la mancha de color rojo-naranja. Sentía tal respeto y admiración por la bolsa, que se hizo una, copiando la original. Pero, según ella, su efecto no era el mismo, aunque también le proporcionaba paz y bienestar. Dijo que Josefina y ella solían pasar todo el sobretiempo de que disponían, dentro de las bolsas que ella había cosido para las dos.
Lidia y Rosa también fueron colocadas dentro de la bolsa, pero a ninguna de ellas le gustó. Les era indiferente. Lo mismo me pasaba a mí.
La Gorda explicó el apego de Josefina y de ella como una consecuencia directa del hecho de haber sido guiadas a descubrir su color de ensueño cuando se hallaban dentro de la bolsa. Decía que mi indiferencia se debía a que yo no entré en la zona de coloración; más bien, el tinte vino a mí. Tenía razón. Algo más que la voz de Zuleica fue responsable del desarrollo de esa fase preparatoria. Evidentemente, Zuleica me hizo seguir los mismos pasos por los que condujo a la Gorda y a Josefina. Yo había conservado los ojos fijos en la oscuridad a través de muchas sesiones y me hallaba listo para visualizar la zona

de la coloración. Por cierto, presencié toda su metamorfosis comenzando con la pura oscuridad y terminando en una mancha de intensa brillantez. A esa altura quedé absorto en la sesión de una picazón externa, hasta el punto de terminar entrando en un estado de vigilia en reposo. Fue entonces cuando quedé inmerso por primera vez en una coloración rojo-naranja.

Después de que aprendí a permanecer suspendido en el sueño y la vigilia, Zuleica pareció aflojar el paso. Incluso llegué a creer que había cambiado de táctica y que no tenía prisa de sacarme de ese estado. Me dejó permanecer en él sin interferir, y nunca me hizo preguntas acerca de lo que estaba experimentando, quizá porque su voz sólo era para dar órdenes y no para hacer preguntas. Realmente nunca hablamos durante su instrucción, al menos no como lo hacía con don Juan.

Mientras me hallaba en el estado de vigilia en reposo, me di cuenta de una vez que era inútil permanecer allí, porque a pesar de lo agradable que pudiera ser, las limitaciones de esa experiencia eran evidentes. Sentí en mi cuerpo un temblor y abrí los ojos, o más bien mis ojos se abrieron solos. Zuleica me observaba. Mi asombro fue total. Pensé que había despertado, y el enfrentarme a Zuleica en carne y hueso fue algo completamente inesperado. Me había acostumbrado a oír tan sólo su voz. También me sorprendió que ya no fuera de noche. Miré en torno mío. Ya no estábamos en la casa de Zuleica. Tuve entonces la instantánea certeza de que me hallaba ensoñando y desperté.

Zuleica empezó después otra faceta de sus enseñanzas. Me enseñó cómo moverme. Inició su instrucción ordenándome que fijara mi atención en el punto medio de mi cuerpo. En mi caso ese punto se hallaba abajo del borde inferior de mi ombligo. Me dijo que barriera el suelo con él; esto es, que hiciera oscilar mi vientre como si tuviera pegada una escoba allí. A través de incontables sesiones intenté hacer lo que la voz me ordenaba. Zuleica no me permitió entrar en un estado de vigilia en reposo. Su intención era llevarme a percibir la acción de barrer el suelo con el punto medio de mi cuerpo, mientras seguía despierto. Me dijo que estar en la conciencia del lado izquierdo era una ventaja suficiente para cumplir bien con el ejercicio.

Un día, por ninguna razón que pudiera yo concebir, logré tener una vaga sensación en el área de mi estómago. No era algo definido y cuando enfoqué en él mi atención comprendí que era como una comezón dentro de la cavidad de mi cuerpo. Y no exactamente en el área del estómago sino más arriba. Conforme la examinaba, advertía mayores detalles. Lo vago de la sensación pronto se convirtió en una certeza. Había una extraña conexión de nerviosidad o una sensación cosquilleante entre mi plexo solar y mi pantorrilla derecha.

La sensación se agudizó, y yo involuntariamente elevé mi muslo derecho hasta el pecho. Así los dos puntos quedaron tan próximos el uno al otro como mi anatomía lo permitía. Me estremecí durante un momento con una nerviosidad inusitada y después sentí con claridad que barría el piso con el punto medio de mi cuerpo, era una sensación táctil que ocurría cada vez que oscilaba mi cuerpo estando sentado.

En la siguiente sesión, Zuleica me permitió entrar en un estado de vigilia en reposo. Sin embargo, no sentí en él lo que acostumbraba. Parecía haber una especie de control en mí que reducía la posibilidad de disfrutarlo libremente, como siempre lo había hecho; ese control también me hizo concentrar mi atención en la manera como se desarrolla la vigilia en reposo. Primero advertí la comezón en el área de la segunda atención, en mi cascarón luminoso. Masajeé ese punto moviendo mis dedos sobre él como si tocara un arpa: el punto se hundió hacia mi estómago. Lo sentí casi en mi piel. Experimenté aguijoneo en el exterior de mi pantorrilla derecha. Era una mezcla de placer y dolor. La sensación se esparció por toda mi pierna y después por la parte inferior de la espalda. Sentí que mis glúteos se sacudían. Todo mi cuerpo fue traspasado por una

onda nerviosa. Sentí como si mi cuerpo hubiera sido atrapado, con los pies hacia arriba, en una red. Mi frente y mis dedos de los pies parecían tocarse. Me hallaba en una forma de U cerrada. Después sentí como si me doblaran en dos y me enrollaran en una sábana. Mis espasmos nerviosos eran los que hacían que la sábana se enrollara conmigo en el centro. Cuando acabó de enrollarse ya no pude sentir mi cuerpo. Yo sólo era una conciencia amorfa, un espasmo nervioso enrollado en sí mismo. Esa conciencia fue a descansar dentro de una zanja, dentro de una depresión de sí misma.

Comprendí entonces la imposibilidad de describir lo que ocurre al ensoñar. Zuleica decía que la conciencia del lado derecho y la del lado izquierdo se envuelven juntas. Ambas llegan a descansar hechas un solo montón en la concavidad de la segunda atención. Para ensoñar, uno necesita manejar tanto el cuerpo luminoso como el cuerpo físico. Primero, el centro de la segunda atención en el cascarón luminoso es forzado a ser accesible: o alguien lo empuja desde afuera, o el ensoñador lo succiona desde adentro. Segundo, para dislocar la primera atención, los centros del cuerpo físico localizados en el punto medio del cuerpo y en las pantorrillas, especialmente la derecha, tienen que ser estimulados y colocados lo más cerca posible el uno del otro hasta que parezcan unirse. Esto se logra colocando al muslo derecho contra el pecho. Después tiene lugar la sensación de ser enrollado y automáticamente la segunda atención toma el control.

La explicación de Zuleica, dada a través de órdenes, era la manera más conveniente de describir lo que sucede, pues ninguna de las experiencias sensoriales implicadas en ensoñar son parte de nuestro inventario cotidiano. Primeramente la sensación de un cosquilleo fuera de mí, era local y a causa de eso era mínima la turbación de mi cuerpo al experimentarla. La sensación de ser enrollado en mí mismo, por otra parte, era mucho más inquietante. Incluía una serie de sensaciones que dejaban a mi cuerpo en un estado de emoción. Por ejemplo, yo estaba convencido de que en un momento los dedos de mis pies tocaban mi frente. Para mí, esa es una posición imposible de alcanzar; y sin embargo, yo sabía, más allá de cualquier posibilidad de duda, que me hallaba dentro de una red, colgado con los pies hacia arriba, con forma de pera, y con los dedos de los pies bien pegados a mi frente. En un plano físico me encontraba sentado con mis muslos replegados contra el pecho.

Zuleica también me dijo que la sensación de ser enrollado como si fuera un puro y colocado dentro de la concavidad de la segunda atención era el resultado de haber fusionado la conciencia del lado derecho y la del lado izquierdo hasta formar una sola, en la cual el orden de preponderancia había sido cambiado y el lado izquierdo tenía la supremacía. Zuleica me urgió a que agudizara mi atención lo suficientemente como para presenciar el movimiento opuesto, esto es, las dos atenciones nuevamente convirtiéndose en lo que normalmente son, con el lado derecho llevando las riendas.

Nunca llegué a hacer lo que me pedía, pero me obsesioné hasta el punto de quedar atrapado en mortales titubeos causados por mi empeño por observar todo. Zuleica tuvo que cambiar de idea ordenándome que cesara mis escrutinios, puesto que tenía otras cosas que hacer.

Zuleica me dijo que primero que nada yo tenía que perfeccionar mi control a fin de poder moverme a voluntad. Empezó su instrucción cuando me encontraba en un estado de vigilia en reposo, ordenándome repetidas veces abrir los ojos. Me costó muchísimo esfuerzo poder hacerlo, pero de repente mis ojos se abrieron y vi a Zuleica sobre mí. Yo estaba acostado. No pude determinar dónde. La luz era extraordinariamente brillante, como si me hallara exactamente abajo de un poderoso foco eléctrico, pero la luz no brillaba directamente sobre mis ojos. Podía ver a Zuleica sin ningún esfuerzo.

Me ordenó que me pusiera en pie median-

te un acto de voluntad. Me dijo que tenía que empujarme a mí mismo con mi parte media, que yo tenía allí tres gruesos tentáculos que podía usar como muletas para elevar todo mi cuerpo.
.Traté innumerables veces de ponerme en pie. Fracasé. Tuve una sensación de desesperación y de angustia física que me recordaban las pesadillas que tenía de niño, en las que no podía despertar y sin embargo me hallaba completamente despierto tratando de gritar.
Zuleica finalmente me habló. Me dijo que tenía que seguir cierto orden, y que era una inútil y estúpida maniobra de mi parte el impacientarme y agitarme como si tratara con el mundo de la vida diaria. Impacientarse era correcto sólo en la primera atención; la segunda atención era la calma misma. Zuleica quería que yo repitiera la sensación que tuve de barrer el suelo con la parte media. Pensé que para poder repetirla tenía que estar sentado. Sin ninguna premeditación de mi parte, me senté y adopté la misma postura que usé la primera vez que tuve esa sensación. Algo en mí se meció y de súbito yo estaba en pie. No podía discernir qué había hecho para moverme. Pensé que si volvía a empezar podía estar consciente del procedimiento. Tan pronto como tuve ese pensamiento me descubrí de nuevo tendido. Al ponerme en pie una vez más me di cuenta de que no había ningún procedimiento, que para moverme tenía que intentar moverme desde un nivel muy profundo. En otras palabras, tenía que estar absolutamente convencido de que quería moverme, o quizá sería más exacto plantear que tenía que estar convencido de que necesitaba moverme.
Una vez que hube comprendido este principio, Zuleica me hizo practicar todos los aspectos concebibles del movimiento volitivo. Mientras más practicaba, más claro se volvía para mí que ensoñar en realidad era un estado racional. Zuleica me explicó. Dijo que al ensoñar, el lado derecho, la conciencia racional, queda envuelta dentro de la conciencia del lado izquierdo a fin de dar al ensoñador un sentido de sobriedad y racionalidad, pero que la influencia de la racionalidad tiene que ser mínima y debe usarse sólo como un mecanismo inhibitorio que protege al ensoñador de excesos y empresas grotescas.
La siguiente faceta de la instrucción consistió en dirigir mi cuerpo de ensueño. Don Juan había propuesto, desde la primera vez que conocí a Zuleica, la tarea de contemplar el patio cuando me hallaba sentado en la caja de madera. Meticulosamente me puse a contemplarlo, a veces durante horas. Siempre estaba yo solo en la casa de Zuleica. Parecía que los días que yo iba allí todos se iban, o se escondían. El silencio y la soledad me auxiliaron y logré memorizar los detalles del patio.
Zuleica, por consiguiente, me propuso la tarea de abrir los ojos mientras me hallaba en un estado de vigilia en reposo para ver el patio. Lograrlo me tomó muchas sesiones. En un principio yo abría los ojos y la veía a ella, y ella, con una sacudida del cuerpo, me hacía rebotar, como si fuera pelota, al estado de vigilancia en reposo. En uno de esos rebotes sentí un temblor intenso; algo que se hallaba localizado en mis pies cascabeleó hacia arriba y llegó a mi pecho, y lo tosí; la escena del patio de noche salió de mí como si hubiera emergido desde mis tubos bronquiales. Era algo semejante al rugido de un animal.
Escuché la voz de Zuleica que me llegaba como si fuera un tenue murmullo. No pude comprender qué decía. Vagamente advertí que me hallaba sentado en la caja de madera. Quise ponerme en pie pero advertí que yo no era sólido. Era como si el viento me llevara. Escuché entonces muy clara la voz de Zuleica diciéndome que no me moviera. Traté de permanecer inmóvil pero alguna fuerza me jaló y desperté en el pasillo. Silvio Manuel se hallaba frente a mí.
Después de cada sesión de ensoñar en la casa de Zuleica, don Juan siempre me esperaba en el oscurísimo pasillo. Me llevaba fuera de la casa y me hacía cambiar niveles de conciencia. Pero esa vez Silvio

Manuel se hallaba allí. Sin decirme una sola palabra, me puso dentro de un arnés y me izó contra las vigas del techo. Allí me dejó hasta el mediodía, cuando vino don Juan y me hizo bajar. Me explicó que el cuerpo se afina al estar suspendido, sin tocar el suelo, durante un periodo de tiempo, y que es esencial hacerlo antes de un viaje peligroso como el que yo iba a emprender.
Tuvieron que pasar muchas sesiones más de ensueño hasta que aprendí al fin a abrir los ojos y ver ya fuese a Zuleica o el patio oscuro. Comprendí entonces que ella misma había estado ensoñando todo el tiempo. Nunca había estado en persona tras de mi en el pasillo. Estaba yo en lo cierto la primera noche cuando creí que mi espalda estaba junto a la pared. Zuleica era una voz de ensueño.
Durante una de las sesiones, cuando abrí los ojos deliberadamente para ver a Zuleica, me dejó estupefacto encontrar a la Gorda al igual que a Josefina asomándose sobre mí junto con Zuleica. La faceta final de su enseñanza comenzó entonces. Zuleica nos enseñó a los tres a viajar con ella. Nos dijo que nuestra primera atención se hallaba enganchada en las emanaciones de la tierra, y que la segunda atención estaba enganchada en las emanaciones del universo. Lo que quería decir con eso es que un ensoñador, por definición está afuera de los linderos de las preocupaciones de la vida cotidiana. Como viajera del ensueño, la última tarea de Zuleica con la Gorda, Josefina y conmigo consistía en templar nuestra segunda atención para poder seguirla en sus viajes por lo desconocido.
En sesiones sucesivas, la voz de Zuleica me dijo que su "obsesión" me guiaría a un lugar de cita, que en asuntos de la segunda atención la obsesión del ensoñador sirve como guía, y que la suya se hallaba concentrada en un lugar real más allá de esta tierra. Desde allí me llamaría y yo tendría que usar su voz como si fuera una cuerda con la cual jalarme.
Nada ocurrió en dos sesiones; la voz de Zuleica resultaba más tenue conforme hablaba, y a mí me preocupaba no poder seguirla. No me había dicho lo que debía de hacer. También experimenté una pesadez desacostumbrada. No podía romper una estridente fuerza a mi alrededor que me sujetaba y que me impedía salir del estado de vigilia en reposo.
Durante la tercera sesión, de repente abrí los ojos sin haberlo siquiera intentado. Zuleica, la Gorda y Josefina me observaban. Yo estaba de pie, con ellas. Inmediatamente me di cuenta de que nos hallábamos en algún lugar desconocido para mí. El rasgo más obvio era una brillante luz directa. Toda la escena estaba inundada de una poderosa luz blanca, como de neón. Zuleica sonreía como invitándome a ver en torno a mí. La Gorda y Josefina parecían tan cautelosas como yo. Zuleica nos indicó que nos moviéramos. Nos hallábamos a campo abierto, de pie en el centro de un círculo deslumbrador. El suelo parecía ser roca dura, oscura, y sin embargo reflejaba mucho de la cegadora luz blanca que venia de arriba. Lo extraño era que aunque, yo sabía que la luz era excesivamente intensa para mis ojos, no me lastimé en lo mínimo cuando alcé la cabeza y descubrí su fuente. Era el sol. Yo estaba mirando directamente al sol, el cual, quizá a causa de que yo estaba ensoñando, era intensamente blanco.
La Gorda y Josefina también miraban directamente al sol, aparentemente sin ningún efecto dañino. De repente, me sentí ausentado. La luz era demasiado extraña. Era una luz implacable; parecía estancarme creando un viento que yo podía sentir. Pero no podía sentir nada de calor. Creía que la luz era maligna. Al unísono, la Gorda, Josefina y yo nos acurrucamos como niños asustados, en tomo a Zuleica. Ella nos agrupó. Después la deslumbrante luz blanca empezó a disminuir gradualmente hasta que desapareció por completo. En su lugar quedó una apacible luz amarillenta. Me di total cuenta entonces de que no nos hallábamos en la tierra. El suelo era de color terracota mojada. No había montañas, pero donde nos encontrábamos tam-

poco era tierra plana. Era un suelo asolanado, lleno de grietas y manchas. Parecía un enfurecido mar seco de terracota. Lo podía ver a todo mi alrededor, como si me hallara en medio del océano. Miré arriba: el cielo había perdido su estridente resplandor. Era oscuro, pero no azul. Una estrella brillante, incandescente, se encontraba cerca del horizonte. Tuve la certeza entonces de que estábamos en un mundo con dos soles, dos estrellas. Una era enorme y se había ya ocultado; la otra era más pequeña o quizá más distante.

Quise hacer preguntas, caminar por ahí y ver cosas. Con una seña, Zuleica nos ordenó que nos quedáramos quietos. Pero algo parecía jalarnos. De repente, la Gorda y Josefina no estuvieron más; y yo me desperté.

Desde esa vez no regresé más a casa de Zuleica. Don Juan me hacía cambiar de niveles de conciencia en su propia casa o donde estuviéramos, y yo empezaba a ensoñar. Zuleica, la Gorda y josefina siempre me esperaban. Regresamos a la misma escena una y otra vez, hasta que nos fuera completamente conocida. Cada vez que podíamos, evitábamos el resplandor, la luz del día, y llegábamos cuando era de noche, justo a tiempo para presenciar la salida de un astro colosal: algo de tal magnitud que cuando erupcionaba sobre la dentada línea del horizonte, cubría más de la mitad del plano de ciento ochenta grados frente a nosotros. El astro era hermosísimo, y su ascenso sobre el horizonte era algo tan inaudito que yo hubiera podido quedarme allí una eternidad sólo para presenciar esa vista.

El astro llenaba casi todo el firmamento cuando llegaba al cenit. Invariablemente nosotros nos tendíamos de espaldas para contemplarlo. Tenía configuraciones consistentes, que Zuleica nos enseñó a reconocer. Advertí que no era una estrella. Reflejaba la luz; tenía que haber sido un cuerpo opaco porque la luz que reflejaba era débil en relación con el monumental tamaño. Había enormes manchas marrón, que eran permanentes en su superficie de color amarillo-azafrán.

Zuleica nos llevó sistemáticamente a viajes que rebasaban las palabras. La Gorda decía que Zuleica llevó a Josefina aún más lejos, más profundo en lo desconocido, porque Josefina, al igual que Zuleica, estaba loca; ninguna de las dos poseía ese centro de racionalidad que proporciona sobriedad al ensoñador; por lo tanto, no tenían barreras ni interés en buscar causas racionales para ninguna cosa.

Lo único que Zuleica me dijo acerca de nuestros viajes, que parecía una explicación, era que el poder que los ensoñadores tienen de concentrarse en su segunda atención los convertía en bandas vivientes de goma elástica. Mientras más fuertes e impecables eran los ensoñadores más lejos podían proyectar su segunda atención en lo desconocido y más tiempo podían mantener esta proyección.

Don Juan decía que mis viajes con Zuleica no eran ilusión, y que cada cosa que yo había hecho con ella era un paso hacia el control de la segunda atención; en otras palabras, Zuleica me estaba enseñando la predisposición perceptual de ese otro dominio. Sin embargo, él no podía explicar la naturaleza exacta de esos viajes. O quizá no quería hacerlo. Me dijo que si él se aventuraba a explicar la predisposición perceptual de la segunda atención en términos de la primera atención, quedaría irremediablemente atrapado en palabras. Quería que yo encontrara mi propia explicación, y mientras más pensaba yo en ello más claro se volvía para mí que era imposible hacerlo. La renuncia de don Juan era funcional.

Bajo la guía de Zuleica llevé a cabo verdaderas visitas a misterios que ciertamente se hallan más allá del marco de mi razón, pero obviamente dentro de las posibilidades de mi conciencia normal. Aprendí a viajar hacia algo incomprensible y terminé, como Emilito y Juan Tuma, copilando mis propios cuentos de la eternidad.

XIV. FLORINDA

La Gorda y yo estábamos totalmente de acuerdo en que al mismo tiempo en que Zuleica nos había enseñado la complejidad del ensueño, nosotros habíamos aceptado tres hechos innegables: que la regla es un mapa, que oculta en nosotros yace otra conciencia y que es posible penetrar en esa conciencia. Don Juan había logrado lo que la regla prescribía.

La regla determinaba que el siguiente paso de don Juan consistía en presentarme a Florinda, la única de su grupo que yo no había conocido. Don Juan me dijo que debía ir a casa de Florinda yo solo, porque lo que aconteciera entre Florinda y yo no tenía nada que ver con otros. Me dijo que Florinda sería mi guía personal, exactamente como si yo fuera un nagual como él. El había tenido ese tipo de relación con la guerrera del grupo de su benefactor comparable a Florinda.

Don Juan me dejó un día a la puerta de la casa de Nélida. Me dijo que entrara, que Florinda me esperaba en el interior.

-Es un honor conocerla -le dije a la mujer que me esperaba en el corredor.

-Yo soy Florinda -dijo.

Nos miramos en silencio. Quedé estupefacto. Mi estado de conciencia era más agudo que nunca. Y jamás he vuelto a experimentar una sensación comparable.

-Qué nombre tan bello -pude decir, pero quería decir mucho más que eso.

El nombre no me era raro, simplemente no había conocido a nadie, hasta ese día, que fuera la esencia de ese nombre.

A la mujer que se hallaba frente a mí le quedaba como si lo hubieran hecho para ella, o quizás era como si ella hubiese hecho que su persona encajara en el nombre. Físicamente era idéntica a Nélida, a excepción de que Florinda parecía tener más confianza en sí misma, y más autoridad. Era bien alta y esbelta. Tenía la piel clara de la gente del Mediterráneo; de ascendencia española, o quizá francesa. Era ya de edad, y sin embargo no era débil ni avejentada. Su cuerpo era ágil, flexible y delgado. Piernas largas, rasgos angulares, boca pequeña, una nariz bellamente esculpida, ojos oscuros, cabello trenzado y completamente blanco. Ni papada ni piel colgante en el rostro y cuello. Era vieja como si la hubieran arreglado para parecer vieja.

Al recordar, retrospectivamente, mi primer encuentro con ella, me viene a la mente algo completamente sin relación pero a propósito. Una vez vi en una revista una fotografía tomada veinte años atrás de una actriz de Hollywood entonces joven, que había tenido que caracterizarse para representar el papel de una mujer que envejecía. Junto a la fotografía, la revista había publicado una foto de la misma actriz tal como se veía después de veinte verdaderos años de vida ardua. Florinda, en mi juicio subjetivo, era como la primera imagen de la actriz de cine, una muchacha maquillada para verse vieja.

-¿Qué es lo que tenemos aquí? -me dijo, pellizcándome-. No pareces gran cosa. Flojo. Lleno de pecadillos chiquitos y unos cuantos grandes, ¿eh?

Su franqueza me recordó la de don Juan, al igual que la fuerza interna de su mirada. Se me había ocurrido, revisando mi vida con don Juan, que sus ojos siempre estaban en reposo. Era imposible ver agitación en ellos. No era que los ojos de don Juan fueran bellos. He visto ojos deslumbrantes, pero nunca he descubierto que digan algo. Los ojos de Florinda, como los de don Juan, me daban la sensación de que habían visto todo lo que se puede ver; eran serenos, pero no dulces. La excitación en esos ojos se había hundido hacia dentro y se había convertido en algo que sólo puedo describir como vida interna.

Florinda me llevó a través de la sala hasta un patio techado. Nos sentamos en unos cómodos sillones. Sus ojos parecían buscar algo en mi cara.

-¿Sabes quién soy yo y lo que se supone que debo hacer contigo? -preguntó.

Le dije que todo lo que sabía acerca de ella, y su relación conmigo, era lo que don

Juan había bosquejado. En el curso de mi explicación la llamé doña Florinda.
-No me llames doña Florinda -me pidió con un gesto infantil de irritación y embarazo-. Todavía no estoy tan vieja, y ni siquiera tan respetable.
Le pregunté cómo quería que la tratase.
-Tan sólo Florinda -dijo-. En cuanto a quién soy, te puedo decir inmediatamente que soy una guerrera que conoce los secretos del acechar. Y en cuanto a lo que se supone que debo de hacer contigo, te puedo decir que voy a enseñarte los primeros siete principios del acecho, los tres primeros principios de la regla para los acechadores, y las tres primeras maniobras del acecho.
Agregó que para cada guerrero lo normal era olvidar lo que acontece cuando las acciones ocurren en el lado izquierdo, y que me llevaría años llegar a comprender lo que iba a enseñarme. Dijo que su instrucción era apenas el principio, y que algún día terminaría sus enseñanzas pero bajo condiciones diferentes.
Le pregunté si le molestaba que le hiciera preguntas.
-Pregunta lo que quieras -dijo-. Todo lo que necesito de ti es que te comprometas a practicar. Después de todo, de una manera u otra ya sabes muy bien lo que vamos a tratar. Tus defectos consisten en que no tienes confianza en ti mismo y en que estás dispuesto a reclamar tu conocimiento como poder. El nagual, siendo hombre, te hipnotizó. No puedes actuar por tu propia cuenta. Sólo una mujer te puede liberar de eso.
'Empezaré contándote la historia de mi vida, y, al hacerlo, las cosas se te van a aclarar. Tengo que contártela en pedacitos, así es que tendrás que venir seguido aquí.'
Su aparente disposición a hablar de su vida me sorprendió porque era lo contrario a la reticencia que los demás mostraban por revelar cualquier cosa personal. Después de años de estar con ellos, yo había aceptado sus maneras de ser tan indisputablemente que ese intento voluntario de revelarme su vida personal me fue inquietante. La aseveración me puso inmediatamente en guardia.
-Perdón -dije-, ¿dijo usted que piensa revelarme su vida personal?
-¿Porqué no? -preguntó.
Le respondí con una larga explicación de lo que don Juan me había dicho acerca de la abrumadora fuerza de la historia personal, y de la necesidad que tienen los guerreros de borrarla. Concluí todo diciéndole que don Juan me había prohibido terminantemente hablar de mi vida.
Se rió con una voz muy aguda. Parecía estar encantada.
-Eso sólo se aplica a los hombres -dijo-. Por ejemplo, el no-hacer de tu vida personal consiste en contar cuentos interminables pero ninguno de ellos sobre tu verdadera identidad. Como ves, ser hombre significa que tienes una sólida historia tras de ti. Tienes familia, amigos, conocidos, y cada uno de ellos tiene una idea definida de ti. Ser hombre significa que eres responsable. No puedes desaparecer tan fácilmente. Para poder borrar tu historia necesitas mucho trabajo.
"Mi caso es distinto. Ser mujer me da una espléndida ventaja. No tengo que rendir cuentas. ¿Sabías tú que las mujeres no tienen que dar cuentas?
-No sé qué quiera decir con rendir cuentas -dije.
-Quiero decir que una mujer puede desaparecer fácilmente -respondió-. Una mujer puede, si no hay más, casarse. La mujer pertenece al marido. En una familia con muchos hijos, las hijas se descartan con facilidad. Nadie cuenta con ellas y hasta es posible que ellas un día desaparezcan sin dejar rastro. Su desaparición se acepta con facilidad.
"Un hijo, por otra parte, es algo en lo que uno invierte. A un hijo no le es tan fácil escabullirse y desaparecer. Y aun si lo hace, deja huellas tras de sí. Un hijo se siente culpable por desaparecer. Una hija, no.
"Cuando el nagual te entrenó a no decir una palabra acerca de tu vida personal, lo que él trataba era ayudarte a vencer esa

idea que tienes de que le hiciste mal a tu familia y a tus amigos, que contaban contigo de una forma u otra.
"Después de luchar toda una vida, el guerrero termina, por supuesto, borrándose, pero esa lucha deja mellas en el hombre. Se vuelve reservado, siempre en guardia contra sí mismo. Una mujer no tiene que lidiar con esas privaciones. La mujer ya está preparada a esfumarse en pleno aire. Y por cierto, eso es lo que se espera que haga tarde o temprano.
"Siendo mujer, los secretos no me importan un pepino. No me siento obligada a guardarlos. La obsesión por los secretos es la manera como pagan ustedes los hombres por ser importantes en la sociedad. La contienda es sólo para los hombres, porque los agravia el tener que borrarse y encuentran maneras curiosas de reaparecer, como sea, de vez en cuando. Mira lo que te pasa a ti, por ejemplo; ahí andas dando clases y hablando con todo el mundo.
Florinda me ponía nervioso de una manera muy peculiar. Me sentía extrañamente inquieto en su presencia. Yo admitía sin vacilación que don Juan y Silvio Manuel también me hacían sentir nervioso y aprensivo, pero de una manera muy distinta. En realidad les tenía miedo, especialmente a Silvio Manuel. Me aterrorizaba y, sin embargo, había aprendido a vivir con mi terror. Florinda no me asustaba. Mi nerviosidad era más bien una especie de fastidio; me sentía incómodo con su franqueza y donaire.
Ella no fijaba su mirada en mí de la manera cómo don Juan y Silvio Manuel lo hacían. Ellos siempre me escudriñaban fijamente hasta que yo movía la cara en un gesto de sumisión. Florinda sólo me miraba por un instante. Sus ojos iban continuamente de una cosa a la otra. Parecía examinar no sólo mis ojos, sino cada centímetro de mi cara y de mi cuerpo. Conforme hablaba, sus ojos se movían, con miradas rápidas, de mi rostro a mis manos, o a sus pies, o al techo.
-No te sientes muy bien conmigo, ¿verdad? -me preguntó.
Su pregunta definitivamente me tomó por sorpresa. Reí. Su tono no era belicoso en lo más mínimo.
-Sí -dije.
-Ah, es perfectamente comprensible -prosiguió-. Estás acostumbrado a ser hombre. Para ti la mujer se hizo sólo para tu uso. Tú crees que la mujer es estúpida por naturaleza. Y el hecho de que eres hombre y nagual te hace las cosas todavía más difíciles.
Me sentí obligado a defenderme. Pensé que era una dama obstinada y quería decírselo en la cara. Empecé muy bien, pero me desinflé casi al instante al oír su risa. Era una risa gozosa y juvenil. Don Juan y don Genaro solían reírse de mí a menudo de esa manera. Pero la risa de Florinda tenía una vibración distinta. No había ninguna premura, ninguna presión en ella.
-Mejor vámonos adentro -dijo-. No debe haber nada que te distraiga. El nagual Juan Matus ya te ha distraído lo suficiente, te ha mostrado el mundo; eso era importante para lo que te tenía que decir. Yo tengo otras cosas que decirte, que requieren otro ambiente.
Nos sentamos en un sofá con asientos de cuero, en una habitación con puerta al patio. Me sentí muy a gusto allí. Ella de inmediato comenzó con la historia de su vida.
Me dijo que había nacido en la República Mexicana, en una ciudad bastante grande. Su familia era acomodada. Como era hija única, sus padres la consintieron desde el momento en que nació. Sin ningún rasgo de falsa modestia, Florinda admitió que siempre supo que era hermosa. Dijo que la belleza es un demonio que se engendra y prolifera cuando se le admira. Me aseguró que podía decir sin la menor duda que ese demonio es el más difícil de vencer, y que si yo examinaba a la gente hermosa encontraría a los seres más infelices que se puedan imaginar.
No quería discutir con ella, pero tenía un deseo sumamente intenso de decirle que era bastante dogmática. Debió darse cuenta de mis sentimientos. Me guiñó un ojo.

-Son seres desdichados, créemelo -continuó-. Aguijonéalos. Dales a saber que no estás de acuerdo con su idea de que son hermosos y por eso importantes. Vas a ver lo que pasa.

Florinda continuó con su historia. Dijo que no era posible culpar totalmente a sus padres o culparse ella misma por su presunción. Todos los que la rodeaban desde su infancia habían conspirado para hacerla sentir importante y única.

-Cuando tenía quince años -prosiguió-, yo estaba segura de ser lo más exquisito que pisó la tierra. Todo el mundo me lo decía, especialmente los hombres.

Confesó que durante los años de su adolescencia disfrutó del cortejo y la adulación de numerosos admiradores. A los dieciocho, juiciosamente decidió casarse con el mejor candidato entre no menos de once serios pretendientes. Se casó con Celestino, un hombre de recursos, quince años mayor que ella.

Florinda describía su vida de casada como el paraíso terrenal. A su enorme círculo de amigos añadió los de Celestino. El efecto total era una vacación perenne.

Su éxtasis, sin embargo, sólo duró seis meses, que pasaron casi sin advertirse. Todo llegó a un final de lo más abrupto y brutal cuando contrajo una enfermedad misteriosa y paralizante. El pie, tobillo y pantorrilla de su pierna izquierda empezaron a hincharse. Su hermosísima figura se arruinó. La hinchazón fue tan intensa que no pudo caminar más. Los tejidos cutáneos empezaron a ampollarse y a supurar. Toda la parte inferior de su pierna izquierda, de la rodilla hacia abajo, se llenó de costras y de una secreción pestilente. La piel se endureció. Y la enfermedad fue diagnosticada como elefantiasis. Los intentos que hicieron los médicos por curarla fueron torpes y dolorosos, y la conclusión final fue que sólo en Europa había centros médicos lo suficientemente avanzados para emprender una cura.

En cuestión de tres meses el paraíso de Florinda se había convertido en un infierno en la tierra. Desesperada y en verdadera agonía quería morir antes que seguir así. Su sufrimiento era tan práctico que un día una criada, que ya no pudo soportar más verla así, le confesó que la antigua amante de Celestino la había sobornado para que echara cierta mezcla en su comida: un veneno manufacturado por brujos. La criada, como acto de contrición, prometió llevarla con una curandera, una mujer que se decía era la única que podía contrarrestar ese veneno.

Florinda rió al recordar su dilema. Era una devota católica. No creía en brujerías ni en curanderos indios. Pero sus dolores eran tan intensos, y su condición tan seria, que estaba dispuesta a probar cualquier cosa. Celestino se opuso decididamente. Quería enviar a la criada a la cárcel. Florinda intercedió, no tanto por compasión sino por temor a que no pudiera encontrar a la curandera ella sola.

Florinda se puso en pie repentinamente. Me dijo que tenía que irme. Me tomó del brazo y me condujo a la puerta como si yo fuera su más antiguo y querido amigo. Me explicó que me hallaba agotado, ya que estar en la conciencia del lado izquierdo es una condición frágil y especial que debe de usarse parsimoniosamente; y, por cierto, no es un estado de poder. La prueba residía en que yo casi había muerto cuando Silvio Manuel trató de agrupar mi segunda atención forzándome a entrar en ella. Florinda me dijo que no hay manera en que uno pueda ordenar a alguien, o a uno mismo, a hacer lo que los guerreros llaman "replegar" el conocimiento. Eso más bien es un asunto lento; el cuerpo, en el momento adecuado y bajo las apropiadas circunstancias de impecabilidad, agrupa su conocimiento sin la intervención de la volición.

Nos quedamos en la puerta principal durante un rato, intercambiando comentarios agradables y trivialidades. Repentinamente dijo que el nagual Juan Matus me había llevado con ella ese día porque él sabía que estaba a punto de concluir su estadía en la tierra. Las dos formas de instrucción que yo había recibido, de acuerdo

con el plan de Silvio Manuel, ya se habían llevado a cabo. Todo lo que quedaba pendiente era lo que ella me tenía que decir. Subrayo que la suya no era una instrucción propiamente hablando, sino más bien el acto de establecer un vínculo con ella.

La próxima vez que don Juan me llevó donde Florinda, un momento antes de dejarme en la puerta me repitió que ella ya me había dicho que se estaba aproximando el momento en que él y su grupo iban a entrar en la tercera atención. Antes de que pudiera hacerle preguntas, me empujó al interior de la casa. Su empellón no sólo me envió adentro de la casa, sino también adentro del estado de conciencia más agudo. Vi la pared de niebla.

Florinda se hallaba en el vestíbulo. Me tomó del brazo y calladamente me llevó a la sala. Tomamos asiento. Quise iniciar una conversación pero no pude hablar. Ella me explicó que un empellón dado por un guerrero impecable, como el nagual Juan Matus, puede causar el desplazamiento de una a otra área de la conciencia. Dijo que siempre mi error había consistido en creer que los procedimientos son importantes. El procedimiento de empujar a un guerrero a otro estado de conciencia es utilizable si ambos participantes, en especial el que empuja, son impecables y se hallan imbuidos de poder personal.

El hecho de estar viendo la pared de niebla me hacía sentir terriblemente nervioso. Mi cuerpo temblaba incontrolablemente. Florinda dijo que yo temblaba porque había aprendido a saborear el movimiento, la actividad cuando me hallaba en ese estado de conciencia, y que yo también podía aprender a saborear las palabras, lo que alguien me estuviera diciendo.

Me dio luego la razón por la cual era conveniente ser colocado en la conciencia del lado izquierdo. Dijo que al forzarme a entrar en un estado de conciencia acrecentada y al permitirme tratar con sus guerreros sólo cuando me hallaba en ese estado, el nagual Juan Matus se estaba asegurando de que yo tendría un punto de apoyo. Su estrategia consistía en cultivar una pequeña parte del otro yo llenándolo premeditadamente de recuerdos personales. Esos recuerdos se olvidan sólo para que algún día resurjan y sirvan como cuartel de avanzada desde el cual partir hacia la inconmensurable vastedad del otro yo.

Como yo estaba tan nervioso, Florinda propuso calmarme prosiguiendo con la historia de su vida, que, me clarificó, no se trataba de la historia de su vida como mujer, sino que era la historia de cómo una mujer deplorable se había convertido en guerrera.

Me dijo que una vez que se resolvió a ver a la curandera, ya no hubo cómo detenerla. Inició el viaje, llevada en una camilla por la criada y cuatro hombres; fue un viaje de dos días que cambió el curso de su vida. No había caminos. El terreno era montañoso y a veces los hombres tuvieron que cargarla en sus espaldas.

Llegaron al anochecer a casa de la curandera. El sitio se hallaba bien iluminado y había mucha gente allí. Florinda me dijo que un señor anciano muy simpático le informó que la curandera había salido todo el día a tratar a un paciente. El hombre parecía estar muy bien informado de las actividades de la curandera y Florinda encontró que le era muy fácil hablar con él. Era muy solícito y le confió que él también estaba enfermo. Describió su enfermedad como una condición incurable que lo hacía olvidarse del mundo. Conversaron amigablemente hasta que se hizo tarde. El señor era tan caballeroso que incluso le cedió su cama para que ella pudiera descansar y esperar hasta el día siguiente, cuando regresaría la curandera.

En la mañana; Florinda dijo que de repente la despertó un dolor agudo en la pierna. Una mujer le movía la pierna, presionándola con un trozo de madera lustrosa.

-La curandera era una mujer bonita -prosiguió Florinda-. Miró mi pierna y meneó la cabeza. “Ya se quién te hizo esto”, me dijo. “O le han debido de pagar muy bien, o te miró y se dio cuenta de que eres una

pinche pendeja que vale madre. ¿Cómo crees que fue?"
Florinda rió. Me dijo que lo único que se le ocurrió fue que la curandera o estaba loca o era una mujer grosera. No podía concebir que alguien en el mundo pudiese creer que ella era un ser que no valía nada. Incluso, a pesar de que se hallaba en medio de dolores agudísimos, le hizo saber a la mujer, sin escatimar palabras, que ella era una persona rica y honorable, y que nadie la podía tomar por tonta.
Florinda dijo que la curandera cambió de actitud al instante. Pareció haberse asustado. Respetuosamente se dirigió a ella diciéndole "señorita", se levantó de la silla donde estaba sentada y ordenó que todos salieran del cuarto. Cuando estuvieron solas, la curandera se abalanzó sobre Florinda, se sentó en el lecho y le empujó la cabeza hacia atrás sobre el borde de la cama. Florinda resistió con toda su fuerza. Creyó que la iba a matar. Quiso gritar, poner en guardia a sus sirvientes, pero la curandera rápidamente le cubrió la cabeza con una cobija y le tapó la nariz. Florinda se ahogaba y tuvo que respirar con la boca abierta. Mientras más le presionaba el pecho la curandera y mientras más le apretaba la nariz, Florinda abría más y más la boca. Cuando advirtió lo que la curandera realmente estaba haciendo, ya había bebido todo el asqueroso líquido que contenía una gran botella que la curandera le había colocado en la boca. Florinda comentó que la curandera la había manejado tan bien, que ella ni siquiera se atragantó a pesar de que su cabeza colgaba a un lado de la cama.
-Bebí tanto líquido que estuve a punto de vomitar -continuó Florinda-. La curandera me hizo sentar y me miró fijamente a los ojos, sin parpadear. Yo quería meterme el dedo en la garganta y vomitar. Me dio sendas bofetadas hasta que me sangraron los labios. ¡Una india dándome de bofetadas! ¡Sacándome sangre de los labios! Ni siquiera mi padre o mi madre me habían puesto las manos encima. Mi sorpresa fue tan enorme que me olvidé de la náusea.
"Llamó a mi gente y les dijo que me llevaran a casa. Después se inclinó sobre mí y me puso la boca en el oído para que nadie más pudiese oírla. 'Sino regresas en nueve días, pendeja', me susurró, 'te vas a hinchar como sapo y que Dios te proteja de lo que te espera'.
Florinda me contó que el líquido le había irritado la garganta y las cuerdas vocales. No podía emitir una sola palabra. Esta era, sin embargo, la menor de sus preocupaciones. Cuando llegó a su casa, Celestino la esperaba, frenético, vociferando lleno de rabia. Como no podía hablar, Florinda tuvo la posibilidad de observarlo. Advirtió que su ira no se debía a una preocupación por el estado de salud de ella, era más bien un desasosiego debido al temor de que sus amigos se burlaran de él. Siendo hombre pudiente y de posición social, no podía tolerar que lo consideraran como alguien que recurre a curanderas indias. A gritos, Celestino le dijo que se quejaría al comandante del ejército y que haría que los soldados capturasen a la curandera y la trajeran al pueblo para azotarla y meterla en la cárcel. Estas no fueron amenazas vanas; de hecho, Celestino obligó al comandante para que enviase una patrulla a capturar a la curandera. Los soldados regresaron unos días después con la noticia de que la mujer había huido.
La criada tranquilizó a Florinda asegurándole que la curandera la estaría esperando si ella se aventuraba a regresar. Aunque la inflamación de la garganta persistió al punto de que no podía ingerir comida sólida y apenas podía tomar líquidos, Florinda no veía la hora de volver a la curandera. La medicina había mitigado el dolor de su pierna.
Cuando hizo conocer sus intenciones a Celestino, éste se puso tan furioso que contrató a ciertas personas para que lo ayudasen a poner fin por sí mismo a toda esa insensatez. El y tres de sus hombres de confianza salieron a caballo antes que ella.
Cuando Florinda llegó a casa de la curandera, esperaba encontrarla quizá muerta,

pero en vez de eso encontró a Celestino sentado, solo. Había enviado a sus hombres a tres distintos lugares del rumbo con órdenes de traer a la curandera, por medio de la fuerza si eso era necesario. Florinda reconoció al anciano que había conocido la vez anterior, lo vio cómo trataba de calmar a Celestino, asegurándole que quizás alguno de los hombres regresaría pronto con la mujer.

Tan pronto como Florinda fue colocada en una cama en la entrada de la casa, la curandera salió de un cuarto. Empezó a insultar a Celestino, gritándole obscenidades hasta que él se indignó tanto que se lanzó a golpearla. El anciano lo contuvo y le suplicó que no le pegara. Se lo imploró de rodillas, haciéndole ver que la curandera era ya una mujer de edad. Celestino no se conmovió. Dijo que aunque fuera vieja, él la iba a azotar con las riendas de su caballo. Avanzó para agarrarlo, pero se detuvo en seco. Seis hombres de apariencia temible salieron de tras las matas blandiendo machetes. Florinda me dijo que el terror paralizó a Celestino en el lugar donde se hallaba. Se quedó mortalmente pálido. La curandera fue a él y le dijo que o dócilmente se dejaba que ella le diera de azotes en el trasero, o sus ayudantes lo harían pedazos. En un momento, la curandera lo redujo a nada. Se rió de él en su cara. Sabía que lo tenía dominado y lo dejó hundirse. El mismo se metió en la trampa -prosiguió Florinda-, como buen tonto imprudente que era, embriagado con sus ideas bonachonas de ser hombre pudiente y de posición social. Con todo lo orgulloso que era, Celestino se encorvó dócilmente para que lo azotaran.

Florinda me miró y sonrió. Guardó silencio durante unos momentos.

-El primer principio del arte de acechar es que los guerreros eligen su campo de batalla -me dijo-. Un guerrero sólo entra en batalla cuando sabe todo lo que puede acerca del campo de lucha. En la batalla con Celestino, la curandera me enseñó el primer principio de acechar.

"Después, ella se acercó a donde me habían acostado. Yo lloraba porque era lo único que podía hacer. Ella parecía preocupada. Me arropó los hombros con mi cobija y sonrió y me guiñó un ojo."

"Aún sigue el trato, vieja pendeja", dijo. 'Regresa tan pronto como puedas si es que quieres seguir viviendo. Pero no traigas a tu patrón contigo, vieja reputa. Trae nada más a los que sean absolutamente necesarios'.

Florinda fijó sus ojos en mí durante un momento. De su silencio concluí que esperaba comentarios.

-Eliminar todo lo innecesario es el segundo principio del arte de acechar -dijo, sin darme tiempo de decir nada.

Estaba yo tan absorto en su narración que no me había dado cuenta de que la pared de niebla había desaparecido, simplemente advertí que ya no estaba allí. Florinda se levantó de su silla y me llevó a la puerta. Allí nos quedamos un rato, como habíamos hecho al final de nuestro primer encuentro.

Florinda dijo que la ira de Celestino también había permitido a la curandera demostrarle -no a su razón, sino a su cuerpo- los primeros tres preceptos de la regla para acechadores. Aunque su mente estaba concentrada exclusivamente en ella misma, ya que nada existía para ella aparte de su dolor físico y de la angustia de perder la belleza, su cuerpo sí pudo reconocer todo lo que aconteció; y todo lo que necesitó más tarde fue una leve reminiscencia a fin de colocar cada cosa en su lugar.

-Los guerreros no tienen al mundo para que los proteja, como lo tienen otras personas, así es que tienen que tener la regla -prosiguió-. Sin embargo, la regla de los acechadores se aplica a cualquiera.

"La arrogancia de Celestino fue su ruina y el principio de mi instrucción y liberación. Su importancia personal, que también era la mía, nos forzó a los dos a creer que prácticamente estábamos por encima de todos. La curandera nos bajó a lo que en realidad somos: nada.

"El primer precepto de la regla es que todo

lo que nos rodea es un misterio insondable.
"El segundo precepto de la regla es que debemos de tratar de descifrar esos misterios, pero sin tener la menor esperanza de lograrlo.
"El tercero es que un guerrero, consciente del insondable misterio que lo rodea y consciente de su deber de tratar de descifrarlo, toma su legítimo lugar entre los misterios y él mismo se considera uno de ellos. Por consiguiente, para un guerrero el misterio de ser no tiene fin, aunque ser signifique ser una piedra o una hormiga o uno mismo. Esa es la humildad del guerrero. Uno es igual a todo.
Tuvo lugar un silencio largo y forzado. Florinda sonrió, jugando con la punta de su larga trenza. Me dijo luego que ya habíamos hablado lo suficiente.

La tercera vez que fui a ver a Florinda, don Juan no me dejó en la puerta, sino que entró conmigo. Todos los miembros de su grupo estaban congregados en la casa, y me saludaron como si fuese el hijo pródigo que retorna al hogar después de un largo viaje. Fue un evento exquisito, que integró a Florinda con el resto de ellos en mis sentimientos, puesto que era la primera vez que ella se les unía cuando yo estaba presente.

La siguiente vez que fui a casa de Florinda, don Juan me empujo inesperadamente como lo había hecho antes. Mi sorpresa fue inmensa. Florinda me esperaba en el vestíbulo. Instantáneamente yo había entrado en el estado en el que es visible la pared de niebla.
-Te he contado cómo me enseñaron a mí los principios del arte de acechar -dijo, tan pronto como tomamos asiento en el sofá de su sala-. Ahora, tú tienes que hacer lo mismo. ¿Cómo te los enseñó a ti el nagual Juan Matus?
Le dije que no podía recordar al instante. Tenía que pensar, y no podía pensar. Mi cuerpo estaba asustado.
-No compliques las cosas -me dijo con tono autoritario-. El tiro es la simpleza. Aplica toda la concentración que tienes para decidir si entras o no en la batalla, porque cada batalla es de vida o muerte. Este es el tercer principio del arte de acechar. Un guerrero debe de estar dispuesto y listo para entrar en su última batalla, al momento y en cualquier lugar. Pero no así nomás a la loca.
Yo no podía organizar mis pensamientos. Estiré las piernas y me tendí en el sofá. Inhalé profundamente varias veces para calmar la agitación de mi estómago, que parecía estar hecho nudos.
-Bien -dijo Florinda-, veo que estás aplicando el cuarto principio del arte de acechar. Descansa, olvídate de ti mismo, no tengas miedo a nada. Sólo entonces los poderes que nos guían nos abren el camino y nos auxilian. Sólo entonces.
Luché por recordar cómo don Juan me había enseñado los principios del arte de acechar. Por aluna razón inexplicable mi mente se rehusaba a concentrarse en experiencias pasadas. Don Juan sólo era un vago recuerdo. Me puse en pie y empecé a examinar el salón.
El cuarto en que nos hallábamos había sido arreglado exquisitamente. El piso estaba hecho con grandes baldosas de color de ante; el que lo hizo debió ser un excelente artesano. Estaba a punto de examinar los muebles. Avancé hacia una bella mesa marrón oscuro. Florinda saltó a mi lado y me sacudió vigorosamente.
-Has aplicado correctamente el quinto principio del arte de acechar -dijo-. No te dejes llevar por la corriente.
-¿Cuál es el quinto principio?
-Cuando se enfrentan a una fuerza superior con la que no pueden lidiar, los guerreros se retiran por un momento -dijo-. Dejan que sus pensamientos corran libremente. Se ocupan de otras cosas. Cualquier cosa puede servir.
"Eso es lo que acabas de hacer. Pero ahora que lo has logrado, debes aplicar el sexto principio: los guerreros comprimen el tiempo, todo cuenta, aunque sea un segundo. En una batalla por tu vida, un

segundo es una eternidad, una eternidad que puede decidir la victoria. Los guerreros tratan de triunfar, por tanto comprimen el tiempo. Los guerreros no desperdician ni un instante.

De repente, una enormidad de recuerdos erupcionó en mi mente. Agitadamente le dije a Florinda que ya podía recordar la primera vez que don Juan me puso en contacto con esos principios. Florinda se puso los dedos en los labios con un gesto que exigía mi silencio. Dijo que sólo había estado interesada en ponerme cara a cara con los principios, pero que no quería que le relatase esas experiencias.

Florinda continuó su historia. Me dijo que mientras la curandera la exhortaba a que regresara sin Celestino, también la hizo beber una pócima que le alivió el dolor casi instantáneamente, y le susurró al oído que ella, Florinda, por su propia cuenta, tenía que tomar una decisión importantísima. Debía, por tanto, tranquilizarse ocupando su mente en otras cosas, pero que no desperdiciara ni un momento, una vez que hubiera llegado a una decisión.

En casa, Florinda, con una convicción inquebrantable, expuso su deseo de regresar. Celestino no vio cómo oponerse.

-Casi inmediatamente regresé a ver a la curandera -continuó Florinda-. Esa vez nos fuimos a caballo. Me llevé a los sirvientes en quienes más confiaba, la muchacha que me había dado el veneno y un hombre que se encargara de los caballos. La pasamos muy dura en esas montañas; los caballos estaban muy nerviosos por la pestilencia de mi pierna, pero como quiera pudimos llegar. Sin saberlo había utilizado el tercer principio del arte de acechar. Me había jugado la vida, o lo que me quedaba de ella. Estaba dispuesta y lista para morir. No fue una gran decisión de mi parte, de cualquier manera ya me estaba muriendo. La verdad es que cuando un ser humano está medio muerto, como en mi caso, no con grandes dolores pero sí con grandes incomodidades y sufrimientos emocionales, uno tiende a ser tan indolente y débil que ningún esfuerzo es posible.

"Me quedé seis días en casa de la curandera. Para el segundo día ya me sentía mejor. Bajó la hinchazón. El rezumo de la pierna se había secado. Ya no tenía más dolor. Sólo me hallaba un tanto débil y las rodillas me temblaban cuando quería caminar.

"Durante el sexto día la curandera me llevó a su cuarto. Me trató muy ceremoniosamente y, mostrándome todas las consideraciones, me hizo sentar en su cama y me dio café. Se sentó a mis pies mirándome a los ojos. Puedo recordar exactamente sus palabras. 'Estás muy, pero muy enferma y sólo yo te puedo curar', me dijo. 'Si yo no te curo, te morirás de una manera horripilante. Puesto que eres una imbécil, vas a durar hasta lo último. Por otra parte, yo te podría curar en un solo día, pero no lo voy a hacer. Vas a tener que seguir viniendo aquí hasta que hayas comprendido lo que tengo que enseñarte. Sólo hasta entonces te curaré por completo; de otra manera, siendo tan imbécil como eres, nunca regresarías'.

Florinda me contó que la curandera, con gran paciencia, le explicó los puntos más delicados de su decisión de ayudarla.

Florinda no entendió una sola palabra. La explicación la hizo creer más que nunca que la curandera estaba chiflada.

Cuando la curandera se dio cuenta de que Florinda no la entendía, se puso más seria y la hizo repetir una y otra vez, como si Florinda fuera una niña, que sin la ayuda de la curandera su vida estaba acabada, y que la curandera podía decidir en cualquier momento cancelar la cura y dejarla morir. Por último, la mujer perdió la paciencia cuando Florinda empezó a pedirle de rodillas que terminara de curarla y que la enviara a casa con su familia. La curandera tomó una botella que contenía la medicina de Florinda y la estrelló en el suelo.

Florinda decía que entonces derramó las únicas lágrimas verdaderas de su vida. Le expresó a la curandera que todo lo que quería era curarse y que estaba dispuesta a pagarle lo que pidiera. La mujer le dijo

que ya era muy tarde para un pago monetario, no quería su dinero, lo que quería era que Florinda le prestara atención.
Florinda admitía que ella había aprendido, en el transcurso de su vida, a obtener todo lo que deseaba. Sabía cómo ser obstinada, le dijo a la curandera que seguramente cantidades de pacientes llegaban todos los días, medio muertos como ella, y la curandera sí aceptaba su dinero... ¿por que su caso era distinto? La respuesta de la curandera, que para Florinda no explicó nada, era que siendo una vidente, ella había visto el cuerpo luminoso de Florinda, y vio que ella y la curandera eran exactamente iguales. Florinda pensó que esa mujer tenía que estar loca para no darse cuenta de que había un mundo de diferencia entre las dos. La curandera era una vulgar india primitiva sin educación, mientras que Florinda era rica, hermosa y blanca.
Florinda le preguntó a la curandera qué planeaba hacer con ella. La curandera le dijo que se le había encargado curarla y después enseñarle algo de suma importancia. Florinda quiso saber quién le había encargado todo eso. La curandera le respondió que el Águila. . . , esta respuesta convenció a Florinda de que la mujer estaba loca, y sin embargo tuvo que acceder. Le dijo a la mujer que estaba dispuesta a hacer lo que fuera.
La curandera cambió de actitud instantáneamente. Empaquetó un remedio para que Florinda lo llevase a casa y le dijo que regresara tan pronto como pudiera.
-Como ya sabes -prosiguió Florinda-, el maestro tiene que engatusar a su discípulo. Me embaucó con la cura. Ella tenía razón. Yo era tan idiota que si ella me hubiera curado inmediatamente, yo habría regresado a mi estúpida vida, como si nunca me hubiera sucedido nada. Pero eso es lo que todos hacemos, ¿no?
Florinda regresó a casa de la curandera la semana siguiente. Al llegar se encontró con el anciano que antes había conocido. Este la saludó como si fueran íntimos amigos. Le dijo que ya hacía varios días que la curandera había salido, pero que regresaría hasta después de algunos días y que le había encargado a él unos remedios para el dolor de su pierna. En un tono muy amistoso pero autoritario le dijo a Florinda que la ausencia de la curandera la dejaba a ella con dos posibilidades de acción: o bien se regresaba a su casa, posiblemente empeorada debido al viaje tan fatigoso, o bien podía seguir las instrucciones cuidadosamente delineadas que la curandera había dejado para ella. Añadió que si decidía quedarse e iniciar inmediatamente su tratamiento, en tres o cuatro meses estaría como nueva. Sin embargo, había una estipulación: si decidía quedarse tenía que permanecer en casa de la curandera ocho días consecutivos y, por consiguiente, tenía que deshacerse de sus sirvientes mandándolos a casa.
Florinda decía que para ella no había decisión alguna: tenía que quedarse. El viejo inmediatamente le hizo beber la poción que la curandera al parecer le había dejado. Se quedó conversando con ella la mayor parte de la noche. Su presencia le inspiraba confianza, su amena conversación encendió el optimismo y la fe de Florinda. Los dos sirvientes se fueron al día siguiente, después de desayunar. Florinda no tenía el menor miedo. Confiaba en el hombre implícitamente. Este le dijo que tenía que construir una caja para su tratamiento, de acuerdo con las instrucciones de la curandera. La hizo sentar en una silla baja, que había sido colocada en el centro de un área circular desprovista de vegetación. El anciano le presentó a tres jóvenes y dijo que eran sus ayudantes. Dos eran indios y el tercero blanco.
Los cuatro empezaron a trabajar y en menos de una hora construyeron una caja en torno a la silla donde Florinda estaba sentada. Cuando terminaron, Florinda quedó compactamente encajonada. La caja tenía un enrejado en la parte superior para permitir la ventilación. Uno de los lados tenía bisagras para que sirviera de puerta.
El anciano abrió la puerta y ayudó a Florinda a salir de la caja, y la llevó a la casa

a que le ayudara a preparar su propia medicina. Dijo que quería tener la medicina lista para cuando llegara la curandera.
A Florinda le fascinó la manera como trabajaba el viejo. Este hizo una mezcla con plantas de olor fétido y le preparó una cubeta con líquido caliente. Sugirió que si introducía la pierna en la cubeta, el calor del líquido le haría mucho bien, y si quería hasta podría beber la mezcla que le había preparado, antes de que ésta perdiera potencia. Florinda obedeció sin hacer preguntas. El alivio que sintió fue maravilloso.
El viejo después le asignó una habitación e hizo que los jóvenes metieran la caja dentro del cuarto. Le dijo que podrían pasar varios días sin que regresara la curandera; en tanto, ella debía de seguir meticulosamente todas las instrucciones que la mujer había dado. Florinda estuvo de acuerdo, y él sacó una lista con tareas. Estas incluían largas caminatas a fin de recoger las plantas medicinales requeridas para su tratamiento, y su asistencia en prepararlas.
Florinda me contó que pasó doce días allí en vez de ocho, porque sus sirvientes se demoraron en regresar a causa de unas lluvias torrenciales. No fue sino hasta el décimo día que se dio cuenta de que la curandera había estado en casa todos esos días y que el viejo en realidad era el verdadero curandero.
Florinda rió al describir su sorpresa. El señor le había jugado un ardid a fin de hacerla participar activamente en su propia curación. Más aún, bajo el pretexto de que la curandera así lo exigía, la metió en la caja cuando menos seis horas diarias a fin de que cumpliera una tarea específica que llamó la "recapitulación".
En ese punto de su narración, Florinda me miró fijamente y concluyó que era hora de que me fuera.

En nuestro siguiente encuentro, Florinda me explicó que el anciano era su benefactor, y que ella era la primera acechadora que las mujeres del grupo de su benefactor habían encontrado para el nagual Juan Matus. Pero nada de esto sabía ella en aquel entonces, a pesar de que su benefactor la hizo cambiar de niveles de conciencia y le reveló todo eso. Ella había sido siempre hermosa; la educaron sólo para que sacara partido de ello y eso era una impenetrable salvaguarda que la hacia invulnerable al cambio.
Su benefactor sabía todo esto y concluyó que Florinda necesitaba más tiempo para cambiar. Concibió un plan para sacarse a Celestino de encima. Poco a poco hizo ver a Florinda ciertos aspectos de la personalidad de Celestino que ella nunca tuvo el valor de enfrentar por su propia cuenta. Celestino era muy posesivo con todo lo que le pertenecía: su dinero y Florinda se hallaban en lo más alto de su jerarquía. Había sido forzado a tragarse su orgullo después de la humillación que sufrió a manos de la curandera, porque ésta cobraba muy poco y Florinda estaba evidentemente recuperándose. Celestino estaba esperando que le llegara la hora de su venganza.
Florinda me dijo que un día su benefactor le planteó que el peligro estribaba en que su recuperación completa iba a ser demasiado rápida y que Celestino decidiría, ya que él tomaba todas las decisiones de la casa, que ya no había ninguna necesidad de que Florinda viera a la curandera. Para resolver ese problema, le dio a Florinda una pomada, con instrucciones de que se la aplicara en la otra pierna. El ungüento olía muy mal y producía una irritación en la piel que semejaba la proliferación de la enfermedad. Su benefactor le recomendó que lo usara cada vez que quisiera regresar a verlo, aunque no necesitara tratamiento.
Florinda me contó que tardó un año en curarse. En el transcurso de ese tiempo, su benefactor le hizo conocer la regla y la instruyó en el arte de acechar. La hizo aplicar los principios del acecho en las cosas que hacía diariamente; las cosas pequeñas primero, hasta llegar a las cuestiones principales de su vida.
En el transcurso de ese año, su benefactor

también la presentó con el nagual Juan Matus. La primera impresión que Florinda tuvo de él, fue que era un joven chistoso y al mismo tiempo muy serio. Luego, cuando lo conoció más a fondo, lo vio como el hombre más indomable y aterrador que jamás había conocido. Me dijo que el nagual Juan Matus fue quien la ayudó a escaparse de Celestino. El y Silvio Manuel la pasaron de contrabando a través de los puestos de inspección del ejército. Celestino había presentado una demanda legal de abandono de hogar y, como era un hombre influyente, había utilizado sus recursos para tratar de impedir que ella lo abandonara.

A causa de esto, su benefactor tuvo que radicarse en otra parte de México y ella tuvo que permanecer escondida con él durante años; esta situación fue apropiada para Florinda, ya que tenía que llevar a cabo la tarea de recapitular, y para ello requería absoluta quietud y soledad.

Me explicó que la recapitulación es el fuerte de los acechadores, de la misma manera como el cuerpo de ensueño es el fuerte de los ensoñadores. Consistía en recordar la vida de uno hasta el detalle más insignificante. Por ello su benefactor le había dado la enorme caja de madera como símbolo y herramienta. Era una herramienta que le permitió aprender a concentrarse; tuvo que sentarse allí durante varios años, hasta que toda su vida pasó ante sus ojos. Y era un símbolo de los estrechos linderos de nuestra persona. Su benefactor le dijo que cuando hubiera terminado la recapitulación debía romper la caja para simbolizar que ya no estaba sujeta a las limitaciones de su persona.

Me dijo que los acechadores usan cajas o ataúdes de tierra para encerrarse adentro de ellos en tanto reviven, pues no se trata sólo de recordar cada momento de sus vidas. La razón por la que los acechadores deben recapitular sus vidas de forma tan meticulosa es que el don del Águila al hombre incluye la buena voluntad de aceptar un sustituto en vez de la conciencia genuina, si tal sustituto en verdad es una réplica perfecta. Florinda me explicó que ya que la conciencia es el alimento del Águila, ésta puede quedar satisfecha con una recapitulación perfecta en lugar de la conciencia misma.

Florinda me dio entonces los aspectos fundamentales de la recapitulación. Dijo que la primera etapa consiste en un breve cómputo de todos los incidentes de nuestras vidas que de una manera patente se prestan a nuestro escrutinio.

La segunda fase es un cómputo más detallado, que empieza en un punto que podría ser el momento previo a que el acechador tome asiento en la caja, y sistemáticamente se extiende, al menos en teoría, hasta el mismo momento del nacimiento.

Me aseguró que una recapitulación perfecta podía cambiar a un guerrero aún más que el control total del cuerpo de ensueño. En este aspecto, ensoñar y acechar conducen al mismo fin: el ingreso en la tercera atención. Sin embargo, para un guerrero era importante conocer y practicar ambos. Me dijo que una mujer sólo puede dominar uno de los dos, según las configuraciones en el cuerpo luminoso. Por otra parte, los hombres pueden practicar ambos con gran facilidad, pero jamás llegan a obtener el nivel de eficacia que las mujeres logran en cada arte.

Florinda me explicó que el elemento clave al recapitular era la respiración. El aliento, para ella, era mágico, porque se trataba de una función que da la vida. Dijo que recordar se vuelve fácil si uno puede reducir el área de estimación en torno al cuerpo. Por eso se debe usar la caja; después, la respiración misma fomenta recuerdos cada vez más profundos.

En teoría, los acechadores tienen que recordar cada sentimiento que han tenido en sus vidas, y este proceso se inicia con una respiración. Florinda me advirtió que todo lo que me estaba enseñando eran sólo los preliminares, que, algún día en el futuro y en un lugar distinto, me enseñaría lo más intrincado.

Florinda me contó que su benefactor empezó haciéndola compilar una lista de los

eventos por revivir. Le dijo que el procedimiento comienza con una respiración inicial. Los acechadores empiezan cada sesión con la barbilla en el hombro derecho y lentamente inhalan en tanto mueven la cabeza en un arco de ciento ochenta grados. La respiración concluye sobre el hombro izquierdo. Una vez que la inhalación termina, la cabeza regresa a la posición frontal y exhalan mirando hacia delante.
Los acechadores entonces toman el evento que se halla a la cabeza de la lista y se quedan allí hasta que han sido recontados todos los sentimientos invertidos en él. A medida que recuerdan inhalan lentamente moviendo la cabeza del hombro derecho al izquierdo. Esta respiración cumple la función de restaurar la energía. Florinda sostenía que el cuerpo luminoso constantemente crea filamentos que semejan telarañas, y que éstos son propulsados por fuera de la masa luminosa por emociones de cualquier tipo. Por tanto, cada situación en la que hay acción social, o cada situación en que participan los sentimientos es potencialmente agotadora para el cuerpo luminoso. Al respirar de derecha a izquierda, cuando se recuerda un acontecimiento los acechadores, a través de la magia de la respiración, recogen los filamentos que dejaron atrás. La siguiente inmediata respiración es de izquierda a derecha, y es una exhalación. Con ella, los acechadores expulsan los filamentos que otros cuerpos luminosos, que tuvieron que ver en el acontecimiento que se recuerda, dejaron en ellos.
Florinda afirmó que éstos eran los preliminares obligatorios del acecho, por lo que todos los miembros de su grupo tuvieron que pasar como introducción a los ejercicios más exigentes de ese arte. A no ser que los acechadores hayan pasado por estos preliminares a fin de recobrar los filamentos que dejaron en el mundo, y particularmente a fin de descartar aquellos que otros seres luminosos dejaron en ellos, no hay posibilidad de manejar el desatino controlado. Esos filamentos ajenos son la base de nuestra ilimitada capacidad de sentirnos importantes. Florinda mantenía que para practicar el desatino controlado, puesto qué no está hecho para engañar a la gente, uno tiene que ser capaz de reírse de sí mismo. Florinda me dijo que uno de los resultados de la recapitulación detallada es la capacidad de estallar en risa genuina cuando uno se encuentra cara a cara con las aburridas repeticiones que el yo personal hace acerca de su importancia.
Florinda subrayaba que la regla definía el acecho y el ensueño como artes, por tanto, eran algo que uno pone en obra, algo que uno lleva a cabo. Decía que la naturaleza intrínseca del aliento es dar vida, y que eso es lo que le da capacidad de limpiar el cuerpo luminoso. Esta capacidad es la que convierte a la recapitulación en una cuestión práctica.

En nuestro siguiente encuentro, Florinda resumió lo que llamó sus instrucciones de último minuto. Aseveró que, puesto que el mutuo acuerdo del nagual Juan Matus y de su grupo de guerreros había sido que yo no necesitaba tratar con el mundo de la vida cotidiana, me habían enseñado a ensoñar y no a acechar. Me explicó que esa decisión se había modificado radicalmente, y que ellos se habían visto en una posición incómoda: ya no tenían tiempo para enseñarme a acechar. Ella tenía que quedarse en la periferia de la tercera atención, para poder cumplir esta tarea en un tiempo posterior, cuando yo estuviera listo. Por otra parte, si yo pudiera abandonar el mundo con ellos, a ella se le exoneraría de esa responsabilidad.
Florinda me dijo que su benefactor consideraba las tres técnicas básicas del acecho -la caja, la lista de eventos a recapitular, y la respiración del acechador- cómo las tres tareas más importantes que un guerrero puede llevar a cabo. Su benefactor estaba convencido de que una recapitulación profunda es el medio más expedito para perder la forma humana. De allí que les es más fácil a los acechadores, después de recapitular sus vidas, hacer uso de todos

los no-haceres del yo personal, como son borrar la historia personal, perder la importancia en uno mismo, romper las rutinas, etcétera.

Florinda me dijo que su benefactor les dio a todos ellos ejemplos prácticos de cada una de las facetas de su conocimiento. Actuaba directamente de acuerdo con sus premisas de guerrero, y luego les daba las razones de guerrero por haber actuado del tal modo. En el caso de Florinda, siendo él un maestro del arte de acechar, montó el ardid de la enfermedad y la cura, que no sólo era congruente con las acciones del guerrero, sino que representaba una introducción magistral a los siete principios básicos del arte de acechar. Primero atrajo a Florinda al campo de batalla de él, donde ella se encontraba a su merced; la forzó a eliminar todo lo que no le era esencial, le enseñó a jugarse la vida con cada decisión, le enseñó cómo calmarse, la hizo entrar en un nuevo y optimista estado de ánimo a fin de ayudarla a reagrupar sus recursos, le enseñó a comprimir el tiempo, y, por último, le mostró que un acechador jamás deja ver su juego, jamás se pone al frente de nada.

Florinda se impresionó vivamente con este último principio. Para ella, éste condensaba todo lo que me quería decir en sus instrucciones de último minuto.

-Mi benefactor era el jefe -dijo Florinda-. Y, sin embargo, al mirarlo, nadie lo hubiera creído. Siempre ponía como frente a una de sus guerreras, mientras que él, con toda libertad, se codeaba con los pacientes fingiendo ser uno de ellos; o, si no, se hacía pasar por un viejo senil que constantemente barría las hojas secas con una escoba casera.

Florinda me explicó que para aplicar el séptimo principio del arte de acechar, hay que aplicar los otros seis. Su benefactor vivía de ese modo. Los siete principios aplicados meticulosamente le permitían observar todo sin ser el punto de enfoque. Gracias a ello podía evitar o parar conflictos. Si había una disputa, ésta nunca tenía que ver con él, sino con la que actuaba como dirigente, la curandera.

-Espero que para esas alturas te hayas dado cuenta -continuó Florinda- que sólo un maestro acechador puede ser un maestro del desatino controlado. El desatino controlado no significa embaucar a la gente. Significa, como me lo explicó mi benefactor, que los guerreros aplican los siete principios básicos del arte de acechar en cualquier cosa que hacen, desde, los actos más triviales hasta las situaciones de vida o muerte.

"Aplicar estos principios produce tres resultados. El primero es que los acechadores aprenden a nunca tomarse en serio: aprenden a reírse de sí mismos. Puesto que no tienen miedo de hacer el papel de tontos, pueden hacer tonto a cualquiera. El segundo es que los acechadores aprenden a tener una paciencia sin fin. Los acechadores nunca tienen prisa, nunca se irritan. Y el tercero es que los acechadores aprenden a tener una capacidad infinita para improvisar.

Florinda se puso en pie. Como de costumbre, habíamos estado sentados en la sala. Al instante supuse que la conversación había concluido. Me dijo que había otro tema más que debía presentarme, antes de despedirnos. Me llevó a otro patio dentro de la casa. Nunca había estado antes allí. Florinda llamó a alguien en voz muy queda y una mujer salió de su cuarto. Por un momento no la reconocí. La mujer me habló y sólo entonces advertí que se trataba de doña Soledad. Su cambio era estupendo. Se veía increíblemente más joven, más fuerte.

Florinda me dijo que Soledad había estado dentro de una caja, recapitulando durante cinco años, y que el Águila había aceptado su recapitulación en vez de su conciencia y que la había dejado libre. Doña Soledad asintió con un movimiento de la cabeza. Florinda terminó el encuentro abruptamente y me dijo que era hora de que me fuera porque yo ya no tenía mas energía.

Fui a casa de Florinda muchas veces más. La vi todas las veces, aunque sólo fuera un momento. Me avisó que había decidido

no instruirme más porque era más ventajoso para mí que sólo tratara con doña Soledad.
Doña Soledad y yo nos encontramos muchas veces, siempre en el estado más agudo de conciencia, y lo que tuvo lugar en nuestros encuentros es algo incomprensible para mí. Cada vez que estábamos juntos me hacía sentar a la puerta de su cuarto, con la cara hacia el Este. Ella se acomodaba a mi derecha, rozándome; después hacíamos que la pared de niebla dejara de girar y los dos quedábamos de repente también con la cara hacia el Sur, hacia el interior de su cuarto.
Ya había aprendido con la Gorda a detener la rotación de la pared; y habíamos descubierto correctamente que sólo una porción de nosotros detenía el muro. Era como si de repente yo quedara dividido en dos. Una porción de mi ser total miraba hacia delante y veía una pared que se movía con el movimiento lateral de mi cabeza, mientras que la otra porción, más grande, de mi ser total, se había vuelto noventa grados a la derecha y encaraba una pared inmóvil.
Cada vez que doña Soledad y yo deteníamos la pared, nos quedábamos mirándola fijamente; nunca entrábamos en el área que se halla entre las líneas paralelas, como la mujer nagual, la Gorda y yo lo habíamos hecho incontables veces. Doña Soledad siempre me hacía contemplar la niebla como si ésta fuera un cristal reflejante. Experimentaba entonces la disociación más extravagante. Era como si yo corriera a una velocidad desquiciada. Veía pedazos de paisaje que se formaban en la niebla, y repentinamente me hallaba en otra realidad física; era un área montañosa, rugosa e inhóspita. Doña Soledad siempre estaba allí en compañía de una mujer lindísima que se reía estentóreamente de mí.
Mi incapacidad para recordar lo que hacíamos después era aún más aguda que mi incapacidad de recordar lo que la mujer nagual, la Gorda y yo hicimos en el área que se halla entre las líneas paralelas. Parecía que doña Soledad y yo entrábamos en otra zona de conciencia que me era desconocida. Yo, por cierto, estaba ya en lo que creía ser mi estado de conciencia más agudo y, sin embargo, había algo aún más sutil. El aspecto de la segunda atención que doña Soledad obviamente me estaba ayudando a verificar era más complejo y más inaccesible que todo lo que he presenciado hasta la fecha. Lo que puedo recordar es la sensación de haberme movido mucho, una sensación física comparable a la de haber caminado kilómetros. También tenía la clara certeza corporal, aunque no puedo concebir por qué, de que doña Soledad, la otra mujer y yo intercambiábamos palabras, pensamientos, sentimientos. Pero no podría especificarlos.
Después de cada encuentro con doña Soledad, Florinda me hacía irme inmediatamente. Doña Soledad me daba mínimas explicaciones. Parecía que sólo hallarse en el estado de conciencia acrecentada la afectaba tan profundamente que difícilmente podía hablar. Por otra parte, había algo que velamos, esa áspera campiña, además de la lindísima mujer, o algo que hacíamos juntos nos dejaba sin aliento. Ella no podía recordar nada, a pesar de tratarlo desesperadamente.
Le pedí a Florinda que me clarificara la naturaleza de mis viajes con doña Soledad. Ella me dijo que una parte de sus instrucciones de último minuto era hacerme entrar en la segunda atención como lo hacen los acechadores, y que doña Soledad era aún más competente que ella para introducirme en la dimensión del acechador.
En la sesión que vendría a ser la última, Florinda, como había hecho al principio de nuestra instrucción, me esperaba en el vestíbulo. Me tomó del brazo y me llevó a la sala. Tomamos asiento. Me advirtió que no tratara aún de hallarle sentido a mis viajes con doña Soledad. Me explicó que los acechadores son innatamente distintos a los ensoñadores en la manera como utilizan el mundo, y que lo que doña Soledad hacía conmigo era tratar de ayudarme a voltear la cabeza.

Cuando don Juan me describió el concepto de voltear la cabeza del guerrero para enfrentar una nueva dirección, yo lo había entendido como una metáfora que señalaba un cambio de actitud. Florinda me dijo que mi idea era correcta, pero que no se trataba de una metáfora. Era verdad que los acechadores voltean la cabeza; sin embargo, no lo hacen para enfrentar una nueva dirección, sino para enfrentarse al tiempo de una manera distinta. Los acechadores encaran el tiempo que llega. Normalmente encaramos el tiempo cuando éste se va de nosotros. Sólo los acechadores pueden cambiar esta situación y enfrentar el tiempo cuando éste avanza hacia ellos.

Florinda me explicó que voltear la cabeza no significa que uno ve el futuro, sino que uno ve el tiempo como algo concreto, pero incomprensible. Por tanto, era superfluo tratar de clarificar lo que doña Soledad y yo hacíamos. Todo esto tendría sentido cuando yo pudiera percibir la totalidad de mí mismo y tuviese entonces la energía necesaria para descifrar ese misterio

Florinda me dijo, en el tono de alguien que revela un secreto, que doña Soledad era una acechadora suprema, la llamaba la más grande de todas. Decía que doña Soledad podía cruzar las líneas paralelas en cualquier momento. Además, ninguno de los guerreros del grupo del nagual Juan Matus había podido hacer lo que ella había hecho. Doña Soledad, a través de sus técnicas impecables de acechar, había encontrado su ser paralelo.

Florinda me explicó que cualquiera de las experiencias que tuve con el nagual Juan Matus, con Genaro, Silvio Manuel o con Zuleica, sólo eran mínimas porciones de la segunda atención; todo lo que doña Soledad me estaba ayudando a presenciar era también una porción mínima; pero, eso sí, diferente.

Doña Soledad no sólo me había hecho enfrentar el tiempo que llega, sino que también me llevó a su ser paralelo. Florinda definía el ser paralelo como el contrapeso que todos los seres vivientes tienen por el hecho de ser entidades luminosas llenas de energía inexplicable. El ser paralelo de una persona es otra persona del mismo sexo que está unida íntima e inextricablemente a la primera. Coexisten en el mundo al mismo tiempo. Los dos seres paralelos son como las dos puntas de la misma vara.

Florinda me dijo que a los guerreros, por lo general, les es casi imposible encontrar a su ser paralelo. Pero quienquiera que es capaz de lograrlo encontrará en su ser paralelo, tal como lo había hecho doña Soledad, una fuente infinita de juventud y de energía.

Florinda se puso en pie abruptamente, me condujo al cuarto de doña Soledad y me dejó a solas con ella. Quizá porque ya sabía que ése sería nuestro último encuentro, me invadió una extraña ansiedad. Doña Soledad sonrió cuando le referí lo que Florinda me acababa de decir. Dijo, con una verdadera humildad de guerrero, que ella no me estaba enseñando nada, que todo lo que había aspirado a hacer era llevarme donde su ser paralelo, porque allí se retiraría después que el nagual Juan Matus y sus guerreros dejaran el mundo. Dijo que en nuestro encuentro, sin embargo, había ocurrido algo que rebasaba su comprensión. Ella y yo, según Florinda le había explicado, habíamos mutuamente aumentado nuestra energía individual y que eso nos había hecho enfrentar el tiempo venidero, pero no en pequeñas dosis, como Florinda habría preferido que lo hiciéramos, sino en enormes porciones, como mi desenfrenada naturaleza lo quería.

Doña Soledad y yo entramos por última vez juntos en la segunda atención. El resultado de ese encuentro fue aún más asombroso para mí. Doña Soledad, su ser paralelo y yo permanecimos juntos en lo que yo sentí que fue un lapso extraordinariamente largo. Vi todos los rasgos del rostro de su ser paralelo. Sentí que éste trataba de decirme quién era. También parecía saber que ese era nuestro último encuentro. Había una sensación abrumadora de fragilidad en su mirada.

Después, una fuerza que semejaba un viento nos arrojó adentro de algo que no tenía sentido para mí.
Florinda, de repente, me ayudó a levantarme. Me tomó del brazo y me llevó a la puerta. Doña Soledad fue con nosotros. Florinda dijo que iba a ser muy difícil recordar todo lo que había acontecido allí, porque me estaba dando totalmente a mi manía intelectual; esto era un asunto que sólo empeoraría porque ellos estaban a punto de partir del mundo y yo no tendría más a nadie que me ayudara a cambiar niveles de conciencia. Añadió que algún día doña Soledad y yo nos toparíamos de nuevo en el mundo de todos los días.
Fue entonces cuando me volví a doña Soledad y le supliqué que cuando nos viéramos de nuevo me liberara de mi prisión; le dije que si ella fracasaba debería matarme porque yo no quería vivir en la pobreza de mi racionalidad.
-Es una estupidez decir eso -dijo Florinda-. Somos guerreros, y los guerreros tienen una sola meta en la mente: ser libres. Morir y ser devorado por el Águila es el destino del hombre. Por otra parte, querer salirnos de nuestro destino, querer entrar serenos y desprendidos a la libertad, es la audacia final.

XV. LA SERPIENTE EMPLUMADA

Habiendo alcanzado cada una de las metas que especificaba la regla, don Juan y su grupo de guerreros estaban listos para la tarea final, abandonar el mundo. Lo que nos quedaba a la Gorda, a los demás aprendices y a mí era presenciar su salida. Había un solo problema irresoluto: ¿qué hacer con los aprendices? Don Juan decía que, propiamente, deberían acompañarlos incorporándose a su propio grupo; sin embargo, no estaban listos. Las reacciones que habían tenido al intentar cruzar el puente habían demostrado cuáles eran sus debilidades.
Don Juan decía que la decisión de su benefactor de esperar años para congregar el grupo de sus guerreros, había sido una decisión sensata que produjo resultados positivos, en tanto que su propia determinación de reunirme sin pérdida de tiempo con la mujer nagual y mi propio grupo había sido casi fatal para nosotros.
Don Juan no expresaba esto como una queja o una acusación sino como la afirmación de la libertad del guerrero de escoger y aceptar su selección. Dijo, además, que en un comienzo él consideró seriamente seguir el ejemplo de su benefactor, y que de haberlo hecho habría descubierto con la suficiente anticipación que yo no era un nagual como él, y que nadie más, a excepción mía, habría quedado enredado en su mundo. Como estaban las cosas, Lidia, Rosa, Benigno, Néstor y Pablito tenían serias desventajas; la Gorda y Josefina necesitaban tiempo para perfeccionarse; tan sólo Soledad y Eligio estaban a salvo, pues ellos quizás eran más hábiles que los guerreros viejos de su propio grupo. Don Juan añadió que les correspondía a los nueve sopesar las circunstancias desfavorables o favorables y, sin lamentarse ni desesperarse ni darse palmaditas en la espalda, convertir su maldición o bendición en un incentivo.
Don Juan señaló que no todo en nosotros había sido un fracaso: lo poco que nos tocó ver y hacer entre sus guerreros había sido un éxito completo en el sentido de que la regla encajaba en cada uno de mi grupo, a excepción mía. Estuve completamente de acuerdo con él. Para empezar, la mujer nagual era todo lo que la regla. prescribía. Tenía gracia, control; era un ser en guerra y, sin embargo, completamente en paz. Sin ninguna preparación evidente, supo tratar y guiar a todos los dotados guerreros de don Juan a pesar de que éstos tenían la suficiente edad como para ser sus abuelos. Ellos aseguraban que ella era una copia al carbón de la otra mujer nagual que habían conocido. Reflejaba a la perfección a cada una de las ocho guerreras de don Juan y consecuentemente también podía reflejar a las cinco mujeres que él había hallado para mi grupo, pues

éstas eran las réplicas de las mayores. Lidia era como Hermelinda, Josefina era como Zuleica, Rosa y la Gorda eran como Nélida, y Soledad era como Delia.

Los hombres también eran réplicas de los guerreros de don Juan: Néstor era una copia de Vicente; Pablito, de Genaro; Benigno, de Silvio Manuel, y Eligio era como Juan Tuma. La regla en verdad era el exponente de una fuerza inconcebible que había moldeado a esta gente. Sólo mediante una extraña vuelta del destino habían quedado desamparados, sin el guía que encontrara el paso hacia la otra conciencia.

Don Juan decía que los miembros de mi grupo tenían que entrar sin ayuda y por sí solos en la otra conciencia, y que ignoraba si podrían hacerlo, porque eso era algo que a cada quién le correspondía individualmente. El los había ayudado a todos impecablemente; por lo tanto, su espíritu estaba libre de tribulaciones, y su mente libre de especulaciones inútiles. Todo lo que le quedaba por hacer era mostrarnos pragmáticamente lo que significaba cruzar las líneas paralelas en la totalidad de uno mismo.

Don Juan me dijo que, en el mejor de los casos, yo podía ayudar a uno de los aprendices, y que él había escogido a la Gorda a causa de su agilidad en la segunda atención y porque me hallaba familiarizado con ella en extremo. Me dijo que yo no disponía de energía para los demás, debido a que tenía otros deberes que llevar a cabo, otro camino. Don Juan me explicó que cada uno de sus guerreros sabia cuál era esa tarea pero que ninguno de ellos me lo podía revelar porque yo tenía que probar que la merecía. El hecho de que se hallaran al final de su sendero, y el hecho de que yo había seguido fielmente las instrucciones hacía imperativo que la revelación tomase lugar, aunque sólo fuera en una forma parcial.

Cuando llegó el momento de partir, don Juan me dijo cuál era mi tarea. Como me hallaba en un estado de conciencia normal, perdí el verdadero sentido de lo que me dijo. Hasta el último momento don Juan trató de inducirme a unir mis dos estados de conciencia. Todo habría sido muy simple si yo hubiera podido efectuar esa fusión. Como no pude, sólo fui tocado racionalmente por sus revelaciones. Don Juan me hizo luego cambiar de niveles de conciencia a fin de permitirme apreciar el evento de su partida total en términos más abarcantes. Repetidamente me advirtió que estar en la conciencia del lado izquierdo es una ventaja sólo en cuanto se acelera nuestra comprensión. Es una desventaja porque nos permite enfocar con inconcebible lucidez sólo una cosa a la vez, y esto nos vuelve vulnerables. No se puede actuar independientemente mientras se está en la conciencia del lado izquierdo; uno tiene que ser ayudado por guerreros que han obtenido la totalidad de sí mismos y saben cómo desempeñarse en ese estado.

La Gorda me dijo que un día el nagual Juan Matus y Genaro reunieron a todos los aprendices en su casa. Él nagual los hizo cambiar a la conciencia del lado izquierdo, y les dijo que su tiempo en la tierra había llegado a su fin.

La Gorda no le creyó en un principio. Estaba convencida de que don Juan trataba de asustarlos para que actuaran como guerreros. Pero después se dio cuenta de que había un brillo en sus ojos que nunca le había visto.

Después de hacerlos cambiar de niveles de conciencia, don Juan habló con cada uno de ellos individualmente y a cada uno le hizo un resumen de todos los conceptos y procedimientos que les había enseñado. Conmigo hizo lo mismo, pero en mi caso condujo el resumen en ambos estados de conciencia, el día anterior a su viaje definitivo. Por cierto, me hizo cambiar de su lado al otro varias veces, como si quisiera estar seguro de que yo me hallaba completamente saturado en los dos.

Por mucho tiempo me fue imposible recordar, lo que tuvo lugar después del resumen. Un día, la Gorda finalmente logró romper las barreras de mi memoria. Me

dijo que ella había estado en mi mente, como si me leyera por dentro. Afirmó que lo que mantenía cerrada mi memoria era el miedo que yo tenía de recordar algo dolorosísimo. Lo que había ocurrido en casa de Silvio Manuel la noche previa al viaje definitivo se hallaba inseparablemente enredado con mi terror. Dijo que tenía la clarísima sensación de que ella también tuvo miedo, pero ignoraba la razón. Tampoco podía recordar exactamente qué había ocurrido en casa, específicamente en el cuarto donde tomamos asiento.

Conforme la Gorda hablaba sentí como si me estuviera cayendo dentro de un abismo. Comprendí que algo en mí trataba de establecer una conexión entre dos diferentes acontecimientos que yo había presenciado en los dos estados de conciencia. En mi lado izquierdo tenía encerrado los recuerdos de don Juan y su grupo de guerreros en su último día en la tierra; en mi lado derecho estaba el recuerdo de haber saltado en una barranca. Al tratar de unir los dos lados experimenté una sensación total de descenso físico. Mis rodillas se doblaron y me desplomé en el suelo.

La Gorda dijo que lo que me pasaba era que había llegado a mi conciencia del lado derecho un recuerdo que surgió en ella cuando yo hablaba. Recordó que habíamos hecho un intento más de cruzar las líneas paralelas con el nagual Juan Matus y su grupo. Dijo que ella y yo juntos con el resto de los aprendices habíamos tratado una vez más de cruzar el puente.

Yo no podía enfocar ese recuerdo. Parecía haber una fuerza constrictora que me pedía organizar mis pensamientos. La Gorda dijo que Silvio Manuel le había dicho al nagual Juan Matus que me preparara a mí y a los demás aprendices para cruzar. No quería dejarme en el mundo, porque creía que yo no tenía la menor posibilidad de cumplir mi tarea. El nagual no estuvo de acuerdo con él, pero llevó a cabo las preparaciones no obstante lo que pensaba.

La Gorda me dijo que recordaba que yo había ido en mi auto a su casa para llevarla a ella y a los demás aprendices a casa de Silvio Manuel. Ellos se quedaron allí mientras yo regresaba con el nagual Juan Matus y con Genaro a fin de prepararme para el cruce.

No pude recordar nada. Ella insistió en que debía de utilizarla como guía, puesto que nos hallábamos íntimamente unidos; me aseguró que yo podía leerle la mente y encontrar algo allí que podría despertar la totalidad de mi recuerdo.

Mi mente se hallaba en un estado de gran turbación. Una sensación de ansiedad me prevenía incluso concentrarme en lo que la Gorda decía. Ella siguió hablando, describiendo lo que recordaba de nuestro segundo intento por cruzar el puente. Refirió que Silvio Manuel los había arengado. Les dijo que el entrenamiento que tenían era suficiente como para tratar de cruzar nuevamente; lo que necesitaban para entrar plenamente en el otro yo era abandonar el intento de la primera atención. Una vez que se hallaran en la conciencia del otro yo, el poder del nagual Juan Matus y de su grupo los recogería y los elevaría a la tercera atención con gran facilidad: esto era algo que no podían hacer si los aprendices se hallaban en su conciencia normal.

De pronto, ya no escuchaba más a la Gorda. El sonido de su voz en verdad era como un vehículo para mí y trajo consigo el recuerdo de todo el evento. Me tambaleé ante el impacto. La Gorda cesó de hablar, y conforme yo le describía mi recuerdo, ella también se acordó de todo. Habíamos finalmente juntado las últimas piezas de los recuerdos separados de nuestros dos estados de conciencia.

Recordé que don Juan y don Genaro me prepararon para cruzar mientras yo me hallaba en el estado normal de conciencia. Yo pensé racionalmente que me estaban preparando para dar un salto en un abismo.

La Gorda recordó que a fin de prepararlos a cruzar, Silvio Manuel los había colgado de las vigas del techo en arneses de cuero. Había uno de éstos en cada cuarto de su casa. Los aprendices estuvieron suspendidos en ellos casi todo el día.

La Gorda comentó que tener un arnés en el cuarto de uno es algo ideal. Los Genaros, sin saber realmente lo que estaban haciendo, habían acertado al construir un arnés, tuvieron un recuerdo a medias y crearon su juego. Era un juego que combinaba las cualidades curativas y purificadoras de estar separado del suelo con la concentración que uno requiere para cambiar niveles de conciencia. El juego en realidad era un artificio que les ayudaba a recordar.

La Gorda me dijo que Silvio Manuel les hizo descender del arnés al atardecer, después de haber estado suspendidos todo el día. Todos fueron con él al puente y esperaron allí con el resto del grupo hasta que el nagual Juan Matus y Genaro llegaron conmigo. El nagual Juan Matus le explicó a todos que el prepararme había tomado más tiempo de lo que él anticipó.

Recordé que don Juan y sus guerreros cruzaron el puente antes que nosotros. Doña Soledad y Eligio automáticamente fueron con ellos. La mujer nagual fue la última que cruzó. Desde el otro lado del puente, Silvio Manuel nos indicó que empezáramos a caminar. Sin decir una sola palabra, todos nosotros, empezamos. A la mitad del puente, Lidia, Rosa y Pablito parecieron no poder dar otro paso. Benigno y Néstor llegaron casi hasta el final y después se detuvieron. Solamente la Gorda, Josefina y yo llegamos a donde don Juan y los otros se encontraban.

Lo que ocurrió después fue bastante parecido a lo que sucedió la primera vez que intentamos cruzar. Silvio Manuel y Eligio habían abierto algo que yo creí que era una grieta real. Tuve la energía suficiente para concentrar mi atención en ella. No era la colina que se encontraba junto al puente, ni tampoco era una apertura en la pared de niebla, aunque podía distinguir un vapor neblinoso en torno a la grieta. Era una misteriosa y oscura apertura que se erguía por sí sola al margen de todo lo demás; era del tamaño de un hombre, pero estrecha. Don Genaro hizo una broma y la llamó "vagina cósmica", y esta observación produjo risas estentóreas de sus compañeros. La Gorda y Josefina se aferraron a mí y entramos.

Instantáneamente sentí que me trituraban. La misma fuerza incalculable que casi me hizo explotar la primera vez me había atrapado nuevamente. Podía sentir a la Gorda y Josefina fusionándose conmigo. Yo parecía ser más ancho que ellas y la fuerza me aplanó contra las dos juntas. Cuando otra vez me di cuenta de mí mismo, yacía en el suelo con la Gorda y Josefina encima de mí. Silvio Manuel nos ayudó a ponernos en pie. Me dijo que no sería imposible unirnos a ellos en esa ocasión, pero que quizá después, cuando nos hubiéramos afinado hasta la perfección, el Águila nos dejaría pasar.

Cuando regresábamos a su casa, Silvio Manuel me dijo casi en un susurro que su camino y mi camino se habían separado esa noche y que jamás se volverían a cruzar. Me hallaba sólo. Me exhortó a ser frugal y a utilizar mi energía con gran mesura sin desperdiciar ni un ápice de ella. Me aseguró que si yo llegaba a la totalidad de mí mismo sin desgastes excesivos, tendría energía suficiente para cumplir mi tarea. Pero me agotaba excesivamente antes de perder mi forma humana, estaba perdido. Le pregunté si había una manera de evitar el desgaste. Negó con la cabeza. Dijo que mi triunfo o mi fracaso no era asunto de mi voluntad. Después me reveló los detalles de mi tarea. Pero no me dijo cómo llevarla a cabo, sólo que algún día el Águila pondría a alguien en mi camino para decirme cómo cumplirla. Y hasta no haber triunfado, no sería libre.

Cuando llegamos a la casa, nos congregamos todos en una gran habitación. Don Juan tomó asiento en el centro con la cara hacia él sureste. Las ocho guerreras lo rodearon. Se acomodaron en pares en los puntos cardinales, con la cara también hacia el sureste. Después los tres guerreros hicieron un triángulo afuera del círculo, con Silvio Manuel en el vértice que apuntaba al sureste. Las dos mujeres propios se sentaron flanqueándolo, y los dos

hombres propios se acomodaron frente a él, casi contra la pared.

La mujer nagual hizo que los aprendices hombres tomaran asiento contra la pared del Esté, e hizo que las mujeres se sentaran contra la pared del Oeste. Después me condujo a un lugar que se hallaba directamente atrás de don Juan. Allí nos sentamos juntos.

Permanecimos sentados lo que yo creí que sólo era un instante, y sin embargo sentí una oleada de extraña energía. Cuando le pregunté a la mujer nagual por qué nos habíamos levantado tan rápidamente, me contestó que habíamos estado sentados allí durante varias horas, y que algún día, antes de que entrara a la tercera atención, todo eso tendría sentido para mí.

La Gorda afirmó que ella no sólo tuvo la sensación de que estuvimos sentados sólo un instante, sino que nunca le dijeron que eso no había sido así. Lo único que el nagual le dijo después era que tenía la obligación de ayudar a los demás aprendices, especialmente a Josefina, y que un día yo regresaría para darle el empujón final para cruzar totalmente hacia el otro yo. Ella estaba atada a mí y a Josefina. En nuestro ensoñar juntos, bajo la supervisión de Zuleica, habíamos intercambiado enormidades de nuestra luminosidad. Por esa razón pudimos resistir juntos la presión del otro yo al entrar en él con todo y cuerpo. También le dijo que el poder de los guerreros de su grupo fue lo que hizo que el cruce fuera fácil esa vez, y que cuando ella tuviera que cruzar por sí misma tenía que hacerlo a través del ensueño.

Después de que nos pusimos en pie, Florinda se acercó a donde yo estaba. Me tomó del brazo y caminamos por el cuarto, mientras don Juan y sus guerreros hablaban con los otros aprendices.

Me dijo que no debía permitir que los eventos de esa noche, en el puente, me confundieran. Yo no debería de creer, como creyó una vez el nagual Juan Matus, que en realidad hay una entrada física hacia el otro yo. La grieta que yo había visto simplemente era una construcción del intento de todos ellos; un intento que fue atrapado por una combinación entre la observación del nagual Juan Matus con entradas reales y el grotesco sentido del humor de Silvio Manuel: la mezcla de ambos produjo la vagina cósmica. Hasta donde ella sabía, el paso de un yo al otro no tenía características físicas. La vagina cósmica era una expresión física del poder de los hombres para mover "la rueda del tiempo".

Florinda me explicó que cuando ella o sus compañeros hablaban del tiempo, no se referían a algo que se mide con los movimientos del reloj. El tiempo es la esencia de la atención; las emanaciones del Águila están compuestas de tiempo, y, propiamente hablando, cuando uno entra en cualquier aspecto del otro yo, uno empieza a familiarizarse con el tiempo.

Florinda me aseguró que esa noche, cuando estábamos sentados en formación, ellos tuvieron su última oportunidad de ayudarnos, a mí y a los aprendices, a encarar la rueda del tiempo. Dijo que la rueda del tiempo es como un estado de conciencia acrecentada del otro yo, así como la conciencia del lado izquierdo es el estado de conciencia acrecentada del yo de todos los días. La rueda del tiempo podía describirse físicamente como un túnel de largo infinito, un túnel con surcos reflectores. Casa surco es infinito, y hay cantidades infinitas de ellos. Las criaturas vivientes están obligadas, por la fuerza de la vida, a contemplar compulsivamente uno de esos surcos. Contemplarlo significa ser atrapado por él, vivir ese surco.

Florinda aseveró que lo que los guerreros llaman voluntad pertenece a la rueda del tiempo. Es algo semejante a un tentáculo intangible que todos nosotros poseemos. Dijo que el designio final del guerrero consiste en aprender a concentrarlo en la rueda del tiempo con el fin de hacerla girar. Los guerreros que han logrado hacer girar la rueda del tiempo puede contemplar, cualquier surco y extraer de él lo que deseen, como, por ejemplo, la vagina cósmica. Ser atrapado compulsivamente en cualquier surco del tiempo implica ver las

imágenes de ese surco conforme se alean. Ser libre de la fuerza fascinante de esos surcos significa que uno puede ver en cualquier dirección, ya sea cuando las imágenes se alejan o cuando se aproximan.

Florinda dejó de hablar y me abrazó. Me susurró al oído que regresaría a finalizar su instrucción algún día, cuando yo hubiese ganado la totalidad de mí mismo.

Don Juan pidió a todos que se acercaran a donde yo estaba. Me rodearon. Don Juan fue el primero en hablarme. Dijo que yo no podía ir con ellos en su viaje definitivo porque era imposible que retractara mi tarea. Bajo esas circunstancias lo único que ellos podían hacer por mí era darme sus mejores votos. Añadió que los guerreros no tienen vida propia. A partir del momento en que comprenden la naturaleza de la conciencia, dejan de ser personas y la condición humana ya no forma parte de su visión. Yo tenía un deber como guerrero y sólo eso era lo que contaba a fin de cumplir la tenebrosa tarea que me había confiado. Puesto que yo había prescindido de mi vida, ellos ya no tenían nada que decirme, salvo que debería dar lo mejor de mí. Y yo tampoco tenía nada que decirles, salvo que había comprendido y qué aceptaba mi destino.

Después, Vicente vino a mi lado. Habló muy quedamente. Dijo que el reto de un guerrero consiste en llegar a un equilibrio muy sutil de fuerzas positivas y negativas. Este reto no quiere decir que un guerrero deba de luchar por tener todo bajo su control, sino que el guerrero debe de luchar por enfrentar cualquier situación concebible, lo esperado y lo inesperado, con igual eficiencia. Ser perfecto en circunstancias perfectas es ser un guerrero de papel. Mi desafío consistía en quedarme atrás. El de ellos era irrumpir en lo desconocido. Ambos desafíos eran agobiantes. Para los guerreros, la excitación de quedarse es igual a la excitación del viaje. Ambos son los mismos, porque los dos entrañan el cumplimiento de un cargo sagrado.

El siguiente que vino a hablarme fue Silvio Manuel; dijo que a él le importaba lo práctico. Me dio una fórmula, un encantamiento para las horas en que mi tarea fuese mayor que mi fuerza; ése fue el encantamiento que me vino a la mente la primera vez que recordé a la mujer nagual.

Ya me di al poder que a mi destino rige.
No me agarro ya de nada, para así no tener nada que defender.
No tengo pensamientos, para así poder ver.
No temo ya a nada, para así poder acordarme de mí
Sereno y desprendido,
Me dejará el águila pasar a la libertad.

Me dijo que iba a revelarme una maniobra práctica de la segunda atención. Y sin más ni más se convirtió en una bola de luz, en un huevo luminoso. Volvió a su apariencia normal y repitió la transformación tres o cuatro veces. Comprendí perfectamente bien lo que hacia. No necesitaba explicármelo y sin embargo me era imposible formular en palabras lo que yo sabía.

Silvio Manuel sonrió, consciente de mi problema. Dijo que se requería una enormidad de fuerza para abandonar el intento de la vida de todos los días. El secreto que me acababa de revelar era como facilitar el abandono del intento. Para poder hacer lo que él había hecho, uno debe enfocar la atención en la superficie del cascarón luminosa.

Una vez más se volvió una bola de luz y después se me hizo obvio lo que ya sabía desde el principio. Silvio Manuel volvió los ojos y por un instante los enfocó en el punto de la segunda atención. Su cabeza estaba erguida, encarando lo que estaba delante de sí, sólo sus ojos estaban sesgados. Dijo que un guerrero debe evocar el intento. En la mirada está el secreto. Los ojos convocan el intento.

Me puse eufórico. Por fin era yo capaz de considerar algo que yo sabía sin saberlo en verdad. La razón por la que el ver parece ser visual es porque necesitamos los ojos para enfocar el intento. Don Juan y su grupo de guerreros sabían cómo usar los ojos para atrapar otros aspectos del in-

tento y a este acto le llamaban ver. Lo que Silvio Manuel me había mostrado era la verdadera función de los ojos, los atrapadores del intento.

Utilicé entonces mis ojos premeditadamente para convocar el intento. Los concentré en el punto de la segunda atención. De repente, don Juan, sus guerreros, doña Soledad y Eligió eran huevos luminosos, pero no la Gorda, las tres hermanitas y los Genaros. Seguí moviendo la mirada de un lado al otro; entre las burbujas de luz y la gente, hasta que escuché un crujido en la base de mi cuello, y todos los que estaban en mi cuarto eran huevos, luminosos. Por un instante sentí que no podía saber quién era quién, pero luego mis ojos lograron ajustarse y sostuve dos aspectos del intento, dos imágenes al mismo tiempo. Podía ver sus cuerpos físicos y también sus luminosidades. Las dos escenas no se hallaban una encima de la otra, sino que estaban separadas, y sin embargo no podía concebir cómo. Definitivamente tenía dos canales de visión; ver estaba íntimamente unido a mis ojos y no obstante era algo independiente de ellos. Si los cerraba, aún podía ver los huevos luminosos, pero no los cuerpos físicos.

En un momento tuve la sensación clarísima de que yo sabía cómo cambiar mi atención hacia mi luminosidad. También sabía que para volver de nuevo al nivel físico todo lo que tenía que hacer era enfocar los ojos en mi cuerpo.

Don Juan vino luego a mi lado y me dijo que el nagual Juan Matus, como regalo de despedida, me había dado el deber, Vicente me dio el reto, Silvio Manuel me dio magia, y él iba a darme la gracia. Me miró de arriba abajo y comentó que yo era el nagual de apariencia más lamentable que hubiera visto. Examinó a los aprendices, meneó la cabeza y concluyó que con una apariencia tan deplorable lo único que nos quedaba era ser optimista y ver el lado positivo de las cosas. Nos contó el chiste de una muchacha pueblerina que fue seducida por un agente viajero que le prometió matrimonio. Cuando llegó el día de la boda y le dijeron que el novio había huido del pueblo, ella no se inmutó, sonrió con fatalidad y dijo que no todo estaba perdido. Perdió la virginidad, sí, pero menos mal que todavía no había matado al lechón de la fiesta.

Don Genaro recomendó que lo único que podía ayudarnos a salir de esa situación, que era la de la novia vestida y alborotada, era aferrarnos a nuestros lechones, cualesquiera que fuesen, y reírnos a carcajadas. Sólo a través de la risa podríamos cambiar nuestra condición.

Nos instó con gestos de la cabeza y de las manos a que nos riéramos. Se arrodilló y nos pidió una carcajadita. Ver a don Genaro de rodillas y a los aprendices tratando de carcajearse era tan ridículo como mis propios intentos. Repentinamente yo estaba riendo estentóreamente con don Juan y sus guerreros.

Don Genaro, que siempre bromeaba que yo era poeta y loco, me pidió que le leyera un poema en voz alta. Dijo que quería resumir sus sentimientos y sus recomendaciones con el poema que celebra la vida, la muerte y la risa. Se refería a un fragmento del poema de José Gorostiza Muerte sin fin.

La mujer nagual me tendió el libro y yo leí la parte que siempre le gustaba a don Juan y a don Genaro.

Ay, una ciega alegría,
un hambre de consumir
el aire que se respira,
la boca, el ojo, la mano;
estas pungentes cosquillas
de disfrutarnos enteros
en un solo golpe de risa,
ay, esta muerte insultante,
procaz, que nos asesina
a distancia, desde el gusto
que tomamos en morirla,
por una taza de té,
por una apenas caricia.

El efecto del poema fue aniquilante. Sentí un estremecimiento. Emilito y Juan Tuma fueron a mi lado. No dijeron una sola pa-

labra. Sus ojos brillaban como canicas negras. Todos sus sentimientos parecían concentrarse en sus ojos. Juan Tuma dijo muy suavemente que una vez él me había introducido en su casa en los misterios de Mescalito y que eso había sido un precursor de otra ocasión en la rueda del tiempo en la que él me introduciría en el último de los misterios: la libertad.

Emilito dijo, como si su voz fuera un eco de Juan Tuma, que los dos confiaban en que yo podría cumplir mi tarea. Ellos me esperarían, pues algún día yo me les uniría. Juan Tuma añadió que el Águila me había puesto con el grupo del nagual Juan Matus porque ésa era mi unidad de rescate. Nuevamente me abrazaron y al unísono me susurraron que debía tener confianza en mí mismo.

Después vinieron las guerreras a mí. Cada una de ellas me abrazó y me susurró un deseo en el oído, un deseo de plenitud y logros. La mujer nagual fue la última que se me acercó. Tomó asiento y me sentó en sus faldas como si yo fuera un niño. Exudaba afecto y pureza. Perdí el aliento. Nos pusimos en pie y caminamos por el cuarto. Hablamos y examinamos nuestro destino. Fuerzas imposibles de concebir nos habían guiado a ese momento culminante. El pavor que sentí fue inconmensurable. Y así era también mi tristeza.

Entonces me reveló una porción de la regla que se aplicaba al nagual de tres puntas. Ella se encontraba en un estado de agitación extrema y sin embargo estaba calmada. Su intelecto era impecable y sin embargo no trataba de razonar nada.

Su estado de ánimo en su último día en la tierra era inaudito y me lo transmitió. Era como si hasta ese momento yo no me hubiese dado cuenta de la finalidad de nuestra situación. Estar en el lado izquierdo implicaba que lo inmediato tomaba precedencia, lo cual hacía que para mí fuera prácticamente imposible prever más allá de ese momento. Sin embargo, el contacto con la mujer nagual atrapó algo de mi conciencia del lado derecho y su capacidad para prejuzgar lo mediato. Comprendí entonces por completo que nunca más la volvería a ver. ¡Y eso para mí era una angustia sin límite!

Don Juan decía que en el lado izquierdo no hay lugar para las lágrimas, que un guerrero no puede llorar, y que la única expresión de angustia es un estremecimiento que viene desde las profundidades mismas del universo. Es como si una de las emanaciones del Águila fuese la angustia. El estremecimiento del guerrero es infinito. Mientras la mujer nagual me hablaba y me abrazaba, yo sentí ese estremecimiento.

Ella puso sus brazos en torno a mi cuello y apretó su cabeza contra la mía. Sentí que me estaba exprimiendo como un pedazo de trapo, y que algo emergía de mi cuerpo, o del de ella hacia el mío. Mi angustia fue tan intensa y me inundó tan rápido que perdí el control de los músculos. Caí al suelo, con la mujer nagual aún abrazada a mí. Pensé, como si estuviera en un sueño, que debió haberse cortado la frente durante nuestra caída. Su rostro y el mío estaban cubiertos de sangre. La sangre había hecho un estanque en sus ojos.

Don Juan y don Genaro me alcanzaron con presteza. Me sostuvieron. Yo tenía espasmos incontrolables, como ataques. Las guerreras rodearon a la mujer nagual; después hicieron una hilera a la mitad del cuarto. Los hombres se les unieron. En un momento se creó una innegable cadena de energía que fluía entre ellos. La hilera se movió y desfiló enfrente de mí. Cada uno de ellos se acercó y se detuvo frente a mí durante un momento, pero sin romper fila. Era como si se deslizaran en una rampa movible que los transportaba y que los hacía detenerse y encararse por un segundo. Los cuatro propios avanzaron primero, con los hombres a la cabeza, después los siguieron los guerreros, luego las ensoñadoras, las acechadoras y, por último, la mujer nagual. Pasaron frente a mí y durante un segundo o dos permanecieron a plena vista; después desaparecieron en la negrura de la misteriosa grieta que había aparecido en el cuarto.

Don Juan oprimió mi espalda y me ayudó a contrarrestar un poco de mi angustia intolerable. Dijo que comprendía mi dolor, y que la afinidad del hombre nagual y de la mujer nagual es algo que no puede formularse. Existe como resultado de las emanaciones del Águila; una vez que las dos personas se juntan y se separan, no hay manera de llenar la vaciedad, porque no se trata de una vaciedad social, sino de un movimiento de esas emanaciones.

Don Juan me dijo entonces que iba a hacerme cambiar hasta mi extrema derecha. Dijo que era una maniobra conmiserativa pero temporal; por el momento me ayudaría a olvidar, pero no me sería un alivio cuando recordase.

Don Juan también me dijo que el acto de recordar es absolutamente incomprensible. En realidad se trata del acto de acordarse de uno mismo, que uno cesa cuando el guerrero recupera la memoria de las acciones llevadas a cabo en la conciencia del lado izquierdo, sino que prosigue hasta recuperar cada uno de los recuerdos que el cuerpo luminoso ha almacenado desde el momento de nacer.

Las acciones sistemáticas que los guerreros llevan a cabo en estados de conciencia acrecentada son un recurso para permitir que el otro yo se revele en términos de recuerdos. Este acto de recordar, aunque parece estar asociado solamente con los guerreros, es algo que pertenece a cualquier ser humano; cada uno de nosotros puede ir directamente a los recuerdos de nuestra luminosidad con resultados insondables.

Don Juan me dijo entonces que ellos partirían ese mismo día, a la hora del crepúsculo, y que lo que aún tenía que hacer conmigo era crear una apertura, una interrupción en el continuo de mi tiempo. Iban a hacerme saltar un abismo como medio de interrumpir la emanación del Águila que es responsable de mi sensación de ser completo y uniforme. El salto tendría que hacerse cuando yo estuviera en un estado de conciencia normal, y la meta era que mi segunda atención tomara el control; en vez de morir en el fondo del abismo, yo entraría plenamente en el otro yo. Don Juan me dijo que finalmente saldría del otro yo otra vez que mi energía se agotara, pero no en la montaña de la cual yo iba a saltar. Predijo que yo resurgiría en mi lugar favorito, cualquiera que éste fuese. Esa sería la interrupción del continuo de mi tiempo,

Después, don Juan me sacó completamente de mi conciencia del lado izquierdo. Y yo olvidé mi angustia, mi propósito, mi tarea.

Al atardecer de ese día, Pablito, Néstor y yo, en verdad saltamos dentro de un precipicio. El golpe del nagual había sido tan exacto y tan conmiserativo que nada de esa extraordinaria despedida trascendió más allá del otro extraordinario acto de saltar a una muerte segura, y no morir. Pavoroso como fue ese acontecimiento, resultaba pálido en comparación con lo que tuvo lugar en el otro dominio.

Don Juan me hizo saltar en el preciso momento en que él y todos sus guerreros habían encendido sus conciencias. Tuve una visión, como de sueño, de una hilera de gente que me miraba. Después lo racionalicé como si fuera parte de una serie de visiones o alucinaciones que tuve después de saltar. Esta era la magra interpretación de mi conciencia del lado derecho, abrumada por lo pavoroso del evento total.

En mi lado izquierdo, sin embargo, comprendí que había entrado en el otro yo, pero sin la ayuda de mi racionalidad. Los guerreros del grupo de don Juan me habían agarrado por un instante eterno, antes de que se desvanecieran en la luz total, antes de que el Águila los dejara pasar. Yo sabía que se hallaban esperando a don Juan y a don Genaro en una esfera de las emanaciones del Águila, que estaba más allá de mi alcance. Vi a don Juan tomando la delantera. Y después sólo hubo una fila de exquisitas luces en el cielo. Algo como un viento parecía hacer que la fila se contrajera y oscilara. En un extremo de la línea de luces, donde se hallaba don Juan, había un inmenso brillo. Pensé en la ser-

piente emplumada de la leyenda tolteca. Y después las luces se desvanecieron.

APÉNDICE

SEIS PROPOSICIONES EXPLICATORIAS

A pesar de las asombrosas maniobras que don Juan efectuó con mi conciencia, a lo largo de los años yo persistí, obstinado, en tratar de evaluar intelectualmente lo que él hacía. Aunque he escrito mucho acerca de estas maniobras, siempre ha sido desde el punto de vista experiencial y, además, desde una posición estrictamente racional. Inmerso como estaba en mi propia racionalidad, no pude reconocer las metas de las enseñanzas de don Juan. Para comprender el alcance de estas metas con algún grado de exactitud, era necesario que perdiera mi forma humana y que llegara a la totalidad de mí mismo.

Las enseñanzas de don Juan tenían como fin guiarme a través de la segunda fase del desarrollo de un guerrero: la verificación y aceptación irrestricta de que en nosotros hay otro tipo de conciencia. Esta fase se dividía en dos categorías. La primera, para la que don Juan requirió la ayuda de don Genaro, trataba con las actividades. Consistía en mostrarme ciertos procedimientos, acciones y métodos que estaban diseñados a ejercitar mi conciencia. La segunda tenía que ver con la presentación de las seis proposiciones explicatorias.

A causa de las dificultades que tuve en adaptar mi racionalidad a fin de aceptar la plausibilidad de lo que me enseñaba, don Juan presentó estas proposiciones explicatorias en términos de mis antecedentes escolásticos.

Lo primero que hizo, como introducción, fue crear una escisión en mí mediante un golpe específico en el omóplato derecho, un golpe que me hacía entrar en un estado desusual de conciencia, el cual yo no podía recordar una vez que había vuelto a la normalidad.

Hasta el momento en que don Juan me hizo entrar en tal estado de conciencia tenía un innegable sentido de continuidad, que creí producto de mi experiencia vital. La idea que tenía de mí mismo era la de ser una entidad completa que podía rendir cuentas de todo lo que había hecho. Además, me hallaba convencido de que el aposento de toda mi conciencia, si es que lo había, se hallaba en mi cabeza. Sin embargo, don Juan me demostró con su golpe que existe un centro en la espina dorsal, a la altura de los omóplatos, que obviamente es un sitio de conciencia acrecentada.

Cuando interrogué a don Juan sobre la naturaleza de ese golpe, me explicó que el nagual es un dirigente, un guía que tiene la responsabilidad de abrir el camino, y que debe ser impecable para empapar a sus guerreros con un sentido de confianza y claridad. Sólo bajo esas condiciones un nagual se halla en posibilidad de proporcionar un golpe en la espalda a fin de forzar un desplazamiento de conciencia, pues el poder del nagual es lo que permite llevar a cabo la transición. Si el nagual no es un practicante impecable, el desplazamiento no ocurre, como fue el caso cuando yo traté, sin éxito, de colocar a los demás aprendices en un estado de conciencia acrecentada aporreándolos en la espalda antes de aventuramos en el puente.

Pregunté a don Juan qué conllevaba ese desplazamiento de conciencia. Me dijo que el nagual tiene que dar el golpe en un sitio preciso, que varía de persona a persona pero que siempre se halla en el área general de los omóplatos. Un nagual tiene que ver para especificar el sitio, que se localiza en la periferia de la luminosidad de uno y no en el cuerpo físico en sí; una vez que el nagual lo identifica, lo empuja, más que golpearlo, y así crea una concavidad, una depresión en el cascarón luminoso. El estado de conciencia acrecentada que resulta de ese golpe dura lo que dura la depresión. Algunos cascarones luminosos vuelven a sus formas originales por sí mismos, algu-

nos tienen que ser golpeados en otro punto a fin de ser restaurados, y otros más ya nunca recuperan sus formas ovales.

Don Juan decía que los videntes ven la conciencia como una brillantez peculiar. La conciencia de la vida cotidiana es un destello en el lado derecho, que se extiende del exterior del cuerpo físico hasta la periferia de nuestra luminosidad.

La conciencia acrecentada es un brillo más intenso que se asocia con gran velocidad y concentración, un fulgor que satura la periferia del lado izquierdo.

Don Juan decía, que los videntes explican lo que ocurre con el golpe del nagual, como un desalojamiento temporal de un centro colocado en el capullo luminoso del cuerpo. Las emanaciones del Águila en realidad se evalúan y se seleccionan en ese centro. El golpe altera su funcionamiento normal.

A través de sus observaciones, los videntes han llegado a la conclusión de que los guerreros tienen que ser puestos en ese estado de desorientación. El cambio en la manera como funcione la conciencia bajo esas condiciones hace que ese estado sea un territorio ideal para dilucidar los mandatos del Águila: permite que los guerreros funcionen como si estuvieran en la conciencia de todos los días, con la diferencia de que pueden concentrarse en todo lo que hacen con una claridad y con una fuerza sin precedentes.

Don Juan decía que mi situación era análoga a la que él había experimentado. Su benefactor creó una profunda escisión en él, haciéndolo desplazarse una y otra vez de la conciencia del lado derecho a la del lado izquierdo. La claridad y la libertad de su conciencia del lado izquierdo se hallaban en oposición directa a las racionalizaciones e interminables defensas de su lado derecho. Me dijo que todos los guerreros son echados a las profundidades de la misma situación que esa polaridad modela, y que el nagual crea y refuerza la escisión a fin de conducir a sus aprendices a la convicción de que hay una conciencia en los seres humanos que no se ha explorado.

1. Lo que percibimos como mundo son las emanaciones del Águila.

Don Juan me explicó que el mundo que percibimos no tiene existencia trascendental. Como estamos familiarizados con él creemos que lo que percibimos es un mundo de objetos que existen tal como los percibimos, cuando en realidad no hay un mundo de objetos, sino, más bien, un universo de emanaciones del Águila.

Esas emanaciones representan la única realidad inmutable. Es una realidad que abarca todo lo que existe, lo perceptible y lo imperceptible, lo conocible y lo inconocible.

Los videntes que ven las emanaciones del Águila las llaman mandatos a causa de su fuerza apremiante. Todas las criaturas vivientes son apremiadas a usar las emanaciones, y las usan sin llegar a saber lo que son. El hombre común y corriente las interpreta como la realidad. Y los videntes que ven las emanaciones las interpretan como la regla.

A pesar de que los videntes ven las emanaciones, no tienen manera de saber qué es lo que están viendo. En vez de enderezarse con conjeturas superfluas, los videntes se ocupan en la especulación funcional de cómo se pueden interpretar los mandatos del Águila. Don Juan sostenía que intuir una realidad que trasciende el mundo que percibimos se queda en el nivel de las conjeturas; no le basta a un guerrero conjeturar que los mandatos del Águila son percibidos instantáneamente por todas las criaturas que viven en la tierra, y que ninguna de ellas los perciben de la misma manera. Los guerreros deben tratar de presenciar el flujo de emanaciones y "ver" la manera como el hombre y otros seres vivientes lo usan para construir su mundo perceptible.

Cuando propuse utilizar la palabra "descripción" en vez de emanaciones del Águila, don Juan me aclaró que no estaba haciendo una metáfora. Dijo que la palabra descripción connota un acuerdo humano, y que lo que percibimos emerge de un mandato en el que no cuentan los acuerdos humanos.

2. La atención es lo que nos hace percibir las emanaciones del Águila como el acto de "desnatar".

Don Juan decía que la percepción es una facultad física que cultivan las criaturas vivientes; el resultado final de este cultivo en los seres humanos es conocido, entre los videntes, como "atención". Don Juan describió la atención como el acto de enganchar y canalizar la percepción. Dijo que ese acto es nuestra hazaña más singular, que cubre toda la gama de alternativas y posibilidades humanas. Don Juan estableció una distinción precisa entre alternativas y posibilidades. Alternativas humanas son las que estamos capacitados para escoger como personas que funcionan dentro del medio social. Nuestro panorama de este dominio es muy limitado. Posibilidades humanas resultan ser aquellas que estamos capacitados para lograr como seres luminosos.

Don Juan me reveló un esquema clasificatorio de tres tipos de atención, enfatizando que llamarlos "tipos" era erróneo. De hecho, se trata de tres niveles de conocimiento: la primera, la segunda y la tercera atención; cada una de ellas es un dominio independiente, completo en sí.

Para un guerrero que se halla en las fases iniciales de su aprendizaje, la primera atención es la más importante de las tres. Don Juan decía que sus proposiciones explicatorias eran intentos de traer al primer plano el modo como funciona la primera atención, algo que es totalmente desapercibido por nosotros. Consideraba imperativo que los guerreros comprendieran la naturaleza de la primera atención si es que iban a aventurarse en las otras dos.

Me explicó que a la primera atención se le ha enseñado a moverse instantáneamente a través de todo un espectro de las emanaciones del Águila, sin poner el menor énfasis evidente en ello, a fin de alcanzar "unidades perceptuales" que todos nosotros hemos aprendido que son perceptibles. Los videntes llaman "desnatar" a esta hazaña de la primera atención, porque implica la capacidad de suprimir las emanaciones superfluas y seleccionar cuáles de ellas se deben enfatizar.

Don Juan explicó este proceso tomando como ejemplo la montaña que veíamos en ese momento. Sostuvo que mi primera atención, al momento de ver la montaña, había desnatado una infinita cantidad de emanaciones para obtener un milagro de percepción; un desnate que todos los seres humanos conocen porque cada uno de ellos lo ha logrado alcanzar por sí mismo.

Los videntes dicen que todo aquello que la primera atención suprime para obtener un desnate, ya no puede ser recuperado por la primera atención bajo ninguna condición. Una vez que aprendemos a percibir en términos de desnates, nuestros sentidos ya no registran las emanaciones superfluas. Para dilucidar este punto me dio el ejemplo del desnate "cuerpo humano". Dijo que nuestra primera atención está totalmente inconsciente de las emanaciones que componen el luminoso cascarón externo del cuerpo físico. Nuestro capullo oval no está sujeto a la percepción; se han rechazado las emanaciones que lo harían perceptible en favor de las que permiten a la primera atención percibir el cuerpo físico tal como lo conocemos.

Por tanto, la meta perceptual que tienen que lograr los niños mientras maduran, consiste en aprender a aislar las emanaciones apropiadas con el fin de canalizar su percepción caótica y transformarla en la primera atención; al hacerlo, aprenden a construir desnates. Todos los seres humanos maduros que rodean a los niños les enseñan a desnatar. Tarde o temprano los niños aprenden a controlar su primera atención a fin de percibir los desnates en términos semejantes a los de sus maestros.

Don Juan nunca dejó de maravillarse con la capacidad de los seres humanos de impartir orden al caos de la percepción. Sostenía que cada uno de nosotros, por sus propios méritos, es un mago magistral y que nuestra magia consiste en imbuir de realidad los desnates que nuestra primera

atención ha aprendido a construir. El hecho de que percibimos en términos de desnates es el mandato del Águila, pero percibir los mandatos como objetos es nuestro poder, nuestro don mágico. Nuestra falacia, por otra parte, es que siempre acabamos siendo unilaterales al olvidar que los desnates sólo son reales en el sentido de que los percibimos como reales, debido al poder que tenemos para hacerlo. Don Juan llamaba a esto un error de juicio que destruye la riqueza de nuestros misteriosos orígenes.

3. A los desnates les da sentido el primer anillo de poder.

Don Juan decía que el primer anillo de poder es la fuerza que sale de las emanaciones del Águila para afectar exclusivamente a nuestra primera atención. Explicó que se le ha representado como un "anillo" a causa de su dinamismo, de su movimiento ininterrumpido. Se le ha llamado anillo "de poder" debido, primero, a su carácter compulsivo, y, segundo, a causa de su capacidad única de detener sus obras, de cambiarlas o de revertir su dirección.

El carácter compulsivo se muestra mejor en el hecho de que no sólo apremia a la primera atención a construir y perpetuar desnates, sino que exige un consenso de todos los participantes. A todos nosotros se nos exige un completo acuerdo sobre la fiel reproducción de desnates, pues la conformidad al primer anillo de poder tiene que ser total.

Precisamente esa conformidad es la que nos da la certeza de que los desnates son objetos que existen como tales, independientemente de nuestra percepción. Además, lo compulsivo del primer anillo de poder no cesa después del acuerdo inicial, sino que exige que continuamente renovemos el acuerdo. Toda la vida tenemos que operar como si, por ejemplo, cada uno de nuestros desnates fueran perceptualmente los primeros para cada ser humano, a pesar de lenguajes y de culturas, Don Juan concedía que aunque todo eso es demasiado serio para tomarlo en broma, el carácter apremiante del primer anillo de poder es tan intenso que nos fuerza a creer que si la "montaña" pudiera tener una conciencia propia, ésta se consideraría como el desnate que hemos aprendido a construir.

La característica más valiosa que el primer anillo de poder tiene para los guerreros es la singular capacidad de interrumpir su flujo de energía, o de suspenderlo del todo. Don Juan decía que ésta es una capacidad latente que existe en todos nosotros como unidad de apoyo. En nuestro estrecho mundo de desnates no hay necesidad de usarla. Puesto que estamos tan eficientemente amortiguados y escudados por la red de la primera atención, no nos damos cuenta, ni siquiera vagamente, de que tenemos recursos escondidos. Sin embargo, si se nos presentara otra alternativa para elegir, como es la opción del guerrero de utilizar la segunda atención, la capacidad latente del primer anillo de poder podría empezar a funcionar y podría usarse con resultados espectaculares.

Don Juan subraya que la mayor hazaña de los brujos es el proceso de activar esa capacidad latente; él lo llamaba bloquear el intento del primer anillo de poder. Me explicó que las emanaciones del Águila, que ya han sido aisladas por la primera atención para construir el mundo de todos los días, ejerce una presión inquebrantable en la primera atención. Para que esta presión detenga su actividad, el intento tiene que ser desalojado. Los videntes llaman a esto una obstrucción o una interrupción del primer anillo de poder.

4. El intento es la fuerza que mueve al primer anillo de poder.

Don Juan me explicó que el intento no se refiere a tener una intención, o desear una cosa u otra, sino más bien se trata de una fuerza imponderable que nos hace comportarnos de maneras que pueden describirse como intención, deseo, volición, etcétera.

Don Juan no lo presentaba como una condición de ser, proveniente de uno mismo, tal como es un hábito producido por la socialización, o una reacción biológica, sino más bien lo representaba como una fuerza privada, íntima, que poseemos y usamos individualmente como una llave que hace que el primer anillo de poder se mueva de maneras aceptables. El intento es lo que dirige a la primera atención para que ésta se concentre en las emanaciones del Águila dentro de un cierto marco. Y el intento también es lo que ordena al primer anillo de poder a obstruir o interrumpir su flujo de energía.

Don Juan me sugirió que concibiera el intento como una fuerza invisible que existe en el universo, sin recibirse a si misma, pero que aun así afecta a todo: fuerza que crea y que mantiene los desnates.

Aseveró que los desnates tienen que recrearse incesantemente para estar imbuidos de continuidad. A fin de recrearlos cada vez con el frescor que necesitan para construir un mundo viviente, tenemos que intentarlos cada vez que los construimos. Por ejemplo, tenemos que intentar la "montaña" con todas sus complejidades para que el desnate se materialice completo. Don Juan decía que para un espectador, que se comporta exclusivamente con base en la primera atención sin la intervención del intento, la "montaña" aparecería como un desnate enteramente distinto. Podría aparecer como el desnate "forma geométrica" o "mancha amorfa de coloración". Para que el desnate montaña se complete, el espectador debe intentarlo, ya sea involuntariamente a través de la fuerza apremiante del primer anillo de poder, o premeditadamente, a través del entrenamiento del guerrero.

Don Juan me señaló las tres maneras como nos llega el intento. La más predominante es conocida por los videntes como "el intento del primer anillo de poder". Este es un intento ciego que nos llega por una casualidad. Es como si estuviéramos en su camino, o como si el intento se pusiera en el nuestro. Inevitablemente nos descubrimos atrapados en sus mallas sin tener ni el menor control de lo que nos está sucediendo.

La segunda manera es cuando el intento nos llega por su propia cuenta. Esto requiere un considerable grado de propósito, un sentido de determinación por parte nuestra. Sólo en nuestra capacidad de guerreros podemos colocarnos voluntariamente en el camino del intento; lo convocamos, por así decirlo. Don Juan me explicó que su insistencia por ser un guerrero impecable no era nada más que un esfuerzo por dejar que el intento supiera que él se está poniendo en su camino.

Don Juan decía que los guerreros llaman "poder" a este fenómeno. Así es que cuando hablan de tener poder personal, se refieren al intento que les llega voluntariamente. El resultado, me decía, puede describirse como la facilidad de encontrar nuevas soluciones, o la facilidad de afectar a la gente o a los acontecimientos. Es como si otras posibilidades, desconocidas previamente por el guerrero, de súbito se volviesen aparentes. De esta manera, un guerrero impecable nunca planea nada por adelantado, pero sus actos son tan decisivos que parece como si el guerrero hubiera calculado de antemano cada faceta de su actividad.

La tercera manera como encontramos al intento es la más rara y compleja de las tres; ocurre cuando el intento nos permite armonizar con él. Don Juan describía éste estado como el verdadero momento de poder: la culminación de los esfuerzos de toda una vida en busca de la impecabilidad. Sólo los guerreros supremos lo obtienen, y en tanto se encuentran en ese estado, el intento se deja manejar por ellos a voluntad. Es como si el intento se hubiera fundido en esos guerreros, y al hacerlo los transforma en una fuerza pura, sin preconcepciones. Los videntes llaman a este estado el "intento del segundo anillo de poder", o "voluntad".

5. El primer anillo de poder puede ser detenido mediante un bloqueo funcional de la capacidad de armar desnates.

Don Juan decía que la función de los no-haceres es crear una obstrucción en el enfoque habitual de nuestra primera atención. Los no-haceres son; en este sentido, maniobras destinadas a preparar la primera atención para el bloqueo funcional del primer anillo de poder o, en otras palabras, para la interrupción del intento.

Don Juan me explicó que este bloqueo funcional, que es el único método de utilizar sistemáticamente la capacidad latente del primer anillo de poder, representa una interrupción temporal que el benefactor crea en la capacidad de armar desnates del discípulo. Se trata de una premeditada y poderosa intrusión artificial en la primera atención, con el objeto de empujarla más allá de las apariencias que los desnates conocidos nos presentan; esta intrusión se logra interrumpiendo el intento del primer anillo de poder.

Don Juan decía que para llevar a cabo la interrupción, el benefactor trata al intento como lo que verdaderamente es: un proceso, un flujo, una corriente de energía que eventualmente puede detenerse o reorientarse. Una interrupción de esta naturaleza, sin embargo, implica una conmoción de tal magnitud que puede forzar al primer anillo de poder a detenerse del todo; una situación imposible de concebir bajo nuestras condiciones normales de vida. Nos resulta impensable que podamos desandar los pasos que tomamos al consolidar nuestra percepción, pero es factible que bajo el impacto de esa interrupción podamos colocarnos en una posición perceptual muy similar a la de nuestros comienzos, cuando los mandatos del Águila eran emanaciones que aún no imbuíamos de significado.

Don Juan decía que cualquier procedimiento que el benefactor pueda cesar para crear esta interrupción, tiene que estar íntimamente ligada con su poder personal, por tanto, un benefactor no emplea ningún proceso para manejar el intento, sino que a través de su poder personal lo mueve y lo pone al alcance del aprendiz.

En mi caso, don Juan logró el bloqueo funcional del primer anillo de poder mediante un proceso complejo, que combinaba tres, métodos: ingestión de plantas alucinogénicas, manipulación del cuerpo y maniobrar el intento mismo.

En el principio don Juan se apoyó fuertemente en la ingestión de plantas alucinogénicas, al parecer a causa de la persistencia de mi lado racional. El efecto fue tremendo, y sin embargo retardó la interrupción que se buscaba. El hecho de que las plantas fueran alucinogénicas le ofrecía a mi razón la justificación perfecta para congregar todos sus recursos disponibles para continuar ejerciendo el control. Yo estaba convencido de que podía explicar lógicamente cualquier cosa que experimentaba, junto con las inconcebibles hazañas que don Juan y don Genaro solían llevar a cabo para crear las interrupciones, como distorsiones perceptuales causadas por la ingestión de alucinógenos.

Don Juan decía que el efecto más notable de las plantas alucinogénicas era algo que cada vez que las ingería yo interpretaba como la peculiar sensación de que todo en torno a mí exudaba una sorprendente riqueza. Había colores, formas, detalles que nunca antes había presenciado. Don Juan utilizó este incremento de mi habilidad para percibir, y mediante una serie de órdenes y comentarios me forzaba a entrar en un estado de agitación nerviosa. Después manipulaba mi cuerpo y me hacía cambiar de un lado al otro de la conciencia, hasta que había creado visiones fantasmagóricas o escenas completamente reales con criaturas tridimensionales que era imposible que existieran en este mundo.

Don Juan me explicó que una vez que se rompe la relación directa entre el intento y los desnates que estamos construyendo, ésta ya nunca se puede restituir. A partir de ese momento adquirimos la habilidad de atrapar una corriente de lo que él cono-

cía como "intento fantasma", o el intento de los desnates que no están presentes en el momento o en el lugar de la interrupción, eso es, un intento que queda a nuestra disposición a través de algún aspecto de la memoria.

Don Juan sostenía que con la interrupción del intento del primer anillo de poder nos volvemos receptivos y maleables; un nagual puede entonces introducir el intento del segundo anillo de poder. Don Juan se hallaba convencido de que los niños de cierta edad se hallan en una situación parecida de receptividad; al estar privados de intento, quedan listos para que se les imprima cualquier intento accesible a los maestros que los rodean.

Después de un periodo de ingestión continua de plantas alucinogénicas, don Juan descontinuó totalmente su uso. Sin embargo, obtuvo nuevas y aún más dramáticas interrupciones en mí manipulando mi cuerpo y haciéndome cambiar de estados de conciencia, combinando todo esto con maniobrar el intento mismo. A través de una combinación de instrucciones mesmerizantes y de comentarios apropiados, don Juan creaba una corriente de intento fantasma, y yo era conducido a experimentar los desnates comunes y corrientes como algo inimaginable. El conceptualizó todo eso como "vislumbrar la inmensidad del Águila".

Don Juan me guió magistralmente a través de incontables interrupciones de intento hasta que se convenció, como vidente, que mi cuerpo mostraba el efecto del bloqueo funcional del primer anillo de poder. Decía que podía ver una actividad desacostumbrada en mi cascarón luminoso en torno al área de los omóplatos. La describió como un hoyuelo que se había formado exactamente como si la luminosidad fuese una capa muscular contraída por un nervio.

Para mí, el efecto del bloqueo funcional del primer anillo de poder fue que logró borrar la certeza que toda mi vida había tenido de que era "real" lo que reportaban mis sentidos. Calladamente entré en un estado de silencio interior. Don Juan decía que lo que le da a los guerreros esa extrema incertidumbre que su benefactor experimentó a fines de su vida, esa resignación al fracaso que él mismo se hallaba viviendo, es el hecho de que un vislumbre de la inmensidad del Águila nos deja sin esperanzas. La esperanza es resultado de nuestra familiaridad con los desnates y de la idea de que los controlamos. En tales momentos sólo la vida de guerrero nos puede ayudar a perseverar en nuestros esfuerzos por descubrir lo que el Águila nos ha ocultado, pero sin esperanzas de que podamos llegar a comprender alguna vez lo que descubrimos.

6. La segunda atención.

Don Juan me explicó que el examen de la segunda atención debe de comenzar con darse cuenta de que la fuerza del primer anillo de poder, que nos encajona, es un lindero físico, concreto. Los videntes lo han descrito como una pared de niebla, una barrera que puede ser llevada sistemáticamente a nuestra conciencia por medio del bloqueo del primer anillo de poder; y luego puede ser perforada por medio del entrenamiento del guerrero.

Al perforar la pared de niebla, uno entra en un vasto estado intermedio. La tarea de los guerreros consiste en atravesarlo hasta llegar a la siguiente línea divisoria, que se deberá perforar a fin de entrar en lo que propiamente es el otro yo o la segunda atención.

Don Juan decía que las dos líneas divisorias son perfectamente discernibles. Cuando los guerreros perforan la pared de niebla, sienten que se retuercen sus cuerpos, o sienten un intenso temblor en la cavidad de sus cuerpos, por lo general a la derecha del estómago o a través de la parte media, de derecha a izquierda. Cuando los guerreros perforan la segunda línea, sienten un agudo crujido en la parte superior del cuerpo, algo como el sonido de una pequeña rama seca que es partida en dos.

Las dos líneas que encajonan a las dos atenciones, y que las sellan individualmente; son conocidas por los videntes como las líneas paralelas. Estas sellan las dos atenciones mediante el hecho de que se extienden hasta el infinito, sin permitir jamás el cruce a no ser que se les perfore.

Entre las dos líneas existe un área de conciencia específica que los videntes llaman limbo, o el mundo que se halla entre las líneas paralelas. Se trata de un espacio real entre dos enormes órdenes de emanaciones del Águila; emanaciones que se hallan dentro de las posibilidades humanas de conciencia. Uno es el nivel que crea el yo de la vida de todos los días, y el otro es el nivel que crea el otro yo. Como el limbo es una zona transicional, allí los dos campos de emanaciones se extienden el uno sobre el otro. La fracción del nivel que nos es conocido, que se extiende dentro de esa área, engancha a una porción del primer anillo de poder; y la capacidad del primer anillo de poder de construir desnates, nos obliga a percibir una serie de desnates en el limbo que son casi como los de la vida diaria, salvo que aparecen grotescos, insólitos y contorsionados. De esa manera el limbo tiene rasgos específicos que no cambian arbitrariamente cada vez que uno entra en él. Hay en él rasgos físicos que semejan los desnates de la vida cotidiana. Don Juan sostenía que la sensación de pesadez que se experimenta en el limbo se debe a la carga creciente que se ha colocado en la primera atención. En el área que se halla justamente tras de la pared de niebla aún podemos comportarnos como lo hacemos normalmente; es como si nos encontráramos en un mundo grotesco pero reconocible. Conforme penetramos más profundamente en él, más allá de la pared de niebla, progresivamente se vuelve más difícil reconocer los rasgos o comportarse en términos del yo conocido.

Me explicó que era posible hacer que en vez de la pared de niebla apareciese cualquier otra cosa, pero que los videntes han optado por acentuar lo que consume menor energía: visualizar ese lindero como una pared de niebla no cuesta ningún esfuerzo.

Lo que existe más allá de la segunda línea divisoria es conocido por los videntes como la segunda atención, o el otro yo, o el mundo paralelo; y el acto de traspasar los dos linderos es conocido como "cruzar las líneas paralelas".

Don Juan pensaba que yo podía asimilar este concepto más firmemente si me describía cada dominio de la conciencia como una predisposición perceptual específica. Me dijo que en el territorio de la conciencia de la vida cotidiana, nos hallamos inescapablemente enredados en la predisposición perceptual de la primera atención. A partir del momento en que el primer anillo de poder empieza a construir desnates, la manera de construirlos se convierte en nuestra predisposición perceptual normal. Romper la fuerza unificadora de la predisposición perceptual de la primera atención implica romper la primera línea divisoria. La predisposición perceptual normal pasa entonces al área intermedia que se halla entre las líneas paralelas. Uno continúa construyendo desnates casi normales durante un tiempo. Pero conforme se aproxima uno a lo que los videntes llaman la segunda línea divisoria, la predisposición perceptual de la primera atención empieza a ceder, pierde fuerza. Don Juan decía que esta transición está marcada por una repentina incapacidad de recordar o de comprender lo que se está haciendo.

Cuando se alcanza la segunda línea divisoria, la segunda atención empieza a actuar sobre los guerreros que llevan a cabo el viaje. Si éstos son inexpertos, su conciencia se vacía, queda en blanco. Don Juan sostenía que esto ocurre porque se están aproximando a un espectro de las emanaciones del Águila que aún no tienen una predisposición perceptual sistematizada. Mis experiencias con la Gorda y la mujer nagual más allá de la pared de niebla era un ejemplo de esa incapacidad. Viajé hasta el otro yo, pero no pude dar cuenta de lo que había hecho por la simple razón de que mi segunda atención se hallaba aún

informulada y no me daba la oportunidad de organizar todo lo que había percibido.

Don Juan me explicó que uno empieza a activar el segundo anillo de poder forzando a la segunda atención a despertar de su estupor. El bloqueo funcional del primer anillo de poder logra esto. Después, la tarea del maestro consiste en recrear la condición que dio principio al primer anillo de poder, la conclusión de estar saturado de intento. El primer anillo de poder es puesto en movimiento por la fuerza del intento dado por quienes enseñan a desnatar. Como maestro mío él me estaba dando, entonces, un nuevo intento que crearía un nuevo medio perceptual.

Don Juan decía que toma toda una vida de disciplina incesante, que los videntes llaman intento inquebrantable, preparar al segundo anillo de poder para que pueda construir desnates del otro nivel de emanaciones del Águila. Dominar la predisposición perceptual del yo paralelo es una hazaña. de valor incomparable que pocos guerreros logran. Silvio Manuel era uno de esos pocos.

Don Juan me advirtió que no se debe intentar dominarla deliberadamente. Si esto ocurre, debe de ser mediante un proceso natural que se desenvuelve sin un gran esfuerzo de nuestra parte. Me explicó que la razón de esta indiferencia estriba en la consideración práctica de que al dominarla simplemente se vuelve muy difícil romperla, pues la meta que los guerreros persiguen activamente es romper ambas predisposiciones perceptuales para entrar en la libertad final de la tercera atención.

FIN

* * *

CARLOS CASTANEDA
EL FUEGO INTERNO
MANO IZQUIERDA EDITORES

Carlos Castaneda.
El Fuego Interno.

Fotografía de Portada: Ben Klea by Unsplash.
Hawaii Volcanoes National Park, United States.

Edición bajo el cuidado de:
Mano Izquierda Editores.

Circa, 2019.
Lima, Perú.

EL FUEGO INTERNO

INTRODUCCIÓN

En los últimos quince años, he escrito extensos relatos sobre mis relaciones de aprendiz con un brujo indio, don Juan Matus. A causa de lo extraño de los conceptos y prácticas que don Juan quiso que yo comprendiera e interiorizara, no he tenido otra alternativa sino presentar sus enseñanzas en forma de narraciones descriptivas, relatos de lo que me ocurrió, tal como sucedió.

La organización total de las enseñanzas de don Juan se basaba en la idea de que el hombre tiene dos tipos de conciencia. El los nombró el lado derecho y el lado izquierdo, y de acuerdo a ello, dividió su instrucción en enseñanzas para el lado derecho y enseñanzas para el lado izquierdo. Describió el primero como lo normal de todos nosotros, o el estado de conciencia necesario para desempeñarse en el mundo cotidiano. Dijo que el segundo era algo que no es normal, el lado misterioso del hombre, el estado de conciencia requerido para funcionar como brujo y vidente.

Las enseñanzas para el lado derecho las llevó a cabo en mi estado de conciencia normal. He descrito esas enseñanzas, a detalle, en todos mis relatos. Como parte de ellas, don Juan me dio a saber que él era un brujo. Incluso, me presentó a otro brujo, don Genaro Flores, y debido a la naturaleza de nuestra asociación, lógicamente concluí que me habían tomado como aprendiz.

Ese aprendizaje, en mi modo de pensar de aquel entonces, culminó con un acto incomprensible que don Juan y don Genaro me hicieron ejecutar. Me hicieron saltar desde la cuna de una montaña a un abismo.

En uno de mis relatos he descrito lo que me ocurrió en aquella ocasión. Lo que yo creí que era el último drama de las enseñanzas para el lado derecho fue representado allí, en esa cima, por el propio don Juan, don Genaro, dos aprendices, Pablito y Néstor, y yo. Pablito, Néstor y yo nos precipitamos, uno por uno, a un abismo.

Durante años después, creí, a pie juntillas, que mi absoluta confianza en don Juan y en don Genaro fue lo que inexplicablemente me hizo sobrevivir. Hasta llegué a creer que el sobrepasar mi pánico racional, al enfrentar mi inevitable aniquilación, fue lo que me salvó. Ahora sé que no fue así. Sé que el secreto estaba en las enseñanzas para el lado izquierdo, y que impartir esas enseñanzas implicó tremenda disciplina y perseverancia de parte de don Juan, don Genaro y sus otros compañeros.

Me ha tomado casi diez años recordar exactamente lo que ocurrió en las enseñanzas para el lado izquierdo. Ahora sé qué fue lo que me hizo estar tan dispuesto a realizar un acto de tal magnitud: precipitarme a un abismo.

En sus enseñanzas para el lado izquierdo, don Juan dejó entrever lo que él, don Genaro y sus otros compañeros realmente eran y lo que hacían conmigo. No me enseñaban brujería, ni encantamientos, me enseñaban las tres partes de un antiquísimo conocimiento que poseían; ellos llamaban a esas tres partes el estar consciente de ser, el acecho y el intento. Y no eran brujos; eran videntes. Y don Juan no sólo era vidente sino que también era un nagual.

En sus enseñanzas para el lado derecho, don Juan ya me había explicado muchas cosas acerca del nagual y acerca de los videntes. Entendí que ser vidente era la capacidad que tienen los seres humanos de ampliar su campo de percepción hasta el punto de poder aquilatar no sólo las apariencias externas sino la esencia de todo. Entre otras cosas, me había explicado que los videntes ven al hombre como un campo de energía, algo parecido a una bola de luz, o lo que él llamaba un huevo luminoso. Decía que por lo general esos campos de energía están divididos en dos secciones, y que la excepción a esta regla son los hombres y mujeres que tienen sus campos de energía divididos en tres o cuatro partes. Debido a ello, esas personas son más fuertes y adaptables que el hombre común y corriente, y por lo tanto, pueden convertirse en naguales al volverse videntes.

Fue, sin embargo, en sus enseñanzas para el lado izquierdo, donde don Juan elucidó totalmente los intrincados detalles de ser un vidente y de ser un nagual. Recalcó innumerables veces que ser un vidente implica el comando de recursos perceptuales imposibles de definir, y que ser un nagual es llegar a un pináculo de disciplina y control. Ser un nagual significa ser un líder, ser un maestro y un guía.

Como nagual, don Juan era el líder de un grupo, conocido como la partida del nagual, compuesto por ocho videntes femeninas, Cecilia, Delia, Hermelinda, Carmela, Nélida, Florinda, Zuleica y Zoila; tres videntes masculinos, Vicente, Silvio Manuel y Genaro; y cuatro propios o mensajeros, Emilio, Juan Tuma, Marta y Teresa.

Pero don Juan no solamente era el guía de la partida del nagual, sino que también educaba y guiaba a un grupo de videntes aprendices conocidos como la partida del nuevo nagual. Consistía ese grupo de cuatro hombres jóvenes, Pablito, Néstor, Eligio y Benigno, de cinco mujeres, Soledad, la Gorda, Lidia, Josefina y Rosa. Yo era el líder nominal de ellos, junto con Carol, la mujer nagual.

Las enseñanzas para el lado izquierdo me fueron dadas cada vez que yo entraba en un estado único de claridad perceptual que él llamaba conciencia acrecentada. A lo largo de mis años de asociación con don Juan, repetidamente me hizo entrar en tales estados mediante un golpe que me daba con la palma de la mano, en la parte superior de la espalda.

Don Juan me explicó que, en un estado de conciencia acrecentada, la conducta de los aprendices es tan natural como en la vida diaria. Su gran ventaja es que pueden enfocar sus mentes en cualquier cosa con fuerza y claridad descomunales; pero su desventaja esta en la imposibilidad de traer al campo de la memoria normal lo que les sucede. Lo que les acontece en tales estados se convierte en parte de sus recuerdos cotidianos sólo a través de un asombroso esfuerzo.

Mi interacción con los videntes compañeros de don Juan fue un ejemplo de esta dificultad de recordar. Con la excepción de don Genaro, yo sólo tenía contacto con ellos en estados de conciencia acrecentada; por ello, en mi vida normal, no podía recordarlos de ninguna manera. Después de esfuerzos inauditos, llegué a recordar que siempre me reunía con ellos de un modo casi ritual. Comenzaba al arribar en mi coche a la casa de don Genaro, en un pueblito en el sur de México. De inmediato, don Juan se unía a nosotros y luego los tres nos empeñábamos en ejecutar las enseñanzas para el lado derecho. Al cabo de un rato, don Juan me hacía cambiar niveles de conciencia y yo los llevaba a los dos en mi coche a un pueblo cercano, más grande, donde don Juan y don Genaro vivían con sus otros compañeros videntes.

Cada vez que yo entraba en un estado de conciencia acrecentada no podía dejar de maravillarme de la diferencia entre mis dos lados. Siempre sentía como si un velo se me quitara de los ojos, como si antes hubiera estado parcialmente ciego y ahora podía ver. La libertad, el absoluto regocijo que solía posesionarse de mí en esas ocasiones no puede compararse con ninguna otra cosa que haya experimentado

jamás. Pero al mismo tiempo, había un aterrador sentido de tristeza y añoranza que iba de la mano con aquella libertad y aquel regocijo. Don Juan me había dicho que sin tristeza y añoranza uno no está completo, pues sin ellas no hay sobriedad, no hay gentileza. Decía que la sabiduría sin gentileza y el conocimiento sin sobriedad son inútiles.

La meta final de sus enseñanzas para el lado izquierdo fue la explicación que don Juan, junto con algunos de sus compañeros videntes, me dieron acerca de la tres facetas de su conocimiento: la maestría del estar consciente de ser, la maestría del acecho y la maestría del intento.

Esta obra trata de la maestría del estar consciente de ser. Yo la describo aquí como parte del arreglo total que don Juan usó a fin de prepararme para llevar a cabo el asombroso acto de saltar a un abismo.

Debido al hecho de que las experiencias aquí narradas tuvieron lugar en estados de conciencia acrecentada, no pueden tener la trama de la vida cotidiana. Carecen de contexto mundano, aunque he hecho lo mejor por proporcionarlo, sin hacerlo ficción. En estados de conciencia acrecentada se tiene mínima idea de lo que nos rodea, puesto que la concentración total queda ocupada con los detalles de la acción del momento.

En este caso, naturalmente, la acción del momento era la elucidación de la maestría del estar consciente de ser. Don Juan me dio a entender que dicha maestría era la versión moderna de una antiquísima tradición, que él llamaba la tradición de los antiguos videntes toltecas.

Aunque él sentía que estaba unido, de modo inextricable, a aquella antigua tradición se consideraba a sí mismo como uno de los videntes de un nuevo ciclo. Cuando una vez le pedí que me describiera las características esenciales de los videntes del nuevo ciclo, lo primero que dijo fue que son los guerreros de la libertad total. Luego explicó que son tales maestros del estar consciente de ser, del acecho y del intento, que la muerte no los alcanza como alcanza al resto de los seres humanos. Los guerreros de la libertad total eligen el momento y la manera en que han de partir de este mundo. En ese momento se consumen con un fuego interno y desaparecen de la faz de la tierra, libres, como si jamás hubieran existido.

I. LOS NUEVOS VIDENTES

Había pasado la noche en la ciudad de Oaxaca, en el sur de México, iba camino a las montañas de Ixtlán a buscar a don Juan. Al salir en mi coche de la ciudad, temprano por la mañana, tuve el buen tino de dar una vuelta por la plaza principal, y ahí lo encontré, sentado en su banca favorita, como si esperase a que yo pasara.

Paré el coche y me reuní con él. Me dijo que estaba en la ciudad atendiendo negocios, que se hallaba hospedado en una pensión local y que con toda confianza podía quedarme con él, ya que tenía que permanecer en la ciudad por dos días más. Por un largo rato hablamos de mis actividades y problemas en el mundo académico.

Como era su costumbre, de repente me dio una palmada en la espalda, cuando menos me lo esperaba, y el golpe me hizo entrar en un estado de conciencia acrecentada.

Estuvimos sentados durante mucho tiempo, en silencio. Yo esperaba con ansia que comenzara a hablar y, sin embargo, cuando lo hizo me sorprendió.

-Mucho tiempo antes de que los españoles llegaran a México -dijo- existían extraordinarios videntes toltecas, hombres capaces de actos inconcebibles. Eran el último eslabón en una cadena de conocimiento que se extendió a lo largo de miles de años. "Esos videntes toltecas fueron hombres extraordinarios; brujos poderosos, sombríos y obsesionados que desentrañaron misterios y poseyeron conocimientos secretos que utilizaban para afectar o subyugar a quienes cayeran en sus manos. Sabían como inmovilizar la atención de sus víctimas y fijarla en lo que fuera.

Dejó de hablar y me miró. Sentí que espe-

raba que yo le hiciera una pregunta, pero no sabía qué preguntar.
-Tengo que hacer hincapié en un hecho importante -prosiguió-, el hecho de que aquellos brujos sabían cómo inmovilizar la atención de sus víctimas. No te diste cuenta, cuando yo lo mencioné no significó nada para ti. No es raro. Una de las cosas más difíciles de admitir es que el estar consciente de ser es algo que puede ser manejado.
Me sentí confuso. Sabía que me guiaba hacia algo. Sentía una aprensión familiar, el mismo sentimiento que siempre me asaltaba cuando don Juan comenzaba un nuevo ciclo de enseñanzas.
Le dije cómo me sentía. Hizo un gesto vago de sonrisa. De costumbre, cuando sonreía, rezumaba felicidad; esta vez estaba definitivamente preocupado. Durante un momento pareció considerar si seguir hablando o no. De nuevo me miró atentamente, paseando su mirada con lentitud a lo largo de todo mi cuerpo. Aparentemente satisfecho, asintió con la cabeza y dijo que yo estaba listo para emprender la etapa final; el aprendizaje que todos los guerreros tenían que llevar a cabo para al fin entender el camino del conocimiento.
-Vamos a hablar del estar consciente de ser -continuó-. Los videntes toltecas, de hecho, fueron los maestros supremos del arte de estar consciente de ser. Cuando digo que sabían cómo inmovilizar la atención de sus víctimas, quiero decir que su conocimiento y sus prácticas secretas les permitieron romper el misterio del estar consciente de ser. Muchas de sus prácticas han sobrevivido hasta el día de hoy, afortunadamente, en una forma modificada. Digo afortunadamente porque esas actividades; como ya te lo explicaré, no llevaron a los antiguos videntes toltecas a la libertad, sino a su ruina.
-¿Usted conoce esas prácticas? -pregunté.
-Claro que sí -contestó-. No hay manera de que nosotros no conozcamos esas técnicas, pero eso no quiere decir que las practiquemos. Tenemos otras miras. Pertenecemos a un nuevo ciclo.
-Pero, ¿usted no se considera brujo, verdad, don Juan? -le pregunté.
-No le hagas, -dijo-. Yo soy un guerrero que ve. En realidad, todos nosotros somos los nuevos videntes. Los antiguos videntes eran los brujos.
"Para el hombre común -prosiguió-, la brujería es asunto negativo, pero de todos modos fascinante. Por esa razón, siempre te animé, en tu estado de conciencia normal, a que pensaras que nosotros somos brujos. Es recomendable hacerlo. Sirve para atraer el interés. Pero, para nosotros ser brujos sería como entrar en un callejón sin salida.
Quise saber que quería decir con eso, pero se negó a hablar al respecto. Dijo que se explayaría en el tema conforme siguiera avanzando con su exposición del estar consciente de ser.
Le pregunté acerca del origen del conocimiento de los toltecas.
-Al comer plantas de poder los toltecas dieron el primer paso en el camino del conocimiento -contestó-. Ya fuera empujados por la curiosidad, o el hambre, o el error, las comieron. Una vez que las plantas de poder produjeron sus efectos, solamente fue asunto de esperar hasta que algunos de ellos comenzaran a analizar sus experiencias. En mi opinión, los primeros hombres que recorrieron el camino del conocimiento fueron muy intrépidos y al mismo tiempo muy desacertados.
-¿No es todo esto una conjetura de su parte, don Juan?
-No, esto no es ninguna conjetura mía. Yo soy vidente, y cuando me enfoco en aquella época sé todo lo que ocurrió.
-¿Puede ver los detalles de las cosas del pasado? -pregunté.
-Ver es un sentido peculiar de saber -contestó-, de saber algo sin la menor duda. En este caso sé lo que hicieron esos hombres, no solamente a causa de que veo, sino porque estamos tan estrechamente ligados con ellos.
Don Juan explicó entonces que su uso del término "tolteca" no correspondía a la manera como yo lo usaba. Para mí significa-

ba una cultura, el imperio tolteca. Para él, el término "tolteca" significaba "hombre de conocimiento".

Dijo que en la época a que se refería, siglos o tal vez incluso milenios antes de la Conquista española, todos aquellos hombres de conocimiento vivían dentro de una vasta área geográfica, al norte y al sur del valle de México, y que se dedicaban a ocupaciones específicas: curar, embrujar, hacer relatos, bailar, ser oráculos, preparar alimentos y bebidas. Tales ocupaciones fomentaban un conocimiento específico, un conocimiento que los diferenciaba del hombre común y corriente. Por otra parte, esos toltecas eran personas que encajaban en la estructura de la vida cotidiana, muy a la manera en que lo hacen en nuestra época los médicos, artistas, maestros, sacerdotes y hombres de negocios. Practicaban sus profesiones bajo el estricto control de cofradías organizadas y llegaron a ser expertos tan influyentes que incluso dominaron todas las áreas vecinas.

Don Juan dijo que después de siglos de usar plantas de poder, algunos de ellos aprendieron finalmente a ver. Los más emprendedores comenzaron entonces la enseñanza de cómo ver. Y ese fue el principio de su perdición. Al pasar el tiempo aumentó el número de videntes, y la obsesión de ver llegó a tal punto que dejaron de ser hombres de conocimiento. Se volvieron expertos en ver y en ejercer control sobre los extraños mundos que atestiguaban, pero todo ello no sirvió de nada. El ver había socavado su fuerza y los había obligado a obsesionarse con lo que veían.

"Sin embargo, hubo videntes que escaparon a ese destino -prosiguió don Juan-, grandes hombres que, a pesar de ver, nunca dejaron de ser hombres de conocimiento. Estoy convencido de que, bajo su dirección, las poblaciones de ciudades enteras penetraron en los mundos que veían, y de ellos no volvieron a salir jamás.

"Pero los videntes que podían sólo ver fueron un fracaso, y cuando su tierra fue invadida por pueblos conquistadores se encontraron tan indefensos como todos los demás.

"Esos conquistadores -continuó- se apoderaron del mundo tolteca, se apropiaron de todo, pero nunca aprendieron a ver.

-¿Por qué cree usted que nunca aprendieron a ver? -pregunté.

-Porque copiaron los procedimientos de los videntes toltecas sin tener el conocimiento interno que los acompaña. Hasta la fecha hay cantidades de brujos por todo México, descendientes de esos conquistadores, que siguen imitando a los toltecas, pero sin saber lo que hacen, o lo que dicen, porque no son videntes.

-¿Quiénes fueron esos conquistadores, don Juan?

-Otros indios -dijo-. Cuando llegaron los españoles, los antiguos videntes habían desaparecido hacía ya siglos. Lo que encontraron los españoles fue una nueva casta de videntes que comenzaba ya a asegurar su posición en un nuevo ciclo.

-¿Qué cosa es una nueva casta de videntes?

-Después que el mundo de los primeros toltecas fue destruido, los videntes que sobrevivieron se recluyeron y empezaron un recuento de sus prácticas. Lo primero que hicieron fue establecer el acecho, el ensoñar y el intento como los procedimientos claves, luego descontinuaron el uso de las plantas de poder; quizás eso nos da cierta idea de lo que realmente les sucedió con las plantas de poder.

"El nuevo ciclo apenas comenzaba a establecerse cuando los conquistadores españoles acabaron con todo. Afortunadamente, para entonces los nuevos videntes estaban completamente preparados para enfrentar ese peligro. Ya eran practicantes consumados del arte del acecho.

Don Juan dijo que los subsecuentes siglos de subyugación les proporcionaron a los nuevos videntes las circunstancias ideales para perfeccionar sus habilidades. Por extraño que parezca, fue el extremo rigor y la coerción de dicho periodo lo que les dio el ímpetu para refinar sus nuevos principios. Y gracias al hecho de que nunca divulgaban sus actividades, se les dejó libres y pudieron explorar y delinear el

curso de sus actos.
-¿Hubo un gran número de videntes durante la Conquista? -pregunté.
-Al principio había muchos. En la época colonial sólo quedó un puñado. El resto había sido exterminado.
-¿Y cómo está la cosa hoy en día?
-Hay unos cuantos. Como tú comprenderás, están dispersos por todas partes.
-¿Los conoce, usted, don Juan?
-Una pregunta tan sencilla es la más difícil de contestar -repuso-. Hay unos a quienes conocemos muy bien. Pero no son exactamente como nosotros, porque se han concentrado en otros aspectos específicos del conocimiento, tales como bailar, curar, embrujar, hablar, en vez de lo que recomiendan los nuevos videntes: el acecho, el ensueño y el intento. Los que son exactamente como nosotros no cruzarían nuestro camino. Así lo dispusieron los videntes que vivieron durante los tiempos coloniales para evitar ser exterminados por los españoles. Cada uno de esos videntes fundó un linaje. Y no todos ellos tuvieron descendientes, de modo que quedan muy pocos.
-¿Conoce usted a algunos que sean exactamente como nosotros?
-Unos cuantos -contestó lacónicamente.
Le pedí entonces que me diera toda la información posible; el tema me interesaba de manera vital; me era de suma importancia conocer nombres y direcciones con objeto de validar y corroborar todo lo que me estaba diciendo.
Don Juan no parecía interesado en complacerme.
-Los nuevos videntes pasaron por todas esas corroboraciones -dijo-. La mitad de ellos dejó los huesos en el cuarto donde los corroboraban. Así que ahora son pájaros solitarios. Dejémoslo así. Lo único de lo que podemos hablar es de nuestro linaje. Acerca de eso, tú y yo podemos decir todo lo que queramos.
Explicó que todos los linajes fueron iniciados en la misma época y de igual manera. Hacia fines del siglo dieciséis cada nagual se cerró en sí mismo y aisló a su grupo de videntes para que no tuvieran ningún contacto abierto con otros videntes. La consecuencia de esa drástica segregación fue la formación de linajes individuales. Dijo que nuestro linaje estaba compuesto de catorce naguales y ciento veintiséis videntes. Algunos de esos catorce naguales tuvieron solamente siete videntes con ellos, otros tuvieron once y algunos hasta quince.
Me dijo que su maestro, o su benefactor, como le llamaba, era el nagual Julián, y el anterior a Julián era el nagual Elías. Le pregunté si conocía los nombres de todos los catorce naguales. Los nombró y los enumeró, a fin de que yo supiera quiénes eran. Dijo también que había conocido personalmente a los quince videntes que formaron el grupo de su benefactor, y que había conocido al maestro de su benefactor, el nagual Elías, y a los once videntes de su grupo.
Don Juan me aseguró que nuestro linaje era bastante excepcional, porque sufrió un cambio drástico en el año 1723. Una influencia externa vino a afectarnos y alteró nuestro curso de manera inexorable. En ese momento no quiso hablar del evento en sí, pero dijo que, a partir de ese entonces, nuestra línea tomaba en cuenta un nuevo comienzo, y que se consideraba que los ocho naguales que habían gobernado el linaje desde ese instante, eran intrínsecamente diferentes a los seis que los precedieron.

Don Juan debió tener negocios que atender al día siguiente, porque no lo vi hasta casi el mediodía. Mientras tanto, llegaron a la ciudad tres de sus aprendices, Pablito, Néstor y la Gorda. Venían a comprar herramientas y materiales para el negocio de carpintería de Pablito. Los acompañé y los ayudé a cumplir todos sus encargos. Luego regresamos todos a la pensión.
Los cuatro estábamos sentados conversando cuando don Juan entró a mi cuarto. Nos dijo que partiríamos después del almuerzo, y que, inmediatamente, tenía algo que discutir conmigo, en privado. Su-

girió que nosotros dos diéramos un paseo alrededor de la plaza antes de que nos reuniéramos todos en un restaurante.
Pablito y Néstor se pusieron de pie y salieron diciendo que aún no terminaban sus quehaceres. La Gorda parecía estar muy disgustada.
-¿De qué van a hablar? -chilló, pero de inmediato reconoció su error y se rió nerviosamente.
Don Juan la miró de manera extraña pero no dijo nada.
Alentada por su silencio, la Gorda propuso que la lleváramos con nosotros. Nos aseguró que no nos molestaría en lo más mínimo.
-Estoy seguro de que no nos molestarás -le dijo don Juan-, pero realmente no quiero que oigas nada de lo que tengo que decir.
El enojo de la Gorda era muy obvio. Se sonrojó. Cuando don Juan y yo salíamos del cuarto, la miré a hurtadillas y noté que tenía la boca abierta y los labios resecos. Toda su cara se había nublado con ansiedad y tensión, distorsionándose al instante.
El malhumor de la Gorda me causó una gran ansiedad. De hecho, sentía una incomodidad física. No dije nada, pero don Juan pareció darse cuenta de cómo me sentía.
-Deberías darle gracias a la Gorda día y noche -dijo de repente-. Ella te está ayudando a destruir tu importancia personal. Ella es la pinche tirana en tu vida, pero aún no te das cuenta de eso.
Paseamos alrededor de la plaza hasta que todo mi nerviosismo se desvaneció. Entonces nos volvimos a sentar en su banca preferida.
-Los antiguos videntes en realidad fueron muy afortunados -comenzó don Juan-, porque tuvieron tiempo de sobra para aprender cosas increíbles. Con decirte que sabían maravillas que hoy no podemos ni siquiera imaginar.
-¿Quién les enseñó todo eso? -pregunté.
-Aprendieron todo por su cuenta, eran videntes, veían -contestó-. La mayoría de lo que sabemos en nuestro linaje fue obra de ellos. Los nuevos videntes corrigieron los errores de los antiguos videntes, pero la base de lo que conocemos y hacemos está perdida en el tiempo de los toltecas.
Explicó que uno de los más sencillos y al mismo. tiempo más importantes hallazgos, desde el punto de vista de la instrucción, es saber que el hombre tiene dos tipos de conciencia. Los antiguos videntes los llamaban el lado derecho e izquierdo del hombre.
-Los antiguos videntes se dieron cuenta -prosiguió-, de que la mejor manera de enseñar su conocimiento era hacer que sus aprendices cambiaran a su lado izquierdo, a un estado de conciencia acrecentada, porque ahí es donde tiene lugar el verdadero aprendizaje.
"A los antiguos videntes les entregaban niños muy pequeños como aprendices -continuó don Juan-, para que de esa manera no conocieran otra clase de vida. A su vez, cuando esos niños crecían, tomaban a otros niños como aprendices. Imagínate las cosas que debieron descubrir en esos cambios a la izquierda y a la derecha, después de siglos de hacerlo.
Yo comenté lo desconcertante que eran para mí esos cambios. Me aseguró que mi experiencia era similar a la suya. Su benefactor, el nagual Julián, le creó un profundo cisma al hacerlo cambiar una y otra vez de un tipo de conciencia al otro. Dijo que la claridad y la libertad que experimentaba en estados de conciencia acrecentada estaban en completo contraste con las racionalizaciones, las defensas, el enojo y el miedo que eran parte de su estado normal. Dijo que los antiguos videntes solían crear esta polaridad para satisfacer sus propósitos particulares; con ella, obligaban a sus aprendices a lograr la concentración necesaria para aprender técnicas de brujería. Los nuevos videntes, por otro lado, la usaban para guiar a sus aprendices a la convicción de que existen en el hombre posibilidades que jamás son realizadas.
-El mejor logro de los nuevos videntes -prosiguió don Juan-, es su explicación del misterio de estar consciente de ser. Lo

condensaron todo en unos conceptos y actos que se enseñan mientras los aprendices están en el estado de conciencia acrecentada.
Dijo que el valor del método de enseñanza de los nuevos videntes radica en que aprovecha las cualidades peculiares de la conciencia acrecentada, especialmente la inhabilidad de los aprendices para recordar. Esta inhabilidad constituye una barrera casi infranqueable para los guerreros que tienen que recordar toda la instrucción que se les dio, si han de seguir adelante. Sólo después de años de esfuerzo y de disciplina monumentales pueden los guerreros recordar su instrucción.

II. LOS PINCHES TIRANOS

Don Juan no me volvió a hablar de la maestría de estar consciente de ser hasta meses después. Estábamos entonces en la casa donde vivía todo el grupo de videntes.
-Vamos a caminar un rato -me dijo don Juan secamente, poniendo una mano sobre mi hombro-. O mejor todavía, vamos donde hay mucha gente, a la plaza del pueblo y nos sentamos a platicar.
Me sorprendió muchísimo que me hablara; ya llevaba yo varios días en la casa y ni siquiera contestaba mis saludos.
Al momento en que don Juan y yo salíamos de la casa, la Gorda nos interceptó y nos exigió que la lleváramos con nosotros. Parecía estar determinada a seguirnos. Con voz muy firme don Juan le dijo que tenía que discutir algo conmigo en privado.
-Van a hablar de mí -dijo la Gorda; su tono y sus gestos traicionaban tanto su desconfianza como su enojo.
-Pues, sí -repuso don Juan secamente. Pasó frente a ella sin volverse a mirarla.
Lo seguí, y caminamos en silencio hasta la plaza del pueblo. Cuando nos sentamos le pregunté que qué demonios podríamos discutir acerca de la Gorda. Todavía me molestaba la amenazante manera como me había mirado cuando salíamos de la casa.
-No tenemos nada que discutir acerca de la Gorda o de ninguna otra persona -repuso-. Le dije eso sólo para aguijonear su enorme importancia personal. Y dio resultado. Está furiosa con nosotros. Yo la conozco bien, estuvo hablando consigo misma y ya se dijo lo suficiente para darse confianza y para sentirse indignada porque no la trajimos y por haber quedado como tonta. No me sorprendería si se nos viene encima en esta banca.
-Si no vamos a hablar de la Gorda, ¿de qué vamos a hablar? -le pregunté.
-Vamos a continuar la discusión que comenzamos en Oaxaca -contestó-. Entender esta explicación va a requerir tu esfuerzo máximo. Tienes que estar dispuesto a cambiar una y otra vez de niveles de conciencia, y mientras estemos envueltos en nuestra plática exigiré de ti total concentración y paciencia.
Quejándome a medias, le dije que me había hecho sentirme muy mal al negarse a hablarme desde mi llegada a su casa. Me miró y arqueó las cejas. Una sonrisa apareció fugazmente en sus labios y se desvaneció. Me di cuenta de que me daba a entender que yo estaba tan confuso como la Gorda.
-Te estuve aguijoneando tu importancia personal -dijo frunciendo el ceño-. La importancia personal es nuestro mayor enemigo. Piénsalo, aquello que nos debilita es sentirnos ofendidos por los hechos y malhechos de nuestros semejantes. Nuestra importancia personal requiere que pasemos la mayor parte de nuestras vidas ofendidos por alguien. "Los nuevos videntes recomendaban que se debían llevar a cabo todos los esfuerzos posibles para erradicarla de la vida de los guerreros. Yo he seguido esa recomendación al pie de la letra y he tratado de demostrarte por todos los medios posibles que sin importancia personal somos invulnerables.
Mientras lo escuchaba, de pronto, sus ojos se volvieron muy brillantes. La idea que se me ocurrió, de inmediato, fue que parecía estar a punto de reírse y que no había motivo para hacerlo, cuando me so-

bresalto una repentina y dolorosa bofetada en el lado derecho de la cara.

Me levanté de un salto. La Gorda estaba parada a mis espaldas, con la mano aun alzada. Su cara estaba roja de ira.

-¡Ahora si puedes decir lo que quieras de mí, y con mas razón! -gritó-. ¡Pero si tienes algo que decir, dímelo en mi cara, hijo de la chingada!

Su arranque pareció haberla agotado; se sentó en el suelo y comenzó a llorar. Don Juan estaba inmovilizado por un júbilo inexpresable. Yo estaba tieso de pura furia. La Gorda me fulminó con la mirada y luego se volvió hacia don Juan y le dijo sumisamente que no teníamos ningún derecho a criticarla.

Don Juan se rió con tanta fuerza que se dobló casi hasta el suelo. Ni siquiera podía hablar. Dos o tres veces trató de decirme algo, pero finalmente se incorporó y se alejó, con el cuerpo aun sacudido por espasmos de risa.

Yo estaba a punto de correr tras él, todavía furioso contra la Gorda, quien en ese momento me parecía despreciable, cuando me ocurrió algo extraordinario. Supe, instantáneamente, que era lo que había hecho reír tanto a don Juan. La Gorda y yo éramos horrendamente parecidos. Nuestra importancia personal era gigantesca. Mi sorpresa y mi furia al ser abofeteado eran exactamente iguales a la ira y la desconfianza de la Gorda. Don Juan tenia razón. La carga de la importancia personal es en verdad un terrible estorbo.

Corrí tras el, exaltado, lágrimas me brotaban de los ojos. Lo alcancé y le dije lo que había comprendido. En sus ojos había un brillo de malicia y deleite.

-¿Qué puedo hacer por la Gorda? -pregunté.

-Nada -contestó-. Los actos de darse cuenta son siempre personales.

Cambió el tema y dijo que los augurios nos decían que prosiguiéramos nuestra discusión en casa, ya fuera en una sala amplia con cómodos sillones o bien en el patio trasero, que tenía un corredor techado a su alrededor. Dijo que en cada ocasión que llevara a cabo sus explicaciones dentro de la casa esas dos áreas quedarían vedadas para todos los demás.

Regresamos a la casa. Don Juan le contó a todos lo que había hecho la Gorda. El deleite de los videntes y las bromas que le hicieron al respecto, aumentó el desasosiego de la Gorda.

-La importancia personal no puede combatirse con delicadezas -comentó don Juan cuando expresé mi preocupación acerca del estado de animo de la Gorda.

Pidió luego a todos que abandonaran el cuarto. Nos sentamos y don Juan comenzó sus explicaciones.

Dijo que los videntes, antiguos y nuevos, se dividen en dos categorías. La primera queda integrada por aquellos que están dispuestos a ejercer control sobre sí mismos. Esos videntes son los que pueden canalizar sus actividades hacia objetivos pragmáticos que beneficiarían a otros videntes y al hombre en general. La otra categoría está compuesta de aquellos a quienes no les importa ni el control de sí mismos ni ningún objetivo pragmático. se piensa de manera unánime entre los videntes que estos últimos no han podido resolver el problema de la importancia personal.

-La importancia personal no es algo sencillo e ingenuo -explicó-. Por una parte, es el núcleo de todo lo que tiene valor en nosotros, y por otra, el núcleo de toda nuestra podredumbre. Deshacerse de la importancia personal requiere una obra maestra de estrategia. Los videntes de todas las épocas han conferido las más altas alabanzas a quienes lo han logrado.

Me quejé de que, aunque a veces me parecía muy atractiva, la idea de erradicar la importancia personal me era realmente incomprensible; le dije que sus directivas y sugerencias para deshacerse de ella eran tan vagas que no había modo de implementarlas.

-Estoy ya cansado de repetirte -dijo-, que para poder seguir el camino del conocimiento uno tiene que ser muy imaginativo. Como lo estás comprobando tú mismo,

todo está oscuro en el camino del conocimiento. La claridad cuesta muchísimo trabajo, muchísima imaginación.
Mi zozobra me hizo argüir que sus amonestaciones sobre la importancia personal me recordaban a los catecismos. Y si algo era odioso para mí era el recuerdo de los sermones acerca del pecado. Los encontraba yo siniestros.
-Los guerreros combaten la importancia personal como cuestión de estrategia, no como cuestión de fe -repuso-. Tu error es entender lo que digo en términos de moralidad.
-Yo lo veo a usted como un hombre de gran moralidad -insistí.
-Lo que tú estas viendo como moralidad es simplemente mi impecabilidad -dijo.
-El concepto de la impecabilidad, así como el de deshacerse de la importancia personal, es un concepto demasiado vago para serme útil -le comenté.
Don Juan se atragantó de risa, y yo lo desafié a que explicara la impecabilidad.
-La impecabilidad no es otra cosa que el uso adecuado de la energía -dijo-. Todo lo que yo te digo no tiene un ápice de moralidad. He ahorrado energía y eso me hace impecable. Para poder entender esto, tú tienes que haber ahorrado suficiente energía, o no lo entenderás jamás.
Durante largo tiempo permanecimos en silencio. Yo quería pensar en lo que había dicho. De repente, comenzó a hablar de nuevo.
-Los guerreros hacen inventarios estratégicos -dijo-. Hacen listas de sus actividades y sus intereses. Luego deciden cuáles de ellos pueden cambiarse para, de ese modo, dar un descanso a su gasto de energía.
Yo alegué que una lista de esa naturaleza tendría que incluir todo lo imaginable. Con mucha paciencia me contestó que el inventario estratégico del que hablaba sólo abarcaba patrones de comportamiento que no eran esenciales para nuestra supervivencia y bienestar.
Yo aproveché la oportunidad para señalarle que la supervivencia y el bienestar eran categorías que podían interpretarse de incontables maneras. Le argüí que no era posible ponerse de acuerdo sobre lo que era o no era esencial para nuestra supervivencia y bienestar.
Conforme seguí hablando, comencé a perder mi impulso original. Finalmente, me detuve porque me di cuenta de la inutilidad de mis argumentos. Me di cuenta de que don Juan estaba en lo cierto cuando decía que mi pasión era hacerme el difícil.
Don Juan dijo entonces que en los inventarios estratégicos de los guerreros, la importancia personal figura como la actividad que consume la mayor cantidad de energía, y que por eso se esforzaban por erradicarla.
-Una de las primeras preocupaciones del guerrero es liberar esa energía para enfrentarse con ella a lo desconocido -prosiguió don Juan-. La acción de recanalizar esa energía es la impecabilidad.
Dijo que la estrategia más efectiva fue desarrollada por los videntes de la Conquista, los indiscutibles maestros del acecho, y que consiste en seis elementos que tienen influencia recíproca. Cinco de ellos se llaman los atributos del ser guerrero: control, disciplina, refrenamiento, la habilidad de escoger el momento oportuno y el intento. Estos cinco elementos pertenecen al mundo privado del guerrero que lucha por perder su importancia personal. El sexto elemento, que es quizás el más importante de todos, pertenece al mundo exterior y se llama el pinche tirano. Me miró como si en silencio me preguntara si le había entendido o no.
-Estoy realmente perdido -dije-. El otro día dijo usted que la Gorda es la pinche tirana de mi vida. ¿Qué es exactamente un pinche tirano?
-Un pinche tirano es un torturador -contestó-. Alguien que tiene el poder de acabar con los guerreros, o alguien que simplemente les hace la vida imposible.
Don Juan sonrío con un aire de malicia y dijo que los nuevos videntes desarrollaron su propia clasificación de los pinches tiranos. Aunque el concepto es uno de sus ha-

llazgos más serios e importantes, los nuevos videntes lo tomaban muy a la ligera. Me aseguró que había un tinte de humor malicioso en cada una de sus clasificaciones, porque el humor era la única manera de contrarrestar la compulsión humana de hacer engorrosos inventarios y clasificaciones.

De conformidad con sus prácticas humorísticas los nuevos videntes juzgaron correcto encabezar su clasificación con la fuente primaria de energía, el único y supremo monarca en el universo, y le llamaron simplemente el tirano. Naturalmente, encontraron que los demás déspotas y autoritarios quedaban infinitamente por debajo de la categoría de tirano. Comparados con la fuente de todo, los hombres más temibles son bufones, y por lo tanto, los nuevos videntes los clasificaron como pinches tiranos.

La segunda categoría consiste en algo menor que un pinche tirano. Algo que llamaron los pinches tiranitos; personas que hostigan e infligen injurias, pero sin causar de hecho la muerte de nadie. A la tercera categoría le llamaron los repinches tiranitos o los pinches tiranitos chiquititos, y en ella pusieron a las personas que sólo son exasperantes y molestos a más no poder.

Las clasificaciones me parecieron ridículas. Estaba seguro de que don Juan improvisaba los términos. Le pregunté si era así.

-De ningún modo -contestó con expresión divertida-. Los nuevos videntes eran estupendos para hacer clasificaciones. Sin duda alguna, Genaro es uno de los mejores; si lo observaras con cuidado, te darías cuenta exacta de como se sienten los nuevos videntes con respecto a las clasificaciones.

Cuando le pregunté si me estaba tomando el pelo se rió a carcajadas.

-Jamás te haría eso -dijo sonriendo-. Quizá Genaro lo haga, pero no yo, especialmente cuando sé lo serio que son para ti las clasificaciones. Lo malo es que los nuevos videntes eran terriblemente irreverentes.

Agregó que la categoría de los pinches tiranitos había sido dividida en cuatro más. Una estaba compuesta por aquellos que atormentan con brutalidad y violencia. Otra, por aquellos que lo hacen creando insoportable aprensión. Otra, por aquellos que oprimen con tristeza. Y la última, por esos que atormentan haciendo enfurecer.

-La Gorda está en una categoría especial -agregó. Es una repinche tiranita suplente. Te hace la vida imposible, por el momento. Hasta te da de bofetadas. Con todo eso te está enseñando a ser imparcial, a ser indiferente.

-¿Cómo puede ser eso posible? -protesté.

-Todavía no has puesto en juego los ingredientes de la estrategia de los nuevos videntes -dijo-. Una vez que lo hagas, sabrás cuán eficaz e ingeniosa es la estratagema de usar a un pinche tirano. Te aseguro que no sólo elimina la importancia personal, sino que también prepara a los guerreros para entender que la impecabilidad es lo único que cuenta en el camino del conocimiento.

Dijo que la estrategia de los nuevos videntes era una maniobra mortal en la cual el pinche tirano es como una cúspide montañosa, y los atributos del ser guerrero son como enredaderas que trepan hasta la cima.

-Generalmente solo se usan los primeros cuatro atributos -prosiguió-. El quinto, el intento, se reserva siempre para la última confrontación, como diríamos, para cuando los guerreros se enfrentan al pelotón de fusilamiento.

-¿A qué se debe esto?

-A que el intento pertenece a otra esfera, a la esfera de lo desconocido. Los otros cuatro pertenecen a lo conocido, exactamente donde se encuentran aposentados los pinches tiranos. De hecho, lo que convierte a los seres humanos en pinches tiranos es precisamente el obsesivo manejo de lo conocido.

Don Juan explicó que sólo los videntes que son guerreros impecables y que tienen control sobre el intento logran el engranaje de todos los cinco atributos. Una

acción de esa naturaleza es una maniobra suprema que no puede realizarse en el nivel humano de todos los días.

-Cuatro atributos es todo lo que se necesita para tratar con los peores pinches tiranos -continuó-. Claro está, siempre y cuando se haya encontrado a un pinche tirano. Como dije, el pinche tirano es el elemento externo, el que no podemos controlar y el elemento que es quizás el más importante de todos. Mi benefactor siempre decía que el guerrero que se topa con un pinche tirano es un guerrero afortunado. Su filosofía era que si no tienes la suerte de encontrar a uno en tu camino, tienes que salir a buscarlo.

Explicó que uno de los más grandes logros de los videntes de la época colonial fue un esquema que él llamaba la progresión de tres vueltas. Los videntes, al entender la naturaleza del hombre, llegaron a la conclusión indisputable de que si uno se las puede ver con los pinches tiranos, uno ciertamente puede enfrentarse a lo desconocido sin peligro, y luego incluso, uno puede sobrevivir a la presencia de lo que no se puede conocer.

-La reacción del hombre común y corriente es pensar que debería invertirse ese orden -prosiguió-. Es natural creer que un vidente que se puede enfrentar a lo desconocido puede, por cierto, hacer cara a cualquier pinche tirano. Pero no es así. Lo que destruyó a los soberbios videntes de la antigüedad fue esa suposición.

Es solo ahora que lo sabemos. Sabemos que nada puede templar tan bien el espíritu de un guerrero como el tratar con personas imposibles en posiciones de poder. Solo bajo esas circunstancias pueden los guerreros adquirir la sobriedad y la serenidad necesarias para ponerse frente a frente a lo que no se puede conocer.

A grandes voces, disentí con él. Le dije que, en mi opinión, los tiranos convierten a sus víctimas en seres indefensos o en seres tan brutales como los tiranos mismos. Señalé que se habían realizado incontables estudios sobre los efectos de la tortura física y sociológica sobre ese tipo de víctimas.

-La diferencia está en algo que acabas de decir -repuso-. Tú hablas de víctimas, no de guerreros. Yo también creía lo mismo que tú. Ya te contaré lo que me hizo cambiar, pero primero volvamos otra vez a lo que te estaba diciendo acerca de los tiempos coloniales. Los videntes de aquella época tuvieron la mejor oportunidad. Los españoles fueron tales pinches tiranos que pudieron poner a prueba las habilidades más recónditas de esos videntes; después de lidiar con los conquistadores, los videntes estaban listos para encarar cualquier cosa. Ellos fueron los afortunados. En aquel entonces había pinches tiranos hasta en el mole.

"Después de esos maravillosos años de abundancia, las cosas cambiaron mucho. Nunca más volvieron a tener tanto alcance los pinches tiranos; sólo durante aquella época fue ilimitada su autoridad. El ingrediente perfecto para producir un soberbio vidente es un pinche tirano con prerrogativas ilimitadas.

"Desgraciadamente, en nuestros días, los videntes tienen que llegar a extremos para encontrar un pinche tirano que valga la pena. La mayor parte del tiempo tienen que conformarse con insignificancias.

-¿Usted encontró a un pinche tirano, don Juan?

-Tuve suerte. Un verdadero ogro me encontró a mí. Sin embargo, en aquel entonces, yo me sentía como tú, no podía considerarme afortunado, aunque mi benefactor me decía lo contrario.

Don Juan dijo que su penosa experiencia comenzó unas semanas antes de conocer a su benefactor. Apenas tenia veinte años de edad en aquel entonces. Había conseguido un empleo como jornalero en un molino de azúcar. Siempre había sido muy fuerte, y por eso le era fácil conseguir trabajos para los que se requerían músculos. Un día, mientras movía unos pesados costales de azúcar llegó una señora. Estaba muy bien vestida y parecía ser mujer rica y de autoridad. Dijo don Juan que la señora quizá tenía unos cincuenta años de edad, y que se le quedó viendo, luego habló con el capataz y partió.

El capataz se acercó a don Juan, diciéndole que si le pagaba, él lo recomendaría para un trabajo en la casa del patrón. Don Juan le respondió que no tenía un centavo. El capataz sonrió y le dijo que no se preocupara, que el día de pago tendría bastante. Palmeó la espalda de don Juan y le aseguró que era un gran honor trabajar para el patrón.

Don Juan dijo que, puesto que él era un humilde indio ignorante que vivía al día, no solo se creyó hasta la ultima palabra, sino que hasta creyó que una hada benévola le había hecho un regalo. Prometió pagarle al capataz lo que quisiera. El capataz mencionó una considerable suma, que tenia que pagarse en abonos.

De inmediato, el capataz llevó a don Juan a la casa del patrón que quedaba bastante lejos del pueblo, y ahí lo dejó con otro capataz, un hombre enorme, sombrío y de físico horrible que le hizo muchas preguntas. Quería saber acerca de la familia de don Juan. Don Juan le contestó que no tenía familia alguna. Eso agradó tanto al hombre que llegó a sonreír, mostrando sus dientes carcomidos.

Le prometió a don Juan que le pagarían mucho, y que incluso estaría en posición de ahorrar dinero, porque no tendría que gastarlo ya que iba a vivir y comer en la casa.

La manera como el hombre se rió aterró tanto a don Juan que de inmediato trató de salir corriendo. Llegó hasta la entrada, pero el hombre le cortó el camino con un revólver en la mano. Lo amartilló y lo empujó con fuerza contra el estómago de don Juan.

-Estás aquí para trabajar como burro -dijo-. Que no se te olvide.

Con mucha fuerza empujó a don Juan, y le pegó con un garrote. Lo arrastró a un costado de la casa y después de comentar que él hacía trabajar a sus hombres de sol a sol y sin descanso, puso a trabajar a don Juan, desenterrando dos enormes troncos de árbol cortados. También le dijo a don Juan que si otra vez intentaba escapar o acudir a las autoridades lo mataría a balazos.

-Trabajarás aquí hasta que te mueras -le dijo-. Y después otro indio tomará tu puesto, así como tú estás tomando el puesto de un indio muerto.

Don Juan dijo que la casa parecía una fortaleza inexpugnable, con hombres armados con machetes por doquier. Así que hizo lo único sensato que podía hacer: ponerse a trabajar y tratar de no pensar en sus cuitas. Al final de la jornada, el hombre regresó y, porque no le gustó la mirada desafiante en los ojos de don Juan, se lo llevó a patadas hasta la cocina. Amenazó a don Juan con cortarle los tendones de los brazos si no le obedecía.

En la cocina una vieja le sirvió comida, pero don Juan estaba tan perturbado que no podía comer. La vieja le aconsejó que comiera todo porque tenía que fortalecerse ya que su trabajo jamás terminaría. Le advirtió que el hombre que ocupaba su lugar había muerto el día anterior. Estaba demasiado débil y se cayó de una ventana del segundo piso.

Don Juan dijo que trabajó en la casa del patrón por tres semanas, y que el hombre abusó de él a cada instante. Bajo la amenaza constante de su cuchillo, pistola o garrote, el capataz lo hizo trabajar en las más peligrosas condiciones, haciendo los trabajos más pesados que es posible imaginar. Cada día lo mandaba a los establos a limpiar los pesebres mientras seguían en ellos los nerviosos garañones. Al comenzar el día, don Juan tenia siempre la certeza de que no iba a sobrevivirlo. Y sobrevivir sólo significaba que tendría que pasar otra vez por el mismo infierno al día siguiente.

Lo que precipitó la escena final fue la petición que don Juan hizo en un día feriado. Pidió unas horas para ir al pueblo a pagarle el dinero que le debía al capataz del molino de azúcar. Era un pretexto. El capataz se dio cuenta y repuso que don Juan no podía dejar de trabajar, ni siquiera un minuto, porque estaba endeudado hasta las orejas por el solo privilegio de trabajar allí.

Don Juan tuvo la certeza de que ahora si

estaba perdido. Entendió las maniobras de los dos capataces: estaban de acuerdo para hacerse de indios pobres del molino, trabajarlos hasta la muerte y dividirse sus salarios. Al darse cabal cuenta de todo esto don Juan explotó. Comenzó a dar gritos histéricos; gritando atravesó la cocina y entró a la casa principal. Sorprendió tan por completo al capataz y a los otros trabajadores que pudo salir corriendo por la puerta delantera. Casi logró huir, pero el capataz lo alcanzó y en medio del camino le pegó un tiro en el pecho y lo dio por muerto.

Don Juan dijo que su destino no fue morir; ahí mismo lo encontró su benefactor y lo cuidó hasta que se repuso.

-Cuando le conté toda la historia a mi benefactor -prosiguió don Juan-, apenas logró contener su emoción. "Ese capataz es un verdadero tesoro" dijo mi benefactor. "Es algo demasiado raro para ser desperdiciado. Algún día tienes que volver a esa casa".

"Se deshacía en elogiar a mi suerte de encontrar un pinche tirano, único en su género, con un poder casi ilimitado. Pensé que el señor estaba loco. Me tomó años entender cabalmente lo que me dijo en ese entonces.

-Este es uno de los relatos más horribles que he escuchado en mi vida -dije-. ¿Realmente volvió usted a esa casa?

-Claro que volví, tres años después. Mi benefactor tenia razón. Un pinche tirano como aquel era único en su género y no podía desperdiciarse.

-¿Cómo logró usted regresar?

-Mi benefactor ideó una estrategia utilizando los cuatro atributos del ser guerrero: control, disciplina, refrenamiento y la habilidad de escoger el momento oportuno.

Don Juan dijo que su benefactor, al explicarle lo que él tenía que hacer en la casa del patrón para enfrentar a aquel ogro de hombre, también le reveló que los nuevos videntes consideraban que habían cuatro pasos en el camino del conocimiento. El primero es el paso que dan los seres humanos comunes y corrientes al convertirse en aprendices. Al momento que los aprendices cambian sus ideas acerca de sí mismos y acerca del mundo, dan el segundo paso y se convierten en guerreros, es decir, en seres capaces de la máxima disciplina y control sobre si mismos. El tercer paso, que dan los guerreros, después de adquirir refrenamiento y la habilidad de escoger el momento oportuno, es convertirse en hombres de conocimiento. Cuando los hombres de conocimiento aprenden a ver, han dado el cuarto paso y se han convertido en videntes.

Su benefactor recalcó el hecho de que don Juan ya había recorrido el camino del conocimiento lo suficiente para haber adquirido un mínimo de los dos primeros atributos: control y disciplina.

-En aquel entonces, me estaban vedados los otros dos atributos -prosiguió don Juan-. El refrenamiento y la habilidad de escoger el momento oportuno quedan en el ámbito del hombre de conocimiento. Mi benefactor me permitió el acceso a ellos a través de su estrategia.

-¿Significa eso que usted no hubiera podido enfrentarse al pinche tirano por su cuenta? -pregunté.

-Estoy seguro de que hubiera podido hacerlo yo solo, aunque siempre he dudado que hubiera podido hacerlo con estilo y elegancia. Mi benefactor disfrutó inmensamente dirigiendo mi tarea. La idea de usar un pinche tirano no es solo para perfeccionar el espíritu sino también para la felicidad y el gozo del guerrero.

-¿Cómo podría alguien gozar con el monstruo que describió usted?

-Ese señor no era nada en comparación con los verdaderos monstruos que los nuevos videntes enfrentaron durante la Colonia. Todo parece indicar que aquellos videntes se quedaron bizcos de tanta diversión. Probaron que hasta los peores pinches tiranos son un encanto, claro esta, siempre y cuando uno sea guerrero.

Don Juan explicó que el error de cualquier persona que se enfrenta a un pinche tirano es no tener una estrategia en

la cual apoyarse; el defecto fatal es tomar demasiado en serio los sentimientos propios, así como las acciones de los pinches tiranos. Los guerreros por otra parte, no solo tienen una estrategia bien pensada, sino que están también libres de la importancia personal. Lo que acaba con su importancia personal es haber comprendido que la realidad es una interpretación que hacemos. Ese conocimiento fue la ventaja definitiva que los nuevos videntes tuvieron sobre los españoles.

Dijo que estaba convencido de que podía derrotar al capataz usando solamente la convicción de que los pinches tiranos se toman mortalmente en serio, mientras que los guerreros no.

Siguiendo el plan estratégico de su benefactor, don Juan volvió a conseguir trabajo en el mismo molino de azúcar. Nadie recordó que él trabajó allí; los peones trabajaban en el molino de azúcar por temporadas.

La estrategia de su benefactor especificaba que don Juan tenia que ser esmerado y circunspecto con quien fuera que llegara buscando otra víctima. Resultó que la misma señora llegó, como lo había hecho años antes y se fijó inmediatamente en don Juan, quien tenía aún más fuerza física que la vez anterior.

Tuvo lugar la misma rutina con el capataz. Sin embargo, la estrategia requería que don Juan, desde el principio, rehusara pago alguno al capataz. Al hombre jamás se le había hecho eso, y quedó asombrado. Amenazó con despedir a don Juan del trabajo. Don Juan lo amenazó por su parte, diciendo que iría directamente a la casa de la señora a verla. Le dijo al capataz que él sabía donde vivía ella, porque trabajaba en los campos aledaños cortando caña de azúcar. El hombre comenzó a regatear, y don Juan le exigió dinero antes de aceptar ir a casa de la señora. El capataz cedió y le entregó algunos billetes. Don Juan se dio perfecta cuenta de que el capataz accedía sólo como ardid para conseguir que aceptara el trabajo.

El mismo me llevó de nuevo a la casa -dijo don Juan-. Era una vieja hacienda propiedad de la gente del molino de azúcar; hombres ricos que o bien sabían lo que pasaba y no les importaba, o eran demasiado indiferentes para darse cuenta.

"En cuanto llegamos ahí, corrí a buscar a la señora. La encontré, caí de rodillas y besé su mano para darle las gracias. Los dos capataces estaban lívidos.

"El capataz de la casa me hizo lo mismo que antes. Pero yo estaba preparadísimo para tratar con él; tenía yo control y disciplina. Todo resultó tal como lo planeó mi benefactor. Mi control me hizo cumplir con las más absurdas necedades del tipo. Lo que generalmente nos agota en una situación como ésa es el deterioro que sufre nuestra importancia personal. Cualquier hombre que tiene una pizca de orgullo se despedaza cuando lo hacen sentir inútil y estúpido.

"Con gusto hacía yo todo lo que el capataz me pedía. Yo estaba feliz y lleno de fuerza. Y no me importaban un comino mi orgullo o mi terror. Yo estaba ahí como guerrero impecable. El afinar el espíritu cuando alguien te pisotea se llama control."

Don Juan explicó que la estrategia de su benefactor requería de que en lugar de sentir compasión por sí mismo, como lo había hecho antes, se dedicara de inmediato a explorar el carácter del capataz, sus debilidades, sus peculiaridades.

Encontró que los puntos más fuertes del capataz eran su osadía y su violencia. Había balaceado a don Juan a plena luz del día y ante veintenas de espectadores. Su gran debilidad era que le gustaba su trabajo y que no quería ponerlo en peligro. Bajo ninguna circunstancia intentaría matar a don Juan dentro de la propiedad, durante el día. Su otra gran debilidad consistía en que era hombre de familia. Tenia una esposa e hijos que vivían en una casucha cerca de la casa.

-Reunir toda esta información mientras te golpean se llama disciplina -dijo don Juan-. El hombre era un demonio. No tenia ninguna gracia que lo salvara. Según los nuevos videntes, el perfecto pinche ti-

rano no tiene ninguna característica redentora.
Don Juan dijo que los dos últimos atributos del ser guerrero, que él aún no tenia en aquel entonces, habían quedado automáticamente incluidos en la estrategia de su benefactor. El refrenamiento es esperar con paciencia, sin prisas, sin angustia; es una sencilla y gozosa retención del pago que tiene que llegar.
-Mi vida era una humillación diaria -prosiguió don Juan-, a veces hasta lloraba cuando el hombre me pegaba con su látigo, y sin embargo, yo era feliz. La estrategia de mi benefactor fue lo que me hizo aguantar de un día a otro sin odiar a nadie. Yo era un guerrero. Sabía que estaba esperando y sabía qué era lo que esperaba. Precisamente en eso radica el gran regocijo del ser guerrero.
Agregó que la estrategia de su benefactor incluía acosar sistemáticamente al hombre, escudándose siempre tras un orden superior, así como habían hecho los videntes del nuevo ciclo, durante la Colonia, al escudarse con la iglesia católica. Un humilde sacerdote era a veces más poderoso que un noble.
El escudo de don Juan era la señora dueña de la casa. Cada vez que la veía se hincaba ante ella y la llamaba santa. Le rogaba que le diera la medalla de su santo patrón para que él pudiera rezarle por su salud y bienestar.
-Me dio una medalla de la virgen -prosiguió don Juan-, y eso casi aniquiló al capataz. Y cuando conseguí que las cocineras se reunieran a rezar por la salud de la patrona casi sufrió un ataque al corazón. Creo que entonces decidió matarme. No le convenía dejarme seguir adelante.
"A manera de contramedida organicé un rosario entre todos los sirvientes de la casa. La señora creía que yo tenia todas las características de un santo.
"Después de aquello ya no dormía profundamente, ni dormía en mi cama. Cada noche me subía al techo de la casa. Desde allí vi dos veces al hombre llegar a mi cama con un cuchillo.
"Todos los días me empujaba a los pesebres de los garañones con la esperanza de que me mataran a patadas, pero yo tenia una plancha de tablas pesadas que apoyaba en una de las esquinas. Yo me escondía detrás de ella y me protegía de las patadas de caballo. El hombre nunca lo supo porque los caballos le daban náuseas; era otra de sus debilidades, la más mortal de todas, como resultó al fin.
Don Juan dijo que la habilidad de escoger el momento oportuno es una cualidad abstracta que pone en libertad todo lo que está retenido. Control, disciplina y refrenamiento son como un dique detrás del cual todo está estancado. La habilidad de escoger el momento oportuno es la compuerta del dique.
El capataz sólo conocía la violencia, con la cual aterrorizaba. Si se neutralizaba su violencia quedaba casi indefenso. Don Juan sabía que el hombre no se atrevería a matarlo a la vista de la gente de la casa, así. que un día, en presencia de otros trabajadores y también de la señora, don Juan insultó al hombre. Le dijo que era un cobarde y un asesino que se amparaba con el puesto de capataz.
La estrategia de su benefactor exigía que don Juan estuviera alerta para escoger y aprovechar el momento oportuno y voltearle las cartas al pinche tirano. Cosas inesperadas siempre suceden así. De repente, el más bajo de los esclavos se burla del déspota, lo vitupera, lo hace sentirse ridículo frente a testigos importantes, y luego se escabulle sin darle tiempo de tomar represalias.
-Un momento después -prosiguió don Juan-, el hombre enloqueció de rabia, pero yo ya estaba piadosamente hincado frente a la patrona.
Don Juan dijo que cuando la señora entró a su recamara, el capataz y sus amigos lo llamaron a la parte trasera de la casa, supuestamente para hacer un trabajo.
El hombre estaba muy pálido, blanco de ira. Por el tono de su voz don Juan supo lo que el hombre pensaba hacer con él. Don Juan fingió obedecer, pero en vez de dirigirse adonde el capataz le ordenaba corrió

hacia los establos. Confiaba en que los caballos harían tanto ruido que los dueños de la casa saldrían a ver lo que pasaba. Sabía quo el hombre no se atrevería a dispararle, y que tampoco se acercaría adonde estaban los caballos. Esa suposición no se cumplió. Don Juan había empujado al hombre más allá de sus límites.

-Salté al pesebre del más salvaje de los caballos -dijo don Juan-, y el pinche tirano, cegado por la rabia, sacó su cuchillo y se metió tras de mí. Al instante, me escondí detrás de mis tablas. El caballo le dio una sola patada y todo acabó.

"Yo había pasado seis meses en esa casa,. y durante ese periodo ejercí los cuatro atributos de ser guerrero. Gracias a ellos había triunfado. Ni una sola vez. sentí compasión por mí mismo, ni lloré de impotencia. Sólo sentí regocijo y serenidad. Mi control y mi disciplina estuvieron afilados como nunca lo estuvieron. Además, experimenté directamente, aunque no los tenía, lo que siente el guerrero impecable cuando usa el refrenamiento y la habilidad de escoger el momento oportuno."

"Mi benefactor explicó algo muy interesante. Refrenamiento significa retener con el espíritu algo que el guerrero sabe que justamente debe cumplirse. No significa que el guerrero ande por ahí pensando en hacerle mal a alguien, o planeando cómo vengarse y saldar cuentas. El refrenamiento es algo independiente. Mientras el guerrero tenga control, disciplina y la habilidad de escoger el momento oportuno, el refrenamiento asegura que recibirá su completo merecido quienquiera que se lo haya ganado."

-¿Triunfan alguna vez los pinches tiranos, y destruyen al guerrero que se les enfrenta? -pregunté.

-Desde luego. Durante la Conquista y la Colonia los guerreros murieron como moscas. Sus filas se vieron diezmadas. Los pinches tiranos podían condenar a muerte a cualquiera, por un simple capricho. Bajo ese tipo de presión, los videntes alcanzaron estados sublimes.

Aseguró don Juan que, en esa época, los videntes que sobrevivieron tuvieron que forzarse hasta el límite para encontrar nuevos caminos.

-Los nuevos videntes -dijo don Juan mirándome con fijeza- usaban a los pinches tiranos no sólo para deshacerse de su importancia personal sino también para lograr la muy sofisticada maniobra de desplazarse fuera de este mundo. Ya entenderás esa maniobra conforme vayamos discutiendo la maestría de estar consciente de ser.

Le expliqué a don Juan que lo que yo le había preguntado era si, en el presente, en nuestra época, los pinches tiranos podrían derrotar alguna vez a un guerrero.

-Todos los días -contestó-. Las consecuencias no son tan terribles como las del pasado. Hoy en día, por supuesto, los guerreros siempre tienen la oportunidad de retroceder, luego reponerse y después volver. Pero el problema de la derrota moderna es de otro género. El ser derrotado por un repinche tiranito no es mortal sino devastador. En sentido figurado, el grado de mortandad de los guerreros es elevado. Con esto quiero decir que los guerreros que sucumben ante un repinche tirano son arrasados por su propio sentido de fracaso. Para mí eso equivale a una muerte figurada.

-¿Cómo mide usted la derrota?

-Cualquiera que se une al pinche tirano queda derrotado. El enojarse y actuar sin control o disciplina, el no tener refrenamiento es estar derrotado.

-¿Qué pasa cuando los guerreros son derrotados?

-O bien se reagrupan y vuelven a la pelea con más tino, o dejan el camino del guerrero y se alinean de por vida a las filas de los pinches tiranos.

III. LAS EMANACIONES DEL ÁGUILA

Al día siguiente, don Juan y yo dimos un paseo por la carretera a la ciudad de Oaxaca. A esa hora, el camino estaba desierto. Eran las dos de la tarde.

De pronto, mientras caminábamos tran-

quilamente, don Juan comenzó a hablar. Dijo que nuestra discusión acerca de los pinches tiranos sólo había sido una introducción al tema de estar consciente de ser. Yo comenté que la discusión me había revelado un nuevo panorama. Me pidió que explicara lo que quería decir.

Le dije que tenía que ver con una conversación que habíamos tenido algunos años antes, acerca de los indios yaquis. En el curso de sus enseñanzas para el lado derecho, él trató de explicarme las ventajas que los yaquis podían encontrar en su opresión. Yo afirmé apasionadamente que no había ventajas posibles en las miserables condiciones en que vivían. Le dije que yo no podía entender cómo él, siendo un indio yaqui, no reaccionaba contra tan enorme injusticia.

Me escuchó con atención. Y luego, cuando yo estaba seguro de que iba a defender su punto de vista, aceptó que las condiciones de los indios yaquis eran realmente miserables. Pero recalcó que era inútil aislar específicamente a los yaquis cuando las condiciones de vida del hombre en general eran horrendas.

-No solamente sientas lástima por los pobres indios yaquis -dijo-. Siente lástima por la humanidad. En el caso de los indios yaquis, incluso puedo decir que son los afortunados. Están oprimidos, pero al final, algunos de ellos hasta pueden salir triunfando. Los opresores son otra historia, los pinches tiranos que los aplastan, no tienen esperanza alguna.

De inmediato, le contesté con una descarga de lemas políticos. Yo no había entendido lo que quería decirme. De nuevo intentó explicarme el concepto de los pinches tiranos, pero la idea se me escapó por completo. Sólo ahora todo encajaba en su lugar.

-Nada ha encajado en su lugar todavía -dijo, riéndose de lo que yo le decía-. Mañana, cuando estés en tu estado de conciencia normal, ni siquiera recordarás lo que has entendido ahora.

,Me sentí completamente deprimido, porque sabía que él tenía razón.

-Lo que te va a pasar a ti es lo que me pasó a mí -prosiguió-. Mi benefactor, el nagual Julián, me hizo comprender, en estados de conciencia acrecentada, lo que tú acabas de comprender acerca de los pinches tiranos. Y, en mi vida diaria, acabé cambiando de opiniones sin saber por qué.

"Toda mi vida me oprimieron, y por eso yo tenía un verdadero odio contra mis opresores. Imagínate mi sorpresa cuando me di cuenta de que andaba buscando la compañía de pinches tiranos. Pensé que me había vuelto loco.

Llegamos a un lugar, a la vera del camino, donde unas enormes rocas estaban medio enterradas por un derrumbe; don Juan se sentó sobre una roca plana. A

señas, me indicó que me sentara frente a él. Y sin mayores preámbulos, comenzó su explicación de la maestría de estar consciente de ser.

Dijo que los videntes, tanto antiguos como nuevos, descubrieron una serie de verdades acerca de estar consciente de ser, y que esas verdades fueron arregladas en un orden específico. La mayoría de ellas fueron descubiertas por los antiguos videntes. Pero el orden en que esas verdades estaban dispuestas era obra de los nuevos videntes. Y sin ese orden, las verdades eran casi incomprensibles.

Explicó que la maestría de estar consciente de ser consistía en entender y manejar dichas verdades, en el orden en que habían sido puestas. Dijo que la primera verdad era que éramos parte y estábamos suspendidos en las emanaciones del Águila, y que era sólo nuestra familiaridad con cl mando que percibimos lo que nos forzaba a creer que estamos rodeados de objetos, objetos que existen por sí mismos y como sí mismos, tal como los percibimos.

Luego me dijo que antes de poder explicar qué cosa eran las emanaciones del Águila, él tenía que hablar acerca de lo conocido, lo desconocido y lo que no se puede conocer. Dijo que uno de los grandes errores que cometieron los antiguos videntes fue suponer que lo desconocido y lo que no se puede conocer eran la misma cosa. Fueron los nuevos videntes quienes corrigie-

ron ese error y definieron lo desconocido como algo que está oculto, envuelto quizás en un contexto aterrador, pero aun así al alcance del hombre. En cierto momento, lo desconocido se convierte en lo conocido. Lo que no se puede conocer, por otra parte, es lo indescriptible, lo impensable, lo irrealizable. Es algo que jamás comprenderemos y que sin embargo está ahí, deslumbrante, y a la vez aterrador en su inmensidad.

-¿Cómo pueden los videntes diferenciar el uno del otro? -pregunté.

-Hay una simple regla práctica -dijo-. Frente a lo desconocido, el hombre es audaz. Una cualidad de lo desconocido es que nos da un sentido de esperanza y de felicidad. Frente a él, el hombre se siente fuerte, animado. Incluso la aprensión que despierta es muy satisfactoria. Los nuevos videntes vieron que lo mejor del hombre aflora cuando se enfrenta a lo desconocido. Dijo que cuando los videntes enfrentan a lo que no se puede conocer los resultados son desastrosos. Se agotan, se sienten confusos, sus cuerpos pierden tono, su razonamiento y su sobriedad vagan sin rumbo, porque lo que no se puede conocer no está dentro del alcance humano, y por ello no imparte energía alguna. Los nuevos videntes se dieron cuenta de que tenían que estar preparados a pagar precios exorbitantes por el más leve contacto con lo que no se puede conocer.

Don Juan explicó que los nuevos videntes, a fin de separar lo desconocido de lo que no se puede conocer, tuvieron que superar formidables barreras. En la época en que comenzó el nuevo ciclo, ninguno de ellos sabía con certeza cuáles procedimientos de su inmensa tradición eran los correctos y cuáles no. obviamente, los antiguos videntes cometieron errores crasos, pero los nuevos videntes no sabían cuáles eran. Los antiguos videntes fueron maestros de la conjetura. Habían, por ejemplo, supuesto que su habilidad de ver era una protección; eso es, hasta que los invasores los aniquilaron. A pesar de su total certeza de que eran invulnerables, los antiguos videntes no tuvieron protección alguna.

Los nuevos videntes no perdieron el tiempo especulando cuál fue el error de sus predecesores y empezaron a delinear lo desconocido para separarlo de lo que no se puede conocer.

-¿Cómo delinearon lo desconocido, don Juan? -pregunté.

-A través del uso controlado de ver -contestó.

Le dije que lo que había querido preguntar era: ¿qué implicaba delinear lo desconocido?

Repuso que implicaba hacerlo accesible a nuestra percepción. Mediante la práctica constante del ver, los nuevos videntes encontraron que lo desconocido y lo conocido tienen realmente la misma base; ambos quedan al alcance de la percepción humana. En cierto momento, los videntes pueden penetrar en lo desconocido y transformarlo en lo conocido.

Todo lo que queda más allá de nuestra capacidad de percibir es otro asunto. Y la distinción entre lo que se puede y lo que no se puede conocer es crucial. Confundirlos colocaría a los videntes en una posición extremadamente precaria.

-Cuando esto les sucedió a los antiguos videntes -prosiguió don Juan- le echaron la culpa a sus procedimientos. Nunca se les ocurrió que casi todo lo que nos rodea está más allá de nuestra comprensión. Ese fue el espeluznante error que les costó más caro.

-¿Qué pasó después de que quedó establecida la distinción entre lo desconocido y lo que no se puede conocer? -pregunté.

-Comenzó el nuevo ciclo -contestó-. Esa distinción es la frontera entre lo antiguo y lo nuevo. Todo lo que han hecho los nuevos videntes se origina allí.

Don Juan dijo que el ver había sido el elemento crucial tanto en la destrucción del mundo de los antiguos videntes como en la reconstrucción del nuevo ciclo.

Fue gracias a que veían que los nuevos videntes descubrieron ciertos factores innegables que utilizaron para llegar a conclusiones, ciertamente revolucionarias para ellos, acerca de la naturaleza del hombre y del universo. Estas conclusiones, que hi-

cieron posible el nuevo ciclo, eran las verdades que me estaba explicando acerca del estar consciente de ser.

Don Juan me pidió que lo acompañara al centro del pueblo a dar un paseo alrededor de la plaza principal. Ya en camino, comenzamos a hablar de maquinarias e instrumentos de precisión. Dijo él, que los instrumentos son extensiones de nuestros sentidos, y yo sostuve que hay instrumentos que no corresponden a esa categoría, porque llevan a cabo funciones que nosotros no estamos fisiológicamente capacitados para realizar.
-Nuestros sentidos son capaces de todo -afirmó.
-Muy a la ligera, le puedo mencionar que existen, por ejemplo, instrumentos que captan las ondas de radio que provienen del universo -dije-. Nuestros sentidos no pueden captar ondas de radio.
-Yo opino de otro modo -dijo-. Yo pienso que nuestros sentidos pueden captar todo lo que nos rodea.
-¿Y qué ocurre en el caso de los sonidos ultrasónicos? -insistí-. No tenemos el equipo orgánico necesario para escucharlos.
-Es la convicción de los videntes que sólo hemos organizado una porción muy pequeña de nosotros mismos -contestó
Guardó silencio por un largo rato. Parecía estar perdido en sus pensamientos, como si tuviera dudas de seguir hablando. Al fin, me sonrió.
-La primera verdad acerca del estar consciente de ser, como ya te lo dije -comenzó-, es que el mundo que nos rodea no es en realidad como pensamos que es. Pensamos que es un mundo de objetos y no lo es.
Hizo una pausa, como si midiera el efecto de sus palabras. Le dije que yo estaba de acuerdo con su premisa, porque todo podía concebirse como campos de energía. Dijo que yo solamente intuía una verdad, que razonarla no era verificarla, y que no daba un comino si yo estaba o no estaba de acuerdo con él. Lo que quería era mi esfuerzo por comprender lo que implicaba esa verdad.
-Tú no puedes ver los campos de energía -prosiguió-. No como hombre común y corriente. Porque, si pudieras verlos, serías un vidente, y en ese caso tú estarías explicando las verdades acerca del estar consciente de ser. ¿Entiendes lo que quiero decir?
Siguió adelante, diciendo que las conclusiones a las que llegamos mediante el razonamiento tienen muy poca o ninguna influencia para alterar el curso de nuestras vidas. De ahí los incontables ejemplos de personas poseedoras de las más claras convicciones y que sin embargo actúan diametralmente en contra de ellas una y otra vez.
-La primera verdad dice que el mundo es tal como parece y sin embargo no lo es -prosiguió-. No es tan sólido y real como nuestra percepción nos ha llevado a creer, pero tampoco es un espejismo. El mundo no es una ilusión, como se ha dicho que es; es real por una parte, e irreal por la otra. Pon mucha atención en esto, porque debe entenderse, no sólo aceptarse. Nosotros percibimos. Este es un hecho innegable. Pero lo que percibimos no es un hecho del mismo tipo, porque aprendemos qué percibir.
"Lo que nos rodea afecta nuestros sentidos. Esta es la parte que es real. La parte irreal es lo que nuestros sentidos perciben como lo que nos rodea. Piensa en una montaña, por ejemplo. Tiene tamaño, color, forma. Incluso tenemos categorías de montañas, que son, por cierto, precisas. No hay nada malo en todo eso; el error está en que nunca se nos ha ocurrido que nuestros sentidos sólo juegan un papel superficial. Nuestros sentidos perciben como, lo hacen porque una característica específica de nuestra conciencia de ser los obliga a hacerlo así.
De nuevo comencé a darle la razón, pero no porque estaba convencido, ya que no le había yo entendido muy bien. Era simplemente mi reacción ante algo incomprensible. Él me hizo callar.
-He usado el término el mundo -continuó don Juan- para abarcar todo lo que nos rodea. Desde luego, hay un término mejor,

pero va a ser totalmente incomprensible paré ti. Los videntes dicen que debido á nuestra conciencia de ser, nosotros pensamos que nos rodea un mundo de objetos. Pero lo que, en realidad, nos rodea son las emanaciones del Águila, fluidas, siempre en movimiento, y sin embargo inalterables, eternas.

Con un gesto de la mano me detuvo justo cuando iba a preguntarle qué eran las emanaciones del Águila. Explicó que uno de los legados más dramáticos de los antiguos videntes era el descubrimiento de que los seres vivientes existen solamente para acrecentar la conciencia de ser. Don Juan lo llamó un descubrimiento colosal.

En un tono medio serio, me preguntó si yo conocía una mejor respuesta a la pregunta que siempre ha perseguido al hombre: la razón de nuestra existencia. De inmediato adopté una posición defensiva y comencé a discutir que la pregunta carecía de significado, porque uno no puede contestarla lógicamente. Le dije que para discutir ese tema tendríamos que hablar de creencias religiosas y convertirlo todo en un asunto de fe.

-Lo que los antiguos videntes dijeron no tiene nada que ver con la fe -dijo-. No eran tan prácticos como los nuevos videntes, pero lo eran lo suficiente como para darse cuenta de lo que veían. Lo que yo trataba de hacerte ver con esa pregunta, que tanto te molestó, es que nuestro raciocinio, por sí solo, no puede proporcionarnos una respuesta a la razón de nuestra existencia. Cada vez que trata de hacerlo, la conclusión es siempre un asunto de fe y credo. Los antiguos videntes tomaron otro camino, y por cierto llegaron a otra conclusión que no tiene nada que ver con la fe y el credo.

Dijo que los antiguos videntes, enfrentándose a peligros incalculables, habían visto la fuerza indescriptible que es el origen de todos los seres conscientes. La llamaron el Águila, porque al vislumbrarla brevemente, la vieron como algo que parecía un águila, negra y blanca, de tamaño infinito. Ellos vieron que es el Águila quien otorga la conciencia de ser. El Águila crea seres conscientes a fin de que vivan y enriquezcan la conciencia que les da con la vida. También vieron que es el Águila quien devora esa misma conciencia de ser, enriquecida por las experiencias de la vida, después de hacer que los seres conscientes se despojen de ella, en el momento de la muerte.

-Para los antiguos videntes -prosiguió don Juan- no es un asunto de fe o de deducción decir que la razón de la existencia es enriquecer la, conciencia de ser. Ellos vieron que era así.

"Ellos vieron que la conciencia de ser se separa de los seres conscientes y se aleja volando en el momento de la muerte. Y luego flota como una luminosa mota de algodón justo hacia el pico del Águila, para ser consumida. Para los antiguos videntes esa era la evidencia de que los seres conscientes viven sólo para acrecentar la conciencia de ser: el alimento del Águila.

La elucidación de don Juan se interrumpió porque tuvo que hacer un viaje corto de negocios. Néstor lo llevó en coche a Oaxaca. Mientras los despedía, recordé que al principio de mi asociación con don Juan, cada vez que mencionaba un viaje de negocios, yo pensaba que era un eufemismo. Al paso del tiempo me di cuenta de que en realidad hacía viajes de negocios. Cada vez que los hacía, se ponía uno de sus muchos trajes inmaculadamente cortados, y parecía cualquier cosa menos el viejo indio que yo conocía. Le había comentado la sofisticación de su metamorfosis.

-Un nagual es alguien lo suficientemente flexible para ser cualquier cosa -había dicho-. Entre otras cosas, ser un nagual significa no tener puntos qué defender. Recuerda esto, regresaremos al mismo tema una y otra vez.

Y habíamos vuelto sobre lo mismo, una y otra vez, de todas las maneras posibles. En verdad, don Juan no parecía tener puntos qué defender, pero durante su ausencia en Oaxaca me entró una duda. De repente, me di cuenta de que un nagual sí

tenía un punto qué defender: la descripción del Águila y lo que hace merecía, en mi opinión, una defensa apasionada.
Intenté plantearle esa pregunta a algunos de los videntes, compañeros de don Juan, pero eludieron mis indagaciones. Me dijeron que ese tipo de discusión me estaba vedado hasta que don Juan terminara su explicación del estar consciente de ser.
En cuanto regresó, nos sentamos a hablar y yo le pregunté acerca de ello.
-Esas verdades no son algo que hay que defender apasionadamente -contestó-. Si crees que trato de defenderlas, te equivocas. Esas verdades fueron recopiladas para el deleite y el esclarecimiento de los guerreros, no para despertar sentimientos de propiedad. Cuando te dije que un nagual no tiene puntos qué defender, quería decir, entre otras cosas, que un nagual no tiene obsesiones.
Le dije que por lo visto yo no estaba siguiendo sus enseñanzas, porque la descripción del Águila y lo que hace me había obsesionado terriblemente. Le comenté una y otra vez la horrorosa magnitud de tal idea.
-No es tan sólo una idea -dijo-. Es un hecho. Y en mi opinión, un hecho que lo deja a uno pasmado. Los antiguos videntes no andaban jugando con ideas.
-Pero, ¿qué tipo de fuerza sería el Águila?
-No sabría como contestar eso. El Águila es algo tan real para los videntes como la gravedad y el tiempo lo son para ti, y tan abstracto e incomprensible.
-Un momento, don Juan -le argüí-. Esos son conceptos, por cierto, abstractos, pero sí se refieren a fenómenos reales que pueden corroborarse. Hay disciplinas enteras dedicadas a ello.
-El Águila y sus emanaciones son igualmente corroborables -replicó don Juan-. Y la disciplina de los nuevos videntes se dedica precisamente a hacerlo.
Le pedí que explicara lo que son las emanaciones del Águila.
Dijo que las emanaciones del Águila son una cosa-en-sí-misma, inmutable, que abarca todo lo que existe, lo que se puede y lo que no se puede conocer.
-No hay manera de describir con palabras lo que son las emanaciones del Águila -prosiguió don Juan-. Un vidente tiene que ser testigo de ellas.
-¿Usted las ha visto, don Juan?
-Claro que sí, y sin embargo no puedo decirte lo que son. Son una. presencia, casi una especie de masa, una presión que crea una sensación deslumbrante. Uno sólo puede vislumbrarlas, así como sólo es posible vislumbrar al Águila misma.
-¿Diría usted, don Juan, que el Águila es el origen de las emanaciones?
-¡Qué pregunta! ¿Quién más que el Águila puede ser el origen de sus emanaciones?
-Lo que quería decir era si eso es algo visual.
-El Águila no tiene nada de visual. Todo el cuerpo del vidente siente al Águila. Hay algo en cada uno de nosotros que puede hacernos percibir con todo nuestro cuerpo. Los videntes explican el acto de ver al Águila en términos muy sencillos: puesto que el hombre está compuesto por las emanaciones del Águila, uno sólo necesita regresar a sus componentes. El problema lo crea la conciencia de ser. En el momento crucial, cuando todo debía ser el simplísimo caso de las emanaciones que se reconocen a sí mismas, lo consciente del hombre se ve obligado a interpretar. El resultado es la visión de un Águila y de sus emanaciones. Pero no hay ningún Águila y no hay emanaciones algunas. Lo que nos rodea es algo que ninguna criatura viviente puede comprender.
Le pregunté si le llamaron Águila porque en general las águilas tienen atributos importantes.
-Llamarle Águila es el caso de encontrar una vaga semejanza entre lo que no se puede conocer y algo conocido -contestó-. Debido a ello, ciertamente, se le han querido adjudicar a las águilas atributos que no poseen. Pero eso siempre ocurre cuando la gente impresionable aprende a realizar actos que requieren gran sobriedad. Los videntes vienen en todo tamaño y forma.
-¿Quiere usted decir que hay diferentes tipos de videntes?

-No. Quiero decir que hay muchísimos imbéciles que se convierten en videntes. Los videntes son seres humanos llenos de debilidades, o más bien, seres humanos llenos de debilidades que son capaces de volverse videntes. Igual que en el caso de gente atroz que se convierte en magníficos científicos.

"La característica de los videntes de mala muerte es que están dispuestos a olvidar la maravilla que nos rodea. Se quedan abrumados por el hecho de que ven, y creen que su talento es lo que cuenta. Un vidente debe ser un parangón para poder superar la flojedad casi invencible de nuestra condición humana. Lo que hacen los videntes con lo que ven es más importante que el ver en sí.

-¿Qué quiere decir con eso, don Juan?

-Mira lo que nos han hecho los antiguos videntes. Nos han ensillado como burros con su visión del Águila que nos domina y ordena y que nos devora al momento de morir.

Dijo que había una definitiva flojedad en esa versión, y que a él personalmente no le gustaba la idea de que algo nos devora. Para él, sería más preciso si los videntes hubieran dicho que hay una fuerza que atrae nuestra conciencia, muy a la manera en que un imán atrae limaduras de hierro. En el momento de morir, todo nuestro ser se desintegra bajo la atracción de esa inmensa fuerza.

Que un evento de tal alcance fuese interpretado como el Águila devorándonos, le parecía grotesco, porque convierte un acto indescriptible en algo tan mundano como comer.

-Yo soy un hombre terriblemente mundano -dije-. La descripción del Águila que nos devora tiene un impacto aterrador para mí.

-El verdadero impacto no puede ser medido hasta el momento en que tú mismo veas al Águila -dijo-. Pero debes tener en cuenta que nuestros defectos permanecen con nosotros aún después de convertirnos en videntes. Así que cuando veas esa fuerza, es muy posible que estés de acuerdo con los videntes flojos que la llamaron el Águila, así como lo hice yo. Por otra parte, quizá resistas la tentación de atribuirle un carácter humano a lo que es incomprensible, y a lo mejor le inventas un nuevo nombre, un nombre más preciso.

-Los videntes que ven las emanaciones del Águila muchas veces las llaman comandos -dijo don Juan-. A mí no me importaría llamarlas comandos si no me hubiera acostumbrado a llamarlas emanaciones. Fue una reacción mía a la preferencia de mi benefactor; para él eran comandos. Pensé que ese término le encajaba mejor a. él que a mí, debido a su dominante personalidad. Yo quería algo impersonal. Comandos me parece demasiado humano, pero eso es lo que realmente son, los comandos del Águila.

Don Juan dijo que ver las emanaciones del Águila equivale a cortejar el desastre. Los nuevos videntes muy rápidamente descubrieron las tremendas dificultades que esto representaba, y sólo después de grandes tribulaciones, al tratar de delinear lo desconocido y separarlo de lo que no se puede conocer, se dieron cuenta de que todo está compuesto por las emanaciones del Águila. Solamente una pequeña porción de esas emanaciones queda al alcance del conocimiento humano, y esa pequeña porción se ve reducida a una fracción aún más minúscula por los apremios de nuestras vidas diarias. Lo conocido es esa minúscula fracción de las emanaciones del Águila; la pequeña parte que queda a un posible alcance del conocimiento humano es lo desconocido, y el resto, incalculable y sin nombre es lo que no se puede conocer.

Prosiguió diciendo que los nuevos videntes, debido a su orientación pragmática, comprendieron de inmediato que las emanaciones poseían una fuerza apremiante y obligatoria. Se dieron cuenta de que todos los seres vivientes se ven obligados a usar las emanaciones del Águila, sin jamás saber lo que son. Y comprendieron que los organismos están hechos para captar cierta porción de esas emanaciones, y que cada especie tiene una gama definida. Las

emanaciones ejercen enorme presión sobre los organismos, y a través de esa presión, los organismos construyen su mundo perceptible.

-En nuestro caso, como seres humanos -dijo don Juan- nosotros utilizamos esas emanaciones y las interpretamos como la realidad. Pero lo que el hombre capta es una parte tan pequeña de las emanaciones del Águila que resulta ridículo dar tanto crédito a nuestras percepciones, y sin embargo no es posible pasarlas por alto. Llegar a entender ésto, que parece tan simple, les costó inmensidades a los nuevos videntes.

Don Juan estaba sentado donde generalmente se acomodaba en la sala grande de la casa. Nunca hubo muebles en ese cuarto, todos se sentaban en el suelo, sobre pequeños petates; pero Carol, la mujer nagual, había logrado amueblarlo con sillones muy cómodos para las sesiones en las que ella y yo nos turnábamos, leyéndole a don Juan obras de los poetas de habla hispana.

-Quiero que estés muy consciente de lo que estamos haciendo -me dijo en cuanto me senté-. Estamos hablando de la maestría del estar consciente de ser. Las verdades que estamos discutiendo son los principios de esa maestría.

Agregó que en sus enseñanzas para el lado derecho demostró esos principios a mi conciencia normal con la ayuda de uno de sus compañeros videntes, Genaro, y que Genaro había jugado con mi conciencia normal con todo el humor y la irreverencia que caracterizaban a los nuevos videntes.

-Genaro es el que debería estar aquí hablándote del Águila -dijo-, pero sus versiones son demasiado irreverentes. Él piensa que los videntes que llamaron Águila, a esa fuerza inconcebible, o eran muy estúpidos o estaban haciendo una broma monumental, porque las águilas no sólo ponen huevos, sino que también cagan mojones.

Don Juan se rió y dijo que los comentarios de Genaro le parecían siempre tan apropiados que nunca podía resistir la risa. Agregó que, sin duda alguna, si los nuevos videntes hubieran sido los que describieron al Águila, la descripción se habría hecho medio en broma.

Le dije a don Juan que en cierto nivel yo consideraba al Águila como una imagen poética, y que como tal me encantaba; pero que en otro nivel me aterraba porque la consideraba como un hecho.

-Una de las fuerzas más grandes en la vida de los guerreros es el miedo -dijo-. Los impulsa a aprender.

Me recordó que la descripción del Águila provenía de los antiguos videntes. Los nuevos videntes rehusaron descripciones, comparaciones y conjeturas de cualquier especie. Querían llegar directamente al origen de las cosas, y para lograrlo se arriesgaron a peligros ilimitados. Vieron las emanaciones del Águila, pero jamás alteraron la descripción del Águila. Sabían que requería demasiada energía ver al Águila, y que los antiguos videntes ya habían pagado muy caro por sus breves vislumbres de lo que no se puede conocer.

-¿Cómo fue que los antiguos videntes llegaron a describir al Águila? -pregunté.

-Necesitaban unas guías mínimas de lo indescriptible a fin de instruir a sus aprendices -contestó-. Lo resolvieron con una descripción esquemática de la fuerza que rige todo lo que hay, pero no de sus emanaciones. Las emanaciones no pueden describirse, de ninguna manera, con un lenguaje de comparaciones. Personalmente, ciertos videntes sí pueden tener la urgencia de hacer comentarios acerca de ciertas emanaciones, pero esa urgencia es siempre individual. En otras palabras, no existe una versión conveniente de las emanaciones, como la hay del Águila.

-A mí me parece que los nuevos videntes eran muy abstractos -comenté-. Me suenan como ciertos filósofos de hoy en día.

-No. Los nuevos videntes eran hombres terriblemente prácticos -repuso-. No se dedicaban a urdir teorías racionales.

Dijo que los que fueron pensadores abstractos eran los antiguos videntes. Construyeron monumentales edificios de abs-

tracciones, propias a ellos y a su tiempo. Y, al igual que los filósofos de hoy, no tuvieron control alguno sobre sus fabricaciones. En cambio, los nuevos videntes, imbuidos con lo práctico, se ocuparon sólo de ver. Y lo que vieron fue un flujo de emanaciones, y cómo el hombre y los otros seres vivientes las usan para construir el mundo que perciben.

-¿Cómo utiliza el hombre esas emanaciones, don Juan?

-Es tan simple que suena como una idiotez. Para un vidente, los hombres son seres luminosos. Nuestra luminosidad se debe a que una minúscula porción de las emanaciones del Águila está encerrada dentro de una especie de capullo en forma de huevo. Nosotros somos huevos luminosos. Esa porción, ese manojo de emanaciones que está encerrado es lo que nos hace hombres. Percibir consiste en emparejar las emanaciones encerradas en nuestro capullo con las que están afuera.

"Por ejemplo, los videntes pueden ver las emanaciones interiores de cualquier ser viviente, y pueden saber cuáles emanaciones exteriores hacen juego con ellas.

-¿Las emanaciones son como rayos de luz? -pregunté.

-No. De ninguna manera. Eso sería demasiado simple. Son algo indescriptible. Y, sin embargo, mi comentario personal sería decir que son como filamentos de luz. Lo que es incomprensible para la conciencia normal es que los filamentos están conscientes de ser. No puedo decirte lo que significa eso, porque no sé lo que estoy diciendo. Lo único que puedo decirte con mis comentarios personales es que los filamentos están conscientes de si mismos, vivos y vibrantes, que hay tantos que los números pierden todo sentido, y que cada uno es una eternidad.

IV. EL RESPLANDOR DEL HUEVO LUMINOSO

Don Juan, don Genaro y yo acabábamos de regresar de recolectar plantas en las montañas circunvecinas. Estábamos en la casa de don Genaro, sentados a la mesa, cuando don Juan me hizo cambiar niveles de conciencia. Don Genaro me había estado mirando fijamente y comenzó a reírse entre dientes. Comentó que era tan extraño que yo tuviera dos criterios completamente diferentes para tratar con los dos lados de la conciencia. Mi relación con él era el ejemplo más obvio. En mi lado derecho, él era el respetado y temido brujo don Genaro, un hombre cuyos actos incomprensibles me encantaban y a la vez, me llenaban de un terror mortal. En mi lado izquierdo, él era simplemente Genaro, o Genarito, sin un don añadido a su nombre, un vidente simpático y amable cuyos actos eran totalmente comprensibles y coherentes con lo que yo hacía o trataba de hacer.

Concordé con él y agregué que en mi lado izquierdo, el hombre cuya mera presencia me hacía temblar de pies a cabeza era Silvio Manuel, el más misterioso de los compañeros de don Juan. También dije que, siendo un verdadero nagual, don Juan trascendía todos los criterios y en mis dos estados era respetado y admirado.

-Pero, ¿es temido? -preguntó Genaro con voz temblorosa.

-Muy temido -interpuso don Juan hablando en falsete.

Nos reímos todos, pero don Juan y Genaro se rieron con tanto abandono que inmediatamente sospeché que sabían algo que no me querían decir.

Don Juan parecía leer mis sentimientos. Explicó que en el estado de conciencia acrecentada, el cual es una fase intermedia antes de que uno entre de lleno en la conciencia del lado izquierdo, uno es capaz de tremenda concentración, pero también es uno susceptible a cualquier influencia. En mí, estaba influyendo la sospecha.

-La Gorda siempre está en esta fase -dijo-, y por ello, la Gorda tiene extraordinaria facilidad para hacer todo, incluso para ser un verdadero dolor de cabeza. No puede evitar ser influenciada por cualquier cosa que cruce su camino, incluyendo, desde

luego, cosas ejemplares, como la total concentración.
Don Juan explicó que los, nuevos videntes descubrieron que durante esa fase intermedia es cuando tiene lugar el aprendizaje más profundo, y que también es cuando hay que supervisar, a los guerreros y darles explicaciones para que puedan evaluarlas debidamente. Si no reciben explicaciones antes de entrar por completo en el lado izquierdo, llegan a ser magníficos brujos pero malísimos videntes, como les pasó a los antiguos toltecas.
Dijo que, en especial, las mujeres guerreras sucumben a la atracción del lado izquierdo. Son tan ágiles que pueden entrar en él sin necesidad de explicaciones y sin esfuerzo alguno, de una forma tan fácil que las perjudica la mayoría de las veces.
Después de un largo silencio, Genaro se quedó dormido y don Juan siguió hablando. Dijo que los nuevos videntes habían tenido que inventar cierto número de términos para poder explicar la segunda verdad del estar consciente de ser. Su benefactor había cambiado algunos de esos términos, y él había hecho lo mismo; los videntes creían que no importaba en absoluto cuáles términos se usen siempre y cuándo las verdades hayan sido verificadas, viéndolas.
Me interesó muchísimo saber qué términos había cambiado él, pero no supe cómo plantear mi pregunta. Él entendió que yo dudaba de su derecho o habilidad para cambiarlos, y me explicó que si los términos que proponemos se originan en nuestra razón, sólo pueden comunicar el sabor mundano de la vida diaria. Por otra parte, cuando los videntes proponen un término, es ostensible que ese término se origina en su capacidad de ver y, por lo tanto, es una expresión de todo lo que los videntes pueden alcanzar.
Le pregunté por qué él y su benefactor habían cambiado ciertos términos.
-Es un deber del nagual buscar siempre mejores maneras de explicar -contestó-. El tiempo lo cambia todo, y cada nuevo nagual tiene que incorporar nuevas palabras, nuevas ideas, para describir lo que ve.
-¿Quiere decir que un nagual toma ideas del mundo cotidiano? -pregunté.
-No. Quiero decir que un nagual habla de lo que ve en formas siempre nuevas -dijo-. Por ejemplo, como el nuevo nagual, tú tendrás que decir que el estar consciente de ser da lugar a la percepción. Dirías lo mismo que dijo mi benefactor, pero de manera diferente.
-Don Juan, ¿qué es la percepción para los nuevos videntes?
-Dicen que la percepción es una condición del alineamiento; las emanaciones que están en el interior del capullo se alinean con las que están afuera y encajan con ellas. El alineamiento es lo que permite que el estar consciente de ser sea cultivado por cada ser viviente. Los videntes pueden afirmar esto porque ven a los seres vivientes como son en realidad: seres luminosos que parecen burbujas de luz blanquecina.
La pregunté cómo las emanaciones interiores del capullo encajaban con las de afuera para lograr la percepción.
-Las emanaciones de adentro y las emanaciones de afuera -dijo- son los mismos filamentos de luz. Los seres conscientes son minúsculas burbujas hechas con esos filamentos; microscópicos puntos de luz, unidos a las emanaciones infinitas.
Prosiguió, explicando que la luminosidad de los seres vivientes se debe a la porción particular de las emanaciones del Águila que tienen dentro de sus capullos: Cuando los videntes ven la percepción, son testigos de que la luminosidad de las emanaciones que están afuera intensifican la luminosidad de las emanaciones que están dentro de los capullos. La luminosidad exterior atrae a la interior; la atrapa, por así decirlo, y la fija. Esa fijación es el estar consciente de ser.
Los videntes también pueden ver cómo las emanaciones exteriores ejercen una presión particular sobre las emanaciones interiores. Esta presión determina el grado de conciencia que tiene cada ser viviente.
Le pedí que me aclarara cómo las emana-

ciones del Águila que están afuera del capullo ejercen presión sobre las interiores.
-Las emanaciones del Águila son más que filamentos de luz -contestó-. Cada una de ellas es una fuente de energía ilimitada. Piénsalo de esta manera: puesto que la minúscula porción de las emanaciones que están dentro del capullo es igual a una minúscula porción de las que están afuera, sus energías son como una presión continua, pero el capullo aísla las emanaciones que están adentro y de esa manera dirige la presión.
"Ya te he dicho que los antiguos videntes eran maestros del arte de manejar la conciencia de ser -prosiguió-. Ahora, lo que puedo agregar es que eran maestros de ese arte porque aprendieron a manejar la estructura del capullo del hombre. Te he dicho que ellos desenredaron el misterio del estar consciente de ser. Con eso quiero decir que vieron y comprendieron que la conciencia de ser es un resplandor en el capullo de los seres vivientes. Y con toda razón lo llamaron el resplandor del huevo luminoso.
Explicó que los antiguos videntes vieron que la conciencia de ser del hombre es un resplandor de luminosidad ambarina, más intenso que el resto del capullo. Ese resplandor se encuentra sobre una banda angosta de luminosidad, al extremo del lado derecho del capullo, y corre a todo lo largo de la verticalidad del capullo. La maestría de los antiguos videntes consistía en mover ese resplandor, en hacerlo extenderse de su posición original en la superficie del capullo, hacia adentro, cruzando su ancho.
Dejó de hablar y miró a Genaro, quien seguía bien dormido.
-A Genaro le importan un pepino las explicaciones -dijo-. Él actúa. Mi benefactor lo empujaba constantemente a que enfrentara problemas insolubles. Así entró de pleno al lado izquierdo y nunca tuvo oportunidad de hacerse preguntas.
-¿Es mejor ser así, don Juan?
-Eso depende. Para él, es perfecto. Para ti y para mí no, porque de una manera o de otra, nosotros nos vemos obligados a explicar. Genaro o mi benefactor son más como los antiguos videntes que como los nuevos: pueden controlar el resplandor de la conciencia y hacer lo que quieran con él.
Se puso de pie sobre el petate en el que estábamos sentados y estiró los brazos y las piernas. Le rogué que siguiera hablando. Sonrió y dijo que yo necesitaba descansar, que mi concentración menguaba.

Alguien tocó a la puerta. Me desperté. Era de noche. Durante un momento no pude recordar donde me hallaba. Había algo en mí que parecía estar distante, era como si una parte de mí siguiera dormida, y sin embargo estaba completamente despierto. Por la ventana abierta brillaba la luz de la luna.
Vi que don Genaro se incorporó y fue hacia la puerta. Me di cuenta entonces de que estaba en su casa. Don Juan estaba echado de lado, profundamente dormido sobre un petate en el suelo. Tenía yo la clara impresión de que los tres nos habíamos quedado dormidos después de regresar agotados de un viaje a las montañas.
Don Genaro encendió su quinqué. Lo seguí a la cocina. Alguien le había traído una olla de guisado caliente y una canasta de tortillas.
-¿Quién le trajo comida? -le pregunté-. ¿Tiene usted por ahí una vieja que le calienta las tortillas?
Don Juan había entrado a la cocina. Ambos me miraron, sonriendo. Por alguna razón, sus sonrisas me resultaban aterradoras. Poseído por un pánico incontrolable, estaba yo a punto de gritar cuando don Juan me golpeó en la espalda y me hizo cambiar a un estado de conciencia acrecentada. En un instante me di cuenta de que quizá mientras dormía, o al momento de despertar, había regresado a la conciencia de todos los días.
La sensación que experimenté entonces, ya de vuelta en la conciencia acrecentada, fue una mezcla de alivio, enojo y la más aguda tristeza. Sentía alivio al volver a ser yo mismo, porque había llegado a considerar que esos estados incomprensibles

constituían mi verdadero ser. La razón era muy sencilla, en esos estados me sentía completo, nada me faltaba ni me sobraba. Mi enojo y mi tristeza eran una reacción ante mi impotencia, ante las limitaciones de mi ser cotidiano.

Le pedí a don Juan que me explicara cómo era posible que yo hiciera lo que estaba haciendo. En mi nivel de conciencia normal yo no podía recordar nada de lo que había hecho en estados de conciencia acrecentada, aunque mi vida dependiera de ello. Pero una vez que entraba en la conciencia acrecentada podía yo contemplar el pasado y recordar todo; podía rendir cuentas de todo lo que había hecho en los dos estados; incluso podía acordarme de mi incapacidad para recordar.

-Espera un momento -dijo-. Aun en la conciencia acrecentada todavía no recuerdas mucho. Más allá de ella hay infinitamente más, y tú has estado ahí muchas, muchas veces. Ahorita no puedes recordar todo lo que has hecho en ese más allá aunque tu vida dependa de ello.

Tenía razón. No tenía la menor idea de lo que hablaba. Le rogué que me diera una explicación.

-Ya viene la explicación -dijo-. Es un proceso lento, pero ya llegaremos a ella. Es lento porque yo soy igual que tú: me gusta entender. Yo soy lo opuesto de mi benefactor, que no estaba dado a explicar. Para él sólo existía la acción. Le gustaba ponernos directamente frente a problemas incomprensibles y dejarnos resolverlos por nuestra cuenta. Muchos de nosotros nunca resolvimos nada, y acabamos en la misma situación de los antiguos videntes: mucha acción y muy poca comprensión.

-¿Están esos recuerdos atrapados en mi mente? -pregunté.

-No. Eso sería demasiado sencillo -contestó-. Las acciones de los videntes son más complejas que dividir al hombre en cuerpo y mente. Tú no te acuerdas de todo lo que has hecho, porque cuando uno está en la conciencia acrecentada uno ve.

Le pedí a don Juan que volviera a interpretar lo que acababa de decir.

Me explicó con mucha paciencia, que yo había olvidado todo, porque, al entrar en la conciencia acrecentada o al ir más allá de ella, mi conciencia normal había sido elevada, intensificada, y que eso significaba que otras áreas de mi ser total fueron usadas.

-Todo lo que no puedes recordar está atrapado en esas áreas de tu ser total -dijo-. El usar esas otras áreas es el ver.

-Don Juan, estoy más confundido que nunca -dije.

-No te culpo -dijo-. Ver es dejar al desnudo la esencia de todo, es ser testigo de lo desconocido y vislumbrar lo que no se puede conocer, pero ello no nos trae desahogo. Generalmente, los videntes se descalabran al ver que la existencia es incomprensiblemente compleja y que nuestra conciencia cotidiana la difama con sus limitaciones.

Reiteró que, durante sus explicaciones, mi concentración tenía que ser total, que el comprender era de crucial importancia, y que los nuevos videntes daban el más alto valor a las comprensiones profundas que no eran producto de la emoción.

-Por ejemplo, el otro día -prosiguió- cuando creíste haber comprendido algo muy significativo acerca de tu importancia personal y la de la Gorda, en realidad no entendiste nada. Tuviste un arranque emocional, eso es todo. Digo esto porque al día siguiente andabas de nuevo abrazado de tus ideas, como si nunca te hubieras dado cuenta de nada.

"Lo mismo le pasó a los antiguos videntes. Eran dados a las reacciones emocionales. Pero cuando llegó el momento de comprender lo que habían visto, no pudieron hacerlo. Para comprender uno necesita de sensatez, de cordura, no de emocionalidad. No te confíes en aquéllos que lloran con la emoción de comprender, porque no han comprendido nada.

"En el camino del conocimiento hay peligros incalculables para quienes carecen de sobriedad y serenidad -prosiguió-. Con mis explicaciones, estoy delineando el orden en el que los nuevos videntes arreglaron las verdades del estar consciente de

ser, para que te sirva como un mapa, un mapa que tienes que sensatamente ver, pero no con tus ojos.
Hubo una larga pausa. Me miró con fijeza. Definitivamente, esperaba a que yo le hiciera una pregunta.
-Todos caen presa del error de que se ve con los ojos -prosiguió-. Pero no te sorprendas de que después de tantos años aún no te das cuenta de que el ver de los brujos no es cuestión de los ojos. Es muy normal cometer ese error.
-Entonces, ¿cómo ven? -pregunté.
Contestó que ver es alineamiento. Y yo le recordé que me dijo que la percepción es alineamiento. Explicó que alinear emanaciones que se usan rutinariamente es la percepción del mundo cotidiano, pero alinear emanaciones que nunca se usan es ver. El acto de ver, siendo resultado de un alineamiento fuera de lo ordinario, no puede ser algo que uno simplemente vea con los ojos. A pesar del hecho de haber visto incontables veces, yo había sucumbido a la manera en que se clasifica y se describe ver.
-Cuando los videntes ven, hay algo que les explica todo a medida que se lleva a cabo el nuevo alineamiento -prosiguió-. Es una voz que les habla en el oído. Si esa voz no está presente, el vidente no está viendo.
Después de una pausa momentánea, siguió explicando que sería igualmente falaz decir que ver es oír, pero que los videntes habían optado por usar la frase la voz del ver, como norma de un alineamiento fuera de lo común. Dijo que esa voz era algo extremadamente misterioso e inexplicable.
-Mi conclusión personal es que la voz del ver pertenece sólo al hombre -dijo-. Quizás ocurre porque el hablar es algo que nadie más hace, además del hombre. Los antiguos videntes creían que era la voz de una entidad de increíble potencia íntimamente relacionada con la humanidad, un protector del hombre. Los nuevos videntes descubrieron que esa entidad, a la que llamaron el molde del hombre, no tiene voz. Para los nuevos videntes la voz del ver es algo incomprensible; dicen que es el resplandor del estar consciente de ser que toca las emanaciones del Águila como un arpista toca el arpa.
Se negó a explicar más, diciendo que más adelante, conforme avanzara en su elucidación, todo se aclararía para mí.

Mientras don Juan hablaba, mi concentración había sido tan total que realmente no recordaba haberme sentado a la mesa a comer. Cuando don Juan dejó de hablar, me di cuenta que su plato de carne guisada estaba casi vacío.
Genaro me miraba fijamente, con una sonrisa radiante. Mi plato estaba frente a mí sobre la mesa, y también estaba casi vacío. Ya sólo contenía un pequeño residuo de guisado, como si en ese momento acabara de comer. Y yo no recordaba haber comido, pero tampoco recordaba haber ido a la mesa o haberme sentado.
-¿Te gustó la comida? -preguntó Genaro, y miró hacia otro lado.
Le dije que sí, porque no quería admitir que tenía problemas para recordar.
-Para mí, estaba demasiado picante -dijo Genaro-. Tú nunca comes comida picante, así que me preocupa un poco lo que te vaya a pasar. No debiste comer dos platos. Supongo que eres un poco más tragón cuando estás en la conciencia acrecentada, ¿eh?
Admití que probablemente él tenía razón. Me pasó una gran jarra de agua para saciar mi sed y aliviar mi garganta. Cuando bebí toda el agua ávidamente, los dos comenzaron a reír a carcajadas.
De pronto, comprendí lo que ocurría. Mi comprensión fue física. Fue un destello de luz amarillenta que me golpeó como si se hubiera encendido un cerillo justo entre mis ojos. Supe entonces que Genaro bromeaba. Yo no había comido. Estuve tan absorto en la explicación de don Juan que olvidé todo lo demás. El plato frente a mí era el de Genaro.
Después de la cena, don Juan siguió adelante con su explicación. Genaro se sentó a mi lado, escuchando como si nunca an-

tes hubiera. oído la explicación.
Don Juan dijo que, en todos los seres conscientes, es igual la presión que las emanaciones exteriores, llamadas emanaciones en grande, ejercen sobre las emanaciones interiores. Sin embargo, los resultados de esa presión son enormemente diferentes entre ellos, porque sus capullos reaccionan en todas las formas imaginables.
-Ahora bien, -prosiguió- cuando los videntes ven que la presión de las emanaciones en grande desciende pesadamente sobre las emanaciones interiores, que siempre están en movimiento, y las hace detenerse, saben que en ese momento el ser luminoso está consciente de ser.
"Decir que las emanaciones en grande descienden pesadamente sobre las que están dentro del capullo y las hacen detenerse significa que los videntes ven algo indescriptible, cuyo significado conocen sin la menor duda. Significa que la voz del ver les ha dicho que las emanaciones interiores descansan por completo y encajan en aquellas de afuera que les son correspondientes.
Dijo que, naturalmente, los videntes afirman que el estar consciente de ser procede de nuestro exterior, y que el verdadero misterio no está dentro de nosotros. Ya que, por naturaleza, las emanaciones en grande ejercen tremenda presión sobre las que están dentro del capullo, lo perfecto sería dejar que las emanaciones en grande se amalgamen libremente con las que están dentro. Los videntes creen que si dejáramos que este ocurriese nos convertiríamos en lo que realmente somos, seres fluidos, siempre en movimiento, eternos.
Hubo una extensa pausa. Los ojos de don Juan tenían un brillo intenso. Parecían contemplarme desde una gran profundidad. Sentía que cada uno de sus ojos era un punto de brillantez independiente. Por un instante pareció estar luchando contra una fuerza invisible, un fuego interior que quería consumirlo. Pasó con rapidez y don Juan siguió hablando.
-La calidad de conciencia de cada ser individual -continuó- depende del grado en que las emanaciones en grande se amalgaman con las de adentro.
Después de una larga interrupción, don Juan siguió explicando. Dijo que los videntes vieron que la conciencia de ser crece desde el momento de la concepción, se enriquece con el proceso de vivir. Dijo que, por ejemplo, los videntes ven cómo la conciencia de ser de un insecto o la de un hombre crece de maneras asombrosamente diferentes, pero con igual consistencia.
-¿La conciencia de ser se desarrolla a partir del momento de la concepción o a partir del momento de nacer? -pregunté.
-A partir del momento de la concepción -contestó-. Yo siempre te he dicho que la energía sexual es algo de extrema importancia y que debe ser controlada y usada con mucho tino. Nunca te gustó esa proposición porque, crees que yo hablo de control en términos de moralidad; control para mí significa el ahorro y la recanalización de la energía.
Don Juan miró a Genaro. Genaro asintió con la cabeza.
-Genaro te va a contar lo que decía nuestro benefactor, el nagual Julián, acerca del ahorro y la recanalización de la energía sexual -me dijo don Juan.
-El nagual Julián decía que el sexo era un asunto de energía -comenzó Genaro-. Por ejemplo, él nunca tuvo problemas, porque tenía energía hasta en los dedos gordos de los pies. Pero a mí me echó una sola mirada y de inmediato prescribió que mi chile era sólo para orinar. Me dijo que yo no tenía suficiente energía para el sexo. Dijo que mis padres habían estado demasiado aburridos y demasiado cansados cuando me hicieron dijo que yo era el resultado de una cogida muy aburrida, y que así nací, aburrido y cansado. El nagual Julián recomendaba que la gente como yo jamás tuviera relaciones sexuales, a fin de que pudiéramos almacenar la poca energía que tenemos.
"A Silvio Manuel y a Emilio les dijo lo mismo. Vio que los demás compañeros tenían suficiente energía. No eran el resultado de cogidas aburridas. Les dijo que podían

hacer lo que quisieran con su energía sexual, pero recomendó se controlaran y que entendieran que el comando del Águila es que el fulgor de la conciencia de ser se da a través del acto sexual. Todos le dijimos que habíamos entendido y que estábamos de acuerdo.

"Un día, sin aviso alguno y con la ayuda de su propio benefactor, el nagual Elías, abrió la cortina del otro mundo, y sin vacilaciones, nos empujó a todos adentro Con excepción de Silvio Manuel, todos casi nos morimos allí. No tuvimos un ápice de energía para resistir el impacto del otro mundo. A excepción de Silvio Manuel nadie había seguido la recomendación del nagual Julián.

-¿Qué es la cortina del otro mundo? -le pregunté don Juan.

-Pues ya lo dijo Genaro, es una cortina -contestó don Juan-. Y como siempre, te estás desviando de tema. Estamos hablando de que el Águila ordenó que la energía sexual se use para crear vida. A través de la energía sexual, el Águila otorga la conciencia de ser. Por eso cuando los seres conscientes realizan el acto sexual, las emanaciones que están dentro de sus capullos hacen lo mejor que pueden para conferirle conciencia al nuevo ser que están creando.

Dijo que durante el acto sexual, las emanaciones contenidas en los capullos de ambos participantes sufren una profunda agitación, cuyo punto culminante es una unión, una fusión de dos pedazos de energía consciente, uno de cada participante, que se separan de sus capullos.

-El acto sexual es siempre una donación de conciencia aunque ese regalo no se consolide y cree un nuevo ser viviente -agregó-. Las emanaciones que están dentro del capullo de los seres humanos no saben del acto sexual sólo como placer.

Desde su silla al otro lado de la mesa, Genaro se inclinó hacia mi y me habló en voz baja, moviendo la cabeza para hacer énfasis.

-El nagual te está diciendo la verdad -dijo guiñándome el ojo-. Esas emanaciones realmente no saben nada.

Don Juan hizo un esfuerzo por no reírse, y agregó que la falacia del hombre es actuar con total desdén por el misterio de la existencia y creer que el sublime acto de conceder vida y conciencia es simplemente un impulso físico que uno puede distorsionar a voluntad.

Genaro hizo gestos sexuales obscenos, girando sus caderas, una y otra vez. Don Juan asintió con la cabeza y dijo que eso era exactamente lo que el hombre hacía. Genaro le dio las gracias por reconocer su sola contribución a la explicación de dicho tema.

A carcajadas me dijeron que yo estaría riéndome con ellos si supiera lo serio que era para su benefactor la explicación de la energía sexual.

Le pregunté a don Juan qué significado tenía todo esto para el hombre en el mundo cotidiano.

-¿Te refieres a lo que está haciendo Genaro? -me preguntó fingiendo seriedad.

El regocijo de los dos siempre era contagioso. Tardaron mucho tiempo en calmarse. Su nivel de energía era tan alto que, a su lado, yo parecía viejo y decrépito.

-Realmente no se -me contestó finalmente don Juan-. Todo lo que sé es que para los guerreros la única energía que poseemos es la energía sexual, dadora de vida. Este conocimiento los fuerza a darse cabal cuenta de su responsabilidad.

"Si los guerreros quieren tener la suficiente fuerza para ver, tienen que volverse avaros con su energía sexual. Esa fue la lección que nos dio el nagual Julián. Nos empujó adentro de lo desconocido, y todos casi nos morimos. Puesto que todos nosotros queríamos ver, tuvimos que abstenernos de desperdiciar nuestra energía sexual.

Ya antes le había escuchado expresar esa creencia. Cada vez que lo hacía, entrábamos en una acalorada discusión. Siempre me sentía obligado a protestar lo que yo consideraba ser una actitud puritana hacia el sexo.

Nuevamente, volví a objetar. Ambos se rieron hasta que les salieron lágrimas.

-¿Qué puede hacerse con la sensualidad natural del hombre? -le pregunté a don Juan.
-Nada -contestó-. La sensualidad del hombre no tiene nada malo. Lo que está mal es la ignorancia que obliga al hombre a pasar por alto su naturaleza mágica. Es un error desperdiciar la fuerza dadora de vida y no tener hijos, pero también es un error no saber que al tener hijos uno disminuye el fulgor de la conciencia.
-¿Cómo saben los videntes que al tener hijos, uno disminuye el fulgor de la conciencia?
-Los videntes ven que, al tener un hijo, el fulgor de la conciencia de los padres disminuye mientras que el de la criatura aumenta. En algunos padres débiles y nerviosos, ese fulgor desaparece casi por completo. Conforme los niños ensanchan su conciencia, crece también en el capullo luminoso de los padres una mancha oscura, en el mismo lugar de donde se desprendió el fulgor que dio vida a esos niños. Generalmente está en la parte media del capullo. A veces, esas manchas incluso pueden verse como si estuvieran pegadas al cuerpo.
Le pregunté si había algo que se pudiera hacer para darle a la gente común y corriente una comprensión más equilibrada de lo que es el fulgor de la conciencia.
-No se puede hacer nada -dijo-. Por lo menos, no hay nada que los videntes puedan hacer. Los videntes aspiran a ser libres, a ser testigos sin prejuicios, testigos incapaces de juzgar; de lo contrario tendrían la responsabilidad de implantar un nuevo ciclo más ajustado. Nadie puede hacer eso. Un nuevo ciclo, si hubiera de surgir, tendría que surgir por sí mismo.

V. LA PRIMERA ATENCIÓN

Al día siguiente desayunamos al amanecer, después don Juan me hizo cambiar niveles de conciencia.
-Vayamos hoy día a uno de esos sitios originales -le dijo don Juan a Genaro.
-Pues, ándale -dijo Genaro con acento grave. Me miró y entonces agregó en voz baja, como si no quisiera que yo lo escuchara:- Crees que él debe... a lo mejor es mucho...
En cosa de segundos, mi terror y mis sospechas escalaron alturas insoportables. Empecé a sudar y a jadear involuntariamente. Don Juan vino a mi lado y, con una expresión de risa contenida, me aseguró que Genaro simplemente se estaba divirtiendo conmigo, y que nos íbamos a un lugar adonde los antiguos videntes habían vivido hacía miles de años.
Mientras don Juan me hablaba, miré brevemente a Genaro. Con lentitud, movió la cabeza de un lado a otro. Era un gesto casi imperceptible, como si me hiciera saber que don Juan no decía la verdad. Entré en un estado de frenesí nervioso, casi de histeria, y sólo reaccioné cuando Genaro comenzó a carcajearse.
Me maravillé de la facilidad con la que mis emociones subían hasta ser casi incontrolables o se apagaban totalmente.
Don Juan, Genaro y yo caminamos una corta distancia hacia las erosionadas colinas aledañas. Nos sentamos en una enorme roca plana, sobre una ladera de tierra cultivable. El maíz había sido recientemente cosechado.
-Este es un sitio original -me dijo don Juan-. Volveremos aquí, o a otro sitio muy parecido, un par de veces más, durante el curso de mi explicación.
-De noche aquí pasan cosas muy raras -dijo Genaro-. El nagual Julián, de verdad, se consiguió un aliado aquí. O más bien, el aliado...
Don Juan hizo un gesto visible con las cejas y Genaro se detuvo a media oración. Me sonrió.
-Es todavía muy de mañana para contar cuentos de horror -dijo Genaro-. Esperemos a que oscurezca.
Se puso de pie y comenzó a andar a hurtadillas alrededor de la roca, en puntas de pie, con la espina dorsal arqueada hacia atrás.
-¿Es verdad que su benefactor se consiguió un aliado aquí? -le pregunté a don Juan.

No me contestó al momento. Miraba extático las contorsiones de Genaro.
-Genaro se refería a una manera muy compleja de usar la conciencia de ser -me contestó al fin, sin dejar de mirar a Genaro.
Genaro completó una vuelta alrededor de la roca y se sentó a mi lado. Resollaba penosamente, casi sin aliento.
Don Juan parecía estar fascinado por lo que Genaro había hecho. De nuevo sentí que se divertían conmigo, que ambos planeaban algo que yo desconocía.
De pronto, don Juan comenzó su explicación. Su voz me tranquilizó. Dijo que, después de muchos trabajos, los videntes llegaron a la conclusión de que a la conciencia de los seres humanos adultos, madurada por el proceso del crecimiento, ya no se la puede llamar simplemente conciencia de ser, porque su modificación la ha convertido en algo más intenso y complejo, algo que los videntes llaman atención.
-¿Cómo saben los videntes que la conciencia de ser del hombre crece y se cultiva? -pregunté.
Dijo que en cierto momento, a medida que los seres humanos crecen, una banda de las emanaciones del interior de sus capullos se vuelve muy brillante; conforme los seres humanos acumulan experiencia, esa banda comienza a resplandecer. En algunos casos, el resplandor de la banda aumenta tan dramáticamente que se fusiona con las emanaciones del exterior. Los videntes, al presenciar tal enriquecimiento, tuvieron que concluir que la conciencia de ser es la materia prima y que la atención es el producto final.
-¿Cómo describen los videntes a la atención? -pregunté.
-Dicen que la atención es domar y enriquecer la conciencia de ser a través del proceso de vivir -contestó.
Dijo que el peligro de las definiciones es que simplifican las cosas para volverlas comprensibles; en este caso, al definir la atención, uno corre el riesgo de transformar un logro mágico y milagroso, en algo común. La atención es el logro individual más grande del hombre. Empieza a desarrollarse desde la conciencia animal, en bruto, hasta que llega a abarcar toda la gama de las alternativas humanas. Los videntes la perfeccionan aún más hasta hacerla cubrir la gama total de posibilidades humanas.
Le pregunté si en la visión de los videntes tenían especial significado las alternativas y las posibilidades.
Don Juan repuso que las alternativas humanas son todo lo que somos capaces de escoger como personas. Tienen que ver con el nivel de nuestra escala cotidiana, con lo conocido; y por lo tanto, son bastante limitadas en número y alcance. Las posibilidades humanas, por otro lado, pertenecen a lo desconocido. No son lo que somos capaces de escoger como personas sino lo que somos capaces de alcanzar como seres vivientes. Dijo que un ejemplo de lo primero, las alternativas humanas, es creer que el cuerpo humano es un objeto entre objetos. Un ejemplo de lo segundo, las posibilidades humanas, es lo que los videntes logran hacer al ver al hombre como un ser luminoso en forma de huevo. Con el cuerpo como objeto uno se enfrenta a lo conocido, con el cuerpo como huevo luminoso uno enfrenta lo desconocido; las posibilidades humanas tienen, por consiguiente, un alcance casi inagotable.
-Los videntes dicen que hay tres tipos de atención -continuó don Juan-. Cuando dicen eso, se refieren sólo a los seres humanos y no a todos los seres conscientes que existen. Pero los tres no son tan sólo tipos de atención, son más bien tres niveles de realización. Son la primera, segunda y tercera atenciones; cada una es un reino independiente, completo en sí mismo.
Explicó que, en el hombre, la primera atención es la conciencia animal, en bruto, que a través del proceso de la experiencia humana ha sido convertida en una facultad compleja, intrincada y extremadamente frágil, que se encarga del mundo cotidiano en todos sus innumerables aspectos. En otras palabras, todo aquello en lo que puede uno pensar forma parte de la primera atención.

-La primera atención es todo lo que somos como hombres comunes y corrientes -prosiguió-. En virtud de su dominio tan absoluto sobre nuestras vidas, la primera atención es la propiedad más valiosa que tenemos. Quizás es incluso nuestra única propiedad.

"Tomando en cuenta su verdadero valor, los nuevos videntes comenzaron un riguroso examen de la primera atención. Sus hallazgos moldearon todas sus perspectivas y las perspectivas de todos sus descendientes, aunque la mayoría de ellos aún hoy en día no entienden lo que aquellos videntes realmente vieron.

Enfáticamente, me advirtió que las conclusiones del riguroso examen de los nuevos videntes tenían muy poco que ver con la razón o la racionalidad, porque para examinar y explicar la primera atención, uno debe verla. Sólo los videntes pueden hacer eso. Pero examinar lo que los nuevos videntes vieron en la primera atención, es esencial, a fin de permitirnos la única oportunidad, en nuestra existencia, de darnos cuenta de nuestras propias funciones.

-En términos de lo que los videntes ven, la primera atención es un intenso resplandor de color ambarino -continuó-. Es un resplandor que invariablemente se mantiene fijo en la parte superior de la superficie del capullo y que abarca lo conocido.

"La segunda atención, por otra parte, es un resplandor muchísimo más intenso y cubre una mayor extensión. Tiene que ver con lo desconocido. Es un estado complejo y especializado que entra en función cuando se utilizan las emanaciones interiores del capullo que ordinariamente permanecen fuera de juego.

"La razón por la cual lo llamo un estado complejo y especializado es que, para poder utilizar las emanaciones que ordinariamente no entran en juego, uno necesita de extraordinarias y elaboradas tácticas que requieren suprema disciplina y concentración.

Comentó que ya me había explicado, en sus enseñanzas para el lado derecho, que la concentración requerida para estar consciente de que uno está soñando es la predecesora de la segunda atención. Esa concentración es una forma de estar consciente de ser que no está en la misma categoría de la conciencia normal necesaria para tratar con el mundo diario.

Dijo que a la segunda atención también se le llama la conciencia del lado izquierdo; y que es el campo más vasto que pueda uno imaginarse, tan vasto que parece ilimitado.

-Yo no me metería en ella. por nada del mundo -agregó-. Es un atolladero tan complejo y grotesco que los videntes sensatos sólo entran en ella bajo las más estrictas condiciones.

"La gran dificultad consiste en que la entrada a la segunda atención es enteramente fácil y su atracción es casi irresistible.

Dijo que los antiguos videntes, siendo maestros consumados del arte de manejar el resplandor de la conciencia, la hicieron expandirse a límites inconcebibles. Dedicaron todo su esfuerzo a extender ese resplandor a todas las emanaciones interiores de sus capullos, encendiéndolas por bandas, una banda a. la vez. Y lo lograron, pero curiosamente, el hecho de encenderlas por bandas los hizo quedar aprisionados en algo tan inmenso que no pudieron salir más de ello.

-Los nuevos videntes corrigieron ese error -prosiguió- y dejaron que el arte de manejar el resplandor de la conciencia se desenvolviera y llegara a extender ese resplandor, de un solo golpe, a todos los confines del capullo luminoso.

"La tercera atención se alcanza así, cuando el resplandor de la conciencia se convierte en el fuego interior; un fuego que no enciende sólo una banda a la vez, sino que enciende a todas las emanaciones del Águila que están en el interior del capullo del hombre.

Don Juan expresó su reverencia y admiración por el esfuerzo premeditado de los nuevos videntes para alcanzar la tercera atención cuando aún tienen vida y están conscientes de su individualidad.

No consideró que valiera la pena discutir los casos fortuitos de hombres y de otros seres conscientes que entran en lo desconocido y en lo que no se puede conocer sin darse cuenta de ello; se refirió a ésto como el don del Águila. Afirmó que para los nuevos videntes el entrar en la tercera atención también es un don, pero tiene un significado diferente. Es más bien como un premio por un logro extraordinario.

Agregó que al momento de morir todos los seres humanos entran en lo que no se puede conocer, y que algunos de ellos sí alcanzan la tercera atención, pero de una forma del todo breve y sólo para purificar el alimento del Águila.

-El logro supremo de los seres humanos -dijo- es alcanzar ese nivel de atención y al mismo tiempo retener la fuerza de la vida, sin convertirse en una conciencia incorpórea que se mueve como un punto vacilante de luz hacia el pico del Águila para ser devorado.

Mientras estuve escuchando la explicación de don Juan, una vez más perdí totalmente de vista todo lo que me rodeaba. Indudablemente, Genaro se había levantado y se había ido, ya que no aparecía por ningún lado, Me sorprendí al darme cuenta de que yo estaba acuclillado en la roca, con don Juan también en cuclillas a mi lado. Me tenía agarrado, muy a la ligera, de los hombros.

Me recosté en la roca y cerré los ojos. Había una suave brisa que soplaba del oeste.

-No te duermas -dijo don Juan-. Por ningún motivo debes quedarte dormido en esta roca.

Me senté. Don Juan me miraba con fijeza.

-Descansa y no pienses en nada -me ordenó-. Deja que se extinga tu diálogo interno.

Usé toda mi concentración para cumplir lo que me pedía, pero una sacudida me hizo volver al nivel de los pensamientos. Al principio no supe lo que era; pensé que acaso me atacaba otra vez la desconfianza. Y en ese instante me di cuenta, como si recibiera una descarga eléctrica, que estaba muy entrada la tarde. Lo que yo habría calculado que fue una hora de conversación con don Juan había ocupado el día entero.

Me incorporé de un salto, plenamente consciente de la incongruencia, aunque no podía concebir lo que me había ocurrido. Sentí una extraña sensación que me impulsaba a correr. Don Juan me saltó encima, deteniéndome a la fuerza. Caímos al suelo, y ahí me retuvo con mano de hierro. No tenía ni la menor idea de que don Juan fuera tan macizo.

Mi cuerpo se sacudió con violencia. Mientras temblaban, mis brazos parecían volar en todas direcciones. Me estaba dando algo como un ataque epiléptico. Sin embargo, un pedazo de mí estaba separado al grado de quedar fascinado viendo a mi cuerpo vibrar, torcerse y sacudirse.

Finalmente, los espasmos se extinguieron y don Juan me soltó. El esfuerzo lo había agotado. Recomendó que volviéramos a subirnos a la roca y nos sentáramos ahí hasta que me sintiera bien.

Una vez que nos sentamos no pude contenerme de hacer mi pregunta de siempre: ¿qué me pasó? Me dijo que mientras me hablaba, Genaro me dio un empujón y que había entrado muy profundamente en el lado izquierdo de la conciencia. Él y Genaro me habían seguido. Y luego yo salí corriendo, con la misma velocidad con la que había entrado.

-Te agarré justo a tiempo -dijo-. De otra forma hubieras acabado en un estado de conciencia normal.

Yo estaba totalmente confundido. Me explicó que los tres estuvimos manejando el resplandor de la conciencia, y que eso indudablemente me asustó.

-Genaro es el maestro de ese manejo -prosiguió don Juan-. Silvio Manuel es el maestro del intento. Los dos fueron forzados, sin misericordia, a entrar en lo desconocido. Mi benefactor hizo con ellos lo que su benefactor hizo con él. En algunos aspectos, Genaro y Silvio Manuel son muy parecidos a los antiguos videntes. Saben lo que pueden hacer, pero no les interesa saber cómo lo hacen. Hoy, Genaro aprove-

chó la oportunidad para empujar el resplandor de tu conciencia y todos acabamos en los extraños confines de lo desconocido.
Le rogué que me dijera lo que me había ocurrido en lo desconocido.
-Eso tendrás que recordarlo tú. mismo -dijo una voz justo en mi oreja.
Estaba tan convencido de que era la voz del ver que no me asombré en lo más mínimo. Ni siquiera obedecí el impulso de volverme.
-Soy la voz del ver y te digo que eres un pinche pendejo -volvió a hablar la voz y se rió.
Me volví. Genaro estaba sentado detrás de mí. Me sorprendí tanto que me reí quizás un poco más histéricamente que ellos.
-Ya está oscureciendo -me dijo Genaro-. Como te prometí hoy por la mañana, ahorita ya comienza la fiesta y nos va a ir muy bien aquí.
Don Juan intervino y dijo que ya deberíamos parar, porque yo era el tipo de simplón que podría morirse de miedo.
-No es cierto -dijo Genaro tocándome el hombro.
-Mejor pregúntale -le dijo don Juan a Genaro-. El mismo te dirá que es tan simplón que es pendejo.
-¿A poco eres un pendejo? -me preguntó Genaro frunciendo el ceño.
No le contesté. Y eso hizo que se doblaran de risa. Genaro acabó rodando hasta el suelo.
-Ya se atragantó -le dijo Genaro a don Juan, refiriéndose a mí. Don Juan había saltado velozmente al suelo para ayudarlo a incorporarse-. Jamás admitirá que es un pendejo. Tiene demasiada importancia personal para hacer eso. Pero mira cómo le tiemblan las rodillas cuando piensa lo que le pueda ocurrir porque no confesó que es un pendejo.
Viéndolos reírse, quedé convencido de que sólo los indios podían reír con tanto gozo. Pero asimismo me convencí de que también eran maestros de la malicia india. Siempre se andaban burlando de mí porque no era indio.
De inmediato, don Juan se dio cuenta de mis cavilaciones.
-No dejes que te monte la importancia personal -dijo-. No eres de ninguna manera especial. Ninguno de nosotros lo somos, indios y no indios. El nagual Julián y su benefactor agregaron años de felicidad a sus vidas riéndose de nosotros.
Genaro volvió a subirse a la roca, con agilidad felina, y se sentó a mi lado.
-Si yo fuera tú, me sentiría tan pinche, tan avergonzado que lloraría -me dijo-. Llora. Llora a tus anchas y te sentirás mejor.
Para mi completo asombro, comencé a sollozar. Luego me enojé tanto que rugí con furia. Sólo entonces me sentí mejor.
Don Juan me sacudió del brazo. Me dijo que por lo general la furia da cordura, o que a veces el miedo, o el humor dan cordura. Mi naturaleza violenta hacía que la cordura me viniera a través de la furia.
Agregó que me había debilitado debido a un cambio repentino en el resplandor de la conciencia. Ellos dos habían estado tratando de ayudarme por un largo rato. Aparentemente, Genaro lo había logrado al hacerme rabiar.

Para entonces ya era casi de noche. De pronto, Genaro señaló hacia algo que se movía al nivel de los ojos. En el crepúsculo parecía ser una gran mariposa nocturna que volaba alrededor del lugar en el que estábamos sentados.
-Ten mucho cuidado, tú eres muy exagerado -me dijo don Juan-. No te agites. Deja que Genaro te guíe y no desvíes tu mirada de ese punto que se mueve.
Definitivamente, lo que se movía era una mariposa nocturna. Yo podía distinguir con claridad todos sus detalles. Seguí su vuelo tortuoso y lento hasta que pude ver cada partícula de polvo en sus alas.
Algo me sacó de mi total absorción. Justo a mis espaldas sentí un parpadeo, un ruido silencioso, como si tal cosa fuera posible. Me volví y descubrí que había toda una hilera de gente alineada en el otro borde de la roca, el borde que quedaba un poco más alto que aquel en que estábamos sentados. Supuse que la gente de los alrededores, sospechosos al vernos en la ve-

cindad por todo el día, había llegado con la intención de hacernos daño. Reconocí sus intenciones al instante.
Don Juan y Genaro, sin ponerse de pie, se deslizaron al suelo. De allí, los dos me dijeron al unísono que me bajara de inmediato. Nos alejamos de la roca sin volvernos a mirar si la gente nos seguía. Don Juan y Genaro se rehusaron a hablar mientras caminábamos de regreso a la casa de Genaro. Don Juan incluso me hizo callar con un feroz gruñido, llevando un dedo a sus labios. Genaro no entró a la casa, sino que siguió caminando mientras don Juan abrió la puerta y me empujó adentro.
-¿Quiénes eran esas personas, don Juan? -le pregunté cuando los dos estábamos sentados y había encendido la lámpara.
-Esos no eran gente -contestó.
-Vamos, don Juan no me venga con esas -dije-. Eran gente como usted y yo, los vi con mis propios ojos.
-Claro que los viste con tus propios ojos -repuso-, pero eso no significa nada. Tus ojos te engañaron. Esos no eran gente como tú y yo, y te estaban siguiendo. Genaro tuvo que alejarlos de ti.
-Si no eran gente, ¿qué eran entonces?
-Ah, ahí está el misterio -dijo-. Es un misterio del resplandor de la conciencia y no puede resolverse con raciocinios. Ese misterio sólo se puede presenciar.
-Déjeme presenciarlo entonces -dije.
-Pero ya lo hiciste, dos veces en un día -dijo-. En este momento no recuerdas lo que has visto, sin embargo lo recordarás cuando vuelvas a encender las emanaciones que resplandecían cuando estabas viendo el misterio al que me estoy refiriendo. Mientras tanto, volvamos a nuestra explicación.
Reiteró que la conciencia de ser comienza con la presión permanente que ejercen las emanaciones en grande sobre las del interior del capullo. Esta presión produce el primer acto de conciencia; detiene el movimiento de las emanaciones atrapadas, que incesantemente luchan por romper el capullo para salir, para morir.
-Los videntes saben que en verdad todos los seres vivientes luchan por morir -continuó-. Lo que detiene a la muerte es estar consciente de ser.
Don Juan dijo que los antiguos videntes se vieron profundamente perturbados por el hecho de que la conciencia detiene a la muerte y a la vez la induce al ser alimento para el Águila. Como no podían explicar esta contradicción, porque no hay manera racional de comprender la existencia, los videntes llegaron a la conclusión de que su conocimiento estaba compuesto de proposiciones contradictorias.
-¿Por qué desarrollaron un sistema de contradicciones? -pregunté.
-No desarrollaron nada -repuso-. Viendo descubrieron verdades indiscutibles. Esas verdades están ordenadas en términos de contradicciones supuestamente flagrantes, eso es todo.
"Por ejemplo, los videntes tienen que ser seres metódicos, racionales, parangones de sobriedad, y a la vez deben rehusar todas esas cualidades para poder ser completamente libres y abrirse a las maravillas y misterios de la existencia.
Su ejemplo me dejó confundido, pero no en extremo. Comprendí lo que quería decir. Él mismo había patrocinado mi racionalidad sólo para triturarla y exigir que no la tuviera. Le dije cómo entendía su punto de vista.
-Sólo un sentimiento de suprema sobriedad puede tender un puente entre las contradicciones -dijo.
-¿Podría decirse, don Juan, que el arte es ese puente?
-Al puente entre las contradicciones, lo puedes llamar como quieras, arte, sobriedad, amor, o incluso gentileza, gracia.
Don Juan siguió con su explicación y dijo que, al examinar el resplandor de la conciencia, los nuevos videntes hallaron que todos los seres orgánicos, excepto el hombre, aquietan las emanaciones atrapadas dentro de sus capullos para que ellas puedan alinearse con sus correspondientes emanaciones en grande. Los seres humanos en lugar de eso hacen que su primera atención tome un inventario de las ema-

naciones del Águila en el interior de sus capullos.
-¿Qué es un inventario, don Juan? -pregunté.
-Los seres humanos prestan atención a las emanaciones que tienen en el interior de sus capullos -contestó-. Ninguna otra criatura hace eso. En el momento en el que la presión de las emanaciones en grande fija a las emanaciones interiores, la primera atención comienza a observarse a sí misma. Anota todo acerca de sí misma, o por lo menos intenta hacerlo, de maneras aberrantes. Este es el proceso que los videntes llaman hacer un inventario.
"Con esto no quiero decir que los seres humanos eligen hacer un inventario, o que pueden rehusar hacerlo. Hacer un inventario es una orden del Águila. Sin embargo, lo que queda sujeto a la voluntad del hombre es la forma en que se obedece ese comando.
Dijo que aunque no le gustaba llamar comandos a las emanaciones, eso es lo que son: comandos que nadie puede desobedecer. No obstante, la manera de no obedecer las órdenes radica en obedecerlas.
-En el caso del inventario de la primera atención -continuó-, los videntes hacen el inventario, porque no pueden desobedecer. Pero una vez que lo han hecho lo tiran por la ventana. El Águila no nos ordena adorar nuestro inventario: nos ordena hacerlo, esto es todo.
-¿Cómo ven los videntes que el hombre hace un inventario? -pregunté.
-Las emanaciones interiores del hombre no se aquietan con objeto de aparejarse con las exteriores -contestó-. Esto es evidente después de ver lo que hacen otras criaturas. Al aquietarse, algunas de ellas, se funden con las emanaciones en grande y se mueven con ellas. Por ejemplo, los videntes pueden ver cómo se expande a gran tamaño la luz de las emanaciones de los escarabajos.
"Pero los seres humanos aquietan sus emanaciones y reflexionan en ellas. Las emanaciones se concentran en sí mismas.
Dijo que los seres humanos llevan el comando de hacer un inventario a un extremo lógico y hacen caso omiso de todo lo demás. Una vez que están profundamente involucrados en el inventario, pueden ocurrir dos cosas. Pueden ignorar los impulsos de las emanaciones en grande, o pueden utilizar esos impulsos de una manera muy especializada.
El resultado final de ignorar esos impulsos es un estado único conocido como la razón, el raciocinio. El resultado de usar los impulsos de una manera especializada se conoce como la absorción en uno mismo.
Los videntes perciben la razón humana como un resplandor opaco, extrañamente homogéneo, que sólo en muy raras ocasiones responde a la constante presión de las emanaciones en grande; un resplandor que endurece al capullo, pero que también lo vuelve más quebradizo.
Don Juan comentó que en la especie humana la razón debería abundar, pero que en realidad es muy escasa. La mayoría de los seres humanos eligen la absorción en sí mismos.
Afirmó que para que pueda haber interacción entre los seres vivientes, la conciencia necesita un grado de absorción en sí misma. Pero con la excepción del hombre, ningún ser viviente tiene un grado tal de absorción en sí mismo. Al contrario de los hombres de razón, que ignoran el impulso de las emanaciones en grande, los individuos absortos en sí mismos usan esos impulsos y los convierten en una fuerza que agita aun más las emanaciones en el interior de sus capullos.
Al observar todo esto, los videntes llegaron a una conclusión práctica. Vieron que los hombres de razón llegan a vivir mucho más, porque al no hacer caso del impulso de las emanaciones en grande, aquietan la agitación natural dei interior de sus capullos. Por otra parte, al usar el impulso de las emanaciones en grande para crear una mayor agitación, los individuos absortos en si mismos acortan sus vidas.
-¿Qué ven los videntes cuando contemplan a seres humanos absortos en sí mismos? -pregunté.

-Los ven como descargas intermitentes de luz blanca, seguidas por largas pausas de opacidad -dijo.
Don Juan dejó de hablar. Yo ya no tenía preguntas que hacerle, o quizás estaba demasiado cansado para preguntar algo más. Hubo un fuerte golpe en la puerta de la calle que me hizo saltar. La puerta se abrió de par en par y Genaro entró, sin aliento. La cerró al entrar y se dejó caer sobre el petate. Estaba cubierto de sudor.
-Estábamos hablando de la primera atención -le dijo don Juan.
-La primera atención sólo sirve con lo conocido -comentó Genaro-. Vale madre con lo desconocido.
-Eso no es del todo correcto -repuso don Juan-, La primera atención funciona muy bien con lo desconocido. Lo bloquea; lo niega con tanta ferocidad que, al final, lo desconocido no existe para la primera atención.
"Hacer un inventario nos vuelve invulnerables -continuó-. Es precisamente por eso que existe el inventario.
-¿Qué es lo que está usted diciendo? -le pregunté a don Juan.
No contestó. Miró a Genaro como si esperara una respuesta.
-Pero si abro la puerta -dijo Genaro- ¿podría la primera atención bloquear a lo que va a entrar?
-La tuya y la mía no podrían, pero la suya sí -dijo don Juan señalándome-. Vamos a tratarlo.
-¿Aunque esté en la conciencia acrecentada? -le preguntó Genaro a don Juan. ,
-Eso no significa nada -contestó don Juan.
Genaro se puso de pie, fue a la puerta y la abrió de un golpe. Saltó a un lado y al instante entró una ráfaga de viento frío. Don Juan y Genaro se colocaron junto a mí. Ambos me miraron con asombro.
Yo quería cerrar la puerta. El frío me hacía sentirme incómodo. Pero cuando me moví hacia ella, don Juan y Genaro saltaron frente a mí y me escudaron.
-¿No notas que hay algo extraño en el cuarto? -me preguntó Genaro.
-No, no noto nada -dije, y lo dije sinceramente.
Salvo el viento frío que soplaba por la puerta abierta, no había nada extraño allí.
-Cuando abrí la puerta entraron unos seres muy raros -dijo-. Qué, ¿a poco no los ves?
Había algo en su voz que me decía que esta vez no bromeaba. Y yo no veía absolutamente a ningún ser extraño.
Los tres salimos caminando de la casa, cada uno de ellos estaba pegado a mi costado. Don Juan recogió el quinqué y Genaro cerró con llave la puerta de la calle. Me empujaron dentro del coche a mí primero. Y luego los llevé a la casa de don Juan en el pueblo vecino.

VI. LOS SERES INORGÁNICOS

Al día siguiente le pedí una y otra vez a don Juan que me explicara nuestra apresurada salida de la casa de Genaro. Se negó a siquiera mencionar el incidente. Y Genaro tampoco me ayudó. Cada vez que le preguntaba me guiñaba el ojo, y se sonreía con una mueca de idiota.
Por la tarde, don Juan vino al patio trasero de la casa, donde yo estaba hablando con sus aprendices. Como si les hubieran dado una señal, todos los aprendices se fueron al instante.
Don Juan me tomó del brazo y comenzamos a caminar a lo largo del corredor. No dijo nada; durante un tiempo simplemente caminamos, casi como si estuviéramos en la plaza pública.
Don Juan de repente paró de andar y se volvió hacia mí. Dio una vuelta a mi alrededor, mirándome de pies a cabeza. Yo sabía que me estaba viendo. Sentí una extraña fatiga, una flojera que no había sentido hasta que sus ojos quedaron fijos en mí. De pronto comenzó a hablar.
-Creo que ayer Genaro y yo erramos contigo -empezó-, y digo esto porque te asustaste demasiado al entrar en lo desconocido. Genaro te empujó muy adentro, y allí te ocurrieron cosas extrañísimas.
-¿Qué cosas, don Juan?
-Cosas que por, ahora resultarían difíci-

les, aun imposibles de explicarte -dijo-. No tienes energía sobrante como para entrar a lo desconocido y encontrarle sentido. Cuando los nuevos videntes arreglaron el orden de las verdades de la conciencia de ser, vieron que la primera atención consume todo el resplandor de la conciencia del hombre, y que no queda libre ni un ápice de energía. Ese es tu problema, y el problema de todos los guerreros. De modo que los nuevos videntes propusieron que si los guerreros quieren penetrar en lo desconocido tienen que conservar su energía. Pero, ¿de dónde van a conseguir energía, si toda ella ya está usada? La conseguirán, dicen los nuevos videntes, destruyendo hábitos innecesarios.

Dejó de hablar y me pidió preguntas. Le pregunté qué le hacía al resplandor de la conciencia el destruir hábitos innecesarios. Contestó que destruir hábitos desprende a la conciencia de la absorción en sí misma y le permite libertad al resplandor para enfocarse en otras cosas.

-Lo desconocido esta eternamente presente -prosiguió-, pero queda fuera de nuestro alcance normal. Lo desconocido es la parte superflua del hombre común. Y es superflua porque el hombre común no tiene suficiente energía libre para comprenderlo.

"Puesto que has pasado años enteros en el camino del guerrero, ahora tienes suficiente energía libre para captar lo desconocido; pero no la suficiente como para entenderlo o siquiera para recordarlo.

Me explicó que en el sitio ése de la roca plana yo había entrado muy profundamente en lo desconocido. Pero como yo estaba dado al vicio de la exageración, hice lo peor que uno puede hacer, me había aterrado desmedidamente. Por eso salí del lado izquierdo, con la prisa del alma que lleva el diablo, desafortunadamente llevando conmigo una legión de seres extraños.

Le dije a don Juan que no se andara por las ramas, que me dijera exacta y directamente qué quería decir con una legión de seres extraños.

Se encogió de hombros y siguió paseando conmigo.

-Al explicar la conciencia de ser -dijo-, se supone que estoy poniendo todo o casi todo en su lugar. Antes de hablar de esos seres hablemos un poco de los antiguos videntes.

Me llevó entonces al cuarto grande. Ahí nos sentamos y comenzó su elucidación.

-Los nuevos videntes han estado siempre aterrados por el conocimiento que los antiguos videntes habían acumulado a lo largo de los años -dijo don Juan-. Eso es muy natural. Los nuevos videntes han sabido siempre que ese conocimiento sólo lleva a la destrucción total. Pero aun así, siempre lo encontraron fascinante, especialmente a las prácticas.

-¿Cómo supieron de esas prácticas los nuevos videntes? -pregunté.

-Son el legado de los antiguos toltecas -contestó-. Los nuevos videntes las van conociendo conforme avanzan. Casi nunca las usan, pero las prácticas están ahí, como parte del conocimiento en general.

-¿Qué tipo de prácticas son, don Juan?

-Son fórmulas inescrutables, encantaciones, largos procedimientos que tienen que ver con el manejo de una fuerza muy particular y enigmática. Por lo menos era enigmática para los antiguos toltecas, que la enmascararon y la hicieron más aterradora de lo que es en realidad.

-¿Qué es esa fuerza misteriosa? -pregunté.

-Es una fuerza que se encuentra presente en todo lo que existe -dijo-. Los antiguos videntes jamás se propusieron desentrañar el misterio de la fuerza que los hizo crear sus prácticas secretas; simplemente lo aceptaron como algo sagrado. Pero los nuevos videntes lo observaron de cerca y lo llamaron voluntad, la voluntad de las emanaciones del Águila, o el intento.

Don Juan siguió explicando que los antiguos toltecas habían dividido su conocimiento secreto en cinco grupos de dos categorías cada uno: la tierra y las regiones de tinieblas, el fuego y el agua, lo de arriba y lo de abajo, el ruido y el silencio, lo móvil y lo estacionario. Especuló que

debieron existir miles de técnicas diferentes que se volvieron más y más intricadas conforme pasó el tiempo.
"El conocimiento secreto de la tierra -prosiguió- tenía que ver con todo lo que se encuentra en el suelo. Había series particulares de movimientos, palabras, ungüentos, pociones que se aplicaban a personas, animales, insectos, árboles, plantas pequeñas, piedras y todo lo demás.
"Estas eran técnicas que convirtieron a los antiguos videntes en seres horrendos. Y las usaban ya fuera para cuidar o para destruir a cualquier ser animado o cosa inanimada.
"La contraparte de la tierra era lo que conocían como las regiones de tinieblas. Definitivamente, estas prácticas eran las más peligrosas. Trataban con entidades sin vida orgánica. Criaturas vivientes que se encuentran presentes en la tierra y que la habitan junto con todos los seres orgánicos.
"Sin duda alguna, uno de los hallazgos más valiosos de los antiguos videntes, al menos para ellos, fue el descubrimiento de que la vida orgánica no es la única forma de vida presente en esta tierra.
No le comprendí del todo. Esperé a que aclarara lo que había dicho.
-Los seres orgánicos no son las únicas criaturas que tienen vida -dijo; haciendo otra pausa, como dándome tiempo para evaluar sus afirmaciones.
Yo contesté con un largo alegato acerca de la definición de la vida y del estar vivo. Hablé de la reproducción, el metabolismo y el crecimiento: los procesos que distinguen a los organismos vivos de las cosas inanimadas.
-Estás sacando todo eso sólo de lo orgánico -dijo-. Esa no es la única categoría. No deberías basar todo lo que dices en esa sola categoría.
-Pero, ¿de qué otra manera puede ser? -pregunté.
-Para los videntes, el estar vivo significa tener conciencia -contestó-. Para el hombre común, tener conciencia significa ser un organismo. Ahí es donde difieren los videntes. Para ellos, tener conciencia significa que las emanaciones que crean la conciencia están encajonadas dentro de un receptáculo.
"Los seres orgánicos vivientes tienen un capullo que encierra las emanaciones. Pero hay otras criaturas, seres inorgánicos cuyos receptáculos no parecen capullos para el vidente. Pero sí contienen las emanaciones de la conciencia y muestran características de vida que no son la reproducción y el metabolismo.
-¿Cómo cuáles, don Juan?
-Como las emociones desgarradoras, la tristeza, la alegría, la ira y etcétera, etcétera. Y que no se me olvide la mejor: el amor; un tipo de amor que el hombre ni siquiera puede concebir.
-¿A lo serio, don Juan? -le pregunté con sinceridad.
-A lo inorgánicamente serio -contestó sin expresión alguna y después comenzó a reírse.
-Si consideramos como clave lo que los videntes ven -continuó-, la vida es en verdad extraordinaria.
-Si esos seres están vivos, ¿por qué no se dejan conocer por el hombre?
-Lo hacen, todo el tiempo. Y no sólo se dejan conocer por los videntes sino también por el hombre común. El problema es que toda nuestra energía utilizable es consumida por la primera atención. El inventario del hombre no sólo la usa toda, también endurece al capullo al grado de volverlo inflexible. Bajo esas circunstancias no hay interacción posible.
Me recordó que en el curso de mi aprendizaje con él, había yo tenido, incontables veces, una visión directa de los seres inorgánicos. Repuse que yo había explicado racionalmente casi todos esos casos. Incluso había formulado la hipótesis de que sus enseñanzas, mediante el uso de plantas alucinógenas, estaban construidas para forzar a los aprendices a considerar como norma una interpretación primitiva del mundo. Le dije que no la había llamado formalmente una interpretación primitiva pero que en términos propios de la an-

tropología la designé como una "visión del mundo más apropiada para sociedades de cazadores y recolectores de comida".
Don Juan se rió hasta que se quedó sin aliento.
-Realmente no sé si eres peor en tu estado de conciencia normal o en uno de conciencia acrecentada -dijo-. En tu estado normal no eres desconfiado, sino aburridamente razonable. Creo que me caes mejor cuando estás bien metido en el lado izquierdo, a pesar de que todo te asusta horriblemente, como te pasó ayer.
Antes de que pudiera yo decir nada, declaró que estaba oponiendo lo que hacían los antiguos videntes contra los logros de los nuevos videntes, como una especie de contrapunto, con el cual trataba de darme una visión más inclusiva del estar consciente de ser.
Continuó explicando las prácticas de los antiguos videntes. Dijo que otro de sus grandes hallazgos tenía que ver con el grupo del fuego y el agua. Descubrieron que las llamas tienen una cualidad muy peculiar; pueden transportar el cuerpo de un vidente, al igual que el agua.
Don Juan lo llamó un magnífico descubrimiento. Yo comenté que existen leyes básicas de la física que probarían que eso es imposible. Me pidió que esperara a que hubiera explicado todo antes de llegar a conclusión alguna. Me dijo que yo tenía que refrenar mi excesiva racionalidad, porque me afectaba de manera constante en mis estados de conciencia acrecentada. No se trataba de mis reacciones a influencias externas, sino dé sucumbir ante mis propios recursos.
Siguió adelante, explicando que los antiguos toltecas, aunque ciertamente veían, no comprendieron lo que veían. Simplemente usaron sus hallazgos sin tomarse la molestia de relacionarlos a una visión más amplia. En el caso de su categoría de fuego y agua, dividieron el fuego en calor y llama, y el agua en humedad y fluidez. Correlacionaron el calor con la humedad y los llamaron propiedades menores. Consideraban que las llamas y la fluidez eran propiedades mágicas, superiores, y las usaron como medio para transportar sus cuerpos al reino de la vida inorgánica. Entre su conocimiento de la vida inorgánica y sus prácticas de fuego y agua, los antiguos videntes se quedaron atrapados en un atolladero sin salida.
Don Juan me aseguró que los nuevos videntes estaban de acuerdo en que el descubrimiento de seres vivos inorgánicos era en verdad extraordinario, pero no en la manera en que lo consideraban los antiguos videntes. El tener una relación directa con otro tipo de vida le dio a los antiguos videntes un falso sentido de invulnerabilidad, que sólo les aportó su perdición.
Le pedí que me explicara con mayor detalle las técnicas de fuego y agua. Se negó, diciendo que el conocimiento de los antiguos videntes era tan intrincado como inútil y que sólo iba a delinearlo.
Después hizo un resumen de las prácticas de lo de arriba y lo de abajo. Lo de arriba se trataba de conocimientos secretos acerca del viento, la lluvia, los relámpagos, las nubes, el trueno, la luz del día y el sol. El conocimiento de lo de abajo tenía que ver con la niebla, el agua de manantiales subterráneos, los pantanos, los rayos, los terremotos, la noche, la luz lunar y la luna.
El ruido y el silencio eran una categoría que tenía que ver con el manejo de los sonidos y del silencio. Lo móvil y lo estacionario eran prácticas que se ocupaban de aspectos misteriosos del movimiento y la inmovilidad.
Le pregunté si podría darme un ejemplo de cualquiera de las técnicas que había delineado. Me contestó que en todos los años de andar juntos ya me había dado docenas de demostraciones. Insistí que eso tenía muy poco valor para mí, puesto que yo ya había explicado racionalmente todo lo que me había sucedido.
No me contestó. Parecía o estar enojado conmigo por hacerle preguntas o bien seriamente dedicado a buscar un buen ejemplo. Después de un rato sonrió y dijo que ya había visualizado el ejemplo adecuado.
-La técnica que tengo en mente tiene que

ponerse en acción en un arroyo que no sea nada hondo -dijo-. Hay uno cerca de la casa de Genaro.
-¿Qué tendré que hacer?
-Tendrás que conseguir un espejo de tamaño mediano.
Me sorprendió su petición. Comenté que los antiguos toltecas no conocían los espejos.
-Pues no los conocían -admitió sonriendo-. El espejo es lo que mi benefactor le agregó a la técnica. Lo único que necesitaban los antiguos videntes eran una superficie que reflejara las imágenes.
Explicó que la técnica consistía en sumergir una superficie brillante en las aguas poco hondas de un arroyo. La superficie podía ser cualquier objeto plano que tuviera una mínima capacidad para reflejar imágenes.
-Quiero que construyas un marco sólido de metal, para un espejo de tamaño mediano -dijo-. Tiene que ser impermeable, así que debes de sellarlo con broa. Tú mismo tienes que hacerlo, con tus propias manos.
-Cuando lo hayas hecho, tráelo y seguiremos adelante.
-¿Qué va a pasar, don Juan? .
-Qué, ¿a poco ya te entró el miedo? Y eres tú el que me pidió un ejemplo de una antigua práctica tolteca. Yo le pedí lo mismo a mi benefactor. Creo que en cierto momento todos piden lo mismo. Mi benefactor me dijo que él también pidió una muestra. Su benefactor, el nagual Elías, le dio una; a su vez mi benefactor me dio la misma a mí, y ahora te la voy a dar a ti.
"En la época en que mi benefactor me la enseñó yo no sabía cómo lo hizo. Ahora lo sé. Algún día tú mismo también sabrás cómo funciona esta técnica; entenderás lo que hay detrás de todo esto.
Pensé que don Juan quería que yo regresara a mi casa en Los Angeles y que allá construyera el marco para el espejo. Le comenté que me sería imposible ir a Los Angeles y recordar la tarea, puesto que cambiaba de niveles de conciencia al irme a casa.
-En lo que acabas de decir hay algo totalmente desalineado -dijo-. México no es la luna. Podemos ir a Oaxaca y comprar cualquier cosa que necesites.
Al día siguiente fuimos a la ciudad en coche y compré todas las partes para el marco. Por un pago mínimo yo mismo lo armé en un taller mecánico. Don Juan me dijo que lo metiera en la cajuela de mi coche, y ni siquiera volvió la cabeza para verlo.
Entrada la tarde partimos de vuelta hacia la casa de Genaro y llegamos en la madrugada. Guardé el auto y busqué a Genaro. No estaba allí. La casa parecía desierta.
-¿Por qué tiene Genaro esta casa? -le pregunté a don Juan-. Él vive con usted, ¿no es así?
Don Juan no contestó. Me miró de manera extraña y fue a encender el quinqué. Me quedé yo solo en el cuarto en una oscuridad total. Sentí un gran cansancio que atribuí al viaje largo y tortuoso. Quería acostarme. En la oscuridad, no podía ver adónde había puesto Genaro los petates. Tropecé con un montón de ellos. Y entonces supe por qué Genaro tenía esa casa; él cuidaba de los aprendices hombres Pablito, Néstor y Benigno, quienes vivían allí cuando estaban en su estado de conciencia normal.
Me sentí eufórico; ya no estaba cansado. Cuando don Juan entró con la linterna, le conté lo que me había pasado. Se encogió de hombros y dijo que no tenía importancia, que no lo recordaría por mucho tiempo.
Me pidió que le mostrara el espejo. Pareció satisfecho y comentó que a pesar de no ser pesado era bien sólido. Se fijó en que usé tornillos y tuercas para unir el marco de aluminio a un pedazo de hojalata que usé como respaldo para un espejo de 45 cms. de largo por 35 cms. de ancho.
-Yo le hice un marco de madera a mi espejo -dijo-. Este se ve mucho mejor que el mío. Mi marco era muy pesado y a la vez frágil.
"Déjame explicar lo que vamos a hacer -prosiguió cuando terminó de inspeccionar el espejo-. O quizá debería decir lo que vamos a tratar de hacer. Tú y yo juntos,

vamos a poner este espejo sobre la superficie del arroyo, ése que está al otro lado de esta casa. Es perfecto para nuestro propósito, es lo suficientemente ancho y poco profundo.

"La idea es dejar que la fluidez del agua nos presione y nos lleve de aquí.

Antes de que pudiera yo comentar algo o hacer alguna pregunta, me recordó que en el pasado yo ya había usado el agua de un arroyo muy similar y logré extraordinarios resultados con mi percepción. Se refería a lo que yo consideraba como los efectos posteriores a la ingestión de plantas alucinógenas. Yo había experimentado varias veces distorsiones perceptuales estando sumergido en la zanja de riego atrás de una casa que él tenía en el norte de México.

-Guarda tus preguntas hasta que yo te explique un poco más lo que los videntes saben acerca del fulgor de la conciencia -dijo-. Entonces entenderás, de diferente modo, todo lo que estamos haciendo. Pero primero sigamos con nuestro procedimiento.

Caminamos hasta el arroyo, y eligió un lugar donde las rocas eran planas y no estaban cubiertas por el agua. Dijo que allí el arroyo no tenía profundidad, lo que era ideal para nuestros propósitos.

-¿Qué espera que suceda? -le pregunté lleno de una feroz aprensión.

-No lo sé. Lo único que puedo describirte es el procedimiento. Sostendremos el espejo con mucho cuidado, pero con gran firmeza. Lo colocaremos suavemente sobre la superficie del agua y lo dejaremos que se sumerja. Después lo sostendremos contra el fondo. Ya revisé este sitio. Hay suficiente sedimento como para hundir los dedos bajo el espejo y sostenerlo firmemente.

Me pidió que me acuclillara en una roca plana, en medio de la lenta corriente. Me hizo agarrar el espejo con ambas manos, de dos esquinas y se acuclilló frente a mí sosteniendo el espejo al igual que yo. Dejamos que el espejo se hundiera y luego lo sujetamos metiendo nuestros brazos en el agua casi hasta los codos.

Me ordenó que borrara todos mis pensamientos y mirara con fijeza la superficie del espejo. Repitió una y otra vez que el asunto consistía en no pensar en nada. Miré con fijeza el espejo. La lenta corriente desordenaba ligeramente la reflexión de la cara de don Juan y la mía. Después de unos minutos de contemplación ininterrumpida me pareció que poco a poco se aclaraba la imagen de su cara y de la mía. Creció el tamaño del espejo hasta que abarcó por lo menos una cuadratura de un metro. La corriente parecía haberse detenido, y el espejo se veía tan claro como si estuviera colocado encima del agua. Lo que me parecía aún más extraño era la precisión y agudeza de nuestras imágenes. Era como si hubieran amplificado mi cara, no en tamaño sino en enfoque. Podía ver los poros de la piel de mi frente.

Don Juan me susurró que no fijara mi vista en mis ojos o los suyos, sino que dejara vagar mi mirada sin enfocar ninguna parte de nuestras imágenes.

-¡Mira intensamente sin mirar con fijeza! -ordenó repetidamente susurrando en mi oído.

Hice lo que dijo sin detenerme a pensar en la aparente contradicción. En ese momento algo adentro de mí estaba atrapado en ese espejo y la contradicción tenía sentido. "Es realmente posible mirar intensamente sin mirar con fijeza" pensé, y al momento en que quedó formulado ese pensamiento otra cabeza apareció junto a la de don Juan y a la mía, en el lado inferior del espejo, a mi izquierda.

Todo mi cuerpo tembló. Susurrando, don Juan ordenó que me calmara y que no mostrara miedo o sorpresa. Me ordenó mirar intensamente sin mirar con fijeza al recién llegado. Tuve que hacer un esfuerzo inimaginable para no quedar boquiabierto y soltar el espejo. Mi cuerpo se sacudía de pies a cabeza. Con un susurro don Juan volvió a decirme que me controlara. Una y otra vez me tocó ligeramente con el hombro.

Lentamente logré controlar mi temor. Miré intensamente a la tercera cabeza y

poco a poco me di cuenta de que no era una cabeza humana ni tampoco una cabeza de animal. No era una cabeza en lo más absoluto. Era una forma que no tenía movimiento interno. Al ocurrírseme ese pensamiento, me di cuenta al momento de que no lo había pensado yo mismo. Pero darme cuenta de ello no era tampoco un pensamiento. Experimenté un momento de tremenda ansiedad y entonces algo incomprensible se me hizo claro. ¡Los pensamientos eran una voz en mi oído!

-¡Estoy viendo! -grité en inglés, pero no se escuchó sonido alguno.

-Sí, estás viendo -dijo en castellano la voz en mi oído.

Sentía que una fuerza incontenible me había encajonado y me apretaba. No sentía dolor, ni siquiera angustia. No sentía nada. Pero sabía, sin duda alguna, porque la voz me lo decía, que yo no podía romper el apretón de esa fuerza mediante un acto de voluntad o de fortaleza. Sabía que me estaba muriendo. Levanté la vista automáticamente, para mirar a don Juan, y en el instante en que nuestras miradas se encontraron la fuerza me soltó. Estaba libre. Don Juan me sonreía como si supiera con exactitud lo que me estaba pasando.

Me di cuenta de que estaba de pie. Don Juan sostenía el espejo de lado para escurrirle el agua.

Caminamos en silencio de regreso a la casa.

-Los antiguos toltecas estaban simplemente hipnotizados con sus hallazgos -dijo don Juan.

-No me extraña en nada -dije.

-A mí tampoco -repuso don Juan.

La fuerza que me envolvió fue tan poderosa que, durante horas después, quedé incapacitado para hablar, incluso para pensar. Me había congelado con una total ausencia de voluntad. Y me estaba deshelando muy lentamente.

-Sin ninguna intervención deliberada de nuestra parte -prosiguió don Juan-, esta antigua técnica tolteca ha sido dividida en dos partes para ti. La primera fue justo lo suficiente para familiarizarte con lo que ocurre. En la segunda, trataremos de lograr a lo que aspiraban los antiguos videntes.

-¿Qué es lo que en realidad pasó allá afuera, don Juan? -pregunté.

-Existen dos versiones. Primero te contaré la versión de los antiguos videntes. Ellos creían que la superficie reflectora de un objeto brillante sumergido en el agua amplifica el poder de la fluidez del agua. Lo que solían hacer era mirar intensamente a extensiones de agua, y la superficie reflectora sumergida en ellas les servía como ayuda para acelerar el proceso de contemplar. Creían que nuestros ojos son las llaves que abren las puertas de lo desconocido; contemplar el agua, permitía que sus ojos abrieran el camino.

Don Juan dijo que los antiguos videntes observaron que la humedad del agua sólo humedece o empapa, que la fluidez del agua mueve. Supusieron que la fluidez corría en busca de otros niveles debajo del nuestro. Creían que el agua nos fue dada no sólo para la vida, sino también como la conexión, como el camino a los otros niveles de abajo.

-¿Hay muchos niveles de abajo? -pregunté.

-Los antiguos videntes contaron siete niveles.

-¿Los conoce usted, don Juan?

-Yo soy un vidente del nuevo ciclo, y por consiguiente tengo una visión diferente -dijo-. Yo te estoy simplemente mostrando lo que hacían los antiguos videntes y te estoy explicando en lo que creían.

Afirmó que él tenía puntos de vista diferentes, pero que eso no invalidaba las prácticas de los antiguos videntes; ellos erraron en sus interpretaciones, pero sus verdades tenían valor práctico para ellos. En el caso de las prácticas del agua, estaban convencidos de que era humanamente posible ser transportado de cuerpo entero por la fluidez del agua, a cualquier nivel entre el nivel nuestro y los otros siete niveles de abajo; o ser transportados en esencia a cualquier lugar en nuestro nivel, siguiendo el curso natural de un río

en sus dos direcciones. De acuerdo a ello utilizaban la corriente de los ríos para ser transportados en esencia, en este nivel nuestro, y el agua de lagos profundos o el de los manantiales para ser transportados en cuerpo a las profundidades.

-A dos cosas aspiraban con la técnica que te estoy mostrando -continuó-. Por una parte usaban la fluidez del agua para ser transportados en cuerpo al primer nivel de abajo, y por otra parte la usaban para tener un encuentro cara a cara con un ser viviente de ese primer nivel. Eso en forma de cabeza que vimos en el espejo era una de esas criaturas que se acercó a echarnos un vistazo.

-Entonces, ¡realmente existen! -exclamé.

-Claro que sí -repuso.

Dijo que a los antiguos videntes les hizo mucho daño su absurda insistencia en aferrarse a sus procedimientos, pero eso no significaba que lo que encontraron fuera una tontería. Descubrieron que la manera más segura de ir al encuentro de una de esas criaturas es a través de una extensión de agua. El tamaño de la extensión de agua no es pertinente; un océano o una laguna cumplen la misma función. Él había escogido un arroyo porque odiaba mojarse. Hubiéramos obtenido los mismos resultados en un lago o un gran río.

-Esas otras vidas se acercan a indagar lo que ocurre cuando los seres humanos llaman -prosiguió-. La técnica tolteca es como tocarles la puerta. Los antiguos videntes decían que la superficie brillante en el fondo del agua servía como anzuelo y como ventana. Así que los seres humanos y esas criaturas se citan en una ventana.

-¿Fue eso lo que me ocurrió? -pregunté.

-Los antiguos videntes hubieran dicho que te jaló el poder del agua y el poder del primer nivel, además de la influencia magnética de la criatura en la ventana.

-Pero escuché una voz en el oído que decía que me estaba muriendo -dije.

-La voz tenía razón. Te estabas muriendo, y hubieras fallecido si no estoy yo allí. Ese es el peligro de practicar las técnicas de los toltecas. Son extremadamente efectivas pero la mayor parte del tiempo son mortales.

Le dije que me daba vergüenza confesar que había estado aterrado. Ver ese bulto en el espejo y tener la sensación de una fuerza envolvente a mi alrededor, habían resultado ser demasiado para mí el día anterior.

-No quiero alarmarte -dijo-, pero todavía no te ha pasado nada. Si lo que me pasó a mí va a ser el punto de referencia de lo que te va a pasar a ti, más vale que te prepares para un susto mortal. Es mejor que te tiemblen las piernas ahora que morir de miedo mañana.

El pánico que me envolvió fue tan aterrador que ni siquiera podía hablar para plantear las preguntas que se me ocurrían. Luché por recobrar la voz. Don Juan se rió tanto que comenzó a toser. Su cara se puso morada. Cuando recuperé la voz, cada una de mis preguntas provocó otro ataque de risa y tos.

-No sabes lo chistoso que me parece todo esto -dijo al fin-. No me río de ti. Simplemente es la situación. Mi benefactor me hizo pasar lo mismo, y al verte no puedo evitar verme a mí mismo.

Le dije que me sentía mal hasta del estómago. Dijo que eso estaba muy bien, que era natural tener miedo, y que el controlar el miedo era un error que no tenía sentido. Los antiguos videntes quedaron atrapados al suprimir su terror cuando lo natural hubiera sido volverse locos de miedo. Controlaron su miedo, en vez de cambiar o abandonar sus cómodos esquemas.

-¿Qué más vamos a hacer con el espejo? -pregunté.

-Lo vamos a usar para efectuar un encuentro cara a cara entre tú y la criatura esa que sólo vislumbramos ayer.

-¿Qué ocurre en un encuentro cara a cara?

-Lo que ocurre es que una forma de vida, la forma humana, se encuentra con otra forma de vida. Los antiguos videntes dirían que, en este caso, es una criatura del primer nivel de la fluidez del agua.

Explicó que los antiguos videntes supusieron que los siete niveles que existían

debajo del nuestro eran niveles de la fluidez del agua. Para ellos un manantial tenía una incalculable importancia, porque creían que en un caso así la fluidez del agua se invierte y va de la profundidad a la superficie. Consideraron que ese era el medio a través del cual las criaturas de otros niveles, esas otras formas de vida, vienen a nuestro plano a escudriñarnos, a observarnos.

-En este respecto los antiguos videntes no se equivocaron -prosiguió-. Dieron en el clavo. Entidades que los nuevos videntes llaman los aliados aparecen, por cierto, alrededor de pozos y manantiales.

-¿La criatura en el espejo era un aliado? -pregunté.

-Claro que sí. Pero no era uno que pueda ser utilizado. La tradición de los aliados, con la que te he familiarizado en el pasado, viene directamente de los antiguos videntes. Hicieron maravillas con los aliados; y sin embargo, todo lo que hicieron no valió nada cuando se presentaron sus verdaderos enemigos: sus semejantes.

-Puesto que esos seres son los aliados, deben ser muy peligrosos -dije.

-Tan peligrosos como nosotros los hombres, ni más, ni menos.

-¿Pueden matarnos?

-No directamente, pero seguro pueden matarnos de un susto. Tienen suficiente energía para acercarse a la ventana, o hasta para cruzar los linderos entre los niveles. Estoy seguro que ya te habrás dado cuenta, a estas alturas, que los antiguos toltecas no se detuvieron solamente en la ventana. Encontraron extrañas maneras de pasar al otro lado.

La segunda fase de la técnica transcurrió muy similar a la primera, excepto que me tardé quizás el doble de tiempo en calmarme y detener mi agitación interna. Una vez logrado eso, se aclararon al instante las imágenes de don Juan y la mía. Las miré intensamente sin mirarlas con fijeza, por lo menos, durante una hora. Yo esperaba que el aliado apareciera en cualquier momento, pero nada ocurrió. Me dolía el cuello. Tenía tiesa la espalda y las piernas adormecidas. Susurrando, don Juan me dijo que mi incomodidad se desvanecería en el momento en que apareciera el aliado.

Eso fue absolutamente cierto. La impresión de ver surgir un bulto redondo al margen del espejo dispersó todas mis incomodidades.

-¿Qué hacemos ahora? -susurré.

-No te pongas tenso y no enfoques tu mirada en nada, ni siquiera por un instante -contestó-. Observa todo lo que aparece en el espejo. Mira intensamente sin mirar con fijeza.

Le obedecí. Observé todo dentro del marco del espejo. Había un peculiar zumbido en mis oídos. Don Juan me dijo en voz baja que tenía que mover mis ojos en la dirección de las manecillas del reloj si sentía que me envolvía una fuerza insólita, pero que bajo ninguna circunstancia debía levantar la cabeza para mirarlo.

Después de un momento me di cuenta de que el espejo reflejaba algo más que las imágenes de nuestras caras y la del bulto redondo. Su superficie se oscureció. Aparecieron puntos de una intensa luz violeta. Crecieron. También había puntos de profunda negrura. Luego se convirtió todo en algo como una imagen plana de un cielo nocturno con nubes dispersas, a la luz de la luna. De pronto, toda la superficie se aclaró, como si hubiera sido una película que fuera enfocada. El nuevo panorama era una soberbia vista tridimensional de las profundidades.

Era absolutamente imposible para mí sustraerme de la tremenda atracción de esa grandiosa vista. Comenzó a arrastrarme inexorablemente hacia su interior.

Con autoridad, don Juan susurró que debía girar los ojos si apreciaba en algo la vida. El movimiento me brindó alivio inmediato. De nuevo distinguía la forma del aliado y nuestras imágenes. Después desapareció y volvió a aparecer al otro margen del espejo.

Don Juan me ordenó empuñar el marco con toda mi fuerza. Me advirtió que tu-

viera calma y que no hiciera movimientos repentinos.
-¿Qué va a pasar? -susurré.
-El aliado tratará de salirse por el espejo -contestó.
Inmediatamente sentí un poderoso tirón. Algo me sacudió de los brazos. El tirón provenía de por debajo del espejo. Era como una fuerza succionadora que creaba una presión uniforme alrededor de todo el marco.
-Aférrate del marco con firmeza pero no rompas el espejo -ordenó don Juan-. Hazle la lucha. No dejes que el aliado hunda demasiado el espejo.
La fuerza que tironeaba contra nosotros era enorme. Sentí que mis dedos iban a romperse o ser aplastados contra las rocas del fondo del arroyo. En cierto momento don Juan y yo perdimos el equilibrio y tuvimos que saltar de las rocas al agua. Las aguas eran bastante bajas, pero la violenta y aterradora agitación de la fuerza del aliado alrededor del marco del espejo me daba la impresión de que estábamos en un río enorme. El agua giraba locamente en torno a nuestros pies, pero las imágenes en el espejo permanecían inalteradas.
-¡Cuidado! -gritó don Juan-. ¡Ahí viene!
El tironeo se convirtió en un empujón desde abajo. Algo agarraba al espejo, y no del margen exterior del marco donde don Juan y yo lo sosteníamos sino del interior del vidrio. Era como si la superficie del vidrio fuera en verdad una ventana y algo o alguien estuviera trepando por ella para salirse.
Don Juan y yo luchamos desesperadamente, ya fuera para hundir el espejo cuando lo empujaban hacia arriba, o para empujarlo hacia arriba cuando lo trataban de hundir. Lentamente, en una posición encorvada, nos movimos aguas abajo. El arroyo era allí más profundo y el fondo estaba cubierto de rocas resbalosas.
-Saquemos el espejo del agua y librémonos del aliado -dijo don Juan con voz ronca.
La violenta agitación continuaba sin descanso. Era como si con las manos hubiéramos atrapado un enorme pez que nadaba dando vueltas alocadamente.
Se me ocurrió que, en esencia, el espejo era una media puerta o una escotilla cuadrada. Definitivamente una extraña forma trataba de salir por ella trepándose desde el fondo. Se apoyaba en el margen de la media puerta con un peso formidable, y era lo suficientemente grande para bloquear las imágenes de don Juan y la mía. Yo solamente distinguía una masa que trataba de empujarse hacia arriba.
El espejo estaba hundido pero no reposaba en el fondo del arroyo. Mis dedos no estaban oprimidos contra las piedras. El espejo estaba a media agua, detenida por las fuerzas opuestas del aliado y de nosotros. Don Juan dijo que iba a extender sus manos por abajo del espejo y que yo debía asirlas rápidamente para lograr así un mejor punto de apoyo para alzar el espejo con nuestros antebrazos. Cuando lo soltó, el espejo se inclinó hacia su lado. Rápidamente busqué sus manos pero no había nada por debajo. Titubeé un segundo más de la cuenta y el espejo voló de entre mis manos.
-¡Agárralo! ¡Agárralo! -gritó don Juan.
Cogí al espejo justo cuando iba a estrellarse sobre unas rocas. Lo saqué del agua, pero no con la rapidez suficiente. El agua parecía goma. Al sacar el espejo también saqué una porción de una pesada sustancia gomosa que simplemente me arrebató el espejo de las manos, regresándolo al agua.
Mostrando una extraordinaria agilidad, don Juan pescó al espejo y lo levantó de lado sin ninguna dificultad.

Nunca en mi vida había sufrido un ataque de tal melancolía. Era una tristeza que no tenía fundamento preciso; la asociaba yo con el recuerdo de las profundidades que vi en el espejo. Era una mezcla de añoranza pura por aquellas profundidades y un absoluto horror de su escalofriante soledad.
Don Juan comentó que en la vida de los guerreros era extremadamente natural el estar triste sin ninguna razón aparente, y que, como campo de energía, el huevo lu-

minoso presiente su destino final cada vez que se rompen las fronteras de lo conocido. Vislumbrar la eternidad que queda fuera del capullo es suficiente para romper la seguridad de nuestro inventario. En ocasiones, la melancolía resultante es tan intensa que puede provocar la muerte. Dijo que la mejor manera de deshacerse de la melancolía es reírse de ella. Con un tono burlón comentó que mi primera atención hacía todo para restaurar el orden que había sido roto por mi contacto con el aliado. Ya que no había forma de restaurarlo por medios racionales, mi primera atención lo hacía enfocando todo su poder en la tristeza.

Le dije que para mí era innegable que mi melancolía era real. Darme completamente a ella, sentirme abatido, estar taciturno no pertenecían al sentimiento de soledad que se me venía encima al recordar aquellas profundidades.

-Finalmente estás aprendiendo algo -dijo-. Tienes razón. No hay nada más solitario que la eternidad. Y nada es más cómodo para nosotros que la condición humana. Esto es ciertamente otra contradicción, ¿cómo puede el hombre conservar los vínculos de su humanidad y al mismo tiempo aventurarse, con gusto y con propósito, en la absoluta soledad de la eternidad? Cuando logres resolver este acertijo, estarás listo para el viaje definitivo.

Con total certeza, supe entonces la razón de mi tristeza. Era un sentimiento recurrente en mí, algo que siempre olvidaba hasta el momento de enfrentarlo de nuevo: la insignificancia de la humanidad ante la inmensidad de esa cosa-en-sí-misma que vi reflejada en el espejo.

-En verdad, los seres humanos no somos nada, don Juan -dije.

-Sé exactamente lo que estás pensando -dijo-. Por supuesto, no somos nada, pero ¡qué maravillosa contradicción! ¡Qué desafío! ¡Que unas nulidades como nosotros puedan enfrentarse a la soledad de lo eterno!

Abruptamente cambió de tema, dejándome con la boca abierta. Comenzó a hablar de nuestro encuentro con el aliado. Dijo que, en primer lugar, la lucha con el aliado no era un chiste. No había sido realmente una cuestión de vida o muerte, pero tampoco fue un paseo al campo.

-Escogí esa técnica -prosiguió-, porque mi benefactor me la enseñó a mí. Cuando le pedí que me diera un ejemplo de las técnicas de los antiguos videntes, casi se partió de risa; mi petición le recordaba tanto su propia experiencia. Su benefactor, el nagual Elías, también le había dado una ruda demostración de la misma técnica.

Dijo don Juan que como él y su benefactor usaron madera para hacer el marco de sus espejos, debía haberme pedido hacer lo mismo, pero quiso saber lo que pasaría si mi marco era más resistente que el suyo o el de su benefactor. Los de ellos se rompieron, y en ambas ocasiones el aliado salió.

Explicó que en su caso el aliado despedazó el marco. Él y su benefactor se quedaron con dos pedazos de madera en las manos mientras el espejo se hundía y el aliado salía por él. Comentó que en la reflexión de los espejos los aliados no son realmente aterradores porque uno sólo ve una forma, una especie de bulto. Pero una vez que salen, además de ser horrendos a la vista, son un verdadero dolor de cabeza. Me advirtió que una vez que los aliados salen de su nivel les resulta muy difícil regresar. Lo mismo ocurre con el hombre. Si los videntes se adentran al nivel de esas criaturas, es posible que jamás se vuelva a saber de ellos.

-Mi espejo se deshizo con la fuerza del aliado -dijo-. Ya no existía la ventana y el aliado no podía regresar a su nivel así que se me vino encima. Corrió a agarrarme, rodando como una bola. Huí en cuatro patas a una velocidad inverosímil. Gritando como demonio, subí y bajé laderas y cerros como poseído. Durante todo ese tiempo el aliado estaba a centímetros de mí.

Don Juan dijo que su benefactor corrió tras él y el aliado, pero como ya era un anciano no podía moverse con suficiente rapidez. Sin embargo, tuvo el buen tino de gritar que iba a hacer una hoguera para

deshacerse del aliado y que don Juan debía correr en círculos hasta que todo estuviera listo. Se puso a juntar ramas secas mientras don Juan corría alrededor de una colina enloquecido de pavor.

Don Juan confesó que en un momento dado se dio clara cuenta de que su benefactor, puesto que era un guerrero capaz de disfrutar cualquier situación concebible, se estaba divirtiendo enormemente a su costo. Se enojó tanto que el aliado dejó de perseguirlo, y don Juan, lleno de ira le echó en cara a su benefactor que era malicioso. Su benefactor no contestó, pero hizo una mueca de genuino horror al mirar por encima de don Juan al aliado que les hacía sombra a los dos. En vista de tal peligro, don Juan olvidó su enojo y comenzó de nuevo a correr en círculos.

-En verdad, mi benefactor era un viejo diabólico -dijo don Juan riendo-. Había aprendido a reírse por dentro. No se le veía en la cara, y así podía fingir llorar o rabiar cuando realmente se estaba muriendo de risa. Ese día, mientras el aliado corría en círculos, persiguiéndome, mi benefactor se quedó cruzado de brazos, defendiéndose de mis acusaciones. Cada vez que pasaba yo corriendo ante él, sólo escuchaba fragmentos de su larga defensa. Cuando hubo terminado, comenzó a discutir el procedimiento para deshacernos del aliado: que tenía que reunir una gran cantidad de ramas secas, que el aliado era grande, que la hoguera tenía que ser tan grande como el mismo aliado, que quizá la maniobra no resultaría.

"Sólo mi miedo enloquecedor me mantuvo en pie.

Finalmente, cuando vio que yo estaba a punto de caer muerto de agotamiento, encendió la hoguera y con las llamas me escudó del aliado.

Don Juan dijo que permanecieron ante la hoguera durante toda la noche. Para él, el peor momento fue cuando su benefactor tuvo que ir en busca de ramas secas y lo dejó solo. Tuvo tanto miedo que le prometió a Dios que iba a dejar el camino del guerrero y se iba a convertir en agricultor.

-Por la mañana, cuando había agotado toda mi energía, el aliado logró empujarme al fuego y sufrí graves quemaduras, agregó don Juan.

-¿Qué le pasó al aliado? -pregunté.

-Mi benefactor nunca me dijo lo que le pasó -contestó-. Pero siento que sigue vagando por ahí, tratando de encontrar el camino de regreso.

-¿Y qué pasó con la promesa que le hizo usted a Dios?

-Mi benefactor me dijo que no me preocupara, que había demasiadas cosas que yo aún no comprendía. Mi promesa era seria, pero que no había nadie que escuchara tales promesas, porque no existe un Dios. Lo único que existe son las emanaciones del Águila, y a ellas no hay manera de hacerles promesas.

-¿Qué habría ocurrido si el aliado lo atrapa? -pregunté.

-Quizá me hubiera muerto de miedo -dijo-. De haber sabido lo que le pasa a uno al ser atrapado hubiera dejado que me alcanzara. En aquel entonces yo era un hombre temerario. Una vez que te agarra el aliado, o te da un ataque al corazón y te mueres del susto, o forcejeas con él. Después de un momento de violenta agitación, la energía del aliado mengua. Aparte de asustarnos, los aliados no pueden hacernos nada con su imitación de ferocidad; nosotros tampoco los afectamos mucho. Estamos verdaderamente separados por un abismo.

"Los antiguos videntes creían que, al momento en que la energía del aliado mengua, sus poderes pasan al hombre con quien forcejea. ¡Qué poderes, ni qué poderes! A los antiguos videntes les salían aliados por las orejas, y el poder de los aliados no les valió un bledo.

Don Juan explicó que, una vez más, les correspondió a los nuevos videntes aclarar esta otra confusión. Descubrieron que lo único que cuenta es la impecabilidad, esto es, la energía que se ahorra. Era cierto que hubo casos entre los antiguos toltecas, de videntes que fueron salvados por sus aliados, pero eso no tuvo nada que ver con el poder de sus aliados, sino más bien con

la impecabilidad de esos videntes que les permitió usar la energía de aquéllas otras formas de vida.
Los nuevos videntes descubrieron algo aún más importante; lo que hace a los aliados utilizables o inutilizables para el hombre. Los aliados inútiles, de los cuales hay extraordinarias cantidades, son aquéllos compuestos de emanaciones que no tienen equivalente en los seres humanos. Son tan diferentes a nosotros que resultan completamente incomprensibles. La otra clase de aliados, notablemente escasa en número, está compuesta de seres que poseen emanaciones correspondientes a las nuestras.
-¿Cómo utiliza el hombre a esa clase de aliados? -pregunté.
-Deberíamos usar otra palabra en vez de utilizar -contestó-. Yo diría que lo que tiene lugar entre videntes y aliados de este tipo es un adecuado intercambio de energía.
-¿Cómo ocurre el intercambio?
-A través de las emanaciones que coinciden -dijo-.
"Naturalmente, esas emanaciones están en el lado izquierdo del hombre; el lado que jamás se usa. Por esta razón, los aliados están totalmente vedados al mundo de la conciencia normal, o el lado de la racionalidad.
Dijo que las emanaciones coincidentes les dan a ambos un terreno común. Luego, con la familiaridad, se establece un eslabón más profundo, que beneficia a ambas formas de vida. Los videntes buscan la cualidad etérea de los aliados; pueden ser fabulosos guías y guardianes. Los aliados buscan la fuerza del amplio campo energético del hombre, e incluso con él pueden hasta materializarse.
Me aseguró que videntes con experiencia ejercitan esas emanaciones coincidentes hasta que las hacen unirse; en ese momento tiene lugar el intercambio. Los antiguos videntes no supieron que existía tal proceso y desarrollaron complejas técnicas, como la que me había mostrado, para descender a las profundidades que yo vi en el espejo.
-Para ayudarse en su descenso -continuó-, los antiguos videntes tenían una cuerda de fibra especial que se ataban alrededor de la cintura. Tenía una punta remojada en resina, que cabía en el ombligo, como un tapón. Los videntes tenían un asistente o varios que sostenían la cuerda mientras ellos se perdían en su contemplación.
-Pero, ¿llegaron a descender corporalmente? -pregunté.
-Los hombres, en general, tienen enorme capacidad, especialmente si controlan la conciencia -contestó-. Los antiguos videntes eran estupendos. En sus excursiones a las profundidades hallaron maravillas. Para ellos era rutinario encontrarse con aliados.
"Desde luego que ahora ya te das cuenta de que decir las profundidades es usar una metáfora. No hay ninguna clase de profundidades. Lo único que existe es el Aguila y sus emanaciones. El secreto es manejar la conciencia de ser. Sin embargo los antiguos videntes jamás lo entendieron.
Le dije a don Juan que, basándome en lo que él me había contado de su experiencia con el aliado, y en mi propia impresión al sentir la violenta agitación del aliado en el agua, concluí que los aliados son muy agresivos.
-Ni tanto -dijo-. No es que no tengan suficiente energía para ser agresivos, sino que tienen más bien un diferente tipo de energía. Son más como una corriente eléctrica. Los seres orgánicos son como ondas de calor.
-¿Por qué lo persiguió el aliado durante tanto tiempo? -pregunté.
-Eso no es ningún misterio -dijo-. A los aliados los atraen las emociones. El terror básico es lo que más los atrae; libera el tipo de energía más conveniente para ellos. El terror básico unifica las emanaciones en su interior. Como mi terror básico era ininterrumpido, el aliado comenzó a seguirlo o mejor dicho mi terror enganchó al aliado y no lo soltó.
Dijo que los antiguos videntes al descubrir

que el terror animal es lo que los aliados disfrutan por encima de todo, llegaron al extremo de intencionalmente nutrir a sus aliados, asustando a gente a veces hasta matarlos. Los antiguos videntes estaban convencidos de que los aliados tenían sentimientos humanos, pero los nuevos videntes vieron que la energía liberada por las emociones simplemente engancha a los aliados; el cariño es igualmente efectivo, o el odio, o la tristeza, o la alegría.

Don Juan dijo que si él hubiera sentido cariño por aquel aliado, el aliado lo hubiera perseguido de todos modos, pero la persecución hubiera tenido otro cariz. Yo le pregunté qué habría pasado si él hubiera controlado su terror. ¿Habría el aliado dejado de perseguirlo? Contestó que controlar el terror era una estratagema de los antiguos videntes. Aprendieron a controlarlo al punto de poder repartirlo. Con su propio terror enganchaban a los aliados, y al darlo de manera gradual, como si fuera alimento, de verdad esclavizaban a los aliados.

-Los antiguos videntes eran hombres aterradores -agregó don Juan y me encaró con una sonrisa burlona-. No debería referirme a ellos en el pasado pluscuamperfecto -continuó- porque incluso el día de hoy son aterradores. Su intención es dominar, ser los amos de todos y de todo.

-¿Incluso hoy en día, don Juan? -pregunté buscando que me explicara más.

Cambió de tema, dijo que yo había perdido la oportunidad de sentir un terror básico y sin medida. Comentó que la efectiva manera en que yo había sellado el marco del espejo impidió que el agua se colara atrás del vidrio. Consideraba ésto como el factor decisivo que había impedido que el aliado despedazara el marco.

-Qué lástima -dijo-. A lo mejor hasta te hubiera caído simpático ese aliado. Por cierto, no era el mismo que vino a la ventana el día anterior. El segundo era perfectamente utilizable y tenía mucha afinidad contigo.

-¿Usted tiene aliados, verdad, don Juan? -le pregunté.

-Como tú sabes, tengo los aliados de mi benefactor -dijo-. No puedo decir que siento por ellos el mismo cariño que mi benefactor les tenía. Él era un hombre sereno pero completamente apasionado, que regalaba generosamente todo lo que podía, incluyendo su energía.

-Amaba a sus aliados. Para él no era ninguna pérdida o inconveniente que los aliados usaran su energía y se materializaran. Había uno en particular que incluso podía adoptar la figura humana en una forma grotesca.

Don Juan de pronto comenzó a reír. Y me aseguró que gracias a que él no sentía gran cariño por los aliados, nunca me había asustado con ellos, como lo hizo su benefactor con él. Me contó que mientras estaba inmovilizado en cama, reponiéndose dé su herida en el pecho, tenía mucho tiempo para cavilar y que su benefactor le resultaba un viejo tremendamente extraño. Habiendo logrado escapar a duras penas de las garras de un pinche tirano, don Juan sospechaba que había caído en otra trampa. Su intención era esperar hasta haber recuperado sus fuerzas y entonces huir cuando el viejo no estuviera en casa. Pero el viejo debió leerle el pensamiento porque un día, en tono confidencial, le susurró a don Juan que debía reponerse lo más rápido posible para que ambos pudieran escapar de un hombre monstruoso que lo había capturado y lo tenía de esclavo. Temblando de miedo e impotencia, el viejo señaló la puerta. La puerta se abrió de par en par y un hombre monstruoso, con cara de pez entró al cuarto, con una furia macabra. Su color era un verde grisáceo, tenía un solo ojo enorme que no parpadeaba y era tan alto que apenas cabía en el umbral de la puerta. Don Juan dijo que su sorpresa y su terror fueron tan intensos que se desmayó, y que llevó años liberarse del conjuro de aquel susto.

-¿Le son útiles sus aliados, don Juan? -pregunté.

-Eso es algo muy difícil de decidir -dijo-. Yo los quiero, a mi manera, y les doy muy poco pero ellos son capaces de correspon-

der ese poco con afecto inconcebible. Pero aún así son incomprensibles para mí. Me fueron dados para acompañarme por si me quedo desamparado y solo en la eternidad de las emanaciones del Águila.

VII. EL PUNTO DE ENCAJE

Después de mi encuentro con los aliados, don Juan interrumpió durante varios meses su explicación de la maestría de la conciencia de ser. Cierto día volvió a iniciarla al aclarar un extraño acontecimiento.

Don Juan estaba en ese entonces en el norte de México. Ya entrada, la tarde, llegué a la casa que él tenía ahí, y de inmediato me hizo cambiar a un estado de conciencia acrecentada. Al instante recordé que don Juan siempre volvía a Sonora a fin de renovarse. Me había explicado que un nagual, siendo un líder con tremendas responsabilidades, debe tener un punto de referencia físico, un lugar en el mundo donde ocurra una confluencia de energías compatibles con él. Para don Juan, el desierto de Sonora era tal lugar.

Al entrar en la conciencia acrecentada, noté que estaba otra persona escondida en la penumbra dentro de la casa. Le pregunté a don Juan si Genaro estaba con él. Contestó que estaba solo, y que yo había visto a uno de sus aliados, el que cuidaba la casa.

Don Juan hizo un gesto extraño. Contorsionó el rostro como si estuviera sorprendido o aterrado. Y al momento se abrió la puerta del cuarto y apareció la figura de un hombre extraño. La presencia del hombre ese me asustó tanto que me sentí hasta mareado. Y antes de que pudiera recuperarme del susto, el hombre se abalanzó sobre mí con escalofriante ferocidad. Me aferró de los antebrazos y sentí una sacudida bastante parecida a la descarga de una corriente eléctrica baja.

Yo estaba enmudecido, prisionero de un terror que no podía dispersar. Don Juan me sonreía. Balbuceé y gemí, tratando de pedir auxilio, mientras sentía una sacudida aún mayor.

El hombre me apretó con más fuerza y trató de tirarme de espaldas al suelo. Don Juan, sin prisa en la voz; me exhortó a que me serenara y a que no combatiera mi miedo, sino que me dejara llevar por él. Ten miedo sin estar aterrado, dijo. Don Juan vino a mi lado y, sin intervenir en mi lucha, me susurró al oído que debía dirigir toda mi concentración al punto medio de mi cuerpo.

A través de los años, insistió en que yo midiera mi cuerpo, hasta en milímetros, y estableciera su exacto punto medio, tanto a lo largo como a lo ancho. Siempre había dicho que tal punto es un verdadero centro de energía en todos nosotros.

En cuanto hube enfocado mi atención en ese punto medio, el hombre me soltó. Al instante me di cuenta de que no era un ser humano sino algo que sólo tenía una vaga similaridad con el hombre. En cuanto perdió su forma humana para mí, el aliado se convirtió en una masa amorfa de luz opaca. Se alejó de mí. Corrí tras ella, impulsado por una gran fuerza que me hacía seguir a esa luz opaca.

Don Juan me detuvo, y caminó conmigo a la ramada de su casa. Me hizo sentar en un macizo cajón de madera que usaba como banca.

El aliado me perturbó intensamente, pero el hecho de que mi terror hubiera desaparecido de manera tan rápida y completa me perturbaba aún más.

Comenté mi repentino cambio. Don Juan dijo que cambios volátiles como el mío no tenían nada de extraño, y que el miedo se extinguía en cuanto el resplandor de la conciencia cruzaba cierto umbral dentro del capullo del hombre.

Empezó entonces su explicación. Brevemente delineó las verdades acerca del estar consciente de ser que ya habíamos discutido. Que no existe un mundo de objetos, sino sólo un universo de campos energéticos que los videntes llaman las emanaciones del Águila, y que cada uno de nosotros está envuelto en un capullo que encierra una pequeña porción de estas emanaciones. Que la conciencia de ser

es el producto de la constante presión que ejercen las emanaciones exteriores, llamadas emanaciones en grande, sobre las emanaciones interiores. Que la conciencia da lugar a la percepción, que ocurre cuando las emanaciones interiores se alinean con las correspondientes emanaciones en grande.

-La quinta verdad -prosiguió-, es que la percepción es canalizada porque en cada uno de nosotros hay un factor llamado el punto de encaje, que selecciona emanaciones internas y externas para alinearlas. El determinado alineamiento que percibimos como el mundo es producto del especifico lugar en nuestro capullo donde está localizado nuestro punto de encaje.

Repitió esto varias veces, dándome tiempo para entenderlo. Como yo no di muestras de haberlo comprendido, dijo que para poder entender y corroborar las verdades del estar consciente de ser no se necesitaba raciocinio sino energía.

-Yo te dije una vez -prosiguió-, que tratar con los pinches tiranos ayuda a los videntes a lograr una maniobra de gran sofisticación. Ahora puedo decirte que esa maniobra es mover el punto de encaje.

Dijo que percibir un aliado significaba que yo había sacado a mi punto de encaje de su posición acostumbrada. En otras palabras, el resplandor de mi conciencia había pasado cierto umbral, borrando también así mi terror. Y todo esto ocurrió porque tenía yo energía sobrante.

Horas más tarde, durante la noche, después de completar una parte de sus enseñanzas para el lado derecho en las montañas vecinas, regresamos a su casa y don Juan me hizo cambiar otra vez de niveles de conciencia. Continuó luego con su explicación y me dijo que para describir la naturaleza del punto de encaje, tenía que empezar discutiendo la primera atención.

Dijo que los nuevos videntes examinaron la forma desapercibida en que funciona la primera atención, y al tratar de explicársela a otros, arreglaron las verdades de la conciencia de ser en un orden específico. Me aseguró que no todos los videntes son dados a las explicaciones. Por ejemplo, a su benefactor el nagual Julián le importaban un comino las explicaciones. Pero sí le importaban al nagual Elías, el benefactor del nagual Julián, a quien don Juan tuvo la fortuna de conocer. Entre las largas y detalladas explicaciones del nagual Elías, las breves del nagual Julián, y lo que él verá, don Juan llegó a entender y a corroborar esas verdades.

Don Juan explicó que para que nuestra primera atención pueda enfocar al mundo que percibimos tiene que poner en relieve ciertas emanaciones. Las emanaciones seleccionadas provienen de la estrecha banda en la que se localiza la conciencia del hombre. Las emanaciones desechadas aún quedan al alcance de uno, pero permanecen latentes, desconocidas para el hombre por toda la vida.

Los nuevos videntes llaman a las emanaciones puestas en relieve el lado derecho, la conciencia normal, el tonal, este mundo, lo conocido, la primera atención. El hombre común lo llama realidad, racionalidad, sentido común.

Las emanaciones acentuadas integran una gran porción de la banda del hombre, pero son sólo una pequeña parte del espectro total de emanaciones presentes dentro del capullo. Las emanaciones desechadas, aún dentro de la banda del hombre, son consideradas como el preámbulo de lo desconocido. Lo desconocido propiamente dicho consiste del resto de las emanaciones que no son parte de la banda humana y que jamás son acentuadas. Los videntes las llaman la conciencia del lado izquierdo, el nagual, el otro mundo, lo desconocido, la segunda atención.

-Este proceso de poner en relieve ciertas emanaciones -continuó don Juan-, fue descubierto y practicado por los antiguos videntes. Se dieron cuenta de que un hombre nagual o una mujer nagual, por el hecho de tener más energía que el hombre común, pueden empujar el resplandor de la conciencia y sacarlo de las emanaciones acostumbradas y moverlo a las emanaciones vecinas. Ese empujón es conocido como el golpe del nagual.

Don Juan dijo que este movimiento forzado tuvo una aplicación práctica para los antiguos videntes, quienes la usaron para mantener sojuzgados a sus aprendices. Mediante ese golpe elevaban a sus aprendices a un agudísimo estado de conciencia acrecentada y los transformaban en seres extremadamente impresionables; mientras permanecían indefensos y moldeables, los antiguos videntes les enseñaban aberrantes técnicas de hechicería que convertían a los aprendices en hombres siniestros, iguales a sus maestros.

Los nuevos videntes utilizaron la misma técnica, pero en vez de usarla para propósitos sórdidos, la usaron para guiar a sus aprendices en la investigación de las posibilidades totales del hombre.

Don Juan explicó que el golpe del nagual tiene que darse en un punto preciso, en el punto de encaje, y que el lugar exacto de este punto varía en grados minúsculos de persona a persona. También, el golpe lo tiene que dar un nagual que ve. Me aseguró que es igualmente inútil tener la fuerza de un nagual y no ver, como ver y no tener la fuerza de un nagual. En ambos casos los resultados son simplemente golpes en la espalda. Un vidente podría dar golpes en el punto preciso, una y otra vez, sin tener la fuerza para mover la conciencia, y un nagual que no ve no podría golpear a propósito el punto preciso.

Dijo también que los antiguos videntes descubrieron que el punto de encaje no se encuentra en el cuerpo físico, sino en la concha luminosa, en el capullo. El nagual identifica ese punto por su intensa luminosidad y, más que golpearlo, lo empuja. La fuerza del empujón crea una hendidura en el capullo, y se siente como un golpe en el omóplato derecho, un golpe que saca todo el aire de los pulmones.

-¿Existen diferentes tipos de hendiduras? -pregunté.

-Sólo hay dos tipos -respondió-. Uno es una concavidad y el otro es una grieta; cada cual tiene un efecto distinto en el estar consciente de ser. La concavidad es una característica provisional, y crea un cambio también provisional; pero la grieta es una característica profunda y permanente del capullo, y por consiguiente produce un cambio permanente.

Explicó que generalmente, un capullo endurecido por la absorción en sí mismo no se ve afectado en absoluto por el golpe del nagual. Sin embargo, en ocasiones el capullo del hombre es muy flexible y la más pequeña fuerza crea una hendidura, como un plato de sopa, que varía desde una depresión del tamaño de una naranja a una que abarca la tercera parte de todo el capullo; o crea una grieta que puede correr a todo lo ancho de la concha luminosa, o a lo largo, dando la impresión de que el capullo se ha enroscado en sí mismo.

Después que se crea la hendidura, algunas conchas luminosas al instante vuelven a cobrar su forma original. Otras retienen la hendidura durante horas o incluso durante días enteros, pero al final recobran su configuración. Y hay otras en las que se forma una hendidura tan firme e inafectable, que requiere de otro golpe del nagual, en una área circunvecina, para restaurar su forma original. Y algunas nunca más pierden la hendidura una vez que la reciben. No importa cuántos golpes reciban de un nagual, jamás recobran sus formas ovoides.

Don Juan dijo que al desplazar el resplandor de la conciencia la hendidura agranda el área de la primera atención. La hendidura presiona a las emanaciones interiores, y los videntes pueden ver cómo la fuerza de esa presión hace que el resplandor de la conciencia brille sobre otras emanaciones en otras áreas que generalmente son inaccesibles para la primera atención.

Le pregunté si el resplandor de la conciencia se ve sólo en la superficie del capullo luminoso. No me contestó de inmediato. Pareció perderse en sus pensamientos. Después de varios minutos contestó a mi pregunta; dijo que normalmente el resplandor de la conciencia de ser era visto en la superficie del capullo de todos los seres conscientes. Sin embargo, cuando el hombre ha desarrollado la atención, el res-

plandor adquiere profundidad. En otras palabras, es transmitido de la superficie del capullo a un número considerable de emanaciones del interior.

-Los antiguos videntes sabían lo que hacían cuando manejaban el resplandor de la conciencia -prosiguió-. Se dieron cuenta de que creando una hendidura podían forzar al resplandor de la conciencia, ya que resplandece en las emanaciones interiores del capullo, a extenderse a las emanaciones vecinas.

-Usted habla como si todo esto fuera un asunto físico -dije-. ¿Cómo pueden hacerse hendiduras en algo que es tan sólo una luminosidad?

-De alguna manera inexplicable, es un asunto de una luminosidad que crea una hendidura en otra luminosidad -contestó-. Tu defecto es seguir pegado al inventario de la razón. La razón no trata al hombre como energía. La razón trata con instrumentos que crean energía, pero jamás se le ha ocurrido seriamente a la razón que somos mejores que instrumentos: somos organismos que crean energía. Somos una burbuja de energía. Por eso no resulta tan jalado de los cabellos el que una burbuja de energía hiciera una hendidura en otra burbuja de energía.

Dijo que el resplandor de la conciencia, movido por la hendidura, debería llamarse realmente atención provisionalmente acrecentada, porque acentúa emanaciones que están tan próximas a las habituales que el cambio es mínimo. Pero a pesar de ser mínimo, el cambio produce una mayor capacidad para concentrarse, comprender y aprender. Los videntes sabían con exactitud como usar esta mejora cualitativa. Vieron que, después del golpe del nagual, brillaban, de repente, con más fuerza sólo las emanaciones que rodean a aquellas que utilizamos cotidianamente. Las más alejadas permanecen inafectadas, lo que significaba para ellos que, mientras están en un estado de atención provisionalmente acrecentada, los seres humanos pueden tratar con todo como si estuvieran en el mundo de todos los días. La necesidad de un hombre nagual o de una mujer nagual se volvió de suprema importancia para ellos, porque ese estado dura sólo mientras persiste la depresión; cuando se desvanece, todo se olvida de inmediato.

-¿Por qué es que uno se olvida? -pregunté.

-Porque las emanaciones que permiten mayor claridad dejan de estar en relieve cuando uno sale de la conciencia acrecentada -contestó-. Si el resplandor de la conciencia no brilla más en ellas, lo que uno experimente o atestigüe también se apaga.

Don Juan dijo que una de las tareas que los nuevos videntes desarrollaron para sus aprendices era el forzarlos, años más tarde, a recordar, esto es, a volver a acentuar por sí mismos aquellas emanaciones utilizadas durante estados de conciencia acrecentada.

Me recordó que Genaro siempre me recomendaba aprender a escribir con la punta del dedo en vez de hacerlo con un lápiz, para así no acumular notas. Don Juan me aseguró que lo que Genaro realmente había querido decir era que, mientras estaba yo en estados de conciencia acrecentada, debía utilizar emanaciones no habituales para archivar diálogos y vivencias, y algún día recordarlo todo al hacer brillar nuevamente el resplandor de la conciencia en las emanaciones usadas como archivo.

Prosiguió, explicando que un estado de conciencia acrecentada es visto no sólo como un resplandor que abarca mayor profundidad dentro de la forma ovoide de los seres humanos, sino también como un resplandor más intenso en la superficie del capullo. Sin embargo no es nada comparado con el resplandor producido por un estado de conciencia total, que es visto como una explosión de incandescencia en todo el huevo luminoso. Es una explosión de luz de tal magnitud que los límites de la concha se vuelven difusos y las emanaciones interiores se extienden más allá de todo lo imaginable.

-¿Esos son casos especiales, don Juan?

-Desde luego. Sólo los videntes los viven. Ningún otro hombre o criatura viviente se

ilumina así. Los videntes que premeditadamente alcanzan la conciencia total son algo digno de verse. Ese es el momento en el que arden por dentro. El fuego interior los consume. Y en plena conciencia se funden con las emanaciones en grande, y se expanden en la eternidad.

Me quedé unos días más en Sonora, y luego regresamos en coche a la casa, en el sur de México, donde vivían don Juan y su grupo de videntes.
El día siguiente fue cálido y brumoso. Me sentía con flojera, y de alguna manera molesto. A media tarde había en ese pueblo una quietud desesperante. Don Juan y yo estábamos sentados en los sillones de la sala. Le dije que la vida en el México rural no era lo ideal para mí. Algo me hacía sentir que el silencio del pueblo era forzado. Y esto me causaba una tremenda frustración. El único ruido que alguna vez llegué a escuchar era el sonido de voces de niños gritando, en la distancia. Nunca pude enterarme si jugaban o gritaban de dolor.
-Cuando estás aquí, siempre estás en un estado de conciencia acrecentada -dijo don Juan-. A eso se debe la diferencia. Pero sea como fuera, deberías andar acostumbrándote a vivir en un pueblo así. Algún día vivirás en uno.
-¿Por qué tendría yo que vivir en un pueblo así, don Juan?
-Ya te expliqué que la meta de los nuevos videntes es ser libres. Y la libertad tiene las más devastadoras implicaciones. Entre ellas está la implicación de que los guerreros deben buscar intencionalmente el cambio. Tu predilección es vivir como lo haces. Estimulas tu razón examinando tu inventario, muy a la ligera, y oponiéndolo a los inventarios de tus amigos. Esas maniobras te dejan muy poco tiempo para hacer un examen de ti mismo y de tu destino. Tendrás algún día que renunciar a todo eso. Ahora, si todo lo que conocieras fuera la calma muerta de este pueblo, tarde o temprano, tendrías que buscar la otra cara de la moneda.
-¿Es eso lo que hace usted aquí, don Juan?
-Nuestro caso es un poco diferente, porque nos encontramos al final de nuestra senda. No buscamos nada. Lo que todos nosotros hacemos aquí sólo es comprensible para un guerrero. Pasamos de un día a otro sin hacer nada. Estamos esperando. No me cansaré de repetirte esto: sabemos qué estamos esperando y sabemos lo que estamos esperando. ¡Estamos esperando que nos llegue la libertad!
"Y ahora que lo sabes -añadió con una sonrisa maliciosa-, volvamos a nuestra discusión.
En general, cuando nos encontrábamos en ese cuarto no nos interrumpía nadie y don Juan siempre decidía la duración de nuestras sesiones. Pero esta vez alguien tocó la puerta. Genaro entró y tomó asiento. Yo no había visto a. Genaro desde la noche en que precipitadamente salimos de su casa. Lo abracé.
-Genaro tiene algo que decirte -dijo don Juan-.
Ya te he dicho que él es un maestro del arte de manejar la conciencia. Ahora te puedo decir lo que todo eso significa. Genaro puede hacer que el punto de encaje penetre a mayor profundidad en el huevo luminoso después de que el punto ha sido movido de su posición por el golpe del nagual.
Explicó que Genaro había empujado mi punto de encaje, incontables veces, una vez que estaba yo en la conciencia acrecentada. Como aquel día que fuimos a la gigantesca roca plana. Genaro había hecho entonces que mi punto de encaje, se moviera dramáticamente hacia el lado izquierdo; tan dramáticamente que hasta resultó algo peligroso.
Don Juan dejó de hablar y pareció dispuesto a cederle la palabra a Genaro. Movió la cabeza, como dándole una señal a Genaro para que dijera algo. Genaro se incorporó y vino a mi lado.
-Las llamas son muy importantes -dijo en voz baja-. ¿Recuerdas aquel día en que estábamos sentados en aquella gran roca plana, y yo te hice mirar el reflejo de la luz del sol en un pedazo de cuarzo?

Cuando lo mencionó recordé al instante. Aquel día, justo cuando don Juan había dejado de hablar, Genaro señaló la refracción de luz que atravesaba un pedazo de cuarzo pulido que sacó de su bolsa y colocó sobre la roca. De inmediato, el brillo del cuarzo atrajo mi atención. Y eso era todo. En el siguiente instante estaba yo de cuclillas en la roca mientras don Juan, también de cuclillas a mi lado, me miraba con un gesto de preocupación.

Estaba a punto de decirle a Genaro lo que había recordado cuando él comenzó a hablar. Acercó sus labios a mi oído y señaló una de las dos lámparas de gasolina que estaban en el cuarto.

-Mira a la llama -dijo-. En ella no hay calor. Es llama pura. La llama pura puede llevarte a las profundidades de lo desconocido.

Conforme hablaba, comencé a sentir una extraña presión: era una pesadez física. Me zumbaban los oídos; mis ojos lagrimearon al punto de que apenas podía distinguir la forma de los muebles. Mi visión parecía estar totalmente fuera de foco. Aunque tenía abiertos los ojos, ya no podía ver la intensa luz de las lámparas de gasolina. A mi alrededor todo era oscuridad. Había rayos de fosforescencia color verde amarillento que iluminaban oscuras nubes en movimiento. Luego, tan abruptamente como oscureció, aclaró.

No podía determinar dónde estaba. Parecía que flotaba, como un globo. Estaba solo. Tuve un momento de terror, y mi razón se apresuró a elaborar una explicación racional: Genaro me había hipnotizado, usando la llama de la lámpara de gasolina. Me sentí casi satisfecho. Floté sin agitación, tratando de no preocuparme; pensé que una forma de evitar la preocupación era concentrarme en las fases que tendría que atravesar para despertar.

Lo primero que noté fue que yo no era yo mismo. No podía mirar realmente a nada porque no tenía nada con que mirar. Cuando hice un esfuerzo por examinar mi cuerpo me di cuenta de que sólo podía tener conciencia, y sin embargo era como si desde una gran altura contemplara un espacio infinito. Había portentosas nubes de luz brillante y masas de oscuridad; ambas estaban en movimiento. Vi claramente a una onda de resplandor ambarino que venía hacia mí como una enorme y lenta ola marina. Supe en ese instante que yo era como una boya flotando en el espacio y que la ola iba a alcanzarme y a arrastrarme con ella. Lo acepté como algo inevitable. Pero justo antes de que me envolviera ocurrió algo completamente inesperado, un viento fuertísimo me sacó del camino de la ola.

La fuerza de ese viento me arrastró con tremenda velocidad. Atravesé un inmenso túnel de intensas luces coloridas. Mi visión se borró completamente. Luego sentí que despertaba, que había vivido un sueño, un sueño hipnótico provocado por Genaro. El próximo instante estaba de vuelta en el cuarto con don Juan y Genaro.

Dormí la mayor parte del día siguiente. Entrada la tarde, don Juan y yo volvimos a reanudar nuestra discusión. Hablé con Genaro más temprano, pero se negó a comentar mi experiencia.

-Anoche, Genaro empujó de nuevo tu punto de encaje -dijo don Juan-. Pero como siempre, el empujón fue demasiado fuerte.

Con ansia, le relaté a don Juan el contenido de mi visión. Sonrió, obviamente aburrido.

-Tu punto de encaje se alejó de su posición normal -dijo-. Y eso te hizo percibir emanaciones que no son percibidas comúnmente. Parece muy fácil, ¿verdad? Y sin embargo es un logro supremo. Los nuevos videntes casi se extinguieron tratando de examinarlo.

Explicó que, por dos razones, nosotros, los seres humanos, ponemos en relieve ciertas emanaciones para percibirlas. La primera y más importante, es porque nos han enseñado que esas emanaciones son perceptibles, y la segunda, porque nuestros puntos de encaje han sido entrenados a seleccionar y preparar esas emanaciones para ser utilizadas.

-Cada ser viviente tiene un punto de encaje -prosiguió-, que selecciona las emanaciones que serán acentuadas. Los videntes pueden saber si los seres conscientes comparten la misma visión del mundo, al ver si son iguales las emanaciones que sus puntos de encaje han seleccionado.

Afirmó que uno de los más importantes adelantos de los nuevos videntes fue descubrir que el sitio donde se encuentra localizado ese punto, en el capullo de todos los seres vivientes, no es una característica permanente. La conducta habitual lo sitúa en ese sitio específico. De ahí la tremenda importancia que le dan los nuevos videntes a las nuevas acciones, a las nuevas posibilidades prácticas. Desesperadamente, quieren llegara nuevos usos, a nuevos hábitos.

-El golpe del nagual es de suprema importancia -continuó-, porque hace que ese punto se mueva. Altera su ubicación. A veces incluso llega a crear una grieta permanente en ese sitio. El punto de encaje queda completamente desalojado, y la percepción cambia de manera dramática. Pero lo que resulta ser aún de mayor importancia, es entender todas las verdades de la conciencia de ser. Sólo así llega uno a darse cuenta de que ese punto debe moverse desde adentro. La triste verdad es que los seres humanos siempre pierden por negligencia. Simplemente desconocen sus posibilidades.

-¿Cómo puede uno lograr ese movimiento desde adentro? -pregunté.

-Los nuevos videntes dicen que la técnica es la comprensión -dijo. Afirman que, en primer lugar, uno debe saber a ciencia cierta que todo lo perceptible emana del sitio específico donde se localiza nuestro punto de encaje. Una vez entendido esto, podemos desplazar el punto de encaje casi a voluntad, como consecuencia de nuevos hábitos.

Le pedí que aclarara el tema de tener nuevos hábitos. Yo no lo entendía.

-El punto de encaje del hombre aparece, en torno a un área definida, en el capullo, porque así lo decreta el Águila -dijo-. Pero el sitio preciso donde se fija queda determinado por los hábitos, por los actos repetitivos. Primero aprendemos que puede situarse allí y después nosotros mismos le ordenamos que ahí se sitúe. Nuestro comando se convierte en el comando del Águila y el punto queda fijo en ese sitio. Considera esto con cuidado; nuestro comando se convierte en el comando del Águila. Por tal hallazgo, los antiguos videntes pagaron carísimo.

Una vez más aseveró que los antiguos videntes nunca entendieron lo que hacían. Desarrollaron miles de las más complejas técnicas de brujería, y jamás supieron que sus procedimientos, por más intrincados que hubieran sido, sólo servían para romper la estabilidad de sus puntos de encaje y hacerlos desplazarse.

Le pedí que me explicara mejor lo que había dicho.

-Te mencioné una vez que la brujería es algo como entrar en un callejón sin salida -contestó-. Lo que quería decir era que las prácticas de brujería no tienen ningún valor intrínseco. Su valor es indirecto. Su verdadera función es hacer que el punto de encaje se desplace al lograr que la primera atención abandone momentáneamente su control sobre ese punto.

"Los nuevos videntes se dieron cuenta del verdadero papel que jugaban esas prácticas de brujería, y decidieron pasarlas por alto e ir directamente a hacer que sus puntos de encaje se desplazaran, evitando así todas las demás tonterías de rituales y encantamientos. Sin embargo, en cierto momento, los rituales y los encantamientos son realmente necesarios. Yo personalmente, te he iniciado en todo tipo de rituales y encantamiento, pero sólo con objeto de permitir que tu primera atención salga de la absorción en sí misma. Esa absorción es la que crea la fuerza que mantiene el punto de encaje rígidamente fijo.

Agregó que los rituales y los encantamientos, siendo repetitivos, obligan a la primera atención a liberar una porción de la energía empleada en contemplar el inventario humano y el punto de encaje pierde así su rigidez.

-¿Qué le ocurre a las personas cuyos puntos de encaje pierden rigidez? -pregunté.
-Si no son guerreros, creen que se están volviendo locos -dijo sonriendo-. Cómo te pasó a ti en cierta época, cuando creías que te habías desquiciado. Si son guerreros, saben que ya los agarró la locura, pero esperan con paciencia. Saben a ciencia cierta que el tener cordura y sentido común sólo significa que el punto de encaje está fijo y rígido en su posición habitual. Cuando se mueve, pues no está desquiciado, sin más ni más.
Dijo que se les abren dos opciones a los guerreros cuyos puntos de encaje se han desplazado. Una es reconocer estar enfermos y comportarse como locos, reaccionando emocionalmente ante los extraños mundos que la nueva posición de sus puntos de encaje los obliga a presenciar; la otra es permanecer serenos, inconmovibles, sabiendo que el punto de encaje siempre vuelve a su posición original.
-¿Qué pasa si el punto de encaje no regresa a su posición original? -pregunté.
-En ese caso esos sujetos están perdidos -dijo-. O están incurablemente locos porque sus puntos de encaje jamás podrían rearmar la percepción del mundo que conocemos, o son incomparables videntes que han comenzado su movimiento hacia lo desconocido.
-¿Qué determina el que sea una cosa o la otra?
-¡La energía! ¡La impecabilidad! . Los guerreros impecables no pierden la razón. Permanecen intactos. Te he dicho muchas veces que los guerreros impecables pueden ver mundos horripilantes y sin, embargo, en su trato cotidiano nadie lo notaría. Hablan y ríen con sus amigos o con extraños como si nada hubiera ocurrido.
Me sentí obligado a explicarle una vez más algo que le había contado ya muchas veces; lo que me hizo pensar que había perdido la razón fueron una serie de extrañísimas experiencias sensoriales que tuve como efectos posteriores a la ingestión de plantas alucinógenas. Experimenté alarmantes estados de total discordancia de espacio y tiempo, lapsos de concentración mental y alucinaciones.
-Bajo todos los puntos de vista cotidianos, de hecho estabas perdiendo la razón -dijo-, pero desde el punto de vista de los videntes, si la hubieras perdido no habrías perdido gran cosa. Para un vidente, la razón no es más que la autorreflexión del inventario del hombre. Si uno pierde esa autorreflexión, pero no pierde los cimientos, uno vive de verdad una vida infinitamente más interesante, variada, y fuerte.
Comentó que el defecto estaba en mi reacción emocional. Ella me impidió comprender que la rareza de cada una de mis experiencias sensoriales estaba determinada por la profundidad a la que se había movido mi punto de encaje, dentro de la banda de las emanaciones del hombre. Me quejé de que no podía entender lo que me explicaba, porque la configuración que él llamaba la banda de las emanaciones del hombre me resultaba incomprensible. La había visualizado como una cinta colocada sobre la superficie de una pelota.
Dijo que llamarla una banda era falso, y que iba a usar una analogía para ilustrar lo que quería decir. Explicó que la forma luminosa del hombre es como una bola de queso blanco que tiene inyectado un grueso disco de un queso más oscuro. Me miró y se rió. Sabía que no me gustaba el queso.
Hizo un diagrama sobre un pequeño pizarrón. Dibujo una forma ovoide y la dividió en cuatro secciones longitudinales, diciendo que de inmediato borraría las líneas divisorias porque las había dibujado sólo para darme una idea de dónde se localizaba la banda en el capullo del hombre. Subrayó la línea entre la primera y la segunda sección y borró las otras líneas divisorias. Explicó que la banda era un disco de queso amarillo que había sido insertada en la bola de queso blanco.
-Ahora bien -prosiguió-, si esa bola de queso blanco fuera transparente, tendrías la réplica perfecta del capullo del hombre. El queso amarillo penetra completamente al interior de la bola de queso blanco. Es un disco que va de la superficie de un lado a la superficie del otro.

"El punto de encaje del hombre se localiza bastante arriba en la superficie del capullo, a tres cuartas partes, hacia la parte superior del capullo. Cuando el nagual presiona ese punto de intensa luminosidad, el punto se desplaza al interior del disco de queso amarillo. La conciencia acrecentada sucede al momento en que el intenso resplandor del punto de encaje enciende las emanaciones dormidas en la profundidad del disco de queso amarillo. Ver que el resplandor del punto de encaje se desplaza hacia el interior de ese disco da la sensación de que se mueve hacia la izquierda sobre la superficie del capullo.

Repitió su analogía tres o cuatro veces, pero yo no la entendía y tuvo que explicarla aún más. Dijo que la transparencia del huevo luminoso crea la impresión de un movimiento hacia la izquierda, cuando en esencia cada movimiento del punto de encaje es hacia las profundidades, hacia el centro del huevo luminoso, dentro del grosor de la banda del hombre.

Comenté que lo que decía me daba la impresión de que los videntes usan los ojos cuando ven que se mueve el punto de encaje.

-El hombre no es lo que no se puede conocer -dijo-. La luminosidad del hombre puede verse casi cono si uno usara solamente los ojos.

Explicó que definitivamente los antiguos videntes habían visto el movimiento del punto de encaje pero jamás se les ocurrió que era un movimiento en hondo; en vez de eso se guiaron por lo que veían y acuñaron la frase "movimiento hacia la izquierda", que los nuevos videntes conservaron aunque sabían que era erróneo llamarlo así.

Dijo también que, en el curso de mi actividad con él, yo había hecho desplazar a mi punto de encaje incontables veces, como estaba sucediendo en aquel preciso momento. Debido a que esos desplazamientos de mi punto de encaje fueron siempre hacia lo hondo, jamás había yo perdido mi sentido de identidad, a pesar de que estaba utilizando, emanaciones que nunca antes usé.

-Cuando el nagual da su golpe -prosiguió-, el punto acaba en cualquier lugar dentro de la banda del hombre, pero, no importa en absoluto dónde acabe, porque dondequiera que lo hace será siempre terreno virgen.

"La gran prueba que los nuevos videntes desarrollaron para sus guerreros aprendices es desandar el viaje que sus puntos de encaje llevaron a cabo bajo la influencia del nagual. A este repaso, cuando ha sido concluido, le llamaron recuperar la totalidad de uno mismo.

Prosiguió diciendo que los nuevos videntes vieron que, en el curso de nuestro crecimiento, el resplandor de la conciencia, una vez que se enfoca en la banda de emanaciones del hombre y elige algunas de ellas para acentuarlas, entra en un círculo vicioso. Mientras más acentúe ciertas emanaciones, más estable se vuelve el punto de encaje. Esto equivale a decir que nuestro comando se convierte en el comando del Águila. Por lo tanto, es un verdadero triunfo romper ese comando y mover al punto de encaje.

Don Juan dijo que también el punto de encaje es responsable de que la primera atención perciba en términos de racimos. Un ejemplo de un racimo de emanaciones que recibe énfasis al unísono es lo que percibimos como el cuerpo humano. Otro racimo, parte de nuestro ser total, nuestro capullo luminoso, jamás recibe énfasis y queda relegado al olvido porque el efecto del punto de encaje no es tan sólo el hacernos percibir racimos de emanaciones, sino también hacernos ignorarlos.

Insistí que me diera una explicación más amplia de los racimos perceptibles. Me contestó que sólo podía agregar que el punto de encaje es como un imán luminoso que irradia un resplandor que automáticamente agrupa haces de emanaciones adondequiera que se mueve dentro del capullo. Cuando estos racimos se alinean, como racimos, con las emanaciones en grande, percibimos el mundo que conocemos. El agrupamiento de emanaciones se lleva a cabo aún cuando los videntes tra-

tan con emanaciones que nunca se usan diariamente. Cada vez que son acentuadas, las percibimos igual que percibimos los racimos de la primera atención.
-Uno de los más grandes momentos de los nuevos videntes -prosiguió-, fue cuando se encontraron que lo desconocido era tan sólo las emanaciones desechadas por la primera atención. Este descubrimiento fue la gloria de los nuevos videntes, porque virtió nueva luz sobre lo desconocido.
"La enormidad de lo desconocido es casi sin límites pero aún en esa enormidad el resplandor del punto de encaje agrupa emanaciones. Lo que no se puede conocer, por otra parte, es una eternidad donde nuestro punto de encaje no tiene manera alguna de agrupar nada.
Explicó que los nuevos videntes se dieron cuenta de que sus visiones obsesivas, aquellas que eran prácticamente imposibles de concebir, coincidían con el movimiento de sus puntos de encaje a profundas regiones en la banda del hombre.
-Esas son visiones del lado oscuro del hombre -aseguró.
-¿Por qué lo llama usted el lado oscuro del hombre? -pregunté.
-Porque es nuestro lado sombrío y nefasto -dijo-. No es tan sólo lo desconocido, sino lo que nadie quiere conocer.
-¿Qué pasa con las emanaciones que están dentro del capullo, pero fuera de los límites de la banda del hombre? -pregunté-. ¿Pueden percibirse?
-Sí, pero de maneras verdaderamente indescriptibles -repuso-. No son lo desconocido humano, como en el caso de las emanaciones desechadas en la banda del hombre, sino lo desconocido casi inconmensurable, donde las características humanas no figuran para nada. En realidad es un área de tan abrumadora inmensidad que los videntes más extraordinarios se verían en dificultades para describirla.
Insistí una vez más que a mí me parecía que el misterio, obviamente, radica dentro de nosotros.
-El misterio queda afuera de nosotros -dijo-. En nuestro interior sólo tenemos emanaciones que intentan romper el capullo. Y, de una manera u otra, este hecho nos aberra, ya seamos hombres comunes o guerreros. Sólo los nuevos videntes pueden superar esto. Luchan por ver. Y a través de los desplazamientos de sus puntos de encaje, llegan a darse cuenta de que el misterio es percibir. No tanto lo que percibimos, sino lo que nos hace percibir.
"Te he mencionado que los nuevos videntes creen que nuestros sentidos son capaces de captar todo. Creen esto porque ven que es la posición del punto de encaje la que dicta lo que perciben nuestros sentidos.
"Si el punto de encaje alinea otras emanaciones interiores, diferentes a las normales, los sentidos humanos perciben de maneras inconcebibles."

VIII. LA POSICIÓN DEL PUNTO DE ENCAJE

Don Juan reanudó nuevamente su explicación en su casa en el sur de México. La casa, era propiedad de todos los miembros del grupo del nagual, pero Silvio Manuel oficiaba como dueño y todos se referían abiertamente a ella como la casa de Silvio Manuel. Yo, por alguna razón me había acostumbrado a llamarla la casa de don Juan.
Don Juan, Genaro y yo habíamos regresado ese día tras un arduo viaje a las montañas. Mientras descansábamos, después de la larga jornada, le pregunté a don Juan cuál era la razón de tan curioso engaño. Me aseguró que no se trataba de ningún engaño, y que llamarla la casa de Silvio Manuel era un ejercicio del arte del acecho que todos sus compañeros debían practicar bajo cualquier circunstancia, incluso en lo privado de sus propios pensamientos. Que alguno de ellos, insistiera en considerarla de otra manera era equivalente a negar sus lazos con el resto de sus compañeros.
Me pareció que se estaba refiriendo a mí y protesté que yo jamás había sabido eso. Le

aseguré qué yo no quería causar discordia alguna con mis hábitos.
-No te preocupes por eso -dijo sonriéndome y dándome palmadas en la espalda-. Puedes llamar a esta casa como se te dé la gana. El nagual tiene autoridad. Por ejemplo, la mujer nagual la llama la casa de las sombras.
Nuestra conversación fue interrumpida, y no lo vi hasta que me mandó llamar al patio trasero un par de horas después.
Él y Genaro deambulaban por el extremo lejano del corredor; los veía gesticular con las manos como si estuvieran envueltos en una animada conversación.
Era un día claro y soleado. El sol de media tarde brillaba directamente sobre unas macetas de flores que colgaban de los aleros del techo alrededor del corredor, y proyectaba sus sombras en las paredes del norte y el este del patio. Era asombrosa la combinación de la luz solar intensamente amarilla, las abultadas sombras negras de las macetas y las delicadas sombras de las frágiles plantas en flor que crecían en ellas. Alguien con un agudo sentido del balance y la composición pictórica había podado esas plantas para crear un efecto de exquisita sencillez.
-La mujer nagual ha hecho eso -dijo don Juan como si leyera mis pensamientos-. Por las tardes contempla esas sombras.
La idea de que ella contemplara esas inquietantes sombras tuvo un efecto devastador en mí. La intensa luz amarilla de esa hora, la quietud del pueblo aquel, y el cariño que yo sentía por la mujer nagual evocaron, en un instante, toda la soledad del interminable camino del guerrero.
Don Juan definió el curso de ese camino cuando me dijo que los nuevos videntes son los guerreros de la libertad total, que su única búsqueda es la liberación final que se presenta cuando alcanzan la conciencia total. Al mirar esas perturbadoras sombras en la pared, entendí con perfecta claridad lo que hacía decir a la mujer nagual que el leer poemas en voz alta era el único desasosiego que su espíritu tenía.
Recordé que el día anterior ella me había leído algo, ahí en el patio, pero yo no había entendido toda su urgencia, su añoranza. Era un poema de Juan Ramón Jiménez, "Hora inmensa". Me confesó que sintetizaba para ella la soledad que los guerreros vivían, en su afán de escapar hacia la libertad.

Sólo turban la paz una campana, un pájaro. . .
Parece que los dos hablan con el ocaso.

Es de oro el silencio. La tarde es de cristales.
Mece los frescos árboles una pureza errante.
Y, más allá de todo, se sueña un río límpido
que, atropellando perlas, huye hacia lo infinito. . .

-¿Qué es lo que realmente estamos haciendo, don Juan? -pregunté-. ¿Es posible que los guerreros se preparan solamente para la muerte?
Don Juan y don Genaro me miraron con una expresión de sorpresa.
-De ninguna manera -me dijo don Juan tocándome suavemente el hombro-. Los guerreros se preparan para tener conciencia, y la conciencia total sólo les llega cuando ya no queda en ellos nada de importancia personal. Sólo cuando son nada se convierten en todo.
Guardamos silencio durante un momento. Don Juan me preguntó si era mi situación lo que me ponía triste. No contesté porque no estaba seguro.
-No estás arrepentido de estar aquí, ¿verdad? -preguntó don Juan con una vaga sonrisa.
-Claro que no -le aseguró Genaro. Durante un momento, pareció dudar. Se rascó la cabeza, me miró y arqueó las cejas-. ¿A poco lo estás? -me preguntó-. ¿Lo estás?
-Claro que no -le aseguró esta vez don Juan a Genaro. Repitió el mismo gesto de duda, rascándose la cabeza y arqueando las cejas-. ¿A poco lo estás? -me preguntó-. ¿Lo estás?

-¡Claro que no! -exclamó Genaro en voz resonante, y los dos explotaron en risas incontrolables.

Cuando se calmaron, don Juan dijo que la importancia personal es la fuerza detrás de todo ataque de melancolía. Agregó que los guerreros tienen derecho a sentir estados de profunda tristeza, pero que la tristeza les viene solamente para hacerlos reír.

-Genaro te va a demostrar algo que es más estimulante que toda tu pinche tristeza -prosiguió don Juan-. Tiene que ver con la posición del punto de encaje.

De inmediato Genaro empezó a caminar alrededor del corredor, arqueando la espalda y levantando los muslos hasta el pecho.

-El nagual Julián le enseñó cómo caminar de esa manera -me dijo don Juan susurrando-. Se llama el paso de poder. Genaro conoce varios pasos de poder. ¡Míralo atentamente!

En verdad, los movimientos de Genaro eran hipnóticos. Me encontré siguiendo sus pasos, primero con mis ojos y después, irresistiblemente, con mis pies. Imité su manera de caminar. Le dimos una vuelta al patio y nos detuvimos.

Mientras caminaba, imitando a Genaro, noté la extraordinaria lucidez que cada paso me aportaba. Al detenernos, mi destreza física y mental, habían adquirido matices excepcionales; podía oír todos los ruidos; percibía hasta los más insignificantes cambios en la luz o en las sombras a mi alrededor. Me sentí presa de un sentimiento de urgencia, de acción inminente; tenía la sensación de ser extraordinariamente agresivo, musculoso, atrevido. Vi frente a mí una enorme extensión de tierra plana; justo a mis espaldas, vi un bosque. Gigantescos árboles formaban una línea recta, como un muro descomunal. El bosque era oscuro y verde; la llanura era amarillenta, bañada por el sol.

Respiraba yo de un modo insólito, pero no de manera anormal. Y era el ritmo de mi profunda y extrañamente acelerada respiración el que me obligaba a mover las piernas. Quería echarme a correr, o más bien mi cuerpo quería hacerlo, pero justo cuando iba a partir algo me detuvo.

Repentinamente, don Juan y Genaro estaban a mi lado. Caminamos juntos por el corredor, con Genaro a mi derecha. Me dio un leve empujón con el hombro. Sentí el peso de su cuerpo empujándome ligeramente hacia la izquierda. Seguimos, en ángulo, directamente a la pared oriental del patio. Durante un momento tuve la certeza de que íbamos a travesarla e incluso me preparé para el impacto, pero nos detuvimos justo cuando la punta de mi zapato y la punta de mi nariz tocaban la pared.

Mientras mi nariz aún estaba pegada contra ella, ambos me examinaron con gran cuidado. Yo sabía lo que buscaban: querían asegurarse de que mi punto de encaje se había movido. Y yo estaba seguro de que se había desplazado porque mi estado de ánimo había cambiado. Obviamente, ellos también lo sabían. Me tomaron de los brazos muy levemente y, en silencio, caminaron conmigo al otro lado del corredor hacia un oscuro y estrecho pasillo que unía al patio con el resto de la casa. Ahí nos detuvimos.

Don Juan y Genaro se alejaron a unos metros de mí, y yo quedé encarando el lado de la casa que estaba envuelto en sombras. Miraba al interior de un cuarto vacío y oscuro. Tenía una sensación de cansancio físico. Me sentía lánguido, indiferente, y sin embargo estaba repleto de una gran fuerza espiritual. Me di cuenta entonces de que había perdido algo. No había energía física en mi cuerpo. Apenas podía mantenerme de pie. Finalmente mis piernas cedieron y me senté. Luego me tendí sobre un costado, y me acosaron allí los más piadosos y serenos sentimientos de amor a Dios, y a la bondad, y al bien.

De repente, me hallé frente al altar mayor de una iglesia. Los bajos relieves cubiertos de hoja de oro centelleaban a la luz de miles de velas. Vi las formas oscuras de hombres y mujeres que llevaban en andas a un enorme crucifijo. Me moví a un lado

para quitarme de su paso y salí de la iglesia. Había allí una multitud de gente, un mar de velas que venía hacia mí. Me sentí exaltado. Corrí a unirme con ellos. Me impulsaba un amor sin límite. Quería estar con ellos, para rezarle al Señor. Estaba a escasos metros de la crasa de gente cuando algo me sacó de allí de un tirón y me regresó al corredor.
Don Juan y Genaro me ayudaron a ponerme de pie. Se colocaron a mis lados v caminamos muy despacio alrededor del patio.

Al día siguiente, mientras comíamos, don Juan dijo que Genaro empujó mi punto de encaje con su paso de poder, y que había logrado hacerlo porque yo estaba en un estado de silencio interior. Me recordó que, desde el día en que nos conocimos, me explicó que detener el diálogo interno es lo que articula todo lo que hacen los videntes. Subrayó una y otra vez que el diálogo interno es lo que mantiene fijo al punto de encaje en su posición original.
-Una vez que se logra el silencio, todo es posible -dijo.
Le conté que yo estaba muy consciente de que, en general, había dejado de hablar conmigo mismo, pero que no sabía cómo lo logré. Si alguien me pidiera explicar el procedimiento no sabría qué decir.
-La explicación es la sencillez misma -dijo-. Lo decretaste con la fuerza de tu voluntad, y de esa manera creaste un nuevo intento, un nuevo comando. Después, tu comando se convirtió en el comando del Águila.
"Ya te dije que una de las cosas más extraordinarias que los nuevos videntes descubrieron fue que nuestro comando puede convertirse en el comando del Águila. El diálogo interno termina de la misma manera como empieza: mediante un acto de voluntad. Después de todo, son nuestros maestros quienes nos obligan a dialogar con nosotros mismos. Conforme nos enseñan, al usar ellos su voluntad, nosotros aprendemos a usar la nuestra, ambos sin saberlo. Conforme aprendemos a hablar con nosotros mismos, aprendemos también a manejar nuestra voluntad. En otras palabras, nuestros maestros nos obligan a hablar con nosotros mismos. La manera de terminar con el diálogo interno es usando exactamente el mismo método: debemos obligarnos a pararlo, debemos crear el intento, empleando la fuerza de nuestra voluntad.
Durante algunos minutos guardamos silencio. Le pregunté luego quiénes eran los maestros que nos enseñan a hablar con nosotros mismos.
-Me refería a lo que nos ocurre a nosotros los seres humanos cuando somos niños -contestó-, Durante ese periodo, todos los que nos rodean son nuestros maestros y nos enseñan a repetir un interminable diálogo acerca de nosotros mismos. El diálogo se interioriza y crea tal fuerza que por sí solo mantiene fijo el punto de encaje.
"Los nuevos videntes dicen que los niños tienen cientos de maestros que les enseñan exactamente dónde localizar su punto de encaje y cómo mantenerlo fijo.
Dijo que los videntes aseveran todo esto porque ven que, al principio, los niños no tienen un punto de encaje fijo. Sus emanaciones interiores se encuentran en un estado de gran agitación, y sus puntos de encaje se mueven por doquier en la banda del hombre. Esto les da a los niños la tremenda oportunidad de acentuar emanaciones que después serán completamente ignoradas. A medida que van creciendo, los adultos que los rodean, obligan al punto de encaje de los niños a quedarse fijo, al enseñarles un diálogo interno que se vuelve más y más complejo conforme pasan los años. El diálogo interno es, por lo tanto, un proceso de suprema importancia para la posición del punto de encaje; siendo esa posición arbitraria, mantenerla requiere un esfuerzo ininterrumpido.
La pura verdad es que muchos niños ven -prosiguió-. La mayoría de los que ven son considerados anormales y se hacen todos los esfuerzos posibles para corregirlos, para hacerlos solidificar la posición de sus puntos de encaje.
-Pero, ¿sería posible ayudar a esos niños a

que mantengan más fluidos sus puntos de encaje? -pregunté.
-Sólo si viven entre los nuevos videntes -dijo-. De lo contrario, al igual que los antiguos videntes, se verían atrapados en los intrincados detalles del lado silencioso del hombre. Y créeme, eso es peor que estar preso en las garras de la racionalidad.
Don Juan expresó su profunda admiración por la capacidad humana para impartir orden en el caos de las emanaciones del Águila. Sostuvo que cada uno de nosotros es un mago magistral, y que nuestra magia consiste en mantener inconmoviblemente fijo nuestro punto de encaje.
-La fuerza de las emanaciones en grande -prosiguió-, hace que nuestro punto de encaje seleccione ciertas emanaciones interiores y las agrupe en un racimo para ser alineadas y percibidas. Ese es el comando del Águila, pero darle significado a lo que percibimos es nuestro comando, nuestro don mágico.
Dijo que, en vista de lo que me estaba explicando, Genaro me había hecho el día anterior algo extraordinariamente complejo y a la vez muy sencillo. Era complejo porque requería de una tremenda disciplina por parte de todos; requería que el diálogo interno se detuviera, que se alcanzara un estado de conciencia acrecentada, y que alguien moviera el punto de encaje de uno. Entender el resultado final de todos estos complejos procedimientos era muy fácil porque la explicación era muy sencilla. Puesto que la posición exacta del punto de encaje es una posición arbitraria, seleccionada inconscientemente por nuestros antecesores, puede moverse con un esfuerzo relativamente pequeño; una vez que se mueve, crea nuevos alineamientos de emanaciones y, por consiguiente, nuevas percepciones.
-Yo te di muchísimas veces plantas de poder para así lograr que tu punto de encaje se moviera -prosiguió don Juan-. Las plantas de poder tienen ese efecto; pero también el hambre, el cansancio, la fiebre y otras aflicciones por el estilo tienen un efecto similar. La falla del hombre común es creer que todo lo que sucede, como resultado de un movimiento del punto de encaje, es puramente mental. No lo es, como tú mismo puedes ahora atestiguar.
Explicó que mi punto de encaje se había movido profundamente veintenas de veces en el pasado, así como lo había hecho el día anterior, pero que, la mayoría de las veces que se movió, los movimientos fueron leves y los mundos que me vi forzado a percibir fueron virtualmente mundos fantasmas, por estar tan cercanos al mundo cotidiano. Agregó que movimientos de ese tipo eran automáticamente descartados por los nuevos videntes.
-Las visiones que producen esos movimientos se originan en el inventario del hombre -continuó-. No tienen valor alguno para los guerreros que buscan la libertad total, porque son resultado de un movimiento lateral del punto de encaje.
Dejó de hablar y me miró. Yo supe al instante que "movimiento lateral" significaba un movimiento del punto de encaje en la superficie del capullo, de un lado a otro a lo ancho de la banda de emanaciones del hombre. Le pregunté si yo tenía razón.
-Eso es exactamente lo que quise decir -dijo-. En los dos bordes de la banda del hombre hay un extraño depósito de basura, una incalculable masa de cachivaches humanos. Es un almacén mórbido y siniestro, que tenía un gran valor para los antiguos videntes pero no para nosotros.
"Una de las cosas más fáciles que puede uno hacer es caer en ese depósito de basura. Ayer, Genaro y yo empujamos a tu punto de encaje porque queríamos darte un vivo ejemplo de ese movimiento lateral. Pero cualquier persona puede llegar a ese almacén simplemente deteniendo su diálogo interno. Cuando eso sucede, los resultados se explican como fantasías de la mente si el cambio es mínimo. Si el cambio es considerable, los resultados son llamados alucinaciones.
Luego me explicó cómo había usado Genaro su paso de poder para mover mi punto de encaje. Dijo que, una vez que los guerreros han entrado en un estado de silen-

cio interior al detener su diálogo interno, los rige el oído más que la vista. El sonido y el ritmo de pasos amortiguados captura al instante la fuerza de alineamiento de las emanaciones interiores, que ha sido desconectada por el silencio interior.

-De inmediato, esa fuerza se engancha a los bordes de la banda -prosiguió-. A la orilla derecha encontramos interminables visiones de actividad física, violencia, matanzas, sensualidad. A la orilla izquierda encontramos espiritualidad, religión, Dios. Genaro y yo movimos tu punto de encaje a los dos bordes, para poder darte una visión completa de ese basurero humano.

Don Juan guardó silencio; parecía estar pensando cómo continuar su explicación. Por fin habló y dijo que los increíbles efectos del silencio interior eran uno de los más valiosos aspectos del conocimiento de los videntes, en general. Repitió una y otra vez que en el momento en que uno entra a un estado de silencio interno empiezan a romperse los lazos que atan al punto de encaje al sitio específico en el que está localizado, y que el punto de encaje queda así en libertad para moverse.

Añadió que generalmente el movimiento, si no es lateral, es hacia lo profundo de la banda del hombre, que tal preferencia direccional es una reacción natural de la especie humana, pero que existen videntes que pueden mover el punto de encaje a posiciones bajo el sitio normal. Los nuevos videntes llaman a ese cambio "el movimiento hacia abajo".

-Los videntes muy a menudo sufren movimientos involuntarios hacia abajo -prosiguió-. El punto de encaje no permanece en esa posición baja por mucho tiempo, y eso es afortunado porque ese es el lugar de la bestia. Ir abajo va en contra de nuestros intereses, aunque es la cosa más fácil de lograr.

Don Juan dijo que entre los muchos errores que cometieron los antiguos videntes, uno de los más graves fue el mover sus puntos de encaje a la inmensurable área debajo del sitio normal. El moverse de ese modo los volvió expertos en adoptar las formas de los animales que ellos elegían como sus puntos de referencia. Llamaban a esos animales su nagual, y creían que al mover sus puntos de encaje a sitios específicos podían adquirir las características del animal elegido, su fuerza, sabiduría, astucia, agilidad o ferocidad.

Don Juan me aseguró que aún entre los videntes de hoy en día existen espantosos ejemplos de esas prácticas. La relativa facilidad con la que el punto de encaje del hombre se mueve hacia cualquier posición en el área baja representa una gran tentación para los videntes, especialmente para aquellos que tienen una inclinación natural hacia ello. Es el deber del nagual, por lo tanto, poner a prueba a sus guerreros.

Me dijo que me había puesto a prueba una vez, al mover mi punto de encaje a una posición baja. Con la ayuda de una planta de poder guió mi punto de encaje hasta que pude aislar la banda de emanaciones de los cuervos; lo que resultó en que yo me transformara en cuervo.

Cómo había hecho docenas de veces, le pregunté a don Juan una vez más si físicamente me convertí un cuervo o si había sido simplemente un proceso mental y emotivo. Explicó que un movimiento de tal naturaleza resulta siempre en una transformación total. Agregó que si el punto de encaje cruza un límite crucial, el mundo que conocemos se desvanece; deja de ser lo que es al nivel del hombre.

Reconoció que, vista desde cualquier punto, mi transformación fue en verdad horripilante. Mi reacción a aquella experiencia le probó que yo no tenía inclinaciones naturales hacia eso. De no haber sido así, yo hubiera tenido que emplear enormidades de energía para no sucumbir a la tentación de permanecer indefinidamente en esa área baja.

Me advirtió que los movimientos involuntarios que cada vidente experimenta periódicamente, se vuelven menos frecuentes conforme su punto de encaje avanza más hacia lo profundo de la banda. Sin embargo, cada vez que ocurre ese movi-

miento hacia abajo disminuye en forma considerable el poder del vidente que lo experimenta.
-Cuando sucede uno de esos movimientos -prosiguió-, los videntes se vuelven extremadamente: malhumorados e intolerantes, y en algunos casos, hasta extremadamente racionales.
-¿Cómo pueden los videntes evitar esos movimientos involuntarios? -pregunté.
-Todo depende del guerrero -dijo-. Algunos de ellos, como tú por ejemplo, están tan encariñados consigo mismos que se consienten toda clase de caprichos y excesos. Esos son a los que les va más mal. Para los que son como tú, yo recomiendo una vigilancia de veinticuatro horas al día. Los guerreros disciplinados son menos propensos a ese tipo de movimiento; para ellos yo recomendaría veintitrés horas y media de vigilancia.
Me miró con ojos brillantes y se rió.
-Las videntes son más propensas a los movimientos hacia abajo que los hombres -dijo-. Pero también son capaces de salir de un salto de esa posición, sin esfuerzo alguno, mientras que los hombres se dilatan peligrosamente en ella.
Dijo que las videntes tienen una capacidad extraordinaria no sólo para salir velozmente sino también para hacer que sus puntos de encaje se aferren a cualquier posición en el área de abajo. Los hombres por otra parte, no pueden ni salir rápidamente de esa área ni aferrarse a ella. Los hombres tienen sobriedad y propósito, pero muy poco talento; por esa razón un nagual tiene que tener ocho mujeres videntes en su grupo. Las mujeres dan al grupo el impulso, la audacia para cruzar la inmensidad de lo desconocido. Junto con esa capacidad natural, o como consecuencia de ella, las mujeres tienen una feroz intensidad. Y por ello, pueden reproducir una forma animal con gran facilidad, con mucho estilo y con una ferocidad sin par.
-Si vas a pensar en algo aterrador -prosiguió-, en algo sin nombre que acecha en la oscuridad, vas a pensar, sin saberlo, en una mujer vidente, en una bruja que sostiene una posición en la inmensurable área baja. Ahí es precisamente donde está el verdadero horror. Si alguna vez encuentras una de esas viejas aberradas, pega un brinco, y sin vergüenza alguna, corre lo más rápido que puedas.
Le pregunté si otros organismos eran capaces de mover sus puntos de encaje.
-Sus puntos de encaje se mueven -dijo-, pero para ellos ese movimiento no es una cosa voluntaria.
-¿El punto de encaje de otros organismos también es entrenado a quedar fijo en un sitio específico? -pregunté.
-De una manera u otra, todo organismo recién nacido es entrenado -contestó-. Por cierto que no entendemos cómo se lleva a cabo su entrenamiento, después de todo, ni siquiera entendemos cómo se lleva a cabo el nuestro, pero los videntes ven que los recién nacidos son inducidos a hacer lo que hacen los adultos de su especie. Eso es exactamente lo que ocurre con los niños: los videntes ven que sus puntos de encaje se mueven en todas direcciones, y luego ven cómo la presencia de los adultos liga esos puntos a un lugar específico. Todos los demás organismos hacen lo mismo.
Don Juan pareció reflexionar durante un momento, y después agregó que el punto de encaje del hombre tiene un efecto único entre los demás organismos. Señaló un árbol afuera de la casa.
-Cuando nosotros miramos un árbol; como seres humanos adultos, serios -dijo-, nuestros puntos de encaje alinean un número incalculable de emanaciones y logran un milagro. Nuestros puntos de encaje nos hacen percibir un racimo de emanaciones que llamamos árbol.
Explicó que el punto de encaje no sólo efectúa el alineamiento necesario para la percepción de ese racimo, sino que también borra el alineamiento de ciertas emanaciones que pertenecen a ese racimo para poder llegar a un mayor refinamiento de la percepción, a un delicado esquema humano que no tiene paralelo.
Dijo que los nuevos videntes observaron que sólo los seres humanos son capaces de

agrupar emanaciones aún dentro de los racimos normales. Para describir tal cosa utilizó la palabra desnate, y dijo que era comparable al acto de recoger la nata de un recipiente de leche hervida, después que se ha enfriado. De igual manera, en términos de percepción, el punto de encaje del hombre toma una parte de las emanaciones ya seleccionadas para el alineamiento y forma con ellas un esquema más deleitable.

-Los desnates del hombre -prosiguió don Juan- son más reales que lo que perciben otros seres. Ese es nuestro peligro latente. Son tan reales para nosotros que nos hacen olvidar que los hemos construido nosotros mismos al ordenar a nuestros puntos de encaje que se estacionen donde lo hacen. Nos olvidamos que solamente son reales para nosotros porque ese es nuestro comando. Tenemos poder para sacar la nata de los alineamientos, pero no tenemos poder para protegernos de nuestros comandos. Eso se tiene que aprender. Darle rienda suelta a nuestros desnates, como lo hacemos, es un error de juicio que pagamos tan caro como los antiguos videntes pagaron los suyos.

IX. EL MOVIMIENTO HACIA ABAJO

Don Juan y Genaro hicieron su viaje anual al norte de México, al desierto de Sonora, para buscar plantas medicinales. Vicente Medrano, uno de los videntes compañeros de don Juan, el herbario entre ellos, usaba esas plantas para elaborar medicinas.

Me junté con don Juan y Genaro, como habíamos acordado, en la última etapa de su jornada. Me proponía llevarlos en coche de regreso a su casa.

Un día antes de que partiéramos de vuelta, don Juan repentinamente continuó su explicación. Descansábamos a la sombra de unos arbustos bastante tupidos, al pie de las montañas. Estaba entrada la tarde. Cada uno de nosotros llevaba un gran costal lleno de plantas. En cuanto las depositamos en el suelo, Genaro se acostó sobre su costal y se durmió.

Don Juan me habló en voz baja, como si no quisiera despertar a Genaro. Dijo que ya me había explicado casi todas las verdades del estar consciente de ser, y que sólo quedaba una más por discutir. Me aseguró que esa última era el mayor hallazgo que tuvieron los antiguos videntes, aunque ellos mismos jamás lo supieron. Su tremendo valor sólo fue reconocido por los nuevos videntes, siglos más tarde.

-Te he explicado que el hombre tiene un punto de encaje -prosiguió-, y que ese punto de encaje alinea emanaciones para la percepción. También hemos discutido que ese punto se mueve de su posición fija. Ahora bien, la última verdad es que, una vez que ese punto de encaje se mueve más allá de cierto límite, puede alinear mundos enteramente diferentes al mundo que conocemos.

Sin dejar de susurrar, dijo que ciertas áreas geográficas no sólo ayudan a ese precario movimiento del punto del encaje, sino que también seleccionan direcciones especificas para dicho movimiento. Por ejemplo, el desierto de Sonora ayuda al punto de encaje a moverse de su posición acostumbrada, hacia abajo, al lugar más terrible que uno puede imaginar.

-Es por eso que hay verdaderos brujos en Sonora -continuó-. Especialmente brujas. Tú ya conoces a una, la Catalina. En el pasado, he organizado encuentros entre ustedes dos. Quería yo entonces mover a tu punto de encaje y, con sus payasadas de bruja, la Catalina lo aflojó muchísimo.

Don Juan explicó que las escalofriantes experiencias que yo había tenido con la Catalina eran parte de un acuerdo preestablecido entre ellos dos.

-¿Qué pensarías si la invitáramos a unirse a nosotros? -me preguntó Genaro en voz alta, incorporándose.

La brusquedad de su pregunta y el extraño sonido de su voz me hundieron en un terror instantáneo.

Don Juan se rió, me tomó de los antebrazos y me sacudió. Me aseguró que no había motivo de alarma. Dijo que, para nosotros, la Catalina era como una prima hermana

o una tía. Ella era parte de nuestro mundo, aunque no se aunara del todo a nosotros. Comentó que la Catalina estaba en realidad infinitamente más aunada a los antiguos videntes.
Genaro sonrió y me guiñó un ojo.
-Tengo entendido que le tienes muchas ganas a la Catalina -me dijo-. Ella misma me confesó que cada vez que ustedes dos se enfrentaron, mientras más asustado estabas, más ganas le tenías.
Don Juan y Genaro se rieron, casi hasta la histeria.
Tuve que admitir que de alguna manera la Catalina siempre me había parecido una mujer temible pero a la vez extremadamente atractiva. Lo que más me impresionaba de ella era la energía que exudaba.
-Tiene tanta energía ahorrada -comentó don Juan-, que no fue necesario que estuvieras en estado de conciencia acrecentada para que ella moviera tu punto de encaje hasta las profundidades del lado izquierdo.
De nuevo, don Juan dijo que la Catalina estaba muy estrechamente relacionada con nosotros. Me reveló que ella pertenecía al grupo del nagual Julián. Explicó que generalmente, el nagual y todos sus videntes dejan el mundo juntos, pero que hay casos en los cuales lo dejan o bien en pequeños grupos o uno por uno. El nagual Julián y su grupo eran un ejemplo de este caso. El nagual Julián salió del mundo hacía casi cuarenta años, pero la Catalina aún seguía aquí.
Me recordó algo que me había mencionado antes, que el grupo de videntes del nagual Julián consistía de tres hombres completamente inconsecuentes y de ocho mujeres extraordinarias. Don Juan había sostenido siempre que tal disparidad era una de las razones por las que salieron de este mundo uno por uno.
Dijo que la Catalina había estado ligada a una de las soberbias mujeres videntes, quien le había enseñado extraordinarias maniobras para mover su punto de encaje al área baja. Esa vidente fue una de las últimas que dejó el mundo, y puesto que tanto ella como la Catalina era originalmente de Sonora, en su vejez volvieron al desierto y vivieron juntas hasta que la vidente abandonó el mundo, a una edad muy avanzada. En los años que pasaron juntas, la Catalina se convirtió en su más dedicada ayudante y discípula, y aprendió así las extravagantes maneras que los antiguos videntes conocían para mover el punto de encaje.
Le pregunté a don Juan si el conocimiento de la Catalina era diferente al suyo.
-Nosotros sabemos las mismas cosas -repuso-, pero ella es más como Silvio Manuel o Genaro; en realidad es la versión femenina de ellos, pero desde luego, siendo mujer, es infinitamente más agresiva, y peligrosa que ellos dos.
Genaro asintió moviendo la cabeza.
-Infinitamente más -dijo y me volvió a guiñar el ojo.
-¿Está ella unida al grupo de usted, don Juan? -le pregunté.
-Dije que, para nosotros, es como una prima hermana o tía -contestó-. Quise decir que ella pertenece a la generación anterior, aunque es más joven que todos nosotros. Ella es la última vidente de ese grupo. Rara vez entra en contacto con nosotros. No nos quiere mucho. Cree que somos demasiado rígidos y severos. Ella está acostumbrada a las maneras del nagual Julián, y por ello prefiere la gran aventura de lo desconocido a la búsqueda de la libertad.
-¿Cuál es la diferencia entre ambas? -le pregunté a don Juan.
-En la última parte de mi explicación de la conciencia de ser -contestó-, vamos a discutir esa diferencia muy minuciosamente. Lo que es importante que sepas ahora, es que en tu conciencia del lado izquierdo tú guardas celosamente extraños secretos; por eso tú y la Catalina se gustan tanto.
Insistí de nuevo que no era que me gustara la Catalina, sino que más bien yo admiraba su gran fuerza.
Don Juan y Genaro se rieron y me dieron leves codazos como si supieran algo que yo desconocía.

-Le gustas porque ella sabe cómo eres -dijo Genaro chasqueando los labios-. Ella conoció muy bien al nagual Julián.
Ambos me miraron fijamente hasta que me sentí incómodo.
-¿Qué es lo que estás insinuando? -le pregunté a Genaro con un tono agresivo.
Me sonrió y, en un gesto cómico subió y bajó las cejas. Pero no dijo nada.
Don Juan habló y rompió el silencio.
-Hay puntos muy extraños en común entre el nagual Julián y tú -dijo-. Genaro simplemente trata de averiguar si estás consciente de ello.
Le pregunté a ambos cómo diablos podía estar consciente de algo tan jalado de los cabellos.
-La Catalina cree que lo estás -dijo Genaro-. Lo dice porque ella conoció al nagual Julián mejor que cualquiera de nosotros.
Comenté que no podía creer que ella había conocido al nagual Julián, ya que él había abandonado el mundo hacía casi cuarenta años.
-La Catalina no es una jovenzuela -dijo Genaro-. Simplemente se ve joven; eso es parte de su conocimiento. Así como era parte del conocimiento del nagual Julián. Tú sólo la has visto cuando se ve joven. Si la ves cuando se ve vieja, te zurras en tus calzones.
-Lo que hace la Catalina -interrumpió don Juan-, sólo puede explicarse en términos de las tres maestrías: la maestría del estar consciente de ser, la maestría del acecho y la maestría del intento.
"Pero hoy, vamos a examinar lo que ella hace sólo a la luz de la última verdad de la conciencia de ser: que el punto del encaje puede alinear mundos diferentes al nuestro una vez que se mueve considerablemente de su posición original.
Con una seña, don Juan me hizo ponerme de pie. Genaro también se incorporó. Automáticamente agarré el costal lleno de plantas medicinales. Genaro me detuvo cuando yo estaba por echármelo al hombro.
-Deja el costal -me dijo sonriendo-. Tenemos que subirnos a ese cerro para reunirnos con la Catalina.
-¿Dónde está la Catalina? -pregunté.
-Allá arriba -dijo Genaro señalando la cima de una colina-. Si miras fijamente, con los ojos entrecerrados, la verás como un punto muy oscuro contra la vegetación verde.
Me esforcé por ver el punto oscuro, pero no pude ver nada.
-¿Por qué no te subes hasta allá arriba? -me sugirió don Juan.
Me sentí mareado, estaba a punto de vomitar. Con un gesto de la mano don Juan me animó a subir, pero yo no me atrevía a moverme. Finalmente, Genaro me tomó del brazo y los dos subimos hacia la cima de la colina. Cuando llegamos allí, me di cuenta de que don Juan había subido con nosotros. Los tres llegamos al mismo tiempo.
Con mucha calma, don Juan comenzó a hablarle a Genaro. Le preguntó si recordaba las muchas veces que el nagual Julián estuvo a punto de estrangularlos porque eran tan cobardes.
Genaro se volvió hacia mí y me aseguró que el nagual Julián había sido un maestro despiadado. Él y su propio maestro, el nagual Elías, quien aún estaba en el mundo en aquel entonces, solían empujar los puntos de encaje de todos sus aprendices más allá de un limité crucial, y los dejaban allí, en mundos inconcebibles, para que se las arreglasen por sí solos.
-Te dije una vez que el nagual Julián nos recomendaba no malgastar nuestra energía sexual -prosiguió Genaro-. El quería decir que para mover el punto de encaje uno necesita energía. Si uno no la tiene, el golpe del nagual no es el golpe de la libertad sino el golpe de la muerte.
-Sin suficiente energía -dijo don Juan-, la fuerza del alineamiento resulta aplastante. Tienes que tener energía para resistir la presión de alineamientos que nunca tienen lugar en circunstancias ordinarias.
Genaro dijo que el nagual Julián también era un maestro inspirado. Siempre encontraba formas de enseñar y de divertirse al mismo tiempo. Uno de sus métodos favoritos consistía en agarrarlos desprevenidos

en estados de conciencia normal, darles el golpe del nagual y mover sus puntos de encaje. Después de un par de veces, lo único que tenía que hacer para conseguir su total atención era amenazarlos con un golpe inesperado.

-El nagual Julián fue realmente un hombre inolvidable -dijo don Juan-. Tenía una gran facilidad con la gente. Solía hacer las peores cosas del mundo, pero hechas por él eran sensacionales. Hechas por cualquier otra persona hubieran sido groseras e insensibles.

"Por otra parte, el nagual Elías no tenía facilidad con la gente, pero era un soberbio maestro.

-El nagual Elías era muy parecido al nagual Juan Matus -me dijo Genaro-. Se llevaron muy bien. Y el nagual Elías le enseñó todo, sin jamás alzar la voz o jugarle trampas.

-Pero el nagual Julián era de verdad otra cosa -prosiguió Genaro tocándome con el codo-. Yo diría que, igual que tú, él guardaba celosamente extraños secretos en su lado izquierdo. ¿No dirías tú lo mismo? -le preguntó a don Juan.

Don Juan no contestó, pero movió la cabeza asintiendo. Parecía estar conteniendo su risa.

-Él era muy juguetón -dijo don Juan y ambos irrumpieron en grandes risotadas.

El hecho de que obviamente aludían a algo que sólo ellos sabían me hizo sentirme aún más contrariado.

Don Juan dijo que se referían a las extrañas técnicas de brujería que el nagual Julián había aprendido en el curso de su vida. Genaro agregó que, además del nagual Elías, el nagual Julián tuvo otro maestro único. Un maestro que lo quiso inmensamente y que le enseñó novedosas y complejas maneras de mover su punto de encaje. Como resultado de esto, el nagual Julián fue extraordinariamente excéntrico en su comportamiento.

-¿Quién fue ese maestro, don Juan? -pregunté.

Don Juan y Genaro se miraron uno al otro y se rieron como dos niños.

-Es una pregunta muy difícil de contestar -repuso don Juan-. Lo único que puedo decir es que él fue el maestro que desvió el curso de nuestra línea. Nos enseñó muchas cosas, buenas y malas, pero entre las peores, nos enseñó lo que hacían los antiguos videntes. Y por eso, algunos de nosotros quedamos atrapados. El nagual Julián fue uno de ellos, y también lo es la Catalina. Sólo esperamos que tú no sigas sus pasos.

De inmediato comencé a protestar. Don Juan me interrumpió. Me dijo que yo no sabía contra qué protestaba.

Conforme don Juan hablaba, sentí un terrible enojo contra él y Genaro. El enojo se transformó de pronto en una rabia incontenible. Comencé a gritarles a todo pulmón. Mi reacción estaba tan fuera de tono que me asustó. Era como si yo fuera otra persona. Me controlé y los miré buscando ayuda.

Genaro tenía puestas las manos sobre los hombros de don Juan, como si necesitara apoyarse. Ambos se ahogaban de risa.

Me sentí tan abatido que casi me salían lágrimas. Don Juan vino a mi lado. Puso su mano sobre mi hombro para tranquilizarme. Dijo que, por razones que le resultaban incomprensibles, el desierto de Sonora fomentaba una definida agresividad en el hombre o en cualquier otro organismo.

-La gente podrá decir que se debe a que aquí el aire es demasiado seco -prosiguió calmadamente-, o porque hace demasiado calor. Los videntes dicen que se debe a que aquí se encuentra una confluencia particular de las emanaciones del Aguila que, como ya dije, ayuda al punto de encaje a moverse hacia abajo.

"Sea como fuera, los guerreros están en el mundo, realmente, con el fin de entrenarse a ser testigos sin prejuicios para así descubrir y entender el misterio que somos. Esta es la meta más alta de los nuevos videntes. Y no todos ellos la alcanzan. Creemos que el nagual Julián no la alcanzó. Pudiéramos decir que asaltaron a él y a la Catalina en el camino y los desviaron.

Dijo que para ser un guerrero sin par uno tiene que amar la libertad, y uno tiene que tener una despreocupación, un desinterés supremo. Explicó que el camino del guerrero es algo extremadamente peligroso porque representa el lado opuesto de la situación del hombre moderno, que ha abandonado el reino de lo desconocido y de lo misterioso, y se ha instalado en el reino de lo funcional. Le ha dado la espalda al mundo de los presentimientos y el júbilo y le ha dado la bienvenida al mundo del aburrimiento.

-El recibir una oportunidad de volver nuevamente al misterio del mundo -prosiguió don Juan-, resulta a veces ser demasiado para los guerreros, y sucumben; los asalta en su camino lo que yo he llamado la gran aventura de lo desconocido. Olvidan la búsqueda de la libertad, olvidan ser testigos sin prejuicios. Y con un gozo ciego, se hunden en lo desconocido.

-Y usted cree que yo soy así, ¿verdad? -le pregunté a don Juan.

-No es cuestión de creer, nosotros lo sabemos -contestó Genaro-. Y la Catalina lo sabe mejor que todos los demás.

-¿Cómo lo sabe? -exigí saber.

-Porque es como tú -repuso Genaro pronunciando sus palabras con una entonación cómica.

Estaba a punto de iniciar una acalorada discusión cuando don Juan me interrumpió.

-No hay motivo para alterarse tanto -me dijo-. Tú eres lo que eres. La lucha por la libertad, es más dura para algunos. Tú eres uno de ellos.

"Para llegar a ser testigos sin prejuicios -prosiguió-, se comienza entendiendo que la estabilidad o el movimiento del punto de encaje determina lo que somos, y lo que es el mundo que atestiguamos.

"Los nuevos videntes dicen que cuando aprendimos a hablar con nosotros mismos, aprendimos los medios de entorpecernos para así poder mantener al punto de encaje en un sitio fijo.

Genaro aplaudió ruidosamente y soltó un chiflido agudo que imitaba el silbato de un entrenador de deportes.

-¡Pongamos en movimiento ese punto de encaje! -gritó-. ¡Arriba, arriba, arriba! ¡Muévete, muévete, muévete!

Todavía estábamos riéndonos cuando repentinamente los matorrales a mi lado derecho se sacudieron. Don Juan y Genaro se sentaron de inmediato con el pie izquierdo metido bajo el asiento. La pierna derecha, con la rodilla elevada, era como un escudo frente a ellos. A señas, don Juan me indicó que hiciera lo mismo. Alzó las cejas e hizo un gesto de resignación en la comisura de la boca.

-Los brujos tienen sus propias peculiaridades -dijo susurrando-. Cuando el punto de encaje se mueve a las regiones abajo de su posición normal, los brujos no distinguen muy bien. Si te ven de pie, te atacarán.

-El nagual Julián me mantuvo una vez en esta posición de guerrero durante dos días -me susurró Genaro-. Incluso tuve que orinar mientras permanecía sentado en esta posición.

-Y defecar -agregó don Juan con gran seriedad.

-Cierto -dijo Genaro. Y me susurró aún más bajo, como si lo acabara de pensar:- Espero que hayas hecho caca antes. Si no tienes vacíos los intestinos cuando se aparezca la Catalina, te harás caca en los pantalones, a menos que te enseñe cómo quitártelos. Si tienes que cagar en esta posición, tienes que quitarte los pantalones.

Comenzó a enseñarme cómo maniobrar para quitarme los pantalones. Lo hizo con una cara extremadamente seria y preocupada. Toda mi concentración se enfocó en sus movimientos. Sólo después de haberme quitado los pantalones me di cuenta de que don Juan rugía de risa. Nuevamente Genaro se divertía a mi costo. Estaba a punto de incorporarme para ponerme los pantalones cuando don Juan me detuvo. Se reía con tanta fuerza que apenas podía articular sus palabras. Me dijo que me quedara donde estaba, que Genaro sólo bromeaba a medias, y que la Catalina realmente estaba ahí detrás de los matorrales.

Su tono apremiante, a pesar de su risa, me afectó. Al momento, me congelé en mi sitio. Un crujido entre los matorrales me llenó de tanto pánico que olvidé que estaba medio desnudo. Miré a Genaro. Vestía nuevamente sus pantalones. Se encogió de hombros y me sonrió como disculpándose.
-Lo siento -susurró-. No tuve tiempo de enseñarte a ponértelos sin pararte.
No tuve la oportunidad de enojarme o de unirme a su regocijo. En ese instante, justo frente a mí, los matorrales se separaron y surgió de entre ellos una criatura absolutamente horrenda. Era de una apariencia tan estrafalaria que ya no pude ni sentir miedo. Estaba fascinado. Aquello que estaba frente a mí no era un ser humano; era algo que ni siquiera remotamente se asemejaba a uno. Era más como un reptil. O un voluminoso y grotesco insecto. O incluso un ave peluda, totalmente repulsiva. Su cuerpo era oscuro y tenía una gruesa pelambre rojiza. No podía verle extremidades, sólo veía la horrible y enorme cabeza. La nariz era chata y sus dos ventanas eran dos descomunales enormes huecos laterales. Tenía algo parecido a un pico con dientes. Aunque era horrenda esa cosa, sus ojos eran magníficos. Eran como dos lagunas hipnotizantes de incomparable claridad. Poseían conocimiento. No eran ojos humanos, ni ojos de ave, ni ojos de ningún otro ser que yo hubiera visto alguna vez.
La criatura se movió hacia mi izquierda, haciendo crujir los matorrales. Al mover la cabeza para seguirla, me di cuenta de que don Juan y Genaro parecían estar tan hipnotizados como yo. Se me ocurrió que tampoco ellos habían visto jamás algo así. En un instante, la criatura se perdió completamente de vista. Pero un momento después se escuchó un gruñido y nuevamente su forma gigantesca se elevó ante nosotros,
Yo estaba fascinado sin medida y a la vez preocupado por el hecho de que no le tenía el menor temor a ese grotesco ser. Era como si mi pánico inicial hubiera sido experimentado por alguien que no era yo.
En cierto momento, sentí que comenzaba a incorporarme. Contra mi voluntad, mis piernas se enderezaron y me hallé de pie, frente a ese ser. Vagamente sentí que me quitaba el saco, la camisa y los zapatos. Me quedé desnudo. Los músculos de mis piernas se endurecieron con una contracción tremendamente poderosa. Comencé a saltar con colosal agilidad, y después la criatura y yo corrimos hacia un verdor inefable en la distancia.
La criatura corría delante de mí, enrollándose sobre sí misma, como una serpiente. Corrí hasta alcanzarla. Mientras corríamos juntos, me di cuenta de algo que ya sabía, en realidad ese ser grotesco era la Catalina. De pronto, en carne y hueso, la Catalina estaba a mi lado. Avanzábamos sin esfuerzo. Era como si estuviéramos corriendo sin movernos, tan sólo posando en un gesto corporal de movimiento y velocidad, mientras que el paisaje a nuestro alrededor se movía, creando la impresión de una tremenda aceleración.
Nuestra carrera se detuvo tan repentinamente como había empezado, y luego yo estaba solo con la Catalina, en un mundo diferente. No había en él una sola característica reconocible. Había un intenso brillo y calor que provenía de lo que parecía ser el suelo, un suelo cubierto con grandes rocas. O por lo menos parecían ser rocas. Tenían el color de la arenisca, pero no tenían peso, eran como trozos de tejido esponjoso. Con sólo apoyarme contra ellas podía lanzarlas a lo lejos.
Quedé tan cautivado con mi fuerza que me abstraí de todo lo demás. De alguna manera, yo estaba consciente de que los trozos de material, aparentemente sin peso, si me oponían resistencia, era mi tremenda fuerza la que los lanzaba por doquier.
Traté de agarrarlos con las manos, y me di cuenta de que todo mi cuerpo había cambiado. La Catalina me miraba. De nuevo, era la grotesca criatura que había sido anteriormente, y yo también era así. No podía verme a. mí mismo, pero sabía que los dos éramos exactamente iguales.
Una alegría indescriptible me poseyó,

como si la alegría hubiera sido una fuerza que provenía de mi exterior. La Catalina y yo hicimos cabriolas, nos retorcimos, y jugamos hasta que ya no tuve más pensamientos, o sentimientos, o conciencia humana de algún grado. Sin embargo, definitivamente, yo estaba consciente. Mi conciencia era un vago conocimiento que me inspiraba confianza, era una fe ilimitada, una certidumbre física de mi existencia, no en el sentido de un sentimiento humano de individualidad, sino en el sentido de una presencia que lo era todo.
De repente, todo volvió a enfocarse a nivel humano otra vez. La Catalina me tenía agarrado de la mano. Caminábamos en la tierra arenosa y entre las matas espinosas del desierto. Sentí el inmediato y doloroso efecto de las piedras del desierto y los duros pedazos de tierra en mis pies descalzos.
Llegamos a un lugar sin vegetación. Ahí estaban don Juan y Genaro. Me senté y me puse la ropa.

Mi experiencia con la Catalina atrasó nuestro viaje de regreso al sur de México. Me había desequilibrado completamente. En mi estado de conciencia normal me sentí trastornado. Era como si hubiera perdido un punto de referencia. Me sentía abatido, desconsolado. Le dije a don Juan que incluso había perdido el deseo de vivir.
Estábamos sentados en la ramada de la casa de don Juan. Mi coche estaba cargado con bolsas de plantas y estábamos listos para partir, pero me ganó el sentimiento de desesperación y comencé a llorar.
Don Juan y Genaro se rieron hasta que sus ojos empezaron a lagrimear. Mientras más desesperado me sentía, mayor era su gozo. Finalmente, don Juan me hizo cambiar a un estado de conciencia acrecentada y me explicó que el hecho de que se reían de mí no era crueldad de su parte ni el resultado de un extraño sentido del humor, sino la genuina expresión de felicidad al verme avanzar por el camino del conocimiento.
-Te diré lo que el nagual Julián solía decirnos cuando llegamos adonde tú estás -prosiguió don Juan-. De esa forma sabrás que no estás solo. Lo que te está pasando le pasa a cualquiera que ahorra suficiente energía para poder vislumbrar lo desconocido.
Dijo que el nagual Julián solía decirles que habían sido expulsados de los hogares en los que habían vivido todas sus vidas. Un resultado del ahorro de energía había sido la desorganización de su cómodo y acogedor nido en el mundo de la vida cotidiana. La depresión que sentían, les decía el nagual Julián, no era tanto la tristeza de haber perdido un nido aburrido y restrictivo, sino más bien la molestia de tener que buscar nuevas viviendas.
-Las nuevas viviendas -continuó don Juan- no son tan cómodas y acogedoras, pero son infinitamente más holgadas, más amplias.
"Tu aviso de desalojo se presentó en la forma de una gran depresión, una pérdida del deseo de vivir, igual como nos pasó a nosotros. Cuando nos dijiste que no querías vivir, no pudimos evitar reírnos.
-¿Qué me va a pasar ahora? -pregunté.
-En términos vulgares tienes que conseguirte otra cueva donde poner tu petate -contestó don Juan.
Don Juan y Genaro entraron nuevamente en un estado de gran euforia. Cada aseveración o comentario que hacían a mis preguntas los envolvía en risa histérica.
-Todo es muy sencillo -dijo don Juan-. Tu nuevo nivel de energía creará un nuevo sitio para albergar tu punto de encaje. Entrarás en un estado permanente de conciencia acrecentada, y el diálogo de guerrero, que tienes con nosotros cada vez que nos reunimos, le dará solidez a esa nueva posición.
Genaro adoptó un gesto arrogante.
-Sigamos adelante con nuestro diálogo de guerrero -dijo y con voz atronadora me preguntó-: ¿Ya cagaste hoy?
Con un movimiento de cabeza me instó a responder.
-¿Ya lo hiciste? ¡Habla! ¡Habla! -demandó con voz autoritaria.

Cuando amainaron sus risas, Genaro dijo muy seriamente que yo tenía que estar consciente de que de vez en cuando se desequilibra la nueva posición y el punto de encaje regresa a su lugar original. Me dio como ejemplo su propio caso; en su posición normal su punto de encaje alineaba un mundo coercivo con gente agresiva y muchas veces aterradora. Fue una total sorpresa para él cuando un día se dio cuenta de que el mundo había cambiado. El tímido Genaro ya no existía, en su lugar estaba un hombre considerablemente más audaz que se enfrentaba a situaciones que de ordinario lo hubieran hundido en el caos y el temor.

-Un día me encontré haciendo el amor -prosiguió Genaro, y me guiñó el ojo-. Generalmente tenía un miedo mortal a las mujeres. Me desperté como de un sueño en la cama con una vieja rechingona. Aquello era tan ajeno a mí que cuando me di cuenta de lo que hacía casi tuve un ataque al corazón. La sacudida hizo que mi punto de encaje regresara a su miserable posición normal. Fui otra vez el tímido Genaro y tuve que salir corriendo de la casa, temblando como conejo asustado.

-Más te vale que te cuides de la reculada del punto de encaje -agregó Genaro, y comenzaron a reírse nuevamente.

-Como ya lo sabes, la posición del punto de encaje -explicó don Juan-, se mantiene mediante el diálogo interno, por lo tanto es una posición muy frágil. Este es el motivo por el cual los seres humanos pierden tan fácilmente la razón, especialmente aquéllos cuyo diálogo interno es redundante, aburrido y sin ninguna profundidad.

"Los nuevos videntes dicen que los seres humanos más resistentes son aquellos cuyo diálogo interno es fluido y variado.

Dijo que la posición del punto de encaje de un guerrero es infinitamente más fuerte, porque en cuanto el punto comienza a moverse hacia la profundidad del huevo luminoso crea un hoyuelo en la luminosidad, un hoyuelo que alberga al punto de encaje de ahí en adelante.

Es por eso que no podemos decir que los guerreros pierden la razón -prosiguió don Juan-. Si algo pierden, pierden su hoyuelo.

Esa aseveración les pareció tan divertida a don Juan y a Genaro que rodaron por el piso riéndose.

Le pedí a don Juan que explicara mi experiencia con la Catalina.

-Las mujeres son definitivamente más estrafalarias que los hombres -dijo don Juan-. El hecho de que tienen una abertura entre las piernas las hace caer presas de extrañas influencias. A través de esa abertura se posesionan de ellas fuerzas telúricas, extrañas y poderosas. Es la única forma en que puedo entender sus extravagancias. El nagual Julián decía que las mujeres tienen un tercer ojo. Él lo llamaba el ojo telúrico, el ojo que mira al suelo.

Nuevamente los dos se retorcieron de risa. Después guardaron silencio durante un largo rato.

-La Catalina se nos presentó como un gigantesco gusano -comentó don Juan repentinamente.

La expresión de don Juan al decir eso, y la explosión de risa de Genaro me llevaron a un estado de regocijo total. Me reí hasta que me dolía el estómago.

Don Juan dijo que la habilidad de la Catalina era tan extraordinaria que ella podía hacer lo que quisiera en el área de abajo. Su demostración sin par había sido motivada por su afinidad conmigo. El resultado final de todo aquello, dijo, era que la Catalina había arrastrado consigo mi punto de encaje.

-¿Qué cosas hicieron ustedes dos cuando eran gusanitos? -preguntó Genaro y me dio de palmadas en la espalda.

Don Juan parecía estar a punto de ahogarse de risa.

-Ya te dije que las mujeres son más estrafalarias que los hombres -comentó al fin.

-No estoy de acuerdo contigo -le dijo Genaro a don Juan-. El nagual Julián no tenía una abertura entre las piernas, y era más estrafalario que la Catalina. Él fue quien le enseñó a ella a hacerse gusano. Y ni hablar de lo que hacían de gusanos.

Don Juan dio de saltos, como un niño que trata de evitar orinarse en sus pantalones. Cuando hubo recuperado cierta medida de calma, dijo que el nagual Julián tenía un don especial para crear y explotar las más extrañas situaciones. Dijo también que la Catalina me había dado un ejemplo soberbio del movimiento hacia abajo. Me había dejado verla como el ser cuya forma adoptó al mover su punto de encaje, y luego me había ayudado a mover el mío a la misma posición que le confería esa monstruosa apariencia.

-El otro maestro que tuvo el nagual Julián -prosiguió don Juan-, le enseñó cómo llegar a puntos específicos en esa inmensidad del área baja. Ninguno de nosotros podía seguirlo a esos mundos, pero todos los miembros de su grupo sí lo hacían, especialmente la Catalina y la mujer vidente que le enseñó.

Don Juan dijo además que un cambio hacia abajo implicaba una visión, no de otro mundo propiamente dicho, sino de nuestro mismo mundo de la vida cotidiana visto desde una perspectiva diferente. Agregó que para que yo pudiera ver otro mundo tenía que percibir otra gran banda de las emanaciones del Águila.

Agregó que no tenía tiempo para hablar en detalle sobre el tema de las grandes bandas de emanaciones, porque teníamos que emprender el viaje de regreso. Yo quería quedarme un poco más y seguir hablando, pero alegó que para explicar ese tema él necesitaba mucho más tiempo y yo necesitaba mucha más concentración.

X. LAS GRANDES BANDAS DE EMANACIONES

Días después, ya en la casa de Silvio Manuel, don Juan reanudó su explicación. Me llevó al cuarto grande. Anochecía. El cuarto estaba a oscuras. Yo quería encender las lámparas de gasolina pero don Juan no me lo permitió. Me dijo que tenía que dejar que el sonido de su voz moviera mi punto de encaje para que resplandeciera con las emanaciones de la concentración total y la rememoración total.

Me dijo que íbamos a hablar de las grandes bandas de emanaciones. Lo llamó otro descubrimiento clave hecho por los antiguos videntes, pero dijo que, en su extravío, lo relegaron al olvido hasta que fue rescatado por los nuevos videntes.

-Las emanaciones del Águila se agrupan siempre en racimos -prosiguió-. Los antiguos videntes llamaron a esos racimos las grandes bandas de emanaciones. No son realmente bandas, pero el nombre se les quedó.

"Por ejemplo, existe un racimo inmensurable que produce seres orgánicos. Las emanaciones de esa banda orgánica son de una calidad casi esponjosa. Son transparentes y tienen una luz propia única, una energía peculiar. Están conscientes, se mueven. Esa es la razón por la cual todos los seres orgánicos están llenos de una energía devoradora. Las otras bandas son más oscuras, menos esponjosas. Algunas de ellas no tienen luz en absoluto, sino una especie de opacidad.

-¿Quiere usted decir, don Juan, que todos los seres orgánicos tienen el mismo tipo de emanaciones dentro de sus capullos? -pregunté.

-No. No es eso lo que quiero decir. Realmente no es tan sencillo, aunque los seres orgánicos pertenecen a la misma gran banda. Imagínatelo como una banda enormemente ancha de filamentos luminosos, hilos luminosos sin fin. Los seres orgánicos son burbujas que crecen alrededor de un grupo de filamentos luminosos. Imagina que en esta banda de vida orgánica algunas burbujas se forman alrededor de los filamentos luminosos del centro de la banda, mientras que otros se forman cerca de los bordes; la banda es lo suficientemente ancha para acomodar a todo tipo de ser orgánico, y con espacio de sobra. En un arreglo así, las burbujas que están cerca de los bordes de la banda no tienen nada que ver con las emanaciones que están en el centro de la banda, que son compartidas sólo por burbujas que se alinean con

el centro. De igual manera, las burbujas del centro no tienen nada que ver con las emanaciones de los bordes.

"Como podrás entender, los seres orgánicos se forman con las emanaciones de una sola banda; pero los videntes ven que dentro de esa banda orgánica hay diferencias descomunales entre esos seres.

-¿Hay muchas de esas grandes bandas? -pregunté.

-Hay tantas como el infinito mismo -contestó-. Sin embargo, los videntes descubrieron que en la tierra sólo hay cuarenta y ocho de esas bandas.

-¿Qué significa eso, don Juan?

-Para los videntes significa que hay cuarenta y ocho tipos de organizaciones en la tierra, cuarenta y ocho tipos de racimos o estructuras. La vida orgánica es uno de ellos.

-¿Significa eso que hay cuarenta y siete tipos de vida inorgánica?

-No, de ninguna manera. Los antiguos videntes contaron siete bandas que producían burbujas de conciencia inorgánica. En otras palabras, hay cuarenta bandas que producen burbujas sin conciencia alguna; esas son bandas que sólo generan organización.

"Piensa que las grandes bandas son como árboles. Todos dan fruto; producen recipientes llenos de emanaciones; pero sólo ocho de esos árboles dan frutos comestibles, esto es, burbujas con conciencia. Siete tienen fruto amargo, pero aún así, comestible; y uno produce las frutas más jugosas y sabrosas que existen.

Se rió y dijo que en su analogía había tomado el punto de vista del Águila, para quien los más deliciosos bocados son las burbujas con conciencia orgánica.

-¿Qué hace que esas ocho bandas produzcan conciencia? -pregunté.

-El Águila confiere la conciencia a través de sus emanaciones -contestó.

Su respuesta me hizo discutir con él. Afirmé que era una aseveración sin significado, porque decir que el Águila confiere la conciencia a través de sus emanaciones es parecido a lo que diría un hombre religioso acerca de Dios, que Dios concede la vida a través de su amor.

-Las dos aseveraciones no tienen el mismo punto de vista -dijo con paciencia-. Y sin embargo creo que significan la misma cosa. La diferencia es que los videntes ven cómo el Águila confiere la conciencia a través de sus emanaciones y los hombres religiosos no ven cómo Dios confiere la vida a través de su amor.

Dijo que la manera en que el Águila confiere la conciencia es mediante tres gigantescos haces de emanaciones que recorren las ocho grandes bandas. Estos haces son bastante peculiares, porque hacen que los videntes sientan un color. Un haz da la sensación de ser rosa amarillento; otro da la sensación de ser de color durazno; y el tercer haz da la sensación de ser ambarino, como la miel clara.

-De modo que es asunto de ver un color cuando los videntes ven que el Águila confiere la conciencia a través de sus emanaciones -prosiguió-. Los hombres religiosos no ven el amor de Dios, pero si pudieran verlo, sabrían que es o rosa, o color durazno, o ambarino.

-El hombre, por ejemplo, está ligado al haz ambarino, pero hay otros seres que también lo están.

Quise saber que otros seres compartían esas emanaciones con el hombre.

-Tú mismo tendrás que descubrir detalles como ése, viéndolos -dijo-. No tiene caso que te diga cuáles seres son; sólo te dará ocasión para hacer otro inventario. Basta con decir que descubrir eso por tu cuenta será una de las cosas más emocionantes que puedas hacer.

-¿Los haces de color rosado y color durazno también se ven en el hombre? -pregunté.

-Nunca. Esos haces pertenecen a otros seres vivientes -contestó.

Estaba a punto de hacerle otra pregunta, pero me ordenó detenerme con un vigoroso movimiento de la mano. Se perdió en sus pensamientos. Durante largo tiempo estuvimos envueltos en silencio total.

-Te he dicho que en el hombre el resplandor de la conciencia tiene diferentes co-

lores -dijo finalmente-. Lo que no te dije entonces, porque aún no llegábamos a ese punto, era que no son colores sino tintes de ámbar.

Dijo que el haz de conciencia ambarino tiene una infinidad de variantes sutiles que siempre denotan diferencias en la calidad de la conciencia. Los tintes más comunes son el ámbar rosado y el verde pálido. El ámbar azul es más inusitado, pero el ámbar puro es el más raro de todos.

-¿Qué determina los tintes particulares de ámbar?

-Los videntes dicen que la cantidad de energía que uno ahorra y almacena determina el tinte. Incontables cantidades de guerreros han comenzado con un tinte ordinario, color rosa, y han terminado con el más puro de todos los ámbares. Genaro y Silvio Manuel son ejemplos de ello.

-¿Qué formas de vida pertenecen a los haces de conciencia color rosa y color durazno? -pregunté.

-Los tres haces, con todos sus tintes, entrecruzan las ocho bandas -contestó-. En la banda orgánica, el haz color rosa pertenece sobre todo a las plantas, la banda color durazno pertenece a los insectos, y la banda ambarina pertenece al hombre y a otros seres orgánicos y no necesariamente animales.

"La misma situación prevalece en las bandas inorgánicas. Los tres haces de conciencia producen tipos específicos de seres inorgánicos en cada una de las siete grandes bandas.

Le pedí que me diera detalles de los tipos de seres inorgánicos que existían.

-Esa es otra cosa más que tienes que ver por tu cuenta -dijo-. Las siete bandas y lo que producen son en realidad inaccesibles a la razón, pero no al ver.

Le dije que no lograba entender del todo su explicación de las grandes bandas, porque su descripción me había obligado a imaginarlas como bandas planas, o incluso como las correas transportadoras de una fábrica.

Explicó que las grandes bandas no son ni planas ni redondas, sino indescriptiblemente arracimadas, como un monto de paja, que queda sostenido a mitad del aire por la fuerza de la mano que la lanzó ahí. Por eso, no existe orden en las emanaciones; decir que existe una parte central o que existen bordes resulta engañoso, pero necesario para poder entender.

Explicó que los seres inorgánicos producidos por las otras siete bandas se caracterizan por tener un recipiente que carece de movimiento; tienen más bien un receptáculo amorfo con un bajo grado de luminosidad. No se parece al capullo de los seres orgánicos. Le falta la tensión, la calidad que hace que los seres orgánicos parezcan bolas luminosas que rebosan energía.

Don Juan dijo que la única similitud entre los seres inorgánicos y los seres orgánicos es que todos tienen las emanaciones color rosa, color durazno o ambarinas.

-Bajo ciertas circunstancias -prosiguió-, esas emanaciones hacen posible la más fascinante comunicación, entre los seres de esas ocho grandes bandas.

Dijo que, debido a que sus campos de energía son más intensos, los seres orgánicos son generalmente los que inician la comunicación con los seres inorgánicos, pero una sutil y sofisticada relación que siempre resulta es iniciativa de los seres inorgánicos. Una vez rota la barrera, los seres inorgánicos cambian y se convierten en lo que los videntes llaman aliados. A partir de ese momento los seres inorgánicos pueden anticipar los más recónditos pensamientos o estados de ánimo o temores de los videntes.

-Tanta devoción de parte de los aliados hechizó a los mismos hechiceros, los antiguos videntes -agregó don Juan-. Hay historias de que los antiguos videntes conseguían que sus aliados hicieran lo que ellos les pedían. Esa es una de las razones por las que creían en su propia invulnerabilidad. Los engañó su importancia personal. Los aliados sólo tienen poder si el vidente que los ve es un parangón de impecabilidad; y esos antiguos videntes simplemente no lo eran.

-¿Existen tantos seres inorgánicos como organismos vivientes? -pregunté.
Dijo que los seres inorgánicos no son tan abundantes como los orgánicos, pero que esto queda compensado, en cierta medida, por el mayor número de bandas de conciencia inorgánica. Puesto que los organismos pertenecen a una sola banda, mientras que los seres inorgánicos pertenecen a siete, las diferencias entre los seres inorgánicos son más vastas que las diferencias entre los organismos.
-Además, los seres inorgánicos viven infinitamente más que los organismos -prosiguió-. Este detalle, por razones que te revelaré más adelante, es lo que impulsó a los antiguos videntes a ver todo lo que pudieron, acerca de los aliados.
Dijo que los antiguos videntes llegaron también a darse cuenta de que es la intensa energía de los organismos y el subsecuente alto desarrollo de su conciencia lo que los convierte en deliciosos bocados para el Águila. Su interpretación fue que era la gula, la razón por la cual el Águila produce un número tan grande de organismos.
Luego explicó que el producto de las otras cuarenta grandes bandas no es en absoluto la conciencia, sino una configuración de energía inanimada que los antiguos videntes llamaban vasos, mientras que llamaban capullos y recipientes a los productos de las ocho bandas con conciencia. Dijo que lo que explica la luminosidad independiente de los capullos y de los recipientes es la energía de la conciencia, y que los vasos son receptáculos rígidos cuya luminosidad estática proviene sólo de la energía de las emanaciones encapsuladas.
-Debes tomar en cuenta que en el mundo todo está encapsulado -prosiguió-. Todo lo que nosotros percibimos está compuesto por porciones de capullos o vasos con emanaciones. Como hombres comunes no percibimos en absoluto los recipientes de los seres inorgánicos.
Se me quedó viendo, esperando una señal de comprensión. Cuando se dio cuenta de que no iba a dársela, siguió explicando.
-El mundo total está integrado por las cuarenta y ocho bandas -dijo-. El mundo que nuestro punto de encaje alinea para nuestra percepción normal está compuesto por dos bandas; una es la banda orgánica, la otra es una banda que sólo tiene estructura. Las otras cuarenta y seis grandes bandas no son parte del mundo que percibimos cotidianamente.
De nuevo hizo una pausa, esperando preguntas pertinentes. Yo no tenía ninguna.
-Hay otros mundos completos que nuestros puntos de encaje pueden alinear -prosiguió-. Los antiguos videntes contaron siete de esos mundos, uno por cada banda de conciencia. Yo puedo añadir que aparte del mundo de todos los días, dos de esos otros mundos son fáciles de alinear; los otros cinco son algo casi imposible.

Cuando volvimos a sentarnos para continuar su explicación, don Juan comenzó a hablar de inmediato acerca de mi experiencia con la Catalina. Dijo que un movimiento del punto de encaje al área abajo de su posición acostumbrada le permite al vidente una visión detallada y estrecha del mundo que conocemos. Esa visión es tan detallada que parece ser un mundo enteramente diferente. Es una visión que tiene un tremendo atractivo, especialmente para aquellos videntes que tienen un espíritu aventurero e imprudente.
-El cambio de perspectiva es muy agradable -prosiguió don Juan-. El esfuerzo requerido es mínimo, y los resultados son asombrosos. Si el vidente busca una ganancia rápida, no existe mejor maniobra que el movimiento hacia abajo. El único problema es que en esas posiciones del punto de encaje los videntes se ven acosados por la muerte, que tiene lugar incluso con mayor brutalidad y mayor rapidez que en la posición del hombre.
"El nagual Julián pensaba que era un lugar ideal para divertirse, pero eso es todo. Dijo que un verdadero cambio de mundos sólo ocurre cuando el punto de encaje se mueve al interior de la banda del hombre, a suficiente profundidad para alcanzar

un umbral crucial, y que sólo entonces es cuando el punto de encaje puede usar otra de las grandes bandas.
-¿Cómo la usa? -pregunté.
Encogió los hombros.
-Es una cuestión de energía -dijo-. La fuerza del alineamiento engancha otra banda, siempre y cuando el vidente tenga suficiente energía. Nuestra energía normal le permite a nuestros puntos de encaje usar la fuerza del alineamiento de una gran banda de emanaciones. Y percibimos el mundo que conocemos. Pero si tenemos un exceso de energía, podemos usar la fuerza del alineamiento de otras grandes bandas, y en consecuencia, podemos percibir otros mundos.
De repente, don Juan cambió de tema y comenzó a hablar sobre las plantas.
-Esto quizá te parezca una rareza -dijo-, pero, por ejemplo, los árboles están más cercanos al hombre que las hormigas. Te he dicho que los árboles y el hombre pueden desarrollar una gran relación; eso se debe a que comparten emanaciones.
-¿Qué tan grandes son sus capullos? -pregunté.
-El capullo de un árbol gigante no es mucho mayor que el árbol en sí. Lo interesante es que algunas plantas muy pequeñas tienen un capullo casi tan alto como el cuerpo del hombre y tres veces más ancho. Esas son plantas de poder. Comparten la mayor cantidad de emanaciones con el hombre, no las emanaciones de la conciencia, sino otras emanaciones en general.
"Otra característica única de las plantas es que sus luminosidades tienen diferentes tintes. En general, son rosadas, porque su conciencia es rosa. Las plantas venenosas son de un rosado pálido y amarillento, y las plantas medicinales son de un rosado vivo tirando a violeta. Las únicas que son de un rosado blancuzco son las plantas de poder; algunas son de color blanco turbio, otras de un blanco brillante.
"Pero la verdadera diferencia entre las plantas y otros seres orgánicos es la localización de sus puntos de encaje. Las plantas lo tienen en la parte inferior de su capullo, mientras que otros seres orgánicos lo tienen en la parte superior.
-¿Y los seres inorgánicos? -pregunté-. ¿Dónde tienen sus puntos de encaje?
-Algunos lo tienen en la parte inferior de sus recipientes -dijo-. Esos son completamente ajenos al hombre, pero afines a las plantas. Otros lo tienen en cualquier parte de la región superior de sus recipientes. Esos son más cercanos al hombre y a otras criaturas orgánicas.
Agregó que los antiguos videntes estaban convencidos de que las plantas tienen la más intensa comunicación con seres inorgánicos. Creían que mientras más bajo estuviera el punto de encaje, más fácil resultaba para las plantas el romper la barrera de la percepción; los árboles muy grandes y las plantas muy pequeñas tienen los puntos de encaje situados muy abajo. Debido a esto, un gran número de las técnicas de brujería de los antiguos videntes eran medios de atrapar la conciencia de los árboles, y de las plantas pequeñas, para usarlas como guías para bajar a lo que ellos llamaban los niveles más profundos de las regiones oscuras.
-Entenderás, desde luego -prosiguió don Juan-, que cuando ellos creían que bajaban a las profundidades, en realidad, movían sus puntos de encaje para alinear otros mundos perceptibles con esas siete grandes bandas.
"Forzaron su conciencia hasta el límite, y unificaron mundos con las cinco grandes bandas que son accesibles a los videntes sólo si se someten a una peligrosa transformación.
-Pero, ¿lograron alinear esos mundos los antiguos videntes? -pregunté.
-Lo lograron -dijo-. En su extravío creyeron que valía la pena romper todas las barreras de la percepción, aunque tuvieran que convertirse en árboles para hacerlo.

XI. ACECHO, INTENTO Y LA POSICIÓN DE ENSUEÑO

Al día siguiente, al comenzar a caer la noche, don Juan vino al cuarto donde yo

hablaba con Genaro. Me tomó del brazo, y cruzamos la casa hasta el patio trasero. Ya había oscurecido bastante. Empezamos a caminar alrededor del corredor.

Mientras caminábamos, don Juan me dijo que quería advertirme nuevamente que, en el camino del guerrero es muy fácil perderse en complejidades. Dijo que los videntes se enfrentan a grandes enemigos que pueden destruir sus propósitos, enturbiar sus objetivos y debilitarlos; enemigos creados por el mismo conocimiento que los guerreros buscan, aunado al sentido de indolencia, imprudencia e importancia personal que son partes integrales del mundo cotidiano.

Comentó que fueron tan enormes y tan graves los errores cometidos por los antiguos videntes como resultado de la indolencia, la imprudencia y la importancia personal que los nuevos videntes no tuvieron más opción que rechazar su propia tradición.

-La cosa más importante que necesitaban los nuevos videntes -prosiguió don Juan-, eran medidas prácticas para poder mover sus puntos de encaje. Puesto que no las tenían, empezaron por desarrollar un gran interés en ver el resplandor de la conciencia, y como resultado perfeccionaron tres técnicas que llegaron a ser sus obras maestras.

Don Juan dijo que, con esas tres técnicas, los nuevos videntes lograron una extraordinaria y sumamente difícil hazaña. Lograron mover sistemáticamente el punto de encaje de su posición acostumbrada. Reconoció que los antiguos videntes también habían logrado la misma hazaña, pero por medio de maniobras con bases caprichosas e idiosincráticas.

Explicó que lo que los nuevos videntes vieron, al examinar el resplandor de la conciencia, dio lugar al orden en el que arreglaron las verdades del estar consciente de ser, descubiertas por los antiguos videntes. Ese orden se conoce como la maestría de la conciencia. Partiendo de ahí, desarrollaron las tres técnicas. La primera es la maestría del acecho, la segunda es la maestría del intento y la tercera es la maestría del ensueño. Aseveró que me había enseñado las tres desde el primer día en que nos conocimos.

Me dijo que, siguiendo la recomendación de los nuevos videntes, me había enseñado la maestría de la conciencia de dos maneras. En sus enseñanzas para el lado derecho, que aplicó en mi estado de conciencia normal, cumplió dos objetivos: me enseñó el camino del guerrero y aflojó mi punto de encaje de su posición original. En sus enseñanzas para el lado izquierdo, que llevó a cabo en estado de conciencia acrecentada, también logró dos objetivos: me dio una larga serie de explicaciones e hizo que mi punto de encaje se moviera a todas las posiciones que fui capaz de sostener.

Don Juan dejó de hablar y se detuvo. Se recostó contra un pilar del patio y empezó a hablar acerca del acecho. Dijo que tuvo orígenes muy humildes y fortuitos. Partió de una observación hecha por los nuevos videntes: que cuando los guerreros se comportan de maneras no acostumbradas, en una forma sistemática y continua, emanaciones internas que ordinariamente nunca se usan empiezan a resplandecer. Y sus puntos de encaje se mueven de una manera lenta, armoniosa, apenas notable. Estimulados por esta observación, los nuevos videntes comenzaron a practicar el control sistemático de su conducta. Llamaron a esta práctica el arte del acecho. Don Juan dijo que, aunque el término era inconveniente, el nombre resultaba apropiado, porque acechar implicaba un específico tipo de conducta con la gente, un comportamiento que podría clasificarse como clandestino o furtivo.

Armados con esta técnica, los nuevos videntes abordaron lo conocido de una manera sobria y fructífera. Mediante su práctica continua, movieron a sus puntos de encaje de una forma lenta pero constante.

-En materia de procedimientos, el acecho es uno de los dos grandes logros de los nuevos videntes -dijo-. Ellos son los que decidieron que se le debía enseñar esa téc-

nica a un nagual de hoy en día cuando su punto de encaje se ha movido a bastante profundidad en el lado izquierdo. El motivo de esta decisión es que el nagual tiene que aprender los principios del acecho sin el estorbo del inventario humano. Después de todo, el nagual es el líder de un grupo, y para guiar a ese grupo tiene que actuar con tremenda rapidez sin tener primero que cavilar en lo que va a hacer.

"Otros guerreros pueden aprender el acecho en la conciencia normal, aunque es aconsejable que lo hagan en la conciencia acrecentada, no tanto por el valor de la conciencia acrecentada, sino porque le infunde al acecho un misterio que realmente no posee; el acecho es simplemente comportamiento con la gente.

Dijo que ahora yo podía entender que el movimiento del punto de encaje era la razón por la cual los nuevos videntes le daban un valor tan alto a los pinches tiranos. Actuar con los pinches tiranos obliga a los videntes a usar los principios del acecho, y al hacerlo, los ayuda a mover sus puntos de encaje.

Le pregunté si los antiguos videntes tenían alguna noción acerca de los principios del acecho.

-Acechar pertenece exclusivamente a los nuevos videntes -dijo-. Ellos son los que tuvieron que tratar con la gente. Los otros estaban tan absortos en su sentido del poder que ni siquiera sabían que existía la gente, hasta que la gente les cayó encima y los exterminó. Pero tú ya sabes todo esto.

Don Juan dijo enseguida que la maestría del intento y la maestría del acecho eran las dos obras maestras de los nuevos videntes y que marcan el advenimiento de los videntes actuales. Explicó que en sus esfuerzos por sacarle ventaja a sus opresores, los nuevos videntes usaron todas las posibilidades. Sabían que sus predecesores había logrado hazañas extraordinarias manejando una fuerza misteriosa y milagrosa que sólo pudieron describir como el poder. Los nuevos videntes tenían muy poca información acerca de esa fuerza, y por eso se vieron obligados a verla y a examinarla sistemática y minuciosamente. Sus esfuerzos fueron ampliamente recompensados cuando descubrieron que esa fuerza es la energía del alineamiento.

Comenzaron viendo cómo el resplandor de la conciencia aumenta de tamaño e intensidad conforme las emanaciones interiores del capullo se alínean con las emanaciones en grande. Al igual que hicieron con el acecho, usaron esa observación como trampolín, y siguieron adelante, desarrollando una compleja serie de técnicas para manejar ese alineamiento.

Al principio se referían a esas técnicas como la maestría del alineamiento. Luego se dieron cuenta que lo que estaba involucrado era mucho más que el alineamiento, era la energía que surge del alineamiento de emanaciones. A esa energía la llamaron voluntad.

La voluntad se convirtió en la segunda base de su serie de técnicas. Los nuevos videntes la entendieron como un estallido de energía, ciego, impersonal, ininterrumpido, que nos hace comportarnos como lo hacemos. La voluntad es responsable de nuestra percepción del mundo cotidiano, e indirectamente, a través de la fuerza de esa percepción, es responsable de la localización del punto de encaje en su posición acostumbrada.

Don Juan dijo que los nuevos videntes examinaron cómo tiene lugar la percepción del mundo de la vida diaria y vieron los efectos de la voluntad. Vieron que el alineamiento es renovado incesantemente para conferirle así continuidad a la percepción. Para renovar cada vez el alineamiento con el frescor que necesita para crear un mundo vivo, la descarga de energía que procede de esos mismos alineamientos se redirige automáticamente para reforzar algunos alineamientos selectos.

Esta nueva observación les sirvió a los nuevos videntes como otro trampolín que los ayudó a alcanzar la tercera base de sus técnicas. La llamaron intento y la describieron como guiar la voluntad, o guiar intencionalmente la energía del alineamiento.

-El nagual Julián obligó a Silvio Manuel, a Genaro y a Vicente a concentrarse en esos tres aspectos del conocimiento de los videntes -prosiguió-. Genaro es el maestro del manejo de la conciencia, Vicente es el maestro del acecho y Silvio Manuel es el maestro del intento.

Durante un largo rato, don Juan habló con las mujeres aprendices. Lo escucharon con una expresión de seriedad en los rostros. A juzgar por la feroz concentración de las mujeres, yo estaba seguro que les estaba dando instrucciones detalladas acerca de difíciles procedimientos.
Me habían excluido de la reunión, pero yo los había observado mientras hablaban en el cuarto delantero de la casa de Genaro. Yo estaba sentado en la cocina, esperando a que terminaran.
Finalmente las mujeres se pusieron de pie para partir, pero antes de hacerlo, vinieron a la cocina con don Juan. Él se sentó frente a mí mientras las mujeres hablaban con penosa formalidad. Luego me abrazaron: Todas estaban inusitadamente amigables conmigo, incluso comunicativas. Dijeron que partían a reunirse con los otros aprendices que habían salido con Genaro horas antes. Genaro les iba a enseñar a todos ellos su cuerpo de ensueño.
En cuanto se fueron, don Juan reanudó su explicación. Dijo que conforme pasó el tiempo y los nuevos videntes establecieron sus prácticas, se dieron cuenta de que bajo las condiciones prevalecientes de vida, el acecho sólo movía mínimamente los puntos de encaje. Para lograr el máximo efecto, el acecho necesitaba de un medio ambiente ideal; necesitaba pinches tiranos en posiciones de gran autoridad y poder. Se volvió cada vez más difícil para los nuevos videntes encontrar tales situaciones; la tarea de improvisarlas, o de buscarlas adrede, se convirtió en una carga insoportable.
Los nuevos videntes juzgaron que era imperativo ver las emanaciones del Águila, a fin de encontrar una manera más conveniente de mover el punto de encaje. Al tratar de ver las emanaciones se enfrentaron con un serio problema. Se dieron cuenta de que no hay manera de verlas sin correr un riesgo mortal, y sin embargo tenían que verlas. Esa fue la época en la que usaron la técnica de ensueño de los antiguos videntes como un escudo para protegerse del golpe mortal de las emanaciones del Águila. Y, al hacerlo, encontraron que el ensueño en sí era la manera más efectiva de mover el punto de encaje.
-Una de las órdenes más estrictas de los nuevos videntes -prosiguió don Juan-, fue que los guerreros tienen que aprender a ensoñar mientras están en un estado de conciencia normal. Siguiendo esa orden, comencé a enseñarte el ensueño casi desde el primer día en que nos conocimos.
-¿Por qué ordenan los nuevos videntes que el ensueño tiene que enseñarse en la conciencia normal? -pregunté.
-Porque ensoñar es muy peligroso y los ensoñadores muy vulnerables -dijo-. Es peligroso porque la fuerza del alineamiento es inconcebible; y los ensoñadores son vulnerables porque el ensueño los deja a merced de esa fuerza.
"Los nuevos videntes descubrieron que en nuestro estado de conciencia normal tenemos incontables defensas que pueden protegernos de la fuerza de las emanaciones que nunca son usadas y que repentinamente se alinean en el ensueño.
Don Juan explicó que el ensueño, como el acecho, también comenzó con una simple observación. Los antiguos videntes observaron que en sueños, el punto de encaje se mueve ligeramente al lado izquierdo, de una manera muy natural. Y aunque uno no sueñe, el punto de encaje pierde algo de su fijeza mientras uno duerme, y empieza a hacer resplandecer muchísimas emanaciones que nunca se usan.
Los antiguos videntes inmediatamente tomaron esa observación, y empezaron a trabajar con ese movimiento natural hasta que pudieron controlarlo. Llamaron a ese control ensoñar, o el arte de manejar el cuerpo de ensueño.
Comentó que no hay manera de describir

la inmensidad del conocimiento acerca del ensueño que los antiguos videntes tenían. Sin embargo, sólo en muy escasa medida resultó útil a los nuevos videntes. Y así, al llegar el momento de la reconstrucción, ellos sólo utilizaron lo más esencial del ensoñar para ver las emanaciones del Águila y para mover sus puntos de encaje.

Dijo que los videntes, antiguos y nuevos, entendían el ensueño como el control del leve movimiento natural que experimenta el punto de encaje durante el sueno. Subrayó que el controlar ese cambio no implica de ninguna manera dirigirlo, sino mantener al punto de encaje fijo en la posición a la que se mueve durante el sueño; una maniobra extremadamente difícil que los antiguos videntes lograron perfeccionar con enorme esfuerzo y concentración.

Don Juan explicó que los ensoñadores tienen que llegar a un equilibrio muy sutil, porque no pueden interferir en los sueños, ni tampoco pueden imponer sus deseos en ellos, y sin embargo el movimiento del punto de encaje debe obedecer la orden del ensoñador, una contradicción que no puede ser racionalizada pero que debe resolverse en la práctica.

Después de observar a los ensoñadores mientras dormían, los antiguos videntes decidieron dejar que los sueños siguieran su curso natural. Habían visto que en algunos sueños, más que en otros, el punto de encaje del ensoñador penetraba en el lado izquierdo a una profundidad considerablemente mayor. Esta observación les planteó la pregunta de que si el contenido del sueño hace moverse al punto de encaje, o si el movimiento del punto de encaje en sí produce el contenido del sueño al activar emanaciones que no se usan de ordinario.

Pronto se dieron cuenta de que el movimiento del punto de encaje al interior del lado izquierdo es lo que produce los sueños. Mientras más profundo es el movimiento, más vívido y extraño es el sueño. Inevitablemente, trataron de dirigir sus sueños para lograr que sus puntos de encaje penetraran profundamente en el lado izquierdo. Al tratarlo, descubrieron que cuando los sueños son dirigidos, consciente o semiconscientemente, el punto de encaje regresa de inmediato a su lugar de costumbre. Puesto que lo que querían era que ese punto se moviera, llegaron a la inevitable conclusión de que interferir en los sueños era interferir en el movimiento natural del punto de encaje.

Don Juan dijo que así empezaron los antiguos videntes a desarrollar su asombroso conocimiento del ensueño, un conocimiento que tuvo una tremenda influencia en lo que los nuevos videntes consideraban como su meta final, pero que les fue de muy poco uso en su forma original.

Me dijo que en sus enseñanzas para el lado derecho, yo erróneamente había entendido que el ensueño era el control de los sueños; y que todos los ejercicios que me hizo cumplir, como el encontrar mis manos en mis sueños, no estaban planeados para entrenarme a dirigir mis sueños. Esos ejercicios estaban diseñados para mantener mi punto de encaje fijo en el lugar al que se había movido en mi sueño. Añadió que ahí era donde los ensoñadores tenían que lograr un equilibrio sutil. Lo único que ellos podían dirigir era la estabilidad de sus puntos de encaje. Los videntes son como pescadores equipados con un hilo de pescar y un anzuelo que se hunde dondequiera que puede; lo único que ellos pueden hacer es mantener el anzuelo anclado al lugar en el que se hundió.

-Dondequiera que se mueva el punto de encaje en los sueños se llama posición de ensueño, -prosiguió-. Los antiguos videntes se volvieron tan expertos en mantener su posición de ensueño que incluso podían despertar mientras sus puntos de encaje seguían anclados allí.

"Los antiguos videntes llamaron cuerpo de ensueño a ese estado, porque lo controlaban al grado de crear un nuevo cuerpo provisional cada vez que despertaban en una nueva posición de ensueño.

-Tengo que aclararte que el ensueño tiene un terrible inconveniente -continuó-. Pertenece a los antiguos videntes. Esta vicia-

do con su estado de ánimo. He sido muy prudente contigo al enseñarte a ensoñar, pero aún así el peligro es inminente.
-¿De qué me está usted previniendo, don Juan? -pregunté.
-Te estoy previniendo de los impresionantes peligros que existen en el ensueño -contestó-. Al ensoñar realmente no hay manera de dirigir el movimiento del punto de encaje; lo único que afecta a ese movimiento es la fuerza o la debilidad interna de los ensoñadores. Y ahí tenemos al primer peligro inminente.
Dijo que al principio los nuevos videntes tuvieron profundos escrúpulos en usar el ensueño. Estaban seguros de que, en vez de fortificar, el ensueño debilitaba y volvía compulsivos y caprichosos a los guerreros. Todos los antiguos videntes fueron así. Puesto que no les quedaba otra opción más que usarlo, para contrarrestar el atroz efecto del ensueño los nuevos videntes desarrollaron un magnifico sistema de comportamiento llamado el camino o la senda del guerrero.
Con ese sistema, los nuevos videntes se fortificaron y adquirieron la fuerza interna que necesitaban para guiar en sueños el movimiento del punto de encaje. Don Juan subrayó que la fuerza de la que hablaba no era solamente la convicción. Nadie podría tener convicciones más fuertes que los antiguos videntes, y sin embargo eran débiles. Tener fuerza interna significaba poseer un sentido de ecuanimidad, casi de indiferencia, un sentimiento de sosiego, de holgura. Pero sobre todo, significaba tener una inclinación natural y profunda por el examen, por la comprensión. Los nuevos videntes llamaron sobriedad a todos estos rasgos del carácter.
-La convicción que tienen los nuevos videntes -prosiguió-, es que una vida de impecabilidad lleva de por sí, inevitablemente, a un sentido de sobriedad, y eso a su vez hace moverse al punto de encaje.
"Ya te dije que los nuevos videntes creían que el punto de encaje puede moverse, desde adentro. Ellos sostuvieron que los hombres impecables no necesitan que alguien los guíe, que por sí solos, mediante el ahorro de su energía pueden hacer todo lo que hacen los videntes. Lo único que necesitan es una oportunidad mínima; solamente necesitan estar conscientes de las posibilidades que los videntes han descubierto."
Le dije que nos encontrábamos otra vez en la misma posición en la que nos hallábamos siempre en mi estado de conciencia normal. Yo seguía convencido de que la impecabilidad o el ahorro de energía eran conceptos tan vagos que podían ser interpretados por cualquiera como se le diera la gana.
Quería decir más para continuar mi alegato, pero un extraño sentimiento se apoderó de mí. Fue una sensación física, como si yo atravesara velozmente una masa. Y luego rechacé mi propio argumento. Supe sin duda alguna que don Juan tenía razón. Todo lo que se requiere es impecabilidad, eso es energía. Todo comienza con un solo acto que tiene que ser premeditado, preciso y continuo. Si ese acto se lleva a cabo por un periodo de tiempo largo uno adquiere un sentido de intento inflexible que puede aplicarse a cualquier cosa. Si se logra ese intento inflexible el camino queda despejado. Una cosa llevará a otra hasta que el guerrero emplea todo su potencial.
Cuando le conté a don Juan las ideas que se me acababan de ocurrir, se rió con verdadero deleite y exclamó que eso era un ejemplo llovido del cielo. Explicó que la sobriedad había movido a mi punto de encaje a una posición que fomentaba la comprensión. Pero, de igual manera, el capricho pudo moverlo a una posición que sólo aumenta la importancia personal, como sucedió incontables veces en el pasado.
-Hablemos ahora del cuerpo de ensueño -prosiguió-. Los antiguos videntes concentraron todos sus esfuerzos en explorar y explotar el cuerpo de ensueño. Y lograron usarlo como un cuerpo más práctico, lo que equivale a decir que se recreaban a sí mismos de maneras cada vez más extrañas.

Don Juan sostuvo que era un conocimiento general entre los nuevos videntes que grandes grupos de los antiguos brujos toltecas jamás regresaron después de despertar en una posición de ensueño de su preferencia. Dijo que era muy posible que todos murieron en esos mundos inconcebibles, pero que también era posible que aún siguiesen vivos, en sabe Dios qué desfiguradas formas o maneras.

Dejó de hablar, me miró y soltó una gran carcajada.

-Te mueres por preguntarme qué hacían los antiguos videntes con el cuerpo de ensueño, ¿no es verdad? -preguntó alentándome a hacer la pregunta con un movimiento de su mentón.

Don Juan declaró que Genaro, siendo el maestro indisputable del estar consciente de ser, me había mostrado su cuerpo de ensueño muchas veces, mientras me encontraba en un estado de conciencia normal. El efecto que buscaba Genaro con sus demostraciones era que mi punto de encaje se moviera, no desde una posición de conciencia acrecentada, sino desde, su posición normal.

Luego, como si me estuviera dando a conocer un secreto, don Juan me dijo que Genaro nos esperaba en unas arboledas cercanas a la casa, para mostrarme su cuerpo de ensueño. Repitió una y otra vez que yo me encontraba en el estado de conciencia ideal para ver y entender lo que realmente es el cuerpo de ensueño. Me hizo ponerme de pie, cruzamos el cuarto y llegamos a la puerta de la calle. Cuando yo estaba a punto de abrirla, me di cuenta de que alguien estaba acostado sobre una pila de petates que los aprendices usaban como camas. Pensé que uno de ellos había regresado a la casa mientras don Juan y yo conversábamos en la cocina.

Me acerqué a él y entonces noté que era Genaro. Estaba profundamente dormido, roncando en paz, de cara al suelo.

-Despiértalo -me dijo don Juan-. Tenemos que irnos. Debe estar agotado.

Lo sacudí muy despacio. Lentamente se dio vuelta, haciendo los ruidos de alguien que despierta de un profundo sueño. Estiró los brazos y abrió los ojos. Involuntariamente grité y salté hacia atrás.

Los ojos de Genaro no eran ojos humanos. Eran dos puntos de intensa luz ambarina. Mi susto fue tan tremendo que me mareé. Don Juan me golpeó la espalda con cierta fuerza y restauró mi equilibrio.

Genaro se puso de pie y me sonrió. Sus rasgos estaban rígidos. Se movía como si estuviera borracho o le faltara coordinación física. Pasó a mi lado y se dirigió hacia la pared. Me encogí anticipando el choque, pero atravesó la pared como si ésta no estuviera ahí. Volvió al cuarto por la puerta de la cocina. Mientras lo observaba con un horror sin nombre, Genaro caminó por las paredes, con el cuerpo paralelo al piso, y por el cielo raso, parado de cabeza. Caí de espaldas al tratar de seguir sus movimientos. Desde esa posición ya no vi a Genaro; veía en cambio una burbuja de luz que se movía por el cielo raso arriba de mí y por las paredes dándoles vueltas al cuarto. Era como si alguien paseara el haz de luz de una enorme linterna eléctrica por el cielo raso y las paredes. Finalmente, el haz de luz se apagó. Desapareció de vista desvaneciéndose contra la pared.

Miré a don Juan y le dirigí una pregunta muda. Comentó que mi miedo siempre saltaba fuera de toda proporción, y que tenía que luchar para llegar a controlarlo. Me ayudó a incorporarme, y dijo que me había portado muy bien. Había visto el cuerpo de ensueño de Genaro como es en realidad, una burbuja de luz.

Le pregunté cómo podía estar tan seguro de que yo había visto una burbuja de luz. Contestó que él vio moverse a mi punto de encaje, primero hacia su sitio normal para compensar mi susto, y luego lo vio moverse a las profundidades del lado izquierdo, más allá del punto en el que no hay más dudas.

-En esa posición sólo hay una cosa que uno pueda ver: burbujas de energía -prosiguió-. Pero de la conciencia acrecentada a ese otro punto en la profundidad del lado izquierdo sólo hay un corto trecho. La

verdadera hazaña es hacer que el punto de encaje se mueva, de su sitio normal, al punto donde no hay más dudas.
Agregó que yo tenía que entrar en ese momento en un estado de conciencia normal porque aun teníamos una cita con el cuerpo de ensueño de Genaro en unas arboledas cercanas a la casa.

Cuando regresamos a la casa de Silvio Manuel, don Juan dijo que la pericia de Genaro con el cuerpo de ensueño no era nada en comparación con lo que habían hecho, o aún hacían los antiguos videntes.
-Eso lo verás muy pronto -dijo con un tono siniestro, y se rió.
Con un miedo creciente, le pregunté qué era lo que quería decir, y eso sólo evocó más risa. Finalmente dijo que me iba a explicar la manera en que los nuevos videntes entendieron al cuerpo de ensueño y la manera en que lo usaron.
-Los antiguos videntes buscaban una perfecta réplica del cuerpo -continuó-, y casi lograron conseguirla. Lo único que no pudieron copiar fueron los ojos. En vez de ojos, el cuerpo de ensueño tiene el resplandor de la conciencia. Nunca te diste cuenta de eso antes, cuando Genaro solía mostrarte su cuerpo de ensueño.
"A los nuevos videntes les importa un comino una perfecta réplica del cuerpo: nunca tuvieron ningún interés en copiarlo. Han conservado, sin embargo, el nombre cuerpo de ensueño para indicar una sensación, un impulso de energía que es transportado por el movimiento del punto de encaje, a cualquier lugar en este mundo, o a cualquier lugar de los siete mundos accesibles para el hombre.
Don Juan delineó el procedimiento usado por los nuevos videntes para lograr el cuerpo de ensueño. Dijo que comienza con un acto inicial, cualquier acto que por el hecho de ser continuo engendra intento inflexible. El intento inflexible lleva al silencio interno, y el silencio interno a la fuerza interna necesaria para mover al punto de encaje en sueños a posiciones convenientes.
Llamó a este orden de sucesión el cimiento. Una vez completado este cimiento viene el desarrollo del control, que consiste en mantener sistemáticamente la posición de ensueño aferrándose tenazmente a la visión del sueño. La práctica constante resulta en una gran facilidad para sostener posiciones de ensueño en nuevos sueños, no tanto porque gane uno control con la práctica, sino porque cada vez que se ejercita este control se fortifica la fuerza interna. A su vez, la fuerza interna fortificada mueve el punto de encaje a posiciones de ensueño, que pueden fomentar la sobriedad; en otras palabras, los sueños sé vuelven, de por sí, más y más maniobrables, incluso más ordenados.
-El desarrollo de los ensoñadores es indirecto -prosiguió-. Es por eso que los nuevos videntes creyeron que podemos ensoñar por nuestra cuenta, solos. Puesto que el ensueño utiliza un movimiento natural del punto de encaje, no deberíamos necesitar ayuda de nadie.
"Lo que verdaderamente necesitamos es sobriedad, y nada puede dárnosla, ni ayudarnos a obtenerla, salvo nosotros mismos. Sin ella, el movimiento del punto de encaje, es caótico, como son caóticos nuestros sueños ordinarios.
"Así que, al fin y al cabo, el procedimiento para llegar al cuerpo de ensueño es la impecabilidad en nuestra vida diaria."
Don Juan explicó que una vez que se adquiere sobriedad, y una vez que las posiciones de ensueño se vuelven progresivamente más fuertes, el siguiente paso consiste en despertarse en una posición de ensueño. Comentó que, aunque da la impresión de ser algo sencillo, la maniobra era en verdad un asunto de tan inmensa complejidad que requiere no sólo de sobriedad sino de todos los atributos del guerrero, especialmente de intento.
Le pregunté en qué forma ayuda el intento a los videntes a despertar en una posición de ensueño. Contestó que la maestría del intento era la técnica más sofisticada que existía, y que era la única manera de dirigir la fuerza del alineamiento. Desper-

tar en una posición de ensueño era sencillamente sostener el alineamiento de emanaciones que han sido encendidas por el movimiento del punto de encaje.
Don Juan dijo que el segundo peligro eminente del ensoñar era la fortaleza misma del cuerpo de ensueño que incita al ensoñador a correr riesgos. Por ejemplo, es muy fácil para el cuerpo de ensueño contemplar las emanaciones del Águila durante largos periodos de tiempo, ininterrumpidamente, pero también es muy fácil que sea totalmente consumido por ellas. Los videntes que contemplaron las emanaciones del Águila sin sus cuerpos de ensueño murieron, y aquéllos que las contemplaron con sus cuerpos de ensueño fueron consumidos por el fuego interior. Los nuevos videntes resolvieron el problema viendo en grupos. Mientras un vidente contemplaba las emanaciones, otros permanecían cerca para prestar ayuda.
-¿Cómo veían en grupos los nuevos videntes? -pregunté.
-Ensoñaban juntos -contestó-. Como tú mismo sabes, para un grupo de videntes es perfectamente posible activar al unísono las mismas emanaciones que nunca se usan. Y también, en este caso, no existen técnicas conocidas, simplemente ocurre sin uno saber cómo.
Agregó que al ensoñar juntos, algo en nosotros toma la iniciativa y de pronto nos encontramos compartiendo la misma vista con otros ensoñadores. Lo que pasa es que, automáticamente, nuestra condición humana nos hace enfocar el resplandor de la conciencia en las mismas emanaciones que otros seres humanos están usando. Nosotros continuamente ajustamos la posición de nuestros puntos de encaje para cuadrar con la de los que nos rodean. En nuestra percepción ordinaria lo hacemos con el lado derecho de la conciencia, pero también lo podemos hacer con el lado izquierdo, al ensoñar juntos.

XII. EL NAGUAL JULIAN

Había una extraña agitación en la casa. Todos los videntes compañeros de don Juan parecían estar tan animados que andaban distraídos, algo que yo nunca había presenciado antes. Su acostumbrado alto nivel de energía parecía haber aumentado. Todo eso me puso muy nervioso. Le pregunté a don Juan qué era lo que les ocurría. Me llevó al patio trasero. Durante un momento caminamos en silencio. Dijo que se acercaba el momento en que todos tendrían que partir. Apresuraba su explicación para poder terminar a tiempo.
-¿Cómo sabe usted que están a punto de partir? -pregunté.
-Es un conocimiento interno -dijo-. Tú mismo lo sabrás algún día. Como ya te dije, el nagual Julián movió incontables veces a mi punto de encaje, así como he hecho moverse el tuyo. Luego me dejó la tarea de realinear todas esas emanaciones que me había ayudado a alinear a través de esos movimientos. Esa es la tarea que le queda por cumplir a cada nagual.
"En todo caso, el trabajo de realinear todas esas emanaciones prepara el camino para la peculiar maniobra de encender todas las emanaciones interiores del capullo. Ya casi he logrado eso. Estoy a punto de alcanzar mi máximo. Puesto que yo soy el nagual, cuando finalmente encienda todas las emanaciones interiores de mi capullo desapareceremos todos en un instante.
Sentí que debía entristecerme y llorar, pero algo en mí se llenó de tanto regocijo al escuchar que el nagual Juan Matus estaba a punto de ser libre que salté y grité de puro júbilo. Sabía que tarde o temprano alcanzaría otro estado de conciencia y lloraría de tristeza. Pero ese día sólo podía dar viva satisfacción a mi felicidad y optimismo
Le dije a don Juan cómo me sentía. Se rió y me tomó del brazo.
-Recuerda lo que te he dicho -dijo-. No les des mucha importancia a las comprensiones emocionales. Primero deja que tu

punto de encaje se mueva, y luego, años más tarde, ten la comprensión emocional.
Caminamos al cuarto grande y nos sentamos. Don Juan no dijo nada por un momento. Miró por la ventana. Desde mi silla yo veía el patio. Era temprano por la tarde; un día nublado. Parecía que iba a llover. Nubarrones de tormenta se acercaban desde el oeste. Por alguna razón, los días nublados me hacían sentir muy bien. A don Juan no. Parecía inquieto, mientras buscaba una posición más cómoda para sentarse.
Don Juan comentó que la dificultad para recordar lo que ocurre en la conciencia acrecentada se debe a la infinidad de posiciones que puede adoptar el punto de encaje después de ser sacado de su sitio habitual. Por otra parte, la facilidad para recordar todo lo que ocurre en la conciencia normal tiene que ver con la fijeza del punto de encaje en el sitio en el que acostumbradamente se localiza.
Me sugirió que reconociera francamente la posibilidad de un fracaso total en mi tarea de recordar, y que era enteramente dable el que jamás pudiera realinear todas las emanaciones que él me había ayudado a alinear.
-Considéralo de esta manera -dijo sonriendo-. Quizá nunca puedas recordar esta conversación, que en este momento te parece tan natural, tan de todos los días.
"Este es en verdad el misterio del estar consciente de ser. Los seres humanos están empapados en ese misterio, estamos empapados en las tinieblas, en lo inexplicable. Si nos consideramos a nosotros mismos en cualquier otra terminología, somos unos imbéciles o estamos locos. Por lo tanto, no deshonres el misterio del hombre sintiendo lástima por ti mismo o tratando de razonar ese misterio. Degrada a lo disparatado del hombre comprendiéndolo. Pero no pidas disculpas ni por una ni por otra cosa; ambas son necesarias.
"Una de las de las maniobras de los acechadores es poner el misterio y los disparates frente a frente en cada uno de nosotros.
Explicó que las prácticas de acecho no son algo que uno pueda disfrutar abiertamente; son en verdad prácticas censurables, hasta ofensivas. Los nuevos videntes se dieron cuenta muy rápido que no es recomendable discutir o practicar los principios del acecho en la conciencia normal.
Le señalé una inconsistencia. El había dicho que los guerreros no pueden actuar en el mundo coherentemente, mientras se encuentran en un estado de conciencia acrecentada, y también dijo que el acecho es simplemente un especifico comportamiento con la gente. Las dos aseveraciones se contradecían una a la otra.
-Yo creía que ya te había explicado todo eso -dijo, frunciendo el ceño-. Cuando dije que no se debe enseñar el acecho en la conciencia normal, me refería únicamente a enseñárselo a un nagual, porque un nagual, en estado de conciencia acrecentada, puede comportarse tan naturalmente como cualquier persona. Así que el propósito del acecho para un nagual es doble; primero, mover el punto de encaje con la mayor constancia y el menor peligro posibles, y nada puede lograr esto tan bien como el acecho; y segundo, imprimir sus principios a un nivel tan profundo que el inventario humano es pasado por alto, como lo es también la reacción natural de desechar y menospreciar algo que puede ser ofensivo a la razón.
Le dije que dudaba sinceramente que yo pudiera menospreciar o desechar una enseñanza tan abstracta como el acecho. Se rió y dijo que yo no podía ser una excepción, que reaccionaría como todos los demás si él me contara, por ejemplo, las proezas de un maestro del acecho, como su benefactor, el nagual Julián.
-No exagero cuando digo que el nagual Julián fue el más extraordinario acechador que jamás he conocido -dijo don Juan-. Todos mis compañeros, que eran sus aprendices, ya te han contado de sus proezas como acechador. Pero yo nunca te he contado lo que me hizo a mí.
Yo quería aclararle que nadie me había contado nada acerca del nagual Julián,

pero al momento en que iba a expresar mi protesta una extraña sensación de incertidumbre se apoderó de mí. Don Juan pareció saber instantáneamente lo que yo sentía. Se rió de buena gana.
-No puedes recordar, porque aún no entiendes lo que es el intento -dijo-. Necesitas una vida de impecabilidad y una gran reserva de energía, y sólo entonces, quizá, el intento dé libertad a esas memorias.
"Te voy a contar la historia de cómo se portó conmigo el nagual Julián cuando lo conocí. Si encuentras que su comportamiento es ofensivo o aún cruel, imagina cómo te repugnaría si estuvieras en tu conciencia normal.
Yo protesté que me estaba guiando a una trampa. Me aseguró que lo único que quería hacer con sus advertencias era mantenerme alerta, para que yo entendiera cómo operan los acechadores y las razones por las que lo hacen.
-El nagual Julián fue el último acechador de la guardia vieja -prosiguió-. Era acechador no tanto por las circunstancias de su vida sino porque esa era la inclinación de su carácter.
Don Juan explicó que los nuevos videntes vieron que hay dos grupos principales de seres humanos: aquellos a quienes les importan los demás y aquellos a quienes no les importan. Entre estos dos extremos vieron que hay una combinación interminable de los dos. El nagual Julián pertenecía a la categoría extrema de hombres a quienes no les importan los demás; don Juan se clasificó a sí mismo dentro de la categoría totalmente opuesta.
-Pero, ¿no me dijo usted que el nagual Julián era generoso, que era capaz de regalar la camisa que traía puesta? -pregunté.
-Claro que lo era -contestó don Juan-. No sólo era generoso; también era un hombre absolutamente encantador, irresistible. Siempre estaba profunda y sinceramente interesado en todos los que le rodeaban. Era amable y abierto y regalaba todo lo que tuviera a quien lo necesitara, o a cualquier persona que le caía simpática. A su vez todos lo adoraban porque, siendo un maestro del acecho, les comunicaba a todos sus verdaderos sentimientos: nadie le importaba lo más mínimo.
No dije nada, pero don Juan se dio cuenta de mi incredulidad o incluso de mi zozobra ante lo que decía. Se sonrió y movió la cabeza de un lado a otro.
-Eso es el acecho -dijo-. ¿Ves?, ni siquiera he comenzado mi historia del nagual Julián y ya estás molesto.
Cuando intenté explicar lo que sentía, se rió a carcajadas.
-Al nagual Julián nadie le importaba un pepino -continuó-. Por eso podía ayudar a la gente. Y lo hizo; les daba todo lo que tenía y aún lo que no tenía, porque dar o no dar le importaban un cacahuete.
-¿Quiere usted decir, don Juan, que los únicos que ayudan a sus semejantes son aquéllos a quienes no les importan en absoluto? -pregunté, verdaderamente enfadado.
-Eso es lo que dicen los acechadores -respondió con una sonrisa radiante-. Por ejemplo, el nagual Julián era un curandero fabuloso. Curó a miles y miles de personas, pero jamás exigió que reconocieran sus méritos. Dejaba creer a la gente que una mujer vidente de su grupo era la curandera.
"Ahora bien, si hubiera sido un hombre al que le importaran sus semejantes, hubiera exigido que lo honraran. Los que se preocupan por los demás se preocupan por sí mismos y exigen que se reconozcan los méritos de quien lo merezca.
Don Juan dijo que él, puesto que pertenecía a la categoría de aquéllos que se preocupan por sus semejantes, jamás había ayudado a nadie. La generosidad lo incomodaba; ni siquiera podía concebir que alguien le tuviera la clase de cariño que le tenían al nagual Julián, y se sentiría ciertamente estúpido regalándole a alguien la camisa que traía puesta.
-Me importan tanto mis semejantes -prosiguió-, que no hago nada por ellos. No sabría qué hacer. Y si hiciera algo, siempre tendría la irritante sensación de estarles imponiendo mi voluntad con mis regalos.

“Naturalmente, ayudado por el camino del guerrero, he superado todos estos sentimientos. Cualquier guerrero puede tener tanto éxito con la gente, como lo tuvo el nagual Julián, siempre y cuando mueva su punto de encaje a una posición en la que no tienen ninguna importancia si la gente lo quiere o no lo quiere o si lo ignoran. Pero eso no es lo mismo.

Don Juan dijo que cuando le dieron a conocer, por primera vez los principios del acecho, como me pasaba a mí en ese entonces, se vio en un estado de zozobra total. El nagual Elías, quien era muy parecido a don Juan, le explicó que los acechadores como el nagual Julián son líderes naturales. Pueden ayudar a una persona a hacer cualquier cosa.

-El nagual Elías dijo que estos guerreros pueden ayudar a la gente a curarse -prosiguió don Juan-, o los pueden ayudar a enfermarse. Los pueden ayudar a encontrar la felicidad o los pueden ayudar a encontrar la desgracia. Le sugerí al nagual Elías que nosotros en vez de decir que estos guerreros ayudan a la gente, deberíamos decir que la afectan. El nagual Elías dijo que no sólo afectan a la gente, sino que la llevan y la traen activamente, como rijan las circunstancias.

Don Juan soltó una carcajada y me miró con fijeza. Había un brillo malicioso en sus ojos.

-Extraño, ¿verdad? -preguntó-. ¿La manera en que los acechadores ven a la gente?

Don Juan comenzó entonces a contarme su historia. Dijo que el nagual Julián estuvo esperando a un aprendiz nagual durante muchos, muchos años. Un día, volviendo a casa después de una corta visita a unos conocidos en un pueblo vecino, se topó con don Juan. El nagual Julián, en ese preciso momento estaba pensando, como solía hacerlo a menudo, en su necesidad de encontrar un aprendiz nagual. Oyó un disparo de pistola y vio gente huyendo en todas direcciones. Corrió con ellos a la maleza al lado del camino y sólo salió de su escondite al ver a un grupo de personas en torno a alguien que yacía herido en el suelo.

Desde luego, la persona herida era don Juan, a quien disparó el tiránico capataz. Al momento, el nagual Julián vio que don Juan era un hombre especial cuyo capullo estaba dividido en cuatro secciones en vez de dos; también vio que don Juan estaba gravemente herido. Sabía que no tenía tiempo que perder. Su deseo se había cumplido, pero tenía que actuar con rapidez, antes de que alguien se diera cuenta de lo que ocurría. Se agarró la cabeza y gritó: “ ¡Han herido a mi hijo!”. Iba con una de las videntes de su grupo, una india muy fornida que en público siempre oficiaba como su astuta pero horriblemente regañona esposa. Eran un excelente equipo de acechadores. Le hizo una seña a la vidente, y ella también empezó a llorar y a lamentarse por el hijo que estaba inconsciente y desangrándose. El nagual Julián le rogó a los espectadores que no llamaran a las autoridades sino que lo ayudaran a llevar a su hijo herido y moribundo.

Los jóvenes cargaron a don Juan hasta la casa del nagual Julián. El nagual fue muy generoso con ellos y les pagó bastante bien. Los jóvenes se vieron tan conmovidos por la pareja, que había llorado a lágrima viva por su hijo durante todo el trayecto hasta la casa, que se negaron a aceptar el dinero, pero el nagual Julián insistió en que lo tomaran, para darle buena suerte al herido.

Durante algunos días, don Juan no supo qué pensar de la amable pero extraña pareja que lo había llevado a su hogar. Dijo que el nagual Julián le parecía un viejito casi senil. No era indio, pero estaba casado con una india joven, irascible y gorda, que era tan fuerte físicamente como malhumorada. Don Juan pensó que sin duda alguna la mujer era curandera, a juzgar por la manera en que había atendido su herida y por las cantidades de plantas medicinales que tenía guardadas en el cuarto en el que lo habían alojado.

La mujer también dominaba al viejito y a gritos lo obligaba a poner remedios en la herida de don Juan todos los días. Le hicieron una cama a don Juan en el suelo,

usando un petate grueso, y el viejo pasaba momentos angustiosos tratando de arrodillarse para curarlo. Don Juan tenía que luchar para no reírse ante la cómica visión del frágil viejecillo que hacía todo lo posible por doblar las rodillas. Don Juan dijo que, mientras limpiaba su herida, el viejo murmuraba incesantemente, tenía una mirada vacuna, le temblaban las manos y su cuerpo se estremecía de pies a cabeza.
Una vez de rodillas, jamás podía incorporarse por su cuenta. Con una voz ronca, llena de furia contenida, llamaba a gritos a su mujer. Ella entraba al cuarto y ambos se enfrascaban en una horrible discusión. Muy a menudo la mujer se marchaba, llena de furia dejando al viejo que se las arreglara como pudiera.
Don Juan me aseguró que jamás sintió tanta lástima por alguien como por aquel pobre y bondadoso viejito. Muchas veces quiso incorporarse para ayudarlo a ponerse de pie, pero él mismo apenas podía moverse. Una vez.mientras jadeaba y se arrastraba como una lombriz, el viejo pasó media hora maldiciendo y gritando hasta llegar a rastras al filo de la puerta abierta. Lo usó como soporte para levantarse penosamente a una posición vertical.
Le explicó a don Juan que su delicada salud se debía a su avanzada edad, a huesos rotos que no soldaron debidamente, y al reumatismo. Don Juan dijo que el viejito alzó los ojos al cielo y le confesó a don Juan que era el hombre más desgraciado de la tierra; había acudido a la curandera buscando ayuda, y terminó casándose con ella y convirtiéndose en un esclavo.
-Le pregunté al viejo por qué no se iba de la casa -prosiguió don Juan-. El miedo le agrandó los ojos. Tratando de hacerme callar se atragantó con su propia saliva, luego se puso rígido y cayó al suelo como un leño, junto a mi cama, aún intentado hacerme callar. "No sabes lo que dices; no sabes lo que dices" repitió una y otra vez con una expresión loca en los ojos.
"Y le creí. Quedé convencido que con todo lo que me había pasado, yo nunca fui tan feliz como ese pobre hombre. Y con cada día que pasaba me sentía más y más incómodo, aunque yo la pasaba muy bien. La comida era buena y la curandera siempre andaba fuera de casa y yo me quedaba solo con el viejo. Hablamos mucho. Le contaba de mi vida y me encantaba platicar con él. Le dije que no tenía dinero para corresponderle su amabilidad, pero que haría cualquier cosa por ayudarlo. Me dijo que el auxilio no existía más para él, que ya estaba listo para morir, pero que si mi oferta era sincera, me agradecería desde el más allá si me casara con su esposa después que él falleciera.
"En ese mismo instante supe que el viejito estaba más loco que una cabra. Y también supe que tenía que huir de ahí cuanto antes.
Don Juan dijo que ya me había contado parte de la historia, y que cuando se hubo repuesto lo suficiente para poder caminar sin ayuda de alguien el viejecillo le dio una escalofriante demostración de su habilidad como acechador. Sin ningún aviso o preámbulo, puso a don Juan cara a cara con un ser viviente inorgánico. Presintiendo que don Juan planeaba escaparse, aprovechó la oportunidad para asustarlo con el aliado que de alguna manera era capaz de adoptar una grotesca forma humana.
-Al ver a ese aliado casi me volví loco -prosiguió don Juan-. No podía creer lo que veían mis ojos, y sin embargo el monstruo estaba frente a mí en el umbral de la puerta. Y el frágil viejito estaba a mi lado gimiendo y rogándole al monstruo que le perdonara la vida. Y es que mi benefactor era como los antiguos videntes; podía repartir su miedo, en pedacitos, y el aliado reaccionaba con ese miedo. Yo no sabía eso. Lo único que podía ver con mis propios ojos era a una criatura horrenda que avanzaba hacia nosotros, lista para hacernos pedazos, miembro por miembro.
"Cuando el aliado corrió bruscamente hacia mí, silbando como serpiente, yo me desmayé. Al volver a recuperar el conocimiento, el viejito me dijo que había hecho un trato con el monstruo.

Le explicó a don Juan que el hombre había acordado dejarlos vivir a los dos, siempre y cuando don Juan entrara a su servicio. Con ansiedad, don Juan preguntó en qué consistía ese servicio. El viejito le contestó que consistía en una esclavitud, pero señaló que la vida de don Juan prácticamente llegó a su fin con un tiro de revólver. Si él y su esposa no hubieran pasado por allí y no hubieran detenido la hemorragia, con toda seguridad don Juan habría muerto, así que tenía muy poco con qué regatear, o muy poco por qué regatear. El hombre monstruoso sabía esto y no le dejaba salida alguna. El viejo le dijo a don Juan que se dejara de titubeos y que aceptara el trato, porque de negarse, el hombre monstruoso, que escuchaba tras la puerta irrumpiría en el cuarto y los mataría allí mismo de una vez por todas.

-Tuve suficiente presencia de ánimo para preguntarle al viejo, que temblaba como hoja, cómo nos mataría el monstruo -continuó don Juan-. Dijo que el monstruo pensaba rompernos todos los huesos del cuerpo, comenzando por los pies, mientras gritábamos en una agonía indescriptible, y que tardaríamos por lo menos cinco días en morir.

"Al instante, acepté las condiciones del hombre. Con lágrimas en los ojos el viejito me felicitó y dijo que en realidad el pacto no era tan malo. Íbamos a ser más prisioneros que esclavos del hombre monstruoso, pero que al menos comeríamos dos veces al día; y puesto que teníamos vida, podíamos trabajar para ganar nuestra libertad; podíamos fraguar, tramar, mentir y salir de ese infierno luchando a brazo partido.

Don Juan sonrió y luego comenzó a carcajearse. Parecía saber, de antemano, como iba yo a reaccionar con la historia del nagual Julián.

-Te dije que te ibas a enojar -dijo.

-Realmente no entiendo, don Juan -dije-. ¿Cuál era el motivo para montar un engaño tan elaborado?

-El motivo es muy sencillo -dijo sin dejar de sonreír-. Este es otro método de enseñanza, uno muy bueno. Requiere de una tremenda imaginación y de un tremendo control de parte del maestro. Mi método de enseñanza es más parecido a lo que tú consideras enseñanza. Requiere de una tremenda cantidad de palabras. Yo voy a los extremos de la plática. El nagual Julián iba a los extremos del acecho.

Don Juan dijo que entre los videntes hay dos métodos de enseñanza. Él los conocía bien a ambos. Prefería el método que explica todo y deja que la otra persona conozca de antemano el curso de la acción. Era el sistema que fomenta la libertad, la selección de alternativas y la compresión. Por otra parte, el método de su benefactor era más coercitivo y no permitía ni la selección de alternativas ni el entendimiento. Su gran ventaja era que obligaba a los guerreros a vivir directamente los conceptos de los videntes, sin ninguna elucidación intermediaria.

Don Juan explicó que todo lo que hizo su benefactor con él era una obra maestra de estrategia. Cada una de las palabras y acciones del nagual Julián era premeditada y escogida para crear un efecto particular. Su arte consistía en proporcionar el contexto más adecuado a sus palabras y acciones para que tuvieran el impacto necesario.

-Ese es el método de los acechadores -prosiguió don Juan-. No fomenta la comprensión sino la visión total. Por ejemplo, me llevó casi toda una vida comprender lo que me había hecho al ponerme frente a frente al aliado, y sin embargo yo me di cuenta de todo eso, sin explicación alguna, mientras vivía esa experiencia.

"Te he dicho, por ejemplo, que Genaro no entiende lo que hace, pero se da cuenta cabal de lo que está haciendo. Eso se debe a que su punto de encaje fue movido con el método de los acechadores.

Dijo que si el punto de encaje es movido de su sitio acostumbrado mediante el método de explicarlo todo, como en mi caso, siempre se requiere de otra persona no sólo para ayudar a desplazar el punto de encaje, sino también para dar las explicaciones

de lo que está ocurriendo. Pero si el punto de encaje es movido mediante el método de los acechadores, como en su propio caso, o el de Genaro, sólo se requiere del acto catalizador inicial que, de un tirón, saca al punto de donde normalmente está localizado.

Don Juan dijo que cuando el nagual Julián lo hizo enfrentarse al aliado, su punto de encaje se movió con el impacto del miedo. Aunado a su débil condición física, un susto tan intenso era ideal para desplazar su punto de encaje.

A fin de neutralizar los efectos dañinos del susto, su impacto tenía que ser contrarrestado, pero no disminuido. El explicar lo que ocurría hubiera disminuido el miedo. Lo que quería el nagual Julián era asegurarse de que podría utilizar ese miedo catalizador inicial cuantas veces lo necesitara, pero también quería asegurarse de que podía contrarrestar su devastador impacto; ese era el motivo del engaño. Mientras más elaboradas y dramáticas eran sus historias, mayor era su efecto contrarrestante. Si él mismo parecía compartir el aprieto, el susto de don Juan no podía ser tan intenso como el que habría sentido si hubiera estado solo.

-Con su afición por el drama -prosiguió don Juan-, mi benefactor pudo mover mi punto de encaje lo suficiente para imbuirme, de inmediato, con las dos cualidades básicas de los guerreros: el esfuerzo sostenido y el intento inflexible. Yo sabía que para ser libre algún día, tendría que trabajar de manera constante y ordenada y en cooperación con el frágil viejito, quien a mi parecer necesitaba de mi ayuda tanto como yo necesitaba de la suya. Y también sabía sin duda alguna que eso era todo lo que yo quería hacer en esta vida.

No pude volver a hablar con don Juan hasta dos días después. Estábamos en Oaxaca, paseando en la plaza principal, temprano por la mañana. Había niños caminando a la escuela, gente yendo a misa, algunos hombres sentados en las bancas y conductores de taxi esperando a turistas del hotel.

-Hacer mover al punto de encaje -dijo don Juan-, es la culminación de lo que busca el guerrero. De ahí en adelante es otra búsqueda; es la búsqueda del vidente propiamente dicha.

Repitió que en el camino del guerrero, el mover el punto de encaje lo es todo. Los antiguos videntes jamás llegaron a esa conclusión. Pensaban que el movimiento del punto era como una marca que determinaba sus posiciones en una escala de méritos. Jamás concibieron que era precisamente esa posición la que determinaba lo que percibían.

-Con el método de los acechadores -continuó don Juan-, un acechador consumado como el nagual Julián puede lograr estupendos cambios del punto de encaje. Estos son movimientos muy sólidos. Como ya te darás cuenta, al apoyar al aprendiz, el maestro acechador obtiene la total cooperación y participación del aprendiz. Obtener la total cooperación y participación de alguien es probablemente el más importante resultado del método de los acechadores. Y el nagual Julián era un genio indisputable que siempre conseguía ambas cosas.

Don Juan dijo que no tenía palabras para describir la agitación y confusión que vivió al irse enterando, poco a poco, de la riqueza y lo complejo de la personalidad y la vida del nagual Julián. Mientras don Juan estuvo convencido de que trataba con un indefenso viejecillo, frágil y asustado, se sentía seguro de sí mismo, cómodo. Pero un día, poco después de haber hecho el trato con el hombre monstruoso, su seguridad se vino al suelo y se rompió para siempre. El nagual Julián le dio a don Juan otra desconcertante demostración de sus habilidades acechadoras.

Aunque para entonces don Juan ya estaba bastante repuesto, el nagual Julián aún dormía en el mismo cuarto para cuidarlo. Aquel día, cuando don Juan despertó, el nagual Julián le comunicó que su captor estaría ausente un par de días y que eso le iba a permitir un momento de libertad. En tono de confidencia dijo que él no era

en realidad un viejecillo, sino que sólo pretendía serlo para burlar la vigilancia del hombre monstruoso.
Sin darle a don Juan ni tiempo de pensar, con increíble agilidad se levantó de su petate de un salto; se inclinó y metió la cabeza en un balde de agua durante un momento largo. Cuando se enderezó, tenía el cabello completamente negro, el cabello blanco había desaparecido, y don Juan miraba a un hombre que nunca había visto antes, un hombre qué a lo mucho tenía treinta años. Flexionó los músculos, respiró profundamente y estiró cada parte de su cuerpo como si hubiera estado demasiado tiempo en una jaula apretada.
-Cuando vi al nagual Julián como un hombre joven, pensé que en realidad era el demonio -continuó don Juan-. Cerré los ojos y supe que mi fin estaba cerca. El nagual Julián se rió hasta llorar.
Don Juan dijo que entonces el nagual Julián lo tranquilizó haciéndolo cambiar una y otra vez entre la conciencia del lado derecho y la del lado izquierdo.
-Durante dos días ese joven dio de saltos y corrió por toda la casa, como un niño que juega a lo loco cuando su mamá no está -prosiguió don Juan-. Me contó la historia de su vida y chistes que me hacían caerme de risa. Pero la manera en que había cambiado su esposa, fue aún más asombroso para mí. Estaba delgadita y era hermosísima. Pensé que era una mujer completamente diferente. Me deshice en elogios. Me fascinaba lo completo de su cambio y lo hermosa que se veía. El joven dijo que cuando su captor se ausentaba ella era otra mujer.
Don Juan se rió y dijo que su diabólico benefactor decía la verdad. En realidad, esa bellísima mujer era otra vidente del grupo del nagual.
Don Juan le preguntó al joven por qué aparentaban ser lo que no eran. Con los ojos llenos de lágrimas, el joven miró a don Juan y le dijo que, en verdad, los misterios del mundo son insondables. Él y su joven esposa habían sido atrapados por fuerzas inexplicables y tenían que protegerse fingiendo así. Actuaba como un viejecillo frágil porque su captor siempre los estaba vigilando. Le suplicó a don Juan que le perdonara por haberlo engañado.
Don Juan preguntó quién era aquel hombre de aspecto monstruoso. Suspirando profundamente, el joven confesó que ni siquiera podía adivinarlo. Le dijo a don Juan que aunque él era un hombre educado, un famoso actor del ambiente teatral de la Ciudad de México, no tenía explicaciones. Lo único que sabía era que había venido a casa de la curandera para ser tratado de una tisis que padecía desde hacía muchos años. Estaba a un paso de la muerte cuando sus parientes lo llevaron adonde la curandera. Ella lo ayudó a restablecerse, y él se enamoró tan locamente de la hermosa joven india que acabó casándose con ella. Su plan era llevársela a la capital y enriquecerse con su habilidad curativa.
Antes de iniciar el viaje a la Ciudad de México, ella le advirtió que tenían que disfrazarse para poder escapar de un brujo. Le explicó que su madre también había sido curandera y que aprendió a curar con ese brujo maestro, quien le exigió que ella, la hija, permaneciera con él para toda la vida. El joven dijo que se había negado a preguntarle a su esposa acerca de aquella relación. Sólo quería liberarla, y por eso se disfrazó de viejo y a ella la disfrazó de mujer gorda.
El cuento no tuvo un desenlace feliz. El hombre horripilante los capturó y los mantuvo prisioneros. No se atrevían a quitarse el disfraz ante aquel hombre de pesadilla, y en su presencia se comportaban como si se odiaran; pero en realidad, languidecían el uno por el otro y vivían sólo para disfrutar los cortos periodos en los que se ausentaba aquel hombre.
Don Juan dijo que el joven lo abrazó y le dijo que el cuarto donde estaba su cama era el único lugar seguro de la casa, y que si sería tan amable de salir a montar guardia mientras le hacía el amor a su esposa.
-Su pasión estremeció a la casa -continuó don Juan-, mientras yo me senté junto a la puerta, sintiéndome culpable por es-

cucharlos y mortalmente asustado con la idea de que el hombre regresara en cualquier momento. Y así fue, escuché que entró a la casa. Golpeé la puerta, y cuando no contestaron, entré al cuarto. La bellísima joven dormía desnuda y el joven no estaba. Jamás en mi vida había visto a una mujer tan hermosa, tan dormida y tan desnuda. Oí al hombre monstruoso caminando hacia el cuarto. Yo aún estaba muy débil. Mi vergüenza y mi terror eran tan grandes que me desmayé otra vez.

La historia me molestó sobremanera. Le dije a don Juan que yo no entendía el valor de las habilidades acechadoras del nagual Julián. Don Juan me escuchó sin hacer un solo comentario, y me dejó hablar acaloradamente, mientras seguimos caminando.

Cuando finalmente nos sentamos en una banca, yo estaba muy cansado. No supe qué decir cuando me preguntó por qué su relato del método de enseñanza del nagual Julián me había molestado tanto.

-No me puedo quitar la idea de que simplemente le estaba haciendo jugarretas crueles a todos -dije al fin.

-Los que hacen jugarretas no enseñan nada a nadie -repuso don Juan-. El nagual Julián ponía en escena dramas mágicos que requerían mover el punto de encaje.

-A mí me parece una persona muy egoísta -insistí.

-Te parece ser eso porque lo estás juzgando -contestó-. Actúas como moralista. Yo me sentía al igual que tú. Figúrate ahora, si tú te sientes así solamente oyendo hablar del nagual Julián, imagínate cómo debí sentirme yo viviendo en su casa durante años. Por supuesto que no sólo me cayó mal, también lo envidiaba y le tenía terror.

"Pero también lo quería mucho, sin embargo mi envidia era más grande que mi cariño. Le envidiaba su facilidad, su misteriosa capacidad de ser joven o viejo a voluntad; le envidiaba su estilo, y sobre todo, le envidiaba su manera de influenciar a cualquier persona que estuviera cerca de él. Me mataba oírlo cuando iniciaba las más interesantes conversaciones con la gente. Siempre tenía algo qué decir; yo nunca tenía nada, y sólo sabía sentirme incompetente e ignorado.

Las revelaciones de don Juan me hicieron sentirme incómodo. Deseaba que cambiara de tema, porque no quería oír que era como yo. En mi opinión, él era un nagual sin par. Se dio cuenta de cómo me sentía:

-Lo que estoy tratando de hacer con la historia de mi envidia -prosiguió-, es señalarte algo de gran importancia, que la posición del punto de encaje dicta cómo nos comportamos y cómo nos sentimos.

"En aquel entonces mi gran defecto era que no podía entender este principio. Estaba aún verde. Al igual que tú, vivía a través de la importancia personal, porque ahí era donde estaba emplazado mi punto de encaje. Cómo te darás cuenta, yo aún no había aprendido que la forma de mover ese punto es establecer nuevos hábitos, moverlo con el intento. Cuando al fin se movió, fue como si yo acabara de descubrir que la única manera de tratar con guerreros sin par, como mi benefactor, es no tener importancia personal para así poder celebrarlos sin prejuicios.

Repitió otra vez que todos los entendimientos son de dos tipos. Uno es simplemente exhortaciones que uno se da a sí mismo, grandes arranques de emoción y nada más. El otro es el producto de un movimiento del punto de encaje; no va unido a arranques emocionales sino a la acción. Los entendimientos emocionales vienen años después, cuando los guerreros, mediante el uso, han solidificado la nueva posición de sus puntos de encaje.

-Incansablemente, el nagual Julián nos guió a todos nosotros a ese tipo de movimiento -prosiguió don Juan-. Obtuvo de todos nosotros total cooperación y participación en sus enormes dramas. Por ejemplo, con su drama del hombre joven y su esposa y su captor, atrapó mi absoluta concentración e interés. Para mí, el cuento del hombre viejo que era en realidad joven fue muy consistente. Había visto al hombre monstruoso con mis propios ojos,

y eso hacía que el joven tuviera mi imperecedera afiliación.
Don Juan dijo que el nagual Julián era un mago que podía manejar la fuerza del intento a un grado que resultaría incomprensible para el hombre común. Sus dramas incluían personajes mágicos convocados por la fuerza del intento, como el ser inorgánico que podía adoptar una grotesca forma humana.
-El poder del nagual Julián era tan impecable -continuó don Juan-, que podía obligar al punto de encaje de cualquiera a moverse y a alinear emanaciones que le harían ver lo que el nagual quisiera. Por ejemplo, dependiendo de lo que quería lograr, podía verse muy viejo o muy joven para su edad. Y de su edad, lo único que podían decir quienes conocían al nagual era que fluctuaba. Durante los treinta y dos años que lo conocí, a veces se veía muy joven, y en otras ocasiones estaba tan miserablemente anciano que ni siquiera podía caminar.
Don Juan dijo que, bajo la dirección de su benefactor, su punto de encaje se movió de una manera imperceptible pero profunda. Por ejemplo, un día, sin saber cómo, le vino un temor que por una parte no tenía sentido alguno para él y que por otra parte tenía todo el sentido del mundo.
-Mi temor era que debido a la estupidez perdería mi oportunidad de ser libre y que repetiría la vida de mi padre.
"Y toma en cuenta que la vida de mi padre no tuvo nada de malo. Vivió y murió ni mejor ni peor que la mayoría de los hombres; lo importante era que mi punto de encaje se movió y que un día me di cuenta de que la vida y la muerte de mi padre no tuvieron ningún significado, ni para otros ni para él mismo.
"Mi benefactor me dijo que mi padre y mi madre vivieron y murieron sólo para tenerme a mí, y que sus propios padres hicieron lo mismo por ellos. Dijo que los guerreros son diferentes porque mueven a sus puntos de encaje lo suficiente para darse cuenta del tremendo precio que se ha pagado por sus vidas. Este movimiento les da el respeto y el terror reverente que sus padres jamás sintieron por la vida en general, o por el estar vivo en particular.
Don Juan dijo que el nagual Julián no sólo hizo que sus aprendices movieran sus puntos de encaje, sino que se divirtió tremendamente mientras lo hacían.
-Por lo menos se divirtió inmensamente conmigo -dijo-. Años después, cuando los demás de mis compañeros videntes empezaron a llegar, incluso yo esperaba ansiosamente las disparatadas situaciones que creaba y desarrollaba con cada uno de ellos.
"Cuando el nagual Julián abandonó el mundo, el deleite se fue con él, y jamás volvió. A veces, Genaro nos deleita, pero nadie puede ocupar el lugar del nagual Julián. Sus dramas siempre eran enormes, sin medida. Te aseguro que no sabíamos lo que era divertirse hasta que vimos lo que hacía cuando se le aguaban algunos de esos dramas."
Don Juan se incorporó de su banca favorita. Se volvió hacia mí. Sus ojos estaban brillantes, en paz.
-Yo no soy buen acechador porque quiero a mis semejantes -dijo-. Por ejemplo, si resultara que eres tan estúpido como para fracasar en tu tarea, tienes que tener por lo menos suficiente energía para mover tu punto de encaje y venir a esta banca. Siéntate aquí durante un momento, libre de pensamientos y deseos; yo trataré de venir a recogerte de dondequiera que esté. Te prometo que procuraré hacerlo.
Explotó en una gran carcajada, como si su promesa fuera demasiado ridícula para ser creída.
-Esas palabras deberían decirse ya entrada la tarde -dijo aún riendo-. Nunca en la mañana. La mañana lo hace a uno sentirse optimista y palabras como esas pierden su significado.

XIII. EL LEVANTÓN DE LA TIERRA

-Hoy vamos a dar una vuelta a pie por la carretera a Oaxaca -me dijo don Juan-. Genaro nos está esperando por ahí.

Su petición me sorprendió. Yo no esperaba ir a ningún sitio. Durante todo el día había aguardado a que continuara su explicación. Salimos de la casa, y en silencio atravesamos el pueblo hasta alcanzar el camino de terracería. Durante largo tiempo caminamos pausadamente. De pronto, don Juan comenzó a hablar.

-Te he contado acerca de muchos de los grandes hallazgos hechos por los antiguos videntes -dijo-. Así como el descubrimiento de que la conciencia orgánica no es la única conciencia presente en la tierra, también descubrieron que la tierra misma es un ser viviente.

Esperó un momento antes de proseguir. Me sonrió, como invitándome a hacer algún comentario. No se me ocurría nada que decir.

-Los antiguos videntes vieron que la Tierra tiene un capullo -prosiguió-. Vieron que hay una pelota que contiene a la tierra, un capullo luminoso que encierra a las emanaciones del Águila. La tierra es un gigantesco ser consciente sujeto a las mismas fuerzas que nosotros.

Explicó que, al descubrir ésto, los antiguos videntes se interesaron de inmediato en los usos prácticos de ese hallazgo. El resultado de su interés fue que las más elaboradas técnicas de su brujería tenían que ver con la tierra. Consideraban que la tierra era la fuente última de todo lo que somos.

Don Juan reafirmó que a este respecto los antiguos videntes no se equivocaban, porque de verdad, la tierra es nuestra original fuente de todo.

No dijo nada más hasta que nos encontramos a Genaro como a un kilómetro y medio del pueblo. Nos esperaba, sentado sobre una roca a un lado del camino.

Me saludó con afecto. Me dijo que debíamos subir a la cima de unas escarpadas montañas, cubiertas de arbustos.

-Los tres vamos a sentarnos contra una roca -me dijo don Juan-, para contemplar la luz del sol que se refleja en las montañas que están hacia el este: Cuando el sol se hunda detrás de las montañas del oeste, quizá la tierra te permita ver el alineamiento.

Al llegar a la cima de la montaña, nos sentamos de espaldas contra una roca. Don Juan me hizo sentarme entre los dos.

Yo me sentía terriblemente nervioso. Le pregunté qué era lo que se proponía hacer. No me contestó. Siguió hablando como si yo no hubiera dicho nada.

-Fueron los antiguos videntes quienes dieron accidentalmente con algo monumental al descubrir que la percepción es alineamiento -dijo-. Lo triste es que nuevamente, sus extravíos les impidieron saber lo que habían logrado.

Señaló la cordillera al este del angosto valle donde se encontraba el pueblo.

-Hay suficiente resplandor en esas montañas para sacudir a tu punto de encaje -me dijo-. Justo antes de que se ponga el sol, tendrás unos momentos para captar todo el resplandor que necesites. La llave mágica que abre las puertas de la tierra está hecha de silencio interno y de cualquier cosa que brille.

-¿Qué es exactamente lo que debo hacer, don Juan? -pregunté.

Ambos me examinaron. Pensé ver en sus ojos una mezcla de curiosidad y repugnancia.

-Simplemente para el diálogo interno -me dijo don Juan.

Sentí una intensa punzada de ansiedad y duda; no tenía fe en que pudiera hacerlo a voluntad. Después de un momento inicial de molesta frustración, me resigné simplemente a quedarme sentado allí.

Miré a mi alrededor. Me di cuenta que estábamos a suficiente altura para contemplar todo el largo y estrecho valle abajo de nosotros. Más de la mitad estaba cubierto por las sombras vespertinas. El sol aún brillaba sobre las colinas al pie de la cordillera oriental de montañas, del otro lado del valle; la luz solar le daba a los erosionados cerros un color ocre, mientras que los picos distantes y azulados adquirieron un tono casi purpurino.

-Tú estás consciente de que ya has hecho esto antes, ¿verdad? -me susurró don Juan.

Le dije que no estaba consciente de nada por el estilo.

-Hemos estado sentados aquí en otras ocasiones -insistió-, pero eso no importa, porque esta ocasión es la que contará.

"Hoy, con la ayuda de Genaro, vas a encontrar la llave que lo abre todo. Por el momento aún no podrás usarla, pero sabrás lo que es y donde está. Los videntes pagan los más altos precios por saber eso. Tú mismo has estado pagando, paulatinamente, a lo largo de todos estos años.

Explicó que lo que llamaba la llave de todo era el conocimiento directo de que la tierra es un ser consciente, y que como tal puede darle a los guerreros un tremendo levantón; es decir, un impulso proveniente de la conciencia de la tierra, en el instante en el que las emanaciones interiores del capullo de los guerreros se alinean con las emanaciones apropiadas del interior del capullo de la tierra. Puesto que tanto la tierra como el hombre son seres conscientes, sus emanaciones coinciden, o más bien, la tierra contiene todas las emanaciones presentes en el hombre, o para el caso, todas las emanaciones presentes en todos los seres vivientes, orgánicos o inorgánicos. Cuando tiene lugar un momento de alineamiento, los seres vivientes usan ese alineamiento de manera limitada, y perciben su mundo. Como todos los demás, los guerreros pueden usar ese alineamiento ya sea para percibir, o como un levantón que les permite entrar a mundos inimaginables.

-He estado esperando que me hagas la única pregunta significativa que se puede hacer, pero nunca la haces -prosiguió-. Y siempre insistes en preguntar si el misterio de todo queda dentro de nosotros. Nunca acertaste, pero te acercaste bastante.

"En realidad, lo desconocido no está en el interior del capullo del hombre en las emanaciones no tocadas por la conciencia, y sin embargo, de cierta manera, está allí. Este es el punto que no has entendido. Cuando te dije que podemos alinear siete mundos aparte del que conocemos, lo consideraste como un asunto interno, porque tu prejuicio final consiste en creer que sólo imaginas todo lo que haces con nosotros. Por eso, nunca me has preguntado dónde se encuentra realmente lo desconocido. Durante años he hecho círculos con la mano para señalarte todo lo que nos rodea y te he dicho que ahí se encuentra lo desconocido. Nunca hiciste la conexión.

Genaro comenzó a reírse y eso lo hizo toser. Finalmente se puso de pie.

-Aún no hace la conexión -le dijo a don Juan.

Admití que si había una conexión por hacer, se me había pasado totalmente por alto.

Don Juan volvió a decir una y otra vez que la porción de emanaciones que hay en el interior del capullo del hombre se encuentra allí sólo para evocar la conciencia de ser, y que la conciencia consiste en alinear porciones de emanaciones internas con las mismas porciones de las emanaciones en grande. Se les llama emanaciones en grande porque son inmensas; y decir que lo que no se puede conocer queda fuera del capullo del hombre es decir que queda dentro del capullo de la tierra. Sin embargo, dentro del capullo de la tierra también queda lo desconocido, y en el interior del capullo del hombre lo desconocido consiste en las emanaciones no tocadas por el fulgor de la conciencia cotidiana. Cuando las toca, se activan y se alinean con las emanaciones en grande que les corresponden. Una vez que eso ocurre, lo desconocido se percibe y se convierte en lo conocido.

-Soy demasiado duro de cabeza, don Juan. Tiene que explicármelo en pedazos más chicos -dije-.

-Genaro te lo va a dar en pedacitos -repuso don Juan.

Genaro se incorporó y empezó el mismo paso de poder que había ejecutado cuando le dio vueltas a una enorme roca plana cerca de su casa. Don Juan lo miraba fascinado, luego me susurró al oído que debía procurar escuchar los movimientos de Genaro, especialmente el movimiento de sus muslos al subir hasta su pecho cada vez que daba un paso.

Seguí con la mirada los movimientos de Genaro. En cosa de segundos sentí que

una parte de mí había quedado atrapada en las piernas de Genaro. El movimiento de sus muslos no me soltaba. Sentía que caminaba con él. Hasta me faltaba aliento. Me di cuenta entonces de que realmente seguía a Genaro; caminaba a su lado, y nos alejábamos de donde habíamos estado sentados.

No vi a don Juan, sólo a Genaro caminando delante de mí con su paso de poder. Caminamos durante horas y horas. Mi fatiga era tan intensa que me vino un terrible dolor de cabeza, y de pronto me dio vómito. Genaro dejó de caminar y acudió a mi lado. Había un intenso brillo a nuestro alrededor y la luz se reflejaba en los rasgos de Genaro. Sus ojos resplandecían.

-¡No mires a Genaro! -ordenó una voz en mi oído-. ¡Mira a tu alrededor!

Obedecí. ¡Estaba en el infierno! La impresión de ver lo que me rodeaba fue tan grande que grité, pero mi voz no tenía sonido. A mi alrededor estaba el más vívido cuadro de todas las descripciones del infierno de mi educación católica. Veía un mundo rojizo, caliente y opresivo, oscuro y cavernoso, sin cielo, sin más luz que el maligno reflejo de luces rojizas que daban vueltas a nuestro alrededor a gran velocidad.

Genaro comenzó a caminar de nuevo, y algo me jaló a moverme con él. La fuerza que me hacía seguir a Genaro también me impedía mirar a mi alrededor. Mi conciencia estaba pegada a los movimientos de Genaro.

Vi a Genaro desplomarse como si estuviera absolutamente agotado. Al instante en que tocó tierra y se estiró para descansar, algo en mí quedó en libertad y nuevamente pude mirar a mi alrededor. Don Juan me escudriñaba con curiosidad. Yo estaba frente a él, de pie. Estábamos en el mismo lugar en el que nos habíamos sentado, en una ancha cornisa de roca en la cima de una montaña. Genaro jadeaba y silbaba al respirar y yo también. Estaba cubierto de sudor. Mi cabello estaba completamente empapado. Mi ropa estaba mojada, como si me hubieran metido a un río.

-Dios mío, ¡qué es lo que me están ustedes haciendo! -exclamé en un tono de total sinceridad.

La exclamación sonó tan ridícula que don Juan y Genaro comenzaron a reírse.

-Estamos tratando de hacerte entender el alineamiento -dijo Genaro.

Don Juan me ayudó a sentarme. Se sentó a mi lado.

-¿Recuerdas lo que pasó? -me preguntó.

Le dije que sí e insistió en que le dijera con exactitud lo que vi. Su petición resultaba incongruente con lo que dijo, que el único valor de mis experiencias era el movimiento de mi punto de encaje y no el contenido de mis visiones.

Explicó que Genaro ya me había ayudado del mismo modo en otras ocasiones, pero que yo nunca podía recordar nada. Dijo que, como antes, Genaro guió mi punto de encaje para que alineara un mundo con otra de las grandes bandas de emanaciones.

Hubo un largo silencio. Yo estaba entumecido, asombrado, y sin embargo, mi conciencia de ser estaba más aguda que nunca. Pensé que por fin pude entender lo que era el alineamiento. Algo dentro de mí, que yo activaba sin saber cómo, me dio la certeza de que había entendido una gran verdad.

-Creo que ya comienzas a moverte por tu propia cuenta -me dijo don Juan-. Regresemos a casa. Ya hiciste bastante hoy día.

-No le hagas -dijo Genaro-. Es más fuerte que un toro. Hay que empujarlo un poquito más.

-¡No! -dijo don Juan con firmeza-. Tenemos que ir muy despacio con él. Su fuerza no le da.

Genaro insistió en que nos quedáramos. Me miró y me guiñó el ojo.

-Mira -me dijo señalando a la cordillera oriental de montañas-. Las sombras de la tarde apenas han ascendido dos centímetros en las laderas de esas montañas y sin embargo anduviste en el infierno con pasos de plomo por horas y horas. ¿No te parece eso más que asombroso?

-¡No lo asustes por las puras! -protestó don Juan casi con vehemencia.

Fue entonces que vi sus maniobras. En ese momento la voz del ver me dijo que don Juan y Genaro eran dos acechadores extraordinarios que jugaban conmigo. Don Juan era quien siempre me empujaba más allá de mis límites, pero siempre dejaba que Genaro hiciera el papel agresivo. Aquel día en la casa de Genaro, cuando llegué a un peligroso estado de temor histérico mientras Genaro le preguntaba a don Juan si yo debía ser empujado, y don Juan me aseguró que Genaro se divertía a mi costa, la verdad era que Genaro se preocupaba por mí.

Mi ver me causó tanta sorpresa que comencé a reír. Don Juan y Genaro me miraron con asombro. Al instante, don Juan pareció darse cuenta de lo que ocurría en mi mente. Se lo comunicó a Genaro, y ambos se rieron como niños.

-Ya estás entrando en la madurez -me dijo don Juan-. Justo a tiempo; no eres ni demasiado estúpido ni demasiado inteligente. Igual que yo. Eres un poco más estrafalario que yo. En ese respecto eres como el nagual Julián, salvo que él era brillante.

Se puso de pie y estiró la espalda. Me miró con los ojos más penetrantes y feroces que jamás he visto. Me incorporé lleno de terror.

-Un nagual jamás le deja saber a nadie que él controla todo -me dijo-. Un nagual va y viene sin dejar huella. Esa libertad es lo que lo hace nagual.

Sus ojos relumbraron por un instante, luego se cubrieron con una nube de suavidad, de bondad, de humanidad, y nuevamente fueron los ojos de don Juan.

Apenas podía yo mantener el equilibrio. Me iba a desvanecer, y no podía evitarlo. Genaro saltó a mi lado y me ayudó a sentarme. Se sentaron ambos, uno de cada lado.

-Vas a recibir un levantón de la tierra -me dijo don Juan al oído.

-Piensa en los ojos del nagual -me dijo Genaro en el otro oído.

-El levantón te vendrá en el momento en que veas un brillo en la cima de esa montaña -dijo don Juan señalando el pico más alto de la cordillera oriental.

-Nunca más volverás a ver los ojos del nagual -susurró Genaro.

-Deja que el levantón te lleve adonde fuera -dijo don Juan.

-Si piensas en los ojos del nagual, te darás cuenta de que una moneda tiene dos caras -susurró Genaro.

Quería pensar en lo que ambos me decían, pero mis pensamientos no me obedecían. Algo me presionaba desde arriba. Sentía que me contraía. Tuve una sensación de náusea. Vi que las sombras vespertinas avanzaban rápidamente, ascendiendo por las laderas de las montañas orientales. Tenía la sensación de correr tras ellos.

-¡Ahí viene! -exclamó Genaro en mi oído.

-Fíjate en esa cima. Fíjate en el resplandor -me dijo don Juan al otro oído.

En verdad, había un punto de intenso brillo en el lugar que señalaba don Juan, en el pico más alto de la cordillera. Miré cómo el último rayo de luz solar se reflejaba en él. Sentí un hoyo en la boca del estómago, como si estuviera en la montaña rusa de un parque de diversiones.

Más que escuchar, sentí un lejano estruendo de terremoto. Las olas sísmicas, que me alcanzaron abruptamente, eran tan ruidosas y tan enormes que perdieron todo significado para mí. Yo era un insignificante microbio que giraba y se torcía sin tregua.

Por grados, el movimiento disminuyó. Hubo una sacudida final antes de que todo se detuviera. Traté de ver a mi alrededor. No tenía ningún punto de referencia. Parecía estar plantado, como un árbol. Arriba de mí había un cúpula blanca, reluciente, inconcebiblemente grande. Su presencia me hizo sentirme exaltado. Volé hacia ella, o más bien fui lanzado como un proyectil. Tuve la sensación de seguridad, de bienestar, de tranquilidad; mientras más me acercaba a la cúpula, más intensos se volvían estos sentimientos. Finalmente me hicieron perder toda conciencia de mí mismo.

Cuando volví a estar consciente de mí, me mecía lentamente en el aire como una hoja que cae. Me sentí agotado. Una fuer-

za succionadora comenzó a jalarme. Pasé por un agujero oscuro y después me encontré sentado entre don Juan y Genaro en la cornisa de roca.

Al día siguiente, los tres fuimos a Oaxaca. Ya entrada la tarde, don Juan y yo paseamos por la plaza. De pronto, comenzó a hablar acerca de lo ocurrido el día anterior. Me preguntó si entendí a lo que se refirió cuando dijo que los antiguos videntes habían tropezado con algo monumental.

Le dije que sí lo entendí, pero que no podía explicarlo con palabras.

-¿Y qué crees que era lo más importante que queríamos que descubrieras en la cima de esa montaña? -preguntó.

-El alineamiento -dijo una voz en mi oído, al mismo tiempo que lo dije.

Me volví instantáneamente y me topé con Genaro, quien estaba justo atrás de mí, caminando en mis huellas. La rapidez de mi movimiento lo sobresaltó. Soltó una risa nerviosa y me abrazó.

Nos sentamos. Don Juan dijo que era muy poco lo que realmente podía decir acerca del levantón de la tierra que yo recibí, que los guerreros siempre se encuentran solos en esos casos, y que la verdadera comprensión llega mucho más tarde, después de años de lucha.

Le dije a don Juan que mi dificultad para entender se amplificaba con el hecho de que él y Genaro hacían todo el trabajo. Yo era simplemente un sujeto pasivo que sólo podía reaccionar ante sus maniobras. Yo no podía iniciar ninguna acción, aunque mi vida hubiera dependido de ello. No sabría cuál sería una acción apropiada ni tampoco como iniciarla.

-Tienes toda la razón del mundo -dijo don Juan-. Se supone que te vas a quedar solo y por tu cuenta, para que reorganices todo lo que ahora te estamos haciendo. Sólo así sabrás cómo y cuándo actuar.

"El nagual Julián hizo lo mismo conmigo, y de una manera mucho más despiadada que la que usamos contigo. Sabía lo que hacía; era un nagual brillante que en unos cuantos años fue capaz de reorganizar todo lo que le enseñó el nagual Elías. En pocos años, hizo lo que a ti o a mí nos llevaría toda una vida realizar. La diferencia estriba en que todo lo que necesitaba el nagual Julián era una ligera insinuación; su agudísima conciencia partía de allí y abría la única puerta que hay.

-¿Qué quiere decir, don Juan, con la única puerta que hay?

-Quiero decir que cuando el punto de encaje del hombre se mueve más allá de cierto límite crucial, los resultados son siempre los mismos para todos los hombres. Las técnicas para moverlo pueden ser tan diferentes como sea posible, pero los resultados son siempre los mismos. En este caso, el punto de encaje de cualquier hombre alinea los mismos mundos ayudado por el levantón de la tierra.

-¿Eso quiere decir que el levantón de la tierra es el mismo para todos los hombres, don Juan?

-Desde luego. Para el hombre común la dificultad es el diálogo interno. Uno solamente puede usar ese levantón habiendo alcanzado un estado de silencio total. Podrás corroborar esa verdad el día que tú mismo trates de usarlo.

-No te recomendaría tratar de hacerlo ahora -dijo Genaro con sinceridad-. Convertirse en guerrero impecable tarda años. Para poder resistir el impacto de esa fuerza de la tierra debes ser mejor de lo que eres ahorita.

-La velocidad de ese levantón disuelve todo lo que nos rodea -dijo don Juan-. Bajo su impacto nos convertimos en nada. La velocidad excesiva y el sentido de la existencia individual no van de la mano. Ayer en la montaña, Genaro y yo te sostuvimos y te servimos de anclas; de otra manera no habrías regresado. Serías como algunos de los antiguos videntes que usaron ese levantón intencionalmente, penetraron en lo desconocido y aún siguen vagando en esa incomprensible inmensidad.

Quise que me explicara aquello en más detalle, pero se negó a hacerlo. Abruptamente, cambió de tema.

-Hay algo que aún no entiendes acerca de la tierra como ser consciente -dijo-. Y Ge-

naro, este terrible Genaro, quiere empujarte hasta que lo entiendas.
Se rieron los dos. Genaro me dio de empujones y me guiñó el ojo al mover la boca sin ruido alguno, diciendo: "Soy terrible".
-Genaro es un supervisor exigente y riguroso, cruel y despiadado -prosiguió don Juan-. Tu miedo le vale un comino y te empuja sin piedad. Si no fuera por mi...
Era el cuadro perfecto del caballero bueno y considerado. Bajó los ojos y suspiró. Los dos irrumpieron en sonoras carcajadas.
Cuando se hubieron calmado, don Juan dijo que Genaro quería darme una demostración de algo que yo aún no entendía, que la suprema conciencia de la tierra es lo que hace posible que cambiemos a otras grandes bandas de emanaciones.
-Nosotros, los seres vivientes, somos perceptores -dijo-. Y percibimos porque algunas emanaciones del interior del capullo del hombre se alinean con algunas emanaciones exteriores. Por ello el alineamiento constituye el pasadizo secreto, y la llave es el levantón de la tierra.
-Genaro quiere que observes el momento del alineamiento. ¡Obsérvalo!
Como un prestidigitador en el teatro. Genaro se puso de pie e hizo una venia hasta el suelo, y después nos mostró que no tenía nada escondido dentro de las mangas o en los pantalones. Se quitó los zapatos y los sacudió para mostrar que ahí tampoco escondía nada.
Don Juan se reía con un total abandono. Genaro movió las manos para arriba y para abajo. De inmediato, ese movimiento creó en mí un estado de fijeza, o aun soñolencia. Sentí que de repente los tres nos incorporamos y nos alejamos caminando de la plaza, yo al centro con uno de ellos a cada lado.
Mientras caminábamos, perdí mi visión periférica. Ya no distinguí más casas o calles. Tampoco vi más montañas o vegetación. En cierto momento me di cuenta de que había perdido de vista a don Juan y a Genaro; en vez de ellos vi a dos masas luminosas a mis costados que subían y bajaban levemente.
Sentí un pánico instantáneo, que de inmediato controlé. Tuve la extraña pero bien conocida sensación de que yo era yo mismo y a la vez no lo era. Sin embargo, tenía conciencia de todo lo que me rodeaba, gracias a una rara y a la vez casi familiar capacidad: todo mi ser veía. La totalidad de lo que en mi conciencia normal llamó mi cuerpo era capaz de percibir, como si fuese un ojo gigantesco que captara todo.
Después de ver las dos burbujas de luz, lo primero que vi fue un mundo de color violeta intenso, hecho de lo que parecían ser entrepaños o doseles de colores. Por doquier había entrepaños de círculos concéntricos irregulares, planos, como pantallas.
Sentí una enorme presión, y luego escuché una voz en el oído. Estaba viendo. La voz dijo que la presión se debía al acto de moverme. Me movía junto con don Juan y Genaro. Sentí una leve sacudida, como si hubiera roto una barrera de papel, y me encontré frente a un mundo luminoso. De todas partes brotaba una luz que no era enceguecedora. Parecía que el sol estaba a punto de surgir de atrás de unas nubes blancas y diáfanas. Desde un punto alto, yo contemplaba la fuente de la luz. Era una vista sobrecogedora. No había masas terrestres, sólo nubes blancas algodonadas y luz. Y nosotros caminábamos sobre las nubes.
En un momento dado, algo volvió a aprisionarme. Me movía al mismo paso que las dos burbujas de luz a mis costados. Poco a poco comenzaron a perder su brillantez; se opacaron, y finalmente se convirtieron en don Juan y Genaro. Caminábamos por una calle desierta, alejándonos de la plaza principal. Nos dimos la vuelta y regresamos hacia la plaza.
-Genaro acaba de ayudarte a alinear tus emanaciones con unas emanaciones en grande que pertenecen a otra banda -me dijo don Juan-. El alineamiento tiene que ser un acto muy pacífico e imperceptible. Nada de salir volando, nada de escándalo.
Dijo que la sobriedad necesaria para que el punto de encaje alineara otros mundos

es algo que no puede improvisarse. La sobriedad tiene que madurar y convertirse en una fuerza en si misma antes de que los guerreros puedan romper la barrera de la percepción.
Nos acercábamos a la plaza principal. Genaro no dijo una sola palabra. Caminaba en silencio, perdido en sus pensamientos. Unas cuadras antes de llegar, don Juan dijo que Genaro quería demostrarme una cosa más: que la posición del punto de encaje lo es todo, y que el mundo que nos hace percibir, sea el que fuera, es tan real que no deja lugar para nada, excepto para esa realidad.
-Exclusivamente para tu provecho, Genaro dejará que su punto de encaje alínie otro mundo -me dijo don Juan-. Y entonces te darás cuenta de que, conforme lo percibe, la fuerza de su percepción no dejará lugar para nada más.
Genaro caminó delante de nosotros, y don Juan me ordenó que al mirar a Genaro yo debía mover los ojos en el sentido de las manecillas del reloj, para evitar ser arrastrado por la fuerza del alineamiento que Genaro iba a efectuar. Le obedecí. Genaro estaba como a unos dos metros de mí. De pronto, su forma se volvió difusa y en un instante desapareció, como un soplo de aire. Pensé en películas de ciencia-ficción que había visto y me pregunté si estaremos subliminalmente conscientes de nuestras posibilidades.
-En este momento, Genaro está separado de nosotros por la fuerza de la percepción -dijo don Juan casi en un susurro-. Cuando el punto de encaje alínea un mundo, ese mundo es total. Esta es la maravilla con la que se toparon los antiguos videntes sin jamás darse cuenta de lo que era: la conciencia de la tierra puede darnos un levantón para alinear otras grandes bandas de emanaciones, y la fuerza de ese nuevo alineamiento hace desaparecer al mundo que conocemos.
"Cada vez que los antiguos videntes efectuaban un nuevo alineamiento, creían que descendían a las profundidades o ascendían a los cielos. Nunca supieron que el mundo desaparece como un soplo de aire cuando un nuevo alineamiento total nos hace percibir otro mundo total.

XIV. LA FUERZA RODANTE

Don Juan estaba a punto de empezar su explicación, pero cambió de parecer y se puso de pie. Habíamos estado sentados en el cuarto grande, compartiendo un momento de silencio.
-Quiero que trates de ver las emanaciones del Águila -dijo-. Para eso, primero tienes que mover tu punto de encaje hasta que veas el capullo del hombre.
Caminamos de la casa al centro del pueblo. En el parque, frente a la iglesia, nos sentamos en una banca vacía. Era temprano por la tarde; un día de sol y viento con bastante gente arremolinada por doquier.
Como si intentara grabármelo en la mente, repitió que el alineamiento es una fuerza única porque o ayuda al punto de encaje a moverse, o lo mantiene pegado a su posición acostumbrada. Dijo que el aspecto del alineamiento que mantiene estacionario al punto de encaje es la voluntad, y el aspecto que lo hace moverse es el intento. Comentó que uno de los misterios más profundos es la manera en que la voluntad, la fuerza impersonal del alineamiento se transforma en intento, la fuerza personalizada, que está al servicio de cada individuo.
-Lo más extraño de este misterio es que el movimiento es tan fácil de lograr -prosiguió-. Pero lo que no es tan fácil es convencernos de que es posible. Ahí, precisamente ahí está nuestro mecanismo de seguridad. Tenemos que ser convencidos. Y ninguno de nosotros quiere dejarse convencer.
Me aseguró que yo me encontraba en el estado de conciencia acrecentada más agudo, y que era posible que yo intentara mover mi punto de encaje a mayor profundidad hacia el lado izquierdo, a una posición de ensueño. Dijo que los guerre-

ros jamás deben tratar de ver sin la ayuda del ensueño. Yo alegué que dormirme en público no era algo que yo considerara placentero. Aclaró que el mover al punto de encaje de su posición natural y mantenerlo fijo en un nuevo sitio es estar dormido; con la práctica, los videntes aprenden a estar dormidos y sin embargo se comportan como si nada les ocurriese.

Hizo una pausa momentánea y después agregó que para poder ver el capullo del hombre, uno tiene que contemplar a la gente mientras se alejan de uno. Resulta inútil contemplar a la gente cara a cara, porque el frente de capullo ovoide del hombre tiene un escudo protector que los videntes llaman la placa frontal. Es un escudo casi inexpugnable, inflexible, que a todo lo largo de nuestras vidas nos protege contra los embates de una fuerza peculiar que surge de las emanaciones mismas.

También me dijo que no me sorprendiera si el cuerpo se me ponía tieso, como si estuviera congelado, y que me iba a sentir casi como una persona que mira la calle por la ventana, parado a la mitad de un cuarto. Me advirtió que la velocidad resultaba de fundamental importancia, ya que la gente iba a cruzar la ventana de mi ver extremadamente rápido. Me pidió que relajara los músculos, que parara mi diálogo interno, y que, bajo el hechizo del silencio interno dejara desplazarse a mi punto de encaje. Me instó a darme yo mismo de firmes palmadas en el lado derecho, entre la cadera y las costillas.

Lo hice tres veces y quedé profundamente dormido. Era un estado de sueño extremadamente peculiar. Mi cuerpo dormía, pero yo estaba perfectamente consciente de todo lo que ocurría. Escuchaba a don Juan y podía seguir cada una de sus instrucciones, como si estuviera despierto, y sin embargo no podía mover el cuerpo de ningún modo.

Don Juan me advirtió que un hombre iba a pasar frente a la ventana de mi ver y que debería verlo. Traté de mover la cabeza y no pude hacerlo. De pronto, apareció una brillante forma ovoide. Resplandecía. Quedé atónito al verla y, antes de que me recuperara de la sorpresa, había desaparecido. Se alejó, flotando, ondeando de arriba a abajo.

Todo fue tan repentino y rápido que me sentí frustrado e impaciente. Sentí que me comenzaba a despertar. Don Juan volvió a hablarme; me ordenó terminar con mi nerviosidad. Me dijo que no tenía ni derecho ni tiempo para impacientarme. De pronto, apareció y se alejó otro ser luminoso. Parecía hecho de una blanca pelambre fluorescente.

Don Juan me susurró al oído que si así lo deseaba, mis ojos eran capaces de disminuir la velocidad de todo lo que enfocaban. Me advirtió de nuevo que otro hombre se acercaba. Y en ese momento me di cuenta de que había dos voces. La que acababa de escuchar era la misma que me exhortó a tener paciencia. Esa era la voz de don Juan. La otra, la que me decía que usara los ojos para hacer más lento el movimiento, era la voz del ver.

Esa tarde vi a diez seres luminosos en movimiento lento. La voz del ver me orientó para ver en ellos todo lo que don Juan me dijo acerca del resplandor de la conciencia. En el lado derecho de esas luminosas criaturas ovoides, abarcando quizás una décima parte del volumen total del capullo, había una banda vertical con un resplandor ambarino más fuerte. La voz del ver dijo que esa era la banda de la conciencia del hombre. La voz señaló un punto en la banda del hombre, un punto con el brillo intenso; se encontraba sobre la superficie del capullo en la parte superior, casi en la cresta de las formas oblongas; la voz dijo que era el punto de encaje.

Al ver a cada criatura luminosa de perfil, desde el punto de vista de su cuerpo, su forma ovoide era como un gigantesco yoyo asimétrico parado de lado, o como una olla casi redonda que descansaba de lado, con la tapadera puesta. La parte que parecía una tapadera era la placa frontal; abarcaba quizás una quinta parte del grosor del capullo total.

Hubiera seguido viendo a esas criaturas,

pero don Juan dijo que tenía que contemplar a la gente cara a cara, mientras vienen hacia mí, y sostener mi contemplación hasta que rompiera la barrera y viera las emanaciones.
Seguí su orden. Casi al instante, vi un brillantísimo despliegue de fibras de luz, vivas, apremiantes. Era una visión deslumbrante que de inmediato rompió mi equilibrio. Caí de lado a la acera de cemento. Desde allí, vi que las apremiantes fibras de luz se multiplicaban; se abrían con una sorda explosión y surgían de ellas miríadas de otras fibras. Pero, aún siendo apremiantes, de alguna manera, las fibras no interferían con mi visión ordinaria. Muchísima gente entraba a la iglesia. Y ya no podía aplicarles mi ver. Había bastantes mujeres y hombres alrededor de la banca. Quería enfocar mis ojos en ellos, pero repentinamente una de esas fibras de luz se hinchó. Se convirtió en una bola de fuego que tenía quizás dos metros de diámetro. Rodó hacia mí. Mi primer impulso fue rodar de lado para quitarme de su camino. Antes de que siquiera pudiera mover un músculo, la bola me había golpeado. La sentí tan claramente como si alguien me hubiera dado un leve puñetazo en el estómago. Un instante después me golpeó otra bola de fuego, esta vez con bastante más fuerza, y entonces, con la mano abierta, don Juan me dio una cachetada en la mejilla. Me incorporé involuntariamente de un salto, y perdí de vista a las fibras de luz y a los globos que me golpeaban.

Don Juan dijo que tuve mi primer breve encuentro con las emanaciones del Águila, pero que un par de empujones de la tumbadora abrieron peligrosamente mi abertura. Agregó que las bolas que me golpearon se llamaban la fuerza rodante, o la tumbadora.
Regresamos a su casa, aunque yo no recordaba cómo ni cuándo. Había pasado horas en un estado semidormido. Don Juan y los otros videntes de su grupo me dieron a beber grandes cantidades de agua. También, durante cortos periodos de tiempo, me sumergieron en una tina de agua helada.

-¿Esas fibras que vi son las emanaciones del Águila? -le pregunté a don Juan.
-Sí. Pero realmente no las viste -contestó-. En cuanto empezaste a verlas la tumbadora te detuvo. Si hubieras permanecido un momento más te hubiera destruido.
-¿Qué es exactamente la tumbadora? -pregunté.
-Es una fuerza de las emanaciones del Águila -dijo-. Una fuerza ininterrumpida, que nos golpea a cada instante de nuestras vidas. Cuando se la ve es mortal, pero como no la vemos la ignoramos en nuestra vida ordinaria, porque tenemos escudos protectores. Por ejemplo, estamos permanentemente preocupados con lo que nos pertenece, con nuestra posición frente a otros. Estos escudos no nos protegen de los golpes de la tumbadora, simplemente nos impiden verla directamente, de esta manera nos evitan ser heridos por el susto de ver que las bolas de fuego nos golpean. Los escudos son una gran ayuda y un gran estorbo para nosotros. Nos pacifican y a la vez nos engañan. Nos dan una falsa sensación de seguridad.
Me advirtió que llegaría un momento en mi vida en el que me encontraría sin escudos, ininterrumpidamente a merced de la tumbadora. Dijo que es una fase obligatoria en la vida de un guerrero, conocida como perder la forma humana.
Le pedí que me explicara de una vez por todas qué era la forma humana y qué significa perderla.
Contestó que los videntes describen la forma humana como la fuerza apremiante del alineamiento de las emanaciones, encendidas por él resplandor de la conciencia, en el sitio preciso en el que se encuentra normalmente el punto de encaje. Es la fuerza que nos convierte en personas. Así que, ser una persona es ser forzado a afiliarse con esa fuerza de alineamiento, y en consecuencia, a afiliarse con el sitio preciso donde se origina.
Debido a sus actividades, en un momento dado, los puntos de encaje de los guerreros se desplazan hacia la izquierda. Es un desplazamiento permanente, que resulta

en un excepcional sentido de indiferencia, de control o incluso de abandono. Ese desplazamiento implica un nuevo alineamiento de emanaciones, y es el principio de una serie de cambios mayores. De manera muy apropiada, los videntes llaman a este cambio inicial perder la forma humana, porque el movimiento inexorable del punto de encaje, que se aleja de su posición original, resulta en la pérdida irreversible de nuestra afiliación a la fuerza que nos hace personas.

Después cambió el tema y me pidió que describiera todos los detalles que pudiera recordar acerca de las bolas de fuego. Le dije que las había visto tan brevemente que no estaba seguro de poder describirlas en detalle.

Señaló que ver es el eufemismo de mover el punto de encaje, y que si yo movía el mío una fracción más hacia la izquierda tendría una visión clara de las bolas de fuego, un cuadro que entonces podría interpretar como el haberlas recordado.

Traté de hacer lo que me pedía, pero no pude lograrlo, así que describí lo poco que recordaba.

Me escuchó con cuidado y luego me preguntó si eran bolas o círculos de fuego. Le dije que no lo recordaba.

Explicó que esas bolas de fuego son de crucial importancia para los seres humanos porque son la expresión de una fuerza que tiene que ver con todos los detalles de la vida y de la muerte, algo que los nuevos videntes llaman la fuerza rodante.

Le pedí que aclarara lo que quería decir con todos los detalles de la vida y de la muerte.

-La fuerza rodante es el medio a través del cual el Águila distribuye vida y conciencia -dijo-. Pero también es la fuerza que, digamos, cobra la renta. Hace morir a todos los seres vivientes. Lo que viste hoy era llamado la tumbadora por los antiguos videntes.

Dijo que los videntes la describen como una línea eterna de anillos iridiscentes o bolas de fuego que ruedan incesantemente sobre los seres humanos. Los seres orgánicos luminosos son golpeados sin tregua por la fuerza rodante, hasta el día en el que los golpes resultan ser demasiado para ellos y los hacen finalmente desplomarse. Los antiguos videntes quedaron boquiabiertos al ver entonces cómo la fuerza rodante los tumba al pico del Águila para ser devorados. Por esa razón llamaban a esa fuerza la tumbadora.

-¿Ha visto usted cuando esa fuerza rueda a los seres humanos? -pregunté.

-Claro que la he visto -contestó. Después de una pausa agregó-, tú y yo la vimos hace poco en la Ciudad de México.

Su aseveración me sonó tan absurda que me sentí obligado a decirle que se equivocaba. Se rió y me recordó que en aquella ocasión, mientras ambos estábamos sentados en una banca de la Alameda en la Ciudad de México, fuimos testigos de la muerte de un hombre. Dijo que yo registré el evento en mi memoria cotidiana al igual que mis emanaciones del lado izquierdo.

Mientras don Juan me hablaba tuve la sensación de que algo en mí adquiría progresivamente lucidez, y visualicé con insólita claridad toda la escena en el parque. El hombre yacía sobre el pasto con tres policías de pie a su alrededor, para alejar a la gente. Recordé claramente que don Juan me golpeó la espalda para hacerme cambiar niveles de conciencia. Y entonces vi. Mi ver era imperfecto. Yo era incapaz de deshacerme de la vista del mundo cotidiano. Lo que vi fue una composición de filamentos de los más suntuosos colores, superpuesta a los edificios y al tráfico. Los filamentos eran líneas de luces de colores que provenían de arriba. Poseían vida interna; brillaban y estaban repletas de energía.

Cuando miré al hombre moribundo, vi algo que era a la vez como círculos de fuego, o como plantas rodadoras iridiscentes que rodaban por doquiera. Los círculos rodaban sobre la gente, sobre don Juan, sobre mí. Los sentí en el estómago y me dio náusea.

Don Juan me dijo que enfocara los ojos en el hombre moribundo. En cierto momen-

to lo vi enroscándose como una bola, así como se enrosca una cochinilla de humedad cuando la tocan. Los círculos incandescentes lo hicieron a un lado, como si lo descartaran, quitándolo de su majestuoso e inalterable camino.
No me había gustado esa sensación. Los círculos de fuego no me asustaron; no eran aterradores, ni siniestros. No me sentía mórbido ni sombrío. Más bien, los círculos me provocaron náuseas. Los había sentido en la boca del estómago. Lo que sentí ese día era asco.
Recordarlos me convocó nuevamente la sensación de incomodidad que experimenté en aquella ocasión. Cuando de verdad empecé a vomitar, don Juan se rió hasta perder el aliento.
-Eres un tipo tan exagerado -dijo-. La fuerza rodante no es tan mala. En realidad, es hermosa. Los nuevos videntes recomiendan que nos abramos a ella. Los antiguos videntes también se abrieron a ella, pero por razones y con propósitos guiados sobre todo por la importancia personal y la obsesión.
"En cambio, los nuevos videntes hacen amistad con ella. Se familiarizan con esa fuerza al manejarla sin ninguna importancia personal. El resultado es asombroso, en sus consecuencias.
Dijo que para abrirse uno a la fuerza rodante lo único que se necesita es mover el punto de encaje. El peligro es mínimo si la fuerza es vista de manera intencional. Pero es extremadamente peligroso si es un movimiento involuntario del punto de encaje que se deba quizás a la fatiga física, al agotamiento emocional, a la enfermedad, o simplemente a una crisis menor, como estar asustado o estar ebrio.
-Cuando el punto de encaje se mueve involuntariamente, la fuerza rodante raja el capullo -prosiguió-. Te he hablado muchas veces de la abertura que tiene el hombre debajo del ombligo. No queda realmente debajo del ombligo en sí, sino en el capullo, a la altura del ombligo. La abertura es más como una hendidura, un defecto natural en el liso capullo. Es allí adonde nos golpea incesantemente la tumbadora y donde se raja el capullo.
Explicó que si es leve el movimiento del punto de encaje, la rajadura es muy pequeña, el capullo se repara a sí mismo rápidamente, y la gente experimenta lo que todos percibimos en alguna ocasión: manchas de color y formas distorsionadas, que siguen ahí aunque tengamos los ojos cerrados.
Si el movimiento es considerable, la rajadura también resulta extensa, y le lleva tiempo al capullo repararse, como ocurre en el caso de guerreros que intencionalmente usan plantas de poder para provocar ese movimiento o personas que usan drogas e inadvertidamente hacen lo mismo. En estos casos los hombres se sienten adormecidos y fríos; se les dificulta hablar o pensar; es como si los hubieran congelado por dentro.
Don Juan dijo que cuando el punto de encaje se mueve drásticamente debido a los efectos de un trauma o de una enfermedad mortal, la fuerza rodante produce una rajadura a todo lo largo del capullo; el capullo se desploma, se arrolla sobre sí mismo, y el individuo muere.
-¿Un cambio intencional también puede producir una rajadura de esa naturaleza? -pregunté.
-A veces -contestó-. Somos realmente frágiles. A medida que la tumbadora nos golpea una y otra vez, la muerte entra dentro de nosotros a través de la abertura. La muerte es la fuerza rodante. Cuando encuentra una debilidad en la abertura de un ser luminoso, automáticamente raja el capullo, lo abre, y lo hace desplomarse.
-¿Todos los seres vivientes tienen una abertura? -pregunté.
-Claro -repuso-. Si no la tuvieran no morirían. Sin embargo, las aberturas son diferentes en cuanto a tamaño y configuración. La abertura del humano es una depresión, como plato hondo, del tamaño de un puño, una configuración muy frágil y vulnerable. Las aberturas de otras criaturas orgánicas son muy parecidas a la del humano; algunas son más fuertes que

la nuestra y otras son más débiles. Pero la abertura de los seres inorgánicos es verdaderamente diferente. Es más bien como un hilo largo, un cabello de luminosidad; en consecuencia, los seres inorgánicos son mucho más durables que nosotros.

"Hay algo persistentemente atrayente en la larga vida de esas criaturas, y los antiguos videntes no pudieron resistir esa atracción.

Dijo luego que la misma fuerza puede producir dos efectos diametralmente opuestos. Cómo resultado de sus labores, los antiguos videntes se vieron aprisionados por la fuerza rodante, y también como resultado de sus labores, la fuerza rodante dio a los nuevos videntes el don de la libertad. Al familiarizarse con la fuerza rodante a través de la maestría del intento, en cierto momento, los nuevos videntes abren sus capullos y la fuerza los inunda en vez de enroscarlos como una cochinilla de humedad. El resultado final es su desintegración total e instantánea.

Le hice muchas preguntas sobre la supervivencia de la conciencia después de que el ser luminoso es consumido por el fuego interior. No me contestó. Simplemente se rió, encogió los hombros y prosiguió su explicación. Dijo que la obsesión de los antiguos videntes con la tumbadora les impidió ver el otro lado de esa fuerza. Los nuevos videntes, al rechazar la tradición, con su acostumbrada dedicación se fueron hasta el otro extremo. Al principio, estaban totalmente en contra de ver a la tumbadora; alegaban que tenían que entender la fuerza de las emanaciones en grande cuando conferían vida y acrecentaban la conciencia.

-Llegaron a la conclusión -prosiguió don Juan-, de que es infinitamente más fácil destruir algo que construirlo y mantenerlo. Quitar la vida no es nada comparado con darla y alimentarla. Desde luego, los nuevos vidente se equivocaban en este respecto, pero a su debido tiempo corrigieron su error.

-¿En qué estaban equivocados, don Juan?

-Es un error aislar cualquier cosa para verla. Al principio, los nuevos videntes hicieron exactamente lo opuesto de sus predecesores. Enfocaron con igual atención el otro lado de la tumbadora. Y lo que les pasó fue tan terrible como lo que le pasó a los antiguos videntes, o aún peor. Tuvieron muertes estúpidas, al igual que el hombre común y corriente. No tenían ni el misterio ni la malevolencia de los antiguos videntes, pero tampoco tenían la sed de la libertad de los videntes de hoy.

"Aquellos primeros nuevos videntes sirvieron a todo el mundo. Como enfocaban su ver en el acto de conferir la vida, estaban llenos de amor y bondad. Pero eso no impidió que la muerte los arrollara. Estaban rebozantes de amor, pero eran vulnerables al igual que los antiguos videntes, que estaban rebozantes de morbidez.

Dijo que resultaba inadmisible para los nuevos videntes de hoy en día quedarse desamparados después de una vida de disciplina y trabajo, al igual que aquéllos que nunca tuvieron propósito en sus vidas.

Don Juan dijo que, después de haber revisado y readoptado su tradición, los nuevos videntes se dieron cuenta de que el conocimiento que tenían los antiguos videntes acerca de la fuerza rodante era completo; en cierto momento llegaron a la conclusión de que, en efecto, existían dos aspectos diferentes de la misma fuerza. El aspecto tumbador se relaciona exclusivamente con la destrucción y la muerte. Por otra parte, el aspecto circular es lo que mantiene la vida, la conciencia, la realización y el propósito. Sin embargo, decidieron tratar exclusivamente con el aspecto destructor.

-Contemplando en grupos, los nuevos videntes pudieron ver la separación entre los dos aspectos -explicó-. Vieron que ambas fuerzas están fusionadas, pero que no son iguales. La fuerza circular nos llega justo antes de la fuerza tumbadora; están tan cerca una de la otra que parecen ser la misma.

"La razón por la cual se le llama la fuerza circular es que se presenta en anillos, delgadísimos aros de iridiscencia, realmente algo muy delicado. Y al igual que la fuer-

za tumbadora, la fuerza circular golpea ininterrumpidamente a todos los seres vivientes, pero con un propósito diferente. Los golpea para darles fuerza, dirección, conciencia; los golpea para darles vida.
"Lo que descubrieron los nuevos videntes es que en cada ser viviente el equilibrio de las dos fuerzas es muy delicado -continuó-. Si en cualquier momento dado un individuo siente que la fuerza tumbadora lo golpea con mayor fuerza que la circular, eso significa que el equilibrio está roto; a partir de entonces la fuerza tumbadora golpea más y más duro, hasta que rompe la abertura del ser viviente y lo hace morir.
Dijo que de lo que yo llamé bolas de fuego sale un aro iridiscente del tamaño exacto al de los seres vivientes, ya sean hombres, árboles, microbios o aliados.
-¿Existen círculos de diferentes tamaños? -pregunté.
-No me tomes tan literalmente -protestó-. No existen círculos propiamente dichos, solamente una fuerza circular que le da a los videntes que la ensueñan una sensación de anillos. Y tampoco hay diferentes tamaños. Es una sola fuerza indivisible que se amolda a todos los seres vivientes, orgánicos e inorgánicos.
-¿Por qué enfocaban el aspecto destructor los antiguos videntes? -pregunté.
-Porque creían que sus vidas dependían de que lo vieran -contestó-. Estaban seguros de que su ver iba a darles respuestas a preguntas tan viejas como el tiempo. Verás, pensaron que si desentrañaban los secretos de la fuerza rodante serían invulnerables e inmortales. Lo triste es que de una manera u otra, sí desentrañaron los secretos y sin embargo no fueron ni invulnerables ni inmortales.
"Los nuevos videntes lo cambiaron todo al darse cuenta de que mientras el hombre tenga capullo no hay manera de aspirar a la inmortalidad.
Don Juan explicó que, aparentemente, los antiguos videntes nunca se dieron cuenta de que el capullo humano es un receptáculo y que no puede sostener indefinidamente el embate de la fuerza rodante. A pesar de todo el conocimiento que acumularon, al final de cuentas acabaron quizá mucho peor que el hombre común y corriente.
-¿De qué manera acabaron peor que el hombre común? -pregunté.
-Su tremendo conocimiento los obligó a creer que sus selecciones eran infalibles -dijo-. Así que escogieron vivir, a cualquier precio.
Don Juan me miró y sonrió. Con su pausa teatral me decía algo que yo no podía entender.
-Escogieron vivir -repitió-. Al igual como eligieron ser árboles para poder unificar mundos con esas grandes bandas casi inalcanzables.
-¿Qué quiere usted decir con eso, don Juan?
-Quiero decir que, en vez de dejar que la fuerza rodante los llevara hasta el pico del Águila para ser devorados, la usaron para mover sus puntos de encaje a posiciones de ensueño inimaginables.

XV. LOS DESAFIANTES DE LA MUERTE

Llegué a la casa de Genaro como a las dos de la tarde. Don Juan y yo nos envolvimos en una conversación, y después don Juan me hizo cambiar niveles de conciencia.
-Aquí estamos nuevamente los tres, igual como estábamos el día que fuimos a esa roca plana -dijo don Juan-. Y esta noche vamos a hacer otro viaje a esa área.
"Ahora sabes lo suficiente para llegar a conclusiones muy serias acerca de ese lugar y de sus efectos en la conciencia.
-¿Qué es lo que vamos a hacer en ese lugar, don Juan?
-Esta noche te vas a enterar de unos asuntos tenebrosos que los antiguos videntes descubrieron acerca de la fuerza rodante; y vas a ver cómo es que los antiguos videntes eligieron vivir a cualquier precio.
Don Juan se volvió hacia Genaro, quien estaba a punto de quedarse dormido. Le dio un leve empujón.

-¿No dirías tú, Genaro, que los antiguos videntes eran hombres terribles? -preguntó don Juan.
-Absolutamente -dijo Genaro con un tono cortante y luego pareció sucumbir a la fatiga. Comenzó a cabecear. En un instante dormía profundamente, apoyando la cabeza sobre el pecho con el mentón metido. Roncaba.
Yo estaba a punto de soltar la risa, pero me di cuenta de que Genaro me miraba con fijeza, como si durmiera con los ojos abiertos.
-Eran hombres tan temibles que incluso desafiaron a la muerte -agregó Genaro entre ronquidos.
-¿No tienes curiosidad por saber cómo desafiaron a la muerte esos hombres terribles? -me preguntó don Juan.
Parecía exhortarme a que le pidiera un ejemplo de lo temibles que eran. Hizo una pausa y me miró con un brillo de expectativa en los ojos.
-Espera usted que le pida un ejemplo, ¿verdad? -dije.
-Este es un momento grandioso -dijo sacudiéndome de los brazos y riéndose-. A estas alturas mi benefactor me tenía comiéndome las uñas de pura curiosidad. Le pedí que me diera un ejemplo, y lo hizo; ahora yo te voy a dar uno, aunque no me lo pidas.
-¿Qué va usted a hacer? -pregunté, tan asustado que tenía el estómago hecho nudos y la voz entrecortada.
Don Juan tardó bastante en dejar de reír. Cada vez que comenzaba a hablar le daba un acceso de tos y risa.
-Como te dijo Genaro, los antiguos videntes eran hombres temibles -dijo frotándose los ojos-. Había algo que trataron de evitar a cualquier precio; no querían morir. Es obvio que ningún hombre tampoco quiere morir, pero los temibles antiguos videntes tenían la ventaja de su concentración y disciplina para alinear otros mundos; y de hecho, alinearon mundos donde se puede evitar la muerte.
Hizo una pausa y me miró arqueando las cejas. Me dijo que, me estaba volviendo muy lento, que no hacía mis preguntas de costumbre. Yo comenté que me parecía muy claro que me estaba incitando a preguntarle si los antiguos videntes lograron evitar la muerte, pero él mismo ya me había dicho que todo su conocimiento acerca de la tumbadora no los salvó de morir.
-Lograron evitar la muerte mediante el alineamiento de otros mundos -dijo pronunciando sus palabras con especial cuidado-. Pero de todos modos tuvieron o tienen que morir.
-¿Cómo evitaron la muerte mediante el alineamiento de otros mundos? -pregunté.
-Los videntes observaron a sus aliados -dijo-, y viendo que eran seres vivientes con una resistencia a la fuerza rodante mucho más grande que la nuestra, se ajustaron al molde de sus aliados.
Don Juan explicó que sólo los seres orgánicos tienen una abertura que parece un tazón. Su tamaño y su forma y su fragilidad hacen de ella la configuración ideal para apresurar la ruptura y el desplome de la concha luminosa bajo los embates de la fuerza rodante. Por otra parte, los aliados, que sólo tienen una línea por abertura, le presentan una superficie tan pequeña a la fuerza rodante que resultan ser prácticamente inmortales. Sus capullos pueden resistir indefinidamente los embates de la tumbadora, porque aberturas del ancho de un cabello no ofrecen ninguna configuración ideal para la ruptura.
-Los antiguos videntes desarrollaron las más extrañas técnicas para cerrar sus aberturas -prosiguió don Juan-. En esencia, estaban en lo correcto al suponer que una abertura del ancho de un cabello es más durable que una forma de tazón.
-¿Aún existen esas técnicas? -pregunté.
-No, ya no -dijo-. Pero aún existen algunos de los videntes que las practicaron.
Por razones que desconocía, esta aseveración me provocó una reacción de terror sin límites. Mi respiración se alteró al instante, y no pude controlar su ritmo. Sudaba copiosamente y mi cuerpo se sacudía.
-Aun viven hoy en día, ¿no es así, Genaro? -preguntó don Juan.

-Absolutamente -murmuró Genaro aparentemente desde un estado de sueño profundo.
Le pregunté a don Juan si conocía la razón por la que yo estaba tan asustado. Me recordó una ocasión previa, en ese mismo cuarto, en la que me preguntaron si había visto las extrañas criaturas que entraron en el momento en que Genaro abrió la puerta.
-Ese día tu punto de encaje entró muy profundamente en el lado izquierdo y alineó un mundo aterrador -continuó-. Pero eso ya te lo dije; lo que no recuerdas es que entraste directamente a un mundo muy remoto y ahí te orinaste del susto.
Don Juan se volvió hacia Genaro, quien roncaba pacíficamente con las piernas estiradas al frente.
-Se orinó del susto, ¿verdad, Genaro? -preguntó.
-Absolutamente orinado -murmuró Genaro, y don Juan se dobló de risa.
-Quiero que sepas que no te culpamos por sentirte tan asustado. -prosiguió don Juan-. A nosotros mismos nos repugnan algunas de las acciones de los antiguos videntes. Estoy seguro de que a estas alturas ya te diste cuenta de que aquella noche vistes a los antiguos videntes que aún viven hoy en día, pero no puedes recordarlo.
Quise protestar que no me había dado cuenta de nada, pero no le podía dar voz a mis palabras. Tuve que despejarme la garganta una y otra vez antes de poder articular una palabra. Genaro se incorporó mientras tanto y me golpeaba duramente la parte superior de la espalda, cerca del cuello, como si me quisiera sacar de un ahogo.
-Tienes un oso en la garganta -dijo.
Le di las gracias con una voz aguda y chillona.
-No, creo que lo que tienes ahí es una gallina -agregó y se sentó a dormir.
Don Juan dijo que los nuevos videntes se rebelaron contra todas las extrañas prácticas de los antiguos videntes, y las declararon no sólo inútiles sino dañinas. Incluso llegaron al grado de prohibir que estas técnicas fueran enseñadas a los nuevos guerreros; y durante generaciones no hubo mención alguna de esas prácticas.
Fue a principios del siglo dieciocho cuando el nagual Sebastián, un miembro del linaje directo de naguales de don Juan volvió a descubrir la existencia de esas técnicas.
-¿Cómo volvió a descubrirlas? -pregunté.
-Era un soberbio acechador, y gracias a su impecabilidad tuvo oportunidad de aprender maravillas -contestó don Juan.
Dijo que el nagual Sebastián era el sacristán de la catedral de la ciudad en la que vivía, y que un día, cuando estaba a punto de iniciar su rutina diaria, encontró en la puerta de la iglesia a un indio de edad madura que parecía estar atolondrado.
El nagual Sebastián llegó al lado del hombre y le preguntó si necesitaba ayuda.
"-Necesito un poco de energía para cerrar mi abertura -le dijo el hombre con voz clara y fuerte-. ¿Me podrías dar un poco de tu energía?"
Don Juan dijo que, según el cuento, el nagual Sebastián quedó atónito. No supo qué contestar. Ofreció llevar al indio a ver al sacerdote de la parroquia. El hombre perdió la paciencia y enojado, acuso al nagual Sebastián de andarse con rodeos.
"-Necesito tu energía porque tú eres un nagual -le dijo-. Vamos y no me hagas perder más tiempo".
El nagual Sebastián sucumbió ante el poder magnético del extraño y dócilmente lo siguió hasta las montañas. Estuvo ausente muchos días. Cuando regresó, no sólo tenía un nuevo punto de vista sobre los antiguos videntes, sino también un conocimiento detallado de sus técnicas. El extraño era un antiguo tolteca. Uno de los últimos sobrevivientes.
-El nagual Sebastián descubrió maravillas acerca de los antiguos videntes -continuó don Juan-. Fue el primero que supo lo grotesco y extraviados que eran en realidad. Hasta ese entonces, ese conocimiento era sólo de oídas.
"Una noche, mi benefactor y el nagual Elías me dieron una demostración de esos

extravíos. En realidad nos la mostraron a Genaro y a mí, juntos, así que resulta adecuado que ambos te demos la misma demostración.

Yo quería hablar más, a fin de retrasar lo inevitable; necesitaba tiempo para calmarme, para pensar en todo. Pero antes de poder siquiera decir una palabra, don Juan y Genaro me sacaron prácticamente a rastras de la casa. Nos dirigimos a las mismas colinas erosionadas que antes visitamos.

Nos detuvimos al pie de una gran colina árida. Don Juan señaló unas montañas en la distancia, hacia el sur, y dijo que entre el lugar en el que nos encontrábamos y un corte natural en una de esas montañas, un corte que parecía una boca abierta, había por lo menos siete sitios en los que los antiguos videntes enfocaron todo el poder de su conciencia.

Don Juan aseguró que esos videntes triunfaron porque fueron eruditos y audaces. Agregó que su benefactor le mostró a él y a Genaro un sitio en el que los antiguos videntes, empujados por su amor a la vida, se habían sepultado vivos y lograron realmente evitar la muerte al alinear otros mundos específicos.

-No hay nada inusitado en esos lugares -prosiguió-. Los antiguos videntes se cuidaron de no dejar huellas. Es simplemente un paraje en el campo. Uno tiene que ver para saber dónde se localizan esos lugares.

Dijo que no quería caminar hasta los sitios lejanos, pero que me llevaría al más cercano. Insistí en saber lo que se proponía hacer. Dijo que íbamos a ver a los videntes sepultados, y que para lograrlo teníamos que quedarnos allí, sentados bajo unos arbustos hasta que oscureciera. Me los señaló, estaban como a un kilómetro, subiendo por una pendiente.

Llegamos al grupo de arbustos y nos sentamos como pudimos. En voz baja, don Juan comenzó a explicar que para poder obtener energía de la tierra, los antiguos videntes solían enterrarse durante periodos, dependiendo de la importancia de lo que querían lograr. Mientras más difícil su objetivo, más largo el periodo de entierro.

Don Juan se puso de pie, y de manera melodramática me mostró un punto a unos cuantos metros de donde estábamos.

-Ahí están sepultados dos antiguos videntes -dijo-. Se enterraron ahí hace dos mil años, para evitar la muerte, no con ánimo de huir de ella sino con ánimo de desafiarla.

Don Juan le pidió a Genaro que mostrara el sitio exacto en el que estaban enterrados. Me volví para ver a Genaro; estaba sentado a mi lado, profundamente dormido otra vez. Pero, para mí total asombro, se incorporó de un salto y ladró como perro y corrió en cuatro patas hasta el punto que señalaba don Juan. Corrió luego alrededor del sitio, imitando a la perfección a un perro pequeño.

Su actuación me pareció divertidísima. Don Juan casi se tendía en el suelo de la risa.

-Genaro te ha mostrado algo extraordinario -dijo don Juan después de que Genaro hubo regresado adonde estábamos y se volvió a dormir-. Te ha enseñado algo acerca del punto de encaje y del ensoñar. Ahora está ensoñando, pero puede actuar como si estuviera completamente despierto y escucha todo lo que dices. Desde esa posición puede hacer más que si estuviera despierto.

Durante un momento se calló, como si sopesara lo que iba a decir enseguida. Genaro roncaba rítmicamente.

Don Juan comentó lo fácil que le resultaba encontrar defectos en todo lo que hicieron los antiguos videntes, y sin embargo, nunca se cansaba de repetir lo maravillosos que eran sus logros. No sólo descubrieron y usaron el levantón de la tierra, sino que también descubrieron que si permanecían sepultados, sus puntos de encaje alineaban emanaciones que de ordinario eran inaccesibles, y que un alineamiento tal empleaba la extraña e inexplicable capacidad de la tierra para desviar los golpes incesantes de la fuerza rodante.

En consecuencia, desarrollaron las más asombrosas y complejas técnicas, para sepultarse por periodos extremadamente largos, sin daño alguno. En su lucha contra la muerte, aprendieron a alargar esos periodos hasta abarcar milenios.

Era un día nublado, y cuando cayó la noche, todo quedó en profunda oscuridad. Don Juan se incorporó, y sosteniendo al sonámbulo Genaro, nos guió hacia una enorme piedra ovalada plana que me llamó la atención desde el momento en que llegamos. Se parecía a la roca plana donde estuvimos antes, pero era más grande. Se me ocurrió que, a pesar de su enormidad, esa roca fue colocada allí a propósito.

-Este es otro sitio -dijo don Juan-. Esta enorme roca fue puesta aquí como trampa, para atraer a la gente. Pronto sabrás por qué.

Sentí que un escalofrío me recorrió el cuerpo. Pensé que me iba a desmayar. Sabía que, definitivamente, reaccionaba de manera exagerada, y quería decir algo al respecto, pero don Juan siguió hablando, susurrando con voz ronca. Dijo que puesto que Genaro ensoñaba, tenía suficiente control sobre su punto de encaje para moverlo hasta poder alcanzar las emanaciones específicas que despertarían a todos los que estaban enterrados alrededor de esa roca. Me recomendó que tratara de mover mi punto de encaje, y que siguiera al de Genaro. Dijo que podría hacerlo, primero si yo tenía el intento inflexible de moverlo, y segundo, si dejaba que el contexto de la situación dictara hacia dónde debía moverse.

Después de pensarlo un momento me susurró al oído que no me preocupara de los procedimientos porque, en realidad, la mayoría de las cosas verdaderamente extrañas que le pasan a los videntes, o aún al hombre común, ocurren de por sí, con la sola intervención del intento.

Guardó silencio durante un momento y agregó que, para mí, el peligro consistía en que los videntes sepultados inevitablemente tratarían de matarme de un susto. Me exhortó a seguir los movimientos de Genaro, y a mantener la calma y a no sucumbir ante el miedo.

Desesperadamente, luché contra mi náusea. Don Juan me tomó de los antebrazos y me dijo que si yo no paraba de jugar al inocente expectador, iba a acabar de jugador profesional. Me aseguró que yo no estaba consciente de negarme a dejar moverse a mi punto de encaje, pero que todos los seres humanos hacen lo mismo.

Algo te va a hacer sacudirte en tus pantalones del susto -susurró-. No te rindas, porque si lo haces morirás, y los viejos buitres que están enterrados aquí se van a dar un festín con tu energía.

-Salgamos de aquí -le rogué-. Realmente no tengo ningún interés que me dé usted un ejemplo de lo grotesco que eran los antiguos videntes.

-Es demasiado tarde -dijo Genaro plenamente despierto y de pie a mi lado-. Aunque tratáramos de huir, los dos videntes y sus aliados en el otro sitio nos cortarían el paso. Ya hicieron un círculo a nuestro alrededor. Ahorita hay como dieciséis conciencias enfocadas en ti.

-¿Quiénes son? -le susurré al oído a Genaro.

-Los cuatro videntes y su corte -contestó-. Han estado conscientes de nosotros desde que llegamos.

Yo quería dar la media vuelta y correr como alma que lleva el diablo, pero don Juan me tomó del brazo y señaló al cielo. Me di cuenta de que tuvo lugar un cambio notable en la visibilidad. En vez de la oscuridad total que prevalecía, había un agradable crepúsculo matutino. Rápidamente me orienté con los puntos cardinales. Definitivamente, el cielo se veía más claro hacia el este.

Sentí una extraña presión alrededor de la cabeza. Me zumbaban los oídos. Tenía frío y fiebre a la vez. Jamás había sentido tanto miedo, pero lo que más me molestaba era una engorrosa sensación de derrota, de ser un cobarde. Me sentí nauseabundo y miserable.

Don Juan me susurró al oído que tenía que estar alerta, porque en cualquier mo-

mento los tres sentiríamos el embate de los antiguos videntes.
-Si quieres, te puedes agarrar de mí -dijo Genaro con un rápido susurro, como si algo lo aguijoneara.
Titubee por un instante. No quería que don Juan pensara que yo tenía tanto miedo que necesitaba agarrarme de Genaro.
-¡Ahí vienen! -dijo Genaro susurrando con fuerza.
Para mí, el mundo se paró de cabeza, en un instante, cuando algo me aferró del tobillo izquierdo. Sentí el frío de la muerte en todo el cuerpo. Sabía que había pisado unas tenazas de hierro, quizás una trampa para osos. Todo eso relampagueó en mi mente antes de que soltara un grito penetrante, tan intenso como mi miedo.
Don Juan y Genaro se rieron a viva voz. Estaban a mis costados, a no más de un metro, pero yo estaba tan aterrado que ni siquiera los veía.
-¡Canta! ¡Canta por lo que más quieras! -escuché que don Juan me ordenaba en voz baja.
Traté de liberar mi pie. Sentí una punzada, como si agujas me penetraran la piel. Una y otra vez, don Juan insistía en que cantara. Él y Genaro comenzaron a cantar una canción ranchera. Genaro declamaba la letra mientras me miraba a escasos ocho centímetros de distancia. Sus voces estaban roncas, y cantaban tan mal, perdiendo de tal manera el aliento y saliéndose tanto del registro de sus voces que acabé riéndome.
-Canta, o perecerás -me dijo don Juan.
-Hagamos un trío -dijo Genaro-. El trío los calaveras y cantemos un bolero.
Me uní a ellos en un trío desafinado. Como borrachos, cantamos durante un buen rato, a todo pulmón. Sentí que poco a poco, la empuñadura de hierro soltaba mi pierna. No me atrevía a mirar mi tobillo. En cierto momento lo hice, y me di cuenta de que no era una trampa lo que me aferraba. ¡Una forma oscura, como una cabeza, me mordía!
Sólo un esfuerzo supremo impidió que me desmayara. Sentí que iba a vomitar y automáticamente me incliné hacia adelante, pero algo o alguien con fuerza sobrehumana me asió de los codos y de la nuca y no me dejó moverme. Ensucié toda mi ropa.
Mi repugnancia era tan completa que comencé a caer, desmayado. Don Juan me salpicó la cara con agua que tomó de una pequeña calabaza que siempre llevaba consigo cuando íbamos a las montañas. El agua se deslizó por debajo del cuello de mi camisa. La frialdad restauró mi equilibrio físico, pero no afectó a la fuerza que me sostenía de los codos y del cuello.
-Creo que tu pinche miedo ya se sale de la medida -dijo don Juan en voz alta y con un tono tan práctico que creó inmediatamente una sensación de orden.
-Cantemos de nuevo -agregó-. Cantemos una canción con sustancia, ya no quiero más boleros.
Silenciosamente le agradecí su sobriedad y su gran estilo. Me conmovió tanto escucharlos cantar "La Valentina", que comencé a llorar.

Si porque tomo tequila,
mañana tomo jeréz.
Si porque me ves borracho,
mañana ya no me ves.

Valentina, Valentina,
Rendido estoy a tus pies.
Si me han de matar mañana
que me maten de una vez.

Todo mi ser se cimbró bajo el impacto de esa inconcebible yuxtaposición de valores. Jamás había significado tanto para mí una canción. Al escucharlos cantar, algo que generalmente consideraba sentimentalismo pueril, creí entender el carácter del guerrero. Don Juan me inculcó que los guerreros viven con la muerte al lado, y de saber que la muerte está con ellos extraen el valor para enfrentar cualquier cosa. Don Juan había dicho que lo peor que podía pasarnos es que tenemos que morir, y puesto que ése ya es nuestro inalterable destino estamos libres; aquéllos que han perdido todo ya no

tienen nada qué temer. La Valentina en ese contexto era simplemente sublime.
Caminé hasta don Juan y Genaro y los abracé para expresar mi ilimitada gratitud y admiración por ellos. Sin decir palabra don Juan me tomó del brazo y me llevó a sentarme a la roca plana.
-Ahora, la función está a punto de comenzar -dijo Genaro con tono jovial mientras trataba de encontrar una posición cómoda para sentarse-. Acabas de pagar tu boleto de entrada. Lo tienes embarrado en todo el pecho.
Me miró, y los dos soltaron la risa.
-No te sientes demasiado cerca de mí -dijo Genaro-. Y mejor siéntate al otro lado de mí. Quiero estar a favor del viento, porque no hueles muy bien que digamos.
Cuando pararon de reír, Genaro me habló otra vez.
-No te alejes mucho -dijo-. Los antiguos videntes aún no acaban con sus trucos.
Me acerqué a ellos todo lo que permitía la cortesía. Durante un instante me preocupé de mi estado, pero al otro instante todos mis escrúpulos se volvieron una tontería al darme cuenta de que algunas personas se acercaban a nosotros. No podía ver claramente sus formas pero distinguí una masa de figuras humanas que se movía en la penumbra. No traían linternas, y a esa hora las hubieran necesitado. De alguna manera, ese detalle me preocupó muchísimo. No quise enfocarlo e intencionalmente comencé a pensar de manera racional. Supuse que debíamos haber hecho tanto barullo con nuestro canto a todo pulmón y que esas personas venían a investigar. Don Juan me tocó el hombro. Con un movimiento del mentón señaló a los hombres que venían al frente del grupo.
-Esos cuatro son los antiguos videntes -dijo-. Los demás son sus aliados.
Antes de que yo pudiera comentar que simplemente esos eran campesinos locales, escuché un sonido susurrante justo a mis espaldas. En un estado de alarma total volví la cabeza con toda rapidez. Mi movimiento fue tan repentino que el aviso de don Juan llegó demasiado tarde.
-¡No vuelvas la cabeza! -lo oí gritar.
Sus palabras no eran más que un telón de fondo, no significaban nada para mí. Al volverme, vi que tres hombres grotescamente deformados treparon a la roca justo detrás de mí; en una mueca de pesadilla se arrastraban hacia mí con las bocas abiertas y los brazos extendidos para agarrarme.
Mi intención fue gritar a todo pulmón, pero lo que brotó fue un graznido agonizante, como si algo obstruyera mi garganta. Automáticamente, rodé para eludirlos y caí al suelo.
Al incorporarme, don Juan saltó hasta mi lado, en el momento preciso en que descendían sobre mí como buitres una horda de hombres dirigidos por aquéllos que don Juan había señalado. Chillaban como murciélagos o ratas. Aterrado, grité. Esta vez pude dar un grito penetrante.
Tan ágil como un atleta en plena forma, don Juan me arrebató de sus garras y me subió a la roca. Con voz imponente me dijo que no volviera la cabeza, por muy asustado que estuviera. Dijo que los aliados no pueden empujar en absoluto, pero que sí podían asustarme y hacerme caer al suelo. Una vez en el suelo, los aliados sí podían aprisionar a cualquiera. Si caía en el suelo junto al sitio en el que estaban enterrados los videntes, estaría a su merced. Me harían pedazos mientras los aliados me detenían. Agregó que no me dijo todo eso antes porque tenía la esperanza de que me vería obligado a ver y a entenderlo todo por mí mismo. Su decisión casi me costó la vida.
La sensación de que los hombres grotescos estaban justo a mis espaldas era casi insoportable. Con fuerza, don Juan me ordenó conservar la calma y enfocar mi atención en los cuatro hombres que estaban a la cabeza de un grupo de quizá diez o doce. Como si esperaran una señal, en cuanto enfoqué mis ojos en ellos, todos avanzaron hasta el borde de la roca. Ahí se detuvieron y comenzaron a silbar como serpientes. Caminando, se alejaban y se acercaban. Su movimiento parecía estar

sincronizado. Era tan consistente y ordenado que parecía ser mecánico. Era como si siguieran un patrón repetitivo, diseñado para hipnotizarme.
-No los mires, corazón -me dijo Genaro como si le hablara a un niño.
La risa que me salió fue casi tan histérica como mi miedo. Me reí con tanta fuerza que el sonido reverberó en los cerros cercanos.
Al momento, los hombres se detuvieron y parecieron quedar perplejos. Distinguía las formas de sus cabezas que subían y bajaban, como si hablaran, como si deliberaran entre ellos. Entonces uno de ellos saltó a la roca.
-¡Cuidado! ¡Ese es un vidente! -exclamó Genaro.
-¿Qué vamos a hacer? -grité.
-Podríamos volver a cantar -contestó don Juan con ecuanimidad.
En ese momento mi terror llegó a su punto culminante. Empecé a saltar y a rugir como animal. El hombre saltó al suelo.
-Ya no le hagas caso a esos payasos -dijo don Juan-. Hablemos como de costumbre.
Dijo que fuimos ahí buscando esclarecimientos, y que yo estaba fracasando miserablemente. Tenía que reorganizarme. Lo primero que debía yo de hacer era entender que mi punto de encaje se había movido y que ahora hacía resplandecer a emanaciones oscuras. El llevar los sentimientos de mi estado de conciencia cotidiano al mundo que había alineado era en verdad una farsa, porque el miedo sólo prevalece entre las emanaciones de la vida diaria.
Le dije que si es que mi punto de encaje se había movido como él decía, yo tenía nuevas para él. Mi terror era infinitamente mayor y más devastador que cualquier cosa que jamás hubiera experimentado en mi vida diaria.
-Te equivocas -dijo-. Tu primera atención está confundida y no quiere ceder el control, eso es todo. Tengo la impresión de que podrías caminar derechito hasta esas criaturas y enfrentarlas y que no te harían nada.
Insistí que definitivamente no estaba en ninguna condición para poner a prueba algo tan disparatado.
Se rió de mí. Dijo que tarde o temprano tenía que curarme de mi locura, y que el tomar la iniciativa y enfrentar a esos cuatro videntes era infinitamente menos disparatado que la idea de que los veía. Dijo que para él, locura era estar frente a frente con hombres que estuvieron sepultados durante dos mil años y que seguían vivos, y no pensar que eso era el pináculo de lo absurdo.
Escuché con claridad todo lo que dijo, pero realmente no le prestaba atención. Estaba aterrado por los hombres que se movían alrededor de la roca. Parecían prepararse para saltarnos encima, en realidad, para saltar encima de mí. Estaban fijos en mí. Mi brazo derecho comenzó a temblar como si se viera afectado por algún desorden muscular. Note instantáneamente que había cambiado la luz en el cielo. No me di cuenta antes de que ya era de madrugada. Lo más extraño es que un impulso incontrolable me hizo incorporarme y correr hacia el grupo de hombres.
En ese momento tenía dos sensaciones completamente diferentes acerca del mismo evento. La menor era de terror puro. La otra, la mayor, era de indiferencia total. Nada me importaba en absoluto.
Cuando llegué hasta el grupo no me sorprendí de que don Juan tenía razón; no eran hombres en realidad. Sólo cuatro de ellos tenían alguna semejanza con los hombres, pero tampoco lo eran; eran extrañas criaturas con grandes ojos amarillos. Los otros eran simplemente formas impulsadas por los cuatro que parecían hombres.
Sentí una tristeza extraordinaria por aquellas criaturas con ojos amarillos. Traté de tocarlas, pero no pude hallarlas. Una especie de viento huracanado los arrebató.
Busqué a don Juan y a Genaro. No estaban ahí. Nuevamente todo estaba en completa oscuridad. Una y otra vez grité sus nombres. Durante algunos minutos me moví a ciegas en las tinieblas. La repen-

tina llegada de don Juan me espantó. No vi a Genaro.
-Volvamos a casa -dijo-. El camino de vuelta es siempre más largo.

Don Juan comentó lo bien que me comporté en el sitio de los videntes sepultados, especialmente durante la última parte de nuestro encuentro con ellos. Dijo que un movimiento del punto de encaje se marca por un cambio en la luz. De día, la luz se convierte en tinieblas; de noche, la oscuridad se vuelve crepúsculo. Agregó que llevé a cabo dos cambios de por sí, con la sola ayuda del terror primitivo. Lo único que consideraba reprensible era que yo me entregara a mi miedo, especialmente después de darme cuenta de que un guerrero no tiene nada qué temer.
-¿Cómo sabe usted que me di cuenta de eso? -pregunté.
-Porque rompiste la cadena y estabas libre. Cuando desaparece el miedo, todos los lazos que nos atan se disuelven -dijo-. Un aliado te agarraba el pie porque lo atrajo tu terror primitivo.
Le dije lo apenado que estaba por no haber podido sostener lo que ya había comprendido.
-No te preocupes por eso -dijo y se rió-. Sabes que esas comprensiones no valen mucho, no representan nada en la vida de los guerreros, porque quedan canceladas conforme se mueve el punto de encaje.
"Lo que Genaro y yo buscábamos era que te movieras en hondo. Esta vez, Genaro estuvo ahí simplemente para atraer a los antiguos videntes. Ya lo hizo una vez, y penetraste tan profundamente en el lado izquierdo que pasará un buen tiempo antes de que lo recuerdes. Esta noche tu terror fue tan intenso como en aquella ocasión en la que los videntes y sus aliados te persiguieron hasta este mismo cuarto. Pero en esa ocasión la firmeza de la primera atención no te permitió verlos, aunque estabas en la conciencia acrecentada.
-Explíqueme lo que pasó esta noche en el sitio de los videntes -pregunté.
-Los aliados salieron a verte -contestó-. Como tienen una energía muy baja, siempre necesitan la ayuda de los hombres. Los cuatro videntes han reunido a doce aliados.
"En México, el campo es peligroso, y también ciertas ciudades. Lo que te pasó a ti le puede pasar a cualquier hombre o mujer. Si se tropiezan con esa tumba, quizá incluso vean a los videntes y a sus aliados, si son lo suficientemente maleables como para dejar que su terror mueva sus puntos de encaje; pero una cosa es segura: pueden morir de miedo.
-¿Pero sinceramente cree usted que esos videntes toltecas siguen vivos? -pregunté.
Se rió y movió la cabeza con incredulidad.
-Es hora de que muevas tu punto de encaje -dijo-. No puedo hablar contigo cuando estás en tu estado de idiotez acrecentada.
Me pegó en tres sitios con la palma de su mano: en la cresta de mi cía derecha, en el centro de mi espalda abajo de los omóplatos, y en la parte superior del músculo pectoral derecho.
De inmediato, empezaron a zumbarme los oídos. Un hilillo de sangre me brotó de la fosa nasal derecha, y dentro de mí, algo se destapó. Era como si algún flujo de energía hubiera estado bloqueado y de pronto volvía a correr.
-¿Qué buscaban esos videntes y sus aliados? -pregunté.
-No buscaban nada -contestó-. Nosotros somos los que los buscábamos a ellos. Desde luego, los videntes ya notaron tu campo de energía la primera vez que los encontraste; cuando regresaste, estaban listos para darse un festín contigo.

-Usted afirma que están vivos, don Juan -dije-. Debe querer decir que están vivos como están vivos los aliados, ¿no es así?
-Así es, precisamente -dijo-. No es posible que estén vivos como lo estamos tú y yo. Eso sería ridículo.
Prosiguió, explicando que la preocupación de los antiguos videntes por la muerte los hizo investigar las más extrañas posibilidades. Sin duda alguna, aquéllos que optaron por el molde de los aliados tenían en

mente el deseo de un refugio. Y lo encontraron, en una posición fija en una de las siete bandas de la conciencia inorgánica. Los videntes pensaron que allí estaban relativamente seguros. Después de todo, quedaban separados del mundo cotidiano por una barrera casi infranqueable, la barrera de la percepción establecida por el punto de encaje.

-Cuando los cuatro videntes vieron que podías mover tu punto de encaje, salieron huyendo como conejos asustados -dijo y se rió.

-¿Quiere decir usted que yo alinié uno de los siete mundos? -pregunté.

-No, no lo hiciste -contestó-. Pero lo has hecho antes, cuando los videntes y sus aliados te persiguieron. Ese día fuiste de plano hasta su mundo. El problema es que te encanta comportarte como estúpido, y por eso no recuerdas nada.

"Estoy seguro -prosiguió-, de que es la presencia del nagual la que en ocasiones hace que la gente se porte tontamente. Cuando el nagual Julián aún andaba por aquí yo era más tonto de lo que soy ahora. Estoy convencido de que cuando yo ya no esté aquí, serás capaz de recordar todo.

Don Juan explicó que como necesitaba mostrarme a los desafiantes de la muerte, él y Genaro los atrajeron a los confines de nuestro mundo. Lo que me ocurrió al principio fue un cambio lateral hondo, que me permitió verlos como personas, pero al final, hice correctamente el movimiento que me permitió ver a los desafiantes de la muerte y a sus aliados como son.

Muy temprano a la mañana siguiente, ya en casa de Silvio Manuel, don Juan me llamó a la sala grande para discutir los eventos de la noche anterior. Me sentía agotado y quería descansar, dormir, pero don Juan estaba apurado. De inmediato, inició su explicación. Dijo que los antiguos videntes descubrieron una manera de utilizar a la fuerza rodante y de ser impulsados por ella. En vez de sucumbir ante los embates de la tumbadora cabalgaban en ella y dejaban que moviera sus puntos de encaje hasta los confines de las posibilidades humanas.

Don Juan expresó una admiración sin límites por un logro tal. Reconoció que nada más podría darle al punto de encaje el empujón que le da la tumbadora.

Le pregunté acerca de la diferencia entre el levantón de la tierra y el empujón de la tumbadora. Explicó que el levantón de la tierra es la fuerza del alineamiento Únicamente de las emanaciones ambarinas. Es un empujón que aumenta la conciencia de ser a grados imposibles de describir. Para los nuevos videntes es una descarga de conciencia ilimitada, que llaman la libertad total.

Dijo que, por otra parte, el empujón de la tumbadora es la fuerza de la muerte. Bajo el impacto de ella, el punto de encaje se mueve a posiciones nuevas, impredecibles. Por eso, en sus viajes, los antiguos videntes siempre andaban solos, aunque la empresa a la que estaban dedicados era siempre comunal. En sus viajes, la compañía de otros videntes era fortuita y generalmente significaba una lucha por la supremacía.

Le confesé a don Juan que, para mí, fuese lo que fuera, la preocupación de los antiguos videntes resultaba peor que los cuentos de terror más mórbidos. Se rió estrepitosamente. Parecía divertirse sin medida.

-Tienes que admitir, a pesar de todo lo que te disgustan, que esos demonios eran muy audaces -prosiguió-. Como sabes, a mi nunca me cayeron bien tampoco, pero no puedo dejar de admirarlos. Su amor a la vida rebasa mi comprensión.

-¿Cómo puede ser eso amor a la vida, don Juan? Es algo nauseabundo -dije.

-¿Qué otra cosa podría llevar a un hombre a esos extremos sino el amor a la vida? -preguntó-. Amaban a la vida tan intensamente que no estaban dispuestos a perderla. Así es como yo lo he visto. Mi benefactor vio otra cosa. Él pensaba que tenían miedo de morir, lo que no es lo mismo que amar la vida. Yo digo que no querían morir porque amaban la vida y porque habían visto maravillas, y no porque eran monstruos codiciosos. No. Estaban extraviados porque nadie los desafió jamás,

eran caprichosos como niños malcriados, pero su osadía era impecable y también lo fue su valor.

"¿Te aventurarías tú en lo desconocido por codicia? De ninguna manera. La codicia sólo funciona en el mundo de los asuntos cotidianos. Para aventurarse en esa aterradora soledad uno debe tener algo superior a la codicia. Amor, uno necesita amor a la vida, a la intriga, al misterio. Uno necesita de curiosidad insaciable y de una montaña de agallas. Así que no me salgas con estas tonterías de que te hacen sentir nauseabundo. Yo que tú, estaría rojo de vergüenza.

Los ojos de don Juan brillaban con risa contenida. Me ponía en mi lugar, pero se reía de ello.

Por una hora quizá, don Juan me dejó sólo en el cuarto. Quería organizar mis pensamientos y mis sentimientos. No tenía manera de hacerlo. Sabía sin duda alguna que mi punto de encaje se encontraba en una posición en la que no prevalece el razonamiento, y sin embargo me impulsaban preocupaciones razonables. Don Juan dijo que, técnicamente, en cuanto se mueve el punto de encaje, estamos dormidos. Me preguntaba, por ejemplo, si desde el punto de vista de un espectador yo estaba dormido, así como yo había visto dormido a Genaro.

Le pregunté ésto a don Juan en cuanto regresó.

-Estás absolutamente dormido sin tener que estar acostado -contestó-. Si te vieran ahora personas que están en la conciencia normal, les parecería que estás un poco mareado, incluso borracho.

Explicó que durante el sueño normal, el movimiento del punto de encaje ocurre a lo largo de cualquier borde de la banda del hombre. Esos cambios siempre van unidos al sueño. Los cambios que se inducen mediante la práctica ocurren a lo largo de la sección media de la banda del hombre y no van aparejados con el sueño, aunque el ensoñador duerme.

-Fue precisamente en esta coyuntura que los nuevos y los antiguos videntes hicieron sus esfuerzos separados para conseguir poder, cada cual por su lado -prosiguió-. Los antiguos videntes querían una réplica del cuerpo, pero con mayor fuerza física, así que deslizaron sus puntos de encaje a lo largo del borde derecho de la banda del hombre. Mientras más profundo penetraban, más extraño se volvía su cuerpo de ensueño. Anoche tú mismo fuiste testigo del monstruoso resultado de un movimiento en hondo a lo largo del borde derecho.

Dijo que los nuevos videntes son completamente diferentes, que ellos mantienen sus puntos de encaje a lo largo de la sección media de la banda del hombre. Si el movimiento no es profundo, como por ejemplo el cambio a la conciencia acrecentada, el ensoñador es casi como cualquier otra persona en la calle, salvo por una ligera vulnerabilidad a las emociones, como el temor y la duda. Pero, a cierto grado de profundidad, el ensoñador que se mueve a lo largo de la sección media se convierte en una burbuja de luz. El cuerpo de ensueño de los nuevos videntes es una burbuja de luz.

Dijo también que un cuerpo de ensueño tan impersonal es más conducente al entendimiento y a la examinación, que son la base de todo lo que hacen los nuevos videntes. El cuerpo de ensueño intensamente humanizado de los antiguos videntes los llevó a buscar respuestas que eran igualmente personales, humanizadas.

De pronto, don Juan titubeó y pareció buscar ciertas palabras adecuadas.

-Existe otro desafiante de la muerte -dijo secamente-, tan diferente a los cuatro que viste, que resulta indistinguible del hombre común de la calle. Ha logrado esta hazaña única al ser capaz de abrir y de cerrar su abertura a voluntad.

Casi nerviosamente, jugó con los dedos.

-Ese desafiante de la muerte es el antiguo vidente que el nagual Sebastián encontró en 1723 -prosiguió-. Consideramos que en ese día principia nuestra línea, por segunda vez. Ese desafiante de la muerte, quien ha vivido en la tierra durante cientos de

años, ha cambiado la vida de todos los naguales que conoció, algunas veces más profundamente que otras. Y desde ese día en 1723 ha conocido a cada uno de los naguales de nuestra línea.

Don Juan me miró con fijeza. Me sentí extrañamente avergonzado. Pensaba que mi vergüenza era resultado de un dilema. Tenía las más serias dudas respecto al contenido de su narración, y a la vez tenía la más desconcertante confianza de que todo lo que decía era verdad. Le expresé mi dilema.

-El problema de la incredulidad racional no es solamente tuyo -dijo-. Al principio mi benefactor se vio asediado por la misma pregunta. Desde luego, un día todo se le aclaró. Pero se tardó mucho tiempo en hacerlo. Cuando lo conocí ya había recordado todo, así que nunca fui testigo de sus dudas. Sólo oí hablar de ellas.

"Lo extraño de todo esto es que la gente jamás ha visto a ese hombre, como por ejemplo los otros videntes del grupo del nagual, jamás tienen dificultad para aceptar que él es uno de los videntes originales. Mi benefactor dijo que sus incertidumbres provenían del hecho de que la impresión de conocer a una criatura así había amasado cierto número de emanaciones. Se requiere de tiempo para que esas emanaciones se separen.

Don Juan explicó luego que conforme siguiera moviéndose mi punto de encaje, llegaría un momento en que se encendería la combinación adecuada de emanaciones; en ese momento, la prueba de la existencia de ese hombre sería evidente para mí.

Me sentí obligado a hablar nuevamente acerca de mi ambivalencia.

-Nos estamos desviando de nuestro tema -dijo-. Quizá parezca que estoy tratando de convencerte de la existencia de ese señor; y lo que quería decir era que ese antiguo vidente sabe cómo manejar la fuerza rodante. Si crees o no crees que él existe no tiene ninguna importancia. Algún día reconocerás como hecho que efectivamente logró cerrar su abertura. La energía que toma prestada de cada generación de naguales, la usa exclusivamente para cerrar su abertura.

-¿Cómo logra cerrarla? -pregunté.

-No hay manera de saberlo -contestó-. He hablado con otros dos naguales que vieron a ese hombre cara a cara, el nagual Julián y el nagual Elías. Ninguno sabía cómo lo hizo. El hombre jamás revela cómo cierra esa abertura, que yo supongo comienza a expanderse después de un tiempo. El nagual Sebastián dijo que cuando vio al antiguo vidente por primera vez, el hombre estaba muy débil, de hecho, se estaba muriendo. Pero todos los otros naguales lo encontraron haciendo vigorosas cabriolas, como un jovenzuelo.

Don Juan dijo que el nagual Sebastián le puso un apodo a aquel hombre sin nombre, le llamó "el inquilino", porque llegaron a un acuerdo según el cual el hombre recibía energía, es decir, alojamiento, y pagaba la renta en forma de favores y conocimientos.

-¿Nunca le fue mal en el intercambio a algún nagual? -pregunté.

-A ningún nagual le fue mal en el intercambio de energía con él -contestó-. La promesa del hombre era que sólo le quitaría al nagual un poco de energía superflua y a cambio le enseñaría extraordinarias habilidades. Por ejemplo, el nagual Julián recibió el paso de poder. Con el podía activar o adormecer las emanaciones interiores de su capullo para verse joven o viejo, a voluntad.

Don Juan explicó que en general, los desafiantes de la muerte llegaron al grado de adormecer todas las emanaciones interiores de sus capullos, salvo aquellas que correspondían a las emanaciones de los aliados. De esta forma, pudieron imitar a los aliados.

Agregó don Juan que cada uno de los desafiantes de la muerte que encontramos en la roca había movido su punto de encaje a un sitio preciso dentro de su capullo, para acentuar las emanaciones compartidas con los aliados y actuar con ellos. Sin embargo, ninguno de esos videntes fue capaz de regresarlo a su posición cotidiana

para actuar con la gente. Por otra parte, el inquilino era capaz de mover su punto de encaje para alinear el mundo cotidiano y actuar como si nunca hubiera pasado nada.

Don Juan dijo también que su benefactor estaba convencido, y que él estaba completamente de acuerdo con su benefactor, de que lo que ocurre durante el préstamo de energía es que el brujo antiguo mueve el punto de encaje del nagual para acentuar las emanaciones del aliado que existen dentro del capullo del nagual. Y luego utiliza la gran descarga de energía producida por esas emanaciones que repentinamente quedan alineadas, después de estar tan profundamente adormecidas.

Dijo que la energía encerrada en nosotros, en las emanaciones adormecidas, tiene una fuerza tremenda y un alcance incalculable. Sólo podemos apreciar vagamente el alcance de esa tremenda fuerza, si consideramos que la energía requerida para percibir y actuar en el mundo cotidiano es producto del alineamiento de ni siquiera la décima parte de las emanaciones encerradas en el capullo del hombre.

-Lo que ocurre en el momento de la muerte es que toda esa energía es liberada a la vez -continuó-. En ese momento los seres humanos se ven inundados por la fuerza más inconcebible. No es la fuerza rodante que ha roto sus aberturas, porque esa fuerza jamás penetra al interior de capullo; sólo lo hace desplomarse. Lo que los inunda es la fuerza de todas las emanaciones que repentinamente quedan alineadas después de estar adormecidas durante toda una vida. No hay otra salida para una fuerza tan gigante, sino escapar a través de la abertura rota. Esa es la muerte.

Añadió que el brujo antiguo encontró una manera de utilizar esa energía. Al alinear un espectro limitado y muy específico de las emanaciones adormecidas, el antiguo vidente tenía acceso a una descarga limitada pero gigantesca.

-¿Cómo cree usted que saca esa energía? -pregunté.

-Rompiendo la abertura del nagual -contestó-. Mueve el punto de encaje del nagual hasta que la abertura se abre un poco. Cuando la energía de esas emanaciones recientemente alineadas es liberada a través de esa abertura, la toma a través de su propia abertura.

-¿Por qué está haciendo todo eso ese antiguo vidente? -pregunté.

-Mi opinión es que está atrapado en un círculo que no puede romper -contestó-. Nosotros llegamos a un acuerdo con él. Hace lo mejor que puede por respetarlo, y nosotros también. No podemos juzgarlo, pero tenemos que saber que su camino no lleva a la libertad. Él lo sabe, y también sabe que no puede cambiarlo; está atrapado en una situación de su propia hechura. Lo único que puede hacer es prolongar lo más que pueda su vida y conciencia de hombre y aliado.

XVI. EL MOLDE DEL HOMBRE

Después del almuerzo, don Juan y yo nos sentamos a hablar. Comenzó sin preámbulo alguno. Anunció que habíamos llegado al final de su explicación. Dijo que ya había discutido conmigo todas las verdades del estar consciente de ser descubiertas por los antiguos videntes. Recalcó que ahora yo conocía el orden en el que los nuevos videntes las dispusieron. Dijo que en las últimas sesiones de su explicación me dio una, relación detallada de las dos fuerzas que ayudan a mover nuestros puntos de encaje: el levantón de la tierra y la fuerza rodante. Explicó también las tres técnicas desarrolladas por los nuevos videntes, acecho, intento y ensueño, y sus efectos sobre el movimiento del punto de encaje.

-Ahora -prosiguió-, lo único que te queda por hacer para completar la explicación de la maestría del estar consciente de ser es romper por tu cuenta la barrera de la percepción. Sin ayuda de nadie, tienes que mover tu punto de encaje y alinear otra gran banda de emanaciones.

"Si no llegas a lograr esto, todo lo que has

aprendido y has hecho conmigo será mera plática, simplemente palabras. Y las palabras valen poco.
Explicó que al moverse el punto de encaje y al alcanzar cierta profundidad, rompe una barrera e interrumpe momentáneamente su capacidad para alinear emanaciones. Experimentamos esa ruptura e interrupción como un vacío perceptual. Ese momento era llamado la pared de niebla por los antiguos videntes, porque aparece un banco de niebla cada vez que el alineamiento de emanaciones da un traspié.
Dijo que hay tres maneras de tratar con esto. Se lo puede considerar de manera abstracta, como una barrera de percepción; se lo puede sentir como el acto de romper con el cuerpo entero un apretado tambor de papel; o se lo puede ver como una pared de niebla.
A lo largo de mi aprendizaje con don Juan, me había orientado incontables veces para ver la barrera de la percepción. Al principio, me gustó la idea de una pared de niebla. Don Juan me advirtió que los antiguos videntes también prefirieron verlo de esa manera. Dijo que aportaba gran comodidad y holgura el verlo así, pero que también existía el grave peligro de convertir algo incomprensible en algo sombrío y agorero. Por lo tanto, él recomendaba dejar que las cosas incomprensibles siguieran siendo incomprensibles, en vez de convertirlas en parte del inventario de la primera atención.
Después de un fugaz momento de alivio al ver la pared de niebla tuve que estar de acuerdo con don Juan en que era mejor dejar que el periodo de transición fuera una abstracción incomprensible, pero para entonces me resultaba imposible romper lo que mi conciencia había logrado. Cada vez que era colocado en posición de romper la barrera de la percepción, veía la pared de niebla.
En el pasado, en cierta ocasión, me quejé con don Juan y Genaro de que aunque quería verla como otra cosa, no podía cambiar. Don Juan comentó que eso era comprensible porque yo era así tan mórbido y sombrío como los antiguos videntes, y que en este respecto él y yo éramos muy diferentes. El era alegre y práctico y no adoraba el inventario humano. Yo, por otra parte, no quería deshacerme de mi inventario y de ahí que era pesado, siniestro e impráctico. Su áspera crítica me asombró y entristeció y me puse muy melancólico. Don Juan y Genaro rieron hasta que les corrieron lágrimas por las mejillas.
Genaro agregó que además de todo eso yo era vengativo y tenía una tendencia a engordar. Se rieron con tanto deleite que finalmente me sentí obligado a unirme a ellos.
Don Juan me dijo entonces que no importaba que viera la pared de niebla, porque tarde o temprano yo cambiaría. Los ejercicios de alinear emanaciones no usadas normalmente le permitían al punto de encaje ganar experiencia en moverse. Lo que si debería preocuparme era cómo podría yo, por mí mismo, darme el empujón inicial para desalojar mi punto de encaje de su posición acostumbrada. Recalcó entonces que el alineamiento era la fuerza que tenía que ver con todo, por consiguiente, uno de sus aspectos, el intento, era lo que hacía moverse al punto de encaje.
Volví a preguntarle acerca de esto.
-Ahora estás en una posición que te permite contestarte tú mismo esa pregunta -replicó-. Lo que le da el empujón al punto de encaje es la maestría de la conciencia. Después de todo, nosotros los seres humanos, no somos en realidad gran cosa; en esencia, somos un punto de encaje fijo en cierta posición. Si quieres moverlo toma en cuenta primero a nuestro enemigo y nuestro amigo a la vez, nuestro diálogo interno, nuestro inventario. Apaga tu diálogo interno; haz tu inventario y después deshazte de él. Los nuevos videntes hacen inventarios precisos y después se ríen de ellos. Sin el inventario, el punto de encaje se libera.
Don Juan me recordó que me había hablado largamente acerca de uno de los aspectos más sólidos de nuestro inventario: nuestra idea de Dios. Dijo que ese aspec-

to era como una goma muy pegajosa que ligaba al punto de encaje a su posición original. Si yo fuera a alinear otro mundo total con otra gran banda de emanaciones, tenía que dar un paso obligatorio para poder soltar todas las amarras de mi punto de encaje.

-Ese paso consiste en ver el molde del hombre -dijo-. Hoy tienes que hacerlo, sin ayuda de nadie.

-¿Qué es el molde del hombre? -pregunté.

-Te hice verlo muchas veces -contestó-. Tú sabes de lo que estoy hablando.

Me abstuve de decir que no tenía ni la menor idea de lo que hablaba. Si decía que yo había visto el molde del hombre, debía hacerlo, aunque no tenía la más vaga noción de cómo era.

Él parecía saber lo que cruzaba en mi mente. Me sonrió benévolamente y movió la cabeza de un lado a otro como si no creyera lo que yo pensaba.

-El molde del hombre es un enorme racimo de emanaciones en la gran banda de la vida orgánica -dijo-. Se le llama el molde del hombre porque ese es el racimo que llena el interior del capullo del hombre.

"El molde del hombre es la porción de las emanaciones del Águila que los videntes pueden ver directamente sin peligro alguno para ellos.

Hubo una larga pausa antes de que volviera a hablar.

-Romper la barrera de la percepción es la última tarea de la maestría de la conciencia -dijo-. Para poder mover tu punto de encaje a esa posición, por tu cuenta, tienes que reunir mucha energía. Haz un viaje de recuperación. ¡Recuerda lo que has hecho!

Traté de recordar lo que era el molde del hombre. Fallé. Sentí una atroz frustración que pronto se convirtió en enojo real. Estaba furioso conmigo mismo, con don Juan, con todos.

Mi furia no impresionó a don Juan. Con un tono ecuánime dijo que el enojo era una reacción natural ante la incapacidad del punto de encaje de moverse al comando.

-Pasará mucho tiempo antes de que puedas aplicar el principio de que tu comando es el comando del Águila -dijo-. Esa es la esencia de la maestría del intento. Mientras tanto, da ahora mismo el comando de no impacientarte, ni siquiera en los peores momentos de duda. Transcurrirá un lento proceso antes de que ese comando sea escuchado y obedecido como si fuera un comando del Águila.

Dijo también que hay una inmensurable área de conciencia entre la posición habitual del punto del encaje y la posición en la que ya no existen dudas, que por cierto es el lugar en el que se presenta la barrera de la percepción. En esa área inmensurable, los guerreros caen presa de todas las fechorías concebibles. Me advirtió que tenía que estar alerta y no perder la confianza, en vista de mis acciones, porque, de manera inevitable, me vería acosado en algún momento por un tenaz sentido de culpa y derrota.

-Los nuevos videntes recomiendan un acto muy sencillo, cuando la impaciencia, o la desesperación, o el enojo, o la tristeza cruza su camino -prosiguió-. Recomiendan que los guerreros giren sus ojos. No importa en qué dirección; yo prefiero girar los míos en el sentido de las manecillas del reloj.

"El movimiento de los ojos hace moverse o detenerse momentáneamente al punto de encaje. En ese movimiento encontrarás alivio. Esto se hace en sustitución de la verdadera maestría del intento.

Me quejé de que no quedaba suficiente tiempo para que me enseñara la maestría del intento.

-Ya te la he enseñado. Algún día habrás de recordarlo todo -me aseguró-. Una cosa desencadenará a la otra. Una palabra clave y todo saldrá de ti, como si hubiera cedido la puerta de un armario lleno a reventar.

Regresó después a la discusión del molde del hombre. Dijo que verlo por mi cuenta, sin ayuda de nadie, era un paso importantísimo, porque todos nosotros tenemos ciertas ideas que deben ser rotas antes de

que seamos libres; el vidente que penetra en lo desconocido para vislumbrar lo que no se puede conocer tiene que estar en un estado de ser impecable.

Me guiñó el ojo y dijo que el estar en un estado de ser impecable es estar libre de suposiciones racionales y temores racionales. Agregó que tanto mis suposiciones como mis temores me impedían, en ese momento, realinear las emanaciones que me harían recordar haber visto el molde del hombre. Me sugirió que girara mis ojos y me repitió una y otra vez que era verdaderamente importante recordarlo todo antes de verlo de nuevo. Y como el tiempo se le acababa no había cabida para mi lentitud acostumbrada.

Siguiendo su sugerencia, moví los ojos. Casi de inmediato, olvidé mi incomodidad y de repente recordé que había visto el molde del hombre. Ocurrió eso años antes, en una ocasión bastante memorable para mí, porque desde el punto de vista de mi educación católica, don Juan hizo entonces las declaraciones más sacrílegas que jamás escuché.

Todo empezó como una conversación amigable mientras subíamos las faldas de unas montañas en el borde del desierto sonorense. Don Juan me explicaba lo que me hacía con sus enseñanzas. Nos detuvimos a descansar y nos sentamos en unas rocas redondas. Siguió explicándome su procedimiento de enseñanza, y esto me animó a intentar, por centésima vez, hablarle de mis problemas. Resultaba evidente que ya no quería oír hablar de ello. Me hizo cambiar de niveles de conciencia y me dijo que si yo viera el molde del hombre, quizá entendería todo lo que él estaba haciendo conmigo y así nos ahorraríamos ambos años de labores.

Me dio una explicación detallada de lo que era el molde del hombre. No habló de él en términos de las emanaciones del Águila, sino en términos de un patrón de energía que sirve para imprimir las cualidades de lo humano sobre una burbuja amorfa de materia biológica. Por lo menos así lo entendí yo, especialmente después de que me lo explicó aún más a fondo usando una analogía mecánica. Dijo que era como un gigantesco molde, un cuño que produce seres humanos uno por uno, interminablemente, como si legaran a él sobre una banda continua de producción en masa. Hizo una vívida mímica del proceso al unir con gran fuerza las palmas de sus manos, como si el cuño moldeara a un ser humano cada vez que eran unidas sus dos mitades.

Dijo también que cada especie tiene su propio molde, y cada individuo de cada especie moldeado por el proceso muestra características particulares de su propia especie.

Después empezó una elucidación extremadamente inquietante acerca del molde del hombre. Dijo que tanto los antiguos videntes como los místicos de nuestro mundo tienen una cosa en común, han podido ver el molde del hombre pero no entienden lo que es. A lo largo de los siglos, los místicos nos han legado conmovedores relatos de sus experiencias. Pero, por muy hermosos que sean, estos relatos se ven estropeados por el craso y desesperante error de pensar que el molde del hombre es un omnipotente y omnisciente creador; los antiguos videntes estaban igualmente errados al creer que el molde del hombre era un espíritu amistoso, un protector.

Me aseguró que los nuevos videntes eran los únicos que tenían la sobriedad para ver el molde del hombre y para entender lo que es. Lo que han llegado a entender es que el molde del hombre no es un creador, sino el molde de todos los atributos humanos que podamos concebir, y de algunos que ni siquiera podemos concebir. El molde es nuestro Dios porque nos acuñó como lo que somos y no porque nos ha creado de la nada haciéndonos en su imagen y semejanza. Don Juan dijo que, en su opinión, el caer de rodillas en presencia del molde del hombre exhuda arrogancia y autocentrismo humano.

Conforme escuchaba la explicación de don Juan, me preocupé terriblemente. Aunque jamás me consideré un católico prac-

ticante, me escandalizaron sus blasfemas implicaciones. Lo estuve escuchando con atención y cortesía, pero ansiaba una pausa en su andanada de sacrilegios para poder cambiar de tema. Pero, sin tregua, siguió recalcando su punto de vista. Finalmente, lo interrumpí y le dije que yo creía en la existencia de Dios.

Repuso que mi creencia estaba basada en la fe y que, como tal, era una convicción de segunda mano que no significaba nada; como la de todos los demás, mi creencia en la existencia de Dios estaba basada en un rumor que circulaba y no en el acto de ver. Me aseguró que aunque yo fuera capaz de ver, era seguro que cometería el mismo error de todos los místicos. Cualquiera que vea el molde del hombre supone automáticamente que es Dios.

Dijo que la experiencia mística era un ver fortuito, algo que sucedía una sola vez en la vida, y que no tenía significado alguno porque era el resultado de un movimiento al azar del punto de encaje. Aseveró que los nuevos videntes eran realmente los únicos que podían emitir un juicio justo sobre este asunto, porque ellos eliminaron el ver fortuito y eran capaces de ver el molde del hombre cuantas veces quisieran.

Por lo tanto, vieron que lo que llamamos Dios es un prototipo estático de lo humano, sin poder alguno. El molde del hombre no puede, bajo ninguna circunstancia, ayudarnos interviniendo a nuestro favor, ni puede castigarnos por nuestras maleficencias, ni recompensarnos de ninguna manera. Somos simplemente el producto de su sello, somos su impresión. El molde del hombre es exactamente lo que dice su nombre, un cuño, una forma, una moldura que agrupa a un haz particular de elementos, de fibras luminosas, que llamamos hombre.

Lo que dijo me hundió en un estado de gran angustia. Pero no parecía preocuparle mi genuina agitación. Siguió aguijoneándome con lo que llamaba el crimen imperdonable de los videntes fortuitos, que nos hacen enfocar nuestra energía irreemplazable en algo que no tiene absolutamente ningún poder para hacer nada. Mientras más hablaba, más crecía mi disgusto. Cuando me vi tan molesto que estaba a punto de gritarle, me hizo entrar en un estado de conciencia acrecentada aún más profundo. Me golpeó en el lado derecho, entre la cadera y las costillas. Ese golpe me hizo remontarme hasta una luz radiante, al corazón de una diáfana fuente de la más pacífica y exquisita beatitud. Esa luz era un refugio, un oasis en la negrura que me rodeaba.

Desde mi punto de vista subjetivo, vi esa luz durante un periodo de tiempo incalculable. El esplendor de esa visión rebasaba todo lo que pueda decir, y sin embargo no podía deducir qué era lo que la hacía tan hermosa. Me vino entonces la idea de que su belleza surgía de un sentido de la armonía, de una sensación de paz y descanso, de haber arribado, de finalmente estar a salvo. Me sentí inhalar y exhalar, con quietud y alivio. ¡Qué espléndida sensación de plenitud! Supe, sin sombra de duda, que ahora estaba cara a cara con Dios, con el origen de todo. Y sabía que Dios me amaba. Dios era amor y perdón. La luz me bañó, y me sentí limpio, liberado. Lloré incontrolablemente, sobre todo por mí mismo. La visión de esa luz resplandeciente me hizo sentirme indigno, despreciable.

De pronto, escuché la voz de don Juan en mi oído. Dijo que tenía que ir más allá del molde, que el molde era simplemente una fase, un momento de respiro que le brindaba paz y serenidad transitoria a aquéllos que viajan hacia lo desconocido, pero que era estéril, estático. Era a la vez una imagen plana reflejada en un espejo y el espejo en sí. Y la imagen era la imagen del hombre.

Resentí apasionadamente lo que decía don Juan; me rebelé contra sus palabras blasfemas y sacrílegas. Quería insultarlo, pero no podía romper el poder de retención de mi ver. Estaba atrapado en él. Don Juan parecía saber con exactitud cómo me sentía y lo que quería decirle.

-No puedes insultar al nagual -dijo en mi oído-. Es el nagual quien te permite ver. La técnica es del nagual, el poder es del nagual. El nagual es el guía.

Fue en ese momento en el que me di cuenta de algo acerca de la voz en mi oído. No era la voz de don Juan, aunque era muy parecida. También, la voz tenía razón. El instigador de esa visión era el nagual Juan Matus. Eran su técnica y su poder los que me hacían ver a Dios. Dijo que no era Dios, sino el molde del hombre; yo sabía que tenía razón. Sin embargo, no podía admitirlo, no por irritación o necedad, sino simplemente por la absoluta lealtad y el amor que yo sentía por la divinidad que estaba frente a mí.

Mientras contemplaba la luz con toda la pasión de la que yo era capaz, la luz pareció condensarse y vi a un hombre. Un hombre brillante que exudaba carisma, amor, comprensión, sinceridad, verdad. Un hombre que era la suma total de todo lo que es bueno.

El fervor que sentí al ver a ese hombre traspasaba todo la que había sentido en la vida. Caí de rodillas. Quería adorar a Dios personificado, pero don Juan intervino y me golpeó en la parte superior izquierda del pecho, cerca de la clavícula, y perdí de vista a Dios.

Quedé presa de un sentimiento mortificante, una mezcla de remordimiento, júbilo, certezas y dudas. Don Juan se burló de mí. Me llamó piadoso y descuidado y dijo que yo podría ser un gran sacerdote, un cardenal; podía incluso hacerme pasar por un líder espiritual que había tenido una visión fortuita de Dios. Jocosamente, me instó a comenzar a predicar y a describirle a todos cómo era Dios.

De manera muy casual pero aparentemente interesada dijo algo que era mitad pregunta, mitad aseveración.

-¿Y el hombre? -preguntó-. No puedes olvidar que Dios es un varón.

Mientras entraba en un estado de gran claridad, comencé a tomar conciencia de la enormidad de lo que me decía.

-Qué conveniente, ¿eh? -agregó don Juan sonriendo-. Dios es un varón. ¡Qué alivio!

Después de relatarle a don Juan lo que recordaba, le pregunté acerca de algo que acababa de parecerme terriblemente extraño. Obviamente, para poder ver el molde del hombre mi punto de encaje se había movido. El recuerdo de los sentimientos y entendimientos que me sucedieron entonces era tan vivido que me dio una sensación de absoluta futilidad. Sentía ahora todo lo que había hecho y sentido en aquel entonces. Le pregunté cómo era posible que, habiendo tenido una comprensión tan clara la hubiera olvidado de manera tan completa. Era como si nada de lo que me ocurrió en aquella ocasión importara, puesto que siempre tenía que partir del punto número uno, a pesar de lo que hubiera podido avanzar en el pasado.

-Esa es sólo una impresión emocional -dijo-. Una equivocación total. Lo que hayas hecho hace años está, sólidamente contenido en algunas emanaciones sin usar. Por ejemplo, ese día en que te hice ver el molde del hombre, yo mismo tuve una verdadera equivocación. Pensé que si lo veías, podrías entenderlo. Fue un auténtico malentendido de mi parte.

Don Juan explicó que siempre creyó que su mentalidad era lenta, sabía que le costaba aprender, pero nunca tuvo realmente la oportunidad de poner a prueba su creencia, porque nunca tuvo un punto de referencia fuera de sí mismo. Cuando aparecí yo y se convirtió en maestro, algo totalmente nuevo para él, se dio cuenta de que a lo mejor no era tan lento como creía. También llegó a entender que no hay manera de acelerar la comprensión, y que desalojar el punto de encaje no es suficiente para comprender. Como el punto de encaje se mueve normalmente durante los sueños, a veces a posiciones extraordinariamente distantes, siempre que experimentamos un cambio inducido todos somos expertos en compensarlo de inmediato. De manera constante restablecemos nuestro equilibrio y la actividad prosigue como si nada nos hubiera sucedido.

Comentó que el valor de las conclusiones

de los nuevos videntes no se vuelve evidente hasta que uno trata de mover el punto de encaje de otra persona. Los nuevos videntes dijeron que, en este respecto lo que cuenta es el esfuerzo para fortalecer la estabilidad del punto de encaje en su nueva posición. Consideraban que éste era el único procedimiento de enseñanza que valía la pena discutir. Y sabían que es un largo proceso que tiene que llevarse a cabo poco a poco, a paso de tortuga.

Don Juan me aclaró que de acuerdo a una recomendación de los nuevos videntes, había usado plantas de poder al principio de mi aprendizaje. A través de su experiencia y de su ver, ellos sabían que las plantas de poder sacuden al punto de encaje, alejándolo enormemente de su posición normal. En principio, el efecto de las plantas de poder sobre el punto de encaje es muy parecido al efecto que producen los sueños: los sueños lo mueven mínimamente, pero las plantas de poder logran moverlo en una escala gigantesca. Un maestro usa los efectos desorientados de tal movimiento para reforzar la noción de que la percepción del mundo jamás es final.

Recordé entonces que había visto el molde del hombre en otras cinco ocasiones, de una manera muy parecida a la primera. Después de cada una de ellas, me sentí menos apasionado con Dios. Sin embargo, nunca pude sobreponerme al hecho de que siempre veía a Dios como un varón. Al final, la sexta vez que lo vi dejo de ser Dios para mí, y se convirtió en el molde del hombre, no debido a lo que dijera don Juan, sino porque la posición de un Dios varón se volvió insostenible. Pude entender entonces las primeras aseveraciones de don Juan. No fueron para nada blasfemas o sacrílegas, porque no las hizo desde el contexto del mundo cotidiano. Tenía razón en decir que los nuevos videntes se encontraban en ventaja por ser capaces de ver el molde del hombre cuantas veces quisieran. Pero la verdadera ventaja era que tenían la sobriedad para poder examinar lo que veían.

Le pregunté por qué veía yo el molde del hombre como un varón. Dijo que se debía a que, en ese momento, mi punto de encaje no poseía la estabilidad para permanecer completamente pegado a su nueva posición, y se movía lateralmente, en la banda del hombre. Era el mismo caso que ver la barrera de la percepción como una pared de niebla. Lo que hacía moverse lateralmente al punto de encaje era un deseo casi inevitable, o una necesidad, de presentar lo incomprensible en términos que nos resulten familiares: una barrera es una pared y el molde del hombre sólo puede ser un hombre. Pensaba que si yo hubiera sido mujer, hubiera visto al molde como una mujer.

Don Juan se levantó y dijo que era hora de que fuéramos al centro del pueblo, porque yo tenía que ver el molde del hombre entre la gente. En silencio, caminamos hacia la plaza, pero antes de que llegáramos sentí una oleada de energía incontenible y corrí por la calle hasta las afueras del pueblo. Llegué a un puente, y precisamente allí, como si me estuviera esperando, vi al molde del hombre como una cálida y resplandeciente luz ambarina.

Caí de rodillas, no tanto por devoción, sino en una reacción física ante el asombro reverente. La visión del molde del hombre era más sorprendente que nunca. Sin arrogancia alguna, sentí que había experimentado un cambio enorme desde la primera vez que lo vi. Sin embargo, todas las cosas que había visto y aprendido sólo me dieron una apreciación más grande y más profunda del milagro que tenía frente a los ojos.

Al principio, el molde del hombre estaba sobrepuesto al puente, luego algo en mí se agudizó y vi que, hacia arriba y hacia abajo, el molde del hombre se extendía hasta el infinito; el puente no era más que un pequeñísimo armazón, un pequeñísimo bosquejo sobrepuesto a lo eterno. Eso eran también las minúsculas figuras de personas que se movían a mi alrededor, mirándome con descarada curiosidad. Pero yo sentía estar más allá de su alcance, aunque nunca estuve en una situación tan

vulnerable. El molde del hombre no tenía poder para protegerme o compadecerse de mi, y sin embargo yo lo amaba con una pasión que no conocía límites.
Pensé entender entonces algo que don Juan me dijo una y otra vez, que el verdadero afecto no puede ser una inversión. Con toda felicidad, me hubiera convertido en sirviente del molde del hombre, no por lo que pudiera darme, porque no tiene nada que dar, sino por el absoluto afecto que sentía por él.
Tuve la sensación de algo que me jalaba, alejándome de aquel lugar, y antes de desaparecer de su presencia le grité una promesa al molde del hombre, pero una gran fuerza me arrebató antes de que pudiera terminar lo que quería decir. De pronto, me encontré de rodillas en el puente, mientras un grupo de gente local me miraban riéndose.
Don Juan llegó a mi lado y me ayudó a incorporarme y juntos caminamos de vuelta a la casa.
-Hay dos maneras de ver el molde del hombre -comenzó don Juan en cuanto nos sentamos-. Lo puedes ver como un hombre o lo puedes ver como una luz. Eso depende del movimiento del punto de encaje. Si el movimiento es lateral, el molde es un ser humano; si el movimiento ocurre en la sección media de la banda del hombre, el molde es una luz. El único valor de lo que has hecho hoy es que tu punto de encaje se desplazó en la sección media.
Dijo que la posición en la que uno ve el molde del hombre es muy cercana a aquella en que aparecen el cuerpo de ensueño y la barrera de la percepción. Esa era la razón por la que los nuevos videntes recomendaban ver y comprender el molde del hombre.
-¿Estás seguro de entender lo que es realmente el molde del hombre? -me preguntó con una sonrisa.
-Le aseguro, don Juan, que estoy perfectamente consciente de lo que es el molde del hombre -dije.
-Cuando llegué al puente te oí gritarle insensateces al molde del hombre -dijo con una sonrisa en extremo maliciosa.
Le dije que me sentí como un sirviente inservible que adoraba a un amo inservible, y sin embargo un afecto absoluto me llevó a jurar amor eterno.
Todo le pareció chistoso y se rió hasta que empezó a ahogarse.
-La promesa de un sirviente inservible a un amo inservible es inservible -dijo y volvió a ahogarse de risa.
No sentí necesidad de defender mi posición. Mi afecto por el molde del hombre fue ofrecido sin reserva, sin pensar en recompensas. No me importaba que mi promesa fuera inservible.

XVII. EL VIAJE DEL CUERPO DE ENSUEÑO

Don Juan montó en mi coche y me dijo que los dos viajaríamos a la ciudad de Oaxaca, por última vez. Expresó muy claramente que jamás volveríamos a estar juntos ahí. Dijo que quizás sus sentimientos regresarían, pero ya nunca más la totalidad de sí mismo.
En Oaxaca, don Juan pasó horas mirando cosas mundanas y triviales, el color desteñido de las paredes, las siluetas de las montañas lejanas, la configuración de las grietas en el cemento de las aceras, las caras de la gente. Fuimos a la plaza y nos sentamos en su banca favorita que, como siempre, se encontraba desocupada cuando quería usarla.
Durante nuestra larga caminata por la ciudad hice mi mejor esfuerzo por entrar en un estado de tristeza, pero simplemente no pude lograrlo. Había algo festivo en su partida. Lo explicó como el vigor irrestringible de la libertad total.
-La libertad es como una enfermedad contagiosa -dijo-. Es transmitida; su portador es el nagual impecable. Quizá la gente no lo aprecie, pero eso se debe a que no quieren ser libres. La libertad es aterradora. Recuérdalo. Pero no para nosotros. Durante casi toda mi vida me he preparado para este momento. Y tú harás lo mismo.
Repitió una y otra vez que, en la fase en

que me encontraba, ninguna suposición racional debía interferir con mis acciones. Repitió que el cuerpo de ensueño y la barrera de la percepción son posiciones del punto de encaje, y que ese conocimiento resulta tan vital para los videntes como el leer y escribir para el hombre moderno. Ambos son logros que se alcanzan después de años de práctica.

-Es muy importante que ahora mismo recuerdes la ocasión en que tu punto de encaje alcanzó esa posición y creó tu cuerpo de ensueño -dijo con tremenda urgencia.

Sonrió y comentó que quedaba muy poco tiempo, y que el recuerdo del viaje principal de mi cuerpo de ensueño colocaría a mi punto de encaje en posición para romper la barrera de la percepción y alinear otro mundo.

-El cuerpo de ensueño es conocido por diferentes nombres -dijo tras una larga pausa-. El nombre que más me gusta es el otro. Ese término pertenece a los antiguos videntes, junto con el estado de ánimo que evoca. No me interesa sobremanera el estado de ánimo que evoca, pero tengo que reconocer que me gusta el término. Es misterioso, prohibido. Al igual que los antiguos videntes, me provoca una sensación de oscuridad, de sombras. Los antiguos videntes decían que el otro siempre se presenta envuelto en un velo de viento.

A lo largo de los años, don Juan y sus compañeros videntes trataron de hacerme comprender que podemos estar en dos lugares a la vez, que podemos experimentar una especie de dualidad perceptual.

Mientras don Juan hablaba, comencé a recordar algo tan profundamente olvidado que, al principio, era como si sólo hubiera escuchado hablar de ello. Paso a paso, me di cuenta de que yo mismo viví esa experiencia.

Había estado en dos lugares a la vez. Esto tuvo lugar una noche, en las montañas del norte de México. Durante todo el día recolecté plantas con don Juan, como parte de sus enseñanzas en la conciencia normal. Nos detuvimos para pasar la noche y casi me dormí de cansancio cuando de pronto se presentó una ráfaga de viento y don Genaro brotó de la oscuridad, justo frente a mí, y casi me mata del susto.

Mi primer pensamiento fue de sospecha. Pensaba que don Genaro estuvo escondido entre los arbustos durante todo el día, esperando a que cayera la oscuridad antes de hacer su aterradora aparición. Al verlo haciendo cabriolas a mi alrededor, me di cuenta de que, esa noche, había algo verdaderamente extraño acerca de él. Algo palpable, real, y sin embargo, algo que yo no podía precisar.

Bromeó conmigo e hizo payasadas, llevando a cabo actos que desafiaban mi razón. Al ver mi congoja, don Juan se rió como idiota. Cuando juzgó que había llegado el momento oportuno, me hizo cambiar a la conciencia acrecentada y durante un momento pude verlos como a dos burbujas de luz. Genaro no era el don Genaro que yo conocía en mi estado de conciencia normal, sino su cuerpo de ensueño. Lo sabía, porque lo vi como una bola de fuego suspendida sobre el suelo. No estaba arraigado como don Juan. Era como si Genaro, la burbuja de luz, estuviera a punto de despegar, ya en el aire, a medio metro de la tierra, listo para remontarse velozmente.

Otra cosa hice esa noche, y que de repente se me presentó con claridad al recordar el evento, fue que supe automáticamente que tenía que mover los ojos para hacer moverse a mi punto de encaje. Con mi intento, podía alinear las emanaciones que me hacían ver a Genaro como una burbuja de luz, o podía alinear las emanaciones que me hacían verlo solamente raro, desconocido, extraño.

Cuando encontraba raro a Genaro, sus ojos tenían un destello malévolo; eran como los ojos de una bestia en la oscuridad. Pero, con todo, eran ojos. No los vi como puntos de luz ambarina.

Esa noche don Juan dijo que Genaro iba a ayudarme a mover mi punto de encaje a gran profundidad, que debía imitarlo y seguirlo en todo lo que hiciera. Genaro empezó a rotar sus caderas y a impulsar la

pelvis hacia adelante con gran fuerza. Me pareció un gesto obsceno. Lo repitió una y otra vez, moviéndose como si bailara.
Don Juan me codeó, animándome a imitar a Genaro, y lo hice. Los dos dimos de vueltas, ejecutando el grotesco movimiento. Después de un rato, tuve la sensación de que mi cuerpo llevaba a cabo el movimiento por su cuenta, sin la participación de mi verdadero yo. La separación entre mi cuerpo y mi verdadero yo se volvió aún más pronunciada, y en un momento dado, yo contemplaba una escena ridícula en la que dos hombres se hacían gestos lascivos el uno al otro.
Contemplé la escena fascinado y de repente vi que yo era uno de los dos hombres. En cuanto me di cuenta de ello sentí que algo me jalaba y me encontré, de nuevo, rotando las caderas y empujando la pelvis hacia atrás y hacia adelante, al unísono con Genaro. Casi de inmediato, vi que otro hombre estaba parado junto a don Juan mirándonos. El viento soplaba a su alrededor. Veía como le erizaba el caballeo. El viento parecía apretarlo, como si lo protegiera, o quizás, al contrario, como si tratara de hacerlo desaparecer de un soplido.
Tardé en darme cuenta de que yo era ese otro hombre. Y al hacerlo, recibí el susto del siglo. Una fuerza física imponderable me separó, como si estuviera hecho de fibras, y me encontré mirando a un hombre, que era yo mismo, moviéndose con Genaro mientras me contemplaba boquiabierto. Y a la vez, yo miraba a un hombre desnudo, que también era yo mismo, que miraba boquiabierto mientras yo hacía gestos lascivos con Genaro. La impresión fue tan grande que rompí el ritmo de mis movimientos y caí al suelo.
Luego sentí que don Juan me ayudaba a ponerme de pie. Genaro y el otro yo, el yo desnudo, habían desaparecido.
Recordé que don Juan se negó a discutir el suceso. No lo explicó, con la excepción de decir que Genaro era un experto en crear su doble, o el otro, y que yo tuve largas interacciones con el doble de Genaro en estados de conciencia normal, sin siquiera haberme dado cuenta de ello.
-Esa noche, como hacía en cientos de ocasiones antes, Genaro hizo que tu punto de encaje se moviera a gran profundidad -comentó don Juan cuando le hube relatado todo lo que recordaba-. Su poder era tal que arrastró tu punto de encaje a la posición en que aparece el cuerpo de ensueño. Viste a tu cuerpo de ensueño contemplándote. Y fue su baile lo que logró todo eso.
Le pedí que me explicara como pudo el movimiento lascivo de Genaro producir un efecto tan drástico.
-Eres un puritano -dijo-. Genaro utilizó tu enorme molestia y tu vergüenza al tener que hacer gestos lascivos. Como él estaba en su cuerpo de ensueño, podía ver las emanaciones del Águila; con esa ventaja le resultaba facilísimo mover tu punto de encaje.
Dijo que lo que Genaro me ayudó a lograr esa noche no era gran cosa, que Genaro movió mi punto de encaje haciéndolo generar un cuerpo de ensueño mucha, muchas veces, pero que esos eventos no eran lo que el quería que yo recordara.
-Quiero que vuelvas a alinear las emanaciones adecuadas y recuerdes la ocasión en que realmente despertaste en una posición de ensueño -dijo.
De pronto, pareció explotar adentro de mí una oleada de energía, y supe lo que quería que recordara. Sin embargo, no podía concentrar mi memoria en el evento completo. Sólo recordaba un fragmento de lo ocurrido.
Recordé que cierta mañana, estando yo en un estado de conciencia normal, don Juan, don Genaro y yo nos sentamos en esa misma banca. De repente, don Genaro dijo que iba a hacer que su cuerpo dejara la banca, pero sin levantarse. Su declaración estaba totalmente fuera del contexto de lo que estuvimos discutiendo. Yo estaba acostumbrado a la manera ordenada y didáctica de don Juan. Me volví hacia él esperando alguna seña, pero él permaneció impasivo, mirando de frente como si don Genaro y yo no estuviéramos ahí.
Don Genaro me codeó para atraer mi

atención, y luego me hizo presenciar algo extremadamente inquietante. De hecho, vi a Genaro al otro lado de la plaza. Me llamaba a señas. Pero también vi a don Genaro sentado a mi lado, mirando de frente, al igual que don Juan.

Yo quería decir algo, expresar mi asombro, pero estaba atónito, prisionero de una fuerza que no me dejaba hablar. De nuevo, vi a Genaro al otro lado del parque. Allí, seguía, haciéndome un gesto con la cabeza para que me uniera a él.

Mi angustia emocional crecía por segundos. Mi estómago comenzaba a alterarse, y de pronto tuve una visión de túnel, un túnel que iba directamente hacia Genaro. En ese momento, una gran curiosidad, o un gran temor, que por cierto parecían ser la misma cosa, me atrajo hasta donde él estaba. Volé por los aires y llegué adonde estaba Genaro. Me hizo volver la cabeza y señaló a las tres personas que estaban sentadas en la banca, en una posición estática, como si el tiempo se hubiera detenido.

Sentí una terrible molestia, una comezón interna, como si se hubieran incendiado mis órganos internos. Instantáneamente, me hallé de vuelta en la banca, pero Genaro ya no estaba allí. Desde el otro lado de la plaza se despidió de mí con la mano y desapareció entre la gente que iba al mercado.

Don Juan estaba encantado. No dejaba de mirarme. Se puso de pie y caminó a mi alrededor. Volvió a sentarse y no podía conservar una expresión seria mientras me hablaba.

Entendí por qué actuaba de esa manera. Sin la ayuda de don Juan, entré en un estado de conciencia acrecentada. Genaro logró que mi punto de encaje se moviera por su cuenta.

No pude evitar reírme al ver mi cuaderno de apuntes, que don Juan guardó solemnemente en su bolsillo. Dijo que iba a usar mi estado de conciencia acrecentada para mostrarme que no tiene fin el misterio del hombre ni el misterio del mundo. Enfoqué toda mi concentración en sus palabras. De pronto, don Juan dijo algo que no entendí. Le pedí que lo repitiera. Comenzó a hablar muy despacio y muy quedo. Pensé que bajó la voz para no llamar la atención. Escuché atentamente, pero no entendía una palabra de lo que decía; o bien me hablaba en una lengua extranjera o decía cosas sin sentido. Lo más extraño de todo esto era que algo había atraído mi entera atención; o era el ritmo de su voz o el hecho de que yo me estaba forzando por entender lo que decía. Tenía la sensación de que mi mente era diferente que de costumbre, aunque no podía precisar cuál era la diferencia. Me costaba trabajo pensar, razonar lo que estaba ocurriendo.

Don Juan me susurró al oído. Dijo que como entré en la conciencia acrecentada sin ayuda alguna de su parte, mi punto de encaje se hallaba muy maleable, y que, si yo quería, podía dejarlo moverse profundamente en el lado izquierdo, quedándome medio dormido en esa banca. Me aseguró que él cuidaría de mí, que no tenía nada que temer. Me instó a dejar que mi punto de encaje se moviera.

Al instante, sentí la pesadez del sueño profundo. En cierto momento me di cuenta de que soñaba. En mi sueño vi una casa que me era algo familiar. Me acercaba a ella como si caminase por la calle. Había otras casas, pero no podía prestarles ninguna atención. Algo en mí estaba fijo en esa casa en particular. Era una casa moderna, de estuco, con un jardín de cactos al frente.

Cuando me acerqué a esa casa, tuve una sensación de intimidad con ella, como si la hubiera soñado muchas veces con anterioridad. Caminé por un sendero de grava hasta la puerta principal; estaba abierta y pasé al interior. A la derecha había un vestíbulo a oscuras y una gran sala, amueblada con un diván de color rojo oscuro y con dos sillones que hacían juego con él, colocados en una esquina. Definitivamente no podía ajustar mi visión y sólo podía ver lo que tenía frente a los ojos.

Una mujer joven, de quizá veinticinco años, estaba de pie junto al diván, como

si se hubiera incorporado cuando entré. Era delgada y alta, exquisitamente vestida con un traje sastre verde. Tenía cabello oscuro, casi negro, llameantes ojos color café que parecían sonreír y una nariz puntiaguda, finamente labrada. Su cutis era claro pero el sol la había dorado confiriéndole un suntuoso bronceado. Me pareció enormemente hermosa. Parecía ser estadounidense. Me saludó con un movimiento de cabeza, sonriéndome, y extendió las manos con las palmas hacia abajo, como si me ayudara a incorporarme.

Ceñí sus manos con un movimiento extremadamente torpe. Me asusté a mí mismo y quise retroceder, pero me retuvo con firmeza y a la vez con gran suavidad. Sus manos eran largas y hermosas. Me habló en español, con el leve rastro de un acento extranjero. Me suplicó que no me agitara, que sintiera sus manos, que concentrara mi atención en su rostro y en el movimiento de sus labios. Quería preguntarle quién era, pero no podía pronunciar una sola palabra.

Luego escuché la voz de don Juan en mi oído: "Oh, ahí estás", como si en ese momento me encontrara. Yo estaba sentado con él en la banca del parque. Pero también escuchaba la voz de la joven. Dijo: "Ven a sentarte conmigo". Hice precisamente eso y comencé la más increíble serie de cambios de puntos de vista. Alternadamente, estaba con don Juan y con aquella joven. Veía a ambos con toda la claridad del mundo.

Don Juan me preguntó si la joven me gustaba, si me parecía atractiva y serena. No podía hablar, pero de alguna manera le transmití el sentimiento de que efectivamente la joven me gustaba enormemente. Sin ningún motivo aparente, pensé que ella era un parangón de bondad, una persona indispensable en lo que don Juan hacía conmigo.

Don Juan me habló nuevamente al oído y dijo que si esa joven me gustaba tanto debería despertar en su casa, que mi sentimiento de afecto por ella me guiaría.

Me sentía lleno de risa, temerario. Una sensación de excitación ondeó a lo largo de mi cuerpo. Sentía como si, de hecho, la excitación me desintegrara, y de pronto, con toda felicidad, me hundí en una negrura, indescriptiblemente negra, sin importarme lo que me ocurriera. Después me hallé en la casa de la joven. Yo estaba sentado en el diván con ella.

Tras un instante de absoluto pánico, me di cuenta que, de alguna manera, no estaba completo. Algo de mí estaba ausente. Sin embargo, la situación no me parecía peligrosa. Por mi mente cruzó la idea de que estaba ensoñando y que tarde o temprano iba a despertar en la banca de la plaza en Oaxaca, con don Juan, donde yo realmente estaba.

La joven me ayudó a incorporarme y me llevó a un baño en el que había una gran tina llena de agua. Yo estaba completamente desnudo. Con suavidad, me hizo meterme a la tina y me sostuvo la cabeza mientras flotaba a medias.

Después de un rato me ayudó a salir del agua. Me sentí débil y flojo. Me acosté en el diván de la sala y ella se acercó a mí. Escuchaba los latidos de su corazón y la presión de la sangre que corría por su cuerpo. Sus ojos eran como dos fuentes radiantes de algo que no era luz, ni calor, sino algo entre ambos. Pensé que veía la fuerza de la vida que se proyectaba fuera de su cuerpo a través de sus ojos. Toda ella era como un horno vivo; resplandecía.

Sentí un extraño temblor que agitó todo mi ser; como si mis nervios hubieran quedado expuestos y alguien los pulsara. La sensación era agonizante. Luego, o me desmayé o me quedé dormido.

Cuando desperté, alguien me ponía toallas remojadas en agua fría en la cara y en la nuca. Vi a la joven sentada a mi lado, a la cabecera de la cama en la que yo estaba acostado. Había una cubeta de agua sobre la mesa de noche y era ella quien me ponía las toallas. Don Juan estaba parado a los pies de la cama, con mi ropa doblada sobre el brazo.

En ese momento desperté por completo. Me senté. Estaba cubierto con una cobija.

-¿Cómo está el viajero? -preguntó don Juan sonriendo-. ¿Ya estás entero?
Eso era todo lo que podía recordar. Le narré este episodio a don Juan, y mientras le hablaba, recordé otro fragmento. Recordé que don Juan se burló de mi y me echó en cara el haberme encontrado desnudo en la cama de la joven esa. Sus comentarios me irritaron terriblemente. Me había puesto la ropa y lleno de furia, salí de la casa a grandes pasos.
Don Juan me había alcanzado en el jardín de enfrente. Con un tono muy serio había comentado que nuevamente yo estaba mostrando cuán fea y estúpida era mi persona, que me volví a unificar al sentirme avergonzado, lo que le demostraba que mi importancia personal no tenía límites. Pero con un tono conciliatorio agregó que eso no era muy significativo en aquel momento; lo que era significativo era el hecho de que yo moví mi punto de encaje a gran profundidad, y que en consecuencia viajé una distancia enorme.
Habló de maravillas y de misterios, pero yo no pude escucharlo, pues estaba atrapado entre el terror y la importancia personal. Mi furia era colosal. Estaba seguro de que don Juan me había hipnotizado en el parque y me había llevado a la casa de esa joven, y que ambos me hicieron cosas terribles.
Mi furia se vio interrumpida. Algo ahí en la calle era tan horripilante, tan impresionante para mí, que mi enojo se apagó al instante. Pero antes de que mis pensamientos quedaran completamente reordenados, don Juan me golpeó la espalda y no quedó riada de lo que acababa de ocurrir. Me hallé de vuelta en mi bienaventurada estupidez cotidiana, escuchando contentamente a don Juan, preocupándome de que si realmente me tenía afecto.
Mientras le contaba a don Juan el nuevo fragmento que acababa de recordar me di cuenta de que uno de sus métodos para controlar mi agitación emocional era hacerme cambiar a la conciencia normal.
-El olvido es lo único que da alivio a quienes penetran en lo desconocido -dijo-. ¡Qué alivio estar en el mundo ordinario!
"Ese día, lograste una hazaña maravillosa. Lo esencial para mí era no dejar que la enfocaras. Justo cuando comenzaste a sentir verdadero pánico, te hice cambiar a la conciencia normal; moví tu punto de encaje más allá de la posición en la que ya no hay dudas. Para los guerreros existen dos posiciones tales. En una ya no tienen dudas porque lo saben todo. En la otra, que es la conciencia normal, no tienen dudas porque no saben nada.
"Era prematuro para ti que entonces supieras lo que realmente había pasado. Pero creo que el momento preciso para saberlo es ahora mismo. Mirando esa calle, estabas a punto de saber dónde despertó tu cuerpo de ensueño. Ese día recorriste una enorme distancia.
Don Juan me estudió con una mezcla de regocijo y tristeza. Yo hacía todo lo posible por mantener bajo control la extraña agitación que sentía. Sentía que algo de terrible importancia para mí estaba perdido en mi memoria o como hubiera dicho don Juan, en algunas emanaciones sin usar que alguna vez fueron alineadas.
Mi lucha por mantener la calma resultó ser el acto equivocado. Las rodillas se me aflojaron y sentí espasmos nerviosos a lo largo de mi sección media. Murmuré, incapaz de formular mi pregunta. Tuve que tragar con fuerza y respirar profundamente antes de recuperar la calma.
-Cuando llegamos a sentarnos aquí para platicar, dije que ninguna suposición racional debe interferir con las acciones de un vidente -prosiguió con un tono duro-. Sabía que para recordar lo que has hecho, tendrías que arreglártelas sin la racionalidad, pero tendrías que hacerlo en el nivel de conocimiento en el que estás ahorita.
Explicó que yo tenía que comprender que la racionalidad es una condición del alineamiento, el resultado de la posición del punto de encaje. Recalcó que tenía que entender ésto estando en un estado de gran vulnerabilidad, como ocurría en aquel momento. Era inútil entenderlo cuando mi punto de encaje hubiera alcanzado la posición en la que no hay dudas, por-

que comprensiones de esa naturaleza son trivialidades en esa posición. Resultaba igualmente inútil entenderlo en un estado de conciencia normal; en un estado así, ese tipo de comprensiones eran explosiones emocionales que tienen validez sólo mientras dura la emoción.

-He dicho que ese día recorriste una gran distancia -agregó con calma-. Y lo dije porque lo sé. Yo estaba ahí, ¿recuerdas?

El nerviosismo y la ansiedad me hacían sudar profusamente.

-Viajaste porque despertaste en una posición de ensueño lejana -prosiguió-. Cuando Genaro te jaló ese día, desde esta misma banca y te hizo cruzar la plaza, arregló todo para que tu punto de encaje se moviera del sitio de la conciencia normal hasta la posición en la que aparece el cuerpo de ensueño. En un abrir y cerrar de ojos, tu cuerpo de ensueño voló una increíble distancia. Y sin embargo la gran distancia no es lo importante; la posición de ensueño lo es. Si tiene la suficiente fuerza para atraerte, puedes ir hasta los confines de este mundo o más allá, al igual que los antiguos videntes. Muchos de ellos desaparecieron de este mundo porque despertaron en una posición de ensueño más allá de los límites de lo conocido. Aquel día tu posición de ensueño estaba en este mundo, pero a bastante distancia de la ciudad de Oaxaca.

-¿Cómo se lleva a cabo un viaje así? -pregunté.

-No hay manera de saber cómo ocurre -dijo-. Una fuerte emoción, o un intento inflexible, o un gran interés sirven como guía; después el punto de encaje queda poderosamente fijo en la posición de ensueño, durante suficiente tiempo para arrastrar hasta allí a todas las emanaciones interiores del capullo.

Don Juan dijo que, a lo largo de nuestros años de asociación me hizo ver incontables veces, ya fuera en estados de conciencia normal o en estados de conciencia acrecentada; y las incontables cosas que yo vi comenzaban ahora a cobrar más coherencia. Esta coherencia no era ni lógica ni racional pero sin embargo, de alguna manera extraña, aclaraba todo lo que yo había hecho, todo lo que me habían hecho, y todo lo que había visto en esos años a su lado. Dijo que ahora necesitaba una última clarificación: la coherente pero irracional realización de que todo lo que hemos aprendido a percibir en el mundo está inextricablemente ligado a la posición en que se localiza el punto de encaje. Si el punto de encaje se mueve de esa posición, el mundo deja de ser lo que es para nosotros.

Don Juan declaró que un desplazamiento del punto de encaje más allá de la línea media del capullo del hombre hace que el mundo que percibimos y conocemos desaparezca. de vista en un instante, como si lo hubieran borrado, porque la estabilidad, la sustancialidad que parece pertenecer a nuestro mundo perceptible es simplemente la fuerza del alineamiento. Ciertas emanaciones se alinean rutinariamente debido a la fijeza del punto de encaje en un sitio específico; eso es todo lo que es nuestro mundo.

-La solidez del mundo no es el espejismo -prosiguió-, el espejismo es la fijeza del punto de encaje en cualquier sitio. Cuando los videntes mueven sus puntos de encaje no confrontan una ilusión, enfrontan otro mundo; ese mundo nuevo es tan real como el que ahora contemplamos, pero la nueva fijeza de sus puntos de encaje en el nuevo sitio, que produce ese nuevo mundo, es un espejismo en igual medida en que lo es la fijeza en el sitio cotidiano.

"Considérate a ti mismo, por ejemplo; ahora estás en un estado de conciencia acrecentada. Todo lo que haces y ves en un estado así no es una ilusión; es tan real como el mundo que enfrentarás mañana en tu vida diaria, y sin embargo, mañana, no existirá el mundo del que ahora eres testigo. Sólo existe cuando tu punto de encaje se mueve al sitio específico en el que estás ahora.

Agregó que, una vez terminado su entrenamiento, la tarea que enfrentan los guerreros es una tarea de integración. En el

curso de su entrenamiento, los guerreros, y especialmente los hombres naguales se ven instados a mover sus puntos de encaje a tantos sitios como sea posible. A medida que los recuerdan los integran en un todo coherente.

-Por ejemplo, si movieras tu punto de encaje a una posición específica, recordarías quién es esa joven -prosiguió con una extraña sonrisa-. Tu punto de encaje ha estado en ese sitio cientos de veces. Integrarlo debería ser la cosa más fácil para ti.

Como si mis recuerdos dependieran de su sugerencia, comencé a tener vagas memorias, sentimientos inacabados. Parecía atraerme una sensación de afecto ilimitado; una fragancia extremadamente agradable permeó el aire, justo como si alguien se hubiera acercado a mí por detrás y me hubiera vertido encima ese perfume. Incluso volví la cabeza para ver si alguien estaba allí. Y entonces recordé. ¡Era Carol, la mujer nagual! Acababa de estar con ella el día anterior. ¿Cómo era posible haberla olvidado?

Viví un momento indescriptible en el que corrieron por mi mente todos los sentimientos de mi repertorio sicológico. Me preguntaba a mí mismo si era posible que hubiera despertado en su casa en Tucson, en los Estados Unidos, a tres mil doscientos kilómetros de distancia. Y me azoraba la certeza de que cada una de las instancias de la conciencia acrecentada son tan aisladas que quizá jamás podría recordarlas.

Don Juan se acercó a mi y me puso el brazo sobre el hombro. Dijo que sabía exactamente lo que yo sentía. Su benefactor lo había hecho vivir una experiencia parecida. Y su benefactor trató de hacer con él exactamente lo que él ahora hacía conmigo: tranquilizar con palabras. Había apreciado el esfuerzo y el buen deseo de su benefactor, pero, como ahora, había dudado entonces que hubiera alguna manera de tranquilizar a quienquiera que ha efectuado el viaje del cuerpo de ensueño.

No existía más duda en mi mente. Algo en mí recorrió la distancia entre las ciudades de Oaxaca en México y Tucson en los Estados Unidos. Sentí un extraño alivio, como si finalmente hubiera expiado mi culpabilidad.

Durante los años que pasé con don Juan, tuve lapsos de continuidad en la memoria. Que aquel día estuviera en Tucson, con él, era uno de esos vacíos. Recordaba no poder evocar como había llegado a Tucson. Pensé que el vacío era resultado de mis actividades con don Juan. Siempre se cuidaba mucho de no despertar mis sospechas racionales en estados de conciencia normal, pero si las sospechas resultaban inevitables, siempre las despachaba secamente sugiriendo que la naturaleza de nuestras actividades fomentaba serias disparidades de la memoria.

Le dije a don Juan que como los dos habíamos acabado en el mismo lugar aquel día, me preguntaba si era posible que dos o más personas despertaran en la misma posición de ensueño.

-Pues claro que sí -dijo-. Ya te lo he dicho docenas de veces. Así es como los antiguos brujos toltecas partían en grupos hacia lo desconocido. Se seguían uno, al otro. No hay manera de saber cómo sigue una persona a otra. Simplemente eso sucede así. Lo hace el cuerpo de ensueño. La presencia de otro ensoñador lo lleva a hacerlo. Aquel día tú me jalaste contigo. Y te seguí porque quería estar contigo.

Tenía tantas preguntas que hacerle, pero todas y cada una me parecían superfluas.

-¿Cómo es posible que no recordara a la mujer nagual? -murmuré, y una horrorosa angustia y añoranza se apoderaron de mí. Trataba de ya no sentirme triste, pero de repente, la tristeza fue dolor físico y me rasgó.

Aún no lo recuerdas -dijo don Juan tocándome la cabeza-. Sólo puedes recordarla cuando se mueve tu punto de encaje. Para ti, ella es como un fantasma, y eso mismo eres tú para ella. Tú la has visto una vez estando en conciencia normal, pero ella jamás te ha visto en su conciencia normal, Eres para ella un personaje, tanto como ella lo es para ti. Con la diferencia de que

quizás un día tú despiertes y lo integres todo. Quizá tenga suficiente tiempo para hacerlo, pero ella, no lo tendrá. Su tiempo está contado.
Sentí ganas de protestar contra una terrible injusticia. Mentalmente, preparé una descarga de objeciones, pero nunca les di voz. La sonrisa de don Juan era radiante. Sus ojos brillaban con gozo y malicia puros. Tuve la sensación de que esperaba mis declaraciones, porque sabía lo que yo iba a decir. Y esa sensación me detuvo, o más bien no dije nada porque mi punto de encaje se movió nuevamente, por su cuenta. Y supe entonces que no se le podía tener lástima a la mujer nagual por no disponer de tiempo, y que yo tampoco podía regocijarme de tenerlo.
Don Juan me leía como a un libro. Me instó a que redondeara mi comprensión y que expresara la razón porque, en este caso, un guerrero no puede sentir lástima o regocijo. Durante un instante sentí que sabía el porqué. Pero perdí la pista.
-La emoción de tener tiempo es igual a la emoción de no tenerlo -dijo-. Todo es lo mismo.
-Sentir tristeza no es lo mismo que sentir lástima -dije-. Y me siento terriblemente triste.
-¿A quién le importa la tristeza? -dijo-. Piensa sólo en los misterios: el misterio es lo único que importa. Somos seres vivientes; tememos que morir y renunciar a nuestra conciencia. Pero, si pudiéramos cambiar tan sólo un matiz, un hilo de eso, ¡qué misterios deben aguardarnos! ¡Qué misterios!

XVIII. ROMPER LA BARRERA DE LA PERCEPCIÓN

Entrada la tarde, estando aún en la ciudad de Oaxaca, don Juan y yo dimos un lento paseo alrededor de la plaza. Al acercarnos a su banca favorita los que estaban sentados allí se incorporaron y se fueron. Apretamos el paso y llegamos a sentarnos.
-Hemos arribado al final de mi explicación del estar consciente de ser -dijo-. Y hoy, por tu cuenta, vas a unificar otro mundo y vas a dejar de lado todas las dudas, para siempre.
"No debe haber ningún error respecto a lo que vas a hacer. Hoy, desde la ventajosa posición de la conciencia acrecentada vas a hacer que se mueva tu punto de encaje y en un instante vas a alinear las emanaciones de otro mundo.
"Dentro de unos días, cuando Genaro y yo nos reunamos contigo en la cima de una montaña, vas a hacer lo mismo desde la desventajosa posición de la conciencia normal. En sólo un instante, tendrás que alinear las emanaciones de otro mundo; si no lo haces morirás la muerte de un hombre común que se cae de un precipicio.
Se refería a un acto que me haría llevar a cabo como la última de sus enseñanzas para el lado derecho: el acto de saltar de la cima de una montaña a un abismo.
Don Juan declaró que los guerreros terminaban su entrenamiento cuando eran capaces de romper la barrera de la percepción, sin ayuda, partiendo de un estado normal de la conciencia. El nagual llevaba a los guerreros a ese umbral, pero el éxito dependía del individuo. El nagual simplemente los ponía a prueba, presionándolos de manera continua para que aprendieran a valerse de por sí.
-El alineamiento es la única fuerza que puede cancelar temporalmente al alineamiento -prosiguió-. Tendrás que cancelar el alineamiento que te mantiene percibiendo el mundo cotidiano. Si usas el intento e intentas una nueva posición para tu punto de encaje, y luego intentas que se fije allí durante suficiente tiempo, alinearás otro mundo y escaparás de éste.
"Los antiguos videntes siguen desafiando a la muerte hasta la fecha, haciendo precisamente eso: intentando que sus puntos de encaje permanezcan fijos en posiciones que los colocan en cualquiera de los siete mundos.
-¿Qué pasará si logro alinear otro mundo? -pregunté.
-Irás a él -contestó-. Como hizo Genaro

cierta noche, en este mismo lugar, cuando te enseñaba el misterio del alineamiento.
-¿Adónde estaré, don Juan?
-En otro mundo, desde luego. ¿En dónde más?
-¿Y qué pasa con la gente que me rodea, con los edificios, las montañas y todo lo demás?
-Quedarás separado de todo eso por la misma barrera que has roto: la barrera de la percepción. Y, al igual que los videntes que se han sepultado para desafiar a la muerte, no estarás en este mundo.
Al escuchar sus aseveraciones, ardía una batalla en mi interior. Alguna parte de mí clamaba que la posición de don Juan era insostenible, mientras otra parte sabía sin lugar a dudas que él estaba en lo cierto.
Le pregunté qué es lo que pasaría si moviera mi punto de encaje mientras estaba en la calle, en el corazón del tráfico de Los Angeles.
-Los Angeles desaparecerá, como un soplo de aire -contestó con gesto serio-. Pero tú seguirás ahí.
"Ese es el misterio que he estado tratando de explicarte. Lo has experimentado, pero aún no lo entiendes, y hoy lo harás.
Dijo que yo aún no podía usar premeditadamente el levantón de la tierra para cambiar a otra gran banda de emanaciones, pero que yo tenía ahora la necesidad imperativa de mover mi punto de encaje, y esa necesidad me iba a servir de lanzador.
Don Juan miró al cielo. Como si hubiera estado sentado demasiado tiempo y sacara a empujones el cansancio físico de su cuerpo, estiró los brazos por encima de la cabeza. Me ordenó parar mi diálogo interno y entrar en silencio interior. Se puso de pie y se alejó de la plaza caminando; me hizo una señal para que lo siguiera. Tomó una calle desierta; era la misma calle en la que Genaro me había dado su demostración del alineamiento. En cuanto recordé eso, me encontré caminando con don Juan en un lugar que para entonces ya me resultaba muy conocido, porque estuve muchas veces en él: una llanura desierta con dunas amarillas que parecían ser de azufre.
Recordé entonces que más allá de ese desolado paraje había otro mundo que brillaba con una luz blanca, pura, exquisita y uniforme.
Esta vez, al entrar don Juan y yo en ese mundo, sentí que la luz, que surgía de todas direcciones, no era una luz vigorizante, pero era tan pacífica, tan calmante que me dio la sensación de que era sagrada.
Al bañarme esa luz sagrada, un pensamiento racional explotó en mi silencio interior. Me pareció bastante posible que místicos y santos hubieran hecho este viaje del punto de encaje. Habrían visto a Dios en el molde del hombre. Habrían visto el infierno en las dunas de azufre. Y habrían visto la gloria del cielo en la luz diáfana.
Mi pensamiento racional se desvaneció casi de inmediato bajo los embates de lo que percibía. Mi conciencia se vio asaltada por una multitud de formas, figuras de hombres, mujeres y niños de todas las edades, y otras apariciones incomprensibles que centelleaban con una cegadora luz blanca.
Vi a don Juan, caminando a mi lado, mirándome a mí y no a las apariciones, pero al instante lo vi transformarse en una bola de luminosidad que se balanceaba a un metro de mí. La bola hizo un movimiento abrupto y aterrador y se acercó a mí y vi su interior.
Para beneficio mío, don Juan encendía el resplandor de su conciencia. De pronto, en su lado izquierdo, el resplandor brilló sobre cuatro o cinco filamentos delgados como hilos. Ahí permaneció fijo. Toda mi concentración estaba fija en ese resplandor. Algo me tironeó como si me pasara a través de un tubo, y vi a los aliados; tres figuras oscuras largas y rígidas agitadas por un temblor, como hojas en el viento. Se encontraban ante un fondo rosa, casi fluorescente. En cuanto enfoqué mi atención en ellos vinieron hacia mí, no caminando o deslizándose o volando, sino arrastrándose a lo largo de unas fibras de blancura que brotaban de mí. La blancura no era una luz o un resplandor sino líneas que

parecían dibujadas con tiza gruesa en polvo. Se desintegraron rápidamente, pero no con suficiente rapidez. Antes de que las líneas se desvanecieran, los aliados estaban casi encima de mí.
Me rodearon. Me sentí molesto, y de inmediato se alejaron, como si los hubiera regañado. Sentí lástima por ellos. Mi sentimiento volvió a atraerlos al instante, y de nuevo me rodearon y se frotaron contra mí. Entonces vi algo que había visto en el espejo en el río. Los aliados no tenían resplandor interno. No tenían movilidad interna. No hay vida en ellos. Y sin embargo era obvio que estaban vivos. Eran extrañas formas grotescas que parecían bolsas de dormir con los cierres corridos. La delgada línea en el centro de sus formas alargadas, les daba la apariencia de haber sido cosidos.
No eran figuras agradables. La sensación de que eran totalmente diferentes a mí, me hizo sentirme incómodo, impaciente. Vi que los tres aliados se movían como si saltaran; en su interior había un leve resplandor. Creció la intensidad del resplandor hasta que, por lo menos en uno de los aliados, adquirió bastante brillantez.
Al momento en que vi eso, me encontré en un mundo negro. No quiero decir que estaba oscuro así como la noche es oscura. Más bien, todo lo que me rodeaba era absolutamente negro. Miré al cielo y no pude encontrar luz en ninguna parte. El cielo también era negro y, literalmente, estaba cubierto de líneas y círculos irregulares de varios grados de negrura. El cielo parecía un pedazo de madera negra cuyo grano se veía en relieve.
Miré al suelo. Era esponjoso. Parecía compuesto de escamas de gelatina; no eran escamas opacas, pero tampoco eran brillantes. Era algo entre ambas cosas, que nunca antes vi en mi vida: gelatina negra.
Oí entonces la voz del ver. Dijo que mi punto de encaje alineó un mundo total con otra de las grandes bandas de emanaciones: un mundo negro.
Quería absorber cada palabra que me decía; para hacerlo tuve que dividir mi concentración. La voz se detuvo; mis ojos volvieron a enfocar. Estaba de pie con don Juan, a unas cuadras de la plaza.
Sentí al instante que no tenía tiempo que perder, que sería inútil entregarse al asombro. Reuní todas mis fuerzas y le pregunté a don Juan si yo hice lo que él esperaba de mi.
-Hiciste exactamente lo que se esperaba -dijo de manera tranquilizadora-. Volvamos a la plaza y démosle una vuelta, por última vez en este mundo.
Me negué a pensar en la partida de don Juan, así que le pregunté acerca del mundo negro. Tenía vagos recuerdos de haberlo visto antes.
-Es el mundo más fácil de alinear -dijo-. Y de todo lo que has experimentado, el mundo negro es el único que vale la pena tomar en cuenta. Es el único auténtico alineamiento de otra gran banda que has hecho en tu vida. Todas tus otras experiencias han sido solamente un movimiento lateral a lo largo de la banda del hombre, pero sin salir de nuestra gran banda orgánica. La pared de niebla, la llanura con dunas amarillas, el mundo de las apariciones, todos son alineamientos laterales que hacen nuestros puntos de encaje conforme se acercan a una posición crucial.
Mientras regresábamos caminando al parque explicó que una de las extrañas cualidades del mundo negro es que no tiene las mismas emanaciones que equivalen al tiempo en nuestro mundo. Son emanaciones diferentes que producen un resultado diferente. Los videntes que viajan al mundo negro sienten que han estado allí durante una eternidad, pero en nuestro mundo eso resulta ser un instante.
-El mundo negro es un mundo espantoso, porque envejece al cuerpo -dijo con énfasis.
Le pedí que aclarara sus aseveraciones. Redujo el paso y me miró. Me recordó que, en su manera tan directa, Genaro trató de mostrarme esto en cierta ocasión, cuando me dijo que habíamos caminado en el infierno durante una eternidad mientras que no había pasado ni un minuto en el mundo que conocemos.

Don Juan comentó que en su juventud se obsesionó con el mundo negro. Le preguntó a su benefactor qué le pasaría si entrara en él y permaneciera ahí por un tiempo. Como su benefactor no era dado a las explicaciones, simplemente empujó a don Juan al mundo negro para que contestara su pregunta por su cuenta.

-El poder del nagual Julián era tan extraordinario -prosiguió don Juan-, que me tardé días en regresar de ese mundo negro.

-Quiere usted decir que le llevó días regresar su punto de encaje a su posición normal, ¿no es así? -pregunté.

-Sí, eso es lo que quiero decir -contestó.

Explicó que en los escasos días que estuvo perdido en el mundo negro envejeció por lo menos diez años. Las emanaciones interiores de su capullo sintieron la tensión de años de lucha solitaria.

Silvio Manuel era un caso totalmente diferente. El nagual Julián también lo hundió en lo desconocido, pero Silvio Manuel alineó otro mundo con otra de las grandes bandas, un mundo que tampoco tiene las emanaciones del tiempo pero que tiene el efecto opuesto sobre los videntes. Desapareció durante siete años y sin embargo sintió que sé había ausentado sólo un momento.

-Alinear otros mundos no es sólo cuestión de práctica, sino cuestión de intento -prosiguió-. Y tampoco es meramente un ejercicio de andar rebotando de esos mundos, como si lo jalaran a uno con una liga. Mira, un vidente tiene que ser osado. Una vez que rompe la barrera de la percepción, no tiene que regresar al mismo lugar de donde partió en el mundo. ¿Entiendes lo que digo?

Lentamente comencé a entender lo que decía. Tuve un deseo casi invencible de reírme ante una idea tan ridícula, pero antes de que la idea se formara en una certeza, don Juan me habló y rompió lo que yo estaba a punto de recordar.

Dijo que, para los guerreros, el peligro de alinear otros mundos es que esos mundos son tan posesivos como el nuestro. La fuerza del alineamiento es tal que una vez que el punto de encaje se aleja de su posición normal, queda fijo en otras posiciones, aprisionado por otros alineamientos. Y los guerreros corren el riesgo de quedarse varados en una soledad sin límites.

La parte inquisitiva y racional de mí comentó que en el mundo negro lo vi a él como una bola de luminosidad. Por lo tanto, era posible estar en ese mundo con otras personas.

-No con otras personas -dijo-, pero sí con otros guerreros; si ellos te siguen, moviendo sus puntos de encaje cuando tu mueves el tuyo. Yo moví el mío para estar contigo; de otra manera hubieras estado ahí solo con los aliados.

Dejamos de caminar y don Juan dijo que ya era hora de que yo partiera.

Quiero que pases por alto todos los movimientos laterales -dijo-, y vayas directamente al siguiente mundo total: el mundo negro. En un par de días tendrás que hacer lo mismo por tu cuenta. No tendrás tiempo para titubeos. Tendrás que hacerlo para poder escapar a la muerte.

Dijo que romper la barrera de la percepción es la culminación de todo lo que hacen los guerreros. Desde el momento en que queda rota esa barrera, el hombre y su destino adquieren un significado diferente. Debido a la trascendental importancia de romper esa barrera, los nuevos videntes usan el acto de romperla como prueba final. La prueba consiste en saltar de la cima de una montaña a un abismo, estando en la conciencia normal. Si el guerrero que salta al abismo no borra el mundo cotidiano y alínea otro antes de tocar el fondo, morirá.

-Tendrás que hacer que este mundo desaparezca, pero en cierta medida tú seguirás siendo el mismo. Este es el último recinto fortificado de la conciencia, con el que cuentan los nuevos videntes. Saben que cuando el fuego interno los consuma, de alguna manera retendrán la sensación de ser ellos mismos.

Sonrió y señaló una calle desierta que veíamos desde donde estábamos parados,

la calle en la que Genaro me enseñó los misterios del alineamiento.
-Esa calle, como cualquier otra, lleva a la eternidad -dijo-. Lo único que tienes que hacer es seguirla en silencio total. Ya es hora. ¡Vete ya! ¡Vete!
Se volvió, y se alejó de mí. Genaro lo esperaba en la esquina. Genaro me saludó con la mano y luego hizo un gesto que me instaba a unirme a ellos. Don Juan siguió caminando sin volverse a mirar. Genaro se unió a él. Comencé a seguirlos, pero sabía que no era lo correcto. En vez de continuar, tomé la dirección contraria. La calle estaba oscura y sombría. No me entregué a sentimientos de fracaso o de ineptitud. Caminé en silencio interior. Mi punto de encaje se movía a gran velocidad. Vi a los tres aliados. La línea que corría por su centro creaba la impresión de que me sonreían de lado. Me sentí frívolo. Y entonces una fuerza como un viento hizo desaparecer al mundo.

EPÍLOGO

Un par de días después, todos los compañeros videntes del nagual y todos los aprendices se reunieron en esa cima montañosa que don Juan me había mencionado.
Don Juan dijo que cada uno de los aprendices ya se había despedido de todos, y que todos estábamos en un estado de conciencia que no admitía sentimentalismos. Para nosotros, dijo, sólo existía la acción. Éramos guerreros en un estado de guerra total. A excepción de don Juan, Genaro, Pablito, Néstor y yo, todos se alejaron a una corta distancia de la cumbre montañosa, brindándonos un lugar privado para que Pablito, Néstor y yo entráramos en un estado de conciencia normal. Pero antes de que lo hiciéramos, don Juan me tomó del brazo y nos hizo caminar por esa cumbre.
-En un momento, van ustedes a usar el intento para mover sus puntos de encaje -dijo-. Y nadie los va a ayudar. Ahora están solos. Recuerden pues que el intento comienza con un comando.
"Los antiguos videntes solían decir que si los guerreros iban a tener un diálogo interno, debían sostener el diálogo apropiado. Para los antiguos videntes eso significaba un diálogo acerca de la brujería y del engrandecimiento de la importancia personal. Para los nuevos videntes no significa diálogo, sino el manejo desinteresado del intento, a través de comandos cuerdos. Dijo una y otra vez que el manejo del intento empieza con un comando dado a uno mismo; el comando se repite hasta que se convierte en el comando del Águila, y luego, el punto de encaje se mueve en cuanto los guerreros alcanzan el silencio interior. Dijo que el hecho de que sea posible una maniobra tal es de singular importancia para los videntes, tanto antiguos como nuevos, pero por razones diametralmente opuestas. Saber que eso es posible permitió a los antiguos videntes mover sus puntos de encaje a increíbles posiciones de ensueño en el desconocido inconmensurable; para los nuevos videntes significa negarse a ser alimento, significa escapar del Águila, moviendo sus puntos de encaje a una muy peculiar posición de ensueño llamada libertad total.
Explicó que los antiguos videntes descubrieron que es posible mover el punto de encaje hasta el límite de lo conocido y mantenerlo fijo ahí, en un estado de conciencia acrecentada especial. Desde esa posición, vieron la viabilidad de mover lentamente sus puntos de encaje hacia otras posiciones permanentes más allá de aquel límite, una estupenda hazaña cargada de osadía pero carente de cordura, porque jamás pudieron retractar el movimiento de sus puntos de encaje, o quizá jamás quisieron hacerlo.
Don Juan dijo que, ante la elección de morir en el mundo de los asuntos cotidianos o morir en mundos desconocidos, los hombres de espíritu aventurero elegían inevitablemente lo segundo, y que, dándose cuenta de que sus predecesores simplemente eligieron cambiar el lugar

de su muerte, los nuevos videntes comprendieron la inutilidad de todo lo que los antiguos videntes hicieron; la inutilidad de luchar por controlar a sus semejantes, la inutilidad de alinear otros mundos y, sobre todo, la inutilidad de la importancia personal.

Dijo que una de las decisiones más afortunadas de los nuevos videntes fue el nunca permitir que sus puntos de encaje se movieran de manera permanente a cualquier posición que no sea la conciencia acrecentada. Desde esa posición, resolvieron de hecho el dilema de la inutilidad y se dieron cuenta de que la solución no consiste en escoger un mundo alternativo en el cual morir, sino en elegir la conciencia total, la libertad total.

Don Juan comentó que, sin saberlo, al elegir la libertad total, los nuevos videntes prosiguieron la tradición de sus predecesores y se convirtieron en la quintaesencia de los desafiantes de la muerte.

Explicó que los nuevos videntes descubrieron que si se mueve constantemente el punto de encaje, hasta los confines de lo desconocido, pero se le hace regresar a una posición en el límite de lo conocido, cuando se le libera repentinamente se mueve como un rayo a todo lo ancho del capullo del hombre, alineado de golpe a todas las emanaciones interiores.

-Los nuevos videntes se consumen con la fuerza del alineamiento -prosiguió don Juan-, con la fuerza de la voluntad, que han convertido en la fuerza del intento mediante una vida de impecabilidad. El intento es el alineamiento de todas las emanaciones ambarinas de la conciencia, así que resulta correcto decir que la libertad total significa conciencia total.

-Es eso lo que van a hacer todos ustedes, ¿don Juan? -pregunté.

-Lo haremos, con toda seguridad, si tenemos suficiente energía -contestó-. La libertad es el don del Águila al hombre. Desgraciadamente, muy pocos hombres entienden que, para poder aceptar tan magnífico don lo único que necesitamos es tener suficiente energía.

"Y si eso es todo lo que necesitamos, entonces, a como dé lugar, tenemos que ser avaros con nuestra energía".

Después de eso, don Juan nos hizo entrar en un estado de conciencia normal. Al caer la oscuridad, Pablito, Néstor y yo saltamos al abismo. Y don Juan y sus compañeros videntes, la quintaesencia de los desafiantes de la muerte se consumieron con el fuego interior. Entraron en la conciencia total, pues tenían energía suficiente para aceptar el avasallador don de la libertad.

Pablito, Néstor y yo no morimos en el fondo de aquel abismo, porque nunca lo alcanzamos, y tampoco murieron los otros aprendices que saltaron en una ocasión anterior; bajo el impacto de un acto tan tremendo e incomprensible como saltar hacia la muerte, todos movimos nuestros puntos de encaje y alineamos otros mundos.

Ahora sabemos que quedamos atrás para recordar la conciencia acrecentada y para recuperar la totalidad de nosotros mismos. Y también sabemos que mientras más recordemos, más intensa será nuestra exaltación y nuestro asombro, pero también serán más grandes nuestras dudas y nuestra confusión.

Hasta ahora, parece que se nos dejó atrás sólo para ser exasperados por las más trascendentes preguntas acerca de la naturaleza y el destino del hombre, hasta que llegue el día en que podamos tener suficiente energía, no sólo para verificar todo lo que nos enseñó don Juan, sino también para aceptar nosotros mismos el don del Aguila, el don de la libertad total.

FIN

* * *

CARLOS CASTANEDA
EL CONOCIMIENTO SILENCIOSO
MANO IZQUIERDA EDITORES

Carlos Castaneda.
El Conocimiento Silencioso.

Fotografía de Portada: Olivier Chatel by Unsplash.

Edición bajo el cuidado de:
Mano Izquierda Editores.

Circa, 2019.
Lima, Perú.

EL CONOCIMIENTO SILENCIOSO

ADVERTENCIA

Desde que por vez primera se publicó mi trabajo, me han preguntado si mis libros son ficción. Y yo he manifestado continuamente que lo que he hecho en mis libros es describir fielmente las diferentes facetas de un método de instrucción utilizado por don Juan Matus -un indio mexicano brujo- para enseñarme a comprender el mundo en términos de un grupo de premisas que él llamaba brujería.

El aprender a manejar de manera inteligente el mundo de la vida cotidiana, nos toma años de adiestramiento. Nuestra preparación, ya sea en el razonamiento mundano o en temas especializados, es muy rigurosa, porque el conocimiento que se nos trata de impartir es muy complejo. Idéntico criterio puede aplicarse al mundo de los brujos; sus métodos de enseñanza, los cuales dependen de la instrucción oral y de la manipulación de la conciencia de ser, aunque diferentes de los nuestros, son igualmente rigurosos, puesto que su conocimiento es tan, o hasta quizás más, complejo que el nuestro.

INTRODUCCIÓN

En varias ocasiones, a fin de ayudarme, don Juan trató de poner nombre a su conocimiento. El creía que el nombre más apropiado era nagualismo, pero que el término era demasiado oscuro. Llamarlo simplemente "conocimiento" lo encontraba muy vago, y llamarlo "hechicería", sumamente erróneo. "La maestría del intento" y "la búsqueda de la libertad total" tampoco le gustaron por ser términos abstractos en exceso, demasiado largos y metafóricos. Incapaz de encontrar un término adecuado optó por llamarlo "brujería", aunque admitiendo lo inexacto que era.

En el transcurso de los años, don Juan me dio diversas definiciones de lo que es la brujería, sosteniendo siempre que las definiciones cambian en la medida que el conocimiento aumenta. Hacia el final de mi aprendizaje, me pareció que estaba yo en condiciones de apreciar una definición tal vez más compleja o más clara que las que ya había recibido.

-La brujería es el uso especializado de la energía -dijo, y como yo no respondí, siguió explicando-. Ver la brujería desde el punto de vista del hombre común y corriente es ver o bien una idiotez o un insondable misterio, que está fuera de nuestro alcance. Y, desde el punto de vista del hombre común y corriente, esto es lo cierto, no porque sea un hecho absoluto, sino porque el hombre común y corriente carece de la energía necesaria para tratar con la brujería.

Dejó de hablar por un momento y luego continuó.

-Los seres humanos nacen con una cantidad limitada de energía -prosiguió don Juan- una energía que a partir del momento de nacer es sistemáticamente desplegada y utilizada por la modalidad de la época, de la manera más ventajosa.

-¿Qué quiere usted decir con la modalidad de la época? -pregunté.

-La modalidad de la época es el determi-

nado conjunto de campos de energía que los seres humanos perciben -contestó-. Yo creo que la percepción humana ha cambiado a través de los siglos. La época determina el modo de percibir; determina cuál conjunto de campos de energía, en particular, de entre un número incalculable de ellos, será percibido. Manejar la modalidad de la época, ese selecto conjunto de campos de energía, absorbe toda nuestra fuerza, dejándonos sin nada que pueda ayudarnos a percibir otros campos de energía, otros mundos.

Con un sutil movimiento de cejas, me instó a considerar todo lo dicho.

-A esto me refiero cuando digo que el hombre común y corriente carece de energía para tratar con la brujería -prosiguió-. Utilizando solamente la energía que dispone, no puede percibir los mundos que los brujos perciben. A fin de percibirlos, los brujos necesitan utilizar un conjunto de campos de energía que habitualmente no se usan. Naturalmente, para que el hombre común y corriente perciba esos mundos y entienda la percepción de los brujos, necesita utilizar el mismo conjunto que los brujos usaron. Y esto desgraciadamente no es posible porque toda su energía ya ha sido desplegada.

Hizo una pausa, como si buscara, palabras más adecuadas para reafirmar este punto.

-Piénsalo bien -continuó- no es que estés aprendiendo brujería a medida que pasa el tiempo; lo que estás haciendo es aprender a ahorrar energía. Y esta energía ahorrada te dará la habilidad de manejar los campos de energía que por ahora te son inaccesibles. Eso es la brujería: la habilidad de usar otros campos de energía que no son necesarios para percibir el mundo que conocemos. La brujería es un estado de conciencia. La brujería es la habilidad de percibir lo que la percepción común no puede captar.

-Todo por lo que te he hecho pasar -prosiguió don Juan- cada una de las cosas que te he mostrado fueron simples ardides para convencerte de que en los seres humanos hay algo más de lo que parece a simple vista.

Nosotros no necesitamos que nadie nos enseñe brujería, porque en realidad no hay nada que enseñar. Todo lo que necesitamos es un maestro que nos convenza de que existe un poder incalculable al alcance de la mano. ¡Una verdadera paradoja! Cada guerrero que emprende el camino del conocimiento cree, tarde o temprano, que está aprendiendo brujería, y lo que está haciendo es dejarse convencer de que existe un poder escondido dentro de su ser y que puede alcanzarlo.

-¿Es eso lo que usted está haciendo conmigo don Juan? ¿Está convenciéndome?

-Exactamente. Estoy tratando de convencerte de que puedes alcanzar ese poder. Yo pasé por lo mismo. Y fui tan difícil de convencer como tú.

-¿Y una vez que lo alcanzamos, qué hacemos exactamente con ese poder, don Juan?

-Nada. Una vez que lo alcanzamos, el poder mismo hará uso de esos inaccesibles campos de energía. Y eso, como ya te dije, es la brujería. Empezamos entonces a ver, es decir, a percibir algo más, no como una cosa de la imaginación sino como algo real y concreto. Y después comenzamos a saber de manera directa, sin tener que usar palabras. Y lo que cada uno de nosotros haga con esa percepción acrecentada, con ese conocimiento silencioso, dependerá de nuestro propio temperamento.

En otra ocasión don Juan me dio otro tipo de definición. Estábamos entonces discutiendo un tema enteramente ajeno cuando de repente empezó a contarme un chiste. Se rió y, con mucho cuidado, como si fuera demasiado tímido y le pareciera muy atrevido de su parte el tocarme, me dio palmaditas en la espalda, entre los omóplatos. Al ver mi reacción nerviosa soltó una carcajada.

-Tienes los nervios de punta -me dijo en tono juguetón, y golpeó mi espalda con mayor fuerza.

De inmediato me zumbaron los oídos. Perdí el aliento. Por un instante, sentí que me había hecho daño en los pulmones. Cada respiración me provocaba una gran molestia. No obstante, después de toser y so-

focarme varias veces, mis conductos nasales se abrieron y me encontré respirando profunda y agradablemente. Sentía tanto bienestar, que ni siquiera me enojé con él por ese golpe tan fuerte y tan inesperado.
Don Juan empezó entonces una maravillosa explicación. En forma clara y concisa, me dio una diferente, y más precisa, descripción de lo que era la brujería.
Yo había entrado en un estupendo estado consciente. Gozaba de tal claridad mental, que era capaz de comprender y asimilar todo lo que don Juan me decía.
Dijo que en el universo hay una fuerza inmensurable e indescriptible que los brujos llaman intento y que absolutamente todo cuanto existe en el cosmos esta enlazado, ligado a esa fuerza por un vínculo de conexión. Por ello, el total interés de los brujos es delinear, entender y utilizar tal vínculo, especialmente limpiarlo de los efectos nocivos de las preocupaciones de la vida cotidiana. Dijo que a este nivel, la brujería podía definirse como el proceso de limpiar nuestro vínculo con el intento. Afirmó que este proceso de limpieza es sumamente difícil de comprender y llevar a cabo. Y que por lo tanto, los brujos dividían sus enseñanzas en dos categorías. Una es la enseñanza dada en el estado de conciencia cotidiano, en el cual el proceso de limpieza es revelado en forma velada y artificiosa; la otra, es la enseñanza dada en estados de conciencia acrecentada, tal como el que yo estaba experimentando en ese momento. En tales estados los brujos obtenían el conocimiento directamente del intento, sin la intervención del lenguaje hablado.
Don Juan explicó que, empleando la conciencia acrecentada y a través de miles de años de tremendos esfuerzos, los brujos obtuvieron un conocimiento específico y al mismo tiempo incomprensible acerca del intento; y que habían pasado ese conocimiento de generación en generación hasta nuestros días. Dijo que la tarea principal de la brujería consiste en tomar ese incomprensible conocimiento y hacerlo comprensible al nivel de la conciencia cotidiana.
A continuación me explicó el papel que desempeña el guía en la vida de los brujos. Dijo que a un guía se le llama "nagual" y que el nagual es un hombre o una mujer dotado de extraordinaria energía; un maestro dotado de sensatez, paciencia e increíble estabilidad emocional; un brujo, al cual los videntes ven como una esfera luminosa con cuatro compartimentos, como si cuatro esferas luminosas estuvieran comprimidas unas contra las otras. Su extraordinaria energía les permite a los naguales intermediar; les permite ser un viaducto que canaliza y transmite, a quien fuera, la paz, la armonía, la risa, el conocimiento, directamente de la fuente, del intento. Son los naguales quienes tienen la responsabilidad de suministrar lo que los brujos llaman la "oportunidad mínima": el estar consciente de nuestra propia conexión con el intento.
Le manifesté que mi mente estaba asimilando todo lo que él decía, y que la única parte de su explicación que me confundía era el por qué se requería dos tipos de enseñanza. Yo podía ciertamente entender cuanto me decía acerca del mundo de los brujos, aunque él había calificado como muy difícil el proceso de entender ese mundo.
-A fin de recordar lo que estás percibiendo y entendiendo en estos momentos, necesitarás una vida entera -dijo- porque todo esto forma parte del conocimiento silencioso. En unos breves instantes habrás olvidado todo. Ese es uno de los insondables misterios de la conciencia de ser.
De inmediato, don Juan me hizo cambiar niveles de conciencia con una fuerte palmada en mi costado izquierdo, en el borde de las costillas. Al instante mí mente volvió a su estado normal. Perdí, a tal extremo mi extraordinaria claridad mental que ni siquiera pude recordar el haberla tenido.

El mismo don Juan me asignó la tarea de escribir sobre las premisas de la brujería. Al poco tiempo de haber empezado mi aprendizaje, me sugirió una vez que escri-

biera un libro, a fin de aprovechar las cantidades de notas que yo había acumulado sin noción alguna de qué hacer con ellas.
Argüí que la sugerencia era absurda porque yo no era escritor.
-Claro que no eres escritor -dijo-. Para escribir libros tendrás que usar la brujería. Primeramente tendrás que hacer una imagen mental de tus vaivenes en la brujería, como si estuvieras reviviéndolos; después tendrás que ensoñarlos: verlos en tus sueños; y luego tendrás que ensoñar el texto del libro que quieres escribir; tendrás que verlo en tus sueños. Para ti el escribir un libro no puede ser un ejercicio literario sino, más bien, un ejercicio de brujería.
Yo he escrito de este modo acerca de las premisas de la brujería, tal como don Juan me las explicó, dentro del contexto de sus enseñanzas.
En sus enseñanzas, desarrolladas por brujos de la antigüedad, existen dos categorías de instrucción. A una de ellas se le denomina "enseñanza para el lado derecho" y se la lleva a cabo en estados de conciencia cotidianos. A la otra se le llama "enseñanza para el lado izquierdo" y se la practica solamente en los estados de conciencia acrecentada.
Las dos categorías de instrucción permiten a los maestros adiestrar a sus aprendices en tres áreas: la maestría del estar consciente de ser, el arte del acecho y la maestría del intento. Estas tres áreas también se conocen como los tres enigmas que los brujos encuentran al buscar el conocimiento.
La maestría del estar consciente de ser, es el enigma de la mente; la perplejidad que los brujos experimentan al darse cabal cuenta del asombroso misterio y alcance de la conciencia de ser y la percepción.
El arte del acecho es el enigma del corazón; el desconcierto que sienten los brujos al descubrir dos cosas: una, que el mundo parece ser inalterablemente objetivo y real debido a ciertas peculiaridades de nuestra percepción; y la otra, que si se ponen en juego diferentes peculiaridades de nuestra percepción, ese mundo que parece ser inalterablemente objetivo y real, cambia.
La maestría del intento es el enigma del espíritu, el enigma de lo abstracto.
La instrucción proporcionada por don Juan en el arte del acecho y la maestría del intento se basaron en la instrucción del estar consciente de ser: una piedra angular que consiste de las siguientes premisas básicas:
1. El universo es una infinita aglomeración de campos de energía, semejantes a filamentos de luz que se extienden infinitamente en todas direcciones.
2. Estos campos de energía, llamados las emanaciones del Aguila, irradian de una fuente de inconcebibles proporciones, metafóricamente llamada el Aguila.
3. Los seres humanos están compuestos de esos mismos campos de energía filiforme. A los brujos, los seres humanos se les aparecen como unos gigantescos huevos luminosos, que son recipientes a través de los cuales pasan esos filamentos luminosos de infinita extensión; bolas de luz del tamaño del cuerpo de una persona con los brazos extendidos hacia los lados y hacia arriba.
4. Del número total de campos de energía filiformes que pasan a través de esas bolas luminosas, sólo un pequeño grupo, dentro de esa concha de luminosidad, está encendido por un punto de intensa brillantez localizado en la superficie de la bola.
5. La percepción ocurre cuando los campos de energía en ese pequeño grupo, encendido por ese punto de brillantez, extienden su luz hasta resplandecer aún fuera de la bola. Como los únicos campos de energía perceptibles son aquellos iluminados por el punto de brillantez, a este punto se le llama el "punto donde encaja la percepción" o, simplemente, "punto de encaje".
6. Es posible lograr que el punto de encaje se desplace de su posición habitual en la superficie de la bola luminosa, ya sea hacia su interior o hacia otra posición en su superficie o hacia fuera de ella. Dado que la brillantez del punto de encaje es sufi-

ciente, en sí misma, para iluminar cualquier campo de energía con el cual entra en contacto, el punto, al moverse hacia una nueva posición, de inmediato hace resplandecer diferentes campos de energía, haciéndolos de este modo percibibles. Al acto de percibir de esa manera se le llama ver.

7. La nueva posición del punto de encaje permite la percepción de un mundo completamente diferente al mundo cotidiano; un mundo tan objetivo y real como el que percibimos normalmente. Los brujos entran a ese otro mundo con el fin de obtener energía, poder, soluciones a problemas generales o particulares, o para enfrentarse con lo inimaginable.

8. El intento es la fuerza omnipresente que nos hace percibir. No nos tornamos conscientes porque percibimos, sino que percibimos como resultado de la presión y la intromisión del intento.

9. El objetivo final de los brujos es alcanzar un estado de conciencia total y ser capaces de experimentar todas las posibilidades perceptuales que están a disposición del hombre. Este estado de conciencia implica asimismo, una forma alternativa de morir.

La maestría del estar consciente de ser requería un nivel de conocimiento práctico. En ese nivel don Juan me enseñó los procedimientos para mover el punto de encaje. Los dos grandes sistemas ideados por los brujos videntes de la antigüedad eran: el ensueño, es decir, el control y utilización de los sueños, y el acecho, o el control de la conducta.

Puesto que mover el punto de encaje es una maniobra esencial, todo brujo tiene que aprenderlo. Algunos de ellos, los naguales, llegan a hacerlo en otros; son capaces de desplazar el punto de encaje de su posición habitual mediante una fuerte palmada asestada directamente al punto de encaje. Este golpe que se siente como una manotada propinada en el omóplato derecho -aun cuando nunca se toca el cuerpo- produce un estado de conciencia acrecentada.

De acuerdo con su tradición, era exclusivamente en esos estados de conciencia acrecentada que don Juan impartió la parte más dramática e importante de sus enseñanzas: la instrucción para el lado izquierdo. Debido a las extraordinarias características de esos estados, don Juan me ordenó que no los discutiera con nadie hasta no haber concluido con todo su plan de enseñanzas. Esta exigencia no me fue difícil de aceptar. En esos estados únicos de conciencia, mi capacidad para entender las enseñanzas aumento en forma increíble, pero, al mismo tiempo, mí capacidad para describir o recordar las dichas enseñanzas se vio disminuida en extremo. Podía funcionar yo en esos estados con destreza y firmeza, pero una vez que regresaba a mi estado de conciencia normal, no podía recordar nada acerca de ellos.

Me llevo años el poder hacer la conversión crucial de mi memoria de la conciencia acrecentada a la memoria normal. Mi razón y mi sentido común retrasaron esta conversión al estrellarse contra la realidad absurda e inimaginable de la conciencia acrecentada y del conocimiento directo. Por años enteros, el tremendo desajuste cognoscitivo resultante me forzó a buscar desahogo en el no pensar al respecto.

Todo lo que he escrito hasta ahora acerca de mi aprendizaje de la brujería ha sido un relato de cómo me educó don Juan en la maestría del estar consciente de ser. Todavía no he descripto el arte del acecho ni la maestría del intento.

Don Juan me enseñó los principios y aplicaciones de estas dos maestrías con ayuda de dos de sus compañeros: un brujo llamado Vicente Medrano y otro llamado Silvio Manuel. Desafortunadamente, todo lo que aprendí acerca de estas dos maestrías aún permanece oculto en lo que don Juan denominó las complejidades de la conciencia acrecentada. Hasta hoy en día, me ha sido imposible describir o inclusive pensar de manera coherente acerca del arte del acecho y maestría del intento. Mi error ha sido el creer que es posible incluirlos

en la memoria normal. Es posible, pero al mismo tiempo no lo es. Con el propósito de resolver esta contradicción, los he encarado indirectamente, a través del tópico final de las enseñanzas de don Juan: las historias de los brujos del pasado.

Don Juan me relató estas historias para hacer evidente lo que él llamaba los centros abstractos de sus lecciones. Pero yo fui incapaz de captar la naturaleza de esos centros abstractos, pese a sus amplias explicaciones, las cuales, ahora lo sé, estaban diseñadas para abrirme la mente más que para explicar su conocimiento de manera racional. Su modo de hablar me hizo creer, por muchos años, que sus explicaciones de los centros abstractos eran como disertaciones académicas; todo lo que yo fui capaz de hacer bajo tales circunstancias, era aceptar de manera incondicional tales explicaciones. Y así, el significado de los centros abstractos pasó a formar parte de mi aceptación tácita de las enseñanzas de don Juan, pero sin la meticulosa valoración que es esencial para entender tal significado.

Don Juan me dio a conocer dieciocho centros abstractos. He tratado aquí con la primera serie compuesta de los seis siguientes: las manifestaciones del espíritu, el toque del espíritu, los trucos del espíritu, el descenso del espíritu, los requisitos del intento, y el manejo del intento.

LAS MANIFESTACIONES DEL ESPIRITU

I. EL PRIMER CENTRO ABSTRACTO

Siempre que era pertinente, don Juan solía contarme breves historias acerca de los brujos de su linaje, en especial acerca de su maestro, el nagual Julián. No eran propiamente historias, sino relatos del comportamiento y aspectos de la personalidad de esos brujos. El fin de esos relatos era esclarecer tópicos específicos del aprendizaje.

Ya había escuchado las mismas historias de labios de los otros quince brujos, miembros del grupo de don Juan, pero no había lo suficiente en estos relatos como para darme una idea clara de sus personajes. Como no tenía forma alguna de persuadir a don Juan para que me facilitara más detalles sobre aquellos brujos, quedé resignado a la idea de nunca llegar a saber más acerca de ellos.

Una tarde, en las montañas del sur de México, después de haberme explicado intrincados detalles de la maestría del estar consciente de ser, don Juan dijo algo que me desconcertó por completo.

-Creo, que ya es hora de que comencemos a hablar de los brujos de nuestro pasado -dijo.

Don Juan explicó que yo necesitaba llegar a conclusiones claves, basándome en un examen sistemático del pasado, conclusiones acerca del mundo cotidiano así como del mundo de los brujos.

-A los brujos les interesa vivamente su pasado -dijo-. Pero no me refiero a su pasado cono personas. Para los brujos, el pasado significa lo que hicieron los brujos de otras eras. Y lo que vamos a hacer ahora es examinar ese pasado.

"El hombre común y corriente también examina su pasado; pero es siempre su pasado personal lo que examina y siempre

por razones personales. Los brujos hacen todo lo contrario, consultan su pasado a fin de obtener un punto de referencia.
-Pero, ¿no es eso lo que hace todo el mundo? ¿Hundirnos en el pasado a fin de obtener un punto de referencia? -pregunté.
-¡No! -respondió enfáticamente-. El hombre común y corriente se hunde en el pasado, ya sea su propio común pasado o el pasado de su época, para justificar sus acciones del momento o sus acciones del futuro o para hallar un modelo de conducta. Sólo los brujos buscan auténticamente un punto de referencia en su pasado.
-Don Juan, quizás todo esto sería más claro si usted me dijera lo que es un punto de referencia para un brujo -dije.
-Para los brujos, obtener un punto de referencia significa examinar el intento -contestó-. Lo cual es exactamente el propósito de este último tema de instrucción. Y nada les puede proporcionar a los brujos una mejor noción del intento que el examen de las historias de los otros brujos que batallaron por entender esa fuerza.
"Hay veintiún centros abstractos en la brujería -prosiguió-. Y, basadas en esos centros abstractos, hay cantidades de historias de brujería, historias de naguales de nuestro linaje luchando por entender el espíritu. Es hora de que te hable de los centros abstractos y te cuente las historias de brujería.
Esperé con gran excitación a que don Juan empezara a contarme las historias, pero cambió de conversación y pasó a explicarme nuevamente otros intrincados detalles de la conciencia de ser.
-¡No me haga usted eso, don Juan! -protesté-. ¿Qué hubo con las historias de la brujería? ¿No me las va a contar?
-Claro que sí -dijo-. Pero no son historias que se puedan contar como si fueran cuentos. Tienes que repasarlas, y luego, pensarlas y volverlas a pensar, revivirlas, por así decirlo.
Se produjo un largo silencio. Decidí ser más cauteloso. Pensé que si insistía en pedirle que me contara las historias, me iba a enredar en algo de lo que después me arrepentiría. Pero, como siempre, mi curiosidad fue mayor que mi sentido común.
-Bien, entremos en el asunto -le dije secamente.
Don Juan, que obviamente había captado la contradicción de mi miedo y mi curiosidad, sonrió con malicia. Se puso de pie y me hizo señas de que lo siguiera. Habíamos estado sentados sobre unas rocas secas, en el fondo de un barranco. Promediaba la tarde, el cielo estaba oscuro y nublado. Nubes bajas, casi negras se cernían sobre las cimas del este. Hacia el sur, las altas nubes hacían que el cielo pareciera despejado en comparación. Algo más temprano, había llovido densamente, pero luego la lluvia parecía haberse retirado y estar escondida, dejando atrás tan sólo una amenaza.
Yo debería haberme sentido congelado hasta los huesos, puesto que hacía mucho frío, pero sentía calor. Empuñando una piedra que don Juan me había dado, noté que la sensación de calor en un clima casi helado, no me era del todo desconocida, y sin embargo, cada vez que ocurría quedaba yo aturdido. Siempre que estaba ya a punto de congelarme, don Juan me daba una rama o una piedra para que la sostuviera, o me ponía un puñado de hojas bajo la camisa, en la punta de mi esternón, lo cual era suficiente para elevar la temperatura de mi cuerpo.
Varias veces, yo había intentado inútilmente de recrear, por mi, cuenta, el efecto de sus maniobras. Don Juan me aclaro un día que no eran las maniobras, sino su silencio interno lo que me mantenía abrigado y que las ramas, las piedras, las hojas eran simples artificios para atrapar mi atención y mantenerla enfocada.
Avanzando con rapidez, trepamos por la empinada ladera oeste de una montaña, hasta alcanzar una cornisa rocosa, en la cumbre misma. Nos encontrábamos en las elevaciones menores de una alta cordillera de montañas. Desde la cornisa rocosa podía yo observar que la niebla había comenzado a cubrir el extremo sur del fondo del valle que teníamos a nuestros pies.

Nubes bajas y tenues parecían lanzarse contra nosotros, deslizándose desde los altos picos verdes negruzcos del oeste. Después de la lluvia, bajo el cielo grisáceo y nublado, el valle y las montañas del sur y del este parecían estar cubiertas con un manto verdinegro de silencio.

-Este es el lugar ideal para echarnos una plática -dijo don Juan, sentándose en el suelo rocoso de una especie de cueva oculta.

El espacio en la cueva era perfecto para sentarnos uno al lado del otro. Casi tocábamos el techo con nuestras cabezas. La curva de nuestras espaldas encajaba cómodamente en la superficie de la pared rocosa, como si hubiera sido esculpida para dar sitio a dos personas de nuestro tamaño.

Luego me di cuenta de otra característica extraña de aquella cueva: al pararme sobre la cornisa, podía observar todo el valle y las cordilleras montañosas al este y al sur, pero si me sentaba quedaba completamente oculto por las rocas y sin embargo, la cornisa que creaba esta ilusión era plana y parecía estar al mismo nivel que el suelo de la cueva.

Estaba a punto de mencionar este extraño efecto a don Juan, cuando él se me adelantó.

-Esta cueva está hecha por el hombre -dijo-. La saliente esa está inclinada, pero el ojo no registra la inclinación.

-¿Quién hizo esta cueva, don Juan?

-Los antiguos brujos. Quizás tiene miles de años. Y una de sus peculiaridades es que ahuyenta a los animales, a los insectos y hasta a las personas. Los antiguos brujos parecen haberle infundido un hálito negro y amenazante que hace que cualquier ser viviente se sienta incómodo.

Lo extraño era que yo sentía en esa cueva algo diametralmente opuesto. Sin razón alguna, me sentía absolutamente contento y satisfecho. Una sensación de bienestar físico me provocaba un hormigueo en el cuerpo; era una sensación en el estómago de lo más agradable, como si les estuvieran haciendo cosquillas a mis nervios.

-Yo no me siento mal aquí -comenté.

-Yo tampoco -dijo- lo cual significa que tú y yo somos muy parecidos en temperamento a aquellos horrorosos brujos del pasado. Algo que me preocupa sobremanera.

Tuve miedo de continuar con el tema, así que esperé a que él hablara.

-La primera historia de brujería que voy a contarte se llama Las Manifestaciones del Espíritu -dijo-. El nombre es un poco confuso. Las manifestaciones del espíritu es realmente el primer centro abstracto alrededor del cual se construye la primera historia de brujería.

"Ese primer centro abstracto tiene en sí una historia particular -continuó-. La historia dice que hubo una vez un hombre, un Hombre común y corriente sin ningún atributo especial. Era, como todos los demás, un conducto del espíritu y por esta virtud, como todos los, demás, formaba parte del espíritu, parte de lo abstracto. Pero él no lo sabía. El mundo lo mantenía tan ocupado que carecía del tiempo y de la inclinación para examinar el asunto.

"El espíritu trató inútilmente de ponerle al descubierto el vínculo de conexión entre ambos. Por medio de una voz interior, el espíritu le reveló sus secretos, pero el hombre fue incapaz de comprender las revelaciones. Oía la voz interior, naturalmente, pero creía que era algo de él. Estaba convencido de que lo que él sentía eran sus propios sentimientos y que lo que pensaba eran sus propios pensamientos.

"Con el fin de sacarlo de su modorra, el espíritu le dio tres señales, tres manifestaciones sucesivas. Tres veces el espíritu, de la manera más obvia, se cruzó físicamente en el camino del hombre. Pero el hombre permanecía inconmovible ante cualquier cosa que no fuera su interés personal.

Don Juan se interrumpió y me miró como hacía siempre que esperaba mis preguntas y comentarios. Yo no tenía nada que decir. No comprendía lo que estaba tratando de expresar.

-Ese es el primer centro abstracto -prosiguió-. Lo único que puedo añadir es que debido a que el hombre se negó en abso-

luto a comprender, el espíritu se vio en la necesidad de usar el ardid. Y la treta se transformó en la esencia del camino de los brujos. Pero eso es otra historia.

Don Juan explicó que los brujos concebían los centros abstractos como planos previos de los hechos, o como patrones recurrentes que aparecían cada vez que el intento iba a mostrar algo significativo. Los centros abstractos, en este sentido, eran mapas completos de series enteras de acontecimientos.

Me aseguró que a través de medios que iban, más allá de la comprensión, cada detalle de cada centro abstracto se repetía con cada aprendiz nagual. Me aseguró también que él había ayudado al intento a involucrarme en todos los centros abstractos de la brujería, tal como su benefactor, el nagual Julián, y todos los naguales anteriores, habían involucrado a sus aprendices. El modo mediante el cual cada aprendiz nagual se encontraba con esos centros abstractos permitía el desarrollo de historias entretejidas alrededor de esos centros abstractos. Lo único nuevo de cada historia eran los detalles particulares de la personalidad y las circunstancias de cada aprendiz.

Dijo, por ejemplo, que yo tenía mi propia historia acerca de las manifestaciones del espíritu, tal como él tenía la suya; su benefactor también tenía una, así como el nagual que lo precedió y todos los naguales anteriores sucesivamente.

-¿Cuál es mi historia acerca de las manifestaciones del espíritu? -pregunté un tanto desconcertado.

-Si hay un guerrero consciente de sus historias, eres tú -me respondió-. Después de todo, llevas años escribiéndolas, ¿no? Sin embargo, hasta el momento, no te has dado cuenta de los centros abstractos, porque eres un hombre práctico. Todo lo que haces lo haces sólo para realzar tu parte práctica. A pesar de haber trabajado en tus historias hasta el cansancio, nunca tuviste idea de que había un centro abstracto en cada una de ellas. Todo cuanto he hecho contigo lo has clasificado como una actividad práctica y a menudo caprichosa: enseñar brujería a un aprendiz testarudo y la mayoría de las veces estúpido. Mientras lo consideres así, los centros abstractos te eludirán.

-Debe perdonarme, don Juan -dije- pero todo esto es muy confuso. ¿Qué es lo que quiere usted decir?

-Estoy tratando de ponerte al tanto de las historias de brujería -replicó-. Nunca te hablé específicamente de este tema, porque tradicionalmente se lo deja como tema oculto. Es el último artificio del espíritu. Se dice que, cuando el aprendiz comprende los centros abstractos, es como si pusiera la piedra que cierra y sella una pirámide.

Oscurecía y parecía estar a punto de llover otra vez. Yo temía que si soplaba el viento de este a oeste mientras llovía, nos empaparíamos en esa cueva. Estaba seguro de que don Juan se daba cuenta de ello, pero parecía no importarle.

-No lloverá otra vez sino hasta mañana -dijo-.

Escuchar la respuesta a mis pensamientos íntimos me hizo saltar involuntariamente y golpearme la cabeza con el techo de la cueva. Se dejó oír un golpe sordo que sonó peor de lo que se sentía.

Don Juan reía agarrándose los costados. Al cabo de un rato, empezó realmente a dolerme la cabeza y tuve que masajeármela.

-Tu presencia me divierte tanto como la mía debe haber divertido a mi benefactor -dijo y se echó a reír de nuevo.

Permanecimos callados durante varios minutos. El silencio a mi alrededor era pesado. Se me antojaba que podía escuchar el murmullo de las tenues nubes que descendían hacia nosotros desde las montañas más altas. Por fin me di cuenta de que lo que oía era un viento que recién empezaba a soplar. Dentro de la cueva, el sonido del viento asemejaba el cuchicheo de voces humanas.

-Mi increíble buena suerte fue que me enseñaron dos naguales -dijo don Juan y rompió el efecto hipnotizarte que el viento

ejercía sobre mí en ese instante-. Uno fue, desde luego, mi benefactor, el nagual Julián, y el otro fue su benefactor, el nagual Elías. Mi caso fue único.
-¿Por qué fue único su caso? -pregunté.
-Porque por generaciones, los naguales han reunido a sus aprendices años después de que sus propios maestros dejaron el mundo -explicó- excepto mi benefactor. Yo pasé a ser el aprendiz del nagual Julián ocho años antes de que su benefactor dejara el mundo. Tuve ocho años de regalo. Fue lo mejor que me pudo haber sucedido, ya que así tuve la oportunidad de que me enseñaran dos temperamentos opuestos. Era como ser criado por un padre poderoso y un abuelo más poderoso aún, que no estaban de acuerdo. En tal contienda, el abuelo siempre gana. Así que yo soy, propiamente el producto de las enseñanzas del nagual Elías. Estaba más cerca de él no sólo en temperamento, sino también en el aspecto físico. Yo diría que a él le debo mi refinación. Él me filtró, por así decirlo. Sin embargo, el grueso de la obra que me transformó de un ser miserable en un guerrero impecable, se lo debo a mi benefactor, el nagual Julián.
-¿Cómo era el nagual Julián en apariencia física? -pregunté.
-Figúrate que hasta hoy en día me cuesta enfocarlo -dijo-. Sé que parece absurdo, pero de acuerdo a sus necesidades o a las circunstancias, era joven o viejo, bien parecido o de facciones ordinarias, afeminado y débil o fuerte y viril, gordo o delgado, de estatura media o sumamente chaparro.
-¿Quiere usted decir que era un actor que podía hacer papeles diferentes con ayuda de disfraces?
-No, no utilizaba ningún disfraz y no era simplemente un actor. Era un gran actor, sí, pero eso es un asunto diferente. El caso es que tenía la capacidad de transformarse y ser todos esos seres específicos y diametralmente opuestos. Ahora bien, el ser un gran actor le permitía conocer y hacer uso de las más íntimas peculiaridades que hacían que cada ser específico fuera real. Digamos que se sentía a sus anchas en todos sus cambios de ser. Como tú te sientes a tus anchas con cada cambio de ropa.
Con avidez le pedí a don Juan que me contara algo más acerca de las transformaciones de su benefactor. Dijo que alguien le había enseñado a efectuar esas transformaciones, pero que el explicarlas más a fondo lo obligaría a transbordar otras historias diferentes.
-¿Cómo era el nagual Julián cuando no se transformaba? -pregunté.
-Digamos que antes de hacerse nagual, era muy delgado y musculoso; su cabello era negro, espeso y ondulado. Tenía una nariz larga y fina; dientes blancos, grandes y fuertes; cara oval; mandíbula fuerte; ojos castaño oscuros y brillantes. Medía alrededor de un metro setenta de estatura. No era indio, ni moreno, aunque tampoco era blanco. De hecho, su tez estaba en una categoría única, sobre todo durante sus últimos años, cuando cambiaba continuamente de morena oscura a clara y luego otra vez a morena. Cuando lo conocí por vez primera, era un anciano bastante prieto, pero luego se transformó en un joven de tez clara, quizás unos cuantos años mayor que yo. Tenía yo veinte años en ese entonces.
"Pero, si sus cambios de apariencia externa eran asombrosos -continuó don Juan- los cambios de estado de ánimo y de conducta que acompañaban a cada transformación eran aún más extraordinarios. Por ejemplo, cuando era joven y gordo era alegre y sensual. Cuando era flaco y viejo, era mezquino y vengativo. Cuando era un viejo gordo, era el imbécil más grande que uno puede imaginar.
-¿Y era él alguna vez él mismo? -pregunté.
-No del modo como tú y yo somos nosotros mismos -respondió-. Como a mí no me interesan las transformaciones, yo siempre soy yo mismo. Pero él no era como yo en absoluto.
Don Juan me miró como evaluando mi fuerza interior. Sonrió, meneó la cabeza de lado a lado y rompió a reír.
-¿De qué se ríe, don Juan? -pregunté.
-Del hecho de que tú seas tan vergonzoso y

sin gracia como para apreciar la naturaleza de las transformaciones de mi benefactor y su alcance total -dijo-. Sólo espero que cuando algún día te hable de ello no te mueras del susto, o caigas en una obsesión mórbida.
Por algún motivo desconocido, me sentí súbitamente incómodo y tuve que cambiar de conversación.
-¿Por qué se les llama "benefactores" a los naguales y no simplemente maestros? -pregunté-.
-Llamar benefactor a un nagual es un gesto de cortesía de sus aprendices -dijo don Juan-. Un nagual crea un tremendo sentimiento de gratitud en sus discípulos. Después de todo, el nagual los modela y los guía a través de cosas inimaginables.
Comenté que, en mi opinión, enseñar era la obra más grande y más altruista que cualquier persona pudiera hacer por otra.
-Para ti, enseñar significa hablar de moldes -dijo-, para un brujo, enseñar es lo que el nagual hace por sus aprendices. El nagual canaliza para ellos la fuerza más poderosa en el universo: el intento. La fuerza que cambia, ordena y reordena las cosas o las mantiene como están. El nagual formula y luego guía las consecuencias que esa fuerza pueda acarrear a sus discípulos. Si el nagual no moldea el intento, no habría ni reverencia ni maravilla en sus aprendices. Y en lugar de embarcarse en un viaje mágico de descubrimiento, sus aprendices sólo se limitarían a aprender un oficio; aprenderían a ser curanderos, brujos, adivinadores, charlatanes o lo que fuera.
-¿Me puede usted explicar qué es el intento? -pregunté.
-La única manera de explicar el intento -replicó- es experimentarlo en forma directa por medio de una conexión viva que existe entre el intento y todos los seres vivientes. Los brujos llaman intento a lo indescriptible, al espíritu, al abstracto, al nagual. Al intento yo preferiría llamarlo nagual, pero se confundiría con el nombre del líder, el benefactor a quien también se le llama nagual. Así es que he optado por llamarlo el espíritu, lo abstracto.
Don Juan se interrumpió abruptamente y me recomendó guardar silencio y pensar en todo lo que me había dicho en esa cueva. Para entonces, ya estaba muy oscuro. El silencio era tan profundo, que en vez de sumirme en un estado de reposo, me agitó. No podía mantener en orden mis pensamientos. Traté de concentrarme en la historia que contó, pero en lugar de hacerlo, pensé en cosas que no venían al caso, hasta que por fin me quedé dormido.

II. LA IMPECABILIDAD DEL NAGUAL ELÍAS

No podría decir cuánto tiempo dormí en aquella cueva. La voz de don Juan me sobresaltó y desperté. Estaba diciendo que la primera historia de brujería, tejida en torno a las manifestaciones del espíritu, era en esencia, una descripción de la relación entre el intento y el nagual. Era la historia de cómo el espíritu le proponía una opción al nagual: un posible discípulo. Y cómo debía el nagual evaluar esa opción antes de tomar la decisión de aceptarlo o rechazarlo.
Estaba muy oscuro en la cueva y el reducido espacio nos hacía estar muy apretados. Comúnmente, un lugar de ese tamaño me habría hecho sentir incómodo, pero en la cueva me mantenía sosegado, y sin fastidio. Además, algo en la configuración de la cueva creaba una extraña acústica. No había eco, aun cuando don Juan hablara muy fuerte.
Don Juan explicó que cada uno de los actos realizados por los brujos, especialmente por los naguales, tenían como finalidad el reforzar el vínculo de conexión con el intento, o eran actos provocados por el vínculo mismo. Por esta razón, los brujos y los naguales en particular, debían estar activa y permanentemente alerta en espera de las manifestaciones del espíritu. A tales manifestaciones se les llamaban gestos del espíritu o, de manera más sencilla, indicaciones, augurios, presagios.
Nuevamente me contó la historia de cómo

había conocido a su benefactor, el nagual Julián. Dos maleantes convencieron a don Juan, que en ese entonces tenía diecinueve años, a que aceptara trabajo en una hacienda. Uno de ellos, el capataz de la hacienda, una vez que don Juan tomó posesión de su trabajo, lo redujo prácticamente a ser un esclavo.

Desesperado y sin otra solución, don Juan escapó. El malvado capataz lo persiguió hasta alcanzarlo en el camino donde le disparó un tiro en el pecho y lo dejó por muerto.

Mientras yacía inconsciente y desangrándose, llegó él nagual Julián y utilizando su poder de curandero, paró la hemorragia y se lo llevó a su casa para curarlo.

Don Juan dijo que las indicaciones que el espíritu dio al nagual Julián fueron, primero, un pequeño remolino de viento que levantó un cono de polvo en el camino, a unos cuantos metros de donde él estaba. El segundo augurio fue el pensamiento de que era hora de tener un aprendiz de nagual; pensamiento que cruzó por la mente del nagual Julián un instante antes de haber escuchado el estallido del tiro. Momentos después, el espíritu le dio el tercer augurio: al correr para ponerse a salvo, el nagual chocó con el hombre que había hecho el disparo haciéndolo huir y probablemente evitando así que le disparara por segunda vez a don Juan. Chocar con alguien es una torpeza que ningún brujo comete, mucho menos un nagual.

El nagual Julián de inmediato evaluó, la situación. Al ver a don Juan, comprendió la razón de las manifestaciones del espíritu: tenía ante sí a un hombre doble, el candidato perfecto para aprendiz de nagual.

La historia despertó en mí una insistente inquietud racional. Quería saber si los brujos pueden interpretar equivocadamente un augurio. Me respondió que mi pregunta, a pesar de parecer perfectamente válida, era inaplicable, como la mayoría de mis preguntas. Como yo siempre las formulaba de acuerdo con mis experiencias en la vida cotidiana, mis preguntas invariablemente se referían a cómo comprobar procedimientos; o cómo identificar sucesivas etapas, o cómo crear minuciosas reglas, pero nunca se referían a las premisas de la brujería. Me señaló que mi falla era excluir de mi razonamiento mis experiencias en el mundo de la brujería.

Argüí que ninguna de mis experiencias en el mundo de los brujos tenía continuidad y que por eso no podía usarlas en mis razonamientos. En muy pocas ocasiones y sólo en profundos estados de conciencia acrecentada, había podido estructurar todas esas vivencias. Al nivel de conciencia acrecentada que por lo regular yo alcanzaba, mi única experiencia con continuidad era el haberle conocido.

Su réplica cortante fue que yo era perfectamente capaz de razonar como los brujos, porque también había experimentado las premisas de la brujería en mi estado de conciencia normal. En un tono más placentero añadió que la conciencia acrecentada no revelaba todo lo que se había almacenado en ella hasta el momento en que el edificio del conocimiento de la brujería estuviera completo.

Después, respondió a mi pregunta sobre si los brujos pueden malinterpretar los augurios; explicó que el desconcertante efecto del vínculo de conexión con el intento es darle a uno la capacidad de saber las cosas directamente, por lo tanto cuando interpretan un augurio, los brujos saben su significado exacto sin tener la más vaga noción de cómo lo saben. Su grado de certeza depende de la fuerza y claridad de su vinculo de conexión. Y debido a que los brujos deliberadamente procuran comprender y reforzar ese vínculo, se podría decir que intuyen todo con precisión y seguridad infalibles. La interpretación de augurios es un asunto tan rutinario para ellos que cometen errores sólo cuando sus sentimientos personales enturbian su vinculo con el intento. De otra manera, su conocimiento directo es totalmente exacto y funcional.

Permanecimos callados por un rato.

-Ahora voy a contarte la historia del nagual Elías y las manifestaciones del espí-

ritu -dijo de súbito-. El espíritu se les manifiesta a los brujos en cada paso que dan, sobre todo a los naguales. Sin embargo la verdad es que el espíritu se revela a todo el mundo con la misma intensidad y persistencia, pero sólo los brujos, y en especial los naguales, le prestan atención.

Don Juan comenzó su relato. Dijo que un día, el nagual Elías iba en camino a la ciudad montado en su caballo. Atravesaba por un atajo, al lado de un maizal, cuando de repente su caballo se encabritó, asustado por el vuelo de un halcón, que a tremenda velocidad, pasó rozando el sombrero del nagual. Este desmontó de inmediato y se puso en vigilia. Y al instante vio a un hombre que corría entre los altos tallos de maíz. Vestía un costoso traje oscuro y, a juzgar por las apariencias, no tenía nada que hacer en aquellos parajes. El nagual Elías estaba acostumbrado a ver a los campesinos y a los propietarios de las tierras en los campos, pero nunca había visto a un hombre de ciudad elegantemente vestido, corriendo por entre los sembrados, sin importarle un comino sus ropas y zapatos.

El nagual reconoció que el vuelo del halcón y los atavíos del hombre eran evidentes manifestaciones del espíritu. No podía ignorarlas. Amarró su caballo y se acercó más al lugar donde el hombre corría. Vio que éste era muy joven y perseguía a una campesina, quien corría unos metros adelante, eludiéndolo y riéndose.

Para el nagual, las dos personas retozando en el maizal eran una contradicción total. El nagual pensó que, sin duda alguna, el hombre era el hijo del terrateniente y la joven era la sirvienta de la casa. Le dio vergüenza estar observándolos. Iba a dar la vuelta para irse, cuando el halcón voló nuevamente sobre el maizal, rozando esta vez la cabeza del hombre. El halcón alarmó a los dos jóvenes, quienes se detuvieron en seco y levantaron la vista tratando de anticipar el siguiente rozón. El nagual pudo notar que el hombre era delgado y bien parecido, y que sus ojos tenían una expresión inquieta.

Se cansaron de vigilar al halcón y regresaron a su juego. El hombre atrapó a la joven, la abrazó y la depositó suavemente en el suelo. Pero en lugar de hacerle el amor, como el nagual suponía, se quitó la ropa y se paseó desnudo frente a ella.

Ella no se cubrió los ojos tímidamente, ni gritó de vergüenza o de miedo. Emitía risitas entrecortadas, hipnotizada por el hombre desnudo pavoneándose alrededor de ella, riendo y haciendo gestos lascivos como si fuera un sátiro mitológico. Finalmente, la visión aparentemente la subyugó y con un grito salvaje, se arrojó a los brazos del joven.

Don Juan dijo que el nagual Elías le confesó que, en esa ocasión, las indicaciones del espíritu habían sido desconcertantes para él. Era más que evidente que el hombre estaba loco. De otra manera, no habría hecho una cosa así: seducir a una campesina a plena luz del día a unos cuantos metros del camino y completamente desnudo, sabiendo cómo protegen los campesinos a sus mujeres.

Don Juan se echó a reír y dijo que en aquellos tiempos, para quitarse la ropa y abandonarse al acto sexual, a plena luz del día y en semejante lugar, se tenía que estar loco o protegido por el espíritu. Añadió que, en nuestros días, a causa de que nuestro diferente sentido de moralidad, lo que hizo el hombre no era una hazaña, pero cuando esto sucedió, hacía casi cien años, la gente era mucho más inhibida.

Todo esto convenció al nagual Elías de que ese hombre estaba al mismo tiempo loco y protegido por el espíritu. Le preocupó al nagual la posibilidad de que pudieran llegar campesinos por el camino, enfurecerse y asesinar al hombre ahí mismo. Pero nada de esto sucedió. El nagual sintió como si el tiempo se hubiera suspendido.

Cuando el joven terminó de hacer el amor, se vistió, sacó un pañuelo y limpió meticulosamente el polvo de sus zapatos y, haciendo absurdas promesas a la muchacha, continuó su camino. El nagual Elías lo siguió. De hecho, lo siguió por varios días y descubrió que su nombre era Julián y que era un actor.

El nagual lo vio suficientes veces en el es-

cenario como para darse cuenta de que el actor tenía una personalidad carismática. El público, especialmente las mujeres, lo adoraban. Y él no tenía ningún escrúpulo en utilizar esos dones carismáticos para seducir a sus admiradoras. Como el nagual se había empeñado en seguirlo a todas partes, pudo presenciar su técnica de seducción más de una vez. Consistía en exhibirse desnudo ante sus deslumbradas admiradoras tan pronto como estaban a solas y esperar hasta que las mujeres se rindieran, perplejas ante esa actuación. El procedimiento parecía serle extremadamente eficaz. El nagual pudo comprobar que el actor triunfaba en todo, excepto en una cosa: estaba mortalmente enfermo. El nagual había visto la sombra negra de la muerte que lo seguía a todas partes.

Don Juan me explicó de nuevo algo que ya me había dicho años antes: que nuestra muerte era algo enteramente personal, de cada uno de nosotros; y que era una mancha negra permanentemente colocada atrás del hombro izquierdo. Dijo que los brujos sabían cuando una persona estaba próxima a morir, porque veían que la mancha negra se convertía en una sombra móvil del tamaño y la forma exactos de la persona a la que pertenecía.

Al reconocer la presencia inminente de la muerte, el nagual quedó aún más perplejo. Se preguntó cómo era posible que el espíritu hubiera elegido a una persona tan enferma. El nagual había aprendido y aceptado que en el mundo natural no hay taller de reparaciones sino que todo se reemplaza. Y dudaba de tener la habilidad o la fuerza necesarias para reparar la salud del joven y ahuyentar a la negra sombra de su muerte; inclusive dudaba de poder descubrir por qué el espíritu le había dado una manifestación que era un total desperdicio.

No le quedó otra cosa sino permanecer cerca del actor; seguirlo y esperar la oportunidad de ver con mayor profundidad. Don Juan explicó que la primera reacción de un nagual, al verse enfrentado con las manifestaciones del espíritu, es ver. El nagual Elías había visto meticulosamente a ese hombre. También había visto a la campesina que formaba parte de la manifestación del espíritu, pero no había visto nada en los dos, que a su juicio, justificara la revelación del espíritu.

Sin embargo, su capacidad de ver cobró una gran profundidad durante la última escena de seducción. En esa ocasión, la admiradora era la hija de un rico terrateniente. Desde un comienzo fue ella quien dominó la situación. El nagual se enteró de todo al escuchar, desde un escondrijo, a la joven retando al actor a encontrarse con ella. Al amanecer del día siguiente, cuando la joven, en lugar de asistir a la primera misa, fue a buscar al actor, él la estaba esperando y ella lo persuadió a que la siguiera al campo abierto. Él pareció dudar pero la joven se burló y no le permitió cambiar de idea.

Al verlos escabullirse en la semioscuridad, el nagual tuvo la certeza de que ese día acontecería algo que ninguno de los participantes esperaba. Vio que la sombra negra del actor había crecido. El nagual dedujo, por la mirada misteriosamente dura de la joven, que ella también había percibido la negra sombra de la muerte a un nivel intuitivo. El actor parecía preocupado y no reía, como en otras ocasiones. Caminaron una considerable distancia mientras bromeaban. En cierto momento se dieron cuenta de que el nagual los seguía, pero éste fingió estar labrando la tierra como si fuera un campesino de por ahí. Al parecer, la treta los tranquilizó y permitió al nagual acortar la distancia entre ellos.

Llegó el momento en que el actor se despojó de sus ropas y se mostró ante la muchacha. Pero ella en vez de desvanecerse y caer en sus brazos, al igual que sus otras conquistas, empezó a golpearlo. Lo pateó, le dio de puñetazos, y le pisoteó los pies desnudos haciéndolo gritar de dolor.

El hombre ni siquiera la tocaba. Era ella la que peleaba y él se limitaba a parar los golpes mientras obstinadamente, aunque

sin entusiasmo, trataba de tentarla mostrándole sus genitales.
-El nagual Elías sintió una oleada de asco y admiración. Podía deducir fácilmente que el actor era un irremediable libertino, pero también podía deducir con igual facilidad que había algo único en él, aunque repugnante. Para el nagual resultaba sumamente desconcertante ver que el vinculo de ese hombre con el espíritu fuera extraordinariamente claro.
Por fin la pelea terminó. La joven dejó de golpear al actor, pero en lugar de huir, se rindió; se tendió en el suelo y le dijo al actor que podía hacer con ella lo que quisiese.
El nagual observó que el hombre estaba agotado, prácticamente inconsciente. Pero aun así, a pesar de su fatiga, continuó hasta consumar su seducción.
Asombrado del tremendo, pero inútil, vigor y determinación de aquel hombre, el nagual sólo pudo reír. Mientras él carcajeaba en voz baja, la mujer dio un grito y el actor empezó a boquear. Instantáneamente, el nagual vio que la sombra negra se lanzaba como una daga y entraba una y otra vez con precisión exacta en la abertura del actor.
A esta altura, don Juan hizo una digresión para extenderse en un tema que ya había explicado antes. Me había dicho que la muerte es una fuerza que incesantemente golpea a los seres vivientes en una abertura en su caparazón luminosa, y que en el hombre esta abertura está localizada a la altura del ombligo. Explicó que la muerte golpea a los seres fuertes y saludables con un golpe parecido a un pelotazo o un puñetazo. Pero cuando esos seres están moribundos, la muerte los ataca con acometidas parecidas a puñaladas.
Al ver a la muerte, el nagual Elías supo, sin lugar a dudas, que el actor podía darse por terminado. Automáticamente, la inminente muerte del actor acababa con su interés en los designios del espíritu. Ningún designio tenía ya importancia; la muerte había nivelado todo.
Se levantó de su escondrijo para retirarse, cuando algo lo hizo vacilar: la calma de la joven. Con toda desenvoltura y silbando una tonada, como si nada hubiera sucedido, se estaba poniendo las pocas prendas que se había quitado.
Fue en ese momento que el nagual vio que, al tranquilizarse aceptando la presencia de la muerte, el cuerpo del hombre había desprendido un velo protector y revelaba su verdadera naturaleza. Era un hombre doble de tremendos recursos, capaz de crear un velo, una pantalla para protegerse o disfrazarse. Era un perfecto brujo natural. Un candidato ideal para aprendiz de nagual, de no ser por la negra sombra de la muerte.
La sorpresa del nagual fue total. Entendió entonces los designios del espíritu, pero no lograba comprender como un hombre tan inútil podía encajar en el esquema del mundo de los brujos.
Entretanto, la mujer se había levantado y, sin siquiera echar una mirada al hombre cuyo cuerpo se contorsionaba con los espasmos de la muerte, se alejó.
El nagual vio su luminosidad y comprendió que su extrema agresividad era resultado de un enorme flujo de energía superflua. Era evidente que aquella energía le podía acarrear desgracias sin fin si ella no la usaba sensatamente.
Al observar la despreocupación con que la joven se alejaba, el nagual comprendió que el espíritu le estaba proporcionando otra manifestación. El necesitaba tener, calma, ser imperturbable. Le precisaba actuar como un verdadero nagual; intervenir por el simple gusto de hacerlo; enfrentar a lo imposible como si no tuviera nada que perder.
Don Juan comentó que tales incidentes servían para probar si un nagual es real o falso. Los naguales toman decisiones y, sin importarles las consecuencias, ponen manos a la obra o se abstienen de hacerlo. Los impostores reflexionan, y sus reflexiones los paralizan. Habiendo tomado su decisión, el nagual Elías llegó con toda calma al lado del moribundo e hizo lo primero que su cuerpo, no su mente, le

ordenaba: golpeó el punto de encaje del actor para hacerlo entrar en un estado de conciencia acrecentada. Lo golpeó frenéticamente, una y otra vez. Ayudado por la fuerza misma de la muerte, los golpes del nagual movieron el punto de encaje del actor hasta un sitio en donde la muerte no cuenta y, allí, el hombre cesó de morir.

Para cuando el actor comenzaba a respirar de nuevo, el nagual ya había valorado la magnitud de su responsabilidad. Para que ese hombre pudiera rechazar la fuerza de su muerte, debía permanecer en un profundo estado de conciencia acrecentada el tiempo que fuera necesario. Considerando el avanzado deterioro físico que el joven sufría, no se podía moverlo de ese lugar, de lo contrario moriría instantáneamente. El nagual hizo lo único que era posible hacer dadas las circunstancias: construyó una choza alrededor del hombre postrado y lo cuidó durante tres meses, mientras guardaba total inmovilidad.

En ese momento intervinieron mis pensamientos racionales y quise saber cómo había hecho el nagual Elías para construir una choza en propiedad ajena. Yo sabía que la gente del campo es recelosa con la propiedad de su tierra.

Don Juan admitió haber hecho la misma pregunta. El nagual Elías le contó que lo primero que hizo después de que el actor comenzó a respirar nuevamente, fue correr tras la joven. Ella era una figura dominante en la manifestación del espíritu. La alcanzó no muy lejos del lugar donde yacía el actor y en lugar de hablarle del joven, del aprieto en que estaba y pedirle su ayuda, el nagual asumió una vez más total responsabilidad. Saltando como un león, le asestó un golpe de vida o muerte en su punto de encaje. La joven se desmayó, pero su punto de encaje se desplazó. El nagual cargó a la joven hasta el lugar donde yacía el actor y pasó todo el día tratando de que ella no perdiera la razón y de que el hombre no perdiera la vida.

Cuando estuvo relativamente seguro de que había controlado la situación, regresó a la ciudad y fue a ver al rico terrateniente padre de la joven. Escogiendo sus palabras con mucho cuidado, el nagual se presentó como un curandero, y le dijo al hombre que su hija estaba inconsciente y herida de gravedad. Le explicó que esa mañana, muy temprano, él había salido al campo a juntar yerbas medicinales y que, sin esperarlo, había tropezado con un joven y una joven gravemente heridos por la descarga eléctrica de un rayo. El nagual añadió que en cuanto supo quién era la joven vino con el recado.

Luego llevó al preocupadísimo padre adonde estaba su hija y agregó que el joven, quienquiera que fuese, había recibido la mayor parte de la descarga, salvando de tal suerte a la muchacha, pero quedando herido hasta el punto de no podérsele mover.

Puesto que la tierra era suya, el agradecido padre ayudó al nagual a construir la choza para el joven que había salvado a su hija. Y en tres meses el nagual logró lo imposible: sanar al joven.

Cuando llegó la hora de que el nagual se marchase, su sentido de la responsabilidad y el deber le exigieron que previniera a la joven acerca de su excesiva energía y las graves consecuencias que le podría acarrear en su vida y en su bienestar. Como era obligatorio en esos casos, el sentido de responsabilidad incluía el pedirle, sin más ni más, que se uniera a su grupo y al mundo de los brujos, como la única posibilidad de frenar su fuerza auto-destructiva.

La mujer no dijo una palabra. Y el nagual Elías se vio obligado a decirle lo que todos los naguales, a través de los siglos, han dicho a sus presuntos aprendices: que los brujos hablan de la brujería como si ésta fuera un ave mágica, misteriosa, que detiene su vuelo para dar propósito y esperanza al hombre; que los brujos viven bajo el ala de esa ave, a la que llaman el pájaro de la sabiduría, el pájaro de la libertad y que lo alimentan con su dedicación e impecabilidad. Le expresó enfáticamente que los brujos sabían que el vuelo del pájaro de la libertad es siempre en línea rec-

ta, ya que esa ave no tiene modo de hacer curvas en el aire, de girar y volver atrás; y que el pájaro de la libertad sólo puede hacer dos cosas: llevar a la gente consigo o dejarlos atrás.
El nagual Elías no podía hablarle al joven en los mismos términos. Él todavía estaba mortalmente enfermo y no tenía muchas alternativas. Aun así, el nagual le dijo que si deseaba curarse tendría que seguirlo incondicionalmente. El actor aceptó sin vacilar.
El día en que el nagual Elías emprendió el camino de regreso a su casa, la joven lo esperaba silenciosamente en las afueras de la ciudad. No llevaba maleta, ni siquiera una canasta. Parecía haber ido solamente a despedirlos. El nagual continuó caminando sin mirarla, pero el actor, a quien llevaban en una camilla, hizo esfuerzos por hacerle señas de adiós. Ella rió y sin decir una palabra se unió al grupo del nagual. No tuvo ningún problema, ninguna duda en dejar todo atrás. Había entendido perfectamente que no habría una segunda oportunidad y que el pájaro de la libertad o se lleva a la gente consigo o los deja atrás.
Don Juan comentó que la decisión del actor y de la joven no era de extrañar. El nagual Elías los había afectado profundamente, ya que la fuerza de la personalidad de un nagual es siempre abrumadora. En tres meses de interacción diaria, los había habituado a su firmeza, a su desprendimiento, a su objetividad. Les había encantado su sobriedad y, sobre todo, su total dedicación a ellos. A través de su ejemplo y sus actos, el nagual Elías les había proporcionado una visión constante del mundo de los brujos; un mundo sustentador y formativo, por un lado, y excesivamente exigente por otro. Un mundo que admitía muy pocos errores.
Don Juan me recordó entonces algo que me repetía con mucha frecuencia, aunque yo me las arreglaba siempre para no pensar en eso. Dijo que yo no debía olvidar, ni por un instante, que el pájaro de la libertad tiene muy poca paciencia con la indecisión y que, una vez que se va, jamás regresa.
La escalofriante resonancia de su voz hizo que el pacífico ambiente de la cueva vibrara como si hubiera sido electrificado. Un segundo más tarde, don Juan estableció nuevamente la pacífica oscuridad con la misma rapidez con la cual invocó la urgencia. Me dio un ligero puñetazo en el brazo.
-Esa mujer era tan poderosa que podía lidiar con lo que fuera -dijo-. Se llamaba Talía.

EL TOQUE DEL ESPIRITU

III. LO ABSTRACTO

Regresamos a la casa de don Juan en las primeras horas de la mañana. Nos llevó largo tiempo descender de las montañas, principalmente debido a mi temor a tropezar en la oscuridad y caer en un precipicio. Don Juan tenía que detenerse a cada instante, para recobrar el aliento que perdía riéndose de mí.
Estaba yo muerto de cansancio, pero no conseguí dormir. Como al medio día, comenzó a llover. El sonido del copioso aguacero sobre el techo de teja, en lugar de adormecerme, disipó todo trazo de somnolencia.
Fui a buscar a don Juan y lo encontré dormitando en una silla. En cuanto me acerqué a él se despertó por completo. Le di los buenos días.
-Parece que usted no tiene problemas para dormir -comenté.
-Después de asustarte o enojarte, nunca te acuestes a dormir -dijo sin mirarme-. Duerme como lo hago yo, sentado en una silla cómoda.
En una ocasión me sugirió que si quería dar a mi cuerpo un verdadero descanso, debía tomar largas siestas tendido de vientre, con la cabeza vuelta hacia el lado izquierdo y los pies colgando justo sobre el pie de la cama. Para no enfriarme me re-

comendó colocar una almohada ligera sobre los hombros, sin tocar el cuello y usar medias gruesas o no quitarme los zapatos. La primera vez que oí su sugerencia, pensé que estaba bromeando, pero más tarde cambié de opinión. El dormir en esa posición me permitía descansar profundamente. Al comentarle los sorprendentes resultados, me aconsejó seguir sus sugerencias al pie de la letra sin importar si le creía o no.

Le dije a don Juan que bien habría podido enseñarme la noche anterior lo de dormir sentado. Le expliqué que el motivo de mi insomnio, además de mi enorme fatiga, era una extraña preocupación por lo que me había contado en la cueva de los brujos.

-¡No me vengas con esas! -exclamó-. Has visto y oído cosas realmente espeluznantes, sin perder un solo momento de sueño. Es otra cosa lo que te preocupa.

Por un momento pensé que encontraba poco sincera la razón de mi preocupación. Comencé a darle explicaciones, pero él continuó hablando como si no me hubiera escuchado.

-Anoche declaraste categóricamente que la cueva no te molestaba en lo mínimo -dijo-. Pues obviamente, te afectó. Anoche no insistí sobre el asunto de la cueva, porque estaba esperando tu reacción.

Don Juan manifestó que la cueva fue diseñada por los brujos de la antigüedad para servir de catalizador. Su forma había sido medida cuidadosamente a fin de acomodar a dos personas, en el aspecto de dos campos de energía. La teoría de esos brujos era que la naturaleza de la roca, y el modo en que la tallaron, permitía a dos cuerpos, a dos bolas luminosas, entretejer su energía.

-Te llevé a esa cueva a propósito -continuó- no porque me guste, porque no me gusta, sino porque es indispensable. Fue creada como un instrumento para empujar al aprendiz a un profundo estado de conciencia acrecentada. Pero desgraciadamente, así como ayuda también malogra: empuja a los brujos a las acciones. A los antiguos brujos no les gustaba pensar, preferían actuar.

-Usted siempre me ha dicho que su benefactor era así -comenté.

-Esa es una exageración mía -dijo-, como cuando digo que tú eres un tonto. Mi benefactor era un nagual moderno, dedicado a la búsqueda de la libertad, pero se inclinaba más hacia las acciones que los pensamientos. Tú eres un nagual moderno implicado en la misma búsqueda, pero tiendes bastante hacia los extravíos de la razón.

Su comparación debió parecerle de lo más graciosa. Sus carcajadas hicieron eco en el cuarto vacío.

Cuando llevé la conversación otra vez al tema de la cueva aparentó no oírme. Por el brillo en sus ojos y la forma en que me sonreía, comprendí que fingía.

-Anoche te conté lo del primer centro abstracto -dijo-, y te lo conté con la esperanza de que, al reflexionar sobre el modo como yo he actuado contigo durante todos estos años, dieras con la idea de cuales son los otros centros abstractos. Has pasado conmigo mucho tiempo. Y yo he tratado durante cada momento de todo ese tiempo de ajustar mis actos y mis pensamientos a los patrones de los centros abstractos.

"Ahora, la historia del nagual Elías es otro asunto. A pesar de parecer una historia sobre dos personas, realmente es una historia acerca del intento. El intento crea edificios frente a nosotros y nos invita a entrar en ellos. Este es el modo como los brujos entienden su mundo; creen que cada cosa que pasa a su alrededor es un edificio creado por el intento.

Don Juan pareció cambiar de conversación y me recordó que yo siempre insistía en descubrir el orden básico de todo lo que me decía. Pensé que estaba criticando mi tendencia a transformar todo lo que él me enseñaba en un problema relacionado con la ciencia social. Comencé a decirle que mi perspectiva había cambiado bajo su influencia. Me detuvo y sonrió.

-Es una lástima, pero tú no piensas muy bien -dijo y suspiró-. Yo siempre he querido que comprendas el orden básico de lo que te enseño. Lo que no me gusta es lo que tú consideras como orden básico.

Para ti, éste representa procedimientos secretos o consistencias ocultas. Para mí, representa dos cosas: el edificio que el intento construye, en un abrir y cerrar de ojos y coloca frente a nosotros para que entremos en él, y las señales que nos da para que no nos perdamos una vez dentro.
"Hablando de orden básico -prosiguió- la historia del nagual Elías es más que el simple relato de una cadena de acontecimientos. Al pie de todo eso está el edificio del intento. La historia tenía como propósito mostrarte ese edificio y, al mismo tiempo, darte una noción de cómo eran los naguales del pasado, para que así puedas coordinar sus actos y pensamientos a fin de entrar a los edificios del intento.
Hubo un silencio prolongado. Yo no tenía nada que decir. Para no dejar morir la conversación, dije lo primero que se me ocurrió. Comenté que por lo que había oído del nagual Elías, me había formado muy buena opinión de él. En cambio, por razones desconocidas, todo cuanto don Juan me había dicho acerca del nagual Julián me perturbaba.
La sola mención de mi desagrado deleitó a don Juan en gran medida. Tuvo que levantarse de la silla para no ahogarse de risa. Me puso el brazo sobre los hombros y dijo que siempre amábamos u odiábamos a quienes son nuestro reflejo.
Una estúpida toma de conciencia me impidió preguntarle qué quería decirme con eso. Don Juan continuó riéndose, obviamente consciente de mi estado de ánimo. Guiñándome el ojo dijo que el nagual Julián era como un niño, cuya sobriedad y moderación provenían de fuera, y que carecía de disciplina aparte de su entrenamiento como aprendiz de brujería.
Sentí la genuina urgencia de defenderme y dije que en mi caso mi disciplina era verdadera.
-Por supuesto -me dijo con aire condescendiente-. No se puede esperar que seas exactamente igual a él.
Y rompió a reír de nuevo.
A veces, don Juan me exasperaba a tal punto que sentía ganas de gritarle. Pero esta vez ese estado de ánimo no duró mucho tiempo. Se disipó rápidamente a medida que otra preocupación empezó a hilarse en mi cabeza. Le pregunté a don Juan si era posible que yo hubiera entrado en un estado de conciencia acrecentada sin siquiera saberlo.
-A estas alturas, entras a la conciencia acrecentada por propia cuenta -dijo-. La conciencia acrecentada es un misterio sólo para nuestra razón. En la práctica, es de lo más sencillo que hay. Como siempre somos nosotros quienes complicamos todo al tratar de transformar la inmensidad que nos rodea en algo razonable.
Recalcó que en vez de estar discutiendo inútilmente mis estados de ánimo, yo debía estar pensando acerca del centro abstracto del que había hablado. Le dije que había estado cavilando toda la mañana sobre eso, llegando a la conclusión de que "las manifestaciones del espíritu" era el tema metafórico de la historia. Lo que no pude determinar, sin embargo, fue el centro abstracto y llegué a la conclusión que debía ser algo no expresado.
-Te lo voy a repetir -dijo, como si fuera un maestro de escuela enseñando a sus estudiantes- las manifestaciones del espíritu es el nombre del primer centro abstracto de las historias de brujería. Obviamente, lo que los brujos conocen como centro abstracto, es algo que, por el momento, se te pasa por alto. Y esa parte que se te escapa, los brujos la conocen como el edificio del intento, o la voz silenciosa del espíritu, o el arreglo ulterior de lo abstracto.
Argüí que yo entendía la palabra ulterior como algo que no era revelado abiertamente, como en la expresión "motivos ulteriores". Y él replicó que en este caso, ulterior significaba más que algo no revelado abiertamente; significaba el conocimiento sin palabras; el conocimiento que quedaba fuera de nuestra comprensión racional, sobre todo de la mía. Aseveró que la comprensión de la que hablaba estaba más allá de mis aptitudes, por el momento, pero no más allá de mis posibilidades totales.

-Si los centros abstractos están más allá de mi comprensión, ¿de que sirve hablar de ellos? -pregunté.
-La regla dice que los centros abstractos y las historias de brujería deben ser enseñados en este punto -dijo- y algún día, las historias mismas te revelarán el arreglo ulterior de lo abstracto, que es, como ya te dije, el conocimiento silencioso; el edificio del intento, que está indisputablemente presente en las historias.
Yo no le entendía por más que trataba.
-El arreglo ulterior de lo abstracto no es simplemente el orden en el que nos presentaron los centros abstractos -explicó- ni tampoco lo que tienen en común, y ni siquiera el tejido que los une. Más bien, es el acto de conocer lo abstracto directamente, sin la intervención del lenguaje.
Me escrutó en silencio de pies a cabeza, con el obvio propósito de verme.
-Todavía no te es evidente -declaró.
Hizo un gesto de impaciencia, un poco malhumorado, como si mi lentitud lo molestara. Eso me preocupó, pues don Juan no era dado a expresar molestia.
-No tiene nada que ver contigo -dijo en respuesta a mi pregunta de que si estaba enfadado o decepcionado conmigo-. Es que al verte se me cruzó un pensamiento por mi mente. En tu ser luminoso hay una característica que los antiguos brujos hubieran dado cualquier cosa por poseer.
-Puede usted decirme lo que es -pedí en tono áspero.
-Te lo diré en otra ocasión -dijo- entretanto, continuemos con el elemento que nos impulsa: lo abstracto. El elemento sin el cual, no existiría el camino del guerrero, ni guerrero alguno en busca de conocimiento.
Dijo que las dificultades que yo experimentaba no le eran desconocidas. El mismo también había pasado verdaderos tormentos para comprender el arreglo ulterior de lo abstracto. Y de no haber sido por la gran ayuda del nagual Elías, habría terminado como su benefactor: todo acción y muy poca comprensión.
-¿Cómo era el nagual Elías? -pregunté para cambiar de tema.
-No se parecía en nada a su discípulo -dijo don Juan-. Era indio. Muy prieto y fornido. Tenía facciones toscas, boca y nariz grandes, ojos pequeños y negros, cabello negro y grueso sin una sola cana. Era más bajo de estatura que el nagual Julián. Tenía pies y manos grandes. Era muy humilde y muy sabido, pero no tenía chispa. Comparado con mi benefactor, era algo pesadito. Siempre solitario, sumido en cavilaciones y en preguntas. El nagual Julián bromeaba que su maestro impartía sabiduría por toneladas y a sus espaldas lo llamaba el nagual Tonelaje.
"Nunca entendí la razón de sus bromas -continuó don Juan-. Para mí el nagual Elías era como una ráfaga de aire fresco. Me explicaba todo pacientemente, como yo te explico a ti, probablemente con un poco más de algo que no llamaría yo compasión, sino más bien empatía.
Desde el momento que los guerreros, son incapaces de sentir compasión por sí mismos, tampoco pueden sentir compasión por nadie. Sin la fuerza impulsora de la lástima por sí mismo, la compasión no tiene sentido.
-¿Quiere usted decir, don Juan, que a un guerrero nadie le importa?
-En cierto modo, sí. Para un guerrero todo comienza y termina en sí mismo. Sin embargo, su contacto con lo abstracto lo hace superar sus sentimientos de importancia personal. Así, el yo se convierte en algo abstracto, algo sin egoísmo.
"El nagual Elías sabía que las circunstancias de nuestras vidas y nuestras personalidades eran similares -continuó don Juan-. Por esta razón, se sintió obligado a ayudarme. Yo no siento esa similitud contigo, así que supongo que te considero de una manera muy semejante a la que el nagual Julián me consideraba a mí.
Don Juan dijo que el nagual Elías lo tomó bajo su protección casi desde el primer momento en que llegó a la casa de su benefactor. Era él quien le daba complejas explicaciones acerca de todo lo que sucedía en su aprendizaje. Nunca le importó al nagual Elías si don Juan era capaz de

comprender o no. Su deseo de ayudarlo era tan intenso, que prácticamente lo tenía prisionero. De esta forma, lo protegió de los duros embates del nagual Julián.

-En un principio, yo acostumbraba a quedarme en casa del nagual Elías -continuó don Juan- y me encantaba. En casa de mi benefactor tenía que andar siempre muy alerta; siempre en guardia, temeroso de lo que él me fuera a hacer. En cambio, en casa del nagual Elías, sentía lo contrario: me sentía seguro y a gusto.

-Mi benefactor me presionaba sin misericordia. Y sencillamente, yo no podía imaginarme por qué lo hacía. A veces hasta pensaba que el hombre estaba loco de remate.

Quería preguntarle por qué lo presionaba tanto, pero don Juan continuó hablando del nagual Elías. Dijo que era un indio del estado de Oaxaca y que había sido instruido por otro nagual de nombre Rosendo, de la misma región. Don Juan describió al nagual Elías como un hombre conservador, a quien le gustaba sobremanera su soledad ermitaña. Recalcó que era un brujo curandero, con una enorme clientela, famoso no sólo en Oaxaca, sino en todo el sur de México, pero que, a pesar de su ocupación diaria y su fama, vivía completamente aislado en el extremo opuesto del país, en el norte de México.

Don Juan dejó de hablar. Arqueando las cejas, se me quedó viendo con una mirada interrogatoria. Parecía estar solicitándome una pregunta. Pero todo lo que yo quería era que continuara con su relato.

-Sin falla, cada vez que espero que me hagas una pregunta, no lo haces -dijo-. Estoy seguro de que me oíste decir que el nagual Elías era un famoso brujo que atendía gente todos los días en el sur de México y al mismo tiempo era un ermitaño en el norte de México. ¿No te parece esto curioso?

Me sentí abismalmente estúpido. Le confesé que, al momento que me decía todo eso, lo único que se me ocurrió pensar fue en lo difícil que habría sido para él viajar de un lado a otro.

Don Juan se echó a reír. Y yo le pregunté, ya que me había hecho darme cuenta de ello, que cómo era posible para el nagual Elías estar en dos sitios al mismo tiempo.

-El ensueño es el avión a propulsión de un brujo -dijo-. El nagual Elías era ensoñador, así como mi benefactor era acechador, y podía crear y proyectar lo que los brujos conocen como el cuerpo de ensueño, o el Otro, y estar en dos lugares distantes al mismo tiempo. Con su cuerpo de ensueño, llevaba a cabo sus funciones de brujo, con su ser natural era un ermitaño.

Le hice notar que me resultaba sorprendente que yo pudiera aceptar con mucha facilidad la idea de que el nagual Elías podía proyectar fuera de él la imagen sólida, tridimensional, de sí mismo, y sin embargo, no podía yo entender por nada del mundo las explicaciones acerca de los centros abstractos.

Don Juan dijo que si yo podía aceptar la idea de la vida dual del nagual Elías era porque el espíritu estaba haciendo ajustes finales en mi capacidad de estar consciente de ser. Le dije que su aseveración era tan críptica que no tenía significado para mí. Pero él, sin prestarme atención, continuó hablando. Dijo que el nagual Elías tenía una mente muy despierta y unas manos de artista. Él copiaba en madera y en hierro forjado los objetos que veía en sus viajes de ensueño. Don Juan aseveró que esos modelos eran de una belleza exquisita y perturbadora.

-¿Qué clase de objetos eran los que él veía? -pregunté-.

-En sus viajes de ensueño, él se iba al infinito -dijo don Juan-. Y no hay modo de saber qué era lo que él veía en ese infinito. Debes de tomar en cuenta que, siendo un indio, el nagual Elías iba a sus viajes de ensueño de la misma manera que un animal salvaje merodea en busca de alimento. Un animal nunca llega a un lugar donde haya señales de actividad; sólo llega cuando no hay nadie. El nagual Elías, un ensoñador solitario, visitaba, por así decirlo, el basural del infinito cuando no había nadie. Y copiaba todo lo que veía.

Pero nunca supo si esas cosas tenían uso o de dónde provenían.

Una vez más, no tuve inconveniente alguno en aceptar lo que don Juan me decía. La idea del nagual Elías viajando en el infinito no me parecía descabellada en lo más mínimo. Estaba a punto de hacer un comentario acerca de esto, cuando don Juan me interrumpió con un gesto de cejas.

-Para mí, el ir de visita con el nagual Elías era el placer máximo, y sin embargo era un lata -dijo-. A veces creía que me iba a morir de aburrimiento. No porque el nagual Elías fuera aburrido, sino porque el nagual Julián era único, sin igual. El estar con el nagual Julián echaba a perder a cualquiera.

-Pero, yo creía que usted se sentía seguro y a gusto en la casa del nagual Elías -dije.

-Claro que sí y por mucho tiempo esa era la causa de mi conflicto -respondió-. Como a ti, a mí también me encantaba atormentarme con los extravíos de la mente. Muy al comienzo encontré paz en la compañía del nagual Elías. Sin embargo, más tarde, a medida que comprendía mejor al nagual Julián, me gustaba tanto estar con el que todos los demás se vinieron al suelo. Afortunadamente resolví mi problema imaginario. Encontré el encanto de aburrirme con el nagual Elías.

Continuando su relato, don Juan dijo que frente a la casa, el nagual Elías tenía una sección abierta y techada donde estaba la fragua para sus trabajos en hierro; un banco de carpintero y herramientas. La casa de adobe, con techo de teja, consistía en un enorme cuarto con suelo de tierra, donde vivía él con cinco brujas videntes, que en realidad eran sus esposas. También había cuatro hombres, brujos videntes de su grupo, que vivían en pequeñas casas en los alrededores de la casa del nagual. Todos eran indios de diferentes partes del país que se habían trasladado al norte de México.

-El nagual Elías sentía un gran respeto por la energía sexual -dijo don Juan- pensaba que nos había sido dada para que la utilicemos en ensoñar. Creía que el ensoñar había caído en desuso porque podía alterar el precario equilibrio mental de la gente susceptible.

"Yo te he enseñado a ensoñar tal como él me lo enseñó a mi -continuó-. Él me enseñó que durante los sueños, el punto de encaje se mueve moderadamente y de manera muy natural. El equilibrio mental de uno no es otra cosa que fijar el punto de encaje en un sitio específico y habitual. Si los sueños hacen que ese punto se mueva, y si el ensoñar es el control de ese movimiento natural, y si se necesita energía sexual para ensoñar, cuando se disipa esa energía en el acto sexual, los resultados son desastrosos.

-¿Qué me está usted tratando de decir, don Juan? -pregunté-.

Pregunté eso, porque sentía que entrar en el tema del ensueño no se debía al desarrollo natural de la conversación.

-Tú eres un ensoñador -dijo-. Si no tienes cuidado con tu energía sexual ya puedes irte acostumbrando a los movimientos erráticos en tu punto de encaje. Hace un momento te asombraban tus propias reacciones. Bien, eso se debe a que tu punto de encaje se mueve sin sentido, porque tu energía sexual no está en equilibrio.

Hice un estúpido e inadecuado comentario sobre la vida sexual de los hombres adultos.

-Nuestra energía sexual es lo que gobierna el ensueño -explicó-. El nagual Elías me enseñó que, o haces el amor con tu energía sexual o ensueñas con ella. No hay otro camino. Si te menciono todo esto es porque tienes una gran dificultad en mover tu punto de encaje para asimilar nuestro último tópico: lo abstracto.

"Lo mismo me ocurrió a mí -continuó don Juan-. Sólo cuando mi energía sexual se liberó del mundo, cayó todo en su sitio. Esa es la regla para los ensoñadores. Los acechadores son lo opuesto. Mi benefactor, por ejemplo, era un libertino sexual como hombre común y corriente y como nagual.

Don Juan parecía estar a punto de contarme las aventuras de su benefactor, pero

obviamente cambió de idea. Meneó la cabeza y dijo que yo era demasiado pudibundo para tales revelaciones. No insistí.
Dijo que el nagual Elías poseía la sobriedad que sólo adquieren los soñadores tras inconcebibles batallas consigo mismos. El utilizaba esa sobriedad cuando le daba a don Juan complejas explicaciones sobre el conocimiento de los brujos.
-Según me explicó el nagual Elías, mi propia dificultad para comprender el espíritu era algo que le pasaba a la mayoría de los brujos -prosiguió don Juan-. De acuerdo al nagual Elías la dificultad era nuestra resistencia a aceptar la idea de que el conocimiento puede existir sin palabras para explicarlo.
-Pero yo no encuentro ninguna dificultad en aceptar todo esto -dije.
-El aceptar esta proposición no es tan sencillo como decir: la acepto -dijo don Juan-. El nagual Elías decía que toda la humanidad se había alejado de lo abstracto y que alguna vez debió de haber sido nuestra fuerza sustentadora. Luego sucedió algo que nos apartó de lo abstracto y ahora no podernos regresar a él. El nagual decía que un aprendiz tarda años para estar en condiciones de regresar a lo abstracto; es decir, para saber que el lenguaje y el conocimiento pueden existir independientemente el uno del otro.
Don Juan reiteró que el punto crítico de nuestra dificultad de retornar a lo abstracto era nuestra resistencia a aceptar que podíamos saber sin palabras e incluso sin pensamientos. Iba a argüir que si yo lo pensaba bien, él estaba diciendo tonterías cuando me asaltó el extraño sentimiento de que yo estaba pasando por alto algo de crucial importancia para mí. Don Juan me estaba tratando de decir algo que yo o bien no alcanzaba a captar, o no se podía decir del todo.
-El conocimiento y el lenguaje son cosas separadas -repitió lentamente.
Estuve a punto de decir: lo sé, como si realmente lo supiera, pero me contuve.
-Te dije que no hay manera de hablar del espíritu -continuó- porque al espíritu sólo se lo puede experimentar. Los brujos tratan de dar una noción de esto al decir que el espíritu no es nada que se pueda ver o sentir, pero que siempre esta ahí, vaga e indistintamente encima de nosotros. Algunas veces, hasta llega a tocarnos, sin embargo, la mayor parte del tiempo permanece indiferente.
Guardé silencio y él continuó explicando. Dijo que en gran medida, el espíritu es una especie de animal salvaje que mantiene su distancia con respecto a. nosotros hasta el momento en que algo lo tienta a avanzar. Es entonces cuando se manifiesta.
Le presenté el argumento de que, si el espíritu no es un ente, o una presencia, o algo que tuviera esencia, ¿cómo se lo podía tentar a manifestarse?
-Tu problema -dijo-, es tomar en consideración sólo tu idea de lo que es el espíritu. Por ejemplo, para ti, decir la esencia interna del hombre, o el principio fundamental es tocar lo abstracto; o probablemente decir algo menos vago, algo así como el carácter, la volición, la hombría, la dignidad, el honor. El espíritu, por supuesto, puede ser descripto mediante todos estos términos abstractos. Y eso es lo que resulta confuso, ser todo eso y no serlo al mismo tiempo.
Agregó que lo que yo consideraba como lo abstracto era, o lo opuesto a todas las cosas prácticas, o algo que se me había ocurrido considerar como carente de existencia concreta.
-Por otro lado, para un brujo, lo abstracto es algo que no tiene paralelo en la condición humana -dijo.
-¿Pero no se da usted cuenta de que son lo mismo -grité-. Estamos hablando de la misma cosa.
-No lo estamos -insistió-. Para un brujo, el espíritu es lo abstracto, porque para conocerlo no necesita de palabras, ni siquiera de pensamientos; es lo abstracto, porque un brujo no puede concebir qué es el espíritu. Sin embargo, sin tener la más mínima oportunidad o deseo de entenderlo, el brujo lo maneja; lo reconoce, lo llama, lo

incita, se familiariza con él, y lo expresa en sus actos.
Meneé la cabeza con desesperación. No podía ver yo la diferencia.
-La raíz de tu confusión es que yo he usado el término "abstracto" para denominar al espíritu -dijo-. Para ti, "abstracto" es algo que denota estados de intuición. Un ejemplo es la palabra "espíritu", que no describe la razón ni la experiencia práctica y que, claro, según tú, no sirve más que para aguijonear tu fantasía.
Estaba yo furioso con don Juan. Lo llamé obstinado y se rió de mí. Sugirió que si yo lograba considerar seriamente la proposición que el conocimiento puede ser independiente del lenguaje, sin molestarme en entenderla, tal vez pudiera ver la luz.
-Piensa en esto -dijo-. No fue el acto de conocerme lo importante para ti. El día que te conocí, tú conociste al espíritu. Pero como no podías hablar de ello, no lo notaste. Los brujos conocen al abstracto sin saber lo que están haciendo, sin verlo, sin tocarlo y sin siquiera sentir su presencia.
Permanecí callado, porque no me gustaba discutir con él. A veces él era terrible y caprichosamente abstruso. Don Juan parecía estar divirtiéndose inmensamente.

IV. EL ULTIMO DESLIZ DEL NAGUAL JULIÁN

En el patio de la casa de don Juan reinaba el fresco y el silencio de los claustros de un convento. Había allí un sinnúmero de enormes árboles frutales, plantados extremamente cerca unos de otros, que parecían regular la temperatura y absorber todos los ruidos. La primera vez que llegué a su casa, critiqué la manera ilógica en que estaban plantados esos frutales. Yo les hubiera proporcionado más espacio. Él replicó que esos árboles no eran de su propiedad, que eran árboles guerreros, libres e independientes, que se habían unido a su grupo de brujo. Dijo que mis comentarios, si bien eran aplicables a los árboles comunes, no atañían a los que estaban en su casa.
Su réplica me sonó muy metafórica. Lo que ignoraba yo en ese entonces era que don Juan daba un sentido literal a todo cuanto decía.
Don Juan y yo nos encontrábamos sentados en unas sillas de caña, frente a los frutales. Comenté que los árboles cargados de fruta no eran sólo un bello espectáculo, sino también algo asombroso en extremo, dado que no era la estación de frutas.
-Existe una historia intrigante acerca de ellos -admitió-. Como sabes, estos árboles son guerreros de mi grupo. Ahorita tienen fruta, porque yo y todos los demás miembros de mi grupo hemos estado expresando sentimientos y opiniones acerca de nuestro viaje definitivo, aquí mismo, delante de ellos. Y ahora los árboles saben que, cuando nos embarquemos en nuestro viaje definitivo, irán con nosotros.
Lo miré, atónito.
-No puedo dejarlos -dijo-. Son guerreros como nosotros. Han unido su sino al grupo del nagual. Saben lo que yo siento por ellos. El punto de encaje de los árboles esta localizado muy abajo en sus enormes conchas luminosas y esta característica les permite conocer nuestros sentimientos. Por ejemplo, estos árboles conocen los sentimientos que tú y yo tenemos en este momento, al estar hablando frente a ellos acerca de mi viaje definitivo.
Guardé silencio. El tema de su viaje definitivo me deprimía. Don Juan repentinamente cambió la conversación.
-El segundo centro abstracto de las historias de brujería se llama el Toque del Espíritu -dijo-. El primer centro, las Manifestaciones del Espíritu, es el edificio que el intento construye y coloca frente al brujo, invitándolo a entrar. Es el edificio del intento visto por un brujo. El Toque del Espíritu es el mismo edificio visto por el principiante al que se invita, o más bien se obliga a entrar.
"Este segundo centro abstracto también podría ser una historia en sí. Y esa historia dice que, después de que el espíritu se manifestó, a ese hombre de quien ya hablábamos, sin obtener respuesta, el es-

píritu le tendió una trampa. Un subterfugio decisivo, no porque el hombre tuviera nada de especial, sino porque, debido a la incomprensible cadena de eventos desatada por el espíritu, el hombre estaba disponible en el preciso momento en que el espíritu tocó la puerta.

"No hace falta decir que todo cuanto el espíritu le reveló a ese hombre no solamente carecía de sentido para él, sino que de hecho iba contra todo lo que ese hombre sabía, contra todo lo que él era. Claro está, el hombre rehusó de inmediato y en forma bastante hosca a tener algo que ver con el espíritu. No iba a dejarse engañar por esas tonterías tan absurdas. El sabía lo que hacía. Y así, el espíritu y ese hombre quedaron absolutamente estancados.

"Con la misma facilidad con la que te digo que todo esto podría ser una historia -continuó don Juan- te puedo decir que es una idiotez. Te puedo decir que esa historia es como el chupón que se les da a los niños que lloran. Esa historia es para los que lloran con el silencio de lo abstracto.

Me escudriñó por un momento; luego sonrió.

-Te gustan las palabras -dijo recriminándome-. Te da miedo el solo pensar en el conocimiento silencioso. Por otro lado, las historias, por más estúpidas que sean, te encantan y te hacen sentir seguro.

Su sonrisa era tan pícara que acabé riendo.

Me recordó que ya él me había dado un detallado relato de la primera vez que el espíritu tocó su puerta. Y por un momento, no pude imaginar de que me estaba hablando.

-No sólo fue mi benefactor quien tropezó conmigo cuando me estaba muriendo del balazo que me dieron -explicó-. Ese día, el espíritu tocó mi puerta. Mi benefactor comprendió que él estaba allí como conducto del espíritu. Sin la intervención del espíritu, el encuentro con mi benefactor no hubiera significado nada.

Manifestó que el nagual puede oficiar como conducto solamente después de que el espíritu ha manifestado su voluntad ya sea a través de casi imperceptibles manifestaciones o mediante comandos directos. Por lo tanto, no hay posibilidad de qué un nagual pueda elegir a sus aprendices siguiendo su propia volición o sus cálculos. No obstante, una vez que el espíritu se revela a través de sus augurios, el nagual no escatima nada para satisfacerlo.

-Después de practicar por toda una vida -continuó-, los brujos, en especial los naguales, saben si el espíritu los está, o no los está, invitando a entrar al edificio dispuesto delante de ellos. Han aprendido a disciplinar su vinculo con el intento; de ese modo siempre están prevenidos; siempre saben lo que el espíritu les depara.

Don Juan dijo que el camino de los brujos, en general, es un proceso arduo cuya finalidad es poner en orden al vínculo de conexión. Dijo también que ese vínculo, en el hombre común y corriente, está prácticamente inerte y que los brujos comienzan siempre con algo que no sirve para nada.

Enfatizó que a fin de revivir el vínculo de conexión, los brujos necesitan un propósito extremadamente fiero y riguroso, un estado especial de la mente llamado intento inflexible. El reconocer y aceptar que el nagual es el único capaz de suplir ese intento inflexible es la parte de la brujería que resulta más difícil para los aprendices.

Argüí que yo no veía ninguna dificultad en aceptar eso.

-Un aprendiz es alguien que se esfuerza por limpiar y revivir su vínculo con el espíritu -explicó-. Una vez que ese vínculo revive, no puede continuar siendo un aprendiz; pero hasta ese día, necesita de un propósito indomable, un intento inflexible, del cual carece, por supuesto. Por esa razón, el aprendiz permite que el nagual le proporcione tal propósito y, para hacerlo, tiene que renunciar a su individualidad. Esa es la parte difícil.

Repitió algo que me decía con mucha frecuencia: que no se reciben bien a los voluntarios en el mundo de la brujería, porque ya tiene propósitos propios y eso les dificulta enormemente renunciar a su indivi-

dualidad. Si el mundo de los brujos exige ideas y actos contrarios a esos propósitos, los voluntarios simplemente se enfadan y se van.

-Revivir el vínculo de un aprendiz es un verdadero logro para un nagual -continuó don Juan-. Dependiendo, por supuesto, de la personalidad del aprendiz, la tarea puede ser lo más simple que hay, o uno de los peores dolores de cabeza que uno puede imaginar.

Don Juan me aseguró que, aunque yo pudiera tener otras ideas al respecto, la tarea de revivir mi vinculo con el intento no era tan molesta para él como la suya propia había sido para su benefactor. Admitió que yo tenía un mínimo de autodisciplina que me era muy útil, mientras que él nunca tuvo ni eso; y su benefactor, a su vez aún menos.

-La diferencia se puede observar en la manera cómo el espíritu toca la puerta -continuó-. En algunos casos, el toque es apenas perceptible. En mi caso, fue un comando. Había recibido un balazo; la sangre me salla a borbotones por un agujero en el pecho. Mi benefactor tuvo que actuar con rapidez y sin vacilación; de la misma manera que su benefactor lo hizo con él. Los brujos saben que cuanto más fuerte sea el comando, más difícil será el discípulo.

Don Juan me explicó que uno de los aspectos más ventajosos de su conexión con dos naguales fue el poder oír las mismas historias desde dos puntos de vista. Por ejemplo, la historia del nagual Elías y las manifestaciones del espíritu, vista desde la perspectiva del nagual Julián, el aprendiz, es la historia de la dura manera cómo el espíritu a veces toca la puerta.

-Todo lo relacionado con mi benefactor era muy difícil -dijo, y comenzó a reír-. Cuando tenía veinticuatro años, el espíritu no sólo tocó su puerta, sino que casi la echó abajo.

Dijo que la historia realmente empezó años atrás, cuando su benefactor era todavía un apuesto adolescente, vástago de una honorable familia de la ciudad de México. Un adolescente mimado, rico, con educación y con una personalidad tan carismática que todo el mundo lo quería, en especial las mujeres, quienes se enamoraban de él a primera vista. Desafortunadamente, estos atributos positivos no impedían su holgazanería, su total falta de disciplina, y su pasión por entregarse a todo vicio imaginable.

Don Juan dijo que dada su personalidad y su situación hogareña -era el único hijo varón de una viuda rica quien, junto con sus otras cuatro hijas, colmaron de mimos al joven- no era nada difícil entender cómo se entregaba al vicio. Aún sus mismos amigos lo creían un delincuente moral que vivía sólo para darse a los placeres eróticos.

A la larga, sus excesos lo debilitaron tanto que cayó mortalmente enfermo de tuberculosis, la temida enfermedad de la época. Pero su dolencia, en lugar de moderarlo, le creó una condición física que lo hizo sentirse más sensual que nunca. Ya que no tenía ni un mínimo de control, se entregó de lleno a la perversión y su salud se deterioró hasta el extremo en que no había esperanza para él.

El dicho de que no hay mal que venga solo fue totalmente cierto. Mientras su salud declinaba, falleció su madre, quien era su única fuente de apoyo y moderación. Le dejó una considerable herencia, que podría haberle servido para vivir toda su vida, pero siendo el pervertido que era, gastó en pocos meses hasta el último centavo. Al no tener profesión ni oficio con qué respaldarse, se puso a vivir de lo que le caía en las manos.

Sin el dinero que le proporcionaba seguridad, se quedó sin amigos e incluso las mujeres que en otros tiempos lo amaron, le volvieron la espalda. Por primera vez en su vida, se encontró frente a una realidad que le exigía algo de sí. Considerando su estado de salud, su situación podría haber sido el fin, pero era flexible. Decidió trabajar para ganarse la vida.

Sus hábitos de sensualidad, empero, eran demasiado profundos para ser cambiados y lo forzaron a buscar empleo en lo único

para lo cual tenía habilidades naturales: el teatro. Él mismo decía, medio en broma, que sus credenciales artísticas eran sus exageradas y banales reacciones emocionales, y el haber pasado la mayor parte de su vida adulta en el lecho de actrices.
Se unió a una compañía teatral que viajaba a provincias. Fuera del círculo de amigos y relaciones que le era familiar se transformó en un actor dramático intenso: era siempre el héroe tísico de las obras religiosas y morales de la época.
Don Juan comentó que una extraña ironía había marcado siempre la vida de su benefactor. Ahí estaba él, un perfecto depravado muriéndose a causa de su vida disoluta y aun así, desempeñando papeles de santos y míticos. Incluso llegó a encarnar el papel de Jesús en la interpretación de la Pasión durante la Semana Santa.
Su salud resistió una sola gira teatral por los estados del norte: Dos cosas le sucedieron en la ciudad de Durango: su vida terminó y el espíritu tocó su puerta.
Tanto su muerte como el toque del espíritu llegaron al mismo tiempo, a plena luz del día en los matorrales. La muerte lo sorprendió en el acto de seducir a una joven. Ya estaba sumamente débil y ese día se excedió demasiado. La joven, vivaz, fuerte y locamente apasionada por él, lo incitó, con su promesa de hacer el amor, a caminar hasta un lugar muy apartado y solitario, a kilómetros de distancia. Allí, en vez de hacer el amor, lo obligó a forcejear con ella por horas enteras. Cuando la joven por fin se rindió, él estaba completamente exhausto y tosía tanto que casi no conseguía respirar.
Sintió un agudo dolor en el hombro. Tenía la sensación de que se le estaba desgarrando el pecho; un ataque de incontrolable tos lo hizo arquearse. Pero aun así su compulsión por buscar el placer lo obligó a consumar su seducción. Y continuó hasta que la muerte se le presentó en forma de una hemorragia. Fue entonces cuando el espíritu hizo su aparición, a través de la persona de un indio que acudió en su ayuda. Desde antes ya él había notado que el indio los seguía, pero no le dio más importancia al asunto, ya que estaba absorto en su seducción.
Vio, como en un sueño, a la chica. Ella no estaba asustada ni había perdido la compostura. Callada y eficientemente, se puso su ropa y se esfumó como una brisa.
También vio que el indio corrió hacia él y trató de incorporarlo. Lo oyó decir idioteces, suplicar a Dios y mascullar palabras incomprensibles en una lengua extraña. Después, el indio actuó con tremenda rapidez. Situándose de pie detrás de él, le propinó un fuerte golpe en la espalda.
Muy racionalmente, el moribundo dedujo que ese hombre o bien estaba tratando de desatascar el coágulo de sangre que lo mataba, o lo estaba tratando de asesinar. A medida que lo golpeaba en la espalda más y más, el agonizante quedó convencido de que era el amante o el esposo de la muchacha, y que lo quería matar por haberla seducido. Pero al ver sus ojos intensamente brillantes, cambió de parecer; comprendió que el indio estaba simplemente loco y que no tenía nada que ver con la mujer.
Con su último destello de racionalidad, prestó atención a los masculleos del indio. Estaba diciendo que el poder del hombre era incalculable; que la muerte existía sólo porque nosotros habíamos aprendido a intentarla; y que el intento de la muerte podía ser suspendido al hacer que el punto de encaje cambiara de posición.
Después de tales aseveraciones, ya no le cupo la menor duda de que ese hombre estaba completamente loco. Su situación era tan terriblemente teatral, morir a manos de un indio loco que mascullaba idioteces, que juró vivir el drama hasta el fin. Y se prometió no morir de la hemorragia ni de los golpes, sino de risa. Y rió hasta morir.
Don Juan comentó que, naturalmente, su benefactor no podía tomar al indio en serio. Nadie en sus cabales lo haría, porque nadie tiene una conexión con el espíritu que esté limpia; mucho menos un posible aprendiz que, después de todo, no se estaba dando de voluntario a la brujería.
Dijo luego que desde el punto de vista del

espíritu; a la brujería consiste en limpiar el vinculo que tenemos con él. El edificio que el espíritu empuja delante de nosotros, es en esencia, como una oficina de franquía, en la cual encontramos no tanto los procedimientos para franquear nuestro vinculo con el intento como el conocimiento silencioso que nos permite ganar franquía. Sin ese conocimiento silencioso no habría ningún procedimiento que funcionara.

Explicó que los eventos desencadenados por los brujos con ayuda del conocimiento silencioso son tan sencillos, pero al mismo tiempo de proporciones abstractas tan inmensas, que los brujos decidieron, miles de años atrás, referirse a esos eventos sólo en términos simbólicos. Las manifestaciones y el toque del espíritu eran ejemplos de ello.

Don Juan dijo que, por ejemplo, una descripción de lo que sucede durante el encuentro inicial entre un nagual y su posible aprendiz, desde el punto de vista del brujo, sería absolutamente incomprensible. Sería un perfecto disparate explicar que el nagual, gracias a su gran experiencia, está usando algo para nosotros inimaginable: su segunda atención, un estado de conciencia enriquecido a través de su entrenamiento en la brujería. Y lo está usando para enfocarlo en su invisible vinculo con un abstracto indefinible, con el propósito de hacer evidente el vinculo que tiene la otra persona, el aprendiz, con ese abstracto indefinible.

Comentó que cada uno de nosotros, como individuos, estamos separados del conocimiento silencioso por barreras naturales, propias de cada individuo, y que la más inexpugnable de mis barreras era mi insistencia en hacer aparecer mi holgazanería como independencia.

Lo reté a darme un ejemplo concreto. Le recordé que él mismo me había advertido que una de las estratagemas que ganan debates es emprender críticas en general, que no se pueden apoyar con ejemplos concretos.

Don Juan me encaró con una sonrisa radiante.

-En el pasado, yo te daba plantas de poder -dijo-. Al principio, hiciste lo imposible por convencerte de que lo que experimentabas eran alucinaciones. Después, querías que fueran alucinaciones especiales. Me acuerdo mucho de cómo me burlaba de tu insistencia en llamarlas experiencias alucinatorias didácticas.

Dijo que mi necesidad de demostrar mi ilusoria independencia me forzaba a no aceptar lo que él me decía acerca de esas experiencias: aunque yo mismo silenciosamente sabía lo que él estaba haciendo. Estaba empleando plantas de poder, a pesar de ser medios muy limitados, para mover mi punto de encaje fuera de su posición habitual y hacerme entrar, de ese modo, en parciales y transitorios estados de conciencia acrecentada.

-Utilizaste esa barrera de falsa independencia para explicarte a ti mismo tus experiencias con las plantas de poder -continuó-. La misma barrera sigue funcionando hasta el día de hoy. Ahora, la pregunta es: ¿cómo arreglas tus conclusiones para que tus experiencias actuales encajen dentro de tu esquema de holgazanería?

Le confesé que el único arreglo que me permitía mantener mi falsa independencia era el no pensar acerca de mis experiencias.

La carcajada de don Juan casi lo hizo caer de su silla. Se levantó y caminó para recobrar el aliento. Se sentó de nuevo ya recobrada la compostura. Se alisó el cabello hacia atrás y cruzó las piernas.

Dijo que nosotros, como hombres comunes y corrientes, no sabemos que algo real y funcional, nuestro vínculo con el intento, es lo que nos produce nuestra preocupación ancestral acerca de nuestro destino. Aseguró que, durante nuestra vida activa, nunca tenemos la oportunidad de ir más allá del nivel de la mera preocupación, ya que desde tiempos inmemoriales, el arrullo de la vida cotidiana nos adormece. No es sino hasta el momento de estar al borde de la muerte que nuestra preocupación ancestral acerca de nuestro destino cobra un diferente cariz. Comienza a presionar-

nos para que veamos a través de la niebla de la vida diaria. Pero por desgracia, este despertar siempre viene de la mano con la pérdida de energía provocada por la vejez. Y no nos queda fuerza suficiente para transformar nuestra preocupación en un descubrimiento positivo y pragmático. A esa altura, todo lo que nos queda es una angustia indefinida y penetrante; un anhelo de algo incomprensible; y una rabia comprensible, por haber perdido todo.

-Me gustan los poemas por muchas razones -dijo-. Una de ellas es porque captan esa preocupación ancestral y pueden explicarlo.

Reconoció que los poetas estaban profundamente afectados por el vínculo con el espíritu, pero que se daban cuenta de ello de manera intuitiva y no de manera deliberada y pragmática como lo hacen los brujos.

-Los poetas no tienen una noción directa del espíritu -continuó-. Esa es la causa por la cual sus poemas realmente no son verdaderos gestos al espíritu, aunque andan bastante cerca.

Tomó uno de mis libros de poesía de la silla próxima a él. Era una colección de poemas escritos por Juan Ramón Jiménez. Lo abrió en una página señalada por un marcador; me lo tendió e hizo señas para que leyera.

¿Soy yo quien anda, esta noche,
por mi cuarto, o el mendigo
que rondaba mi jardín,
al caer la tarde?...
Miro
en torno y hallo que todo
es lo mismo y no es lo mismo...
¿La ventana estaba abierta?
¿Yo no me había dormido?
¿El jardín no estaba verde
de luna? ... ...El cielo era limpio
y azul... Y hay nubes y viento
y el jardín está sombrío...

Creo que mi barba era
negra... Yo estaba vestido
de gris... Y mi barba es blanca
y estoy enlutado... ¿Es mío
éste andar? ¿Tiene esta voz,
que ahora suena en mí, los ritmos
de la voz que yo tenía?
¿Soy yo, o soy el mendigo
que rondaba mi jardín,
al caer la tarde?...
Miro
en torno... Hay nubes y viento...
El jardín está sombrío ...

...Y voy y vengo... ¿Es que yo
no me había ya dormido?
Mi barba está blanca... Y todo
es lo mismo y no es lo mismo...

Releí el poema otra vez para mis adentros y capté el estado de impotencia y azoro del poeta. Le pregunté a don Juan si él captaba lo mismo.

-Creo que el poeta siente la presión de la vejez y el ansia que eso produce -dijo don Juan-. Pero eso es sólo una parte. La otra parte, la que me interesa es que el poeta, aunque no mueve nunca su punto de encaje, intuye que algo increíble está en juego. Intuye con gran precisión que existe un factor innominado, imponente por su misma simplicidad que determina nuestro destino.

LOS TRUCOS DEL ESPIRITU

V. QUITAR EL POLVO DEL VÍNCULO CON EL ESPÍRITU

El sol aún no había asomado por sobre los picos orientales, pero el día ya estaba caluroso. Al llegar a la primera cuesta empinada del camino, a unos cuantos kilómetros del pueblo, don Juan se detuvo a la vera de la carretera pavimentada. Se sentó junto a unas enormes rocas, arran-

cadas de la faz de la montaña cuando la dinamitaron para abrir el camino. Me hizo señas para que me sentara a su lado. Por lo general, parábamos ahí para hablar o descansar cuando íbamos en camino a las montañas. Esta vez, don Juan anunció que el viaje sería largo y que hasta podríamos quedarnos en las montañas varios días.

-Hay muchas cosas que discutir -dijo don Juan-, así que vayamos al grano de una buena vez. El tercer centro abstracto se llama los Trucos del Espíritu, o los trucos de lo abstracto, o el acecharse a sí mismo, o el desempolvar el vínculo con el intento.

Me sorprendió la andanada de nombres, pero no dije nada. Esperé a que continuara con su explicación.

-Y otra vez, como en el caso del primer y el segundo centro abstracto, hay una historia básica -continuó-. La historia dice que, después de tocar la puerta del hombre de quien ya hablamos sin tener ningún éxito, el espíritu siguió el único camino posible: el ardid. Después de todo, el espíritu había resuelto sus dificultades anteriores como el hombre por medio del ardid. Era obvio que si quería que ese hombre le prestara atención debía engatusarlo de nuevo. De esa manera, el espíritu empezó a instruirlo en los misterios de la brujería. Y así es como el aprendizaje de la brujería se transformó en lo que es: una ruta de artificio y subterfugio.

-La historia dice que el espíritu engatusó al hombre haciéndolo cambiar una y otra vez de niveles de conciencia, con el fin de explicarle en ambos reinos cómo ahorrar energía y reforzar su vínculo de conexión.

Don Juan me dijo que si aplicábamos esta historia a un ambiente moderno, nos encontraríamos con el caso del nagual, conducto viviente del espíritu, que repite la estructura de este centro abstracto y recurre al artificio y al subterfugio para enseñar.

Dejó de hablar súbitamente y se levantó, luego echó a andar hacia la cordillera de montañas. Aceleré el paso y comenzamos nuestro ascenso.

Muy entrada la tarde alcanzamos la cima de las altas montañas. Aun en esa altitud hacía mucho calor. Durante todo el día seguimos una brecha casi invisible. Por fin llegamos a un pequeño claro. Era un antiguo puesto de vigilancia que dominaba el norte y el oeste.

Nos sentamos ahí y don Juan reanudó la conversación sobre las historias de la brujería. Dijo que yo ya había oído la historia de como el intento se manifestó al nagual Elías y de cómo el espíritu tocó la puerta del nagual Julián. También había oído la historia de cómo él mismo se había hallado con el espíritu, y por cierto, me sabía de memoria la historia de cómo me había yo encontrado con el abstracto. Declaró que todas estas historias poseían la misma estructura, sólo diferían los personajes. Cada historia era una tragicomedia abstracta con un actor abstracto, el intento y dos actores humanos, el nagual y su aprendiz. El guión era el centro abstracto.

Pensé que al fin había comprendido yo lo que era un centro abstracto, pero no podía explicar del todo, ni siquiera a mí mismo, que era lo que yo comprendía; mucho menos, explicárselo a don Juan. Cuando traté de exponer mis pensamientos me encontré balbuceando.

Don Juan parecía estar familiarizado con mi estado mental. Sugirió que reposara y me limitara a escucharlo. Dijo que su siguiente relato trataría sobre el proceso que emplea un nagual para llevar a su aprendiz al reino del espíritu; un procedimiento que los brujos llaman quitar el polvo del vínculo de conexión con el intento.

-Ya te conté la historia de cómo el nagual Julián me llevó a su casa, después de que me hirieron, y cómo cuidó de mi herida hasta recuperarme -continuó don Juan-. Pero nunca te conté cómo le quitó el polvo a mi vínculo con el intento, cómo me enseñó a acecharme a mí mismo.

"Lo primero que hace un nagual con su aprendiz es jugarle una treta; en otras palabras, le da un empellón en su vínculo con el espíritu. Hay dos formas de hacerlo. Una es por medios seminormales, como lo

hice contigo, y la otra es directamente por medio de la brujería, como mi benefactor lo hizo conmigo.

Don Juan volvió a contarme cómo su benefactor había convencido a la gente, amontonada a su alrededor, de que él era hijo suyo y que necesitaba llevarlo a casa, porque estaba herido. Pagó a unos hombres para que cargaran a don Juan, inconsciente debido al impacto de la bala y a la pérdida de sangre. Días después, don Juan recobró el conocimiento y se encontró con un indefenso y amable viejecito y su voluminosa esposa cuidando de su herida.

El viejecito dijo que su nombre era Belisario, que su esposa era una famosa curandera y que ambos le estaban curando su herida. Don Juan les dijo que él no tenía dinero para pagarles. Belisario sugirió que cuando se recuperara, se podría arreglar alguna forma de pago.

Don Juan dijo que estaba totalmente confundido, lo que no era nada nuevo para él. En ese entonces, él apenas tenía veinte años. Y era un indio imprudente y musculoso, sin sesos, sin educación y con un carácter horrendo. No tenía ningún concepto de la gratitud. Aunque le parecía que era muy amable de parte del viejo y de su esposa el haberlo ayudado, su intención era esperar hasta que su herida sanara y después esfumarse de la casa sin decir ni gracias ni adiós.

Cuando se recuperó lo suficiente y estaba listo para huir, el viejo Belisario lo llevó a un cuarto vacío y entre susurros temblorosos le reveló que la casa donde estaban no le pertenecía a él sino a un hombre monstruoso que lo tenía a él y a su mujer prisioneros. Le pidió a don Juan que lo ayudara a escapar de su tormento y cautiverio. Antes de que don Juan pudiera responder, un verdadero monstruo, como de un cuento de ogros, se precipitó dentro del cuarto, como si hubiera estado escuchando tras la puerta. Era de un color gris verdusco; tenía la cara de un pez y un solo ojo inmóvil en el medio de la frente. Era tan grande que apenas cabía en el cuarto. Lanzó un zarpazo a don Juan, siseando como una serpiente, listo para deshacerlo. El susto de don Juan fue tan tremendo que se desmayó al instante.

-Fue magistral la manera cómo mi benefactor dio un empellón a mi vínculo con el espíritu -continuó-. Claro está que me había hecho entrar en un estado de conciencia acrecentada antes de la entrada del monstruo y lo que en realidad vi, como si fuera un hombre monstruoso, fue algo que los brujos llaman un ser inorgánico, lo cual es simplemente energía sin forma.

Don Juan dijo que eran incontables las diabluras que su benefactor hizo a sus aprendices, provocando siempre situaciones chistosísimas pero bochornosas para quienes las sufrían, especialmente para él, cuya seriedad y rigidez lo hacían el blanco perfecto para las bromas didácticas de su benefactor. Agregó, como si acabara de ocurrírsele, que, huelga decirlo, su benefactor era quien se entretenía más que nadie con esas bromas.

-Si tú crees que me río de ti, lo cual hago, eso no es nada comparado con la forma en que él se reía de mí -continuó don Juan-. Mi diabólico benefactor había aprendido a llorar cuando quería ocultar su risa. No te puedes imaginar como lloraba al principio de mi aprendizaje.

Continuando con su historia, don Juan señaló que su vida nunca fue la misma tras el espanto de ver a ese hombre monstruoso. Su benefactor se las arregló para que así fuera. Don Juan explicó que una vez que un nagual ha puesto en juego los trucos del espíritu, tiene que hacer lo imposible para mantener a sus discípulos en línea, especialmente a su discípulo nagual. Este esfuerzo para mantenerlos en carril puede tomar dos rumbos. Puede ser muy fácil, porque el aprendiz es tan disciplinado y sensato que su decisión es todo lo que necesita a fin de entrar al mundo de los brujos, como en el caso de la joven Talía; o es la dificilísima labor de convencer a un aprendiz que no tiene ni disciplina ni sensatez.

Me aseguró que en su caso, debido a que

era un campesino sin prudencia o freno alguno, y sin un solo pensamiento en la cabeza, el proceso de mantenerlo en línea adquirió proporciones grotescas.

Poco después del primer empellón, su benefactor le propinó un segundo empellón al mostrar a don Juan su habilidad para transformarse. Un día, cambió de apariencia y se volvió un hombre joven. Don Juan fue incapaz de concebir esta transformación de otra manera que no fuera un ejemplo del arte de un actor consumado.

-¿Cómo lograba esos cambios? -pregunté.

-El era las dos cosas, mago y artista -replicó don Juan-. Su magia consistía en transformarse al mover su punto de encaje a la posición que le proporcionaría exactamente el cambio que él deseara. Y su arte era la perfección de sus transformaciones.

-No entiendo muy bien lo que me está usted diciendo -dije.

Don Juan explicó que la percepción es como la bisagra de todo lo que el hombre es y hace, y que la percepción está regida por la ubicación del punto de encaje. Por lo tanto, si el punto de encaje cambia de posición, la percepción del mundo cambia de acuerdo con ella. Es el cambio de percepción lo que trae el cambio de apariencia. El brujo que sabe exactamente dónde poner su punto de encaje puede transformarse en lo que quisiera.

-La pericia del nagual Julián para mover su punto de encaje era tal que podía efectuar las transformaciones más sutiles -continuó don Juan-. El que un brujo se transforme en cuervo, por ejemplo, es definitivamente una gran hazaña, pero requiere un enorme, y por lo tanto, tosco movimiento del punto de encaje. Pero transformarse en un hombre gordo, o en un hombre viejo es algo que requiere el movimiento más sutil del punto de encaje y el conocimiento más sagaz de la naturaleza humana.

-Preferiría no pensar o hablar de esas cosas como si fueran hechos -dije.

Don Juan rió como si yo hubiera dicho algo chistosísimo.

-¿Cuál era la razón de las transformaciones de su benefactor? -pregunté-. ¿Lo hacía para divertirse?

-No seas estúpido. Los guerreros no hacen nada sólo para divertirse -respondió-. Las transformaciones de mi benefactor eran estratégicas; didácticas por la necesidad, como en el caso de su transformación de viejo a joven. De vez en cuando esas transformaciones tenían consecuencias divertidísimas, pero eso es otro asunto.

Le recordé que yo le había preguntado anteriormente de dónde aprendió su benefactor a efectuar esas transformaciones y que él me había dicho que su benefactor tuvo un maestro, pero no me dijo quién.

-Le enseñó ese misterioso brujo que está bajo nuestra tutela -replicó don Juan lacónicamente.

-¿Quién es ese misterioso brujo? -pregunté.

-El desafiante de la muerte -dijo, y me miró con aire interrogante.

El desafiante de la muerte era un personaje muy vívido para todos los brujos del grupo de don Juan. Según ellos, el desafiante de la muerte era un brujo que tenía siglos de edad. Había logrado sobrevivir hasta el presente gracias a su habilidad de mover su punto de encaje. Lo movía de una manera específica, dentro de su campo de energía total, a ubicaciones también específicas.

Don Juan me había contado, asimismo, acerca de un acuerdo al que llegaron, siglos atrás, los videntes de su linaje y el desafiante de la muerte. Un acuerdo en virtud del cual el desafiante les proporcionaba dones a cambio de energía vital. Debido a este acuerdo lo tenían bajo su tutela y lo llamaban "el inquilino".

Don Juan me había explicado que los brujos de la antigüedad eran expertos en mover el punto de encaje. Y al moverlo descubrieron cosas extraordinarias sobre la percepción, pero también descubrieron cuán fácil es perderse en aberraciones. La situación del desafiante de la muerte era, para don Juan, un ejemplo clásico de cómo los brujos se pierden en una aberración.

Don Juan acostumbraba repetir, cada vez que era pertinente, que si el punto de encaje es empujado por alguien que no sólo lo ve sino que al mismo tiempo posee la energía suficiente para moverlo, éste se desliza dentro de la bola luminosa a la ubicación que aquel que lo empuja indique. Puesto que su resplandor es suficiente para iluminar los campos filiformes de energía que toca, la percepción resultante es de un nuevo mundo, tan completo como el mundo de nuestra percepción normal. Cordura y fortaleza, por lo tanto, son esenciales en los brujos para tratar con el movimiento del punto de encaje.

Continuando con su relato, don Juan dijo que él no tardó en acostumbrarse a la idea de que el viejecito que le había salvado su vida era en realidad un joven disfrazado de viejo. Pero un día, el joven se convirtió otra vez en el viejo Belisario que don Juan conoció en un principio. Él y su mujer, con gran prisa, empacaron sus cosas y se prepararon para partir. Antes de que don Juan pudiera hablarles, aparecieron, de repente, dos hombres sonrientes con un tiro de mulas y cargaron todo.

Don Juan rió, saboreando su historia. Dijo que mientras los arrieros cargaban las mulas, Belisario se lo llevó a un lado y le hizo notar que él y su esposa estaban disfrazados otra vez. Él era de nuevo un viejo y su bella mujer era nuevamente una india irascible y gorda.

-Yo era un estúpido y estaba en la edad en que sólo lo obvio tiene valor -continuó don Juan-. Tan sólo un par de días antes, había visto su increíble transformación de un viejecillo enteco, de como setenta años, a un vigoroso joven de cerca de veinticinco, y había aceptado la explicación de que su vejez era sólo un disfraz. Su mujer también cambió de una vieja acrimoniosa y gorda a una joven bella y esbelta. Por supuesto, la mujer no se transformó como mi benefactor. El sencillamente cambió mujeres. Escondió a la vieja gorda y sacó a la hermosa. Claro está que me pude haber dado cuenta en ese entonces de todas esas maniobras, pero la sabiduría siempre nos llega gota a gota y muy dolorosamente.

Don Juan dijo que el viejecito lo abrazó para despedirse y le aseguró que su herida estaba curada, a pesar de que todavía no se sentía del todo bien. Después, con una voz que reflejaba una verdadera tristeza le murmuró al oído: "le has gustado muchísimo a ese monstruo; tanto que nos ha dejado en libertad a mí y a mi mujer y te ha tomado a ti como su único sirviente".

-Me hubiera reído de él -dijo don Juan- de no ser por unos espantosos gruñidos de animal y un ensordecedor traqueteo de objetos que provenía de las habitaciones del monstruo.

Los ojos de don Juan brillaban de deleite. Yo quería permanecer serio, pero no podía contener la risa.

Belisario, consciente del estado de pavor de don Juan, se disculpó repetidas veces por el giro del destino que lo había liberado a él y había hecho prisionero a don Juan. Chasqueó la lengua en señal de disgusto y maldijo al monstruo. Con lágrimas en los ojos, enumeró todos los quehaceres que el monstruo exigía todos los días. Y cuando don Juan protestó, Belisario le confió en voz baja, que no había forma de escapar, porque el monstruo además era un brujo sin par.

Don Juan le rogó a Belisario que le recomendara qué hacer, y Belisario le dio una larga explicación sobre el hecho de que los planes sólo sirven para lidias con seres humanos comunes y corrientes. En el contexto humano, por lo tanto, podemos conspirar y planear, y dependiendo de la suerte, aparte de nuestra astucia y dedicación, podemos triunfar. Pero ante lo desconocido, específicamente en la situación de don Juan, la única esperanza de sobrevivir consistía en aceptar y comprender.

Belisario le confesó a don Juan, en un murmullo apenas audible, que con objeto de asegurarse de que el monstruo nunca lo perseguiría, se iba al estado de Durango para aprender brujería. Le preguntó a don Juan si él consideraría lo mismo: la posibilidad de aprender brujería para liberarse del monstruo. Y don Juan, horrorizado

ante el mero pensamiento de la brujería, dijo que no quería tener nada con los hechiceros.
Don Juan se apretó los costados, riendo, y admitió que le divertía imaginar cuánto habría disfrutado su benefactor con ese diálogo entre ellos. En especial cuando él, en un paroxismo de horror rechazó la invitación, hecha en buena fe, para aprender brujería diciendo: "Yo soy un indio. Nací para odiar y temer a la brujería".
Belisario intercambió miradas con su mujer y su cuerpo empezó a sacudirse como en convulsiones. Don Juan lo observó con más atención y se dio cuenta de que estaba sollozando en silencio, obviamente herido por el rechazo. Su mujer tuvo que sostenerlo hasta que dejó de llorar y recobró la compostura.
Cuando ya salían de la casa, Belisario le dio a don Juan otro consejo. Le dijo que debía tener en cuenta dos cosas: que el monstruo aborrecía a las mujeres, y que don Juan debía mantenerse muy alerta por si aparecía un remplazante y sucedía que el monstruo le cobraba aprecio, al punto de querer cambiar de esclavo. Pero que no pusiera en ello muchas esperanzas, pues iban a pasar años antes de que siquiera pudiera salir de la casa. Al monstruo le gustaba asegurarse de que sus esclavos le eran leales o, cuando menos, obedientes.
Don Juan no pudo soportar más. Se desmoronó en llanto y le dijo a Belisario que a él nadie lo esclavizaría. En todo caso, siempre podía suicidarse. El anciano, muy conmovido por ese arranque confesó haber sentido exactamente lo mismo, pero, ¡caramba!, el monstruo era capaz de leer los pensamientos y cada vez que intentó quitarse la vida se lo había impedido de inmediato.
Belisario se ofreció otra vez a llevarse a don Juan con él para aprender brujería como la única solución posible. Don Juan le dijo que su solución era como saltar de la sartén al fuego.
Belisario empezó a llorar a gritos y abrazó a don Juan. Maldijo el momento en que le había salvado la vida y juró que él no tenía ni la menor idea de que fueran a cambiar puestos. Se sonó la nariz y ,mirando a don Juan con ojos ardientes, dijo "La única manera de sobrevivir es si te disfrazas. Si no eres listo, el monstruo puede robarte el alma y convertirte en un idiota que solo hace sus quehaceres. ¡Que lástima que yo no tenga tiempo de enseñarte a ser actor!" y lloró aún más.
Don Juan, ahogado en lágrimas, le pidió que le enseñara cómo disfrazarse, porque él ni siquiera podía concebir lo que era un disfraz. Belisario le confió que el monstruo tenía muy mala vista y le recomendó experimentar con cualquier ropa que le agradara. Tenía, después de todo, muchos años por delante para probar diferentes disfraces. Abrazó a don Juan en la puerta, llorando abiertamente. Su esposa le tocó la mano a don Juan con timidez. Y se fueron.
-Nunca en toda mi vida, he sentido tal pánico y tal desesperación -dijo don Juan-. El monstruo hacía resonar los trastes dentro de la casa como si me esperara con impaciencia. Me senté en la puerta y gemí como perro adolorido. Después vomité de puro miedo.
Don Juan dijo que pasó horas sentado allí sin poder moverse. No se atrevía ni a huir ni a entrar. No es exageración decir que estaba al borde de la muerte cuando vio a Belisario moviendo los brazos, tratando frenéticamente de llamarle la atención desde el otro lado de la calle. El solo verlo ahí le brindó a don Juan un instantáneo alivio. Belisario estaba agazapado en la acera vigilando la casa. Le hizo señas a don Juan para que se estuviera quieto.
Después de un rato horriblemente largo, Belisario gateó unos cuantos metros y se agazapó otra vez, quedando completamente inmóvil. Así, arrastrándose de esa manera, avanzó hasta llegar al lado de don Juan. Le llevó horas hacer eso. Mucha gente pasó por la calle, pero nadie pareció notar la desesperación de don Juan o las maniobras del viejo. Cuando por fin Belisario llegó a su lado, le susurró que no se había sentido bien al dejarlo como pe-

rro atado a un poste. Su esposa no estaba de acuerdo, pero él había regresado para rescatarlo. Después de todo, gracias a don Juan, él había ganado su libertad.
Le preguntó a don Juan en un susurro, pero con gran fuerza, si estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por salir del atolladero. Y don Juan le aseguró que él era capaz de todo. De la manera más cautelosa, Belisario le tendió un atado de ropa. Luego delineó su plan. Don Juan debía ir al ala de la casa más alejada de las habitaciones del monstruo y cambiarse lentamente de ropa, comenzando por quitarse el sombrero y dejando los zapatos para el último. Tenía después que poner toda su ropa en un armazón de madera, una estructura tipo maniquí que debía construir rápidamente, tan pronto estuviera dentro de la casa.
El siguiente paso consistía en que don Juan se pusiera el único disfraz que engañaría al monstruo: las ropas en el paquete.
Don Juan corrió al interior de la casa y preparó todo. Construyó una especie de espantapájaros con los palos que encontró en el patio; luego se quitó la ropa y la colocó en el armazón. Pero al abrir el paquete se llevó la sorpresa de su vida. ¡El paquete contenía ropas de mujer!
-Me sentí más que estúpido -dijo don Juan- y estaba a punto de ponerme mi propia ropa otra vez cuando escuché los gruñidos inhumanos de ese hombre monstruoso. ¡Yo estaba perdido! Me habían criado, en realidad, para despreciar a las mujeres y para creer que la única función de la mujer es cuidar al hombre. Ponerme ropas de mujer era para mí tanto como convertirme en mujer. Pero mi miedo era tan intenso que cerré los ojos y me puse la pinche ropa.
Miré a don Juan imaginándolo con ropas femeninas. La imagen era tan ridícula que estallé en carcajadas.
Según contó don Juan cuando el viejo Belisario, que lo esperaba en la acera de enfrente, lo vio con ese disfraz comenzó a llorar sin control. Sollozando así guió a don Juan hasta las afueras del pueblo donde su mujer estaba esperando junto con los dos arrieros. Uno de ellos, muy atrevidamente, le preguntó a Belisario si estaba robándose a esa muchacha tan rara para venderla a un prostíbulo. El viejo lloró tanto que parecía estar a punto de desmayarse. Los arrieros no sabían qué hacer con las lágrimas del viejo, pero la esposa en lugar de apiadarse de don Juan o del pobre viejo, comenzó a carcajearse a su vez, sin que don Juan pudiera comprender la razón.
El grupo inició el viaje en la oscuridad por caminos poco transitados, con rumbo al norte. Belisario no habló mucho. Parecía estar asustado y a la espera de dificultades. Su esposa peleaba con él constantemente y se quejaba de que ponían su libertad en peligro al llevarse a don Juan con ellos. Belisario le dio órdenes estrictas de no volver a mencionar el asunto, por miedo a que los arrieros descubrieran el disfraz de don Juan. Aconsejó a don Juan que mientras no supiera portarse convincentemente como mujer, actuara como una persona un poquito tocada de la cabeza.
En pocos días, el miedo de don Juan había disminuido bastante. De hecho, se sentía con tanta confianza que ni siquiera recordaba haber tenido miedo. De no haber sido por la ropa que vestía, hubiera podido considerar toda la experiencia como un mal sueño.
Don Juan me aclaró que usar ropas de mujer bajo esas condiciones le produjo una serie de cambios drásticos. La esposa de Belisario lo instruyó, con verdadera seriedad, en todo lo que corresponde a una mujer. Don Juan la ayudaba a cocinar, a lavar la ropa y a juntar leña. Belisario le rasuró la cabeza y le untó una medicina de olor muy fuerte y desagradable diciendo a los arrieros que la chica estaba llena de piojos. Don Juan dijo que como era lampiño, no le fue difícil pasar por mujer, pero se sentía asqueado consigo mismo, con toda esa gente y, sobre todo, con su destino. El acabar usando ropas femeninas y haciendo labores de mujer era más de lo que él podía soportar.

Un día explotó. Los arrieros fueron la gota que desborda el vaso. Esperaban y exigían que esa muchacha tan rara los sirviera y los entretuviera como una esclava. Además, lo obligaban a estar siempre en guardia, porque considerándolo mujer le hacían proposiciones deshonestas en cada oportunidad que tenían.
Me sentí impulsado a hacerle una pregunta.
-¿Estaban los arrieros en complicidad con su benefactor? -pregunté.
-No -replicó y comenzó a reír a carcajadas-. Eran dos simpáticos muchachos que habían caído momentáneamente bajo su hechizo. El había alquilado sus mulas para cargar sus plantas medicinales y llevarlas a Durango. Pero les dijo que les pagaría muy bien si lo ayudaban a secuestrar a una joven.
"La única cómplice era la bella y esbelta mujer que se intercambiaba con la india gorda".
La naturaleza y el alcance de los actos del nagual Julián me dejaron atónito. Me imaginé a don Juan rechazando proposiciones amorosas y lloraba de risa.
Don Juan continuó con su relato. Dijo que el día que explotó se enfrentó al viejo con severidad y le anuncié que la farsa había durado bastante, y que los arrieros no lo dejaban en paz con sus insinuaciones soeces. Belisario sin inmutarse le aconsejó ser más comprensivo, porque ya se sabe que los hombres siempre serán hombres; y se echó a llorar a gritos, desconcertando a don Juan por completo, al punto de hacerlo defender furiosamente a las mujeres.
Se había apasionado tanto con la condición de la mujer que se asustó a sí mismo. Le dijo a Belisario que de seguir así, terminaría peor que si se hubiera quedado de esclavo del monstruo.
Su desconcierto creció aún más cuando el viejo Belisario, llorando sin control, murmuró idioteces: que la vida era linda, que el poquito precio que teníamos que pagar por ella era una ganga, y que el monstruo podría devorarle el alma de don Juan sin siquiera permitirle suicidarse.
"Coquetea con los arrieros", le aconsejó a don Juan en un tono conciliatorio. "Son campesinos primitivos; todo lo que quieren es jugar, así que dales un empujoncito tú también cuando te lo den a ti. Deja que te toquen la pierna. ¿Qué te cuesta?" y siguió llorando a lagrima viva.
Don Juan le preguntó por qué lloraba así.
-Porque tú eres perfecto para todo eso -respondió, mientras su cuerpo se retorcía con la fuerza de su llanto.
Don Juan le agradeció a Belisario por todas las molestias que se había tomado por él, añadiendo que ya se sentía salvo y que quería marcharse. "El arte del acecho es aprender todas las singularidades de tu disfraz", dijo Belisario sin prestar atención a lo que don Juan le estaba diciendo. "Y aprenderlas tan bien que nadie podría descubrir que estás disfrazado. Para hacer eso, necesitas ser despiadado, astuto, paciente, y simpático".
Don Juan no tenía idea de lo que Belisario estaba hablando. En lugar de averiguarlo, le pidió ropas de hombre. Belisario se mostró muy comprensivo. Le dio a don Juan algunas ropas viejas y unos cuantos pesos de regalo. Le prometió que su disfraz siempre estaría ahí, disponible, en caso de necesitarlo. Nuevamente, lo instó con vehemencia para que se fuera a Durango con él a aprender brujería y así librarse del monstruo de una vez por todas. Don Juan le dio las gracias, pero se rehusó. Sin decir palabra, Belisario se despidió dándole fuertes palmadas en la espalda, repetidas veces.
Don Juan cambió de ropa y le pidió a Belisario que le indicara el camino. Este le respondió que el rumbo de la senda era hacia el norte y si la seguía tarde o temprano llegaría al siguiente pueblo. Agregó que a lo mejor se volvían a cruzar en el camino ya que todos llevaban la misma dirección: la que los alejara del monstruo.
Libre al fin, don Juan se alejó lo más rápidamente que pudo. Debió haber caminado dos o tres kilómetros antes de encontrar señales de gente. Sabía que había un pueblo en las cercanías y pensó que quizás

podría conseguir trabajo ahí en tanto decidía a dónde ir. Se sentó a descansar por un momento, anticipando las dificultades que normalmente encontraría cualquier forastero en un pueblo apartado. De pronto, con el rabillo del ojo, alcanzó a ver un movimiento entre los matorrales que bordeaban la senda. Tuvo la sensación de que alguien lo observaba. Se aterrorizó tanto que saltó y empezó a correr en dirección al pueblo, pero el monstruo le salió al frente y arremetió contra él, tratando de aferrarlo por el cuello. Falló por un par de centímetros. Don Juan gritaba como nunca había gritado jamás, sin embargo, tuvo suficiente control como para girar en redondo y correr de regreso en busca de Belisario.

Mientras don Juan corría para salvar la vida, el monstruo iba tras él, abriéndose paso entre los arbustos a sólo unos cuantos metros de distancia. Don Juan dijo que nunca en su existencia había oído un ruido más pavoroso. Por fin, vio a las mulas moviéndose con lentitud en la distancia y gritó pidiendo auxilio.

Belisario; al reconocerlo, corrió hacia él desplegando evidente terror. Le arrojó el paquete de ropas de mujer y gritó 'corre como vieja, tonto'.

Don Juan admitió no saber cómo tuvo la presencia de ánimo necesaria para correr a la manera de las mujeres, pero lo hizo. El monstruo dejó de perseguirlo. Belisario le indicó que se cambiara apresuradamente mientras él mantenía al monstruo a raya. Sin mirar a nadie, don Juan se unió a la mujer de Belisario y a los sonrientes arrieros, quienes evidentemente nunca se dieron cuenta de que la chica rara era hombre. Nadie dijo una palabra durante días. Por fin, Belisario le habló a don Juan y comenzó a darle lecciones diarias de cómo se comportan las mujeres. Le dijo que las mujeres indias eran practicas y que iban directamente al grano, pero que también eran muy tímidas y siempre que se sentían acosadas mostraban las señales físicas del miedo en sus ojos huidizos, en sus bocas apretadas, y en las dilatadas aletas de la nariz. Todas estas señales iban acompañadas de una terrible obstinación; una testarudez de mula seguida por una risa tímida.

Belisario hizo que don Juan practicara esa conducta femenina en cada pueblo por donde pasaban. Don Juan estaba sinceramente convencido que le estaba enseñando a ser actor. Belisario insistía en que le estaba enseñando el arte del acecho. Le dijo a don Juan que el acecho es un arte aplicable a todo, y que consiste de cuatro facetas: el no tener compasión, el ser astuto, el tener paciencia, y el ser simpático.

Otra vez sentí el impulso de romper el hilo de su relato.

-¿Pero, no es que el acecho se enseña en la conciencia acrecentada profunda? -pregunté.

-Por supuesto -replicó con una sonrisa-. Pero debes comprender que, para algunos hombres, usar ropas de mujer es la puerta de entrada a la conciencia acrecentada. Para mí lo fue. De hecho, vestir a un brujo macho de mujer es más eficaz, para entrar a la conciencia acrecentada, que empujar su punto de encaje, pero más difícil de ejecutar.

Don Juan dijo que su benefactor lo entrenaba diariamente en las cuatro facetas, los cuatro modos del acecho e insistía en que don Juan comprendiera que no tener compasión no significaba ser grosero; ser astuto no significaba ser cruel; tener paciencia no significaba ser negligente y ser simpático no significaba ser estúpido.

Le enseño que esas cuatro disposiciones de animo debían ser perfeccionadas hasta que fueran tan sutiles que nadie las pudiera notar. Creía que las mujeres eran acechadoras innatas. Y convencido de ello, sostenía que sólo en ropa de mujer podía un hombre aprender el arte del acecho.

-Fui con él a cada mercado de cada pueblo por el que pasamos. Y regateaba con todo el mundo -continuó don Juan-. Mi benefactor se hacía a un lado y me observaba. -No tengas compasión de nadie, pero sé encantador -me decía-. Sé astuto, pero muy decente. Ten paciencia, pero sé acti-

vo. Debes ser muy simpático y al mismo tiempo aniquilador. Sólo las mujeres pueden hacer eso. Si un hombre actúa de ese modo se lo toma por afeminado.
Y como para asegurarse de que don Juan se mantuviera en línea, el hombre monstruoso aparecía de cuando en cuando. Don Juan lo alcanzó a ver merodeando por el campo. Lo veía, en especial, después de que Belisario le palmeaba vigorosamente la espalda, supuestamente para aliviarle un agudo dolor nervioso en el cuello. Don Juan rió diciendo que no tenía la menor sospecha de que con las palmadas lo hacía entrar en la conciencia acrecentada.
-Nos llevó un mes llegar a la ciudad de Durango -dijo don Juan-. En ese mes tuve una pequeña muestra de las cuatro disposiciones del acecho. Esto en realidad no me cambió mucho, pero me brindó la oportunidad de tener un indicio de lo que es estar en los zapatos de una mujer.

VI. LAS CUATRO DISPOSICIONES DEL ACECHO

Don Juan me indicó que me sentara allí, en ese antiguo puesto de vigilancia, y que utilizara la atracción de la tierra para mover mi punto de encaje y recordar otros estados de conciencia acrecentada en los cuales él me había enseñado a acechar.
-En los últimos días, te he mencionado muchas veces las cuatro disposiciones del acecho -continuó-. He mencionado el no tener compasión, el ser astuto, el tener paciencia y el ser simpático, con la esperanza de que recordaras lo que te enseñé acerca del acecho. Sería muy bueno que pensaras en estas cuatro disposiciones y, pensando en ellas, llegues a un recuerdo total.
Calló por unos momentos que parecieron largos en extremo. Después hizo una afirmación que no debería haberme sorprendido en lo más mínimo, pero me sorprendió. Dijo que me había enseñado las cuatro disposiciones del acecho en el norte de México con la ayuda de Vicente Medrano y Silvio Manuel. No dio detalles, sino que dejó que yo penetrara el sentido de sus palabras. Traté dé pensar, de recordar. Me di por vencido después de un infructuoso intento y quise gritar que no podía recordar algo que nunca había acontecido.
Pero, al esforzarme por expresar mi protesta, comenzaron a cruzar por mi mente pensamientos ansiosos. Inmediatamente, como lo hacía siempre que don Juan me pedía que recordara la conciencia acrecentada, pensé que en realidad no existía continuidad en los hechos que había experimentado bajo su guía. Esos hechos no estaban entrelazados como los hechos de mi vida cotidiana, en una sucesión lineal. Sabía que don Juan nunca decía nada solamente para inquietarme, así que era perfectamente posible que él me hubiera enseñado el acecho. En el mundo de don Juan, nunca podía yo estar seguro de nada.
Traté de exponer mis dudas. El rehusó escuchar y me instó a recordar. Yo no podía concentrarme, pero no obstante, estaba agudamente consciente de todo lo que me rodeaba. Ya era de noche. Hacía viento, pero no sentí el frío. En las últimas horas del día, se había nublado el cielo y parecía que iba a llover. Don Juan me había dado una piedra plana para que la pusiera sobre mi esternón. De repente, mi mente se aclaró. Sentí un jalón brusco que no era algo ni interno ni externo; era la sensación de algo que me tironeaba de una parte indefinible de mi ser. Súbitamente comencé a recordar con tremenda claridad un acontecimiento que tuvo lugar muchos años antes. La claridad de mi recuerdo era tan fenomenal que me parecía estar reviviendo la experiencia. Recordé lo ocurrido y las personas involucradas con tanta nitidez que me asusté. Sentí un escalofrío.
Le dije todo eso a don Juan. No pareció impresionado ni preocupado. Me aconsejó no dejarme llevar por el miedo. Después guardó silencio. Ni siquiera me miró. Me sentí aturdido. La sensación de aturdimiento pasó con lentitud.
Luego le repetí a don Juan las mismas co-

sas que siempre le había dicho cuando recordaba un hecho que no tenía existencia lineal.
-¿Cómo puede ser esto posible, don Juan? ¿Cómo pude haber olvidado todo esto?
Y el reafirmo lo de siempre.
-Este tipo de recuerdo o de olvido no tiene nada que ver con la memoria normal -me aseguró-. Se trata del intento, del movimiento del punto de encaje.
Afirmó, que si bien yo poseía un conocimiento total de lo que era el intento y el mover el punto de encaje, aún no dominaba ese conocimiento. Dijo que para un nagual, realmente saber lo que es todo eso, significa que puede explicar ese conocimiento, en cualquier momento, o usarlo en cualquier forma que fuera conveniente. Un nagual está obligado, por la fuerza de su posición, a dominar su conocimiento.
-¿Qué es lo que te acuerdas? -preguntó-.
-La primera vez que usted me habló acerca de las cuatro disposiciones del acecho -respondí-.
Cierto proceso, inexplicable en términos de mi conciencia cotidiana, había liberado en mi mente la memoria de un acontecimiento que un minuto antes no existía.

Justo cuando salía de la casa de don Juan en Sonora, él me pidió encontrarlo a la semana siguiente, alrededor del medio día, al otro lado de la frontera con los Estados Unidos, en Nogales, Arizona en la estación de autobuses Greyhound.
Llegué casi con una hora de anticipación. El estaba ya allí, parado en la puerta. Lo saludé. No me contestó, pero me empujó con rapidez hacia un lado y me dijo en voz baja que debería sacar las manos de mis bolsillos. Yo estaba pasmado. No me dio tiempo a responder. Dijo que traía la bragueta abierta y que era vergonzosamente evidente que estaba excitado sexualmente.
La velocidad con la que me cubrí fue fenomenal. Para cuando me di cuenta de que había sido una vulgar broma ya estábamos caminando calle arriba. Don Juan reía, dándome fuertes palmadas en la espalda, como si estuviera celebrando la broma. De pronto me encontré en un estado de conciencia acrecentada.
Entramos rápidamente en un café y nos sentamos. Mi mente estaba tan clara que me forzaba a fijarme en todo. Yo sentía que era capaz de ver la esencia de las cosas.
-¡No malgastes tu energía! -me ordenó don Juan en un tono de voz muy severo-. Te traje aquí para saber si puedes comer cuando tu punto de encaje se ha movido. No trates de hacer más que eso.
En ese momento un hombre tomó una mesa, frente a mí, se sentó y toda mi atención quedó fija en él.
-Mueve los ojos en círculos -me ordenó don Juan-. No mires a ese hombre.
Me resultaba imposible dejar de mirarlo. Incluso la exigencia de don Juan me irritó.
-¿Qué ves? -le oí preguntar.
Yo estaba viendo un capullo luminoso, hecho de alas transparentes plegadas sobre el capullo mismo. Las alas se desplegaban, revoloteaban por un instante, se desprendían, caían y eran reemplazadas por nuevas alas, las cuales repetían el mismo proceso.
Don Juan, con fuerza y brusquedad, volteó la silla donde yo estaba sentado hasta que quedé mirando la pared.
-¡Qué manera de desperdiciar tu energía! -dijo con un profundo suspiro, después de que le describí lo que había visto-. Casi la has agotado. Contrólate. ¡Agárrate con las uñas! Un guerrero necesita ser frugal. ¿A quién demonios le interesa ver alas en un capullo luminoso?
Dijo que la conciencia acrecentada era como un trampolín. Desde ahí uno podía saltar al infinito. Reiteró una y otra vez que, cuando el punto de encaje se mueve, o bien se ubica otra vez en una posición muy cercana a la habitual, o continúa moviéndose hasta el infinito.
-La gente no tiene idea del extraño poder que llevamos dentro de nosotros -continuó-. Por ejemplo, en este momento, tú tienes los medios para llegar al infinito. Si continúas portándote como un idiota,

es posible que logres empujar tu punto de encaje hasta cierto límite, mas allá del cual no hay regreso.
Entendí el peligro del cual me estaba hablando, o más bien tuve la sensación física de estar parado al borde de un abismo y que si me inclinaba hacia adelante iba a caer en él.
-Tu punto de encaje se movió a la conciencia acrecentada -continuó- porque te presté mi energía.
No dijo nada más y comimos en silencio una comida muy simple. Don Juan no me permitió beber té o café.
-Mientras uses mi energía -dijo- no estás en tu propio tiempo. Estás en el mío. Yo bebo agua.
Al caminar hacia el carro sentí un poco de náusea. Me tambaleé y estuve a punto de perder el equilibrio. Era una sensación bastante similar a la de caminar usando anteojos por primera vez.
-No te derrumbes todavía -dijo don Juan, sonriendo-. Adonde vamos necesitarás ser fuerte y preciso en extremo.
Me indicó que manejara el coche a la frontera internacional y entrara a la ciudad gemela de Nogales, en México. Mientras conducía, él me fue dando indicaciones: qué calle tomar, cuándo virar a la izquierda o a la derecha, a qué velocidad ir.
-Conozco esta área muy bien -dije bastante irritado-. Dígame adónde quiere ir y lo llevaré hasta ahí. Como si usted fuera en un taxi.
-Bueno -dijo-. Llévame a la Avenida Hacia el Cielo, número 1573.
Yo no sabía dónde estaba esa Avenida Hacia el Cielo o si la calle realmente existía. Más aún, tuve la sospecha de que él acababa de inventar el nombre para ponerme en ridículo. Me sentí ofendido, pero guardé silencio. En sus ojos brillantes había un destello burlón.
-El sentirse importante es una verdadera tiranía -dijo-. Nos hace unos enojones insufribles. Debemos trabajar sin descanso para acabar con eso.
Continuo dándome indicaciones como conducir. Por fin, me pidió detenerme frente a una casa de color beige, de un solo piso, ubicada en una esquina, en un vecindario de clase acomodada. Había algo en la casa que captó de inmediato mi atención: la rodeaba una gruesa capa de grava color ocre. La sólida puerta de entrada, los marcos de las ventanas y las guarniciones de la casa estaban todas pintadas de color ocre, como la grava. Todas las ventanas visibles tenían persianas venecianas cerradas.
Bajamos del carro. Don Juan iba adelante. No tocó ni trató de abrir la puerta con una llave. Cuando llegamos hasta ella, la puerta se abrió en el silencio más absoluto, por sí sola, hasta donde yo pude ver.
Don Juan entró apresuradamente. Aunque no me invitó a entrar, lo seguí. Tenía curiosidad por saber quién había abierto la puerta por dentro, pero no había nadie atrás de ella.
El interior de la casa daba una sensación de tranquilidad. No había cuadros colgando de las paredes lisas y escrupulosamente limpias. Tampoco había lámparas ni estanterías de libros. El piso de baldosas amarillo doradas contrastaba agradablemente con el color blancuzco de las paredes. Entramos en un vestíbulo pequeño y estrecho que daba a una espaciosa sala de cielo raso alto y chimenea de ladrillos. La mitad del cuarto estaba completamente vacía, pero en el lado donde estaba la chimenea había unos muebles muy finos acomodados en semicírculo: dos sofás grandes, color beige en el centro, flanqueados por dos sillones tapizados del mismo color. En el centro del semicírculo había una pesada mesa de café redonda, de roble sólido. A juzgar por lo que veía de la casa, las personas que la habitaban parecían tener dinero pero ser frugales. Y obviamente les gustaba sentarse alrededor del fuego.
Dos hombres, cuya edad parecía estar alrededor de los cincuenta y cinco años, se encontraban sentados en los sillones. Se levantaron cuando entramos. Uno de ellos era indio, el otro era latinoamericano. Don Juan me presentó primero al indio; él estaba más cerca de mí.

-Te presento a Silvio Manuel -me dijo don Juan-. El es el brujo más poderoso y peligroso de mi grupo, también el más misterioso.

Las facciones de Silvio Manuel parecían sacadas de un fresco maya. Su tez era pálida, casi amarilla. Le vi aspecto de chino. Sus ojos eran oblicuos, pero sin el pliegue epicántico de los asiáticos; eran grandes, negros y brillantes. Era un hombre lampiño. Su cabello negro azabache mostraba unos cuantos hebras grises. Tenía pómulos altos, nariz aquilina y labios llenos. Medía un metro setenta, más o menos. Era delgado pero fuerte; vestía una camisa deportiva amarilla, pantalones cafés y una liviana chamarra color beige. Por sus ropas y apariencia general, parecía mexicano-norteamericano.

Sonreí, alargándole la mano, pero Silvio Manuel no la tomó. Me saludó someramente con una inclinación de cabeza.

-Y este es Vicente Medrano -dijo don Juan dirigiéndose hacia el otro hombre-. El es el más sabio y el más viejo de mis compañeros. No en edad, sino porque fue el primer discípulo de mi benefactor.

Vicente hizo un gesto de cabeza tan breve como el de Silvio Manuel. No dijo una palabra.

Era un poco más alto que Silvio Manuel pero igual de delgado. Tenía una tez rosada, y usaba bigote y barba, bien cortados. Sus facciones eran casi delicadas; una nariz fina y cincelada, boca pequeña, labios delgados. Las cejas, espesas y oscuras, contrastaban con su barba y pelo agrisados. Sus ojos eran castaños y también brillantes. Reía a pesar de su expresión ceñuda.

Vestía un conservador traje de sirsaca verdosa, y camisa de cuello abierto. También él parecía mexicano-norteamericano. Supuse que era el dueño de la casa.

En contraste, don Juan parecía un peón indio. Su sombrero de paja, sus zapatos gastados, sus viejos pantalones color caqui y su camisa a cuadros eran vestimentas que usan los jardineros o los criados típicos.

La impresión que tuve al verlos a los tres juntos fue que don Juan estaba disfrazado. Acudió a mi mente una imagen militar. Don Juan era el oficial al mando de una operación militar clandestina, un oficial de alto rango que, pese a sus esfuerzos, no podía ocultar sus años de mando.

También tuve la sensación de que todos tenían más o menos la misma edad, pero don Juan parecía mucho más viejo, aun cuando daba la impresión de ser infinitamente más fuerte.

-Creo que ya ustedes saben que de toda la gente que he conocido, Carlos es el que más se consiente a sí mismo -les dijo don Juan con la más seria expresión-. Es aún peor que nuestro benefactor. Les aseguro que si hay alguien que toma los vicios y pecadillos en serio es Carlos.

Me eché a reír, pero nadie más lo hizo. Los dos hombres me miraron con un brillo extraño en los ojos.

-Ustedes tres van a hacer un trío memorable -continuó don Juan- el más viejo y sabio, el más peligroso y misterioso y el más arrogante y pervertido.

Ni así rieron. Me escudriñaron hasta hacerme sentir incómodo. Por fin Vicente rompió el silencio.

-No sé porque lo trajiste a la casa -le dijo a don Juan en un tono seco y cortante-. No sirve para nada. Ponlo afuera, en el patio.

-Y amárralo -añadió Silvio Manuel.

Don Juan se volvió hacia mí.

-Ven, vamos afuera, al patio -dijo en voz baja, señalando con un movimiento lateral de la cabeza la parte trasera de la casa.

Era más que obvio que yo no les había caído nada bien a los dos hombres. No supe qué decir. Realmente estaba enojado y resentido, pero en cierta forma mi estado de conciencia acrecentada aminoraba esos sentimientos.

Salimos de la casa al patio trasero. Don Juan recogió tranquilamente una cuerda de cuero y me la enroscó alrededor del cuello con tremenda velocidad. Sus movimientos fueron tan ágiles y tan rápidos que un instante después, sin aún haberme dado cabal cuenta de lo que pasaba, que-

dé atado del cuello, como un perro, a uno de los pilares de concreto que sostenían el pesado techo del pórtico trasero.
Don Juan meneó la cabeza de lado a lado en un gesto de resignación o de incredulidad, y volvió al interior de la casa, mientras yo le gritaba que me desatara. La cuerda estaba tan apretada a mi cuello que me impedía gritar fuerte, como me hubiera gustado hacerlo.
No podía creer lo que me estaba sucediendo. Conteniendo mi furia, traté de desatar el nudo de mi cuello. Estaba tan compacto que las hebras de cuero parecían pegadas con cola. Me rompí las uñas al tratar de desatarlas.
Tuve un ataque de ira incontrolable y gruñí como animal impotente. Agarré la cuerda, la enredé en mis antebrazos y jalé con toda mis fuerzas, apoyando, los pies en el pilar de concreto. Pero la cuerda era demasiado dura para la fuerza de mis músculos. Me sentí humillado y con miedo. El temor me produjo un momento de sobriedad. Me di cuenta entonces de que la falsa aura de razonabilidad de don Juan me había engañado.
Estudié mi situación con toda la objetividad posible y vi que no había otra salida más que cortar la cuerda. Empecé a restregarla frenéticamente contra la afilada esquina del pilar de concreto. Pensé que si la podía romper antes de que cualquiera de los tres hombres saliera de la casa y viniera a la parte de atrás, tendría la oportunidad de correr a mi carro y escapar a toda velocidad.
Resoplé y sudé restregando la cuerda hasta casi cortarla. Luego apoyé un pie contra el pilar, envolví la cuerda en los brazos y la jalé con desesperación hasta que se rompió. El impacto me aventó al interior de la casa, arrojándome de espaldas a través de la puerta abierta.
Don Juan, Vicente y Silvio Manuel estaban parados en medio del cuarto aplaudiendo.
-Qué manera más dramática de entrar en una casa -dijo Vicente y me ayudó a levantarme-. Me has sorprendido. No pensé que fueras capaz de tales explosiones.
Don Juan se acercó y deshizo el nudo, de un tirón, liberando mi cuello del pedazo de lazo que lo rodeaba.
Yo estaba temblando de miedo, cansancio y furia. Con voz vacilante le pregunté a don Juan por qué me estaba atormentando así. Los tres rompieron a reír. En ese momento no parecían figuras amenazantes.
-Queríamos ponerte a prueba, para ver qué tipo de hombre eres en realidad -me dijo don Juan y me condujo a uno de los sofás y, con toda cortesía, me invitó a sentarme.
Vicente y Silvio Manuel se sentaron en los sillones, don Juan se sentó frente a mí en el otro sofá.
Me reí nerviosamente, pero ya sin temor. Don Juan y sus amigos me miraban con franca curiosidad tratando con desesperación de parecer serio. Silvio Manuel movía la cabeza rítmicamente, sin dejar de mirarme. Sus ojos estaban fuera de foco, pero fijos en mí.
-Te amarramos -don Juan continuó- porque queríamos saber si eras simpático o paciente o despiadado o astuto. Descubrimos que no eres ni lo uno ni lo otro. Eres más bien colérico, arrogante y pervertido, tal como yo había dicho que eras.
-Si no te hubieras entregado a tu violencia, por ejemplo, hubieras notado que el formidable nudo de la cuerda que tenías alrededor del cuello es falso. Se deshace, con un simple tirón. Vicente diseñó ese nudo como truco para engañar a sus amigos.
-Rompiste la cuerda. No tienes nada de simpático -dijo Silvio Manuel.
Guardaron silencio por un momento; luego se echaron a reír.
-No eres astuto -continuó don Juan-. De lo contrario habrías abierto con facilidad el nudo y huido con una valiosa soga de cuero. Tampoco eres paciente. De serlo, habrías gemido y llorado hasta darte cuenta de que había un par de tijeras colgadas en la pared. Hubieras cortado la cuerda con ellas en dos segundos y te hubieras ahorrado tanto esfuerzo y tanta angustia.

“Por lo que hemos visto de ti, no se te puede enseñar a ser violento ni obtuso. Ya lo eres, pero puedes aprender a ser despiadado, astuto, paciente y simpático.
Don Juan me explicó que ser despiadado, astuto, paciente y simpático es la quintaesencia del acecho. Son los cuatro fundamentos básicos que, con todas sus ramificaciones, son inculcados a los brujos de un modo muy meticuloso y cauto.
En realidad se estaba dirigiendo a mí, pero hablaba mirando a Vicente y a Silvio Manuel, quienes lo escuchaban con la mayor atención y, de vez en cuando, asentían con la cabeza, concordando con él.
Afirmó repetidas veces que la enseñanza del acecho es una de las cosas más difíciles de llevar a cabo en el mundo de la brujería. Insistió en que me estaban enseñando a acechar y que, hicieran lo que hiciesen, aún cuando pudiera yo creer lo contrario, era la impecabilidad la que dictaba sus actos.
-Estate tranquilo. Sabemos lo que hacemos. Nuestro benefactor el nagual Julián se encargó de que así fuera -dijo don Juan y los tres prorrumpieron en carcajadas tan estruendosas que me sentí molesto; no sabía qué pensar.
Don Juan reiteró que un punto muy importante que debía tomarse en consideración era el hecho de que para un espectador, ajeno a la situación, la conducta de los brujos podría parecer maliciosa, cuando en realidad no era nada menos que impecable.
-¿Cómo puede uno entablar la diferencia, especialmente si uno es el que recibe? -pregunté.
-Los actos maliciosos son llevados a cabo por aquellos que buscan el provecho propio -dijo-. Los brujos, por otra parte, actúan con un propósito ulterior que no tiene nada que ver con el provecho personal. El hecho de que disfruten con sus actos no se cuenta cómo provecho, sino más bien como una característica de su temperamento. El hombre común y corriente actúa sólo si hay alguna oportunidad de beneficiarse. Los guerreros, por otro lado, actúan, no por el beneficio propio, sino por el espíritu.
Pensé acerca de eso. El actuar sin pensar en el provecho personal era en verdad un concepto extraño para mi. Se me había criado para invertir, para esperar algún tipo de recompensa por cuanto hiciera.
Don Juan debió de tomar mi silencio como signo de escepticismo. Rió y miró a sus compañeros.
-Si nosotros cuatro nos tomamos como ejemplo -prosiguió-. Yo diría que tú crees que estás invirtiendo en esta situación y que a fin de cuentas saldrás beneficiado con ella. Por ello, si te enojas con nosotros o si te desilusionamos, puedes recurrir a actos maliciosos para desquitarte. Nosotros por el contrario, no pensamos en el provecho personal. Como nuestros actos son guiados por la impecabilidad, no podemos enojarnos contigo o desilusionarnos de ti.
Don Juan me sonrió y dijo que tenía la certeza de que yo estaba enojadísimo con él, por todo lo que me había hecho ese día. Pero que quería explicarme la razón de sus acciones. Indicó que desde el momento en que nos encontramos en la estación de autobuses, sus actos conmigo, aunque no pareciera, habían sido dictados por la impecabilidad. Explicó que, por ejemplo, me había dicho que llevaba la bragueta abierta, porque necesitaba ponerme en una situación bochornosa, para así, desprevenidamente, ayudarme a entrar en la conciencia acrecentada.
-Fue una manera de sacudirte -dijo, esbozando una sonrisa-. Como somos indios brutos, nuestras sacudidas son primitivas y vulgares. Cuanto más sofisticado es un guerrero, más finas y elaboradas son las sacudidas. Sin embargo a nosotros nuestra vulgaridad nos hace reír mucho. Hoy día por poco nos mata de risa cuando nos hizo amarrarte el pescuezo como a un perro.
Los tres sonrieron y luego rieron calladamente, como si hubiera alguien más dentro de la casa, alguien a quien no querían perturbar.

En voz muy baja, don Juan dijo que, gracias a que yo estaba en un profundo estado de conciencia acrecentada, podía entender con mucha facilidad lo que él iba a decirme acerca de las dos maestrías: el acecho y el intento. Las llamó el orgullo o lo mejor del pensamiento y el interés de los brujos de hoy en día o de los brujos de otras épocas. Aseveró que en la brujería, el acecho, es el principio de todo. Primeramente, los brujos deben aprender a acechar; después deben aprender a intentar y sólo entonces pueden mover su punto de encaje a voluntad.

Sin saber cómo, yo comprendía exactamente lo que me estaba diciendo. También comprendí, sin saber cómo, lo que el movimiento del punto de encaje puede lograr. Pero no tenía las palabras para explicar lo que sabía. Traté repetidas veces de expresarles mi conocimiento. Ellos, riéndose de mis fracasos, me instaban a tratar otra vez.

-¿Qué tal si yo lo digo por ti? -me preguntó don Juan-. A lo mejor puedo hallar las palabras que quieres usar pero que no te salen.

Por su expresión deduje que me estaba pidiendo permiso. Encontré la situación tan absurda que empecé a reír.

Don Juan, haciendo gala de gran paciencia, volvió a preguntarme si yo le permitía hablar por mí. Su pregunta me provocó otro ataque de risa. Su mirada llena de sorpresa y preocupación me reveló que mi reacción le resultaba incomprensible. Don Juan se levantó y anunció que yo estaba muy cansado y que era hora de regresarme al mundo de los asuntos cotidianos.

Dijo que los brujos poseen una regla práctica: cuanto más profundo es el movimiento del punto de encaje, mayor es la sensación de que uno sabe todo, así como la sensación de no poder encontrar palabras para explicarlo. Añadió que hasta en el mundo cotidiano sucede, que algunas veces, el punto de encaje de una persona normal se mueve de por sí sólo, causando que esa persona se torne evasiva, se confunda y se le enrede la lengua.

-Espérese un momento -supliqué-. Estoy bien. Sólo que encuentro chistoso que me pida usted permiso para proseguir.

-Tengo que pedirte permiso -dijo don Juan-, porque las palabras tienen un tremendo poder e importancia y son la propiedad mágica de quien las piensa. Y tú eres el único que puede dejar salir las palabras que tienes embotelladas dentro de ti, para que yo las diga. Creo que cometí un error al suponer que entiendes más de lo que en realidad entiendes.

Vicente intercedió, sugiriendo que me quedara un rato más. Don Juan estuvo de acuerdo.

-El primerísimo principio del acecho es que un guerrero se acecha a sí mismo dijo mirándome a la cara-. Se acecha a sí mismo sin tener compasión, con astucia, paciencia y simpáticamente.

Se me hizo chistoso y quise reír, pero no me dio tiempo. En pocas palabras definió al acecho como el arte de usar la conducta de un modo original, con propósitos específicos. Dijo que la conducta normal, en el mundo cotidiano, es rutinaria. Cualquier conducta que rompe con la rutina causa un efecto desacostumbrado en nuestro ser total. Ese efecto desacostumbrado es el que buscan los brujos, porque es acumulativo. Y su acumulación es lo que hace de un brujo, un acechador.

Explicó que los brujos videntes de la antigüedad vieron que la conducta desacostumbrada producía un temblor en el punto de encaje. Encontraron luego que, si se practica la conducta desacostumbrada de manera sistemática e inteligente, a la larga, esta práctica fuerza al punto de encaje a moverse.

-El verdadero desafío para esos brujos videntes -continuó don Juan- fue encontrar un sistema de conducta que no fuera trivial o caprichoso, y que fuera capaz de combinar la moralidad y el sentido de la belleza que distinguen a los brujos videntes de los simples hechiceros. Y ese sistema se llama el arte del acecho.

Dejó de hablar y todos me miraron como si estuvieran buscando signos de fatiga en mis ojos o en mi cara.

-Cualquiera que logre mover su punto de encaje a una nueva posición es un brujo -continuó explicando don Juan-. Partiendo de esa nueva posición, un brujo puede hacer toda clase de cosas buenas o malas a sus semejantes. Por lo tanto ser brujo, es como ser zapatero o panadero. La meta de los brujos videntes es sobrepasar esa condición. Ser más que brujo. Y para eso necesitan belleza y moralidad.

Dijo que, para los brujos, el acecho es la base sobre la cual se construye todo lo demás.

-Hay brujos a quienes no les gusta el término acecho -continuó-. Se les hace muy pesado. Pero ese nombre se le aplicó porque consiste en comportarse de manera clandestina y furtiva. También se le llama el arte del sigilo, pero el término es igualmente pesado. Tú lo puedes llamar como mejor te parezca. A nosotros, a causa de nuestro temperamento no militante, nos gustaría llamarlo el arte del desatino controlado. Sin embargo, continuaremos usando el término acecho porque es muy fácil decir acechador y, como decía mi benefactor, muy inconveniente y difícil decir el hacedor del desatino controlado.

Mencionar a su benefactor los hizo reír como niños.

Todo lo que me decía don Juan lo comprendí a la perfección. No tuve dudas ni preguntas que formular. Si acaso tuve algo fue la sensación de que necesitaba asirme a cada palabra que don Juan decía, como si fueran un ancla. De otra forma, mis pensamientos se habrían adelantado a él. Noté que yo tenía los ojos fijos en sus labios del mismo modo que mis oídos estaban atentos al sonido de sus palabras, pero al reparar en esto se rompió mi concentración. Don Juan continuó hablando, sin embargo yo ya no lo escuchaba. Pensaba en las inconcebibles posibilidades de vivir en forma permanente en la conciencia acrecentada. Me pregunté qué valor tendría ese estado para nuestra supervivencia biológica; ¿nos volvería acaso más inteligentes, o más sensitivos que el hombre común y corriente?

Don Juan dejó de hablar de pronto y me preguntó en qué pensaba.

-Ah, eres tan práctico -comentó después que le hube contado mis meditaciones-. Pensé que en la conciencia acrecentada tu temperamento sería más artístico, más místico.

Don Juan se volvió hacia Vicente y le pidió responder a mis preguntas.

Vicente carraspeó y se secó las manos, frotándolas contra sus muslos. Me dio la clara impresión de sufrir un ataque de pánico. Sentí lástima por él. Mi mente se inundó de pensamientos y cuando lo escuché tartamudeando, una imagen irrumpió por encima de todo; la imagen que siempre tuve de la timidez de mi padre, de su miedo a la gente. Pero antes de que tuviera tiempo de rendirme a la tristeza, los ojos de Vicente se encendieron con una extraña luminosidad. Me puso una cara cómicamente seria y luego habló con la autoridad de un profesor.

-En respuesta a tu pregunta -dijo- yo diría que, la conciencia acrecentada no tiene valor alguno para la supervivencia biológica, de otro modo, toda la raza humana estaría en la conciencia acrecentada. La cual es un estado peligrosísimo, pero el riesgo de entrar en él es mínimo. No obstante, siempre existe una remota posibilidad de que cualquier persona entre en ese estado. Al hacerlo, lo habitual es que se desconchinfle, la mayoría de las veces de forma irreparable.

Los tres empezaron a reír.

-Los brujos dicen que el estado de conciencia acrecentada es la puerta de entrada al intento -dijo don Juan- y lo utilizan como tal. Piénsalo.

Yo tomaba turnos para mirar a cada uno de ellos. Además yo tenía la boca abierta y sentía que si la mantenía abierta entendería el enigma de la brujería, de inmediato. Cerré los ojos y la respuesta me vino. No la pensé, la sentí, aunque no la podía expresar en palabras, por mucho que traté.

-Qué bien, qué bien -dijo don Juan- has obtenido otra respuesta de brujo por tu propia cuenta, pero aún no tienes energía

suficiente para delinearla y transformarla en palabras.
Lo que sentía no era sólo la sensación de no ser capaz de expresar mis pensamientos, más bien era como estar reviviendo un momento original olvidado años atrás: no saber lo que sentía, porque todavía no había aprendido a hablar y, por lo tanto, me faltaban los recursos para transformar en pensamientos todo lo que sentía.
-Para pensar y decir con exactitud lo que uno quiere decir, se requiere cantidades indecibles de energía -dijo don Juan irrumpiendo en mis sensaciones.
La fuerza de mi contemplación había sido tan intensa que me había hecho olvidar por completo lo que la había propiciado. Miré a don Juan aturdido, y confesé que no tenía idea de lo que ellos o yo habíamos dicho o hecho justo antes de ese momento. Recordé el incidente de la cuerda y lo que don Juan me había dicho inmediatamente después, pero no podía recordar la sensación que me había abrumado tan sólo unos minutos antes.
-Vas por camino equivocado -dijo don Juan-. Tratas de recordar, como lo haces normalmente, pero ésta es una situación diferente. Hace un segundo tuviste el sentimiento abrumador de saber algo muy específico. Los sentimientos así no pueden ser recordados por la memoria, los tienes que revivir mediante el intento de acordarte de ellos.
Se volvió hacia Silvio Manuel quien se hallaba estirado en el sillón, con los pies debajo de la mesa del centro. Silvio Manuel me miró fijamente. Sus ojos, negros como dos pedazos de obsidiana, relucían. Sin mover un músculo soltó un agudo grito parecido al de un ave.
-¡Intento! -gritó-. ¡Intento! ¡Intento!
Con cada grito su voz se tornaba más inhumana y más aguda. Se me erizaron los cabellos de la nuca y sentí que se me ponía la piel de gallina. Sin embargo, mi mente en lugar de concentrarse en el terror que estaba experimentando, fue directamente a revivir el sentimiento que había olvidado. Antes de que pudiera saborearlo por completo, se expandió hasta explotar, convirtiéndose en algo más. Entonces comprendí no sólo la razón por la cual la conciencia acrecentada es la puerta de entrada al intento, sino también supe lo que es el intento. Y sobre todo, comprendí que ese conocimiento no se puede traducir en palabras. Ese conocimiento está ahí a disposición de todos. Esta ahí para ser sentido, para ser usado, pero no para ser explicado. Uno puede entrar a él cambiando niveles de conciencia, por lo cual, la conciencia acrecentada es una puerta de entrada. Pero ni aun siquiera la puerta de entrada puede ser explicada. Sólo puede utilizársela.
Todavía hubo otro fragmento de conocimiento que capté sin ninguna instrucción: él conocimiento natural del intento está a disposición de cualquiera, pero el dominarlo le corresponde sólo a quienes lo sondean.
Para entonces estaba terriblemente cansado, y fue sin duda por esa razón que mi crianza católica empezó a afectar profundamente mis reacciones. Por un momento creí que el intento era Dios.
Les dije eso y los tres al unísono se rieron a carcajadas. Vicente, todavía usando su tono de profesor, dijo que no es posible que fuera Dios, porque el intento es una fuerza que no puede describirse y mucho menos representarse:
-No seas presumido -me dijo don Juan en tono severo-. No estás aquí para especular basándote en tu primero y único esfuerzo. Espera hasta dominar tu conocimiento. Entonces decide qué es qué.

Recordar las cuatro disposiciones del acecho me dejó exhausto. El resultado más dramático fue un despliegue de extraordinaria indiferencia. No me hubiera importado un comino caer muerto en ese instante, o si don Juan lo hubiera hecho. Me daba lo mismo si nos quedábamos a pasar la noche ahí o si emprendíamos nuestro camino de regreso en esa oscuridad total.
Don Juan se mostró muy comprensivo. Me

guió, tomándome de la mano como si yo estuviera ciego, hasta una enorme roca y me ayudó a sentarme apoyando la espalda contra ella. Me recomendó que me dejara llevar por el sueño natural de regreso a mi estado normal de conciencia.

EL DESCENSO DEL ESPÍRITU

VII. VER AL ESPÍRITU

Después de terminar el almuerzo, mientras aún estábamos sentados a la mesa, don Juan anunció que los dos pasaríamos la noche en la cueva de los brujos y que debíamos ponernos en camino. Dijo que era imperativo que yo volviera a sentarme allí, en total oscuridad, para permitir que la formación rocosa y el intento de los antiguos brujos movieran mi punto de encaje.

Yo iba a levantarme de la silla, pero él me detuvo y dijo que primero deseaba explicarme algo. Se desperezó y puso los pies en el asiento de una silla, luego se reclinó en una posición más cómoda.

-A medida que te veo más detalladamente -dijo-, me doy cuenta de lo parecido que eres a mi benefactor.

Sus palabras no me cayeron nada bien. No le permití continuar. Le dije que no podía imaginar cuál era el parecido, pero si existía, lo cual era una posibilidad que no me resultaba nada tranquilizadora, le agradecería que me lo indicara, para así, darme la oportunidad de corregirme.

Don Juan rió hasta que le corrieron las lágrimas por las mejillas.

-Uno de los parecidos es que, cuando actúas, actúas muy bien -indicó-, pero cuando piensas siempre te trabas. Así era mi benefactor. No pensaba muy bien.

Estaba a punto de defenderme, de decirle que yo sí pensaba muy bien, cuando noté un destello en sus ojos. Me interrumpí en seco. Don Juan, al notar mi cambio de actitud, rió con una nota de sorpresa. Parecía haber estado esperando la reacción opuesta.

-Lo que quiero decir es que, por ejemplo, a ti sólo te cuesta comprender el espíritu cuando piensas -prosiguió, con una sonrisa burlona-. Cuando actúas, en cambio, el espíritu se te revela con facilidad. Así era mi benefactor.

"Antes de que salgamos para la cueva voy a contarte la historia de mi benefactor y el cuarto centro abstracto: el descenso del espíritu.

Los brujos creen que, hasta el momento mismo en que desciende el espíritu, cualquier brujo puede dejar la brujería, puede alejarse del espíritu, pero ya no después.

Don Juan me instó, con un movimiento de cejas, a reflexionar sobre lo que me estaba diciendo.

-El cuarto centro abstracto es el golpe brutal del descenso del espíritu -prosiguió-. El cuarto centro abstracto es un acto de revelación. El espíritu se nos revela. Los brujos dicen que el espíritu nos espera emboscado y luego desciende sobre nosotros, su presa. Dicen los brujos que ese descenso casi siempre viene velado. Sucede, pero parece no haber sucedido en absoluto.

Me puse muy nervioso. El tono de voz de don Juan me daba la sensación de que se estaba preparando para soltarme algo inusitado en cualquier momento.

Me preguntó si recordaba el momento en que el espíritu había descendido sobre mí, sellando mi alianza permanente con lo abstracto.

Yo no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo.

-Existe un umbral que, una vez franqueado, no permite retiradas -dijo-. Normalmente, desde el momento en que el espíritu toca la puerta, pasan años antes de que el aprendiz llegue a ese umbral. Sin embargo, en algunas ocasiones se logra llegar a él casi de inmediato. El caso de mi benefactor es un buen ejemplo.

Don Juan dijo que todos los brujos tenían la obligación de recordar muy claramente cuándo y cómo habían cruzado ese umbral, a fin de fijar en sus mentes el nuevo

estado de su potencial perceptivo. Explicó que cruzar ese umbral significa entrar a un nuevo mundo, y que no es esencial el ser aprendiz de brujo para llegar a ese umbral; la única diferencia entre el hombre común y corriente y el brujo, en esos casos, es lo que cada uno pone en relieve. El brujo recalca el cruce del umbral y usa ese recuerdo como punto de referencia. El hombre común y corriente recalca el hecho de que se refrena de cruzarlo y de que hace lo posible por olvidarse de haber llegado a él.

Le comenté que yo no estaba totalmente de acuerdo, pues no podía aceptar que hubiera un solo umbral que cruzar para entrar en un nuevo mundo de la percepción.

Don Juan elevó los ojos al cielo, y sacudió la cabeza en un fingido gesto de resignación. Yo continué con mi discusión, no tanto para contradecirle, sino para entender mejor las cosas, pero rápidamente perdí el ímpetu. De pronto tuve la sensación de estar deslizándome por un túnel.

-Dicen los brujos que el cuarto centro abstracto nos acontece cuando el espíritu corta las cadenas que nos atan a nuestro reflejo -continuó-. Cortar nuestras cadenas es algo maravilloso, pero también algo muy fastidioso porque nadie quiere ser libre.

La sensación de deslizarme por un túnel se prolongó un momento más y luego todo quedó en claro. Me eché a reír. Extrañas intuiciones acumuladas dentro de mí estaban estallando en carcajadas,

Don Juan parecía leerme la mente como si fuera un libro abierto.

-Qué sensación más extraña, ¿no?: el darse cuenta de que todo cuanto pensamos, todo cuanto decimos, depende de la posición del punto de encaje -comentó.

Y eso era, exactamente, lo que yo había estado pensando y lo que provocaba mi risa.

-Sé que en este, momento tu punto de encaje se ha movido -prosiguió- y que has comprendido el secreto de nuestras cadenas. Has comprendido que nos aprisionan; que nos mantienen amarrados a ese reflejo nuestro a fin de defendernos de los ataques de lo desconocido.

Yo estaba en uno de esos extraordinarios momentos en los cuales todo lo relativo al mundo de los brujos me era claro como el cristal. Lo comprendía todo.

-Una vez que nuestras cadenas están rotas -continuó don Juan-, ya no estamos atados a las preocupaciones del mundo cotidiano. Aún estamos en el mundo diario, pero ya no pertenecemos a él. Para pertenecer a él debemos compartir las preocupaciones y los intereses de la gente, y sin cadenas no podemos.

Don Juan dijo que el nagual Elías le había explicado que la característica de la gente normal es que compartimos una daga metafórica: la preocupación con nuestro reflejo. Con esa daga nos cortamos y sangramos. La tarea de las cadenas de nuestro reflejo es darnos la idea de que todos sangramos juntos, de que compartimos algo maravilloso: nuestra humanidad. Pero si examináramos lo que nos pasa, descubriríamos que estamos sangrando a solas, que no compartimos nada, y que todo lo que hacemos es jugar con una obra del hombre: nuestro predecible reflejo.

-Los brujos ya no son parte del mundo diario -siguió don Juan- simplemente porque ya no son presa de su reflejo.

Don Juan comenzó luego a contarme la historia de su benefactor y el descenso del espíritu. Dijo que el descenso aconteció justo después de que el espíritu tocó la puerta del joven actor.

Lo interrumpí para preguntarle por que utilizaba los términos “el joven” o “el actor” para referirse al nagual Julián.

-Porque en aquel entonces él no era nagual -respondió-. Era un actor joven. En mi historia no puedo llamarlo Julián, porque para mí él fue siempre el nagual Julián. Como señal de respeto, por toda una vida de impecabilidad, siempre añadimos el título de nagual al nombre del nagual.

Don Juan prosiguió con su historia. Dijo que después que el nagual Elías había detenido la muerte del joven actor haciéndolo pasar a un estado de conciencia acrecentada, tras horas de lucha, el joven recobró el sentido. El nagual Elías se

presentó entonces a él, sin mencionar su nombre, simplemente como un curandero profesional. Le dijo que ese día él había tropezado, sin esperarlo, con una tragedia en la cual dos personas habían estado a punto de morir. Señaló a la chica tendida en el suelo. El joven quedó atónito al verla inconsciente junto a él. Recordaba haberla visto en el momento en que ella salía, corriendo. Le sorprendió mucho oír la explicación del viejo curandero: que sin duda alguna, Dios la había castigado por sus pecados fulminándola con un rayo y haciéndole perder la razón.

-Pero ¿cómo pudo haber rayos si ni llovía? -preguntó el joven actor, en voz apenas audible.

La respuesta del viejo, que uno no puede dudar las obras de Dios, lo dejó visiblemente afectado.

Una vez más interrumpí a don Juan. Quería saber si en verdad la muchacha había perdido la razón. El me recordó que el nagual Elías le había dado un tremendo golpe en el punto de encaje. Dijo que no había perdido la razón, pero que, como resultado del golpe, entraba y salía de la conciencia acrecentada, creando así una seria amenaza a su salud. Después de un gigantesco esfuerzo, empero, el nagual Elías la ayudó a estabilizar su punto de encaje en una posición completamente nueva y así ella entró permanentemente en la conciencia acrecentada.

Don Juan comentó que las mujeres son capaces de semejante proeza: pueden sostener indefinidamente una nueva posición del punto de encaje. Y Talía era inigualable en ello. En cuanto se rompieron sus cadenas, comprendió todo, y de inmediato cumplió con los designios del nagual.

Don Juan, volviendo a su historia, dijo que el nagual Elías, que no sólo era estupendo como ensoñador, sino también como acechador, había visto que el joven actor, quien demostraba una insensibilidad única, y aparentaba ser un engreído y un vanidoso de primera, era en realidad lo opuesto. El nagual concluyó que, si lo aguijoneaba con la idea de Dios y el pecado mortal y el castigo eterno, sus creencias religiosas derribarían esa actitud cínica.

Ciertamente, al oír decir al nagual cómo Dios había castigado a Talía, la fachada del actor comenzó a derrumbarse. Iba a expresar su remordimiento, pero el nagual lo detuvo en seco y, enérgicamente, le recalcó que cuando la muerte estaba tan cerca, los remordimientos tenían muy poca importancia.

El joven actor escuchó con atención. Sin embargo, aunque se sentía muy enfermo, no creía estar en peligro de muerte. Consideraba que su debilidad y su fatiga se debían a la pérdida de sangre.

Cómo si le leyera la mente, el nagual le aseguró que esos pensamientos optimistas estaban fuera de lugar, que la hemorragia podría haberle sido fatal de no ser por el tapón que él, como curandero, le había creado.

-Cuando te golpeé en la espalda te puse un tapón para evitar que se vaciara tu fuerza vital -le dijo al escéptico joven-. Sin ese freno, el inevitable proceso de tu muerte continuaría sin parar. Si no me crees, te lo demostraré quitando el tapón con otro golpe.

Diciendo esto, el nagual Elías golpeó al joven actor en el costado derecho, junto a las costillas. Un momento después el muchacho se contorsionaba con una tos incontrolable. La sangre le brotaba a bocanadas de la garganta. Otro golpe en la espalda alivió el insoportable dolor que el joven sentía, pero no alivió su miedo. El joven se desmayó.

-Por el momento puedo controlar tu muerte -el nagual le explicó cuando el actor hubo recobrado el sentido-. Por cuanto tiempo puedo controlarla es algo que depende de ti, de la fidelidad con que hagas cuanto yo te ordene.

El nagual dijo que el primer requisito era guardar un absoluto silencio e inmovilidad. Si no quería que se le saliera el tapón, tendría que comportarse como si hubiera perdido completamente la facultad del movimiento y la del habla. Una sola torsión, o un solo suspiro bastarían para reanimar su muerte.

El joven actor, que no estaba habituado a consentir que nadie le sugiriera o le exigiera nada, sintió un arrebato de furia. Al instante en que iba a expresar su enojo, el dolor y las convulsiones se renovaron.
-Si te controlas yo te curaré -prometió el nagual-. Si actúas como el imbécil que eres, podrido por dentro, morirás.
El orgulloso jovenzuelo se quedó pasmado por ese insulto. Nadie lo había tratado nunca de imbécil o de podrido. Quiso expresar su indignación, pero su dolor era tan fuerte que no pudo reaccionar.
-Si quieres que alivie tu dolor tendrás que obedecerme ciegamente -dijo el nagual, con espantosa frialdad-. Respóndeme con una señal de cabeza. Pero sábelo, de una vez por todas, si cambias de idea y actúas como el desvergonzado, retardado mental que eres, te quitaré inmediatamente el tapón y te dejaré morir.
Con sus últimas fuerzas, el actor asintió con un movimiento de cabeza. El nagual le dio una palmada en la espalda y el dolor desapareció. Pero, junto con el quemante dolor, desapareció otra cosa: la niebla que le llenaba la mente. Entonces el joven supo sin entender nada, El nagual volvió a presentarse. Le dijo que se llamaba Elías y que era el nagual. Y el actor supo lo que todo aquello significaba.
El nagual Elías volvió su atención a la semiconsciente Talía. Le acercó la boca al oído izquierdo y le susurró una serie de órdenes para que detuviera el errático movimiento de su punto de encaje. Apaciguó sus temores contándole, en susurros, historias de brujos que habían pasado por la misma situación. Cuando la tuvo bastante tranquila se presentó a ella como lo que en realidad era: un brujo y un nagual. Y le advirtió que iba a tratar de hacer con ella la tarea más difícil de la brujería: moverle el punto de encaje más allá de la esfera del mundo que conocemos.
Don Juan dijo que los brujos con mucha experiencia son capaces de mover su punto de encaje a una posición más allá de aquella que nos permite percibir el mundo que conocemos, pero que sería una tragedia para las personas inexpertas el probar hacerlo. El nagual Elías siempre sostuvo que, de ordinario, no se le habría ocurrido ni soñar con semejante hazaña, pero ese día algo que no era su conocimiento o su voluntad lo obligaba a actuar. La maniobra dio resultado: Talía movió su punto de encaje más allá del mundo que conocemos y regresó a salvo.
El nagual Elías tuvo luego otra intuición. Se sentó entre las dos personas tendidas en el suelo, el actor estaba desnudo, cubierto sólo por la chaqueta del nagual, y revisó la situación con ellos. Les dijo que ambos, por la fuerza de las circunstancias, habían caído en una trampa tendida por el espíritu mismo. Él, el nagual, era la parte activa de esa trampa, porque al encontrarlos en esas condiciones se había visto obligado a convertirse momentáneamente en su protector y a emplear sus conocimientos de brujería para ayudarlos. Como su protector, su deber era advertirles que estaban a punto de llegar a un umbral único, y que a ellos les correspondía, juntos e individualmente, llegar a ese umbral y pasarlo. Para llegar a él tenían que mantener una actitud de abandono pero sin osadía, una actitud de preocupación pero sin obsesiones. No quiso decir más por miedo a confundirlos, o influir en su decisión. Creía que, si ellos iban a cruzar ese umbral, lo tenían que hacer con un mínimo de ayuda suya.
El nagual los dejó solos en ese lugar y se fue a la ciudad a conseguir hierbas medicinales, petates y frazadas. Su idea era que, en la soledad, los dos jóvenes alcanzarían y franquearían ese umbral.
Por largo tiempo los dos permanecieron tendidos, el uno junto al otro, inmersos en sus propios pensamientos. El hecho de que sus puntos de encaje se hubieran movido, significaba que podían pensar con más profundidad que de costumbre, pero también significaba que podían preocuparse, reflexionar y tener miedo de un modo igualmente más profundo.
Puesto que Talía podía hablar y estaba algo más fuerte rompió el silencio, pregun-

tando al joven actor si tenía miedo. El hizo un gesto afirmativo y la muchacha sintió tal compasión por él que le apretó la mano entre las suyas y le cubrió los hombros con el chal que llevaba puesto.

El joven no se atrevía a expresar una palabra. Temía, sin medida, a que le volviera el dolor y la hemorragia si hablaba. Hubiera querido disculparse, decirle que su gran arrepentimiento era haberle hecho daño, que no le importaba morir y que estaba seguro de que ese era su último día.

Los pensamientos de Talía rotaban alrededor del mismo tema. Le dijo al joven que ella tenía un solo pesar: el de haber forcejeado al punto de provocar su muerte. Ahora la inundaba una sensación de paz que le era totalmente desconocida, puesto que había siempre vivido agitada e impulsada por su tremenda energía. Le dijo que para ella estaba muy cercana la muerte y que se alegraba de que todo iba a terminar ese mismo día.

El joven actor, al oír sus propios pensamientos expresados por Talía, sintió un escalofrío. Una onda de energía lo cubrió entonces y lo hizo incorporarse. No sufrió dolor alguno ni le dio tos. Aspiró grandes bocanadas de aire, cosa que no recordaba haber hecho nunca, tomó a Talía de la mano y ambos comenzaron a conversar sin decir palabra.

Don Juan dijo que fue en ese instante cuando se les presentó el espíritu. Y vieron. Dado que eran profundamente católicos, lo que vieron fue una visión del cielo donde todo tenía vida y estaba bañado en luz. Vieron un mundo de aspectos milagrosos.

Cuando el nagual regresó, los jóvenes estaban agotados. Talía estaba inconsciente; el joven, haciendo un supremo esfuerzo, había logrado mantenerse alerta. Insistió en susurrar algo al oído del nagual.

-Vimos el cielo -susurró, con la cara bañada en lágrimas.

-Vieron más que eso -replicó el nagual Elías-. Vieron al espíritu.

Don Juan dijo que, como el descenso del espíritu está siempre velado, Talía y el joven actor no pudieron retener su visión. Muy pronto la olvidaron. Lo inigualable de su experiencia fue que, sin adiestramiento alguno y sin saber que lo estaban haciendo, habían ensoñado juntos y habían visto al espíritu. Que lo hubieran logrado con tanta facilidad era algo muy fuera de lo común.

-Esos dos eran, realmente, los seres más extraordinarios que conocí toda mi vida -agregó don Juan.

Naturalmente, yo quise saber más de ellos, pero don Juan no me dio el gusto. Dijo que eso era todo lo que había acerca de su benefactor y el cuarto centro abstracto.

Obviamente don Juan recordó algo que no me estaba diciendo porque de repente comenzó a reír a carcajadas. Antes de que pudiera preguntarle que era aquello que lo divertía tanto, me dio una palmada en la espalda, diciendo que era hora de partir hacia la cueva.

No hablamos ni una palabra durante el camino. Parecía que don Juan quería dejarme a solas con mis pensamientos.

Cuando llegamos a la saliente rocosa, ya había oscurecido casi por completo. Don Juan se sentó apresuradamente, en el mismo lugar y en la misma posición en que se había sentado la primera vez. Estaba a mi derecha, tocándome con su hombro. De inmediato, entró en un estado de profunda quietud, el cual pareció extenderse hasta cubrirme a mí mismo en un silencio y una inmovilidad totales. Ni siquiera podía oír su respiración o notar la mía. Cerré los ojos y el me propinó un ligero codazo para advertirme que los mantuviera abiertos.

Cuando hubo oscurecido del todo, una inmensa fatiga hizo que mis ojos empezaran a irritarse y a arderme. Finalmente me dejé llevar por el sueño, el sueño más profundo y negro que jamás he tenido. Sin embargo, no estaba totalmente dormido, podía sentir la espesa oscuridad a mi alrededor. Tenía la sensación enteramente física de estar vadeando en la negrura. Súbitamente, ésta se tornó rojiza, luego anaranjada y, después, de una blancura

cegadora, como si fuera una luz de neón terriblemente intensa. Gradualmente enfoqué mi visión y me encontré que estaba yo sentado con don Juan, pero ya no adentro de la cueva. Estábamos en la cima de una montaña contemplando una exquisita planicie, con cerros en la distancia. Esta bella pradera estaba bañada en un resplandor, en unos rayos de luz que emanaban de la tierra misma. A dondequiera que mirase, veía detalles familiares: rocas, colinas, ríos, bosques, barrancos, todas ellos realzados y transformados por su resplandor interno. Este resplandor, que cosquilleaba dentro de todo, también emanaba de mi mismo ser.

-Tu punto de encaje se ha movido -parecía estar diciéndome don Juan.

Sus palabras no tenían sonido, pero aún así supe lo que acababa de decirme. Mi reacción racional fue tratar de explicarme a mí mismo que, porque mis oídos estaban momentáneamente afectados por lo que ocurría, yo había oído a don Juan como si él hubiera estado hablando dentro de un tubo.

-Tus oídos están perfectamente bien. Estamos en otro reino de la percepción -don Juan nuevamente pareció decirme.

Pero yo no podía contestarle. Por un lado, sentía que él letargo de un sueño profundo me impedía decir una sola palabra y, por el otro, me sentía más alerta, más despierto que nunca.

-¿Qué me está pasando? -pensé.

-La cueva hizo que tu punto de encaje se moviera -pensó don Juan y yo oí sus pensamientos como si fueran mis propias palabras pronunciadas para mis adentros.

Sentí una orden, un comando que no tenía nada que ver con mis pensamientos. Algo me ordenó mirar nuevamente la maravillosa pradera.

Al observar fijamente esa prodigiosa visión, filamentos de luz empezaron a irradiar, a salir de todo lo que existía en la pradera. Al principio fue como una explosión de un número infinito de cortas fibras de luz; después, las fibras se transformaron en largas hebras de luminosidad arracimadas en vibrantes rayos de luz que llegaba hasta el infinito. En realidad no había manera alguna de hallar sentido a cuanto veía, ni había modo de describirlo como no sea mediante la imagen de vibrantes hebras de luz. Las hebras de luz no estaban entremezcladas o entretejidas. A pesar de que irradiaron y continuaban irradiando de todas partes y en todas direcciones, cada hebra estaba separada de las otras y al mismo tiempo todas estaban agrupadas de un modo inextricable.

-Estás viendo las emanaciones del Aguila y la fuerza que las agrupa y las mantiene separadas. -pensó don Juan-.

En el momento que capté sus pensamientos, los filamentos de luz parecieron consumir toda mi energía. La fatiga me abrumó. Borró mi visión y me hundió en la oscuridad.

Al abrir los ojos de nuevo, sentí algo muy familiar a mi alrededor. A pesar de no saber dónde me encontraba, pensé haber regresado a mi estado de conciencia normal. Don Juan dormía a mi lado, su hombro recargado contra el mío.

Me di cuenta de que la oscuridad que nos rodeaba era tan intensa que yo no podía ver mis propias manos. Deduje que la niebla debía haber cubierto la saliente rocosa, entrando a la cueva. O tal vez estábamos cubiertos por las nubes bajas que descendían en las noches nubladas desde las altas montañas como silenciosa avalancha. Pero aún en esa total negrura, vi como don Juan abrió los ojos tan pronto como yo abrí los míos, aunque no me miraba. En ese instante, comprendí que el verlo no era el resultado de la luz que afectaba mi retina, sino una sensación corporal.

Me quedé tan absorto observando a don Juan, sin la ayuda de mis ojos, que no presté atención a cuanto me estaba diciendo. Al fin dejó de hablar y volteó la cara hacia mí, como si quisiera mirarme a los ojos.

Tosió un par de veces para aclararse la garganta y comenzó a hablar en voz muy baja. Dijo que su benefactor acostumbraba ir a la cueva con él y con sus otros discípulos muy a menudo, pero más a menudo

aún iba solo. En esa cueva fue donde su benefactor vio la misma pradera que acabábamos de ver. Esa visión le dio la idea de describir al espíritu como el flujo de las cosas.

Don Juan reiteró que su benefactor no pensaba muy bien, de otro modo, se hubiera dado cuenta en un instante que lo que él había visto y creía ser el flujo de las cosas, era el intento, la fuerza que impregna todo. Don Juan agregó que si su benefactor llegó a entender la naturaleza de su visión, nunca lo reveló. Personalmente, don Juan creía que su benefactor nunca lo supo. Creyó simplemente haber visto el flujo de las cosas, lo cual era la absoluta verdad, pero no en el sentido que él le daba.

Don Juan puso tanto énfasis en esto que quise preguntarle la razón de ello, pero no pude hablar. Mi garganta parecía estar congelada. Don Juan no dijo nada más. Nos sentamos en silencio e inmovilidad completos durante horas. Con todo y eso, no experimenté ninguna incomodidad. Mis músculos no se cansaron, mis piernas no se adormecieron, la espalda no me dolió.

Cuando don Juan volvió a hablar, ni siquiera noté la transición y me abandoné rápidamente al sonido de su voz. Era un sonido melodioso y rítmico que provenía de la negrura que me rodeaba.

Dijo que en ese momento yo no me encontraba ni en mi estado normal de conciencia, ni en la conciencia acrecentada, sino suspendido en un intervalo, suspendido en la negrura de la no percepción. Mi punto de encaje se había alejado del sitio donde ocurre la percepción del mundo cotidiana, pero no había alcanzado el sitio que lo haría iluminar un haz nuevo de campos de energía. Dicho con propiedad, mi punto de encaje estaba atrapado entre dos mundos, entre dos posibilidades perceptuales. Ese estado intermedio, ese intervalo de la percepción había sido alcanzado gracias a la influencia de la misma cueva; una influencia guiada por el intento de los brujos que la esculpieron.

Don Juan me pidió prestar mucha atención a lo que iba a decir. Dijo que hacía miles de años, por medio de su capacidad de ver, los brujos descubrieron que la tierra es un ser vivo y consciente, cuya conciencia puede afectar la conciencia de los seres humanos. Al buscar los medios adecuados para utilizar la influencia de la tierra sobre la conciencia humana, encontraron que ciertas cuevas eran bastante efectivas. Don Juan dijo que la búsqueda de cuevas se transformó, para esos brujos, en una tarea que requería la totalidad de sus esfuerzos y que a través de ellos fueron capaces de descubrir una variedad de usos para los diferentes tipos de cuevas que encontraron. Añadió que, de todo aquel trabajo, lo único que interesaba a los brujos modernos era esa cueva en particular y su capacidad de mover el punto de encaje hasta hacerlo llegar a un intervalo de la percepción

Mientras don Juan hablaba, sentí la inquietante sensación de que mi mente se aclaraba. Era como si algo estuviera dirigiendo mi conciencia de ser a convergir en un largo y estrecho túnel, donde se expulsaba todos los pensamientos y sentimientos incompletos de mi conciencia normal.

Don Juan parecía saber perfectamente lo que me estaba sucediendo. Escuché su entrecortada risa de satisfacción. Anunció súbitamente que ahora podíamos hablar con más soltura y que nuestra conversación sería más profunda.

En ese momento recordé una multitud de cosas que don Juan ya me había explicado antes. Supe, por ejemplo, que yo estaba ensoñando. En realidad estaba profundamente dormido, pero perfectamente consciente de mí mismo gracias a mi segunda atención, la contraparte de mi atención normal. Estaba seguro de estar dormido, primeramente porque tenía la sensación corporal de estarlo y, luego, por una deducción racional basada en las afirmaciones que don Juan había hecho en el pasado. Don Juan había dicho que es imposible para los brujos tener una visión continua de las emanaciones del Aguila,

a no ser a través del ensueño; y yo acababa de ver las emanaciones del Aguila, las hebras luminosas que irradiaban por doquier, por lo tanto yo debía estar profundamente dormido y ensoñando.

Don Juan me había explicado varias veces que el universo está formado por campos de energía que desafían las descripciones o el escrutinio, y que por ello los brujos las llaman las emanaciones del Aguila. Había dicho que parecen filamentos de luz ordinaria, pero que la luz ordinaria carece de vida comparada con las emanaciones del Aguila, las cuales exudan conciencia de ser. Hasta esa noche, nunca fui capaz de verlas de manera continua; don Juan siempre sostuvo que mi conocimiento y control del intento no eran adecuados para resistir el impacto de esa visión y, en verdad, tenía razón, era una visión inaudita de luz que irradiaba vida.

Otra explicación de don Juan que recordé fue que la percepción normal ocurre cuando el intento, el cual es energía pura, enciende una porción conocida de los filamentos luminosos dentro de nuestro capullo y, al mismo tiempo, enciende una extensión de los mismos filamentos luminosos que se extienden hasta el infinito fuera de nuestro capullo. La percepción extraordinaria, el ver, ocurre cuando se enciende un grupo no conocido de campos de energía. Todo esto me lo había explicado en términos del brillo del punto de encaje. Solamente después de ver esos filamentos de luz con vida, creí yo comprender las explicaciones de don Juan acerca de la percepción. Comprendí que ese brillo no es otra cosa que la fuerza del intento y al punto de encaje se debía llamar el punto del intento.

En otra ocasión, don Juan me había hablado del desarrollo del pensamiento racional de los antiguos brujos. Me dijo que primeramente los brujos creyeron haber descubierto que el alineamiento era la fuente misma de la conciencia de ser. Mediante el ver, los brujos encontraron que el estar consciente de ser aparece cuando un grupo de los campos de energía encerrados dentro de nuestro capullo luminoso se alinea, por así decirlo, con los mismos campos de energía fuera de él.

No obstante, al examinar todo eso con más cuidado, se les hizo evidente que lo que ellos llamaban el alineamiento de las emanaciones del Aguila no era suficiente para explicar lo que estaban viendo. Veían que sólo una porción muy pequeña del número total de filamentos luminosos dentro del capullo estaba encendida, el resto no lo estaba. El ver encendido a ese pequeño grupo de filamentos había creado un falso sentido de descubrimiento. Los filamentos no necesitaban estar alineados, porque los que estaban encerrados dentro del capullo eran los mismos que los que estaban fuera. Lo que necesitaban era estar encendidos. El capullo luminoso es simplemente una cápsula transparente que encierra una minúscula porción de unas hebras luminosas de infinita extensión. Lo que las iluminaba debía ser, en definitiva, una fuerza independiente. Consideraron entonces que lo importante era el acto de encender los filamentos luminosos. Como no podían llamarlo alineamiento, lo llamaron voluntad o la fuerza encendedora.

Al volverse su ver todavía más sofisticado y eficaz, los brujos se dieron cuenta de que lo que llamaban la voluntad no es solamente la fuerza que es responsable de nuestra conciencia de ser, sino también de todo cuando existe en el universo. Vieron que es una fuerza que posee conciencia total y que surge de los propios campos de energía que componen el universo. Decidieron entonces que era preferible llamarla intento, en vez de voluntad. Pero a la larga el nombre probó ser inadecuado, porque no hace destacar la inconcebible importancia de esa fuerza ni su activa conexión con todo lo existente.

Don Juan me había asegurado que nuestra gran falla colectiva, es el vivir nuestras vidas sin tomar en cuenta para nada esa conexión. Para nosotros, lo precipitado de nuestra existencia, nuestros inflexibles intereses, preocupaciones, esperanzas, frustraciones y miedos, tienen prioridad.

En el plano de nuestros asuntos prácticos, no tenemos ni la más vaga idea de que estamos unidos con todo lo demás.

Don Juan me había también expresado su creencia de que uno de los conceptos del cristianismo, el de haber sido expulsados del paraíso, le sonaba a él como la alegoría de la pérdida de nuestro conocimiento silencioso, nuestro conocimiento del intento. La brujería era entonces un retroceso al comienzo, un retorno al paraíso.

Permanecieron en la cueva, sentados en silencio total, quizás horas enteras o tal vez sólo unos cuantos instantes. De pronto don Juan empezó a hablar y el inesperado sonido de su voz me sacudió. No capté lo que me dijo. Antes de empezar a hablar para pedirle que me lo repitiera, aclaré mi garganta, y ese acto me sacó de mi estado de reflexión. De inmediato sentí que había regresado a mi estado normal de conciencia. Noté que la oscuridad a mi alrededor había dejado de ser negra impenetrable, y que ya podía hablar.

Con voz serena, don Juan me dijo que, por primera vez en mi vida, había visto al espíritu, la fuerza que sustenta al universo. Afirmó que el espíritu no es algo que uno podría usar o comandar o hacer que se moviera de ninguna forma, no obstante uno puede usarlo, comandarlo, moverlo como se dé a uno la gana. Esta contradicción, según dijo, es la esencia de la brujería. Y por no entenderla, generaciones enteras de brujos habían sufrido dolores y pesares inimaginables. Los brujos de hoy en día, en un esfuerzo por evitar pagar este exorbitante precio de dolor, habían desarrollado un código de conducta llamado "el camino del guerrero", o la acción impecable. Un código de conducta que los preparaba realzando su cordura y su prudencia.

Don Juan explicó que en otros tiempos, en el pasado remoto, los brujos estuvieron profundamente interesados en el vínculo de conexión general que el intento posee con todas las cosas. Al concentrar su segunda atención en ese vínculo, adquirieron no sólo el conocimiento directo, sino también la capacidad de manejar ese conocimiento y ejecutar asombrosas hazañas. Sin embargo, no adquirieron el buen juicio necesario para manejar todo ese poder.

Los brujos, mostrando más cordura, decidieron entonces concentrar su segunda atención solamente en el vínculo de criaturas que poseen conciencia de ser. Estas incluyeron la gama entera de los seres orgánicos existentes, así como la gama total de los que los brujos llaman seres inorgánicos o aliados, a los que describen como entes que poseen conciencia de ser pero no vida, por lo menos, de la manera en que nosotros entendemos la vida. Esta solución tampoco tuvo éxito, porque una vez más, no les trajo ni sabiduría ni buen juicio.

En su siguiente reducción, los brujos concentraron su segunda atención sólo en el vínculo que conecta a los seres humanos con el intento. El resultado final fue muy parecido a los anteriores.

Los brujos sensatos buscaron una reducción final: cada brujo debía preocuparse solamente por su conexión individual. Pero esto resultó ser igualmente inútil.

Don Juan dijo que a pesar de existir una gran diferencia entre estas cuatro áreas de interés, todas ellas eran igual de peligrosas. Así pues, al final los brujos acabaron por enfocar sólo la capacidad que posee cada vínculo de conexión con el intento para moverse más allá de todo lo concebible y permitir, así, la percepción de mundos inimaginables. Todo lo demás, pertinente al movimiento del punto de encaje lo echaron a lado.

Aseguro que todos los brujos modernos debían luchar con ferocidad inigualada para lograr el buen juicio. Hizo hincapié en que la lucha de un nagual es especialmente feroz, porque un nagual es más fuerte, controla mejor los campos de energía que determinan la percepción y tiene más entrenamiento y más familiaridad con el conocimiento silencioso, el cual no es más que el contacto directo con el intento.

Don Juan finalizó su explicación diciendo que la meta de la brujería es restablecer el

conocimiento silencioso, reviviendo el vínculo con el intento; particularmente, llegar a controlarlo pero sin sucumbir a él. Los centros abstractos de las historias de brujería son, por lo tanto, diferentes matices del conocimiento silencioso, diferentes grados de nuestra capacidad de estar conscientes del intento.

Comprendí la explicación de don Juan con tremenda claridad. Pero mientras mejor la entendía y mientras más claras se me hacían sus palabras, mayor era mi desconsuelo y mi desesperación. En cierto momento, consideré con sinceridad poner fin a mi vida ahí mismo. Sentía que mi existencia era una maldición. Casi al borde de las lágrimas le dije a don Juan que no tenía caso seguir con sus explicaciones, porque en cualquier momento yo perdería mi claridad mental y al regresar a mi estado normal de conciencia, no tendría ninguna noción de haber visto o escuchado nada. Mi conciencia mundana impondría sus hábitos repetitivos de toda la vida y, sobre todo, impondría la razonable previsibilidad de su lógica. Para mí eso era una maldición. Le dije que me daba asco mi destino.

Don Juan se empezó a reír. Entre carcajadas comentó que aún en el estado de conciencia acrecentada yo era un baboso a quien le encantaba la repetición, y que periódicamente yo insistía en aburrirlo con mis estallidos de importancia personal. Dijo que si tenía que sucumbir, debía hacerlo luchando, no pidiendo perdón y sintiéndome inútil, y que no importaba un comino lo que fuera nuestro destino siempre que lo enfrentáramos con un abandono total.

Sus palabras me hicieron sentir dichoso y feliz. Le repetí una y otra vez que yo estaba profundamente de acuerdo con él. Sentía yo tal felicidad, que sospeché que mis nervios empezaban a fallarme. Las lágrimas me corrían por las mejillas. Apelé a todas mis fuerzas para detener esa sensación y sentí el tranquilizador efecto de mis frenos mentales. Pero al ocurrir esto, mi claridad de mente comenzó a opacarse. Luché en silencio, tratando de estar menos controlado y menos nervioso. Don Juan no hizo ningún ruido. Me dejó en paz por completo.

Para cuando hube recuperado mi equilibrio, era casi el amanecer. Don Juan se levantó, estiró los brazos por encima de su cabeza y tensó los músculos haciendo crujir sus articulaciones. Me ayudó a incorporarme y comentó que yo había pasado una noche de grandes logros: había experimentado lo que era el espíritu y había sido capaz de convocar fuerzas insospechadas para realizar algo que, en apariencia, equivalía a calmar mi nerviosidad, pero que a un nivel más profundo era, en realidad, un movimiento volitivo muy eficiente de mi punto de encaje.

Luego me hizo señas de que era hora de emprender el regreso.

VIII. EL SALTO MORTAL DEL PENSAMIENTO

Al despuntar el día salimos de la cueva y empezamos el descenso hacia el valle. Don Juan, en lugar de seguir la ruta más directa, dio un rodeo muy grande que nos llevó por la orilla del río. Explicó que debíamos recobrar el juicio antes de llegar a casa.

Le dije que era muy amable de su parte el decir que "debíamos recobrar el juicio" cuando en realidad yo era el único que debía hacerlo. Replicó que la suya no era amabilidad sino simplemente comportamiento de guerrero, puesto que ser un guerrero implicaba, en este caso, estar siempre en guardia contra la natural brusquedad de la conducta humana. Dijo que un guerrero es, en esencia, un ser implacable, de recursos muy fluidos y de gustos y conducta muy refinados; un ser cuya tarea en este mundo es el afilar sus aristas cortantes, una de las cuales es la conducta, para que así nadie sospeche su inexorabilidad.

Entramos a su casa alrededor del mediodía, a tiempo para almorzar. Yo tenía un hambre feroz, pero no me sentía cansado.

Después del almuerzo pensé que sería dable ir a dormir, pero don Juan, mientras me escudriñaba de pies a cabeza me increpó diciendo que no tenía tiempo que perder. Me dijo que muy pronto perdería la poca claridad que aún me restaba y que si me acostaba la perdería por completo.

-No se necesita ser un genio para darse cuenta de que casi no hay ninguna manera de hablar acerca del intento -dijo de pronto cambiando la conversación-. Pero decir eso no significa nada en particular, y ésta es la razón por la que los brujos mejor se fían de las historias de brujería, con la esperanza de que algún día quien las escuche entienda sus centros abstractos.

Comprendí lo que decía, aunque seguía sin concebir lo que era un centro abstracto o lo que supuestamente debería significar para mí. Traté de reflexionar sobre eso y me invadieron toda clase de pensamientos. Imágenes cruzaban por mi mente con suma velocidad, sin darme tiempo a recapacitar. Ni siquiera las podía detener lo suficiente como para poder reconocerlas. Finalmente la furia se apoderó de mí y di un puñetazo a la mesa.

Don Juan se sacudió de pies a cabeza, ahogado de risa.

-Haz lo que hiciste anoche -me exhortó guiñándome un ojo-. Apacíguate.

Mi frustración me tornó muy agresivo. De inmediato le saqué en cara un argumento disparatado: que no hacía nada por ayudarme. Me di cuenta de mi error y le pedí disculpas por mi falta de control.

-No te disculpes. -dijo-. Debo decirte que entender como quieres hacerlo no es posible en este momento. Quiero decir que los centros abstractos de las historias de la brujería no te pueden decir nada por ahora. Más tarde, esto es, años más tarde, las comprenderás a la perfección.

Le supliqué a don Juan que no me dejara a oscuras, que me explicara más sobre los centros abstractos, porque no estaba claro en absoluto lo que él quería que yo hiciera con ellos. Le aseguré que mi estado de conciencia acrecentada del momento me podría ayudar inmensamente a entender su exposición. Lo exhorté a apresurarse, ya que no podía garantizar cuánto tiempo permanecería en dicho estado. Agregue que en breve entraba a la conciencia normal y eso significaba todavía más idiotez de la que ya existía en ese instante. Lo dije un poco en broma. Su carcajada me indicó que él lo había tomado como tal, pero yo en cambio me tomé muy en serio. En cuestión de un instante se apoderó de mí una tremenda melancolía.

Don Juan me tomó del brazo y con mucha consideración me condujo hasta un cómodo sillón y se sentó frente a mí. Fijó su vista en mis ojos y, por un momento, fui incapaz de sustraerme a la fuerza de su mirada.

-Los brujos constantemente se acechan a sí mismos -aseveró en un tono alentador, como si quisiera calmarme con el sonido de su voz.

Quise decirle que mi nerviosidad había pasado y que tal vez había sido causada por mi falta de sueño, pero él no me dejó decir nada. Me aseguró que ya me había enseñado cuanto cabía saber sobre el acecho, pero que yo aún no había rescatado ese conocimiento del fondo de mi conciencia acrecentada, donde lo tenía almacenado. Yo admití tener la fastidiosa sensación de estar embotado. Sentía que había algo encerrado dentro de mí, algo que me hacía dar portazos y patear las mesas, algo que me frustraba y me ponía irascible.

-Esa sensación de estar enfrascado es algo que todos los seres humanos experimentamos -dijo-. Eso es lo que nos hace acordar de que tenemos un vínculo con el intento. Para los brujos esa sensación es tan aguda que crea una presión inaguantable, justamente porque su meta es sensibilizar ese vínculo de conexión hasta hacerlo funcionar a voluntad.

"Cuando la presión es demasiado grande, los brujos la alivian acechándose a sí mismos.

-Creo que todavía no comprendo qué significa acechar -dije-. Pero en cierto nivel creo saber exactamente lo que es.

-Pues entonces, vamos a aclarar lo que sabes -manifestó-. El acecho es un pro-

cedimiento simplísimo. Es un modo de conducta especial que se ajusta a ciertos principios; una conducta secreta, furtiva y engañosa, que esta diseñada para darle a uno algo así como una sacudida mental. Por ejemplo, acecharse a uno mismo significa darse un sacudón usando nuestra propia conducta en una forma astuta y sin compasión.

Explicó que cuando la conciencia de ser de los brujos se atasca debido a la enormidad de lo que perciben, lo cual era mi caso en ese momento, lo mejor o tal vez lo único que se podía hacer era usar la idea de la muerte para provocar ese sacudón mental que era el acecho.

-La noción de la muerte es de monumental importancia en la vida de los brujos -continuó don Juan-. Te he hablado innumerables veces de la muerte a fin de convencerte de que lo que nos da cordura y fortaleza es saber que nuestro fin es inevitable. Nuestro error más costoso es permitirnos no pensar en la muerte. Es como si creyéramos que, al no pensar en ella, nos vamos a proteger de sus efectos.

-Tendrá usted que admitir, don Juan, que dejar de pensar en la muerte ciertamente nos protege de preocuparnos acerca de morir.

-Sí, sirve para ese propósito -concedió-. Pero es un propósito indigno, para cualquiera. Para los brujos, es una farsa grotesca. Sin una visión clara de la muerte, no hay orden para ellos, no hay sobriedad, no hay belleza. Los brujos se esfuerzan sin medida por tener su muerte en cuenta, con el fin de saber, al nivel más profundo, que no tienen ninguna otra certeza sino la de morir. Saber esto da a los brujos el valor de tener paciencia sin dejar de actuar, les da el valor de acceder, el valor de aceptar todo sin llegar a ser estúpidos, les da valor para ser astutos sin ser presumidos y, sobre todo, les da valor para no tener compasión sin entregarse a la importancia personal,

Don Juan fijó su mirada en mí. Sonrió y meneó la cabeza.

-Sí -continuó-. La idea de la muerte es lo único que da valor a los brujos. ¿Es extraño, no?, la muerte dándonos valor.

Sonrió de nuevo y me dio un ligero codazo. Yo le dije que me sentía absolutamente aterrado con la idea de mi muerte, que pensaba en ella constantemente, pero que no me daba valor ni me alentaba a actuar. Tan sólo me volvía cínico o me hacía caer en estados de profunda melancolía.

-Tu problema es muy simple -dijo-. Te obsesionas con facilidad. Te he dicho muchísimas veces que los brujos se acechan a sí mismos para romper el poder de sus obsesiones. Hay muchas formas de acecharse a uno mismo. Si no quieres usar la idea de tu muerte, usa los poemas que me lees y acéchate con ellos.

-¿Qué me aceche con ellos? ¿Qué quiere usted decir?

-Te he dicho que hay muchas razones por las que me gustan los poemas -dijo-. Una de ellas es que me permiten acecharme a mí mismo. Me doy una sacudida con ellos. Mientras tú me los lees y yo los escucho, apago mi diálogo interno y dejo que mi silencio cobre impulso. Así, la combinación del poema y el silencio se transforman en el procedimiento que descarga el sacudón.

Explicó que los poetas, sin saberlo, anhelan el mundo de los brujos. Como no son brujos, ni están en el camino del conocimiento, lo único que les queda es el anhelo.

-Veamos si puedes sentir lo que te estoy diciendo -dijo entregándome un libro de poemas de José Corostiza.

Lo abrí adonde estaba marcado y él me señaló el poema que le gustaba.

...este morir incesante,
tenaz, esta muerte viva,
¡oh Dios! que te está matando
en tus hechuras estrictas,
en las rosas y en las piedras,
en las estrellas ariscas
y en la carne que se gasta
como una hoguera encendida,
por el canto, por el sueño,
por el color de la vista.

...que acaso te han muerto allá
siglos de edades arriba,
sin advertirlo nosotros,
migajas, borra, cenizas
de ti, que sigues presente
como una estrella mentida
por su sola luz, por una
luz sin estrella, vacía,
que llega al mundo escondiendo
su catástrofe infinita.

-Al oír el poema -dijo don Juan una vez que hube terminado de leer-, siento que ese hombre está viendo la esencia de las cosas y yo veo con él. No me interesa de qué trata el poema. Sólo me interesan los sentimientos que el anhelo del poeta me brinda. Siento su anhelo y lo tomo prestado y torno prestada la belleza. Y me maravillo ante el hecho de que el poeta, como un verdadero guerrero, la derroche en los que la reciben, en los que la aprecian, reteniendo para si tan sólo su anhelo. Esa sacudida, ese impacto de la belleza, es el acecho.

Su explicación tocó una cuerda extraña en mí y me conmovió muchísimo.

-¿Diría usted, don Juan, que la muerte es el único enemigo real que tenemos? -le pregunté, un momento después.

-No -dijo con convicción-. La muerte no es un enemigo, aunque así lo parezca. La muerte no es nuestra destructora, aunque así lo pensemos.

-¿Qué es, entonces? -pregunté.

-Los brujos dicen que la muerte es nuestro único adversario que vale la pena -respondió-. La muerte es quien nos reta y nosotros nacemos para aceptar ese reto, seamos hombres comunes y corrientes o brujos. Los brujos lo saben; los hombres comunes y corrientes no.

-Si alguien me lo preguntara, yo diría que la vida es un reto, don Juan, no la muerte -dije.

-Como nadie te lo va a preguntar sería mejor que ni lo dijeras -replicó y soltó una carcajada-. La vida es el proceso mediante el cual la muerte nos desafía -agrego en un tono más serio-. La muerte es la fuerza activa. La vida es sólo el medio, el ruedo, y en ese ruedo hay únicamente dos contrincantes a la vez: la muerte y uno mismo.

-Yo diría, don Juan, que nosotros los seres humanos somos los retadores -argüí.

-De ningún modo -replicó-. Nosotros somos seres pasivos. Piénsalo. Si nos movemos es debido a la presión de la muerte. La muerte marca el paso a nuestras acciones y sentimientos y nos empuja sin misericordia hasta que nos derrota y gana la contienda. O hasta que nosotros superamos todas las imposibilidades y derrotamos a la muerte.

"Los brujos hacen eso; derrotan a la muerte y ésta reconoce su derrota dejándolos en libertad, para nunca retarlos más.

-¿Significa esto que los brujos se vuelven inmortales? -pregunté.

-No. No significa eso -respondió-. La muerte deja de retarlos, eso es todo.

-Pero, ¿qué quiere decir eso, don Juan? -pregunté.

-Quiere decir que el pensamiento ha dado un salto mortal a lo inconcebible -dijo.

-¿Qué es un salto mortal del pensamiento a lo inconcebible? -pregunté, tratando de no parecer belicoso-. El problema entre nosotros dos don Juan, es que no compartimos los mismos significados.

-No, eso no es verdad -protestó don Juan-. Tú entiendes bien lo que quiero decir. El que tú exijas una explicación racional de un salto mortal del pensamiento a lo inconcebible es una grosería. Tú sabes exactamente de qué se trata.

-No, le aseguro que no lo sé -dije.

Y en ese momento me di cuenta de que sí lo sabía, o más bien intuí que sabía lo que significaba. Una parte de mí podía trascender mi racionalidad y, sin entrar en un nivel puramente metafórico, entender y explicar lo que era un salto mortal del pensamiento a lo inconcebible. El problema era que esa parte de mí no era lo suficientemente fuerte como para emerger a voluntad.

Cuando le expliqué esto a don Juan, él comentó que mi conciencia de ser era como un yoyo. Algunas veces se elevaba, como

en ese momento, hasta un punto alto y eso me daba un extraño dominio sobre mí mismo, mientras que otras veces descendía, convirtiéndome en un idiota racional, o simplemente se quedaba estacionada en un miserable punto medio donde yo no era ni chicha ni limonada.
-Un salto mortal del pensamiento a lo inconcebible -explicó, con aire de resignación- es el descenso del espíritu, el acto de romper nuestras barreras perceptuales. Es el momento en el que la percepción del hombre alcanza sus límites. Los brujos practican el arte de enviar precursores, exploradores de vanguardia a que sondeen nuestros límites perceptuales. Esta es otra razón por la que me gustan los poemas. Los considero exploradores. Pero como ya te dije, los poetas no saben con tanta exactitud como los brujos lo que estos exploradores de vanguardia pueden lograr.

Don Juan dijo que teníamos muchas cosas que discutir y me preguntó si quería ir al centro, a la plaza, a dar un paseo. Yo me encontraba en un estado de ánimo muy peculiar. Algo más temprano había notado un retraimiento en mí que iba y venía. Al principio, pensé que era el cansancio físico que nublaba mis pensamientos. Pero mis pensamientos eran claros como el agua. Esto me convenció de que lo que sentía era un resultado de mi cambio a la conciencia acrecentada.
Al caer la tarde, salimos de la casa y fuimos a la plaza del pueblo. Allí, me apresuré a preguntarle a don Juan, antes de que él tuviera la oportunidad de decir cualquier otra cosa, a qué se debía mi estado de ánimo. Lo atribuyó a un desplazamiento de energía. Me explicó que al limpiarse, al aclararse el vínculo de conexión con el intento, la energía que de ordinario era utilizada para enturbiarlo y mantener fija su posición en el sitio habitual se liberaba y se concentraba de manera automática en el vínculo mismo. Me aseguró que no había técnicas preconcebidas o maniobras que un brujo pudiera aprender con anticipación para mover esa energía. Más bien, era cuestión de un desplazamiento automático e instantáneo que sucedía una vez que se había alcanzado un determinado grado de pericia.
Le pregunté cuál era ese grado de pericia. Me dijo que los brujos lo llamaban "el puro entendimiento". La comprensión proporcionaba el impulso. Para lograr ese desplazamiento instantáneo de energía se requería una conexión clara y límpida con el intento y, para obtener una conexión clara y límpida, todo lo que se necesitaba era intentarla mediante el puro entendimiento.
Naturalmente, quise que me explicara "el puro entendimiento". Él río y se sentó en una banca.
-Voy a decirte algo fundamental acerca de los brujos y sus actos de brujería -continuó-. Algo acerca del salto mortal del pensamiento a lo inconcebible. Quizás esto te dé la clave para comprender el puro entendimiento.
Dijo que algunos brujos se dedicaban a relatar historias. El narrar historias era para ellos no sólo el explorador de vanguardia que sondeaba sus límites perceptuales, sino también su camino a la perfección, al poder, al espíritu, al puro entendimiento. Guardó silencio por un momento; era obvio que buscaba un ejemplo apropiado. Me recordó que los indios yaquis poseían una colección oral de eventos históricos que ellos llamaban "fechas memorables". Yo sabía que las fechas memorables eran una compilación de relatos orales de su historia como nación en pie de guerra contra los invasores de su tierra: los españoles primero, los mexicanos después. Don Juan dijo de manera enfática, siendo él mismo un indio yaqui, que las fechas memorables constituían un acopio de sus derrotas y de su desintegración.
-¿Que dirías tú -preguntó- tú que eres un hombre educado, si un brujo que relata historias tomara un relato de las fechas memorables, digamos por ejemplo, la historia de Calixto Muni y le cambiara el final? En vez de decir que Calixto Muni fue descuartizado por sus ejecutores españo-

les, como realmente ocurrió, él narrara la historia de Calixto Muni como el rebelde victorioso que logró liberar a su pueblo.
Yo conocía la historia de Calixto Muni, un indio yaqui quien, según las fechas memorables, sirvió durante muchos años en un barco bucanero en el Caribe, con objeto de aprender estrategias de guerra. A su regreso a Sonora, se las arregló para levantarse en armas contra los españoles y declarar la guerra de independencia, tan sólo para ser traicionado, capturado y ejecutado.
Don Juan me instó a hacer algún comentario. Le dije que yo me veía obligado a creer que, el cambiar un relato objetivo, basado en hechos reales, conforme él lo describía, era un recurso psicológico del brujo narrador para expresar sus anhelos ocultos. O quizás una forma personal e idiosincrática de aminorar la frustración. Agregué que inclusive hasta llamaría a ese brujo narrador un patriota, porque era obviamente incapaz de aceptar la amarga derrota.
Don Juan se ahogó de risa.
-Pero no se trata sólo de un específico brujo que relata historias -arguyó-. Todos los brujos que relatan historias hacen lo mismo.
-En ese caso, es una estratagema socialmente aprobada que expresa los anhelos ocultos de toda una sociedad -respondí-. Una forma socialmente aceptada de desahogar colectivamente la tensión psicológica.
-Tu argumento es locuaz, convincente y muy razonable -comentó-. Pero debido a que te falta el puro entendimiento no puedes ver tu falla.
Me miró como si me estuviera persuadiendo a comprender lo que me decía. Yo no hice ningún comentario; cualquier cosa que hubiera dicho me habría hecho parecer resentido.
-El brujo que relata historias y que cambia el final de un relato real y socialmente aceptado -dijo- lo hace bajo la dirección y los auspicios del espíritu. Como puede y sabe manejar su conexión con el intento, puede también manejar el puro entendimiento y cambiar las cosas. El brujo narrador hace señas de que ha intentado cambiar el relato, quitándose el sombrero, poniéndolo sobre el suelo y dándole una vuelta completa de derecha a izquierda. Bajo los auspicios del espíritu, ese simple acto lo precipita dentro del espíritu mismo. Ha dejado que su pensamiento dé un salto mortal a lo inconcebible.
Don Juan levantó el brazo por encima de la cabeza y, por un instante, apuntó hacia el cielo, sobre la línea del horizonte.
-Debido a que su puro entendimiento es un explorador de vanguardia que sondea aquella inmensidad -prosiguió don Juan- el brujo narrador sabe, sin lugar a dudas, que, en algún lugar, de alguna manera, ahí en ese infinito, en este mismo momento, ha descendido el espíritu. El pensamiento ha dado un salto mortal a lo inconcebible y Calixto Muni es el victorioso. Ha liberado a su pueblo. Su lucha ha trascendido lo personal.
-¡Quién eres tú y tu pinche racionalidad para poner cadenas al pensamiento!

IX. MOVER EL PUNTO DE ENCAJE

Un par de días más tarde, don Juan y yo emprendimos un viaje a las montañas. Explicó que había decidido ir a un lugar especial, que creara un ambiente apropiado en donde explicarme algunos aspectos complejos de la maestría del estar consciente de ser. Habitualmente don Juan prefería ir a la cordillera del oeste, que además estaba más cerca, pero esa vez eligió las cumbres del este. Esa cordillera era mucho más alta y estaba más lejos. A mí me parecía más siniestra, oscura e imponente. No podía sin embargo determinar si esa impresión era mía o si, de algún modo, había absorbido los sentimientos de don Juan acerca de esas montañas.
Al llegar a las colinas bajas, antes de comenzar el ascenso a las empinadas cumbres, nos sentamos a descansar. Abrí la mochila que las mujeres videntes del gru-

po de don Juan me habían preparado y encontré un enorme pedazo de queso. Al verlo experimenté un momento de fastidio, como me sucede de costumbre, ya que el queso me ha encantado toda la vida, pero nunca me ha sentado bien. Y siempre he sido incapaz de rechazarlo.

Don Juan, desde el momento que se dio cuenta de mi debilidad, hizo lo imposible por aguijonearme con ella. Al principio me sentí muy avergonzado, pero mi vergüenza disminuyó al descubrir que cuando no había queso a mi alrededor no lo echaba de menos. El problema era que los bromistas del grupo de don Juan siempre me ponían un gran trozo de queso al alcance de la mano. Y yo, por supuesto, siempre terminaba por comerlo.

-Termínalo en una sola sentada -me aconsejo don Juan, con un destello de malicia en los ojos-. Así no tendrás que preocuparte más por el asunto.

Probablemente bajo la influencia de tal consejo, tuve el enorme deseo de devorar todo el trozo. Don Juan rió tanto que, una vez más, sospeché que se había puesto de acuerdo con su grupo para tenderme una trampa.

Ya más en serio, sugirió que pasáramos la noche allí, en las colinas y que tomáramos uno o dos días para llegar a las cumbres más altas. Yo estuve de acuerdo.

De una manera muy casual, don Juan me preguntó si me había acordado de algo sobre las cuatro disposiciones del acecho. Admití que había tratado, pero que me falló la memoria.

-¿No recuerdas que te enseñé lo que significa no tener compasión? -preguntó-. No tener compasión, lo opuesto a tenerse lástima a sí mismo.

Yo no me acordaba de nada. Don Juan pareció quedarse pensando qué decir. De pronto las comisuras de su boca se dejaron caer en un gesto de fingida impotencia. Se encogió de hombros y, levantándose, caminó apresuradamente una corta distancia hasta la cima plana de una pequeña colina.

-Los brujos no tienen compasión -dijo, mientras nos sentábamos en el suelo rocoso-. Pero ya tú sabes todo eso. Lo hemos conversado tantas veces.

Después de un largo silencio dijo que continuaríamos discutiendo los centros abstractos de las historias de la brujería, pero que tenía la intención de hablar cada vez menos sobre ellos, pues se acercaba el momento en que me sería dado descubrirlos yo mismo y permitir que me revelaran su significado.

-Como ya te he dicho -continué-, el cuarto centro abstracto se llama "el descenso del espíritu" o "ser movido por el intento". La historia cuenta que, a fin de revelar los misterios de la brujería al hombre del que hemos estado hablando, fue necesario que el espíritu descendiera. El espíritu eligió un momento en que el hombre estaba distraído, con la guardia baja y, sin mostrar piedad alguna, dejó que su presencia moviera, por sí misma, el punto de encaje de ese hombre a una determinada posición. Una posición que los brujos describen como el sitio donde uno pierde la compasión o el sitio donde no hay piedad. Puesto que el hombre de nuestra historia perdió allí la compasión, el no tener compasión se convirtió en el primer principio de la brujería.

"El primer principio nunca debe confundirse con el primer efecto del aprendizaje de brujería, que es el moverse desde la conciencia normal a la conciencia acrecentada.

-No comprendo lo que trata usted de decirme -me quejé.

-Lo que quiero decir es que, según todas las apariencias, el moverse de un estado de conciencia al otro es lo primero que le ocurre a un aprendiz de brujo -replicó-. Por consiguiente es natural para un aprendiz asumir que el movimiento del punto de encaje es el primer principio de la brujería. Pero no es así. El primer principio de la brujería es el no tener compasión. Pero ya hemos hablado anteriormente de esto. Sólo estoy tratando de hacerte acordar.

En ese momento pude sinceramente haber dicho que no tenía ni la menor idea de

lo que don Juan decía, pero también pude haber dicho que tenía la extraña sensación de que lo sabía muy bien.
-Acuérdate de la primera vez que te hablé de no tener compasión -me instó-. Acordarse tiene que ver con el movimiento del punto de encaje.
Esperó un momento para ver si yo seguía o no su sugerencia. Como era obvio que yo no podía hacerlo, continuo con su explicación. Dijo que por misterioso que fuera el moverse a la conciencia acrecentada sólo hacía falta la presencia del espíritu para lograrlo.
Comenté que ese día o bien sus enseñanzas eran extremadamente oscuras o yo estaba terriblemente denso, pues no podía seguir sus pensamientos en absoluto. Respondió, con mucha firmeza, que mi confusión no tenía la menor importancia y que lo único significativo era el que yo comprendiera que un mero contacto con el espíritu bastaba para facilitar el movimiento del punto de encaje.
-Ya te he dicho que el nagual es el conducto del espíritu -prosiguió-. Hay dos razones por las que el nagual puede dejar que el espíritu se exprese a través de él. Una es porque pasa toda su vida redefiniendo impecablemente su vínculo de conexión con el intento, y la otra es porque tiene más energía que el hombre común y corriente. Por ello, lo primero que experimenta un aprendiz de brujo es un cambio en su nivel de conciencia, un cambio provocado simplemente por la presencia del nagual. En realidad, no hay, ni se necesita ningún procedimiento para mover el punto de encaje. El espíritu toca al aprendiz a través del nagual y su punto de encaje se mueve. Así es de simple.
Le dije que sus aseveraciones me eran muy inquietantes, porque contradecían lo que yo difícilmente había aprendido a través de mi experiencia personal: que la conciencia acrecentada era posible gracias a una maniobra sofisticada, aunque inexplicable, que don Juan llevaba a cabo para guiar mi percepción. A lo largo de mis años de relación con él, una y otra vez me había hecho entrar en la conciencia acrecentada golpeándome la espalda. Le hice notar su contradicción.
Alegó que lo de golpear la espalda es una genuina maniobra para manejar la percepción la primera vez que se pone en practica. De allí en adelante es solo una treta para atrapar la atención y borrar las dudas. El hecho de que el insistiera en darme palmadas lo llamó un pequeño ardid, producto de su personalidad moderada. Comentó, no del todo en broma, que yo debía estar agradecido de que él fuera un hombre tan simple y tan poco dado a lo bizarro. De lo contrario, para que se pudiera borrar cualquier duda de mi mente y el espíritu pudiera mover mi punto de encaje, yo habría tenido que vérmelas con ritos macabros.
-Lo que se necesita para que la magia pueda apoderarse de nosotros es borrar nuestras dudas -dijo-. Una vez que las dudas desaparecen, todo es posible.
Me hizo recordar un acontecimiento que yo había presenciado algunos meses antes, en la ciudad de México, el cual me había resultado incomprensible hasta que él me lo explicó, utilizando el paradigma de los brujos.

Lo que yo había presenciado fue una operación quirúrgica llevada a cabo por una famosa curandera psíquica. Su paciente fue un amigo mío y, para operarlo, la curandera entró en un trance muy dramático.
Pude observar que, utilizando un cuchillo de cocina, abrió la cavidad abdominal del paciente en la región umbilical, separó el hígado enfermo, lo lavó en un balde de alcohol, volvió a ponerlo en su sitio y cerró la abertura, que no tenía ni gota de sangre, con la mera presión de sus manos.
Varias personas, que estuvieron presentes en la habitación en penumbra, presenciaron la operación. Algunos parecían haber sido invitados como yo, los otros, parecían ser los ayudantes de la curandera.
Después de la operación hablé brevemente con tres de los invitados. Todos estaban

de acuerdo en que habían presenciado lo mismo que yo. Cuando hablé con mi amigo, el paciente, me contó que él sólo había sentido un dolor constante, pero no fuerte, en el estómago y una sensación de ardor en el lado derecho.
Le había relatado todo esto a don Juan y hasta me atreví a dar una explicación cínica. Dije que, en mi opinión, la penumbra del cuarto se prestaba perfectamente para la prestidigitación, y que eso podría explicar el hecho de que vi los órganos internos fuera de la cavidad abdominal, enjuagados en el balde de alcohol. Por otro lado, el impacto emocional causado por el dramático trance de la curandera, que también me pareció un truco, ayudó a crear entre los presentes una atmósfera de fe casi religiosa.
De inmediato don Juan señaló que esto era una opinión cínica en vez de una explicación cínica, pues no explicaba el hecho de que mi amigo se hubiera recuperado de su enfermedad. Don Juan propuso entonces una explicación basada en el conocimiento de los brujos. Dijo que todo el acontecimiento se basaba en el hecho, incomprensible para la razón, de que la curandera fuese capaz de mover el punto de encaje del exacto número de personas en el cuarto. El único truco, si así se le podía llamar, era que el número de personas no excediera el que ella podía manejar.
Su dramático trance y el histrionismo consiguiente eran, según don Juan, o bien artificios conscientemente usados para atrapar la atención de los presentes o maniobras dictadas por el espíritu mismo, para ser usadas conscientemente. Como fuese, constituían el medio más apropiado para que la curandera pudiera fomentar la unidad de pensamiento necesaria para borrar dudas en los presentes, y así forzarlos a entrar en la conciencia acrecentada.
Abrir el cuerpo con un cuchillo de cocina y extraer los órganos internos no fue prestidigitación, afirmó don Juan. Fue algo auténtico y real. Pero, en vista de que ocurrió en la conciencia acrecentada, estaba fuera del criterio cotidiano.
Yo le había preguntado a don Juan cómo era posible que la curandera moviera los puntos de encaje de esas personas sin tocarlas. Su respuesta fue que el poder de la curandera, ya fuera un don o un estupendo logro, era servir de conducto al espíritu. Era el espíritu y no la curandera, dijo, el que había movido esos puntos de encaje.

-Cuando tú me contaste la historia de la curandera, -dijo don Juan-, te expliqué, aunque tú no comprendiste ni una sola palabra, que el arte y el poder de esa mujer consistían en borrar las dudas de los presentes. Al hacer eso, ella podía permitir que el espíritu moviera sus puntos de encaje. Una vez que esos puntos estaban en una nueva posición, todo era posible. Habían entrado en el reino donde los milagros son cosas de todos los días.
Aseguró que la curandera debía de ser también bruja. Dijo que si yo hacía un esfuerzo por recordar la operación, vería que ella había mostrado no tener compasión con los presentes, especialmente con el enfermo.
Le repetí lo que me acordaba de la sesión. Tanto el timbre como el tono de la voz, seca y femenina de la curandera, cambiaron dramáticamente cuando entró en trance. Su voz se volvió ronca y profunda, como la de un hombre. Fue esa voz la que anunció que el espíritu de un guerrero de la antigüedad precolombina se había posesionado del cuerpo de la curandera. Una vez que el anuncio fue hecho, la actitud de la mujer cambió dramáticamente. Estaba poseída. Absolutamente segura de sí misma procedió a operar con total certidumbre y firmeza.
-En vez de decir que tenía certidumbre y firmeza -comentó don Juan-, yo preferiría decir que esa curandera, a fin de crear un ambiente adecuado para la intervención del espíritu, no tuvo compasión.
Aseveró que sucesos difíciles de explicar, como esa operación, eran en realidad muy simples. Lo que los tornaba difíciles era nuestra insistencia en analizarlos con

pensamientos cotidianos. Si no pensábamos, todo resultaba claro.
-¿Si no pensamos? Pero eso, es absurdo, don Juan -dije, con toda sinceridad.
Le recordé que él mismo exigía que todos sus aprendices pensaran en serio; hasta criticaba a su propio maestro por su flaqueza de pensamiento.
-Por supuesto que insisto en que todos cuantos me rodean piensen con claridad -dijo-. Pero también explico, a quien me quiera escuchar, que el único modo de pensar con claridad es no pensar en absoluto. Yo creía que tú comprendías esa contradicción de la brujería.
Casi a gritos lo acusé de hablar en acertijos. Riendo a carcajadas, se burló de lo que él llamó "mi compulsiva necesidad de defenderme." Luego explicó que, para los brujos, había dos maneras de pensar. Una era la manera normal y cotidiana, regida por la posición usual del punto de encaje; una manera que dejaba todo en una gran oscuridad y producía pensamientos poco claros que no servían para mucho. La otra era una manera de pensamientos precisos, funcional y económica que dejaba muy pocas cosas sin explicar. Don Juan comentó que para que cesara la manera normal de pensar era indispensable mover el punto de encaje. O era indispensable hacer cesar la manera normal de pensar para así permitir que el punto de encaje se moviera. Aseguró que si uno encaraba sin pensamientos esta aparente contradicción, no era contradicción en absoluto.
-Quiero que te acuerdes de algo que hiciste en el pasado -dijo-. Debes acordarte de un movimiento especial de tu punto de encaje. Para acordarte, como yo quiero que lo hagas, tienes que dejar de pensar pensamientos normales. Entonces predominará la otra manera de pensar, la que produce pensamientos claros y ellos harán que te acuerdes.
-¿Y cómo dejo de pensar? -pregunté, aunque bien sabía lo que me iba a responder.
-Intentando el movimiento de tu punto de encaje -dijo-. Al intento se lo llama con los ojos.
Le dije a don Juan que mi mente estaba en un vaivén, fluctuando entre momentos de extremada lucidez, en que todo parecía cristalino, y lapsos de profunda fatiga mental en los que yo no llegaba a entender lo que él decía. Trató de tranquilizarme, explicando que mi inestabilidad se debía a una ligera fluctuación de mi punto de encaje, el cual aún no se hallaba fijo en su nueva posición, alcanzada algunos años antes. La fluctuación era resultado del residuo de compasión por mí mismo que todavía existía en mí.
-¿Qué nueva posición es ésa, don Juan? -pregunté.
-Hace años, y esto es lo que quiero hacerte recordar, tu punto de encaje llegó al sitio donde no hay compasión -respondió.
-¿El sitio donde no hay compasión? ¿Qué cosa es eso? -pregunté.
-Es el mero centro del no tener compasión. Pero tú ya sabes todo esto. Por el momento, hasta que te acuerdes, digamos solamente que el no tener compasión, siendo una posición específica del punto de encaje, se manifiesta en los ojos de los brujos. Es como una nube brillante y trémula que cubre el ojo. Los ojos de los brujos son brillantes. Cuanto mayor es el brillo, más intenso es su sentido de no tener compasión. Por ejemplo, en este momento tus ojos están opacos.
Explicó que, cuando el punto de encaje se mueve al sitio donde no existe la compasión, los ojos comienzan a brillar. Mientras mas firme es la fijeza del punto de encaje en su nueva posición, mas brillan los ojos.
-Trata de acordarte de todo lo que ya sabes al respecto -me insistió.
Guardó silencio por un momento. Después habló sin mirarme.
-Para los brujos, acordarse no es lo mismo que recordar -continuó-. Recordar es cuestión del pensamiento cotidiano, cuestión de la posición habitual del punto de encaje. Acordarse, en cambio, depende del movimiento del punto de encaje. La recapitulación de sus vidas, que hacen todos los brujos, es la clave para mover el punto

de encaje. Los brujos inician la recapitulación pensando, recordando los actos más importantes de sus vidas. De simplemente pensar en ellos pasan a verdaderamente estar en los eventos mismos, pasan a revivirlos. Cuando logran eso, revivir los eventos mismos, han movido, en efecto, el punto de encaje al sitio preciso en el que estaba cuando ocurrió el evento que están reviviendo. Revivir totalmente un acontecimiento pasado, mediante el movimiento del punto de encaje, es lo que los brujos llaman acordarse.

Me miró fijamente por un momento, como tratando de asegurarse de que yo lo escuchara.

-Nuestros puntos de encaje están en constante movimiento -explicó-. Son movimientos imperceptibles. Ahora, si queremos un movimiento considerable debemos poner en juego el intento. Como no hay modo de saber qué es el intento, los brujos dejan que sus ojos lo llamen.

-Esto si que es realmente incomprensible -protesté.

Don Juan puso las manos en la nuca y se acostó en el suelo. Yo hice lo mismo. Permanecimos quietos por largo tiempo, mientras el viento impulsaba rápidamente las nubes. Ese movimiento de nubes al deslizarse en el cielo estuvo a punto de marearme. El mareo de repente se convirtió en una sensación de angustia muy familiar para mí.

Siempre que estaba con don Juan, sentía, sobre todo en momentos de quietud y silencio, una abrumadora sensación de desconsuelo, unas ansias de algo que no hubiera podido describir porque no sabía lo que era. Cuando estaba solo, o con otras personas, nunca fui víctima de esa sensación. Don Juan me había explicado que lo que yo sentía e interpretaba como ansias era un movimiento súbito de mi punto de encaje.

Cuando don Juan comenzó a hablar, el sonido de su voz me sobresaltó y me hizo incorporar.

-Debes acordarte de la primera vez que te brillaron los ojos -dijo-, porque esa fue la primera vez que tu punto de encaje llegó al sitio donde no hay compasión. Te poseyó entonces el no tener compasión, lo cual es, como ya te dije, lo que hace brillar los ojos de los brujos, y ese brillo es lo que llama al intento. Cada sitio al que se mueve el punto de encaje esta representado por un brillo específico en los ojos. Puesto que los ojos tienen memoria propia, pueden acordarse de cualquier sitio a donde se movió el punto de encaje acordándose del brillo específico asociado con ese sitio.

Explicó que la razón por la que los brujos dan tanta importancia al brillo de sus ojos y a su mirada es porque los ojos están directamente vinculados al intento. Agregó que por contradictorio que parezca, la verdad es que los ojos sólo están superficialmente conectados con el mundo cotidiano. Su conexión más profunda es con lo abstracto.

Le dije a don Juan que yo no concebía que mis ojos pudieran almacenar ese tipo de memoria. Don Juan contestó que las posibilidades del hombre son tan vastas y misteriosas que los brujos, en vez de pensar en ellas, prefieren explorarlas, sin esperanzas de entenderlas jamás.

Pregunte si los ojos de un hombre común y corriente también están afectados por el intento.

-¡Por supuesto! -exclamó-. Tú sabes todo esto. Pero lo sabes en un nivel tan profundo que es conocimiento silencioso. No tienes suficiente energía para explicarlo, ni siquiera a ti mismo.

"El hombre común y corriente sabe lo mismo acerca de sus ojos, pero tiene aún menos energía que tú. La única ventaja que quizá tengan los brujos sobre los hombres comunes y corrientes es que han ahorrado su energía, y eso significa un vínculo de conexión con el intento más claro y preciso. Naturalmente, eso también significa el poder acordarse a voluntad, usando el brillo de los ojos para mover el punto de encaje.

Don Juan dejó de hablar y me clavó la mirada. Sentí con claridad que sus ojos guiaban, empujaban y tiraban de algo indefinido dentro de mí. No podía zafarme

de su mirada. Su concentración era tan intensa que hasta me provocó una sensación física; me sentí como si estuviera dentro de un horno. Y muy repentinamente me encontré mirando hacia dentro de mí. Era una sensación muy parecida a la de dejarse llevar por una distraída fantasía mental, pero con una diferencia muy extraña: yo tenía una intensa conciencia de mí mismo y una falta total de pensamientos. Supremamente consciente de mí mismo, yo miraba hacia la nada que existía dentro de mí.
Con un esfuerzo gigantesco, me arranqué de esa nada y me puse de pie.
-¿Qué me está usted haciendo, don Juan? -pregunté alarmado.
-A veces eres absolutamente insoportable -respondió-. Me enfurece el modo cómo desperdicias tu energía. Tu punto de encaje estaba justo en el sitio más ventajoso para hacerte acordar de lo que quisieras ¿y qué es lo que haces? Lo desperdicias para preguntarme qué te estoy haciendo.
Me senté. Estaba realmente avergonzado. Don Juan sonrió.
-Pero el ser cargoso y a veces inaguantable es tu mayor ventaja -agregó-. ¿Porqué habría yo de quejarme?
Los dos estallamos en una fuerte carcajada. Era un chiste entre él y yo.

Años atrás, yo me había sentido profundamente conmovido y al mismo tiempo muy confuso por la tremenda dedicación que don Juan ponía en ayudarme. No lograba imaginar por qué me demostraba tanta bondad, Era evidente que yo no le hacía falta en absoluto; por lo tanto, no lo hacía por interés. Pero yo había aprendido, a través de las duras experiencias de la vida, que nada es gratis y, al no poder imaginar qué recompensa esperaba don Juan, me sentía muy intranquilo.
Un día le pregunté, sin más ni más y en tono, muy cínico, qué sacaba él de nuestra asociación. Dije que no había podido adivinarlo.
-Nada que tú puedas comprender -respondió.
Su respuesta me enojó. Le dije, belicoso, que yo no era estúpido y que por lo menos él podía hacer el esfuerzo de explicármelo.
-Bueno, déjame decirte tan sólo que, aunque podrías comprenderlo, lo seguro es que no te va a gustar -replicó, con esa sonrisa que siempre tenía cuando me estaba tendiendo una trampa-. Verás, la verdad es que quiero ahorrarte eso.
Mordí el anzuelo. Insistí en que me lo dijera.
-¿Estás seguro de que quieres saber la verdad? -me preguntó, a sabiendas que yo jamás diría que no.
-Por supuesto que quiero saber qué es lo que usted se trae -contesté, en tono cortante.
Se echó a reír como si se tratara de un chiste; cuanto más reía, mayor era mi enfado.
-No le veo nada de divertido a todo esto -dije.
-A veces, es mejor no entrometerse con la verdad -dijo-. La verdad, en este caso, es como un bloque de piedra al pie de un gran montón de cosas; digamos una piedra angular. Si la sacamos, tal vez no nos gusten los resultados. A lo mejor, el gran montón de cosas se viene abajo. Yo prefiero evitar eso.
Volvió a reír. Sus ojos, brillando de picardía, parecían invitarme a seguir con el tema. Y yo insistí en saber. Traté de mostrarme sereno, pero persistente.
-Bueno, si eso es lo que quieres -dijo, con el aire de quien se ha dejado persuadir-. Primeramente, me gustaría decir que todo cuanto hago por ti es gratis. No tienes que pagar nada. Como tú bien lo sabes, he sido impecable contigo. Y mi impecabilidad contigo no es una inversión. No lo hago por interés. No te estoy preparando para que me cuides cuando esté demasiado viejo para cuidarme solo. Pero sí saco de nuestra relación algo de incalculable valor: una especie de recompensa por tratar impecablemente con esa piedra angular que he mencionado. Y lo que saco es justamente lo que quizá tú no vas a comprender o no te va a gustar.

Paró de hablar y me miró con fijeza, jugando con el malévolo destello de sus ojos.
-¡Dígamelo de una vez, don Juan! -exclamé, irritado por sus tácticas dilatorias.
-Quiero que tengas bien en cuenta que te lo digo debido a tu insistencia -dijo sonriendo.
Volvió a hacer otra larga pausa. Para entonces yo estaba echando humo.
-Si me juzgas por mi modo de ser contigo -continuó-, tendrás que admitir que he sido un dechado de paciencia y consistencia. Pero lo que tú no sabes es que, para lograr eso, he tenido que luchar como nunca he luchado en mi vida. A fin de estar contigo, he tenido que transformarme diariamente, conteniéndome a base de penosísimos esfuerzos.
Don Juan tuvo razón. No me gustó lo que decía. No quise quedar mal y traté de bromear.
-¿A poco va a usted a decir que soy inaguantable? -dije y mi voz me sonó asombrosamente forzada.
-Claro que eres inaguantable -dijo él, con expresión seria-. Eres mezquino, caprichoso, porfiado, dominante y vanidoso. Eres malgeniado, tedioso y desagradecido; tienes una inagotable capacidad para los vicios. Y lo peor: tienes una idea muy exaltada de ti mismo, sin nada con qué respaldarla. Podría decir, con toda sinceridad, que tu sola presencia me da ganas de vomitar.
Quise enojarme. Quise protestar, quejarme de que él no tenía derecho a hablarme de ese modo. Pero no pude pronunciar una sola palabra. Estaba destrozado. Me sentí aturdido.
Mi expresión debió ser muy notable, pues don Juan estalló en tal carcajada que pareció estar a punto de ahogarse.
-Te advertí que ni te iba a gustar ni lo ibas a entender -dijo-. Las razones del guerrero son muy simples, pero de extremada finura. Rara vez tiene el guerrero la oportunidad de ser genuinamente impecable pese a sus sentimientos básicos. Tú me has dado tal inigualable oportunidad. El acto de dar, libre e impecablemente, me rejuvenece, renueva en mí la idea de lo maravilloso. Lo que obtengo de nuestra relación es en verdad algo de tan incalculable valor para mí que estoy irremediablemente endeudado contigo.
Sus ojos brillaban sin picardía.

Don Juan empezó a explicar lo que había hecho.
-Soy el nagual; moví tu punto de encaje con el brillo de mis ojos -dijo, como si no tuviera importancia-. Los ojos de todos los seres vivientes pueden mover el punto de encaje, sobre todo si están enfocados en el intento. Bajo condiciones normales la gente enfoca los ojos en el mundo, en busca de comida, de refugio, de protección.
Me tocó el hombro.
-O en busca de amor -agregó, prorrumpiendo en una fuerte carcajada.
Don Juan se burlaba constantemente de mi "búsqueda de amor". Nunca olvidó una respuesta ingenua que le di cierta vez al preguntarme él qué buscaba yo en la vida. Un momento antes, me había estado guiando hacia la admisión de que yo no tenía metas claras en mi vida. Bramó de risa al oírme decir que yo buscaba amor.
-Un buen cazador hipnotiza a su presa con los ojos -prosiguió-. Es una extraña paradoja, la del cazador. El cazador mueve con la mirada el punto de encaje de su presa, y sin embargo, sus ojos están enfocados en el mundo, en busca de comida.
Le pregunté si los brujos podían hipnotizar a la gente con la mirada. Riendo entre dientes, dijo que en realidad lo que yo quería saber era otra cosa: si podía hipnotizar a las mujeres con mi mirada, pese a que mis ojos no estaban enfocados en el intento, sino en el mundo, en busca de amor.
-Lo que te interesa es la paradoja del cazador -dijo entre carcajadas.
Pero luego agregó, en serio, que la válvula de seguridad de los brujos consistía en que, cuando llegaban a enfocar sus ojos en el intento, ya no les interesaba hipnotizar a nadie.
-Pero, para mover con el brillo de sus ojos el punto de encaje propio o uno ajeno -con-

tinuó- los brujos tienen que ser despiadados. Es decir, deben estar familiarizados con el sitio donde no hay compasión. Esto es en especial cierto para los naguales.
Dijo que cada nagual desarrolla una forma específica de no tener compasión. Tomó mi caso como ejemplo y dijo que, debido a mi configuración natural, los videntes me veían como una esfera de luminosidad, no compuesta de cuatro bolas comprimidas en una sola, la estructura habitual de los naguales, sino como una esfera compuesta de sólo tres bolas comprimidas. Esa configuración me hacía ocultar automáticamente mi falta de compasión tras la máscara de un hombre que se entrega fácilmente a todo.
-Los naguales son muy engañosos -continuó-. Siempre dan la impresión de ser lo que no son, y lo hacen tan bien que todo el mundo les cree, hasta los que mejor los conocen.
-Realmente no comprendo por qué dice usted que soy engañoso, don Juan -protesté.
-Te presentas como un hombre que se da a todo -dijo-. Das la impresión de ser generoso, de tener gran compasión. Y todo el mundo está convencido de tu autenticidad. Hasta jurarían que eres así.
-¡Pero así es como soy! -exclamé con absoluta sinceridad.
Don Juan se dobló en dos de risa.
El rumbo que estaba tomando la conversación era desastroso y quise poner las cosas en claro. Aseguré, con vehemencia que yo era sincero en todo cuanto hacía. Lo desafié a que me diera un ejemplo de lo contrario y él me dio uno. Dijo que yo, compulsivamente, trataba a la gente con una generosidad injustificada, dando una falsa imagen de mi desenvoltura y franqueza. Yo argumenté que esa franqueza era mi modo de ser, pero él me replico con una pregunta: ¿por qué exigía yo siempre a la gente con quien trataba, sin decirlo abiertamente, que se dieran cuenta de que yo los engañaba? Le respondí que él estaba errado y el, riéndose como lo hacía cada vez que me acorralaba, señaló el hecho de que, cuando no captaban mi juego y daban por auténtica mi supuesta franqueza me volvía contra ellos con la misma fría falta de compasión que trataba de ocultar. Sus comentarios me causaron una gran inquietud, pues no podía refutarlos. Guardé silencio. No quería mostrarme ofendido, pero mientras me preguntaba a mi mismo que podía decir, él se levantó y echó a andar, alejándose. Lo detuve, sujetándolo por la manga. Fue por mi parte un movimiento espontáneo, que me sorprendió. Don Juan volvió a sentarse con expresión asombrada.
-No quiero ser grosero -dije-, pero necesito saber más de esto. Me molesta inmensamente lo que usted me acaba de decir.
-Haz que tu punto de encaje se mueva -me instó-. Muchísimas veces hemos hablado de las máscaras de los naguales y del no tener compasión. ¡Acuérdate! Y todo te será claro.
Me miraba con franca expectativa. Debió de haber notado que yo no podía acordarme de nada, pues continuó hablando sobre las diferentes maneras en que los naguales escondían su falta de compasión. Dijo que su propio método consistía en someter a la gente a una ráfaga de coerción oculta bajo una supuesta capa de comprensión y razonabilidad.
-¿Y las explicaciones que usted me da? -observé- ¿No son acaso resultado de una auténtica razonabilidad y del deseo de ayudarme a comprender?
-No -respondió-. Son el resultado de no tener compasión.
Argüí, apasionadamente, que mi propio deseo de comprender era auténtico. El me dio unas palmaditas en el hombro, y afirmó que mi deseo de comprender era auténtico, pero no mi generosidad. Dijo que los naguales ocultan automáticamente el no tener compasión, aun contra su voluntad.
En tanto que escuchaba su explicación, tuve la peculiar sensación, en lo recóndito de mi mente, que en algún momento habíamos discutido en todo detalle el concepto de no tener compasión.
-Yo no soy hombre racional -prosiguió, mirándome a los ojos-. Sólo aparento serlo

debido a que mi máscara es así de efectiva. Lo que a ti te parece razonabilidad es simplemente mi indiferencia a mi propia persona. El no tener compasión no es otra cosa que la total falta de compasión por uno mismo.
"En tu caso, como disimulas con falsa generosidad el no tener compasión, pareces tranquilo y franco. Pero en realidad, eres tan generoso como yo soy razonable. Ambos somos un fraude. Hemos perfeccionado el arte de ocultar el hecho de que no sintamos compasión.
Dijo que su benefactor lo ocultaba tras la fachada de un bromista despreocupado, cuya irreprensible necesidad era jugarle pasadas a cuantos se le acercaban.
-La mascara de mi benefactor era la de un hombre feliz y apacible, a quien nada en el mundo lo afligía o lo preocupaba -continuó don Juan-. Pero bajo esa máscara él era, como cualquier otro nagual, más frió que el viento del ártico.
Usted no es frío, don Juan -dije, con sinceridad.
-Claro que sí -insistió-. Es lo efectivo de mi máscara lo que te da la impresión de que no lo soy.
Pasó a explicar que la máscara del nagual Elías consistía en una desquiciante minuciosidad y exactitud, en lo referente a los detalles, con lo que creaba una falsa impresión de atención y meticulosidad.
Sin dejar de mirarme mientras me hablaba, empezó a describir la conducta del nagual Elías. Y tal vez porque me observaba con tanta atención, no pude concentrarme en absoluto en lo que me estaba diciendo. Hice un esfuerzo supremo por ordenar mis pensamientos.
Me estudio por un instante; luego siguió explicando lo qué era el no tener compasión, pero yo le dije que su explicación ya no me hacía falta. Me había acordado. No mucho después de haber iniciado mi aprendizaje logré, por mis propios medios, un cambio en mi nivel de conciencia. Mi punto de encaje llegó entonces a la posición llamada el sitio donde no hay compasión.

X. EL SITIO DONDE NO HAY COMPASIÓN

Don Juan me dijo que era mejor no hablar más. Las palabras, en ese caso, eran útiles sólo para guiarlo a uno a acordarse. Una vez que se movía el punto de encaje, se revivía la experiencia completa. También me indicó que el mejor modo de asegurar que uno pudiera acordarse era caminar.
Los dos nos pusimos de pie. Caminamos despacio y en silencio por un sendero en esas montañas, hasta que me hube acordado de todo lo que aconteció en esa ocasión.

Justo al mediodía estábamos en las afueras de Guaymas, en el norte de México, en viaje desde Nogales, Arizona, cuando noté que a don Juan le pasaba algo. Desde hacía más o menos una hora estaba desacostumbradamente silencioso y sombrío. No quise darle mucha importancia, pero, de pronto, su cuerpo se contorsionó descontroladamente y la barbilla le golpeó el pecho, como si los músculos del cuello ya no pudieran sostener el peso de su cabeza
-¿Lo marea el movimiento del carro, don Juan? -pregunté, súbitamente alarmado.
No me respondió. Respiraba por la boca, con mucha dificultad.
Durante la primera parte de nuestro viaje, que duraba ya varias horas, don Juan había estado muy bien. Hablamos largo y tendido sobre mil cosas. En la ciudad de Santa Ana, donde paramos a llenar el tanque de gasolina, hasta había hecho unos ejercicios chistosísimos contra el techo del auto para desentumecer los músculos de sus hombros.
-¿Qué le pasa, don Juan? -pregunté.
Sentía punzadas de angustia en el estómago. El, aún con la barbilla sobre el pecho, murmuró que deseaba ir a un determinado restaurante y, con voz lenta y vacilante, me dio indicaciones exactas para llegar allí.
Estacioné el coche en una calle adyacente,

a una cuadra del restaurante. Cuando abrí la puerta del coche para salir, don Juan se aferró de mi brazo con puño de hierro. Penosamente y con mi ayuda se arrastró por el asiento y salió por mi puerta. Ya en la acera se sujetó de mis hombros con ambas manos para mantener la espalda derecha. En un silencio nefasto, caminamos hacia el desmantelado edificio donde estaba el restaurante, yo sosteniéndolo a duras penas y él arrastrando los pies.

Don Juan iba colgado de mi brazo con todo su peso. Su respiración era tan acelerada y el temblor de su cuerpo llegó a ser tan alarmante, que caí en el pánico. Tropecé y tuve que apoyarme contra la pared para evitar que los dos cayéramos a la acera. Mi angustia era tal que no podía pensar. Lo miré a los ojos. Estaban opacos, sin su brillo habitual.

Entramos a paso torpe en el restaurante; un amable camarero se precipitó, como de sobreaviso, a ayudar a don Juan.

-¿Cómo andan los males hoy viejito? -le gritó a don Juan en el oído.

Luego lo llevó, prácticamente en vilo, desde la puerta hasta una mesa; lo hizo sentar y desapareció.

-¿Lo conoce a usted, don Juan? -le pregunté cuando estuvimos sentados.

El, sin mirarme, murmuró algo ininteligible. Me levanté y fui a la cocina del restaurante, en busca del ocupado camarero.

-¿Conoce usted al anciano que ha venido conmigo? -le pregunté, cuando pude arrinconarlo.

-Por supuesto que lo conozco -respondió, con la actitud de quien apenas tiene paciencia para responder a una sola pregunta-. Es el viejo a quien le dan los ataques cerebrales.

Su contestación puso las cosas en claro. Comprendí entonces que don Juan había sufrido un leve derrame cerebral mientras viajábamos. No había nada que yo pudiera haber hecho para evitarle ese ataque, pero me sentía inerme y angustiado. El presentimiento de que lo peor aún no había sucedido me causó pánico.

Volví a la mesa y me senté en silencio. Al cabo de un rato, llegó el mismo camarero, con dos platos de camarones frescos y dos grandes tazones de sopa de tortuga. Se me ocurrió que, o bien en ese restaurante sólo se servían esos platos, o don Juan comía lo mismo cada vez que iba allí.

El camarero le habló a don Juan en voz tan alta que se lo oía por sobre el estrépito del resto de la clientela.

-Le va a caer muy bien su comida -gritó-. Se va a chupar los dedos. Si me necesita, levante el brazo y vendré enseguida.

Don Juan asintió con la cabeza y el camarero se retiró, no sin antes darle una palmadita afectuosa en la espalda.

Don Juan comió vorazmente, sonriendo para sí de vez en cuando. Yo estaba tan angustiado que sólo el hecho de pensar en comer me daba náuseas. Pero al fin, alcancé una especie de umbral de la ansiedad muy conocido para mí en mi tensa vida diaria; una vez que lo hube alcanzado mientras más me preocupaba más hambre sentía. Probé la comida y la encontré asombrosamente buena.

Terminando de comer, me sentí algo mejor, pero la situación no había cambiado y mi aflicción no disminuía. De repente, don Juan levantó el brazo por sobre la cabeza. En un momento se presentó el camarero para entregarme la cuenta. Le pagué y él ayudó a don Juan a ponerse de pie. Lo condujo del brazo hasta la calle y lo despidió efusivamente.

Volvimos al coche con el mismo trabajo; don Juan se apoyaba pesadamente en mi brazo, jadeaba y se detenía a recobrar el aliento cada pocos pasos. El camarero se había quedado en la puerta, como para asegurarse de que yo no iba a dejar caer al anciano.

Don Juan tardó dos o tres interminables minutos en subir al auto.

-Dígame, don Juan, ¿qué puedo hacer por usted? -supliqué.

-Da la vuelta al auto -ordenó, con voz vacilante y apenas audible-. Quiero ir al otro lado de la ciudad, a una tienda que me gusta mucho. Allí también me conocen. Son amigos míos.

Le dije que yo no sabía donde quedaba esa tienda. Masculló incoherencias y estalló en un berrinche: golpeó el piso del coche con los pies, hizo pucheros y hasta se babeó la camisa. Luego pareció tener un instante de lucidez. Me puse muy nervioso al presenciar cómo luchaba por ordenar sus pensamientos. Finalmente, logró indicarme cómo llegar hasta la dicha tienda.

Mi nerviosidad había llegado al colmo. Temía que el derrame cerebral de don Juan fuera más grave de lo que yo imaginaba. Quería deshacerme de él, dejarlo en manos de su familia o de sus amigos. Desgraciadamente, yo no sabía quiénes eran. Pensé que debería volver al restaurante para preguntar al camarero si por casualidad conocía a la familia de don Juan. Decidí esperar. Di una vuelta en redondo y me dirigí al otro extremo de la ciudad, en busca de la tienda. Después de todo, allí lo conocían; por seguro alguien me daría razón de su familia.

Cuanto más analizaba mi aprieto, más mal me sentía. Me vino una terrible sensación de tristeza. Todo se venía abajo. Don Juan ya no contaba. Lo echaría de menos, sí, pero la pena de perderlo no era tan grande como mi fastidio por tener que cargar con él.

Manejé casi una hora dando vueltas en busca de la famosa tienda. No di con ella. Don Juan admitió que podía haberse equivocado, que quizás el local estaba en otra ciudad. Para entonces, yo ya estaba completamente exhausto y no tenía ni idea de como salirme del aprieto.

En mi estado normal de conciencia, siempre había tenido la extraña sensación de conocer a don Juan mejor de lo que mi razón me indicaba. En ese momento, bajo la presión de su deterioro mental, tuve la certeza, sin saber por qué, de que sus amigos lo esperaban en algún lugar de México, aunque yo no sabía dónde.

Mi agotamiento era más que físico; era una mezcla de preocupación y remordimientos. Me preocupaba tener que cargar con un viejo que quizá estuviera mortalmente enfermo. Y me remordía la conciencia el serle tan desleal.

Me estacioné en una calle cerca al mar. Le llevó casi diez minutos bajar del coche. Caminamos despacio por la calle rumbo al malecón, pero a medida que nos aproximábamos, don Juan se empacó como una mula y se negó a seguir, murmurando que el agua de la bahía de Guaymas lo asustaba.

Dio la vuelta y se encaminó a la plaza principal. Y yo tuve que seguirlo. Era una plaza polvorienta en donde ni siquiera había bancas. Don Juan se sentó en el cordón de la acera. Pasó un camión de limpieza, haciendo rotar sus cepillos de acero, pero sin expulsión de agua. La nube de polvo me hizo toser.

La situación era tan intolerable que hasta me pasó por la mente la idea de abandonarlo allí mismo. Me sentí avergonzado por semejante pensamiento y lo tomé por el hombro en un gesto de afecto.

-Debe usted hacer un esfuerzo y decirme adónde puedo llevarlo -le dije en voz baja-. ¿Adónde quiere usted que vaya?

-A la mierda -replicó, en voz resquebrajada y ronca.

Don Juan jamás me había hablado así. Me acosó la terrible sospecha de que no era un pequeño derrame cerebral el que él había tenido, sino que sufría algún otro tipo de afección cerebral que le hacía perder la cabeza y volverse violento.

De pronto, don Juan se levantó y caminó hacia la otra acera. Noté entonces lo frágil que parecía. Había envejecido en cuestión de horas. Su vigor natural había desaparecido y lo que tenía ante mí era un hombre horriblemente viejo y débil.

Corrí a ayudarlo. Me envolvió una ola de inmensa compasión, no tanto por don Juan como por mí mismo. Me vi viejo y débil, casi incapaz de caminar. Estaba a punto de llorar. Sostuve su brazo y le hice la muda promesa de cuidarlo, a como diera lugar.

Estaba absorto en ese sentimiento de compasión por mí mismo, cuando sentí la entumecedora fuerza de una cachetada en plena cara. Antes de que pudiera yo recobrarme de la sorpresa, don Juan volvió a

darme otra bofetada en la cara. Estaba de pie ante mí, sacudiéndose de ira. La boca entreabierta le temblaba incontrolablemente.
-¿Quién eres tú? -gritó, con voz tensa.
Se volvió hacia un grupo de curiosos, que se habían reunido inmediatamente.
-No sé quién es este hombre -les dijo-. Ayúdenme. Soy un pobre viejo y estoy solo. Este es un forastero y quiere matarme. Les hacen eso a los viejos indefensos: los matan para divertirse.
Hubo un murmullo de desaprobación. Varios jóvenes musculosos y ceñudos me miraron con aire amenazador.
-Pero ¿qué hace usted don Juan? -le pregunté, en voz alta. Quería asegurar a los demás que el viejo y yo estábamos juntos.
-Yo no me llamo así -gritó don Juan-. Me llamo Belisario Cruz; tengo cédula de identidad.
Se volvió a un grupo bastante grande de gente que me miraban con belicosa curiosidad. Les pidió que le ayudaran. Quería que me sujetaran hasta que viniera la policía.
Tuve la visión de una cárcel mexicana. La idea de que pasarían meses antes de que alguien notara mi desaparición me hizo reaccionar con velocidad y violencia. Pateé al primer hombre que quiso agarrarme. Y eché a correr como loco. Sabía que era cuestión de vida o muerte. Varias personas corrieron detrás de mi.
Mientras corría hacia la calle principal, me di cuenta de que en cualquier ciudad pequeña como Guaymas había policías por todas partes, patrullando a pie. No había ninguno a la vista y, antes de toparme con uno, entré a la primera tienda que se me presentó, fingiendo buscar objetos de arte popular.
Los hombres que corrían tras de mí prosiguieron en tropel. Urdí un rápido plan: comprar cuantas cosas pudiera. Contaba con que los del negocio me tornaran por un turista. Después pediría a alguien que me ayudara a llevar los paquetes al coche. Me llevó un buen rato seleccionar lo que deseaba. Luego contraté a un joven que trabajaba en la tienda para que me ayudara a llevar los paquetes; pero al acercarme a mi coche, vi a don Juan de pie junto a él, aún rodeado de gente. Estaba hablando con un policía, que tomaba notas. Era inútil. Mi plan había fracasado. Indiqué al joven que dejara mis paquetes en la acera, diciéndole que un amigo mío pasarla por allí con su auto a recogerme, para luego llevarme al hotel. Se fue y yo me mantuve oculto en la puerta de un negocio, fuera de la vista de don Juan y de la gente que lo rodeaban.
Vi que el policía examinó las placas de mi matrícula de California, y eso me convenció definitivamente de que no había salida para mí. La acusación del viejo loco era demasiado grave. Y el hecho de que yo saliera corriendo no habría sino confirmado mi culpabilidad ante los ojos de cualquier policía. Además, no me habría extrañado en lo mínimo que el policía pasara por alto la verdad, sólo para poder arrestar a un extranjero.
Cautelosamente me retiré a otro portal más alejado. Allí permanecí tal vez una hora de pie. El policía se fue, pero don Juan, gritando y moviendo agitadamente los brazos, quedó rodeado por una verdadera multitud. Yo estaba demasiado lejos para oír lo que decía, pero no me era difícil imaginar el tenor de esos gritos y esos movimientos apresurados y nerviosos.
Necesitaba yo desesperadamente otro plan. Consideré la idea de ir a un hotel y esperar un par de días antes de aventurarme a salir en busca de mi coche; para ello tenía que volver a la tienda y desde allí llamar un taxi. Nunca había necesitado un taxi en Guaymas e ignoraba si existían. Pero mi plan se disolvió instantáneamente, al darme cuenta de que si el policía era medianamente competente, y había tomado en serio a don Juan, comenzaría a buscar en los hoteles. Capaz si el policía se había marchado justamente para hacer eso.
Otra alternativa que me pasó por la mente era que podía ir a la estación de autobuses y tornar uno que fuera a cualquier

ciudad a lo largo de la frontera internacional o abordar el primer autobús que saliera de Guaymas, en cualquier dirección. Abandoné también la idea de inmediato. Estaba seguro que don Juan había dado mi nombre y una descripción de mi persona al policía y le había dicho de donde venía, y éste ya había puesto a otros policías en alerta.

Mi mente se hundió en un pánico ciego. Respiré con lentitud para calmar los nervios.

Noté entonces que los curiosos comenzaban a dispersarse. El policía volvió con otro colega, pero no se detuvieron a hablar con don Juan, sino que se alejaron, caminando lentamente hacia el final de la calle. Fue en ese momento que sentí un impulso súbito e incontrolable. Era como si mi cuerpo se hubiera desconectado de mi cerebro. Caminé hasta mi coche, cargando con todos los paquetes. Sin el menor rastro de miedo o preocupación, abrí la maletera, puse los paquetes, adentro y abrí ruidosamente la puerta del coche.

Don Juan se hallaba en la acera, junto al coche, mirándome con aire distraído. Le clavé los ojos con una frialdad totalmente ajena a mí. Nunca en mi vida había experimentado tal sensación. No era odio lo que yo sentía, ni siquiera enojo. No estaba ni aún fastidiado con don Juan. Lo que yo sentía no era resignación ni tampoco paciencia y mucho menos bondad. Más bien era una fría indiferencia, una pavorosa falta de compasión. En ese instante me daba igual lo que pasase con don Juan o conmigo.

Don Juan sacudió el torso tal como se sacuden los perros después de nadar, y luego, como si todo aquello hubiera sido sólo una pesadilla, volvió a ser el hombre que yo conocía. Velozmente se sacó su chaqueta, la volteó al revés y se la volvió a poner. Era una prenda reversible, de color beige por un lado, negra por el otro. Ahora vestía una chaqueta negra. Arrojó su sombrero de paja al interior del coche y se peinó el cabello con mucho esmero. Sacó el cuello de la camisa por encima del de la chaqueta, cosa que lo rejuveneció inmediatamente. Sin decir una palabra, me ayudó a poner el resto de los paquetes en la maletera.

Cuando los dos policías, atraídos por el ruido de abrir y cerrar las puertas, corrieron hacia nosotros, haciendo sonar sus silbatos, don Juan les salió ágilmente al encuentro. Los escuchó con atención y les aseguró que no tenían nada de qué preocuparse. Les explicó que seguramente habían estado hablando con su padre, un viejito que sufría de cierta afección cerebral. Mientras hablaba con ellos, abría y cerraba las puertas del coche, como verificando el estado de las cerraduras. Después movió los paquetes, de la maletera al asiento trasero. Su agilidad y su energía eran el polo opuesto a los movimientos del anciano de hacía unos minutos. Comprendí que estaba desempeñando un papel, como en el teatro, para el policía con quien había hablado antes. Si yo hubiera sido ese hombre, no hubiera tenido la menor duda de que estaba viendo al hijo del viejo.

Don Juan les dio el nombre del restaurante en donde conocían a su padre y luego los sobornó con todo descaro.

Yo no me molesté en decir palabra. Algo me hacía sentir duro, frío, eficiente y silencioso.

Subimos al auto sin decir nada. Los policías no se atrevieron a hacerme ninguna pregunta. Parecían estar demasiado cansados incluso para hablar. Nos apresuramos a salir del centro y entrar en la carretera.

-¿Qué es lo que se traía usted, don Juan? -pregunté, sorprendido yo mismo por la frialdad de mi tono.

-Eso fue la primera lección en no tener compasión -respondió.

Comentó que, en el trayecto hacia Guaymas, me había advertido sobre la inminente lección en no tener compasión.

Admití que no le había prestado atención, convencido de que conversábamos sólo para romper la monotonía del viaje.

-Nunca hablo por hablar -dijo con severidad-. A estas alturas, ya deberías saberlo.

Lo que hice esta tarde fue crear la situación adecuada para que descendiera el espíritu y moviera tu punto de encaje a un lugar exacto, un lugar que los brujos llaman "el sitio donde no hay compasión".
"El problema que los brujos deben resolver -continuó él- es que el sitio donde no hay compasión debe ser alcanzado con un mínimo de ayuda. El nagual prepara la escena, pero es el aprendiz quien llama al espíritu a que mueva su punto de encaje.
"Hoy día, tú hiciste eso. Yo te ayudé, quizá con un tantito de melodrama, moviendo mi punto de encaje a una posición específica que me convirtió en un viejo débil y caprichoso. Yo no estaba jugando a ser un viejo. Yo era un viejo senil.
El destello travieso de sus ojos me indicó que estaba disfrutando de ese momento.
-No era absolutamente necesario que yo hiciera eso -prosiguió-. Podría haberte dirigido a llamar al espíritu sin esas tácticas tan ajenas, pero no pude reprimirme. Ya que ese suceso no se repetirá jamás, quería comprobar si me era o no posible mover el punto de encaje como mi propio benefactor. Créemelo, para mí fue una sorpresa tan grande como debe de haberlo sido para ti.
Me sentía increíblemente tranquilo y a gusto. No tenía problema alguno en aceptar lo que me estaba diciendo y no hice preguntas, pues lo comprendía todo sin necesidad de explicaciones.
Don Juan dijo entonces algo que yo ya sabía, pero no podía verbalizar, ya que no habría podido hallar palabras adecuadas para expresarlo. Dijo que todo cuanto los brujos hacen es una consecuencia del movimiento de sus puntos de encaje, y que esos movimientos están regidos por la cantidad de energía que los brujos tienen a su disposición.
Le mencioné a don Juan que yo sabía todo eso y mucho más. Y él comentó que dentro de todo ser humano hay un gigantesco y oscuro lago de conocimiento silencioso que cada uno de nosotros podía intuir. Me dijo que yo podía intuirlo, quizá con un poco más de claridad que el hombre común y corriente, debido a mi participación en el camino del guerrero. Dijo luego que los brujos son los únicos seres en el mundo que, haciendo deliberadamente dos cosas trascendentales, llegan más allá del nivel intuitivo: primero, conciben la existencia del punto de encaje y segundo, logran que el punto de encaje se mueva.
Acentuó una y otra vez que lo más sofisticado de los brujos es el estar consciente de nuestro potencial como seres perceptivos, y el saber que el contenido de la percepción depende de la posición del punto de encaje.
Al llegar a ese momento comencé a experimentar una singular dificultad para concentrarme en lo que él decía, no porque estuviera distraído o fatigado, sino porque mi mente, por cuenta propia, jugaba a anticiparse a las palabras que él iba a usar. Era como si una parte desconocida de mi ser estuviera tratando infructuosamente de hallar términos adecuados para expresar sus pensamientos silenciosos. Mientras don Juan hablaba, yo tenía la sensación de que él iba a expresar mis propios pensamientos silenciosos. Me fascinaba comprobar que su elección de palabras era siempre mejor de lo que habría sido la mía. Pero al anticiparme a lo que iba a decir también disminuía mi concentración.
Detuve abruptamente el coche y me estacioné al costado de la carretera. Y allí tuve, por primera vez en mi vida, una clara noción de mi dualismo. Dos partes obviamente separadas, existían dentro de mi ser. Una era muy vieja, tranquila, indiferente; era pesada, oscura y estaba conectada con todo lo demás. Era la parte de mí a la que nada le importaba, pues era igual a toda cosa; era la parte que gozaba sin esperar nada. La otra parte era ligera, nueva, esponjosa, agitada; era nerviosa y rápida. Se importaba a sí misma porque se sentía insegura y no gozaba de nada, simplemente porque carecía de la capacidad de conectarse. Estaba sola, en la superficie, y era vulnerable. Era la parte con la que yo observaba al mundo.
Intencionalmente, miré a mi alrededor

con esa parte. Por doquier vi grandes cultivos. Y esa parte de mí, insegura, esponjosa y preocupada quedó atrapada entre el orgullo que le inspiraba la laboriosidad del hombre y la tristeza de ver el magnífico y viejo desierto de Sonora convertido en un panorama de surcos simétricos y plantas domesticadas.

A la parte vieja, oscura y pesada de mí eso no le importó nada. Y las dos partes entraron en un debate. La parte esponjosa quería que la parte pesada se preocupara; la parte pesada quería que la otra dejara de fastidiarse y gozara de las cosas.

-¿Por qué paraste? -preguntó don Juan.

Su voz me provocó una reacción, pero no sería exacto decir que fui yo quien reaccionó. El sonido de su voz pareció solidificar a la parte esponjosa y, de pronto, volví a ser reconociblemente yo mismo.

Describí a don Juan la comprensión que acababa de tener sobre mi dualismo. Dijo que, cuando el punto de encaje se mueve y llega al sitio donde no hay compasión, la posición de la racionalidad y el sentido común se debilita. Mi sensación de tener un lado más viejo, oscuro, y silencioso era una visión de los antecedentes de la razón.

-Sé exactamente lo que usted me dice -manifesté-. Sé muchísimas cosas, pero no puedo hablar de lo que sé. No se me ocurre cómo comenzar.

-Ya te he mencionado esto -dijo él-. Lo que estás experimentando y llamas dualismo es una visión del mundo desde otra posición de tu punto de encaje. Desde esa posición puedes sentir el mundo de una manera diferente y a eso lo llamas el lado más antiguo del hombre. Y lo que ese lado más antiguo sabe se llama el conocimiento silencioso. Es un conocimiento que tú aún no puedes expresar.

-¿Por qué? -pregunté.

-Porque para expresarlo necesitas tener y usar una extraordinaria cantidad de energía -respondió-. En este momento no puedes gastar esa clase de energía, porque no la tienes.

El conocimiento silencioso es algo que todos poseemos -prosiguió-. Algo que tiene total dominio, total conocimiento de todo. Pero no puede pensar; por lo tanto, no puede expresar lo que sabe.

"Los brujos creen que en una época, al comienzo, cuando el hombre comprendió que sabía y quiso estar consciente de lo que sabía, perdió de vista lo que sabía.

"El error del hombre fue querer conocer directamente lo que sabía, tal como conocía las cosas de la vida diaria. Cuanto más deseaba ese conocimiento, más efímero, más silencioso se volvían

"Ese conocimiento silencioso, que nadie puede describir, es, por supuesto, el intento, el espíritu, lo abstracto.

-Pero ¿qué significa eso de que el hombre perdió de vista lo que sabía? -pregunté.

-Significa que el hombre renunció al conocimiento silencioso por el mundo de la razón -respondió-. Cuanto más se aferra al mundo de la razón, más efímero se vuelve el conocimiento silencioso.

Puse el coche en marcha y seguimos el viaje en silencio. Don Juan no trató de darme indicaciones sobre dónde ir ni cómo manejar, como solía hacer para exacerbar mi importancia personal. Yo no tenía una idea clara del rumbo que llevaba, pero algo en mí sí lo sabía. Dejé que esa parte se hiciera cargo de todo.

Muy avanzada ya la noche, y sin que yo conscientemente supiera por que, llegamos a una enorme casa en una zona rural del estado de Sinaloa, en el norte de México. El viaje pareció terminar en un abrir y cerrar de ojos. Yo no podía recordar los detalles del trayecto. Sólo sabía que no habíamos conversado.

La casa parecía estar vacía. No había señales de que allí viviera nadie. Sin embargo, de algún modo yo sabía que los amigos de don Juan vivían en esa casa. Sentía su presencia sin necesidad de verlos.

Don Juan encendió unas lámparas de queroseno y nos sentamos a una maciza mesa. Al parecer, él se disponía a comer. Pero, ¿a comer qué? Yo me preguntaba qué decir al respecto, cuando en ese momento entró silenciosamente una mujer y puso un gran plato de comida en la mesa. Yo no esta-

ba preparado para verla entrar. Cuando pasó de la oscuridad a la luz, tal como si se hubiera materializado de la nada, lancé una involuntaria exclamación.
-No te asustes. Soy yo, Carmela -dijo y desapareció, tragada otra vez por las sombras.
Me quedé boquiabierto y a medio gritar. Don Juan rió tanto, dando palmadas a la mesa que yo casi esperaba que los de la casa acudieran, pero no se presentó nadie.
Traté de comer; no tenía hambre. Empecé a pensar en la mujer. No la conocía. Es decir, casi la conocía; casi podía identificarla, pero no lograba sacar a mi memoria de la bruma que oscurecía mis pensamientos. Luché por despejar mi mente, pero requería demasiada energía y abandoné ese propósito.
Tan pronto como dejé de pensar en la mujer comencé a experimentar una angustia entumecedora. Era como si me estuviera invadiendo un miedo a esa casa oscura y enorme, y al silencio que la rodeaba por dentro y por fuera. Un momento más tarde de mi angustia alcanzó proporciones increíbles, justo después que oí el vago ladrido de unos perros, en la distancia. Por un momento sentí el cuerpo a punto de estallar. Don Juan intervino apresuradamente; saltó detrás de mí y me empujó la espalda hasta hacerla crujir. Esa presión me provocó un alivio inmediato.
Cuando me hube calmado noté que había perdido, junto con la anonadada ansiedad, la clara sensación de saberlo todo. Ya no podía adivinar cómo iba don Juan a expresar lo que yo mismo sabía y no podía decir.
Don Juan inició entonces una explicación muy peculiar. Primero dijo que el origen de la angustia que se había apoderado de mí con la velocidad de un rayo era el descenso del espíritu; era el súbito movimiento de mi punto de encaje, causado por la inesperada aparición de Carmela y por mi inevitable esfuerzo de mover mi punto de encaje al sitio que me permitiera identificarla completamente.
Me aconsejó que me acostumbrara a la idea de nuevos y repetidos ataques del mismo tipo de angustia, puesto que el espíritu no dejaría de descender y mi punto de encaje no dejaría de moverse.
-Cualquier descenso del espíritu es como morir -dijo-. Todo en nosotros se desconecta, y después vuelve a conectarse a una fuente de mucho mayor potencia. La amplificación de energía se siente como una angustia mortífera.
-¿Y qué debo hacer cuando ocurra esto? -pregunté.
-Nada -dijo-. Esperar. Ese estallido de energía pasa. Lo peligroso es no saber lo que te está sucediendo. Una vez que lo sabes no hay peligro.
Después habló otra vez del hombre antiguo. Dijo que el hombre antiguo sabía, del modo más directo, qué hacer y cómo hacerlo bien. Pero como hacía tan bien lo que hacía, comenzó a desarrollar cierto sentido de ser, con lo cual adquirió la sensación de que podía predecir y planear los actos que estaba habituado a hacer tan bien. Así surgió la idea de un "yo" individual; un yo individual que comenzó a dictar la naturaleza y el alcance de las acciones humanas.
A medida que el sentimiento de tener un yo individual se tornaba más fuerte, el hombre fue perdiendo su conexión natural con el conocimiento silencioso. El hombre moderno, siendo el heredero de tal desarrollo, se encuentra tan irremediablemente alejado del conocimiento silencioso, la fuente de todo, que sólo puede expresar su desesperación en cínicos y violentos actos de autodestrucción. Don Juan aseveró que la causa del cinismo y la desesperación del hombre es el fragmento de conocimiento silencioso que aún queda en él; un ápice que hace dos cosas: una, permite al hombre vislumbrar su antigua conexión con la fuente de todo, y dos, le hace sentir que, sin esa conexión, no tiene esperanzas de satisfacción, de logro o de paz.
Creí haber sorprendido a don Juan en una contradicción. Le recordé que una vez me había dicho que la guerra era el estado natural de todo brujo, que la paz era una anomalía.

-Es cierto -admitió-. Pero la guerra, para un brujo, no significa actos de estupidez individual o colectiva ni una violencia absurda. La guerra para el brujo es la lucha total contra ese yo individual que ha privado al hombre de su poder.

Don Juan cambió de conversación y dijo que era hora de hablar más extensamente sobre el no tener compasión: una de las premisas básicas de la brujería. Explicó que los brujos habían descubierto que cualquier movimiento del punto de encaje significa alejarse de la excesiva preocupación con el yo individual: la característica del hombre moderno. Los brujos están convencidos de que la posición del punto de encaje es lo que hace del hombre moderno un egocéntrico homicida, un ser totalmente atrapado en su propia imagen. Habiendo perdido toda esperanza de volver al conocimiento silencioso, el hombre busca consuelo en su yo individual. Y al hacerlo consigue fijar su punto de encaje en el lugar más conveniente para perpetuar su imagen de si. Por lo tanto, los brujos pueden afirmar con toda seguridad que cualquier movimiento que alejara el punto de encaje de su posición habitual equivale a alejarse de la imagen de sí y, por consiguiente, de la importancia personal.

Don Juan definió la importancia personal como la fuerza generada por la imagen de sí. Reiteró que es esa fuerza la que mantiene el punto de encaje fijo en donde está el presente. Por este motivo, la meta de todo cuanto hacen los brujos es el destronar la importancia personal.

Explicó que los brujos habían desenmascarado a la importancia personal, encontrando que es, en realidad, la compasión por sí mismo disfrazada.

-No parece posible, pero así es -me aseguró-. El verdadero enemigo y la fuente de la miseria del hombre es la compasión por sí mismo. Sin cierto grado de compasión por sí mismo, el hombre no podría existir. Sin embargo, una vez que esa compasión se emplea, desarrolla su propio impulso y se transforma en importancia personal.

Esa explicación, que me habría parecido una idiotez en condiciones normales, me resulto por completo convincente. Debido a mi dualidad, la cual aún me daba gran agudeza mental, se me antojó que tenía algo de condescendencia. Don Juan parecía haber apuntado sus pensamientos y sus palabras a un blanco específico. Yo, en mi estado normal de conciencia, era ese blanco.

Prosiguió con su explicación, diciendo que los brujos están absolutamente convencidos de que, el espíritu, al mover nuestro punto de encaje, alejándolo de su posición habitual, nos hacía alcanzar un estado de ser que sólo podríamos llamar "el no tener compasión".

Dijo que los brujos saben, gracias a su experiencia práctica, que en cuanto se mueve el punto de encaje se derrumba la importancia personal, porque sin la posición habitual del punto de encaje, la imagen de sí pierde su enfoque. Sin ese intenso enfoque se extingue la compasión por sí mismo y con ella la importancia personal, ya que la importancia personal es sólo la compasión por sí mismo disfrazada.

A continuación, don Juan afirmó que todo nagual, en su papel de guía o de maestro, debe comportarse eficiente e impecablemente. Puesto que no le es posible planear racionalmente el curso de sus actos, siempre deja que el espíritu decida su curso. Dijo que, por ejemplo, él no tenía planeado hacer lo que hizo hasta que el espíritu le dio un indicio, esa mañana, al despuntar el alba, mientras desayunábamos en Nogales. Me instó a recordar el acontecimiento.

Me acordé que, durante el desayuno, me había sentido muy incómodo porque don Juan se burlaba de mi,

-Piensa en la camarera -me instó él.

-Todo lo que recuerdo es que era grosera -le dije.

-Pero ¿qué es lo que hizo? -insistió él-. ¿Qué hizo mientras esperaba a que decidiéramos qué comer?

Al cabo de un momento me acordé que la camarera era una muchacha de aspecto

duro que me tiró el menú y se plantó allí, casi tocándome, exigiéndome en silencio que me diera prisa en pedir.
Mientras ella esperaba, taconeando impacientemente el suelo con un pie enorme, se recogió su larga cabellera negra en la coronilla. El cambio fue notable: así parecía más madura y atractiva. Quedé francamente asombrado y hasta olvidé sus malos modales.
-Ese fue el augurio -dijo don Juan-. La dureza y la transformación fueron el indicio del espíritu.
Dijo que su primer acto del día, como nagual, fue darme a conocer sus intenciones. A tal fin, me dijo, en lenguaje muy directo, aunque de un modo sutil y oculto, que iba a darme una lección acerca del no tener compasión.
-¿Te acuerdas ahora? -preguntó-. Hablé con la camarera y con una señora ya mayor de la mesa vecina.
Guiado por el de esa manera conseguí acordarme que don Juan había estado flirteando, prácticamente, con la señora, así como con la maleducada camarera. Conversó con ellas por largo rato mientras yo comía. Les contó historias muy graciosas sobre el soborno y la corrupción en el gobierno; contó chistes sobre los campesinos que iban a la ciudad por primera vez. Después, preguntó a la camarera si era norteamericana. Ella dijo que no y la pregunta la hizo reír. Don Juan le dijo que eso era muy propicio, puesto que yo era un mexicano-americano en busca de amor, y que bien podía comenzar allí mismo, después de haber comido tan estupendo desayuno.
Las mujeres no paraban de reír. Me pareció que se reían de mi azoramiento. Don Juan les dijo que, hablando en serio, yo había ido a México a encontrar esposa. Les preguntó si conocían a alguna mujer honrada, modesta y casta, que quisiera casarse y no fuera demasiado exigente en cuestiones de belleza masculina. Se presentó como mi representante.
Las mujeres reían a más no poder. Yo estaba realmente mortificado. Don Juan se volvió hacia la camarera y le preguntó si quería casarse conmigo. Ella dijo que estaba comprometida. A mí me pareció que tomaba a don Juan muy en serio.
-¿Por qué no lo deja usted que él mismo lo diga? -preguntó la señora-.
-Porque tiene la lengua mocha -respondió él-. Así nació. Tartamudea de un modo espantoso.
La camarera observó que, al pedir mi desayuno, yo lo había hecho de un modo perfectamente normal.
-¡Ay, pero qué observadora es usted! -dijo don Juan-. El sólo habla correctamente cuando pide comida. Yo ya le he dicho mil veces que, si quiere aprender a hablar como todo el mundo, debe ser despiadado. Lo traje para darle algunas lecciones acerca del no tener compasión.
-Pobre hombre -dijo la señora.
-Bueno, será mejor que nos marchemos si queremos hallar una mujer para él antes de que se haga muy tarde -dijo don Juan, levantándose-.
-Pero ¿usted habla en serio sobre lo del casamiento? -preguntó la muchacha a don Juan.
-Por supuesto -respondió él-. Le voy a ayudar a conseguir lo que necesita para que pueda cruzar la frontera y llegar al sitio donde no hay compasión.
Pensé que, al hablar del sitio donde no hay compasión don Juan se refería al matrimonio o a los Estados Unidos. La metáfora me hizo reír y, por un momento, tartamudeé espantosamente. Eso casi mata a las mujeres del susto, pero hizo que don Juan riera como loco.
-Era imperativo que te declarara mi propósito -dijo don Juan, siguiendo con su explicación-. Lo hice, pero se te pasó por alto, como era de esperar.
Dijo que, desde el momento en que el espíritu se le manifestó, cada paso fue llevado a cabo con absoluta facilidad. Y yo llegué al sitio donde no hay compasión cuando, bajo la presión de su transformación en un vejete senil, mi punto de encaje abandonó su posición habitual.
-La posición habitual y la imagen de sí

-continuó don Juan- obligan al punto de encaje a armar un mundo de falsa compasión, pero de crueldad y egoísmo muy reales. En ese mundo, los únicos sentimientos verdaderos son los que convienen a quien los tiene.
"Para el brujo, el no tener compasión no es el ser cruel. El no tener compasión es la cordura, lo opuesto a la compasión por sí mismo y la importancia personal.

LOS REQUISITOS DEL INTENTO

XI. ROMPER LA IMAGEN DE SÍ

Pasamos la noche en el sitio donde yo me había acordado de lo que sucedió en Guaymas. Durante esa noche, aprovechando que mi punto de encaje estaba maleable, don Juan me ayudó a alcanzar nuevas posiciones; percibí cosas increíbles, pero inmediatamente se convirtió todo en algo borroso, que realmente no existía.
Al día siguiente yo no podía recordar nada de lo que había acontecido o lo que había percibido; tenía, no obstante, la aguda sensación de haber pasado por extrañas experiencias. Don Juan admitió que mi punto de encaje se había movido más de lo que él esperaba, pero se rehusó a darme siquiera una leve indicación de lo que yo había hecho. Su único comentario fue que algún día me acordaría de todo.
Alrededor del mediodía, continuamos subiendo las montañas. Caminamos en silencio y sin detenernos hasta bien avanzada la tarde. Mientras subíamos lentamente por una cuesta algo empinada, don Juan habló súbitamente. No comprendí nada y él lo repitió hasta que entendí que deseaba que nos detuviéramos en una cornisa ancha, visible desde donde nos hallábamos. Me estaba diciendo que en aquella cornisa, protegida por peñascos y espesos matorrales, nosotros estaríamos al resguardo del viento y la intemperie.
-Dime ¿qué parte de la cornisa sería la mejor para pasar toda la noche? -preguntó.
Algo antes, mientras escalábamos, yo había localizado aquella cornisa casi inadvertible. Parecía como un parche de oscuridad en la faz de la montaña. La identifiqué con una ojeada muy rápida. Y ahora que don Juan solicitaba mi opinión, noté un punto de oscuridad aún más profundo, un punto casi negro, en el lado sur de la cornisa. La cornisa oscura y su punto casi negro no me producían ningún sentimiento de temor o angustia, por el contrario, sentí un extraño placer al mirar a aquel lugar. Y mirar al punto negro me causó aún más goce.
-Ese punto ahí es muy oscuro, pero me gusta -dije, cuando llegamos a la cornisa.
El estuvo de acuerdo que aquél era el mejor sitio para pasar la noche. Dijo que en ese lugar había un nivel de energía especial y que a él también le gustaba su agradable oscuridad. Nos encaminamos hacia las rocas salientes. Don Juan despejó un sector junto a los peñascos y nos sentamos, apoyando la espalda en ellos.
Le dije que, por un lado, me parecía haber elegido ese sitio por pura suerte, pero que por el otro, no podía pasar por alto el hecho de haberlo percibido con los ojos.
-Yo no diría que lo percibiste exclusivamente con los ojos -dijo-. Fue un poco más complejo que eso.
-¿A qué se refiere usted, don Juan? -pregunté.
-Me refiero a que tienes posibilidades de las que aún no estás consciente -replicó-. Como eres bastante descuidado, piensas que todo cuanto percibes es, simplemente, una percepción sensorial común.
Dijo que, si yo no le creía, me urgía a bajar otra vez a la base de la montaña para corroborar lo que me estaba diciendo. Predijo que me sería imposible ver la cornisa oscura simplemente con la mirada.
Afirmé, con vehemencia, que yo no tenía ningún motivo para poner en duda lo que él me decía. No pensaba bajar al pie de la montaña por nada del mundo.
Insistió en que bajáramos. Creí que lo de-

cía sólo para molestarme, pero cuando se me ocurrió que podía decirlo en serio me puse nervioso. El rió con tantas ganas que le costaba respirar.

Comentó luego el hecho de que todos los animales eran capaces de encontrar en su alrededor los sitios que tenían niveles especiales de energía. Afirmó que casi todos los animales les tenían pavor y los evitaban. Las excepciones eran los pumas y los coyotes, que hasta dormían en ellos cuando los encontraban. Pero sólo los brujos los buscaban expresamente por sus efectos.

Le pregunté qué efectos eran esos. Dijo que daban imperceptibles descargas de energía vigorizante, y comentó que los hombres comunes y corrientes que vivían en ambientes naturales podían encontrarlos, aunque no supieran que los habían hallado ni estuvieran conscientes de sus efectos.

-¿Cómo saben que los han encontrado? -pregunté.

-No lo saben nunca -replicó-. Los brujos, al observar a los hombres que viajan a pie, notan en seguida que estos se fatigan y descansan justo en los sitios donde hay un nivel positivo de energía.

"Por el contrario, si pasan por una zona que tiene un flujo de energía perjudicial, se ponen nerviosos y aprietan el paso. Si los interrogas, te dirán que apretaron el paso en esa zona porque se sentían con mayor energía. Pero es lo opuesto: el único lugar que les da energía es aquel en donde se sienten cansados.

Dijo que los brujos podían localizar esos lugares, porque perciben con todo el cuerpo ínfimas emanaciones de energía en los alrededores. La energía de los brujos, derivada de la reducción de su imagen de sí, les permite un mayor alcance a sus sentidos.

-Desde el primer momento que te conocí -prosiguió él- he estado tratando de demostrarte que el único camino digno, tanto para los brujos como para los hombres comunes y corrientes, es restringir nuestro apego a la imagen de si. Lo que el nagual trata de hacer con sus aprendices es romper el espejo de la imagen de si.

Agregó que romper el espejo de cada aprendiz era un caso individual y que el nagual dejaba los detalles en manos del espíritu.

-Cada uno de nosotros tiene un diferente grado de apego a su imagen de sí -continuó-. Y ese apego se hace sentir como una necesidad. Por ejemplo, antes de que yo iniciara el camino del conocimiento, mi vida era una necesidad incesante. Años después de que el nagual Julián me tomara bajo su tutela yo seguía igualmente lleno de necesidad, quizá hasta más que antes.

"Pero hay ejemplos de personas, brujos o personas corrientes, que no necesitan de nadie. Obtienen paz, armonía, risa, conocimiento, directamente del espíritu. No necesitan intermediarios. Tu caso y el mío son diferentes. Yo soy tu intermediario, como el nagual Julián fue el mío. Los intermediarios, además de proporcionar una mínima oportunidad, que es el darse cuenta del intento, ayudan a romper el espejo de la imagen de sí.

"La única ayuda concreta que has obtenido de mí es que yo ataco tu imagen de sí. Si no fuera por eso estarías perdiendo el tiempo conmigo. Esa es la única ayuda real que has obtenido de mi.

-Usted, don Juan, me ha enseñado más que nadie en mi vida -protesté.

-Te he enseñado muchas cosas a fin de fijar tu atención -dijo-. Pero tú jurarías que esa enseñanza ha sido la parte importante. Y no es así.

"Hay muy poco valor en la instrucción. Los brujos sostienen que el descenso del espíritu es lo único que importa, porque el espíritu mueve el punto de encaje. Y ese movimiento, como bien lo sabes, depende del aumento de energía y no de la instrucción.

Hizo luego una afirmación incongruente. Dijo que si cualquier ser humano llevara a cabo una serie de acciones específicas y sencillas, podría aprender a llamar al espíritu a que mueva su punto de encaje.

Señale que se estaba contradiciendo a si mismo. A mi modo de ver, una serie de ac-

ciones implicaba instrucciones y significaba procedimientos.
-En el mundo de los brujos sólo hay contradicciones de términos -replicó-. En la práctica no hay contradicciones. La serie de acciones que tengo en mente surge del estar consciente de ser. Para estar consciente de esa serie, por cierto, se necesita un nagual, porque el nagual es quien proporciona una oportunidad mínima, pero esa oportunidad mínima no es instrucción, como las instrucciones que se necesitan para aprender a manejar una máquina. La oportunidad mínima consiste en que lo hagan a uno consciente del espíritu.
Explicó que la serie de acciones a las que se refería requerían primeramente estar consciente de que la importancia personal es la fuerza que mantiene fijo al punto de encaje. Luego, que si se restringe la importancia personal, la energía que naturalmente requiere y emplea queda libre. Y finalmente, que esa energía libre y no malgastada es la que llama al espíritu y sirve entonces como un trampolín automático que lanza al punto de encaje, instantáneamente y sin premeditación, a un viaje inconcebible.
Dijo también que una vez que se ha movido el punto de encaje, puesto que el movimiento en sí representa un alejamiento de la imagen de sí, se desarrolla un claro y fuerte vínculo de conexión con el espíritu. Comentó que, después de todo, era la imagen de sí lo que había desconectado al hombre del espíritu.
-Como ya te lo he dicho -prosiguió don Juan-, la brujería es un viaje de retorno. Retornamos al espíritu, victoriosos, después de haber descendido al infierno. Y desde el infierno traemos trofeos. El puro entendimiento es uno de esos trofeos.
Le dije que la dicha serie de acciones parecía muy fácil y simple, en palabras, pero que, cuando se trataba de llevarla a cabo, uno se encontraba que era la antítesis de la facilidad y la simpleza.
-La dificultad en llevar a cabo esta simple serie -dijo- es que casi nadie está dispuesto a aceptar que necesitamos muy poco para ejecutarla. Se nos ha preparado para esperar instrucciones, enseñanzas, guías, maestros. Y cuando se nos dice que no necesitamos de nadie, no lo creemos. Nos ponemos nerviosos, luego desconfiados y finalmente enojados y desilusionados. Si necesitamos ayuda no es en cuestión de métodos, sino en cuestión de énfasis. Si alguien nos pone énfasis en que necesitamos reducir nuestra importancia personal, esa ayuda es real.
"Los brujos dicen que no deberíamos necesitar que nadie nos convenza de que el mundo es infinitamente más complejo que nuestras más increíbles fantasías. Entonces ¿por qué somos tan pinches que siempre pedimos que alguien nos guíe, si podemos hacerlo nosotros mismos? Qué pregunta, ¿eh?
Don Juan no dijo nada más. Por lo visto, quería que yo meditara sobre esa cuestión. Pero yo tenía otras cosas en la mente. El hecho de acordarme de lo que pasó en Guaymas había socavado ciertos cimientos y necesitaba desesperadamente reafirmarlos. Rompí el prolongado silencio para expresar mi preocupación. Le dije que había llegado a aceptar la posibilidad de que yo olvidara incidentes completos, de principio al fin, si habían ocurrido en la conciencia acrecentada. Hasta aquel día yo había sido capaz de recordar todo cuanto había hecho bajo su guía en mi estado de conciencia normal. Sin embargo ese desayuno con él en Nogales no estaba en mi memoria antes de que yo me acordase de él, como si hubiera acontecido en la conciencia acrecentada y, sin embargo, debió tener lugar en la conciencia del mundo cotidiano.
-Olvidas algo esencial -dijo-. Basta la presencia del nagual para mover el punto de encaje. Siempre te he llevado la cuerda con eso del golpe del nagual. El golpe entre los omóplatos que siempre te doy para que entres en la conciencia acrecentada es el chupón de brujo. Sólo sirve para tranquilizar, para borrar las dudas. Como ya te lo he dicho, los brujos utilizan ese golpe

físico para sacudir el punto de encaje por primera vez; después lo único que hace es dar confianza al aprendiz.
-Entonces ¿cómo se mueve el punto de encaje, don Juan? -pregunté, haciendo gala de una estupidez descomunal.
-¡Qué pregunta! -respondió, con el tono de quien está a punto de perder la paciencia. Pareció dominarse y sonrió, sacudiendo la cabeza en un gesto de resignación.
-Mi mente está regida por el principio de causa y efecto -dije.
Tuvo uno de sus habituales ataques de inexplicable risa; inexplicable desde mi punto de vista, por supuesto. Le debió parecer que yo tenía cara de enojado, pues me puso la mano en el hombro.
-Me río así, periódicamente, cada vez que me recuerdas que eres un demente -dijo-. Tienes ante tus propios ojos la respuesta a todo lo que me preguntas y no la ves. Creo que la demencia es tu maldición.
Tenía los ojos tan brillantes, tan increíblemente llenos de picardía, que yo también acabé riendo.
-He insistido hasta el cansancio en que no hay procedimientos en la brujería -prosiguió-. No hay métodos ni pasos. Lo único que importa es el descenso del espíritu y el movimiento del punto de encaje y no hay procedimiento que pueda causarlo. Es un efecto que sucede por sí sólo.
Me empujó como para enderezarme los hombros; luego me escudriñó, mirándome a los ojos. Mi atención quedó fija en sus palabras.
-Veamos cómo te figuras esto -dijo-. Acabo de decirte que el movimiento del punto de encaje sucede por sí mismo. Pero también te he dicho que la presencia del nagual mueve el punto de encaje, y que el modo en que el nagual enmascara el no tener compasión ayuda o dificulta ese movimiento. ¿Cómo resolverías esa contradicción?
Confesé que había estado a punto de preguntarle acerca de esa contradicción. Y también le dije que ni se me ocurría cómo resolverla. Yo no era brujo practicante.
-¿Qué eres, entonces? -preguntó.
-Soy un estudiante de antropología que trata de comprender qué hacen los brujos.
Mi aseveración no era del todo cierta, pero tampoco era una mentira.
Don Juan rió hasta que le corrían lágrimas.
-Es demasiado tarde para eso -dijo, secándose los ojos-. Tu punto de encaje ya se ha movido. Y es precisamente ese movimiento lo que convierte a uno en brujo.
Según dijo, lo que parecía ser una contradicción era, en realidad, las dos caras de la misma moneda. El nagual, al ayudar a destruir el espejo de la imagen de sí, insta al punto de encaje a moverse. Pero quien lo mueve, en verdad, es el espíritu, lo abstracto; algo que no se ve ni se siente; algo que no parece existir, pero existe. Por este motivo, los brujos dicen que el punto de encaje se mueve de por si sólo. O dicen que quien lo mueve, es el nagual, porque el nagual, siendo el conducto de lo abstracto, puede expresarlo mediante sus actos.
Miré a don Juan con una pregunta en los ojos.
-El nagual mueve el punto de encaje, y sin embargo, no es él quien efectúa el movimiento -aclaró don Juan-. O tal vez sería más apropiado decir que el espíritu se expresa de acuerdo a la impecabilidad del nagual; es decir, el espíritu puede mover el punto de encaje con la mera presencia de un nagual impecable.
Recalcó que este punto es de sumo valor para los brujos y que si no lo entendían bien, especialmente un nagual, volvían a la importancia personal y, por lo tanto, a la destrucción.
Don Juan cambió de tema y observó que, en lo tocante a la manera especifica en que se puede romper el espejo de la imagen de sí, era muy importante entender el valor práctico de las diferentes maneras en que los naguales enmascaran el no tener compasión. Dijo que por ejemplo, mi máscara de generosidad era adecuada para tratar con la gente en un nivel superficial pero inútil para mover su punto de encaje y romper así su imagen de sí.
Tal vez porque yo deseaba desesperadamente creerme generoso, sus comentarios

renovaron mi sentido de culpabilidad. Me aseguró que no tenía nada de que avergonzarme y que el único efecto indeseable era que mi supuesta generosidad no se prestaba para crear artificios positivos. Mi máscara de generosidad era demasiado tosca, demasiado obvia para serme útil como maestro. En cambio, una máscara de razonabilidad, como la suya, era muy efectiva para crear una atmósfera propicia a fin de mover el punto de encaje. Sus discípulos creían por completo en su supuesta razonabilidad, y los inspiraba tanto que le era muy fácil a él lograr engatusarlos a que se esforzaran hasta el máximo.

-Lo que te sucedió aquel día, en Guaymas, fue un ejemplo de cómo el no tener compasión enmascarado de razonabilidad hace pedazos a la imagen de sí -continuó-. Mi máscara fue tu perdición. Tú, como todos los que me rodean, crees en mi razonabilidad. Y naturalmente, ese día, esperabas, por sobre todas las cosas, que esa razonabilidad continuara.

"Cuando te enfrenté, no sólo con la conducta senil de un viejo endeble, sino con el viejo mismo, tu mente llegó a extremos impensados para reparar mi continuidad y tu imagen de si. Fue entonces cuando te dijiste que yo debía de haber sufrido un ataque. Pero aún así tu conocimiento silencioso te decía que yo era el nagual.

"Finalmente, cuando se te hizo imposible creer en la continuidad de mi razonabilidad, a pesar de tu conocimiento silencioso, el espejo de tu imagen de sí comenzó a romperse. Desde allí en adelante, el movimiento de tu punto de encaje era sólo cuestión de tiempo. La única incógnita era si llegaría o no al sitio donde no hay compasión.

Debía parecerle escéptico, pues explicó que el mundo de nuestra imagen de sí, que es el mundo de nuestra mente, es muy frágil; y se mantiene estructurado gracias a unas cuantas ideas clave que le sirven de orden básico, ideas aceptadas por el conocimiento silencioso así como por la razón. Cuando esas ideas fracasan, el orden básico deja de funcionar.

-¿Cuáles son esas ideas clave, don Juan? -pregunté.

-En tu caso, ese día en Guaymas, y en el caso de los espectadores de la curandera de la que hablamos, la idea clave es la continuidad.

-¿Qué es la continuidad? -pregunté.

-La idea de que somos un bloque sólido -dijo-. En nuestra mente, lo que sostiene nuestro mundo es la certeza de que somos inmutables. Podemos aceptar que nuestra conducta se puede modificar, que nuestras reacciones y opiniones se pueden modificar; pero la idea de que somos maleables al punto de cambiar de aspecto, al punto de ser otra persona, no forma parte del orden básico de nuestra imagen de sí. Cada vez que el brujo interrumpe ese orden básico, el mundo de la razón se viene abajo.

Quise preguntarle si bastaba romper la continuidad de un individuo para que se moviera el punto de encaje. El se adelantó a mi pregunta. Dijo que la ruptura es sólo un precursor. Lo que ayuda al punto de encaje a moverse es el hecho de que el nagual sin tener compasión apela directamente al conocimiento silencioso.

Luego comparó las acciones que él había llevado a cabo aquella tarde, en Guaymas, con las acciones de la curandera. Dijo que la curandera había destruido las imágenes de sí de sus espectadores con una serie de actos que no tenían equivalentes en la existencia cotidiana de esos espectadores: la dramática posesión del espíritu, los cambios de voces, el abrir con un cuchillo el cuerpo del paciente. En cuanto se rompió la idea de la continuidad de sí mismos, sus puntos de encaje quedaron listos para moverse.

Me recordó que en el pasado me había hablado muchísimo del concepto de detener el mundo. Había dicho que detener el mundo consiste en introducir un elemento disonante en la trama de la conducta cotidiana, con el propósito de detener lo que habitualmente es un fluir ininterrumpido de acontecimientos comunes; acontecimientos que están catalogados en nuestra mente, por la razón Había dicho

que detener el mundo es tan necesario para los brujos como leer y escribir lo es para mí.
Me había dicho también que el elemento disonante se llama "no-hacer", o lo opuesto de hacer. "Hacer" es cualquier cosa que forma parte de un todo del cual podemos dar cuenta cognoscitivamente. No-hacer es el elemento que no forma parte de ese todo conocido.
-Los brujos, debido a que son acechadores, comprenden a la perfección la conducta humana -dijo-. Comprenden, por ejemplo, que los seres humanos son criaturas de inventario. Conocer los pormenores de cualquier inventario es lo que convierte a un hombre en erudito o experto en su terreno.
"Los brujos saben que, cuando una persona común y corriente encuentra una falta en su inventario, esa persona o bien extiende su inventario o el mundo de su imagen de sí se derrumba. La persona común y corriente está dispuesta a incorporar nuevos artículos, siempre y cuando no contradigan el orden básico de su imagen de sí, porque si lo contradicen, la mente se deteriora. El inventario es la mente. Los brujos cuentan con eso cuando tratan de romper el espejo de la imagen de sí.
Explicó que aquel día en Guaymas él había elegido con sumo cuidado los elementos con qué romper mi continuidad. Lentamente se fue transformando hasta que llegó a ser verdaderamente un anciano senil. Y después, a fin de reforzar la ruptura de mi continuidad, me llevó a un restaurante donde lo conocían como un viejo enfermizo.
Lo interrumpí. Había una contradicción que hasta entonces me pasara desapercibida. En Guaymas me dijo que, como la ocasión nunca se volvería a repetir, el deseo de saber exactamente cómo se sentiría si fuera un viejo endeble había sido la razón de su transformación. Yo lo entendí en el sentido de que, esa fue la primera y única vez que él logró ser un viejo senil. Sin embargo en el restaurante lo conocían como el viejecito enfermo que sufría de ataques.
-Aunque había estado muchas veces antes en ese restaurante, como un viejecito enfermo -dijo-, mi vejez era sólo un ejercicio del acecho. Estuve simplemente jugando, fingiendo ser viejo. Nunca hasta ese día había movido mi punto de encaje al sitio exacto de la vejez y la senilidad. Nunca hasta ese día tuve que usar el no tener compasión de un modo tan específico.
"Para el nagual, el no tener compasión consta de muchos aspectos -continuó él-. Es como una herramienta que se adapta a muchos usos. El no tener compasión es un estado de ser, un nivel de intento.
"El nagual lo utiliza para provocar el descenso del espíritu y el movimiento de su propio punto de encaje o el de sus aprendices. O lo usa para acechar. Aquel día comencé como acechador, fingiendo ser viejo, y terminé siendo auténticamente un viejo enfermo. El no tener compasión, controlado por mis ojos, hizo que se moviera mi propio punto de encaje con precisión.
Dijo que, en el momento que intentó ser viejo, sus ojos perdieron el brillo y yo lo noté de inmediato. Mi susto y alarma fueron muy obvios. La pérdida del brillo en sus ojos se debía a que los estaba usando para intentar la posición de un viejo. Al llegar su punto de encaje a esa posición, pudo envejecer en aspecto, conducta y sensaciones.
Le pedí que me aclarase la idea de intentar con los ojos. Tenía una vaga impresión de comprenderla, pero no podía formular lo que sabía.
-El único modo de hablar de eso es decir que el intento se intenta con los ojos -dijo-. Sé que es así. Sin embargo, al igual que tú, no puedo precisar qué es lo que sé. Los brujos resuelven esta dificultad aceptando algo sumamente obvio: los seres humanos son infinitamente más complejos y misteriosos que nuestras más locas fantasías.
Yo insistí que al menos tratara de explicármelo en más detalle.
-Todo lo que te puedo decir es que los ojos lo hacen -dijo en tono cortante-. No sé cómo, pero lo hacen. Invocan al intento con algo indefinible que poseen, algo que

está en su brillo. Los brujos dicen que el intento se experimenta con los ojos, no con la razón.

Se negó a agregar nada más acerca del asunto y continuó explicando el evento de Guaymas. Dijo que tan pronto como su punto de encaje hubo alcanzado la posición específica que lo convertía en un auténtico viejo, las dudas deberían haberse borrado de mi mente por completo. Pero como yo me enorgullecía de ser superracional, inmediatamente hice lo posible para explicar su transformación.

-Te lo he dicho y repetido mil veces que ser demasiado racional es una desventaja -dijo-. Los seres humanos tienen un sentido muy profundo de la magia. Somos parte de lo misterioso. La racionalidad es sólo un barniz, un baño de oro en nosotros. Si rascamos esa superficie encontramos que debajo hay un brujo. Algunos de nosotros, sin embargo, tenemos una gran dificultad para llegar a ese nivel bajo la superficie; otros, en cambio, lo hacen con absoluta facilidad. Tú y yo somos muy parecidos en este respecto: los dos tenemos que sudar tinta antes de soltarnos de nuestra imagen de sí.

Le expliqué que, para mí, aferrarme a la racionalidad había sido siempre una cuestión de vida o muerte. Más aún al tratarse de mis experiencias en el mundo de los brujos.

Comentó que aquel día, en Guaymas, mi racionalidad le había resultado especialmente fastidiosa. Desde el comienzo, tuvo que hacer uso de todo tipo de recursos a su alcance para socavarla. A fin de lograrlo, comenzó por ponerme las manos en los hombros, con toda su fuerza, casi derribándome con su peso. Esa brusca maniobra física fue la primera sacudida a mi cuerpo. Y eso, junto con el miedo que me causaba su falta de continuidad, perforó mi racionalidad.

-Pero perforar tu racionalidad no bastaba -prosiguió don Juan-. Yo sabía que, para forzarte a que llamaras tú mismo al espíritu a que moviera tu punto de encaje al sitio donde no hay compasión, yo tendría que romper hasta el último vestigio de mi continuidad. Fue entonces cuando me volví realmente senil y te hice recorrer la ciudad y, al fin, me enojé contigo y te di de bofetadas.

"Te quedaste helado, pero ya ibas camino hacia una instantánea recuperación cuando le di al espejo de tu imagen de sí lo que debería haber sido el golpe final. Grité a todo pulmón que querías matarme. No esperé que echarías a correr. Me había olvidado de tu violencia. Dijo que, pese a mis apuradas y mal pensadas tácticas de recuperación, mi punto de encaje llegó al sitio donde no hay compasión cuando me enfurecí con su conducta senil. O tal vez fue lo contrario: me enfurecí porque mi punto de encaje había llegado al sitio donde no hay compasión. Realmente no importaba. Lo que contaba era que mi punto de encaje había llegado a ese sitio, y yo había aceptado los requisitos del intento: un abandono y una frialdad totales.

Una vez allí, mi conducta cambió radicalmente. Me volví frío, calculador, indiferente con respecto a mi seguridad personal.

Le pregunté a don Juan si él había visto todo eso. No recordaba habérselo contado. Respondió que, para saber lo que yo sentía, le había bastado la introspección y el acordarse que su propia experiencia pasó bajo condiciones similares.

Señaló que mi punto de encaje quedó fijo en su nueva posición en el momento cuando él volvió a su ser natural. Para entonces, mi convicción de que su continuidad era inmutable había sufrido una conmoción tan profunda que la continuidad normal ya no funcionaba como fuerza cohesiva. Y fue en ese momento, desde su nueva posición, que mi punto de encaje me permitió construir otro tipo de continuidad, que expresé con una dureza extraña, indiferente, desapegada; un abandono y una frialdad que, de allí en adelante, se convirtió en mi modo normal de conducta.

-La continuidad es tan importante en nuestra vida que, si se rompe, siempre se repara instantáneamente -prosiguió-. En el caso de los brujos, en cambio, una vez

que sus puntos de encaje llegan al sitio donde no hay compasión, la continuidad ya no vuelve a ser la misma.
"Puesto que tú eres lento por naturaleza, no has notado todavía que, desde aquel día en Guaymas, entre otras cosas, has adquirido la capacidad de aceptar cualquier tipo de discontinuidad después de una breve lucha con tu razón, naturalmente.
Le brillaban los ojos de risa.
-Fue también ese día cuando aprendiste a enmascarar el no tener compasión -prosiguió-. Tu máscara no estaba tan bien desarrollada como está ahora, por supuesto, pero lo que adquiriste entonces fueron los rudimentos de lo que se convertiría en tu máscara de generosidad.
Traté de protestar. No me gustaba la idea de no tener compasión y menos aún la idea de que la tenía enmascarada.
-No uses tu máscara conmigo -dijo, riendo-. Guárdala para alguien mejor, para alguien que no te conozca.
Me instó a acordarme exactamente el momento en que la máscara vino a mí, pero yo no pude.
-Vino al instante en que sentiste que esa furia fría se apoderaba de ti -me dijo-, y tuviste que enmascararla. No bromeaste al respecto, como hubiera hecho mi benefactor. No trataste de parecer razonable como lo hubiera hecho yo. No fingiste que te intrigaba, como hubiera hecho el nagual Elías. Esas son las tres máscaras de nagual que conozco. ¿Qué hiciste, entonces? Caminaste tranquilamente hasta tu auto y regalaste la mitad de los paquetes al muchacho que te ayudaba a llevarlos.
Hasta ese momento yo no me acordaba de que ciertamente le pedí al primer muchacho que pasó junto a mí que me ayudara a llevar los paquetes. Le conté a don Juan que también me había acordado de haber visto luces bailando delante de mis ojos. Yo pensé que las veía, porque estaba a punto de desmayarme a causa de la furia que sentía.
-No, no estabas a punto de desmayarte -corrigió don Juan-. Estabas a punto de entrar en un estado de ensueño y de ver al espíritu por tu propia cuenta, como Talía y mi benefactor, pero no lo hiciste porque eres un idiota. En vez de esto, regalaste tus paquetes.
Le dije a don Juan que no era generosidad lo que me había impulsado a regalar los paquetes, sino esa furia fría que me consumía.
Tenía que hacer algo para tranquilizarme y eso fue lo primero que se me ocurrió.
-Pero eso es exactamente lo que vengo diciéndote: tu generosidad no es auténtica -replicó.
Y, para fastidio mío, se echó a reír.

XII. EL TERCER PUNTO

Frecuentemente, don Juan nos llevaba a mí y al resto de sus aprendices, en breves viajes de un día, a la cordillera occidental. En una ocasión partimos al amanecer y en la tarde emprendimos el viaje de regreso. Decidí caminar junto a don Juan. Estar cerca de él siempre me tranquilizaba, mientras que estar entre sus volátiles aprendices me producía el efecto opuesto.
Todavía en las montañas, antes de llegar al llano, tuve que detenerme. Me dio un ataque de profunda melancolía, tan inesperado y tan fuerte que no pude hacer otra cosa que sentarme. Don Juan se sentó conmigo. Siguiendo su sugerencia, me tendí boca abajo sobre un gran peñasco redondo.
El resto de los aprendices, después de mofarse de mí, continuaron caminando. Sus risas y sus chillidos se fueron perdiendo en la distancia. Don Juan me instó a quedarme tranquilo y dejar que mi punto de encaje, que se había movido con súbita rapidez, según dijo, se acomodara en su nueva posición.
-No te pongas agitado -me aconsejó-. Dentro de un rato sentirás una especie de tirón, una palmada en la espalda, como si alguien te hubiera tocado. Y luego estarás bien.
El hecho de yacer inmóvil sobre la roca, esperando una palmada en la espalda, me hizo acordar espontáneamente de un even-

to pasado. La visión fue tan intensa y clara que no llegué a notar la esperada palmada. Supe que la recibí, porque mi melancolía desapareció instantáneamente.
Me apresuré a describir a don Juan el evento del que me estaba acordando. El sugirió que permaneciera en la piedra y moviera mi punto de encaje hasta el sitio exacto en donde estaba cuando sucedió lo que le describía.
-Tienes que acordarte de todos los detalles -me advirtió.

Había ocurrido hacía ya muchos años; una tarde en que don Juan y yo estuvimos en los altos del estado de Chihuahua, una zona plana y desierta, en el norte de México. Yo solía ir allí con él, porque la zona era rica en las hierbas medicinales que él recogía. Desde un punto de vista antropológico, aquella región era de un gran interés para mí. Los arqueólogos habían descubierto allí restos de lo que creían que había sido un gran puesto de intercambio comercial prehistórico, estratégicamente situado en una ruta natural que unía el sudeste norteamericano con el sur de México y América Central.
Cuantas veces había yo estado en ese desierto de Chihuahua sentía reforzada mi convicción de que los arqueólogos estaban acertados en su conclusión de que se trataba de una ruta natural. Yo, por supuesto, había explicado mis teorías a don Juan sobre la influencia de esa ruta en la diseminación de las culturas prehistóricas en el continente norteamericano. En aquel entonces yo estaba profundamente interesado en explicar la brujería entre los indios del sudeste norteamericano, México y América Central como un sistema de creencias transmitido a lo largo de las rutas comerciales, que había servido para crear, en cierto nivel abstracto, una especie de panindianismo precolombino.
Don Juan, naturalmente, reía estruendosamente cada vez que yo exponía mis teorías.
Al promediar la tarde, después que don Juan y yo hubimos llenados dos bolsas con hierbas medicinales sumamente raras, nos sentamos en la cima de un enorme peñasco a tomarnos un descanso antes de regresar hasta donde yo había dejado mi auto. Don Juan insistió en hablar allí sobre el arte del acecho. Dijo que el lugar y el momento eran de lo más adecuados para explicar sus complejidades, pero que a fin de comprenderlas yo debía primeramente entrar en la conciencia acrecentada.
Le exigí que, antes que nada, me explicara qué era la conciencia acrecentada. Don Juan, haciendo gala de una gran paciencia, la explicó en términos del movimiento del punto de encaje. Yo sabía todo cuanto me estaba diciendo. Le confesé que, en realidad, no necesitaba esas explicaciones. El respondió que las explicaciones nunca estaban de más, ya que se acumulan en nosotros y podían servir para uso inmediato o posterior o para ayudarnos a alcanzar el conocimiento silencioso.
Cuando le pedí que me explicara más detalladamente lo del conocimiento silencioso, se apresuró a responderme que el conocimiento silencioso es una posición general del punto de encaje, que milenios antes había sido la posición normal, del género humano, pero que por motivos imposibles de determinar, el punto de encaje del hombre se había alejado de esa posición específica para adoptar una nueva, llamada la "razón".
Don Juan observó que la mayoría de los seres humanos no son representativos de esa nueva posición, porque sus puntos de encaje no están situados exactamente en la posición de la razón en sí, sino en su vecindad inmediata. Lo mismo había sucedido en el caso del conocimiento silencioso: tampoco los puntos de encaje de todos los seres humanos estaban situados directamente en esa posición.
También dijo que otra posición del punto de encaje, el "sitio donde no hay compasión", es la vanguardia del conocimiento silencioso; y que existe aún otra posición clave llamada el "sitio de la preocupación", la antesala de la razón.
No vi nada oscuro en esa explicación tan

crítica. Para mí todo era más que obvio. Comprendí cuanto él decía, en tanto esperaba el habitual golpe entre los omóplatos para hacerme entrar en la conciencia acrecentada. Pero el golpe nunca llegó, y yo seguí comprendiendo todo lo que él decía sin darme cuenta de que comprendía. Perduraba en mí la sensación de tranquilidad, de dar las cosas por hechas, propia de mi conciencia normal, así que no puse en tela de juicio mi extraña capacidad de comprender.

Don Juan me miró fijamente y me recomendó que me tendiera boca abajo en un peñasco redondo, con los brazos y las piernas abiertas como una rana.

Así permanecí por unos diez minutos, completamente tranquilo, casi dormido, hasta que me sacó de mi sopor el suave gruñido de un animal. Levanté la cabeza y, al mirar hacia arriba, se me erizaron los cabellos. Un gigantesco jaguar oscuro estaba sentado en otro peñasco, a escasos tres metros de mí, justo por encima de donde estaba don Juan sentado en el suelo. El jaguar, con la vista fija en mí, mostraba los colmillos, como si estuviera listo para saltar sobre mí.

-¡No te muevas! -ordenó don Juan, en voz muy baja-. Y no lo mires a los ojos. Míralo fijamente al hocico y no parpadees. Tu vida depende de tu mirada.

Hice lo que me decía. El jaguar y yo nos miramos fijamente por un instante, hasta que don Juan quebró la tensión arrojándole su sombrero a la cabeza. Cuando el animal saltó hacia atrás para evitar el golpe, don Juan emitió un largo y penetrante silbido. Después gritó a todo pulmón y dio tres o cuatro palmadas con las dos manos juntas, que sonaron como disparos apagados.

Don Juan me hizo señas a que me bajara de la piedra y me reuniera con él. Los dos dimos gritos y palmeamos las manos hasta que él decidió que habíamos ahuyentado a la fiera.

Mi cuerpo temblaba; sin embargo, no me había asustado. Le dije a don Juan que lo que más me había atemorizado no era el súbito gruñido del felino ni su mirada fija, sino la certeza de que ya había llevado mucho tiempo mirándome, antes de que yo levantara la cabeza.

Don Juan no dijo una sola palabra sobre la experiencia. Estaba sumido en profundos pensamientos. Cuando comencé a preguntarle si había visto al animal antes que yo, hizo un enérgico gesto para acallarme. Me dio la impresión de que hasta se hallaba intranquilo, confuso.

Al cabo de un momento me hizo señas de que echáramos a andar y abrió la marcha. Nos alejamos de las rocas, serpenteando a paso rápido por entre la maleza.

Media hora después llegamos a un claro del chaparral, donde descansamos por unos momentos. No habíamos dicho una palabra y yo ansiaba saber qué estaba pensando él.

-¿Por qué caminamos serpenteando? -pregunté- ¿No sería mejor salir volando de aquí, en línea recta, como una flecha?

-¡No! -dijo con firmeza-. No nos valdría de nada. Ese es un jaguar macho. Está hambriento y va a seguirnos.

-Mayor razón para salir de aquí como flechas -insistí.

-No es tan fácil -dijo-. Ese jaguar no se halla estorbado por la razón. Sabrá exactamente lo que tiene qué hacer para cazarnos. De verdad que verá nuestros pensamientos.

¿Qué es eso de que el jaguar ve los pensamientos? -pregunté, francamente incrédulo.

-No se trata de una metáfora -aseguró-. Lo digo en serio. Los animales grandes, como ése, tienen la capacidad de ver el pensamiento. Y no me refiero a acertar; lo que quiero decir es que lo saben todo directamente.

-Entonces ¿qué debemos hacer? -pregunté, esta vez realmente alarmado.

-Debemos volvernos menos racionales y tratar de ganar la batalla haciéndole imposible ver lo que tenemos en mente -respondió.

-¿Y cómo puede ayudarnos el ser menos racionales? -pregunté.

-La razón nos hace escoger lo que le parece sensato a la mente. Por ejemplo, tu razón ya te indicó correr velozmente en línea recta. Lo que tu razón no tuvo en cuenta es que si corremos tenemos que cubrir como diez kilómetros antes de llegar a tu coche. Y el jaguar es más veloz que nosotros. Nos sacaría ventaja y nos cortaría el camino, esperándonos en el sitio más apropiado para saltarnos encima.

"Una alternativa mejor, pero menos racional, es correr serpenteando.

-¿Cómo sabe usted qué es mejor, don Juan? -pregunté.

-Lo sé porque mi vínculo de conexión con el espíritu es muy claro -replicó-. Es decir, mi punto de encaje está en el sitio del conocimiento silencioso. Desde allí, puedo ver que es un jaguar hambriento, pero no cebado en hombres. Y está desconcertado por nuestros actos. Ahora, si corremos serpenteando, tendrá que hacer un esfuerzo para anticiparnos.

-¿Hay otras alternativas, además de correr en zigzag? -pregunté.

-Sólo se me ocurren alternativas racionales -dijo-. Y no tenemos el equipo necesario para respaldarlas. Por ejemplo, podríamos subir a la cima de un montículo, pero se precisa un arma para defendernos. Y lo que necesitamos es estar a la par con las decisiones del jaguar, dictadas por el conocimiento silencioso. Debemos hacer lo que nos dicte el conocimiento silencioso, por más irrazonable que parezca.

Comenzó a trotar en zigzag. Yo lo seguía desde muy cerca, pero sin ninguna confianza de que correr así pudiera salvarnos. Estaba yo sufriendo una reacción de pánico tardío. Me obsesionaba la imagen del enorme gato oscuro, mirándome, listo para saltar sobre mí.

El chaparral del desierto consistía en arbustos desgarbados, separados entre sí por un metro y medio o poco menos. Las lluvias limitadas del desierto no permitían la existencia de plantas de follaje denso ni de malezas espesas. Sin embargo, el efecto visual del chaparral era de espesura impenetrable.

Don Juan se movía con extraordinaria agilidad; yo lo seguía como podía. Sugirió que pusiera más cuidado al pisar y que tratara de hacer menos ruido, pues el crujir de las ramas secas bajo mis pies estaba delatando nuestra presencia.

Traté deliberadamente de pisar en las huellas de don Juan para no quebrar más ramas secas. Serpenteamos a lo largo de unos cien metros, y de repente, la enorme masa oscura del jaguar, apareció a unos nueve o diez metros detrás de nosotros.

Grité a viva voz. Don Juan, sin detenerse, se volvió con prontitud, a tiempo de ver que el enorme animal desaparecía entre los arbustos hacia nuestra izquierda. Comenzó entonces a dar penetrantes silbidos y a palmotear fuertemente las manos. En voz muy baja, dijo que a los felinos no les gustaba bajar ni subir cuestas, y que por ello íbamos a cruzar, a toda velocidad, el ancho y profundo barranco que se abría a unos cuantos metros a nuestra derecha. Me dio la señal y ambos corrimos a toda prisa rompiendo matorrales. Nos deslizamos velozmente adentro del barranco por uno de sus empinados lados hasta llegar al fondo y ascendimos por el otro costado. Desde allí veíamos claramente los dos costados, el fondo del barranco y la planicie por donde habíamos venido corriendo. Don Juan susurró que como el jaguar iba siguiéndonos el rastro, con un poco de suerte lo veríamos descender al fondo del barranco.

Sin apartar la vista del lugar por donde veníamos, esperé, ansiosamente para ver al animal. Pero no vi nada. Empezaba a pensar que el jaguar había seguido de largo en la dirección opuesta, cuando oí el pavoroso rugido de la enorme bestia en el chaparral, justo detrás de nosotros. Tuve entonces la escalofriante seguridad de que don Juan estaba en lo cierto: para estar justo detrás de nosotros, el jaguar tenía que haber adivinado exactamente nuestras intenciones y cruzado el barranco antes que nosotros.

Sin pronunciar una sola palabra, don Juan echó a correr a una formidable velo-

cidad. Lo seguí. Ambos serpenteamos por un largo rato. Yo estaba a punto de explotar sin aliento, cuando nos detuvimos.
El miedo de ser perseguido por el jaguar no me había impedido, sin embargo, admirar la prodigiosa hazaña física de don Juan. Corría como un hombre de veinte años. Empecé a contarle que verlo correr así me había recordado a alguien que en mi infancia me había impresionado profundamente con su velocidad, pero él me hizo señas de callar. Escuchaba con mucha atención y yo hice lo mismo.
Oí un leve crujido de hojas secas en el chaparral, justo delante de nosotros. Y un momento después la silueta negra del jaguar se hizo visible por un instante a unos cincuenta metros de nosotros.
Don Juan se encogió de hombros y señaló en la dirección donde estaba el animal.
-Parece que no podremos sacárnoslo de encima -dijo, con aire de resignación-. Caminemos tranquilamente, como si estuviéramos paseando por el parque. Ahora puedes contarme esa historia.
Rió estruendosamente cuando le dije que yo había perdido todo interés en contar la historia.
-Eso es castigo por no querer escucharte antes, ¿verdad? -preguntó, sonriendo.
Y yo, por supuesto, comencé a defenderme. Le dije que su acusación era decididamente absurda, y que lo que en realidad había sucedido es que perdí el hilo de la historia.
-Si un brujo no tiene importancia personal, le importa un comino perder o no el hilo de una historia -dijo, con un brillo malicioso en los ojos-. Puesto que ya no te queda ni un ápice de importancia personal, deberías contar tu historia ahora mismo. Este es el momento justo y el lugar más apropiado para ello. Un jaguar nos persigue con un hambre de todos los diablos y tú estás rememorando tu pasado: el perfecto no-hacer para cuando a uno lo persigue un jaguar.
"Cuenta la historia al espíritu, al jaguar; cuéntamela a mí, como si no hubieras perdido el hilo en absoluto.
Quise decirle que no me sentía con ganas de satisfacer sus deseos, porque la historia era demasiado estúpida y el momento, abrumador. Quería escoger un ambiente más adecuado, en algún otro momento, como lo hacía él con sus relatos. Pero, antes de que yo expresara mis opiniones, me contestó:
-Tanto el jaguar como yo sabemos leer la mente -dijo-. Si yo escojo el ambiente y el momento adecuado para mis historias de brujería, es porque son para enseñar y quiero sacar de ellas el máximo efecto.
Me indicó por señas que echara a andar. Caminamos serpenteando, pero con gran tranquilidad. Le dije que había admirado la manera como corrió; había admirado su velocidad y su resistencia, y que en el fondo de mi admiración había un poco de importancia personal: yo me consideraba buen corredor. Luego le conté lo que había recordado al verlo correr.
Le dije que de niño había jugado al fútbol y que corría extremadamente bien; era tan ágil y veloz que creía poder cometer cualquier travesura con impunidad, en la seguridad de sacar ventaja a quienquiera me persiguiese, sobre todo a los viejos policías que patrullaban las calles de mi ciudad. Si rompía una luz del alumbrado público o algo por el estilo, con sólo echar a correr estaba a salvo.
Pero un día, sin yo saberlo, los viejos agentes fueron reemplazados por un nuevo cuerpo policial, con adiestramiento militar. El momento fatal llegó cuando rompí una vidriera y eché a correr, confiado en mi velocidad. Un policía corrió detrás de mí. Volé como nunca, pero de nada me sirvió. El oficial, que era el delantero centro del equipo de fútbol de la policía, tenía más velocidad y resistencia que mi cuerpo de diez años podía mantener. Me atrapó y me llevó a puntapiés hasta el negocio de la vidriera rota. Con mucho ingenio, fue dando los nombres de todas sus patadas, como si estuviera entrenándose en la cancha y yo fuera la pelota. No me hizo daño, pero me asustó lo indecible; sin embargo, mi intensa humillación fue amortiguada

más tarde por la admiración que me despertaban su agilidad y su destreza como futbolista.
Le dije a don Juan que había sentido lo mismo con él. Había podido superarme, pese a la diferencia de edades y mi vieja preferencia por escapar a la carrera.
También le dije que, durante muchos años, había tenido un sueño periódico en el que yo corría tanto que el joven policía ya no lograba alcanzarme.
-Tu historia es más importante de lo que pensé -comentó don Juan-. Al principio, creí que me iba a contar que tu mamá te echaba látigo y que eso te traumatizó para toda la vida.
El modo en que acentuó sus palabras dio a sus frases un tono muy divertido y burlón. Agregó que en ocasiones era el espíritu y no nuestra razón quien decidía nuestras historias. Y éste era uno de esos casos. El espíritu había despertado esa específica historia en mi mente, sin duda porque tenía que ver con mi indestructible importancia personal. Dijo que el fuego del enojo y la humillación habían ardido en mí por años enteros, y que mi sensación de fracaso y desolación aún estaban intactos.
-Cualquier psicólogo se daría un banquete con tu historia y su contexto social -prosiguió-. En tu mente, yo estoy identificado con el policía, que hizo añicos de tu noción de ser invencible.
Tuve que admitir, ahora que él lo mencionaba, que eso era lo que yo sentía, aunque no lo hubiera pensado, de modo consciente.
Caminamos en silencio. Su analogía me había conmovido tanto que olvidé completamente al jaguar que nos acechaba, hasta que un rugido salvaje me recordó la situación.
Don Juan me indicó que me pisara con gran fuerza sobre las ramas bajas y largas de unos arbustos hasta romper un par de ellas, para hacer una especie de escoba larga. El hizo otro tanto. A medida que corríamos, me enseñó a usar las ramas para levantar una nube de polvo, agitando y pateando la tierra seca y arenosa.
-Eso hará preocupar al jaguar -dijo, cuando nos detuvimos otra vez para recobrar el aliento-. Sólo nos quedan unas pocas horas de luz. En la noche el jaguar es invencible. Será mejor que echemos a correr derecho hacia esas rocas.
Señaló unas colinas no muy distantes, quizá un par de kilómetros hacia el sur.
-Tenemos que ir hacia el este -dije-. Esas colinas están demasiado al sur. Si vamos hacia allá, jamás llegaremos a mi coche.
-De todas maneras, no llegaremos a tu coche hoy día -dijo calmadamente- y quizá tampoco mañana. Quién puede decir si volveremos o no.
Sentí una punzada de terror. Luego, una extraña paz se apoderó de mí. Le dije a don Juan que, si la muerte me iba a agarrar en ese chaparral, al menos esperaba que no fuera dolorosa.
-No te preocupes -dijo-. La muerte es dolorosa sólo cuando se le viene a uno en la cama, enfermo. En una lucha a vida o muerte, no se siente dolor; si acaso sientes algo, es exaltación.
Dijo que una de las diferencias más dramáticas entre los hombres civilizados y los brujos es el modo en que les sobreviene la muerte. Sólo con los brujos es la muerte dulce y bondadosa. Podrían estar mortalmente heridos y, sin embargo, no sentir ningún dolor. Y aún lo más extraordinario es que la muerte deja que los brujos la manejen.
-La mayor diferencia entre el hombre común y corriente y el brujo es que el brujo domina a su muerte con su velocidad -prosiguió don Juan-. Si se presentase el caso, el jaguar no me comería a mí, te comería a ti, porque tú no tienes la velocidad necesaria para contener a tu muerte.
Empezó entonces a explicar las complejidades de la velocidad y de la muerte. Dijo que, en el mundo de la vida cotidiana, nuestra palabra o nuestras decisiones se pueden cancelar con mucha facilidad. Lo único irrevocable en nuestro mundo es la muerte. En el mundo de los brujos, por el contrario, la muerte normal puede recibir una contraorden, pero no la palabra ni las

decisiones de un brujo, las cuales no se pueden cambiar ni revisar. Una vez tomadas, valen para siempre.
Le dije que sus afirmaciones, por impresionantes que fueran, no podían convencerme de que la muerte se pudiera revocar. Y él explicó, una vez más, lo que ya me había explicado antes. Dijo que, para un vidente, los seres humanos son masas luminosas, oblongas o esféricas, compuestas de incontables campos de energía, estáticos, pero vibrantes, y que sólo los brujos pueden inyectar movimiento a esas masas de luminosidad estática. En una milésima de segundo, pueden mover sus puntos de encaje a cualquier lugar de la masa luminosa. Ese movimiento y la velocidad con la cual lo realizan, entrañan una instantánea percepción de otro universo y consecuentemente un vuelo a dicho universo. O bien los brujos, al mover sus puntos de encaje, de un solo tirón, a través de toda su luminosidad, pueden crear una fuerza tan intensa que los consume instantáneamente.
Dijo que, si se nos venía encima el jaguar, en ese preciso momento, él podría anular el efecto normal de una muerte violenta. Utilizando la velocidad con que se movía su punto de encaje, él podría o bien cambiar de universo o quemarse desde adentro en una fracción de segundo. Yo, por el contrario, moriría bajo las garras del jaguar, porque mi punto de encaje no tenía la velocidad necesaria para salvarme.
Yo le dije que, a mi modo de ver, los brujos habían hallado un modo alternativo de morir, lo que no es lo mismo que anular la muerte. Y él contestó que sólo había dicho que los brujos tienen dominio sobre su propia muerte. Morían solamente cuando debían hacerlo.
Aunque yo no ponía en duda lo que él me decía, había continuado haciéndole preguntas, y mientras él hablaba, memorias de otros universos perceptibles se iban formando en mi mente, como en una pantalla.
Le dije a don Juan que se me venían a la mente extraños pensamientos. El se echó a reír y me recomendó que me limitara al jaguar, pues era tan real que sólo podía ser una verdadera manifestación del espíritu.
La idea de lo real que era la bestia me produjo un escalofrío.
-¿No sería mejor que cambiáramos de dirección en vez de ir directamente hacia esas colinas? -pregunté, pensando que al cambiar inesperadamente de rumbo podríamos provocar cierta confusión en el animal.
-Es demasiado tarde para cambiar de dirección -dijo don Juan-. El jaguar ya sabe que no tenemos adónde ir, como no sea a esas colinas.
-¡Eso no puede ser cierto, don Juan! -exclamé.
-¿Por qué no?
Le dije que, si bien yo podía dar fe de la capacidad del animal para mantenerse un paso por delante de nosotros, me era imposible aceptar que el jaguar tuviera la capacidad de prever lo que deseábamos hacer.
-Tu error es pensar que el poder del jaguar es una capacidad de razonar las cosas -dijo-. El jaguar no puede pensar; él simplemente sabe.
Explicó que nuestra maniobra de levantar polvo era para confundir al jaguar, dándole una información sensorial de algo que no tenía ninguna utilidad intrínseca para nosotros. Aunque nuestra vida dependiera de ello, el hecho de levantar polvo no nos despertaba ningún sentimiento genuino.
-En verdad, no comprendo lo que está usted diciendo -me quejé.
La tensión hacía estragos en mí. Me costaba mucho concentrarme.
Don Juan explicó que los sentimientos humanos eran como corrientes de aire frías o calientes que podían ser fácilmente percibidas por las bestias. Nosotros éramos los emisores; el jaguar era el receptor. Cualquier sensación o sentimiento que tuviésemos, se abriría paso hasta el jaguar. O mejor dicho: el jaguar podía capturar cualquier sensación o sentimiento que para nosotros fuera usual. En el caso de

levantar una nube de polvo, nuestro sentimiento al respecto era tan fuera de lo común que sólo podrían crear un vacío en el receptor.
-Otra maniobra que podría dictar el conocimiento silencioso sería levantar polvo a puntapiés -dijo don Juan.
Me miró por un instante, como si esperara mi reacción.
-Vamos a caminar con mucha calma, ahora -dijo-. Y tú vas a levantar polvo a puntapiés como si fueras un gigante de tres metros.
Debí de poner una expresión bastante estúpida, don Juan se estremeció de risa.
-Levanta una nube de polvo con los pies -me ordenó-. Siéntete enorme y pesado.
Lo traté de hacer y, de inmediato, tuve una sensación de corpulencia. En tono de broma, comenté que su poder de sugestión era increíble. Me sentía realmente gigantesco y feroz.
El me aseguró que mi sensación de tamaño no era, de modo alguno, producto de su sugestión, sino que era producto de un movimiento de mi punto de encaje. Dijo que los mitos de hombres legendarios de la antigüedad eran para él historias de brujería acerca de hombres reales que sabían, gracias al conocimiento silencioso, el poder que se obtiene moviendo el punto de encaje.
Reconoció que en una escala reducida, los brujos modernos habían recapturado ese antiguo poder. Con un movimiento de sus puntos de encaje podían alterar lo que percibían y así cambiar las cosas. Me aseguró que en ese momento, yo estaba cambiando las cosas al sentirme grande y feroz. Los sentimientos, procesados de ese modo, se llamaban intento.
Dijo que tal vez todo ser humano en condiciones de vida normales había tenido, en algún momento, la oportunidad de salirse de los límites convencionales. Hizo hincapié en que no se refería a los convencionalismos sociales, sino a las convenciones que limitan nuestra percepción. Un momento de regocijo es suficiente para mover nuestro punto de encaje y romper con esas convenciones. Así también un momento de miedo, de dolor, de cólera o de pesadumbre. Pero comúnmente, cuando tenemos la posibilidad de mover nuestro punto de encaje nos asustamos. Nuestros principios religiosos, académicos o sociales se ponen en juego, garantizando nuestra urgencia de mover nuestros puntos de encaje a la posición que prescribe la vida normal; nuestra urgencia de regresar al rebaño.
Me dijo que todos los místicos y los maestros espirituales que se conocían habían hecho exactamente eso: mover sus puntos de encaje, ya fuera a través de disciplina o por casualidad, y sacarlos del sitio habitual y luego volver a la normalidad portando consigo un recuerdo que les duraría por toda la vida.
-En estos momentos tu punto de encaje ya se ha movido bastante -prosiguió-. Y ahora estás en la posición de o bien perder lo ganado o hacer que tu punto de encaje se mueva más. Puedes sentirte ahora que eres muy bueno y muy civilizado y olvidar el movimiento inicial de tu punto de encaje. O puedes sentirte que eres un hombre audaz y que puedes empujarte a ti mismo más allá de tus limites razonables.
Yo sabía exactamente a qué se refería, pero en mí había una extraña duda que me hacía vacilar.
Don Juan insistió un poco más en el mismo punto. Dijo que el hombre común y corriente incapaz de hallar energías para percibir más allá de sus límites diarios, llama al reino de la percepción extraordinaria brujería, hechicería u obra del demonio; y se aleja horrorizado sin atreverse a examinarlo.
-Pero tú ya no puedes seguir haciendo eso -prosiguió-. No eres una persona religiosa y eres recontra curioso. No vas a poder descartar esto. Lo único que podría detenerte ahora es la cobardía.
"Convierte todo en lo que realmente es: lo abstracto, el espíritu, el nagual. No hay brujería, no hay el mal, ni el demonio. Solo existe la percepción.
Yo le entendí perfectamente, pero no lle-

gaba a determinar exactamente qué deseaba él que yo hiciera.
Miré a don Juan, tratando de hallar las palabras más adecuadas para preguntárselo. Había yo entrado en un estado de ánimo extremadamente funcional y no quería malgastar una sola palabra.
-¡Sé gigantesco! -me ordenó, sonriendo- ¡Acaba con la razón!
Comprendí entonces qué quería decir. Más aún; supe que podía aumentar la intensidad de mis sensaciones de tamaño y ferocidad hasta ser verdaderamente un gigante, alzándose por encima de los arbustos, capaz de ver todo a nuestro alrededor.
Traté de expresar mis pensamientos, sin poder hacerlo. Luego me di cuenta de que don Juan sabía lo que yo pensaba y, obviamente, muchas, muchas cosas más.
Y en ese momento me ocurrió algo extraordinario. Mis facultades de raciocinio cesaron de funcionar. Literalmente, sentí como si me hubiera cubierto una frazada negra que oscurecía mis pensamientos. Y dejé ir a mi razón con el abandono de quien no tiene nada de qué preocuparse. Estaba convencido de que si hubiera querido deshacerme de esa frazada oscura, todo lo que tenía que hacer era sentir que me abría paso a través de ella.
En ese estado me sentí impulsado, puesto en movimiento. Algo me hacía moverme físicamente de un sitio a otro. No experimenté fatiga alguna. La velocidad y la soltura con que me movía me llenaron de júbilo.
No tenía la sensación de estar caminando, ni tampoco estaba volando. Más bien, era transportado con suma facilidad. Mis movimientos se volvían espasmódicos y torpes sólo cuando trataba de pensar en ellos. Cuando los disfrutaba sin que mediase el pensamiento, entraba en un estado de júbilo físico sin precedente en mi existencia. De haberse dado algún caso de ese tipo de felicidad física en mi vida, debe haber sido tan breve que no había dejado recuerdos. Sin embargo, al experimentar ese éxtasis me parecía reconocerlo vagamente, como si en otro tiempo lo hubiera conocido, pero lo hubiese olvidado.
El goce de ser transportado a través del chaparral era tan intenso que todo lo demás cesó. Lo único que existía para mí eran ese estado de júbilo y felicidad física y los momentos en que dejaba de ser transportado, el goce cesaba y entonces me encontraba de cara al chaparral.
Pero aún más inexplicable era la sensación, totalmente corporal, de que me erguía capaz dos metros por encima de los arbustos.
En cierto instante vi con toda claridad la silueta del jaguar no muy lejos por delante de mí. Huía a toda velocidad. Sentí cómo trataba de evitar las espinas de los cactos. Pisaba con muchísimo cuidado.
Sentí la incontrolable urgencia de correr detrás del animal para asustarlo hasta hacerle perder la cautela. Sabía que de ese modo se pincharía con las espinas. Una idea literalmente irrumpió en mi mente silenciosa: pensé que el jaguar resultaría mucho más peligroso si se lastimaba con las espinas. Esa idea me produjo el mismo efecto que si alguien me hubiera despertado de un sueño.
Cuando me di cuenta de que mis procesos intelectuales volvían a funcionar, me encontré en la base de una pequeña cadena de colinas rocosas. Miré a mi alrededor. Don Juan estaba a un par de metros de distancia. Estaba visiblemente exhausto, pálido y respirando agitadamente.
-¿Qué pasó, don Juan? -pregunté, después de carraspear para aclararme la garganta irritada.
-Dime tú qué pasó -balbuceó acezando.
Le conté lo que había sentido. Y luego noté que apenas podía distinguir la cumbre de las colinas. Quedaba muy poca luz diurna. Lo cual significaba que yo había perdido la noción del tiempo, y había corrido o caminado por lo menos dos horas.
Le pedí a don Juan que me explicara esta discrepancia. Dijo que mi punto de encaje se había movido más allá del sitio donde no hay compasión, hasta entrar en el sitio del conocimiento silencioso, pero que aún

me faltaba suficiente energía para controlar ese movimiento por mi cuenta. Para controlarlo yo necesitaba energía para moverme a voluntad entre la razón y el conocimiento silencioso. Agregó que, cuando el brujo tenía la energía necesaria podía fluctuar entre la razón y el conocimiento silencioso, y que también podía, aún si no tenía energía, pero mover su punto de encaje era cuestión de vida o muerte.

Sus conclusiones acerca de mi experiencia fueron que, debido a lo grave de la situación, yo había dejado que el espíritu moviera mi punto de encaje. El resultado había sido mi entrada en el conocimiento silencioso, lo cual naturalmente, aumentó el alcance de mi percepción, al punto de permitirme la sensación de corpulencia, de ser un gigante erguido por sobre los arbustos.

En ese entonces, debido a mis estudios académicos, yo estaba apasionadamente interesado en la validación por medio del consenso. Le formulé mi pregunta habitual de aquella época.

-Si alguien del departamento de antropología de la universidad me hubiese estado observando, ¿me habría visto como un gigante moviéndose por el chaparral?

-En verdad, no sé -respondió don Juan-. La forma de descubrirlo sería moviendo tu punto de encaje en el departamento de antropología.

-Lo he tratado -contesté-, pero nunca pasa nada. Sin duda necesito tenerlo a usted cerca para que ocurra algo.

-No habrá sido cuestión de vida o muerte, eso es todo -explicó-. Si lo hubiera sido, habrías movido tu punto de encaje por cuenta propia.

-Pero ¿vería la gente lo que yo veo cuando se mueve mi punto de encaje? -pregunté con insistencia.

-No, a menos que tengas tanta energía que puedas mover el punto de encaje de la gente al mismo sitio donde está el tuyo -contestó.

-Entonces, don Juan, ¿el jaguar fue un sueño mío? .-pregunté-. ¿Todo eso ocurrió sólo en mi mente?

-De ninguna manera -dijo-. Ese jaguar es real. Has caminado kilómetros enteros y ni siquiera estás cansado, eso también es real. Si tienes alguna duda, mírate los zapatos. Estás llenos de espinas. Así que caminaste. Caminaste, sí, alzándote por sobre los arbustos. Y al mismo tiempo no fue así. Todo depende de si el punto de encaje de uno esté en el sitio de la razón o en el sitio del conocimiento silencioso.

Mientras él hablaba, yo entendía todo lo que decía, pero no hubiera podido repetir a voluntad ninguna de sus frases. Tampoco podía determinar qué era lo que yo sabía ni por qué le encontraba tanto sentido a sus palabras.

El rugido del jaguar me devolvió a la realidad del peligro inmediato. Vi la masa oscura del animal, que pasaba velozmente colina arriba, a una distancia de treinta metros a nuestra derecha.

-¿Qué vamos a hacer, don Juan? -pregunté, sabiendo que él también había visto al jaguar.

-Seguir subiendo hasta la cumbre y buscar refugio allá -respondió él, tranquilamente.

Luego agregó, como si no tuviera nada de que preocuparse, que yo había perdido un tiempo valioso gozando del placer de mirar por encima de los arbustos. En vez de encaminarme hacia las colinas que él me había indicado, me encaminé hacia unos cerros más altos del lado este.

-Debemos llegar a esa escarpa antes que el jaguar, o no tendremos escapatoria -dijo, señalando la faz casi vertical, en la cumbre misma del cerro.

Miré hacia la derecha y vi que el jaguar saltaba de roca en roca. Definitivamente avanzaba así para cortarnos el paso.

-¡Vamos, don Juan! -grité, de puros nervios.

Don Juan sonrió. Parecía que mi miedo y mi impaciencia lo hacían disfrutar. Nos movimos tan rápido como pudimos y no paramos de subir. Yo trataba de no prestar atención a la masa oscura del jaguar, que aparecía de vez en cuando algo hacia adelante, siempre a nuestra derecha.

Los tres llegamos a la base de la escarpa al mismo tiempo. El jaguar estaba a unos veinte metros más a la derecha de nosotros. Saltó y trató de trepar por la escarpada faz del cerro, pero falló: la pared de roca era demasiado empinada.
Don Juan me gritó que no perdiera tiempo observando al animal, porque se nos echaría encima al no poder escalar. No había terminado de hablar cuando el animal corrió hacia nosotros.
No había un segundo que perder. Trepé por la faz rocosa, seguido por don Juan. El agudo bramido de la frustrada bestia sonó justo junto a mi talón derecho. La fuerza propulsora del miedo me hizo trepar por esa escarpa resbalosa como si yo hubiera sido una mosca.
Llegué a la cumbre antes que don Juan, que se había detenido a reírse.
Ya a salvo, tuve más tiempo para pensar en lo ocurrido. Don Juan no quería discutir nada. Arguyó que, en esa etapa de mi desarrollo, cualquier movimiento de mi punto de encaje seguiría siendo un misterio. Mi desafío al principio del aprendizaje era, según dijo, el conservar mis logros, en vez de explicarlos, pero que en un momento dado todo cobraría sentido para mí.
Le aseguré que, en el presente, todo tenía total sentido para mí. Pero él se mostró inflexible en que antes de poder yo asegurar que encontraba sentido a lo que él decía, yo tenía que explicarme el conocimiento a mí mismo. Insistió que, para que un movimiento de mi punto de encaje tuviera total sentido, me hacía falta tener energía para fluctuar, a voluntad, entre el sitio de la razón y el del conocimiento silencioso.
Guardó silencio por un rato, barriéndome todo el cuerpo con la mirada. Después pareció decidirse. Sonrió y volvió a hablar.
-Hoy te moviste más allá del sitio donde no hay compasión -dijo, con aire de finalidad-. Hoy llegaste al sitio del conocimiento silencioso.
Explicó que esa tarde mi punto de encaje se había movido por sí sólo, sin intervención suya. Yo había intentado el movimiento, y al modelar y enriquecer mi sensación de ser gigantesco, mi punto de encaje había alcanzado la posición del conocimiento silencioso.
Dijo que un modo de describir la percepción que se logra desde el sitio del conocimiento silencioso es llamarla "aquí y aquí". Explicó que, al decirle yo que había sentido que miraba por sobre los arbustos, debería haber agregado que estaba viendo el suelo del desierto al mismo tiempo que la copa de los matorrales. O que había estado en el sitio en donde estaba parado y, a la vez, en el sitio donde estaba el jaguar. De ese modo había podido notar el cuidado que ponía el animal en evitar las espinas. En otras palabras, en vez de percibir el aquí y allá normales, había percibido el "aquí y el aquí".
Sus comentarios me asustaron. Tenía razón. Yo no le había mencionado eso; ni siquiera había admitido para mis adentros que estuve en dos lugares al mismo tiempo. No me habría atrevido a pensar en esos términos, de no ser por sus comentarios.
Repitió que yo era demasiado nuevo en esas lides y que necesitaba más tiempo y más energía para controlar por mí mismo esa percepción dividida. Por el momento, yo aún requería mucha supervisión; por ejemplo, mientras me alzaba por sobre la copa de los arbustos, él había tenido que hacer fluctuar rápidamente su propio punto de encaje entre los sitios de la razón y el conocimiento silencioso para cuidar de mí.
-Dígame una cosa -le dije, poniendo a prueba su razonabilidad-. Ese jaguar era más extraño de lo que usted quiere admitir, ¿verdad? Los jaguares no son parte de la fauna de esta zona. Los pumas sí, pero los jaguares no. ¿Cómo me explica eso?
Antes de responder arrugó la boca. De pronto se había puesto muy serio.
-Creo que este jaguar, en particular, confirma tus teorías antropológicas -dijo, con voz solemne-. Evidentemente, ese era un jaguar antropológico que seguía esa famosa ruta comercial que conecta Chihuahua con América Central.
Don Juan rió tanto que el sonido de su risa despertó ecos en las montañas. Ese

eco me perturbó tanto como el mismo jaguar. Pero no era el eco en sí lo que me perturbaba, sino el hecho de que yo nunca había oído un eco por la noche. Los ecos, en mi mente, sólo se asociaban con el día.

Me había llevado varias horas acordarme de todos los detalles de mi experiencia con el jaguar. Durante ese tiempo, don Juan no me habló. Se limitó a apoyarse contra una roca y se durmió sentado. Al cabo de un rato, dejé de notar su presencia y, por fin, yo también me dormí.

Me despertó un dolor en la mandíbula; me había dormido con la cara apoyada contra una roca. En cuanto abrí los ojos traté de deslizarme del pedrón en donde estaba tendido, pero perdí el equilibrio y caí sentado, ruidosamente. Don Juan surgió de entre unos arbustos justo a tiempo para reírse.

Estaba oscureciendo. Comenté en voz alta que no tendríamos tiempo de llegar al valle antes de que cayera la noche. Don Juan se encogió de hombros. Sin aparentar preocupación alguna, tomó asiento a mi lado. Le pregunte si quería que le contara lo que me había acordado. Indico que le parecía muy bien, pero no me hizo preguntas. Supuse que dejaba el relato por mi cuenta y le dije que había dos puntos de gran importancia para mí. Uno era que él había hablado del conocimiento silencioso; y el otro era que yo había movido mi punto de encaje utilizando el intento.

-No -dijo don Juan-. Eso no fue lo más importante. Tu logro de ese día ni siquiera fue el entrar en el conocimiento silencioso. Tu logro fue que llenaste otro de los requisitos del intento: la audacia. Para enfrentarnos con el intento, necesitamos abandono y frialdad y, sobre todo, audacia.

"Por supuesto que intentar el movimiento de tu punto de encaje fue un gran triunfo, porque te dejó cierto residuo que los brujos buscan con ansias.

Me pareció saber a que se refería. Le dije que el residuo que quedaba en mi estado de conciencia normal, era el recuerdo de que un puma, ya que lógicamente no podía aceptar la idea de que fuera un jaguar, nos había perseguido por una montaña. Agregué que siempre recordé que él me había preguntado cuando estábamos a salvo en la cima, si me sentía ofendido por el ataque del felino. Yo le había asegurado que era absurdo que me sintiera ofendido, y él me había contestado que debía hacer lo mismo con la gente. Si me atacaban debía protegerme o quitarme de en medio, pero sin sentirme moralmente ofendido o perjudicado.

-No es ése el residuo del que estoy hablando -dijo-. La idea de lo abstracto, del espíritu, es el único residuo importante. La idea del yo personal no tiene el menor valor. Todavía pones a tu persona y a tus sentimientos en primera plana. Cada vez que se ha prestado la oportunidad te he hecho notar la necesidad de abstraer. Tú siempre has creído que me refería a la necesidad de pensar de manera abstracta. No. Abstraer significa ponerse a disposición del espíritu por medio del puro entendimiento.

Dijo que una de las cosas más dramáticas de la condición humana es la macabra conexión entre la estupidez y la imagen de sí. Es la estupidez la que nos obliga a descartar cualquier cosa que no se ajuste a las expectativas de nuestra imagen de sí. Por ejemplo, como hombre comunes y corrientes, pasamos por alto el conocimiento más crucial para nosotros: la existencia del punto de encaje y el hecho de que puede moverse.

-Para el hombre racional es inconcebible que exista un punto invisible en donde se encaja la percepción -prosiguió-. Y más inconcebible aún, que ese punto no esté en el cerebro, como capaz podría suponerlo si llegara a aceptar la idea de su existencia.

Agregó que el hombre racional, al aferrarse tercamente a la imagen de sí, garantiza su abismal ignorancia. Ignora, por ejemplo, el hecho de que la brujería no es una cuestión de encantamientos y abracadabras, sino la libertad de percibir no sólo el mundo que se da por sentado, sino tam-

bién todo lo que es humanamente posible.
-Aquí es donde la estupidez del hombre es más peligrosa -continuó-. El hombre le tiene terror a la brujería. Tiembla de miedo ante la posibilidad de ser libre. Y la libertad está ahí a un centímetro de distancia. Los brujos llaman a la libertad el tercer punto, y dicen que alcanzarlo es tan fácil como mover el punto de encaje.
-Pero usted mismo me ha dicho que mover el punto de encaje es lo mas difícil que existe -protesté.
-Lo es -me aseguró-. Y esto es otra de las contradicciones de los brujos: moverlo es muy difícil, pero también es lo más fácil del mundo. Ya te he dicho que una fiebre alta puede mover el punto de encaje. El hambre o el miedo o el amor o el odio también pueden hacerlo. Lo mismo el misticismo y el intento inflexible, el método preferido de los brujos.
Le pedí que me explicara otra vez qué era el intento inflexible. Dijo que es una especie de determinación; una firmeza; un propósito muy bien definido que no puede ser anulado por deseos o intereses en conflicto. El intento inflexible es también la fuerza engendrada cuando se mantiene el punto de encaje fijo en una posición que no es la habitual. Dijo que los brujos consideran al intento inflexible como el catalizador que propulsa sus puntos de encaje a nuevas posiciones, posiciones que, a su vez, generan más intento inflexible.
Don Juan hizo luego una distinción muy significativa, que me había eludido todos esos años entre un movimiento y un desplazamiento del punto de encaje. Dijo que un movimiento es un profundo cambio de posición, tan acentuado que el punto de encaje podía incluso alcanzar otras bandas de energía. Cada banda de energía representa un universo completamente distinto a percibir. Un desplazamiento, en cambio, es un pequeño movimiento dentro de la banda de campos energéticos que percibimos como el mundo de la vida cotidiana.
Don Juan no quiso hablar más, pero yo lo insté a seguir hablando, a decirme lo que quisiera. Le dije que, por ejemplo, daría cualquier cosa por oír más acerca del tercer punto, pues si bien yo sabía todo lo referente al tercer punto, aún me resultaba muy confuso.
-El mundo de la vida diaria consiste de una serie de dos puntos de referencia -dijo-. Tenemos, por ejemplo, aquí y allá, afuera y adentro, arriba y abajo, el bien y el mal, y así sucesivamente. De modo que debidamente hablando, nuestra percepción de la vida es bidimensional. Nada de lo que hacemos tiene profundidad.
Le saqué en cara que él estaba mezclando niveles. Le dije que hasta podía aceptar su definición de la percepción como la capacidad de los seres vivientes de percibir, con sus sentidos, campos de energía seleccionados por sus puntos de encaje; una definición traída de los cabellos según mis criterios académicos, pero que de momento, parecía coherente. Sin embargo, no lograba imaginar qué podía ser la profundidad de lo que hacemos. Argüí que quizás él estaba hablando de interpretaciones, elaboraciones de nuestras percepciones básicas.
-El brujo percibe sus acciones con profundidad -dijo-. Sus acciones son tridimensionales. Los brujos tienen un tercer punto de referencia.
-¿Cómo puede existir un tercer punto de referencia? -pregunté, con cierto fastidio.
-Nuestros puntos de referencia son obtenidos primariamente de nuestra percepción sensorial -explicó él-. Nuestros sentidos perciben y diferencian lo que es inmediato para nosotros y lo que no lo es. Usando esta distinción básica derivamos el resto.
Me observó detenidamente durante unos momentos de silencio, mientras yo trataba de comprender lo que decía.
-A fin de alcanzar el tercer punto de referencia uno debe percibir dos lugares al mismo tiempo -me explicó.
Acordarme de mi experiencia con el jaguar me había puesto de un humor extraño; era como si hubiera vivido aquella experiencia apenas unos minutos antes. De pronto me di cuenta de algo que hasta entonces se me

había pasado desapercibido: que mi experiencia sensorial era más compleja de lo que había pensado en un principio. Mientras me alzaba por encima de la copa de los arbustos, había estado consciente, sin palabras ni pensamientos, de que estar en dos lugares, o como decían don Juan estar "aquí y aquí", ponía mi percepción inmediata completamente en ambos sitios. Pero también había estado consciente de que a mi percepción doble le faltaba la claridad total de la percepción normal.

Don Juan explicó que la percepción normal tiene un eje. "Aquí y allá" son los extremos de ese eje y el único de los dos que tiene claridad es "aquí". Dijo que, en la percepción normal, solo se percibe el "aquí" por completo, instantánea y directamente. Su referente gemelo, "allá" carece de inmediatez. Se lo infiere, se lo deduce, se lo espera y hasta se lo supone, pero nunca se lo percibe directamente, con todos los sentidos. Cuando percibimos dos lugares a la vez se pierde la claridad total, pero se gana la percepción inmediata del "allá".

-Pero, entonces, don Juan, yo tenía razón al describir mi percepción como la parte importante de mi experiencia -dije.

-No, no tenías razón -dijo-. Lo que experimentaste fue vital para ti, porque te abrió el camino al conocimiento silencioso, pero, como ya te lo dije, lo importante fue tu audacia y también la contraparte de tu audacia: el jaguar.

"Ese animal apareció de la nada, sin que nos diéramos cuenta. Y que podría haber acabado con nosotros, es tan cierto como que te estoy hablando. Ese jaguar fue una expresión de la magia. Sin él no habrías llenado los requisitos del intento, ni habrías tenido regocijo ni lección ni te habrías dado cuenta de nada.

-Pero, ¿era un jaguar de verdad? -pregunté-.

-Yo apostaría la vida a que lo era -contestó-.

Don Juan observó que, para el hombre común y corriente, ese animal habría sido una rareza pavorosa. Le hubiera costado mucho explicar, en términos razonables, qué hacía ese jaguar en Chihuahua, tan lejos de la selva tropical. Pero el brujo, porque tiene un vínculo de conexión con el intento, puede ver que ese jaguar es un medio para engrandecer su percepción. Y no es una rareza para él sino una fuente de asombro.

Había mil preguntas que yo deseaba formular, pero yo mismo me di las respuestas antes de poder articular los interrogantes. Seguí el curso de mis propias preguntas y respuestas por un rato, hasta comprender que no importaba saber silenciosamente las respuestas; había que verbalizarlas para que tuvieran algún valor.

Expresé la primera pregunta que me vino a la mente. Pedí a don Juan que me explicara qué eran los requisitos del intento.

-Los brujos dicen -don Juan explicó- que los más increíbles logros de la percepción son puras idioteces si no están acompañados de ciertos estados de ánimo claves, que les dan valor y seriedad. El abandono, la frialdad y la audacia son esos estados de ánimo. Y solamente los brujos pueden intentarlos.

"La parte engañosa de todo esto -prosiguió- es que estoy diciendo que sólo los brujos conocen al espíritu, que el intento es dominio exclusivo de los brujos. Eso no es cierto en absoluto, pero es la situación en el reino de lo práctico. La condición real es que los brujos están más conscientes de su vínculo de conexión con el espíritu que el hombre común y corriente, y se esfuerzan por manejarlo. Eso es todo. Ya te he dicho que el vínculo de conexión con el intento es la característica universal compartida por todo lo que existe.

Dos o tres veces, me pareció que don Juan estaba a punto de agregar algo más. Vaciló, al parecer tratando de elegir sus palabras. Por fin dijo que el estar en dos lugares al mismo tiempo era la marca que los brujos usaban para señalar el momento en que el punto de encaje llegaba al sitio del conocimiento silencioso. La percepción dividida, si se alcanzaba por medios propios, recibía el nombre de "libre movimiento dei punto del encaje".

Me aseguró que todos los naguales hacían siempre cuanto estaba en su poder para favorecer el libre movimiento del punto de encaje en sus aprendices. Este empecinado esfuerzo recibía la críptica denominación de "extenderse al tercer punto".

-El aspecto más difícil del conocimiento del nagual -prosiguió don Juan- y ciertamente la parte más crucial de su tarea como maestro es la de extenderse al tercer punto. El nagual intenta el libre movimiento del punto de encaje del aprendiz, y el espíritu canaliza hacia el nagual los medios para lograrlo. Yo nunca había intentado nada por el estilo hasta que llegaste tú. Por lo tanto, nunca había apreciado plenamente el gigantesco esfuerzo que hizo mi benefactor al intentarlo para mí.

"Por difícil que le resulte al nagual intentar ese libre movimiento para sus discípulos -prosiguió don Juan-, eso no es nada comparado con la dificultad que tienen sus discípulos para comprender lo que el nagual está haciendo. ¡Mira lo que te pasa a ti! A mí me pasó lo mismo. Casi siempre terminaba convencido de que los trucos del espíritu eran, simplemente, los trucos del nagual Julián.

"Más adelante, comprendí que él debía al nagual Julián la vida y mi bienestar -continuó don Juan-. Ahora sé que le debo infinitamente más. Como no me es posible describir lo que realmente le debo, prefiero decir que él me engatusó hasta hacerme llenar los requisitos del intento y llevarme al tercer punto de referencia.

"El tercer punto de referencia es la libertad de la percepción; es el salto mortal del pensamiento a lo milagroso; es el acto de extendernos más allá de nuestros límites para tocar lo inconcebible.

EL MANEJO DEL INTENTO

XIII. LOS DOS PUENTES DE UNA SOLA MANO

Pasamos la noche allí en las montañas. El haberme acordado de mi percepción dividida me había puesto en un estado de gran euforia que don Juan empleó, como siempre; para hundirme en más experiencias sensoriales, las cuales, como era de costumbre, se volvieron inmediatamente nebulosas.

Al día siguiente, mientras don Juan y yo estábamos sentados a la mesa, en su cocina, temprano por la mañana, empezamos a hablar otra vez de mi percepción dividida.

-Para la mente es muy excitante descubrir la posibilidad de estar en dos lugares a la vez -dijo-. Puesto que nuestra mente es nuestra racionalidad, y nuestra racionalidad es nuestra imagen de sí, cualquier cosa que esté más allá de nuestra imagen de sí o bien nos atrae o nos horroriza, según qué tipo de personas seamos.

Me miró con fijeza; luego sonrió, como si acabara de descubrir algo nuevo en mí.

-O nos atrae y nos horroriza en igual medida -agregó-, lo cual parece ser el caso de nosotros dos.

Le dije que conmigo la cuestión no era que la experiencia me atrajera o me horrorizara, sino que me sentía atemorizado ante las inmensas posibilidades de la percepción dividida.

-No puedo decir que no crea haber estado en dos lugares a la vez -dije-. No puedo negar mi experiencia; sin embargo, me asusta tanto que mi mente se niega a aceptarlo como un hecho.

-Tú y yo somos el tipo de personas que se obsesionan con cosas como ésas y luego las olvidan por completo -comentó, riendo-. Tú y yo somos muy parecidos.

Fui yo quien rió esta vez. Sabía que se es-

taba divirtiendo a mi costa con eso de que éramos muy parecidos, pero proyectaba tanta sinceridad que yo quería creerle.
Le dije que, entre sus discípulos, yo era el único que había aprendido a no tomar demasiado en serio sus afirmaciones de que él era igual a nosotros. Comenté que lo había visto en acción, oyéndole decir a cada uno de sus aprendices, en él tono más sincero: "Tú y yo somos muy tontos. ¡Somos tan parecidos!" Y me había horrorizado, una y otra vez, al darme cuenta de que ellos le creían.
-Usted no es igual a ninguno de nosotros, don Juan -dije-. Usted es un espejo que no refleja nuestras imágenes. Usted ya está fuera de nuestro alcance.
-Lo que estás presenciando es el resultado de una lucha que toma toda una vida -dijo-. Lo que ves es un brujo que finalmente ha aprendido a seguir los designios del espíritu. Y eso es todo.
"Te he hablado, de muchas maneras, de las diferentes etapas por las que pasa un guerrero a lo largo del sendero del conocimiento -prosiguió-. En términos de su vínculo con el intento, el guerrero pasa por cuatro etapas. La primera, cuando tiene un vinculo herrumbrado en el que no puede confiar. La segunda, cuando logra limpiarlo. La tercera, cuando aprende a manejarlo. Y la cuarta, cuando aprende a aceptar los designios de lo abstracto.
Don Juan sostuvo que su logro no lo hacía intrínsecamente diferente a sus aprendices. Sólo lo hacía disponer de más recursos; por lo tanto, no mentía al decirnos que el se nos parecía.
-Comprendo exactamente por lo que estas pasando -continuó-. Cuando me río de ti, en realidad me río del recuerdo de cuando yo estaba en tu lugar. Yo también me aferraba al mundo de la vida cotidiana. Me aferraba hasta con las uñas. Todo me decía que debía dejarme ir, pero yo no podía. Al igual que tú, confiaba implícitamente en mi mente, aunque ya no tenía razón para hacer eso. Ya no era un hombre común y corriente.
"Mi problema de entonces es ahora el tuyo. El impulso del mundo cotidiano me arrastraba y yo me aferraba desesperadamente a mis endebles estructuras racionales.
-Yo no me aferro a ninguna estructura; ellas se aferran a mí -dije.
Eso lo hizo reír. Y sin más preliminares, don Juan empezó entonces a contarme una historia de brujería. Comenzó, relatando lo que le había sucedido tras su llegada a Durango, aún vestido con ropas de mujer, después del viaje de todo un mes por el centro de México. Dijo que el viejo Belisario lo llevó directamente a una hacienda, para esconderlo del hombre monstruoso que lo perseguía.
En cuanto llegó, don Juan, de una manera muy audaz pese a su naturaleza taciturna, se presentó a todos los de la casa. Había allí siete hermosas mujeres y un hombre extraño, insociable, que no pronunció una sola palabra. Las siete mujeres eran exquisitas y lo hicieron sentir tan enormemente bien que le inspiraron instantánea confianza. Don Juan las deleitó con el relato de los esfuerzos que el hombre monstruoso había hecho por capturarlo. Estaban encantadas, sobre todo, con el disfraz que aún usaba y la historia relacionada con él. No se cansaban de oír los detalles de su odisea, y todas le dieron consejos para perfeccionar el conocimiento que había adquirido durante el viaje.
Lo que más sorprendió a don Juan de ellas fue su porte sereno y su actitud segura. Eso, en una mujer, le parecía a don Juan algo increíble.
Se le ocurrió la idea de que, para que esas mujeres fuertes y hermosas tuvieran tanta desenvoltura y olvidaran a tal punto las formalidades, debían de ser mujeres de la vida alegre. Pero era obvio que no lo eran.
En los días siguientes, lo dejaron vagar por su cuenta por toda la propiedad. Aquella enorme mansión y sus terrenos lo deslumbraron. Jamás había visto nada parecido. Era una vieja casa colonial, con un elevado muro que la circundaba. Adentro había balcones con macetas de flores y patios con enormes frutales que proporcionaban sombra, intimidad y quietud.

Las habitaciones eran grandes; en la planta baja había aireados corredores alrededor de los patios. La planta alta tenía misteriosos dormitorios donde no se le permitía entrar.
Durante esos días, le sorprendió el profundo interés que las mujeres se tomaban por su bienestar. Era como si él fuera el centro del mundo para ellas. Jamás antes le había mostrado nadie tanta amabilidad. Pero al mismo tiempo nunca se había sentido tan solitario. Estaba siempre en compañía de esas bellas y extrañas personas, pero nunca había estado tan solo. Algo en los ojos de esas mujeres, le indicaba que bajo aquellas fachadas encantadoras existía una terrorífica frialdad, una indiferencia imposible de atravesar.
Don Juan creía que esa sensación de soledad se debía a que no lograba prever la conducta de las mujeres ni conocer sus verdaderos sentimientos. Sólo sabía de ellas lo que ellas le decían.
Pocos días después de su llegada, la mujer que parecía estar a cargo de todas le entregó unas flamantes ropas de hombre, diciéndole que el disfraz de mujer ya no era necesario, pues el hombre monstruoso, quien quiera que fuese, no estaba a la vista. Le dijo que estaba libre y que podía partir cuando gustase.
Don Juan pidió ver a Belisario, a quien no había visto desde el día de su llegada. La mujer le dijo que Belisario estaba de viaje y que había dejado dicho que don Juan podía quedarse allí en la casa, pero sólo si estaba en peligro.
Don Juan declaró que estaba en peligro mortal. Durante los pocos días que llevaba en la casa había constatado que el monstruo estaba allí, siempre merodeando sigilosamente entre los jardines que rodeaban la casa. La mujer no quiso creerle y le dijo sin rodeos que él era un embustero, que fingía ver al monstruo para que lo hospedaran. Le dijo que esa casa no era lugar para holgazanear. Afirmó que todos allí eran gente muy seria, que trabajaban mucho y que no podían permitirse mantener a un arrimado.
Don Juan se sintió insultado y salió furioso de la casa, pero, al ver al monstruo escondido tras los arbustos al borde de un jardín, su enojo se convirtió en terror.
Se apresuró a entrar en la casa, preso de un pánico mortal. Allí le suplicó a la mujer que le diera refugio. Prometió trabajar como peón sin salario con tal de quedarse en la hacienda.
Ella aceptó siempre y cuando él aceptara dos condiciones: que no hiciera preguntas y que hiciera cuanto se le ordenara sin pedir explicaciones. Le advirtió que si violaba esas reglas su estadía en la casa se daría por terminada.
-Me quedé realmente de mala gana -continuó don Juan-. No me gustó nada aceptar sus condiciones, pero no tuve otro remedio; afuera estaba el monstruo. Adentro yo estaba a salvo, porque yo sabía que el monstruo siempre se detenía ante una barrera invisible que rodeaba la casa, a una distancia de unos cien metros. Dentro de ese círculo yo estaba fuera de peligro. Hasta donde yo podía discernir, debía de haber algo en esa casa que detenía a ese hombre monstruoso, y eso era lo único que me interesaba.
"También me di cuenta que cuando la gente de la casa estaba conmigo el monstruo nunca aparecía.
Tras algunas semanas sin ningún cambio en su situación reapareció el joven que había estado viviendo en casa del monstruo, disfrazado de Belisario. Le dijo a don Juan que acababa de llegar, que se llamaba Julián y que él era el dueño de la hacienda.
Naturalmente, don Juan lo interrogó sobre su disfraz. Pero el joven, mirándolo a los ojos y sin el menor titubeo, negó saber nada.
-¿Cómo te atreves, aquí, en mi propia casa, a decirme tales tonterías? -le gritó a don Juan- ¿Qué te crees que soy?
-Pero, usted es Belisario, ¿verdad? -insistió don Juan.
-No -dijo el joven-. Belisario es un viejo. Yo soy Julián y soy joven. ¿A poco no te das cuenta?
Don Juan admitió dócilmente no haber

estado del todo convencido de que aquello fuera un disfraz; de inmediato se dio cuenta de lo absurdo de su declaración. Si ser viejo no era un disfraz, era entonces una transformación, y eso resultaba aún más absurdo.
La confusión de don Juan iba en aumento. Le preguntó su opinión sobre el monstruo y el joven le contestó que no tenía ni idea de qué le hablaba, pero reconoció que algo debía haberle sucedido, de otro modo el viejo Belisario no le hubiera dado asilo. Le afirmó fríamente a don Juan que cualquiera que fuese el motivo que lo obligaba a mantenerse escondido era sólo asunto suyo.
El tono y la manera fría de su anfitrión mortificaron a don Juan sin medida. Arriesgándose a provocar su enojo, le recordó que ya se conocían. El joven furioso, declaró no haberlo visto jamás antes de ese día. Se controló rápidamente y expresó su deseo de cumplir la promesa de Belisario.
El joven añadió que él no era sólo el propietario de la casa, sino también el encargado de velar por todas las personas que vivían en ella y de dirigirlas, incluyendo ahora a don Juan, quien, por el solo hecho de estar entre ellos, se había convertido en el pupilo de la casa. Si don Juan no estaba contento con ese arreglo, podía irse.
Antes de decidirse por una cosa o por la otra, don Juan sensatamente optó por preguntar en qué consistía ser pupilo de la casa.
El joven llevó a don Juan a una parte de la mansión, que todavía estaba en construcción, y le dijo que esa parte de la casa simbolizaba su propia vida y sus acciones. Estaba sin terminar. Las obras continuaban, por cierto, pero existía la posibilidad de que nunca se completaran.
-Tú eres uno de los elementos de esa construcción incompleta -le dijo a don Juan-. Digamos que eres la viga que sostendrá el techo. Hasta que la pongamos en su sitio y pongamos el tejado encima, no sabremos si será capaz de soportar el peso. El maestro carpintero dice que sí. El maestro carpintero soy yo.
Esa explicación metafórica no tuvo ningún sentido para don Juan, que tan sólo quería saber qué se esperaba de él en cuestiones de trabajo.
El joven trató de explicárselo de otra manera.
-Yo soy el nagual -explicó-. Yo traigo la libertad. Soy el regente de la gente que vive en esta casa. Tú vives en esta casa y, debido a eso, eres parte de ella; yo soy el que rige te guste o no te guste.
Don Juan lo miró boquiabierto, sin poder decir nada.
-Yo soy el nagual Julián -dijo su anfitrión, sonriente-. Sin mi intervención no hay modo de llegar a la libertad.
Don Juan seguía sin comprender. Pero comenzó a dudar de su certeza de estar a salvo en esa casa, en vista de que la mente de ese hombre estaba obviamente extraviada. Tanto le preocupó este inesperado giro de las circunstancias, que ni siquiera le llamó la atención el uso de la palabras "nagual". Sabía que nagual significaba brujo, pero no logró captar todo el sentido de las palabras de su anfitrión. O bien, de algún modo las comprendió a la perfección, aunque su mente consciente no lo hiciera.
El joven lo miró fijamente y luego le dijo que su trabajo consistiría en ser su ayuda de cámara y su asistente. No recibiría pago por eso, pero sí excelente comida y alojamiento. De vez en cuando habría trabajos pequeños para don Juan, trabajos que requerirían atención especial. El estaría a cargo de llevarlos a cabo personalmente, o de encargarse que otros los hicieran. Por esos servicios especiales se le pagarían pequeñas sumas de dinero, que serían depositadas en una cuenta que los otros miembros de la casa guardarían a su nombre. De ese modo, si alguna vez deseaba marcharse, dispondría de una cantidad en efectivo para arreglárselas.
El joven le puso en claro a don Juan que estaba libre para irse de la casa cuando quisiera, pero que si permanecía allí tendría que trabajar, y que aún más importante que el trabajo eran los tres requisitos que

debía cumplir. Tenía que esforzarse seriamente por aprender cuanto las mujeres le enseñasen. Su conducta con todos los miembros de la casa debía ser ejemplar, lo cual significaba que tendría que examinar su actitud para con ellos cada minuto del día. Y tendría que dirigirse al joven, en la conversación directa, llamándolo nagual y, el nagual Julián, cuando hablara de él con una tercera persona.

Don Juan aceptó esas condiciones a regañadientes. Pero, a pesar de que se hundió inmediatamente en su habitual malhumor, aprendió con prontitud a hacer su trabajo. Lo que no alcanzaba a entender era lo que se esperaba de él en cuestiones de actitud y conducta. Y aunque no podía encontrar, por más que buscaba, un ejemplo concreto, creía francamente que esa gente le mentía y lo explotaba.

A medida que su carácter taciturno ganaba terreno, fue entrando en un permanente malhumor y rara vez decía una palabra a nadie. Fue entonces cuando el nagual Julián reunió a todos los miembros de la casa y les explicó que, pese a que necesitaba desesperadamente un ayudante, se atendría a la decisión de todos. Si no les gustaba el malhumor y la actitud desagradable de su nuevo asistente, tenían derecho a decirlo. Si la mayoría lo decidía, el asistente tendría que marcharse y vérselas con lo que le esperaba afuera, ya fuese un verdadero monstruo o una invención suya.

El nagual Julián condujo entonces a todos al frente de la casa y desafió a don Juan a que les mostrara al hombre monstruoso. Don Juan se los señaló con el dedo, pero nadie lo veía. Corrió frenéticamente de uno a otro, insistiendo en que el monstruo estaba allí, implorándoles que lo ayudaran. Todos ignoraron sus súplicas y dijeron que estaba loco.

El nagual Julián entonces puso a votación el destino de don Juan. El hombre insociable se abstuvo de votar. Simplemente se encogió de hombros y se fue. Todas las mujeres se opusieron a que él siguiera allí. Arguyeron que era demasiado sombrío y malhumorado. Durante la acalorada discusión, empero, el nagual Julián cambió completamente de parecer y se convirtió en su defensor. Sugirió que las mujeres estaban juzgando mal al pobre muchacho; quizá no tenía nada de loco y sí veía realmente un monstruo. Dijo que tal vez su actitud malhumorada era el resultado de preocupaciones. Y surgió un enconado debate. Se acaloraron los ánimos, y, en cuestión de segundos, las mujeres estaban gritándole al nagual.

Don Juan oía la discusión, pero ya nada le importaba. Sabía que iban a expulsarlo y que por seguro el monstruo lo capturaría para llevarlo a la esclavitud. En el colmo de la desolación comenzó a llorar.

Su desesperación y su llanto influyeron a algunas de las enfurecidas mujeres. La mujer en jefe propuso otra alternativa: un período de prueba de tres semanas, durante el cual todas ellas evaluarían diariamente los actos y la actitud de don Juan. Le advirtió a don Juan que, si alguien presentaba una sola queja sobre su actitud se lo expulsaría definitivamente.

El nagual Julián, con una actitud muy paternal, se lo llevó a un lado y le dijo algo que lo dejó frío de terror. Le susurró en el oído que él estaba seguro, no sólo de la existencia del monstruo, sino de que merodeaba por la hacienda, pero que debido a ciertos acuerdos previos con las mujeres, acuerdos que no podía divulgar, no se permitía revelar a las mujeres nada de lo que sabía. Instó a don Juan a dejar su terquedad y malhumor, y a fingir ser lo opuesto.

-Compórtate como si estuvieras feliz y satisfecho -le dijo a don Juan-. De lo contrario las mujeres te echarán a patadas. Esto debería bastar para asustarte. Usa el miedo como fuerza impulsora. Es lo único que tienes.

Cualquier duda o reticencia que don Juan pudiera haber sentido desapareció instantáneamente al ver al hombre monstruoso, que esperaba, impaciente, en la línea invisible, como si se diera cuenta de cuán precaria era la situación de don Juan. Era como si estuviera horriblemente hambriento y esperara con ansias un festín.

El nagual Julián empujó su terror un poco más hondo.
-Si yo estuviera en tu lugar -dijo-, me comportaría como un ángel. Haría todo lo que esas mujeres me dijeran, con tal de no vérmelas con esa bestia infernal.
-Entonces, ¿usted ve al monstruo? -preguntó don Juan.
-Por supuesto que sí -respondió él-. Y también veo que, si te vas de aquí o si las mujeres te botan a patadas, el monstruo te capturará y te pondrá cadenas. Eso acabará con tu malhumor, sin duda alguna. Los esclavos no tienen mas posibilidad que la de comportarse bien con sus amos. Dicen que el dolor provocado por un monstruo como ése está más allá de toda comparación.
Don Juan supo ahí mismo que su única esperanza radicaba en ser tan simpático como le fuera posible. El miedo de caer presa de ese hombre monstruoso fue, por cierto, una poderosa fuerza psicológica.
Don Juan me dijo que, por algún capricho de su propia naturaleza, era muy pesado justamente con las personas que más quería: las mujeres. Pero que nunca se comportó mal en presencia del nagual Julián. Por algún motivo que no podía determinar, en el fondo él sabía que el nagual no era alguien a quien él podía afectar con su conducta.
El otro miembro de la casa, el hombre antisociable, no tenía importancia para él. Don Juan no lo tenía en cuenta. Se había formado una mala opinión de él con sólo verlo. Lo creía débil, indolente y dominado por esas bellas mujeres. Más adelante, cuando entendió mejor la personalidad del nagual Julián, comprendió que ese hombre estaba decididamente opacado por el esplendor de los otros.
Con el correr del tiempo la naturaleza del liderazgo y la autoridad se le hicieron evidentes a don Juan. Estaba sorprendido pero encantado de notar que nadie era mejor ni más augusto que los otros. Algunos de ellos llevaban a cabo funciones que los otros no podían hacer, pero eso no los tornaba superiores, sino sólo diferentes. Sin embargo, la decisión definitiva en todo corría automáticamente por cuenta del nagual Julián; éste, al parecer, gozaba mucho expresando sus decisiones en forma de estupendas y, a veces bárbaras, bromas que jugaba a todos.
Había también entre ellos una misteriosa mujer. La llamaban Talía, la mujer nagual. Nadie le explicó a don Juan quién era o qué significaba aquello de mujer nagual. Le expresaron claramente sin embargo, que una de las siete mujeres era Talía. Hablaban tanto de ella que la curiosidad de don Juan ascendió a tremendas alturas. Hizo tantas preguntas que la mujer en jefe le prometió enseñarle a leer y a escribir, para que pudiera así hacer mejor uso a sus habilidades deductivas. Le dijo que él debía aprender a anotar las cosas en vez de encomendarlas a la memoria; de ese modo acumularía una gran colección de datos sobre Talía, que podría leer y estudiar hasta que la verdad fuera evidente.
Como anticipándose a la cínica respuesta de "a quién le importa" que don Juan estaba a punto de decir, ella arguyó que, si bien podía parecer una empresa absurda, descubrir quién era Talía podía ser una tarea muy fructífera.
Esa era la parte divertida, dijo; la parte seria era que don Juan necesitaba aprender las reglas básicas de la teneduría de libros, a fin de ayudar al nagual a administrar la propiedad.
Inmediatamente comenzó a darle lecciones diarias y en un solo año don Juan progresó tan rápida y extensamente que podía leer, escribir y llevar libros contables. Y hasta descubrió que la mujer en jefe era Talía, y que la tarea de descubrirla había sido fructífera.
Todo había ocurrido con tanta facilidad que ni notó los cambios en él mismo, el más notable de los cuales era cierto sentido de desprendimiento, de desinterés. En lo que a él concernía, conservaba la impresión de que en la casa no ocurría nada, simplemente porque aun no podía identificarse con los miembros del grupo, a quie-

nes consideraba ser como espejos que no reflejaban imágenes.

Don Juan, riendo, me dijo que en cierto momento, a instancias del nagual Julián, aceptó aprender brujería para deshacerse del miedo del monstruo. Pero aunque el nagual Julián le habló de muchísimas cosas, parecía más interesado jugarle espantosas bromas que en enseñarle brujería.

Dijo que durante un año entero, él fue la única persona joven en la casa del nagual Julián. Y era tan absurdo y egocéntrico que ni siquiera se dio cuenta de que, al iniciarse el segundo año, el nagual Julián trajo a tres hombre y cuatro mujeres, todos jóvenes, a vivir en la casa. En lo que concernía a don Juan, esas siete personas, que fueron llegando, una tras otra en el transcurso de dos o tres meses, eran simples sirvientes sin importancia. Uno de los muchachos hasta fue nombrado ayudante suyo.

Don Juan estaba convencido de que el nagual Julián había engatusado a todos esos pobres diablos para que trabajaran sin cobrar salario. Y hasta les hubiera tenido lástima, de no ser por la ciega confianza que ponían en el nagual Julián y el repugnante apego que tenían a todas las cosas y a todas las personas de la casa.

Tenía la impresión de que habían nacido para ser esclavos. Con esa clase de gente, él no tenía nada que hacer. Sin embargo, se veía obligado a entablar amistad con ellos y darles consejos, no porque así lo deseara, sino porque el nagual se lo exigía como parte de su trabajo. Cuando ellos buscaban sus consejos, quedaba horrorizado por lo patético y dramático de las historias de sus vidas.

En secreto, se felicitaba a sí mismo por estar en mejor situación que ellos. Creía sinceramente ser más sagaz que todos ellos juntos. Se jactaba ante ellos de conocer a fondo las maniobras del nagual, aunque no podía decir que las entendiera. Y se reía de los ridículos esfuerzos que ellos hacían por mostrarse útiles. Los consideraba serviles y les decía en la cara que eran explotados sin piedad por un tirano profesional.

Pero lo que más lo enfurecía era que las cuatro muchachas estuvieran locas por el nagual Julián e hicieran de todo por complacerlo. Don Juan buscaba consuelo en su trabajo y se sumergía en él para olvidar su enojo, o bien pasaba horas enteras leyendo los libros que el nagual Julián tenía en la casa. La lectura se convirtió en su pasión. Cuando leía, todos sabían que no debían molestarlo, exceptuando el nagual Julián, que se complacía en no dejarlo jamás en paz. Siempre lo perseguía para que hiciera amistad con esos muchachos y esas muchachas. Le decía repetidas veces que todos ellos, incluso don Juan, era sus aprendices de brujo. Don Juan estaba convencido de que el nagual Julián no sabía nada de brujería, pero le seguía la cuerda y lo escuchaba sin creerle una sola palabra.

El nagual Julián no se dejaba perturbar por su falta de fe. Simplemente, procedía como si don Juan le creyera y reunía a todos los aprendices para darles instrucción. Periódicamente los llevaba de excursión, a pasar la noche, en las montañas de la zona. En casi todas esas excursiones los dejaba solos, perdidos entre los escarpados cerros, a cargo de don Juan.

La justificación dada para esas excursiones era que en la soledad, en el páramo, descubrirían al espíritu. El nagual Julián incitaba especialmente a don Juan a ir en busca del espíritu, aunque no comprendiera lo que hacía.

-Naturalmente, se refería a lo único que un nagual puede referirse: el movimiento del punto de encaje -dijo don Juan-. Pero lo expresaba de la manera que él creía que iba a tener sentido para mí: ir tras el espíritu.

"Yo siempre pensé que estaba diciendo tonterías. Para entonces yo ya tenía formadas mis propias opiniones y creencias; estaba convencido de que el espíritu es lo que se conoce como carácter, voluntad, agallas, fuerza. Y creía innecesario ir en pos de todo eso, puesto que ya lo tenía.

"El nagual Julián insistía que el espíritu es indefinible, que ni siquiera se lo puede sentir, mucho menos se podía hablar de él, y que uno sólo puede llamarlo al reconocer que existe. Mi respuesta fue muy parecida a la tuya: uno no puede llamar a algo que no existe.

Don Juan dijo que el nagual Julián insistía tanto en la importancia de conocer al espíritu que él acabó por obsesionarse con saber qué era el espíritu. Hasta que por fin el nagual le prometió, frente a todos los demás miembros de su casa, que de un solo golpe le mostraría, no sólo qué era el espíritu, sino cómo definirlo. También prometió dar una magnífica fiesta, e invitar aún a los vecinos, para celebrar la lección sobre el espíritu.

Don Juan comentó que en aquellos tiempos, anteriores a la revolución mexicana, el nagual Julián y las siete mujeres de su grupo pasaban por los acaudalados propietarios de una enorme hacienda. Nadie ponía en duda esa imagen, sobre todo la del nagual Julián: rico y apuesto terrateniente que había sacrificado su intenso deseo de dedicarse a una carrera eclesiástica a fin de cuidar de sus siete hermanas solteras.

Un día, en plena estación de lluvias, el nagual Julián anunció que, en cuanto dejara de llover, daría la enorme fiesta que prometió a don Juan. Y un domingo por la tarde que hizo sol, llevó a todos a las orillas del río, el cual había crecido debido a las fuertes lluvias. El nagual Julián ese día montaba a caballo, mientras don Juan corría como un lacayo, respetuosamente atrás, tal como siempre acostumbraban a hacer para mantener las apariencias del acaudalado hacendado y su criado personal.

Para ese almuerzo campestre, el nagual eligió un lugar despejado en la orilla alta del río, a unos dos metros encima del agua. Las mujeres habían preparado alimentos y bebidas. El nagual hasta había contratado a un grupo de músicos. En la gran fiesta estaban incluidos todos los peones de la hacienda, los vecinos e incluso forasteros que se acercaron para participar de las diversiones.

Todo el mundo comió y bebió a gusto. El nagual bailó con todas las mujeres, cantó y recitó poesía. Contó chistes y, con la ayuda de algunas de las mujeres, y para regocijo de todos, representó breves y chistosísimas escenas teatrales.

En un momento dado, el nagual Julián preguntó si alguno de sus siete aprendices, deseaba compartir la lección de don Juan. Todos rehusaron, bien conscientes de las tácticas del nagual. Luego preguntó a don Juan si estaba seguro de querer averiguar qué era el espíritu.

Don Juan no pudo rehusar. Después de todas esas preparaciones, él no podía echarse atrás y anunció que estaba dispuesto a todo. El nagual lo guió hasta el borde del turbulento río, lo hizo arrodillar y comenzó a entonar un largo encantamiento en el que invocaba el poder del viento y de las montañas y pedía al poder del río que aconsejara a don Juan.

Su encantamiento, que podría haber sido muy significativo, estaba expresado de modo tan irreverente que todos reían a más no poder. Cuando hubo terminado le pidió a don Juan que se pusiera de pie con los ojos cerrados. Luego lo tomó en los brazos, como si fuera una criatura, y lo arrojó dos metros abajo a la fuerte corriente, gritando: "¡Por Dios santo, no te enojes con el río!"

Don Juan se sacudía de risa contándome la historia. Quizás bajo otras circunstancias también yo la habría encontrado graciosa, pero esa vez el relato me perturbó tremendamente.

-Tendrías que haber visto la cara de esa gente -continuó don Juan-. Divisé fugazmente sus gestos de consternación, mientras me caía el agua. Nadie había adivinado que ese diabólico nagual haría una cosa así.

Don Juan dijo que sinceramente creyó que eso era el fin de su vida. No sabía nadar bien; mientras se hundía hasta el fondo del río, se maldijo por haber permitido que le pasara eso. Estaba tan furioso que

no tuvo tiempo de caer en el pánico. Sólo podía pensar en su resolución de no morir en ese pinche río, a manos de ese pinche desgraciado.
Sus pies tocaron el fondo y lo impulsaron hacia arriba. El río no era profundo, pero la creciente había ensanchado mucho su cauce. La corriente era muy fuerte y lo llevó, zarandeándolo, por un largo trecho. Y mientras él hacía lo posible por no sucumbir, tratando de que las aguas torrentosas no le dieran vuelta, entró en un estado de ánimo muy extraño. Comprendió cual era su defecto: él era un hombre iracundo. Su ira acumulada lo hacía odiar a todos cuantos le rodeaban y reñir constantemente. Pero no podía odiar al río ni pelear con él; no podía ni impacientarse ni irritarse con él, como lo hacía normalmente con todo y con todos. Lo único que podía hacer con el río era seguir su corriente.
Don Juan sostuvo que esa sencilla comprensión y el hecho de aceptarla desequilibraron el fiel de la balanza, por así decirlo, haciéndolo experimentar un libre movimiento de su punto de encaje. De pronto, sin darse cuenta en lo mínimo de lo que pasaba, en vez de sentirse arrastrado por el agua torrentosa, sintió que estaba corriendo por la ribera del río. Corría tan de prisa que no tenía tiempo de pensar. Una tremenda fuerza lo arrastraba, haciéndolo saltar a la carrera por sobre piedras y troncos de árboles caídos, como si no existieran.
Después de haber corrido, de tal desesperada manera, por un rato bastante largo, don Juan se atrevió a echar un vistazo al agua rojiza que pasaba en torrentes. Y se vio a sí mismo violentamente arrastrado por la corriente. Nada en su experiencia lo había preparado para tal momento. Comprendió entonces, sin depender de sus procesos mentales, que estaba en dos lugares al mismo tiempo. Y en uno de ellos, en el torrentoso río, estaba indefenso.
Toda su energía se aplicó a tratar de salvarse.
Sin saber exactamente lo que estaba haciendo, comenzó a apartarse de la ribera del río. Tuvo que usar toda su fuerza, y su determinación para desviarse dos o tres centímetros con cada paso. Sentía como si estuviera arrastrando un árbol. Se movía con tanta lentitud que tardó una eternidad en desviarse unos pocos metros.
El esfuerzo fue demasiado para él. De pronto ya no estaba corriendo, sino que caía a un profundo pozo de agua. Cuando se hundió en el agua, el frío lo hizo gritar. Y un momento después estaba otra vez en el río, arrastrado por la corriente. Su miedo, al verse en las aguas turbulentas, fue tan intenso que sólo pudo desear, con toda su voluntad, estar sano y salvo en la ribera. E inmediatamente estaba allá, otra vez, corriendo a increíble velocidad en dirección paralela al río, pero apartándose de él.
Mientras corría, miró otra vez hacia las aguas turbulentas y se vio a sí mismo, luchando por mantenerse a flote. Quiso gritar una orden; quiso mandarse a sí mismo a nadar en dirección oblicua, pero no tenía voz. Su angustia por la parte de sí mismo que luchaba contra el agua era tan insoportable, que sirvió de puente entre los dos Juan Matus. Instantáneamente volvió a estar en el agua, nadando oblicuamente hacia la orilla.
La increíble sensación de alternar entre dos lugares bastó para borrarle su miedo. Y cuando ya no le importaba su destino, empezó a alternar libremente entre nadar en el río, chapaleando hacia la orilla izquierda, o bien correr por la ribera alejándose del río.
Salió del agua después de haber recorrido unos nueve o diez kilómetros, río abajo. Allí tuvo que esperar, buscando refugio entre los arbustos, por más de una semana. Esperaba a que bajaran las aguas para poder cruzar vadeando, pero también esperaba a que su miedo disminuyera y a que acabara su sensación de ser doble.
Don Juan me explicó que la fuerte y sostenida emoción de luchar por salvar la vida había hecho que su punto de encaje se moviera justo al lugar del conocimiento silencioso. Como nunca había prestado

ninguna atención a lo que el nagual Julián le decía sobre el punto de encaje, no tenía idea de qué era lo que le sucedía. Lo aterraba la posibilidad de no volver jamás a la normalidad. Pero a medida que exploraba su percepción dividida, descubrió que le gustaba su lado práctico. Era doble por días enteros. Podía ser plenamente el uno o el otro. O podía ser ambos al mismo tiempo. Cuando era ambos a la vez, las cosas se tornaban confusas y ninguno de los dos era efectivo; de modo que abandonó esa alternativa. Pero ser el uno o el otro le abría inconcebibles posibilidades.

Mientras se recuperaba, estableció que uno de sus dos seres era más flexible que el otro; podía cubrir distancias en un abrir y cerrar de ojos; podía hallar comida o los mejores escondrijos. Fue este ser el que en cierto momento llegó a la casa del nagual para ver si se preocupaban por él.

Oyó a los muchachos y a las muchachas llorar por él, y eso fue toda una sorpresa. Le habría gustado seguir observándolos indefinidamente, pues le encantaba la idea de averiguar qué pensaban de él, pero el nagual Julián lo descubrió.

Aquella fue la única vez en que el nagual le inspiró realmente miedo. Don Juan oyó que el nagual le ordenaba dejarse de tonterías. Apareció de súbito: un objeto en forma de campana, negro como el azabache, de peso y fuerza descomunales. El nagual lo sujetó, pero don Juan no hubiera podido decir cómo hacía para sujetarlo, aunque le producía una sensación muy dolorosa e inquietante. Era un dolor agudo y nervioso que él lo sentía, en el vientre y en la ingle.

-De inmediato, me encontré otra vez en la ribera del río -contó don Juan-. Me levanté, crucé vadeando el río, que ya no estaba muy lleno, y eché a andar hacia la casa.

Hizo una pausa y me preguntó qué pensaba de su relato. Le dije que me había horrorizado.

-Podría usted haberse ahogado en ese río -dije, casi gritando-. ¡Qué brutalidad, hacerle eso! ¡El nagual Julián estaba loco!

-Un momento -protestó don Juan-. El nagual Julián era un demonio, pero no estaba loco. Hizo lo que debía hacer de acuerdo a su papel de nagual y maestro. Es cierto que yo habría podido morir. Pero ese es un riesgo que todos debemos correr. Tú mismo podía haber sido fácilmente devorado por el jaguar, o podías haber muerto de cualquiera de las cosas que te he hecho hacer. El nagual Julián era audaz y autoritario y encaraba todo directamente. Nada de andarse con rodeos con él, ni con medias tintas.

Yo insistí que, por muy valiosa que fuera la lección, los métodos del nagual Julián me parecían extraños y excesivos. Admití que cuanto había oído decir del nagual Julián me molestaba tanto que me había formado una imagen muy negativa de él.

Yo creo que lo que pasa es que tienes miedo que uno de estos días yo te arroje al río o te haga usar ropas de mujer -dijo don Juan, echándose a reír a carcajadas-. Por eso es que no te cae bien el nagual Julián.

Admití que él estaba en lo cierto, y él me aseguró que no abrigaba la menor intención de imitar los métodos del nagual Julián. Dijo que no le funcionarían, porque, a pesar de ser tan falto de compasión como el nagual Julián, era mucho menos práctico.

-En aquel entonces yo no apreciaba su practicalidad -continuó-; y desde luego, no me gustó lo que hizo. Pero ahora, cuando me acuerdo de ello, lo admiro por su estupendo y directo modo de hacerme llenar los requisitos del intento y hacerme manejarlo.

Don Juan dijo que la enormidad de esa experiencia le hizo olvidar por completo al hombre monstruoso. Caminó sin escolta casi hasta la casa del nagual Julián, pero una vez allí cambió de idea y fue a la casa del nagual Elías, en busca de consuelo. Y el nagual Elías le explicó la profunda consistencia de los actos del nagual Julián:

El nagual Elías apenas podía contener su entusiasmo al escuchar el relato de don Juan. En tono ferviente le explicó a don Juan que el nagual Julián era un acechador supremo, siempre en busca de lo práctico. Su incesante búsqueda era para

obtener puntos de vista y soluciones pragmáticas. Su comportamiento, aquel día en que arrojó a don Juan al río, había sido una obra maestra del acecho. Había maniobrado para afectar a todos. Hasta el río parecía estar a sus órdenes.

El nagual Elías sostuvo que mientras don Juan era arrastrado por la corriente, luchando por su vida, el río le había ayudado a entender lo que era el espíritu. Y gracias a esa comprensión don Juan tuvo la oportunidad de entrar directamente en el conocimiento silencioso.

Don Juan escuchó al nagual Elías lleno de sincera admiración por su entusiasmo, pero sin comprender una sola palabra.

En primer lugar, el nagual Elías explicó a don Juan que el sonido y el significado de las palabras son de suprema importancia para los acechadores. Ellos usan las palabras como llaves que abren cualquier cosa que esté cerrada. Los acechadores, por lo tanto, deben declarar su objetivo antes de tratar de lograrlo. Pero no pueden revelarlo así nomás, desde un principio; deben decirlo cuidadosamente y esconderlo entre las palabras.

El nagual Elías llamó a ese acto, "despertar el intento". Le explicó a don Juan que el nagual Julián había despertado al intento al afirmar enfáticamente, frente a todos los miembros de la casa, que iba a mostrar a don Juan, de una sola vez, qué era el espíritu y cómo definirlo. Eso era una perfecta tontería, pues el nagual Julián sabía que no había modo de mostrar o de definir al espíritu. Su verdadero objetivo era, por supuesto, situar a don Juan en la posición de manejar el intento.

Tras de hacer esa afirmación, que escondía su verdadero objetivo, el nagual Julián reunió a tanta gente como le fue posible, convirtiéndolos en sus cómplices, a sabiendas de ello o no. Todos conocían el objetivo expresado, pero ni uno solo sabía lo que el nagual tenía en mente.

El nagual Elías se equivocó por completo al creer que su explicación iluminaría a don Juan. Sin embargo, continuó pacientemente explicándole que la posición del conocimiento silencioso se llamaba el tercer punto, porque, a fin de alcanzarlo, había que pasar por el segundo punto: el lugar donde no hay compasión.

Dijo que el punto de encaje de don Juan adquirió la suficiente fluidez como para hacerlo doble. Ser doble significaba, para los brujos que uno podía manejar el intento; estar en el lugar de la razón y el del conocimiento silencioso, alternativamente o al mismo tiempo.

El nagual le dijo a don Juan que ese logro había sido magnífico. Hasta lo abrazó como si fuera un niño. Y no podía dejar de ponderar el hecho de que pese a no saber nada o quizá justamente por ello, había podido transferir la totalidad de su energía de un lugar al otro; lo cual significaba, para el nagual, que el punto de encaje de don Juan poseía una fluidez natural muy propicia.

Le dijo a don Juan que todos los seres humanos se hallaban capacitados para lograr esa fluidez. Sin embargo, la mayoría de nosotros solamente la almacenábamos sin usarla jamás, salvo en las raras ocasiones en que la despertaban, o bien los brujos, o ciertas circunstancias naturalmente dramáticas, como una lucha de vida o muerte.

Don Juan lo escuchó como hipnotizado por la voz del viejo nagual. Cuando prestaba atención podía entender cuanto el nagual decía, algo que nunca había podido hacer con el nagual Julián.

El viejo nagual pasó a explicar que la humanidad estaba en el primer punto, el de la razón, pero que no todos los seres humanos tenían el punto de encaje localizado exactamente en el sitio de la razón. Quienes lo tenían justamente allí eran los verdaderos líderes de la humanidad. Casi siempre se trataba de personas desconocidas cuyo genio era el ejercicio de la razón.

Dijo luego que en otros tiempos la humanidad había estado en el tercer punto, el cual, naturalmente, era entonces el primero. Pero que después, la humanidad entera se movió al lugar de la razón. Y

que en los tiempos en que el primer punto era el conocimiento silencioso, tampoco todos los seres humanos tenían el punto de encaje localizado directamente en esa posición. Eso significaba que los verdaderos líderes de la humanidad habían sido siempre los pocos seres humanos cuyos puntos de encaje están situados en el sitio exacto de la razón o del conocimiento silencioso. El resto de la humanidad, le dijo el viejo nagual a don Juan, eran simplemente los espectadores. En nuestros días, eran los amantes de la razón. En el pasado habían sido los amantes del conocimiento silencioso. Eran los que admiraban y cantaban odas a los héroes de cada una de esas posiciones.

El viejo nagual afirmó que la humanidad había pasado la mayor parte de su historia en la posición de conocimiento silencioso, lo que explicaba nuestra gran añoranza por él.

Don Juan le preguntó qué era, exactamente lo que el nagual Julián le estaba haciendo. Su pregunta sonaba más madura e inteligente de lo que en realidad era. El nagual Elías respondió en términos que resultaron totalmente oscuros para don Juan. Dijo que el nagual Julián estaba invitando a su punto de encaje a moverse justo a la posición de la razón, para que así don Juan pudiera ser un pensador activo, y no sólo parte de un público pasivo, sin sofisticación y con mucho emocionalismo que amaba las ordenadas obras de la razón. Al mismo tiempo, el nagual Julián lo estaba entrenando a ser un verdadero brujo abstracto, y no sólo parte de un público mórbido e ignorante que amaba lo desconocido.

Le aseguró también a don Juan que sólo el ser humano que fuera un dechado de la razón podría mover su punto de encaje con facilidad, para ser un dechado del conocimiento silencioso. Dijo que sólo aquellos que estaban justamente en una de las dos posiciones podían ver con claridad la otra posición; y que ese había sido el modo como se inició la era de la razón. La posición de la razón se veía claramente desde la posición del conocimiento silencioso.

El viejo nagual le dijo a don Juan que la conexión entre el conocimiento silencioso y la razón era, para los brujos, como un puente de una sola mano, llamado, "interés". Es decir, el interés que los auténticos hombres del conocimiento silencioso tenían por la fuente de lo que sabían. Y el otro puente de una sola mano, que conecta la razón con el conocimiento silencioso, es llamado el "puro entendimiento". Es decir, lo que le dice al hombre de razón que la razón es solamente como una estrella en un infinito de estrellas.

El nagual Elías agregó que cualquier ser humano que tuviera ambos puentes en funcionamiento es un brujo en contacto directo con el espíritu, la fuerza vital que posibilita ambas posiciones. Señaló a don Juan que todo cuanto el nagual Julián había hecho aquel día en el río había sido un espectáculo, no para un público humano, sino para la fuerza que lo estaba observando. Se pavoneó e hizo alardes con total abandono y frialdad y con la audacia más grande divirtió a todos, especialmente al poder al que se estaba dirigiendo.

Don Juan dijo que, según le asegurara el nagual Elías, el espíritu solo escucha cuando el que le habla, le habla con gestos. Y los gestos no significa hacer señales o mover el cuerpo, sino actos de verdadero abandono, de generosidad, de humor. Como gesto para el espíritu, los brujos sacan de sí lo mejor que tienen; su abandono, su frialdad, su audacia y silenciosamente lo ofrecen al espíritu.

XIV. INTENTAR APARIENCIAS

Don Juan quiso que hiciéramos un viaje más a las montañas antes de que yo volviera a mi casa, pero no llegamos a hacerlo. En cambio, me pidió que lo llevara en mi auto a la ciudad de Oaxaca. Necesitaba hacer allí algunas diligencias.

Por el camino hablamos de todo, menos del intento. Fue un descanso que me sentó muy bien.

Por la tarde, una vez que él hubo terminado con sus diligencias, nos sentamos en la plaza, en su banco favorito. El lugar estaba desierto. Yo me sentí muy cansado y soñoliento. Pero inesperadamente me animé. Mi mente se aclaró tanto que me asusté.

Don Juan advirtió inmediatamente el cambio y luego hizo algo extraordinario: agarró un pensamiento de mi mente misma, o tal vez fui yo quien lo agarró de la suya.

-Si piensas acerca de la vida en términos de horas y no de años, nuestra vida es inmensamente larga -dijo-. Aunque pienses en términos de días, la vida es interminable.

Eso era exactamente lo que yo estaba pensando. Quise mostrar mi asombro y hacerle mi pregunta habitual: "¿Cómo hizo usted eso?" Pero él me mandó callar y pasó a decirme que los brujos contaban la vida en horas: y que en una hora le era posible a un brujo vivir, en intensidad, el equivalente de una vida normal. Esa intensidad es una ventaja, dijo, cuando se trata de acumular información en el movimiento del punto de encaje.

Le pedí que me explicara en más detalle eso de acumular información en el movimiento del punto de encaje. Mucho tiempo antes me había recomendado que, en vez de tomar notas de nuestras conversaciones, cosa muy incómoda y engorrosa, guardara toda la información obtenida sobre el mundo de los brujos, no en papel ni en mi mente, sino en el movimiento de mi punto de encaje.

-El punto de encaje, con el más ínfimo movimiento crea islas de percepción totalmente aisladas -me dijo-. Información acerca de la complejidad de la conciencia de ser se puede acumular allí.

-Pero ¿cómo se puede acumular información en algo tan vago, que no tiene forma? -pregunté.

-La mente es igualmente vaga y tampoco tiene forma, sin embargo confías en ella, porque te es familiar -replicó-. Aún no tienes la misma familiaridad con el movimiento del punto de encaje, pero no es ni más mi menos vago que la mente.

-Lo que quiero preguntar es ¿cómo se almacena la información? -insistí.

-La información se almacena en la experiencia misma; es decir, en la posición que el punto de encaje tiene al momento de la experiencia -me explicó-. Luego, cuando el brujo mueve otra vez su punto de encaje al sitio exacto en donde estaba, revive toda la experiencia. A eso, cómo ya lo sabes, los brujos llaman "acordarse". Así que, acordarse es el modo de conseguir toda la información acumulada en el movimiento del punto de encaje.

"Lo que los brujos almacenan es la intensidad -continuó-. La intensidad es resultado automático del movimiento del punto de encaje. Por ejemplo, todo lo que estás viviendo en estos momentos tiene más intensidad de la que experimentas en general; por lo tanto, debidamente hablando, estás almacenando intensidad. Algún día revivirás la intensidad de este momento, haciendo que tu punto de encaje vuelva exactamente al sitio en donde está ahora. Ese es el modo como almacenan los brujos información.

Le dije a don Juan que yo no estaba consciente de ningún tipo de proceso mental que me hubiera facilitado acordarme de los incidentes de los cuales me acordé en los últimos días.

-¿Cómo puede uno acordarse deliberadamente? -pregunté-.

-La intensidad, siendo un aspecto del intento, está naturalmente conectada con el brillo de los ojos del brujo -explicó-. A fin de acordarse de esas aisladas islas de percepción, los brujos sólo necesitan intentar el específico brillo de sus ojos, asociado con el punto al que desean volver. Pero esto ya te lo he explicado antes.

Debo de haber puesto cara de perplejidad. Don Juan me miró con expresión seria. Abrí la boca dos o tres veces para hacerle preguntas, sin poder formular mis pensamientos.

-Como el nivel de intensidad de un brujo es mayor que lo normal -dijo don Juan-, en pocas horas un brujo puede vivir el equi-

valente a una vida normal. Su punto de encaje, al moverse a una posición poco familiar, toma más energía que la acostumbrada. Ese flujo extra de energía se llama intensidad.

Creí que lo comprendía con perfecta claridad, y mi mente se tambaleó bajo el impacto de mi comprensión. Don Juan me clavó la vista y me advirtió que tuviera cuidado con cierta reacción que afecta típicamente a los brujos: el frustrante deseo de explicar la experiencia de la brujería en términos coherentes y bien razonados.

-La experiencia de los brujos es tan descabellada -dijo don Juan- que ellos acostumbran a acecharse a sí mismos con ella, haciendo hincapié en el hecho de que somos perceptores y de que la percepción tiene muchas más posibilidades de las que puede concebir la mente.

"A fin de protegerse de esa inmensidad de la percepción -continuó-, los brujos aprenden a mantener una mezcla perfecta de no tener compasión, de tener astucia, de tener paciencia y de ser simpáticos. Estas cuatro bases están entrelazadas de modo inextricable. Los brujos las cultivan intentándolas. Estas bases son, naturalmente, posiciones del punto de encaje.

Dijo luego que todo acto realizado por un brujo es deliberado en pensamiento y realización y está, por definición, gobernado por esos cuatro principios fundamentales del acecho.

-Los brujos usan esas cuatro disposiciones del acecho como guías -continuó-. Son cuatro estados mentales, cuatro diferentes tipos de intensidad que los brujos pueden usar para inducir a sus puntos de encaje a moverse a posiciones específicas.

De pronto pareció fastidiado. Le pregunté si era mi insistencia en la especulación lo que le molestaba.

-Explicar es una lata -dijo-. Nuestra racionalidad nos pone entre la espada y la pared. Nuestra tendencia es a analizar, a sopesar, a averiguar. Y no hay modo de hacer eso desde dentro de la brujería. La brujería es el acto de llegar al lugar del conocimiento silencioso, y el conocimiento silencioso no es analizable, porque sólo puede ser experimentado.

Sonrió; sus ojos brillaban como dos puntos de luz. Dijo que los brujos, con fin de protegerse del abrumador efecto del conocimiento silencioso, desarrollaron el arte del acecho. El acecho mueve el punto de encaje de un modo ínfimo, pero incesante, dando así a los brujos el tiempo y la posibilidad de reforzarse.

Dentro del arte del acecho -prosiguió don Juan-, existe una técnica muy usada por los brujos: "el desatino controlado". Los brujos aseguran que esa es la única técnica con que cuentan para tratar consigo mismos en la conciencia acrecentada y con la gente en el mundo de la vida cotidiana.

Don Juan me había definido el desatino controlado como el arte del engaño controlado o el arte de fingirse completamente inmerso en el acto del momento; fingiendo tan bien que nadie podría diferenciar esa imitación de lo genuino. El desatino controlado no es un engaño en sí, me había dicho, sino un modo sofisticado y artístico de separarse de todo sin dejar de ser una parte integral de todo.

-El desatino controlado es un arte -continuó don Juan-. Un arte sumamente molesto y difícil de aprender. Muchos brujos no tienen aguante para eso, no porque tenga nada de malo, sino porque hace falta mucha energía para ejercitarlo.

Don Juan admitió que él lo practicaba a conciencia, aunque no le gustaba mucho, quizá porque su benefactor había sido muy adepto a ello. O tal vez era porque su personalidad que, según decía él, era básicamente tortuosa y mezquina simplemente carecía de la agilidad necesaria para practicar el desatino controlado.

Lo miré con sorpresa. Yo nunca lo hubiera creído mezquino. El dejó de hablar y me clavó la mirada.

-Para cuando llegamos a la brujería nuestra personalidad ya está formada -dijo-, encogiéndose de hombros como para indicar resignación-; y solamente nos resta practicar el desatino controlado y reírnos de nosotros mismos.

Sentí un arrebato de empatía y le aseguré que, en mi modesta opinión, él no era ni tortuoso ni mezquino en lo absoluto.
-Pero ésa es mi personalidad básica -insistió-.
Y yo insistí en que no era así.
-Los acechadores que practican el desatino controlado creen que, en cuestiones de personalidad, toda la especie humana cae dentro de tres categorías -dijo, sonriendo como lo hacía cada vez que me tendía una trampa.
-Eso es absurdo -protesté-. La conducta humana es demasiado compleja como para establecer categorías tan simples.
-Los acechadores dicen que no somos tan complejos como creemos -dijo- y también dicen que todos pertenecemos a una de esas tres categorías.
Reí de puro nerviosismo. Por lo común habría tomado esa afirmación como una broma, pero esta vez, debido a la extrema claridad de mi mente y a la intensidad de mis pensamientos, sentí que hablaba en serio.
-¿Hablaba usted en serio? -pregunté, lo más discretamente que pude.
-Completamente en serio -replicó, y se echó a reír.
Su risa me tranquilizó un poco, y él continuó explicando el sistema de clasificación de los acechadores. Dijo que las personas de la primera categoría son los perfectos secretarios, ayudantes y acompañantes. Tienen una personalidad muy fluida, pero su fluidez no nutre. Sin embargo, son serviciales, cuidadosos, totalmente domésticos, e ingeniosos dentro de ciertos límites; chistosos, de muy buenos modales, simpáticos y delicados. En otras palabras, son la gente más agradable que existe, salvo por un enorme defecto: no pueden funcionar solos. Necesitan siempre que alguien los dirija. Con dirección, por dura o antagónica que pueda ser, son estupendos. Por sí mismos, perecen.
La gente de la segunda categoría no tiene nada de agradable. Los de ese grupo son mezquinos, vengativos, envidiosos, celosos y egocéntricos. Hablan exclusivamente de sí mismos y habitualmente exigen que la gente se ajuste a sus normas. Siempre toman la iniciativa, aunque esto los haga sentir mal. Se sienten totalmente incómodos en cualquier situación y nunca están tranquilos. Son inseguros y jamás están contentos; cuanto más inseguros se sienten, más desagradable es su comportamiento. Su defecto fatal es que matarían con tal de estar al mando.
En la tercera categoría están los que no son ni agradables ni antipáticos. No sirven a nadie, pero tampoco se imponen a nadie. Más bien, son indiferentes. Tienen una idea exaltada de sí mismos basada solamente en sus fantasías. Si son extraordinarios en algo es en la facultad de esperar a que las cosas sucedan. Por regla general esperan ser descubiertos y conquistados; tienen una estupenda facilidad para crear la ilusión de que se traen grandes cosas entre manos; cosas que siempre prometen sacar a relucir, pero nunca lo hacen, porque, en realidad, no tienen nada.
Don Juan dijo que él, decididamente, pertenecía a la segunda clase. Luego me pidió que me clasificara a mí mismo y yo me puse nervioso. Don Juan casi se caía de la risa.
Me instó de nuevo a que me clasificara, y de mala gana sugerí que podía ser una combinación de las tres categorías.
-No me vengas con combinaciones -dijo, sin dejar de reír-. Somos seres simples; cada uno de nosotros pertenece a una de las tres. Y yo diría que tú definitivamente perteneces a la segunda clase. Los acechadores les llaman pedos.
Empecé a gritar, protestando que su sistema de clasificación era denigrante. Pero me detuve justo en el momento en que iba a lanzar una larga diatriba. Comenté en cambio, que, si en verdad sólo había tres tipos de personalidades, todos estábamos atrapados por vida en una de esas tres categorías, sin esperanzas de cambio ni de rendición.
Reconoció que ese era exactamente el caso, en cierta medida, pero que sí existía un camino de redención. Los brujos ha-

bían descubierto que sólo nuestra imagen de sí caía en una de esas categorías.
-El problema con nosotros es que nos tomamos demasiado en serio -aseguró-. Cualquiera que sea la categoría en que cae nuestra imagen de sí, sólo tiene significado en vista de nuestra importancia personal. Si no tuviéramos importancia personal no nos atañería en absoluto en qué categoría caemos.
"Yo siempre seré un pedo -continuó, riéndose de mí abiertamente-. Y tú, lo mismo. Pero ahora soy un pedo que no se toma en serio, mientras que tú todavía lo haces.
Yo estaba indignado. Quería discutir con él, pero no podía reunir mi energía.
En la plaza desierta, la repercusión de su risa se me hacía casi como un eco.
Cambió luego de tema y procedió a hacer un recuento de los centros abstractos que habíamos discutido: las manifestaciones del espíritu, el toque del espíritu, los trucos del espíritu, el descenso del espíritu, los requisitos del intento y el manejo del intento. Los repitió como si estuviera dando a mi memoria la oportunidad de retenerlos plenamente.
-Usted nunca me ha dicho nada acerca de los requisitos del intento o del manejo del intento -dije.
-Ah, esta vez tendrás que esforzarte tú mismo -respondió-. Te he hablado de la ruptura de la imagen de sí, el alcanzar el sitio donde no hay compasión, y el llegar al conocimiento silencioso; y de los estados de ánimo que les dan seriedad. El manejo del intento es algo más velado, es el arte del acecho en sí, es la impecabilidad.
Comenté que los centros abstractos seguían siendo un misterio para mi. Me sentía muy angustiado con respecto a mi incapacidad de comprenderlos. El me daba la impresión de que iba a dar por finalizado el tema y yo no había captado su significado en absoluto. Insistí en que necesitaba hacerle más preguntas sobre los centros abstractos.
El pareció valorar lo que yo decía; después, en silencio, asintió con la cabeza.
-Este tópico también fue muy difícil para mí -dijo-. Y también yo hice muchas preguntas. Tal vez yo era un poquito más egocéntrico que tú. Y muy desagradable. Mi único modo de hacer preguntas era regañando. Tú, en cambio, eres un inquisidor bastante belicoso. Al final, claro está, tú y yo somos igualmente fastidiosos, pero por diferentes motivos. Lo malo de hacer preguntas es que lo que queremos averiguar nunca se revela cuando uno lo pide.
Don Juan agregó sólo una cosa más antes de cambiar de tema: que los centros abstractos se revelan con suma lentitud.
-Y ahora hablemos de otra historia de brujería -dijo-. No me cansaré de repetir que todo hombre que mueve su punto de encaje puede moverlo aún más. Y la única razón por la cual necesitamos un maestro es para que nos acicatee sin misericordia. De lo contrario, nuestra reacción natural es detenernos a felicitarnos por haber avanzado tanto.
Dijo que ambos éramos buenos ejemplos de nuestra detestable tendencia a tratarnos con demasiada benevolencia. Su benefactor, por suerte, como era un estupendo acechador, lo había tenido siempre en guardia, ayudándolo, cada vez que podía a efectuar un libre movimiento de su punto de encaje.
Don Juan contó que, en el curso de sus excursiones nocturnas a las montañas, el nagual Julián le había dado extensas lecciones sobre la naturaleza de la importancia personal y el movimiento del punto de encaje. Para el nagual Julián, la importancia personal era un monstruo de mil cabezas y había tres maneras en que uno podía enfrentarse a él y destruirlo. La primera manera consistía en cortar una cabeza por vez; la segunda era alcanzar ese misterioso estado de ser llamado el sitio donde no hay compasión, el cual aniquila la importancia personal matándola lentamente de hambre; y la tercera manera era pagar por la aniquilación instantánea del monstruo de las mil cabezas con la muerte simbólica de uno mismo.
El nagual Julián recomendaba la tercera alternativa, pero le dijo a don Juan que

podía considerarse afortunado si tenía oportunidad de escoger. Pues es el espíritu el que suele decidir qué camino tomará el brujo, y el deber del brujo es obedecer.
Don Juan me dijo que, tal como él me había guiado a mí, su benefactor lo había guiado a él para que cortara las mil cabezas de la importancia personal, una a una, pero que los resultados habían sido muy diferentes. Yo había respondido muy bien; él, en cambio, no había respondido en absoluto.
-La mía era una condición muy peculiar -prosiguió-. Desde el momento en que mi benefactor me vio tendido en el camino, con un agujero de bala en el pecho, comprendió que yo era el nuevo nagual. Actuando de acuerdo con ello, mi benefactor movió mi punto de encaje tan pronto como mi salud lo permitió.
Y yo vi con gran facilidad un campo de energía en la forma de aquel hombre monstruoso. Pero ese logro, en vez de ayudar, dificultó cualquier otro movimiento de mi punto de encaje. Y en tanto que los puntos de encaje de los otros aprendices se movían de modo estable, el mío se quedó fijo al nivel de permitirme ver al monstruo.
-¿Pero no le explicó su benefactor lo qué estaba pasando? -pregunté, realmente desconcertado por esa innecesaria complicación.
-Mi benefactor no era partidario de regalar el conocimiento -dijo don Juan-. Creía que el conocimiento impartido de ese modo carecía de efectividad. Nunca estaba disponible cuando se lo necesitaba. Por otro lado, si el conocimiento era tan sólo insinuado, la persona que estaba interesada en él idearía el medio de alcanzarlo.
Don Juan dijo que la diferencia entre su método de enseñanza y el de su benefactor consistía en que él quería que todos tuvieran la libertad de escoger. Su benefactor, no.
-¿Y el nagual Elías no le explicó a usted lo que pasaba? -insistí.
-Trató desesperadamente de explicarme -dijo don Juan, suspirando-, pero yo era realmente imposible. Lo sabía todo. Dejaba que ese pobre hombre hablara hasta que se le caía la lengua y no escuchaba una palabra de lo que me decía.
"Fue entonces que el nagual Julián decidió obligarme a lograr una vez más un libre movimiento de mi punto de encaje. Y con ese fin me dio un susto macabro.
Le interrumpí para preguntarle si eso había ocurrido antes o después de su experiencia en el río.
-Esto ocurrió varios meses después -replicó-. Y no pienses ni por un momento que el haber experimentado aquella percepción dividida me cambió en algo, o que me dio sabiduría o cordura. Nada de eso.
"Ten en cuenta lo que pasa contigo -prosiguió-. No sólo he quebrado tu continuidad una, y otra vez, sino que la he machacado hasta hacerla pedazos. Y mírate: aún actúas como si estuvieras intacto. Ese es un logro supremo de la magia cotidiana.
"Yo era igual. Me tambaleaba por un momento bajo el impacto de lo que estaba experimentando, pero luego lo olvidaba todo, ataba los cabos sueltos y continuaba como si nada hubiera ocurrido. Por eso mi benefactor creía que sólo podemos realmente cambiar si morimos.
Volviendo a su historia, don Juan dijo que el nagual utilizó, al miembro antisociable de su casa, cuyo nombre era Tulio, para asestar un nuevo y demoledor golpe a su continuidad cotidiana.
Don Juan me aseguró que todos los aprendices del nagual Julián, incluso él mismo, nunca habían estado completamente de acuerdo en nada, salvo en una cosa: que Tulio era un hombre insignificante, despreciable y arrogante a más no poder. Lo odiaban porque o los trataba con desdén o simplemente los ignoraba, haciéndolos sentir que no eran nadie. Todos estaban convencidos de que nunca les hablaba porque no tenía nada que decir, y que su característica más sobresaliente, su arrogante desdén, era la máscara de su timidez.
Sin embargo, pese a su personalidad tan desagradable y para mortificación de to-

dos los aprendices, Tulio gozaba de una inmerecida influencia en la casa, sobre todo con el nagual Julián, que parecía consentirle todos sus desvaríos.

Una mañana, el nagual Julián envió a todos los aprendices, excepto don Juan, a la ciudad, a hacer una diligencia que les llevaría todo el día. Hacia el mediodía el nagual se encaminó a su despacho, para ocuparse en los libros de contabilidad. En el momento de entrar le pidió a don Juan, como era de costumbre, que le ayudara con las cuentas.

Don Juan comenzó con los recibos, pero se dio cuenta de que, para continuar, necesitaba cierta información que solamente Tulio tenía, como el capataz de la propiedad, y que había olvidado anotar.

El nagual Julián se puso furioso por el descuido de Tulio, cosa que complació mucho a don Juan. El nagual, impaciente, ordenó a don Juan que fuera en busca de Tulio, quien estaba en los campos supervisando a los peones, y le transmitiera su orden de ir al despacho.

Don Juan, feliz ante la perspectiva de fastidiar a Tulio, corrió a los sembrados acompañado de un peón para que lo protegiera del monstruo. Encontró allí a Tulio supervisando a los trabajadores, como siempre, desde una distancia. Don Juan había notado que a Tulio le disgustaba mucho entrar en contacto directo con la gente y que siempre los trataba desde lejos.

Con voz ronca y exagerada imperiosidad, don Juan exigió a Tulio que lo acompañara a la casa, porque el nagual requería sus servicios. Tulio, con voz apenas audible, respondió que por el momento se hallaba demasiado atareado, pero que en el curso de una hora podría acudir.

Don Juan insistió, sabiendo que Tulio no se molestaría en discutir con él y simplemente le volvería la cara, como de costumbre. Pero se llevó una desagradable sorpresa. Tulio comenzó a gritarle obscenidades. La escena era tan poco acorde con el carácter de Tulio que hasta los peones dejaron de trabajar para cambiar miradas interrogantes. Don Juan estaba seguro de que ningún peón había oído nunca que Tulio levantara la voz, y mucho menos que gritara improperios. Su propia sorpresa era tan grande que empezó a reír nerviosamente, lo que enojó muchísimo a Tulio. Hasta le tiró una piedra que por poco le da en la cabeza. El asustado don Juan apenas pudo escapar corriendo.

Don Juan y su guardaespaldas volvieron inmediatamente a la casa. Justo en la puerta de entrada encontraron a Tulio, conversando tranquilamente y riendo con algunas de las mujeres. Según su costumbre, le volvió la espalda a don Juan, sin prestarle la menor atención.

Don Juan muy enojado comenzó a regañarlo por estar de charla cuando el nagual lo necesitaba en el despacho. Tulio y las mujeres lo miraron como si se hubiera vuelto loco.

Pero ese día Tulio no era el mismo. De inmediato le gritó a don Juan que cerrara el hocico y no se metiera en sus cosas. Lo acusó, descaradamente de tratar de hacerle quedar mal con el nagual Julián.

Las mujeres mostraron su consternación con exclamaciones ahogadas y miradas de censura a don Juan, mientras trataban de calmar a Tulio. Don Juan le ordenó a Tulio que acudiese al despacho del nagual para explicar los problemas contables, pero Tulio lo mandó al demonio.

Don Juan temblaba de ira. La sencilla tarea de pedir esas informaciones se estaba convirtiendo en una pesadilla. Logró al fin dominar su ira.

Las mujeres lo observaban atentamente, y eso lo hizo enojar otra vez. Lleno de ira silenciosa, corrió al estudio del nagual. Tulio y las mujeres siguieron conversando y riendo tranquilamente, como si celebraran una broma secreta.

La sorpresa de don Juan fue total cuando, al entrar al despacho, encontró a Tulio sentado en el escritorio del nagual, absorto en los libros de contabilidad. Don Juan hizo un esfuerzo supremo y le sonrió a Tulio. De pronto había comprendido que el nagual Julián estaba usando a Tulio para

jugarle una broma, o para probarlo, a ver si perdía o no el control. Y él no le daría a Tulio tal satisfacción.
Sin levantar la vista de sus libros, Tulio dijo que, si don Juan estaba buscando al nagual, probablemente lo encontraría en el otro extremo de la casa.
Don Juan corrió al otro extremo de la casa y encontró al nagual Julián caminando lentamente alrededor del patio, acompañado por Tulio. Parecían enfrascados en una conversación. Tulio tironeó suavemente de la manga al nagual y le dijo, en voz baja, que su asistente estaba allí.
El nagual, muy tranquilamente, como si nada hubiera sucedido, le explicó a don Juan todo lo referente a la cuenta en la que habían estado trabajando. Fue una explicación larga, detallada y completa. Dijo que era hora que don Juan trajera el libro de contabilidad del despacho para que pudiera él hacer la anotación y que Tulio la firmaría.
Don Juan no podía comprender lo que estaba pasando. La explicación tan detallada y el tono despreocupado del nagual habían puesto todo en el reino de los asuntos mundanos. Tulio, impacientemente le ordenó a don Juan que se apresurara a ir en busca del libro, pues él estaba muy ocupado. Lo necesitaban en otra parte de la hacienda.
Para entonces don Juan se había resignado a hacer el papel de payaso. Sabía que el nagual se traía algo entre manos: tenía esa expresión extraña en los ojos que don Juan asociaba siempre con sus brutales bromas. Además, Tulio había hablado ese día más que en los dos años completos que él llevaba en la casa.
Sin decir una palabra, don Juan volvió al estudio. Y, tal como esperaba, Tulio había llegado allí primero; estaba sentado en la esquina del escritorio, esperándolo; taconeando impacientemente el entablado con el duro tacón de su bota. Le puso a don Juan en las manos el libro de contabilidad que necesitaba y le dijo que se pusiera en marcha.
Pese a estar prevenido, don Juan quedó atónito. Miró fijamente a Tulio, quien se tornó colérico e insultante. Don Juan tuvo que contenerse a duras penas para no estallar. Seguía diciéndose que todo aquello era tan sólo una prueba; una manera de examinar sus actitudes. Ya se imaginaba expulsado de la casa si fracasaba.
En medio de su confusión, aún pudo preguntarse cómo lograba ese Tulio tener la velocidad para adelantársele siempre.
Don Juan anticipaba, por cierto, que Tulio lo estaría esperando con el nagual. Pero aun así, cuando lo vio allí, se quedó más que sorprendido. No podía figurarse cómo se las había arreglado Tulio. Don Juan había atravesado la casa siguiendo la ruta más corta, a toda velocidad. No había modo de que Tulio hubiera podido llegar antes, sin pasar a su lado.
El nagual Julián tomó el libro de contabilidad con aire de indiferencia. Hizo la anotación y Tulio la firmó. Luego continuaron hablando del asunto sin prestar atención a don Juan, que mantenía los ojos clavados en Tulio, tratando de adivinar qué prueba era la que le estaban haciendo pasar. Tenía que ser una prueba de su carácter. Después de todo, en esa casa su carácter siempre había estado en tela de juicio.
El nagual despidió a don Juan, diciendo que deseaba quedarse a solas con Tulio para hablar de negocios. Don Juan fue inmediatamente en busca de las mujeres para averiguar qué pensaban de esta extraña situación. Apenas habría caminado tres metros cuando encontró a dos de ellas con Tulio. Los tres estaban enfrascados en una animadísima conversación. Antes de que ellos lo vieran, volvió corriendo adonde estaba el nagual. Allí estaba también Tulio, hablando con él.
Una increíble sospecha entró entonces en la mente de don Juan. Corrió al estudio; Tulio estaba inmerso en sus libros de cuentas y ni siquiera advirtió su presencia. Don Juan le preguntó qué estaba pasando. Tulio sacó a relucir su personalidad habitual y no se dignó a responder o a mirar a don Juan.
En ese momento don Juan tuvo otra idea

inconcebible. Corrió al establo, ensilló dos caballos y pidió a su guardaespaldas de esa mañana que volviera a acompañarlo. Galoparon hasta el sitio en donde don Juan había visto a Tulio. Este estaba exactamente donde lo había dejado. No le dirigió la palabra a don Juan. Cuando éste lo interrogó, se limitó a encogerse de hombros y volverle la espalda.

Don Juan y su compañero galoparon de regreso a la casa. En ella, don Juan encontró que Tulio estaba almorzando con las mujeres. Tulio estaba también hablando con el nagual. Y Tulio trabajaba con los libros.

Don Juan se dejó caer en un asiento, cubierto de sudor frío del miedo. Sabía que el nagual Julián lo estaba sometiendo a una de sus horribles bromas. Razonó que tenía tres cursos de acción. Podía comportarse como si no ocurriera nada fuera de lo común; podía resolver la prueba por sí mismo o, puesto que el nagual aseguraba siempre estar allí para explicar cuanto él quisiera, podía enfrentarse al nagual y pedirle aclaraciones.

Decidió preguntar. Fue en busca del nagual y le pidió que le explicara a qué se le estaba sometiendo. El nagual estaba solo, en el patio, aún trabajando en sus cuentas. Apartó los libros y le sonrió. Le dijo que los veintiún no-haceres que él le había enseñado a ejecutar eran las herramientas que podían cortar las mil cabezas de la importancia personal; pero que dichas herramientas no le habían servido para nada. Por lo tanto, estaba ahora probando el segundo método para destruir la importancia personal. Ese método requería poner a don Juan en el sitio donde no hay compasión.

Don Juan quedó convencido de que el nagual Julián estaba loco de remate. Al oírle hablar de no-haceres, de monstruos con mil cabezas y de sitios donde no hay compasión casi llegó a tenerle lástima.

El nagual Julián, muy calmadamente, le pidió a don Juan que fuera al cobertizo de la parte trasera de la casa y pidiera a Tulio que saliera de allí.

Don Juan lo miró y luego suspiró haciendo lo posible para no estallar en una carcajada. Don Juan pensó que los métodos del nagual Julián se estaban volviendo demasiado obvios. Don Juan sabía que el nagual quería continuar con su prueba, utilizando a Tulio.

En ese punto don Juan interrumpió su narración para preguntarme qué pensaba yo de la conducta de Tulio. Dije que, guiándome por lo que yo sabía sobre el mundo de los brujos, diría que Tulio era un brujo que, de alguna forma, movía su propio punto de encaje de una manera muy sofisticada, para dar a don Juan la impresión de estar en cuatro lugares al mismo tiempo.

-Entonces ¿qué piensas que encontré en el cobertizo? -preguntó don Juan, con una gran sonrisa.

-Yo diría que usted o bien encontró a Tulio o no encontró a nadie.

-Pero, si cualquiera de esas dos cosas hubiera ocurrido, mi continuidad no habría sufrido golpe alguno -observó él.

Traté de imaginar cosas extravagantes y propuse que quizá había encontrado el cuerpo de ensueño de Tulio. Le recordé que él mismo había hecho algo similar conmigo, con uno de los miembros de su grupo.

-No. Lo que encontré fue una broma que no tiene equivalente en la realidad -respondió don Juan-. Sin embargo, no era nada fantasmagórico; no era nada que estuviera fuera de este mundo. ¿Qué crees que fue?

Le dije a don Juan que yo detestaba los acertijos, y que con todas las cosas extravagantes que él me había hecho percibir o experimentar, lo único que podía concebir era más cosas extravagantes. Y como eso estaba descartado, renunciaba a adivinar.

-Cuando entré en ese cobertizo estaba preparado a encontrar que Tulio se había escondido -dijo-. Estaba seguro de que la siguiente parte de la prueba iba a consistir en jugar al escondite. Tulio me iba a volver loco escondiéndose dentro de ese cobertizo.

“Pero no ocurrió nada de lo que esperaba. Al entrar a ese lugar me encontré con cuatro Tulios.
-¿Cómo que con cuatro Tulios?
-Había cuatro hombres en ese cobertizo -insistió don Juan-. Y todos ellos eran Tulio. ¿Te puedes imaginar mi sorpresa? Los cuatro estaban sentados en la misma posición, con las piernas cruzadas. Me estaban esperando. Los miré y salí espantado, dando gritos desaforados.
“Mi benefactor me sujetó contra el suelo, junto a la puerta. Y entonces, aterrado más allá de toda medida, vi como los cuatro Tulios salían del cobertizo y avanzaban hacia mí. Grité y grité, mientras los Tulios me picoteaban con su dedos duros, como enormes aves al ataque. Grité hasta sentir que algo cedió dentro de mí y entré en un estado de suprema indiferencia; un abandono y una frialdad totales. Nunca en mi vida había experimentado algo tan extraordinario. Me quité a los Tulios de encima y me levanté. Me dirigí directamente al nagual y le pedí que me explicara aquello de los cuatro hombres.
Lo que el nagual Julián explicó a don Juan fue que los cuatro hombres eran lo mejor de lo mejor en cuestiones del acecho. Sus nombres eran un invento del nagual Elías, su maestro, quien, como ejercicio de desatino controlado, había tomado los números uno, dos, tres y cuatro, los había añadido al nombre de Tulio, obteniendo así los nombres Tuliúno, Tulióndo, Tulítre, y Tulícuatro.
El nagual Julián los presentó a don Juan por turnos. Los cuatro estaban de pie, en hilera. Don Juan los fue saludando con un movimiento de cabeza y cada uno de ellos lo saludó a su vez de la misma manera. El nagual dijo que los cuatro eran acechadores de tan extraordinario talento, como don Juan acababa de corroborar, que los elogios no tenían significado. Los Tulios eran uno de los grandes triunfos del nagual Elías; eran la quintaesencia de lo que no se puede notar. Eran acechadores tan magníficos que, para todos los fines prácticos, sólo existía uno de ellos. Aunque la gente los veía y trataba con ellos diariamente, sólo los miembros de la casa sabían que eran cuatro.
Don Juan comprendió con perfecta claridad cuanto el nagual Julián le estaba diciendo acerca de los Tulios. Era una claridad tan especial que lo indujo a comprender que había alcanzado el sitio donde no hay compasión. Y comprendió también que ese sitio era una posición del punto de encaje, una posición en la que la imagen de sí dejaba de funcionar. Pero don Juan también sabía que su claridad mental y su sabiduría eran en extremo transitorias. Era inevitable que su punto de encaje volviera al sitio de partida.
Cuando el nagual le preguntó a don Juan si quería hacer alguna pregunta, él comprendió que sería preferible prestar toda la atención posible a las explicaciones del nagual, en vez de especular sobre su propia claridad mental.
Quiso saber cómo creaban los Tulios la impresión de ser una sola persona. Su curiosidad era muy grande, pues al observarlos juntos se había dado cuenta de que no eran tan parecidos. Usaban las mismas ropas; eran más o menos de la misma estatura, edad y constitución física, pero allí acababa la similitud. Sin embargo, aun mientras los observaba, hubiera podido jurar que eran un solo Tulio.
El nagual Julián explicó que la vista humana esta adiestrada para enfocarse solamente en los rasgos más salientes de una cosa, y que esos rasgos salientes son conocidos de antemano. Por lo tanto, el arte de los acechadores es crear una impresión, presentando rasgos que ellos eligen, rasgos que ellos saben que los ojos del espectador están destinados a notar. Al reforzar ingeniosamente ciertas impresiones, los acechadores logran crear en el espectador una impugnable convicción acerca de lo que perciben.
El nagual Julián le contó a don Juan que al llegar don Juan a la casa, vestido con sus ropas de mujer, las mujeres de su grupo quedaron encantadas y se rieron abiertamente. Pero el hombre que las acom-

pañaba, que en ese momento era Tulítre, procedió inmediatamente a proporcionar a don Juan la primera impresión de Tulio. Se volvió a medias para ocultar la cara; se encogió de hombros desdeñosamente, como si todo eso lo aburriera, y se alejó, claro está, para descostillarse de risa en privado, mientras las mujeres ayudaban a consolidar esa primera impresión mostrándose angustiadas, casi ofendidas, por aquella conducta antisocial.

Desde ese momento en adelante, cualquiera que fuese el Tulio que estaba con don Juan reforzaba esa impresión y la perfeccionaba aún más, hasta que la vista de don Juan no podía ya captar otra cosa sino aquello que se le proporcionara.

Tuliúno habló; dijo que con actos muy cuidadosos y consistentes, habían tardado cerca de tres meses en cegar a don Juan a todo, salvo a lo que se le inducía a esperar. Después de esos tres meses su ceguera era tan pronunciada que los Tulios dejaron de andarse con cuidado. Hasta actuaban normalmente dentro de la casa, incluso dejaron de usar ropas idénticas, sin que don Juan notara la diferencia.

Cuando los otros aprendices llegaron a la casa, los Tulios tuvieron que comenzar todo de nuevo. La situación se puso difícil para ellos, porque había muchos aprendices y todos eran muy inteligentes.

Tuliúno habló luego de la apariencia de Tulio. Dijo que según el nagual Elías, la apariencia es la esencia del desatino controlado; por lo tanto, los acechadores crean la apariencia intentándola, en vez de lograrlo con la ayuda de disfraces. Los disfraces crean apariencias artificiales que la vista nota consciente o inconscientemente. En ese sentido, intentar apariencias es exclusivamente un ejercicio para el manejo del intento.

Después habló Tulítre. Dijo que las apariencias se solicitan al espíritu o se las llama a la fuerza, pero nunca se las inventa racionalmente. La apariencia de Tulio fue llamada con fuerza. El nagual Elías los metió a los cuatro juntos, en un pequeño cobertizo donde apenas podían caber. Allí les habló el espíritu. Les dijo que primero debían intentar su homogeneidad. Después de cuatro semanas de aislamiento total, la homogeneidad vino a ellos.

El nagual Elías les dijo que el intento los había fundido unos con otros, y que así habían adquirido la certeza de que la individualidad de cada uno pasaría desapercibida. La segunda etapa fue llamar con toda la fuerza posible a la apariencia que iba a ser percibida por el espectador. Se empeñaron entonces en llamar al intento para que les diera la apariencia de Tulio que don Juan había visto. Tuvieron que trabajar mucho para perfeccionarlo. Bajo la dirección de su maestro, se concentraron en todos los detalles que lo haría perfecto.

Los cuatro Tulios dieron a don Juan una demostración de los rasgos más chistosos y salientes de Tulio; los cuales eran: muy marcados gestos de arrogancia y desdén; abruptos giros de cabeza hacia la derecha, para demostrar enojo; movimientos del torso, para ocultar parte de la cara con el hombro izquierdo; pasar furiosamente una mano sobre los ojos, como para apartar el pelo de la frente; el paso y los movimientos de un hombre impaciente y ágil, demasiado nervioso para estarse en un solo sitio y que no puede decidir hacia dónde ir.

Don Juan dijo que esos detalles de conducta y muchos otros más habían hecho de Tulio un personaje inolvidable. Era tan inolvidable que, para proyectar a Tulio sobre don Juan y los otros aprendices, como sobre una pantalla de cine, bastaba con que uno de los cuatros insinuara un rasgo de Tulio; los aprendices suministraban automáticamente el resto.

Don Juan dijo que, debido a la tremenda consistencia de los datos suministrados por los cuatro hombres, Tulio era la esencia de una persona repugnante, tanto para él como para los otros aprendices. Pero al mismo tiempo, si hubieran buscado muy en el fondo de si mismos habrían admitido que Tulio era obsesionante. Era rápido, misterioso, daba la impresión, a sabiendas o no, de ser una sombra.

Don Juan preguntó a Tuliúno cómo habían llamado al intento. Tuliúno le explicó que los acechadores llaman al intento en voz alta. Habitualmente lo llaman desde una habitación pequeña, oscura y aislada. Se pone una vela en una mesa negra, con la llama a pocos centímetros de los ojos; después se pronuncia lentamente la palabra intento, modulándola con claridad tantas veces como uno lo considera necesario. El tono de voz sube y baja sin intervención de la voluntad.

Tuliúno hizo hincapié en que la parte indispensable en el acto de llamar al intento es una total concentración en lo que se intenta. En el caso de ellos, su concentración se enfocó en su homogeneidad y en la apariencia de Tulio. Tras ser fusionados por el intento, aún tardaron un par de años en edificar la plena certeza de que tanto su homogeneidad como la apariencia de Tulio serían realidades inapelables para los espectadores.

-Y ahora quiero que tú pienses en todo lo que te he contado -prosiguió don Juan-. Cavila, a ver qué conclusiones se te ocurren.

Me puse a pensar, pero como siempre que él me pedía que hiciera algo específico, no pude hacerlo. Por fin, le pregunté a don Juan qué pensaba del modo de llamar al intento de los Tulios. Y él dijo que tanto su benefactor, como el nagual Elías, eran un poco más dados a los ritos que él; por lo tanto, preferían utensilios tales como velas, lugares oscuros y mesas negras.

Comenté, sin darle importancia, que a mi también me atraía muchísimo la conducta ritualista. El rito me parecía algo esencial para centrar la atención. Don Juan tomó mi comentario en serio. Dijo que había visto que existía en mí, como campo energético, un rasgo que todos los brujos de antaño tenían y buscaban ávidamente en otros: una zona brillante en el lado inferior derecho del capullo luminoso. Dicha brillantez se asociaba con el ingenio de una persona y su tendencia a la morbosidad. Los sombríos brujos de aquellos tiempos se complacían en domar a ese codiciado rasgo para engrandecer al lado oscuro del hombre.

-Entonces el hombre tiene un lado que es el mal -dije, jubiloso-. Usted siempre lo negó. Siempre dice que el mal no existe, que sólo existe el poder.

Me sorprendí a mí mismo con tal arrebato: en un solo instante toda mi crianza católica se había apoderado de mí y el Príncipe de las Tinieblas creció a tamaño descomunal.

Don Juan rió hasta acabar tosiendo.

-Claro que tenemos un lado oscuro -dijo-. Matamos por capricho, ¿no es cierto? Quemamos gente en el nombre de Dios. Nos destruimos a nosotros mismos; aniquilamos la vida en este planeta; destruimos la tierra. Y luego nos ponemos un hábito y el Señor nos habla directamente. ¿Y qué nos dice el Señor? Nos dice que si no nos portamos bien nos va a castigar. El Señor lleva siglos amenazándonos sin que las cosas cambien. Y no porque exista el mal, sino porque somos estúpidos. El hombre si que tiene un lado oscuro, que se llama estupidez.

No dije nada más, pero aplaudí para mis adentros, pensando con placer que don Juan era todo un maestro del debate. Una vez más, me envolvía en mis propias palabras.

Tras un momento de pausa, don Juan explicó que en la misma medida en que el rito obliga al hombre común y corriente a construir enormes iglesias que son monumentos a la importancia personal, también obliga a los brujos a construir edificios de morbidez y obsesión. La tarea de todo nagual es, por lo tanto, guiar a la conciencia para que vuele hacia lo abstracto, libre de cargas e hipotecas.

-¿A qué se refiere usted don Juan con eso de cargas e hipotecas? -pregunté.

-El ritual puede atrapar nuestra atención mejor que ninguna otra cosa -dijo-, pero también exige un precio muy alto. Ese precio es la morbidez; y la morbidez podría cobrar altísimas cargas e hipotecas a nuestra conciencia de ser.

Don Juan dijo que la conciencia de ser es

como una inmensa casa. La conciencia de la vida cotidiana es como estar herméticamente encerrado en un solo cuarto de esa inmensa casa durante toda la vida. Se entra en ese cuarto por medio de una abertura mágica: el nacimiento. Y se sale por medio de otra abertura mágica: la muerte. Sin embargo, los brujos son capaces de hallar una abertura más y salir de ese cuarto herméticamente cerrado estando aún vivos. Un logro estupendo. Pero un logro más estupendo todavía es que, al escapar de ese cuarto sellado, los brujos son capaces de elegir la libertad. Eligen abandonar por completo esa casa inmensa, en vez de perderse en otras partes de ella.

Don Juan dijo que la morbidez es la antítesis de la oleada de energía que la conciencia necesita para alcanzar la libertad. Hace que los brujos pierdan el rumbo y se queden atrapados en los intrincados y oscuros corredores de lo desconocido.

Pregunté a don Juan si había algo de morbidez en los Tulios.

-La rareza no es morbidez -replicó-. Los Tulios eran la rareza misma; increíbles actores, adiestrados por el espíritu mismo.

-¿Cuál fue la razón que llevó al nagual Elías a adiestrar a los Tulios de ese modo?

Don Juan me miró y soltó una carcajada. En ese instante se encendieron las luces de la plaza. Se levantó de su banca favorita y la acarició con la palma de la mano, como si fuera un animal querido.

-La libertad -dijo-. Quería liberarlos de la convención perceptual. Y les enseñó a ser artistas. Acechar es un arte. Para un brujo, puesto que no es mecenas ni vendedor de arte, la única importancia de una obra de arte es que puede ser lograda.

XV. EL BOLETO PARA IR A LA IMPECABILIDAD

Después de ayudarle todo el día a don Juan con sus pesados quehaceres, en la ciudad de Oaxaca, quedamos en encontrarnos en la plaza. Al caer la tarde, don Juan se reunió conmigo. Le dije que me hallaba completamente exhausto, que debíamos cancelar el resto de nuestra estadía en la ciudad y volver a su casa, pero él sostuvo que debíamos emplear hasta el último minuto disponible para repasar las historias de brujería o bien para hacer mover mi punto de encaje cuantas veces me fuera posible.

Mi cansancio sólo me permitía quejarme. Le dije que, al experimentar una fatiga tan profunda como la mía, sólo se llegaba a la incertidumbre y a la falta de convicción.

Tu incertidumbre es de esperar -dijo don Juan, muy calmadamente-. Después de todo, estás lidiando con un nuevo tipo de continuidad. Toma tiempo acostumbrarse a ella. Los brujos pasan años en el limbo, donde no son ni hombres comunes y corrientes ni brujos.

-¿Y qué les pasa al final? -pregunté-. ¿Optan por lo uno o lo otro?

-No, no pueden optar. Al final, todo ellos se dan cabal cuenta de lo que son; brujos. La dificultad consiste en que el espejo de la imagen de sí es sumamente poderoso y sólo suelta a sus víctimas después de una lucha feroz.

Me dijo que comprendía a la perfección que por mucho que tratara, mi imagen de sí aún no me dejaba comportarme como le correspondía a un brujo. Me aseguro que mi desventaja, en el mundo de los brujos, era mi falta de continuidad. En ese mundo debía relacionarme con todo y con todos de una nueva manera.

Describió el problema de los brujos en general como una doble imposibilidad. Una es la imposibilidad de restaurar la destrozada continuidad cotidiana; y la otra, la imposibilidad de utilizar la continuidad dictada por la nueva posición del punto de encaje. Esa nueva continuidad, dijo él, es siempre demasiado tenue, demasiado inestable, y no ofrece a los brujos la seguridad que necesitan para actuar como si estuvieran en el mundo de todos los días.

-¿Cómo resuelven los brujos ese problema? -pregunté.

-Ninguno resuelve nada -replicó él-. O bien el espíritu lo resuelve o no lo hace.

Si lo hace, el brujo se descubre manejando el intento, sin saber cómo. Esta es la razón por la cual he insistido, desde el día en que te conocí, que la impecabilidad es lo único que cuenta. El brujo lleva una vida impecable, y eso parece atraer la solución. ¿Por qué? Nadie lo sabe.

Don Juan permaneció en silencio por un momento. Luego, otra vez, él comentó acerca de un pensamiento que pasaba por mi mente. Yo estaba pensando en que la impecabilidad siempre me hacía pensar en moralidad religiosa.

-La impecabilidad, como tantas veces te lo he dicho, no es moralidad -me dijo-. Sólo parece ser moralidad. La impecabilidad es, simplemente, el mejor uso de nuestro nivel de energía. Naturalmente, requiere frugalidad, previsión, simplicidad, inocencia y, por sobre todas las cosas, requiere la ausencia de la imagen de sí. Todo esto se parece al manual de vida monástica, pero no es vida monástica.

"Los brujos dicen que, a fin de tener dominio sobre el movimiento del punto de encaje, se necesita energía. Y lo único que acumula energía es nuestra impecabilidad.

Don Juan observó que no hacía falta ser estudiante de brujería para mover el punto de encaje. A veces, debido a circunstancias dramáticas, si bien naturales, tales como las privaciones, la tensión nerviosa, la fatiga, el dolor, el punto de encaje sufre profundos movimientos. Si los hombres que se encuentran en tales circunstancias lograran adoptar la impecabilidad como norma y llenar los requisitos del intento, podrían, sin ninguna dificultad, aprovechar al máximo ese movimiento natural. De ese modo, buscarían y hallarían cosas extraordinarias, en vez de hacer lo que hacen en tales circunstancias: ansiar el retorno a la normalidad.

-Cuando se lleva al máximo el movimiento del punto de encaje -prosiguió-, tanto el hombre común y corriente como el aprendiz de brujería se convierten en brujos, porque, llevando al máximo ese movimiento, la continuidad de la vida diaria se rompe sin remedio.

-¿Cómo se lleva al máximo ese movimiento? -pregunté.

-Con la impecabilidad -respondió-. La verdadera dificultad no está en mover el punto de encaje ni en romper la continuidad. La verdadera dificultad está en tener energía. Si se tiene energía, una vez que el punto de encaje se mueve, cosas inconcebibles están al alcance de la mano.

Don Juan explicó que el aprieto del hombre moderno es que intuye sus recursos ocultos, pero no se atreve a usarlos. Por eso dicen los brujos que el mal del hombre es el contrapunto entre su estupidez y su ignorancia. Dijo que el hombre necesita ahora, más que nunca, aprender nuevas ideas, que se relacionen exclusivamente con su mundo interior; ideas de brujo, no ideas sociales; ideas relativas al hombre frente a lo desconocido, frente a su muerte personal. Ahora, más que nunca, necesita el hombre aprender acerca de la impecabilidad y los secretos del punto de encaje.

Dejó de hablar y pareció sumirse en sus pensamientos. Su cuerpo entró en un estado de rigidez que yo había visto cada vez que se involucraba en lo que yo caracterizaba como estados de contemplación, pero que él describía como momentos en los que su punto de encaje se movía, permitiéndole acordarse.

-Voy a contarte ahora la historia del boleto para ir a la impecabilidad -dijo de pronto, tras unos treinta minutos de silencio total-. Voy a contarte la historia de mi muerte.

"Huyendo de ese espantoso monstruo -prosiguió don Juan-, me refugié en la casa del nagual Julián por casi tres años. Incontables cosas me pasaron durante ese tiempo, pero yo no las tomaba en cuenta. Estaba convencido de que, en esos tres años, no había hecho nada más que esconderme, temblar de miedo y trabajar como un burro.

Don Juan dijo que estaba cargado con tres años de increíbles acontecimientos, de los cuales, al igual que yo, ni siquiera se acordaba.

Por eso le parecía muy natural jurar que

en esa casa no aprendió nada ni siquiera remotamente relacionado con la brujería. En lo que a él le concernía, nadie en esa casa conocía ni practicaba la brujería.
Un día, sin embargo, se sorprendió a sí mismo caminando, sin ninguna premeditación, hacia la línea invisible que mantenía a raya al monstruo. El hombre monstruoso estaba vigilando la casa, como de costumbre; pero aquel día, en vez de volverse atrás y correr en busca de refugio dentro de la casa, don Juan siguió caminando. Una inusitada oleada de energía lo hacía avanzar sin preocuparse por su seguridad.
Una sensación de abandono y frialdad totales le permitió enfrentarse con el enemigo que lo había aterrorizado por tantos años. Don Juan esperaba que se avalanzara sobre él y lo aferrara por el cuello. Lo extraño era que esa idea ya no le provocaba terror. Desde una distancia de pocos centímetros, miró fijamente a su monstruoso enemigo y luego lleno de audacia traspasó la línea. El monstruo no lo atacó, como él siempre había temido, sino que se tornó en algo borroso. Perdió su contorno y se convirtió en una bruma blanquecina, un jirón de niebla apenas perceptible.
Don Juan avanzó hacia la niebla y ésta retrocedió, como con miedo. La persiguió por los campos hasta que se esfumó por completo. Comprendió entonces que el monstruo nunca había existido. Sin embargo no podía explicar a qué le había tenido tanto miedo. Tenía la vaga sensación de que sabía exactamente qué era el monstruo, pero algo le impedía pensar en ello. De inmediato se le vino la idea de que ese pícaro del nagual Julián sabía la verdad. A don Juan no le extrañaba que el nagual Julián le jugara ese tipo de treta.
Antes de enfrentarse a él, don Juan se dio el placer de caminar sin escolta por toda la hacienda. Hasta entonces nunca había podido hacerlo. Cada vez que necesitaba aventurarse más allá de esa línea invisible, lo había escoltado alguien de la casa, lo cual restringía mucho su movilidad. En las dos o tres veces que trató de salir sin escolta descubrió que corría riesgo de ser aniquilado por el extraño monstruo.
Repleto de un extraño vigor, don Juan entró en la casa, pero en vez de celebrar su libertad y su poder, reunió a todos los miembros de la casa y les exigió, furioso, que explicaran sus mentiras. Los acusó de haberlo hecho trabajar como un esclavo aprovechándose de su terror a un monstruo inexistente.
Las mujeres rieron como si les estuviera contando el chiste más divertido del mundo. Sólo el nagual Julián parecía arrepentido, sobre todo cuando don Juan, con la voz entrecortada por el resentimiento, describió sus tres años de miedo constante. El nagual Julián se deshizo en lágrimas cuando don Juan exigió una disculpa por el modo vergonzoso en que había sido explotado.
-Pero, nosotros te dijimos que el monstruo no existía -observó una de las mujeres.
Don Juan fulminó al nagual Julián con la mirada y él inclinó la cabeza dócilmente.
-El sabía que el monstruo existía -gritó don Juan, señalando al nagual con un dedo acusador.
Pero al mismo tiempo comprendió que estaba diciendo tonterías, pues en principio su queja era que el monstruo no existía.
-El monstruo no existe -se corrigió, y temblando de ira acusó al nagual-. Fue uno de sus pinches trucos.
El nagual Julián, llorando sin poder dominarse, se disculpó ante don Juan, mientras las mujeres se reían como locas. Don Juan nunca las había visto divertirse tanto.
-Te he mentido, por cierto -murmuró-. Nunca hubo monstruo alguno. Lo que veías como un monstruo era, simplemente, una oleada de energía. Tu miedo lo convirtió en una monstruosidad.
-Usted dijo que ese monstruo iba a devorarme. ¿Cómo pudo usted mentirme así? -le gritó don Juan.
-El ser devorado por el monstruo era algo simbólico -replicó el nagual Julián, en voz baja-. El verdadero monstruo es tu estupidez. Ahora mismo estás en peligro mortal de ser devorado por ese monstruo.

Don Juan gritó que no tenía por que soportar las idioteces de nadie. E insistió que le dijeran claramente que estaba en perfecta libertad de partir.
-Puedes irte cuando quieras -dijo secamente el nagual.
-¿Eso quiere decir que me puedo ir ahora mismo? -preguntó don Juan.
-¿Quieres irte? -le preguntó el nagual.
-Por supuesto que quiero irme de este pinche lugar y del montón de pinches mentirosos que viven aquí -gritó don Juan.
El nagual Julián ordenó que entregaran a don Juan la totalidad de sus ahorros y, con ojos brillantes, le deseó felicidad, prosperidad y sabiduría.
Las mujeres no quisieron decirle adiós. Lo miraron fijamente hasta hacerle bajar la cabeza para huir del fulgor de sus ojos ardientes.
Don Juan guardó el dinero en el bolsillo, y sin echar una mirada atrás, salió de la casa, feliz de saber que su tormento había terminado. El mundo era un enigma para él. Lo deseaba fervorosamente. Dentro de esa casa había estado aislado de todo. Era joven y fuerte. Tenía dinero en el bolsillo y sed de vivir.
Se marchó sin dar las gracias. Su ira, embotellada por su miedo por tanto tiempo, al fin pudo salir a la superficie. Hasta había aprendido a querer a esa gente. Y ahora se sentía traicionado. Quería huir de ese lugar tan lejos como pudiera.
En la ciudad, tuvo su primer contratiempo. Viajar era muy difícil y muy caro. Descubrió que, si deseaba abandonar la ciudad de inmediato no podría elegir su destino, sino que tendría que esperar a que algún arriero quisiera llevarlo. Algunos días después partió hacia el puerto de Mazatlán, con un arriero de buena reputación.
-Aunque entonces yo sólo tenía veintitrés años -dijo don Juan-, había llevado una vida plena. Lo único que me quedaba por experimentar era el sexo. El nagual Julián me había dicho que era el hecho de no haber estado con ninguna mujer lo que me daba mi fuerza y mi resistencia, y que él disponía de poco tiempo para arreglar las cosas antes de que el mundo me alcanzara.
-¿Qué quería decir con eso, don Juan? -pregunté.
-Quería decir que yo no tenía idea del infierno que me esperaba -contestó don Juan- y que él tenía muy poco tiempo para levantar mis barricadas, mis protectores silenciosos.
-¿Qué es un protector silencioso, don Juan? -pregunté.
-Un salvavidas -dijo-. Un protector silencioso es una inexplicable oleada de energía que le llega al guerrero cuando todo lo demás falta.
"El nagual Julián sabía qué dirección tomaría mi vida una vez que ya no estuviera bajo su influencia. Por eso luchó para darme opciones de brujo; tantas como fuera posible. Esas opciones de brujo eran mis protecciones silenciosas.
-¿Qué son las opciones de brujo? -pregunté.
-Posiciones del punto de encaje -replicó él-, el infinito número de posiciones que el punto de encaje puede alcanzar. En todos y cada uno de esos movimientos, profundos o superficiales, el brujo puede fortalecer su nueva continuidad.
Reiteró que cuanto él había experimentado, bajo el tutelaje del nagual Julián, era el resultado de un movimiento de su punto de encaje, profundo o superficial. El nagual lo hizo experimentar incontables opciones de brujo, más de las que normalmente eran necesarias, sabiendo que el destino de don Juan era ser el nagual y tener que explicar qué son y qué hacen los brujos.
-El efecto de los movimientos del punto de encaje es acumulativo -continuó-. Y es el peso de esa acumulación lo que causa el efecto final.
"Muy poco después de entrar en contacto con el nagual, mi punto de encaje se movió tan profundamente que pude ver. Vi a una oleada de energía en la forma de un monstruo tal como era: una oleada de energía sin forma. Había logrado ver y no

lo sabía. Creía que no había hecho nada, que no había aprendido nada; mi estupidez no tenía medida.
-Era usted demasiado joven, don Juan -dije-. No podía ser de otro modo.
Se echó a reír. Estaba a punto de contestar, pero pareció cambiar de idea. Se encogió de hombros y siguió con su relato.
Dijo que, al llegar a Mazatlán, era prácticamente un arriero, al punto que le ofrecieron un empleo permanente a cargo de un tiro de mulas. Quedó muy satisfecho con la oferta. La idea de hacer el viaje entre Durango y Mazatlán lo complacía infinitamente. Pero había dos cosas que lo preocupaban: primero, que aún no se había acostado con una mujer; segundo, que sentía una tremenda pero inexplicable urgencia de seguir viaje hacia el norte. No sabía por qué, sólo que en algún lugar hacia el norte algo lo estaba esperando. La sensación se hizo tan fuerte que al fin se vio obligado a rechazar la estabilidad del empleo permanente para poder continuar su viaje.
Su gran fuerza física y una extraña e inexplicable astucia, recientemente adquirida le permitieron hallar trabajo aun donde no lo había, mientras iba en camino hacia el norte. Llegó así al estado de Sinaloa. Y allí terminó su viaje. Conoció a una viuda joven, yaqui como él, que había estado casada con un hombre con quien don Juan estaba en deuda.
Trató de pagar su deuda ayudando a la viuda y a sus hijos; y sin darse cuenta, fue asumiendo el papel de padre y esposo.
Esas nuevas responsabilidades representaron una gran carga para él. Perdió su libertad de movimiento e incluso su necesidad de viajar más al norte. Se sintió compensado por esa pérdida, sin embargo, con el profundo afecto que sentía por la mujer y por sus hijos.
-Experimenté momentos de sublime felicidad como esposo y como padre dijo don Juan-. Pero fue en esos momentos cuando noté que algo andaba muy mal. Comprendí que estaba perdiendo la sensación de abandono, de frialdad, de audacia que adquirí en la casa del nagual Julián. Ahora me hallaba identificado con la gente que me rodeaba.
Don Juan dijo que comenzó sintiendo un profundo, aunque reservado, afecto por la mujer y sus hijos. Ese desapegado afecto le permitía desempeñar el papel de padre y esposo con abandono y placer. Con el correr del tiempo, su desapegado afecto se convirtió en una pasión desesperada que lo hizo gastar toda su energía. En cuestión de un año perdió todo vestigio de su nueva personalidad, adquirida en la casa del nagual.
Una vez que hubo desaparecido el desapego, que era lo que le daba el poder de amar, sólo le quedaron las necesidades mundanas: la miseria y la desesperación, rasgos distintivos del mundo cotidiano. Para hacer las cosas aún peores, también desapareció su espíritu de empresa. En los años que pasó en la casa del nagual había adquirido un dinamismo que le fue muy útil cuando anduvo solo.
Pero la pérdida más aguda fue su energía física. Sin estar enfermo, un día quedó completamente paralizado. No sintió dolor alguno ni tampoco sintió pánico. Mientras yacía desvalido en cama, no hizo sino pensar y llegó a comprender que había fracasado porque no tenía un propósito abstracto. Se dio cuenta, por primera vez, que la gente de la casa del nagual era extraordinaria porque perseguía la libertad como propósito abstracto. No comprendía qué era la libertad, pero sí sabía que era lo contrario de sus necesidades concretas.
Su falta de un propósito abstracto lo había vuelto tan débil e ineficaz que no podía rescatar a su familia adoptiva de su abismal pobreza. Por el contrario, ellos lo arrastraron otra vez a la misma miseria y desesperación que había conocido antes de encontrarse con el nagual.
Al repasar su vida, cobró conciencia de que la única vez que no fue ni pobre ni tuvo necesidades concretas fue durante los años pasados con el nagual. Y supo entonces que la pobreza es un estado de ser y que lo había reclamado cuando sus necesidades concretas lo abrumaron.

Por primera vez don Juan comprendió plenamente que el nagual Julián era, en verdad, el nagual, el líder, y su benefactor. Comprendió lo que había querido decir su benefactor al expresarle que no había libertad sin la intervención del nagual. No había ya dudas en la mente de don Juan de que el nagual Julián y todos los miembros del grupo eran brujos. Pero lo que comprendió con la más dolorosa claridad fue que él había desperdiciado la oportunidad de estar con ellos.

Cuando la presión de su impotencia física se le hizo insoportable, su parálisis terminó tan misteriosamente como se había iniciado. Un día, simplemente, se levantó de la cama y fue a buscar trabajo. Pero su suerte no mejoró. Apenas le alcanzaba para vivir. Pasó un año más. No prosperó, pero en una cosa, al menos, tuvo más éxito de lo que esperaba: hizo una recapitulación total de su vida. Comprendió entonces por qué amaba y no podía dejar a esos niños, y también por qué no podía seguir con ellos, y por qué no podía actuar ni de un modo ni del otro.

Don Juan se dio cuenta de que había entrado en un callejón sin salida, y de que morir como guerrero era el único acto congruente con lo que había aprendido en la casa de su benefactor. Cada noche, tras una frustrante jornada de trabajo agotador y sin sentido, aguardaba pacientemente la llegada de la muerte.

Estaba a tal grado convencido de su fin, que la esposa y los niños esperaban con él; en un gesto de solidaridad, también ellos deseaban morir. Y los cuatro se pasaban las noches sentados, en total inmovilidad, recapitulando sus vidas, mientras esperaban a la muerte.

Don Juan le había hecho la misma advertencia que su benefactor le hizo a él.

-No la desees, ni pienses en ella -su benefactor le había dicho-. Simplemente, espera hasta que venga. No trates de imaginar cómo es la muerte. Quédate quieto hasta que llegue a ti y te atrape en su flujo irresistible.

El tiempo pasado en silencio los fortaleció mentalmente, pero no en lo físico; sus cuerpos enflaquecidos hablaban de una batalla casi perdida.

Sin embargo, un día don Juan pensó que su suerte comenzaba a cambiar. Halló un empleo transitorio, pero con buena paga, con un grupo de trabajadores en época de la cosecha. El espíritu, empero, tenía otros designios para él. Un par de días después de comenzar a trabajar, alguien le robó el sombrero. A él le era imposible comprar uno nuevo, pero necesitaba tener uno para trabajar bajo el sol abrasador.

Se protegió de algún modo, cubriéndose la cabeza con trapos y puñados de paja. Sus compañeros de trabajo comenzaron a reír y a burlarse de él. Don Juan no les prestó atención. Comparado con la vida de las tres personas que dependían de su trabajo, su aspecto tenía poca importancia. Pero los hombres no pararon. Se rieron y le hicieron tanta burla, que el capataz, temiendo un motín, despidió a don Juan.

Una rabia salvaje acabó con la serenidad y la cautela de don Juan. Lo que le estaban haciendo era una injusticia. El derecho moral estaba de su parte. Soltó un grito escalofriante y agarrando a uno de los peones lo levantó por sobre sus hombros, con intención de quebrarle la espalda. Pero pensó en esos niños hambrientos, acompañándolo noche tras noche, a esperar a la muerte. Puso, al hombre de pie en el suelo y se marchó.

Don Juan dijo que se sentó al borde del campo donde los hombres trabajaban, y dejó que estallara toda la desesperación que se había acumulado en él.

Era una ira silenciosa, pero no contra la gente, sino contra sí mismo.

-Allí sentado, a la vista de toda esa gente, me eché a llorar -continuó don Juan-. Me miraban como si estuviera loco. Y así era, estaba loco, pero eso ya no me importaba nada. Había sobrepasado toda preocupación.

"El capataz se compadeció de mí y se acercó a darme consejos, creyendo que lloraba por mí mismo. No podía saber que yo lloraba por el espíritu.

Don Juan dijo que un protector silencioso llegó a él cuando su ira se desvaneció. Una inexplicable oleada de energía lo dejó con la nítida sensación de que su muerte era inminente. Supo que no tendría tiempo de ver otra vez a su familia adoptiva. Les pidió disculpas, nombrándolos en voz alta, por no haber tenido la fortaleza y la sabiduría necesarias para salvarlos de su infierno terrenal.

Los peones continuaban riendo y burlándose de él. Don Juan apenas los oía. Las lágrimas se le agolparon en el pecho, al dirigirse al espíritu para darle gracias por haberlo puesto en el camino del nagual, otorgándole esa inmerecida posibilidad de ser libre. Oía las risotadas de los hombres, que nada comprendían. Oía sus insultos y sus alaridos como desde dentro de sí mismo. Tenían derecho a ridiculizarlo: él había estado en los portales de la libertad, y no se había dado cuenta.

-Entendí entonces cuánta razón había tenido mi benefactor -dijo don Juan-. Mi estupidez era un monstruo y ya me había devorado. En cuanto tuve ese pensamiento comprendí que cuanto pudiera decir o hacer era inútil. Había perdido mi oportunidad. Había perdido todo. Ahora era sólo el payaso de esa gente. El espíritu no podía interesarse en mi desesperación. Somos tantos los que sufrimos, los que tenemos nuestro infierno privado y particular, nacido de nuestra estupidez, que el espíritu no puede prestarnos atención.

"Me arrodillé de cara al sudeste. Di gracias otra vez a mi benefactor y le dije al espíritu que estaba tan avergonzado... tan avergonzado. Y con mi último aliento me despedí de un mundo que hubiera podido ser maravilloso si yo hubiese tenido sabiduría. Una ola inmensa vino hacia mí entonces. Primero, la sentí. Después, la oí. Por fin la vi acercarse a mí desde el sudeste, por sobre los campos, Llegó a mí y su negrura me cubrió. Y la luz de mi vida se apagó. Mi infierno había terminado. ¡Por fin estaba muerto! ¡Por fin era libre!

La historia de don Juan me dejó devastado. Guardamos silencio por un largo rato.

-Los brujos luchan por tener continuidad -dijo, de pronto- y esa es la lucha más dramática del mundo. Es dolorosa y cara. Muchas, pero muchas veces, le ha costado la vida a los brujos.

Explicó que, para que un brujo tuviera completa certeza acerca de sus acciones, o acerca de su posición en el mundo de los brujos, o acerca de su capacidad de utilizar inteligentemente su nueva continuidad, debe invalidar la continuidad de su vida cotidiana.

-Los brujos videntes de los tiempos modernos -prosiguió don Juan- llaman a ese proceso de invalidar la vida cotidiana "el boleto para ir a la impecabilidad" o la muerte simbólica, pero muy definitiva, del brujo. Yo, personalmente, conseguí mi boleto para ir a la impecabilidad en aquel campo de Sinaloa. Lo tenue de mi nueva continuidad me costó la vida.

-Pero ¿murió, usted don Juan, o sólo se desmayó? -pregunté, tratando de no mostrarme cínico.

-Me morí en ese campo -dijo don Juan-. Sentí que mi conciencia salía flotando de mí y se encaminaba hacia el Aguila, y como había recapitulado mi vida, el Aguila no se tragó mi conciencia; me escupió como una pepa de ciruela. Puesto que mi cuerpo estaba muerto en el campo, y un brujo no puede dejar el cuerpo atrás, al Aguila no me dejó pasar a la libertad. Fue como si me indicara regresar y tratar otra vez.

"Ascendí a las cumbres de la negrura y descendí otra vez a la luz de la tierra. Y me encontré en una tumba superficial en el borde del sembrado. Estaba yo cubierto de piedras y tierra.

Don Juan dijo que supo de inmediato lo que debía hacer. Después de salirse de entre las piedras, reacomodó la tumba como si su cuerpo aún estuviera allí y se marchó. Se sentía fuerte y decidido. Sabía que tenía que volver a casa de su benefactor. Pero antes de iniciar el viaje de retorno, deseaba ver a su familia y explicarles que era brujo y, por ese motivo, no podía que-

darse con ellos. Quería explicarles que su perdición había sido no saber que los brujos jamás pueden tener un puente para reunirse con la gente del mundo. Pero, si la gente desea hacerlo, pueden tender un puente para reunirse con los brujos.

-Fui a la casa -continuó don Juan-, estaba vacía. Los espantados vecinos me contaron que unos peones habían llegado con la noticia de que yo había caído muerto mientras trabajaba; mi mujer y los niños se habían marchado.

-¿Cuánto tiempo estuvo usted muerto, don Juan? -pregunté.

-Al parecer, todo un día -dijo.

A don Juan le jugaba una sonrisa en los labios. Sus ojos parecían hechos de obsidiana brillante. Observaba mis reacciones, a la espera de mis comentarios.

-¿Y qué fue de su familia, don Juan? -pregunté.

-Ah, la pregunta de un hombre sensato -comentó-. Por un momento pensé que me ibas a preguntar acerca de mi muerte.

Confesé que había estado a punto de hacerlo, pero como sabía que él estaba viendo mi pregunta al tiempo que la formulaba en mi mente, le pregunté otra cosa, sólo para llevarle la contraria. No lo dije como broma, pero él se echó a reír.

-Mi familia desapareció ese día -dijo-. Mi mujer estaba hecha para sobrevivir. Era forzoso, dadas las condiciones en que vivíamos. Puesto que yo había estado esperando la muerte, seguramente creyó que había conseguido al fin lo que deseaba. Y como no le quedaba nada que hacer allí, se fue.

"Eché de menos a los niños y me consolé pensando que no era mi destino estar con ellos. Los brujos tienen una inclinación peculiar. Viven exclusivamente a la sombra de un sentimiento cuya mejor descripción serían las palabras "y sin embargo..." Cuando todo se les viene abajo, los brujos aceptan la situación. "Es algo terrible, dicen, pero inmediatamente escapan a la sombra del, y sin embargo..."

"Eso hice con mis sentimientos por aquellos chicos y la mujer. Con gran disciplina, especialmente en el caso del niño mayor, habían recapitulado sus vidas junto conmigo. Sólo el espíritu podía decidir el resultado de ese afecto.

Me recordó que me había enseñado cómo actúan los guerreros en tales situaciones. Dan lo mejor de sí y después, sin remordimientos ni lamentos, se quedan tranquilos y dejan que el espíritu decida el resultado.

-¿Cuál fue la decisión del espíritu en su caso, don Juan? -pregunté.

Me estudió sin responder. Yo sabía que él estaba completamente consciente de los motivos detrás de mi pregunta, pues yo había experimentado un afecto similar y una perdida parecida.

-La decisión del espíritu es otro centro abstracto -dijo-. Historias de brujería se tejen a su alrededor. Hablaremos de esa decisión cuando lleguemos a ese centro básico.

"Ahora bien, ¿no querías preguntarme algo sobre mi muerte?

-Si lo creyeron muerto, ¿por qué lo pusieron en una tumba superficial? -pregunté-. ¿Por qué no cavaron una verdadera tumba para enterrarlo?

-Esto es ya tu estilo -observó, riendo-. Yo también me hice la misma pregunta y llegué a la conclusión de que aquellos peones eran gente muy religiosa. Yo era cristiano y a los cristianos no se los entierra así nomás; tampoco se los deja a que se pudran como los perros. Creo que esperaban a que mi familia fuera a reclamar el cuerpo para darle un entierro apropiado. Pero mi familia nunca apareció.

-¿Usted los buscó, don Juan? pregunté.

-No. Los brujos nunca buscan a nadie -respondió-. Y yo era brujo. Había pagado con la vida el error de no darme cuenta de que los brujos jamás se acercan a nadie.

"Desde ese día sólo he aceptado la compañía o los cuidados de gente o de guerreros que están muertos, como yo.

Don Juan dijo que volvió a la casa de su benefactor, donde todos lo trataron como si nunca se hubiera ido y comprendieron instantáneamente lo que él había descubierto.

El nagual Julián comentó que, debido a su peculiar temperamento, don Juan había tardado mucho en morir.

-Mi benefactor me dijo entonces que el boleto de un brujo para ir a la impecabilidad es su muerte -prosiguió-. Que él mismo había pagado con la vida ese boleto, como todos los demás en su casa. Y que ahora éramos iguales en nuestra condición de ser candidatos a ser libres.

"Y también dijo que el gran truco de los brujos es estar totalmente conscientes de que están muertos. Su boleto para ir a la impecabilidad debe estar envuelto en puro entendimiento. En esa envoltura, dicen los brujos que el boleto se mantiene flamante.

"Hace sesenta años que compré mi boleto y todavía está flamante.

Nos quedamos de pie junto a la banca, contemplando a los transeúntes nocturnos que paseaban por la plaza. La historia de su muerte me había dejado con una inmensa sensación de nostalgia, de tristeza. Don Juan me sugirió que volviera a casa; el largo viaje hasta Los Ángeles, dijo, daría a mi punto de encaje un descanso, después de todo el movimiento que había tenido en los últimos días.

-La compañía de un nagual es muy fatigosa -prosiguió-. Produce un cansancio extraño y hasta puede hacer mal.

Le aseguré que no estaba cansado en absoluto, que su compañía distaba mucho de hacerme mal y que, de hecho, me afectaba como un narcótico: no me podía pasar sin ella. Aquello sonó como adulación, pero yo lo decía en serio.

Recorrimos tres o cuatro veces la plaza, en completo silencio.

-Anda a tu casa y piensa en los centros abstractos de las historias de brujería -dijo don Juan, con un tono de finalidad en la voz-. Mejor dicho: no pienses en ellos, sino que deja que el espíritu descienda y mueva tu punto de encaje al lugar del conocimiento silencioso. El descenso del espíritu lo es todo, pero no significa nada si no se llenan los requisitos del intento. Por lo tanto, cultiva el abandono, la frialdad y la audacia. En otras palabras, sé impecable.

FIN

* * *

CARLOS CASTANEDA
EL ARTE DE ENSOÑAR
MANO IZQUIERDA EDITORES

Carlos Castaneda.
El Arte de Ensoñar.

Fotografía de Portada: Ben Klea by Unsplash.
Hawaii Volcanoes National Park, United States.

Edición bajo el cuidado de:
Mano Izquierda Editores.

Circa, 2019.
Lima, Perú.

EL ARTE DE ENSOÑAR

NOTA DEL AUTOR

En un periodo de más de veinte años, he escrito una serie de libros acerca de mi aprendizaje con un brujo: don Juan Matus, un indio yaqui. Expliqué en esos libros que él me enseñó brujería, pero no como nosotros la entendemos en el contexto de nuestro mundo cotidiano: el uso de poderes sobrenaturales sobre otros, o la convocación de espíritus a través de hechizos, encantamientos y ritos a fin de producir efectos sobrenaturales. Para don Juan, la brujería era el acto de corporizar ciertas premisas especializadas, tanto teóricas como prácticas, acerca de la naturaleza de la percepción y el papel que ésta juega en moldear el universo que nos rodea.

Siguiendo la sugerencia de don Juan, me he abstenido de utilizar una categoría propia de la antropología: el chamanismo, para clasificar su conocimiento. Siempre lo he llamado como él lo llamaba: brujería o hechicería. Sin embargo, al examinar este concepto me he dado cuenta de que llamarlo brujería oscurece aún más el ya en sí oscuro fenómeno que me presentó en sus enseñanzas.

En trabajos antropológicos, el chamanismo es descrito como un sistema de creencias de algunos grupos nativos del norte de Asia; un sistema prevaleciente también entre ciertas tribus de indios de Norteamérica, el cual sostiene que un mundo ancestral e invisible de fuerzas espirituales, benignas y malignas, predomina alrededor nuestro; fuerzas espirituales que pueden ser convocadas o controladas por practicantes, quienes son los intermediarios entre el reino natural y el sobrenatural.

Don Juan era ciertamente un intermediario entre el mundo natural de la vida diaria y un mundo invisible, al cual él no llamaba lo sobrenatural, sino la segunda atención. Su tarea de maestro fue hacer accesible a mí esta enseñanza que usó con este propósito, al igual que las prácticas que me hizo ejercitar, la más importante de las cuales fue, sin lugar a duda, el arte de ensoñar.

Don Juan sostenía que nuestro mundo, que creemos ser único y absoluto, es sólo un mundo dentro de un grupo de mundos consecutivos, los cuales están ordenados como las capas de una cebolla. Él aseveraba que aunque hemos sido condicionados para percibir únicamente nuestro mundo, efectivamente tenemnos la capacidad de entrar en otros, que son tan reales, únicos, absolutos y absorbentes como lo es el nuestro.

Don Juan me explicó que para poder percibir esos otros reinos, no sólo hay que desear percibirlos, sino también poseer la suficiente energía para entrar en ellos. Su existencia es constante e independiente de nuestra conciencia, pero su inaccesibilidad es totalmente una consecuencia de nuestro condicionamiento energético. En otras palabras, simple y llanamente a raíz de este condicionamiento estamos compelidos a asumir que el mundo de la vida cotidiana es el único mundo posible.

Seguros de que sólo nuestro condicionamiento energético es nuestro impedimento para entrar en esos otros reinos, los brujos de la antigüedad desarrollaron una

serie de prácticas designadas a reacondicionar nuestras capacidades energéticas de percepción. Llamaron a esta serie de prácticas, el arte de ensoñar.

Con la perspectiva que el tiempo me da, ahora me doy cuenta de que la descripción más apropiada que don Juan le dio al ensueño fue llamarlo "la entrada al infinito". Cuando lo dijo, comenté que su metáfora no tenía ningún significado para mí.

-Descartemos las metáforas -concedió-. Digamos que ensoñar es la manera práctica en que los brujos ponen en uso los sueños comunes y corrientes.

-¿Pero cómo pueden los sueños ser puestos en uso? -pregunté.

-Siempre caemos en la trampa del lenguaje -dijo-. En mi propio caso, mi maestro trató de describirme el ensueño como la manera en que los brujos le dicen hasta mañana al mundo. Por supuesto que él ajustaba su descripción a mi mentalidad. Yo estoy haciendo lo mismo contigo.

En otra ocasión, don Juan me dijo:

-El ensueño únicamente puede ser experimentado. Ensoñar no es tener sueños, ni tampoco es soñar despierto, ni desear, ni imaginarse nada. A través del ensueño podemos percibir otros mundos, los cuales podemos ciertamente describir, pero no podemos describir lo que nos hace percibirlos. Sin embargo, podemos sentir cómo el ensueño abre esos otros reinos. Ensoñar parece ser una sensación, un proceso en nuestros cuerpos, una conciencia de ser en nuestras mentes.

En el transcurso de sus enseñanzas, don Juan me explicó detalladamente los principios, las razones y las prácticas del arte de ensoñar. Su instrucción fue dividida en dos partes. Una era la enseñanza de los procedimientos del ensueño, y la otra, las explicaciones puramente abstractas de estos procedimientos. Su método implicaba la combinación activa de aguijonear mi curiosidad intelectual con los principios abstractos del ensueño, y de guiarme a buscar soluciones prácticas en los procedimientos.

Ya he descrito todo esto tan detalladamente como me fue posible. También he descrito el medio ambiente en el que don Juan me situó para poder enseñarme sus artes. Mi interacción en este ambiente de brujos fue de especial interés para mí, ya que tuvo lugar exclusivamente en la segunda atención. Ahí interactué con diez mujeres y cinco hombres que eran los brujos compañeros de don Juan; y con los ocho jóvenes, cuatro hombres y cuatro mujeres, que eran sus aprendices.

Don Juan los reunió inmediatamente después de que yo llegué a su mundo. Me explicó que ellos formaban un grupo tradicional de brujos; una copia estructural de su propia agrupación, y que se suponía que yo los habría de guiar. Sin embargo, al tratar más conmigo, descubrió que yo no era como él esperaba. Explicó la diferencia en términos de una configuración energética vista únicamente por los brujos: en lugar de tener cuatro compartimentos de energía, como él, yo tenía solamente tres. Tal configuración, la que erróneamente él había esperado fuera un defecto corregible, no me permitía de ningún modo guiar a esos ocho aprendices, o aun interactuar con ellos. La presión que esto creó fue tan intensa que don Juan se vio obligado a reunir otro grupo que fuera más semejante a mi estructura energética.

He escrito extensamente sobre esos eventos, pero nunca mencioné al segundo grupo de aprendices; don Juan no me lo permitió. Argüía que aquellas personas pertenecían exclusivamente a mi campo de acción, y que el acuerdo que tenía con él era escribir sobre las acciones y la gente de su campo, no del mío.

El segundo grupo de aprendices era extremadamente compacto. Consistía únicamente en tres miembros: una ensoñadora, Florinda Donner; una acechadora, Taisha Abelar; y la mujer nagual, Carol Tiggs.

Estas tres personas interactuaban entre ellas y conmigo exclusivamente en la segunda atención. En el mundo de la vida cotidiana no teníamos ni la menor idea los unos de los otros. Por otro lado, en términos de nuestra relación con don Juan,

no había vaguedad. Él interactuó con nosotros en los dos estados de conciencia y su esfuerzo para entrenarnos fue igual en intensidad y minuciosidad. Hacia el final, cuando don Juan estaba a punto de dejar el mundo, la presión psicológica de su partida empezó a menoscabar, en nosotros cuatro, los rígidos parámetros de la segunda atención. El resultado fue que nuestra interacción irrumpió en el mundo de los asuntos cotidianos y todos nos conocimos, aparentemente, por primera vez. Ninguno de nosotros estaba consciente de nuestra profunda y ardua interacción en la segunda atención. Puesto que los cuatro estábamos involucrados en estudios académicos, terminamos más que conmocionados al descubrir que ya nos habíamos conocido antes. Por supuesto que esto era, y todavía es, intelectualmente inadmisible para nosotros. Sin embargo sabemos que fue totalmente parte de nuestra experiencia. Al final, nos quedamos con la inquietante certeza de que la psique humana es infinitamente más compleja de lo que nuestro razonamiento académico o mundano nos lo ha hecho creer.

Una vez le preguntamos a don Juan al unísono que nos sacara de dudas. Dijo que tenía dos posibilidades explicativas. Una era aplacar a nuestra malherida racionalidad diciendo que la segunda atención es un estado de conciencia tan ilusorio como elefantes volando en el cielo, y que todo lo que creíamos haber experimentado en ese estado era simplemente un producto de sugestiones hipnóticas. La otra posibilidad era no explicar pero sí describir la segunda atención de la manera como se les presenta a los brujos ensoñadores: como una incomprensible configuración energética de la conciencia.

Mientras llevaba a cabo mis tareas de ensueño, la barrera de la segunda atención no sufrió cambio alguno en ningún momento. Cada vez que entraba en el ensueño, entraba también en la segunda atención, y despertarme del ensueño no significaba, de ninguna manera, que había salido de la segunda atención. Por años enteros, podía recordar únicamente fragmentos de mis experiencias de ensueño. La masa total de aquellas experiencias permaneció fuera de mi alcance. Reunir suficiente energía para poner todo eso en un orden lineal, en mi mente, me costó quince años de trabajo ininterrumpido, de 1973 a 1988. Recordé entonces una sucesión de eventos de ensueño, y fui capaz, al fin, de llenar los que parecían ser lapsos de mi memoria. De esta manera, pude capturar la intrínseca continuidad de las lecciones de don Juan sobre el arte de ensoñar; una continuidad al parecer inexistente debido a que al enseñarme don Juan me hacia fluctuar entre mi conciencia de ser en mi vida cotidiana y mi conciencia de ser en la segunda atención. Este trabajo es el resultado de haber puesto todo eso en un orden lineal.

Puesto que no hay más fragmentos disociados en las lecciones de don Juan sobre el arte de ensoñar, me gustaría explicar, en trabajos futuros, la posición actual y el interés de sus cuatro últimos estudiantes: Florinda Donner, Taisha Abelar, Carol Tiggs y yo. Pero antes de que pueda describir y explicar el resultado de la tutela y la influencia que don Juan ejerció sobre nosotros, debo revisar, de acuerdo a lo que sé ahora, los fragmentos de las lecciones de don Juan en el arte de ensoñar, a los cuales no tenía yo acceso antes.

Todo esto es lo que tengo en mente como justificación para escribir este libro; la razón definitiva de este trabajo, sin embargo, la dio Carol Tiggs. Ella cree que explicar el mundo que don Juan nos hizo heredar es la expresión final de nuestra gratitud a él, y de nuestro propósito de continuar buscando lo que él buscaba: la libertad.

I. LOS BRUJOS DE LA ANTIGÜEDAD

Don Juan solía decirme, muy a menudo, que todo lo que hacia y todo lo que me estaba enseñando fue previsto y resuelto por los brujos de la antigüedad. Siempre puso muy en claro que existía una profunda distinción entre esos brujos y los brujos

modernos. Categorizó a los brujos de la antigüedad como hombres que existieron en México quizá miles de años antes de la conquista española; hombres cuya obra fue construir la estructura de la brujería, enfatizando lo práctico y lo concreto. Los presentó como hombres brillantes pero carentes de cordura. Por otro lado, don Juan describió a los brujos de ahora como hombres renombrados por su sobriedad y su capacidad de rectificar o readaptar el curso de la brujería, si así lo juzgaban necesario.

Don Juan me explicó que las premisas pertinentes al ensueño fueron, naturalmente, contempladas y desarrolladas por los brujos de la antigüedad. Ya que esas premisas son de importancia clave para explicar y entender el ensueño, me veo en la necesidad de discutirlas una vez más. La mayor parte de este libro es, por lo tanto, una reintroducción y una ampliación de lo que en mis trabajos previos ya he presentado.

Durante una de nuestras conversaciones, don Juan expuso que a fin de poder apreciar la posición de los ensoñadores y el ensueño, uno tiene que comprender el empeño de los brujos de ahora por cambiar el curso establecido de la brujería y llevarla de lo concreto a lo abstracto.

-¿A qué llama usted lo concreto, don Juan? -le pregunté.

-A la parte práctica de la brujería -me dijo-. A la insistencia obsesiva en prácticas y técnicas; a la injustificada influencia sobre la gente. Todo lo cual era el quehacer de los brujos del pasado.

-¿Y a qué llama usted lo abstracto?

-A la búsqueda de la libertad; libertad para percibir, sin obsesiones, todo aquello que es humanamente posible. Yo digo que los brujos de ahora están en busca de lo abstracto, porque buscan la libertad y no tienen ningún interés en ganancias concretas; ni tampoco en funciones sociales, como los brujos del pasado. De modo que nunca los encontrarás actuando como videntes oficiales, o como brujos con titulo.

-¿Quiere usted decir, don Juan, que el pasado no tiene valor alguno para los brujos de ahora?

-Por cierto que tiene valor. El sabor de ese pasado es lo que no nos gusta. Yo personalmente detesto la oscuridad y la morbidez de la mente. Me gusta la inmensidad del pensamiento. Sin embargo, a pesar de mis gustos y disgustos, les tengo que dar crédito a los brujos de la antigüedad; ellos fueron los primeros en descubrir y hacer todo lo que nosotros sabemos y hacemos ahora.

Don Juan me explicó que el mayor logro de los brujos de antaño fue percibir la esencia energética de las cosas. Fue un logro de tal magnitud que lo convirtieron en la premisa básica de la brujería. Hoy en día, con mucha disciplina y entrenamiento, los brujos adquieren la capacidad de percibir la naturaleza intrínseca de las cosas; una capacidad a la que llaman ver.

-¿Qué es lo que significaría para mí el percibir la esencia energética de las cosas? -le pregunté una vez a don Juan.

-Significaría percibir energía directamente -me contestó-. Separando la parte social de la percepción, percibirías la naturaleza intrínseca de todo. Lo que percibimos es energía, pero como no podemos percibir energía directamente, procesamos nuestra percepción para ajustarla a un molde. Este molde es la parte social de la percepción, y lo que se tiene que separar.

-¿Por qué hay que separarlo?

-Porque reduce el alcance de lo que se puede percibir y porque nos hace creer que el molde al cual ajustamos nuestra percepción es todo lo que existe. Estoy convencido de que el hombre, para sobrevivir en esta época, tiene que cambiar la base social de su percepción.

-¿Cuál es la base social de la percepción, don Juan?

-La certeza física de que el mundo está compuesto de objetos concretos. Llamo a esto la base social de la percepción, porque todos nosotros estamos involucrados en un serio y feroz esfuerzo a percibir el mundo en términos de objetos.

-¿Cómo deberíamos entonces de percibir

el mundo?
-Como energía. El universo entero es energía. La base social de la percepción debería ser entonces la certeza física de que todo lo que hay es energía. Deberíamos empeñarnos en un poderoso esfuerzo social a fin de guiarnos para percibir energía como energía. Tendríamos de este modo ambas alternativas al alcance de nuestras manos.
-¿Es posible entrenar gente de tal manera? -pregunté.
Don Juan respondió que sí era posible. Y que esto era precisamente lo que estaba haciendo conmigo y con sus otros aprendices. Estaba enseñándonos una nueva forma de percibir; primeramente, forzándonos a darnos cuenta de que procesamos nuestra percepción hasta hacerla encajar en un molde y, luego, guiándonos con mano dura a percibir energía directamente. Me aseguró que su método era muy parecido al que se usa normalmente para enseñarnos a percibir el mundo cotidiano; y también me aseguró que él confiaba plenamente que al procesar nuestra percepción, para hacerla encajar en un molde social, ésta pierde su poder cuando nos damos cuenta de que hemos aceptado ese molde como herencia de nuestros antecesores, sin tomarnos la molestia de examinarlo.
-Percibir un mundo de objetos sólidos, que tuvieran ya sea un valor positivo o negativo, debe de haber sido absolutamente indispensable para la sobrevivencia de nuestros antepasados -dijo don Juan-. Después de milenios de percibir de esta manera, sus herederos, nosotros, estamos hoy día forzados a creer que el mundo está compuesto de objetos.
-No puedo concebir el mundo de ninguna otra manera, don Juan -me quejé-. Es, sin lugar a dudas, un mundo de objetos. Para probarlo, todo lo que tenemos que hacer es estrellarnos contra ellos.
-Por supuesto que es un mundo de objetos; no estamos discutiendo eso.
-¿Qué es lo que estamos discutiendo entonces?
-Lo que estoy discutiendo es que, primero, este es un mundo de energía, y después, un mundo de objetos. Si no empezamos con la premisa de que es un mundo de energía, nunca seremos capaces de percibir energía directamente. Siempre nos detendrá la certeza física de lo que tú acabas de señalar: la solidez de los objetos.
Su argumento me dejó perplejo. En aquellos días, mi mente simplemente rehusaba considerar que hubiera otra alternativa de percibir el mundo, excepto aquella con la cual estamos todos nosotros familiarizados. Las afirmaciones de don Juan y los puntos que se esforzaba en plantearme eran proposiciones estrafalarias que yo no podía aceptar, pero que tampoco podía rehusar.
-Nuestra manera de percibir es la manera en que un predador percibe -me dijo don Juan en una ocasión-. Una manera muy eficiente de evaluar y clasificar la comida y el peligro. Pero esa no es la única manera que somos capaces de percibir. Hay otro modo; el que te estoy enseñando: el acto de percibir la energía misma, directamente.
"Percibir la esencia de todo nos hace comprender, clasificar y describir al mundo, en términos completamente nuevos; en términos mucho más incitantes y sofisticados.
Esto era lo que don Juan afirmaba. Y los términos más sofisticados, a los que se refería, eran aquellos que le enseñaron sus predecesores. Términos que corresponden exclusivamente a premisas básicas de la brujería; premisas que no tienen fundamento racional, ni relación alguna con las verdades de nuestro mundo de todos los días, pero que sí son realidades evidentes para aquellos brujos que perciben energía directamente y ven la esencia de todo.
Para tales brujos, el acto más significativo de la brujería es el ver la esencia del universo. De acuerdo a don Juan, los brujos de la antigüedad, los primeros en verla, la describieron de la mejor manera posible. Dijeron que se asemeja a hilos incandescentes que se extienden en el infinito,

en todas las direcciones concebibles; filamentos luminosos que están conscientes de sí mismos, en formas imposibles de comprender.

De ver la esencia del universo, los brujos de la antigüedad pasaron a ver la esencia de los seres humanos. La describieron como una configuración blanquecina y brillante, parecida a un huevo gigantesco. Y por ello llamaron a esa configuración el huevo luminoso.

-Cuando los brujos ven seres humanos -dijo don Juan-, ellos ven una gigantesca forma luminosa que flota, y que al moverse va haciendo un profundo surco en la energía de la tierra; como si tuviera una profunda raíz que va arrastrándola.

La idea de don Juan era que nuestra forma energética continúa cambiando a medida que pasa el tiempo. Dijo que todos los videntes que él conocía, incluso él mismo, veían que los seres humanos son más como bolas, o aun como lápidas sepulcrales, que huevos; pero que de vez en cuando, debido a razones desconocidas, los brujos ven una persona cuya energía tiene la forma de un huevo luminoso. Lo que don Juan sugirió fue que quizá las personas que hoy en día tienen la forma de un huevo luminoso son más semejantes a la gente de tiempos antiguos.

En el curso de sus enseñanzas, don Juan discutió y explicó repetidamente lo que él consideraba el hallazgo decisivo de los brujos de la antigüedad. Lo describió como la característica crucial de los seres humanos como globos luminosos: un punto redondo de intensa luminosidad, del tamaño de una pelota de tenis, alojado permanentemente dentro del globo luminoso, al ras de su superficie, aproximadamente sesenta centímetros detrás de la cresta del omóplato derecho.

Ya que yo tenía mucha dificultad en visualizar esto, don Juan me explicó que la bola luminosa es mucho más grande que el cuerpo humano; que el punto de intensa brillantez es parte de esta bola de energía; y que está colocado en un lugar a la altura del omóplato derecho, a un brazo de distancia de la espalda de una persona. Dijo que después de ver lo que este punto hace, los brujos antiguos lo llamaron el punto de encaje.

-¿Qué es lo que hace el punto de encaje? -le pregunté.

-Nos hace percibir -contestó-. Los brujos de la antigüedad vieron que en los seres humanos ese es el punto donde la percepción tiene lugar. Viendo que todos los seres vivientes tienen tal punto de brillantez, los brujos de la antigüedad llegaron a la conclusión de que la percepción en general ocurre en ese punto.

-¿Qué fue lo que los brujos de la antigüedad vieron para llegar a la conclusión de que la percepción ocurre en el punto de encaje? -pregunté.

Respondió que, primero, vieron que de los millones de filamentos de energía del universo que pasan a través de la bola luminosa, sólo un pequeño número de éstos pasa directamente por el punto de encaje, como es de esperarse, ya que es pequeño en comparación con la totalidad de la bola. Después vieron que un resplandor esférico, ligeramente más grande que el punto de encaje, siempre lo rodea, y que este resplandor intensifica enormemente la luminosidad de los filamentos que pasan directamente a través del punto de encaje. Y finalmente, vieron dos cosas; la primera, que el punto de encaje de los seres humanos se puede desalojar del lugar donde usualmente se localiza. Y la segunda, que cuando el punto de encaje está en su posición habitual, a juzgar por el normal comportamiento de los sujetos observados, la percepción y la conciencia de ser, son usuales. Pero cuando el punto de encaje y la esfera de resplandor que lo rodea están en una posición diferente a la habitual, el insólito comportamiento de los sujetos observados es prueba de que su conciencia de ser es diferente y de que están percibiendo de una manera que no les es familiar.

La conclusión que los brujos de la antigüedad sacaron de todo esto fue que cuanto mayor es el desplazamiento del punto

de encaje, más insólito es el consecuente comportamiento, y la consiguiente percepción del mundo y la conciencia de ser.

-Date cuenta de que cuando hablo de ver, siempre te digo que lo que veo tiene la apariencia de algo conocido, o es como esto o lo otro -don Juan me previno-. Todo lo que uno ve es algo tan único, que no hay manera de hablar de ello, excepto comparándolo con algo que nos es natural.

Dijo que un ejemplo adecuado era la forma en que los brujos tratan el punto de encaje y el resplandor que lo rodea. Los describen como una brillantez, y sin embargo no puede ser una brillantez ya que los videntes los ven sin sus ojos. Como de una u otra manera tienen que traducir su experiencia a términos visuales, dicen que el punto de encaje es una mancha de luz, y que alrededor de ella hay una especie de halo, un resplandor. Don Juan señaló que somos de tal modo visuales, y que estamos de tal modo regidos por nuestra percepción de predadores, que todo lo que vemos tiene que ser integrado a lo que el ojo de predador normalmente ve.

Después de ver lo que el punto de encaje y el resplandor que lo rodea parecen hacer, los brujos de la antigüedad ofrecieron una explicación. Propusieron que en los seres humanos, la esfera resplandeciente que rodea al punto de encaje se enfoca en los millones de filamentos energéticos del universo que pasan directamente a través de él; y al hacerlo, automáticamente y sin premeditación alguna, junta a esos filamentos de energía, unos con los otros, los aglutina, creando la percepción estable de un mundo.

-¿Cómo es que esos filamentos, de los que usted habla, se juntan unos con otros y crean la percepción estable de un mundo? -pregunté.

-No hay quien pueda saber eso -contestó enfáticamente-. Los brujos ven el movimiento de la energía, pero verlo no quiere decir que puedan saber cómo o por qué la energía se mueve.

Don Juan expuso que, viendo cómo ese resplandor que rodea al punto de encaje es en extremo tenue en personas que están inconscientes o a punto de morir, y que está totalmente ausente en los cadáveres, los brujos de la antigüedad se convencieron de que ese resplandor es la conciencia de ser.

-¿Y qué pasa con el punto de encaje, don Juan? ¿Está ausente en los cadáveres? -le pregunté.

Contestó que el punto de encaje y el resplandor que lo rodea son la marca de la vida y la conciencia, y que no hay rastro alguno de ellos en los seres muertos. La inevitable conclusión a la que llegaron los brujos de la antigüedad, al observar aquello, fue que la conciencia, la vida y la percepción van juntas, y que están inextricablemente ligadas al punto de encaje y al resplandor que lo rodea.

-¿Hay alguna posibilidad de que esos brujos se hayan equivocado respecto a lo que veían? -pregunté.

-No te puedo explicar cómo, pero no hay manera de que los brujos se puedan equivocar en lo que ven -dijo don Juan en un tono que no admitía argumento-. Ahora bien, las conclusiones a las que llegan como resultado de ver pueden ser erróneas, quizá debido a que son ingenuos, no instruidos. A fin de evitar este desastre, los brujos tienen que cultivar su mente, de la manera más formal que puedan.

En seguida suavizó su tono, y comentó que realmente sería preferible que los brujos se atuvieran únicamente a describir lo que ven, pero que la tentación de sacarlo en limpio y explicarlo, aunque sólo sea a si mismos, es tan intensa que es irresistible.

Los efectos del desplazamiento del punto de encaje fueron otra configuración energética que los brujos de la antigüedad pudieron ver y estudiar. Don Juan decía que cuando el punto de encaje se desplaza a otra posición, un nuevo conglomerado de millones de filamentos energéticos entran en juego en esa nueva posición. Los brujos de la antigüedad, al ver esto, concluyeron que ya que el resplandor de la conciencia está siempre presente en cualquier lugar donde el punto de encaje se encuentre, au-

tomáticamente la percepción se realiza en esa ubicación. Por supuesto que el mundo resultante no puede ser nuestro mundo de eventos cotidianos, sino que tiene que ser otro.

Don Juan explicó que los brujos de la antigüedad distinguieron dos tipos de desplazamiento del punto de encaje. Uno, era el desplazamiento a cualquier posición en la superficie o en el interior de la bola luminosa; un desplazamiento al cual llamaron cambio del punto de encaje. El otro, era el desplazamiento a posiciones fuera de la bola luminosa; al cual llamaron movimiento del punto de encaje. Descubrieron que la diferencia entre un cambio y un movimiento estaba en la clase de percepción que cada uno de ellos permite.

Puesto que los cambios del punto de encaje son desplazamientos dentro de la bola luminosa, los mundos engendrados por ellos, por raros, maravillosos o increíbles que fueran, son mundos aún dentro del reino de lo humano. El reino de lo humano está compuesto, naturalmente, de todos los billones de filamentos energéticos que pasan a través de toda la bola luminosa. Por otro lado, los movimientos del punto de encaje, desde el momento en que son desplazamientos a posiciones fuera de la bola luminosa, ponen en juego a filamentos energéticos que están fuera del reino de lo humano. Percibir tales filamentos engendra mundos que sobrepasan toda comprensión; mundos inconcebibles que no tienen huella alguna de antecedentes humanos.

En esos días, el problema de la verificación desempeñaba un rol muy importante para mi.

-Discúlpeme don Juan -le dije en una ocasión-, pero este asunto del punto de encaje es una idea tan rebuscada, tan inadmisible que no sé cómo tomarla o qué pensar de ella.

-Hay algo que puedes hacer -replicó-. ¡Ve el punto de encaje! No es tan difícil verlo. La dificultad está en romper el paredón que mantiene fija en nuestra mente la idea de que no podemos hacerlo. Para romperlo necesitamos energía. Una vez que la tenemos, ver sucede de por si. El truco está en abandonar el fortín dentro del cual nos resguardamos: la falsa seguridad del sentido común.

-Es obvio, don Juan, que se requiere de mucho conocimiento para poder ver. No es sólo cuestión de tener energía.

-Créeme que es sólo cuestión de energía. Tener energía facilita poder convencerse a uno mismo que si se puede hacer, pero para ello, se necesita confiar en el nagual. Lo maravilloso de la brujería es que cada brujo tiene que verificar todo por experiencia propia. Te hablo acerca de los principios de la brujería, no con la esperanza de que los memorices sino con la esperanza de que los practiques.

Por cierto que don Juan estaba en lo correcto acerca de la necesidad de tener fe, y de confiar en el nagual. En las primeras etapas de los trece años de mi aprendizaje con don Juan, me dio mucho trabajo afiliarme a su mundo y su persona. Tal afiliación requería confiar implícitamente en él como el nagual y aceptarlo sin duda ni recriminaciones.

El papel que desempeñaba don Juan en el mundo de los brujos se sintetizaba en el nombre titular que sus congéneres le otorgaban; lo llamaban el nagual. Me explicaron que se puede otorgar el nombre titular de nagual a cualquier persona, hombre o mujer, dentro del mundo de los brujos, que posea una específica configuración energética, semejante a una doble bola luminosa. Los brujos creen que cuando una de tales personas entra en el mundo de la brujería, la carga extra de energía se convierte en capacidad para guiar. De esta manera, el nagual se convierte en la persona más apropiada para dirigir, para ser el líder.

Al principio, sentir tal fe y confianza en don Juan era para mí algo no solamente inaudito sino aun molesto. Cuando discutí esto con él, me aseguró que confiar de tal forma en su maestro le había resultado igualmente difícil.

-Le dije a mi maestro lo mismo que tú me

estás diciendo ahora -explicó don Juan-. Mi maestro me contestó que sin esa fe y confianza en el nagual no hay posibilidad de alivio y, por consiguiente, no hay posibilidad de limpiar los escombros de nuestras vidas a fin de ser libres.

Don Juan reiteró cuán en lo cierto estaba su maestro. Y yo reiteré mi profundo desacuerdo. Le conté que yo había crecido en un ambiente religioso rígido y coercitivo que todavía me perseguía en mi vida actual. Las declaraciones de su maestro, y su propia aquiescencia a su maestro, me recordaban el dogma de obediencia que tuve que aprender de niño, el cual yo aborrecía sobre todo lo demás.

-Cuando habla usted acerca del nagual, me suena como si estuviera usted expresando una creencia religiosa -le dije.

-Puedes creer lo que se te dé la gana -contestó don Juan-. El hecho es que sin el nagual no hay partida. Yo sé y te lo digo. Así lo dijeron todos los naguales anteriores a mí. Pero no lo dijeron como asunto de importancia personal; ni yo tampoco. Decir que sin el nagual no se puede encontrar el camino, se refiere por completo al hecho de que el nagual es un nagual porque puede reflejar lo abstracto, el espíritu, mejor que los demás. Pero eso es todo. Nuestro vínculo es con el espíritu mismo y sólo incidentalmente con el hombre que nos trae su mensaje.

Aprendí a confiar implícitamente en don Juan como el nagual, y esto, tal como me lo había dicho, me trajo un profundo alivio, y mayor capacidad para aceptar lo que él se esforzaba por enseñarme.

En sus enseñanzas, puso un gran énfasis en continuar sus explicaciones acerca del punto de encaje. Una vez le pregunté si el punto de encaje tenía que ver con el cuerpo físico.

-No tiene nada que ver con lo que normalmente percibimos como el cuerpo -dijo-. Es parte del huevo luminoso, el cual es nuestro ser energético.

-¿Cómo se desplaza? -pregunté.

-A través de corrientes energéticas, que son como empellones de energía que se sienten afuera o adentro, no del cuerpo sino del huevo luminoso. Generalmente, son corrientes impredecibles que ocurren de por sí. Con los brujos, sin embargo, son corrientes predecibles; controladas por el intento de ellos.

-¿Puede usted sentir esas corrientes, don Juan?

-Todo brujo las siente. Y lo que es más, todo ser humano las siente. Lo malo es que la gente común y corriente está muy ocupada con sus problemas y no le presta atención alguna a este tipo de sensaciones.

-¿Qué siente uno al recibir una de esas corrientes?

-Como una leve molestia; una sensación vaga de tristeza seguida inmediatamente por una desmedida euforia. Ya que esa clase de tristeza o de euforia no tienen fundamento real, nunca los consideramos como verdaderos asaltos de lo desconocido, sino como inexplicables arranques de mal o de buen humor.

-¿Qué pasa cuando el punto de encaje se mueve afuera del huevo luminoso? ¿Se queda colgando afuera o está atado a él?

-Empuja el contorno de la formación luminosa hacia afuera, sin romper sus limites energéticos.

Don Juan me explicó que el resultado de un movimiento del punto de encaje es un cambio total en la estructura energética de los seres humanos. De ser una bola o un huevo luminoso, se convierte en algo parecido a una pipa de fumar. El pitillo de la pipa es el punto de encaje, y el cuenco es lo que queda de la bola luminosa. Si el punto de encaje continúa moviéndose, llega un momento en que la pipa luminosa se convierte en una delgada línea de energía.

Don Juan prosiguió explicando que los brujos de la antigüedad fueron los únicos que lograron esta proeza de transformar la estructura energética del huevo luminoso a línea. Y yo le pregunté que si con esa nueva estructura esos brujos seguían siendo seres humanos.

-Por supuesto que seguían siendo seres humanos -dijo-. Pero creo que lo que tú

quieres saber es si eran hombres de razón, personas dignas de confianza, ¿verdad? Pues no lo eran del todo.
-¿De qué manera eran diferentes?
-En sus intereses y expectativas. Los esfuerzos y preocupaciones humanas no tenían para ellos ningún significado. Además hasta tenían un diferente porte físico.
-¿Quiere usted decir que no parecían seres humanos?
-Ya te dije que eran hombres como todos nosotros. ¿Qué otra cosa podrían ser? Pero no eran del todo como tú o yo esperaríamos que fueran. Si me pongo a decirte de qué manera eran diferentes, me metería en camisa de once varas.
-¿Conoció usted alguna vez a alguno de esos hombres, don Juan?
-Sí, conocí a uno.
-¿Cómo era?
-En cuanto a apariencias, era como una persona común y corriente. Lo que era insólito era su comportamiento.
-¿De qué modo era insólito?
-Todo lo que te puedo decir es que el comportamiento del brujo que conocí es algo que sale de lo imaginable. Pero convertirlo en un asunto sólo de comportamiento es engañoso. Ese brujo es alguien a quien realmente uno debe ver para poder apreciar.
-¿Eran todos esos brujos antiguos como el que usted conoció?
-No sé cómo eran los otros, excepto por las historias y cuentos que los brujos han guardado por generaciones. En esas historias, esos brujos aparecen como seres bastante extravagantes.
-¿Quiere usted decir monstruosos?
-En cierto modo. Dicen que eran muy simpáticos, pero que a la vez causaban pavor. En realidad eran criaturas desconocidas. Lo que hace homogénea a la humanidad es el hecho de que todos somos como huevos o bolas luminosas. Y esos brujos ya no eran así. Eran líneas de energía tratando inútilmente de doblarse para formar un círculo.
-¿Qué es lo que finalmente les sucedió, don Juan? ¿Se murieron?
-Las historias de los brujos dicen que al alargar su forma energética, también lograron alargar la duración de su conciencia; de manera que están vivos y conscientes de ser hasta hoy día. Las historias también cuentan que reaparecen periódicamente en la Tierra.
-¿Qué piensa acerca de todo esto, don Juan?
-Para mí, todo esto es demasiado extravagante. Yo quiero la libertad. Libertad de mantener mi conciencia de ser y sin embargo desaparecer en la vastedad. En mi opinión, los brujos de la antigüedad eran hombres tenebrosos, obsesivos, caprichosos y hasta apostaría que debido a ello se quedaron atrapados en sus propias maniobras.
"Pero no dejes que mis opiniones y sentimientos personales te nublen el panorama. El logro de los brujos de la antigüedad es inigualable. Por lo menos, nos probaron que los potenciales del hombre no son cualquier cosa.
Otro tópico de las explicaciones de don Juan fue lo indispensable que son la cohesión y la uniformidad energética para el acto de percibir. Su punto de vista era que la humanidad entera percibe el mundo que conocemos, en los términos en que lo hacemos, solamente porque compartimos cohesión y uniformidad energética. Dijo que adquirimos estas dos condiciones automáticamente en el transcurso de nuestra crianza; y que las tomamos a tal punto por dadas que no nos damos cuenta de su importancia vital sino al momento de enfrentarnos con mundos distintos al mundo habitual. En esos momentos se hace evidente que, para poder percibir de una manera coherente y total, necesitamos una nueva, apropiada cohesión y uniformidad energética.
Le pregunté qué eran la cohesión y la uniformidad. Me explicó que la forma energética del hombre tiene uniformidad puesto que todos los seres humanos son como una bola o un huevo luminoso. El hecho de que la energía del hombre se mantiene en un haz, como bola o como huevo, es prueba de que tiene cohesión. Don Juan dio como

ejemplo de una nueva uniformidad y cohesión el caso de los brujos de la antigüedad. Cuando convirtieron su forma energética en una línea, todos ellos, uniformemente, mantuvieron su cohesión lineal. Uniformidad y cohesión, a ese nivel lineal, les permitieron percibir un mundo nuevo y homogéneo.

-¿Cómo se adquiere una nueva uniformidad y cohesión? -le pregunté.

-La clave es la posición del punto de encaje, o más bien, la fijación del punto de encaje -dijo.

En esa ocasión no quiso explicar más sobre el asunto. Pero yo insistí en preguntarle si esos brujos habrían podido retroceder de la forma lineal a su antigua forma de huevo luminoso. Me contestó que en un momento dado habrían podido hacerlo, pero no lo hicieron. Luego, la cohesión lineal se fijó en ellos, haciéndoles imposible el regreso. Don Juan creía que lo que realmente los cristalizó y les previno volver a su forma inicial fue una cuestión de avaricia.

El alcance perceptivo de esos brujos, como líneas de energía, era infinitamente más grande de lo que un hombre o un brujo común y corriente pueden alcanzar.

Explicó que el dominio humano, como masas energéticas, incluye todos aquellos filamentos que pasan a través de la bola luminosa. Normalmente, no percibimos todo el potencial humano sino quizá solamente una milésima parte de éste. Si tomamos esto en consideración, se puede apreciar la enormidad de lo que los brujos de la antigüedad hicieron. Se extendieron en una línea de energía mil veces más larga que un huevo luminoso, y percibieron todos los filamentos que pasaban á través de esa línea.

A resultas de su insistencia, hice esfuerzos gigantescos por entender el modelo de configuración energética que me estaba delineando. Finalmente, después de mucho trabajo pude imaginarme filamentos adentro y afuera de una bola luminosa. Sin embargo, si me imaginaba una multitud de bolas luminosas, el modelo dejaba de ser aplicable. Razonaba yo que en una multitud de bolas luminosas, los filamentos que están afuera de una, por fuerza estarían adentro de otra adyacente. Por lo tanto, en una multitud no podrían existir filamentos energéticos que estuvieran afuera de ninguna bola luminosa.

-Entender eso no es ciertamente un ejercicio para la razón -contestó, después de haber escuchado atentamente mis argumentos-. No hay manera de explicar lo que los brujos quieren decir cuando se refieren a filamentos adentro o afuera de la bola o huevo luminoso. Cuando los videntes ven, ellos ven una sola bola o huevo de energía. Si hay otra bola al lado, la ven de nuevo como una sola y aislada bola de energía. La idea de una multitud de bolas luminosas te viene de las muchedumbres humanas. En el universo de la energía, existen únicamente individuos solos, rodeados por el infinito.

"¡Pero todo esto, tienes que verlo tú mismo!

Argüí que era inútil decirme que lo viera yo mismo, puesto que él sabía muy bien que yo no podía. Me propuso entonces que tomara prestada su energía y la usara para ver.

-¿Cómo puedo hacer eso? Tomar prestada su energía.

-Muy simple. Con mi energía puedo hacer que tu punto de encaje se desplace a otra posición más adecuada para percibir energía directamente.

Tal como me acuerdo, esta fue la primera vez que él me habló intencionalmente acerca de algo que hacía conmigo desde el principio de mi aprendizaje: hacerme entrar en un incomprensible estado de conciencia que ponía en tela de juicio mi idea del mundo y de mí mismo; un estado al cual él llamaba la segunda atención.

Para lograr que mi punto de encaje se desplazara a una posición más adecuada para percibir energía directamente, don Juan solía darme, con la palma de su mano, un golpe en la espalda, entre los omóplatos, con tal fuerza que me hacía perder el aliento. En la ocasión de la que estoy hablando, su golpe pareció causarme un

desmayo o quizá me dormí. De repente vi o soñé que veía algo literalmente más allá de las palabras. Brillantes filamentos de luz salían disparados por todos lados; filamentos luminosos indescriptibles. Decir que eran filamentos de luz es un eufemismo disparatado para determinar algo que, de no ser por don Juan, jamás hubiese entrado en mis pensamientos.

Cuando recuperé el aliento, o me desperté, don Juan me preguntó en un tono de gran expectativa:

-¿Qué fue lo que viste?

Y cuando le contesté sinceramente:

-Su golpe me hizo ver estrellas -se dobló de risa.

Recalcó que yo no estaba todavía listo para comprender percepciones fuera de lo usual.

-Hice que tu punto de encaje cambiara -prosiguió-. Y por un instante ensoñaste los filamentos del universo. Pero aún no tienes la disciplina o la energía para arreglar tu uniformidad y cohesión. Los brujos antiguos eran los maestros consumados de ese arreglo. Así fue como vieron todo lo que puede ser visto por el hombre.

-¿Qué significa, don Juan, arreglar la uniformidad y la cohesión?

-Significa que uno entra en la segunda atención debido al acto de retener el punto de encaje en una nueva posición, previniendo de este modo que se deslice de regreso a su sitio original.

Don Juan me dio allí una definición tradicional de la segunda atención. Dijo que los brujos antiguos llamaban al resultado de fijar el punto de encaje en nuevas posiciones, la segunda atención. Y que trataban a la segunda atención como a un área de total actividad, de la misma manera que la atención del mundo cotidiano es un área que incluye total actividad. Recalcó que los brujos tienen realmente dos áreas absolutas para realizar sus acciones. Una muy pequeña, llamada la primera atención o la conciencia de nuestro mundo cotidiano, o la fijación del punto de encaje en su posición habitual. Y otra área mucho más grande, la segunda atención o la conciencia de otros mundos, o al acto de mantener el punto de encaje fijo en cada una de las innumerables nuevas posiciones que puede adoptar.

Don Juan me ayudó a experimentar cosas inexplicables en la segunda atención. Me hacia entrar en ella por medio de lo que él llamaba su maniobra de brujo: el fuerte golpe en la espalda a la altura de los omóplatos. Desde mi posición subjetiva, tales desplazamientos de mi punto de encaje significaban que mi conciencia entraba en un inquietante estado de inigualable claridad; un estado de superconciencia que duraba cortos periodos de tiempo, y en el que yo podía entender cualquier cosa con mínimos preámbulos. No era un estado del todo placentero; en la mayoría de los casos, era como un sueño tan extraño e intenso que en comparación, la conciencia normal palidecía.

Don Juan justificaba su maniobra de brujo diciendo que era tradicional e indispensable que los aprendices recibieran conceptos y procedimientos básicos, en estados de conciencia normal, y que se les dieran explicaciones abstractas y detalladas, en la segunda atención.

Normalmente, los aprendices no recuerdan esas explicaciones en su vida diaria, pero de alguna forma, las guardan intactas y fielmente en lo que los brujos llaman el aparato de perceptividad. Los brujos han utilizado esta aparente peculiaridad de la percepción, y han convertido el acto de recordar todo lo que se les enseñó en la segunda atención, en una de las tareas tradicionalmente más difíciles y complejas de la brujería.

Los brujos explican que cada vez que uno entra en la segunda atención, el punto de encaje se encuentra en una posición diferente. Recordar, para ellos, significa situar de nuevo el punto de encaje en la posición exacta en la que se encontraba en los momentos en que ocurrieron las entradas a la segunda atención.

Don Juan me aseguró que los brujos no solamente recuerdan sino que reviven todas sus experiencias en la segunda atención,

por medio del acto de volver a situar su punto de encaje en cada una de las posiciones donde estuvo.

Don Juan me dio explicaciones muy detalladas de la brujería mientras yo me hallaba en la segunda atención, sabiendo que la fidelidad y precisión de tal instrucción permanecería fielmente intacta conmigo por el resto de mi vida.

Acerca de esta calidad de fidelidad, dijo:

-Aprender algo en la segunda atención es como lo que aprendemos de niños; permanece con nosotros toda la vida. Decimos "es muy natural" cuando hablamos de algo aprendido muy temprano en la infancia.

Juzgando todo esto desde mi punto de vista actual, me doy cuenta de que don Juan me hizo entrar en la segunda atención tantas veces como pudo. Quería, según él, forzarme a sostener, por largos periodos de tiempo, nuevas posiciones de mi punto de encaje y percibir coherentemente en ellas; en otras palabras, su propósito era forzarme a arreglar mi uniformidad y mi cohesión.

Innumerables veces, llegué a percibir, en la segunda atención, de una manera tan precisa como percibo el mundo de todos los días. Mi falla era mi incapacidad de crear un puente entre mis acciones en la segunda atención y mi conciencia del mundo cotidiano. Comprender qué es la segunda atención me tomó un largo tiempo y un gran esfuerzo. No tanto por lo intrincado y lo complejo de ellas sino porque una vez que regresaba a mi conciencia normal me era imposible recordar que había entrado en la segunda atención, o que ese estado siquiera existía.

Otro descubrimiento monumental que los brujos antiguos hicieron, que don Juan me explicó cuidadosamente, fue el darse cuenta de que el punto de encaje se desplaza muy fácilmente durante el sueño. Esta realización dio lugar a otra: que los sueños están totalmente asociados con ese desplazamiento. Los brujos antiguos vieron que cuanto mayor era el desplazamiento, más inusitado era el sueño, o viceversa: cuanto más inusitado era el sueño, mayor era el desplazamiento. Don Juan dijo que esta observación los llevó a idear técnicas extravagantes para forzar el desplazamiento del punto de encaje, tales como la ingestión de plantas alucinogénicas; o el someterse a estados de hambre, fatiga, tensión; o el control de los sueños. De esta manera, y quizá sin siquiera saberlo, crearon el arte del ensueño.

Un día, cuando nos paseábamos en la plaza de la ciudad de Oaxaca, don Juan me dio la más coherente definición del arte del ensueño, desde el punto de vista de un brujo.

-Los brujos consideran el ensoñar como un arte extremadamente sofisticado -dijo-. Lo llaman también el arte de desplazar el punto de encaje de su posición habitual, a voluntad, a fin de expandir y acrecentar la gama de lo que se puede percibir.

Dijo que los brujos antiguos construyeron el arte del ensueño basándolo en cinco condiciones que vieron en el flujo energético de los seres humanos.

Uno, vieron que sólo los filamentos energéticos que pasan directamente a través del punto de encaje pueden ser transformados en percepción coherente.

Dos, vieron que si el punto de encaje se desplaza a cualquier otra posición, sin importar cuán grande o diminuto sea el desplazamiento, otros filamentos energéticos que no son habituales comienzan a pasar a través de éste. Ello hace entrar en juego al fulgor de la conciencia, lo cual fuerza a estos filamentos energéticos a transformarse en percepción coherente y estable.

Tres, vieron que en el transcurso de sueños normales, el punto de encaje se desplaza fácilmente y por si solo a otras posiciones en la superficie o en el interior del huevo luminoso.

Cuatro, vieron que por medio de la disciplina es posible cultivar y ejecutar, en el transcurso de los sueños normales, un sistemático desplazamiento del punto de encaje.

Y cinco, vieron que se puede hacer que el punto de encaje se desplace a posiciones fuera del huevo luminoso y entre al reino

de los filamentos energéticos del universo fuera de lo humano.

II. LA PRIMERA COMPUERTA DEL ENSUEÑO

A manera de preámbulo a su primera lección en el arte de ensoñar, don Juan describió la segunda atención como un proceso que empieza con una idea; una idea que es más rareza que posibilidad real; la idea se convierte luego en algo como una sensación, y finalmente evoluciona y se transforma en un estado de ser, o en un campo de acciones prácticas, o en una preeminente fuerza que nos abre mundos más allá de toda fantasía.

Los brujos tienen dos opciones para explicar su mundo de dimensiones mágicas. Una es con la ayuda de metáforas, y la otra por medio de términos abstractos, propios de la brujería. Yo siempre he preferido la segunda, aunque la mente racional de un hombre occidental jamás encontraría satisfacción en ninguna de las dos.

Don Juan me hizo entender que describir la segunda atención como un proceso era una metáfora de brujos, y que la segunda atención se podía definir como el producto de un desplazamiento del punto de encaje. Un desplazamiento que debe ser intentado, empezando por intentarlo como una idea, y acabando por intentarlo como un estado de conciencia fijo y controlado, donde uno se da cabal cuenta del desplazamiento del punto de encaje.

-Te voy a enseñar el primer paso hacia el poder -dijo don Juan al empezar su instrucción en el arte del ensueño-. Te voy a enseñar cómo preparar el ensueño.

-¿Qué quiere decir preparar el ensueño, don Juan?

-Preparar el ensueño quiere decir tener un comando práctico y preciso de los sueños; no dejar que se esfumen o cambien. Por ejemplo, puede que sueñes que estás en un salón de clases. Preparar el ensueño significa no dejar que ese sueño se transforme en otro. Es decir que controlas la visión del salón de clase y no la dejas ir hasta que tú quieras.

-¿Pero es posible hacer eso?

-Por supuesto que es posible. Ese control no es tan diferente al control que uno tiene en la vida diaria. Los brujos están acostumbrados a él y lo ejercen cada vez que lo necesitan. Para llegar a tenerlo debes comenzar por hacer algo muy simple. Esta noche debes mirarte las manos en tus sueños.

No recuerdo que me dijera nada más acerca de esto. Sin embargo, al hacer el recuento de mis experiencias en la segundo atención, salió a la vista que habíamos tenido un intercambio mucho más extenso. Expresé mis sentimientos acerca de lo absurdo de esta tarea, y don Juan me sugirió que debería enfrentarla como un entretenimiento, en vez de algo solemne o mórbido.

-Ponte tan serio como se te dé la gana cuando hablemos del ensueño -dijo-. Las explicaciones siempre requieren de profunda reflexión. Pero cuando ensueñes, sé tan liviano como una pluma. El ensueño tiene que llevarse a cabo con integridad y cordura, pero con risa y con la confianza de quien no tiene preocupación alguna. Solamente bajo estas condiciones pueden nuestros pinches sueños convertirse en ensueño.

Don Juan puso en claro que él había seleccionado arbitrariamente mis manos como algo que yo podía buscar en mis sueños, y que buscar cualquier otra cosa era igualmente válido. El propósito de este ejercicio no era encontrar una cosa específica sino emplear la atención de ensueño.

Don Juan describió la atención de ensueño como el control de los sueños; control que uno adquiere al fijar el punto de encaje en cualquier nueva posición a la cual se haya desplazado durante los sueños normales. En términos más generales, llamó a la atención de ensueño una faceta incomprensible de la conciencia, que parece estar esperando el momento en que la convoquemos y le demos propósito; la llamó también una facultad velada que todos

tenemos en reserva, pero que nunca nos atrevemos a usar.
Mis primeros intentos de verme las manos en mis sueños fueron un desastre. Después de meses de vanos esfuerzos, me di por vencido y le eché en cara a don Juan lo absurdo de tal tarea.
-Hay siete compuertas -dijo a manera de respuesta-. Y los ensoñadores tienen que abrirlas todas, de una en una. Te has dado un soberano chingadazo contra la primera compuerta, la cual debes abrir si es que vas a ensoñar.
-¿Por qué no me dijo usted esto antes, don Juan?
-Hubiera sido inútil hablarte de las compuertas del ensueño antes de que toparas con la primera. Ahora ya sabes que es un obstáculo, y que tienes que vencerlo.
Don Juan explicó que en el flujo energético general del universo hay entradas y salidas, que funcionan a manera de compuertas; y que en el específico caso del ensueño hay siete entradas; siete obstáculos que los brujos llaman las siete compuertas del ensueño.
-Llegamos a la primera al darnos cuenta de una sensación muy particular que se nos viene encima antes de quedarnos profundamente dormidos -dijo-. Una placentera oscuridad y pesadez que nos mantiene suspendidos y no nos permite abrir los ojos.
-¿Cómo puede darse uno cuenta de estar quedándose dormido? ¿Cuáles son los pasos que hay que seguir?
-No hay pasos que seguir. Uno solamente intenta estar consciente del acto de quedarse dormido.
-¿Pero cómo puede uno intentar eso?
-El intento o el acto de intentar es algo muy difícil de explicar. Yo, o cualquier otro brujo, pareceríamos un par de idiotas si tratáramos de explicarlo. Ten esto en cuenta cuando oigas lo que te voy a decir a continuación: los brujos intentan cualquier cosa que se proponen intentar, simplemente intentándolo.
-Eso no me dice nada, don Juan.
-Pon mucha atención. Algún día te tocará a ti explicarlo. Lo que te dije parece una idiotez, porque no lo has puesto en el contexto apropiado. Como cualquier otro hombre racional, tú crees que entender es exclusivamente el dominio de nuestra razón, de nuestra mente.
"Lo que te dije está en el campo del intento y el acto de intentar. Para los brujos comprender eso pertenece al campo de la energía. Ellos creen que si esa explicación fuera oída por el cuerpo energético, éste la entendería en términos enteramente diferentes a los de la mente. El truco está en llegar al cuerpo energético. Para eso uno necesita muchísima energía.
-¿En qué términos la entendería, don Juan?
-En términos de una sensación física muy difícil de describir. Eso es algo que tú debes experimentar personalmente; de otro modo no hay cómo saber lo que te estoy diciendo.
Yo hubiera querido una explicación más precisa, pero don Juan me dio un golpe en la espalda, con la palma de su mano; y me hizo entrar en la segunda atención. En ese entonces, lo que hizo era un absoluto misterio para mí. Podría haber jurado que con su golpe me hipnotizó. Creí que me puso instantáneamente a dormir, y que me soñé caminando con él en una ancha avenida bordeada de árboles en una ciudad desconocida. Fue un sueño tan vívido, y yo estaba tan consciente de todo, que traté al instante de orientarme, leyendo letreros y observando a la gente. Decididamente no era una ciudad de habla inglesa o española, pero era no obstante, una ciudad occidental. La gente parecía ser del norte de Europa, quizá lituanos. Me esforcé por leer los anuncios de comercio y los nombres de las calles.
Don Juan me dio un ligero codazo.
-No te molestes con eso -dijo-. No estamos en ningún lugar identificable. Te acabo de prestar mi energía, y con ella llegaste a tu cuerpo energético. Tu cuerpo energético acaba de cruzar a otro mundo. Esto no va a durar mucho, así que usa tu tiempo con mucha mesura.

"Mira todo, pero sin andar con la boca abierta. No dejes que nadie te note.
Caminamos en silencio. Fue una caminata de una cuadra que tuvo un tremendo efecto en mí. Mientras más caminábamos, mayor era mi ansiedad y mi curiosidad. Tuve la clarísima sensación de que no me encontraba en este mundo. Cuando llegamos a un cruce de calles y nos detuvimos, vi que los árboles a lo largo de la calle habían sido cuidadosamente podados en forma de bolas. Eran árboles no muy grandes con hojas al parecer duras y rizadas. Cada árbol tenía un buen espacio cuadrado para ser regado. No había ni yerbas ni basura en esos espacios, como hay alrededor de los árboles de una ciudad, sino tierra suelta de color negro carbón.
En el momento en que enfoqué mis ojos en el cordón de la acera, antes de cruzar la calle, me di cuenta de que no había coches. Traté desesperadamente de observar a la gente que se arremolinaba alrededor nuestro; quería descubrir algo en ellos que explicara mi ansiedad. Los miré fijamente y ellos también me miraron fijamente. En un instante, un circulo de ojos duros, ojos azules y de color café, se había formado en torno nuestro.
Tuve entonces la aterradora certeza de que esto no era en lo absoluto un sueño; nos encontrábamos en una realidad más allá de lo que mi mente reconocía como algo real. Giré la cabeza para ver a don Juan. En ese instante estaba a punto de descubrir qué era lo diferente en esa gente, pero un extraño viento seco me entró directamente en las fosas nasales. Sentí como un golpe en la cara, mi vista se puso borrosa y olvidé lo que le quería decir a don Juan. En el siguiente instante, estaba yo de vuelta donde había empezado: la casa de don Juan; estaba echado en un petate, acurrucado de lado.
-Te presté mi energía y llegaste a tu cuerpo energético -don Juan dijo como si nada hubiera ocurrido.
Lo oí hablar, pero estaba entumecido. Una extraña comezón en mi plexo solar hacía mi respiración corta y dolorosa. Sabía que había estado a punto de descubrir algo transcendental acerca del ensueño y de la gente que vi, pero me era imposible enfocar esa casi revelación. Cada vez que trataba de hacerlo, el recuerdo del sueño mismo se oscurecía.
-¿Dónde estuvimos don Juan? -le pregunté- ¿Fue todo eso un sueño? ¿Un estado hipnótico?
-No fue un sueño -contestó-. Fue un ensueño. Te ayudé a entrar en la segunda atención, para que así pudieras comprender lo que significa intentar, no como un tópico para tu razón, sino para tu cuerpo energético.
"A estas alturas, no puedes todavía comprender la importancia de todo esto, no solamente porque no tienes la suficiente energía sino porque además no estás intentando lo que yo intenté por ti. Si lo estuvieras, tu cuerpo energético inmediatamente comprendería que la única forma de intentar es enfocando tu intento en lo que quieras intentar. Esta vez yo lo enfoqué por ti, y lo enfoqué en el acto de llegar a tu cuerpo energético.
-¿Es la meta del ensueño intentar el cuerpo energético? -pregunté, repentinamente imbuido de una extraña claridad de pensamiento.
-Se puede decir que esa es la meta total -dijo-. En el caso particular de la primera compuerta del ensueño, la meta es, intentar que tu cuerpo energético se de cuenta de que te estás quedando dormido. No trates de forzarte para darte cuenta de que te estás durmiendo. Deja que tu cuerpo energético lo haga. Intentar es desear sin desear, hacer sin hacer.
"Acepta el reto de intentar -prosiguió-. Pon una determinación que no admita palabras o aun pensamientos para convencerte a ti mismo de que has llegado a tu cuerpo energético y que eres un ensoñador. Hacer esto te pondrá automáticamente en la posición de darte cuenta de que te estás durmiendo.
-¿Cómo puedo convencerme de que soy un ensoñador cuando no lo soy?
-Oír que debes convencerte a ti mismo te

vuelve automáticamente más racional. ¿Cómo te puedes convencer de que eres un ensoñador, cuando sabes que no lo eres? Intentar abarca dos cosas: el acto de convencerte a ti mismo que verdaderamente eres un ensoñador, aunque nunca hayas ensoñado, y el acto de estar convencido.

-¿Quiere usted decir, don Juan, que debo decirme a mí mismo que soy un ensoñador, y hacer todos los esfuerzos imaginables para creerlo? ¿Es eso lo que usted quiere?

-No, no es eso. Intentar es mucho más simple, y al mismo tiempo, infinitamente más complejo. Requiere imaginación, disciplina y propósito. En tu caso, intentar significa que adquieres la indiscutible certeza corporal de que eres un ensoñador. Sientes con todas las células de tu cuerpo que eres un ensoñador.

Don Juan añadió, en tono de broma, que él carecía de suficiente energía para hacerme otro préstamo, y que yo debía llegar a mi cuerpo energético por mi cuenta. Me aseguró que intentar la primera compuerta del ensueño era uno de los medios descubiertos por los brujos de la antigüedad para llegar al cuerpo energético y entrar en la segunda atención.

Después de decir esto, prácticamente me ordenó que me marchara y no regresara hasta que hubiera intentado la primera compuerta del ensueño.

Regresé a casa, y cada noche, por meses, me iba a dormir intentando con todo mi esfuerzo darme cuenta de estar quedándome dormido y ver mis manos en mis sueños. La otra parte de la tarea: convencerme a mi mismo de que era un ensoñador y de que había llegado a mi cuerpo energético me fue totalmente imposible.

Una tarde, mientras tomaba una siesta, soñé que estaba mirando mis manos. El impacto fue suficiente para despertarme. Este sueño resultó único. No pude repetirlo. Tuve centenares de otros sueños en los que me fue imposible verme las manos y mucho menos darme cuenta de que me estaba quedando dormido. Sin embargo, empecé a tener una vaga conciencia, en mis sueños, de que debería estar haciendo algo, pero no podía acordarme lo que era. Esta sensación cobró tal fuerza, que me hacía despertar a todas horas de la noche.

Le conté a don Juan acerca de mis vanas tentativas de cruzar la primera compuerta del ensueño.

-Decirle a un ensoñador que encuentre en sus sueños un objeto determinado es un subterfugio -dijo-. El asunto es darse cuenta de que uno se está quedando dormido. Y hacer esto no es posible, simplemente ordenándose a uno mismo hacerlo, sino sosteniendo la vista de cualquier cosa que uno esté mirando en su sueño.

Me dijo que los ensoñadores echan fugaces vistazos a todo lo que está presente en un sueño. Si enfocan su atención de ensueño en algo específico, usan este enfoque como punto de partida. Luego la enfocan en otros objetos del sueño, regresando al punto de partida cuantas veces les sea necesario.

Después de un inmenso esfuerzo encontré manos en mis sueños, pero nunca eran las mías. Eran manos que solamente parecían pertenecerme; manos que cambiaban de forma, volviéndose a veces espeluznantes. El resto del contenido de mis sueños era por lo regular estable y placentero; y podía sostener la vista de cualquier cosa en la cual enfocara mi atención de ensueño.

Seguí así por meses, hasta un día en el cual mi capacidad de ensoñar cambió, aparentemente, por si sola. No hice nada en especial, aparte de mi constante determinación de estar consciente del acto de quedarme dormido y de encontrarme las manos.

Soñé en esa ocasión que estaba de visita en mi ciudad natal. No era que la ciudad de mis sueños se pareciera a mi ciudad natal, pero de alguna manera, yo tenía la convicción de que si lo era.

Todo empezó como un sueño común y corriente, aunque muy vívido. Luego, la luz aumentó. Las imágenes se volvieron más nítidas. La calle por la cual caminaba de repente era más real de lo que era un mo-

mento antes. Me empezaron a doler los pies. Para entonces podía yo sentir que los objetos del sueño eran absurdamente duros. Por ejemplo, al tropezar con la rodilla en una puerta, no solamente experimenté dolor en la rodilla sino que también mi torpeza me enfureció.

De un modo muy real, caminé en esa ciudad hasta quedar completamente exhausto. Vi todo lo que pudiera haber visto si hubiese sido un turista caminando por las calles de cualquier ciudad. Y no hubo absolutamente ninguna diferencia entre esa caminata de ensueño y cualquier otra de las tantas que verdaderamente efectué por las calles de ciudades reales que visité por primera vez.

-Creo que te saliste un poco del marco -dijo don Juan, después de escuchar mi relato-. Todo lo que se requería era tomar conciencia de que te estabas quedando dormido. Lo que hiciste equivale a tirar la pared al suelo para aplastar un mosquito.

-¿Quiere usted decir que eché a perder todo?

-No. Pero aparentemente estás tratando de repetir algo que ya hiciste antes. Cuando hice que tu punto de encaje cambiara de posición y fuimos a parar a esa misteriosa ciudad, tú no estabas dormido. Estabas ensoñando, pero no dormido. Esto quiere decir que tu punto de encaje no llegó a esa posición a través de un sueño normal. Yo lo forcé a cambiar.

"Por cierto que puedes llegar a esa misma posición por medio del ensueño, pero a estas alturas, yo no te lo recomendaría.

-¿Es peligroso, don Juan?

-¡Y cómo! El ensueño es un asunto muy serio. Uno no puede darse el lujo de pasos en falso. Ensoñar es un proceso de despertar, de adquirir control. Nuestra atención de ensueño debe ser sistemáticamente ejercitada, puesto que es la puerta a la segunda atención.

-¿Cuál es la diferencia entre la atención de ensueño y la segunda atención?

-La segunda atención es como un océano, y la atención de ensueño es como un río que desemboca en él. La segunda atención es el estado de estar consciente de mundos completos, completos como el nuestro es completo; mientras que la atención de ensueño es el estado de estar consciente de los objetos de nuestros sueños.

Durante sus enseñanzas don Juan puso un gran énfasis en el hecho de que la atención de ensueño es la llave que abre todas las puertas en el mundo de los brujos. Dijo que entre la multitud de objetos en nuestros sueños, existen verdaderas interferencias energéticas; cosas que son colocadas ahí por fuerzas ajenas a la nuestra. Ser capaz de encontrarlas y seguirlas es el logro de la atención de ensueño.

Fue tanto el énfasis puesto en la idea de interferencias energéticas que me vi obligado un día a pedirle que lo explicara. Titubeó por un momento antes de contestar.

-Los sueños, si no son una puerta, son una compuerta a otros mundos -comenzó-. Como tal, los sueños son un pasadizo con tráfico de doble sentido. Nuestra conciencia cruza esa compuerta y entra en otros reinos; y esos otros reinos mandan exploradores que entran a nuestros sueños.

-¿Qué son esos exploradores?

-Cargas energéticas que se mezclan con los objetos de nuestros sueños normales. Son estallidos de energía ajena que vienen a nuestros sueños, y nosotros los interpretamos como objetos conocidos o desconocidos.

-Lo siento mucho, don Juan, pero no le encuentro ni ton ni son a su explicación.

-Eso es porque insistes en tomar a los sueños como algo conocido: lo que nos ocurre cuando dormimos. Y yo insisto en darte otra versión: una compuerta a otros reinos de la percepción. A través de esta compuerta, se filtran corrientes de energía desconocida. Luego la mente, o el cerebro, o lo que sea, se apodera de esas corrientes de energía y las transforma en parte de nuestros sueños.

-¿Para qué hay que aislarlas, don Juan?

-Para usarlas. Vienen de otros reinos. Si las seguimos a su fuente de origen, nos sirven como guías en áreas de tal misterio que los brujos se estremecen con la sola mención de tal posibilidad.

-¿Cómo las aíslan los brujos de los objetos normales de su sueño?
-Por medio del ejercicio y control de la atención de ensueño. En un momento dado, nuestra atención de ensueño las descubre entre los objetos de un sueño, se enfoca en ellas y entonces el sueño entero se disuelve, dejando únicamente la energía ajena.
Don Juan se rehusó a continuar explicando el tema y volvió a la discusión de mi experiencia de ensueño. Dijo que haciendo una suma total, él podía decir que mi sueño había sido un ensueño genuino, y que eso significaba el haber llegado a la primera compuerta del ensueño.
En una ocasión diferente, mientras conversábamos de otros temas, don Juan empezó a hablar de mi práctica de ensoñación. Dijo:
-Voy a repetir lo que debes hacer en tus sueños para cruzar la primera compuerta del ensueño. Primero, enfoca tu atención de ensueño en cualquier cosa, como punto de partida. Luego, pon tu atención en cuantos objetos puedas. Recuerda que si sólo echas vistazos breves, las imágenes no cambian. Después de ver cada objeto regresa al primero que viste.
-¿Qué quiere decir cruzar la primera compuerta del ensueño?
-Llegamos a la primera compuerta del ensueño, al darnos cuenta de que nos estamos quedando dormidos, o como tú lo hiciste, al tener un sueño inmensamente real. En cuanto llegamos a esa compuerta, la cruzamos al ser capaces de sostener la vista en cualquier objeto en nuestros sueños.
-Ya casi puedo sostener la vista en los objetos de mis sueños, aunque se disipan demasiado rápido.
-Eso es precisamente lo que estoy tratando de decirte. A fin de compensar la evanescencia de los sueños, los brujos idearon el uso de un objeto como punto de partida. Cada vez que se le aísla y se le mira, uno recibe una carga de energía. Al principio, no se deben enfocar demasiadas cosas en los sueños. Cuatro objetos son suficientes. Más tarde, uno puede agrandar el campo de acción hasta abarcar todo lo deseable. Pero tan pronto como las imágenes comienzan a cambiar, y uno siente que se está perdiendo el control, se debe regresar al punto de partida, y empezar otra vez.
-¿Cree usted don Juan que verdaderamente llegué a la primera compuerta del ensueño?
-Llegaste, y eso ya es mucho. A medida que continúes vas a estar consciente de cuán fácil te va a ser ahora ensoñar.
Pensé que don Juan estaba o exagerando o dándome aliento. Pero él me aseguró que no.
-Lo más asombroso que les ocurre a los ensoñadores -dijo-, es que al llegar a la primera compuerta, también llegan al cuerpo energético.
-¿Qué es exactamente el cuerpo energético?
-Es la contraparte del cuerpo físico; una configuración fantasmal hecha de pura energía.
-¿Pero no está también el cuerpo físico hecho de pura energía?
-Claro que lo está. La diferencia es que el cuerpo energético tiene únicamente apariencia, pero no masa. Ya que es pura energía, puede llevar a cabo actos que van más allá de las posibilidades del cuerpo físico.
-¿Cómo qué por ejemplo, don Juan?
-Como transportarse en un instante a los confines del universo. Ensoñar es el arte de templar el cuerpo energético, de hacerlo coherente y flexible, ejercitándolo gradualmente.
"Por medio del ensueño, condensamos el cuerpo energético, hasta llegar a hacerlo una unidad capaz de percibir. A pesar de que la manera normal de percibir el mundo afecta al cuerpo energético, su modo de percibir es independiente. Tiene su propia esfera.
-¿Cuál es esa esfera, don Juan?
-Esa esfera es energía. El cuerpo energético trata con la energía en términos de energía. Hay tres formas en las que trata. Puede percibir energía a medida que ésta

fluye; puede usarla como un cohete para propulsarse dentro de áreas insondables; o puede percibir como percibimos normalmente el mundo.
-¿Qué quiere decir percibir energía a medida que fluye?
-Quiere decir ver. Quiero decir que el cuerpo energético ve energía directamente como una luz, o como una especie de corriente vibratoria, o como un disturbio borroso. O la siente directamente como una sacudida o una sensación que hasta puede ser dolorosa.
-¿Y qué pasa con la otra forma de la que usted habló, don Juan? Aquella donde el cuerpo energético usa a la energía como un impulso.
-Puesto que su esfera es la energía, el cuerpo energético no tiene ningún problema en usar corrientes de energía que existen en el universo para propulsarse a sí mismo. Todo lo que tiene que hacer es aislarlas y, al instante, se lo llevan.
Dejó de hablar, parecía estar indeciso, como si quisiera añadir algo y se arrepintiera de hacerlo. Me sonrió, y justo en el momento de hacerle una pregunta, continuó su explicación.
-Ya te he planteado que los brujos aíslan en sus sueños a exploradores de otros mundos -dijo-. Sus cuerpos energéticos hacen esto. Reconocen energía y van tras de ella. Pero no es recomendable que los ensoñadores se den a la búsqueda de exploradores. De muy mala gana te hablé de todo esto, porque algunos de nosotros tenemos mucha facilidad para desviarnos en esa búsqueda.
Don Juan pasó rápidamente a otro tema. Me delineó muy cuidadosamente un conglomerado entero de ideas y prácticas. En ese entonces, todo lo que me decía me era incomprensible en cierto nivel; sin embargo, en otro, todo me parecía perfectamente lógico y comprensible. Reiteró que llegar a la primera compuerta del ensueño, de una manera calculada y con control es llegar al cuerpo energético. Pero mantener ese cálculo y control es básicamente un asunto de tener energía. Los brujos obtienen esa energía organizando, de una manera ingeniosa, la energía natural que poseen y usan para percibir el mundo cotidiano.
Cuando insistí que explicara más claramente todo esto, añadió que todos tenemos una cantidad determinada de energía básica. Esa cantidad es nuestro total acervo energético y lo usamos todo para percibir y tratar con nuestro absorbente mundo.
Para enfatizar, repitió varias veces que no hay más energía disponible para nosotros en ningún sitio, y como la energía de la cual disponemos está ya siendo usada en su totalidad, no nos queda ni un ápice para percepciones extraordinarias, como el ensueño.
-¿Y qué es lo que nos queda por hacer, don Juan? -le pregunté.
-Nos queda la tarea de rebuscar energía por donde se pueda -contestó.
Don Juan explicó que para rebuscar energía, los brujos reorganizan ingeniosamente la distribución de su energía básica, descartando cualquier, cosa que consideren superflua en sus vidas. Llaman a este método "el camino de los brujos" o "el camino del guerrero". Como don Juan lo expuso, el camino de los brujos es, esencialmente, una cadena de conducta alternativa que se puede usar para tratar con el mundo diario; una conducta mucho más directa y eficiente que la conducta usual. Don Juan aseveraba que era más eficiente porque estaba expresamente diseñada para renovar nuestra energía, alterando nuestras reacciones básicas al hecho de estar vivos.
-¿Cuáles son esas reacciones básicas? -le pregunté.
-Hay dos maneras de encarar el hecho de estar vivos -dijo-. Una es rindiéndose a él, ya sea resignándose a sus demandas o peleando contra ellas. La otra es moldeando lo particular de nuestra situación vital, a fin de hacerla encajar en nuestras propias configuraciones.
-¿Podemos realmente moldear lo particular de nuestra situación vital, don Juan?
-Cada uno de nosotros puede moldearla

a la medida de nuestras especificaciones -insistió don Juan-. Eso hacen los ensoñadores. ¿Una aseveración estrafalaria? Realmente, no, si tomas en consideración lo poco que sabemos acerca de nosotros.
Dijo que su interés, como maestro, era involucrarme completamente en el tema de la vida y el tema de estar vivo; es decir, la vida como consecuencia de fuerzas biológicas, y el acto de estar vivo, como una cuestión de cognición.
-Cuando los brujos hablan de moldear lo particular de la situación vital de uno -explicó don Juan-, quieren decir moldear la conciencia de estar vivo. Al moldear esta conciencia, podemos obtener suficiente energía para llegar al cuerpo energético y sostenerlo. Con el cuerpo energético, sin lugar a dudas, podemos moldear la dirección y consecuencias totales de nuestras vidas.
Don Juan terminó nuestra conversación pidiéndome que no solamente pensara acerca de lo que me estaba diciendo sino que convirtiera sus conceptos, por medio de un proceso de repetición, en una forma factible de vida.
Reiteró lo que había dicho incontables veces: que todo lo nuevo en nuestras vidas, tal como los conceptos de la brujería en la mía, debe ser repetido hasta el agotamiento si se quiere incorporarlo a nuestra cognición del mundo. Señaló que la manera en que nuestros progenitores nos socializaron para funcionar en el mundo cotidiano fue a través de la repetición.
A medida que continué mis prácticas de ensueño, llegué a estar totalmente consciente de que me estaba quedando dormido y de que podía detenerme a examinar, a voluntad, cualquier cosa que fuera parte del contenido de mis sueños. Experimentar esto fue para mí, no menos que un acto milagroso.
Don Juan tenía razón al decir que la atención de ensueño entra en juego cuándo se le llama, cuando se le da un propósito. Pero este acto de entrar en juego no ocurre de la manera en que uno normalmente entiende un proceso: un sistema de operaciones en curso, o una serie de acciones o funciones que llevan a un resultado final; más bien es un despertar. Algo que estaba inactivo, se convierte de repente en algo funcional.

III. LA SEGUNDA COMPUERTA DEL ENSUEÑO

Mis prácticas de ensueño me llevaron a entender que un maestro del arte de ensoñar debe crear una maniobra didáctica a fin de enfatizar un determinado punto. En esencia, lo que don Juan buscaba con la primera tarea era ejercitar mi atención de ensueño, a medida que yo aprendía a enfocarla en los objetos de mis sueños. Para lograrlo, usó la idea de que yo debería estar consciente de quedarme dormido. Su subterfugio era decir que la única manera de estar conscientes de que nos estamos quedando dormidos es examinando los elementos de nuestros sueños.
Con la práctica me di cuenta que ejercitar la atención de ensueño es el punto esencial del arte de ensoñar. Sin embargo, a la mente le parece imposible que uno pueda entrenarse a sí mismo a estar consciente, al nivel de los sueños. Don Juan decía que el elemento activo de tal entrenamiento es la persistencia y que la mente, con todas sus defensas racionales, no puede defenderse de la persistencia. Tarde o temprano, las barreras de la mente caen bajo su impacto, y la atención de ensueño florece.
A medida que practicaba enfocar y mantener mi atención de ensueño en los objetos de mis sueños, empecé a sentir una peculiar confianza en mí mismo; era una confianza tan notable que le pedí a don Juan sus comentarios al respecto.
-Entrar en la segunda atención es lo que te da ese sentido de seguridad en ti mismo -dijo-. Llegar a este nivel requiere aún más cordura de tu parte. Muévete despacio, pero no te detengas; y sobre todo, cállate la boca y actúa.
Le conté a continuación que en mi práctica había corroborado lo que él me había

dicho, que si uno da breves vistazos a los objetos de un sueño, las imágenes no se disuelven. Comenté que la parte difícil es romper la barrera inicial que nos impide creer que los sueños son parte de nuestro ser consciente. Le pedí a don Juan que me diera su opinión sobre este asunto. Yo pensaba seriamente que esta es una barrera psicológica creada por nuestra socialización, la cual demanda hacer caso omiso de los sueños.

-Esa barrera es más que socialización -contestó-. Es la primera compuerta del ensueño. Ahora que la has superado, te parece arbitrario que no podamos detenernos, a voluntad, para prestar atención a los objetos de nuestros sueños. Esta dificultad no es arbitraria. La primera compuerta del ensueño tiene que ver con el flujo de energía en el universo. Es un obstáculo natural.

Don Juan me hizo luego acceder a que hablaríamos del ensueño únicamente en la segunda atención y cuando él lo considerara apropiado. Me alentó a que siguiera practicando mientras tanto, y me prometió no interferir en mis prácticas, en lo absoluto.

A medida que fui adquiriendo destreza en la preparación del ensueño, experimenté repetidamente sensaciones que personalmente consideré ser de gran importancia; tal como la sensación de rodar en una zanja, justo en el momento de quedarme dormido. Don Juan nunca me dio a saber que esas eran sensaciones absurdas, y hasta me dejó que las describiera en mis notas. Es sólo ahora que me doy cuenta de cuán absurdo le he de haber parecido. Hoy en día, si yo fuera maestro del arte de ensoñar, desaprobaría absolutamente tal comportamiento. Don Juan no desaprobó nada, solamente se burlaba de mi, llamándome un guerrero fraudulento que profesaba luchar contra la importancia personal, pero que sin embargo escribía un diario muy meticuloso y tremendamente personal, llamado: "Mis sueños".

Cada vez que tenía la oportunidad, don Juan recalcaba que la energía necesaria para liberar nuestra atención de ensueño de la prisión de la socialización se obtiene reorganizando nuestra energía existente. Nada podría haber sido más cierto. El surgimiento de nuestra atención de ensueño es el resultado directo de reformar nuestras vidas. Como don Juan dijo, ya que no tenemos manera alguna de hacer uso de una fuente externa para incrementar nuestra energía, debemos reorganizar la existente mediante cualquier recurso disponible.

Don Juan insistía en que el camino del guerrero es el mejor recurso que existe para engrasar las ruedas de esa reorganización de energía, y que de todas las premisas del camino del guerrero, la más efectiva es "perder la importancia personal". Estaba totalmente convencido de que perder la importancia personal es indispensable para todo lo que hacen los brujos; y por esta razón, puso una enorme presión en guiar a sus estudiantes a cumplir con este requisito. Su opinión era que la importancia personal no es sólo el enemigo acérrimo de los brujos sino también de la humanidad entera.

Don Juan argüía que empleamos la mayor parte de nuestra fuerza en mantener nuestra importancia, y que nuestro desgaste más pernicioso es la compulsiva presentación y defensa del yo; la preocupación acerca de ser o no admirados, queridos, o aceptados. Él sostenía que si fuera posible perder algo de esa importancia, dos cosas extraordinarias nos ocurrirían. Una, liberaríamos nuestra energía de tener que fomentar y sustentar la ilusoria idea de nuestra grandeza; y dos, nos proveeríamos de suficiente energía para entrar en la segunda atención y vislumbrar la verídica grandeza del universo.

Necesité más de dos años de práctica para poder enfocar mi atención de ensueño en cualquier objeto de mis sueños. Me adiestré tanto en ello que me parecía haberlo hecho toda mi vida. Lo más extraordinario era que yo no podía ni tan sólo imaginar el hecho de no haber tenido esa habilidad. Pero al mismo tiempo podía recordar lo

difícil que me había sido siquiera tomarlo en serio. Se me ocurrió que la aptitud de examinar el contenido de nuestros sueños debe ser el producto de una configuración natural de nuestro ser, quizá similar a nuestra aptitud de caminar. Estamos físicamente condicionados para caminar bípedamente, pero aun así tenemos que hacer esfuerzos monumentales para aprender a caminar.

Esta nueva capacidad de ver los objetos de mis sueños, a breves vistazos, estaba unida a una irritante insistencia de mi propia parte en recordarme a mí mismo que tenía que hacerlo. Estuve siempre muy consciente de la tendencia compulsiva de mi carácter, pero en mis sueños esa compulsividad se convirtió en algo agraviante. Al escuchar mi engorrosa insistencia en mirar a los objetos de mis sueños, a breves vistazos, comencé a preguntarme si esto era realmente mi compulsividad, o era algo más. Hasta creí que estaba perdiendo la razón.

Le conté a don Juan acerca de esto. Yo había respetado fielmente nuestro acuerdo de que hablaríamos del ensueño únicamente cuando él hiciera mención del tema. Pero esta era una emergencia.

-Cuando te oyes a ti mismo, insistiendo en todo eso, es como si no fueras tú, ¿verdad? -me preguntó.

-Ahora que lo pienso, si. En esos momentos no parece que fuera yo.

-Entonces no eres tú. Aún no es tiempo de explicarlo, pero digamos que no estamos solos en el mundo. Digamos que para los ensoñadores, hay otros mundos disponibles; mundos completos. Algunas veces, entidades energéticas de esos otros mundos completos vienen a nosotros. La próxima vez que oigas durante tus sueños esa molesta insistencia, ponte enojadísimo y grítale que pare.

Como resultado de esta conversación, entré en un nuevo terreno: acordarme de enojarme y gritar en mis sueños. Creo que quizá debido al enorme fastidio que experimentaba, lo hice. La molesta insistencia cesó de inmediato y nunca más se repitió.

-¿Tienen todos los ensoñadores esta experiencia? -le pregunté a don Juan cuando lo volví a ver.

-Algunos la tienen -contestó indiferentemente.

Empecé a hablarle de cuán extraño era para mí que todo eso se acabara tan repentinamente. Él me interrumpió.

-Ya estás listo para llegar a la segunda compuerta del ensueño -dijo secamente.

Aproveché la oportunidad para hacer preguntas que no había podido hacerle antes. Lo más vívido que tenía en mente era lo que experimenté la primera vez que me hizo ensoñar. Le dije que había observado, a mi regalado gusto los elementos de mis sueños, pero que en mis observaciones no había encontrado, ni de una manera vagamente similar, tal claridad y detalle como aquella vez.

-Mientras más pienso en ello -le dije-, más intrigante se vuelve. Mirando a la gente de ese ensueño, experimenté un miedo y una repugnancia para mí imposibles de olvidar. ¿Qué fue esa sensación, don Juan?

-En mi opinión, tu cuerpo energético se agarró de la energía de ese lugar y le fue muy bien. Naturalmente, sentiste miedo y asco, porque estabas examinando energía forastera por primera vez en tu vida.

"Tienes una propensión a comportarte como los brujos de la antigüedad. A la menor oportunidad, dejas que tu punto de encaje se desplace como le dé la gana. En aquella ocasión tu punto de encaje se desplazó considerablemente. El resultado fue que, como los brujos antiguos, viajaste más allá del mundo que conocemos. Un viaje sumamente real y sumamente peligroso."

Pasé por alto el significado de sus palabras y me enfoqué solamente en lo que a mí me interesaba.

-¿Estaba esa ciudad en otro planeta? -le pregunté.

-Ensoñar no se puede explicar relacionándolo a cosas que uno sabe o cree saber -dijo-. Todo lo que te puedo decir es que la ciudad que visitaste no estaba en este mundo.

-¿Entonces, dónde estaba?

-Fuera de este mundo, por supuesto. No eres tan estúpido. Eso fue lo primero que notaste. Lo que te confunde es que no puedes imaginar nada que esté fuera de este mundo.
-¿Qué es entonces fuera de este mundo, don Juan?
-Créeme, el aspecto más extravagante de la brujería es esa configuración llamada fuera de este mundo. Por ejemplo, tú asumiste que los dos vimos las mismas cosas. La prueba es que nunca me has preguntado qué fue lo que vi. Tú solito viste una ciudad y gente en esa ciudad. Yo no vi nada por el estilo. Yo vi energía. Así que, fuera de este mundo fue en esa ocasión, y únicamente para ti, una ciudad con gente.
-Pero si ese es el caso, don Juan, no era una ciudad real. Únicamente existió para mí, en mi mente.
-No. Ese no es el caso. Ahora quieres tú reducir algo trascendental a algo mundano. No puedes hacer eso. Ese viaje fue real. Tú lo experimentaste como estar andando en una ciudad. Yo lo vi como energía. Ninguno de los dos está en lo cierto, pero tampoco está errado.
-Mi confusión es tremenda cuando usted habla del ensueño en términos de cosas reales. Usted me dijo que estábamos en un lugar real. Pero si era real, ¿cómo es que podemos tener dos versiones de ello?
-Es muy simple. Tenemos dos versiones porque en ese momento teníamos dos porcentajes diferentes de uniformidad y cohesión. Como ya te expliqué, esos dos atributos son la clave de la percepción.
-¿Cree usted que yo puedo regresar a esa misma ciudad algún día?
-Ahora sí me agarraste. No lo sé. O quizá sí lo sé, pero no puedo explicarlo. O quizá lo puedo explicar pero no quiero hacerlo. Vas a tener que esperar y deducir por ti mismo cuál es el caso.
Ahí don Juan cambió el tópico de la conversación y por más que traté de sonsacarle, no hubo modo de continuar la discusión.
-Sigamos hablando de nuestros asuntos -dijo-. Se llega a la segunda compuerta del ensueño cuando uno se despierta de un sueño en otro sueño. Puede uno tener tantos sueños como se quiera, o tantos como uno sea capaz de tenerlos, pero se debe ejercitar un control adecuado y no despertar en el mundo que conocemos.
Tuve un momento de pánico.
-¿Quiere usted decir que no se debe despertar nunca en este mundo? -pregunté.
-No, no quise decir eso. Pero ahora que lo mencionas, debo hacerte una confesión. Los brujos de la antigüedad solían hacer eso: no se despertaban en el mundo que conocemos. Algunos de los brujos de mi línea también lo hicieron, pero yo no lo recomiendo. Lo que quiero es que te despiertes con toda naturalidad cuando hayas terminado de ensoñar; pero mientras estés ensoñando, quiero que sueñes que te despiertas en otro sueño.
Me oí yo mismo haciendo la nerviosa pregunta que le había hecho la primera vez que me habló de preparar el ensueño.
-¿Pero es posible hacer eso?
Obviamente don Juan estaba al tanto de mi nerviosidad; riéndose me repitió la misma respuesta que me dio en aquella otra ocasión.
-Por supuesto que es posible. Ese control no es tan diferente al control que uno tiene en la vida diaria.
La vergüenza de hacerle una pregunta tan estúpida no me duró mucho. Al instante estaba listo para hacer más preguntas nerviosas, pero don Juan empezó a explicarme aspectos de la segunda compuerta del ensueño; una explicación que me puso todavía más inquieto.
-Hay un problema con la segunda compuerta -dijo-. Es un problema que puede ser serio, de acuerdo al carácter de uno. Si tenemos la tendencia de aferrarnos de las cosas o de las situaciones, estamos fritos.
-¿En qué forma, don Juan?
-Considera esto por un instante. Has experimentado ya el exótico placer de examinar el contenido de tus sueños. Imagínate la dicha que será ir de sueño en sueño, observando todo, examinando cada detalle. Es muy fácil transformar eso en un vicio y

hundirse en profundidades mortales. Especialmente si uno tiene la tendencia de darse a los vicios.

-¿Pero, no será que el cuerpo o el cerebro concluye todo aquello de una manera natural?

-Sí fuera una situación de sueño normal, sí. Pero esta no es una situación normal. Esto es ensoñar. Un ensoñador llega a su cuerpo energético al cruzar la primera compuerta. De ahí en adelante, ya no es algo conocido lo que atraviesa la segunda compuerta. Es el cuerpo energético quien va saltando de sueño en sueño.

-¿Qué es lo que implica todo esto, don Juan?

-Implica que al cruzar la segunda compuerta se debe intentar un mayor y más serio control de la atención de ensueño: la única válvula de seguridad para los ensoñadores.

-¿Cuál es esta válvula de seguridad?

-Ya averiguarás por cuenta propia que el verdadero propósito del ensueño es perfeccionar el cuerpo energético. Entre otras cosas, un perfecto cuerpo energético controla tan buenamente la atención de ensueño que la hace parar cuando es necesario. Esta es la válvula de escape de los ensoñadores. No importa cuán tarados sean, en un momento dado, su atención de ensueño los hace salir.

Comencé luego la nueva tarea de ensueño. Esta vez la meta me parecía más escurridiza que la primera y la dificultad de alcanzarla, aún mayor. Exactamente como me ocurrió con la primera tarea, yo no tenía ni la menor idea de cómo llevarla a cabo. Hasta tuve la sospecha de que mi experiencia no me iba a ser de mucha ayuda esta vez. Después de incontables fracasos, me di por vencido y me conformé con la idea de continuar simplemente con mi práctica diaria de fijar mi atención de ensueño en todos y cada uno de los objetos de mis sueños. Aceptar mis limitaciones pareció darme un empujón energético y me volví aún más adepto a sostener la visión de cualquier objeto en mis sueños.

Pasó un año sin que nada extraordinario ocurriera, pero un buen día algo cambió. Miraba yo por una ventana, durante un sueño, tratando de descubrir si podía vislumbrar el paisaje afuera del cuarto, cuando una fuerza, que sentí como un viento que zumbaba en mis oídos, me jaló hacia afuera. Al instante del jalón, mi atención de ensueño había sido atrapada por una extraña estructura a lo lejos; muy semejante a un tractor. Cuando recobré mi atención de ensueño estaba yo parado junto a la estructura, examinándola.

Estaba perfectamente consciente de que yo estaba ensoñando. Miré a mi alrededor para ver desde cuál ventana había estado mirando hacia afuera. El panorama era el de una granja. No había edificios a la vista. Quise seriamente tomar este detalle en cuenta, pero la cantidad de máquinas que estaban por allí esparcidas, como si estuvieran abandonadas, se llevó toda mi atención. Examiné máquinas segadoras, tractores, cosechadoras de grano, arados de discos y trilladores. Había tantas máquinas agrícolas que me olvidé de mi sueño original. Lo que en esos momentos quería era orientarme, observando el panorama inmediato. Había algo en la distancia; como un cartel de anuncios y algunos postes de teléfono a su alrededor. Al instante de enfocar mi atención en ese cartel, me encontré junto a él. Su estructura de acero me asustó. La sentí como algo amenazador. El cartel mostraba la fotografía de un edificio y un anuncio comercial. Leí el texto: era un anuncio de un motel. Tuve la peculiar certeza de encontrarme en Oregon o en el norte de California.

Busqué otros aspectos del medio ambiente de mi sueño. Vi unos cerros azules muy a lo lejos, y una colinas verdes y redondeadas más cercanas. En esas colinas había grupos de árboles que parecían ser robles californianos. Quería que las colinas me atrajeran, pero lo que me atrajo fueron los cerros distantes. Estaba convencido de que eran las sierras.

Toda mi atención de ensueño se agotó en esos cerros. Pero antes de que se agota-

ra, fue atrapada por cada uno de los aspectos peculiares de esas serranías. Mi sueño dejó de ser un sueño. Yo creí estar verdaderamente en las montañas, flotando velozmente de barrancos a enormes formaciones rocosas, a árboles y a cuevas. Fui de los precipicios a la punta de los picos, hasta que se me acabó el impulso y no pude ya enfocar mi atención de ensueño en nada. Sentí que estaba perdiendo el control. Finalmente, ya no hubo más paisaje, y quedaron únicamente las tinieblas.

-Has llegado a la segunda compuerta del ensueño -dijo don Juan cuando le conté mi sueño-. Lo que ahora te queda por hacer es cruzarla. Y eso es un asunto muy serio; requiere gran esfuerzo y disciplina.

Yo no estaba seguro de haber cumplido con la tarea, ya que realmente no me había despertado en otro sueño. Le pregunté a don Juan acerca de esta irregularidad.

-El error fue mío -dijo-. Te dije que uno se tiene que despertar en otro sueño, pero lo que quise decir es que uno tiene que cambiar de sueños de una manera ordenada y precisa: exactamente como lo hiciste.

"En la primera compuerta, perdiste mucho tiempo buscando exclusivamente tus manos. Esta vez, te fuiste directamente a la solución, sin molestarte en seguir, al pie de la letra, la orden dada: despertar en otro sueño.

Don Juan me explicó que hay propiamente dos maneras de cruzar la segunda compuerta del ensueño. Una es despertarse en otro sueño; es decir, soñar que uno está soñando y luego soñar que uno se despierta de ese sueño. La otra alternativa es usar los objetos de un sueño para provocar otro sueño, como yo lo hice.

Don Juan me dejó practicar, sin ninguna interferencia de su parte, como lo había estado haciendo desde el principio. Y corroboré las dos alternativas: o soñaba que tenía un sueño del cual soñaba que me despertaba o pasaba rápidamente de un objeto definido, accesible a mi atención de ensueño inmediata, a otro no tan accesible o entraba en una ligera variación de la segunda: mantenía la atención de ensueño fija en cualquier objeto de un sueño, hasta que el objeto cambiaba de forma, y al cambiar me jalaba a otro sueño a través de un vórtice zumbante. Sin embargo, nunca fui capaz de decidir de antemano cuál de las tres alternativas iba a seguir. La manera como mis prácticas siempre terminaban era el extinguirse mi atención de ensueño, lo cual finalmente me hacia despertar, o me hacia caer en un oscuro y profundo sopor.

Lo único que me molestaba en mis prácticas era una peculiar interferencia, un sobresalto de inquietud o miedo que había empezado a experimentar con una creciente frecuencia. El modo como yo lo descartaba era creyendo que se debía a mis terribles hábitos de alimentación, o al hecho de que, en ese entonces, don Juan me hacia ingerir plantas alucinógenas como parte de mi entrenamiento. Con el tiempo, esos sobresaltos se volvieron tan prominentes que le tuve que pedir a don Juan su consejo.

-Has entrado ahora en el aspecto más peligroso del conocimiento de los brujos -comenzó-. Un verdadero espanto, una real pesadilla. Podría hacerlo pasar por broma y decir que no te mencioné esta posibilidad porque quería proteger tu mimada racionalidad, pero no puedo. Todos los brujos tienen que enfrentarse con esto. Mucho me temo que aquí es donde, probablemente, tú creas que te estás volviendo loco.

Don Juan me explicó muy solemnemente que la vida y la conciencia, siendo exclusivamente una cuestión de energía, no son propiedad exclusiva de los organismos. Dijo que los brujos han visto dos tipos de seres conscientes en la tierra: los seres orgánicos y los seres inorgánicos; y que comparando unos con otros, han visto que ambos son masas luminosas, traspasadas desde todo ángulo imaginable por millones de filamentos energéticos del universo. La diferencia entre una clase y la otra es en su forma y en su grado de luminosidad. Los seres inorgánicos son largos, parecidos a una vela, pero opacos, mientras

que los seres orgánicos son redondos y sin duda los más luminosos. Otra notable diferencia es que la vida y la conciencia de los seres orgánicos es corta, ya que están hechos para efectuar movimientos rápidos y estar siempre de prisa; mientras que la vida de los seres inorgánicos es infinitamente más larga, y su conciencia infinitamente más calma y profunda.

-Los brujos no tienen ningún problema en interactuar con ellos -continuó don Juan-. Los seres inorgánicos poseen el ingrediente crucial para esta interacción: conciencia de ser.

-¿Pero existen realmente esos seres inorgánicos, como usted y yo existimos? -pregunté.

-Por supuesto que existen -contestó-. Créeme, los brujos son gente muy inteligente; bajo ninguna circunstancia tomarían las aberraciones de la mente como algo verdadero.

-¿Por qué dice usted, don Juan, que están vivos?

-Para los brujos, el tener vida quiere decir tener conciencia de ser. Quiere decir tener un punto de encaje, con su resplandor de conciencia; esta es una condición indicadora para los brujos de que el ser que los enfrenta, ya sea orgánico o inorgánico, es totalmente capaz de percibir. Los brujos toman la percepción como clave de estar vivo.

-Entonces los seres inorgánicos también mueren. ¿No es cierto, don Juan?

-Naturalmente. Pierden su conciencia de ser, al igual que nosotros, excepto que la duración de su conciencia de ser es asombrosa.

-¿Se les aparecen estos seres inorgánicos a los brujos?

-Es muy difícil decir qué es lo que sucede con ellos. Digamos que esos seres son atraídos por nosotros, o mejor aún, digamos que están obligados a interactuar con nosotros.

Don Juan me escudriñó asiduamente.

-No estás escuchando absolutamente nada de esto -dijo con un tono, no de reproche, pero si de sorpresa.

-Me es casi imposible pensar acerca de esto racionalmente -le dije.

-Te advertí que este tema iba a abrumar tu razón. Lo más indicado es suspender todo juicio y dejar que las cosas tomen su curso; esto quiere decir que los seres inorgánicos se acercarán a ti.

-¿Está usted hablando en serio, don Juan?

-Por supuesto que estoy hablando en serio. La dificultad con los seres inorgánicos es que su conciencia de ser es muy lenta en comparación con la nuestra. Les toma años reconocer a un brujo. De allí que es aconsejable tener paciencia y saber esperar. Tarde o temprano se nos presentan. Pero no como tú o yo lo haríamos. Tienen una manera muy peculiar de hacerse notar.

-¿Qué hacen los brujos para que los seres inorgánicos muestren su presencia? ¿Tienen un rito?

-Bueno, ciertamente no se paran a media calle, al dar la media noche, y los llaman con trémulas voces, si eso es a lo que te refieres.

-¿Entonces, qué es lo que hacen?

-Los atraen en el sueño. Te dije que los brujos hacen algo más que atraerlos; con el acto de ensoñar, los brujos obligan a esos seres a interactuar con ellos.

-¿Y cómo los obligan?

-Ensoñar es sostener la posición a la que el punto de encaje se desplazó durante los sueños. Este acto crea una carga de energía muy especial, la cual los atrae y atrapa su atención. Es como poner cebo en un anzuelo; los peces se van tras él. Al llegar a las dos primeras compuertas del ensueño y al cruzarlas, los brujos les tiran el anzuelo a esos seres, y los obligan a presentarse.

"Al cruzar la segunda compuerta, les hiciste saber que estás en subasta. Ahora debes esperar a que te den una señal de su parte."

-¿Qué clase de señal, don Juan?

-Posiblemente la aparición de uno de ellos, aunque me parece demasiado pronto para eso. Soy de la opinión que su señal va a ser simplemente una interferencia en tus

sueños. Creo que los sobresaltos de miedo que estás experimentando últimamente no son indigestión, sino sacudidas de energía que te producen los seres inorgánicos.
-¿Qué debo hacer, don Juan?
-Debes calibrar tus expectativas.
No entendí lo que me quería decir. Me explicó cuidadosamente que nuestra expectativa normal, cuando interactuamos con nuestros semejantes o con otros seres orgánicos, es obtener una respuesta inmediata a nuestro deseo de interacción. Con los seres inorgánicos esa expectativa nuestra debe ser recalibrada, puesto que están separados de nosotros por una formidable barrera: energía que se mueve a una velocidad diferente. Los brujos deben considerar esta diferencia y alargar la duración de su deseo de interactuar con ellos y sostenerlo durante todo el tiempo que sea necesario.
-Los brujos llaman a esto recalibrar sus expectativas -añadió-. Y el ensueño es el medio ideal para lograrlo.
-¿Quiere usted decir, don Juan, que en la práctica del ensueño debe ser incluido el deseo de interactuar con ellos?
-La práctica del ensueño es el único modo de interactuar con ellos. Para lograr un perfecto resultado, a la práctica se debe agregar el intento de alcanzar a esos seres inorgánicos, pero alcanzarlos con una sensación de poder y confianza, con una sensación de fuerza, de desapego. Se deben evitar a toda costa sensaciones de miedo o morbosidad. Son bastante mórbidos de por sí; aumentar su morbosidad con la nuestra es una imbecilidad.
-Estoy un poco confundido, don Juan, acerca de cómo se les aparecen a los brujos. ¿Cuál es esa manera particular de manifestarse que usted mencionó?
-Se materializan, a veces, en el mundo diario, delante de nosotros. La mayoría de las veces, su presencia es invisible y se caracteriza por una sacudida del cuerpo entero, una especie de estremecimiento que sale desde el tuétano.
-¿Pasa lo mismo durante el ensueño?
-Durante el ensueño ocurre lo opuesto. Algunas veces los sentimos de la forma en que tú lo estás sintiendo, como un sobresalto de miedo. La mayoría de las veces se materializan delante de nosotros. Puesto que normalmente no tenemos ninguna experiencia con ellos, en las primeras etapas del ensueño nos pueden saturar con un miedo más allá de toda medida; un verdadero peligro para nosotros. Pueden usar ese miedo para seguirnos hasta aquí, con resultados desastrosos para nosotros.
-¿Desastrosos en qué forma, don Juan?
-El miedo se nos puede pegar tan profundamente que tendríamos que ser muy abusados para salirnos de él. Los seres inorgánicos pueden ser peor que la peste. Con el miedo que nos hacen sentir, pueden fácilmente volvernos locos de remate.
-¿Qué es lo que los brujos hacen con los seres inorgánicos?
-En los tiempos actuales, nada. En los tiempos antiguos se asociaban con ellos. Los convertían en aliados. Formaban alianzas, y creaban extraordinarias amistades. Yo le llamo a eso absurdas empresas, en las que la percepción desempeñaba un papel predominante. Somos seres sociales. Inevitablemente buscamos la compañía de seres conscientes.
"El secreto es no temer a los seres inorgánicos, y esto se debe hacer desde el principio. El intento con el cual se les debe encarar es de poder y de abandono. En ese intento se debe codificar el siguiente mensaje: 'no te temo. Ven a verme. Si lo haces, te daré la bienvenida. Si no quieres venir, te voy a extrañar.' Con un mensaje como éste les entra tanta curiosidad que no pueden dejar de venir.
-¿Por qué habría yo de buscarlos, don Juan?, o ¿por qué razón habrían ellos de venir a mí?
-Les guste o no les guste, los ensoñadores buscan alianzas con otros seres durante su ensueño. Puede que esto te sorprenda, pero los ensoñadores automáticamente buscan grupos de seres; en este caso núcleos de seres inorgánicos. Los ensoñadores van ávidamente al encuentro de esos seres.

-Toda esta contradicción de buscarlos y no buscarlos es muy extraña para mí, don Juan. Si son tan indeseables, ¿por qué se toman los ensoñadores la molestia de tratar con ellos?
-Porque para nosotros, los seres inorgánicos son una novedad. Y pare ellos, la novedad es que uno de los nuestros cruce los limites de su reino. Toparse con ellos es algo inevitable. Lo único que uno puede hacer es tener siempre en cuenta que, con su espléndida conciencia de ser, los seres inorgánicos ejercen una tremenda atracción sobre los ensoñadores y pueden transportarlos fácilmente a mundos indescriptibles.
"Los brujos de la antigüedad fueron los que les dieron el nombre de aliados. Sus aliados les enseñaron a mover el punto de encaje fuera de los límites del huevo luminoso, a un universo no humano. Cuando transportan a un brujo, lo transportan a mundos más allá de lo humano. Esa es la atracción de su inevitable presencia.
El escucharlo hablar así, me llenó de extraños miedos y dudas, las cuales él inmediatamente captó.
-Eres religioso hasta más no poder -dijo riéndose-. Ya sientes que el demonio te tiene agarrado del fondillo, ¿verdad? El contraveneno para esa clase de miedo es tomar al ensueño en estos otros términos: ensoñar es percibir más de lo que creemos posible.
En mis horas de vigilia, me preocupaba la posibilidad de que realmente existieran seres inorgánicos conscientes de ser. Sin embargo, cuando ensoñaba, mis preocupaciones conscientes se esfumaban. Por otro lado, las sacudidas de miedo que sentía continuaron. Cuando ocurrían, una extraña calma siempre venía en seguida; una apaciguadora calma que me hacía sentir como si el miedo no existiera en absoluto.
En mis prácticas de ensueño, en ese entonces, cada adelanto que experimentaba ocurría repentinamente, sin previo aviso. La presencia de seres inorgánicos en mis sueños no fue una excepción. Ocurrió una vez que estaba soñando con el circo de mi niñez. La escena era la de un pueblo en unas montañas que parecían ser las de Arizona. Empecé a observar a la gente, con la vaga esperanza de ver otra vez a aquellos que vi la primera vez que don Juan me hizo entrar en la segunda atención.
Al quedarme observándolos, sentí de repente una gran sacudida nerviosa, como un puñetazo en la boca del estómago. El golpe me distrajo y perdí de vista a la gente, al circo y al pueblo en las montañas de Arizona. En su lugar, había dos figuras de aspecto extraño. Eran delgadas, de menos de treinta centímetros de ancho, pero largas, quizá de dos metros de alto. Estaban flotando amenazadoramente por encima de mí, como dos gigantescas lombrices.
Yo sabía que estaba soñando, pero también sabía que estaba viendo. Don Juan me había explicado, en mi estado normal de conciencia, al igual que en la segunda atención, todo lo referente a ver. A pesar de que yo era aún incapaz de ver, comprendía, sin embargo, la idea de percibir energía directamente. En ese ensueño, viendo a esas dos extrañas apariciones, llegué a la conclusión de que estaba viendo la esencia energética de algo increíble.
Me mantuve en calma. No me moví. Lo que me parecía muy notable era que las apariciones no se disolvieran, o se transformaran en alguna otra cosa. Lo que tenía frente a mi eran dos seres poseedores de la cohesión necesaria para retener su forma de vela. Algo en ellos forzaba a algo en mi a mantener mi atención de ensueño enfocada en esas formas. Yo sabía eso porque definitivamente sentía que si yo no me movía, ellos tampoco se moverían.
Al momento de despertarme, de súbito, me sentí inmediatamente acosado por el miedo. Una profunda preocupación me invadió por completo. No era una preocupación psicológica sino más bien una sensación corporal de angustia, una tristeza sin aparente razón.
A partir de esa ocasión, las dos extrañas figuras aparecieron en todas mis sesiones de ensueño. Llegó un momento en el que

parecía como si yo únicamente ensoñara para encontrarlas. Jamás intentaron acercarse a mi, o interferir conmigo en absoluto. Simplemente se mantenían erguidas e inmóviles frente a mí, a veces por todo el tiempo que mi sueño durara. Su presencia era tan intensa que nunca hice un esfuerzo para cambiar de sueño, y llegué al punto de hasta olvidarme del propósito original de mi práctica de ensueño.
Cuando finalmente discutí con don Juan lo que me estaba ocurriendo, había yo pasado meses contemplando exclusivamente a las dos figuras.
-Estás en medio de una peligrosa encrucijada -dijo don Juan-. No vale la pena que ahuyentes a esos seres, pero tampoco es dable dejarlos que se queden. Ahorita, su presencia es un obstáculo para ensoñar.
-¿Qué puedo hacer, don Juan?
-Encararlos, hoy mismo, aquí en el mundo, y decirles que regresen luego, cuando tengas más atención de ensueño.
-¿Cómo se les encara?
-No es fácil, pero se puede hacer. Lo que se requiere es tener suficientes agallas, y por supuesto que las tienes.
Sin esperar a que le dijera que yo no tenía agallas en lo más mínimo me llevó a unas montañas muy cerca de su casa. En ese entonces, él vivía en el norte de México, y me había dado la total impresión de ser un brujo solitario; un viejo completamente fuera de la corriente de eventos mundanos diarios, y a quien todos habían olvidado. No obstante, yo había llegado a la velada conclusión de que él poseía una inteligencia privilegiada. Y sólo por ello, yo estaba dispuesto, aunque siempre bajo protesta, a cumplir con lo que creía eran sus meras excentricidades.
La habilidad de los brujos, cultivada a través de siglos de práctica, era la marca distintiva de don Juan. Hacía modos de que yo entendiera todo lo que pudiera, en mi estado de conciencia normal y, al mismo tiempo, se aseguraba de que yo entrara en la segunda atención, donde entendía o por lo menos escuchaba apasionadamente todo lo que él me enseñaba. De esta manera, me dividió en dos. En mi estado de conciencia normal, no podía entender por qué o cómo estaba yo dispuesto a tomar sus excentricidades en serio. En la segunda atención, todo me era perfectamente natural, aunque no del todo comprensible.
Respecto a la segunda atención, su punto de vista era que ésta es asequible a todos nosotros, pero que al aferrarnos testarudamente a nuestros defectuosos razonamientos, algunos de nosotros más ferozmente que otros, mantenemos la segunda atención a distancia. Al ensoñar rompemos las barreras que la rodean y la aíslan, y la transformamos en algo alcanzable.
El día que me llevó a las montañas en el desierto de Sonora a encontrarme con los seres inorgánicos, yo estaba en mi estado de conciencia normal. Sin embargo, sabía que iba a hacer algo que sin duda sería increíble.
Había lloviznado en el desierto. La tierra roja estaba todavía mojada; al caminar, se pegaba a la suela de goma de mis zapatos y tenía que pisar en rocas filudas para librarme de ella. Caminamos hacia el este, trepando en dirección a la cima de unos cerros. Cuando llegamos a una estrecha hondonada, entre dos cerros, don Juan se detuvo.
-Este es, sin duda alguna, el mejor lugar para que convoques a tus amigos -dijo.
-¿Por qué los llama usted mis amigos?
-Te han elegido ellos mismos. Cuando hacen eso quiere decir que buscan una alianza. Te he mencionado que los brujos forman lazos de amistad con ellos. Tu caso parece ser un ejemplo. Y ni siquiera tuviste que pedir nada.
-¿En qué consiste una amistad de esa índole, don Juan?
-Consiste en un intercambio mutuo de energía. Los seres inorgánicos proporcionan su conciencia superior, y los brujos proporcionan su gran energía. El resultado positivo es un intercambio parejo de energía. El negativo, es una dependencia de las dos partes.
"Los brujos antiguos amaban a sus aliados. De hecho, amaban más a sus aliados que a los seres de su propia especie. Yo

puedo presagiar terribles peligros en eso.
-¿Qué me recomienda hacer, don Juan?
-Convócalos, valorízalos y luego decide tú mismo qué hacer.
-¿Qué debo hacer para convocarlos?
-Mantén en tu mente la visión de ensueño que tienes de ellos. La razón por la cual te han saturado con su presencia en tus sueños es porque quieren crear una imagen de su forma en tu mente. Este es el momento de usar la memoria de esa imagen.
Don Juan me ordenó enérgicamente que cerrara los ojos y los mantuviera cerrados. Luego me guió a ciegas a que me sentara en unas rocas. Sentí la frialdad y la dureza de las rocas. Las piedras estaban en declive y me era difícil mantener el equilibrio.
-Siéntate aquí y visualiza esa imagen hasta que sea exactamente igual a como es en tus sueños -me dijo don Juan al oído-. Hazme saber cuando la tengas enfocada.
No requirió nada de tiempo ni esfuerzo tener una imagen completa de los seres inorgánicos de mis sueños. No me sorprendió en absoluto que pudiera hacerlo. Lo extravagante era que yo estaba despierto; podía escuchar todo, pero a pesar de que traté desesperadamente de hacerle saber a don Juan que ya tenía la imagen en mi mente, no pude ni abrir los ojos, ni decir palabra alguna.
Escuché a don Juan decir: "ya puedes abrir los ojos". Los abrí sin ninguna dificultad. Estaba sentado con las piernas cruzadas en unas rocas que no eran las mismas en las cuales me senté. Don Juan estaba detrás de mi, a mi derecha. Traté de girar la cabeza para verlo de frente, pero me detuvo. Ante mi, vi dos figuras oscuras, como dos troncos delgados de árbol.
Me les quedé viendo con la boca abierta, no eran tan altos como en mis sueños. Se habían encogido a la mitad de su tamaño. En lugar de ser formas de luminosidad opaca, ahora eran dos palos amenazadores, condensados y oscuros, casi negros.
-Párate y agarra a uno de ellos -me ordenó don Juan-, y no lo sueltes, aunque parezca que te está matando a sacudidas.
Yo no quería de ninguna manera hacer nada de eso, pero un extraño impulso me hizo ponerme de pie, contra mi voluntad. En ese momento tuve la certeza de que terminaría haciendo lo que él me ordenara, sin tener la menor intención consciente de hacerlo.
Avancé mecánicamente hacia las dos figuras; el corazón me palpitaba tan fuerte que parecía salírseme del pecho. Agarré a la figura que estaba a mi derecha. Sentí una descarga eléctrica de tal fuerza que casi me hizo soltarla.
Escuché la voz de don Juan, como si me hubiera gritado desde una larga distancia: "si lo sueltas te lleva la chingada", me dijo.
Me aferré a la figura, la cual se enroscaba y se sacudía. No como un animal pesado lo haría sino como algo esponjoso y ligero, pero tremendamente eléctrico. Rodamos y dimos vueltas en la arena del barranco por un largo rato. Recibí sacudida tras sacudida de una corriente eléctrica nauseabunda. La creí nauseabunda porque la suponía diferente a la energía del mundo diario. Cuando me llegaba al cuerpo, me daba un cosquilleo que me hacia gritar y gruñir como un animal, no de angustia sino de un extraño furor sin enojo.
Finalmente, el ser inorgánico se tornó en algo inmóvil y casi sólido debajo de mí. Le pregunté a don Juan si estaba muerto, puesto que yacía inerte, pero no escuché mi voz.
-No hay cómo esté muerto -dijo alguien riéndose, alguien que no era don Juan-. Simplemente agotaste su carga energética. Pero no te levantes todavía. Quédate ahí un ratito más.
Miré a don Juan con ojos de interrogación. Me estaba examinando con gran curiosidad. Me ayudó a levantarme. La forma oscura se quedó en el suelo. Le quería preguntar a don Juan si el ser inorgánico estaba bien. Pero como me fue físicamente imposible dar voz a mi pregunta, hice algo inusitado. Tomé todo aquello como un hecho real. Hasta ese momento mi mente se salvaguardó tras la idea de que todo se

trataba de un sueño inducido por las maquinaciones de don Juan.
Me dirigí a la forma que yacía en el suelo y la traté de levantar. No tenía masa, no la pude agarrar. Esto me desorientó. La voz que no era la de don Juan me dijo que me acostara encima del ser inorgánico. Lo hice, y ambos nos levantamos de un solo golpe; el ser inorgánico estaba pegado a mí como una sombra. Se separó lentamente de mí y desapareció, dejándome con una extremadamente placentera sensación de plenitud.
Volvimos a la casa de don Juan en total silencio. Una vez allí, me quedé como adormecido. El adormecimiento me duró más de veinticuatro horas. Me pasé la mayoría del tiempo semidormido. De vez en cuando don Juan me inspeccionaba y me hacía la misma pregunta:
-¿La energía del ser inorgánico era como agua o como fuego?
Traté inútilmente de hablar. Mi garganta parecía estar socarrada, y no le podía decir que había sentido sacudidas de energía como chorros de agua electrificada. No estoy seguro si es posible producirlos o sentirlos, pero esa era la imagen que me venía a la mente cada vez que don Juan me hacía su pregunta clave.
Don Juan aún estaba dormido cuando finalmente supe que había recuperado el total control de mis facultades. Sabiendo que su pregunta era de gran importancia, lo desperté y le conté toda mi experiencia subjetiva.
-No vas a tener, entre los seres inorgánicos, amistades que te ayuden, más bien, vas a tener relaciones de fastidiosa dependencia -afirmó-. Sé en extremo cuidadoso. Los seres inorgánicos aguados son más dados a los excesos. Los brujos antiguos creían que esos eran afectuosos, capaces de imitar, o quizá hasta de tener emociones. Lo opuesto a los fogosos, a quienes los creían serios, contenidos, pero también mas rimbombantes que los otros.
-¿Cuál es el significado de todo esto para mi, don Juan?
-El significado es demasiado extenso para discutirlo en este momento. Te recomiendo que te deshagas del miedo, tanto en tu vida común y corriente como en tus ensueños, para poder salvaguardar así tu unidad psíquica. El ser inorgánico, al cual agotaste su energía y recargaste de nuevo, estaba tan excitado que casi se le rompe su forma de vela. Va a volver a buscarte para ver si le das más.
-¿Por qué no me hizo usted parar, don Juan?
-No me diste tiempo. Además, ni siquiera me oíste gritándote que lo dejaras en el suelo.
-Me debería usted haber hablado, de antemano, sobre todas las posibilidades, como lo hace siempre.
-Yo no sabía cuáles eran todas las posibilidades. En lo que concierne a los seres inorgánicos, soy casi un novicio. Repudié esa parte del conocimiento de los brujos por ser demasiado caprichosa y difícil de manejar. No quiero estar a merced de ninguna entidad, ya sea orgánica o inorgánica.
Ese fue el final de nuestra conversación. Su reacción, la cual sentí definitivamente negativa, debería haberme preocupado, pero no lo hizo. De algún modo me encontraba seguro de que estaba bien todo lo que hice. De allí en adelante continué mis prácticas de ensueño sin ninguna interferencia de los seres inorgánicos.

IV. LA FIJACIÓN DEL PUNTO DE ENCAJE

Ya que nuestro acuerdo era discutir acerca del ensueño únicamente cuando don Juan lo considerara necesario, yo raramente lo interrogaba al respecto, y si lo hacía nunca insistí en continuar con mis preguntas después de cierto punto. Cada vez que él decidía hablar del tema, yo estaba, sin embargo, siempre preparado, aunque sus discusiones invariablemente iban aunadas a otros tópicos de sus enseñanzas, y siempre eran presentadas rápida y abruptamente.

Una vez, en su casa, durante una conversación no relacionada con el ensueño, don Juan comentó que los brujos antiguos mediante sus contactos con los seres inorgánicos adquirieron una enorme experiencia en el manejo del punto de encaje; un tema que clasificó como inmenso y nefasto.

Inmediatamente aproveché la oportunidad y le pregunté en qué época él calculaba que vivieron los brujos antiguos. En varias oportunidades anteriores, ya le había hecho la misma pregunta, pero nunca me dio una respuesta satisfactoria. Esta vez, ya que era él quien había abierto la discusión, yo confiaba que se vería obligado a contestarme.

-Ese es un tema muy difícil -dijo. Su tono de voz me hizo pensar que estaba descartando mi pregunta. Me quedé muy sorprendido cuando continuó hablando-. Es un tema tan abrumador para la razón como el de los seres inorgánicos. Por cierto, ¿qué es lo que piensas de ellos ahora?

-He dejado mis opiniones totalmente de lado -le dije-. No me puedo dar el lujo de pensar en ellos ni de un modo ni de otro.

Mi respuesta lo deleitó. Se rió y comentó acerca de sus propios miedos y aversiones a los seres inorgánicos.

-Nunca han sido santos de mi devoción -dijo-. Por supuesto que la razón principal fue el miedo que les tenía. No fui capaz de vencerlo cuando lo debería haber hecho, ahora es muy tarde.

-¿Todavía les tiene miedo, hoy en día, don Juan?

-Lo que siento no es exactamente miedo, es más bien repugnancia. No quiero tener nada que ver con ellos.

-¿Hay alguna razón, en particular, para que sienta usted esa repugnancia?

-La mejor razón del mundo: somos antitéticos. A ellos les encanta la esclavitud y a mi la libertad. A ellos les encanta comprar pero yo no vendo.

Me puse inexplicablemente agitado, y le dije bruscamente que nuestra conversación me parecía tan estrafalaria que yo no podía tomarla en serio.

Me miró fijamente y dijo sonriendo:

-Lo mejor que uno puede hacer con los seres inorgánicos es lo que tú haces: negar su existencia y al mismo tiempo visitarlos, regularmente, sosteniendo que uno está ensoñando, y que en los ensueños todo es posible. De esta forma uno no se compromete.

Me sentí culpable y me vi obligado a preguntar:

-¿A qué se refiere usted, don Juan?

-A tus visitas a los seres inorgánicos -me contestó secamente.

-¿Está usted bromeando, no? ¿Cuáles visitas?

-Aún no quería discutir esto, pero creo que es hora de que te lo diga; la voz que oías en tus sueños, urgiéndote a que fijaras tu atención de ensueño en los objetos de tus sueños era la voz de un ser inorgánico.

No cabía duda de que don Juan estaba diciendo disparates. Me sentí tan irritado con él que hasta le grité. Se rió de mí como si hubiera sido yo el disparatado y me pidió que le contara todo acerca de lo que llamó mis "sesiones irregulares". Su pedido me asombró sobremanera porque no le había contado a nadie que a veces mis ensueños se tornaban insólitos. La sesión irregular comenzaba cuando mi atención de ensueño era poderosamente atraída por cualquier objeto de mis ensueños, pero eso, en lugar de hacerme cambiar de ensueño, como debería, me empujaba a una dimensión totalmente desconocida. Una dimensión en la cual remontaba yo el vuelo, dirigido por una fuerza invisible que me hacía dar vuelta tras vuelta. Siempre al despertarme de uno de esos ensueños, yo seguía retorciéndome en la cama, por un largo rato, antes de estar completamente consciente.

-Esos son auténticos encuentros con tus amigos, los seres inorgánicos -comentó don Juan.

Sus aseveraciones me provocaron tal malestar que hasta olvidé mi pregunta acerca de los brujos antiguos. Don Juan, por su cuenta, volvió a ella.

-Mi idea es que los brujos antiguos existieron hace quizá diez mil años -dijo sonriendo y observando mi reacción.

Basándome en datos arqueológicos actuales sobre la emigración de las tribus nómadas asiáticas a las Américas, le dije que diez mil años era una fecha irrazonable.
-Tú tienes tu conocimiento, y yo tengo el mío -dijo-. El mío es que los brujos antiguos rigieron por cuatro mil años. Hace tres mil años, se fueron a pique. Y desde entonces, los nuevos brujos han estado reagrupando y reconstruyendo lo que quedó de los antiguos.
-¿Cómo puede usted estar tan seguro de sus fechas? -pregunté.
-¿Cómo puedes tú estar tan seguro de las tuyas? -replicó.
Le dije que los arqueólogos tienen métodos infalibles para establecer las edades de las culturas del pasado. Y él me aseguró una vez más que los brujos también tenían sus propios métodos infalibles.
-No estoy tratando ni de llevarte la contraria ni de pelearme contigo -continuó-, pero muy pronto vas a tener la oportunidad de preguntarle esto mismo a alguien que lo sabe con absoluta certeza.
-Nadie puede saber esto con absoluta certeza, don Juan.
-Sí se puede, y eso es otra de esas cosas de brujos que son imposibles de creer. Hay alguien que puede verificar todo esto. Algún día conocerás a esa persona.
-Vamos, don Juan, usted tiene que estar bromeando. ¿Quién podría verificar lo que sucedió hace tantos miles de años?
-Muy sencillo, uno de los brujos antiguos de los cuales hemos estado hablando. El mismo que yo conocí. Él es quien me dijo todo lo que sé acerca de los brujos de la antigüedad. Espero que siempre recuerdes lo que te voy a contar acerca de ese hombre. Él es alguien a quien estás obligado a conocer, porque es la clave de muchos de nuestros asuntos.
Don Juan me escudriñó por largo rato, y luego me acusó de no haberle creído una sola palabra de lo que me había dicho acerca de los brujos antiguos. Admití que en mi estado cotidiano de conciencia, naturalmente, no le había creído una sola palabra. Sus historias me parecían historias descabelladas. En la segunda atención, tampoco le creí, aunque ahí debería haber tenido una reacción diferente.
-Se vuelven historias descabelladas, únicamente cuando te pones a examinarlas como si fueran eventos del mundo diario -remarcó-. Si no involucraras tu sentido común, todo esto sería estrictamente una cuestión de energía.
-¿Por qué dijo usted, don Juan, que estoy obligado a conocer a uno de esos antiguos?
-Porque es imperativo; es vital que los conozcas algún día. Por ahora, simplemente déjame que te cuente otra historia traída de los cabellos acerca de uno de los nagual es de mi línea, el nagual Sebastián.
Don Juan dijo que a principios del siglo dieciocho, el nagual Sebastián era el sacristán en una iglesia del sur de México. Recalcó cómo los brujos, del pasado o del presente, han buscado y han encontrado refugio en instituciones establecidas, tal como la Iglesia. Explicó que el soberbio sentido de disciplina que los brujos poseen los convierte en empleados dignos de confianza, codiciados por instituciones que constantemente tienen extrema necesidad de tales personas; y siempre y cuando nadie se entere de que son brujos, sus prácticas mismas los hacen aparecer como trabajadores modelo.
Una tarde mientras Sebastián estaba cumpliendo con sus tareas de sacristán, un indio de aspecto raro entró en la iglesia; era viejo y parecía estar enfermo. Con voz débil, le pidió ayuda a Sebastián. El nagual pensó que el hombre debería hablar con el cura de la parroquia. Haciendo un gran esfuerzo, el hombre se dirigió al nagual y en un tono áspero y directo le dijo que sabía que Sebastián era no solamente un brujo, sino un nagual.
Sebastián, bastante alarmado por el repentino giro de los acontecimientos, llevó al indio hacia un lado, más privado, y lo recriminó por su osadía. El hombre le contestó que estaba ahí para obtener ayuda, no para dar o pedir disculpas. Necesitaba la energía del nagual para mantener su vida, la cual, le aseguró a Sebastián, ha-

bía durado miles de años, pero en ese momento se desvanecía.
Sebastián, quien era un hombre muy inteligente, no se encontraba dispuesto a escuchar tales disparates; instigó al viejo indio a que se dejara de tonterías. El indio se enojó y lo amenazó con delatarlo a él y a su grupo a las autoridades eclesiásticas, a menos que accediera a su pedido.
Don Juan me recordó que en esos tiempos, las autoridades eclesiásticas erradicaban brutal y sistemáticamente las prácticas religiosas autóctonas de los indios del Nuevo Mundo. La amenaza del indio no era algo que Sebastián pudiera tomar a la ligera; el nagual y su grupo realmente se hallaban en peligro mortal. Sebastián le preguntó al indio cómo podría darle energía. El hombre explicó que los naguales almacenan en sus cuerpos una peculiar energía producto de su disciplina, y que él era capaz de sacarla a través de un centro energético que todos nosotros tenemos en la región umbilical. Le aseguró a Sebastián que no sentiría dolor alguno y que, a cambio de su energía, podría no sólo continuar sano y salvo con sus actividades, sino que también obtendría un regalo de poder.
Al nagual Sebastián no le cayó nada bien el haber entrado en tratos con ese indio, pero el hombre fue inflexible y no le dejó otra salida más que cumplir con sus deseos. Don Juan comentó que el indio no estaba en lo absoluto exagerando acerca de lo que afirmó. Verdaderamente era uno de los brujos de la antigüedad, conocidos como los desafiantes de la muerte. Aparentemente, había sobrevivido hasta el presente, por medio de maniobras que sólo él podía realizar.
Lo que aconteció entre Sebastián y aquel hombre se convirtió en la base de un acuerdo que ligó a los seis naguales que siguieron a Sebastián. El desafiante de la muerte mantuvo su palabra: a cambio de la energía que obtuvo de cada uno de esos hombres, les hizo a cada uno de ellos una donación, un regalo de poder. Sebastián fue el primero en recibirlo aunque con desagrado. Todos los demás naguales, por el contrario, aceptaron gustosamente sus regalos.
Don Juan concluyó su historia diciendo que los naguales de su línea cumplieron con ese convenio por más de doscientos años, creando así una relación simbiótica que cambió el curso y el objetivo final de su linaje, y que, con el transcurso del tiempo, el desafiante de la muerte llegó a ser conocido como el inquilino.
Don Juan no explicó nada más acerca de esta historia, pero me quedé con una extraña sensación de veracidad que me molestó más de lo que yo pudiera haber imaginado.
-¿Cómo pudo ese hombre sobrevivir por tanto tiempo? -le pregunté.
-Nadie lo sabe -contestó-. Todo lo que sabemos de él, por generaciones, es lo que él nos dice. El desafiante de la muerte es a quien le pregunté sobre los brujos de la antigüedad, y es él quien me dijo que llegaron a su final hace tres mil años.
-¿Está usted seguro de que le estaba diciendo la verdad? -le pregunté.
Don Juan me miró con ojos de asombro.
-Cuando uno está allí frente a ese inconcebible desconocido -dijo, señalando a su alrededor-, uno no se sale con mentiras pinches. Esas mentiras son para la gente que no sabe, lo que está allá esperándonos.
-¿Qué es lo que nos está esperando, don Juan?
Su respuesta, al parecer una frase inofensiva, se me hizo más aterrorizante que una descripción de algo horrendo.
-Lo enteramente impersonal -dijo.
Se debe de haber dado cuenta de mi estado de ánimo y me hizo cambiar de niveles de conciencia, para que mi miedo se desvaneciera.
Unos meses más tarde, mi práctica de ensueño tomó un giro inusitado. En mis ensueños, empecé a obtener respuestas a preguntas que estaba planeando hacerle a don Juan. Lo más raro de esta extraña situación fue que en un santiamén me empezó a ocurrir lo mismo cuando estaba despierto. Un día recibí respuesta a

una pregunta acerca de la realidad de los seres inorgánicos. Los había ensoñado tantas veces que empecé a creer que realmente existían. Tenía muy en cuenta el haber tocado a uno de ellos, en ese estado de conciencia seminormal, en el desierto de Sonora. Además, en mis ensueños periódicamente entraba en mundos que yo seriamente dudaba fueran producto de mi imaginación. Por ello, quería hacerle a don Juan una pregunta concisa. La formulé en mi mente: ¿si los seres inorgánicos son reales, en qué parte del universo está el reino donde ellos existen?

Después de repetir la pregunta en mi mente, escuché una risa extraña, igual a la que había escuchado el día que forcejeé con el ser inorgánico. Luego, una voz de hombre me contestó:

-Ese reino existe en una posición particular del punto de encaje. De la misma forma en que tu mundo existe en la posición habitual del punto de encaje.

Lo que menos quería era entablar un diálogo con una voz incorpórea. Me levanté de un salto de donde estaba sentado y salí corriendo fuera de la casa. Pensé que me estaba volviendo loco. Una preocupación más que añadir a mi colección de preocupaciones.

La voz fue tan clara y autoritaria, que no solamente me intrigó sino que me aterrorizó. Esperé con nerviosismo total el próximo asalto de esa voz, pero eso nunca se repitió. En la primera oportunidad que tuve, consulté con don Juan.

No quedó en lo más mínimo impresionado.

-Debes entender, de una vez por todas, que cosas como ésta son muy normales en la vida de un brujo -dijo-. No estás enloqueciendo; simplemente oíste la voz del emisario del ensueño. Al cruzar la primera o la segunda compuerta del ensueño, los ensoñadores llegan a una fuente universal de energía y empiezan a ver cosas o a escuchar voces. Realmente no son voces, es una sola voz. Los brujos la llaman la voz del emisario de ensueño.

-¿Qué es el emisario de ensueño? .

-Una carga de energía diferente a la nuestra. Es una energía forastera que pretende ayudar a los ensoñadores diciéndoles cosas. El problema con el emisario de ensueños es que únicamente puede decirles a los brujos lo que ellos ya saben o deberían saber, si realmente fueran brujos que valen la pena.

-El que me diga usted que es una carga de energía no me ayuda en absoluto, don Juan. ¿Qué clase de energía? ¿Benigna, maligna, o qué?

-Es simplemente lo que te dije, una energía diferente de la nuestra. Una fuerza impersonal, que nosotros convertimos en algo muy personal, por el hecho de que tiene voz. Algunos brujos juran que les aconseja. Hasta la ven. O, como tú, simplemente la oyen como una voz de hombre o de mujer. Una voz que les describe situaciones del momento. La mayoría de las veces los brujos toman estas descripciones erróneamente como consejos sagrados.

-¿Por qué se llega a oír a esa energía como una voz?

-Los ensoñadores oyen o ven al emisario, cuando tienen suficiente energía para mantener sus puntos de encaje fijos en una nueva posición específica; mientras más intensa es esta fijación, más intensa la experiencia del emisario. ¡Ten cuidado! A lo mejor un día lo ves o lo sientes como una mujer desnuda.

Don Juan se rió de su propio comentario, pero yo estaba demasiado asustado para frivolidades.

-¿Es esta fuerza capaz de materializarse? -pregunté.

-Por supuesto -contestó-. Y todo depende de cuán fijo esté el punto de encaje. Sin embargo, si se mantiene cierto grado de desapego, nada sucede. El emisario permanece como lo que es: una fuerza impersonal que actúa con nosotros debido a la fijación de nuestros puntos de encaje.

-¿Es el consejo del emisario algo que se puede tomar en serio?

-Nada de lo que dice es consejo. Únicamente describe lo que está frente a uno. Las conclusiones son nuestras propias deducciones.

Le dije a don Juan lo que la voz me había dicho.
-Ya ves, es exactamente lo que te dije -recalcó-. El emisario no te dijo nada nuevo. Sus aseveraciones fueron correctas, pero únicamente parecía que te estaba revelando algo nuevo. Lo que el emisario hizo fue meramente repetirte lo que tú ya sabías.
-Lo siento mucho, don Juan, pero no puedo decir que yo sabía todo eso.
-Sí, puedes decirlo. Tú sabes ahora infinitamente más de lo que racionalmente sospechas acerca del misterio del universo. Pero esa es la dolencia del género humano: saber más de lo que sospechamos acerca del misterio del universo.
A pesar de todo lo que dijo don Juan, el haber experimentado el increíble fenómeno de la voz del emisario, por mi propia cuenta, me causó una tremenda euforia. Durante otra discusión sobre el ensueño, aproveché la oportunidad y le pregunté a don Juan si él también lo oía como una voz.
Con una amplia sonrisa dijo:
-Sí, sí, el emisario me habla. En mi juventud lo veía como un fraile con capuchón negro que me hacía medio morir de miedo cada vez que me hablaba. Cuando mi miedo disminuyó, se convirtió en una voz incorpórea, la cual me habla hasta hoy en día.
-¿Qué le dice a usted, don Juan?
-Me habla de las cosas en que enfoco mi atención; cosas que no me tomo la molestia de averiguar por mi mismo. Como por ejemplo, detalles sobre el comportamiento de mis aprendices. Lo que hacen cuando yo no estoy con ellos. Me dice cosas de ti, en particular. El emisario me dice todo lo que haces.
En ese momento, realmente perdí el interés de continuar nuestra conversación. Busqué frenéticamente en mi mente preguntas sobre otros temas, mientras que él se reía a carcajadas.
-¿Es el emisario de ensueños un ser inorgánico? -le pregunté.
-Digamos que el emisario de ensueños es una fuerza que viene del reino de los seres inorgánicos. Esa es la razón por la cual los ensoñadores siempre la encuentran. Todos la oyen, son muy pocos los que la ven o la sienten.
-¿Tiene usted alguna explicación para esto?
-No. Además, realmente no tengo ningún interés en el emisario. En un determinado momento de mi vida tuve que decidir entre concentrarme en los seres inorgánicos y seguir los pasos de los brujos antiguos, o renunciar a todo eso. Mi maestro, el nagual Julián, me ayudó a rechazar todo eso. Nunca me he arrepentido de esa decisión.
-¿Cree usted que yo también debería rechazar todo esto, don Juan?
En lugar de contestarme, me explicó que el reino entero de los seres inorgánicos está siempre dispuesto a enseñar. Dijo que quizá debido a que los seres inorgánicos tienen una conciencia de ser más profunda que la nuestra se sienten obligados a tomarnos bajo su tutela.
-Yo no encontré ninguna razón para convertirme en su alumno -añadió-. El precio de su instrucción es demasiado caro.
-¿Cuál es su precio?
-Nuestras vidas, nuestra energía. Demandan total devoción hacia ellos. En otras palabras, nos roban la libertad.
-¿Pero, qué es lo que ellos enseñan?
-Cosas que atañen a su mundo. Del mismo modo que nosotros les enseñaríamos, si fuéramos capaces de enseñarles, cosas que atañen a nuestro mundo. Su método es tomar nuestro ser básico como medida de lo que necesitamos, y de acuerdo a eso enseñarnos. ¡Un método sumamente peligroso!
-No veo por qué pueda ser peligroso.
-Si alguien va a tomar a tu ser básico como medida, con todos tus vicios, tus miedos y avaricia y envidias, y toda tu porquería, y va a enseñarte lo que satisfaga a ese desastroso estado de ser, ¿cuál crees que sea el resultado?
No tuve nada que responder. Pensé que había comprendido perfectamente bien.
-El problema de los brujos de la antigüedad es que aprendieron cosas maravillo-

sas, pero sobre las bases de una inconciencia de ser sin enmendar -prosiguió don Juan-. Los seres inorgánicos realizaban las acciones prácticas necesarias para lograr una u otra cosa y así con ejemplos guiaban a los brujos antiguos paso a paso a copiar esas acciones, sin que cambiaran en absoluto nada de su naturaleza básica.
-¿Todavía existe esta clase de relaciones con los seres inorgánicos hoy en día?
-No te puedo contestar eso con certeza. Lo único que me cabe decir es que yo no puedo concebir una relación de ese tipo. Lo que hace es disminuir nuestro apego a la libertad, al consumir toda nuestra energía disponible. Para poder realmente seguir el ejemplo de sus aliados, los brujos de la antigüedad tuvieron que pasarse la vida entera en el reino de los seres inorgánicos. La cantidad de energía necesaria para lograr eso es asombrosa.
-¿Quiere usted decir, don Juan, que los brujos antiguos eran capaces de existir en esos reinos de la misma forma en que nosotros existimos aquí?
-No exactamente como nosotros existimos aquí, pero ciertamente vivían ahí, y retenían su conciencia y su individualidad. Para ellos el emisario de ensueño fue una entidad vital, porque es el puente perfecto; habla, y su tendencia es enseñar, guiar.
-¿Ha estado usted, en ese reino, don Juan?
-Innumerables veces. Al igual que tú. Pero no tiene ningún caso hablar de esto ahora. Todavía no has recordado toda tu atención de ensueño. Ya hablaremos sobre ese reino uno de estos días.
-A mi parecer, don Juan, a usted ni le gusta ni aprueba al emisario.
-Ni lo apruebo ni me gusta. Pertenece a otra modalidad, la de los brujos antiguos. Además, en nuestro mundo, sus enseñanzas y su guía son disparates. Y por esos disparates, el emisario nos cobra enormidades en términos de energía. Algún día estarás de acuerdo conmigo. Ya lo verás.
En el tono de sus palabras, pude captar la velada implicación de que yo no coincidía con él en lo que al emisario se refería. Estaba a punto de argüir que eso era un error de su parte, cuando escuché la voz del emisario en mis oídos.
-Él tiene razón -dijo la voz-. Yo te caigo bien porque no encuentras nada malo en el hecho de explorar todas las posibilidades. Tú estás en pos de conocimiento; el conocimiento es poder. Tú no quieres meramente la seguridad de tus rutinas y las creencias de tu mundo.
El emisario dijo todo esto en inglés, con un marcado acento de la costa del Pacifico. Después cambió a español. Noté un tenue acento argentino. Nunca había escuchado hablar al emisario de esta manera. Me fascinó. El emisario me habló de logros, de sabiduría, de cuán lejos me encontraba de mi lugar natal; de mi ansia de aventura y de mi obsesión con nuevos horizontes. La voz hasta me habló en portugués, con una definida inflexión de las pampas del sur.
Escuchar a esa voz, llenándome de halagos, al final no solamente me asustó, me asqueó. Le dije a don Juan ahí mismo que tenía que dejar de ensoñar. Me miró sorprendido, pero cuando le repetí todo lo que había escuchado, accedió, aunque dándome la impresión de que únicamente lo hacía para apaciguarme.
Unas semanas más tarde, con más calma, me pareció que mi reacción fue un poco emocional y, por lo tanto, errónea mi decisión de parar mi entrenamiento. Regresé, por mi cuenta, a mis prácticas de ensueño. No le consulté a don Juan, pero estaba seguro que de algún modo él estaba al tanto de mi vuelta.
Una de las veces que lo fui a visitar, muy inesperadamente empezó a hablar sobre los sueños.
-El mero hecho de que no nos hayan enseñado a tomar a los sueños como un genuino campo de exploración, no quiere decir que no lo sean -comenzó-. Los sueños son analizados por su significado, o son considerados como indicaciones proféticas, pero nunca son valorados como un reino de eventos reales.
"De acuerdo a lo que sé, solamente los brujos antiguos hicieron eso -don Juan

prosiguió-, pero al final lo echaron todo a perder. Su ambición los cegó y cuando llegaron a una encrucijada crucial, tomaron el camino equivocado. Se enfocaron en una sola maniobra: la fijación del punto de encaje en las miles de posiciones que puede adoptar.

Don Juan dijo que lo asombraba el hecho de que, a todas las cosas maravillosas que los brujos antiguos aprendieron explorando esas millares de posiciones, el arte del ensueño y el arte del acecho eran lo único que quedaba hoy en día. Reiteró que el arte del ensueño tiene que ver con el desplazamiento del punto de encaje; y definió al acecho como el arte de la fijación del punto de encaje en cualquier posición a la cual se haya desplazado.

-Fijar el punto de encaje en una de las posiciones significa adquirir cohesión -dijo-. Eso es lo que has estado haciendo en tus prácticas de ensueño: adquirir cohesión.

-Yo creía que estaba perfeccionando mi cuerpo de ensueño le dije, sorprendido por su cambio de énfasis.

-Estás adquiriendo cohesión -insistió-. El ensueño hace que eso ocurra al forzar a los ensoñadores a fijar el punto de encaje. La atención de ensueño, el cuerpo energético, la segunda atención, la relación con los seres inorgánicos y el emisario, son todos productos de la fijación del punto de encaje en diferentes posiciones de ensueño.

-¿Qué es una posición de ensueño, don Juan?

-Una nueva posición a la que el punto de encaje ha sido desplazado durante el sueño.

-¿Cómo es que fijamos el punto de encaje en una posición de ensueño?

-Sosteniendo la vista de cualquier objeto en los ensueños, o cambiando de ensueño a voluntad. Con tus prácticas de ensueño estás realmente ejercitando tu capacidad de cohesión; esto quiere decir que estás ejercitando tu capacidad de sostener una nueva forma energética, al mantener el punto de encaje fijo en la posición que adopta con el ensueño.

-¿Realmente mantengo otra forma energética, don Juan?

-No exactamente, y no porque no puedas, sino simplemente porque estás empezando por desplazar tu punto de encaje dentro del huevo luminoso, en lugar de moverlo fuera de él. Los cambios del punto de encaje causan pequeñas transformaciones, las cuales prácticamente no se notan. El reto de tales cambios es que son tan pequeños y tan numerosos que mantener cohesión en todos ellos es un verdadero triunfo.

-¿Cómo podemos saber que mantenemos la cohesión?

-Lo sabemos por la claridad de nuestra percepción. Cuanto más clara sea la visión de nuestros ensueños, mayor es nuestra cohesión.

Dijo que ya era hora de que yo aplicara en la práctica lo que había aprendido en mis ensueños. Sin darme tiempo a preguntar nada, me pidió que enfocara mi atención, como si estuviera ensoñando, en el follaje de un árbol del desierto que creía cerca de ahí: un mezquite.

-¿Quiere usted que lo mire fijamente? -le pregunté.

-No quiero que lo mires fijamente; quiero que hagas algo muy especial con ese follaje -dijo-. Acuérdate de que en tus ensueños, una vez que eres capaz de sostener la vista en cualquier objeto, estás realmente sosteniendo una nueva posición de ensueño. Ahora, mira fijamente a esas hojas, como si estuvieras en un ensueño, con una muy significativa variación: vas a sostener tu atención de ensueño en las hojas de ese mezquite, en la conciencia de ser del mundo cotidiano.

Mi nerviosidad me hizo imposible seguir el hilo de sus instrucciones. Me explicó pacientemente que al mirar fijamente al follaje, se llevaría a cabo un diminuto desplazamiento de mi punto de encaje. Luego, al entrar en mi atención de ensueño, a consecuencia de mirar fijamente a cada hoja, lo que yo haría es fijar ese diminuto desplazamiento, y al hacerlo mi cohesión me haría percibir en términos de la segunda atención. Añadió, riéndose, que el proceso era ridículo de tan simple que era.

Don Juan tenía razón. Todo lo que nece-

sité fue enfocar y mantener mi atención en las hojas, y en un instante, fui atraído por una sensación de vórtice, como en mis ensueños. El follaje del mezquite se convirtió en un universo de datos sensoriales; fue como si el follaje me hubiese engullido. Si tocaba las hojas, podía realmente sentirlas. También podía olerlas. Mi atención de ensueño era multisensorial, en lugar de ser únicamente visual, como en mis ensueños diarios.

Lo que empezó con fijar la vista en el follaje del mezquite se convirtió en un ensueño. Creí que me encontraba en un árbol irreal, como me había encontrado en árboles de incontables ensueños. Y, naturalmente, me comporté en ese árbol irreal como había aprendido a comportarme en mis ensueños; me moví de objeto en objeto, atraído por la fuerza de un vórtice que se formaba en cualquier parte del árbol en la cual enfocara mi multisensorial atención de ensueño. Estos vórtices se formaban no sólo al fijar mi vista, sino también al tocar cualquier cosa, con cualquier parte de mi cuerpo.

En un momento dado tuve un ataque de dudas racionales. Comencé a preguntarme si sería posible que me hallara físicamente subido al mezquite en un estado de confusión, abrazando las hojas y perdido en el follaje sin saber lo que hacía. O quizá me había quedado dormido, hipnotizado por el revoloteo de las hojas en el viento, y estaba ensoñando. Pero, al igual de lo que me ocurría en ensueños, mis preguntas fueron tan fugaces que duraron sólo un instante, y luego la fuerza de lo que estaba sucediendo las anuló por completo. Un repentino movimiento a mi alrededor sacudió todo, y me hizo virtualmente emerger de la hojarasca como si me hubiera desprendido de la atracción magnética del árbol. Me encontré entonces mirando a un inmenso horizonte, desde un terreno elevado. Me rodeaban oscuras montañas y verde vegetación. Otro empellón de energía me depositó en otro lugar. Árboles enormes se asomaban por todos lados en forma amenazadora. Eran más grandes que los pinos de los estados de Oregon y Washington. Nunca jamás había yo visto un bosque como ese. El panorama era de tal contraste con la aridez del desierto de Sonora que no me quedó ninguna duda de que estaba ensoñando.

Me enfoqué en esa extraordinaria visión con temor de salir prematuramente de ella. Sabía que era en realidad un ensueño, y que una vez que agotara mi atención de ensueño, saldría de él. Pero las imágenes duraron, aun cuando calculé que ya había agotado mi atención de ensueño. Lo que dio lugar a que cruzara por mi mente un pensamiento aterrador: ¿y si este no fuera un ensueño, ni tampoco el mundo cotidiano?

Asustado, de la misma forma que un animal debe de experimentar el susto, regresé a la hojarasca de la cual había emergido. El ímpetu de mi retroceso me empujó de un extremo a otro del follaje, y me jaló fuera del árbol; en un abrir y cerrar de ojos estaba parado junto a don Juan, en la puerta de su casa, en el desierto de Sonora.

Inmediatamente tomé conciencia de que había entrado en un estado en el que podía pensar coherentemente, pero no podía hablar. Don Juan me instó a que no me preocupara; dijo que nuestra facultad del habla es extremadamente frágil, y que los ataques de mudez eran comunes entre los brujos que se aventuraban más allá de los límites de la percepción normal.

Mi primera impresión fue que don Juan sentía lástima por mí. Pero la voz del emisario de ensueño dijo claramente en ese instante que en unas horas, después de dormir, estaría yo perfectamente bien.

Al despertarme, y a petición de don Juan, le describí lo que había visto y hecho. Me advirtió que no me fiara de mi racionalidad para comprender mi experiencia, no porque estuviera de ninguna forma perjudicada, sino porque lo sucedido era un fenómeno fuera de los límites de la razón.

Naturalmente, argüí, porque así lo creía, que no podía haber nada fuera de los límí-

tes de la razón; que puede haber cosas que no estén claras, pero que tarde o temprano, la razón siempre encuentra una forma de aclararlas.
Con extrema paciencia don Juan señaló que la razón, el sentido común, el buen juicio, fuentes de gran orgullo para nosotros, porque las consideramos consecuencia directa de nuestro valor personal, son meramente el resultado de la fijación del punto de encaje en su posición habitual; cuanto más rígido y fijo, más grande nuestra confianza en nosotros mismos; más grande nuestra idea de que podemos explicar lo que fuera.
Añadió que el ensueño, al darnos fluidez para entrar en otros mundos, destruye nuestra idea del yo que sabe todo. Llamó al ensueño una empresa de dimensiones inimaginables que, después de hacernos percibir todo lo que puede ser percibido, hace que el punto de encaje dé un salto fuera del reino humano a fin de hacernos percibir lo inconcebible.
-Nos encontramos, de nuevo, frente al tema más importante del mundo de los brujos antiguos: la posición del punto de encaje -prosiguió-. El anatema de los brujos antiguos, al igual que la aflicción de la humanidad actual.
-¿Por qué dice usted eso, don Juan?
-Porque ambos, la humanidad actual y los brujos de la antigüedad son las víctimas de la posición del punto de encaje. La humanidad, por no saber que el punto de encaje existe. Por no saberlo estamos obligados a considerar a los productos de su posición habitual como cosas finales e indiscutibles. Y los brujos antiguos, por saber que el punto de encaje existe y que se le puede manejar con relativa facilidad.
"Debes evitar caer en esas dos trampas -continuó-. Sería realmente repugnante que te aunaras a la humanidad, como si no supieras acerca de la existencia del punto de encaje. Pero sería aún más odioso que te aunaras a los brujos antiguos, y manejaras al punto de encaje para tu ganancia personal.
-Todavía no entiendo, ¿cuál es la conexión de todo esto con la experiencia que tuve ayer?
-Ayer te encontrabas en otro mundo, diferente pero real. Si me preguntas dónde se encuentra ese mundo, yo te tendré que contestar que está en la posición del punto de encaje. Si mi respuesta no tiene ningún sentido para ti, entrarás en un enredo diabólico.
El argumento de don Juan era que me quedaban dos alternativas si no entendía su proposición. Una era seguir la línea de la humanidad en general, lo que me llevaría a un caos: mi experiencia me diría que otros mundos existen, pero mi razón me diría que esos mundos no pueden existir. La otra alternativa era seguir la línea de los brujos antiguos, en cuyo caso, automáticamente aceptaría la existencia de otros mundos, y mi avaricia me haría sostener la posición del punto de encaje que crea esos mundos. El resultado sería otro tipo de caos: tener que moverme físicamente a mundos diferentes del nuestro, forzado por expectativas de poder y ganancia personal.
Yo estaba demasiado aturdido para poder seguir el hilo de su razonamiento, pero sí sentía que él estaba totalmente en lo cierto. Era un sentimiento, una certeza ancestral que yo parecía haber perdido y estar recobrando lentamente.
Regresar a mis prácticas de ensueño disipó todas estas tribulaciones, pero creó otras; por ejemplo, después de escucharla diariamente, por meses, la voz del emisario dejó de ser una molestia o un asombro y se convirtió en algo casi común y corriente para mí. Cometí tantos errores influenciado por lo que me decía, que comprendí la renuencia de don Juan a tomarlo en serio. Un psicoanalista se habría muerto de gusto interpretando esa voz de acuerdo a todas las posibles minucias de mi dinámica intrapersonal.
Don Juan mantenía inmutablemente que el emisario es una fuerza impersonal y constante procedente del reino de los seres inorgánicos, por lo tanto, todos los ensoñadores lo experimentan, más o menos

en los mismos términos. Y si eligen seguir lo que les dice, como si fuera un consejero, son unos tontos incurables.
Yo era definitivamente uno de ellos. No había manera de mantenerme impasible frente a un evento tan extraordinario una voz que clara y concisamente me decía en tres idiomas datos ocultos sobre cosas o personas en las cuales enfocaba mi atención. La única desventaja, que no tenía grandes consecuencias para mí, era que la voz y yo no estábamos sincronizados. Generalmente, el emisario me daba información acerca de cosas, gente o eventos, cuando ya había olvidado mi interés en ellos.
Le pregunté a don Juan acerca de esta falla; me dijo que tenía que ver con la rigidez de mi punto de encaje. Me explicó que, habiendo sido yo criado por abuelos, estaba saturado de opiniones e ideas de gente vieja, y que debido a ello, yo era peligrosamente rígido. Dijo que su método de darme pociones de plantas alucinógenas, no había sido otra cosa sino un esfuerzo para sacudir mi punto de encaje, y así permitir que tuviera un margen mínimo de fluidez.
-Si no desarrollas ese margen -continuó-, o te vuelves más rígido, o te conviertes en un brujo histérico, o haces las dos cosas. Mi interés en contarte anécdotas de los brujos antiguos, no es para hablar mal de ellos sino para ponerte al tanto de lo que eran. Tarde o temprano, tu punto de encaje va a adquirir más fluidez, pero no lo suficiente como para contrarrestar tu tendencia a ser como ellos: rígido e histérico.
-¿Cómo puedo evitar eso, don Juan?
-Hay un modo. Los brujos lo llaman el puro entendimiento. Yo lo llamo el romance con el conocimiento. Es el impulso que los brujos utilizan para saber, para descubrir, y para quedarse boquiabiertos de asombro y admiración con lo que descubren.
Don Juan cambió de tema, y pasó a explicar en mayor detalle la fijación del punto de encaje. Dijo que al ver el punto de encaje de los niños, oscilando constantemente y cambiando fácilmente de lugar como movido por un temblor, los brujos antiguos llegaron a la conclusión de que su posición habitual no es innata sino creada por los hábitos. Viendo también, que es solamente en los adultos que éste se fija en un lugar definido, supusieron que la ubicación específica del punto de encaje promueve una manera específica de percibir. A consecuencia del uso, esta manera específica de percibir se convierte en un sistema para la interpretación de datos sensoriales.
Don Juan señaló que para existir, dicho sistema, precisa de una leva general; todos nosotros los seres humanos, al nacer, somos reclutados en él. Y nos pasamos una vida entera ajustando imperiosamente nuestra percepción para que concuerde con las demandas de este sistema. Por ello, tenían razón los brujos antiguos al sostener que el acto de revocarlo y percibir energía directamente es lo que transforma a una persona en brujo.
Don Juan expresó su admiración, una y otra vez, por lo que llamó el mayor logro de nuestra socialización básica como seres humanos: inmovilizar nuestro punto de encaje en su posición habitual. Explicó que una vez que su posición es fija, nuestra percepción puede ser entrenada y dirigida a interpretar lo que percibimos. Nuestro proceso de socialización empieza entonces a guiarnos a percibir más en términos de nuestro sistema que en términos de nuestros sentidos. Don Juan aseguraba que la percepción humana es universalmente homogénea debido a que el punto de encaje de toda la raza humana está fijo en el mismo sitio.
Don Juan dijo que los brujos prueban todo esto al comprobar que lo que se percibe no tiene sentido alguno cuando el punto de encaje se ha desplazado fuera de cierto nivel y nuevos filamentos energéticos universales empiezan a ser percibidos. La razón de ello es que los nuevos filamentos traen nuevos datos sensoriales, que no son parte de dicho sistema.
-Percibir sin nuestro sistema es, por supuesto, algo caótico -don Juan continuó-. Pero por más extraño que parezca, cuando nos creemos realmente perdidos, nues-

tro sistema se recupera y viene a nuestro rescate, transformando nuestra nueva e incomprensible percepción, en un mundo totalmente comprensible. Exactamente como te sucedió cuando fijaste tu mirada en las hojas del árbol de mezquite. Tu percepción fue caótica. Por un momento todo se te vino encima y tu sistema de interpretación no funcionó. Después, el caos se aclaró, y ahí estabas: frente a un mundo nuevo.

-Nos encontramos otra vez en el mismo atascadero de antes. ¿Existe realmente ese mundo? ¿O es una mera elaboración de mi mente?

-Ciertamente regresamos a lo mismo y la respuesta es aún la misma. Ese mundo realmente existe en la precisa posición en que se encontraba tu punto de encaje en ese momento. Para percibirlo claramente, necesitaste cohesión; necesitaste mantener tu punto de encaje fijo en esa nueva posición; lo cual hiciste. El resultado fue que por un rato fuiste capaz de percibir un mundo totalmente nuevo.

-¿Pero, podrían otros percibir ese mismo mundo?

-Sí, si tuvieran la uniformidad y cohesión que tenías tú en ese momento. Uniformidad es mantener al unísono la misma posición del punto de encaje. Acechar la percepción era como los brujos antiguos llamaban al acto de adquirir uniformidad y cohesión fuera del mundo normal.

"El arte del acecho -continuó-, como ya lo dije antes, tiene que ver con la fijación del punto de encaje. A través de la práctica, los brujos antiguos descubrieron que como es importante desplazar el punto de encaje, es aún de mayor importancia hacer que se quede fijo en su nueva posición, cualquiera que ésta fuere.

Explicó que si el punto de encaje no se logra estabilizar, no hay forma posible de que podamos percibir coherentemente. Lo que entonces percibiríamos sería un caleidoscopio de imágenes disociadas. Dijo que esta fue la razón por la cual los brujos antiguos pusieron tanto énfasis en el ensueño como en el acecho, y que un arte no puede existir sin el otro, especialmente en la clase de actividades en las cuales los brujos antiguos estaban envueltos.

-¿Cuáles eran esas actividades, don Juan? -pregunté.

Don Juan dijo que eran actividades complejísimas derivadas de los desplazamientos del punto de encaje. Los brujos antiguos al aprender a desplazar sus puntos de encaje a miles de posiciones en la superficie, o adentro de sus masas energéticas, también aprendieron a fijar su punto de encaje en esas posiciones, para así retener su cohesión indefinidamente.

-Los brujos antiguos llamaban a eso las marañas de la segunda atención, o la gran aventura de lo desconocido -añadió.

-¿Cuál era el beneficio de todo esto, don Juan?

-No podemos hablar aquí de beneficios. Aquí podemos únicamente hablar de resultados finales.

Dijo que la cohesión de los brujos antiguos era tal que les permitió llegar a ser, perceptual y físicamente, todo lo que sus puntos de encaje dictaban. Podían transformarse en cualquier cosa dentro del inventario especifico que cada uno de ellos poseía. Don Juan llamaba un inventario a todos los detalles perceptibles necesarios para convertirse, por ejemplo, en jaguares, pájaros, insectos, etcétera, etcétera.

-Para mi es muy difícil creer que esa transformación pueda ser posible -le dije.

-Es posible -aseguró-. No tanto para ti o para mi, pero si para ellos. Para ellos eso no era nada.

Dijo que los brujos antiguos tenían tan espléndida fluidez que todo lo que necesitaban era un ligero desplazamiento de su punto de encaje, una mínima señal en su ensueño para instantáneamente acechar su percepción; es decir, para arreglar su cohesión y hacerla encajar en su nuevo estado de conciencia, sea ésta la de un animal, otra persona, un pájaro, o lo que fuera.

-¿Pero, no es eso lo que los enfermos mentales hacen? ¿Crear su propia realidad? -pregunté.

-No, no es lo mismo -dijo-. Los dementes imaginan su propia realidad, porque no tienen, en lo absoluto, un propósito preconcebido. Los dementes añaden caos al caos. Los brujos, por el contrario, traen orden al caos. Su propósito preconcebido y trascendental es liberar su percepción. Los brujos no inventan los mundos que perciben; ellos perciben energía directamente y luego descubren que lo que están percibiendo es un mundo nuevo y desconocido; un mundo que se los puede tragar enteros, porque es tan real como cualquier cosa en nuestro mundo diario.

Don Juan me dio entonces una nueva versión de lo que me sucedió en el árbol de mezquite. Dijo que empecé por percibir directamente la energía del árbol. En mi nivel subjetivo, sin embargo, yo creí que estaba ensoñando ya que utilicé el ensueño para percibir energía. Aseveró que usar el ensueño en el mundo de la vida diaria es una de las estratagemas más efectivas de los brujos. Hace que el percibir energía directamente sea como un ensueño, en lugar de ser una experiencia totalmente caótica. Luego, cuando la percepción se arregla, los brujos se encuentran frente a un mundo nuevo. Exactamente lo que a mí me sucedió.

Le conté acerca del pensamiento que casi no me atrevía a pensar: que el panorama que vi no era un ensueño, ni tampoco nuestro mundo cotidiano.

-No lo era -dijo-. Te lo he dicho una y otra vez, pero tú crees que estoy senil y me repito sin ton ni son. Sé cuán difícil es para la mente aceptar que todo esto no es una idiotez de locos. ¡Créeme, existen mundos nuevos! Están envueltos los unos en los otros, como las capas de una cebolla. El mundo en el cual existimos no es más que una de esas capas.

-¿Quiere usted decir, don Juan, que el propósito de sus enseñanzas es prepararme para ir a esos mundos?

-No. No quise decir eso. Vamos a esos mundos solamente como un ejercicio. Esos viajes son los antecedentes de los brujos de ahora. Hacemos el mismo tipo de ensueño que los brujos antiguos solían hacer, pero en cierto momento, nos desviamos a un nuevo terreno. Los brujos antiguos preferían los cambios del punto de encaje, por lo tanto siempre se encontraban en territorios más o menos conocidos o predecibles. Nosotros preferimos los movimientos del punto de encaje. Los brujos antiguos iban en pos de lo humanamente desconocido. Nosotros buscamos lo desconocido que está fuera de lo humano.

-No he llegado a eso todavía, ¿verdad?

-No, tú estás solamente empezando. Y al empezar todo ensoñador tiene que seguir los pasos de los brujos antiguos. Después de todo, ellos fueron quienes inventaron el arte del ensueño.

"A ti todavía te queda mucho pan por rebanar. Además, tengo que ser extremadamente cuidadoso contigo, porque tu carácter está totalmente ligado al de los brujos antiguos. Ya te he dicho esto muchas veces, pero siempre te las ingenias para descartarlo. A veces hasta pienso que una energía de otro mundo te guía y te aconseja, pero luego dejo a un lado esa idea, porque eso sí que es algo descabellado.

-¿De qué está usted hablando, don Juan?

-Inconscientemente has hecho dos cosas que me preocuparon sin medida. La primera vez que te presté mi energía para que ensoñaras viajaste con tu cuerpo energético a un lugar fuera de este mundo. ¡Y ahí caminaste! Y luego, volviste a viajar con tu cuerpo energético, a través del mezquite, a otro sitio fuera de este mundo; las dos veces, partiendo desde la conciencia del mundo diario.

-¿Por qué lo preocupa esto?

-Ensoñar es demasiado fácil para ti. Y si no tenemos cuidado, esa puede ser tu perdición. Ensoñar así conduce a lo desconocido que aún es cuestión humana. Como te dije, los brujos de hoy se esfuerzan por alcanzar lo desconocido que ya no es cuestión humana.

-¿Qué puede ser lo desconocido que no es cuestión humana?

-Mundos inconcebibles que están fuera de la banda del hombre, pero que aún pode-

mos percibir. La predilección de los brujos de hoy en día es entrar en mundos fuera del dominio humano; mundos completamente inclusivos, no meramente entrar en el reino de los pájaros, o en el reino de los animales, o en el reino de los seres humanos, aunque éste fuese el reino del hombre desconocido. Te estoy hablando de mundos como en el que vivimos; mundos completos, con un sinfín de reinos.

-¿Dónde están esos mundos, don Juan? ¿En las diferentes posiciones del punto de encaje?

-Efectivamente, en las diferentes posiciones del punto de encaje. Digamos que los brujos llegan a esos mundos usando los movimientos del punto de encaje, no simplemente los cambios. Entrar en esos mundos requiere del tipo de ensueño que solamente los brujos de ahora practican. Los brujos antiguos se mantuvieron alejados de él, porque requiere un gran desapego y absoluta ausencia de importancia personal. Un precio que no estuvieron dispuestos a pagar.

"Para los brujos que ensueñan hoy en día, ensoñar es la libertad de percibir mundos más allá de todo lo imaginable.

-¿Pero cuál es el sentido de percibir todo eso?

-Ya me hiciste hoy la misma pregunta. Hablas como un verdadero mercachifle. ¿Me va a dar buen resultado? ¿Cuál es el riesgo o la ganancia de mi inversión?

"No hay manera de responder a esas preguntas. La mente del mercachifle está hecha para el comercio. Pero la libertad no puede ser una inversión. La libertad es una aventura sin fin, en la cual arriesgamos nuestras vidas y mucho más, por unos momentos que no se pueden medir con palabras o pensamientos.

-No fue mi intención hablar como mercachifle al hacerle esa pregunta, don Juan. Lo que quiero saber es, ¿cuál podría ser la fuerza que impulse a un perfecto haragán como yo para que hiciera todo esto?

-La búsqueda de la libertad es la única fuerza que yo conozco. Libertad de volar en ese infinito. Libertad de disolverse, de elevarse, de ser como la llama de una vela, que aun al enfrentarse a la luz de un billón de estrellas permanece intacta, porque nunca pretendió ser más de lo que es: la llama de una vela

V. EL MUNDO DE LOS SERES INORGÁNICOS

A pesar de que don Juan parecía no sólo desinteresado en hablar sobre el tema del ensueño sino hasta molesto, yo aún solicitaba su consejo, pero únicamente en casos de extrema necesidad. Cada vez que hablábamos de mis prácticas de ensueño, él minimizaba la importancia de cualquier cosa que hubiese logrado. Yo consideré esa reacción suya como una confirmación de su perenne desapruebo.

En ese entonces, mi interés en los seres inorgánicos se había convertido en la parte crucial de mis prácticas de ensueño. Después de encontrar a seres inorgánicos en mis sueños y, especialmente, después de mi encuentro con ellos en el desierto, debería haber estado más predispuesto a tomar en serio su existencia. Pero esos eventos tuvieron más bien el efecto contrario. Mi objetivo se tornó en probar que no existían.

Entretuve entonces la idea de una investigación objetiva. El método de esta investigación iba a consistir en compilar una meticulosa crónica de todo lo que aconteciera durante mis sesiones de ensueño; y luego, usar esa crónica como base para averiguar si mi ensueño confirmaba o refutaba lo que don Juan decía de los seres inorgánicos. Escribí cientos de páginas de minuciosas anotaciones sobre detalles que yo consideraba importantes, cuando debería haberme sido claro que había obtenido la evidencia de su existencia casi desde el comienzo de mi investigación.

Después de unas cuantas sesiones, descubrí que lo que había creído ser una recomendación casual de don Juan: suspender todo juicio y dejar que los seres inorgánicos se manifestaran por su propia cuen-

ta, era en realidad el procedimiento usado por los brujos antiguos para atraerlos. Don Juan estaba simplemente siguiendo su tradición al dejarme que lo descubriera por mí mismo. La advertencia que me hizo una y otra vez fue que es muy difícil hacer que el yo quite sus barreras, excepto bajo una disciplina implacable. Decía que ciertamente nuestra razón es la línea de defensa más fuerte del yo; y cuando se trata de la brujería, la más amenazada. Don Juan consideraba que la existencia de los seres inorgánicos es el más temible asaltante de nuestra racionalidad.

Algo más que quedó aclarado en el curso de mi investigación fue la rutina que me había impuesto don Juan. Al parecer algo muy simple. Primero, observaba cada objeto de mis sueños, y luego, cambiaba de sueños. Puedo sinceramente decir que siguiendo tal rutina observé universos de detalles en sueño tras sueño. Inevitablemente, en un momento dado, mi atención de ensueño empezaba a disminuir y mis sesiones de ensueño terminaban ya fuera quedándome dormido y teniendo sueños normales de los que no tenía ninguna atención de ensueño, o quedándome despierto sin poder conciliar el sueño.

Sin embargo, de vez en cuando, tal como don Juan lo había descrito, una corriente de energía forastera, lo que él llamaba un explorador, se introducía a mis sueños. Saber de antemano que esto iba a suceder me ayudó a ajustar mi atención de ensueño y a estar alerta. La primera vez que noté energía foránea, estaba yo soñando que andaba de compras en un gran almacén. Iba yo de mostrador en mostrador buscando objetos antiguos de arte. Finalmente encontré uno. La ridiculez de buscarlos en un almacén era tan obvia que me causó risa, pero encontrar lo que buscaba borró la incongruencia. La pieza era el puño de un bastón. El vendedor me aseguró que estaba hecho de iridio, y dijo que era una de las sustancias más duras en el mundo. Era una pieza tallada: la cabeza y el hombro de un simio. A mi me parecía como de jade. El vendedor se sintió insultado cuando le insinué que quizá era jade, y para probar mi error, arrojó el objeto contra el piso de cemento con gran fuerza. No se rompió, rebotó como una pelota y salió del almacén girando como si fuera un frisbee. Lo seguí. Desapareció detrás de unos árboles. Corrí a buscarlo, y lo encontré hundido en el suelo. Se había transformado en un bastón largo, extraordinariamente bello, de color verde profundo con negro.

Lo codicié al punto de aferrarlo con toda mi fuerza. Forcejeé para arrancarlo del suelo, antes de que alguien más viniese. Pero por más que hice, no pude sacarlo. Tenía miedo de romperlo si trataba de extraerlo moviéndolo para adelante y para atrás. Empecé a cavar a su alrededor con mis manos. A medida que continuaba cavando, el bastón comenzó a derretirse, hasta que quedó únicamente un charco de agua verdusca en su lugar. Me quedé mirando fijamente el agua, la cual, de repente, pareció explotar; se convirtió en una burbuja blanca y desapareció. Mi sueño continuó con otras imágenes y otros detalles que aunque eran cristalinamente claros, no eran sobresalientes.

Cuando le conté a don Juan este ensueño, me dijo:

-Aislaste a un explorador. Los exploradores son más numerosos en nuestros sueños comunes y corrientes. Los sueños de los ensoñadores están extrañamente libres de exploradores. Al momento que aparecen, son identificados por su extrañeza y la incongruencia de su presencia.

-¿Incongruencia, de qué manera, don Juan?

-Su presencia no tiene ningún sentido.

-En un sueño muy pocas cosas tienen sentido.

-Es únicamente en los sueños comunes y corrientes que las cosas no tienen sentido, yo diría que es así debido a que la gente común y corriente sufre asaltos más intensos de lo desconocido. En sus sueños hay muchísimos exploradores.

-¿Y por qué es así, don Juan?

-En mi opinión, lo que ocurre es un equi-

librio de fuerzas. La gente común y corriente tiene estupendas barreras para protegerse contra esos asaltos. Barreras tales como preocupaciones diarias. Mientras más fuerte es la barrera, más fuerte es el ataque.

"Por otro lado, los ensoñadores tienen menos barreras y menos exploradores en sus ensueños. Parece que en sus ensueños hay menos exploradores, quizá para asegurar que los ensoñadores se percaten rápidamente de su presencia.

Don Juan me aconsejó poner mucha atención y recordar todo detalle posible del ensueño que tuve. Hasta me hizo repetirle lo que ya le había contado.

-Me desconcierta usted -le dije-. Primero no quiere escuchar nada acerca de mis ensueños, y luego si quiere. ¿Hay algún orden en rechazar y acceder?

-Por supuesto que hay orden detrás de todo esto -dijo-. Algunas cosas son de importancia clave, ya que están asociadas con el espíritu; otras no tienen absolutamente ninguna importancia, ya que están asociadas con nuestras pinches personalidades.

"El primer explorador que aislaste, va a estar siempre presente de una forma o de otra, igual que los detalles de tu ensueño. Así que será un bastón, o un frisbee, o un vendedor, o iridio. Por cierto, ¿qué es iridio?

-Realmente no lo sé.

-¡Ahí lo tienes! ¿Y qué dirías si resultara ser una de las sustancias más duras del mundo?

Los ojos de don Juan brillaban de deleite, mientras yo me reía nerviosamente de tan absurda posibilidad, la cual resultó ser cierta.

Una vez que hube aceptado el esquema de don Juan de que energía foránea se filtra en los sueños, empecé a tomar en cuenta la presencia de objetos extraños en mis ensueños. Invariablemente, después de haberlos aislado, mi atención de ensueño se enfocaba en ellos con una intensidad que no me ocurría en ninguna otra oportunidad. Lo primero que noté fue el gran esfuerzo que mi mente hacia para transformarlos en objetos conocidos. La desventaja de mi mente era su incapacidad de llevar totalmente a cabo tal transformación; el resultado era un objeto espurio, casi desconocido. Después, la energía foránea se disipa fácilmente, convirtiéndose en una burbuja de luz que era rápidamente absorbida por otros apremiantes detalles de mis ensueños.

-En el nivel de ensueño en que te encuentras ahora, los exploradores son rastreadores que vienen del reino de los seres inorgánicos -dijo don Juan, comentando acerca de lo que me sucedía-. Son muy rápidos, y esto quiere decir que no se quedan por mucho tiempo.

-¿Por qué dice usted que son rastreadores, don Juan?

-Porque siguen el rastro de la conciencia. Ellos tienen conciencia de ser y propósito, aunque eso sea incomprensible para nuestras mentes.

-¿Cuál es la diferencia entre un rastreador y un explorador?

-Los rastreadores van en pos de las huellas que deja la conciencia de ser a su paso. Los exploradores la exploran una vez que la encuentran. Como ya te lo he dicho, los exploradores vienen del mundo de los seres inorgánicos; su conciencia y propósito quizá sea comparable al propósito y la conciencia de los árboles.

Explicó que la conciencia de ser es como una velocidad interna y que la velocidad interna de los árboles y de los seres inorgánicos son infinitamente más lentas que la nuestra y por lo tanto, incomprensibles para nosotros.

-Ambos, los árboles y los seres inorgánicos, están hechos para durar mucho más que nosotros -añadió-. Son inmóviles, pero hacen que todo se mueva alrededor de ellos.

-¿Quiere usted decir, don Juan, que los seres inorgánicos son estacionarios como los árboles?

-Naturalmente. Lo que ves en tus ensueños, como palos oscuros o luminosos, son sus proyecciones. Lo que oyes como la voz

del emisario de ensueño es también su proyección. Al igual que lo son los exploradores.
Me puse repentinamente muy ansioso, agobiado por sus aseveraciones. Le pregunté a don Juan si los árboles también tenían proyecciones de esa naturaleza.
-Las tienen -dijo-. Para nosotros los seres humanos las proyecciones de los árboles son menos amigables aun que las de los seres inorgánicos. Los ensoñadores nunca las buscan, a menos que estén en un estado de profunda amenidad con los árboles; un estado muy difícil de lograr, ya que nosotros no tenemos amigos en esta tierra -se rió entre dientes y añadió-: no es un gran misterio la razón de esto.
-Quizá no lo sea para usted, don Juan, pero ciertamente lo es para mí.
-Somos destructivos a más no poder. Hemos ganado la enemistad de todos los seres vivientes de esta tierra; es por eso que no tenemos amigos.
Me sentí más mal aún y quise terminar la conversación. Pero una repentina oleada de curiosidad me hizo regresar al tema de los seres inorgánicos.
-¿Qué cree usted que debería hacer para seguir a uno de los exploradores? -pregunté.
-¿Qué razón podrías tener para seguirlos?
-Estoy haciendo una investigación objetiva sobre los seres inorgánicos.
-Ahora sí que me estás tomando el pelo, ¿verdad? A poco no estabas totalmente convencido de que los seres inorgánicos no existen.
Su tono burlón y su risa entrecortada me dieron a entender lo que pensaba de mi investigación.
-Cambié de parecer, don Juan. Ahora quiero explorar todas esas posibilidades.
-Acuérdate que el reino de los seres inorgánicos era el terreno de los brujos antiguos. Para llegar ahí, tuvieron que fijar tenazmente su atención de ensueño en los objetos de sus sueños. De esa manera, eran capaces de aislar a los exploradores. Y una vez que tenían a los exploradores enfocados, gritaban su intento de seguirlos. En el instante en que los brujos antiguos manifestaban en voz alta su intento, una fuerza incontenible los jalaba.
-¿Así tan simplemente como eso, don Juan?
No me contestó. Se sonrió mirándome a los ojos, como retándome a que lo hiciera.
En mi casa, traté de indagar y de deducir, hasta el cansancio, lo que don Juan quiso realmente decir. No estaba en absoluto dispuesto a considerar que quizá hubiera descrito un proceso factible. Un día, después de haber agotado todas mis ideas y mi paciencia, tuve un extraño sueño. En él, un pez repentinamente brincó fuera de una alberca, al borde de la cual yo caminaba. El pez se retorció a mis pies y luego voló como si fuera un pájaro con alas coloridas, y se sentó en una rama, siendo aún un pez. La escena era tan poco común, que mi atención de ensueño se galvanizó. Supe instantáneamente que se trataba de un explorador. Un segundo más tarde, cuando el pez-pájaro se transformó en un punto de luz, grité mi intento de seguirlo, y tal como don Juan lo había dicho: una fuerza incontenible me jaló a otro mundo.
Volé a través de un túnel oscuro, como si fuera yo un insustancial insecto volador. La sensación de un túnel terminó de una manera abrupta, exactamente como si yo hubiera sido arrojado fuera de un tubo. El impulso me dejó, de un golpe, frente a una inmensa masa física; me encontraba casi tocándola. En cualquier dirección que mirara, no podía ver su fin. Cínicamente me puse a pensar que yo mismo estaba construyendo la visión de esa masa, al igual que uno construye un sueño -¿y por qué no? pensé, después de todo, estaba dormido, ensoñando.
Sin otra cosa que hacer, seguí mi rutina y empecé a observar los detalles de mi ensueño. Lo que estaba frente a mí se parecía mucho a una gigantesca esponja. Era una masa porosa y cavernosa. No podía sentir su textura, pero se veía como si fuera áspera y fibrosa. Era de un color café oscuro. No cambiaba de forma; tampoco se movía. Al mirarla fijamente, tuve la

absurda impresión de que esa masa estacionaria era algo real; estaba fija en algún sitio, ejerciendo una atracción tan poderosa sobre mí que me era totalmente imposible desviar mi atención de ensueño para examinar algo más. Una extraña fuerza que jamás había encontrado antes en mis ensueños, me tenía aprisionado.

Luego, sentí claramente cómo la masa dejaba libre mi atención de ensueño, la cual se enfocó en el explorador que me había transportado hasta allí. En la semioscuridad se veía como una luciérnaga flotando a mi lado, por encima de mí. En su reino, era una pequeña masa de pura energía. Yo era capaz de ver su chisporroteo energético. Parecía estar consciente de mí. De repente se me echó encima y me jaló o me aguijoneó. No sentí su toque, sin embargo, sabía que me estaba tocando. Era una sensación nueva y asombrosa; sentí como si una parte de mi, que no estaba presente ahí, hubiese sido electrificada por ese toque; una tras otra, oleadas de energía pasaron por ese yo ausente.

A partir de ese momento, todo en mi ensueño se volvió mucho más real que antes, al punto de que se tornó muy difícil mantener la idea de que estaba meramente ensoñando. Una dificultad incrementada por la certeza de que con su toque, el explorador había hecho una conexión energética conmigo. Empecé a adivinar lo que quería que yo hiciera, en el instante mismo en que parecía jalarme o empujarme.

Lo primero que hizo fue empujarme hacia adentro de la masa física, a través de una enorme caverna o apertura. El interior era tan homogéneamente poroso como el exterior, pero de apariencia más pulimentada, como si la asperidad hubiese sido lijada. Me encontré frente a una estructura semejante a una amplificación de un panal de abejas. Innumerables túneles de forma geométrica partían en todas direcciones. Formaban ángulos entre uno y otro; o iban hacia arriba o hacia abajo en leves inclinaciones, grandes empinadas, o verticalmente.

La luz era muy tenue, sin embargo, todo era perfectamente visible. Los túneles parecían estar vivos y conscientes de sí; chisporroteaban. Al quedarme mirándolos fijamente me di cuenta de que estaba viendo. Esos eran túneles de energía. En el instante de comprender esto, la voz del emisario de ensueño rugió en mis oídos, tan fuerte que no pude entender lo que dijo.

-¡Baja el tono! -grité con mi usual impaciencia, y comprobé que si hablaba, bloqueaba la visión de los túneles y entraba en un vacío en el cual lo único que podía hacer era escuchar.

El emisario moduló su voz y dijo:

-Estás adentro de un ser inorgánico. Escoge un túnel y hasta puedes vivir en él. -La voz se calló por un instante y luego añadió -: eso es, si así lo deseas.

No pude decir nada. Tenía miedo de que cualquier afirmación que hiciera, pudiera ser interpretada de manera opuesta a lo que quería decir.

-Hay infinitas ventajas para ti -continuó la voz del emisario-. Podrías vivir en tantos túneles como te plazca. Y cada uno de ellos te enseñaría algo diferente. Los brujos de la antigüedad vivieron así y aprendieron cosas maravillosas.

Aunque sin sentirlo, tuve la sensación de que el explorador me empujaba por detrás. Parecía urgirme a seguir adelante. Tomé el túnel inmediatamente a mi derecha. Tan pronto como estuve en él, comprendí que estaba flotando. Era yo una masa de energía igual al explorador.

La voz del emisario sonó una vez más en mis oídos.

-Sí, eres una masa de energía -dijo, reafirmando lo que yo ya sabía. Pero aun así, su redundancia me causó alivio-. Y estás flotando adentro de un ser inorgánico -prosiguió-. Esta es la forma en que el explorador quiere que te muevas en este mundo. Cuando te tocó, te cambió para siempre. Ahora, prácticamente eres uno de nosotros. Si te quieres quedar aquí, simplemente tienes que manifestar tu intento en voz alta.

El emisario dejó de hablar y pude ver nue-

vamente el túnel. Pero cuando volvió a dirigirme la palabra, algo se había ajustado; podía escuchar la voz del emisario sin perder de vista a ese mundo.
-Los brujos antiguos aprendieron todo lo que sabían acerca del ensueño, quedándose aquí con nosotros -dijo.
Estaba a punto de preguntarle si habían aprendido todo lo que sabían simplemente viviendo en esos túneles, pero el emisario me contestó antes de que se lo preguntara.
-Sí, aprendieron todo simplemente viviendo dentro de los seres inorgánicos -dijo-. Lo único que los brujos antiguos tuvieron que hacer para vivir adentro de ellos, fue decirlo; de la misma manera que lo único que tuviste que hacer tú para llegar aquí, fue expresar tu intento en voz alta, de una manera fuerte y clara.
El explorador me señaló que continuara moviéndome. Por un momento dudé qué hacer; el explorador hizo algo similar a darme un empellón de tal magnitud que volé a una velocidad inverosímil por innumerables túneles sin chocar contra nada cambiando direcciones sin saber cómo. Finalmente me detuve, porque el explorador se detuvo. Nos quedamos flotando por unos instantes, y luego caímos en un túnel vertical. No sentí el drástico cambio de dirección. De acuerdo a mi percepción, continuaba moviéndome en forma paralela al suelo.
Cambiamos de direcciones verticales arriba y abajo varias veces, y en todos esos cambios experimenté la misma percepción. Estaba a punto de formular un pensamiento al respecto, cuando escuché la voz del emisario.
-Creo que te sentirías mejor si gatearas en lugar de volar -dijo-. También te puedes mover como una araña o una mosca, para arriba, o para abajo, o volteado de cabeza.
Me calmé instantáneamente. Era como si hubiera estado hueco, y de repente tuviera ahora un peso que podía mantenerme fijo en el piso. No sentía las paredes de los túneles, pero el emisario tenía razón en cuanto a que me sentiría mejor moviéndome contra las paredes como si estuviera gateando.
-En este mundo la gravedad no te inmoviliza -dijo. De lo cual por supuesto ya me había dado cuenta-. Tampoco tienes que respirar -la voz continuó-. Y únicamente para tu conveniencia, puedes retener la vista y ver cómo ves en tu mundo. El emisario parecía indeciso, decidiendo si añadir algo más o no. Tosió de la misma forma que un hombre lo hace cuando se aclara la garganta, y dijo-: la vista nunca se menoscaba en este mundo, por lo tanto, un ensoñador habla siempre de sus ensueños en términos de lo que ve.
El explorador me dio la señal de entrar a un túnel a mi derecha. Era más oscuro que los otros. De una manera absurda, me pareció acogedor, amigable, y hasta conocido. Se me ocurrió que yo era como ese túnel, o que ese túnel era como yo.
-Ustedes dos ya se conocieron antes -dijo la voz del emisario.
-¿Cómo dijiste? -pregunté. Entendí lo que me había dicho, pero no podía comprender lo que quería decir con eso.
-Ustedes dos forcejeaban una vez, y por esa razón, ahora llevan consigo la energía del uno y del otro.
Se me ocurrió que la voz del emisario estaba llena de malicia o hasta de sarcasmo.
-No, no es sarcasmo -me aseguró el emisario-. Me da gusto que tengas familiares aquí entre nosotros.
-¿Qué quieres decir con familiares? -pregunté.
-Cuando se comparte energía, se crea un parentesco -contestó-. La energía es como la sangre.
No fui capaz de decir nada más. Sentí de un modo muy vago lejanas punzadas de terror.
-El miedo es algo que no existe en este mundo -dijo el emisario. Y esa fue su única aseveración no cierta.
Mi ensueño terminó ahí. La impresionante intensidad y claridad de mi ensueño, y la continuidad de las aseveraciones del emisario me impresionaron de tal manera, que estaba más que ansioso por contárselo a don Juan. Me sentí terriblemente perturbado y sorprendido cuando don

Juan no quiso escuchar mi relato. No dijo nada, pero tuve la clara impresión de que creía que todo había sido el resultado de mis exageraciones.

-¿Por qué se comporta usted así conmigo? -le recriminé-. ¿Está usted molesto conmigo?

-No. No estoy molesto contigo de ninguna manera -dijo-. El problema es que no puedo hablar de esta parte de tu ensueño. Estás completamente solo en este asunto. Te he dicho que los seres inorgánicos son reales. Ahora te estás dando cuenta de lo reales que son. Pero lo que hagas con tus descubrimientos es asunto tuyo, únicamente tuyo. Algún día te darás cuenta de la razón por la cual tienes que estar solo.

-¿Pero no hay nada que usted me pueda decir acerca de ese ensueño? -insistí.

-Lo que te puedo decir es que no fue solamente un ensueño. Fue un viaje a lo desconocido. Un viaje necesario, y extremadamente personal.

Inmediatamente cambió de tema, y empezó a hablar sobre otros aspectos de sus enseñanzas. Pero a partir de ese día, a pesar de mi miedo y la falta de consejos, me convertí en un viajero diario a ese mundo esponjoso. Comprobé que cuanto más intensa era mi capacidad de observar los detalles de mis ensueños, más fácil era aislar a los exploradores. Si admitía que los exploradores eran una energía foránea, se mantenían dentro de mi campo de percepción por un rato. Si los tomaba como objetos casi conocidos, se quedaban por un rato aún más largo, cambiando de forma erráticamente. Pero si los seguía, expresando en voz alta mi intento de ir con ellos, los exploradores transportaban mi atención de ensueño a un mundo más allá de lo que puedo normalmente imaginar.

Don Juan me había dicho que los seres inorgánicos están siempre dispuestos a enseñar. Pero no me había dicho que lo que están dispuestos a enseñar es ensoñar. Me aseguró que el emisario de ensueño, siendo una voz, es un perfecto puente entre ese mundo y el nuestro. Lo que descubrí fue que la voz del emisario no era solamente la voz de un maestro sino la voz del más sutil de los vendedores. Repetía una y otra vez, en la ocasión y el momento precisos, las ventajas que su mundo ofrecía. Sin embargo, también me enseñó cosas de incalculable valor sobre diferentes aspectos del ensueño.

-Para que el ensueño sea perfecto, lo primero es parar el diálogo interno -me dijo en una ocasión-. A fin de pararlo, pon entre tus dedos dos cristales de cuarzo que midan entre seis y nueve centímetros de largo, o un par de piedras de río pulidas, del largo y del ancho de tus dedos. Dobla un poco tus dedos, y presiona los cristales o piedras con ellos.

El emisario añadió que pedazos de metal pulido, siempre y cuando fueran de la misma medida que los dedos, eran igualmente efectivos. El procedimiento consistía en presionar dos o hasta tres objetos delgados entre los dedos de cada mano, creando de esta manera una presión casi dolorosa en las manos. Una presión que tenía la extraña propiedad de parar el diálogo interno. El emisario expresó su preferencia por los cristales de cuarzo; dijo que daban los mejores resultados, aunque con práctica cualquier cosa era adecuada.

-Quedarse dormido en un momento de silencio total garantiza una perfecta entrada al ensueño -dijo la voz del emisario-, y también garantiza el incremento de la atención de ensueño.

-Los ensoñadores deberían usar un anillo de oro -me dijo el emisario en otra ocasión-, y es preferible que les quede un poco apretado.

Su explicación fue que un anillo sirve a los ensoñadores como puente para emerger del ensueño y regresar al mundo cotidiano, o para sumergirse, desde nuestra conciencia cotidiana, en el reino de los seres inorgánicos.

-¿Cómo funciona ese puente? -pregunté. No había comprendido lo que esto implicaba.

-El contacto de los dedos con el anillo tiende el puente -dijo el emisario-. Si un ensoñador ensueña con un anillo puesto, ese

anillo atrae la energía de mi mundo, y la guarda; y cuando es necesario, el anillo libera esa energía en los dedos del ensoñador, y eso lo transporta de regreso a este mundo.

"La presión que ese anillo ejerce alrededor del dedo, sirve igualmente para asegurar que el ensoñador regrese a su mundo, al crear en su dedo una sensación familiar y constante.

Durante otra sesión de ensueño, el emisario dijo que nuestra piel es el órgano perfecto para transformar ondas energéticas de la forma del mundo cotidiano a la forma del mundo de los seres inorgánicos, o viceversa. Recomendó mantener la piel fresca y libre de aceites o pigmentos. También recomendó que los ensoñadores usaran un cinturón apretado, o una cinta en la frente, o un collar, para así crear un punto de presión, el cual sirve como un centro de intercambio energético en la piel.

Explicó que la piel automáticamente filtra energía, y lo que se necesita para que la piel no sólo la filtre sino también la intercambie de una forma a la otra es expresar nuestro intento en voz alta durante el ensueño.

La voz del emisario me hizo un día un maravilloso obsequio. Dijo que para poder asegurar la agudeza y precisión de nuestra atención de ensueño debemos sustraerla de atrás de nuestro paladar, donde se localiza un enorme depósito de atención en todos los seres humanos. Las direcciones específicas del emisario fueron emplear disciplina y control para presionar la punta de la lengua contra el paladar, mientras se ensueña. La caracterizó como una tarea tan difícil y desgastante como encontrarse las manos en un sueño, pero que una vez perfeccionada da asombrosos resultados en el control de la atención de ensueño.

Recibí del emisario instrucciones en todos los temas concebibles, instrucciones que rápidamente olvidaba si no me eran repetidas infinidad de veces. Le pedí consejo a don Juan acerca de este problema de no poder retener las informaciones que me daba el emisario.

Su comentario fue tan breve como me lo esperaba.

-Enfócate solamente en lo que el emisario dice acerca del ensueño -dijo.

Fiel a esa recomendación, únicamente seguí sus instrucciones cuando trataban sobre el ensueño, y corroboré personalmente su valor. Lo más vital para mí fue que la atención de ensueño está localizada atrás del paladar. Tuve que llevar a cabo un tremendo esfuerzo para sentir que estaba presionando el paladar con la punta de mi lengua mientras ensoñaba. Una vez que lo logré, mi atención de ensueño tomó su propio curso, y se volvió quizá más aguda que mi percepción normal del mundo cotidiano.

No me costó trabajo deducir cuán profundo debe de haber sido el trato y compromiso de los brujos antiguos con los seres inorgánicos. Los comentarios y advertencias de don Juan, sobre los peligros de tal relación, se volvieron para mí más apremiantes que nunca. Hice lo mejor que pude para vivir de acuerdo a su criterio de una autoexaminación de misericordia. Solamente así el emisario se pudo convertir en un reto para mí: el reto de no sucumbir a la tentación de sus promesas de conocimiento y poder ilimitado, logrados con sólo expresar el deseo de vivir en ese mundo.

-Me debería usted dar por lo menos una idea sobre lo que debo hacer -insistí en una ocasión en la que hablamos del ensueño.

-No puedo -dijo de modo concluyente-. Y no me lo pidas otra vez. Te dije que en esta situación los ensoñadores tienen que estar solos.

-Pero ni siquiera sabe usted lo que quiero preguntarle.

-Por supuesto que lo sé. Quieres que te diga que está bien que vivas en uno de esos túneles; aunque tu única razón para vivir allí sea la de averiguar de qué te está hablando la voz del emisario.

Tuve que admitir que ese era exactamente mi dilema. Quería por lo menos saber qué implicaba la aseveración del emisario

de que uno puede vivir dentro de esos túneles.
-Yo tuve que pasar por el mismo tormento -prosiguió don Juan-, y nadie me pudo ayudar. La decisión de vivir en ese mundo es algo extremadamente personal y final; una decisión que se finaliza en el instante mismo en que se expresa en voz alta el deseo de vivir allí. Los seres inorgánicos satisfacen los más íntimos caprichos de los ensoñadores, con tal de que expresen tal deseo.
-Esto es realmente diabólico, don Juan.
-¡Y cómo! Pero no solamente por lo que estás pensando. Para ti, la parte diabólica es la tentación de ceder, especialmente cuando las recompensas son tan grandiosas. Para mí, la naturaleza diabólica del reino de los seres inorgánicos es que puede que sea el único refugio que los ensoñadores tienen en un universo hostil.
-¿Es realmente un refugio para los ensoñadores, don Juan?
-Ciertamente es un refugio para algunos ensoñadores. Estoy solo en un universo hostil y he aprendido a decir: ¡pues que así sea!
Ese fue el final de nuestra conversación. No dijo lo que yo quería oír, sin embargo, entendí perfectamente bien que el solo deseó de saber cómo sería vivir en uno de esos túneles significaría escoger ese modo de vida. Yo no estaba interesado en tal cosa. En esos momentos, tomé la decisión de continuar con mis prácticas de ensueño, sin ninguna otra implicación. Se lo dije a don Juan rápidamente.
-No digas nada -me aconsejó-, pero sí entiende que si escoges permanecer en ese mundo, tu decisión será final. Te quedarás allí para siempre.
Me es imposible juzgar objetivamente qué fue lo que sucedió durante las innumerables veces que ensoñé ese mundo. Puedo decir que parecía ser un mundo tan real como cualquier sueño puede ser real. O también puedo decir que parecía ser tan real como nuestro mundo cotidiano lo es. Ensoñando ese mundo me di cuenta de lo que tantas veces don Juan me había dicho: que bajo la influencia del ensueño, la realidad sufre una metamorfosis. Me encontré frente a las dos opciones que enfrentan todos los ensoñadores. Don Juan dijo que o ajustamos nuestro sistema de interpretación sensorial, o hacemos caso omiso de él.
Para don Juan, el ajustar nuestro sistema de interpretación significaba renovarlo. Dijo que al vivir de acuerdo a las premisas del camino del guerrero, los ensoñadores ahorran y almacenan la energía necesaria para suspender todo juicio, y facilitar de esta forma, la renovación del sistema de interpretación. Explicó que si les da por renovarlo, la realidad se vuelve fluida, y la esfera de lo que puede ser real aumenta sin poner en peligro la integración de la realidad. Ensoñar abre la puerta a otros aspectos de lo que es real.
Si a los ensoñadores les da por hacer caso omiso del sistema de interpretación, el campo de lo que puede ser percibido sin interpretación aumenta sin medida. La expansión de la percepción es tan gigantesca, que se queda con muy pocos medios de interpretación sensorial, y por lo tanto se queda con el sentido de una infinita realidad que es irreal, o una irrealidad infinita que podría muy bien ser real, pero que no lo es.
La única opción aceptable para mí fue la de reconstruir y expandir mi sistema de interpretación. Al ensoñar el reino de los seres inorgánicos tuve que enfrentar, de ensueño en ensueño, la consistencia de ese mundo, empezando por encontrar a los exploradores, expresar mi intento de seguirlos, escuchar la voz del emisario, y entrar en los túneles. Los atravesé una y otra vez sin sentir nada, pero estando consciente de que el tiempo y el espacio eran constantes, aunque no en términos discernibles para la razón bajo circunstancias normales. Sin embargo, al notar la diferencia, ausencia, o profusión de detalle en cada túnel; o al notar el sentido de distancia entre los túneles; o al notar el largo o ancho aparente de cada túnel por el cual viajé, llegué a tener un mínimo sentido de observación objetiva.

El ajuste más dramático de mi sistema de interpretación fue en la idea del yo en el mundo de los seres inorgánicos. En ese mundo, yo era una masa de energía que podía deslizarse por los túneles, como una veloz luz, o podía gatear en sus paredes, como un insecto. Si volaba, una voz me daba consistente información sobre los detalles de las paredes en las cuales había enfocado mi atención. Esos detalles eran intrincadas protuberancias, como el sistema Braille. Cuando gateaba en las paredes, podía ver los mismos detalles con mayor precisión, y escuchar la voz dándome descripciones más complejas.

Una consecuencia inevitable fue el desarrollo de dos tipos simultáneos de enfoque. Por un lado, sabía que aquello era un ensueño, y por otro, sabía que aquello era un viaje pragmático, inimaginable, pero tan real como cualquier viaje en el mundo. De ese modo corroboré la aseveración de don Juan de que la existencia de los seres inorgánicos es el más temible asaltante de nuestra razón.

En un momento dado, cuando la tensión de mi insostenible posición -creer seriamente en la existencia de los seres inorgánicos, y al mismo tiempo, creer seriamente que todo era sólo un ensueño-, estaba a punto de destruirme, algo cambió drásticamente en mi actitud, aunque sin habérmelo propuesto.

Don Juan explicó mi cambio en términos de energía; dijo que mi energía, la cual había estado aumentando continuamente, un día alcanzó un nivel que me permitió ignorar las conjeturas y los prejuicios sobre la naturaleza del hombre, la realidad, y la percepción. Ese día me enamoré del conocimiento, sin considerar su lógica o su valor funcional y, sobre todo, sin considerar mi conveniencia personal.

Cuando mi investigación sobre la existencia de los seres inorgánicos me dejó de importar, don Juan, por su propia cuenta, me habló de mis prácticas de ensueño.

-Creo que no estás consciente de la regularidad de tus encuentros con los seres inorgánicos -dijo.

Tenía razón. Nunca me había tomado la molestia de pensar en mis viajes de ensueño. Los hacía sin más ni más. Le comenté sobre lo raro de mi descuido.

-No es un descuido -dijo-. El carácter de ese reino es fomentar los secretos, el sigilo. Los seres inorgánicos se encubren en el misterio y la oscuridad. Piensa en esa masa porosa que es su mundo: estacionario, fijo para atraernos como polillas a la luz o al fuego.

"Hay algo que el emisario no se atrevió a decirte; que los seres inorgánicos buscan nuestra conciencia, o la conciencia de cualquier ser que caiga en sus redes. Nos dan conocimiento, pero cobran su precio: todo nuestro ser.

-¿Quiere usted decir, don Juan, que los seres inorgánicos son como pescadores?

-Exactamente. En un momento dado, el emisario te va a mostrar hombres que han sido atrapados ahí por ellos, o a lo mejor te mostrará otros seres que no son humanos, los cuales también fueron ahí atrapados.

Mi reacción debería de haber sido miedo y repugnancia. Las revelaciones de don Juan me afectaron profundamente, pero en el sentido de que me despertaron una incontenible curiosidad que me hacía casi jadear.

-Los seres inorgánicos no pueden forzar a nadie a que se quede con ellos -prosiguió don Juan-. Vivir en su mundo es un asunto voluntario. Sin embargo, son capaces de aprisionarnos, concediéndonos todos nuestros deseos, consintiéndonos y llenándonos de mimos. Ten cuidado con la conciencia inmóvil. La conciencia de ese tipo tiene que buscar movimiento, y como te dije, lo hace creando proyecciones; proyecciones fantasmagóricas en algunas ocasiones.

Le pedí a don Juan que me explicara eso de las proyecciones fantasmagóricas. Dijo que los seres inorgánicos, se agarraban de los sentimientos más íntimos de los ensoñadores, y jugaban con ellos sin misericordia, creando fantasmas ya sea para agradar o para atemorizar a los ensoñadores. Me recordó que yo había forcejeado con

uno de esos fantasmas. Explicó que los seres inorgánicos son estupendos manipuladores que se deleitan proyectándose a sí mismos, como películas.
-Los brujos antiguos se vinieron al suelo por su estúpida fe en esas proyecciones -continuó-. Los brujos antiguos creían que sus aliados tenían poder. Ignoraban el hecho de que sus aliados eran una tenue energía proyectada a través de dos mundos, como una película cósmica.
-Se está usted contradiciendo, don Juan. Usted mismo dijo que los seres inorgánicos son reales. Y ahora me dice que son meramente proyecciones.
-No dije que los seres inorgánicos son meramente proyecciones. Dije que se proyectan en nuestro mundo como películas; y me permití añadir que eran como películas de tenue energía proyectada a través de las líneas fronterizas de dos mundos. No hay contradicción en lo que dije.
-¿Pero qué me dice acerca de los seres inorgánicos en su propio mundo? ¿Son también meras proyecciones?
-De ninguna manera. Ese mundo es tan real como el nuestro. Los brujos antiguos describieron el reino de los seres inorgánicos como una masa de cavernas porosas flotando en un espacio oscuro. Y describieron a los seres inorgánicos como cañas huecas atadas en manojos inconcebibles, como las células del cuerpo. Los brujos antiguos llamaban a esos inconcebibles manojos, el laberinto de la penumbra.
-Entonces todos los ensoñadores ven a ese mundo de la misma forma, ¿no?
-Por supuesto que sí. Todos los ensoñadores lo ven tal cual es. ¿Qué? ¿Crees que eres único?
Confesé que algo en ese mundo me había hecho sentir que yo era único. Lo que creaba esta clara y placentera sensación de ser exclusivo no era la voz del emisario de ensueño, ni nada que yo pudiera conscientemente imaginar.
-Eso es exactamente lo que derribó a los brujos antiguos -dijo don Juan-. Los seres inorgánicos les hicieron lo mismo que te están haciendo a ti; les hicieron sentir que eran únicos, exclusivos; y algo aún más pernicioso: les hicieron sentir que tenían poder. La sensación de tener poder y ser únicos es invencible como fuerza de corrupción. ¡Ten cuidado!
-¿Cómo evitó usted ese peligro?
-Fui unas cuantas veces a ese mundo, y luego no volví más.
Don Juan explicó que, en la opinión de los brujos, el universo es predatorio, y que los brujos tomaban esto en cuenta al llevar a cabo sus actividades diarias de brujería. Su idea era que la conciencia está esencialmente obligada a expandirse, y la manera en que se puede expandir es por medio de luchas, por medio de confrontaciones de vida o muerte.
-La conciencia de los brujos se expande cuando ensueñan -prosiguió-. Y en el momento en que se expande, algo allá afuera reconoce su expansión, y se propone conseguirla. Los seres inorgánicos son los postores para esa nueva y expandida conciencia. Los ensoñadores deben estar siempre alertas. En el momento en que se aventuran en ese universo predatorio, se convierten en presas.
-¿Qué es lo que me sugiere que haga para estar a salvo, don Juan?
-¡No te descuides ni por un segundo! No dejes que nada ni nadie decida por ti. Ve al mundo de los seres inorgánicos, únicamente cuando tú quieras ir.
-Honestamente, don Juan, yo no sabría cómo hacer eso. Una vez que aíslo a un explorador, una tremenda presión se ejerce sobre mí para que vaya. No tengo ni la menor idea cómo cambiar de parecer.
-Déjate de idioteces. Tú puedes parar cuando se te dé la gana. No lo has intentado, eso es todo.
Insistí con vehemencia que me era imposible parar. Él no prosiguió con el tema, y me sentí agradecido por ello. Un perturbador sentimiento de culpa había empezado a corroerme. Por una razón desconocida, jamás se me había ocurrido ni siquiera la idea de parar conscientemente la atracción de los exploradores.
Como de costumbre, don Juan tenía ra-

zón. Descubrí que realmente podía cambiar el curso de mi ensueño, intentado ese curso. Después de todo, había intentado que los exploradores me transportaran a su mundo. Era factible que si intentaba deliberadamente lo opuesto, mi ensueño seguiría un curso opuesto.

Por medio de la práctica, mi capacidad de parar o de intentar mis viajes al reino de los seres inorgánicos se volvió extraordinariamente aguda, y esto trajo consigo un control más profundo de mi atención de ensueño. Poder parar o intentar mis viajes cuando se me antojara me volvió más osado.

-Tu confianza es aterradora -fue el comentario que hizo don Juan, cuando le conté acerca de los nuevos aspectos de mi control sobre la atención de ensueño.

-¿Por qué aterradora? -pregunté-. Yo estaba verdaderamente convencido del valor práctico de lo que había descubierto.

-Porque tu confianza es la confianza de un tonto -dijo-. Te voy a contar una historia de brujos, a propósito de esto. Yo no fui testigo de ella, pero el maestro de mi maestro, el nagual Elías, sí.

Don Juan dijo que el nagual Elías y el amor de su vida, una bruja llamada Amalia, se perdieron en su juventud, en el reino de los seres inorgánicos.

Nunca había oído a don Juan hablar acerca de brujos que fueran el amor de la vida de nadie. Me sorprendió tanto que inmediatamente le eché en cara su inconsistencia.

-No es inconsistencia. Es que siempre he rehusado contarte historias del afecto de brujos -dijo-. Has estado tan sobresaturado de amor toda tu vida que quería darte un respiro.

"Bueno, el nagual Elías y el amor de su vida, la bruja Amalia, se perdieron en el reino de los seres inorgánicos -prosiguió don Juan-. Ellos no se fueron allí en ensueño, sino en su conciencia diaria y con sus cuerpos.

-¿Cómo sucedió eso, don Juan?

-Su maestro, el nagual Rosendo, en práctica y temperamento, era como tú, muy parecido a los brujos antiguos, su intención era ayudar a Elías y a Amalia, pero en vez de eso, los empujó a cruzar unos límites funestos. Lo que quería hacer era aplicar las técnicas de los brujos antiguos, y conducir a sus dos discípulos a la segunda atención, pero lo que logró fue la desaparición de los dos jóvenes.

Don Juan dijo que era una historia muy larga y complicada, y que no cabía entrar en detalles, solamente me iba a contar cómo se perdieron en ese mundo. Dijo que el error en el cálculo del nagual Rosendo fue asumir que, los seres inorgánicos no estaban en lo absoluto interesados en las mujeres. Su razonamiento se basaba en la certeza que tienen los brujos de que el universo, en su totalidad, es marcadamente femenino, y que lo masculino, al ser una ramificación de los, femenino, es escaso; por lo tanto, codiciado.

Don Juan comentó que quizá la escasez de lo masculino es la razón del injustificado dominio de los hombres en nuestro planeta. Yo quería seguir con ese tema, pero él continuó con su historia; dijo que el plan del nagual Rosendo era instruir a Elías y a Amalia exclusivamente en la segunda atención. Y para efectuar su plan, usó la técnica prescrita por los brujos antiguos. Durante el ensueño, aisló a un explorador, y manifestó en voz alta su intento de que el explorador transportara a sus discípulos a la segunda atención. Expresar en voz alta un intento de tal naturaleza es un mandato que un explorador no puede desoír. Teóricamente para una energía tan poderosa como un explorador, desplazar los puntos de encaje de Elías y Amalia a la posición apropiada no requería mucho esfuerzo. Lo que no consideró el nagual Rosendo fue la malicia de los seres inorgánicos. El explorador desplazó el punto de encaje de sus discípulos, pero los desplazó a una posición desde la cual era muy fácil transportarlos corporalmente a su reino.

-¿Es esto posible, don Juan? ¿Ser transportado corporalmente?

-Sí, es enteramente posible. Somos ener-

gía, y esa energía se mantiene en una forma y posición específicas debido a la fijación del punto de encaje en su sitio habitual. Si esa ubicación cambia, la posición de nuestra energía cambia de acuerdo a ese cambio de ubicación. Todo lo que los seres inorgánicos tienen que hacer es desplazar el punto de encaje a la posición correcta, y salimos disparados como una bala, con sombrero, zapatos, y todo lo demás.

-¿Puede esto ocurrirle a cualquiera de nosotros?

-Exactamente. Especialmente si nuestra suma energética es considerable. Obviamente, la suma de la energía de Elías y Amalia juntos era algo que los seres inorgánicos no podían desechar. Confiar en los seres inorgánicos es absurdo. Ellos tienen su propio ritmo, y ese ritmo no es humano.

Le pregunté a don Juan qué fue exactamente lo que el nagual Rosendo hizo para mandar a sus discípulos a ese mundo. Sabía que hacer esta pregunta era una estupidez de mi parte. Me sorprendí cuando respondió.

-Los pasos son la simpleza misma -dijo-. Puso a sus discípulos dentro de un espacio muy reducido; algo así como un armario. Luego se puso a ensoñar, y mandó venir a un explorador del reino de los seres inorgánicos manifestando en voz alta su intento de llamarlo. Después expresó en voz alta su intento de ofrecerle a sus discípulos.

"Naturalmente, el explorador los aceptó como un regalo y se los llevó consigo en un momento de descuido, cuando ellos estaban haciendo el amor, dentro del armario. Cuando el nagual fue a buscarlos, se habían esfumado.

Don Juan explicó que hacer regalos de gente a los seres inorgánicos era precisamente lo que los brujos antiguos solían hacer con sus discípulos. El nagual Rosendo no quería de ninguna manera hacer eso; lo ofuscó la absurda creencia de que los seres inorgánicos estaban bajo su control.

-Las maniobras de los brujos son mortales -continuó-. Te suplico que seas de lo más cauteloso. No dejes que te enceguezca la estúpida sensación de confianza en ti mismo.

-¿Qué fue lo que les pasó finalmente al nagual Elías y a Amalia? -pregunté.

-El nagual Rosendo tuvo que ir corporalmente a buscarlos a ese mundo -contestó.

-¿Los encontró?

-Si, después de luchas indescriptibles. Pero no pudo sacarlos del todo. Así que fueron siempre semiprisioneros de ese reino.

-¿Los conoció usted, don Juan?

-Por supuesto que los conocí, y te puedo asegurar que eran sobremanera extraños.

VI. EL MUNDO DE LAS SOMBRAS

-Tienes que ser muy pero muy cuidadoso, porque estás a punto de caer en manos de los seres inorgánicos -me dijo don Juan inesperadamente; estábamos hablando de algo que no tenía relación con el ensueño. Su aseveración me tomó por sorpresa. Como siempre, traté de defenderme.

-No tiene usted que prevenirme, soy bastante cuidadoso -le aseguré.

-Los seres inorgánicos están tramando algo -dijo-. Lo siento en los huesos, y no me puedo consolar diciendo que tienden trampas al principio, y que de esta manera, los ensoñadores que no valen la pena son efectiva y permanentemente descartados.

El tono de su voz era tan urgente que me sentí obligado a asegurarle inmediatamente que no iba a caer en ninguna trampa.

-Debes considerar muy seriamente que los seres inorgánicos tienen extraordinarios medios a su disposición -prosiguió-. Su conciencia de ser es espléndida. En comparación, nosotros somos unos niños; niños con muchísima energía, la cual, por cierto, los seres inorgánicos codician sin medida.

Le quería decir, pero no lo hice, que en un nivel abstracto, había comprendido lo que me decía, y su preocupación al respecto, pero que en un plano concreto, no podía

ver la razón de su advertencia, ya que yo tenía control de mis prácticas de ensueño.
Pasaron varios minutos de incómodo silencio, antes de que don Juan volviera a hablar. Cambió de tema y dijo que me debía hacer notar un aspecto muy importante de su instrucción sobre el ensueño; un aspecto que hasta ahora yo había ignorado.
-Ya has entendido que las compuertas del ensueño son obstáculos específicos -dijo-, pero lo que no has comprendido todavía es que el ejercicio para alcanzar y cruzar una compuerta no es realmente lo que permite alcanzar y cruzar dicha compuerta.
-Esto no me es claro en absoluto, don Juan.
-Lo que quiero decir es que no es verdad afirmar, por ejemplo, que la segunda compuerta se alcanza y se cruza cuando el ensoñador aprende a despertarse en otro sueño, o cuando el ensoñador aprende a cambiar de ensueños sin despertarse en el mundo de la vida diaria.
-A ver, ¿cómo es esto, don Juan?
-La segunda compuerta del ensueño no se alcanza ni se cruza, hasta que el ensoñador aprende a aislar y a seguir a los exploradores.
-¿Por qué entonces la tarea de cambiar de sueños?
-Despertarse en otro sueño, o cambiar de sueños, es el procedimiento que los brujos antiguos idearon para ejercitar la capacidad del ensoñador de aislar y seguir a un explorador.
Don Juan me aseguró que la habilidad de seguir a un explorador era un gran logro, y que cuando los ensoñadores eran capaces de llevarlo a cabo, la segunda compuerta se abría de golpe, y el universo que existe detrás de ella se tornaba accesible para ellos. Dijo que ese universo está ahí todo el tiempo, pero que no podemos entrar en él, por falta de destreza energética; que la segunda compuerta del ensueño es la entrada al mundo de los seres inorgánicos; y que el ensueño es la llave que abre esa compuerta.
-¿Puede un ensoñador aislar a un explorador directamente, sin tener que pasar por el procedimiento de cambiar sueños? -pregunté.
-No, no hay cómo -dijo-. El procedimiento es esencial. Lo correcto sería preguntar si ese procedimiento es el único que existe. O ¿puede un ensoñador seguir otro?
Don Juan me miró inquisitivamente. Parecía como si realmente esperara que yo contestara la pregunta.
-Es demasiado difícil idear un procedimiento tan complejo como el que los brujos antiguos diseñaron -dije sin saber por qué, pero con una autoridad irrefutable.
Don Juan admitió que yo estaba en lo cierto, y dijo que los brujos antiguos diseñaron una serie de procedimientos perfectos para alcanzar y atravesar las compuertas del ensueño y entrar a mundos específicos que existen detrás de cada compuerta. Reiteró que al ser el ensueño una invención de los brujos antiguos tiene que realizarse bajo sus reglas. Describió la regla de la segunda compuerta como una cadena de tres eslabones: uno, por medio de la práctica de cambiar sueños, los ensoñadores descubren a los exploradores; dos, al seguir a los exploradores entran en otro mundo real; y tres, a través de sus acciones en ese universo, los ensoñadores descubren por si mismos las leyes y regulaciones naturales que rigen y afectan a ese mundo.
Don Juan dijo que en mis tratos con los seres inorgánicos había yo seguido la regla tan al pie de la letra, que temía devastadoras consecuencias, como la inevitable reacción de los seres inorgánicos de intentar mantenerme en su mundo.
-¿No cree que exagera, don Juan? -pregunté.
No podía creer que la perspectiva fuera tan sombría como la pintaba.
-No exagero en lo mínimo -dijo en un tono seco y serio-. Ya verás. Los seres inorgánicos no dejan ir a nadie; no sin una verdadera contienda.
-¿Pero qué le hace pensar que ellos desean retenerme?
-Te han enseñado ya demasiadas cosas. ¿De verdad crees que se están tomando todas estas molestias simplemente para entretenerse?
Don Juan se rió de su propia observación.

No me pareció graciosa. Un miedo extraño me hizo preguntarle si creía que debería interrumpir o hasta descontinuar mis prácticas de ensueño.
-Tienes que continuar ensoñando hasta que hayas atravesado el universo que está detrás de la segunda compuerta -dijo-. Quiero decir que tienes que aceptar o rechazar la atracción de los seres inorgánicos, por tu cuenta, sin ayuda de nadie. Es por eso que me mantengo apartado y casi nunca hago comentarios sobre tus prácticas de ensueño.
"Me vi obligado a enseñarte a ensoñar -continuó-, únicamente porque ese es el patrón establecido por los brujos antiguos. El camino del ensueño está repleto de trampas, y el evitar esas trampas o el caer en ellas es un asunto individual y personal de cada ensoñador, que no se puede discutir, porque es un asunto final.
-¿Son esas trampas el sucumbir a la adulación o a las promesas de poder? -pregunté.
-No solamente sucumbir a eso, no admitir a cualquier cosa que los seres inorgánicos ofrezcan. Lo ideal sería que los brujos no acepten nada de lo que ellos ofrecen, más allá de cierto punto.
-¿Y cuál es ese punto, don Juan?
-Ese punto depende de nosotros como individuos. El reto para cada uno de nosotros es tomar de ese mundo únicamente lo que es necesario y nada más. El saber qué es lo necesario es la virtud de los brujos; pero tomar únicamente lo que es necesario es su mayor triunfo. No lograr entender esta simple regla es la manera más segura de caerse de cabeza en una trampa.
-¿Qué pasa si uno se cae, don Juan?
-Si te caes, pagas el precio, y el precio depende de las circunstancias y de la profundidad de la caída. Pero realmente no hay forma de hablar sobre una eventualidad de ese tipo, ya que no estamos encarando un problema de castigo. Lo que está en juego aquí son corrientes energéticas que crean circunstancias más terribles que la muerte. En el camino de los brujos todo es cuestión de vida o muerte, pero en el camino del ensueño esto se incrementa cien veces.
Le aseguré otra vez a don Juan que siempre tenía mucho cuidado en mis prácticas de ensueño, y que era extremadamente disciplinado y escrupuloso.
-Sé que lo eres -dijo-. Pero quiero que seas aún más disciplinado y que trates con cautela todo lo relacionado al ensueño. Ante todo, estáte atento. No puedo predecir por dónde va a venir el ataque.
-¿Está usted viendo como vidente peligro inminente para mí don Juan?
-He visto peligro inminente para ti desde el día en que caminaste en esa ciudad misteriosa, la primera vez que te ayudé a alcanzar tu cuerpo energético.
-¿Pero sabe usted específicamente qué es lo que debo de hacer y qué es lo que debo de evitar?
-No, no lo sé. Solamente sé que el universo que está detrás de la segunda compuerta es el más cercano al nuestro; y el nuestro es bastante artificioso y despiadado. Los dos no pueden ser tan diferentes.
"El universo de los seres inorgánicos está siempre listo a atacar -prosiguió-. Pero también lo está nuestro propio universo. Por ello es que tienes que ir a ese reino exactamente como si te aventuraras en una zona de guerra.
-¿Quiere usted decir, don Juan, que los ensoñadores siempre deben tener miedo de ese mundo?
-No, no quiero decir eso. Una vez que el ensoñador atraviesa el mundo que está detrás de la segunda compuerta, o una vez que el ensoñador se rehusa a considerarlo como una opción viable, se acaban los dolores de cabeza.
Don Juan afirmó que sólo entonces los ensoñadores pueden continuar. Yo no estaba seguro de lo que esto significaba; me explicó que el mundo detrás de la segunda compuerta es tan poderoso y agresivo, que sirve como una barrera natural o un campo de prueba, donde se vuelven obvias las debilidades de los ensoñadores. Si las vencen pueden proseguir a la siguiente compuerta; si no, se quedan prisioneros para siempre en ese universo.

Mi ansiedad me sofocaba, pero por más que traté de persuadirlo, eso fue todo lo que dijo al respecto. Cuando me fui a casa, continué con sumo cuidado mis viajes al reino de los seres inorgánicos. Mi cuidado únicamente incrementó el gozo que sentía en esos viajes. Llegué hasta el punto de que sólo el hecho de contemplar el reino de los seres inorgánicos era suficiente para producirme un júbilo imposible de describir. Temía que mi deleite se acabara tarde o temprano, pero algo inesperado lo hizo aún más intenso.

En una ocasión, un explorador me guió rudamente por innumerables túneles, como si estuviera buscando algo, o tratando de extraer mi energía hasta dejarme exhausto. Cuando finalmente se detuvo, parecía que estábamos en las afueras de ese mundo, y yo me sentía como si hubiera corrido un maratón. No había más túneles, solamente oscuridad. De pronto algo iluminó el área frente a mi; la luz provenía de una fuente indirecta; una luz mortecina que tornaba todo gris o pardusco. Cuando me acostumbré a ella, distinguí vagamente unas formas oscuras moviéndose. Después de un momento, me pareció que el enfocar mi atención de ensueño en esas formas movedizas las volvía sustanciales. Diferencié tres tipos distintos: unas eran redondas, como pelotas; otras como campanas; y otras, como ondulantes llamas de vela, pero gigantescas. Todas eran básicamente redondas y del mismo tamaño. Se me ocurrió que tenían entre un metro o metro y medio de diámetro. Había cientos o quizá miles de ellas.

Sabía que estaba experimentando una visión sofisticada y extraña; y sin embargo esas formas eran tan reales que me sentí verdaderamente asqueado. Tuve la nauseabunda sensación de estar en un nido de gusanos gigantes, grises y parduscos. Aunque el estar flotando encima de ellos me hacia sentir de alguna manera más seguro, descarté esa sensación inmediatamente al darme cuenta de que era estúpido sentirme asqueado, como si mi ensueño fuera una situación de la vida real. Pero luego, al ver cómo se retorcían esas formas con apariencia de gusanos, empece de nuevo a sentirme inquieto ante la idea de que estaban a punto de tocarme.

-Somos la unidad móvil de nuestro mundo -dijo de repente la voz del emisario-. No tengas miedo. Somos energía, y te aseguro que ni se nos ocurre tocarte. De todas maneras sería imposible. Estamos separados por verdaderos linderos.

Después de una larga pausa, la voz añadió:

-Queremos que te unas a nosotros. Baja adonde estamos. Y no tengas asco. Los exploradores no te asquean y yo tampoco. Los exploradores y yo somos exactamente como los otros. Yo tengo forma de campana, y los explotadores tienen forma de llamas de vela.

Esa última aseveración fue un tipo de palabra clave para mi cuerpo energético. Al escucharla, mi asco y mi miedo se esfumaron. Descendí a su nivel, y las bolas, las campanas y las llamas me rodearon. Se me acercaron tanto, que si hubiese tenido cuerpo físico, me hubieran tocado. Pero en vez de eso, pasaron a través de mí y yo pasé a través de ellas como soplos de aire encapsulados, creando una increíble sensación. Aunque no sentía nada con mi cuerpo energético, sentía y registraba el más insólito cosquilleo en alguna otra parte de mí; cosas suaves como esponjas de aire me atravesaban, pero no ahí donde yo estaba. La sensación fue rápida y vaga, y no me dio tiempo de captarla completamente. En lugar de enfocar mi atención de ensueño en ella, me quedé totalmente absorto observando esos enormes gusanos de energía.

En el nivel en el que nos encontrábamos, había un vínculo entre esas entidades y yo: el tamaño. Quizá fue porque me parecían ser del mismo tamaño que mi cuerpo energético que me sentía casi cómodo con ellos. Al examinarlos, llegué a la conclusión de que realmente no me molestaban tanto. Eran entidades impersonales, frías, desapegadas; y eso me gustaba inmensamente. Me pregunté si el hecho de sentir

en un momento aversión por ellos y atracción en el siguiente, sería una consecuencia natural del ensueño, o producto de una influencia energética que esas entidades ejercían sobre mí.
-Son muy simpáticos -le dije al emisario, al instante que me sentí abrumado por una profunda oleada de amistad o hasta de afecto por ellos.
Tan pronto como expresé lo que pensaba, las oscuras formas se escabulleron, como si fueran abultados conejillos de Indias, dejándome solo en la semioscuridad.
-Proyectaste demasiado sentimiento y los asustaste -dijo la voz del emisario-. Sentir es algo demasiado difícil para ellos; o para mí. -El emisario se rió, y a mí se me ocurrió que lo hizo con verdadera timidez.
Mi sesión de ensueño terminó ahí. Al despertarme mi primera reacción fue empacar mi maleta para ir a México a ver a don Juan. Pero un acontecimiento inesperado en mi vida personal hizo imposible el viaje, a pesar de mis frenéticas preparaciones. La ansiedad, resultado de ese retraso fue tal, que interrumpió por completo mis prácticas de ensueño. No traté de pararlas voluntaria y conscientemente, sino que el influjo de este ensueño en especial fue tan poderoso que al no poder relatárselo a don Juan, no tuvo ningún sentido para mí el continuar ensoñando.
Después de una interrupción de más de medio año, empecé a sentirme muy desconcertado. No tenía la menor idea de que mis sentimientos detendrían mis prácticas. Me pregunté entonces si mi solo deseo de reanudarlas sería suficiente para restablecerlas. Sí lo fue. Una vez que formulé el pensamiento de volver a ensoñar, mis prácticas continuaron como si nunca hubieran sido interrumpidas. El explorador reasumió su guía, y me condujo directamente a la misma visión de mi última sesión.
-Este es el mundo de las sombras -dijo la voz del emisario, tan pronto como estuve allí-. Pero aun cuando somos sombras, impartimos luz. No somos únicamente móviles, también somos la luz de los túneles. Somos otra clase de seres inorgánicos que existen aquí. Hay tres clases: una es como un túnel inmóvil, la otra es como una sombra con movilidad. Nosotros somos las sombras con movilidad. Los túneles nos dan su energía y nosotros cumplimos sus mandatos.
El emisario paró de hablar. Sentí que estaba esperando que le preguntara acerca de la tercera clase de seres inorgánicos. También sentí que el emisario no me lo diría a menos que lo preguntase.
-¿Cuál es la tercera clase de seres inorgánicos? -dije.
El emisario tosió y se rió entre dientes. Me pareció como si gozara el hacerme preguntarle.
-Oh, ese es nuestro aspecto más misterioso -dijo-. La tercera clase se les revela a nuestros visitantes sólo cuando escogen quedarse con nosotros.
-¿Por qué es eso? -pregunté.
-Porque se requiere de mucha energía para verlos -contestó el emisario-. Y nosotros somos los que tendríamos que proveer esa energía.
Sentí que el emisario me decía la verdad. También sentí un horrendo peligro latente; no obstante, estaba yo poseído por una curiosidad sin límites. Quería ver a esa tercera clase.
El emisario pareció darse cuenta de lo que sentía.
-¿Te gustaría verlos? -preguntó casualmente.
-Seguro que sí -dije.
-Todo lo que tienes que hacer es decir en voz alta que te quieres quedar con nosotros -dijo el emisario con un tono indiferente.
-Pero si digo eso, me tengo que quedar aquí ¿no es cierto? -pregunté.
-Naturalmente -dijo el emisario con suma convicción-. Todo lo que digas en voz alta en este mundo es para siempre.
No pude pasar por alto la idea de que si el emisario hubiese querido tenderme una trampa para que me quedase, todo lo que tenía que hacer era mentirme. Yo no hubiera notado la diferencia.

-No te puedo mentir, porque la mentira no existe -dijo el emisario entremetiéndose en mis pensamientos-. Te puedo hablar acerca de lo que existe. En mi mundo, lo que existe es el intento; detrás de una mentira no hay intento, por lo tanto no tiene existencia.

Quería discutir que aun detrás de las mentiras había intento. Antes de que pudiera decirlo, el emisario me aseguró que había intención detrás de las mentiras, pero que intención no es lo mismo que intento.

Fallé en mantener mi atención de ensueño enfocada en la discusión que el emisario estaba planteando. La enfoqué en los seres sombra. Tenían la apariencia de una manada de extraños animales con aspecto de niños. La voz del emisario me previno que mantuviera mi emoción bajo control, ya que sus repentinos estallidos tenían la capacidad de hacer que los seres sombra se dispersaran, como una bandada de pájaros.

-¿Qué quieres que haga? -pregunté.

-Baja aquí junto con nosotros, y trata de empujarnos o jalarnos -la voz del emisario dijo con tono de urgencia-. Cuanto más pronto aprendas a hacer esto, más pronto podrás mover cosas en tu mundo con el solo hecho de mirarlas.

Mi mentalidad de comerciante enloqueció con anticipación. Me encontré instantáneamente entre ellos, tratando desesperadamente de empujarlos o jalarlos. En un momento, agoté completamente mi energía, y sólo me quedó la impresión de haber hecho algo equivalente a tratar de levantar una casa con la fuerza de mis dientes.

Otra impresión que me quedó fue que mientras más me esforzaba, mayor era el número de sombras. Era como si vinieran de todos los rincones para observarme, o para alimentarse de mí. En el instante en que se me ocurrió ese pensamiento, las sombras se escabulleron una vez más.

-No nos estamos alimentando de ti -dijo el emisario-. Todos venimos a sentir tu energía; muy similar a lo que tú haces con la luz del sol en un día de frío.

El emisario me aconsejó que me abriera a ellos, cancelando mis sospechosos pensamientos. Oí la voz, y al escuchar lo que decía, me di cuenta de que estaba oyendo, y pensando exactamente como lo hago en mi mundo cotidiano. Giré lentamente para ver a mi alrededor. Usando la claridad de mi percepción como medida, concluí que estaba en un mundo real.

La voz del emisario sonó en mis oídos. Dijo que la única diferencia entre percibir mi mundo y percibir el suyo era que percibir su mundo comenzaba y terminaba para mi en un abrir y cerrar de ojos, mientras que percibir el mío no; porque mi conciencia estaba fija en mi mundo junto con la conciencia de un inmenso número de seres como yo, quienes lo mantenían en su lugar con su intento. El emisario añadió que para los seres inorgánicos percibir mi mundo comenzaba y terminaba de la misma forma: en un abrir y cerrar de ojos, pero que percibir su mundo no, ya que había un inmenso número de ellos que lo mantenían en su lugar con su intento.

La escena empezó a disolverse. En ese instante, yo era como un buzo y despertar de ese mundo era como nadar hacia arriba para alcanzar la superficie.

En la siguiente sesión, el emisario comenzó su diálogo conmigo exponiendo nuevamente que existía una relación totalmente coordinada y coactiva entre los túneles y las sombras móviles. Terminó diciendo:

-No podemos existir los unos sin los otros.

-Entiendo lo que quieres decir -dije.

Noté un tono desdeñoso en la voz del emisario cuando replicó que no había manera de que yo pudiera entender lo que significaba estar relacionado de esa forma; que tal relación era infinitamente más que una de mutua dependencia. Mi intención era pedirle que expandiera su explicación, pero en el instante siguiente me encontraba adentro de lo que solamente puedo describir como el tejido de un túnel. Vi unas protuberancias de aspecto glandular grotescamente chisporroteantes que emitían una luz opaca. Cruzó por mi mente el pensamiento de que esas eran las entidades sombra y las protuberancias parecidas al

Braille. Considerando que estas eran masas energéticas de metro o metro y medio de diámetro, me pregunté cuál sería el verdadero tamaño de esos túneles.
-El tamaño aquí no es como el tamaño en tu mundo -dijo el emisario-. La energía de este mundo es una clase diferente de energía; sus características no coinciden con las características de la energía de tu mundo, sin embargo, este mundo es tan real como el tuyo.
El emisario añadió que me había dicho todo acerca de los seres sombra, al explicar y describir las protuberancias de las paredes de los túneles. Repliqué que no había prestado atención a sus explicaciones, ya que creí que no estaban directamente relacionadas con el ensueño.
-En este reino, todo está relacionado con el ensueño -afirmó el emisario.
Quería pensar en la razón de mi equivocación, pero mi mente se puso en blanco. Mi atención de ensueño estaba debilitándose. Me era difícil enfocarla; me preparé para despertarme. El emisario habló nuevamente, y el sonido de su voz me reforzó. Mi atención de ensueño se avivó considerablemente.
-El ensueño es el vehículo que trae a los ensoñadores a este mundo -dijo el emisario-, y todo lo que los brujos saben acerca del ensueño se lo enseñamos nosotros. Nuestro mundo está conectado al tuyo por una puerta llamada sueños. Nosotros sabemos cómo cruzar esa puerta, pero los hombres no. Para cruzarla, tienen que aprender cómo hacerlo.
La voz del emisario continuó explicándome lo que yo ya sabía.
-Las protuberancias en las paredes de los túneles son seres sombra -dijo-. Yo soy uno de ellos. Nos movemos dentro de los túneles, en sus paredes, cargándonos con la energía de los túneles, la cual es nuestra energía.
El pensamiento de que el emisario estaba en lo cierto cruzó mi mente: realmente yo era incapaz de concebir una relación simbiótica tal como la que estaba presenciando.
-Si te quedaras entre nosotros, llegarías a sentir lo que es estar conectado como nosotros estamos conectados -dijo el emisario.
Definitivamente el emisario parecía estar esperando que le respondiera. Presentí que lo que realmente quería era mi declaración de que había decidido quedarme con ellos.
-¿Cuántos seres sombra hay en cada túnel? -pregunté para cambiar el tema, de lo cual me arrepentí inmediatamente, ya que el emisario empezó a darme una descripción detallada sobre los números y las funciones de los seres sombra en cada túnel.
Dijo que cada túnel tenía un número especifico de entidades sombra, las cuales llevaban a cabo funciones específicas relacionadas con las necesidades y expectativas de los túneles que las sustentaban.
No quería que el emisario me diera más detalles. Razoné que mientras menos supiera acerca de los túneles y los seres sombra mejor sería para mí. El emisario paró de hablar en el instante en que formulé ese pensamiento, y mi cuerpo energético se sacudió repentinamente como si hubiera sido tirado por un cable. Al momento siguiente, me encontraba totalmente despierto en mi cama.
De ahí en adelante, todos los miedos que pudieron interrumpir mis prácticas se esfumaron. La idea que empezó a regirme era el haber encontrado la fuente de una inigualable excitación. Todos los días esperaba ansiosamente empezar a ensoñar y a que el explorador me llevara al mundo de las sombras. La atracción aumentó exorbitantemente cuando el realismo de mis visiones del mundo de las sombras se acentuó aún más. Juzgando por el criterio subjetivo de pensamientos ordenados, ordenada percepción visual y auditiva, y ordenadas respuestas, tanto del emisario como de las mías, mis experiencias eran tan reales como cualquier situación en nuestro mundo cotidiano es real. Nunca hubiera concebido experiencias perceptuales donde la única diferencia entre mis visiones y mi mundo diario era la veloci-

dad con la que mis visiones terminaban; perduraban inalteradas por un periodo indefinido, situándome en un mundo real y extraño, y luego en un instante me encontraba en mi cama.

Deseaba de manera vehemente escuchar las explicaciones y comentarios de don Juan, pero aún me hallaba aprisionado por mis circunstancias en Los Angeles. Mientras más aguda se volvía mi necesidad de hablar con don Juan, mayor era mi ansiedad; hasta empecé a sentir que algo se estaba tramando, y a gran velocidad, en el reino de los seres inorgánicos.

A pesar de que mi mente continuaba absorta, contemplando el mundo de las sombras, al aumentar mi ansiedad, mi cuerpo entró en un estado de profundo terror. Para empeorar las cosas, la voz del emisario se introdujo en mi conciencia cotidiana. Un día, mientras estaba en clase en la universidad, la escuché diciéndome una y otra vez, que cualquier intento de mi parte para dar por terminadas mis prácticas de ensueño, sería pernicioso para mis propósitos totales. Argumentó que los guerreros no huyen de un reto, y que yo no tenía ningún motivo válido para descontinuar mis prácticas de ensueño. Estuve completamente de acuerdo con el emisario. No tenía intención alguna de parar nada y la voz no estaba más que reafirmando lo que yo sentía.

Pero no solamente el emisario cambió; un nuevo explorador apareció en escena. En una ocasión, antes de que hubiera empezado mi rutina de examinar los objetos de mis sueños, un explorador literalmente saltó enfrente de mí y capturó agresivamente mi atención de ensueño. La notable característica de este explorador fue que no tuvo necesidad de pasar por la usual metamorfosis energética: fue una masa de energía desde el principio. En fragmentos de segundo, sin tener que expresar en voz alta mi intento de ir con él, me transportó a otra parte del reino de los seres inorgánicos: al mundo de los tigres con dientes de sable.

En mis otros trabajos he descrito vislumbres de esas visiones. Digo vislumbres, porque en ese entonces me faltaba energía para traducir esas visiones en algo comprensible para mi mente lineal.

Mis visiones de los tigres con dientes de sable ocurrieron regularmente por un largo periodo, hasta una noche en la que un explorador, sin esperar que se lo pidiera, me transportó a los túneles.

Inmediatamente empezó su prédica de vendedor; fue la más larga y elocuente de todas las que había escuchado hasta entonces. Me habló de las extraordinarias ventajas del mundo de los seres inorgánicos. Habló de adquirir conocimiento de inimaginable naturaleza; y de adquirirlo por el simple hecho de quedarse a vivir en esos túneles. Habló de una increíble movilidad; de tener infinito tiempo para buscar y encontrar lo que uno quisiera, y por encima de todo, habló del incalculable placer de ser consentido y mimado por sirvientes cósmicos que complacerían todo capricho.

-Seres conscientes de todos los rincones del cosmos se quedan aquí con nosotros -dijo el emisario, terminando su discurso-. Y les encanta quedarse aquí con nosotros; de hecho, nadie se quiere ir.

El pensamiento que tuve en ese momento fue que la servidumbre era definitivamente antitética a mí. Nunca me había sentido cómodo con sirvientes o siendo servido.

El explorador me hizo luego volar por muchos túneles. Se detuvo en uno que parecía de alguna manera más grande que los otros. Mi atención de ensueño fue cautivada por el tamaño y la configuración de ese túnel; y se hubiera quedado ahí, si algo no me hubiera hecho voltear. Mi atención de ensueño se enfocó entonces en una masa de energía un poco más grande que las entidades sombra. Era azul, como el color azul en el centro de la llama de una vela. Estaba completamente seguro de que esta configuración energética no era una entidad sombra y que no procedía de ese lugar.

Me quedé absorto viéndola. El explorador me hizo una señal para partir, pero algo

me tornaba insensible a sus señales. Me quedé inquietamente donde estaba. De todas maneras, la señal del explorador rompió mi concentración y perdí de vista a la forma azul.

De repente, una considerable fuerza me hizo girar y de nuevo enfrentarme a ella. Al observarla fijamente, se convirtió en la figura de una persona; muy pequeña, delgada, delicada y casi transparente. Traté desesperadamente de determinar si era un hombre o una mujer, pero por más que me esforcé no pude.

Mi tentativa de hablar con el emisario falló. El explorador se fue abruptamente, dejándome solo, suspendido en ese túnel frente a una persona desconocida. Traté de hablar con ella, de la misma forma en la que hablaba con el emisario. No obtuve respuesta. Sentí una oleada de frustración al no poder romper la barrera que nos separaba, y miedo de estar solo con alguien que podría ser un enemigo.

Tuve una variedad de reacciones provocadas por la presencia de ese desconocido, hasta júbilo; sospeché que al fin el explorador me había puesto al frente de un ser humano atrapado en ese mundo. Me desesperaba la posibilidad de que no fuéramos capaces de comunicarnos, quizá porque ese desconocido era uno de los brujos de la antigüedad y pertenecía a otro tiempo diferente al mío.

Mientras más intensos eran mi júbilo y mi curiosidad, más pesado me volvía, hasta un momento en el que fui tan sólido que me encontré de regreso en mi cuerpo y de regreso en el mundo. Me encontré en Los Angeles, en un parque cerca de la Universidad de California. Estaba parado en el césped, justo en la línea de gente jugando golf.

El desconocido que me enfrentaba también se había solidificado con la misma velocidad. Nos miramos el uno al otro por un instante fugaz. Era una niña de seis o siete años. Pensé que la conocía. Al verla, mi júbilo y mi curiosidad crecieron tan fuera de proporción que provocaron una inversión. Perdí solidez tan rápidamente que en el siguiente instante era una vez más una masa de energía en el reino de los seres inorgánicos. El explorador regresó por mi y me sacó de ahí apresuradamente.

Desperté con una sacudida de miedo. En el proceso de emerger al mundo cotidiano, se me había colado un fragmento de mensaje. Casi enloquecí tratando de deducir lo que era. Me pasé más de cuarenta y ocho horas continuas e infructuosas empeñado en consolidar una sensación oculta que se me había pegado. Lo único que logré fue percibir una fuerza que parecía estar afuera de mi y que parecía decirme que no confiara en mis ensueños.

Después de pocos días, una misteriosa certeza empezó a apoderarse de mi; creció gradualmente hasta que no dudé en absoluto de su autenticidad: la masa azul de energía era un prisionero en el mundo de los seres inorgánicos.

Necesitaba el consejo de don Juan más desesperadamente que nunca. A pesar de que desperdiciaría años enteros de trabajo, dejé todo lo que estaba haciendo y me fui a México.

-¿Qué es lo que realmente quieres? -me preguntó don Juan, a fin de contener mis histéricos balbuceos.

No le pude explicar lo que quería porque ni yo mismo lo sabía.

-Tu problema debe ser muy serio para que te haya hecho correr de esta manera -dijo don Juan con expresión pensativa.

-Lo es, aun a pesar del hecho que no pueda explicar cuál es mi problema -dije.

Me pidió que le describiera mis prácticas de ensueño con todos los detalles que fueran pertinentes. Le conté sobre mi visión de la niñita, y cómo me había afectado en un nivel emocional. Me aconsejó instantáneamente olvidar ese evento y considerarlo como una evidente tentativa de los seres inorgánicos de complacer mis fantasías. Remarcó que si el ensueño se acentúa demasiado, se convierte en lo que era para los brujos antiguos: una fuente inagotable de vicios y caprichos.

Por una razón inexplicable, no le quise hablar a don Juan acerca del reino de las

entidades sombra, pero cuando descartó mi visión de la niñita, me sentí obligado a describirle mi visita a ese mundo. Se quedó en silencio por un largo rato, como si estuviera abrumado.
Cuando finalmente habló, me dijo:
-Estás más solo de lo que pensé, ya que no puedo discutir en lo más mínimo tus prácticas de ensueño. Te encuentras en la posición de los brujos antiguos. Lo único que puedo hacer es repetirte que debes ejercer todo el cuidado posible.
-¿Por qué dice usted que me encuentro en la posición de los brujos antiguos?
-Te he dicho muchísimas veces que tu manera de ser es peligrosamente parecida a la de los brujos antiguos. Eran seres muy capaces; su defecto era que se sentían en el reino de los seres inorgánicos como patos en el agua. Estás ahora tú en la misma situación. Sabes cosas de ese mundo que ninguno de nosotros puede siquiera imaginar. Por ejemplo, hasta este momento, yo nunca supe del reino de las sombras; ni tampoco lo supo al nagual Julián o el nagual Elías, a pesar de que él pasó un largo tiempo en el reino de los seres inorgánicos.
-¿Pero en qué puede afectarme conocer el mundo de las sombras?
-Te puede afectar en todo lo que haces. Los seres inorgánicos llevan a los ensoñadores ahí únicamente cuando están seguros de que se van a quedar en ese mundo. Sabemos esto por las historias de los brujos antiguos.
-Le aseguro don Juan que no tengo ninguna intención de quedarme ahí. Usted habla como si yo estuviera a punto de ser atraído por las promesas de halago o de poder. No estoy interesado en nada de eso; le doy mi palabra.
-A este nivel el asunto ya no es tan fácil. Has llegado más allá del punto en el que podrías simplemente dejar todo de lado. Además tuviste la mala suerte de forcejear con un ser inorgánico acuoso. ¿Te acuerdas cómo te revolcaste con él? ¿Y cómo lo sentiste? En aquella ocasión te dije que los seres inorgánicos acuosos eran los más cargosos. Son pegajosos y posesivos; y una vez que te ponen la mano, nunca te dejan.
-¿Qué significa esto en mi caso, don Juan?
-Significa que el ser inorgánico específico que está detrás de todas estas maniobras es el mismo que agarraste ese día fatal. Se ha familiarizado contigo a través de los años. Te conoce íntimamente.
Le comenté sinceramente a don Juan que la sola idea de que un ser inorgánico me conociera íntimamente me provocaba un tremendo desconcierto.
-Cuando los ensoñadores se dan cuenta de que los seres inorgánicos no son tan simpáticos como parecían al comienzo -dijo-, es generalmente demasiado tarde para ellos, porque para ese entonces, los seres inorgánicos ya se los metieron en la bolsa.
En lo profundo de mí sentía que don Juan estaba hablando abstractamente acerca de peligros que quizá existían teóricamente, pero no en la práctica. Yo estaba secretamente convencido de que no había ningún peligro.
-No voy a permitir de ninguna manera que los seres inorgánicos me desvíen, si es eso lo que está usted pensando -dije.
-Estoy pensando que te van a tender una trampa -dijo-, de la misma forma en que le tendieron una trampa al nagual Rosendo. Y ni siquiera vas a notar o sospechar que es trampa. Son refinados. Ahora hasta han inventado una niñita.
-Pero yo no tengo la menor duda de que esa niñita existe -insistí.
-No existe ninguna niñita -dijo abruptamente-. Esa masa de energía azulina es un explorador. Un explorador atrapado en el reino de los seres inorgánicos. Te he dicho que los seres inorgánicos son como pescadores; atraen y atrapan a la conciencia.
Don Juan dijo que creía, sin lugar a dudas, que la masa de energía azulina era de una dimensión completamente ajena a la nuestra; un explorador que se perdió y quedó atrapado como una mosca en una telaraña.
No apreció su analogía. Me preocupó de tal manera que sentí malestar físico. Le

mencioné esto a don Juan, y me confesó que mi preocupación por el explorador prisionero lo estaba haciendo sentirse casi desesperado.
-¿Por qué le molesta tanto, don Juan? -pregunté.
-Algo se está tramando en ese maldito mundo -dijo-. Y no me puedo figurar lo que es.
Mientras estuve en la casa de don Juan y sus compañeros, no soñé con el mundo de los seres inorgánicos. Como siempre, mi práctica de ensueño consistía en la rutina de enfocar mi atención de ensueño en los objetos de mis sueños o en cambiar de sueños. Diariamente, don Juan me hacía mirar fijamente nubes y picos de montañas lejanas para equilibrar mis inquietudes. Cada vez que lo hacía, mi sensación inmediata era la de estar al nivel de las nubes, o la sensación de que realmente estaba en los picos de las lejanas montañas.
-Estoy muy satisfecho, pero muy preocupado -dijo don Juan, comentando mi esfuerzo-. Estás aprendiendo maravillas y ni siquiera lo sabes. Y no quiero decir que soy yo el que te las enseña.
-Se refiere usted a los seres inorgánicos, ¿no es así?
-Sí, me refiero a ellos. Y ahora te recomiendo que no fijes tu mirada en nada; mirar fijamente es una técnica de los brujos antiguos. Eran capaces de alcanzar sus cuerpos energéticos en fracciones de segundo, sólo mirando fijamente objetos de su predilección. Una técnica muy impresionante, pero inservible para los brujos de ahora. No hace nada para aumentar nuestra sobriedad o nuestra capacidad de buscar la libertad. Lo único que hace es mantenernos fijos en lo concreto; un estado de lo más indeseable.
Don Juan añadió que a menos que me mantuviera en total control, cuando fusionara la segunda atención con la atención de mi vida cotidiana, me iba a convertir en un hombre aún más intolerable. Dijo que había una gran separación entre mi movilidad en la segunda atención y mi insistencia en permanecer inmóvil en mi conciencia del mundo cotidiano. Señaló que la separación era tan grande que en mi estado de conciencia diario yo era casi un idiota; y en la segunda atención era un lunático.
Antes de regresar a mi casa, me tomé la libertad de discutir mis visiones de ensueño del mundo de las sombras con Carol Tiggs, aunque don Juan me había recomendado no discutirlas con nadie. Puesto que ella era mi contraparte total, se interesó mucho en el tema y fue muy comprensiva. Don Juan estaba muy molesto conmigo por haber revelado mis problemas. Me sentí peor que nunca. Caí presa de la autocompasión y empecé a culparme de que siempre actuaba equivocadamente.
-Todavía no has hecho nada equivocado -me dijo don Juan rudamente-, pero espérate que ya lo harás.
¡Tenía razón! Al volver a casa, en mi primera sesión de ensueño, se me vino todo encima. Llegué al mundo de las sombras como lo había hecho en incontables ocasiones; lo diferente era la presencia de la forma de energía azul. Estaba entre los otros seres sombra. Imaginé que podría ser posible que la masa de energía azul hubiese estado ahí antes, y que yo no la hubiese notado. En cuanto la localicé ella atrapó sin más mi atención de ensueño. En un instante me encontré junto a ella. Las otras sombras se me acercaron como siempre, pero no les presté atención.
De repente, la forma azul dejó de ser redonda y se convirtió en la niñita que ya había visto antes. Estiró su largo y delicado cuello hacia un lado, y dijo en un susurro que apenas se podía escuchar, "¡ayúdame!". O dijo eso, o me imaginé que lo dijo. El resultado fue que me quedé congelado, galvanizado por un fuerte sentimiento de preocupación. Sentí un escalofrío, pero no en mi masa energética, sino en otra parte de mí. Esta fue la primera vez que estuve perfectamente consciente de que mi experiencia estaba totalmente separada de mis sensaciones. Estaba experimentando el mundo de las sombras, con todas las implicaciones normales de experimentar

algo: podía pensar, valorar, y tomar decisiones; tenía continuidad psicológica; en otras palabras, yo era yo mismo. Lo que me faltaba era mi ser sensorial. No tenía sensaciones corporales. Todo me llegaba por la vista y el oído. Mi razón tuvo entonces que considerar un extraño dilema: el escuchar y el ver no eran facultades físicas, sino cualidades de las visiones que tenía.

-Estás realmente viendo y oyendo -dijo la voz del emisario irrumpiendo en mis pensamientos-. Esa es la belleza de este mundo. Puedes experimentar todo viendo y oyendo sin tener que respirar. ¡Piensa en ello! ¡No tienes que respirar! Puedes ir a los confines del universo sin tener que respirar.

Sentí la más alarmante oleada de emoción, y una vez más, no la sentí ahí mismo en el mundo de las sombras. La sentí en otro lado. Me sentí extremadamente agitado por la obvia, aunque velada certeza, de que había una conexión viviente entre la parte de mí que estaba experimentando mi visión y una fuente de energía y sensaciones que estaba localizada en algún otro lado. Se me ocurrió que ese otro lado era mi cuerpo físico, el cual sin duda estaba dormido en mi cama.

En el instante en que tuve este pensamiento, los seres sombra se escabulleron, y lo único que quedó en mi campo de visión fue la niñita. La observé y me convencí de que la conocía. Parecía titubear como si estuviera a punto de desmayarse. Me inundó una ilimitada oleada de afecto por ella.

Le traté de hablar, pero no era capaz de emitir palabras. En ese momento se me hizo evidente que todos mis diálogos con el emisario se habían producido y llevado a cabo con la energía del emisario. Abandonado a mis propios recursos, era un incompetente. Lo que hice luego fue intentar dirigirle mis pensamientos. Fue inútil. Estábamos separados por una membrana de energía que yo no podía traspasar.

La niñita pareció entender mi desesperación y se comunicó conmigo a través de mis pensamientos. Me dijo esencialmente lo que don Juan ya me había dicho: que era un explorador atrapado en las telarañas de ese mundo. Después añadió que había adoptado la forma de niñita porque esa forma me era familiar y también le era familiar a ella; y que necesitaba tanto de mi ayuda como yo la de ella. Me dijo todo esto en un amasijo de sensaciones energéticas, era como si todas las palabras se me vinieran encima al mismo tiempo. Aunque esta era la primera vez que algo así me sucedía, no tuve ninguna dificultad en entender a esa niña.

No supe qué hacer. Le traté de transmitir mi sensación de incapacidad. Ella pareció entenderme instantáneamente. Me suplicó en silencio con una vehemente mirada. Hasta se sonrió como para dejarme saber que había puesto en mis manos la tarea de liberarla de sus cadenas. Cuando le contesté con mi pensamiento que no tenía absolutamente ninguna habilidad, me dio la impresión de estar sufriendo un ataque de desesperación.

Traté frenéticamente de hablarle. La niñita se puso a llorar, como una niña de su edad lloraría de desesperación y miedo. No pude soportar más. Traté de levantarla en vilo, pero no dio resultado. Mi masa energética pasó a través de ella. Mi idea era levantarla y llevarla conmigo.

Intenté realizar la misma maniobra una y otra vez hasta que quedé exhausto. Me detuve a considerar mi próximo paso. Tenía miedo de perderla de vista, una vez que mi atención de ensueño se debilitara. Dudaba que los seres inorgánicos me volvieran a llevar a esa parte de su reino. Me pareció que iba a ser mi última visita con ellos: la visita clave.

Hice entonces algo impensable. Antes de que mi atención de ensueño se esfumara, grité en voz alta y clara mi intento de fusionar mi energía con la energía de ese explorador prisionero y liberarlo.

VII. EL EXPLORADOR AZUL

Carol Tiggs estaba a mi lado, en un sueño absolutamente absurdo. Me hablaba, aunque no podía entender lo que decía. Don Juan también estaba en mi sueño, al igual que todos los miembros de su partida. Parecía como si estuvieran tratando de sacarme de un sitio neblinoso y amarillento. Después de un serio esfuerzo de su parte, durante el cual los perdía de vista y luego los volvía a ver, consiguieron sacarme de ese lugar. Ya que no podía concebir el sentido de lo que pasaba, finalmente deduje que era un sueño incoherente y normal.

Mi sorpresa fue total cuando me desperté y me di cuenta de que estaba en cama en la casa de don Juan en México. No me podía mover. No tenía pero ni un ápice de energía. No supe qué pensar al respecto, aunque inmediatamente me percaté de la gravedad de mi situación. Tenía la vaga sensación de que había perdido mi energía debido a la fatiga causada por el ensueño. No obstante, los compañeros de don Juan parecían estar extremadamente afectados por lo que me estaba sucediendo. Venían uno por uno a mi cuarto. Cada uno se quedaba por unos momentos en completo silencio, hasta que otro de ellos llegaba a reemplazarlo. Me pareció que tomaban turnos para cuidarme. Demasiado débil para pedirles una explicación de su comportamiento, los dejé hacer como quisieran.

Durante los días subsiguientes, me empecé a sentir mejor, y ellos comenzaron a hablarme de mi ensueño. Al principio, no supe qué querían de mí. Después, por el tenor de sus preguntas deduje que estaban obsesionados con los seres sombra. Todos ellos me dieron la impresión de estar asustados. Me decían más o menos las mismas cosas; insistían en que jamás habían estado en el mundo de las sombras. Algunos de ellos afirmaron que no sabían que existía. Sus afirmaciones y reacciones aumentaron mi confusión y mi temor.

No podían creer que los exploradores me hubieran transportado a ese mundo; no les cabía duda que yo había estado ahí, pero como no podían usar su experiencia personal para guiarse, no comprendían lo que yo estaba diciendo. Aun así, querían saber todo lo que yo les pudiera decir acerca de los seres sombra y de su reino. Los complací. Con la excepción de don Juan, todos se sentaban en mi cama a escuchar lo que yo dijera. No obstante, cada vez que los interrogaba acerca de mi situación, se escabullían, exactamente como los seres sombra.

Que evitaran a toda costa cualquier contacto físico conmigo, era una alarmante reacción suya que nunca antes había presenciado. Mantenían su distancia, como si estuviera yo infectado con una enfermedad. Su reacción me preocupó tanto que me sentí obligado a indagar la razón. La negaron. Parecían ofendidos, y llegaron hasta insistir en probarme que estaba equivocado. Me reí de buena gana de la tensión que les provocaba tocarme. Sus cuerpos adquirían una rigidez muy cómica cada vez que trataban de abrazarme.

Florinda Grau, la persona más cercana a don Juan, fue la única que no tuvo inconveniente en tratar físicamente conmigo dando masajes a mis músculos acalambrados, o cambiando mi cama, o ayudándome a ir al baño. Trató también de explicarme qué era lo que me pasaba. Me dijo que toda mi energía se había descargado y perdido en el mundo de los seres inorgánicos, y que don Juan y sus compañeros la habían recargado otra vez, pero que mi nueva carga energética era ligeramente perturbadora para la mayoría de ellos.

Florinda me trataba cariñosamente como si fuera un inválido. Hasta me hablaba como si fuera yo un bebé; algo que todos ellos celebraban con explosiones de risas. Pero a pesar de toda su burla su preocupación se me antojaba ser real y genuina.

Ya he escrito antes acerca de Florinda, con relación a mi encuentro con ella. En mi opinión, era una de las mujeres más hermosas que había conocido. Una vez le

dije, y no era broma, que la veía muy fácilmente como modelo de revistas de modas.
-De revistas de mil novecientos diez -replicó.
Aunque Florinda era mayor, no era en absoluto vieja. Era joven y vibrante. Cuando le comenté a don Juan acerca de su insólita juventud, me contestó que la brujería la mantenía en un inigualable estado de fuerza y vitalidad. La energía de los brujos, remarcó, es visible al ojo como juventud y vigor.
Después de satisfacer, a través de mis historias, la curiosidad de los compañeros de don Juan, no volvieron más a mi cuarto, y su conversación se mantuvo al nivel de preguntas rutinarias sobre mi estado de salud. Sin embargo, cada vez que trataba de levantarme, había siempre alguien que delicadamente me lo impedía. Su vigilancia no me era del todo grata, pero parecía que la necesitaba ya que me sentía tremendamente débil. Aceptar estar mal, no me fue difícil, lo que si me afligía era no tener a nadie que me explicara cómo había llegado a México cuando lo último que recordaba era haberme acostado a ensoñar en mi cama, en Los Angeles. Les pregunté esto repetidamente, y todos ellos me respondieron que se lo preguntase al nagual, porque él era quien tenía la obligación de explicármelo.
Finalmente Florinda me explicó un tanto.
-Caíste en una trampa; eso es lo que te pasó -dijo.
-¿Dónde caí en una trampa?
-En el mundo de los seres inorgánicos, por supuesto. Ese es el mundo con el cual has estado tratando por años. ¿No es así?
-Pues, tú sabes que sí, Florinda. Pero, ¿me podrías decir qué clase de trampa fue?
-No todavía. Todo lo que te puedo decir es que ahí perdiste toda tu energía. Pero peleaste muy bien.
-¿Por qué estoy enfermo, Florinda?
-No estás enfermo de una enfermedad; digamos que fuiste energéticamente herido. Estabas en estado crítico, pero ahora sólo estás gravemente herido.
-¿Cómo sucedió todo esto?
-Entraste en un combate mortal con los seres inorgánicos y fuiste derrotado.
-No me acuerdo de haber peleado con nadie, Florinda.
-Que te acuerdes o no, no tiene ninguna importancia. Peleaste con alguien que tenía infinitamente más capacidad que tú; unos maestros de la manipulación que te dejaron chiquitito.
-¿Peleé con los seres inorgánicos? .
-Sí. Tuviste un encuentro mortal con ellos. Realmente no sé cómo sobreviviste su golpe de muerte.
Se rehusó a decirme nada más, pero insinuó que el nagual iba a venir a verme muy pronto.
Don Juan se presentó al día siguiente; muy risueño y encantador. Anunció jocosamente que me estaba haciendo un visita en calidad de doctor de energía; me examinó, mirándome fijamente de pies a cabeza.
-Estás casi curado -concluyó.
-¿Qué fue lo que me pasó, don Juan? -pregunté.
-Caíste en la trampa que los seres inorgánicos te tendieron -contestó.
-¿Cómo llegué aquí?
-Ahí está el gran misterio -dijo sonriendo jovialmente, obviamente tratando de hacer un chiste de un asunto muy serio-. Los seres inorgánicos te robaron; con cuerpo y todo. Primero, se llevaron tu cuerpo energético a su reino, cuando seguiste a uno de sus exploradores, y después se llevaron tu cuerpo físico.
Los compañeros de don Juan parecían estar en estado de parálisis. Con voz trémula uno de ellos le preguntó a don Juan si los seres inorgánicos podían atrapar a cualquiera. Don Juan contestó que ciertamente podían. Les recordó que el nagual Elías había sido transportado a ese mundo, contra su voluntad.
Todos asintieron con una inclinación de cabeza. Don Juan continuó hablándoles, refiriéndose a mí en tercera persona. Dijo que la conciencia combinada de un grupo de seres inorgánicos había primero consumido mi energía, forzándome a tener una explosión emocional: liberar al explorador

azul. Luego la conciencia combinada del mismo grupo de seres inorgánicos había transportado mi inerte masa física a su mundo. Don Juan añadió que sin el cuerpo energético, uno no es más que una porción de materia orgánica que puede ser fácilmente manipulada por una conciencia superior.

-Los seres inorgánicos están pegados, juntos, como las células del cuerpo -don Juan prosiguió-. Cuando unen su conciencia son invencibles. Para ellos no es nada sacarnos de un tirón de nuestros lares energéticos y sumergirnos en su mundo. Especialmente si nos hacemos conspicuos y accesibles, como lo hizo él.

El sonido de suspiros y respiraciones entrecortadas rebotaba en las paredes. Todos ellos daban muestras de estar verdaderamente asustados y preocupados.

Quería quejarme y recriminar a don Juan por no haberme detenido, pero me acordé de cómo había tratado él de advertirme; de desviarme una y otra vez, sin ningún resultado. Don Juan, consciente de lo que yo pensaba, me sonrió.

-La razón por la que te sientes enfermo -dijo- es porque los seres inorgánicos descargaron tu energía y te dieron la suya. Eso debería haber sido suficiente parar matar a cualquiera. Gracias a tu energía de nagual, sobreviviste, aunque a duras penas.

Le mencioné a don Juan que recordaba pedazos de un sueño bastante incoherente, en el cual estaba en un mundo de neblina amarillenta. Y que tanto él como Carol Tiggs y sus compañeros trataban de sacarme de ahí.

-El ojo físico ve al reino de los seres inorgánicos como un mundo de neblina amarillenta -dijo-. Lo que creías un sueño incoherente, era ver el mundo de los seres inorgánicos con tus ojos físicos. Tú y todos nosotros lo vimos por primera vez con nuestros ojos. Sabíamos acerca de la neblina amarillenta únicamente a través de las historias de los brujos, pero no a través de nuestra experiencia.

Entendí lo que me dijo, pero no le pude captar ningún sentido. Don Juan me aseguró que darme una explicación más elaborada era imposible debido a mi falta de energía; tenía que quedar satisfecho, dijo, con su explicación y de la manera como yo la entendí.

-No entendí su explicación -insistí.

-Entonces no has perdido nada -dijo-. Cuando estés más fuerte, tú mismo te contestarás tus propias preguntas.

Le confesé a don Juan que tenía bochornos esporádicos. Mi temperatura se elevaba repentinamente y, mientras me sentía afiebrado y sudoroso, tenía extraordinarias e inquietantes clarividencias acerca de mi situación.

Don Juan escudriñó todo mi cuerpo con su penetrante mirada. Dijo que perder mi energía me había afectado temporalmente; y lo que yo sentía como bochornos eran explosiones de energía, durante las cuales retomaba el control de mi cuerpo energético y estaba al tanto de lo que me había sucedido.

-Haz un esfuerzo y dime qué fue lo que te pasó en el mundo de los seres inorgánicos -me ordenó.

Le dije que de vez en cuando tenía la clara sensación de que él y sus compañeros habían ido a ese mundo con sus cuerpos físicos y me habían arrancado de las garras de los seres inorgánicos.

-¡Bien! -exclamó-. Ahora convierte esa sensación en una visión de lo que te sucedió.

Por más que traté, no fui capaz de hacer lo que me pedía. No poder lograrlo me hizo sentir una fatiga fuera de lo común, que parecía secar mi cuerpo desde adentro. Le lloriqueé a don Juan que mi ansiedad estaba a punto de hacerme explotar.

-Tu ansiedad no significa nada -dijo sin preocuparse-. Recupera tu energía y no te preocupes de tonterías.

Pasaron más de dos semanas durante las cuales recuperé lentamente mi energía. Lo cual no me impidió seguir preocupándome por todo. Mi mayor preocupación era el sentirme desconocido a mí mismo; había un rasgo de frialdad en mi que no había notado antes; un tipo de fría indiferencia,

un desapego que primero atribuí a mi falta de energía. Pero luego que la recuperé, me di cuenta de que era una nueva característica de mi ser que me tenía permanentemente fuera de sincronización. Para poder evocar los sentimientos, a los que estaba acostumbrado, los tenía que convocar y esperar unos momentos hasta que hicieran su aparición en mi mente.

Otra nueva característica de mi ser era un extraño anhelo que se apoderaba de mí de vez en cuando. Anhelaba a alguien a quien no conocía; era un sentimiento tan abrumador que cuando lo experimentaba, tenía que caminar alrededor del cuarto para poder aliviarlo. Permanecía aprisionado por esa emoción hasta que un rígido control sobre mí mismo, que tampoco había tenido antes, me liberaba; era un control tan nuevo y poderoso, que sólo añadió más combustible a mi preocupación general.

Al final de la cuarta semana, don Juan y sus compañeros llegaron finalmente al acuerdo de que yo me encontraba sano y salvo. Cortaron sus visitas drásticamente. Me pasaba la mayoría del tiempo solo, durmiendo. El descanso era tan completo que mi energía incrementó notablemente. Me sentía una vez más como el yo de antes. Hasta empecé a hacer ejercicio.

Un día, después de una ligera comida, alrededor del mediodía, regresé a mi cuarto para dormir una siesta. Antes de sumergirme en un profundo sueño, y el revolcarme en mi cama buscando una posición más confortable, cuando una extraña presión en mis sienes me hizo abrir los ojos. La niñita del mundo de los seres inorgánicos estaba parada al pie de mi cama, escudriñándome con sus fríos y metálicos ojos azules.

Brinqué de mi cama y grité tan fuerte, que tres de los compañeros de don Juan entraron en el cuarto aun antes de que acabara de gritar. Se quedaron estupefactos. Miraron con horror cómo la niñita se me acercaba deteniéndose justo frente a mí. Nos quedamos mirándonos por una eternidad. Me dijo algo que al principio no pude comprender, pero que un momento después era clarísimo. Me dijo que para que yo la entendiera, tendría que transferir mi conciencia de ser de mi cuerpo físico a mi cuerpo energético.

En ese momento, don Juan entró en el cuarto. La niñita y don Juan se quedaron mirándose. Sin decir una sola palabra, don Juan dio vuelta y salió del cuarto. La niñita lo siguió, cortando el aire como un silbido.

La conmoción que esta escena causó entre los compañeros de don Juan fue indescriptible. Perdieron toda su ecuanimidad. Evidentemente, todos ellos vieron a la niña cuando salió del cuarto con el nagual.

Yo me sentía a punto de explotar físicamente. Me iba a desmayar y me tuve que sentar. La presencia de esa niña fue como un golpe en mi plexo solar. Tenía un asombroso parecido con mi padre. Me golpearon oleadas de sentimiento. Compulsivamente me preguntaba a mí mismo una y otra vez, qué podía significar todo esto.

Cuando don Juan retornó al cuarto, yo había recuperado un mínimo control sobre mí mismo. Mis expectativas acerca de lo que él diría sobre la niñita hacían que mi respiración fuera muy difícil. Todos estaban tan excitados como yo. Le hablaron a don Juan al unísono y se rieron también al unísono al darse cuenta de lo que habían hecho. Su principal interés era saber si había alguna uniformidad en la forma en que habían percibido la apariencia del explorador. Todos estuvieron de acuerdo en que habían visto a una niña de seis o siete años; muy delgada, con hermosas facciones angulares. También estuvieron de acuerdo en que sus ojos eran de color azul acero y que ardían con una emoción silenciosa; sus ojos, dijeron, expresaban gratitud y lealtad.

Yo había corroborado todos esos detalles acerca de la niñita. Sus ojos eran tan brillantes y abrumadores que me habían causado realmente algo como dolor. Había sentido el peso de su mirada en mi pecho.

Una interrogación muy seria que le hicieron sus compañeros a don Juan, y a la cual

yo también me suscribía, era acerca de las posibles implicaciones de ese evento. Sostenían que el explorador era una energía foránea que se había filtrado a través de las paredes que separan la segunda atención de la atención del mundo cotidiano. Su punto de vista era que, a pesar de no estar ensoñando, todos ellos vieron esa energía forastera proyectada en la figura de una niña humana, por lo tanto, esa niña existía en nuestro mundo.

Argumentaron que posiblemente habría cientos, o hasta miles de casos, en los que energía forastera se escurría a nuestro mundo humano sin ser advertida; pero que en la historia de su linaje, no había absolutamente ninguna mención sobre un evento de esta naturaleza. Lo que más les preocupaba era que ni siquiera existían historias de brujos sobre el asunto.

-¿Es la primera vez en la historia de la humanidad que algo como esto ocurre? -uno de ellos le preguntó a don Juan.

-Yo creo que esto pasa todo el tiempo -contestó-, pero nunca de manera tan premeditada.

-¿Qué significa esto para nosotros? -le preguntó otro de ellos a don Juan.

-Para nosotros nada, pero para él todo -dijo señalándome.

Esta aseveración los empujó al más inquietante de los silencios. Don Juan se paseaba ida y vuelta por el cuarto. Después se detuvo frente a mí y me escudriñó, dando todas las indicaciones de alguien que no puede encontrar palabras para expresar un aplastante descubrimiento.

-No puedo ni siquiera empezar a valorar lo que ha ocurrido -don Juan me dijo en un tono de perplejidad-. Caíste en una trampa, pero no fue la clase de trampa que esperaba. Tu trampa fue diseñada únicamente para ti, y fue más mortal que cualquier otra que pudiera haber yo imaginado. Me preocupaba que cayeras por pinches deseos de ser halagado y de que te den todo. Con lo que nunca conté fue con que los seres sombra te tenderían una trampa, usando tu aversión por las cadenas.

Don Juan hizo una vez una comparación de su reacción y la mía a lo que nos presionaba más en el mundo de los brujos. Dijo, sin que pareciera como una queja, que aunque él quería y trataba de lograrlo, nunca había sido capaz de inspirar el afecto que su maestro, el nagual Julián, inspiraba en la gente.

-Mi reacción fidedigna, la cual te estoy mostrando para que la examines, es decir, con completa sinceridad: no es mi destino poder evocar un afecto ciego y total; pues, ¡que así sea!

"Tu reacción fidedigna -prosiguió- es no poder soportar cadenas y ser capaz hasta de perder la vida con tal de romperlas.

Yo estaba sinceramente en desacuerdo con él, y le dije que estaba exagerando. Mis puntos de vista no eran tan claros.

-No te preocupes -dijo riendo-, la brujería es acción. Cuando llegue la ocasión, actuarás de acuerdo a tu pasión; de la misma forma en que yo actuaré de acuerdo a la mía. La mía es aceptar mi destino; no de una forma pasiva, como un idiota, sino activamente como un guerrero. La tuya es tirarte, sin capricho ni premeditación, a romper las cadenas de quien sea.

Don Juan explicó que al fusionar mi energía con la del explorador azul, había yo verdaderamente dejado de existir. Todo mi cuerpo físico había sido entonces transportado al reino de los seres inorgánicos, y si no hubiera sido por el explorador azul, quien guió a don Juan y a sus compañeros hasta donde yo estaba, estaría muerto, o inextricablemente preso en ese mundo.

-¿Por qué lo guió el explorador adonde yo estaba? -pregunté.

-El explorador es un ser sensitivo de otra dimensión -dijo-. Ahora es una niñita; y como tal, me dijo que para obtener la energía necesaria a fin de romper la barrera que la tenía aprisionada en el mundo de los seres inorgánicos, tuvo que tomar toda la tuya. Esa es ahora su parte humana. Algo parecido a un sentimiento de gratitud la condujo hacia mí. Cuando la vi, supe instantáneamente que estabas perdido.

-¿Qué hizo usted entonces, don Juan?

-Junté a todos los que pude, especialmente a Carol Tiggs, y nos fuimos al reino de los seres inorgánicos.
-¿Por qué Carol Tiggs?
-En primer lugar, porque tiene infinita energía, y en segundo lugar, porque se tenía que familiarizar con el explorador. Todos nosotros obtuvimos algo invaluable de esta experiencia. Tú y Carol Tiggs obtuvieron al explorador. Nosotros obtuvimos una razón para unir nuestros cuerpos físicos con nuestros cuerpos energéticos; nos convertimos en pura energía.
-¿Cómo hicieron ustedes eso, don Juan?
-Desplazamos nuestros puntos de encaje al unísono. Nuestro intento impecable de salvarte hizo que esto fuera posible. En fracciones de segundo, el explorador nos llevó adonde yacías tendido, medio muerto, y Carol te arrastró hacia afuera.
Su explicación no me explicó nada, porque carecía de sentido. Don Juan se rió cuando le dije esto.
-¿Cómo podrías entenderlo, si ni siquiera tienes suficiente energía para salirte de tu cama? -replicó.
Le revelé algo que se insinuaba en mi mente: que sabía infinitamente más de lo que racionalmente admitía, pero que algo obturaba apretadamente mi memoria.
-Falta de energía es lo que ha puesto una tapa en tu memoria -dijo-. Cuando tengas suficiente energía te funcionará perfectamente.
-¿Quiere usted decir que podré recordar todo, si así lo deseo?
-No exactamente. Puedes desearlo tanto como quieras, pero si tu nivel de energía no está a la par con la importancia de lo que sabes, ya te puedes ir despidiendo de tu conocimiento: no te será nunca accesible.
-¿Entonces, qué es lo que hay que hacer, don Juan?
-La energía tiende a acumularse; si sigues impecablemente el camino del guerrero, va llegar el momento en que tu memoria se abrirá.
Le confesé que al escucharlo hablar, me venía la sensación de que me estaba entregando a mi antiguo vicio de la autocompasión, y que realmente estaba bien, solamente simulando estar mal.
-No estás únicamente entregándote a tu vicio -dijo-. Estuviste enérgicamente muerto hace cuatro semanas. Ahora no estás más que aturdido. Estar aturdido y con falta de energía es lo que te hace esconder tu conocimiento. Tú ciertamente sabes más que ninguno de nosotros acerca del mundo de los seres inorgánicos; te hemos dicho que todo lo que sabemos de él nos viene de las historias de brujos. Imagínate lo extraño que será para nosotros que te hayas convertido en otra fuente de historias de brujos.
Le reafirmé que me era imposible creer que yo había hecho algo que él no hubiera hecho, o creía que estaban meramente tomándome el pelo.
-Ni te estoy halagando ni me estoy burlando de ti -dijo visiblemente molesto-. Te estoy describiendo un acto de brujería. El que sepas más de ese mundo que ninguno de nosotros, no debería de ser una razón para sentirte contento. No hay ninguna ventaja en ese conocimiento; de hecho, a pesar de todo lo que sabes, no te pudiste salvar a ti mismo. Nosotros te salvamos, porque te encontramos. Pero sin la ayuda del explorador azul, no hubiera habido ningún caso en siquiera tratar de buscarte. Estabas tan infinitamente perdido en ese mundo que me estremezco con sólo pensar en ello.
En el estado emocional en el que me encontraba, no me pareció raro ver pasar una oleada de emoción a través de todos los compañeros y aprendices de don Juan. La única que permaneció inalterable fue Carol Tiggs, quien parecía haber aceptado completamente su papel. Ella era una conmigo.
-Liberaste al explorador -continuó don Juan-, pero perdiste tu vida. O peor aún, perdiste tu libertad. Los seres inorgánicos dejaron libre al explorador azul, pero a cambio de ti.
-Difícilmente puedo creer eso, don Juan. No es que dude de usted, pero describe

una maniobra tan taimada que me deja pasmado.
-No consideres a los seres inorgánicos como granujas y todo se aclarará. Los seres inorgánicos están buscando eternamente conciencia y energía; si tú los abasteces con ambas, ¿qué crees que van a hacer? ¿Mandarte besitos desde el balcón de enfrente?
Sabía que don Juan tenía razón. Pero no podía sostener esa certeza por mucho tiempo; mi claridad mental venía y se alejaba de mí.
Los compañeros de don Juan continuaron haciéndole preguntas. Querían saber si había pensado qué hacer con el explorador.
-Sí he pensado en eso. Es un problema de lo más serio, que el nagual tiene que resolver -dijo señalándome-. Él y Carol Tiggs son los únicos que pueden liberar al explorador.
Naturalmente que le hice la única pregunta posible.
-¿Cómo lo puedo liberar?
-En lugar de que yo te diga cómo, hay una mejor y más justa manera de averiguarlo -dijo con una gran sonrisa-. Pregúntale al emisario. Como tú sabes, los seres inorgánicos no pueden mentir.

VIII. LA TERCERA COMPUERTA DEL ENSUEÑO

-Se alcanza la tercera compuerta del ensueño cuando uno se encuentra en un ensueño, mirando a alguien que está durmiendo, y ese alguien, resulta ser uno mismo -don Juan dijo.
Mi estado energético era tan intenso, que me puse a laborar en la tercera tarea inmediatamente, aunque don Juan no me ofreció más información al respecto. Lo primero que noté fue que una oleada de energía reacomodó el enfoque de mi atención de ensueño; en vez del afán de viajar al reino de los seres inorgánicos, me dejó otro: el afán de despertarme y verme durmiendo.
Después de unos días, me encontré en un ensueño mirándome a mí mismo dormido. Se lo reporté a don Juan instantáneamente. El ensueño había ocurrido durante mi estancia en su casa.
-Hay dos fases en cada una de las compuertas del ensueño -dijo-. Como ya sabes, la primera es llegar a la compuerta, y la segunda es cruzarla. Al ensoñar lo que ensoñaste: que te veías a ti mismo dormido, llegaste a la tercera compuerta. La segunda fase consiste en moverte una vez que te has visto dormido.
"En la tercera compuerta del ensueño -prosiguió-, uno empieza a fusionar la realidad de ensueño con la realidad del mundo cotidiano. Los brujos llaman a este procedimiento, completar el cuerpo energético. La fusión de las dos realidades tiene que ser tan completa, que debe ser más fluido que nunca. En la tercera compuerta, examina todo con gran cuidado y curiosidad.
Me quejé de que sus recomendaciones eran demasiado enigmáticas, y por lo tanto, carentes de sentido para mí.
-¿Qué es lo que significa tener gran cuidado y curiosidad? -pregunté.
-En la tercera compuerta, nuestra tendencia es perdernos en detalles -contestó-. Ver las cosas con gran cuidado y curiosidad quiere decir resistir la casi irresistible tentación de sumergirnos en detalles.
"Como te dije, la meta de la tercera compuerta es consolidar el cuerpo energético. Los ensoñadores empiezan a forjar sus cuerpos energéticos siguiendo los ejercicios de la primera y la segunda compuerta. Cuando alcanzan la tercera, el cuerpo energético está listo para emerger, o quizá sería mejor decir que está listo para actuar. Desgraciadamente, esto también quiere decir que está listo para ser capturado por detalles.
-¿Qué clase de detalles, don Juan?
-El cuerpo energético es como un niño que durante toda su vida ha sido un prisionero. En el momento en que se siente libre, se empapa absolutamente de todo lo que puede encontrar. El cuerpo energético se absorbe totalmente en diminutos detalles que no vienen al caso.

Hubo un largo silencio. Simplemente no había nada en mi experiencia que pudiera darme una idea de lo que don Juan quería exactamente decir.

-El detalle más inapropiado se convierte en un mundo para el cuerpo energético -explicó don Juan-. El esfuerzo de los ensoñadores para dirigir sus cuerpos energéticos es descomunal. Sé que es absurdo pedirte que veas las cosas con gran cuidado y curiosidad, pero esa es la mejor manera de describir lo que tienes que hacer. En la tercera compuerta, los ensoñadores tienen que evitar el casi irresistible impulso de sumergirse en todo; y la manera como lo pueden evitar es siendo tan curiosos, tan desesperados por meterse en todo, que no dejan que nada en particular los aprisione.

Don Juan repitió una y otra vez que sus recomendaciones, que sonaban absurdas para la mente, estaban dirigidas a mi cuerpo energético Puso un tremendo énfasis en la idea de que mi cuerpo energético tenía que unir todos sus recursos para poder actuar.

-¿Pero, no ha estado actuando todo este tiempo? -pregunté.

-Una parte de él sí, de otro modo no habrías viajado al reino de los seres inorgánicos -contestó- Ahora tienes que emplearlo en su totalidad para poder completar la tarea de la tercera compuerta. Para hacerle las cosas más fáciles a tu cuerpo energético, tienes que suspender más que nunca los juicios y dictámenes de la razón.

-Después de todo lo que me ha hecho usted vivir -dije-, me queda muy poca razón.

-Mejor no digas nada. En la tercer compuerta, la razón es la causa de que el cuerpo energético se obsesione con detalles superfluos. En la tercera compuerta necesitamos una fluidez, un abandono irracional para contrarrestar esa obsesión.

La previa aseveración de don Juan de que cada compuerta es un obstáculo no podría haber sido más cierta. Para cumplir con la tarea de la tercera compuerta, tuve que trabajar no sólo más intensamente que en las otras dos tareas, sino que también tuve que luchar contra un miedo sin límites. En el curso de mi vida, había pasado por momentos de profundo miedo, o hasta terror ciego, pero nada de eso pudo jamás compararse con el miedo que sentía por los seres inorgánicos. Sin embargo, toda esta riqueza de vivencias era inaccesible a mi mente en mi estado de conciencia normal. Esas vivencias estaban a mi disposición únicamente en presencia de don Juan.

En una ocasión, en el Museo de Antropología e Historia de la ciudad de México, le pregunté acerca de esta insólita situación. Mi pregunta me hizo darme cuenta de que en esos momentos podía recordar todo lo que me había acontecido durante el curso de mi asociación con don Juan. Y eso me llenó de júbilo. Me sentí tan libre, tan temerario y ligero que me puse prácticamente a bailar.

-Lo que sucede es que la sola presencia del nagual induce un cambio en el punto de encaje -dijo.

Y sin más ni más me guió a una de las salas de exhibición del museo. Me explicó que mi pregunta tenía relación con algo que había estado planeando decirme.

-Mi intención era explicarte que la posición del punto de encaje es como una caja fuerte en la que los brujos guardan sus registros -dijo-. Me quedé boquiabierto cuando tu cuerpo energético sintió mi intento y me hizo una pregunta al respecto. El cuerpo energético sabe inmensidades. Déjame mostrarte cuánto sabe.

Me urgió a que entrara en un estado de total silencio. Me recordó que su sola presencia había provocado un cambio en mi punto de encaje, y que me encontraba ya en un estado especial de conciencia acrecentada. Me aseguró que el hecho de entrar en un estado de total silencio iba a permitir a las esculturas de ese cuarto hacerme ver cosas inconcebibles. Añadió que algunas de esas piezas arqueológicas tenían la capacidad de producir, por si mismas, un cambio en el punto de encaje, y que si yo alcanzaba un total silencio sería testigo de escenas relacionadas con las vidas de las personas que trabajaron en esas esculturas.

Comenzó luego el recorrido más extraño que jamás haya yo presenciado en museo alguno. Don Juan dio una vuelta al salón, describiendo impresionantes detalles de cada una de las esculturas. Según él, cada una de ellas era un archivo que los brujos antiguos habían dejado; un archivo, que él, como brujo, me estaba leyendo como si me leyera un libro.

-Cada una de estas figuras está diseñada para provocar un cambio en el punto de encaje -prosiguió-. Fija tu mirada en cualquiera de ellas, silencia tu mente, y descubre si puede hacer que tu punto de encaje cambie de posición.

-¿Cómo puedo saber si cambió?

-Si cambia, vas a ver y sentir cosas que están más allá de tu alcance normal.

Miré fijamente las esculturas y ciertamente vi y oí cosas que jamás podré explicar. Yo ya había examinado muchísimas veces todas esas piezas, desde la perspectiva de la antropología, siempre teniendo en mente las descripciones de sus funciones que los eruditos en ese campo habían propuesto; descripciones basadas en la mentalidad del hombre moderno. Por primera vez, me parecieron idioteces totalmente arbitrarias. Lo que don Juan me dijo sobre esas piezas, y lo que yo mismo vi y escuché al mirarlas fijamente, era lo más lejano a lo que siempre había yo oído o leído sobre ellas.

Mi desasosiego fue tan grande que me sentí obligado a pedirle a don Juan que me disculpara por ser tan sugestionable. No se rió, ni me hizo bromas. Me explicó pacientemente que los brujos eran capaces de dejar, en las diferentes posiciones del punto de encaje, archivos muy precisos de sus descubrimientos. Argüía que si se trata de llegar a la esencia de un relato escrito, tenemos que entrar en un estado de participación indirecta a través de la imaginación para poder ahondarnos en la página escrita, en la experiencia misma. Sin embargo, en el mundo de los brujos, puesto que no hay páginas escritas, los archivos completos existen en la posición del punto de encaje, archivos que pueden ser revividos en lugar de leídos.

Para ilustrar su punto, don Juan habló sobre las enseñanzas de los brujos diseñadas para la segunda atención. Dijo que se dan cuando el punto de encaje del aprendiz está en un lugar diferente al habitual. De esta forma, la posición del punto de encaje se convierte en el archivo de la lección. Para poder revisar la lección, el aprendiz tiene que regresar su punto de encaje a la posición donde estaba cuando se le dio la lección. Don Juan concluyó sus observaciones reiterando que regresar el punto de encaje a todas las posiciones que ocupó cuando las lecciones fueron impartidas era un logro de grandiosa magnitud.

Pasó casi un año sin que don Juan me preguntara nada acerca de la tercera tarea de ensueño. Repentinamente un día me pidió que le describiera todos los detalles de mi práctica.

Lo primero que le mencioné fue una desconcertante repetición. Por meses, había tenido ensueños en los que me encontraba mirándome dormido en mi cama. Lo extraño era la regularidad de esos ensueños; ocurrían cada cuatro días, con la precisión de un cronómetro. Durante los otros tres días, mis ensueños eran lo que siempre habían sido: examinaba todos los objetos de mis ensueños; cambiaba de ensueños, y, ocasionalmente, poseído por una curiosidad suicida, seguía a los exploradores al mundo de los seres inorgánicos, aunque me sentía extremadamente culpable haciéndolo. Se me hacia como tener una adicción secreta a las drogas. La realidad de ese mundo era algo irresistible para mi. Secretamente me sentía de alguna manera exonerado de responsabilidad total, ya que el mismo don Juan me había sugerido que le preguntara al emisario de ensueño qué hacer para liberar al explorador azul atrapado entre nosotros. Él quiso decir que le hiciera la pregunta al emisario durante mi práctica diaria, pero yo quise interpretar su sugerencia como si, implicara el tener que hacerla cuando me encontrara en su mundo. Lo que realmente quería preguntar al emisario era que si de verdad los seres inorgánicos me habían

tendido una trampa. El emisario no sólo me dijo que todo lo que don Juan me había dicho era cierto, sino que también me dio instrucciones sobre lo que Carol Tiggs y yo tendríamos que hacer para liberar al explorador.

-La regularidad de tus ensueños es algo que me esperaba -don Juan remarcó después de escucharme.

-¿Por qué esperaba usted algo así, don Juan?

-Por tu relación con los seres inorgánicos.

-Eso se acabó y está olvidado, don Juan -mentí, esperando que no insistiera en el tema.

-Dices eso solamente para contentarme, ¿no es así? No necesitas hacerlo. Sé muy bien lo que haces. Créeme, una vez que empiezas a jugar con los seres inorgánicos, estás enganchado Siempre te perseguirán. O lo que es peor aún, siempre los perseguirás.

Me miró fijamente, y mi culpabilidad fue tan obvia que lo hizo reír.

-La única explicación de tal regularidad, es que los seres inorgánicos están tratando de complacerte otra vez -don Juan dijo en tono serio.

Me apresuré a cambiar de tema y le dije que otro detalle de mis prácticas de ensueño que valía la pena mencionar era la reacción que tenía al verme a mí mismo, acostado y profundamente dormido. Verme así era siempre sorprendente; y yo, o me quedaba pegado en el mismo sitio hasta que el ensueño cambiaba, o me asustaba tan profundamente que me despertaba gritando a todo pulmón. Había llegado hasta el extremo de tener miedo a dormir en los días marcados para tener ese ensueño.

-Todavía no estás listo para una verdadera fusión entre tu realidad de ensueño y tu realidad cotidiana -concluyó-. Tienes que seguir recapitulando tu vida.

-Pero ya hice la recapitulación con toda la potencia posible -protesté-. He recapitulado por años. No existe nada más que pueda recordar sobre mi vida.

-Debe haber mucho más -dijo obstinadamente-. De otra manera, no te despertarías gritando.

No me gustó la idea de recapitular otra vez. Creía haberlo hecho tan bien que no necesitaba tocar ese tema nunca más.

-La recapitulación de nuestras vidas no se acaba nunca, no importa qué tan bien la hagamos -dijo don Juan-. La razón por la que la gente común y corriente carece de control y dirección en sus sueños, es porque nunca han recapitulado, y sus vidas están llenas hasta el tope de emociones densas y pesadas, de memorias, esperanzas, miedos.

"Por otro lado, gracias a su recapitulación, los brujos están relativamente libres de pesadas ataduras emocionales. Y si algo los detiene, como te ha detenido a ti, en este momento, se supone que todavía hay algo en ellos no totalmente claro.

-Recapitular es demasiado intrincado, don Juan. Quizá haya otra cosa que pueda hacer en su lugar.

-No, no hay nada más. Recapitular y ensoñar van de la mano.

"A medida que nos deshacemos de la pesadez de nuestras vidas, nos volvemos más y más vaporosos.

Don Juan me había dado instrucciones sumamente detalladas y explícitas acerca de la recapitulación. Consistía en revivir la totalidad de nuestras experiencias en la vida, haciendo un recuento minucioso de todo detalle posible. Él consideraba la recapitulación como el factor esencial para la redefinición y la redistribución de la energía necesaria para ensoñar.

-La recapitulación libera energía aprisionada dentro de nosotros, y no es posible ensoñar sin esa energía -fue su afirmación.

Muchos años antes, don Juan me ayudó a recopilar una lista de todas las personas que yo había conocido en mi vida, empezando por el presente. Ordenó mi lista de una forma coherente, dividiéndola en áreas de actividad, como lugares donde trabajé, sitios donde viví, escuelas a las que asistí. Luego me guió, ordenadamente y sin ninguna desviación, a revivir cada una de mis interacciones con las personas

de mi lista, desde la primera hasta la última.

Explicó que la recapitulación comienza cuando la mente arregla todo lo pertinente a lo que se está recapitulando. Arreglar quiere decir reconstruir el acontecimiento, pieza por pieza, empezando por los detalles físicos del medio ambiente, pasando luego a la persona con quien se compartió lo ocurrido y, después, a uno mismo; al examen de todo lo que uno sintió.

Don Juan me enseñó a acompañar la recapitulación con una respiración natural y rítmica. Me guió a exhalar prolongadamente, al mover la cabeza de manera lenta de derecha a izquierda; y a inhalar profundamente, al volver a mover la cabeza de izquierda a derecha. Él llamaba a esto "airear lo ocurrido". La mente examina el acontecimiento de principio a fin, mientras que el cuerpo continúa aireando todo aquello en lo que la mente se enfoca.

Don Juan dijo que los brujos de la antigüedad, inventores de la recapitulación, consideraban la respiración como un vehículo mágico; la exhalación para expulsar la energía ajena que se quedó en uno durante el acontecimiento que se está recapitulando, y la inhalación, para traer de regreso la energía que uno dejó en dicho acontecimiento.

Debido a mi entrenamiento académico, consideré la recapitulación como un proceso de analizar la vida de uno. Pero don Juan insistió en que era un asunto mucho más complejo que un psicoanálisis intelectual. Postuló que la recapitulación era una táctica de brujos para inducir un diminuto pero consistente desplazamiento del punto de encaje. Dijo que bajo el impacto de revisar las acciones y sentimientos pasados, el punto de encaje se mueve entre su sitio presente y el sitio que ocupaba cuando el evento recapitulado tuvo lugar.

Don Juan aseveró que la base fundamental de la recapitulación es la convicción que tienen los brujos de que existe en el universo una inconcebible fuerza disolvente, la cual da vida a los organismos prestándoles conciencia. Esa misma fuerza también hace que mueran, para poder disolverlos y extraerles la conciencia que les prestó, la cual ha sido acrecentada a través de las experiencias de la vida. Don Juan explicó que teniendo en cuenta que esta fuerza anda detrás de tales experiencias, algo de suprema importancia es que se le pueda satisfacer con un facsímil de ellas: la recapitulación. Al obtener lo que busca, la fuerza disolvente deja a los brujos libres para que expandan su capacidad de percibir y alcancen con ella los confines del espacio y del tiempo.

Al comenzar nuevamente a recapitular, me llevé una gran sorpresa cuando comprobé que mis prácticas de ensueño quedaron automáticamente suspendidas en el momento mismo en que empecé mi recapitulación. Le pregunté a don Juan sobre esto.

-Ensoñar requiere de toda la energía disponible -contestó-. Si existe una gran preocupación en nuestras vidas, no hay posibilidad de que ensoñemos.

-Pero, he estado profundamente preocupado antes -dije-, y mis prácticas nunca fueron interrumpidas.

-Debe ser que cada vez que creías estar preocupado, estabas sólo maniáticamente alterado -dijo riéndose-. Para los brujos, preocuparse significa que todas sus fuentes de energía están funcionando. Esta es la primera vez que empleas la totalidad de tus fuentes energéticas. En lo otro, aun en tu recapitulación, has estado siempre muy lejos de estar absorto.

Don Juan me dio un nuevo modelo de recapitulación. Lo llamó "recapitulación rompecabezas". Consistía en tomar diferentes eventos de mi vida, sin un orden aparente.

-Pero, va a ser un desastre -protesté.

-No, no lo va a ser -me aseguró-. Sería un desastre si dejas que tu mente escoja los eventos que vas a recapitular. Ahora, si dejas que el espíritu decida, el resultado es lo opuesto. Entra en un estado de silencio y deja que el espíritu te señale el evento que debes seguir.

El resultado de ese nuevo modelo de reca-

pitulación me asombró en muchos niveles. Fue muy impresionante para mí descubrir que cada vez que silenciaba mi mente, una fuerza al parecer independiente de mí me sumergía inmediatamente en un poderoso y detallado recuerdo. Pero algo aún más impresionante fue lo sistematizado que era esta configuración. Lo que imaginé caótico resultó ser extremadamente ordenado.

Le pregunté a don Juan por qué no me había hecho recapitular de esta forma desde el principio. Contestó que la recapitulación consiste en dos partes básicas; a la primera se le llama formalidad y rigidez; a la segunda, fluidez.

En el nivel subjetivo, yo no tenía la menor idea cuán diferente iba a ser el resultado de mi recapitulación. La habilidad para concentrarme, adquirida a través de mis prácticas de ensueño, me permitió examinar mi vida con una profundidad que nunca hubiera imaginado posible. Me tomó más de un año ver y revisar todo lo que pude sobre los acontecimientos de mi vida. Al final, estuve de acuerdo con don Juan: a pesar de haber recapitulado, aún existían cargas emocionales escondidas tan hondo adentro de mí que eran virtualmente inaccesibles.

Mi nueva recapitulación me permitió una actitud de mayor soltura. El mismo día que reinicié mis prácticas de ensueño soñé que yo me veía a mí mismo dormido en mi cama. Al darme cuenta, lo que hice fue dar la vuelta y salir del cuarto; bajando penosamente las escaleras que daban a la calle.

Fue tan grande mi entusiasmo que se lo reporté a don Juan. Me llevé una gran desilusión cuando él consideró esto como un sueño común y corriente y no como parte de mi práctica de ensueño. Arguyó que yo no había salido a la calle con mi cuerpo energético, ya que si lo hubiera hecho, hubiera tenido una sensación totalmente diferente a la de bajar por las escaleras.

-¿De qué clase de sensación está usted hablando, don Juan? -le pregunté con verdadera curiosidad.

-Tienes que establecer una prueba válida que te permita saber si realmente estás viéndote a ti mismo dormido en tu cama -dijo en lugar de responder a mi pregunta-. Recuerda que la tarea es estar realmente en tu cuarto, realmente ver a tu cuerpo. De otra manera, es meramente un sueño. Si ese es el caso, controla ese sueño, y transfórmalo en ensueño, observando sus detalles o cambiándolo.

Insistí en que me diera una pauta acerca de lo que podría ser una prueba válida, pero se negó.

-Encuentra tú mismo una manera de validar el hecho de que te estás viendo a ti mismo -dijo.

-¿Tiene usted alguna sugerencia acerca de lo que pueda ser una prueba válida? -insistí.

-Usa tu propio juicio. Estamos llegando al final de tu aprendizaje. Muy pronto vas a estar solo.

Cambió luego de tema, y me dejó con la clara sensación de mi ineptitud. No fui capaz de deducir lo que él quería, o a qué llamaba una prueba válida.

En el próximo ensueño en el que me vi a mi mismo dormido, en lugar de salir del cuarto y bajar las escaleras, o despertarme gritando, me quedé por un largo rato pegado al lugar desde donde observaba. Sin inquietarme ni desesperarme, observé los detalles de mi ensueño. Me di cuenta de que estaba dormido y llevaba puesta una camiseta blanca rasgada en el hombro. Traté de acercarme y examinarla, pero moverme era algo que no estaba dentro de mis posibilidades. Sentía una pesadez que parecía ser parte de mi mismo. De hecho, todo yo era peso. Al no saber qué hacer, entré instantáneamente en una terrible confusión. Traté de cambiar de ensueño, y todo lo que logré fue estar consciente más que nunca de una fuerza descomunal que me mantenía fijo, mirando a mi cuerpo dormido.

En medio de todo aquello, escuché al emisario decir que el no tener control para moverme me había aterrado a tal punto que quizá tendría que hacer otra reca-

pitulación. La voz del emisario y lo que dijo no me sorprendieron en lo mínimo. Nunca me había sentido tan vívida y horriblemente incapacitado para moverme. Sin embargo, esta vez no me entregué a mi terror. Lo examiné. No era un terror psicológico sino más bien una sensación física de impotencia, desesperación y fastidio. El no poder moverme me frustraba indescriptiblemente. Mi incomodidad aumentó en proporción a la sensación de que algo fuera de mí me había paralizado brutalmente. El esfuerzo que hice para mover mis brazos, o mis piernas fue tan intenso que en un momento dado me vi la pierna de mi cuerpo dormido en la cama, moverse como si estuviera pateando.

Mi cuerpo inerte atrajo entonces toda mi atención de ensueño, y ello me hizo despertar con tal fuerza que me tomó más de media hora calmarme. Mi corazón palpitaba casi sin ritmo. Mi cuerpo entero temblaba y los músculos de mis piernas tenían calambres espasmódicos e incontrolables. Había sufrido una pérdida tan radical de calor que necesité cobijas y botellas de agua caliente para subir mi temperatura.

Naturalmente, fui a México a consultar con don Juan la sensación de parálisis y el hecho de que realmente tenía puesta una camiseta rasgada, y que por lo tanto, me había visto, verdaderamente, a mí mismo dormido. Además, le tenía un miedo mortal a la hipotermia. Don Juan no quiso discutir mi problema. Todo lo que le pude sacar fue una mordaz observación.

-Te gusta el drama -dijo categóricamente-. Por supuesto que te viste a ti mismo durmiendo. El problema fue que te pusiste nervioso, porque tu cuerpo energético jamás había estado conscientemente en conjunto. Mi consejo es que si te vuelves a poner nervioso te agarres el pito. Esto restaurará tu temperatura en un santiamén y sin ninguna alharaca.

Me sentí un poco ofendido por su tosquedad. Sin embargo su consejo demostró ser efectivo. Durante otro susto, hice lo que me prescribió y volví a mi estado normal en unos cuantos minutos. Además descubrí que si no me agitaba, tampoco entraba en estados de terror. Mantenerme bajo control no me ayudaba a moverme, pero ciertamente me producía una profunda sensación de paz y serenidad.

Después de meses de hacer esfuerzos inútiles para caminar, busqué los comentarios de don Juan una vez más, no tanto para que me aconsejara, sino porque quería admitir personalmente mi derrota. Me había topado con una barrera infranqueable y tenía una certeza indisputable de que había fracasado.

-Los ensoñadores tienen que ser imaginativos -dijo don Juan con una sonrisa maliciosa-. Tú no eres imaginativo. No te advertí usar tu imaginación para mover tu cuerpo energético, porque quería averiguar si podías tú mismo resolver el acertijo. Fallaste y tus amigos no te ayudaron.

En el pasado, siempre me defendí ferozmente cuando me acusaba de no tener imaginación. En ese entonces, creía ser imaginativo, pero tener a don Juan como maestro me enseñó de la manera más directa que no lo soy. Ya estaba curado de emplear mi energía en defensas inútiles.

-¿Cuál es el acertijo del que está usted hablando, don Juan? -le pregunté.

-El acertijo de cuán imposible y al mismo tiempo cuán fácil es mover el cuerpo energético. Lo estás tratando de mover como si estuvieras en el mundo cotidiano. Empleamos tanto tiempo y esfuerzo en aprender a caminar que al final creemos que nuestro cuerpo energético también debe caminar. No hay razón por la cual deba hacerlo excepto que caminar es lo primordial en nuestra mente.

Me quedé maravillado ante la simplicidad de la solución. Supe instantáneamente que yo estaba una vez más atorado en el nivel de la interpretación. Don Juan me había dicho que al alcanzar la tercera compuerta me tenía que mover, y para mí moverme significaba caminar. Le dije que comprendía su punto de vista.

-No es mi punto de vista -contestó fríamente-. Es el punto de vista de los brujos. Los brujos dicen que en la tercera com-

puerta el cuerpo energético entero puede moverse como se mueve la energía: rápida y directamente. Tu cuerpo energético sabe exactamente cómo moverse, como en el mundo de los seres inorgánicos.

"Y ahora, hablando del otro asunto bajo discusión -añadió don Juan con aire pensativo-. ¿Por qué no te ayudaron tus amigos los seres inorgánicos?

-¿Por qué los llama usted mis amigos, don Juan?

-Porque lo son. Son los amigos clásicos, ni considerados, ni amables, pero tampoco groseros; los amigos que sólo esperan un momento de descuido para darnos una puñalada.

Comprendí todo con tal lucidez que le hice unas preguntas mas bien retóricas y dirigidas a mi mismo.

-¿Qué es lo que me hace ir a ellos? ¿Será una tendencia suicida?

-No es ninguna tendencia suicida -dijo-. Lo que te pasa es que no crees que estuviste casi muerto. Como no tuviste dolor físico, no puedes creer que estuviste a punto de morir.

Su argumento era bastante razonable, mi incredulidad era real. Pero aun así, yo no podía descartar el profundo y desconocido miedo que regía mi vida a partir de mi encuentro con los seres inorgánicos. Don Juan escuchó en silencio lo que le dije acerca de mi incapacidad de explicar mi deseo de ir al mundo de los seres inorgánicos, a pesar de todo lo que sabía de él.

-Es una locura -dije-, lo que hago no tiene ningún sentido.

-Sí tiene sentido. Los seres inorgánicos todavía te están jalando, como a un pez enganchado por un anzuelo -dijo-. De vez en cuando te tiran carnadas inservibles para mantenerte enganchado. Arreglar tus sueños para que ocurran cada cuatro días es una carnada inservible. Pero eso si, no te enseñaron a mover tu cuerpo energético.

-¿Por qué cree usted que no me lo enseñaron?

-Porque cuando tu cuerpo energético aprenda a moverse por sí mismo, vas a estar completamente fuera de su alcance. Fue algo prematuro de mi parte creer que ya estabas libre de ellos. Estás relativa pero no completamente libre; todavía andan detrás de tu conciencia.

Sentí un escalofrío en la espalda. Don Juan me había tocado un punto doloroso.

-Dígame qué hacer don Juan, y lo haré -dije.

-Sé impecable. Ya te lo he dicho docenas de veces. Ser impecable quiere decir poner tu vida en el tapete para respaldar tus decisiones, y hacer lo mejor de lo mejor para llevar a cabo esas decisiones. Si no hay decisiones en tu vida, la estás simplemente desperdiciando de una manera pueril.

Don Juan terminó nuestra conversación, insistiendo en que pensara profundamente sobre lo que me había dicho.

En la primera oportunidad que tuve, puse a prueba su sugerencia de cómo mover mi cuerpo energético. Al encontrarme mirando mi cuerpo dormido, en lugar de esforzarme por llegar caminando a él, simplemente deseé acercarme a la cama. Instantáneamente, estaba casi tocando mi cuerpo dormido. Vi mi cara. De hecho podía ver los poros de mi piel. No puedo decir que me agradó ver lo que vi. Mi visión de mi propio cuerpo era demasiado detallada para ser estéticamente agradable. Después algo como un viento entró en el cuarto, desarregló completamente todo y borró mi visión.

En ensueños posteriores, corroboré totalmente que la única manera en que el cuerpo energético se puede mover es deslizándose o volando. Discutí esto con don Juan. Parecía estar muy satisfecho con lo que yo había hecho, lo cual realmente me sorprendió. Estaba acostumbrado a su fría reacción ante cualquier cosa que lograra en mis prácticas de ensueño.

-Tu cuerpo energético está acostumbrado a moverse únicamente cuando algo lo jala -dijo-. Los seres inorgánicos lo han estado jalando de arriba abajo; hasta ahora, nunca lo has movido por ti mismo, con tu propia voluntad. No parece que hayas hecho mucho, moviéndote de la manera en que

te moviste, pero te aseguro que yo estaba considerando seriamente terminar con tus prácticas de ensueño. Por un momento pensé que jamás ibas a aprender a moverte por tu cuenta.
-¿Estaba usted considerando terminar mis prácticas de ensueño porque soy lento?
-No eres lento. Un brujo se demora mucho tiempo para aprender a mover su cuerpo energético. Iba a terminar con tus prácticas de ensueño porque debo ya irme y hay otros asuntos más apremiantes que el ensueño, en los que puedes utilizar tu energía.
-¿Qué más debo hacer, ahora que he aprendido a mover mi cuerpo energético, don Juan?
-Continúa moviéndolo. Mover tu cuerpo energético ha abierto una nueva área para ti, un área de extraordinaria exploración.
Insistió una vez más en que debía idear algo para validar la fidelidad de mis ensueños; su pedido no me pareció tan raro como la primera vez que lo mencionó.
-Como ya sabes, ser transportado por un explorador es la verdadera tarea de la segunda compuerta -explicó-. Es un asunto muy serio, pero no tan serio como forjar el cuerpo energético. Por lo tanto, tienes que asegurarte, por tus propios medios, si estás verdaderamente viéndote dormido, o si estás solamente soñando que te ves dormido. La nueva exploración extraordinaria de la que te hablé depende de si en realidad te ves dormido.
Después de muchas dudas y tribulaciones, creí que había ideado el plan correcto. El haber visto mi camiseta rasgada me dio una idea. Si estaba realmente viéndome dormido, también estaría viendo si llevaba la misma indumentaria con la que me había ido a dormir; una indumentaria experimental que planeaba cambiar radicalmente cada cuatro días. Confiaba en que no tendría ninguna dificultad en recordar, en mis sueños, mi indumentaria experimental. Creí que la disciplina adquirida a través de mis prácticas de ensueño me permitiría grabar cosas como ésta en mi mente y recordarlas en mis ensueños.
Puse en práctica este plan, pero los resultados fueron desastrosos. Me faltó control en mi atención de ensueño y no pude recordar los detalles de mis indumentarias experimentales. Pero aun así, de alguna manera, siempre supe cuando mis sueños eran solamente sueños ordinarios, cuando eran ensueños, o cuando eran algo más que ensueños. En cuyo caso se suponía que mi cuerpo estaba acostado en la cama dormido, mientras mi conciencia realmente lo observaba.
Una característica notable de estos ensueños era mi cuarto. Nunca era como mi cuarto en el mundo cotidiano, sino una enorme y vacía sala de conferencias, con mi cama en uno de sus extremos. Tenía que volar una considerable distancia para estar junto a la cama donde yacía mi cuerpo. En el momento en que estaba junto a él, una fuerza como un fuerte viento me hacia revolotear encima de él, como un colibrí. Algunas veces el cuarto se disolvía; desaparecía pedazo por pedazo hasta que sólo quedaba mi cuerpo y la cama. Otras veces, experimentaba una total pérdida de voluntad. Mi atención de ensueño parecía entonces funcionar independientemente; se quedaba completamente absorta con el primer objeto en el que se enfocara, o parecía no poder decidir qué hacer. En esos casos, tenía la sensación de que estaba flotando, sin volición alguna, yendo de un objeto a otro sin poder concentrarme.
La voz del emisario me explicó una vez que todos los elementos de este tipo de ensueño eran realmente configuraciones energéticas diferentes a las del mundo normal. La voz del emisario señaló que, por ejemplo, las paredes eran liquidas. Insistió en que me sumergiera en una de ellas.
Sin más ni más, me zambullí en una pared como si ésta fuera un gigantesco lago. No sentía la líquida pared; lo que sentí no fue tampoco la sensación de sumergirme físicamente en el agua, pero fue como el pensamiento de sumergirme y la sensación visual de pasar a través de una materia liquida. Mi zambullida me llevó,

hundiéndome en algo que se abría, como el agua se abre.
La sensación de hundirme, con la cabeza por delante, era tan real que empecé a preguntarme por cuánto tiempo, o cuán hondo me había sumergido. Desde mi punto de vista subjetivo pasé una eternidad zambulléndome. Vi nubes y masas de materia que parecían rocas suspendidas en una sustancia al parecer liquida. Vi resplandecientes objetos geométricos, como de cristal, y masas de los colores primarios más profundos que jamás había visto. Había también zonas de intensa luminosidad y otras de total oscuridad. Todo eso se movía frente a mi, ya sea despacio o a una gran velocidad. Se me ocurrió que estaba viendo el cosmos. Al instante en que tuve ese pensamiento, mi velocidad aumentó tan intensamente que todo se volvió borroso, y de repente, me encontré despierto con la nariz contra una de las paredes de mi cuarto.
Un miedo velado me hizo consultar con don Juan. Me escuchó con suma atención.
-Ahora es cuando necesitas hacer una maniobra muy drástica -dijo-. El emisario de ensueño no tiene razón de interferir con tus prácticas de ensueño. O más bien, tú no deberías, bajo ninguna condición, permitirle que lo haga.
-¿Cómo puedo detenerlo?
-Con una maniobra muy simple pero muy difícil. Al entrar en tu ensueño, expresa en voz alta tu deseo de no tener que ver más con el emisario de ensueño.
-¿Quiere eso decir, don Juan, que nunca más lo escucharé?
-Efectivamente. Te vas a deshacer de él para siempre.
-¿Pero, es aconsejable deshacerme de él?
-A estas alturas, ciertamente lo es.
Con esas palabras, don Juan me hundió en un gran dilema. No quería terminar mi relación con el emisario, y al mismo tiempo, quería seguir el consejo de don Juan. Se dio cuenta de mi duda.
-Sé que es un asunto muy difícil -concedió-. Pero si no te deshaces del emisario, los seres inorgánicos te van a tener siempre enganchado. Si quieres evitarlos haz lo que te digo, y hazlo ahora mismo.
En mi siguiente sesión de ensueño, al prepararme a pronunciar mi intento, la voz del emisario me interrumpió. Dijo: "si resuelves no hacer tu pedido, te prometo que nunca intervendré en tus prácticas de ensueño, y que te hablaré únicamente si me haces preguntas directas".
Acepté instantáneamente su proposición, la cual consideré ser un trato muy equitativo. Sentí alivio de que el asunto se hubiese resuelto así, aunque temía que don Juan iba a quedar decepcionado.
-Fue una excelente maniobra -remarcó y se rió-. Fuiste sincero; realmente ibas a pronunciar tu intento. Ser sincero era todo lo que se requería. Esencialmente no había necesidad de que te deshicieras del emisario. Lo que querías era acorralarlo para que te propusiera una alternativa conveniente para ti. Estoy seguro de que el emisario ya no va a interferir más.
Tenía razón. Continué con mis prácticas de ensueño sin ninguna intromisión por parte del emisario. Una extraordinaria consecuencia fue que empecé a tener ensueños en los que los cuartos que ensoñaba eran mi verdadero cuarto del mundo diario, con una diferencia: en mis ensueños, mi cuarto estaba siempre tan inclinado, tan distorsionado, que parecía una gigantesca pintura cubista; con ángulos obtusos y agudos en lugar de los ángulos rectos de las paredes, pisos y cielo raso. En mi cuarto asimétrico, la misma inclinación creada por los ángulos obtusos o agudos era un medio para hacer resaltar prominentemente algún detalle absurdo y superfluo, pero real; por ejemplo, intrincadas líneas en la madera del piso, o decoloraciones en la pintura de una pared, o manchas de polvo en el cielo raso, o huellas digitales en los bordes de las puertas. En esos ensueños, me perdía inevitablemente en mundos acuosos formados por el detalle señalado por las inclinaciones. Durante toda mi práctica de ensueño, la abundancia de detalles en mi cuarto era tan inmensa y su atracción tan intensa

que instantáneamente me sumergía en lo que fuera.
En el primer momento libre que tuve, me fui a ver a don Juan, y le conté mis ensueños.
-No puedo salirme de mi cuarto -le dije después de darle toda la información pertinente.
-¿Qué te hace creer que debes salir de él? -preguntó haciendo una mueca de desdén.
-Creo que debo moverme más allá de mi cuarto, don Juan.
-Pero te estás moviendo más allá de tu cuarto. Quizá deberías preguntarte si estás otra vez atrapado en interpretaciones. ¿Qué crees que significa moverse, en este caso?
Le dije que la sensación que experimenté una vez de caminar de mi cuarto a la calle había sido tan asombrosa que ahora tenía una verdadera necesidad de volver a hacerlo.
-Pero lo que haces es mucho más excitante que lo que quieres hacer -protestó-. Vas a regiones increíbles. ¿Qué más quieres?
Le traté de explicar que tenía una exigencia física de salirme de la trampa del detalle. Mi mayor molestia era mi incapacidad de liberarme de lo que atraía mi atención de ensueño. Le dije que mi meta era tener un mínimo de voluntad.
Hubo un largo silencio. Esperé oír más acerca de la trampa del detalle, después de todo, fue él quien me previno de sus peligros.
-Vas muy bien -dijo finalmente-. A los ensoñadores les lleva largo tiempo perfeccionar su cuerpo energético. Y esto es precisamente lo que está aquí en juego: perfeccionar tu cuerpo energético.
Don Juan explicó que mi cuerpo energético estaba impulsado a examinar detalles y quedarse atrapado en ellos debido a su inexperiencia. Dijo que los brujos se pasan la vida entera completando sus cuerpos energéticos por medio de la maniobra de dejarlos absorber todos los detalles posibles.
-El cuerpo energético se abstrae en detalles hasta que está completo y maduro -don Juan prosiguió-. Y no hay modo de liberarlo de la compulsión de quedar absorto en todo. Pero si uno toma esto en consideración, en lugar de entrar en batalla con él como tú lo haces, uno le puede ayudar.
-¿Cómo puedo ayudarlo, don Juan?
-Dirigiendo su comportamiento, o sea, acechándolo.
Explicó que ya que todo lo relacionado con el cuerpo energético depende de la adecuada posición del punto de encaje, y ya que ensoñar es el medio de desplazarlo, acechar es hacer que el punto de encaje se quede fijo en la posición perfecta; en este caso, la posición en la que el cuerpo energético se puede consolidar y desde la cual finalmente emerge.
Don Juan dijo que cuando el cuerpo energético se mueve por propios medios, los brujos asumen que la posición óptima del punto de encaje ha sido alcanzada. El siguiente paso es acecharlo, esto es, mantener fijo el punto de encaje en esa posición, para de ese modo completar el cuerpo energético. Señaló que el procedimiento es de una extraña simpleza: uno intenta acecharlo y lo acecha.
Hubo un largo silencio y miradas intensas llenas de expectativa. Yo esperaba que dijera algo más, y él esperaba que yo hubiera entendido lo que había dicho.
-Permite que tu cuerpo energético intente alcanzar la óptima posición de ensueño -explicó-. Luego permite que tu cuerpo, energético intente quedarse en esa posición. Eso quiere decir acecharlo.
Hizo una pausa, y con sus ojos me instó a que considerara su aseveración.
-Intentar es el secreto, pero tú ya sabes eso -dijo-. Los brujos desplazan su punto de encaje a través del intento, y lo fijan igualmente a través del intento. Y no hay ninguna técnica para intentar. Uno aprende a intentar usando el intento.
Una extravagante idea acerca de mi valor como brujo fue inevitable. Y tuvo que ver con una ilimitada confianza de que algo me iba a ayudar a intentar la fijación de mi punto de encaje en el lugar ideal. En

el pasado había llevado a cabo, sin saber cómo, toda clase de maniobras. Don Juan se había maravillado de mi habilidad, o de mi suerte. Yo estaba seguro de que esta vez iba a pasar lo mismo. Pero me equivoqué. No tuve ningún éxito en fijar mi punto de encaje en cualquier lugar, muchísimo menos en el lugar ideal.

Después de meses de serios pero inútiles esfuerzos, me di por vencido.

-Realmente creí que lo podía hacer -le dije a don Juan en el momento en que llegué a su casa-. Mucho me temo que últimamente mi importancia personal ha crecido más que nunca.

-No realmente -dijo con una sonrisa-. Lo que pasa es que estás atrapado en otra de tus rutinarias mal interpretaciones de términos. Quieres encontrar el lugar ideal como si estuvieras tratando de encontrar las llaves de tu coche. Luego quieres atar tu punto de encaje como si te estuvieras amarrando los zapatos. El lugar ideal y la fijación del punto de encaje son metáforas. No tienen nada que ver con las palabras que se usan para describirlas.

Me pidió entonces que le contara los más recientes eventos de mis prácticas de ensueño. Lo primero que le mencioné fue que el impulso de mi atención de ensueño de quedar absorta en detalles había disminuido considerablemente. Le dije que quizá porque en mis ensueños me movía compulsiva e incesantemente, el movimiento en sí me detenía antes de que me sumergiera en el detalle que estaba observando. Detenerme así me dio la oportunidad de examinar el acto de quedar absorto en detalles; y llegué a la conclusión de que la materia inanimada poseía una fuerza inmovilizante. Yo la veía como un rayo inmóvil de luz opaca que me mantenía fijo. Por ejemplo, muchas veces alguna diminuta marca en las paredes, o en las líneas de la madera del piso de mi cuarto emitía una línea de luz que me inmovilizaba; a partir del momento en que mi atención de ensueño enfocaba esa luz, todo el ensueño giraba alrededor de esa diminuta marca. La veía agrandarse al tamaño del universo entero. Esa visión duraba hasta que me despertaba, con la nariz presionada contra la pared o contra el piso de madera. Mis conclusiones fueron que, en primer lugar, el detalle era real, y en segundo lugar, parecía que lo había estado observando mientras dormía.

Don Juan sonrió y dijo:

-Todo esto te está pasando porque tu cuerpo energético se forjó completamente en el momento en que se movió por sí mismo. No te lo dije, pero te lo insinué. Quería saber si eras capaz de descubrirlo por ti mismo, y por supuesto lo hiciste.

No tenía idea a qué se refería. Don Juan me escudriñó de la manera en que solía hacerlo. Su mirada fija y penetrante recorrió mi cuerpo.

-¿Qué fue exactamente lo que descubrí por mí mismo, don Juan? -me vi forzado a preguntar.

-Descubriste que tu cuerpo energético está completo -contestó.

-Yo no descubrí nada de eso; se lo aseguro.

-Sí, lo descubriste. Comenzó cuando no podías encontrar un método para certificar la realidad de tus ensueños. Sin saber cómo, algo empezó a funcionar, algo que te revelaba lo que querías saber acerca de tus ensueños. Ese algo era tu cuerpo energético. Ahora te desespera no poder encontrar el lugar ideal donde fijar tu punto de encaje. Y yo te digo que ya lo encontraste. La prueba es que has descubierto que si te mueves tu cuerpo energético reduces su obsesión con los detalles.

Me quedé estupefacto. Ni siquiera pude hacerle una de mis débiles preguntas.

-Lo que vas a hacer ahora es una de las maravillas de brujos -prosiguió don Juan-. Vas a practicar ver energía en tu ensueño. Has cumplido la tarea parcial de la tercera compuerta del ensueño: mover tu cuerpo energético. Ahora vas a llevar a cabo la verdadera tarea: ver energía con tu cuerpo energético.

"Ya has visto varias veces energía -prosiguió-. Pero cada una de esas veces, viste de pura casualidad. Ahora lo vas a hacer deliberadamente.

"Los ensoñadores tienen una regla empírica -continuó-. Si sus cuerpos energéticos está completos, ven energía cada vez que miran fijamente algún objeto del mundo cotidiano. En sus ensueños, si ven energía en un objeto, están tratando con un mundo real, sin importar qué tan extraño o indefinido les pueda parecer ese mundo. Si no pueden ver energía en los objetos de su ensueño, se encuentran en un sueño común y corriente y no en un mundo real.
-¿Qué es un mundo real, don Juan?
-Es un mundo que genera energía; lo opuesto a un mundo fantasma de proyecciones donde nada genera energía; como la mayoría de nuestros sueños, donde nada tiene un efecto energético.
Don Juan me dio entonces otra definición del ensueño: un proceso por medio del cual los ensoñadores aíslan condiciones del ensueño en las que pueden encontrar elementos que generan energía. Su definición me dejó perplejo. Se rió, y me dio otra aún más compleja: ensoñar es el proceso por medio del cual intentamos encontrar posiciones adecuadas del punto de encaje, posiciones que nos permiten percibir elementos que generan energía en estados que parecen sueños.
Explicó que el cuerpo energético es también capaz de percibir energía diferente a la energía de nuestro mundo. Como en el caso de los seres inorgánicos, a quienes el cuerpo energético percibe como energía chisporroteante. Añadió que en nuestro mundo nada chisporrotea; todo aquí oscila.
-De ahora en adelante -dijo-, la tarea de tu ensueño va a ser determinar si los objetos en los que enfocas tu atención de ensueño generan energía terrestre, o generan energía foránea, o son meras proyecciones fantasmagóricas.
Don Juan admitió haber tenido la esperanza de que yo llegara a la idea de ver energía, como medida para determinar si estaba realmente viendo mi cuerpo dormido. Se rió de mi falsa estratagema de ponerme elaboradas vestimentas de dormir. Dijo que yo había tenido en mis manos toda la información necesaria para deducir cuál era la verdadera tarea de la tercera compuerta del ensueño y llegar a la solución correcta, pero que mi sistema de interpretación me forzó a buscar soluciones artificiales que carecían de la simplicidad y la franqueza de la brujería.

IX. LA NUEVA ÁREA DE EXPLORACIÓN

Don Juan me dijo que para poder ver en ensueños, no sólo tenía yo que intentar ver, sino también expresar mi intento en voz alta. Insistió en lo de la voz alta por razones que se rehusó a explicar. Sin embargo admitió que había otras maneras de obtener el mismo resultado, pero aseveró que expresar en voz alta el intento de uno es la forma más simple y directa.
La primera vez que en ensueños puse en palabras mi intento de ver, estaba soñando con una venta pública de toda clase de objetos; la venta se realizaba en un campo abierto. Había tantos artículos, que no podía decidir cuál ver. Un jarrón gigantesco y llamativo me hizo decidir. Me le quedé mirando fijamente, y luego expresé en voz alta mi intento de ver. El jarrón permaneció en mi vista por un instante, y luego se transformó en otro objeto, como sucedía en mi práctica diaria de ensueño.
Vi tantas cosas como pude en ese ensueño. Después de expresar mi intento de ver, cada objeto que escogía se esfumaba o se transformaba en cualquier otra cosa. Finalmente mi atención de ensueño se agotó y desperté tremendamente frustrado, casi enojado.
Por meses enteros miré fijamente cientos de objetos en mis sueños, y pronuncié deliberadamente mi intento de ver cientos de veces, pero nunca pasó nada. Cansado de esperar, tuve que preguntarle finalmente a don Juan acerca de esto.
-Necesitas paciencia. Estás aprendiendo a hacer algo nuevo y extraordinario -remarcó cuando le conté mis fracasos-. Estás aprendiendo a ver en tus sueños. Al-

gún día no vas a necesitar más declarar tu intento en voz alta sino simplemente desearlo, en silencio.

-Creo que no he entendido la función de lo que estoy haciendo -dije-. No pasa nada cuando grito mi intento de ver. ¿Qué quiere decir esto?

-Quiere decir que hasta ahora tus ensueños han sido ensueños ordinarios; proyecciones fantasmagóricas; imágenes que tienen vida únicamente en tu atención de ensueño.

Don Juan me pidió una descripción exacta de lo que había pasado con los objetos en los que enfoqué mi atención de ensueño. Le dije que o se desvanecían, o cambiaban de forma o hasta producían vórtices que eventualmente cambiaban mis ensueños.

-Lo único fuera de lo común -dije- es que estoy aprendiendo a gritar a todo pulmón en mis ensueños.

Don Juan comenzó a reír a carcajadas, lo cual me desconcertó. No podía encontrarle la gracia a lo que yo había dicho, ni comprender la razón de su reacción.

-Algún día vas a apreciar lo chistoso que es todo esto -dijo como respuesta a mi silenciosa protesta-. Mientras tanto, no te desanimes ni te des por vencido. Continúa lidiando. Tarde o temprano, darás con la solución adecuada.

Como siempre, tuvo razón. Como unos dos meses más tarde, me saqué el premio gordo; tuve un ensueño de lo más raro. Empezó con la aparición de un explorador del mundo de los seres inorgánicos. Tanto el explorador como el emisario de ensueño habían estado extrañamente ausentes en mis sueños. No los había extrañado, y ni siquiera pensaba en ellos. De hecho, me sentía tan bien sin ellos que hasta se me olvidó preguntarle a don Juan acerca de su ausencia.

En ese ensueño, el explorador era un gigantesco topacio amarillo que encontré pegado en la parte trasera de una gaveta. En el momento en que expresé mi intento de ver, el topacio se convirtió en una masa de energía chisporroteante. Tuve miedo de ser impulsado a seguirlo y desvié mi mirada; la enfoqué en un acuario de peces tropicales. Dije en voz alta mi intento de ver, y me llevé una tremenda sorpresa. El acuario emitió un tenue resplandor verdoso y se transformó en un retrato surrealista de una mujer adornada de joyas. Cuando expresé mi intento de ver, el retrato también emitió el mismo resplandor verdoso.

Al mirar fijamente a ese resplandor, todo el ensueño cambió. Me encontré entonces caminando por la calle de una ciudad que me parecía familiar, quizá era Tucson. Miré una exhibición de ropa de mujer en el escaparate de una tienda y declaré en voz alta mi intento de ver. Instantáneamente, un maniquí negro que resaltaba prominentemente, empezó a resplandecer. En ese momento entró una vendedora a reacomodar el escaparate. Me miró. Yo también la miré fijamente y después de haber dicho en voz alta mi intento de ver, vi su resplandor. Era tan estupendo, que temí que algún detalle en su esplendoroso fulgor me atrapara, pero la mujer dio media vuelta y salió antes de que yo tuviera tiempo de enfocar toda mi atención en ella. Ciertamente intentaba seguirla dentro de la tienda, pero mi atención de ensueño fue atrapada entonces por un brillo que se movía. Me embistió lleno de ira. Había algo repulsivo y perverso en él. Salté para atrás. El brillo detuvo su embestida; una sustancia negra me tragó y desperté.

Las imágenes de ese ensueño habían sido tan vividas que creí firmemente haber visto energía, y que mi ensueño había sido una de esas condiciones que don Juan llamaba generadoras de energía. La idea de que los ensueños pueden ocurrir en la realidad consensual de nuestro mundo cotidiano me intrigaba de la misma forma que las imágenes del reino de los seres inorgánicos me habían intrigado.

-Esta vez no sólo viste energía, sino que cruzaste unos linderos muy peligrosos -don Juan dijo después de escuchar mi relato.

Reiteró que el ejercicio para la tercera compuerta de ensueño es hacer que el cuerpo

energético se mueva por sí solo, y que yo había sobrepasado inadvertidamente ese ejercicio y había entrado en otro mundo.
-Tu cuerpo energético se movió -dijo-. Viajó. Esa clase de viaje está más allá de tus posibilidades actuales, y por ello algo te atacó.
-¿Qué cree usted que fue, don Juan?
-Este es un universo enemigo. Pudo haber sido uno de los millones de seres que existen en el universo.
-¿Por qué cree usted que me atacó?
-Por la misma razón por la que los seres inorgánicos te atacaron: porque te pusiste a su alcance.
-¿Es así de simple?
-Por supuesto. Es tan simple como lo que tú harías si una araña estrafalaria se trepara a tu escritorio, mientras escribes. La aplastarías del puro susto, en vez de admirarla o examinarla.
Me sentí perdido, busqué las palabras adecuadas para hacer una pregunta correcta. Le quería preguntar dónde había ocurrido mi ensueño, o en qué mundo estaba yo mientras ensoñaba. Pero mis preguntas no tenían ningún sentido; yo mismo podía deducir eso. Don Juan fue muy comprensivo.
-Quieres saber dónde estaba enfocada tu atención de ensueño, ¿no es cierto? -me preguntó con una sonrisa maliciosa.
Así era exactamente como quería expresar mi pregunta. Razoné que en mi ensueño había estado viendo algún objeto real. Exactamente como cuando veía los diminutos detalles de los pisos, o las paredes, o las puertas de mi cuarto, detalles que más tarde había corroborado que existían.
Don Juan dijo que en ensueños especiales, como el que tuve, nuestra atención de ensueño se enfoca en el mundo cotidiano, y que se mueve instantáneamente de un objeto real a otro objeto real en el mundo. Lo que posibilita este tipo de movimiento es que el punto de encaje se encuentra en la posición adecuada, y esto le da a la atención de ensueño tal fluidez que puede recorrer distancias increíbles en fracciones de segundo; al hacerlo, produce una percepción tan rápida y tan efímera que da la impresión de ser un ensueño ordinario.
Don Juan explicó que en mi ensueño había visto un jarrón real, y que mi atención de ensueño se movió grandes distancias para ver un verdadero cuadro surrealista de una mujer adornada con joyas. El resultado, con la excepción de ver energía, había sido algo muy cercano a un ensueño ordinario, en el cual los objetos se transforman rápidamente en algo diferente cuando se les mira fijamente.
-Sé lo desconcertante que es todo esto -prosiguió, completamente consciente de mi perplejidad-. Por alguna razón, pertinente a la mente, ver energía en ensueños es de lo más agobiante que uno puede imaginar.
Señalé que ya había visto energía en mis ensueños antes, pero que nunca me había afectado de esa manera.
-Ahora tu cuerpo energético está completo y funciona -dijo-, por lo tanto, que veas energía en tu ensueño implica que estás percibiendo un mundo real, a través del velo de un ensueño. Esa es la importancia del viaje que hiciste. Fue real. Te encontraste con objetos generadores de energía, uno de los cuales casi acaba con tu vida.
-¿Fue así de serio, don Juan?
-Créemelo que sí. Ese ser que te atacó estaba hecho de pura energía y conciencia y era mortal. Viste su energía. A estas alturas ya te has dado cuenta de que a menos que veamos en el ensueño, no podemos distinguir una cosa real, generadora de energía, de una proyección fantasmagórica. Aunque hayas luchado con los seres inorgánicos y de verdad hayas visto a los exploradores y a los túneles, tu cuerpo energético no sabe a ciencia cierta si eran reales, es decir, si eran generadores de energía. Estás casi seguro, pero no del todo seguro.
Don Juan insistió en hablar del viaje que hice. Por razones inexplicables, yo rehusaba abordar ese tema. Sus aseveraciones me habían producido una instantánea reacción; un extraño miedo, profundo, oscuro y obsesivo de una manera visceral.

-Decididamente viajaste a otra capa de la cebolla -dijo don Juan. Había hablado por largo rato pero yo no le había puesto atención.
-¿Qué significa otra capa de la cebolla, don Juan?
-El mundo es como una cebolla, tiene varias capas. El mundo que conocemos es una de ellas. Algunas veces cruzamos los linderos de estas capas y entramos en otra de ellas, en otro mundo, muy parecido a éste, pero no el mismo. Y tú entraste en uno de esos mundos.
-¿Cómo es posible un viaje de los que usted habla, don Juan?
-Tu pregunta no tiene sentido, ya que no hay nadie que la pueda responder. Desde el punto de vista de los brujos, el universo está construido de capas, y el cuerpo energético las puede cruzar. ¿Sabes dónde existen los brujos antiguos hasta hoy en día? En otra capa de la cebolla.
-La idea de un viaje pragmático y real hecho en ensueños es algo muy difícil de entender o de aceptar, don Juan.
-Hemos discutido este tema ya muchísimo. Estaba convencido de que habías entendido, de una vez por todas, que el viaje del cuerpo energético depende exclusivamente de la posición del punto de encaje.
-Ya lo sé y lo he pensado una y otra vez; pero aun así, decir que el viaje depende de la posición del punto de encaje no me explica nada.
-Tu problema es tu cinismo. Yo era exactamente como tú. El cinismo no nos permite cambios drásticos en la manera como entendemos al mundo. También nos fuerza a presumir estar siempre en lo correcto.
Entendí perfectamente lo que quería decir, y le recordé de mi lucha contra todo esto.
-Te propongo que hagas algo que vas a considerar absurdo, pero que quizá cambie las cosas -dijo-. Repítete a ti mismo incesantemente que la clave de la brujería es el misterio del punto de encaje. Si te repites esto por un tiempo, una fuerza oculta tomará las riendas y provocará en ti los cambios apropiados.
Don Juan no me dio ninguna indicación de estar bromeando. La idea de repetir incesantemente esa fórmula me pareció estúpida.
-Acaba con tu actitud de cínico profesional -me dijo mordazmente-. Repite lo que te dije, pero hazlo de una manera fidedigna.
"El misterio del punto de encaje es todo en la brujería -continuó sin mirarme-. O más bien, en la brujería todo depende de la manipulación del punto de encaje. Tú ya sabes, pero tienes que repetirlo sin cesar.
Al escuchar sus observaciones, pensé por un instante que me iba a morir de angustia. Una increíble sensación física de tristeza me abrumó y me hizo gritar de dolor. Parecía como si mi estómago y mi diafragma se movieran hacia arriba, y entraran en mi cavidad torácica. El empuje fue tan intenso que mi conciencia cambió de nivel y volví a mi estado normal. Lo que fuera que hubiésemos estado hablando, se volvió un pensamiento vago acerca de algo que quizá hubiese ocurrido, pero que de acuerdo a mi sentido común cotidiano realmente no había ocurrido.
La próxima vez que don Juan y yo hablamos sobre el ensueño, discutimos las razones por las cuales yo no había podido continuar con mis prácticas por meses enteros. Don Juan me advirtió que debía redondear el tema para explicar mi situación. Primero señaló la enorme diferencia entre los pensamientos y las acciones de los hombres de la antigüedad y los pensamientos y las acciones del hombre moderno. Dijo que los hombres de la antigüedad tenían una visión muy realista de la percepción y de la conciencia, ya que esta visión provenía de su observación del universo que los rodeaba. Al contrario, el hombre moderno tenía una visión absurdamente irreal de la percepción y de la conciencia, ya que su visión proviene de su observación del orden social, y de sus tratos con éste.
-¿Por qué me explica usted esto? -pregunté.
-Porque tú eres un hombre moderno envuelto en las observaciones y las visiones

de los hombres de la antigüedad -contestó-. Y ninguna de esas observaciones o visiones te son familiares. Ahora necesitas más cordura y aplomo que nunca. Estoy tratando de hacer un puente sólido por el cual puedas caminar, entre las visiones de los hombres antiguos y aquellas de los hombres modernos.

Señaló que de todas las observaciones trascendentales de los hombres de los tiempos antiguos, la única con la cual yo estaba familiarizado, era la idea de vender el alma al diablo a cambio de la inmortalidad; una idea que admitió venía directamente de los tratos de los brujos antiguos con los seres inorgánicos. Me recordó cómo el emisario de ensueño había tratado de seducirme a quedarme en su reino, ofreciéndome la posibilidad de mantener mi individualidad y conciencia de ser por casi una eternidad.

-Como tú sabes, sucumbir a la atracción de los seres inorgánicos no es sólo una idea; es algo real -don Juan prosiguió-. Pero todavía no estás completamente convencido de la totalidad de esa realidad. Ensoñar es real; es una condición que genera energía. Escuchas mis aseveraciones y claro que las entiendes, pero tu conciencia todavía no ha alcanzado a comprender todo lo que esto implica.

Don Juan dijo que mi razón estaba tan alerta acerca de la importancia de una comprensión de esta naturaleza que durante nuestra última conversación me forzó a cambiar de niveles de conciencia. Me empujó a mi estado de conciencia normal, antes de que pudiera examinar los diferentes aspectos y peculiaridades de mis ensueños. Mi razón se había protegido aún más al suspender mis prácticas de ensueño.

-Le aseguro que estoy perfectamente consciente de lo que una condición generadora de energía significa -dije.

-Y yo te aseguro que no lo estás -replicó-. Si lo estuvieras, medirías tu atención de ensueño con mayor cuidado. Puesto que crees que solamente estás soñando, tomas riesgos a ciegas. Tu falso razonamiento te dice que no importa lo que pase, en un momento dado, el sueño se terminará y te despertarás.

Tenía razón. A pesar de todo lo que había atestiguado en mis prácticas de ensueño, de alguna manera, todavía retenía el sentido general de que todo había sido un sueño.

-Te estoy hablando acerca de las opiniones y miras de los hombres de la antigüedad en contraposición a las del hombre moderno -don Juan prosiguió-. Tú, como hombre moderno, prefieres tratar un concepto que no te es familiar como si fuera meramente una idea vacía.

"Si dependiera de ti, considerarías el ensueño como una idea vacía. Yo sé muy bien que tomas muy en serio al ensueño, pero no crees en la realidad del ensueño.

-Comprendo lo que usted quiere decir, don Juan, pero no entiendo por qué me lo dice ahora.

-Te lo digo porque ahora estás en la posición correcta para comprender que ensoñar es una condición generadora de energía. Por primera vez, puedes entender que los sueños ordinarios son los instrumentos de entrenamiento que se usan para adiestrar al punto de encaje a fin de que alcance la posición que crea la condición generadora de energía que llamamos ensueño.

Me advirtió que los ensoñadores, como entran en mundos reales de efectos contundentes, deben permanecer en un estado de la más intensa y sostenida vigilancia; cualquier desviación pone al ensoñador en un indescriptible peligro.

En este punto de nuestra conversación, empecé a experimentar nuevamente un movimiento en mi cavidad torácica, exactamente como el que sentí el día que mi conciencia cambió de niveles por sí sola. Don Juan me sacudió del brazo fuertemente.

-¡Ensoñar es algo extremadamente peligroso! -me gritó-. No empieces ahora a efectuar una de tus maniobras para proteger a tu razón.

Su tono era tan urgente que paré lo que estaba inconscientemente haciendo.

-¿Qué me está pasando, don Juan? -pregunté.
-Lo que te está pasando es que puedes desplazar tu punto de encaje rápida y fácilmente -dijo-. Pero esa facilidad hace que ese desplazamiento sea desorientado. Disminuye tu velocidad. Cálmate y no te confíes demasiado en tus habilidades.
Podría haberle dicho que no sabía a qué se refería, pero sí lo sabía. Y también sabía que disponía de sólo unos segundos para reunir mi energía y cambiar de actitud; y lo hice.
Ese fue el final de nuestra discusión de ese día. Me fui a casa, y durante casi un año, repetí diaria y fielmente lo que don Juan me había sugerido. Los resultados de mi invocación, la cual parecía una letanía, fueron increíbles. Llegué a la conclusión de que había tenido el mismo efecto en mi conciencia de ser que el ejercicio tiene en los músculos del cuerpo. Mi punto de encaje se volvió más ágil, lo que significó que ver energía en mis ensueños se convirtió en la única meta de mis prácticas. Mi habilidad de ver creció en proporción a mis esfuerzos. Llegó el momento en que yo era capaz de ver, sin decir una sola palabra, y experimentar el mismo resultado que cuando expresaba en voz alta mi intento de ver.
Don Juan me felicitó por mi logro. Naturalmente, asumí que se estaba burlando de mí. Me aseguró que me felicitaba de verdad, pero me urgió a que siguiera gritando, por lo menos cuando me sintiera perdido. Su petición no me pareció extraña. Por mi cuenta gritaba en mis ensueños, a toda voz, cada vez que lo creía necesario.
En mis prácticas descubrí que la energía de nuestro mundo oscila, centellea. No solamente los seres vivientes sino todo en nuestro mundo centellea con una luz interior propia. Don Juan me explicó que la energía de nuestro mundo consiste en diferentes capas brillantes. La capa superior es blancuzca; y otra más profunda e inmediatamente adyacente a ésta es de color verde pálido, y otra, aún más honda es ámbar.
Encontré los tres tonos, o más bien, vi vislumbres de éstos cada vez que los objetos que encontraba en mis ensueños generaban energía. Sin embargo, el primer impacto de ver cualquier cosa que generase energía era siempre un resplandor blancuzco.
-¿Hay nada más que tres diferentes tonos? -le pregunté a don Juan.
-Hay un número interminable -contestó-, pero para establecer un orden inicial, tres es suficiente. Más tarde, cuando seas más sofisticado en tu ensueño podrás aislar docenas de tonos.
"La capa blancuzca es el tono de la posición presente del punto de encaje de la humanidad -don Juan continuó-. Digamos que es un tono moderno. Los brujos creen que todo lo que el hombre hace hoy en día está teñido con ese resplandor blancuzco. En otros tiempos, la posición del punto de encaje de la humanidad hacía que el tono de la energía que regía en el mundo fuera verde pálido; y en otro tiempo, más distante aún, hacía que fuera color ámbar. El color de la energía de los brujos es ámbar, lo que significa que están energéticamente asociados con los hombres que existieron en un pasado lejano.
-¿Cree usted, don Juan, que el presente tono blancuzco cambiará algún día?
-Si el hombre es capaz de evolucionar. La gran tarea de los brujos es implementar la idea de que para evolucionar el hombre debe primero liberar su conciencia de ser de sus ataduras con el orden social. Una vez que esté libre, el intento la dirigirá por un nuevo camino evolutivo.
-¿Cree usted que los brujos triunfarán en esa tarea?
-Ya han triunfado. Ellos mismos son la prueba. Convencer a otros del valor y la importancia de evolucionar es otro asunto.
La otra clase de energía que encontré presente en nuestro mundo, aunque ajeno a él, era la energía de los exploradores. La energía que don Juan llamaba chisporroteante. En mis ensueños, encontré cantidades de objetos que, al verlos, se con-

vertían en masas de energía que parecían estar friéndose, burbujeando con una actividad interior como de calor.

-Ten en mente que no todos los exploradores que encuentres pertenecen al reino de los seres inorgánicos -don Juan remarcó-. Todos los exploradores que has encontrado hasta ahora, excepto el explorador azul, provienen de ese reino, pero eso fue porque los seres inorgánicos te están acorralando; estaban dirigiendo la función. Ahora, estás solo. Algunos de los exploradores que vas a encontrar no van a ser del reino de los seres inorgánicos, sino de otros niveles de conciencia aún más distantes.

-¿Están conscientes de sí mismos los exploradores? -pregunté.

-Por supuesto -respondió.

-¿Entonces por qué no hacen contacto con nosotros cuando estamos despiertos?

-Lo hacen. Nuestra gran desgracia es estar tan completamente ocupados que no podemos poner atención a nada. Sin embargo, al dormirnos, la compuerta de doble sentido se abre y ensoñamos. Y en nuestros ensueños hacemos contacto.

-¿Hay alguna manera de saber si los exploradores son de otro nivel que no es el mundo de los seres inorgánicos?

-Mientras mayor es su chisporroteo, de más lejos vienen. Suena como una simpleza ¿no? Pero no lo es. Deja que tu cuerpo energético decida. Te aseguro que al enfrentar a una energía forastera, hará muy sutiles distinciones y juicios infalibles.

Una vez más, estuvo en lo cierto. Sin mucha dificultad, mi cuerpo energético distinguió dos tipos generales de energía foránea. La energía de los exploradores del reino de los seres inorgánicos chisporroteaba ligeramente, no emitía ningún sonido, pero tenía todas las apariencias de efervescencia, de agua que está empezando a hervir.

La energía del segundo tipo general de exploradores me daba la impresión de tener considerablemente más vigor. Esos exploradores parecían estar a punto de quemarse. Vibraban por dentro como si estuvieran llenos de gas comprimido.

Mis encuentros con energía extranjera fueron siempre fugaces, ya que puse total atención a las recomendaciones de don Juan.

-A menos de que sepas exactamente lo que quieres de esa energía forastera -dijo-, tienes que conformarte con un breve vistazo. Ir más allá de un vistazo es tan peligroso y tan estúpido como acariciar a una víbora.

-¿Por qué es peligroso, don Juan? -pregunté.

-Los exploradores son siempre peligrosos y extremadamente agresivos -dijo-. Tienen que ser así para realizar sus exploraciones. Sostener nuestra atención de ensueño en ellos es equivalente a pedir que se enfoquen en nosotros. Una vez que lo hacen, nos sentimos obligados a ir con ellos; y ese, por supuesto, es el peligro. Podemos acabar en mundos muy lejanos de nuestras posibilidades energéticas.

Don Juan explicó que hay muchísimos tipos de exploradores, pero que en mi nivel energético presente, únicamente podía enfocarme en tres. Describió los dos primeros tipos como los más fáciles de reconocer, porque sus disfraces en nuestros ensueños son tan extravagantes que de inmediato atraen nuestra atención de ensueño. Dijo que exploradores del tercer tipo son los más peligrosos, en términos de agresividad y poder, porque se esconden detrás de disfraces muy sutiles.

-Una de las cosas más extrañas que los ensoñadores encuentran, y con la cual te vas a topar tarde o temprano -don Juan continuó-, es el tercer tipo de exploradores. Hasta ahora, has encontrado solamente muestras de los dos primeros, pero eso se debe a no haberlos buscado en el lugar apropiado.

-¿Y cuál es el lugar apropiado, don Juan?

-Has caído otra vez en la trampa de las palabras; esta vez las palabras culpables son "los exploradores se esconden detrás de los elementos de nuestros ensueños". Has creído que elementos significa únicamente objetos. Bueno, el más feroz de los exploradores se esconde detrás de gente

en nuestros ensueños. Me aguardaba una formidable sorpresa cuando una vez enfoqué mi atención de ensueño en la imagen de mi madre. Después de haber expresado en voz alta mi intento de ver, mi madre se convirtió en una feroz burbuja de energía chisporroteante.

Don Juan hizo una pausa como para cerciorarse de que sus palabras tuvieran el debido efecto en mí. Me sentí tremendamente molesto con la idea de encontrar un explorador detrás de la imagen de mi madre.

-Es insoportable que estén siempre asociados con la imagen de nuestros padres o amigos -prosiguió-. Quizá es por eso que a menudo nos sintamos mal cuando soñamos con ellos.

Su sonrisa irónica me dio la impresión de que estaba disfrutando de mi molestia.

-Por lo general los ensoñadores asumen que siempre que se sienten perturbados al soñar con sus padres o sus amigos, el tercer tipo de exploradores está presente. Es muy razonable aconsejar a los ensoñadores que eviten esas imágenes en sus ensueños, pues son peligrosísimas.

-¿Cuál es la posición del explorador azul con relación a los otros exploradores? -pregunté.

-La energía azul no chisporrotea -contestó-. Es como la nuestra; oscila, pero es azul en lugar de blanca. La energía azul no existe en nuestro mundo.

"Y eso nos pone frente a algo de lo que nunca hemos hablado. ¿De qué color eran los exploradores que has visto hasta ahora?

Nunca había pensado en ello, hasta el momento en que lo mencionó. Le dije que eran de color rosa claro o rojizo encendido. Él añadió que los exploradores del tercer tipo eran de color anaranjado brillante.

Yo mismo descubrí que el tercer tipo de explorador es francamente pavoroso. Cada vez que encontraba uno de ellos, estaba detrás de la imagen de mis padres, especialmente la de mi madre. Verlo, me recordaba siempre a la masa de energía que me atacó. La energía de aquellos exploradores parecía estar a punto de saltar sobre mi y mi cuerpo energético reaccionaba con horror aun antes de que la viera.

Durante nuestra siguiente discusión sobre el ensueño, le pregunté a don Juan sobre la ausencia total de los seres inorgánicos en mis prácticas de ensueño.

-Aparecen únicamente al principio -explicó-. Después de que los exploradores nos llevan a su mundo, no hay más necesidad de las proyecciones de los seres inorgánicos. Si queremos verlos, un explorador nos lleva a su mundo, puesto que nadie, pero nadie, puede viajar por si mismo a ese reino.

-¿Por qué es eso, don Juan?

-Su mundo está sellado. Nadie puede entrar o salir de él sin el consentimiento de los seres inorgánicos. Lo único que se puede hacer, una vez que uno está adentro es, por supuesto, expresar el intento de quedarse allí. Decirlo en voz alta significa desatar corrientes de energía que son irreversibles. En tiempos pasados, la palabra era increíblemente poderosa. Ahora no lo es; pero en el reino de los seres inorgánicos, aún no ha perdido su poder.

Don Juan se rió y dijo que era engorroso para él hablar del mundo de los seres inorgánicos, ya que yo realmente sabía más acerca de ese mundo que él y todos sus compañeros juntos.

-Hay un asunto relacionado con ese mundo del cual no hemos discutido -dijo.

Hizo una larga pausa, como si estuviera buscando las palabras apropiadas.

-Para decirte la verdad -comenzó-, mi aversión por las actividades de los brujos antiguos es muy personal. Como nagual, detesto lo que hicieron. Buscaron cobardemente refugio en el mundo de los seres inorgánicos. Argüían que en un universo enemigo hecho para destruirnos, nuestro único posible refugio está en ese reino.

-¿Por qué creían eso, don Juan?

-Porque es la verdad. Puesto que los seres inorgánicos no pueden mentir, el emisario de ensueño vende lo cierto. Ese mundo puede ampararnos y prolongar nuestra conciencia por casi una eternidad.

-Lo que el emisario vende, aunque sea la verdad, no me interesa -dije.
-¿Quieres decir que te arriesgarías a tomar un camino que quizá te descuartice? -preguntó con un tono de perplejidad.
Le aseguré que yo no deseaba el mundo de los seres inorgánicos, a pesar de las ventajas que ofreciera. Mi aseveración pareció complacerle infinitamente.
-Entonces estás listo para encarar el aspecto final de ese mundo. El más espantoso aspecto que uno puede encarar -dijo, y trató de sonreír, pero no pudo.
Don Juan buscó en mis ojos, supongo, un vislumbre de comprensión. Se quedó callado por un momento.
-La energía necesaria para mover el punto de encaje de los brujos viene del reino de los seres inorgánicos -dijo como si tuviera prisa de terminar con el asunto.
Comprendí lo que don Juan dijo, mejor de lo que hubiera creído. Viajar a ese mundo siempre había significado para mi, en un nivel energético, recibir un empellón de energía oscura. Hasta había pensado en ello en estos términos, mucho antes de que don Juan me lo dijera. Sentí vértigo y tuve que pararme firmemente sobre mis pies para no perder el equilibrio.
-Esa es la verdad -don Juan prosiguió-, y la herencia que los brujos antiguos nos dejaron; una herencia que nos tiene inmovilizados hasta el día de hoy. Esta es la razón por la que los seres inorgánicos no me gustan. Son nuestra única fuente de energía. Personalmente, me niego a tomar su energía, y siempre trato de alejarte de ella. Pero sin éxito alguno, ya que algo te atrae a ese mundo como un imán.
-¿Qué podemos hacer al respecto? -pregunté.
-No podemos tener tratos con ellos -contestó-, y sin embargo, no podemos dejarlos de lado. Mi solución ha sido tomar su energía pero sin caer bajo su influencia. Esto se conoce como el máximo acecho. Y se lleva a cabo sosteniendo el intento inviolable de la libertad; aunque ningún brujo sepa realmente qué es la libertad.
-¿Me puede usted explicar, don Juan, por qué tienen los brujos que tomar energía del reino de los seres inorgánicos?
-No hay otra energía disponible. Los brujos necesitan una cantidad excesiva de energía para maniobrar el punto de encaje de la manera en que lo hacen.
Don Juan dijo que ningún brujo dispone por sí mismo de tal cantidad y cualidad de energía, y que no importa cuánto reestructuren su conciencia de ser. La energía natural básica de los seres humanos no es suficiente. Le recordé su propia afirmación: que ahorrar y dirigir nuestra energía básica era necesario para poder ensoñar.
-Eso es muy cierto -contestó-. Para empezar a ensoñar, los brujos necesitan redefinir sus premisas y ahorrar su energía; pero esa redefinición nos da únicamente la energía necesaria para preparar el ensueño. Energía para volar a otros reinos, para ver energía, para forjar el cuerpo energético, es otro asunto. Para esas maniobras los brujos necesitan energía oscura; cantidades de energía forastera.
-¿Pero cómo la toma uno del mundo de los seres inorgánicos?
-Con el solo hecho de ir a ese mundo. Todos los brujos de nuestra línea tienen que hacer esto. Sin embargo, ninguno de nosotros es suficientemente idiota como para hacer lo que tú hiciste. Pero esto es porque ninguno de nosotros tiene tus inclinaciones.
Don Juan me mandó a casa a pensar seriamente lo que me había revelado. Yo tenía una cantidad increíble de preguntas, pero no las quiso escuchar.
-Tú mismo puedes contestar todas tus preguntas -dijo al decirme adiós.

X. ACECHAR A LOS ACECHADORES

Una vez en casa, me di rápidamente cuenta de que me era imposible contestar cualquiera de mis preguntas, como don Juan había asegurado. De hecho, ni siquiera las podía formular. Pensé que quizá era porque el lindero de la segunda atención comenzaba a desplomarse sobre mí. En ese

entonces fue que conocí a Florinda Donner y a Carol Tiggs en el mundo cotidiano. La confusión de no conocerlas en lo absoluto, y sin embargo conocerlas tan íntimamente como para ser capaz de morir por ellas, era sumamente nociva para mí. Ya había conocido a Taisha Abelar algunos años antes, y apenas estaba acostumbrándome a la detestable sensación de conocerla, sin tener la menor idea de cómo la conocía. Aumentar dos más a mi sobrecargado sistema fue demasiado para mí. Me enfermé de fatiga y tuve que pedirle ayuda a don Juan. Fui al pueblo, en el sur de México, donde él y sus compañeros vivían.

Todos ellos se rieron a carcajadas con la sola mención de mis tormentos. Don Juan me explicó que realmente no se estaban riendo de mí, sino de sí mismos. Mis problemas les recordaban lo que ellos habían pasado cuando los linderos de la segunda atención se derrumbaron sobre ellos, de la misma forma en que a mí me estaba pasando. Su conciencia, como la mía, no había estado preparada para tal golpe.

-Todos los brujos pasan a través de la misma agonía -don Juan prosiguió-. La conciencia es un área infinita de exploración para los brujos y para el hombre en general. No hay riesgo que no debamos correr, ni medios que debamos rehusar para incrementar la conciencia. Ten en mente, sin embargo, que la conciencia se puede incrementar únicamente con cordura.

Don Juan reiteró que su estadía en el mundo se estaba terminando y que yo tenía que usar mis recursos muy mesuradamente para cubrir tanto terreno como pudiese antes de que esto ocurriera. Aseveraciones de ese tipo me hacían entrar en estados de profunda depresión.

No se dijo nada más después de eso. Al día siguiente, cumpliendo con su pedido, llevé a don Juan a la ciudad de México. Llegamos alrededor del mediodía y fuimos directamente al hotel Del Prado, en La Alameda, donde usualmente se alojaba cuando estaba en la ciudad. Ese día don Juan tenía una cita con un abogado a las cuatro de la tarde. Ya que teníamos bastante tiempo, fuimos a comer al Café Tacuba, un restaurante en el corazón del centro, que tenía la reputación de servir verdaderas comidas.

Don Juan no tenía hambre. Sólo ordenó dos tamales dulces, mientras que yo me comí vorazmente un espléndido festín. Se rió de mí e hizo señas de desesperación silenciosa ante mi saludable apetito.

-Te voy a proponer que hagas algo muy importante -dijo en un tono frío, una vez que terminamos nuestra comida-. Es la última tarea de la tercera compuerta del ensueño y consiste en acechar a los acechadores; una maniobra sumamente misteriosa. Acechar a los acechadores quiere decir extraer deliberadamente energía del reino de los seres inorgánicos para poder realizar las proezas de la brujería.

-¿Cuáles son esas proezas de la brujería, don Juan?

-Por ejemplo un viaje; un viaje que usa la conciencia como un elemento del medio ambiente -explicó-. En el mundo de la vida cotidiana, el agua es un elemento del medio ambiente que usamos para viajar. Imagina a la conciencia como un elemento similar que puede ser usado para viajar. Exploradores de todo el universo vienen a nosotros a través del medio de la conciencia; y viceversa, a través de la conciencia, los brujos van a los confines del universo.

Entre la cantidad de conceptos que don Juan me había presentado durante el curso de sus enseñanzas, hubo algunos que no necesitaron ser repetidos para atraer por completo mi interés. Este fue uno de ellos.

-La idea de que la conciencia es un elemento físico es revolucionaria -dije azorado.

-No dije que era un elemento físico -me corrigió-. Es un elemento energético. Tienes que hacer esa distinción. Para los brujos que ven, la conciencia es un resplandor. Pueden enganchar su cuerpo energético a ese resplandor e irse con él.

-¿Cuál es la diferencia entre un elemento físico y uno energético? -pregunté.

-La diferencia es que los elementos físicos

son parte de nuestro sistema de interpretación, pero los elementos energéticos no lo son. En nuestro mundo existen elementos energéticos como la conciencia, pero nosotros, como gente común y corriente, percibimos únicamente los elementos físicos, porque así nos enseñaron a hacerlo. Los brujos perciben los elementos energéticos por la misma razón: porque les enseñaron a hacerlo.

Don Juan explicó que el uso de la conciencia como un elemento energético de nuestro ambiente es la esencia de la brujería. Dijo que la trayectoria de los brujos era, primero, liberar la energía existente en nosotros por medio de la recapitulación y la disciplina del camino del guerrero; segundo, usar esa energía para desarrollar el cuerpo energético por medio del ensueño; y tercero, usar la conciencia como un elemento del medio ambiente para poder entrar en otros mundos, no sólo con el cuerpo energético, sino también con el cuerpo físico.

-Hay dos clases de viajes energéticos a otros mundos -prosiguió-. Uno es cuando la conciencia levanta al cuerpo energético y lo lleva adonde fuere; y el otro es cuando el brujo, con plena lucidez, decide usar la avenida de la conciencia para hacer el viaje. Tú has hecho la primera clase de viaje. Se requiere de una tremenda disciplina para hacer la segunda clase.

Después de un largo silencio, don Juan declaró que en la actividad de los brujos hay asuntos que requieren de un manejo muy delicado y experto. Tratar con la conciencia con un elemento abierto al cuerpo energético es el más importante, vital y peligroso de esos asuntos.

No tuve nada que comentar. Me puse ansioso de repente, pendiente de cada una de sus palabras.

-Por ti solo no tienes suficiente energía para llevar a cabo la última tarea de la tercera compuerta del ensueño -prosiguió-; pero si te aúnas a Carol Tiggs, ustedes dos pueden ciertamente hacer lo que tengo en mente.

Hizo una pausa, aguijoneándome con su silencio para que le preguntara qué era lo que tenía en mente. Lo hice. Su risa únicamente aumentó lo siniestro de mi estado de ánimo.

-Quiero que rompas con los limites del mundo diario y que entres en otro usando la conciencia como un elemento energético -dijo-. Este romper límites y entrar en otro mundo es el equivalente a acechar a los acechadores. Usar la conciencia como un elemento del medio ambiente pasa por alto la influencia de los seres inorgánicos, pero deja el paso libre para usar su energía.

No quiso darme más informes para no influenciarme demasiado. Creía que cuanto menos supiera de antemano, mejor. No estuve de acuerdo, pero me aseguró que si algo inusitado sucedía, mi cuerpo energético era perfectamente capaz de tomar las riendas.

Del restaurante fuimos a la oficina del abogado. Don Juan concluyó rápidamente con sus negocios, y en cosa de nada, nos encontrábamos en un taxi en camino al aeropuerto. Don Juan me informó que Carol Tiggs iba a llegar en un vuelo desde Los Angeles, exclusivamente a ejecutar la última tarea de ensueño conmigo.

-El valle de México es un espléndido lugar para llevar a cabo la clase de brujería que ustedes dos necesitan -comentó.

-Todavía no me dijo cuáles son los pasos exactos a seguir -dije.

No me contestó. No hablamos más, pero mientras esperábamos a que el avión aterrizara, me explicó el procedimiento a seguir. Tenía que ir al cuarto de Carol Tiggs, en el hotel Regis, y después de entrar junto con ella en un estado de total silencio interior, teníamos que deslizarnos velozmente al ensueño, expresando en voz alta nuestro intento de ir al reino de los seres inorgánicos.

Lo interrumpí para recordarle que yo siempre había tenido que esperar a que apareciera un explorador, antes de que pudiera manifestar en voz alta mi intento de ir al mundo de los seres inorgánicos.

Don Juan se rió entre dientes y dijo:

-Tú y Carol Tiggs nunca han ensoñado juntos. Vas a descubrir lo que es un deleite. Las brujas no necesitan de ningún sostén. Ellas simplemente van a ese mundo cuando quieren; para ellas hay siempre un explorador listo.

Yo creía tener cierto grado de experiencia en el trato con los seres inorgánicos, y no podía creer que las brujas fueran capaces de hacer lo que él aseveraba. Cuando le mencioné mis dudas, don Juan respondió que yo no tenía experiencia acerca de lo que las brujas eran capaces de hacer.

-¿Por qué crees que traje a Carol Tiggs conmigo cuando tuve que sacarte del mundo de los seres inorgánicos? -preguntó-. ¿Crees que lo hice porque es hermosa?

-¿Por qué lo hizo, don Juan?

-Porque yo no lo podía hacer solo; y para ella eso no fue nada. Tiene una afiliación natural con ese mundo.

-¿Es ella un caso excepcional, don Juan?

-Las mujeres en general tienen una inclinación natural por ese reino; por supuesto que las brujas son las campeonas, pero Carol Tiggs es la mejor de las que yo he conocido. Como mujer nagual su energía es espléndida.

Creí haber sorprendido a don Juan en una seria contradicción. Me había dicho que los seres inorgánicos no estaban en lo absoluto interesados en las mujeres, y ahora afirmaba lo opuesto.

-No. No estoy afirmando lo opuesto -remarcó cuando le eché en cara su contradicción-. Te he dicho que los seres inorgánicos no persiguen a las mujeres, van únicamente tras los hombres; pero también te dije que los seres inorgánicos son femeninos, y que el universo entero parece ser femenino. Así que saca tus propias conclusiones.

Puesto que no tenía manera alguna de sacar mis propias conclusiones, don Juan me explicó que en teoría las brujas van y vienen a ese mundo a su antojo, debido a su conciencia acrecentada y a su feminidad.

-¿Le consta a usted esto? -pregunté.

-Las mujeres de mi bando nunca han hecho eso -confesó-, no porque no puedan, sino porque yo las disuadí. Por otro lado, las mujeres de tu bando lo hacen tan fácilmente como si se cambiaran de vestido.

Sentí un vacío en el estómago. Realmente no sabía nada acerca de las mujeres de mi bando. Don Juan me consoló, dijo que mis circunstancias eran diferentes a las de él, al igual que mi rol como nagual. Me aseguró que no podría disuadir a ninguna de las mujeres de mi bando ni aunque me pusiera a llorar.

En el taxi de camino al hotel, Carol Tiggs nos deleitó con sus imitaciones de personas que conocíamos. Traté de ponerme serio y le pregunté sobre nuestra tarea. Murmuró algunas disculpas por no ser capaz de contestarme con la seriedad que me merecía. Don Juan se rió ruidosamente cuando ella imitó mi solemne tono de voz.

Después que Carol firmó el registro en el hotel, los tres caminamos sin rumbo alrededor del centro buscando tiendas de libros usados. Comimos una cena ligera en el restaurante Sanborns de la Casa de los Azulejos. A eso de las diez, entramos en el hotel Regis. Nos fuimos directamente al elevador. Mi miedo había agudizado mi capacidad para percibir detalles. El edificio del hotel era viejo y masivo. Los muebles del vestíbulo obviamente vieron mejores días. Sin embargo aún había en todo nuestro alrededor algo encantador, algo de la antigua gloria del Regis. Podía entender fácilmente por qué le gustaba tanto este hotel a Carol Tiggs.

Antes de subirnos al ascensor, mi ansiedad escaló tales alturas, que le tuve que pedir a don Juan instrucciones de último minuto.

-Dígame otra vez cómo vamos a proceder -le rogué.

Don Juan nos llevó a las gigantescas y antiguas poltronas en el vestíbulo y nos explicó pacientemente que una vez que estuviéramos en el mundo de los seres inorgánicos, teníamos que expresar en voz alta nuestro intento de transferir nuestra conciencia normal a nuestros, cuerpos

energéticos. Sugirió que Carol y yo lo dijéramos al unísono, aunque eso no era realmente importante. Lo importante era que cada uno de nosotros intentara transferir la conciencia total de nuestro mundo cotidiano a nuestros cuerpos energéticos.
-¿Cómo hacemos esta transferencia de conciencia? -pregunté.
-Transferir la conciencia es puramente una cuestión de expresar en voz alta nuestro intento y de tener la cantidad suficiente de energía -dijo-. Carol sabe todo esto porque lo ha hecho antes. Entró al reino de los seres inorgánicos con todo su cuerpo cuando te sacó de ahí, ¿te acuerdas? Su energía hará que tu tarea sea posible. Ella pondrá lo que falta.
-¿Qué quiere usted decir con poner lo que falta? Estoy en las tinieblas don Juan.
Don Juan explicó que poner lo que falta significaba poner la energía necesaria para transportar la parte física de uno y ponerla en el cuerpo energético. Dijo que usar la conciencia como un medio para hacer el viaje a otro mundo no es el resultado de aplicar técnicas, sino el corolario de poseer la suficiente energía para intentar el viaje. La masa energética de Carol sumada a la mía, o mi masa energética sumada a la de Carol, nos iba a convertir en una sola entidad energéticamente capaz de transportar nuestra parte física, y de ponerla en el cuerpo energético para poder hacer ese viaje.
-¿Qué es exactamente lo que tenemos que hacer para entrar a ese otro mundo? -Carol Tiggs preguntó.
Su pregunta me causó una enorme inquietud porque creía que ella sabía cómo proceder.
-La totalidad de tu masa física se tiene que volcar en tu cuerpo energético -contestó don Juan mirándola a los ojos-. Lo tremendamente dificultoso de esta maniobra es disciplinar al cuerpo energético, algo que ustedes dos ya han hecho. La falta de disciplina sería la única razón por la cual ustedes podrían fracasar en esta hazaña de máximo acecho. Algunas veces, de pura casualidad, una persona común y corriente la ejecuta y entra a otro mundo. Pero esto inmediatamente se aclara y se explica como un estado de locura o alucinación.
Hubiera dado cualquier cosa para que don Juan continuara hablando. Nos puso en el ascensor a pesar de mis protestas y mi necesidad de hacerle más preguntas. Subimos al segundo piso, al cuarto de Carol. En lo profundo de mí sabía que mi desasosiego no se debía tanto a que necesitara saber, sino a mi miedo. De alguna manera esta maniobra de brujos me aterraba más de lo que hubiera querido admitir.
Las palabras de despedida de don Juan fueron:
-Olvídense de sí mismos y no le temerán a nada.
La mueca que hizo y el movimiento de su cabeza eran invitaciones a examinar su aseveración.
Carol Tiggs se rió y empezó a hacer payasadas imitando la voz de don Juan al darnos sus enigmáticas instrucciones. Su ceceo añadió bastante color a lo que don Juan había dicho. Algunas veces su ceceo me parecía adorable, la mayoría de las veces lo detestaba; afortunadamente esa noche era casi imperceptible.
Fuimos a su cuarto y nos sentamos al borde de la cama. Mi último pensamiento consciente fue que la cama era una reliquia de principios de siglo. Antes de que tuviera tiempo de decir una sola palabra, me encontré acostado en una cama extraña. Carol Tiggs estaba conmigo. Se sentó al mismo tiempo que yo. Estábamos desnudos, cada uno cubierto con una delgada cobija.
-¿Qué está pasando? -preguntó con voz tenue.
-¿Estás despierta? -le pregunté neciamente.
-Claro que estoy despierta -dijo en un tono impaciente.
-¿Te acuerdas dónde estuvimos hace un minuto? -pregunté.
Hubo un largo silencio. Obviamente estaba tratando de poner sus pensamientos en orden.

-Creo que soy real, pero tú no -dijo finalmente-. Yo sé dónde estaba antes de llegar aquí. Y tú me quieres hacer una jugarreta.
Pensé que ella estaba haciendo lo mismo conmigo; sabía lo que pasaba, me estaba poniendo a prueba o se estaba burlando de mi. Don Juan me había dicho que los demonios de nosotros dos eran la astucia y la sospecha. Carol me estaba dando un gran ejemplo de eso.
-Me niego a ser parte de tus juegos de mierda donde tú siempre controles la situación -dijo, mirándome con veneno en los ojos-. Me estoy refiriendo a ti, quien quiera que fueras.
Agarró una de las cobijas y se envolvió en ella.
-Me voy a acostar aquí y voy a regresar al lugar de donde vine -dijo con un aire de finalidad-. Váyanse tú y el nagual a rascarse las pelotas.
-Tienes que dejarte de necedades -le dije enérgicamente-. Estamos en otro mundo.
No me escuchó y me volvió la espalda como una niña consentida. No quise gastar mi atención de ensueño en inútiles discusiones. Empecé a examinar lo que estaba a mi alrededor. La luz de la luna brillaba a través de la ventana directamente enfrente de nosotros. Estábamos en un cuarto pequeño, en una cama alta, primitivamente construida. Cuatro postes gruesos plantados en el suelo servían de soporte a la armadura de la cama hecha de varillas de madera. La cama tenía un gruesísimo colchón, pero el grosor era más una cuestión de la densidad del material que de su volumen. No había sábanas ni almohadas. Costales de arpillera, al parecer llenos de grano, estaban amontonados contra la pared. Dos que estaban al pie de la cama acomodados uno encima del otro, servían como escalones para subirse a ella.
Al buscar dónde prender la luz, encontré que la cama estaba en una esquina contra la pared. Nuestras cabezas daban a la pared; yo estaba en la parte de afuera de la cama y Carol en la parte de adentro. Cuando me senté al borde de la cama me hallé quizá a más de metro y medio del suelo.
De repente Carol Tiggs se sentó y dijo con un pronunciado ceceo:
-¡Esto es asqueroso! Ciertamente el nagual nunca me dijo que iba a acabar así.
-Yo tampoco lo sabía -dije.
Quería empezar una conversación, pero mi ansiedad había crecido fuera de toda proporción.
-Cállate la boca -me dijo bruscamente, su voz resquebrajada del enojo-. Tú no existes, eres un fantasma. ¡Desaparécete! ¡Desaparécete!
Su ceceo era tan encantador que disipó mi ansiedad. La sacudí de los hombros. Gritó, no tanto de dolor como de enojo.
-No soy un fantasma -dije-. Hicimos el viaje porque unimos nuestras energías.
Carol Tiggs era famosa entre nosotros por su rapidez para adaptarse a cualquier situación. En cuestión de segundos estaba convencida de lo real de nuestra situación y empezó a buscar su ropa en la semioscuridad. Me maravillaba el hecho de que no tuviera miedo. Se ocupó en razonar en voz alta dónde podría haber puesto su ropa si se hubiera desvestido en ese cuarto.
-¿Ves alguna silla? -preguntó.
Vi vagamente un montón de tres costales uno encima del otro que podrían haber servido como una mesa o una banca. Carol saltó de la cama y se dirigió hacia ellos. Encontró su ropa y la mía cuidadosamente doblada de la forma en que ella siempre trataba las prendas de vestir. Me dio mi ropa. Era mi ropa, pero no la que tenía puesta unos cuantos minutos antes, en el cuarto de Carol en el hotel Regis.
-Esta no es mi ropa -ceceó-. Sin embargo sí lo es. ¡Qué extraño!
Nos vestimos en silencio. Le quería decir que estaba a punto de explotar de ansiedad. También le quería comentar acerca de la velocidad de nuestro viaje, pero en el lapso de tiempo que nos tomó vestirnos el pensamiento de nuestro viaje se volvió muy vago. Difícilmente podía yo recordar dónde habíamos estado antes de despertar en ese cuarto. Era como si hubiera soñado

el cuarto del hotel. Hice un supremo esfuerzo para recordar, para romper la envoltura de niebla que me había empezado a cubrir. Lo logré, pero ese acto agotó toda mi energía. Acabé jadeando y empapado de sudor.

-Algo casi, casi me agarra -dijo Carol-. Y casi te agarra a ti también, ¿no? ¿Qué crees que fue?

-La posición del punto de encaje -dije con absoluta certeza.

No estuvo de acuerdo conmigo.

-Fueron los seres inorgánicos cobrando su paga -dijo temblando-. El nagual me dijo que iba a ser horrible, pero nunca me imaginé cuán horrible.

Estaba totalmente de acuerdo con ella, nuestra situación era horripilante; sin embargo no podía concebir cuál era el horror. Carol y yo no éramos novicios, habíamos visto innumerables cosas, algunas de ellas verdaderamente terroríficas, pero nada se comparaba con el horror silencioso de este cuarto de ensueño.

-¿Estamos ensoñando, no es así? -Carol preguntó.

Sin dudar, le aseguré que ciertamente estábamos ensoñando, aunque hubiera dado cualquier cosa por tener a don Juan ahí para que me asegurara lo mismo.

-¿Por qué tengo tanto miedo? -me preguntó, como si fuera yo capaz de explicar racionalmente lo que ella sentía.

Antes de que pudiera formular un pensamiento al respecto, ella misma contestó su pregunta. Dijo que lo que la asustaba era darse cuenta, en un nivel corporal, de que cuando el punto de encaje se ha inmovilizado en una nueva posición, percibir se convierte en algo total. Me recordó que don Juan nos había dicho que el poder que tiene nuestro mundo cotidiano sobre nosotros se debe al hecho de que nuestro punto de encaje está inmóvil en su posición habitual. Esa inmovilidad es lo que hace que nuestra percepción del mundo sea tan completa, tan abrumante que no nos deja oportunidad alguna de escapar de ella. Carol también me recordó otra cosa que el nagual dijo: que si queremos romper esta fuerza totalitaria, lo que tenemos que hacer es disipar la niebla; es decir, desplazar el punto de encaje intentando su desplazamiento.

Yo nunca había realmente comprendido lo que don Juan quería decir, hasta el momento en el que tuve que desplazar mi punto de encaje a otra posición para poder disipar la niebla de ese cuarto, de ese mundo, que me había empezado a envolver.

Sin decir otra palabra, Carol y yo nos dirigimos a la ventana y miramos afuera. Estábamos en el campo. La luz de la luna revelaba unas cosas oscuras, no muy altas. Todas las indicaciones eran que estábamos en un granero de una casa grande de campo.

-¿Te acuerdas de haberte ido a la cama aquí? -preguntó Carol.

-Casi me acuerdo -dije con sinceridad. Le dije que tenía que luchar muchísimo para mantener la imagen del cuarto del hotel Regis en mi mente como un punto de referencia.

-Yo tengo que hacer lo mismo -dijo susurrando llena de miedo-. Sé que si dejo que esa imagen se vaya estamos perdidos.

Después me preguntó si quería salir del cuarto. No quise. Mi ansiedad era tan aguda que no pude pronunciar una sola palabra. Todo lo que pude hacer fue una seña.

-Tienes toda la razón en no querer salir -dijo-. Tengo la sensación de que si salimos de este cuarto, nunca jamás podremos regresar a él.

Estaba a punto de abrir la puerta solamente para echar un breve vistazo afuera, pero ella me detuvo.

-No hagas eso -dijo-. Al abrir la puerta puedes dejar que lo de afuera entre.

El pensamiento que me cruzó la mente en ese instante fue que nos habían puesto en una frágil jaula. Cualquier cosa, como abrir la puerta, podría haber roto el precario equilibrio de esa jaula. En el momento en que tuve ese pensamiento, los dos llegamos a la misma conclusión. Nos quitamos la ropa como si nuestras vidas

dependieran de ello, y luego saltamos a la cama sin usar los costales que servían de escalones, sólo para brincar de nuevo abajo en el instante siguiente.
Se me hizo evidente que Carol y yo nos habíamos dado cuenta de algo al mismo tiempo. Confirmó mi suposición cuando dijo:
-Todo lo que usemos que pertenezca a este mundo nos debilita. Si me quedo parada aquí desnuda, lejos de la cama y de la ventana, no tengo ningún problema en recordar de dónde vine. Pero si me acuesto en esa cama, o uso esa ropa, o me asomo por esa ventana, estoy perdida.
Nos quedamos abrazándonos parados en el centro del cuarto por un largo rato. Una extraña sospecha comenzó a surgir en mi mente.
-¿Cómo vamos a regresar a nuestro mundo? -le pregunté esperando que supiera.
-El regreso a nuestro mundo es automático si no dejamos que la niebla se fije -dijo con el aire autoritario que siempre era su estilo.
Y tenía razón. Carol y yo nos despertamos, al mismo tiempo, en la cama de su cuarto del hotel Regis. Era tan obvio que estábamos de regreso en el mundo de la vida cotidiana que no hicimos preguntas ni comentarios acerca de ello. La luz del sol era deslumbrante.
-¿Cómo regresamos? -Carol preguntó-. O más bien, ¿cuándo regresamos?
No tenía la menor idea de qué hacer o decir. No podía ni siquiera pensar. Estaba demasiado entumecido para especular; porque eso era todo lo que podía haber hecho.
-¿Crees que acabamos de regresar? -Carol insistió-. O quizá hemos estado dormidos aquí toda la noche. ¡Mira! estamos desnudos. ¿Cuándo nos quitamos la ropa?
-Nos la quitamos en ese otro mundo -dije, y me sorprendí con el sonido de mi voz.
Mi respuesta pareció dejarla perpleja. Me miró sin comprender y luego miró a su cuerpo desnudo.
Continuamos sentados en la cama sin movernos por un tiempo interminable. Los dos parecíamos estar despojados de voluntad. Pero luego, abruptamente, tuvimos exactamente el mismo pensamiento. Nos vestimos a una velocidad increíble, salimos fuera del cuarto corriendo, bajamos dos pisos de escaleras a la calle y fuimos a carrera abierta al hotel de don Juan.
Frente a don Juan, nos encontramos completamente sin aliento, algo inexplicable, ya que no nos agotamos físicamente a tal grado. Tomamos turnos para explicarle a don Juan lo que habíamos hecho.
Él confirmó nuestras conjeturas.
-Lo que ustedes dos hicieron fue una de las cosas más peligrosas que uno pueda imaginar -dijo.
Se dirigió a Carol y le explicó que nuestro ensueño había sido un éxito total y un fiasco. Logramos transferir nuestra conciencia del mundo cotidiano a nuestros cuerpos energéticos, haciendo así el viaje con toda nuestra masa física, pero habíamos fallado en evitar la influencia de los seres inorgánicos. Dijo que por lo común, los ensoñadores experimentan la maniobra completa como una serie de transiciones lentas, y que tienen que expresar su intento para poder así usar la conciencia como un elemento. En nuestro caso, todos esos pasos fueron eliminados. Debido a la intervención de los seres inorgánicos, fuimos realmente arrojados a un mundo mortal a una velocidad tenebrosa.
-No fue la energía de ustedes dos combinada la que hizo su viaje posible -continuó-. Algo más hizo eso. Y hasta seleccionó ropa adecuada para ustedes.
-¿Quiere usted decir, nagual, que la ropa y la cama y el cuarto sucedieron sólo porque nos manejaban los seres inorgánicos? -Carol preguntó.
-No cabe la menor duda -contestó-. Ordinariamente, los ensoñadores son simples viajeros. Por la forma en que este viaje se desarrolló, ustedes dos tuvieron asientos de primera fila y vivieron la maldición de los brujos antiguos. Lo que les pasó a ellos fue precisamente lo que les pasó a ustedes. Los seres inorgánicos los llevaron a un mundo del cual no pudieron regresar.

Debería haberlo presentido, pero ni siquiera me pasó por la mente que los seres inorgánicos fueran a hacerse cargo y a tenderles la misma trampa a ustedes dos.
-¿Quiere usted decir que nos querían mantener ahí? -Carol preguntó.
-Si se hubieran salido de ese cuarto estarían ustedes ahora vagando sin esperanza en ese mundo -dijo don Juan.
Explicó que ya que habíamos entrado ahí con toda nuestra masa física, la fijación de nuestros puntos de encaje en la posición preseleccionada por los seres inorgánicos fue tan abrumadora que creó una especie de niebla que borraba cualquier memoria previa del mundo de donde veníamos. Añadió que la consecuencia natural de tal inmovilidad, como en el caso de los brujos de la antigüedad, es que el punto de encaje de los ensoñadores no puede regresar nunca más a su posición original.
-Piensen en esto -nos recomendó-. Quizá esto es exactamente lo que nos está sucediendo a todos nosotros en el mundo de la vida diaria. Estamos aquí, y la fijación de nuestro punto de encaje es tan abrumadora que nos ha hecho olvidar de dónde venimos y cuál era nuestro propósito al venir aquí.
Don Juan no quiso decir nada más acerca de nuestro viaje. Sentí que lo hacía para salvarnos de la angustia y del miedo. Nos llevó a cenar. Cuando llegamos al restaurante, a un par de cuadras del hotel, eran las seis de la tarde, lo que quería decir que Carol y yo habíamos dormido, si fue eso lo que hicimos, alrededor de dieciocho horas. Sólo don Juan tenía hambre. Carol comentó con un toque de enojo que estaba comiendo como un puerco. Varias cabezas se volvieron en nuestra dirección al escuchar la risa de don Juan.
Era una noche tibia. El cielo estaba claro. Había una brisa suave y acariciante cuando nos sentamos en una banca de La Alameda.
-Hay un pregunta que me tiene loca -Carol Tiggs le dijo a don Juan-. No usamos la conciencia como un medio para viajar ¿verdad?
-Es verdad -don Juan dijo y dio un profundo suspiro-. La tarea era escabullirse de los seres inorgánicos, no ser manejados por ellos.
-¿Qué es lo que nos va a pasar ahora? -Carol preguntó.
-Van a posponer acechar a los acechadores hasta que ustedes dos estén más fuertes -dijo-. O quizá nunca lo logren. Realmente no importa; si una cosa no funciona, otra lo hará. La brujería es un reto interminable.
Nos volvió a explicar, como si estuviera tratando de fijar sus palabras en nuestras mentes, que para poder usar la conciencia como un elemento del medio ambiente los ensoñadores deben primero hacer un viaje al reino de los seres inorgánicos. Después, deben usar la energía oscura obtenida en ese viaje como un trampolín, y mientras la posean deben intentar ser lanzados a otro mundo a través del medio de la conciencia.
-El fracaso de este viaje fue que ustedes no tuvieron tiempo suficiente para usar la conciencia como un elemento para viajar -prosiguió-. Antes de que llegaran siquiera al reino de los seres inorgánicos, estaban ya en otro mundo.
-¿Qué nos recomienda que hagamos? -Carol preguntó.
-Les recomiendo que se vean lo menos posible -dijo-. Estoy seguro que los seres inorgánicos no van a dejar pasar la oportunidad de agarrarlos, especialmente si ustedes unen sus fuerzas.
A partir de entonces, Carol y yo nos mantuvimos deliberadamente alejados. La posibilidad de que pudiéramos provocar inadvertidamente otro viaje similar era un riesgo demasiado grande para nosotros. Don Juan alentó nuestra decisión repitiéndonos una y otra vez, que teníamos suficiente energía combinada para tentar a los seres inorgánicos a que nos capturaran.
Don Juan volvió a encaminar mi práctica de ensueño a ver energía en ensueños generadores de energía. Con el transcurso del tiempo, vi todo lo que se me presen-

tó. De esta manera, entré en un estado de conciencia de lo más peculiar: me hallé incapacitado para interpretar inteligentemente lo que veía. Siempre creí que había alcanzado estados de percepción para los cuales no existe léxico.
Don Juan me explicó que mis incomprensibles e indescriptibles visiones se debían a que mi cuerpo energético usaba la conciencia como un elemento, no para viajar, ya que nunca tuve la suficiente energía para ello, sino para entrar en los campos energéticos de la materia inanimada o en los campos energéticos de seres vivientes.

XI. EL INQUILINO

Mis prácticas de ensueño, como estaba acostumbrado a tenerlas, terminaron de un momento a otro. Don Juan me puso bajo la tutela de dos mujeres de su bando: Florinda Grau y Zuleica Abelar, sus dos compañeras más cercanas. Su instrucción no fue en lo absoluto sobre las compuertas del ensueño, sino más bien sobre diferentes maneras de usar el cuerpo energético; y no duró el tiempo suficiente como para influenciarme. Me dieron la impresión de que estaban más interesadas en ponerme a prueba que en enseñarme algo útil.
-No hay nada más que te pueda enseñar sobre el ensueño -don Juan dijo cuando le pregunté sobre este asunto-. Mi estadía en este mundo ha terminado. Pero Florinda se va a quedar. Ella es la que va a dirigir, no sólo a ti, sino a todos mis demás aprendices.
-¿Va ella a continuar mis prácticas de ensueño?
-No lo sé; ni tampoco ella lo sabe. Todo depende del espíritu. El verdadero jugador. Nosotros no somos jugadores. Somos meros instrumentos en sus manos. Siguiendo los comandos del espíritu, te tengo que decir lo que es la cuarta compuerta del ensueño, aunque no te pueda guiar más.
-Para qué despertar mi apetito. Prefiero no saber.
-El espíritu no ha dejado que eso dependa de mí ni que dependa de ti. Y quiera o no quiera, yo te tengo que bosquejar la cuarta compuerta del ensueño.
Don Juan explicó que en la cuarta compuerta del ensueño el cuerpo energético viaja a lugares concretos y específicos, y que hay tres maneras de usarla. Una es viajar a lugares concretos en este mundo, otra es viajar a lugares concretos fuera de este mundo, y otra es viajar a lugares que sólo existen en el intento de otros. Aseveró que la última compuerta era la más difícil y peligrosa de las tres, y que era, por cierto, la predilección de los brujos antiguos.
-¿Qué quiere que haga con todo esto? -pregunté.
-Por el momento nada. Archívalo hasta que lo necesites.
-¿Quiere usted decir que puedo cruzar la cuarta compuerta yo solo, sin ayuda?
-Que puedas o no puedas hacerlo depende del espíritu.
Abandonó el tema abruptamente, pero no me dejó la impresión de que debería de tratar de alcanzar y cruzar la cuarta compuerta yo solo.

Don Juan hizo entonces una última cita conmigo, dijo que era para darme una despedida de brujo: el toque final de mis prácticas de ensueño. Me pidió que fuera a verlo al pueblo del sur de México donde él y sus compañeros vivían.
Llegué ahí en la tarde. Don Juan y yo nos sentamos en el patio de su casa, en unas incómodas sillas de mimbre con gruesos almohadones. Don Juan se rió y me guiñó el ojo. Las sillas eran un regalo de una de las mujeres de su bando y debíamos sentarnos allí como si nada nos molestara, especialmente él. Le habían comprado las sillas en Estados Unidos, en Phoenix, Atizona, y se las trajeron a México con muchas penurias.
Don Juan me pidió que le leyera un poema de Dylan Thomas; añadió que ese poema tenía para mí, en esos momentos, un significado muy pertinente.

He anhelado alejarme
del siseo de la mentira gastada
y del grito continuo del viejo terror
que se torna más terrible a medida
que el día
avanza y se desliza dentro del mar
profundo.

He anhelado irme pero tengo miedo
de que un pedazo de existencia aún
intacto,
pudiera explotar al salir de la
vieja mentira
quemándose en el suelo,
y, reventando en el aire, me dejase
medio ciego.
He anhelado irme pero tengo miedo...

Don Juan se levantó de su silla y dijo que iba a dar un paseo por la plaza, en el centro del pueblo. Me pidió que fuera con él. Inmediatamente asumí que el poema había evocado un sentimiento negativo en él y que quería disiparlo.

Llegamos a la plaza sin haber dicho una sola palabra. Dimos un par de vueltas aún sin hablar. Había bastante gente arremolinándose alrededor de las tiendas en las calles que estaban en el lado este y norte de la plaza. Todas las calles alrededor de la plaza estaban pavimentadas de una manera muy dispareja. Las casas eran masivas, edificios de adobe de un piso, con techos de teja, paredes blancas y puertas pintadas de café o de azul. En una calle al lado, a una cuadra de la plaza, las altas paredes de la enorme iglesia colonial, que parecía una mezquita morisca, se asomaban por encima del techo del único hotel en el pueblo. En el lado sur, había dos restaurantes que inexplicablemente estaban juntos, haciendo buen negocio, sirviendo prácticamente el mismo menú a los mismos precios.

Rompí el silencio y le pregunté a don Juan si también a él le parecía raro que los dos restaurantes fueran casi iguales.

-Todo es posible en este pueblo -contestó.

La manera en que lo dijo me hizo sentir inquieto.

-¿Por qué estás tan nervioso? -me preguntó con una seria expresión-. ¿Sabes algo y no quieres decírmelo?

-¡Qué pregunta, don Juan! Cuando estoy cerca de usted estoy siempre nervioso. Algunas veces más que otras.

Al parecer estaba haciendo un serio esfuerzo para no reírse. Su cuerpo entero se estremecía.

-Los naguales no son realmente los seres más amigables de la Tierra -dijo en un tono de disculpa-. Comprobé eso de la manera más difícil, por medio de mi maestro, el terrible nagual Julián. Su mera presencia me provocaba tal susto que creía morirme. Cada vez que me enfocaba con su mirada, estaba seguro de que mi vida no valía un pito.

-Créamelo, don Juan, usted me causa la misma impresión.

Se rió abiertamente.

-No, no. Estás exagerando. Yo soy un ángel en comparación.

-Quizá sea usted un ángel en comparación, excepto que yo no tengo al nagual Julián para hacer comparaciones.

Se rió de buena gana por un momento, y luego se volvió a poner serio.

-Ni sé por qué, pero me siento asustado -le expliqué.

-¿Hay alguna razón para que estés asustado? -preguntó, deteniéndose a escudriñarme.

Su tono de voz y sus cejas levantadas me dieron la total impresión de que sospechaba que yo sabía algo y no se lo iba a revelar. Claramente esperaba una revelación de mi parte.

-Su insistencia lo hace a usted el sospechoso -dije-. ¿Está seguro de que no es usted el que se trae algo entre manos?

-Sí, me traigo algo entre manos -admitió sonriendo-. Pero ese no es el asunto. El asunto es que hay alguien esperándote en este pueblo. Y tú no sabes del todo bien lo que es, o sabes exactamente lo que es, pero no te atreves a decírmelo, o no lo sabes en absoluto.

-¿Quién me está esperando aquí?

Don Juan reanudó enérgicamente su ca-

minata en lugar de contestarme, y seguimos andando alrededor de la plaza en completo silencio. Dimos varias vueltas; buscando una banca donde sentarnos, hasta que unas muchachas se levantaron de una y se fueron.

-Hace años que te estoy hablando sobre las extrañas prácticas de los brujos del México antiguo -don Juan dijo, sentándose y haciéndome un ademán para que me sentara junto a él.

Con un fervor casi religioso, empezó a decir otra vez lo que ya me había dicho tantas veces: que esos brujos, guiados por intereses extremadamente egoístas, pusieron todos sus esfuerzos en perfeccionar prácticas que los alejaron mucho de la cordura y el equilibrio mental. Finalmente fueron exterminados, cuando sus complejas estructuras de creencias y acciones se volvieron tan difíciles de manejar que perdieron el equilibrio y se desplomaron.

-Por supuesto, esos brujos de la antigüedad vivieron y se multiplicaron en esta área -dijo observando mi reacción-, aquí en este pueblo. Este pueblo moderno fue construido sobre los cimientos de uno de sus pueblos. Los brujos de la antigüedad hicieron todos sus tratos aquí en este sitio.

-¿Le consta a usted esto, don Juan?

-Me consta, y muy pronto a ti también te constará.

Mi creciente ansiedad me forzó a hacer algo que detestaba: enfocarme en mí mismo. Sintiendo mi frustración, don Juan me aguijoneó.

-Muy pronto vamos a saber si realmente eres como los brujos antiguos, o como los de ahora -dijo.

-Me está volviendo loco con toda esta extraña y siniestra conversación -protesté.

El haber estado con don Juan por trece años me había condicionado, primero que nada, a concebir el pánico como algo que estaba siempre a un paso de distancia, justo para venírseme encima.

Don Juan parecía indeciso. Noté sus miradas furtivas en dirección de la iglesia. Parecía estar distraído. Cuando le hablé no me escuchó; le tuve que repetir mi pregunta.

-¿Está usted esperando a alguien?

-Sí -dijo-. Ciertamente que sí. Ahorita nomás estaba sintiendo todo lo que está alrededor nuestro. Me agarraste en el acto de escudriñar con mi cuerpo energético.

-¿Qué es lo que sintió, don Juan?

-Mi cuerpo energético siente que todo está en perfecto orden. La obra se llevará a cabo esta noche. Tú eres el principal protagonista. Yo soy un personaje con un papel secundario pero significativo y salgo en escena sólo en el primer acto.

-¿De qué está usted hablando, don Juan?

No me contestó. Sonrió como un personaje benévolo.

-Estoy preparando el terreno -dijo-. Dándote una frotación, por así decirlo, con la idea de que los brujos de ahora han aprendido una dura lección. Se han dado cuenta de que pueden tener la energía para ser libres solamente si se mantienen desapegados. Hay un tipo peculiar de desapego que no nace ni del miedo ni de la pereza, sino de la convicción.

Don Juan hizo una pausa y se levantó, estiró los brazos hacia enfrente y hacia los lados y luego hacia atrás.

-Haz lo mismo -me aconsejó-. Te tonifica el cuerpo, y tienes que estar muy fuerte para enfrentar lo que te espera esta noche. Un desapego total o una absoluta entrega a tus vicios es lo que te espera esta noche. Es una decisión que cada nagual en mi linaje tiene que hacer.

Se sentó otra vez y respiró profundamente. Lo que dijo y la manera como lo dijo pareció haber consumido toda su energía.

-Creo que puedo entender el desapego y lo opuesto a ello -prosiguió-, ya que tuve el privilegio de conocer a dos naguales: mi benefactor, el nagual Julián y su benefactor, el nagual Elías. Fui capaz de autentificar la diferencia entre los dos. El nagual Elías era desapegado hasta el punto de pasar por alto un regalo de poder. El nagual Julián era también desapegado, pero no lo suficiente como para hacer eso.

-Guiándome por su tono y sus palabras -dije-, diría que usted me va a poner a prueba esta noche. ¿No es así?

-Yo no tengo la energía para ponerte a ninguna clase de prueba, pero el espíritu sí -dijo con una sonrisa y añadió-, yo no soy más que su agente.
-¿Qué me va a hacer el espíritu, don Juan?
-Todo lo que te puedo decir es que esta noche alguien te va a dar una lección de ensueño, en la forma en que las lecciones de ensueño se solían dar, pero no soy yo quien te va a dar esa lección. Otra persona más va a ser tu maestro y te va a guiar esta noche.
-¿Quién va a ser mi maestro y guía?
-Un visitante que puede ser una horrenda sorpresa para ti, o no ser una sorpresa en absoluto.
-¿Y cuál es la lección de ensueño que voy a recibir?
-Es una lección sobre la cuarta compuerta del ensueño. Y está dividida en dos partes. Te voy a explicar ahora la primera parte. Nadie te puede explicar la segunda parte, ya que es algo que te incumbe sólo a ti. Todos los naguales de mi línea tuvieron esta lección de dos partes; pero ninguna de las lecciones fue igual, ya que fueron hechas a la medida de cada uno de esos naguales.
-Sus explicaciones no me ayuda en nada, don Juan. Lo que hacen es ponerme más y más nervioso.
Nos quedamos callados por un largo rato. Estaba yo tan inquieto que no sabía cómo expresarme sin tener que quejarme.
-Como ya bien sabes, para los brujos de hoy en día percibir energía directamente es una cuestión de logro personal -dijo don Juan-. Una cuestión de manejar y desplazar el punto de encaje por medio de la disciplina. Para los brujos antiguos, el desplazamiento del punto de encaje era una consecuencia de su subyugación a otros: sus maestros, quienes lograban desplazarlo con tenebrosas operaciones que daban a sus discípulos como regalos de poder.
"Alguien con más energía que nosotros nos puede influenciar sin medida -prosiguió-. Por ejemplo, el nagual Julián me podría haber convertido en un esclavo idiota, o en un demonio, o un santo. Pero él era un nagual impecable y me dejó libre para ser lo que yo fuere. Los brujos antiguos no eran así de impecables. Con sus incesantes esfuerzos para controlar a otros, crearon una situación de terror que pasó de maestro a discípulo.
Se levantó y escudriñó todo lo que estaba a los alrededores.
-Como puedes ver, este pueblo no es gran cosa -continuó-. Pero tiene una fascinación única para los guerreros de mi línea. Aquí yace la fuente de lo que somos y la fuente de lo que no queremos ser.
"Ya que me encuentro al final de mi estadía, te tengo que poner al tanto de ciertas ideas; contarte ciertas historias; ponerte en contacto con ciertos seres, aquí mismo en este pueblo, exactamente como mi benefactor lo hizo conmigo.
Don Juan dijo que estaba reiterando algo con lo cual yo ya estaba familiarizado, que todo lo que él era y todo lo que sabía eran un legado de su maestro el nagual Julián, quien heredó todo de su maestro el nagual Elías. El nagual Elías del nagual Rosendo; él del nagual Luján; el nagual Luján del nagual Santisteban; y el nagual Santisteban del nagual Sebastián.
En un tono muy formal, me volvió a decir algo que ya me había explicado muchas veces antes, que hubo ocho naguales antes del nagual Sebastián, pero que fueron bastante distintos, porque tuvieron una actitud diferente hacia la brujería y un concepto contradictorio de ésta, aunque aún estaban directamente relacionados con su linaje.
-Ahora debes recordar y repetirme todo lo que te haya dicho sobre el nagual Sebastián me pidió.
Su petición me pareció extraña, pero le repetí todo lo que él o sus compañeros me habían dicho acerca del nagual Sebastián y el mítico brujo antiguo, el desafiante de la muerte, conocido por ellos como el inquilino.
-Sabes que el desafiante de la muerte nos da regalos de poder a cada nueva generación de naguales -dijo don Juan-. Y la naturaleza especifica de esos regalos de

poder es lo que cambió el curso de nuestro linaje.
Explicó que, siendo el inquilino un brujo de la escuela antigua, aprendió de sus maestros todo lo enmarañado del desplazamiento del punto de encaje. Ya que tenía quizá miles de años de una insólita vida y conciencia -amplio tiempo para perfeccionar cualquier cosa- sabía cómo lograr y mantener cientos, si no es que miles de nuevas posiciones del punto de encaje. Sus regalos eran dos cosas: mapas para lograr desplazamientos del punto de encaje a sitios específicos, y manuales sobre cómo inmovilizarlo en cualquiera de esas posiciones para de esta forma adquirir cohesión.
Don Juan llegó esa noche a la cúspide de su arte de narrador. Nunca lo había visto tan dramático. Si no lo hubiera conocido bien, podría haber jurado que su voz reflejaba profundamente la preocupación de alguien poseído por el miedo o la ansiedad. Sus gestos me dieron la impresión de que yo estaba presenciando la actuación de un gran actor, al interpretar a la perfección el nerviosismo y la preocupación.
Don Juan me escudriñó, y en el tono y la manera de alguien que está revelando algo muy doloroso dijo que, por ejemplo, el nagual Luján recibió del inquilino un regalo de cincuenta posiciones. Sacudió su cabeza rítmicamente, como si me estuviera pidiendo silenciosamente que considerara lo que me acababa de decir. Me quedé callado.
-¡Cincuenta posiciones! -exclamó asombrado-. Para un regalo, una, o a lo máximo dos posiciones del punto de encaje deberían ser más que suficientes.
Encogió los hombros en un gesto de asombro.
-Me dijeron que el nagual Luján le caía inmensamente bien al inquilino -continuó-. Desarrollaron una amistad tan cercana que eran prácticamente inseparables. Me dijeron que el nagual Luján y el inquilino solían ir todas las mañanas ahí a esa iglesia a oír misa.
-¿Aquí mismo en este pueblo? -pregunté totalmente desconcertado.
-Aquí mismo -contestó-. Posiblemente se sentaron en este mismo lugar, en otra banca, hace más de cien años.
-¿Caminaron realmente en esta plaza el nagual Luján y el inquilino? -volví a preguntar, incapaz de superar mi sorpresa.
-¡Seguro que lo hicieron! -exclamó-. Te traje aquí esta noche porque el poema que leíste me dio la señal de que ya era hora de tratar con el inquilino.
El pánico se apoderó de mi con una velocidad inverosímil. Tuve que respirar por la boca, porque me ahogaba.
-Hemos estado discutiendo los extraños logros de los brujos de la antigüedad -don Juan continuó-. Aunque es siempre muy difícil cuando uno tiene que hablar exclusivamente en idealidades, sin ningún conocimiento directo. Te puedo repetir desde ahora hasta el día del juicio final algo que para mí es clarísimo, pero que para ti es imposible de entender o creer, puesto que no tienes ningún conocimiento directo sobre ello.
Se levantó y me miró fijamente de pies a cabeza.
-Vamos a la iglesia -dijo-. Al inquilino le gusta la iglesia y sus alrededores. Estoy seguro de que este es el momento de ir ahí.
Muy pocas veces, en el curso de mi asociación con don Juan, había sentido tal aprensión. Estaba yo rígido y entumecido. Mi cuerpo entero temblaba cuando me paré. Mi estómago estaba hecho nudos y, sin embargo, cuando se encaminó a la iglesia, lo seguí sin decir una sola palabra. Mis rodillas sí protestaron; se sacudían y se doblaban involuntariamente cada vez que daba un paso. Para cuando hubimos caminado la corta cuadra de la plaza a los escalones de piedra caliza del atrio de la iglesia, yo estaba a punto de desmayarme. Don Juan me puso el brazo alrededor de los hombros para sostenerme.
-Ahí está el inquilino -dijo con tal indiferencia que parecía como si acabara de reconocer a un viejo amigo.
Miré hacia la dirección que señalaba y vi un grupo de cinco mujeres y tres hombres al final del atrio. Mi mirada rápida y asus-

tada no reveló nada extraño en esa gente. No podía siquiera decir si estaban entrando o saliendo de la iglesia, aunque sí me di cuenta de que parecían estar congregados allí accidentalmente.

Para cuando don Juan y yo llegamos a la pequeña puerta, cortada en los masivos portales de madera de la iglesia, tres mujeres ya habían entrado. Los tres hombres y las otras dos mujeres se alejaban en diferentes direcciones. Experimenté un momento de confusión, me volví hacia don Juan para que me aclarara la situación. Me señaló la fuente de agua bendita con un movimiento de la barbilla.

-Debemos obedecer las reglas y persignarnos -susurró.

-¿Dónde está el inquilino? -pregunté también susurrando.

Don Juan sumergió la punta de sus dedos en la pila de agua e hizo la señal de la cruz. Con un gesto imperativo me urgió a que hiciera lo mismo.

-¿Era el inquilino uno de los tres hombres que se fueron? -susurré en su oído.

-No -susurró sonriendo-. El inquilino es una de las tres mujeres que se quedaron. La que está en la última fila de atrás.

En ese momento, una mujer en la fila trasera giró la cabeza hacia mi, sonrió y me saludó con una inclinación de la cabeza.

Llegué a la puerta de un salto y salí corriendo.

Don Juan saltó tras de mi. Con una increíble agilidad corrió más rápido que yo y me agarró del brazo.

-¿A dónde vas? -preguntó, su cara y su cuerpo contorsionados por la risa.

Me sostuvo firmemente mientras yo respiraba grandes bocanadas de aire. Estaba realmente ahogándome. Las carcajadas le venían como olas de mar. Me solté de él enérgicamente y caminé hacia la plaza. Me siguió.

-Nunca me imaginé que el inquilino te fuera a afectar tanto -dijo, y nuevas olas de risa sacudieron su cuerpo.

-¿Por qué no me dijo que el inquilino era una mujer?

-El brujo que está allí es el desafiante de la muerte -dijo solemnemente-. Para un brujo como él, tan versado en los desplazamientos del punto de encaje, ser hombre o mujer es cuestión de decisión y conveniencia. Esta es la primera parte de la lección de ensueño que te dije ibas a recibir. Y el desafiante de la muerte es el misterioso visitante que te va a guiar esta noche.

Cruzó sus brazos sobre las costillas, ya que la risa lo hacia toser. Yo estaba mudo. Luego, una repentina furia se apoderó de mi. No estaba enojado con don Juan o conmigo mismo o con nadie en particular; era una furia fría que no estaba dirigida a nadie, y que me hacia sentir como si mi pecho y todos los músculos de mi cuello fueran a explotar.

-Regresemos a la iglesia -grité sin reconocer mi propia voz.

-No te pongas histérico -dijo suavemente-. No tienes que brincar al fuego así nomás. Piensa. Delibera. Mide las cosas. Enfría tu mente. Nunca en tu vida has pasado por tal prueba. Ahora lo que necesitas es tranquilidad.

"No te puedo sugerir qué hacer -continuó-. Sólo puedo, como cualquier otro nagual, ponerte frente a tu reto después de decirte en términos bastante indirectos todo lo que es pertinente a ello. Esta es una de las maniobras del nagual: decir todo sin decirlo o pedir sin pedirlo.

Quería terminar con lo que fuera rápidamente. Pero don Juan dijo que un momento de pausa restauraría lo que me quedara de confianza en mí mismo. Mis rodillas estaban a punto de doblarse. Solícitamente, don Juan me hizo sentar en la banqueta. Se sentó junto a mí.

-La primera parte de la lección de este ensueño es que la feminidad y masculinidad no son estados finales, sino el resultado de una posición específica del punto de encaje -dijo-. Y el acto de acomodar así el punto de encaje es, naturalmente, una cuestión de disciplina y entrenamiento. Esta maniobra era el deleite de los brujos antiguos, y son ellos los únicos que pueden lograrlo.

Quizá porque era la única reacción racional que me quedaba, empecé a argüir con don Juan.
-No puedo aceptar ni creer lo que está usted diciendo -dije, y sentí que un calor me subía a la cara.
-Pero tú mismo viste a la mujer -don Juan contestó-. ¿Crees que todo eso era un truco?
-No sé qué pensar.
-Ese ser en la iglesia es una mujer real -dijo enérgicamente-. ¿Por qué habría eso de molestarte tanto? El hecho de que haya nacido hombre es únicamente un testimonio del poder de los brujos antiguos. Esto no debería sorprenderte. Ya has compenetrado completamente los principios de la brujería.
Todo yo estaba a punto de explotar de tensión. En un tono acusativo, don Juan dijo que yo discutía sin ton ni son. Con una paciencia forzada, pero con verdadera pomposidad, le expliqué los fundamentos biológicos de la feminidad y la masculinidad.
-Entiendo todo eso -dijo-. Y tienes razón en lo que dices. Tu error está en tratar de hacer universales tus aseveraciones.
-Estamos hablando de principios básicos -grité-. Son pertinentes al hombre aquí o en cualquier otro lugar del universo.
-Eso es verdad -dijo en voz queda-. Todo lo que dices es verdad, siempre y cuando nuestro punto de encaje se quede en su posición habitual. Pero en el momento en que se desplaza más allá de ciertos límites y nuestro mundo cotidiano ya no tiene función, ninguno de tus principios fundamentales tiene el valor total del que hablas.
"Tu error es olvidar que el desafiante de la muerte ha trascendido esos límites miles y miles de veces. No se requiere ser un genio para darse cuenta de que el inquilino no está atado a las mismas fuerzas que te atan a ti ahora.
Le dije que mi lucha, si se pudiera llamar lucha, no era con él, sino con la horripilante parte práctica de la brujería, la cual, hasta ese momento, había sido algo tan estrafalario y tan lejano que nunca fue un verdadero problema para mí. Reiteré que como ensoñador, estaba dentro de mi experiencia atestiguar que en el ensueño todo es posible. Le recordé que él mismo había cultivado y promovido esta convicción, junto con la fundamental necesidad de cordura y salud mental. Lo que él proponía como el estado de ser del inquilino no era algo cuerdo. Era un tema únicamente para el ensueño y no para el mundo cotidiano. Le dejé saber que para mí lo que él proponía era algo abominable e insostenible.
-¿Por qué esta violenta reacción? -me preguntó con una sonrisa.
Su pregunta me agarró desprevenido. Me sentí de verdad apenado y culpable.
-Creo que me siento amenazado en lo más profundo -admití, y lo decía sinceramente. Pensar que la mujer de la iglesia era un hombre me era de alguna manera nauseabundo.
Un pensamiento sensato cruzó por mi mente: quizá el inquilino fuera un travestista. Le pregunté ansiosamente a don Juan sobre esta posibilidad. Se rió tan fuerte que parecía estar a punto de desmayarse.
-Esa es una posibilidad demasiado mundana -dijo-. A lo mejor tus viejos amigos harían una cosa así. Tus nuevos amigos tienen más recursos y se masturban mucho menos. Te repito. Ese ser en la iglesia es una mujer -sonrió maliciosamente-. ¿Siempre te has sentido atraído por las mujeres, no es así? Parece que esta situación estuviera hecha a tu medida.
Su regocijo era tan intenso e infantil que fue contagioso. Los dos nos pusimos a reír. Él con total abandono, y yo con total ansiedad.
Llegué entonces a una decisión. Me levanté y le dije en voz alta que no tenía deseo de tratar con el inquilino en ninguna forma o aspecto. Mi decisión era pasar por alto todo este asunto y regresar, primero a su casa, y luego a la mía.
Don Juan dijo que él no tenía inconveniente con mi decisión. Empezamos a caminar de regreso a su casa. Mis pensamientos

volaban sin orden. Me pregunté si estaba haciendo lo correcto, o si estaba corriendo de miedo. Inmediatamente razoné que mi decisión era correcta e inevitable. Me aseguré a mí mismo que no estaba interesado en adquisiciones y que los regalos del inquilino eran como adquirir propiedad. Pero luego me llené de dudas y curiosidad. Había tantas preguntas que le podría hacer al desafiante de la muerte.

Mi corazón empezó a latir tan intensamente que lo sentí en mi estómago. De repente, los latidos se transformaron en la voz del emisario de ensueño. Rompió su promesa de no interferir y dijo que una increíble fuerza estaba acelerando mi corazón para conducirme de regreso a la iglesia. Caminar hacia la casa de don Juan era caminar hacia la muerte.

Me detuve y apresuradamente confronté a don Juan con las aseveraciones del emisario.

-¿Es cierto? -le pregunté.

-Mucho me temo que sí -admitió con una tímida sonrisa.

-¿Por qué no me lo dijo usted mismo, don Juan? ¿Me iba usted a dejar morir porque cree que soy un cobarde? -le pregunté furioso.

-No te ibas a morir tan fácilmente. Tu cuerpo energético tiene muchísimos recursos. Y nunca se me ocurrió pensar que eras un cobarde. Respeto tus decisiones sin importarme un comino qué es lo que las motiva.

"Tú también estás al final del camino al igual que yo. Así que sé un verdadero nagual. No te avergüences de lo que eres. Si fueras un cobarde, creo que ya te hubieras muerto de miedo hace muchos años. Pero si te da tanto miedo conocer al desafiante de la muerte, entonces muere en lugar de enfrentarlo. De eso no puedes avergonzarte.

-Regresemos a la iglesia -dije tan tranquilo como pude.

-¡Ya estamos llegando al meollo de todo este asunto! -don Juan exclamó-. Pero primero, regresemos a la plaza, sentémonos en una banca, y consideremos cuidadosamente tus opciones. Podemos tomar todo el tiempo necesario; además, es demasiado temprano para transacciones con el inquilino.

Caminamos de regreso al parque, encontramos inmediatamente una banca vacía y nos sentamos.

-Tienes que entender que sólo tú puedes tomar la decisión de conocer o no conocer al inquilino o de aceptar o rechazar sus regalos de poder -dijo don Juan-. Pero le tienes que decir tu decisión a la mujer de la iglesia, cara a cara y solo; de otra manera tu decisión no será válida.

Don Juan dijo que los regalos del inquilino eran extraordinarios, pero que su precio era tremendo, y que él no aprobaba ni los regalos ni el precio.

-Antes de que tomes realmente una decisión -don Juan continuó-, debes estar al tanto de todos los detalles de tus convenios con ese brujo.

-Prefiero no saber nada más acerca de eso don Juan -le supliqué.

-Es tu deber saber todo -dijo-. ¿De qué otra forma podrías entonces tomar una decisión correcta?

-¿No cree usted que mientras menos sepa sobre el inquilino mejor para mi?

-No. Esta no es una cuestión de esconderse hasta que el peligro haya pasado. Este es el momento de la verdad. Todo lo que has hecho y experimentado en el mundo de los brujos te ha conducido hasta este punto. No te lo quise decir porque confiaba que tu cuerpo energético te diría que no hay manera de salirse de esta cita, ni siquiera muriendo. ¿Entiendes?

Lo entendí tan bien que le pregunté si le sería posible hacerme cambiar de niveles de conciencia para aliviar mi inquietud y mi miedo. Casi me hizo saltar con la explosión de su no.

-Tienes que enfrentar al desafiante de la muerte con frialdad y premeditación -prosiguió-. Y no lo puedes hacer por medio de sustitutos.

Don Juan tranquilamente empezó a repetirme todo lo que me había dicho sobre el desafiante de la muerte. Mientras él ha-

blaba, me di cuenta de que parte de mi confusión era el resultado del uso del lenguaje. A pesar de que don Juan lo llamaba el desafiante de la muerte y el inquilino, al describir la relación entre ese brujo y los naguales de su línea, don Juan hablaba de la mujer de la iglesia, mezclando la denotación de género masculino y femenino. Dijo que se suponía que el inquilino pagaba por la energía que él tomaba de los naguales, pero que lo que él pagaba había atado a esos naguales por generaciones. Como pago por la energía que tomó de todos ellos, la mujer de la iglesia les enseñó cómo desplazar exactamente su punto de encaje a posiciones específicas que ella misma había escogido. En otras palabras, ella ató a cada uno de esos hombres con un regalo de poder que consistía de una posición específica y preseleccionada del punto de encaje, junto con todas sus implicaciones.

-¿Qué quiere usted decir con todas sus implicaciones, don Juan?

-Quiero decir los resultados negativos de esos regalos. La mujer de la iglesia sabe solamente cómo complacer. No hay frugalidad, ni sosiego en esa mujer. Por ejemplo, le enseñó al nagual Julián cómo arreglar su punto de encaje para ser exactamente como ella, una mujer. Enseñarle esto a mi benefactor, siendo el incurable voluptuoso que era, fue como darle alcohol a un borracho.

-Pero, ¿no somos cada uno de nosotros responsables de lo que hacemos?

-Sí, por supuesto. Sin embargo, para algunos de nosotros es más difícil ser responsable que para otros. Aumentar deliberadamente esta dificultad, como esa mujer lo hace, es poner una innecesaria presión sobre nosotros.

-¿Cómo sabe usted que la mujer de la iglesia lo hace deliberadamente?

-Se lo ha hecho a todos los naguales de mi línea. Si nos examinamos justa y honradamente, tenemos que admitir que el desafiante de la muerte nos ha convertido, con sus regalos, en una línea de brujos bastante flojos y dependientes.

No podía seguir pasando por alto la inconsistencia en su uso del lenguaje, y me quejé.

-Tiene que hablar de ese brujo ya sea como hombre o como mujer, pero no como los dos -dije duramente-. Estoy demasiado tenso y su uso arbitrario del lenguaje me pone aún más inquieto.

-Yo mismo estoy muy inquieto -confesó-. Pero la verdad es que el desafiante de la muerte es las dos cosas: hombre y mujer. Nunca he sido capaz de enfrentar con gracia este cambio. Estaba seguro de que ibas a sentir lo mismo habiéndolo visto como hombre primero.

Don Juan me hizo acordar que en una ocasión, años antes, me llevó a conocer al desafiante de la muerte y conocí a un hombre; un indio delgado y extraño que no era viejo, pero tampoco joven. Lo que más recordaba era su acento inusitado y su uso de una metáfora para describir cosas que afirmaba haber visto. Decía: mis ojos se pasearon... Por ejemplo, dijo: "mis ojos se pasearon en los cascos de los conquistadores españoles".

El evento era tan efímero en mi mente que siempre creí que nuestro encuentro había durado sólo unos cuantos minutos. Don Juan me dijo más tarde que pasé todo un día con el desafiante de la muerte; algo de lo que yo no estaba consciente en lo absoluto.

-La razón por la cual estaba tratando hace un rato de que me dijeras si sabías o no lo que iba a pasar -don Juan continuó-, era porque creí que hace años habías hecho tú mismo una cita con el desafiante de la muerte.

-Me estaba usted dando demasiado valor, don Juan. Para decirle la verdad, realmente no sé ni quién soy. ¿Pero, qué le hizo creer que yo sabía?

-Le caíste muy bien al desafiante de la muerte. Y eso para mí quiere decir que a lo mejor ya te hizo un regalo de poder, aunque tú no te acuerdes de nada; o que tal vez hiciste una cita con él como mujer. Hasta sospeché que te había dado direcciones precisas.

Don Juan comentó que el desafiante de la muerte, siendo definitivamente una criatura de hábitos rituales, siempre se presentó a los naguales de su línea primero como hombre, como había sucedido con el nagual Sebastián, y subsecuentemente como mujer.

-¿Por qué llama usted a los regalos del desafiante de la muerte regalos de poder? ¿Y por qué el misterio? -pregunté-. Usted mismo puede desplazar su punto de encaje al sitio que quiera ¿no es cierto?

-Se llaman regalos de poder porque son el producto del conocimiento especializado de los brujos de la antigüedad -dijo-. El misterio de esos regalos es que nadie en esta Tierra, con la excepción del desafiante de la muerte, puede darnos una muestra de ese conocimiento. Y por supuesto que puedo desplazar mi punto de encaje a cualquier sitio que yo quiera, ya sea adentro o afuera de la forma energética del hombre. Pero lo que no puedo hacer, y sólo el desafiante de la muerte puede, es saber qué hacer con mi cuerpo energético en cada una de esas posiciones para llegar a una percepción total.

Luego explicó que los brujos de ahora no conocen los detalles de las miles y miles de posibles posiciones del punto de encaje.

-¿Qué quiere usted decir con detalles? -pregunté.

-Formas particulares de tratar el cuerpo energético para mantener el punto de encaje fijo en posiciones específicas -contestó.

Tomó su propio caso como ejemplo. Dijo que el regalo de poder que el desafiante de la muerte le dio había sido la posición del punto de encaje de un cuervo, y los procedimientos para manejar su cuerpo energético a fin de obtener la percepción total de un cuervo. Don Juan explicó que la total percepción y la total cohesión eran lo que los brujos antiguos buscaban a cualquier precio; y que en el caso de su propio regalo de poder, llegó a la total percepción del cuervo por medio de procesos que tuvo que aprender, paso a paso, como se aprende el manejo de una máquina muy compleja.

Don Juan continuó explicando que la mayoría de los desplazamientos del punto de encaje, que los brujos de hoy experimentan, son desplazamientos ligeros dentro de una delgada banda de filamentos luminosos en el interior del huevo luminoso, llamada la banda del hombre, o el aspecto puramente humano de la energía del universo. Más allá de esa banda, pero aún dentro del huevo luminoso, se encuentra el reino de los grandes desplazamientos. Cuando el punto de encaje se desplaza a cualquier sitio en esta área, lo que uno percibe es más o menos comprensible, pero se requiere de procedimientos extremadamente detallados para que la percepción no sea meramente más o menos comprensible, sino total.

-En tu último viaje a lo desconocido, los seres inorgánicos te engañaron a ti y a Carol, ayudándolos a que obtuvieran total cohesión en un gran desplazamiento -dijo don Juan-. Les desplazaron sus puntos de encaje al sitio más lejano posible y luego los ayudaron a percibir ahí como si estuvieran en el mundo de todos los días. Una cosa casi imposible. Para lograr esa clase de percepción, un brujo necesita conocimiento pragmático, o amigos influyentes.

"Al final, tus amigos te hubieran traicionado y te hubieran dejado a ti y a Carol arreglárselas por sí solos a fin de aprender medios pragmáticos para sobrevivir en ese mundo. Ustedes dos hubieran terminado llenos hasta el tope de procedimientos, tal como los brujos de la antigüedad.

"Cada gran desplazamiento implica posibilidades especificas que los brujos modernos podrían aprender -continuó-, si supieran cómo fijar el punto de encaje en cualquiera de esas posiciones por un buen rato. Sólo los brujos de la antigüedad tenían el conocimiento especifico para hacer esto.

Don Juan prosiguió diciendo que el conocimiento de procedimientos específicos implicado en esos grandes desplazamientos no le fue accesible a los ocho naguales que precedieron al nagual Sebastián, y que el inquilino le enseñó al nagual Sebastián

cómo lograr percibir totalmente en diez posiciones nuevas del punto de encaje. El nagual Santisteban recibió siete, el nagual Luján cincuenta, el nagual Rosendo seis, el nagual Elías cuatro, el nagual Julián dieciséis, y a él le enseñaron dos. Su linaje conocía un total de noventa y cinco posiciones específicas del punto de encaje. Dijo que si yo le preguntara a él si consideraba esto como una ventaja para su linaje, tendría que decirme que no, ya que el peso de esos regalos los acercaba a algo asqueroso para él: al temperamento de los brujos de la antigüedad.

-Ahora es tu turno de encontrarte con el inquilino -continuó-. Quizá los regalos que te dé a ti rompan nuestro equilibrio total y nuestro linaje se hunda en la oscuridad que acabó con los brujos antiguos.

-Esto es tan horrendamente serio que me deja sin palabras -dije.

-Simpatizo sinceramente contigo -contestó con una seria expresión-. Sé que no es ningún consuelo decir que esta es la prueba más dura para un nagual de hoy en día. Enfrentarse a algo tan viejo y misterioso como el inquilino no inspira admiración, sino repugnancia. Por lo menos así fue para mí, y todavía lo es.

-¿Por qué tengo que continuar con esto, don Juan?

-Porque sin saberlo, aceptaste el reto del desafiante. Sonsaqué tu aprobación a lo largo de tu aprendizaje, de la misma manera que mi maestro sonsacó la mía clandestinamente.

"Pasé a través del mismo horror, tal vez un poco más brutalmente que tú -comenzó a reírse entre dientes-. Al nagual Julián le daba por jugar horrendas bromas. Me dijo que había una hermosa viuda muy apasionada, que estaba locamente enamorada de mí. El nagual me llevaba seguido a la iglesia y yo había visto cómo me miraba una mujer. Era una mujer guapa. Y yo era un hombre joven y fogoso. Cuando el nagual dijo que yo le gustaba a ella, me lo creí. Mi despertar fue muy rudo.

Tuve que luchar por no reírme del gesto de inocencia perdida que hizo don Juan. Luego, la idea de que estuviera metido en tal apuro me pareció tan chistosa como espantosa.

-¿Está usted seguro, don Juan, de que esa mujer es el inquilino? -pregunté, esperando que quizá fuera un error o una broma pesada.

-Estoy muy, muy seguro -dijo-. Además, aunque fuera tan tonto como para olvidarme del inquilino, mi capacidad para ver no me puede fallar.

-¿Quiere usted decir, don Juan, que el inquilino tiene un tipo diferente de energía?

-No, no un tipo diferente de energía, pero ciertamente tiene características diferentes a las de una persona normal.

-¿Está usted absolutamente seguro, don Juan, de que esa mujer es el inquilino? -insistí, movido por un extraño asco y miedo.

-¡Esa mujer es el inquilino! -don Juan exclamó en un tono de voz que no admitía dudas.

Nos quedamos callados. Esperé el siguiente pasó, en medio de un pánico que iba más allá de toda descripción.

-Ya te he dicho que ser un hombre natural o una mujer natural es cuestión de la posición del punto de encaje -dijo don Juan-. Cuando digo natural, me refiero a alguien que nació ya sea hombre o mujer. Para un vidente, en el caso de las mujeres, la parte más brillante del punto de encaje está mirando hacia enfrente, y en el caso de los hombres, hacia adentro. El punto de encaje del inquilino estaba originalmente mirando hacia adentro, pero lo cambió retorciéndolo, y esto hace que su forma energética de huevo luminoso se vea como una concha de mar enrollada en si misma.

XII. LA MUJER DE LA IGLESIA

Don Juan y yo nos quedamos sentados en silencio. No tenía más preguntas que hacerle y parecía que él ya me había dicho todo lo que era pertinente. No podrían haber sido más de las siete, pero la plaza estaba desierta. Era una noche cálida. En ese pueblo, en las noches, la gente usual-

mente se pasea por la plaza hasta las diez u once.

Empecé a reconsiderar lo que sucedía. Mi aprendizaje con don Juan se acercaba a su fin. Él y su bando iban a realizar el sueño de los brujos: dejar este mundo y entrar en dimensiones inconcebibles. Basándome en mi limitado éxito en el ensueño, creía que esa meta no era ilusoria, sino en extremo sobria, aunque contraria a la razón. Buscaban percibir lo desconocido y lo habían logrado.

Don Juan estaba en lo correcto cuando decía que al inducir un desplazamiento sistemático del punto de encaje, ensoñar libera la percepción, agrandando el campo de lo que puede ser percibido. Para los brujos de su bando, el ensueño no solamente les había abierto las puertas a otros mundos perceptibles, sino que también los preparó para entrar completamente conscientes de si en esos reinos. Para ellos, el ensueño se había convertido en algo inefable, sin precedentes: algo cuya naturaleza y alcance sólo podían ser aludidos, como refirió don Juan cuando dijo que el ensoñar es la puerta a la luz y a la oscuridad del universo.

Sólo una cosa quedaba pendiente para ellos: mi encuentro con el desafiante de la muerte. Lamentaba que don Juan no me hubiera avisado con anterioridad para poder prepararme mejor. Pero él era un nagual que siempre hacía todo lo que era de importancia en el momento, y sin previo aviso.

Por un rato, me sentí muy bien; tranquilamente sentado con don Juan en esa plaza, esperando a que los eventos se desarrollaran; pero luego mi estabilidad emocional sufrió un altibajo, y en fracciones de segundo me encontré dentro de una oscura desesperación. Me asaltaron triviales consideraciones acerca de mi seguridad, mis metas, mis esperanzas y mis preocupaciones en el mundo. Al examinar todo esto, tuve que admitir que la única preocupación real que yo tenía era acerca de mis tres compañeras en el mundo de don Juan. Aunque si lo pensaba, ni siquiera eso me preocupaba verdaderamente. Don Juan les había enseñado a ser la clase de brujas que siempre sabían qué hacer; y lo más importante aún, las había preparado para saber qué hacer con lo que sabían.

Habiendo sido despojado, desde hacía mucho tiempo, de toda razón mundana posible para sentirme angustiado, lo único que me quedaba era el miedo de morir a manos del desafiante de la muerte: la preocupación por mí mismo. Y me entregué a ella desvergonzadamente, una última jugada antes de desaparecer. Me puse tan asustado, que me dio náusea. Traté de disculparme, pero don Juan se rió.

-El que te vomites de miedo no te hace de ninguna manera único -dijo-. Cuando yo conocí al desafiante de la muerte, me oriné en los pantalones. Créeme.

Esperé en silencio durante un momento intolerablemente largo.

-¿Estás listo? -preguntó.

Dije que si. Levantándose de la banca añadió:

-Entonces ya nos vamos. Y ahora descubriremos cómo vas a actuar cuando estés en la línea de fuego.

Me condujo de regreso a la iglesia. Hasta el día de hoy, de lo único que me puedo acordar de aquella caminata es que tuvo que arrastrarme todo el camino. Pero no recuerdo haber llegado a la iglesia o haber entrado en ella. Lo próximo que supe es que estaba arrodillado en un largo y desgastado banco de iglesia, junto a la mujer que había visto antes. Me estaba sonriendo. Miré alrededor tratando de localizar a don Juan, pero no estaba a la vista. Hubiera salido de ahí volando si no me hubiera detenido la mujer, agarrándome del brazo.

-¿Por qué habrías de tener tanto miedo de una pobrecita como yo? -me preguntó en inglés.

Me quedé pegado en el lugar donde estaba arrodillado. Lo que me cautivó por completo e instantáneamente fue su voz. No puedo describir qué es lo que había en el sonido rasposo de su voz que llegaba a lo más recóndito de mí. Era como si siempre hubiera conocido esa voz.

Me quedé allí inmóvil, atrapado por ese sonido. Me preguntó algo más en inglés, pero no pude entender lo que decía. Me sonrió con dulzura.
-Está bien -susurró en español.
Estaba arrodillada a mi derecha.
-Entiendo perfectamente lo que es el verdadero miedo, vivo con él -añadió.
Estaba a punto de hablarle, cuando escuché la voz del emisario en mi oído:
-Es la voz de Hermelinda, tu nodriza -dijo.
Lo único que sabía yo de Hermelinda era la historia que me contaron, que había muerto en un accidente, atropellada por un camión. Que la voz de la mujer me trajera esas memorias era algo impactante. Experimenté una momentánea y agonizante ansiedad.
-Soy tu nodriza -exclamó la mujer suavemente-. ¡Qué extraordinario! ¿Quieres mi chichi? -su cuerpo se convulsionó de risa.
Hice un supremo esfuerzo para mantenerme calmo; sabía que estaba perdiendo la ecuanimidad rápidamente, y que en cualquier momento iba a perder el control de mi razón.
-No te preocupes por mi broma -dijo en voz baja-. La verdad es que me caes muy bien. Estás llenísimo de energía. Y nos vamos a llevar muy bien.
Dos hombres viejos se arrodillaron enfrente de nosotros. Uno de ellos volteó la cabeza y nos miró con curiosidad. Ella no les puso ninguna atención, y continuó susurrándome al oído.
-Déjame tomar tu mano -pidió.
Pero su petición era como una orden. Le di mi mano, incapaz de negarme.
-Gracias. Gracias por tu confianza en mi -susurró.
El sonido de su voz me estaba volviendo loco; un sonido rasposo, tan exótico, tan absolutamente femenino. Bajo ninguna condición la hubiera considerado como la voz elaborada de un hombre tratando de sonar como una mujer. No era una voz ronca ni dura. Era como el sonido de pies descalzos caminando suavemente sobre grava.
Hice un tremendo esfuerzo para romper una capa invisible de energía que parecía haberme envuelto. Creí haberlo logrado. Me levanté, listo para irme, y lo hubiera hecho si la mujer no se hubiera también levantado y susurrado en mi oído.
-No huyas. Hay tantas cosas que te tengo que decir.
Detenido por la curiosidad, me senté automáticamente. Increíblemente, mi ansiedad y mi miedo se desvanecieron repentinamente. Hasta tuve la suficiente presencia de ánimo para preguntarle:
-¿Es usted verdaderamente una mujer?
Se rió entre dientes, como una niña, y luego me dijo una intrincada frase.
-Si te atreves a pensar que me transformaría en un hombre temible para causarte daño, estás gravemente equivocado -dijo, acentuando aún más esa extraña, hipnótica voz-. Tú eres mi benefactor. Yo soy tu sirvienta, como he sido la sirvienta de todos los naguales que te precedieron.
Haciendo acopio de toda la energía que pude, le dije lo que pensaba.
-Puede usted tomar mi energía -dije-. Es un regalo para usted, pero no quiero que me dé ningún regalo de poder. Y le digo esto sinceramente.
-No puedo tomar tu energía gratis -susurró-. Yo pago por lo que recibo, ese es el trato. Es una tontería regalar tu energía.
-Créame, he sido un tonto durante toda mi vida -dije-. Puedo darme el lujo de hacerle un regalo. No me causa ningún problema. Usted necesita la energía, tómela. Pero yo no puedo cargar cosas innecesarias. No tengo nada, y me encanta no tenerlo.
-A lo mejor -dijo con un aire pensativo.
Le pregunté agresivamente si quería decir que a lo mejor tomaría mi energía o que no me creyó que no tenía nada y que me encantaba no tenerlo.
Se rió con deleite y dijo que a lo mejor tomaría mi energía ya que yo era tan generoso de ofrecérsela. Pero que tenía que hacer un pago; me tenía que dar algo de valor similar.
Al escucharla hablar, me di cuenta de que hablaba el español con un extravagante acento extranjero. Añadía un fonema ex-

tra en la sílaba media de cada palabra. Nunca en mi vida había escuchado a nadie hablar así.
-Su acento es verdaderamente extraordinario -dije-. ¿De dónde es?
-De casi la eternidad -dijo suspirando.
Habíamos empezado a entablar una conexión. Comprendí por qué suspiró. Ella era lo más cercano a lo permanente, mientras que yo era transitorio. Esa era mi ventaja. El desafiante de la muerte estaba acorralado, y yo era libre.
La examiné de cerca. Parecía tener entre treinta y cinco y cuarenta años. Era de piel oscura; una mujer completamente india, casi corpulenta, pero no gorda, ni siquiera pesada. Podía ver que la piel de sus brazos y sus manos era suave; sus músculos firmes y jóvenes. Juzgué que medía entre un metro setenta o setenta y cinco. Tenía puesto un vestido largo, un rebozo negro y huaraches. Estando arrodillada también le podía ver sus tobillos y parte de sus bien formadas pantorrillas. Su cintura era delgada. Tenía unos senos grandes los cuales no podía, o quizá no quería esconder bajo su rebozo. Su cabello era negro azabache y estaba atado en una larga trenza. No era hermosa, pero tampoco era fea. Sus facciones no eran de ninguna manera sobresalientes. No podía haber atraído la atención de nadie, excepto por sus ojos, que los mantenía bajos, escondidos debajo de sus enormes, largas y espesas pestañas. Eran unos ojos magníficos, claros y serenos. Aparte de los ojos de don Juan, yo nunca había visto otros ojos más brillantes, más vivos.
Sus ojos me inspiraron total confianza. Ojos como esos no podrían ser malévolos. Sentí una oleada de optimismo, y la sensación de que la había conocido toda mi vida; pero también estaba consciente de algo más: mi inestabilidad emocional. Esta era, en el mundo de don Juan, como mi enfermedad crónica. Tenía momentos de agilidad mental, esperanza y sencillez, pero luego entraba en la desconfianza y las dudas abominables. Este evento con la mujer de la iglesia no iba a ser diferente. Mi mente sospechosa se salió repentinamente con el pensamiento de que ya estaba cayendo preso del encanto de esa mujer.
-Aprendió español cuando era ya grande ¿no es así? -dije sólo para salirme de mis pensamientos y evitar que los leyera.
-Sólo ayer -replicó, con una risa cristalina; sus pequeños y blancos dientes brillaban como una hilera de perlas.
La gente se dio vuelta para mirarnos. Bajé mi frente como si estuviera orando profundamente.
-¿Hay algún lugar donde podamos hablar? -pregunté.
-Estamos hablando aquí -dijo-. Aquí he hablado con todos los naguales de tu línea. Si susurras, nadie se dará cuenta de que estamos hablando.
Me moría de ganas de preguntarle cuántos años tenía, pero un pensamiento sobrio vino a mi rescate. Me acordé de que por años un amigo mío estuvo tendiéndome toda clase de trampas para que le confesara mi edad. Detestaba sus banales preocupaciones, y ahora yo estaba a punto de comportarme de la misma manera. Dejé mi empeño instantáneamente.
Le quise contar eso a ella sólo para seguir conversando. Parecía saber lo que estaba pasando por mi mente; me apretó el brazo en un gesto amistoso, como diciendo que acabábamos de compartir un pensamiento.
-En lugar de darme un regalo, ¿me puede decir algo que me ayude en mi camino? -le pregunté.
Movió la cabeza negativamente.
-No -susurró-. Somos extremadamente diferentes. Más diferentes de lo que creí posible. Se levantó y se deslizó fuera de la banca. Hizo hábilmente una genuflexión frente al altar mayor. Se persignó, y me hizo una seña para que la siguiera a un altar que estaba a un costado, a nuestra izquierda.
Nos hincamos en la banca, frente a un crucifijo de tamaño natural. Antes de que tuviera tiempo de decir nada, ella habló.
-He estado viva por larguísimo tiempo

-dijo-. La razón por la cual he durado tanto es porque controlo los cambios y movimientos de mi punto de encaje, y porque no me quedo aquí en tu mundo por mucho tiempo. Tengo que ahorrar la energía que obtengo de los naguales de tu línea.
-¿Cómo es existir en otros mundos? -le pregunté.
-Es como estar en un ensueño, excepto que tengo más movilidad y me puedo quedar en cualquier lugar cuanto quiera. Tal como si te quedaras todo el tiempo que quisieras en cualquiera de tus ensueños.
-¿Cuando está usted en este mundo, está atada solamente a esta área?
-No. Voy a todos lados, adonde se me da la gana.
-¿Va siempre como mujer?
-He sido más tiempo mujer que hombre. Me gusta definitivamente mucho más ser mujer. Creo que ya casi se me olvidó cómo ser hombre. ¡Soy una mujer! ¿Sabes?
Me tomó de la mano y me hizo que le tocara la entrepierna. Mi corazón latía en mi garganta. Era realmente una mujer.
-No puedo simplemente tomar tu energía -dijo cambiando el tema-. Tenemos que llegar a otro acuerdo.
En esos momentos me llegó otra oleada de raciocinios mundanos. Le quería preguntar dónde vivía cuando estaba en este mundo. No necesité decirle en voz alta mi pregunta para obtener una respuesta.
-Eres mucho, muchísimo más joven que yo -dijo-, y ya tienes dificultades para decirle a la gente dónde vives. Y aunque los lleves a tu propia casa o la casa que alquilas, no es ahí donde vives.
-Hay tantas cosas que le quisiera preguntar, pero todo lo que hago es tener pensamientos estúpidos.
-No necesitas preguntarme nada. Tú ya sabes lo que sé. Todo lo que necesitaste fue un empujón para reclamar lo que ya sabías. Yo te di y aún te estoy dando ese empujón.
No sólo tenía pensamientos estúpidos sino que estaba en un estado de tal sugestión que tan pronto acabó de decir que yo sabía lo que ella sabía ya sentía que sabía todo, y que no necesitaba hacerle más preguntas. Riéndome, le conté cuán crédulo era yo.
-No eres crédulo -me aseguró con autoridad-. Sabes todo porque ahora estás totalmente en la segunda atención. ¡Mira a tu alrededor!
Por un momento, no pude enfocar mi vista. Era exactamente como si se me hubiera metido agua a los ojos. Cuando acomodé mi vista, supe que algo portentoso había ocurrido. La iglesia era diferente; más oscura, siniestra, y de alguna manera más dura. Me levanté y di un par de pasos hacia la nave. Lo que atrapó mi atención fueron las bancas; no estaban hechas de tablas de madera, sino de largos, delgados y retorcidos postes. Estas eran bancas caseras, puestas adentro de un magnífico edificio de piedra. También la luz de la iglesia era diferente; era amarillenta, y su brillo creaba las sombras más oscuras que jamás había yo visto. Venía de las velas de todos los altares de la iglesia, y era una luz que se mezclaba de lo más bien con las masivas paredes de piedra y los adornos coloniales de la iglesia.
La mujer me miraba, la brillantez de sus ojos era verdaderamente notable. En ese momento supe que estaba ensoñando y que ella dirigía el ensueño. Pero no le tenía miedo ni a ella ni al ensueño.
Me alejé del altar lateral y volví a mirar a la nave de la iglesia. Había gente arrodillada rezando; mucha gente, extrañamente pequeña, de piel oscura casi negra. Podía ver las cabezas de la muchedumbre, un mar de cabezas inclinadas. Los que estaban más cerca de mí me miraban con obvio desapruebo. Estaba boquiabierto ante ellos, y ante todo lo demás. La gente se movía, pero no había sonido.
-No puedo oír nada -le dije a la mujer, y mi voz retumbó, haciendo eco, como si estuviera dentro de una concha hueca.
Casi todas las cabezas se dieron vuelta a mirarme. La mujer me jaló de regreso a la oscuridad del altar lateral.
-Los escucharás si no los oyes con tus oídos -dijo-. Escucha con tu atención de ensueño.

Pareció como si todo lo que necesitara fuera su insinuación. De repente me inundó el monótono sonido de una multitud rezando. Fui inmediatamente arrastrado por el sonido. Me parecía que era el sonido más exquisito que jamás hubiera escuchado. Quería hablar entusiastamente de esto con la mujer, pero no estaba a mi lado. La busqué. Ya casi estaba en la puerta. Se dio la vuelta para señalarme que la siguiera. La alcancé en el atrio. No había luces en las calles. La única iluminación era la luz de la luna. La fachada de la iglesia era también diferente; no estaba terminada. Había pedazos de cantería por todos lados. No había casas ni edificios alrededor de la iglesia. A la luz de la luna, la escena era espectral.

-¿A dónde vamos? -le pregunté.

-A ningún lado -contestó-. Venimos aquí afuera simplemente para tener más espacio, para estar solos. Aquí podemos hablar hasta por los codos.

Me instó a que me sentara en una pieza de piedra caliza medio cincelada.

-La segunda atención tiene infinitos tesoros que pueden ser descubiertos -comenzó-. La posición inicial en la que el ensoñador pone su cuerpo es de importancia clave. Y es ahí donde está el secreto de los brujos antiguos, que aun en mis tiempos ya eran antiguos. Cavila sobre esto, tú que estás siempre empeñado en saber la edad de esos brujos.

Se sentó tan cerca de mí, que sentí el calor de su cuerpo. Me puso un brazo alrededor de mi hombro, y me presionó contra su pecho. Su cuerpo tenía una fragancia de lo más peculiar; me recordaba al olor de árboles o de artemisa. No era que ella trajera puesto un perfume; parecía como si todo su ser exudara ese olor característico de los bosques de pino. El calor de su cuerpo tampoco era como el mío o como el de cualquiera que yo conociera. Su calor era fresco y mentolado, parejo y balanceado. El pensamiento que se me vino a la mente fue que su calor presionaría implacablemente, pero sin prisa.

Empezó a susurrar en mi oído izquierdo. Dijo que los regalos que había dado a los naguales de mi línea tenían que ver con lo que los brujos antiguos llamaban las posiciones gemelas. Lo que significaba que la posición inicial en la que el ensoñador mantiene su cuerpo para empezar a ensoñar es imitada en la posición en que mantiene su cuerpo energético durante los ensueños, a fin de fijar el punto de encaje en cualquier sitio que escoja. Las dos posiciones forman una unidad, dijo, y a los brujos antiguos les llevó miles de años descubrir la relación perfecta entre posiciones gemelas. Comentó, con una risita, que los brujos de ahora nunca tendrán ni el tiempo ni la disposición para hacer todo ese trabajo, y que los hombres y las mujeres de mi línea tenían verdaderamente suerte de tenerla a ella para que les diera regalos. Su risa tenía un notable sonido cristalino.

No comprendí su explicación sobre las posiciones gemelas. Le dije descaradamente que no quería practicar esas cosas sino solamente saber de ellas como posibilidades intelectuales.

-¿Qué es exactamente lo que quieres saber? -me preguntó suavemente.

-Explíqueme qué quiere decir con las posiciones gemelas, o la posición inicial en la que el ensoñador pone su cuerpo para empezar a ensoñar -le dije.

-¿Cómo te acuestas para empezar a ensoñar? -preguntó.

-De cualquier manera, no tengo ningún patrón. Don Juan nunca hizo hincapié en este punto.

-Bueno, yo sí hago hincapié en él -dijo, y se levantó.

Cambió de posición. Se sentó a mi derecha y susurró en mi otro oído que de acuerdo a lo que ella sabía, la posición en la que uno pone el cuerpo es de mayor importancia. Propuso una manera muy fácil de comprobar eso, llevando a cabo un ejercicio extremadamente delicado pero sencillo.

-Empieza tu ensueño acostándote en tu lado derecho, con las rodillas ligeramente dobladas -dijo-. La disciplina es mantener esa posición y quedarse dormido en ella.

Luego, en el ensueño, el ejercicio es ensoñar que te acuestas exactamente en la misma posición y te quedas dormido otra vez.
-¿Qué sucede con eso? -pregunté.
-Eso hace que el punto de encaje se fije, y quiero decir que realmente se fije, en cualquier posición en la que se encuentre en el instante en que uno se quede dormido por segunda vez.
-¿Cuáles son los resultados de este ejercicio?
-La percepción total. Estoy segura que tus maestros ya te han dicho que mis regalos son regalos de percepción total, ¿no es así?
-Sí. Pero creo que nunca me fue claro lo que es la percepción total -mentí.
Me ignoró y continuó diciéndome que las cuatro variantes del ejercicio eran: quedarse dormido acostado del lado derecho, del izquierdo, boca arriba y boca abajo. Y luego, en el ensueño, el ejercicio era ensoñar que uno se quedaba dormido por segunda vez en la misma posición en la que había comenzado a ensoñar. Me prometió resultados extraordinarios, e imposibles de predecir.
Cambió bruscamente de tema y preguntó:
-¿Cuál regalo quieres para ti?
-No quiero ningún regalo. Ya se lo dije antes.
-Insisto. Te tengo que ofrecer un regalo y tú lo tienes que aceptar. Es nuestro convenio.
-Nuestro convenio es que nosotros le damos energía. Así que tómela de mí. Esto corre por mi cuenta. Es mi regalo para usted.
La mujer pareció quedarse atónita. Y persistí en decirle que estaba bien que ella tomara mi energía. Hasta le confesé que ella me gustaba inmensamente. Naturalmente lo dije con toda sinceridad. Había algo en ella sumamente triste y al mismo tiempo sumamente atractivo.
-Vamos de regreso a la iglesia -murmuró.
-Si realmente quiere darme un regalo -dije-, lléveme a dar un paseo por este pueblo, a la luz de la luna.
Movió la cabeza afirmativamente.
-Siempre y cuando no digas una sola palabra -dijo.
-¿Por qué no? -pregunté, aunque ya sabía la respuesta.
-Porque estamos ensoñando -dijo-. Te voy a llevar a un sitio aún más profundo en mi ensueño.
Explicó que mientras nos quedáramos en la iglesia, yo tendría suficiente energía para pensar y conversar, pero más allá de los límites de esa iglesia era una situación diferente.
-¿Por qué es eso? -pregunté atrevidamente.
En un tono muy serio que no sólo aumentó su misterio sino que me aterró, la mujer dijo:
-Porque no hay allá afuera. Esto es un ensueño. Estás en la cuarta compuerta del ensueño, ensoñando mi ensueño.
Me dijo que su arte era ser capaz de proyectar su intento, y que todo lo que veía a mi alrededor era su intento. En un susurro dijo que la iglesia y el pueblo eran el resultado de su intento; no existían y sin embargo sí existían. Mirándome a los ojos, añadió que este era uno de los misterios de intentar las posiciones gemelas del ensueño en la segunda atención, y que se podía hacer, pero no explicar ni comprender.
Me dijo entonces que venía de una línea de brujos que sabía cómo proyectar su intento en la segunda atención y moverse con él. Su versión era que los brujos de su línea practicaban el arte de proyectar sus pensamientos durante el ensueño, para así poder lograr una verdadera reproducción de cualquier objeto, o estructura, o punto sobresaliente, o escena que escogieran.
Dijo que los brujos de su línea empezaban por mirar fijamente un simple objeto, memorizando cada uno de sus detalles. Luego cerraban los ojos y visualizaban el objeto, y después corregían su visualización con el objeto real hasta que pudieran verlo en su totalidad con los ojos cerrados.
El próximo paso en este esquema de desarrollo era ensoñar con el objeto y crear en el ensueño, desde el punto de vista de su

propia percepción, la completa materialización del objeto. Este acto, dijo la mujer, era llamado el primer paso hacia la percepción total. De allí pasaban a visualizar más y más complejos artículos. Su objetivo final era que todos ellos juntos visualizaran un mundo total y después lo ensoñaran para así crear un reino totalmente real donde pudieran existir.

-Cuando cualesquiera de los brujos de mi línea eran capaces de hacer eso -la mujer prosiguió-, podían fácilmente jalar a cualquiera adentro de su intento, adentro de su ensueño. Esto es lo que estoy haciendo ahora contigo, y lo que hice con todos los naguales de tu línea.

La mujer se rió como si le diera pena hacer tales aseveraciones.

-Es mejor que lo creas -dijo como si supiera que no le había creído-. Poblaciones enteras desaparecieron ensoñando de esta manera. Esa es la razón por la que te dije que la iglesia y el pueblo aquí son uno de los misterios de intentar en la segunda atención.

-Usted dijo que poblaciones enteras desaparecieron de esta manera, ¿cómo fue esto posible? -pregunté.

-Primero visualizaron y luego recrearon en su ensueño la misma escena -contestó-. Tú nunca has visualizado nada, así que para ti es muy peligroso entrar en mi ensueño.

Me advirtió que cruzar la cuarta compuerta y viajar a lugares que existen solamente en el intento de alguien era peligrosísimo, ya que cada objeto en ese ensueño tenía que ser lo máximo de lo personal.

-¿Todavía quieres ir? -preguntó.

Dije que sí, y me dio más información sobre las posiciones gemelas. La esencia de su explicación era que por ejemplo, si yo estuviera ensoñando con mi pueblo natal, y mi ensueño hubiera comenzado al acostarme en mi lado derecho, podría fácilmente quedarme en el pueblo de mi ensueño, si me acostara en mi lado derecho en el ensueño y ensoñara que me había quedado dormido. El segundo ensueño no sería sólo un ensueño de mi pueblo natal, sino el ensueño más concreto que uno se pueda imaginar.

Estaba yo seguro de que en mi entrenamiento de ensueño había tenido innumerables ensueños que fueron tan reales como el mundo diario, pero ella me aseguró que todos sucedieron de pura casualidad, ya que el único modo de tener absoluto control de los ensueños es usando la técnica de las posiciones gemelas.

-Y no me preguntes cómo sucede, porque no lo sé -añadió-. Simplemente sucede, como todo lo demás.

Hizo que me levantara y volvió a advertir que no hablara ni me alejara de ella. Me tomó de la mano gentilmente, como si fuera un niño, y se dirigió a un grupo de oscuras siluetas de casas. Estábamos en una calle empedrada. Piedras de río habían sido enterradas de lacio. Una presión desigual había creado superficies desiguales. Parecía que los albañiles siguieron los contornos del suelo, sin tomarse la molestia de nivelarlo.

Las casas eran grandes edificios polvorientos de un piso, pintados de blanco y con techos de tejas. Había gente andando silenciosamente a la luz de la luna. Sombras oscuras adentro de las casas me daban la sensación de vecinos curiosos pero asustados, chismorreando detrás de sus puertas. También podía ver las montañas alrededor del pueblo.

Al contrario de lo que me había sucedido en todos mis ensueños, mis procesos mentales estaban intactos. Mis pensamientos no eran cancelados por la fuerza de los eventos en el ensueño. Y mis cálculos mentales me decían que estaba en la versión de ensueño del mismo pueblo donde don Juan vivía, pero en una época distinta. Mi curiosidad llegaba al máximo. Realmente estaba con el desafiante de la muerte en su ensueño. Quería observar todo, estar totalmente alerta. Quería probar todo viendo energía. Me sentí avergonzado de tener que gritar mi intento, pero la mujer me apretó firmemente la mano señalándome que estaba de acuerdo conmigo.

Sintiéndome aún absurdamente apenado,

automáticamente grité mi intento de ver. A lo largo de mis prácticas de ensueño, siempre usé la frase: "quiero ver energía". Algunas veces, lo tenía que repetir una y otra vez hasta obtener resultados. Esta vez, al empezar a repetirlo de la manera usual, la mujer empezó a reír a carcajadas. Su risa era como la de don Juan: el resultado de un total abandono.

-¿Cuál es el chiste? -pregunté de alguna manera contagiado por su hilaridad.

-A Juan Matus no le caen bien los brujos antiguos en general, y yo en particular -dijo la mujer entre ataques de risa-. Todo lo que tenemos que hacer para ver en nuestros ensueños, es señalar con nuestro meñique el objeto que queremos ver. Hacerte que grites en mi ensueño es su manera de mandarme su mensaje. Tienes que admitir que es verdaderamente ingenioso.

Hizo una pequeña pausa, y luego dijo en tono de revelación:

-Claro está que gritar como un idiota también funciona.

El sentido del humor de los brujos me dejaba siempre perplejo. Se reía tanto, que pareció incapaz de proseguir con nuestra caminata. Me sentí estúpido. Cuando se calmó y estuvo otra vez perfectamente serena, me dijo con cortesía que yo podía señalar cualquier cosa que quisiera en su ensueño, incluyéndola a ella misma.

Señalé una casa con el dedo meñique de mi mano izquierda. No había energía en esa casa. La casa era como cualquier objeto de un sueño regular. Señalé todo a mi alrededor, con el mismo resultado.

-Señálame a mí -me urgió-. Tienes que corroborar que este es el método que los ensoñadores usan para ver.

Estaba totalmente en lo cierto. Ese era el método. En el instante en que la señalé con mi dedo meñique, se volvió una masa de energía muy peculiar. Su forma energética era exactamente como don Juan me la había descrito: una enorme concha de mar enroscada hacia adentro a lo largo de una hendidura longitudinal.

-Soy el único ser generador de energía en este ensueño -dijo-. Así que sería apropiado que solamente observes.

En ese momento, me cayó de golpe por primera vez la inmensidad de la broma de don Juan. Había planeado enseñarme a gritar en mis ensueños para que pudiera gritar en lo personal e intimo del ensueño del desafiante de la muerte. Este detalle me pareció tan chistoso que me inundaron oleadas sofocantes de risa.

-Continuemos con nuestra caminata -dijo la mujer suavemente cuando ya no me quedaba más risa.

Había sólo dos calles que se cruzaban, cada una tenía tres cuadras de casas. Caminamos a lo largo de las dos calles, no una vez, sino cuatro. Miré todo y escuché con mi atención de ensueño cualquier tipo de ruido. Había muy pocos ruidos, sólo perros ladrando en la distancia, o gente hablando en susurros cuando pasábamos.

El ladrido de los perros me trajo una desconcertante y profunda añoranza. Tuve que detenerme. Busqué alivio recargando mi hombro contra la pared. El contacto con la pared me asombró, no porque la pared fuera en lo mínimo inusitada, sino porque me había recargado en una pared sólida, como cualquier otra pared en el mundo de todos los días.

La sentí con mi mano libre, haciendo correr mis dedos por su áspera superficie. ¡Era verdaderamente una pared!

El impacto de su realidad acabó de inmediato con mi añoranza y renovó mi interés por observar todo. Estaba buscando, específicamente, características que pudieran ser correlacionadas con el pueblo de mis días. Sin embargo, a pesar de cuán atentamente observara, no tuve éxito. Había una plaza en ese pueblo, pero estaba enfrente a la iglesia, de cara al atrio.

A la luz de la luna, las montañas alrededor del pueblo eran claramente visibles y casi reconocibles. Traté de orientarme, observando la luna y las estrellas, como si estuviera en la realidad consensual de la vida diaria. Era una luna menguante, tal vez un día después de llena. Estaba alta en el horizonte. Serian entre las ocho y

las nueve de la noche. Podía ver la constelación de Orión a la derecha de la luna; sus dos estrellas principales, Betelgeuse y Rigel estaban en una línea derecha horizontal con la luna. Calculé que eran los comienzos de diciembre. Mi tiempo era mayo. En mayo, Orión no está a la vista a esa hora. Me quedé mirando fijamente la luna tanto tiempo como pude. Nada cambió. En lo que a mí concernía, esa era la luna en diciembre. La desigualdad de tiempo me excitó mucho.

Al volver a examinar el horizonte del sur, podía distinguir el mismo pico como de campana que era visible desde el patio de la casa de don Juan. Lo siguiente que traté de hacer fue descubrir donde se podría localizar su casa. Por un instante creí encontrar el sitio. Esto me causó tal euforia que solté la mano de la mujer. Una tremenda ansiedad se posesionó de mí inmediatamente. Y con ello, la clarísima idea de que tenía que regresar a la iglesia, porque si no, iba a caer muerto ahí mismo. Me di la vuelta y salí corriendo a toda velocidad. La mujer me tomó rápidamente de la mano y corrió conmigo.

Al aproximarnos a la iglesia, noté que en ese ensueño, el pueblo estaba detrás de la iglesia. Si hubiera tomado esto en consideración quizá me podría haber orientado. Pero en esos momentos ya no tenía más atención de ensueño, y enfoqué lo que me quedaba de ésta en los detalles arquitectónicos y ornamentales de la parte trasera de la iglesia. Nunca había visto esa parte en el mundo de todos los días, y pensé que si pudiera grabar en mi memoria sus características, tal vez podría más tarde compararlas con los detalles de la verdadera iglesia.

Ese fue el plan que fabriqué en el momento. Sin embargo, algo dentro de mí despreciaba mis esfuerzos de validación. Durante todo mi aprendizaje tuve siempre la necia insistencia por la objetividad, la cual me había forzado a revisar todo lo referente al mundo de don Juan. Pero en realidad, lo que estaba en juego no era la validación en sí, sino la necesidad de usar este impulso de objetividad como un soporte para protegerme en los momentos de intensa desconexión cognitiva. De modo que cuando llegaba el tiempo de comprobar lo que había confirmado, nunca lo llevaba a cabo.

Dentro de la iglesia, la mujer y yo nos arrodillamos frente al pequeño altar en el lado izquierdo de la nave, donde habíamos estado, y en el siguiente instante, me desperté en la bien iluminada iglesia de mis días.

La mujer se persignó y se levantó. Automáticamente hice lo mismo. Me tomó del brazo y empezó a caminar hacia la puerta.

-Espere, espere -dije, sorprendiéndome de que pudiera hablar. No podía pensar claro, pero traté de hacerle una intrincada pregunta. Lo que quería saber era cómo podía ella tener la energía para visualizar todos los detalles de un pueblo entero.

Sonriendo me contestó la pregunta que no había hecho; me dijo que era muy buena visualizando, porque después de una vida entera de hacerlo, había tenido muchas, muchas vidas para perfeccionarlo. Añadió que el pueblo que yo había visitado y la iglesia donde habíamos hablado eran ejemplos de sus más recientes visualizaciones. La iglesia era la misma donde Sebastián fue sacristán. Ella misma se había dado la tarea de memorizar cada detalle de cada rincón de esa iglesia y de ese pueblo, en este caso, por una necesidad de supervivencia.

Terminó con una idea de lo más perturbadora.

-Ya que tú conoces bastante este pueblo, aunque nunca hayas tratado de visualizarlo -dijo-, ahora me estás ayudando a visualizarlo. Te apuesto a que no me lo creerías si te dijera que este pueblo que estás mirando realmente no existe afuera de tu intento y el mío.

Me escudriñó y se rió de mi sentido de horror, ya que acababa de comprender lo que me estaba diciendo.

-¿Estamos todavía ensoñando? -pregunté asombrado.

-Sí, estamos ensoñando -dijo-. Pero este ensueño es más real que el otro, porque tú

me estás ayudando. No me es posible explicarlo más allá de decir que simplemente está sucediendo. Como todo lo demás -señaló su alrededor-. No hay manera de decir cómo sucede, pero sucede. Acuérdate siempre de lo que te dije: este es el misterio de intentar en la segunda atención.

Me jaló gentilmente más cerca de ella.

-Paseemos por la plaza de este ensueño -dijo-. Pero quizá debería de arreglarme un poco para que te sientas más a gusto.

Cambió expertamente su apariencia, mientras yo la miraba sin comprender. Lo hizo con maniobras simples y mundanas. Se quitó su falda larga, revelando una falda común y corriente a media pantorrilla que traía puesta debajo. Luego acomodó su trenza en un moño; cambió sus huaraches por unos zapatos de tres centímetros de tacón que traía en una pequeña bolsa de tela. Volteó su rebozo negro reversible, quedando con una estola de color amarillento. Se veía como una típica mujer mexicana de clase media de la ciudad, de visita en ese pueblo.

Entrelazó los dedos de su mano con los míos con el aplomo de una mujer y se dirigió a la plaza.

-¿Qué le pasó a tu lengua? -dijo en inglés-. ¿Se la comió el gato?

Estaba yo totalmente absorto con la inconcebible posibilidad de que todavía estuviera en un ensueño. Lo que es más, estaba empezando a creer que si fuera verdad, corría el riesgo de nunca despertarme.

En un tono indiferente que no pude reconocer como el mío, dije:

-No me había dado cuenta hasta ahora de que me habló en inglés antes. ¿Dónde lo aprendió?

-En el mundo de allá afuera. Hablo muchos idiomas -hizo una pausa y me escudriñó-. He tenido tiempo para aprenderlos. Ya que vamos a pasar mucho tiempo juntos, algún día te enseñaré mi propio idioma.

Se rió, sin duda, al ver mi desesperación. Me detuve.

-¿Vamos a pasar mucho tiempo juntos? -pregunté traicionando mi terror.

-Por supuesto -contestó en tono de jubiloso-. Tú, y te lo tengo que decir muy generosamente, me vas a dar tu energía gratis. Tú mismo me dijiste eso. ¿No es cierto?

Yo estaba estupefacto.

-¿Cuál es el problema? -preguntó cambiando de nuevo al español-. No me digas que te arrepentiste de tu decisión. Somos brujos. Es demasiado tarde para que cambies de parecer. No tienes miedo ¿verdad?

Una vez más, estaba yo a punto de perder el conocimiento de puro terror, pero si hubiera tenido que explicar qué era lo que me aterraba, no hubiera sabido qué decir. Ciertamente no tenía miedo de estar con el desafiante de la muerte en otro de sus ensueños, o de perder la razón, o hasta la vida. Me pregunté si tenía miedo de algo maligno. Pero la idea de algo maligno no podría pasar mi examen. Como resultado de todos esos años en el mundo de los brujos, había aprendido, sin lugar a dudas, que lo único que existe en el universo es energía; lo maligno es simplemente una configuración de la mente humana abrumada por la fijación del punto de encaje en su posición habitual. Lógicamente, no había nada que pudiera temer. Yo sabía eso, pero también sabía que mi verdadera debilidad era no tener la fluidez para fijar instantáneamente mi punto de encaje en cualquier posición nueva a la que se desplazara. El contacto con el desafiante de la muerte estaba desplazando mi punto de encaje a una tremenda velocidad, y yo no tenía la destreza para sostener la presión. El resultado final era una vaga seudosensación de miedo de que quizá no iba a ser capaz de despertarme.

-No hay ningún problema -dije-. Continuemos con nuestra caminata de ensueño.

Entrelazó su brazo con el mío y llegamos al parque en silencio. No fue de ningún modo un silencio forzado. Pero mi mente daba vueltas sin parar. Hacía solamente unas horas había caminado con don Juan del parque a la iglesia, en medio del más horrible miedo. Ahora, estaba caminando de regreso de la iglesia al parque con la causa de mi miedo, y estaba aterrado

como nunca, pero de una manera diferente, más madura y más mortal.
Empecé a mirar a mi alrededor para ponerle un alto a mis preocupaciones. Si esto era un ensueño, como creía que lo era, habría una manera de probarlo. Señalé con mi dedo meñique las casas, la iglesia, el pavimento, la calle. Señalé a gente. Señalé todo. Hasta agarré a un par de personas atrevidamente, a quienes parecí asustar más de la cuenta. Sentí sus masas. Eran tan reales como cualquier cosa que considero real, excepto que no generaban energía. Todo parecía real y normal, sin embargo era un ensueño.
Giré hacia la mujer, quien estaba apretada contra mí, y la cuestioné al respecto.
-Estamos ensoñando -dijo con su voz rasposa y se rió.
-¿Pero cómo pueden la gente y las cosas alrededor nuestro ser tan reales, tan tridimensionales?
-¡El misterio de intentar en la segunda atención! -exclamó reverentemente-. Esas personas ahí son tan reales que hasta tienen pensamientos.
Ese fue el último golpe. No quise saber más. Me quería abandonar a ese ensueño. Un considerable jalón del brazo me trajo de regreso al momento. Habíamos llegado a la plaza. La mujer se detuvo y me jaló para que me sentara en una banca. Supe que tenía problemas cuando al sentarme, no sentí la banca debajo de mí. Empecé a girar. Sentí que estaba elevándome. Le di un fugaz vistazo al parque como si lo estuviera viendo desde arriba.
-Aquí me acabé -grité.
Creí que me estaba muriendo. Las vueltas ascendentes a la luz se convirtieron en vueltas descendentes a la oscuridad.

XIII. VOLANDO EN ALAS DEL INTENTO

-Haz un esfuerzo nagual -me urgió la voz de una mujer-. No te hundas. Vuelve a la superficie, vuelve a la superficie. ¡Usa tus técnicas de ensueño!
Mi mente empezó a trabajar. Lo primero que se me ocurrió fue que era la voz de alguien cuyo idioma nativo era el inglés; también pensé que para usar técnicas de ensueño, tenía que encontrar un punto de partida para energetizarme.
-Abre los ojos -dijo la voz-. Ábrelos ahora. Usa la primera cosa que veas como punto de partida.
Hice un esfuerzo supremo y abrí los ojos. Vi árboles y un cielo azul. ¡Era de día! Una cara borrosa me estaba escudriñando, pero no pude enfocar mis ojos. Creí que era la mujer de la iglesia mirándome.
-Usa mi cara -dijo la voz.
Era una voz muy familiar, aunque no la podía identificar.
-Haz de mi cara tu punto de partida; después mira todo lo demás -repitió la voz.
Mis oídos se despejaron y también mis ojos. Miré fijamente a la cara borrosa, y luego a los árboles del parque; a una banca de hierro forjado; a la gente caminando, y de vuelta a la cara.
A pesar de que ésta cambiaba cada vez que la miraba fijamente, empecé a experimentar un sentido de mínimo control. Cuando tuve mayor dominio de mis facultades, se hizo obvio que la mujer estaba sentada en la banca sosteniendo mi cabeza en su regazo. Y no era la mujer de la iglesia; era Carol Tiggs.
-¿Qué estás haciendo aquí? -dije jadeando.
Mi miedo y mi sorpresa eran tan intensos que hubiera saltado para salir corriendo, pero mi cuerpo no estaba en lo absoluto bajo el control de mis procesos mentales. Siguieron momentos angustiosos, en los que traté desesperada pero inútilmente de levantarme. El mundo a mi alrededor era demasiado claro, para permitirme creer que estaba todavía ensoñando, aunque mi completa falta de dominio muscular me hacia sospechar que esto era posiblemente un ensueño. Además, la presencia de Carol Tiggs era demasiado abrupta, no había antecedentes que la justificaran.
Cautelosamente, traté de levantarme sólo con mi voluntad, como lo había hecho cientos de veces en mis ensueños, pero no pasó

nada. Si alguna vez necesité ser objetivo, ese era el momento. Tan cuidadosamente como pude, empecé a mirar todo lo que estaba dentro del campo de mi visión, primero con un solo ojo. Tomé la consistencia entre las imágenes de mis ojos, como una indicación de que me encontraba en la realidad consensual de la vida diaria.

Lo siguiente que hice fue examinar a Carol Tiggs. En ese momento me percaté de que podía mover los brazos. Era sólo la parte inferior de mi cuerpo la que estaba realmente paralizada. Toqué la cara y las manos de Carol Tiggs; la abracé. Era sólida, no tuve duda que era la Carol Tiggs verdadera. Mi alivio fue enorme, ya que por un instante me envolvió la oscura sospecha de que era la mujer de la iglesia disfrazada de Carol.

Con sumo cuidado, Carol me ayudó a que me sentara en la banca. Había estado tendido sobre mi espalda, con la mitad del cuerpo en la banca y la mitad en el suelo. Me di cuenta entonces de algo totalmente fuera de lo común. Traía puestos unos pantalones azules de mezclilla, descoloridos, y botas cafés de cuero. También traía una chaqueta de mezclilla y una camisa de algodón.

-Espera un poco -le dije a Carol-. ¡Mírame! ¿Es esta mi ropa? ¿Soy yo mismo?

Carol se rió y me sacudió de los hombros, de la manera en que siempre lo hacia para denotar camaradería, hombría, como si fuera uno de mis amigos.

-Estoy viendo tu hermosa persona -dijo en un chistoso tono de falseo forzado-. Mi dueño y señor, ¿quién más podría ser?

-¿Cómo demonios puedo traer puestos pantalones de mezclilla y botas? -insistí-, si no tengo esta clase de ropa.

-Lo que traes puesto es mi ropa. ¡Te encontré desnudo!

-¿Dónde? ¿Cuándo?

-Alrededor de la iglesia, hace como una hora. Vine a la plaza a buscarte. El nagual me mandó para ver si te podía encontrar. Te traje ropa en caso de que la necesitaras.

Le dije que me hacia sentir terriblemente vulnerable y avergonzado haber estado caminando ahí sin ropa.

-Lo raro era que no había nadie alrededor -me aseguró.

Pero sentí que me lo estaba diciendo solamente para disminuir mi zozobra. Su sonrisa juguetona me lo dijo.

-Debo haber estado con el desafiante de la muerte toda la noche; capaz que hasta esta mañana -dije-. ¿Qué día es hoy?

-No te preocupes por las fechas -dijo riéndose-. Cuando estés más centrado, tú mismo podrás contar los días.

-No te burles de mi, Carol Tiggs. ¿Qué día es hoy? Mi voz era tan áspera que no parecía pertenecerme.

-Es el día después de la gran fiesta -dijo, golpeándome suavemente en el hombro-. Todos te hemos estado buscando desde ayer en la noche.

-¿Pero qué estoy haciendo aquí?

-Te llevé al hotel enfrente de la plaza. No te podía cargar todo el camino hasta la casa del nagual; hace unos minutos saliste corriendo del cuarto y terminaste aquí.

-¿Pero por qué no le pediste ayuda al nagual?

-Porque este es un asunto que nos concierne solamente a ti y a mí. Lo tenemos que resolver juntos.

Eso me calló. Lo que decía tenía perfecto sentido. Le hice otra pregunta insistente.

-¿Qué dije cuando me encontraste?

-Dijiste que habías estado tan profundamente en la segunda atención, por un tiempo tan largo, que todavía no estabas completamente racional. Todo lo que querías hacer era dormir.

-¿Cuándo perdí el control de mis músculos?

-Hace sólo un momento. Ya te va a regresar. Tú mismo sabes que es normal perder el control del habla o de tus extremidades cuando entras en la segunda atención y recibes una considerable sacudida de energía.

-¿Y cuándo perdiste tu ceceo, Carol?

La agarré totalmente desprevenida. Se me quedó mirando intensamente, y se rió de buena gana.

-He estado tratando de deshacerme de eso por un largo tiempo -confesó-. Creo que es terriblemente molesto oír a una mujer adulta ceceando. Además, tú lo odias.
Admitir que siempre había odiado su ceceo no me fue difícil. Don Juan y yo habíamos tratado de curarla, pero llegamos a la conclusión de que no estaba interesada en curarse. Su ceceo la hacía extremadamente atractiva a todos, y don Juan estaba convencido de que a ella le encantaba eso, y que no lo iba a dejar. Escucharla hablar sin cecear era tremendamente agradable y excitante para mí. Me demostraba que ella era capaz de cambios radicales por si misma, algo de lo que don Juan y yo nunca estuvimos seguros.
-¿Qué más te dijo el nagual cuando te mandó a buscarme? -pregunté.
-Dijo que estabas en medio de un encuentro con el desafiante de la muerte.
En un tono confidencial, le revelé a Carol que el desafiante de la muerte era una mujer. Ella, imperturbable, dijo que ya lo sabía.
-¿Cómo puedes saberlo? -grité-. Además de don Juan, nadie ha sabido esto nunca. ¿Te lo dijo don Juan?
-Por supuesto que me lo dijo -contestó, sin perturbarse por mis gritos-. Lo que has pasado por alto es que yo también conocí a la mujer de la iglesia. La conocí antes que tú. Hablamos amigablemente en la iglesia por un buen rato.
Creí que Carol me decía la verdad. Lo que estaba describiendo era algo que don Juan haría. Con toda probabilidad, había mandado primero a Carol como un explorador, para sacar conclusiones.
-¿Cuándo viste al desafiante de la muerte? -pregunté.
-Hace un par de semanas -me contestó en un tono casi indiferente-. Para mí no fue gran cosa, no tenía energía que darle, o por lo menos, no la energía que esa mujer quiere.
-¿Entonces por qué la viste? ¿Es también parte del acuerdo entre los brujos y el desafiante de la muerte tratar con la mujer nagual?
-La vi porque el nagual dijo que tú y yo somos intercambiables, y no por otra razón. Nuestros cuerpos energéticos se han fusionado muchas veces. ¿No te acuerdas? La mujer y yo hablamos de la facilidad con la que nos fusionamos. Me quedé con ella como tres o cuatro horas, hasta que el nagual entró y me sacó.
-¿Te quedaste en la iglesia todo el tiempo? -pregunté.
No podía creer que se hubieran quedado arrodilladas ahí por tres o cuatro horas hablando simplemente de la fusión de nuestros cuerpos energéticos.
-Me llevó a otra faceta de su intento -concedió Carol después de pensar por un momento-. Me hizo ver cómo se escapó de sus captores.
Carol Tiggs me contó entonces una historia de lo más intrigante. Dijo que de acuerdo a lo que la mujer de la iglesia le hizo ver, todos los brujos de la antigüedad cayeron, irrevocablemente, presos de los seres inorgánicos. Después de capturarlos, los seres inorgánicos les daban poder para ser los intermediarios entre nuestro mundo y su reino; un reino que la gente conocía como el otro mundo.
El desafiante de la muerte fue inevitablemente atrapado en las redes de los seres inorgánicos. Carol estimaba que quizá había pasado miles de años como prisionero, hasta el momento en que fue capaz de transformarse en mujer. Llegó a la clara conclusión de que esa era su única salida de ese mundo el día que descubrió que los seres inorgánicos contemplan el principio femenino como indestructible. Descubrió que ellos creen intensamente que el principio femenino tiene tal flexibilidad, y que su campo es tan vasto, que los seres femeninos no caen fácilmente en trampas y arreglos, y que difícilmente puede caer o permanecer en prisión. Después de averiguar esto, la transformación del desafiante de la muerte fue tan completa y tan detallada que instantáneamente lo arrojaron fuera del reino de los seres inorgánicos.
-¿Te dijo que los seres inorgánicos aún la persiguen? -pregunté.

-Por supuesto que la persiguen -me aseguró Carol-. La mujer me dijo que tiene que cuidarse de sus perseguidores cada momento de su existencia.
-¿Qué le pueden hacer?
-Darse cuenta de que era un hombre, y capturarla de vuelta, supongo. Creo que les tiene miedo, más de lo que tú crees que sea posible temerle a nada.
Imperturbablemente, Carol me dijo que la mujer de la iglesia estaba totalmente consciente de mi encuentro con los seres inorgánicos; y que también sabía del explorador azul.
-Sabe todo acerca de ti y de mí -Carol continuó-. Y no porque yo le haya dicho nada, sino porque ella es parte de nuestras vidas y de nuestro linaje. Mencionó que siempre nos había seguido a todos nosotros; y a ti y a mi en particular.
Carol me enumeró los eventos de nuestras vidas que la mujer conocía, en los que Carol y yo habíamos actuado juntos. Al estar Carol hablando, empecé a experimentar una nostalgia única por la misma persona que estaba enfrente de mí: Carol Tiggs. Deseaba desesperadamente abrazarla. Traté de alcanzarla, pero perdí el equilibrio y caí al suelo.
Carol me ayudó a levantarme hacia la banca. Examinó ansiosamente mis piernas y las pupilas de mis ojos; mi cuello y la parte baja de mi espalda. Dijo que aún estaba sufriendo un impacto energético. Sostuvo mi cabeza en su regazo, y me acarició como si fuera un niño que fingía estar enfermo, y al cual había que seguirle la cuerda.
Después de un rato me sentí mejor, hasta empecé a recobrar el control de mi cuerpo.
-¿Qué te parece la ropa que traigo puesta? -me preguntó Carol de repente-. ¿Estoy demasiado engalanada para la ocasión? ¿Crees que me veo bien?
Carol Tiggs estaba siempre exquisitamente vestida. Si había algo seguro acerca de ella era su impecable gusto con respecto a la ropa. Durante todo el tiempo que la había conocido, era una broma entre don Juan y el resto de nosotros que su única virtud era su pericia para comprar ropa y usarla con elegancia y estilo.
Su pregunta me pareció muy extraña, y le hice un comentario.
-¿Por qué estarías tú insegura de tu apariencia? Nunca antes te ha molestado. ¿Estás tratando de impresionar a alguien?
-Por supuesto, estoy tratando de impresionarte a ti -dijo.
-Pero este no es el momento -protesté-. Lo que importa es lo que está sucediendo con el desafiante de la muerte, no tu apariencia.
-Te sorprendería saber lo importante que es mi apariencia -se rió-. Mi apariencia es un asunto de vida o muerte para nosotros dos.
-¿De qué me estás hablando? Me haces recordar al nagual preparando mi encuentro con el desafiante de la muerte. Casi me vuelve loco con sus misterios.
-¿Estaban justificados sus misterios? -preguntó Carol con una expresión mortalmente seria.
-Ciertamente que lo estaban -admití.
-También mi apariencia. Sígueme la corriente. ¿Cómo me encuentras? ¿Atractiva? ¿Común y corriente? ¿Repulsiva? ¿Abrumadora? ¿Mandona?
Pensé por un momento e hice mi evaluación. Encontré a Carol muy atractiva. Esto me pareció bastante extraño. Nunca había pensado conscientemente sobre su atractivo.
-Te encuentro divinamente hermosa -le dije-. De hecho, estás verdaderamente despampanante.
-Entonces esta debe ser la apariencia correcta -suspiró.
Trataba yo de comprender lo que ella quería decir cuando volvió a hablar. Me preguntó:
-¿Cómo te fue con el desafiante de la muerte?
Le conté brevemente sobre mi experiencia; sobre todo el primer ensueño. Le dije que creía que el desafiante de la muerte me había hecho ver ese pueblo, pero en otro tiempo en el pasado.
-Pero eso no es posible -dijo abruptamen-

te-. En el universo no hay ni pasado ni futuro; sólo existe el momento.
-Sé que era el pasado -dije-. Era la misma iglesia, pero un pueblo diferente.
-Piensa por un momento -insistió-. Lo único que hay en el universo es energía, y la energía tiene solamente aquí y ahora, un infinito y siempre presente aquí y ahora.
-¿Entonces qué crees que me pasó, Carol?
-Cruzaste la cuarta compuerta del ensueño con la ayuda del desafiante de la muerte -dijo-. La mujer de la iglesia te llevó a su ensueño, a su intento. Te llevó a su visualización de este pueblo. Obviamente, lo visualizó en el pasado, y esa visualización está aún intacta en ella; como su visualización actual de este pueblo debe de estarlo también.
Después de un largo rato me hizo otra pregunta.
-¿Qué más hizo la mujer contigo?
Le conté sobre el segundo ensueño. El ensueño del pueblo como existe hoy en día.
-Ahí tienes -dijo-. No sólo te llevó la mujer a su viejo intento, sino que además te ayudó a cruzar la cuarta compuerta haciendo que tu cuerpo energético viajara a otro lugar que existe hoy, por supuesto, únicamente en su intento.
Carol hizo una pausa, y me preguntó si la mujer de la iglesia me había explicado lo que significaba intentar en la segunda atención. Carol estaba hablando de conceptos que don Juan nunca mencionaba.
-¿De dónde sacaste todas esas insólitas ideas? -pregunté verdaderamente maravillado de lo lúcida que estaba.
Carol me aseguró en un tono muy feliz y agradable que la mujer de la iglesia le había explicado muy a fondo lo intrincado de esos conceptos.
-En estos momentos estamos intentando en la segunda atención -continuó-. La mujer de la iglesia hizo que nos quedáramos dormidos; tú aquí, y yo en Tucson. Y luego nos volvimos a dormir en nuestros ensueños. Pero tú no te acuerdas de esa parte, mientras que yo sí. El secreto de las posiciones gemelas. Acuérdate de lo que la mujer te dijo; el segundo ensueño es el misterio de intentar en la segunda atención: la única forma de cruzar la cuarta compuerta del ensueño.
Después de una larga pausa, durante la cual no pude articular una sola palabra, dijo:
-Creo que la mujer de la iglesia verdaderamente te hizo un regalo, aunque no querías recibirlo. Su regalo fue añadir su energía a la nuestra, para movernos hacia adelante y hacia atrás en el aquí y el ahora del universo.
Me agité extremadamente. Las palabras de Carol eran precisas y apropiadas. Había definido algo que yo consideraba indefinible, aunque no sabía qué era lo que había definido. Si me hubiera podido mover, me hubiera levantado de un salto para abrazarla. Sonrió beatíficamente, mientras que yo le hablaba apasionado y nervioso sobre el significado que sus palabras tenían para mí. Comenté retóricamente que don Juan nunca me había dicho nada similar.
-A lo mejor no lo sabe -dijo Carol, no de una manera ofensiva o egoísta, sino conciliadora.
Me quedé callado por un rato, extrañamente vacío de pensamientos. Luego mis pensamientos y palabras explotaron como un volcán. La gente caminaba alrededor de la plaza, mirándonos fijamente de vez en cuando, o deteniéndose frente a nosotros para observarnos. Debíamos ser todo un espectáculo: Carol Tiggs acariciándome y besándome la cara, mientras yo hablaba frenéticamente de su lucidez y mi encuentro con el desafiante de la muerte.
Cuando fui capaz de caminar, me guió de la plaza al único hotel del pueblo. Me aseguró que aún no poseía la energía para ir a la casa de don Juan, pero que todos allí sabían dónde estábamos.
-¿Cómo pueden saber dónde estamos? -pregunté.
-El nagual es un brujo muy astuto -contestó riéndose-. Él me dijo que si te encontraba energéticamente deshecho, debería de alojarte en el hotel, en lugar de arriesgarme a cruzar el pueblo llevándote a cuestas.

Sus palabras, y especialmente su sonrisa, me hicieron sentir tal alivio que seguí caminando en un estado de arrobamiento. Doblamos la esquina y llegamos a la entrada del hotel, media cuadra hacia abajo, casi enfrente de la iglesia. Atravesamos el desolado vestíbulo, y subimos unas escaleras de cemento al segundo piso, directamente a un frugal cuarto que realmente nunca había visto. Carol dijo que yo ya había estado ahí, sin embargo, yo no recordaba ni el cuarto ni el hotel, pero estaba tan cansado que no quise ni pensar en ello. Simplemente me hundí en la cama, boca abajo. Todo lo que quería hacer era dormir, a pesar de estar extremadamente agitado. Aunque todo parecía ordenado, había muchos cabos sueltos. Me llegó una oleada repentina de excitación nerviosa y me senté.

-Nunca te dije que no acepté el regalo del desafiante de la muerte -dije enfrentando a Carol-. ¿Cómo lo supiste?

-Oh, pero si me lo dijiste tú mismo -protestó sentándose en la cama junto a mí-. Estabas muy orgulloso de ello. Eso fue lo primero que te salió de la boca cuando te encontré.

Hasta entonces, esa fue la única respuesta que no me dejó completamente satisfecho. Lo que estaba relatando no sonaba como algo que yo hubiera dicho.

-Creo que me interpretaste mal -dije-. Simplemente no quería obtener nada que me desviara de mi meta.

-¿Quieres decir que no te sentiste orgulloso de rechazarla?

-No, no sentí nada. No soy capaz de sentir nada, excepto miedo.

Estiré las piernas y puse la cabeza en la almohada. Sentía que si cerraba los ojos y no continuaba hablando, me quedaría dormido en un instante. Le conté a Carol cómo discutí con don Juan al principio de mi asociación con él, sobre lo que me confesó era su motivo para guardar el camino del guerrero. Había dicho que el miedo lo mantenía avanzando en línea recta, y que lo que más miedo le daba era perder al nagual, al abstracto, al espíritu.

-Comparado con perder al nagual, la muerte no es nada -había dicho con una nota de verdadera pasión en su voz-. Mi miedo de perder al nagual es la única cosa real que tengo, porque sin él estaría peor que muerto.

Le conté a Carol cómo inmediatamente le contradije, jactándome de que yo era impenetrable al miedo. Le aseguré que si tenía que guardar un camino estricto, la fuerza que me movería tendría que ser el amor.

Don Juan había contestado que a la hora de la verdad, el miedo es la única condición válida para un guerrero. Yo me había sentido secretamente victorioso porque hallé su mentalidad muy estrecha.

-La rueda ha dado una vuelta completa -le dije a Carol-, y veme ahora; te puedo jurar que la única cosa que me mantiene avanzando es el miedo de perder al nagual.

Carol se me quedó viendo con una mirada extraña que nunca le había visto.

-Me atrevo a no estar de acuerdo -dijo suavemente-. El miedo no es nada comparado con el afecto. El miedo te hace correr alocadamente, el amor te hace mover inteligentemente.

-¿Qué es lo que estás diciendo, Carol Tiggs? ¿Son los brujos ahora gente de amores?

No me contestó. Se acostó junto a mí, y apoyó su cabeza en mi hombro. Nos quedamos allí en ese parco cuarto por un largo rato en silencio total.

-Siento lo que sientes -dijo Carol abruptamente-. Ahora, trata de sentir lo que yo siento. Lo puedes hacer. Pero hagámoslo en la oscuridad.

Carol estiró su brazo y apagó la luz encima de la cama. Me enderecé de un salto. Una sacudida de miedo me traspasó como electricidad. Tan pronto como Carol apagó la luz, se hizo de noche dentro del cuarto. En medio de una gran agitación le pregunté a Carol acerca de ello.

-Todavía no estás totalmente sólido -dijo con una gran tranquilidad-. Tuviste un encuentro de proporciones monumentales. Haberte sumergido tan profundamente en la segunda atención te dejó un poco

maltrecho, por así decirlo. Por supuesto que es de día, pero tus ojos aún no se pueden ajustar a la tenue luz de este cuarto.
Me volví a acostar, más o menos convencido. Carol siguió hablando, pero no la estaba escuchando. Sentí las sábanas. ¡Eran sábanas reales! Recorrí la cama con mis manos. ¡Era una cama! Me estiré hacia el suelo, y toqué con mis manos las frías baldosas del piso. Me salí de la cama y revisé todos los objetos del cuarto y del baño. Todo era perfectamente normal, perfectamente real. Le dije a Carol que cuando apagó la luz, tuve la clara sensación de que estaba ensoñando.
-Date un respiro -dijo-. Acaba con estas tontas investigaciones, vente a la cama y descansa.
Abrí las cortinas de la ventana que daba a la calle. Afuera era de día, pero en el momento en que las cerré se hizo de noche adentro. Carol me rogó que regresara a la cama. Dijo que temía que me saliera corriendo y acabara en la calle, como sucedió antes. Tenía razón. Regresé a la cama sin darme cuenta de que no se me había ocurrido, ni siquiera por un instante, señalar las cosas con el dedo meñique. Era como si ese conocimiento no hubiera existido en mi mente.
La oscuridad en el cuarto del hotel era de lo más extraordinaria. Me provocó un delicioso sentido de paz y armonía. También me provocó una profunda tristeza; una añoranza de calor humano, de compañía. Me sentí más que abrumado. Nunca me había pasado algo así. Me acosté en la cama, tratando de recordar si esa añoranza era algo común en mi. No lo era. Las añoranzas que conocía no eran por compañía humana; eran abstractas. Eran más bien una clase de tristeza por no poder alcanzar algo indefinido.
-Me estoy haciendo añicos -le dije a Carol-. Estoy a punto de llorar por la gente.
Pensé que iba a interpretar lo que dije como algo chistoso, porque lo dije casi en son de broma. Guardó silencio y pareció estar de acuerdo conmigo. Suspiró. Estando en un estado mental inestable, me sentí inmediatamente arrastrado hacia la emocionalidad. Me volví hacia ella en la oscuridad, y murmuré algo que en un momento más lúcido me hubiera parecido bastante irracional.
-Te adoro total y absolutamente -dije.
Aseveraciones de esa índole entre los brujos de la línea de don Juan eran intolerables. Carol Tiggs era la mujer nagual. Entre nosotros dos no había necesidad de demostraciones de afecto. De hecho, ni siquiera sabíamos lo que sentíamos el uno por el otro. Don Juan nos había enseñado que entre los brujos no hay disposición ni tiempo para tales sentimientos.
Carol me sonrió y me abrazó. El afecto que yo sentía por ella me consumía de tal manera que involuntariamente comencé a llorar.
-Tu cuerpo energético se está moviendo hacia adelante en los filamentos luminosos de energía del universo -susurró en mi oído-; nos lleva el regalo del desafiante de la muerte.
Tenía suficiente energía para comprender lo que estaba diciendo. Hasta le pregunté si ella misma entendía lo que todo eso significaba. Me apaciguó con un susurro en mi oído.
-Sí, entiendo; el regalo que el desafiante de la muerte te dio fueron las alas del intento. Y con ellas, tú y yo nos estamos ensoñando en otro tiempo. En un tiempo que está aún por venir.
La hice a un lado y me senté. La manera como Carol estaba expresando esos complejos pensamientos de brujos me perturbaba. Su tendencia no era tomar los pensamientos conceptuales seriamente. Siempre bromeábamos entre nosotros sobre que ella no tenía una mente filosófica.
-¿Qué es lo que te pasa? -le pregunté-. Tu desarrollo es nuevo para mí: Carol la bruja filósofa. Estás hablando como don Juan.
-Todavía no -se rió-. Pero en cualquier momento. Ya viene rodando, y cuando finalmente llegue, me va a ser la cosa más fácil del mundo ser una bruja filósofa. Ya verás. Y nadie será capaz de explicarlo porque simplemente sucederá.

Una campana de alarma sonó en mi mente.
-Tu no eres Carol -grité-. Eres el desafiante de la muerte disfrazado de Carol. ¡Lo sabía!
Carol Tiggs se rió, sin perturbarse por mi acusación.
-No seas absurdo -dijo-. Te vas a perder la lección. Sabía que tarde o temprano, me ibas a salir con esto porque no puedes controlarte. Créeme, soy Carol. Pero estamos haciendo algo que nunca hemos hecho: estamos intentando en la segunda atención, como los brujos de la antigüedad solían hacerlo.
No quedé convencido, pero no tenía más energía para continuar con mi discusión, ya que algo como los grandes vórtices de mis ensueños estaba empezando a jalarme. Escuché la voz de Carol vagamente en mi oído.
-Nos estamos ensoñando a nosotros mismos. Ensueña tu intento de mí. ¡Inténtame hacia adelante! ¡Inténtame hacia adelante!
Con gran esfuerzo expresé mi pensamiento más íntimo.
-Quédate aquí conmigo para siempre -dije con la lentitud de un tocacintas que no funciona bien.
Me respondió algo incomprensible. Quería reírme de mi propia voz, pero en esos momentos el vórtice me tragó.
Cuando desperté, estaba solo en el cuarto del hotel. No tenía la menor idea cuánto tiempo había dormido. Me sentí extremadamente desilusionado de no encontrar a Carol a mi lado. Me vestí apresuradamente y bajé al vestíbulo del hotel para buscarla. Además, quería sacudirme algo de la extraña soñolencia que se había pegado a mi.
En la recepción me dijeron que la mujer americana que había rentado el cuarto acababa de salir hacia la plaza. Corrí a la plaza, esperando alcanzarla, pero no estaba a la vista. Era mediodía, el sol brillaba en un cielo sin nubes. Hacia bastante calor.
Caminé hacia la iglesia. Mi sorpresa fue genuina, aunque lenta, al darme cuenta de que verdaderamente había visto el detalle arquitectónico de su estructura en aquel ensueño. Sin interés, jugué con la idea de que a lo mejor don Juan y yo habíamos examinado la parte trasera de la iglesia, y no me acordaba de ello. Pensé eso, pero no me importó. Mi esquema de validación no tenía ningún significado para mí. De todas maneras, estaba demasiado soñoliento para que me interesara.
De ahí caminé lentamente hacia la casa de don Juan, todavía buscando a Carol. Estaba seguro de que la iba a encontrar allí, esperándome. Don Juan me recibió como si yo hubiera resucitado de entre los muertos. Él y sus compañeros se hundieron en una gran agitación, y me examinaron de pies a cabeza con franca curiosidad.
-¿Dónde estuviste? -preguntó imperiosamente don Juan.
No podía comprender la razón de todo ese alboroto. Le dije que había pasado la noche con Carol en el hotel cerca de la plaza, ya que no tenía energía para caminar de regreso de la iglesia a su casa, pero que ellos ya sabían esto.
-Nosotros no sabíamos nada de eso -contestó secamente.
-¿No le dijo Carol que estaba conmigo? -le pregunté en medio de una débil sospecha, la cual, si no hubiera estado tan exhausto, me hubiera alarmado sobremanera.
Nadie contestó. Se miraban los unos a los otros penetrantemente. Encaré a don Juan y le dije que tenía la impresión de que él había mandado a Carol a buscarme. Don Juan se paseó de arriba abajo por el cuarto, sin decir nada.
-Carol Tiggs no ha estado con nosotros -dijo-. Y tú estuviste ido por nueve días.
Mi fatiga impidió que me desmoronara con tales aseveraciones. Su tono de voz y la preocupación que los otros mostraban eran prueba suficiente de que estaba hablando en serio. Pero yo me encontraba tan entumecido que no pude decir nada.
Don Juan me pidió que les contara, con todo detalle posible, lo que había sucedido entre el desafiante de la muerte y yo.

Me sorprendió que fuera capaz de recordar tanto, y de poder transmitir todo eso a pesar de mi fatiga. Un momento de frivolidad rompió la tensión cuando les dije cuánto se había reído la mujer de mis gritos en su ensueño.
-Señalar con el dedo meñique funciona mejor -le dije a don Juan, pero sin ningún sentimiento de recriminación.
Don Juan preguntó si la mujer había tenido alguna otra reacción a mis gritos, además de reírse. No tenía memoria de ninguna otra reacción, excepto su regocijo y el hecho de que había comentado lo mal que ella le caía a él.
-No me cae mal -protestó don Juan-. Simplemente no me gusta lo coercitivo de los brujos antiguos.
Dirigiéndome a todos dije que personalmente esa mujer me gustaba inmensa e imparcialmente. Y que había amado a Carol Tiggs como nunca pensé que pudiera amar a nadie. No parecieron apreciar lo que les decía. Se miraban unos a otros como si me hubiera vuelto repentinamente loco. Quería decir más; explicarles todo, pero don Juan, quizá para prevenir que empezara a balbucear idioteces, prácticamente me arrastró fuera de la casa, de regreso al hotel.
El mismo gerente con quien había hablado antes escuchó atentamente nuestra descripción de Carol Tiggs, pero negó rotundamente habernos visto a ella o a mi antes. Hasta llamó a las mucamas del hotel quienes corroboraron lo que decía.
-¿Cuál puede ser el significado de todo esto? -preguntó don Juan en voz alta.
Parecía ser una pregunta dirigida a él mismo. Gentilmente me condujo fuera del hotel.
-Salgamos de este maldito lugar -dijo.
Cuando estuvimos afuera, me ordenó no volver la cabeza para mirar a ver al hotel o a la iglesia en la calle de enfrente, y mantener la cabeza baja. Miré mis zapatos e instantáneamente me di cuenta de que ya no traía puesta la ropa de Carol Tiggs, sino la mía. Sin embargo, no podía recordar, por más que tratara, cuándo me había cambiado de ropa. Deduje que debió ser cuando me desperté en el cuarto del hotel. Me debí de haber puesto mi ropa en ese momento, aunque mi memoria estaba en blanco.
Para entonces habíamos llegado a la plaza. Antes de que la cruzáramos para dirigirnos a la casa de don Juan, le expliqué lo de mi ropa. Movía su cabeza rítmicamente, escuchando cada palabra. Luego se sentó en una banca, y con una voz que transmitía una verdadera preocupación, me advirtió que, en esos momentos, yo no tenía manera alguna de saber lo que había sucedido en la segunda atención entre la mujer de la iglesia y mi cuerpo energético. Mi interacción con Carol Tiggs en el hotel fue sólo la punta del témpano de hielo flotante.
-Es horrendo pensar que hayas estado en la segunda atención por nueve días -don Juan prosiguió-. Nueve días son sólo un segundo para el desafiante de la muerte, pero una eternidad para nosotros.
Antes de que pudiera protestar o decir nada, me paró con un comentario.
-Considera esto -dijo-. Si todavía no puedes recordar todas las cosas que te enseñé, y las cosas que hice contigo en la segunda atención, imagínate cuánto más difícil deberá ser recordar lo que te enseñó e hizo contigo el desafiante de la muerte. Yo sólo te hice cambiar de niveles de conciencia, el desafiante de la muerte te hizo cambiar universos.
Me sentí derrotado. Don Juan y sus dos compañeros me instaron a que realizara un esfuerzo titánico para recordar dónde me había cambiado de ropa. No pude. No había nada en mi mente; no había ni sentimientos, ni memorias. De alguna manera, no estaba totalmente allí con don Juan y sus compañeros.
La agitación nerviosa de don Juan llegó al paroxismo. Nunca lo había visto tan trastornado. Siempre había existido un toque de alegría, de no tomarse a si mismo en serio en lo que me decía o me hacia. Pero no esta vez.
De nuevo, traté de pensar; de traer algu-

na luz que pudiera iluminar todo esto; y una vez más, fracasé. Pero no me sentí derrotado, una inverosímil oleada de optimismo se apoderó de mi. Sentí que todo estaba sucediendo como debía suceder.

La preocupación que don Juan expresó era que él no sabía nada del tipo de ensueño que yo había hecho con la mujer de la iglesia. Para él, crear un hotel de ensueño, un pueblo de ensueño, y una Carol Tiggs de ensueño, eran ejemplos de la destreza para ensoñar de los brujos antiguos, cuyo campo total traspasaba más allá de la imaginación humana.

Don Juan abrió sus brazos ampliamente y finalmente sonrió con su usual deleite.

-Podemos solamente deducir que la mujer de la iglesia te enseñó cómo hacerlo -dijo en un tono deliberadamente lento-. Vas a tener una tarea gigantesca para hacer comprensible una maniobra incomprensible. Ha sido un movimiento maestro en el tablero de ajedrez, realizado por el desafiante de la muerte, como la mujer de la iglesia. Ha usado el cuerpo energético de Carol y el tuyo para levantarse, para romper con sus amarras. Te tomó la palabra con tu oferta de energía gratuita.

Lo que decía don Juan no tenía ningún significado para mí aparentemente, tenía un gran significado para sus dos compañeros brujos. Se agitaron inmensamente. Dirigiéndose a ellos, don Juan explicó que el desafiante de la muerte y la mujer de la iglesia eran diferentes expresiones de la misma energía; la mujer de la iglesia era la más poderosa y compleja de las dos. Al tomar control, usó el cuerpo energético de Carol Tiggs, de una manera oscura y portentosa, congruente con las maquinaciones de los brujos antiguos, y creó la Carol Tiggs del hotel; una Carol Tiggs de puro intento. Don Juan añadió que Carol y la mujer podrían haber llegado a una clase de convenio energético durante su encuentro. En ese instante, pareció haberle llegado un nuevo pensamiento. Miró fijamente a sus dos compañeros. Los ojos de todos ellos se movían rápidamente yendo de uno a otro. Estaba seguro de que no buscaban meramente llegar a un acuerdo, sino que parecía que se habían dado cuenta de algo al unísono.

-Todas nuestras especulaciones son inútiles -dijo don Juan en un tono seco y tranquilo-. Creo que Carol Tiggs ya no existe. Tampoco existe ya ninguna mujer de la iglesia; las dos se han fusionado y han volado en alas del intento, creo que hacia adelante.

"La razón por la cual la Carol Tiggs del hotel estaba tan preocupada por su apariencia fue porque era la mujer de la iglesia haciéndote ensoñar a una Carol Tiggs de otra clase; una Carol Tiggs infinitamente más poderosa. ¿No recuerdas lo que te dijo? Ensueña tu intento de mí. ¡Inténtame hacia adelante!

-¿Qué quiere decir esto, don Juan? -pregunté perplejo.

-Quiere decir que el desafiante de la muerte encontró una vez más su escapatoria. Agarró un viaje con ustedes. Tu destino es el destino de ella.

-¿Qué significa esto, don Juan?

-Significa que si llegas a la libertad, ella también llegará.

-¿Y cómo va a hacer eso?

-A través de Carol Tiggs. Pero no te preocupes por Carol -dijo antes de que expresara mi aprensión-. Ella es capaz de esta maniobra y de mucho más.

Había inmensidades amontonándose encima de mi. Ya podía sentir su peso aplastante. Tuve un momento de lucidez y le pregunté a don Juan:

-¿Cuáles son las consecuencias de todo esto?

No me contestó. Me miró fijamente, examinándome de pies a cabeza. Luego dijo despacio y deliberadamente:

-El regalo del desafiante de la muerte consiste en infinitas posibilidades de ensueño. Una de ellas fue tu ensueño de Carol Tiggs en otro tiempo, en otro mundo, un mundo más vasto, con un final abierto. Un mundo donde lo imposible puede ser factible. El sentimiento pendiente fue que algún día vas no sólo a vivir esas posibilidades, sino a comprenderlas.

Se levantó y empezamos a caminar en silencio hacia su casa. Mis pensamientos empezaron a brotar desesperadamente. En realidad, no eran pensamientos sino imágenes; una mezcla de memorias de la mujer de la iglesia, y de Carol Tiggs hablándome en la oscuridad, en el cuarto del hotel de ensueño. Un par de veces estuve a punto de condensar esas imágenes y llegar a la sensación de mi persona usual, pero tuve que pararlo; no tenía energía para tal tarea.

Antes de que llegáramos a su casa, don Juan se detuvo y me miró de frente. Me escudriñó cuidadosamente una vez más, como si estuviera buscando señales en mi cuerpo. Me sentí entonces obligado a aclarar algo en lo que yo creía que él estaba mortalmente equivocado.

-Estuve con la verdadera Carol Tiggs en el hotel -le dije-. Por un momento, yo también pensé que era el desafiante de la muerte, pero después de una evaluación cuidadosa, no puedo sostener esa creencia. ¡Era Carol! De una manera extraña y pavorosa, ella estaba en el hotel, de la misma forma que yo estaba en el hotel.

-Por supuesto que era Carol -don Juan dijo con gran fuerza-. Pero no la Carol que tú y yo conocemos. Esta era la Carol de ensueños, como te dije, una Carol hecha de puro intento. Tú le ayudaste a la mujer de la iglesia a hilar ese ensueño. Su arte fue hacer de él una total realidad. Ese es el arte de los brujos antiguos; la cosa más temible que uno puede imaginar. Te dije que ibas a recibir la máxima lección sobre el ensueño, ¿no es así?

-¿Qué cree usted que le pasó a Carol? -pregunté.

-Carol Tiggs se fue -contestó-. Pero algún día vas a encontrar a la nueva Carol Tiggs; la del cuarto del hotel de ensueño.

-¿Qué quiere decir con que se fue?

-Se fue del mundo -dijo.

Sentí una oleada de nerviosismo en mi plexo solar. Me estaba despertando. Mi conciencia de ser empezaba a serme familiar, pero no tenía completo control de ella todavía. Aunque ya había empezado a romper la niebla del ensueño; la ruptura empezó como una mezcla entre no saber lo que estaba pasando y la frenética sensación de que lo inconmensurable estaba a la vuelta de la esquina.

Debí de haber tenido una expresión de incredulidad, porque don Juan añadió en un tono enérgico:

-Esto es ensoñar. A estas alturas deberías saber que sus transacciones son finales. Carol Tiggs se fue.

-¿Pero a dónde cree que se fue, don Juan?

-Adonde se fueron los brujos de la antigüedad. Te dije que el regalo del desafiante de la muerte fueron infinitas posibilidades de ensueño. No quisiste nada concreto, así que la mujer de la iglesia te dio un regalo abstracto: la posibilidad de volar en alas del intento.

FIN

* * *

CARLOS CASTANEDA

EL LADO ACTIVO DEL INFINITO

MANO IZQUIERDA EDITORES

Carlos Castaneda.
El Lado Activo del Infinito.

Fotografía de Portada: Johny Goerend by Unsplash.

Edición bajo el cuidado de:
Mano Izquierda Editores.

Circa, 2019.
Lima, Perú.

EL LADO ACTIVO DEL INFINITO

Este libro está dedicado a los dos hombres que me dieron el ímpetu y las herramientas para llevar a cabo trabajo de campo antropológico: el profesor Clement Meighan y el profesor Harold Garfinkel. Siguiendo sus sugerencias, me sumergí en una situación de trabajo de campo de la cual nunca salí. Si no logré satisfacer el espíritu de sus enseñanzas, así sea. No pude evitarlo. Una fuerza mayor, que los chamanes llaman el infinito, me tragó antes de que pudiera formular propuestas claras en el campo de las ciencias sociales.

PREFACIO

SINTAXIS

Un hombre mirando fijamente sus ecuaciones
dijo que el universo tuvo un comienzo.
Hubo una explosión, dijo.
Un estallido de estallidos, y el universo nació.
Y se expande, dijo.
Había incluso calculado la duración de su vida: diez mil millones de revoluciones de la Tierra alrededor del Sol.
El mundo entero aclamó;
hallaron que sus cálculos eran ciencia.
Ninguno pensó que al proponer que el universo comenzó,
el hombre había meramente reflejado la sintaxis de su lengua madre;
una sintaxis que exige comienzos, como el nacimiento, y desarrollos, como la maduración,
y finales, como la muerte, en tanto declaraciones de hechos.
El universo comenzó,
y está envejeciendo, el hombre nos aseguró,
y morirá, como mueren todas las cosas,
como él mismo murió luego de confirmar matemáticamente
la sintaxis de su lengua madre.

LA OTRA SINTAXIS

¿El universo, realmente comenzó?
¿Es verdadera la teoría del Gran Estallido?
Éstas no son preguntas, aunque suenen como si lo fueran.
¿Es la sintaxis que requiere comienzos, desarrollos y finales en tanto declaraciones de hechos, la única sintaxis que existe?
Ésa es la verdadera pregunta.
Hay otras sintaxis.
Hay una, por ejemplo, que exige que variedades de intensidad sean tomadas como hechos.
En esa sintaxis, nada comienza y nada termina;
por lo tanto, el nacimiento no es un suceso claro y definido,
sino un tipo específico de intensidad,
y asimismo la maduración, y asimismo la muerte.
Un hombre de esa sintaxis, mirando sus ecuaciones, halla
que ha calculado suficientes variedades de intensidad para decir con autoridad
que el universo nunca comenzó
y nunca terminará,
pero que ha atravesado, atraviesa, y atravesará
infinitas fluctuaciones de intensidad.
Ese hombre bien podría concluir que el universo mismo
es la carroza de la intensidad
y que uno puede abordarla
para viajar a través de cambios sin fin.
Concluirá todo ello y mucho más,
acaso sin nunca darse cuenta
de que está meramente confirmando
la sintaxis de su lengua madre.

INTRODUCCIÓN

Este libro es una colección de los sucesos memorables de mi vida. Los coleccioné siguiendo la recomendación de don Juan Matus, un chamán yaqui de México, el cual como maestro se esforzó durante trece años en hacerme accesible el mundo cognitivo de los brujos que vivieron en México en tiempos antiguos. La sugerencia de don Juan de que yo reuniera esta colección de sucesos memorables, la hizo casualmente, como si se le hubiera ocurrido en ese momento. Ése era el estilo de enseñanza de don Juan. Encubría la importancia de ciertas maniobras detrás de lo mundano. Escondía, de esta manera, la punzada de la finalidad, presentándolas como algo que no difería de ninguna de las preocupaciones de la vida cotidiana.

Don Juan me reveló con el paso del tiempo que los chamanes del México antiguo habían concebido esta colección de sucesos memorables como una auténtica estratagema para remover reservas de energía que existen dentro del ser. Explicaban que estas reservas estaban compuestas de energía que tiene origen en el cuerpo mismo y que es desplazada por las circunstancias de nuestra vida cotidiana hasta quedar fuera del alcance. En ese sentido, esta colección de sucesos memorables era para don Juan, y para los chamanes de su linaje, el medio para redistribuir su energía inutilizada.

El requisito previo para esta colección era el acto genuino, llevado a cabo con todo el ser, de reunir la suma total de las emociones y las comprensiones de uno, sin dejar nada omiso. Según don Juan, los chamanes de su linaje estaban convencidos de que la colección de sucesos memorables era el vehículo para el ajuste emocional y energético necesario para aventurarse, en términos de percepción, a lo desconocido.

Don Juan describió la meta total del conocimiento chamánico que él manejaba como la preparación para enfrentarse al viaje definitivo, el viaje que todo ser humano tiene que emprender al final de su vida. Dijo que a través de su disciplina y resolución, los chamanes eran capaces de retener su conciencia y propósito individuales después de la muerte. Para ellos, el estado idealista y vago que el hombre moderno llama «la vida después de la muerte» es una región concreta repleta de asuntos prácticos de un orden diferente al de los asuntos prácticos de la vida cotidiana, y que sin embargo tienen una practicalidad funcional semejante. Don Juan consideraba que coleccionar los sucesos memorables en sus vidas era para los chamanes la preparación para entrar en esa región concreta que llamaban el lado activo del infinito.

Estábamos don Juan y yo conversando una tarde bajo su ramada, una estructura abierta construida de varas delgadas de bambú. Parecía un pórtico con techo que protegía un poco del sol, pero no de la lluvia. Había unas cajas fuertes y pequeñas, de esas que se utilizan para envíos de carga, que servían de bancas. Sus etiquetas de carga estaban desteñidas y parecían ser más de adorno que de identificación. Yo estaba sentado sobre una de ellas. Estaba reclinado con la espalda contra la pared frontal de la casa. Don Juan permanecía sentado en otra caja, reclinado contra una de las varas que servían de soporte a la ramada. Yo acababa de llegar hacía cinco minutos. Había sido un viaje en coche de todo un día, en un clima húmedo y caluroso. Estaba nervioso, inquieto y sudado.

Don Juan empezó a hablarme en cuanto me encontré cómodamente sentado sobre la caja. Con una amplia sonrisa, me comentó que la gente gorda casi nunca sabe combatir la gordura. La sonrisa que jugaba en sus labios me daba la impresión de que no se estaba haciendo el chistoso. Me estaba indicando, de la manera más indirecta y directa a la vez, que yo estaba gordo.

Me puse tan nervioso que volqué la caja

en que estaba sentado y mi espalda golpeó con fuerza la delgada pared de la casa. El impacto sacudió la casa hasta sus cimientos. Don Juan me echó una mirada inquisitiva, pero en vez de preguntarme si estaba bien, me aseguró que no había dañado la casa. Entonces, en tono muy comunicativo, me explicó que esa casa era una vivienda provisional, que en realidad él vivía en otra parte. Cuando le pregunté dónde vivía, se me quedó mirando. No era una mirada de enojo; era más bien para disuadir preguntas inoportunas. No comprendí lo que quería. Estaba a punto de volver a hacer la misma pregunta cuando me detuvo.

-Aquí no se hacen preguntas de esa naturaleza -me dijo con firmeza-. Pregunta lo que quieras de procedimientos o de ideas. Cuando esté listo para decirte dónde vivo, si es que sucede alguna vez, te lo diré sin que me lo preguntes.

Instantáneamente me sentí rechazado. Sin querer, me enrojecí. Estaba completamente ofendido. La risotada de don Juan empeoró mi disgusto. No sólo me había rechazado, me había insultado y luego se había reído de mí.

-Vivo aquí temporalmente -prosiguió, sin prestar atención a mi mal humor-, porque éste es un centro mágico. La verdad es que vivo aquí por ti.

Su declaración me desconcertó. No lo podía creer. Pensé que lo decía para consolarme, para que no siguiera yo tan enojado.

-¿De veras, vive usted aquí por mí? -le pregunté finalmente sin poder contener mi curiosidad.

-Sí -me dijo en tono sereno-. Te tengo que preparar. Eres como yo. Voy a repetirte lo que te he dicho anteriormente: la búsqueda de cada nagual o líder de cada generación de chamanes, consiste en encontrar un nuevo hombre o mujer, que, como él mismo, revele una doble estructura energética: yo vi esa característica en ti cuando estábamos en la estación de autobuses de Nogales. Cuando veo tu energía, veo dos bolas luminosas superpuestas, una encima de la otra, y esa característica nos une. No te puedo rechazar y tú no puedes rechazarme.

Sus palabras me agitaron profundamente. Hacía un instante estaba enojado, y ahora quería llorar.

Continuó, diciendo que quería iniciarme, respaldado por la fuerza de la región donde vivía, un centro de fuertes reacciones y emociones, en algo que los chamanes llamaban el camino del guerrero. Gente de guerra había vivido allí durante miles de años, impregnando el territorio con su preocupación por la guerra.

Don Juan vivía en aquel tiempo en el estado de Sonora, al norte de México, a unos ciento veinte kilómetros de la ciudad de Guaymas. Yo siempre lo visitaba allí bajo los auspicios de llevar a cabo mi trabajo de campo.

-¿Necesito entrar en estado de guerra, don Juan? -le pregunté, sinceramente preocupado, luego de oírle decir que el preocuparme por la guerra era algo que yo necesitaría algún día. Ya había aprendido a tomar todo lo que me decía con la mayor seriedad.

-Puedes apostar lo que quieras -me contestó con una sonrisa-. Cuando hayas absorbido todo lo que hay aquí, me iré.

No tenía base para dudar de lo que me decía, pero no podía concebir que don Juan viviera en ninguna otra parte. Formaba un conjunto total con todo lo que lo rodeaba. Su casa, sin embargo, sí parecía ser provisional. Era una choza típica de los granjeros yaquis, construida de adobe, de techo plano de paja; consistía de una habitación grande que servía para comer y dormir, y de una cocina sin techo.

-Es muy difícil tratar con gente gorda -dijo.

Parecía ser una frase incongruente, pero no lo era. Don Juan estaba simplemente volviendo al tema que había introducido antes de que yo lo interrumpiera con el golpe de mi espalda contra la casa.

-Hace un momento, golpeaste mi casa como una de esas bolas de demolición -me dijo sacudiendo la cabeza de lado a lado-.

¡Qué impacto! Un impacto digno de un hombre robusto.
Tenía la inquietud de que me hablaba como alguien que ya no quiere lidiar con uno. Inmediatamente me puse a la defensiva. Me escuchó, con una sonrisita, mientras yo daba frenéticas explicaciones diciendo que mi peso era normal para mi estructura ósea.
-Claro -concedió en tono de broma-. Tienes huesos grandes. Seguramente te podrías echar otros veinte kilos fácilmente y nadie, te aseguro, nadie lo notaría. Yo no lo notaría.
Su sonrisa burlona me indicaba que definitivamente yo estaba rechoncho. Me preguntó entonces sobre mi salud en general y yo seguí hablando desesperadamente para desviar otros comentarios sobre mi peso. Él mismo cambió de tema.
-¿Cómo van tus excentricidades y aberraciones? -me preguntó con cara impávida.
Como idiota, le respondí que marchaban bien. «Excentricidades y aberraciones» era el nombre que él le había dado a mi afán de coleccionista. En aquel momento, había vuelto con nuevo fervor a hacer algo que había disfrutado toda mi vida: coleccionar lo que fuera. Coleccionaba revistas, timbres, discos, parafernales de la Segunda Guerra Mundial como dagas, yelmos, banderas, etc.
-Lo único que le puedo contar de mis aberraciones, don Juan, es que estoy tratando de vender mis colecciones -dije con aire de un mártir a quien obligan a hacer algo odioso.
-Ser coleccionista no es tan malo -dijo como si verdaderamente lo creyera-. El quid del asunto no es que sea coleccionista, sino lo que uno colecciona. Tú eres coleccionista de porquerías, de cosas sin valor que te aprisionan como lo hace tu perro. No puedes irte cuando quieras si tienes que andar cuidando a tu mascota, o si tienes que preocuparte por lo que va a pasar con tus colecciones si no estás allí para cuidarlas.
-Pero, créamelo, sí ando buscando quien las compre -protesté.
-No, no; no pienses que te estoy acusando -me contestó-. Incluso, me gusta tu espíritu de coleccionista. Lo que no me gusta son tus colecciones, eso es todo. Me gustaría, sin embargo, utilizar tu ojo de coleccionista. Quisiera proponerte que hagas una colección que valga la pena.
Don Juan hizo una breve pausa. Parecía que buscaba la palabra adecuada; o era quizás una vacilación dramática, bien calculada. Me clavó con una mirada profunda y penetrante.
-Cada guerrero, obligatoriamente, colecciona material para un álbum especial -siguió don Juan-, un álbum que revela la personalidad del guerrero, un álbum que es testigo de las circunstancias de su vida.
-¿Por qué le llama a esto una colección, don Juan? -le pregunté en tono alterado-. ¿O incluso, un álbum?
-Porque es ambas cosas -me respondió-. Pero sobre todo, es como un álbum de retratos hechos de recuerdos, retratos que surgen al recordar sucesos memorables.
-¿Son esos sucesos memorables dignos del recuerdo de alguna manera especial?
-Son memorables porque tienen un significado especial en la vida de uno -dijo-. Lo que te propongo es que hagas tu álbum, incluyendo en él un recuento completo de los sucesos que han tenido un significado profundo para ti.
-Cada suceso de mi vida ha tenido un significado profundo para mí, don Juan -dije agresivamente, y al instante sentí el impacto de mi propia pomposidad.
-No es cierto -me dijo sonriendo, aparentemente gozando inmensamente mi reacción-. Todo suceso en tu vida no ha tenido un significado profundo. Hay unos cuantos, sin embargo, que considero capaces de haber cambiado algo para ti, de haberte iluminado el camino. Por lo general, los sucesos que cambian nuestro curso son asuntos impersonales, y a la vez extremadamente personales.
-No quiero ser necio, don Juan, pero créame, todo lo que me ha sucedido cabe en esa definición -dije, sabiendo muy bien que mentía.
En seguida, después de haber pronuncia-

do esa frase, quise disculparme, pero don Juan no me prestó atención. Era como si yo no hubiera dicho nada.
-No pienses en este álbum en términos de banalidades, o en términos de un refrito trivial de las experiencias de tu vida -me dijo.
Respiré profundamente, cerré los ojos e intenté calmar mi mente. Me estaba hablando frenéticamente a mí mismo acerca de mi dilema: en verdad, no me gustaba nada visitar a don Juan. Ante su presencia me sentía amenazado. Me atacaba verbalmente y no dejaba lugar para demostrarle lo que yo valía. Detestaba sentirme humillado cada vez que abría la boca; detestaba pasar por imbécil.
Pero había otra voz dentro de mí, una voz que me llegaba desde una mayor profundidad, más distante, más débil. En medio de los ataques de diálogo familiar, me oí decir que era demasiado tarde para regresar. Pero no era en verdad mi voz o mis pensamientos lo que experimentaba; era, mejor dicho, como una voz desconocida que decía que me había metido ya muy profundamente en el mundo de don Juan y que lo necesitaba más que el aire mismo.
-Di lo que quieras -parecía decir-, pero si no fueras el egomaniático que eres, no estarías tan avergonzado.
-Ésa es la voz de tu otra mente -dijo don Juan, como si estuviera escuchando o leyéndome los pensamientos.
Mi cuerpo dio un salto involuntario. Mi susto fue tan intenso que me vinieron lágrimas a los ojos. Le confesé a don Juan la confusión de mi estado.
-Tu conflicto es muy natural -dijo-. Y créeme. No lo exacerbo tanto. No soy así. Tengo algunas historias que contarte de lo que mi maestro, el nagual Julián, me hacía. Lo detestaba desde el fondo de mi ser. Yo era muy joven, y veía cómo lo adoraban las mujeres, se le entregaban como nada, y cuando yo quería saludarlas se volvían hacia mí como leonas, listas para arrancarme la cabeza. Me odiaban y lo amaban. ¿Cómo crees que me sentía?
-¿Cómo resolvió ese conflicto, don Juan? -pregunté con algo más que interés.
-No resolví nada -declaró- Eso, el conflicto o lo que fuera, era el resultado de la batalla entre mis dos mentes. Cada uno de nosotros, como seres humanos, tenemos dos mentes. Una es totalmente nuestra, y es como una voz débil que siempre nos trae orden, propósito, sencillez. La otra mente es la instalación foránea. Nos trae conflicto, dudas, desesperanza, auto-afirmación.
Mi fijación sobre mis propias concatenaciones mentales era tan intensa que se me fue por completo de lo que me decía don Juan. Podía claramente recordar cada una de sus palabras, pero no tenían sentido alguno. Don Juan, muy calmadamente, y con la mirada fija en mis ojos, repitió lo que acababa de decir. Yo todavía era incapaz de aprehender lo que quería decir. No podía enfocarme en sus palabras.
-Por alguna extraña razón, don Juan, no puedo enfocarme en lo que me está diciendo -le dije.
-Comprendo perfectamente -me dijo sonriendo abiertamente- y tú también lo comprenderás, y a la vez resolverás el conflicto de que si me quieres o no, el día en que dejes de ser el yo-yo centro del mundo.
»Entretanto -continuó-, dejemos el tema de las dos mentes y regresemos a la idea de preparar tu álbum de sucesos memorables. Debo añadir que tal álbum es un ejercicio de disciplina e imparcialidad. Considera este álbum como un acto de guerra.
La afirmación de don Juan -que mi conflicto de querer o no querer verlo iba a terminar cuando abandonara mi egocentrismo- no era solución para mí. De hecho, la afirmación me enfadó más; mi frustración creció. Y cuando le oí decir que el álbum era un acto de guerra, lo ataqué con todo mi veneno.
-La idea de que ésta es una colección de sucesos es ya bastante difícil de comprender -le dije en tono de protesta-, pero además, el llamarle un álbum y decir que tal álbum es un acto de guerra es demasiado. Es demasiado oscuro. Eso hace que la metáfora pierda su significado.
-¡Qué raro! Para mí es lo opuesto -contestó

don Juan con mucha calma-. Que tal álbum sea un acto de guerra tiene todo el significado del mundo para mí. No quisiera que mi álbum de sucesos memorables fuera ninguna otra cosa que un acto de guerra.
Quería seguir con mi opinión y explicarle que sí comprendía la idea de un álbum de sucesos memorables. A lo que me oponía era a la manera confusa en que me lo describía. En aquellos tiempos, me consideraba un defensor de la claridad y del funcionalismo en el uso del lenguaje.
Don Juan no hizo ningún comentario sobre mi humor bélico. Simplemente asintió como si estuviera totalmente de acuerdo conmigo. Después de un rato, o se me había acabado toda la energía, o me llegó una tremenda oleada. De pronto, sin ningún esfuerzo por parte mía, me di cuenta de lo inútil de mis arranques. Me sentí terriblemente avergonzado.
-¿Qué cosa se apodera de mí para comportarme de tal manera? -le pregunté a don Juan muy sinceramente. Me encontraba, en aquel instante, totalmente confuso. Estaba tan aturdido por mi realización que sin ninguna voluntad por mi parte, empecé a llorar.
-No te preocupes por detalles absurdos -me dijo don Juan para tranquilizarme-. Cada uno de nosotros, hombre o mujer, es así.
-¿Quiere usted decir, don Juan, que somos mezquinos y contradictorios por naturaleza?
-No, no somos mezquinos y contradictorios por naturaleza -contestó-. Nuestras mezquindades y contradicciones son, más bien, el resultado de un conflicto trascendental que nos afecta a cada uno de nosotros, pero del cual sólo los chamanes tienen dolorosa y desesperadamente conciencia; el conflicto entre nuestras dos mentes.
Don Juan me escudriñó; sus ojos eran negros como dos pedazos de carbón.
-Me habla y me habla de las dos mentes -le dije-, pero mi cerebro no guarda lo que me está diciendo. ¿Por qué?
-Ya sabrás el porqué en su debido momento -dijo-. Por ahora, basta que te repita lo que te he dicho anteriormente acerca de nuestras dos mentes. Una es nuestra mente verdadera, el producto de las experiencias de nuestra vida, la que raras veces habla porque ha sido vencida y sometida a la oscuridad. La otra, la mente que usamos a diario para todo lo que hacemos, es la instalación foránea.
-Creo que el quid del asunto es que el concepto de que la mente es una instalación foránea es tan raro que mi mente se rehúsa a tomarlo en serio -dije, sintiendo que había descubierto algo nuevo.
Don Juan no hizo ningún comentario a lo que había dicho. Continuó con su explicación sobre las dos mentes como si no hubiera dicho nada.
-Resolver el conflicto entre las dos mentes es una cuestión de intentarlo -dijo-. Los chamanes llaman al intento cuando pronuncia la palabra intento en voz fuerte y clara. El intento es una fuerza que existe en el universo. Cuando los chamanes llaman al intento, les llega y les prepara el camino para sus logros, lo cual quiere decir que los chamanes siempre logran lo que se proponen.
-¿Quiere usted decir, don Juan, que los chamanes siempre consiguen todo lo que quieren, aunque sea algo mezquino y arbitrario? -le pregunté.
-No, no es eso lo que quiero decir. Se puede llamar al intento para cualquier cosa -contestó-, pero los chamanes han descubierto a las duras que el intento sólo viene para algo que es abstracto. Ésa es la válvula de seguridad de los chamanes; de otra manera, serían insoportables. En tu caso, llamar al intento para resolver el conflicto entre tus dos mentes, no es una cuestión ni mezquina ni arbitraria. Todo lo contrario; es un asunto etéreo y abstracto, y a la vez es tan vital para ti como te puedas imaginar.
Don Juan hizo una pausa; entonces volvió al tema del álbum.
-Mi propio álbum, siendo acto de guerra, exigió una selección de muchísimo cuidado -dijo-. Es ahora una colección precisa de los momentos inolvidables de mi vida, y de todo lo que me condujo a ellos. He

concentrado en él, todo lo que fue y lo que será significativo para mí. A mi parecer, el álbum de un guerrero es algo muy concreto, algo tan acertado que acaba con todo.
No tenía yo ninguna idea de lo que don Juan quería, y a la vez, lo comprendía a la perfección. Me aconsejó que me sentara solo y dejara que mis pensamientos, ideas y recuerdos me llegaran libremente. Recomendó que hiciera un esfuerzo por dejar que mi voz interior hablara y me dijera qué seleccionar. Don Juan me dijo entonces que me metiera en la casa y me acostara sobre una cama que había allí. Estaba construida de cajas de madera y docenas de costales que me servían de colchón. Me dolía todo el cuerpo, pero cuando me acosté sobre aquella cama, me sentí verdaderamente cómodo.
Tomé sus sugerencias a pecho y empecé a pensar acerca de mi pasado, buscando sucesos que me habían marcado. Muy pronto me di cuenta de que mi aseveración de que cada suceso de mi vida había tenido significado era una tontería. Al tratar de recordar, me di cuenta de que ni sabía dónde empezar. Cruzaban por mi mente interminables recuerdos y pensamientos disociados acerca de sucesos, pero no podía decidir si habían sido significativos para mí. Mi impresión era que nada había tenido ninguna importancia. Parecía que había pasado la vida como cadáver, con la facultad de caminar y hablar, pero sin poder sentir nada. Sin la menor concentración para seguir con el tema ni llevarlo más allá de un débil intento, lo dejé y me dormí.
-¿Tuviste éxito? -me preguntó don Juan al despertarme algunas horas después.
En vez de estar tranquilo después de haber dormido y descansado, estaba de nuevo bélico y malhumorado.
-¡No, no tuve ningún éxito! -ladré.
-¿Oíste esa voz desde las profundidades de tu ser? -me preguntó.
-Creo que sí -mentí.
-¿Qué te dijo?
-No me puedo acordar -murmuré.
-Ah, has regresado a tu mente cotidiana -me dijo y me dio un golpecito en la espalda-. Tu mente de todos los días se ha apoderado nuevamente de ti. Vamos a relajarla hablando de tu colección de sucesos memorables. Debo decirte que la selección de lo que vas a incluir en tu álbum no es cosa fácil. Es por esa razón que dije que hacer este álbum es un acto de guerra. Tienes que re-hacerte diez veces para saber qué seleccionar.
Comprendí claramente entonces, aunque fuera durante sólo un segundo, que tenía dos mentes; sin embargo, el pensamiento fue tan vago que se me fue instantáneamente. Lo que quedó era la simple sensación de no poder cumplir con el requisito de don Juan. Pero en vez de elegantemente aceptar mi incapacidad, permití que se convirtiera en algo amenazador. Mi gran impulso en aquel tiempo era el de siempre quedar bien. Ser incompetente equivalía a ser perdedor, algo que me era totalmente intolerable. Como no sabía cómo responder al desafío de don Juan, hice lo único que sí sabía hacer: me enojé.
-Tengo que pensar mucho más acerca de esto, don Juan -le dije-. Tengo que darle tiempo a mi mente para que se acostumbre a la idea.
-Por supuesto, por supuesto -me aseguró don Juan-. Toma el tiempo que quieras, pero apresúrate.
No se dijo nada más del asunto. Ya en casa, me olvidé por completo, hasta que un día, de pronto, en medio de una charla a la que asistía, el comando imperioso de buscar los sucesos memorables de mi vida me sobrevino como un golpe corporal, un espasmo nervioso que me sacudió de la cabeza a los pies.
Empecé a trabajar en serio. Me tomó meses revisar experiencias de mi vida que creía significativas para mí. Sin embargo, al examinar mi colección, me di cuenta de que se trataba de ideas sin sentido alguno. Los sucesos que recordaba eran vagos puntos de referencia que recordaba de manera abstracta. Otra vez, tuve la sospecha inquietante de que me habían criado para actuar sin jamás sentir nada.

Uno de los sucesos más vagos que recordé, y que quería hacer memorable a cualquier costo, fue el día en que supe que me habían admitido a la escuela de estudios superiores de UCLA. Pero por más que trataba, no me acordaba qué estaba haciendo ese día. No tenía nada fuera de común o interesante aparte de la idea de que quería que fuera memorable. El ingresar en el programa de estudios superiores debería haberme hecho sentir orgulloso o feliz, pero no fue así.

Otra muestra de mi colección fue el día en que casi contraje matrimonio con Kay Condor. Su apellido no era en verdad Condor, pero se lo había cambiado porque quería ser actriz. Su paso a la fama era que se parecía a Carole Lombard. Ese día me era memorable no tanto por los sucesos que se llevaron a cabo, sino porque ella era bella y quería casarse conmigo. Me llevaba una cabeza de altura, lo cual la hacía de lo más interesante.

Me encantaba la idea de casarme con una mujer alta en una iglesia. Me alquilé un traje de frac, gris. Los pantalones me quedaban demasiado anchos para mi estatura. No eran de campana; simplemente eran anchos y me molestaban terriblemente. Otra cosa que me molestaba era que las mangas de la camisa color rosa que había comprado para la ceremonia eran demasiado largas, sobrándoles unos diez centímetros; tenía que ajustármelas con unas gomas. Fuera de eso, todo iba perfectamente hasta el momento en que los invitados y yo nos enteramos de que Kay Condor se había arrepentido y no iba a aparecer.

Como jovencita bien educada, me mandó una carta de disculpa por un mensajero que llegó en motocicleta. Escribió que, como no creía en el divorcio, no se podía comprometer con alguien que no compartía del todo sus perspectivas sobre la vida. Me recordó que siempre me reía cuando pronunciaba el nombre «Condor», lo cual revelaba la falta de respeto que guardaba para su persona. Dijo que había hablado del asunto con su madre. Ambas me querían muchísimo, pero no lo suficiente para que formara parte de aquella familia. Añadió que, valiente y sagazmente, todos teníamos que enfrentarnos a nuestras pérdidas.

Mi mente estaba paralizada. Cuando traté de recordar ese día, no me acordaba si me sentí horriblemente humillado por haberme quedado allí delante de toda esa gente con ese traje de frac gris de pantalones anchos, o si me sentí mal porque Kay Condor no se casó conmigo.

Éstos eran los únicos dos sucesos que era capaz de ver aisladamente y con claridad. Eran ejemplos pobres, pero después de machacar, había logrado adornarlos como cuentos de aceptación filosófica. Me consideré un ser sin verdaderos sentimientos, alguien que solamente tiene una visión intelectual acerca de todo. Tomando las metáforas de don Juan como modelo, hasta construí una propia: un ser que vive su vida de forma indirecta en términos de lo que debería ser.

Creía, por ejemplo, que el día que me admitieron a la escuela de estudios superiores de UCLA, debería haber sido un día memorable. Como no lo fue, hice lo mejor que pude para imbuirlo de una importancia que estaba lejos de sentir. Algo semejante pasó con el día que casi me casé con Kay Condor. Debía haber sido un día devastador para mí pero no lo fue. Al momento de recordarlo, supe que no había nada allí e hice lo que pude para construir lo que debería haber sentido.

En la siguiente visita que hice a la casa de don Juan, le presenté en cuanto llegué mis dos muestras de sucesos memorables.

-Éstas son puras tonterías -declaró-. Nada de esto sirve. Estas historias están ligadas exclusivamente a ti como persona que piensa, siente, llora o no siente nada. Los sucesos memorables del álbum del chamán son asuntos que aguantan la prueba del tiempo porque no tienen nada que ver con él, y sin embargo, él está en medio de ellos. Siempre estará en medio de ellos, por lo que dure su vida y quizá más allá, aunque no de manera del todo personal.

Sus palabras me desanimaron, me deja-

ron del todo derrotado. En esos días, yo sinceramente pensaba que don Juan era un viejo intransigente que encontraba un deleite especial en hacerme sentir imbécil. Me recordaba a un maestro artesano que había conocido en la fundación de un escultor donde trabajaba mientras estudiaba en una escuela de arte. El maestro criticaba y encontraba fallas en todo lo que hacían sus aprendices avanzados, y exigía que corrigieran su obra según sus recomendaciones. Los aprendices se daban vuelta fingiendo hacer las correcciones. Recuerdo el deleite del maestro cuando, al presentarle la misma obra, decía: «Ahora sí tienes algo que vale».

-No te sientas mal -dijo don Juan sacándome de mis recuerdos-. Durante mis tiempos estaba en las mismas. Durante años, no sólo no sabía qué seleccionar, sino que pensaba que no tenía experiencias de dónde seleccionar. Parecía que nada me había pasado nunca. Claro que todo me había pasado, pero en mi esfuerzo de defender la idea de mí mismo, no tenía ni el tiempo ni la inclinación para darme cuenta de nada.

-¿Me puede decir, don Juan, específicamente, qué tienen de malo mis historias? Ya sé que no son nada, pero el resto de mi vida es exactamente igual.

-Voy a repetirte esto -me dijo-. Las historias del álbum del guerrero no son personales. Tu historia del día en que te admitieron a la escuela no es más que una afirmación de ti mismo en el centro de todo. Sientes, no sientes; te das cuenta, no te das cuenta. ¿Entiendes? Toda la historia tiene que ver contigo.

-¿Cómo puede ser de otra forma, don Juan? -le pregunté.

-En el otro cuento, casi llegas a lo que quiero, pero lo das vuelta y lo conviertes en algo en extremo personal. Ya sé que puedes añadir más detalles, pero esos detalles no son nada más que una extensión de tu persona.

-Sinceramente, no entiendo lo que quiere usted, don Juan -protesté-. Cada historia vista a través de los ojos del testigo, tiene que ser a fuerza, personal.

-Claro, claro, por supuesto -me dijo sonriendo, disfrutando como siempre de mi confusión-. Pero en ese caso, no son historias para el álbum de un guerrero. Son historias con otros propósitos. Los sucesos memorables que buscamos tienen el toque oscuro de lo impersonal. Ese toque los impregna. No sé cómo explicártelo de otra forma.

En aquel momento creí tener un momento de inspiración y creí que comprendía lo que él quería decir con «el toque oscuro de lo impersonal». Creí que se refería a algo un poco mórbido. Eso es lo que significaba para mí la oscuridad. Le relaté entonces una historia de mi niñez.

Uno de mis primos mayores estaba en la escuela de medicina. Era interno y un día me llevó al depósito de cadáveres. Me aseguró que un joven tenía que ver a los muertos porque formaba parte de la educación de uno; demostraba lo transitorio de la vida. Continuó arengándome para convencerme que fuera. Cuanto más hablaba de la poca importancia que teníamos como muertos, más despertaba mi curiosidad. Nunca había visto un cadáver. Finalmente, mi curiosidad por presenciar uno me venció y fui con él.

Me mostró varios cadáveres y logró asustarme por completo. No les vi nada de educativo ni esclarecedor. Eran, francamente, la cosa más aterradora que había visto jamás. Mientras me hablaba, seguía consultando su reloj como si esperara a alguien en cualquier momento. Obviamente, quería que me quedara en el depósito más tiempo de lo que permitían mis fuerzas. Siendo la criatura competitiva que era, creí que estaba poniendo a prueba mi resistencia, mi hombría. Apreté los dientes y decidí aguantarme hasta el final.

El final llegó de maneras que nunca hubiera soñado. Un cadáver que estaba cubierto con una sábana, se movió con un fuerte estertor sobre la mesa de mármol donde yacían los otros, como si se preparara para levantarse. Hizo un ruido como de eructo, tan terrible que me pasó por el cuerpo como una ráfaga de fuego, y que

quedará en mi recuerdo para siempre. Mi primo, el médico, el científico, me explicó que era el cadáver de un hombre que había muerto de tuberculosis, y que sus pulmones habían sido comidos por bacilos que dejaron enormes agujeros llenos de aire, y que en casos como ése, cuando el aire cambiaba de temperatura, forzaba al cuerpo a sentarse o, por lo menos, a sufrir convulsiones.

-No, todavía no llegas -dijo don Juan sacudiendo la cabeza-. Ésta es simplemente una historia acerca de tu susto. A mí también me hubiera asustado; sin embargo, un susto como ése no ilumina el camino. Pero tengo curiosidad de saber qué te pasó.

-Eché gritos como un loco -le dije-. Mi primo me llamó cobarde, cagueta por esconder mi cara contra su pecho y por enfermarme del estómago y vomitar encima de él.

Estaba definitivamente metido en las hileras mórbidas de mi vida. Recordé otra historia acerca de un chico de dieciséis años que conocí en la preparatoria, que sufría de una enfermedad de las glándulas, y como resultado creció a una altura gigantesca. Su corazón, sin embargo, no creció al mismo paso y un día se murió de un ataque cardíaco. Fui con otro chico a la mortuoria de pura curiosidad mórbida. El empresario de pompas fúnebres, que era quizá más mórbido que nosotros dos juntos, abrió la puerta de atrás y nos dejó pasar. Nos mostró su obra maestra. Había puesto al gigantesco muchacho, que medía más de dos metros y treinta centímetros, en un ataúd de una persona normal, cortándole las piernas. Nos mostró cómo las había dispuesto: el chico llevaba las piernas en sus brazos como dos trofeos.

El susto que experimenté fue semejante al que había experimentado de niño en el depósito de cadáveres, pero este nuevo susto no era una reacción física, sino una reacción de repugnancia psicológica.

-Casi, casi -dijo don Juan-. Pero tu historia es todavía demasiado personal. Es horrenda. Me enferma, pero veo grandes posibilidades.

Don Juan y yo nos reímos del horror que se encuentra en las situaciones de la vida cotidiana. A estas alturas me había perdido sin esperanza alguna en las hileras mórbidas que había atrapado y liberado. Le conté la historia de mi mejor amigo, Roy Oríndeoro. En realidad, tenía un apellido polaco, pero sus amigos le llamaban Oríndeoro porque lo que tocaba se volvía oro; era un maravilloso hombre de negocios.

Su don para los negocios lo hizo super-ambicioso. Quería ser el hombre más rico del mundo. Pero se dio cuenta de que había demasiada competencia. Según él, trabajando solo no podía competir, digamos, con el líder de una secta islámica que en aquel tiempo, era remunerado con su peso en oro cada año. El líder engordaba todo lo que podía antes de que lo pesaran.

Entonces decidió limitarse a ser el hombre más rico de los Estados Unidos. La competencia en este sector era feroz. Se limitó aún más: quizá podría ser el hombre más rico de California. Era también demasiado tarde para eso. Finalmente, a pesar de sus cadenas de pizzerías y heladerías, perdió la esperanza de poder hacerle competencia a las familias establecidas que ya se habían apoderado de California. Se contentó con ser el hombre más rico de Woodland Hills, un barrio en las afueras de Los Ángeles donde él vivía. Pero desdichadamente, a unos cuantos pasos de su casa vivía el señor Marsh, el dueño de unas fábricas de colchones de primera calidad, que eran de fama nacional, y que era más rico de lo que uno pudiera imaginarse. La frustración de Roy no tenía límites. Su impulso para lograrlo todo era tan intenso que, finalmente, le falló la salud. Un día, se murió de un aneurisma en el cerebro.

Como consecuencia, su muerte me condujo una tercera vez a una casa mortuoria. La mujer de Roy me rogó, como era su mejor amigo, que me asegurara que el cadáver fuera bien vestido. Llegué al mortuorio y un secretario me hizo entrar a las salas interiores. Al momento preciso de mi llegada, el director trabajaba sobre una alta mesa con tapa de mármol; estaba

empujando con fuerza los extremos del labio superior del cadáver (que estaba ya en estado de rigidez cadavérica), con sus dedos índice y meñique de la mano derecha, mientras mantenía el dedo mayor contra la palma. Una sonrisa grotesca apareció en la cara muerta de Roy, al tiempo que el director dio media vuelta hacia mí, diciendo en tono servil: «Espero que encuentre todo esto satisfactorio, señor».

La mujer de Roy (nunca se sabrá si de veras lo quería o no), decidió enterrarlo con toda la pompa chillona posible ya que, según ella, su vida lo merecía. Había comprado un ataúd muy caro, hecho a la orden, que parecía cabina de teléfono público; la idea la había sacado de una película. Roy iba a ser enterrado sentado, como si estuviera haciendo una llamada telefónica de negocios.

No me quedé a la ceremonia. Salí sintiendo una reacción violenta, entre impotencia y furia, ese tipo de furia que no encuentra desahogo.

-¡Pero qué mórbido estás hoy! -comentó don Juan, riéndose-. Sin embargo, a pesar de eso, o quizás a causa de eso, casi, casi estás por llegar. Lo estás tocando.

Siempre me maravillaba el cambio de humor que experimentaba cada vez que iba a ver a don Juan. Siempre llegaba sombrío y malhumorado, lleno de auto-afirmaciones y de dudas. Después de un rato, mi estado de ánimo cambiaba misteriosamente, y me volvía más abierto, por grados, hasta llegar a estar tan tranquilo como nunca. Sin embargo, mi nuevo humor seguía metido en mi antiguo vocabulario. Tenía la costumbre de hablar como una persona totalmente insatisfecha, que se contenía de quejarse en voz alta, pero cuyas interminables quejas estaban implícitas en cada vuelta de la conversación.

-¿Puede darme algún ejemplo de un suceso memorable de su álbum, don Juan? -pregunté con mi acostumbrado tono quejumbroso-. Si supiera qué pautas busca usted, a lo mejor se me viene algo. Como va la cosa, estoy chiflando en la loma.

-No te expliques tanto -dijo don Juan con una mirada dura-. Los chamanes dicen que en cada explicación hay una disculpa escondida. Así es que cuando estás explicando por qué no puedes hacer esto o aquello, lo que estás haciendo en verdad es disculpándote por tus flaquezas, con la esperanza de que el que te escucha tendrá la bondad de comprenderlas.

Mi maniobra más útil al ser atacado era siempre de desactivarme, es decir, no escuchar a mis detractores.

Don Juan, sin embargo, tenía la desagradable habilidad de atrapar cada pizca de mi atención. No importaba cómo me atacara, ni qué dijera, siempre me tenía clavado a cada una de sus palabras. En esta ocasión, lo que estaba diciendo de mí no me complacía para nada, porque era la pura verdad.

Le evadí la mirada. Me sentí como siempre, derrotado, pero era una derrota peculiar esta vez. No me molestaba tanto como si hubiera ocurrido en el mundo de la vida cotidiana, o al momento de haber llegado a su casa.

Después de un largo silencio, me volvió a dirigir la palabra.

-Voy a hacer algo mejor que simplemente darte un ejemplo de un suceso memorable de mi álbum -dijo-. Voy a darte un suceso memorable tomado de tu propia vida, uno que de seguro debería estar en tu colección. O más bien diría, que si yo fuera tú, créemelo que lo incluiría en mi colección de sucesos memorables.

Creía que estaba bromeando y me reí como imbécil.

-Esto no es cuestión de risa -dijo en voz tajante- Esto va en serio. Me contaste una vez una historia que cabe a la perfección.

-¿Qué historia fue ésa, don Juan?

-La historia de «figuras frente al espejo» -dijo-. Cuéntamela de nuevo. Pero cuéntamela con todo el detalle que puedas recordar.

Empecé a contarle la historia de nuevo, superficialmente. Me detuvo y exigió una narrativa detallada y cuidadosa, empezando desde el principio; pero mi versión no lo satisfizo.

-Vamos a hacer una caminata -me propuso-. Cuando caminas, eres mucho más acertado que cuando estás sentado. Créeme, no es una idea ociosa el caminar de un lado a otro cuando tratas de relatar algo.
Habíamos estado sentados, como lo hacíamos de costumbre durante el día, debajo de la ramada. Había caído en un hábito: cuando me sentaba allí, siempre lo hacía en el mismo lugar, con la espalda contra la pared. Don Juan se sentaba aquí y allá bajo la ramada, pero nunca en el mismo lugar.
Salimos a caminar a la peor hora, al mediodía. Me puso un sombrero viejísimo de paja, como siempre lo hacía cuando salíamos al rayo del sol. Durante largo tiempo, caminamos en silencio. Hacía todo lo posible para recordar todos los detalles de la historia. Eran las dos o tres de la tarde cuando nos sentamos a la sombra de unos altos arbustos y volví a contar toda la historia.
Años antes, cuando estudiaba escultura en una escuela de bellas artes en Italia, tenía un amigo íntimo, un escocés que estudiaba arte para prepararse para ser crítico de arte. Lo que me venía a la mente más vívidamente al recordarlo, y tenía que ver con la historia que contaba, era la idea tan rimbombante que tenía de él mismo; se creía erudito, artesano, lujurioso y libertino: un verdadero hombre renacentista. Sí era libertino, pero lo lujurioso era algo que estaba en total contradicción con su persona huesuda, seca y seria. Era un seguidor vicario del filósofo inglés Bertrand Russell y soñaba con aplicar los principios del positivismo lógico a la crítica del arte. El hecho de ser el escolar y artesano más completo era quizá su mayor fantasía porque siempre andaba con dilaciones; su némesis era el trabajo.
Su cuestionable especialización no era la crítica del arte, sino su conocimiento personal de todas las prostitutas de los burdeles locales, que abundaban. Las largas y descriptivas anécdotas que me daba (para tenerme, según él, al tanto de las cosas maravillosas que hacía en el mundo de su especialización) eran un deleite. No me sorprendió entonces para nada, que un día llegara a mi apartamento, todo agitado, casi ahogándose, y me dijera que algo extraordinario le había ocurrido y quería compartirlo conmigo.
-Vamos, chico, esto lo tienes que ver por ti mismo -me dijo todo emocionado con el acento de Oxford que siempre afectaba cuando hablaba conmigo. Se paseaba por la habitación agitadamente-. Es dificilísimo describirlo, pero vamos, es algo que vas a apreciar por toda tu vida. Caramba, la impresión, vamos, te va a quedar para siempre. Comprendes, chico, te hago un regalo, un regalo maravilloso que te va a durar toda una vida. ¿Comprendes?
Lo que yo comprendía era que él era un escocés histérico. Pero siempre me gustaba llevarle la coba y acompañarlo. Nunca lo había lamentado.
-Cálmate, cálmate, Eddie -dije-. ¿Qué estás diciendo?
Me contó que había estado en un burdel donde había encontrado una mujer increíble que hacía algo insólito que ella llamaba: «Figuras ante un espejo». Me aseguró repetidas veces, casi tartamudeando, que no podía perderme este acontecimiento.
-Vamos, de la plata no te preocupes -dijo, sabiendo bien que yo nunca tenía-. Ya te pagué la entrada. Sólo tienes que acompañarme. Madame Ludmila te va a mostrar sus «Figuras ante un espejo». ¡Coño, qué maravilla!
En un ataque de risa incontrolable, Eddie hasta mostró su mala dentadura, la cual normalmente encubría tras una sonrisa de labios apretados.
-Te digo: ¡Coño, es increíble!
Mi curiosidad aumentaba minuto por minuto. Estaba más que dispuesto a participar en este nuevo deleite. Eddie me llevó en su coche a las afueras de la ciudad. Nos detuvimos delante de un edificio polvoriento y viejo; las paredes descascaradas. Tenía el aire de haber sido en algún momento, un hotel, y ahora era un edificio de apartamentos. Podía ver los restos de un anuncio de hotel que parecía haber sido

arrancado a pedazos. En la fachada del edificio, había filas de sencillos balcones sucios llenos de macetas o con alfombras puestas a secar, tiradas sobre las rejas.
En la entrada estaban dos hombres morenos, de aspecto dudoso; llevaban zapatos negros y puntiagudos que parecían quedarles demasiado chicos. Recibieron a Eddie efusivamente. Tenían ojos negros, furtivos y amenazadores. Los dos llevaban trajes brillosos azul claro, que les venían demasiado entallados. Uno de ellos le abrió la puerta a Eddie. A mí, ni me miraron.
Subimos dos tramos de escaleras desvencijadas que en un tiempo habrían sido lujosas. Eddie iba adelante caminando a lo largo de un corredor vacío tipo hotel, con puertas en ambos lados. Todas las puertas estaban pintadas del mismo color verde oscuro aceitunado. Cada puerta llevaba un número de latón, oscurecido por el tiempo, casi invisible contra la madera pintada.
Eddie se detuvo delante de una de las puertas. Observé el número 112. Tocó repetidas veces. La puerta se abrió y una mujer baja, redonda y de pelo oxigenado nos invitó a entrar sin pronunciar ni una palabra. Llevaba una bata roja de seda, con plumas en las anchas mangas y zapatillas adornadas con bolas de piel. Una vez que entramos a un pequeño corredor, y cerró ella la puerta, saludó a Eddie en un inglés de horrendo acento.
-Helo, Eddie. Trajo amigo, ¿no?
Eddie le dio la mano, y luego muy galán, se la besó. Se comportaba como si estuviera totalmente tranquilo, sin embargo le notaba gestos inconscientes de nerviosismo.
-¿Cómo se encuentra hoy, Madame Ludmila? -le dijo, intentando hacerse el americano y arruinándolo.
Nunca descubrí por qué se hacía el americano cuando estaba haciendo negocios en esas casas de mala vida. Sospechaba que lo hacía porque los americanos corrían la fama de tener dinero, y así podía él establecerse con la fama de un americano rico.
Eddie se volvió hacia mí y dijo en su fingido acento americano:
-Mira, chico; aquí te dejo en manos de esta muchacha.
Me sonó tan falso, tan extraño a mis oídos, que me reí en voz alta. Madame Ludmila no parecía para nada perturbada al oír mi carcajada. Eddie volvió a besarle la mano y se fue.
-¿Tú parlas englés, mi nene? -me gritó como si estuviera sordo-. Te ves ejipto, o torco, quizás.
Le afirmé a Madame Ludmila que ni era ni lo uno ni lo otro y que sí hablaba inglés. Me preguntó luego si estaba de humor para ver sus «figuras ante un espejo». No sabía qué decir. Moví mi cabeza afirmativamente.
-Te dar bono spectácolo -me aseguró-. «Figuras ante un espejo» es sólo excitar, preparar. Cuando estés caluroso, díceme que pare.
Desde el corredor donde estábamos, entramos en un cuarto siniestro y oscuro. Las ventanas estaban cubiertas con pesadas cortinas. Había focos de bajo voltaje en unas lámparas que colgaban de la pared. Los focos tenían forma de tubos y salían de la pared misma en ángulo recto. Había un sinnúmero de objetos por todas partes; muebles pequeños con cajones, mesas y sillas antiguas; un escritorio de tapa redonda contra la pared, lleno hasta arriba de papeles, lápices, reglas y no menos de una docena de tijeras. Madame Ludmila me hizo sentar sobre una butaca vieja.
-La cama en otra sala, amor -dijo apuntando al otro lado del cuarto-. Ésta es mi antisala. Aquí, dar spectácolo, calor, presto.
Se quitó la bata roja, se quitó las zapatillas con una ligera patada y abrió las puertas dobles de dos armarios que estaban el uno junto al otro contra la pared. En cada puerta interior había un espejo de cuerpo entero.
-Y alora, la música, nene -dijo Madame Ludmila, y le dio cuerda a una Vitrola que parecía nueva de lo brillosa que estaba. Puso un disco. La música era una melodía hechizante que me recordaba a una marcha de circo-. Y ahora, mi spectácolo -dijo,

y empezó a dar vueltas al compás de la melodía hechizante.
La piel del cuerpo de Madame Ludmila era tersa en su mayor parte, y extraordinariamente blanca, aunque no era joven. Era una cuarentona de años plenos y bien vividos. Tenía un poco de barriga y le colgaban sus pechos voluminosos. La piel de la cara también le colgaba en una papada. Tenía una nariz pequeña y labios rojos muy pintados. Llevaba muchísimo rímel negro. Me recordaba al prototipo de la prostituta envejecida. Sin embargo, tenía un aire de niña, un abandono y una confianza juvenil, una dulzura que me sacudía.
-Y ahora: «Figuras ante un espejo» -anunció Madame Ludmila mientras continuaba la música-. ¡Pierna, pierna, pierna! -dijo, dando una patada en el aire con una pierna y luego la otra al compás de la música.
Tenía la mano derecha encima de la cabeza como una niña que se siente insegura de hacer bien los movimientos.
-¡Vuelta, vuelta, vuelta! -dijo dando de vueltas como un trompo-. ¡Culo, culo, culo! -dijo luego, mostrándome su trasero desnudo como bailarina de cancán.
Repitió la secuencia una y otra vez hasta que la música empezó a perderse al acabársele la cuerda a la Vitrola. Tuve la sensación de que Madame Ludmila iba dando vueltas a la distancia, volviéndose más y más pequeña a medida que la música se perdía. Una desesperanza y una soledad cuya existencia no conocía en mí, salió a la superficie desde lo más profundo de mi ser y me impulsó a levantarme y salir corriendo del cuarto; a bajar las escaleras como un loco, a salir corriendo del edificio, a la calle.
Eddie estaba de pie junto a la puerta, conversando con los dos hombres de trajes azulclaro brillosos. Al verme correr así, empezó a reírse estrepitosamente.
-Dime, muchacho, ¿no te pareció una bomba? -dijo, todavía aparentando ser americano-. «Figuras ante un espejo es sólo excitación, preparar...» ¡Qué cosa! ¡Qué cosa!
La primera vez que le mencioné la historia a don Juan, le había dicho que me había afectado profundamente la melodía hechizante y la vieja prostituta dando vueltas torpemente al compás de la música. Y que también me había afectado darme cuenta de cuán insensible era mi amigo.
Cuando terminé de recontar mi historia a don Juan, sentados allí en las colinas de la cordillera de Sonora, estaba temblando, misteriosamente afectado por algo indefinido.
-Esa historia -dijo don Juan- debe estar en tu álbum de sucesos memorables. Tu amigo, sin tener ninguna idea de lo que estaba haciendo, te dio, como él mismo dijo, algo que te va a durar toda una vida.
-Yo la veo simplemente como una historia triste, don Juan, pero eso es todo -declaré.
-Cierto, es una historia triste, igual que tus otras historias -contestó don Juan-, pero lo que la hace diferente y memorable es que nos afecta a cada uno de nosotros como seres humanos, no sólo a ti, como en tus otros cuentos. ¿No ves? Como Madame Ludmila, cada uno de nosotros, joven o viejo, de una manera u otra, está haciendo figuras ante un espejo. Haz cuenta de lo que sabes de la gente. Piensa en cualquier ser humano sobre esta tierra, y sabrás sin duda alguna, que no importa quién sea, o lo que piensen de ellos mismos, o lo que hagan, el resultado de sus acciones es siempre el mismo: insensatas figuras ante un espejo.

UN TEMBLOR EN EL AIRE

UN VIAJE DE PODER

Cuando conocí a don Juan, yo era un estudiante de antropología bastante dedicado, y quería dar principio a mi carrera como antropólogo profesional publicando lo más posible. Estaba decidido a ascender los grados académicos, y según mis cálculos, había determinado que el primer paso era coleccionar material sobre los usos de las

plantas medicinales de los indios del suroeste de los Estados Unidos.
Primero, le pedí consejos sobre mi proyecto a un profesor de antropología que había trabajado en ese campo. Era un etnólogo de fama que había publicado extensamente durante los años treinta y cuarenta sobre los indios de California, del suroeste y de Sonora, México. Escuchó con paciencia mi exposición. Mi idea era escribir un trabajo, «Datos Etnobotánicos», y publicarlo en una revista que se enfocaba exclusivamente en temas antropológicos del suroeste de los Estados Unidos.
Me proponía coleccionar plantas medicinales, llevar los especímenes al jardín Botánico de UCLA para que fueran identificados y luego describir por qué y cómo los utilizaban los indios del suroeste. Me veía coleccionando miles de especímenes. Hasta me vi publicando una pequeña enciclopedia sobre el tema.
El profesor se sonrió y me miró con una expresión de perdón.
-No quiero disminuir tu entusiasmo -me dijo en una voz cansada-. Pero no puedo más que hacer un comentario negativo acerca de tu anhelo. El anhelo es bienvenido en el campo de la antropología, pero tiene que estar correctamente canalizado. Estamos todavía en la edad de oro de la antropología. Fue mi suerte estudiar con Alfred Króber y Robert Lowie, dos gigantes de las ciencias sociales. No he traicionado su confianza. La antropología es todavía la disciplina madre. Todas las otras disciplinas deben brotar de la antropología. El campo entero de la historia, por ejemplo debería llamarse «Antropología Histórica», y el campo de la filosofía debería ser «Antropología Filosófica». El hombre debe ser la medida de todo. Como consecuencia, la antropología, el estudio del hombre, debe ser el corazón de cada una de las otras disciplinas. Algún día lo será.
Lo miré, confuso. Él era, pensé, un viejo profesor benévolo, totalmente pasivo, que recientemente había sufrido un ataque cardíaco. Parecía que había yo tocado una fibra de pasión en él.
-¿No cree que debe prestarle mayor atención a sus estudios formales? -continuó-. En vez de hacer trabajo de campo, ¿no sería mejor que estudiara lingüística? Tenemos en el departamento a uno de los lingüistas más conocidos del mundo. Si yo fuera usted, estaría a sus pies, absorbiendo cualquier cosa que pudiera de él.
-También tenemos una autoridad de primera en religiones comparativas. Y hay unos antropólogos aquí que han hecho trabajo estupendo sobre sistemas de parentesco en las culturas del mundo, desde el punto de vista de la lingüística y desde el punto de vista de la cognición. Necesita usted mucha preparación. Pensar en hacer trabajo de campo a estas alturas es un insulto. ¡A los libros, joven! Eso es lo que aconsejo.
Tercamente, llevé mi propuesta a otro profesor, uno más joven. Pero no me dio más ayuda que el primero. Se rió de mí abiertamente. Me dijo que el trabajo que quería escribir era un trabajo del nivel del Ratón Mickey y que de ninguna manera era antropología.
-Hoy día -dijo afectando un aire profesorial-, los antropólogos se ocupan de asuntos que son vigentes. Los médicos y farmacéuticos han investigado interminablemente todas las plantas medicinales del mundo. Ya no hay nada que hacer allí. La colección de datos que sugieres pertenece a principios del siglo pasado. Ya van doscientos años. ¿Te das cuenta de que existe algo que se llama progreso?
Continuó, dándome una definición y justificación para el progreso y la perfectibilidad como dos temas de discurso filosófico, que según él, eran muy vigentes en la antropología.
-La antropología es la única disciplina que existe -continuó-, que claramente puede dar sustancia al concepto del progreso y de la perfectibilidad. A Dios gracias, existe todavía un rayo de esperanza a pesar del cinismo de nuestro tiempo. Sólo la antropología puede demostrar el verdadero desarrollo de la cultura y de la organización social. Sólo los antropólogos pueden

demostrar a la humanidad, sin dejar duda alguna, el progreso del conocimiento humano. La cultura sufre cambios y sólo los antropólogos pueden presentar muestras de sociedades que caben dentro de claros cuchitriles en la línea del progreso y la perfectibilidad. ¡Eso es antropología! No una babosada de trabajo de campo, que no viene siendo trabajo de campo, sino sencillamente, una masturbación.

Eso fue un golpe a la cabeza para mí. Como último recurso, me fui a Arizona para hablar con antropólogos que estaban realmente haciendo trabajo de campo allí. Para entonces, estaba ya listo a abandonar la idea. Comprendía lo que los dos profesores querían decirme. Y no podría haber estado yo más de acuerdo. Mis intentos de hacer trabajo de campo eran de lo más burdos. Pero yo quería hacer algo, no simplemente ser rata de biblioteca.

En Arizona, conocí a un antropólogo muy experimentado en el trabajo de campo, que había escrito muchísimo, tanto sobre los yaquis de Arizona como también los de Sonora, México. Era extremadamente simpático. No se burló de mí ni me dio consejos. Sólo hizo el comentario de que las sociedades indígenas del suroeste eran muy aisladas y que aquellos indios desconfiaban de los extranjeros y hasta los aborrecían, sobre todo aquellos de origen hispano.

Uno de sus colegas de menos edad fue más abierto. Dijo que me valdría más leer los libros de los herbalistas. Era una autoridad en este tema y, según él, lo que había que explorar sobre las plantas medicinales del suroeste ya se había clasificado y presentado en varias publicaciones. Hasta llegó a decir que las fuentes de los curanderos indígenas del momento eran precisamente esas publicaciones, porque había desaparecido el conocimiento tradicional. Terminó por decir que si por casualidad existían aún prácticas tradicionales de curación, los indios no se las iban a divulgar a un extranjero.

-Dedícate a algo que valga la pena -me aconsejó-. Investiga la antropología urbana. Hay mucho dinero en los estudios sobre el alcoholismo entre los indios en las grandes ciudades, por ejemplo. Vaya, eso es algo a lo que se puede dedicar cualquier antropólogo con facilidad. Ve y emborráchate con algunos indios en un bar. Entonces haces estadísticas de lo que te digan. Convierte todo en números. Eso, la antropología urbana, ésa sí es una disciplina que vale la pena.

No me quedaba otra opción que aceptar los consejos de estos experimentados y conocidos científicos sociales. Decidí volar de nuevo a Los Ángeles, pero otro antropólogo amigo mío me comentó que iba a viajar en coche por Arizona y Nuevo México, visitando todos los lugares donde había trabajado anteriormente, y así renovando sus relaciones con las personas que le habían servido de informantes antropológicos.

-Eres más que bienvenido, si quieres acompañarme -dijo-. No voy a trabajar. Voy a visitarlos, tomar unas copas con ellos, hablar barbaridades. Les compré regalos: mantas, bebidas, chaquetas, munición para sus rifles de calibre veintidós. Mi coche está repleto de maravillas. Por lo general manejo sola cuando voy a verlos, pero siempre corro el riesgo de dormirme. Tú puedes hacerme compañía, mantenerme despierto, y manejar un poco si me emborracho.

Me sentía tan desdichado que le dije que no.

-Lo siento, Bill -dije-. Este viaje no tiene sentido para mí. No veo la razón para seguir con la idea de hacer trabajo de campo.

-No te rindas tan fácilmente -me dijo Bill en tono paternal-. Entrégate a la lucha y, si te vence, entonces déjalo, pero no así tan apaciguadamente. Ven conmigo a ver si te gusta el suroeste.

Rodeó mis hombros con su brazo. No pude menos que notar cuán inmenso y pesado era su brazo. Era alto y fornido, pero en los últimos años su cuerpo se había vuelto rígido. Había perdido su aire de niño grande. Su cara redonda ya no estaba llena, joven como lo había estado. Ahora parecía

preocupado. Creía que se preocupaba porque estaba perdiendo el cabello, pero por momentos me parecía algo más. Y no era que estuviera más gordo; su cuerpo tenía una pesadez que era imposible explicar. Lo noté en su manera de andar, de levantarse, de sentarse. Parecía que Bill luchaba contra la gravedad con cada fibra de su ser, en todo lo que hacía.

Sin prestar atención a mis sentimientos de derrota, emprendí el viaje con él. Visitamos cada lugar donde había indios en Arizona y Nuevo México. Uno de los resultados finales de este viaje fue que descubrí que mi amigo antropólogo poseía dos facetas definidas. Me explicó que sus opiniones como antropólogo profesional eran muy mesuradas y congruentes con el pensamiento antropológico del momento, pero en lo personal, su trabajo de campo antropológico le había presentado experiencias de gran riqueza de las que nunca hablaba. Estas experiencias no eran congruentes con el pensamiento antropológico del momento porque eran sucesos imposibles de catalogar.

Durante el curso de nuestro viaje, invariablemente iba a tomar unos tragos con sus exinformantes, luego de lo cual se sentía muy relajado. Entonces yo tomaba el volante y manejaba, mientras él iba de pasajero sorbiendo de su botella de un Ballantine's añejo de treinta años. Era entonces cuando Bill hablaba de los sucesos que eran imposibles de catalogar.

-Nunca creí en los fantasmas -dijo un día abruptameme-. Nunca me metí en eso de apariciones y esencias flotantes, voces en la oscuridad, ya sabes. Mi crianza fue muy pragmática, muy seria. La ciencia siempre ha sido mi brújula. Pero, trabajando en el campo, toda clase de mierda rara empezó a filtrarse hacia mí. Por ejemplo, una noche acompañé a unos indios en una búsqueda visionaria. Hasta iban a iniciarme penetrando los músculos de mi pecho, algo así de doloroso. Estaban preparando un temascal en el bosque. Me había resignado a someterme al dolor. Hasta me eché unos tragos para fortalecerme. Y entonces, el hombre que iba a servirme de intercesor con la gente que en realidad estaba encargada del rito, dio un grito de horror y señaló con el dedo a una oscura figura misteriosa que venía hacia nosotros.

»Cuando esta figura misteriosa se me acercó -siguió Bill-, vi que era un indio anciano vestido de la manera más estrafalaria que te puedas imaginar. Traía las vestimentas de los chamanes. El hombre que me acompañaba esa noche se desmayó desvergonzadamente al ver al anciano. El viejo se me acercó y me apuntó al pecho con el dedo. El dedo no era más que pellejo y hueso. Me balbuceó algo incomprensible. Ya a estas alturas, los demás habían visto al anciano y comenzaron a acercarse. Él se volvió hacia ellos y se quedaron paralizados, estupefactos. Los regañó por un momento. Su voz era inolvidable. Era como si hablara desde un tubo, o como si tuviera algo atado a la boca que le sacaba las palabras. Te juro que vi a aquel hombre hablando desde adentro de su cuerpo, y la boca emitía las palabras como si fuera un aparato mecánico. Después de regañar a los hombres, el anciano continuó caminando delante de mí, delante de ellos y desapareció en una oscuridad que se lo tragó.

Bill explicó que el plan de hacer el rito de iniciación se deshizo, nunca se realizó; y los hombres, incluyendo el chamán que era el líder, se sacudían de terror. Dijo que estaban tan aterrados que el grupo se deshizo y todos se fueron.

-Gente que llevaba años de amistad -siguió-, nunca se volvió a hablar. Juraban que lo que habían visto era la aparición de un chamán increíblemente anciano y que les traería mala suerte si lo comentaban entre sí. De hecho, dijeron que el mero acto de mirarse uno al otro les traería mala suerte. La mayoría se fue del lugar.

-¿Por qué sentían que el hablarse o verse les iba a traer mala suerte? -le pregunté.

-Ésas son sus creencias -contestó-. Una visión de esa naturaleza la interpretan como si la aparición les hubiera hablado a cada uno individualmente. Tener tal visión es para ellos la suerte de toda una vida.

-¿Y qué es la cosa individual que les dijo la visión? -pregunté.
-Ni idea -contestó-. Nunca me explicaron nada. Cada vez que les preguntaba se quedaban profundamente entumecidos. No habían visto nada, no habían escuchado nada. Años después de lo ocurrido, el hombre que se desmayó junto a mí, me juró haber fingido el desmayo porque estaba tan asustado que no quería enfrentarse al anciano, y que lo que le había dicho se comprendía a un nivel distinto al del lenguaje. Bill dijo que, en su caso, lo que la aparición le había pronunciado él lo entendió como algo que tenía que ver con su salud y sus expectativas en la vida.
-¿Qué quieres decir con eso? -le pregunté.
-Las cosas no me van del todo bien -confesó-; mi cuerpo no se siente bien.
-¿Pero sabes lo que realmente tienes? -le pregunté.
-Oh, claro -dijo con indiferencia-. Me lo han dicho los médicos. Pero no me voy a preocupar ni voy a pensar en ello.
Las revelaciones de Bill me dejaron muy inquieto. Ésta era una faceta de su persona que no conocía. Siempre lo había considerado fuerte como un roble. Nunca lo había concebido como alguien vulnerable. No me cayó bien la conversación. Era, sin embargo, demasiado tarde para arrepentirme. Nuestro viaje continuó.
En otra ocasión, me dijo en confianza que los chamanes del suroeste eran capaces de transformarse en distintas entidades y que los esquemas categóricos de «chamán oso» o «chamán gato montés» no debían ser interpretados como eufemismos o metáforas porque no lo eran.
-¿Puedes creer -me dijo en tono de gran admiración- que de veras hay algunos chamanes que se vuelven osos, o gatos monteses o águilas? No exagero y no estoy inventando nada, cuando digo que una vez fui testigo de la transformación de un chamán que se llamaba «Hombre del río» o «Chamán del río» o «Procede del río, Regresa al río». Andaba por las montañas de Nuevo México con este chamán. Le iba yo haciendo de chofer; él me tenía confianza y me dijo que iba en busca de su origen. Caminábamos por la ribera de un río cuando de pronto se agitó. Me dijo que me fuera a unas rocas altas y que me escondiera allí; que me cubriera la cabeza y la espalda con una manta, y que me asomara para no perderme lo que iba a hacer.
-¿Qué iba a hacer? -pregunté, incapaz de contenerme.
-Yo no sabía -me dijo-. Tus conjeturas hubieran sido tan buenas como las mías. No tenía manera de concebir lo que iba a hacer. Se metió al agua completamente vestido. Cuando el agua le llegó a media pantorrilla, porque era un río ancho pero poco profundo, el chamán desapareció, se desvaneció. Antes de entrar en el agua, me dijo al oído que debería irme corriente abajo y esperarlo allí. Me señaló el lugar exacto. Claro que yo no le creí ni una palabra, así es que al principio ni me acordaba dónde debía esperarlo, pero encontré el lugar y lo vi salir del agua. Qué ridículo decir «salir del agua». Vi al chamán volverse agua y luego re-hacerse del agua. ¿Puedes creerlo?
No tenía ningún comentario. Era imposible creerle, pero tampoco podía desconfiar de él. Era un hombre muy serio. La única explicación posible era que al continuar con nuestro viaje, bebía más y más. Tenía en la cajuela del coche veinticuatro botellas de whisky escocés para él solo. Bebía como una esponja.
-Siempre he sido parcial a las mutaciones esotéricas de los chamanes -me dijo en otra ocasión-. No es que pueda explicar las mutaciones, o ni siquiera creer que ocurren, pero como ejercicio intelectual, estoy muy interesado en considerar que las mutaciones en culebra o gatos monteses no son tan difíciles como lo que hizo el chamán del agua. Es durante tales momentos cuando uso mi intelecto de manera tal que dejo de ser antropólogo, y empiezo a reaccionar como resultado de algo visceral. Mi sensación visceral es que esos chamanes hacen algo que no puede ser medido de manera científica ni discutido inteligentemente.

-Hay, por ejemplo, chamanes de nubes que se vuelven nubes, vapor. Nunca he visto que esto ocurra, pero conocí a un chamán de nube. Nunca lo vi desaparecer o volverse vapor delante de mis ojos como vi al otro chamán volverse agua. Pero una vez, corrí detrás del chamán de nube, y simplemente se desvaneció en un lugar en el que no había dónde esconderse. No podía explicar dónde se había ido. No había ni rocas ni vegetación donde pudiera haber ido. Llegué menos de un minuto después que él, y ya no estaba.

»Anduve tras él por todas partes pidiéndole información -continuó Bill-. Ni una palabra. Era muy amable, pero nada más.

Bill me contó otras historias acerca de los conflictos y las divisiones políticas entre los indios en las distintas reservas, o historias de vendettas personales, enemistades, amistades, etc., etc., que no me interesaron para nada. En cambio, sus historias acerca de las mutaciones y apariciones de los chamanes me habían, en verdad, conmovido mucho. Estaba a la vez fascinado y consternado. Pero al tratar de pensar por qué estaba fascinado o consternado, no podía explicarlo. Todo lo que hubiera dicho era que sus historias acerca de los chamanes me dieron un golpe a un nivel desconocido y visceral.

Otra realización que pude verificar durante este viaje fue que el mundo social indígena del suroeste estaba verdaderamente vedado a los de afuera. Pude aceptar finalmente que necesitaba mucha preparación en la ciencia de la antropología y que eso era más factible que hacer trabajo de campo en un área en que no tenía ni conocimiento ni entrada.

Al terminar el viaje, Bill me llevó a la estación de autobuses Greyhound en Nogales, Arizona, para mi viaje de regreso a Los Ángeles. Mientras estábamos sentados en la sala de espera antes de que llegara el autobús, me consoló de manera paternal, recordándome que las derrotas eran de esperarse en el campo de la antropología y que nos daban mayor propósito o madurez como antropólogos.

De pronto se inclinó y con un ligero gesto de la barbilla me indicó que mirara hacia el otro lado de la sala.

-Creo que ese viejo sentado en la banca junto al rincón es el mismo del que te hablé -me dijo al oído-. No estoy del todo seguro, porque sólo lo vi frente a frente una vez. Cuando te hablaba de los chamanes y de sus transformaciones, te dije que una vez había conocido a un chamán de nube.

-Sí, sí, claro que me acuerdo -le dije-. ¿Es ese hombre el chamán de nube?

-No -dijo enfáticamente-. Pero creo que es compañero o maestro suyo. Los vi a los dos a la distancia hace muchos años.

Sí recordaba que Bill había mencionado muy de paso, pero no en relación al chamán de nube, que sabía de la existencia de un anciano misterioso que era chamán jubilado, un indio viejo misántropo de Yuma, que una vez había sido un chamán aterrador. La relación entre el chamán de nube y el anciano nunca había sido expresada por mi amigo, pero evidentemente, estaba fresca en la mente de Bill a tal extremo, que creía habérmela relatado.

Una ansiedad extrema me sobrevino y salté de mi asiento. Como si no tuviera voluntad propia, me acerqué al anciano, y le solté una perorata sobre mi conocimiento de las plantas medicinales y del chamanismo entre los indios americanos del llano y sus antepasados siberianos. Como tema secundario, le comenté al anciano que sabía que era chamán. Terminé asegurándole que sería muy beneficioso para él si hablaba largamente conmigo.

-Aunque sólo sea -dije con petulancia-, podríamos hacer intercambios de historias. Usted me cuenta las suyas y yo correspondo con las mías.

El anciano mantuvo la vista baja hasta el último momento. Entonces me escudriñó.

-Yo soy Juan Matus -me dijo mirándome directamente a los ojos.

Mi perorata no debería haber terminado allí de ninguna manera, pero por ninguna razón en la que pudiera pensar, sentí que ya no había nada más que decir. Quería decirle mi nombre. Levantó la mano a la

altura de mis labios, como para prevenírmelo.
En ese instante llegó un autobús a la parada. El anciano murmuró que era el autobús que esperaba y, muy sinceramente, me dijo que lo buscara para conversar con mayor libertad e intercambiar historias. Había una pequeña sonrisa irónica en su boca al decir esto. Con una agilidad increíble para un hombre de su edad (le hacía unos ochenta años), cubrió en unos cuantos pasos los cuarenta metros que había entre la banca donde había estado sentado y la puerta del autobús. Como si el autobús hubiera parado sólo para recogerlo, partió en cuanto él saltó al interior y la puerta se había cerrado.
Después de que se fue, regresé a la banca donde Bill permanecía sentado.
-¿Qué te dijo, qué te dijo?-me preguntó muy agitado.
-Me sugirió que lo buscara y que fuera a visitarlo a su casa -contesté-. Hasta me dijo que allí podíamos conversar.
-Pero, ¿qué le dijiste para conseguir que te invitara a su casa? -me exigió.
Le dije a Bill que había utilizado mi mejor arte de vendedor y que le había prometido revelarle todo lo que sabía yo desde el punto de vista de mis lecturas, sobre las plantas medicinales.
Bill, evidentemente, no me creyó. Me acusó de mentirle.
-Conozco a la gente del lugar -dijo agresivamente-, y ese viejo es un pedo muy estrafalario. No habla con nadie, ni siquiera con los indios. ¿Por qué se dispone a hablar contigo, un total desconocido? ¡Ni siquiera tienes gracia!
Era muy evidente que Bill se había enfadado conmigo. Yo no entendía por qué. No me atrevía a pedirle una explicación. Me daba la impresión de que estaba un poco celoso. Quizá pensaba que yo había logrado lo que él no había podido. Sin embargo, mi éxito había pasado tan inadvertido para mí que no tenía ningún significado. Aparte de lo que me había dicho Bill, yo no tenía ningún concepto de lo difícil que era acercarse al anciano, y no me importaba un pío. En aquel momento, no le vi nada extraordinario a nuestro intercambio de palabras. Me asombraba que Bill se hubiera enfadado tanto.
-¿Sabes dónde vive? -le pregunté.
-No tengo la menor idea -respondió en tono cortante-. He oído decir que no vive en ninguna parte, que simplemente aparece aquí y allá inesperadamente, cagadas de esa índole. Lo más probable es que viva en una choza por Nogales, México.
-¿Por qué es el viejo tan importante? -le pregunté-. Mi pregunta me dio el valor para añadir-: Pareces estar enfadado porque me habló. ¿Por qué?
Sin más ni más, me admitió que estaba disgustado porque sabía lo inútil que era tratar de hablar con el viejo.
-Ese viejo es un malcriado sin par -añadió-. Lo mejor que puedes esperar es que se te quede mirando sin decirte una palabra cuando le hablas. Otras veces, ni te mira; es como si no existieras. La única vez que intenté hablar con él, me dejó con la palabra en la boca. ¿Sabes lo que me dijo? «Si yo fuera usted, no gastaría mi energía abriendo la boca. Consérvela. La necesita». Si no fuera un pedo tan viejo, le hubiera dado una en la nariz.
Le indiqué a Bill que eso de «viejo» era más bien una figura retórica que una descripción real. En realidad, no parecía ser tan viejo, aunque definitivamente lo era. Tenía tremendo vigor y agilidad. Sentí que le habría ido muy mal a Bill si hubiera intentado darle un moquete en la nariz. El viejo indio estaba muy poderoso. De hecho, daba miedo.
No le di voz a mis pensamientos. Dejé que Bill siguiera relatándome su disgusto con las groserías del viejo, y cómo lo hubiera tratado si no fuera que el viejo estaba tan débil.
-¿Quién crees que puede informarme dónde vive? -le pregunté.
-A lo mejor alguien en Yuma -respondió ya más tranquilo-. Quizá la gente que te presenté al principio del viaje. No pierdes nada en preguntarles. Diles que te mandé yo.
En seguida cambié mis planes y en vez

de regresar a Los Ángeles, me fui directamente a Yuma, Arizona. Busqué a las personas que me había presentado Bill. No sabían dónde vivía el anciano, pero los comentarios que hicieron sobre él me despertaron aún más mi curiosidad. Dijeron que no era de Yuma, sino de Sonora, México, y que en su juventud había sido un chamán temible que hacía magia y hechizaba a la gente, pero que la edad lo había templado y que se había vuelto un ermitaño asceta. Comentaron que aunque era yaqui, en un momento andaba con un grupo de mexicanos que según se decía, sabían mucho acerca de la práctica del hechizo. Estaban todos de acuerdo en que no habían visto a ese hombre durante muchos años.

Uno de ellos añadió que aunque el viejo era contemporáneo de su abuelo, mientras que su abuelo estaba senil y guardaba cama, el brujo parecía tener más vigor que nunca. El mismo hombre me refirió con una gente de Hermosillo, la capital de Sonora, que podía conocer al viejo y contarme más acerca de él. La idea de ir a México no me agradaba nada. Sonora estaba demasiado lejos de la región que me interesaba. Además, razoné que sería mejor dedicarme a la antropología urbana, y regresé a Los Ángeles. Pero antes de partir, escudriñé todos los contornos de Yuma, buscando información sobre el viejo. Nadie sabía nada de él.

Ya en camino en el autobús, sentí algo extraño. Por un lado, me sentí curado del todo de mi obsesión con la idea del trabajo de campo o mi interés en el viejo. Por otro lado, sentía una rara nostalgia. Era, con toda sinceridad, algo que nunca había experimentado. Su novedad me conmovió profundamente. Era una mezcla de ansiedad y anhelo, como si me estuviera perdiendo algo de tremenda importancia. Tuve la clara sensación al acercarme a Los Ángeles, de que lo que había actuado sobre mí en Yuma empezaba a desvanecerse con la distancia; pero ese desvanecimiento sólo incrementaba mi injustificado anhelo.

EL INTENTO DEL INFINITO

-Quiero que pienses muy deliberadamente acerca de cada detalle de lo sucedido entre tú y esos dos hombres, Jorge Campos y Lucas Coronado -me dijo don Juan-, los que en verdad te entregaron a mí, y que luego me cuentes todo.

Encontré su pedido muy difícil de cumplir, y sin embargo disfrutaba recordando todo lo que esos dos me habían dicho. Él quería todos los detalles posibles, algo que me forzaba a ejercitar mi memoria hasta el límite.

La historia que don Juan quería que recordara empezó en la ciudad de Guaymas, en Sonora, México. En Yuma, Arizona, me habían sido facilitados los nombres y las direcciones de algunas personas que, según me habían dicho, podrían aclarar algo del misterio que rodeaba al viejo que había conocido en la estación de autobuses. La gente que fui a ver no solamente no conocía a ningún chamán jubilado, sino dudaba de que tal hombre existiera. Estaban hasta los topes de cuentos aterradores de los chamanes yaquis y del ánimo agresivo de los yaquis. Insinuaron que en Vicam, un pueblo de estación de ferrocarril entre las ciudades de Guaymas y Ciudad Obregón, posiblemente encontraría alguien que pudiera señalarme la dirección correcta.

-¿Hay alguien en particular que debo buscar? -pregunté.

-Lo mejor sería hablar con un inspector de campo del banco oficial del gobierno -sugirió uno de los hombres-. El banco tiene muchos. Conocen bien a todos los indios de estos contornos porque el banco es la institución del gobierno que les compra las cosechas, y todos los yaquis son granjeros, propietarios de una parcela de tierra que pueden reclamar como suya con tal de que la cultiven.

-¿Conoce a alguno de los inspectores? -pregunté.

Se miraron uno al otro y me dieron una sonrisa de disculpa. No conocían a nadie, pero aconsejaban que me acercara a uno

de ellos y le explicara lo que andaba buscando.
En la estación de Vicam, mi tentativa de establecer contacto con uno de los inspectores de campo del gobierno fue un desastre total. Conocí a tres y cuando les dije lo que quería, cada uno de ellos me miró con un aire de desconfianza. De inmediato, sospecharon que era yo un espía enviado por los yanquis para causarles problemas que no podían claramente definir, pero acerca de los cuales hicieron alocadas especulaciones, desde la agitación política hasta el espionaje industrial. Era la creencia de todos, sin base ninguna desde luego, que había depósitos de cobre en las tierras de los yaquis y que los yanquis querían apoderarse de ellos.
Después de esta resonante derrota, me refugié en la ciudad de Guaymas, llegando a un hotel muy cerca de un fabuloso restaurante. Iba allí tres veces al día. La comida era estupenda. Me encantó tanto que me quedé en Guaymas por más de una semana. Casi vivía en el restaurante, y de esa manera llegué a tener mucho trato con el dueño, el señor Reyes.
Una tarde, mientras almorzaba, vino el señor Reyes a mi mesa con otro hombre a quien me presentó como Jorge Campos, yaqui de raza pura, un empresario-intermediario que había vivido en Arizona de joven; me dijo que hablaba inglés perfectamente y que era más americano que cualquier americano. El señor Reyes lo elogió como un hombre excepcional, un verdadero ejemplo de lo que el trabajo y la dedicación pueden lograr.
El señor Reyes se retiró y Jorge Campos se sentó a mi lado, inmediatamente haciéndose cargo de todo. Fingió ser modesto, negando cualquier alabanza, pero era evidente que estaba en el cielo con lo que el señor Reyes había dicho de él.
A primera vista tuve la clara impresión de que Jorge Campos era un hombre de empresa de esos que uno encuentra en un bar o en las esquinas concurridas de las calles mayores, tratando de vender una idea o simplemente tratando de encontrar el medio de convencer a alguien de que le dé sus ahorros.
El señor Campos era muy bien parecido, medía alrededor de un metro ochenta de estatura y era delgado pero con una barriga alta, como la de un bebedor habitual de alcohol. Era muy moreno, un tanto verduzco, y llevaba blue jeans caros y botas de vaquero muy brillosas, puntiagudas y con talones de ángulo, como si necesitara enterrarlos en el suelo para no ser arrastrado por un buey enlazado.
Llevaba una camisa de cuadritos, gris e impecablemente planchada; en el bolsillo derecho tenía un protector de plástico en el que guardaba una fila de bolígrafos. Había visto el mismo protector entre trabajadores de oficina que no querían mancharse la bolsa de la camisa de tinta. Su traje también incluía una chaqueta de gamuza, color rojizo y de flecos, que parecía ser cara, y un sombrero de vaquero. Su cara redonda era inexpresiva. No tenía arrugas aunque parecía tener unos cincuenta años. Por alguna razón desconocida, sentía que era peligroso.
-Encantado de conocerlo, señor Campos -le dije en español, dándole la mano.
-Dejémonos de formalidades -me respondió también en español, apretándome la mano vigorosamente-. Me gusta tratar a la gente joven como iguales, a pesar de la diferencia en edad. Llámeme Jorge.
Se calló por un momento, indudablemente midiendo mi reacción. Yo no sabía qué decir. Ciertamente no quería llevarle la corriente, pero tampoco quería tomarlo en serio.
-Tengo curiosidad de saber qué hace en Guaymas -me dijo como al descuido-. No parece ser turista, y no creo que le interese la pesca de alta mar.
-Soy estudiante de antropología -le dije-. Y quiero establecer mis credenciales con los indios locales para poder hacer una investigación de campo.
-Y yo soy hombre de negocios -me dijo-. Mi negocio es facilitar información, ser el intermediario. Usted necesita algo, yo se lo consigo. Cobro por mis servicios. Sin em-

bargo, están garantizados. Si no está satisfecho, no tiene que pagarme.
-Si su negocio es facilitar información -le dije-, con gusto le pagaré lo que pida.
-Ah -exclamó-, seguramente necesita un guía, alguien con más educación que la mayoría de los indios de por aquí. ¿Tiene una beca del gobierno norteamericano o de alguna otra institución?
-Sí -mentí-. Tengo una beca de la Fundación Esotérica de Los Ángeles.
Al decir eso, de veras le vi una ráfaga de codicia en los ojos.
-¡Ah! -volvió a exclamar-. ¿Qué tan grande es esa institución?
-Bastante grande -dije.
-¡Bueno! ¿De veras? -dijo como si mis palabras fueran la explicación que deseaba oír-. Y si me permite, ¿de cuánto es su beca? ¿Cuánto dinero le otorgaron?
-Unos cuantos miles de dólares para hacer el trabajo de campo preliminar -mentí de nuevo, para ver lo que decía.
-¡Ah! Me gusta la gente directa -dijo saboreando sus palabras-. Estoy seguro de que usted y yo vamos a llegar a un acuerdo. Yo le ofrezco mis servicios como guía y como llave que va a abrir muchas puertas secretas entre los yaquis. Como puede ver por mi apariencia, soy un hombre de gusto y de medios.
-Oh sí, por supuesto, se ve que es usted un hombre de gusto -le aseguré.
-Lo que le estoy diciendo -me dijo-, es que por un precio modesto, que va a encontrar muy razonable, yo voy a llevarlo con la gente debida a quien podrá hacer las preguntas que quiera. Y por un poquito más, le voy a traducir lo que le digan, palabra por palabra, al español o al inglés. También hablo francés y alemán, pero no creo que esas lenguas le interesen.
-Tiene mucha razón, muchísima razón -dije-. Esas lenguas no me interesan en lo más mínimo. ¿Pero cuáles son sus honorarios?
-¡Ah! Mis honorarios -dijo, y sacó un cuaderno cubierto de piel del bolsillo del pantalón y lo abrió delante de mi cara; hizo unos garabatos rápidos, lo cerró nuevamente y lo volvió a meter al bolsillo con precisión y rapidez. Estaba seguro de que quería darme la impresión de ser eficaz y rápido en la cálculo de cifras-. Le voy a cobrar cincuenta dólares al día -dijo-, con transporte incluido, pero le cobro mis comidas aparte. Lo que quiero decir es que cuando usted come también como yo. ¿Qué dice?
En ese momento, se inclinó sobre mí y casi susurrando, dijo que debiéramos cambiar al inglés porque no quería que otros se enteraran de nuestros tratos. Empezó a hablarme en algo que para nada era inglés. Yo estaba perdido. No sabía cómo responder. Empecé a sentirme nervioso mientras él farfullaba de la manera más natural. No estaba nada perturbado. Gesticulaba, moviendo la manos de manera muy animada y haciendo señas con el dedo como si estuviera dándome instrucciones. No tenía la impresión de que me hablaba en lenguas desconocidas; más bien pensé que estaba hablando en yaqui.
Cuando pasaron algunas personas por la mesa y nos miraron, yo asentí con la cabeza y le dije a Jorge Campos: «Sí, sí, claro». En un momento le dije: «Dígalo de nuevo», y me pareció tan ocurrente que me eché una carcajada. Él también se rió como si hubiera dicho lo más ocurrente posible.
Debe de haber notado que yo estaba casi perdiendo los estribos, y antes de que me levantara para decirle que se hiciera humo, empezó de nuevo a hablar en español.
-No quiero cansarlo con mis ridículas observaciones -dijo-. Pero si voy a servirle de guía, vamos a pasar largas horas charlando. Le estaba haciendo una prueba hace un momento, para tener idea de que tan buen conversador es usted. Si voy a andar con usted en coche, necesito alguien que sea buen iniciador y buen receptor. Veo que usted es ambas cosas.
Entonces se levantó, me dio la mano y se fue. Como por seña convenida, el dueño se acercó a mi mesa, sonriendo y moviendo la cabeza de lado a lado como un pequeño oso.

-¿Verdad que es un tipo fabuloso? -me preguntó.
No quise comprometerme con una opinión, y el señor Reyes espontáneamente dijo que Jorge Campos andaba en aquel momento como intermediario en unos trámites muy delicados y de gran provecho. Dijo que unas empresas mineras de los Estados Unidos estaban interesadas en los depósitos de hierro y cobre que pertenecían a los yaquis, y que Jorge Campos estaba involucrado y en espera de recibir un pago de cinco millones de dólares. Supe entonces que Jorge Campos era un estafador. No existían depósitos de cobre o hierro en las tierras yaquis. Si hubiera habido algo, las empresas privadas ya les hubieran quitado las tierras a los yaquis y los hubieran movido a otra parte.
-Fabuloso -dije-. El tipo más maravilloso que jamás he conocido. ¿Cómo puedo contactarlo de nuevo?
-No se preocupe -dijo el señor Reyes-. Jorge quería saber todo acerca de usted. Lo ha estado observando desde que llegó. Lo más probable es que le venga a tocar a la puerta hoy más tarde, o mañana.
El señor Reyes tenía razón. Unas dos horas después, alguien me despertó de mi siesta. Era Jorge Campos. Yo tenía proyectado salir de Guaymas al oscurecer y manejar toda la noche hasta California. Le expliqué que me iba y que regresaba dentro de un mes.
-¡Ah! Pero tiene que quedarse porque he decidido ser su guía -me dijo.
-Lo siento, pero tendremos que esperar porque mi tiempo es muy limitado -le repliqué.
Sabía que Jorge Campos era un embustero, pero a la vez decidí revelarle que ya tenía un informante que estaba esperando trabajar conmigo, y que lo había conocido en Arizona. Describí al anciano y dije que se llamaba Juan Matus, y que otras personas lo habían caracterizado como chamán. Jorge Campos me miró con una gran sonrisa. Le pregunté si conocía al viejo.
-Ah, claro que lo conozco -dijo jovialmente-. Se pudiera decir que somos buenos amigos. Sin esperar a que lo invitara, Jorge Campos entró en mi habitación y se sentó a la mesa justo en frente del balcón.
-¿Vive el viejo por aquí? -pregunté.
-Claro que sí -me afirmó.
-¿Me puede llevar con él?
-No veo por qué no -dijo-. Necesitaría un par de días para hacer mis indagaciones, es decir, para asegurar que anda por aquí, y luego iremos a verlo.
Sabía que me estaba mintiendo, y a la vez no lo quería creer. Hasta llegué a pensar que mi desconfianza inicial no tenía base. Tan convincente se mostraba.
-Sin embargo -continuó-, para poder ir a ver este hombre voy a tener que cobrarle un anticipo. Mi honorario va a ser de doscientos dólares.
Era más de lo que tenía a la mano. Le rehusé la oferta cortésmente y le dije que no llevaba bastante dinero.
-No quiero que piense que mi interés es puramente material -dijo con su sonrisa ganadora-, ¿pero cuánto puede gastar? Tiene que tomar en consideración qué voy a tener que pagar algunas mordidas. Los yaquis son muy guardados, pero siempre hay maneras; hay puertas que siempre se abren con una llave mágica: el dinero.
A pesar de mi recelo, estaba convencido de que Jorge Campos era no sólo mi vía de entrada al mundo yaqui, sino el medio de encontrar al viejo que me tenía tan intrigado. No quería regatear. Hasta me dio pena ofrecerle los cincuenta dólares que llevaba en el bolsillo.
-Estoy al final de mi estancia -le dije como disculpa-, así es que casi se me ha acabado el dinero. Sólo traigo cincuenta dólares.
Jorge Campos extendió sus largas piernas debajo de la mesa y cruzó los brazos detrás de la cabeza, inclinando el sombrero sobre la cara.
-Le acepto los cincuenta dólares y su reloj -me dijo desvergonzadamente-. Pero por ese dinero, lo llevo a conocer a un chamán menor. No se impaciente -me advirtió como si fuera yo a protestar-. Tenemos que subir grados por la escalera desde los de menor rango hasta el hombre mismo, que le aseguro está en la mera cima.

-¿Y cuándo podré conocer a este chamán menor? -pregunté, dándole el dinero y mi reloj.
-¡Ahora mismo! -contestó, sentándose y ávidamente tomando el dinero y el reloj-. ¡Vámonos, no hay tiempo que perder!
Nos subimos a mi coche y me dijo que me fuera hacia el pueblo de Potam, uno de los pueblos tradicionales yaquis que quedan por el Río Yaqui. En el camino, me reveló que íbamos a conocer a Lucas Coronado, un hombre conocido por sus hazañas chamánicas, sus trances chamanes y por las magníficas máscaras que hacía para los festivales de Pascua Florida yaqui.
Luego desvió la conversación al viejo y lo que dijo contradecía del todo lo que los otros me habían dicho. Mientras otros lo habían descrito como ermitaño y chamán jubilado, Jorge Campos lo describió como el curandero y brujo más famoso de la región, un hombre cuya fama lo había vuelto casi inaccesible. Hizo una pausa como un actor, y luego lanzó su golpe: me dijo que hablarle a este hombre en forma continua como lo desean los antropólogos iba a costarme por lo menos dos mil dólares.
Iba a protestar el enorme aumento de precio, pero se me adelantó.
-Por doscientos dólares, lo puedo llevar con él -dijo-. De esos doscientos dólares, gano yo unos treinta. Lo demás se va en mordidas. Pero le va a costar más hablar con él largamente. Usted mismo haga la cuenta. Tiene guardaespaldas, gente que lo protege. Tengo que ganármelos, y aparecer con el dinero necesario para ellos.
»Al terminar -continuó-, le entregaré un total con recibos y todo para sus impuestos. Y verá usted que la comisión que cobro para hacer los arreglos es mínima.
Sentí profunda admiración por él. Tenía conciencia de todo, hasta de los recibos para los impuestos. Se quedó callado por un rato como si estuviera haciendo cálculos de su ganancia mínima. Yo no tenía nada que decir. Estaba haciendo mis propios cálculos, tratando de pensar de dónde iba a sacar dos mil dólares. Hasta pensé en solicitar una beca.
-¿Pero está seguro de que este anciano me va a recibir? -pregunté.
-Claro -me aseguró-. No sólo lo va a recibir, va a practicar brujería para usted por lo que le está pagando. Entonces, usted mismo hará sus arreglos con él sobre el costo de futuras lecciones.
Jorge Campos se calló de nuevo durante un rato, escudriñándome.
-¿Cree que me pueda pagar los dos mil dólares? -me dijo con un tono de indiferencia tan marcado que de inmediato supe que era un embuste.
-Oh, claro, eso está dentro de mis posibilidades -le mentí para apaciguarlo.
No podía disimular su alegría.
-¡Vaya, qué chavo! -aclamó-. ¡Vamos a divertirnos de lo lindo!
Traté de inquirir más acerca del viejo; me paró abruptamente.
-Guarda las preguntas para el viejo mismo. Va a estar en tus manos -me dijo sonriendo.
Empezó a contarme de su vida en los Estados Unidos y de sus ambiciones de hacer negocios y para mi total asombro, ya que lo había clasificado como un farsante que no hablaba ni gota de inglés, cambió al inglés.
-¡Pero si habla inglés! -exclamé, sin pensar en disimular mi asombro.
-Claro, joven -dijo, afectando un acento tejano que mantuvo durante toda la conversación-. Le dije que lo estaba poniendo a prueba, para ver si era listo. Lo es. De hecho, es bastante listo, a mi parecer.
Su dominio del inglés era magnífico y estaba yo encantado con sus chistes y cuentos. En un abrir y cerrar de ojos, estábamos en Potam. Me dirigió a una casa en las afueras del pueblo. Nos bajamos del coche. Él caminó delante, llamando a Lucas Coronado en voz alta, en español.
Oímos una voz que venía desde el fondo de la casa, que decía, también en español: «Vengan por acá".
Había un hombre detrás de una choza, sentado en el suelo sobre la piel de una cabra. Tenía entre los pies un pedazo de madera que estaba labrando con cincel

y mazo. Al sostener el pedazo de madera rígido con la presión de los pies, había creado, por así decir, un estupendo torno de alfarero. Con los pies daba vueltas a la pieza mientras que con las manos trabajaba el cincel. Nunca había visto algo parecido. Estaba haciendo una máscara, ahuecándola con un cincel curvado. El dominio de sus pies al sostener la madera y dar la vuelta era notable.

El hombre era muy delgado; tenía una cara angular, con pómulos altos y una tez morena color cobre. La piel de la cara y del cuello parecían haberse estirado al máximo. Su bigote lacio le daba a esa cara angular una mirada malévola. Tenía una nariz aguileña de puente muy fino y unos ojos negros feroces. Sus cejas negrísimas parecían pintadas, como también su pelo negro peinado desde la frente hacia atrás. Nunca había visto una cara más hostil. La imagen que me vino a la mente al mirarlo era la de un envenenador italiano de la edad de los Médicis. Las palabras «truculento» y «saturnino» parecían ser las descripciones más acertadas al enfocar mi atención sobre la cara de Lucas Coronado. Noté que al estar sentado sobre el suelo sosteniendo el pedazo de madera entre los pies, los huesos de sus piernas eran tan largos que las rodillas estaban a la par con los hombros. Cuando nos acercamos, dejó de trabajar y se puso de pie. Era más alto que Jorge Campos y flaquísimo. Como gesto de consideración a nosotros, supongo, se puso los guaraches.

-Pasen, pasen -dijo sin sonreír.

Tuve el pensamiento de que Lucas Coronado no sabía sonreír.

-¿A qué debo el placer de esta visita? -le preguntó a Jorge Campos.

-Traigo a este joven porque quiere hacerle preguntas acerca de su arte -dijo Jorge Campos en un tono bastante condescendiente-. Le aseguré que le contestaría usted verídicamente a todas sus preguntas.

-Oh, eso no es ningún problema, ningún problema -afirmó Lucas Coronado, mirándome de arriba abajo con su mirada fría.

Cambió de idioma a lo que supuse era yaqui. Los dos, él y Jorge Campos se lanzaron a conversar animadamente por un rato. Los dos me ignoraron por completo. Luego Jorge Campos se volvió hacia mí.

-Tenemos un pequeño problema -me dijo-. Lucas acaba de informarme que está bastante ocupado porque se le vienen encima las fiestas, así es que no va a poder responder a todas sus preguntas, pero lo hará en otro momento.

-Desde luego, claro -me dijo Lucas Coronado en español-. En otro momento, por supuesto; en otro momento.

-Tenemos que acortar la visita -dijo Jorge Campos-, pero lo vuelvo a traer.

Al salir, me sentí con ganas de expresarle a Lucas Coronado mi admiración por su estupenda técnica de utilizar las manos y los pies. Me miró como si estuviera loco, abriendo los ojos con sorpresa.

-¿Nunca ha visto a alguien hacer una máscara? -me siseó entre dientes-. ¿De dónde viene? ¿De Marte?

Me sentí un imbécil. Traté de explicarle que su técnica de trabajo me era nueva. Parecía a punto de darme un golpe en la cabeza. Jorge Campos me dijo en inglés que había ofendido a Lucas Coronado con mis comentarios. Había entendido mi adulación como una burla velada a su pobreza; mis palabras eran para él un pronunciamiento irónico sobre su pobreza y su desamparo.

-¡Pero es lo opuesto! -dije-. Me parece magnífico.

-No intente decirle nada parecido -me contestó bruscamente Jorge Campos-. Esta gente está preparada a recibir y dar insultos de la manera más velada. A él le parece extraño que usted lo desprecie sin conocerlo y que se burle del hecho de que no tiene dinero para comprar un tornillo de banco para sostener su escultura.

Me sentía totalmente perdido. Lo menos que quería hacer era fastidiar mi único contacto posible. Jorge Campos parecía ser perfectamente consciente de mi confusión.

-Cómprele una de sus máscaras -me aconsejó.

Le dije que pensaba irme a Los Ángeles sin parar y que tenía justo el dinero para comprar gasolina y comida.
-Bueno, déle su chaqueta de piel -me dijo como si nada, y a la vez en tono confidencial, de ayuda-. De otra manera lo va a enojar, y todo lo que va a recordar de usted son sus insultos. Pero no le diga que sus máscaras son hermosas. Simplemente compre una.
Cuando le dije a Lucas Coronado que quería cambiarle una chaqueta de piel por una de sus máscaras, me correspondió con una sonrisa de satisfacción. Tomó la chaqueta y se la puso. Caminó hacia su casa, pero antes de entrar hizo unos giros extraños. Se arrodilló ante algo así como un altar religioso y movió sus brazos, como estrechándolos, y frotó sus manos sobre los lados de la chaqueta.
Entró en la casa, y volvió con un bulto envuelto en periódicos, que me entregó. Quise hacerle unas preguntas. Se disculpó, diciendo que tenía que trabajar, pero añadió que podía regresar cuando quisiera.
De vuelta hacia la ciudad de Guaymas, Jorge Campos me pidió que abriera el bulto. Quería asegurarse de que Lucas Coronado no me hubiera estafado. No me interesaba abrirlo, lo que me importaba era la posibilidad de regresar por mi cuenta para hablar con Lucas Coronado. Estaba feliz.
-Tengo que ver lo que tiene -insistió Jorge Campos-. Deténgase por favor. Bajo ninguna condición ni por razón alguna, quiero poner en peligro a mis clientes. Usted me pagó para que le rindiera servicios. Este hombre es un chamán genuino, y como resultado, peligroso. Como lo ofendió, puede haberle dado un bulto de hechizo. Si ése es el caso, tenemos que enterrarlo cuanto antes en esta región.
Sentí una ola de náusea y paré el coche. Con muchísimo cuidado, saqué el bulto. Jorge Campos me lo arrebató de las manos y lo abrió. Contenía tres máscaras tradicionales yaquis de hermosísima hechura. Jorge Campos mencionó de paso, desinteresadamente, que sería justo que le diera una. Yo pensé que, como todavía no me había llevado con el viejo, debía mantener mi contacto con él. Le regalé una de las máscaras con gusto.
-Si me deja escoger, preferiría esa otra -me dijo, señalando.
Le dije que cómo no. Las máscaras no tenían ninguna importancia para mí; ya había conseguido lo que quería.
Hasta le hubiera regalado las otras dos, pero quería mostrárselas a mis amigos antropólogos.
-Estas máscaras no son nada extraordinario -declaró Jorge Campos-. Se pueden comprar en cualquier tienda del pueblo. Se las venden a los turistas.
Yo había visto las máscaras yaquis que se vendían en el pueblo. Eran muy rudimentarias en comparación con las que tenía, y Jorge Campos había en verdad escogido la mejor.
Lo dejé en la ciudad y me dirigí hacia Los Ángeles. Antes de despedirme, me recordó que casi le debía dos mil dólares porque iba a empezar con sus mordidas y con el plan de llevarme a conocer al gran hombre.
-¿Cree que puede darme mis dos mil dólares a su regreso? -me preguntó atrevidamente.
La pregunta me puso en una situación terrible. Creía que si le decía la verdad, que lo dudaba, él me volvería la espalda. Estaba convencido de que, a pesar de su patente codicia, él era mi acomodador.
-Haré lo posible para traerle el dinero -dije en un tono evasivo.
-Eso no es suficiente, muchacho -me contestó enérgicamente, casi enfadado-. Voy a andar gastando mi propio dinero, haciendo arreglos para el encuentro, y necesito seguridad de su parte. Yo sé que es un joven serio. ¿Qué valor tiene su coche? ¿Tiene en sus manos los documentos de propiedad?
Le dije el valor de mi coche y que sí poseía los documentos de propiedad, pero solamente pareció estar satisfecho cuando le di mi palabra de que le iba a traer el dinero en efectivo en mi próxima visita.

Cinco meses después regresé a Guaymas para ver a Jorge Campos. En aquel tiempo, dos mil dólares era muchísimo dinero, sobre todo para un estudiante. Pensé que quizá podría aceptar el pago en plazos, en cuyo caso yo estaría más que dispuesto a pagar.

No lo encontré por ninguna parte. Le pregunté al dueño del restaurante. Estaba tan desconcertado como yo por su desaparición.

-Simplemente se desvaneció -dijo-. Seguramente regresó a Arizona o a Texas donde tiene negocios.

Me tomé el atrevimiento de ir a ver a Lucas Coronado yo mismo. Llegué a su casa como al mediodía. Tampoco lo encontré. Les pregunté a sus vecinos si sabían dónde pudiera estar. Me miraron hostilmente y ni siquiera me contestaron. Me fui, pero regresé a su casa otra vez ya entrada la tarde. No esperaba nada. De hecho, estaba preparado para regresarme inmediatamente a Los Ángeles. Para mi gran sorpresa, Lucas Coronado no sólo estaba allí, sino que me recibió muy amablemente. De manera franca, me expresó su aprobación al ver que había venido sin Jorge Campos, quien según él era un verdadero culo. Se quejó de que Jorge Campos, a quien se refirió como un yaqui renegado que gozaba de explotar a sus compañeros yaqui.

Le entregué a Lucas Coronado unos regalos que le había traído y le compré tres máscaras, un bastón exquisitamente labrado, y un par de polainas de cascabel hechas de los capullos de unos insectos del desierto, polainas que utilizaban los yaquis en sus danzas tradicionales. Luego lo llevé a Guaymas a cenar.

Lo vi todos los días durante los cinco días que permanecí en el área, y me facilitó infinita información sobre los yaquis: su historia, su organización social y el sentido y la naturaleza de sus festividades. Estaba gozando tanto haciendo mi trabajo de campo que hasta me sentí cohibido de preguntarle sobre el viejo chamán. Sobreponiéndome a mis dudas, finalmente le pregunté a Lucas Coronado si conocía al viejo que Jorge Campos me había asegurado era un conocido chamán. Lucas Coronado parecía estar perplejo. Me afirmó que hasta donde él sabía tal hombre no existía en esa región, y que Jorge Campos era un estafador que sólo quería robarme mi dinero.

Al oír a Lucas Coronado negar la existencia de ese viejo, se me vino encima algo terrible. En un instante, se me hizo evidente que no me importaba un pepino el trabajo de campo. Lo único que me importaba era encontrar a ese viejo. Supe entonces que el conocer al viejo chamán había sido indudablemente la culminación de algo que nada tenía que ver con mis deseos, mis ambiciones o hasta mis pensamientos como antropólogo.

Me inquietaba más que nunca saber quién diablos era ese viejo. Sin ninguna inhibición, empecé a desvariar y a gritar de frustración. Di de patadas sobre el piso. Lucas Coronado se asombró al verme. Primero me miró, confuso, y luego empezó a reír. Me disculpé con él por mi arranque de enojo y frustración. No podía explicar por qué estaba tan enfadado. Lucas Coronado aparentemente comprendía mi situación.

-Pasan cosas así por acá -dijo.

No tenía idea a qué se refería, ni le quería preguntar. Estaba mortalmente aterrado de la facilidad con que se ofendía. Una peculiaridad de los yaqui era la facilidad que poseían para sentirse ofendidos. Parecían siempre estar alertas, buscando insultos que fueran demasiado sutiles para ser percibidos por otros.

-Hay seres mágicos que viven en las montañas en los alrededores -continuó-, y actúan sobre la gente. Hacen que se vuelvan verdaderamente locos. Desvarían y divagan bajo su influencia, y cuando finalmente se tranquilizan, ya exhaustos, ni tienen idea de por qué se alocaron.

-¿Cree usted que eso es lo que me pasó? -pregunté.

-Claro -me dijo totalmente convencido-. Usted está predispuesto a alocarse de lo que fuera, pero también es usted muy contenido. Hoy se le fue la cuerda. Se alocó por nada.

-No es por nada -le afirmé-. No lo supe hasta ahora, pero para mí ese viejo es el impulso de todos mis esfuerzos.
Lucas Coronado se quedó callado, como si pensara profundamente. Entonces empezó a caminar de un lado a otro.
-¿Sabe de algún viejo que vive por aquí, pero que no es en realidad de aquí? -le pregunté.
No entendió mi pregunta. Tuve que explicarle que el viejo que había conocido era posiblemente, como Jorge Campos, un yaqui que vivía en otra parte. Lucas Coronado me explicó que el apellido «Matus» era bastante común en la región, pero que no conocía a ningún Matus con nombre de pila «Juan». Parecía desanimado. De pronto, le vino un momento de iluminación y dijo que al ser un hombre viejo, podría tener otro nombre, y que era muy probable que me hubiera dado un nombre de trabajo y no su verdadero nombre.
-El único viejo que conozco -siguió- es el padre de Ignacio Flores. Viene a ver a su hijo de cuando en cuando, pero viene de la Ciudad de México. Y se me ocurre que aunque es el padre de Ignacio, no parece estar tan viejo. Pero es viejo. Ignacio también es viejo. Pero el padre parece más joven.
Se rió al percatarse de lo que había dicho. Aparentemente, nunca había pensado que el viejo era joven hasta ese momento. Seguía moviendo la cabeza como si no lo creyera. Yo, por otra parte, estaba eufórico.
-¡Es él! -grité, sin saber por qué.
Lucas Coronado no sabía dónde vivía Ignacio Flores, pero muy amablemente me dirigió a que manejara hasta un pueblo yaqui cercano, donde encontró al hombre. Ignacio Flores era un hombre grande, corpulento, de unos sesenta y tantos años. Lucas Coronado me advirtió que el hombrazo había hecho la carrera de soldado durante su juventud, y aún tenía el porte de un militar. Ignacio Flores tenía un enorme bigote; eso y la ferocidad de sus ojos lo transformaba, para mí, en la personificación de un soldado feroz. Era de tez oscura. El pelo todavía lo tenía negro azabache a pesar de sus años. Su voz ronca y fuerte parecía haber sido entrenada exclusivamente para dar órdenes. Tuve la impresión de que había sido soldado de caballería. Caminaba como si todavía trajera espuelas, y por alguna razón, imposible de comprender, oía espuelas cuando caminaba.
Lucas Coronado me presentó y le dijo que había venido de Arizona a ver a su padre, a quien yo había conocido en Nogales. Ignacio Flores no se sorprendió para nada.
-Oh, sí -dijo-. Mi padre viaja muchísimo.
Sin mayores preliminares, nos explicó dónde podríamos encontrar a su padre. No nos acompañó, yo pensé que por cortesía. Se disculpó y se alejó, marchando como si estuviera en un desfile.
Me preparé para ir a la casa del viejo con Lucas Coronado, pero declinó la invitación; quería que lo llevara de vuelta a su casa.
-Creo que usted ya encontró al hombre que buscaba, y siento que debe usted estar solo -dijo.
Me maravillé de lo extraordinariamente correctos que eran estos yaquis y a la vez, tan feroces. Me habían contado que los yaquis eran salvajes, que no tenían ningún escrúpulo en matar a alguien; pero en lo que a mí concernía, sus características más notables eran su cortesía y su consideración.
Manejé hasta la casa del padre de Ignacio Flores, y allí encontré al hombre que buscaba.
-Me pregunto por qué mintió Jorge Campos, diciéndome que lo conocía -dije al final de mi relato.
-No te mintió -dijo don Juan con la firmeza de alguien que aprobaba la conducta de Jorge Campos-. Ni siquiera falseó sus palabras. Te consideró un tonto y te iba a estafar. Sin embargo, no pudo llevar a cabo su plan porque el infinito lo venció. ¿Sabes que desapareció poco después de conocerte, y que nunca lo encontraron? Jorge Campos fue un personaje de mucho significado para ti -continuó-. Encontrarás en lo que sucedió entre ustedes una especie de esquema que te servirá de guía,

porque él es la representación de tu vida.
-¿Porqué? ¡Yo no soy un estafador! -protesté.
Se rió como si supiera algo que yo no sabía. Al instante, me encontré en medio de una extensa explicación acerca de mis acciones, mis ideales, mis expectativas. Sin embargo, un extraño pensamiento me exhortó a considerar, con el mismo fervor con el que me estaba justificando, el hecho de que bajo ciertas circunstancias yo podría llegar a ser como Jorge Campos. Encontré ese pensamiento inadmisible, y utilicé toda mi energía disponible para refutarlo. Sin embargo, en lo profundo de mí, no me interesaba disculparme si era como Jorge Campos.
Cuando di voz a mi dilema, don Juan se rió con tantas ganas que casi se ahogó varias veces.
-Si yo fuera tú -me comentó-, escucharía lo que me dice esa voz interior. ¡Qué importaría si fueras, como Jorge Campos, un estafador barato! Sí, era un estafador barato. Tú eres más complicado. Ése es el poder del recuento. Por eso lo utilizan los chamanes. Te pone en contacto con algo que ni siquiera sospechabas que existía en ti.
Quería marcharme al momento. Don Juan sabía exactamente lo que estaba sintiendo.
-No escuches a esa voz superficial que te hace sentir rabia -me dijo con voz imponente-. Escucha a esa voz más profunda que desde ahora en adelante te va a guiar, la voz qué se está riendo. ¡Escúchala! ¡Ríete! ¡Ríete!
Sus palabras fueron como una orden hipnótica para mí. Contra mi voluntad, empecé a reír. Nunca había estado tan feliz. Me sentí libre, desenmascarado.
-Cuéntate la historia de Jorge Campos una y otra vez -dijo don Juan-. Vas a encontrar incontables riquezas en ella. Cada detalle es parte de un mapa. Es parte de la naturaleza del infinito, una vez que cruzamos cierto umbral, el poner delante de nosotros un esquema.
Me escudriñó un largo rato. No sólo me miró, sino que fijó la vista intensamente en mí.
-Un hecho que Jorge Campos no pudo evitar -dijo finalmente-, fue el ponerte en contacto con el otro hombre, Lucas Coronado, que es tan significativo para ti como el mismo Jorge Campos, quizás aún más.
En el curso de recontar la historia de esos dos hombres, me había dado cuenta de que había pasado más tiempo con Lucas Coronado que con Jorge Campos; sin embargo, nuestros intercambios no habían sido tan intensos y habían estado marcados por enormes lagunas de silencio. Lucas Coronado no era por naturaleza un hombre locuaz y, por alguna extraña maniobra, cuando estaba silencioso lograba arrastrarme con él a ese estado.
-Lucas Coronado es la otra parte de tu mapa-dijo don Juan-. ¿No encuentras raro que sea escultor, como tú, un artista super-sensible que, como tú en cierto momento, buscaba alguien que patrocinara su arte? Buscaba un benefactor, tal como tú buscabas una mujer amante de las artes que patrocinara tu creatividad.
Entré en otro estado de lucha aterradora. Esta vez mi lucha era entre la absoluta certeza de que nunca le había hablado de ese aspecto de mi vida, el hecho de que era verdad, y el hecho de que no podía dar con la explicación de cómo había obtenido esa información. Otra vez quise marcharme. Pero nuevamente el impulso fue vencido por una voz que venía de un lugar profundo. Sin ninguna ayuda de don Juan, empecé a reírme. A una parte de mí, a un nivel muy profundo, le importaba un pepino saber cómo don Juan había conseguido esa información. El hecho que la poseía, y que la había utilizado de manera tan delicada y a la vez tan confabulante, era una maniobra que daba gusto ver. No era de ninguna consecuencia que la parte superficial en mí se enojara y quisiera marcharse.
-Muy bien -dijo don Juan dándome una palmadita fuerte en la espalda-, muy bien.
Se quedó pensativo por un momento como si acaso estuviera viendo cosas invisibles al ojo ordinario.

-Jorge Campos y Lucas Coronado son los dos extremos de un eje -dijo-. Ese eje eres tú: en un extremo, un mercenario despiadado, desvergonzado y burdo que se encarga sólo de sí mismo; horrendo pero indestructible. En el otro extremo, un artista super-sensible, atormentado, débil y vulnerable. Éste debería haber sido el mapa de tu vida, si no fuera por la aparición de otra posibilidad, la que se abrió cuando cruzaste el umbral del infinito. Me buscaste y me encontraste; y entonces, cruzaste el umbral. El intento del infinito me dijo que buscara a alguien como tú. Te encontré, cruzando también así el umbral.
Con eso terminó la conversación. Don Juan entró entonces en uno de sus largos períodos de silencio total que eran su costumbre. Fue sólo al final del día, cuando habíamos regresado a su casa y mientras estábamos sentados bajo la ramada, refrescándonos de la larga caminata que habíamos hecho, que rompió el silencio.
-Al contar lo que pasó entre tú y Jorge Campos, y tú y Lucas Coronado -siguió don Juan- hallé, y espero que tú también, un factor muy perturbador. Para mí es un augurio. Señala el final de una era, lo que significa que lo que está allí no puede quedarse. Elementos muy frágiles te trajeron hasta mí. Ninguno de ellos podría mantenerse por sí mismo. Eso es lo que saqué de tu cuento.
Recordé que don Juan me había revelado un día que Lucas Coronado estaba mortalmente enfermo. Tenía un estado de salud que lentamente lo consumía.
-Le he mandado a decir a través de mi hijo, Ignacio, lo que tiene que hacer para curarse -siguió don Juan-, pero él cree que es una tontería y no quiere saber nada. No es culpa de Lucas. La raza humana entera no quiere saber nada. Oyen solamente lo que quieren oír.
Me acordé que le había insistido a don Juan que me dijera qué podía decirle a Lucas Coronado para ayudarlo a aliviar el dolor y la angustia mental. No sólo don Juan me lo dijo, sino que me advirtió que si Lucas Coronado lo quería, fácilmente podría sanarse él mismo. Sin embargo, cuando fui con el recado de don Juan, Lucas Coronado me miró como si estuviera loco. Luego pasó a hacer una brillante (y si hubiera sido yo yaqui horriblemente ofensiva) descripción de un hombre aburridísimo por la infundada insistencia de alguien. Pensé que sólo un yaqui podía ser tan sutil.
-Esas cosas no me ayudan -dijo finalmente en tono desafiante, enojado por mi falta de sensatez-. En verdad, no importa. Todos tenemos que morir. Pero no vayas a creer que he perdido toda esperanza. Voy a conseguir dinero del banco del gobierno. Me van a dar dinero por avanzado sobre mi cosecha y voy a conseguir suficiente para comprar algo que me va a sanar, ipso facto. Se llama Vi-ta-mi-nol.
-¿Qué es Vitaminol? -le había preguntado.
-Es algo que anuncian por la radio -dijo con la inocencia de un niño-. Cura todo. Se recomienda para personas que no comen diariamente carne, pescado o carne de ave. Se recomienda para personas como yo, que apenas podemos mantener juntos el cuerpo y el alma.
En mi avidez por ayudar a Lucas Coronado, cometí uno de los errores más graves imaginables en una sociedad de gente tan hipersensible como los yaquis. Ofrecí darle el dinero para comprar su Vitaminol. Su fría mirada me reveló a qué grado lo había herido. Mi error fue imperdonable. Muy calladamente, Lucas Coronado me dijo que tenía los recursos económicos para comprarse su propio Vitaminol.
Regresé a la casa de don Juan. Quería llorar. Mi avidez me había traicionado.
-No gastes tu energía preocupándote por tales cosas -dijo don Juan fríamente-. Lucas Coronado está preso dentro de un ciclo vicioso, pero también lo estás tú. Y lo están todos. Él tiene su Vitaminol, que confianzudamente cree que le va a sanar todo y resolver todos sus problemas. En este momento, no tiene con qué comprarlo, pero con el tiempo, tiene grandes esperanzas de poder hacerlo. -Don Juan me escudriñó con sus ojos brillantes-. Te dije que

los actos de Lucas Coronado eran el mapa de tu vida -dijo- Créemelo que lo son. Lucas Coronado te señaló el Vitaminol y lo hizo tan poderosa y dolorosamente, que te hirió y te hizo llorar.
Don Juan dejó de hablar. Fue una larga y muy eficaz pausa.
-Y no me digas que no entiendes lo que te estoy diciendo -me dijo-. De una manera u otra, todos tenemos nuestra propia versión de Vitaminol.

¿QUIÉN ERA JUAN MATUS, EN REALIDAD?

El segmento de la historia de mi encuentro con don Juan que él no quería oír, tenía que ver con los sentimientos e impresiones que sentí al entrar, ese día fatal, a su casa; el contradictorio choque entre mis expectativas y la realidad de la situación, y el efecto que un racimo de las ideas más extravagantes que jamás he tenido causó en mí.
-Eso es más bien una confesión que una narración de sucesos -me dijo una vez, cuando intenté contárselo.
-No puede estar más errado, don Juan -empecé, pero me detuve. Algo en su mirada me dijo que él tenía razón. Lo que yo dijera parecería halago, adulación. Lo que pasó durante nuestro primer verdadero encuentro, sin embargo, fue de una importancia trascendental para mí, un suceso de consecuencias finales.
Durante mi primer encuentro con don Juan, en la estación de autobuses de Nogales, Arizona, algo de una naturaleza extraordinaria me sucedió, pero estaba camuflado por mis preocupaciones con la presentación del yo. Quería causarle una fuerte impresión a don Juan, y al intentarlo, había enfocado toda mi atención en el acto de venderme, por decirlo así. Sólo después de meses sucedió que un residuo extraño de sucesos olvidados empezó a aparecer.
Un día, de la nada y sin que yo lo provocara o lo dirigiera, me acordé de algo con una claridad extraordinaria, algo que me había pasado completamente por alto durante mi encuentro mismo entre don Juan y yo. Cuando me frenó al querer decirle mi nombre, me había escudriñado y su mirada había penetrado en mis ojos, dejándome paralizado. Había infinitamente más que yo le podía decir acerca de mí. Podría haber expuesto durante horas y con gran detalle mi conocimiento y valor, si no hubiera sido que su mirada me dejó seco.
En vista de esta nueva realización, me puse a considerar de nuevo todo lo que me había ocurrido en aquella ocasión. Mi conclusión inevitable fue que había experimentado la interrupción de cierto flujo misterioso que me mantenía, un flujo que jamás antes había sido interrumpido, por lo menos no en la manera en que lo hizo don Juan. Cuando intenté describir a mis amigos lo que había experimentado físicamente, un extraño sudor empezó a cubrirme el cuerpo entero; el mismo sudor que había sentido cuando don Juan me dio esa mirada; en ese momento, no solamente había sido incapaz de pronunciar una sola palabra, sino también de tener un solo pensamiento.
Por algún tiempo después, me quedé enfocado sobre la sensación física de la interrupción, para la cual no encontraba yo ninguna explicación racional. Argumenté, durante un tiempo, que don Juan me había hipnotizado, pero mi memoria me decía que él no me había dado ninguna orden hipnótica ni había hecho ningún movimiento que pudiera haber atrapado mi atención. De hecho, simplemente me había mirado. Era la intensidad de aquella mirada lo que la hizo aparecer como si me hubiera escudriñado durante largo rato. Su mirada me había obsesionado y me había dejado descompuesto físicamente a un nivel profundo.
Cuando finalmente tuve a don Juan de nuevo delante de mí, lo primero que percibí era que no se parecía para nada a lo que me había imaginado durante todo el tiempo que traté de encontrarlo. Había fabricado una imagen del hombre que ha-

bía conocido en la estación de autobuses, imagen que perfeccionaba todos los días al aparentemente recordar más y más detalles. En mi mente, era un viejo todavía fuerte y ágil, pero casi delicado. El hombre delante de mí era muscular y decisivo. Caminaba con agilidad, pero no era de paso fino. Sus pasos era firmes aunque ligeros. Irradiaba vitalidad y propósito. El recuerdo que compuse no estaba en armonía con la cosa real. Creí que tenía pelo corto y blanco y una tez bastante morena. El pelo lo tenía más largo y no tan blanco como me lo imaginaba. La tez tampoco la tenía tan oscura. Podría haber jurado que sus facciones eran agudas como las de un ave, a causa de su edad. Pero no era así. Tenía la cara llena, casi redonda. De un vistazo, la característica más sobresaliente del hombre que me estaba mirando eran sus ojos oscuros, que brillaban con una luz peculiar, danzante.

Algo se me había pasado completamente por alto en mi primera evaluación de él, y era que su apariencia entera era la de un atleta. Tenía espaldas anchas, el estómago plano; su postura estaba firmemente plantada sobre el suelo. No había debilidad en sus rodillas ni temblores en sus brazos. Había imaginado un ligero temblor en la cabeza y los brazos, como si estuviera nervioso o inestable. También imaginé que medía alrededor de un metro setenta, diez centímetros menos que su estatura real.

Don Juan no manifestó ninguna sorpresa al verme. Quería decirle cuán difícil había sido encontrarlo. Quería que me felicitara por mis esfuerzos titánicos, pero simplemente se rió de mí en tono de broma.

-Tus esfuerzos no me importan -dijo-. Lo que me importa es que encontraste dónde vivo. Siéntate, siéntate -dijo atrayéndome, señalando una de las cajas de carga que estaban bajo su ramada y dándome una palmada en la espalda; pero no era una palmada amistosa.

Era como si me hubiera golpeado en la espalda, aunque nunca me tocó. Su cuasi-palmada creó una sensación extraña e inestable que apareció de pronto y desapareció antes de que pudiera captar lo que era. Lo que quedó en mí fue un extraña tranquilidad. Sentí bienestar. Mi mente estaba clara. No tenía ni expectativas ni deseos. Mi acostumbrada nerviosidad y mis manos sudadas, las señales de mi existencia, desaparecieron de pronto.

-Ahora vas a comprender todo lo que te voy a decir -me dijo don Juan mirándome a los ojos como lo había hecho en la estación de autobuses.

Usualmente hubiera hallado su pronunciamiento superficial, quizá retórico, pero cuando lo dijo no pude sino asegurarle repetida y sinceramente que iba a comprender todo lo que me dijera. Me miró de nuevo a los ojos con una intensidad feroz.

-Soy Juan Matus -dijo, sentándose en otra caja a unos metros de mí-. Ése es mi nombre y lo articulo porque con él estoy haciendo un puente para que cruces adonde yo estoy.

Se me quedó mirando un instante antes de volver a hablar.

-Soy chamán -siguió-. Pertenezco a un linaje de chamanes que ha durado veintisiete generaciones. Soy el nagual de mi generación.

Me explicó que el líder de un grupo de chamanes como él se llamaba «nagual», y que éste era un término genérico que se aplicaba a un chamán de cada generación que tenía una configuración energética específica que lo apartaba de los demás. No en términos de superioridad o inferioridad, o nada por el estilo, sino en términos de la capacidad de ser responsable.

-Sólo el nagual -dijo- tiene la capacidad energética de ser responsable del destino de sus cohortes. Cada uno de sus cohortes sabe esto y accede. El nagual puede ser hombre o mujer. En el tiempo de los chamanes que fueron los fundadores de mi linaje, las mujeres eran, por regla, las naguales. Su pragmatismo natural, producto de su feminidad, condujo a mi linaje hacia pozos de practicalidades de los que casi no pudieron salir. Entonces, los hombres asumieron la dirección y condujeron a mi

linaje hacia pozos de imbecilidades de los cuales apenas estamos saliendo ahora.
»Desde el tiempo del nagual Luján, que vivió hace unos doscientos años -siguió-, ha habido un nexo conjunto de esfuerzo, compartido por un hombre y una mujer. El hombre nagual trae sobriedad; la mujer nagual trae innovación.
Quería preguntarle en ese momento si había una mujer en su vida que fuera la mujer nagual, pero la profundidad de mi concentración no me permitió formular la pregunta. En cambio, él la formuló por mí.
-¿Hay una mujer nagual en mi vida? -preguntó-. No, no la hay. Soy un brujo solitario. Sin embargo, tengo mis cohortes. En este momento, no andan por aquí.
Un pensamiento emergió en mi mente con un vigor incontenible. En aquel instante me acordé de lo que algunas personas en Yuma me habían dicho, que don Juan andaba con un grupo de mexicanos que parecían estar muy bien entrenados en maniobras de brujería.
-Ser chamán -continuó don Juan- no significa practicar hechizos, o tratar de afectar a la gente, o ser poseído por los demonios. El ser chamán significa alcanzar un nivel de consciencia que da acceso a cosas inconcebibles. El término «brujería» no tiene la capacidad de expresar lo que hacen los chamanes, ni tampoco el término «chamanismo». Las acciones de los chamanes existen exclusivamente en el reino de lo abstracto, de lo impersonal. Los chamanes luchan para alcanzar una meta que nada tiene que ver con la búsqueda del hombre común. Los chamanes aspiran a llegar al infinito, y a ser conscientes de ello.

Don Juan continuó, diciendo que la tarea de los chamanes era enfrentarse al infinito, y que se sumergen en él diariamente, tal como un pescador se sumerge en el mar. Era una tarea tan enorme que los chamanes tenían que pronunciar sus nombres antes de entrar en ello. Me recordó que en Nogales había pronunciado su nombre antes de que se llevara a cabo interacción alguna entre nosotros. Había afirmado, de esa manera, su individualidad ante el infinito.
Comprendí con una claridad sin igual lo que me explicaba. Ni siquiera tenía que pedir aclaraciones. La agudeza de pensamiento debería haberme sorprendido, pero no fue así. Supe en aquel momento que siempre había sido claro de pensamiento, que sólo me hacía el tonto para el beneficio de otro.
-Sin que supieras nada -continuó-, te inicié en una búsqueda tradicional. Tú eres el hombre a quien buscaba. Mi búsqueda terminó cuando te encontré, y la tuya cuando me encontraste ahora.
Don Juan me explicó que como nagual de su generación estaba buscando a un individuo que tuviera una configuración energética específica, adecuada para asegurar la continuidad de su linaje. Dijo que, en cierto momento, el nagual de cada generación durante veintisiete generaciones sucesivas, había entrado en la experiencia más desgarradora de su vida; la búsqueda de sucesión.
Mirándome directamente a los ojos, dijo que lo que hacía que seres humanos se convirtieran en chamanes era su capacidad de percibir la energía tal como fluye en el universo, y que cuando los chamanes perciben a un ser humano de esta manera, ven una bola luminosa, o una figura luminosa en forma de huevo. Su postura era que los seres humanos no sólo son capaces de ver energía directamente como fluye en el universo, sino que en verdad la ven, pero no están deliberadamente concientes de verla.
Hizo inmediatamente la distinción más crucial para los chamanes, la que hay entre el estado general de ser consciente y el estado particular de ser deliberadamente consciente de algo. Categorizó a todos los seres humanos como poseedores de conciencia de manera general, que les permite ver energía directamente, y categorizó a los chamanes como los únicos seres humanos que son deliberadamente conscientes de ver energía directamente. En seguida, definió «conciencia» como

energía y «energía» como un flujo constante, una vibración luminosa que nunca está quieta sino siempre en movimiento por impulso propio. Afirmó que cuando se ve a un ser humano se percibe como una aglomeración de campos energéticos unidos por la fuerza más misteriosa del universo: una fuerza vibratoria aglutinante y unificadora que mantiene juntos a los campos energéticos en una unidad cohesiva. Explicó además que el nagual era un chamán específico de cada generación, a quien los otros chamanes podían ver, no como una sola bola luminosa, sino como una unidad de dos esferas de luminosidad fundidas la una sobre la otra.

-Esta característica de ser doble -continuó-, le permite al nagual llevar a cabo maniobras que son bastante difíciles para un chamán ordinario. Por ejemplo, el nagual es conocedor de la fuerza que nos mantiene como una unidad cohesiva. El nagual puede fijar su atención total por una fracción de un segundo sobre esa fuerza y paralizar a otra persona. Te hice eso en la estación de autobuses porque quería detener tu bombardeo de yo, yo, yo, yo, yo, yo, yo. Quería que me encontraras y te dejaras de mierdas.

»Mantenían los chamanes de mi linaje -continuó don Juan-, que la presencia de un ser doble, un nagual, basta para aclararnos las cosas. Lo que es raro es que la presencia del nagual aclara las cosas de manera velada. Me ocurrió a mí cuando conocí al nagual Julián, mi maestro. Su presencia me confundió durante años, porque cada vez que estaba cerca de él pensaba claramente, pero cuando él se alejaba, volvía yo a ser el mismo idiota que siempre había sido.

»Tuve el privilegio -siguió don Juan- de conocer y tratar con dos naguales. Por seis años, a pedido del nagual Elías, el maestro del nagual Julián, fui a vivir con él. Él es el que me crió, por decirlo así. Un privilegio de lo más inusual. Tenía un lugar en la primera fila para observar lo que es realmente un nagual. El nagual Elías y el nagual Julián eran dos hombres de temperamentos tremendamente diferentes. El nagual Elías era más callado y estaba perdido en la oscuridad de su silencio. El nagual Julián era rimbombante, un hablador compulsivo. Parecía que vivía para apantallar a las mujeres. Había más mujeres en su vida que lo que uno quisiera pensar. A la vez, los dos se parecían asombrosamente en que no tenían nada adentro. Estaban vacíos. El nagual Elías era una colección de asombrosos cuentos hechizantes de regiones desconocidas. El nagual Julián era una colección de historias que tenía a todos muertos de carcajadas. Cuando trataba de dar con el hombre en ellos, el verdadero hombre, como podía con mi padre; con el hombre en toda la gente que conocía, no encontraba nada. En vez de tener a una persona real dentro de ellos, había un montón de cuentos acerca de gentes desconocidas. Cada hombre tenía su gracia, pero el resultado final era igual: el vacío, un vacío que no reflejaba el mundo, sino el infinito.

Don Juan siguió explicando que en el momento en que uno cruza el peculiar umbral del infinito, sea deliberadamente o como en mi caso, inconscientemente, todo lo que le pasa a uno desde ese momento, ya no está exclusivamente en el dominio de uno, sino que entra en el reino del infinito.

-Cuando nos conocimos en Arizona, los dos cruzamos un peculiar umbral -continuó-. Y ese umbral no fue decidido ni por ti ni por mí; sino por el infinito mismo. El infinito es todo lo que nos rodea. -Dijo esto haciendo un gesto amplio con los brazos-. Los chamanes de mi linaje lo llaman el infinito, el espíritu, el oscuro mar de la conciencia, y dicen que es algo que existe allí afuera y que rige sobre nuestras vidas.

Podía realmente comprender todo lo que me estaba diciendo, y sin embargo, no sabía de qué demonios estaba hablando. Le pregunté si cruzar el umbral había sido un suceso accidental, resultado de circunstancias impredecibles regidas por el azar. Contestó que sus pasos y los míos fueron guiados por el infinito, y que circuns-

tancias que parecían ser regidas por el azar fueron en esencia guiadas por el lado activo del infinito. Lo llamó intento.
-Lo que nos reunió a ti y a mí -siguió-, fue el intento del infinito. Es imposible determinar lo que es este intento del infinito, sin embargo está allí, tan palpable como tú y yo. Los chamanes dicen que es un temblor en el aire. La ventaja de los chamanes es el saber que existe el temblor en el aire y asentir a él sin más. Para los chamanes no hay cavilaciones, preguntas, especulaciones. Saben que todo lo que tienen es la posibilidad de unirse con el intento del infinito, y lo hacen.
Nada podría haber sido más claro que esos pronunciamientos. En cuanto a mí, la verdad de lo que me decía era tan auto-evidente que no me permitía pensar cómo tales aseveraciones absurdas podían parecer tan racionales. Sabía que todo lo que decía don Juan no sólo era una perogrullada, sino que podía comprobarlo al referirme a mi propio ser. Yo sabía acerca de todo lo que hablaba. Tenía la sensación de haber vivido cada vuelta de su descripción.
Allí terminó nuestra conversación. Algo pareció desinflarse dentro de mí. Fue en aquel instante cuando se me ocurrió que estaba perdiendo la cabeza. Había sido cegado por pronunciamientos estrafalarios y había perdido todo sentido concebible de la objetividad. A consecuencia, me fui de la casa de don Juan muy apresuradamente, sintiéndome amenazado hasta el corazón por un enemigo invisible. Don Juan me acompañó a mi coche, totalmente a sabiendas de lo que pasaba dentro de mí.
-No te preocupes -me dijo, poniéndome la mano sobre el hombro-. No te estás volviendo loco. Lo que sentiste fue un ligero toque del infinito.
Con el paso del tiempo, pude comprobar lo que don Juan había dicho de sus dos maestros. Don Juan Matus era exactamente como esos dos hombres a los que había descrito. Hasta diría que era una unión extraordinaria de los dos; por un lado, extremadamente callado e introspectivo; por otro, extremadamente abierto y ocurrente. El pronunciamiento más acertado de lo que es un nagual, y que articuló ese día en que lo encontré, es que el nagual está vacío, y que ese vacío no refleja el mundo sino que refleja el infinito.
Nada puede haber sido más acertado que esto con referencia a don Juan Matus. Su vacío reflejaba el infinito. No existía alboroto en él, ni aseveraciones sobre el yo. No había ni una pizca de necesidad de enojos o remordimientos. Era suyo el vacío del guerrero-viajero, avezado al punto que no da nada por supuesto. Un guerrero-viajero que nunca subestima o sobreestima nada. Un luchador callado y disciplinado, cuya elegancia es tan extrema que nadie, no importa cuánto se esfuerce por ver, encontrará la costura donde se une toda esa complejidad.

EL FINAL DE UNA ERA

LAS PROFUNDAS PREOCUPACIONES DE LA VIDA COTIDIANA

Fui a Sonora a ver a don Juan. Tenía que hablar con él acerca de un acontecimiento de enorme gravedad que me acosaba en aquel momento. Necesitaba su consejo. Cuando llegué a su casa, apenas lo saludé. Me senté y comencé a decirle de buenas a primeras lo que me pasaba.
-Cálmate, cálmate -dijo don Juan-. Nada puede ser tan grave.
-¿Qué es lo que me está pasando, don Juan? -le pregunté. Era una pregunta retórica de mi parte.
-Son los efectos del infinito -contestó-. Algo le pasó a la forma en que percibes, el día que me conociste. Tu sensación de nerviosismo se debe a la realización subliminal de que se te ha acabado el tiempo. Tienes conciencia de ello, pero no estás deliberadamente consciente. Sientes la ausencia de tiempo y es lo que te hace impaciente. Lo sé porque me pasó a mí y a todos los

chamanes de mi linaje. En un momento dado, una era entera de mi vida, o de sus vidas, terminó. Ahora te toca a ti. Simplemente se te ha acabado el tiempo.
Exigió entonces un recuento total de todo lo que me había pasado. Me dijo que tenía que ser completo, sin omisión de ningún detalle. No buscaba bosquejos. Quería que le presentara el impacto total de lo que me estaba molestando.
-Vamos a hacer esta conversación, como dicen en tu mundo, al pie de la letra -me dijo-. Vamos a entrar en el reino de las conversaciones formales.
Don Juan explicó que los chamanes del México antiguo habían concebido la idea de conversaciones formales versus conversaciones informales, y utilizaban ambas como medios para enseñar y guiar a sus discípulos. Las conversaciones formales consistían para ellos, en resúmenes que hacían de vez en cuando de todo lo que les habían enseñado o dicho a sus discípulos. Las conversaciones informales eran elucidaciones diarias en las cuales las cosas se explicaban con referencia sólo al fenómeno que se examinaba en ese momento.
-Los chamanes no se guardan nada para sí -continuó-. El vaciarse de esta manera es una maniobra chamanística. Los conduce a abandonar la fortaleza del yo.

Empecé mi recuento, diciéndole a don Juan que las circunstancias de mi vida jamás me habían permitido ser introspectivo. Cuanto más me remontaba en mi pasado, más recordaba que mi vida cotidiana había estado llena de problemas pragmáticos que exigían una resolución inmediata. Recuerdo que mi tío predilecto me dijo que estaba horrorizado de darse cuenta de que nunca había yo recibido un regalo de Navidad o de cumpleaños. Yo había ido a vivir a casa de la familia de mi padre poco antes de que mi tío me dijera eso. Me habló en tono compasivo de lo injusto de mi situación. Hasta se disculpó, aunque él no tenía nada que ver con el asunto.
-Es horripilante, chico -dijo moviendo la cabeza-. Quiero que sepas que te apoyo cien por ciento cuando llegue el momento de las reparaciones.
Insistió una y otra vez que tenía que perdonar a los que me habían hecho esos desagravios. Por lo que él me decía, supuse que quería que me enfrentara a mi padre con el hallazgo, y que lo acusara de indolencia y descuido, y luego, claro, que lo perdonara. Lo que él no había notado era que yo no me sentía para nada agraviado. Lo que él me pedía exigía una naturaleza introspectiva que me hiciera responder a los malestares provenientes del abuso psicológico, una vez que me los hubieran señalado. Le aseguré a mi tío que iba a pensarlo, pero no en ese momento, porque en ese instante mi novia estaba en la sala esperándome y haciéndome señas desesperadas de que me apresurara.
Nunca tuve oportunidad de pensarlo, pero mi tío debe de haber hablado con mi padre, porque recibí un regalo de él, un paquete bien envuelto, con listón y todo, y una tarjetita que decía: «Lo siento". Con gran curiosidad, rompí ávidamente la envoltura. Había una caja de cartón, y adentro un juguete precioso, un barquecito con una llave de cuerda atada al tubo de vapor. Era un juguete para jugar en la tina a la hora del baño. Mi padre había olvidado por completo que yo ya tenía quince años y que era un hombre hecho y derecho.
Como había llegado a la edad de la madurez todavía incapaz de verdadera introspección, me era novedoso, años después, encontrarme en medio de una agitación emotiva muy extraña que parecía incrementar con el paso del tiempo. Lo dejé a un lado, atribuyéndolo a los procesos naturales de la mente o del cuerpo, que entran en acción de vez en cuando sin ninguna razón aparente, o quizá como resultado de los procesos bioquímicos del cuerpo mismo. No le di importancia. Sin embargo, la agitación seguía creciendo y la presión fue tal que me forzó a creer que había llegado a un momento de mi vida en la que necesitaba un cambio drástico. Había algo en mí que exigía un nuevo arreglo. Esta urgencia de hacer cambios era conocida.

La había experimentado antes, pero había estado pasiva durante mucho tiempo.
Estaba comprometido con el estudio de la antropología, y este compromiso era tan fuerte que la idea de no estudiar antropología nunca formó parte de los cambios drásticos que me proponía. Lo primero que me vino a la cabeza era que necesitaba cambiar de universidades, irme lejos de Los Ángeles.
Antes de hacer un cambio de esa magnitud, quería ponerlo a prueba. Me inscribí en un programa de verano de una universidad en otra ciudad. El curso de mayor importancia para mí, era uno de antropología dictado por la máxima autoridad sobre los indios de la región andina. Estaba yo con la idea de que si enfocaba mis estudios sobre un área que me fuera accesible emocionalmente, tendría mejor oportunidad de hacer mi trabajo de campo antropológico al momento debido. Concebí que mi conocimiento de la América del Sur iba a otorgarme mayor acceso a cualquier sociedad indígena de esas regiones.
Al inscribirme, conseguí simultáneamente un trabajo como asistente de investigación con un psiquiatra, el hermano mayor de uno de mis amigos. Él quería hacer un análisis de contenido basado en extractos de algunas grabaciones inocuas con jóvenes, preguntas y respuestas sobre problemas de exceso de estudio, expectativas no logradas, falta de comprensión en el ambiente del hogar, amores frustrados, etc. Las grabaciones tenían más de cinco años y se iban a destruir, pero antes, se les asignaron a cada carrete de cintas cifras al azar, y siguiendo una tabla, el psiquiatra y sus asistentes recogían carretes y examinaban los extractos que podían ser analizados.
Durante el primer día de clase en la nueva universidad, el profesor de antropología habló sobre sus credenciales y preparación académica, y deslumbró a los estudiantes con el ámbito de su conocimiento y sus publicaciones. Era un hombre alto, delgado, de unos cuarenta años de edad, de furtivos ojos azules. Lo que más me llamó la atención de su apariencia era que sus ojos se veían enormes detrás de los lentes de aumento para el astigmatismo, y que cada uno de sus ojos daba la impresión de ir en dirección opuesta del otro al mover la cabeza y al hablar. Sabía que no podía ser verdad; sin embargo, era una visión bastante desconcertante. Iba muy bien vestido, sobre todo para un antropólogo, que en aquel tiempo eran conocidos por su forma de vestir informal. Los estudiantes describían a los arqueólogos, por ejemplo, como criaturas perdidas en fechado de carbono-14 que nunca se bañaban.
Sin embargo, por razones que ignoraba, lo que en verdad lo hacía diferente no era su apariencia física ni su erudición, sino su modo de hablar. Pronunciaba cada palabra con una claridad sin par, haciendo énfasis en ciertas palabras al alargarlas. Tenía una entonación marcadamente extranjera, pero sabía yo que era una afectación. Pronunciaba ciertas frases como un inglés, y otras como un predicador fundamentalista.
A pesar de su tremenda pomposidad, me fascinó desde un principio. Su importancia personal era tan obvia, que dejaba de ser problema pasados los primeros cinco minutos de clase, las cuales siempre eran muestras rimbombantes de conocimiento, basadas en las aserciones más descaradas de sí mismo. Su dominio sobre el foro era estupendo. Todos los estudiantes con los que hablé le tenían la más grande admiración a este extraordinario hombre. Sinceramente, pensé que todo iba muy bien y que el cambio a otra universidad y a otra ciudad iba ser fácil e inocuo, pero totalmente positivo. Me gustó mi nuevo ambiente.
En el trabajo, me entregué totalmente a escuchar las grabaciones; a tal extremo, que me metía a escondidas en la oficina para escuchar, no los extractos, sino las grabaciones enteras. Lo que al principio me fascinó sin medida, era el hecho de que me oía a mí mismo en cada grabación. Al correr de las semanas y al haber escuchado más grabaciones, mi fascinación se con-

virtió en horror. Cada oración que se decía, incluso las preguntas del psiquiatra, era mía. Esas personas hablaban desde mis entrañas. La repugnancia que experimentaba era algo nuevo para mí. Nunca había imaginado que yo podía ser repetido interminablemente en cada hombre o mujer que oía hablar en esas grabaciones. El sentido de individualidad que se me había inculcado desde el momento de nacer, se desmoronó sin esperanza alguna bajo el impacto de este descubrimiento colosal.

Empecé entonces el proceso odioso de tratar de restaurarme a mí mismo. Inconscientemente, hice un torpe intento de introspección; traté de salir de mi estado hablando a solas interminablemente. Repasé mentalmente todas las racionalizaciones posibles que apoyaran mi sentimiento de unicidad, y luego me hablé en voz alta acerca de ellas. Hasta experimenté algo bastante revolucionario; me despertaba a mí mismo hablando en voz alta en mis sueños, discutiendo mi valor y mi unicidad. Luego, un día horripilante, sufrí otro golpe mortal. Durante la madrugada, me despertó un insistente golpe en la puerta. No era un toque tímido, gentil, sino lo que mis amigos llamaban un «golpe Gestapo». La puerta estaba por caerse. Salté de la cama y espié por la ranura. La persona que tocaba era mi jefe, el psiquiatra. Como yo era amigo de su hermano menor, se había creado una vía de comunicación con él. Se había vuelto mi amigo sin más ni más, y allí estaba, en mi umbral. Encendí las luces y abrí la puerta.

-Por favor, pase -dije-. ¿Qué pasó?

Eran las tres de la mañana y, por su aspecto lívido y sus ojos hundidos, sabía que algo andaba mal. Entró y se sentó. Su orgullo y deleite, la cabellera de largo pelo negro, le caía sobre la cara. No hizo ningún esfuerzo por peinarse, como siempre lo hacía. Me gustaba mucho porque era la versión mayor de mi amigo en Los Ángeles, con sus cejas negras y gruesas, sus ojos penetrantes color castaño, su mandíbula cuadrada y sus labios gruesos. Su labio superior parecía tener un pliegue doble por dentro y a veces, cuando sonreía, parecía tener un doble labio superior. Siempre hablaba de la forma de su nariz, que describía como nariz impertinente y agresiva. Yo lo veía como alguien que tenía muchísima confianza en sí mismo. Según él, esas cualidades eran lo importante en su profesión.

-¡Qué pasó! -repitió en tono de burla, el doble labio superior temblándole incontrolablemente-. Cualquiera puede ver que esta noche me pasó todo.

Se sentó en una silla. Parecía estar mareado, desorientado, buscando palabras. Se levantó y se fue al sofá, casi cayendo sobre él.

-No sólo me cargo la responsabilidad de mis pacientes -siguió-, la de mi beca de investigación, la de mi mujer y mis hijos, sino que ahora se me viene encima otro maldito problema, y lo que me jode es que es por mi propia culpa, por mi estupidez en poner mi confianza en una puta de mierda.

»Escúchame bien, Carlos -continuó-, no hay nada más horrendo, repugnante, asqueroso, carajo, que la insensibilidad de las mujeres. ¡Yo no odio a las mujeres, tú bien lo sabes! Pero en este momento, me parece que todos los coños son eso, simplemente coños. Hipócritas y viles.

No sabía qué decir. Lo que me estaba diciendo no se podía ni afirmar ni contradecir. De cualquier manera, no me hubiera atrevido a contradecirlo. No tenía las armas. Estaba muy cansado. Quería volverme a dormir, pero él seguía hablando como si de ello le dependiera la vida.

-Conoces a Teresa Manning, ¿no? -me preguntó de una manera agresiva y acusatoria.

Por un instante, creí que me acusaba de andar en líos con su hermosa y joven estudiante-secretaria. Sin darme tiempo para responder, siguió hablando.

-Teresa Manning es un culo. ¡Es una babosa! Una idiota desconsiderada que no tiene otra meta en la vida que cogerse a alguien que tenga un poco de fama o notoriedad. Yo la creía inteligente y sensi-

ble. Yo creía que tenía algo, alguna comprensión, alguna empatía, algo que uno quisiera compartir o mantener como algo precioso sólo para sí. No sé, pero ésa es la imagen que ella creó para mí, cuando en realidad es obscena y degenerada, y hasta pudiera añadir, irremediablemente grosera.

Mientras continuaba hablando, una extraña visión empezó a formarse. Evidentemente el psiquiatra acababa de sufrir una mala experiencia con su secretaria.

-Desde el día que vino a trabajar conmigo -siguió-, sabía que tenía una fuerte atracción sexual por mí, pero nunca se atrevió a decir nada. Se quedaba todo en insinuaciones y miradas. ¡Pero carajo! Esta tarde me cansé de todas las indirectas y las insinuaciones y me fui al grano. Me acerqué a su escritorio y le dije: «Yo sé lo que quieres y tú sabes lo que quiero".

Se enredó en un recuento elaborado de cuán agresivamente le había dicho que lo esperara en su apartamento frente a la universidad a las 11.30 p.m., y que él no cambiaba sus rutinas para nadie, que leía y trabajaba y bebía su vino hasta la una, y a esa hora se retiraba a su alcoba. Tenía un apartamento en la ciudad además de su casa en las afueras, en la cual vivía con su mujer y sus hijos.

-Tenía yo tal confianza en que este asunto iba a salir de maravilla, ser algo verdaderamente memorable -dijo con un hondo suspiro. Su voz adquirió el tono de alguien que está relatando algo íntimo-. Hasta le di la llave del apartamento -siguió y se le quebró la voz.

»Muy sumisamente, llegó a las once y media -continuó-. Entró sola, con su propia llave, y como sombrita se metió a la alcoba. Eso me excitó terriblemente. Sabía que no me iba a dar nada de lata. Ella sabía el papel que le correspondía. A lo mejor se durmió sobre la cama. O se quedó mirando la tele. Yo me metí en mi trabajo y no me importó un pedo lo que hacía. Sabía que la tenía presa.

»Pero al momento que entré en la alcoba -continuó, la voz tensa y contraída como si estuviera mortalmente ofendido-, Teresa saltó sobre mí como un animal y trató de agarrarme el pincho. Ni me dio tiempo de dejar a un lado la botella y las dos copas que llevaba.

Tuve suficiente cordura de dejar mis dos copas de cristal Baccarat sobre el piso sin romperlas. La botella saltó por el cuarto al agarrarme ella los cojones como si fueran piedras. Quería golpearla. Hasta lancé un grito de dolor, pero eso no la detuvo. Empezó a reír insensatamente porque creyó que yo me hacía el sexy y el gracioso. Lo dijo como para calmarme.

Moviendo la cabeza con rabia contenida, dijo que la mujer estaba tan endemoniadamente ávida y era tan egoísta que ni siquiera tomó en cuenta que un hombre necesita un momento de reposo, necesita sentirse a gusto, en casa, en un ambiente agradable. En vez de demostrar la consideración y comprensión que su papel exigía, Teresa Manning le sacó los órganos sexuales del pantalón con la mano experta de alguien que lo ha hecho cientos de veces.

-El resultado de toda esta mierda -dijo- fue que mi sensualidad huyó horrorizada. Me castró emotivamente. Mi cuerpo aborreció a esa puta mujer instantáneamente. Sin embargo, mi lujuria impidió que la echara a la calle.

Dijo que entonces decidió que en vez de perder la partida a causa de su impotencia miserablemente, como sabía que le iba a pasar, tendría sexo oral con ella y la haría tener un orgasmo, estaría a su merced; pero su cuerpo había rechazado a esa vieja tan completamente que no pudo hacerlo.

-Esa mujer para mí ya no tiene nada de hermosa -dijo-, es más bien fea. Cuando está vestida, la ropa le esconde la gordura de las caderas. Hasta se ve bien. Pero cuando está desnuda es un costal de carne fláccida blanca. Lo esbelto que presenta cuando está vestida es una mentira. No existe.

El veneno le salía al psiquiatra de formas que nunca me hubiera imaginado. Temblaba de rabia. Quería desesperadamente

aparentar que tenía dominio sobre sí, pero fumaba un cigarrillo tras otro.
Dijo que el sexo oral fue aún más horrendo y repugnante, y que estaba a punto de vomitar, cuando la puta mujer le dio una patada en la panza, lo echó de su propia cama, y luego lo llamó puto impotente.
A estas alturas de la narración, los ojos del psiquiatra ardían de odio. Le temblaba la boca. Estaba pálido.
-Tengo que usar tu baño -dijo-. Quiero bañarme. Estoy pestífero. Créeme, traigo sabor a puta.
Estaba hecho un mar de llanto y yo hubiera dado todo por no estar allí. Quizás por mi fatiga, o por el tono mesmérico de su voz, o por la insensatez de la situación, pero todo creaba la ilusión de que lo que escuchaba no era la voz del psiquiatra, sino la de uno de los machos suplicantes de sus grabaciones, quejándose de problemas menores que se vuelven asuntos gigantescos al hablar obsesivamente de ellos. Mi martirio terminó como a las nueve de la mañana. Era hora de que me fuera a mi clase y hora para que él se fuera a ver a su propio psiquiatra.
Me fui a clase lleno de una ardiente ansiedad y una enorme sensación de inutilidad e incomodidad. Allí, me dieron el golpe final, el golpe que causó el desmoronamiento de mi intento de llevar a cabo un cambio drástico. Ninguna parte de mi volición tuvo que ver con el desmoronamiento, que ocurrió no sólo como si hubiera sido proyectado, sino como si su progresión hubiera sido acelerada por una mano desconocida.
El profesor de antropología empezó su discurso sobre un grupo de indios de la altiplanicie del Perú y de Bolivia, los aymará. Los llamaba los «ey-MEH-ra», alargando el nombre como si su pronunciación fuera la única acertada que existiera. Dijo que la elaboración de la chicha, que él pronunciaba «CHAI-cha», una bebida alcohólica elaborada de maíz fermentado, ocurría en el reino de una secta de sacerdotizas que eran consideradas semidiosas por los aymará. Dijo en tono de revelación, que aquellas mujeres tenían a su cargo el transformar el maíz cocinado en una pasta lista para la fermentación masticando y escupiéndolo, añadiendo de esta manera una enzima que se encuentra en la saliva humana. La clase entera gritó de horror contenido al oír la referencia a la saliva humana.
El profesor parecía estar encantado. Daba risitas de alegría. Era la risa de un niño malicioso. Continuó diciendo que las mujeres eran masticadoras expertas y se refirió a ellas como las «masticadoras de chai-cha». Miró a la primera fila del aula donde se encontraba la mayoría de las jóvenes, y dio su golpe de gracia.
-Tuve el pr-r-r-r-rivilegio -dijo con esa entonación extraña, casi extranjera- de que me invitaran a dormir con una de las masticadoras de chai-cha. El arte de masticar la pasta de chai-cha les desarrolla los músculos de la garganta y de las mejillas a tal extremo que pueden hacer maravillas.
Miró al asombrado foro, haciendo una larga pausa, con interjecciones de risitas.
-Estoy seguro de que comprenden a lo que me refiero -dijo-, y se puso histérico de risa.
La clase se enloqueció con las insinuaciones del profesor. La charla fue interrumpida por no menos de cinco minutos de risa y un bombardeo de preguntas que el profesor se negó a contestar, causando más risas.
Me sentí tan comprimido por la presión de las grabaciones, el relato del psiquiatra y las masticadoras de chai-cha del profesor, que de un solo arrebato dejé mi trabajo, dejé la universidad y me regresé a Los Ángeles.
-Lo que me pasó con el psiquiatra y con el profesor de antropología -le dije a don Juan-, me ha hundido en un estado emotivo desconocido. Lo único que se me ocurre es llamarlo introspección. Me he estado hablando a mí mismo sin parar.
-Tu enfermedad es de algo muy sencillo -dijo don Juan sacudiéndose de risa.
Aparentemente, mi situación le encanta-

ba. Era un gusto que yo no compartía, porque no le veía la gracia.
-Tu mundo se termina -dijo-. Es el final de una era para ti. ¿Crees que el mundo que has conocido toda tu vida te va a dejar, pacíficamente, sin más? ¡No! Va a estar revolcándose debajo de ti y dándote de golpazos con la cola.

LA VISTA QUE NO PUDE SOPORTAR

Los Ángeles siempre había sido mi hogar. Mi elección de Los Ángeles no había sido cuestión de mi voluntad. Para mí, el quedarme en Los Ángeles ha sido el equivalente de haber nacido allí, quizás aún algo más profundo. Mi vínculo de afecto siempre ha sido total. Mi cariño por la ciudad de Los Ángeles siempre ha sido tan intenso, a tal grado una parte de mi ser, que nunca he tenido que darle voz. Nunca he tenido que revisarlo o renovarlo, nunca.
Tenía en Los Ángeles mi familia de amigos. Eran para mí parte de mi medio inmediato, es decir, los había aceptado totalmente tal como había aceptado la ciudad misma. Uno de mis amigos hizo la declaración una vez, un poco bromeando, de que todos nos odiábamos cordialmente. Indudablemente podían darse el lujo de tales sentimientos porque tenían otros arreglos emotivos a su disposición, como padres y esposas y maridos. Yo sólo tenía mis amigos en Los Ángeles.
Por la razón que fuera, yo era el confidente de cada uno. Cada uno de ellos me contaba todos sus problemas y vicisitudes. Mis amigos eran de una intimidad tal que nunca reconocí sus problemas o tribulaciones como algo menos que normal. Podía hablar con ellos durante horas de las mismas cosas que me habían horrorizado de las grabaciones y del psiquiatra.
Además, no me daba cuenta de que cada uno de mis amigos era increíblemente parecido al psiquiatra y al profesor de antropología. Nunca me fijé en lo tensos que estaban. Todos fumaban de manera compulsiva tal como el psiquiatra, pero nunca me había sido obvio, porque yo fumaba igual y estaba igual de tenso. La afectación de su habla era otra cosa que nunca había notado, aunque existía. Siempre afectaban el gangueo del oeste de los Estados Unidos, pero estaban muy conscientes de lo que hacían. Ni me había fijado en sus directas insinuaciones acerca de una sensualidad que eran incapaces de sentir, que conocían sólo a nivel intelectual.
La verdadera confrontación conmigo mismo empezó al enfrentarme con el dilema de Pete. Vino a verme, todo golpeado. Tenía la boca hinchada y un ojo rojizo e inflamado que evidentemente había sufrido un golpe y ya se estaban poniendo morado. Antes de que pudiera preguntarle lo que le había pasado, soltó de buenas a primeras que su mujer, Patricia, había ido durante el fin de semana a un encuentro de agentes de bienes raíces relacionado con su empleo, y que algo terrible le había sucedido. Al ver el aspecto de Pete, pensé que Patricia había estado en un accidente, estaba herida o hasta muerta.
-Pero, ¿se encuentra bien? -le pregunté, sinceramente afligido.
-Claro que está bien -ladró-. Es una puta y una bestia y nada les pasa a las putas-bestias más que se las cogen y les gusta.
Pete estaba lleno de rabia. Temblaba casi convulsivamente. Su abundante cabello rizado se le paraba por todas partes. Por lo general se lo peinaba con esmero, alisándose los rizos naturales. Ahora tenía un aspecto más loco que un demonio de tasmania.
-Todo estaba normal hasta hoy -continuó mi amigo-. Entonces, esta mañana, al salir de la ducha, me chasqueó el culo con una toalla y eso es lo que me hizo ver que andaba cogiendo con alguien.
Su razonamiento me tenía desconcertado. Lo interrogué un poco más. Le pregunté cómo el acto de chasquearlo con una toalla podía revelar tal cosa.
-Si eres un culo, no te revela nada -dijo con veneno en la voz-. Pero yo conozco a Patricia, y el jueves antes de que fuera

al encuentro de agentes, ¡no podía chasquear una toalla! De hecho, nunca ha podido chasquear una toalla durante todo el tiempo que llevamos de casados. ¡Alguien tiene que habérselo enseñado cuando andaban desnudos! ¡Así es que la agarré del cuello y la ahorqué para que me dijera la verdad! ¡Sí! ¡Se está cogiendo a su jefe!
Pete dijo que había ido a la oficina de Patricia para agarrarse con su jefe, pero que el hombre estaba bien protegido por sus guardaespaldas. Lo echaron al estacionamiento. Quería romper las ventanas, tirarles piedras, pero las guardaespaldas le dijeron que si lo hacía terminaría en la cárcel, o aún peor, con una bala en la cabeza.
-¿Son los que te golpearon, Pete? -le pregunté.
-No -dijo, abatido-. Anduve por la calle y entré en la oficina de ventas de una agencia de coches usados. Le di un golpazo al primer vendedor que vino a hablarme. El hombre estaba aturdido, pero no se enojó. Me dijo: «¡Cálmese, señor, cálmese! Aún se puede negociar".
Cuando lo volví a golpear en la boca, se puso fúrico. Era un tipo grande y me dio en la boca y en el ojo y me dejó tirado en el suelo. Cuando desperté -continuó Pete-, estaba acostado en el sofá de su oficina. Oí que llegaba una ambulancia, así es que me levanté y salí corriendo. Entonces vine a verte.
Empezó a sollozar sin contenerse. Vomitó. Estaba hecho un desperdicio. Llamé a su mujer y en menos de diez minutos llegó al apartamento. Se puso de rodillas delante de Pete y le juró que lo amaba sólo a él, que todo lo demás que ella hacía eran imbecilidades y que el de ellos era un amor de vida o muerte. Los otros no eran nada. Ni siquiera los recordaba. Los dos se desahogaron en llantos, y desde luego se perdonaron. Patricia llevaba gafas oscuras para esconder el hematoma del ojo derecho que le había puesto Pete (Pete era zurdo). Los dos ni sabían ya que estaba yo allí, y se marcharon. Salieron abrazados, dejando la puerta abierta.
La vida parecía continuar como siempre. Mis amigos se portaban conmigo como siempre lo habían hecho. Estábamos como de costumbre, involucrados en ir a fiestas, al cine o simplemente a chismear; o buscando restaurantes donde ofrecieran «todo lo que puedas comer» por el precio de una comida. Sin embargo, a pesar de este estado seudo-normal, un extraño y nuevo factor parecía haber penetrado en mi vida. Como el sujeto que lo experimentaba, se me hizo aparente que de pronto yo me había vuelto muy intolerante. Había empezado a juzgar a mis amigos de la misma manera en que había juzgado al psiquiatra y al profesor de antropología. ¿Quién era yo para ponerme a juzgar a los demás?
Me sentí inmensamente culpable. Juzgar a mis amigos había creado un estado de ánimo desconocido. Pero lo que consideraba peor, era que no sólo los juzgaba, sino que encontraba sus problemas y tribulaciones asombrosamente banales. Yo era el mismo; ellos eran mis mismos amigos. Había escuchado sus quejas y relatos de sus situaciones cientos de veces, y nunca había sentido nada más que un profundo sentido de identificación con lo que oía. Mi horror al descubrir este nuevo ánimo me abrumaba. El aforismo de que las desgracias nunca vienen solas, no podría haber sido más cierto en aquel momento de mi vida. La desintegración total de mi vida vino cuando mi amigo, Rodrigo Cummings, me pidió que lo llevara al aeropuerto de Burbank; de allí saldría para Nueva York. Era una maniobra de gran drama y desesperación por su parte. Consideraba su maldición estar atrapado en Los Ángeles. Para el resto de sus amigos, era una gran broma el hecho de que había intentado varias veces atravesar en coche todo el país para ir a Nueva York, y cada vez que lo hacía, el coche se le descomponía. Una vez había llegado hasta Salt Lake City antes de que le fallara; necesitaba un motor nuevo. Tuvo que dejarlo allí. La mayoría de las veces le sucedía en las afueras de Los Ángeles.

-¿Qué le pasa a tus coches, Rodrigo? -le pregunté una vez, con sincera curiosidad.
-No sé -respondió con un velado sentido de culpabilidad. Y entonces con una voz igual a la del profesor de antropología en su papel de predicador fundamentalista, dijo-: Quizás es que cuando salgo a la carretera acelero el coche a toda velocidad porque me siento libre. Usualmente abro todas las ventanillas. Quiero sentir el viento en la cara. Me siento como chico en busca de algo nuevo.
Me resultaba obvio que sus coches, que siempre eran carcachas, ya no tenían la capacidad de viajar a toda velocidad, y que sencillamente les quemaba el motor.
De Salt Lake City, Rodrigo había regresado a Los Ángeles haciendo autostop. Claro que podría haber hecho autostop hasta Nueva York, pero nunca se le ocurrió. Rodrigo parecía padecer de la misma condición que también me afectaba: una pasión inconsciente por Los Ángeles que él quería rechazar a toda costa.
En otra ocasión, su coche estaba en excelente condición mecánica. Podría haber hecho el viaje fácilmente, pero Rodrigo aparentemente no estaba en condiciones de dejar Los Ángeles. Llegó hasta San Bernardino, donde se metió a un cine a ver una película: Los Diez Mandamientos. Esa película, por razones que sólo Rodrigo conocía, le produjo una nostalgia insuperable por Los Ángeles. Regresó y lloró, diciéndome que la pinche ciudad de Los Ángeles le había construido una barrera a su alrededor y no lo dejaba salir. Su esposa estaba feliz de que no se hubiera ido, y su novia, Melissa, estaba aún más contenta, aunque un poco desilusionada porque tuvo que devolverle los diccionarios que él le había regalado.
Su último intento desesperado de llegar a Nueva York por avión, fue aún más dramático, porque sus amigos le prestaron el dinero para el boleto. Dijo que de este modo, como no tenía la menor intención de devolverles el préstamo, se estaba asegurando de que no regresaría. Metí sus maletas en la cajuela de mi coche y salimos para el aeropuerto de Burbank. Comentó que el avión no salía hasta las siete. Era temprano por la tarde y teníamos tiempo suficiente para meternos a un cine. Además, él quería darle un último vistazo a Hollywood Boulevard, el centro de nuestras vidas y actividades.
Fuimos a ver una película épica en technicolor y cinerama. Era una de esas películas insoportables y largas que parecía atraer toda la atención de Rodrigo. Cuando salimos del cine, ya estaba oscureciendo. Me fui a toda velocidad a Burbank en medio de un tránsito pesadísimo. Me exigió que tomáramos las calles en vez de la autopista, que a esas horas estaba congestionada. El avión despegó al llegar nosotros al aeropuerto. Fue la última gota. Sumiso y derrotado, Rodrigo fue a la caja y presentó su boleto para que se lo rembolsaran. La cajera escribió su nombre, le dio un recibo y le dijo que el dinero le llegaría dentro de seis a doce semanas desde Tennessee, donde se encontraban las oficinas de contaduría de la aerolínea.
Regresamos al edificio donde los dos vivíamos. Como no se había despedido de nadie esta vez, por temor a la vergüenza, nadie ni siquiera se había dado cuenta de que había intentado irse una vez más. El único inconveniente era que había vendido su coche. Me pidió que lo llevara a la casa de sus padres, porque su papá iba a darle el dinero que había gastado en su boleto. Su padre siempre había sido, durante todo el tiempo que yo lo había conocido, el hombre que sacaba de apuros a Rodrigo en cada situación problemática que se metía. El eslogan del padre era: «¡No temas, Rodrigo padre te espera! » Después de oír la petición de Rodrigo de un préstamo para pagar su otro préstamo, el padre miró a mi amigo con la expresión más triste que jamás había visto yo. Él mismo estaba con terribles problemas económicos.
Abrazándolo, le dijo: «No puedo ayudarte esta vez, muchacho. Ahora sí tienes que temer, porque Rodrigo padre ya se fue".
Quise desesperadamente sentirme uno con mi amigo, sentir su drama como siem-

pre lo había hecho, pero no pude. Sólo me enfoqué en la declaración del padre. Parecía de una finalidad que me galvanizó.
Busqué ávidamente la compañía de don Juan. Dejé todo pendiente en Los Ángeles para hacer el viaje a Sonora. Le conté del humor extraño en que me encontraba con mis amigos. Llorando de remordimiento, le dije que había empezado a juzgarlos.
-No te aloques por nada -me dijo don Juan calmadamente-. Ya sabes que una era entera de tu vida está por terminar, pero la era no termina hasta que muera el rey.
-¿Qué quiere decir con eso, don Juan?
-Tú eres el rey y tú eres exactamente como tus amigos. Ésa es la verdad que te tiene sacudiéndote en tus pantalones. Una cosa que puedes hacer es aceptar las cosas como son, que claro, no lo puedes hacer. La otra, es decir: «Yo no soy así, yo no soy así», y repetir que tú no eres así. Pero te prometo que va a llegar el momento en que te vas a dar cuenta de que sí eres así.

LA CITA INEVITABLE

Había algo que me molestaba en lo más recóndito del pensamiento: tenía que contestar una carta importantísima que me había llegado y tenía que hacerlo a toda costa. Lo que me frenaba era una mezcla de indolencia y un deseo profundo de complacer. Mi amigo antropólogo, el responsable de que conociera a don Juan Matus, me había escrito una carta hacía dos meses. Quería saber cómo me iba en mis estudios antropológicos, y me animaba a que lo visitara. Compuse tres largas cartas. Al volver a leer cada una las rompí, pues me parecieron obsequiosas y triviales. No podía expresar en ellas la profundidad de mi agradecimiento, la profundidad del sentimiento que tenía para él. Racionalicé mi tardanza en contestar con la resolución genuina de ir a verlo y decirle personalmente lo que estaba haciendo con don Juan Matus, pero seguí atrasando mi inminente viaje porque no estaba seguro de qué estaba haciendo con don Juan. Quería mostrarle algún día a mi amigo verdaderos resultados. Tal como iban las cosas, tenía apenas vagos bosquejos de posibilidades, que a sus ojos exigentes no hubieran podido considerarse de todas maneras trabajo de campo antropológico.
Un día me enteré de que había muerto. Su muerte me trajo uno de esas peligrosas depresiones silenciosas. No había manera de expresar lo que sentía porque lo que sentía no estaba del todo formulado en mi mente. Era una mezcla de abatimiento, desaliento y odio por mí mismo por no haberle contestado la carta, por no haberlo visitado.
Al poco tiempo de lo sucedido, le hice una visita a don Juan. Al llegar a su casa, me senté sobre una de las cajas bajo su ramada, buscando palabras que no sonaran banales para expresar mi sentimiento de abatimiento por la muerte de mi amigo. Por razones incomprensibles para mí, don Juan sabía el origen de mi confusión y la velada razón de mi visita.
-Sí -dijo don Juan secamente-. Sé que tu amigo, el antropólogo que te sirvió de guía para que me conocieras, ha muerto. Por la razón que fuera, supe exactamente el momento en que murió. Lo vi.
Sus declaraciones me sacudieron hasta los cimientos.
-Lo veía venir desde hacía mucho tiempo. Hasta te lo dije. Pero tú no prestaste atención. Estoy seguro de que ni siquiera te acuerdas.
Me acordaba de cada palabra que me había dicho, pero no tenía ninguna importancia para mí en el momento en que las había dicho. Don Juan había declarado que un suceso profundamente relacionado con nuestro encuentro, pero que no formaba parte de ello, era el hecho de que había visto a mi amigo antropólogo moribundo.
-Vi la muerte como fuerza externa ya abriendo a tu amigo -me había dicho-. Cada uno de nosotros tiene una apertura energética, una grieta energética debajo del ombligo. Esa grieta que los chamanes llaman el boquete, está cerrada cuando un hombre está en perfecto estado.

Dijo que normalmente, lo único discernible al ojo del chamán es un descolorido tenue en el brillo blancuzco de la esfera luminosa. Pero cuando un hombre está por morirse, el boquete está totalmente abierto.

-¿Qué significa todo esto, don Juan? -le había preguntado mecánicamente.

-La significancia es mortal -había contestado-. El espíritu me estaba dando un augurio de que algo llegaba a su fin. Pensé que era mi vida la que llegaba a su fin y lo acepté tan elegantemente como pude. Me di cuenta, mucho, mucho más tarde, que no era mi vida la que terminaba, sino mi linaje entero.

No sabía de lo que hablaba. ¿Pero cómo hubiera podido tomarlo en serio? En cuanto a mí, en el momento en que lo dijo era, como todo lo demás en mi vida, pura palabrería.

-Tu amigo mismo te dijo, en cierto modo, que se estaba muriendo -dijo don Juan-. Tú reconociste lo que te dijo lo mismo que reconociste lo que te decía yo, pero en ambos casos, elegiste pasarlo por alto.

No podía hacer ningún comentario. Estaba agobiado por lo que me decía. Quería hundirme en la caja donde estaba sentado, desaparecer, que me tragara la tierra.

-No es tu culpa que pases ciertas cosas por alto -siguió-. Es la juventud. Tienes tanto que hacer, tanta gente a tus alrededores. No estás alerta. De todos modos, nunca has aprendido a estar alerta.

En la vena de defender el último baluarte de mi ser, mi idea de que sí era vigilante, le hice notar a don Juan que había estado en situaciones de vida o muerte en que se requerían mi ingenio y vigilancia. No es que no tuviera la capacidad de ser vigilante, sino que me faltaba la orientación para crear la lista apropiada de prioridades; en consecuencia, todo me era o importante o no importante.

-Estar alerta no significa ser vigilante -dijo don Juan-. Para los chamanes, el estar alerta es estar consciente de la tela del mundo cotidiano que parece extraña a la interacción del momento. En el viaje que hiciste con tu amigo antes de conocerme, te fijaste solamente en los detalles que eran obvios. No te fijaste cómo su muerte lo absorbía, y a la vez, algo en ti lo sabía.

Empecé a protestar, a decirle que eso no era verdad.

-No te escondas detrás de banalidades -dijo en tono acusador-. Levántate. Aunque sea sólo durante el momento en que estás conmigo, asume responsabilidad por lo que sabes. No te pierdas en la tela externa del mundo que te rodea, extraño a lo que pasa. Si no hubieras andado tan preocupado contigo y tus problemas, hubieras sabido que era su último viaje. Hubieras notado que estaba cerrando sus cuentas, viendo a la gente que lo había ayudado, despidiéndose de ellos.

»Tu amigo antropólogo me habló una vez -siguió don Juan-. Lo recordaba tan claramente que no me sorprendió para nada cuando te trajo a mí en la estación de autobuses. No pude ayudarlo cuando me habló. No era el hombre que buscaba. Pero le deseé lo mejor desde mi vacío de chamán, desde mi silencio de chamán. Por esa razón, supe que en ese último viaje estaba expresando su agradecimiento a todos aquellos que habían tenido relevancia en su vida.

Le admití a don Juan que tenía toda la razón, que habían tantos detalles de que estaba consciente, pero que no tenían ningún significado para mí en aquel momento, como por ejemplo el éxtasis de mi amigo en contemplar el paisaje alrededor de nosotros. Detenía el coche para contemplar durante horas las montañas a la distancia, o el cauce del río, o el desierto. Descarté esto como la sentimentalidad idiota de un hombre de mediana edad. Hasta le hice vagas insinuaciones de que bebía demasiado. Me dijo que en casos extremos una copa le permitía a un hombre un momento de paz y de desapego, un momento para saborear algo irrepetible.

-Era, de hecho, un viaje para sus ojos solamente -dijo don Juan-. Los chamanes hacen tales viajes, y en ellos nada importa, excepto lo que puedan absorber sus ojos.

Tu amigo estaba desprendiéndose de todo lo superfluo.
Le confesé a don Juan que había pasado por alto lo que me había dicho de mi amigo moribundo, porque a un nivel desconocido había sabido que era verdad.
-Los chamanes nunca dicen las cosas por decirlas -dijo-. Tengo muchísimo cuidado de lo que te digo a ti o a cualquier otra persona. La diferencia entre tú y yo, es que yo no tengo nada de tiempo, y me comporto conforme a eso. Tú, por otro lado, crees que tienes todo el tiempo del mundo y también te comportas conforme a eso. El resultado final de nuestras dos formas de comportamiento es que yo mido todo lo que digo y hago, y tú no.
Tuve que admitir que tenía razón, pero le aseguré que lo que me decía no me aliviaba mi confusión o mi tristeza. Solté entonces, sin dominio alguno, cada matiz de mis confusos sentimientos. Le dije que no venía en busca de consejos. Quería que me recetara una manera chamanística para terminar con mi angustia. Creí estar verdaderamente interesado en obtener de él algún relajante natural, un Valium orgánico, y se lo dije. Don Juan movió la cabeza, desconcertado.
-Eres demasiado -dijo-. En seguida me vas a pedir un medicamento chamanístico para quitarte todo lo que molesta, sin esfuerzo ninguno por tu parte; sólo el esfuerzo de tragar lo que se te dé. Entre peor el sabor, mejor el resultado. Ése es tu lema, el del hombre occidental. Quieres resultados: una pócima y te curas.
»Los chamanes se enfrentan a las cosas de manera distinta -continuó don Juan-. Como no tienen tiempo que perder, se entregan totalmente a lo que está enfrente de ellos. Tu confusión es el resultado de tu falta de sobriedad. No tuviste la sobriedad de agradecerle debidamente a tu amigo. Eso nos pasa a todos. Nunca expresamos lo que sentimos, y cuando queremos hacerlo es demasiado tarde porque se nos ha acabado el tiempo. No es sólo a tu amigo al que se le acabó el tiempo. A ti también se te acabó. Le deberías haber dado las gracias profusamente en Arizona. El se tomó la molestia de llevarte a todas partes, y lo comprendas o no, en la estación de autobuses te dio lo mejor que tenía. Pero en el momento en que deberías haberle dado las gracias, estabas enojado con él, lo estabas juzgando, se había portado mal contigo, lo que fuera. Y entonces aplazaste verlo. En realidad, lo que aplazaste fue el darle las gracias. Ahora estás atorado con un fantasma en la cola. Nunca vas a poder pagarle lo que le debes.
Comprendí la inmensidad de lo que me decía. Nunca me había enfrentado a mis acciones de tal manera. De hecho, jamás le había dado las gracias a nadie, nunca. Don Juan metió su dardo aún más adentro.
-Tu amigo sabía que se moría -dijo-. Te escribió una última carta para saber qué hacías. Quizás, sin que lo supiera él o tú, fuiste su último pensamiento.
El peso de las palabras de don Juan fue demasiado para mis hombros. Me derrumbé. Sentía que necesitaba acostarme. Me daba vueltas la cabeza. Quizás era el ambiente. Había cometido el terrible error de llegar a la casa de don Juan ya entrada la tarde. El poniente parecía asombrosamente dorado, y los reflejos en las montañas peladas al este de la casa de don Juan eran de oro y púrpura. En el cielo no había ni pizca de nube. Nada parecía moverse. Era como si el mundo entero estuviera escondiéndose, pero su presencia era abrumadora. La quietud del desierto de Sonora era como una daga. Me penetró hasta la médula. Quería irme, subir a mi coche y fugarme. Quería estar en la ciudad, perderme en su ruido.
-Estás saboreando algo del infinito -dijo don Juan en un tono de grave finalidad-. Lo sé porque he estado en tu lugar. Quieres irte, meterte en algo humano, cálido, contradictorio, estúpido, no importa. Quieres olvidar la muerte de tu amigo. Pero el infinito no te dejará. -Su voz se suavizó-. Te tiene metidas las garras despiadadamente.
-¿Qué puedo hacer ahora, don Juan? -le pregunté.

-Lo único que puedes hacer es guardar fresca la memoria de tu amigo, mantenerla viva por el resto de tu vida y, quizás, más allá. Los chamanes expresan de esa manera el agradecimiento al que ya no pueden dar voz. Puedes creer que es una tontería, pero es lo mejor que los chamanes pueden hacer.

Era indudablemente mi propia tristeza, la que me hizo creer que el exuberante don Juan estaba tan triste como yo. En seguida abandoné la idea. No podría haber sido posible.

-La tristeza para los chamanes no es personal -dijo don Juan, de nuevo entrando en mis pensamientos-. No es en realidad tristeza. Es una ola de energía que llega desde lo profundo del cosmos y golpea a los chamanes cuando están receptivos, cuando son como radios, capaces de atraer las ondas.

»Los chamanes de tiempos antiguos, los que nos dieron el formato entero del chamanismo, creían que hay tristeza en el universo, como una fuerza, una condición como la luz, como el intento, y que esa fuerza perenne actúa, sobre todo en los chamanes porque ya no tienen escudos de defensa. Ya no pueden esconderse detrás de sus amigos o de sus estudios. Ya no pueden esconderse detrás del amor o del odio, o la felicidad, o la desgracia. No pueden esconderse detrás de nada.

»La condición de los chamanes -siguió don Juan-, es que la tristeza para ellos es abstracta. No viene de codiciar o de necesitar algo o de la importancia personal. No viene del yo. Viene del infinito. La tristeza que sientes por no haberle dado las gracias a tu amigo ya tiende hacia esa dirección.

»Mi maestro, el nagual Julián -siguió-, era un actor fabuloso. Había trabajado profesionalmente en el teatro. Tenía un cuento predilecto que le gustaba contar en sus sesiones de teatro. Me empujaba a estados de terrible angustia con él. Decía que era un cuento para aquellos guerreros que lo tenían todo, y que sin embargo sentían el dardo de la tristeza universal. Yo siempre creía que me lo estaba contando a mí, personalmente.

Don Juan entonces hizo paráfrasis de su maestro, diciéndome que el cuento se refería a un hombre que sufría de una profunda melancolía. Acudió a los mejores médicos de su tiempo y cada uno de ellos fracasó al querer aliviarlo. Al fin llegó al despacho de un médico prominente, un curandero del alma. Le sugirió a su paciente, que a lo mejor encontraba consuelo y un fin a su melancolía, en el amor. El hombre respondió que el amor no era ningún problema para él, era amado como nadie más en el mundo. A continuación, el médico sugirió que quizás el paciente debería emprender un viaje y ver otras partes del mundo. El hombre respondió que, sin exagerar, había estado en todos los rincones del mundo. El médico recomendó pasatiempos como las artes, los deportes, etc. El hombre respondió a cada una de sus recomendaciones de igual manera: había hecho eso y no encontraba alivio. El médico sospechó que el hombre era, posiblemente, un mentiroso sin remedio. No podría haber hecho todas estas cosas, como mantenía. Pero como buen curandero, el médico tuvo una última inspiración.

-¡Ah! -exclamó-. Le tengo la perfecta solución. Tiene usted que asistir a la función del mejor cómico de la época. Le va a encantar a tal extremo, que se va a olvidar de todos los vericuetos de su melancolía. ¡Tiene que asistir a la función del Gran Garrick!

Don Juan dijo que el hombre contempló al médico con la mirada más triste imaginable y dijo:

-Doctor, si eso es lo que me recomienda, estoy perdido. No tengo remedio. Yo soy el Gran Garrick.

EL PUNTO DE RUPTURA

Don Juan definió el silencio interno como un estado peculiar de ser en que los pensamientos se cancelan y uno puede funcionar a un nivel distinto al de la conciencia

cotidiana. Hizo hincapié en que el silencio interno consistía en suspender el diálogo interno -el compañero perenne del pensamiento- y debido a eso, era un estado de profunda quietud.

-Los antiguos chamanes -dijo don Juan- le llamaron silencio interno porque es un estado en el cual la percepción no depende de los sentidos. Lo que funciona durante el silencio interno es otra facultad que posee el hombre, una facultad que hace de él un ser mágico, la misma facultad que ha sido restringida, no por el hombre mismo, sino por una influencia extranjera.

-¿Cuál es esa influencia extranjera que restringe la facultad mágica del hombre? -pregunté.

-Ése es tema para una próxima explicación -contestó don Juan-, no el tema de discusión actual, aunque es, indudablemente, el aspecto más serio de la brujería de los chamanes del México antiguo.

»El silencio interno -continuó- es la postura de donde proviene todo en el chamanismo. En otras palabras, todo lo que hacemos conduce a esa postura, que como todo lo demás en el mundo de los chamanes no se revela hasta que algo gigantesco nos sacude.

Don Juan dijo que los chamanes del México antiguo concibieron interminables modos de sacudirse a ellos mismos, o a otros practicantes del chamanismo, hasta los cimientos para llegar a ese estado codiciado del silencio interno. Consideraban los actos más estrafalarios, que parecen estar de lo más aislados de la búsqueda del silencio interno, como el saltar a una caída de agua, o pasar la noche colgado cabeza abajo de una rama de un árbol, como factores claves que lo hacían aparecer.

Siguiendo los racionalismos de los chamanes del México antiguo, don Juan declaró categóricamente que el silencio interno se amontonaba, se acumulaba. En mi caso, luchaba para guiarme a construir un núcleo de silencio interno dentro de mí, y luego añadir a él, segundo a segundo, cada vez que lo practicara. Me explicó que los chamanes del México antiguo descubrieron que cada individuo tenía un umbral diferente de silencio interno en cuanto a tiempo, es decir, que el silencio interno debe ser mantenido por cada uno de nosotros durante el período de tiempo de nuestro umbral específico antes de que funcione.

-¿Qué consideraban los chamanes, como la señal de que el silencio interno estaba funcionando, don Juan? -pregunté.

-El silencio interno funciona desde el momento en que empiezas a acumularlo -contestó-. Los chamanes andaban detrás del dramático resultado final, el de alcanzar ese umbral individual de silencio. Algunos practicantes muy talentosos necesitan sólo unos cuantos minutos de silencio para llegar a esa codiciada meta. Otros, menos talentosos, necesitan largos períodos de silencio, quizás más de una hora de quietud completa, antes de llegar al resultado tan deseado. El resultado deseado es lo que los antiguos chamanes llamaban detener el mundo, el momento en que todo lo que nos rodea cesa de ser lo que siempre ha sido.

»Ése es el momento en que los chamanes regresan a la verdadera naturaleza del hombre -siguió don Juan-. Los antiguos chamanes también le llamaban libertad total. Es el momento en que el hombre esclavo se convierte en el hombre, el ser libre, capaz de proezas de percepción que son un desafío a nuestra imaginación linear.

Don Juan me aseguró que el silencio interno es una avenida que conduce a la verdadera suspensión del juicio, a un momento en que los datos sensoriales que emanan del universo dejan de ser interpretados por los sentidos; el momento en que la cognición deja de ser la fuerza que, a través de uso y repetición, decide la naturaleza del mundo.

-Los chamanes necesitan un punto de ruptura para que el funcionamiento del silencio interno empiece -dijo don Juan-. El punto de ruptura es como el mortero que mete el albañil entre los ladrillos. Es sólo cuando se endurece el mortero que los ladrillos sueltos se vuelven una estructura.

Desde el principio de nuestra asociación, don Juan me había inculcado el valor, la necesidad, de acumular el silencio interno segundo a segundo. Yo no tenía los medios para medir el efecto de esta acumulación, ni tampoco tenía ningún medio de juzgar si había llegado a algún umbral. Aspiraba obstinadamente a acumularlo, no simplemente para complacer a don Juan, sino porque el acto de acumularlo se había convertido en sí en un desafío.

Un día, don Juan y yo nos estábamos paseando en la plaza mayor de Hermosillo. Era temprano por la tarde de un día nublado. Hacía un calor seco y cómodo. Había mucha gente. Había tiendas alrededor de la plaza. A pesar de las muchísimas veces que había estado en Hermosillo, nunca me había fijado en aquellas tiendas. Sabía que estaban allí, pero su presencia no era algo de lo cual estaba consciente. No hubiera podido hacer un plano de esa plaza aunque de ello dependiera mi vida. Ese día, al pasear con don Juan, traté de identificar y localizar las tiendas. Buscaba algo que podría utilizar como medio mnemónico que suscitara luego mi recuerdo.

-Como te he dicho anteriormente y repetidas veces -dijo don Juan sacudiéndome de mi concentración-, cada chamán que conozco, hombre o mujer, en un momento u otro llega al punto de ruptura de su vida.

-¿Quiere usted decir que sufren algo así como una crisis mental? -pregunté.

-No, no -dijo, riéndose-. Las crisis mentales son para aquellas personas que se entregan a sí mismas. Los chamanes no son personas. Lo que quiero decir es que, en un momento dado, la continuidad de sus vidas tiene que romperse para que se establezca el silencio interno y se haga una parte activa de sus estructuras.

»Es muy, muy, importante -siguió don Juan-, que tú mismo deliberadamente llegues a ese punto de ruptura, o que lo crees, artificiosamente, inteligentemente.

-¿Qué quiere decir con eso, don Juan? -le pregunté, atrapado por su intrigante razonamiento.

-Tu punto de ruptura -dijo-, es descontinuar tu vida tal como la conoces. Has hecho todo lo que te he dicho, acertada y obedientemente. Si tienes talento, nunca lo demuestras. Ése parece ser tu estilo. No eres lento, pero te comportas como si lo fueras. Estás muy seguro de ti mismo, pero te comportas como si fueras inseguro. No eres tímido y sin embargo, te comportas como si le tuvieras miedo a la gente. Todo apunta a un solo lugar: tu necesidad de romper con todo eso, despiadadamente.

-Pero, ¿cómo, don Juan? ¿Qué propone usted? -pregunté genuinamente frenético.

-Creo que todo se reduce a un acto -dijo-. Tienes que dejar a tus amigos. Tienes que despedirte de ellos para siempre. No es posible que continúes en el camino del guerrero, cargando contigo tu historia personal, y a menos que descontinúes tu manera de vida, no voy a poder seguir con mi instrucción.

-Momento, momento, momento, don Juan -dije-. Tengo que frenarlo. Me pide usted que haga algo demasiado difícil. Para serle muy sincero, no creo que pueda hacerlo. Mis amigos son mi familia, mis puntos de referencia.

-Precisamente, precisamente -comentó-. Son tus puntos de referencia. Por consecuencia, tienen que irse. Los chamanes tienen un solo punto de referencia; el infinito.

-¿Pero cómo quiere que proceda, don Juan? -pregunté en voz plañidera. Su petición me estaba volviendo loco.

-Simplemente tienes que marcharte-dijo, como si nada-. Márchate de la manera que puedas.

-Pero, ¿adónde me voy? -pregunté.

-Mi recomendación es que alquiles una habitación en uno de esos hoteles baratos que conoces -dijo-. Cuanto más feo el lugar, mejor. Si tiene alfombras pardas verduscas con cortinas del mismo color, y paredes de un verde pardo tanto mejor: un hotel comparable al que te mostré aquella vez en Los Ángeles.

Me reí nerviosamente al recordar la vez que iba en coche con don Juan por el barrio industrial de Los Ángeles, donde sólo había bodegas y hoteles desvencijados

para transeúntes. Uno sobre todo atrajo la atención de don Juan por su nombre rimbombante, «Eduardo Séptimo». Nos detuvimos en frente para verlo un momento.
-Ese hotel -dijo don Juan, señalándolo con el dedo-, es para mí la verdadera representación de la vida en esta tierra para la persona común y corriente. Si tienes suerte o eres despiadado, conseguirás un cuarto con vista a la calle, donde podrás ver este desfile interminable de la miseria humana. Si no tienes tanta suerte o no eres tan despiadado, tendrás un cuarto adentro, con ventanas que dan a la muralla del edificio contiguo. Piensa en pasar toda una vida entre esas dos vistas, envidiando la vista a la calle si estás adentro, y envidiando la vista a la muralla si estás afuera, cansado de mirar la calle.
La metáfora de don Juan me molestó terriblemente, porque la comprendía perfectamente.
Ahora, enfrentando la posibilidad de tener que alquilar un cuarto en un hotel comparable al «Eduardo Séptimo», no sabía qué decir o por dónde continuar.
-¿Qué quiere que haga allí, don Juan?-pregunté.
-Un chamán utiliza un lugar de ésos para morir -me dijo, mirándome sin pestañear. »Nunca has estado solo en tu vida. Éste es el momento de hacerlo. Te quedarás en ese cuarto hasta que te mueras.
Su petición me asustó, pero a la vez me hizo reír.
-No es que lo vaya a hacer, don Juan -dijo-, pero ¿cuál sería el criterio para saber que estoy muerto (a menos que quiera que me muera físicamente)?
-No -dijo-, no quiero que tu cuerpo muera físicamente. Quiero que muera tu persona. Son dos asuntos muy distintos. En esencia, tu persona tiene muy poco que ver con tu cuerpo. Tu persona es tu mente, y créeme, tu mente no es tuya.
-¿Qué tontería es esta, don Juan, de que mi mente no es mía? -oí que decía con un gangueo nervioso en la voz.
-Algún día te lo diré -dijo-, pero no mientras estés protegido por tus amigos.
-El criterio que indica que un chamán ha muerto -siguió- es cuando no le importa si tiene compañía o si está solo. El día que ya no busques la compañía de tus amigos que usas como escudo, ése es el día en que tu persona ha muerto. ¿Qué dices? ¿Juegas o no juegas?
-No puedo hacerlo, don Juan -dije-. Es inútil que le mienta. No puedo dejar a mis amigos.
-Está bien, no te preocupes -dijo sin perturbarse. Mi declaración parecía no haberle afectado en lo mínimo-. Ya no podré hablarte, pero no podemos negar que durante nuestro tiempo juntos has aprendido muchísimo. Has aprendido cosas que te van a fortalecer, no importa si regresas o si te vas para siempre.
Me dio una palmadita en la espalda y se despidió. Dio la vuelta y simplemente desapareció entre la gente de la plaza como si se hubiera convertido en uno con ellos. Por un instante tuve la extraña sensación de que la gente de la plaza era como un telón que él había abierto para desaparecer detrás. El final había llegado como todo lo demás en el mundo de don Juan: imprevisible y velozmente. De pronto estaba sobre mí, yo estaba en medio de él, y ni siquiera sabía cómo había llegado allí.
Debería haber estado deshecho. Pero no. No sé por qué, pero estaba feliz. Me maravillé de la facilidad con que todo había terminado. Don Juan era en verdad un ser elegante. No hubo enojos ni reproches ni nada por el estilo. Me subí a mi coche y conduje, más alegre que unas pascuas. Estaba exuberante. Qué extraordinario que todo terminó tan velozmente, pensé, sin angustias.
Mi viaje de regreso fue sin novedad. En Los Ángeles, ya en mi ambiente familiar, me fijé en que había derivado una enorme cantidad de energía de mi último encuentro con don Juan. Estaba muy contento, muy relajado, y retomé lo que consideraba mi vida normal con mayor ánimo. Todas mis tribulaciones con mis amigos y mis comprensiones acerca de ellos, todo lo que le había dicho a don Juan

con referencia a esto, había sido olvidado por completo. Era como si algo hubiera borrado todo eso de mi mente. Me maravillé unas cuantas veces de la facilidad con que había olvidado algo tan significativo, y de haberlo olvidado tan completamente.

Todo era como se esperaba. Había un sola inconsistencia en lo que era por lo demás un ordenado paradigma de mi nueva vieja vida: recordaba claramente que don Juan me había dicho que mi partida del mundo de los chamanes era puramente académica y que regresaría. Había recordado y había escrito cada palabra de ese intercambio. Según mi razonamiento y memoria lineal normal, don Juan nunca había hecho esa declaración.

¿Cómo era posible que recordara algo que nunca había sucedido? Cavilé inútilmente. Mi seudo-recuerdo era lo suficientemente extraño como para moverme a hacer algo, pero luego decidí que no tenía caso. En lo que a mí concernía, estaba fuera del ambiente de don Juan.

Siguiendo las sugerencias de don Juan en relación a mi comportamiento con aquellos que me habían hecho favores, había llegado a una decisión de proporciones gigantescas para mí: la de honrar y dar gracias a mis amigos antes de que fuera demasiado tarde. Un caso era el de mi amigo Rodrigo Cummings. Un acontecimiento con mi amigo Rodrigo, sin embargo, tumbó mi nuevo paradigma, conduciéndolo a su destrucción total.

Mi actitud hacia él sufrió un cambio radical al vencer mi competitividad con él. Encontré que era lo más fácil del mundo proyectarme cien por ciento en lo que hiciera Rodrigo. De hecho, yo era exactamente como él, pero no lo supe hasta que dejé de hacerle competencia. Fue cuando surgió la verdad con una intensidad horrenda. Uno de los mayores deseos de Rodrigo era terminar la carrera universitaria. Cada semestre, se inscribía y tomaba cuantos cursos podía. Luego, al progresar el semestre los iba dejando. A veces dejaba por completo la universidad. En otras ocasiones, seguía en un solo curso de tres unidades hasta el final.

Durante su último semestre, se mantuvo en un curso de sociología porque le gustaba. Se acercaba el examen final. Me dijo que tenía tres semanas para estudiar, para leer el texto del curso. Pensaba que era una cantidad de tiempo exorbitante para leer solamente seiscientas páginas. Se consideraba un lector veloz, con un alto nivel de retención; a su parecer, tenía una memoria fotográfica de casi cien por ciento.

Pensaba que tenía muchísimo tiempo antes del examen, así es que me pidió que le ayudara a arreglar su coche que usaba para su trabajo de entregar periódicos. Quería quitarle la puerta de la derecha para poder tirar el periódico directamente sin hacer la maniobra de tirarlo sobre el techo desde la ventanilla izquierda. Le hice notar que era zurdo, y me respondió que entre sus muchas dotes, de las cuales sus amigos no se daban cuenta, estaba la de ser ambidiestro. Tenía razón; nunca lo había yo notado. Después de que lo ayudé a quitar la puerta, decidió quitarle el forro al techo, ya que estaba muy roto. Dijo que su coche estaba en óptimas condiciones mecánicas y que lo llevaría a Tijuana, México (que como buen Angelino de aquel tiempo llamaba TJ), para que le volvieran a poner el forro por unos cuantos pesos.

-Podríamos disfrutar un buen viaje -dijo con gusto. Hasta eligió los amigos que iban a acompañarlo-. En TJ, ya sé que vas a andar buscando libros de segunda porque eres un culo. Los demás vamos a ir a un burdel. Conozco unos cuantos.

Nos tomó una semana para quitar el forro y lijar la superficie de metal para prepararla para el nuevo forro. A Rodrigo le quedaban dos semanas más para estudiar, y todavía lo consideraba demasiado tiempo. Me involucró en ayudarle a pintar su apartamento y barnizar los pisos. Nos tomó más de una semana para pintarlo y lijar los pisos de madera. No quería cubrir el papel tapiz con pintura en una habitación. Tuvimos que alquilar una máquina de vapor para quitar el papel tapiz. Claro que ni Rodrigo ni yo sabíamos cómo usar

la máquina, así es que terminamos haciendo una macana de trabajo. Terminamos usando Topping, una mezcla finísima de yeso y otros materiales que le dan una superficie plana a una pared.
Después de todas estas faenas, Rodrigo tenía solamente dos días para empollar seiscientas páginas en su cabeza. Se metió en un maratón de lectura de día y noche, con la ayuda de anfetaminas. Rodrigo sí fue a la universidad el día del examen y sí se sentó en su pupitre y sí recibió la hoja para el examen de respuestas múltiples.
Lo que no hizo fue mantenerse despierto para tomar el examen. Su cuerpo cayó hacia delante y se dio contra la tapa del pupitre con la cabeza, con un fuerte golpe. Se tuvo que suspender el examen durante un rato. El maestro de sociología se puso histérico como también los alumnos que rodeaban a Rodrigo. Tenía el cuerpo tieso y helado. La clase entera sospechaba lo peor; creían que se había muerto de un ataque cardíaco. Vinieron los paramédicos a llevárselo. Después de un examen preliminar, declararon que Rodrigo estaba profundamente dormido y se lo llevaron al hospital para que se le pasaran los efectos de las anfetaminas.
Mi proyección dentro de Rodrigo Cummings fue tan total que me espantó. Yo era exactamente igual. La semejanza se volvió insostenible para mí. En un acto que yo consideré como total, nihilista y suicida, me alquilé un cuarto en un hotel desvencijado en Hollywood.
Las alfombras era verdes y tenían horrendas quemaduras de cigarros que evidentemente se habían apagado antes de volverse incendios. Tenía cortinas verdes y pardas paredes verdes. La luz intermitente del anuncio del hotel brillaba toda la noche por la ventana.
Terminé haciendo exactamente lo que me había pedido don Juan, pero de manera indirecta. No lo hice por cumplir con los requisitos de don Juan o con la intención de hacer las paces. Sí me quedé en ese cuarto de hotel durante meses, hasta que mi persona, como don Juan me había propuesto, murió, hasta que no me importaba si estaba solo o acompañado.
Después de dejar el hotel me fui a vivir solo, más cerca a la universidad. Continué con mis estudios antropológicos, los que nunca había interrumpido, y empecé un negocio muy provechoso con una socia. Todo estaba en orden hasta un día cuando me llegó la realización de que iba a pasar el resto de mi vida preocupado por mi negocio, o preocupado por la fantasmagórica opción entre ser académico o negociante, o preocupado por las excentricidades y andanzas de mi socia; y esa realización fue como una patada a la cabeza. Una verdadera desesperación atravesó las profundidades de mi ser. Por primera vez en mi vida, a pesar de lo que había hecho y visto, no tenía salida. Estaba totalmente perdido. Empecé seriamente a jugar con la idea de buscar la forma menos dolorosa y más pragmática para acabar conmigo mismo.
Una mañana, unos golpes fuertes e insistentes a la puerta me despertaron. Creí que era la propietaria, y estaba seguro de que si no contestaba entraría con la llave maestra. Abrí la puerta y ¡allí estaba don Juan! Me sorprendí tanto que me quedé yerto. Tartamudeé, balbuceé sin poder decir palabra. Quería besarle la mano, ponerme de rodillas delante de él. Don Juan entró y se sentó con gran soltura a la orilla de mi cama.
-Hice el viaje a Los Ángeles -dijo- sólo para verte.
Quise llevarlo a desayunar, pero me dijo que tenía otras cosas que atender y que tenía no más que un minuto para hablar conmigo. Rápidamente le conté de mi experiencia en el hotel. Su presencia me había creado tal estado de caos que ni me dio por preguntarle cómo había dado con mi lugar. Le dije a don Juan cuán intensamente había lamentado lo que le había dicho en Hermosillo.
-No tienes que disculparte -me aseguró-. Cada uno de nosotros hacemos lo mismo. Una vez, salí corriendo del mundo de los chamanes y llegué al punto de morirme antes de darme cuenta de mi estupidez.

Lo importante es llegar al punto de ruptura, de la manera que sea, y es exactamente lo que has hecho. El silencio interno se está volviendo real para ti. Es por esa razón que estoy aquí delante de ti hablándote. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?
Creí que comprendía lo que quería decirme. Pensé que él había intuido o leído, como leía cosas en el aire, que estaba yo en las últimas y que había venido a rescatarme.
-No tienes tiempo que perder -me dijo-. Tienes que disolver tu negocio dentro de una hora, porque una hora es todo lo que puedo esperar; no porque no quiera esperar, sino porque el infinito me está apremiando despiadadamente. Digamos que el infinito te da una hora para que te canceles a ti mismo. Para el infinito, la única empresa que vale para el guerrero es la libertad. Cualquier otra empresa es fraudulenta. ¿Puedes disolver todo en una hora?
No tenía que asegurarle que lo haría. Sabía que tenía que hacerlo. Don Juan me dijo entonces, que una vez que hubiera logrado disolver todo, iba a esperarme en un mercado en un pueblo de México. En mi esfuerzo por pensar en la disolución de mi negocio, pasé por alto lo que me estaba diciendo. Lo repitió, y claro, pensé que estaba bromeando.
-¿Cómo puedo llegar a ese pueblo, don Juan? ¿Quiere que vaya en coche, que tome un avión? -le pregunté.
-Disuelve primero tu negocio -ordenó-. Entonces vendrá la solución. Pero recuerda, te espero sólo una hora.
Salió del apartamento, y apasionada y febrilmente, emprendí la disolución de todo lo que tenía. Desde luego, me tomó más de una hora, pero no me detuve para considerar esto, porque una vez que había puesto a andar la disolución del negocio, el envión me llevó. Fue sólo al terminar que me enfrenté con el verdadero dilema. Supe entonces que había fracasado. Me quedaba sin negocio y sin posibilidad de llegar a don Juan.
Me fui a la cama y busqué el único consuelo en que podía pensar: la quietud, el silencio. Para facilitar el advenimiento del silencio interno, don Juan me había enseñado una manera de sentarme en la cama, con las rodillas dobladas y las suelas de los pies tocándose, las manos sobre los tobillos, empujando para tener juntos los pies. Me había regalado un palo grueso y redondo, que siempre tenía a la mano no importaba dónde fuera. Era de unos cuarenta y tres centímetros de largo para soportar el peso de mi cabeza al inclinarme sobre él y poner el palo en el suelo entre mis pies y el otro extremo, que estaba acolchonado, en medio de mi frente. Cada vez que adoptaba esta postura, me dormía profundamente en unos instantes.
Debí haberme dormido con mi acostumbrada facilidad, porque soñé que estaba en el pueblo mexicano donde don Juan me había dicho que iba a encontrarme. Siempre me había intrigado ese pueblo. Había mercado una vez por semana y los agricultores que vivían en esa región traían sus productos para venderlos. Lo que me fascinaba más de ese pueblo era el camino pavimentado que conducía a él, que pasaba por una colina empinada a la misma entrada del pueblo. Muchas veces me había sentado en una banca junto a un puesto de quesos y había mirado hacia esa colina. Veía a la gente que llegaba al pueblo con sus burros y sus cargas, pero veía primero sus cabezas; al ir acercándose, veía más de sus cuerpos hasta el momento cuando estaban en la cima de la colina y les veía el cuerpo entero. Siempre me parecía que emergían de la tierra, lentamente o muy rápidamente, según su velocidad. En mi sueño, don Juan me esperaba junto al puesto de quesos. Me le acerqué.
-Lo lograste desde tu silencio interior -dijo, dándome una palmadita-. Pudiste llegar a tu punto de ruptura. Por un momento, empecé a perder esperanza. Pero me quedé, sabiendo que ibas a llegar.
En ese sueño, fuimos a dar un paseo. Estaba más feliz de lo que jamás había estado. El sueño era tan vivo, tan terriblemente real que me dejó sin ninguna duda de

que había resuelto el problema, aunque el resolverlo había sido un sueño-fantasía.
Don Juan se rió, moviendo la cabeza. Definitivamente me había leído el pensamiento.
-No estás en un simple sueño -dijo-, pero ¿quién soy yo para decírtelo? Tú lo sabrás algún día, que no hay sueños desde el silencio interno, porque elegirás saberlo.

LAS MEDIDAS DE LA COGNICIÓN

«El final de una era» era, para don Juan, una descripción precisa de un proceso por el cual pasan los chamanes al desmontar la estructura del mundo que conocen, y reemplazarla con otra forma de comprender el mundo que los rodea. Como maestro, don Juan procuró, desde el instante inicial de nuestro encuentro, introducirme al mundo cognitivo de los chamanes del México antiguo. El término «cognición» era para mí, en aquel tiempo, la manzana de la discordia. Lo entendía como un proceso por el cual reconocemos el mundo que nos rodea. Ciertas cosas caen dentro del reino de ese proceso y son fácilmente reconocidas por nosotros. No ocurre con otras cosas, que permanecen consecuentemente, como rarezas, cosas de las cuales no tenemos suficiente comprensión.
Don Juan mantuvo desde el principio de nuestra relación que el mundo de los chamanes del México antiguo difería del nuestro, no de manera superficial, sino en la manera en que se arreglaba el proceso de cognición. Mantenía que en nuestro mundo, nuestra cognición requiere la interpretación de datos sensoriales. Dijo que el universo está compuesto de un número infinito de campos de energía, que existen en el universo en general como filamentos luminosos. Esos filamentos luminosos actúan sobre el hombre como organismo. La respuesta de ese organismo es convertir esos campos de energía en datos sensoriales. Los datos sensoriales se interpretan, y esa interpretación se convierte en nuestro sistema cognitivo. Mi comprensión de la cognición forzosamente me hacía creer que es un proceso universal, tal como el lenguaje es proceso universal. Hay una sintaxis diferente para cada lenguaje, como debe haber una mínima diferencia de arreglo para cada sistema de interpretación del mundo.
La afirmación de don Juan, sin embargo, que los chamanes del México antiguo tenían un sistema cognitivo diferente, era para mí equivalente a decir que tenían una manera diferente de comunicación que nada tenía que ver con el lenguaje. Lo que quería desesperadamente que dijera, era que su sistema cognitivo diferente era equivalente a tener un lenguaje diferente, pero que era, sin embargo, un lenguaje.
El «final de una era» significaba para don Juan que las unidades de una cognición extranjera se estaban apoderando. Las unidades de mi cognición normal, no importara lo agradables y provechosas, empezaban a disolverse. ¡Momento grave en la vida de un hombre!
Quizá mi unidad más codiciada era la vida académica. Cualquier cosa que la amenazaba era una amenaza al centro de mi ser, sobre todo si el ataque era velado, inadvertido. Pasó con un profesor a quien le había dado toda mi confianza, el profesor Lorca.
Me había inscrito en el curso que dictaba el profesor Lorca sobre cognición, porque me había sido recomendado como uno de los académicos más brillantes que había. El profesor Lorca era bastante guapo, con pelo rubio peinado a un lado. Tenía la frente limpia, sin arrugas, dando la impresión de alguien que jamás ha tenido una preocupación en la vida. Su ropa mostraba el toque de un buen sastre. No llevaba corbata, lo cual le daba un aire juvenil. Se la ponía solamente al encontrarse con gente importante.
En la ocasión de aquella memorable primera clase con el profesor Lorca, yo estaba confuso y nervioso viendo cómo caminaba de un lado al otro por minutos que fueron una eternidad para mí. El profesor Lorca movía continuamente sus finos la-

bios apretados de arriba abajo, añadiendo inmensidades a la tensión que había generado en esa aula pesada, de ventanas cerradas. De pronto, se detuvo. Se paró en medio del aula, a poca distancia de donde me encontraba sentado y golpeando el podio con un periódico enrollado, empezó a hablar.

-Nunca se sabrá .... -empezó.

Todos los que estaban en el aula inmediatamente empezaron ansiosamente a tomar apuntes.

-Nunca se sabrá -repitió- lo que siente un sapo cuando se sienta en el fondo del estanque e interpreta el mundo de sapo que le rodea. -Su voz conllevaba una tremenda fuerza y finalidad-. Entonces, ¿qué creen que es esto? -agitó el periódico por encima de su cabeza.

Continuó leyéndole a la clase un artículo del periódico en que se reportaba el trabajo de un biólogo.

-Este artículo demuestra la negligencia del periodista, que obviamente citó mal al científico -afirmó el profesor Lorca con la autoridad de un catedrático-. Un científico, no importa lo descuidado que sea, nunca se permitiría antropomorfizar los resultados de su investigación, a no ser que sea un baboso.

Con esto como introducción, presentó una conferencia brillantísima sobre la calidad insular de nuestro sistema cognitivo, o del sistema cognitivo de cualquier otro organismo. Me introdujo, en aquella conferencia inicial, a una andanada de nuevas ideas, y las hizo extraordinariamente fáciles de utilizar. La idea más novedosa para mí era que cada individuo de cada especie sobre la Tierra interpreta el mundo que lo rodea usando datos que le llegan a través de sus sentidos especializados. Afirmó que los seres humanos no pueden ni siquiera imaginarse, por ejemplo, lo que debe ser estar en un mundo regido por la eco-locación, como el mundo del murciélago, donde cualquier punto de referencia inferido, es imposible de concebir para la mente humana. Dejó muy claro, que desde ese punto de vista no existían dos sistemas cognitivos que pudieran asemejarse entre especies.

Al salir del salón al final de la conferencia de hora y media, sentía que la brillantez de la mente del profesor Lorca me había tumbado. Desde ese momento, era su más devoto admirador. Encontraba sus conferencias más que estimulantes y provocativas al pensamiento. Las suyas eran las únicas conferencias que esperaba ansiosamente. Todas sus excentricidades no me importaban para nada en comparación con su excelencia como maestro y como pensador innovador en el campo de la psicología.

Cuando primero asistí a la clases del profesor Lorca, llevaba casi dos años trabajando con don Juan Matus. Era ya un patrón de comportamiento bien establecido, acostumbrado como estaba a las rutinas, de contarle a don Juan todo lo que me pasaba en mi mundo cotidiano. En la primera oportunidad que se presentó, le relaté lo que estaba sucediendo con el profesor Lorca. Puse al profesor Lorca por las nubes y le dije a don Juan sin vergüenza alguna que el profesor Lorca era mi modelo. Don Juan se mostró aparentemente muy impresionado por mi despliegue de admiración, sin embargo me hizo una extraña advertencia.

-No admires a la gente desde la distancia -dijo-. Ésa es la manera más segura de crear seres mitológicos. Acércate a tu profesor, habla con él, ve cómo es como hombre. Ponlo a prueba. Si el comportamiento de tu profesor es resultado de su convicción de que es un ser que se va a morir, entonces todo lo que haga, no importa cuán extraño, debe ser premeditado y final. Si lo que dice termina siendo palabras, no vale nada.

Me sentí terriblemente insultado por lo que consideraba ser la insensibilidad de don Juan. Pensé que a lo mejor estaba un poco celoso de los sentimientos de admiración que tenía yo por el profesor Lorca. Una vez que ese pensamiento se formuló en mi mente, me sentí aliviado; lo comprendí todo.

-Dígame, don Juan -dije para terminar la conversación por otras vías-, ¿qué es un ser que va a morir, en verdad? Lo he oído hablar de eso tantas veces, pero no me lo ha definido nunca realmente.
-Los seres humanos son seres que van a morir -dijo-. Los chamanes firmemente mantienen que la sola manera de agarrarnos del mundo y de lo que en él hacemos, es aceptando totalmente que somos seres que vamos camino a la muerte. Sin esta aceptación básica, nuestras vidas, nuestros quehaceres y el mundo en que vivimos son asuntos inmanejables.
-¿Pero es la mera aceptación de esto de tal alcance? -pregunté en tono casi de protesta.
-¡Créemelo! -dijo don Juan sonriendo-. Pero no es en la mera aceptación donde está el truco. Tenemos que encarnar esa aceptación y vivirla plenamente. Los chamanes a través de los años han dicho que la vista de nuestra muerte es la vista que produce más sobriedad. Lo que está mal con nosotros los seres humanos, y que ha estado mal desde tiempo inmemorial, es que sin declararlo en tantas palabras, creemos que hemos entrado en el reino de la inmortalidad. Nos comportamos como si nunca fuéramos a morirnos, una arrogancia infantil. Pero aún más injuriante que ese sentimiento de inmortalidad es lo que lo acompaña; la sensación de que podemos absorber todo este inconcebible universo con la mente.
Una yuxtaposición fatal de ideas me tenía atado despiadadamente; la sabiduría de don Juan y el conocimiento del profesor Lorca. Ambas eran difíciles, oscuras, seductoras y lo abarcaban todo. No había nada que hacer más que seguir el curso donde me llevara.
Seguí al pie de la letra la sugerencia de don Juan de acercarme al profesor Lorca. Intenté todo el semestre acercarme a él, hablar con él. Iba religiosamente a su oficina durante las horas en que estaba allí, pero nunca parecía tener tiempo para mí. Sin embargo, aunque no podía hablar con él, lo admiraba imparcialmente. Hasta llegué a aceptar que nunca iba a hablar conmigo. No me importaba; lo que importaba eran las ideas que recolectaba de sus magníficas clases.
Le hice un reporte a don Juan acerca de todos mis hallazgos intelectuales. Había leído extensamente sobre la cognición. Don Juan me animó, más que nunca, a establecer contacto directo con la fuente de mi revolución intelectual.
-Es imprescindible que hables con él -me dijo en una voz un tanto urgente-. Los chamanes no admiran a la gente en el vacío. Les hablan; los conocen. Establecen puntos de referencia. Comparan. Lo que estás haciendo es un poco infantil. Admiras a lo lejos. Es como lo que pasa con un hombre que le tiene miedo a las mujeres. Finalmente, sus gónadas dominan su miedo y le exigen que adore a la primera mujer que le dice «hola».
Hice un doble esfuerzo por acercarme al profesor Lorca, pero era como una fortaleza impenetrable. Cuando le comenté a don Juan mis dificultades, me explicó que los chamanes veían cualquier actividad con la gente, no importa cuán diminuta o insignificante, como un campo de batalla. En ese campo de batalla, los chamanes hacían su mejor magia, ponían su mejor esfuerzo. Me aseguró que el truco para tener soltura en tales situaciones, algo que nunca había sido mi fuerte, era enfrentarse al adversario abiertamente. Expresó su aborrecimiento por esas almas tímidas que se esconden de la interacción a tal extremo que, cuando interactúan, simplemente infieren o deducen en términos de sus propios estados psicológicos lo que pasa sin verdaderamente percibir lo que en realidad está pasando. Interactúan sin jamás haber sido parte de la interacción.
-Siempre mira al hombre con quien estás jugando el tira y afloja con la cuerda -continuó- No tires simplemente de la cuerda; levanta la vista a sus ojos. Sabrás que es un hombre, igual a ti. No importa lo que diga, no importa lo que haga, se está sacudiendo en sus pantalones, tal como tú. Una mirada de esa naturaleza vuelve in-

capaz a tu adversario, aunque sea por solo un instante; entonces das el golpe.
Un día la suerte estaba conmigo. Abordé al profesor Lorca en el corredor en frente de su oficina.
-Profesor Lorca -dije-, ¿tiene un momento libre para hablar?
-¿Quién demonios es usted? -dijo con la mayor naturalidad, como si fuera su mejor amigo y me estaba preguntando cómo me sentía.
El profesor Lorca era tan grosero como se puede ser, pero sus palabras no tuvieron en mí el efecto de una grosería. Me sonrió con los labios apretados, como si me animara a irme o a decir algo significativo.
-Soy estudiante de antropología, profesor Lorca -le dije-. Estoy involucrado en una situación de trabajo de campo donde tengo la oportunidad de aprender algo acerca del sistema cognitivo de los chamanes.
El profesor Lorca me contempló con sospecha y enojo. Sus ojos parecían dos puntos azules llenos de malicia. Se hizo el cabello hacia atrás como si se le hubiera caído sobre la frente.
-Trabajo con un verdadero chamán en México -continué tratando de provocar una respuesta-. Es un verdadero chamán, créamelo. Me ha llevado más de un año animarlo a que considerara hablar conmigo.
La cara del profesor Lorca se relajó; abrió la boca y, agitando una mano finísima delante de mis ojos como si estuviera dándole vueltas a una pizza, me habló. No podía dejar de ver sus gemelos de esmalte que eran del color exacto de su saco verdusco.
-¿Y qué quiere usted de mí? -dijo.
-Quiero que me escuche por un momento -dije-, para ver si lo que estoy haciendo le interesa.
Hizo un gesto de desgano y resignación con los hombros, abrió la puerta de su oficina y me invitó a pasar. Sabía que no tenía yo tiempo que perder y le presenté una descripción muy directa de mi situación de trabajo de campo. Le dije que me estaban enseñando procedimientos que no tenían nada que ver con lo que había encontrado en la literatura antropológica sobre el chamanismo.
Hizo un gesto con los labios por un momento sin decir una palabra. Cuando habló, señaló que una de las fallas de los antropólogos en general, es que nunca se dan el tiempo suficiente para llegar a saber, totalmente, todos los grados del sistema cognitivo particular utilizados por la gente que estudian. Definió «cognición» como un sistema de interpretación, que a través del uso hace posible que los individuos utilicen con la mayor proeza todos los grados de connotación que forman el ambiente particular y social bajo consideración.
Las palabras del profesor Lorca iluminaron el ámbito total de mi trabajo de campo. Sin poder dominar todos los grados del sistema cognitivo de los chamanes del México antiguo, hubiera sido totalmente superfluo que formulara una idea de ese mundo. Si el profesor Lorca nunca me hubiera dicho otra palabra más, lo que acababa de declarar hubiera sido más que suficiente. Lo que siguió fue un maravilloso discurso sobre la cognición.
-Su problema -dijo el profesor Lorca- es que el sistema cognitivo de nuestro mundo cotidiano, con el cual estamos familiarizados, en verdad, desde el día en que nacimos, no es igual al sistema cognitivo del mundo de los chamanes.
»Lo que le he dicho, claro, es conocimiento general -me dijo al conducirme hacia fuera-. Cualquier lector está consciente de lo que le he estado diciendo.
Nos despedimos, casi amigos. El recuento a don Juan de mi éxito en acercarme al profesor Lorca se topó con una reacción extraña. Por un lado, don Juan parecía estar encantado, y por otro, preocupado.
-Me da que tu profesor no es en verdad lo que parece ser -dijo-. Claro, eso es desde el punto de vista de un chamán. Quizá fuera mejor dejarlo ahora, antes que todo esto se vuelva muy bochornoso, muy complicado. Una de las artes más elevadas de los chamanes es saber cuándo detenerse. Me parece que has conseguido todo lo que se puede de tu profesor.

De inmediato, reaccioné con un tiroteo de defensas a favor del profesor Lorca. Don Juan me tranquilizó. Me dijo que no era su intención criticar o juzgar a nadie, pero que en su conocimiento muy poca gente sabe cuándo retirarse, y aún menos sabe cómo utilizar su conocimiento.

A pesar de las advertencias de don Juan, no me detuve; por el contrario, me convertí en el estudiante, el seguidor, el admirador más fiel del profesor Lorca. Su interés en mi trabajo parecía ser genuino, aunque se sentía infinitamente frustrado por mi apatía e incapacidad para formular conceptos bien definidos acerca del sistema cognitivo del mundo de los chamanes.

Un día, el profesor Lorca me formuló el concepto del visitante-científico a otro mundo cognitivo. Reconoció que estaba dispuesto a ser imparcial y darle vueltas, como científico social, a la posibilidad de un sistema cognitivo diferente. Se imaginó una investigación en que los protocolos serían reunidos y analizados. Los problemas de la cognición serían concebidos y dados a chamanes a quienes yo conocía, para medir, por ejemplo, su capacidad de enfocar su cognición sobre dos aspectos diversos de comportamiento.

Pensaba que la prueba empezaría con un sencillo paradigma en el que intentaran comprender y retener un texto escrito que iban a estar leyendo mientras jugaban al póquer. La prueba iba a intensificarse, para medir, por ejemplo, su capacidad de enfocar su cognición sobre cosas complejas que se les dirían mientras dormían, etc. El profesor Lorca quería que se llevara a cabo un análisis lingüístico de lo que emitían. Quería una medida real de sus respuestas en términos de su velocidad y precisión, y otras variables que se hicieran manifiestas al progresar el proyecto.

Don Juan verdaderamente se partió de risa cuando le conté de las propuestas del profesor Lorca de medir la cognición de los chamanes.

-Ahora sí que me gusta tu profesor -dijo-. Pero no puedes hablar en serio de esta idea de medir nuestra cognición. ¿Qué sacaría tu profesor de medir nuestras respuestas? Llegará a la conclusión de que somos un montón de idiotas, porque es lo que somos. No podemos ser más inteligentes, más veloces que el hombre ordinario. No es culpa de él, sin embargo, pensar que puede hacer medidas de cognición de un mundo al otro. La culpa es tuya. Has fallado al no expresarle a tu profesor que cuando los chamanes hablan del mundo cognitivo de los chamanes del México antiguo, están hablando de cosas que no tienen un equivalente en el mundo cotidiano.

»Por ejemplo, percibir la energía directamente como fluye en el universo es una unidad de cognición por la cual los chamanes viven. Ven cómo fluye la energía y siguen su flujo. Si su flujo se encuentra con obstáculos, se alejan o hacen algo totalmente diferente. Los chamanes ven líneas en el universo. Su arte, o su tarea, es escoger la línea que los va a conducir, en términos de percepción, a regiones sin nombre. Podrías decir que los chamanes reaccionan inmediatamente a las líneas del universo. Ven a los seres humanos como bolas luminosas, y buscan en ellos su flujo de energía. Desde luego, reaccionan al instante al ver esto. Es parte de su cognición.

Le dije a don Juan que para nada podía hablarle al profesor Lorca de esto, porque no había hecho ninguna de las cosas que él estaba describiendo. Mi cognición seguía igual.

-¡Ah! -exclamó-. Es que simplemente no has tenido tiempo todavía para incorporar las unidades de cognición del mundo de los chamanes.

Salí de la casa de don Juan más confuso que nunca. Había una voz dentro de mí que verdaderamente me exigía terminar mis tratos con el profesor Lorca. Comprendí cuánta razón tenía don Juan al decirme que las practicalidades en que se interesaban los científicos eran conducentes a construir máquinas cada vez más complejas. No eran las practicalidades que cambian el curso de la vida de un individuo desde adentro. No estaban hechas

para alcanzar la vastedad del universo como un asunto personal, experimental. Las estupendas máquinas que existen o las que están en proceso, eran asuntos culturales, y los logros tenían que disfrutarse indirectamente, aun por los creadores de las máquinas mismas. Su única ganancia era económica.

Al señalarme todo esto, don Juan había logrado colocarme en un estado de ánimo de mayor curiosidad. Empecé realmente a cuestionar las ideas del profesor Lorca, algo que no había hecho hasta entonces. A la vez, el profesor Lorca emitía verdades asombrosas sobre la cognición. Cada declaración era más severa que la que la precedía y, como resultado, más penetrante.

Al final de mi segundo semestre con el profesor Lorca, había llegado a un callejón sin salida. No había manera en el mundo que creara un puente entre dos líneas de pensamiento; la de don Juan y la del profesor Lorca. Iban por senderos paralelos. Comprendí el objetivo del profesor Lorca de querer cualificar y cuantificar el estudio de la cognición. La Cibernética se asomaba como nueva disciplina y el aspecto práctico de los estudios de la cognición era una realidad. Pero también lo era el mundo de don Juan, que no podía medirse con las herramientas normales de la cognición. Había tenido el privilegio de atestiguarlo en las acciones de don Juan, pero no lo había experimentado yo mismo. Sentía que esto era el obstáculo que hacía que el puente entre estos dos mundos fuera imposible.

Le comenté todo esto a don Juan durante una de mis visitas. Dijo que lo que yo consideraba como obstáculo, y por consecuencia, el factor que hacía imposible el puente entre estos dos mundos, no era acertado. A su manera de ver, la falla era algo que abarcaba mucho más que las circunstancias individuales de un solo hombre.

-Quizá puedas acordarte de lo que te dije acerca de una de las mayores fallas que tenemos como seres humanos ordinarios -dijo.

No podía recordar nada en particular. Me había señalado tantas fallas que nos afectaban como seres humanos ordinarios que la mente me daba vueltas.

-Usted está exigiendo algo muy específico -dije-, y no puedo dar con ello.

-La gran falla a la que me refiero -dijo-, es algo que tienes que recordar en cada segundo de tu existencia. Para mí, es la cuestión de las cuestiones, que te voy a repetir una y otra vez, hasta que se te salga por las orejas.

Después de un largo minuto, me di por vencido.

-Somos seres que vamos camino a la muerte -dijo-. No somos inmortales, pero nos comportamos como si lo fuéramos. Ésta es la falla que nos tumba como individuos y nos va a tumbar como especie algún día.

Don Juan declaró que la ventaja que tienen los chamanes sobre sus congéneres comunes es que los chamanes saben que son seres que van camino a la muerte y no se permiten desviarse de ese conocimiento. Enfatizó que un esfuerzo enorme tiene que emplearse para obtener y mantener ese conocimiento como certeza total.

-Pero, ¿por qué es tan difícil admitir algo que es tan verdadero? -pregunté, confundido por la magnitud de nuestra contradicción interna.

-No es en realidad la culpa del hombre -dijo en tono conciliatorio-. Algún día te contaré más acerca de las fuerzas que llevan al hombre a comportarse como buey.

No había nada más que decir. El silencio que siguió fue siniestro. Ni siquiera quería saber a qué fuerzas se refería don Juan.

-No es una proeza maravillosa evaluar a tu profesor a la distancia -siguió don Juan. »Es un científico inmortal. Nunca va a morirse. Y cuando se trata de las preocupaciones de la muerte, estoy seguro de que ya se ocupó de todo. Tiene su parcela en el cementerio, y una fuerte póliza de seguros para su familia. Habiendo cumplido con esos dos mandatos, ya no tiene que pensar en la muerte. Sólo piensa en su trabajo.

»El profesor Lorca es sensato cuando habla -continuó don Juan-, porque tiene la

preparación para usar las palabras acertadamente. Pero no está preparado para tomarse en serio como un hombre que va a morir. Como es inmortal, no sabría hacerlo. No hace ninguna diferencia que los científicos construyan máquinas complejas. Las máquinas no pueden de ninguna manera ayudarle a nadie a enfrentarse a la cita inevitable: la cita con el infinito.

»El nagual Julián me contaba -siguió-, de los generales conquistadores de la Roma antigua. Cuando regresaban victoriosos, se organizaban desfiles gigantescos para rendirles honores. Mostrando los tesoros que habían ganado, y los pueblos derrotados que habían convertido en esclavos, los conquistadores desfilaban llevados en sus carrozas de guerra. Acompañándolos, había siempre un esclavo, cuya faena era susurrarles al oído que toda fama y toda gloria es simplemente transitoria.

»Si somos victoriosos de alguna manera -continuó-, no tenemos a nadie que nos vaya susurrando que nuestras victorias son fugaces. Los chamanes sin embargo tienen una ventaja: como seres camino a la muerte, tienen a alguien susurrándoles en el oído que todo es efímero. El susurrador es la muerte, la consejera infalible, la única que nunca te va a mentir.

AGRADECIENDO

-Los guerreros-viajeros no dejan cuentas pendientes -dijo don Juan.

-¿A qué se refiere usted, don Juan? -pregunté.

-Es hora de que arregles algunas deudas que has contraído durante tu vida -dijo-. No es que vayas a poder pagarlas por completo, no, pero tienes que hacer un gesto. Tienes que hacer un pago de muestra para reparar, para apaciguar al infinito. Me contaste de tus dos amigas que tanto estimabas, Patricia Turner y Sandra Flanagan. Es hora de que vayas a encontrarlas y que les hagas, a cada una, un regalo en el que gastes todo lo que tengas. Tienes que hacer dos regalos que van a dejarte sin un céntimo. Ése es el gesto.

-No tengo idea dónde están, don Juan -dije, casi con humor de protesta.

-Ése es tu desafío, encontrarlas. En tu búsqueda, no vas a dejar piedra sobre piedra. Lo que vas a intentar es algo muy sencillo, y a la vez, casi imposible. Quieres cruzar el umbral de la deuda y en una barrida, ponerte en libertad para continuar. Si no puedes cruzar el umbral, no hay motivo para tratar de continuar conmigo.

-Pero, ¿de dónde le vino la idea de esta faena para mí? -pregunté-. ¿La inventó usted mismo porque lo cree apropiado?

-Yo no invento nada -dijo, como si nada-. Conseguí esta tarea del infinito mismo. No es fácil decirte todo esto. Si crees que me estoy divirtiendo de maravilla con tus tribulaciones, estás en un error. El éxito de tu misión me vale más a mí que a ti: Si fracasas, pierdes muy poco. ¿Qué? Tus visitas conmigo. Vaya cosa. Pero yo te perdería a ti, y eso significa para mí o perder la continuidad de mi linaje o la posibilidad de que tú lo cierres con broche de oro.

Don Juan dejó de hablar. Siempre sabía cuándo tenía yo la cabeza acalorada de pensamientos.

-Te he dicho una y otra vez que los guerreros-viajeros son pragmáticos -siguió-. No están involucrados en sentimentalismo o nostalgia o melancolía. Para los guerreros-viajeros, sólo existe la lucha, y es una lucha sin fin. Si crees que has venido aquí a encontrar paz, o que éste es un momento de calma en tu vida, estás equivocado. Esta faena de pagar tus deudas no está guiada por ninguna sensación que tú conozcas. Está guiada por el sentimiento más puro, el sentimiento del guerrero-viajero que está a punto de sumergirse en el infinito, y que justo antes de hacerlo, se vuelve para dar las gracias a aquellos que lo favorecieron.

-Te tienes que enfrentar a esta tarea con toda la gravedad que merece -continuó-. Es tu última parada antes de que te trague el infinito. De hecho, si el guerrero-viajero no está en un estado sublime de ser, el infinito no lo toca por nada del mundo. Así

es, no te restrinjas, no te ahorres ningún esfuerzo. Empuja, despiadada pero elegantemente, hasta el final.

Había conocido a las dos personas a quienes don Juan se refería como las amigas que tanto estimaba, cuando asistía al colegio. Vivía en un apartamento sobre el garaje de la casa que les pertenecía a los padres de Patricia Turner. A cambio de cama y comida, les limpiaba la piscina, las hojas del jardín, sacaba la basura y hacía el desayuno para Patricia y yo. También hacía de «handyman» y de chófer. Llevaba a la señora Turner a hacer las compras y compraba licor para el señor Turner, licor que tenía que meter en la casa a escondidas y luego en su estudio.

Era un ejecutivo de aseguranzas, un bebedor solitario. Le había prometido a su familia que jamás iba a volver a tocar una botella después de algunos altercados serios a causa de su excesivo consumo. Me confesó que ya no tomaba tanto, pero que de vez en cuando necesitaba una copa. Su estudio, desde luego, le estaba vedado a todos, menos a mí. Mi obligación era entrar allí para hacer la limpieza, pero lo que hacía en realidad era esconder sus botellas dentro de una viga que parecía servir de apoyo a un arco del techo del estudio, pero que estaba hueca. Tenía que meter las botellas a escondidas y sacar las vacías también a escondidas y deshacerme de ellas en el mercado.

Patricia estudiaba teatro y música en el colegio y era una cantante fabulosa. Su meta era llegar a cantar en las comedias musicales de Broadway. Ni vale la pena decirlo, me enamoré locamente de Patricia Turner. Era muy delgada, buena atleta, de pelo oscuro con facciones angulares y finas y me llevaba una cabeza de estatura, mi máximo requisito para que una mujer me alocara.

Parecía yo cumplir con una profunda necesidad en ella, la necesidad de cuidar de alguien, sobre todo cuando se dio cuenta de que su papá me tenía completa confianza. Se convirtió en mi mami. No podía ni abrir la boca sin su consentimiento. Me vigilaba como un águila. Hasta me escribía mis ensayos para el colegio, leía los libros de texto y me hacía resúmenes de las lecturas. Y me encantaba, no porque quería que me cuidara; no creo que esa necesidad alguna vez haya formado parte de mi cognición. Me deleitaba el hecho que ella lo hiciera. Me deleitaba su compañía.

A diario me llevaba al cine. Tenía entradas gratis a todos los teatros de Los Ángeles, pues se las regalaban a su padre algunos de los ejecutivos de la industria cinematográfica. El señor Turner nunca las utilizaba; sentía que no le correspondía a un hombre tan digno, tan importante, utilizar pases gratis. Los dependientes del cine siempre hacían que los poseedores de tales pases firmaran un recibo. A Patricia le importaba un pepino firmar cosa alguna, pero algunas veces los maliciosos dependientes querían que firmara el señor Turner y cuando yo lo hacía, no se satisfacían simplemente con la firma. Exigían ver identificación. Uno de ellos, un joven descarado, hizo un comentario que nos tendió de risa a él y a mí, pero que puso fúrica a Patricia.

-Creo que usted es el señor Truhán -me dijo con una de las sonrisas más maliciosas que se pudiera uno imaginar-, no el señor Turner.

Yo hubiera podido pasarlo por alto, pero luego nos sometió a la profunda humillación de negarnos la entrada para Hércules, con Steve Reeves.

Generalmente íbamos a todas partes acompañados por Sandra Flanagan, la amiga íntima de Patricia que vivía al lado, con sus padres. Sandra era totalmente lo opuesto de Patricia. Era igual de alta, pero de cara redonda, de mejillas encarnadas y boca sensual; era más sana que un mapoche. No se interesaba para nada en el canto. Lo que le interesaban eran los placeres sensuales del cuerpo. Podía comer y beber lo que fuera y digerirlo, y (la característica que acabó conmigo) después de dejar limpio su plato hacía lo mismo con el mío, cosa que siendo yo mañoso para comer, nunca había podido hacer en

toda mi vida. También era excelente atlética, pero de una manera sana y fuerte. Daba golpes como un hombre y patadas como una mula.
Como acto de cortesía a Patricia, hacía los mismos quehaceres para los padres de Sandra que los que hacía para los padres de ella: limpiar la piscina, barrer las hojas, sacar la basura, y quemar los papeles y la basura inflamable. Era la época cuando la contaminación del aire incrementó en Los Ángeles a causa del uso de los incineradores.
Quizás fue por la proximidad, o por la gracia de esas dos jóvenes, que terminé locamente enamorado de las dos.
Fui a pedirle consejos a un joven amigo mío extraordinariamente extraño, Nicholas van Hooten. Tenía dos novias y vivía con las dos, aparentemente muy feliz. Empezó dándome, me dijo, el consejo más sencillo: cómo comportarse en un cine cuando tienes dos novias. Dijo que cuando iba al cine con las dos, siempre enfocaba su atención sobre la que estaba a su izquierda. Después de un rato, las dos se levantaban y se iban al baño y a su regreso, cambiaban de asiento. Anna se sentaba donde Betty había estado y nadie de los que los rodeaban se enteraban. Me aseguró que éste era el primer paso en un largo proceso de entrenamiento para que las chicas aceptaran prosaicamente la situación de tres. Nicholas era un poco cursi y usó la gastada expresión francesa: ménage á trois.
Seguí sus consejos y fui a un cine de películas mudas en la avenida Fairfax, con Patricia y Sandy. Senté a Patricia a mi izquierda y le entregué toda mi atención. Fueron al baño y a su regreso les dije que cambiaran de lugar. Empecé a hacer lo que me había aconsejado Nicholas van Hooten, pero Patricia no iba a aguantar tal cosa. Se levantó y se salió del teatro, ofendida, humillada y furiosa. Quería correr detrás de ella y disculparme, pero Sandra me detuvo.
-Deja que se vaya -dijo con una sonrisa venenosa-. Ya está grande. Tiene dinero para tomar un taxi.
Caí en la trampa y me quedé en el teatro, besuqueando a Sandra un poco nervioso y lleno de culpabilidad. Estaba besándola apasionadamente cuando alguien me tiró hacia atrás por el cabello. La fila de asientos estaba suelta y se volcó hacia atrás. Patricia la atleta saltó antes de que los asientos donde nos encontrábamos sentados se cayeran sobre la fila de atrás. Oí los gritos aterrados de dos personas que estaban sentadas al final de la fila, junto al pasillo.
El consejo de Nicholas van Hooten no había valido una pizca. Patricia, Sandra y yo regresamos a casa guardando absoluto silencio. Emparchamos nuestras diferencias en medio de extrañísimas promesas, llantos, todo. El resultado de nuestra relación a tres fue que al final casi nos destruimos. No estábamos preparados para tal maniobra. No sabíamos resolver los problemas de afecto, moralidad, obligación y de costumbres sociales. No podía abandonar a una por la otra, y ellas no podían dejarme. Un día, al final de un tremendo alboroto y de pura desesperación, los tres huimos en distintas direcciones, para nunca jamás volvernos a ver. Me sentí devastado. Nada de lo que hacía podía borrar el impacto que habían dejado en mi vida. Me fui de Los Ángeles y me involucré en incontables cosas en un esfuerzo de apaciguar mi anhelo. Sin exagerar en lo mínimo, puedo decir con toda sinceridad que caí en la boca del infierno, creyendo que nunca volvería a salir. Si no hubiera sido por la influencia que don Juan tuvo sobre mi vida y mi persona, nunca hubiera sobrevivido mis demonios personales. Le dije a don Juan que sabía que lo que había hecho estaba mal, que no tenía por qué haber involucrado a dos personas tan maravillosas en tan sórdidos y estúpidos engaños con los que yo mismo no podía lidiar.
-Lo que había de malo -dijo don Juan- era que los tres eran unos egomaniáticos perdidos. Tu importancia personal casi te destruyó. Si no tienes importancia personal, sólo tienes sentimientos.
»Compláceme -siguió-, y haz el siguiente

sencillo y directo ejercicio que puede valerte el mundo: borra de tu memoria de esas dos chicas cualquier declaración que te haces a ti mismo, como «Ella me dijo tal o cual cosa, y gritó, ¡y la otra me gritó a MÍ!» y manténte al nivel de tus sentimientos. Si no hubieras tenido tanta importancia personal, ¿qué te hubiera quedado como residuo irreductible?

-Mi amor incondicional por ellas -dije, casi ahogándome.

-¿Y es menos hoy de lo que era entonces? -preguntó don Juan.

-No, don Juan, no lo es -dije con toda sinceridad, y sentí la misma punzada de angustia que me había perseguido durante años.

-Esta vez, abrázalas desde tu silencio -dijo-. No seas un pinche culo. Abrázalas totalmente por la última vez. Pero intenta que ésta sea la última vez sobre la Tierra. Inténtalo desde tu oscuridad. Si vales lo que pesas -siguió-, cuando les presentes tu regalo, harás un resumen de tu vida entera dos veces. Actos de esta naturaleza hacen que los guerreros vuelen, los convierte casi en vapor.

Siguiendo los dictámenes de don Juan, tomé la tarea a pecho. Me di cuenta de que si no salía victorioso, don Juan no era el único que iba a perder. Yo también perdería algo, y lo que perdería me era tan importante como lo que don Juan había descrito como importante para él. Perdería mi oportunidad de enfrentarme al infinito y ser consciente de ello.

El recuerdo de Patricia Turner y Sandra Flanagan me puso en un terrible estado de ánimo. El sentimiento devastador de pérdida irreparable que me había perseguido todos esos años estaba tan fresco como siempre. Cuando don Juan exacerbó esos sentimientos, supe de hecho que hay ciertas cosas que se quedan en uno, según él, por toda una vida y, quizás, más allá. Tenía que encontrar a Patricia Turner y a Sandra Flanagan. La última recomendación de don Juan fue que si las encontraba no podía quedarme con ellas. Tendría tiempo solamente para expiarme, envolver a cada una con el afecto que le tenía, sin la colérica voz de la recriminación, de la autocompasión o de la egomanía.

Me embarqué en la colosal faena de averiguar qué les había pasado, dónde estaban. Empecé por interrogar a las personas que habían conocido a sus padres. Sus padres se habían ido de Los Ángeles y nadie podía darme una idea de dónde encontrarlos. No había nadie con quién hablar. Pensé en poner un anuncio personal en el periódico. Pero luego, pensé que a lo mejor ya no vivían en California. Finalmente tuve que acudir a un detective. A través de sus contactos con oficinas oficiales de documentos y quién sabe qué, las localizó en un par de semanas.

Vivían en Nueva York, a poca distancia una de otra, eran tan amigas como siempre. Fui a Nueva York y me enfrenté primero con Patricia Turner. No había llegado a la categoría de estrella de Broadway, como había soñado, pero formaba parte de una producción. No quise saber si era como actriz o administradora. La visité en su oficina. No me dijo qué hacía. La sobresaltó verme. Lo que hicimos fue sentarnos muy cerca, tomarnos de las manos y llorar. Tampoco yo le dije qué hacía. Le dije que había venido a verla porque quería darle un regalo que expresara mi agradecimiento, y que me embarcaría en un viaje del cual no pensaba regresar.

-¿Por qué estas palabras siniestras? -me dijo aparentemente muy preocupada-. ¿Qué piensas hacer? ¿Estás enfermo? No lo pareces.

-Fue una frase metafórica -le aseguré-. Regreso a Sudamérica con la intención de hacer allí mi fortuna. La competencia es feroz y las circunstancias duras, eso es todo. Si quiero lograrlo, voy a tener que darle todo lo que tengo.

Pareció sentirse aliviada y me abrazó. Se veía igual, sólo mucho más grande, mucho más poderosa, más madura, muy elegante. Le besé las manos y me sobrevino un afecto abrumador. Don Juan tenía razón. Limpio de recriminaciones, lo que me quedaba eran sólo sentimientos.

-Quiero hacerte un regalo, Patricia Turner -dije-. Pídeme lo que quieras y si tengo los medios, te lo compro.
-¿Te ganaste la lotería? -dijo y se rió-. Lo maravilloso de ti es que nunca tuviste nada y nunca lo tendrás. Sandra y yo hablamos de ti casi todos los días. Te imaginamos estacionando coches, viviendo de las mujeres, etc., etc. Lo siento, no nos podemos contener, pero todavía te amamos.
Insistí que me dijera lo que quería. Empezó a llorar y reír a la vez.
-¿Me vas a comprar un abrigo de visón? -me preguntó entre sollozos.
Le acaricié el cabello y dije que lo haría.
Se rió y me dio un golpecito de puño como siempre lo hacía. Tenía que regresar al trabajo y nos despedimos después de prometerle que regresaría a verla, pero que si no lo hacía, quería que comprendiera que la fuerza de mi vida me llevaba por aquí y por allá; sin embargo, guardaría su memoria en mí por el resto de mi vida y quizás más allá.
Sí regresé, pero fue solamente para ver, desde la distancia, cómo le entregaban el abrigo de visón. Oí sus gritos de alegría.
Había acabado con esa parte de mi tarea. Me fui, pero no me sentía ligero, vaporoso como había dicho don Juan. Había abierto una llaga de antaño y había comenzado a sangrar. No llovía del todo afuera; había una bruma que me llegaba hasta la médula.
En seguida fui a ver a Sandra Flanagan. Vivía en las afueras de Nueva York, donde se llega por tren. Toqué a su puerta. Sandra la abrió y me miró como si fuera un fantasma. Se le fue todo el color de la cara. Estaba más hermosa que nunca, quizás porque estaba más llena y parecía del tamaño de una casa.
-¡Pero tú, tú, tú! -balbuceó, no pudiendo articular mi nombre.
Sollozó y pareció estar indignada, reprochándome por un momento. No le di oportunidad de continuar: Mi silencio fue total. Terminó afectándola. Me invitó a entrar y nos sentamos en su sala.
-¿Qué estás haciendo aquí? -dijo, ya más calmada-. ¡No puedes quedarte! ¡Soy una mujer casada! ¡Tengo tres hijos! Y soy feliz en mi matrimonio.
Disparando las palabras como si salieran de una ametralladora, me dijo que su marido era muy confiable, no de mucha imaginación, pero un hombre bueno; que no era sensual, que ella debía tener mucho cuidado porque se fatigaba fácilmente cuando hacían el amor, que él se enfermaba fácilmente y que a veces por ese motivo faltaba al trabajo, pero que había logrado darle tres hijos hermosos, y que después de haber nacido el tercero, su marido, cuyo nombre parecía ser Herbert, había renunciado por completo. Ya no funcionaba, pero a ella no le importaba.
Traté de tranquilizarla, asegurándole repetidas veces que había ido a visitarla por un momento, que no era mi intención alterarle la vida o molestarla de ninguna manera. Le describí lo difícil que había sido dar con ella.
-He venido a despedirme de ti -dije- y a decirte que eres el amor de mi vida. Quiero hacerte un regalo, como símbolo de mi agradecimiento y de mi afecto eterno.
Parecía haberla afectado profundamente. Me dio esa sonrisa abierta como antes lo hacía. La separación de los dientes le daba un aire de niña. Le dije que estaba más hermosa que nunca, lo cual para mí era la verdad.
Se rió y dijo que se iba a poner a dieta y que si hubiera sabido que venía a verla, lo hubiera hecho desde hacía tiempo. Pero que empezaría ahora, y que la próxima vez que la viera la encontraría tan esbelta como siempre había sido. Reiteró el horror de nuestra vida juntos y cuánto le había afectado. Hasta había pensado, a pesar de ser católica devota, en suicidarse, pero en sus hijos había encontrado el consuelo que necesitaba; lo que habíamos hecho habían sido locuras de la juventud, que nunca pueden borrarse, pero que pueden barrerse debajo de la alfombra.
Cuando le pregunté si había algún regalo que pudiera hacerle como muestra de mi afecto y agradecimiento, se rió y dijo exac-

tamente lo que había dicho Patricia Turner: que ni tenía en qué orinar, ni nunca lo tendría, porque así me habían hecho. Insistí en que me nombrara algo.
-¿Me puedes comprar una camioneta en donde quepan todos mis hijos? -me dijo, riéndose-. Quiero un Pontiac o un Oldsmobile con todo los extras.
Lo dijo a sabiendas, porque en su corazón sabía que por nada del mundo podía yo hacerle tal regalo. Pero lo hice.
Manejé el coche del vendedor, siguiéndolo cuando le entregó la camioneta al día siguiente, y desde el coche estacionado donde estaba yo escondido escuché su sorpresa; pero congruente con su ser sensual, su sorpresa no fue una expresión de alegría. Fue una reacción corporal, un sollozo de angustia, de confusión. Lloró, pero sabía que no lloraba por el regalo. Expresaba un anhelo que tenía eco dentro de mí. Me caí en pedazos en el asiento del coche.
A mi regreso por tren a Nueva York y en mi vuelo a Los Ángeles, persistía el sentimiento de que se me estaba acabando la vida; se me iba como la arena que trata uno de retener en la mano inútilmente, y no me sentía ni cambiado ni liberado por haber dado las gracias y haberme despedido. Al contrario, sentía el peso de ese extraño afecto más profundamente que nunca. Quería ponerme a llorar. Lo que se me vino a la mente una y otra vez fueron los títulos que mi amigo, Rodrigo Cummings, había inventado para los libros que nunca fueron escritos. Se especializaba en escribir títulos. Su predilecto era «Todos moriremos en Hollywood»; otro era «Nunca vamos a cambiar»; y mi favorito, por el cual pagué diez dólares, era «De la vida y pecados de Rodrigo Cummings». Todos esos títulos pasaron por mi mente. Yo era Rodrigo Cummings y estaba atorado en el tiempo y el espacio y sí, amaba a dos mujeres más que la vida misma, y eso nunca cambiaría. Y como mis amigos, moriría en Hollywood.
Le conté todo esto a don Juan en mi informe de lo que yo consideraba mi seudo-éxito. Lo descartó desvergonzadamente. Me dijo que lo que sentía era simplemente el resultado de darle rienda suelta a mis sentimientos y mi autocompasión, y que para despedirse y dar las gracias, y que para que valga y se sostenga, los chamanes debían re-hacerse a sí mismos.
-Vence tu autocompasión ahora mismo -me ordenó-. Vence la idea de que estás herido, y ¿qué te queda como residuo irreductible?
Lo que me quedaba como residuo irreductible era el sentimiento de que les había hecho mi máximo regalo a las dos. No con el ánimo de renovar nada, ni de hacerle daño a nadie, incluyendo a mí mismo, pero en el verdadero espíritu del guerrero-viajero cuya única virtud, me había dicho don Juan, es mantener viva la memoria de lo que le haya afectado; cuya sola manera de dar las gracias y despedirse era a través de este acto de magia: de guardar en su silencio todo lo que ha amado.

MÁS ALLÁ DE LA SINTAXIS

EL ACOMODADOR

Estaba en Sonora, en casa de don Juan, profundamente dormido sobre mi cama, cuando me despertó. Me había quedado despierto casi toda la noche reflexionando sobre algunos conceptos que me había estado explicando.
-Ya has descansado bastante -me dijo con firmeza, casi bruscamente sacudiéndome por los hombros-. No le des rienda suelta al cansancio. Tu cansancio, más que cansancio, es el deseo de no fastidiarte. Hay algo en ti que se ofende al sentirse fastidiado. Pero es sumamente importante que exacerbes esa parte de ti hasta que se desmorone. Vamos a hacer una caminata.
Don Juan tenía razón. Había algo en mí que se ofendía inmensamente al sentirse fastidiado. Quería dormir durante días y no pensar más en los conceptos chamánicos de don Juan. Totalmente contra mi

voluntad, me levanté y lo seguí. Don Juan había preparado un almuerzo que me tragué como si no hubiera comido durante días y entonces salimos de la casa con dirección hacia el este, hacia las montañas. Había andado tan aturdido que no me había fijado que era muy de mañana hasta que vi el sol, que daba justo sobre la cordillera al este. Quería decirle a don Juan que había dormido toda la noche sin moverme, pero me calló. Me dijo que íbamos a hacer una expedición a las montañas en busca de unas plantas específicas.

-¿Qué va a hacer con las plantas que va a juntar, don Juan? -le pregunté en cuanto nos dispusimos a caminar.

-No son para mí -me dijo con una sonrisa-. Son para un amigo mío, un botánico y farmacéutico. Hace pociones con ellas.

-¿Es yaqui, don Juan? ¿Vive aquí en Sonora? -le pregunté.

-No, no es yaqui y no vive aquí en Sonora. Ya lo conocerás uno de estos días.

-¿Es brujo, don Juan?

-Sí, es brujo -me respondió con tono guasón.

Le pregunté si podía llevar algunas de las plantas a los jardines botánicos de UCLA, para identificarlas,

-¡Por supuesto, claro! -me contestó.

Ya me había dado cuenta de que cuando me decía «por supuesto», me quería decir todo lo contrario. Era evidente que no tenía la menor intención de darme ninguno de los especímenes para identificarlos. Sentí mucha curiosidad acerca de su amigo brujo y le pedí que me contara más, que me lo describiera, que me dijera dónde vivía y cómo lo conoció.

-¡So, so, so! -me dijo don Juan como si fuera caballo-. ¡Espera, espera! ¿Quién eres, el profesor Lorca? ¿Quieres estudiar su sistema cognitivo?

Íbamos penetrando en las áridas calinas cercanas. Don Juan caminaba sin parar durante horas. Pensé que la tarea de ese día iba ser simplemente caminar. Finalmente paró y se sentó al costado de la colina donde daba sombra.

-Ya es tiempo que empieces uno de los proyectos mayores de la brujería -dijo don Juan.

-¿A qué proyecto de la brujería se refiere usted, don Juan? -le pregunté.

-Se llama la recapitulación -me dijo-. Los antiguos chamanes lo llamaban hacer el recuento de los sucesos de tu vida y para ellos empezó como una técnica sencilla, una estratagema para ayudarles a recordar lo que estaban haciendo y diciendo a sus discípulos. Para sus discípulos, la técnica tuvo el mismo valor; les ayudaba a recordar lo que les habían dicho y hecho sus maestros. Tuvieron que pasar por terribles trastornos sociales, como ser conquistados y vencidos varias veces, antes de que los antiguos chamanes se dieran cuenta de que su técnica tenía mayor alcance.

-¿Se refiere usted, don Juan, a la conquista española? -le pregunté.

-No -me dijo-. Eso fue sólo el golpe de gracia. Antes hubo trastornos más devastadores. Cuando llegaron los españoles, los antiguos chamanes ya no existían. Ya para entonces, los discípulos de aquellos que habían sobrevivido otros trastornos, se habían vuelto muy cautelosos. Sabían cuidarse. Fue ese nuevo grupo de chamanes el que le dio el nombre nuevo de recapitulación a la técnica de los antiguos chamanes.

»El tiempo tiene un enorme valor -continuó-. Para los chamanes en general, el tiempo es esencial. El desafío que tengo ante mí, es que dentro de una unidad muy compacta de tiempo tengo que atestarte con todo lo que hay que saber de la brujería como una proposición abstracta, pero para hacer eso tengo que construir en ti el espacio debido.

-¿Qué espacio? ¿De qué me habla usted, don Juan?

-La premisa de los chamanes es que para llenar algo, hay que crear un espacio donde ubicarlo -me dijo-. Si estás repleto de todos los detalles de la vida cotidiana, no hay espacio para nada nuevo. Ese espacio hay que construirlo. ¿Comprendes? Los antiguos chamanes creían que la recapi-

tulación de tu vida creaba ese espacio. Lo crea y mucho más, por supuesto.
»Los chamanes llevan a cabo la recapitulación de una manera muy formal -continuó-. Consiste en escribir una lista de todas las personas que han conocido, desde el presente hasta el mismo principio de la vida. Una vez que hicieron esa lista, toman a la primera persona que aparece y recuerdan todo lo que pueden acerca de esa persona. Y quiero decir todo; cada detalle. Es mejor recapitular desde el presente hacia el pasado porque los recuerdos del presente están vivos, y de esa manera, la habilidad para recordar se afila. Lo que hacen los practicantes es recordar y respirar. Inhalan lenta y deliberadamente, abanicando la cabeza de derecha a izquierda, en un vaivén casi imperceptible, y exhalan de la misma manera.
Dijo que las inhalaciones y las exhalaciones deben ser naturales; si son demasiado rápidas, uno podría entrar en algo que se llama respiraciones fatigantes: respiraciones que requerirían respiraciones más lentas después, para calmar los músculos.
-¿Y qué quiere que haga con todo esto, don Juan? -le pregunté.
-Empiezas a hacer tu lista ahora mismo -dijo-. Divídela por años, por trabajos, arréglala en el orden que quieras, pero hazla secuencial, con la persona más reciente al principio, y termina con Mami y Papi. Y luego, recuerda todo acerca de ellos. Sin más ni más. Al practicar, te vas a dar cuenta de lo que estás haciendo.
Durante mi siguiente visita a su casa, le dije a don Juan que había estado repasando todos los sucesos de mi vida meticulosamente, y que era muy difícil adherirme a su formato estricto y seguir mi lista de personas una por una. Generalmente, mi recapitulación me llevaba por uno y otro camino. Dejaba que los sucesos decidieran la vertiente de mi recuerdo. Lo que hacía, que era volitivo, era adherirme a una unidad general del tiempo. Por ejemplo, había empezado con la gente del departamento de antropología, pero dejaba que mis recuerdos me llevaran a cualquier momento, empezando con el presente y retrocediendo en el tiempo hasta el día en que empecé a asistir a UCLA.
Le dije a don Juan que había descubierto algo muy curioso que había olvidado por completo, y era que no tenía yo idea alguna de que existía UCLA, hasta que una noche vino a Los Ángeles la que había sido compañera de cuarto de mi novia en la universidad y fuimos al aeropuerto por ella. Iba a estudiar musicología en UCLA. Su avión llegó ya entrada la tarde y me pidió que la llevara a la ciudad universitaria para poder echarle un vistazo al lugar donde iba pasar los próximos cuatro años de su vida. Yo sabía dónde estaba porque había pasado delante de la entrada en el Boulevard de Sunset interminables veces camino de la playa. Sin embargo, nunca había entrado.
Estaban entre semestres. La poca gente que encontramos nos dirigió al departamento de música. El campo universitario estaba vacío, pero lo que atestigüé subjetivamente fue la cosa más exquisita que jamás he visto. Fue un deleite para mis ojos. Los edificios parecían estar vivos de su propia energía. Lo que iba ser una visita superficial al departamento de música, se convirtió en un recorrido gigantesco por toda la universidad. Me enamoré de UCLA. Le comenté a don Juan que la única cosa que me aguó la fiesta fue el enojo de mi novia cuando insistí que camináramos alrededor de toda la ciudad universitaria.
-¿Qué demonios puede haber aquí? -me gritó en tono de protesta-. Es como si nunca hubieras visto una ciudad universitaria en tu vida. Si has visto una, las has visto todas. ¡Lo que pasa es que estás tratando de impresionar a mi amiga con tu sensibilidad!
Pero no era el caso, y con vehemencia les dije que estaba genuinamente impresionado por la belleza que me rodeaba. Sentía tanta esperanza en esos edificios, tanta promesa, y sin embargo no podía expresar mi estado subjetivo.

-¡He asistido a la escuela casi toda mi vida! -dijo mi novia entre dientes-. ¡Y estoy harta y cansada! ¡Nadie va a encontrar ni mierda aquí! No son más que cuentos y ni siquiera te preparan para enfrentarte a las responsabilidades de la vida.
Cuando dije que quería estudiar allí, se puso aún más fúrica.
-¡Ponte a trabajar! -me gritó-. ¡Ve y enfréntate a la vida de ocho a cinco y déjate de mierdas! ¡Eso es lo que es la vida: trabajar de ocho a cinco, cuarenta horas por semana! ¡Mira el resultado! Mírame a mí: estoy super-educada y no estoy preparada para un empleo.
Lo único que yo sabía es que nunca había visto un lugar tan bello. Hice la promesa que iría a estudiar a UCLA, no importaba cómo, pasara lo que pasara, contra viento y marea. Mi deseo tenía todo que ver conmigo y a la vez, no estaba impulsado por una necesidad de gratificación inmediata. Era más bien una cuestión en el reino del asombro.
Le dije a don Juan que el enojo de mi novia me había sacudido tanto que empecé a verla de manera distinta, y que según mi recuerdo, fue la primera vez que un comentario había suscitado en mí tan fuerte reacción. Vi facetas de carácter en mi novia que no había visto anteriormente, facetas que me llenaron de un miedo espantoso.
-Creo que la juzgué muy mal -le dije a don Juan-. Después de nuestra visita a la universidad, nos fuimos distanciando. Era como si UCLA nos hubiera dividido. Yo sé que es absurdo pensar así.
-No es absurdo -dijo don Juan-. Es una reacción totalmente válida. Mientras caminabas por la universidad, estoy seguro de que tuviste un encuentro con el intento. Hiciste el intento de estar allí, y tenías que soltarte de cualquier cosa que se te opusiera.
»Pero no exageres -prosiguió-. El toque del guerrero-viajero es muy ligero, aunque muy cultivado. La mano del guerrero-viajero empieza como una mano de hierro, pesada y apretada, pero se convierte en la mano de un duende, una mano de telaraña. Los guerreros-viajeros no dejan señas ni huellas. Ése es el desafío del guerrero-viajero.
Los comentarios de don Juan me hicieron caer en un profundo estado taciturno de recriminaciones contra mí mismo. Sabía, a través de lo poco que había recordado, que yo era de mano pesada en extremo, obsesivo y dominante. Le comenté mis reflexiones a don Juan.
-El poder de la recapitulación -dijo don Juan- es que revuelve todo el desperdicio de nuestras vidas y lo hace salir a la superficie.
Entonces don Juan delineó las complejidades de la conciencia y de la percepción, que eran la base de la recapitulación. Empezó por decir que iba a presentar un arreglo de conceptos que bajo ninguna condición debía tomar como teorías chamánicas, porque era un arreglo formulado por los chamanes del México antiguo como resultado de ver energía directamente como fluye en el universo. Me advirtió que me iba a presentar las unidades de este arreglo sin ninguna tentativa de clasificarlas o de colocarlas según una norma predeterminada.
-No estoy interesado en clasificaciones -prosiguió-. Has estado clasificando todo a lo largo de tu vida. Ahora, por fuerza, vas a alejarte de las clasificaciones. El otro día, cuando te pregunté si sabías algo acerca de las nubes, me diste los nombres de todas las nubes y el porcentaje de humedad que se debe esperar de cada una de ellas. Eras un verdadero meteorólogo. Pero cuando te pregunté si sabías qué podías hacer personalmente con las nubes, no tenías idea de lo que estaba hablando.
»Las clasificaciones tienen su mundo propio -continuó-. Después de que empiezas a clasificar cualquier cosa, la clasificación adquiere vida propia y te domina. Pero como las clasificaciones nunca empezaron como asuntos que dan energía, siempre se quedan como troncos muertos. No son árboles; son sencillamente troncos.
Me explicó que los chamanes del México

antiguo vieron que el universo en general está compuesto de campos de energía bajo la forma de filamentos luminosos. Vieron billones por donde fuera que vieran. También vieron que estos campos de energía se configuran en corrientes de fibras luminosas, torrentes que son fuerzas constantes, perennes en el universo; y la corriente o torrente de filamentos que se relaciona con la recapitulación, fue nombrada por aquellos chamanes el oscuro mar de la conciencia, y también el Águila.

Declaró que los chamanes también descubrieron que cada criatura del universo está atada al oscuro mar de la conciencia por un punto redondo de luminosidad que era aparente cuando esas criaturas eran percibidas como energía. Don Juan dijo que sobre ese punto de luminosidad, que los chamanes del México antiguo llamaron el punto de encaje, la percepción se encaja a través de un aspecto misterioso del oscuro mar de la conciencia.

Sostuvo que bajo la forma de filamentos luminosos, billones de campos energéticos del universo en general convergen y atraviesan el punto de encaje de los seres humanos. Estos campos energéticos se convierten en data sensorial, y esta data sensorial se interpreta y es percibida como el mundo que conocemos. Don Juan siguió explicando que lo que convierte las fibras luminosas en data sensorial es el oscuro mar de la conciencia. Los chamanes ven esta transformación y la llaman el resplandor de la conciencia, un brillo que se extiende como nimbo alrededor del punto de encaje. Me advirtió que iba a hacer una declaración que, según los chamanes, era central para comprender el alcance de la recapitulación.

Dando enorme énfasis a sus palabras, dijo que lo que en los organismos llamamos sentidos no son más que grados de conciencia. Mantuvo que si aceptamos que los sentidos son el oscuro mar de la conciencia, tenemos que admitir que la interpretación que los sentidos hacen de la data sensorial es también el oscuro mar de la conciencia. Me explicó con gran detalle, que el enfrentar el mundo que nos rodea bajo las condiciones que lo hacemos es el resultado del sistema de interpretación de la humanidad, con el cual todo ser humano está provisto. También dijo que todo organismo que existe debe tener un sistema de interpretación que le permita funcionar en su medio.

-Los chamanes que vinieron después de las agitaciones apocalípticas que te contaba -continuó-, vieron que al momento de la muerte el oscuro mar de la conciencia tragaba, por decirlo así, la conciencia de las criaturas vivas a través del punto de encaje. También vieron que el oscuro mar de la conciencia tenía un momento de, digamos, vacilación al enfrentarse con chamanes que habían hecho un recuento de sus vidas. Sin saberlo, algunos habían hecho ese recuento tan minuciosamente, que el oscuro mar de la conciencia tomaba la conciencia de sus experiencias de vida; pero no tocaba su fuerza vital. Los chamanes habían descubierto una verdad gigantesca acerca de las fuerzas del universo: El oscuro mar de la conciencia sólo quiere nuestras experiencias de vida, no nuestra fuerza vital.

Las premisas de la declaración de don Juan me eran incomprensibles. O quizá sería más acertado decir que reconocía vagamente y a la vez profundamente, cuán funcionales eran las premisas de su explicación.

-Los chamanes creen -prosiguió don Juan- que al recapitular nuestras vidas toda la basura, como te dije, sale a superficie. Nos damos cuenta de nuestras contradicciones, nuestras repeticiones, pero algo en nosotros se resiste tremendamente a la recapitulación. Los chamanes dicen que el camino queda libre sólo después de una agitación gigantesca, después de que aparece en la pantalla el recuerdo de un suceso que nos sacude hasta los cimientos con una claridad de detalles terrorífica. Es el suceso que nos arrastra hasta el momento real en que lo vivimos. Los chamanes llaman a ese suceso el acomodador, porque desde ese momento cada suceso que

tocamos, no sólo se recuerda sino que se vuelve a vivir.
-Caminar precipita los recuerdos -dijo don Juan-. Los chamanes del México antiguo creían que todo lo que vivimos queda guardado como sensación en la parte trasera de las piernas. Consideraban la parte trasera de las piernas como el almacén de la historia personal del hombre. Así es que vamos a hacer una caminata en las colinas.
Caminamos casi hasta que oscureció.
-Creo -dijo don Juan cuando ya estábamos en la casa- que te he hecho caminar lo suficiente para prepararte para esa maniobra de chamanes de encontrar un acomodador, un suceso en tu vida que recordarás con tanta claridad que va a servir de faro para iluminar todo lo demás en tu recapitulación con igual o similar claridad. Haz lo que los chamanes llaman recapitular las piezas de un rompecabezas. Algo que te va a conducir a recordar el suceso que te servirá de acomodador.
Me dejó solo, dándome una última advertencia.
-Dale lo mejor que tienes -dijo- Dale lo máximo.
Me quedé profundamente callado por un momento, quizá debido al silencio que me rodeaba. Entonces experimenté una vibración, un especie de sacudida en el pecho. Tuve dificultad para respirar, y de pronto algo se me abrió en el pecho que me permitió respirar profundamente, y una vista total de un suceso olvidado de mi niñez estalló en mi memoria, como si hubiera estado cautivo y de pronto quedara libre.
Estaba en el estudio de mi abuelo donde él tenía una mesa de billar, y estaba jugando al billar con él. Apenas iba a cumplir nueve años. Mi abuelo era un jugador hábil que me había enseñado compulsivamente todas las jugadas que sabía, para que yo pudiera dominar el juego y le hiciera partidas en serio. Pasábamos interminables horas jugando al billar. Me volví tan bueno que un día le gané. Desde ese día, no me pudo ganar más. Muchísimas veces le daba el juego deliberadamente para complacerlo, pero él lo sabía y se ponía furioso conmigo. Una vez se disgustó tanto que me dio en la cabeza con el taco.
Para su desconcierto y deleite, a los nueve años yo hacía carambola tras carambola sin parar. Una vez, en un juego, se frustró tanto y se puso tan impaciente conmigo que tiró el taco y me dijo que jugara yo solo. Mi naturaleza compulsiva facilitó que compitiera conmigo mismo y que hiciera la misma jugada repetidas veces hasta perfeccionarla.
Un día, un hombre célebre en el pueblo por sus contactos con el mundo del juego y dueño de un casa de billares, vino a visitar a mi abuelo. Mientras conversaban y jugaban al billar, entré por casualidad en el cuarto. Al instante traté de escapar, pero mi abuelo me agarró y me hizo entrar.
-Éste es mi nieto -le dijo al hombre.
-Encantado de conocerte -dijo el hombre. Me miró con dureza y luego me extendió la mano, que era del tamaño de la cabeza de una persona normal.
Yo estaba horrorizado. Su carcajada descomunal me anunció que era consciente de mi incomodidad. Me dijo que se llamaba Falelo Quiroga y yo mascullé mi nombre.
Era muy alto y estaba muy bien vestido. Llevaba un traje azul de rayas de doble solapa con un pantalón tubo. Debía haber tenido unos cincuenta años en aquel entonces, y estaba en buen estado, mostrando sólo una ligera panza. No estaba gordo; parecía cultivar la apariencia de un hombre bien nutrido que no carece de nada. La mayoría de la gente de mi pueblo era flaca. Era gente que trabajaba mucho para ganarse la vida y no tenía tiempo para lujos. Falelo Quiroga daba la impresión opuesta. Su porte era el de un hombre que sólo tenía tiempo para lujos.
Tenía un aspecto agradable. Una cara afable, bien afeitada, de ojos azules y de mirada simpática. Poseía el aire y la confianza de un médico. La gente de mi pueblo decía que tenía la capacidad de tranquilizar a cualquiera, y que debería haber sido cura, abogado o médico en vez de jugador. Tam-

bién decían que ganaba más dinero en el juego que todos los médicos y abogados del pueblo puestos juntos.
Tenía pelo negro, cuidadosamente peinado. Era obvio que ya se estaba poniendo calvo. Trataba de esconderlo peinándose el pelo sobre la frente. Tenía una mandíbula cuadrada y una sonrisa totalmente ganadora. Sus dientes eran grandes, blancos y bien cuidados, algo totalmente novedoso en un lugar donde las caries abundaban. Dos rasgos más de Falelo Quiroga que me eran notables eran sus enormes pies y sus zapatos negros de charol, hechos a mano. Me fascinaba que al caminar de un lado al otro del cuarto, no le crujieran los zapatos. Estaba acostumbrado a oír acercarse a mi abuelo por el crujido de la suelas de sus zapatos.
-Mi nieto juega muy bien al billar -le dijo mi abuelo tranquilamente a Falelo Quiroga-. ¿Por qué no le doy mi taco para dejarlo jugar contigo mientras yo miro?
-¿Este niño juega al billar? -le preguntó el enorme hombre a mi abuelo, riéndose.
-Desde luego -le aseguró mi abuelo-. Claro que no tan bien como tú, Falelo. ¿Por qué no lo pones a prueba? Y para hacerlo más interesante para ti, para que no estés tratando a mi nieto condescendientemente, vamos a apostar un poco de dinero. ¿Qué dices si apostamos tanto como esto?
Puso un manojo grueso de billetes arrugados sobre la mesa y le sonrió, moviendo la cabeza de un lado al otro como desafiando al grandote a tomar la apuesta.
-Oh, oh, tanto, ¿eh? -dijo Falelo Quiroga mirándome con un aire de interrogación. Abrió la cartera y sacó unos billetes bien doblados. Esto, para mí, era otro detalle sorprendente. Mi abuelo tenía la costumbre de llevar los billetes arrugados en todos los bolsillos. Cuando necesitaba pagar algo, siempre tenía que estirar los billetes para contarlos.
Falelo Quiroga no dijo nada, pero yo sabía que se sintió un bandido. Le sonrió a mi abuelo, y obviamente por no faltarle el respeto, puso su dinero sobre la mesa. Mi abuelo, haciendo de árbitro, fijó el juego en un cierto número de carambolas y tiró una moneda para ver quién iba a empezar. Ganó Falelo Quiroga.
-Dale todo lo que tienes, no te contengas -le insistió mi abuelo-. ¡No tengas ninguna pena en acabar con este imbécil y ganarte mi dinero!
Falelo Quiroga, siguiendo los consejos de mi abuelo, jugó tan bien como pudo, pero en una instancia, perdió una carambola por un pelo. Tomé el taco. Sentí que me iba a desmayar, pero viendo el júbilo de mi abuelo (daba saltos de un lado a otro) me tranquilicé; y además, me irritaba ver a Falelo Quiroga casi desplomándose de risa al ver cómo yo tomaba el taco. A causa de mi estatura, no podía inclinarme sobre la mesa, como se juega al billar normalmente. Pero mi abuelo, con una paciencia y determinación esmerada, me había enseñado una manera alternativa para jugar. Extendiendo mi brazo totalmente hacia atrás, tomaba el taco levantándolo casi más allá de los hombros, hacia el costado.
-¿Qué hace cuando tiene que alcanzar la mitad de la mesa? -preguntó Falelo Quiroga muerto de risa.
-Se cuelga de la orilla de la mesa -dijo mi abuelo como si nada-. Sabes que está permitido.
Mi abuelo se me acercó y me susurró entre dientes que si me hacía el correcto y perdía me iba a romper todos los tacos sobre la cabeza. Yo sabía que no hablaba en serio; era su manera de demostrar la confianza que me tenía.
Gané fácilmente. Mi abuelo estaba rebosante de alegría pero, cosa rara, también lo estaba Falelo Quiroga. Soltaba carcajadas dando vueltas alrededor de la mesa de billar, y dando de palmaditas en las orillas. Mi abuelo me puso por los cielos. Le reveló a Falelo Quiroga mi mejor marca y, en tono burlón, dijo que sobresalía porque había encontrado la manera de hacerme practicar: café con pasteles daneses.
-¡No me digas, no me digas! -repetía Falelo Quiroga. Se despidió; mi abuelo recogió las ganancias y el asunto se olvidó.
Mi abuelo me prometió llevarme a un res-

taurante y agasajarme con la mejor comida del pueblo, pero jamás lo hizo. Era muy tacaño; todo el mundo sabía que sólo gastaba dinero en mujeres.
Dos días después, dos hombres enormes, socios de Falelo Quiroga, se me acercaron a la hora en que salía del colegio.
-Falelo Quiroga quiere verte -me dijo uno en voz hosca-. Quiere que vayas a su casa para tomar café y pasteles daneses con él.
Si no hubiera dicho lo del café y los pasteles daneses, lo más probable es que me hubiera escapado. Me acordé en aquel momento que mi abuelo le había dicho a Falelo Quiroga que yo daría mi alma por café y pasteles daneses. Con gusto los acompañé. Sin embargo, no podía caminar a la par de ellos, así es que uno de los dos, el que se llamaba Guillermo Falcón, me levantó y me acurrucó en sus enarenes brazos. Soltó una risa entre sus dientes chuecos.
-Más vale que te guste el paseo, joven -me dijo. Su aliento apestaba horrendamente-. ¿Te han llevado así alguna vez? ¡Viendo como te meneas, diría que nunca! -Se echaba grotescas carcajadas.
Afortunadamente, la casa de Falelo Quiroga no quedaba muy lejos de la escuela. El señor Falcón me depositó sobre un sofá en una oficina. Allí estaba Falelo Quiroga, sentado detrás de un enorme escritorio. Se levantó y me dio la mano. En seguida, mandó pedir que me trajeran café y pasteles daneses y los dos nos sentamos a charlar amablemente de la granja de pollos que tenía mi abuelo. Me preguntó si gustaba más pasteles y le dije que no estaría mal. Se rió y él mismo trajo una bandeja de pasteles increíblemente deliciosos del cuarto contiguo.
Después de tragar yo a más no poder, me preguntó muy cortésmente si pensaría en la posibilidad de venir a su casa de billar a las altas horas de la noche a jugar unos cuantos partidos amistosos con alguna gente que él seleccionaría. Sin hacer mucho alarde, dijo que se trataba de bastante dinero. Manifestó abiertamente la confianza que me guardaba, y añadió que iba a pagarme, por mi tiempo y mi esfuerzo, un porcentaje de las ganancias. También indicó que sabía cómo era mi familia; iban a tomarlo a mal si me daba dinero, aunque fuera como pago. Así es que prometía abrir una cuenta especial a mi nombre, o para mayor facilidad, se encargaría de cualquier compra que hiciera en las tiendas del pueblo, o de la comida que pidiera en cualquier restaurante.
No le creí ni un pelo de lo que me decía. Sabía que Falelo Quiroga era un estafador. Pero la idea de jugar al billar con desconocidos me gustaba y entonces hice un trato con él.
-¿Me va a dar café y pasteles daneses como los de hoy? -le dije.
-¡Claro que sí, niño! -me respondió-. Si vienes a jugar para mí, hasta te compro la pastelería. Voy a pedirle al pastelero que los haga exclusivamente para ti. Te doy mi palabra.
Le advertí a Falelo Quiroga que el único inconveniente era mi incapacidad de salirme de la casa; tenía demasiadas tías que me vigilaban como halcones y además, mi alcoba estaba en el primer piso.
-Eso no es problema -me aseguró Falelo Quiroga-. Eres bastante pequeño. El señor Falcón te va a agarrar si tú saltas por la ventana a sus brazos. ¡Es tan grande como una casa! Te recomiendo que te acuestes temprano esta noche. El señor Falcón va a despertarte con un silbido y tirando piedritas a tu ventana. ¡Pero tienes que estar alerta! Él es muy impaciente.
Me fui a casa sacudido por una gran excitación. No podía dormir. Me encontraba bien despierto cuando oí que el señor Falcón silbaba y tiraba piedritas contra los vidrios de la ventana. La abrí. El señor Falcón estaba justamente debajo de mí, en la calle.
-Salta a mis brazos, chico -me dijo con voz contenida que trataba de modular en un fuerte susurro-. Si no apuntas hacia mis brazos, te voy a dejar caer y te vas a matar. Acuérdate; no me hagas correr en círculos. Apunta a mis brazos. ¡Salta! ¡Salta!
Salté y me agarró con la facilidad de alguien que agarra un saco de algodón. Me

puso en el suelo y me dijo que echara a correr. Dijo que era un niño que acababa de despertar de un sueño profundo y que tenía que hacerme correr para que estuviera totalmente despierto al llegar a la casa de billar.

Jugué esa noche contra dos hombres y gané las dos partidas. Me dieron el café y los pasteles más deliciosos que se pudiera uno imaginar. Estaba en el cielo. Eran como las siete de la mañana cuando llegué a casa. Nadie me había extrañado. Era hora de irme al colegio. Todo funcionaba normalmente, sólo que estaba tan cansado que los ojos se me cerraban solos durante todo el día.

Desde ese día, Falelo Quiroga mandaba al señor Falcón por mí dos o tres veces por semana, y gané cada partida que me hacía jugar. Y fiel a su promesa, él me pagaba todo lo que compraba, incluso las comidas en el restaurante chino que más me gustaba y donde iba a diario. A veces hasta invitaba a mis amigos, y los mortificaba, porque salía corriendo y gritando del restaurant cuando el mesero me traía la cuenta. Se asombraban de que nunca los llevaba la policía por comer y no pagar la cuenta.

Una prueba dura para mí fue que nunca había concebido el hecho de que tendría que contender con las esperanzas y las expectativas de toda la gente que apostaba a mi favor. La prueba de pruebas, sin embargo, se llevó a cabo cuando un jugador de primera de una ciudad vecina desafió a Falelo Quiroga apostando una gran cantidad. La noche de la partida era de malos auspicios. Mi abuelo se enfermó y no podía dormir. La familia entera estaba alborotada. Parecía que nadie iba a acostarse. Dudaba poder escaparme de mi alcoba, pero los silbidos y las piedritas del señor Falcón eran tan insistentes que corrí el riesgo y salté de la ventana a sus brazos.

Parecía que todos los hombres del pueblo se habían reunido en la casa de billar. Caras angustiadas me rogaban que no perdiera. Algunos de los hombres me aseguraron abiertamente que habían apostado sus casas y todas sus pertenencias. Uno, medio bromeando, me dijo que había apostado a su mujer; si esa noche no ganaba, resultaría cornudo o asesino. No me dijo específicamente si iba a matar a su mujer para no ser cornudo, o iba a matarme a mí por perder la partida.

Falelo Quiroga iba de un lado a otro. Había mandado traer a un masajista para darme masaje. Quería que estuviera relajado. El masajista me puso toallas calientes en los brazos y en las muñecas y toallas frías sobre mi frente. Me puso los zapatos más cómodos y suavecitos que jamás había usado. Tenían tacones duros, tipo militar y soportes para el arco del pie. Falelo Quiroga me vistió con una boina para que no se me cayera el pelo a la cara y también me puso unos overoles con cinturón.

La mitad de los que rodeaban la mesa de billar eran gente de otro pueblo. Me echaban miradas feroces. Sentía que me querían muerto.

Falelo Quiroga tiró una moneda para decidir quién iba primero. Mi adversario era brasileño de descendencia china, joven, de cara redonda, muy elegantón y lleno de confianza. Dio principio a la partida e hizo un número inconcebible de carambolas. Podía ver por el mal aspecto de la cara de Falelo Quiroga, que estaba a punto de sufrir un ataque cardíaco, al igual que los otros que habían apostado todo por mí.

Jugué muy bien esa noche y al aproximar el número de carambolas que había hecho el otro, la agitación de los que me apoyaban llegó a su apogeo. Falelo Quiroga era el más histérico. Le gritaba a todo el mundo, dando órdenes que abrieran las ventanas porque el humo de los cigarros no me dejaba respirar. Quería que el masajista me relajara los brazos y los hombros. Finalmente, les dije a todos que se callaran y, con gran prisa, hice las ocho carambolas que me faltaban para ganar. La euforia de los que habían apostado a mi favor era indescriptible. Yo era inconsciente de todo, pues ya era de mañana y tenían que llevarme a casa cuanto antes.

Mi cansancio aquel día no tenía límites.

Muy atentamente, Falelo Quiroga no me mandó llamar durante toda una semana. Sin embargo, una tarde, el señor Falcón me recogió del colegio y me llevó a la casa de billar. Falelo Quiroga me recibió con gran seriedad. Ni siquiera me ofreció café o pasteles daneses. Ordenó que nos dejaran solos y fue directamente al grano. Acercó su silla junto a mí.

-He depositado mucho dinero en el banco a tu nombre -me dijo con solemnidad-. Soy fiel a mi promesa. Te doy mi palabra: siempre te cuidaré. ¡Tú lo sabes! Ahora, si haces lo que yo te digo, vas a hacer tanto dinero que no vas a trabajar un solo día de tu vida. Quiero que pierdas tu próxima partida por una carambola. Sé que lo puedes hacer. Pero quiero que pierdas por sólo un pelo. Cuanto más dramático, mejor.

Estaba estupefacto. Todo esto me era incomprensible. Falelo Quiroga repitió su solicitud y me explicó, además, que iba a apostar de manera anónima todo lo que tenía contra mí, y que éste era el tino de nuestro nuevo trato.

-El señor Falcón te ha estado vigilando durante meses -me dijo-. Lo único que debo decirte es que el señor Falcón usa toda su fuerza para protegerte, pero podría hacer lo contrario con la misma fuerza.

La amenaza de Falelo Quiroga no pudo haber sido más evidente. Debió haber visto en mi cara el horror que sentí, porque se tranquilizó y se puso a reír.

-Oh, pero no te preocupes por esas cosas -me dijo tratando de tranquilizarme-, porque nosotros somos hermanos.

Era la primera vez en mi vida que me encontraba en una situación insostenible. Quería escapar de Falelo Quiroga, del miedo que me había evocado. Pero a la vez y con la misma fuerza, quería quedarme; quería la facilidad de comprar todo lo que quería en cualquier tienda, y sobre todo, la facilidad de poder comer en cualquier restaurante de mi gusto, sin pagar. Pero nunca tuve que tomar una decisión.

Inesperadamente (al menos para mí), mi abuelo se mudó a otro lugar muy lejos. Pareciera como si él sabía lo que pasaba, y entonces me mandaba allí antes que a los demás. Yo dudaba que él supiera lo que verdaderamente pasaba. Al parecer, el alejarme fue uno de sus usuales actos intuitivos.

El regreso de don Juan me sacó de mis recuerdos. Había perdido la noción del tiempo. Tendría que haber estado muerto de hambre, pero no. Estaba lleno de una energía nerviosa. Don Juan encendió una lámpara de petróleo y la colgó de un clavo sobre la pared. La tenue luz creaba extrañas sombras danzantes en el cuarto. Tuve que esperar a que mis ojos se ajustaran a la penumbra.

Entré en un estado de profunda tristeza. Era un sentimiento extraño, indiferente, un anhelo que se extendía y que venía de esa penumbra, o quizá de la sensación de sentirme atrapado. Estaba tan cansado que quería irme, pero a la vez y con la misma fuerza, quería quedarme.

La voz de don Juan me trajo cierta mesura. Parece que él sabía la causa y la profundidad de mi confusión, y adaptó su voz a la ocasión. La seriedad de su tono me ayudó a recobrar el dominio sobre algo que fácilmente podría haberse convertido en una reacción histérica a la fatiga y al estímulo mental.

-El recontar sucesos es mágico para los chamanes -dijo-. No se trata simplemente de contar un cuento. Es ver la tela sobre la que se basan los sucesos. Es por eso que el recuento es tan vasto y tan importante.

Al pedírmelo, le conté a don Juan el suceso que había recordado.

-Qué apropiado -dijo con una risita de deleite-. Lo único que puedo comentar es que los guerreros-viajeros se tienen que dejar llevar. Van a donde los lleva el impulso. El poder de los guerreros-viajeros es estar alerta para conseguir el máximo efecto con el mínimo impulso. Y sobre todo, su poder está en no interferir. Los sucesos tienen una fuerza, una gravedad propia, y los viajeros son simplemente viajeros. Todo lo que los rodea es sólo para sus ojos.

De esta manera, los viajeros construyen el significado de cada situación, sin preguntar nunca cómo fue que pasó así o asá.
»Hoy recordaste un suceso que resume tu vida entera -continuó-. Te enfrentas siempre con una situación que es la misma que nunca resolviste. Nunca tuviste que decidir si aceptabas o rechazabas el trato embustero de Falelo Quiroga. El infinito siempre nos pone en la terrible posición de tener que escoger -siguió-. Queremos el infinito, pero a la vez queremos huir de él. Tú quieres decirme que me vaya al carajo, pero a la vez te sientes obligado a quedarte. Sería infinitamente más fácil para ti si simplemente estuvieses obligado a quedarte.

LA INTERACCIÓN DE ENERGÍA EN EL HORIZONTE

La claridad del acomodador trajo un nuevo ímpetu a mi recapitulación. Un nuevo humor reemplazó el anterior. Desde ese momento, empecé a recordar sucesos de mi vida con una claridad enloquecedora. Era exactamente como si una barrera hubiera sido construida dentro de mí, que me mantenía rígidamente atado a recuerdos magros y borrosos, y el acomodador la había derribado. Mi facultad para recordar, antes de ese suceso, había sido una vaga manera de referirme a cosas que habían pasado, pero que casi siempre quería olvidar. Básicamente, no tenía interés alguno en recordar nada de mi vida. En verdad, no veía ningún valor en este ejercicio inútil de la recapitulación que don Juan casi me había impuesto. Para mí, era una tarea que instantáneamente me cansaba, y lo único que ganaba era darme cuenta de mi incapacidad para concentrarme.
No obstante, yo había escrito obedientemente la listas de personas y me había involucrado en un esfuerzo fortuito de cuasi-recordar mis interacciones con ellas. Mi falta de claridad en poder enfocarme en esas personas no me disuadió. Cumplí lo que consideraba mi deber, a pesar de mis verdaderos sentimientos. Con la práctica, la claridad de mis recuerdos mejoró muchísimo a mi parecer. Podía, por así decirlo, descender sobre ciertos sucesos claves con cierta agudeza a la vez pavorosa y gratificante. Sin embargo, después de que don Juan me presentó con la idea del acomodador, el poder de mis recuerdos se convirtió en algo que no tenía nombre.
El seguir mi lista de personas hizo que la recapitulación fuera muy formal y exigente, tal como lo quería don Juan. Pero de vez en cuando, algo en mí se soltaba, algo exigía que me enfocara en sucesos que no tenían nada que ver con mi lista, sucesos cuya claridad era tan enloquecedora que terminaba atrapado y sumergido en ellos, quizá más intensamente que durante la experiencia misma. Cada vez que recapitulaba de esa manera, tenía un grado de desapego que me permitía ver cosas que había descuidado cuando realmente había estado de lleno en ellas.
La primera vez que el recuerdo de un suceso me sacudió hasta los cimientos fue después de haber dado una conferencia en una universidad de Oregón. Los estudiantes encargados de organizar la conferencia, me llevaron a mí y a otro antropólogo amigo mío a una casa a pasar la noche. Iba a hospedarme en un motel, pero insistieron en llevarnos a la casa para nuestra mayor comodidad. Dijeron que estaba en el campo y que no había ruidos, el lugar más tranquilo del mundo, sin teléfonos y sin posibilidad de contactos con el mundo exterior. Yo, como el tonto que era, acepté ir con ellos. Don Juan no sólo me había advertido ser siempre un ave solitaria, sino que había exigido que observara su recomendación, algo que yo hacía la mayoría de las veces, aunque en ocasiones la criatura gregaria que había en mí me dominaba.
El comité nos llevó a la casa de un profesor que estaba en sabático, y que quedaba bastante lejos de la ciudad de Portland. Muy rápidamente, encendieron las luces por dentro y por fuera de la casa, que de hecho estaba sobre una colina rodeada de

faros. Encendidas las luces, la casa debe haber sido visible a una distancia de diez kilómetros.
El comité se fue tan rápido como pudo, algo que me sorprendió porque pensaba que se quedarían a conversar. La casa era de madera, en forma de «A», pequeña, pero muy bien construida. Tenía una sala enorme y un entrepiso encima donde estaba el dormitorio. Justamente en el ángulo del marco en forma de «A» había un crucifijo de tamaño natural que colgaba de una extraña bisagra rotatoria, perforado en la cabeza. Era una vista bastante impresionante, especialmente cuando el crucifijo rotaba, chirriando como si necesitara aceite.
El baño de la casa era todo un espectáculo. Tenía azulejos de espejo en el techo, sobre las paredes y sobre el piso y estaba iluminado con una luz rojiza. No había manera de ir al baño sin verse desde todos los ángulos posibles. Disfruté todas estas características de la casa; me parecían estupendas.
Cuando llegó la hora de dormirme, sin embargo, me encontré con un serio problema, pues había una sola cama angosta, dura, monástica, y mi amigo antropólogo estaba a punto de caer enfermo de pulmonía, resollando y escupiendo flemas cada vez que tosía. Se fue directamente a la cama y se quedó seco. Busqué un rincón para dormirme. No encontraba ninguno. Esa casa carecía totalmente de comodidades. Además hacía frío. El comité había encendido las luces, pero no la calefacción. La busqué. Mi búsqueda fue inútil, como lo fue también el tratar de encontrar el contacto para apagar los faros o siquiera las luces de la casa. Los contactos estaban allí sobre las paredes, pero parecían regidos por un contacto central. Las luces estaban encendidas y no había manera de apagarlas. El único rincón que encontré para dormir fue sobre un tapete delgado, y la única cobija que había era la piel curtida de un gigantesco perro lanudo francés. Evidentemente, había sido la mascota de la casa y lo habían preservado. Tenía brillantes ojos negros y le colgaba la lengua del hocico abierto. Puse la cabeza del perro sobre mis piernas. Me tenía que tapar con la parte trasera, que me daba al cuello. La cabeza embalsamada era como un duro objeto entre mis rodillas, lo que resultaba algo incómodo. Si hubiera estado oscuro, podría haber aguantado. Recogí un montón de toallas de mano y las usé como almohada. Usé la mayor cantidad posible de la mejor manera que pude para cubrir la piel del animal. No pude pegar un ojo en toda la noche.
Fue entonces, recostado allí, mientras me maldecía por haber sido tan bestia y no haber seguido las recomendaciones de don Juan, cuando experimenté el primer recuerdo enloquecedoramente claro de toda mi vida. Me había acordado del suceso que don Juan llamó el acomodador con la misma claridad, pero mi tendencia siempre había sido de semi-dejar de lado lo que me pasaba cuando estaba con don Juan, porque a mi parecer en su presencia todo era posible. Sin embargo, esta vez estaba solo.
Años antes de haber conocido a don Juan, había trabajado pintando anuncios para edificios. Mi jefe se llamaba Luigi Palma. Un día, Luigi consiguió un contrato para pintar un anuncio en la pared trasera de un edificio viejo, de venta y alquiler de fracs y trajes de novias. El dueño del edificio quería atraer toda la clientela posible con un gran anuncio. Luigi iba a pintar a la novia y al novio y yo iba a pintar el letrero. Fuimos al techo plano del edificio y pusimos los andamios.
Sin razón aparente, yo me sentía bastante inquieto. Había pintado docenas de anuncios en edificios altos. Luigi pensó que había empezado a tener miedo a las alturas, pero que se me iba a pasar. Cuando llegó el momento de empezar a trabajar, él bajó el andamio unos cuantos pies del techo, y saltó sobre las tablas planas. Él se fue a un lado mientras yo me quedé al otro para no vedarle el paso. Él era el artista.
Luigi comenzó a hacer alarde de su talento. Al pintar, sus movimientos se volvieron tan irregulares y tan agitados que

el andamio comenzó a moverse de lado a lado. Me mareé. Quise regresar al techo con el pretexto que necesitaba más pintura y otros trastos. Me agarré de la orilla de la pared que bordeaba el techo y traté de levantarme, pero las puntas de los pies se me metieron entre las tablas del andamio. Intenté liberar mis pies y a la vez atraer el andamio hacia la pared; pero entre más tiraba, más alejaba el andamio de la pared. En vez de ayudarme a desenredar los pies, Luigi se sentó y se abrazó a las cuerdas que ataban el andamio al techo. Hizo la señal de la cruz mientras me miraba horrorizado. Desde esa posición se arrodilló y, sollozando, empezó a recitar el Padre Nuestro.

Me agarré de la orilla de la pared con todo lo que tenía; lo que me dio la fuerza desesperada para aguantar fue la certeza de que si yo me controlaba, podría evitar que el andamio se alejara más y más. No iba soltar mi agarre y caer trece pisos a mi muerte. Luigi, compulsivo y dominante hasta el final, me gritó en medio de sus lágrimas que debía rezar. Juró que los dos íbamos a caer y a morir y lo único que nos quedaba era rezar por la salvación de nuestras almas. Por un momento, reflexioné acerca de si valía la pena rezar. Decidí gritar en vez. La gente en el edificio debe haber oído mis gritos, pues llamaron a los bomberos. Con toda sinceridad, pensé que habían pasado apenas dos o tres segundos desde que empecé a gritar, hasta que los bomberos subieron al techo, agarraron a Luigi y a mí y aseguraron el andamio.

En realidad, yo había pasado veinte minutos colgado del costado del edifico. Cuando los bomberos finalmente me subieron al techo, perdí todo vestigio de control. Vomité sobre el piso duro del techo, mi estómago revuelto de terror y del fétido olor de la brea derretida. Hacía mucho calor; la brea entre las grietas de las hojas rasposas que cubrían el techo se derretía con el calor. La experiencia había sido tan penosa que no quería recordarla y terminé alucinando que los bomberos me habían metido en un cuarto amarillo y acogedor; me habían acostado en una cama sumamente cómoda y me había dormido plácidamente, en mis pijamas, libre de todo peligro.

El segundo recuerdo fue otra explosión de fuerza inconmensurable. Estaba en amena conversación con un grupo de amigos, cuando de repente, y sin razón alguna, se me fue el aliento bajo el impacto de un pensamiento, un recuerdo vago por un instante y que se convirtió luego en una experiencia que me absorbió por completo. Su fuerza fue tan intensa que tuve que excusarme para retirarme un momento y estar a solas. Mis amigos parecieron comprender mi reacción; se retiraron sin hacer comentario. Me estaba acordando de un incidente que me había ocurrido el último año de la escuela preparatoria.

Mi compañero y yo, al caminar al colegio, solíamos pasar delante de un enorme caserón con rejas de hierro negras de unos cinco metros de altura que terminaban en afiladas puntas. Detrás de la reja había un enorme jardín, verde y bien cuidado, y un perro, un gigantesco y feroz pastor alemán. Todos los días fastidiábamos al perro y dejábamos que se nos abalanzara. Frenaba físicamente al llegar a la reja de hierro, pero su furia parecía cruzarla y llegar hasta nosotros. A mi amigo le encantaba entretener al perro diariamente en una competencia de mente sobre materia. Se paraba a unos centímetros del hocico del perro, el cual salía por las barras de la reja hasta extenderse unos ocho centímetros a la calle, y le enseñaba los dientes, igual que el perro.

-¡Entrégate! ¡Entrégate! -gritaba mi amigo-. ¡Obedece! ¡Obedece! ¡Yo soy más poderoso que tú!

Sus muestras diarias de proeza mental que duraban por lo menos cinco minutos, nunca tuvieron efecto sobre el perro, fuera de dejarlo más fúrico que nunca. Mi amigo me aseguraba a diario, como parte de su rito, que el perro o le iba a obedecer, o iba a morirse delante de nosotros de un ataque cardíaco como resultado de su furia. Su convicción era tal, que yo creía que el perro iba a morir en cualquier momento.

Una mañana, al llegar a la casa, el perro no estaba. Esperamos un momento, pero no apareció; cuando lo vimos, estaba al final del enorme jardín. Parecía estar muy ocupado, así es que empezamos a alejarnos. Por el rabillo del ojo, vi que el perro venía hacia nosotros a toda velocidad. A una distancia de cuatro o cinco metros de la reja, dio un salto. Estaba segurísimo de que se iba a desgarrar la panza con las puntas de la reja. Pero las evitó apenas y cayó en la calle como un costal de papas.

Por un momento, pensé que estaba muerto, pero sólo estaba atontado. De pronto se levantó, y en vez de correr detrás del que lo había enfurecido, vino tras de mí. Salté al techo de un auto, pero el auto no era nada para ese perro. Saltó y casi se abalanzó encima de mí. Bajé y me trepé al primer árbol que estaba a mi alcance, un arbolito tierno que apenas soportaba mi peso. Estaba seguro de que lo iba a quebrar, de que caería y moriría descuartizado en los dientes del perro.

Estaba casi fuera de su alcance en el árbol. Pero saltó otra vez, agarrándome del pantalón y rasgándola. Hasta llegó a sacarme sangre en las nalgas con los dientes. Pero al ver que estaba yo fuera de su alcance encima del árbol, se fue. Corrió calle arriba, quizás en busca de mi amigo.

En el colegio, la enfermera me dijo que tenía que pedirle un certificado de vacuna contra la rabia al dueño del perro.

-Tienes que investigar esto -me dijo en tono severo-. A lo mejor ya te contagiaste. Si el dueño se niega a mostrarte el certificado de vacuna, tienes derecho a acudir a la policía.

Hablé con el mayordomo de la casa donde vivía el perro. Me acusó de haber atraído al perro a la calle, un perro de raza de gran valor.

-¡Ten cuidado, muchacho! -me dijo enojado-. El perro se extravió. El dueño te va meter a la cárcel si nos sigues dando lata.

-Pero a lo mejor tengo rabia -le dije en una voz sinceramente aterrada.

-¡Me vale mierda que te haya dado plaga bubónica! -me gritó-. ¡Vete al carajo!

-Llamo a la policía -le dije.

-Llama a quien quieras -me contestó-. Si llamas a la policía, los volvemos contra ti. En esta casa podemos hacer lo que nos dé la gana.

Le creí y le mentí a la enfermera diciéndole que el perro andaba perdido y que no tenía dueño.

-¡Ay, Dios mío! -exclamó-. Prepárate para lo peor. Lo más probable es que tenga que mandarte con el médico.

Me dio una larga lista de síntomas que podían manifestarse. Me dijo además que las inyecciones contra la rabia eran extremadamente dolorosas y que se administraban subcutáneamente en la región abdominal.

-No se lo desearía a mi peor enemigo -dijo, hundiéndome en una horrible pesadilla.

Lo que siguió fue mi primera depresión verdadera. Me quedé en cama, sintiendo cada uno de los síntomas que me había enumerado la enfermera. Terminé por ir a la enfermería para rogarle a esa mujer que me hiciera el tratamiento, por muy doloroso que fuera. Hice un escándalo. Me puse histérico. No tenía rabia, pero había perdido todo dominio sobre mí mismo.

Le conté a don Juan mis dos recuerdos con todos los detalles, sin omitir nada. No hizo ningún comentario. Inclinó la cabeza afirmativamente un par de veces.

-En ambos recuerdos, don Juan -dije, sintiendo en mí mismo la urgencia con la que hablaba-, estaba totalmente histérico. Me temblaba el cuerpo. Tenía náusea. No quiero decir que era como si estuviera viviendo la experiencia, porque no es verdad. Estaba dentro de las experiencias mismas, las dos veces. Y cuando ya no pude soportarlo, salté a mi vida de ahora. Para mí, ése fue un salto hacia el futuro. Tuve el poder de pasar sobre el tiempo. Mi salto hacia el pasado no fue súbito; el suceso se desenvolvió lentamente tal como sucede con los recuerdos. Fue al final que sí salté de pronto hacia el futuro: mi vida de ahora.

-Algo en ti ha empezado a desmoronarse, no cabe duda -dijo finalmente-. Se ha estado desmoronando todo este tiempo,

pero se reponía muy pronto cada vez que le fallaban las bases que lo sostenían. Mi sensación es que ya se está desmoronando totalmente.

Después de otro largo silencio, don Juan explicó que los chamanes del México antiguo creían, como ya me había dicho, que tenemos dos mentes y que sólo una de ellas es la nuestra. Yo siempre había comprendido que nuestras mentes tenían dos partes, y que una de ellas se mantenía en silencio porque la fuerza de la otra parte le negaba poder expresarse. Fuera lo que dijera don Juan, siempre lo había tomado como un medio metafórico para quizás explicar el dominio aparente del hemisferio izquierdo del cerebro sobre el derecho, o algo por el estilo.

-La recapitulación contiene una opción secreta-dijo don Juan-. Tal como te dije que la muerte contiene una opción secreta, una opción que sólo los chamanes utilizan. En el caso de la muerte, la opción secreta es que los seres humanos pueden retener su fuerza vital y renunciar solamente a su consciencia, el resultado de sus vidas. En el caso de la recapitulación, la opción secreta que sólo los chamanes eligen es la de acrecentar sus verdaderas mentes.

»La inquietante memoria de tus recuerdos -prosiguió- sólo puede venir de tu mente verdadera. La otra mente que todos tenemos y compartimos es, diría yo, un modelo barato; económico, de igual tamaño para todos. Pero éste es un tema para más tarde. Lo que ahora tenemos delante es el principio de una fuerza desintegrante. Pero no es una fuerza que te está desintegrando, no quiero decir eso. Está desintegrando lo que los chamanes llaman la instalación foránea que existe en ti y en cada ser humano. El efecto de la fuerza que se te viene encima, que está desintegrando la instalación foránea, es que saca a los chamanes de su sintaxis.

Había estado atento a lo que me decía don Juan, pero no podía decir que lo hubiera comprendido. Por alguna extraña razón, para mí tan desconocida como la causa de mis vivas memorias, no pude hacerle ninguna pregunta.

-Comprendo lo difícil que es para ti -dijo don Juan de pronto- el tener que lidiar con esta faceta de tu vida. Todos los chamanes que conozco han pasado por esto. Al experimentarlo, los machos sufren infinitamente más daño que las hembras. Supongo porque la mujer es por naturaleza más duradera. Los chamanes del México antiguo, actuando en grupo, hicieron lo posible por sostener el impacto de esta fuerza desintegrante. Hoy día, no tenemos los medios para actuar en grupo, así es que tenemos que fortalecernos para enfrentar a solas la fuerza que nos va a llevar más allá del lenguaje, porque no hay otra manera adecuada para describir lo que está pasando.

Don Juan tenía razón porque en verdad no podía explicar o no encontraba manera de describir los efectos de esos recuerdos sobre mí. Don Juan me había dicho que los chamanes se enfrentan a lo desconocido a través de los incidentes más banales que se pueda uno imaginar. Cuando se enfrentan a ello y no pueden interpretar lo que están percibiendo, tienen que apoyarse en un recurso exterior para saber por dónde ir. Don Juan llamaba a ese recurso el infinito, o la voz del espíritu, y había dicho que si los chamanes no se esfuerzan por ser racionales con algo que no puede ser racionalizado, el espíritu les dice lo que ocurre, sin falla.

Don Juan me guió a aceptar la idea de que el infinito era una fuerza que tenía voz y que estaba consciente de sí misma. A consecuencia, me había preparado para estar atento a esa voz y siempre actuar con eficacia, pero sin antecedentes, usando cuanto menos posible el apoyo del «a priori». Esperé impacientemente a que la voz del espíritu me dijera el sentido de mis memorias, pero no pasó nada.

Estaba en una librería un día cuando una joven me reconoció y se acercó para hablar conmigo. Era alta y delgada y tenía la voz insegura de una nena. Estaba tratando de hacerla sentir cómoda cuando de pronto me acosó un cambio energético instantáneo. Era como si una alarma se hubiera

encendido dentro de mí, y sin ninguna volición de mi parte, tal como había sucedido antes, recordé otro suceso de mi vida que había olvidado por completo. La memoria de la casa de mis abuelos me inundó. Era una avalancha intensa y devastadora, y otra vez tuve que meterme en un rincón. Me sacudía el cuerpo como si me hubiera resfriado.

Debo de haber tenido ocho años. Mi abuelo me estaba hablando. Había comenzado por decir que era su mayor obligación decirme las cosas tal como eran. Tenía dos primos de mi misma edad: Alfredo y Luis. Mi abuelo insistió, despiadadamente, que le admitiera que mi primo Alfredo era verdaderamente bello. En mi visión, oía la voz rasposa y contenida de mi abuelo.

-Alfredo no necesita ninguna presentación -me había dicho en aquella ocasión-. Con sólo estar presente, se le abren las puertas porque todos practican el culto de la belleza. A todos les gusta la gente bella. Los envidian, pero siempre los buscan. Créemelo. Yo soy guapo, ¿no te parece?

Estaba totalmente de acuerdo con mi abuelo. Era ciertamente un hombre guapo, de huesos finos, de alegres ojos azules, de facciones exquisitas y de pómulos elegantes. Todo en su semblante estaba en perfecto equilibrio: su nariz, su boca, sus ojos, su mentón puntiagudo. Tenía pelo rubio que le salía por las orejas, característica que le daba un aire de duende. Sabía todo acerca de sí mismo y explotaba sus dotes al máximo. Las mujeres lo adoraban; primero, según él, por su belleza, y segundo, porque no lo veían como una amenaza. Desde luego, él se aprovechaba de todo esto al máximo.

-Tu primo Alfredo es un campeón -siguió mi abuelo-; nunca va a tener que entrar en una fiesta a la fuerza porque siempre será el primero en la lista de invitados. ¿Te has fijado cómo se para la gente en la calle a contemplarlo y cómo lo quieren tocar? Es tan bello que temo que va a salir un idiota, pero eso es otra historia. Diremos que es el idiota más bienvenido que has conocido.

Mi abuelo comparó a mi primo Luis con Alfredo. Dijo que Luis era feíto y un poco tonto, pero que tenía un corazón de oro. Y luego empezó conmigo.

-Si vamos a seguir con nuestra explicación -continuó-, tienes que admitir con toda sinceridad que Alfredo es bello y Luis es bueno. Ahora, a lo que viene a ti, tú no eres ni bello ni bueno. Eres un verdadero hijo de puta. Nadie te va a invitar a la fiesta, vas a tener que meterte a la fuerza. Tienes que acostumbrarte a la idea de que si quieres estar en la fiesta, tiene que ser a la fuerza. Las puertas nunca se te van a abrir como se le abren a Alfredo por ser bello y a Luis por ser bueno, así es que vas a tener que entrar por la ventana.

Su análisis de sus tres nietos era tan acertado que me hizo llorar por la finalidad de lo que había dicho. Cuanto más lloraba, más contento estaba él. Terminó el caso con una advertencia de lo más perjudicial.

-No hay por qué sentirse mal -dijo- porque no hay nada más excitante que entrar por la ventana. Para hacerlo, tienes que ser listo y atento. Tienes que vigilar por todos lados y estar preparado para pasar por humillaciones interminables.

»Si tienes que entrar por la ventana -siguió-, es porque de seguro no estás en la lista de invitados; tu presencia no es bienvenida, así es que tienes que trabajar como una bestia para quedarte. La única manera que conozco es poseyendo a todos. ¡Grita! ¡Exige! ¡Aconseja! ¡Déjales saber que eres tú el que manda! ¿Cómo te pueden echar si eres tú el que manda?

El recuerdo de esta escena me conmovió profundamente. Había enterrado este incidente tan a fondo que lo había olvidado por completo. Lo que sí recordaba siempre sin embargo, era su advertencia de siempre ser el que manda, que me debe haber repetido año tras año una y otra vez.

No tuve oportunidad de examinar este suceso o reflexionar sobre el asunto, porque otro recuerdo olvidado salió a la superficie. En él, estaba con la chica con la que me iba a casar. En aquel entonces, los dos estábamos ahorrando para casarnos y tener nuestra propia casa. Me oí exigiéndole

que teníamos que tener una cuenta bancaria juntos; no podía ser de otra manera. Sentía la necesidad de echarle un discurso sobre la frugalidad. Me oí diciéndole dónde debía hacer sus compras de ropa, y cuánto debía pagar como máximo.
Luego me vi dándole lecciones de conducir a su hermana menor y alocándome cuando me dijo que pensaba salirse de la casa de sus padres. La amenacé con acabar con las lecciones. Empezó a llorar, confesando que tenía un amorío con su jefe. Salté del auto y empecé a dar de patadas contra la puerta.
Pero no era todo. Me oí diciéndole al padre de mi novia que no se mudara a Oregón, donde pensaba irse. A grito pelado le dije que era una estupidez. De veras creía que mis razonamientos eran certeros. Le presenté cifras para demostrar las pérdidas que iba a sufrir y que había calculado yo meticulosamente. Al no hacerme caso, golpeé la puerta y me salí, temblando de rabia. Encontré a mi novia en la sala, tocando la guitarra. La agarré de las manos, gritándole que abrazaba la guitarra en vez de tocarla como si fuera más que un simple objeto.
El afán de imponer mi voluntad se extendía sobre todo. No hacía yo distinciones; no importaba quién estuviera cerca de mí, estaban allí para que los poseyera y amoldara según mis caprichos.
Ya no tuve que sopesar el significado de mis visiones tan vivas. Porque una incontrovertible certeza me invadió como si viniera de afuera. Me dijo que mi flaqueza era la idea de tener que ocupar la mesa del director en todo momento. El concepto de que era yo el que mandaba, y que además debía dominar cualquier situación, estaba arraigadísimo en mí. La forma en que me habían criado sólo sirvió para reforzar este impulso, que al principio debe haber sido arbitrario, pero que ya en mi madurez se convirtió en necesidad.
Era consciente sin duda alguna de que lo que se jugaba era el infinito. Don Juan lo había descrito como una fuerza consciente que deliberadamente interviene en la vida de un chamán. Y ahora estaba interviniendo en la mía. Supe que el infinito me estaba señalando, a través de las memorias vivas de esas experiencias olvidadas, la intensidad y la profundidad de mi impulso de dominación, y de esa manera estaba preparándome para algo trascendental. Supe además, con una certeza aterrorizadora, que algo me iba a vedar la posibilidad de tener domino sobre eso, y que necesitaba más que nada la sobriedad, la fluidez y el abandono para poder enfrentarme a lo que venía.
Desde luego, le dije todo esto a don Juan, ampliándolo gustosamente con mi inspirada perspicacia y mis especulaciones sobre el posible significado de mis recuerdos. Don Juan se rió, demostrando su buen humor.
-Todo esto es exageración psicológica de tu parte, puras ilusiones -dijo- Como siempre, estás buscando explicaciones bajo las premisas lineales de causa y efecto. Cada uno de tus recuerdos se vuelve más y más vivo, y más y más enloquecedor para ti, porque como ya te dije, has entrado en un proceso irreversible. Está emergiendo tu mente verdadera, despertando de un estado letárgico de toda una vida.
-El infinito te está reclamando como propio -continuó-. No importe lo que utilice para señalarte eso, no tiene otra razón, otra causa, otro valor que eso. Lo que debes hacer, sin embargo, es prepararte para el ataque violento del infinito. Debes estar en un estado de continuo desvelo, afirmado para recibir un golpe de enorme magnitud. Ésa es la manera sobria y cuerda en que los chamanes se enfrentan al infinito.
Las palabras de don Juan me dejaron con un sabor amargo en la boca. En verdad, sentía que esa fuerza venía sobre mí y me llenaba de temor. Como había pasado mi vida entera escondido detrás de alguna actividad superflua, me hundí en mi trabajo. Presenté conferencias en los cursos que dictaban mis amigos en varias universidades por el sur de California. Escribí prolíficamente. Puedo afirmar que tiré docenas de manuscritos a la basura por-

que no cumplían con un requisito indispensable que me había descrito don Juan, que lo hacía aceptable para el infinito.
Me había dicho que todo lo que hacía tenía que ser un acto de brujería. Un acto libre de expectativas intrusas, temores al rechazo, ilusiones de éxito. Libre del culto del yo; todo lo que hacía tenía que ser al momento, un acto de magia en que me abría libremente a los impulsos del infinito.
Una noche, me encontraba sentado en mi escritorio preparándome para escribir, como lo hacía a diario. Sentí de pronto un vahído. Pensé que acaso me sentía mareado porque me había levantado demasiado pronto del colchón donde hacía mis ejercicios. Se me nubló la vista. Vi puntitos amarillos. Creí que me iba a desmayar. Empeoré. Había una enorme mancha roja delante de mí. Empecé a respirar profundamente, tratando de tranquilizar la agitación que causaba la distorsión visual. Entré en un silencio extraordinario a tal extremo, que me sentí rodeado de un negrura impenetrable. Me vino la idea de que me había desmayado. Pero podía sentir la silla, el escritorio; tenía conciencia de todo a mi alrededor, desde la negrura que me rodeaba.
Don Juan había dicho que los chamanes de su linaje consideraban que uno de los resultados más codiciados del silencio interno era una interacción específica de energía que siempre se anuncia con una profunda emoción. Él sentía que mis recuerdos eran medios para agitarme al extremo de poder experimentar esa interacción. Tal interacción se manifestaba a través de matices que se proyectaban en el horizonte del mundo de la vida cotidiana, fuera una montaña, el cielo, una muralla, o simplemente la palma de la mano. Me había explicado que esta interacción empieza con la apariencia de una tenue pincelada color lavanda, sobre el horizonte. Con el tiempo, la pincelada lavanda se expande hasta que cubre el horizonte visible, como las nubes de una tormenta que avanza.
Me aseguró que se ve un punto rojizo, de un peculiar y rico color granate, como si hiciera explosión dentro de las nubes color lavanda. Afirmó que al adquirir mayor disciplina y experiencia los chamanes, el punto color granate se expande y finalmente estalla en pensamientos o visiones, o en el caso de un hombre de letras, en palabras escritas; los chamanes o bien ven visiones engendradas por la energía, oyen pensamientos a través de palabras habladas, o leen palabras escritas.
Esa noche allí delante de mi escritorio, no vi ninguna pincelada lavanda ni vi nubes que avanzaban. Estaba seguro de no tener la disciplina que requieren los chamanes para tal interacción de energía, pero sí tenía una enorme mancha color granate delante de mí. Esta enorme mancha, sin ningún preámbulo, estalló en palabras desasociadas que leí como si salieran de una máquina de escribir sobre una hoja de papel. Se movían con una rapidez tan exagerada delante de mí que me era imposible leer nada. Entonces oí que una voz me explicaba algo. Otra vez, el ritmo de la voz no cuadraba con mi oído. Las palabras se confundían, haciendo imposible el escuchar algo sensato.
Como si no bastara, empecé a ver escenas de ésas provocadas por el hígado, como las que se sueñan después de haber comido muy pesado. Eran barrocas, oscuras, siniestras. Empecé a girar hasta que me dio náusea. Allí terminó todo. Sentía el efecto de todo lo que me había pasado en cada músculo de mi cuerpo. Estaba rendido. Esta intervención violenta me había dejado frustrado y colérico.
Fui corriendo a casa de don Juan para contarle lo sucedido. Sentía que necesitaba de su ayuda más que nunca.
-La brujería y los chamanes no son gentiles -comentó don Juan después de oír mi relato-. Ésta es la primera vez que desciende el infinito sobre ti de tal manera. Fue como un asalto. Fue una toma de posesión total de tus facultades. Con respecto a la velocidad de tus visiones, tú mismo tendrás que ajustarla. Para algunos cha-

manes, es trabajo de toda una vida. Desde ahora en adelante, la energía va a aparecer delante de ti, como si estuviera proyectada sobre una pantalla de cine.
»Que entiendas o no la proyección -siguió-, es otra cosa. Para interpretarla con precisión, necesitarás experiencia. Mi recomendación es que no seas tímido y que empieces ahora mismo. ¡Lee la energía sobre la pared! Está emergiendo tu verdadera mente y no tiene nada que ver con la mente que es una instalación foránea. Deja que tu mente verdadera se ajuste a la velocidad. Manténte en silencio y no te preocupes, pase lo que pase.
-Pero, don Juan, ¿es posible todo esto? ¿Puede uno leer la energía como si fuera texto? -le pregunté, abrumado por la idea.
-¡Claro que es posible! -me contestó-. En tu caso, no sólo es posible, sino que te está ocurriendo, ¿no?
-Pero, ¿por qué leerla como si fuera texto? -insistí, aunque era una insistencia retórica.
-Es afectación de tu parte -me dijo-. Si leyeras el texto, lo podrías repetir a la letra. Pero, si trataras de ser un espectador del infinito en vez de un lector del infinito, te darías cuenta de que no podrías describir lo que estás mirando, y terminarías diciendo babosadas, incapaz de verbalizar lo que atestiguas. Lo mismo si trataras de oírlo. Esto, desde luego, es específicamente para ti. De todos modos, el infinito escoge. El guerrero-viajero simplemente cede a su selección.
»Pero ante todo -añadió después de una pausa premeditada-, no te abrumes por el suceso porque no puedes describirlo. Es un suceso más allá de la sintaxis de nuestro lenguaje.

VIAJES POR EL OSCURO MAR DE LA CONCIENCIA

-Ya podemos hablar más claramente acerca del silencio interno -dijo don Juan.
Su declaración era tan incongruente que me sorprendió. Me había estado hablando toda la tarde de las vicisitudes que sufrieron los indios yaqui después de las guerras yaqui de los años veinte, cuando el gobierno mexicano los deportó de sus tierras natales del estado de Sonora en el norte de México, y los puso a trabajar en los plantíos de caña de azúcar en el centro y sur de México. El gobierno mexicano había tenido problemas con las guerras endémicas con los yaquis durante años. Don Juan me contó asombrosas historias conmovedoras de los yaqui sobre intriga política, traición, hambre y miseria humana.
Tuve la sensación de que don Juan me estaba preparando un truco, porque bien sabía que esas historias eran mi gusto y mi placer. En aquel tiempo, tenía un profundo sentido de compasión por el mundo, por la justicia social y la igualdad.
-Las circunstancias que te rodean han hecho posible que tengas más energía -prosiguió-. Has empezado la recapitulación de tu vida; has visto a tus amigos, por primera vez, como si estuvieran expuestos en una vitrina; llegaste al punto de romper con todo, solo, impulsado por tus propias necesidades; cancelaste tu negocio; y sobre todo, has acumulado bastante silencio interno. Todo esto hace posible que hagas un viaje por el oscuro mar de la conciencia.
-El encuentro que tuvimos en aquel pueblo que seleccionamos fue tal viaje -continuó-. Sé que una pregunta crucial casi salió a la superficie, y por un instante, dudaste que de veras había ido yo a tu casa. Mi visita no fue para ti un sueño. Yo era real, de carne y hueso, ¿no?
-Tan real como se puede ser -le dije.
Me había olvidado casi por completo de aquellos sucesos, pero recordaba que me pareció extraño que hubiera encontrado mi apartamento. Sin embargo, lo había pasado por alto al simplemente deducir que le había pedido a alguien mi nueva dirección, aunque si me lo hubieran preguntado no hubiera podido dar con nadie que supiera dónde yo vivía.
-Vamos a aclarar esto -continuó-. Bajo mis condiciones, que son las condiciones de los

chamanes del México antiguo, yo era tan real como es posible serlo, y en tal estado, fui a tu casa desde mi silencio interno para hablarte acerca del requisito del infinito y para advertirte que estaba a punto de acabarse tu tiempo. Y tú a tu vez, desde tu silencio interno, verdaderamente fuiste a ese pueblo de nuestra elección para decirme que habías logrado cumplir con el requisito del infinito.

»Bajo tus condiciones, que son las condiciones del hombre común, era un sueño-fantasía en ambos casos. Experimentaste un sueño-fantasía que había llegado a tu casa sin saber la dirección, y luego tuviste un sueño-fantasía que fuiste a verme. A lo que da a mí, como chamán, lo que tú consideras ser tu sueño-fantasía de encontrarme en ese pueblo fue tan real como lo es que los dos conversamos aquí y ahora.

Le confesé a don Juan que no había posibilidad ninguna para mí de enmarcar esos sucesos en un formulario de pensamiento propio del hombre occidental. Le dije que las condiciones de sueño-fantasía creaban una falsa categoría que no podía sostenerse bajo ningún escrutinio y que la única cuasi-explicación vagamente posible era otro aspecto del conocimiento de don Juan: el ensoñar.

-No, no es el ensoñar -me dijo enfáticamente-. Esto es algo más directo y más misterioso. A propósito, hoy tengo una nueva definición del ensoñar para ti, más de acuerdo con tu estado de ser. El ensoñar es el acto de cambiar el punto de fijación con el oscuro mar de la conciencia. Si lo ves así, es un concepto fácil y una maniobra sencilla. Necesitas todo de ti para darte cuenta, pero no es una imposibilidad, ni es algo rodeado de nubes místicas.

»El ensoñar es un término que siempre me pareció una pendejada -continuó-, porque disminuye un acto muy poderoso. Hace que parezca arbitrario; le da un significado de fantasía, y eso es lo único que no es. Hice por cambiar el término, pero está demasiado arraigado. Quizás puedas tú, algún día, cambiarlo por tu cuenta, aunque como todo lo demás relacionado con la brujería, temo que para entonces no te va a importar una pizca, porque lo que lo llames no va a tener ningún significado para ti.

Don Juan me había explicado largamente, durante todo el tiempo que lo había conocido, que el ensoñar era un arte descubierto por los chamanes del México antiguo, por medio del cual los sueños comunes y corrientes se trasformaban en auténticas entradas a otros mundos de la percepción. Abogaba de cualquier manera posible el advenimiento de algo que él llamaba la atención de ensueño, que consistía en la capacidad de prestar una atención específica, o de enfocar un tipo de conciencia especial sobre los elementos de un sueño común.

Había seguido meticulosamente todas sus recomendaciones y había logrado que mi conciencia se quedara fija sobre los elementos de un sueño. La idea que proponía don Juan no era la de deliberadamente llegar a un sueño deseado, sino de fijar la atención sobre los elementos componentes de cualquier sueño que viniera al caso.

Luego, don Juan me había mostrado energéticamente lo que los chamanes del México antiguo consideraban ser el origen del ensoñar: el desplazamiento del punto de encaje. Dijo que el punto de encaje se desplazaba de modo natural al dormir, pero que el ver el desplazamiento era algo difícil porque requería un modalidad agresiva y que tal modalidad agresiva había sido la predilección de los chamanes del México antiguo. Estos chamanes, según don Juan, habían encontrado todas las premisas de su brujería por medio de esa modalidad.

-Es una modalidad muy depredadora -siguió don Juan-. No es nada difícil entrar en ella, porque el hombre es depredador por naturaleza. Podrías ver, agresivamente, a cualquier persona en este pueblito o quizás alguien a la distancia, mientras duermen; cualquiera serviría para el propósito. Lo importante es llegar a un nivel total de indiferencia. Vas en busca de algo y lo

consigues como puedas. Vas a salir a buscar a una persona, como felino, como rapiña, para descender sobre alguien.

Don Juan me había dicho, riéndose de mi aparente incomodidad, que la dificultad con esta técnica era el temperamento, y que no podía ser pasivo durante el acto de ver, porque la vista no era algo que se usara para mirar, sino para actuar sobre lo visto. Acaso haya sido su poder de sugestión, pero ese día, después de haberme dicho eso, me sentí sumamente agresivo. Cada músculo de mi cuerpo estaba lleno de energía y en mi práctica de ensoñar, fui detrás de alguien. No me interesaba quién fuera. Necesitaba a alguien que estuviera dormido, y una fuerza de la cual estaba consciente, sin estar totalmente consciente de ella, me guió a encontrar a alguien.

Nunca supe quién era, pero al ver esa persona, sentí la presencia de don Juan. Era una sensación extraña saber que alguien estaba conmigo a través de una sensación indeterminada de proximidad que ocurría a un nivel de conciencia que no formaba parte de ninguna experiencia previa. Sólo podía enfocar mi atención sobre el individuo que descansaba. Sabía que era macho, pero no sé cómo lo sabía. Sabía que estaba dormido porque la bola de energía que es comúnmente un ser humano estaba un poco plana; se había expandido lateralmente.

Y entonces vi el punto de encaje en una posición diferente a la habitual, que es directamente detrás de los omóplatos. En este caso, se había desplazado a la derecha de donde debería haber estado, y un poco más abajo. Calculé que, en este caso, se encontraba al lado de las costillas. Otra cosa que noté era su inestabilidad. Fluctuaba excéntricamente y de pronto regresaba a su posición normal. Tenía la clara sensación de que mi presencia, y obviamente la de don Juan, habían despertado al individuo. Experimenté una profusión de imágenes borrosas inmediatamente, y luego me desperté en el lugar donde había empezado.

A lo largo de mi aprendizaje, don Juan también me había dicho que los chamanes se dividían en dos grupos: un grupo consistía en ensoñadores; el otro en acechadores. Los ensoñadores eran los que desplazaban el punto de encaje con gran facilidad. Los acechadores eran aquellos con gran facilidad para mantener el punto de encaje fijo en esa nueva posición. Los ensoñadores y los acechadores se complementaban y trabajaban en parejas, afectando uno al otro con sus proclividades innatas.

Don Juan me había asegurado que el desplazamiento y la fijación del punto de encaje podía llevarse a cabo por voluntad propia por medio de la disciplina de mano de hierro de los chamanes. Dijo que los chamanes de su linaje creían que había por lo menos seiscientos puntos dentro de la esfera luminosa que somas en realidad, y que al alcanzarlos volitivamente por el punto de encaje, pueden otorgarnos un mundo totalmente inclusivo; lo cual quiere decir, que si nuestro punto de encaje se desplaza a uno de esos puntos y se queda fijo en él, percibimos un mundo tan inclusivo y tan total como el mundo cotidiano, pero no obstante, un mundo diferente.

Además, me explicó don Juan que el arte de la brujería consiste en manipular el punto de encaje y hacerlo cambiar de posiciones a voluntad sobre las esferas luminosas que son los seres humanos. El resultado de esta manipulación es el cambio en el punto de contacto con el oscuro mar de la conciencia, que nos trae como su concomitante, un fardo diferente de billones de campos de energía bajo la forma de filamentos luminosos que convergen sobre el punto de encaje. La consecuencia de estos nuevos campos de energía que convergen sobre el punto de encaje, es que una conciencia diferente a la necesaria para percibir el mundo cotidiano entra en acción, transformando esos nuevos campos de energía en datos sensoriales, datos sensoriales que se interpretan y se perciben como un mundo diferente porque los campos de energía que lo engendran son diferentes a los conocidos.

Don Juan había afirmado que una definición acertada de la brujería como práctica consistía en que la brujería es la manipulación del punto de encaje, con el fin de cambiar el enfoque con el que éste se fija en el oscuro mar de la conciencia, y así hacer posible la percepción de otros mundos. Había dicho que el arte de los acechadores empieza después de que se haya desplazado el punto de encaje. El mantener el punto de encaje fijo en su nueva posición asegura que el chamán perciba totalmente el nuevo mundo en que entre no importe cual sea, tal como lo hacemos con el mundo cotidiano. Para los chamanes del linaje de don Juan, el mundo cotidiano no era más que una pliegue de un mundo total que consiste de por lo menos seiscientos pliegues.

Don Juan regresó al tema bajo discusión: mis viajes por el oscuro mar de la conciencia, y dijo que lo que había hecho desde mi silencio interno era muy parecido a lo que se hace en el ensueño cuando uno está dormido. Sin embargo, cuando se viaja por el oscuro mar de la conciencia no hay interrupción del tipo que ocurre cuando uno se va a dormir, ni hay ningún esfuerzo de controlar la atención de uno mientras se sueña. El viaje por el oscuro mar de la conciencia implicaba una respuesta inmediata. Había una sensación irresistible del aquí y el ahora. Don Juan lamentaba el hecho de que algunos chamanes idiotas le habían llamado a este acto de llegar directamente al oscuro mar de la conciencia, soñar-despierto, haciendo aún más ridículo el término ensoñar.

-Cuando pensaste que estabas en el sueño-fantasía de ir a ese pueblo de nuestra selección -continuó-, habías en realidad fijado tu punto de encaje directamente sobre la posición específica del oscuro mar de la conciencia que te permite ese viaje. Entonces el oscuro mar de la conciencia te preparó con todo lo necesario para hacer el viaje. No hay ninguna manera de elegir ese lugar por voluntad propia. Dicen los chamanes que el silencio interno lo selecciona sin falla. Fácil, ¿no?

Me explicó entonces las complejidades de la elección. Dijo que la elección para el guerrero-viajero no es en verdad un acto de elección, sino el acto de asentir elegantemente a las solicitudes del infinito.

-El infinito escoge -dijo-. El arte del guerrero-viajero es tener la habilidad de moverse con la más tenue insinuación, el arte de asentir a todo mando del infinito. Para hacer esto, el guerrero-viajero necesita destreza, fuerza, y sobre todo, sobriedad. Estos tres puestos juntos, dan como resultado... ¡la elegancia!

Después de un momento de pausa, regresé al tema que más me intrigaba.

-Pero es increíble que en verdad fui a aquel pueblo en carne y hueso, don Juan -le dije.

-Es increíble pero no es invivible -dijo-. El universo no tiene límites, y las posibilidades que se dan en el universo son en verdad inconmensurables. Así es que no caigas preso del axioma de «sólo creo lo que veo», porque es la postura más tonta que se puede tomar.

La aclaración de don Juan había sido cristalina. Tenía sentido, pero yo no sabía cómo tenía sentido; de seguro no en mi mundo cotidiano. Me aseguró entonces don Juan, turbándome instantáneamente, que había una sola manera en que los chamanes podían con toda esta información: probándola a través de la experiencia, porque la mente es incapaz de aceptar todo ese estímulo.

-¿Qué quiere usted que haga, don Juan? -pregunté.

-Tienes que viajar deliberadamente por el oscuro mar de la conciencia -contestó-, pero nunca sabrás cómo se hace. Vamos a decir que lo hace el silencio interno, siguiendo caminos inexplicables, caminos que no pueden ser comprendidos, sino sólo practicados.

Don Juan hizo que me sentara en la cama y adoptara la postura que traía el silencio interno. El tomar esa postura siempre aseguraba que me durmiera en seguida. Sin embargo, cuando estaba don Juan, su presencia me imposibilitaba dormir; por el contrario, entraba en un estado de

completa quietud. Esta vez, después de un instante de silencio, me encontré caminando. Don Juan me guiaba, llevándome del brazo mientras caminábamos.

Ya no estábamos en su casa; caminábamos por un pueblo yaqui donde nunca había estado. Sabía que existía el pueblo; había estado en sus alrededores muchísimas veces, pero había tenido que alejarme por la hostilidad tan aparente de la gente que lo rodeaba. Era un pueblo donde resultaba imposible que entrara un extraño. Los únicos que tenían acceso libre a este pueblo y que no eran yaquis eran los supervisores del banco federal, simplemente porque eran los que les compraban las cosechas a los agricultores yaquis. Las negociaciones interminables de los agricultores yaquis giraban alrededor de conseguir dinero por adelantado de los bancos sobre la base de futuras cosechas, un proceso de cuasi-especulación.

Reconocí instantáneamente el pueblo a través de las descripciones de la gente que allí había estado. Como para acrecentar mi asombro, don Juan me dijo al oído que estábamos en ese pueblo yaqui. Quería preguntarle cómo habíamos llegado allí, pero no podía articular mis palabras. Había un gran número de indios hablando en voces alteradas; el enojo se acrecentaba. No entendía ni pizca de lo que estaban diciendo, pero al momento que concebía yo un pensamiento algo se aclaraba. Era como si se esparciera más luz sobre la escena. Las cosas se definieron y se ordenaron, y comprendí lo que decía la gente aunque no sabía cómo; no hablaba su idioma. Las palabras me eran comprensibles sin ninguna duda, no una por una, sino en unidades, como si mi mente pudiera recoger esquemas totales de pensamiento.

Podría decir con toda sinceridad que tuve el susto de mi vida, no tanto porque comprendiera lo que decían, sino por lo que estaban diciendo. Esta gente era de veras belicosa. De ninguna manera podían considerarse hombres occidentales. Sus propósitos eran conflictivos, de tácticas de guerra, de estrategia. Estaban midiendo su fuerza, sus recursos de ataque, y lamentando que no tenían la potencia de atacar. Sentí en mi cuerpo la angustia de su impotencia. Contaban sólo con piedras y palos para luchar contra armas de alta tecnología. Lamentaban el hecho de carecer de líderes. Codiciaban más de lo que pudiera uno imaginar la presencia de un luchador carismático que pudiera unirlos. Oí entonces la voz del cinismo; uno de ellos expresó una idea que devastó a todos de igual manera, a mí también porque parecía yo ser parte indivisible de ellos. Dijo que estaban vencidos sin salvación alguna, porque si en un momento debido cualquiera de ellos tuviera el carisma de levantarse y unirlos, sería traicionado a causa de la envidia, los celos y los malos sentimientos.

Quería hacerle un comentario a don Juan sobre lo que me sucedía, pero no podía articular una sola palabra. Don Juan era el único que podía hablar.

-El ser mezquino no se limita a los yaquis -me dijo al oído-. Es una condición en que está atrapado el ser humano, una condición que ni siquiera es humana, sino que se impone desde afuera.

Sentía que la boca se me abría y cerraba involuntariamente al esforzarme, desesperadamente, a hacer una pregunta que ni siquiera podía concebir. Mi mente estaba vacía, sin pensamiento alguno. Don Juan y yo estábamos en medio de una rueda de gente, pero ninguno de ellos se había percatado de nosotros. No noté ningún movimiento, reacción o mirada furtiva que indicara que estaban conscientes de nosotros.

Un instante después, me encontré en un pueblo mexicano construido alrededor de una estación de ferrocarril, un pueblo que quedaba aproximadamente a dos kilómetros de donde vivía don Juan. Estábamos don Juan y yo en medio de la calle junto al banco del gobierno. Inmediatamente después, vi una de las cosas más extrañas que atestigüé en el mundo de don Juan. Veía energía tal como fluye en el universo, pero no veía a los seres humanos como

gotas de energía esféricas o alargadas. La gente que me rodeaba eran, por un instante, seres normales de la vida cotidiana, y un instante después, eran criaturas extrañas. Era como si la bola de energía que somos fuera transparente; un halo rodeando un núcleo como de insecto. Este núcleo no tenía forma de primate. No había esqueleto, no estaba viendo a la gente como si tuviera visión de rayos equis que penetra el núcleo hasta el hueso. En el corazón-núcleo de esta gente, había más bien formas geométricas de lo que parecían ser vibraciones duras de materia. Ese núcleo era como las letras del alfabeto; una T mayúscula parecía ser el soporte principal. Una gruesa letra L invertida, estaba suspendida delante de la T; la letra griega, delta, llegaba casi hasta el piso, y estaba al final de la barra vertical de la T, y parecía ser el soporte para la estructura entera. Encima de la letra T, vi una hebra como de cuerda, de unos tres centímetros de grosor; pasaba por encima de la esfera luminosa, como si lo que estaba viendo fuera una cuenta gigantesca que colgaba desde arriba como un colgante de piedras preciosas.

Una vez, don Juan me había presentado una metáfora para describir la unión energética entre hebras de seres humanos. Dijo que los chamanes del México antiguo describían estas hebras como una cortina hecha de cuentas ensartadas en un hilo. Había tomado esta descripción literalmente, y pensaba que el hilo pasaba por la conglomeración de campos energéticos que es lo que somos, de pies a cabeza. El hilo atado que estaba viendo hacía que la forma redonda de los campos energéticos de los seres humanos más bien pareciera un colgante. No vi, sin embargo, a otra criatura atada a ese mismo hilo. Cada criatura que vi era un ser de un patrón geométrico que tenía una especie de hilo en la parte superior de su aureola esférica. El hilo me recordó inmensamente a esas formas como gusanos segmentados que algunos de nosotros vemos al sol cuando medio cerramos los párpados.

Don Juan y yo caminamos por el pueblo de un extremo al otro, y vi literalmente montones de criaturas de patrón geométrico. Mi aptitud de verlos era inestable al extremo. Los veía por un instante, y luego los perdía de vista y me enfrentaba con gente normal.

Pronto me fatigué y sólo podía ver gente normal. Don Juan dijo que era tiempo de regresar a casa, y otra vez algo en mí perdió su sentido normal de continuidad. Me encontré de nuevo en casa de don Juan sin la menor noción de cómo había cruzado la distancia desde el pueblo a la casa. Me acosté en mi cama y desesperadamente traté de recordar, de evocar a mi memoria, de llegar hasta el fondo de mi propio ser para encontrar la clave de cómo fui al pueblo yaqui y al pueblo de la estación del ferrocarril. No creía que fueran sueños-fantasías, porque las escenas tenían demasiados detalles para no ser reales, y a la vez, no era posible que lo fueran.

-Estás perdiendo el tiempo -me dijo riendo, don Juan-. Te puedo garantizar que nunca vas a saber cómo llegamos de la casa al pueblo yaqui y desde el pueblo yaqui a la estación de ferrocarril y de la estación de ferrocarril a la casa. Hay una ruptura en la continuidad del tiempo. Es lo que hace el silencio interno.

Me explicó con gran paciencia que la brujería es la interrupción de ese fluir de continuidad que hace el mundo comprensible para nosotros. Comentó que había viajado ese día por el oscuro mar de la conciencia, y que había visto la gente como es, involucrada en sus asuntos. Y que entonces había visto la cuerda de energía que ata a ciertos seres humanos entre sí, y que había seleccionado esos aspectos por el acto de haberlo intentado. Hizo hincapié en el hecho de que este intento por mi parte no era algo consciente o de mi propia voluntad; el intento había sucedido a un nivel profundo y había sido regido por la necesidad. Necesitaba conocer algunas de las posibilidades del viaje por el oscuro mar de la conciencia, y mi silencio interno había servido de guía al intento, una fuerza

perenne del universo, para cumplir con esa necesidad.

LA CONCIENCIA INORGÁNICA

En un momento dado de mi aprendizaje, don Juan me reveló la complejidad de su situación vital. Había siempre mantenido, para mi mortificación y descorazonamiento, que vivía en una choza en el estado de Sonora, México, porque esa choza representaba el estado de mi conciencia. No estaba yo totalmente dispuesto a creer que de veras quisiera decir que yo era tan mezquino, ni creía yo que él viviera en otros lugares como sostenía.
Resulta que tenía razón en ambos casos. El estado de mi conciencia sí era mezquino y él sí vivía en otros lugares, infinitamente más cómodos que la choza donde lo conocí por primera vez. Tampoco era el chamán solitario que yo lo creía, sino el líder de un grupo de otros quince guerreros-viajeros: diez mujeres y cinco hombres. Mi asombro fue enorme cuando me llevó a su casa en el centro de México donde vivían él y sus compañeros chamanes.
-¿Vivía en Sonora sólo por mí, don Juan? -le pregunté sin poder soportar la responsabilidad que me llenaba de un sentido de culpa y remordimiento y una sensación de no valer nada.
-Bueno, en verdad no vivía allí -me dijo, riéndose-. Es que te conocí allí.
-P-p-pero nunca sabía usted cuándo iba a visitarlo, don Juan -le dije-. No tenía yo medios de poder avisarle.
-Bueno, si bien recuerdas -me dijo-, hubo muchísimas veces en que no diste conmigo. Tuviste que sentarte a esperarme durante días algunas veces.
-¿Tomaba un avión de aquí a Guaymas, don Juan? -le pregunté con toda seriedad-. Creía que lo más rápido hubiera sido llegar por avión.
-No, no volaba a Guaymas -me dijo con una gran sonrisa-. Volaba directamente a la choza donde me esperabas.
Sabía que me estaba diciendo algo muy significativo que mi mente lineal ni podía comprender ni aceptar, algo que seguía confundiéndome interminablemente. Estaba yo en un estado de conciencia en esos días, en que incesantemente me repetía una pregunta fatal: ¿Y si todo lo que me dice don Juan es verdad?

No quería hacerle más preguntas, porque estaba irremediablemente perdido, tratando de crear un puente entre dos líneas de pensamiento y de acción.
En su nuevo ambiente, don Juan empezó, con grandes esfuerzos, a instruirme en una faceta más compleja de su conocimiento, una faceta que exigía toda mi atención, una faceta en la que no bastaba simplemente reservar la opinión. Éste era el momento en que tenía que sumergirme plenamente en las profundidades de su conocimiento. Tenía que cesar de ser objetivo y a la vez, desistir de ser subjetivo.
Un día estaba ayudándole a don Juan a limpiar unas estacas de bambú que estaban detrás de su casa. Me dijo que me pusiera unos guantes, porque las astillas del bambú eran muy afiladas y fácilmente causaban infecciones. Me dirigió en cómo usar un cuchillo para limpiar el bambú. Me metí de plano en mi trabajo. Cuando don Juan empezó a hablarme, tuve que dejar de trabajar para prestarle atención. Me dijo que ya había trabajado bastante y que debíamos meternos en la casa.
Me dijo que me sentara en un sillón muy cómodo de su espaciosa sala, que estaba casi vacía. Me dio unas nueces, unos albaricoques secos y rodajas de queso, todo muy bien arreglado sobre un plato. Le dije protestando, que quería terminar de limpiar el bambú. No quería comer. Pero no me prestó atención. Me recomendó que comiera poco, lenta y cuidadosamente, porque necesitaba alimento continuo para estar alerta y atento a lo que me iba a decir.
-Tú ya sabes -empezó- que existe en el universo una fuerza perenne que los chamanes del México antiguo llamaban el oscuro mar de la conciencia. Estando ellos en su máxima capacidad de su poder de

percepción, vieron algo que los hizo sacudirse en sus calzonzotes, si es que los traían puestos. Vieron que el oscuro mar de la conciencia no es solamente responsable por la conciencia de los organismos, sino también por la conciencia de aquellas entidades que carecen de organismo.

-¿Qué es esto, don Juan, entes sin organismo que tienen conciencia? -le pregunté asombrado, ya que jamás había hecho alusión a tal idea.

-Los antiguos chamanes descubrieron que el universo entero está compuesto de fuerzas gemelas -empezó-, fuerzas que a la vez se oponen y que se complementan. Es irrefutable que nuestro mundo es un mundo gemelo. El mundo opuesto y complementario a él es uno que está poblado por entes que tienen conciencia, pero no un organismo. Por esta razón, los antiguos chamanes los llamaban seres inorgánicos.

-¿Y dónde está este mundo, don Juan? -pregunté mascando un albaricoque inconscientemente.

-Aquí donde tú y yo estamos sentaditos -me contestó como si se tratara de algo muy normal, pero riéndose abiertamente de mi nerviosismo-. Te dije que es nuestro mundo gemelo, así es que está íntimamente relacionado con nosotros. Los chamanes del México antiguo no pensaban como tú en términos de tiempo y espacio. Pensaban exclusivamente en términos de conciencia. Dos tipos de conciencia coexisten sin chocar una contra la otra porque cada tipo difiere totalmente de la otra. Los antiguos chamanes se enfrentaron a este problema de coexistencia sin preocuparse del tiempo y el espacio. Razonaron que el grado de conciencia de los seres orgánicos y el grado de conciencia de los seres inorgánicos era tan distinto que ambos podían coexistir sin la más mínima interferencia.

-¿Podemos percibir esos seres inorgánicos, don Juan? -le pregunté.

-Claro que sí -respondió-. Los chamanes lo hacen a voluntad. Las personas comunes también lo hacen, pero no se dan cuenta de que lo están haciendo porque no son conscientes de la existencia del mundo gemelo. Cuando piensan en el mundo gemelo, se entregan a toda forma de masturbación mental, pero nunca se les ha ocurrido que sus fantasías tienen origen en el conocimiento subliminal que tenemos todos nosotros: el de que no estamos solos.

Estaba clavado en las palabras de don Juan. De repente, me entró un hambre voraz. Sentía un vacío en el fondo de mi estómago. Lo único que podía hacer era escuchar muy atentamente y comer.

-La dificultad de enfrentarse a las cosas en términos de tiempo y espacio -siguió-, es que solamente te das cuenta si algo ha aterrizado en el espacio y tiempo que tienes disponible, el cual es muy limitado. Los chamanes, en cambio, tienen un campo inmenso sobre el cual pueden darse cuenta si algo extraño ha aterrizado. Muchas entidades del universo en su totalidad, entidades que poseen conciencia, pero no organismo, aterrizan sobre el campo de conciencia de nuestro mundo, o el campo de conciencia de su mundo gemelo, sin que el ser humano común se dé cuenta. Las entidades que aterrizan sobre nuestro campo de conciencia, o sobre el campo de conciencia de nuestro mundo gemelo, pertenecen a otros mundos que existen aparte de nuestro mundo y su gemelo. El universo extendido está lleno hasta el copete de mundos de conciencia, inorgánicos y orgánicos.

Don Juan siguió hablando y dijo que aquellos chamanes sabían cuándo la conciencia inorgánica de otros mundos aparte de nuestro mundo gemelo había aterrizado en su campo de conciencia. Dijo que igual a todo ser humano, aquellos chamanes hacían clasificaciones interminables de los diferentes tipos de esta energía que tiene conciencia. Los conocían por el término general de seres inorgánicos.

-¿Tienen vida esos seres inorgánicos tal como nosotros tenemos vida? -pregunté.

-Si piensas que el tener vida es tener conciencia, entonces sí tienen vida -me dijo-. Supongo que sería acertado decir que si la vida puede medirse por la intensidad, la agudeza, la duración de esa conciencia,

entonces puedo decir, con toda sinceridad, que están más vivos que tú y yo.
-¿Mueren esos seres inorgánicos, don Juan? -le pregunté.
Don Juan soltó una risita por un momento antes de contestar.
-Si para ti la muerte es el final de la conciencia, sí, sí mueren. Termina su conciencia. Su muerte es un tanto como la muerte de un ser humano y a la vez, no lo es, porque la muerte del ser humano tiene una opción escondida. Es algo así como una cláusula de un documento legal, una cláusula escrita en letra tan pequeña que apenas puedes verla. Necesitas lupa para leerla y sin embargo es la cláusula más importante del documento.
-¿Cuál es la opción escondida, don Juan?
-La opción escondida de la muerte existe exclusivamente para los chamanes. Son los únicos, que yo sepa, que han leído la letra pequeña. Para ellos, la opción es pertinente y funcional. Para el ser humano común, la muerte significa el fin de su conciencia, de su organismo. Para los seres inorgánicos, la muerte significa lo mismo: el final de su conciencia. En ambos casos, el impacto de la muerte es el acto de ser absorbido por el oscuro mar de la conciencia. Su conciencia individual, cargada con sus experiencias vitales, rompe sus parámetros y la conciencia como energía se derrama en el oscuro mar de la conciencia.
-¿Pero cuál es la opción escondida de la muerte que sólo recogen los chamanes, don Juan? -le pregunté.
-Para un brujo, la muerte es un factor unificante. En vez de desintegrar el organismo como pasa normalmente, la muerte lo unifica.
-¿Cómo es posible que la muerte unifique algo? -protesté.
-La muerte para el chamán -dijo- termina con el reino de estados emocionales en el cuerpo. Los antiguos chamanes creían que era el domino de diferentes partes del cuerpo los que reinaban sobre los estados y acciones del cuerpo total; partes que dejan de funcionar y arrastran el cuerpo al caos, como por ejemplo, cuando te enfermas por comer porquerías. En ese caso, el estado de tu estómago afecta todo lo demás. La muerte borra el dominio de las partes individuales. Unifica su conciencia dentro de una sola unidad.
-¿Quiere usted decir que después de morir los chamanes todavía tienen conciencia? -pregunté.
-Para los chamanes, la muerte es un acto de unificación que emplea todo ápice de su energía. Tú estás pensando en la muerte como un cadáver que está delante de ti, un cuerpo que ya empieza a descomponerse. Para los chamanes, cuando ocurre el acto de unificación, no hay cadáver. No hay descomposición. Sus cuerpos en su totalidad se vuelven energía, una energía que tiene conciencia, que no está fragmentada. Los límites que han sido impuestos por el organismo, límites que la muerte derriba, todavía siguen funcionando en el caso de los chamanes, aunque invisibles a simple vista.
»Sé que te mueres por preguntarme -continuó, con una gran sonrisa- si lo que estoy describiendo es el alma que va al infierno o al cielo. No, no es el alma. Lo que le pasa a los chamanes, cuando recogen esa opción escondida de la muerte, es que se convierten en seres inorgánicos, muy especializados, seres inorgánicos de gran velocidad, seres capaces de maniobras estupendas de percepción. Los chamanes emprenden entonces lo que los chamanes del México antiguo llamaban su viaje definitivo. El infinito llega a ser su reino de acción.
-¿Quiere usted decir con todo esto, don Juan, que se vuelven eternos?
-Mi sobriedad de brujo me dice -respondió- que su conciencia va a terminar de la manera en que termina la conciencia de los seres inorgánicos, pero nunca lo he visto. No lo sé. Los antiguos chamanes creían que la conciencia de este tipo de ser inorgánico duraría mientras viva la Tierra. La Tierra es su matriz. Mientras perdure, su conciencia continúa. Para mí, ésta es la afirmación más razonable.
La continuidad y el orden de la explicación de don Juan habían sido, para mí,

magistrales. No tenía en qué contribuir. Me dejó con una sensación de misterio y de expectativas no expresadas que esperaban cumplirse.

Al momento de llegar a mi próxima visita con don Juan, comencé mi conversación preguntándole ansiosamente algo que venía cavilando.
-¿Hay posibilidad, don Juan, de que existan los fantasmas y las apariciones?
-Lo que llamas fantasma o aparición -dijo-, al ser examinado a fondo por un chamán, se reduce a una cosa: es posible que cualquiera de estas apariciones fantasmales pudiera ser una conglomeración de campos de energía que tiene conciencia, y que nosotros convertimos en cosas que conocemos. Si es éste el caso, entonces las apariciones tienen energía. Los chamanes los llaman configuraciones-generaradoras-de-energía. O no emanan energía, en cuyo caso son creaciones fantasmagóricas, por lo general de una persona muy fuerte en términos de conciencia.
-Un cuento que me ha intrigado inmensamente -continuó don Juan-, es el que me contaste una vez acerca de tu tía. ¿Te acuerdas?
Le había contado a don Juan que cuando tenía catorce años había ido a vivir a la casa de la hermana de mi padre. Vivía en una casa enorme de tres patios con habitaciones entre cada uno de ellos -alcobas, salas, etc.-. El patio de la entrada era muy austero, y estaba embaldosado. Me dijeron que era una casa colonial y que este primer patio era donde habían entrado los carruajes tirados por caballos. El segundo patio era una hermosa huerta por la cual cruzaban caminitos de ladrillo de diseños moriscos, y estaba lleno de frutales. El tercer patio estaba cubierto de macetas que colgaban de los aleros del techo, jaulas de pájaros y en medio, un surtidor de estilo colonial, como también una gran parte cercada con tela de alambre donde se encontraban los preciados gallos de pelea de mi tía, la gran predilección de su vida.
Mi tía puso a mi disposición un apartamento entero justo en frente de la huerta de frutales. Pensé que me lo iba a pasar de lo mejor. Podía comerme toda la fruta que quería. Nadie de allí tomaba la fruta de esos árboles por razones que nunca me divulgaron. En la casa vivían mi tía, una mujer alta, rechoncha, de cara redonda que lindaba en los cincuenta, muy jovial y gran anecdotista, llena de excentricidades que escondía detrás de un aspecto muy formal y la apariencia de un catolicismo muy devoto. Había un mayordomo, un hombre alto e imponente de unos cuarenta años de edad que había sido sargento mayor del ejército y que había sido atraído a este puesto de mayor pago, en que le hacía de mayordomo, guardaespaldas y hombre de casa para mi tía. Su mujer, una bellísima joven, era la compañera, confidente y cocinera de mi tía. La pareja tenía una hija, una niña rechonchita que se parecía exactamente a mi tía. Tan fuerte era la semejanza que mi tía la había adoptado legalmente.
Estas cuatro eran las personas más tranquilas que jamás había conocido. Llevaban una vida muy sosegada, alterada sólo por las excentricidades de mi tía, que de improviso decidía hacer un viaje, o comprar nuevos y prometedores gallos de pelea, entrenarlos y organizar peleas en las que se apostaban grandes sumas de dinero. Se ocupaba de sus gallos de pelea con gran cariño, a veces dedicándoles todo el día. Para evitar que la hirieran de un espolonazo, se ponía guantes de cuero gruesos y mallas tiesas de cuero.
Me pasé dos meses estupendos en casa de mi tía. Me daba clases de música por la tarde y me contaba historias interminables de mis antepasados. Mi situación era ideal porque podía salir con mis amigos y nunca tenía que rendirle cuentas a nadie de la hora de mi regreso. A veces me pasaba horas sin dormirme, acostado sobre mi cama. Dejaba abierta la ventana para que la habitación se llenara de la fragancia de los azahares. Cuando reposaba allí despierto, podía oír a alguien que camina-

ba por el pasillo que corría a lo largo de la propiedad al lado norte, y que unía todos los patios de la casa. Este corredor tenía unos arcos hermosos y piso de baldosas. Había cuatro bombillas de bajo voltaje que apenas lo alumbraban, luces que a diario se encendían a las seis de la tarde y que se apagaban a las seis de la mañana.

Le pregunté a mi tía si alguien caminaba de noche y se acercaba a mi ventana, porque quien fuera el caminante siempre se detenía junto a mi ventana, daba la vuelta y regresaba a la entrada principal de la casa.

-No te preocupes por tonterías, Bebé -me dijo sonriendo, mi tía.

-Seguramente es mi mayordomo haciendo la ronda. ¡No es nada! ¿Te asustó?

-No, no me dio miedo -dije-. Es que me entró la curiosidad de por qué tu mayordomo se acerca a mi habitación todas las noches. A veces sus pasos me despiertan.

Pasó por alto mi pregunta como si no fuera gran cosa, diciéndome que, como el mayordomo había sido militar, estaba acostumbrado a hacer sus rondas como centinela. Acepté su explicación sin más.

Un día le dije al mayordomo que sus pasos eran demasiado fuertes y que hiciera su ronda por mi ventana con mayor cuidado para dejarme dormir en paz.

-¡No sé a qué te refieres! -me dijo con una voz ronca.

-Mi tía me dijo que haces la ronda de noche -le dije.

-¡Nunca hago tal cosa! -me dijo, los ojos llenos de disgusto.

-¿Pero, entonces quién pasa por mi ventana?

-Nadie pasa por tu ventana. Te lo estás imaginando. Vete a dormir. No andes armando escándalo. Te lo digo por tu propio bien.

Lo peor que me pudieran decir en aquellos años era eso de «mi propio bien». Esa noche, tan pronto como oí los pasos, me levanté de la cama y me puse detrás de la pared que daba a la entrada de mi apartamento. Cuando, por mis cálculos, el caminante estaba junto a la segunda bombilla, saqué la cabeza y me asomé al corredor. De pronto, los pasos se detuvieron y no había nadie a la vista. El corredor, apenas alumbrado, estaba vacío. Si alguien caminaba allí, no hubiera tenido tiempo para esconderse porque no había dónde. Sólo había paredes vacías.

Mi susto fue tan inmenso que desperté a toda la casa con mis gritos. Mi tía y su mayordomo trataron de calmarme diciéndome que me lo estaba imaginando, pero mi agitación era tan intensa que los dos confesaron finalmente, con cierta vergüenza, que algo que ellos desconocían recorría la casa de noche.

Don Juan había dicho que casi seguro que era mi tía la que caminaba de noche; es decir, algún aspecto de su conciencia sobre el cual no ejercía su voluntad. Él creía que este fenómeno obedecía a un sentido de juego o de misterio que ella cultivaba. Don Juan estaba seguro de que no era ningún disparate pensar que mi tía en algún nivel subliminal, no sólo hacía que se oyeran estos ruidos, sino que era capaz de manipulaciones de conciencia mucho más complejas. Don Juan también había dicho que para ser del todo justo tenía que reconocer que los pasos podían ser producto de la conciencia inorgánica.

Don Juan dijo que los seres inorgánicos que poblaban nuestro mundo gemelo eran considerados, por los chamanes de su linaje, como nuestros parientes. Los chamanes creían que era inútil hacer amistad con nuestros familiares porque las exigencias que conllevaban tales amistades siempre eran exorbitantes. Dijo que ese tipo de ser inorgánico que es primo hermano nuestro, se comunica con nosotros incesantemente, pero que su comunicación no ocurre al nivel consciente de la conciencia. En otras palabras, sabemos de ellos de manera subliminal, mientras que ellos saben todo acerca de nosotros de manera deliberada y consciente.

-¡La energía de nuestros primos hermanos no vale un pepino! -siguió don Juan-. Están tan jodidos como nosotros. Digamos que los seres orgánicos y los seres inorgánicos

de nuestros mundos gemelos son hijos de dos hermanas que viven una al lado de la otra. Son totalmente iguales aunque parezcan distintos. No pueden ayudarnos, y no podemos ayudarlos. Quizá pudiéramos unirnos y fundar una empresa familiar fabulosa, pero esto no ha sucedido. Ambas ramas de la familia son extremadamente sensibles y de nada se ofenden, algo normal entre primos hermanos tan sensibles. Lo esencial del asunto, según los chamanes del México antiguo, es que tanto los seres humanos como los seres inorgánicos de los mundos gemelos son enormes egomaniáticos.

Según don Juan, otra clasificación que los chamanes del México antiguo habían hecho de los seres inorgánicos era el de los exploradores, y con esto se referían a seres inorgánicos que surgían desde el fondo del universo y que poseían una conciencia infinitamente más aguda y veloz que la de los seres humanos. Afirmó don Juan que los antiguos chamanes habían perfeccionado sus esquemas de clasificación a lo largo de generaciones y que sus conclusiones eran que ciertos tipos de seres inorgánicos procedentes de la categoría de exploradores, a causa de su vivacidad, eran parecidos al hombre. Podían formar vínculos y establecer una relación simbiótica con los hombres. Los antiguos chamanes llamaban a este tipo de seres inorgánicos los aliados.

Don Juan explicó que el error crucial de esos chamanes, con referencia a este tipo de ser inorgánico, era el atribuir características humanas a esa energía impersonal y creer que podían utilizarla. Tomaban esos bloques de energía como sus ayudantes y contaban con ellos sin comprender que, siendo pura energía, no tenían el poder de sostener el esfuerzo.

-Te he dicho todo lo que hay que saber acerca de los seres inorgánicos -dijo don Juan de pronto-. La única manera que puedes comprobarlo es a través de la experiencia directa.

No le pregunté lo que quería que hiciera. Un terror profundo me sacudió el cuerpo con espasmos nerviosos que brotaron como erupción volcánica desde el plexo solar y se extendieron hasta los dedos de los pies subiendo por la parte superior del tronco.

-Hoy vamos a buscar unos seres inorgánicos -me anunció.

Don Juan me ordenó que me sentara sobre mi cama y que tomara de nuevo la postura que fomentaba el silencio interno. Seguí su orden con una facilidad inusitada. Normalmente me hubiera hecho el necio, no abiertamente quizás, pero aun así, hubiera tenido un momento de necedad. Tuve el vago pensamiento que durante el tiempo que tardé en sentarme, había entrado ya en un estado de silencio interno. Ya no pensaba con claridad. Sentí que me rodeaba una oscuridad impenetrable, dándome la sensación de que me estaba durmiendo. Mi cuerpo estaba completamente inerte, o bien porque no tenía la menor intención de dar órdenes para que se moviera, o bien porque no era capaz de formularlos.

Un momento después, me encontré con don Juan, caminando en el desierto de Sonora. Reconocí los alrededores; había estado allí tantas veces con él, que me sabía de memoria todos sus rasgos. Era el momento del atardecer y la luz del poniente me inundó en un estado de desesperación. Caminaba automáticamente, consciente de que mis pensamientos no acompañaban las sensaciones que sentía en mi cuerpo. No me estaba describiendo mi propio estado de ser. Quise decírselo a don Juan, pero el deseo de comunicarle mis sensaciones corporales se desvaneció en un instante.

En voz lenta, grave y baja, don Juan dijo que el cauce seco en que caminábamos era un lugar muy propicio para lo que nos ocupaba y que tenía que sentarme solo sobre un canto pequeño, mientras que él se iba a sentar en otro como a quince metros de distancia. No le pregunté a don Juan algo que hacía normalmente -lo que tenía que hacer-. Sabía lo que tenía que hacer. Entonces oí el susurro de los pasos de gente que caminaba por los arbustos escasos

que por allí había. Carecía el lugar de la humedad suficiente para que fuera frondoso. Algunos arbustos fuertes crecían allí con una distancia de unos cinco metros entre uno y otro.
Vi que se acercaban dos hombres. Parecían ser del local, quizás yaquis de alguno de los pueblos yaqui de esos contornos. Se acercaron y se quedaron de pie junto a mí. Uno de ellos me preguntó despreocupadamente cómo me había ido. No había pensamientos. Todo estaba dirigido por sensaciones viscerales. Me los quedé mirando lo suficiente para borrarles completamente las facciones y finalmente me quedé ante dos brillosos globos de luminosidad que vibraban. Los globos de luminosidad no tenían límites. Parece que se sostenían desde adentro de manera cohesiva. A veces se achataban. Entonces recobraban otra vez una verticalidad de lo alto de un hombre.
De pronto sentí que el brazo de don Juan me agarraba del brazo derecho y me levantaba del canto. Me dijo que era hora de marcharnos. Al momento estaba de nuevo en su casa en el centro de México, más desconcertado que nunca.
-Hoy encontraste conciencia inorgánica y entonces la viste como de veras es -me dijo-. La energía es el residuo irreductible de todo. Por lo que a nosotros se refiere, ver energía directamente es lo máximo para un ser humano. Quizás hay otras cosas más allá de eso, pero no están a nuestro alcance.
Don Juan me dijo todo esto una y otra vez y cuanto más me lo decía, sus palabras parecían solidificarme más y más ayudándome a regresar a mi estado normal.
Le conté a don Juan todo lo que había atestiguado, todo lo que había oído. Me explicó don Juan que ese día había lograda transformar la forma antropomórfica de los seres inorgánicos en su esencia: una energía impersonal consciente de sí misma.
-Debes comprender -dijo-, que es nuestra cognición, que es en esencia nuestro sistema de interpretación, la que restringe nuestros recursos. Nuestro sistema de interpretación es lo que nos dice cuáles son los parámetros de nuestras posibilidades, y cómo hemos estado utilizando ese sistema de interpretación toda la vida, no nos atrevemos a ir contra sus dictámenes.
»La energía de los seres inorgánicos nos empuja -continuó diciendo don Juan-, interpretamos ese empujón como fuera, según nuestro estado de ánimo. Lo más sobrio que se puede hacer, según el chamán, es relegar esas entidades a un nivel abstracto. Cuanto menos interpretaciones haga el chamán, mejor.
-Desde ahora en adelante -continuó-, cuando te enfrentes a la visión extraña de una aparición, manténte firme y quédate mirándolo desde una postura inflexible. Si es ser inorgánico, tu interpretación se va a caer como las hojas muertas. Si nada pasa, es una pendejada de aberración de tu mente, que de todas maneras no es tu mente.

LA VISTA CLARA

Por primera vez en mi vida, me encontré ante el dilema de cómo comportarme en el mundo. El mundo que me rodeaba no había cambiado. Decididamente, había una falla dentro de mí. La influencia de don Juan y todas las actividades que procedían de las prácticas en las que me había involucrado tan profundamente, me estaban afectando y me hacían incapaz de tener trato con mis congéneres. Examiné mi problema y llegué a la conclusión de que mi falla consistía en que compulsivamente comparaba a todos con don Juan.
En mi estimación, don Juan era un ser que vivía su vida profesionalmente en todos los aspectos, es decir que cada uno de sus actos, no importaba cuán insignificante fuera, tenía sentido. Yo estaba rodeado de gente que se creía inmortal, que se contradecía a cada paso; eran seres con los que no podía uno contar. Era un juego injusto; las cartas jugaban en contra de la gente que yo conocía. Estaba acostumbrado al comportamiento inalterable de don Juan,

a su falta total de importancia personal, y al insondable ámbito de su intelecto; muy poca gente de la que yo conocía era consciente de que existía otro modo de comportamiento que fomentaba estas cualidades. La mayoría sólo conocía el modo de comportamiento del auto-reflejo, que deja al hombre débil y torcido.

Por consecuencia, tenía problemas con mis estudios académicos. Se me esfumaban. Traté desesperadamente de encontrar una razón para justificar mis tareas académicas. Lo único que vino a mi ayuda y me dio un contacto, aunque frágil, fue la recomendación que alguna vez me había hecho don Juan, de que los guerreros-viajeros tenían que tener un romance con el conocimiento, no importaba la forma en que se presentara.

Había definido el concepto del guerrero-viajero diciendo que se refería a chamanes, quienes por ser guerreros viajaban en el oscuro mar de la conciencia. Había añadido que los seres humanos eran viajeros en el oscuro mar de la conciencia, y que esta Tierra no es más que una estación en su viaje; por razones ajenas, que no quería divulgar en aquel momento, los viajeros habían interrumpido su viaje. Dijo que los seres humanos estaban dentro de una especie de remolino, una contracorriente que les daba la impresión de moverse, cuando en esencia estaban fijos. Mantenía que los chamanes eran los únicos que se oponían a una fuerza, fuera la que fuera, que mantenía presos a los seres humanos, y que los chamanes, por medio de su disciplina, se liberaron de las garras de esta fuerza y continuaron su viaje de la conciencia.

Lo que precipitó la caótica alteración final de mi vida académica fue mi falta de capacidad de enfocar mi interés en temas de asuntos antropológicos que no me interesaban un pepino, no por su falta de interés en sí, sino porque en su mayoría la cuestión era manipular palabras y conceptos, como se hace en un documento legal, para obtener un resultado que establece precedentes. La discusión se basaba en que el conocimiento humano se construye de tal manera, y que el esfuerzo de cada individuo es un ladrillo que contribuye a construir un sistema de conocimiento. El ejemplo que se me presentó fue el del sistema legal por el cual vivimos, y que es de importancia incalculable para nosotros. Sin embargo, mis nociones románticas de aquel momento me impidieron verme a mí mismo como un notario-antropólogo. Estaba totalmente comprometido con el concepto de que la antropología debe ser la matriz de todo empeño humano, la medida del hombre.

Don Juan, un pragmatista consumado, un verdadero guerrero-viajero de lo desconocido, me dijo que era un baboso. Me dijo que no importaba si los temas antropológicos que me proponían eran maniobras de palabras y conceptos, lo que importaba era el ejercicio de la disciplina.

-No importa -me dijo una vez- qué tan bueno lector seas, y cuántos libros maravillosos puedas leer. Lo importante es que tengas la disciplina de leer lo que no quieres leer. El quid del ejercicio de los chamanes es asistir a la escuela a estudiar lo que rechazas, no lo que aceptas.

Decidí dejar los estudios por un tiempo y me fui a trabajar en el departamento de arte de una fábrica de calcomanías. El empleo ocupó mis esfuerzos y mis pensamientos al máximo. Mi desafío era llevar a cabo los deberes que me presentaban, tan perfectamente y tan rápido como podía. El armar las hojas de vinícola con las imágenes para el proceso de serigrafía era un procedimiento común que no permitía ninguna innovación, y la eficacia del trabajador se medía por su velocidad y exactitud. Me volví adicto al trabajo y me divertí enormemente.

El director del departamento de arte y yo nos hicimos amigos. Llegó a ser mi protector. Se llamaba Ernest Lipton. Lo admiraba y respetaba inmensamente. Era buen artista y magnífico artesano. Su falla era su blandura; era de una consideración increíble con los demás, consideración que lindaba en la pasividad.

Un día, por ejemplo, salíamos del estacionamiento del restaurante donde habíamos almorzado. Muy cortésmente, esperó a que otro auto saliera del espacio delante de él. El chófer obviamente no nos vio y empezó a darle en reversa a extremada velocidad. Ernest Lipton fácilmente pudiera haber sonado la bocina para llamarle la atención. Al contrario, se quedó sentado, sonriendo como idiota mientras que el tipo le dio un tremendo golpe a su auto. Luego me miró y se disculpó conmigo.
-Caramba, podría haber sonado la bocina -me dijo-, pero la mierda hace un ruido espantoso y me da vergüenza.
El tipo que le había golpeado el auto estaba furioso y lo tuvimos que tranquilizar.
-No se preocupe -dijo Ernest-. Su auto no se dañó. Además, sólo acabó con los faroles del mío; los iba a reponer de todas maneras.
Otra día en el mismo restaurante, unos japoneses, clientes de la fábrica de calcomanías y sus invitados a almorzar, estaban conversando animadamente con nosotros y haciéndonos preguntas. Vino el mesero con el pedido y quitó de la mesa algunos de los platos de ensalada, haciendo lugar lo mejor que podía en la angosta mesa para el enorme plato principal. Uno de los japoneses necesitaba más espacio. Empujó su plato hacia adelante, haciendo que el de Ernest se moviera y empezará a caerse de la mesa. Nuevamente, Ernest podría haberle avisado al hombre pero no, se quedó allí con una gran sonrisa hasta que el plato terminó en su regazo.
En otra ocasión, fui a su casa para ayudarle a poner unos pares sobre su patio, donde iba a plantar una parra para dar un poco de sombra y fruta. Arreglamos los pares de antemano en un enorme bastidor, y luego lo pusimos a un lado y lo atamos a unas vigas. Ernest era un hombre alto y muy fuerte, y usando una viga como soporte, levantó el otro punto para que yo colocara los pestillos en los agujeros que ya habíamos hecho en los soportes. Pero antes de que pudiera colocarlos, alguien tocó a la puerta con gran insistencia y Ernest me pidió que fuera a ver quién era, mientras soportaba el bastidor de pares con su cuerpo.
Su mujer estaba en la puerta con la compra. Empezó a conversar conmigo largamente y dejé de pensar en Ernest. Hasta le ayudé a guardar la compra. Estaba colocando el apio, cuando me acordé que mi amigo estaba todavía allí con el bastidor de pares, y como lo conocía, sabía que se guardaría allí, esperando que otra persona fuera tan considerada como él siempre lo era. Desesperadamente, corrí al jardín de atrás y allí estaba, en el suelo. Se había caído, exhausto de haber soportado el pesado bastidor de madera. Parecía un muñeco de hilachas. Tuvimos que llamar a sus amigos para que vinieran a darnos una mano y levantar el bastidor de pares, pues él ya no era capaz de hacerlo. Tuvo que guardar cama. Pensó que en verdad había sufrido una hernia.
El relato más clásico acerca de Ernest Lipton tuvo que ver con el día que fue a hacer una excursión de fin de semana a las montañas de San Bernardino con unos amigos. Pasaron la noche acampando en las montañas. Mientras todos dormían, Ernest Lipton se levantó para hacer sus necesidades y se metió entre el matorral, y siendo un hombre tan considerado se alejó de donde dormían. En la oscuridad, se resbaló y rodó por la ladera de la montaña. Más tarde le dijo a sus amigos que estaba seguro de que caería a su muerte, al fondo del valle. Tuvo suerte porque se agarró de la orilla con los dedos; estuvo allí colgado durante horas, buscando vanamente en la oscuridad algún apoyo para los pies y perdiendo fuerza en los brazos; pero iba a agarrarse hasta la muerte. Extendiendo las piernas cuanto pudo, dio con pequeñas protuberancias en la roca que le ayudaron sostenerse. Allí se quedó aplastado contra la roca, como las calcomanías que fabricaba, hasta que aclaró y se dio cuenta de que estaba a treinta centímetros de la tierra.
-¡Ernest, nos podrías haber llamado! -se quejaron sus amigos.
-Caramba, no creí que sirviera de nada

-respondió-. ¿Quién me hubiera oído? Además, creía que había rodado por lo menos kilómetro y medio hacia el valle. Y todos estaban dormidos.
El colmo para mí fue cuando Ernest Lipton, que pasaba dos horas cada día de camino de su casa al trabajo, decidió comprarse un auto económico, un Volkswagen Escarabajo y empezó a medir cuántas millas hacía por galón de gas. Para mi enorme sorpresa, anunció una mañana que había calculado unos ciento cincuenta kilómetros por galón. Como el hombre preciso que era, calificó su pronunciamiento, al decir que no conducía mucho en la ciudad, sino en la autopista, aunque también a las horas de máxima circulación cuando había que acelerar y disminuir de velocidad frecuentemente. Una semana más tarde, anunció que había llegado a trescientos kilómetros por galón.
Esta maravilla fue acelerando hasta que llegó a la increíble cifra de setecientos kilómetros por galón. Sus amigos le dijeron que tenía que mandar esa cifra a los archivos de la empresa Volkswagen. Ernest Lipton estaba rebosante y se regocijaba, preguntando en voz alta qué haría si llegaba a la cifra de mil kilómetros. Sus amigos le dijeron que tendría que declarar un milagro.
La extraordinaria situación continuó hasta que una mañana encontró a uno de sus amigos, que durante cinco meses andaba tomándole el pelo con la más vieja de las bromas, poniéndole gasolina al tanque sigilosamente. Cada mañana, le había añadido tres o cuatro tazas para que el indicador nunca marcara vacío.
Ernest Lipton casi llegó a enfadarse. Su pronunciamiento más duro fue:
-¡Caramba! ¿Andan bromeando, o qué?
Durante semanas, sabía yo que sus amigos le andaban tomando el pelo, pero no podía intervenir. Sentía que no era asunto mío. Los que lo hacían eran sus amigos de toda la vida. Yo era recién llegado. Cuando vi la cara de herido y decepcionado que puso, y su incapacidad de enfadarse, sentí una ola de ansiedad y culpa. Me enfrentaba de nuevo a un viejo enemigo. Odiaba a Ernest Lipton y, a la vez, me gustaba inmensamente. Estaba indefenso.
La verdad de todo es que Ernest Lipton se parecía a mi padre. Sus lentes gruesos, su calvicie incipiente, su barbita gris que nunca se podía afeitar por completo, me traían a la mente las facciones de mi padre. Tenía el mentón fino y la nariz recta y puntiaguda. Al ver su incapacidad de enfadarse y darles un moquete a los bromistas, vi con toda claridad el parecido que tenía con mi padre, y eso llevó el asunto hacia el peligro.
Recordé cómo mi padre se había enamorado locamente de la hermana de su mejor amigo. La vi un día en un pueblo veraniego, tomada de la mano de un joven. Su madre los acompañaba. La joven parecía estar feliz. Se miraban los dos, embelesados. A mi ver, era el amor joven en su mejor momento. Cuando vi a mi padre le conté, gozando cada detalle con toda la malicia de mis diez años, que su novia tenía un novio de verdad. Se sobresaltó. No podía creerme.
-Pero, ¿ha hablado usted alguna vez con la chica? -le pregunté atrevidamente-. ¿Sabe ella acaso que usted la quiere?
-¡No seas idiota, bestia enferma! -me espetó-. Con las mujeres no hay que andar con esas mierdas. -Me contempló con aire de niño consentido, el labio temblando de rabia-. ¡Es mía! ¡Debe saber que es mía sin que yo le diga nada!
Hizo esta declaración con la certeza de un niño que recibe todo en la vida sin tener que luchar por ello.
En la cima de mi forma, le di el golpe final:
-Bueno -le dije-. Creo que esperaba que alguien se lo dijera, y alguien acaba de llegar antes que usted.
Estaba preparado a saltar fuera de su alcance y echar a correr porque pensé que me iba a golpear con toda la furia del mundo, pero al contrario, sollozando, se desmoronó allí delante de mí.
Me pidió con llantos amargos que, como yo era capaz de hacer cualquier cosa, que por favor vigilara a la chica y que le contara todo.

Sentí un odio hacia él más allá de las palabras, y a la vez, lo amaba con una tristeza incomparable. Me maldije por haberle precipitado esa humillación.
Ernest Lipton me recordaba a mi padre a tal grado que dejé el trabajo, diciendo que tenía que regresar a la universidad. No quería llevar una carga mayor de la que ya llevaba sobre mis espaldas. Nunca había podido perdonarme el haberle causado a mi padre esa angustia y nunca lo había perdonado por ser tan cobarde.
Regresé a la escuela y empecé la gigantesca faena de reintegrarme a mis estudios de antropología. Lo que hacía tan difícil esta reintegración era el hecho de que si había alguien con quien hubiera trabajado con deleite y elegancia a causa de su toque admirable, su curiosidad aventurera, y su deseo de ampliar su conocimiento sin confundirse o defender posturas indefendibles, era alguien fuera de mi departamento, un arqueólogo. Fue a causa de su influencia que me interesé desde un principio en el trabajo de campo. Quizá porque iba al campo en verdad, literalmente a desenterrar información, su sentido práctico era un oasis de sobriedad para mí. Fue el único que me estimuló a seguir y hacer el trabajo de campo porque no tenía nada que perder.
-Piérdelo todo y lo ganarás todo -me dijo una vez-, el mejor consejo que jamás recibí en el mundo académico. Si seguía el consejo de don Juan y luchaba para corregir mi obsesión conmigo mismo, en verdad no tenía nada que perder y todo era ganancia. Pero esa posibilidad no existía para mí en aquel entonces.
Cuando le conté a don Juan la dificultad de encontrar un profesor con quien trabajar, su reacción fue, a mi parecer, violenta. Dijo que era un verdadero pedo y cosas peores. Me dijo lo que ya sabía; que si no fuera tan tieso podría trabajar a gusto con cualquiera en el mundo académico o en el mundo de los negocios.
-Los guerreros-viajeros no se quejan -prosiguió don Juan-. Toman todo lo que les da el infinito como desafío. Un desafío es eso, un desafío. No es personal. No puede interpretarse como maldición o bendición. Un guerrero-viajero o gana el desafío o el desafío acaba con él. Es mucho más excitante ganar, así es que ¡gana!
Le dije que era facilísimo que él lo dijera, pero que llevarlo a cabo era otro asunto y que mis tribulaciones eran insolubles porque se originaban en la incapacidad por parte de mis congéneres de ser consistentes.
-Los que te rodean no tienen la culpa -me dijo-. No tienen otra salida. La culpa es tuya, porque puedes contenerte, pero insistes en juzgarlos, desde un profundo nivel de silencio. Cualquier idiota puede juzgar. Si los juzgas, sólo puedes recibir lo peor de ellos. Todos nosotros como seres humanos estamos presos y es esa prisión la que nos hace comportarnos de tan mísera manera. Tu desafío es de aceptar a la gente como es. ¡Déjalos en paz!
-Está usted totalmente equivocado esta vez, don Juan -le dije-. Créame, no tengo ningún interés en juzgarlos o en involucrarme con ellos de ninguna manera.
-Pero sí comprendes lo que te estoy diciendo -insistió con determinación-. Si no eres consciente de que quieres juzgarlos -continuó-, estás en peor estado de lo que me imaginaba. Ésa es la falla del guerrero-viajero cuando empieza a emprender su viaje. Se pone arrogante, fuera de quicio.
Tuve que admitir que mis quejas eran de una mezquindad extrema. Eso, por lo menos, lo sabía. Le dije que me enfrentaba con sucesos cotidianos, sucesos que tenían la característica nefaria de quitarme toda mi decisión, y que me daba vergüenza contarle a él los acontecimientos que tanto me pesaban.
-Ya -me dijo en tono urgente-. ¡Dilo! No andes con secretos conmigo. Soy un tubo vacío. Lo que me digas saldrá directamente al infinito.
-Lo único que traigo son míseras quejas -le dije-. Soy exactamente como la gente que conozco. No hay manera de hablarle a ninguno sin oír una queja abierta o velada.

Le conté a don Juan la manera en que el diálogo más sencillo mis amigos hacían por introducir innumerables quejas como en este diálogo:
-¿Cómo te va, Jim?
-Oh, bien, bien, Cal -seguido por un larguísimo silencio.
Me sentía obligado a decir:
-Pero, ¿te pasa algo, Jim?
-¡No! Todo está de maravilla. Tengo un problemita con Mel, pero ya sabes cómo es de egoísta, una mierda. Pero hay que aceptar a los amigos tal como son, ¿no? Claro que podría ser un poco más considerado. Pero qué carajo, así es. Siempre te echa la carga encima: acéptame o déjame. Lo ha hecho desde que teníamos doce años, así es que es culpa mía. ¿Por qué carajo lo tengo que aguantar?
-Bueno, tienes razón, Jim. Sabes, Mel es muy difícil, no cabe duda.
-Pero hablando de jodidos, tú le puedes dar lecciones a Mel, Cal. Nunca puedo contar contigo, etc., etc.
Otro diálogo clásico era:
-¿Cómo te va, Alex? ¿Cómo te va en tu vida matrimonial?
-Oh, muy bien. Por primera vez, estoy comiendo a tiempo, como comida casera, pero estoy engordando. No hago nada más que ver la tele. Antes parrandeaba con ustedes, pero ahora no puedo. No me deja Teresa. Claro que podría decirle que se vaya al carajo, pero no quiero herirla. Me siento feliz, pero a la vez, miserable.
Y Alex había sido el tipo más miserable antes de casarse. Su chiste clásico era decirles a sus amigos cada vez que nos veía:
-Oye, ven a mi auto, quiero presentarte a mi perra puta.
Estaba encantado cuando nuestras expectativas se fueron por los suelos y vimos que lo que traía en su coche era una perra. Presentaba a su «perra puta» a todos sus amigos. Nos asombramos cuando se casó con Teresa, una atleta de maratón. Se habían conocido en un maratón cuando Alex se desmayó. Estaban en la montaña y Teresa tuvo que revivirlo como podía, y le echó una meada en la cara. Después de eso, Alex era su prisionero. Había marcado su territorio. Sus amigos le decían «mamón meado». Sus amigos creían que era una verdadera perra que había convertido al raro de Alex en un perro gordo.
Don Juan y yo nos reímos un rato. Entonces me miró con una expresión seria.
-Éstos son los vaivenes de la vida cotidiana -dijo don Juan-. Ganas y pierdes, y no sabes cuándo ganas y cuándo pierdes. Éste es el precio que se paga por vivir bajo el domino del auto-reflejo. No hay nada que te pueda decir, y no hay nada que puedas decirte a ti mismo. Sólo te recomiendo que no te sientas culpable porque eres un culo, pero que trates de terminar con el dominio del auto-reflejo. Regresa a la universidad. No te des por vencido todavía.
Mi interés en quedarme en el mundo académico declinó más y más. Empecé a vivir en piloto automático. Me sentía pesado, deprimido. Sin embargo, eso no afectaba mi mente. No hacía cálculos y no tenía metas o expectativas de ninguna índole. Mis pensamientos no eran obsesivos, pero sí mis sentimientos. Traté de conceptualizar la dicotomía entre la mente quieta y los sentimientos alborotados. Fue que con este ánimo de un vacío mental y sentimientos abrumados que salí un día de Haines Hall, donde se encontraba el departamento de antropología, camino de la cafetería, a almorzar.
De pronto me acosó algo que sacudió todo mi cuerpo. Pensé que me iba a desmayar y me senté en unos escalones de ladrillo. Delante de mí, vi unas manchas amarillas. Tenía la sensación de que estaba girando. De seguro, pensé, voy a enfermarme del estómago. Se me borró la vista hasta que no pude ver nada. Mi incomodidad física fue tan total y tan intensa que no daba lugar a ningún pensamiento. Sólo sentía sensaciones de terror y ansiedad mezcladas con alegría y un sentimiento de que estaba al borde de un suceso gigantesco. Eran sensaciones sin contrapunto de pensamiento. En un momento dado, no supe si estaba de pie o sentado. Estaba rodeado de la negrura más impenetrable que se

pudiera imaginar, y entonces vi energía tal como fluye en el universo.
Vi una sucesión de esferas luminosas que caminaban hacia mí o que se alejaban de mí. Las vi, una por una tal como me había dicho don Juan que siempre se ven. Sabía que se trataba de individuos diferentes por los tamaños. Examiné los detalles de sus estructuras. Su luminosidad y su redondez consistía en fibras que estaban pegadas una a la otra. Eran delgadas y gruesas. Cada una de estas figuras luminosas tenía encima una cobertura gruesa y lanosa. Parecían extraños animales peludos y luminosos, o gigantes insectos redondos cubiertos de pelo luminoso.
Lo más asombroso es que me di cuenta de que había visto estos insectos peludos toda mi vida. Cada ocasión que don Juan deliberadamente me hizo verlos, se me hizo en aquel momento, como un desvío que había tomado con él. Recordé cada instancia en que me había ayudado a ver a la gente como esferas luminosas, y todas esas instancias se apartaban de la masa de ver, a lo que ahora tenía acceso. Supe entonces, sin duda alguna, que había percibido energía tal como fluye en el universo, toda mi vida, yo solo, sin la ayuda de nadie.
Tal comprensión me abrumó. Me sentí frágil, vulnerable. Busqué acobijarme, esconderme en alguna parte. Era exactamente como uno de esos sueños que todos tenemos en un momento u otro en que nos encontramos desnudos y no sabemos qué hacer. Me sentía más que desnudo; me sentía desamparado, débil y aterrado de regresar a mi estado normal. De manera vaga sentí que estaba acostado. Me esforcé para regresar a la normalidad. Concebí la idea de que me iba a encontrar tirado sobre un camino de ladrillo, en estado convulsivo, rodeado de una rueda de espectadores.
La sensación de estar acostado creció. Sentí que podía mover los ojos. Podía ver luz detrás de los párpados, pero me aterraba abrirlos. Lo raro es que no oía a nadie de los que imaginaba que me rodeaban. No oía ningún ruido. Por fin, tuve el valor de abrir los ojos. Estaba en mi cama, en mi despacho-apartamento en la esquina de los boulevares de Wilshire y Westwood.
Me puse bastante histérico al encontrarme en la cama. Pero por alguna razón fuera de mi alcance, me tranquilicé casi inmediatamente. Mi histeria pasó a ser una indiferencia corporal, o un estado de satisfacción corporal, semejante a lo experimentado después de una excelente comida. Pero mi mente seguía inquieta. Había sido terriblemente asombroso darme cuenta de que había percibido energía directamente toda mi vida. ¿Cómo era posible que no lo supiera? ¿Qué me había prevenido tener acceso a esa faceta de mi ser? Don Juan había dicho que todo ser humano tiene la potencia de ver energía directamente. Lo que no había dicho es que todo ser humano ya ve energía directamente, pero no lo sabe.
Le presenté esa pregunta a un amigo psiquiatra. No pudo aclarar mi dilema. Pensó que mi reacción era el resultado de la fatiga y de una sobrecarga de estímulos. Me recetó Valium y me dijo que descansara.
No me atreví a contarle a nadie que había despertado en mi casa sin poder rendir cuentas de cómo había llegado allí. Por lo tanto, mi ansia por ver a don Juan estaba más que justificada. Volé a la Ciudad de México tan pronto como pude, alquilé un coche y me fui a donde él vivía.
-Ya has hecho todo esto antes -me dijo riendo don Juan, cuando le conté mi sobresalto-. Sólo hay dos cosas nuevas. Una es que ahora has percibido energía solo. Lo que hiciste es parar el mundo y entonces te diste cuenta que siempre habías visto energía tal como fluye en el universo, como lo hace todo ser humano, sin saberlo deliberadamente. Lo otro, es que viajaste desde tu silencio interno, solo.
»Tú bien sabes, sin que yo te lo diga, que todo es posible si uno toma el silencio interno como punto de partida. Esta vez, tu terror y tu vulnerabilidad hicieron posible que terminaras en tu cama, que en verdad

no está muy lejos de UCLA. Si no le dieras rienda suelta a tu sorpresa, te darías cuenta de que lo que hiciste no tiene nada de extraordinario para el guerrero-viajero.

»Pero la cuestión de suma importancia no es saber que siempre has percibido energía directamente o tu viaje desde el silencio interno, sino más bien un asunto doble. Primero, experimentaste algo que los chamanes del México antiguo llamaban la vista clara, o perder la forma humana: al momento cuando la mezquindad humana se desvanece como si hubiera sido una nube de bruma sobre nosotros, una bruma que lentamente se aclara y se dispersa. Pero bajo ninguna circunstancia creas que esto es un hecho ya cumplido. El mundo de los chamanes no es un mundo inmutable como el mundo cotidiano, donde te dicen que una vez alcanzada la meta eres campeón para siempre. En el mundo de los chamanes, llegar a cierta meta quiere decir que simplemente has adquirido las herramientas más eficaces para continuar tu lucha, que, a propósito, nunca termina.

»La segunda parte es que experimentaste la pregunta más enloquecedora para el corazón humano. Lo expresaste tú mismo cuando te preguntaste: ¿Cómo es posible que no supiera que había percibido energía directamente toda mi vida? ¿Qué me había prevenido tener acceso a esa faceta de mi ser?

SOMBRAS DE BARRO

Sentarse en silencio con don Juan era una de las experiencias más agradables que conocía. Estábamos cómodamente sentados en unas sillas tapizadas en la parte posterior de su casa, en las montañas de México central. Era de tarde. Soplaba una brisa placentera. El sol estaba detrás de la casa, a nuestras espaldas. Su luz se desvanecía, creando exquisitas sombras verdes en los grandes árboles del patio. Enormes árboles crecían alrededor de la casa y aun más allá, tapando la vista de la ciudad donde don Juan vivía. Me daba siempre la sensación de estar en una lugar salvaje, un lugar salvaje distinto del árido desierto de Sonora, pero agreste de todos modos.

-Hoy vamos a discutir un tema muy serio de la brujería -dijo don Juan de manera abrupta-, y vamos a comenzar por hablar del cuerpo energético.

Me había descrito el cuerpo energético incontables veces, diciéndome que era un conglomerado de campos de energía que conforman el cuerpo físico cuando es visto como energía que fluye en el universo. Había dicho que era más pequeño, más compacto, y de apariencia más pesada que la esfera luminosa del cuerpo físico.

Don Juan me había explicado que el cuerpo y el cuerpo energético eran dos conglomerados de campos energéticos comprimidos y unidos por una extraña fuerza aglutinante. Había enfatizado una y otra vez que la fuerza que une esos dos grupos de campos energéticos era, según los chamanes del México antiguo, la fuerza más misteriosa en el universo. Él estimaba que era la esencia pura de todo el cosmos, la suma total de todo lo que es.

Había asegurado que el cuerpo físico y el cuerpo energético eran las únicas configuraciones de energía en contrapeso en el reino humano. Por tanto, él no aceptaba ningún otro dualismo. El dualismo entre cuerpo y mente, carne y espíritu, él los consideraba como una mera concatenación de la mente que surgía de ésta sin fundamento energético alguno.

Don Juan había dicho que por medio de la disciplina es posible para cualquiera acercar el cuerpo energético hacia el cuerpo físico. Normalmente, la distancia entre los dos es enorme. Una vez que el cuerpo energético está dentro de cierto radio (que varía para cada uno de nosotros individualmente), cualquiera, por medio de la disciplina, puede tomar de él una réplica exacta del cuerpo físico; es decir, un ser sólido, tridimensional. De allí la idea de los chamanes del otro o del doble. Del mismo modo, a través de los mismos proce-

sos de disciplina, cualquiera puede forjar de su cuerpo físico sólido, tridimensional, una réplica exacta de su propio cuerpo energético, es decir, una carga de energía etérea invisible al ojo humano, tal como lo es toda energía.

Cuando don Juan me dio esta explicación, mi reacción había sido preguntarle si lo que él estaba describiendo era una proposición mítica. Él me había respondido que no hay nada mítico acerca de los chamanes.

Los chamanes eran seres prácticos, y lo que ellos describían era siempre algo muy sobrio y muy realista. De acuerdo a don Juan, la dificultad de entender lo que los chamanes hacían estaba en que ellos procedían desde un sistema cognitivo diferente.

Aquel día, sentados en la parte trasera de su casa en el centro de México, don Juan dijo que el cuerpo energético era de una importancia clave en todo lo que estaba ocurriendo en mi vida. Él veía como un hecho energético el que mi cuerpo energético, en lugar de alejarse de mí (como sucede normalmente), se me acercaba a gran velocidad.

-¿Qué significa el que se me esté acercando, don Juan? -pregunté.

-Significa que algo te va a sacar la mugre -dijo don Juan sonriendo-. Un grado tremendo de control va a aparecer en tu vida, pero no tu control; el control del cuerpo energético.

-¿Quiere decir, don Juan, que una fuerza externa va a controlarme? -pregunté.

-Hay montones de fuerzas externas controlándote ahorita mismo -don Juan replicó-. El control al que me refiero es algo que está fuera del dominio del lenguaje. Es tu control pero a la vez no lo es. No puede ser clasificado, pero sí puede ser experimentado. Y, por cierto y por sobre todo, puede ser manipulado. Recuerda: puede ser manipulado, por supuesto, para tu beneficio total, que no es, claro, tu propio beneficio sino el beneficio del cuerpo energético. Sin embargo, el cuerpo energético eres tú, así es que podríamos continuar indefinidamente como perros mordiéndose la propia cola, tratando de explicar esto. El lenguaje es inadecuado. Todas estas experiencias están más allá de la sintaxis.

La oscuridad había descendido muy rápidamente, y el follaje de los árboles, que momentos antes brillaba de color verde, estaba ahora muy oscuro y denso. Don Juan dijo que si yo prestaba atención intensamente a la oscuridad del follaje, sin enfocar la mirada sino mirando como con el rabillo del ojo, vería una sombra fugaz cruzando mi campo de visión.

-Ésta es la hora apropiada para hacer lo que te voy a pedir -dijo-. Toma un momento en fijar la atención necesaria de parte tuya para lograrlo. No pares hasta que captes esa sombra fugaz negra.

Vi de hecho una extraña sombra fugaz negra proyectada en el follaje de los árboles. Era, o bien una sombra que iba de un lado al otro, o varias sombras fugaces moviéndose de derecha a izquierda o de izquierda a derecha, o hacia arriba en el aire. Me parecían peces negros y gordos, peces enormes. Era como si gigantescos peces espada volaran por el aire. Estaba absorto en la visión. Luego, finalmente, la visión me asustó. Estaba ya muy oscuro para ver el follaje, pero aun así veía las sombras fugaces negras.

-¿Qué es, don Juan? -pregunté-. Veo sombras fugaces negras por todos lados.

-Ah, es el universo en su totalidad -dijo-, inconmensurable, no lineal, fuera del reino de la sintaxis. Los chamanes del México antiguo fueron los primeros que vieron esas sombras fugaces, así es que las siguieron. Las vieron como tú las viste hoy, y las vieron como energía que fluye en el universo. Y, sí, descubrieron algo trascendental.

Paró de hablar y me miró. Sus pausas encajaban perfectamente. Siempre paraba de hablar cuando yo pendía de un hilo.

-¿Qué descubrieron, don Juan? -pregunté.

-Descubrieron que tenemos un compañero de por vida -dijo de la manera más clara que pudo-. Tenemos un predador que vino desde las profundidades del cosmos y tomó

control sobre nuestras vidas. Los seres humanos son sus prisioneros. El predador es nuestro amo y señor. Nos ha vuelto dóciles, indefensos. Si queremos protestar, suprime nuestras protestas. Si queremos actuar independientemente, nos ordena que no lo hagamos.

Estaba ya muy oscuro a nuestro alrededor, y eso parecía impedir cualquier expresión de mi parte. Si hubiera sido de día, me hubiera reído a carcajadas. En la oscuridad, me sentía bastante inhibido.

-Hay una negrura que nos rodea -dijo don Juan-, pero si miras por el rabillo del ojo, verás todavía las fugaces sombras saltando a tu alrededor.

Tenía razón. Aun las podía ver. Sus movimientos me marearon. Don Juan prendió la luz, y eso pareció disiparlo todo.

-Has llegado, a través de tu propio esfuerzo, a lo que los chamanes del México antiguo llamaban el tema de temas -dijo don Juan-. Me anduve con rodeos todo este tiempo, insinuándote que algo nos tiene prisioneros. ¡Desde luego que algo nos tiene prisioneros! Esto era un hecho energético para los chamanes del México antiguo.

-¿Pero, por qué este predador ha tomado posesión de la manera que usted describe, don Juan? -pregunté-. Debe haber una explicación lógica.

-Hay una explicación -replicó don Juan-, y es la explicación más simple del mundo. Tomaron posesión porque para ellos somos comida, y nos exprimen sin compasión porque somos su sustento. Así como nosotros criamos gallinas en gallineros, así también ellos nos crían en humaneros. Por lo tanto, siempre tienen comida a su alcance.

Sentí que mi cabeza se sacudía violentamente de lado a lado. No podía expresar mi profundo sentimiento de incomodidad y descontento, pero mi cuerpo se movía haciéndolo patente. Temblaba de pies a cabeza sin volición alguna de mi parte.

-No, no, no, no -me oí decir-. Esto es absurdo, don Juan. Lo que usted está diciendo es algo monstruoso. Simplemente no puede ser cierto, para chamanes o para seres comunes, o para nadie.

-¿Por qué no? -don Juan preguntó calmadamente-. ¿Por qué no? ¿Por qué te enfurece?

-Sí, me enfurece -le contesté-. ¡Esas afirmaciones son monstruosas!

-Bueno -dijo-, aún no has oído todas las afirmaciones. Espérate un momento y verás cómo te sientes. Te voy a someter a un bombardeo. Es decir, voy a someter a tu mente a tremendos ataques, y no te puedes ir porque estás atrapado. No porque yo te tenga prisionero, sino porque algo en ti te impedirá irte, mientras que otra parte de ti de veras se alocará. Así es que, ¡ajústate el cinturón!

Sentí que había algo en mí que exigía ser castigada. Don Juan tenía razón. No podría haberme ido de la casa por nada del mundo. Y aun así, no me gustaban para nada las insensateces que él peroraba.

-Quiero apelar a tu mente analítica -dijo don Juan-. Piensa por un momento, y dime cómo explicarías la contradicción entre la inteligencia del hombre-ingeniero y la estupidez de sus sistemas de creencias, o la estupidez de su comportamiento contradictorio. Los chamanes creen que los predadores nos han dado nuestro sistemas de creencias, nuestras ideas acerca del bien y el mal, nuestras costumbres sociales. Ellos son los que establecieron nuestras esperanzas y expectativas, nuestros sueños de triunfo y fracaso. Nos otorgaron la codicia, la mezquindad y la cobardía. Es el predador el que nos hace complacientes, rutinarios y egomaniáticos.

-¿Pero de qué manera pueden hacer esto, don Juan? -pregunté, de cierto modo más enojado aún por sus afirmaciones-. ¿Susurran todo esto en nuestros oídos mientras dormimos?

-No, no lo hacen de esa manera, ¡eso es una idiotez! -dijo don Juan, sonriendo-. Son infinitamente más eficaces y organizados que eso. Para mantenernos obedientes y dóciles y débiles, los predadores se involucraron en una maniobra estupenda (estupenda, por supuesto, desde el punto

de vista de un estratega). Una maniobra horrible desde el punto de vista de quien la sufre. ¡Nos dieron su mente! ¿Me escuchas? Los predadores nos dieron su mente, que se vuelve nuestra mente. La mente del predador es barroca, contradictoria, mórbida, llena de miedo a ser descubierta en cualquier momento.

»Aunque nunca has sufrido hambre -continuó-, sé que tienes unas ansias continuas de comer, lo cual no es sino las ansias del predador que teme que en cualquier momento su maniobra será descubierta y la comida le será negada. A través de la mente, que después de todo es su mente, los predadores inyectan en las vidas de los seres humanos lo que sea conveniente para ellos. Y se garantizan a ellos mismos, de esta manera, un grado de seguridad que actúa como amortiguador de su miedo.

-No es que no pueda aceptar esto como válido, don Juan -dije-. Podría, pero hay algo tan odioso al respecto que realmente me causa rechazo. Me fuerza a tomar una posición contradictoria. Si es cierto que nos comen, ¿cómo lo hacen?

Don Juan tenía una sonrisa de oreja a oreja. Rebosaba de placer. Me explicó que los chamanes ven a los niños humanos como extrañas bolas luminosas de energía, cubiertas de arriba a abajo con una capa brillante, algo así como una cobertura plástica que se ajusta de forma ceñida sobre su capullo de energía. Dijo que esa capa brillante de conciencia era lo que los predadores consumían, y que cuando un ser humano llegaba a ser adulto, todo lo que quedaba de esa capa brillante de conciencia era una angosta franja que se elevaba desde el suelo hasta por encima de los dedos de los pies. Esa franja permitía al ser humano continuar vivo, pero sólo apenas.

Como si hubiera estado en un sueño, oí a don Juan Matus explicando que, hasta donde él sabía, la humanidad era la única especie que tenía la capa brillante de conciencia por fuera del capullo luminoso. Por lo tanto, se volvió presa fácil para una conciencia de distinto orden, tal como la pesada conciencia del predador.

Luego hizo el comentario más injuriante que había pronunciado hasta el momento. Dijo que esta angosta franja de conciencia era el epicentro donde el ser humano estaba atrapado sin remedio. Aprovechándose del único punto de conciencia que nos queda, los predadores crean llamaradas de conciencia que proceden a consumir de manera despiadada y predatorial. Nos otorgan problemas banales que fuerzan a esas llamaradas de conciencia a crecer, y de esa manera nos mantienen vivos para alimentarse con la llamarada energética de nuestras seudo-preocupaciones.

Algo debía de haber en lo que don Juan decía, pues me resultó tan devastador que a este punto se me revolvió el estómago.

Después de una pausa suficientemente larga para que me pudiera recuperar, le pregunté a don Juan:

-¿Pero por qué, si los chamanes del México antiguo, y todos los chamanes de la actualidad, ven los predadores no hacen nada al respecto?

-No hay nada que tú y yo podamos hacer -dijo don Juan con voz grave y triste-. Todo lo que podemos hacer es disciplinarnos hasta el punto de que no nos toquen. ¿Cómo puedes pedirles a tus semejantes que atraviesen los mismos rigores de la disciplina? Se reirán y se burlarán de ti, y los más agresivos te darán una patada en el culo. Y no tanto porque no te crean. En lo más profundo de cada ser humano, hay un saber ancestral, visceral acerca de la existencia del predador.

Mi mente analítica se movía de un lado a otro como un yo-yo. Me abandonaba y volvía, me abandonó de nuevo y volvía otra vez. Lo que don Juan estaba afirmando era absurdo e increíble. Al mismo tiempo, era algo de lo más razonable, tan simple. Explicaba cada contradicción humana que se me pudiera ocurrir. ¿Pero cómo podría cualquier persona haber tomado esto con seriedad? Don Juan me empujaba al paso de una avalancha que me derribaría para siempre.

Sentí otra ola de una sensación amenazante. La ola no provenía de mí, y sin em-

bargo estaba unida a mí. Don Juan estaba haciéndome algo, algo misteriosamente positivo y a la vez terriblemente negativo. Lo sentí como un intento de cortar una fina lámina que parecía estar pegada a mí. Sus ojos estaban fijos en los míos, me miraba sin parpadear. Alejó sus ojos de mí y comenzó a hablar sin volver a mirarme.

-Cuando las dudas te asalten hasta el punto de que corras peligro -dijo-, haz algo pragmático al respecto. Apaga la luz. Perfora la oscuridad. Averigua qué puedes ver.

Se levantó para apagar la luz. Lo frené.

-No, no, don Juan -dije-, no apague la luz. Estoy bien.

Lo que sentía era algo fuera de lo normal, un inusual miedo a la oscuridad. El solo pensar en ella me producía jadeos. Definitivamente sabía algo visceralmente, pero ni loco lo tocaría o lo traería a la superficie, ¡por nada del mundo!

-Viste las sombras fugaces contra los árboles -dijo don Juan, reclinándose en su silla-. Estuviste muy bien. Ahora me gustaría que las vieras en esta habitación. No estás viendo nada. Simplemente estás captando imágenes fugaces. Tienes suficiente energía para hacerlo.

Temía que don Juan se levantara y apagara la luz de la habitación, y así lo hizo. Dos segundos más tarde yo estaba gritando a grito pelado. No sólo capté la visión de esas imágenes fugaces, sino que las oí zumbando en mis oídos. Don Juan prendió la luz mientras se doblaba de risa.

-¡Qué tipo temperamental! -dijo-. Un completo incrédulo, por un lado, y por el otro un pragmatista. Tienes que arreglar esta lucha interna. Si no, vas a hincharte y a reventar como sapo.

Don Juan continuó hincándome su púa más y más profundo.

-Los chamanes del México antiguo -dijo- vieron al predador. Lo llamaron el volador porque brinca en el aire. No es nada lindo. Es una enorme sombra, de una oscuridad impenetrable, una sombra negra que salta por el aire. Luego, aterriza de plano en el suelo. Los chamanes del México antiguo estaban bastante inquietos con saber cuándo había hecho su aparición en la Tierra. Razonaron que era que el hombre debía haber sido un ser completo en algún momento, con estupendas revelaciones, proezas de conciencia que hoy en día son leyendas mitológicas. Y luego todo parece desvanecerse y nos quedamos con un hombre sumiso.

Quería enojarme, llamarlo paranoico, pero de algún modo mi rectitud inflexible que por lo general se escondía justo por debajo de la superficie de mi ser, no estaba allí. Algo en mí estaba más allá de hacerle mi pregunta favorita: ¿Qué pasa si lo que él dice es verdad? Aquella noche, al tiempo que me hablaba, de todo corazón sentí que lo que me decía era verdad, pero al mismo tiempo y con igual fuerza, sentí que todo lo que me estaba diciendo era completamente absurdo.

-¿Qué me está diciendo, don Juan? -pregunté débilmente. Mi garganta estaba constreñida. Apenas podía respirar.

-Lo que estoy diciendo es que no nos enfrentamos a un simple predador. Es muy ingenioso, y es organizado. Sigue un sistema metódico para volvernos inútiles. El hombre, el ser mágico que es nuestro destino alcanzar, ya no es mágico. Es un pedazo de carne. No hay más sueños para el hombre sino los sueños de un animal que está siendo criado para volverse un pedazo de carne: trillado, convencional, imbécil.

Las palabras de don Juan estaban provocando una extraña reacción corporal en mí, comparable a la sensación de náusea. Era como si nuevamente me fuera a enfermar del estómago. Pero la náusea provenía del fondo de mi ser, desde los huesos. Me convulsioné involuntariamente. Don Juan me sacudió de los hombros. Sentí mi cuello bamboleándose hacia delante y hacia atrás bajo el impacto de su apretón. Su maniobra me calmó de inmediato. Me sentí mejor, más en control.

-Este predador -dijo don Juan-, que por supuesto es un ser inorgánico, no nos es del todo invisible, como lo son otros seres inorgánicos. Creo que de niños sí los ve-

mos, y decidimos que son tan terroríficos que no queremos pensar en ellos. Los niños podrían, por supuesto, decidir enfocarse en esa visión, pero todo el mundo a su alrededor lo disuade de hacerlo.

»La única alternativa que le queda a la humanidad -continuó- es la disciplina. La disciplina es el único repelente. Pero con disciplina no me refiero a arduas rutinas. No me refiero a levantarse cada mañana a las cinco y media y a darte baños de agua helada hasta ponerte azul. Los chamanes entienden por disciplina la capacidad de enfrentar con serenidad circunstancias que no están incluidas en nuestras expectativas. Para ellos, la disciplina es un arte: el arte de enfrentarse al infinito sin vacilar, no porque sean fuertes y duros, sino porque están llenos de asombro.

-¿De qué manera sería la disciplina de un brujo un repelente? -pregunté.

-Los chamanes dicen que la disciplina hace que la capa brillante de conciencia se vuelva desabrida al volador -dijo don Juan, escudriñando mi cara como queriendo encontrar algún signo de incredulidad-. El resultado es que los predadores se desconciertan. Una capa brillante de conciencia que sea incomible no es parte de su cognición, supongo. Una vez desconcertados, no les queda otra opción que descontinuar su nefasta tarea.

»Si los predadores no nos comen nuestra capa brillante de conciencia durante un tiempo -continuó-, ésta seguirá creciendo. Simplificando este asunto en extremo, te puedo decir que los chamanes, por medio de su disciplina, empujan a los predadores lo suficientemente lejos para permitir que su capa brillante de conciencia crezca más allá del nivel de los dedos de los pies. Una vez que pasa este nivel, crece hasta su tamaño natural. Los chamanes del México antiguo decían que la capa brillante de conciencia es como un árbol. Si no se lo poda, crece hasta su tamaño y volumen naturales. A medida que la conciencia alcanza niveles más altos que los dedos de los pies, tremendas maniobras de percepción se vuelven cosa corriente.

»El gran truco de esos chamanes de tiempos antiguos -continuó don Juan- era sobrecargar la mente del volador con disciplina. Descubrieron que si agotaban la mente del volador con silencio interno, la instalación foránea saldría corriendo, dando al practicante envuelto en tal maniobra la total certeza del origen foráneo de la mente. La instalación foránea vuelve, te aseguro, pero no con la misma fuerza, y comienza un proceso en que la huida de la mente del volador se vuelve rutina, hasta que un día desaparece de forma permanente. ¡Un día de lo más triste! Ése es el día en que tienes que contar con tus propios recursos, que son prácticamente nulos. No hay nadie que te diga qué hacer. No hay una mente de origen foráneo que te dicte las imbecilidades a las que estás habituado.

-Mi maestro, el nagual Julián, les advertía a todos sus discípulos -continuó don Juan-, que éste era el día más duro en la vida de un chamán, pues la verdadera mente que nos pertenece, la suma total de todas nuestras experiencias, después de toda una vida de dominación se ha vuelto tímida, insegura y evasiva. Personalmente, puedo decirte que la verdadera batalla de un chamán comienza en ese momento. El resto es mera preparación.

Me puse verdaderamente agitado. Quería saber más, y sin embargo, un extraño sentimiento en mí imploraba que parara. Aludía a oscuros resultados y a castigos, algo así como la ira de Dios descendiendo sobre mí por meterme con algo velado por Dios mismo. Hice un esfuerzo supremo para permitir que mi curiosidad prevaleciera.

-¿Qué-qué-qué significa usted -me escuché decir-, con eso de agotar la mente del volador?

-La disciplina definitivamente agota la mente foránea -contestó don Juan-. Entonces, a través de su disciplina, los chamanes se deshacen de la instalación foránea.

Estaba abrumado por sus afirmaciones. O bien don Juan estaba verdaderamente

loco, o lo que me estaba diciendo era tan asombroso que me había congelado por completo. Noté, sin embargo, con qué rapidez junté la energía para negarlo todo. Después de un instante de pánico, comencé a reír, como si don Juan me hubiera contado un chiste. Incluso me escuché decir:

-¡Don Juan, don Juan, es usted incorregible!

Don Juan parecía entender todo lo que estaba sucediéndome. Movió su cabeza de lado a lado y alzó sus ojos a los cielos, en un gesto de fingida desesperación.

-Soy tan incorregible -dijo-, que voy a darle a la mente del volador, que llevas dentro de ti, una sacudida más. Te voy a revelar uno de los secretos más extraordinarios de la brujería. Te voy a describir un hallazgo que les tomó a los chamanes miles de años para verificar y consolidar.

Me miró y sonrió de manera maliciosa.

-La mente del volador huye para siempre cuando un chamán logra asirse a la fuerza vibradora que nos mantiene unidos como conglomerado de fibras energéticas. Si un chamán mantiene esa presión durante suficiente tiempo, la mente del volador huye derrotada. Y eso es exactamente lo que vas a hacer: agarrarte a la energía que te mantiene unido.

Tuve la reacción más inexplicable que jamás hubiera imaginado. Algo en mí literalmente tembló, como si hubiese recibido una sacudida. Entré en un estado de miedo injustificado, el que inmediatamente relacioné con mi entrenamiento religioso.

Don Juan me miró de la cabeza a los pies.

-Temes la ira de Dios, ¿verdad? -dijo-. Quédate tranquilo, ése no es tu miedo. Es el temor del volador, que sabe que harás exactamente como te digo.

Sus palabras no me calmaron en absoluto. Me sentí peor. Comencé a convulsionarme de manera involuntaria, sin poder evitarlo.

-No te preocupes -dijo don Juan de manera calma-. Sé, de hecho, que esos ataques se extinguen de lo más pronto. La mente del volador no tiene concentración alguna.

Después de un momento, todo paró, como lo había previsto don Juan. Decir nuevamente que estaba abrumado es un eufemismo. Ésta era la primera vez en mi vida, con o sin don Juan, que no sabía si iba o venía. Quería levantarme de la silla y caminar por la habitación, pero estaba mortalmente asustado. Estaba lleno de aserciones racionales, y a la vez repleto de un miedo infantil. Comencé a respirar profundo, mientras un sudor frío me cubría todo el cuerpo. De alguna manera se había desatado en mí una horrenda visión: sombras negras, fugaces brincando a mi alrededor, dondequiera que mirara.

Cerré los ojos y me recliné sobre el brazo de la silla.

-No sé para dónde mirar, don Juan -dije-. Esta noche ha logrado realmente que me pierda.

-Estás desgarrado por una lucha interna -dijo don Juan-. Muy en lo profundo, sabes que eres incapaz de rechazar el acuerdo de que una parte indispensable de ti, tu capa brillante de conciencia, servirá de alimento incomprensible a unas entidades, naturalmente, también incomprensibles. Y otra parte de ti se opondrá a esta situación con toda su fuerza.

»La revolución de los chamanes -continuó-, es que se rehúsan a honrar acuerdos en los que no han participado. Nadie me preguntó si consentía ser comido por seres de otra clase de conciencia. Mis padres me trajeron a este mundo para ser comida, sin más, como lo fueron ellos; fin de la historia.

Don Juan se levantó de la silla y estiró los brazos y las piernas.

-Llevamos horas aquí sentados. Es hora de entrar en la casa. Yo voy a comer. ¿Quieres comer conmigo?

Le dije que no. Mi estómago estaba revuelto.

-Mejor vete a dormir -dijo- El bombardeo te ha devastado.

No necesité que me insistiera. Me derrumbé en mi cama y caí dormido como un tronco.

Ya en casa, a medida que pasaba el tiem-

po, la idea de los voladores se volvió una de las principales fijaciones de mi vida. Llegué a pensar que don Juan tenía toda la razón. Por más que intentara, no podía rechazar su lógica. Mientras más lo pensaba, y mientras más me observaba y hablaba con mis prójimos, la convicción era más y más intensa de que algo nos impedía toda actividad o interacción o pensamiento que no tuviese como punto focal, el yo. Mi preocupación, como la preocupación de cualquiera que yo conociera o con el que yo hablara, era el yo. Como no encontraba explicación para tal homogeneidad universal, concluí que la línea de pensamiento de don Juan era la más apropiada para elucidar el fenómeno.

Me sumergí tanto como pude en lecturas de mitos y leyendas. Al leer, experimenté algo que nunca antes había sentido: cada uno de los libros que leí era una interpretación de mitos y leyendas. En cada uno de esos libros, una mente homogénea se hacía patente. Los estilos diferían, pero el impulso detrás de las palabras era homogéneamente el mismo: a pesar de ser el tema algo tan abstracto como los mitos y las leyendas, los autores se las arreglaban siempre para encajar afirmaciones acerca de ellos mismos. El impulso común detrás de cada uno de estos libros no era el tema que anunciaban; era, en su lugar, autoservicio. Nunca antes me había dado cuenta de esto.

Atribuí mi reacción a la influencia de don Juan. La pregunta inevitable que me hacía a mí mismo era: ¿Será que don Juan me está influyendo para verlo de esta manera, o hay realmente una mente foránea dictándonos todo lo que hacemos? Viraba otra vez, obligadamente, a la negación, e iba como loco de negación a aceptación a negación. Algo en mí sabía que don Juan quería llegar a un hecho energético, pero algo de igual importancia en mí sabía que era todo un disparate. El resultado final de mi lucha interna vino bajo la forma de un presentimiento, la sensación de que algo peligroso e inminente se acercaba.

Hice una gran cantidad de estudios antropológicos en el tema de los voladores en otras culturas, pero no encontré referencia alguna. Don Juan parecía ser la única fuente de información sobre el tema. La siguiente vez que lo vi, me apresuré a hablarle de los voladores.

-He hecho lo posible por ser racional sobre el tema -dije-, pero no puedo. Hay momentos en que estoy totalmente de acuerdo con usted acerca de los predadores.

-Enfoca tu atención en las sombras fugaces que puedes ver -dijo don Juan con una sonrisa.

Le dije a don Juan que esas sombras fugaces terminarían con mi vida racional. Las veía por todas partes. Desde que me había ido de su casa, era incapaz de dormirme en la oscuridad. Dormir con las luces encendidas no me molestaba en absoluto. Sin embargo, en cuanto las apagaba todo a mi alrededor comenzaba a dar saltos. Nunca veía figuras o formas completas. Todo lo que veía eran sombras fugaces negras.

-La mente del volador no te ha abandonado -dijo don Juan-. Ha sido seriamente injuriada. Está haciendo lo posible por restablecer su relación contigo. Pero algo en ti se ha roto para siempre. El volador lo sabe. El verdadero peligro está en que la mente del volador te puede vencer agotándote y forzándote a abandonar jugando con la contradicción entre lo que ella te dice y lo que yo te digo.

»Te digo, la mente del volador no tiene competidores -continuó don Juan-. Cuando propone algo, está de acuerdo con su propia proposición, y te hace creer que hiciste algo de valor. La mente del volador te dirá que lo que don Juan Matus te está diciendo es puro disparate, y luego la misma mente estará de acuerdo con su propia proposición. "Sí, por supuesto, es un disparate", dirás. Así nos vencen.

»Los voladores son una parte esencial del universo -continuó-, y deben tomarse como lo que son realmente: asombrosos, monstruosos. Son el medio por el cual el universo nos pone a prueba.

»Somos sondas creadas por el universo -siguió, como si yo no estuviera presente-,

y es porque somos poseedores de energía con conciencia, que somos los medios por los que el universo se vuelve consciente de sí mismo. Los voladores son los desafiantes implacables. No pueden ser considerados de ninguna otra forma. Si lo logramos, el universo nos permite continuar.

Quería que don Juan siguiera hablando. Pero sólo dijo:

-El bombardeo terminó la última vez que estuviste aquí; no hay más qué decir acerca de los voladores. Es tiempo de otra clase de maniobra.

Esa noche no pude dormir. Caí en un sopor liviano a la madrugada, hasta que don Juan me sacó de la cama, y me llevó a una caminata por las montañas. Donde él vivía, la configuración de las montañas era muy distinta a la del desierto de Sonora, pero me dijo que no me entregara a comparar, ya que después de caminar un kilómetro, todos los lugares del mundo son iguales.

-Disfrutar del panorama es para gente que pasea en automóviles -dijo-. Van a gran velocidad sin hacer ningún esfuerzo. Los panoramas no son para caminantes.

»Por ejemplo, cuando vas en coche puedes ver una montaña gigantesca que te abruma con su belleza. La vista de esa montaña no te va a abrumar de la misma forma si la ves mientras vas de a pie; te va a abrumar de otra forma, especialmente si debes escalarla o rodearla.

La mañana estaba muy calurosa. Caminamos por el lecho seco de un río. Una cosa en común entre este valle y el desierto de Sonora eran los millones de insectos. Los mosquitos y las moscas a mi alrededor parecían bombarderos suicidas que apuntaban a mi nariz, a mis ojos y a mis orejas. Don Juan me dijo que no les prestara atención a sus zumbidos.

-No trates de espantarlos con tus manos -me lanzó en tono firme-. Intenta que se alejen. Forma una barrera energética a tu alrededor. Estáte en silencio, y desde ese silencio se construirá la barrera. Nadie sabe cómo se hace. Es una de esas cosas que los chamanes llaman hechos energéticos. Para tu diálogo interno. Eso es todo lo que se necesita.

»Quiero proponerte una idea un poco rara -continuó don Juan mientras caminaba delante de mí.

Yo tenía que acelerar mis pasos para mantenerme cerca de él, y así no perderme nada de lo que él decía.

-Tengo que insistir en que es una idea rara que encontrará en ti infinita resistencia -dijo-. Debo advertirte que no la aceptarás con facilidad. Pero no por el hecho de que es rara debes rechazarla. Eres un científico social. Por lo tanto, tu mente está siempre abierta a la investigación, ¿verdad?

Don Juan se estaba burlando de mí desvergonzadamente. Yo lo sabía, pero no me molestaba. Quizá porque él caminaba tan rápido y yo debía seguirle el paso haciendo tremendos esfuerzos, su sarcasmo se deslizaba sobre mí, y en lugar de molestarme, me hacía reír. Mi atención total estaba enfocada en lo que él decía, y los insectos, o bien dejaron de molestarme porque había intentado una barrera a mi alrededor, o porque estaba tan ocupado escuchando a don Juan, que ya no me molestaban sus zumbidos.

-La idea rara -dijo lentamente, midiendo el efecto de sus palabras- es que todo ser humano en esta Tierra parece tener las mismas reacciones, los mismos pensamientos, los mismos sentimientos. Parecen responder de la misma manera a los mismos estímulos. Esas reacciones parecen estar en cierto modo nubladas por el lenguaje que hablan, pero si escarbamos esa superficie son exactamente las mismas reacciones que asedian a cada ser humano en la Tierra. Me gustaría que esto te causara curiosidad como científico social, por supuesto, y que veas si puedes explicar esta homogeneidad.

Don Juan recolectó una serie de plantas. Algunas apenas eran visibles. Parecían ser algas, musgos. Mantuve abierta su bolsa y dejamos de hablar. Cuando tuvo suficientes plantas, se encaminó hacia su casa y comenzó a caminar a toda velocidad. Dijo que quería limpiar y separar

esas plantas y ordenarlas antes de que se secaran demasiado.
Yo me encontraba absorto pensando en la tarea que él me había delineado. Comencé por pensar si conocía algún artículo o trabajo sobre el tema. Supuse que debía investigarlo, y decidí que comenzaría por leer todo lo escrito sobre «carácter nacional». Me entusiasmé de manera fortuita con el tema, y quería volver en seguida a mi casa y emprender la tarea con seriedad; sin embargo, antes de llegar a su casa, don Juan se sentó en una saliente alta que daba sobre el fondo del valle. No dijo nada por un rato. No le faltaba el aire. Yo no comprendía por qué se había detenido a sentarse.
-La tarea del día, para ti -dijo abruptamente, en tono de presagio-, es una de las tareas más misteriosas de la brujería, algo que va más allá del lenguaje, más allá de las explicaciones. Hoy nos fuimos de caminata, hablamos, porque el misterio de la brujería debe ser amortiguado con lo mundano. Debe partir de la nada, y debe volver nuevamente a la nada. Ése es el arte del guerrero-viajero: pasar por el ojo de una aguja sin ser notado. Por tanto, prepárate acomodando tu espalda contra esta pared de roca, lo más lejos posible del borde. Estaré cerca de ti, en caso de que te desmayes o te caigas.
-¿Qué está tramando, don Juan? -pregunté, y mi alarma era tan patente que en seguida bajé la voz.
-¿Quiero que cruces las piernas y entres en un estado de silencio interno -dijo-. Digamos que quieres averiguar qué artículos podrías buscar para desacreditar o comprobar lo que te he pedido que hagas en tu medio académico. Entra en el silencio interno, pero no te duermas. Éste no es un viaje al oscuro mar de la conciencia. Esto es ver desde el silencio interno.
Me era bastante difícil entrar en un estado de silencio interno sin quedarme dormido. Luché contra el casi invencible deseo de dormir. Logré evitarlo, y me encontré mirando el fondo del valle desde la impenetrable oscuridad que me rodeaba. Y luego vi algo que me estremeció hasta los huesos. Vi una sombra gigantesca, quizá de un ancho de cinco metros, saltando en el aire y luego aterrizando con un golpe ahogado y silencioso. Sentí el golpe en mis huesos, pero no lo oí.
-Son verdaderamente pesados -don Juan me dijo al oído. Me estaba agarrando del brazo izquierdo, lo más fuerte que podía.
Vi algo, como una sombra de barro meneándose en el suelo, y luego dio otro salto, quizá de unos quince metros, y volvió a aterrizar con el mismo silencioso golpe. Estaba aterrorizado más allá de todo lo que racionalmente pudiera usar como descripción. Mantuve mis ojos fijos en la sombra saltando en el fondo del valle. Luego escuché un zumbido peculiar, una mezcla entre el sonido de un batir de alas, y el sonido de una radio que no ha sintonizado la frecuencia de una estación, y el golpe que siguió fue algo inolvidable. Nos sacudió a don Juan y a mí hasta los huesos -una gigantesca sombra de barro negra acababa de aterrizar a nuestros pies.
-No te asustes -dijo don Juan en tono imperativo-. Mantén tu silencio interno y la sombra se irá.
Yo temblaba de pies a cabeza. Tenía la clara impresión de que si no mantenía mi silencio interno activo, la sombra de barro me envolvería como una frazada y me sofocaría. Sin perder la oscuridad a mi alrededor, grité con toda mi fuerza. Nunca había sentido tanto enojo, tanta frustración. La sombra de barro dio otro salto, claramente hacia el valle. Continué gritando mientras sacudía mis piernas. Quería deshacerme de lo que fuera que viniera a comerme. Mi estado nervioso era tal, que perdí la noción del tiempo. Quizá me desmayé.
Cuando recuperé el sentido, estaba recostado en mi cama en casa de don Juan. Tenía una toalla, empapada de agua helada, envuelta sobre la frente. Ardía de fiebre. Una de las compañeras de don Juan me frotaba la espalda, el pecho y la frente con alcohol, pero no sentía ningún alivio. El calor que sentía provenía de mí mismo. La

impotencia y la ira lo generaban.
Don Juan reía como si lo que me sucedía fuera lo más gracioso en el mundo. Sus carcajadas resonaban una tras otra.
-Jamás se me hubiera ocurrido que tomarías el ver a un volador tan a pecho -dijo.
Me tomó de la mano y me llevó a la parte posterior de su casa, donde me sumergió en un enorme tanque de agua, completamente vestido, con zapatos, reloj, y todo.
-¡Mi reloj, mi reloj! -grité.
Don Juan se contorsionaba de risa.
-No deberías usar reloj cuando vienes a verme -dijo-. ¡Ahora lo chingaste por completo!
Me saqué el reloj y lo puse a un lado de la bañera. Recordé que era a prueba de agua y que nada le hubiera sucedido. Estar sumergido en el tanque me ayudó inmensamente.
Cuando don Juan me ayudó a salir del agua helada, yo había recuperado cierto grado de control.
-¡Esa visión es absurda! -no hacía yo otra cosa que repetir, incapaz de decir nada más.
El predador que don Juan había descrito no era benévolo. Era enormemente pesado, vulgar, indiferente. Sentí su despreocupación por nosotros. Sin duda, nos había aplastado épocas atrás, volviéndonos, como don Juan había dicho, débiles, vulnerables y dóciles. Me quité la ropa húmeda, me cubrí con un poncho, me senté en la cama, y lloré desconsoladamente, pero no por mí. Yo tenía mi ira, mi intento inflexible, para no dejarme comer. Lloré por mis semejantes, especialmente por mi padre. Nunca supe, hasta ese momento, que lo quería tanto.
-Nunca tuvo la opción -me escuché repetir una y otra vez, como si las palabras no fueran realmente mías. Mi pobre padre, el ser más generoso que conocía, tan tierno, tan gentil, tan indefenso.

EMPRENDIENDO EL VIAJE DEFINITIVO

EL SALTO AL ABISMO

Un solo sendero subía a la plana meseta. Después de llegar, me di cuenta de que no era tan extensa como parecía al contemplarla a la distancia. La vegetación de la meseta no difería de la vegetación de abajo; arbustos verduscos y de tallo leñoso que tenían la apariencia ambigua de árboles.
A primera vista no vi el abismo. Sólo al conducirme allí don Juan, tuve conciencia de que la meseta terminaba en precipicio; en verdad, no era meseta, sino la cima plana de una montaña. Era redonda y las laderas al este y al sur estaban desgastadas; sin embargo, los lados que daban al oeste y al norte parecían haber sido partidos por un cuchillo. Desde el borde del precipicio podía ver el fondo del abismo, quizás a una distancia de unos doscientos metros. Estaba cubierto de las mismas plantas leñosas que crecían por todas partes.
Una cordillera de pequeñas montañas al sur y al norte de la meseta daban la clara impresión de que habían sido parte de un cañón gigantesco hace millones de años, excavado por un río que ya no existía. Las orillas de ese cañón habían sido borradas por la erosión. En algunas partes estaban al nivel de la tierra. La única parte que quedaba era donde estaba yo parado.
-Es roca pura -dijo don Juan como si leyera mis pensamientos. Señaló con el mentón hacia el fondo del abismo-. Si algo se cayera desde esta orilla hasta el fondo, se haría mil pedazos en la roca de allá abajo.
Ése fue el diálogo inicial entre don Juan y yo ese día sobre la montaña. Antes de llegar allí, me había dicho que su tiempo sobre la tierra había llegado a su fin. Partía en su viaje definitivo. Sus pronunciamientos fueron devastadores para mí. Perdí el dominio sobre mí mismo, y entré en un estado de éx-

tasis fragmentado, quizá semejante a lo que experimenta la gente que sufre una crisis mental. Pero quedaba de mí un fragmento central cohesivo: el yo de mi niñez. Lo demás era vaguedad, incertidumbre. Había estado fragmentado por tanto tiempo que el regresar a ese estado fragmentado era la única salida de mi devastación.

Una interacción muy peculiar entre distintos niveles de mi conciencia se llevó a cabo después. Don Juan, su cohorte don Genaro, dos de sus aprendices, Pablito y Néstor, y yo, habíamos ascendido a esa montaña. Pablito, Néstor y yo estábamos allí para hacernos cargo de nuestra última tarea como aprendices: saltar al abismo, un asunto muy misterioso que don Juan me había explicado en varios niveles de conciencia pero que sigue siendo un enigma para mí hasta hoy día.

Don Juan dijo bromeando que debía sacar mi libro de apuntes y empezar a tomar nota de nuestros últimos momentos juntos. Me dio un codazo y me aseguró, escondiendo su risa, que hubiera sido lo debido ya que había emprendido el camino del guerrero-viajero tomando apuntes.

Don Genaro interrumpió, diciendo que otros guerreros-viajeros anteriores a nosotros también habían estado sobre esta misma meseta antes de emprender su viaje a lo desconocido. Don Juan me miró y en voz baja dijo que pronto entraría yo en el infinito con la fuerza de mi poder personal, y que don Genaro y él estaban allí sólo para despedirse de mí. Don Genaro de nuevo interrumpió y dijo que yo también estaba allí para despedirme de ellos.

-Una vez que entres en el infinito -dijo don Juan-, no puedes depender de nosotros para regresar. Se necesita tu decisión. Sólo tú puedes decidir si regresas o no. Debo también advertirte que pocos guerreros-viajeros sobreviven este tipo de encuentro con el infinito. El infinito es seductor hasta no más. Un guerrero-viajero descubre que el regresar a un mundo de desorden, compulsión, ruido y dolor es algo muy desagradable. Tienes que saber que tu decisión de quedarte o regresar no es cuestión de selección racional, sino cuestión de intentarlo.

»Si eliges no regresar -continuó-, desaparecerás como si la tierra te hubiera tragado. Pero si eliges regresar, tienes que amarrarte el cinturón y esperar como un verdadero guerrero-viajero hasta que termines tu tarea, fuese la que fuese, en éxito o en fracaso.

Un cambio muy sutil empezó a llevarse a cabo en mi conciencia. Empecé a recordar caras de personas, pero no estaba seguro de haberlas conocido jamás; un sentimiento extraño de angustia y afecto me empezó a afectar. La voz de don Juan ya no se oía. Extrañaba a personas que sinceramente dudaba haber conocido. De pronto, vino sobre mí un cariño insoportable por esas personas, quienes fueran. Mis sentimientos hacia ellos iban más allá de las palabras, y a la vez no podía decir quiénes eran. Solamente sentía su presencia, como si hubiera vivido anteriormente, o como si tuviera sentimientos para personas en un sueño. Presentí que sus formas exteriores cambiaban: empezaron siendo altas y terminaron bajitas. Lo que quedaba intacto era su esencia, la cosa misma que me producía este sentimiento insoportable por ellos.

Don Juan vino a mi lado y me dijo:

-El acuerdo era que te quedaras en la conciencia del mundo cotidiano. -Su voz era brusca y autoritaria-. Hoy vas a cumplir con una faena concreta -siguió-, el último eslabón de una larga cadena; y lo tienes que hacer en tu máximo estado de razón.

Nunca había oído a don Juan dirigirse a mí en ese tono. Era un hombre distinto en ese instante, y a la vez, me era totalmente conocido. Sumisamente, lo obedecí y regresé a la conciencia del mundo cotidiano. No sabía, sin embargo, que lo estaba haciendo. A mí me pareció, ese día, que me había sometido a don Juan por temor y respeto.

En seguida, don Juan se dirigió a mí en el tono al que estaba acostumbrado. Lo que me dijo fue algo que también me era muy conocido. Dijo que el sostén del gue-

rrero-viajero es la humildad y la eficacia, el actuar sin expectativas y el resistir cualquier cosa que le surja en el camino.
En aquel momento me sobrevino otro cambio en mi nivel de conciencia. La mente se me enfocó en un pensamiento, o en un sentimiento de angustia. Supe entonces que había hecho un pacto con unas personas para morir con ellas, y no podía recordar quiénes eran. Sentí, sin duda alguna, que estaba mal que muriera solo. Mi angustia se volvió insoportable.
Don Juan volvió a hablarme.
-Estamos solos -me dijo-. Ésa es nuestra condición, pero el morir solo no es morir en un estado de soledad.
Empecé a respirar profundamente, sorbiendo aire para borrar la tensión. Al respirar, se me aclaró la mente.
-La gran cuestión con nosotros los machos es nuestra fragilidad -siguió-. Cuando empieza a acrecentarse nuestra conciencia, crece como una columna, justo en el punto medio de nuestro ser luminoso, desde abajo hacia arriba. Esa columna tiene que llegar a bastante altura antes de poder uno contar con ella. En este momento preciso de tu vida, como chamán, fácilmente puedes perder dominio sobre tu nueva conciencia. Cuando haces eso, se te olvida todo lo que has hecho y visto en el camino del guerrero-viajero, porque tu conciencia regresa a la conciencia de tu vida cotidiana. Te he explicado que la faena de todo chamán es de reclamar para él todo lo que ha hecho y lo que ha visto en el camino del guerrero-viajero cuando entraba en otros niveles nuevos de conciencia. El problema con cada chamán es que se olvida fácilmente, porque su conciencia pierde el nuevo nivel y se cae al suelo en un abrir y cerrar de ojos.
-Comprendo exactamente lo que me está diciendo, don Juan -le dije-. Quizás sea ésta la primera vez que he llegado a la plena realización de por qué me olvido de todo y recuerdo todo después. Siempre creía que mis cambios eran debidos a una condición patológica personal. Ahora sé por qué suceden esos cambios, pero no puedo expresar en palabras lo que sé.
-No te preocupes por las palabras -dijo don Juan-. Tendrás, al momento debido, todas las palabras que quieras. Hoy tienes que actuar desde tu silencio interior, desde lo que sabes sin saberlo. Sabes a la perfección lo que tienes que hacer, pero este conocimiento todavía no lo tienes completamente formulado en tus pensamientos.
Al nivel de sensaciones o pensamientos concretos, sólo sentía la vaga sensación de que sabía algo que no formaba parte de la mente que tenía. Tuve, en seguida, el sentimiento más claro de haber dado un enorme paso hacia abajo; algo pareció caerse dentro de mí. Fue casi como una sacudida. Supe en ese instante que había entrado en otro nivel de conciencia.
Don Juan me dijo que era obligatorio que un guerrero-viajero se despidiera de todos los que dejaba atrás. Debe decir sus adioses en una voz fuerte y clara para dejar grabados su grito y sentimientos en esas montañas para siempre.
Permanecí en espera durante mucho tiempo, no por vergüenza, sino porque no sabía a quién incluir en mis agradecimientos. Había absorbido interiormente el concepto de la brujería de que el guerrero-viajero no le puede deber nada a nadie. Don Juan había metido en mí un axioma de chamán: Los guerreros-viajeros pagan elegante, generosamente y con una ligereza sin par, cualquier favor, cualquier servicio que se les ha rendido. Así se deshacen de la carga de llevar deudas.
Les había pagado, o estaba en proceso de pagarles, a todos lo que me habían honrado con su atención o cuidado. Había recapitulado mi vida a tal extremo que no había dejado piedra sobre piedra. Creía en verdad en aquel tiempo que no le debía nada a nadie. Le comenté a don Juan mis creencias y mi vacilación.
Dijo don Juan que indudablemente había recapitulado mi vida totalmente, pero añadió que estaba muy lejos de estar libre de toda deuda.
-¿Y qué de tus fantasmas -siguió-, los que ya no puedes tocar?
Sabía a lo que se refería. Durante mi reca-

pitulación, le había contado cada incidente de mi vida. De los cientos de incidentes que le había relatado, había extraído tres como muestras de deudas que había contraído muy temprano, y había añadido a esos tres la deuda que tenía con la persona gracias a la cual había conocido a don Juan. Le había agradecido a mi amigo profusamente, y tuve la sensación de que algo había reconocido mi agradecimiento. Los otros tres sucesos habían quedado dentro del reino de los relatos, relatos de mi vida y de gente que me había otorgado un obsequio inconcebible, y a quienes nunca les había dado las gracias.

Uno de esos relatos tenía que ver con un hombre que había conocido de niño. Se llamaba el señor Leandro Acosta. Era el archi-enemigo de mi abuelo, su verdadera némesis. Mi abuelo lo había acusado repetidas veces de robarse los pollos de su granja. El hombre no era un vagabundo, sino simplemente alguien que no tenía empleo firme ni definido. Era un tipo inconformista, jugador, dominador de muchas artes, hábil curandero, según él, cazador y proveedor de especímenes de insectos y plantas para los hierberos y curanderos locales, y de cualquier ave o animal para los taxidermistas o tiendas especialistas en animales vivos.

Según lo que decía la gente, hacía muchísimo dinero, pero no podía ni guardarlo ni invertirlo. Tanto sus detractores como sus amigos, creían que podía haber puesto el mejor negocio de esa región, haciendo lo que mejor hacía: buscar plantas y cazar animales, pero estaba maldito con una rara enfermedad del espíritu que lo hacía inquieto, incapaz de dedicarse a nada por largo tiempo.

Un día, al hacer un paseo a la orilla de la granja de mi abuelo, vi que alguien me espiaba desde el espeso matorral de la orilla del bosque. Era el señor Acosta. Estaba de cuclillas dentro del matorral de la selva misma, y no hubiera podido verlo sino por mis ojos agudos de ocho años.

Con razón mi abuelo cree que le roba los pollos, pensé. Creí que nadie más que yo se habría percatado; estaba completamente camuflado por su quietud. Lo que había captado, y lo sentí en vez de verlo, fue la diferencia entre el matorral y su silueta. Me le acerqué. El hecho de que la gente lo rechazaba tan violentamente o gustaba de él tan apasionadamente, me intrigaba sobremanera.

-¿Qué está haciendo aquí, señor Acosta? -le pregunté osadamente.

-Estoy haciendo mi caca mientras contemplo la granja de tu abuelo -me dijo-. Así es que vete antes de que me levante, a menos que te guste el olor a mierda.

Me alejé a unos pocos pasos. Quería saber si en verdad estaba ocupado en lo que había dicho. Lo estaba. Se levantó. Creí que iba a abandonar el matorral, pasar al terreno de mi abuelo y quizás de allí pasar al camino, pero no lo hizo. Comenzó a caminar hacia adentro, hacia la selva.

-¡Oiga, señor Acosta! -le grité-. ¿Puedo acompañarlo?

Advertí que se había quedado parado; otra vez, era más bien una sensación corporal que de la vista misma, pues el matorral estaba muy espeso.

-Claro que puedes, pero sólo si le encuentras una entrada a la maraña -me dijo.

Eso no presentaba ninguna dificultad para mí. Durante mis horas de ocio, había marcado una entrada con una piedra de buen tamaño. Después de un proceso interminable de ensayo y error había encontrado que existía un pequeño espacio, y si lo seguía a lo largo de tres o cuatro metros, llegaba a un sendero donde podía ponerme de pie y caminar.

El señor Acosta se me acercó y dijo:

-¡Bravo, mocito, lo lograste! Sí, ven conmigo, si quieres.

Fue el principio de mi asociación con el señor Leandro Acosta. A diario íbamos de cacería. Nuestra asociación se hizo patente, ya que me iba de la casa desde la primera hora de la mañana hasta la puesta del sol, sin que nadie supiera dónde andaba, y un día mi abuelo me reprimió con severidad.

-Tienes que saber elegir a tus conocidos

-me dijo-, o vas a terminar como ellos. Yo no tolero que este hombre te afecte de ningún modo. Claro que te va a pasar su ímpetu. Y tu mente se volverá como la de él: inútil. Te lo digo, si no pones fin a todo esto, lo haré yo. Le echo encima las autoridades por haberse robado mis pollos, porque sabes, carajo, que viene a diario y me los roba.

Hice todo por mostrarle a mi abuelo que lo que decía era absurdo. El señor Acosta no tenía que robarse los pollos. Tenía a su alcance la vastedad de la selva. Podía sacar de allí cuanto él quería. Pero mi postura enfureció más a mi abuelo. Me di cuenta de que lo que pasaba es que mi abuelo le envidiaba al señor Acosta su libertad, y esa realización lo transformó para mí, de un cazador afable, a la expresión máxima de algo que es a la vez deseado y prohibido. Traté de limitar mis encuentros con él, pero era demasiada la atracción. Luego un día, el señor Acosta y tres de sus amigos me propusieron algo que él nunca había hecho: cazar un buitre, vivo y sin haberlo herido. Me explicó que los buitres de esa región, que eran enormes y llegaban a tener una envergadura de dos metros, tenían siete tipos diferentes de carne en el cuerpo y que cada uno de esos siete tipos tenía un propósito «específico para la curación. Dijo que lo deseable era que el buitre no se hiriera. El buitre tenía que ser muerto por tranquilizante, pero no con violencia. Era fácil matarlos con escopeta, pero en ese caso la carne perdía su valor curativo. Así es que el arte era cazarlos vivos, algo que él nunca había hecho. Había llegado a una solución con mi ayuda y la ayuda de tres de sus amigos. Me aseguró que su conclusión era la más debida ya que estaba basada en cientos de ocasiones de haber observado el comportamiento de los buitres.

-Necesitamos un burro muerto para llevar a cabo esta faena, algo que ya tenemos -me declaró alegremente.

Me miró, esperando que le preguntara qué se haría con el burro muerto. Como no le hice la pregunta, continuó:

-Le sacamos los intestinos y le metemos allí unos palos para mantener la redondez de la panza.

»El líder de los buitres es el rey; es el más grande y el más inteligente -siguió- No existen ojos más agudos. Es lo que lo hace rey. Él es el que va a ver al burro muerto y va a ser el primero en aterrizar. Aterrizará con el viento en contra para confirmar, por el olor, que el burro de veras está muerto. Los intestinos y los órganos que le saquemos los vamos a amontonar a su trasero, por afuera. Así parece que un gato montés ya se ha comido una parte. Entonces, lentamente, el buitre se acercará al burro. No tendrá prisa. Vendrá saltando-volando, y entonces aterrizará sobre la cadera del burro y empezará a mecer el cuerpo del burro. Lo tumbaría si no fuera por las cuatro estacas que le vamos a meter como parte de la armadura. El buitre quedará parado sobre la cadera durante un tiempo; esto servirá de aviso a los otros buitres para que lleguen y aterricen por allí. Sólo cuando ya tenga tres o cuatro de sus compañeros a su alrededor, comenzará a hacer su trabajo el buitre rey.

-¿Y cuál va a ser mi papel en todo esto, señor Acosta? -le pregunté.

-Tú te escondes dentro del burro -me dijo inexpresivo-. Fácil. Te doy un par de guantes de cuero de diseño específico, y te sientas allí y esperas a que el rey de los buitres rasgue con su enorme pico poderoso el ano del burro y meta la cabeza para empezar a comer. Entonces lo agarras del pescuezo con las dos manos y no lo dejas suelto por nada.

»Mis tres amigos y yo vamos a estar a caballo, escondidos en una barranca profunda. Yo estaré vigilando el asunto con lentes de distancia. Y cuando vea que has agarrado al rey de los buitres por el cuello, venimos a galope tendido, nos echamos encima del buitre y lo dominamos.

-¿Puede usted dominar a ese buitre, señor Acosta? -le pregunté. No que dudara de su destreza, sólo quería que me lo asegurara.

-¡Claro que puedo! -dijo con toda la confianza del mundo-. Todos vamos a llevar

guantes y polainas de cuero. Las garras del buitre son muy poderosas. Pueden romperle a uno la tibia como si fuera una ramita.
No tenía salida. Estaba atrapado, clavado por una excitación exorbitante. Mi admiración por el señor Leandro Acosta no tenía límites en ese momento. Lo vi como verdadero cazador, de gran ingenio, sabio y astuto.
-¡Bien, hagámoslo! -dije.
-¡Macho! ¡Así me gusta! -dijo el señor Acosta-. No es menos de lo que esperaba de ti.
Había puesto una manta gruesa detrás de su silla de montar y uno de sus amigos simplemente me levantó y me sentó sobre el caballo del señor Acosta, justo detrás de la silla, sobre la manta.
-Agárrate de la silla -dijo el señor Acosta-, y al agarrarte, agarra también de la manta.
Salimos a trote corto. Cabalgamos como una hora hasta llegar a unas tierras planas, secas y desoladas. Nos detuvimos junto a una tienda de campaña, parecida a las de los vendedores de mercado. Tenía un techo plano para dar sombra. Debajo del techo había un burro muerto, color marrón. No parecía haber sido muy viejo; parecía un burro adolescente.
Ni el señor Acosta ni sus amigos me explicaron si habían encontrado el burro o lo habían matado. Esperé a que me lo dijeran pero no iba a preguntarles. Mientras hacían los preparativos, el señor Acosta me explicó que la tienda estaba allí porque los buitres vigilaban desde grandes distancias, dando vueltas en lo alto, fuera de vista pero ciertamente capaces de ver todo lo que por allí pasaba.
-Estas criaturas son criaturas sólo de vista -dijo el señor Acosta-. Tienen un oído miserable y el olfato no lo tienen tan bueno como la vista. Tenemos que rellenar todos los agujeros del cadáver. No quiero que te asomes por ningún agujero, porque si te ven el ojo nunca bajarán. No deben ver nada.
Metieron unos palos dentro de la panza del burro y los cruzaron, dejándome lugar para meterme. En un momento dado, hice finalmente la pregunta que me tenía intrigado.
-Dígame, señor Acosta, este burro seguramente se murió de alguna enfermedad, ¿no? ¿Cree usted que me pueda afectar?
El señor Acosta levantó los ojos al cielo:
-¡Carajo! No puedes ser así de tonto. Las enfermedades de los burros no pueden ser transmitidas al hombre. Vamos a vivir esta aventura y no preocuparnos por los pinches detalles. Si yo fuera más bajo, estaría yo dentro de la panza del burro. ¿Sabes lo que es cazar al rey de los buitres?
Le creí. Sus palabras eran suficientes para crear una capa de confianza sin par sobre mí. No me iba a descomponer y a perderme el suceso de sucesos.
El momento aterrador vino cuando el señor Acosta me metió dentro del burro. Luego estiraron la piel sobre la armadura y le hicieron costuras para cerrarla. Dejaron, sin embargo, una parte abierta contra el suelo para dejar circular el aire. El momento horrendo para mí fue cuando se cerró por completo la piel sobre mi cabeza, como la tapa de un ataúd. Respiré profundamente, pensando solamente en la excitación de agarrar el rey de los buitres por el cuello.
El señor Acosta me dio instrucciones de último momento. Dijo que me avisaría en el momento en que el buitre se viera volar por allí y cuando aterrizara, por un silbido que parecía llamada de ave, para informarme y para prevenir que me moviera o impacientara. Entonces oí que desarmaban la tienda, y que sus caballos se alejaban. Mejor que no dejaran ningún espacio para poder espiar porque es precisamente lo que hubiera hecho. La tentación de mirar hacia arriba y ver lo que pasaba era casi irresistible.
Pasó largo tiempo sin que pensara en nada. Entonces oí el silbido del señor Acosta y supuse que daba vueltas el buitre rey. Mi suposición se volvió certeza cuando oí el aleteo de unas poderosas alas y, de pronto, el cadáver del burro empezó a sacudirse como si estuviera experimentando un

huracán. Entonces sentí un peso sobre el cadáver y supe que el buitre rey había aterrizado sobre el burro y ya no se movía. Oí el aleteo de otras alas y el silbido del señor Acosta, a la distancia. Me preparé para lo inevitable. El cadáver empezó a mecerse mientras algo hacía pedazos la piel.
Luego, de pronto, una enorme cabeza feísima con una cresta roja, un pico enorme y un penetrante ojo abierto, entró violentamente. Grité de susto y le agarré el cuello con las dos manos. Creo que por un instante sorprendí al buitre rey porque no hizo nada y me dio oportunidad de agarrarle el cuello con más fuerza, y entonces la cosa se puso fea. El buitre salió de su sorpresa y empezó a tirar con tal fuerza que me dio un golpe contra la armadura, y al instante quedé medio fuera del cadáver del burro, armadura y todo, agarrado del cuello de la bestia invasora con toda la fuerza de mi vida.
Oí a la distancia el galope del caballo del señor Acosta. Oí que gritaba:
-¡Suéltalo, chico, suéltalo, que te va a llevar volando!
El buitre rey ciertamente o iba a llevarme con él o iba a hacerme pedazos con la fuerza de sus garras. No me pudo agarrar del todo porque su cabeza estaba metida entre la víscera y la armadura. Sus garras se resbalaban sobre los intestinos y no llegaban a tocarme. Otra cosa que me salvó fue que la fuerza del buitre estaba concentrada en liberarse de mi agarre, y no podía mover las garras hacia adelante lo suficiente para herirme. En seguida, en el momento preciso en que se me zafaron los guantes de cuero, el señor Acosta aterrizó encima del buitre.
Estaba rebosante de alegría.
-¡Lo logramos, chico, lo logramos! -me dijo-. La próxima vez ponemos estacas más largas para que el buitre no dé un tirón y te atamos a la armadura.
Mi asociación con el señor Acosta había durado lo suficiente para cazar un buitre. Luego, mi interés en seguirlo desapareció tan misteriosamente como había aparecido al principio, y nunca tuve la oportunidad de agradecerle por todo lo que me había enseñado.
Don Juan dijo que me había enseñado la paciencia del cazador en el mejor momento para aprenderla; y sobre todo, me había enseñado a sustraer de la soledad todo el alivio que necesita el cazador.
-No puedes confundir la soledad con estar solo -me explicó don Juan una vez-. La soledad para mí es psicológica, es un estado mental. El estar solo es físico. Uno debilita, el otro da alivio.
Por todo esto, don Juan había dicho, tenía yo una gran deuda para siempre con el señor Acosta, comprendiera o no el estar agradecido de la manera que lo comprende un guerrero-viajero.
La segunda persona con la cual don Juan pensaba que tenía que estar agradecido era con un niño de mi misma edad que conocí a los diez años. Se llamaba Armando Velez. Tal como su nombre, era extremadamente elegante, tieso, en resumen, un niño viejo. Me gustaba porque era seguro en lo que hacía y a la vez muy amigable. Era alguien a quien no se lo podía intimidar fácilmente. Se metía a pelearse con cualquiera si era necesario y sin embargo no era para nada un bravucón.
Los dos salíamos a pescar juntos. Pescábamos peces muy pequeños, de los que vivían bajo las piedras, y teníamos que agarrarlos con las manos. Los poníamos a secar al sol y nos los comíamos crudos, algunas veces todo el día.
Me gustaba además el hecho de que era muy ingenioso y listo, a la vez que ambidiestro. Podía lanzar una piedra con la izquierda más lejos que con la derecha. Sabía de incontables juegos competitivos en los que, para mi desilusión, siempre me ganaba. Me ofrecía una especie de disculpa, diciéndome: «Si voy más lento y te dejo ganar, me vas a odiar. Lo verás como un insulto a tu hombría. Así es que esfuérzate más".
Debido a su comportamiento extremadamente digno, lo llamábamos «Señor Velez», pero el «Señor» se abreviaba a «Sho», una costumbre típica de la región de Sudamérica de donde vengo.

Un día Sho Velez me preguntó algo fuera de lo común. Empezó como siempre, desde luego, como un desafío.
-Te apuesto lo que quieras -me dijo-, que yo sé algo que no te atreverías a hacer.
-¿De qué hablas, Sho Velez?
-¿A que no te atreves a bajar por el río en una balsa?
-Por supuesto que lo haría. Lo hice una vez en un río acrecentado. Me quedé varado una vez durante ocho días. Tuvieron que flotarme alimentación.
Era la verdad. Mi otro mejor amigo era un niño que llevaba el mote de Pastor Loco. Nos quedamos varados en una inundación sobre una isla sin que hubiera manera de rescatarnos. La gente del pueblo esperaba que el agua subiera y nos matara a los dos. Flotaron cestas de alimentación por el río con la esperanza de que llegaran a la isla y así fue. Así nos mantuvieron vivos hasta que bajó el agua lo suficiente para que llegaran a nosotros con una balsa y nos subieran a la ribera del río.
-No, esto es otro asunto -continuó Sho Velez con su aire de erudito-. Esto implica bajar en balsa a un río subterráneo.
Me recordó que una enorme parte del río local pasaba por debajo de un monte. Esa parte subterránea siempre me había intrigado sobremanera. Su entrada al monte era una terrible cueva de buen tamaño, siempre llena de murciélagos y de olor a amoníaco. A los niños de la región se les decía que era la boca del infierno: azufre, humos, calor, olor.
-¡Te apuesto tu culo pestífero que no me voy a acercar a ese río mientras esté vivo, Sho Velez! -le grité-. Aunque viva diez vidas. Tienes que estar loco del todo para hacer algo así.
La cara seria de Sho Velez se volvió aún más seria.
-Ah -dijo- Entonces tendré que hacerlo yo solo. Pensé por un instante que podía empujarte a ir conmigo. Me equivoqué. La pérdida es mía.
-Ey, Sho Velez, ¿qué te pasa? ¿Por qué demonios quieres ir a ese lugar infernal?
-Tengo que hacerlo -dijo en su vocecita baja y ronca-. Ves, mi padre es tan loco como tú, pero es padre y esposo. Hay seis personas que dependen de él. De otra manera, sería tan loco como una cabra. Mis dos hermanas, mis dos hermanos, mi madre y yo dependemos de él. Él es todo para nosotros.
No sabía quién era el padre de Sho Velez. Nunca lo había visto. No sabía a qué se dedicaba para ganarse la vida. Sho Velez me reveló que su padre era un hombre de negocios y que todo lo que tenía estaba en riesgo.
-Mi padre ha construido una balsa y quiere ir. Quiere hacer esa expedición. Mi madre dice que es puro humo, pero yo no me fío -continuó Sho Velez-. Le he visto esa mirada de loco en los ojos. Uno de estos días lo va a hacer, y estoy seguro de que va a morir. Así es que voy a tomar la balsa para ir al río yo mismo. Sé que voy a morir, pero mi padre no morirá.
Sentí que me pasaba como una corriente eléctrica por el cuello, y me oí decir en el tono más agitado que uno pueda imaginar:
-¡Lo hago, Sho Velez, lo hago! ¡Sí, sí va a ser estupendo, yo voy contigo!
Sho Velez hizo una mueca. La comprendí como una mueca de alegría porque iba con él, no porque él había conseguido convencerme. Expresó ese sentimiento en su siguiente frase:
-Sé que si tú me acompañas voy a sobrevivir.
No me importaba que sobreviviera Sho Velez o no. Lo que me había galvanizado era su valor. Sabía que Sho Velez tenía tripas de acero para hacer lo que decía. Él y Pastor Loco eran los únicos del pueblo con tripas de acero. Los dos poseían algo que yo consideraba único y desconocido: valor. Nadie más en el pueblo lo tenía. Los había puesto a todos a prueba. A mi manera de ver, todos estaban muertos, incluyendo el amor de mi vida, mi abuelo. Sabía esto sin duda alguna a la edad de diez años. La valentía de Sho Velez fue una comprensión abrumadora para mí. Quería estar con él hasta el fin, fuera como fuera.

Hicimos planes para encontrarnos al primer rayo, que es lo que hicimos, y los dos cargamos la ligera balsa de su padre por cuatro o cinco kilómetros fuera del pueblo, a unas montañas bajas y verdes a la entrada de la cueva, donde el río se volvía subterráneo. El olor a guano era insoportable. Nos subimos a la balsa y empujamos dentro de la corriente. La balsa llevaba linternas eléctricas que tuvimos que encender inmediatamente. Dentro de la montaña todo era negrura, y estaba húmedo y caluroso. La profundidad del agua era suficiente para que la balsa flotara, y la corriente bastante rápida para no tener que remar.

Las linternas creaban sombras grotescas. Sho Velez me susurró al oído que lo mejor sería no ver porque era más que aterrador. Tenía razón; era nauseabundo, opresivo. Las luces despertaron a los murciélagos, que comenzaron a volar alrededor de nosotros, aleteando caóticamente. Al penetrar más profundamente en la cueva, ya ni había murciélagos, sólo un pesado aire fétido, difícil de respirar. Después de lo que me parecieron horas, llegamos a una especie de estanque de gran profundidad; casi no se movía. Parecía como si la corriente mayor hubiera sido represada.

-Estamos atascados -me susurró de nuevo Sho Velez al oído-. No hay manera de que pase la balsa, y no hay manera de regresar.

La corriente estaba demasiado fuerte para intentar un viaje de regreso. Decidimos que teníamos que encontrar salida. Me di cuenta de que si nos parábamos encima de la balsa podíamos alcanzar el techo de la cueva, lo cual significaba que el agua estaba represada casi hasta el techo. La entrada se parecía a una catedral, y tenía unos quince metros de tamaño. Mi conclusión fue que estábamos encima de un estanque como de quince metros de profundidad.

Atamos la balsa a una roca y empezamos a nadar hacia abajo, buscando movimiento de agua, una corriente. Todo estaba húmedo y caluroso en la superficie, pero muy frío hacia abajo. Mi cuerpo sintió el cambio de temperatura y me asusté, un extraño terror animal que nunca había experimentado. Sho Velez debió haber sentido lo mismo. Chocamos al llegar a la superficie.

-Creo que nos acercarnos a la muerte -me dijo con solemnidad.

No compartía yo ni su solemnidad ni su deseo de morir. Frenéticamente, busqué una apertura. Las aguas de las inundaciones debían haber llevado rocas que formaron la represa. Encontré un agujero de suficiente apertura para que pasara mi cuerpo de diez años. Agarré a Sho Velez y se lo mostré. Era imposible que pasara por allí la balsa. Sacamos la ropa de la balsa, la hicimos una bola y nadamos hacia abajo cargándola hasta que volvimos a encontrar el agujero y pasamos por él.

Terminamos en un tobogán de agua, como los que hay en los parques de diversión. Rocas cubiertas de alga y musgo nos permitieron deslizarnos por una enorme distancia sin hacernos daño. Entonces llegamos a una cueva como catedral, donde continuaba fluyendo el agua hasta el nivel de la cintura. Vimos la luz del cielo al final de la cueva y salimos a pie. Sin decir ni una palabra, extendimos la ropa al sol para que se secara, y regresamos al pueblo. Sho Velez estaba casi inconsolable por haber perdido la balsa de su padre.

-Mi padre hubiera muerto allí -reconoció finalmente-. Su cuerpo nunca hubiera podido pasar por el agujero por donde pasamos nosotros. Es demasiado grande. Mi padre es un hombre gordo y grande -dijo-. Pero hubiera sido suficientemente fuerte para volver caminando a la entrada.

Lo dudaba. Mi recuerdo era que por momentos, a causa de la inclinación, la corriente era brutalmente fuerte. Reconocí que, posiblemente, un hombre grande y desesperado podría haber caminado hacia fuera finalmente con la ayuda de cables y un gran esfuerzo.

La cuestión de si el padre de Sho Velez hubiera muerto allí o no no se resolvió entonces, pero no me importaba. Lo que me importó por primera vez en mi vida, es que sentí el veneno de la envidia. Sho

Velez era la primera persona a quien había envidiado yo en toda mi vida. Él tenía alguien por quien dar la vida y me había comprobado que lo haría. Yo no tenía a nadie, y no había comprobado nada.
De forma simbólica, le otorgué todos los laureles a Sho Velez. Su triunfo era total. Yo me retiré. Ése era su pueblo, ésa era su gente, y él era el mejor de todos ellos. Cuando nos despedimos ese día, di voz a una banalidad que resultó ser la profunda verdad cuando dije:
-Sé el rey de todos ellos, Sho Velez. Eres el mejor.
Nunca volví a hablar con él. A propósito terminé con nuestra amistad. Sentía que era el único gesto con que podía demostrar cuán profundamente él me había afectado.
Don Juan creía que mi deuda con Sho Velez era imperecedera porque él era el único que me había enseñado que tenemos que tener algo por qué morir antes de pensar que tenemos algo por qué vivir.
-Si no tienes nada por qué morir -me dijo don Juan una vez-, ¿cómo puedes sostener que tienes algo por qué vivir? Los dos van mano a mano y la muerte lleva el timón.
La tercera persona con quien don Juan pensaba que estaba yo endeudado más alla de mi vida y mi muerte era mi abuela por parte de mi madre. En mi afecto ciego por mi abuelo, el macho, me había olvidado de que la verdadera fuente de fuerza en esa casa era mi muy excéntrica abuela. Muchos años antes de que yo llegara a su casa, ella había salvado de ser linchado a un indio del lugar. Lo habían acusado de ser brujo. Unos jóvenes coléricos ya lo tenían colgado de un árbol del terreno de mi abuela. Ella los vio y los paró. Todos los linchadores, al parecer, eran sus ahijados y no se hubieran atrevido a desafiarla. Bajó al hombre y lo llevó a casa a curarle las heridas. La soga ya le había dejado una profunda herida en el cuello.
Se sanó de sus heridas pero nunca dejó a mi abuela. Sostenía que su vida terminó el día del linchamiento y que cualquier nueva vida que tenía ya no era de él; le pertenecía a ella. Como hombre de palabra, dedicó su vida a servir a mi abuela. Era su camarero, su mayordomo, su consejero. Mis tías decían que él le había aconsejado a mi abuela que recogiera como suyo a un huérfano recién nacido y a criarlo como su propio hijo, algo que resentían amargamente.
Cuando llegué a la casa de mis abuelos, el hijo adoptivo de mi abuela ya lindaba en los finales de los treinta. Lo había mandado a estudiar a Francia. Una tarde, inesperadamente, un hombre recio, sumamente elegante, se bajó de un taxi delante de la casa. El chófer llevó sus maletas de piel al patio. El hombre recio le dio una buena propina. Me fijé de inmediato que las facciones del hombre recio eran de gran atractivo. Tenía pelo rizado y largo, las pestañas rizadas. Era muy guapo sin ser físicamente bello. Su mejor característica, sin embargo, era su radiante sonrisa abierta con que se dirigió a mí.
-¿Puedo saber su nombre, joven? -me dijo con la voz de actor de teatro más bella que jamás había escuchado.
El hecho de que me dijera «joven» le ganó mi simpatía de inmediato.
-Me llamo Carlos Aranha, señor -le dije-. ¿Y me permite saber a quién tengo el gusto de saludar?
Hizo un gesto de disimulada sorpresa. Abrió los ojos y saltó hacia atrás como si alguien lo hubiera atacado. Entonces se echó una enorme carcajada. Al oír la carcajada, mi abuela salió al patio. Cuando vio al recio hombre, gritó como una niña y lo abrazó con enorme afecto. Él la levantó como si no pesara nada y le dio de vueltas. Entonces me di cuenta de que era muy alto. Su peso escondía su altura. Tenía el físico de un peleador profesional. Se dio cuenta de que lo estaba mirando. Dobló los bíceps.
-Conozco algo de boxeo, señor -dijo plenamente consciente de lo que yo pensaba.
Mi abuela me lo presentó. Dijo que era su hijo, Antoine, su bebé, la luz de sus ojos; dijo que era dramaturgo, director de teatro, escritor, poeta.

El hecho de ser buen atleta era lo que me importaba. No comprendí al principio que era hijo adoptivo. Me di cuenta, sin embargo, de que no se parecía a los demás familiares. Mientras que los otros de la familia eran cadáveres ambulantes, él estaba vivo con una vitalidad que venía desde adentro. Nos llevamos muy bien. Me gustaba que entrenara todos los días, dándole de puñetazos a un saco de arena. Me gustaba inmensamente que no sólo le daba puñetazos sino también patadas, una mezcla asombrosa de boxeo y patada. Tenía el cuerpo duro como una roca.

Un día Antoine me confesó que su único ferviente deseo en la vida era ser un escritor notable.

-Lo tengo todo -dijo-. La vida ha sido sumamente generosa conmigo. Lo único que no tengo es lo único que deseo: genio. Las musas no me quieren. Tengo aprecio por lo que leo, pero no puedo crear nada que me guste leer. Ése es mi tormento; me falta la disciplina o la simpatía para atraer a las musas, así es que mi vida está tan vacía que no se lo puede uno imaginar.

Antoine continuó diciéndome que la única realidad que tenía era su madre. Dijo que mi abuela era su apoyo, su baluarte, su alma gemela. Terminó diciéndome algo muy perturbador:

-Si no tuviera a mi madre -dijo- no podría vivir.

Me di cuenta entonces de cuán profundamente estaba atado a mi abuela. Todas las horrendas historias que me habían contado mis tías acerca del mimado Antoine se hicieron verdaderas. Mi abuela en verdad lo había mimado más allá de la salvación. A la vez, parecían estar muy contentos juntos. Los veía sentados durante horas; él, su cabeza en el regazo de ella como si fuera todavía niño. Nunca había escuchado a mi abuela conversar con nadie durante tan largas horas.

De repente, un día, Antoine empezó a producir mucha obra escrita. Empezó a dirigir una obra dramática en el teatro local, una obra que él mismo había escrito. Cuando se estrenó, fue un éxito instantáneo. Sus poemas se publicaron en el periódico local. Parecía haber entrado en un estado creativo. Pero pocos meses después todo terminó. El director del periódico del pueblo abiertamente denunció a Antoine; lo acusó de plagio y publicó en el periódico la prueba de su culpa.

Mi abuela, desde luego, no quiso oír nada acerca del comportamiento de su hijo. Explicó que se trataba de una gran envidia. Cada una de esas personas del pueblo estaba envidiosa de la elegancia, del estilo de su hijo. Estaban envidiosos de su personalidad, de su gracia. Ciertamente, era la personificación de la elegancia y del savoir faire. Pero era un plagiador; no cabía la menor duda.

Antoine nunca defendió su comportamiento ante nadie. Me gustaba demasiado para preguntarle del asunto. Además, no me importaba. Sus razones eran sus razones en lo que a mí me concernía. Pero algo se rompió; desde aquel momento, nuestras vidas iban de salto en salto, por así decir. Las cosas cambiaban tan dramáticamente en la casa de un día para el otro que me acostumbré a que pudiera pasar cualquier cosa, lo mejor y lo peor. Una noche, mi abuela entró de la forma más dramática a la habitación de Antoine. Tenía una dureza en los ojos que nunca le había visto. Le temblaban los labios al hablar.

-Algo terrible ha sucedido, Antoine -empezó.

Antoine la interrumpió. Le rogó que le dejara explicarle todo.

Lo calló abruptamente.

-No, Antoine, no -dijo con firmeza-. Esto no tiene nada que ver contigo. Tiene que ver conmigo. En este momento tan difícil para ti, algo de mayor importancia ha sucedido. Antoine, hijo de mis entrañas, se me ha acabado el tiempo.

»Quiero que comprendas que esto es inevitable -siguió-. Tengo que irme, pero tú debes quedarte. Tú eres la suma total de todo lo que he hecho en mi vida. Por bien o por mal, Antoine, eres todo lo que soy. Dale una oportunidad a la vida. Al final, estaremos juntos de nuevo de todas ma-

neras. Entretanto, debes hacer, Antoine, debes hacer. Lo que sea no importa, con tal de que hagas.
Vi el cuerpo de Antoine estremecerse de angustia. Vi cómo contrajo su ser total, todos sus músculos, toda su fuerza. Era como si cambiara de velocidades, desde su problema que era como un río, al mismo océano.
-¡Prométeme que no te vas a morir hasta que mueras! -le gritó.
Antoine asintió.
Al día siguiente, siguiendo el consejo de su consejero-brujo, mi abuela vendió todas sus pertenencias, que eran bastantes, y le dio todo el dinero a su hijo, Antoine. Y al día siguiente, muy temprano, se llevó a cabo la escena más extraña que jamás habían presenciado mis ojos de diez años; el momento en que Antoine se despidió de su madre. Fue una escena tan irreal como la de un set de filmación; irreal en el sentido que parecía haber sido inventada, escrita en alguna parte, creada por una serie de ajustes que el escritor hace y que el director lleva a cabo.
El patio de la casa de mis abuelos era el decorado. El protagonista era Antoine, su madre la primera actriz. Antoine viajaba ese día. Iba al puerto. Iba a abordar un crucero italiano y cruzar el Atlántico a Europa, un viaje de placer. Estaba tan elegantemente vestido como siempre. Lo esperaba fuera de la casa, un taxista, sonando la bocina imperiosamente.
Yo había sido testigo de la última febril noche de Antoine, queriendo desesperadamente escribirle un poema a su madre.
-Es pura mierda -me dijo-. Todo lo que escribo es una mierda. Soy un don nadie.
Le aseguré, aunque yo tampoco era nadie para asegurárselo, que lo que escribiera sería maravilloso. En un momento dado me sobrevino el entusiasmo, y crucé ciertos parámetros que nunca debería haber cruzado.
-¡Créemelo, Antoine! -le grité-. Yo soy un peor don nadie que tú. Tú tienes mamá. Yo no tengo a nadie. Lo que escribas, sea lo que sea, va a estar muy bien.
Muy cortésmente, pidió que me fuera de su habitación. Había logrado que se sintiera un idiota al tener que tomar consejos de un nene que era un don nadie. Amargamente, sentí mi arrebato. Hubiera querido que siguiera siendo mi amigo.
Antoine tenía su abrigo perfectamente doblado y lo llevaba sobre su hombro derecho. Llevaba un traje de un verde precioso, de cachemir inglés.
Se oyó la voz de mi abuela:
-Tenemos que apresurarnos, amor -dijo-. El tiempo apremia. Tienes que irte. Si no te vas, esta gente te va a matar por el dinero.
Se refería a sus hijas y a sus maridos, que estaban fúricos cuando se enteraron de que su madre muy calladamente las había desheredado, y que el horrendo Antoine, su archi-enemigo, se iba a ir con todo lo que tenía que haber sido de ellas.
-Siento tener que hacerte pasar por todo esto -dijo mi abuela en tono de disculpa-. Pero como bien sabes, el tiempo marcha a otro compás que el de nuestros deseos.
Antoine se dirigió a ella con su grave voz, preciosamente modulada. Parecía, más que nunca, un actor de teatro.
-Sólo te pido un minuto, madre -dijo-. Quisiera leerte algo que escribí para ti.
Era un poema de agradecimiento. Cuando terminó la lectura, hizo una pausa. Había una riqueza de sentimientos en el aire, una vibración.
-Que hermosura, Antoine -dijo mi abuela con un suspiro-. El poema expresa todo lo que me querías decir. Todo lo que yo quería oír de ti. -Hizo una pausa por un instante. Entonces sus labios se abrieron en una sonrisa exquisita.
-¿Plagiado, Antoine? -le preguntó.
La sonrisa de Antoine era igualmente radiante:
-Por supuesto, madre -dijo-, por supuesto.
Se abrazaron, hechos un mar de lágrimas. La bocina del taxi sonó con mayor impaciencia. La mirada de Antoine cayó sobre mí, escondido debajo de la escalera. Asintió como para decir: «Adiós. Cuídate". Entonces dio la vuelta y sin mirar de nuevo

a su madre, corrió hacia la puerta. Tenía treinta y siete años pero aparentaba sesenta; parecía llevar una carga tan gigantesca sobre sus hombros. Se detuvo antes de llegar a la puerta al oír la voz de su madre advirtiéndole por última vez:
-No mires hacia atrás, Antoine -dijo-. Nunca mires hacia atrás. Sé feliz y hazlo. ¡Hazlo! Allí está el truco. ¡Hazlo!
La escena me llenó de una extraña tristeza que perdura hasta hoy día: una melancolía inexplicable que don Juan dijo tenía que ver con mi primer conocimiento de que sí se nos acaba el tiempo.
Al día siguiente, mi abuela se fue con su consejero/camarero/criado a emprender un viaje a un lugar mítico llamado Rondonia, donde su ayudante-brujo iba a buscarle una curación. Mi abuela estaba enferma de muerte, aunque yo no lo sabía. Nunca regresó, y don Juan me explicó que la venta de sus pertenencias y el dárselas a Antoine fue una maniobra maravillosa de brujería que su consejero llevó a cabo para desligarla del cuidado de su familia. Estaban tan fúricos con mamá por su acción que no les importaba si regresaba o no. Yo tenía la idea de que ni se dieron cuenta de que se había ido.
Encima de esa plana meseta, recordé todos esos sucesos como si hubieran pasado hacía un instante. Cuando les expresé mi agradecimiento, logré que regresaran a esa cima. Al terminar mis gritos, mi soledad era algo inexpresable. Estaba llorando desconsoladamente.
Don Juan me explicó con gran paciencia que la soledad es inadmisible para un guerrero. Dijo que los guerreros-viajeros pueden contar con un ser sobre el cual pueden enfocar todo su afecto, todo su cariño: esta tierra maravillosa, la madre, la matriz, el epicentro de todo lo que somos y de todo lo que hacemos; el mismo ser al cual todos regresamos; el mismo ser que permite a los guerreros-viajeros emprender su viaje definitivo.
Entonces don Genaro ejecutó un acto de intento mágico para mi beneficio. Acostado sobre el estómago, hizo una serie de movimientos deslumbrantes. Se convirtió en un globo de luminosidad que parecía estar nadando como si la tierra fuera una alberca. Don Juan dijo que era la manera en que Genaro abrazaba la inmensa tierra y a pesar de la diferencia de tamaño, la tierra reconocía ese gesto de Genaro. La visión de los movimientos de Genaro y la explicación de don Juan transformaron mi soledad en una felicidad sublime.
-No soporto la idea de que se vaya, don Juan -me oí decir-. El sonido de mi voz y lo que había dicho me avergonzó. Cuando empecé a sollozar involuntariamente, debido a mi autocompasión, me sentí aún peor. -¿Qué me pasa don Juan? -murmuré-. No soy así de costumbre.
-Lo que te pasa es que tu conciencia está de nuevo al nivel de tus talones -me replicó, riéndose.
Entonces perdí el último ápice de dominio y me entregué por completo a mis sentimientos de decaimiento y desesperanza.
-Me voy a quedar solo -dije en una voz chillante-. ¿Qué va a pasar conmigo?
-Veámoslo de esta manera -dijo don Juan tranquilamente-. Para que yo deje esta tierra y me enfrente a lo desconocido, necesito de toda mi fuerza, de todo mi dominio, de toda mi suerte; pero sobre todo, necesito cada ápice de los cojones de acero de un guerrero-viajero. Para quedarte aquí y batallar como un guerrero-viajero necesitas todo lo que yo mismo necesito. Aventurarse allí afuera adonde vamos nosotros no es broma, pero tampoco lo es quedarse aquí.
Tuve un arranque de emoción y le besé la mano.
-¡So, so, so! -me dijo-. ¡No más falta les vas a hacer un altar a mis guaraches!
La angustia que me sobrevino cambió mi estado de autocompasión a un sentimiento de pérdida sin igual.
-¡Se va usted! -murmuré-. ¡Se va para siempre!
En aquel momento don Juan me hizo algo que me había hecho repetidas veces desde el día en que lo conocí. Se le infló la cara como si el profundo suspiro que tomaba lo

hubiera inflado. Me dio un toque fuerte en la espalda, con la palma de su mano izquierda y dijo:
-¡Levántate de tus talones! ¡Levántate!
Al instante, estaba yo de nuevo coherente, completo, con total dominio. Sabía lo que me esperaba. Ya no había vacilación por mi parte, ni preocupación por mí mismo. No me importaba lo que me iba a pasar cuando se fuera don Juan. Sabía que su partida era inminente. Me miró, y en esa mirada me lo dijo todo.
-Nunca más estaremos juntos -me dijo calladamente-. Ya no necesitas mi ayuda; y no te la ofrezco, porque si vales como guerrero-viajero, me escupirás en la cara por ofrecértela. Más allá de ciertos parámetros, la única felicidad de un guerrero-viajero es su estado solitario. No quisiera que tú trataras de ayudarme tampoco. Una vez que me vaya, estaré ido. No pienses más en mí porque yo no voy a pensar más en ti. Si eres un guerrero-viajero que vale lo que pesa, ¡sé impecable! Cuida tu mundo. Hónralo; vigílalo con tu vida.
Se alejó de mí. El momento estaba más allá de la autocompasión o de las lágrimas o de la felicidad. Movió la cabeza como para despedirse o como si reconociera lo que yo sentía.
-Olvídate del Yo y no temerás nada, no importa el nivel de conciencia en que te encuentres -me dijo.
Tuvo un arranque de levedad. Me hizo una última broma sobre esta tierra.
-¡Ojalá encuentres amor! -me dijo.
Levantó su palma hacia mí y estiró los dedos como un niño, contrayéndolos luego contra la palma.
-Ciao -dijo.
Sabía que era inútil sentir tristeza o lamentarme y que era tan difícil quedarme como para don Juan irse. Los dos estábamos dentro de una maniobra energética irreversible que ninguno de los dos podía detener. Sin embargo, quería unirme con don Juan, seguirlo a donde fuera. Se me ocurrió la idea de que si me moría él me llevaría con él.
Entonces vi cómo don Juan Matus, el nagual, conducía a sus quince compañeros videntes, sus protegidos, sus deleites, a desaparecer uno por uno en la bruma de aquella meseta hacia el norte. Vi cómo cada uno de ellos se convertía en un globo luminoso y juntos ascendían y flotaban encima de la cima de la montaña como luces fantasmas en el cielo. Dieron una vuelta sobre la cima de la montaña tal como había dicho don Juan que lo harían; su última vista, la que es sólo para sus ojos; su última vista de esta tierra maravillosa. Y luego se desvanecieron.
Supe lo que tenía que hacer. Se me había acabado el tiempo. Eché a correr a toda velocidad hacia el precipicio y salté al abismo. Sentí el viento en mi cara por un momento, y luego, la negrura más piadosa me tragó como un pacífico río subterráneo.

EL VIAJE DE REGRESO

Tenía vaga conciencia del fuerte ruido de un motor que parecía correr una carrera estacionado. Pensé que los empleados del estacionamiento que estaba detrás del edificio de mi despacho/apartamento estaban componiendo un auto. El ruido se hizo tan intenso que finalmente me despertó por completo. Los maldije en silencio, por hacer sus composturas debajo de mi ventana. Tenía calor, cansancio, y estaba sudando. Me senté en la orilla de mi cama, y sentí los calambres más dolorosos en las pantorrillas. Me masajeé por un momento. Estaban tan contraídas que temía que el resultado serían unos horrendos moretones. Automáticamente, me dirigí al baño a buscar ungüento. No podía caminar. Estaba mareado. Me caí, algo que nunca me había sucedido anteriormente. Cuando recuperé un mínimo de control, me di cuenta de que ya no me preocupaban los calambres. Siempre había estado al borde de ser hipocondríaco. Un dolor como el que sentía en las pantorrillas usualmente resultaba en un estado caótico de ansias.
Me acerqué a la ventana para cerrarla, aunque ya no oía el ruido. Me di cuenta

de que estaba cerrada con llave y de que afuera estaba oscuro. ¡Era de noche! El cuarto estaba cerrado. Abrí las ventanas. No podía comprender por qué las había cerrado. El aire de la noche estaba fresco. El estacionamiento estaba vacío. Se me ocurrió que el ruido había venido de algún coche que aceleraba en el callejón entre el estacionamiento y mi edificio. Dejé de pensar en ello y regresé a mi cama para dormirme. Me acosté a través de la cama, los pies en el suelo. Quería dormirme así para ayudar a la circulación en las pantorrillas que estaban tan doloridas, pero no estaba seguro si sería mejor tenerlas hacia abajo o quizás levantarlas sobre una almohada.

Empezaba a descansar cómodamente y a dormirme de nuevo, cuando me vino un pensamiento con tanta fuerza que me puse de pie de un simple movimiento. ¡Había saltado a un abismo en México! En seguida, llegué a una deducción casi lógica. Como había saltado al abismo deliberadamente para morir, tenía que ser un fantasma. Qué extraño, pensé, que regresara como fantasma a mi despacho/apartamento en la esquina de Westwood y Wilshire en Los Ángeles después de muerto. Con razón mis sentimientos no eran los mismos. Pero si era fantasma, razoné, ¿por qué sentía la ráfaga de aire fresco en la cara, o el dolor en las pantorrillas?

Toqué las sábanas de la cama; eran reales. También el armazón de hierro. Entré en el baño. Me miré al espejo. Mi semblante sí podía ser de fantasma. Me veía como el mismo demonio. Tenía los ojos hundidos, con círculos negros alrededor. Estaba deshidratado, o muerto. En una reacción automática, bebí agua directamente de la llave. La tragué. Tomé trago tras trago, como si no hubiera tomado agua durante días. Sentí mis profundas inhalaciones. ¡Estaba vivo! ¡Por Dios, estaba vivo! Lo sabía sin la menor duda, pero no estaba rebosante de gusto como debiera haber estado.

Un pensamiento raro cruzó mi mente: había muerto y revivido antes. Estaba acostumbrado a eso; no significaba nada para mí. La intensidad del pensamiento, sin embargo, lo hizo un cuasi-recuerdo. Era un cuasi-recuerdo que no se originaba en las situaciones en que mi vida había estado en peligro. Era algo muy distinto. Era, más bien, el conocimiento nebuloso de algo que nunca había sucedido y que no tenía razón ninguna de estar en mis pensamientos.

No había duda ninguna en mi mente que había saltado al abismo en México. Estaba ahora en mi apartamento en Los Ángeles a una distancia de cuatro mil kilómetros de donde había saltado, sin recuerdo alguno de cómo había regresado. De manera automática, llené la tina de agua y me senté. No sentía el calor del agua; tenía los huesos helados. Don Juan me había enseñado que en momentos de crisis como éste, debía usar el agua corriente como factor purificante. Me acordé y me metí bajo la ducha. Dejé que el agua caliente corriera por todo mi cuerpo durante una hora.

Quería pensar racional y tranquilamente acerca de lo que me pasaba, pero no podía. Los pensamientos parecían haberse borrado de mi mente. Estaba sin pensamientos, y a la vez lleno hasta más no poder de sensaciones que me sobrevenían y que era incapaz de examinar. Todo lo que podía hacer era sentir sus golpes y dejar que pasaran por mí. La única elección conciente que hice fue vestirme y salir. Me fui a desayunar, algo que siempre hacía a cualquier hora del día o de la noche, en el restaurante Ships, que quedaba sobre Wilshire, a una cuadra de mi despacho/apartamento.

Había caminado tantas veces desde mi despacho a Ships que me sabía cada paso del camino. Esa misma caminata, esta vez fue una novedad. No sentía mis pasos. Era como si hubiera un cojín debajo de mí o como si la banqueta estuviera alfombrada. Casi me deslizaba. Me encontré de pronto en la puerta del restaurante después de lo que pensé que habían sido dos o tres pasos. Sabía que podía tragar alimentación porque había tomado agua

en mi apartamento. También sabía que podía hablar porque me había limpiado la garganta y maldicho mientras corría el agua sobre mí. Entré en el restaurante como siempre. Me senté a la barra y la mesera que me conocía se me acercó.
-Te ves malísimo hoy, corazón -me dijo-. ¿Estás con gripe?
-No -le contesté, aparentando estar de buen humor-. He estado trabajando demasiado. Estuve despierto durante veinticuatro horas escribiendo un ensayo para una clase. A propósito, ¿qué día es hoy?
Miró su reloj y me dio la fecha, explicándome que tenía un reloj especial con calendario, un regalo de su hija. También me dio la hora: 3.15 a.m.
Pedí huevos con biftec, papas y pan blanco tostado con mantequilla. Cuando se alejó a traerme el pedido, otra ola de horror me sobrevino. ¿Era una ilusión el haber saltado al abismo en México al anochecer del día anterior? Pero aunque el salto hubiera sido simplemente una ilusión, ¿cómo era que había regresado a Los Ángeles desde un lugar tan remoto sólo diez horas después? ¿Había dormido durante diez horas? ¿O era, que me había tomado diez horas para volar, deslizar, flotar o lo que fuera a Los Ángeles? El haber viajado a Los Ángeles por vías normales desde el lugar donde había saltado al abismo no era posible porque tomaba dos días de viaje para llegar a la Ciudad de México desde el lugar donde había saltado.
Otro pensamiento extraño me sobrevino. Tenía la misma calidad de mi cuasi-recuerdo de haber muerto y revivido antes, y la misma calidad de serme totalmente ajeno. Mi continuidad estaba ahora rota sin posibilidad de repararse. En verdad había muerto de una forma u otra en el fondo de aquel barranco. Era imposible comprender el hecho de estar vivo y desayunando en Ships. Era imposible mirar hacia atrás a mi pasado y ver la línea ininterrumpida de sucesos continuos que todos vemos cuando echamos la vista hacia el pasado.
La única explicación a mi alcance era que había seguido las órdenes de don Juan. Había movido mi punto de encaje a una posición que me previno la muerte, y desde el silencio interno, había hecho el viaje de regreso a Los Ángeles. No había otra base en la que me pudiera apoyar. Por la primerísima vez, esta línea de pensamiento me era totalmente aceptable y totalmente satisfactoria. No me explicaba nada en verdad, pero sí señalaba un procedimiento pragmático que había comprobado de una forma sencilla cuando encontré a don Juan en el pueblo de nuestra elección, y este pensamiento pareció calmar mi estado de ánimo.
Intensos pensamientos empezaron a aparecer en mi mente. Tenían la cualidad única de aclarar problemas. El primero que surgió tenía que ver con algo que me había molestado siempre. Don Juan lo había descrito como algo que ocurre usualmente entre chamanes hombres: mi incapacidad de recordar sucesos que habían tenido lugar mientras estaba en estados de conciencia acrecentada.
Don Juan había explicado que la conciencia acrecentada era un desplazamiento mínimo de mi punto de encaje que él lograba, cada vez que yo lo visitaba, al darme un golpecito en la espalda. Con tales desplazamientos me ayudaba a atraer campos de energía que usualmente estaban en la periferia de mi conciencia. En otras palabras, los campos de energía que usualmente estaban a la orilla de mi punto de encaje estaban al centro durante ese desplazamiento. Un desplazamiento de esta naturaleza tenía dos resultados para mí: una agudeza extraordinaria de pensamiento y percepción, y la incapacidad de recordar, una vez que volvía a mi estado de conciencia normal, lo que había ocurrido durante el otro estado.
Mis relaciones con mis cohortes era un ejemplo de ambos resultados. Tenía cohortes, los otros aprendices de don Juan, mis compañeros para mi viaje definitivo. Había tenido interacción con ellos sólo durante estados de conciencia acrecentada. La claridad y el ámbito de nuestra inte-

racción era magnífico. La única falla para mí era que en mi vida cotidiana existían como cuasi-recuerdos conmovedores que me llenaban de desesperación, de ansiedad y expectativas. Podría decir que en mi vida normal andaba siempre en busca de alguien que iba a aparecer de pronto delante de mí, quizá saliendo de un edificio de oficinas, quizá dando la vuelta en una esquina y chocando contra mí. Adondequiera que fuera, mis ojos iban de aquí a allá, involuntariamente y sin cesar, buscando a gente que no existía pero que sí existía más que nadie.

Sentado aquella mañana en Ships, todo lo que me había ocurrido en estado de conciencia acrecentada durante los años con don Juan, desde el más pequeño detalle se convirtió otra vez en un recuerdo continuo sin interrupción. Don Juan había lamentado el hecho de que un chamán hombre que es por fuerza el nagual, tuviera que ser fragmentado a causa del bulto de su masa energética. Dijo que cada fragmento vivía un rango específico de un ámbito total de actividad, y que los sucesos que experimentaba en cada fragmento tenían que unirse algún día para formar una visión completa, consciente, de todo lo que había pasado en su vida total.

Mirando directamente a mis ojos, me dijo que esa unificación lleva años y que le habían contado de algunos casos de naguales que nunca llegaron al ámbito total de sus actividades de manera consciente y que, a consecuencia, vivían fragmentados.

Lo que experimenté esa mañana en Ships fue algo más allá de lo imaginado en mis más aberradas fantasías. Don Juan me había dicho repetidas veces que el mundo de los chamanes no es un mundo inmutable, donde la palabra es final, sin cambio, sino que es un mundo de fluctuación eterna donde nada puede darse por hecho. El salto al abismo había modificado mi cognición tan drásticamente que ahora permitía la entrada de posibilidades indescriptibles y portentosas.

Pero todo lo que podría decir acerca de la unificación de mis fragmentos cognitivos no es nada en comparación con su realidad. Esa mañana fatal en Ships, experimenté algo infinitamente más poderoso que lo que experimenté el día que vi energía tal como fluye en el universo por primera vez, el día que me encontré en cama en mi despacho/apartamento después de haber estado en el campo de UCLA, sin realmente ir a casa de la manera en que mi sistema cognitivo lo exigía para que el suceso entero fuera real. En Ships, integré todos los fragmentos de mi ser. Había actuado en cada uno con certeza y perfecta consistencia, y sin embargo no tenía idea alguna de cómo lo había hecho. Era yo en esencia, un gigantesco rompecabezas; y encajar cada pieza en su lugar, produjo un efecto que no tenía nombre.

Estaba en la barra de Ships, sudando profusamente, cavilando inútilmente, haciendo preguntas que no podían tener respuesta. ¿Cómo era todo esto posible? ¿Cómo llegué a estar fragmentado de tal manera? ¿Quiénes somos, en verdad? Ciertamente no las personas qué nos han hecho creer que somos. Tuve recuerdos de sucesos que nunca ocurrieron, en lo que a un centro mío concernía. Ni siquiera podía llorar.

-El chamán llora cuando está fragmentado -me había dicho don Juan una vez-. Cuando está completo, lo sobrecoge un escalofrío que puede, por ser tan intenso, acabar con su vida.

Estaba experimentando tal escalofrío. Dudaba volver a encontrarme con mis cohortes. Se me hacía que todos se habían ido con don Juan. Estaba solo. Quería reflexionar, llorar la pérdida, dejarme ir en esa tristeza, complaciente como siempre había sido. No podía. No había nada que lamentar, nada para entristecerse. No importaba nada. Todos nosotros éramos guerreros-viajeros y a todos nos había tragado el infinito.

Todo ese tiempo, había escuchado a don Juan hablar del guerrero-viajero. Me había gustado la descripción inmensamente, y me había identificado con ella de manera puramente emotiva. Sin embargo, nunca

había sentido lo que verdaderamente quería decir con eso, no obstante las muchas veces que me había explicado el sentido. Esa noche, en la barra de Ships, supe de lo que hablaba don Juan. Yo era guerrero-viajero. Para mí sólo eran válidos los hechos energéticos. Lo demás eran adornos sin importancia alguna.

Esa noche, al esperar mi comida, otro intenso pensamiento irrumpió en mi mente. Sentí una ola de empatía, una ola de identidad con las premisas de don Juan. Había llegado finalmente a la meta de sus enseñanzas: era uno con él como nunca lo había sido. Nunca había sido cuestión de que luchara contra don Juan o sus conceptos porque me eran revolucionarios o porque no cumplían con la linealidad de mis pensamientos como hombre occidental. Era, más bien, que la precisión de la presentación de los conceptos por don Juan siempre me asustaban a muerte. Su eficacia parecía ser dogmatismo. Era esa apariencia lo que me había impulsado a buscar aclaraciones y hacerme actuar a lo largo de sus enseñanzas, como si hubiera sido un creyente reacio.

Sí, había saltado al abismo, me dije a mí mismo, y no me morí porque antes de llegar al fondo del barranco, dejé que el oscuro mar de la conciencia me tragara. Me entregué a él sin temores y sin remordimientos. Y ese mar oscuro me había proveído con lo que me era necesario para no morir y para terminar en mi cama en Los Ángeles. Esta explicación no me hubiera aclarado nada dos días atrás. A las tres de la mañana en Ships, era mi todo.

Di un golpe sobre la mesa como si estuviera solo en la sala. La gente me observó y sonrió a sabiendas; no me importaba. Tenía la mente enfocada sobre un dilema insoluble. Estaba vivo a pesar de que había saltado a un abismo hacia mi muerte, hacía diez horas. Sabía que tal dilema nunca podría resolverse. Mi cognición normal requería una explicación lineal para satisfacerla y las explicaciones lineales no eran factibles. Ése era el quid de la interrupción de la continuidad. Don Juan había dicho que esa interrupción era brujería. Sabía esto ahora con toda la claridad que tenía a mi alcance. ¡Cuánta razón había tenido don Juan al decir que para quedarme atrás necesitaba toda mi fuerza, todo mi control, toda mi suerte y, sobre todo, los cojones de acero del guerrero-viajero!

Quise pensar en don Juan, pero no pude. Además, no me importaba don Juan. Parecía haber una barrera gigantesca entre nosotros. Sinceramente, creí en aquel momento que el pensamiento extranjero que se me había estado insinuando desde que había despertado era verdad: sí era otro. Un cambio se había efectuado al momento de mi salto. De otra manera, me hubiera encantado pensar en don Juan; hubiera sentido anhelo por él. Hasta hubiera sentido un momento de resentimiento porque no me había llevado consigo. Ése hubiera sido mi ser normal. En verdad, no era el mismo. Ese pensamiento aumentó hasta que invadió todo mi ser. Cualquier residuo de mi antiguo ser que hubiera retenido se desvaneció en ese momento.

Me sobrevino un nuevo estado de ánimo. ¡Estaba solo! Don Juan me había dejado dentro de un sueño como su agente provocador. Sentía que mi cuerpo perdía su rigidez; empezó a hacerse flexible, grado por grado hasta que pude respirar profunda y libremente. Solté una carcajada. No me importaba que la gente me mirara y que esta vez no me sonrieran. Estaba solo y no había nada que pudiera hacer.

Tuve la sensación física de entrar realmente en un pasaje, un pasaje con fuerza propia. Me tiró hacia dentro. Era un pasaje silencioso. Don Juan era el pasaje, quieto e inmenso. Ésta fue la primera vez que sentí que don Juan estaba vacío de fisicalidad. No cabía ni el sentimentalismo ni el anhelo. No podía extrañarlo porque estaba allí como una emoción despersonalizada que me atraía.

El pasaje me desafió. Tuve una sensación de ebullición, de ligereza. Sí, podía viajar por ese pasaje, solo o acompañado, quizás para siempre. Y el hacerlo no era ninguna imposición para mí, tampoco era placer.

Era más como el principio del viaje definitivo, el destino ineludible del guerrero-viajero, era el principio de una nueva era. Debería haber estado llorando con la comprensión de haber encontrado ese pasaje, pero no. ¡Estaba enfrentándome al infinito en Ships! ¡Qué extraordinario! Sentí un escalofrío correr por mi espalda. Oí la voz de don Juan diciendo que el universo es en verdad insondable.

En ese momento, se abrió la puerta de atrás del restaurante, la que conducía al estacionamiento, y entró un personaje extraño; un hombre, quizá de cuarenta años, desarreglado y demacrado, pero de buenas facciones. Durante años, yo lo había visto vagando por UCLA, interactuando con los estudiantes. Alguien me había dicho que era un paciente externo del hospital de veteranos de guerra que quedaba cerca. Parecía estar desquiciado. Lo había visto repetidas veces en Ships, amontonado sobre una taza de café, siempre en el mismo rincón de la barra. También había observado cómo esperaba afuera, siempre mirando por la ventana, vigilando a ver cuándo se desocupaba su banca predilecta, si alguien la ocupaba.

Al entrar, se sentó en su lugar de costumbre y entonces me miró. Los dos nos miramos. Al momento, lanzó un grito despavorido que me dio escalofríos a mí y a todos los que estaban allí presentes. Todos me miraron con ojos abiertos, algunos, con la comida sin masticar cayéndoseles de la boca. Obviamente, pensaban que era yo el que había gritado. Había habido precedentes, el golpe sobre la barra y la carcajada en voz alta. El hombre saltó de su banca y salió corriendo del restaurante, mirando hacia atrás, hacia mí, mientras hacía gestos agitados con las manos encima de su cabeza.

Me entregué a un impulso y corrí detrás del hombre. Quería que me dijera lo que había visto en mí que lo había hecho gritar. Lo alcancé en el estacionamiento y le pregunté que me dijera por qué había gritado. Se tapó los ojos y gritó aún con más fuerza. Estaba como un niño, aterrado por una pesadilla, gritando a voz pelada. Lo dejé y regresé al restaurante.

-¿Qué te pasó, corazón? -me dijo la mesera con una mirada preocupada-. Pensé que nos habías abandonado.

-Fui a ver a un amigo -dije.

La mesera me contempló e hizo un gesto de fingido enojo y sorpresa.

-¿Ese tipo es tu amigo? -me preguntó.

-El único amigo que tengo en el mundo -dije, y era la verdad, si podía definir «amigo» como alguien que ve a través del barniz que nos cubre y que sabe de dónde venimos realmente.

FIN

* * *

CARLOS CASTANEDA
LA RUEDA DEL TIEMPO
MANO IZQUIERDA EDITORES

Carlos Castaneda.
La Rueda del Tiempo.

Fotografía de Portada: Jeremy Thomas by Unsplash.

Edición bajo el cuidado de:
Mano Izquierda Editores.

Circa, 2019.
Lima, Perú.

LA RUEDA DEL TIEMPO

INTRODUCCIÓN

Esta serie de citas han sido especialmente seleccionadas a partir de los ocho primeros libros que escribí sobre el mundo de los chamanes del México antiguo. Las citas proceden directamente de las explicaciones que, como antropólogo, recibí de mi maestro y mentor don Juan Matus, un chamán indio yaqui de México. Don Juan pertenecía a un linaje de chamanes cuyos orígenes se remontaban hasta los chamanes que vivieron en México en tiempos antiguos.

Don Juan me introdujo a su mundo de la manera más eficaz que pudo; un mundo que era, naturalmente, el de aquellos chamanes de la antigüedad. Don Juan estaba, por tanto, en una posición clave. Conocía la existencia de otro ámbito de la realidad, un ámbito que no era ni ilusorio ni producto de los caprichos de la fantasía. Para don Juan y para el resto de sus compañeros chamanes, que eran quince, el mundo de los chamanes de la antigüedad era tan real y pragmático como cualquier otra cosa.

Este libro empezó como un sencillo intento de recopilar una serie de descripciones, dichos e ideas procedentes de la sabiduría de aquellos chamanes, que podrían ser una interesante fuente para leer y pensar. Pero cuando el trabajo estaba en marcha se produjo un inesperado cambio de rumbo: me di cuenta de que las citas, en sí mismas, estaban imbuidas de un ímpetu extraordinario. Revelaban una línea encubierta de pensamiento que no se me había hecho evidente hasta entonces. A la vez que señalaban la dirección que habían seguido las explicaciones de don Juan durante los trece años en que me guió como aprendiz.

Las citas revelaban, mejor de lo que cualquier conceptualización podría hacerlo, una insospechada e invariable línea de acción que don Juan había seguido con el fin de fomentar y facilitar mi entrada en su mundo. Llegué a la certeza, más allá de toda especulación, de que si don Juan había seguido aquella línea, ése debía haber sido también el modo en que su propio maestro le había impulsado, a su vez, a entrar en el mundo de los chamanes.

La línea de acción de don Juan Matus consistía en un intento deliberado de empujarme hacia lo que, según decía, era un sistema cognitivo diferente. Cuando don Juan hablaba de sistema cognitivo, se refería a la definición usual de cognición, o sea: «los procesos responsables de la conciencia cotidiana, entre los que se cuentan la memoria, la experiencia, la percepción y el empleo experto de cualquier sintaxis dada». Lo que don Juan afirmaba era que los chamanes del México antiguo poseían en verdad un sistema cognitivo diferente al del hombre corriente.

Aplicando toda la lógica y todos los razonamientos a mi alcance como estudiante de ciencias sociales, tuve que rechazar esta afirmación suya. Comenté a don Juan una y otra vez que lo que afirmaba era absurdo. Para mí se trataba, cuando menos, de una aberración intelectual.

Tomó trece años de duro trabajo, por su parte y por la mía, para hacer vacilar mi confianza en el sistema normal de cognición que nos hace comprensible el mundo

que nos rodea. Esta maniobra me llevó a un estado muy extraño: un estado de cuasi desconfianza en la, de otro modo, implícita aceptación de los procesos cognitivos de nuestro mundo cotidiano.

A1 cabo de trece años de duro asedio tuve que reconocer, contra mi voluntad, que don Juan Matus procedía en verdad desde otro punto de vista. En consecuencia, era cierto que los chamanes del México antiguo tenían un sistema de cognición diferente. El hecho de reconocer lo hizo arder todo mi ser. Me sentí un traidor. Me parecía que estaba proclamando la más horrenda de las herejías.

Cuando don Juan percibió que había vencido la peor de mis resistencias, me inculcó su perspectiva tan extensa y profundamente como pudo, y yo tuve que admitir sin reservas que en el mundo de los chamanes los practicantes de chamanismo juzgaban el mundo desde puntos de vista que son indescriptibles mediante nuestros recursos conceptuales. Por ejemplo, percibían la energía tal como fluye libremente en el universo, libre de las ataduras de la socialización y de la sintaxis, como pura energía vibratoria. A este acto lo llamaban ver.

El objetivo primordial de don Juan fue ayudarme a percibir la energía tal como fluye en el universo. En el mundo de los chamanes, percibir la energía de esta manera es un primer paso imprescindible para adquirir una visión más global y más libre de un sistema cognitivo diferente. Don Juan utilizó otras extrañas unidades cognitivas con la finalidad de que yo, en respuesta, viera. Una de las más importantes era lo que él llamaba recapitulación, que consistía en el escrutinio sistemático de la propia vida, fragmento a fragmento; un examen que no se realiza a la luz de la crítica o de la búsqueda de defectos, sino a la luz de un esfuerzo por comprender la propia vida y de cambiar su rumbo. Don Juan afirmaba que cuando un practicante ha contemplado su vida con el desapego que requiere la recapitulación, ya no hay modo de que regrese a su antigua vida.

Ver la energía tal como fluye en el universo significaba, para don Juan, tener la capacidad de percibir al ser humano como un huevo luminoso o como una bola luminosa de energía, y ser capaz de distinguir en esa bola luminosa de energía ciertas características comunes a todos los hombres, tales como un punto brillante que se destaca en la ya de por sí brillante luminosidad de la bola de energía. Según los chamanes, era en ese punto brillante, al que llamaban punto de encaje, donde la percepción se ensamblaba o encajaba. Siguiendo la lógica de esta idea, podían afirmar que nuestra cognición del mundo se producía en ese punto brillante. Por extraño que parezca, don Juan Matus tenía razón, en el sentido de que eso es exactamente lo que sucede.

La percepción de los chamanes estaba sujeta, por tanto, a un proceso diferente al de la percepción del hombre corriente. Los chamanes aseguraban que el hecho de percibir la energía directamente los conducía a lo que ellos calificaban de hecho energético. Llamaban hecho energético a una visión que era consecuencia de ver directamente la energía, y que les llevaba a conclusiones definitivas e irreductibles; no era posible desvirtuarlas mediante la especulación o el intento de hacer que cupiera dentro de nuestro sistema de interpretación usual.

Don Juan decía que, para los chamanes de su linaje, uno de estos hechos energéticos era que definimos el mundo que nos rodea mediante procesos cognitivos, y que tales procesos no son inalterables; no vienen dados. Son una cuestión de aprendizaje, resultado de la práctica y el uso. Esta idea se extendía hasta otro hecho energético más: los procesos de la cognición usual son producto de nuestra formación, tan sólo eso.

Don Juan Matus sabía, sin rastro de duda, que lo que me contaba acerca del sistema cognitivo de los chamanes del México antiguo era una realidad. Entre otras cosas,

don Juan era un nagual, lo que implicaba, según los practicantes de chamanismo, que era un líder nato, una persona capaz de percibir hechos energéticos sin detrimento de su bienestar personal. Estaba capacitado, por tanto, para guiar con éxito a sus semejantes por avenidas de pensamiento y de percepción imposibles de describir.

Considerando todo lo que me había enseñado don Juan acerca de su mundo cognitivo, llegué a la conclusión, que era la conclusión que él mismo compartía, de que la unidad más importante de ese mundo era el concepto de intento. Para los chamanes del México antiguo, el intento era una fuerza que podían visualizar cuando veían la energía tal como fluye en el universo. La consideraban una fuerza omnipresente que intervenía en todos los aspectos del tiempo y del espacio. Era lo que impulsaba todo. Pero lo que resultaba de valor inconcebible para aquellos chamanes era que el intento -una pura abstracción- estaba íntimamente ligado al hombre. El hombre podía siempre manipularlo. Los antiguos chamanes de México se dieron cuenta de que el único modo de afectar esta fuerza era mediante un comportamiento impecable. Sólo los practicantes más disciplinados podían lograr tal proeza.

Otra estupenda unidad de aquel extraño sistema cognitivo residía en la comprensión que tenían los chamanes acerca de los conceptos de tiempo y espacio, y el modo en que los utilizaban. Para ellos, el tiempo y el espacio no eran los mismos fenómenos que forman parte de nuestras vidas en virtud de constituir parte integral de nuestro sistema cognitivo normal. Para el hombre corriente, la definición clásica de tiempo es «un continuo no espacial en el que los eventos se producen en una sucesión aparentemente irreversible que va desde el pasado hacia el futuro a través del presente». Y el espacio se define como «la extensión infinita del campo tridimensional, dentro del cual existen las estrellas y las galaxias: el universo».

Para los chamanes del México antiguo, el tiempo era algo así como un pensamiento; un pensamiento pensado por algo de tal magnitud que rebasaba toda comprensión. Su razonamiento lógico era que el hombre, siendo parte de ese pensamiento pensado por fuerzas inconcebibles para su mente, todavía retenía un pequeño porcentaje de dicho pensamiento; un porcentaje que podía ser redimido bajo determinadas circunstancias de extraordinaria disciplina.

El espacio era, para aquellos chamanes, un ámbito abstracto de actividad. Lo llamaban el infinito y se referían a él como la suma total de los esfuerzos de todas las criaturas vivas. El espacio era, para ellos, más accesible, algo casi práctico. Era como si tuvieran un mayor porcentaje en la formulación abstracta del espacio. Según las versiones aportadas por don Juan, los chamanes del México antiguo nunca contemplaron el tiempo y el espacio como oscuras abstracciones tal como lo hacemos nosotros. Para ellos, tanto el tiempo como el espacio, si bien incomprensibles en sus formulaciones, formaban parte integral del hombre.

Aquellos chamanes poseían otra unidad cognitiva, llamada la rueda del tiempo. Su manera de explicar la rueda del tiempo era decir que el tiempo era como un túnel de longitud y anchura infinitas, un túnel con surcos reflectantes. Cada uno de los surcos era infinito, y había un número infinito de ellos. Los seres vivos eran compelidos, por la fuerza de la vida, a fijar sus miradas en uno de los surcos. Mirar sólo uno de los surcos implicaba ser atrapados por él, vivir ese surco.

La meta final de un guerrero es la de enfocar, mediante un acto de profunda disciplina, su atención inquebrantable en la rueda del tiempo con el fin de hacerla girar. Los guerreros que han logrado hacer girar la rueda del tiempo son capaces de mirar en el interior de cualquier otro surco y extraer de él lo que deseen.

Al librarse de la fuerza hechizante que nos obliga a contemplar sólo uno de esos surcos, los guerreros pueden mirar en

cualquiera de las dos direcciones: al tiempo cómo se acerca o cómo se aleja de ellos. Vista de este modo, la rueda del tiempo constituye una irresistible influencia que atraviesa las vidas de los guerreros y llega aún más allá, como sucede con las citas de este libro. Parecen hiladas por un resorte que tiene vida propia. Ese resorte, explicado según la cognición de los chamanes, es la rueda del tiempo.

Bajo el impacto de la rueda del tiempo, el fin de este libro se convirtió, pues, en algo que no formaba parte del plan original. Las citas se convirtieron en el factor dominante, por sí mismas y en sí mismas, y la pauta que me impusieron fue la de mantenerme todo lo posible al espíritu con el que fueron transmitidas. Fueron transmitidas con un espíritu de frugalidad y de propósito definitivo.

Otra cosa que intenté hacer con las citas, sin éxito, fue organizarlas en una serie de categorías que facilitasen su lectura. Sin embargo, cualquier categorización resultaba insostenible. No había manera satisfactoria de establecer arbitrarias categorías de significado en algo tan amorfo y tan vasto como es todo un mundo cognitivo.

Lo único que podía hacer era supeditarme a las citas y permitir que fueran ellas mismas las que crearan un esbozo del armazón constituido por los pensamientos y los sentimientos que los chamanes del México antiguo tuvieron sobre la vida, la muerte, el universo y la energía. Las citas no sólo reflejan el modo en que aquellos chamanes concebían el universo, sino también los procesos de vivir y de coexistir en nuestro mundo. Y lo que es más importante todavía: señalan la posibilidad de manejar simultáneamente dos sistemas de cognición sin detrimento de uno mismo.

Citas de Las enseñanzas de don Juan

El poder reside en el tipo de conocimiento que uno posee. ¿Qué sentido tiene conocer cosas inútiles? Eso no nos prepara para nuestro inevitable encuentro con lo desconocido.

Nada en este mundo es un regalo. Lo que ha de aprenderse debe aprenderse arduamente.

Un hombre va al conocimiento como va a la guerra: bien despierto, con miedo, con respeto y con absoluta confianza. Ir de cualquier otra forma al conocimiento o a la guerra es un error, y quien lo cometa puede correr el riesgo de no sobrevivir para lamentarlo.

Cuando un hombre ha cumplido estos cuatro requisitos -estar bien despierto, y tener miedo, respeto y absoluta confianza- no hay errores por los que deba rendir cuentas; en tales condiciones, sus acciones pierden la torpeza de las acciones de un necio. Si un hombre así fracasa o sufre una derrota, no habrá perdido más que una batalla, y eso no le provocará lamentaciones lastimosas.

Ocuparse demasiado de uno mismo produce una terrible fatiga. Un hombre en esa posición está ciego y sordo a todo lo demás. La fatiga misma le impide ver las maravillas que lo rodean.

Cada vez que un hombre se propone aprender tiene que esforzarse como el que más, y los limites de su aprendizaje están determinados por su propia naturaleza. Por tanto, no tiene sentido hablar del conocimiento. El miedo al conocimiento es natural; todos lo experimentamos, y no podemos hacer nada al respecto. Pero por temible que sea el aprendizaje, es más terrible la idea de un hombre sin conocimiento.

Enfadarse con la gente significa que uno considera que los actos de los demás son importantes. Es imperativo dejar de sentir de esa manera. Los actos de los hombres no pueden ser lo suficientemente importantes como para contrarrestar nuestra única alternativa viable: nuestro encuentro inmutable con el infinito.

Cualquier cosa es un camino entre un millón de caminos. Por tanto, un guerrero siempre debe tener presente que un camino es sólo un camino; si siente que no debería seguirlo, no debe permanecer en él bajo ninguna circunstancia. Su decisión de mantenerse en ese camino o de abandonarlo debe estar libre de miedo o ambición. Debe observar cada camino de cerca y de manera deliberada. Y hay una pregunta que un guerrero tiene que hacerse, obligatoriamente: ¿Tiene corazón este camino? Todos los caminos son lo mismo: no llevan a ninguna parte. Sin embargo, un camino sin corazón nunca es agradable. En cambio, un camino con corazón resulta sencillo: a un guerrero no le cuesta tomarle gusto; el viaje se hace gozoso; mientras un hombre lo sigue, es uno con él.

Existe un mundo de felicidad donde no hay diferencia entre las cosas porque en él no hay nadie que pregunte por las diferencias. Pero ése no es el mundo de los hombres. Algunos hombres tienen la arrogancia de creer que viven en dos mundos, pero eso es pura arrogancia. Hay un único mundo para nosotros. Somos hombres, y debemos transitar con alegría el mundo de los hombres.

El hombre tiene cuatro enemigos naturales: el miedo, la claridad, el poder y la vejez. El miedo, la claridad y el poder pueden superarse, pero no la vejez. Su efecto puede ser pospuesto, pero nunca vencido.

COMENTARIO

La esencia de todo cuanto me dijo don Juan al principio de mi aprendizaje se halla encapsulada en la naturaleza abstracta de estas citas, seleccionadas del primer libro, Las enseñanzas de don Juan. En la época en que se produjeron los hechos que se describen en el libro, don Juan hablaba mucho de aliados, de plantas de poder, de Mescalito, del humito, del viento, de los espíritus de los ríos y los montes, del espíritu del chaparral, etcétera. Cuando más adelante le recordé la importancia que había dado a aquellos elementos y le pregunté que por qué no hablaba ya de ellos, admitió sin rubor que me había soltado toda aquella palabrería pseudoindia al principio de mi aprendizaje por mi bien. Me quedé estupefacto. Me pregunté cómo podía afirmar tal cosa que, obviamente, era falsa. Resultaba evidente que lo decía con sinceridad, y si había alguien capacitado para juzgar la veracidad de sus palabras y de sus estados de ánimo, ése era yo.
-No te lo tomes tan en serio -dijo, riendo-. Disfruté mucho contándote todas esas bobadas, y aún disfruté más porque sabía que lo hacía por tu bien.
-¿Por mi bien, don Juan? ¿Qué aberración es ésta?
-Sí, por tu bien. Te engañé dirigiendo tu atención sobre elementos de tu mundo que te provocaban una profunda fascinación, y tú te tragaste el anzuelo, el sedal y la plomada.
»Lo único que me hacía falta era captar toda tu atención. Pero ¿cómo podría haberlo hecho cuando tenías un espíritu tan poco disciplinado? Tú mismo me repetías una y otra vez que permanecías conmigo porque encontrabas fascinante lo que yo decía sobre el mundo. Lo que no sabías expresar era que la fascinación que sentías se debía a que apenas reconocías vagamente cada elemento del que te hablaba. Por supuesto, pensabas que aquella vaguedad era chamanismo, y te atrajo, lo que quiere decir que te quedaste.
-¿Le hace eso a todos, don Juan?
-No a todos, porque no todos vienen a mí y, sobre todo, porque no me intereso por cualquiera. Estuve y estoy interesado en ti, sólo en ti. Mi maestro, el nagual Julián,

me engañó de un modo similar. Me engañó a causa de mi sensualidad y mi avaricia. Me prometió conseguirme todas las mujeres bonitas que lo rodeaban y me prometió cubrirme de oro. Me prometió una fortuna, y caí en la trampa. Todos los chamanes de mi linaje han sido engañados de ese modo desde tiempo inmemorial. Los chamanes de mi linaje no son maestros o gurús. Les importa un comino enseñar su conocimiento. Quieren herederos para su conocimiento, no gente vagamente interesada en su conocimiento por razones intelectuales.

Don Juan tenía razón cuando dijo que me había atrapado con su artimaña. Yo creía que había encontrado al chamán informante ideal al que todo antropólogo aspira. Fue en esta época cuando, bajo los auspicios de don Juan y debido a su influencia, escribí diarios y recolecté viejos mapas que mostraban los sitios de los pueblos de los indios yaqui a lo largo de los siglos, comenzando por las crónicas de los jesuitas de finales del siglo XVIII. Registraba todos esos sitios e identificaba los cambios más sutiles, y me preguntaba y sopesaba por qué se trasladaban los pueblos a otros lugares y por qué se disponían de forma ligeramente distinta cada vez que se reubicaban.

Las pseudoespeculaciones sobre la razón, y las dudas razonables, me abrumaban. Recopilé miles de páginas llenas de posibilidades y notas abreviadas, extraídas de libros y de crónicas. Era un perfecto estudiante de antropología. Don Juan me animaba en mi fantasía tanto como podía.

-No hay voluntarios en el camino del guerrero -me dijo don Juan a guisa de explicación-. Un hombre ha de ser forzado a seguir el camino del guerrero en contra de su voluntad.

-¿Y qué hago con las miles de notas que recopilé a causa de sus engaños, don Juan? -le pregunté entonces.

Su respuesta me conmocionó.

-¡Escribe un libro sobre ellas! -respondió-. De todos modos, seguro que si empiezas a escribirlo nunca las utilizarás. Son inútiles; pero ¿quién soy yo para decírtelo? Averígualo por ti mismo. Sin embargo, no te propongas escribir un libro como lo haría un escritor. Propónte hacerlo como un guerrero, como un chamán guerrero.

-¿Qué quiere decir con eso, don Juan?

-No lo sé. Averígualo por ti mismo.

Tenía toda la razón. Nunca utilicé aquellas notas. En cambio, y sin que yo lo pretendiera, me encontré escribiendo acerca de la existencia de un sistema de cognición diferente y de sus inconcebibles posibilidades.

Citas de Una realidad aparte

Un guerrero sabe que es sólo un hombre. Su único pesar es que su vida es tan corta que no le permite asir todas las cosas que quisiera. Pero, para él, eso no es un problema; es sólo una lástima.

Sentirse importante lo hace a uno pesado, torpe y banal. Para ser un guerrero se necesita ser liviano y fluido.

Cuando los seres humanos se ven como campos de energía, parecen fibras de luz, como telarañas blancas, con hebras muy finas que circulan desde la cabeza hasta la punta de los pies. De ese modo, ante el ojo del vidente, un hombre aparece como un huevo de fibras que circulan. Y sus brazos y piernas son como cerdas luminosas que brotan en todas direcciones.

El vidente ve que cada hombre está en contacto con todo lo que le rodea, pero no a través de sus manos, sino mediante un montón de largas fibras que brotan en todas direcciones desde el centro de su abdomen. Esas fibras unen al hombre con lo que le rodea; conservan su equilibrio; le dan estabilidad.

Cuando un guerrero aprende a ver, ve que un hombre, ya sea mendigo o rey, es un huevo luminoso, y no hay manera de cambiar nada; o mejor dicho, ¿qué podría cambiarse en ese huevo luminoso? ¿Qué?

Un guerrero nunca se preocupa de su miedo. En vez de eso, ¡piensa en las maravillas de ver el flujo de la energía! El resto son adornos, adornos sin importancia.

Sólo un chiflado emprendería por cuenta propia la tarea de hacerse hombre de conocimiento. A un hombre cuerdo hay que engañarlo. Hay montones de gente que acometerían con gusto la tarea, pero ésos no cuentan. Casi siempre están rajados. Son como cántaros que por fuera se ven en buen estado, pero que comenzarían a gotear en el momento en que los sometieras a presión y los llenaras de agua.

Cuando un hombre no se preocupa por ver, las cosas le parecen más o menos lo mismo cada vez que mira el mundo. En cambio, cuando aprende a ver, ninguna cosa es igual cada vez que la ve, y sin embargo es la misma. Para el ojo de un vidente, un hombre es como un huevo. Cada vez que ve a un mismo hombre, ve un huevo luminoso, pero no es el mismo huevo luminoso.

Los chamanes del México antiguo dieron el nombre de aliados a unas fuerzas inexplicables que actuaban sobre ellos. Los llamaron aliados porque pensaron que podrían servirse de ellos para su satisfacción, un concepto que resultó ser casi fatal para aquellos chamanes, porque lo que ellos llamaban aliados son seres sin esencia corpórea que existen en el universo. Los chamanes de hoy en día los llaman seres inorgánicos.

Preguntar cuál es la función de los aliados es como preguntar qué hacemos los hombres en el mundo. Aquí estamos: eso es todo. Y los aliados están aquí como nosotros; y puede que estuvieran antes que nosotros.

El modo más eficaz de vivir es vivir como un guerrero. Puede que un guerrero piense y se preocupe antes de tomar una decisión, pero una vez que la ha tomado, prosigue su camino libre de preocupaciones o pensamientos; todavía habrá un millón de decisiones esperándolo. Ése es el camino del guerrero.

Un guerrero piensa en su muerte cuando las cosas pierden claridad. La idea de la muerte es lo único que templa nuestro espíritu.

La muerte está en todas partes. Acaso esté en los faros de un coche que alumbran tras de nosotros desde lo alto de una coli-

na distante. Pueden permanecer visibles por un rato y entonces desaparecer en la oscuridad como si se los hubiera tragado la tierra, para aparecer sobre otra colina y luego desaparecer de nuevo.

Ésas son las luces que lleva la muerte sobre su cabeza. La muerte se las pone por sombrero y se lanza al galope, ganándonos terreno, acercándose más y más. A veces apaga sus luces. Pero la muerte nunca se detiene.

Un guerrero, primero debe saber que sus actos son inútiles y, a pesar de ello, proceder como si no lo supiera. Ése es el desatino controlado del chamán.

Los ojos del hombre pueden realizar dos funciones: una es ver la energía en general, tal como fluye en el universo, y la otra es «mirar las cosas de este mundo». Ninguna de ellas es mejor que la otra; sin embargo, educar los ojos sólo para mirar es un lamentable e innecesario desperdicio.

Un guerrero vive de actuar, no de pensar en actuar ni de pensar qué pensará cuando haya actuado.

Un guerrero elige un camino con corazón, cualquier camino con corazón, y lo sigue, y luego se regocija y ríe. Sabe, porque ve, que su vida se acabará demasiado pronto. Sabe, porque ve, que nada es más importante que lo demás.

Un guerrero no tiene honor, ni dignidad, ni familia, ni nombre, ni patria; sólo tiene vida por vivir y, en tales circunstancias, su único vínculo con sus semejantes es su desatino controlado.

Puesto que ninguna cosa es más importante que otra, un guerrero elige cualquier acto y lo actúa como si le importara. Su desatino controlado le lleva a decir que lo que él hace importa y le lleva a actuar como si importara, y sin embargo él sabe que no es así; de modo que, cuando completa sus actos, se retira en paz, sin preocuparse en absoluto de si sus actos fueron buenos o malos, si dieron resultado o no.

Un guerrero puede optar por permanecer totalmente impasible y no actuar jamás, y comportarse como si realmente le importara ser impasible. También eso sería genuinamente correcto, pues también ése sería su desatino controlado.

No hay vacío en la vida de un guerrero. Todo está lleno a rebosar. Todo está lleno a rebosar y todo es igual.

El hombre corriente se preocupa demasiado por querer a otros o por ser querido por los demás. Un guerrero quiere; eso es todo. Quiere lo que se le antoja o a quien se le antoja, sin más, porque sí.

Un guerrero acepta la responsabilidad de sus actos, hasta del más trivial de sus actos. El hombre corriente actúa según sus pensamientos y nunca asume la responsabilidad por lo que hace.

El hombre corriente es o un ganador o un perdedor y, dependiendo de ello, se convierte en perseguidor o en víctima. Estas dos condiciones prevalecen mientras uno no ve. Ver disipa la ilusión de la victoria, la derrota o el sufrimiento.

Un guerrero sabe que espera y sabe lo que espera; y mientras espera no desea nada, y así cualquier casa que recibe, por pequeña que sea, es más de lo que puede tomar. Si necesita comer, encuentra el modo porque no tiene hambre; si algo lastima su cuerpo, encuentra el modo de pararlo porque no tiene dolor. Tener hambre o tener dolor significa que el hombre no es un guerrero, y las fuerzas de su hambre y de su dolor lo destruirán.

Negarse a sí mismo es una entrega. Entregarse a la negación es, con mucho, la peor de las entregas; nos fuerza a creer que estamos haciendo algo valioso, cuan-

do de hecho sólo estamos fijos dentro de nosotros mismos.

El intento no es un pensamiento, ni un objeto, ni un deseo. El intento es lo que puede hacer triunfar a un hombre cuando sus pensamientos le dicen que está derrotado. Actúa aun a pesar de que el guerrero se haya entregado. El intento es lo que lo hace invulnerable. El intento es lo que envía a un chamán a través de una pared, a través del espacio, al infinito.

Cuando un hombre se embarca en el camino del guerrero, poco a poco se va dando cuenta de que la vida ordinaria ha quedado atrás para siempre. Los medios del mundo ordinario ya no le sirven de sostén y debe adoptar un nuevo modo de vida para sobrevivir.

Cada pizca de conocimiento que se convierte en poder tiene a la muerte como fuerza central. La muerte da el toque definitivo; todo lo que la muerte toca, en verdad se vuelve poder.

Sólo la idea de la muerte da al hombre el desapego suficiente para ser capaz de no abandonarse a nada. Un hombre así sabe que su muerte lo está acechando y que no le dará tiempo para aferrarse a nada; así que prueba, sin ansias, todo de todo.

Somos hombres, y nuestro destino es aprender y ser arrojados a mundos nuevos e inconcebibles. Un guerrero que ve la energía sabe que no hay fin a los nuevos mundos que se abren a nuestra visión.

«La muerte es un remolino; la muerte es una nube brillante en el horizonte; la muerte soy yo hablándote; la muerte sois tú y tu cuaderno de notas; la muerte no es nada. ¡Nada! Está aquí, pero no está aquí en absoluto.»

El espíritu de un guerrero no está hecho a la entrega y a la queja, ni está hecho a ganar o perder. El espíritu de un guerrero está hecho sólo a la lucha, y cada lucha es la última batalla del guerrero sobre la Tierra. Por eso el resultado le importa muy poco. En su última batalla sobre la tierra, el guerrero deja fluir su espíritu libre y claro. Y mientras se entrea a su batalla, sabiendo que su intento es impecable, un guerrero ríe y ríe.

Nos hablamos incesantemente a nosotros mismos acerca de nuestro mundo. De hecho, mantenemos nuestro mundo con nuestro diálogo interno. Y cuando dejamos de hablarnos sobre nosotros mismos y nuestro mundo, el mundo es siempre como debería ser. Con nuestro diálogo interno lo renovamos, lo encendemos de vida, lo sostenemos. No sólo eso, sino que también escogemos nuestros caminos al hablarnos a nosotros mismos. De ahí que repitamos las mismas elecciones una y otra vez hasta el día en que morimos, porque continuamos repitiendo el mismo diálogo interno una y otra vez hasta el preciso momento de la muerte. Un guerrero es consciente de ello y lucha por detener su diálogo interno.

El mundo es todo lo que hay aquí encerrado: la vida, la muerte, la gente y todo lo demás que nos rodea. El mundo es incomprensible. Jamás lo entenderemos; jamás desentrañaremos sus secretos. Por eso, debemos tratarlo como lo que es: un absoluto misterio.

Las cosas que la gente hace no pueden, bajo ninguna condición, ser más importantes que el mundo. De modo que un guerrero trata el mundo como un misterio interminable, y lo que la gente hace, como un desatino sin fin.

COMENTARIO

En las citas extraídas de Una realidad aparte empieza a evidenciarse con notable claridad el sentido de ánimo que los chamanes del México antiguo plasmaron en todos sus empeños de intento. El

propio don Juan me señaló, en nuestras conversaciones sobre aquellos antiguos chamanes, que un aspecto de su mundo que resultaba de supremo interés para los modernos practicantes era la afiladísima conciencia que esos chamanes habían desarrollado sobre la fuerza universal que llamaban intento. Explicaba que el vínculo que cada uno de esos hombres tenía con dicha fuerza era tan limpio y nítido que podían influir en las cosas a placer. Don Juan decía que el intento de esos chamanes, desarrollado con tal afilada intensidad, era la única ayuda con la que contaban los practicantes modernos.

Lo expresó en términos más mundanos al decir que los practicantes modernos, si fueran honestos consigo mismos, estarían dispuestos a pagar cualquier precio por el hecho de vivir al amparo de un intento semejante.

Don Juan afirmaba que cualquiera que mostrara el más leve interés por el mundo de los chamanes de la antigüedad era inmediatamente atraído al círculo de su afiladísimo intento. El intento de aquellos chamanes era, para don Juan, algo inconmensurable que ninguno de nosotros podía cancelar. Por otra parte, razonaba, no había necesidad de cancelar un intento semejante, ya que era la única cosa que importaba: era la esencia del mundo de aquellos chamanes, un mundo que los modernos practicantes codiciaban más que cualquier otra cosa imaginable.

El sentido de ánimo que emana de las citas de Una realidad aparte no es algo que yo arreglara a propósito. Ese talante afloró con independencia de mis deseos y objetivos. Incluso podría decir que era lo opuesto a lo que tenía en mente. Era el misterioso resorte de la rueda del tiempo que, oculto en el texto del libro, se había activado súbitamente adquiriendo un estado de tensión: una tensión que dictaba la dirección de mis esfuerzos.

Mientras escribía Una realidad aparte podía afirmar, con toda honestidad, que estaba felizmente involucrado en un trabajo de campo antropológico, al menos en lo que concernía a mis sentimientos acerca de mi trabajo. De hecho, mis sentimientos y pensamientos se encontraban tan alejados del mundo de los chamanes de la antigüedad como los del que más. Don Juan tenía una opinión diferente. Siendo un guerrero experimentado, sabía que yo no tenía ninguna posibilidad de sustraerme al magnetismo del intento que aquellos chamanes habían creado. Ya estaba inmerso en él, al margen de lo que creyera o deseara.

Ese estado de cosas desencadenó en mí una ansiedad subconsciente. No era una ansiedad que pudiera definir o localizar; ni siquiera estaba consciente de ella. Impregnaba mis actos sin darme la posibilidad de detenerme conscientemente en ella o de buscarle una explicación. Volviendo la vista atrás, sólo puedo decir que estaba mortalmente asustado, aunque no podía determinar qué era lo que me asustaba.

Intenté analizar muchas veces esa sensación de temor, pero inmediatamente me sentía fatigado, aburrido. Al momento encontraba infundadas y superfluas mis indagaciones, y terminaba abandonándolas.

Le pregunté a don Juan sobre mi estado de ánimo. Quería su consejo, su opinión.

-Sólo estás asustado -dijo-. Eso es todo. No busques razones misteriosas para tu miedo. La razón misteriosa está justo delante de ti, a tu alcance. Es el intento de los chamanes del México antiguo. Estás tratando con su mundo, y ese mundo te muestra su rostro de vez en cuando. Por supuesto, no soportas esa visión. Tampoco yo podía soportarla en mi época. Ninguno de nosotros la podía soportar.

-¡Me está hablando con enigmas, don Juan!

-Sí, de momento. Algún día te resultará claro. Por ahora es una estupidez intentar hablar de ello o darte explicaciones. Nada de lo que estoy intentando mostrarte tendría sentido. Cualquier banalidad inconcebible tendría infinitamente más sentido para ti en este momento.

Don Juan tenía razón. Todos mis temores estaban provocados por una banalidad de

la que me avergonzaba entonces y todavía me avergüenzo ahora: tenía miedo a ser poseído por el demonio. Tales temores me habían sido inculcados desde una edad muy temprana. Cualquier cosa inexplicable era, naturalmente, algo diabólico, algo maligno que buscaba destruirme.

Cuanto más profundas eran las explicaciones de don Juan acerca del mundo de los antiguos chamanes, mayor era mi sensación de que necesitaba protegerme. Esa sensación no era algo que pudiera expresarse con palabras. Más que una necesidad de proteger el yo, se trataba de la necesidad de proteger la veracidad y el innegable valor del mundo en el que vivimos los seres humanos. Mi mundo era para mí el único mundo reconocible. Si ese mundo era amenazado se producía en mí una reacción inmediata, una reacción que se manifestaba en una clase de miedo que nunca sabré explicar; un miedo que hay que haber sentido para poder captar su inmensidad. No era miedo a la muerte o al dolor. Era, más bien, algo inconmensurablemente más profundo que eso. Era tan profundo que cualquier practicante de chamanismo sería incapaz tan siquiera de conceptualizarlo.

-Has llegado, tras un rodeo, a ponerte justo enfrente del guerrero -dijo don Juan.

Por aquel entonces ponía muchísimo énfasis en el concepto de guerrero. Decía que ser un guerrero era, por supuesto, mucho más que un mero concepto. Era un modo de vida, y ese modo de vida era lo único que podía detener el miedo y el único canal del que podía servirse un practicante para dejar circular libremente el flujo de su actividad. Sin el concepto de guerrero era imposible superar los obstáculos del camino del conocimiento.

Don Juan definía al guerrero como un luchador por excelencia. Era un estado de ánimo, un talante propiciado por el intento de los chamanes de la antigüedad; un ánimo en el que cualquier hombre podía introducirse.

-El intento de aquellos chamanes -dijo don Juan- era tan agudo, tan poderoso, que solidificaba la estructura de guerrero en quienquiera que lo pulsara, aun cuando no fuera consciente de ello.

Para los chamanes del México antiguo, el guerrero era, en síntesis, una unidad de combate tan afinada para la lucha en su entorno, tan extraordinariamente alerta que, en su forma más pura, no necesitaba nada superfluo para sobrevivir. Un guerrero no tenía necesidad de regalos, ni de ser apoyado con palabras o con actos, ni de recibir consuelo o incentivos. Todas esas cosas estaban incluidas en la propia estructura del guerrero. Dado que tal estructura estaba determinada por el intento de los chamanes del México antiguo, aquellos chamanes se aseguraron de incluir en ella cualquier cosa previsible. El resultado final era un luchador que luchaba solo y que extraía de sus propias silenciosas convicciones todo el impulso que precisaba para seguir adelante, sin quejas, sin necesidad de reconocimiento.

Personalmente, encontraba fascinante el concepto de guerrero, al tiempo que me parecía una de las cosas más aterradoras con las que jamás me había topado. Pensaba que, de adoptar ese concepto, llegaría a esclavizarme sin tener el tiempo o la disposición para protestar, analizar o quejarme. Quejarme había sido un hábito de toda mi vida y, la verdad, habría luchado con uñas y dientes con tal de no renunciar a él. Pensaba que quejarse era propio de un hombre sensible, valiente y directo que no titubea en defender sus actos ni en decir lo que le gusta y lo que le disgusta. Si todo eso iba a convertirse en un organismo luchador, corría el riesgo de perder más de lo que podía soportar.

Eso era lo que pensaba por dentro. Y, sin embargo, codiciaba la dirección, la paz, la eficiencia del guerrero. Una de las grandes ayudas que emplearon los chamanes del México antiguo para establecer el concepto de guerrero fue la idea de tomar nuestra muerte como compañera, como testigo de nuestros actos. Don Juan decía que en cuanto se acepta esta premisa, por muy livianamente que sea, se tiende un puente

que salva el abismo entre nuestro mundo de los asuntos cotidianos y algo que tenemos enfrente y que no tiene nombre; algo que está perdido en una niebla, que parece no existir; algo tan tremendamente difuso que no puede utilizarse como punto de referencia, pero que está allí, innegablemente presente.
Don Juan afirmaba que el único ser de la Tierra capaz de cruzar ese puente era el guerrero: silencioso en su lucha, imparable porque no tiene nada que perder, práctico y eficaz porque tiene todo que ganar.

Citas de Viaje a Ixtlán

Casi nunca nos damos cuenta de que podemos suprimir cualquier cosa de nuestras vidas en cualquier momento y en un abrir y cerrar de ojos.

Uno no debería preocuparse de tomar fotos o de hacer grabaciones. Ésas son superficialidades propias de vidas ociosas. Uno debería preocuparse del espíritu, que siempre es huidizo.

Un guerrero no necesita historia personal. Un día descubre que ya no le es necesaria, y la abandona.

La historia personal debe ser renovada constantemente contando a los padres, parientes y amigos todo cuanto uno hace. Por otro lado, el guerrero que no tiene historia personal, no necesita dar explicaciones; nadie se enoja ni se desilusiona con sus actos. Y sobre todo, nadie le amarra con sus pensamientos y expectativas.

Cuando nada se da por cierto permanecemos alerta, permanentemente de puntillas. Es más emocionante no saber detrás de qué matorral saltará la liebre que comportarnos como si lo supiéramos todo.

Mientras un hombre siente que lo más importante del mundo es él mismo, no puede apreciar verdaderamente el mundo que lo rodea. Es como un caballo con anteojeras: sólo se ve a sí mismo, ajeno a todo lo demás.

La muerte es nuestra eterna compañera. Se halla siempre a nuestra izquierda, a la distancia de un brazo tras de nosotros. La muerte es la única consejera sabia con la que cuenta un guerrero. Cada vez que el guerrero siente que todo anda mal y que está a punto de ser aniquilado, puede volverse a su muerte y preguntarle si ello es cierto. Su muerte le dirá que se equivoca, que en realidad nada importa salvo su toque. Su muerte le dirá: «Todavía no te he tocado.»

Cuando un guerrero decide hacer algo, debe ir hasta el final, aceptando la responsabilidad de lo que hace. Haga lo que haga, primero debe saber por qué lo hace, y luego seguir adelante con sus acciones, sin dudas ni remordimientos.

En un mundo donde la muerte es el cazador no hay tiempo para dudas ni lamentos. Sólo hay tiempo para decisiones. No importa cuáles sean las decisiones. Nada puede ser más serio o menos serio que lo demás. En un mundo donde la muerte es el cazador no hay decisiones grandes o pequeñas. Sólo hay decisiones que un guerrero toma a la vista de su muerte inevitable.

Un guerrero debe aprender a ponerse al alcance, o fuera del alcance, en el punto justo. Es inútil para un guerrero estar todo el día al alcance sin saberlo, como le es inútil esconderse cuando todo el mundo sabe que está escondido.

Para un guerrero, ser inaccesible significa tocar frugalmente el mundo que lo rodea. Y, sobre todo, evitar deliberadamente agotarse a sí mismo y a los demás. Un guerrero no utiliza ni exprime a la gente hasta dejarla reducida a nada, en especial a la gente que ama.

Cuando un hombre se preocupa, se aferra a cualquier cosa por desesperación; y una vez que se aferra, forzosamente se agota, o agota a la cosa o a la persona a la que está aferrado. Un guerrero cazador, en cambio, sabe que atraerá la caza a sus trampas una y otra vez, así que no se preocupa. Preocuparse es ponerse al alcance, al alcance sin saberlo.

Un guerrero cazador trata íntimamente con su mundo y, sin embargo, es inaccesible para ese mismo mundo. Lo toca ligeramente, permanece el tiempo preciso y luego se aleja velozmente, sin apenas dejar rastro.

Ser un guerrero cazador no es sólo cuestión de cazar animales. Un guerrero cazador no captura animales porque ponga trampas ni porque conozca las rutinas de su presa, sino porque él mismo no tiene rutinas. Ésa es su ventaja. Él no es, de ningún modo, como los animales que persigue, fijos en rutinas pesadas y en caprichos previsibles. Él es libre, fluido, imprevisible.

Para el hombre corriente el mundo es extraño porque, cuando no se aburre de él, está enemistado con él. Para un guerrero, el mundo es extraño porque es estupendo, pavoroso, misterioso, insondable. Un guerrero debe asumir la responsabilidad de estar aquí, en este mundo maravilloso, en este tiempo maravilloso.

Un guerrero debe aprender a hacer que cada acto cuente, pues va a estar aquí, en este mundo, tan sólo un tiempo breve; de hecho, demasiado breve para ser testigo de todas las maravillas que existen.

Los actos tienen poder. Especialmente cuando el guerrero que actúa sabe que esos actos son su última batalla. Hay una extraña felicidad ardiente en actuar con pleno conocimiento de que lo que uno está haciendo puede muy bien ser su último acto sobre la Tierra.

Un guerrero debe enfocar su atención en el vínculo que lo une con su muerte. Sin remordimiento ni tristeza ni preocupación, debe poner su atención en el hecho de que no tiene tiempo y dejar que sus actos fluyan de acuerdo con ello. Ha de hacer de cada uno de sus actos su última batalla sobre la Tierra. Sólo en tales condiciones tendrán sus actos el poder que les corresponde. De otro modo serán, mientras viva, los actos de un necio.

Un guerrero cazador sabe que su muerte lo aguarda, y que ese mismo acto que ahora está realizando puede muy bien ser su última batalla sobre la Tierra. Lo llama batalla porque es una lucha. La mayoría

de la gente pasa de acto a acto sin luchar ni pensar. Un guerrero cazador, por el contrario, evalúa cada acto; y como tiene un conocimiento íntimo de su muerte, procede juiciosamente, como si cada acto fuera su última batalla. Sólo un necio dejaría de notar la ventaja que un guerrero cazador tiene sobre sus semejantes. Un guerrero cazador da a su última batalla el respeto que merece. Es natural que su último acto sobre la Tierra sea lo mejor de sí mismo. Así le place. Así le quita el filo a su temor.

Un guerrero es un cazador inmaculado que caza poder; no está borracho ni loco, ni tiene tiempo ni humor para fanfarronear, ni para mentirse a sí mismo, ni para equivocarse en la jugada. La apuesta es demasiado alta. Lo que se juega es su vida pulcramente ordenada que tanto tiempo le llevó afinar y perfeccionar. No va a desperdiciar todo eso por un estúpido error de cálculo o por tomar una cosa por lo que no es.

Un hombre, cualquier hombre, merece cuanto les toca en suerte a los hombres: alegría, dolor, tristeza y lucha. No importa la naturaleza de sus actos, siempre y cuando actúe como guerrero.
Si su espíritu está deformado, simplemente debe arreglarlo, depurándolo y perfeccionándolo, porque no hay en la vida una tarea más digna de emprenderse. No arreglar el espíritu es buscar la muerte, y eso es igual que no buscar nada, porque la muerte va a alcanzarnos de todos modos. Buscar la perfección del espíritu del guerrero es la única tarea digna de nuestra transitoriedad y de nuestra condición humana.

Lo más difícil en este mundo es adoptar el ánimo del guerrero. De nada sirve estar triste, quejarse y sentirse justificado de hacerlo creyendo que alguien nos está siempre haciendo algo. Nadie le está haciendo nada a nadie, y mucho menos a un guerrero.

Un guerrero es un cazador. Todo lo calcula. Eso es control. Una vez terminados sus cálculos, actúa. Se deja ir. Eso es abandono. Un guerrero no es una hoja a merced del viento. Nadie puede empujarle; nadie puede obligarle a hacer cosas en contra de sí mismo o de lo que juzga correcto. Un guerrero está preparado para sobrevivir, y sobrevive del mejor modo posible.

Un guerrero no es más que un hombre, un hombre humilde. No puede cambiar los designios de su muerte. Pero su espíritu impecable, que ha reunido poder tras grandes penas, puede ciertamente detener su muerte por un momento, un momento lo bastante largo para permitirle regocijarse por última vez al evocar su poder. Podemos decir que ése es un gesto que la muerte tiene con quienes poseen un espíritu impecable.

No importa cómo lo hayan criado a uno. Lo que determina el modo en que uno hace cualquier cosa es el poder personal. Un hombre no es más que la suma de su poder personal, y esa suma determina cómo vive y cómo muere.

El poder personal es un sentimiento. Algo así como tener suerte. O podríamos llamarlo un talante, un ánimo. El poder personal es algo que se adquiere a través de toda una vida de lucha.

Un guerrero actúa como si supiera lo que hace, cuando en realidad no sabe nada.

Un guerrero no tiene remordimientos por nada de lo que ha hecho, porque aislar los propios actos llamándolos mezquinos, feos o malos es darse a uno mismo una importancia injustificada.
La clave está en lo que se enfatiza. O nos hacemos desdichados o nos hacemos fuertes. Cuesta el mismo trabajo lo uno que lo otro.

Desde el momento en que nacemos, la gente nos dice que el mundo es esto y aquello,

y de tal y cual manera; naturalmente, no tenemos otra opción más que aceptar que el mundo es de la forma en que la gente nos ha estado diciendo que es.

El arte del guerrero consiste en equilibrar el terror de ser un hombre con la maravilla de ser un hombre.

COMENTARIO

Mientras me hallaba escribiendo Viaje a Ixtlán reinaba en el ambiente un estado de ánimo de lo más misterioso. Don Juan Matus estaba aplicando algunas medidas extremadamente prácticas a mi conducta cotidiana. Había diseñado algunas pautas que yo debía seguir rigurosamente. Eran tres tareas que apenas se relacionaban vagamente con mi mundo cotidiano o con cualquier otro mundo. Quería que en mi vida cotidiana me esforzara en borrar mi historia personal por todos los medios concebibles. Luego quería que terminara con mis rutinas y, finalmente, que desterrara mi sentimiento de importancia personal.

-¿Cómo voy a lograr todo eso, don Juan? -le pregunté.

-No tengo ni idea -respondió-. Ninguno de nosotros tiene idea de cómo hacerlo de una forma práctica y eficaz. Con todo, si empezamos el trabajo, lo concluiremos sin saber siquiera qué fue lo que vino a ayudarnos.

»La dificultad que encuentras es la misma que yo encontré -prosiguió-. Te aseguro que nuestra dificultad nace del hecho de que, en nuestras vidas, carecemos por completo de la idea que nos incitaría a cambiar. Cuando mi maestro me encomendó esta tarea, todo lo que necesité para llevarla a cabo fue la idea de que podía lograrse. Una vez que tuve la idea, la realicé sin saber cómo. Te recomiendo que hagas lo mismo.

Me lancé a las quejas más retorcidas, argumentando que yo era un científico social acostumbrado a directrices prácticas y consistentes, no a vaguedades que dependían más de soluciones mágicas que de medios prácticos.

-Dilo que quieras -me respondió don Juan, riéndose-. Cuando termines de quejarte, olvida tus remilgos y haz lo que te he dicho que hagas.

Don Juan tenía razón. Todo lo que necesité o, mejor dicho, lo único que necesitó una parte no evidente y misteriosa de mí fue la idea. El «yo» que había conocido durante toda mi vida necesitaba infinitamente más que una idea: necesitaba entrenamiento, estímulo, dirección. Me sentí tan intrigado por mi éxito que la tarea de borrar mis rutinas, perder mi importancia personal y abandonar mi historia personal se convirtió en un auténtico placer.

-Estás justo enfrente del camino del guerrero -dijo don Juan a modo de explicación por mi misterioso logro.

Don Juan había guiado lenta y metódicamente mi conciencia para que se enfocara cada vez más intensamente en una elaboración abstracta del concepto de guerrero, una elaboración que llamaba el camino del guerrero o la senda del guerrero. Me explicó que el camino del guerrero era un armazón de ideas establecido por los chamanes del México antiguo. Tal construcción derivaba de la capacidad que tenían aquellos chamanes de ver la energía tal como fluye libremente en el universo. Por esa razón, el camino del guerrero era un soberbio conglomerado de hechos energéticos, de verdades irreductibles determinadas exclusivamente por la dirección del flujo de energía del universo. Don Juan afirmaba categóricamente que no había nada en esa estructura que pudiera objetarse, nada que pudiera ser cambiado. Era una estructura perfecta en sí misma y por sí misma, y cualquiera que seguía ese camino se veía acorralado por hechos energéticos que no admitían discusión ni especulaciones acerca de su función o valía.

Don Juan decía que aquellos antiguos chamanes lo llamaron el camino del guerrero porque su estructura abarcaba todas las posibilidades vitales que un guerrero podía hallar en la senda del conocimiento.

Aquellos chamanes fueron absolutamente meticulosos y metódicos en la búsqueda de tales posibilidades. De hecho, según don Juan, fueron capaces de incluir en su estructura abstracta todo lo humanamente posible.

Don Juan comparaba el camino del guerrero con una estructura, siendo cada uno de los elementos de esta estructura un dispositivo de sustentación cuya única función consistía en sostener la psique del guerrero en su papel de chamán iniciado, y así facilitar sus movimientos y dotarlos de significado. Afirmaba, de manera inequívoca, que el camino del guerrero era una construcción esencial sin la cual los chamanes iniciados naufragarían en la inmensidad del universo.

Don Juan decía que el camino del guerrero era la obra maestra de los chamanes del México antiguo. Lo consideraba su aporte más importante, la esencia de su sobriedad.

-¿Es el camino del guerrero tan abrumadoramente importante, don Juan? -le pregunté en una ocasión.

-Decir «abrumadoramente importante» es un eufemismo. El camino del guerrero lo es todo. Es el arquetipo de la salud física y mental. No puedo explicarlo de ningún otro modo. El hecho de que los chamanes del México antiguo creasen una estructura así significa para mí que habían alcanzado la cima de su poder, la cumbre de su felicidad, la cúspide de su júbilo.

Dado el nivel de aceptación o rechazo pragmáticos en el que me creía sumergido en aquella época, abrazar completamente y sin prejuicios la senda del guerrero me resultaba poco menos que una imposibilidad. Cuanto más hablaba don Juan de la senda del guerrero más intensa era mi sensación de que lo que realmente maquinaba era derrumbar todo mi equilibrio.

Don Juan me guiaba, por tanto, de un modo encubierto. Sin embargo, su guía se evidencia con meridiana claridad en las citas extraídas de Viaje a Ixtlán. Don Juan se había abalanzado velozmente sobre mí a pasos agigantados sin que yo me diera cuenta, hasta que repentinamente sentí su aliento en la nuca. Pensaba una y otra vez que me hallaba a punto de aceptar de buena fe la existencia de otro sistema cognitivo; o, por el contrario, me sentía tan absolutamente indiferente que no me importaba que ocurriera de una forma u otra.

Por supuesto, siempre existía la posibilidad de salir huyendo de todo aquello, pero ésa no era una opción sostenible. De un modo u otro, la ayuda de don Juan, o bien mi intenso uso del concepto del guerrero, me habían endurecido hasta el punto de que no tenía ya tanto temor. Estaba atrapado, pero en realidad eso no cambiaba nada. Todo lo que sabía era que estaría allí con don Juan hasta el final.

Citas de Relatos de poder

La confianza del guerrero no es la confianza del hombre corriente. El hombre corriente busca la certeza en los ojos del espectador y llama a eso confianza en si mismo. El guerrero busca la impecabilidad en sus propios ojos y llama a eso humildad. El hombre corriente está enganchado a sus semejantes, mientras que el guerrero sólo está enganchado al infinito.

Hay montones de cosas que un guerrero puede hacer en un determinado momento y que no habría podido hacer años antes. Esas cosas no cambiaron; lo que cambió fue su idea de sí mismo.

El único camino posible para un guerrero es actuar consistentemente y sin reservas. En un momento dado, sabe lo suficiente del camino del guerrero como para actuar en consecuencia, pero sus viejos hábitos y rutinas pueden interponerse en su camino.

Para que un guerrero tenga éxito en cualquier empresa, el éxito debe llegar suavemente; con mucho esfuerzo, pero sin tensión ni obsesiones.

Es el diálogo interno lo que ata a la gente al mundo cotidiano. El mundo es de tal y cual manera sólo porque nos decimos nosotros mismos que es de tal y cual manera. El pasaje al mundo de los chamanes se abre cuando el guerrero ha aprendido a parar su diálogo interno.

Cambiar nuestra idea del mundo es la clave del chamanismo. Y parar el diálogo interno es la única forma de lograrlo.

Cuando un guerrero aprende a parar su diálogo interno todo es posible; hasta los proyectos más descabellados se vuelven factibles.

Un guerrero acepta su suerte, sea cual sea, y la acepta con total humildad. Se acepta a sí mismo con humildad, tal como es; no como base para lamentarse, sino como un desafío vital.

La humildad del guerrero no es la humildad del mendigo. El guerrero no humilla la cabeza ante nadie y, al mismo tiempo, tampoco permite que nadie humille la cabeza ante él. El mendigo, en cambio, enseguida se arrodilla y se arrastra por los suelos ante cualquiera que considere más encumbrado, pero también exige que alguien aún más inferior haga lo mismo con él.

Descanso, refugio, miedo: todo ello no son más que palabras creadoras de estados de ánimo que hemos aprendido a aceptar sin tan siquiera cuestionarnos su valor.

Nuestros semejantes son magos negros. Y quienquiera que esté con ellos es también un mago negro sin más. Piensa un momento. ¿Puedes desviarte de la senda que tus semejantes han trazado para ti? Mientras permaneces con ellos, tus acciones y pensamientos están fijados para siempre en sus términos. Eso es esclavitud. El guerrero, en cambio, está libre de todo eso. La libertad es cara, pero el precio no es imposible de pagar. Así que teme a tus captores, a tus amos. No desperdicies tu tiempo y tu poder en temer a la libertad.

Lo malo de las palabras es que nos hacen sentirnos iluminados; pero cuando nos damos la vuelta para enfrentarnos al mundo, siempre nos fallan y terminamos enfrentándonos al mundo como siempre: sin iluminación. Por esta razón, un guerrero busca actuar en vez de hablar, y para ello obtiene una nueva descripción del mundo, una descripción en la que hablar no es tan importante y en la que los actos nuevos conllevan reflexiones nuevas.

Un guerrero ya se considera muerto, así que no tiene nada que perder. Lo peor ya le ha pasado; por tanto, se siente tranqui-

lo y sus pensamientos son claros. Nadie que lo juzgase por sus actos o por sus palabras podría jamás sospechar que lo ha presenciado todo.

El conocimiento es un asunto de lo más peculiar, especialmente para un guerrero. El conocimiento, para un guerrero, es algo que, súbitamente, llega, lo envuelve y luego sigue de largo.

El conocimiento llega a un guerrero flotando como motas de polvo de oro, el mismo polvo que cubre las alas de las polillas. Así pues, para un guerrero, el conocimiento es como darse una ducha o recibir una lluvia de motas de polvo de oro oscuro.

Siempre que el diálogo interno cesa, el mundo se desploma y afloran extraordinarias facetas nuestras, como si hubieran estado celosamente guardadas por nuestras palabras.

El mundo es insondable. Y también lo somos nosotros, así como todos los seres que existen en este mundo.

Los guerreros no ganan victorias golpeándose la cabeza contra los muros, sino rebasando los muros. Los guerreros saltan sobre los muros, no los derriban.

Un guerrero debe cultivar el sentimiento de que tiene cuanto necesita para ese viaje extravagante que es su vida. Lo que cuenta para un guerrero es estar vivo. La vida es suficiente y completa en sí misma, y por sí misma se explica.
Por eso puede uno decir, sin presunción, que la experiencia de las experiencias es estar vivo.

El hombre corriente piensa que entregarse a las dudas y a las tribulaciones es señal de sensibilidad, de espiritualidad. Lo cierto es que el hombre corriente no puede hallarse más lejos de ser sensible. Su diminuta razón se convierte, deliberadamente, en el monstruo o en el santo que imagina ser, aunque en realidad es demasiado minúscula para un molde de monstruo o de santo de ese tamaño.

Ser un guerrero no es sólo cuestión de desearlo. Es más bien una lucha interminable que seguirá hasta el último instante de nuestras vidas. Nadie nace guerrero, como nadie nace hombre corriente. Somos nosotros quienes nos hacemos lo uno o lo otro.

Un guerrero muere difícilmente. Su muerte debe luchar para llevárselo. Un guerrero no se entrega a la muerte tan fácilmente.

Los seres humanos no son objetos; no tienen solidez. Son seres redondos, luminosos; no tienen límites. El mundo de los objetos y de la solidez no es más que una descripción que fue creada para ayudarlos, para facilitar su paso por la Tierra.

Su razón hace que los seres humanos olviden que la descripción del mundo es tan sólo una descripción, y antes de que se den cuenta, han atrapado la totalidad de sí mismos en un círculo vicioso del cual raramente escapan durante su vida.

Los seres humanos son perceptores, pero el mundo que perciben es una ilusión: una ilusión creada por la descripción que les contaron desde el momento mismo en que nacieron.

Así pues, el mundo que su razón quiere sostener es, en esencia, un mundo creado por una descripción que tiene reglas dogmáticas e inviolables, reglas que su razón aprende a aceptar y a defender.

La ventaja oculta de los seres luminosos es que tienen algo que nunca se utiliza: el intento. La maniobra de los chamanes es la misma que la del hombre corriente. Ambos tienen una descripción del mundo. El hombre corriente la sostiene con su razón; el chamán, con su intento. Ambas descrip-

ciones tienen sus reglas; pero la ventaja del chamán es que el intento abarca más que la razón.

Sólo como guerrero se puede soportar el camino del conocimiento. Un guerrero no puede quejarse ni lamentar nada. Su vida es un desafío interminable, y no hay modo de que los desafíos puedan ser buenos o malos. Los desafíos son simplemente desafíos.

La diferencia básica entre un hombre corriente y un guerrero es que para un guerrero todo es como un desafío, mientras que para un hombre corriente todo es como una bendición o una maldición.

La carta ganadora del guerrero es que cree sin creer. Pero, obviamente, un guerrero no puede decir simplemente que cree y dejar las cosas ahí. Eso resultaría demasiado fácil. Sólo creer, sin más, le libraría de examinar su situación. Siempre que un guerrero se implica con alguna creencia, lo hace porque ésa es su elección. Un guerrero no cree; un guerrero tiene que creer.

La muerte es el ingrediente indispensable del tener que creer. Sin la conciencia de la muerte, todo es ordinario, trivial. Sólo porque la muerte lo acecha es por lo que un guerrero tiene que creer que el mundo es un misterio insondable. Tener que creer de este modo es la expresión de la más íntima predilección del guerrero.

El poder pone siempre al alcance del guerrero un centímetro cúbico de suerte. El arte del guerrero consiste en ser permanentemente fluido para poderlo atrapar.

El hombre corriente es consciente de todo sólo cuando piensa que debería serlo; la condición de un guerrero, en cambio, es ser consciente de todo en todo momento.

La totalidad de nosotros mismos es algo muy misterioso. Necesitamos solamente una porción muy pequeña de esa totalidad para llevar a cabo las tareas más complejas de la vida. Pero, al morir, morimos con la totalidad de nosotros mismos.

Una regla básica para el guerrero es que toma sus decisiones con tanto cuidado que nada de lo que pueda ocurrir como resultado es capaz de sorprenderlo; mucho menos, de menguar su poder.

Cuando un guerrero toma la decisión de pasar a la acción, debería estar dispuesto a morir. Si está dispuesto a morir, no habrá tropiezos, ni sorpresas desagradables, ni actos innecesarios. Todo encajará suavemente en su sitio porque no espera nada.

Un guerrero, como maestro, debe enseñar ante todo la posibilidad de actuar sin creer y sin esperar recompensa; de actuar porque sí. Su éxito como maestro depende de lo bien y lo armoniosamente que guíe a sus pupilos en este aspecto específico.

El guerrero, como maestro, enseña tres técnicas a su pupilo para ayudarle a borrar su historia personal: perder la propia importancia personal, asumir la responsabilidad de los propios actos y utilizar a la muerte como consejera. Sin el efecto benéfico de estas tres técnicas, el borrar la historia personal le hace a uno furtivo, evasivo e innecesariamente dudoso de sí mismo y de sus acciones.

No hay manera de librarse de la autocompasión de una vez por todas. Tiene un papel y un lugar definidos en nuestras vidas, una fachada definida y reconocible. Así, cada vez que se presenta la ocasión, la fachada de la autocompasión se activa. Tiene una historia. Pero si uno cambia la fachada, cambia su lugar de prominencia. Las fachadas se cambian modificando los elementos que las componen. La autocompasión resulta útil a quien se siente importante y merecedor de mejores condiciones y de mejor trato, o bien a quien no quiere hacerse responsable de los actos

que lo condujeron al estado que suscitó su autocompasión.

Cambiar la fachada de la autocompasión significa sólo que uno ha asignado un lugar secundario a un elemento que antes era importante. La autocompasión continúa siendo un rasgo prominente, pero ahora ha pasado a un segundo plano; al igual que la idea de la propia muerte inminente, la idea de la humildad del guerrero o la idea de la responsabilidad por los propios actos estuvieron durante una época en un segundo plano para un guerrero, sin ser nunca utilizadas hasta el momento en que se convirtió en guerrero.

Un guerrero reconoce su dolor pero no se entrega a él. El guerrero que se adentra en lo desconocido no tiene el ánimo triste; por el contrario, está alegre porque se siente humilde ante su gran fortuna, porque confía en su espíritu impecable y, sobre todo, porque es plenamente consciente de su eficacia. La alegría de un guerrero le viene de haber aceptado su destino y de haber evaluado en verdad lo que tiene delante.

COMENTARIO

Relatos de poder lleva la marca de mi caída definitiva. En la época en la que tuvieron lugar los acontecimientos que se narran en el libro sufrí una profunda sacudida emocional, la crisis del guerrero. Don Juan Matus abandonó este mundo dejando a sus cuatro aprendices en él. Don Juan se dirigió a cada uno de esos aprendices y les asignó una tarea. A mí, aquella tarea me parecía un placebo que carecía del más mínimo significado en comparación con aquella pérdida.

El hecho de no ver nunca más a don Juan no podía ser aliviado por ninguna pseudotarea. Naturalmente, lo primero que hice fue suplicarle que me llevara con él.

-No estás preparado todavía -respondió-. Seamos realistas.

-Pero podría prepararme en un abrir y cerrar de ojos, -le aseguré.

-No lo dudo. Estarías preparado, pero no para mí. Yo exijo una eficacia perfecta. Exijo un intento impecable y una disciplina impecable. Tú aún no los tienes. Los tendrás, te estás acercando; pero todavía no has llegado.

-Usted tiene el poder de llevarme, don Juan, aunque yo no esté a punto y sea imperfecto.

-Supongo que sí; pero no lo haré porque sería un vergonzoso desperdicio. Lo perderías todo, créeme. No insistas. Insistir no cabe en el mundo de los guerreros.

Aquella afirmación bastó para detenerme. Pero en mi fuero interno, sin embargo, anhelaba irme con él, aventurarme más allá de los límites de todo lo que conocía como normal y real.

Cuando llegó el momento en que abandonó efectivamente el mundo, don Juan se convirtió en una especie de coloreada y vaporosa luminosidad. Era pura energía, fluyendo libremente en el universo. En ese momento mi sensación de pérdida fue tan intensa que quise morir. Prescindí de todo lo que don Juan había dicho y, sin dudarlo, me arrojé a un precipicio. Pensaba que si hacía eso, don Juan estaría obligado a llevarme consigo y a salvar cualquier ápice de conciencia que me quedara, muerto y todo.

Pero por razones que me resultan inexplicables, tanto desde las premisas de mi cognición normal como desde la cognición del mundo de los chamanes, no morí. Me quedé solo en el mundo cotidiano, mientras que los tres componentes de mi grupo se dispersaron por el mundo. Era un desconocido para mí mismo, lo que hacía que mi soledad fuera más intensa que nunca. Me veía a mí mismo como un infiltrado, como una especie de espía que don Juan había dejado atrás impelido por oscuras razones.

Las citas tomadas del texto de Relatos de poder muestran la cualidad desconocida del mundo; no del mundo de los chamanes, sino del mundo de la vida cotidiana, que es, según don Juan, tan rico y mis-

terioso como el que más. Lo único que necesitamos para captar las maravillas de este mundo de la vida cotidiana es tener el suficiente desapego. Pero, más que desapego, lo que necesitamos es tener el afecto y el abandono suficientes.

-Un guerrero debe amar este mundo -me había advertido don Juan-, para que este mundo que parece tan corriente se abra y revele sus maravillas.

Cuando formuló esta afirmación nos hallábamos en el desierto de Sonora.

-Es una sensación sublime -dijo- estar en este desierto maravilloso, contemplando sus picos escabrosos de aquello que parecen montañas y que, en realidad, son formaciones de lava de volcanes desaparecidos hace largo tiempo. Es una sensación gloriosa descubrir que algunas de esas pepitas de obsidiana se formaron a unas temperaturas tan elevadas que todavía conservan la marca de su origen. Tienen muchísimo poder. Es algo soberbio vagar sin rumbo por aquellos picos escarpados y encontrar súbitamente un trozo de cuarzo capaz de captar las ondas de radio. El único inconveniente de tan magnífico cuadro es que para penetrar en las maravillas de este mundo, o en las maravillas de cualquier otro mundo, un hombre necesita ser un guerrero: sereno, recogido, indiferente, templado por los embates de lo desconocido. Tú aún no tienes ese temple. Tu deber es, por tanto, buscar esa plenitud antes de poder siquiera hablar de aventurarte en el infinito.

He pasado treinta y cinco años de mi vida buscando la madurez del guerrero. He ido a lugares que desafían toda descripción, buscando esa sensación de temple ante los embates de lo desconocido. Me fui discretamente, sin anunciarlo, y regresé del mismo modo. El trabajo de los guerreros es silencioso y solitario, y cuando los guerreros se van o regresan, lo hacen tan inadvertidamente que nadie repara en ello. Buscar la madurez del guerrero de cualquier otro modo sería ostentoso y, por tanto, inadmisible.

Las citas de Relatos de poder me trajeron vivamente el recuerdo de que el intento de los chamanes que vivieron en México en tiempos remotos seguía funcionando impecablemente. La rueda del tiempo se movía inexorablemente a mi alrededor, obligándome a mirar en surcos de los que no es posible hablar y mantener la coherencia.

-Baste decir -me dijo don Juan en una ocasión- que la inmensidad del mundo, ya sea el mundo de los chamanes o el de los hombres corrientes, es tan evidente que únicamente una aberración nos impediría percibirla. Intentar explicar a unos seres aberrantes lo que es andar extraviado por los surcos de la rueda del tiempo es la cosa más absurda que podría emprender un guerrero. En consecuencia, el guerrero se asegura de que sus viajes sean propiedad únicamente de su condición de guerrero.

Citas de El segundo anillo de poder

Cuando uno no tiene nada que perder, se vuelve valiente. Sólo somos tímidos mientras nos queda algo a lo que aferrarnos.

Un guerrero no deja nada al azar. De hecho, influye en el resultado de los acontecimientos mediante la fuerza de su conciencia y de su intento inflexible.

Si un guerrero quiere devolver el pago por todos los favores que ha recibido pero no tiene a nadie en particular a quien abonar su deuda, puede dirigir su pago al espíritu del hombre. Esa cuenta es siempre muy pequeña, y cualquier importe que se ingrese en ella es más que suficiente.

Tras haber arreglado el mundo del modo más bello e iluminado, el académico regresa a casa, a las cinco en punto de la tarde, y olvida su bello arreglo.

La forma humana es un conglomerado de campos de energía que existe en el universo y que está exclusivamente relacionado con los seres humanos. Los chamanes lo llaman forma humana porque esos campos de energía han sido retorcidos y deformados por toda una vida de hábitos y maltratos.

Un guerrero sabe que no puede cambiar y, sin embargo, se dedica a intentar cambiar, pese a todo. El guerrero jamás se decepciona cuando fracasa en cambiar. Ésa es la única ventaja que tiene un guerrero sobre el hombre corriente.

Los guerreros deben ser impecables en su esfuerzo por cambiar, con el fin de asustar a la forma humana y deshacerse de ella. Al cabo de años de impecabilidad, llegará un momento en que la forma humana no soportará más y se irá. Es decir, llegará un momento en que los campos de energía, retorcidos por toda una vida de hábitos, se enderezarán. Este enderezamiento de los campos de energía afecta profundamente al guerrero, que puede incluso morir; pero un guerrero impecable siempre sobrevive.

La única libertad que tienen los guerreros es la de comportarse impecablemente. Pero la impecabilidad no es sólo su única libertad, sino la única manera de enderezar la forma humana.

Todo hábito requiere de todas sus partes para funcionar. Si alguna de esas partes desaparece, el hábito se desarma.

La lucha está justo aquí, en esta Tierra. Somos criaturas humanas. ¿Quién sabe lo que nos aguarda o la clase de poder que podemos llegar a tener?

El mundo de la gente tiene subidas y bajadas, y la gente sube y baja con su mundo; los guerreros no tienen por qué seguir las subidas y bajadas de sus semejantes.

El núcleo de nuestro ser es el acto de percibir, y la magia de nuestro ser es el acto de ser conscientes. La percepción y la conciencia constituyen una misma e inseparable unidad funcional.

Se escoge sólo una vez. Elegimos ser guerreros o ser hombres corrientes. No existe una segunda oportunidad. No sobre esta Tierra.

El camino del guerrero ofrece al hombre una vida nueva, y esa vida tiene que ser completamente nueva. No puede uno llevar a esa nueva vida sus viejas y malas costumbres.

Los guerreros siempre toman el primer suceso de una serie como el bosquejo o el mapa de lo que a continuación va a desplegarse ante ellos.

A los seres humanos les encanta que les digan lo que deben hacer, pero aún les gusta más luchar y resistirse a hacer lo que se les dice; y de este modo se enredan

en aborrecer a quien los ha aconsejado.

Todo el mundo dispone de suficiente poder personal para lograr algo. El truco del guerrero consiste en desviar su poder personal de su debilidad para emplearlo en su propósito de guerrero.

Todos podemos ver y, sin embargo, elegimos no recordar lo que vemos.

COMENTARIO

Transcurrieron varios años antes de que comenzara a escribir El segundo anillo de poder. Hacía tiempo que don Juan se había ido, y las citas de este libro son recuerdos de lo que él había dicho, recuerdos que se desencadenaron a raíz de una nueva situación, de un nuevo desarrollo de las circunstancias. Apareció en mi vida un nuevo jugador. Era Florinda Matus, una cohorte del grupo de don Juan. Al partir don Juan, todos sus aprendices comprendieron que Florinda había sido dejada atrás para, de alguna manera, rematar la última parte de nuestra formación.

-No estarás completo hasta que seas capaz de recibir órdenes de una mujer sin detrimento de tu ser -me había dicho don Juan-. Pero esa mujer no puede ser una mujer cualquiera. Debe ser alguien especial, alguien que tenga poder y que sea lo bastante despiadada como para impedirte ser el mandamás que te figuras ser.

Por supuesto, me reí de sus afirmaciones. Definitivamente, pensé que estaba bromeando. Lo cierto es que no bromeaba en absoluto. Un día regresaron Florinda Donner-Grau y Taisha Abelar, y juntos viajamos a México. Fuimos a unos grandes almacenes de Guadalajara y allí nos encontramos con Florinda Matus, la mujer más magnífica que había visto en mi vida: extremadamente alta -medía un metro ochenta-, delgada, angulosa, con un hermoso rostro, de avanzada edad y, sin embargo, muy joven.

-¡Ah!, están aquí -exclamó al vernos-. ¡Los tres mosqueteros! ¡El trío de la bencina! ¡Jaimito, Juanito y Jorgito! ¡Los he estado buscando por todas partes!

Y sin una palabra más, tomó el mando. Por supuesto, Florinda Donner-Grau se quedó encantada más allá de toda mesura. Taisha Abelar estaba muy reservada, como de costumbre; y yo me sentí mortificado, casi furioso. Sabía que aquella relación no iba a funcionar. Estaba dispuesto a chocar con aquella mujer en cuanto abriera su atrevida boca y saliera con mierdas como esa de «Jaimito, Juanito y Jorgito, el trío de la bencina».

Acudieron en mi ayuda, sin embargo, ciertos aspectos insospechados que yo mantenía en reserva y que evitaron que reaccionara con ira o con enfado; así que me llevé de maravilla con Florinda, mejor de lo que hubiera podido soñar. Nos dirigía con mano de hierro. Era la reina indiscutible de nuestras vidas. Tenía el poder y el desapego necesarios para llevar a cabo su tarea de afinarnos de la manera más sutil. No nos permitía caer en la autocompasión o la queja cuando algo no era de nuestro agrado. No se parecía en absoluto a don Juan. Carecía de su sobriedad, pero tenía otra cualidad que compensaba su carencia: era rápida como nadie. Le bastaba un simple vistazo para captar de golpe una situación y actuar al instante de acuerdo con lo que se esperaba de ella.

Una de sus maniobras favoritas, que yo disfrutaba inmensamente, consistía en preguntar con toda formalidad a su auditorio o al grupo de gente al que estuviera hablando: «¿Alguno de los presentes sabe algo sobre la presión y el desplazamiento de los gases?» Formulaba este tipo de preguntas con absoluta seriedad. Y cuando la audiencia respondía: «No, no; no sabemos nada de eso», ella añadía: « ¡Entonces, puedo decir lo que quiera, ¿verdad?!», y ciertamente proseguía diciendo cualquier cosa que se le ocurría. De hecho, algunas veces decía cosas tan ridículas que yo me revolcaba de risa por los suelos.

Otra de sus clásicas preguntas era: «¿Alguno de los presentes sabe algo sobre la retina de los chimpancés? ¿No?», y Flo-

rinda decía entonces todo tipo de barbaridades acerca de la retina de los monos. Nunca había disfrutado tanto hasta entonces. Era su más ferviente admirador y su seguidor incondicional.

Una vez tuve una fístula en la cresta del hueso de la cadera, resultado de haberme caído años atrás por un barranco lleno de agujas de cactus. Me clavé setenta y cinco agujas por todo el cuerpo. Una de ellas no salió completamente, o bien quedaron restos de suciedad o residuos, y años más tarde me salió una fístula.

-No es nada -afirmó mi doctor-. No es más que una bolsa de pus que hay que sacar. Es una operación muy simple. Tardaré sólo unos minutos en realizarla.

Lo consulté con Florinda, y ella me dijo:

-Eres el nagual. O te curas a ti mismo o te mueres. Nada de ambigüedades ni doble comportamiento. Si al nagual le tiene que operar un doctor es que ha perdido su poder. ¿Un nagual muerto por una fístula? ¡Qué vergüenza!

Con la excepción de Florinda Donner-Grau y Taisha Abelar, el resto de los aprendices de don Juan no tenían el menor interés por Florinda. Para ellos era una figura amenazadora, alguien que no les permitía las libertades a las que se creían con derecho. Ella nunca alababa sus pseudoexhibiciones chamánicas y les obligaba a detener sus actividades cada vez que se desviaban del camino del guerrero.

En el texto de El segundo anillo de poder se manifiesta más que evidente esa pelea de los aprendices. Los demás aprendices de don Juan eran una partida de descarriados, llenos de arrebatos egomaníacos, cada cual tirando en su propia dirección, cada cual reafirmando su valía.

Aunque Florinda Matus nunca estuvo en primera fila, todo lo que sucedió en nuestras vidas a partir de entonces estuvo profundamente influido por ella. Fue siempre una figura en segundo plano, sabia, divertida, despiadada. Florinda Donner-Grau y yo aprendimos a amarla como nunca habíamos amado a nadie, y cuando se fue, legó su nombre, sus joyas, su dinero, su gracia y su savoir faire a Florinda Donner-Grau. Sentí que nunca podría escribir un libro sobre Florinda Matus; que si algún día alguien lo hacía habría de ser Florinda Donner-Grau, su legítima heredera, su hija entre las hijas. Al igual que Florinda Matus, yo no era más que una figura en segundo plano, puesta ahí por don Juan para romper la soledad del guerrero y para disfrutar de mi estancia sobre la Tierra.

Citas de El don del Águila

El arte de ensoñar es la capacidad de utilizar los sueños ordinarios y transformarlos en conciencia controlada, en virtud de una forma especializada de atención denominada la atención de ensueño.

El arte de acechar es un conjunto de procedimientos y actitudes que permiten a un guerrero extraer lo mejor de cualquier situación concebible.

Lo recomendable para los guerreros es no tener cosas materiales en las que enfocar su poder, sino enfocarlo en el espíritu, en el verdadero vuelo a lo desconocido y no en trivialidades.
Todo el que quiera seguir el camino del guerrero ha de librarse de la compulsión de poseer cosas y de aferrarse a ellas.

Ver es un conocimiento corporal. La preponderancia del sentido visual en nosotros influye en este conocimiento corporal y hace que parezca estar relacionado con los ojos.

La pérdida de la forma humana es como una espiral. Le da a un guerrero la libertad de recordarse a sí mismo como un conglomerado de campos de energía enderezados, lo que a su vez le hace aún más libre.

Un guerrero sabe que espera y sabe lo que espera; y mientras espera, deleita sus ojos en la contemplación del mundo. El logro definitivo de un guerrero es disfrutar con la alegría del infinito.

El destino de un guerrero sigue un curso inalterable. El desafío consiste en cuán lejos puede llegar y cuán impecable puede ser dentro de esos rígidos confines.

Cuando un guerrero deja de tener cualquier clase de expectativas, las acciones de la gente ya no le afectan. Una extraña paz se convierte en la fuerza que rige su vida. Ha adoptado uno de los conceptos de la vida del guerrero: el desapego.

El desapego no aporta automáticamente sabiduría; pero no obstante, supone una ventaja, pues permite al guerrero detenerse momentáneamente para reconsiderar las situaciones y volver a revisar las posibilidades. Para usar de manera consistente y correcta ese momento extra, un guerrero tiene, sin embargo, que luchar incansablemente durante toda su vida.

Ya me di al poder que a mi destino rige.
Y no me aferro ya a nada, para así no tener nada que defender.
No tengo pensamientos, para así poder ver.
No temo ya a nada, para así poder acordar me de mí.
Desapegado y sereno, me lanzaré
más allá del Águila para ser libre.

A los guerreros les resulta mucho más fácil salir adelante en condiciones de máxima tensión que ser impecables en circunstancias normales.

Los seres humanos tienen dos lados. El lado derecho abarca todo lo que el intelecto es capaz de concebir. El lado izquierdo es un ámbito de características indescriptibles, un ámbito para el que no caben palabras. El lado izquierdo es comprendido -si es comprensión lo que tiene lugar- con la totalidad del cuerpo. De ahí que se resista a la conceptualización.

Todas las facultades, posibilidades y logros del chamanismo, desde los más simples hasta los más asombrosos, se encuentran en el propio cuerpo humano.

A1 poder que gobierna el destino de todos los seres vivientes se le llama el Águila, no porque sea un águila ni porque tenga nada que ver con las águilas, sino porque aparece ante los ojos del vidente como un águila inconmensurable, negra como el

azabache, erguida como se yerguen las águilas, cuya envergadura alcanza el infinito.

El Águila devora la conciencia de todas las criaturas que, vivas en la Tierra un momento antes, y ahora ya muertas, van flotando como un incesante enjambre de luciérnagas hacia el pico del Águila, al encuentro de su dueño, de la razón de haber tenido vida. El Águila desenreda esas minúsculas llamas, las tiende como un curtidor extiende una piel y después las consume, pues la conciencia es el sustento del Águila.

El Águila, ese poder que gobierna los destinos de toda cosa viviente, refleja igualmente y a la vez todas esas cosas vivas. No hay lugar, por tanto, a que el hombre rece al Águila, le pida favores o espere misericordia. La parte humana del Águila es demasiado insignificante como para conmover a la totalidad.

A toda cosa viviente se le ha otorgado el poder, si así lo desea, de buscar una apertura hacia la libertad y de pasar por ella. Es obvio para el vidente que ve esa apertura, y para las criaturas que pasan por ella, que el Águila ha otorgado ese don a fin de perpetuar la conciencia.

Cruzar hacia la libertad no significa alcanzar la vida eterna en el sentido usual de eternidad; esto es, vivir por siempre. Ocurre, más bien, que los guerreros pueden conservar su conciencia, que normalmente se abandona al momento de morir. En el momento de cruzar, el cuerpo en su totalidad se inflama de conocimiento. Al instante, cada célula se torna consciente de sí misma y, además, consciente de la totalidad del cuerpo.

El don de libertad que ofrece el Águila no es una dádiva, sino la oportunidad de tener una oportunidad.

Un guerrero no está nunca sitiado. Estar sitiado implica que uno tiene posesiones personales que defender. Un guerrero no tiene nada en el mundo salvo su impecabilidad, y la impecabilidad no puede ser amenazada.

El primer principio del arte de acechar es que los guerreros eligen su campo de batalla. Un guerrero jamás entra en batalla sin conocer antes el entorno.

Eliminar todo lo innecesario es el segundo principio del arte de acechar. Un guerrero no complica las cosas. Busca la sencillez. Aplica toda su concentración para decidir si entra o no en batalla, porque en cada batalla se juega la vida. Éste es el tercer principio del arte de acechar. Un guerrero debe estar dispuesto y preparado para realizar su última parada aquí y ahora. Pero no sin orden ni concierto.

Un guerrero se relaja y se suelta; no teme a nada. Sólo entonces los poderes que guían a los seres humanos abren el camino al guerrero y le auxilian. Sólo entonces. Éste es el cuarto principio del arte de acechar.

Cuando se enfrentan a una fuerza superior con la que no pueden lidiar, los guerreros se retiran por un momento. Dejan que sus pensamientos corran libremente. Se ocupan de otras cosas. Cualquier cosa puede servir. Éste es el quinto principio del arte de acechar.

Los guerreros comprimen el tiempo; éste es el sexto principio del arte de acechar. Hasta un solo instante cuenta. En una batalla por tu vida, un segundo es una eternidad, una eternidad que puede decidir la victoria. Los guerreros persiguen el éxito; por tanto, comprimen el tiempo. Los guerreros no desperdician ni un instante.

Para aplicar el séptimo principio del arte de acechar uno tiene que aplicar los otros seis: un acechador no se coloca nunca al frente. Está siempre observando desde detrás de la escena.

Aplicar estos principios produce tres resultados. El primero es que los acechadores aprenden a no tomarse nunca en serio: aprenden a reírse de si mismos. Si no tienen miedo de hacer el ridículo, pueden ridiculizar a cualquiera. El segundo es que los acechadores aprenden a tener una paciencia inagotable. Los acechadores nunca tienen prisa, nunca se inquietan. Y el tercero es que los acechadores aprenden a tener una inagotable capacidad de improvisación.

Los guerreros encaran el tiempo que llega. Normalmente encaramos el tiempo que se aleja de nosotros; sólo los guerreros pueden cambiar esta situación y encarar el tiempo a medida que avanza hacia ellos.

Los guerreros tienen una sola cosa en mente: su libertad. Morir y ser devorado por el Águila no representa ningún desafío. En cambio, escabullirse del Águila y ser libres es la mayor de las audacias.
Cuando los guerreros hablan de tiempo no se refieren a algo que se mide por los movimientos del reloj. El tiempo es la esencia de la atención; las emanaciones del Águila están compuestas de tiempo, y, propiamente hablando, cuando un guerrero entra en otros aspectos del ser, se está familiarizando con el tiempo.

Un guerrero ya no puede llorar, y su única expresión de angustia es un estremecimiento que le viene desde las profundidades mismas del universo. Es como si una de las emanaciones del Águila estuviera hecha de pura angustia, y cuando golpea al guerrero, su estremecimiento es infinito.

COMENTARIO

Al examinar las citas extraídas de El don del Águila experimenté una sensación muy particular. Sentí inmediatamente que el firme resorte del intento de los antiguos chamanes de México seguía operando tan vivamente como siempre. Supe entonces, sin sombra de duda, que las citas de este libro estaban gobernadas por su rueda del tiempo. Supe, también, que así había sucedido con todo cuanto había hecho en el pasado, como escribir El don del Águila, y que así sigue sucediendo con todo lo que ahora hago, como escribir este libro.
Puesto que soy absolutamente incapaz de dilucidar este hecho, mi única opción viable es aceptarlo humildemente. Los chamanes del México antiguo tenían otro sistema cognitivo en funcionamiento, y todavía pueden afectarme hoy desde las unidades de ese sistema cognitivo de la manera más positiva y edificante.
Gracias a los esfuerzos de Florinda Matus, que me embarcó en el aprendizaje de las más elaboradas variantes de las técnicas chamánicas diseñadas por los chamanes de la antigüedad, tales como la recapitulación, fui capaz de contemplar, por ejemplo, mis experiencias con don Juan con una fuerza que nunca podría haber imaginado. El texto de mi libro El don del Águila es el resultado de esas visiones que tuve de don Juan Matus.
Para don Juan Matus, recapitular significaba revivir y reordenar de un simple barrido cualquier cosa en la vida de una persona. Él nunca se preocupó por minucias tales como elaborar variaciones de aquella antigua técnica. Florinda, por el contrario, poseía una meticulosidad completamente diferente. Pasó meses enteros adiestrándome para que entrara en aspectos de la recapitulación que hoy en día todavía sería incapaz de explicar.
-Lo que estás experimentando es la vastedad del guerrero -me explicaba-. Las técnicas existen. ¡Y qué! Lo que es de suprema importancia es la persona que las usa y su deseo de llevarlas hasta el final.
Recapitular a don Juan en los términos de Florinda me produjo unas visiones de don Juan extremadamente detalladas y significativas. Eran infinitamente más intensas que conversar con el propio don Juan. Fue el pragmatismo de Florinda lo que me aportó asombrosas percepciones de posi-

bilidades prácticas de las que el nagual Juan Matus no se había preocupado en absoluto. Siendo Florinda una mujer verdaderamente pragmática, no se hacía ilusiones acerca de sí misma ni tenía sueños de grandeza. Decía de sí que era como un labriego que no puede permitirse perder ni una sola vuelta del camino.

-Un guerrero debe ir muy lentamente -recomendaba- y aprovechar todos los elementos disponibles de la senda del guerrero. Uno de los elementos más notables es la capacidad que todos tenemos, como guerreros, de enfocar nuestra atención con fuerza inquebrantable sobre los acontecimientos que hemos vivido. Los guerreros pueden enfocar su atención incluso sobre personas que nunca conocieron. El resultado final de esta profunda focalización es siempre el mismo: la escena se reconstruye. Aparecen patrones enteros de conducta, tanto los ya olvidados como los más nuevos, al alcance del guerrero. Inténtalo.

Seguí su consejo, me enfoqué en don Juan y, desde luego, recordé cuanto había acontecido en cualquier momento dado. Recordé detalles de los que no tenía ni idea. Gracias al trabajo de Florinda fui capaz de reconstruir enormes porciones de actividad junto a don Juan, así como detalles de tremenda importancia que se me habían pasado completamente por alto.

El espíritu de las citas de El don del Águila me impresionó sobremanera, pues las citas revelaban el profundo énfasis que había puesto don Juan en los elementos de su mundo y en el camino del guerrero como culminación de los logros humanos. Aquel impulso había sobrevivido a su persona y estaba más vivo que nunca. A veces, sentía sinceramente que don Juan no se había ido jamás. Incluso llegué a escucharle moviéndose alrededor de la casa. Le pregunté a Florinda acerca de ello.

-¡Oh, no es nada! -dijo ella-. No es más que el vacío del nagual Juan Matus que se extiende para tocarte, no importa dónde esté su conciencia en estos momentos.

Su respuesta my dejó más confuso, más intrigado y más abatido que nunca. Aunque Florinda era la persona más próxima al nagual Juan Matus, uno y otro eran asombrosamente distintos. Una cosa que ambos compartían era el vacío de sus personas. No eran ya personas. Don Juan Matus no existía como persona. Pero lo que existía en lugar de su persona era una colección de historias, cada una de ellas apropiadas para la situación que estuviera comentando, unas historias didácticas y unos chistes que llevaban el sello de su sobriedad y de su frugalidad.

Florinda era igual; tenía un sinfín de historias. Pero sus historias trataban de la gente. Eran como una forma elevada de chismorreo, un tipo de chismorreo que, debido a la impersonalidad de Florinda, alcanzaba niveles inconcebibles de eficacia y diversión.

-Quiero que examines a un hombre que guarda un tremendo parecido contigo -me dijo un día-. Quiero que lo recapitules como si lo hubieras conocido toda tu vida. Ese hombre desempeñó un papel trascendental en la formación de nuestro linaje. Su nombre era Elías, el nagual Elías. Yo lo llamo «el nagual que perdió el paraíso».

»Cuenta la historia que el nagual Elías fue adoptado por un sacerdote jesuita, que le enseñó a leer, a escribir y a tocar el clavicordio. También le enseñó latín. El nagual Elías podía leer las Sagradas Escrituras en latín con la misma soltura que cualquier erudito. Estaba destinado a ser sacerdote, pero era indio, y en aquellos tiempos los indios no tenían cabida en la jerarquía eclesiástica. Eran demasiado siniestros, demasiado oscuros, demasiado indios. Los sacerdotes provenían de las clases sociales más elevadas; eran descendientes de españoles, con piel blanca y ojos azules; eran apuestos y presentables. En comparación, el nagual Elías era un oso; pero luchó largamente, alentado por la promesa de su mentor de qué Dios velaría porque fuera aceptado en el sacerdocio.

»Siendo sacristán de la iglesia donde su mentor oficiaba de párroco, un día entró en ella una auténtica bruja. Su nombre

era Amalia. Dicen que era muy estrafalaria. Sea como fuere, el caso es que terminó seduciendo al pobre sacristán, que se enamoró tan profunda y desesperadamente de Amalia que acabó en la cabaña de un hombre nagual. Con el tiempo, se convirtió en el nagual Elías, un personaje digno de tener en cuenta, culto, instruido. El puesto de nagual parecía haber sido hecho a su medida. Le permitía el anonimato y la efectividad que se le habían negado en el mundo.

»Era un ensoñador, y tan bueno que llegaba en estado incorpóreo hasta los lugares más recónditos del universo. A veces, incluso regresaba con objetos que habían atraído su mirada por las líneas de su diseño, objetos que resultaban incomprensibles. Él los llamaba «inventos». Tenía toda una colección de ellos.

»Quiero que enfoques tu atención de recapitulación en aquellos "inventos" -me ordenó Florinda-. Quiero que acabes oliéndolos, sintiéndolos con tus manos, a pesar de que no los has visto nunca excepto a través de lo que te estoy contando ahora. Enfocarse de este modo implica establecer un punto de referencia, como en una ecuación algebraica en la que se calcula algo jugando con un tercer elemento. Utilizando a otra persona como punto de corroboración, serás capaz de ver al nagual Juan Matus con infinita claridad.

El texto del libro El don del Águila constituye una profunda revisión de lo que don Juan me hizo mientras estuvo en el mundo. Las visiones que tuve de don Juan gracias a mis nuevas habilidades de recapitulación -la utilización del nagual Elías como punto de corroboración- fueron infinitamente más intensas que cualquiera de las que tuve de él mientras estuvo vivo. Las visiones de la recapitulación carecían de la calidez de lo vivo, pero tenían en cambio la precisión y la exactitud de los objetos inanimados que uno puede examinar a placer.

Citas de El fuego interno

Uno no está completo sin tristeza ni añoranza, pues sin ellas no hay sobriedad, no hay gentileza. La sabiduría sin gentileza y el conocimiento sin sobriedad son inútiles.

El mayor enemigo del hombre es la importancia personal. Lo que lo debilita es sentirse ofendido por lo que hacen o dejan de hacer sus semejantes. La importancia personal requiere que uno pase la mayor parte de su vida ofendido por algo o alguien.

Para seguir el camino del conocimiento, uno tiene que ser muy imaginativo. En el camino del conocimiento nada es tan claro como nos gustaría que fuera.

Si los videntes son capaces de mantenerse firmes al enfrentarse con los pinches tiranos, pueden ciertamente encarar lo desconocido impunemente, y entonces incluso pueden soportar la presencia de lo que no se puede conocer.

Es natural pensar que un guerrero capaz de mantenerse firme ante el rostro de lo desconocido podrá, ciertamente, encarar impunemente a los pinches tiranos. Pero eso no es necesariamente así. Lo que destruyó a los magníficos guerreros de la antigüedad fue confiar en esa suposición. Nada puede templar mejor el espíritu de un guerrero que el desafío de tratar con personas imposibles que ocupan puestos de poder. Sólo en tales circunstancias pueden los guerreros adquirir la sobriedad y la serenidad necesarias para soportar la presión de lo que no se puede conocer.

Lo desconocido es algo que está velado para el hombre, amparado quizá en un contexto aterrador; pero aun así está al alcance del hombre. En cierto momento, lo desconocido se convierte en conocido. Lo que no se puede conocer, en cambio, es lo indescriptible, lo impensable, lo inconcebible. Es algo que jamás conoceremos y

que sin embargo está ahí, deslumbrante y a la vez horroroso en su vastedad.

Percibimos. Éste es un hecho firme. Pero no es un hecho de la misma clase que lo que percibimos, porque aprendemos qué percibir.

Los guerreros afirman que el hecho de creer que hay un mundo de objetos ahí fuera se debe únicamente a nuestra conciencia. Pero lo que hay realmente ahí fuera son las emanaciones del Águila, fluidas, siempre en movimiento y, sin embargo, inmutables, eternas.

La falla más profunda de los guerreros inmaduros es que tienden a olvidar la maravilla de lo que ven. Les abruma el hecho de ver y creen que lo que cuenta es su talento. Un guerrero maduro debe ser un dechado de disciplina con el fin de superar la casi invencible laxitud de nuestra condición humana. Más importante aún que ver es lo que los guerreros hacen con lo que ven.

Una de las mayores fuerzas en las vidas de los guerreros es el miedo, porque los incita a aprender.

Lo cierto, para un vidente, es que todos los seres vivos luchan por morir. Lo que detiene a la muerte es la conciencia.

Lo desconocido está siempre presente, pero queda fuera de las posibilidades de nuestra conciencia ordinaria. Lo desconocido es la parte sobrante del hombre corriente. Y es sobrante porque el hombre corriente no dispone de suficiente energía libre para asirla.

La mayor falla de los seres humanos es mantenerse adheridos al inventario de la razón. La razón no trata al hombre como energía. La razón trata con instrumentos que crean energía, pero jamás se le ha ocurrido seriamente a la razón que somos mejores aún que los instrumentos: somos organismos que crean energía. Somos burbujas de energía.

Los guerreros que alcanzan deliberadamente la conciencia total son algo digno de contemplar. Ése es el momento en que arden desde adentro. El fuego interno los consume. Y en plena conciencia, se funden con el conjunto de las emanaciones del Águila y se deslizan a la eternidad.

Una vez que se logra el silencio interno, todo es posible. El modo de terminar con nuestro diálogo interno es utilizar exactamente el mismo método mediante el cual nos enseñaron a hablar con nosotros mismos: fuimos enseñados compulsiva y sostenidamente, y así es como debemos detenerlo: compulsiva y sostenidamente.

La impecabilidad comienza con un solo acto, que tiene que ser premeditado, preciso y sostenido. Si este acto se repite durante el tiempo suficiente, uno adquiere un sentido de intento inflexible que puede aplicarse a cualquier cosa. Si esto se logra, el camino queda despejado. Así, una cosa lleva a la otra hasta que al fin el guerrero desarrolla todo su potencial.

El misterio de la conciencia es la oscuridad. Los seres humanos están inundados de ese misterio, de cosas que son inexplicables. Considerarnos a nosotros mismos en cualesquiera otros términos es una locura. Así que un guerrero no degrada el misterio del hombre tratando de racionalizarlo.

Las comprensiones son de dos tipos. Unas no son más que arengas para darse ánimos; son grandes arranques de emoción y nada más. Las otras son producto de un movimiento del punto de encaje; no van unidas a arranques emocionales sino a la acción. Las comprensiones emocionales llegan años después, cuando los guerreros, con el uso, han consolidado la nueva posición de sus puntos de encaje.

Lo peor que podría ocurrirnos es tener que morir, y puesto que ése es ya nuestro destino inalterable, somos libres; quienes lo han perdido todo no tienen ya nada que temer.

No es por codicia que los guerreros se aventuran en lo desconocido. La codicia sólo es eficaz en el mundo de los asuntos cotidianos. Para aventurarse en esa aterradora soledad de lo desconocido se necesita mucho más que codicia: se necesita amor. Hay que tener amor a la vida, a la intriga, al misterio. Hay que tener una curiosidad insaciable y una montaña de agallas.

Un guerrero sólo piensa en los misterios de la conciencia; el misterio es lo único que importa. Somos seres vivos; tenemos que morir y abandonar nuestra conciencia. Pero si podemos cambiar tan siquiera un solo matiz de eso, ¿ qué misterios nos estarán aguardando? ¡Qué misterios!

COMENTARIO

El libro El fuego interno fue otro de los resultados finales de la influencia que Florinda Matus ejerció en mi vida. Ella me guió para que esta vez enfocara mi atención en el maestro de don Juan, el nagual Julián. Tanto Florinda como mi detallado enfoque en aquel hombre me revelaron que el nagual Julián Osorio había sido un actor de cierto mérito; pero más que actor, había sido un libertino al que sólo le interesaba seducir mujeres, cualquier clase de mujeres, con las que establecía contacto durante sus representaciones teatrales. Era tan extremadamente libertino que, finalmente, perdió la salud y contrajo la tuberculosis.

Su maestro, el nagual Elías, lo encontró una tarde en pleno campo, a las afueras de la ciudad de Durango, seduciendo a la hija de un acaudalado terrateniente. Debido al esfuerzo, el actor comenzó a sangrar, y la hemorragia llegó a ser tan intensa que estuvo a punto de morir. Florinda dijo que el nagual Elías vio que no había ninguna manera en que él pudiera ayudarle. Era imposible curar al actor, y lo único que podía hacer como nagual era cortar la hemorragia, cosa que hizo. Vio entonces la oportunidad de hacerle al actor una propuesta.

-Salgo a las cinco de la madrugada hacia las montañas -dijo-. Espérame a la salida del pueblo. No faltes. Si no vienes, morirás antes de lo que piensas. Tu único recurso es venir conmigo. Nunca podré curarte, pero podré desviar tu avance inexorable hacia el abismo que marca el final de la vida. Todos los seres humanos caemos inexorablemente en ese abismo más tarde o más temprano. Yo te desviaré para que tus pasos orillen la enorme extensión de esa fisura, ya sea por su lado izquierdo o por el derecho. Mientras no te caigas, vivirás. Nunca estarás bien, pero vivirás.

El nagual Elías no esperaba gran cosa del actor, que era un hombre perezoso, dejado, licencioso y quizá incluso cobarde. Se sorprendió sobremanera cuando a las cinco de la mañana del día siguiente lo encontró esperándole en un extremo de la ciudad. Se lo llevó a las montañas, y con el tiempo el actor llegó a ser el nagual Julián: un tuberculoso que no se curó jamás, pero que vivió hasta tal vez los ciento siete años, siempre caminando al borde del abismo.

-Desde luego, es de suprema importancia para ti que examines el caminar del nagual Julián al borde del abismo -me indicó Florinda en una ocasión-. El nagual Juan Matus nunca quiso saber nada de ello. Para él, todo eso era superfluo. Tú no tienes tanto talento como el nagual Juan Matus. Como guerrero, nada puede serte superfluo. Debes permitir que los pensamientos, los sentimientos y las ideas de los chamanes del México antiguo lleguen libremente hasta ti.

Florinda tenía razón. Yo no tengo el esplendor del nagual Juan Matus. Tal como ella había apuntado, para mí no podía haber nada superfluo. Necesitaba de cada apoyo, de cada matiz. No podía permitir-

me pasar por alto ninguna de las visiones ni de las concepciones de los chamanes del México antiguo, por muy descabelladas que pudieran parecerme.
Examinar el caminar del nagual Julián al borde del abismo implicó que mi habilidad para enfocar mis recuerdos se extendiera hasta los sentimientos que el nagual Julián experimentó en su extraordinaria lucha por mantenerse con vida. Me estremecí hasta la médula cuando descubrí que la batalla de aquel hombre había sido una lucha segundo a segundo, con sus terribles hábitos licenciosos y su extraordinaria sensualidad enfrentados a su férrea adhesión a la supervivencia. Su lucha no fue esporádica, sino la más sostenida y disciplinada de las batallas por mantener el equilibrio. Caminar al borde del abismo incrementaba hasta tal grado la batalla de un guerrero, que cada segundo contaba. Un solo momento de debilidad habría arrojado al abismo al nagual Julián.
Sin embargo, si mantenía su mirada, su énfasis, su interés enfocado en lo que Florinda llamaba el borde del abismo, la presión se aliviaba. Fuera lo que fuese lo que viera, no era tan desesperante como lo que veía cuando empezaban a apoderarse de él sus antiguos hábitos. Cuando miraba al nagual Julián en esos momentos, me parecía estar recapitulando a un hombre diferente; un hombre más pacífico, más desapegado, más compuesto.

Citas de El conocimiento silencioso

No es que un guerrero aprenda chamanismo con el paso del tiempo; lo que aprende con el paso del tiempo es, más bien, a ahorrar energía. Esa energía le permitirá manejar algunos de los campos de energía que normalmente le son inaccesibles. El chamanismo es un estado de conciencia, es la facultad de utilizar campos de energía que no se emplean al percibir el mundo cotidiano que conocemos.

Hay en el universo una fuerza inconmensurable e indescriptible que los chamanes llaman intento, y absolutamente todo cuanto existe en la totalidad del cosmos está ligado al intento por un vínculo de conexión. Los guerreros se dedican a estudiar, a entender y a emplear ese vínculo. Les interesa especialmente limpiarlo del aturdimiento y del entumecimiento provocados por los intereses ordinarios de la vida cotidiana. A este nivel, el chamanismo puede definirse como el proceso de limpiar nuestro vínculo de conexión con el intento.

A los chamanes les interesa su pasado, pero ese pasado no es su pasado personal. Para los chamanes, su pasado son los logros conseguidos por los chamanes de otras épocas. Consultan su pasado con el fin de obtener un punto de referencia. Los chamanes son los únicos que buscan genuinamente un punto de referencia en su pasado. Establecer un punto de referencia significa, para ellos, tener una oportunidad de examinar el intento.

También el hombre corriente examina el pasado. Pero lo que examina es su pasado personal y por razones personales. Se mide a sí mismo en relación con el pasado, tanto su pasado personal como lo que se conoce del pasado de su época, con el fin de encontrar justificaciones a su comportamiento presente o futuro, o para establecer un modelo para sí mismo.

El espíritu se le manifiesta al guerrero a cada paso. Pero ésta no es toda la verdad. La verdad completa es que el espíritu se revela a todo el mundo con la misma intensidad y consistencia, aunque sólo los guerreros sintonizan consistentemente con dichas revelaciones.

Los guerreros hablan del chamanismo como si fuera un ave mágica, misteriosa, que detiene su vuelo un instante para dar al hombre esperanza y propósito; los guerreros viven bajo el ala de esa ave, a la que llaman el pájaro de la sabiduría, el pájaro de la libertad.

Para un guerrero, el espíritu es abstracto sólo en el sentido de que lo conoce sin palabras, incluso sin pensamientos. Es abstracto porque no puede concebir qué es el espíritu. Y aun así, sin tener la menor oportunidad o deseo de comprenderlo, un guerrero maneja el espíritu. Lo reconoce, lo llama, lo incita, se familiariza con él y lo expresa con sus actos.

El vínculo que conecta al hombre corriente con el intento está prácticamente muerto; así que los guerreros parten de un vínculo que es inútil, puesto que no responde voluntariamente. A fin de revivir ese vínculo, los guerreros necesitan un propósito riguroso y fiero, un estado especial de la mente llamado intento inflexible.

El poder del hombre es incalculable; la muerte existe sólo porque la hemos intentado desde el momento en que nacemos. El intento de la muerte puede suspenderse haciendo que el punto de encaje cambie de posiciones.

El arte del acecho consiste en aprender todas las peculiaridades de tu disfraz, y aprenderlas tan bien que nadie sepa que estás disfrazado. Para conseguirlo, necesitas ser despiadado, astuto, paciente y dulce.

Ser despiadado no significa aspereza, astucia no significa crueldad, ser paciente no significa negligencia y ser dulce no significa estupidez.

Los guerreros actúan con un propósito ulterior que no tiene nada que ver con el provecho personal. El hombre corriente sólo actúa si hay posibilidad de ganancia. Los guerreros no actúan por ganancia, sino por el espíritu.

Los chamanes videntes de la antigüedad advirtieron, gracias a su capacidad de ver, que cualquier comportamiento inusual producía un temblor en el punto de encaje. Enseguida descubrieron que si el comportamiento inusual se practica sistemáticamente y se dirige con sabiduría, acaba forzando al punto de encaje a moverse.

El conocimiento silencioso no es sino el contacto directo con el intento.

El chamanismo es un viaje de regreso. Un guerrero regresa victorioso al espíritu tras haber descendido al infierno. Y del infierno regresa con trofeos. La comprensión es uno de sus trofeos.

Los guerreros, debido a que son acechadores, comprenden el comportamiento humano a la perfección. Comprenden, por ejemplo, que los seres humanos son criaturas de inventario. Conocer los pormenores de cualquier inventario es lo que convierte a un hombre en un erudito o en un experto en su campo.

Los guerreros saben que cuando el inventario de una persona corriente falla, o bien la persona amplía su inventario o bien se derrumba el mundo de la imagen de sí mismo. Las personas corrientes son capaces de incorporar nuevos elementos a su inventario siempre y cuando esos nuevos elementos no contradigan el orden básico de ese inventario. Pero si los elementos contradicen dicho orden, la mente de la persona se derrumba. El inventario es la mente. Los guerreros lo tienen en cuen-

ta cuando intentan romper el espejo de la imagen de sí mismos.

Los guerreros jamás pueden tender un puente para reunirse con la gente del mundo. Pero si la gente desea hacerlo, tiene que tender un puente para reunirse con los guerreros.

Para poder acceder a los misterios del chamanismo es preciso que el espíritu descienda sobre el interesado. La presencia del espíritu desplaza por sí sola el punto de encaje del hombre hasta una posición determinada. Este punto preciso es conocido por los chamanes como el lugar de la no compasión.

No existe, en realidad, ningún procedimiento para hacer que el punto de encaje se desplace al lugar de la no compasión. El espíritu toca a la persona, y su punto de encaje se desplaza. Así de simple.

Lo que necesitamos hacer para que la magia pueda apoderarse de nosotros es desvanecer las dudas de nuestras mentes. Una vez desvanecidas las dudas, todo es posible.

Las posibilidades del hombre son tan vastas y misteriosas que los guerreros, en vez de pensar en ellas, han optado por explorarlas sin esperanza de comprenderlas jamás.

Todo lo que los guerreros hacen es consecuencia del desplazamiento de sus puntos de encaje, y tales desplazamientos están determinados por la cantidad de energía que los guerreros tienen a su disposición.

Cualquier movimiento del punto de encaje significa alejarse de la excesiva preocupación por el yo individual. Los chamanes creen que es la posición del punto de encaje lo que hace que el hombre moderno sea un ególatra homicida, un ser totalmente atrapado en la imagen de sí mismo. Habiendo perdido cualquier esperanza de regresar a la fuente de todo, el hombre corriente busca consuelo en su egoísmo.

La clave del camino del guerrero es destronar la importancia personal. Todo cuanto hacen los guerreros se dirige a lograr esta meta.

Los chamanes han desenmascarado la importancia personal y han descubierto que se trata de autocompasión disfrazada.

En el mundo de la vida cotidiana, nuestra palabra o nuestras decisiones se pueden revocar muy fácilmente. Lo único irrevocable en el mundo cotidiano es la muerte. En el mundo de los chamanes, en cambio, la muerte puede recibir una contraorden, pero no la palabra del chamán. En el mundo de los chamanes las decisiones no pueden cambiarse o revisarse. Una vez que han sido tomadas, valen para siempre.

Una de las cosas más dramáticas de la condición humana es la macabra conexión que existe entre la estupidez y la imagen de sí. Es la estupidez lo que obliga al hombre corriente a descartar cualquier cosa que no se ajuste a las expectativas de su imagen de sí mismo. El hecho de ser hombres corrientes, por ejemplo, hace que seamos ciegos a una parte del conocimiento accesible al ser humano que es absolutamente crucial: la existencia del punto de encaje y el hecho de que puede desplazarse.

El hombre racional, al aferrarse tercamente a la imagen de sí mismo, se garantiza una ignorancia abismal. Ignora el hecho de que el chamanismo no es cuestión de encantamientos y abracadabras, sino que es la libertad de percibir no sólo el mundo que se da por sentado, sino todo lo que es humanamente posible lograr. Tiembla ante la posibilidad de ser libre, y la libertad está al alcance de su mano.

El problema del hombre es que intuye sus

recursos ocultos pero no se atreve a utilizarlos. Por eso dicen los guerreros que el problema del hombre es el contrapunto que crean su estupidez y su ignorancia. El hombre necesita ahora, más que nunca, que le enseñen nuevas ideas que tengan que ver exclusivamente con su mundo interior; ideas de chamanes, no ideas sociales; ideas relativas al enfrentamiento del hombre con lo desconocido, con su muerte personal. Ahora, más que nunca, necesita que le enseñen los secretos del punto de encaje.

El espíritu únicamente escucha a quien le habla con gestos. Y los gestos no son señas o movimientos del cuerpo, sino actos de verdadero abandono, actos de generosidad, de humor. Como gesto al espíritu, los guerreros sacan lo mejor de sí mismos y sigilosamente se lo ofrecen a lo abstracto.

COMENTARIO

El último libro que escribí sobre don Juan como resultado directo de la tutela de Florinda Matus fue El conocimiento silencioso, título que fue elegido por mi editor ya que originalmente yo propuse el de El silencio interno. Mientras trabajaba en su redacción, las visiones de los chamanes del México antiguo comenzaron a resultarme extremadamente abstractas. Florinda hizo todo lo que pudo por desviarme de mi absorción en lo abstracto. Intentaba dirigir mi atención hacia diferentes aspectos de las antiguas técnicas chamánicas, o bien trataba de distraerme conmocionándome con su escandaloso comportamiento. Pero nada de ello bastó para desviarme de mi tendencia, aparentemente inexorable.

El conocimiento silencioso es un repaso intelectual de los pensamientos de los chamanes del México antiguo en su aspecto más abstracto. Mientras elaboraba a solas el libro, me contaminé del ánimo de aquellos hombres, de su deseo de conocer más siguiendo un camino cuasirracional. Florinda me explicó que, al final, aquellos chamanes se volvieron extremadamente fríos y desapegados. Para ellos no existía ya la calidez. Estaban empeñados en su búsqueda: su frialdad como hombres era un esfuerzo por igualar la frialdad del infinito. Lograron cambiar sus ojos humanos para igualar los fríos ojos de lo desconocido.

Sentí que a mí me ocurría lo mismo y traté desesperadamente de cambiar el curso de aquella marea. Todavía no lo he logrado. Mis pensamientos se han vuelto cada vez más parecidos a los pensamientos de aquellos hombres al final de su búsqueda. No es que no me ría. Muy al contrario, mi vida es una dicha sin fin. Pero al mismo tiempo es una búsqueda interminable y despiadada. El infinito me tragará y quiero estar preparado para ello. No quiero que el infinito me disuelva en la nada porque, por vagos que sean, aún conservo deseos humanos, cálidos afectos, apegos. Más que nada en el mundo, quiero ser como aquellos hombres. Nunca los conocí. Los únicos chamanes que llegué a conocer fueron don Juan y los restantes miembros de su grupo; lo que ellos manifestaban se hallaba muy lejos de esa frialdad que intuyo en aquellos hombres desconocidos.

Debido a la influencia que tuvo Florinda en mi vida, tuve gran éxito en aprender a enfocar mi atención sostenidamente en el ánimo de personas que jamás conocí. Enfoqué mi atención de recapitulación en el ánimo de aquellos chamanes, y fui atrapado por él sin esperanza de desembarazarme jamás de su atracción. Florinda no creía que mi estado fuera definitivo. Me gastaba bromas y se reía abiertamente de ello.

-Tu estado parece definitivo -me dijo Florinda-, pero no lo es. Llegará un momento en que cambiarás de jurisdicción. Quizá llegues a burlarte de cada pensamiento de los chamanes del México antiguo. Puede, incluso, que te burles de los pensamientos y las visiones de los chamanes con los que trabajaste tan estrechamente, como el nagual Juan Matus. Hasta puede que reniegues de él. Ya verás. Un guerrero no tiene límites. Su sentido de la improvisa-

ción es tan agudo que puede construir a partir de la nada; y no meras estructuras vacías, sino funcionales y prácticas. Ya verás. No es que vayas a olvidarlos, pero en un momento dado, antes de zambullirte en el abismo, si tienes agallas para recorrer su filo y la audacia de no apartarte de él, llegarás a conclusiones de guerrero de un orden y estabilidad infinitamente más adecuados para ti que la fijación de los chamanes del México antiguo.

Las palabras de Florinda eran como una agradable y alentadora profecía. Puede que tuviera razón. La tenía, ciertamente, al afirmar que los recursos del guerrero no tienen límites. El único fallo es que para adquirir una visión de mí y del mundo ordenada de un modo diferente, una visión que sea todavía más adecuada a mi temperamento, he de caminar al filo del abismo, y dudo tener la audacia y la fuerza necesarias para lograr esa proeza. Pero ¿quién sabe?

FIN

* * *

GUILLERMO MARÍN

PARA LEER A CARLOS CASTANEDA

MANO IZQUIERDA EDITORES

Guillermo Marín.
Para Leer a Carlos Castaneda.

Fotografía de Portada: Adrian Pelletier by Unsplash.

Edición bajo el cuidado de:
Mano Izquierda Editores.

Circa, 2019.
Lima, Perú.

PARA LEER A CARLOS CASTANEDA

Para leer a Carlos Castaneda es una síntesis crítica de la obra de este singular antropólogo localizada sobre la estrecha relación existente entre las enseñanzas de Don Juan y la antigua cultura tolteca.

La obra presenta los elementos fundamentales para entender a Carlos Castaneda y la "Toltequidad", concatenándolas en un conjunto coherente, para devolver este conocimiento funcional y accesible a nuestra conciencia cotidiana.

La obra de Guillermo Marín tiene como referencia implícita el poner, por un lado, en estrecha relación las enseñanzas de Don Juan con su matiz profunda y verdadera y, por otro, clarificar muchos de los términos y conceptos fundamentales para entender las obras de Carlos Castaneda.

Guillermo Marín devela una nueva perspectiva sobre una de las más antiguas y poderosas culturas del mundo, la Tolteca.

La comprensión de la obra de Carlos Castaneda resulta difícil es por dos motivos fundamentales: el primero es que Castaneda nunca ha definido explícitamente la relación que existe entre el conocimiento obtenido de las enseñanzas de Don Juan y la antigua cultura tolteca quitando continuidad y profundidad a su obra; y, en segundo lugar, muchos de los términos utilizados en las transcripciones no han sido adecuadamente traducidos, con la evidente consecuencia de aumentar la confusión del lector.

Esta obra da nueva vida a ideas que el hombre había desechado y que hoy necesita; ideas sobre lo que intuyen pero no conocen, sobre la muerte personal sobre la impecabilidad, sobre los secretos del "movimiento del punto de encaje" y, en forma muy particular, sobre el "conocimiento silencioso", que representa una nueva manera de acercarse al conocimiento, al menos para el hombre moderno.

La teoría sobre el "inconsciente colectivo", de la que nos habla el psicoanalista Carl Gustav Jung, y la "percepción corporal" utilizada en la terapia Gestalt por el Dr. Fritz Perls, representan algunas de las teorías formuladas en Occidente que de alguna forma se asemejan al concepto de "conocimiento silencioso " expresado por los antiguos toltecas. La única diferencia que separa al concepto antiguo del moderno es que los toltecas vivían simplemente con este conocimiento, practicándolo y enseñándolo, mientras que, para nosotros hoy es sólo una teoría más.

Hoy más que nunca el hombre requiere descubrir sus posibilidades olvidadas, mismas que le permiten percibir y actuar en el mundo que conocemos de un modo distinto encontrando la Armonía, la Consciencia Total, la Tercera Atención o "El don del Águila"

GIULIO LOZZIA

INTRODUCCION

Cada una de las culturas con origen autónomo (Egipto, Mesopotamia, China, India, Mesoamérica, Cultura Andina) han contado con hombres de conocimiento que Forjaron la infraestructura filosófica básica sobre la cual se ha desarrollado una multiplicidad de actividades que le dan personalidad y rostro propio.

En la profundidad del tiempo, miles de años atrás, surgió, en lo que hoy es México, una sorprendente cultura madre, cuya pluralidad en tiempo y espacio ha conservado su matriz filosófica. Desde tiempos olmecas, pasando por tiempos toltecas y llegando al período previo a la Conquista, con los mexicas, existió un hilo conductor que fue hilvanando cada proceso, cada "nueva faceta cultural" de la misma matriz, cuya vigencia alcanza, oculta, la época actual.

Podemos apreciar esta matriz cultural en los vestigios arqueológicos y en la iconografía de los olmecas, y cómo se mantiene a través del tiempo, del espacio y de las culturas que les siguieron. Cada una de ellas retoma la matriz y la enriquece; por eso, el México antiguo se presenta ante nosotros como un mosaico pluricultural, cuya esencia o matriz es la misma. Esta matriz, elemento fundamental que dio continuidad al proceso cultural mesoamericano, se desarrolló a través de miles de años en los que, poco a poco, fue perfeccionándose hasta llegar a su esplendor en el Clásico Superior.

Esta profunda esencia cultural no ha sido reconocida por Occidente: en los tiempos de la Conquista, porque los españoles no podían validar el desarrollo cultural avanzado de un pueblo al que brutalmente arrasaron, y, en la actualidad, porque la supremacía occidental es avasalladora en los terrenos de la filosofía, la ciencia y la cultura. Los vestigios de la grandeza cultural del México antiguo casi sucumbieron en la oscuridad del tiempo y en las mentes de aquellos que fueron dominados por la fuerza.

En la actualidad, lejos de reconocer la existencia de una profunda filosofía mesoamericana, se habla de una transfigurada religión politeísta, en la que todavía pesan juicios eurocéntricos. El pasado prehispánico de México representa, para la gran mayoría de quienes detentan el poder político y cultural, una fuente de nacionalismo demagógico; un patrimonio cultural inconexo de piedras y objetos de gran valor estético cuyo atractivo "turístico" es importante sólo desde el punto de vista económico.

Pero ¿dónde está la base en la cual pueda sustentarse la auténtica riqueza de nuestro patrimonio cultural? Sólo la existencia de una filosofía mesoamericana puede dar sentido y explicación a miles de años de evolución y desarrollo.

¿Cómo podríamos entender el patrimonio cultural greco-latino sin el estudio del conocimiento legado por sus filósofos y pensadores? Sin esa base fundamental, todos los vestigios de su pasado no tendrían una clara explicación. De la misma manera, sin el conocimiento de la filosofía mesoamericana es más que difícil entender los procesos culturales del México antiguo.

Quinientos años han transcurrido sin que las culturas dominantes hayan podido o querido reconocer, mucho menos entender, la filosofía mesoamericana. En el siglo XVI los preclaros teólogos occidentales debatían acerca de si los indios tenían o no tenían espíritu. Hoy, varios siglos después, hay quienes piensan que no existió una filosofía mesoamericana, simplemente porque no existen bases "científicas" para comprobarlo.

El Dr. Rubén Bonifaz Nuño, en su libro Imagen de Tláloc, cuestiona la actitud de minusvalía que han mantenido los investigadores sobre las culturas del México antiguo.

... Tal vez así llegue a admitirse que aquellos hombres no eran los "primitivos

adoradores de la lluvia, preocupados por la abundancia o la pérdida de sus cosechas, por la posible fertilidad de la tierra, sino que tenían un conocimiento metafísico de lo existente.

Un concepto del mundo que hiciera explicables sus cualidades de grandes matemáticos, astrónomos, ingenieros, arquitectos, escultores que, paradójicamente, le son reconocidas de manera universal. Porque todos están de acuerdo en afirmarlo: los antiguos habitantes de Mesoamérica eran insignes ingenieros y arquitectos; allí están, demostrándolo, las difícilmente igualables obras de los templos y las plazas edificadas, como por milagro, entre selvas o sobre cumbres vueltas en llanuras, en pantanos convertidos en tierra firme; allí la asombrosa utilización de los espacios y las masas, como en una música cósmica en que se alternan sin defecto los bloques de sonido con las armoniosas aberturas del silencio.

Eran, asimismo, incomparables matemáticos; así lo prueban sus cálculos, capaces de comprender la noción del cero, la mensurabilidad del movimiento, según las posiciones del antes y del después.

Eran, también se admite como indiscutible, poderosos astrónomos; la marcha de los cuerpos celestes, las leyes que determinan los avances y los retrocesos de los planetas, el cíclico progreso de las estrellas, las muertes y las resurrecciones de la luna, les eran del todo conocidos por la razón y por la experiencia; de modo que sus medidas del tiempo les daban la facultad de calcular, dentro de un calendario exacto y minucioso, fechas situadas en espacios ya ilimitados.

Nadie les niega la potestad de crear, en obras que más tarde se han considerado de arte, imágenes simbólicas o realistas de calidades supremas; el barro, la madera, el metal la piedra, los colores manejados por ellos, han llegado hasta nosotros en multitud de objetos cuyos valores plásticos transmiten con caba1 eficacia el testimonio de su voluntad de ser; eran pues, así se reconoce universalmente, magnos artífices, dominadores de técnicas que a la fecha no pueden aún explicarse cabalmente.

Se supone Lícitamente que contaron con una sabia organización social bien jerarquizado, sustentada en sólidos principios morales, de acuerdo con los cuales la vida en común se desenvolvía ordenada y segura.

Se sabe que hablaban lenguas copiosas con que se podían expresar conceptos de máxima abstracción; lenguas suficientes a contener, directa y metafóricamente, las finuras y la solidez del lenguaje de la ciencia, de la filosofía, de las manifestaciones poéticas.

Todo eso y más, que no sería fácil de enumerar aquí se admite por todos como cosa evidente y probable.

Y todo eso puede sintetizarse diciendo que se admite sin duda que los antiguos habitantes de Mesoamérica eran hombres sabios, capaces intelectual y moralmente, conocedores de sí mismos y del mundo que los acogía. Sin embargo, cuando se trata de considerar la visión que ellos tenían de ese mundo y de sí mismos, los autores que lo hacen, casi unánimemente, los juzgan como salvajes rudimentarios, ocupados sólo en pensar la posibilidad de que la tierra fecundada por las lluvias les rindiera los frutos de que principalmente se alimentaban.

Bajo el pretexto de que constituían comunidades agrícolas, se les reducen todas sus fuerzas espirituales, la totalidad de sus concepciones religiosas y metafísicas, a un primitivo afán de alimentación material que sería para ellos el núcleo y la periferia de su existencia.

Salvo algunas excepciones, en todos los autores se encuentra esta inexplicable oscuridad de juicio.

Menciona Octavio Paz que es revelador el hecho de que entre los investigadores de la faz oculta de México no existan nombres mexicanos. Esta indiferencia la atribuye Paz a la deformación profesional de los antropólogos de nuestro país debido a

prejuicios cientistas. Al respecto, dice que los antropólogos mexicanos son herederos de los misioneros y de los brujos, de los sacerdotes prehispánicos. Dice que, como los misioneros del siglo XVI, los antropólogos, más que para conocerlas se acercan a las comunidades indígenas para tratar de transformarlas e integrarlas a la sociedad mexicana. Y afirma que a diferencia de los misioneros que veían las creencias y prácticas religiosas de los indios como algo realmente serio, para los antropólogos mexicanos modernos sólo constituyen aberraciones y errores, que clasifican y catalogan "en ese museo de curiosidades y monstruosidades que se llama etnografía".

El problema fundamental para acercarse a la comprensión integral de la filosofía mesoamericana consiste en que deben tomarse senderos diferentes a los tradicionales. Con el uso exclusivo de la razón no se llega al conocimiento profundo de las culturas de Mesoamérica. El meollo de este conocimiento se debe adquirir evitando voluntariamente el uso de la razón o desprendiéndonos de la visión "moderna" del mundo. El camino en primera instancia, puede parecer inaccesible para todos aquellos quienes sometemos todo lo que somos y lo que hacemos a los dictados de nuestra razón de manera "occidentalizada". Pero lo cierto es que las culturas mesoamericanas poseían un conocimiento profundo y diferente, y que éste no se fundamentó en la realidad que podemos percibir y aceptar, de acuerdo a razonamientos lógicos que tienen como marco de referencia nuestra tradicional concepción del mundo occidental.

El propósito de este trabajo no es demostrar que existió dicha filosofía y un conocimiento profundo mesoamericano, lo cual es a todas luces evidente. Nuestro propósito es demostrar que esa filosofía o conocimiento profundo del mundo ha sobrevivido al sometimiento y al paso de los siglos, transmitiéndose de generación en generación de una manera secreta, y que, "por un designio del poder", sale a la luz, en este mundo occidentalizado, a través de una serie de libros en los que se nos permite enfrentar los principios de un conocimiento brutal y contundente, el cual sacude una y otra vez nuestra razón para mostramos el esplendor de una realidad aparte en la que se fundamenta la milenaria "filosofía" mesoamericana. Nos referirnos a la obra de Carlos Castaneda, donde se resumen las enseñanzas de un hombre de conocimiento al cual Castaneda llama "Don Juan Matus", indio yaqui, poseedor de milenario conocimiento Tolteca.

¿Podríamos a través del conocimiento de Don Juan encontrar los fundamentos de las culturas del México antiguo? Pensamos que nunca antes tuvimos tanta claridad sobre nuestros orígenes culturales. Nuestra propuesta es invitar al lector a cambiar toda perspectiva fantástica acerca de los relatos de Castaneda, por una perspectiva filosófica profunda, con la que encontraremos las "razones" de las grandiosas culturas de Me- soamérica.

La Toltecayotl, como dice Miguel León Portilla, o la Toltequidad, como la llama Don Juan, es la suma de conocimientos, usos y costumbres, que los pueblos mesoamericanos han elaborado a partir de la experimentación con diversas vías para allegarse el conocimiento. Don Juan, quien se llama a sí mismo Tolteca, dice que el conocimiento que posee no lo inventó él, que ha sido producto de muchos hombres que a lo largo de miles de años lo han ido formando y puliendo, preservándolo de peligros propios y ajenos. José Luis Martínez, en su obra Nezahualcóyotl vida y obra, en la página 80 dice: "No es extraño, entonces, que en sus ideas religiosas Nezahualcóyotl haya vuelto también a las antiguas doctrinas toltecas. Lo que sabemos de este pueblo es por lo general legendario e incierto. Para los antiguos pueblos indígenas de mediados del siglo XV, lo Tolteca -o la Toltequidad o Toltecayotl- era un sinónimo de perfección, arte y sabiduría, y el pueblo o el período Tolteca se consideraban el pasado remoto y dora-

do del conjunto de los pueblos nahuas". Según dice Don Juan, este conocimiento tiene dos grandes épocas. La primera se inicia muchos siglos antes de que tuviera lugar la Conquista. En esa época los hombres que desarrollaban y exploraban este conocimiento fracasaron. Se obsesionaron con los extravíos y complejos mundos que atestiguaban y, cuando llegaron a su tierra los conquistadores, los destruyeron y se apoderaron de ciertos conocimientos "superficiales". Muchos de los hechiceros de México (los hechiceros y los llamados diableros, son personas que manejan empíricamente limitados conocimientos de la Toltequidad y que generalmente, lucran en medio de los males y pasiones de la gente) son descendientes de esos conquistadores, por eso su conocimiento es incompleto. Los hombres de conocimiento que sobrevinieron a esa crisis hicieron un recuento de sus prácticas milenarias y analizaron sus errores Así emprendieron un nuevo "ciclo". Al poco tiempo llegaron los españoles y muchos de los hombres de conocimiento que desarrollaban la "nueva" Toltequidad fueron exterminados; otros se refugiaron en una impecable discreción que se ha mantenido desde entonces hasta nuestros días.

Cuando Castaneda tiene su encuentro con Don Juan, éste tenía un grupo de aprendices con los que venía trabajando en las "prácticas" de la Toltequidad, ya que como parte de las tradiciones, usos y costumbres de los hombres de conocimiento llamados "toltecas" o "naguales", antes de "culminar" con su obra tenían que preparar a otro grupo para depositar en ellos el conocimiento, a fin de continuar con la tradición milenaria.

La selección de los candidatos a convertirse en aprendices es cuestión de "el Pode". Y es "el Poder" el que selecciona a Carlos Castaneda, un estudiante de Antropología de la Universidad de California en los Estados Unidos, de origen sudamericano, quien se encontraba elaborando su tesis sobre las plantas medicinales y alucinógenas que usan los indígenas. Un conocido de Castaneda le presentó a Don Juan, quien pudo "ver" en Castaneda características especiales que lo señalaban y, a partir de ese momento, lo convirtió en su aprendiz.

La Toltequidad no acepta voluntarios. Aquéllos que son seleccionados poseen cierta configuración energética que es necesaria para adquirir dicho conocimiento. Entrar a la Toltequidad o a la brujería implica cambiar el concepto que tenemos de nosotros mismos y del mundo. Para los Toltecas el mundo, además de ser como nosotros lo percibimos, es también un mundo de cargas energéticas. El mundo "cotidiano" se percibe a través de la razón, mientras que el mundo de la Toltequidad sólo se puede percibir, como ya dijimos, evitando el uso de la razón; es decir, a través de la percepción directa de la energía Los toltecas sostienen que el hombre tiene otros elementos con los que puede percibir el conocimiento que se encuentra en la "otra realidad", tan cierta como la que hemos aprendido a percibir desde niños con el uso de la razón.

Entender que el mundo y la realidad, además de ser como los percibimos, son, al mismo tiempo, diferentes, exige un gran esfuerzo de flexibilidad. Y para llegar a tener esa "flexibilidad" es necesario acumular suficiente energía o "poder personal", como diría Don Juan, a través de un complejo procedimiento que los toltecas llamaron "el camino del guerrero".

Cuando un hombre común acepta la posibilidad de que puedan existir otras realidades aparte de la que él percibe, puede convertirse en aprendiz. Cuando el aprendiz logra ahorrar energía a base de técnicas específicas que requieren gran esfuerzo, entonces se convierte en un guerrero. Un guerrero es un individuo capaz de llevar a cabo la máxima disciplina y un absoluto control de sí mismo. El guerrero busca, a través de la impecabilidad de todos sus actos, llegar a la totalidad de él mismo.

Como toda corriente de conocimiento, la Toltequidad, el nagualismo o la brujería,

tiene principios y técnicas, y percibe un objetivo final. Este conocimiento propone un camino diferente a los otros que se han propuesto en el devenir de la humanidad. ¿Cuál de los caminos tiene mayor validez? No es materia de este trabajo. Algo que hace realmente importante y diferente el camino propuesto por la Toltequidad para los mexicanos, es que es nuestro. La Toltequidad constituye nuestra herencia cultural y filosófica que da esencia y sentido a todo lo que hemos sido y somos: hijos de una de las más antiguas e importantes culturas sobre la Tierra.

El desafío de aceptar la existencia de este camino al conocimiento, y aún más, el tratar de seguirlo, se antoja casi imposible. Porque para ello no sólo debemos vencer la resistencia natural a lo desconocido, sino que además debemos luchar contra un colonialismo cultural e ideológico de 500 años, el cual, por fortuna, no ha podido borrar del todo la esencia de nuestro origen cultural autónomo.

Como no somos hombres de conocimiento ni guerreros, tendremos que empezar a tratar de entender lo que nuestra razón no pueda entender, pero como no contamos con otros recursos diferentes a la razón para entrar al mundo de la Toltequidad, nos valdremos de ella para allegarnos a este milenario conocimiento, tan propio y, a la vez, tan ajeno a nosotros.

Luego de leer con avidez toda su obra y ponernos en contacto directo con el mundo que sirvió de marco al aprendizaje de Castaneda, trataremos, con la mente abierta, de hacer un análisis del valioso contenido de sus libros tratando de salvar sus honestas confusiones y, desde luego, nuestras grandes limitaciones. Esperamos que nuestra razón no nos impida la comprensión del conocimiento silencioso de nuestros abuelos toltecas, en el que la razón pasa a un plano secundario.

Para tal efecto, la obra de Castaneda se puede dividir en "lo que dice Don Juan", "lo que piensa Castaneda" y "lo que hace Castaneda". Creemos que las dos últimas sólo son referencias circunstanciales de los "relatos de poder" o de "los centros abstractos de las historias de la brujería" Si usted se toma la molestia de subrayar en las obras de Castaneda lo que dice Don Juan, encontrará un espléndido, coherente e interesante texto de "filosofía" tolteca. ¿Y cómo es que un conocimiento, miles de años oculto, de pronto descorre su velo para ofrecernos los secretos tan celosa e impecablemente guardados por verdaderos hombres de sabiduría y de discreción monumentales? Pensamos que Carlos Castaneda escribe estos libros por designio de "el Poder" y lo hace, a partir de El don del águila, con las técnicas de la Toltequidad, a través de la "ensoñación", es decir, de la energía para poder "revivir" literalmente los hechos.

Es prudente señalar que parte de la confusión del propio Castaneda y de quienes leímos sus libros conforme aparecían en las librerías, es que el conocimiento que él fue adquiriendo estaba desarrollándose al mismo tiempo en dos realidades o campos: el del tonal y el del nagual.

En las dos primeras obras de Castaneda, el enfoque fantástico de sus estados de conciencia "no ordinaria" no le permitió percatarse de la colosal y maravillosa sabiduría que era puesta frente a sus ojos. Inmersos en los detalles de sus experiencias con las plantas de poder, aparecen mezcladas e inconexas algunas de las enseñanzas y principios de la Toltequidad, lo cual provoca mucha confusión para el lector. Es obvio que Castaneda también sufría de esta confusión, misma que iba desapareciendo en la medida en que logra "ordenar", a través del conocimiento recordado, las técnicas y procedimientos de la Toltequidad. Al avanzar en la obra de Castaneda, la claridad y la sencillez de los procedimientos resulta manifiesta.

Avancemos, pues, juntos, a través de la obra que ha dado pie al presente trabajo.

La obra del nagual Carlos Castaneda consta actualmente de nueve libros que, en orden cronológico, son: Las enseñanzas de don Juan Una realidad aparte, Viaje a Ixtlán, Relatos de poder, El segundo anillo

de poder, El don del Águila, El fuego interno, El conocimiento silencioso y El arte de ensoñar. Estos libros van describiendo, de una manera realista y honesta, los éxitos y los fracasos, las angustias y las alegrías, las dudas y las certezas del aprendiz ante su maestro y el inconmensurable, maravilloso y aterrador mundo del conocimiento de la otra realidad.
En cada uno de los libros están los elementos básicos que, concatenados, nos presentan una primera aproximación a la Toltequidad.

GUILLERMO MARÍN
Oaxaca, enero de 1991.

COMENTARIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

¿Cómo era la sabiduría y el conocimiento del México antiguo? ¿Desapareció completamente con la Conquista y la Colonia? ¿El México contemporáneo tiene algunos elementos de esta filosofía?
Los mexicanos somos herederos de una de las seis culturas más antiguas con origen autónomo del mundo. Fuera de las culturas que nacieron en Mesopotamia, Egipto, China, India, Mesoamérica y la Zona Andina, no existió otra cultura en el mundo que no haya recibido o tomado en su formación préstamos de otras culturas.
Estas seis culturas "madres" produjeron a lo largo de miles de años un inconmensurable y maravilloso mundo de conocimientos que buscan en su conjunto elevar la calidad de vida (desarrollo del espíritu) y elevar el nivel de vida (desarrollo material). Por ello la creatividad la sensibilidad y la inteligencia de estos pueblos produjeron alimento, vestido, medicina, arquitectura, ingeniería, ciencia, religión, filosofía, arte, etc., sabiduría y experiencia humana que de manera milenario se fue enriqueciendo para despertar al hombre de su estado animal y elevarlo a niveles de consciencia que le permitieran dar respuesta al problema ontológico que toda cultura ha tratado de resolver.- QUÉ SOY, DE DÓNDE VENGO Y A DÓNDE VOY. El mundo en el que hoy vivimos tiene sus cimientos en el conocimiento milenario que aportaron estas viejas y sabias culturas.
¿Cuál fue la filosofía que animó y guió el desarrollo cultural del México antiguo a lo largo de miles de años? ¿Por qué si la de india, la de China, la de Egipto, etc., que son culturas tan antiguas como la nuestra siguen vivas en lo filosófico, la mesoamericana se presume extinta?
En el México antiguo existió la Toltecáyotl que era el conjunto de conocimientos más elevados que a través de generaciones y en miles de años produjo el esplendor del llamado "Clásico Superior" en toda Mesoamética. Estos conocimientos se transmitían a través de instituciones como el "Calmecatl" y la llamada "Hermandad Blanca" Cuando llegaron los españoles destruyeron "todo lo que vieron y tocaron" de esa cultura, pero "ciertas cosas" que nunca vieron ni tocaron y que guardaban celosamente los llamados "hombres de conocimiento" se mantuvieron intactas; es más, por el contrario, se desarrollaron y aún se perfeccionaron. Esos conocimientos Profundos de la vida y del mundo siguen vivos y presentes en la vida cotidiana de los mexicanos. Algunos conocimientos permanecen de manera subterránea y selectiva; otros "a flor de piel" en lo "mexicano y en los mexicanos", otros en el consciente, pero todos siguen vivos y conformándonos de manera individual o comunitaria.
El conocimiento contenido en la obra del antropólogo Carlos Castaneda es una mínima expresión de este vasto e inconmensurable conocimiento. Sus nueve libros nos descubren un mundo de conocimientos vedado por siglos a la comprensión occidental La obra nos introduce por los intrincados y apasionantes caminos del antiguo conocimiento que hace miles de años desarrollaron nuestros abuelos toltecas. A través de la lectura, conocemos ¿a tecnología para recibir EL DON DEL ÁGUILA o, como decían poéticamente,

"hace florecer el corazón".
Don Juan Matus (el maestro chamán) usa a Carlos Castaneda como vehículo para difundir masivamente estos conocimientos de la Toltequidad. La lectura de LAS ENSEÑANZAS DE DON JUAN nos acerca de manera extraordinaria y reveladora a nuestros orígenes filosóficos y le da cabal sentido a toda nuestra herencia prehispánica (resuelve el laberinto de nuestra soledad). Nos atrevemos a decir que la obra de Castaneda es un código que nos permite reinterpretar nuestro pasado, nuestra herencia cultural (tangible e intangible). En síntesis, nos proporciona un lenguaje que nos permite comprender la esencia, la profundidad de nuestra cultura; es un puente entre el pasado y nuestro presente.
Comprender la obra en su conjunto nos permite, a través de este código o lenguaje, dejar de ver nuestro pasado como algo ajeno, incomprensible, inconexo, ¡muerto! Deja de ser tan sólo "estético, arqueológico, museístico". "para pasar a ser algo ¡VIVO, vigente, vibrante complementario vital.., transcendente!
Castaneda nos presenta en su obra una impresionante biografía de cómo "se enganchó" en la Toltequidad. Relata de manera brillante y con una gran calidad literaria su camino al conocimiento, su VLA. IE A IXTLÁN. Presenta por primera vez a un indio como un hombre desbordante de conocimientos sobre una realidad totalmente desconocida, UNA REALIDAD APARTE; a través de sus RELATOS DE PODER podemos vislumbrar tenuemente EL SEGUNDO ANILLO DE PODER, e intentar "ver" otra concepción del hombre y de la vida.
Describe a Don Juan como un maestro sabio (nahaul), generoso pero exigente, impecable y responsable de su conocimiento. Don Juan Matus se nos revela en la obra de Castaneda como debieron ser aquellos hombres que "aprendían a ser dioses" en Teotihuacán, aquellos que llegaban al FUEGO INTERNO. Y al "entender" su filosofía, mágicamente se descubre un velo de lo obvio y evidente que ha sido todo nuestro proceso cultural y que, aún viviéndolo, no hemos podido hacerlo consciente.
Al leer las enseñanzas de Don Juan, en toda la obra de Castaneda, nos queda un sentimiento de que todo lo sabíamos, que de alguna forma nada es nuevo de ese maravilloso y portentoso conocimiento, que siempre existió en nuestras profundidades o que coexistió a flor de piel pero de manera fragmentada e inconexa en nuestra cotidianidad, como un CONOCIMIENTO SILENCIOSO.
Las enseñanzas de Don Juan de alguna manera nos ayudan a darle orden y coherencia a todo lo que somos, sentimos y sabemos del mundo y de la vida. Nos revelan lo que hemos sido, somos y seremos.
Las enseñanzas del viejo indio yaqui, el chanzán Juan Matus, son un encuentro con nuestro desconocido rostro milenario, son un acercamiento a nuestro pasado. Es una reconciliación con la "otra parte de nosotros mismos' la que hemos aprendido a negar desde hace 500 años; es una avenida para transitara la necesaria fusión cultural
La Toltequidad propone un camino hacia "la consciencia total" similar al budismo, al islamismo o al cristianismo, pero diferente en tanto que es propio, nacido y desarrollado en nuestra tierra, con nuestra gente. La Toltequidad, nahualismo o brujería (como la llama Don Juan), requiere que los hombres cambien sus ideas de sí mismos y del mundo; que se convienen en: "guerreros", seres capaces de la máxima disciplina y control sobre sí mismos, para llevar así una vida de impecabilidad, de fuerza interna, de ecuanimidad, de desapego. Actuando responsablemente cada acto; con consciencia, sobriedad y aplomo, manteniendo un sentido de "intento inflexible" en su objetivo, sin prisas, sin angustias de ganar o perder, sin esperar recompensas... para llegar al CONOCIMIENTO SILENCIOSO.
Don Juan y sus enseñanzas nos proponen una vieja fórmula que crearon nuestros sabios abuelos hace miles de años y que

hoy, ante el fracaso del proyecto civilizatorio de Occidente, se nos presenta vital en los albores del tercer milenio.

GUILLERMO MARÍN
Oaxaca, primavera de 1996.

COMENTARIOS A LA REIMPRESIÓN

El dominio de la cultura Occidental se inició en el siglo XVI a partir de la invasión que sufrió América, Africa, Asia y Océania. A través de su brutal maquinaria guerrera, los europeos dominaron a todos los pueblos del mundo, incluidos los que surgieron de las llamadas "culturas madres ". De esta manera Memesopotamia, Egipto, China, India, México y la región andina. Fueron avasallados, no sólo en la explotación deshumanizada de sus pueblos y la feroz depredación de sus recursos naturales, si tal vez lo más importante, se intento destruir sus milenarios pensamientos filosóficos, sus religiones, sus formas de vida, para de sus ruinas levantar omnipotente a la cultura occidental Así, después del paso de los ejércitos invasores llegaron las instituciones, las leyes y las autoridades europeas y con ellas, se imponía una nueva concepción del mundo y de la vida, del bienestar y el progreso, de lo sagrado y de lo divino. Las sociedades coloniales en todo el mundo, menospreciaban cualquier valor en las culturas invadidas y exaltaban exageradamente una supuesta superioridad europea.

En estos quinientos años de hegemonía occidental, la sabiduría y el conocimiento de muchos pueblos ha tenido que agazaparse y sobrevivir clandestinamente, otras más se han diluido y casi se creen extintas. La visión occidental del mundo a partir de la ponderación de los valores materiales sobre los espirituales, el deshumanizado culto a la ciencia y la tecnología, la depredación del planeta y la enajenación del ser humano a favor de las sociedades industriales, comerciales y consumistas, han llevado a la quiebra a la cultura occidental y están haciendo peligrar a la vida en el planeta.

Sin embargo, el espíritu humano no ha muerto y su sabiduría vive resguardada en muchos pueblos antiguos del mundo. Este es el caso de la Toltecayotl, el conocimiento que engendró el milagro de la civilización del México antiguo, que tuvo su momento más luminoso entre 200 a. C. y 850 d. C.

En efecto, las culturas Nahuatl, Maya, Zapoteca y Mixteca entre muchas otras, forman parte de una sola civilización, que desde los tiempos lejanos de los Olmecas del período preclásico, pasando por el período clásico y postclásico, han llegado hasta nuestros días en una línea de evolución y que han sobrevivido a su muerte histórica. Pero todas ellas en su diversidad, mantienen una estructura filosófica que las cohesiona y que les ha permitido sobrevivir a los avatares y a la negación a la que han sido sometidas estos últimos quinientos años por el colonialismo.

La Toltecayotl o Toltequidad, como le llama don Juan Matus, representa un inconmensurable acervo de conocimientos y prácticas, que no sólo tienen que ver con la alimentación, la medicina, las ciencias y las normas morales y éticas de los grupos humanos que las practican consciente o inconscientemente; sino de conocimientos muy sofisticados y complejos que tienen que ver con la energía y la fuerza espiritual de los seres humanos y las entidades que les rodean.

Las "enseñanzas de don Juan", hoy más que nunca, vienen a descubrirnos un mundo desconocido hasta ahora para la sociedad no india de México. A partir del levantamiento de los indígenas mayas de Chiapas en 1944, la sociedad dominante empezó a descubrir la existencia, no sólo del México Profundo, del que nos habla el Dr. Guillermo Bonfil, sino ha empezado a reconocer que parte de su rostro es indígena. Un rostro negado y denigrado por la colonización. Un rostro desconocido, un rostro propio y nuestro.

Los pueblos indios de México no son tan extraños y ajenos, en tanto seguimos siendo "extranjeros incultos en nuestra propia tierra". Un indígena zapoteco, Javier Castellanos dice "ser indígena no es una elección, es una desgracia" y nosotros agregamos "pero ser no indio, es una verdadera tragedia". La sociedad mexicana de finales del siglo esta viviendo una encrucijada, nos estamos debatiendo en un conflicto cinco centenario de identidad. ¿Quiénes somos en verdad los mexicanos? Indígenas en lo ontológico y espiritual, con rasgos Occidentales u Occidentales con rasgos indígenas, que todos queremos desaparecer.

En este debate individual y social, "las enseñanzas de don Juan " nos presentan la "otra realidad". Nos revelan un pensamiento filosófico complejo y difícil de entender Nos hablan de una antigua concepción de la vida y el mundo que de alguna manera vive en la cotidianeidad de nuestros adentros y que en la visión Occidental se interpreta como "mágica o surrealista" y de manera peyorativa como folklórica.

Este ensayo se escribió en 1991 y de esa fecha a nuestros días, nuestro país ha cambiado mucho. La cuestión indígena esta en el debate nacional y tal parece que hoy más que nunca necesitamos conocer como piensan y perciben el mundo y la vida los llamados indios de México. Las enseñanzas de don Juan aparecen en Estados Unidos a finales de los años sesentas. Una inmensa cantidad de jóvenes norteamericanos toman estos textos como un pasaporte al mundo de las drogas. Las obras de Castaneda, son traducidas a varios idiomas y al parecer se han tirado 30 millones de ejemplares. En México, gracias al éxito mundial, empiezan a ser leídos los libros en los años setentas por los intelectuales con mucho escepticismo y a pesar de los grandes tirajes, la obra de Castaneda es realmente desconocida. Las enseñanzas de don Juan pueden abrirnos nuestra capacidad de percepción para entender no sólo la "otra realidad", sino fundamentalmente a "los otros", a los ignorados indígenas.

Hasta ahora, las enseñanzas de don Juan son asumidas como "esotéricas " o de Chamanismo. Su público en general se nutre de jóvenes en busca de nuevos caminos en medio de1 caos y del fracaso que ofrece la modernidad y el neoliberalismo. Cantidad de personas juegan en individuales fantasías de "convertirse en guerreros o de entrar a pavoroso y misterioso mundo del nahual " y se convierten en "fans" de las guerreras de Castaneda y asisten a costosos seminarios para conocer la Tensigridad, sin embargo, pocos han abordado la Toltequidad desde un punto de vista filosófico y cultural.

Las enseñanzas de don Juan, contienen también un rico y cuantioso acervo de conocimientos filosóficos que están vivos y presentes. no sólo en la cultura popular, sino que encuentran significados sorprendentes en los testimonios físicos de las antiguas culturas de México.

La obra de Castaneda puede también ser un valioso punto de referencia para entender "al otro", al indígena, a la otra parte de nosotros mismos que hemos negado tercamente estos últimos quinientos años. La sabiduría de las enseñanzas que don Juan legó a Castaneda, pueden servirnos para conocer e interpretar otras formas de, entender la vida y el mundo, formas muy cercanas que viven en el seno de las comunidades indígenas y campesinas.

Muy pocos pueden acceder al conocimiento de la toltequidad, de esos pocos, muchos menos pueden seguir escrupulosamente sus disciplinadas prácticas y de ellos, sólo los elegidos podrán entrar en contacto con el poder Sin embargo, todos los lectores de las enseñanzas de don Juan, podrán encontrar una filosofía que esta viva en las culturas de México y que les pertenece.

En mi experiencia con las comunidades indígenas y campesinas, he encontrado muchos paralelismos entre las enseñanzas de don Juan y las prácticas comunitarias. Considero que para sobrevivir quinientos años como indígena en un país colonizado, necesariamente se requiere ser un guerrero. Los indígenas y campesinos de México

son practicantes culturales de la Toltequidad, porque solamente de esta manera han podido sobrevivir a la injusticia, la explotación y la negación.
La sociedad física y democrática que todos deseamos construir para el próximo milenio tendrá que acabar con el colonialismo, no podrán seguir existiendo los vencedores y los vencidos, ni un México profundo y un México imaginario en permanente pugna, ni mexicanos indios y mexicanos no indios. Los mexicanos construiremos este país buscando respuestas en nuestros profundos adentros, en base a nuestra propia sabiduría y filosofía, dejaremos por fin de importar soluciones. Somos poseedores de un inconmensurable patrimonio cultural y somos herederos directos de una de las civilizaciones más antiguas del planeta. La Toltecayolt es el pensamiento filosófico de nuestros "Viejos Abuelos", en la obra de Carlos Castaneda podemos encontrar algunos puntos referenciales sobre esta milenario sabiduría, porque el futuro de México esta en su pasado. Esta podría ser otra forma de acercarse a la obra de Carlos Castaneda.

GUILLERMO MARIN
Oaxaca, primavera de 1998

Oh inteligencia, soledad en llamas,
que todo lo concibe sin crearlo!
...¡oh inteligencia, páramo de espejos!"
Muerte sin fin

José Gorostiza

I. LAS ENSEÑANZAS DE DON JUAN (UNA FORMA YAQUI DE CONOCIMIENTO)

Primera edición en inglés, 1968
Primera edición en español, 1974
Título original: The Teachings of Don Juan (A Yaqui Way of
Knowledge)
1968 The Regents of the University of California, U.S.A.
D.R. 1974 Fondo de Cultura Popular 126. 302 pag.
Traducción de Juan Tovar.

En este libro Carlos Castaneda hace un recuento de sus primeras experiencias con Don Juan y con las plantas de poder. El autor conoce a Don Juan a finales de 1960 e inicia su aprendizaje en junio de 1961, para concluirlo, en lo que podríamos llamar su primera etapa, en octubre de 1965. El libro se edita hasta 1968. En esos primeros cuatro años el autor confronta su "realidad" como hombre formado en la cultura occidental, antropólogo e investigador, con la de un viejo brujo yaqui,l el cual tiene fama de conocer el secreto de las plantas alucinógenas.
Durante este tiempo el autor es sometido a un proceso de "sensibilización" a través de la ingestión de plantas de poder y nos relata estos estados, que por demás resultan fascinantes, pero que tienen poco valor en términos de aportación de conocimiento. En su segunda obra Castaneda relata que le muestra orgulloso a Don Juan su primer libro, a lo que Don Juan no le da mayor importancia. Deducimos que Don Juan sabía que el verdadero conocimiento estaba depositado en el lado izquierdo de

Castaneda y que éste sólo lo recordaría si llegaba a ser un guerrero impecable.
Esta obra tiene poca profundidad ya que, como el propio Castaneda reconoce en Una realidad aparte, al reexaminar las notas de campo que no había empleado en la realización de Las enseñanzas de don Juan, se dio cuenta de que había descartado una gran cantidad de datos valiosos debido a su énfasis en los "estados de realidad no ordinaria".' Don Juan buscaba, con las plantas de poder, "sacudir" a Castaneda para destapar sus niveles de percepción. Don Juan dice a Castaneda él mismo ya no necesitaba fumar debido a que el "Humito" era su aliado y podía llamarlo donde fuera y cuando fuera. En su cuarto libro, Relatos de poder, el autor menciona que después de hacer una revisión detallada de lo aprendido, empezaba a cuestionar la función de las plantas de poder dentro de su aprendizaje. A la pregunta de Castaneda respecto a que si es necesaria la ingestión de plantas de poder para llegar al conocimiento, Don Juan le contesta que en su caso había sido necesario porque carecía de sensibilidad, pero que otras personas no lo requerían, y puso el ejemplo de "Eligio", otro de sus aprendices, quien sólo había tenido un solo encuentro con "Mescalito" en todo su aprendizaje y, al parecer, había avanzado más que Castaneda en el camino hacia el conocimiento.
Este primer libro llamó mucho la atención Estados Unidos porque en aquel tiempo muchos jóvenes norteamericanos habían tomado el camino de las drogas. Alentados por los relatos de Castaneda, muchos pensaron que la droga era la única vía al conocimiento de otra fantástica realidad dentro de nuestro mundo; pero el mismo Don Juan señala que el costo de ingerir estas drogas es muy alto para el cuerpo; que se puede transitar el camino del conocimiento evitando pagar tan alto y peligroso costo.
En los inicios de su aprendizaje, relatados en Las enseñanzas de don Juan, el joven Castaneda estrellaba su racionalismo, su cultura occidental y su antropología contra lo que para él era el incomprensible y aterrador conocimiento de un indio anciano y enigmático.
El "poder" había seleccionado a Castaneda y Don Juan le preparó una artimaña para "engancharlo" como aprendiz. Esta tarea requiere del brujo un esfuerzo de imaginación e impecabilidad. Según la tradición, debe atraerse al aprendiz ya sea por medios drásticos o despertando su curiosidad o interés. En su caso, Castaneda tenía que hacer una investigación antropológica y Don Juan aparecía ante sus ojos como un excelente informante. Así, en visitas aisladas o durante los veranos, en el transcurso de poco más de cuatro años, el investigador convertido en aprendiz fue conducido de manera impecable, pese a su resistencia racional, en apariencia inquebrantable, hacia los intrincados caminos de la otra realidad.
La riqueza literaria de esta obra, que logró despertar la fantasía y el interés de muchos, contrasta con la poca cantidad de conocimiento profundo que Castaneda pudo plasmar en el libro. No por ello desdeñamos su valor intrínseco ni el esfuerzo descomunal de Castaneda para tratar de entender la nueva realidad que se presentaba ante su sacudida razón.
Durante este tiempo Don Juan le habló y le mostró muchas cosas y Castaneda empezó su camino al conocimiento; pero, como ya dijimos, el aprendiz recibe la instrucción en dos áreas, la del tonal (derecha) y la del nagual (izquierda). Por la poca energía que poseía Castaneda en aquella época, las enseñanzas del lado izquierdo simplemente se almacenaron y, para comprender las enseñanzas para el lado derecho, Castaneda aún no disponía de la suficiente flexibilidad.
De esta obra diremos que Castaneda recoge la inquietud de Don Juan por tratar de que el autor se haga responsable del camino que comienza a andar y que lo puede llevar a convertirse en hombre de conocimiento. A la pregunta de Castaneda respecto qué deberá hacer para Regar a

ser hombre de conocimiento, Don Juan le responde que deberá desafiar y derrotar a "sus cuatro enemigos naturales". Dice Don Juan que el conocimiento nunca es aquello que uno espera. En cada paso el aprendiz se encuentra en un atolladero, y su miedo crece sin misericordia... Así tropieza con su primer enemigo natural: ¡el miedo!..., al cual debe desafiar para dar el siguiente paso, y el siguiente, y todos los posteriores. Estará lleno de miedo y, sin embargo, no deberá detenerse. Llegará entonces el momento en que se retire su primer enemigo. El hombre principia a sentir seguridad en sí mismo. Su propósito se hace más fuerte y la tarea de aprender deja de ser aterradora. En ese momento el hombre ha derrotado a su primer enemigo natural... ha adquirido la claridad de mente que elimina al miedo... ese es su segundo enemigo natural: ¡la claridad! La claridad de mente puede cegarlo porque lo fuerza a no dudar de él mismo. Esa seguridad lo impulsa a hacer cuanto se le antoje, porque todo lo ve con claridad. Pero la claridad. es una ilusión de "poder" a la que puede rendirse; si lo hace, habrá sucumbido a su segundo enemigo natural y ya no podrá aprender, debido a su torpeza... Para evitarlo deberá desafiar a su claridad y esperar pacientemente y ser cauteloso antes de seguir adelante; debe pensar que su claridad puede ser un error. Vendrá entonces el momento en que podrá comprender que su claridad sólo es "un punto delante de su nariz". Así habrá derrotado a su segundo enemigo. Habrá llegado a un punto en donde nada podrá dañar- lo... El anhelado poder será suyo por fui. Podrá hacer lo que se le antoje con su poder. Podrá dominar a su aliado y su deseo será la regla... Habrá entonces tropezado con su tercer enemigo natural: ¡el poder!... En esta etapa el hombre apenas puede advertir que su tercer enemigo lo acecha. De pronto, sin saberlo, habrá sucumbido en su batalla. El poder lo hará un hombre cruel y caprichoso... Un hombre en tales circunstancias llega a la muerte sin realmente manejar su poder... El hombre tiene que desafiar intencional- mente a su poder. Debe darse cuenta de que el poder conquistado no es suyo en verdad... si logra entender que sin control de él mismo la claridad y el poder son terribles enemigos, llegará al punto en que dominará todo. Sabrá entonces el momento y la forma en que deberá usar su poder. Habrá derrotado así a su tercer enemigo natural. Para entonces el hombre estará al final de su camino al conocimiento y, casi sin advertirlo, enfrentará a su último enemigo natural: ¡la vejez!... Habrá perdido el miedo, su claridad ya no será impaciente, todo su poder estará controlado, pero siente un deseo constante de descansar. Si se entrega a su deseo de descansar y olvidar, arrullado por la fatiga, su enemigo lo volverá una vieja y débil criatura. Su claridad, su poder y su conocimiento estarán vencidos.

Si el hombre logra sacudiese la fatiga y cumple su destino hasta que llega el final, podrá considerarse hombre de conocimiento, aun cuando sólo sea por unos breves momentos en los que logra despojarse de su último enemigo, al cual nunca podrá vencer.

Don Juan menciona a Castaneda que en la vida hay muchos caminos que recorrer, pero que un hombre, antes de embarcarse en un camino, debe estar libre de miedo y ambición; entonces, deberá preguntarse si el camino tiene o no tiene corazón. Una vez hecha la pregunta, el hombre conocerá la respuesta. Un camino sin corazón nunca se disfruta; por el contrario, se vuelve contra uno y nos destruye. Un camino con corazón, en cambio, no nos hace batallar para hallarle el gusto. El camino sin corazón, en todo su recorrido, nos da dolor y angustia. En cambio el camino con corazón nos da armonía y bienestar.

Cuando Castaneda tiene su primer encuentro dentro del mundo de la brujería, preso del más terrible miedo decide abandonar el aprendizaje.5' Tenia que ordenar sus ideas. Su concepción occidental del Mundo carecía ya de certeza absoluta. Pensó que en su camino para volverse

hombre de conocimiento había sucumbido a su primer enemigo natural.

5 Con gran maestría Don Juan convence a Castaneda de que está enfrascado en una batalla con una bruja llamada Catalina, quien supuestamente se ha empeñado en matarlo. Castaneda está dispuesto a prestar ayuda a Don Juan, quien le pide enfrentar a Catalina. Los detalles de este enfrentamiento son descritos por Castaneda en Una realidad aparte. Sólo diremos que la impresión de ese enfrentamiento y la "evidencia" de que la bruja Catalina se había vuelto contra él, fueron decisiva para que, como el propio Castaneda reconoce en Una realidad apane, abandonara el aprendizaje invadido por el más irracional pánico.

II. UNA REALIDAD APARTE. (NUEVAS CONVERSACIONES CON DON JUAN)

Primera edición en inglés 1971
Primera edición en español, 1974
Titulo Original: A Separate Rality (Further Conversation With
Don Juan)
1971 Carlos Castaneda
D.R. 1974 Fondo de Cultura Económica México.
Colección Popular 135.302 pag.
Traducción de Juan Tovar.

Este libro recoge, por un lado, la recapitulación de lo que el aprendiz Castaneda vivió al lado de su maestro Don Juan en su primera etapa de aprendizaje (1961-1965) y, por otro, la reanudación de su aprendizaje, a partir de abril de 1968, dos años y medio después de haberlo abandonado "definitivamente". Castaneda relata que cuando recibe el primer ejemplar de su libro Las enseñanzas de Don Juan siente un gran deseo de mostrárselo a Don Juan. Hecho que lo pone de nueva cuenta en el camino del conocimiento de la Toltequidad, en un segundo ciclo de aprendizaje que según las propias palabras de Castaneda fue "muy distinto del primero".

Castaneda no quiere reanudar el aprendizaje, o por lo menos no tiene un deseo consciente de hacerlo. Mucho menos desea repetir sus temibles experiencias con las plantas de poder. Sin embargo, de manera "misteriosa" siente la necesidad de reanudar el aprendizaje. El empeño principal de Don Juan en esta etapa se concentra en enseñar a "ver" a Castaneda. La diferencia entre "mirar" y "ver" consiste básicamente en que "mirar" es poder confirmar a través de nuestra vista que el mundo es tal como nuestra razón nos dice que es, y "ver" es la capacidad del hombre de conocimiento para percibir, no necesariamente con la vista, la otra realidad del mundo. Don Juan insiste a Castaneda que debe reiniciar sus encuentros con el Humito", porque de esa manera tendrá "la velocidad requerida para vislumbrar el mundo fugaz". Don Juan le dice que la única manera en que un hombre de conocimiento puede saber es "viendo" más allá de la superficie de las cosas. El "Humito", dice Don Juan, le ayudará a "ver" cómo los hombres en realidad son un conglomerado de fibras de luz que circulan desde la cabeza hasta el ombligo, las cuales hacen aparecer a cualquier hombre (rey o limosnero) como un huevo luminoso. Las fibras luminosas unen al hombre con lo que le rodea, dándole equilibrio y estabilidad. El simple hecho de pensar en volver a vivir las experiencias anteriores con el "Humito" aterran a Castaneda y trata de evitarlo a toda costa.

Dentro de las habilidades de "ver" está poder distinguir entre los hombres y "los que no son gente", es decir, los "aliados" de los brujos. La mezcla a fumar, le explica Don Juan, lo llevará a donde se encuentra su aliado" y, cuando "se haga uno con su aliado", ya no tendrá que fumar para poder convocarlo las veces que quiera, a fin de realizar lo que él le pida.

Don Juan sostiene que cuando un hombre logra "ver" que todos son huevos formados de fibras luminosas, se da cuenta de que nada se les puede cambiar, y se da cuenta

de que todo en el Mundo es igual y que por lo tanto nada es más importante que otra cosa, y concluye que tampoco es importante lo que él haga, pero su impecabilidad de guerrero lo impulsa a actuar como si lo que hace fuese realmente importante, lo cual constituye "su desatino controlado .

Castaneda hace grandes esfuerzos para tratar de entender el extraño conocimiento de Don Juan, el cual rompe todos sus esquemas culturales y desafía su inflexible método de buscar una explicación racional a todo cuanto mira, siente y escucha. Don Juan le dice que a esas alturas ya debería saber que un hombre de conocimiento vive de actuar y no de pensar en actuar y luego analizar su actuación. Le dice que por eso un hombre de conocimiento escoge un camino con corazón y lo sigue; mira y se regocija, y luego "ve" y se da cuenta. de que su vida se acabará en un instante; sabe que él y todos los demás no van a ninguna parte, y porque "ve", sabe que no hay nada más importante que lo demás. Por eso un hombre de conocimiento no tiene nada, excepto vida para vivir, y su única relación con los demás es su desatino controlado. Como nada le importa más que otra cosa, un hombre de conocimiento realiza cualquier acto y lo ejecuta como si le importara, pero él sabe que en realidad no importa; así que cuando lo completa se retira en paz, sin tener el menor cuidado del resultado de su acto, porque, al fin y al cabo, para él la victoria y la derrota son iguales.

Don Juan dice a Castaneda que al conocimiento se va con miedo y respeto, pero con confianza en sí mismo. Para ser hombre de conocimiento se tiene que actuar como guerrero e iniciar la lucha sin entregarse, sin quejas ni titubeos, hasta lograr "ver" y darse cuenta de que nada importa.

Explica Don Juan que la parte más asombrosa de las criaturas ovoides es un grupo de fibras luminosas que surgen alrededor del área donde se ubica el ombligo. Dice que las fibras de las personas débiles son cortas y casi invisibles y que, por el contrario, las fibras de las personas fuertes son largas y luminosas. Gracias a estas fibras un hombre que puede "ver" se da cuenta del estado y la naturaleza de alguna persona; puede, incluso, saber si esa persona también puede "ver".

Poco a poco la idea de poder "ver" se convierte en una obsesión para Castaneda, quien decide reiniciar sus encuentros con el "Humito". Los actos de Don Juan para llevarlo a esta decisión fueron deliberados, porque, según le dice a Castaneda, queda poco tiempo para transmitirle su conocimiento y sólo el "Humito" le podrá dar la velocidad necesaria para captar "el movimiento fugaz del mundo".

A cada encuentro con el "Humito" Castaneda avanza en la comprensión o, mejor dicho, en el descubrimiento de la otra realidad, hábilmente conducido por Don Juan quien, a su vez, se estrella una y otra vez en la barrera racional de Castaneda. Don Juan dice a Castaneda que le ha pasado todo lo que su benefactor le había enseñado en su primera etapa de aprendizaje; que, por lo que se refiere a Castaneda, éste ha hecho todo lo que se tiene que hacer para "ver" y, sin embargo, no lo lograba, aun cuando a los que "ven", como Don Genaro, les pareciera que Castaneda podía hacerlo.

Aquí abriremos un paréntesis para tratar de explicar el hecho de que en sus obras Castaneda maneja diferentes niveles de conocimiento, de lo cual provienen muchas confusiones. El propio Don Juan dice que el camino del conocimiento ofrece muchos peligros "de entendimiento", básicamente porque su conocimiento no es de "entenderse".

Desde el principio Don Juan instruyó a Castaneda en las dos áreas de conocimiento. En la del tonal (la derecha) Castaneda se encontraba muy confundido tratando de encontrar explicación a sus experiencias psicotrópicas, aferrándose a su razón y a sus marcos culturales como medios para tratar de sustentar de manera coherente las incomprensibles enseñanzas de un viejo indio. Respecto al área del nagual (la izquierda), Castaneda muy poco o

nada podía recordar de lo aprendido. Por otra parte, en el mundo de la Toltequidad no existe la continuidad del tiempo y del espacio; corno explica Don Juan, no existe la "goma" que pega los hechos y los lugares en una línea continua en el tiempo. Así que este problema se presenta casi a lo largo de toda la obra. Por tratar de decirlo de una manera irracional", Castaneda mezcla en la cronología de la obra recuerdos del pasado, vivencias del presente y "recuerdos del futuro".

La técnica de enseñanza para los aprendices que aspiran al conocimiento de la Toltequidad podría ser tratada de explicar en los siguientes pasos:

1. El "poder" señala a un aprendiz.
2. El nagual "engancha" al aprendiz.
3. El nagual "trabaja" con su aprendiz la parte derecha del conocimiento para limpiar todo el desperdicio que el aprendiz ha ido juntando a lo largo de su vida, pero, al mismo tiempo, trabaja la parte izquierda, llamada nagual, a través de lo que Castaneda llama "los niveles de consciencia acrecentada". Estos conocimientos no serán recordados por el aprendiz hasta que éste, en su camino al conocimiento, logre reunir suficiente energía para finalmente "ensamblar" todo el conocimiento adquirido, tanto en el tonal como en el nagual.

El presente trabajo pudo haberse realizado por etapas de conocimiento, sin tener que seguir la cronología de los libros de Castaneda; sin embargo, preferimos no correr, de inicio, ese primer riesgo y decidimos tomar el segundo, toda vez que nuestra pretensión es avanzar, junto con el lector, a través de la obra de Castaneda, evitando, en lo posible, caer en las mismas confusiones de Castaneda, a fin de tratar de rescatar la esencia y el origen de nuestras antiguas culturas mesoamericanas.

"Barrer la isla del tonal", como dice Don Juan, requiere de la decisión del aprendiz y que éste asuma y se haga responsable de esa decisión hasta las últimas consecuencias. Requiere también de una voluntad inflexible y una disciplina feroz. Esta parte de la enseñanza -que es vital e insustituible- nada tiene que ver con las plantas de poder o el esoterismo; por el contrario, el campo de batalla está en la vida dentro del mundo cotidiano. El objetivo es vencer vicios y debilidades, inconsciencia e irresponsabilidad. Un aprendiz tiene que aprender a pulir su espíritu y fortalecer su cuerpo.

El camino del conocimiento es una herencia cultural de nuestros abuelos toltecas, quienes lo fueron perfeccionando a base de sacrificio y mucho esfuerzo. No es "un día de campo de nuestra imaginación". Es como cualquier otro camino que el hombre ha emprendido hacia la libertad total. En la India, en China, en Mesopotamia o en Egipto, otras culturas han luchado por llegar a niveles superiores. Si existió una gran cultura en México fue producto de un conocimiento capaz de motivar al espíritu divino que vive dentro del hombre y que nos ha legado impresionantes testimonios (el patrimonio cultural tangible) y profundos rasgos en el espíritu de los pueblos que hoy forman parte del México contemporáneo (patrimonio culturas intangible) y que radica, de manera incomprensible, en el subconsciente colectivo.

El camino del guerrero es un camino difícil en el que la aniquilación, el reto y el desafío están presentes; pero es un camino con corazón y, en ese camino, como dice Don Juan, es inútil quejarse y, sin embargo, es difícil no quejarse.

Para reconstruir "el perfil" de un guerrero tendremos que recoger a lo largo de la obra de Castaneda ciertos rasgos y características "poéticamente" descritos por Don Juan.

Volvamos ahora a Una realidad aparte, justo donde Don Juan describe algunas de las cualidades de un guerrero:

Un guerrero sabe que está esperando (el dominio de) su voluntad y mientras tanto no quiere nada; de esa forma, si recibe algo, siempre será más de lo que él puede tomar. La voluntad, dice Don Juan, es algo que un hombre usa, por ejemplo, para triunfar en una batalla en la que, se-

gún todos los cálculos, debería salir derrotado; es un poder que tenemos dentro de nosotros que nos impulsa a realizar hazañas asombrosas que desafían al sentido común y, al mismo tiempo, es la liga con el mundo exterior; es una fuerza que sale del interior del cuerpo y se prende al inundo. Con su voluntad, un brujo percibe al mundo y entonces se da cuenta de que el mundo no es tan real como pensaba. Conforme va progresando en el camino del conocimiento, un guerrero advierte que es capaz de tocar cualquier cosa con una sensación que sale de una zona cercana al ombligo. Cuando es capaz de sujetar con ella todo lo que está a su alrededor, puede decirse que ya adquirió la voluntad.

El espíritu del guerrero no está templado para la entrega o la queja, ni para ganar o perder, sino para luchar, y cada acto lo convierte en su última batalla sobre la Tierra. De ahí que el resultado no le importa; sólo deja fluir su espíritu con libertad y claridad.

En Una realidad aparte queda plasmada la que podría ser la clave por la que el hombre occidentalizado muy difícilmente tiene acceso a la otra realidad del mundo. Dice Don Juan a Castaneda que su problema es pensar y hablar demasiado, y que debe dejar de hablar consigo mismo. De hecho, el mundo de la razón se mantiene con nuestra plática interna. Con nuestra conversación con nosotros mismos renovamos una y otra vez nuestra idea del mundo hasta el día de nuestra muerte. Un guerrero cae en la cuenta de que debe luchar para parar su "habladuría" interior, y en ese punto el mundo cambiará y el guerrero deberá estar preparado para resistir tan monumental sacudida. Si dejamos de decimos a nosotros mismos que el mundo es como "es", el mundo dejará de ser como nos decimos que es. Sin embargo, es preciso estar listo para soportar un golpe tan grande, para lo cual se debe comenzar "deshaciendo poco a poco el mundo". Del mundo, Don Juan dice que es un absoluto misterio y que no hay manera de desenredar todos sus secretos.

Los encuentros de Castaneda con el "Humito" se hacen más frecuentes hacia el final de su segunda etapa de aprendizaje. Cada nueva experiencia lo acerca más al fenómeno de "ver". Sus experiencias en el campo han puesto en serio peligro su concepción de la realidad del mundo. Ahora debe volver a su casa; los eventos vividos con las fuerzas del mundo han dejado su abertura de par en par, debe sanar y cerrarse antes de decidir si volverá o no al camino del guerrero.

III. VIAJE A IXTLAN (LAS LECCIONES DE DON JUAN)

Como quien vuelve a ver un filme cinematográfico lleno de simbolismos y códigos comprensibles sólo para su director, por tercera ocasión Castaneda hace una recapitulación de lo ocurrido durante sus diez primeros años de aprendizaje con Don Juan, remontándose al momento mismo de su primer encuentro, impulsado por un hecho portentoso que le sucedió hacia el final de su segunda etapa de aprendizaje: aprende a "parar el mundo". Este hecho lo hace caer en la cuenta de que su obstinación por cumplir su objetivo inicial --conocer los misterios de las plantas alucinógenas- no le había permitido entender que "parar el mundo" no era sólo una metáfora, sino uno de los enunciados principales del conocimiento de Don Juan y que todo lo que había tratado de enseñarle hasta ese momento eran técnicas para lograr "parar el mundo", lo cual significaba el primer paso para poder "ver".

Castaneda comprende entonces que las plantas de poder no son la clave para entrar al conocimiento de Don Juan, sino que son sólo una ayuda para el maestro cuando el aprendiz carece de la sensibilidad o la flexibilidad necesarias para percibir la "otra realidad" del mundo. Este descubrimiento lleva a Castaneda a revisar todas sus notas de campo y encuentra

que había descartado de las enseñanzas de Don Juan las "técnicas para parar el mundo" simplemente porque estas no tenían relación con su estudio de las plantas psicotrópicas.

Los relatos contenidos en Viaje a Ixtlán comprenden, hasta el capítulo 17, los primeros dos años del aprendizaje de Castaneda, sólo que su enfoque de lo sucedido ha dado un giro de 180 grados. Los últimos tres capítulos narran los acontecimientos que llevaron a Castaneda a la hazaña de "parar el mundo",' hecho que lo saca de la oscuridad para ponerlo en camino al conocimiento de la Toltequidad.

Castaneda termina de escribir este libro en 1972, el mismo año de su primera edición en inglés y, a diferencia de los dos primeros, éste empieza a tener coherencia y congruencia con el sistema de conocimiento de la Toltequidad.

En Viaje a Ixtlán el autor nos presenta 15 técnicas específicas para trabajar la parte derecha del conocimiento o tonal (barrer la isla del tonal), cuatro puntos referenciales del conocimiento y una hermosa y poética alegoría del viaje que recorren los guerreros para llegar al fin supremo de la enseñanza, que es "llegar a la totalidad de uno mismo".

Trataremos de ir rescatando la esencia de cada una de las técnicas para parar el mundo, de las historias y diálogos de los que Don Juan se vale a fin de que su aprendiz sienta y "entienda" la lección.

BORRAR LA HISTORIA PERSONAL

Para mantener la imagen de uno mismo, el hombre común, a la menor provocación, está deseoso de decirle a quien le quiera escuchar "quién es él" o, más bien, quién supone él que es. El contar una y otra vez nuestra vida a quien se deje, además de alimentar nuestra importancia personal nos permite autoafirmarnos en este mundo de pensamientos. Mantener la imagen de nosotros mismos requiere de un descomunal gasto de energía, por lo que un aprendiz de la Toltequidad deberá ir "borrando" poco a poco su historia personal; esto no es dejar de hablar del pasado, sino, simplemente, "usarlo" de manera referencias e impersonal. Don Juan dice que la "importancia personal" nos lleva a mantener nuestra historia personal. Don Juan sostiene que a través de la historia personal alimentamos nuestra importancia personal y ésta nos impide apreciar el mundo en el que vivimos. Don Juan dice que prefiere la libertad ilimitada que nos da el ser unos desconocidos: si nadie nos conoce en verdad, no tenemos que andar dando explicaciones y así nadie se enoja o se desilusiona de nuestros actos. Esta libertad es la que el aprendiz necesita para transitar el camino del conocimiento.

LA MUERTE COMO UNA CONSEJERA

Para las culturas mesoamericanas la dualidad MUERTE-VIDA, VIDA-MUERTE forma una unidad; no podemos llegar a tener consciencia de la vida si no tenemos consciencia de la muerte. Don Juan le trata de enseñar a Castaneda que la única "compañera" sabia que tenemos en la vida es, precisamente, la muerte, quien no nos dejará "aferrarnos" a nada, ya sean personas, objetos o sentimientos. Cuando un aprendiz ha tomado la decisión de seguir el camino del guerrero, debe hacerse responsable de esta decisión entendiendo que no le queda tiempo para fanfarronear, ni para lamentarse, ni para equivocarse. El aprendiz sabe que es un "cazador" de poder o conocimientos, pero que el cazador será también cazado por la muerte. Don Juan le dice que cuando se sienta mal, cuando todo se le venga abajo, el guerrero deberá preguntarle a la muerte si todo eso es cierto. La muerte le dirá que nada de eso es cierto, la muerte le dirá "todavía no te he tocado".

VOLVERSE CAZADOR

El aprendiz es un cazador que anda en busca del poder y al mismo tiempo pue-

de ser cazado por la muerte. Un cazador es un hombre que sabe mucho, entre ello, que puede percibir el mundo de diversas formas. Un cazador es ligero, flexible y fluido, está en perfecto equilibrio con el mundo que le rodea. Un cazador no es un buen cazador porque conozca las rutinas de sus presas, sino porque él ¡no tiene rutinas!

SER INACCESIBLE

Los hombres comunes se la pasan en medio del camino golpeándose y confortándose con cualquier "socio voluntario"; están "metidos" en sus ires y venires; son obvios y evidentes. Ser inaccesible significa que un guerrero "está y no está"; ser inaccesible no significa que deba estar escondido, porque de ser así, todo el mundo sabrá que está escondido. Ser inaccesible es una condición del guerrero para no "embarrarse" en el mundo de los sentimientos y las personas. Ser inaccesible significa tocar lo menos posible el mundo y es tratar, a propósito, de ponerse fuera del alcance de la gente; no aferrarse ni agotarse a lo que de normal se aferra. Ser inaccesible significa que un guerrero no maltrata ni deforma al mundo, no explota ni exprime a las personas, y menos a los que ama. La inaccesibilidad de un guerrero le permite estar en el mundo y no deformarlo; sólo lo usa impecablemente y luego parte sin que nadie se dé cuenta de su llegada, ni de su partida.

ROMPER LAS RUTINAS DE LA VIDA

El desafío del aprendiz es transformar la rutinaria vida cotidiana en un espléndido campo de batalla, y es lograr sustraerse de la vorágine de los pensamientos y de los actos cotidianos mediante la aplicación de las técnicas para barrer la isla del tonal. Trabajar en el lado derecho del conocimiento requiere de un esfuerzo descomunal que tiene como objetivo reducir al máximo nuestra importancia personal, liberando toda la energía que usamos para mantener nuestra imagen de nosotros mismos y la idea que tenemos del mundo.

El hombre común encuentra en sus rutinas el escudo con el que se protege del maravilloso y aterrador mundo que nos rodea. Mantener la consciencia de la vida se logra al romper nuestras rutinas. El aprendiz de la Toltequidad es un cazador que anda en pos del conocimiento que se encuentra agazapado y acechante en tomo de nuestra cotidianidad. Romper las rutinas de la vida es transformar ese mundo soso y aburrido en uno maravilloso, misterioso y aterrador. El aprendiz como cazador no sólo debe cazar, sino que él mismo no debe actuar como si fuese una presa. El aprendiz debe, por decirlo de algún modo, "andar de puntitas" y "alerta" por el mundo, para sacarle el mayor provecho a su vida.

LA ÚLTIMA BATALLA SOBRE LA TIERRA

Un aprendiz que se ha internado en los complejos caminos del conocimiento es consciente de que en cualquier momento puede morir. En cada acto que realiza pone toda su capacidad; no lleva en la mente "ganar perder"; pone en práctica todos sus conocimientos; evalúa, toma una decisión y actúa; se "deja ir" sin miedo ni ambición. El guerrero trata de pulir su espíritu, y la impecabilidad de sus actos, pensamientos y sentimientos es manifiesta. Cada acto es, por así decirlo, "su última batalla" en la Tierra, por lo cual le importa muy poco el resultado; lo que le interesa es perfeccionar su impecabdidad para pulir su espíritu. Un guerrero vive cada acto intensamente consciente de que muy bien puede ser el último. El guerrero pone en práctica todos sus conocimientos y deja que el poder fluya.

El guerrero confía en el poder de sus decisiones, las asume y actúa con el conocimiento pleno de que no tiene tiempo ni espacio para dudas, remordimientos o ambición. A diferencia del guerrero, el hom-

bre común cree que tiene todo el tiempo y esa supuesta continuidad lo hace tímido, porque duda y se arrepiente o piensa que tendrá tiempo para intentarlo de nuevo o "componerlo".
El común de la gente va de acto en acto sin pensar ni luchar. Por el contrario, un guerrero sabe que no tiene tiempo y, por tanto, no se aferra a nada y realiza cada uno de sus actos como si fueran lo último que hará en la Tierra.

HACERSE ACCESIBLE AL PODER

Un guerrero es un cazador impecable que anda en busca del poder. Por lo mismo no es un fanfarrón, ni exhibicionista, ni tiene tiempo que perder, ni para engañarse, ni para dudar o equivocarse. Lo que él pone en juego, porque la muerte lo anda cazando, es todo el trabajo y esfuerzo que le ha requerido el perfeccionar su vida para volverla ordenada, disciplinada y sobria.
Un guerrero trata de ponerse sistemáticamente al alcance del poder, pero con mucha prudencia y cuidado. El estilo del guerrero es un estallido controlado y una quietud controlada.

EL ÁNIMO DE UN GUERRERO

En el camino del conocimiento el guerrero debe entonar a su espíritu en el ánimo correcto. Don Juan dice que buscar la perfección del espíritu es la única actividad verdadera de nuestra hombría. Un guerrero es inflexible en esa búsqueda y para ello mantiene una actitud frente a la vida y las cosas de la vida que le permite liberarse del miedo, de la ambición, de la queja y la tristeza. Un guerrero sabe que nadie le hace nada a nadie; que uno mismo se hace daño con la gente y con los sentimientos. Un guerrero no está "enganchado"" con nada ni con nadie. Por ello, el guerrero necesita del ánimo correcto para librar cada batalla sobre la Tierra, pues él sabe que sin ese ánimo se "afea y enchueca". No hay poder en una vida que carece de este ánimo. A un guerrero nadie le hace "daño", nadie lo presiona, ni lo mueve, ni lo obliga a hacer cosas que él no quiera. Un guerrero no puede ser una hoja al viento o una lata vacía que la gente anda pateando moviéndola hacia todas partes y a ninguna: Un guerrero, cuando toma una decisión, se deja ir, y cuando ella fluye en sus actos y en su ánimo le da templanza y fortaleza porque está entrenado para sobrevivir, y siempre sobrevive de la mejor forma. Para un aprendiz de guerrero no existe nada ofensivo en los actos y pensamientos de sus semejantes, siempre y cuando él actúe dentro del ánimo correcto.

UNA BATALLA DE PODER

A través de las enseñanzas, Castaneda es llevado a un punto en el que debe tomar una decisión fundamental; el esfuerzo requerido para cruzar un "puente" determinará entrar de lleno al mundo del nagual; es dejar el "confort" y la seguridad para poder, al cruzar el puente, penetrar al maravilloso y aterrador mundo de lo desconocido.
Don Juan sugiere reiteradamente al aprendiz Castaneda que debe vivir como guerrero, con el ánimo correcto y en busca de poder; que la suma de ese poder definirá la totalidad de sus actos; que un aprendiz que adquiere suficiente "poder personal" es un ser que -a través de la disciplina, el control y la inflexibilidad en sus objetivos y en la práctica impecable de las técnicas para perder la importancia- adquiere suficiente energía que puede canalizar para "ver" e interpretar el mundo y su propia vida en forma diferente.
Cuando el guerrero pierde poder, se pone viejo y gordo de la noche a la mañana, y como la muerte siempre lo está acechando, en el momento que el poder de un guerrero mengua, su muerte simplemente lo toca.
Don Juan le enseña a Castaneda que se necesita de toda la vida y de un inconmensurable esfuerzo para vivir cerca del poder y, alguna vez, estar "a solas con él". El guerrero deberá tener en consecuencia un

espíritu impasible y, de todo lo que haga, jamás revelará lo que en realidad siente y piensa.

LA ÚLTIMA PARADA DE UN GUERRERO

Un guerrero, antes que nada y sobre todas las cosas, es un hombre. Un hombre humilde consciente de sus limitaciones, pero también de sus potencialidades; sabe que debe aprovechar la maravillosa oportunidad de estar vivo y sabe que su vida puede acabar en cualquier momento. Un guerrero sabe qué quiere de la vida y usa al mundo para lograrlo. Él sabe que es un camino difícil y casi imposible. Pero ya no hay nada en el mundo cotidiano que satisfaga a su espíritu. El guerrero trata de "usar" ese mundo cotidiano con ternura y sutileza; no se embarra ni se aferra a las personas, a los sentimientos o a los objetos. Él es muy ambicioso, ambiciona lo casi imposible y no está dispuesto a conformarse o engañarse con nada. Sabe que tiene muy pocas oportunidades y, sobre todo, muy poco tiempo. Se prepara incansablemente a través de una férrea disciplina; fortalece su cuerpo y perfecciona su espíritu; su campo de batalla es el mundo y la vida cotidiana. La vorágine de las fuerzas centrífugas que nos arrastran a la imagen de nosotros mismos y la idea que tenemos del mundo y de la vida requieren de un gasto inmenso de nuestra energía.
Don Juan le dice a Castaneda que cada guerrero escoge un sitio en el mundo donde realizará "su última danza de poder". Este sitio es el lugar de su predilección. Allí la muerte se sentará a observarlo, y en esa danza el guerrero expresará toda su vida de lucha y sus sentimientos sobre todas las batallas de su vida. Hablará de sus alegrías y desconciertos en la búsqueda del poder.

LA MARCHA DEL PODER

Don Juan le dice a Castaneda que él piensa que todo lo va a entender haciendo preguntas (y nosotros agregaríamos que tampoco leyendo a Castaneda). El poder no le pertenece a nadie, ni este camino es el único y verdadero. Don Juan le dice a Castaneda que hay muchos caminos diferentes hacia el conocimiento, aun en su mismo linaje; por ejemplo, hay brujos que llegan al conocimiento por diferentes vías, unos bailando, otros curando, otros sin hacer nada.
El "poder" es el conocimiento y el "poder personal" es la suma del conocimiento que el aprendiz ha logrado obtener. En esta parte de las enseñanzas que adquiere Castaneda, Don Juan lo va llevando poco a poco a "entender" lo que no se puede entender. Las enseñanzas de Don Juan son más de carácter vivencias y espiritual que racional. Don Juan sostiene que el hombre, además de la razón, tiene otros elementos para percibir el conocimiento. Esos "elementos" se activan a través de la propia energía, pero como siempre estamos ocupados sosteniendo racionalmente la idea de nosotros mismos y del mundo a través de la importancia personal, por tanto se requiere un gasto extremo de esa energía para que podamos "tener" esa energía y percibimos como generadores de, energía. Este es un mundo de energía y no de conceptos y objetos.
Don Juan, a lo largo de la enseñanza, tiene que usar una serie de trampas o ardides para mantener la atención y el interés de su aprendiz. Muchas cosas que Don Juan le enseña a Castaneda creemos que, a propósito, lo hace por el camino largo. El conocimiento puro es simple y directo y, por lo mismo de su obviedad, el hombre opone mayor resistencia. A pesar de que la enseñanza de la Toltequidad está casi desprendida de ritos y parafemalias, algo queda para poder "engañar" a la razón de los aprendices. Debemos recordar que, debido a la llegada de los españoles, la Toltequidad debió mantenerse en la clandestinidad. Los españoles nunca vieron, ni tocaron a la Toltequidad; en sus manos cayeron los sacerdotes, mas no los hombres de conocimiento; y con los sacer-

dotes cayeron los hechiceros, los diableros y probablemente alguno que otro guerrero que se descuidó. En el siglo XVIII uno de los personajes más importantes del linaje de Don Juan vivía en el mero centro de la religión católica y, por añadidura, de la Santa Inquisición. Era el Sacristán de la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México. Su disfraz y su lugar no podían ser mejores para protegerse de la persecución de aquellos tiempos. Un guerrero es un ser impecable, inaccesible y flexible. Don Juan habla de la maravillosa posibilidad de ser un desconocido.

Como parte de las técnicas que Don Juan le enseña a Castaneda para ahorrar energía y engañar a su razón, está la marcha de poder. El problema con las técnicas que Don Juan le enseña a Castaneda es que sus seguidores pueden perder la objetividad de las enseñanzas. Las técnicas sólo son MEDIOS y no un fin en sí mismo. Un hombre común puede llegar por algún medio fortuito al "mundo del nagual", o puede llegar al conocimiento a través de la disciplina y del esfuerzo para vencer su importancia personal, y aunque no sepa nada de ello, el ahorro de su energía le hará entrar al conocimiento por sí mismo. El lector de Castaneda deberá ir con mucho cuidado y no caer en las confusiones del camino del conocimiento del autor y mucho menos las propias. Debemos pensar que para cada uno de los lectores el encuentro con un nagual como Don Juan deberá ser diferente, por lo que la obra habrá de tomarse con mucha reserva, no por el valor de los conocimientos de Toltequidad, sino por las limitaciones y confusiones del propio Castaneda, o por la forma en que éste decidió presentarnos en sus libros el conocimiento adquirido.

NO HACER

No hacer es otra técnica que tiene como objetivo que el aprendiz aprenda a ahorrar energía. Como se ha dicho, el sostenimiento de la idea que tenemos de nosotros mismos (que por lo demás siempre es superlativa) deberá estar siendo reforzada una y otra vez, de manera constante, con la consiguiente fuga de energía. El NO HACER es precisamente no responder "conscientemente" a los actos que conforman la imagen de nosotros mismos. El no hacer es simplemente un subterfugio para no seguir alimentando la imagen de nosotros mismos. Ese cambio de actitud en la vida y el mundo, ese poner nuestra atención y nuestra consciencia para dejar de pensar, sentir y actuar como siempre lo hacemos, produce un ahorro de nuestra energía: es como apagar el "piloto automático" con el que manejamos nuestra vida y poner toda nuestra atención en cada acto, no importa que sea "grande" o "pequeño".

PARAR AL MUNDO

La manera en que sostenemos la idea de nosotros mismos y del mundo es por conducto de la razón. El diálogo interno no es otra cosa que el continuo decirnos a nosotros mismos, a través de la razón, que el mundo es así y asá y que nosotros somos de esta forma tan especial en que somos. El diálogo interno no es más que el torrente de pensamientos que están forzando a "la realidad" para que ésta se ajuste a nuestra forma de pensar. Por eso los hombres comunes siempre se la pasan o peleados o aburridos con "el mundo", pues el mundo para ellos no es más que un montón de ideas.

Por el contrario, para un guerrero todo es más de lo que hemos aprendido a entender. El mundo, para él, es un todo enigmático, misterioso, aterrador y maravilloso, que no se "ajusta" a las ideas del hombre común. Para el guerrero el mundo es simplemente ¡inconmensurable e indescifrable... mágico!

La técnica de parar al mundo se refiere al esfuerzo que debe hacer el aprendiz para "silenciar" nuestra razón y así percibir el mundo a través de otros elementos. En un análisis retrospectivo de la obra de Castaneda podríamos suponer que esto es lo más importante que se necesita realizar para en-

trar en el camino del conocimiento que Don Juan, a través de diversas técnicas y explicaciones, trata de que el aprendiz acepte y maneje. El ser humano desconoce muchos recursos y posibilidades con que cuenta; la puerta de entrada al mundo de la Toltequidad, nagualismo o brujería, es precisamente el ahorro de energía. Don Juan le dice a Castaneda que deje de actuar como un ser de importancia suprema al que estar dando pruebas sistemáticamente de que el mundo no es tan sólo como su "razón" le dice que es. El mundo es como uno piensa que es, porque desde pequeños hemos aprendido a verlo de esa manera; pero el mundo es un enigma, un absoluto misterio.

EL ANILLO DE PODER

Es precisamente la forma de percibir el mundo, a través de la razón, lo que Don Juan llama el primer anillo de poder. El hombre común, sin proponérselo, realiza un acto de "brujería" que consiste en elaborar, con la razón, un maravilloso y complejo mundo de ideas a las que él interpreta como la única realidad. Este sortilegio de la razón es el primer anillo de poder; así, a cada niño que nace de inmediato se le empieza a "capacitar" para que desarrolle su razón con la ayuda de excelentes maestros y en una tarea de muchos años. Transformar el mundo energético que nos rodea en un mundo de "objetos sólidos" e "ideas verdaderas" es una labor descomunal de "brujería". El hombre común y el aprendiz de la Toltequidad necesitan de "ese" mundo como sustento de su tonal. " diferencia es que el hombre común se queda allí y no explora todas sus posibilidades; el hombre no es tan solo un perceptor de energía..., ¡él es un creador de energía! El primer anillo de poder tiene que ver con el tonal (el lado derecho), con lo que hemos dado en llamar "realidad verdadera" con la razón y con lo conocido. A su libro número 5 Castaneda lo titula El segundo anillo de poder, que tiene que ver con el nagual: el lado, izquierdo, con la "otra realidad", con la voluntad y con lo desconocido.

UN ADVERSARIO QUE, VALE LA PENA

Lo que en realidad hace un maestro con su aprendiz es engancharlo, ponerle trampas y tratar de que reduzca su importancia personal para que ahorre energía. La labor de un maestro es llevar al aprendiz hasta "la puerta" del nagual o conocimiento; adentrándose un poco, allí el maestro y el aprendiz son iguales; acaso lo que diferenciaría al maestro sería su impecabilidad o mayor ahorro de energía.
En el mundo del tonal el maestro le pone trampas al aprendiz. Dentro de los acicates un adversario resulta ser un excelente medio por el cual el aprendiz trabaja y aprende con mayor provecho. En el camino del conocimiento Don Juan pone frente a Castaneda diversos adversarios, desde un puma hasta una bruja llamada Catalina. Don Juan señala la diferencia entre un adversario y un enemigo. Los adversarios, al igual que los enemigos, nos pueden destruir; lo que convierte a un enemigo en un adversario es que uno no tiene sentimientos personales cuando se está luchando con él. Un adversario nos ayuda a purificar nuestro espíritu, a fortalecer nuestro cuerpo, a ser más humildes y a tener siempre una estrategia en la vida. Un aprendiz no está a merced de la gente, ni tiene enemigos; un aprendiz selecciona con mucho cuidado a su adversario y el campo de batalla. No busca ganar o perder, busca perfeccionar su espíritu a través de su impecabilidad.

EL VIAJE A IXTLÁN

Ésta es una de las metáforas más bellas y poéticas de la obra. Don Juan le enseña a Castaneda que cuando un aprendiz de la Toltequidad inicia el camino hacia el conocimiento (El viaje a Ixtlán), el aprendiz tiene que dejar todo lo que antes conocía y amaba; el viaje a Ixtlán es difícil y solitario, mas no desolador. En este viaje no hay lugares familiares, ni gente conocida; está acechado por fantasmas, seres huma-

nos con angustias y ansiedades comunes; "fantasmas" que llaman y buscan que el aprendiz pierda el camino a lxtlán.
Don Juan dice que sólo como guerreros se puede sobrevivir en el viaje a Ixtlán. técnica del camino del guerrero fue elaborada por los viejos toltecas para poder transitar en todo su recorrido el camino a Ixtlán. Don Juan dice que el arte del guerrero es equilibrar el prodigio de ser hombre con el temor de ser hombre. Para sobrevivir en el viaje a Ixtlán se debe ser claro y estar mortalmente seguro de su impecabilidad.
El libro de Viaje a Ixtlán es el que recomendamos para iniciar la lectura de la obra de Carlos Castaneda. En él el autor logra hacer un primer recuento de sus experiencias. Nos transmite las técnicas básicas para el ahorro de energía y al final nos da una idea del camino hacia el conocimiento. Tal vez éste, junto con Relatos de poder, sean los libros básicos de la primera parte (en la que el autor escribe al lado de la presencia "física" de Don Juan). De alguna manera Viaje a Ixtlán sienta las bases de lo que serán las enseñanzas de Don Juan, tocándose puntos básicos y objetivos de cómo transitar hacia el conocimiento. Las técnicas que Don Juan le enseña a Castaneda para ahorrar energía nada tienen que ver con las drogas o el uso de artes fantásticas; por el contrario, hablan de actitudes y formas de actuar en el mundo "real" y cotidiano. En ese mundo el aprendiz entablará su batalla. Muchos lectores urbanos de Castaneda han buscado el conocimiento en las montañas, con chamanes y, en algunos casos, por medio de las drogas. Pero Don Juan es muy claro en eso: dice que en el hacer de nuestro mundo, ahí mismo, encontraremos el camino. A fin de cuentas lo que en principio debemos de trabajar es en sacar toda la basura que llevamos dentro y remover el cúmulo de ideas fijas y preconcebidas con las que nos movemos.
Finalmente diremos que todas las técnicas que Don Juan le enseñó a Castaneda sobre el lado derecho tenía como finalidad que aprendiera a ahorrar energía. Es muy fácil "perderse" en la selva de las técnicas, es decir, tomarlas como fin, cuando tan sólo son medios. Además hay que recordar que Castaneda resultó un aprendiz muy "resistente" en el campo de la razón y Don Juan tuvo que tratar por diferentes medios de "sensibilizarlo" teniendo que recordar que Castaneda seleccionó en su obra lo que pensó era conveniente relatar. Pero siempre reconoció que muchas de las enseñanzas, al principio, no las entendió ni las intuyó. Al principio Castaneda pensaba que Don Juan era un indio viejo y extraño que le decía cosas o le ponía a hacer tareas que para él no tenían mucho sentido, pero que más adelante, cuando tuvo el ahorro suficiente de energía, pudo "entender".

IV. RELATOS DE PODER

Primera edición en inglés 1974
Primera edición en español, 1976
Título original: Tales of Power
1974 Carlos Castaneda
1976 Fondo de Cultura Económica.
Traductor: Juan Tovar.

Éste es, tal vez, uno de los libros más importantes, pues contiene una belleza más allá de lo literario en que se siente, casi nítida, la filosofía de nuestros antiguos maestros toltecas, con profundas propuestas de valor universal que llegan a la esencia de lo humano.
La belleza literaria y la fuerza dramática que con tiene Relatos de poder hacen que el lector vaya participando con el aprendiz, casi de manera vivencia, un sentimiento creciente de exaltación hasta estallar su racionalidad en el salto que desde un acantilado realiza Castaneda.
Como ya hemos dicho, la obra de Castaneda se puede dividir en dos partes: la que escribe cuando está recibiendo físicamente las enseñanzas de Don Juan y la que escribe desde que se ausenta, y que realiza a partir de "recuerdos" y vivencias con

los compañeros de su "camada" de brujos, donde Castaneda ocupa el lugar de nagual.
Al final de este libro Don Juan y Don Genaro se despiden de Castaneda. Ellos han cumplido su misión y su ciclo; dejan este mundo y también a quienes deberán continuar con la tradición o el linaje. Don Juan le dice a Castaneda que de nuevo se convertir del camino y que quizás en el futuro entrará nuevamente en sus ojos.
Este libro puede ser el vértice en el que converge toda la enseñanza. En la primera parte, desde las enseñanzas de don Juan hasta llegar a Relatos de poder, la obra va teniendo una unidad estructural que suma conocimiento paulatinamente hasta llegar al "gran salto de Castaneda". Todas las enseñanzas gravitan, en mayor porcentaje, en la "parte derecha", "tonal", "razón" o mundo cotidiano.
La segunda parte, desde El segundo anillo de poder hasta El conocimiento silencioso, se fundamenta en las enseñanzas que Castaneda recibió en ese mismo período, pero en la parte izquierda, nagual, voluntad, otra realidad o consciencia acrecentada.
Estas obras posteriores: El segundo anillo de poder, El don del águila, El fuego interno, El conocimiento silencioso y El arte de ensoñar, son escritas en un tiempo en el que Don Juan ya no "estaba físicamente" En este mundo. Castaneda tiene que "recordar", a través de la ensoñación, todas las enseñanzas para el lado izquierdo, junto con su "camada" de brujos. Estas obras estaban compuestas por vivencias de Castaneda con su grupo y de los "recuerdos de la parte izquierda" para, finalmente, por llamarlo de alguna forma, "ensamblar armónicamente todas las enseñanzas en una sola unidad.
Por ello en Relatos de poder es donde convergen las enseñanzas del lado derecho y del lado izquierdo. El lector de la obra de Castaneda tendrá que "sufrir"' las confusiones del autor en este proceso; sentirá que en este libro, que "no toca fondo", quedan muchas cosas sin explicación, pero a través de la lectura de los restantes, en especial los números 7 y 8, es donde se aclaran estas dudas.
Trataremos de comentar este libro por capítulos y, a pesar de ser tan extenso, buscaremos tocar lo que considerarnos fundamental, en el entendido de que este trabajo de ninguna manera podría suplir al libro en sí mismo, pero sí ser buena introducción para leer la extensa y compleja obra del autor.
Relatos de poder está dividido en tres partes y 14 capítulos. La primera parte se llama "Un testigo de actos de poder", la segunda "El tonal y el nagual" y la tercera "La explicación de los brujos".

CITA CON EL CONOCIMIENTO

Don Juan establece que lo que cuenta en los aprendices es que sean impecables, aunque reconoce que la disciplina y la sensibilidad ayudan mucho.
La confianza de un guerrero no es la misma que la del hombre común. El hombre común al andar "prendido" del mundo y "enganchado" a sus semejantes, busca la certeza en los ojos de quien lo mira actuar y cree que eso es confianza en sí mismo. El guerrero, que es un hombre disciplinado y tiene un objetivo muy claro, busca la impecabilidad en sus propios actos y sentimientos, y a eso le llama humildad, mientras el hombre común está enganchado a la gente y "manosea" al mundo; el guerrero sólo depende de sí mismo. La confianza implica conocer las cosas con certeza total; la humildad implica ser impecable en los propios actos, pensamientos y sentimientos, porque todo lo que somos y hacemos depende de nuestro poder personal.
Don Juan le dice a Castaneda que los seres humanos somos un sentimiento, un darse cuenta, un tener consciencia, contenido en el cuerpo. En este libro Castaneda habla de ENSOÑAR, y para tratar de explicarlo haremos un paréntesis. Dentro de las extrañas prácticas que Don Juan le enseña a Castaneda está la de controlar y dirigir sus sueños. Para llegar a esto se requiere

tener cierto dominio sobre el mundo cotidiano; el camino del guerrero permite -a base de una escrupulosa disciplina para romper las rutinas de la vida, el no hacer y la marcha de poder- lograr obtener ese dominio. La técnica consiste en tratar de soñar en un tema preestablecido; cuando se logra, durante el sueño hay que buscar las manos y soñar que se alzan al nivel de los ojos. Esto es no sólo lograr el dominio de lo que se sueña sino también intervenir voluntariamente en lo soñado.

Los antiguos toltecas después de su primer fracaso, al hacer el recuento de sus prácticas, pudieron observar que el efecto que sufría su energía cuando soñaban era muy parecido, aunque de menor magnitud, al que experimentaban cuando ingerían plantas de poder. A este efecto lo llamaron "mover el punto de encaje". Así pues, un guerrero, a base de un gran esfuerzo implícito en el cambio de conductas en el mundo cotidiano, lograba convertir el sueño común y corriente en ENSUEÑO; el objetivo era lograr un cambio en la "frecuencia" de su energía, pero sin los altos costos ni riesgos que representaba la ingestión de plantas de poder.

Don Juan dice que todos los seres humanos, aunque no las desarrollen, tienen dos tendencias naturales: o son acechadores o son ensoñadores, dependiendo de su configuración energética o de su temperamento.

Los viejos toltecas, al desarrollar estas tendencias dentro de la Toltequidad, hablan de los guerreros tigres (acechadores) y los guerreros águilas (ensoñadores).

Don Juan enseña muchas técnicas casi todas tienen el Objetivo de cambiar las ideas que tenemos del mundo y de nosotros mismos, con lo cual se ahorra energía; en este esfuerzo se debe ir poco a poco, con mucha disciplina pero sin tensiones ni obsesiones, sin miedo a perder y sin la ambición de ganar.

Un guerrero, según Don Juan, toma su destino, sea el que fuere, con la máxima humildad. No como base para quejarse, sino como base para librar sus batallas y aceptar sus desafíos. La humildad del guerrero no es como la humildad del pordiosero. El guerrero no se tiende a los pies de nadie, pero de la misma forma no permite que nadie se tienda a sus pies. El pordiosero al menor pretexto se tiende a los pies de quien cree es superior a él, pero al mismo tiempo exige que otros, que él cree que son inferiores, se tiren a sus pies. La humildad del guerrero depende de su impecabilidad,, que es ya no estar enganchado a sus semejantes.

EL SOÑADOR Y EL SOÑADO

Uno de los objetivos del guerrero es luchar contra su razón, pero al mismo tiempo apaciguar su mente. Los guerreros no obtienen sus victorias rompiendo rocas con la cabeza; un guerrero, simplemente, les da la vuelta y evita desgastarse y ser accesible al mundo. Un guerrero debe desarrollar el sentimiento de que no necesita nada; un guerrero no necesita que lo ayuden o lo comprendan porque sabe que la verdadera experiencia es ser un hombre y estar vivo, y llegar a tener consciencia de las inconmensurables y maravillosas posibilidades con que cuenta. Uno de los trabajos cotidianos del guerrero es cultivar y mantener el sentido de "darse cuenta", por lo que nunca "baja la guardia".

EL SECRETO DE LOS SERES LUMINOSOS

Según Don Juan, suspender el diálogo interno (detener nuestras ideas de cómo es el mundo y cómo somos nosotros) es la clave de la "brujería".

Desde que nacimos nos han dicho que el mundo es una serie de ideas y nosotros, a su vez, en este descomunal esfuerzo de nuestra razón, hemos desarrollado una idea de nosotros mismos, que la alimentamos a cada momento, gastando la mayor parte de nuestra energía. Los seres humanos "realmente" no somos materiales (sólidos), estamos constituidos por átomos y los átomos ¡son cargas energéticas! Así

pues, hablando científicamente, los hombres y el mundo estamos constituidos por cargas energéticas. La primera "brujería" del hombre común es hacer, de ese mundo de cargas energéticas, un mundo de objetos sólidos y esto se consigue a través de un gran esfuerzo que realiza la razón por medio de un inmenso gasto de energía.
Cuando nacemos no tenemos el dominio de ese mundo de la razón y, a través del tiempo, con la ayuda de nuestros maestros, lo vamos logrando.
A esta "primera brujería" los toltecas le llamaron gel primer anillo de poder". Sin embargo, los seres humanos, además de ser cargas de energía somos perceptores y, al mismo tiempo, generadores de energía. Por lo mismo, los seres humanos somos seres luminosos, pedacitos de sol que poseemos otro "anillo de poder" que nunca usamos. Ese otro anillo tiene que ver con lo que Don Juan llama voluntad", y ese segundo anillo es usado por la Toltequidad para llegar a la "libertad total".
Don Juan siempre tuvo engañado a Castaneda haciéndolo creer que lo más importante era el lado izquierdo (nagual, la "otra realidad"), pero es tan importante el lado derecho (tonal) como el lado izquierdo del conocimiento. Ambos son complementarios e insustituibles. Aun el más impecable nagual necesita la base del tonal para poder actuar.
Uno de los riesgos más fáciles en que se puede caer, en el conocimiento de la Toltequidad, es suponer que el desafío se encuentra en "extraños mundos", en concepciones mesiánicas o en un mundo esotérico. Nada más equivocado que eso.
La Toltequidad o "brujería" plantea la impecabilidad de nuestros actos y sentimientos en el mundo real y cotidiano. No puede existir avance real en el camino del conocimiento si no se tiene dominio de sí mismo y del mundo cotidiano.

EL TONAL Y EL NAGUAL

Antes de entrar a este capítulo de libro deseamos comentar algunas cuestiones sobre los términos tonal y nagual. Ha sido nuestra intención encontrar conexiones entre los conceptos que Castaneda describe acerca del conocimiento que Don Juan llama "Toltequidad" y que dice son prácticas muy remotas de los "toltecas". Esto también lo dicen algunos textos académicos de Historia y Antropología.
Esta forma de conocimiento - que no se podría llamar "filosofía" porque el conocimiento no es aprendido por la razón - es, creemos, el hilo conductor o matriz "filosófico" cultural de Mesoamérica. Pero es prudente señalar que las coincidencias entre este conocimiento y algunos estudios académicos es más rica en las tradiciones, costumbres, prácticas y oralidad de los pueblos indígenas que, sin procesos racionales, siguen muchas de las técnicas de la Toltequidad de manera natural, a través "de el costumbre", como lo han hecho durante cientos de años.
En la actualidad es inmensamente más difícil vivir como indígena que vivir como pordiosero o subempleado en los cinturones de miseria de las ciudades. Esa fuerza interna que han demostrado los indígenas a lo largo de los últimos 500 años de opresión consideramos que ha sido posible, en gran parte, porque se ha alimentado del conocimiento no "racionalizado" que subyace en sus tradiciones y costumbres, en su cultura. Este mismo conocimiento también se manifiesta, de una u otra forma, en la variedad de culturas populares que conforman el rostro actual de nuestro país. Los conceptos de tonal y nagual no son extraños para ningún mexicano. Existen muchas palabras del náhuatl que usamos cotidianamente en nuestro español urbano. Por ejemplo, Tonatiuh es el sol; Tonatzin es nuestra madre querida o la Virgen de Guadalupe. Alfredo López Austín, en su Cuerpo humano e ideología, las concepciones de los antiguos nahuas, en la página 223 dice: " ... El sustantivo TONALLI, derivado del verbo TONA, "irradiar" ("hacer calor o sol", según Molina), tiene los siguientes significados principales: 1.irradiación; 2. calor solar; 3. estío; 4. día;

5. signo de día; 6. destino de la persona por el día en que se nace; 7. "el alma y espíritu" (Molina: Totonal); 8. cosa que está destinada o es propiedad de determinada persona (Molina: tetónal)."
Y en la página 418, López Austin, al hablar de las descripciones del nagualismo, retorna un texto de Fray Bernardino de Sahagún: "El nahual es el sabio, poseedor de discursos, dueño del depósito, sobrehumano, respetado, grave, serio, no burlado, no sobrepasado. El buen nahualli es depositario, hay algo en su interior, guardador, observador. Observa, conserva, auxilia; a nadie perjudica."
Volviendo al libro de Castaneda, Don Juan usa el término tonal para hablar del mundo conocido -parte derecha- o de la razón, y el término nagual con dos acepciones, una que se refiere a la parte izquierda -de la "otra realidad", de la percepción, la contraparte del tonal- y otra que se refiere al nombre que se le da al hombre de conocimiento, el líder de un grupo de guerreros al que se le nombra "el nagual", como lo fue Don Juan en su grupo, o Elías y el propio Castaneda.
Para Don Juan el tonal nace con el hombre y muere con él; el nagual es la otra parte del hombre que siempre está ahí, antes, durante y después. El tonal es el mundo que se urde con la razón; el nagual es el mundo del poder, donde lo único que puede hacer el hombre es atestiguar.
Castaneda recibe conocimientos a través de técnicas prácticas para "barrer" o limpiar la isla del tonal, porque el camino del guerrero no es más que la capacitación para ahorrar energía y poder entrar al mundo del nagual. Don Juan le dice a Castaneda que un guerrero no puede andar con lamentos y quejas, porque su vida es un desafío interminable, y no existen formas para que los desafíos sean bonitos o feos, buenos o malos. Los desafíos son sencillamente eso, desafíos. Allí radica la diferencia entre los hombres comunes y los guerreros. Mientras que para los primeros el mundo está lleno de bendiciones o maldiciones, para los segundos es un desafío interminable donde está a prueba su impecabilidad y su "desatino" controlado.

LA ISLA DEL TONAL

Don Juan dice que todos los seres humanos tenemos dos entidades distintas que forman una unidad, el tonal y el nagual. El tonal es el que "construye" el mundo de objetos e ideas en el que vivimos; existe un tonal para cada uno de nosotros y un tonal para el tiempo, para cada época. El tonal es todo cuanto somos e imaginamos y se conforma por una descripción del mundo. El tonal crea "las reglas" por las cuales se percibe o "construye" al mundo en un sentido figurado.
El nagual es la parte de nosotros mismos y el mundo que nunca conoceremos y mucho menos por medio de la razón. El nagual es la parte donde radica el "pode", lo innombrable. La Toltequidad divide al mundo en tres partes: lo que se conoce, lo que se desconoce, lo que se desconoce pero se puede conocer y lo que jamás conoceremos (el nagual, el poder mismo).
Por su parte, "López Austín, en la página 176 de Cuerpo humano e ideología, dice: "Lo anterior sugiere que, así como el uso de la mano derecha estaba ligado a las actividades cotidianas, sobre todo las que exigían destreza, la izquierda se ligaba en forma más estrecha al mundo de lo sobrenatural."

EL DIA DEL TONAL

Don Juan le explica a Castaneda que el hombre usa una pequeña porción de su totalidad; sin embargo, cuando muere, lo hace con toda su totalidad; entonces pregunta: ¿Por qué no vivir plenamente con toda nuestra totalidad si hemos de sucumbir con ella?
Muchos lectores de Castaneda han buscado la puerta falsa del nagual a través de la comodidad de las drogas o en la frivolidad de lo "snob": "buscar el camino" en lo desconocido. Don Juan es claro y reiterativo respecto a que lo primero en que debe

trabajar un aprendiz es en "barrer su isla del tonal". Uno no puede entrar al nagual si no tiene cierto dominio sobre el mundo cotidiano y su propia persona.
El tonal es muy delicado, y los hombres comunes usan toda su capacidad en lastimar y deformar a su tonal. El tonal se deteriora muy fácilmente; los vicios, la comodidad y los abusos son elementos con los que hacemos esta tarea.
Hay tonales fuertes y débiles. Cada persona tiene un tonal y éste puede estar en inmejorables condiciones o hecho una desgracia. El aprendiz, a través del camino del guerrero, fortalecerá y hará resistente a su tonal, lo que logrará por medio del escrupuloso cumplimiento de las técnicas que permiten ahorrar energía (tonal viene de Tonafli, que significa energía).
Don Juan, al hablar de los indios, dice que ellos son "los desafortunados de nuestro tiempo"; que la Caída de ellos se inició desde la llegada de los occidentales, que se dedicaron a destruir no sólo su tonal sino el de su tiempo. La vida se les convirtió en un infierno, pero paradójicamente el rigor de la Conquista y la Colonia "benefició" a los indios que eran hombres de conocimiento, pues éstos, al ver destruido su tonal, se refugiaron en el nagual, y allí los occidentales nunca pudieron entrar; es más, éstos jamás se enteraron de que existiera.
También en este capítulo Don Juan le dice a Castaneda, en un momento en que él se encuentra en peligro por el encuentro con el poder, que escriba, porque el "tomar notas de campo" es la única "brujería" que posee en ese nivel de conocimiento.
Don Juan dice que el tonal se debe cuidar; que una lucha dentro del propio tonal es lo más imbécil que le puede pasar a un hombre y que, por desgracia es lo que siempre estamos haciendo.
El camino del guerrero es armonía y equilibrio; entre el nagual y el tonal, ambos se apuntalan a sí mismos, ninguno es ni más ni menos importante que el otro.
Un tonal fuerte y libre es flexible y fluido, puede dejar "operar" al nagual; en la medida que un tonal se fortalece, menos se aferra a sus ideas y hechos y más fácil puede actuar el nagual. Porque lo que concierne al nagual sólo se puede atestiguar con el cuerpo; lo que concierne al tonal sólo con la razón.
Don Juan dice que al tonal hay que convencerlo con razones y al nagual con acciones.

LA HORA DEL NAGUAL

La obsesión de los hombres consiste en ajustar al mundo con las reglas del tonal. El tonal es la base de lo que somos como hombres en este mundo de ideas y objetos "sólidos". El tonal, a través de lo que se llama el "primer anillo de poder", urde el "mundo" con la razón. El tonal debiera ser un "guardia" que protegiera esa parte indispensable de nosotros; sin embargo, el guardia se convierte en "guardián" celoso y exagerado de su tarea que bloquea a la otra parte complementaria de nosotros: el nagual.
El tonal gasta toda la energía que poseemos; en "la isla del tonal" vamos acumulando muchas vanidades y objetos innecesarios. El esfuerzo por sostener las "ideas" de cómo es el mundo, de cómo somos y cómo debieran ser los demás, más el sostenimiento de nuestra compulsivo necesidad de "tener", agota toda la energía de que disponemos. Para "atestiguar" al nagual se necesita tener disponible suficiente energía, y esta energía se obtiene al "limpiar nuestra isla del tonal".
El mundo del nagual y el tonal conforman el ámbito humano; que al primero no lo palpemos y reconozcamos no quiere decir que no exista. Hay muchas religiones antiguas en el mundo que nos hablan, con otras palabras y otros signos, del mundo del nagual y esto se debe a que es un conocimiento milenario y universal del hombre, conocimiento que en los últimos 500 altos ha sido negado por el mundo occidental debido a su limitado y prepotente pensamiento cientificista.
El tonal y el nagual son un par de opues-

tos complementarios y esta forma de entender el mundo tiene profundas raíces en las culturas mesoamericanas. Lo racional y lo irracional son dos facetas que integran la totalidad del hombre; ninguna es más o menos importante que la otra; por el contrario, son complementarias. Por esto, tal vez, el hombre moderno, producto de la cultura occidental, tiene un leve sentimiento de insatisfacción que se origina en el hecho de no estar completo. Para Occidente lo irracional es algo que debe ser superado y exterminado, pues concibe la superioridad a partir de la razón (el hombre es un animal racional). No obstante, otras culturas en el mundo han desarrollado vías de conocimiento "irracionales" o que no surgen a partir de la razón. La Toltequidad es una de ellas.

Como dato interesante diremos que en este capítulo Don Juan le dice a Castaneda que cuando un hombre ha aprendido a ahorrar energía, el poder le manda un "maestro" para convertirlo en aprendiz, y cuando el aprendiz ha logrado ahorrar más energía, el poder le manda a un "benefactor" para hacerlo tolteca, nagual o "brujo". Por lo que consideramos que un "lector" de la Toltequidad tiene suficiente trabajo para apenas tratar de comenzar con las técnicas que Castaneda relata en el Viaje a Ixtlán.

EL SUSURRO DEL NAGUAL

Como se ha dicho, el tonal es la base de todo lo que somos y percibimos como hombres. El hombre común debe poseer una "unidad" en la isla del tonal. Sin esa coherencia que le da la unidad, el hombre puede perder el "juicio". La racionalidad del hombre le da equilibrio en su mundo; es, diremos, el instrumento del tonal. Para el hombre común es suficiente vivir con la "mitad" de sus posibilidades; se conforma porque ese mundo es, regularmente, seguro y confortable. Pero el hombre que quiere vivir con la totalidad de sí mismo debe entrar en el peligroso y exhaustivo camino de la Toltequidad o "brujería". Romper la unidad del tonal, su coherencia o racionalidad, si no se hace en una forma cuidadosa, puede poner en serios peligros al ser humano.

El tonal es muy frágil y no admite que le quiten el "control" de la realidad. Aun así, la Toltequidad propone, como camino, abrir y reducir la isla del tonal, pero sin lastimarla o destruirla. Para poder hacer al tonal "flexible y tolerante" debemos liberarlo de todas las "porquerías" que hemos ido recogiendo por la vida y hemos ido depositando en la isla hasta saturarla y, por consiguiente, gastamos toda la energía que poseemos.

Un guerrero entiende que tiene muy poco tiempo en la Tierra y que en cualquier instante puede morir; por ello sabe que debe limpiar su isla a través de¡ ahorro de energía para poder entrar a la otra parte de sí mismo, que es el nagual.

El guerrero busca sobre todas las cosas llegar a la totalidad; sabe que sólo hay tiempo para la impecabilidad; lo demás agota su poder, la impecabilidad lo renueva permanentemente.

La impecabilidad consiste en hacer de la mejor forma todo cuanto uno haga; dicho en otras palabras, el ahorro constante y sistemático de la energía, ahorro constante que se acumula y allí radica el "poder personal".

LAS ALAS DE LA PERCEPCIÓN

Don Juan dice que, aparte de la disciplina, lo que podría ser favorable en el camino del conocimiento es tener sensibilidad. Generalmente en el mundo del tonal y la razón de repente surgen "chispazos" de otro tipo de percepción de la realidad; como diría Don Juan: "los susurros del nagual". Para dejarse guiar por el susurro del nagual debemos detener nuestro diálogo interno y abrir las alas de la percepción.

LA EXPLICACIÓN DE LOS BRUJOS

Para el mexicano occidentalizado aceptar ya no la validez del camino del conocimien-

to, que plantea Don Juan, sino la existencia de algún valor en las culturas indígenas, resulta un desafío temerario. Los "mexicanos" durante los últimos 500 años hemos aprendido, primero por los extranjeros y después por los "criollos", a menospreciar y negar nuestras raíces y nuestra cultura. Para los "mexicanos" los indígenas representan el último lugar en la escala social. Los indios siempre han sido un estorbo para el "progreso" y una mancha en la 99 modemidad". El único patrimonio cultural que reconocen los "criollos" y los "mexicanos" es el valor "ESTÉTICO" de los vestigios materiales que dejaron remotas culturas indígenas del pasado. Aun así, el valor espiritual y la posesión de una forma de conocimiento que no se basa en la razón ha vivido subterráneamente, no sólo en grupos de hombres de conocimiento sino en el subconsciente colectivo de los pueblos que conforman nuestras culturas étnicas y populares. La obra de Castaneda ha tenido mayor eco en otros países que, libres de estos prejuicios, han tomado las enseñanzas de Don Juan con mayor respeto e interés.

La antropología es la que más ha negado cualquier valor en la obra de Castaneda, fundamentalmente porque es una ciencia del colonizador que trata de conocer y explicar a "los otros" desde un punto de vista implícito de superioridad. La obra de Castaneda no es antropológica ni literaria, pero nos revela otra forma de conocimiento que desarrollaron los pueblos mesoamericanos.

Hay personas que piensan que todo esto es charlatanería o que es producto de la mente de un talentoso y creativo escritor, o la asumen como una cuestión mesiánica o una justificación para entrar en contacto con los alucinógenos. Nosotros creemos que es la supervivencia de un conocimiento milenario que fue parte de la estructura del conocimiento del México antiguo y que se ha mantenido en forma secreta a través de la cultura oral, desde luego, con muchos cambios que tuvieron que hacerse para poder superar estos últimos 500 años de persecución. La obra de Castaneda es un acto de "brujería tolteca". Don Juan, por designios del poder, utiliza a Castaneda para dar a la luz de la razón el conocimiento de nuestros antepasados, donde la "brujería" convierte la tradición oral en cultura escrita: la "brujería" que se pone frente a la razón a través de libros. Por consecuencia, los hombres verdaderamente "razonables" ven con mayor seriedad y respeto esta obra.

Don Juan dice que un maestro del conocimiento tolteca nunca anda buscando aprendices y nadie puede solicitar las enseñanzas, ya que son pocos los que están dispuestos a tomar este conocimiento con seriedad; y de los pocos que lo toman con seriedad, menos aún están dispuestos a esforzarse y disciplinarse; y hay muchos menos que logran ahorrar suficiente energía para sacar provecho de sus actos.

Así pues, la explicación de los "brujos" es uno de los puntos importantes en el camino del aprendiz. La explicación no es algo que se pueda o deba entender; es, diremos, algo que se tiene que vivir, íntima y profundamente, con todo el cuerpo. Para entrar a esta explicación diremos que para los toltecas el mundo está constituido de cargas energéticas; cada ser humano es, en consecuencia, una carga energética, un huevo luminoso compuesto de una multiplicidad de fibras luminosas; este "huevo" tiene dos partes: una llamada tonal y otra nagual, y toda la energía de que dispone el hombre la ocupa en sostener al mundo - tanto en objetos como en conceptos- a través de su razón. El tonal mantiene una permanente relación con las cargas energéticas que le rodean; por así decirlo, las transforma en objetos y para ello ocupa la energía con que cuenta; a esto Don Juan también le llama "el primer anillo de poder". El aprendiz debe reagrupar los elementos de la isla del tonal, para lo cual deberá cambiar la visión del mundo que ha tenido desde su nacimiento; para lograr esto es necesario "parar el diálogo interno", es decir, dejar de gastar energía en el sostenimiento del mundo como "obje-

tos y conceptos" que se ajustan a nuestra razón.
Para lograr esto, Don Juan enseña a Castaneda dos técnicas o actividades: borrar la historia personal y "ensoñar". Sin embargo, seña la que estas dos técnicas no son sino un apoyo, pues lo que un aprendiz necesita es la sobriedad y la fuerza interna que están implícitas en el camino del guerrero.
Para ayudar a borrar la historia personal se le enseñan al aprendiz otras tres técnicas de apoyo, que son: perder la importancia personal, asumir la responsabilidad y usar a la muerte corno consejera A su vez, para "ensoñar" se cuenta con otras tres técnicas de apoyo que son: romper las rutinas de la vida, la marcha de poder y el "no hacer".
Al aplicar dichas técnicas con impecabilidad en la vida cotidiana, la isla del tonal se reagrupa, el aprendiz aprenderá a ahorrar energía y ésta le dará un extraño poder que Don Juan llama "voluntad" y que se localiza en la parte superior del estómago. La voluntad es la fuerza o el medio por el cual el guerrero puede actuar en el nagual. Don Juan dice que los brujos, al usar la voluntad, amplían su visión del mundo, usan un recurso que siempre ha estado allí, pero que jamás aprendemos a usar.
La explicación de los brujos dice que los hombres vivimos en una burbuja, que fuimos puestos allí desde el mismo momento de nuestro nacimiento, que en aquel entonces estaba abierta, pero que poco a poco se va cerrando. Esa burbuja es la de la percepción y vivimos dentro de ella toda la vida sin encontrar en sus paredes otra cosa que el reflejo de nosotros mismos; ese reflejo es "nuestra visión del mundo". Esa visión, cuando éramos niños, fue una descripción que nos proporcionaron nuestros familiares y los seres humanos que nos rodearon, por lo que toda nuestra atención queda atrapada en ella y esa descripción, a partir de la adolescencia, la transformamos en "nuestra propia visión del mundo". La tarea de un maestro es preparar al aprendiz para que reacomode esa visión, que es la isla del tonal. Cuando el aprendiz ha logrado llegar a este punto, interviene el benefactor -otro brujo- que ayudará al aprendiz desde afuera de la burbuja o isla del tonal. El maestro trabaja con el tonal y el benefactor con el nagual. Esta delicada maniobra de abrir la burbuja de la percepción permite que el ser luminoso tenga una visión de su totalidad. Cuando se abra la burbuja y el hombre perciba su totalidad, jamás volverá a ser él mismo y todo será diferente.
Cuando el guerrero toma conciencia de que es un ser luminoso es cuando se da cuenta que él es una carga energética, pero, además, que tiene una débil "membrana" que le separa de toda la demás energía, membrana que está compuesta por la isla del tonal y su visión del mundo. Pero también sabe que puede abrir esa membrana para, así, integrarse a toda la demás energía con su propia consciencia y después, al regresar, poder decirse que "entendió" la explicación de los brujos.

LA BURBUJA DE LA PERCEPCIÓN

La burbuja de la percepción está en el tonal y es allí donde se estructuran todos nuestros sentimientos; donde está nuestra "organización unificada" de los millones de átomos que tienen la voluntad de conformar nuestra unidad. Cuando nacemos se conforma el "racimo" que se desintegra y regresa al lugar de origen cuando morimos. Lo que hacen los brujos al entrar al nagual es muy parecido a lo que es la muerte, excepto que el "racimo" no se desintegra sino que se expande sin perder la unión. Los brujos, a través de la Toltequidad, pueden entrar al nagual desde un punto que llaman "la voluntad",. que les permite expandir su racimo y dejar que se organice y reorganice en todas las formas posibles, y regresar del nagual a la isla del tonal (Es lo que logra hacer Castaneda en su salto al vacío, desde una montaña, concluyendo con esto la enseñanza del lado del tonal).

Ese es el momento en el que el guerrero se convierte en hombre de conocimiento pues ha logrado la impecabilidad en la isla del tonal, y con humildad busca en el nagual llegar a la libertad total.

LA PREDILECCIÓN DE LOS GUERREROS

Éste es uno de los momentos más intensos y emotivos, y es aquí donde la primera parte de la enseñanza termina. Carlos Castaneda tendrá que entrar en el nagual y, para lograrlo, él y sus compañeros están en un sitio imponente y maravilloso, lleno de fuerza y poder. Es un cerro que los toltecas trabajaron dándole forma de pirámide; este lugar se ubica al Este de los pueblos en que vivían los otros aprendices y a los que divide una profunda cañada; tratar de llegar a la cúspide del cerro es casi como trepar una pared. El cerro recibe un nombre en zapoteco que tiene relación con el fuego interno y se encuentra en la Sierra Juárez de Oaxaca.

Éste es uno de los momentos decisivos en el camino del conocimiento tolteca. El aprendiz pasará solo, por primera vez, al mundo del nagual y aquí se despide de su maestro y de su benefactor; el aprendiz podrá seguir el camino, en cuyo caso lo hará sin esa valiosa compañía; tendrá que recurrir solo al conocimiento que está "guardado" en su parte izquierda y por tanto tendrá que "recordar" todo lo aprendido en la parte de la consciencia "acrecentada" y "ensamblar" todo el conocimiento en una sola unidad.

Don Juan le advierte a Castaneda que tendrá que entrar al nagual con la fuerza de su poder personal y que del encuentro pueden suceder dos cosas: que no regrese jamás, o que regrese a cumplir una tarea que el poder le designará. Una vez cumplida su tarea, sin importar el triunfo o la derrota, logrará obtener el dominio sobre la totalidad de sí mismo.

Don Juan le cuenta una historia para ejemplificar como debe vivir en espera del cumplimiento de su tarea y le dice que para esa espera y para esa tarea lo único que tiene el guerrero es su humildad, su impecabilidad y su sobriedad. Que debe dirigir todo su poder personal a cumplir eficientemente la tarea que el poder le designa.

En esta tarea el guerrero no puede evitar el dolor porque es un ser humano, pero lo que sí puede evitar es entregarse a él. En esta tarea se está solo, esa es nuestra condición verdadera. Pero morir solo es morir desolado dice Don Juan. Un guerrero que entra en lo desconocido mantiene un sentimiento de humildad, impecabilidad y eficiencia que te fortalece y prepara a su espíritu.

Don Juan le recomienda a Castaneda que, cuando regrese a cumplir su tarea, ame a la Tierra porque es un ser vivo que siente y comprende, y que ella le enseñará lo que es la libertad. Dice Don Juan que sin un amor así al ser (la Tierra) que nos da alojamiento, comida y todo cuanto necesitamos, la soledad de este camino se convierte en desolación. Amando a este ser espléndido y maravilloso que es la Tierra, el guerrero puede darle libertad, alegría y abandono a su espíritu frente a cualquier percance en el cumplimiento de su tarea.

Don Juan se despide de Castaneda antes de que salte desde una plataforma de la "gran pirámide". Abajo hay un inmenso y profundo vacío; a lo lejos, las montañas de Ixtlán. Castaneda pondrá a prueba su aprendizaje y deberá tener la fuerza y el valor necesarios para saltar a un abismo sabiendo que en vez de despedazarse y morir, podrá expandir su racimo y entrar al mundo de nagual. Antes de que Castaneda corra y salte al vacío, Don Juan le dice que volverá a ser polvo en el camino y que tal vez algún día podrá entrar nuevamente en sus ojos.

V. EL SEGUNDO ANILLO DE PODER

Primera edición en inglés, 1977
Primera edición en español, 1979
Título original: The Second ring of power
Editorial Pomaires, S.A., España.
Traducción: Horacio Vázquez Rial.

Tras haber saltado hacia el vacío, Castaneda ha vivido solo, por primera vez, el encuentro con el nagual y relata que su "racimo" se reagrupó 17 veces. Después de un tiempo regresa a México a buscar a los otros aprendices para intercambiar experiencias. Sabe que ya no podrá ver a su maestro Don Juan, ni a su benefactor Don Genaro; tendrá que cumplir con la tarea que el poder le designó, pero primero deberá "recordar" las enseñanzas de la "consciencia acrecentada": tendrá que trabajar con su grupo y convertirse en nagual.

Don Juan, al ausentarse, le dejó una laboriosa y peligrosa tarea en la cual la muerte está presente a cada momento. "Los aprendices están igual o más confundidos que Castaneda y todos deberán cumplir con las tareas que Don Juan les asignó antes de su partida. Estas tareas llevan como objetivo el finiquito de una parte de proceso de aprendizaje de cada uno y, la "organización funcional" del nuevo grupo y su nagual.

En este libro, cuya pobreza literaria es sensible, se siente la ausencia física de Don Juan, aunque muchos de los recuerdos de los aprendices conllevan su presencia y sus enseñanzas. Este libro y Las enseñanzas de don Juan son quizás los más confusos, aunque la riqueza en conocimientos del "segundo anillo de poder" es mayor.

A partir de "la explicación de los brujos" Castaneda tiene mayor claridad, y a este libro lo titula El Segundo anillo de poder porque entiende que ahora tiene que recuperar, a partir de "recordar", todas las enseñanzas que, de forma paralela, Don Juan le enseñó en los estados inducidos de consciencia acrecentada. Si, por una parte, en los estados de consciencia normal Castaneda aprendió las técnicas para "barrer la isla de tonal" existiendo una "continuidad" en la secuencia cronológica, no fue así en las enseñanzas en estado de consciencia acrecentada, que tienen como objetivo hacer que el aprendiz desarrolle "su voluntad" para poder entrar al mundo del nagual. De estas enseñanzas no hay recuerdo y no hay cronología en la consciencia normal o cotidiana.

Castaneda intuye que sabe, pero tiene que hacer un esfuerzo descomunal para recordar y poder "ensamblar" toda la enseñanza. Es interesante subrayar que en este libro empieza a manifestarse con mayor nitidez la presencia del mundo prehispánico en las enseñanzas. La Toltequidad, a través de este libro y los siguientes, ocupará un lugar más visible y no quedará, como en las otras, como una vaga insinuación. Por otra parte, Castaneda encontrará a su grupo; anteriormente apenas lo conocía. Don Juan había sido muy cuidadoso de que no se diesen profundas relaciones de amistad entre los demás aprendices y Castaneda; para lograrlo, siempre los mantuvo envueltos en un hálito de misterio. Castaneda suponía que unos eran aprendices y otros parientes. En este libro nos demostrará cómo se enfrentó a ellos como parte de las instrucción de Don Juan y cómo logró Convertirse en el nagual del grupo y, al ir "recordando", cómo recuperará experiencias y enseñanzas de los guerreros del grupo de Don Juan, en las enseñanzas del mundo de la consciencia acrecentada, Don Juan se apoyó en sus compañeros de "camadas", quienes también fueron sus maestros, aunque él no lo recuerde), con quien convivió en las enseñanzas de la consciencia acrecentada.

El primer desafío de Castaneda lo recibe con Doña Soledad, una mujer vieja y gorda que le daba de comer a Don Juan y a su grupo, a quien ahora la encuentra como una espléndida guerrera con la que tendrá que confrontarse para morir o seguir adelante. Castaneda reconoce, incrédulo, no sólo la transformación física de Doña Soledad sino también la fuerza y el poder

que como bruja ha adquirido. Dado que los guerreros conciben al mundo y a los seres vivos como cargas energéticas, y ellos ahorran energía, pueden ahora lograr increíbles transformaciones en su cuerpo o tonal.

Sin embargo, a pesar de estos grandes cambios nunca se puede pensar en el éxito total, ya que la batalla que se "tiene contra el "antiguo ser" será de toda la vida.

Castaneda también enfrenta a "las hermanitas", quienes feroces obligan a Castaneda a ser impecable con ellas. Las hermanitas son hábiles ejercitadoras de ensoñar, en especial Josefina quien, por ser muy bonita, aprendió a confundir a la gente para poder pasar inadvertida (la libertad ilimitada de ser un desconocido). Las hermanitas le enseñan que, sólo cuando nada se tiene que perder, se adquiere el coraje suficiente para ser impecable; si tenemos algo que perder, nos aferramos a ello.

Otro de los encuentros fue con "la gorda", aprendiz de Don Juan que, de alguna manera, fue en la que más se apoyó Castaneda; uno de los avances de ella era que había perdido la forma humana y por lo mismo ya no tenía sentimientos "humanos" hacia la gente. Dicho de otra manera, ya no estaba enganchada al mundo cotidiano".

Don Juan decía que los guerreros debían perder la forma humana. Los guerreros saben que no pueden cambiar un ápice, que no les está permitido en principio, y esa es la ventaja que tienen sobre el hombre común, que piensa que todo lo puede hacer. El guerrero, como sabe que no puede cambiar, jamás se decepciona al fracasar en un intento de cambio. En este libro es cuando, muy claramente, Don Juan le dice a los aprendices que son "toltecas" por ser receptores y conservadores de estos misterios. Miguel León Portilla, en el vocabulario filosófico de su Filosofía náhuatl, dice: "Toltecayotl: toltequidad, conjunto de tradiciones y descubrimientos debidos a los toltecas. Conviene destacar el hecho de que los nahuas del período inmediatamente anterior a la Conquista atribuían a todo lo más elevado de su cultura un origen tolteca. Así, mencionan al artista como un toltécatl; del orador como un ten-toltécatl (tolteca del labio, o de la palabra). Esto prueba por una parte lo que se ha llamado "consciencia histórica" de los nahuas, así como su afán de superación y cultura que los lleva a comparar a sus sabios y artistas con lo que era para ellos el símbolo del saber. Por eso también a sus sumos sacerdotes, a los directores supremos de los Calmécac, dieron el título de Quetzalcóatl, evocando así al genio tolteca por excelencia."

Por otra parte, el mismo autor, en la introducción del libro Toltecayotl -aspectos de la cultura náhuatl- dice: "Toltecayot, traducido a la letra, significa toltequidad: esencia y conjunto de creaciones de los toltecas. Pero cabe desentrañar mejor la riqueza de sus connotaciones. De sentido abstracto y también colectivo este vocablo es derivado de toltécatl Los antiguos mexicanos lo empleaban para abarcar lo que consideraban herencia suya, semilla de inspiración y condicionante de ulteriores logros..."

Don Juan sabía, a través de la tradición oral, que él era un tolteca y que sus prácticas y conocimientos se llamaban Toltequidad. Uno de los aprendices dijo que probablemente Don Juan no sabía que los toltecas conformaban una cultura; Don Juan simplemente era fiel a la tradición y dentro de sus enseñanzas decía que un aprendiz se convierte en tolteca cuando aprende los misterios del acechar y del ensoñar, y que con ello el aprendiz retendrá estos misterios en su cuerpo. Don Juan decía que el núcleo de nuestro ser era el acto de percibir, y a partir de la percepción se llegaba a la toma de consciencia; estos estados (la percepción y la consciencia) funcionan como una sola unidad; esta unidad tenía dos esferas: una era la "atención del tonal" o "el primer anillo de poder", el mundo de la razón y de los pensamientos. Y la otra era la "atención del nagual" o "el segundo anillo de poder", el mundo

de la voluntad y de los actos. Don Juan señala que la única libertad que tiene el guerrero en el mundo cotidiano consiste en llevar una conducta impecable. Lo más difícil de afrontar en el mundo cotidiano para un guerrero es dejar ser a los otros, y si los otros "no pueden", el guerrero debe ser impecable y no decir una sola palabra. Al final de la obra los aprendices y Castaneda realizan un extraño ejercicio tolteca de poder: asumen una posición cuya descripción coincide exactamente con los llamados Atlantes de Tula, figuras en piedra que representan a guerreros toltecas y que están en Tula, Hidalgo, México.

Este libro es la transición del trabajo de autor entre las enseñanzas del lado derecho o la isla de tonal y las enseñanzas para el lado izquierdo o el mundo de nagual. Castaneda tendrá que "recordar", y con ello los conocimientos adquiridos ocuparán el sitio debido. Si en este libro baja la calidad literaria y la información sobre el conocimiento es porque el propio autor estaba "confundido" o iniciaba su tarea de "recordar". En los restantes esta tarea es llevada con eficiencia creciente; los lectores de Castaneda de "alguna manera" también pudimos ."entender" o "ensamblar" la obra completa.

VI. EL DON DEL ÁGUILA

Primera edición en inglés, 1981 Primera edición en español, 1982
T'itulo original: The Eagle's Gift Coedición: Provenemex, Editorial Diana,
Edivisión, Campaña Editorial. Traducción: José Agustín.

Bien podríamos decir que El segundo anillo de poder es el prólogo de El don del Águila. Corresponde al período de adaptación y por ende de confusión de Castaneda. Las experiencias relatadas en este libro son las peripecias ocasionadas por el encuentro con su "grupo". Relata, además, cómo salvó las pruebas que su maestro le dejó, pero sobre todo marca el inicio de una nueva forma de "procesar" el conocimiento recibido.

En El don del Águila este proceso ya es más claro y productivo para el lector. En el prólogo el autor reitera que no se trata de un trabajo antropológico a pesar de que por años ha tratado de deducir la matriz cultural de este "sistema de conocimiento", el cual bien podría ser un relato biográfico del encuentro con este conocimiento. Vuelve a insistir el autor en que sus relatos no caen dentro de la ficción; que, por el contrario, el haber seguido las enseñanzas y llevar a cabo sus prácticas y técnicas, lo había transformado radicalmente en su vida personal y cotidiana, pues, lo que en un principio supuso un sistema y prácticas primitivas resultó un intrincado, complejo y sofisticado sistema de conocimiento prehispánico llamado Toltequidad que lo "devoró", para convertirlo en aspirante a ser "tolteca".

Este libro consta de tres partes: El otro yo, El arte de ensoñar y El don del Águila, y un apéndice. Comentaremos aquellos capítulos que nos han parecido de mayor relevancia para este trabajo que, como ya dijimos, tiene el objetivo de introducir al lector en la obra de Carlos Castaneda.

LA FIJEZA DE LA SECUNDA ATENCIÓN

En una conversación que tiene Castaneda con "la gorda", ambos tocan un punto interesante sobre el pasado prehispánico y el conocimiento de Don Juan. La base del tema es la "fijeza de la segunda atención". Don Juan les habla dicho que algunas de las pirámides son inmensos NO-HACERES en los que los guerreros practicaban el ensueño y ejercitaban su segunda atención, por lo que, para Don Juan, estos sitios no eran lugar de alojamiento. lo que la ciencia occidental pretende deducir al respecto, con sus investigaciones, nada tiene que ver con el pasado de estos lugares. Recordemos que para los toltecas aquellos tiempos tenían "otro tonal", y los

hombres también. Quien trate de parar su diálogo interno ante las grecas de Mitla, entenderá lo que dice Don Juan.
Don Juan le recomendó a "la gorda" no pararse en las zonas arqueológicas porque eran dañinas para el hombre moderno. Le dijo además que él sabía todo acerca de las ruinas porque él era un descendiente cultural de los toltecas.
Don Juan le comentó que los brujos de otros tiempos fijaban su atención en objetos materiales, como los Atlantes de Tula, y que todo aquello en que los hombres o los brujos fijaban su preocupación obsesiva tenía un potencial dañino. En este sentido Don Juan recomendaba a los guerreros no enfocar su poder en nada material, sino en el espíritu. El guerrero debe desprenderse de estas "miserables pasiones", quitarse esas fijezas, para poder ser liviano y fluido

VIENDO JUNTOS

"La gorda" y Castaneda empiezan a "trabajar" juntos para recordar las enseñanzas de¡ lado izquierdo, para lo cual deben desprenderse de todo ya que un guerrero no puede aferrarse a las cosas ni a los sentimientos ni a los pensamientos. Mencionan al sexo como una preocupación que interfiere en el aprendizaje.
Para calmar a Castaneda, "la gorda" le masajea las pantorrillas, práctica que le enseñó Don Juan. Al respecto podemos leer en la página 186 de Cuerpo humano e ideología, de Alfredo López Austin: "Es muy probable que ambas ideas tuvieran relación, y que se creyera que al apoderarse el hechicero de algún tipo de fuerza localizado en la pantorrilla de la víctima, robara la energía y dañara al enemigo al privarlo de un elemento indispensable a su condición humana. En los relatos actuales es frecuente que se diga que si alguien destruye las pantorrillas de las magas mometzcopinique cuando éstas se encuentran en el viaje sobrenatural, las malas mujeres mueren."
Muchas de las prácticas que Castaneda relata en sus obras están implícitas o explícitas en las tradiciones, usos y costumbres de muchos pueblos indígenas y campesinos del México de hoy.

LOS CUASI RECUERDOS DEL OTRO YO

La cultura occidental basa su conocimiento y superioridad en la razón; es un mundo de ideas y no de sentimientos. Para los toltecas el mundo y la realidad también se perciben con el cuerpo. El cuerpo registra y guarda conocimiento; lo que sucede es que nosotros jamás usamos esa información conscientemente.
Las enseñanzas de Don Juan, en consecuencia, tienen que ver mucho con el cuerpo. Una de sus preocupaciones constantes sobre Castaneda era el mal trato que le daba a su cuerpo y el mal estado en que lo tenia. Con pequeñas bromas, siempre dejaba ver la necesidad de tener un "buen tonal". Generalmente la filosofía occidental libra sus batallas en la mente y a través de la razón. La Toltequidad libra sus batallas en el cuerpo del aprendiz. Los aprendices que siguen la senda del guerrero poco a poco ven transformar sus cuerpos. La resistencia y la fuerza en el cuerpo son muestras del avance en el camino del conocimiento.
"La gorda" le dice a Castaneda que deben esperar, que al cuerpo se le debe dar una oportunidad para que encuentre una solución en la tarea de "recordar", ya que el guerrero no recuerda con la mente sino con el cuerpo. Hay que aguardar el momento oportuno para que el cuerpo "descargue" todo lo que "sabe" y trae almacenado.

EL TRANSBORDE DE LOS LINDEROS DEL AFECTO

En el camino del conocimiento hay un momento en que el guerrero se debe despedir del mundo de sentimientos y afectos que lo acompañaron durante toda su vida. El maestro le enseña al aprendiz a ir soltando, poco a poco, todas aquellas cosas a las que el aprendiz se aferra; sin embargo,

siempre quedan algunas cuantas que el aprendiz debe guardar, unas cuantas que le proporcionen, en los momentos necesarios, alegría y bienestar. Pero llegado el momento, también estas cosas se deben soltar. Al ya no vivir "prendido" a los sentimientos de la vida cotidiana se le llama "perder la forma humana".

Por eso, como un guerrero sabe lo que está esperando, no' quiere nada. Mientras espera deleita a sus ojos con todo lo que contempla del mundo; un guerrero cuando "mira" al mundo, ríe.

Una de las técnicas que Don Juan les enseñó a sus aprendices consistía en que debían considerar al grupo como un organismo viviente. Es común en las culturas prehispánicas ejemplificar las organizaciones humanas con algunos animales. En la página 87 del libro de "pez Austin Cuerpo humano e ideología leemos: "En los textos (nahuas] aparece una metáfora con la que se designa a los Macehualtin [el pueblo]: 'la cola, el ala'; como si el tiatocáyoti fuese una gran águila en la que los plebeyos tuviesen la función de sustentación; pero no la 'dirección de la marcha'. Formados en cuatro parejas constituían una víbora de cascabel, animal fundamental en la cultura tolteca."

La maestra Laurette Séjoumé en su libro Pensamiento y religión nos dice en la página 169: "Las otras metáforas señalan todas la misma nostalgia de la liberación. La serpiente de fuego es el individuo ardiente en deseos de trascender su condición terrestre."

UNA HORDA DE BRUJOS IRACUNDOS

La medicina del guerrero, ante el cúmulo de sentimientos encontrados en los que siempre se mueve el hombre común, es el sentido de sobriedad que le da un estilo muy propio. Su signo es que es inalterable. Si un guerrero encuentra obstáculos en su camino trata de superarlos de manera impecable. Si al tratar de hacerlo encuentra dolor y privaciones insoportables, entonces llora, consciente de que todas sus lágrimas juntas no cambiarán su situación.

PERDER LA FORMA HUMANA

Resulta interesante leer en este libro la honesta confesión de Castaneda de que hasta después de muchos años de ser discípulo de Don Juan y seguir sus técnicas y procedimientos logra perder la forma humana. Confiesa que experimentó una disminución de sus nexos personales con el mundo, pero sólo en un plano intelectual; en el mundo cotidiano seguía como siempre, hasta que muchos años después perdió la forma humana.

Perder la forma humana no es asumir una actitud superficial de indiferencia o negligencia ni de enajenación o soledad. Es más un sentimiento de lejanía, una especial capacidad de vivir todo intensamente pero sin tener pensamientos. Las acciones de las personas ya no tienen valor porque no existen expectativas. Dice Castaneda que la fuerza que regía su vida era una extraña paz. Había llegado al desapego que tanto le recomendó Don Juan.

En un guerrero sin forma humana ya no hay lugar para los celos, la tristeza, las envidias, los enojos, los amores o las pasiones humanas; éstas nos impiden ser libres. El no tener forma humana no implica ser sabio, pero sí poder detenerse un momento antes de actuar.

ENSOÑANDO JUNTOS

Contra lo que pueda pensarse, las enseñanzas de Don Juan pueden ponerse en práctica en el mundo cotidiano. Eso sí, además de decisión y valor, se requiere una inmensa capacidad para autodisciplinarse y hacer las cosas sin esperar recompensa alguna. Castaneda estuvo trabajando años enteros con ejercicios o tareas que en apariencia no tenían sentido o un resultado práctico. Es curioso, pero quien ha tenido la oportunidad de convivir con los

indígenas y los campesinos podrá encontrar en su forma de ser y actuar muchas semejanzas con las técnicas que Castaneda aprendió. Los campesinos y los indígenas tienen desarrollada una "cultura de resistencia" ante el ataque del criollo y del mestizo. La fuerza de su resistencia tiene que ver con las prácticas que Don Juan le recomienda aprender a Castaneda para hacerse guerrero. La diferencia es que como los indígenas y los campesinos, según ellos mismos dicen, "no son gente de razón", lo hacen como parte de una herencia cultural milenaria.

Para ensoñar, Don Juan le enseñó a Castaneda tres técnicas: romper las rutinas de la vida, la marcha de poder y el no hacer, las cuales se aplicaban directamente en la vigilia de nuestra vida cotidiana, pero sus beneficios se sentían cuando el aprendiz enseñaba.

Don Juan dice, en repetidas ocasiones, que en el nagual no puede haber ningún avance que no esté apoyado con un gran esfuerzo y trabajo en el tonal.

El ensoñar, como lo veremos en los últimos libros, es uno de los pilares fundamentales de la Toltequidad, pero se sustenta en el trabajo y el dominio del mundo cotidiano. El ensoñar, que no es lo mismo que soñar simplemente, implica cierto dominio o control del sueño. Es una práctica antiquísima, no sólo de los toltecas sino de casi todos los pueblos del mundo; por diferentes vías estos pueblos han logrado obtener conocimiento del mundo de los sueños.

En la página 245 del citado libro de López Austin leemos: "En cuanto al abandono del cuerpo humano durante el sueño, evidentemente se concebía el ensueño como la percepción de la realidad en sitios distantes al ocupado por el cuerpo dormido. En la antigüedad, como en las comunidades indígenas actuales, se creía posible entablar conversaciones con los seres divinos durante el sueño, y las visiones oníricas eran fuentes a las que continuamente se recurría para conocer lo oculto; muchas cosas se hacían o dejaban de hacer por los sueños, donde muchos 'miraban', y de los cuales tenían libros con lo que significaban, por imágenes o por figuras", nos dice Fray Bartolomé de las Casas. Desgraciadamente, los celosos misioneros vieron en la interpretación de los sueños algo diabólico y los libros de los que habla el dominico fueron destruidos por los españoles. Apenas quedan unas cuantas noticias acerca de las interpretaciones. Entre las fuentes subsisentes están los pobres textos sobre los sueños de los PRIMEROS MEMORLALES y las escuetas menciones de Fray Diego Durán. Pero al menos quedaron registradas las opiniones de los misioneros en el sentido de que la interpretación de los sueños era una práctica constante y una supuesta fuente de conocimiento de gran valor para los indígenas. Y en la página 246 de¡ mismo libro leemos: "muy significativa es para este tema la palabra cochitiehualiztli, que no aparece en Molina, pero que registra Simeón, apoyado en Paredes. Significa 'ENSUEÑO', pero etimológicamente es 'el levantamiento cuando se está dormido'. Apoyo menor de la idea del viaje del TONALLI durante el sueño es el significado del verbo 'despertar', que según Molina es ZA(NI (NI-ZA) o hualiza (NI). Su traducción literal es 'estar aquí en el segundo."

LA CONCIENCIA DEL LADO DERECHO Y LA DEL LADO IZQUIERDO

En la Toltequidad todas las facultades, posibilidades y éxitos del conocimiento, partiendo del más sencillo al más complejo, se hallan en el cuerpo humano mismo.

El cuerpo humano no es "realmente" de carne y hueso, está compuesto de células, moléculas y átomos como la parte indivisible de "esta materia" y, como sabemos, los átomos no son partículas sólidas sino cargas de energía. Por lo tanto podemos considerar "científicamente" al cuerpo como un conjunto de cargas energéticas y, por consecuencia lógica, debemos verlo como "un ser luminoso". Lo importante no es saber que somos energía sino que po-

demos crear energía. Esta energía es la espiritual.
El arte del maestro es hacer "flexible" la razón del aprendiz, sin que éste "pierda la chaveta", para que así, logre aceptar que es un huevo luminoso rodeado de un mundo de cargas energéticas; que ese huevo luminoso es un perceptor y que a través de la percepción de una de sus partes (derecha o tonal) ha "creado un mundo de objetos sólidos", resulta un desafío temerario.
El cuerpo, a final de cuentas, es todo cuanto tenemos. Aquí se dan las tres premisas con las que nos "igualamos" a todos los seres vivos de la tierra. La primera es que estamos vivos; la segunda, que sentimos, y la tercera, que nos vamos a morir.
Para las culturas mesoamericanas el cuerpo era una fuente de conocimiento y tenía una profunda relación con la tierra y el cosmos. Dentro del cuerpo había dos grandes divisiones que se cruzaban en el ombligo, lugar donde, según Don Juan, la "voluntad" se conecta con el "el mundo de afuera". El concepto de ombligo tiene profundas acepciones filosóficas en estas culturas. La primera división del hombre es la que se hace de la parte de arriba (el cielo) y la parte de abajo (la tierra) tomando como punto de referencia el ombligo. La segunda es la parte derecha (tonal) y la parte izquierda (nagual) siempre tomando como referencia el ombligo. Con estos cinco puntos se hace el quincuanse, punto fundamental en la filosofía, arquitectura e iconografía del México antiguo. Filosóficamente vivimos el Quinto Sol y el hombre tiene cinco puntos cardinales en el espacio. Arquitectónicamente, en casi todas las ruinas arqueológicas encontramos cuatro construcciones ubicadas hacia los cuatro puntos cardinales y una quinta en el centro. inconográficamente encontraremos en cerámica, madera, hueso o textiles, lo que se ha llamado "la cruz de Quetzalcóatl", que se representa por cinco puntos o motivos.
Con referencia a la parte Izquierda, en la que las culturas del México antiguo dividían al cuerpo humano, López Agustín en el libro citado, página 175, dice al respecto: "No debe extrañar que en algunos casos la fuerza sobrenatural de los seres humanos señalados por los dioses se creyera ubicada en el lado Izquierdo del cuerpo.

LA REGLA DEL NAGUAL

Para las prácticas de la Toltequidad, un guerrero debe mantener un estado de sobriedad y control en donde los sentimientos humanos tengan muy poco espacio, en donde los pensamientos de ganancia y gratificación personal no operen.
El guerrero no debe dejarse "deslumbrar" por las percepciones de la segunda atención. Llegar a ella no nos libera automáticamente de nuestras torpezas humanas. Un aprendiz que llegase a la segunda atención sin perder la forma humana, sin tener sobriedad, disciplina y control, puede "perecer" al igual que los primeros toltecas que se perdieron en la segunda atención y "descuidaron el mundo cotidiano".

EL DON DEL ÁGUILA

La historia oficial del México prehispánico se elabora en base a los estudios e investigaciones "científicas" a partir, fundamentalmente, de la Cultura Mexica, tomando como datos fidedignos lo que escribieron, producto de sus personales interpretaciones, los conquistadores, los cronistas, los frailes y algunos indígenas que se occidentalizaron inmediatamente después de la Conquista. Las raíces del México antiguo se pierden en el tiempo. Francisco Javier Clavijero, en su Historia antigua de México señala que es casi imposible conocer los orígenes de los pueblos del Anáhuac. "La historia de la primitiva población de Anáhuac es tan oscura y está tan alterada con tantas fábulas (como las de los demás pueblos del mundo) que es imposible atinar con la verdad [...) Varios de nuestros historiadores que han querido penetrar este caos, guiados por la débil luz de las conjeturas, de fútiles combinaciones y de pinturas sospechosas, se han perdido

entre las tinieblas de la antigüedad y se han visto precisados a adoptar narraciones pueriles e insubsistentes." (Vol. 1, PP. 173). La tradición oral describe a los toltecas no como cultura sino como hombres de conocimiento, como sabios y generadores del conocimiento. Su gran maestro fue Quetzalcóatl y el comón del México antiguo, el centro de donde partió la Toltecáyotl, fue la ciudad de Teotihuacan.

Laurette Séjourné, en su espléndido libro Pensamiento y religión en el México antiguo, nos dice: "Teotihuacan hunde sus raíces en el universo fragmentado de los tiempos arcaicos, únicamente la visión de la inmensidad del espíritu de la chispa divina que lega y armoniza- pudo engendrar la potencia activa que presidió la fundación de la ciudad construida a la gloria de esa serpiente emplumada que es el hombre consciente. [... 1 Asi, lejos de implicar groseras creencias politeístas, el término Teotihuacan evoca el concepto de la divinidad humana y señala que la Ciudad de los Dioses no era otra que el sitio donde la serpiente aprendía milagrosamente a velar, es decir, donde el individuo alcanzaba la categoría de ser celeste por la elevación interior."

Don Juan se decía heredero cultural de los toltecas y supuestamente nació en Arizona, de ascendencia Yaqui y Yuma.

Don Juan dividía la consciencia en tres partes. A la primera porción y más pequeña la llamó "primera atención"; esta consciencia es la "común", la que todos tenemos y en la cual enfrentamos el mundo cotidiano, y está relacionada con la consciencia del cuerpo físico. A la siguiente porción de la consciencia, mucho mayor en tamaño, la llamó la "segunda atención", y es la que percibe el hombre como un capullo luminoso, al mundo como energía, y que nos permite actuar como "seres luminosos". La segunda atención siempre se mantiene en la "trastienda" de nuestra consciencia y sale a través de un trabajo dirigido y disciplinado, o por medio' de un trauma accidental que la puede poner en funcionamiento. La tercera atención, que es la última parte y la mayor en dimensión, es una consciencia de los cuerpos físico y luminoso. La primera atención fuerza a percibir el mundo de energía como un mundo de ideas y objetos pero, en realidad, somos seres capaces de volvernos conscientes de nuestra luminosidad (segunda atención) y que a través de la Toltequidad se podía intentar penetrar en la tercera atención. De hecho todos los hombres antes de morir se "llenan" de su totalidad, para inmediatamente entrar en la tercera atención para ser "devorados por el Águila".

La Toltequidad propone, a través de sus enseñanzas, llegar a la totalidad de uno mismo y, antes de morir, pasar a "voluntad" en la tercera atención, pero sin perder la consciencia de uno mismo (sin ser devorados por el Águila, recibiendo el don del Águila).

Es importante señalar que Don Juan le dice a Castaneda que el origen y fin de toda la Toltequidad o brujería radica en el cuerpo humano. Para ello, al cuerpo lo divide en dos partes: el tonal o parte derecha, que contiene todo lo que la razón o intelecto es capaz de crear o concebir. El lado izquierdo, o nagual, es lo indescriptible, algo inexplicable con palabras; si acaso "comprendido", si ello implica la capacidad que tiene todo el cuerpo para saber. Don Juan dice que el movimiento que realiza un aprendiz entre el lado derecho y el izquierdo le permite comprender que el lado derecho es lento y gasta mucha energía en la continuidad de la vida; mientras que el lado izquierdo es inherente a la economía de energía y a la velocidad.

Precisamente a la habilidad de percibir todo en un instante y de una sola vez Don Juan le llama INTENSIDAD.

En este libro se aclara lo que ya se venía sintiendo desde el segundo anillo de poder: Carlos Castaneda no se acoplaba perfectamente con su camada. Don Juan no se había percatado de que Castaneda sólo tenía tres compartimientos en vez de los cuatro que debía tener en su cuerpo luminoso, por lo que se convertía en un "nagual de tres puntas" para el que la regla

normal no se aplicaba, y además existían dos ensoñadoras del norte en el grupo ("la gorda" y Rosa).
Cada grupo o ciclo que conoce la regla está compuesto de 17 personas como número mínimo; ocho guerreras (4 acechadoras y 4 ensoñadoras), cuatro guerreros y cuatro propios, y la mujer nagual.
El grupo de Don Juan estaba constituido por Cecilia, Della, Teresa y Emilito; Vicente Medrano, Hermelinda, Carmela, Juan Tuna, Zuleica, Zoila, Silvio Manuel, Mrtha, Nélida, Florinda y Genaro.
El grupo de Carlos Castaneda hasta ahora (por lo menos en los libros) consta de: Soledad, María Elena ("la gorda"), Lidia, Rosa, Josefina, Eligio, Benigno, Néstor, Pablito y la mujer nagual (Carol).
En este libro Castaneda describe 7 principios y 3 reglas de los acechadores, los cuales son los siguientes:

1. Elegir el campo de batalla.
2. Eliminar todo lo innecesario.
3. El guerrero debe estar dispuesto en cualquier momento a entrar en batalla (pero no a lo loco).
4. El guerrero debe descansar, olvidarse de sí mismo y no tener miedo.
S. El guerrero no puede dejarse ir con la corriente; cuando no pueda avanzar, el guerrero debe retirarse momentáneamente y ocuparse en otra cosa.
6. El guerrero debe saber comprimir el tiempo (no puede desperdiciar un instante).
7. El guerrero nunca deja ver su juego y no se pone al frente de nada.

Las tres reglas que nos describe Don Juan son:

1. Todo lo que nos rodea es un misterio insondable.
2. Debemos tratar de descifrar el misterio sin tener la menor esperanza de lograrlo.
3. Consciente del insondable misterio que lo rodea, el guerrero toma un legítimo lugar como un misterio más; por consiguiente, el misterio de ser no tiene límite.

Don Juan dice que de la aplicación de los 7 principios y de las 3 reglas del acecho, resulta lo siguiente en el guerrero:

1. Nunca se toma en serio, se ríe de sí mismo y como puede hacer el papel de tonto, puede hacer tonto a cualquiera.
2. Nunca tiene prisa, nunca se irrita y tiene una paciencia sin fin.
3. Aprende a tener una capacidad infinita para improvisar.

La REGLA dice:

1. Que al poder que gobierna el destino de todos los seres vivos del mundo se le conoce por el "Águila" (Pero no es un águila).

El "Águila se alimenta de las consciencias de todos los seres vivos que después de morir se elevan como luciérnagas para ser "devorados por el Águila".

El "Águila", para perpetuar la consciencia de los seres vivos, les ha concedido, si así lo desean, la oportunidad de buscar, a través de ella, una apertura que lleve a las consciencias a la libertad; a esto se le llama el "don del Águila". El Águila para tal efecto creó a la mujer y al hombre nagual, seres vivos que en vez de tener dos compartimentos de energía (nagual y tonal) tienen cuatro (dos y dos) y los puso en el mundo para que "vieran", dotándolos de un grupo mínimo para realizar su tarea, compuesto éste de cuatro guerreras acechadoras, tres guerreros y un propio. Este grupo tenía que ser capacitado y desarrollado para cumplir con el objetivo. La primera orden del Águila es que el nagual debe encontrar a cuatro guerreras ensoñadoras. Después se le ordenó encontrar a otros tres propios.
El Águila, para evitar que el "equipo perdiera el camino, se llevó a la mujer nagual al otro mundo", es decir, allá donde debe de cruzar el grupo. La mujer nagual servía al grupo cono guía o faro para la travesía. Finalmente, el nagual y su grupo reciben la orden de "Olvidar" para iniciar una

nueva tarea: la de recordarse a sí mismos y al Águila. Se supone que si logran recordarse a sí mismos nuevamente, pueden llegar a la totalidad.
Su última tarea como grupo en la Tierra, después de recobrar la totalidad de sí mismo, es conseguir un par de seres "dobles" para iniciar otro nuevo ciclo con una mujer nagual y un hombre nagual, proporcionándoles el grupo mínimo para que ellos inicien el nuevo ciclo.
El Águila les ordenó llevarse a la mujer nagual consigo, de este otro nuevo grupo, para que les sirva de guía a sus compañeros de camada.

LA SERPIENTE EMPLUMADA

Al último capítulo de este libro Castaneda lo titula "La serpiente emplumada" y no creemos que lo haya puesto como elemento decorativo; suponemos que en futuros libros se hablará con mayor precisión de la relación de la Toltequidad y las llamadas "Enseñanzas de Don Juan". Como hemos dicho, al profundizar en la obra del autor sorprende encontrar el paralelismo que hay con la "tradición oral" del llamado "México profundo" y también de alguna manera con la Academia; como prueba de ello nos permitimos citar, otra vez, a la maestra Séjourné en su libro Pensamiento y religión. Pág. 95: " ... como consciencia de un orden Superior, su efigie no puede ser otra que el símbolo de esta verdad y las plumas de la serpiente que lo representan deben hablamos del espíritu que permite al hombre - hombre cuyo cuerpo, como el del reptil, se arrastra en el polvo-- conocer la alegría sobrehumana de la creación, constituyendo así un canto a la soberana libertad interior. Esta hipótesis se ve confirmada, además, por el simbolismo náhuatl, en el cual la serpiente representa la materia - su asociación con las divinidades terrestres es constante- y el pájaro, el cielo. El Quetzalcóatl es entonces el signo que contiene la revelación del origen celeste del ser humano."

VII. EL FUEGO INTERNO

Primera edición en inglés, 1984
Primera edición en español, 1984
Título original: 7he Firefrom Wuhin
Cuedición: Editorial OMGSA,
Editorial Diana, S.A. - Edivisión,
Campaíla Editorial México

En este libro el autor logra tener rnayor claridad en las cuestiones de El segundo anillo de poder. Ha pasado más de 10 años "recordando" las enseñanzas del lado izquierdo junto con los guerreros de su grupo. Castaneda puede ofrecer a sus lectores un texto más claro sobre sus experiencias en estados de consciencia acrecentada. Podríamos comparar El fuego interno con Viaje a Ixtán, en el cual se empieza a desentrañar el caos provocado por las enseñanzas para el lado derecho, las que se vuelven claras a partir de la exposición coherente de las técnicas para barrer la isla del tonal. De igual manera, El fuego interno clarifica el conocimiento de la consciencia acrecentada que está siendo "recordado" por Castaneda, a partir de que su maestro Don Juan y su benefactor Don Genaro "partieron de este mundo", lo cual es descrito en el libro Relatos de poder. A partir de El segundo anillo de poder y El don del Águila Castaneda trata de explicar y hacer coherentes las en- enseñanzas para el lado izquierdo, pero es en El fuego interno donde lo logra.
El título de este libro no es una creación poética del autor; está definitivamente relacionado con la Toltequidad. Don Juan es quien usa el término, así como otros más, que por su exactitud y precisión producen un efecto demoledor en unos casos y esclarecedor en otros. Sin embargo, los términos que maneja Don Juan y que Castaneda describe como Toltequidad, tolteca, guerrero nagual, tonal, el Águila, entre otros, pertenecen a los pueblos y. culturas del "México antiguo" y han sobrevivido en lo que Bonfil Batalla llama "México profundo".
El maestro López Austin, en su libro citado, en la página 378 nos dice: "Las fuentes

históricas conceden mucha importancia a cuatro mundos de muertos: el Mictlan, el Tonatiuh Ilhuícac, el 'Tlalocan y el Chichihualcuauhco. Sin embargo, hay que tomar en cuenta que se creía que tanto los hombres poseedores de fuego divino en su corazón como los que habían fallecido bajo la influencia de algún dios, eran conducidos a la morada de sus protectores." Y en la página 370 nos dice: "Es preferible retomar la idea del fuego como elemento transformador de todo lo que existe, el que puede romper la barrera entre el mundo habitado por el hombre y los sitios en los que moran los dioses." López Austin cita a Molina en su diccionario (página 181). Así como "Tonemmiqui" significa "abrasarse de calor interior", "llemiqui" y "Tonalmiqui" quieren decir "abrasarse del sol".

Don Ángel María Garihay, en su Historia de la literatura náhuatl, tomo 1, nos dice: "No alcanzo a ver, en cuanta literatura he podido alcanzar en esta mate- ria, un estudio completo acerca de la naturaleza, orígenes y fines de la llamada Orden de Caballeros del Sol' o con otros nombres, Águilas y Tigres." Para ser sucinto tomaré más datos fundamentales de la rica y valiosa información de Durán.

El sol era, para los antiguos, la encarnación del mundo creador. "Lo tenían por creador de las cosas y causa de ellas." Símbolo del Sol era el Águila, tanto que sus nombres místicos incluyen siempre al de esta ave. Cuahuahtlehuaniti es el "Aguila que remonta el vuelo", Cuauhtérnoc es el "Águila que está bajando", nombre del Sol que del cenit cae hacia el poniente. Cuauhcalil es la "Casa del Águila y de sus servidores especiales", llamada también Cuauhnochtii. Y los que iban a la casa del Sol en su mansión real eran los 99 moradores de la tierra del Águila", o sea Cuauhtecati, Cuauhteca.

Quizá jamás pueda saberse el origen de estas concepciones, pero deben ser sumamente antiguas. En todos los documentos que recogen informaciones arcaicas hallamos ya referencias al mismo complejo de ideas.

En la página 210 de la misma obra leemos: "Resumiendo en las líneas anteriores, lo que juzgo más necesario para la apreciación de los 'Cantos del Águila', vamos a estudiar varios de los temas que en ellos se desenvuelven. Más que en otro género relata aquí el complejo de las ideas religiosas. Un estudio total de tantos poemas como al respecto tenemos, nos daría la información de la 'cooperativa de los amigos del Sol para la conservación de la vida universal'. Es decir, el meollo mismo de las doctrinas de la religión de México..."

La maestra "laurette Séjourné en su libro pensamiento y religión en el México antigua, página 121, nos dice: "¿Pero es necesario después de lo que nos han enseñado los mitos, que sólo quemando la materia es liberada la partícula divina? El mensaje de Quetzalcóatl no dice otra cosa. Hemos visto que el alma individual se desprende del cuerpo incinerado del rey del Tollan y que de las cenizas del anciano ulceroso es de donde emerge el alma cósmica. Esas narraciones, por otra parte, han indicado suficientemente que el fuego liberador es el del sacrificio y de la penitencia; y se sabe que la institución del sacerdocio no tenía otro fin que la enseñanza de las prácticas que conducían al desprendimiento de la condición terrestre. Es entonces probable que el trofeo que perseguía el guerrero de "la batalla florida" no era otro que su propia alma."

El fuego interno fue la obra que vino a "rescatar" a muchos lectores quienes -después de Relatos de poder, editada en 1974 y hasta la aparición de El fuego intermo, editada en 1984-- habíamos caído en mayores confusiones que las del propio Castaneda.

Seguir la obra a través de cada aparición, desde luego que fue un reto para el lector; ahora es más fácil tener los nueve libres a la mano y leerlos uno detrás de otro o, inclusive, hasta escoger el orden que uno crea conveniente. Iniciaremos ahora nuestro análisis de El fuego interno.

INTRODUCCIÓN

El autor relata que en los últimos quince años ha estado escribiendo sobre las experiencias de ser un aprendiz de la Toltequidad, el antiquísimo conocimiento que se dividía en tres partes: el estar consciente de ser, el acecho y el intento. Aclara que él y sus compañeros no son brujos sino "videntes" y que la obra tratará sobre la maestría del estar consciente. Menciona, a su vez, que ellos pertenecen a un nuevo ciclo de la Toltequidad y que son "guerreros de la libertad total" que buscan cumplir, escrupulosa e impecablemente, todas las complejas prácticas que requieren de disciplina y un tremendo esfuerzo y que, si logran culminarla, se consumen con un fuego interno que les hace desaparecer de este mundo, libres y sin dejar huella alguna.

LOS NUEVOS VIDENTES

Para Don Juan sus conocimientos formaban una mínima parte de un milenario saber que había florecido cientos (o acaso miles) de años antes de la Conquista. Don Juan se decía tolteca y a su conocimiento le nombraba Toltequidad. Ésta --contabase inició con el uso de plantas de poder y, a través de siglos de experimentación, los usuarios aprendieron a "ver". Al iniciar las enseñanzas de cómo ver, fincaron el inicio de su perdición, ya que se obsesionaron en los mundos que veían, socavando sus fuerzas. Cuando a estas tierras llegaron los invasores, éstos se apoderaron de los conocimientos superficiales de dicho saber (por eso, dice Don Juan, es que hay tanto hechicero y diablero que sólo manejan artes fantásticas, pero sin el conocimiento profundo).

Los hombres de conocimiento que sobrevivieron a ese "descalabro" hicieron un recuento de sus prácticas y decidieron implementar una nueva serie de técnicas y prácticas que llamaron "el camino del guerrero". Desde la llegada de los españoles los hombres de conocimiento han tenido que replegarse y actuar con una inmensa discreción. En los tres siglos de la Colonia fueron perseguidos y casi exterminados; y en los doscientos años restantes, sólo a través de una práctica impecable es como han logrado continuidad y presencia hasta nuestros días.

El mundo de lo "mágico y misterioso" vive presente no sólo en las comunidades indígenas y campesinas sino también en los grupos urbanos que recurren permanentemente a sus prácticas, ya sea por necesidades curativas o por conflictos emanados de aspectos personales y/o económicos. Aun en círculos más elevados de la economía y la política es muy frecuente ver a gente "poderosa" visitar a quienes manejan cierto tipo de conocimientos mágicos.

El mexicano de cualquier nivel económico o cultural guarda un espacio, a veces reducido, a veces más grande, para lo sobrenatural. El carácter espiritual y mágico de¡ subconsciente colectivo en México tiene diversas maneras de expresión a través de las creencias, tradiciones y costumbres de¡ México contemporáneo.

Paradójicamente, la obra de Castaneda ha recibido el silencio de la intelectualidad mexicana, salvo el prólogo de Octavio Paz al primer libro que llegó a México como un "best seller". El silencio ha sido, en general, la respuesta a la obra. México es un país colonizado culturalmente y entre sus grandes desafíos está el de superar este problema. Pero si por una parte ha existido este silencio de la intelectualidad, por otra existen asiduos lectores que han seguido uno a uno los libros del autor.

LOS PINCHES TIRANOS

La importancia personal es 1o que más gasta energía; Sostener la imagen de nosotros mismo en este mundo de campos de energía, requiere un gasto descomunal.

En consecuencia, deshacerse de la importancia personal es indispensable para entrar a la Toltequidad y para ello se necesita una obra maestra de estrategia; para este fin los nuevos videntes desarrollaron

una compleja técnica. Primero, debe hacerse un "inventario estratégico" de todas las actividades que tengan mayor gasto de energía y, dentro de ellas, sabemos que la importancia personal ocupa el primer lugar. El vehículo para el ahorro de la energía es la impecabilidad en nuestros actos y sentimientos; la recanalización de la energía es lo que permite el ahorro y, con él, el uso de esta energía en el mundo de las enseñanzas. La técnica del acecho consiste en seis elementos que están unidos entre sí. Cinco de ellos son los que Don Juan llaman "los atributos del guerrero" y que pertenecen a su mundo; el sexto es la culminación de los cinco y pertenece al mundo cotidiano.

Los elementos son: control disciplina, refrenamiento, la habilidad de escoger el momento oportuno y el intento. El pinche tirano es el sexto, pero pertenece al mundo externo.

El tirano es una persona imposible de soportar por sus actos y en posición de poder, por lo que nos permite poner en juego las demás. La importancia personal proviene de la altísima estima en la que tenemos las cualidades de nuestra persona; un tirano puede destruir a cualquiera que tenga un mínimo de estima por su persona.

Sin embargo, para el aprendiz de guerrero encontrarse con un tirano es algo que se debe celebrar, ya que le obligará a reducir su importancia personal y le permitirá desarrollar las cuatro primeras técnicas de la maestría del acecho.

Lo que también hace a un ser humano un tirano es la obsesión de la conocido, y cuando un aprendiz es derrotado por un tirano el peligro que corre es que él se convierta en otro tirano.

Nada puede templar tanto el espíritu de un aprendiz como el enfrentarse con un tirano, para lo cual se requiere de una estrategia y deshacerse de la importancia personal; el peligro de este enfrentamiento es tomar muy en serio los sentimientos propios, así como las acciones de los tiranos.

Con esta técnica, con una estrategia y sin la importancia personal, se puede enfrentar a los tiranos para templar el espíritu y obtener la sobriedad y la serenidad. El control es afinar el espíritu cuando lo pisotean. La disciplina es reunir toda la información mientras le golpean. El refrenamiento es esperar pacientemente, sin angustias ni resentimientos, a lo que se ha hecho acreedor el tirano. La habilidad de escoger el momento oportuno es la compuerta que contiene a las demás.

El intento es la capacidad del guerrero que, con la impecabilidad, logra la voluntad que es una fuerza que, de manera "natural", fija el punto de encaje en un sitio particular del huevo luminoso y, así, poder moverse por propia convicción. El intento es la capacidad de manejar la voluntad por deseo propio. Mover el punto de encaje es el logro supremo de un guerrero.

Los nuevos videntes usaron a los españoles como tiranos y aunque para la mayoría de los indígenas la llegada de los occidentales fue una desgracia, para los nuevos videntes resultó un elemento que los impulsó a desarrollar su conocimiento.

En nuestros días, cuando un guerrero es derrotado por un tirano, tiene la oportunidad de replegarse, reordenarse y volver al desafío.

Si en la Colonia ser derrotado por un tirano podía conducir a la muerte, en la actualidad esa derrota puede ser devastadora.

LAS EMANACIONES DEL ÁGUMA

La relación del Sol, como fuerza creadora o suprema con las aves, es común en algunas culturas de origen autónomo, no sólo en Mesoamérica; el águila, el cóndor, el halcón, son representación del Sol. Los aztecas se asumieron como el pueblo del Sol, pueblo bárbaro que fue la última inmigración del norte que llegó en estado salvaje al Valle del Anáhuac para fundar Tenochtitlan hacia el año 1325 D.C. El mundo cultural de los habitantes del Anáhuac se encontraba en decadencia a partir de los vestigios culturales de los toltecas, que habían desaparecido aproximada-

mente en el año 800 D.C.; los aztecas y, fundamentalmente, tlacaelel, "refuncionalizaron" el pensamiento tolteca, que era eminentemente espiritual, para crear una ideología místico-guerrera que ponderaba a la materia sobre el espíritu (Pensamiento y religión en el México antiguo, pág.-25)-

En el antiguo pensamiento tolteca el Sol era el creador de todo pero, al mismo tiempo, necesitaba de la energía espiritual que los hombres producían a través de su consciencia de ser; el Calmecatl capacitaba a aquellos hombres que seguirían la doctrina de la Toltequidad y, de ser iniciados, pasaban a ser Guerreros Tigres o Águilas; es decir, guerreros que emprendían la guerra más importante que un hombre puede realizar: la Guerra Florida, que tenía como punto culminante hacer florecer a su corazón. Los aztecas tomaron la forma de este antiquísimo conocimiento, pero cambiaron el fondo. Ya no fue Quetzalcóatl la figura más importante sino Huitzilopochtli. Los aztecas se asumieron como los sostenedores del moribundo quinto Sol y le inyectaron vitalidad a este nuevo proceso en el que la materia cobraba supremacía sobre el espíritu. Así, al Calmecatl sólo ingresaban los hijos de los nobles, y en él se enseñaba el arte de la guerra; dejó, por tanto, de tener un sentido simbólico y espiritual. El imperio hacía guerras que también llamaron Floridas, pero su principal objetivo era la dominación política, económica y militar de los pueblos vencidos. En estas guerras se trataba de apresar vivos a sus enemigos para ser llevados a Tenochtitlan y sacrificarlos al Sol, sacándoles el corazón y ofreciéndoselo al Águila por alimento.

Los sacrificios humanos que realizaban los aztecas estaban, en principio, dirigidos a alimentar al Sol-Águila. En los monolitos que hoy se conocen y que eran utilizados para tal efecto, abundan las representaciones del Águila; al recipiente donde se colocaba el corazón de] sacrificado se le llamaba "el recipiente del Águila'.

Puede ser que quien ha trabajado con mayor sensibilidad este proceso de la historia del México antiguo haya sido la maestra Laurette Séjourné en su bellísima obra Pensamiento y religión en el México antiguo.

Según Don Juan lo que constituye "el mundo" son las emanaciones del Águila; los antiguos videntes, a través de las plantas de poder y de cientos de años de experimentos y fracasos lograron ver la fuerza que es el origen de todo. A esta fuerza le llamaron el Águila porque, al vislumbraría brevemente, le encontraron parecido a un águila blanca y negra de tamaño infinito. Pero ni es un águila ni se parece a ella; es sólo una forma de humanizar o conceptualizar algo que es imposible de describir.

Los antiguos videntes también descubrieron que, debido a nuestra consciencia de ser, creemos que nos rodea un mundo de objetos, pero que en realidad son las emanaciones del Aguila, fluidas, en movimiento, inalterables, eternas. El Águila otorga la consciencia de ser para que la desarrollemos y acrecentemos a través de nuestra vida pero, al final de ella, nuestra consciencia de ser es devorada o absorbida por el Águila (la fuerza, el infinito, lo total). Para los antiguos videntes la razón de la existencia de los seres humanos entre otros seres vivos es desarrollar y acrecentar la consciencia de ser, y esta energía que produce la consciencia de ser es requerida por el Águila.

Pero finalmente, como dice Don Juan, no existen ni Águila ni emanaciones, sino algo que ningún ser vivo puede comprender. Sin embargo, el Águila y las emanaciones son algo tanreal para los toltecas y la Toltequidad como para uno lo puede ser el tiempo o la fuerza de la gravedad.

Recibir el Don del Águila es la meta final de los videntes; es la libertad total o la consciencia total.

EL RESPLANDOR DEL HUEVO LUMINOSO

Para la Toltequidad el mundo está com-

puesto por las emanaciones del Águila y el hombre es un capullo que contiene las mismas emanaciones, tanto de afuera como de adentro. La luminosidad exterior atrae a 'la luminosidad interior; esto se produce en un punto del capullo y ahí se fija el estar "consciente de ser"; es esa la fijación del punto de encaje.
El grado de consciencia de ser de cada individuo está determinado por la presión que ejercen las emanaciones de afuera sobre las de adentro, y esta presión está determinada por la pequeña porción de las emanaciones de afuera, que es igual a una pequeña porción de las de adentro esta presión produce una luminosidad más intensa en todo el capullo.
En consecuencia, "ver" es el resultado de un alineamiento diferente al normal y no es otra cosa que el movimiento del punto de encaje; por tanto, el acto de "ver" no se hace con los ojos e implica la maravilla de conocer la esencia de las cosas.
La consciencia de ser el hombre la desarrolla poco a poco; cuando nace, la luminosidad interior no está fijada con la exterior, se va desarrollando a través de la vida. A esta práctica es a lo que Don Juan llama "El primer anillo de poder". El comando del Águila hace que se fije la luminosidad de afuera con la de adentro y se hace de manera "natural" a través de la voluntad, cuando el guerrero, de manera personal, mueve su punto de encaje; a esta voluntad '"dirigida" se le llama "intento".
En esta parte del libro Castaneda habla sobre el sexo como un proceso energético y dice que el nagual Julián decía que era un asunto de energía, toda vez que el comando del Águila es el fulgor de la consciencia de ser que se transmite a través del acto sexual. En el proceso del acto sexual las emanaciones del Águila, que están contenidas en los dos capullos conscientes (hombre y mujer), sufren una profunda agitación y ambos capullos hacen lo mejor que pueden para donarle consciencia al nuevo ser que van a crear; cada acto sexual conlleva una donación de nuestra consciencia y de nuestra energía, aunque ello no cree forzosamente a otro ser.
Don Juan le recomienda a Castaneda que sea avaro con su sexualidad, no por moralista sino por el ahorro de energía, que es una de las tareas primordiales del guerrero. Este conocimiento obliga al aprendiz a ser responsable de su energía.

LA PRIMERA ATENCIÓN

La consciencia de ser es una maduración o desarrollo que va desde lo animal e instintivo hasta formas más elaboradas; esto se realiza a través del crecimiento existencias de cada individuo. El desarrollo de la consciencia de ser produce lo que Don Juan llama "la atención", que es el logro individual más importante y que llega a abarcar un abanico muy grande de posibilidades humanas.
Don Juan dice que los videntes clasificaron tres tipos de atención o tres niveles de realización, que dan como resultado tres niveles de purificación de la energía. La primera es la consciencia animal en bruto que, por los procesos vivenciales de la experiencia humana, se convierte en una facultad compleja, intrincada y extremadamente frágil, que es la que crea el mundo cotidiano, el de conceptos y objetos, y todo lo que somos y hacemos como hombres comunes y corrientes.
La segunda atención tiene que ver con lo desconocido y es un resplandor en el capullo, muchísimo más intenso, que abarca un área mayor, a la cual también se le conoce como "la consciencia del lado izquierdo".
La tercera atención es el logro supremo de los videntes y es cuando el resplandor de la consciencia se transforma en el fuego interno; este fuego interno es producto del encendido de todas las emanaciones del Aguila que están en el interior del capullo del hombre. Todos los hombres, al final de la vida, logran llegar a la tercera atención, porque la muerte enciende todas las emanaciones del Águila y los libera del capullo para reintegrarlos a la totalidad. Pero son los videntes, a través de la antiquísima y compleja sabiduría de la Toltequidad,

quienes logran encender todas sus emanaciones antes de morir, pero mantienen la fuerza de la vida y su consciencia y, en vez de que su consciencia sea devorada por el Águila, reciben el "don" y logran la libertad total.

LOS SERES INORGÁNICOS

La primera atención requiere todo el resplandor de la consciencia del hombre y consume toda su energía; los videntes descubrieron que quitando hábitos se desprende a la consciencia de absorción en sí misma y le permite al resplandor enfocarse en otras cosas.
La recanalización de la energía es la llave de la brujería.
Para la Toltequidad estar vivo significa tener consciencia; para el hombre común tener consciencia significa ser un organismo. Todos los seres orgánicos vivientes están constituidos de las emanaciones del Águila contenidas en un capullo. Sin embargo, los videntes detectan, a través del "ver", seres inorgánicos cuyas "membranas" o "receptáculos" (de las emanaciones) no tienen forma de capullos, pero sí contienen las emanaciones de la consciencia y muestran características de vida que no son el metabolismo ni la reproducción.

EL PUNTO DE ENCAJE

Aquí Castaneda retorna lo desarrollado, señalando que el mundo que nos rodea está constituido por campos de energía que la Toltequidad llama "las emanaciones del Aguila", y que el mundo de objetos es tan sólo un "arreglo" en el que nos movemos. Por consiguiente, cada ser humano está constituido por una pequeña porción de "las emanaciones del Águila" que está envuelta en una fina membrana o capullo .la consciencia de ser es el resultado de la presión que ejercen las emanaciones de afuera o llamadas en gran- de, con las emanaciones de adentro del capullo. Esta consciencia de ser es lo que nos posibilita "percibir'. Los hombres somos perceptores, es decir, podemos alinear algunas de las emanaciones de afuera con las interiores. El lugar donde se alinean las emanaciones internas y externas sobre el huevo luminoso o capullo se llama "punto de encaje".
El hombre, para percibir al mundo como todos lo hacemos, pone de relieve algunas emanaciones que provienen de la estrecha banda en la que se localiza la consciencia; a esto se le llama la "primera atención". A esta acción los toltecas, brujos, videntes o guerreros le nombran: el lado derecho, la consciencia normal, el tonal, el primer anillo de poder, lo conocido, este mundo, la primera atención. El hombre occidental le llama realidad, racionalidad o sentido común.
El nagual, o la parte izquierda, corresponde al resto de las emanaciones que no son puestas de relieve y que jamás son alineadas, a las que también les llaman la consciencia del lado izquierdo, lo desconocido o la segunda atención.
La visión del mundo es producto de la selección de las emanaciones y su fijación en un punto determinado del capullo; esto el hombre comienza a aprenderlo desde su nacimiento, cuando el punto de encaje se fija a través de los hábitos y actitudes en la vida cotidiana; el aprendiz, al tomar conciencia de ello, deberá mover su punto de encaje a voluntad, como consecuencia de la práctica de nuevos hábitos a través de la técnica del acecho. Tendrá que lograr que el comando del Águila, que fija el punto de encaje, sea su propio comando y esto lo puede lograr a través del "intento". Que es usar la "voluntad" de manera personal y determinada.
La Toltequidad se podría sintetizar como el logro del movimiento del punto de encaje. Ante esta "simpleza", la brujería no existe; tan sólo es un medio con el cual se logra que la absorción en uno mismo se abra, pues es la misma absorción la que hace que el punto de encaje se mantenga rígido en un punto.

LA POSICIÓN DEL PUNTO DE ENCAJE

El conocimiento tolteca preparaba a los guerreros tigres y águilas en el Calmecatl para librar la verdadera Guerra Florida no confundir, como ya se dijo, con la "guerra florida" de los aztecas, que tenía como fin hacer florecer su corazón. Los toltecas de nuestro tiempo se preparan para tener consciencia y la consciencia total les llega cuando han logrado pulir su espíritu y fortalecer su cuerpo; cuando han sacado toda la basura que han ido acumulando a lo largo de su vida; cuando ya no queda en ellos ni un ápice de importancia personal. Sólo cuando logran llegar a ser nada se podrán convertir en todo.

El diálogo interno es lo que nos hace "hombres" y hace al "mundo" como es; el diálogo interno es el que hace que se mantenga fijo nuestro punto de encaje. Pero el diálogo interno puede terminar de la misma manera en que empezó, mediante un acto de voluntad, poco a poco, a través de mucho tiempo y esfuerzo, y es difícil, como la tarea que tienen los niños, nada más que ellos en crearlo. El punto de encaje no es aleativo, lo seleccionaron inconscientemente nuestros antecesores, es un fenómeno "cultural".

El punto de encaje puede moverse con cierta facilidad, sólo que se requiere conocimiento, disciplina, determinación y utilizar ciertas técnicas. Pero cuando logramos moverlo, crea nuevos alineamiento de emanaciones que dan por resultado nuevas percepciones.

Detener el diálogo interno es comenzar a mover el punto de encaje; en consecuencia las llamadas "enseñanzas de Don Juan" nada tienen que ver con la magia, la hechicería, las artes fantásticas o los alucinógenos. Por el contrario, se trata de la concepción del hombre y el mundo como energía que tiene un objetivo específico y final: obtener la conciencia total o la libertad total. Sus técnicas y prácticas están en el mundo cotidiano, en el uso, abuso y recanalización de la energía. Estas técnicas y prácticas requieren flexibilidad, valor, responsabilidad, disciplina, sobriedad y constancia. Y es un legado natural de una de las más importantes culturas que se han desarrollado en el mundo. Como dice Don Juan: "las técnicas para mover el punto de encaje son tan diferentes como sea posible, pero los resultados son siempre los mismos". Así, en diferentes tiempos y lugares, otras culturas en el mundo han creado sus propios caminos, pero el objetivo es el mismo.

EL MOVIMIENTO HACIA ABAJO

El hombre es un perceptor de las emanaciones del Águila" la consciencia de ser es el resultado del alineamiento de algunas emanaciones de afuera con las interiores, en un punto determinado del capullo llamado punto de encaje; esto se logra a través de los hábitos o el llamado "diálogo interno". El aprendiz puede, al detener el diálogo interno, mover levemente este punto de encaje, pero si el punto de encaje se mueve más allá de cierto limite, el hombre puede alinear otras emanaciones u otros mundos, tan reales como el habitual, pero totalmente diferentes al que conocemos; por ello es que el camino del guerrero puede resultar extremadamente peligroso y más aún en aquellas personas que mueven su punto de encaje por medios extremos, como son las drogas.

GRANDES BANDAS DE EMANACIONES

Las emanaciones del Águila se ordenan en racimos que los toltecas llamaron "grandes bandas de emanaciones", y hay tal número de bandas como el infinito. No obstante, los toltecas descubrieron que en la Tierra sólo hay 48 bandas.

La vida orgánica es sólo una de esas bandas, estructuras o racimos. De todas las bandas, hay 40 que no producen consciencia, sólo organización; de las restantes, siete producen una 'limitada" consciencia y sólo la Octava produce una

gran cantidad de consciencia; ésta es en la que está el hombre. Los toltecas, de manera simbólica, decían que el Águila se alimentaba de la consciencia de ser de los hombres; de ahí proviene aquello de que el Quinto Sol se alimentaba de corazones, como se puede ver en el monolito llamado Calendario Azteca, donde, en la parte central está simbolizado el Sol y a sus lados hay dos garras que tienen atrapados dos corazones.

El mundo que nuestro punto de encaje alinea para nuestra percepción "normal" está integrado por dos bandas, una orgánica y la otra que sólo contiene estructura. Como se dijo, el mundo está compuesto por 48 bandas y solamente percibimos dos; las 46 restantes no están en nuestro mundo cotidiano.

ACECHO, INTENTO Y LA POSICION DE ENSUEÑO

En la historia de la Toltequidad los primeros toltecas o videntes se perdieron en las complejidades de los mundos o realidades que exploraban. Los nuevos toltecas o videntes hicieron un recuento de sus prácticas y conocimientos y comenzaron de nuevo. Encontraron que el movimiento de¡ punto de encaje era básico, para lo cual tomaron medidas prácticas para moverlo. Delinearon tres técnicas: la primera es la maestría del acecho; la segunda es la maestría del intento y la tercera es la maestría del ensueño.

Los toltecas advirtieron que cuando los guerreros se comportaban diferente a lo acostumbrado en forma sistemática y continua, su punto de encaje se movía sutilmente, por lo cual iniciaron la práctica del control de su conducta y a esto le llamaron "el arte del acecho", que no es otra cosa que el comportamiento cotidiano con la gente; para ello descubrieron que los tiranos son elementos externos que apoyan para lograr el cambio de nuestra conducta y, al desarrollar esta técnica, pudieron mover su punto de encaje. Pero se dieron cuenta que en el punto de encaje había algo más que el simple alineamiento; descubrieron una energía que surge del alineamiento, a la que llamaron "voluntad", que opera, de manera impersonal e ininterrumpida, como un estallido ciego de energía que hace que nos comportemos como lo hacemos. Por ella percibimos el mundo cotidiano, e indirectamente, a través de la percepción, tiene que ver con la localización del punto de encaje.

Los toltecas descubrieron que a la voluntad la podían "guiar" intencionalmente para establecer otro alineamiento; a esta técnica la llamaron "la maestría del intento"; con esta maestría se puede entrar a voluntad en la conciencia del lado izquierdo, el nagual o la otra realidad.

El descubrimiento de estas verdades llevó siglos de experimentación y en ese transcurrir los toltecas observaron que cuando el hombre duerme su punto de encaje se mueve levemente, pues precisamente lo que produce los sueños es un leve movimiento del punto de encaje hacia la parte izquierda; por tal razón, interferir el. sueño era interferir el movimiento natural del punto de encaje. Pero descubrieron también que al interferir el sueño del guerrero, éste se volvía compulsivo y caprichoso, y para corregir este efecto los toltecas crearon el camino del guerrero. El camino del guerrero es desarrollar una fuerza interna capaz de dotarlo de un sentido de ecuanimidad, casi de indiferencia; un sentimiento de holgura y sosiego, para que obtenga una inclinación natural y profunda a través del análisis, de la comprensión y de la tolerancia; en síntesis: un sentido de sobriedad.

El camino del guerrero comienza con una fuerte determinación y consciencia de cambio; después toma un acto que debe ser premeditado, preciso y continuo, un acto pequeño que no ofrezca gran resistencia. Si este acto se lleva a cabo constantemente, uno adquiere un sentido de INTENTO INFLEXIBLE y el camino queda abierto: un acto llevará al siguiente, hasta que el guerrero emplee todo su potencial. El intento inflexible conduce al silencio interno

y éste a la fuerza interna necesaria para mover el punto de encaje.

EL NAGUAL JULIÁN

Don Juan le explica a Castaneda que al nagual Julián - que era un maestro en el arte del acecho- no le importaba la gente y que en ello radicaba el hecho de que la podía ayudar. El nagual Julián le daba todo y aún más de lo que no tenía porque sencillamente la gente le importaba un bledo. A Don Juan si le importaba la gente y por lo mismo nunca la ayudaba; hacerlo le producía la sensación de estar imponiéndole su voluntad.
Don Juan le enseña a Castaneda que el guerrero se debe distinguir por su esfuerzo sostenido y su intento inflexible en el tratar de mover su punto de encaje que, al lograrlo, pasa a la categoría de vidente o tolteca y, de ahí, a la búsqueda de la libertad total.
Don Juan dice que en un tiempo él vivía a través de la importancia personal, ya que todos, de manera natural, ahí tenemos emplazado el punto de encaje. Cuando aprendió a mover el punto de encaje, a través del establecimiento de nuevos hábitos apoyados por todas las técnicas de la Toltequidad, se descubrió ante un maravilloso y aterrador mundo.
Don Juan habla de que la vida de sus padres no fue mala, que fue como la de todos y lo único importante que hicieron fue tenerlo a él. Cuando logró mover su punto de encaje, se dio cuenta que la vida de sus padres no tuvo mayor significado ni para ellos ni para otros, sólo para él, por el hecho mismo de que le dieron lo maravilloso de la vida. El guerrero, cuando mueve su punto de encaje y "ve", se da cuenta del tremendo precio que la gente paga por su vida de inercia y enajenación cuando son luz y energía, desaprovechando así la oportunidad de la vida y del estar vivos.

EL LEVANTÓN DE LA TIERRA

De acuerdo a la milenaria tradición tolteca en Mesoamérica, la Tierra es un ser vivo. Todavía en la actualidad los indígenas y los campesinos siguen teniendo prácticas y rituales de ofrecimiento y agradecimiento a la Tierra. Esto marca una diferencia en el concepto occidental de que la Tierra es un objeto que se debe poseer, dominar, modificar, transformar y explotar.
Los pueblos herederos del México profundo, del que nos habla Bonfü Batalla, guardan de manera sincrética, a veces clara, el recuerdo de que la Tierra es un ser vivo al que se le ama, se le cuida y se le agradece.
Desde la antigüedad los toltecas, al "ver", comprendieron que la Tierra era un ser vivo, que está constituido, igual que el hombre, de las emanaciones del Águila. La Tierra también tiene un capullo luminoso, es un inmenso ser consciente sujeto a las mismas fuerzas que los hombres. En el libro del Viaje a Ixtlán Don Juan dice que en el camino del guerrero no puede haber soledad ni tristeza, pues éstas no existen cuando el guerrero aprende a amar a la Tierra. La manera de entrar en emanaciones con la Tierra es el silencio interno y la Tierra puede darnos lo que Don Juan llama "un levantón" para alinear otras bandas de emanaciones.

LA FUERZA RODANTE

Cuando Castaneda tuvo su primer breve encuentro con las emanaciones de] Águila vio unas "bolas" que le golpeaban; se trataba de "la fuerza rodante" o tumbadora". Éstas son producto de las emanaciones del Águila y tienen un doble propósito: por una parte son las que mantienen la vida, la consciencia, la realización y el propósito, y por otra se relacionan con la destrucción y la muerte. La fuerza rodante o tumbadora es el medio por el cual el Águila distribuye la vida y la consciencia pero, del mismo modo, produce la muerte.
La fuerza tiene dos aspectos que son complementarios.
El capullo tiene una "membrana" muy frágil. Cuando el capullo se fractura por el movimiento del punto de encaje, producido por un trauma o una enfermedad mor-

tal, la tumbadora, que permanentemente nos está golpeando para darnos vida, se introduce por la fractura e inunda al capullo, rompiéndolo por completo y provocando la muerte.
Los antiguos toltecas y videntes, al descubrir esa fuerza y sus resultados, trataron de desentrañar sus secretos, mas no lograron ser invulnerables e inmortales. El capullo del hombre tan sólo es un "recipiente" de las emanaciones, el cual se gasta y, por lo mismo, no puede mantenerse eternamente; creer que sí fue un error que orilló a los antiguos toltecas a tratar de mantener la vida a cualquier precio, y de alguna forma la mantuvieron, pero no ya como hombres.
Los nuevos videntes retomaron este fracaso, y con nuevas experiencias y conocimientos, a través de la maestría del intento (en un momento culminante de las enseñanzas de Don Juan), el guerrero abre su capullo a voluntad y la fuerza lo inunda Produciendo la desintegración total e instantánea y el guerrero, al consumirse el fuego interno, recibe "El don del Águila" y la libertad total.

LOS DESAFIANTES DE LA MUERTE

Don Juan habla de la búsqueda de la inmortalidad que llevó a los primeros videntes toltecas a situaciones de aberración. Si por una parte no podían hacer que su capullo se mantuviera imperecedero, sí buscaron mantenerse "vivos" a cualquier precio. Don Juan considera que ese precio fue muy alto; no murieron, pero dejaron de ser humanos. Por ello es peligroso el campo las zonas arqueológicas, pues los antiguos videntes toltecas mantienen allí una presencia que resucita por demás maligna.
Los antiguos videntes descubrieron que una manera de obtener energía de la Tierra era enterrándose, y mientras más energía necesitaban mayor era el tiempo que se mantenían enterrados.
Don Juan insistió siempre que el guerrero debe vivir con la consciencia de la muerte y el desapego correspondiente; de ahí que el guerrero extrae el valor para enfrentarlo todo. Un guerrero sabe que lo peor que le puede pasar es morir, y puesto que ése es nuestro destino inexorable. va que no existen "supervivientes" en la Tierra, entonces queda libre de temores. Sólo cuando ha perdido todo, el hombre no tiene ya nada que temer ni perder; cuando esto sucede las ataduras se desprenden y el hombre queda libre.
Don Juan dice que, durante toda su vida, en el alineamiento el hombre solo usa un diez por ciento de las emanaciones, y que las restantes quedan adormecidas. Si el hombre aprovechara todo su potencial , su vida tendría otra dimensión. lo que ocurre con la muerte es que, al desplomarse el capullo, todas las emanaciones internas se alinean con las externas. y he aquí la pregunta de los guerreros al respecto: Si Cuando morimos lo hacemos con todas las emanaciones, ¿por qué no buscar en la vida alineadas todas?

EL MOLDE DEL HOMBRE

El molde del hombre es el racimo de emanaciones en la gran banda de la vida orgánica que llena el interior de su capullo. Es, por decirlo de alguna forma, el patrón de energía que delinea los rasgos de las cualidades que puede tener un ser humano. Dice Don Juan que, a fin de cuentas, los hombres somos una carga energética y que lo que nos determina es el punto de encaje, donde se alinean las emanaciones en grande con las emanaciones interiores. Lo que ayuda a mover el punto de encaje es el levantón de la Tierra y la fuerza rodante, y para obtenerlos el guerrero se apoya en tres viejas técnicas toltecas que son. el acecho, el intento y el ensueño.
Don Juan le recomienda a Castaneda que cuando la impaciencia, la desesperación, el enojo o la tristeza se crucen en su camino, gire los ojos en el sentido de las manecillas del reloj; este movimiento hace moverse o detenerse, levemente, el punto de encaje.

Manejar la técnica del intento lleva muchos años de esfuerzo y práctica. La maestría del intento no es más que el comando del Águila cuando éste se convierte en el comando del guerrero.

EL VIAJE DEL CUERPO DEL ENSUEÑO

El cuerpo del ensueño y la barrera de la percepción Son Producto del Punto de encaje; estos conocimientos, dice Don Juan, son tan importantes para los videntes toltecas como par el hombre occidental lo es poder leer y escribir, y todos son logros que cuestan
muchos años de estudio y práctica. Cuando el guerrero se percibe como energía puede experimentar una dualidad perceptual en un mismo momento. Don Juan se la pasa mostrándole a Castaneda que no tiene fin el misterio de ser, ni el del hombre, ni el del inconmensurable misterio del mundo. La racionalidad es una condición del alineamiento de las emanaciones en grande con las emanaciones interiores que se fijan en un punto del capullo y que se llama punto de encaje. Si el punto de encaje se mueve, cambia el mundo; este mundo y lo que de él podamos atestiguar no son espejismos, son "realidades concretas"; el espejismo, en todo caso, es el movimiento del punto de encaje.
Los antiguos toltecas, según Don Juan, a partir del cuerpo del ensueño partían en grupos a lo desconocido. Permítasenos citar dos textos que podrían dar una respuesta al misterio de los toltecas: el primero pertenece a Ignacio Bernal, Notas preliminares sobre el Posible Imperio Teotihuacano. Estudios de Cultura Náhuatl, México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1965.
"Por otro lado, si Teotihuacan se hubiera mantenido cuando menos 800 años como ciudad predominante, sin ningún poderío militar, esta Pax Augusta sería un caso de tal manera único en la historia, que es difícil creer que haya sucedido.
"No conocemos, en toda la historia universal, un solo imperio que se haya podido formar sin recurrir, aunque sea indirectamente, a las armas, y en realidad, en casi todos los casos, se basa principalmente en ellas, aun cuando es evidente que por encima existe una ideología que las dirige.
"Hay también la posibilidad de que la expansión se basara en una religión preponderante o más prestigiosa que las demás y que por ello no necesitara recurrir a la fuerza. El cristianismo y el budismo, por ejemplo, se han extendido inmensamente sin que las armas hayan jugado un papel importante en esa difusión."
Y el segundo es de Miguel León Portilla, Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares, F.C.E., México:

"Pero a pesar de la extraordinaria organización social y política que supone el esplendor teotihuacano, a mediados del siglo IX D.C. sobrevino su misteriosa y hasta ahora no explicada ruina. Ésta no fue un hecho aislado y excepcional. En el mundo Maya ocurrió por ese tiempo algo semejante. La ruina y el abandono de los grandes centros rituales de Uaxactúm, Tikal, Yax-chilan, Bonampak y Palenque tuvo lugar en una época muy cercana al colapso de Teotihuacan. Y hay que confesar que hasta la fecha no se ha podido explicar de modo convincente la causa de esto que pudiera llamarse muerte del esplendor clásico del México antiguo."

ROMPER LAS BARRERAS DE LA PERCEPCIÓN

En el séptimo libro Castaneda nos relata cuál es el objetivo último de la Toltequidad. Don Juan le dice a Castaneda que el final del camino, para los guerreros toltecas, es cuando logran ser capaces de romper la barrera de la percepción sin alguna ayuda, desde un estado normal de consciencia.
Romper la barrera de la percepción es lograr que el comando del Águila sea nuestro propio comando, para con ello mover el punto de encaje y poder usar emanaciones del Águila que nunca, como seres

humanos comunes, logramos usar. Mover el punto de encaje y mantenerlo en otro punto nos permite "escapar" de este mundo, pero logrando mantener la consciencia de uno mismo; y, a pesar de que el fuego interno lo consuma, el guerrero retendrá la sensación de ser él mismo.
Los guerreros toltecas, a través de la Toltequidad, buscan -como todas las milenarias culturas de origen autónomo- la eternidad.

EPILOGO

Ante la inevitable realidad de la muerte, los antiguos videntes se plantearon la alternativa de morir en mundos desconocidos. Los antiguos videntes, por su espíritu aventurero, eligieron la segunda opción; sin embargo, tan sólo lograron cambiar el lugar de su muerte. Los nuevos videntes toltecas analizaron los errores de sus antecesores que se entregaron a su importancia personal, al control de sus semejantes y, sobre todo, a la obsesión de alinear otros mundos, y decidieron reagrupar los conocimientos de los antiguos videntes, implementando las artes del acecho, del intento y del ensueño, a través de una estricta disciplina que los condujo a una impecabilidad en la vida cotidiana. Los nuevos videntes en vez de huir a otros mundos -como los antiguos videntes cuando logran romper la barrera de la percepción-, se consumen en la fuerza del alineamiento: el fuego interno, la consciencia total, la libertad total. Esta libertad es El don del Águila al hombre. Todo lo que concierne a la Toltequidad es cuestión de energía y por eso dice Don Juan que debemos ser avaros y cuidadosos con nuestra energía.

VIII. EL CONOCIMIENTO SILENCIOSO

Primera edición en inglés, 1987
Primera edición en español, 1988
Titulo' original: 7he Power of Silence
Emecé Editores, S.A., Argentina

INTRODUCCION

Llegamos al penúltimo libro de Castaneda; el conocimiento que Don Juan le ha enseñado en sus dos partes parece que ha quedado ensamblado. En la introducción de este libro Don Juan le dice que jamás estuvo aprendiendo brujería, sino simplemente ahorrando energía. Y es precisamente esta energía ahorrada la que le ha permitido a Castaneda manejar ciertos campos de energía que el hombre común no utiliza para percibir el mundo cotidiano. Toltequidad es el arte de percibir lo que la percepción común no puede captar. Don Juan le dice a Castaneda que en realidad no hay nada que enseñar de brujería. La enseñanza de la Toltequidad lleva al aprendiz, a través de ardides, a que se dé cuenta que el mundo es mucho más de lo que nosotros percibimos; que está conformado por un inconmensurable número de campos energéticos y que el hombre, además de ser una carga energética, es un productor de energía rodeado de energía. El guerrero aprende, en este camino, que existe un poder desconocido en su interior y que si lo desarrolla lo puede alcanzar.

LAS MANIFESTACIONES DEL ESPIRITU

Para Don Juan el espíritu es lo abstracto, ya que para conocerlo no se requiere de palabras ni pensamientos; es algo que sólo se puede sentir y se expresa en actos. Don Juan, durante toda la enseñanza, le cuenta una y otra vez historias de "brujería". Historias que tenían que ver con videntes, guerreros, aprendices y hasta con su propia experiencia personal. Pero todas estas historias tienen un centro abstracto, en las cuales se expresa el espíritu; son, por

decirlo, historias donde siempre está presente el intento.
Estas historias hay que recordarlas una y otra vez hasta que, poco a poco, lo abstracto va llegando a nosotros. Y tal pareciera que la historia se descubre o se recrea; cada vez que las repasamos brotan cosas que anteriormente no habíamos percibido; llegamos a sus centros abstractos.
Se puede decir que la obra de Castaneda, sobre todo en la primera parte, es un conjunto de historias de las manifestaciones de espíritu que, a veces, podrían parecer confusas; en la segunda parte -a partir de El segundo anillo de poder- empieza a ensamblar el conocimiento de manera más funcional; en todo lo anterior radica el desafío para el lector. Castaneda es tal vez el primer nagual que reproduce el conocimiento a través de libros; es, como dice Don Juan, un nagual moderno.
Estas historias hay que repasarlas, después analizarlas y luego volverlas a pensar, hasta llegar a revivirlas casi literalmente.
Por ello, los guerreros tienen que obtener puntos de referencia en el pasado para poder usar las historias de los centros abstractos y sacar el conocimiento. El hombre común también usa el pasado, pero siempre por razones personales que enaltezcan y exalten su importancia personal.

LA IMPECABILIDAD DEL NAGUAL ELIAS

Esta historia nos habla de la impecabilidad del nagual Elías que, atento a una manifestación del espíritu, logra, a partir de una historia grotesca, enganchar - de manera impecable - a dos aprendices: Talía y Julián. A ella la libera del enorme flujo de energía superflua, y a él lo rescata de la muerte. Les enseña que en la vida no hay una segunda oportunidad cuando se presenta "El pájaro de la libertad", y que este pájaro o se lleva consigo a la gente o la deja atrás para siempre.

EL TOQUE DEL ESPIRITU

Los naguales antiguos se inclinaban más por las acciones que por los razonamientos. En cambio los modernos, y en especial Castaneda, se pierden en los extravíos de la razón, aunque unos y otros busquen la libertad.
La consciencia acrecentada es algo misterioso para nuestra razón; en los hechos, es simple y sencilla. El problema es que los humanos siempre complicamos las cosas al tratar de reducir la inmensidad que nos rodea a algo razonable y manejable por los parámetros de nuestra razón.

Los guerreros toltecas, al momento de lograr detener la compasión por sí mismos (que no es otra cosa que la importancia personal disfrazada), dejan de tener compasión por los demás. Para el guerrero todo comienza y termina en él mismo; lo demás es un desatino controlado permanente y su contacto con lo abstracto le ayuda a superar los sentimientos de importancia personal, hasta convertirse él mismo en algo abstracto.
Don Juan dice que hace mucho tiempo la humanidad vivía en lo abstracto y que esto era su fuerza sustentadora. Por algo el hombre se alejó de lo abstracto y ahora le es muy difícil volver a él. Sin embargo, éste es uno de los desafíos del guerrero.
El volverse sensible, perceptivo, capaz de sentir al espíritu y moverse en lo abstracto, es darle un giro de 180 grados a lo que hemos aprendido, obsesiva y compulsivamente, durante toda nuestra vida. La Toltequidad y el camino del guerrero son una de las muchas posibilidades que la humanidad ha creado a partir de la sabiduría.

EL ÚLTIMO DESLIZ DEL NAGUAL JULIÁN

El poder revivir y limpiar el vínculo con el espíritu es lo que distingue al aprendiz del hombre común; cuando este vínculo se restablece, se deja de ser aprendiz; para esto se necesita de un propósito indoma-

ble y un intento inflexible, el cual el hombre común no tiene y por ello los toltecas inventaron el camino del guerrero.
Aquí hay algo interesante para los lectores y seguidores de Castaneda. Don Juan dice que en la Toltequidad no se reciben voluntarios porque, entre otras cosas, al traer propósitos propios, es muy difícil que renuncien a su individualidad. Si no encuentran las cosas como ellos piensan que deben ser, se enfadan y se van. Don Juan dice que lo importante es tener decisión y fuerza para el cambio, toneladas de humildad, disciplina para intentar "barrer la isla del tonal". dejar de ser, pensar, sentir y actuar en la vida cotidiana, como siempre lo hemos hecho. Si alguien se atreve a intentar tan sólo lo anterior, y dejar a un lado por el momento el mundo del nagual, el conocimiento del lado izquierdo, la consciencia acrecentada, las emanaciones del Águila, etc., no necesitará de maestros ni benefactores. Cuando logren ahorrar energía y mover Su punto de encaje, seguramente el poder los pondrá, en el camino.
Volviendo al libro, Don Juan dice que nuestro vínculo con el espíritu es lo que le produce al hombre, de manera ancestral, la preocupación por un destino.
El hombre común no pasa de la mera o leve preocupación, ya que siempre está ocupado en la vorágine de la vida cotidiana y aún más preocupado por el "tener" que por el "ser". Y al final de la vida (cuando ha perdido casi toda la energía o está al borde de la muerte) se da cuenta que ha tenido la oportunidad más grande de la vida: el ser totalmente libre y consciente, y que la ha desperdiciado.

LOS TRUCOS DEL ESPÍRITU

Don Juan dice que las historias de los centros abstractos (que se desbordan en toda la obra de Castaneda) tienen la misma estructura y que lo que varía son los personajes. Cada historia contiene: una tragicomedia abstracta, un actor abstracto (que es el intento),, dos actores humanos (el nagual o maestro y su aprendiz) y el guión, que es el centro abstracto de esas historias.
Castaneda entiende que el arte del acecho es aprender, a la perfección, todos los detalles del disfraz, a tal punto que nadie se dé cuenta de que se está disfrazado. Para ello se requiere ser despiadada, que no significa ser grosero; por el contrario, se debe ser encantador; astuto, que no significa ser cruel, sino muy decente; tener paciencia, que no significa ser negligente y sí, por el contrario, ser activo; y también ser simpático, que no significa ser estúpido, pero sí, al mismo tiempo, ser aniquilador.

LAS CUATRO DISPOSICIONES DEL ACECHO

El eje central y fundamental en las enseñanzas de Don Juan es, sin lugar a dudas, el arte del acecho, que indica ser despiadado, astuto, paciente y simpático. Estos cuatro fundamentos básicos el aprendiz los debe poner en práctica en todo y con todos. El principal principio del acecho es que el aprendiz debe acecharse a sí mismo, poniéndose primero a seleccionar actitudes menores en su comportamiento para después analizarlas y posteriormente acecharlas, para que, como presas de caza, vayan cayendo una detrás de la otra, hasta que pueda acechar "presas mayores" en su comportamiento.
Cuando un aprendiz desarrolla con plenitud el acecho, deberá pretender el intento y, de esa manera, podrá mover su punto de encaje.
Un guerrero es un hombre con una voluntad inflexible y una disciplina impecable; el guerrero acecha para templar su espíritu. No busca en los actos cotidianos más que un vehículo para llegar, después de un inmenso trabajo y mucho esfuerzo, a la libertad y a la consciencia. Un guerrero no piensa en el provecho personal en sus actos cotidianos, como sucede con el hombre común que no mueve un dedo si no espera encontrar algún tipo de recompensa.
Castaneda llega a comprender que la Tol-

tequidad no se traduce en palabras sino en actos vivenciales que experimenta todo su cuerpo. Entiende que este conocimiento ha estado siempre a disposición de cualquiera para ser sentido, para ser usado, pero que de ninguna manera puede ser explicado. La llave para abrir la puerta a este conocimiento es el cambio de niveles de consciencia; la consciencia acrecentada, en consecuencia, tampoco puede ser explicada, sólo puede ser utilizada.

EL DESCENSO DEL ESPIRITU

Hace milenios los antiguos toltecas a través del "ver", descubrieron que la Tierra es un ser vivo y consciente cuya consciencia, de alguna manera, puede afectar a los hombres modernos por vivir en el reflejo de sí mismos. El hombre ha perdido la capacidad de "conectarse" con el todo que le rodea. La vorágine de la vida cotidiana -angustia, preocupaciones, el tener, las frustraciones, los miedos, etc. -ocupa toda nuestra atención y no nos permite damos cuenta que estamos unidos con todo lo demás.

EL SALTO MORTAL DEL PENSAMIENTO

Un guerrero esencialmente es un hombre impecable en sus actos y sentimientos, de gran flexibilidad, de recursos fluidos, de gustos y conducta refinados; en síntesis, un guerrero es un hombre cuyo trabajo es pulir todas sus aristas cortantes y una de las más importantes es su conducta. Un guerrero siempre está atento contra la natural brusquedad de la conducta humana. El acecho es una excelente herramienta que nos permite pulir nuestra conducta; el acecho es una conducta especial que está determinada por ciertos principios; es una conducta agazapada, furtiva y engañosa, que tiene como objetivo darle una sacudida mental al aprendiz. Algún alucinógeno tendría el mismo efecto, sólo que, por una parte, con muy alto costo para el cuerpo y, por otra, se puede uno perder en el camino. Acecharse es el método que inventaron los nuevos videntes toltecas para mover el punto de encaje, usando nuestra propia conducta de manera astuta y sin compasión.

El guerrero debe tener conciencia de la muerte, pero con desapego; con ello llega la sobriedad y la belleza. En lo único que tiene certeza el guerrero es que deberá morir, por lo que, en consecuencia, actúa: tiene paciencia sin dejar de actuar, acepta sin ser estúpido, es astuto sin ser presumido o fantoche, y puede, sobre todas las cosas, llegar a no tener compasión al no entregarse a la importancia personal.

MOVER EL PUNTO DE ENCAJE

La recapitulación es una de las vías para mover el punto de encaje. La recapitulación, en apariencia, es recordar lo vivido, pero en realidad es una técnica muy refinada y compleja que desarrollaron los nuevos videntes toltecas para mover el punto de encaje. La recapitulación comienza en el esfuerzo por recordar los eventos más importantes de la vida, para después recordar todos esos eventos con detalle y en una continuidad. Después se debe hacer un esfuerzo para REVIVIR nuevamente cada uno de esos eventos; que el cuerpo recuerde y re-viva lo que sintió en esos momentos; que el punto de encaje se mueva al lugar preciso en el que estaba cuando ocurrieron los eventos que se están reviviendo; a esto los toltecas le llaman ACORDARSE.

Probablemente una de las técnicas con las que Don Juan le transmitió parte del conocimiento a Castaneda fue al mover los dos juntos el punto de encaje; a esto Don Juan llama "ensoñando" juntos, y probablemente también, mediante esa forma, Castaneda haya escrito parte de su obra: a través del movimiento del punto de encaje.

Don Juan hace una descripción de Castaneda como hombre común y corriente, descripción de la cual no nos escapamos la mayoría de la gente, no porque seamos

"malos", sino porque ahí es donde casi la mayoría tenemos fijado el punto de encaje. No es cuestión de moralidad sino, simplemente, del uso de nuestra energía. Don Juan le dice a Castaneda que tiene una imagen muy exaltada de su persona, que es. dominante, vanidoso, mezquino, de mal genio, desgraciado, confiado y con una gran inclinación hacia los vicios y las debilidades.

EL SITIO DONDE NO HAY COMPASIÓN

Lo contrario a tenerse lástima a sí mismo es no tenerse compasión. El tener una idea muy exaltada de nuestra persona produce, como consecuencia, una gran importancia personal. Esta nos estorba, nos hace rudos, vanidosos y pretenciosos; pero, además, la importancia personal viene acompañada de la compasión por nosotros mismos. Cuando nuestra importancia personal se estrella con un tirano o con el mundo que insiste permanentemente en, no ajustarse a nuestros pensamientos, la importancia personal se convierte en la conmiseración por nosotros mismos.

Cuando un guerrero desplaza su importancia personal, en su vida cotidiana dejan de existir los odios, los enojos, los resentimientos y adquiere el desatino controlado que fluye suavemente. La marca del guerrero será su indiferencia, su desapego y su paciencia.

Don Juan habla de que en el hombre existen dos partes diferenciadas: la primera es vieja, tranquila, indiferente; la segunda es nueva, nerviosa, agitada, y se importa a sí misma porque se siente insegura. La primera subsiste en el fondo de nosotros. La segunda se encuentra en la superficie y es vulnerable; es con la que observamos el mundo. La primera es el conocimiento silencioso, el intento, el espíritu, lo abstracto, y nadie lo puede describir, sólo experimentar.

El trabajo del guerrero es luchar contra la segunda parte, ese "yo individual" que ha impedido que el hombre desarrolle todo su poder. Don Juan dice que el movimiento y fijación del punto de encaje que mantiene el hombre moderno es lo que lo ha convertido en un egocéntrico homicida que ha quedado entrampado en la absorción de la imagen de sí mismo. Desconectándole del mundo que le rodea, es capaz de destruir el medio ambiente, a los demás seres vivos y aún atentar contra su propia supervivencia.

Al cambiar de la posición habitual del punto de encaje, entre otras cosas, el guerrero obtiene un estado que se podría llamar "el no tener compasión". El no tener compasión no significa ser cruel y despiadado con los demás.

LOS REQUISITOS DEL INTENTO

Don Juan dice que lo único que hizo con Castaneda fue que éste destruyera su imagen de sí mismo; esa es la única ayuda real que Castaneda recibió de Don Juan; si acaso, enseñarle que el mundo es algo más que lo que está ahí enfrente, y que el hombre posee inconmensurables poderes que no desarrolla. La brujería no es cuestión de palabras e ideas, es cuestión de actos y percepciones de energía.

Lo que requiere un aprendiz es tan sólo una mínima oportunidad de llegar a tener consciencia del espíritu; consciencia de que el mundo es un todo de energía y que el hombre es un "huevo luminoso" con un delicado capullo que contiene una mínima parte de la energía que hay afuera; que el hombre percibe "el mundo" a partir de que alinea la energía de afuera con la interior y que a eso se le llama "el punto de encaje"; que la importancia personal requiere un gasto extremo de energía para fijar el punto de encaje en un lugar determinado del capullo y que si reduce la importancia personal puede liberar energía, y que con esa energía liberada puede mover el punto de encaje y que a eso se le llama "intento", y que el intento es hacer que los comandos del Águila puedan dirigirse con intención propia; y que al hacer esto se crea un vínculo con el espíritu que puede

lanzar al guerrero a la tercera atención, a consumirse en el fuego interno, a recibir el "don del Águila", a la libertad total, a la consciencia total; que para cada uno de estos niveles los nuevos videntes toltecas han elaborado, a partir de los conocimientos milenarios de los antiguos videntes toltecas, una estrategia que llamaron "el camino del guerrero" que, a su vez, tiene diversas técnicas, pero que la mayoría tratan por diversos medios de liberar la imagen que tiene el aprendiz de sí mismo y que no es otra cosa que mover el punto de encaje.

La Toltequidad es un viaje de retorno al espíritu, a lo abstracto, al conocimiento silencioso. La humanidad hace mucho tiempo tenía su centro en lo abstracto y el guerrero debe luchar inflexiblemente para regresar a él. Los guerreros y los hombres comunes no necesitan maestros, guías o ayudas. Todo empieza en ellos, está en ellos y termina en ellos. Lo importante es que el individuo esté consciente de sus posibilidades, que posea una disciplina férrea, que mantenga un esfuerzo sostenido y un intento inflexible. Su campo de batalla está en el mundo cotidiano y el enemigo a vencer es él mismo.

(Nuestros abuelos toltecas lo decían poéticamente a través de la lucha que debían entablar los guerreros tigres y águilas en la guerra florida, para hacer "florecer su corazón". Estos hombres de aquellas épocas se llamaban a sí mismos "la hermandad del Sol" o "la hermandad blanca". Eran los sostenedores espirituales del quinto Sol, los alimentadores del Águila-Sol, con su sacrificio espiritual.)

La imagen que tiene el hombre de sí mismo es lo que lo ha alejado de lo abstracto, del espíritu. El mundo de la imagen de sí mismo es el mundo de la mente, por cierto muy frágil. El mundo de la mente se sostiene por unas cuantas ideas claves que le sirven de orden básico y son ideas aceptadas tanto por el conocimiento silencioso como por la razón.

Cuando esas ideas fracasan, el orden básico se derrumba, dejando de operar.

Una de esas ideas claves es que somos un bloque sólido, que somos inmutables. La mente puede aceptar que nuestra conducta pueda cambiar, que nuestra forma de pensar y actuar también cambien; pero la idea de que podamos cambiar nuestro aspecto físico hasta llegar a parecer otra persona, no forma parte del orden básico de nuestra propia imagen. Cuando el guerrero tolteca altera o interrumpe este orden básico, el mundo de la razón se desploma.

Los seres humanos somos infinitamente más complejos y misteriosos -así como el mundo que nos rodea- que la más desarrollada fantasía que se pueda concebir. El problema de ser racional enfrenta muchas desventajas; en principio, porque el mismo hombre moderno no usa su racionalidad en toda su dimensión; bástenos ver el caótico mundo contemporáneo en el que vivimos, que dista mucho de llevarse en forma racional. Y, por otra parte, nuestra razón es muy limitada frente al inconmensurable misterio de la vida y del mundo. El hombre debería ser más humilde con su razón y usarla en forma más eficaz. La razón es muy frágil y limitada. Don Juan sostiene que la razón es un barniz, un baño de oro muy tenue sobre el hombre que, si se rasca levemente, se encontrará a un brujo.

EL TERCER PUNTO

Para el hombre racional es imposible aceptar que es una carga energética y no un cuerpo sólido; que pueda existir un punto invisible donde encaje la percepción. Aun cuando por alguna razón lo aceptara, no podría creer que no estuviera en el cerebro. El hombre racional percibe el mundo a través de las ideas y por eso actúan sus pensamientos y no vive sus actos. El hombre se encierra en sus ideas y en la imagen que crea de sí mismo y del mundo; encerrarse de esta manera garantiza su estado de ignorancia al privarse del desarrollo de todas sus potencialidades. El hombre cree que la brujería es cuestión

de encantamientos y hechicerías y no la libertad de percibir, además del mundo de la razón, un inconmensurable campo de percepciones que entran dentro del especto de posibilidades humanas.
El intento inflexible es una determinación, una firmeza de propósito claramente definido que no puede ser cancelado por deseos o intereses en conflicto. Esta fuerza engendra el "intento" cuando mantiene al punto de encaje en un lugar no habitual. El intento inflexible genera nuevas posiciones del punto de encaje que, a su vez, genera más intento inflexible.
Los guerreros toltecas perciben sus acciones con mayor profundidad, de manera tridimensional, ya que sus puntos referenciales provienen de la percepción sensorial. Lo que es inmediato para nosotros y no lo es, de aquí se desprende todo lo demás. El tercer punto referencial del guerrero es la libertad de percepción. Es el salto mortal de la razón a lo inconmensurable, a lo milagroso, a lo fantástico. Es la acción de Negar más allá de nuestros límites normales para poder percibir lo inconcebible; atestiguar y regresar, sin lesionar a nuestra delicada e imprescindible racionalidad, base y sustento de lo que somos como hombres, pero, al mismo tiempo, nuestro gran lastre para ir más allá de lo habitual y común.

EL MANEJO DEL INTENTO

Las etapas que pasa un guerrero por la senda del conocimiento son cuatro, y éstas están en referencia a su vínculo con el espíritu. La primera es cuando tiene un vínculo herrumbroso y, por consiguiente, desconfiable. La segunda cuando se logra limpiar el vínculo. La tercera cuando se aprende a manejarlo. La cuarta cuando se aprende a aceptar los designios de lo abstracto.
Para Don Juan el conocimiento silencioso y la razón son un puente de una sola mano llamado "interés". Los hombres del conocimiento silencioso no mantienen un interés genuino por conocer la fuente de su saber. Otro puente de una sola mano es el "puro entendimiento"; es decir, que la razón, por más que sea, no es sino un granito de arena en un desierto.

INTENTAR APARIENCIAS

El hombre es una carga energética contenida en su capullo; la consciencia proviene de la presión que ejercen las emanaciones del Águila -tanto las externas como las internas- en un sitio determinado del capullo llamado "punto de encaje". En la vida cotidiana el guerrero percibe sus actos a través del punto de encaje. Cuando el hombre común se percibe con la razón, es un cúmulo de ideas, recuerdos y aspiraciones. El guerrero se percibe como una carga de energía a través de su punto de encaje. El hombre racional experimenta a través de sus ideas, y el guerrero a través del punto de encaje y sus diferentes posiciones. Para un guerrero la información se almacena en la propia experiencia, o sea, en el lugar que estaba el punto de encaje cuando vivió el evento; por eso, cuando mueve su punto de encaje al lugar donde estaba cuando sucedió el evento, el guerrero vuelve a revivir la experiencia, y a eso le llama "acordarse".
Los guerreros toltecas almacenan información a través de la intensidad del movimiento del punto de encaje; creemos que de esta manera Castaneda escribe su obra, como dijimos anteriormente, como un acto de brujería.
Con el fin de protegerse del desbordante efecto de la percepción, los guerreros usan el acecho, ya que éste mueve el punto de encaje en forma leve, pero constante, y esto le permite al guerrero reforzarse. El "desatino controlado", producto del acecho, es el medio por el cual el guerrero puede tratar con el conocimiento silencioso y con el mundo cotidiano sin el temor de embarrarse y sucumbir. Don Juan dice que el hombre tiene un poderoso "lado oscuro y siniestro", pero que no es otra cosa que nuestra "estupidez".
La Toltequidad ha tenido muchas etapas,

grandes descubrimientos, pero también grandes fracasos. Ahora el conocimiento se mantiene en niveles de impecabididad. Personalmente no sabemos por qué se abre en estos momentos al mundo cotidiano, pero estamos seguros que debe ser por una poderosa razón que Castaneda no ha explicado en sus libros o probablemente tampoco lo sepa y sólo cumpla con los "designios del poder".

Lo cierto es que la Toltequidad ahora no cuenta con ritos, religiones o edificios construidos a la morbidez y a la obsesión, ni cuenta con maestros para desarrollar el culto a la importancia personal. Don Juan dice que él no es maestro de nadie y que nada se puede enseñar de la brujería y que nadie necesita de maestros, gurús o guías; que el conocimiento está ahí, para el que tenga suficiente energía o sepa cómo ahorrarla. En todo caso la labor de un nagual es dirigir y desarrollar a la consciencia para que penetre en lo abstracto, libre de cargas e hipotecas.

Don Juan da un ejemplo muy claro y sencillo de lo que es la Toltequidad cuando dice que la consciencia de ser podría ser una inmensa casa y que la consciencia de la vida cotidiana del hombre común es como estar herméticamente encerrado en un solo cuarto de esa gran casa durante toda la vida. Don Juan dice que el hombre entra y sale de ese cuarto por dos aberturas mágicas que son: el nacimiento y la muerte. Los antiguos videntes toltecas descubrieron la manera de salir de ese cuarto sin tener que morir, pero tan sólo para pasar a otra habitación de la gran casa. Los nuevos videntes toltecas obtuvieron un logro todavía más importante: lograron conocer el secreto de cómo salir no sólo de la habitación y perderse en la inmensidad de la casa, como les pasó a los antiguos videntes, sino llegar a la consciencia total, a la libertad total; es decir: ¡salir de la misma casa!

EL BOLETO PARA IR A LA IMPECABILIDAD

Al final, Don Juan insiste en que todo se basa en el movimiento del punto de encaje y que para ello es necesaria la energía que se ahorra y después se recanaliza a través de la impecabilidad.

El problema del hombre común y del guerrero es él mismo; el problema se reduce al uso y ahorro de la energía. Don Juan dice que el hombre moderno intuye sus recursos internos, pero no se atreve a usarlos; su mal viene del contrapunto entre su estupidez y su ignorancia. Don Juan dice que ahora, más que nunca, el hombre necesita aprender nuevas ideas que tengan que ver con su mundo interior, ideas relativas al hombre frente a lo desconocido, frente a su muerte personal. Don Juan dice que, como nunca, el hombre ahora necesita conocer lo que es la impecabilidad y los secretos del punto de encaje.

IX. EL ARTE DE ENSOÑAR

Primera edición en inglés, 1993
Primera edición en español, 1993
Título original: lhe Arl of Dreaming
Published by arrangement with Harper Colins Publishers, Inc.
D.R. Cl 1993 Editorial Diana, S.A. de C.V.

Hasta la primavera de 1996 Carlos Castaneda ha publicado nueve libros. En el lapso transcurrido entre la publicación del octavo (El conocimiento silencioso, 1987) y el último (El ante de ensoñar, 1993) Castaneda probablemente vivió las consecuencias de ser un nagual de tres puntas y no de cuatro, como su maestro Don Juan lo supuso.

Los naguales son personas que tienen cuatro comportamientos de energía en vez de dos, que es lo común. Castaneda encuentra muchas dificultades para "ensamblarse" en el grupo que Don Juan le preparó y al parecer inicia otro grupo que

integran Florinda Donner, Taisha Abelar y Carol Tiggs.
Esos años, entre la publicación del octavo texto y el noveno, probablemente sean la activación de una nueva estrategia del poder o la creación de un nuevo linaje para estos modernos naguales y guerreras que han dado un salto mortal, saliendo de la clandestinidad y pasando de la cultura oral a la cultura escrita.
En efecto, como Don Juan lo señala, en estos diez mil años de existencia del "conocimiento", desde los antiguos brujos, pasando por el linaje al que perteneció el propio Don Juan y llegando hasta el moderno nagual Castaneda, el conocimiento ha sufrido muchos cambios.
De lo que menciona Don Juan señalaremos que los primeros brujos de la antigüedad fracasaron porque se obsesionaron en el mundo de la segunda atención y descuidaron el de la realidad inmediata, el del primer anillo de poder.
Otra etapa que menciona Don Juan es la que iniciaron los brujos sobrevivientes a la primera etapa y que, haciendo un recuento de sus prácticas y analizando sus errores, iniciaron nuevamente el estudio del conocimiento, pero ahora a través de una férrea disciplina que llamaron "el camino del guerrero", "el arte del ensueño" y "el arte del acecho". Cuando estaban en el inicio de este ciclo llegaron los invasores europeos y, con la Conquista y la Colonia, esta nueva etapa tuvo que refugiarse en la segunda atención y afinar aún más su discipline para poder sobrevivir en el infierno de la Colonia y sus pinches tiranos.
Fue en esa época, en los comienzos del siglo XVIII, cuando se inicia otro ciclo con la aparición ante e nagual Sebastián -quien se agazapaba como sacristán en una iglesia de la sierra norte de Oaxaca- de un brujo sobreviviente de la primera época y que había logrado permanecer vivo misteriosamente todos esos milenios, pero que en esos momentos estaba perdiendo su energía. Por lo que obligó al nagual Sebastián a hacer un trato, en el que los naguales le cederían parte de su energía para que él siguiera viviendo a cambio de que les diera un regalo de poder. Este acuerdo ligó a los seis naguales que le sucedieron y marcó otra época en los linajes, pues la información que han recibido de aquel antiguo brujo, que ellos llamaron "el inquilino", cambió el curso del conocimiento.
Al parecer Carlos Castaneda inicia un nuevo ciclo, no sólo por ser un nagual de tres puntas, sino porque ahora el conocimiento que Por siglos se mantuvo de manera secreta por medio de la transmisión oral, hoy en día se encuentra al alcance de cualquier persona a través de libros. Además la tarea que le debió asignar el poder al nagual Castaneda al parecer todavía no es muy clara.

Por otra parte, el 17 de octubre de 1993, en el numero 3271 del periódico La Jornada de la ciudad de México, aparece una inserción pagada con el siguiente texto:

A LOS LECTORES DE CARLOS CASTANEDA, AL PÚBLICO EN GENERAL:

Carlos Castaneda aclara que, sin distinción alguna, NO es Responsable de los actos, eventos y publicaciones de personas o grupos que con fines lucrativos o altruísticos se autonombran sus discípulos.
Asimismo, Carlos Castaneda NO autoriza que utilicen su nombre o los términos y conceptos contenidos en sus libros.

De esta inserción pagada se desprenden tres cosas: la primera es que no ha sido Carlos Castaneda quien la mandó publicar.
La segunda, que algunas personas se han dedicado a embaucar a personas más que "inocentes" que piensan que en esta sociedad de consumo pueden comprar el conocimiento a través de "gurús de plástico" que, por costosas mensualidades, los llevarán a ser guerreros.
La tercera es que, si Castaneda la publicó (cosa que personalmente no creo pues un nagual no está enganchado y preocupado con los hechos y malhechos de sus seme-

jantes), se desprenden a su vez dos consideraciones: una, en el sentido de que el nagual Castaneda no se puede "apropiar" de estos milenarios conocimientos, que Don Juan generosamente le transmitió y que el reconoce que no los inventó, sino que han sido y son un valioso legado, patrimonio cultural de México y el mundo, que viene de miles de años atrás transmitido de una generación a otra.

La otra consideración sería: ¿Cómo explicamos las publicaciones que han hecho tanto Florinda Donner como Taisha Abelar y que han sido prologadas y comentadas por el nagual Castaneda y -aún lo más insólito- los "cursos" y conferencias que se han realizado sobre la "Tensegridad", a un alto costo de admisión y anunciados en los medios como impartidos por las "guerreras guardianas rastreadoras de Carlos Castaneda?.

Al respecto, en el periódico Excélsior de la ciudad de México, el 17 de enero de 1996, en la sección "B", aparece una nota con el siguiente encabezado: "SEMINARIO DEL ANTROPÓLOGO CASTANEDA A BÉNEFICIO DE LOS NIÑOS DE LA CALLE" y que comienza de esta manera: "A beneficio de los niños de la calle, encausado a través de las fundaciones Dr. José Álvarez, IAP, Ciudad de los Niños; Carlos Moreno Miramón, IAP y Hogares Providencia del Padre Chinchachoma, vendrá a México por primera vez el mítico antropólogo Carlos Castaneda, nos dice Lucero Arce, coordinadora de un seminario acerca de sus teorías..."

Y en el periódico La Jornada de la ciudad de México el lunes 29 de enero de 1996 aparece una entrevista que realiza Arturo García Hernández, de la cual reproducimos las siguientes líneas:

"-Usted ha escrito que el camino del guerrero es un camino solitario. ¿No hay una contradicción al hacer cursos masivos como el de la Tensigridad?

"-No. Yo aquí estoy hablando de cosas duras. A lo mejor la Tensigridad les da la energía para hablar de cosas de verdad pesadas. Por algo se empieza.

"¿Qué espera de la apertura que ahora están iniciando?.

"-No sé qué es lo que va a pasar. Don Juan nunca me dijo qué es lo que va a pasarme enfrente de las masas. { ... } Antes estábamos atentos a proseguir de acuerdo a los mandatos de Don Juan. Ahora quiero enseñar así porque es una deuda tremenda que ya no puedo pagarle a él.

"-¿No tiene miedo de convertirse en gurú?".

"-No porque no tengo ego. No hay cómo".

Todos los acontecimientos y entrevistas que se han dado a partir de la última publicación nos llevan a pensar que el nagual Castaneda está iniciando un camino nuevo, sin su antiguo equipo y sin la asesoría de su maestro, el nagual Juan Matus.

En este camino el concepto de la "Tensegridad" y de los llamados "pases mágicos" vienen a compartir un lugar con los "viejos" conceptos de nagual, tonal, importancia personal, acecho, ensueño, punto de encaje, etcetera.

Otra aportación importante a las llamadas "Enseñanzas de Don Juan" vienen a ser los espléndidos libros de las guerreras: Ser en el ensueño, de Florinda Donner, publicado en inglés en 1991 y en español en 1993 por Emecé Editores y Donde cruzan los brujos, de Taisha Abelar, publicado en inglés en 1992 y en español en 1993, por Editorial Diana. Estos dos trabajos puntualizan algo básico e importante de la Toltequidad, como es la "visión femenina" del conocimiento. En los nueve libros de Castaneda encontramos una aproximación "masculina" a este maravilloso, increíble y aterrador mundo delconocimiento del México antiguo llamado Toltecayotl o Toltequidad .

Para una mente colonizada, producto de la cultura judeo-cristiana, en la que el indio y la mujer siempre han sido desvalorizados; un indio y una mujer están imposibilitados para acceder y, menos aún, manejar el conocimiento". Es por ello que estas aportaciones enriquecen la visión de la Toltequidad, pues para las culturas del México antiguo la mujer ocupaba un lugar complementario al del hombre.

En el mundo de nuestros viejos abuelos se veneraba al "dios supremo", el cual no tenía nombre pues era innombrable, y no tenía representación física porque era invisible, y al que sólo se le conocía como Tloque-Nahuaque (dueño del cerca y del junto), o también como Ipal-Nemohuani (aquel por quien se vive), o YohuaHi-Ellécatl (noche y viento), y que en conjunto se aproximan poéticamente a un concepto totalmente abstracto de dios.

Pero en seguida de esta abstracción aparece Ometeotl (dios dual), del que se desprende un par de opuestos complementarios: Ometecuhtli (de los dos, El Señor) y Ometecihuatl (de los dos, La Señora).

Para los antiguos mexicanos la mujer y el hombre formaban un par de opuestos complementarios. Finalmente diremos que en el período postclásico y decadente de los aztecas, el poder de México-Tenochtitlan estaba compartido por dos personajes que dependían del consejo supremo llamado Tlatocan. El Tlatoani (el que habla) y la Ziuhacóatl (mujer serpiente) eran los encargados de gobernar y administrar el imperio, res- pectivamente.

Estos ejemplos nos demuestran cómo la mujer comparte con el varón la misma responsabilidad en el mundo religioso, político y administrativo de los viejos abuelos, lo cual nos hace suponer que en el campo de la Toltecayotl esto no es diferente.

Los trabajos de Donner y Abelar nos descubren un mundo femenino en las enseñanzas de Don Juan; nos aportan una diferente visión no sólo de las enseñanzas sino también del propio Don Juan.

Florinda Donner nos brinda su aportación sobre el Xcarte de ensoñar", y Taisha Abelar entrega su visión experta del "arte de acechar". La Toltequidad señala que de acuerdo a su "temperamento básico" los prac- ticantes se dividen en dos grupos complementarios: el de los ensoñadores y el de los acechadores.

Los primeros son los que poseen una facilidad in- trínseca para lograr estados de consciencia acrecenta- da a través del control de sus sueños. Esta habilidad la desarrollan al punto de convertirla en un "arte".

Los segundos, los acechadores, de igual manera a partir de su temperamento básico, poseen una facili- dad --en principio innata- para tratar con los he- chos. Los acechadores logran, a través del manejo y control de sus actos, penetrar en estados de conscien- cia acrecentada; esto lo logran a través de una sofisti- cada estrategia que llaman "el arte del acecho".

En los dos textos se trasluce de manera impecable la superioridad de la mujer para entrar en los campos del antiguo conocimiento llamado Toltequidad, ya que su conexión con el conocimiento es "expansivo", mientras que la del varón es restrictiva. Los varones se conectan con lo concreto y se dirigen a lo abstracto; las mujeres, en cambio, se conectan con lo abstracto y tratan de entregarse a lo concreto. Estos libros nos enseñan la conexión femenina con el espíritu; nos demuestran contundentemente el lado femenino del razonamiento; en otras palabras, nos hacen entender el concepto de Ometecihuatl.

Ambos libros fueron prologados por el nagual Carlos Castaneda quien, en el de Florinda Donner, señala que al preguntarle a la autora la razón de escribir el libro, ella le contestó que le era indispensable relatar sus propias experiencias en el "arte de ensoñar" para "incitar" intelectualmente a los que pretenden tomar en serio los conocimientos de la Toltecayotl que manejó Don Juan, y que versan sobre las ilimitadas posibilidades de la percepción humana.

Entrando a El arte de ensoñar, diremos que representa un desafío. En la contraportada Carlos Castaneda señala que fue un trabajo difícil y que cuando lo terminó pensó que no debería publicarlo. Sin embargo, las guerreras lo "transportaron" a la segunda atención y años después el texto se transformó, con una "ominosa fuerza" que no tuvo al ser escrito.

Este libro contiene 13 capítulos en 280 páginas, y pretende penetrar en el arte del ensueño y, como señala el propio Castane-

da, él y las guerreras entienden que tratar de hablar o escribir acerca del ensueño es descabellado, dado que hacer afirmaciones racionales sobre algo tan abstracto es más que absurdo porque resulta imposible.

La obra completa de Castaneda pretende describir las múltiples posibilidades que tiene la percepción humana frente al universo que nos rodea. La Toltecayotl o las enseñanzas de Don Juan, son el intento de "corporizar" algunas premisas específicas, teóricas y prácticas, a partir de la posibilidad de percibir sin obsesiones este mundo, y otros más, como cargas de energía, tan reales y válidas, como las que todos percibimos.

La Toltecayotl desarrolló una serie de técnicas para penetrar en esos diversos mundos energéticos. Para ello se tiene que reacondicionar la capacidad energética de percepción, y a esto le llamaron "el arte de ensoñar", que es la entrada al "infinito" de las posibilidades humanas y a lo inconmensurable del universo.

Aquí Castaneda señala algo que resulta importante para entender los esfuerzos que está haciendo este nuevo linaje de naguales modernos, representado por Castaneda y las tres guerreras, pues afirma que Don Juan le dijo que estaba convencido de que la humanidad necesita -para sobrevivir esta caótica etapa- cambiar la base social de su percepción. Con lo cual se entendería, de alguna forma, el por qué de difundir este milenario conocimiento del México antiguo.

La percepción que actualmente todos tenemos del mundo es una percepción social, porque, a fin de cuentas, todo lo que nos rodea está compuesto de moléculas y éstas, a su vez, se componen de átomos; y los átomos son cargas energéticas. De modo que la "esencia" de todo lo que nos rodea es energía.

Sin embargo, desde que nacimos nos enseñaron a percibir a la energía como objetos; esto es lo que Don Juan llama la primera atención (o el primer anillo de poder); la mayoría de los seres humanos vivimos y morimos con esta única forma de percibir.

Pero la Toltecayotl -o las llamadas enseñanzas de Don Juan-, que es una práctica milenaria y una mínima parte de la herencia de un patrimonio cultural ignorado, nos per- mite percibir la esencia de las cosas; o, dicho de otra forma, nos permite, a través de una rigurosa técnica muy disciplinada, "ver" la esencia del universo.

Esto significa percibir la energía directamente. Los antiguos practicantes de estos conocimientos describen la esencia del universo como hilos incandescentes que se expanden hacia todas las direcciones posibles: pequeños filamentos luminosos que poseen consciencia de sí mismos.

Inmediatamente después que los antiguos practicantes "vieron" la esencia del universo, también vieron al ser humano y encontraron que estaba conformado por una carga energética blanquecina y brillante, con forma de huevo luminoso. También "vieron" que el huevo luminoso era más grande que el cuerpo físico y que contenía los mismos filamentos que constituían el universo, pero tenía una parte más brillante a la altura del omóplato derecho, en el cuerpo energético. Y vieron que en este lugar se alineaban los filamentos de adentro con los de afuera, y que ello producía la percepción. A este lugar le llamaron "punto de encaje" y también pudieron "ver" que el punto de encaje, al moverse, permitía otras percepciones.

Los antiguos practicantes desarrollaron una técnica muy sofisticada para mover a voluntad el punto de encaje; a esta técnica la llamaron "el arte del ensueño", pues con ella se pueden expandir y acrecentar las posibilidades de lo que se percibe, e identificaron cinco condiciones en el flujo energético de los seres humanos. La primera es que sólo los filamentos que pasan exactamente por el punto de encaje se transforman en percepciones coherentes.

La segunda es que cuando el punto de encaje se mueve en cualquier dirección, aunque sea levemente, filamentos distintos empiezan a pasar por el punto de encaje, lo que propicia otra percepción diferente.

La tercera es que vieron que en el sueño el

punto de encaje se mueve levemente por sí mismo en la superficie del huevo luminoso o hacia su interior.
La cuarta es que vieron que a través de la técnica disciplinada, llamada "el arte del ensueño", se podía mover el punto de encaje en los sueños a voluntad.
Y, como quinta, vieron que se puede mover el punto de encaje hacia afuera del huevo luminoso y entrar en contacto con el universo energético, más allá de lo humano.
El texto de Castaneda aborda lo imposible de una manera absurda. A través de una metodología que se antoja fantástica, y a la que llama "las siete compuertas del ensueño", pretende que el sueño común se transforme en el mecanismo con el cual el practicante logre templar el cuerpo energético, para hacerlo coherente y flexible como el cuerpo físico, ejercitándolo poco a poco, a través de una férrea disciplina que se antoja imposible sostener por largo tiempo (años enteros) con un esfuerzo sostenido, sin ambición y sin obsesión. Éste sería el logro fundamental de la Toltequidad y el medio para lograr la libertad.
Al condensar el cuerpo energético es posible convertirlo en una unidad capaz de percibir de manera independiente a la percepción del cuerpo físico. Esto se logra no sólo con la práctica de la ensoñación, sino que, para obtener energía, se requiere modificar el comportamiento durante la vigüia, para recanalizar la energía que se necesita para mantener la atención en el ensueño. Como se ha dicho repetidas veces a lo largo de las obras de Castaneda, la manera en que gastamos la mayor parte de la energía depende de la necesidad de mantener y acrecentar la importancia personal, base de nuestro ser y, al mismo tiempo, de nuestra mayor limitante. El ser humano, al no poder "crear" más energía que la que tiene, debe ahorrar y recanalizar la que posee.
Don Juan le enseña a Castaneda que el "arte del ensueño" trata del desplazamiento del punto de encaje, y que "el arte del acecho" implica la fijación del punto de encaje en cualquier lugar en el que se haya desplazado. Por ello estas dos técnicas son complementarias y mutuamente insustituibles.
El texto, como lo advirtió Castaneda, se va tornando, poco a poco, fantástico e increíble. Aparecen en los ensueños de Castaneda "los rastreadores, los exploradores y los emisarios". El mundo de los seres inorgánicos que empieza a percibir el autor a través de sus prácticas de ensueño resulta, lógica y racionalmente, imposible de aceptar, fundamentalmente porque se carece de la energía suficiente para "entenderlo".
Me permito señalar una idea que Castaneda maneja en las páginas 162 y 163 de su libro. Allí relata que un día, estando en el Museo de Antropología e Historia de la ciudad de México con Don Juan, éste le dijo que todas las esculturas que estaban en una sala eran un "archivo" que habían dejado los brujos antiguos, y que cada piedra se podía leer a través del movimiento del punto de encaje, del mismo modo en que se lee la página de un libro.
Don Juan le propone a Castaneda que fije su mirada en una de ellas, que silencie su mente y trate de mover su punto de encaje. Al respecto, Castaneda dice que empezó a ver y oír cosas que no podría explicar. Menciona que había estado en esa sala en ocasiones anteriores en calidad de antropólogo, manejando la información de los "eruditos" en la materia, descripciones basadas en la mentalidad del hombre moderno (y nosotros añadiríamos que también en una mente colonizada). Castaneda reconoce que la primera vez le parecieron "idioteces," totalmente arbitrarias. Pero esa vez, en virtud de lo que él pudo percibir gracias al movimiento de su punto de encaje, sumado a lo que le dijo Don Juan sobre ellas y lo que él "vio y oyó", nada tenía que ver con lo que había leído y oído antes. Éste es otro ejemplo de la vinculación que existe sobre la historia del México antiguo, su pensamiento filosófico y las llamadas por Castaneda "enseñanzas de Don Juan", Toltequidad o Toltecayotl.
La obra de Castaneda puede ser un pun-

to de referencia para que los mexicanos abordemos nuestro pasado desde un punto de vista descolonizado y una perspectiva filosófica.

Estudios como el que acaba de presentarnos el Dr. Rubén Bonifaz Nuflo en su libro Cosmogonía antigua mexicana. Hipótesis iconográfico y textual, UNAM, 1995, vienen a llenar el gran vacío que existe en la visión y comprensión de nuestro patrimonio cultural, desde una posición descolonizada, pues desde 1521 lo nuestro, lo propio, ha pasado a ser: primero diabólico, después primitivo y ahora folclórico y turístico.

El arte de ensoñar representa un desafío a quien ha seguido la "autobiografía" que Castaneda nos ofrece en toda su obra. El mundo del ensueño, con los exploradores, los rastreadores, los emisarios, las poderosas fuerzas de los seres inorgánicos y, finalmente, el encuentro con ese inquietante, misterioso y aterrador personaje imposible de aceptar y menos imaginar, llamado "el inquilino", un desafiante de la muerte que lleva vivo milenios enteros y que posee los conocimientos de los brujos de la antigüedad y que, según el texto, ha encontrado la puerta a la libertad a través de la energía de Carol Tiggs y Carlos Castaneda, nos deja en un verdadero estado de incertidumbre.

Si a todo esto le sumáramos las acciones que aparentemente contradicen las enseñanzas de Don Juan, tal como dar cursos y conferencias a personas que puedan pagarlos; o aceptáramos que el milenario conocimiento, patrimonio cultural del pueblo de México, ahora "pertenece" a un selecto grupo de discípulas del nagual Castaneda, deberíamos pensar que Castaneda está en busca de un destino personal, en el que no caben los miles de seguidores que tiene en todo el mundo y que, contradictoriamente, hoy más que nunca, se expone ante las masas, que piensan que Castaneda les está transmitiendo el conocimiento de Don Juan, para tratar de corresponder a lo que él le dio.

Castaneda señala que Don Juan le dijo: "Si crees que algo me debes y no puedes pagarme a mí, págale al espíritu del hombre" (La jornada, 29-1-96). ¿Será lo que están haciendo estos modernos naguales y guerreras?.

Sea como fuere, ahí están los nueve textos de Castaneda y los dos de Donner y Abelar. Ahí están los milenarios conocimientos -que se mantuvieron por largo tiempo de manera secreta- ahora expuestos a la luz pública para aquellos que tengan un poco de energía disponible, para los que intenten percibir la realidad, bajo otras premisas, para los que tienen la mente flexible y descolonizada, para los viajeros que estén dispuestos a pagar un boleto muy alto en el ave de la libertad.

Estos textos no son antropología, ni literatura, ni ciencia ficción. En todo caso son una realidad aparte. El inicio de un nuevo linaje de conocimiento, ahora transmitido de manera escrita, pero que tiene mucho que ver con el pasado de la milenario civilización de los pueblos originarios, que en estos últimos cinco siglos de negación, genocidio e injusticia, han sabido guardar, como impecables guerreros, sus conocimientos y que ahora se nos revelan como "la reserva espiri- tual de México".

Don Juan le recomendó a Castaneda que no escribiera sus libros como escritor sino como brujo, a través del complejo y sofisticado arte de la ensoñación.

Del mismo modo, los libros de Castaneda tienen que ser leídos como objetos de poder y los lectores asumirse humildemente como modernos aprendices de brujería.

X. PASES MAGICOS

La sabiduría práctica de los chamanes del antiguo México: la TENSEGRIDAD.

Primera edición en inglés, 1998
Primera edición en español, 1998
Título original: Magical Passes
271 páginas. Editorial Atlántida. S.A.
Traductor: Dorotea Pláciáng de Salcedo
Impreso en España.

A principios de 1998 aparecerá el último libro de Carlos Castaneda, Los Pases Mágicos. La sabiduría práctica de los chamanes del antiguo México: La TENSEGRIDAD, debido a que en abril muere en California, E.U. Según su apoderada legal, de un cáncer en el hígado y fue dada la noticia a los medios hasta julio, ya que según declaró ante la prensa su abogada, si Castaneda había vivido al margen de los medios, la primicia su muerte no tendrían por que tenerla los diarios y los noticieros. Sea como fuere, aparentemente estamos frente al último libro que escribirá, por lo menos bajo este nombre, el reconocido nagual. Han pasado exactamente 30 años de la publicación del primer libro (Las enseñanzas de don Juan, una forma yaqui de conocimiento). Castaneda ha sido durante este tiempo, desde lectura "undergroun", hasta "Best Seler"- pasando por lectura obligada de intelectuales, antropólogos, "azotericos", iniciados y personas en busca de otra realidad. Lo cierto es que la obra de Castaneda en vez de pasar de moda, se ha ido quedando como una lectura inquietante y amenazadora. Para mantenerse 30 años en el mercado, con increíbles tirares, en varias generaciones y con los más ácidos detractores, suponemos que la obra tiene algún mérito.

Se han hecho muchos juicios de su obra y muchos más de su persona que no tiene caso citar. Sin embargo ningún ensayo que yo conozca, incluyendo este, ha logrado "tocar" lo esencial del "conocimiento silencioso". En parte porque tiene que ver con una percepción diferente del mundo y de la vida, pero hasta el momento le ha costado mucho trabajo asimilar a la cultura occidental.

Castaneda da entender en "Pases Mágicos", que en los nueve libros anteriores muy poco trató de la esencia práctica del conocimiento de los charnanes del antiguo México. Durante toda la enseñanza Castaneda vela como don Juan hacia movimientos extraños que además le pedía que los practicara y los aprendiera. Castaneda menciona que, sobre todo al principio, estaba seguro de que don Juan estaba loco y era muy "excéntrico", por lo cual le puso relativamente muy poca atención a esos extraños movimientos que don Juan le enseñó.

En el décimo libro Castaneda confiesa que la parte más importante del conocimiento de los toltecas, está depositado en esos extraños ejercicios. De esto resulta que como lo había estado repitiendo don Juan, y Castaneda por hay lo anotó en sus libros varias veces. "El conocimiento silencioso" no se aprende através de la razón, ni por libros sino a través del cuerpo.

Se parte de que los seres humanos somos cargas energéticas; huevos luminosos como describe don Juan. Estos huevos luminosos tienen una determinada carga energética que no se puede aumentar por una parte. Por otra, el "huevo luminoso" en el ejercicio de su vida, deja de utilizar grandes cantidades de energía que se van "depositando" en lugares no accesibles por lo común en el huevo. Estos "depósitos" de energía tienen que ser activados e incorporados al torrente energético de uso cotidiano, para con ello, proporcionarle energía "fresca" al guerrero, para tener la capacidad de entrar en contacto con la "otra realidad", con lo inconmensurable.

De modo que lo que le enseño don Juan a Castaneda fue a ahorrar energía en su vida cotidiana. Esto es, "vivir como guerrero", este ahorro de energía, junto con la refuncionalización de la energía acumulada y no usada, son la puerta al conocimiento silencioso,... a la eternidad.

Esos ejercicios que don Juan le enseño sin mayor aspavientos durante muchos años

a Castaneda, son reconocidos ahora como "Los Pases Mágicos" y según el autor se los atribuye a los toltecas del México antiguo. Sin embargo, en la dedicatoria de este libro, Castaneda deja un pensamiento críptico:
"A cada uno de los practicantes que, al unir sus fuerzas en torno de ella, me han puesto en contacto con formulaciones energéticas a las que ni don Juan ni los chamanes de su linaje tuvieron acceso jamás".
De esta manera resulta que lo que llamaba Don Juan "pases mágicos" o como ahora le llama Castaneda "tensegridad", es una "variante" más avanzada que la que practicaron por mi1es de años los toltecas de México. Por lo menos es lo que propone Castaneda.
Racionalmente se escucha coherente. Somos cargas energéticas y el conocimiento no es más que energía en el huevo luminoso, no se puede crear o transformar, sólo se puede "recanalizar". Luego entonces, las "enseñanzas de don Juan", no son otra cosa más, que la realización de la energía del huevo luminoso, para con ello, penetrar a campos de lo inconmensurable y de lo trascendente.
Esta recanalización se hace a través de la tensegridad, que son una serie de pases mágicos o ejercicios en series determinadas, que pretenden estimular cierta energía que se encuentra acumulada en lugares específicos del huevo luminoso, estas "acumulaciones" se deben a la forma irresponsable en la que vivimos o dicho en otras palabras, en la forma irresponsable en la que usamos y desperdiciamos nuestra energía. Cómo el "huevo luminoso" no puede obtener más energía que la que contiene, es necesario utilizar la que se ha ido quedando acumulada por una forma incorrecta de vivir. Esta recanalización de la energía desperdiciada se logra através de unos ejercicios o pases mágicos, que el practicante aprende como rutinas en varias series. Esta "estimulación" de su energía no utilizada, produce a lo largo de mucho tiempo y de una rigurosa práctica, efectos sorprendentes en el huevo luminoso y se traduce en el ánimo y consciencia del practicante.
El texto en cuestión contiene una Introducción, una explicación de lo que son los pases mágicos, otra de la tensegridad y finalmente lo que llama "Las seis series de la tensegridad".
Después divide al libro en cada una de las seis series con los siguientes títulos y subtítulos:

PRIMERA SERIE

-Serie para la preparación del intento-
Primer grupo: Aplastar la energía para el intento.
Segundo grupo: Agitar la energía para el intento.
Tercer grupo: Acumular la energía para el intento.
Cuarto grupo: Respirar la energía del intento.

SEGUNDA SERIE

-Serie para la matriz-
Primer grupo: Pases mágicos pertenecientes a Taisha Abelar.
Segundo grupo: El pase mágico relacionado con Florinda Donner-Grau.
Tercer grupo: Pases mágicos que tienen que ver en particular con Carol Tiggs.
Cuarto Grupo: Pases mágicos que pertenecen al Explorador Azul.

TERCERA SERIE

-Serie de los cinco intereses: La serie de Westwood.-
Primer grupo: El centro de decisiones.
Segundo Grupo: La recapitulación.
Tercer grupo: Ensoñar.
Cuarto grupo: El silencio interior.

CUARTA SERIE

-La separación del cuerpo derecho y del cuerpo Izquierdo: serie del calor.-
Primer grupo: Remover la energía del cuerpo izquierdo y del cuerpo derecho.

Segundo grupo: Mezclar la energía del cuerpo izquierdo y del cuerpo derecho.
Tercer grupo: Mover la energía del cuerpo izquierdo y del cuerpo derecho por la respiración.
Cuarto grupo: La predilección del cuerpo izquierdo y del cuerpo derecho.

QUINTA SERIE

-Serie de la masculinidad-
Primer grupo: Pases mágicos en que las manos se mueven al unísono pero se mantienen separadas.
Segundo grupo: Pases mágicos para localizar la energía de los tendones.
Tercer grupo: Pases mágicos para robustecer la resistencia.

SEXTA SERIE

-Dispositivos utilizados en combinación con pases mágicos específicos-
Primera categoría.
Segunda categoría.

El libro esta construido de tal manera, que resulta una guía práctica para iniciarse en estos, que llamaremos, ejercicios de consciencia. Con explicaciones más o menos aplicables y apoyadas con fotografías, el lector puede ir penetrando en la práctica cotidiana en los pases mágicos.
Tal vez, lo más importante es la respuesta que irá teniendo el propio cuerpo o huevo luminoso. En efecto, como estas enseñanzas no son racionales sino energéticas, el cuerpo al través del ejercicio y la práctica, "va enseñando a la mente" a hacer mejor los ejercicios, en virtud del estímulo que recibe o dicho de otra manera, del bienestar que experimenta, del bienestar que experimenta al realizarlo de tal o cual forma el ejercicio.
Esta es pues, la propuesta final que nos entrega el nagual Carlos Castaneda antes de retirarse de este mundo. Su obra contiene aportaciones importantes al mundo de las ideas de nuestros tiempos. Ya sea como la concepción del mundo y de la vida de don Juan y los toltecas del antiguo México o sea la de Carlos Castaneda, suponiendo de que toda la obra fuera creada a partir de la imaginación de este "talentoso escritor". Sin embargo, la obra esta ahí y es innegable en estos 30 años.
Entre las aportaciones más importantes que encontramos en la obra de Castaneda, sería la incorporación de la figura del Chaman u "Hombre de conocimiento indígena", en el mundo de la ciencia, los intelectuales y los investigadores occidentales. Como lo señala Octavio Paz, en el prólogo del primer libro que editó el Fondo de Cultura Económica en 1974.
"Si los libros de Castaneda son una obra de ficción literaria, lo son de una manera muy extraña: su tema es la derrota de la antropología y la victoria de la magia, si son obras de antropología, su tema no puede ser lo menos, la venganza del "objeto" antropológico (un brujo) sobre el antropólogo hasta convertirlo en un hechicero. Antiantropología. " (Las enseñanzas de don Juan Página 1l).
Los antropólogos son quienes más niegan algún valor en la obra de Carlos Castaneda. Nuestro admirado amigo Guillermo Bonfil Batalla, uno de los más brillantes antropólogos que ha tenido México, cuando le pedí que me hiciera el prólogo para la primera edición del ensayo Para leer a Carlos Castaneda, se negó rotundamente y literalmente me dijo; "tocayo pídeme cualquier otra cosa, menos hacer un prólogo sobre Castaneda".
La segunda aportación sería el exponer un cuerpo de ideas muy decantadas y complejas sobre el mundo y la vida, que un indio yaqui llamado don Juan nombra toltequidad y que los expertos como Miguel León Portilla reconocen corno Toltecayotl. En efecto, Castaneda nos presenta un sistema de conocimiento que según le enseñó su maestro don Juan, como la herencia milenaria del México antiguo. El hablar y aceptar que en el México antiguo existió un sistema muy decantado y complejo de conocimientos, que no sólo explicaban el mundo y la vida (filosofía), sino que les

dieron el "poder" para interactuar eficientemente en el mundo concreto en el que vivieron. De esta manera se derrumba el mito para sojuzgar permanentemente a los pueblos indios creado por los colonizadores europeos, de que los indígenas eran salvajes e incapaces de crear una filosofía definida y decantada, que sólo poseían una diabólica religión politeísta. Pero lo que resulta también importante es destruir el mito de que "todo lo antiguo es necesariamente primitivo". Las propuestas energéticas del mundo y del ser humano que don Juan y su linaje manejan según Castaneda, resultan muy avanzadas para nuestros tiempos.

La toltequidad, la Toltecayotl o como ahora le llama Castaneda, "la tensegridad", se nos presenta como un conocimiento muy avanzado de la energía, que occidente todavía no logra descifrar cabalmente. Nos permite superar la idea de que los vestigios arqueológicos de estos audaces investigadores, eran "centros ceremoniales" para rendir culto a los "dioses" asociados con los fenómenos naturales como el viento, el rayo, el agua y que, fueron construidas estas impresionantes obras materiales para, "hacer ciudades, fortificaciones, panteones o palacios, de una supuesta nobleza parecida a la europea", en donde realizaban sangrientas ceremonias rituales a sus dioses tutelares.

La tercera aportación fue que Castaneda en 1968, mucho antes de Guillermo Bonfil (1987) y la rebelión indígena de Chiapas (1994), pone en el escenario a los indígenas. En efecto, los indígenas en México debido a

la colonización cinco centenaria representaban el último peldaño en la escala social, eran los Ignorantes, los incapaces, los primitivos. Alguna vez me comentó el escritor José Agustín quien le tradujo en 1982 a Castaneda el libro El Don del Aguila, que en 1968 él trató infructuosamente de que el Fondo de Cultura Económica, editara el primer libro de castaneda. Las enseñanzas de don Juan, una forma yaqui de conocimiento. Es lógico entenderlo, quién en sano juicio en 1968 en México, podría suponer que un indio yaqui podría tener alguna enseñanza para la cultura dominante. El tiempo le dio la razón a José Agustín y en 1974 el Fondo tuvo que editar con 7 años de atraso, el primer libro de Castaneda, ya que se había convertido en super Best Seler, no sólo en Estados Unidos sino en el mundo entero. Para tal efecto, el Fondo tuvo que incorporarle un prólogo de uno de los más conotados intelectuales mexicanos como lo era Octavio Paz. Con el "aval" de Paz, la obra se empezó a vender como pan caliente en México, pero más, como una moda, que como un producto de un despertar de consciencias. Hasta la fecha, a pesar de que los libros de Castaneda tienen ventas superiores a los grandes de la literatura, sigue siendo relativamente un desconocido en México.

Así pues, nos encontramos con al parecer el último libro de Carlos Castaneda, se nos informa "oficialmente" que murió de un cáncer. Nosotros creemos que el tiempo humano del nagual Castaneda probablemente ha terminado. La tarea que tuvo que cumplir en este mundo, después de saltar de un precipicio, allá en lo más alto de la Sierra Norte de Oaxaca, al parecer ha terminado.

Deja un nuevo linaje con sus guerras extranjeras y una nueva práctica con la tensegridad. Carlos Castaneda en algún momento reconoce que don Juan nunca le enseño a tratar con el mundo profano. a quien ahora (extrañamente) le tratan de transmitir el antiguo conocimiento de los legendarios toltecas.

La tensegridad o los llamados "pases mágicos", son una nueva propuesta, de antiquísimo conocimientos toltecas, que nos deja el nagual Castaneda de cara al nuevo milenio.

EPÍLOGO

México es un país con una cultura de origen milenario de la cual, a la fecha, poco se ha investigado de su matriz de cono-

cimiento (filosofía) y mucho menos se ha difundido. Así, el México antiguo parece estar tan sólo en zonas arqueológicas, museos y aburridos libros y "carteles turísticos".

México necesita encontrar en su pasado filosófico (Toltecayotl) un elemento que potencialice ese acervo de conocimientos acerca del hombre, del mundo y de la vida que operó de manera continua durante varios miles de años y que en los últimos 500 ha sido negado y silenciado. Porque será con la esencia de ese conocimiento con el que construiremos el México del siglo XXI.

El Dr. Guillermo Bonfil Batalla, en su obra México profundo, una civilización negada, dice (pág. 31): "Lo que importa subrayar es el hecho de que la milenaria presencia del hombre en el actual territorio mexicano produjo una civilización."

El Dr. Miguel León Portilla, en su obra Toltecayotl, aspectos de la cultura náhuatl, dentro del marco comparativo "desarrollo de las culturas con orígenes autónomos, señala que fue en el año 8000 A.C. cuando se inició la agricultura en Egipto y Mesopotamia; posteriormente, en el año 7000 A.C. se inició la agricultura en la India, China y Mesoarnérica.

Entonces, ¿cómo es posible suponer que mientras Egipto, Mesopotamia, India y China lograron crear, a lo largo de miles de años, filósofos, maestros y religiones que subsisten hasta nuestros días, México no tenga una filosofía o línea de conocimiento que exprese lo que hemos sido, somos y aspiramos a ser?

Es importante señalar que Las enseñanzas de don Juan son una práctica vivencial antes que un sortilegio de la razón, y que muchos pueblos indígenas y campesinos actualmente mantienen incorporada a su vida cotidiana, a sus tradiciones y a sus costumbres, muchas de las prácticas que Don Juan recomienda.

El "ser" indio durante estos últimos 500 años ha requerido de una fuerza interior inconmensurable capaz de soportar el genocidio, el despojo sistemático y la explotación. En la actualidad vivir como indio, marginado en las montañas, es más difícil que sobrevivir como subempleado en las ciudades. La fuerza y sabiduría de los indígenas y campesinos tiene mucho que ver con sus prácticas tradicionales y éstas, a su vez, con los preceptos de la Toltequidad, que son elementos de un pasado milenario que de ninguna manera se ha perdido y si, en cambio, vive a flor de piel en algunos grupos indígenas y campesinos o que también subyace subterráneo en las manifestaciones de las culturas populares y urbanas del México contemporáneo.

En torno a esta matriz filosófica-cultural, Bonfil Batalla nos dice en la obra citada (pág. 32): "No se trata, entonces, de un simple agregado, más o menos abundante, de rasgos culturales aislados, sino de un Plan General de Vida que le da trascendencia y sentido a los actos del hombre, que ubica a éste de una cierta manera en relación con la naturaleza y el universo, que le da coherencia a sus propósitos y a sus valores, que le permite cambiar incesantemente según los autores de la historia, sin desvirtuar el sentido profundo de su civilización, pero sí actualizándola. Es como un marco mayor, más estable, más permanente, aunque de ninguna manera inmutable, en el que se encuadran diversas culturas y diversas historias se hacen comprensibles. Eso nada menos: una civilización es lo que crearon y legaron cientos de generaciones sucesivas que trabajaron, pensaron y soñaron aquí durante milenios." Y en la página 73 de] mismo libro leemos: "Aunque la ideología colonial dominante restringe la herencia mesoamericana viva al sector de la población que se reconoce como indio, la realidad nacional encierra una verdad diferente.

La presencia y la vigencia de lo indio se encuentra en casi todo el espectro social y cultural del país a través de rasgos culturales de muy diversa naturaleza que, indiscutiblemente, tienen su origen en la civilización mesoamericana y que se distribuyen con distinta magnitud en los diferentes grupos y capas de la sociedad mexicana. La presencia de la cultura in-

dia es, en algunos aspectos, tan cotidiana y omnipotente que rara vez se repara en su significado profundo y en el largo proceso histórico que hizo posible su persistencia en sectores sociales que asumen hoy una identidad no india." La presencia de la matriz filosófica-cultural del México antiguo es irrefutable en el México contemporáneo. La obra de Castaneda, desde esta perspectiva, viene a proporcionar un ángulo más para entender y apreciar esta herencia cultural. No queremos decir que es lo "único" y lo "auténtico". Dentro del mismo conocimiento, Don Juan dice que existen "otros linajes".

En un México pluricultural, pluriétnico y plurilingüístico, esta vieja herencia de conocimiento se expresa en múltiples formas. El mismo Don Juan reconoce que en los últimos siglos los hombres de conocimiento han buscado nuevos caminos y que a partir de la conquista se han tenido que refugiar en el mundo del nagual para lograr la supervivencia de este intrincado conocimiento.

Así pues, una de las formas de este ancestral conocimiento, por algún designio inexplicable sale a la luz a través de la "brujería". De manera impecable la cultural oral se convierte en cultura escrita. Tiene que llegar, del exterior a este país colonizado, con el sello de "best seller" y tiene que ser prologado por uno de los intelectuales más reconocidos, Octavio Paz, para que pueda ser leído por un público que mantiene una permanente desvalorización de lo propio.

De esta forma, Castaneda no es un antropólogo o un escritor; Castaneda es un nagual que de manera impecable está cumpliendo con la misión que le designó el poder, después de haber saltado al vacío en aquella montaña de la Sierra Juárez de Oaxaca.

El conocimiento quedará entonces expuesto a la luz pública, sin maestros, sin "gurús", sin ritos ni templos. Una de las vertientes de la Toltequidad quedará al alcance de quien tenga suficiente poder personal para extraer de la obra el conocimiento.

De la Toltequidad existen dos áreas básicas: la del tonal y la del nagual. La primera corresponde al mundo conocido, el de la razón, el de las técnicas para "barrer la isla" con disciplina y, con un intento inflexible, sacar toda la basura que hemos acumulado a lo largo de la vida, fortaleciendo el cuerpo, decantando el espíritu y haciendo flexible nuestra razón; en síntesis, una tecnología para ser "ser humano" en nuestra realidad inmediata. La segunda es la del mundo misterioso, desconocido y aterrador del nagual, al que no se puede llegar hasta no haber trabajado eficientemente el mundo del tonal. No existe ningún avance en el mundo del nagual que no esté sustentado en el tonal. Tomar, la obra de Castaneda por el lado de lo mágico, misterioso Y desconocido es, desde nuestro punto de vista, tomar la puerta falsa, el camino cómodo.

Don Juan plantea que el hombre moderno intuye sus recursos ocultos, pero que no se atreve a usarlos y que transita entre su estupidez y su ignorancia. El tonal de los tiempos está cambiando. Nuestra "realidad" y nuestro "mundo" son un puñado de "ideas". Los cambios que se han operado en el mundo en los últimos cinco años resultarían imposibles de concebir
tan sólo hace diez años; y los cambios que sufriremos en lo que resta del presente siglo, hoy nos resultan inimaginables.

Sin embargo, nada en verdad ha cambiado; cambia la forma de apreciar las cosas, cambian las ideas y tan sólo las ideas que tenemos acerca del mundo.

Don Juan dice que es precisamente ahora cuando el hombre necesita renovar sus ideas, pero no ideas sobre el hombre común, ideas sociales con conceptos y objetos. El hombre necesita nuevas ideas frente a lo desconocido, frente a su muerte personal, acerca de la impecabilidad y los secretos del punto de encaje. Los nuevos tiempos que se avecinan requieren de ese incomprensible conocimiento (que siempre ha estado ahí, a través de miles de años y en varias partes del mundo) para hacerlo comprensible y funciona] a niveles de la

consciencia cotidiana. El hombre requiere de la habilidad para percibir y actuar en el mundo que conocemos. El hombre requiere percibir el mundo no sólo como un cúmulo de conceptos y objetos "materiales", sino también como un mundo de cargas energéticas y requiere percibiese no sólo como un conglomerado de energía, sino como un creador de energía.

Los mexicanos somos hijos de una de las culturas madres de la Tierra y, por tanto, somos un pueblo con identidad; lo que nos ha sucedido en estos últimos 500 años es que hemos sufrido de "amnesia cultural" y hemos transitado por un laberinto de soledades cargando nuestro riquísimo patrimonio cultural.

El presente trabajo pretende una búsqueda y un encuentro a través de esta nueva interpretación de lo que fue y es, el conocimiento de los antiguos mexicanos, sin miedo y sin ambición, como dice Don Juan. Sin miedo a ser atacados y censurados por los intolerantes poseedores de la verdad "científica"; sin la ambición de encontrar una luz que nos ciegue en el camino y nos conduzca a actitudes mesiánicas.

Muchos conocimientos de la Toltequidad están depositados -de una manera inconsciente- en el que hacer cotidiano de los pueblos de México; sin embargo,.pretender que todos nos convirtamos en "hombres de conocimiento" sería una verdadera insensatez, pues, aun en los mejores días de la TOLTECAYOTL, sólo unos cuantos tenían los elementos necesarios para intentar tan impresionante y descomunal desafío; pero si consideramos importante que los mexicanos busquemos en nuestro pasado, en nuestra propia sabiduría y experiencia, elementos que nos permitan sentimos emocionados y orgullosos de lo que hemos sido y, seguros de lo que somos, imaginar y crear nuestro propio futuro con base en nuestros propios sueños y aspiraciones.

Si los mexicanos dejáramos de importar ideas para resolver nuestros problemas e intentáramos buscar en los preceptos filosóficos de la TOLTECAYOTL, que es nuestro patrimonio cultural, tendríamos una nueva actitud para enfrentar "el mundo de aquí y de ahora" que nos ha tocado vivir de cara al siglo XXI.

La Toltecayotl, Toltequidad o las llamadas "Enseñanzas de Don Juan" son tan sólo una rama de ese frondoso y majestuoso árbol del conocimiento humano, no sólo de México, sino del mundo.

LA MUERTE DE NAGUAL CASTANEDA O EL POLVO EN EL CAMINO.

Recientemente se ha publicado en todo el mundo que el 27 de abril pasado murió en California E.U., el antropólogo Carlos Castaneda de un cáncer de hígado. Como al antropólogo y escritor fue muy discreto en su vida y jamás se dejó fotografiar o gravar a pesar de que se han tirado más de 30 millones de ejemplares de sus 10 libros en varios idiomas, manteniendo su vida en el misterio más absoluto, por lo cual se entiende que de esta manera también murió. "La libertad ilimitada de ser un desconocido".

Quienes conocemos la obra de Castaneda creemos que esta "versión oficial" de su muerte, es uno más de los ardides que ha sabido usar el Nagual para pasar inadvertido en medio de una multitud. Lo cierto probablemente, es que Castaneda ha dejado de existir como "Best Seler" y punto.

El Nagual Castaneda murió para el mundo profano aquella tarde en la que salto desde un inmenso acantilado en la Sierra Norte de Oaxaca. Castaneda lo relata al final de sus Relatos de Poder (1974).

"Cruzamos el estrecho valle y trepamos a las montañas del lado este. Al pardear la tarde nos detuvimos por ,fin en una meseta plana y yerma que miraba un valle alto hacia el sur La vegetación había cambiado drásticamente. En todo el derredor había montañas redondas y erosionadas. La tierra del valle y las laderas estaba parcelada y cultivada, pero aun así toda la escena me sugería esterilidad.

El sol ya delinaba sobre el horizonte del

suroeste. Don Juan y don Genaro nos llamaron al borde norte de la meseta. Desde este punto, el panorama era sublime. Había interminables valles y montañas hacia el norte, y una cordillera de altas sierras hacia el oeste. El sol reflejado en las distantes montañas hacia el norte las hacia parecer anaranjadas, del color de los bancos de nubes hacia occidente. Pese a su belleza, el paisaje era triste y solitario".
"-El crepúsculo es la raja entre los dos mundos -dijo don Juan-. Es la puerta a lo desconocido.
Esta es la planicie frente a la puerta.
Señaló entonces el filo norte de la meseta.
-Allí está la puerta. Más allá hay un abismo, y más allá de ese abismo está lo desconocido.
"Ahora nosotros seremos otra vez polvo en el camino -dijo don Genaro-. Tal vez algún día otra vez vuelva a entrar en tus ojos.
Don Juan y don Genaro retrocedieron y parecieron perderse en la oscuridad. Pablito me tomó del antebrazo y nos djimos adiós Entonces un extraño impulso, una fuerza, me hizo correr con él hacia el filo norte de la meseta. Sentí que su brazo me sostenía cuando saltamos, y luego quedé solo".

De esta manera, al arrojarse desde un acantilado, se despidió Castaneda de este mundo para iniciar su Viaje a Ixtlán, su viaje sin retorno al conocimiento. Ha sido un viaje muy largo, en el que ha estado casi solo, rodeado solo de un grupo y frente a una inmensa responsabilidad. En efecto, el poder ha encomnedado la tarea de divulgar los conocimientos del México Antiguo y tal vez, crea un nuevo linaje de conocimientos.
Después de ese extraordinario e ilógico acto, nada es igual en la vida, pues "nadie" se arroja a un abismo con la certeza de que se desintegrará y se convertirá en energía, que subira y bajará como un a bola de fuego en la montaña. Dspués de este increíble hecho, Castaneda aparecerá en los Angeles California y regresará tiempo después a la Sierra Noarte de Oaxaca a pregurntarle a Pablito, qué fue lo que fucedió aquella noche en el Cerro de las Cenizas. A partir de ahí, Castaneda inicia su largo y solitario Viaje a Ixtlán, su viaje a lo inconmensurable.
"Lo que Genaro te dijo es su historia es presisamente eso. Genaro dejó su pasión por Ixtlán: su casa, su gente, todas las cosas que le importaban. Y ahora vaga al acaso por aquí y por allá cargando de sus sentimientos; y a veces, como dice, está a punto de llegar a Ixtlán. Todos nosotros tenemos eso en común". (Viaje a Ixtlán, 1972).

Castaneda fue el discípulo de un Hombre de Conocimiento, un Tolteca heredero de la sabiduría, conocimientos, y Filosofía (Toltecayotl) con lo que se forjo el milagro deslumbrante de la civilización del México antiguoa lo largo de más de 7 mil 500, aunque don Juan Matus sostiene que su conocimiento tiene más de 10 mil años en el Anahuac. El conocimiento que engendró toda esta maravillosa evolución humana, tan importante como la China o Indú, ha sido tercamente negado por los invasores, desde 1521 hasta nuestros días. Los Antiguos Mexicanos para los "especialistas" y público en general, sólo alcanzaron a tener una sanguinaria religión politeísta y a hacer monumentales "centros ceremoniales" para adorar "al sol, al agua y al viento" y no para desarrollar un decantado y sofisticado conjunto de saberes misteriosos acerca de la esencia luminosa del ser humano, conocimientos tal vez más avanzados que los que hoy posee la cultura Occidental.
Los Toltecas de ayer y de hoy, buscan la trascendencia de la existencia a partir de un cuerpo energético, buscan en síntesis, lo que han buscado todos los pueblos sabios del mundo... la luz!
Las enseñanzas de don Juan fueron un ardid o un medio, para llegar a a esencia del conocimiento. En efecto, todos los 9 libros que Castaneda escribió sobre las enseñanzas de su maestro don Juan Matus son ¡un engaño! En tanto no enseñan lo esencial. Parece cómico pero así es. Los que "estudiamos" cada uno de sus libros durante

muchos años, jamás supimos que los constantes "estirones" que se daba don Juan, eran los famosos "Pases mágicos", y como Castaneda no tenía el poder personal suficiente para entenderlos, menos lo tendríamos sus lectores. De modo que hasta que aparece la "Tensegridad", comprendemos que el ser humano es un huevo luminoso y que posee dentro de ese huevo toda nuestra energía y que requiere "removerla' de espacios donde se han ido acumulando y neutralizando, para poderla utilizar para intentar el logro supremo de la Toltecayotl.

Castaneda fue un Nagual de tres puntas y no de cuatro,lo que obligó a don Juan a cambiar de último momento el "arreglo" con su grupo y el propio destino de Castaneda. Efectivamente, Castaneda termina un ciclo e Inicia otro nuevo, en la milenarla sabiduría.

La Toltecayotl deja el mundo subterráneo y clandestino en el que se movió y evolucionó por siglos y aparecen a través de libros al alcance de cualquier persona que tenga un poquito de poder personal. Muchos nos perdimos y hasta nos hicimos viejos en "la onda de don Juan", muy pocos entendieron con su cuerpo que el "conocimiento" no está en las drogas, ni en los libros y en la razón, ni en las técnicas, sino en la energía que esta dentro de uno mismo. Pocos entendieron que la razón y el cuerpo fisico y su entorno, son tan sólo un medio (muy valioso) para desarrollar el cuerpo energético y llegar a la luz.

Es dificil hablar de esto, sobre todo cuando no se puede pronunciar lo innombrable y como en mi caso, que no se cuenta con la energía suficiente. En torno a Castaneda están los "azotericos" (los que se azotan) y los "drogos", pero el desafio esta en puerta. Pronto viviremos cambios dramáticos que requerirán guerreros del espíritu para trascender tamaños desafios.

Castaneda ha cumplido su tiempo humano entre nosotros. A "muerto el escritor"... ¡Viva el escritor! Ahora su nombre cabalga en la época de este final de siglo y los conocimientos que transmitió y el nuevo ciclo que inició están en el aire. Qué harán sus discípulos con la Tensegridad, aparecerán otras formas del antiguo conocimiento del México Antiguo, regresará la Serpiente Emplumada o todo habrá sido una soberbia tomada de pelo de un impecable impostor?. Si esto es así, estaremos frente a uno de los escritores más creativos de este siglo que termina, pues no sólo inventar al "personaje" de don Juan, sino entretejer una muy cuidadosa y casi perfecta forma de inventar la vida y el mundo del México antiguo.

Don Juan le enseñó a Castaneda a "tener que creer" y a vivir como guerrero. Lo cierto es que Castaneda como don Juan y don Genaro, ahora se han vuelto polvo en el camino.

GUILLERMO MARÍN

GLOSARIO

ACECHADOR: El que enfrenta los embates del mundo cotidiano. El practicante del desatino controlado.

ACECHO: Consiste en una conducta específica con las personas, un comportamiento no habitual y predeterminado, de manera sistemática y continua, para mover el punto de encaje.

ADVERSARIO: Es un enemigo hacia el que no se tienen sentimientos personales y que ayuda al aprendiz en la búsqueda del conocimiento.

ÁGUILA: La fuerza indescriptible que es el origen de todos los seres conscientes y de todo cuanto existe en el universo.

AHORRO DE ENERGÍA: Es la recanalización en el uso de la energía a través de la impecabilidad.

ALIADO: Una fuerza que el hombre puede usar para obtener poder; el aliado es un aspecto del nagual.

ÁNIMO DE GUERRERO: Implica el

control y, al mismo tiempo, el abandono en todos los actos; es ir sin miedo y sin ambición y es un estado que el guerrero genera a través de su impecabilidad.

APRENDIZ: Hombre que cambia la idea del mundo y de la realidad; quien inicia el camino del conocimiento tolteca.

ÁREAS DEL CONOCIMIENTO: Primero, lo conocido. Segundo, lo desconocido, pero que podemos llegar a conocer. Tercero, lo desconocido que jamás llegaremos a conocer.

ARTE DEL ACECHO: Aprender a pasar inadvertido en medio de la gente.

ARTE DEL GUERRERO: Lograr el delicado equilibrio entre el temor y la maravilla de vivir.

ATRIBUTOS DEL GUERRERO: Control, disciplina, refrenamiento; la habilidad de escoger el momento oportuno y el intento.

BARRER LA ISLA DEL TONAL: Deshacerse de la "basura" que a través de las vivencias hemos ido almacenando en nuestra luminosidad. Es colocar los elementos del tonal en la parte derecha del huevo luminoso. Es lograr la impecabilidad en el mundo del tonal.

BENEFACTOR: Hombre de conocimiento que ayuda y apoya al aprendiz en el área del nagual.

BURBUJA DE LA PERCEPCIÓN: El racimo de emanaciones del Águila que se encuentran dentro del capullo.

CAMINO CON CORAZÓN: Una manera de vivir que produzca armonía y bienestar.

CAMINO DEL CONOCIMIENTO: Técnicas y prácticas de la Toltequidad.

CAMINO DEL GUERRERO: Estrategia para barrer la isla del tonal a través de ciertas técnicas que tratan, por diversos medios, de liberar la imagen que tiene el aprendiz de sí mismo y de lo que es el mundo; en síntesis, mover el punto de encaje.

CAZADOR: Una persona que anda en busca de conocimiento; que puede ver el mundo en formas distintas.

CENTROS ABSTRACTOS DE LAS HISTORIAS DE BRUJERÍA: Son las manifestaciones del espíritu, las acciones del intento.

CICLOS DE LOS BRUJOS: Son dos: el primero, cuando son humanos y el poder les señala una tarea; el segundo es aquel en que el brujo ya no es humano, como sucede con Don Juan y Don Genaro cuando regresan a preparar a un nuevo grupo de toltecas.

COMANDOS DEL AGUILA: " fuerza "natural" que determina el punto de encaje del primer anillo de poder.

CONSCIENCIA ACRECENTADA: El nivel superior de consciencia que adquiere un brujo y que le permite percibir y entender con mayor claridad y profundidad mundo.

CONSCIENCIA DE SER: La luminosidad de las emanaciones que están afuera del capullo intensifican las emanaciones que están adentro; la luminosidad de afuera atrae a la interior, la atrapa y la fija. El resplandor del capullo. Es el punto en que convergen las emanaciones o energía de afuera (nagual) con la energía de adentro del capullo (tonal); ese lugar se llama "punto de encaje".

CONFIANZA DEL GUERRERO: Buscar la iinpecabüidad en los propios actos y sentimientos; a eso se le llama "humildad".

CONOCIMIENTO SILENCIOSO: Es el intento, el espíritu, lo abstracto.

CUERPO FISICO: Producto de la primera atención o del tonal.

CUERPO LUMINOSO: Producto de la segunda atención o del nagual.

DESAPEGO: Saber que no se le puede poner vallas a la muerte, que de nada sive aferrarse a los pensamientos, sentimientos y objetos.

DESATINO CONTROLADO: El que no importe que nada importe; es el arte de separarse de todo sin dejar de formar parte integral de todo.Pendejada controlada.

DESCRIPCIÓN DEL MUNDO: La forma en que aprendimos a interpretar los elementos de la isla del tonal desde nuestra infancia, a través de las personas que nos rodean.

DESNATAR: La capacidad de suprimir las emanaciones superfluas y seleccionar cuáles de ellas se deben enfatizar.

DETENER EL DIALOGO INTERNO: Dejar de percibir el mundo con nuestros pensamientos, mover el punto de encaje.

DISPOCIONES DEL ACECHO: Despiadado, astuto, paciente y simpático.

DON DEL ÁGUILA: El encendido de todas las emanaciones del Águila que están dentro del capullo antes de la muerte y en vez de que el águila devore la consciencia, ésta encuentre la libertad, la consciencia total.

EL PRIMER ANILLO DE PODER: Es percibir el mundo a través de la razón; tiene que ver con el tonal, el "lado derecho" y la "realidad verdadera".

EMANACIONES DEL ÁGUILA: La energía que contiene el nagual y el tonal y que se agrupan en racimos y son infinitos; existen 48 en la Tierra, de las cuales solamente percibimos dos, y 40 de ellas no producen- consciencia.

ENEMIGOS DEL CONOCIMIENTO: El miedo, la claridad,el poder y el tiempo.

ENGANCHAR: Atraer a un hombre común para convertirlo en aprendiz.

ENSEÑANZAS DEL LADO DERECHO: Técnicas para barrer la isla del tonal.

ENSEÑANZAS DEL LADO IZQUIERDO: Técnicas para mover el punto de encaje.

ENSOÑADOR: Practicante de la técnica de ensoñar

ENSOÑAR: Mover a voluntad el punto de encaje durante el sueño y, con ello, dirigir y controlar lo soñado.

ENSUEÑO: El control del pequeño movimiento natural que experimenta el punto de encaje durante el sueño; dirigir, interferir y controlar lo soñado; para ello se requiere ser impecable en la vigilia cotidiana.

ETAPAS DEL CONOCIMIENTO: La primera cuando tiene un vínculo herrumbroso y, por consiguiente, desconfiable. La segunda cuando logra limpiar el vínculo. La tercera cuando aprende a manejarlo. La cuarta cuando aprende a aceptar los designios de lo abstracto.

EXPLICACIONES DE LOS BRUJOS: Tomar consciencia de que se es un ser luminoso, una carga energética y que el mundo también es un conglomerado de cargas energéticas; que el hombre tiene una débil membrana que lo separa de la demás energía; que esa membrana está compuesta por la "isla del tonal" y su visión del mundo. Que puede abrir esa membrana e integrarse a toda la demás energía con la consciencia de él y después regresar al interior de la isla, de su membrana.

FUEGO INTERNO: Es el encendido o alineamiento de todas las emanaciones del Águila que están en el interior del capullo del hombre.

FUERZA INTERNA: Mantener un sentido de ecuanimidad, indiferencia, sosiego y holgura; ser analítico y abocarse a la comprensión: llegar a obtener la "sobriedad" en los actos, sentimientos y pensamientos.

FUERZA RODANTE: La fuerza de las emanaciones del Águila que es responsable de distribuir vida y conciencia y, al mismo tiempo, de quitárnoslas.

FUERZA VITAL: La solidaridad inflexible de la inumerable consciencia del individuo, la alianza mutua de todas las partes.

GRADO DE CONSCIENCIA: Grado de presión que ejercen las emanaciones de afuera con las de adentro sobre el capullo.

GUERRERO: Un practicante de la Toltequidad, cazador inmaculado que anda en busca de poder.

HACERSE RESPONSABLE: Hacernos responsables de eada decisión que tomemos y estar dispuestos a morir por cada una de ellas.

HOMBRE COMÚN: Persona que desconoce todas sus potencialidades; persona que sólo maneja el primer anillo de poder; quien cree que puede explicar o cambiar las fuerzas inexplicables e inflexibles del mundo; quien espera que las acciones de la humanidad expliquen y cambien esas fuerzas.

HUEVO LUMINOSO. El capullo que contiene una pequeña porción de las emanaciones del Águila.
IMPECABILIDAD: El ahorro de energía; hacer las cosas de la mejor manera.
IMPORTANCIA PERSONAL: La exaltada idea que tenemos de nosotros mismos y en la cual gastamos mucha energía; tener el punto de encaje en el lugar habitual.
INTENCIDAD: La habilidad de los brujos para percibir "todo" en un instante y de una sola vez. Por intensidad un brujo puede hacer de un segundo una eternidad.
INTENTO: Mover el punto de encaje de manera consciente, guiar la voluntad, guiar intencionalmente la energía del alineamiento.
INTENTO INFLEXIBLE: Acto que tiene que realizarse premeditadamente y que debe ser preciso y continuo. Una determinación, una fuerza de propósito claramente definida, que no puede ser cancelada por deseos o intereses en conflicto.
INVENTARIO ESTRATÉGICO: Lista de actividades y sus intereses; patrones de conducta que no son esenciales para la supervivencia y el bienestar, pero que consumen mucha energía.
ISLA DEL TONAL: La visión del mundo que tiene el aprendiz, la parte razonable, todo lo que somos y hacemos del mundo cotidiano, de la "realidad".
LEVANTON DE LA TIERRA: Es la consciencia de la Tierra; con su ayuda se logra alinear otras grandes bandas de las emanaciones del Águila.
LIBERTAD DEL GUERRERO: Su impecabdidad.
LIBERTAD TOTAL: Consciencia de la totalidad de un ser humano; encender todas las emanaciones del Águila que existen en el interior de un capullo.
MAESTRO: Hombre de conocimiento que enseña las técnicas y procedimientos en el área del tonal.
MARCHA DE PODER: Técnica que permite pasar del diálogo interno, a partir de que el tonal pierde su relación con los elementos de su descripción.
META DEL GUERRERO: Llegar a ser libre.
MIRAR: Es percibir el mundo a través de la razón, como objetos y conceptos.
MOLDE DEL HOMBRE: El racimo de emanaciones en la gran banda de la vida orgánica que llena el interior del capullo del hombre y que los videntes pueden ver sin peligro alguno; un patrón de energía que sirve para imprimir las cualidades de lo que llamamos "humano".
MUERTE COMO CONSEJERA: Confrontar nuestros actos, pensamientos y sentimientos cotidianos a la luz de nuestra muerte inminente.
NAGUAL: Es la parte de nosotros mismos que nunca conocemos; es el área del mundo y de nosotros mismos donde radica el poder; son las emanaciones del Águila que no están alineadas en el punto de encaje.
NIVELES DE CONSCIENCIA ACRECENTADA: Conocimiento adquirido en el área del nagual.
NO HACER: Es no responder "conscientemente" a los actos que conforman la imagen de nosotros mismos; dejar de pensar, sentir y actuar como siempre lo hacemos; dejar de hacer el hacer que hace al mundo como es.
NO TENER COMPASIÓN: Perder la importancia personal, lo opuesto de tenerse lástima.
PARAR EL MUNDO: El esfuerzo por "silenciar" nuestra razón.
PASOS DEL CAMINO DEL CONOCIMIENTO: Primero, el hombre común se convierte en aprendiz. Segundo, cuando el aprendiz cambia la idea de él y del mundo convirtiéndose en guerrero (capaz de la máxima disciplina y control sobre sí mismo). Tercero, después de adquirir refrenamiento y la habilidad de escoger el momento oportuno se convierte en hombre de conocimiento. Cuarto, cuando el hombre de conocimiento aprende a "ver" y se convierte en vidente.
PERDER LA FORMA HUMANA: Llegar a un estado de indiferencia voluntaria que no es negligencia; sentimiento de lejanía ante las acciones de la gente; ya

no tener expectativas; ser profundamente desapegado.

PERDER LA IMPORTANCIA: No tomarse demasiado en serio, desarrollar un sentido de humildad, darse cuenta de que todo es igual y que uno es igual a todo.

PINCHE TIRANO: Una persona imposible en posición de poder.

PODER: Es el conocimiento.

PODER PERSONAL: Aquella energía que el hombre no aplica en mantener el mundo como conceptos y objetos, y es la suma de conocimientos que el aprendiz ha logrado obtener.

PREDILECCIÓN DE LOS GUERREROS: El amor a la Tierra.

PRESAGIO: Elemento circunstancial del mundo que favorece una decisión.

PRIMERA ATENCIÓN: Es la consciencia animal con la que se construye el mundo inmediato, la del tonal, la de la razón, el lugar habitual del punto de encaje.

PRINCIPIOS DEL ARTE DEL ACECHO: Primero, elegir el campo de batalla. Segundo, eliminar todo lo necesario. Tercero, estar dispuestos a entrar en batalla en cualquier momento. Cuarto, descansar, olvidarse de uno mismo, no tener miedo. Quinto, no dejarse llevar por la corriente; cuando no se pueda, deberá retirarse momentáneamente y ocuparse de otra cosa. Sexto, comprimir el tiempo, no desperdiciar un solo instante. Séptimo, nunca dejar ver su juego, no ponerse al frente de nada.

RAZÓN DE LA EXISTENCIA: Enriquecer la consciencia de ser.

RECAPITULACION: La técnica de recordar toda la vida pasada, de manera sucesiva y sistemática, para lograr revivir los hechos nuevamente.

RECORDAR: Mover el punto de encaje al lugar en que sucedió el hecho; de esta manera, se recuerda con el cuerpo.

REGLAS DEL ARTE DEL ACECHO: Primero, todo lo que nos rodea es un misterio insondable. Segundo, debemos tratar de descifrar el misterio sin tener la menor esperanza de lograrlo. Tercero, conscientes del insondable misterio que nos rodea, tomar su legítimo lugar como un misterio más.

RESGUARDO: Lo que la gente hace para ocuparse en el mundo y en su vida. Para el guerrero, un selecto y reducido número.de cosas que lo protegen de las fuerzas que él trata de utilizar.

ROMPER LA BARRERA DE LA PERCEPCIÓN: Cancelar el alineamiento que nos hace percibir el mundo cotidiano, mover el punto de encaje a voluntad y fijarlo en otro punto del capullo para percibir otro alineamiento.

ROMPER LAS RUTINAS DE LA VIDA: Dejar de ser uno mismo, una presa de una fuerza o de un cazador.

SECRETO DE LOS SERES LUMINOSOS: Saber que tienen un "Segundo Anillo de Poder", que es la voluntad y que lo pueden usar.

SEGUNDA ATENCIÓN: Llamada consciencia del lado izquierdo, lo que se refiere al nagual y que proviene del movimiento del punto de encaje de su lugar habitual.

SER INACCESIBLE: El ponerse a propósito al alcance y, al mismo tiempo, fuera del alcance en la vuelta justa del camino; no engancharse al mundo de "afuera"; no ser socio voluntario de cualquiera; tocar el mundo lo menos posible.

TECNICAS PARA BORRAR LA HISTORIA PERSONAL: Perder la importancia, asumir la responsabilidad y tener a la muerte como consejera.

TÉCNICAS QUE AYUDAN A ENSOÑAR: Romper las rutinas de la vida, la marcha de poder y el no hacer.

TEMPLE DEL GUERRERO: Radica en ser humilde y eficiente.

TERCERA ATENCIÓN: Es cuando el resplandor de la consciencia se transforma en el fuego interno, cuando se logran alinear todas las emanaciones de adentro del capullo con las de afuera.

TOLTECA: Hombre de conocimiento. Vidente.

TONAL: Es todo el mundo que se urde con la razón, es la parte derecha, la realidad. Es la energía que conforma al individuo; existe un tonal individual y un tonal del tiempo o de épocas.

TOTALIDAD DE UNO MISMO: Reunir a la primera atención y a la segunda atención en una sola unidad.
VENTAJA DEL GUERRERO: Que sabe que no puede cambiar, por lo que jamás se decepciona de fracasar en una tentativa de cambio.
VER: El resultado de mover el punto de encaje, es un alineamiento diferente al "normal" que permite apreciar al mundo como energía.
VERDADES DEL ESTAR CONSCIENTE DE SER: Primero, no existe un mundo de objetos sino un universo de campos energéticos llamados "las emanaciones del Águila". Segundo, cada ser está constituido de una pequeña porción de esas emanaciones, envuelto en un capullo. Tercero, la consciencia de ser es el resplandor del capullo producto de la presión de las emanaciones de afuera sobre las de adentro. Cuarto, la consciencia da lugar a la percepción (fenómeno que consiste en que las emanaciones de adentro se alinean con las de afuera). Quinto, la percepción se realiza porque existe el punto de encaje que selecciona emanaciones internas y externas para alinearlas.
VIAJE A IXTLÁN: Alegoría del viaje que tiene que realizar el guerrero que va en busca del conocimiento.
VIDENTE: El guerrero que ha. logrado mover su punto de encaje de manera consciente y continua.
VISIÓN DEL MUNDO: Percepción de elementos de la isla del tonal.
VOLUNTAD: La energía que surge del alineamiento de las emanaciones, estallido de energía, ciego, impersonal, ininterrumpido, que nos hace actuar como lo hacemos; la fuerza que nos permite percibir el mundo como lo conocemos.

FIN

* * *

GABRIEL JAIME RIVERA

CASTANEDA ENTRE COMILLAS

MANO IZQUIERDA EDITORES

Gabriel Jaime Rivera.
Castaneda Entre Comillas.

Fotografía de Portada: Shifaaz Shamoon by Unsplash.

Edición bajo el cuidado de:
Mano Izquierda Editores.

Circa, 2019.
Lima, Perú.

CASTANEDA ENTRE COMILLAS

Número 1.
"Yo le había llevado un ejemplar de mi libro. Sin ningún preámbulo, lo saqué de mi portafolio y se lo di.
- Es un libro sobre usted, don Juan - dije.
El lo tomó y lo hojeó rápidamente como si fuera un mazo de cartas. Le gustaron el color verde del forro y el tamaño del libro. Sintió la cubierta con la palma de las manos, le dio vuelta un par de veces y luego me lo devolvió. Sentí una oleada de orgullo.
- Quiero que usted lo guarde - dije.
Don Juan meneó la cabeza con una risa silenciosa.
- Mejor no - dijo, y luego añadió con una ancha sonrisa - : Ya sabes lo que hacemos con el papel en México.
Reí. Su toque de ironía me pareció hermoso."

No. 2.
"(...) me agradaban los modos de don Juan. Me simpatizaba como persona. Había cierta solidez en su comportamiento; su forma de conducirse no dejaba duda alguna acerca de su dominio, y sin embargo jamás había ejercido su ventaja para exigirme nada. Su interés en cambiar mi forma de vivir era, sentía yo, semejante a una sugerencia impersonal, o quizás un comentario autoritario sobre mis fracasos. Me había hecho cobrar aguda conciencia de mis fallas, pero yo no veía en que forma su línea de conducta podría remediar nada en mí. Creía sinceramente que, a la luz de lo que yo deseaba hacer en la vida, sus modos sólo me habrían producido sufrimiento y penalidades, de aquí el callejón sin salida. Sin embargo, había aprendido a respetar su dominio, que siempre se expresaba en términos de belleza y precisión."

No. 3.
"No te preocupes por los seres del otro mundo - había dicho don Juan, riendo - , los peligrosos son los Mexicanos."

No. 4.
" - No puede usted embrujarlo, don Juan?
- ¿Embrujarlo? ¿Para qué?
- Para que cambie y recobre su valor.
El valor es algo personal. La brujería es para volver a la gente inofensiva o enferma o tonta. No se embruja para hacer guerreros. Para ser guerrero hay que ser claro como el cristal (...)"

No. 5.
"Para el hombre común (...) la brujería es asunto negativo, pero de todos modos fascinante. Por esta razón, siempre te animé, en tu estado de conciencia normal, a que pensaras que nosotros somos brujos. Es recomendable hacerlo. Sirve para atraer el interés. Pero, para nosotros, ser brujo sería como entrar en un callejón sin salida."

No. 6.
"(...) todos los naguales, a través de los siglos, han dicho a sus presuntos aprendices: que los brujos hablan de la brujería como si ésta fuera un ave mágica, misteriosa, que detiene su vuelo para dar propósito y esperanza al hombre; que los brujos viven bajo el ala de esa ave, a la que llaman el pájaro de la sabiduría, el pájaro de la libertad y que lo alimentan con su dedicación e impecabilidad (...) los brujos sabían que el vuelo del pájaro de la libertad es siempre en línea recta, ya que esa ave no tiene modo de hacer curvas en el aire, de girar y volver atrás; y que el pájaro de la libertad sólo puede hacer dos cosas: llevar a la gente consigo o dejarlos atrás.

(...) Don Juan me recordó entonces algo que me repetía con mucha frecuencia, aunque yo me las arreglaba siempre para no pensar en eso. Dijo que yo no debía olvidar, ni por un instante, que el pájaro de la libertad tiene muy poca paciencia con la indecisión y que, una vez se va, jamás regresa."

No. 7.
"(...) el aprieto del hombre moderno es que intuye sus recursos ocultos, pero no se atreve a usarlos. Por eso dicen los brujos que el mal del hombre es el contrapunto entre su estupidez y su ignorancia. El hombre necesita ahora, más que nunca, aprender nuevas ideas, que se relacionen exclusivamente con su mundo interior; ideas de brujo, no ideas sociales; ideas relativas al hombre frente a lo desconocido, frente a su muerte personal (...)"

No. 8.
"El mundo está en verdad lleno de cosas temibles, y nosotros somos criaturas indefensas rodeadas por fuerzas que son inexplicables. El hombre común, en su ignorancia, cree que se puede explicar esas fuerzas o cambiarlas; no sabe realmente cómo hacerlo, pero espera que las acciones de la humanidad las expliquen o las cambien tarde o temprano. El brujo, en cambio, no piensa en explicarlas ni en cambiarlas; en vez de ello, aprende a usar esas fuerzas. El brujo se ajusta los remaches y se adapta a la dirección de tales fuerzas. Ese es su truco. La brujería no es gran cosa cuando le hallas el truco (...)"

No. 9.
"(...) Dijo que el hombre común y corriente, incapaz de hallar energías para percibir más allá de sus límites diarios, llama al reino de la percepción extraordinaria brujería, hechicería u obra del demonio; y se aleja horrorizado sin atreverse a examinarlo."

No. 10.
"Agregó que el hombre racional, al aferrarse tercamente a la imagen de sí, garantiza su abismal ignorancia. Ignora, por ejemplo, el hecho de que la brujería no es una cuestión de encantamientos y abracadabras, sino la libertad de percibir no sólo el mundo que se da por sentado, sino también todo lo humanamente posible.
Aquí es donde la estupidez del hombre es más peligrosa (...) El hombre le tiene terror a la brujería. Tiembla de miedo ante la posibilidad de ser libre. Y la libertad está ahí. A un centímetro de distancia (...)"

No. 11.
"(...) Puesto que nuestra mente es nuestra racionalidad, y nuestra racionalidad es nuestra imagen de sí, cualquier cosa que esté más allá de nuestra imagen de sí o bien nos atrae o nos horroriza, según que tipo de personas seamos."

No. 12.
"La brujería es el uso especializado de la energía - dijo, y como yo no respondí, siguió explicando - . Ver la brujería desde el punto de vista del hombre común y corriente es ver bien una idiotez o un insondable misterio, que está fuera de nuestro alcance. Y, desde el punto de vista del hombre común y corriente, esto es lo cierto, no porque sea un hecho absoluto, sino porque el hombre común y corriente carece de la energía necesaria para tratar con la brujería."

No. 13.
"(...) Eso es la brujería: la habilidad de usar otros campos de energía que no son necesarios para percibir el mundo que conocemos. La brujería es un estado de conciencia. La brujería es la habilidad de percibir lo que la percepción común no puede captar."

No. 14.
"Ayer el mundo se hizo como los brujos te dicen que es (...) En ese mundo hablan los coyotes, también los venados, como te dije

una vez, y también las víboras de cascabel y los árboles y todos los demás seres vivientes. Pero lo que quiero que aprendas es VER. A lo mejor ahora ya sabes que el VER ocurre sólo cuando uno se cuela entre los mundos, el mundo de la gente común y el mundo de los brujos. Ahora estás justito en medio de los dos. Ayer creíste que el coyote te hablaba. Cualquier brujo que no VE creería lo mismo, pero alguien que VE sabe que creer eso es quedarse atorado en el reino de los brujos. De la misma manera, no creer que los coyotes hablan es estar atorado en el reino de la gente común."

No. 15.
"(...) la brujería es un viaje de retorno. Retornamos al espíritu victoriosos, después de haber descendido al infierno. Y desde el infierno traemos trofeos. El puro entendimiento es uno de esos trofeos."

No. 16.
"- ¿Pero, usted no se considera brujo, verdad, don Juan? le pregunté.
- No le hagas, - dijo - . Yo soy un guerrero que ve (...)"

No. 17.
"Convierte todo en lo que realmente es: lo abstracto, el espíritu (...) No hay brujería, no hay el mal, ni el demonio. Sólo existe la percepción."

No. 18.
"(...) hay muchísimos imbéciles que se convierten en videntes. Los videntes son seres humanos llenos de debilidades, o más bien, seres humanos llenos de debilidades son capaces de volverse videntes. Igual que en el caso de gente atroz que se convierten en magníficos científicos."

No. 19.
"La característica de los videntes de mala muerte es que están dispuestos a olvidar la maravilla que los rodea. Se quedan abrumados por el hecho de que VEN, y creen que su talento es lo que cuenta. Un vidente debe ser un parangón para superar la flojedad casi invencible de nuestra condición humana. Lo que hacen los videntes con lo que ven es más importante que el VER en sí."

No. 20.
"(...) ser brujo, es como ser zapatero o panadero. La meta de los nuevos videntes es sobrepasar esa condición. Ser más que brujo. Y para eso necesitan belleza y moralidad."

No. 21.
"¿Cuando estará usted en su casa? - pregunté.
Me escudriñó.
- Cuando vengas - repuso.
No se exactamente cuando pueda venir.
- Pues ven y no te preocupes.
¿Y si usted no está?
- Allí estaré - dijo, sonriendo, y se alejó.
Corrí tras él y le pregunté si podía llevar conmigo una cámara para tomar fotos suyas y de su casa.
- Eso está fuera de cuestión - dijo con el entrecejo fruncido.
¿Y una grabadora? ¿Le molestaría?
- Me temo que tampoco de eso hay posibilidad.
Me molesté un poco y empecé a agitarme. Dije que no había ningún motivo lógico para su rechazo.
Don Juan movió la cabeza en sentido negativo.
- Olvídalo - dijo con fuerza - . Y si todavía quieres verme, no vuelvas a mencionarlo.
Presenté una débil queja final. Dije que las fotos y las grabaciones eran indispensables para mi trabajo. El respondió que sólo una cosa era indispensable para todo lo que hacíamos. La llamó "el espíritu".
- No se puede prescindir del espíritu - dijo - . Y tú no lo tienes. Preocúpate de eso y no de tus fotos."

No. 22.
"En tono dramático, don Juan aseveró que el bienestar era una condición que debía cultivarse, una condición con la que uno tenía que familiarizarse para buscarla.

- Tu no sabes lo que es el bienestar porque nunca lo has sentido - dijo. Yo no estuve de acuerdo. Pero él siguió argumentando que el bienestar era un logro que debía buscarse deliberadamente. Dijo que lo único que yo sabía buscar era un sentimiento de desorientación, malestar y confusión.
Rió con burla y me aseguró que, para lograr la hazaña de sentirme desdichado, yo debía trabajar en forma muy intensa, y que era absurdo el que nunca me hubiera dado cuenta de que lo mismo podía trabajar para sentirme completo y fuerte.
- El chiste está en lo que uno recalca - dijo - . O nos hacemos infelices o nos hacemos fuertes. La cantidad de trabajo es la misma."

No. 23.
"(...) - no estás completo. No tienes paz.
La aserción me molestó. Me sentí ofendido. Pensé que don Juan no estaba calificado en modo alguno para juzgar mis actos ni mi personalidad.
- Estás lleno de problemas - dijo - . ¿Por qué?
Sólo soy un hombre, don Juan _repuse malhumorado.
Hice la afirmación en la misma vena en que mi padre solía hacerla. Cada vez que decía ser sólo un hombre, implicaba que era débil e indefenso y su frase, como la mía, rebosaba un esencial sentido de desesperanza.
Don Juan me escudriñó como el día en que nos conocimos.
(...) Yo también soy sólo un hombre, pero no lo digo como tu lo dices.
¿Cómo lo dice usted?
- Yo me he salido de todos mis problemas. Qué lástima que la vida sea tan corta y no me permita aferrarme a todas las cosas que quisiera. Pero eso no es problema, ni punto de discusión; es solo una lástima.
Me gustó el tono de sus frases. No había en él desesperación ni compasión por sí mismo."

No. 24.
"Experimenté un sentimiento extremadamente agradable de paz y satisfacción; el mundo en aquél momento parecía en calma. La quietud era exquisita y al mismo tiempo enervante. No me hallaba acostumbrado a este tipo de silencio. Traté de hablar, pero don Juan me calló. Tras un rato, la tranquilidad del sitio afectó mi estado de ánimo. Me puse a pensar en mi vida y en mi historia personal y experimenté una familiar sensación de tristeza y remordimiento. Dije a don Juan que yo no merecía estar allí, que su mundo era fuerte y bello y yo era débil, y que mi espíritu había sido deformado por las circunstancias de mi vida.
El rió y amenazó con cubrirme la cabeza con tierra si seguía hablando en esa vena. Dijo que yo era un hombre. Y como cualquier hombre, merecía todo lo que era la suerte de los hombres: alegría, dolor, tristeza y lucha - , y la naturaleza de nuestros actos carecía de importancia siempre y cuando actuáramos como guerreros.
Bajando la voz casi hasta un susurro, dijo que, si en verdad sentía yo que mi espíritu estaba deformado, simplemente debía componerlo, purificarlo, hacerlo perfecto - , porque en toda nuestra vida no había otra tarea más digna de emprenderse. No arreglar el espíritu era buscar la muerte, y eso era igual que no buscar nada, pues la muerte nos iba a alcanzar de cualquier manera.
(...) Buscar la perfección del espíritu del guerreo es la única tarea digna de nuestra hombría."

No. 25.
"- Uno necesita el ánimo de un guerrero para cada uno de sus actos - dijo
- . De otro modo uno se enchueca y se afea. No hay poder en una vida que carece de este ánimo. Mírate tú mismo. Todo te ofende y te inquieta. Chillas y te quejas y sientes que todo el mundo te hace bailar a su son. Eres una hoja a merced del viento. No hay poder en tu vida. ¡Que feo debe sentirse eso!
Un guerreo en cambio, es un cazador. Todo lo calcula. Eso es control. Pero una vez

terminados sus cálculos, actúa. Se deja ir. Eso es abandono. Un guerrero no es una hoja a merced del viento. Nadie lo empuja; nadie lo obliga a hacer cosas en contra de sí mismo o de lo que juzga correcto. Un guerreo está entonado para sobrevivir, y sobrevive del mejor modo posible."

No. 26.
"(...) Como ya sabes, tu espíritu estaba sin balance. Para contrarrestar eso, te enseñé la vida del guerrero. Pues bien, un guerrero empieza la faena con la certeza de que su espíritu está fuera de balance; pero a medida que va adquiriendo, sin pena ni apuro, control y conocimiento, también va haciendo lo mejor que puede por ganar ese balance.
En tu caso, como en el de todos los hombres, tu falta de balance se debía a la suma total de tus acciones (...)"

No. 27.
"- Tienes que ser un hombre fuerte, y tu vida tiene que ser verdadera.
- ¿Qué es una vida verdadera?
- Una vida que se vive con la certeza nítida de estar viviéndola; una vida buena, fuerte."

No. 28.
"No hay enfermedades (...) Sólo hay idioteces (...)"

No. 29.
"Trepó hacia allá como una cabra montés. Me maravilló su estupenda agilidad.
Lentamente me arrastré sentado, roca abajo, y luego traté de subir corriendo la ladera de la montaña con el fin de alcanzar la saliente. Los últimos metros me agotaron por completo. En son de broma, pregunté a don Juan cuántos años tenía en realidad Opiné que, para llegar al lugar como él lo había hecho, era necesario ser muy joven y estar en perfectas condiciones.
- Soy tan joven como quiero - dijo él - . Esto también es cosa de poder personal. Si vas juntando poder, tu cuerpo puede realizar hazañas increíbles. En cambio, si disipas el poder te pones viejo y gordo de la noche a la mañana."

No. 30.
"Le dije que su aptitud física me tenía en verdad atónito.
- Todo el tiempo he estado tratando de dártela a notar - dijo.
¡Usted no es viejo para nada, don Juan!
- Claro que no. He estado tratando de que lo notes.
¿Cómo le hace usted?
- No hago nada. Mi cuerpo se siente perfectamente, eso es todo. Me trato muy bien; por eso no tengo motivo para sentirme cansado o incómodo. El secreto no está en lo que tú mismo te haces, sino más bien en lo que no haces."

No. 31.
"(...) Una cosa es cierta, no has cuidado tu cuerpo. Estás demasiado gordo. No quise decirte nada antes. Siempre hay que dejar que los otros hagan lo que tienen que hacer. (...)"

No. 32.
"Debes estirar tu cuerpo muchas veces durante el día (...) Mientras más veces mejor, pero más después de un largo período de trabajo o un largo período de descanso."

No. 33.
"(...) Un guerrero camina kilómetros y kilómetros cada día (...)"

No. 34.
"(...) Comió con la mayor lentitud y no pronunció una sola palabra. Su absoluta concentración en el comer me llevó a tomar conciencia de que todos ellos hacían lo mismo: tragaban en completo silencio."

No. 35.
"Sábado, Agosto 19 de 1.961.
Ayer en la mañana, don Juan y yo fuimos a desayunar al pueblo y desayunamos en una fonda. El me aconsejó no cambiar demasiado drásticamente mis hábitos ali-

menticios.
- (...) Te enfermarías si no comieras tu comida.
Él mismo comió con gran apetito. Cuando hice una broma al respecto, se
limitó a decir:
- A mi cuerpo le gusta todo."

No. 36
"Ser cazador es mucho más que sólo atrapar animales (...) Un cazador digno de serlo no captura animales porque pone trampas, ni porque conoce las rutinas de su presa, sino porque él mismo no tiene rutinas. Esa es su ventaja. No es de ningún modo como los animales que persigue, fijos en rutinas pesadas y en caprichos previsibles; es libre, fluido, imprevisible."

No. 37.
"Un buen cazador cambia de proceder tan a menudo como lo necesita (...)"

No. 38.
"Hay que hacerse responsable de estar en un mundo extraño (...) Estamos en un mundo extraño, has de saber (...) Para ti el mundo es extraño porque cuando no te aburre estás enemistado con él. Para mi el mundo es extraño porque es estupendo, pavoroso, misterioso, impenetrable; mi interés ha sido convencerte de que debes hacerte responsable por estar aquí, en este maravilloso mundo (...) en este maravilloso tiempo. Quise convencerte de que debes aprender a hacer que cada acto cuente, pues vas a estar aquí sólo un rato corto, de hecho muy corto, para presenciar todas las maravillas que existen.
Insistí que aburrirse con el mundo o enemistarse con él era la condición humana.
- Pues cámbiala - repuso con sequedad - . Si no respondes al reto, igual te valdría estar muerto."

No. 39.
"(...) los nuevos videntes propusieron que si los guerreros quieren penetrar en lo desconocido tienen que conservar su energía. Pero, ¿de donde van a conseguir la energía, si toda ella ya está usada? La conseguirán dicen (...) destruyendo hábitos innecesarios."

No. 40.
"- La gente casi nunca se da cuenta de que podemos cortar cualquier cosa de nuestras vidas en cualquier momento, así nomás -chasqueó los dedos- ."

No. 41.
"(...) Un acechador lo acecha todo. Inclusive a sí mismo.
- ¿Cómo lo hace?
- Un acechador impecable lo convierte todo en presa. El Nagual me dijo que es posible llegar a acechar nuestras propias debilidades (...)
(...) - ¿Cómo es posible acechar las propias debilidades, Gorda?
- Del mismo modo que se acecha una presa. Descifras tus costumbres hasta conocer todas las consecuencias de tus debilidades y te abalanzas sobre ellas y las coges como a conejos en una jaula (...)
(...) - Pero acechar las propias debilidades no implica estrictamente el deshacerse de ellas - dijo - . Puedes estar acechándolas desde ahora hasta el día del juicio final sin que nada varíe un ápice (...) En realidad, lo que un guerrero necesita para ser un acechador impecable es tener un propósito."

No. 42.
"- ¿Se le ha ocurrido alguna vez, don Juan, que a lo mejor no quiero cambiar?
- Si, se me ha ocurrido. Yo tampoco quería cambiar, igual que tú. Sin embargo, no me gustaba mi vida; estaba cansado de ella, igual que tú. Ahora no me alcanza la que tengo."

No. 43.
"(...) a veces me haces acordar de mí mismo (...) Tampoco yo quería seguir el camino del guerrero. Creía que tanto trabajo era para nada, y puesto que todos vamos a morir, ¿qué importaba el ser un guerrero? Me equivocaba. Pero tuve que descubrir-

lo por mi propia cuenta. Cuando llegues a descubrir que te equivocas, y que ciertamente hay un mundo de diferencia, podrás decir que estás convencido. Y entonces puedes seguir adelante por tu cuenta. (...)"

No. 44.
"- ¿Por qué hace usted todo esto por mí, don Juan? - pregunté.
Se quitó el sombrero y se rascó las sienes en fingido desconcierto.
- Tengo un gesto contigo - dijo suavemente - . Otras personas han tenido contigo un gesto similar; algún día tú mismo tendrás el mismo gesto con otros. Digamos que esta vez me toca a mí. Un día descubrí que, si quería ser un cazador digno de respetarme a mí mismo, tenía que cambiar mi forma de vivir. Me gustaba lamentarme y llorar mucho. Tenía buenas razones para sentirme víctima. Soy indio y a los indios los tratan como a perros. Nada podía yo hacer para remediarlo, de modo que sólo me quedaba mi dolor. Pero entonces mi buena suerte me salvó y alguien me enseñó a cazar. Y me di cuenta de que la forma como vivía no valía la pena vivirse... así que la cambié."

No. 45.
"En cuanto a su propio desarrollo, don Juan decía que el haber sido empujado al mundo de su benefactor le hizo comprender cuan fácil y conveniente le había sido dejar que su vida transcurriera sin disciplina alguna. Entendió que su error había consistido en creer que sus miras eran las únicas metas valiosas que un hombre podía tener. Toda su vida había sido un indigente; la ambición que lo consumía por tanto, era tener posesiones, ser alguien. Tanto le preocupó el afán de salir adelante y la desesperación de ver que no lo estaba logrando, que nunca tuvo tiempo de examinar cosa alguna. De buena gana se aunó a su benefactor porque creyó que se le estaba presentando una oportunidad de engrandecerse. Pensó que, por lo menos, podría aprender a ser brujo. La realidad de su encuentro con el mundo de su benefactor fue tan diferente que él la concebía como algo análogo al efecto de la conquista española en la cultura indígena. Algo que lo destruyó todo, pero que también llevó a una revalidación total."

No. 46.
"(...) Un cazador debe vivir como cazador para sacar lo máximo de su vida. Por desdicha, los cambios son difíciles y ocurren muy despacio; a veces un hombre tarda años en convencerse de la necesidad de cambiar. Yo tardé años, pero a lo mejor no tenía facilidad para la caza. Creo que para mí lo más difícil fue querer realmente cambiar."

No. 47.
"- No me des la razón por las puras (...) En vez de estar de acuerdo tan fácilmente, debes actuar. Acepta el reto. Cambia.
- ¿Así no más?
- Como lo oyes. El cambio del que te hablo nunca sucede por grados; ocurre de golpe. Y tú no te estás preparando para ese acto repentino que producirá un cambio total."

No. 48.
"(...) toma mucho tiempo limpiar la basura que un ser luminoso recoge en el mundo."

No. 49.
"(...) El Nagual decía que era inútil creer o esperar que sea posible cambiar los propios hábitos (...) Un guerrero sabe que no puede cambiar; es más: sabe que no le está permitido. Es la única ventaja que tiene un guerrero sobre un hombre común. El guerrero jamás se decepciona al fracasar en una tentativa de cambiar."

No. 50.
"(...) sólo podemos realmente cambiar si morimos."

No. 51.
"Una vez que decidiste venir a México debiste haber dejado todos tus pinches miedos (...) Tu decisión de venir debió haber-

los vencido. Viniste porque querías venir. Ese es el modo del guerrero. Te lo he dicho mil veces: el modo más efectivo de vivir es como guerrero (...)"

No. 52.
"(...) Te has lamentado toda tu vida porque nunca te haces responsable de tus decisiones (...)"

No. 53.
"Decidir no significa escoger un momento arbitrario (...) Decidir significa que has puesto tu espíritu en orden impecable, y que has hecho todo lo posible por ser digno del conocimiento y el poder."

No. 54.
"Se escoge sólo una vez (...) Elegimos ser guerreros o ser hombres corrientes. No existe una segunda oportunidad. No sobre esta tierra."

No. 55.
"Una regla básica para un guerrero (...) es hacer sus decisiones con tanto cuidado que nada de lo que pueda ocurrir como resultado de ellas sea capaz de sorprenderlo, mucho menos menguar su poder."

No. 56.
"(...) un guerrero es, digamos, un prisionero del poder; un prisionero que puede hacer una decisión: la decisión de actuar como un guerrero impecable, o actuar como un asno (...)"

No. 57.
"(...) solo hay decisiones bien hechas o decisiones mal hechas. Si es una decisión mal hecha tu cuerpo lo sabe, y también el cuerpo de los demás; pero si es una decisión bien hecha, el cuerpo lo sabe y descansa y se olvida rapidísimo de que hubo una decisión. Vuelves a cargar tu cuerpo, ves, como una escopeta, para la siguiente decisión. Si quieres usar tu cuerpo otra vez para hacer la misma decisión, no funciona."

No. 58.
"Cuando un hombre decide hacer algo, debe ir hasta el fin, pero debe aceptar la responsabilidad por lo que hace. Haga lo que haga, primero debe saber por qué lo hace, y luego seguir adelante con sus acciones sin tener dudad ni remordimientos acerca de ellas."

No. 59.
"(...) Preocúpate y piensa antes de hacer cualquier decisión, pero una vez que la hagas echa a andar libre de preocupaciones y de pensamientos; todavía habrá un millón de decisiones que te esperan. Ese es el modo del guerrero."

No. 60.
"(...) los guerreros (...) dan lo mejor de sí y después, sin remordimientos ni lamentos, se quedan tranquilos y dejan que el espíritu decida el resultado."

No. 61.
"Me instó a nombrar un asunto, un elemento de mi vida que hubiera ocupado todos mis pensamientos. Dije que el arte. Siempre quise ser artista y durante años me dedique a ello. Todavía conservaba el doloroso recuerdo de mi fracaso.
- Nunca has aceptado la responsabilidad de estar en este mundo impenetrable - dijo en tono acusador- . Por eso nunca fuiste artista, y quizá nunca seas cazador."

No. 62.
"- Un guerrero reconoce su dolor pero no se entrega a él - dijo don Juan- . Por eso el sentimiento de un guerrero que entra en lo desconocido no es de tristeza; al contrario, está alegre porque se siente humilde ante su gran fortuna, confiado en la impecabilidad de su espíritu, y sobre todo, completamente al tanto de su eficiencia. La alegría del guerrero le viene de haber aceptado su destino, y de haber calculado de verdad lo que le espera."

No. 63.
"(...) Entre carcajadas comentó que aún en el estado de conciencia acrecentada yo era un baboso a quien le encantaba la repetición y que periódicamente yo insistía en aburrirlo con mis estallidos de importancia personal. Dijo que si tenía que sucumbir, debía hacerlo luchando, no pidiendo perdón y sintiéndome inútil, y que no importaba un comino lo que fuera nuestro destino siempre que lo enfrentáramos con un abandono total."

No. 64.
"(...) ¿Por qué tratar de negar o modificar una cosa que no se puede sino aceptar?"

No. 65.
"Cada uno de nosotros es distinto, y por eso los detalles de nuestras luchas son distintos (...)"

No. 66.
"(...) Sientes que entregarte a las dudas y a las tribulaciones es la marca de un hombre sensitivo. Bueno, la verdad del asunto es que estás muy lejos de ser eso. ¿Por qué fingir, pues? Ya te dije el otro día: un guerrero se acepta con humildad así como es."

No. 67.
"(...) el poder sólo llega tras haber aceptado nuestros destinos sin discusión (...)"

No. 68.
"Don Juan siempre había insistido en que nuestro peor enemigo era la incapacidad para aceptar la realidad de aquello que nos ocurre (...).

No. 69.
"- Tienen que pasarte cosas muy drásticas para que permitas a a tu cuerpo aprovechar lo que has aprendido - dijo.
Aventuré la opinión de que, no siendo indio, carecía de las cualidades básicas para vivir la insólita existencia de un brujo.
- Tal vez, si lograra desprenderme de todos mis compromisos, podría desenvolverme un poco mejor en su mundo - dije - . O si me fuera con usted al desierto, a vivir allí. Como están las cosas, el hecho de tener un pié en cada mundo me hace inútil en ambos.
Se me quedó mirando un rato.
- Este es tu mundo - dijo, señalando la calle tumultuosa detrás de la ventana - . Eres hombre de ése mundo. Y allá afuera, en ese mundo, está tu campo de caza. No hay manera de escapar al hacer de nuestro mundo, por eso, lo que hace un guerrero es convertir su mundo en su campo de caza. Como cazador, el guerrero sabe que el mundo está hecho para usarse. De modo que lo usa hasta lo último. Un guerrero es como un pirata que no tiene escrúpulos en tomar y usar cualquier cosa que desee, sólo que el guerrero no se aflige ni se ofende cuando lo usan y lo toman a él."

No. 70.
"El caso no es el que tengas que vivir con todo esto. Tú eres todo esto. No estás solamente tolerándolo por lo pronto..."

No. 71.
" - Pero usted mismo dice, don Juan, que uno siempre puede fracasar.
- Cierto. Uno siempre puede fracasar. Pero yo creo que tú te refieres a otra cosa. Quieres hallar una salida. Quieres tener la libertad de fracasar y salir corriendo cuando se te dé la gana. Es demasiado tarde para eso. Un guerrero está en las manos del poder y su única libertad es elegir una vida impecable. No hay manera de fingir el triunfo o la derrota (...)"

No. 72.
"(...) El refrenamiento es esperar con paciencia, sin prisa, sin angustia; es una sencilla y gozosa retención del pago que tiene que llegar."

No. 73.
(...) Refrenamiento significa retener con el espíritu algo que el guerrero sabe que justamente debe cumplirse. No significa que el guerrero ande por ahí pensando en hacerle mal a alguien, o planeando cómo

vengarse o saldar cuentas. El refrenamiento es algo independiente.
Mientras el guerrero tenga control, disciplina y la habilidad de escoger el momento oportuno, el refrenamiento asegura que recibirá su completo merecido quienquiera que se lo haya ganado."

No. 74.
"(....) Un guerrero sabe que espera y sabe lo que espera, y mientras espera no quiere nada y así cualquier cosita que recibe es más de lo que puede tomar. Si necesita comer halla el modo, porque no tiene hambre; si algo lastima su cuerpo halla el modo de pararlo, porque no siente dolor. Tener hambre o sentir dolor significa que uno se ha entregado y que ya no se es guerrero; las fuerzas de su hambre y su dolor lo destruirán."

No. 75.
"(...) un maestro no presiona a su aprendiz. Eso nada más fomentaría obsesión y morbidez."

No. 76.
"(...) Para lograr éxito en cualquier empresa se debe ir muy despacio, con mucho esfuerzo pero sin tensión ni obsesiones."

No. 77.
"(...) Tu no tienes prisa. Un guerrero nunca está ocioso ni tiene prisa (...)"

No. 78.
" - Tengo todavía tantas cosas pendientes en mi vida - dije. Tantas cosas sin resolver.
Don Juan chasqueó suavemente la lengua.
Nada está pendiente en el mundo - dijo. Nada está terminado, pero nada está sin resolver. Duérmete."

No. 79.
"El mundo se ajusta a sí mismo (...)"

No. 80.
"(...) Descansa, olvídate de tí mismo, no tengas miedo a nada. Sólo entonces los poderes que nos guían nos abren el camino y nos auxilian. Sólo entonces."

No. 81.
"Conque temes al vacío de la vida de tu amigo. Pero no hay vacío en la vida de un hombre de conocimiento: te lo digo yo. Todo está lleno hasta el borde.
Don Juan se puso en pie y extendió los brazos como palpando cosas en el aire.
- Todo está lleno hasta el borde - repitió - , y todo es igual. Yo no soy como tu amigo que nada más se hizo viejo. Cuando yo te digo que nada importa, no lo digo como él. Para él, su lucha no valió la pena porque salió derrotado; para mí no hay victoria ni derrota, ni vacío. Todo está lleno hasta el borde y todo es igual y mi lucha valió la pena."

No. 82.
" En Oaxaca, don Juan pasó horas mirando cosas mundanas y triviales: el color desteñido de las paredes, las siluetas de las montañas lejanas, la configuración de las grietas en el cemento de las aceras, las caras de la gente (...)"

No. 83.
" La Gorda se levantó; estaba lista para salir. La llevé a pasear por la ciudad. Se veía muy contenta. Iba de lugar en lugar observando todo, deleitando sus ojos en el mundo. Don Juan me había dado esa imagen. Decía que un guerrero sabe que está esperando y también sabe que es lo que está esperando, y , mientras espera, deleita sus ojos en el mundo. Para él la máxima hazaña de un guerrero era el gozo (...)"

No. 84.
"(...) para reír necesitamos mirar con los ojos - dijo - , porque sólo cuando miramos las cosas podemos captar el filo gracioso del mundo. En cambio, cuando nuestros ojos VEN, todo es tan igual que nada tiene gracia.
- ¿Quiere usted decir, don Juan, que un hombre que VE nunca puede reír?

Permaneció en silencio un rato.
- Tal vez haya hombres de conocimiento que nunca ríen - dijo - . Pero no conozco ninguno. Los que conozco VEN y también miran, de modo que ríen.
- ¿Lloraría así mismo un hombre de conocimiento?
- Por supuesto. Nuestros ojos miran para que podamos reír o llorar, o regocijarnos, o estar tristes, o estar contentos. A mí personalmente no me gusta estar triste; por eso, cada vez que presencio algo que por lo común me entristecería, simplemente cambio los ojos y lo VEO en lugar de mirarlo. Pero cuando encuentro algo gracioso, miro y me rio."

No. 85.
"(...) Me aseguró que había un tinte de humor malicioso en cada una de sus clasificaciones, porque el humor era la única manera de contrarrestar la compulsión humana de hacer engorrosos inventarios y clasificaciones."

No. 86.
"- Tienes una idea rara de lo que significa hablar en serio - dijo - . Yo río mucho porque me gusta reír, pero todo lo que digo es totalmente en serio, aunque no lo entiendas. ¿Por qué debería ser el mundo sólo como tú crees que es? ¿Quién te dio la autoridad para decir eso?"

No. 87.
"(...) Añadió que el único modo de contrarrestar el devastador efecto del mundo de los brujos era reírse de él."

No. 88.
"(...) los acechadores aprenden a no tomarse en serio: aprenden a reírse de sí mismos. Puesto que no tienen miedo de hacer el papel de tontos, pueden hacer tonto a cualquiera."

No. 89.
" - La vida de un guerrero no puede ser en modo alguno fría y solitaria y sin sentimientos, porque se basa en su afecto, su devoción, su dedicación a su ser amado (...) (...) - Esta es la predilección de los guerreros - dijo - . Esta tierra, este mundo. Para un guerrero no puede haber un amor más grande (...)
- Solamente si uno ama esta tierra con pasión inflexible puede uno librarse de la tristeza (...) Un guerrero siempre está alegre porque su amor es inalterable y su ser amado, la tierra, lo abraza y le regala cosas inconcebibles. La tristeza pertenece sólo a esos que odian al mismo ser que les da asilo."

No. 90.
"(...) la importancia personal es la fuerza detrás de todo ataque de melancolía (...) los guerreros tienen derecho a sentir estados de profunda tristeza, pero la tristeza les viene solamente para hacerlos reír."

No. 91.
"- ¿A quien le importa la tristeza? - dijo - . Piensa sólo en los misterios; el misterio es lo único que importa. Somos seres vivientes; tenemos que morir y renunciar a nuestra conciencia. Pero, si pudiéramos cambiar tan sólo un matiz, un hilo de eso, !qué misterios deben aguardarnos¡ !Qué misterios¡

No. 92.
"Un guerrero es alguien que busca la libertad, la tristeza no es libertad. Tenemos que quitárnosla de encima."

No. 93.
"(...) La mejor manera de deshacerse de la melancolía es reírse de ella."

No. 94.
"(...) Cuando no se tiene nada que perder se adquiere coraje. Somos temerosos únicamente en la medida en que tengamos algo a que aferrarnos."

No. 95.
"Lo que nos hace desdichados es la necesidad. Pero si aprendemos a reducir a nada nuestras necesidades, la cosa más peque-

ña será un verdadero regalo. Ten paz (...)"

No. 96.
"Al repasar su vida, cobró conciencia de que la única vez que no fue pobre ni tuvo necesidades concretas fue durante los años pasados con el nagual. Y supo entonces que la pobreza es un estado de ser y que lo había reclamado cuando sus necesidades concretas lo abrumaron."

No. 97.
"Una vez que hubo desaparecido el desapego, que era lo que le daba el poder de amar, sólo le quedaron las necesidades mundanas: la miseria y la desesperación, rasgos distintivos del mundo cotidiano.

No. 98.
"- ¿Que mas puede tener un hombre aparte de su vida y su muerte?"

No. 99.
"- La sola idea de desapegarme de todo lo que conozco me da escalofríos - dije.
¡Has de estar bromeando! Lo que debería darte escalofríos es no tener nada más que esperar que una vida de hacer lo que siempre has hecho. Piensa en el hombre que planta maíz año tras año hasta que está demasiado viejo y cansado para levantarse y se queda echado como perro viejo. Sus pensamientos y sentimientos, lo mejor que tiene, vagan sin ton ni son y se fijan en lo único que ha hecho: plantar maíz. Para mí, ese es el desperdicio más aterrrador que existe."

No. 100.
"Ya me dí al poder que a mi destino rige.
No me agarro ya de nada, para así no tener nada que defender.
No tengo pensamientos, para así poder ver.
No temo ya a nada, para así poder acordarme de mi (...)"

No. 101.
"Empezó por dejar en claro que para él todas las ruinas arqueológicas de México, especialmente las pirámides, eran dañinas para el hombre moderno. Describió las pirámides como desconocidas de pensamiento y acción. Dijo que cada parte, cada diseño representaba un esfuerzo calculado para registrar aspectos de atención absolutamente ajenos a nosotros. Para don Juan no eran solamente las ruinas de antiguas culturas las que contenían un elemento peligroso en ellas; todo lo que era objeto de preocupación obsesiva tenía un potencial dañino."

No. 102.
"¿De qué les sirve tener cuarzos bellamente pulidos si jamás encuentran el espíritu dador de poder? (...)"

No. 103.
"(...) quiero saber todo lo que pueda acerca de objetos de poder. Usted mismo ha dicho que saber es poder.
¡No! - dijo categórico - . El poder depende de la clase de saber que se tenga. ¿De que sirve saber cosas que no valen la pena?"

No. 104.
"(...) El los había ayudado a todos impecablemente; por lo tanto, su espíritu estaba libre de tribulaciones y su mente libre de especulaciones inútiles (...)"

No. 105.
"(...) Negarte es una entrega, y no recomiendo ninguna cosa por el estilo. Ese es el motivo de que te deje hacer todas las preguntas que quieres. Si te forzara a parar de preguntar, podrías torcer tu voluntad tratando de obedecer. Entregarse a la negación es el peor de todos los modos de entrega; nos fuerza a creer que estamos haciendo cosas buenas, cuando en efecto sólo estamos fijos dentro de nosotros mismos (...)"

No. 106.
"Ser ermitaño es una entrega (...) Un ermitaño no está desapegado, pues se abandona voluntariamente a ser ermitaño."

No. 107.
"Mientras caminábamos, don Juan me dijo que quería advertirme nuevamente que, en el camino del guerrero es muy fácil perderse en complejidades. Dijo que los videntes se enfrentan a grandes enemigos que pueden destruir sus propósitos, enturbiar sus objetivos y debilitarlos, enemigos creados por el mismo conocimiento que los guerreros buscan, aunado al sentido de la indolencia, imprudencia e importancia personal que son partes integrales del mundo cotidiano."

No. 108.
"(...) Dijo que los hombres eran criaturas muy frágiles, y se hacían aún más frágiles a través de su vicio de entregarse a todo (...)"

No. 109.
"(...) Somos tantos los que sufrimos, los que tenemos nuestro infierno privado y particular, nacido de nuestra estupidez, que el espíritu no puede prestarnos atención."

No. 110.
" - Claro que tenemos un lado oscuro (...) Matamos por capricho, ¿no es cierto? Quemamos a la gente en el nombre de Dios. Nos destruimos a nosotros mismos; aniquilamos la vida en este planeta; destruimos la tierra. Y luego nos ponemos un hábito y el Señor nos habla directamente.
¿Y qué nos dice el Señor? Nos dice que si no nos comportamos bien nos va a castigar. El Señor lleva siglos amenazándonos sin que las cosas cambien. Y no porque exista el mal, sino porque somos estúpidos. El hombre sí que tiene un lado oscuro, que se llama estupidez."

No. 111.
"Un hombre va al saber como a la guerra: bien despierto, con miedo, con respeto y con absoluta confianza. Ir de cualquier otra forma al saber o la guerra es un error, y quien lo cometa vivirá para lamentar sus pasos.
Le pregunté por que era así, dijo que, cuando un hombre ha cumplido estos cuatro requisitos, no hay errores por los que deba rendir cuentas; en tales condiciones sus actos pierden la torpeza de las acciones de un tonto. Si tal hombre fracasa, o sufre una derrota, sólo habrá perdido una batalla, y eso no provocará deploraciones lastimosas."

No. 112.
"(...) Le recordé que una vez me había dicho que la guerra era el estado natural de todo brujo, que la paz era una anomalía.
Es cierto - admitió - . Pero la guerra, para un brujo, no significa actos de estupidez individual o colectiva ni una violencia absurda. La guerra para el brujo es la lucha total contra ese yo individual que ha privado al hombre de su poder."

No. 113.
" Estoy haciendo lo posible.
No. No estoy de acuerdo. Nada más dices esto porque te suena bien, de hecho, has estado diciendo lo mismo acerca de todo cuento haces. Llevas años haciendo lo posible, sin que sirva de nada. Hay que hacer algo para remediar eso."

No. 114.
"(...) Convertirse en guerrero impecable tarda años. Para poder resistir el impacto (...) debes ser mejor de lo que eres ahorita."

No. 115.
"He tratado de vivir de acuerdo a sus consejos - dije - . Tal vez no sea yo lo mejor, pero soy lo mejor de mí mismo. ¿Es eso impecabilidad?
- No. Debes ser aún mejor. Debes empujarte siempre más allá de tus límites.
- Pero eso sería una locura, don Juan. Nadie puede hacer eso.
Muchas cosas que haces ahora te habrían parecido una locura hace diez años. Las cosas esas núnca cambiaron, pero sí cambió la idea de tí mismo; lo que antes era imposible es ahora perfectamente posible,

y a lo mejor el que logres cambiarte por completo es sólo cuestión de tiempo (...)"

No. 116.
"Todos pasamos por los mismos jalones (...) La única manera de vencerlos es persistir en actuar como guerrero. El resto viene de sí mismo y por sí mismo."

No. 117.
"(...) todos pasamos por las mismas dudas. Nos da miedo volvernos locos, pero la desgracia es que, de a tiro, ya todos nosotros estamos locos."

No. 118.
"(...) te he oído decir que tus padres dañaron tu espíritu. Yo creo que el espíritu del hombre es algo que se daña fácilmente, aunque no con las mismas acciones que tú llamas dañinas. Creo que tus padres sí te dañaron haciéndote indulgente y flojo y dado a quedarte sentado más de la cuenta."

No. 119.
"La pena no encaja con el poder (...)"

No. 120.
"(...) El camino del conocimiento se anda a la mala. Para aprender necesitamos que nos echen espuelas. En el camino del conocimiento siempre estamos peleando con algo, evitando algo, preparados para algo; y ese algo es siempre inexplicable, más grande y poderoso que nosotros (...)"

No. 121.
"Tuve un deseo casi invencible de quejarme. No era que resintiese nada que me hubiera ocurrido, pero anhelaba solaz y simpatía (...)"
- Sólo como un guerrero puede uno soportar el camino del conocimiento - dijo- . Un guerrero no puede quejarse ni lamentar nada. Su vida es un desafío interminable, y no hay modo de que los desafíos sean buenos o malos. Los desafíos son simplemente desafíos.
Su tono era seco y severo; su sonrisa cálida y apaciguadora".

No. 122.
"El susto nunca daña a nadie. lo que daña el espíritu es tener siempre encima alguien que te pege y te diga qué hacer y qué no hacer"

No. 123.
"Conque tienes miedo. No hay nada nuevo en tener miedo. No pienses en tu miedo. ¡Piensa en las maravillas de ver!

No. 124.
"(...) para ser un guerrero sin par uno tiene que amar la libertad, y uno tiene que tener una despreocupación, un desinterés supremo. Explicó que el camino del guerrero es algo extremadamente peligroso porque representa el lado opuesto de la situación del hombre moderno, que ha abandonado el reino de lo desconocido y de lo misterioso, y se ha instalado en el reino de lo funcional. Le ha dado la espalda al mundo de los presentimientos y el júbilo y le ha dado la bienvenida al mundo del aburrimiento."

No. 125.
"(...) todos desarrollamos en el curso de la vida una dirección según la cual miramos (...). Esa dirección termina por ser la de los ojos del espíritu. Según pasan los años esa dirección se desgasta, se debilita y se hace desagradable y, puesto que estamos ligados a esa dirección particular, nos hacemos débiles y desagradables (...)"

No. 126.
"A nosotros como individuos, nos toca oponernos a las fuerzas de nuestras vidas (...)

No. 127.
"(...) Tú haces girar el mundo sobre el sentimiento de que todo es demasiado para tí."

No. 128.
"- ¿Por qué fue triste tu niñez? (...)
Le dije que mi infancia no había sido en

verdad triste, sino acaso un poco difícil. Todo el mundo siente lo mismo (...) También yo pasé de niño muchas desdichas y temores. Ser niño indio es duro, muy duro. Pero el recuerdo de aquel tiempo ya no tiene otro significado sino que fue duro. Dejé de pensar en las penalidades de mi vida aún antes de que aprendiera a ver."

No. 129.
"(...) La vida no ha sido ni buena ni mala conmigo; la vida ha sido dura. La vida es dura, y para un niño es a veces el horror mismo."

No. 130.
"¡No aguantas sin una ducha! A veces eres tan flojo que pienso que estás bromeando. Pero no es un chiste. A veces realmente no tienes ningún control, y las fuerzas de tu vida te agarran con entera libertad."

No. 131.
"Prometí a mi padre que viviría para destruir a sus asesinos. Años enteros cargué con esa promesa. Ahora la promesa está cambiada. Ya no me interesa destruir a nadie. He aprendido que todos los incontables caminos que uno recorre en su vida son todos iguales. Los opresores y los oprimidos se encuentran al final, y lo único que sigue valiendo es que la vida fue demasiado corta para ambos. Hoy no me siento triste porque mis padres murieran como murieron; me siento triste porque eran indios. Vivieron como indios y murieron como indios y núnca se dieron cuenta de que antes que nada eran gente."

No. 132.
"- ¿Está usted enojado conmigo don Juan? - le pregunté
(...) Pareció sorprenderse de mi pregunta. ¡No! ¡Nunca me enojo con nadie! Ningún ser humano puede hacer nada lo bastante importante para enojarme. Uno se enoja con la gente cuando siente que sus actos son importantes. Yo ya no siento eso."

No. 133.
"(...) Nunca en mi vida me atreví a hablar con franqueza. Ahora no temo a nadie. Digo lo que siento. Para conocerme debes ser fuerte."

No. 134.
- Estás metido en un pantano espantoso - dijo - . Es demasiado tarde para retirarte, pero demasiado pronto para actuar. Lo único que puedes hacer es atestiguar. Estás en la miserable posición de una criatura que no puede regresar al vientre de la madre pero tampoco puede corretear y actuar. Lo único que una criatura puede hacer es atestiguar, y escuchar los estupendos cuentos de acción que le cuentan. Tú estas ahora en ese punto preciso. No puedes regresar al vientre de tu viejo mundo, pero tampoco puedes actuar con poder. Para ti no hay más que atestiguar actos de poder y escuchar cuentos, cuentos de poder."

No. 135.
"No hay nada malo en sentirse indefenso (...) Todos nosotros nos sentimos así. Acuérdate que hemos pasado una eternidad como niños indefensos (...) Un niño quiere actuar y, como no puede, se queja. No hay nada malo en eso, pero darse por entero a lamentos y protestas es otro asunto."

No. 136.
"(...) Don Juan añadió que la manera mas segura de subyugar el egoísmo era por medio de las actividades cotidianas de nuestras vidas. Mantenía que yo era eficiente en todo lo que hacía porque no tenía nadie que me hiciera la vida imposible y que no era nada del otro mundo andar derecho, si uno anda solo (...)"

No. 137.
(...) Sabemos que nada puede templar tan bien el espíritu de un guerrero como el tratar con personas imposibles en posiciones de poder. Sólo bajo esas circunstancias pueden los guerreros adquirir la

sobriedad y la serenidad necesarias para ponerse frente a frente a lo que no se puede conocer."

No. 138.
"(...) Don Juan (...) dijo que era mucho más fácil comportarse bien bajo condiciones de máxima tensión que ser impecable en circunstancias normales."

No. 139.
"Vieras lo bien que puede uno actuar cuando tiene la espalda contra el paredón (...)"

No. 140.
"- ¿Cómo mide usted la derrota?
- Cualquiera que se une al pinche tirano queda derrotado. El enojarse y actuar sin control o disciplina, el no tener refrenamiento, es estar derrotado."

No. 141.
"(...) los pinches tiranos se toman mortalmente en serio, mientras que los guerreros no."

No. 142.
"- ¿Será peligroso? - pregunté, sólo por decir algo.
Todo es peligroso - respondió- ."

No. 143.
"Lo más difícil en este mundo es adoptar el ánimo de un guerrero (...) de nada sirve estar triste y quejarse y sentirse justificado de hacerlo, creyendo que alguien nos está haciendo siempre algo. Nadie le está haciendo nada a nadie, mucho menos a un guerrero."

No. 144.
"(...) Un guerrero crea su propio ánimo (...)
- Es conveniente actuar siempre con ese ánimo - prosiguió - . Acaba con la idiotez y lo deja a uno purificado (...)
(...) yo insistí en que el ánimo de un guerrero no podía en modo alguno ayudarme a superar el sentimiento de ofensa, o el daño concreto, nacidos de las acciones de mis semejantes, como en el caso hipotético de ser vejado físicamente por una persona cruel y maliciosa colocada en una posición de autoridad.
Se carcajeó y admitió que el ejemplo venía al caso.
- Un guerrero podría sufrir daño, pero no ofensa - dijo - . Para un guerrero no hay nada ofensivo en los actos de sus semejantes mientras él mismo está actuando dentro del ánimo correcto.
"El ánimo de un guerrero no es tan descabellado para tu mundo ni para el de nadie. Lo necesitas para salirte de todas tus idioteces."
Expliqué mi forma de razonar (...) Lo que me ofendía de mis semejantes era que actuaban con malicia y a sabiendas.
- Ya se, ya se - dijo don Juan con paciencia - . Lograr el ánimo de un guerrero no es cosa sencilla. Es una revolución (...) se necesita poder para llevarlo a cabo. "

No. 145.
"(...) algo en nosotros tiende trampas para obligarnos a abandonar la empresa. El remedio es persistir a pesar de todas las barreras y desilusiones."

No. 146.
"Señalé que él siempre encontraba una falta en lo que yo hacía, sin importar como lo hiciera.
- ¡Eso no es verdad! - exclamó - . No hay falla en el camino del guerrero. Síguelo y nadie podrá criticar tus actos (...)"

No. 147.
"(...) Lo que un aprendiz necesita es la sobriedad y la fuerza. Por eso el maestro habla del camino del guerrero, o vivir como guererro. Esa es la goma que pega todas las partes en el mundo de un brujo (...) Sin la solidez y la serenidad del camino del guerrero, no hay posibilidad de resistir la senda del conocimiento."

No. 148.
"- Sólo un sentimiento de suprema sobriedad puede tender un puente entre las contradicciones - dijo. - ¿Podría decirse, don

Juan, que el arte es ese puente?
- Al puente entre las contradicciones lo puedes llamar como quieras, arte, sobriedad, amor, o incluso gentileza, gracia."

No. 149.
"Te voy a enseñar a hacerte guerrero del mismo modo que te he enseñado a cazar. Pero te hago la advertencia de que aprender a cazar no te ha hecho cazador, ni el aprender a ser guerrero te hará guerrero."

No. 150.
"(...) Los guerreros impecables no pierden la razón. Permanecen intactos. Te he dicho muchas veces que los guerreros impecables pueden ver mundos horripilantes y sin embargo, en su trato cotidiano, nadie lo notaría. Hablan y ríen con sus amigos o con extraños como si nada hubiera ocurrido."

No. 151.
"(...) Debes entender que un guerrero no es ningún tonto. un guerrero es un cazador inmaculado que anda a la caza de poder; no está borracho ni loco, y no tiene tiempo ni humor para fanfarronear, ni para mentirse a sí mismo, ni para equivocarse en la jugada. La apuesta es demasiado alta. Lo que pone en la mesa es su vida dura y ordenada, que tanto tiempo le llevó perfeccionar. No va a desperdiciar todo eso por un estúpido error de cálculo, o por tomar una cosa por lo que no es."

No. 152.
"(...) Un guerrero trata todo con respeto y no pisotea nada a menos que tenga que hacerlo (...)"

No. 153.
"Le dije que era muy amable de su parte el decir que debíamos recobrar el juicio cuando en realidad yo era el único que debía hacerlo. replicó que la suya no era amabilidad sino simplemente comportamiento de guerrero, puesto que ser un guerrero implicaba (...) estar siempre en guardia contra la natural brusquedad de la conducta humana. Dijo que un guerrero es, en esencia, un ser implacable, de recursos muy fluidos y de gustos y conductas muy refinados; un ser cuya tarea en este mundo es afilar sus aristas cortantes, una de las cuales es la conducta, para que así nadie sospeche de su inexorabilidad."

No. 154.
"El sino de un guerrero es inalterable (...) El desafío consiste en cuan lejos puede uno llegar dentro de esos rígidos confines y qué tan impecable puede uno ser.
Si hay obstáculos en su camino, el guerrero intenta. Si encuentra dolor y privaciones insoportables en su sendero, el guerrero llora, sabiendo que todas sus lágrimas puestas juntas no cambiarían un milímetro la línea de su sino."

No. 155.
"La diferencia básica entre un hombre común y un guerrero es que un guerrero toma todo como un desafío (...) mientras un hombre ordinario toma todo como bendición o maldición (...)"

No. 156.
"(...) Un guerrero no se abandona a nada, ni siquiera a su muerte. Un guerrero no es un socio voluntario; un guerrero no está disponible, y si se mete con algo, puedes tener la certeza que sabe lo que está haciendo."

No. 157.
"Un guerrero debe advertirlo todo (...) Esa es su peculiaridad (...) y en ello radica su ventaja."

No. 158.
"(...) algo en el guerreo se da cuenta siempre de cada cambio. La meta del cambio del guerrero es precisamente cultivar y mantener ese sentido de darse cuenta. El guerreo lo limpia, lo pule y lo tiene siempre funcionando."

No. 159.
"(...) dijo que un guerrero siempre se cercioraba de que todo estuviese en orden, no porque creyera que iba sobrevivir la prueba que se hallaba a punto de emprender, sino porque era parte de su conducta impecable."

No. 160.
"(...) Dijo que un guerrero no debía dejar nada liberado al azar, que un guerrero era realmente capaz de alterar el curso de los sucesos, valiéndose del poder de su conciencia y de la inflexibilidad de su propósito (...)."

No. 161.
"El espíritu de un guerrero no está engranado para la entrega y la queja, ni está engranado para ganar o perder. El espíritu de un guerrero sólo está engranado para la lucha, y cada lucha es la última batalla del guerrero sobre la tierra. De allí que el resultado le importe muy poco. En su última batalla sobre la tierra, el guerrero deja fluir su espíritu libre y claro, y mientras libra su batalla, sabiendo que su voluntad es impecable, el guerrero ríe y ríe."

No. 162.
"(...) don Juan hizo un cómico gesto de desesperanza llevándose las manos a las mejillas y suspirando hondamente. - Deja en paz tu mundo civilizado - dijo- . Déjalo! Nadie te pide que te portes como un loco. Ya te lo he dicho: un guerrero necesita ser perfecto para manejar los poderes que caza; ¿cómo puedes concebir que un guerrero no sea capaz de diferenciar las cosas? En cambio tú, amigo mío, que conoces lo que es el mundo real, te perderías y morirías en un instante si tuvieras que depender de tu capacidad para distinguir qué cosa es real y cual no (...) (...) - No trato de convertirte en un hombre enfermo y loco - prosiguió don Juan- . Eso puedes hacerlo tú mismo sin ayuda mía. Pero las fuerzas que nos guían te trajeron a mí, y yo me he esforzado por enseñarte a cambiar tus costumbres idiotas y vivir la vida fuerte y clara de un cazador. Luego las fuerzas volvieron a guiarte y me dijeron que debes aprender a vivir la vida impecable de un guerrero. Al parecer no puedes. Pero, ¿quien sabe? Somos tan misteriosos y tan temibles como este mundo impenetrable, conque ¿quién sabe de lo que seas capaz?

No. 163.
"Ser guerrero no es el simple asunto de nomás querer serlo. Es más bien una lucha interminable que seguirá hasta el último instante de nuestras vidas. Nadie nace guerrero, exactamente igual que nadie nace siendo un ser razonable. Nosotros nos hacemos lo uno o lo otro."

No. 164.
"(...) Ser perfecto en circunstancias perfectas es ser un guerrero de papel (...)"

No. 165.
"(...) Un guerrero, mi amiguito, es alguien que siempre manda."

No. 166.
"(...) Debes cultivar el sentimiento de que un guerrero no necesita nada.
Dices que necesitas ayuda. ¿Ayuda para qué? Tienes todo lo necesario para el viaje extravagante que es tu vida. He tratado de enseñarte que la verdadera experiencia es ser un hombre, y que lo que cuenta es estar vivo; la vida es la vueltita que ahora estamos tomando. La vida en sí misma es suficiente y se explica sola, y es completa. Un guerrero entiende eso y vive de acuerdo a eso; por lo tanto, uno puede decir sin ser presumido, que la experiencia de experiencias es el ser un guerrero.
Pareció esperar respuesta. Titubee un momento. Quería elegir cuidadosamente mis palabras.
- Si un guerrero necesita alivio - prosiguió - , simplemente elige a cualquiera y le expresa a esa persona cada detalle de su tumulto. Después de todo, el guerrero no busca que le entiendan o le ayuden; con hablar simplemente busca aliviar su pre-

sión. Eso es, siempre y cuando el guerrero sea dado a hablar; si no lo es, no le dice nada a nadie. Pero tu no vives totalmente como guerrero. No todavía. Y los obstáculos que te salen al encuentro han de ser verdaderamente monumentales. Te entiendo perfectamente.
No se hacía el gracioso. A juzgar por la preocupación en su mirada, parecía ser alguien que ha andado por esos rumbos (...)."

No. 167.
"No se trata de tenerle confianza a nadie. Se trata de una lucha de guerrero (...)"

No. 168.
"(...) un guerrero no busca nada que le consuele (...)"

No. 169.
"Para convertirse en un hombre de conocimiento hay que ser un guerrero, no un niño llorón. Hay que luchar sin entregarse, sin una queja, sin titubear, hasta que uno vea, sólo entonces puede uno darse cuenta que nada importa."

No. 170.
"Con voz serena don Juan me dijo (...) que el espíritu no es algo que uno podría usar o comandar a hacer que se moviera de ninguna forma, no obstante uno puede usarlo, comandarlo, moverlo como se le dé a uno la gana. Esta contradicción, según dijo, es la esencia de la brujería. Y por no entenderla, generaciones enteras de brujos habían sufrido dolores y pesares inimaginables. Los brujos de hoy en día, en un esfuerzo por evitar pagar este exorbitante precio de dolor, habían desarrollado un código de conducta llamado "el camino del guerrero", o la acción impecable. Un código de conducta que los preparaba realzando su cordura y su prudencia."

No. 171.
"El verdadero desafío (...) fue encontrar un sistema de conducta que no fuera trivial o caprichoso, y que fuera capaz de combinar la moralidad y el sentido de la belleza que distinguen a los brujos videntes de los simples hechiceros. Y ese sistema se llama el arte del acecho."

No. 172.
"Acechar es un arte. Para un brujo, puesto que no es mecenas ni vendedor de arte, la única importancia de una obra de arte es que puede ser lograda

No. 173.
"(...) Don Juan subrayó que la fuerza de la que hablaba no era solamente la convicción. Nadie podría tener convicciones más fuertes que los antiguos videntes, y sin embargo eran débiles. Tener fuerza interna significaba poseer un sentido de ecuanimidad, casi de indiferencia, un sentimiento de sosiego, de holgura. Pero sobre todo, significaba tener una inclinación natural y profunda por el examen, por la comprensión. Los nuevos videntes llamaron sobriedad a todos estos rasgos de carácter."

No. 174.
"Reiteró que (...) los nuevos videntes daban el más alto valor a las comprensiones profundas que no eran producto de la emoción."

No. 175.
"(...) Para comprender uno necesita de sensatez, de cordura, no de emocionalidad. No te confíes en aquellos que lloran con la emoción de comprender, porque no han comprendido nada."

No. 176.
"Recuerda lo que te he dicho - dijo- . No le des mucha importancia a las comprensiones emocionales (...)"

No. 177.
"(...) Don Juan me había dicho que sin tristeza y añoranza uno no está completo, pues sin ellas no hay sobriedad, no hay gentileza. Decía que la sabiduría sin gentileza y el conocimiento sin sobriedad son

inútiles."

No. 178.
"- Los brujos dicen (...) que los más increíbles logros de la percepción son puras idioteces si no están acompañados de ciertos estados de ánimo claves, que les dan valor y seriedad (...)"

No. 179.
"Un guerrero no puede sentirse desamparado (...) Ni desconcertado, ni asustado, bajo ninguna circunstancia. Para un guerrero solo hay tiempo para su impecabilidad; todo lo demás agota su poder, la impecabilidad lo renueva."

No.180.
"Volvamos a mi vieja pregunta, don Juan, ¿Qué es la impecabilidad?
- Sí, volvemos a tu vieja pregunta y por supuesto volvemos a mi vieja respuesta: "La impecabilidad es hacer lo mejor que puedas en lo que fuese."

No. 181.
"No importa lo que nadie diga ni haga - afirmó - . Tu debes ser impecable. La lucha se libra en nuestro pecho.
Me dió varios ligeros golpes en el pecho.
Si tu padre o tu abuelo se hubieran propuesto a ser impecables (...) no habrían perdido el tiempo en discusiones bizantinas. Hay que dedicar todo el tiempo y toda la energía para poder superar la propia estupidez. Y eso es lo importante. El resto no vale la pena. Nada de lo que tu padre y abuelo dijeron acerca de la iglesia les proporcionó bienestar. En cambio, el ser un guerrero impecable te dará vigor y juventud y poder. De modo que lo que debes hacer es escoger sabiamente."

No. 182.
"Yo lo veo a usted como un hombre de gran moralidad (...)
- Lo que tu estas viendo como moralidad es simplemente mi impecabilidad - dijo.
- El concepto de impecabilidad, así como el de deshacerse de la importancia personal, es un concepto demasiado vago para serme útil - le comenté.
Don Juan se atragantó de risa, y yo lo desafié a que explicara la impecabilidad.
- La impecabilidad no es otra cosa que el uso adecuado de la energía - dijo - Todo lo que yo te digo no tiene un ápice de moralidad. He ahorrado energía y eso me hace impecable. Para poder entender esto, tu tienes que haber ahorrado suficiente energía o no lo entenderás jamás."

No. 183.
"- La impecabilidad, como tantas veces te lo he dicho, no es moralidad (...) Sólo parece ser moralidad. La impecabilidad es, simplemente el mejor uso de nuestro nivel de energía. Naturalmente requiere frugalidad, previsión, simplicidad, inocencia y, por sobre todas las cosas, requiere de la ausencia de imágen de sí. Todo esto se parece al manual de vida monástica, pero no es vida monástica."

No. 184.
"En la vida del guerrero sólo hay una cosa, un único asunto que en realidad no está decidido: Qué tan lejos puede uno avanzar en la senda del conocimiento y del poder. Ese es un asunto abierto y nadie puede predecir el resultado. Una vez te dije que la libertad que un guerrero tiene, es actuar impecablemente, o bien actuar como un imbécil. La impecabilidad es de verdad el único acto que es libre, y por ello, la verdadera medida del espíritu de un guerrero."

No. 185.
"(...) - No te disculpes (:::) Las disculpas son una idiotez. Lo que realmente importa es el ser un guerrero impecable (...)"

No. 186.
" - Tener sensibilidad es una condición natural de cierta gente - dijo- . Tú no la tienes. Pero tampoco yo. A fin de cuentas, la sensibilidad importa muy poco.
¿Qué es entonces lo que importa? - pregunté.

Pareció buscar una respuesta adecuada.
- Lo que importa es que un guerrero sea impecable - dijo al fin- . Pero eso es solo una manera de andarse por las ramas. Tú ya has terminado algunas tareas (...) y creo que ya es hora de mencionar la fuente de todo lo que importa. Así, pues diré que lo importante para un guerrero es llegar a la totalidad de uno mismo.
¿Qué es la totalidad de uno mismo don Juan?
Dije que nada mas iba a mencionarla. Todavía quedan en tu vida muchos cables sueltos que debes atar antes de que podamos hablar de la totalidad de uno mismo."

No. 187.
"Don Juan suspiró.
- Que tarde más espléndida - dijo, mirando el cielo.
- No me gusta la ciudad de México - dije.
- ¿Por qué?
- Odio el smog.
Meneó rítmicamente la cabeza, como asintiendo mis palabras.
- Preferiría estar con usted en el desierto, o en las montañas dije.
- Si yo fuera tú, nunca diría eso - replicó.
- No quise decir nada malo, don Juan.
Eso ya lo sabemos. Pero eso no es lo que importa. Un guerrero o cualquier hombre si a esas vamos, no puede de ningún modo lamentarse por no estar en otra parte; un guerrero porque vive del desafío, un hombre común porque no sabe dónde lo va a encontrar su muerte."

No. 188.
"Piensas que hay dos mundos para ti - dijo- ; dos caminos. Pero nada más hay uno. El protector te enseñó esto con claridad increíble. El único mundo a tu disposición es el mundo de los hombres, y de ese mundo no te puedes salir.
¡Eres un hombre! El protector te enseñó el mundo de la felicidad, donde no hay diferencias porque no hay nadie que pregunte por las diferencias. Pero ése no es el mundo de los hombres. El protector te sacó de él y te enseñó cómo piensa y lucha un hombre. ¡Ese es el mundo del hombre! Y ser hombre es estar condenado a ese mundo. Eres vanidoso, crees que vives en dos mundos, pero eso es pura vanidad. Hay un solo mundo para nosotros. Somos hombres, y debemos estar conformes con el mundo de los hombres."

No. 189.
" – Este es tu mundo. No puedes renunciar a él. Es inútil enojarse y desilusionarse con uno mismo (...)".

No. 190.
" - ¿A qué llama usted el mundo?
- El mundo es todo lo que está encajado aquí - dijo, y pateó el suelo- . La vida, la muerte, la gente, los aliados y todo lo demás que nos rodea. El mundo es incomprensible. Jamás lo entenderemos; jamás desenredaremos sus secretos. Por eso debemos tratarlo como lo que es: !un absoluto misterio! Pero un hombre corriente no hace esto. El mundo nunca es un misterio para él, y cuando llega a viejo está convencido que no tiene más por que vivir. Un viejo no ha agotado el mundo. Sólo ha agotado lo que la gente hace. Pero en su estúpida confusión cree que el mundo ya no tiene misterios para él. ¡ Qué precio tan calamitoso pagamos por nuestros resguardos!
Un guerrero se da cuenta de esta confusión y aprende a tratar las cosas debidamente. Las cosas que la gente hace no pueden, bajo ninguna condición, ser más importantes que el mundo. De modo que un guerrero trata el mundo como un interminable misterio, y lo que la gente hace como un desatino sin fin."

No. 191.
"(...) Dijo que aprender por medio de la conversación era no solo un desperdicio sino una estupidez, porque el aprender era la tarea más difícil que un hombre podía echarse encima (...)"

No. 192.
"Le dije que esa explicación me confundía más aún. Repuso que ése era el motivo de que no quisiera explicar sus actos, y que las explicaciones no eran necesarias. Dijo que lo único que contaba era la acción. Actuar en vez de hablar."

No. 193.
"(...) un hombre de conocimiento vive de actuar, no de pensar en actuar, ni de pensar que pensará cuando termine de actuar."

No. 194.
"- Sólo hay un modo de aprender: poniendo manos a la obra. No tiene caso no mas estar hablando del poder. Si quieres conocer lo que es el poder, y si quieres guardarlo, debes emprender todo por tu cuenta."

No. 195.
"- Eso es lo malo de hablar - dijo -. Siempre lleva a confundir las cosas. Si uno se pone a hablar de hacer, siempre termina hablando algo de más. Lo mejor es no decir nada y no más actuar."

No. 196.
"Uno aprende a actuar como guerrero actuando, no hablando."

No. 197.
"(...) estar convencido significa que puedes actuar por ti mismo (...)"

No. 198.
"(...) Si no llegas a lograr esto, todo lo que has aprendido y has hecho conmigo será mera plática, simplemente palabras. Y las palabras valen poco."

No. 199.
"Queda mucho por hacer. Apenas empiezas."

No. 200.
"Tardarás años en convencerte, y luego, tardarás años en actuar como corresponde. Ojalá te quede tiempo."

No. 201.
"No tienes tiempo, amigo mío -dijo él-. Esa es la desgracia de los seres humanos. Ninguno de nosotros tiene tiempo suficiente, y tu continuidad no tiene sentido en este mundo de pavor y misterio. Tu continuidad sólo te hace tímido. Tus actos no pueden de ninguna manera tener el gusto, el poder, la fuerza irresistible de los actos realizados por un hombre que sabe que está librando su última batalla sobre la tierra. En otras palabras, tu continuidad no te hace feliz ni poderoso."

No. 202.
"-¿Es tan terrible ser tímido?
-No. No lo es si vas a ser inmortal, pero si vas a morir no hay tiempo para la timidez, sencillamente porque la timidez te hace agarrarte de algo que sólo existe en tus pensamientos. Te apacigua mientras todo está en calma, pero luego el mundo de pavor y misterio abre la boca para ti, como la abrirá para cada uno de nosotros, y entonces te das cuenta de que tus caminos seguros nada tenían de seguro (...)"

No. 203.
"(...) durante nuestra vida activa, nunca tenemos la oportunidad de ir más allá del nivel de la mera preocupación, ya que desde tiempos inmemoriales, el arrullo de la vida cotidiana nos adormece. No es sino hasta el momento de estar al borde de la muerte, que nuestra preocupación ancestral acerca de nuestro destino cobra un diferente cariz. Comienza a presionarnos para que veamos a través de la niebla de la vida diaria. Pero por desgracia, este despertar siempre viene de la mano con la pérdida de energía provocada por la vejez. Y no nos queda fuerza suficiente para transformar nuestra preocupación en un descubrimiento pragmático y positivo. A esta altura, todo lo que nos queda es una angustia indefinida y penetrante; un anhelo de algo incomprensible; y una rabia comprensible, por haber perdido todo."

No. 204.
"(...) Morir es algo monumental. Es algo mucho más que estirar la pata y ponerte tieso."

No. 205.
"(...) la idea de la muerte es lo único que templa nuestro espíritu."

No. 206.
"(...) Uno de los dos aquí tiene que cambiar, y aprisa. Uno de nosotros tiene que aprender de nuevo que la muerte es el cazador, y que siempre está a la izquierda. Uno de nosotros tiene que pedir consejo a la muerte y dejar la pinche mezquindad de los hombres que viven sus vidas como si la muerte núnca los fuera a tocar."

No. 207.
"(...) ¿Qué crees que podemos hacer?
Pensé que la pregunta era retórica, pero él hizo un gesto con las cejas instándome a responder.
-Vivir lo más felices que podamos -dije.
-¡Correcto! ¿Pero conoces a alguien que viva feliz?
Mi primer impulso fue decir que si; pensé que podía usar como ejemplo, a Varias personas que conocía. Pero al pensarlo mejor supe que mi esfuerzo sería sólo un hueco intento de exculparme.
-No -dije-. En vedad no.
-Yo si -dijo don Juan-. Hay algunas personas que tienen mucho cuidado con la naturaleza de sus actos. Su felicidad es actuar con el conocimiento pleno de que no tienen tiempo; así, sus actos tienen un poder peculiar (...)"

No. 208.
"(...) No hay nada en este mundo de lo cual un guerrero no pueda dar razón. Verás, un guerrero se considera ya muerto, y así no tiene ya nada que perder. Ya le pasó lo peor, y por lo tanto se siente tranquilo y sus pensamientos son claros; a juzgar por sus actos o sus palabras, uno jamás sospecharía que un guerreo lo ha presenciado todo."

No. 209.
"Hago lo mejor que puedo, don Juan.
- No. No sabes lo que puedes.
- Hago cuanto puedo.
Te equivocas otra vez. Puedes hacer más. Hay una cosa sencilla que anda mal contigo: crees tener mucho tiempo."

No. 210.
"-No es tan complicado como lo haces parecer. La clave de todos estos asuntos de impecabilidad es el sentido de tener o no tener tiempo. Por regla general, cuando te sientes y actúas como un ser inmortal que tiene todo el tiempo del mundo, no eres impecable; en esos momentos debes volverte, mirar alrededor tuyo, y entonces te darás cuenta de que tu sentimiento de tener tiempo es una idiotez. ¡No hay sobrevivientes en esta tierra!"

No. 211.
"-No tienes tiempo para esta explosión, idiota. Esto, lo que estás haciendo ahora, puede ser tu último acto sobre la tierra. Puede muy bien ser tu último acto sobre la tierra. Puede muy bien ser tu última batalla. No hay poder capaz de garantizar que vayas a vivir un minuto más.
-Ya lo sé - dije con ira contenida.
No. No lo sabes. Si lo supieras serías un cazador."

No. 212.
"-Mírame a mí -dijo-. Yo no tengo duda ni remordimiento. Todo cuanto hago es mi decisión y mi responsabilidad. La cosa más simple que haga, llevarte a caminar por el desierto, por ejemplo, puede muy bien significar mi muerte. La muerte me acecha. Por eso, no tengo lugar para dudas ni remordimientos. Si tengo que morir como resultado de sacarte a caminar, entonces debo morir.
Tú, en cambio, te sientes inmortal, y las decisiones de un inmortal pueden cancelarse o lamentarse o dudarse. En un mundo donde la muerte es el cazador, no hay tiempo para lamentos ni dudas, amigo mio. Sólo hay tiempo para decisiones."

No. 213.
"(...) Pon tu atención en el lazo que te une con tu muerte, sin remordimiento, ni tristeza ni preocupación. Pon tu atención en el hecho de que no tienes tiempo, y deja que tus actos fluyan de acuerdo con eso. Que cada uno de tus actos sea tu última batalla sobre la tierra. Sólo bajo tales condiciones tendrán tus actos el poder que les corresponde. De otro modo serán, mientras vivas, los actos de un hombre tímido."

No. 214.
"Piensa ahora en tu muerte (...) Está al alcance de tu brazo. Puede tocarte en cualquier momento, así que de veras no tienes tiempo para pensamientos y humores de cagada. Ninguno de nosotros tiene tiempo para eso."

No. 215.
"Ya se que te crees podrido (...) Ese es tu hacer. Ahora, con el fin de afectar ese hacer, voy a recomendarte que aprendas otro. De ahora en adelante, y durante un lapso de ocho días, quiero que te digas mentiras. En vez de decirte la verdad, que eres feo y estás podrido y no tienes remedio, te dirás exactamente lo contrario, sabiendo que mientes y que no hay esperanza para ti (...) A lo mejor te engancha otro hacer, y a lo mejor te das cuenta de que ambos haceres son mentira, son irreales, y que prenderte en cualquiera es una pérdida de tiempo, porque lo único real es el ser que hay en ti y que va a morir (...)"

No. 216.
"(...) La muerte es la única consejera sabia que tenemos. Cada vez que sientas, como lo haces siempre, que todo te está saliendo mal y que estás a punto de ser aniquilado, vuélvete a hacia tu muerte y pregúntale si es cierto. Tu muerte te dirá que te equivocas; que nada importa en realidad más que su toque. Tu muerte te dirá: "Todavía no te he tocado".

No. 217.
"(...) La muerte no es un enemigo, aunque así lo parezca. La muerte no es nuestra destructora, aunque así lo pensemos.
¿Qué es entonces? -pregunté.
- Los brujos dicen que la muerte es nuestro único adversario que vale la pena - respondió. La muerte es quien nos reta y nosotros nacemos para aceptar ese reto, seamos hombres comunes y corrientes o brujos. Los brujos lo saben; los hombres comunes y corrientes no.
- Si alguien me lo preguntara, yo diría que la vida es un reto, don Juan, no la muerte - dije.
Como nadie te lo va a preguntar sería mejor que no lo dijeras -replicó y soltó una carcajada-. La vida es el proceso mediante el cual la muerte nos desafía - agregó en un tono más serio-. La muerte es la fuerza activa. La vida es solo el medio, el ruedo, y en ese ruedo hay solo dos contrincantes a la vez: la muerte y uno mismo."

No. 218.
"-La noción de la muerte es de monumental importancia en la vida de los brujos -continuó don Juan-. Te he hablado innumerables veces de la muerte a fin de convencerte de que lo que nos da cordura y fortaleza es saber que nuestro fin es inevitable. Nuestro error más costoso es permitirnos no pensar en la muerte. Es como si creyéramos que al no pensar en ella, nos vamos a proteger de sus efectos.
- Tendrá usted que admitir, don Juan, que dejar de pensar en la muerte ciertamente nos protege de preocuparnos acerca de morir.
- Si, sirve para ése propósito -concedió-. Pero es un propósito indigno, para cualquiera. Para los brujos, es una farsa grotesca. Sin una visión clara de la muerte, no hay orden para ellos, no hay sobriedad, no hay belleza. Los brujos se esfuerzan sin medida por tener su muerte en cuenta, con el fin de saber, al nivel más profundo, que no tienen ninguna otra certeza sino la de morir. Saber esto le da a los brujos el valor de tener paciencia sin dejar de actuar, les

da el valor de acceder, el valor de aceptar todo sin llegar a ser estúpidos, les da valor para ser astutos sin ser presumidos y, sobre todo, les da valor para no tener compasión sin entregarse a la importancia personal."

No. 219.
"Sólo la idea de la muerte da al hombre el desapego suficiente para que sea incapaz de abandonarse a nada. Sólo la idea de la muerte da al hombre el desapego suficiente para que no pueda negarse nada. Pero un hombre de tal suerte no ansía, porque ha adquirido una lujuria callada por la vida y por todas las cosas de la vida. Sabe que su muerte lo anda cazando y que no le dará tiempo de adherirse a nada, así que prueba sin ansias, todo de todo. Un hombre desapegado, sabiendo que no tiene posibilidad de poner vallas a su muerte sólo tiene una cosa que lo respalde: el poder de sus decisiones. Tiene que ser, por así decirlo, el amo de su elección. Debe entender por completo que su preferencia es su responsabilidad y una vez que hace su elección no queda tiempo para lamentos y recriminaciones. Sus decisiones son definitivas, simplemente porque su muerte no le da tiempo de adherirse a nada.
Y así, con la conciencia de su muerte, con desapego y con el poder de sus decisiones, un guerrero arma su vida en forma estratégica. El conocimiento de su muerte lo guía y le da desapego y lujuria callada; el poder de sus decisiones definitivas le permite escoger sin lamentar, y lo que escoge es siempre estratégicamente lo mejor; así cumple con gusto y con eficiencia lujuriosa, todo cuanto tiene que hacer."

No. 220.
"Nuestra muerte espera y este mismo acto que estamos realizando ahora puede muy bien ser nuestra última batalla sobre la tierra (...) La llamo batalla porque es una lucha. La mayoría de la gente pasa de acto en acto sin luchar ni pensar. Un cazador, al contrario, evalúa cada acto; y como tiene un conocimiento íntimo de su muerte, procede con juicio, como si cada acto fuera su última batalla. Sólo un imbécil dejaría de notar la ventaja que un cazador tiene sobre sus semejantes. Un cazador da a su última batalla el respeto que se merece. Es natural que su último acto sobre la tierra sea lo mejor de sí mismo. Así es placentero. Le quita el filo al temor."

No. 221.
"(...) Hay una extraña felicidad ardiente en actuar con pleno conocimiento de que lo que uno está haciendo puede muy bien ser su último acto sobre la tierra. Te recomiendo meditar en tu vida y contemplar tus actos bajo esa luz."

No. 222.
"(...) Un guerrero debe estar dispuesto y listo para entrar en su última batalla, al momento y en cualquier lugar. Pero no así nomás a la loca (...)"

No. 223.
"La muerte siempre está esperando, y cuando el poder del guerreo mengua, la muerte simplemente lo toca. Por eso, aventurarse a lo desconocido sin ningún poder es estúpido. Sólo se encuentra la muerte."

No. 224.
"No importa cual sea la decisión -dijo él-. Nada podría ser más ni menos serio que ninguna otra cosa. ¿No ves? En un mundo donde la muerte es el cazador no hay decisiones grandes ni pequeñas. Sólo hay decisiones que hacemos a la vista de nuestra muerte inevitable."

No. 225.
"La muerte no es como una persona. Es más bien una presencia. Pero también podría uno decir que no es nada y sin embargo es todo. Uno tendría razón en todos aspectos. La muerte es cualquier cosa que uno desee."

No. 226.
"(...) La muerte es un remolino. La muerte es el rostro del aliado; la muerte es una nube brillante en el horizonte; la muerte es el susurro de Mescalito en tus oídos; la muerte es la boca desdentada del guardián; la muerte es Genaro sentado de cabeza; la muerte soy yo hablando; la muerte son tu y tu cuaderno; la muerte no es nada. ¡Nada! Está aquí pero no está aquí en todo caso.
Don Juan rió con gran deleite. Su risa era como una canción; tenía una especie de ritmo de danza.
Mis palabras no tienen sentido, ¿eh? -dijo-. No puedo decirte cómo es la muerte (...)"

No. 227.
"Recordé que una vez don Juan me había dicho que la muerte se escondía detrás de cualquier cosa imaginable, incluso detrás de un punto de mi cuaderno de notas. Me dió luego la metáfora definitiva de mi muerte. Yo le había dicho que una vez caminando por el Hollywood Boulevard, en Los Ángeles, había oído el sonido de una trompeta que tocaba una vieja idiota tonada popular. La música venía de una tienda de discos al otro lado de la calle. Nunca antes había oído yo un sonido tan hermoso. Quedé extasiado con él. Me tuve que sentar en la acera. El límpido sonido metálico de esa trompeta se colaba directo a mi cerebro. Lo sentí por encima de mi sien derecha. Me apaciguó hasta que me embriagué con él. Cuando concluyó supe que nunca habría manera de repetir esa experiencia, y tuve suficiente desapego para no ir corriendo a la tienda a comprar el disco y un equipo estereofónico en el cual tocarlo.
Don Juan dijo que ese había sido un signo que me fue dado por los poderes que gobiernan el destino de los hombres.
Cuando me llegue el momento de dejar el mundo, en cualquier forma que sea, escucharé el mismo sonido de esa trompeta, la misma tonada idiota, el mismo trompetista inigualable."

No. 228.
"(...) en el momento de la muerte (...) el sentir y los recuerdos y las percepciones guardados en nuestras pantorrillas y muslos, en nuestra espalda y hombros y cuello, empiezan a expandirse y a desintegrarse. Como las cuentas de un interminable collar roto, se desparraman sin la fuerza unificadora de la vida."

No. 229.
"Me moriré en Paris con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en Paris –y no me corro-
tal vez un jueves, como es hoy, de otoño.
Jueves será, por que hoy, jueves, que pro-
so
estos versos, los húmeros me he puesto
a la mala y, jamás como hoy, me he vuelto,
con todo mi camino, a verme solo."

No. 230.
"Ay, una cierta alegría,
un hambre de consumir
el aire que se respira,
la boca, el ojo, la mano;
estas pungentes cosquillas
de disfrutarnos enteros
en un solo golpe de risa,
ay, esta muerte insultante,
procaz, que nos asesina
a distancia, desde el gusto
que tomamos en morirla,
por una taza de té,
por apenas una caricia."

No. 231.
"...este morir incesante,
tenaz, esta muerte viva,
¡Oh Dios! que te está matando
en tus hechuras estrictas,
en las rosas y en las piedras,
en las estrellas ariscas
y en la carne que se gasta
como una hoguera encendida,
por el canto, por el sueño,
por el color de la vista.

...que acaso te han muerto allá
siglos de edades arriba,
sin advertirlo nosotros,
migajas, borra, cenizas
de ti, que sigues presente
como una estrella mentida
por su sola luz, por una
luz sin estrella, vacía,
que llega al mundo escondiendo
su catástrofe infinita."

No. 232.
"Explicó que los poetas, sin saberlo, anhelaban el mundo de los brujos. Como no son brujos, ni están en el camino del conocimiento, lo único que les queda es el anhelo."

No. 233.
"(...) El conocimiento es poder. Toma mucho tiempo juntar el poder suficiente incluso para hablar de él."

No. 234.
"No hay requisitos: cualquiera puede llegar a ser hombre de conocimiento; muy pocos llegan a serlo, pero eso es natural. Los enemigos que un hombre encuentra en el camino para llegar a ser un hombre de conocimiento son de veras formidables, de verdad poderosos; y la mayoría, pues, se pierde."

No. 235.
"Un hombre de conocimiento es alguien que ha seguido de verdad las penurias de aprender -dijo-. Un hombre que, sin apuro, sin vacilación ha ido lo más lejos que puede en desenredar los secretos del poder y el conocimiento".

No. 236.
"(...) sólo a un chiflado se le ocurriría emprender por cuenta propia la tarea de hacerse hombre de conocimiento. A un cuerdo hay que hacerle una artimaña para que la emprenda."

No. 237.
"Don Juan me había definido el desatino controlado como el arte del engaño controlado o el arte de fingirse completamente inmerso en el acto del momento; fingiendo tan bien que nadie podría diferenciar esa imitación de lo genuino. El desatino controlado no es un engaño en sí, me había dicho, sino un modo sofisticado y artístico de separarse de todo sin dejar de ser una parte integral de todo."

No. 238.
"-Dígame por favor, don Juan, ¿qué es exactamente el desatino controlado?
Don Juan rió fuerte y produjo un sonido chasqueante golpeándose el muslo con la mano ahuecada.
-¡Esto es desatino controlado! - dijo, y nuevamente rió y golpeó su muslo.
¿Qué quiere usted decir...?
Estoy feliz de que, al cabo de tantos años, finalmente de hayas preguntado por mi desatino controlado, y sin embargo no me hubiera importado en lo más mínimo si nunca hubieras preguntado. Pero he decidido sentirme feliz, como si me importara que preguntases, como si importara que me importara. ¡ Eso es desatino controlado!
Ambos reímos con ganas. Lo abracé. Su explicación me resultaba deliciosa aunque no acababa de comprenderla."

No. 239.
"(...) cuando se quiere a alguien debemos insistir como se debe, como si fuera posible rehacer a los hombres (...) Es posible insistir, insistir como es debido, aunque sepamos que lo que hacemos no tiene caso -dijo, sonriendo-. Pero primero debemos saber que nuestros actos son inútiles, y luego proceder como si no lo supiéramos. Eso es el desatino controlado (...)"

No. 240.
"Mis actos son sinceros (...) pero son sólo los actos de un actor."

No. 241.
"(...) me parece un error fatal que tomes las cosas tan en serio -dijo al tomar asiento junto a mi-. Hay tres clases de malos hábitos que usamos una y otra vez al enfrentarnos con situaciones fuera de lo común en esta vida. Primero: podemos no hacer caso de lo que está ocurriendo o ha ocurrido, y sentir como si nunca hubiera pasado. Ese es el camino del santurrón. Segundo: Podemos aceptar todo tal como se presenta y sentir como si supiéramos qué es lo que está pasado. Ese es el camino de los devotos. Tercero: podemos obsesionarnos con un suceso porque no podemos descartarlo o porque no podemos aceptarlo de todo corazón. Ese es el camino del tonto.¿Tu camino? Hay un cuarto camino, el correcto, el camino del guerrero. Un guerrero actúa como si nunca hubiera pasado nada, porque no cree en nada, pero acepta todo tal como se presenta. Acepta sin aceptar y descarta sin descartar. Nunca siente como si supiera, ni tampoco siente como si nada hubiera pasado. Actúa como si tuviera el control, aunque esté temblando de miedo. Actuar en esa forma disipa la obsesión."

No. 242.
"(...) Dijo que uno de los propósitos de la preparación del guerrero era cortar el desconcierto (...), hasta que el guerrero fuese lo bastante fluido para admitirlo todo sin admitir nada."

No. 243.
"Don Juan me puso la mano en la boca y susurró que un guerrero actuaba como si supiera lo que hacía, aunque en realidad no sabía nada."

No. 244.
"(...) nuestra suerte como hombres es aprender, para bien o para mal (...) Yo he aprendido a ver y te digo que nada importa en realidad; ahora te toca a ti; a lo mejor algún día verás y sabrás si las cosas importan o no. Para mí nada importa, pero quizás para ti importe todo (...)"

No. 245.
"Tus acciones, así como las acciones de tus semejantes en general, te parecen importantes sólo porque has aprendido a pensar que son importantes."

N0. 246.
"(...)Ciertas cosas de tu vida te importan porque son importantes; tus acciones son ciertamente importantes para tí, pero para mí, ni una sola cosa es importante ya, ni mis acciones ni las acciones de mis semejantes.
Pero sigo viviendo porque tengo mi voluntad. Porque he templado mi voluntad a lo largo de toda mi vida, hasta hacerla impecable y completa, y ahora no me importa que nada importe (...)"

No. 247.
"Tú piensas en tus actos - dijo-. Por eso tienes que creer que tus actos son tan importantes como piensas que son, cuando en realidad nada de lo que uno hace es de importancia. ¡Nada! Pero entonces, si nada importa en realidad(...) ¿cómo puede uno seguir viviendo? Sería más sencillo morir; eso es lo que dices y lo que crees, porque estás pensando en la vida, igual que ahora piensas en cómo será ver. Querías que te lo describiera para ponerte a pensar en ello, igual que haces con todo lo demás. Sólo que , en el caso de ver, pensar no es lo fuerte, así que no puedo decirte cómo es ver. Ahora quieres que te describa las razones de mi desatino controlado y sólo puedo decirte que mi desatino controlado se parece mucho a ver; es algo que no se puede pensar. (...) Piensas demasiado".

No. 248.
"Aprendemos a pensar en todo (...) y luego entrenamos nuestros ojos para mirar al mismo tiempo qué pensamos de las cosas que miramos. Nos miramos a nosotros mismos pensando ya que somos importantes. ¡ Y por supuesto tenemos que sentirnos importantes ! Pero luego, cuando uno aprende a ver, se da cuenta de que ya no puede uno pensar en las cosas que mira,

y si uno no puede pensar en lo que mira, todo se vuelve sin importancia."

N0. 249.
(...) ¿dice usted que, cuando uno aprende a ver, todo en el mundo entero carece de valor?

- No dije de valor. Dije de importancia. Todo es igual y por lo tanto sin importancia. Por ejemplo, no hay manera de decir que mis actos son más importantes que los tuyos, o que una cosa es más esencial que otra; por lo tanto, todas las cosas son iguales, y al ser iguales carecen de importancia."*

No. 250.
"(...) en realidad no importa que todo esto sea verdad o no. Aquí es donde el guerrero tiene un punto de ventaja sobre el hombre común. Al hombre común le importa que las cosas sean verdad o mentira; al guerrero no. El hombre común procede de un modo específico con las cosas que sabe ciertas, y de modo distinto con las cosas que sabe no son ciertas. Si se dice que las cosas son ciertas, el actúa y cree en lo que hace. Pero si se dice que las cosas no son ciertas, no le importa actuar o no cree en lo que hace. En cambio, un guerrero actúa en ambos casos. Si le dicen que las cosas son ciertas, actúa por hacer. Si le dicen que no son ciertas, actúa de todos modos por no-hacer. ¿Ves lo que quiero decir?"

No. 251.
-"¿Cómo ejercita su desatino controlado un hombre de conocimiento en el caso de la muerte de una persona a quien ama?
Tomado de sorpresa, don Juan me miró extrañado.
-Digamos su nieto Lucio -dije-. ¿Serían desatino controlado los actos de usted en caso de que él muriera?
-Digamos mi hijo Eulalio, es mejor ejemplo - repuso con calma don Juan-. Lo aplastó un derrumbe cuando trabajaba en la construcción de la Carretera Panamericana. La manera como actué con él en el momento de su muerte fue desatino controlado. Cuando llegué a la zona de explosivos, casi estaba muerto, pero su cuerpo era tan fuerte que seguía moviéndose y pataleando.
Me puse frente a él y le dije a los muchachos de la cuadrilla que ya no lo acarrearan; me obedecieron y se quedaron allí parados alrededor de mi hijo, mirando su cuerpo maltrecho.- Yo también me quedé allí parado, pero sin mirar. cambié mis ojos para ver cómo su vida personal se deshacía, se extendía incontrolable más allá de sus límites, como una neblina de cristales, porque así es como la vida y la muerte se expanden. Eso fué lo que hice en la hora de la muerte de mi hijo. Eso es todo lo que uno podría hacer, y es desatino controlado. Si lo hubiera mirado, le habría visto quedarse quieto y habría sentido un grito por dentro, porque ya nunca más miraría su hermosa figura caminando por la tierra. En lugar de eso vi su muerte, y no hubo tristeza ni sentimiento. Su muerte era igual a todo lo demás."

No. 252.
"(...)Dijo que ya no iba a explicarme nada, porque las explicaciones sólo me forzaban a ser indulgente."

No. 253.
"Me disculpé. El me dijo que no me desperdiciara en disculpas tontas que no tenían el poder de cancelar mis actos."

No. 254.
"-Siempre te sientes obligado a explicar tus actos, como si fueras el único hombre que se equivoca en la tierra -dijo-. Es tu viejo sentimiento de importancia. Tienes demasiada (...)"

No. 255.
"-No des explicaciones - dijo don Juan con sequedad-. No hay necesidad. Todos somos tontos, toditos, y tú no puedes ser diferente (...)."

No. 256.
"(...) sólo pude alcanzar el éxito, tras haber obtenido cierto grado de dominio sobre el mundo de mi vida cotidiana."

No. 257.
"(...) Todo comienza con un solo acto que tiene que ser premeditado, preciso y continuo. Si ese acto se lleva a cabo por un período de tiempo largo, uno adquiere un sentido de intento inflexible que puede aplicarse a cualquier cosa. Si se logra ese intento inflexible el camino queda despejado. Una cosa llevará a la otra hasta que el guerrero emplea todo su potencial."

No. 258.
"La convicción que tienen los nuevos videntes (...) es que una vida de impecabilidad lleva de por si, inevitablemente, a un sentido de sobriedad (...) (...) Ellos sostuvieron que los hombres impecables no necesitan que alguien los guíe; que por sí solos, mediante el ahorro de su energía pueden hacer todo lo que hacen los videntes. Lo único que necesitan es una oportunidad mínima; solamente necesitan estar conscientes de las posibilidades que los videntes han descubierto."

No. 259.
"(...) Se nos ha preparado para esperar instrucciones, enseñanzas, guías, maestros. Y cuando se nos dice que no necesitamos de nadie, no lo creemos. Nos ponemos nerviosos, luego desconfiados y finalmente enojados y desilusionados. Si necesitamos ayuda no es en cuestión de métodos, sino en cuestión de énfasis. Si alguien nos pone énfasis en que necesitamos reducir nuestra importancia personal, esa ayuda es real.

No. 260.
"-¿No quiere que lo ayude?
-¡Sólo puedes ayudarme si te lo pido!"

No. 261.
"Lo que verdaderamente necesitamos es sobriedad, y nadie puede dárnosla, ni ayudarnos a obtenerla, salvo nosotros mismos (...) Así que, al fin y al cabo, el procedimiento (...) es la impecabilidad en nuestra vida diaria."

No. 262.
"(...) la única razón por la cual necesitamos un maestro es para que nos acicatee sin misericordia. De lo contrario, nuestra reacción natural es detenernos a felicitarnos por haber avanzado tanto."

No. 263.
"La única ayuda concreta que has obtenido de mí es que yo ataco tu imagen de sí. Si no fuera por eso estarías perdiendo el tiempo conmigo. Esa es la única ayuda real que has obtenido de mí.
-Usted, don Juan me ha enseñado más que nadie en mi vida -protesté.
-Te he enseñado muchas cosas a fin de fijar tu atención -dijo-. Pero tú jurarías que esa enseñanza ha sido la parte importante. Y no es así. Hay muy poco valor en la instrucción. Los brujos sostienen que el descenso del espíritu es lo único que importa (...) Y (...) como bien lo sabes, depende del aumento de energía y no de la instrucción."

No. 264.
"(...) Dijo que a un guía se le llama "nagual" y que el nagual es un hombre o una mujer dotado de extraordinaria energía; un maestro dotado de sensatez, paciencia e increíble estabilidad emocional (...)
Su extraordinaria energía les permite ser un viaducto que canaliza y transmite, a quien fuera, la paz, la armonía, la risa, el conocimiento, directamente de la fuente (...)"

No. 265.
"-Un nagual jamás le deja saber a nadie que él controla todo -me dijo-. Un nagual va y viene sin dejar huella. Esa libertad es lo que lo hace nagual."

No. 266.
"(...) la característica de la gente normal es que compartimos una daga metafórica: la preocupación con nuestro reflejo. Con esa daga nos cortamos y sangramos. La tarea de las cadenas de nuestro reflejo es darnos la idea de que todos sangramos juntos, de que compartimos algo maravilloso: nuestra humanidad. Pero si examináramos lo que nos pasa, descubriríamos que estamos sangrando a solas, que no compartimos nada, y que todo lo que hacemos es jugar con una obra del hombre: nuestro predecible reflejo."

No. 267.
"La importancia personal no es algo sencillo e ingenuo (...) Por una parte, es el núcleo de todo lo que tiene valor en nosotros, y por otra, el núcleo de toda nuestra podredumbre. Deshacernos de ella requiere de una obra maestra de estrategia (...)"

No. 268.
"Te tomas demasiado en serio (...) Te das demasiada importancia. ¡Eso hay que cambiarlo! Te sientes de lo más importante, y eso te da pretexto para molestarte con todo. Eres tan importante que puedes marcharte así no mas si las cosas no te salen a tu modo. Sin duda piensas que con eso demuestras tener carácter. ¡Eres débil y arrogante!"

No. 269.
"(...) Mientras te sientas lo más importante del mundo, no puedes apreciar en verdad el mundo que te rodea. Eres como caballo con anteojeras: nada más te ves tú mismo, ajeno a todo lo demás."

No. 270.
"(...) La importancia personal es nuestro mayor enemigo. Piénsalo, aquello que nos debilita es sentirnos ofendidos por los hechos y malhechos de nuestros semejantes. Nuestra importancia personal requiere que pasemos la mayor parte de nuestras vidas ofendidos por alguien."

No. 271.
"Los guerreros combaten la importancia personal como cuestión de estrategia, no como cuestión de fe (...) Tu error es entender lo que digo en términos de moralidad."

No. 272.
"El sentirse importante es una verdadera tiranía (...) Nos hace unos enojones insufribles. Debemos trabajar sin descanso para acabar con eso."

No. 273.
"(...) Los guerreros se preparan para tener conciencia , y la conciencia total solo llega cuando ya no queda en ellos nada de importancia personal. Sólo cuando son nada se convierten en todo."

No. 274.
"(...) Sentirse importante lo hace a uno pesado, rudo y vanidoso. Para ser hombre de conocimiento se necesita ser liviano y fluido.

No. 275.
"Don Juan explicó que el error de cualquier persona que se enfrenta a un pinche tirano es no tener una estrategia en la cual apoyarse; el defecto fatal es tomar demasiado en serio los sentimientos propios, así como las acciones de los pinches tiranos. Los guerreros por otra parte, no solo tienen una estrategia bien pensada, sino que están también libres de la importancia personal. Lo que acaba con su importancia personal es haber comprendido que la realidad es una interpretación que hacemos (...)."

No. 276.
"(...) Florinda admitió que siempre supo que era hermosa. Dijo que la belleza es un demonio que se engendra y prolifera cuando se le admira. Me aseguró que podía decir sin la menor duda que ese demonio es el más difícil de vencer y que si yo examinaba la gente hermosa encontraría a los seres más infelices que se puedan imaginar.

(...) Son seres desdichados, créemelo. (...) Aguijonéalos. Dales a saber que no estás de acuerdo con su idea de que son hermoso y por eso importantes. Vas a ver lo que pasa."

No. 277.
"El escarabajo surgió de un hoyo profundo y se detuvo a pocos centímetros de mi cara. Parecía mirarme, y por un instante sentí que cobraba conciencia de mi presencia, tal vez como yo advertía la presencia de mi muerte. Experimenté un estremecimiento. El escarabajo y yo no éramos tan distintos, después de todo. La muerte como una sombra, nos acechaba a ambos detrás del peñasco. Tuve un extraordinario momento de júbilo. El escarabajo y yo estábamos a la par. Ninguno era mejor que el otro. Nuestra muerte nos igualaba. Mi júbilo y mi alegría fueron tan grandes que eché a llorar. Don Juan tenía razón. Siempre había tenido razón. Yo vivía en un mundo lleno de misterio y, como todos los demás, era un ser lleno de misterio, y sin embargo no tenía más importancia que un escarabajo (...)"

No. 278.
"Ser cazador significa que uno conoce mucho (...) Significa que uno puede ver el mundo en formas distintas. Para ser cazador hay que estar en perfecto equilibrio con todo lo demás; de lo contrario la caza sería una faena sin sentido. Por ejemplo, hoy agarramos una culebrita. Tuve que pedirle disculpas por quitarle la vida tan de repente y tan definitivamente; hice lo que hice sabiendo que mi propia vida se cortará algún día en forma muy semejante: repentina y definitiva. Así que, a fin de cuentas, nosotros y las culebritas estamos parejos (...)"

No. 279.
"(...) Hay en tí algo muy torcido y yo sé lo que es. Nada más me estas llevando la corriente. Toda tu vida le has llevado la corriente a todo el mundo y eso, claro, te coloca automáticamente por encima de todos y de todo. Pero tú mismo sabes que eso no puede ser. Eres sólo un hombre, y tu vida es demasiado breve para abarcar todas las maravillas y todos los horrores de este mundo prodigioso. Por eso, tu manera de darle cuerda a la gente es una cosa asquerosa que te hace quedar muy mal."

No. 280.
"Explicó que los brujos habían desenmascarado a la importancia personal, encontrando que es, en realidad, la compasión por sí mismo disfrazada.
-No parece posible, pero así es -me aseguró-. El verdadero enemigo y la fuente de la miseria del hombre es la compasión por sí mismo. Sin cierto grado de compasión por sí mismo, el hombre no podría existir. Sin embargo, una vez que esta compasión se emplea, desarrolla su propio impulso y se transforma en importancia personal.

No. 281.
"-Cada uno de nosotros tiene un diferente grado de apego a su imagen de sí (...) Y ese apego se hace sentir como una necesidad. Por ejemplo, antes de que yo iniciara el camino del conocimiento, mi vida era una necesidad incesante. Años después de que el nagual Julian me tomara bajo su tutela yo seguía igualmente lleno de necesidad, quizá hasta más que antes.
Pero hay ejemplos de personas, brujos o personas corrientes, que no necesitan de nadie. Obtienen paz, armonía, risa, conocimiento, directamente del espíritu. No necesitan intermediarios. Tu caso y el mío son diferentes (...)"

No.282.
"(...) Tomemos de nuevo el tenerte lástima a tí mismo. Te era útil porque te sentías importante y digno de que mejores condiciones, de mejor trato, o bien porque no deseabas asumir la responsabilidad por aquello que despertaba la compasión por ti mismo (...)"

No. 283.
(...) al borrar tu historia personal, le quitaste el uso al tener lástima por ti mismo; para que la compasión por ti mismo funcionara tenías que sentirte importante, irresponsable, inmortal. Cuando esos sentimientos se alteraron en alguna forma, ya no te fue posible tenerte lástima.

No. 284.
"Don Juan dijo que su benefactor (...) insistía en que (...) comprendiera que no tener compasión no significaba ser grosero; ser astuto no significaba ser cruel; tener paciencia no significaba ser negligente y ser simpático no significaba ser estúpido. Le enseñó que esas cuatro disposiciones de ánimo debían ser perfeccionadas hasta que fueran tan sutiles que nadie las pudiera notar (...)
(...) - No tengas compasión de nadie, pero sé encantador (...) Sé astuto, pero muy decente. Ten paciencia, pero sé activo. Debes ser muy simpático y al mismo tiempo aniquilador (...)"

No. 285
"(...) Decía que un guerrero no sentía compasión por nadie. Para él, sentir compasión implicaba desear que la otra persona fuese como uno, estuviese en el lugar de uno; y que esa es la razón por la que se da una mano (....)"

No. 286.
"(...) Desde el momento que los guerreros son incapaces de sentir compasión por sí mismos, tampoco pueden sentir compasión por nadie. Sin la fuerza impulsora de la lástima por sí mismo, la compasión no tiene sentido.
-¿Quiere usted decir, don Juan, que a un guerrero nadie le importa?
En cierto modo, sí. Para un guerrero todo comienza y termina en sí mismo. Sin embargo, su contacto con lo abstracto lo hace superar sus sentimientos de importancia personal. Así, el yo se convierte en algo abstracto, algo sin egoísmo."

No. 287.
"(...) Un guerrero toma su suerte, sea la que sea, y la acepta con la máxima humildad. Se acepta con humildad así como es, no como base para lamentarse, sino como base para su lucha y su desafío.
Nos demoramos mucho para comprender eso y vivirlo por entero. Yo, por ejemplo, odiaba mencionar la palabra humildad. Soy un indio, y los indios siempre hemos sido humildes y no hemos hecho nada más que agachar la cabeza. Yo pensaba que la humildad no tenía nada que ver con el camino del guerrero. ¡Me equivocaba!. Ahora sé que la humildad del guerrero no es la humildad del pordiosero. El guerrero no agacha la cabeza ante nadie, pero, al mismo tiempo, tampoco permite que nadie agache la cabeza ante él. En cambio, el pordiosero a la menor provocación pide piedad de rodillas y se echa al suelo a que lo pise cualquiera a quien considera más encumbrado; pero al mismo tiempo, exige que alguien más bajo que él le haga lo mismo.
Por eso te dije hace rato que no entiendo lo que debe sentir un maestro. Yo sólo conozco la humildad del guerrero, y eso jamás me permitirá ser el amo de nadie."

No. 288.
"(...) La confianza de un guerrero no es la confianza del hombre común. El hombre común busca la certeza en los ojos del espectador y llama a eso confianza en sí mismo. El guerrero busca la impecabilidad en sus propios ojos y llama a eso humildad. El hombre común está enganchado a sus prójimos; mientras que el guerrero sólo depende de sí mismo. Andas en pos de lo imposible. Buscas la confianza del hombre común, cuando deberías buscar la humildad del guerrero. hay una gran diferencia entre las dos. la confianza implica saber algo con certeza; la humildad implica ser impecable en los propios actos y sentimientos."

No. 289.
"-Mi benefactor no era partidario de regalar el conocimiento -dijo don Juan-. Creía que el conocimiento impartido de ese modo carecía de efectividad. Nunca estaba disponible cuando se lo necesitaba. Por otro lado, si el conocimiento era tan sólo insinuado, la persona que estaba interesada en él idearía el medio de alcanzarlo."

No. 290.
"La Gorda narró (...) el acecho que ella misma había realizado a su costumbre de comer en exceso. El Nagual le había sugerido comenzar por el ataque a la parte más importante de tal hábito, relacionada con su trabajo de lavandera, pues ingería todo aquello que le ofrecían los clientes al hacer su recorrido, casa por casa, recogiendo ropa sucia. Confiaba en que el Nagual le dijese que hacer, pero el se limitó a reir y hacerle burla, afirmando que tan pronto como él le propusiera hacer algo, ella se esforzaría por no hacerlo. Insistió en que así eran los seres humanos: les encanta que se les diga lo que deben hacer, pero les gusta mucho más resistirse a hacerlo, de modo que llegan a aborrecer a quien los ha aconsejado."

No. 291.
"-Qué puedo hacer por la Gorda? - pregunté.
- Nada - contestó-. Los actos de darse cuenta son siempre personales."

No. 292.
"(...) Lo más difícil del mundo, para un guerrero, es dejar ser a los otros (...)"

No. 293.
"(...) No creerás que es posible andar por la calle recogiendo gente para auxiliarla, ¿verdad?"

No. 294.
"(...) No sé que cosa cambiar ni por qué cambiar cualquier cosa en mis semejantes."

No. 295.
"Me importan tanto mis semejantes (...) que no hago nada por ellos. No sabría qué hacer. Y si hiciera algo, siempre tendría la irritante sensación de estarles imponiendo mi voluntad con mis regalos."

No. 296.
"(...) Los que se preocupan por los demás se preocupan por sí mismos y exigen que se reconozcan los méritos de quien lo merezca."

No. 297.
"(...) para un espectador, ajeno a la situación, la conducta de los brujos podría parecer maliciosa, cuando en realidad no era nada menos que impecable.
(...)Los actos maliciosos son llevados a cabo por aquellos que buscan el provecho propio. Los brujos, por otra parte, actúan con un propósito ulterior que no tiene nada que ver con el proverbio personal. El hecho de que disfruten con su actos no se cuenta como provecho, sino más bien como una característica de su temperamento. El hombre común y corriente actúa sólo si hay alguna oportunidad de beneficiarse. Los guerreros, por otro lado, actúan, no por el beneficio, sino por el espíritu."

No. 298.
"(...) como quizá veas algún día, un hombre es un huevo luminoso ya sea un limosnero o un rey, y no hay manera de cambiar nada; o mejor dicho, ¿qué podría cambiarse en ese huevo luminoso? ¿Qué?."

No. 299.
"(...) La impecabilidad de un guerrero consiste en dejar ser y apoyar a los demás en lo que realmente son. Desde luego, eso significa confiar en que los otros son también guerreros impecables.
-¿Y si no son guerreros impecables?
-Entonces tu deber es ser impecable y no decir palabra (...)"

No. 300
"(...) no puede hacerse nada peor que en-

frentar sin más ni más a los seres humanos"

No. 301
"Si queremos parar a nuestros semejantes, siempre hay que estar fuera del círculo que los oprime. En esa forma se puede dirigir la presión."

No. 302
"(...) el mundo de las gentes sube y baja y las gentes suben y bajan con su mundo (...) no tenemos por qué seguirlas en sus subidas y bajadas."

No. 303.
"(...) él dijo que muchas cosas podían volver loco al hombre, sobre todo si no tenía la decisión, el propósito necesario para aprender; pero cuando el hombre poseía una intención clara y recia, los sentimientos no resultaban en modo alguno un obstáculo, pues era capaz de controlarlos."

No. 304.
"Te importa demasiado querer a los otros o que te quieran a ti (...) Un hombre de conocimiento quiere, eso es todo. Quiere lo que se le antoja o a quien se le antoja, pero usa su desatino controlado para andar sin pena ni cuidado. Lo contrario de lo que tú haces ahora. Que los otros lo quieran o no lo quieran a uno no es todo lo que se puede hacer como hombre.
(...) -Piénsalo -dijo-."

No. 305.
" -Nuestros sentimientos establecen límites alrededor de cualquier cosa (...) Mientras más queremos algo, más fuerte es el cerco (...)"

No. 306.
"(...) para una persona especial no hay que tener más que buenas palabras."

No. 307.
"Don Juan estaba de un humor insólito. Se veía casi nervioso, angustiado. Parecía dispuesto a hablar por iniciativa propia (...) Sus ojos tenían un brillo extraño que sólo había visto unas cuantas veces antes. Al decirle lo que pensaba de su extraña actitud, él respondió que se sentía dichoso en mi nombre, que, como guerrero, podía regocijarse en los triunfos de sus semejantes, si eran triunfos del espíritu (...)"

No. 308.
"Don Juan se incorporó de su banca favorita. Se volvió hacia mí. Sus ojos estaban brillantes, en paz. (...) quiero a mis semejantes -dijo-. Por ejemplo, si resultara que fueses tan estúpido como para fracasar en tu tarea, tienes que tener por lo menos suficiente energía para mover tu punto de encaje y venir a esta banca.
Siéntate aquí durante un momento, libre de pensamientos y deseos; yo trataré de venir a recogerte de dondequiera que esté. Te prometo que procuraré hacerlo.
Explotó en una gran carcajada, como si su promesa fuera demasiado ridícula para ser creída.
-Esas palabras deberían decirse ya entrada la tarde -dijo, aún riendo-. Nunca en la mañana. La mañana lo hace a uno sentirse optimista y palabras como ésas pierden significado."

No. 309.
"(...) el verdadero afecto no puede ser una inversión (...)"

No. 310
"Qué estará haciendo a esta hora mi andina
y dulce Rita
de Junco y capulí;
ahora que me asfixia Bizancio, y que dormita
la sangre, como flojo cognac, dentro de mí.

Dónde estarán sus manos que en actitud contrita
planchaban en las tardes blancuras por venir,
ahora, en esta lluvia que me quita
las ganas de vivir.

Qué será de su falda de franela; de sus afanes; de su andar;
de su sabor a cañas de mayo del lugar.
Ha de estarse a la puerta mirando algún celaje,
y al fin dirá temblando "Que frío hay... ¡Jesús!"
y llorará en las tejas un pájaro salvaje."

No. 311.
"No tengo historia personal (...) Un día descubrí que la historia personal ya no me era necesaria y la dejé, igual que la bebida."

No. 312.
"Poco a poco tienes que crear una niebla a tu alrededor; debes borrar todo
cuanto te rodea hasta que nada pueda darse por hecho, hasta que nada sea ya cierto. Tu problema es que eres demasiado cierto. Tus empresas son demasiado ciertas; tus humores son demasiado ciertos. No tomes las cosas por hechas. Debes empezar a borrarte.
¿Para qué? -pregunté belicoso.
Se me aclaró que don Juan me estaba dando reglas de conducta. A lo largo de toda mi vida, yo había llegado al punto de ruptura cuando alguien trataba de decirme que hacer; la sola idea de que me dijeran que hacer me ponía de inmediato a la defensiva.
-Dijiste que querías aprender los asuntos de las plantas -dijo él calmadamente-. ¿Quieres recibir algo a cambio de nada? ¿Qué te crees que es esto? Quedamos en que tu me harías preguntas y yo te diría lo que sé. Si no te gusta, no tenemos nada más que decirnos.
Su terrible franqueza me despertó resentimiento y a regañadientes concedí que él tenía la razón.
-Entonces mírala por este lado -prosiguió-. Si quieres aprender los asuntos de las plantas, como en realidad no hay nada que decir de ellas, debes, entre otras cosas borrar tu historia personal.
¿Cómo? -pregunté.
-Empieza por lo fácil, como no revelar lo que verdaderamente haces. Luego debes dejar a todos los que te conozcan bien. Así construirás una niebla en tu alrededor."

No. 313.
"Cuando uno no tiene historia personal (..) nada de lo que uno dice puede tomarse como una mentira. Tu problema es que tienes que explicarle todo a todos, por obligación, y al mismo tiempo quieres conservar la frescura, la novedad de lo que haces. Bueno, pues como no puedes sentirte estimulado después de explicar todo lo que has hecho, dices mentiras para seguir en marcha."

No. 314.
"Verás (...): sólo tenemos una alternativa: o tomamos todo por cierto, o no. Si hacemos lo primero, terminamos muertos de aburrimiento con nosotros mismos y con el mundo. Si hacemos lo segundo y borramos la historia personal, creamos una niebla a nuestro alrededor, un estado muy emocionante y misterioso en el que nadie sabe por dónde va a saltar la liebre, ni siquiera nosotros mismos."

No. 315.
"Cuando nada es cierto nos mantenemos alertas, de puntillas todo el tiempo -dijo él-. Es más emocionante no saber detrás de cuál matorral se esconde la liebre, que portarnos como si conociéramos todo."

No. 316.
"Lo malo es que, una vez que te conocen, te dan por hecho, y desde ese momento no puedes ya romper el lazo de sus pensamientos (...)"

No. 317.
"(...) Afirmó que mi padre era un ejemplo de lo que él tenía en mente. Me instó a recordar lo que mi padre pensaba de mí.
-Tu padre conoce todo lo tuyo -dijo-. Así, pues, te tiene resuelto por completo. Sabe quien eres y qué haces, y no hay poder sobre la tierra que lo haga cambiar de parecer acerca de ti.

Don Juan dijo que todos cuantos me conocían, tenían una idea sobre mí, y que yo alimentaba esa idea con todo cuanto hacía.
¿No ves? -preguntó con dramatismo-. Debes renovar tu historia personal contando a tus padres y tus amigos todo cuanto haces. En cambio, si no tienes historia personal, no se necesitan explicaciones; nadie se enoja ni se desilusiona con tus actos. Y sobre todo, nadie te amarra con sus pensamientos."

No. 318.
"Vale más borrar toda historia personal (...) porque eso nos libera de la carga de los pensamientos ajenos."

No. 319.
"No vamos a ponernos a revivir ninguna experiencia (...) No es dable que le des tal atención a los hechos pasados. Podemos tocarlos, pero sólo como referencia."

No. 320.
"¿Cómo puede uno dejar su historia personal? -pregunté en tono de discusión.
-Primero hay que tener el deseo de dejarla -dijo-. Y luego tiene uno que cortársela armoniosamente, poco a poco."

No. 321.
"De ahora en adelante -dijo él-, debes simplemente enseñarle a la gente lo que quieras enseñarle, pero sin decirle nunca con exactitud cómo lo has hecho."

No. 322.
"(...) A mí en lo personal me gusta la libertad ilimitada de ser desconocido. Nadie me conoce con certeza constante, como te conocen a ti, por ejemplo."

No. 323.
"Debes aprender a ponerte adrede al alcance y fuera del alcance (...) Como anda tu vida ahora, estás todo el tiempo al alcance sin saberlo."

No. 324.
"Tus problemas ahora surgen de allí. Cuando estás escondido, todo el mundo sabe que estás escondido, y cuando no, te pones en medio del camino para que cualquiera te dé un golpe."

No. 325.
"Debes ponerte fuera del alcance(...) Debes rescatarte de en medio del camino. Todo tu ser está allí, de modo que no tiene caso esconderte; sólo te figuras que estás escondido. Estar en medio del camino significa que todo el que pasa mira tus ires y venires."

No. 326.
"(...) ponerte fuera del alcance no significa ocultarse ni guardar secretos, sino ser inaccesible."

No. 327.
"Ponerse fuera del alcance significa que evitas, a propósito, agotarte a ti mismo y a los otros (...) Significa que no estás hambriento y desesperado, como el pobre hijo de puta que siente que no volverá a comer y devora toda la comida que puede,¡todas las cinco perdices!"

No. 328.
"(...) ser inaccesible no significa esconderse ni andar con secretos -dijo él calmadamente-. Tampoco significa que no puedas tratar con la gente. Un cazador usa su mundo lo menos posible y con ternura, sin importar que el mundo sean cosas o plantas, o animales, o personas o poder. Un cazador tiene trato íntimo con su mundo y sin embargo es inaccesible para ese mismo mundo (...) Es inaccesible porque no exprime ni deforma su mundo. Lo toca levemente, se queda cuanto necesita quedarse, y luego se aleja raudo, casi sin dejar señal alguna."

No. 329.
"(...) No tiene caso esconderte si todo el mundo sabe que estás escondido."

No. 330.
"Ser inaccesible significa tocar lo menos posible el mundo que te rodea. No comes cinco perdices; comes una. No dañas las plantas solo para hacer una fosa para barbacoa. No te expones al poder del viento a menos que sea obligatorio. No usas ni exprimes a la gente hasta dejarla en nada, y menos a la gente que amas."

No. 331.
"Un cazador sabe que atraerá caza a sus trampas una y otra vez, así que no se preocupa. Preocuparse es ponerse al alcance sin quererlo. Y una vez que te preocupas, te agarras a cualquier cosa por desesperación; y una vez que te aferras, forzosamente te agotas o agotas la cosa o la persona de la que estés agarrado."

No. 332.
"(...) En un tiempo de mi vida yo, al igual que tú, me ponía en medio del camino una y otra vez, hasta que no quedaba nada de mí para ninguna cosa, excepto si acaso para llorar. Y eso hacía, igual que tú (...) Pero un buen día me cansé y cambié. Digamos que un día, cuando me estaba haciendo cazador, aprendí el secreto de estar al alcance y fuera del alcance."

No. 333.
"Aquellos primeros nuevos videntes sirvieron a todo el mundo. Como enfocaban su ver en el acto de conferir la vida, estaban llenos de amor y bondad. Pero eso no impidió que la muerte los arrollara. Estaban rebosantes de amor, pero eran tan vulnerables al igual que los antiguos videntes, que estaban rebosantes de morbidez.
Dijo que resultaba inadmisible para los nuevos videntes de hoy en día, quedarse desamparados después de una vida de disciplina y trabajo, al igual que aquellos que nunca tuvieron propósito en sus vidas."

No. 334.
"(...) La meta de un brujo es durar, es decir, no corre riesgos innecesarios (...)"

No. 335.
"Así pues, como puedes entender muy bien, entregarte a tus caprichitos no es sólo estúpido y un desperdicio total, sino que también es perjudicial, Un guerrero que se agota no puede vivir (...)"

No. 336.
"(...) Nada se gana forzando las cosas. Si quieres sobrevivir, debes ser claro como el cristal y estar mortalmente seguro de ti mismo."

No. 337.
"Cuando tiene que actuar con sus semejantes, un guerrero sigue el hacer de la estrategia. En ese hacer no hay victorias ni derrotas. En ese hacer solo hay acciones."

No. 338.
"Le pregunté qué implicaba el hacer de la estrategia.
-Implica que uno no está a merced de la gente -repuso-. En esa fiesta, por ejemplo, fuiste un payaso, no porque conviniera a tus propósitos el ser un payaso, sino porque te colocaste a merced de aquella gente. Nunca tuviste el menor dominio y por eso tuviste que salir huyendo.
-¿Qué debía haber hecho?
-No ir a la fiesta, o bien ir a fin de cumplir un acto específico."

No. 339.
"(...) fuiste a la fiesta a matar el tiempo, como si hubiera tiempo que matar. Eso te debilitó.
-¿Quiere usted decir que no debo ir a fiestas?
-No, no digo eso. Puedes ir donde se te antoje, pero si vas, debes aceptar la entera responsabilidad de ese acto. Un guerrero vive su vida estratégicamente. Sólo asiste a una fiesta o a una reunión así, en caso de que su estrategia lo pida. Eso significa, desde luego, que tiene dominio total y realiza todos los actos que considera necesarios."

No. 340.
"Los guerreros hacen inventarios estratégicos (...) Hacen listas de sus actividades y sus intereses.
Y luego deciden cuáles de ellos pueden cambiarse para, de ese modo, dar un descanso a su gasto de energía."

No. 341.
"Tu problema es que confundes el mundo con lo que la gente hace. Pero tampoco eres el único.
Todos lo hacemos. Las cosas que la gente hace son los resguardos contra las fuerzas que nos rodean; lo que hacemos como gente nos da consuelo y nos hace sentirnos seguros; lo que la gente hace es por cierto muy importante, pero sólo como resguardo. Nunca aprendemos que las cosas que hacemos como gente son sólo resguardos, y dejamos que dominen y derriben nuestras vidas.
De hecho, podría decir que para la humanidad lo que hace es más grande y más importante que el mundo mismo."

No. 342.
"(...) un guerrero elige los elementos que forman su mundo. Elige con deliberación, pues cada elemento que escoge es un escudo que lo protege de los ataques de las fuerzas que él lucha por usar (...)"

No. 343.
"(...) Tus antiguos resguardos ya no son seguros.
-¿Qué es lo que debería hacer?
-Actuar como un guerrero y elegir los elementos de tu mundo. Ya no puedes rodearte de cosas a la loca. Te digo esto de la manera más seria. Ahora, por primera vez, no estás seguro de tu antigua forma de vivir.
(...) Para ese propósito deberás haber elegido cierto número de cosas que te den paz y placer (...)"

No. 344.
"-No es posible vivir estratégicamente todo el tiempo -dije-. Imagínese que alguien lo está esperando con un rifle de alta potencia con mira telescópica; puede darle con exactitud a quinientos metros de distancia.
¿Qué haría usted?
Don Juan me miró con aire de incredulidad y luego se echó a reír.
-¿Qué haría usted? -insistí.
-¿Si alguien me está esperando con un rifle de mira telescópica? -dijo, obviamente en son de burla.
-Si alguien está escondido fuera de vista, esperándolo. No tiene usted el menor chance. No puede parar una bala.
-No, no puedo. Pero sigo sin entender lo que quieres decir.
-Quiero decir que toda su estrategia no puede servirle de nada en una situación así.
-Ah, pero sí sirve. Si alguien me está esperando en un sitio con un rifle de alta potencia con mira telescópica, sencillamente no llego a ese sitio."

No. 345.
"(...) los guerreros eligen su campo de batalla -me dijo-. Un guerrero sólo entra en batalla cuando sabe todo lo que puede acerca del campo de lucha (...)"

No. 346.
"Cuando se enfrentan a una fuerza superior con la que no pueden lidiar, los guerreros se retiran por un momento (...) Dejan que sus pensamientos corran libremente. Se ocupan de otras cosas. Cualquier cosa puede servir."

No. 347.
"-Todo lo que puedo decirte -dijo don Juan- es que un guerrero nunca está disponible; nunca está parado en el camino esperando las pedradas. Así corta al mínimo el chance de lo imprevisto. Lo que tú llamas accidentes son casi siempre muy fáciles de evitar, excepto para los tontos que viven por las puras."

No. 348.

"(...) uno tiene que ser completamente humilde y no cargar nada que uno tenga que defender, ni siquiera su propia persona; la persona de uno debe protegerse, pero no defenderse (...)"

No. 349.

"(...) recordé que él me había preguntado cuando estábamos a salvo en la cima, si me sentía ofendido por el ataque del felino. Yo le había asegurado que era absurdo que me sintiera ofendido, y él me había contestado que debía de hacer lo mismo con la gente. Si me atacaban debería protegerme o quitarme de en medio, pero sin sentirme moralmente ofendido ni perjudicado.

No. 350.

"No tiene caso quejarse (...) De ahora en adelante lo que importa es la estrategia de tu vida."

No. 351.

"Un guerrero vive estratégicamente – dijo sonriendo -. Un guerrero jamás lleva cargas que no puede soportar."

No. 352.

"(...) Los brujos tienen una inclinación peculiar. Viven exclusivamente a la sombra de un sentimiento cuya mejor descripción serían las palabras "y sin embargo...". Cuando todo se les viene abajo, los brujos aceptan la situación. "Es algo terrible", dicen, pero inmediatamente escapan a la sombra del "y sin embargo."

No. 353.

"(...) en su vida cotidiana el guerrero elige seguir el camino con corazón. La constante preferencia por el camino con corazón es lo que lo diferencia del hombre común. El guerrero sabe que un camino tiene corazón cuando es uno con él, cuando experimenta gran paz y placer al atravesar su largo (,,,)".

No.354.

"(...) el camino sin corazón se vuelve contra los hombres y los destruye. No se necesita gran cosa para morir, y buscar la muerte es no buscar nada."

No. 355.

"(...) Un camino sin corazón nunca es disfrutable. Hay que trabajar duro tan sólo para tomarlo. En cambio un camino con corazón es fácil: no te hace trabajar por tomarle el gusto."

No. 356.

"(..) Cualquier cosa es un camino entre cantidades de caminos. Por eso debes tener siempre presente que un camino es sólo un camino; si sientes que no deberías seguirlo, no debes seguir en él bajo ninguna condición (...)"

No. 357.

"(...) Todos los caminos son lo mismo: no llevan a ninguna parte. Son caminos que van por el matorral. Puedo decir que en mi propia vida he recorrido caminos largos, largos, pero no estoy en ninguna parte. Ahora tiene sentido la pregunta de mi benefactor. ¿Tiene corazón este camino? Si tiene, el camino es bueno; si no, de nada sirve. Ningún camino lleva a ninguna parte, pero uno tiene corazón y el otro no. Uno hace gozoso el viaje; mientras lo sigas, eres uno con él. El otro te hará maldecir tu vida. Uno te hace fuerte; el otro te debilita."

No. 358.

"(...) Para mí sólo recorrer los caminos que tienen corazón. Ésos recorro, y la única prueba que vale es atravesar todo su largo. Y ésos recorro mirando, mirando sin aliento."

.No. 359.

"-Mi risa, así como todo cuanto hago, es de verdad -dijo don Juan-, pero también es desatino controlado por-que es inútil; no cambia nada y sin embargo lo hago.

-Pero según yo lo entiendo, don Juan, su

risa no es inútil. Lo hace a usted feliz.
-¡No! Soy feliz porque escojo mirar las cosas que me hacen feliz, y entonces mis ojos captan su filo gracioso y me río. Te lo he dicho incontables veces, siempre hay que escoger un camino con corazón para estar lo mejor posible, quizá para poder reír todo el tiempo."

No. 360.
"(...) un hombre de conocimiento elige un camino con corazón y lo sigue; y luego mira y se regocija y ríe; y luego ve y sabe. Sabe que su vida se acabará en un abrir y cerrar de ojos; sabe que él, así como todos los demás, no va a ninguna parte; sabe, porque ve, que nada es más importante que lo demás. En otras palabras, un hombre de conocimiento no tiene honor, ni dignidad, ni familia, ni nombre, ni tierra; solo tiene vida que vivir, y en tal condición su única liga con sus semejantes es su desatino controlado. Así, un hombre de conocimiento se esfuerza, y suda, y resuella, y si uno lo mira es como cualquier hombre común, excepto que el desatino de su vida está bajo control. Como nada le importa más que nada, un hombre de conocimiento escoge cualquier acto, y lo actúa como si le importara. Su desatino controlado lo lleva a decir que lo que él hace importa y lo lleva a actuar como si importara, y sin embargo él sabe que no importa; de modo que, cuando completa sus actos se retira en paz, sin pena ni cuidado de que sus actos fueran buenos o malos, o tuvieran efecto o no."

No. 361.
"(...) Yo digo que es inútil desperdiciar la vida en un solo camino, sobre todo si ese camino no tiene corazón."

No. 362.
"(...) cuando uno por fin se da cuenta de que ha tomado el camino sin corazón, el camino está ya a apunto de matarlo. En esas circunstancias muy pocos hombres pueden pararse a considerar, y más pocos aún pueden dejar el camino."

No. 363.
"El acto sexual es siempre una donación de conciencia aunque ese regalo no se consolide y cree un nuevo ser viviente (...)"

No. 364.
"(...) Yo siempre te he dicho que la energía sexual es algo de extrema importancia y que debe ser controlada y usada con mucho tino. Nunca te gustó esa proposición porque crees que yo hablo de control en términos de moralidad (...)"

No. 365.
"(...) la falacia del hombre es actuar con total desdén por el misterio de la existencia y creer que el sublime acto de conceder vida y conciencia es simplemente un impulso físico que uno puede distorsionar a voluntad."

No. 366.
"(...) La sensualidad del hombre no tiene nada de malo. Lo que está mal es la ignorancia que obliga al hombre a pasar por alto su naturaleza mágica (...)"

No. 367.
"(...) Jamás en mi vida había visto a una mujer tan hermosa, tan dormida y tan desnuda (...)"

No. 368.
"(...) la gente vacía es como las lombrices, que miran a su alrededor antes de avanzar, retroceden y luego recorren otro brevísimo trecho. La gente completa siempre anda a saltos, da saltos mortales, y las más de las veces, aterriza de cabeza, pero a ellos no les importa."

No. 369.
"Eres demasiado débil (...) Te apuras cuando deberías esperar, pero esperas cuando deberías darte prisa. Piensas demasiado (...)"

No. 370.
"Por supuesto que insisto que todos cuantos me rodean piensen con claridad -dijo-.

Pero también explico a quien me quiera escuchar, que el único modo de pensar con claridad es no pensar en absoluto. Yo creía que tu comprendías esa contradicción (...)"

No. 371.
"(...) Tienes el deber de apaciguar tu mente. Los guerreros no ganan victorias golpeándose la cabeza contra los muros. Los guerreros saltan los muros, no los derriban.

No. 372.
"- Hablas demasiado contigo mismo. No eres único en eso. Cada uno de nosotros lo hace. Sostenemos una conversación interna. Piensa en eso. ¿Que es lo que siempre haces cuando estás solo?
- Hablo conmigo mismo.
-¿De qué hablas?
- No sé, de cualquier cosa, supongo.
- Te voy a decir de qué nos hablamos. Nos hablamos de nuestro mundo. Es más mantenemos nuestro mundo con nuestra conversación interna.
-¿Cómo es eso?
- Cuando terminamos de hablar con nosotros mismos, el mundo es siempre como debería ser. Lo renovamos, lo encendemos de vida, lo sostenemos con nuestra conversación interna. No sólo eso, sino que también escogemos nuestros caminos al hablarnos a nosotros mismos. De allí que repetimos las mismas preferencias una y otra vez hasta el día en que morimos, porque seguimos repitiendo la misma conversación interna una y otra vez hasta el día en que morimos.
Un guerrero se da cuenta de esto y lucha por parar su habladuría (...)"

No. 373.
"(...) cualquier pensamiento que uno lleva en mente en un estado de silencio es propiamente una orden, pues no hay otros pensamientos que compitan con él (...)"

No. 374.
"Piensas demasiado en ti mismo - dijo sonriendo -. Y eso te da una fatiga extraña que te hace cerrarte al mundo que te rodea y agarrarte de tus razones. Por eso tienes solamente problemas(...)"

No. 375.
"Sabrás. Te confundes sólo cuando hablas (...)"

No. 376.
"(...) El mundo es así como es sólo porque hablamos con nosotros mismo acerca de que es así como es."

No. 377.
"(...) Verás, desde que nacemos la gente nos dice que el mundo es así y asá, y naturalmente no nos queda otro remedio que ver el mundo en la forma que la gente nos ha dicho que es."

No. 378.
"(...) Siempre te equivocas porque esperas que las palabras te lo expliquen todo (...)"

No. 379.
"Te gustan las palabras (...) Te da miedo el sólo pensar en el conocimiento silencioso. Por otro lado, las historias, por más estúpidas que sean, te encantan y te hacen sentir seguro."

No. 380.
"(...) las palabras tienen un tremendo poder e importancia y son la propiedad mágica de quien las piensa (...)"

No. 381.
"Mi error fue extraviarte con palabras prestadas (...)"

No. 382.
"Para pensar y decir con exactitud lo que uno quiere decir, se requiere cantidades indecibles de energía."

No. 383.
"(...) el peligro de las definiciones es que simplifican las cosas para volverlas comprensibles (...) uno corre el riesgo de

transformar un logro mágico y milagroso en algo común."

No. 384.
"(...) Cada vez que el diálogo cesa, el mundo se desploma y salen a la superficie facetas extraordinarias de nosotros mismos, como si nuestras palabras las hubieran tenido bajo guardia. Eres como eres porque te dices a ti mismo que así eres.

No. 385.
"(...) las definiciones cambian en la medida que el conocimiento aumenta (...)"

No. 386.
"- Eso es lo malo de las palabras - dijo con gran certidumbre -. Siempre nos fuerzan a sentirnos iluminados, pero cuando damos la vuelta para encarar el mundo siempre nos fallan y terminamos encarándolo como hemos hecho siempre, sin iluminación. Por este motivo, a un brujo le precisa actuar más que hablar, y para efectuar eso obtiene una nueva descripción del mundo: una nueva descripción en la cual el hablar no es tan importante y en la cual los actos nuevos tienen nuevas reflexiones."

No. 387.
"- Nunca hablo por hablar (...) A estas alturas ya deberías saberlo."

No. 388.
"Don Juan me había también expresado su creencia de que uno de los conceptos del cristianismo, el de haber sido expulsados del paraíso, le sonaba a él como la alegoría de la pérdida de nuestro conocimiento silencioso (...) La brujería era entonces un retroceso al comienzo, un retorno al paraíso."

No. 389.
"Lo que se necesita para que la magia pueda apoderarse de nosotros, es borrar nuestras dudas (...) Una
vez que las dudas desaparecen todo es posible."

No. 390.
"(...) le dije que yo creía en la existencia de Dios.
Repuso que mi creencia estaba basada en la fe y que, como tal, era convicción de segunda mano que no significaba nada; que como la de los demás, mi creencia en la existencia de Dios estaba basada en un rumor que circulaba y no en un acto de ver."

No. 391.
"(...) A mí me dijeron que el único modo de salir a flote (...) era proseguir con nuestras acciones como si uno creyera. En otras palabras, el secreto de un guerrero es que él cree sin creer. Pero, por lo visto, un guerrero no puede nada más decir que cree y dejar allí las cosas. Eso sería demasiado fácil. Creer no más que por creer, lo liberaría de examinar su situación. Cuando un guerrero tiene por fuerza que creer, lo hace porque así lo escoge, como expresión de su predilección mas íntima. Un guerrero no cree; un guerrero tiene que creer."

No. 392.
"(...) Tu preciosa razón no es más que un centro de ensamble, un espejo que refleja algo que está fuera de ella (...)"

No. 393.
"(...) siempre es el intelecto el que nos embauca; recibe el mensaje en primer término, pero en vez de darle crédito y obrar en consecuencia, pierde el tiempo en discutirlo."

No. 394.
"(...) las conclusiones a las que llegamos mediante el razonamiento tienen muy poca o ninguna influencia para alterar el curso de nuestras vidas. De ahí los incontables ejemplos de personas poseedoras de las mas claras convicciones y que, sin embargo, actúan diametralmente en contra de ellas una y otra vez."

No. 395.
"(...) Lo malo de hacer preguntas es que lo que queremos averiguar nunca se revela cuando uno lo pide."

No. 396.
"(...) los videntes se descalabran al ver que la existencia es incomprensiblemente compleja y que nuestra conciencia cotidiana la difama con sus limitaciones."

No. 397.
"(...) Criticó, sin enfado, mi obsesión por razonarlo todo, y la llamó una entrega innecesaria. Dijo que actuar sin buscar explicaciones era más sencillo y efectivo, y que yo disipaba mi experiencia hablando y pensando acerca de ella."

No. 398.
"(...) Como yo no di muestras de haberlo comprendido, dijo que para poder entender y corroborar las verdades del estar consciente de ser, no necesitaba raciocinio sino energía."

No. 399.
"No te agites si no comprendes lo que voy a decirte (...) Teniendo en cuenta tu temperamento, temo que te rompas la crisma tratando de entender. ¡No lo hagas! Lo que voy a decirte sólo sirve para señalar una dirección."

No. 400.
(...) estamos complacientemente atrapados en nuestra particular visión del mundo, que nos compele a sentirnos y a actuar como si supiéramos todo lo que hay que saber acerca del mundo (...)"

No. 401.
"- ¿A poco crees que conoces el mundo que te rodea? – preguntó.
- Conozco de todo – dije.
- Quiero decir, ¿sientes el mundo que te rodea?
- Siento el mundo que me rodea tanto como puedo.
- Eso no basta. Debes sentirlo todo; de otra manera el mundo pierde su sentido.
Formulé el clásico argumento de que no era necesario probar la sopa para conocer la receta, ni recibir un choque eléctrico para saber de la electricidad.
- Ya transformaste todo en estupidez – dijo -. Ya veo que quieres agarrarte de tus razones a pesar de que no te dan nada; quieres seguir siendo el mismo aún a costa de tu bienestar."

No. 402.
"(...) Confías demasiado en ti mismo. Actúas como si conocieras todas las respuestas. No conoces nada, mi amiguito, nada."

No. 403.
"Piensas que todo el mundo es sencillo de entender (...) porque todo cuanto tú haces es una rutina sencilla de entender (...)"

No. 404.
"¡Quien eres tú y tu pinche racionalidad para poner cadenas al pensamiento!"

No. 405.
"(...) la razón es solamente como una estrella en un infinito de estrellas."

No. 406.
"Tu problema es que quieres entenderlo todo, y si eso no es posible. Si insistes en entender, no estas tomando en cuenta todo lo que te corresponde como ser humano. La piedra en la que te tropiezas sigue intacta (...)"

No. 407.
"La vida, para un guerrero, es un ejercicio de estrategia (...) Pero tú quieres hallar el significado de la vida. A un guerrero no le importan los significados."

No. 408.
"(...) Un ser inmortal tiene todo el tiempo del mundo para dudas y desconciertos y temores. Un guerrero, en cambio, no puede aferrarse a los significados (...)"

No. 409.
"El maestro (...) al presentar a su aprendiz, por una parte, el camino del guerrero, lo obliga al raciocinio, a la sobriedad, a la fuerza de carácter y de cuerpo; y al presentarle, por otra parte, situaciones inimaginables pero reales, que el aprendiz no pueda abarcar, lo obliga a reconocer que su razón, por más maravillosa que sea, sólo puede cubrir una zona pequeña (...)"

No. 410.
"No hay nada que entender. El entendimiento es sólo un asunto pequeño, pequeñísimo (...)"

No. 411.
"(...) Como siempre, somos nosotros quienes complicamos todo al tratar de transformar la inmensidad que nos rodea en algo razonable."

No. 412.
(...) nuestro raciocinio, por sí solo, no puede proporcionarnos una respuesta a la razón de nuestra existencia. Cada vez que trata de hacerlo, la conclusión es siempre un asunto de fe y credo. Los antiguos videntes toltecas tomaron otro camino, y por cierto llegaron a otra conclusión que no tiene que ver con la fe y el credo."

No. 413.
"-A mí me parece que los nuevos videntes eran muy abstractos -comenté-. Me suenan como ciertos filósofos de hoy en día.
-No. Los nuevos videntes eran hombres terriblemente prácticos -repuso-. No se dedicaban a urdir teorías racionales (...) Los que fueron pensadores abstractos eran los antiguos videntes. Construyeron monumentales edificios de abstracciones, propias a ellos y a su tiempo. Y, al igual que los filósofos de hoy, no tuvieron control alguno sobre sus fabricaciones. En cambio, los nuevos videntes, imbuidos en lo práctico, se ocuparon solo de ver (...)"

No. 414.
"(...) Dijo que el nagual Julián (lo) estaba invitando (...) a moverse justo en la posición de la razón, para que así don Juan pudiera ser un pensador activo, y no solo parte de un público pasivo, sin sofisticación y con mucho emocionalismo que amaba las ordenadas obras de la razón. Al mismo tiempo, el nagual Julián lo estaba entrenando a ser un verdadero brujo abstracto, y no sólo parte de un público mórbido e ignorante que amaba lo desconocido."

No. 415.
"(...) me advirtió que tuviera cuidado con cierta reacción que afecta típicamente a los brujos: el frustrante deseo de explicar la experiencia de la brujería en términos coherentes y bien razonados".

No. 416.
"De veras sabes hablar sin decir nada, ¿no? -dijo riendo-. Ya te lo he dicho; para llegar a ser hombre de conocimiento hay que tener un empeño inflexible. Pero tú pareces tener el empeño en confundirte con acertijos. Insistes en explicar todo como si el mundo entero estuviera hecho de cosas que pueden explicarse (...) ¿Alguna vez se te ha ocurrido que, en este mundo, sólo unas cuantas cosas pueden explicarse a tu modo? (...)
Un brujo charlatán trata de explicar todo en el mundo con explicaciones de las que no está seguro -dijo-, así que todo sale siendo brujería. Pero tú andas igual. También quieres explicarlo todo a tu manera, pero tampoco estás seguro de tus explicaciones."

No. 417.
"No hay necesidad de confundirse (...) La confusión es un sentimiento en el que uno se mete, pero también puede salirse de él (...)"

No. 418.
"(...) Yo, también, me aferraba al mundo de la vida cotidiana. Me aferraba hasta con las uñas. Todo me decía que debía

dejarme ir, pero yo no podía. Al igual que tú, confiaba implícitamente en mi mente, aunque ya no tenía razón para hacer eso. Ya no era un hombre común y corriente.
"Mi problema de entonces es ahora el tuyo. El impulso del mundo cotidiano me arrastraba y yo me aferraba desesperadamente a mis endebles estructuras racionales."

No. 419.
"Tú siempre insistes en saber las cosas desde el principio (...) Pero no hay ningún principio; el principio está sólo en tu pensamiento."

No. 420.
"(...) dijo que es monstruoso pensar que el mundo es comprensible o que nosotros mismos somos comprensibles (...)"

No. 421.
"Tuve entonces un recuerdo de gran interés. Algunos años antes, en un estado de realidad no ordinaria producido por la ingestión de plantas sicotrópicas, había experimentado o percibido, mientras miraba una corriente acuática, que un racimo de burbujas flotaba hacia mi, envolviéndome (...)
Don Juan escuchó con indiferencia mis comentarios.
- No gastes tu poder en babosadas -dijo-. Estás tratando con esa inmensidad que está allá afuera.
Señaló hacia el chaparral con un movimiento de la mano.
- Convertir en razonable esa cosa magnífica que está allá afuera no te sirve de nada. Aquí, alrededor de nosotros, está la eternidad misma. Esforzarse en reducirla a una tontería manejable es un acto despreciable y definitivamente desastroso."

No. 422.
"-Te lo he dicho y repetido mil veces que ser demasiado racional es una desventaja -dijo-. Los seres humanos tienen un sentido muy profundo de la magia. Somos parte de lo misterioso. La racionalidad es sólo un barniz, un baño de oro en nosotros. Si rascamos esa superficie encontramos que debajo hay un brujo. Algunos de nosotros, sin embargo, tenemos una gran dificultad para llegar a ese nivel bajo la superficie; otros, en cambio, lo hacen con absoluta facilidad. Tú y yo somos muy parecidos en este respecto: los dos tenemos que sudar tinta antes de soltarnos de nuestra imagen de sí."

No. 423.
"(...) Ahí, precisamente ahí está nuestro mecanismo de seguridad: tenemos que ser convencidos, y ninguno de nosotros quiere dejarse convencer."

No. 424.
(...) Dijo que tarde o temprano (...) todo estaría entonces perfectamente claro, sin tener que ser razonable o irrazonable."

No. 425.
"(...) Tú no me entiendes ahora a causa de esa costumbre que tienes de pensar así como miras y de pensar así como piensas."

No. 426.
"(...) No es cosa de entenderlo, sino de dominarlo (...)"

No. 427.
"No seas presumido - me dijo don Juan en tono severo -. No estás aquí para especular basándote en tu primero y único esfuerzo. Espera hasta dominar tu conocimiento. Entonces decide que es qué."

No. 428.
"(...) los seres humanos son criaturas de inventario. Conocer los pormenores de cualquier inventario es lo que convierte a cualquier hombre en erudito o experto en su terreno. Los brujos saben que, cuando una persona común y corriente encuentra una falta en su inventario, esa persona o bien extiende su inventario o el mundo de su imágen de sí se derrumba. La persona común y corriente está dispuesta a incorporar nuevos artículos, siempre y cuando no contradigan el orden básico de su ima-

gen de sí, porque si lo contradicen, la mente se deteriora. El inventario es la mente. Los brujos cuentan con eso cuando tratan de romper la imagen de sí."

No. 429.
"(...) Tu defecto es seguir pegado al inventario de la razón. La razón no trata al hombre como energía. La razón trata con instrumentos que crean energía, pero jamás se le ha ocurrido seriamente a la razón que somos mejores que instrumentos; somos organismos que crean energía. Somos una burbuja de energía."

No. 430.
"(...) Para un vidente, la razón no es más que la autoreflexión del inventario del hombre (...)"

No. 431.
"(...) haz tu inventario y después deshazte de él. Los nuevos videntes hacen inventarios y después se ríen de ellos (...)"

No. 432.
"-Hay tantas cosas que sé -dijo-, sin embargo ni siquiera sé qué es lo que sé. Recuerdo tantas cosas, que al final termino sin recordar nada."

No. 433.
"Todo lo que nos rodea es un misterio insondable (...) debemos de tratar de descifrar esos misterios, pero sin tener la menor esperanza de lograrlo (...) Un guerrero, consciente del insondable misterio que lo rodea y consciente de su deber de tratar de descifrarlo, toma su legítimo lugar entre los misterios y él mismo se considera uno de ellos. Por consiguiente, para un guerrero el misterio de ser no tiene fin, aunque ser signifique ser una piedra o una hormiga o uno mismo. Esa es la humildad del guerrero. Uno es igual a todo."

No. 434.
"(...) Es un misterio (...) y no puede resolverse con raciocinios. Ese misterio sólo se puede presenciar."

No. 435.
"-De veras eres racional -dijo él con fiereza-. Y eso significa que crees conocer mucho del mundo, pero ¿conoces? ¿Conoces en verdad? Sólo has visto las acciones de la gente. Tus experiencias se limitan únicamente a lo que la gente te ha hecho o le ha hecho a otros. No sabes nada de este misterioso mundo desconocido."

No. 436.
"- Todavía no tienes suficiente poder personal para buscar la explicación de los brujos.
-¡Entonces hay una explicación de brujos!
- Claro, los brujos son hombres. Somos criaturas del pensamiento. Buscamos aclaraciones.
- Yo tenía la impresión de que mi gran falla era buscar explicaciones.
- No. Tu falla es buscar explicaciones convenientes, explicaciones que se ajustan a ti y a tu mundo (...)"

No. 437.
"(...) para poder seguir el camino del conocimiento uno tiene que ser muy imaginativo. Como lo estás comprobando tú mismo, todo está oscuro en el camino del conocimiento. La claridad cuesta muchísimo trabajo, muchísima imaginación."

No. 438.
"- Explicar es una lata (...) Nuestra racionalidad nos pone entre la espada y la pared. Nuestra tendencia es a analizar, a sopesar, a averiguar. No hay modo de hacer eso desde dentro de la brujería. La brujería es el acto de llegar al lugar del conocimiento silencioso, y el conocimiento silencioso no es analizable, porque sólo puede ser experimentado."

No. 439.
"(...) Tú andas detrás del reflejo de ti y tus ideas."

No. 440.
"(...) no tiene fin el misterio del hombre ni el misterio del mundo."

No. 441.
"Creer que el mundo sólo es como tú piensas, es una estupidez. El mundo es un sitio misterioso."

No. 442.
"(...) Las acciones de los videntes son más complejas que dividir al hombre en cuerpo y mente (...)"

No. 443.
"(...) todas las facultades, posibilidades y logros de la brujería, desde lo más simple hasta lo más sorprendente, se halla en el cuerpo humano mismo."

No. 444.
"Este es en realidad el misterio de estar consciente de ser. Los seres humanos están empapados de ese misterio., estamos empapados en las tinieblas, en lo inexplicable. Si nos consideramos a nosotros mismos en cualquier otra terminología, somos unos imbéciles o estamos locos. Por lo tanto, no deshonres el misterio del hombre sintiendo lástima por ti mismo o tratando de razonar ese misterio. Degrada a lo disparatado del hombre comprendiéndolo. Pero no pidas disculpas ni por una ni por otra cosa; ambas son necesarias."

No. 445.
"No te esfuerces queriendo resolverlo (...) El mundo es un misterio. Esto, lo que estás mirando, no es todo lo que hay. El mundo tiene muchas más cosas, tantas que es inacabable. Cuando estás buscando la respuesta, lo único que haces en realidad es tratar de volver familiar el mundo. Tú y yo estamos pues aquí mismo, en el mundo que llamas real, simplemente porque los dos lo conocemos. Tú no conoces el mundo del poder, por eso no puedes convertirlo en una escena familiar."

No. 446.
"Hay mundos sobre mundos, aquí mismo frente a nosotros. Y no son cosa de risa (...)".

No. 447.
"(...) los seres humanos son infinitamente más complejos y misteriosos que nuestras más locas fantasías."

No. 448.
"Es una estupidez que desdeñes los misterios del mundo nada más porque conoces el hacer del desdén (...)"

No. 449.
"-¿Quien eres tú para pensar o decir qué cosa es importante? No sabes nada de las fuerzas que estás tocando."

No. 450.
"(...) Tienes razón. No hay nada más solitario que la eternidad. Y nada más cómodo para nosotros que la condición humana. Esto es ciertamente otra contradicción, ¿cómo puede el hombre conservar los vínculos de su humanidad y al mismo tiempo aventurarse, con gusto y con propósito, en la absoluta soledad de la eternidad? Cuando logres resolver este acertijo, estarás listo para el viaje definitivo."

No. 451.
"¿Soy yo quién anda, esta noche,
por el cuarto, o el mendigo
que ronda el jardín,
al caer la tarde?...
Miro
en torno y hallo que todo
es lo mismo y no es lo mismo....
¿La ventana estaba abierta?
¿Yo no me había dormido?
¿El jardín no estaba verde
de luna?... ...El cielo era limpio
y azul... Y hay nubes y viento
y el jardín está sombrío...
Creo que mi barba era
negra... Yo estaba vestido
de gris... Y mi barba es blanca
y estoy enlutado... ¿Es mío
este andar? ¿Tiene esta voz,
que ahora suena en mí, los ritmos
de la voz que yo tenía?
¿Soy yo, o soy el mendigo
que rondaba el jardín,

al caer la tarde?...
Miro
en torno... Hay nubes y viento...
El jardín está sombrío...
... Y voy y vengo... ¿Es que yo
no me había ya dormido?
Mi barba está blanca... Y todo
es lo mismo y no es lo mismo...”

No. 452.
“(...) Había tenido la esperanza de juguetear con el mundo de don Juan, pero sin terminar de convencerme; por esa razón no pasaba de ser un cuasi-brujo. Ninguno de mis esfuerzos había pasado de corresponder a una fatua ilusión de defenderme con lo intelectual, como si me encontrase en una academia, donde todo puede hacerse entre las ocho de la mañana y las cinco de la tarde, hora en la cual uno, debidamente cansado se va a casa. Don Juan solía hacer mofa de ello; decía: tras arreglar el mundo de un modo muy bello y luminoso, el académico se va a casa, a las cinco en punto, para olvidar su arreglo.”

No. 453.
“(...) los guerreros están en el mundo, realmente, con el fin de entrenarse a ser testigos sin prejuicios para así descubrir y entender el misterio que somos (...)”

No. 454.
“(...) el arte del guerrero es equilibrar el terror de ser hombre con el prodigio de ser hombre.”

No. 455.
“- En verdad, los seres humanos no somos nada, don Juan, - dije -.
- Sé exactamente lo que estás pensando- dijo -. Por supuesto que no somos nada, pero ¡qué maravillosa contradicción! ¡Qué desafío! ¡Que unas nulidades como nosotros puedan enfrentarse a la soledad de lo eterno!”

No. 456.
“El mundo es un misterio. Y no es para nada como te lo representas(...) (...) Bueno, también es como te lo representas, pero eso no es todo lo que hay en el mundo; hay mucho más (...)”

No. 457.
“Somos hombres y nuestra suerte es aprender y ser arrojados a mundos nuevos, inconcebibles.
-¿Hay de veras algún mundo nuevo para nosotros? - pregunté medio en broma.
- No hemos agotado nada, idiota - dijo él imperioso -. Ver es para hombres impecables. Templa tu espíritu, llega a ser un guerrero, aprende a ver, y entonces sabrás que no hay fin a los mundos nuevos para nuestra visión.”

No. 458.
“(...) Nuestra suerte como hombres es aprender, y al conocimiento se va como a la guerra; te lo he dicho incontables veces. Al conocimiento o a la guerra se va con miedo, con respeto, sabiendo que se va a la guerra, y con absoluta confianza en sí mismo. Confía en ti, no en mí.”

No. 459.
“(...) eres una persona seria, pero tu seriedad está ligada a lo que tú haces, no a lo que pasa fuera de ti. Te ocupas demasiado de ti mismo. Ese es el problema y eso produce una tremenda fatiga.
(...) Busca y ve las maravillas que te rodean. Te cansarás de mirarte a ti mismo, y el cansancio te hará sordo y ciego a todo lo demás.”

No. 460.
“Ya te lo he dicho una y otra vez que el mundo no tiene fondo (...) Y tampoco lo tenemos nosotros los hombres, o los otros seres que existen en este mundo (...)”

No. 461.
“El mundo que nos rodea es muy misterioso (...) No entrega fácilmente sus secretos.”

No. 462.
"(...) deja que tus ojos sean libres; déjalos ser verdaderas ventanas. Los ojos pueden ser ventanas para contemplar el aburrimiento o para atisbar aquella infinitud."

No. 463.
"Esa calle como cualquier otra, lleva a la eternidad (...)"

No. 464.
"¿Re aventurarías tú en lo desconocido por codicia? De ninguna manera. La codicia sólo funciona en el mundo de los asuntos cotidianos. Para aventurarse en esta aterradora soledad uno debe tener algo superior a la codicia. Amor, uno necesita amor a la vida, a la intriga, al misterio. Uno necesita de curiosidad insaciable y una montaña de agallas."

No. 465.
"(...) los planes sólo sirven para lidiar con seres humanos comunes y corrientes. En el contexto humano, por lo tanto, podemos conspirar y planear, y dependiendo de la suerte, aparte de nuestra astucia y dedicación, podemos triunfar. Pero ante lo desconocido la única esperanza consistía en aceptar y comprender.

No. 466.
"(...) -¡Qué cosa más linda el haber estado en este hermoso mundo! ¡En este maravilloso tiempo! (...)"

No. 467.
"(...) Las fuerzas que guían a los hombres son imprevisibles, pavorosas, pero su esplendor es digno de verse."

No. 468.
"Sólo turbaba la paz una campana, un pájaro...
Parece que los dos hablan con el ocaso.
Es de oro el silencio. La tarde es de cristales.
Mece los frescos árboles una pureza errante.
Y, más allá de todo, se sueña un río límpido
que, atropellando perlas, huye hacia lo infinito..."

No. 469.
"No importa lo que uno revela ni lo que uno se guarda (...) Todo cuanto hacemos, todo cuanto somos, descansa en nuestro poder personal. Si tenemos suficiente, una palabra que se nos diga podrá ser suficiente para cambiar el curso de nuestra vida. Pero si no tenemos suficiente poder personal, se nos puede revelar la sabiduría más grande y esa revelación nos importaría un ajo."

No. 470.
"¿Sabes que en este mismo instante estás rodeado por la eternidad? ¿Y sabes que puedes usar esa eternidad, si así lo deseas?
"(...) ¿Y sabes que puedes extenderte hasta el infinito en cualquiera de las direcciones que he señalado? - prosiguió. ¿Sabes que un momento puede ser la eternidad? Esto no es una adivinanza; es un hecho, pero sólo si te montas en ese momento y lo usas para llevar la totalidad de ti mismo hasta el infinito, en cualquier dirección.
Se me quedó mirando.
- Antes no tenías este conocimiento - dijo, sonriendo -. Ahora es tuyo. Te lo he dado, y sin embargo no importa nada, porque no tienes suficiente poder personal para utilizar mi revelación. Pero si lo tuvieras, sólo mis palabras serían el medio para que acorralaras toda tu totalidad, y sacaras la parte que manda, de estos límites que la contienen.
Vino a mi lado y me tocó el pecho con los dedos; fue un golpe muy ligero.
- Estos son los límites de los que hablo – dijo -. Uno puede salir de ellos. Somos un sentimiento, un darse cuenta encajonado aquí."

No. 471.
"El poder es un asunto muy extraño. Para tenerlo y disponer de él, hay que tener poder por principio de cuentas (...)"

No. 472.
"El poder en un asunto muy peculiar. No puedo decir con exactitud lo que realmente es. Es un sentimiento que uno tiene sobre ciertas cosas. El poder es personal. Pertenece a uno nada más (...)"

No. 473.
"El poder es algo con lo cual un guerrero se las ve -repuso-. Al principio es un asunto increíble, traído a la mala; hasta pensar en el poder es difícil (...) Luego, el poder se convierte en una cosa seria; uno capaz ni lo tenga, o ni siquiera se de cuenta cabal de que existe, pero uno sabe que hay algo allí, algo que no se notaba antes. Es en ese entonces que el poder se manifiesta como algo incontrolable que le viene a uno. No me es posible decir cómo viene ni qué es en realidad. No es nada, y sin embargo hace aparecer maravillas delante de tus propios ojos. Y, finalmente, el poder es algo dentro de uno mismo, algo que controla nuestros actos y a la vez obedece nuestro mandato."

No. 474.
"(...) El poder personal decide quién puede y quién no puede sacar provecho de una revelación; la experiencia que tengo con mis semejantes me ha mostrado que pocos, poquísimos de ellos estarían dispuestos a escuchar; y de los pocos que escuchan, menos aún estarían dispuestos a actuar de acuerdo a lo que han escuchado; y de aquellos que están dispuestos a actuar, menos aún tienen suficiente poder personal para sacar provecho de sus actos (...)"

No. 475.
"-¿Pero, por qué tengo que querer poder, don Juan?
- Ahora no se te ocurre una razón. Pero si guardas suficiente poder, el mismo poder te hallará una buena razón. Suena a locura, ¿verdad?
-¿Para qué quería usted poder, don Juan?
- Soy como tú. No quería. No hallaba razón para tenerlo. Tuve todas las dudas que tú tienes y nunca seguí las instrucciones que me daban, o nunca creí seguirlas; sin embargo, pese a mi estupidez, junté suficiente poder, y un día mi poder personal hizo desplomarse el mundo.
-¿Pero para qué querría alguien parar el mundo?
- Nadie quiere, ésa es la cosa. Nada más ocurre. Y una vez que sabes cómo es parar el mundo, te das cuenta de que hay razón para ello. Verás, una de las artes del guerrero es derribar el mundo por una razón específica y luego restaurarlo para seguir viviendo."

No. 476.
"- Hay algo que ya por ahora debías tener en cuenta - dijo don Juan -. Yo lo llamo el centímetro cúbico de suerte. Todos nosotros, guerreros o no, tenemos un centímetro cúbico de suerte que salta ante nuestros ojos de tiempo en tiempo. La diferencia entre un hombre común y un guerrero es que el guerrero se da cuenta, y una de sus tareas consiste en hallarse alerta, esperando con deliberación, para que cuando salte su centímetro cúbico él tenga la velocidad necesaria, la presteza para cogerlo.
"La suerte, la buena fortuna, el poder personal, o como lo quieras llamar, es un estado peculiar de cosas. Es como un palito que sale frente a nosotros y nos invita a arrancarlo. Por lo general andamos demasiado ocupados, o preocupados, o estúpidos y perezosos, para darnos cuenta de que es nuestro centímetro cúbico de suerte. Un guerrero, en cambio, siempre está alerta y duro y tiene la elasticidad, el donaire para agarrarlo.

No. 477.
"No importa cómo lo hayan criado a uno (...) Lo que determina el modo en que uno hace cualquier cosa es el poder personal. Un hombre no es más que la suma de su poder personal, y esa suma determina cómo vive y cómo muere."

No. 478.
"(...) Para tener poder, hay que vivir con poder."

No. 479.
"Un guerrero es impecable cuando confía en su poder personal, sin importar que sea pequeño o enorme."

No. 480.
"(...) Todos disponemos de poder personal para algo (...)"

No. 481.
"(...) ¿Cómo pueden ser sólo pensamientos el hambre y el dolor?
- Para mí, ahora, son sólo pensamientos. Eso es todo lo que sé. He logrado esa hazaña. Esa hazaña es poder y ese poder es todo lo que tenemos, fíjate bien, para oponernos a las fuerzas de nuestras vidas; sin ese poder somos basuras, polvo en el viento."

No. 482
"Confía en tu poder personal (...) Eso es todo lo que uno tiene en este mundo misterioso."

No. 483.
"(...) Si tienes el poder suficiente, soportarás el gran choque (...) Pero si eres incapaz de soportarlo, perecerás. Empezarás a marchitarte, a perder peso; te volverás pálido, distraído, irritable, callado."

No. 484.
"Somos seres luminosos (...) Y para un ser luminoso lo único que importa es el poder personal. Pero si me preguntas qué cosa es el poder personal, debo decirte que mi explicación no lo explicará."

No. 485.
"(...) somos seres luminosos. Somos preceptores. Nos damos cuenta; no somos objetos; no tenemos solidez. No tenemos límites."

No. 486.
"(...) La solidez, el cuerpo, son recuerdos; al igual que todo lo que sentimos del mundo, son recuerdos que acumulamos. Tú tienes el recuerdo de mi solidez, igual que tienes el recuerdo de comunicarte con palabras. Por eso crees que hablaste con un coyote y sientes que soy sólido."

No. 487.
"(...) somos un sentir; lo que llamamos nuestro cuerpo es un manojo de fibras luminosas que se dan cuenta."

No. 488.
"(...) El mundo de los objetos y la solidez es una manera de hacer nuestro paso por la tierra más conveniente. Es sólo una descripción creada para ayudarnos. Nosotros, o mejor dicho nuestra razón, olvida que la descripción es solamente una descripción y así atrapamos la totalidad de nosotros mismos en un círculo vicioso del que rara vez salimos en vida."

No. 489.
"(...) el mundo que nos rodea no es en realidad como pensamos que es. Pensamos que es un mundo de objetos y no lo es.
(...) Le dije que yo estaba de acuerdo con su premisa, porque todo podía concebirse como campos de energía. Dijo que yo solamente intuía una verdad, que razonarla no era verificarla, y que no daba un comino si yo estaba o no de acuerdo con él. Lo que quería era mi esfuerzo por comprender lo que implicaba esa verdad."

No. 490.
"- ¿Son las emanaciones como rayos de luz?- pregunté.
- No. De ninguna manera. Eso sería demasiado simple. Son algo indescriptible. Y, sin embargo, mi comentario personal sería decir que son como filamentos de luz. Lo que es incomprensible para la conciencia normal es que los filamentos estén conscientes de ser. No puedo decirte lo que significa eso, porque no sé lo que estoy diciendo. Lo único que puedo decirte con

mis comentarios personales es que los filamentos están conscientes de sí mismos, vivos y vibrantes, que hay tantos que los números pierden todo sentido, y que cada uno es una eternidad."

No. 491.
"Un guerrero fluido ya no puede ponerle fechas cronológicas al mundo. Para él, el mundo y él mismo ya no son objetos. El es un ser luminoso que existe en un mundo luminoso (...)"

No. 492.
"-Si piensas acerca de la vida en términos de horas y no de años, nuestra vida es inmensamente larga (...) Aunque pienses en términos de días, la vida es interminable."

No. 493.
"(...) los guerreros comprimen el tiempo, todo cuenta, aunque sea un segundo. En una batalla por tu vida, un segundo es una eternidad, una eternidad que puede decidir la victoria. Los guerreros tratan de triunfar, por lo tanto comprimen el tiempo. Los guerreros no desperdician ni un instante."

No. 494.
"La emoción de tener tiempo es igual a la emoción de no tenerlo (...) Todo es lo mismo."

No. 495.
"Piensa en esto (...) El mundo no se nos viene encima directamente; la descripción del mundo siempre está en el medio. Así pues, hablando con propiedad, siempre estamos a un paso de distancia y nuestra vivencia del mundo es siempre un recuerdo de la experiencia. Estamos eternamente recordando el instante que acaba de pasar. Recordamos, recordamos, recordamos."

No. 496.
"¡No hay futuro! El futuro no es más que una manera de hablar. Para un brujo sólo existe el aquí y el ahora."

No. 497.
"(...) la tierra es un ser vivo y consciente, cuya consciencia puede afectar la conciencia de los seres humanos (...)"

No. 498.
"(...) la tierra es un gigantesco ser consciente sujeto a las mismas fuerzas que nosotros."

No. 499.
"Cuando tú miras las cosas no las ves. Sólo las miras, yo creo que para cerciorarte de que algo está allí. Como no te preocupa ver, las cosas son bastante lo mismo cada vez que las miras. En cambio, cuando aprendes a ver, una cosa no es nunca la misma cada vez que la ves, y sin embargo es la misma (...)".

No. 500.
"Al aprender a ver, un hombre ya no necesita vivir como guerrero, ni ser brujo. Al aprender a ver, un hombre llega a ser todo llegando a ser nada. Desaparece, por así decirlo, y sin embargo está allí. Yo diría que éste es el tiempo en que un hombre puede ser o puede obtener cualquier cosa que desea. Pero no desea nada, y en vez de jugar con sus semejantes como si fueran juguetes, los encuentra en medio de su desatino (...)"

No. 501.
-¿Me tienes miedo? – preguntó -.
- No a usted, sino a lo que usted representa.
- Represento la libertad del guerrero. ¿Tienes miedo a eso?
- No. Pero tengo miedo de su conocimiento. Yo no tengo descanso, ni puedo refugiarme en nada.
- Otra vez confundes las cosas. Descanso, refugio, miedo: cavilaciones que has aprendido sin poner jamás en duda su valor (...)"

No. 502.
"(...) Piensa un momento. ¿Puedes desviarte de la senda que te han trazado? No.

Tus ideas y tus acciones están fijadas para siempre en sus términos. Eso es esclavitud. Yo, en cambio, te traje libertad. La libertad es muy cara. Pero el precio no es imposible. Ten miedo a tus carceleros, a tus amos. No desperdicies tu tiempo y tu poder en temerme a mi."

No. 503.
"Ya te expliqué que la meta es ser libres. Y la libertad tiene las más devastadoras implicaciones. Entre ellas está la de que los guerreros deben buscar intencionalmente el cambio. Tu predilección es vivir como lo haces. Estimulas tu razón examinando tu inventario muy a la ligera, y oponiéndolo a los inventarios de tus amigos. Esas maniobras te dejan muy poco tiempo para hacer un examen de ti mismo y de tu destino. Tendrás algún día que renunciar a todo eso (...)"

No. 504.
"- La libertad es como una enfermedad contagiosa -dijo-. Es transmitida: su portador es el nagual impecable. Quizá la gente no lo aprecie, pero eso se debe a que no quieren ser libres. La libertad es aterradora. Recuérdalo (...)"

No. 505.
"(...) Los videntes aspiran a ser libres, a ser testigos sin prejuicios, testigos incapaces de juzgar (...)"

No. 506.
"(...) Cortar nuestras cadenas es algo maravilloso, pero también algo muy fastidioso porque nadie quiere ser libre."

No. 507.
"(...) Tú eres lo que eres. La lucha por la libertad es más dura para algunos. Tú eres uno de ellos."

No. 508.
"Don Juan me había asegurado que nuestra gran falla colectiva, es la de vivir nuestras vidas sin tomar en cuenta para nada esa conexión (con todo lo existente). Para nosotros, lo precipitado de nuestra existencia, nuestros inflexibles intereses, preocupaciones, esperanzas, frustraciones y miedos, tienen prioridad. En el plano de nuestros asuntos prácticos, no tenemos ni la más vaga idea de que estamos unidos con todo lo demás

No. 509.
"Te dije que no hay manera de hablar del espíritu (...) porque al espíritu sólo se lo puede experimentar (...) el espíritu no es nada que se pueda ver o sentir, pero que siempre está ahí, vaga e indistintamente encima de nosotros. Algunas veces hasta llega a tocarnos, sin embargo, la mayor parte del tiempo permanece indiferente."

No. 510.
"(...) Para un brujo, el espíritu es lo abstracto, porque para conocerlo no necesita palabras, ni siquiera pensamientos; es lo abstracto porque un brujo no puede concebir qué es el espíritu. Sin embargo, sin tener la más mínima oportunidad o deseo de entenderlo, el brujo lo maneja; lo reconoce, lo llama, lo incita, se familiariza con él, y lo expresa en sus actos."

No. 511.
"(...) el espíritu sólo escucha cuando el que le habla, le habla con gestos. Y los gestos no significa hacer señales o mover el cuerpo, sino actos de verdadero abandono, de generosidad, de humor (...)"

No. 512.
"(...) insistía que el espíritu es indefinible, que ni siquiera se lo puede sentir, mucho menos se podía hablar de él, y que uno sólo puede llamarlo al reconocer que existe (...)"

No. 513.
"Don Juan caminó despacio en torno mío. Parecía deliberar si decirme algo o no. Dos veces se detuvo y pareció cambiar de idea. - El que regreses o no carece por entero de importancia - dijo al fin -. De todos modos ya tienes la necesidad de vivir como gue-

rrero. Siempre has sabido cómo hacerlo; ahora estás simplemente en la posición de tener que usar algo que antes desechabas. Pero tuviste que luchar por este conocimiento; no te lo dieron así nomás. Tuviste que sacártelo a golpes. Sin embargo eres todavía un ser luminoso. Todavía vas a morir como todos los demás (...)
Calló un momento. Supe que me miraba pero esquivé sus ojos.
- Nada ha cambiado realmente en ti - dijo."

No. 514.
"-Hemos gozado y nos hemos reído (...) Pero es la condición natural del orden el que siempre tenga que llegar a su fin."

No. 515.
"Hay muchas maneras de decir adiós (...) Acaso la mejor es sostener un recuerdo especial de alegría (...)"

No. 516.
"... Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros
cantando;
y se quedará mi huerto, con su verde árbol,
y con su pozo blanco.
Todas las tardes el cielo será azul y plácido;
y tocarán, como esta tarde están tocando,
las campanas del campanario.
Se morirán aquellos que me amaron;
y el pueblo se hará nuevo cada año
y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado,
mi espíritu errará nostálgico

No. 517.
"Ahora nosotros seremos otra vez
polvo en el camino (...)
Tal vez
algún día
otra vez
vuelva a entrar en tus ojos".

No. 518. EPILOGO
"Esas verdades no son algo que hay que defender apasionadamente (...) Si crees que trato de defenderlas, te equivocas. Esas verdades fueron recopiladas para el deleite y el esclarecimiento (...) no para despertar sentimientos de propiedad (...)"

FIN

* * *

CARLOS CASTANEDA

ENTREVISTAS

MANO IZQUIERDA EDITORES

Carlos Castaneda.
Entrevistas.

Fotografía de Portada: Mohamed Ahsan by Unsplash.

Edición bajo el cuidado de:
Mano Izquierda Editores.

Circa, 2019.
Lima, Perú.

ENTREVISTAS

ENTREVISTA A CARLOS CASTANEDA

Por Javier Molina.
Periódico Uno Más Uno, Junio 1984

Carlos Castaneda, el autor de Las enseñanzas de don Juan, se encuentra en México. El jueves, a las 19:30 horas, conversará con el público en la librería del Fondo de Cultura Económica.

Comenzamos por plantearle una duda de muchos lectores: ¿Existe don Juan o es un invento (una creación literaria) de Carlos Castaneda?
"Es el conflicto del lector de Carlos Castaneda, afirma. Hace referencia a su propio conocimiento: ¿Cómo es posible que escriba cosas que no tienen sentido en el mundo cotidiano? La clave de esa reacción es la referencia que uno hace a sí mismo, a lo que uno sabe".
Luego dice: "Don Juan no es un personaje literario, es una persona, que no vive ahora, pero que vivió en el mundo, como tu y yo conocemos el mundo. No habría podido crear un personaje como don Juan, porque no tengo la preparación. Lo que don Juan me dice no es algo que yo pueda improvisar, o extraerlo como una síntesis de mis lecturas. No se puede, es algo diferente".

- Si usted quisiera resumir las enseñanzas de don Juan, o tal vez, destacar su enseñanza más importante ¿cuál sería?
- Lo más importante para mí, en lo que yo podría invertir todo lo que tengo si don Juan estuviera vendiendo algo, es esa premisa que consiste en perder la importancia personal, ese sentimiento de amor propio, el pundonor que nos legaron los antecesores nuestros: la idea de que el yo personal vale tanto.
"Alguna vez yo le pregunté por qué sería tan importante perder el sentimiento de la importancia personal. Don Juan dice que es una cosa muy sencilla: el 90% de nuestra energía está consumida en defender nuestras personas. La idea de él es que no hay razón para tanto esfuerzo. Defender la persona cuesta demasiado y no reporta nada".
Esto es, para Carlos Castaneda, "el punto de articulación de las enseñanzas de don Juan. El quiere crear un ahorro de energía, a fin de que la misma se emplee en algo novedoso".
Este algo novedoso se encuentra en las mismas enseñanzas de Juan Matus. "El está interesado en percibir conjuntos que no tienen ninguna historia en el mundo cotidiano. Por ejemplo, un conjunto nuevo sería ver al hombre como un "huevo luminoso", una masa de energía y no solamente un cuerpo sólido. Esto le da al indio brujo una ventaja extraordinaria, que está vedada para nosotros. ¿Por qué - dice - es que nosotros no estamos interesados en la percepción?"
"Cuando me preguntó eso - relata Castaneda - yo le aseguré que estaba interesadísimo en la percepción, lo cual no era cierto, desde luego, porque el único interés que tengo yo, como hombre occidental, es en el significado, en la epistemología, de un modo u otro. De ahí que buscaba yo nuevos significados, y yo les llamo nuevos rumbos".

- ¿Tienen que ver los nuevos rumbos con la realidad aparte de don Juan?
- La realidad aparte es en la realidad total de don Juan, porque él no está interesado

en los nuevos rumbos o significados, que es un manejo intelectual. El está interesado en una búsqueda de unidades de percepción nuevas, que no tienen historia, como por ejemplo el ver a la muerte, a la muerte que nos deshace inexorablemente. Como occidentales intuimos pero no vemos ala muerte. Y al fin de cuentas, no nos interesa, porque (decía don Juan) no nos interesa la vida.
En el prólogo a la primera edición en español de Las enseñanzas de don Juan (Colección Popular del FCE, 1974) Octavio Paz escribe: *" ...las creencias de don Juan han alimentado y enriquecido la sensibilidad y la imaginación de los indios desde hace varios miles de años".* Acerca de las culturas indígenas de México, Carlos Castaneda nos dice que "por supuesto, es la herencia del país. Don Juan es México, el México puro, el México antiguo".
"En este momento - añade - hay en el país cantidad de gente que está envuelta en la misma búsqueda de don Juan. El me dejó explicar su conocimiento en mis libros. En este momento yo trabajo en el norte de México, con gente que son sus estudiantes, que son sus herederos".
"Lo que es importantísimo - subraya Castaneda - es que cuando llega el español le quita al indígena las libertades visibles. El español deja al indígena sin nada, un paria total".
"Lo que le queda a don Juan, y a los indígenas como él, es encararse con la libertad total, que no tiene nada que ver con las libertades políticas, ideológicas, o con el derecho a la felicidad y al bienestar".

Castaneda explica que la libertad total "tiene que ver con el encararse con la realidad ineluctable, la muerte, la disolución del ser, de la conciencia. Don Juan quiere ser libre, una libertad completa. No quiere morirse como se muere el hombre cotidiano. Dice que él quiere convertirse en conciencia total".
Hay dos palabras, en el habla de Juan Matus, que vale la pena explicar - le decimos a Castaneda -: ver y poder.
"Don Juan dice que toda la energía con la que nosotros podemos contar ya está distribuida. De ahí que no podamos romper la hegemonía de la percepción, y cuando nos encontramos con un brujo creemos habernos topado con un hombre incoherente, porque no está usando la energía disponible como nosotros lo hacemos".
"Entonces para poder disponer de energía, ya que toda está distribuida, tenemos que ahorrarla, y para él hay un único modo de hacerlo: deshacernos de aquello que no reporta nada. Y ese aquello es la importancia del yo personal". El planteamiento es que "si se pudiera ahorrar esa energía, habría suficiente capacidad para percibir esa otra realidad, esa realidad aparte y, sobre todo, habría suficiente energía para percibir el regalo del conocimiento total".

Castaneda explica entonces el poder. "Es haber ahorrado esa energía que le permite a uno entrar en áreas de percepción inconcebibles. El hombre de poder es el que puede entrar en mundos de percepción inconcebibles para el que no ha podido ahorrar energía, para aquellos que han empleado toda su energía en defender sus personas".
"Si tu dejaras de sentirte tan importante - comenta, para dejar clara la idea - serías invulnerable. ¿Qué te podrían hacer? Lo que nos hiere es que nos acusen, o nos ataquen en el amor propio. Uno hace lo mejor que puede, eso es indiscutible, pero jamás se puede uno tomar tan en serio. Ese es el secreto, ahí está, a lo mejor lo agarramos muy bien".
Castaneda define su actitud cuando dice: "No quiero la fama o la riqueza, sino expresar, de la manera más simple, lo que don Juan me enseñó".

Nos habla de su libro más reciente, el séptimo, que ya circula en los Estados Unidos con un título que podría traducirse como El fuego interno. Su autor cuenta que a la editora estadounidense no le gustó el título original, con el que, muy probablemente, aparecerá en español: Los guerre-

ros de la libertad total. “Lo que quiero hacer es presentar un bosquejo, una especie de introducción a las tres maestrías que constituyen el conocimiento ancestral del indígena mexicano: la maestría de la percepción, la del Intento y la de lo que llaman el acecho”.
“Esta última maestría es el arte de vivir en el mundo cotidiano de la mejor manera posible. La maestría del Intento es el arte de Intentar relacionarnos con la fuerza que nos sustenta, porque hay algo que nos sustenta, que nos da energía y, por supuesto, la maestría de la percepción es el arte de la conciencia”.

En cuanto a la afirmación de que toda nuestra energía la usamos para destacar la importancia del yo personal, le comentamos la existencia de personas muy apartadas de esta idea: las que se entregan a una causa popular, social. “Me imagino que sí, dice, por lo que sé de la historia”. A propósito, afirma que “cada uno de los grandes líderes contemporáneos son unos maniáticos desesperantes. Napoleón, por ejemplo, que contribuyó enormidades a nuestro modo de pensar, Hitler... y lee las memorias de Freud, es una cosa desesperante...”
No estamos conformes, insistimos que hablamos de personas entregadas a una causa popular, social, como Miguel Hidalgo o Emiliano Zapata. Carlos Castaneda se pone de pie sin hacerlo.
“Esa es otra cosa, tienen el pellejo diferente. Hay allí otro tenor ancestral, otro gene. Esa gente está más cercana a don Juan que los líderes europeos. Es otra sentimentalidad”.

CARLOS CASTANEDA: “Dado que soy un imbécil, estoy seguro de que voy a morir”

Por Benjamin Epstein – Traducción: Rosa coll
Revista Mas Allá de la Ciencia. Febrero de 1996

En el número 78 de la revista Mas allá de la ciencia informaban de la sorprendente y reciente apertura del inaccesible mundo de Carlos Castaneda y su grupo de brujos, que en el ultimo año (1995) han decidido dar a conocer, mediante seminarios y encuentros abiertos, los pases mágicos heredados por ellos de la tradición tolteca y a los que denominan tensegridad. En el último de estos seminarios, celebrado el pasado mes de Diciembre en la ciudad de los Angeles, el siempre elusivo Castaneda, posiblemente el mas famoso de los brujos modernos, concedió la breve pero sorprendente entrevista que se ofrece a continuación.

En esta ocasión el motivo del encuentro, celebrado en la sede de Anaheim, fue el de repasar todos los pases mágicos que hasta la fecha el grupo de Carlos Castaneda ha enseñado a los asistentes de sus curses, además de haberlos plasmado en dos videos, el segundo de ellos aparecido tan solo unos días antes de la elaboración de este trabajo. El periodista norteamericano Benjamin Epstein fue uno de los asistentes al curso, que además de pases mágicos o tensegridad estuvo tan lleno de sorpresas y revelaciones como siempre, con la presencia, además, del propio Carlos Castaneda y toda la fuerza de sus palabras y sus vivencias mágicas.

También como siempre, la aceptación de Castaneda para contestar la siguiente entrevista (aparecida en Los Angeles Times el 26/12/1995) fue súbita y nada preparada. Simplemente, Benjamin Epstein logró alcanzar al nuevo y ultimo nagual del linaje de Juan Matus y este, inexpli-

cablemente, le invito a almorzar junto a su grupo. Durante la conversacion, que se desarrollo con el acompañamiento de un muy terrenal sándwich de queso derretido y una ración de tocino con patatas fritas, Castaneda se mostró, en palabras del periodista, agradable y espontaneo.

¿Por qué no permite usted ser fotografiado ni que graben su voz?
Ambos son modos de fijarlo a uno en el tiempo. Hay una cosa que el brujo no hace: estancarse. La palabra fijada, el retrato que fija, son la antítesis del brujo.

¿Es la tensegridad el Tai Chi tolteca? ¿Podría definirse como un arte marcial mexicano?
La tensegridad no tiene limites políticos. Reclamar orígenes resulta absurdo, y comparar la tensegridad con el yoga o el Tai Chi no es posible puesto que tienen un origen distinto y un propósito diferente. El origen de la tensegridad es chamánico y chamánico es también su propósito.

¿Dónde encajaría Jesucristo o Buda en todo esto?
Ambos son ideas, ideas demasiado grandes, demasiado gigantescas para ser reales.
Jesucristo o Buda son deidades. Uno es el principe del budismo, el otro el hijo de Dios. Ideas de este tipo no pueden usarse en un movimiento pragmatico. La diferencia entre la religion y la tradicion chamánica consiste en que las cosas con las que trata el chamanismo son extremadamente practicas. Los pases mágicos o movimientos a los que nosotros llamamos tensegridad son solo un aspecto de ello.

¿Es eso lo que ustedes hacen todo el tiempo, pases mágicos?
¡No! Lo que pasa es que yo era muy rechoncho, estaba bastante gordito, así que don Juan me recomendó la practica obsesiva de pases mágicos para mantener mi cuerpo en un estado optimo. De modo que, en cuanto a actividad física, sí, eso es lo que hacemos. Los movimientos de tensegridad fuerzan nuestra atención a concentrarse en la idea de que somos esferas luminosas, un conglomerado de campos de energía que se mantienen unidos por un pegamento especial.

¿Dónde vive usted?
No vivo aquí, no estoy aquí en absoluto; por eso suelo usar el eufemismo *"Estuve en México"*. Todos nosotros dividimos nuestro tiempo entre el estar aquí y el ser jalados por algo que es indescriptible y que nos convierte en visitantes que se adentran en otros reinos. Pero apenas se comienza a hablar de esto, uno suena como un bobo total.

En su libro El don de águila afirma que don Juan Matus no murió, sino que "partió", "se consumió en el fuego interno". ¿Usted va a "partir" o va a morir?
Dado que soy un imbécil, estoy seguro de que voy a morir. Quisiera tener la integridad necesaria para partir del modo como él lo hizo, pero no hay seguridad y tengo el terrible temor de que no lo voy a poder lograr. Pero lo deseo. Uso toda mi cabeza –mis dos cabezas- con ese propósito.

Recuerdo un articulo, hace una década al menos, que lo llamaba "el padrino de la nueva era"
No, decía "el abuelo de la nueva era". Y yo pensé: ¡por favor, llámenme tío o primo, pero no abuelo! Tío Carlitos no estaría mal. Me siento fatal siendo abuelo de cualquier cosa. No se imagina usted como lucho contra la edad, contra la senilidad y la ancianidad. He luchado 35 años. Las tres personas con las que he trabajado Carol Tiggs, Taisha Abelar y Florinda Donnerhan hecho otro tanto durante todos estos años. Parecen niñas fabulosas que toman y toman energía sin cesar para continuar siendo fluidas. Sin fluidez no es posible viajar a ningún lado.

Juan Matus le enseñó a "ver". Ahora mismo, si usted se fija en mi persona, ¿qué es lo que "ve?"
Tengo que estar de un humor especial para "ver". Necesito ponerme muy sombrío, muy pesado. Si estoy alegre y liviano no veo nada. Me enrolé en la marina para ver el mundo y ¿qué veo? ¡Veo el mar! **(*)** Sé más de lo que quisiera, es el infierno, el verdadero infierno. Si uno ve demasiado, uno se toma insoportable.

Talia Bell, la organizadora del seminario y presidente de Cleargreen Inc., parece muy allegada a usted. ¿Forman acaso pareja?
Nosotros somos seres ascéticos , no tenemos relaciones de orden sexual, lo cual es una maniobra difícil, muy difícil para nosotros. Don Juan me recomendó que debía conservar mi energía porque no tengo demasiada, dado que yo no fui concebido en condiciones de una gran pasión sexual. La mayoría de la gente no es creada en esas situaciones de gran pasión. Sin embargo, Talia nació con energía suficiente como para hacer lo que quiera.

¿Pueden también las personas casadas hacer lo que quieran?
Es una pregunta que ha surgido muchas veces y repito que se trata de una cuestión de energía. Si uno sabe que no fue creado en un estado de real excitación, es mejor que no, que se abstenga. En este nivel energético no es importante si la gente esta o no casada. Pero con el lanzamiento de la tensegridad, no sabemos en realidad que va a pasar ni como esta va a repercutir en las personas que la practiquen.

¿No saben que va a pasar?
Cómo podríamos saberlo? Esto es una implicación de nuestro sistema sintáctico. Nuestra sintaxis requiere un comienzo, un desarrollo y un fin: yo fui, yo soy, yo seré. Estamos atrapados en ello... pero ¿cómo podríamos saber de que va a ser capaz usted si tiene la suficiente energía? Esa es la cuestión y la respuesta es que usted va ser capaz de cosas estupendas y mucho mas excitantes que las que puede llevar a cabo ahora, sin ninguna energía. Don Juan Matus me recomendó que cuidara mi energía porque me estaba preparando para algo, pero no sé para que...

Usted habla de la línea de brujos de Juan Matus. ¿Conoce otras?
Me topé con un indio maravilloso del sudoeste y aquel fue un acontecimiento memorable, la única vez que encontré un verdadero brujo fuera del linaje de don Juan. Un joven profundamente involucrado en el tipo de actividad en la que don Juan estaba involucrado. Hablamos durante dos días, después de los cuales él, por alguna razón, sintió que me debía algo. Mas tarde, un día, cuando conducía un volkswagen en medio de una tormenta de arena que estaba a punto de hacer volcar mi coche y que ya había arruinado el parabrisas y hecho desaparecer la pintura de un lateral, apareció de pronto un gran camión que se coloco entre el viento y mi coche; y una voz me llamo desde la cabina diciéndome: " escóndase junto al costado de mi camión". Hice lo que me indicaban y así continuamos el camino durante muchas millas a lo largo de la autopista 8. Cuando finalmente el viento se calmó y paramos, me di cuenta de que ya no estabamos en esa ruta, que nos habíamos ido del camino pavimentado. El conductor del camión bajó y entonces pude ver que era aquel indio, quien me dijo: "he pagado mi deuda. Esta usted en el otro lado y ahora quedamos en paz. Retroceda hasta el camino pavimentado". Ambos retrocedimos. Una vez en la autopista di vueltas y más vueltas para volver a encontrar aquel camino de tierra, busque algún desvío, pero fue imposible hallarlo. Aquel indio joven me había llevado a otro reino y yo no podía contenerme. ¡Que poder, que disciplina exquisita la suya! Me había llevado a

(*) *Conocida canción inglesa que juega con las palabras ver "see" y mar "sea" cuya pronunciación es la misma.*

otro mundo, con coche incluido, cuando en aquella época yo apenas podía llevarme a mi mismo a ese otro lado. Nunca mas me hablo, jamás.

¿Por que afirma usted ser el ultimo brujo del linaje de don Juan Matus?
Para que yo continuase la línea de Don Juan debería tener una disposición energética especial que no tengo. No soy un hombre paciente, mi modo de moverme es demasiado abrupto, demasiado perturbador. Don Juan siempre se hallaba allí, a nuestra disposición. El no desaparecía, sino que acomodaba sus apariciones y desapariciones de modo que pudiera satisfacer nuestras necesidades. Como podría yo hacer algo así?

'UN BRUJO OS SALVARA'

Entrevista al escritor 'invisible' que rehusa ser grabado y fotografiado.

"Los brujos lo llevaban todo en secreto, pero nosotros, después de años de reflexión, hemos llegado a la conclusión de que es mucho más razonable difundirlo, aunque sólo sea porque si no lo transmites, este saber te puede aplastar'.
'Desde 1984 venimos difundiendo los 'pases mágicos' de forma gratuita a pequeños grupos. Pero a partir de que Talia Bey decide cobrar por los cursos es cuando la gente comienza a tomarnos en serio y a acudir de forma numerosa'.
'Las fotos y la grabación de la voz fijan la historia personal que a la brujería le cuesta toda una vida cancelar, son una exaltación del yo'.

Hace unos días, Carlos Castaneda se materializó ante la puerta del restaurante 'Moustache Café' de Westwood (Los Angeles) con el rostro semioculto por una boina negra muy calada. Después de un mes de intercambio de faxes y llamadas telefónicas con sus agentes, de tiras y afloja, de suspensiones de última hora, iba a conceder una de las rarísimas entrevistas a la prensa en toda su vida.
Nada alto, de piel oscura y pelo cano, pupilas oscuras en perpetua actividad y una voz con mil modulaciones capaz de todas las imitaciones. Durante cuatro horas desplegó una mezcla de humor y filosofía, de bromas intercaladas con sus dos acompañantes, Talia Bey, presidente de Cleargreen, la empresa que se encarga de todas las iniciativas que le conciernen, y Florinda Donner, una de las tres antropólogas (con Taysha Abelar y Carol Tiggs) con las que compartió las experiencias espléndidas y terribles vividas entre los chamanes mexicanos.
Mientras buscaba una manera de huir de la América opulenta, la cultura alternativa nacida de las cenizas de la protesta

de los años sesenta se estremeció con sus relatos. En 1973, 'Time' le dedicó la portada. Castaneda se convirtió en asignatura. La gloria le duró hasta mediados de década cuando una campaña de difamación le cubrió de mala fama y rumores de 'hoax', de farsante. Algunos, como Octavio Paz, le defendieron.
Pero sus libros se vendieron por millones de ejemplares. Transmitían un conocimiento que desafiaba las leyes empíricas y racionales. 'Su' indio yaqui don Juan Matus, con el que coincidió por casualidad un día al comienzo de los años sesenta en la parada de autobús de Nogales (Arizona) le impartió sus enseñanzas durante trece años, primero con la ayuda de sustancias alucinógenas, después con gestos simples que le transportaban a niveles de realidad que se convirtieron en meta para aquellos que cultivaban los estados alterados de conciencia.
El anatema académico no suspendió la ristra de sus libros pero le hizo desaparecer de la circulación: 'No desaparecí en absoluto, protesta Castaneda, sólo que por muchos años no hubo modo de contactarme dado que me dediqué a la jardinería en las montañas guatemaltecas. Cada cierto tiempo salía para dar conferencias y seminarios por América Latina o California, pero a los medios de comunicación ya no les interesaba'.

Que se retirara a practicar la jardinería no parece creíble y él mismo confiesa, al inicio de 'Fuego de las Profundidades' (1984): 'En los últimos quince años he escrito largas y minuciosas crónicas de mi aprendizaje con el brujo indio don Juan. Pero las practicas y conceptos que me exigía comprender eran más bien extraños...' Así que es posible que el retiro de Castaneda y sus compañeras obedeciera más bien a la necesidad de transcribir, 'interiorizar' tal incandescente material, con objeto de poder destilar una versión asimilable de eso que hoy se denomina 'movimiento mágico de los chamanes mexicanos', subtítulo de su último libro, 'Tensegridad', término que define una propiedad de la estructura de albañilería que la hace ser dura y elástica al mismo tiempo.

¿Y por qué ahora se ha decidido a difundir sus conocimientos de esos 'pases mágicos' llamados a ser sólo conocidos por unos elegidos? Es una rendición a los 'mass media'?
Los brujos no sabían cómo manejar la enormidad de conocimientos seculares que habían heredado, y lo llevaban todo en secreto. Nosotros por el contrario, después de años de reflexión, hemos llegado a la conclusión de que es mucho más razonable difundirlos, aunque sólo sea porque, si no lo transmites, este saber te puede aplastar. Y no ha sido sólo recientemente: desde 1984 venimos difundiendo los 'pases mágicos' de forma gratuita a pequeños grupos. Pero a partir de que Talia Bey decide cobrar por los cursos es cuando la gente comienza a tomarnos en serio y a acudir de forma numerosa.

Estos ejercicios físicos sin embargo recuerdan la miríada de técnicas semi gimnásticas que busca la armonía interior dentro del movimiento 'new age'. ¿En que se diferencian del montón ya disponible?
En el intento de los brujos que las crearon, dice Castaneda remarcando cada palabra. El intento, el objetivo último, es la libertad que se alcanza a través del conocimiento del ser: no es sólo bienestar psíco-físico. Para los brujos cada uno de nosotros somos como una ciudad asediada por un Depredador muy especial que forma parte del universo: una fuerza invisible que ellos alcanzan a ver físicamente mientras devora nuestra energía. El Depredador se apodera de nuestro saber ser uno con el fluir de todo el universo, y nos deja prisioneros del ego y por tanto infelices. Redistribuyendo la energía bloqueada con los movimientos justos, esos 'pases mágicos', se puede apartar al Depredador, favoreciendo el crecimiento de la sabiduría y la expansión de la percepción. Y con ello los

practicantes pueden acceder a mundos inconcebibles.

¿Pero son imaginados o reales estos mundos que Castaneda describe? ¿Son simple ficción literaria, o incluso imágenes del subconsciente estimuladas por las prácticas chamánicas o las drogas?
En la escuela de los brujos he tenido percepciones de mundos concretos y peligrosos, tan concretos que te atraen y luego no te dejan salir (en 'El arte de soñar' se ha descrito la salvación 'in extremis' del mismo Castaneda, en estado de catalepsia y prisionero del más allá .n.d.l.r.). Ciertamente, no son creados por la psiquis, porque en tales experiencias las situaciones sólo se pueden fijar, repetir de manera siempre idéntica; al contrario, las visiones inducidas por el subconsciente son siempre cambiantes, están en mutación continua. En cuanto a las drogas, Don Juan me ha dado muchas y bien fuertes. Como consecuencia tengo el estómago hecho polvo: tomo una gota de café y ya me siento culpable! Entonces estaba prisionero del sentido común, con la cabeza cuadrada, era testarudo, porque me habían educado personas viejas de mente, llenas de prejuicios, temerosas de lo nuevo. Las drogas de don Juan han derribado ese mundo; para entrar en el suyo es necesario fluir, sin ideas preconcebidas y sobre todo sin temor a lo desconocido. Después ya no he tenido más necesidad de 'mezcalito'.

Por tanto, existen vías naturales para salir de lo cotidiano. ¿El sueño es una de ellas?
Sí, el estado de sueño es una puerta de entrada y salida a la otra realidad, pero primero hay que comprender de qué se trata. Probar a centrar la atención en un asunto particular del sueño, por ejemplo en las manos: si el sueño es normal, no podrá conseguirlo; pero si por el contrario se llega a mantener la atención sobre un objeto entonces estamos en presencia de una visión. No existen técnicas que la produzcan. Soñar mundos no creados por el subconsciente es un regalo del universo accesible a todos, antes o después, a lo largo de la vida. Y el arte de soñar consiste precisamente en aprender a distinguir el sueño psicológico de la visión. Para quien lo consigue, es como si abriera una mirilla en el portón que cierra lo cotidiano.

Entonces, ¿cuál es el objetivo del chamanismo mexicano, por ejemplo, respecto a la muerte? Tomemos el ejemplo de don Juan, que 'desaparece' en 1973. ¿Ha muerto, y ha sido incinerado, como alguno ha escrito, o las cosas han sucedido de forma diversa?
Para los chamanes de México no hay nada que perder o ganar al final de la vida. Sólo se puede aspirar a continuar la lucha por la sabiduría en otros niveles de realidad. El universo permite a los brujos transformarse por completo en conciencia del ser; así, el cuerpo físico se transforma en energía. Y en esta nueva forma le esperan nuevos desafíos.

En lo referente a la cremación de don Juan, Carlos y sus compañeras ríen: 'Florinda y Talia sí que pueden hacer lo que quieran, tan repletas de energía están. Han sido concebidas con pasión, no como yo, concebido como hacen los maridos que agotados por el trabajo rechazan a la esposa diciéndola que no les despierte. Quien nace así, tiene poca energía. Por ello don Juan me aconsejaba que evitara el sexo.
Esta ahora tan de buen humor el heredero de los chamanes que me atrevo a proponerle una foto: 'Eh, no, las fotos y la grabación de la voz intrapolan el yo en el tiempo, fijan la historia personal que a la brujería le cuesta toda una vida cancelar. Las fotos sobre una mesa son una exaltación del yo'. Como componer un himno a nuestra propia prisión.

Biografía.- Carlos Castaneda nace en Perú, en la ciudad andina de Cajamarca en 1925. Su padre, César, era un orfebre-relojero. En 1948, la familia se tras-

lada a Lima, donde Carlos se gradúa en el Colegio Nacional Guadalupe. En 1951 emigra a Los Angeles, California, donde cursa estudios de antropología en la universidad UCLA. En 1968 obtiene el doctorado. Su tesis, publicada por la misma universidad, se titula 'En la escuela del brujo', y será el primero de sus muy famosos libros sobre sus experiencias con don Juan Matus, un estrecho contacto que se extendió de 1960 hasta 1973. En la actualidad vive entre Los Angeles y América Latina.

La entrevista fue publicada en La Repubblica, 21/11/97, firmada por Cesare Medail, enviado especial. El autor dice que es la primera en décadas a la prensa cierta, pero no sería cierto si tenemos en cuenta que en enero de 1995 la periodista española Concha Labarta publicaba una larga entrevista con él en la revista Más Allá. Precisamente, tal entrevista resulta muy contradictoria con ésta, porque en ella Castaneda afirmaba varias veces que las enseñazas de don Juan no podían enseñarse, que él y sus tres brujas compañeras no tenían discípulos y que su linaje terminaría con ellos. En poco tiempo parecen haber cambiado de opinión y decidido pasar a comercializar y empaquetar los conocimientos adquiridos. Que sea para bien. En efecto, en junio de 1997 se celebraba en Barcelona el primer seminari de Tensegridad en Europa y con esa ocasión la misma periodista entrevistaba a las tres compañeras de Castaneda y reflejaba el súbito cambio de opinión sobre la propagación de sus conocimientos, que 'ha puesto de manifiesto que en el mundo brujo de los herederos de don Juan Matus todo está en permanente cambio y nada puede darse por sentado'.

EL SUEÑO CONTINUA...

Por Concha Labarta.

Entrevista a los Instructores de la Tensegridad por Concha Labarta, aparecida en la revista española: "Más allá"

Con motivo de la celebración de un seminario de Pases Mágicos de Carlos Castaneda, que se llevó a cabo los días 5 y 6 de Junio en Barcelona, Más Allá entrevistó a algunos instructores de los pases mágicos y aprendices del ya mítico brujo, con los que se comentó los misteriosos aspectos que rodean la "muerte" de Castaneda y conocer cómo piensan aquellos que aprendieron junto a él. Son una nueva generación de navegantes de lo desconocido; en ellos se perpetúa el sublime sueño chamánico de la libertad.

"Carlos Castaneda entró al lado activo del infinito; su partida difiere de la de otros chamanes de su linaje en que se fue solo, dejando abierta la posibilidad de que cualquier practicante del camino del guerrero pueda lograr la libertad". "Algo revive con la práctica de los pases mágicos, algo que no había estado vivo por mucho tiempo pero que nos pertenece de manera íntima". "Las compañeras de Castaneda están aquí para supervisar nuestros esfuerzos. Quieren ver si es posible para un grupo seguir un propósito abstracto, y no a un gurú o a un líder". "En última instancia, lo que Carlos Castaneda dijo que nos estaba enseñando no era un sistema de conocimiento, sino una actitud: la actitud del guerrero". "En Carlos Castaneda no había espacio entre sus palabras y sus acciones. Yo nunca había conocido a alguien así". "Cuando nos sentíamos abrumados, Carlos Castaneda nos repetía las últimas palabras de don Juan: 'Olvídate del yo, y no temerás nada, sea cual sea el nivel de conciencia en el que te encuentres'."

El brujo ya no está, y sin embargo para

ellos sigue siendo una presencia viva, alguien que los contagió con el incurable "virus" de la pasión por la libertad. Son una nueva generación para un nuevo tiempo; tuvieron elprivilegio de disfrutar del Castaneda polifacético y mágico, alguien inolvidable que aseguran que cambió sus vidas. Pero ellos no son los continuadores de su linaje, porque el linaje - miles de veces lo repitió el propio Castaneda- terminaba en él y en sus compañeras brujas, Florinda Donner-Grau, Taisha Abelar y Carol Tiggs. Así pues, Carlos Castaneda no ha dejado sucesores; no habrá nuevos naguales. Pero sí ha dejado una "herencia": un nutrido grupo de practicantes de sus pases mágicos diseminados por todo el mundo, y una corporación, Cleargreen Inc., a la que pertenecen aquellos que estuvieron más allegados a él, concebida por el propio Castaneda como un "organismo" vivo donde las individualidades -pese a tratarse de personas muy diferentes entre sí- no existen, porque el grupo diluye cualquier posible mixtificación. Son jóvenes y están llenos de entusiasmo. Castaneda, ayudado de sus cohortes femeninas, les enseñaron sus artes brujas, y sus pases mágicos, con la esperanza de que ellos se encargarían de seguir difundiendo su sueño de hacer accesible el asombroso conocimiento de un linaje de chamanes mexicanos que se remonta a siglos atrás. Pero más que un sistema de conocimiento, ellos han recibido -y así lo reconocen en la siguiente entrevista- el ejemplo de una opción vital: la vía del guerrero, la misma que Carlos Castaneda y sus "brujas" siguieron. Frugalidad, liviandad, pasión e impecabilidad son los atributos de ese mítico guerrero de la libertad encarnado en don Juan Matus, y más tarde en sus aprendices. Los instructores de los pases mágicos que han respondido a las cuestiones de esta entrevista atienden a los nombres de Darien Donner, Gavin Allister y Brandon Scott. En sus palabras y en su personal estilo de interpretar el camino del guerrero es fácilmente perceptible la huella deCastaneda. Darien Donner aporta la visión intuitiva; Gavin Allister, la sobriedad; y Brandon Scott la facilidad para contactar con la gente, el "tacto psicológico" del brujo. Son distintos, y, sin embargo, extrañamente afines y complementarios. Todos ellos rechazan cualquier protagonismo e insisten en la necesidad de ser impersonales. Visto desde fuera, cualquiera pensaría que le papel que les ha tocado jugar es ciertamente comprometido: se espera que estén a la altura del maestro, nada más y nada menos. No es tarea sencilla, pero dan la impresión de haberla asumido con una enorme liviandad. Para ellos, la vía del guerrero no es solamente una "cuestión de vida o muerte", es también lo único que podrían hacer, y lo único que quieren hacer. Bajo tales premisas, parecen estar cumpliendo con éxito uno de los hitos del guerrero: el de convertir sus acciones en un auténtico placer.

Hace ahora aproximadamente un año que los medios de comunicación de todo el mundo anunciaban la muerte de Carlos Castaneda, una noticia que estuvo acompañada de un sinfín de rumores que incluso hicieron dudar sobre su veracidad. ¿Qué podéis decirnos al respecto?

Darien Donner: Carlos Castaneda se embarcó en lo que los chamanes llamaban el viaje definitivo, el viaje que un chamán emprende al final de una vida en el camino del guerrero. Los chamanes dicen que n los seres humanos la muerte tiene una opción escondida, algo así como una cláusula en letra pequeña en un contrato. Es una opción disponible a todo ser humano. Esa opción escondida consiste en que la muerte, en lugar de desintegrar al organismo como lo hace usualmente, lo unifica, y así el chamán retiene su conciencia, emprendiendo el viaje definitivo.

¿Dónde o en qué nivel de realidad se encuentra en estos momentos Castaneda? ¿Logró dejar este mundo como los chamanes de su linaje, "convertido en luz", y en tal caso, cómo pode-

mos entender algo así desde la perspectiva del mundo cotidiano?
Brandon Scott: El entró al lado activo del infinito, lo que significa que tenía una conexión total con la fuerza inteligente en el Universo a la que los chamanes llaman intento. Su partida difiere de la de otros chamanes de su linaje en que se fue solo en lugar de hacerlo con un grupo. Al irse de esa manera, dejó una abertura, la posibilidad de que cualquier interesado en el camino del guerrero entre en el lado activo del infinito. Y esa entrada comienza ahora, trayendo el misterio y el asombro del infinito a nuestra existencia diaria.

Castaneda repetía con frecuencia que ellos eran los últimos eslabones de su linaje. Sin embargo, la corporación Cleargreen ha seguido celebrando seminarios y difundiendo sus enseñanzas. ¿Significa eso que existe cierta continuidad?
Gavin Allister: Cleargreen continúa con los seminarios de Tensegridad -la versión moderna de los pases mágicos- por la misma razón que habíamos mencionado antes: para hacer que esta estupenda opción que nos brindó Carlos Castaneda sea accesible a cualquiera que esté interesado. Cleargreen está formado por gente que comparte un mismo objetivo, y que trabaja junta para lograrlo. Carlos Castaneda cumplió impecablemente con la tarea que le encomendó don Juan, que era cerrar su linaje con broche de oro. El y las tres estudiantes de don Juan tuvieron que decidir qué hacer con los pases mágicos, el aspecto más preciado y más pragmático de su conocimiento. Y decidieron sacarlos de su estado de secreto. ¿Por qué habrían de ser ellos los únicos que conocieran los pases mágicos? Cleargreen está al frente de esta posibilidad: hacer el camino del guerrero accesible a las personas genuinamente interesadas. Y la respuesta de los practicantes de Tensegridad ha sido fantástica; han creado una red de grupos de práctica en todo el mundo, y existe un espacio en la página de internet de Cleargreen donde pueden hacer preguntas o comentarios acerca de su práctica, o acerca del camino del guerrero. Ciertamente sus comentarios reflejan liviandad, una nueva claridad y un sentido de propósito que sólo puede venir de vivir como guerrero. Parecen estar disfrutando muchísimo con sus prácticas, y nosotros también. esa es la actitud del guerrero: disfrutar sin expectativas.

¿Cuál es en este momento la situación de las colegas de Carlos Castaneda, Florinda Donner-Grau, Taisha Abelar y Carol Tiggs?
DD: Las estudiantes de don Juan están aquí para supervisar nuestros esfuerzos. Podemos decir que ellas son nuestras consejeras. Quieren ver si es posible para un grupo seguir un propósito abstracto, y no a un gurú o a un líder.

DESPERTAR EL CUERPO IZQUIERDO

Los pases mágicos constituyen el aspecto más pragmático de las enseñanzas de Don Juan. ¿Qué es lo que los hace diferentes a otras disciplinas corporales y cuales son sus efectos?
GA: No sabemos lo suficiente sobre otras disciplinas como para hacer una seria comparación. Podemos decir que lo que hace notables a los pases mágicos está contenido en la historia de su origen: son movimientos corporales que los chamanes del linaje de don Juan descubrieron en estados de conciencia acrecentada llamados ensueños, y que ellos practicaron por su asombroso efecto sobre el bienestar físico y mental. Los pases mágicos están imbuidos con el intento de esos chamanes; derivan de la segunda atención, y cuando se practican en silencio y sin esperar resultados, nos pueden llevar a un estado de conciencia acrecentada. Sus efectos físicos, por tanto, no son sino un subproducto de su efecto energético. Redistribuyen energía que ha sido dispersada de nuestros centros vitales y la vuelven a colocar

de nuevo en esos centros, donde la podemos usar para incrementar la vitalidad y la conciencia.
DD:La práctica de los pases mágicos produce un sutil pero notable brillo en los ojos. Los chamanes lo llaman "un toque del intento". Algo, revive, algo que no había estado vivo por mucho tiempo, pero que nos pertenece de manera íntima.

El seminario de Barcelona versará sobre el Lado Activo del Infinito, que es además el título del último libro de Carlos Castaneda. ¿Cuál es en concreto el significado de ese lema?
DD: El lado activo del infinito es el nombre que los chamanes dan a la parte del Universo que está compuesta de energía vibratoria consciente de sí misma. La llaman también intento. Dicen que es un reino concreto, de asuntos similares pero diferentes a los asuntos de nuestro mundo cotidiano. Los chamanes se preparan para entrar al lado activo del infinito coleccionando un álbum de sucesos memorables de sus vidas, sucesos que, como don Juan le explicó a Carlos Castaneda, iluminaron su camino, cambiaron las cosas para ellos. Son sucesos impersonales y, a la vez, en extremo personales, sucesos que llevan el sello del infinito. El libro de Carlos Castaneda titulado El lado activo del infinito es precisamente eso: un álbum de los sucesos memorables y determinantes de la vida de un chamán.

La recapitulación es otra técnica transmitida por Carlos Castaneda para alcanzar el silencio interno. Pero esa revisión detallada de la propia vida se ha convertido en una tarea espinosa para muchos. Ustedes son asiduos recapituladores. ¿Cómo resuelven esas dificultades y que resultados cabe esperar de la recapitulación?
DD: Todos tenemos momentos difíciles en la Recapitulación. Pero primero quisiera detallar el propósito de esta práctica, que no se lleva a cabo con fines psicológicos ni con el afán de encontrar defectos, sino para tomar conciencia de lo que ha sido la propia vida, y de nuestras acciones en el presente. Una vez que comprendemos este propósito, es más fácil emprender la recapitulación sin nuestra acostumbrada sensación de culpa o de pavor. Ya sabes que muchas personas estamos condicionadas para acercarnos con pavor a cualquier actividad o tarea nueva. Yo soy así, pero el poder ver los intentos y la lucha de otros practicantes me ha ayudado a volverme conciente de este patrón y a acercarme a los desafíos con un ánimo más ligero. ¨Llena tu tarea de pasión y placer¨, dice Taisha Abelar. Ella nos ha explicado que de esta manera aplicamos algo a mezcla, algo que los chamanes llaman el cuerpo izquierdo, nuestra parte mágica y misteriosa que normalmente nunca usamos. Entonces podemos recapitular no como empleados a quienes se les ha dicho que hacer y que cumplen a regañadientes, sino como aventureros y exploradores de lo desconocido. En el seminario de Barcelona vamos a practicar una serie de pases mágicos para despertar el cuerpo izquierdo, para incorporar esa percepción fresca y serena en la recapitulación.

GA: También hemos descubierto que recapitular en grupo nos ayuda a salirnos de nuestra visión super-personal de la recapitulación. Al hacerlo grupalmente, de alguna manera la visión de nuestra vida no tiene la misma estampa personal. Los participantes del seminario en Barcelona van a tener la oportunidad de experimentarlo.

En Barcelona también esta previsto que enseñen pases mágicos para el intento y para el afecto abstracto, intento y afecto abstracto son conceptos difíciles de entender. ¿Podrían ampliarnos su significado?
BRS: Es verdad. También para nosotros son difíciles de comprender. Por eso, en lugar de entender el intento y el afecto abstracto como conceptos, los chamanes

prefieren manejarlos y no por razones egoístas, sino con un propósito abstracto. Nos han dicho que el intento y afecto abstracto se manipulan con el cuerpo y no con el intelecto. Así, los pases mágicos para el intento están basados en la premisa de que el cuerpo mismo es el vehículo para intentar, para activar nuestro vinculo con esa inmensa fuerza conciente que sostiene al universo. Por su parte, los pases mágicos para el afecto abstracto se basan en la premisa de que solamente incorporando el afecto como acción (más que como una idea o como una afirmación, uno puede liberarse de la rubrica de nuestra socialización, de ese entrenamiento para ser inversionistas emocionales: yo te doy si tu me das.

EL CAZADOR DE CONCIENCIA

No son pocos los que se preguntan si algo tan serio y personal como la apuesta por la libertad puede enseñarse en un fin de semana. ¿Cuál era exactamente el objetivo que perseguía Castaneda con la celebración de estos seminarios?

DD: La apuesta por la libertad no puede ser enseñada de ninguna manera. La apuesta por la libertad es una parte inherente de la herencia del ser humano como perceptor, es la base de nuestro deseo de ser exploradores. En última instancia, lo que Carlos Castaneda dijo que nos estaba enseñando no era un sistema de conocimiento, sino una actitud: La actitud del guerrero. El guerrero es alguien que está conciente de su pasaje fugaz por la tierra y se comporta de acuerdo a ese conocimiento: Es un cazador de conciencia. su talante es ligero, alegre y sobrio, y vive su vida plenamente.

GA: La masa de los seminarios acrecienta, facilita esta aptitud. Hemos descubierto que cuanto más practicantes estén presentes, tanto mejor es su capacidad para aprender y retener nuevos movimientos, nuevos conceptos. Lo que Carlos Castaneda vio en los seminarios era algo que describió como el despertar de una corriente energética entre los practicantes, una especie de viento vibratorio que los atravesaba y creaba una sensación de urgencia. La llamó intento inflexible, la base energética de los seres humanos.

BRS: Practicar los pases mágicos dentro del marco de un seminario nos permite probar por un momento lo que es la libertad a nivel corporal. Pero Carlos Castaneda decía que el seminario realmente comenzaba el lunes, después de que los practicante volvían a sus casas. Entonces es cuando pueden hacer la recapitulación y los pases mágicos que han aprendido para prolongar ese sentido de propósito, esa aguda conciencia que han experimentado por un momento.

GA: Los estudiantes de Don Juan tuvieron un aprendizaje similar, en el sentido de que si iban a ver a Don Juan y a sus cohortes por uno cuantos días, y después regresaban a sus vidas, sus trabajos, sus estudios. Podía pasar mucho tiempo hasta que los volvieran a ver. Y continuaban trabajando, recapitulando, haciendo los pases mágicos, alisando sus asperezas, haciendo lo que ellos llaman pequeños ajustes de destornillador¨.

Ustedes serían algo parecido a los herederos de Carlos Castaneda ¿no corren el riesgo de ser mitificados? ¿Como es posible mantener una actitud impersonal cuando alguien se convierte en punto de referencia para tantas personas?

DD: Estamos afrontando éste desafio como grupo. Por un lado, cada uno de nosotros debe encarar el infinito a solas y en ese sentido no hay grupo. Sin embargo si constituimos un grupo en el sentido de que nos movemos en la misma dirección. Nuestro desafío es que nuestras acciones coincidan con nuestras palabras, ser impecables. Si cada uno de nosotros logra esto individualmente, el grupo puede funcionar.

BRS: Sí, ciertamente estamos en peligro de ser mitificados; también lo estaba Car-

los Castaneda y también lo estas tú. Todo ser humano parece querer crear un mito o una taxonomía del otro: esta persona es muy lista, aquella es lenta, esta otra nunca lo va a lograr. Carlos Castaneda nos urgió a alejarnos de esto, de la historia personal y de las creencias que tenemos sobre quienes somos, de la mitología personal. El grupo evita que nos mitifiquemos el uno al otro, y así podemos navegar a través de las peligrosas y excitantes aguas de lo nuevo.
GA: De todas formas Carlos Castaneda solía decirnos que era bueno sentirnos un poco incómodos, sentir que había peligro alrededor. Si nos encontramos demasiado cómodos no estamos motivados para encontrar nada nuevo. Sin seguridades ni garantías, sin embargo, estamos alertas, motivados a actuar, a navegar.

Los miembros de Cleargreen han tenido el privilegio de disfrutar de un contacto directo con alguien tan fascinante como Carlos Castaneda. ¿En que medida su presencia ha influido en sus vidas?
DD: Su presencia influyó en nuestras vidas de manera total. nos pasó un "bicho" que ya no nos podemos quitar de encima. No podemos sacudirnos el anhelo de libertad...
BRS: No había espacio alguno entre sus palabras y sus acciones? Yo nunca había conocido a alguien así.
GA: El hizo un vínculo con el intento para cada uno de nosotros. Ese vínculo lo hizo para quienquiera que lo encontrara, ya sea a través de sus libros, de una charla o de los pases mágicos. Deseaba genuinamente que quien estuviera interesado y dispuesto a entrar de cuerpo entero en esa búsqueda, tuviese la posibilidad de la libertad. Y hay practicantes que lo toman en serio. Esta es la razón por la cual continuamos con los seminarios y con la enseñanza de los pases mágicos.

¿HAY OTRAS OPCIONES?

La propuesta de Carlos Castaneda, su incursión en otros mundos perceptuales ha seducido a miles de personas, pero también hay muchos que la catalogan de fantasiosa. Sin embargo, ustedes parecen llevarla a la práctica. ¿Debemos entender que se trata de una propuesta realmente viable?
DD: Podemos decirte lo que Carlos Castaneda nos dijo a nosotros, y lo que sus colegas nos siguen diciendo cuando nos encontramos con un nuevo desafío: "Averígualo tú mismo, no aceptes mi palabra".
BRS: ¿Qué opción tenemos? La opción es algo personal: quedarse en casa, o explorar y averiguar. Don Juan le dijo a Carlos Castaneda: "Optamos una solo una vez: optamos o bien por ser guerreros o por ser hombres comunes o corrientes. No existe una segunda opción; no sobre esta Tierra." Nuestra opción, entonces, es o bien navegar, o no navegar.
GA: Podemos tomar como ejemplo a los navegantes de otros tiempos: los exploradores italianos, portugueses y españoles. ¿Qué seguridad tenían ellos de no caerse del borde de la tierra?

Según sus propias palabras, todo lo que hacen obedece a "razones energéticas". ¿Qué tipo de motivos energéticos" los han inducido a elegir Barcelona como la sede del único seminario que celebrarán en Europa este año?
GA: Porque funciona. Si hay energía, ahí vamos. Un grupo de practicantes sinceramente interesados se reunió y nos presento una posibilidad viable. Y ahora están trabajando junto a nosotros para hacerla posible.
DD: Estamos muy excitados, porque Barcelona es un lugar que tiene historia de navegantes, de innovadores y exploradores que querían hacer algo nuevo, algo desconocido.

¿Os sentís abrumados por la responsabilidad de continuar con el sueño de Carlos Castaneda?
GA: Tanto los instructores como los practicantes de los pases mágicos forman un cuerpo unificado. En ese sentido, todos nosotros estamos llevando a cabo ese sueño. Es un sueño que sigue vivo mientras haya guerreros impecables que se empeñen en ser libres de la limitaciones de nuestra percepción cotidiana. Cada individuo tiene que ser impecable: ha cer lo mejor que pueda hacer, sin quejarse, sin culpar al otro, y sin la necesidad de ser halagado. Ese es nuestro desafio.
BRS:Nos estamos divirtiendo muchísimo, no porque la tarea sea fácil, sin porque es placentera. No tenemos ni idea de lo que pueda pasar. ¡Qué excitante! Carlos Castaneda nos dijo que en última instancia, los seres humanos no necesitan de un líder o de un guía. Sólo necesitan saber que existe otra opción disponible para ellos, una que incluye la posibilidad de un viaje de la conciencia.
DD: El nos enseñó a hacer algo a lo que llamó "encarar el tiempo según se acerca". A medida que distribuyamos más energía mediante la práctica de los pases mágicos, de la recapitulación y de poner en acción lo que aprendemos de ésta, al gún día averiguaremos que el pasado y el futuro ya no nos resultan tan preocupantes. Algún día no estaremos tan preocupados por el ¿qué va a ser de mí? Estamos luchando por obtener esta perspectiva: la de estar más y más en el momento presente. En los momentos en que pudiéramos sentirnos abrumados, Carlos Castaneda nos repetía las últimas palabras que Don Juan le había dicho: "Olvídate del yo, y no temerás a nada, sea cual fuera el nivel de conciencia en el que te encuentres."

APRENDIENDO SOBRE SABIDURIA ANTIGUA

Entrevista con Miles Reid - México. 1998
Por Blanca Robleda, Periodista del The News

Para los chamanes del antíguo México, tanto los pases mágicos como la recapitulación eran herramientas clave en su búsqueda de la libertad- la capacidad para percibir energía directamente tal como fluye en el Universo.
Carlos Castaneda aprendió este conocimiento conel shaman Juan Matus. Castaneda transmitió más tarde lo que sabía de sus aprendices, tal como Miles Reid, y también explicó esta sabiduria en sus muchos libros.
Para aquellos que no conocen nada acerca de esta sabiduría, y para aquellos que quieren aprender más, el taller "The freedom of the Warrior: El legado de los chamanes del antíguo México", se realizará en la ciudad de México los días 7 y 8 de noviembre de 1998.
Algunos de los instructores de Tensegridad -tal como explica Miles Reid en esta entrevista- que fueron estudiantes de Castaneda, dirigirán el taller. En una reciente entrevista con The News, Miles habló sobre Don Juan y el legado de Castaneda:

¿Qué tipo de relación tuvo usted con Carlos Castaneda?
Soy aprendiz de Carlos Castaneda. El me impartió, junto con otros aprendices, de todas las maneras que pudo, el conocimiento de los shamanes de su linaje. En los años que estuvo con nosotros, nos enseñó cientos de pases mágicos. Y nos inició con la práctica de la recapitulación. Más importante aún, hizo un fenomenal esfuerzo para imbuirnos con lo que llamó "La vía del guerrero". Para él, esto significaba que no debía haber contradicciones entre lo que decíamos y lo que hacíamos. Él era la personificación total de esa vía, el único que hemos conocido, aparte de

sus colegas, cuyas palabras y actos estaban totalmente unificados.

¿Qué son los pases mágicos, y cuáles de ellos se enseñarán en el taller de México?
Los pases mágicos son movimientos ensoñados, quiero decir que fueron descubiertos por los shamanes del linaje de Don Juan mientras estaban en estados de conciencia acrecentada, llamados ensueños. Mis colegas y yo estamos descubriendo que son de veras pases mágicos: si permitimos a los movimientos que nos guien, son pasarelas a otros estados de conciencia.
Los pases mágicos que se enseñarán en México, incluyen la serie llamada "Rueda del tiempo", otra secuencia que se practica en parejas llamada "Las alas del Afecto" y la "Recapitulación".

¿Qué es exactamente la recapitulación y como puede realizarse?
La recapitulación es un pase mágico especializado que consiste en revivir sistemáticamente la vida de uno, acompañado de una manera específica de respirar.
A través de la respiración de la recapitulación, podemos abandonar viejos pensamientos y comportamientos que han sido alojados en nuestro ser, y devolver esta conciencia al universo, dejándonos libres para movernos hacia los reinos de la percepción y de la acción.
Cuando oí por vez primera acerca de esto, protesté que tomaría años. Carlos Castaneda respondió que se trataba de la tarea de una vida. Pero , ¿y qué?, me preguntó. ¿Qué sentido tiene vivir sin estar conscientes de nuestras acciones?

Tengo entendido que tanto la recapitulación como los pases mágicos son herramientas usadas por los shamanes en su búsqueda de la libertad. ¿Qué entienden ellos por libertad?
La libertad, para los shamanes del linage de Don Juan, significa la habilidad de ver la energía directamente tal como fluye en el universo, libre de las ataduras de la socialización. Para los shamanes, el mundo, tal como lo conocemos, es un acuerdo. Si nos salimos de los límites de este acuerdo, el mundo se convierte en una maravilla, y otros mundos se abren a nuestra percepción.

¿Qué es Tensegridad?
Tensegridad es la versión moderna de los pases mágicos, rescatados del secreto y de las adaptaciones que fueron hechas para cada practicante específico. La palabra Tensegridad, tomada de la arquitectura, es una combinación de tensión y de integridad, las fuerzas principales de los pases mágicos.

¿Quién o qué era un guerrero según la percepción de Juan Matus?
Para Don Juan Matus, el guerrero era un ser que vivía cada momento como si fuera el último. Desde este punto de partida, el guerrero no tiene nada que perder, y no tiene tiempo. Carlos Castaneda nos lo dijo una y otra vez, "el guerrero sólo tiene tiempo para la libertad".

Ahora que Castaneda ha muerto, ¿cómo se preservará su conocimiento?
Carlos Castaneda partió en lo que los chamanes llaman el viaje definitivo, queriendo decir que dejó el mundo de la misma manera que Don Juan Matus lo hizo: con zapatos y completamente consciente.
Antes de irse, Carlos Castaneda dió a conocer su conocimiento en todas las formas posibles. Contó la historia de su aprendizaje en 11 libros y aportó una gran riqueza de herramientas en otro: "Los pases mágicos". A través de todo esto y de los talleres de Tensegridad, creó un cuerpo unificado de practicantes - instructores y participantes- que contínuan trabajando diligentemente, tanto en solitario como en grupos de práctica, para realizar el sueño de los shamanes del antiguo México: el sueño de la libertad.
Las tres estudiantes femeninas de Don

Juan Matus: Florinda Donner-Grau, Taisha Abelar y Carol Tiggs, supervisarán la instrucción y el desarrollo de los pases mágicos en este contexto.

¿Este conocimiento puede experimentar cambios?
Si, en el sentido de que los pases mágicos tienen que ser utilizados o adaptados a nuestro tiempo y manera de vivir. Estos movimientos tal como eran originariamente practicados por los shamanes del antíguo México, eran muy vigorosos -esos chamanes no llevaban vidas sendentarias, vidas urbanas. Al contrario que ellos, nosotros partimos de nuestro estado sedentario para realizar los pases mágicos.
Solía incordiar a Carlos Castaneda: "Pero, Nagual, la semana pasada, cuando nos enseñó este movimiento, las palmas de las manos estaban cara al suelo..." yo estaba muy molesto.
Para los shamanes, lo único cierto es el cambio, y sólo una tradición que permanece viva y fluida puede sobrevivir.

¿Qué debe esperar la gente de los talleres?
La gente puede esperar que los instructores den lo mejor de lo mejor y , por lo tanto, proporcionen a los participantes un contexto para practicar la recapitulación. Ellos van a enseñar a los participantes cómo practicar la Tensegridad para que sea una ayuda para la recapitulación, como una manera de ayudarlos a entrar en la vía del guerrero buscando libertad.
En otro aspecto, la gente no debería esperar nada, así todo será nuevo. Esto es lo que buscaban los chamanes del antiguo México, un estado de ser en el cual las espectativas del orden social sobre nosotros y todo a nuestro alrededor dejan de existir. Ellos pueden realmente ver y actuar desde un nuevo punto de partida. Ellos son de verdad libres.

ENTREVISTA A MILES REID

En la década de los sesenta el antropólogo norteamericano Carlos Castaneda aterrizó en México para hacer su tesis doctoral. Allí conoció al último brujo de un linaje de chamanes, Don Juan, que le transfirió todos sus conocimientos y que Castaneda plasmó en sus libros, guías para toda una generación. A su vez, Castaneda formó un grupo de discípulos, entre ellos Miles, un médico californiano que ahora recorre el mundo revelando la sabiduría de los antiguos chamanes. Para ellos el mundo es sólo una versión de la realidad, un conjunto de acuerdos y descripciones asumidas culturalmente. Hay otras realidades pero para verlas hay que ser liviano y fluido: "Ocuparse demasiado de uno mismo produce una terrible fatiga. En esa posición se está ciego y sordo a todo lo demás".

¿Quién era Carlos Castaneda?
Un antropólogo que en 1960 se instaló en México para realizar trabajos de campo. Allí conoció al brujo Juan Matus, "Don Juan", y comenzó con él un aprendizaje que duró 13 años en el cual le fueron transmitidos todos los secretos de los antiguos chamanes de México.

¿Y quién era Don Juan?
La 27 generación del linaje de brujos que dedicaron su vida a desarrollar un sistema de conocimiento poderoso y diferente del que rige nuestras sociedades.

¿Cómo?
Dentro de nosotros está la energía que nos permite trascender los parámetros de la percepción normal, esa que nos ha inculcado nuestra cultura y nuestro entorno social.

¿Y para qué quiero trascender los parámetros de mi percepción?
Porque ese es el fin del hombre: es como si me preguntara para qué una semilla quiere ser árbol.

¿Qué debemos entender?
Que el mundo que vemos todos los días es sólo una interpretación de las muchas que hay. Si podemos suspender nuestro juicio, accedemos a esas otras incontables interpretaciones que abren posibilidades de percepción y de acción inauditas.

Castaneda se inició a través de drogas alucinógenas...
Sus discípulos no utilizamos drogas. Los antiguos chamanes sabían que nuestra energía está centrada en la autorreflexión y que hay que sacarla de ahí. Para lograr eso con Castaneda, para quebrar su racionalidad y su rigidez, Don Juan utilizó las drogas, pero en su caso particular y en aquel tiempo.

Las prácticas chamánicas eran secretas. ¿Por qué las divulgan ahora?
Don Juan percibió que su linaje se acababa y que tras él algo nuevo se abriría. Por eso encomendó a Castaneda y a sus otras tres discípulas la tarea de decidir de qué forma cerrar el linaje: "Hazlo con un broche de oro" le dijo.

¿Y qué hizo Castaneda?
Decidió ser coherente con su tiempo, el de la comunicación, y difundir las enseñanzas de Don Juan a través de sus libros. El último secreto, los pases mágicos, lo desveló a su grupo de iniciados.

¿Qué son los pases mágicos?
Son respiraciones y movimientos del cuerpo que los antiguos chamanes encontraron en estado de ensueño y que tienen la capacidad de reestructurar nuestra energía, lo que nos otorga bienestar y vitalidad física y mental. Castaneda decía que con ellos conquistas el silencio interior, aquietas las
turbulencias internas.

¿Movimientos energéticos?
Las personas somos unidades energéticas definidas, pero los efectos de nuestra vida cotidiana hacen que nuestra energía se disperse fuera de nuestros centros de vitalidad. Los pases mágicos relocalizan esa energía y con ella podemos acceder a otras posibilidades de percepción y de acción.

¿Y cuál es el resultado?
Le pondré un ejemplo: si usted tiene conflictos con otra persona o problemas, toda su energía se consume en esa preocupación y termina agotada. Estancamos nuestra energía en ese punto de la autorreflexión, de la importancia personal.

¿Y qué propone en esas circunstancias?
Hay que ser capaz en todo momento de tener la visión del otro, dar espacio en nuestro interior a otra manera de comprensión. Si entendemos que cada persona que interactúa con nosotros tiene algo que mostrarnos, tendremos fluidez y la energía transitará por nosotros.

¿Somos energía y vamos a la energía?
Sí, nuestra vida es un viaje para incrementar nuestra conciencia, que luego retorna al origen. Pero los chamanes eran extremadamente pragmáticos.

¿A qué se refiere?
Cuando la energía fluye estás en el buen camino; pero cuando se estanca no hay que forzarla en una dirección, hay que cambiar de dirección. Los pases mágicos relocalizan tu energía, que debes utilizar para cambiar, para salir de ese estancamiento, reflejo de la preocupación constante por uno mismo, que no es más que autocompasión disfrazada.

¿Y puedes comenzar en cualquier punto de tu vida?
Sí, porque dentro de los pases mágicos hay una disciplina que se llama recapitulación y que consiste en la revisión sistemática de nuestra vida para ver en qué hemos empleado nuestra energía y así poder cambiar.

¿Hacia dónde?
Todos tenemos una voz interior que nos puede decir cuál es la dirección en cada momento, pero nuestra atención está puesta en reforzar nuestro ego y, mientras sintamos que lo más importante del mundo somos nosotros mismos, no podremos apreciar el mundo. Sentirse importante lo hace a uno pesado, torpe y banal.

¿Y esa energía puede utilizarse mal?
Estamos educados para interpretar las cosas como opuestos: bueno y malo. Pero para los chamanes lo único que existía era la energía. Las cosas funcionan naturalmente cuando dejas fluir la energía, sólo si se estanca nos hacemos daño. Sus enseñanzas estaban encaminadas a ese dejarse fluir, a la comprensión de los pasos básicos para lograr la proeza de ver.

¿Ver que todo es posible?
Sí, darnos cuenta de que disponemos de innumerables posibilidades que no están vinculadas a la idea que tenemos de nosotros mismos, pero la libertad nos da vértigo.

EL CLAN DE CASTANEDA

Entrevista exclusiva que concedieron las tres guerreras del linaje de hechiceros de Carlos Castaneda, Florinda Donner-Grau, Taisha Abelar, y Carol Tiggs.

Hace más de veinte años que Carlos Castaneda empezó a encender la imaginación de sus lectores con la posibilidad de ver la realidad de manera diferente. Hoy, los buscadores americanos están envueltos en una mezcla mágica de prácticas religiosas animadas por el mismo propósito que el Budismo Zen, el Yoga o los remedios de hierbas e incluso Wicca y el espiritualismo. Sin embargo hay cuestiones que permanecen todavía sobre la intensiva búsqueda realizada durante décadas, como ¿Cuándo van a ser libres? ¿Y cómo podemos explicar lo inexplicable?

Estas eran las preguntas que tenía en mente cuando me encontré viajando por la costa hacia Los Angeles para encontrarme con las tres mujeres del linaje de Carlos Castaneda.

En el primer encuentro entre Florinda Donner-Grau y yo, ella me habló sobre un encuentro que sirve bien para explicar el umbral que mucha gente ya ha encontrado. Mientras ella andaba por las calles del centro de Los Angeles, vio un globo de energía flotando. Mientras lo miraba rebotar arriba y abajo por la calle, ella estaba un poco insegura de sus sentidos. Entonces tiró del hombro de un hombre que estaba de pie cerca de allí cuya boca estaba abierta como si no creyera lo que estaba viendo --o quizá estaba desconcertado. Ella vio que él también estaba viendo el globo.

Como hechicera, Donner-Grau es consciente de que la realidad es en su mayor parte percepción y de que lo que elegimos percibir y no percibir está basado en nuestro entrenamiento. Así que quizá ése

hombre de L.A. represente una especie de graduación en la escuela de ampliar posibilidades, una generación preparada por Castaneda y otros para percibir energías más sutiles.

Con la reciente publicación del noveno libro de CC, tanto como los libros de sus guerreras, los hechiceros del grupo de CC parecen señalarnos que esta realidad no es la única; existen otras a las que podemos acceder.

¿Por qué han empezado las mujeres de este linaje a salir a la luz y a hablar acerca de sus prácticas?
FLORINDA: Bien, existe una diferencia fundamental en el modo en que hombres y mujeres perciben y responden a la realidad. Las mujeres, como Taisha, Carol y yo, no hemos escrito durante veinte años. Esta es la diferencia fundamental: las mujeres necesitan corporeizar un sistema de creencias antes de poder hablar de él. Mientras que los hombres construyen sus puentes de comprensión con palabras, las mujeres construyen su comprensión con su propia vida. Ambos son caminos de comprensión igualmente válidos, sin embargo son maneras muy diferentes de procesar la vida. En términos de energía, el cono de un hombre apunta hacia la energía; ellos construyen paso a paso. En términos físicos, este ir paso a paso puede describirse como un cono, en el cual los hombres siempre se están moviendo hacia una fuente pero nunca la alcanzan. Con las mujeres, esto es diferente porque este cono está al revés. Gracias al útero, las mujeres tienen la capacidad de percibir el conocimiento directamente. No hay razón para ellas para explicar porque ellas ya saben. Y es esta sabiduría, esta experiencia de estar conectado con la fuente (lo que nosotros llamamos Intento), a lo que los hechiceros quieren retornar. Las mujeres tienen una inherente ventaja en cuanto ellas conocen el Intento directamente, mientras que los hombres están siempre aproximándose a él.

¿Cuál es el propósito de estar conectado con esa fuente, con el Intento?
FLORINDA: Bien, te contaré una historia. Me encantan los libros; soy una ávida lectora. Ahora Carlos no ha leído un libro en más de veinte años. Lo sé porque me dio todos sus libros a mí. Ahora estoy muy interesada en la fenomenología porque como propósito intelectual, es la única materia que se acerca a la hechicería. Bien, supongamos que estoy leyendo algo y entonces le hago a Carlos una pregunta. Él estará quieto unos diez minutos y entonces me dará una explicación exacta acerca de lo que he estado leyendo. En este punto, sé que él se ha ido ahí fuera y ha agarrado este conocimiento de donde fuera. Y esta habilidad no tiene límites; le puedo preguntar algo sobre física y él inmediatamente me da una auténtica respuesta.

¿Cómo puede describir lo que hace?
CAROL: Podría decir que él está practicando el ensueño, lo cual es una manera de describir que él está utilizando su cuerpo energético, y está agarrando una línea de energía y accediendo a la información directamente de la fuente del Universo.
FLORINDA: Y Carlos sabe exactamente qué línea coger. Los hechiceros ven que todo está allá afuera de todos modos. Pero lo que hace un hechicero competente es tener la habilidad de acceder a estas líneas de información con control y voluntad. Recientemente, Carlos llevó a un grupo de veinte personas hasta una pequeña iglesia en México (ha escrito de ella en varios libros). Mientras estaban en la iglesia, puso al grupo entero en un estado de ensueño y viajaron a otro mundo.

¿Cómo puede uno aprender a hacer esto?
FLORINDA: Todo es cuestión de tener la suficiente energía para ser capaz de ver. Estamos todos tan consumidos por el día a día, que simplemente no tenemos ninguna energía sobrante para ver.

¿Cómo puede la gente usar la vida cotidiana para empezar a ver dónde pierden su energía?
CAROL: Cuando tu observas lo que has hecho durante el día, una de las claves de dónde perdiste tu energía es cuando empezaste a sentirte cansado y no energéticamente tu mismo. Esos sitios son dónde encontrarás tus respuestas y empezarás a desarrollar alguna perspectiva, y serás capaz de empezar a devolver tu energía desde esos eventos y empezar a examinar los patrones que te mantienen atando dentro del juego del héroe y la víctima.

¿Es diferente el proceso para hombres y mujeres?
FLORINDA: El proceso no es para nada diferente. Cuando recapitulas, te llevas a ti mismo atrás y recreas cada evento tal y como ocurrió. Una vez tienes energía, esto ocurre automáticamente y no tientes que alcanzar esto a través de ningún medio chamanístico, tan solo lanzarte y ya está. Puedes empezar cada día y empezar desde ese día y moverte hacia atrás. He realizado cuatro recapitulaciones de mi vida desde la fecha, y encuentro algo nuevo cada día. Y lo que encuentro es que de forma indirecta siempre intentamos ser héroes. En algunas de las conferencias que hemos dado, la gente está siempre tomando notas y me encontré a mi misma diciéndoles, "No, no tomen notas, porque estas cosas no tienen importancia. Tan sólo escuchen. Toda la energía se va en tomar notas y están perdiéndose la mitad de lo que realmente está pasando."
TAISHA: Oímos constantemente decir a la gente, "Si yo formara parte de vuestro grupo, entonces podría hacer esto o lo otro." Pero lo que no entienden es que dondequiera que tú estés, es ahí dónde empiezas.
CAROL: La brujería es realmente sólo percepción. No hay rituales, ni danzas, ni nada. Sólo percepción y algunas técnicas para engrandecer la percepción a través del ahorro de la propia energía. Existen ayudas, como las técnicas de no-hacer.
TAISHA: O tan sólo observar tus pensamientos y escuchar lo que realmente estás pensando. Puedes aprender mucho haciendo esto.
CAROL: Lo que he encontrado es que la gente generalmente cae dentro de una de estas dos categorías: una de dos, o tienen que estar bajo control, o están siendo controlados por otra cosa. Cuando vienes de uno de estos dos escenarios, generalmente no estás percibiendo tu vida claramente. A través de la recapitulación enciendes en tu conciencia exactamente las energías (o la realidad) que estabas construyendo de modo que puedes empezar a percibir los patrones de conducta y a programar lo que te controla.
TAISHA: Cuando empiezas a ver claramente los patrones sociales que te controlan, empiezas a moverte en acecharte a ti mismo. Es ahí cuando puedes convertirte en un activo participante en la vida. De repente tu jefe ya no es ese malvado, horrible controlador que fue un día. En su lugar, se convierte en un espejo a través del cual empiezas a ver cuándo empiezas a caer en los juegos de esta realidad. Estos juegos son lo que consume o inmoviliza la energía de la gente y les impide percibir la verdadera naturaleza energética de esta realidad. Cuando te mueves fuera del consenso de la vida cotidiana, puedes permitir al Intento o al ensueño establecido por el Intento convertirse en la fuerza motora, en el guía.
FLORINDA: Para hacer eso tienes que renunciar a ese sentimiento de tener que ser el que tiene el control. Pero créeme, incluso después de haber recapitulado, todavía tienes ese sentimiento de que tienes esta pequeña zona de aquí arriba y que una vez que la alcances, entonces serás el que estará al mando.

Volvamos a las maneras en que hombres y mujeres perciben. Si las mujeres perciben directamente, entonces ¿Por qué no hay más mujeres dedicadas a comprender o conocer el Intento?

FLORINDA: Los hombres tienen una ventaja energética en el mundo físico. Aunque la configuración energética en forma de cono del hombre les hace percibir la fuente del Intento con mayor dificultad, ésta es ideal para ser capaz de trabajar más duramente en el mundo físico. No hay modo para las mujeres de competir contra esta ventaja energética mientras sigan imitando roles que los hombres han creado. Aunque nosotras, como mujeres, tenemos que encontrar nuestros propios recursos y romper este ciclo de imitación de modo que podamos realmente empezar a evolucionar hacia algo diferente.

¿Cuál es este paso evolutivo?

CAROL: Para decirte la verdad, realmente no lo se. ¿Cuál es nuestro intento para evolucionar y qué implica este paso evolutivo? Para las mujeres hechiceras, parte de esto tiene que ver con aumentar las funciones secundarias de nuestros úteros, los cuales son los órganos para ensoñar en el cuerpo femenino. Y hacemos esto a través de la recapitulación, rompiendo viejos patrones, acumulando nuestra energía, de modo que podamos empezar a soñar un nuevo sueño.

TAISHA: Lo que nos ha pasado a nosotros - y algo nos ha pasado - esperamos convencer a la gente más joven de que el cambio es posible. Pero tiene que existir una clase especial de masa crítica para hacer posible este cambio.

FLORINDA: Cuando vas contra el enorme consenso que constituye la realidad de cada día, estás chocando contra una enorme pared. Cuando los hechiceros entran en el ensueño, lo primero que se encuentran normalmente es un banco de niebla. Cuando ves esa niebla, estás tirando energéticamente de algo más. De algún modo, la hechicería es como la Medicina China en cuanto trata el cuerpo como si fuera un campo de energía. La medicina occidental trata el cuerpo como si fuera n objeto y de este modo no toma ventaja de la realidad energética, que es más poderosa. Consecuentemente tenéis doctores que cortan pedazos de materia en lugar de usar la energía para cambiarla. La medicina, como el hombre moderno, cambiaría dramáticamente si tomase ventaja de estos principios energéticos para ayudar en una metamorfosis de las corrientes limitaciones y enfermedades.

CAROL: Lo que un hechicero busca es esta evolución junto con su conciencia o campo energético; este momento o posibilidad de cambio a un estado de ser mejor.

FLORINDA: Normalmente hay mucho dinero en instituciones como el A.M.A. (American Médical Association) y no hay modo de que vayan a cambiar cosas como esta. Pero lo que hacen al cuerpo es horrendo. Nos enseñan que la medicina ha avanzado, pero esto simplemente no es verdad. Ahora tenemos el SIDA y el cáncer y realmente no sabemos qué diablos estamos haciendo. Yo tenía una joven amiga que murió de cáncer intestinal hace un par de meses. Por fuera ella estaba viviendo la vida perfecta pero por dentro estaba siendo comida viva. Verás, su marido era presidente de una de esas enormes corporaciones y no te creerías lo que sufría para impresionar a la gente. Se estaba matando a sí misma por gustar a la gente. Yo le preguntaba, "Si las cosas te van tan mal, ¿Por qué no pides ayuda? Pero ella me decía que le preocupaba lo que la gente pensaría. Yo le pregunté otra vez, "Qué pensarán cuando estés muerta?" Ahora, ella está muerta, y la gente no piensa nada. Si este es el precio que vas a pagar, entonces despega ya. Pero esto es lo que hacemos. Verás, de algún modo, somos todavía monos. Don Juan solía burlarse y decirnos que somos como un mono que se ha agarrado a una calabaza para coger algunas semillas. El mono no puede sacar su mano fuera mientras se agarra a esas semillas. Los humanos son igualitos. Nuestras expectaciones sociales son las semillas que consumen nuestra conciencia. Todo lo que el mono debería hacer para ser libre es soltar esas malditas semillas, pero no lo hacemos. Pero no soltaremos las semillas para salirnos de una situación en la que

estamos atrapados. Simplemente no podemos dejarnos ir. Gary Larson hizo un dibujo animado que mostraba a un mono que se había caído de un árbol y que yacía muerto en el suelo. Debajo del dibujo estaba la transcripción: "la maldición del hombre". Lo único que olvidó añadir fue que el mono había caído dentro de una parcela llena de semillas. Verás, él había sido agarrado por las semillas; éste es el verdadero fallo del hombre.

LA ENERGÍA DE LO FEMENINO

Entrevista con las Rastreadoras de Energía,aprendices de Carlos Castaneda, Florinda Donner-Grau, Taisha Abelar y Carol Tiggs

Este trabajo es un encuentro entre las practicantes y las instructoras de tensegridad. Constituye la síntesis de más de doscientas preguntas que se recibieron de diversos países del mundo. Podría decirse que todas las preguntas son distintas, pero al mismo tiempo se asemejan entre sí, como emanadas de la misma veta. De igual manera, aunque cada respuesta parece dirigirse a lo personal, tiene al mismo tiempo un carácter impersonal. Este inédito acontecimiento –porque creemos que lo es— significa una oportunidad para ensoñarnos como mujeres en una historia distinta, un intento que involucra a fin de cuentas lo femenino y lo masculino, tanto en su carácter de dualidad que nos habita, como en la relación entre los sexos.

¿Por qué están dando este segundo seminario para mujeres?
Un navegante necesita conocer su equipo, qué clase de información éste le puede dar, y cómo usarlo. Siendo seres con matriz, necesitamos tener una conciencia sobria e informada acerca de cómo nuestras matrices guían nuestras percepciones. Según los videntes, hemos recibido el increíble regalo de una caja de percepción, un órgano de evolución, y no obstante somos complacientes. Queremos que nos guíen, que nos den procedimientos.

Por favor ¿pueden hablar acerca del poder de la matriz?
Los videntes del México antiguo estaban interesados en despertar la función secundaria de la matriz: la evolución, que significaba la percepción directa de energía tal como fluye en el universo. Así como una

madre sueña a su hijo en el vientre, las navegantes con matriz pueden usar ese poder para ensoñar los sueños de los brujos.

¿Cómo despertamos las funciones secundarias?
Las funciones secundarias de la matriz pueden ser despertadas haciendo lo que Florinda Donner-Grau llama vencer el ego. Esto comienza haciendo un inventario sobrio y claro de la propia socialización, y eliminando patrones de comportamiento inútiles. Para los videntes, nuestro desperdicio de energía más grande es la presentación del ego. Esto incluye la presentación de lo que pensamos que significa ser hombre o mujer dentro del orden social.

Últimamente han hablado de despertar a la "mujer verdadera" en cada una de nosotras. ¿Pueden explicar qué quieren decir con esto?
En el seminario en la ciudad de México dijimos que era necesario encontrar qué significa ser un hombre o una mujer, antes de que podamos convertirnos en "seres-en-el-ensueño". Un navegante quiere estar plenamente consciente de qué significa ser un hombre o una mujer. El Nagual nos pidió que lo averiguáramos. ¿Qué creen ustedes que es el ser un hombre, y el ser una mujer? Tenemos que revisar nuestras opiniones y darnos cuenta de acuerdos inconscientes que hayamos hecho, o de dónde nos dimos por vencidas o nos rendimos. Muchas veces encontramos que nuestras creencias son arbitrarias – que realmente no tienen nada que ver con el género. Por ejemplo, podríamos haber adoptado la creencia de que "las mujeres son sumisas", algo que una de nosotras le comentó al Nagual. "¿No son los hombres sumisos también?", él preguntó. Si examinamos cuándo "nos dimos por vencidas" podríamos encontrar que nos rendimos por conveniencia, que realmente no somos las víctimas que creemos ser. Nadie le hace nada a nadie, don Juan le dijo a Carlos Castaneda, y mucho menos a un guerrero. (La rueda del tiempo.) Si queremos ser "mujeres verdaderas", esto significa que vamos al centro de nuestro ser, y que actuamos desde allí. Algunas de nosotras tal vez hayan hecho algo que el Nagual llamó "tomar el partido de Papi". Somos "las hijas de Papi" que queremos su aprobación tan intensamente que lo imitamos – y ¡tomamos lo peor de él, en lugar de sus mejores rasgos! Si tratamos de ser hombres, nos dijo Taisha Abelar, no salimos tan airosas, y desaprovechamos nuestra mejor posibilidad: la percepción directa de la matriz.

Crecí con la idea de que no puedes confiar en otras mujeres, dado que siempre existe una situación de competencia entre ellas. ¿Cómo corto este sentimiento, para navegar con ellas con fluidez?
Cuando una de nosotras hizo una aseveración parecida – que no confiaba en la mujeres, Carol Tiggs fue al grano: "Tú también eres una mujer ¿no es así? ¿Eres tú de fiar? Examínalo." Dijo que los seres humanos están llenos de ideas sin examinar: de idealizaciones. Para navegar, tenemos que examinar esas idealizaciones y actuar sobre lo que nos trae tal examen. De otra manera, nuestro punto de encaje se queda fijo en la misma posición. Si examinamos la idealización de la "competencia", encontramos que todos somos competitivos en el mismo sentido. Todos estamos aseverando nuestro deseo de agarrarnos a nuestra vida, de conseguir lo que necesitamos. Interpretamos la aseveración de otro ser que está haciendo lo mismo como "competencia". No tenemos por qué interpretarlo de esa forma. Podríamos simplemente reconocer que la otra persona está haciendo lo que tiene que hacer – y dejar que lo haga. ¡No tenemos que ser siempre el número uno! Cada uno de nosotros tiene contacto directo con el infinito. ¿Quién nos puede privar de eso? Si das, dijo Carol Tiggs, lo consigues todo.

¿Cómo podemos hacer mejor uso de elementos como por ejemplo, el viento, o de fuerzas abstractas, para fines de brujería?
(Florinda Donner-Grau una vez se refirió a eso.) Florinda Donner-Grau nos dijo que era mejor empezar por lo pequeño, que no podemos mandar al viento si no podemos tener una conversación agradable con la gente que nos rodea. Carol Tiggs sugiere hacer ajustes minúsculos cada día. Haz un inventario: ¿Fue un día artístico, o fue un día de quejas? ¿Qué hice diferente hoy? Si la respuesta es: nada, tomamos nota, y lo hacemos diferente la próxima vez.

En algún momento, Taisha Abelar nos dijo que el flirtear es necesario en una mujer. ¿Cómo podemos manejar esto, sin quedar atrapadas por el orden social?
Taisha Abelar nos dijo que el flirtear, cuando es despojado de sus expectativas de ritual de apareamiento, nos da una carga de energía. Es una manera de usar el poder de la matriz como fuerza constructiva en nuestra vida diaria. Las mujeres pueden dirigir la energía de la matriz a través de sus ojos, a través de su ser entero, e interactuar en su vida cotidiana desde el conocimiento silencioso de la matriz. El Nagual describió esto como el tener un romance con el conocimiento, en la forma que sea que se presente. Dijo que también podríamos tener un romance con otros seres – no uno de cortejo sino de afecto abstracto. El cortejo, dijo él, es sólo indulgencia. El afecto abstracto, sin embargo, requiere disciplina – el arte de mantener un estado de asombro. Sostenemos a la otra persona como un ser misterioso y mágico.

¿Podrían hablar de la menopausia y de la ausencia del útero en casos en que éste haya sido operado? ¿Estas circunstancias, cambian en algo las posibilidades que tenemos como mujeres desde el punto de vista chamánico? ¿Cómo sobrellevar mejor alguna de las dos situaciones?
Durante la menopausia se libera la energía sexual que anteriormente se utilizaba en las mecánicas de preparar el útero para la reproducción. En vez de "secarse", la mujer en la menopausia es bombardeada por un nuevo flujo de energía de tal fuerza que, en algunos casos, la asusta. Los pases mágicos le dan a la mujer la ventaja de mantener su sobriedad y su vitalidad durante este enorme cambio energético. En términos muy pragmáticos, es un momento en el que el ser que lo experimenta sabe que tiene que hacer algo distinto en cuanto a su salud y su energía para mantener su sobriedad y maximizar la percepción muy directa que ahora le es posible. En el caso de la histerectomía: "No hay ventajas o desventajas para un guerrero. Sólo hay desafíos" Un ser que ha sido sujeto a un histerectomía tiene un excelente desafío porque todavía tiene la impresión energética de la matriz, pero sabe que no puede ser complaciente. Para percibir energía directamente, tiene que adoptar un propósito inflexible-- la predilección de los hombres, pero algo que necesitan todos los navegantes. Además, una histerectomía puede servirnos para poder ver finalmente lo que hemos hecho con la matriz. De acuerdo a los videntes, toda la turbulencia que hemos guardado allí es nuestra propia creencia acerca de quiénes somos, o cómo copiamos a nuestra propia madre y sus creencias, o refleja nuestros sentimientos acerca de un padre que nunca nos tuvo afecto. La recapitulación nos da la oportunidad de volver a ver nuestras interacciones sexuales y ver cómo podemos escribir de nuevo esa historia de manera distinta.

En un seminario recuerdo haber oído que las estudiantes de don Juan enfocan su atención en la evolución, no en la reproducción. ¿Qué dicen sobre la maternidad, si alguien siente el deseo de ser madre?
Lo que importa para un navegante es ser impecable, responder por sus decisiones

cualquiera que ellas fueran. Si alguien elige ser madre, entonces es una madre impecable. Le entrega a su hijo su afecto total, sin inversiones y sin tratar de complacerlo. Y se cuida ella misma para no enfadarse al sentir que ella lo da todo y que nadie le da nada en retorno.

Después de alcanzar los siete años de celibato que Taisha Abelar alguna vez mencionó, ¿se diluyen los deseos y las añoranzas por el sexo opuesto?
¡Los navegantes no quieren deshacerse de los deseos y las añoranzas! Mejor sería preguntarnos- ¿Qué es lo que añoramos? ¿Es en verdad el sexo opuesto? ¿O es algo más? Podemos utilizar el deseo y la añoranza como fuerzas positivas que nos conducen a actuar de manera distinta, a ensoñar. En la visión de los videntes, lo que añoramos, a fin de cuentas, es el cuerpo energético. El reconocer esto puede ayudarnos a traer elegancia a nuestras interacciones con los hombres y con las mujeres, en lugar de traer compulsión y necesidad. Los videntes recomiendan un momento de celibato porque los navegantes --sobre todo las mujeres-- necesitan examinar su propio inventario. Necesitan una pausa momentánea para averiguar quiénes son y qué quieren. Lo que encontramos casi siempre es que estamos, como decía el Nagual, despatarrados. Estamos fragmentados. Necesitamos cohesión antes de poder mezclarnos energéticamente con otra persona. No estamos listos para el intercambio energético que tiene lugar en (cualquier) relación sexual si no hemos examinado nuestro propio inventario, incluyendo todas las expectativas e interpretaciones que ponemos en nuestros lazos con otros. El nagual nos dijo que, en nuestras interacciones, siempre estábamos esperando ser correspondidos y que los navegantes no están esperando réditos. Se dirigen a cualquier unión con otro ser con total disciplina, total afecto. Taisha Abelar nos señaló que el celibato para un guerrero no es una cuestión de ganar puntos extra por buena conducta, por haber acumulado la cantidad correcta de "sacrificio". Eso, decía, es no comprender la esencia de la cuestión. "Siete años" hace referencia a un ciclo completo de tiempo. El ciclo real puede ser distinto para cada mujer. Tenemos que leer esto individualmente y asumir la responsabilidad por ello. ¡Eso es lo excitante del asunto! El infinito señalará una dirección a seguir que podremos percibir si estamos en silencio.

¿Llorar es para el guerrero, signo de debilidad, de enganche? La recapitulación, el ver y el silencio interno, ¿llegan a disolver sentimientos de vacío o pérdida, o hay sentimientos que jamás nos dejan?
Los guerreros sí lloran, pero no por algo trivial. Un guerrero no llora por sí mismo. Si nuestra tristeza proviene de arrepentimientos vinculados con alguien que conocimos en el pasado, podemos tomar el afecto que sentimos por aquella persona y darle expresión con alguien que tenemos frente a nosotros. Ahora podemos hacer las cosas que no pudimos hacer con aquella persona del pasado. Pagamos nuestras cuentas en el momento presente. Don Juan le dijo a Carlos Castaneda: "La única manera que tiene el guerrero-viajero de dar las gracias y despedirse es mediante este acto de magia: de guardar en su silencio lo que ha amado." (El lado activo del infinito). El Nagual nos mostró que un guerrero-viajero expresa ese afecto con los seres que se encuentra ahora.

¿Cómo podemos trabajar la sobriedad?
Al hacernos conscientes de nuestro equipo y haciéndonos responsables por él. Por ejemplo, podemos ser conscientes de nuestros ciclos menstruales para que no nos sorprendan los cambios de ánimo, para que no nos ataquemos de risitas, diciendo cosas tales como: " Ah, ando taa... aan despistada, y no sé por qué." Podemos ser más disciplinadas durante ciertos momentos del ciclo, cuando se nos antojan comidas extrañas, o cuando necesitamos

descansar más. Es nuestra responsabilidad que simplemente durmamos más, y comamos bien —que no comamos porquería. "Tú sabes más acerca de esto", afirma Florinda Donner-Grau. "Tienes esa ventaja adicional que te dan los pases mágicos. Úsala para disciplinarte, en lugar de encarar repetitivamente las tareas con un: "No tengo ganas."

¿Cómo enfocar el intento en acciones como el ensueño?
Simplemente lo hacemos. La sintaxis de esta pregunta demuestra cómo hemos sido adiestrados para esperar instrucciones en lugar de actuar. El verbo "actuar" se convierte en sustantivo en esta frase- "acciones". Intentar se convierte en "enfocar el intento". El intento viene de un vínculo directo con la fuerza de la conciencia en el universo. Cuando ese vínculo se aclara, nuestras acciones también se aclaran. Para poder ensoñar, intentamos el ensueño. Intentamos cohesión todo el día. Si podemos ser coherentes en nuestras acciones cotidianas, entonces el ensueño viene naturalmente.

¿Cómo ser guerrera impecable con respecto a los guerreros que comparten ese mismo intento?
(Algunas de nosotras confundimos el compartir un "momento en el camino", y buscamos agarrarnos de alguien, o bien asumimos nuestro papel ancestral de protectoras.) Navegar es un viaje solitario. Nadie lleva a un guerrero en los brazos. Sin embargo, trabajar juntos implica ser responsables. Si sabes que no eres bueno en cierta faena; que si la emprendes no va a realizarse o se va a malograr, entonces dejas que otro se encargue. No quiere decir que te quedas sentado sin hacer nada --encuentras otra manera de participar. Muchos de nosotros nos declaramos independientes. Desgraciadamente, generalmente hacemos las peores interpretaciones de lo que es ser "independiente". Lo utilizamos en el sentido de que nosotros hacemos todo. El Nagual nos dijo que tuviéramos cuidado con lo que proclamamos ser.

¿Cómo podemos resolver el abismo que separa a hombres y mujeres en la forma de ver y asumir la vida?
"El abismo" es una interpretación que describe seres que se lanzan unidos a una gran aventura. Si hubiera un abismo que en verdad separara a los hombres y las mujeres, ninguno de nosotros habría sido concebido. Los videntes proponen que es posible que los hombres y las mujeres trabajen juntos más allá del círculo del cortejo y la reproducción, para crear una nueva manera de ser.

Alguna vez se habló de contraindicaciones acerca de practicar Tensegridad durante el embarazo. ¿Es eso cierto?
Con referencia a La serie para la matriz, sí, Florinda Donner-Grau le aconseja a las mujeres embarazadas que es mejor dejar de practicar estos pases mágicos durante el embarazo. Esta serie está imbuida por el intento de preparar y despertar las funciones secundarias de la matriz: la evolución. No es ninguna broma. Muchos de los pases mágicos tienen como objetivo limpiar los órganos sexuales de su función reproductiva. No es poco común que las practicantes de estos pases mágicos empiecen a menstruar después de practicar La serie para la matriz repetitivamente, sin que importe que sea el momento correspondiente de sus ciclos, ya que la matriz se limpia físicamente, se lava para un nuevo propósito. El embarazo no es el momento apropiado para desafiar las funciones primarias de la matriz. La menstruación, sin embargo, sí se considera un momento poderoso para practicar La serie para la matriz, ya que la matriz se vacía y se acrecienta como órgano de percepción, es el momento propicio para que nos traiga nuevas percepciones. Practicar otros pases mágicos que no traen energía directamente a la matriz es perfectamente aceptable durante el embarazo. Una

mamá nos dijo que hizo los pases mágicos del no-hacer ligeramente durante su embarazo y sintió a su bebé dando de patadas y golpes al mismo tiempo que ella lo hacía.

ENTREVISTA A LOS INSTRUCTORES DE LA TENSEGRIDAD

Por Dimitri Buffa.
Artículo que apareció en la revista Italiana "Re Nudo" No. 34, de octubre de 1999.

Castaneda no quería que el conocimiento de Don Juan -la oportunidad de la libertad- se perdiera como lágrimas en la lluvia. La Tensegridad es el "ejercicio" de los chamanes de México, proveniente de las enseñanzas del nagual Don Juan Matus. Ha sido transmitido por Carlos Castaneda, Carol Tiggs, Taisha Abelar y Florinda Donner Grau a sus aprendices y ahora es usado por miles de personas en todo el mundo. Hombres y mujeres que ya asisten a varios grupos de práctica en muchas ciudades del planeta y nuevos practicantes ansiosos de aprender estos "movimientos ensoñados" se reúnen en los seminarios organizados por Cleargreen, la fundación encargada de propagar el legado de Carlos Castaneda. El autor de este artículo participó en el seminario de Barcelona que se llevo a cabo el 5 y 6 de Junio de este año y también obtuvo información acerca del seminario de San Diego del 7 al 9 de Agosto. Los instructores Brandon Scott y Darien Donner, conocieron a Carlos Castaneda y a las brujas y de ellos aprendieron el arte del silencio interno y la elegancia, dos de las enseñanzas básicas de la Tensegridad las cuales podrían ser descritas como prácticas esotéricas muy originales. La Tensegridad es la versión moderna de los pases mágicos o de los movimientos descubiertos en un estado llamado "ensoñar" por hombres y mujeres chamanes que vivieron en México en tiempos ancestrales y que practicaban estos movimientos para aumentar su estado de bienestar y de conciencia. Dichos pases fueron enseñados a Carlos Castaneda, Taisha Abelar, Florinda Donner Grau y Carol Tiggs por su maestro Don Juan Matus, un indio Yaqui de Sonora, México. Don Juan fue un nagual, el líder de un grupo de chamanes

cuyos discípulos enseñaron los pases mágicos a sus aprendices, los instructores en los seminarios. Estos seminarios están dirigidos a dar a conocer los pases.

Una pregunta frecuente por aquellos que asisten a los seminarios de Tensegridad es, ¿si hay aún algún motivo para los seminarios ahora que Carlos Castaneda se ha ido y sus cohortes, que también fueron instruidas por Don Juan, han desaparecido?

Brandon Scott: Tiene mas sentido que nunca enseñar los pases mágicos ahora. El intento de Carlos Castaneda y sus cohortes, discípulos de Don Juan, en enseñar los pases mágicos a sus aprendices y empezar los seminarios, fue para poner a disposición de todo aquel que estuviera interesado, la misma posibilidad que Don Juan les había dado a ellos: la posibilidad de un viaje de conciencia. Don Juan le dijo a Carlos Castaneda, así como Carlos nos lo dijo a nosotros, que los seres humanos no necesitan un líder para percibir energía directamente. Lo que ellos necesitan es sólo a alguien que les de una dirección. Carlos Castaneda nos instruyo y escribió sus libros, especialmente los mas recientes, incluyendo el libro Los Pases Mágicos. Don Juan nunca fue un "gurú" tampoco lo fue Castaneda. El objetivo de Carlos Castaneda; no era encontrar partidarios, él quería darle a quien fuera que estuviese interesado los medios para ver energía directamente. Castaneda cuenta una historia: Don Juan esta a punto de partir y Castaneda estaba desesperado, toma la mano a Don Juan y llorando se la besa. "Oye tómalo con calma, exclama Don Juan, ¡pronto vas a poner una basílica para mis huaraches!". El nagual nos dijo que siempre estamos buscando razones para no cambiar, una excusa para salirnos de las cosas. Mientras él estuvo aquí mucha gente preguntaba: "¿Cómo puedo hacer todo esto sin un Nagual que me ayude? ¿Qué va a pasar conmigo?" "¡Usen las herramientas! ¡Hagan el trabajo!", él contestaba. Ahora que el nagual se ha ido, la pregunta velada es la misma: "¿Cómo podemos hacer esto sin un líder, sin un nagual?" La respuesta es la misma: nosotros mismos tenemos que encontrar cómo. Este es el viaje de nuestro tiempo, el sueño, la revolución que Carlos Castaneda nos dio. Cuando él estaba presente en los seminarios, decía que la principal preocupación de la gente era atraer su atención y esperar sus instrucciones. "¿Puedo empezar a ensoñar ahora?" Esto es parte de nuestra naturaleza -Castaneda diría,-cuando hay un líder nosotros esperamos que él tome nuestras decisiones por nosotros. Nos dijo que él mismo empezó a aplicarse seriamente sólo cuando Don Juan había dejado este mundo. No tenía otra opción, tuvo que juntar y poner en acción todo lo que Don Juan le había enseñado.

Darien Donner: El nos dijo que para los videntes y los navegantes, nada se da por hecho. Comparaba nuestro viaje a aquellos italianos exploradores del siglo dieciséis. ¿Sabían ellos qué esperar? No, Colón pensó que encontraría la India. Incluso ahora, la gente indígena de América son llamados ¡"indios"! Antes de partir, Carlos Castaneda nos dijo tal como Don Juan le había dicho a él, que no le era posible llevarnos a nosotros con él , que nosotros no estábamos listos. No obstante, como él mismo lo había hecho, nosotros también teníamos que estar llenos de conciencia hasta el borde antes de que pudiéramos partir. Nosotros teníamos que vivir totalmente en esta tierra antes de que pudiéramos partir. Esto significa para nosotros y para los practicantes de los pases mágicos que debemos de manejarnos solos, tomando responsabilidad de nuestras acciones en lugar de esperar que él nos diga paso por paso qué hacer. El Nagual nos dijo que deberíamos tener un romance con el conocimiento. Esto significa hacer algo que nos apasione como un medio para acrecentar nuestra conciencia. Esto puede ser cualquier cosa tales como pintar, estudiar, jardinería algo que nos pueda apasionar.

Enganchándonos en tal actividad nos permite tener interacciones memorables, de las cuales nosotros podemos aprender algo que va durar toda nuestra vida. En mi caso, por ejemplo, el me dijo que dejara de estar sentada en mi cuarto y que fuera aprender idiomas.

Brandon Scott: Para contestar su pregunta acerca de las discípulas de Don Juan: ellas están aquí para aconsejarnos en nuestro esfuerzo de encontrar juntos con los otros practicantes de los pases mágicos lo que significa navegar sin un líder. Ellas se quedaron por ese motivo. Ellas no van a estar en los seminarios en persona, porque ellas quieren que los practicantes pongan su atención en incrementar la percepción en lugar de lo que concierne a ellas como personas.

Otra pregunta frecuente es, ¿cómo es posible que los pases mágicos cambien constantemente?

Brandon Scott: Antes que nada tengo que decirles, que una de las cosas que realmente me sorprendió fue cuando el nagual me enseñó pases mágicos complicados, yo me iba a la casa diligente y fervorosamente y los practicaba y al otro día que nos encontrábamos, yo estaba listo para enseñarle orgullosamente el resultado de mi practica, el nagual en lugar de ver mi interpretación me enseñaba una secuencia modificada la cual difería de la versión que yo había aprendido con mucha dificultad unos días antes. Yo me ponía furioso y pensaba: "¿Por qué siempre está cambiando los movimientos? ¿Cuál es la razón? La verdad, como descubrí mas tarde, era que él no cambiaba nada, Castaneda me estaba enseñando los pases mágicos de la misma manera en que Don Juan se los había enseñado, lo que significa que él le enseñó muchas formas para cada secuencia de movimientos: Para los videntes, lo único seguro es el cambio. Si nosotros queremos ver energía como fluye en el universo, nosotros mismos tenemos que ser fluidos. Para ello nos guió para distanciarnos de nuestra rigidez, de nuestro orgullo en "saber" una secuencia de movimientos, en ser los "expertos". Tan pronto como nosotros pensamos que somos expertos, él decía, nosotros dejamos de percibir.

Durante los seminarios mucha gente continua tomando notas de los pases mágicos; ¿no creen que al hacerlo pierden la mejor parte?

Brandon Scott: Sí, tomar notas mientras que se muestran los pases nos impide utilizar nuestra memoria kinestésica, que es la llave para practicar los pases mágicos, Castaneda solía pedirles a los participantes dos cosas: suspender juicios y evitar tomar notas. El solía decir que los seres humanos tendemos a convertir todo en algo familiar. El efecto de los pases mágicos no es familiar, nos dijo. Son mágicos porque influyen energéticamente y físicamente en una forma sutil pero muy poderosa. Al aprender los pases mágicos directamente con nuestros cuerpos, nosotros tenemos que llamar a nuestra memoria kinestésica, algo que normalmente no hacemos.

Pero incluso Castaneda tomaba notas mientras Don Juan le estaba enseñando.

Brandon Scott: Sí, ciertamente lo hacía, aunque por mucho que tomara notas, él nunca lo hizo en referencia a los aspectos directos y prácticos de las enseñanzas de Don Juan: Los pases mágicos, aquellos movimientos extraños que Don Juan ejecutaba entre las historias que le contaba a sus aprendices. Cuando Don Juan se había ido, Castaneda se dio cuenta que esa era la cuestión más importante, Los pases mágicos. Así que él pensó que evitaría causar diez años de incomprensión si les pedía que dejaran de tomar notas. Ellos pueden tomar notas con sus cuerpos.

En el seminario de Barcelona ustedes, los instructores, hablaron acer-

ca de "ensoñar juntos", a qué se referían?

Darien Donner: Para los videntes ensoñar es en sí mismo el arte deliberado y sistemático de cambiar nuestra percepción . Esto puede pasar tanto cuando dormimos o cuando estamos despiertos. Los practicantes de los pases mágicos, los instructores y los participantes de los seminariostienen un sueño en común: Incrementar nuestra conciencia. Esto no significa que haya un grupo en el sentido tradicional. No hay nada de que agarrarse como grupo. Sólo una colección de gente que está buscando en la misma dirección, cada una trayendo su propio peso para sostenerse.

Brandon Scott: Cuando nosotros hablamos en los seminarios de ensoñar juntos, nosotros queremos decir que los participante que suspenden juicios y hacen el esfuerzo, perciben de una nueva manera. Muchos nos han dicho que ya no riñen con sus compañeros en el trabajo o conspiran en contra de su jefe en la oficina. Ellos ya no tienen los problemas que estaban acostumbrados a tener. No concentrándose más en sus problemas, ellos tienen energía extra para una nueva percepción, fuera de la realidad de todos los días. Esto es empezar a ensoñar.

¿Qué hay acerca de los guerreros y el sexo? Una de las cosas más difíciles de llevar a cabo es esta clase de castidad energética que se requiere para quien practica Tensegridad. ¿Tienen que admitir que esto no anima a la gente a unírseles?

Brandon Scott: No hay nada a que unirse. No hay pre-requisitos y no hay grupo. Es simplemente cuestión de energía. Ensoñar requiere una gran cantidad de energía.

Darien Donner: Los videntes creen que nuestra mejor energía es la energía sexual, así que es mejor no usarla imprudentemente. El recomendaba a los nuevos practicantes de abstenerse por la simple razón de que tener sexo al comienzo significa fusionarse con alguien a un nivel muy profundo antes de tener la posibilidad de conocer nuestros propios pensamientos y percepciones. El nagual nos dijo que si alguien desea intensamente tener sexo y se estaba conteniendo era mejor tenerlo. Se gastaba más energía preocupándose acerca de tener sexo que teniéndolo. Pero en cualquier caso estas son decisiones que cada persona debe de tomar por sí misma y quiero enfatizar que no hay ninguna cuestión moral involucrada.

Brandon Scott: El nos dijo que uno de nuestros problemas es que nosotros tomamos las relaciones con un punto de vista mercantil. "Voy a hacer esto por ella, si ella hace esto por mí." Todo está bien, ella es la cosa más maravillosa en el mundo hasta que empieza a mirar a otro hombre. Entonces sin duda, ella es un monstruo. El dijo que para involucrarse energéticamente bajo estas condiciones, con estas expectativas y confusiones, era un desastre. Era mejor dejar el sexo a un lado hasta que no dejáramos la necesidad de controlar y dominar o ser la víctima o organizar todo a nuestra forma y a nuestro favor.

En el seminario de Barcelona, ustedes dieron explicaciones en las técnicas de la recapitulación, diciendo que también era para momentos felices y no sólo para los traumáticos en la vida de uno. ¿Que querían decir?

Darien Donner: Primero que nada voy a explicar qué es la recapitulación. Es un pase mágico que enfoca nuestra atención en la vida de todos los días y en el sueño. Consiste en una revisión de las interacciones con la gente que hemos conocido durante nuestras vidas combinado con una técnica especial de respiración. Nosotros recapitulamos para estar concientes de cómo nuestra vida ha sido y como encontrar nuevas formas de acción. Cuando

revisamos cada detalle de nuestras interacciones nosotros enfocamos nuestra atención. Nosotros estamos atentos a los sonidos, colores, olores, objetos que están en el cuarto a cualquier cosa que nosotros podamos recordar. Esto ayuda a enfocar nuestra atención en la vida diaria y en el sueño.

Brandon Scott: Un día le pregunte al Nagual acerca del ensueño. Yo me preguntaba cuando iba a empezar a darme las instrucciones. El me preguntó sorpresivamente. "Oye, te acuerdas de la silla de tu oficina?", y yo le conteste, "¿la silla de la oficina?, ¿por qué?, sí, me acuerdo vagamente". "Vagamente?", gritó , si tú estás sentado en esa silla ocho horas al día, ¿cómo es posible que no te acuerdes? ¿Cómo crees poder tratar de mantener tu atención de ensueño si no puedes siquiera estar atento en tu vida diaria? Dijo que si podíamos poner atención en los detalles de nuestra vida diaria, y en nuestra recapitulación, podríamos completar los elementos faltantes, las cosas que hemos dejado escapar , más que los simples detalles, son los que hacen la película completa. Vamos a ser capaces de ver los patrones y repeticiones que hasta entonces no nos habíamos dado cuenta. Para algunos de nosotros esto significa el hábito de mirar sólo las cosas equivocadas, lo que la gente nos hizo, lo que no tuvimos, cómo nos equivocamos...En mi vida, por ejemplo, yo estaba siempre envidiando a los otros por sus vidas emocionantes y me decía a mí mismo que a mí nada me había pasado. Más tarde me di cuenta que yo había sin duda vivido algunos momentos muy intensos en los cuales yo había hecho decisiones importantes. El hecho es que había olvidado aquellos momentos porque la imagen social que yo tenía de mí mismo me había dominado. La recapitulación nos permite ir mas allá de la imagen social y tiene una vista más desapegada, algo que los chamanes llaman "la vista desde el puente". Sólo con este punto de vista es posible un cambio verdadero.

¿Podría profundizar más en este concepto del cambio?

Brandon Scott: Sí,, el concepto del cambio puede describirse como encontrar nuevos caminos para percibir, percibirnos nosotros mismo, a nuestros compañeros, todo lo que nos rodea. No la forma correcta de percibirlos pero nuevas formas. Esta es una forma de sobrepasar ciertos límites que nosotros habíamos aceptado inconscientemente durante nuestra vida. Mírenme a mí por ejemplo, yo había aceptado desde el principio que yo no era capaz de hablar a un grupo de extraños, que yo era "tímido". Nunca me imaginé que un día yo me atrevería a subir a un podium y dirigirme a más de setecientas personas.

Supongo que tiene que ver, sin decirlo, que la prueba científica de las teorías de Castaneda, ¿es prácticamente imposible?

Brandon Scott: Carlos Castaneda nos dijo que la afirmación de los chamanes de su linaje son totalmente verificables. Todo lo que nosotros tuvimos que hacer para verificarlas fue darnos a nosotros mismo en cuerpo y alma para buscarlas. El me dijo la historia de cuando conoció a un científico famoso que casi burlándose le dijo: "Bien, todo este chamanismo es falso, ¿no? ¿Usted no me lo puede probar? Y el nagual le contestó "¿Y puede usted probarme las leyes de gravedad?" "Por supuesto que puedo", contestó el científico, "pero tendría que enlistarse en los cursos 1, 2 y 3...de física." "Sí," contestó el nagual, "es la misma cosa con el chamanismo, usted tendría que enlistarse en los cursos 1, 2 y 3... de chamanismo".

Tengo que hacer otra pregunta más terrenal y prosaica: Algunas gentes se quejan de los precios para asistir a un seminario que continuamente suben de precio. ¿Qué es lo que tienen que decir acerca de esto?

Darien Donner: Primero que nada queremos decirle que no es necesario asistir a los seminario para aprender los pases mágicos: El libro de "Pases Mágicos" puede mantenerlos ocupados por algún tiempo. Y la primera serie del libro esta también en video. El nagual nos dijo que cada pase mágico practicado impecablemente era un paso que nos llevaría hacía el infinito.

Brandon Scott: Carlos y sus colegas solían enseñar los pases mágicos gratis en grupos pequeños hace diez años. Nadie los practicaba y los movimientos fueron tomados como una novedad de su tipo. Los cuatro aprendices de Don Juan se dieron cuenta que la gente que paga para que le enseñen, presta mas atención. Hoy en día alrededor del mundo hay gente quienes practican Tensegridad constantemente y ellos han obtenido un verdadero cambio en sus vidas. Antes de partir el nagual dijo que ellos le habían dado una nueva esperanza en el espíritu humano. Y fue donde él puso sus esfuerzos antes de dejar este mundo. Para pagarle al espíritu humano. El quería pagarle al infinito cosas que él había recibido y visto: Una escena particular de la película "Blade Runner" fue muy significativa para él. Es casi al final de la película, cuando uno de los principales personajes que había viajado lejos y ampliamente en el universo está a punto de morir. Antes de morir esta persona cuenta algunas de las más increíbles y extrañas experiencias que él ha vivido y visto en su tiempo. "Todas estas cosas se perderán en el tiempo", él dice, "como lágrimas en la lluvia". Carlos Castaneda no deseaba que el conocimiento de Don Juan -la oportunidad de la libertad- se perdiera como lágrimas en la lluvia. Para él existía otra posibilidad, y él la transformó en una verdadera opción, abierta a quienquiera que estuviera interesado y dispuesto a actuar.

FIN

* * *

CARLOS CASTANEDA

ANOTACIONES DE LAS BRUJAS

(RECOPILACIÓN DE NOTAS SOBRE EL MATERIAL DE DON JUAN MATUS, DICTADO EN SEMINARIOS Y CURSILLOS)

MANO IZQUIERDA EDITORES

Carlos Castaneda.
Anotaciones de las Brujas. Recopilación de notas sobre el material de Don Juan Matus, dictado en seminarios y cursillos.

Fotografía de Portada: Vincent Guth by Unsplash.

Edición bajo el cuidado de:
Mano Izquierda Editores.

Circa, 2019.
Lima, Perú.

ANOTACIONES DE LAS BRUJAS

(RECOPILACIÓN DE NOTAS SOBRE EL MATERIAL DE DON JUAN MATUS, DICTADO EN SEMINARIOS Y CURSILLOS)

ÍNDICE DE LAS ANOTACIONES

NOTAS BRUJAS 1
Informaciones de un lector sobre una conversación telefónica con Taisha y Florinda
Extracto de una charla que dio Taisha en el EW Bookstore en Menlo Park, Junio del 94
Frases sueltas de Taisha, de una charla en Bekeley, en el 93
Notas de una charla que dio Taisha en Pasadena, en Octubre del 92
Nuevas notas de dos lectores sobre la conferencia sobre el Ensueño que las tres brujas dieron en Arizona
Notas sobre una conferencia de Carlos Castaneda en Sunnyvale, CA, 3 de Diciembre de 1994
Notas de un lector reportando las 4 conferencias espontáneas que dio CC en una biblioteca de Los Ángeles, en el 93

NOTAS BRUJAS 2
Notas de un lector sobre un Seminario que dieron CC y sus brujas en Maui, Hawai, en Navidad del 94
Notas de otro lector sobre la misma charla de Taisha en el Menlo Park en el 94
Más notas sobre las conferencias de Carlos en Santa Mónica (Noviembre del 93)
Segundo lote de notas (de un lector finlandés) sobre la conferencia de Taisha en Berkeley, el 19 de Noviembre de 1993)
Impresiones y notas sueltas de otro lector que ha asistido a las diversas conferencias y charlas de los brujos consignadas anteriormente

NOTAS BRUJAS 3
Resumen del seminario para mujeres de Los Ángeles (1 al 3 de marzo de 1996)
Conferencia introductoria de Carlos Castaneda
1º conferencia de Taisha Abelar
1º Conferencia de Florinda Donner
Conferencia de Carlos Castaneda (Primera Parte)
Esta es la 2º Parte de la conferencia del nagual Carlos en el seminario de mujeres de 1996
Esta es la conferencia que la mujer nagual (Carol Tiggs) ofreció en el seminario de mujeres
2º Conferencia de Taisha Abelar
2º Conferencia de Florinda Donner
Resumen de la conferencia del Explorador Azul, y final de los reportes del seminario de mujeres de 1996

NOTAS BRUJAS 4
Entrevista a Carlos Castaneda (Agosto 97)

NOTAS BRUJAS 5
Taller intensivo de Tensegridad en Los Ángeles (Agosto 95)
Conferencia de Castaneda

NOTAS BRUJAS 6
Mexico 1996 - Conferencias de Carlos Castaneda

NOTAS BRUJAS 7
Los Nueve Caminos (Transcripto a partir del reporte de Rich Jennings)
1. Tensegridad - 2. Recapitulación - 3. No-Haceres - 4. Pinches Tiranos - 5. Técnicas de Observación (Gazing) - 6. Silencio Total (o interno) - 7. Disciplina y acciones impecables - 8. Ensueño - 9. Acecho

NOTAS BRUJAS 8
Curso de Tensegridad, Maui
Voladores
Taisha Abelar y la otra cara de la moneda

NOTAS BRUJAS 9
Seminario de Westwood (Agosto 96)
1º Conferencia de Carlos Castaneda
El conocimiento
Punto de encaje y cuerpo energético
Navegantes en el mar de lo desconocido
Lectores del infinito
La espiritualidad
Lo científico

NOTAS BRUJAS 10
Seminario de Westwood (Agosto 96)
Conferencia de Taisha Abelar

NOTAS BRUJAS 1

Informaciones de un lector sobre una conversación telefónica con Taisha y Florinda:
-Da igual hacer la inhalación (en la recapitulación) a la derecha o a la izquierda.
-Da igual también el sitio. Florinda recapituló gran parte de su REC en un asiento del autobús en el que hacía un trayecto regular.
-Ambas insisten en la absoluta necesidad de recapitular para reunir energía, y en la de tener una lista escrita de todas las personas conocidas.

Extracto de una charla que dio Taisha en el EWBookstore en Menlo Park, Junio del 94:
-La disciplina es la búsqueda inflexible de un propósito.
-El intento inflexible lo puede curar todo.
-El guerrero acepta el hecho de que es mortal. Acepta su responsabilidad de percibir, y extrae su energía de la utilizada para mantener el orden social.
-El guerrero paga sus deudas.
-El verdadero guerrero necesita estar verdaderamente solo.
-Para el acechador, disciplina es lo mismo que Intento.
-Existe una gran fuerza -que ellos llaman el Selector- que es como una gran aguja en el cielo que dirige el curso de los acontecimientos a nuestro favor o en contra, y que es movida por el intento. Al Selector también se le llama el Espíritu.
-La disciplina del acechador es mantenerse fluido.
-Para ella, el desafío del guerrero es mantener la conciencia del punto de encaje, incluso después de muerto.
-La mejor manera de empezar es recapitular devotamente por un año o dos, y después uno puede estar listo para hacerse brujo.
-En su libro cuenta cómo hizo ella la REC, pero hay muchos procedimientos.

Frases sueltas de Taisha, de una charla en Berkeley, en el 93.

-Según te des tú mismo al Intento, así recibirás.

-Dáte totalmente, y él te cuidará totalmente. Sin hacer.

-Este es el final de todo el linaje.

-Tenemos que hacerlo por nosotros mismos. Nuestro único guía es el cuerpo energético.

-Si algo está aquí para ti, hazlo.

Notas de una charla que dio Taisha en Pasadena, en Octubre del 92.

- La actividad de los brujos es soñarse a sí mismos.

- El ego siempre se presenta como un "pobrecito niño" ante el mundo. Es una especie de síndrome.

- Para mover el punto de encaje tienes que, primero, rescatar la energía habitualmente invertida en la presentación del sí-mismo y en la búsqueda de relaciones sexuales. Después, en segundo lugar, practica las técnicas brujas: recapitular y parar el diálogo interno (la meditación y las técnicas de respiración son buenas para esto último).

- Sabrás que eres impecable cuando no tengas interés por tí mismo o por las recompensas.

- Actuando impecablemente llegarás al sitio donde no hay compasión. Tu punto de encaje su moverá a la conciencia acrecentada, y podrás ver otros mundos. Entonces podrás usar el ensueño y el acecho.

-La Tierra tiene también un punto de encaje.

-La vergüenza trastorna el punto de encaje.

-Los fenomenólogos intuyeron que la percepción está codificada en el cuerpo.

-Un guerrero espera a su muerte, y mientras la espera, se rodea de fuerza y de belleza.

-Usa estrategias para traquetearte y sacudirte a tí mismo. Esto moverá tu punto de encaje.

-No juzgues. Juzgar es morir.

-Los seres inorgánicos (SSII) vienen a través de túneles. Ignóralos. Los SSII obedecen tus comandos.

-Puedes recapitular tus sueños, o recapitular en tus sueños (aunque la dirección de las respiraciones es distinta).

-El mejor lugar inmediato donde mover el punto de encaje (PE) es el sitio donde no hay compasión.

-Practicar sexo está bien sólo si has recapitulado. Si has ahorrado energía.

-Después de la REC sólo existe el ahora.

-Cubre los espejos.

Nuevas notas de dos lectores sobre la conferencia sobre el Ensueño que las tres brujas dieron en Arizona:

-Florinda cuenta que la primera vez que se encontró con Don Juan, éste le dijo: " no hay tiempo" . Fueron las primeras palabras que le oyó decir.

-Más adelante, cansada de oírle decir que ya no tenía forma humana, le preguntó su eso significaba que no tenía pene. Don Juan se bajó los pantalones y enseñó un considerable órgano.

-El sexo es una espada de doble filo. Te puede ayudar o te puede hundir. En esta materia, lo verdaderamente importante es atender a tu "vidente interior".

-Florinda dijo que D. Juan era un "viejo verde".

-Acerca de la REC, Carol dijo que la técnica tiene su importancia, pero que era preferible recapitular con el intento correcto, aunque lo hagas en el coche, a ir por ahí diciéndole a todos que estás recapitulando en tu caja, como para darte aires.

-Florinda enfatizó que las mujeres deben aprender a cooperar con los hombres, y no competir con ellos.

-Dijo que los hombres se alimentan de las mujeres porque ellas están energéticamente completas, mientras que ellos no.

-Moverse completamente dentro de otro mundo ayuda a ver con claridad el mundo que hemos dejado atrás.

-Resaltaron la importancia de atender al "vidente interior"; aunque resulta difícil a

causa de las demás voces del diálogo interno.
-Enfatizaron también que no las necesitamos a ellas ni a Carlos para ser guiados. Sólo necesitamos focalizarnos en el Intento, y seguirlo.
-Florinda dijo que las drogas hacen muy difícil llegar a la segunda atención a través del ensueño. Un oyente dijo que don Juan había recomendado a CC encontrarse con Mescalito tantas veces como fuera posible. Florinda dijo que sí, pero hacerlo a través del ensueño.
-Dijo que fumar porros vuelve al cuerpo luminoso de color verde. Finalmente, notando las inquietudes de la audiencia, Carol dijo que todo es reparable, a través de la REC, los no-haceres, etc...
-Alguien preguntó si debíamos perseguir el conocimiento académico para ser brujos, y las tres respondieron un enfático y unánime no.
-Alguien preguntó también si debían dejar a sus familias para iniciarse en la brujería, y Taisha dijo que en absoluto; simplemente debíamos empezar allí donde estuviéramos.

Notas sobre una conferencia de Carlos Castaneda en Sunnyvale, CA, 3 de Diciembre de 1994:
-El lenguaje no puede describir la videncia, así que ni siquiera sabemos que existe.
-El objetivo primordial de D.Juan era el silencio interno.
-Cada persona tiene un umbral personal para ver. Pueden ser 15 minutos o 6 horas, da igual. Debes construir tu silencio interno para llegar a ese umbral. Y puedes hacerlo segundo a segundo, incansablemente cada día. Entonces verás.
-Mi límite personal de tiempo eran 6 segundos (o 6 minutos??). Entonces una voz empezaba a hablarme.
-Un día, mientras caminaba en UCLA, empecé a ver líneas de energía sobre impuestas en todas partes. Me di cuenta de que siempre las había visto, aunque las había ignorado.
-No me idolatréis,. No quiero ser vuestro gurú.
-No endioséis a nadie. Don Juan desmitificaba a todo el mundo, incluso a Jesús; y a mí me gustaba Jesús.
-La segunda atención es la misma para todos nosotros.
-El lado izquierdo es muy peligroso, pero la disciplina del silencio interno nos protege no sólo del lado izquierdo, sino también del derecho.
-Los SSII se alimentan de nuestra energía, dejándonos solo la suficiente para mantener nuestra importancia personal.
-El silencio interno es la única manera de aventurarse en el lado izquierdo.
-Un oyente pregunta si necesitamos plantas de poder. CC responde NO, absolutamente no. El las tomó porque su PE estaba excesivamente rígido.
-La matriz es como otro cerebro. La energía que se "ve" en ella es como la del cerebro.
-Los demás aprendices de D. Juan están viviendo correctamente, pero no me siguen, dice CC. Cuando tomé el mando les dije que debían ir a la escuela y estudiar duramente, y ellos rehusaron. El estudio concienzudo ocupa a la mente y permite un más fácil silencio interno.
-Yo soy super-pragmático.
-Si supiera cómo arde uno desde dentro, no estaría aquí (bromea, respondiendo a una pregunta). Don Juan ardió en una increíble implosión de energía mientras sostenía su conciencia entre las manos. Luego fue catapultado como una ballesta.
-Hace ya tiempo que mi voz de emisario se calló. Cuando yo tenía 35. Ahora navego solo, sin guía. Está bien. Pero nunca le dije gracias. Es por eso por lo que ahora hablo. Para pagar de alguna forma aquel formidable regalo.

Notas de un lector reportando las 4 conferencias espontáneas que dio CC en una biblioteca de Los Angeles, en el 93.
-No le gusta el término "brujería". El prefiere "nagualismo " .

-Invertimos demasiada energía en la defensa y presentación del "sí mismo" en la vida cotidiana. Pero no somos únicos. Todos expresamos las mismas necesidades.
-Necesitamos un propósito. Sin él no hay victoria.
-No necesitamos ningún guía. Sólo necesitamos energía. La energía proviene de nuestro examen imparcial.
-El camino del guerrero gira alrededor de la disciplina. La disciplina es lo único que puede hacer frente al orden social.
-El guerrero es alguien que acepta humildemente que va a morir, y que esto no es negociable.
-Es buena medida levantarse en mitad de la noche a mirarse en el espejo para ver al ser que va a morir y preguntarle: "¿qué es o que estás haciendo? ¿ Cuál el la suma total de tus acciones?
-Hemos de llamar al intento y decirle que queremos ser responsables del hecho de que vamos a morir. Debemos decirlo en voz alta, ya que la voz tiene tremendo poder.
-Estamos en deuda con el mundo y con el Espíritu.
-En su búsqueda de gurús, Castaneda nunca encontró hombres de conocimiento: solo mercaderes de Dios.
-Los maestros nunca deberían cobrar por sus enseñanzas.
-Debemos también darle voz a nuestra responsabilidad de percibir.
-El mundo debería estar construido sobre la base del hecho de que vamos a morir.
-Don Juan no creía que el hombre fuera maligno, pero sí que era una triste criatura.
-Salvando suficiente energía, podemos ver, aunque no con los ojos. La energía es visible en un nivel incomprensible. Nosotros estamos viendo energía ahora mismo, pero no lo sabemos porque nuestra conciencia no está consciente.
-No-haciendo, el guerrero se da cuenta de que el mundo es un arreglo.
-Los sueños son como compuertas: nuestra conciencia las atraviesa en un sentido, y la conciencia del infinito las atraviesa en sentido contrario.
-Cuanto más se mueve el punto de encaje, más terrorífico es el ensueño; pero su el ensueño es tomado como un desafío, cono una empresa formal, entonces la expresión demoníaca desaparece.
-Los ensueños suelen durar solamente unos cuantos minutos, pero eso basta para revitalizarnos. El resto sin sueños normales.
-Hay 7 compuertas para el ensueño, y cada una implica un mundo diferente.
-En la primera compuerta, tú mientes a tu propia mente diciéndole que quieres hacerte consciente de que te estás quedando dormido, pues tu propósito real es examinar cada elemento del sueño ordinario.
-Tienes que decir: "Soy un ensoñador", y hacer el intento desde la posición de un ser que va a morir. Una vez que llamas al Intento, la misma energía empujará al ensoñador. El intento debe ser simple y humilde, como una persona que va a morir.
-No estamos en el mejor de los mundos posibles, como muchos piensan. Tenemos que usar la muerte, pues una vez que un guerrero usa el flujo de energía, el mundo ya nunca vuelve a ser el mismo.
-Cuando aparece un elemento disonante en el sueño, suele ser un explorador. La conciencia es el elemento en el que los exploradores viajan, lo mismo que los barcos viajan sobre el mar. Tienes que parar el sueño cuando veas un explorador, y decirle: "oye, dime de dónde vienes". Esto obliga al explorador a llevarte a su mundo, que es un universo paralelo.
-Todas las cosas son paralelas en el universo. El universo paralelo es un mundo de conciencia.
-Las mujeres son réplicas de los seres inorgánicos.
-El universo es femenino, siempre en búsqueda de machos.
-La interacción con los seres inorgánicos es inevitable en el momento de la muerte, así que ¿Por qué no hacerlo cuando aún estamos vivos y vigorosos?. El océano del universo realmente te tomará, así que llámalo ahora y reclama tu destino.
-Pero irse con los exploradores es peligro-

so si eres ansioso. Debes ser claro como el cristal y tener temple de acero para irte con ellos.
-Todos podemos ser magníficos ensoñadores si nos dan la oportunidad.
-Hay una ola de tristeza ontológica en el universo.
-En la segunda compuerta sentimos que siempre hemos prestado atención a los sueños, pero nunca nos hemos dado cuenta de que lo hacíamos con nuestro cuerpo energético.
-Don Juan decía que el cuerpo energético está siempre trabajando.
-Si quieres tener percepciones verdaderamente increíbles, duérmete dentro de un sueño en la misma posición en que te quedaste dormido en la vigilia.
-El universo paralelo te reclamará. Debes decir: "llévame a dónde nace la conciencia energética". Irás a los túneles de energía. Empezarás a oír la voz del emisario. Primero es una voz de hombre y luego de mujer. Pero no dejes que interfiera demasiado en tu vida cotidiana. Dile: "mantente apartado de mis asuntos" ; porque si no, es fácil volverte dependiente de esa voz.
-El camino del guerrero requiere disciplina, pues en el mundo cotidiano no existe otra cosa que el vacío y el aburrimiento.
-El ha cerrado el ciclo del linaje de Don Juan.
-La muerte no es necesariamente un concepto lineal. Solo hay energía ahí fuera, y debes encontrarla con todo tu poder, así que debes prepararte para una lucha espléndida con la muerte.
-Un momento de silencio basta para reconstruir el mundo, ya que nuestro diálogo interno es pura vanidad, impotente ante la vida o la muerte.
-La mente no puede resistir la persistencia.
-Nada de drogas, ni marihuana, ni peyote, ni heroína.
-La gente profundamente católica raramente sabe algo. El símbolo de Jesús debe ser examinado. (Cuenta que Don Juan le obligó a estudiar la historia de la Iglesia).
-El hombre es la medida de su mundo, y estamos en un momento crítico, peor que en los años 50, pues el orden social no se preocupa del ser que va a morir.
-Fue Carol Tiggs la que trajo la posibilidad de abrirse a la comunicación pública.
-Su único interés (de Carlos) es introducirnos a todos en lo abstracto.
-Las mujeres tienen más facilidad que los hombres. Los hombres son raros y codiciados. Los seres inorgánicos en seguida se hacen conscientes de los hombres. Hay que evitar el enfrentamiento. Las mujeres pueden llegar al universo paralelo con muy poco esfuerzo.
-Si das voz a tu deseo de quedarte (con los seres inorgánicos), vivirás cinco billones de años. Morirás con la Tierra. Los seres inorgánicos te ofrecen prácticamente la eternidad. Pero él (Carlos) nunca entregó su mundo.
-El emisario era un vendedor. Le decía que no tendría ni siquiera que respirar.
-Don Juan renunció a los seres inorgánicos, pero Carlos estuvo a punto de sucumbir porque le encanta ir al universo paralelo.
-Carlos se encontrará con todos nosotros en el lugar donde no hay compasión.
-Hagamos una lista de personas y recapitulemos. La dirección de la cabeza no es importante. Esto aumentará nuestra energía.

NOTAS BRUJAS 2

Notas de un lector sobre un Seminario que dieron CC y sus brujas en Maui, Hawai, en Navidad del 94-95:

-Todas las brujas llevaban el pelo muy corto. Decían que el pelo largo es una peligrosa antena social, al menos para ellas.

-Don Juan y su grupo están bloqueados en la segunda atención. Se necesita una masa crítica (de gente, de energía) para sacarles de allí. Es por eso por lo que CC y su grupo han comenzado los seminarios (¿¿¿???). Cuanta más gente haya trabajando para la libertad, mayor energía para CC para liberar a D. Juan.

-El sexo sólo es malo si es usado como herramienta de ganancia personal o de posesión. El sexo debe ser totalmente incondicional, sin ganancias secundarias.

-El barrido final que se hace en la REC después de cada evento, es una manera de decir : "Ya no más. No tomaré ni daré más energía en esta situación."

-La búsqueda de recompensas es lo que más energía nos hace perder. Solo debes hacer aquello que el intento indica. La importancia personal es implacable, paciente y dulce. Para encontrar la libertad total, uno debe renunciar incluso al deseo de ser libre, a la esclavitud de cualquier deseo. No se trata de buscar la libertad por miedo a morir. La importancia personal adora las recompensas.

-No vayáis demasiado deprisa. Hay que perfeccionar el tonal antes de aventurarse en el nagual.

Notas de otro lector sobre la misma charla de Taisha en el Menlo Park en el 94:

-Para "parar " , sólo tienes que decidir ser guerrero o no.

-El PE fluctúa de forma natural en los sueños. Pero también puede hacerlo bajo el efecto de las drogas, la meditación profunda, el hambre, o las privaciones sensoriales.

-La muerte no es el proceso tan rápido que parece ser. El resplandor del PE se va rápido, pero toda la otra energía del huevo luminoso puede tardar mucho tiempo en deshacerse. (Y el proceso es aún más lento si te entierran en un ataúd de plomo).

-Hay que estar firmemente fundado en el camino del guerrero para parar el diálogo interno y ensoñar.

-La disciplina es abstracta: es el enganche inflexible a un propósito. El uso real, pues, de la disciplina es muy flexible y fluido.

-Hace falta coraje de hierro. No hay lugar para la duda o la tentación de volver a la anterior vida de rutinas y auto-indulgencias.

-La disciplina lleva a la armonía, el bienestar, el balance. La vida diaria lleva a la indulgencia.

-No puedes aprender a ser un guerrero. Es una elección que haces por tí mismo y a solas. No puedes recurrir a nadie que te enseñe a ser un guerrero; ése es el camino equivocado, el camino de la indulgencia.

-Lo mas importante es aceptar la responsabilidad de tu propia muerte. Este es el fundamento primordial.

-Asume la responsabilidad de tu percepción en el mundo.

-Si te ajustas el cinturón y eliminas lo innecesario, el PE se moverá por sí mismo, sin otro tipo de ayuda.

-Debes pagar tus deudas. El guerrero es generoso.

-si alguien realmente te ha injuriado, esto también ha de ser restituido. No es cuestión moral, sino de romper conexiones.

-El camino del guerrero es una vía de escape, un lugar a donde ir después de desmantelar tu vida diaria.

-Hay tres esquinas en el orden social:

1.-Cómo nos presentamos a nosotros mismos en el mundo.

2.-Nuestra necesidad biológica de emparejarnos y reproducirnos. La seguridad de la familia es una de las más fuertes atracciones del orden social. Hay un tremendo miedo de estar solo, a morir solo. Pero los brujos tienen que aprender a estar solos por largos períodos. Don Juan nos probó a todos en este sentido. Sobre todo a las

mujeres se nos educa para que busquemos pareja y no estemos solas. La REC nos libera de esto.
3.-La importancia personal. "La importancia personal mata". Hasta los mártires dejaron su vida por importancia personal. Así que lo más importante es saber que tú no eres más o menos que cualquier otro ser viviente. Todos somos iguales.
-El "Selector" es un mecanismo bastante simple, parecido a una aguja apuntando en una dirección. El selector lo hace todo por tí si tienes suficiente energía. Empuja ciertas cosas del universo hacia tí.
-Una vez que has recapitulado ya no necesitas especiales rituales para mover el PE. No sabemos cómo, pero basta con actuar impecables para que el Selector mueva el PE.
-Los acechadores buscan crear máximas disonancias cognitivas (MDC) . No pueden elegir a dónde moverán el PE, porque si lo hacen no crearán MDC entre la vieja y la nueva posición del PE. Es por esto por lo que los guerreros se hallan bajo una tremenda presión: porque el Selector elige nuevas posiciones el PE que resultan chocantes, para que esto haga vibrar al PE. El guerrero debe mantener esa presión, pero de manera armoniosa, para no volverse loco.
-Una vez que tengas Intento Inflexible y energía, el PE se moverá sin problemas. Y una vez que recapitules, incluso se moverá sin darte cuenta.
-El Selector eligió para mí -cuenta Taisha- ciertas posiciones de acecho que me obligaron a asumir esos papeles de manera total, 24 horas al día. Fui Ricky, un chico gringo, que quería pasar por americano; luego fui una chica ingenua que quería resultar atractiva; más adelante me hice una mendiga que pedía en la puerta de la iglesia; y finalmente fui Sheila Waters, una mujer de negocios.
-La conclusión que saqué es que nada es real; todo es una manipulación de la conducta. Cada posición del PE es igualmente real, y engancha a los mismos fantasmas. La única manera de escapar del cinismo es asumir el desatino controlado, que es la delicia de los guerreros.
-Si tienes la suficiente energía, todas las cosas que el Selector pone a tu alrededor sin cosas de fuerza y de belleza, haces un arte de tu vida.
-Recuerda que ya estas muerto, que eres un fantasma, como cualquier otra cosa; así que pierde tu sentido de importancia.
-Entiende, sin ninguna sombra de duda, que nada es real.
-Moverse dentro de otra banda completa del huevo luminoso es como morir. La conciencia sigue contigo, pero para la realidad ordinaria tú ya te has ido, has muerto.
-Hay una similitud entre las teorías de la Acupuntura china y las descripciones toltecas del huevo luminoso.
-Unos padres energéticos y una lactancia materna contribuyen a dotar al individuo de mayor carga energética. Pero no te preocupes, una vida disciplinada te repondrá la que te falta. No se necesita , realmente, mucha energía para mover el PE.
-Nietzsche decía que "todo lo que no me mata me hace más fuerte". Así piensan los brujos. Pero cuidaros de los filósofos,. porque son grandes auto -complacientes.
-No importa realmente si sigues o no al pie de la letra el método explicado de la REC. Lo único esencial es el intento inflexible de recapitular.
-Cuando haces el intento correcto, tienes a 27 generaciones de brujos detrás tuyo.
-Consejos sobre la REC: Inténtalo. Sé integro. No compitas, Sé armonioso en tu disciplina. No hagas nada al azar , a no ser que así lo intentes. La dirección de la respiración no es importante; lo esencial es usar la respiración para desprenderte de la energía. La REC lleva toda una vida.

Más notas sobre las conferencias de Carlos en Santa Mónica (Noviembre del 93):
-Las drogas psicotrópicas solo son útiles en el sentido de que causan una "tremenda disonancia cognitiva". Nunca deben ser utilizadas por placer.
-El orden social no está interesado en

nuestro bienestar. No nos proporciona sentido ni propósito. No nos protege de la muerte.
-La manera de romper con el orden social es a través de la disciplina.
-La disciplina no es seguir un órden rígido. La disciplina es fluidez.
-La libertad es nuestra herencia. La libertad es el salto de la conciencia dentro de lo desconocido.
-Somos todos viajeros. Vamos a morir. ¿No queréis hacer algo magnífico mientras vamos de camino?
-Acepta con humildad que vas a morir. No te escondas de ello.
-Hay una fuerza perenne en el universo disponible para nosotros, aunque nunca la usamos. Llámala diciendo "quiero ser responsable del hecho de que voy a morir".
-Acostúmbrate a gritar tu intento a esa fuerza. No le supliques. Si te pones de rodillas , se te meará encima.
-El ensueño te lleva a un estado de conciencia donde lo humano no cuenta.
-Cuando el PE sale de su sitio habitual y tiene otra percepción, deja un agujero. Sólo a través de la disciplina puedes obligarlo a regresar.
-Las drogas sólo te dan un vislumbre de nuevas posiciones, no una visión sostenida.
-Define tu deseo como Libertad. Entonces el Selector hará los apropiados ajustes.
-No seas tímido. Vive peligrosamente. Justo en el borde.

Segundo lote de notas (de un lector finlandés) sobre la conferencia de Taisha en Berkeley, el 19 de Noviembre de 1993:
-Nosotros realmente vivimos todo aquello que consta en nuestros libros.
-Somos brujos constantemente atacados, bombardeados por los agudos tiradores de lo conocido y lo desconocido.
-Las drogas son innecesarias y dañinas, y fueron usadas con Carlos solo porque él era un nagual y su PE estaba muy rígido.
-Yo moví mi PE a través de la REC, nunca a través de las drogas.
-Yo pensaba que la REC no me había cambiado , pero al final me dí cuenta de que gracias a ella había transferido la mitad de mi conciencia al cuerpo luminoso.
-Tú no te sientes distinto después de hacer la REC. Simplemente ya no te molestan las cosas que antes te preocupaban.
-Algunos cambios repentinos del PE pueden lastimar al cuerpo físico. Por eso es fundamental mantenerse en plena forma.
-Hay agujeros en el orden social, agujeros que los brujos y los SSII ven y utilizan para precipitarse a su través.
-Es recomendable armar primero la escena (en la REC) y luego barrerla. Pero no hay una técnica fija.
-No fuerzes al cuerpo físico (en la REC).
-Ten cuidado con la forma como categorizas la Lista. A los brujos les encanta hacer índices y categorías. No descartes ninguna.
-Carol puede hacer las "posiciones gemelas" porque es un ser doble y tiene línea directa con el Inquilino.
-Los brujos no creen en la reencarnación, pero piensan que la vida puede ser prolongada si al morir reclamas el montante de energía que has ahorrado a través de la REC.
-Cada vez que mueves el PE recibes un empujón (de poder) . Por eso es básico perder la importancia, si no quieres que eso empujón se convierta en egomanía.
-No se trata de quedarse fuera del orden social, sino de utilizarlo.
-Don Juan trabajaba con 2 o 3 posiciones del PE. Carlos tomó una de ellas. Pero nosotros no estamos interesados en nuevas posiciones del PE, sino en la libertad total. Así que recapitulad, esto es lo más importante. Activad vuestro cuerpo energético, y algo os guiará.
-Recapitulad todo lo sexual. Incluso un beso comporta grandes cantidades de energía.
-Dejad para el final la recapitulación de aquellas relaciones que aún no están terminadas (sexuales o familiares).
-Debes recapitular incluso tu muerte.
-Cuanto más uses tu cuerpo energético,

más fuerte serás, y cuanto más fuerte seas, más consciente te volverás.

Impresiones y notas sueltas de otro lector que ha asistido a las diversas conferencias y charlas de los brujos consignadas anteriormente:

-Las tres brujas parecen totalmente indiferentes a la suerte de Don Juan, aunque reconocen que está atrapado en la segunda atención , y que deben de rescatarle.

-Taisha y Florinda son capaces de ensoñar juntas. El otro día desaparecieron en el aire justo delante de Carlos. Cuando entran en la segunda atención , lo hacen con ropa y todo.

-La Gorda está muerta y enterrada. Florinda estuvo a punto de irse con ella.

-"El arte de ensoñar" estuvo escondido en una caja en la segunda atención varios años antes de ser publicado.

-Carlos sobrevivió al salto del abismo porque ya le daba igual vivir o morir. Pero el fondo del precipicio estaba lleno de los huesos de guerreros que fallaron en el intento.

-Carol y Carlos estaban juntos cuando éste plantó las plantas de poder que le dio Vicente (ver Una Realidad Aparte).

-Carol y Carlos tuvieron un hijo en la segunda atención. Es el explorador azul; que ahora está a punto de terminar sus estudios, cosa que precipitará la marcha de los brujos a la tercera atención.

-Así es como se presentaron todos en la charla: "Mi nombre es Florinda Donner-Grau, y me estoy ensoñando a mí misma". " Mi nombre es Taisha Abelar, y me estoy ensoñando a mí misma". " Mi nombre es Carol Tiggs, y estoy siendo soñada por Carol Tiggs, el Desafiante de la Muerte, don Juan Matus y Talía".

-Alguien en la audiencia gritó: ¡¡El Desafiante de la Muerte está aquí!! . Y Carol dijo "Sí", sin más explicaciones.

-Las tres brujas iban siempre acompañadas de sus asistentes, las chacmoles, y de Tracy, que fue presentada como "claramente conectada" con ellas.

-Todas ellas insistieron en el valor clave de la REC para eliminar la obsesión por el Yo, y para almacenar energía.

-Florinda se pasó toda su charla jadeando, como si tuviera un exceso de energía.

-Taisha volvió a hablar de sus roles de acecho, y dijo que también había sido durante dos años un monje budista (pasando por hombre) en el Tibet.

-De vez en cuando, de manera desapercibida, Taisha ponía posturas imposibles, y su cara no ofrecía un semblante fijo. Todas ellas daban la impresión de ser amistosas y graciosas, y al mismo tiempo fluidas y distantes.

-Alguien preguntó qué pensaban de los vegetarianos. Ellas dijeron que tenemos incisivos, que nuestros cuerpos necesitan carne, y que los vegetarianos siempre parecen un poco flojos. Todo esto lo dijeron con un gesto de malicia en la cara, y como se hizo un gran silencio en la sala, Carol estalló en una gran risotada.

-Carol era alguien más. Contaba historias cautivantes, cortas, rápidas, y sin final, de una forma muy graciosa. Se rió de aquellos que solo hacían REC, o la hacían demasiado en serio, aunque por otro lado recomendaba encarecidamente hacerla. Lo que no quería es que la hiciéramos de manera ritual.

-Florinda insistió en que la brujería es un camino solitario, y aunque ellas tres viven en proximidad, en realidad se ven muy poco.

-Alguien preguntó si no sería conveniente disponer de un año sabático para hacer la REC , y Taisha dijo que en absoluto; que simplemente comenzáramos a hacerla, y que ya encontraríamos el tiempo.

-Con respecto a los pases, Florinda dijo que había que elegir algunos y hacerlos, y no obsesionarse con hacerlos todos.

NOTAS BRUJAS 3

Resumen del seminario para mujeres de Los Angeles (1 al 3 de marzo de 1996).

Conferencia introductoria de Carlos Castaneda.

-El punto de encaje de los hombres mira hacia afuera, el de las mujeres hacia dentro. Eso proporciona una manera diferente de interpretar y percibir, una visión diferente de las cosas. Los brujos han insistido desde siempre en esa gran diferencia entre hombres y mujeres.

-Según el mundo de los brujos , las mujeres saben cosas de una manera natural, saben de una forma que la mente masculina no puede concebir.

-La socialización demanda que los hombres dicten las normas, lo que les hace sentirse "sagrados". Para que ese proceso funcione , la socialización ha destrozado las sensaciones femeninas.

-Las mujeres son más inteligentes, pero no están interesadas en la taxonomía, en establecer categorías. Taxonomizar es una condición masculina. Dejen que ellos establezcan sus categorías y medidas . Ustedes no tienen por qué hacerlo. ¿para qué tendrían que hacerlo?

-Deben ser conscientes de lo que los hombres les han hecho. Incluso el deseo de liberación del último siglo por parte de las mujeres ha sido creado e inducido por los hombres. De este modo la mujer liberada repite los patrones masculinos.

-Ellos juegan el papel de "pobres nenes" a los que ustedes cuidan y apapachan.¿Por qué lo permiten?

-Pero por sus propias características las mujeres carecen de una filosofía definida, de un sistema de pensamiento que pueda servirles de soporte para sustentar un propósito. El hombre brujo que ha alcanzado un nivel de sobriedad puede proporcionarles este sistema de pensamiento. Este es el soporte que puede sustentar una mueva forma de vivir.

-Don Juan era un hombre, pero no era en absoluto un macho, había eliminado la raíz del machismo en sí mismo. Para hombres y mujeres aceptar que somos seres que vamos a morir implica un nuevo arreglo. Si seguimos comportándonos como inmortales nada nuevo nos puede suceder.

-Las mujeres están capacitadas para detener el flujo de pensamientos, pueden ejercitarlo con facilidad y entrar en un estado casi "vegetativo", cuando están sometidas a presiones físicas o psicológicas fuertes. Pero el fallo radica en que la mujer no es persistente. Han logrado a medias ese estado simplemente porque son mujeres, sin esfuerzo. Su indiferencia es otro resultado de la socialización del macho.

-Pero los brujos quieren darle a esa capacidad un propósito trascendente, que esa detención del flujo de pensamientos no se lleve a cabo por presiones, por escapes, enojos o tristeza, sino por un propósito plenamente consciente y dirigido. Para ello la bruja necesita disciplinarse en un grado extremo.

-Desde nuestro punto de vista el gran error del mundo brujo de don Juan era su aislamiento, un aislamiento que había perdurado generación tras generación y que quizá tuviera relación con la preponderancia femenina de los grupos de brujos. Las mujeres son muy insulares.

-Nosotros hemos terminado con ese aislamiento. Un seminario de este tipo nunca fue hecho antes. Quizá no pueda convencer a nadie, no pueda alcanzar a nadie, pero estoy tratando de hacerlo.

-Si las mujeres consiguieran mediante la disciplina detener su flujo de pensamientos, ¿Qué no serían capaces de ver? La tensegridad les ayuda en ese propósito, la tensegridad habla por sí misma.

-Las mujeres tienden a pensar a menudo "estoy loca". Eso es socialización. No están locas en absoluto, ¡simplemente son mujeres! y esa locura puede convertirse en algo exquisito. Pero ustedes viven de acuerdo a las ideas de los machos y además se las creen. Eso sí que es locura.

-He visto "chicos buenos" a mi alrededor, muchos chicos buenos y sumisos que bus-

can complacerme. Pero nunca he conocido a "chicas buenas".
-No me tomo a mí mismo seriamente, Lo único que es serio para mí es lo que hago, y lo que hago es la única avenida posible que he sido capaz de encontrar, la más poderosa. Se necesita se una gran sobriedad para decidir lo que nos gusta en el mundo cotidiano.
-A los hombres les encanta estar en un altar, les encanta, y las mujeres lo permiten. Excepto en familias que practican el balance educativo, de una mujer nadie se ocupa mas que de que se case y forme una familia. Las mujeres han sido socializadas para ser enemigos entre sí, para ser competidoras. En realidad todos los hombres buscan en ustedes a sus "mamitas".
-Encaren de una vez el hecho de que son mujeres. Llegará el momento en que ustedes estarás forzadas a cooperar entre sí si quieren que el mundo sobreviva. La raza humana desaparece. Sólo ustedes son poderosas, pero les encanta jugar a "ser nenitas eternas".
-Dentro de todos nosotros existe un flujo de conocimiento. Mediante él, desarrollamos estados subjetivos que pueden ser intercambiados y crean un campo de intersubjetividad que posibilita la comunicación entre las personas. Pero salvo que experimenten las acciones prácticas del mundo de los brujos, no hay forma de compartir con los brujos una intersubjetividad. Hablar solamente de nosotros nos impide ser conscientes del flujo de la energía. Hay que forzar el estado de silencio interno.
-Compartir la intersubjetividad de los brujos puede iniciarse con la tensegridad. Sus movimientos no han sido inventados, sino descubiertos -según D.Juan- hace entre siete mil y diez mil años. Los movimientos son un atajo para aquietar el diálogo interno. No pueden cambiar esa posibilidad por las ideas que les dieron los hombres, no es justo que lo hagan. Hagan la tensegridad como si no existiera el mañana, porque de hecho no existe. Vamos a morir. ¡Qué enorme consejero es la muerte!!
-Quiero darles ideas racionales, un corpus de conocimiento desde el que puedan tomar una decisión. Yo no las necesito, pero quisiera darles mi sobriedad. Y quisiera quedarme a ver la explosión, pero no tengo tiempo. Me estoy marchando.
-Pero mi presión hacia ustedes no puede en modo alguno ser personal. Eso sería opresión. ¡Ustedes tienen que decidir individualmente que quieren hacerlo. ¡Como mujeres pueden hacerlo!
-Ver que algo así pudiera suceder resulta para mí enormemente excitante. ¿será posible? Yo lo espero, pero no lo sé. Dependo de si tengo éxito en mi propósito de alcanzarlas sobriamente. Sus padres han tardado años en socializarlas; ahora deberán trabajar años para romper esa socialización.
-En 1985 la mujer nagual regresó y eso cambió por entero el mundo de don Juan. Así que nos encontramos totalmente solos, haciendo algo nuevo que nunca ha sido intentado antes. Necesito tiempo. Quizá ustedes puedan ser una razón de peso para que ese tiempo me sea concedido.

1ª Conferencia de Taisha Abelar:
-Puesto que van a escucharme desde su conciencia lineal, mis palabras no siempre serán fácilmente entendibles. El Universo es esencialmente femenino. En el Universo el principio masculino es frágil y efímero. Precisamente esa rareza del principio masculino es la que otorga a los hombres preponderancia en el sistema social. Pero no debemos confundir su rareza con su dominio.
-Los brujos consideran esencial eliminar no la reproducción sino el comportamiento que se asocia a la reproducción, toda la desgastante fase del cortejo. El enamoramiento y el cortejo que éste conlleva quita a las mujeres muchísima energía.
-El orden social, la familia, y en especial nuestras madres, nos han condicionado para ser competidoras entre nosotras. La recapitulación nos ayudará precisamente a dejar de competir. Sólo liberándonos de todos estos comportamientos de la socia-

lización estaremos en situación de poder ver la verdadera posición del hombre.
-Las mujeres sabemos cosas de las que no estamos conscientes. Hay otro mundo paralelo al cotidiano que lo balancea o equilibra. La fuerza aglutinadora que mantiene unida a la persona como un sistema autónomo es la misma energía que mantiene unidas a las galaxias. La forma varía, paro la energía esencial es la misma.
-Las mujeres, por su propia condición femenina, tienen un fácil acceso a esos otros reinos, tienen membresía en los otros mundos. Sólo tienen que silenciarse. A los hombres eso les resulta más difícil, pero en ellos su sentido del orden y la estructura es tan fuerte que lo mantienen al entrar en otros mundos y eso les permite hacerlos reconocibles.
-Todas las personas tienen un grado de silencio interno que oscila entre diez minutos y una hora a partir de los cuales el silencio total se instaura. Ese silencio es el boleto para entrar a otros mundos. Para ejecutar esa entrada con control y sobriedad las mujeres deben rehacerse.
-Los brujos son seres sobrios, precisos, son guerreros peleadores. En sus acciones no hay posibilidad de errores, ni de ganancias o pérdidas. Para ellos sólo existe la impecabilidad en el momento. Puesto que somos seres que van a morir, únicamente hay tiempo para actuar; en absoluto disponemos de tiempo para enfados o enojos de cualquier tipo. Como seres que vamos a morir, ya lo hemos perdido todo. ¿qué más nos puede quedar? Es la muerte la que nos da fuerza, valor y espíritu aventurero.
-Los brujos me hicieron vivir durante un año y medio en una casa en un árbol. Elevar a alguien sobre el suelo durante largo tiempo permite una nueva posición del PE. En aquella casa yo acumulé mi cuota individual de silencio interno hasta que el mundo se desmoronó.
Las prioridades cognitivas del mundo cotidiano fueron perdiendo fuerza paulatinamente.
-La experiencia me hizo conocer que yo tenía acceso a esa conciencia profunda. Como mujeres, yo y cada una de nosotras somos túneles energéticos , tenemos una línea directa con ese mundo. Cuando lo ví, supe que yo formaba parte, que yo era ese túnel energético. Somos mucho más que el simple organismo que nos han dicho que somos.
-Queremos que su línea de conciencia se conecte a su conocimiento profundo y que se eleven a otros mundos, queremos que ustedes, las mujeres, sean conscientes de que saben que saben. Nuestra línea de acceso a ese túnel energético ha sido cortada por la socialización. Hay que retornar a nuestro verdadero estado energético, el que nos pertenece como mujeres. Pero se necesitan agallas de acero para romper con el orden social . La liberación exige la conquista del silencio. Lo único importante es el trabajo en solitario.
-Como mujeres tenemos la urgencia de llevar a cabo una revolución conceptual, acciones practicas que pongan fin a nuestra esclavitud y sometimiento hacia los hombres. Pero el problema es que a la hora de recordarnos como seres mortales, precisamente nuestra conexión energética con el túnel hace que las mujeres nos resistamos a aceptar nuestra condición mortal.
-Las mujeres tratan a los hombres como bebés porque son especímenes raros, poco profundos y muy frágiles.
-Florinda la vieja me enseñó que era posible coquetear con ellos como una bruja acechadora. De este modo el viejo nagual y su grupo voltearon nuevamente mi punto de encaje , que se había vuelto un poco hacia afuera, hacia la posición masculina, debido a mi larga estancia en los árboles. Así que para corregirlo me hicieron adoptar el papel de una mujer muy femenina a la búsqueda de un marido. Ellas me enseñaron el arte del coqueteo como un ejercicio de acecho controlado. Era posible "envolver" a los hombres si las circunstancias lo requerían, pero bajo un absoluto control, sin tomar ese asunto seriamente en absoluto. El nagual Julián también era un maestro en esto y enseñó a la vieja Florinda , que lo dominaba a la perfección.

-El coqueteo de la bruja podría definirse como una energía que emana de su vientre a través de su voz, de sus ojos, de sus movimientos. No importa si ese acto de coquetería es expresado con un pájaro o con un hombre. Lo esencial es usar nuestra energía como brujas acechadoras que se expresan libre y abiertamente.
-Con el acecho tú no intentas dominar ni controlar a nadie, sino a ti misma. Para eso se necesita una enorme valentía y conocimiento silencioso.
-Una noche ví a dos seres femeninos que se movían muy despacio y vibraban, Estaban junto a mi cama y emanaba de ellas un sentimiento exquisito de paz , una especie de nube que me envolvía con su armonía. Aquellos dos seres inorgánicos, de naturaleza femenina como todo el Universo, me mostraron que ese era el verdadero estado de la mujer, el que hemos de alcanzar, un estado exquisito, sin pensamientos. No hubo volición por mi parte; sencillamente mi cuerpo y mi silencio me llevaron allí. Los dos seres femeninos eran burbujas efervescentes, sin sustancia pero también estaban agitadas, excitadas por el contacto. Después caí en un sueño pesado y ya no hubo más recuerdos. de hecho, al principio pensé que se trataba solamente de un sueño.
-Poco después, mientras permanecía acostada sobre un árbol con el pecho contra una rama, las entidades femeninas volvieron a aparecer y una de ellas se apoyó sobre mí usando mi culo como una almohada. Era transparente, pero sentía su presión sobre mi cuerpo. Después bajaron del árbol como hojas transparentes. Hablé con ellas y me obsesioné con su presencia. Todo lo que fluctúa, sea aire o burbujas, me trae su recuerdo.
-Comunicarse con esas entidades femeninas es posible si se alcanza el silencio total. No se necesitan palabras, como mujeres tenemos la posibilidad de comunicación directa, no lineal. Una noche les pedí que me llevaran con ellas y me jalaron a su mundo como un cohete.
-El viejo nagual dijo que esto ocurriría si uno tiene suficiente energía y sobriedad. Esas dos entidades eran exploradores del mundo inorgánico. Si no tienes suficiente energía y tratas de ir con ellas, quizá no puedas regresar. Nunca debe abusarse de esta relación, porque resulta muy sencillo perderse en su mundo. Yo siempre lo pedí con cuidado y con la máxima sobriedad.
-Su mundo es algo parecido a un túnel lleno de objetos irreconocibles a los que no podría dar nombre. Dentro de los túneles escuchas una voz femenina, suave, melódica y gentil. El la voz del emisario que nos dice qué es cada objeto, nos explica cómo desplazarnos (hemos deslizarnos, no caminar). Al final del túnel hay una luz y en el lugar existen varios niveles de conciencia. Algunos son de una oscuridad total, donde sólo se escuchan susurros; otros oscilan entre los grises y negros de distintos matices. En ese mundo había dos enormes soles, dos puestas de sol y dos amaneceres. Los seres que lo habitan parece que tuvieran un cuerpo hecho de hojas, se cierran y se abren como las flores según si es de noche o de día. Apenas se les ve por un momento, porque rápidamente se ocultan entre las "hojas".
-Estas entidades pueden proporcionarnos salud y bienestar físico. Si tenemos sobriedad nos vigorizan, nos trasvasan su energía vibrante. Pero si entramos alocadamente en sus dominios, si carecemos de sobriedad, resultan debilitantes. Son seres de una profunda y vastísima conciencia que no engañan. Su vida es larguísima, para nosotros casi la eternidad, pero permiten que nuestra pequeña y breve conciencia se aúne a la suya.

1ª Conferencia de Florinda Donner:
(Nota: muchas de sus afirmaciones fueron hechas a raíz de las preguntas planteadas por el público)
-Quisiera hablarles de la función secundaria del vientre femenino como órgano de pensamiento, pero no de un pensamiento como el que estamos acostumbrados a tener con nuestra mente lineal. El vientre

permite el pensamiento como conocimiento directo e inmediato.
-Los brujos apagan el imperativo de la reproducción y lo sustituyen por el de la evolución. En concreto, las brujas entrenan su vientre como órgano pensante exponiéndolo a fuerzas amorfas o abstractas del Universo, por ejemplo, exponen su "poto" a la fuerza del viento.
-A instancias de don Juan, un día doña Florinda me enseñó su coño. Yo estaba tan azorada que me tapé los ojos con las manos , pero entonces don Juan hizo algo todavía más inconcebible: me mostró su pincho, moviéndolo orgulloso de izquierda a derecha, y el suyo era el pincho mas enorme que haya visto en mi vida.
-Existen dos clases de viento, el viento normal y el viento que es algo más, una energía abstracta. Atraer al viento con el útero es atraer la energía abstracta, aprender a usar esa energía a voluntad. Es un ejercicio que ha de hacerse en la sombra y que no debe practicarse durante la menstruación. Yo solía preguntar a don Juan cómo atraer al viento con el útero, pero él me respondía "yo no tengo útero. Tú debes saberlo mejor que yo".
-El principio masculino, al igual que el femenino, es también una fuerza abstracta. Nosotros no hablamos de los hombres ni mal ni bien, simplemente hablamos de fuerzas, de principios. Dejen de permitir que los hombres dicten cómo deben ser las cosas. Las mujeres forman parte de la energía principal que posibilita el conocimiento silencioso. Pero los hombres, si son sobrios, son capaces de traer ese conocimiento silencioso a este mundo.
-Nosotros no tenemos la energía ni el tiempo del que disponía don Juan. A través del curso de las generaciones la brujería se ha ido alejando de la curación y se ha enfocado en ver energía directamente. Es importante que ustedes puedan compartir la posibilidad que les mostramos. Nosotros navegamos en el mar de la conciencia y resulta realmente excitante romper los límites de la percepción ordinaria.
-Las mujeres somos seres prácticos. Este es el principal motivo de este workshop.
-Cuando vemos energía de modo directo la interpretamos rápidamente. Por eso el viento se personifica como una fuerza masculina, "un masturbador" lo llamaba doña Florinda, que se quejaba de que el tamaño de su vagina se hubiera ensanchado desmesuradamente como consecuencia de los embates del viento.
-Hoy a las mujeres nos medican por el simple hecho de estar menstruando.¿Por qué no usamos la energía de esos momentos para el conocimiento directo? Dejen que su vientre sea algo más de lo que les han dicho que es.
-Nosotras no queremos gustarles. Nos hemos arreglado por el puro deleite de hacerlo, por un gesto, para darles lo mejor de nosotras mismas con independencia de cuál sea su juicio o su opinión.
-Durante un periodo de 30 años un águila ha estado acudiendo periódicamente a mi cama. No tiene ninguna actitud hacia mi. Mi vientre me dice que lo que ella me está comunicando es simplemente "no me molestes". Devora allí sus presas y deja mi cama manchada de sangre. Sé que esa águila es la personificación de una energía, porque después se transforma y se convierte en una mezcla entre rata y gato. No es un sueño; sus restos aparecen visibles en mi cama. El nagual suele decir: " Oh, no, ya está otra vez viendo a esa águila".
-Las parejas pueden ser heterosexuales, homosexuales, es indiferente, porque el modelo sigue siendo el mismo. Aunque no haya semen de por medio, alguien lleva la voz cantante.
-El acto sexual no sería en sí mismo tan importante si no fuera acompañado de todo el rito socializante. Tener hijos no disminuye nuestra capacidad de evolucionar.
-La menopausia es un cambio, una transición, no es tan importante. No necesitamos hormonas ni medicamentos. El sistema dicta que tras la menopausia la mujer ha de sentir que ha perdido algo esencial. cuando lo cierto es que las funciones se-

cundarias del útero como órgano pensante nunca dejan de funcionar.
-No creo que el uso de tampax plantee mayores problemas. Los brujos decimos "usa lo que el mundo te da, usa lo que te hace sentir cómodo". Pero sí que pienso que es preferible que el flujo salga con la mayor facilidad.
-Los brujos soñamos por el puro placer de soñar, no esperando que nos vaya a suceder tal o cual cosa. Jamás damos para recibir, por eso decimos que damos un cheque en blanco de afecto.También hacemos estos seminarios por el puro placer de hacerlos, no para que ustedes cambien .¿Pero qué ocurriría si cambiasen? Los brujos actúan para llevar una vida bruja de la forma más exquisita posible. Se trata de un placer sin recompensas.
-No pienso que el tantra o eyacular fuera sea lo mas adecuado. Si van a tener sexo, ténganlo de la forma correcta. La opción del celibato es personal; de lo contrario seríamos un grupo de fanáticos. Es sugerente la idea de dejar el sexo por un tiempo para ver qué sucede. Don Juan lo mandó así, pero nosotros creemos que si el verdadero cambio llega a una persona entonces su cuerpo sabrá lo que tiene o no tiene que hacer respecto al sexo.
-Procrear exige dar lo mejor de nosotros, nuestro filo energético va al nuevo ser. Por eso el sexo debería ser altamente excitante, para dar a nuestros hijos lo mejor posible, una gran oportunidad. El aborto tiene un efecto energético, pero en ese caso nadie nos quita nuestro filo energético.
-El orgasmo es una expresión de energía. Si somos capaces de alcanzarlo con facilidad puede ser un indicador de cuán vivas estamos energéticamente.
-Todas la personas disponemos de una cantidad de energía que se dispersa a lo largo de la vida. La recapitulación pretende aglutinarla de nuevo, traerla desde los bordes de nuestra configuración energética hacia el interior.
-El orden social es un sistema que puede ser puesto en paréntesis. Los brujos lo hacen; ellos colapsan los parámetros de la percepción ordinaria para ampliar lo percibible. Esta es la esencia de la brujería.
-Las mujeres no usamos el vientre para generar silencio, es como una dinamo que llevamos dentro y no sabemos usar.
-Dejen de sentirse atadas y preocupadas por sus hijos, cambien ustedes y entonces ellos las imitarán, son muy inteligentes y aprenden a ser cínicos desde temprano porque nosotros lo somos. Como madres, lo único que pueden hacer es dar ejemplo.
-El poder del regreso de Carol Tiggs nos permitió encararlas a ustedes en este momento. Queremos explotar en una explosión de conocimiento. ¿Cuanto durará nuestro tiempo? Ustedes tienen la palabra.

Nota: Respondiendo a una pregunta de la audiencia, en el seminario de Barcelona, Florinda dijo que la práctica de la Tensegridad y la Recapitulación, así como la impecabilidad, reponen o restauran la energía transmitida a los hijos en la procreación. Era una pregunta que flotaba en la sala. Florinda dijo muy claramente que todo es reparable. Solo hay que ser disciplinado.

Conferencia de Carlos Castaneda (Primera parte):
-Necesito de toda mi sobriedad para hablarles de algo tan extraño y tan importante como los voladores. La absoluta uniformidad de la egomanía en el mundo demuestra que estamos compelidos a actuar como lo hacemos a causa de los voladores, un tipo de seres inorgánicos que devoran inmediatamente cualquier reflejo de conciencia que no sea el autorreflejo, lo único que nos dejan para que sigamos siéndoles útiles.
-A cambio de nuestra conciencia, los voladores nos dan la mente. Por eso los brujos afirman que la mente es una estructura ajena instalada en nosotros. A través de la mente los voladores consiguen lo que quieren, es la trampa perfecta. Este es un estado absolutamente serio ante el que

cabe alarmarse. Ustedes, como mujeres, tienen algo más, tienen el menos el útero. Pero yo no, yo soy un hombre, y mi mente es la mente de un volador.-

-Poner en nosotros esa mente que ni tan siquiera es nuestra resulta una maniobra perfecta, porque la mente es la que propone y es la que acepta. No hay disensión posible. Y esa mente que no es nuestra trabaja exactamente en contra de que seamos capaces de hallar una solución a nuestro problema. Esa mente que no es suya toma la idea del volador como algo absurdo, algo que no es real simplemente porque ustedes no lo han visto. Pero si jamás se han disciplinado para verlo, ¿como se atreven a negar su existencia?

-Sin disciplina sólo cabe el declive. ¡Qué situación esta! Ahí están ustedes, forzadas a tener sexo, forzadas a hacer cosas que en el fondo ni tan siquiera les gustan conducidas por su mente de volador. ¿qué otra cosa podrían hacer? Estos comportamientos surgen de ustedes, pero para los brujos en realidad no son ustedes. Para el brujo ustedes son el ser que va a morir.

-La suma total de las experiencias de tu vida están en otro lugar que no es la mente. Esa suma total es sublime. Tu mente no te pertenece. Si decidieran pensar 24 horas antes de decidirse a decir cualquier cosa se alocarían. Pero aunque sólo sea por un segundo la mente verdadera tomaría posición, y la mente verdadera no es nada que venga impuesto desde fuera.

-Por eso la idea de acumular silencio resulta esencial para los brujos. Cada persona posee individualmente su propio umbral de silencio, y eso cambia por completo la posición del hombre frente a los voladores. Si ustedes persisten en la lucha, ellos terminarán por dejarles libres.

-Estoy enfermo. Si me rigiera por los parámetros de la socialización, si todavía tuviera la mente de los voladores, iría a un médico. Todos los días viajo a lugares inconcebibles y de tanto brincar me he quedado vacío. La tensión es excesiva para mi, Yo no hago planes; propongo directamente y las cosas llegan o no llegan, y si no llegan, entenderé que se trataba de una opción que no tenía energía.

-Realmente no sé que es lo que ocurrirá si una masa suficiente de personas acometiesen la revolución de desechar su mente de voladores. Ellos están ahí hace dos millones de años o más ¿viviremos siempre bajo la misma egomanía? ¡¡Eso no es natural!!

-Pero los brujos dicen "nada es definitivo". Es el momento de considerar otras posibilidades distintas a las que nos han dado los voladores. Se trata se un pensamiento "disturbante" que vengo a proponerles.

-Mi hija trae energía de lugares inconcebibles. Es posible esa opción. Estas mujeres, las brujas que les han hablado, querían darles este nuevo punto de vista, esta referencia. No quieren llevarse sus pases mágicos con ellas, desean compartirlos. Los pases mágicos que les dio el Explorador Azul son movimientos de insecto cósmico que causarán increíbles efectos en ustedes. Pero tienen que hacerlos con fuerza. En cuanto a mí, bueno, es posible que tantos viajes me hayan hecho "un poquito extraño". Yo trato de evitarlo, pero no lo consigo demasiado.

-Cualquier cosa que suponga una interrupción del discurrir normal de nuestros pensamientos crea una disonancia cognitiva. 5 millones de años y éxitos están en nuestro cuerpo. Realmente tenemos muchas más posibilidades que las que creemos tener.

-Nosotros hablamos directamente. No es posible evadirse de algo tan serio. Si algo llegara de fuera con fuerza para balancearnos me quedaría, pero si no, me voy. No es algo que decidamos nosotros, nos lo dice otra fuerza. Si algo no me ayuda ahora, me marcho. Pero quisiera marcharme de otra manera, presentarles esta posibilidad, que no mueran rendidas.

-La mente de los voladores las obliga a competir unas con otras y ahí se acaba todo. Pero si alguien puede liberarse esas son las mujeres. Paulatinamente irán entrando en otro estado; quizá crean que están en el mismo lugar de siempre, pero

ese sentimiento irá perdiendo fuerza poco a poco.
-Taisha Abelar cree que su punto débil es la autocompasión. Florinda Donner piensa que es avariciosa, y Carol Tiggs tiene la idea sobre sí misma de que es un ser indiferente, una misántropa. Pero no es cierto, Ninguna de ellas es así en absoluto. Mi hija sin embargo es diferente. Ella viene de otro lugar. No sé lo que piensa, no es predecible. Yo no puedo guiarla; por el contrario , tendría que ser ella la que me guiara a mí. No puedo enseñarle, sólo puedo observarla.
-Este es un Universo inestable, en proceso, que fluctúa y se transforma a cada momento. ¿Cómo podemos creer en la palabra de un dios estable, permanente? Eso no es algo congruente, nos ha sido dado externamente.
-Los pases mágicos tienen el intento de servir como unidades. El cuarto movimiento es revolucionario, posibilita el viaje a otro mundo. Los movimientos las endurecen, les dan disciplina, les quitan cinismo.-
-Debemos llegar a la aceptación de que estamos solos y de que tenemos una conciencia que puede ser restaurada. Don Juan lo logró a tal punto que partió. A nosotros nos gustaría hacer lo mismo. Ya vieron a estas mujeres, estas brujas, esa es la idea.
-Actúen. Ahí radica la clave. Los hombres leen libros, discuten, pero no hacen nada, no se aventuran más lejos. Las mujeres sí actúan, no importa su debilidad, ellas actúan, Poro han sido subyugadas por la socialización, por la mente de los voladores.
-No queremos que odien a los hombres, pero tampoco permitan que las devoren. "Dios lo mandó así" ¿Qué mierda es esa? Apelen como mujeres a su órgano complementario y olvídense de revoluciones sociales o políticas. Sólo la revolución bruja es la verdadera revolución. Don Juan era muy claro al respecto cuanto decía: "no puedo mantener acuerdos en los que no he participado. Yo no estaba cuando se firmó el acuerdo de que soy un imbécil, así que no lo acepto". Hacerse consciente es una revolución solitaria. Cualquier otro tipo de revolución es absurda.
-No es exactamente que me preocupen los hombres; más bien me entristecen . Nuestro plan original era desaparecer, pero entonces , en el año 85 u 87 el regreso de Caros Tiggs lo cambió todo. Ella debía permanecer en el otro lado para abrirnos camino. Aquello nunca había ocurrido antes. Desde entonces no tenemos quién nos aconseje salvo el infinito, y estamos haciendo lo que el infinito nos ha dicho que hagamos.

Esta es la 2ª parte de la conferencia del nagual Carlos en el seminario de mujeres de 1996.

Conferencia de Carlos Castaneda (2ª Parte):
-A ustedes las han exprimido seriamente durante estos días. Pero se necesita desesperación, una sensación de que no hay tiempo que perder, que hay que actuar hoy. Tenemos que conseguir sostener este sentimiento. De lo contrario morirán sin saber lo que es el amor, el verdadero afecto, un cheque en blanco que se da ocurra lo que ocurra. Don Juan me pidió que yo diera un cheque en blanco a estas tres mujeres, sin esperar nunca nada a cambio, acaso sin que nunca llegara a saber lo que sienten verdaderamente por mí. ¿Quieres continuar?, me preguntó. ¿Qué otra cosa podía hacer yo?
-La mente de los voladores nos resulta un problema irresoluble porque no es excrutable, ¿Por qué han de ser prisioneras de un hombre, de la mente de un volador, por qué?
-Para librarse de la mente de los voladores se requiere decisión y disciplina. Determinar "yo quiero ser libre" es una decisión muy personal. Nosotros no tenemos el poder, el soporte que tuvieron otros brujos, Sólo podemos esperar su decisión. Como último representante del linaje tengo ante mí una avenida: esperar su decisión.
-Existe algo ahí afuera que va más allá de la mente de los voladores, que dice cómo

han de ser las cosas. De lo contrario ellos no tendrían interés en hacer algo así.
-Saber si es posible el cambio es cuestión de energía. La tensegridad les dará los primeros implementos para empezar a acumular energía.
-La tensegridad enfoca la conciencia hacia la fuerza cohesiva que nos mantiene juntos, quizá la misma fuerza que mantiene unidas a las estrellas, una fuerza que no puede ser inducida por los voladores.
-Miren a estas brujas, tan radiantes, mientras yo estoy hecho una piltrafa porque tengo que utilizar la totalidad de mi cuerpo para hacer lo mismo que ellas hacen con su vientre en un segundo. Es una ventaja intensa la suya. El hombre llega al mismo sitio, pero sólo a base de constancia.
-Limpien la basura, quiten el polvo y brillen, para que pueda conducirlas a posibilidades infinitas de interpretación. Si se niegan a esto están suicidándose. Yo no estoy aquí como hombre porque ya no lo soy. Simplemente puedo actuar como consejero, en este mundo femenino no puedo hacer nada más. Tómenme como un asesor.
-Las sacudidas de otros mundos son brutales. En ellos sólo se puede actuar. He visto a los voladores como sombras rápidas y negras deslizándose entra la gente y esa es una visión que me hace estremecer.
-Intentar no tiene nada que ver con desear, Si deseas algo llega un pensamiento competitivo que lo borra. Por el contrario intentar es crear en ese momento, es algo activo. La quietud del brujo es poderosa. No hay en él nada competitivo, sólo existe " eso" y semejante estado resulta terriblemente poderoso. Tiene efecto sobre la materia, en el cuerpo.-
-Los movimientos que les han enseñado no son para los hombres. Están destinados a los ovarios. Traten de repetirlos con el mismo estado que les dieron aquí las brujas. Unan pensamiento y memoria quinestésica. Esa es una mezcla estupenda.
-La disciplina es un esfuerzo que uno trata de llamar para poder alcanzar un propósito, por ejemplo para sostener su interés en la Recapitulación. Se necesita mucha energía para lograrlo, pero hay que hacerlo si uno quiere escapar de la mente de los voladores. Esa es la libertad. Obesas, enojadas, ¡ésas no son ustedes!
-La invitación es que sean peleadoras. Miren a estas tres brujas, no son grandes en absoluto, pero lo parecen.
-Deliberadamente , los voladores alejan nuestro cuerpo energético de nosotros desde el momento del nacimiento. Si fuéramos dueños de nuestro cuerpo energético, la maniobra de los voladores sería rechazada inmediatamente.
-Sólo el esfuerzo sostenido atrae al cuerpo energético. Es cierto que algunos de nosotros tienen una cierta facilidad innata para la empresa, pero otros lo consiguen por su puro esfuerzo. Yo pertenezco al segundo grupo.
-Sin cuerpo energético, no puede entenderse a los brujos.
-Con nuestro trabajo podemos asustar a los voladores. Aún así ellos harán un último esfuerzo por retenernos, por atraparnos de nuevo. Así ocurrió con las chacmoles. Nosotros teníamos esta unidad, los chacmoles. Los voladores se las tragaron en un instante y en apenas un día ellas eran nuevamente tan egomaniáticas como cualquiera. Bajaron su guardia por un instante mínimo y los voladores no desperdiciaron la ocasión . Mantener este esfuerzo no es una batallita, es una batalla inconcebible. Dos de ellas son tan fuertes que ya se recompusieron; la otra va pasito a pasito, su cuerpo energértico todavía tiembla, pero ahí va.
-Esta batalla inconcebible nos mantiene jóvenes. No conozco otras disciplinas válidas para este propósito, lo único que he conocido son mercachifles de dios. ¿Conocen ustedes algún otro camino posible? En ese caso díganme cuál es, pero si ese camino pasa por la sumisión a un hombre, entonces olvídenlo.
-Si luchan contra la importancia personal podrán usar eso para la batalla. Alocarnos nos lleva a morir como egomaniáticos,

morir como vegetales. La mente de los voladores quiere que ustedes crean que sólo existe esa forma de morir.
-Los hombres se quejan con una razón. Ustedes no, sus quejas no les pertenecen, no son propias de su naturaleza femenina. Ustedes, como mujeres, son capaces de hacer cualquier cosa, y también de negar cualquier cosa, de quedarse clavadas en el status y dejar que prime la mente voladora. Pero ustedes, mujeres, son la humanidad, pueden hacer algo por ella.
-La paz entendida como sobriedad está dentro de uno. Afuera sólo hay batalla; de otro modo no habría inteligencia. La inteligencia sólo surge de la presión. ¿Qué promesa es esa que los voladores nos hacen de paz en el universo? Ahí afuera sólo hay pelea.
-Tengan en cuenta la unidades que les hemos dado para intentar salir de esta situación . Si un brujo abre otra puerta, tómenla. Para eso se necesita de un espíritu aventurero. De otro modo sólo saldrán de aquí con los pies por delante. ¡Váyanse con hijos y todo, pero escapen!

Esta es la conferencia que la mujer nagual (Carol Tiggs) ofreció en el seminario de mujeres.

Conferencia de Carol Tiggs:
-Por más de treinta años he interiorizado las premisas del mundo del guerrero en mi cuerpo. Para mí, el mundo cotidiano resulta muy extraño porque vivo la mayor parte de mi tiempo en otros mundos. Pero si entre el brujo y el hombre corriente no es posible la intersubjetividad, ¿cómo hacerles entender qué es el mundo de los brujos?.
-Es posible el cambio. La recapitulación y la tensegridad lo hacen posible. Otros lo han conseguido. Aquieten su mente, terminen con su diálogo mental Pero si continuamente se están preguntando: ¿cuándo volaré? están todavía muy lejos de conseguirlo. Esa es una pregunta del proceso mental que indica que éste no se ha aquietado.
-El vientre femenino es algo más que un órgano de reproducción. Es una herramienta, un agente de evolución. He leído muchos manuales teóricos acerca de la evolución y me quedo con la definición de que evolución es la capacidad que los organismos tienen de modificarse a sí mismos para una mejor adaptación.
-Los brujos creen que la evolución es el resultado de un intento muy profundo. Los dinosaurios volaron porque "intentaron" volar . Del mismo modo el intento de la evolución hace que el vientre reproductor pase a ser otra cosa.
-Las mujeres pueden ver energéticamente con su vientre. Don Juan se refería a menudo a la gran paradoja de las mujeres: "Tienen el poder en la punta de sus dedos - decía- pero no quieren usarlo". Nosotros aspiramos a que alcancen la estabilidad necesaria, lo que implicará la activación de la segunda unidad de interpretación alojada en su vientre.
-La percepción no es un asunto meramente visual. La percepción se ejecuta con el cuerpo entero, esta es la herencia del funcionamiento de un estado previo.
-Nuestro esfuerzo es el de movernos más allá del ojo predatorio, eso significa movernos al ojo del vientre, Las brujas han dado un paso mas allá que las mujeres corrientes al utilizar su vientre como herramienta perceptual y evolutiva.
-Procesos como la extirpación de la matriz y otras dolencias emanan de no desarrollar correctamente las funciones de nuestro vientre. Por eso don Juan decía que hay que detenerse un momento a estudiar la socialización del cuerpo. Eso significa corporeizar la premisa de que somos perceptores.
-No se trata de renunciar a tener hijos. La reproducción no nos cuesta tanto energéticamente. Lo que paga un altísimo precio es todo lo que conlleva el cortejo como agente socializante concebido para facilitar la reproducción. Yo misma he tenido a un ser que más tarde conocerán. Mi tarea es volar en las alas del afecto por mi hija. Una tarea que debo cumplir impecablemente.

-El cambio del brujo se opera en el mundo, no tiene que retirarse ni irse al desierto para eso, sino que lo puede conseguir con la ayuda de los pinches tiranos. Los pinches tiranos nos afilan . Los brujos utilizan el mundo para afilarse, usan las situaciones, la gente, dan cheques en blanco para afilarse.
-¿Por qué nos alborotamos tanto con lo que nos hacen los hombres? Si no lo hiciéramos, quizá ellos también dejarían de hacerlo. Ellos son más frágiles; nosotras más fuertes, más numerosas y más longevas.
-Los órganos físicos tienen funciones secundarias, El cerebro también las tiene, Para los brujos la mente es una instalación extraña a nosotros. El intento de los pases mágicos es precisamente despertar las funciones secundarias de los órganos.
-La energía que nos pertenece no ha huido fuera de nosotros. Tan sólo se encuentra dispersa en el interior de nuestro huevo luminoso y hay que concentrarla nuevamente.
-Normalmente las personas sólo disponen de un comportamiento o técnica que repiten constantemente; si el individuo es muy talentoso, acaso tenga dos técnicas, pero ahí terminan todos nuestros recursos. A los cuatro años ya lo hemos aprendido todo y sólo nos queda repetirnos.
-La conciencia es capaz de crecer como lo hace un árbol. El cuerpo energético no es exactamente nuestro cuerpo luminoso. Nuestro cuerpo luminoso está recubierto por el brillo de la conciencia que sólo nos llega a los talones.
-Las mujeres han aprendido a vivir en una burbuja, no se plantean retos,. Y cuando lo hacen, frente a un reto, por lo general se comportan como grandes egomaniáticas.

2ª Conferencia de Taisha Abelar:
-Los brujos proporcionan un nuevo sistema cognitivo transmitido de generación en generación. De todas las prácticas diseñada por los antiguos videntes, la recapitulación, el acecho, el ensueño y los pases mágicos es lo que sigue vigente.
-La recapitulación permite el acceso a la capa de energía sólida que está en la superficie. No se trata exactamente de un ejercicio para traer energía del pasado. La recapitulación ayuda a parar el diálogo interno y rompe la fuerza que el orden social ejerce sobre nosotros.
-Nuestro punto de encaje se ha solidificado en la superficie de nuestro cuerpo energético. Es a partir del punto de encaje desde el que debemos decidir. La recapitulación rompe esta solidificación y consigue que el punto de encaje pierda rigidez.
-En cuanto a las instrucciones para recapitular éstas ya fueron recogidas en mi libro. Elaboramos una lista lo más completa posible de las personas y eventos de toda nuestra vida y con el barrido de la respiración borramos las situaciones de competitividad, los sentimientos y reacciones asociados a ella.
-Ver nuestra vida en detalle lleva tiempo. Para ejecutarlo necesitamos lo que los brujos llaman propósito inflexible. A través de la recapitulación despertamos nuestra línea de conciencia profunda. Con la práctica, algo en nuestro cuerpo nos va dictando cómo hacerlo.
-El mero acto de recapitular, la concentración que se exige, disuelve la fijeza del punto de encaje y las funciones secundarias de los órganos comienzan a despertar, en especial las funciones secundarias del vientre femenino.
-El recapitulador trabaja con dos listas; una recoge sus encuentros sexuales y la otra es de carácter más general. Dejen a las personas más próximas para el final. Paralelamente es conveniente dedicar un tiempo a la recapitulación de lo acontecido en el día, aunque sea 5 minutos.
-El recapitulador no debe ser dogmático, no ha de castigarse por lo que ha hecho en su vida. La recapitulación ha de llevarse a cabo con desapego.
-Con la REC se revitalizarán , crecerá en ustedes una fuerza interior, una fuerza que emanará del acceso a esa capa de conciencia más profunda que nunca usamos porque estamos atrapados en la superficie.

-La fuerza del mundo cotidiano mantiene fijo el punto de encaje. Pero además debemos reafirmarlo constantemente. El viejo nagual afirmaba que puesto que és no había estado presente a la hora de firmar ese acuerdo en el orden social, no tenía porqué aceptarlo.
-Es esa otra capa de conciencia/ energía profunda la que puede llevarnos al infinito. Como mujeres nosotras no somos una capa superficial de energía, sino un enorme tubo energético.
-Al recapitular es fácil acumular silencio. Las cosas del mundo cotidiano aflojan su influencia sobre nosotros y al ver la situación desde otra capa de conciencia podemos cambiar.
-La REC es una decisión de cada día, diariamente renovada. Con ella nuestra percepción del mundo cambiará ya que tendremos acceso a esa fuente de energía interior. No olviden que el 80 por ciento de nuestra energía se malgasta en el cortejo.
-Actúen con acecho controlado en todo la que hagan. La REC nos permite ver nuestros comportamientos. Una vez conocidos , ya no nos será posible tomarnos en serio por más tiempo. Las emociones seguirán manifestándose, pero ya no conseguirán atraparnos.
-¿Cuántas veces debemos respirar cada evento? La voz del ver del cuerpo energético nos lo dice. Aunque las instrucciones son generales, la manera de recapitular es única para cada persona. Se recapitulan las cosas del orden social, no las del mundo de los brujos.
-Nada en el mundo de los brujos sucede en la capa superficial de la conciencia. Para acceder a ese nivel más profundo hay que suspender los juicios.
-Todas las experiencias han sido grabadas en una parte de nuestro cuerpo. No se sabe cómo trabaja la respiración, pero lo hace. La REC no se limita a ejercitar la memoria. La respiración unida al intento consigue que algo suceda en la estructura celular.
-La segunda recapitulación es menos formal. Ahí ya no recurrimos a listas o matrices, sino que ha de ser el vientre quien la dirija, el vidente que hay en ustedes.
-Enfóquense en la REC con sobriedad. El acecho consiste en aplicar a la vida diaria lo obtenido en la REC. La REC ha de dar paso a una nueva forma de comportamiento.
-El coqueteo es una manifestación de la energía de la vida, de la fuerza aglutinadora. Coquetear como acecho controlado es un acto mágico, nadie se dará cuenta de lo que están haciendo porque el acechador se convierte en un modo total en aquello que representa. A partir de la observación de los roles, el acechador hace teatro de lo real.
-El brujo jamás toma nada por hecho. El brujo pone los acontecimientos sobre la mesa y los analiza en toda su profundidad.
-Nuestro derecho de nacimiento es que somos navegantes. ¡Reclamad ese derecho! Pero la navegación no se hace con el cerebro, sino con el vientre. En todo este tiempo he acumulado algunas historias de interpretación del vientre.
-El hombre es el que aconseja, pero el vientre es la fuerza que lleva.
-El vientre responde a un comando sobrio. Para dictar un comando sobrio deben silenciarse. Es el silencio el que permite la voz para un comando serio. El diálogo interno sólo conlleva frustración. Una vez logrado ese silencio, viajas a un mundo que es muy parecido a éste. Luego montamos en un coche, y así regresamos al mundo ordinario, tan sencillo como eso (risas). Los brujos usamos el humor como un elemento de sobriedad.
-Algo parecido al sonido del océano señala la percepción pura, la aparición de nuevos mundos. Quizá se trate de un reflejo de nuestra percepción socializada.
-El milagro del vientre radica en que no sólo es capaz de jalarnos a otros mundos, sino que además interpreta de una manera mucho más pura que la interpretación que emana del orden social.
-Vivan su vida como artistas, hagan de su vida un arte. Los hombres necesitan trabajar mucho más duro porque no tienen lo

que ustedes sí poseen, pero como las mujeres lo tienen, no se esfuerzan. Todo lo que tenemos, lo que somos, debe usarse como ventaja en vez de lamentarnos por ello.
-No importa la existencia física de nuestros órganos. Lo único importante es llamarlos energéticamente. Pero para hacerlo, debemos estar desesperadas.
-Les aseguro que la sobriedad, el silencio y la impecabilidad son las consecuencias de seguir las premisas del camino del guerrero.
-El acecho es una maniobra bruja que permite elegir a voluntad una determinada posición del punto de encaje y profundizar en ella, ir hasta el final para ver qué sucede. Cuando sean capaces de ejecutar algo así serán también capaces de entregar a los que les rodean el cheque en blanco de los brujos, el regalo que nunca espera recompensa.

2ª Conferencia de Florinda Donner:
(Nota: al igual que en su primera charla, respondió a las preguntas del público).
-¿Qué ocurre cuando a una mujer le han extirpado la matriz, significa eso que ha quedado dañada irremisiblemente? La respuesta es no. Los brujos quieren atraer su cuerpo energético hasta fusionarlo con el cuerpo físico y volver a formar nuevamente una unidad como cuando éramos niños. Aunque nuestra matriz haya sido extirpada, en el cuerpo energético los órganos siguen intactos. Así que las mujeres que han sufrido una histerectomía tienen que atraer su cuerpo energético igual que los demás.
-El nagual Elías era un maestro del Intento. Podía usar simultáneamente el cuerpo energético y el físico a voluntad.
-Los ensoñadores mueven su punto de encaje; los acechadores lo mantienen fijo en su nueva posición. No es importante que tengamos o no sueños lúcidos, ni tampoco el contenido de los sueños ni lo que vemos en ellos. Lo esencial es mover el punto de encaje. No pretendemos dictar los contenidos de los sueños, sino ser capaces de enfocarnos en los sueños en ciertos aspectos u objetos, conseguir desarrollar la atención de ensueño.
-El ensueño abre las compuertas por las que entran los seres inorgánicos y por las que nosotros podemos salir a otros mundos. Para el brujo el sueño y la vida cotidiana ya no son diferentes. Taisha Abelar, por ejemplo, debe ser muy sobria, porque de lo contrario, brincaría permanentemente de un mundo a otro. Su preferencia puede ser mover su punto de encaje a una determinada posición, pero eso no importa.
-Con la muerte el cuerpo energético se extingue. Los brujos no creen en el alma, sólo saben de energía abstracta. Para poder comunicarnos definimos esa energía, la taxonomizamos. Pero cuando encaramos el infinito no hay nada salvo energía consciente de sí misma.
-Los hombres perciben con la totalidad de su ser. Son muy homogéneos. Las mujeres presentan una variedad mucho mayor.
-Debemos conseguir que el punto de luminosidad que ha quedado relegado a la altura de nuestros pies se eleve. Enfocar ese rayo de luminosidad en cualquier lugar de nuestro cuerpo energético permite romper la posición y las prioridades perceptuales del orden social.
-Las mujeres gozan de la gran ventaja de la menstruación. Menstruar nos permite balancearnos, reequilibrarnos energéticamente.

Resumen de la conferencia del Explorador Azul, y final de los reportes del seminario de mujeres de 1996.

Conferencia del Blue Scout:
-Conozco la historia de que provengo de otros mundos. No sé de donde vengo, es un hecho en el que prefiero no enfocarme. Pero si sé que de allí donde vengo es la esencia del estar solo. He aspirado a encontrar algo en esa inmensidad, debe haberlo, pero en cualquier caso ese encuentro ha de hacerse en soledad.

-El mundo cotidiano protege a la mujer de la soledad. Pero si pudiéramos saber que verdaderamente estamos solos, eso nos haría más fuertes.
-El amor, eso que llamamos amor, es una proyección hacia afuera que lejos de disminuir nuestra soledad interna la subraya.
-Existe una soledad psicológica y una soledad física. La primera debilita, pero la segunda reconforta.
-Debemos tener algo por lo que morir antes de tener algo por lo que vivir. Ambas, la vida y muerte, van mano a mano, pero es la muerte la que guía.
-Pero los guerreros no están solos. La Tierra puede enfocar todo nuestro amor, la Tierra, ese ser que nos deja marchar al viaje definitivo.

Nota: a continuación el explorador azul leyó el capítulo de un libro que está escribiendo su padre, un capítulo titulado en concreto "El salto al abismo", y que era la esencia de la soledad y las premisas del guerrero. Resulta imposible reproducir con una mínima exactitud su contenido, así como la carga emotiva del explorador azul durante su lectura. No obstante, la enseñanza del texto consiste en que don Juan hace ver al nuevo nagual cuáles eran las deudas que como guerrero nunca podría pagar por la magnitud del regalo que aquellas personas le habían hecho. En concreto el texto hace referencia a un tal señor Abreu, que siendo Castaneda un niño le enseñó a cazar y la virtud de la paciencia; habla también de un niño, un amigo de su pueblo, que descubrió al nuevo nagual lo que significaba tener alguien por quien morir; y por último cuenta la historia del ahijado favorito de su abuela y el hecho de que , ocurra lo que ocurra, lo importante es actuar.
Estos tres regalos don Juan los juzgaba de un valor incalculable, impagable, El nuevo nagual siempre tendría una deuda hacia quiénes le habían enseñado eso. Don Juan explicó que un guerrero lleva un diario personal, pero no un diario al uso, sino uno que sólo contiene situaciones sublimes. El diario del guerrero es la suma de su encuentro con lo inconcebible, es muy breve, es exquisito, porque el infinito está reflejado en él.
Visiblemente emocionada, el blue scout dio por terminada su intervención.

NOTAS BRUJAS 4

ENTREVISTA A CARLOS CASTANEDA

Agosto 97

(Un encuentro luminoso: el elusivo Castaneda resulta ser un hombre complejo).
Un "huevo ordinario" se pone en contacto con el hechicero literario Carlos Castaneda.

Pude haberle preguntado cualquier cosa.
"Soy su prisionero", dijo CC.
Hablamos sobre cuervos. Yo quería saber específicamente cómo puede uno decir cuando un cuervo no es realmente un cuervo.
"Debes observar su energía", dijo Castaneda. "Un cuervo que es un hechicero tiene un brillo ambarino". No me dijo de qué color es un cuervo normal. Pero entonces, de todos modos esto no tiene importancia hasta que yo no vea pura energía.
Castaneda lo hace, dice que está en ello desde hace muchos años. Empezó viendo a la gente como formas energéticas, o "huevos luminosos", en la cafetería de UCLA cuando estaba trabajando en su doctorado en antropología unos treinta años atrás.

Así es cómo empezó mi almuerzo con CC. Fue un jueves, a las 2 PM . Nos citamos en un restaurante cubano cerca de West Hollywood. Yo no supe hasta el último momento dónde me encontraría con Castaneda. Su "staff" dijo que así es cómo Castaneda hace estas cosas. Lee la energía para determinar el lugar de sus citas y muchas otras cuestiones.

"Todo lo que hacemos es una interpretación de la energía", dijo Castaneda. Durante el largo tiempo en que temí que habría de encontrar a Castaneda en Los Angeles sin direcciones como una prueba para mi intento inflexible y para mi valor , el hablar con el enigmático autor, legendario objeto de culto y autor de nueve best-sellers incluido su clásico "Las enseñanzas de don Juan: una forma Yaqui de conocimiento".

Y aquí estamos, tan sólo dos huevos luminosos almorzando. En mi mejor español pedí "moros y cristianos" (lo que los cubanos llaman al arroz blanco con judías negras) y "tostones" (plátanos fritos). Él miró su carta y en perfecto inglés pidió: "El número 12". Filete con patatas.

Me sentí muy estúpido.

La entrevista trató acerca del Taller de Tensegridad de Castaneda, que viene a Phoenix el próximo fin de semana. Su gente me dijo que yo debía volar hasta L.A. porque Castaneda no da entrevistas telefónicas. De hecho él raramente da entrevistas. Décadas enteras han pasado sin un vislumbre de Castaneda. Desde entonces, de vez en cuando salía a la superficie. Una conferencia aquí. Otra allí. Sólo para desaparecer otra vez.

Habiendo leído sus nueve libros (varias veces) y compartiendo un común interés en la antropología cultural, en la metafísica y, especialmente, en el misticismo yaqui, mi punto de encaje - un término de Castaneda para definir un centro de percepción - estaba ansioso por aprovechar esta rara ocasión.

Sin embargo, me dijeron que había algunas reglas de fuego, incluyendo nada de fotos y nada de grabar su voz. Me fue permitido usar un ordenador portátil, pero opté por escuchar solamente y "recordar" (aunque tomé algunas notas ciegamente debajo de la mesa en un bloc de notas de reportero).

En retrospectiva, y en la tradición de la sincronicidad chamanística, supongo que ese almuerzo no fue en realidad un mero accidente. Tan sólo dos semanas antes de la entrevista le mencioné a alguien que me sorprendía el que en mi camino aún no se había cruzado Castaneda.

Y mira por dónde ahí estaba ese cuervo.

Algunos días antes de enterarme de la entrevista, me despertó a las seis de la mañana el estruendoso graznido del cuervo más grande que yo haya visto nunca. Estaba parado en la parte más alta del tronco de un árbol de yuca en el exterior de mi patio trasero. El cuervo gritó tan fuerte que el eco reverberó en las montañas cercanas, creando un efecto similar al de un trueno. Me aproximé al pájaro pero éste no tenía miedo. Me miró una vez y entonces focalizó toda su atención atrás llenando el aire con sus vocalizaciones. Perdí de vista al pájaro sólo un momento para ver cómo reaccionaba mi gato. Cuando miré otra vez, el cuervo había desaparecido.

Castaneda se interesó por mi historia del cuervo, pero no me ofreció ninguna explicación. Cuervos y cornejas, como todo aquel que cambia de forma sabe, son formas de viajar populares en las Américas.

Se sabe relativamente poco acerca de Castaneda. Quitar énfasis al yo y borrar la historia personal es el modo en que la línea de videntes de Castaneda ha conseguido convertirse en guerreros del verdadero conocimiento. Es por eso que las fotos y grabaciones están prohibidas.

"No hay nada para Carlos Castaneda", dijo. "La personalidad es una pretensión.¿-Fama? ¿Éxito? ¿Quién ha dicho esa palabrota? Si no estuviéramos tan involucrados en nosotros mismos, no nos haríamos tantas barbaridades a nosotros mismos".

Con todo, existen algunas grabaciones, y Castaneda mismo deja caer algún dato personal entonces y ahora. Aparentemente Castaneda nació hace unos 70 años en Perú y fue criado por un abuelo hedonista. Pero ha pasado la mayor parte de su vida en Los Angeles. Se graduó en el Instituto Hollywood y recibió su licenciatura en Antropología por UCLA. Durante un breve tiempo, enseñó antropología cultural en la Universidad de California-Irvine.

Castaneda no destaca en una multitud. De hecho, probablemente nunca lo verías en una multitud. Es diminuto, no mucho más alto de 5 pies, y debe pesar menos de 90 libras. Su espeso cabello es en su mayoría gris y peinado hacia atrás. Le gusta bromear acerca de cómo la gente le suele describir: parecido a un jardinero o chofer o a un camarero mejicano. El escritor angelino Bruce Wagner le preguntó una vez cómo debería describir su apariencia. Castaneda le sugirió como modelo a Lee Marvin.

Sentado delante de mí, vestido de color ámbar, con una camisa de manga corta y pantalones kaki, el pelo con espuma, me recuerda a un iconoclasta profesor retirado, el profesor de "no hacer", tomando el almuerzo. Excepto porque este profesor tiene el ojo del brujo, el izquierdo, que se agarra a tu conciencia con inconcebible fuerza.

Pero todas las descripciones son decepcionantes y frágiles. Castaneda no tiene un solo "look". Tiene varios. Su apariencia cambia con su humor, que varía fácilmente. Como sus maestros don Juan y don Genaro, se ríe, maldice, produce voces de ultratumba y sonidos extraños con sus labios. De repente se vuelve fiero tanto como convincente y elocuentemente expresa sus pensamientos sobre la naturaleza de las cosas.

Castaneda es complejo, yo esperaba esto. A ratos habla en un lenguaje diferente. Esperaba esto también. Es imposible para la mayoría de nosotros, huevos luminosos, entender todas las ideas. Don Juan decía que no entendemos nada de nada, y que el verdadero conocimiento no es llevado a cabo por nuestro intelecto.

No esperaba el inmenso humor de Castaneda. "Debemos reírnos para equilibrarnos", decía.

Me contó historias que no pueden ser repetidas en esta publicación. Creo que se

basaba en acontecimientos comunes. Estaba especialmente interesado en la historia del especialista en fertilidad de Virginia, un tal Cecil Jacobson, que está ahora en prisión por usar su propio semen para impregnar a más de 70 de sus pacientes.

No discutimos acerca del peyote o Mescalito o sobre el humito, pero me mostró sobre una servilleta cómo cortar la punta de un cactus de barril y recoger su jugo. "Has de beber sólo un poquito para rejuvenecerte", dijo Castaneda, he hizo sonar sus labios con aprobación.

Arizona es particularmente importante en la saga de Castaneda. Conoció a Don Juan en Nogales, Arizona, y pasó mucho tiempo en dicho estado durante su aprendizaje e incluso después. Los ojos de Castaneda se vuelven brillantes cuando recuerda los años de Arizona.

"Arizona es un lugar mágico", dijo Castaneda. "El desierto de Sonora tiene una específica confluencia". Dijo que no podía volver a Arizona porque le trae demasiados recuerdos fuertes y dolorosos.

"Un guerrero sabe que todo lo que ve no lo volverá a ver más", dijo Castaneda. "Realmente lloraría. Y necesito toda mi fuerza".

"Todos estamos solos".

A Castaneda no le gustó su bistec. Dijo que olía como excremento. Lo despachó, y soltó otro de sus pensamientos: "El Universo no es predecible, no importa lo que los científicos te digan", dijo Castaneda.

Este es un tema sobre el que insiste, y es que estamos verdaderamente solos.
"Dios no te quiere, créeme".
El problema, insiste Castaneda, es que estamos tan atrapados en nuestros propios egos, que nunca vemos el cuadro de la existencia. No somos individuos rodeados por otros individuos o casas o centros comerciales.
"Somos individuos rodeados por el infinito".

Castaneda no precisa en qué va a pasar el día, pero todavía escribe.
El año próximo Simon & Shuster publicará una edición por el 30 aniversario de "Las enseñanzas de D. Juan", con un nuevo prefacio a cargo de Castaneda. También habrá un nuevo libro el año próximo publicado por Harper-Collins, "Pases Mágicos: La Sabiduría Práctica de los Chamanes del Antiguo México". Castaneda ha completado también lo que él llama su "último libro" con el título de trabajo de "El Lado Activo del Infinito".

"No pienso que pueda escribir nada más", dice Castaneda. "El Universo es predatorial. Esto produce profundas oleadas de tristeza que hacen mella en mí. Esta tristeza ontológica, tú ves como llega, entonces la sientes sobre tí".

Incluso el camino con corazón no es un paseo.
Castaneda no puede permanecer con nosotros mucho tiempo más. Él ya se lo ha dicho a su "staff" . "Pero él no morirá una muerte física", dijo la instructora de Tensegridad o "rastreadora de energía" Kilye Lundahl. "Él desaparecerá del modo en que lo hizo Don Juan. Él sabe que no falta mucho tiempo antes de que esto ocurra".

La meta de la línea de videntes mexicanos de Don Juan fue completar lo que ellos llamaban el "vuelo abstracto", "desaparecer con la totalidad de su ser" en el infinito, desaparecer con las botas puestas, según ellos dicen. Se supone que el maestro de Don Juan y su partida hicieron esto en 1973.

Pero Castaneda puede tener un problema en este aspecto. Uno tiene la sensación al leer sus últimos libros y por la conversación personal de que algo anda mal, y que Lee Marvin tiene miedo.

Antes de dejar este mundo, don Juan Matus le dejó claro a Castaneda y a sus otros aprendices que su línea de videntes mexicanos de la antigüedad se acabaría con Castaneda, el último "nagual". Algo en la configuración energética de los videntes antes referidos no era propicio para continuar el linaje. Así que, en esencia, Castaneda y su partida fueron dejados con la tarea de "cerrar" la línea.

¿Es posible que Castaneda, como E.T., haya quedado varado en este mundo?,¿Hay algo que Don Juan descuidó decirle sobre guardar suficiente poder personal para el vuelo abstracto?

Durante nuestro almuerzo, que duró casi tres horas, no pude sino desengancharme ocasionalmente de su ojo izquierdo y preguntarme qué veía irradiar de mi cuerpo energético - sin duda asqueroso y rosa proveniente de cargar con colas "light" y chicles sin azúcar.

También me pregunté si sabría más acerca del cuervo que reconoció. Nos dijimos adiós en el solar de aparcamiento del restaurante. Dijo que yo le había gustado y que había disfrutado nuestra conversación. Dije: "Somos monos extraños" (en español en el original).

Sonrió pero no contestó. No hacía falta.
Por un momento el universo predatorial de Castaneda me enganchó con una de sus olas de tristeza mientras recordó lo que él había dicho acerca de que un guerrero sabía que todo lo que ve no lo volverá a ver.

Di unos pasos hacia mi coche alquilado, preguntándome si Castaneda conseguiría realmente esta conexión con su vuelo abstracto. Espero sinceramente que así sea.

Cuando miré atrás, Castaneda, como el cuervo, se había esfumado.

NOTAS BRUJAS 5

Taller Intensivo de Tensegridad en Los Angeles, en Agosto de 1995.

Conferencia de Castaneda:

Castaneda apareció unos minutos después de las 4 PM , vestido impecablemente, llevando un traje marrón, zapatos marrones y una corbata amarilla y marrón. Las sillas estaban cerca de la plataforma, como prometieron. CC dijo que habían planeado hablar sobre los seres inorgánicos esa noche, y que este tema parecía haber asustado a alguna gente.

Don Juan le dijo a él que, "Todo es el producto de la interacción de dos fuerzas". Las situaciones siempre dicotomizan, -por ejemplo , camarillas enfrentada en el trabajo o en otras instituciones-- y el sistema de los hechiceros consiste en guiar esta dicotomización.

Una vez estaba en Tula con la partida de guerreros de Don Juan. Tula y su valle era de donde procedían todos los viejos hechiceros del linaje de DJ, y donde DJ tenía su hogar. CC estaba disfrutando estar con los espléndidos guerreros del grupo de DJ. Fueron a visitados en esa ocasión por el Nagual Matías, un nuevo nagual de ascendencia alemana, que había sido balaceado en la cabeza cuando tenía 14 años y ya nunca se recuperó. Hablaba español con acento extraño, y decía que era del tiempo de la Conquista (¿y quién era CC para decir que no?). Él quiso ir con el grupo de DJ hasta Tula. CC estaba encantado de que la situación "dicotomizase" y que el nagual Matías no viniera con ellos. Parecía ser que ellos se separaron en "los brujos buenos y los brujos malos".
Los hechiceros gustan de dirigir esta división para llegar a "lo que es permisible". El mismo tipo de dicotomía es verdadera para nuestro mundo. En una parte está el mundo de los orgánicos -incluyéndonos

a nosotros y a otros organismos con conciencia. En la otra parte está el reino de los inorgánicos -entidades con conciencia pero sin seres orgánicos. “La estructura de su mundo es diferente pero complementaria a la nuestra”. Los hechiceros encontraron que los seres inorgánicos vienen hasta ellos en sueños. Los sueños , al menos cierta clase de sueños especiales, son “trampillas” que se abren para pasar a la parte del universo de los seres inorgánicos, y que les permite a ellos pasar a nuestro mundo. Solamente en sueños puede uno equilibrar nuestra energía suficientemente para percibir este otro reino. De otro modo, nuestra velocidad es demasiado rápida para percibirlos.

Los antiguos videntes hallaron que los sueños daban acceso al de los inorgánicos y a otros reinos. Llamaron a los seres que allí habían “los aliados”. Este término no es adecuado, desde luego, ya que esos seres no eran capaces de actuar como aliados en ese reino, y en tiempos de crisis les fallaron (a los antiguos videntes). Desde entonces , los hechiceros se han mantenido alejados de los seres inorgánicos. En el momento que usas la trampilla, “entras en un mundo verdadero y bien organizado tanto si te gusta como si no.” Los hechiceros entrenan su atención de ensueño desarrollándola al principio al recordar que deben enfocar sus ojos en cada objeto y enfocarlos durante algo más de un vistazo, y entonces moverse a otro objeto, y luego otro.

Encontraron que para cada individuo hay un umbral de objetos en los que podemos enfocarnos hasta que el sueño se transforma en algo mas. En los sueños no ordinarios, una vez que alcanzas este umbral, estás abierto a algo más. Tales sueños especiales son anunciados por algo bastante inusual -por ejemplo una imagen como un pez volador. Una vez que aprendes a atrapar tu atención, puedes llegar a la trampilla siempre que “tropieces con un sueño que no es un sueño”.

Don Juan dio a CC la tarea de buscar sus manos en sus sueños y CC convirtió esto en una obsesión. Encontró que no podía hacerlo (en este punto se imita a sí mismo diciéndole a DJ que no podía encontrar sus manos. DJ decía que podía buscar otra cosa; “Búscate el pene”. CC se imita a sí mismo diciendo, con voz atiplada: “decídase de una vez, no me gustan sus bromas”).
DJ le dijo al principio que buscara sus manos “o alguna otra cosa”, pero él simplemente ignoró la parte de “o alguna otra cosa”. (Esto le trae a la memoria una mujer que tenía una lista de todas las razones por las cuales ella era especial. Él nos traerá la lista antes de que se acabe el workshop. En la lista, por ejemplo, estaba el hecho de que un profesor una vez le dijo, “eres demasiado madura para eso”. Cuando CC preguntó si había olvidado algo en esa afirmación, ella habló con el profesor y averiguó para desilusión suya que él lo que había estado intentando decirle era, “eres demasiado madura para portarte como una gilipollas.”)
CC vio de todo excepto sus manos. De hecho, él sólo encontró sus manos en una ocasión en sus sueños... y resulta que no eran realmente las suyas sino unas manos grandes y peludas. (Ellos encontraron unas manos de mono de plástico recientemente, y sintieron que su apariencia, en forma de copa, describe muy bien lo que somos como humanos -con pequeñas manos avaras. Las traerá para mostrárnoslas.)
Pero CC realmente había tenido éxito sin saberlo en la tarea que le había encargado DJ al enfocarse en todas las otras cosas de sus sueños. (Está seguro de que el mencionar este comando de DJ tuvo el mismo efecto en aquellos que leyeron sus libros como le ocurrió a él -obsesionados en encontrarnos las manos.)

La atención de ensueño es otra fuente de disciplina que nos hace inalcanzables para los voladores. Una vez cruzas la escotilla, algo acude para llevarte a otra capa

de la cebolla, o al universo dual de los seres inorgánicos. Tú controlas la dirección en la que vas, al decir en voz alta tu intento -esencialmente al dar una orden, como "Llévame a tu mundo". Lo único que escuchan es una orden directa, no es bueno suplicarles, gemir o actuar apaciguadoramente. Tú no les ordenas de modo arrogante, sino con fuerza, de manera convincente. (Si eres bien educado, puedes decirles "por favor" o "gracias" también, bromeó, pero es opcional).

Una vez que dices en voz alta tu deseo de ir, estas bolas de energía te llevan. Don Juan le decía que fuera a cualquier parte, y que no dijera su intento de ir al mundo de los seres inorgánicos. Pero CC ha tenido siempre esta extraña proclividad a meterse en cosas peligrosas.
Cuando era niño, CC tocaba la trompeta, para no tener que ir a clase. Le decía al maestro que tenía ensayo con la banda, y al director de la banda que tenía que ir a clase. Así que acababa por no hacer ninguna de las dos cosas. Entonces fue trasladado a una nueva escuela, y el chico que se encargaba de la banda de allí le dijo que no lo necesitaban. (Se imita a sí mismo asustado por la idea de tener que ir a clase). Así que decidió estropear la trompeta. Por la noche, en el internado, se introdujo silenciosamente en la sala donde ensayaba la banda y encendió un pequeño fuego, usando una cuerda, para crear suficiente calor en la campana de la trompeta para que el tono se estropeara. Pero él "hubiera tenido que usar un alambre en vez de una cuerda". La cuerda cayó encima de un órgano. Y él intentó apagarla con agua , en lugar de volver a la cama donde no le hubieran descubierto. Pero no tenía fuerza suficiente para acarrear el cubo de agua hasta donde la quería llevar (se imita a sí mismo regando parte del camino), de modo que tuvo que llenarlo tres veces. Como resultado se empapó los pies. Después se volvió a la cama y, naturalmente, fue descubierto porque el reguero de agua llevaba directamente hasta él . Acabó prendiendo fuego a una ala entera de la escuela. Su familia hubo de pagar por la reconstrucción del ala y por los instrumentos. Él se lo contó al abuelo, que era su único aliado en todo el asunto. Su abuelo solamente le dijo, "¡qué estúpido! hubieras debido usar alambre." Su abuelo, un poco ladronzuelo él mismo, estaba horrorizado con la estupidez pero no con el nihilístico acto de prender fuego a la escuela.

Así que CC es un "tremendo idiota" por naturaleza, alguien que corre riesgos. DJ le dijo que empezaría oyendo una voz, el Emisario de Ensueño, pero le dijo que no la escuchara. Un día oyó una voz, pero se dijo a sí mismo que era algún tipo de efecto post- alucinógeno. La voz, sin embargo, viene de otro mundo, y se adapta a uno por sí misma. Para él , empezó como voz de hombre, hablando español con acento argentino, o inglés de la Costa Oeste de los Estados Unidos. Y usaba encantadores términos argentinos, como "flaco", "hijito" y "boludo". Y la voz decía que le revelaría cualquier cosa que quisiera saber. Pero resulta que "iba siempre desincronizada". Le decía algo sobre alguien dos meses después de que él hubiera preguntado, o incluso 5 años después, y a esas alturas a él ya no le importaba.

Esta voz del emisario de ensueño se acerca a nosotros físicamente. Para él esto se sentía físicamente como si viniera del área cercana a su hígado.

El mundo de los SI es básicamente femenino, y por supuesto era una voz femenina la que él oía -"bastante exquisita". Los machos son codiciados en ese mundo porque son un "pedacito" sobre una base femenina. (Se imita siendo "macho", y luego tan solo un "pedacito"). Luego explicó cómo una vez se sonó la nariz tan fuerte estando con DJ que sacó sus vegetaciones. Su reacción inmediata fue "ir enseñárselo a mami". Esto le recordó entonces haber trabajado en un hospital mental, donde

un tipo que no tenía sensibilidad en su cuerpo se sacó una de sus órbitas oculares y se la llevó al doctor diciendo, "Mira lo que ha pasado". Como sólo era psiquiatra y no un cirujano, el doctor se desmayó. El mismo paciente fue encontrado más tarde cortándose un brazo, cantando "El viejo MacDonald tenía una granja. "

DJ no contaba con la "imbecilidad" de CC. El emisario de ensueño es un atrayente hombre de mar. Te dice " Todo lo que tienes que hacer es darme una palabra". La palabra es "para siempre". "Si me das tu palabra, podríamos prolongar tu conciencia hasta cinco billones de años. Podrías ver cosas inconcebibles, como el corazón de una estrella, y no te quemarías. No tendrías que respirar. Pero, no podemos obligarte, tú eliges". DJ le dijo que no cayera en eso.

Los seres inorgánicos son consumidos de la misma manera por los voladores. Y quieren juntar su baja velocidad con al nuestra que es más rápida. Una vez la voz llevó a CC al mundo de los SI y le dijo que estaba "habitado por tres clases" -los que tienen forma de vela ondulada, los redondos, y otros con forma de campana. La voz también le dijo que había otras entidades allí que no le podían mostrar a menos que diera su palabra de que se quedaría. "Todos los ensoñadores (incluido DJ) reportan la misma experiencia". Psiquiatras y otros expertos no pudieron explicarle esta experiencia, excepto como un producto de la mente de CC. CC a la larga hizo allí viajes sin fin, y en uno de ellos vió una energía que se parecía a una niña que él conocía. La "niña" le pidió ayuda. La única virtud de CC, según DJ, es que él "saltaría sin temor ni premeditación a romper las cadenas de quién fuera." Él dio su palabra, su intento, el cuál agotó toda su energía, y fue llevado allí, aunque tuvo éxito en cuanto a salvar a la "niña". DJ y algunos de sus compañeros tuvieron que entrar para sacarle de allí. Ellos no entraron allí a través del ensueño, sino a través de brujería magistral. Como resultado, CC sabe que éste es un mundo real, un universo gemelo.

DJ planeaba dar un salto mortal para evitar el mundo de los SI. Pero CC sabe que no podemos realizar el viaje definitivo sin pasar por casa de nuestros "primos". Incluso aunque este mundo "está profundamente mezclado con el nuestro", DJ insistía en mantenerse alejado de él. DJ estaba "en profundo desacuerdo". CC cree que es mejor tratar con este mundo ahora; aprender a manejarlo antes de emprender el viaje definitivo.

Los SI pueden hacer bajar nuestra velocidad e incrementar la suya, dándonos o fugaces vislumbres o interacción sostenida. Las mujeres pueden hacer eso con asombrosa facilidad. Los hombres deben luchar mucho más, del mismo modo que tienen que leer mucho. "Las mujeres no tienen que leer tanto. Bueno, podría haber mujeres filósofas, ¿quién sabe?" (Florinda parece incómoda en este momento.) "Y tal vez mujeres alemanas, filósofas alemanas".

(CC contó que él siempre estaba preguntando, como muchos de nosotros hacemos, que cuándo sería capaz de ver energía, y cuándo las prácticas de hechicería tendrían algún efecto sobre él. Ya que la gente decía que no había oído la "desagradable historia" que él contó el domingo anterior, repitió la historia acerca de DJ diciéndole la manera de saber si estaba haciendo progresos, que era agacharse y soltar un pedo hacia el este. Si era un gran pedo, es que estaba haciendo progresos.)

La interacción del grupo de CC con los SI es mucho mayor que en el tiempo de DJ. Las historias de DJ de los antiguos videntes no ayudaron mucho a CC al tratar con ese mundo. Todo lo que CC tiene como pistas con sus propias observaciones, y el hecho de que los SI "no pueden mentir". Pero ellos sólo pueden responder preguntas no especulativas -como ¿hay un hombre al

otro lado de esta pared? Pero no ¿por qué está ese hombre ahí? o ¿cómo ha llegado ahí? en estas lides uno ha de ser directo y "no-laberíntico". El tratar con los SI "te fuerza a volverte claro como el cristal, o el emisario del ensueño no puede contestarte". CC ha respondido a cuestiones sobre la interacción entre los SI y nosotros, y dice que esto puede ocurrir, con una tremenda sobriedad.

Los Voladores, o Saltadores, son también inorgánicos, que se alimentan de todos los seres orgánicos. Aunque los brujos han sido incapaces de distinguir los detalles de los huevos luminosos de seres orgánicos no-humanos para discernir esto, el emisario de ensueño ha dicho "sí " a la pregunta sobre si los voladores se alimentan de animales y otros organismos en nuestro mundo.

Los antiguos videntes nunca permitieron a su conciencia mantenerse creciendo por encima de la altura media de su pecho. Al mantener su conciencia allí, ellos hicieron o fueron guiados a hacer suposiciones sobre los SI y su habilidad para ayudarles en este plano que no eran verdaderas. Si hubieran dejado a su conciencia continuar creciendo, por encima de sus cabezas, hasta cubrir sus huevos luminosos, no hubieran cometido este error.

CC ya no oye la voz del Emisario de Ensueño. "Ellos me pusieron una trampa en un mundo largamente buscado por DJ donde la cognición humana no funciona". Algo le llevó a través de un "tubo de conciencia longitudinal", y CC acabó "en mi lado izquierdo". Los seres de ese mundo ven en un ángulo de 360 grados, lo cual provoca que sus acciones sean inconcebibles para nosotros. Para salir de ese mundo, la voz dijo que tendría que ser "retorcido, causándole daños a su retina". Pero la voz le ofreció traerlo de vuelta sin daño alguno, "si daba su palabra (de quedarse con los SI)". CC decidió que la única manera de salir de allí sería adoptar la actitud de no darle importancia al hecho de si volvería o no, y esto puede que fuera lo que le permitió volver en sí. Ahora no oye la voz nunca más, y la echa de menos. No pudo decirle "gracias" por eso, puesto que le contó cosas increíbles, inconcebibles.

Uno de los principios del camino de los hechiceros es que tienes que pagar por las cosas, o si no puedes debes al menos dar algo de igual valor.

La niña de diez años que mencionó la noche anterior (el explorador naranja, suponemos), tenía que hacer una elección -decir si se quedaba con ellos o si volvía con sus abuelos (presumiblemente los padres de Florinda). "La decisión es otro de esos principios. Los hechiceros ven un horizonte de un color entre ámbar y ante permanentemente. En un momento dado, aparece una especie de "pirueta" o movimiento de remolino a nuestra izquierda, derecha o centro --que gira en el sentido de las manillas del reloj desde el punto de vista del observador. Entonces se abre una puerta, y ves el infinito a través de ella, y una decisión se abre."
Esto ocurrió en conexión con la niña de 10 años. Ella decidió ir con sus abuelos, aunque dijo que le gustaría estar con ellos un rato. "La pusimos en un avión el mismo día". Su decisión fué final para ellos. El factor decisivo para ella fue que quería tamales. Sus abuelos le daban todo aquello que quería. El grupo de CC le daba todo también, pero no le daría tamales o azúcar.

DJ no tenía en cuenta las decisiones, todo lo que le importaba era continuar su linaje. Pero la decisión es lo único que CC tiene, así que ¿cómo puede no respetarla? Así que la niña eligió morir.

CC fue ver una vez a un famoso productor, para hablar sobre la posibilidad de hacer una película sobre "Las Enseñanzas de Don Juan". El tipo tenía una enorme e impresionante oficina en Century City, y un gigantesco escritorio, y CC estaba

sentado justo debajo de él. El hombre llevaba anillos por todos sus dedos y estaba mascando un cigarro. Masculló una pregunta a CC, la cual CC no pudo entender. Masculló otra vez, y CC todavía no pudo entenderle, y empezó a ponerse muy nervioso. Entonces el productor se quitó el cigarro de la boca y preguntó, "¿La tribu pensaba?" Vaya, ahora CC pudo oírle pero no tenía ni idea de lo que le estaba preguntando, y pensaba que no lo había oído bien. Le preguntó si podía repetirlo otra vez. Finalmente el hombre explicó que lo que preguntaba era si "¿el grupo de D. Juan pensaba que él le había dado peyote?". CC estaba muy aliviado porque al fin ésta era una cuestión que podía responder, y respondió ,"Sí". El hombre le dijo, "Bueno, éste es un episodio dramático. Esta parte sobre mearse encima de perros me dejó frío." Pero él pensaba que la escena con los otros indios preocupándose de él , que había tomado peyote tenía tensión dramática. (CC imita a los indios de Hollywood diciendo, "Quemémosle"). El productor también quería a Mia Farrow para interpretar el interés sexual. "Ella permanecería detrás y representaría a una mujer que dice "¡No tomes la droga!" y tú lo harías de todos modos. Esto es confrontación."

CC conversó con montones de gente de Hollywood con el paso de los años. Ya no puede soportarlos de ninguna manera. Todos piensan que los libros son sus creaciones de ficción. CC explica que los libros son sólo una explicación fenomenológica de algo que todo el mundo puede hacer. "Pero nadie nos lo dijo antes". Él describe a una conocida mujer gurú con la que cenó una vez aquí en L.A. que mantenía agarrados los testículos de un joven y musculoso masajista mientras hablaba con él. CC finalmente le preguntó al tipo que cómo podía soportarlo, y el hombre le dijo: "La respuesta es nunca estar solo". CC nos pregunta, "¿Es ésta la respuesta realmente?, ¿nunca estar solo?"
CC una vez tuvo que operarse por una mala hernia. Se necesitaba una pantalla mylar para sostenerle. En una de sus exploraciones en la Segunda Atención, haría algo para destruir paredes. Se hubiera podido curar a sí mismo, pero no tenía ni el tiempo ni la energía necesarios. Describe al doctor diciéndole todos los riesgos de la anestesia - completas explicaciones de "un gran hombre a otro gran hombre", todo ello estando CC desnudo. Entonces entra el anestesista, un muchacho gay mexicano (CC imita la manera de girar los ojos del tío y sus maneras estereotipadas). El tipo de dice a CC que se ponga "en posición fetal". Luego le dice que va a sostenerle, y que "no te va a doler nada". CC encontraba absurdo que esta escena era posiblemente su "última escena" sobre la faz de la tierra. Cuando se despertó, una enfermera le dijo, "¿Quieres ver la TV, no?" Y sin mirarle o esperar respuesta, puso la TV en marcha y se marchó. Lo que vio fue a Gurú Rajneesh explicando algo acerca de una mujer que cogía 52 millones de dólares de su "pequeña caja", y diciendo que él cree que la mujer quiere controlar el mundo. Otra absurda escena, que dejó a CC riendo incontrolablemente. CC se preguntaba qué auguraba el tener estas dos ridículas imágenes enmarcando esta experiencia potencialmente amenazadora para su vida.

"Tú eres impecable, y tú estableces tu intento. El resto sucede."
DJ decía, "Deja que el resultado esté fuera de tu dominio. Lanza tu intención, tu esfuerzo, y luego olvídate de ello". No intentes por tanto controlar los resultados. CC nos advierte que intentemos esto con algo no muy importante al principio. (Bromeó que no debemos dejar que un trato de varios millones de dólares se cerrase por sí mismo y, cuando fallase, decir que Castaneda nos dijo que lo hiciéramos de ése modo).

A las 6 pm, CC empezó a responder a las preguntas. La primera, de Luis, fue "¿cómo debe uno comportarse con los seres

inorgánicos?" CC dijo, "Tú insistes. Pero tienes que darles tiempo, porque ellos se mueven lentamente". Hizo una broma acerca de alguien que espera una o dos horas y luego se da por vencido. También nos dijo que solía gritar, "¡Intento!" y que uno de su grupo, presumiblemente Florinda, solía gritar esto con toda la fuerza de sus pulmones (a la cuál imita) haciendo que sus vecinos llamaran regularmente a la policía. También nos advirtió que no fuéramos tímidos ni tuviéramos dudas acerca de lo que estábamos diciendo a los SI. "Lo que tenéis para ellos es vuestra disciplina, la disciplina de la Tensegridad".

Un hombre hizo una pregunta sobre los exploradores Azul y Naranja, pero CC se negó a responder, diciendo que esto no era relevante respecto a los SI.

Una mujer preguntó que cómo escapó él de los SI la segunda vez (cuando lo llevaron al mundo de 360º?). CC bromeó (¿¿¿???) "Todavía estoy allí". Explicó que ésta es la razón por la cual él bizquea. Mencionó haber ido a dos oculistas diferentes. El segundo diagnosticó su caso como el resultado de que CC había tenido relaciones sexuales intensas con "violentos orgasmos". Él ha aprendido a tomar los diagnósticos médicos tan sólo como avisos o conjeturas, sin intentar explicarles cómo sus condiciones ocurrieron realmente. Este doctor también "calculó mi edad" en 75, y estaba impresionado de que CC pudiera tener esos violentos orgasmos a su edad.

CC una vez tuvo una infección de vejiga después de una de sus experiencias. Fue a un médico llamado "Ramón García" El médico le dijo: ¿Qué más puede ser? Gonorrea. CC volvió a cometer el mismo error al tratar de explicarle que no, que era el resultado de una lucha con una configuración energética grande. El médico le diagnosticó entonces como loco, con gonorrea.

El famoso psiquiatra para el que CC trabajó una vez le preguntó, ya que CC estaba tan interesado en etnometodología, si le gustaría ponerse en la tercera planta con los pacientes mentales, de modo que él pudiera estudiarles como un miembro más de su grupo. CC preguntó "¿Qué pasaría si algo le ocurre a usted (ya que nadie sabría que CC no era realmente un paciente)?" El psiquiatra estaba seguro de que CC podría salirse de allí de algún modo. Thomas Gaul le preguntó si uno puede practicar la atención de ensueño y la recapitulación al mismo tiempo. CC dijo, "Sí, puedes llamar a tu atención de ensueño al mismo tiempo. Cuesta muy poco hacer eso, en comparación con el tiempo que desperdiciamos delante de la televisión".

Un hombre preguntó algo sobre los Voladores, lo cual no aportó demasiada información nueva. CC dijo que los Voladores "están encima de nosotros".

Un hombre preguntó si el celibato era importante. CC dijo que "Si eres una cogida aburrida, sí". Contó otra vez la historia sobre su primo "Rigoti", y sobre cómo su abuelo le dijo que CC -"Aranha"- para entrar tendría que "entrar por la ventana", mientras al guapo Rigoti le dejarían entrar por la puerta. El lema de su abuelo, el cual CC adoptó, era, "No puedes hacerle el amor a todas las mujeres del mundo. ¡Pero puedes intentarlo!" CC nació de un polvo rápido -"detrás de la puerta"!- por eso siempre está nervioso. Si tú has sido fruto de la pasión, no hay problema. Puedes tener todo el sexo que quieras.

Un hombre preguntó si el tamaño del punto de encaje tenía un límite determinado. CC dijo que es usual el tamaño de una pelota de tenis. Dijo que el único PE inmenso que había visto era el de la mujer gurú que estaba manoseando los testículos del muchacho. Pero su PE estaba muy fijo, cuando debería ser fluido. Si el PE de alguien está fijo, son el tipo de gente que "lo sabe todo"; que sabe lo que está bien y lo que está mal. Son "destacadas autoridades" y están muy atascados. CC explicó

que la única manera de hacer que el PE se vuelva fluido es la recapitulación. Mencionó que nosotros, la audiencia, habíamos ido volviéndonos más fuertes como resultado de estar allí ("algunos de vosotros cada día). Es algo grande intentar que el PE se vuelva fluido.

Un hombre preguntó acerca del Desafiante de la Muerte. CC dijo que sería el tema de su última charla.

Un hombre preguntó si los SI estaban dando seminarios también. CC rió y dijo, "puede ser". El hombre también preguntó si los SI están interesados en una relación simbiótica con nosotros también. CC dijo, "Si. Ellos son más sabios y viejos que nosotros, y les encantaría fusionarse con nuestra velocidad. Nosotros tenemos prohibido hacer esto, a menos que nos dediquemos nosotros mismos a la revolución de DJ".

Un hombre preguntó acerca del intento. CC dijo que conseguiríamos acercarnos a él a través del acecho.

Una mujer preguntó si CC tenía los aliados de DJ, y si los usaba. CC dijo: "No". Explicó que eran entidades del linaje de DJ y que eran muy primitivas. CC tiene "cosas mejores que hacer", así que esas entidades "se esfumaron". El interés de CC es la "elucidación", él desea que el mundo de los hechiceros sea comprensible en nuestros términos.

Una mujer preguntó acerca de las maneras para parar el diálogo interno. (CC frunció los labios, y sugirió que esto era un ejemplo, ya que tienes que estar muy atento a lo que estás haciendo). Las Chacmoles van con él en el coche y a menudo no dicen ni una palabra. Ellas han cortado tanto el diálogo interno que no se dicen nada ni siquiera entre ellas. "Han hecho tanta Tensegridad, que ya no hablan más. Hasta que les dices algo, y entonces ya no se callarán".
CC también nos dijo que no hiciéramos caso de las estadísticas que dicen que sólo absorbemos cerca de un 3,5 % de lo que oímos en una conferencia. CC solía confiar en estas afirmaciones como razones para ir a dormir a las conferencias, ya que sólo iba a quedarse con el 3,5% de todos modos (o con un 5,25 % cuando el material es repetido).

Un hombre preguntó acerca del PE de las plantas. CC dijo que los árboles parecen un enorme globo de luminosidad, y sus PE están por debajo de sus raíces. Así que los árboles encajan la percepción, perciben. El mundo vegetal en su totalidad tiene PE en "el extremo de su curva". Normalmente son planos, aunque algunos son formas geométricas -diamantes, por ejemplo. El eucalipto tiene un punto de encaje realmente retorcido, que parece tener dientes. (Y CC estaba preguntándose si sabíamos por qué la gente dice que son malos para el entorno. Dos personas se ofrecieron voluntarias para decir que el eucaliptus envenena el suelo a su alrededor; dijeron que es "aleopático"). Las higueras tienen un PE "exquisito", CC contó una historia acerca de ser "casi asesinado" por una higuera. Él estaba cogiendo el fruto para Florinda, y un higo grande colgaba enfrente de él diciéndole: "¡Cómeme!" CC tiene una intolerancia hereditaria por la fructosa. Pero procedió a comerse casi todo el árbol. Le encontraron inconsciente. "Me desperté dos años más tarde", bromeó.

Una mujer preguntó sobre la dicotomía, y cómo estaba relacionada con la Tensigridad. CC dijo que la Tensegridad consiste en tensión y relajación. No tenemos que buscar la dicotomía, porque el mundo dicotomiza sin importarle lo que hagamos. DJ intentó unificar a CC desde el principio.

Una mujer preguntó sobre el hecho de que la gente no puede ir voluntaria para ser parte del mundo de los hechiceros. CC dijo, "No, su intento ha hecho la oferta por esto." Dijo que ellos estaban esperando al-

guna acción que revelara el siguiente paso (o las palabras a este efecto, pienso).
Nos dijo que intentáramos recapitular y ejercitar la atención de ensueño. Dijo que algunos tomarían esto seriamente y entonces, "ya veremos". Si hacemos esto, nuestras vidas en nuestro mundo de todos los días se volverán más fuertes, más firmes. Ya no estaremos a merced de los demás, como estamos cuando venimos a este mundo como "cogidas aburridas".

Un hombre preguntó sobre la conexión ente el Águila y los Voladores. CC dijo que DJ no lo sabía. Él no pudo responder cuando CC le preguntó lo mismo.

Un hombre preguntó sobre la sugerencia hecha otra noche acerca de redirigir nuestra atención, incluso teniéndola al nivel de los dedos gordos, desde la posición del yo-yo-yo. CC dijo que si nos diera instrucciones sobre esto, sería como DJ al decirle a él que se mirara las manos.

Una mujer preguntó acerca de los SI y la intención de DJ de evitarlos al hacer su viaje definitivo. CC dijo que DJ era el perfecto ejemplo de un guerrero abstracto con el deseo de libertad abstracta, pero especulaba que su salto sería minimizado por lo concreto de los miembros practicantes de su partida. Uno necesita una relación muy sobria con los SI para navegar en su mundo.

Tony, el budista tibetano seguidor suyo que tomó las fotos del Volador en las pirámides, estará con nosotros el próximo domingo. "Es un chico encantador. Tiene esos ojos grandes que giran en redondo. Es también un traductor instantáneo." (La mujer que traducía ese día para los hispanohablantes le dijo que ella es tan buena que hace los mismos sonidos guturales que él.) Alguien preguntó que cómo había tomado Tony la fotografía. "Había 90.000 mexicanos católicos budistas allí, y el Dalai Lama". Tony es "santo" también. Ellos lo llaman "Tony Lama". Él organizó el evento, y entonces tomó montones de fotos, a alta velocidad. Una tenía esta pequeña mancha que él amplió. Él se la llevó a Carol Tiggs. Cuando ella se la mostró a CC, ellos tomaron como un signo de que era tiempo de hablar sobre los Voladores. DJ les había dicho que nunca hablaran sobre ellos, o "ellos os quemarían, seguro".

Un hombre preguntó sobre cómo los hechiceros usan los nombres, ¿Cuál es su función? CC decía que los nombres no eran permanentes. Dependen de la etapa del camino en la que estés. Él ya no es "Carlos Castaneda". Su cuerpo entero ha cambiado, y necesita un nombre nuevo. Él "tiene otro nombre, pero no está bastante coagulado todavía". Tener un sólo nombre, para siempre, es "demasiado extraño, demasiado monogámico".

Un hombre preguntó acerca del universo sintiendo afecto. CC dijo que no es que el universo sea afectuoso, sino que podemos establecer este vinculo (de afecto) con nuestra impecabilidad. La fuerza del intento o espíritu está allí afuera, pero debemos encararla solamente con tremenda energía. Si la encaramos estando débiles, ella "os destruiría". Es una fuerza tremendamente fortalecedora si tú eres fuerte.

(CC preguntó cuánto tiempo quedaba, y Florinda le dijo "tres minutos". CC dijo, "Dame una chica con una pregunta".)

La chica preguntó acerca de cómo vuelves del ensueño. CC explicó que es "como una banda de goma elástica - tú estiras tanto como la energía lo permite, y entonces algo te trae de vuelta. Y sin hacer nada." (Bromeó sobre llevar "ese traje", su favorito, y éste vuelve con él en perfectas condiciones, "recién planchado".)

Otra vez mencionó a la niña y dijo que ella era tremendamente inteligente y que sabía lo que hacía. Ella les pidió que "por favor disculparan a todo el mundo por la niña tonta que no sabía cómo elegir". CC

parecía muy afectado por esta afirmación. (Mencionó cómo huimos de los lobos para atravesar la puerta, y darnos la vuelta para comprobar que sólo era el marco de una puerta. No hay ningún sitio al cual huir en este mundo).
Alguien preguntó si la niña tendría otra oportunidad. CC dijo, "No. Este punto giratorio se abre solamente una vez." Dice que él "no tuvo remordimientos por aquella niñita." Ellos actuaron impecablemente con ella. Ella tomó la decisión, ahora "ella no existe para ellos. Es sólo una historia, una conmovedora historia que él nos está contando". Esto es todo lo que los hechiceros hacen (ellos no toman parte en estas relaciones o eventos como parte de ellos mismos, sino que sólo las ven como historias para enseñarles).

NOTAS BRUJAS 6

MEXICO 1996 - Conferencias de Carlos Castaneda.

Viernes 26 de enero de 1996 7:00pm - 10:30pm

CC dice que un escritor, Mesmer (o algo así)[en realidad Friedrich Anton Mesmer, médico y terapeuta, y temprano experimentador con campos de energía humanos y curas hipnóticas: como el ser "mesmerizado] , ya había hablado sobre parar el juicio, sobre que nos habíamos equivocado.

"Todos quieren estar en las candilejas solo yo, yo, yo! La humanidad entera yo, yo, yo!"

DJ le dijo: "Entre más chaparro mas egomaniático!" DJ le agradecía mucho a CC porque decía: "el mero hecho de verte llegar me dan ganas de vomitar! Cada vez que vienes me renuevo!"

CC admiraba mucho a un maestro de la facultad que hablaba muy bonito. A este maestro le cuestionaban sobre algo y se quedaba varios minutos en silencio moviendo la boca, como masticando, pensando, hasta que empezaba una larga perorata, que los dejaba anonadados... DJ le decía: "¿quieres ser como tu maestro? ¡Obsérvalo!" CC se dio cuenta que "era un genio de 8 a 3pm... ¡¡después no era nada!!! Era todo lo que hacía! Todo lo que el descubre y hace no tiene influencia en su vida ¡¡Cómo es posible!!! ¡¡¡Para un brujo eso es inaudito!!!"

CC habla sobre las 3 chacmoles que ya no son chacmoles: "¡Las 3 luchan contra su ego! Quisieron ser jefas cada una y se fueron a donde se fue Padilla!"

DJ: "¡¡No se puede insistir! Las cosas si quieren salir, salen... si se insiste, ¡no!" Habla del New Age... eso es Old Age... son egomaníacos...

DJ le decía a CC que tenia un clavo que necesitaba sacárselo... CC muchas veces le dijo a DJ: "Don Juan, sáqueme el clavo"... DJ le contestaba: "No, no, hoy no".

Don Juan me decía: "No hubo pasión, tu mamá ni supo lo que le pasó, nada! Obsérvate, obsérvate, obsérvate, no te estas quieto." (CC con temblorina)

"La mayoría de nosotros somos iguales por eso no podemos brincar bien y perdemos energía en cosas que no son..."

"Mi origen fue una cogida aburrida, don Juan me decía si no te gusta puedes decirte CA (además me llamo Carlos Aranha)".

"Don Juan no quería fotos, ni publicidad para sus discípulos, porque no tenían energía, se iban a agotar".

"Un estudiante de DJ se fue (Carol Tiggs). En el cosmos total hay otro medio, el mar de la conciencia, ella estuvo ida por 10 años. ¡Y ella regresó! Una vez que estaba dando un seminario en Los Angeles, al fondo del salón vi un resplandor ambarino, muy diferente a los de las demás personas, al ver vi a Carol Tiggs, ¡está muy joven! Algunos de ustedes la han visto y esta muy jovencita..."

"Disciplina para un brujo es un propósito, su propósito es la libertad, y para llegar se pulen."

"Somos conjuntos de campos energéticos, un conglomerado. Algo nos mantiene en orden".

DJ decía: "No se puede dominar esta fuerza (¡idiotas!), se puede acceder a ella. Fue el error de los brujos antiguos."

"Si podemos tener acceso al México aquel... ¿qué nos detiene? ¿qué hacemos?... Nos emborrachamos, nos drogamos y eso es amor por sí mismos? ¡¡Egomaniáticos!!! Uno no les puede ver... ¡porque se enojan!"

DJ le preguntaba: "Cual es la contribución de tu hombre al sistema de pensamiento?¿ Que dijo tu abuelo? ¿Qué te dijo tu padre? ¿Qué dices tu? ..." Pucha! ¿Qué cosa bruta! ¿Qué quieres de la vida? CC contesta: ¡No sé! (después de mucho pensar) "Quiero amor" (CC cuenta que se estuvieron riendo de él por mucho tiempo... cada vez que lo veían venir decían: "¡Ahí viene el que anda buscando amor!")

CC: "Yo muchas veces le preguntaba a DJ sobre algo que no tenia explicación y él me cantaba... "Pregúntale a las estrellas que por las noches me ven llorar..."

DJ: "Como un mortal, tengo que encontrar todo lo que pueda!"

DJ: "Yo no estoy obligado a honrar acuerdos en los que yo no participé". DJ: "yo no participe en el acuerdo de ser viejo, ¡mírate tu! ¡mírame a mí!"

DJ me decía, hablas en renglones sintácticos, ej. "Es que nadie me comprende"

DJ: "Deja todo lo que le incumbe al mundo cotidiano, te estas matando por comportarte como normal, eso lo haces con el dedo chiquito.¡¡¡ La lucha esta en el horizonte!!!"

DJ: "Deja de ser el macho latino..."

"Yo decía: yo quiero acabar con la hegemonía gringa, el problema está en que los países como los Estados Unidos nos tienen... (larga rollo sobre arreglar el mundo). DJ se me quedaba viendo y me decía: "¿por qué no dejas de fumar?"

CC habla de como DJ lo "ayudó" a dejar de fumar: DJ una vez le dijo que iban a hacer un viaje que duraría varios días, así que le dijo que se preparara y llevara unas 20 cajas de cigarros y las envolviera muy bien porque habían muchos coyotes que se la podían robar o mordisquear. CC las forró muy bien, hasta les puso una puertecita donde sólo cupiera su mano, y poderla ce-

rrar. Cuando andaban en la sierra de Chihuahua, un día CC se levantó y vio que había desaparecido su paquete especial donde guardaba sus cigarros. DJ lo ayudó a buscarlo y encontraron huellas de coyotes, los cuales probablemente se la habían llevado, pasaron muchas horas buscándola, pero no pudieron encontrarla. Después DJ le dice que se habían perdido con tantas vueltas y que no sabia como regresarse, y CC se enojó mucho con DJ diciéndole muchas tonterías, regañándolo porque como era posible que se hubieran perdido así, él tan conocedor de toda la sierra.... y se sentó enojado esperando que DJ le pidiera perdón... Hasta que se dio cuenta de que nunca lo iba a hacer, se pusieron a caminar porque CC pensaba que fácilmente encontrarían un pueblo o ciudad en cualquier dirección que caminaran, caminaron mucho, pasaron 2 barrancos y nada... hasta que CC se dio por vencido, pensaba que se iba a morir, estaba seguro de que no se iban a salvar. Comentaba con DJ que ya no tenían salvación, es cuando DJ le pregunta: "¿ya no te importa nada mas que salvarte?" CC contesta que sí. DJ: "¿Y qué pasó con los cigarros?" CC: "No, los cigarros ya no me importan, todo lo que me importa es salvarnos!!!" Entonces DJ le dice "Vámonos", caminan y se da cuenta que la carretera esta a unos 20 metros de donde estaban, ¡atrasito de una lomita!

"Al volver, Carol Tiggs rompe varios cánones. Ya no es el mundo de DJ el no nos encaró, lo único que le importaba era continuar su linaje. DJ no era un maestro, y un día me doy cuenta que no soy como él. Yo estoy aquí para cerrar y apagar su linaje, ¡pero debe ser con elegancia! Los pases mágicos son una fuerza aglutinante. Estos ejercicios son super secretos para los brujos, pero no para CC y las 3 brujas."

"Van a hacer los pases mágicos genéricos, ¡si se puede llegar a ese conglomerado en conjunto todos nosotros! Él no supo de la masa de su gente. ¡¡Nosotros vamos a terminar su linaje con una explosión!!"

"Sólo el hombre europeo, sabe pensar... ¡NO! ¡Pensar es un salto mortal a lo inaudito! Sin drogas, ni alcohol..."

"¡¡Somos una manga de borrachos!! ¡¡¡A eso nos han reducido!!! ¡Esta vida es una cosa aburridísima! ¡¡El mundo cotidiano nos embrujó!! En Washington la Casa Blanca es el intento total de nuestra civilización... Una persona ve en la casa blanca toda nuestra civilizacion, para un brujo no hay nada... La Casa Blanca existe en el intento de toda la masa."

"Llamar al intento. Es una fuerza que existe y esta consciente de si misma. La idea de Don Juan es que ¡cuando menos hay que estar conscientes en lo que hacemos!"

(Alguien pregunta sobre el ensueño): "Primero quitar el yo personal, el ensueño no se va a poder hasta que se quite el yo personal. Ensoñar es mirar en la eternidad como microbios que somos."

CC dice que nosotros no podemos ensoñar porque no tenemos poder. Lo que tenemos son solo viajes egomaniaticos... CC: "Uno ensueña cuando no hay nada adentro, no deseos, enojos, ni siquiera felicidad. Es un estado supremo. El ensueño te catapulta, es un estado trampolín, de interrupción del sistema interpretativo."

"Nosotros 4 no podemos irnos sin dejárselos (los ejercicios). La gente que practica tensegridad se ve lindísima, mas delgada, mas viva, con brillo en los ojos."

Una mujer le dice a CC que las 3 (Tiggs, Abelar y Donner) se ven como amas de casa popof, y él le pregunta que ¿cómo le gustaría que se vieran?... Ella contesta: ¡como yo!

(Platicando sobre los problemas con personas de la vida diaria) DJ le decía: "No andes peleando con esos señores, ¡¡halágalos!! Diles cosas inauditas... como por

ejemplo: ¡Tú eres casi una deidad!" CC una vez se lo dijo a un jefe suyo y... ¡Se lo tragó! "Uno no debe escatimar esfuerzos, ¡Adúlalos!! ¿Por qué andar con enojos? La batalla está en el horizonte. Si esta es la única vida que tengo, ¿por qué desperdiciarla?"

"¡La lucha es árida! Si tuviera que escoger, ¡escogería este camino otra vez!"

(Hablando de preocuparse por tonterías): "Yo siempre decía que hacía mucho frío, mucho calor, mucho viento..."

"Nosotros no podemos acritar a nadie, somos seres insulares, tenemos linderos... No podemos quitar ni dar energía."

"Nosotros tenemos 3 centros energéticos: 1.- Páncreas e hígado, 2- Bazo, 3.- Riñones (adrenales). Las mujeres tienen un cuarto: El Vientre (sólo mujeres)."

Alguien de los presentes preguntó que si que pasaba con las que les habían extirpado el útero, CC dice: "¡¡Entonces tienen lo que se le llama un útero fantasma!!"

CC: "La energía sexual sirve para la reproducción o para la evolución... o... ¡¡para las 2 cosas!!"

CC dice que estamos a punto de extinguirnos por nuestro bajo nivel de esperma, el hombre se extingue y nosotros seguimos con nuestras pend.....s.

Un gran físico le dijo una vez: "Sus libros me distrajeron un tiempo de joven...pero no me puede probar lo que hace..." CC le contesta que el tampoco le puede probar sus teorías de física, porque para entender las teorías sobre la gravedad hay que estudiar mucho, por ejemplo, necesita llevar física 1º, 2º, 3º, 4º...

CC: "Nosotros hemos aprendido a esperar, a amarrarnos nuestros zapatos, a hacer popó en el baño..."

"¡¡Nadie, ni un loco, jamás!! se hace caca en el recibidor de un hotel...¡hasta eso llega!" (hasta eso llega lo que hemos aprendido)

"¡...el orden social viene de algo indiscutible! No tiene nada que ver con mano a Juana" (¿masturbación?)
CC tuvo un año en que se le permitió visitar otras filosofías, para ver que similitudes existían... Una vez visitó a un gurú, lo bendijo y le echó con un símbolo fálico un líquido... todo lo que contenía el símbolo... (le preguntó a uno de los ayudantes del gurú que qué era)... ¡¡era pipí!! "Porque dicen que todo lo que sale de su cuerpo es sagrado... y se jactan de no ser egomaníacos!"

(Hablando de la gente en general): "...y qué hacemos nosotros, unos golfos, huevones... Lo que dice Don Juan requiere una cordura excesiva!"

"Por qué no ser como tu maestro de 8 a 3pm, ¡¡¡pero después sé un ser mágico!!!" (CC habla de que nosotros en la vida normal que llevamos, bien podemos practicar lo que él enseña, sin tener que ir a la sierra, ni al desierto, ni hacer esas cosas extrañas...)

"La tensegridad es parte del acervo de los brujos antiquísimos..."

"DJ en 1973 se extinguió, se transformó en luz, la serpiente emplumada. DJ y sus compañeros dieron una vuelta, ¡¡¡ufa!!! ¡¡¡qué belleza!!! (cuando pasa eso) La Tierra te dice: vete, te corta la raíz y deja flotar!"

"Ahora no hay nada, no hay disciplina. ¡Se necesita disciplina y cojones de acero!"

Empieza sesión de preguntas y respuestas:

Pregunta: ¿Están relacionados los ovnis con la brujería de DJ? ¿aliados? CC: "Eso si que no sé... ¡¡NO!! déjate de ovnis..."

CC dice "Yo no puedo con los secretos. Explosión es tocarte a vos ¡que belleza! No te enojes si te dan palos, ni tampoco se te suba si te alaban. Ellas (Chacmoles) se cayeron, pero ya se pararon y no pueden esconder eso ¡porque todo fallaría!"

CC: "Los pases tratan de juntar la energía periférica y jalarla..."

(CC dice que ha tratado desde hace mucho de que más gente conozca lo que hace, ha dado muchos seminarios sin cobrar nada, ha invitado a la prensa y hasta una vez le propusieron hacer una película, pero al final los productores pensaron que no iba a funcionar) CC: "Hemos invitado a cantidad de periódicos, vienen una vez y ¡ya no vuelven a venir!" (CC cuenta que un representante de la televisión en tono paternal le dice: "Carlitos... si lo que dices fuera cierto, nosotros ya lo sabríamos...")

(CC habla de que todos tenemos una historia): "Mi historia: soy enano, soy morenito, soy huérfano" CC: "Alguien llega y siente lástima por mí y me dice: ¿Eres huerfanito?" CC: siiiiiiiiii (quejido) DJ le decía que "...él mismo era Juan Alonso... ¡entre mas viejo mas sonzo!"

(Habla sobre el miedo a hacer cosas...)

El escritor que no escribe porque sólo escribe una carta...

-(Pregunta: ¿Como se puede parar el dialogo interno?) CC: "¡¡¡A patadas!!! Decir ¡¡NO!!"

-(Pregunta: ¿Podemos vivir esto en la vida cotidiana?) CC: "¡¡ Por supuesto !!"

-(Alguien pregunto algo sobre mezcalito) CC: "Toma esos libros de Carlos Castaneda ¡¡y quémalos!! Ponte a hacer los ejercicios..."

-(Pregunta: ¿No importa la contaminación de la Cd. de México?) CC: "No importa para nada..."

CC: dice que tiene otro humor que se llama el guerrero en fuga, ¡es el único modo en que no duelen los dardos!

Sabado 27 de enero de 1996 9:00 am

CC: "Ser joven cuando uno es joven es chiste, pero ser joven cuando se es viejo..."

A CC le dice su amiga: ¿Te leo lo que te escribieron? CC: "No, no, no, porque mi ego puede subir con lo que escriban..." Le rogó muchas veces hasta que lo convenció... la carta decía: "Felicidades en tu 75 (¿¿??) aniversario!"
"Fluidez, no enojos, prepotencia no tan intensas, hasta llegar a un lugar de simpatía (o afecto)".

"DJ no está de acuerdo en honrar acuerdos en los que no participó!"

"¡¡Los brujos no tienen secretos ni pueden guardar secretos!!"

Sabado 27 de enero de 1996 noche. Preguntas y respuestas:

CC: "Los brujos aman pero ¡no son inversionistas! (Alguien pregunta que si es amor incondicional o qué...) "No es amor incondicional, los brujos hacen un regalo, es el placer de poder experimentar un afecto total, ellos no quieren que los quieran para que..."

"Los brujos sienten un afecto tan intenso... que si quitas un pedacito, se desvanece..."

"¡El punto de encaje es el mismo para toda la humanidad! El punto de encaje se encuentra a la altura de nuestro omóplato izquierdo, y a un brazo de distancia directamente hacia atrás. El punto de encaje al moverse percibe otros mundos. Hay muchos mundos inclusivos, los brujos antiguos contaron 600 posiciones".

"No todos los puntos a donde se desplaza el punto de encaje es un mundo inclusivo. (Estas posiciones están sobre la superficie del huevo luminoso)."

"El arte de acechar es forzar al punto de encaje a que se mantenga en la misma posición."

"¡Si el punto de encaje se posiciona fuera del huevo, se encuentran mundos que se salen del carril no humano!"

"Alguien o algo me empujó a un mundo donde la vida no es estereoscópica. Aquí vemos lineal, sólo vemos el 15% de todo. ¡Entré en un mundo de 360 grados de visión! Al entrar en él, algo me fuerza a rotar y no puedo ver, ¡me rechingué la cornea del lado derecho!"

"DJ deseo siempre entrar en un mundo donde lo humano no cuenta, pero ¡no pudo! DJ se fue en 1973, se convirtió en un haz de luz."

"¡En 1985 Florinda Matus se fue!"

"¿De qué vale esto? DJ decía: ¡no vale nada! Es para espíritus aventureros, es mejor que morir, el camino es exquisito!"

"DJ me decía: ¿pero de verdad sientes compasión por tus semejantes? CC: Si, siento. DJ: ¿Hasta el punto de dejar de fumar? CC:¡¡ No!!"

"Nosotros no estamos interesados en una confrontación, no queremos quitarnos la mascara, la mascara de la compasión..."

"DJ decía:" Fíjate, yo amo a mi espíritu, y tu ni a ti mismo te quieres..."

DJ: "Lo más tenebroso para mi, es la compasión profesional, esa de "te abrazo para que mueras conmigo", ¡¡¡escúpelos!!!!" "Cuidar a los niños no es lo mismo, ¡eso se aplaude!"

Premisa del brujo: ¡Todos vamos a morir!

DJ decía: "No hablen y coman porque les salen pedos!"

"Parece que como raza total estamos al final, por lo que veo no tenemos manera de ubicarnos... No tenemos ubicación filosófica, es el augurio de que no hay tiempo..."

Pregunta: ¿Necesitamos salir al campo a practicar lo aprendido...? ¿A la sierra...? CC: "No necesitas un sitio ad-hoc, ¡hazlo aquí! Yo aplico todo lo que me enseñó DJ en esto". (Refiriéndose al seminario y andar en la ciudad).

"La mujer y el hombre están hechos para procrear y para evolucionar, ¡¡y uno es capaz de eso y mucho mas!!"

"Los pases mágicos no fueron inventos, fueron descubiertos por los brujos antiguos. Ellos se dieron cuenta que ciertos movimientos corporales repetían lo que habían sentido en los ensueños" (para mas energía).

Pregunta: ¿Qué hay de cierto del Explorador Azul? Él entra en el mundo de DJ por culpa de CC. DJ le dijo que no se metiera con los inorgánicos, pero siempre que le decían que no, iba y lo hacia. Cuando vio al Explorador Azul lo vio como una nena de 7 años que se parecía mucho a su papá. Ésta le dijo: ¡ayúdame!, y él le dio toda su energía para que saliera. Al explorador azul lo atraparon por explorar. Carol Tiggs le da vida. Es ahora hija de Carol Tiggs. Esa niña es el epicentro de varios de ellos. Puede hacer muchas cosas, pero por lo demás es normal...o casi... La aparición de ese explorador es la confirmación de la extinción de DJ . (¿Del linaje?)

"La energía la tienes o no la tienes, ¡nadie te la puede dar!"

DJ dice: "Yo no necesito a nadie, no necesito enseñarle a nadie, pero... la idea de

que Florinda Donner puede volar es un gusto indescriptible."

"¿Voladores? Los voladores son conciencias de ser sin organismo." Cuando DJ le explica a CC, CC dice que no existen, DJ le dice que ¿cómo sabe que la conciencia de ser tiene que tener organismo?"

"Los voladores se alimentan de la conciencia total."

"DJ no prepara nada todo lo lee en la pared."

"El hombre es la única especie que no tiene limite, todas las especies tienen limite. Toda nuestra conciencia del ser llega a una franja del dedo gordo, ¡¡eso es todo!! Toda nuestra conciencia del ser es comida por los voladores, ¡lo único que nos queda es un pedacito! Todo mundo con yo, yo, yo."

"El brujo explica que los voladores son como sombras, como grillos saltando."

"La conciencia del ser es como un árbol, ¡si no se poda crece! (los podadores son los voladores)."

"¡El raciocinio del dedo gordo! Es todo lo que nos dejan... Si nos comen un poquito más... ¡nos morimos!"

Alguien de los asistentes dice que vio un volador, CC dice que lo que ella tiene es talento, por poder ver voladores, dice: "A los brujos no les gusta el talento, les gusta la disciplina".

"Que nos coman no es chiste, ¡¡es muy serio!!

"¡A los voladores la disciplina no les gusta! Nosotros con 3 días de no ser comidos... ¡¡¡es suficiente para ver!!!"

"Las maniobras de los voladores nos convierten de ingenieros en creyentes. ¿Cómo es posible que un ser tan inteligente sea tan duro en eso? (creer en cualquier divinidad) ¿Quien nos dio esas creencias? ¡Los brujos dicen que los voladores!"

"Los voladores nos dieron la mente, ¡la mente no es nuestra!"

"Le pregunto a DJ: ¿Qué pasa si la mente se esfuma? ¿qué pasa? DJ: otro nivel, no piensas, ¡hay conocimiento!"

"Le digo a DJ: 2 y 2 son 4, lo entiendo. DJ me dice: ¡No entiendes! Usas un proceso!"

"El arte del brujo es liberarse de la mente".

"Estamos a merced de esas entidades (voladores). Nos comen como nosotros comemos pollos, los cuidamos y luego nos los comemos."

"DJ me hacia usar mi raciocinio para llegar a una opinión negativa de los voladores."

"Sin gritos, sin alardes, el guerrero lucha impecablemente."

"El intelecto nos fuerza en convoluciones que a veces no..."

"La mente nos fuerza a conceptualizar. La instalación extranjera es la mente, pensaron todos los brujos del linaje. Hacer las cosas sin pensarlas mucho, ¡espanta a la mente!"

"Existen 3 tipos de personas: los pedos, los orines y los vómitos."

"Los pedos son pesadísimos, te dicen: ¡¡vete al carajo, puto!!, No los puedes respirar. Los orines son suavecitos, ¡no te mojes los zapatos!. Los vómitos son los por favor, parece que tienes..."

"La complejidad no es cierta, sólo es una capa de pintura. Los psicólogos no sirven para nada."

CC dice que trata de dirigirse a esa otra entidad (parte) de nosotros.

CC dice que es el mismo viaje que DJ.

"La gorda María Elena se murió de egomaniática diciendo que era la mujer nagual, que todos comían de su mano."

"¡Aquí es el epicentro! ¡México!" (La Cd. de México)

Una bruja en México lo ayudó. Un día será libre, ¡pero ese día le será dada! Le falta poco tiempo porque algo le será dado.

"¿Otros linajes? Debe haber, eso es, debe ser. (¿¿??)"

"¿Como se convoca el intento? Llámalo, ¡¡Intento, intento, intento!!"

"La idea del suplicante no existe, los brujos no piden, no suplican, ¡¡¡¡ordenan!!!! Pero ordenan como un pedido quedito."

"Nosotros usamos el intento sin darnos cuenta. Si sabemos usar el intento, ¿por qué no usarlo de una manera total?"

"¡Pensar antes de hablar! En 2 horas la mente lo deja."

"El brujo puede pensar sin intelecto."

Nada de lo que dice se pierde. Se está refiriendo al cuerpo energético de uno.

"En Los Angeles se hicieron seminarios y salieron 40 personas y se ven lindísimas, en el seminario de Agosto, redujeron su peso, ¡es la tensegridad!"

"El valle de México es un epicentro, que es como una campana, ¡¡¡todo puede suceder aquí!!!"

"¿Pa qué esta alharaca del yo yo yo del brujo?"

"El orden social no toma en cuenta la supervivencia del hombre".

"Los murciélagos están evolucionando."

"Disonancia cognitiva es el arte de parar el mundo por un instante."

"Los sueños lúcidos son "yo" (la mente) si son ello, puede ser serio."

"Uno adquiere un increíble respeto por lo infinito..., por lo inaudito."

"El molde del hombre es el Dios que nosotros conocemos."

"Nuestra soberbia (los voladores) nos incita a eso.... creer en Dios."

"El escrutinio tiene que ser amplio y despiadado."

"Sólo el hombre está como si estuviera cortado por un cuchillo, no se por qué."

"Parece que van a hacer el seminario para mujeres aquí. ¡Quizá el próximo mes!"

"DJ cree que es el único Ser (el hombre) que es victimizado."

"Los voladores saben que lo primero que deben atacar, es a la mujer, tienen el poder, tienen otro cerebro."

Domingo 28 de enero de 1996 9:00 am

"En un dia la diferencia ya está marcada con los movimientos de tensegridad."

"DJ era tan simple que me asustaba."

"Nuestras ideas hay que sostenerlas; el único modo de mantenerlas es enojarse."

"El brujo dice que nadie quiere ser libre."

"Si sigo con este camino mis hijos se van

a quedar sin nada... pero ¿qué tienen ahora?" "El asunto es desviar la confrontación... Vivimos de ideología, la ideología del yo, nos referimos a una idea de uno mismo. ¡¡ Nosotros intrínsecamente no somos así!!!"

"Los voladores nos han impuesto esta idea, pero no podemos darnos cuenta porque no tenemos energía."

"Los brujos son tremendamente simples y directos."

Quiere hacer lo mismo que DJ pero en masa, CC dice que no puede hacerlo de 1 a 1.

CC dice que alguien va a descubrir la maniobra de los voladores, y que va a llegar el momento en que esos centros estarán repletos.

"DJ dice que no tenemos los pies en la tierra. Tenemos los pies en idealidades, tenemos miedo a la disciplina, ni siquiera es nuestra. La mente es la que hace que nos de miedo."

"¡La mente dice: pero esto no es científico, es una estupidez! ¡Si! ¡Tienes que desenganchar la mente! ¡Trata! ¡Haz el esfuerzo!"

" Fijarme en lo que estoy diciendo antes de hablar. ¡Piensa! Tu mente se va a cansar."

"Lo horrible es que tienes que leer libros escritos por voladores."

"¿Que pasa cuando se desengancha la mente? No cavilaciones, pensamientos directos."

"No se puede cogitar, se cogita pero se cogita mal. No hay pensamiento especulativo, no hay el "que pasaría si..." La mente se convierte en algo tremendamente funcional."

"¡Los voladores nos dieron la mente!"

"Yo creía que la mente eran las experiencias de mi vida, pero DJ me dijo que no. Hay un substrato que es el yo, que adquirió todas esas experiencias..."

"DJ me invita a esta pelea incesante. Esta lucha lo deja a uno nuevo, ¡el oponente vale la pena! Si se descuida uno, ¡se lo comen hasta los talones!"

"Uno es mas sobrio, porque le quita el enojarse con todo el mundo."

"A los voladores no hay manera de vencerlos! ¿qué puede hacer un pollo audaz? ¡se escapa! ¡se sale del gallinero!"

"No tengo nada extraordinario, no tengo nada especial, ya busqué en el cuerpo energético."

"Las ideas ya las puedo manejar con el dedo chiquito. DJ dice que nuestros allegados caen con la adulación. ¡¡Lo que me interesa es la libertad!!"

"¿Como parar la mente? ¡¡¡A patadas!!!"

"DJ decía: para parar a la mente de segundo a segundo.... primero un segundo, otro segundo, 3 segundos, 4 segundos, 5 segundos, 6 segundos, 7 segundos, 8 segundos..... (decía CC dando un saltito detrás de otro, hasta recorrer toda la plataforma) hasta que sucede por acumulación. ¿Qué tiempo se necesita para que se caiga la mente? ¡No se puede saber! Es una tarea dificilísima pero digna."

"No preparé lo que iba a decir, yo no estoy pensando, yo no estoy cogitando, yo les estoy hablando desde ese silencio desde hace 35 años."

(Varias personas asistentes en la reunión del sábado, hicieron preguntas muy largas y rebuscadas, CC les dijo que esas preguntas eran hechas directamente por

voladores. Una persona se enojó mucho porque no le respondió su extensa pregunta... [mmmm... entendimos mejor de lo que hablaba CC])"

"Yo le hacia preguntas a DJ como de media hora. ¡Te estas haciendo alemán! ¡El verbo al final!"

"DJ era un experto en la disonancia cognitiva."

"DJ una vez me envió con Florinda Matus a que me enseñara sobre disonancia cognitiva. Florinda me dice: "Está bien, el lunes a las 7, vienes y me follas." (estaban en jueves) ¿¿¡¡Qué!!?? Me volví loco pensando, dándole vueltas al asunto, cómo yo iba a hacer eso... Y pasaban los días, y cada día era peor... Hasta que llegó el lunes... Pues me cambié, fui, abrió la puerta y... ¡¡me desmayé!!! Desde ahí me conocieron como el "cumplidor". Florinda Matus me decía: "¡Déjate de disonancias y ven a cogerme! Yo no tengo chile, esas son pendejadas de los hombres!"

"DJ tuvo tiempo de enseñar, por años y años, ¡¡nosotros no!! Él nunca tuvo la posibilidad de una masa, si llegamos a ese acuerdo el impulso valdría 30 años!!"

"Aprender de 1 a 1, necesitan sudar tinta, porque tienen la masa pueden aprender mas rápido!!"

"Desde que se empiezan a dar los seminarios, ¡cosa bestial!, en segundos..."

"DJ me dijo: "¡Tu cuerpo energético esta en Japón!" Tarda años juntar el cuerpo energético."

"El final se acerca, tenemos poco tiempo. Tengo que esperar para hacer algo... ¿qué es? ¡no sé!"

"Es increíble, en los seminarios he visto que hay gente que puede atraer su cuerpo energético con solo una insinuación! ¡He visto talento! ¡No sé lo que puedo hacer con todo lo que he visto!"

"¡¡El impulso es de la masa!! Lo que sí puedo decirles, es que aprenden mas rápido. ¿por qué? ¡por la masa!"

"Lo que queremos es la libertad."

Alguien pregunta sobre las personas de 4 puntos... CC: "¡¡¡No vale un pito ser doble!!!"

"Nuestra energía esta baja."

"Los gurús te permiten algo o no te permiten."

"Yo le preguntaba a DJ que dónde estaban los voladores. DJ decía que la mayoría están en Argentina (broma)"

"Los voladores era información super-secreta de los brujos, pero la foto de un volador, tomada por alguien fuera del grupo, sirvió como un augurio... Desde ese momento empecé a decir de ellos. Los voladores nos quitan la conciencia del ser."

"Carol Tiggs, en otro seminario, habló de otro mundo (uno de esos 600). Llegar a ese mundo, es algo que nos privaron los voladores. Pero si nomás tenemos conciencia del ser en el espacio entre los dedos gordos, ¡por eso solo hablamos del yo! Entre mas egomaníacos somos, ¡más comida para los voladores!"

"Si llegamos a ese acuerdo, podemos llegar a una masa de luminosidad."

"El intento es una fuerza, no es percepción, ¡¡nosotros somos intento!! ¡¡Ya somos magos del intento!! ¿Por qué no somos magos totales?"

"¡La tensegridad es una llave!"

"Un año salí a buscar gurús y no encontré nada."

(Varias personas hicieron preguntas sobre ensoñar, acecho... CC dijo que "Para hacer eso primero hay que ganar energía. ¿Cómo? ¡Practicando los ejercicios de tensegridad! Ahorita dedícate a la tensegridad, vamos a llegar a otras cosas pero de una manera no intelectual (no hacer) ¡Primero hay que tonificar ese cuerpo!"

"¡¡Deja los libros de CC de ladito!!"

"¡La tensegridad no la hagas en el viento! Hay vientos que no son viento. No todas las corrientes de aire son viento. Algunas son entidades. La Tierra es un ser viviente."

(Alguien pregunta por los aliados) CC:"Por el momento no vamos a hablar de aliados y cosas así."

"Los voladores andan por el suelo. Se instalan en la mente entre los 10 y 12 años... a veces más... a veces menos." (Alguien pregunta cómo cuidar a los hijos de los voladores) CC: "No se pueden cuidar... pero si el padre se cuida, los hijos siempre aprenden del ejemplo."

(Alguien pregunta por las curaciones). CC: "DJ no estaba interesado en curar, decía que es inútil borrar los síntomas de la enfermedad, lo que le interesaba era saltar de carril, era cambiar de cuerpo, a uno que no usó, pues estará mas joven. ¿Cómo saltar de carril? ¡Con energía y propósito! DJ había saltado 11 veces como mínimo. Al nagual Julián le dio tuberculosis por libertino, siempre estaba al borde de la muerte, pero cambiaba de cuerpo."

(Alguien pregunta por las curaciones de Pachita, la bruja). CC: "Les hacía cambiar de nivel."

"¡No puedes dar energía! Lo que das es el intento."

"Los brujos son seres super-pragmáticos. Así que para los brujos, espacio y tiempo se convierten en entidades concretas que los brujos tienen que conocer si se van a mover en espacios..."

"Nacho Coronado, creador de máscaras... era un genio para hacer máscaras, pero tenía miedo de triunfar y por eso no buscó triunfar, aunque él decía que quería triunfar. DJ decía: qué tristeza que no puedas ser libre, aunque le importe un pepino la demás gente."

(Pregunta sobre el amor) CC: "Nosotros somos inversionistas... te quiero porque me quieres."

NOTAS BRUJAS 7

Los nueve caminos (Transcrito a partir del reporte de Rich Jennings)

Instituto Omega. Cursillo de Tensegridad, Mayo 26-29 de 1995
Sábado 26 de Mayo, por la noche.
Lectura de Taisha Abelar.

Taisha es más alta que Florinda, con el pelo rubio oscuro y gris, es tranquila por naturaleza y un poco reticente en su forma de hablar, diferente a la manera rápida y a veces fiera de Florinda. (De hecho, mi impresión personal de Taisha es que es en parte una joven y amorosa abuela, y en parte, una persona traviesa).

Taisha dijo que su tema sería "Las nueve formas de mover el punto de encaje". Añadió que el objetivo de la brujería es volver a percibir energía directamente; ese es el esfuerzo de generaciones de brujos.
Ellos ven la energía de los seres humanos como huevos o capullos luminosos; algunos son redondos o con forma de campana, otros son oblongos con la parte de abajo plana. Las porciones más bajas de lo últimos están clavadas en una oscura y viscosa materia, que no dejan a la energía moverse; la mayoría de los seres humanos tienen la parte de abajo plana.

Es un placer para los brujos "ver" a un huevo luminoso totalmente redondo flotando libremente. Es un placer para sus propios cuerpos energéticos percibir tal visión. Todos los seres luminosos tienes un punto de intensa brillantez a la altura del omóplato en la superficie del capullo luminoso, ese es el Punto de Encaje, a través del cual pasan millones de fibras posibilitando la percepción. Si el punto de encaje es desalojado, se perciben mundos diferentes porque el huevo luminoso contiene billones de puntos a los que puede desplazarse; ¿por qué entonces limitarnos a nosotros mismos sólo a este mundo?

Nuestra capacidad para la intersubjetividad como seres humanos es ta, que todos mantenemos el punto de encaje en la misma posición. La parte brillante alrededor de la zona interior del huevo luminoso es lo que cuenta para la autorreflexión; el mismo brillo incandescente que debería cubrir el resto de la totalidad ha sido comido por los voladores.

El punto de encaje del hombre no se ha movido mucho desde la Edad Media, como mucho, la anchura de un pelo. Sin embargo, la luminosidad del huevo ha declinado bastante más. El cuerpo energético es un conglomerado de energía que se agrupa en un núcleo. Los hechiceros intentan juntar otra vez el cuerpo energético con el cuerpo físico. (Taisha dijo que ambos están esencialmente separados desde el nacimiento).
Don Juan dijo a Taisha que con las prácticas de brujería, el cuerpo energético se acercaba más y más, hasta que uno finalmente lo sentía como un cansancio en la parte de atrás de la cabeza.
A través de la disciplina y el entrenamiento, los brujos pueden hacer que su cuerpo energético aparezca como el cuerpo físico y viceversa. Taisha vio por primera vez el cuerpo energético después de desarrollar bastante sobriedad mediante el silencio interior, de esta forma permitió a la luminosidad de su huevo luminoso crecer otra vez por encima del nivel de sus rodillas. Entonces Emilito le mostró su cuerpo energético, escenificando algo así como "el pase del sacudón" (una vibración que permite a los brujos agitar el cuerpo físico). Tal como Emilito lo hizo, su cuerpo energético apareció como una nube de energía que lo envolvía.
Esto es algo que no se puede ver con los ojos, pero sí con el cuerpo energético.

LOS NUEVE CAMINOS

Estos son los nueve caminos en los que los discípulos de don Juan fueron entrenados. Todos resultan armoniosos y no son noci-

vos si se procede lenta y atentamente. Los nueve caminos pueden ser usados por separado o en combinación con los otros:

1.-Tensegridad
2.-Recapitulación
3.-No-Haceres
4.-Pinches Tiranos
5.-Técnicas de Observación (Gazing)
6.-Silencio Total (o interno)
7.-Disciplina y acciones impecables
8.-Ensueño
9.-Acecho

(Nota: Los nueve caminos están listados básicamente en orden ascendente, en relación a la conciencia necesaria para practicarlos adecuadamente. Los los últimos, ensoñar y acechar, siendo del todo más intrincados, requieren haber incrementado nuestro nivel de conciencia (luminosidad) por lo mínimo por encima de los tobillos).

1.- Tensegridad
A cada uno de los discípulos del nagual Juan Matus le fue dada una línea de pases. Clara Grau le enseñó a Taisha una serie de movimientos para ser realizados en el suelo, mientras que Emilito la adiestró en otros para hacerlos en los árboles. Al principio de su estadía en la casa de los brujos, Taisha no tenía permiso para entrar en el gimnasio de Clara debido a que era "radioactiva" (no había recapitulado lo suficiente). Clara había aprendido artes marciales en China y era una maestra en la suerte de palos largos.

Un día Taisha intentaba echar un vistazo a hurtadillas en el gimnasio a través de un pequeño agujero en el muro que ella misma había hecho. Manfredo (quién finalmente se fue con la partida del viejo nagual, porque su conciencia cubrió la totalidad de su cuerpo haciéndolo igual al resto de los miembros), empezó a rasguñarla repetidamente. Después que Taisha fue descubierta, le preguntó a Manfredo por qué la había delatado; él manifestó (¿?) que sólo estaba tratando de alertar a Clara de que ya era hora de que le enseñara los pases.

Clara ajustó los movimientos al tamaño de Taisha. Este hecho demostró al grupo de Carlos Castaneda que se podían amoldar los pases para que otras personas los realicen. Clara le dijo a Taisha que hiciera los pases con total atención y en silencio interior. De esta forma estarían imbuidos del intento de incrementar la conciencia y encender nuevas fibras que, en esencia, causarán un movimiento del punto de encaje.
(Taisha dijo que los habían instruido para enfocar su intento en dos áreas de estrellas muertas cuando realizaran el pase de la compuesta de las estrellas: la constelación Boreal y la Estrella Binaria Rotante, que hace el ojo del toro en la constelación de Taurus).

2.-Recapitulación
Los Chacmoles están ahora recapitulando, y más adelante nos describirán el proceso. La recapitulación es una técnica de los viejos brujos, diseñada para desenredarnos energéticamente de nuestros lazos con el pasado. Afloja nuestro fuerte vínculo con las viejas interpretaciones y nos permite percibir nuevos estímulos. También está concebida para dar descanso a viejos filamentos fijos y permitirnos, de esta manera, percibir nuevas bandas antes ignoradas.

A través de la Recapitulación sabemos que las nuevas percepciones son sólo momentáneas; entonces no nos permitimos engancharnos otra vez. Cuando "movemos la conciencia" hacia los viejos filamentos, mirando cada detalle, y luego volvemos otra vez al presente acompañándonos del proceso de respirar, aflojamos el punto de encaje. La recapitulación revela, además, nuestro inventario completo de acciones y reacciones y nuestro patrones básicos de comportamiento. Esto nos capacita, después de recapitular, para escoger nuevas acciones, como por ejemplo, los no-haceres.

Las mujeres son seres inorgánicos al 50%, sólo tienes que aquietar su diálogo interno y se transforman en "seres tubulares". Taisha tiene a dos seres inorgánicos viviendo con ella, Globus y Phoebus; son seres identificables individualmente. El punto de encaje personal y la configuración energética de Taisha se está encaminando hacia la posición de los seres inorgánicos, permitiéndole incrementar los vislumbres de sus huéspedes.

3.- No - Haceres

No hacer significa, esencialmente, no usar ítems de nuestro viejo inventario de acciones y reacciones. La recapitulación nos ofrece este inventario permirtiéndonos un momento de pausa.

Cuando un brujo se comporta de manera totalmente extraña para sí mismo, se empiezan a encender nuevas fibras en su capullo luminoso. El cuerpo energético despierta y responde como resultado de esas nuevas iluminaciones. Empiecen con lentas interrupciones y traten de romper la continuidad de la idea de que el mundo es un camino seguro.

Taisha recordó a un profesor de UCLA, que ilustraba a sus estudiantes con el siguiente ejercicio para que comprendieran la visión que los filósofos y fonomenologistas tienen de la percepción: les puso dos prismas en unas gafas, o en algo parecido que los estudiantes llevaban. Mirando a través de ellos, el mundo se vía al revés. (Taisha recordó también la historia de un estudiante de antropología, que una vez se encontraba en los matorrales y comenzó a ver espíritus. Se asustó tanto que "en un minuto se olvidó de la antropología"). Con esas máscaras con los prismas invertidos, llevó a los estudiantes a la comprensión de "cómo caminar unos pocos pasitos hacia sus coches". (¿?)

Los no haceres son realmente interrupciones de nuestra continuidad, como por ejemplo hacer algo con la mano opuesta a la habitual. Estamos "no-haciendo", cuando utilizamos un item que no forma parte de nuestro inventario; también puede ocurrir bajo condiciones de gran tensión. Esos momentos nos fuerzan a cambiar nuestra idea de lo que creemos que podemos hacer.

El explorador azul hizo realidad un sueño de Taisha y la llevó, con un amigo-a al Gran Cañón, donde pasaron la noche en una posada al pie del mismo. (Taisha comentó que alguien había hecho la reserva sólo para ellos). Por ese entonces Taisha se llamaba Anna María Córdoba, una estudiante de UCLA. Su acompañante no sabía nada de ella.

Taisha estaba muy preocupada de cómo iba a hacer el camino de vuelta y salir del Gran Cañón, debido a que en aquella época su forma física era terrible. (Así ellos no tendrían que enviar un helicóptero para sacarla de allí). No durmió en toda la noche y se la pasó tomando café, lo que le dañó su estómago. El explorador azul tampoco durmió, ya que todos compartían habitación.

Taisha insistió por adelantado en que al regresar tomaran el mismo camino que al venir. Esto le permitiría enviar a su cuerpo energético al sendero por la noche, para establecer el intento o una fundación energética, que le posibilitara hacer el camino de vuelta. Al día siguiente mientras caminaban fue recogiendo cosas pequeñas, como piedritas, en las cuales "descargar su fatiga". (También explicó que podemos dejar la fatiga en los cantos rodados si nos apoyamos en ellos). Además existe una forma de obtener energía que consiste en agarrarse las manos de una forma particular.

Básicamente, para sobrellevar el viaje de regreso, TAisha ejecutó su repertorio entero de no-haceres, incluyendo saber qué hierbas inhalar (su cuerpo energético lo sabe), y observando mediante la técnica de la mirada fija, en qué sitio sentarse. Generalmente, cuando el cuerpo físico está agotado, la configuración energética

toma el mando. Además, Taisha utilizó el no-hacer de "el poder de la mula", obteniendo así la energía de los cargamentos de mulas que descendían por la montaña. Taisha fue también la primera en despertarse, lo que le permitió agarrar la energía que llevaban las mulas cuando pasaban a su lado. Empleó además pequeños filamentos de las piedras a lo largo del camino para que tiraran de ella.
El resultado de todos esos no-haceres fue que Taisha se las arregló para llegar a la cima una hora antes que sus jóvenes compañeros, quienes estuvieron por delante de ella en una ocasión.

4.- Pinches tiranos

Los hechiceros afirman que lo que mantiene fijo el punto de encaje en su posición actual es nuestro énfasis y preocupación en nosotros mismos (autorreflexión). ¿Cómo liberarnos de la preocupación hacia el yo? Hay tres caminos:
1).- Haciéndonos abstractos o mediante el desatino controlado.
Nuestra tendencia perceptual hace que nos creamos más importantes de lo que en realidad somos, cuando deberíamos ver realmente que todo lo que nos rodea es sólo energía: los árboles, los voladores, los animales, etc...
2).- A través de los pinches tiranos.
Están en todas partes y los podemos explotar para acechar nuestra importancia personal. Los pinches tiranos hacen que subamos a la superficie comportamientos a los que estamos enganchados.
3).- Mediante el reconocimiento de que somos seres que vamos a morir.
¿Por qué entonces tener importancia personal? (Esta conciencia, así como el sitio en donde no hay compasión, es un cambio en el punto de encaje).

Taisha nos advirtió que es peligroso y probable que al vencer a un pinche tirano, aumente nuestra importancia personal. Por ejemplo Carlos Castaneda vio a Clifford, una amigo de ellos, caminando con la cabeza rapada, sin camiseta y un collar de ajos alrededor del cuello. Clifford era un "pedo", porque pensaba que podía mejorar las cosas y hacerlo todo más perfecto que los demás.
Los no-haceres y el trato con los pinches tiranos, deben llevarse a cabo de forma tranquila y simple, sin que nadie lo sepa, no como un comportamiento social o de grupo.

5.- Técnicas de observación

Mirar fijamente (gazing), no es mirar, es algo que está entre percibir y mirar. Las técnicas de observación se utilizan para ayudarnos a romper la certeza de que éste es un mundo de objetos. Mirar fijamente está diseñado par romper la tendencia perceptual de la subjetividad del mundo.
Podemos mirar fijamente la arena, las piedrecitas, las hojas... Podemos observar los árboles siempre y cuando no estemos de mal humor. En ese caso es mejor mirar el horizonte o el mar. El océano es lo suficientemente vasto como para absorber esos sentimientos. El método utilizado por la vieja Florinda consistía en dar rápidos vistazos, escogiendo cosas que quizá no pertenecían a ese sitio en particular, para sobrecargar su aparato visual. Se puede también hacer una "observación de barrido" de 360º, o, alternativamente, mirar hacia arriba o hacia abajo.
Podemos observar las hojas perfilándolas o contándolas. Esto puede ocasionar un cambio abrupto que haga que las hojas desaparezcan, al reemplazar el fondo por un primer plano. Esta es una técnica para romper la tendencia perceptual y para hacernos volver a la idea de percibir energía directamente.

6.- Silencio interior

Este es un asunto de acumular más y más silencio interior. Cuando Taisha llegó a los cinco minutos (para Florinda fueron ocho), su punto de encaje atravesó los límites acostumbrados. Para Carol Tiggs el punto crítico es de veintitrés minutos de silencio interior. En este punto ella puede "parar el mundo". (Como doble energético,

su masa es más grande y le lleva mucho tiempo moverla). Algunos budistas utilizan una rama afilada o un bastón desde el suelo hasta la frente como una forma de enfocarse para alcanzar el silencio interior (¿?). También podemos encender una cerilla, mojar la punta y observar en la otra punta, cómo la llama vuelve para traer el silencio. Cuando uno llega a su umbral crítico de silencio interior, puede alcanzarlo más a menudo y prolongarlo.

7.- Disciplina y acciones impecables

La disciplina no significa orden o régimen, sino impecabilidad, consistente en otorgar a cada uno de nuestros actos total concentración e intento inflexible, sin esperar ninguna recompensa personal.

Los brujos sostienen que hay que actuar como si lo que hiciéramos fuese el último acto sobre la tierra.

Proceder impecablemente nos hace desagradables al gusto para los voladores. Éstos no son ni buenos ni malos, son sólo parte de un universo predatorio; asumen la forma humana para nosotros porque a un nivel subliminal estamos conscientes de ellos. (En este punto, Taisha mostró las ampliaciones de las fotos de los voladores, como aparece transcrito en mis notas anteriores. Las fotos mostraban una figura de dos o tres pisos de altura a la izquierda de la pirámide principal, con las montañas al fondo. Yo esbocé la figura. Parecía una persona con brazos o alas por encima de la cabeza, volando, con las piernas dobladas en las rodillas y estiradas hacia atrás).

Taisha dijo que los voladores se encuentran donde hay grandes aglomeraciones de gente.

Nosotros, los adultos, no vemos este tipo de cosas; los niños sí los ven en los primeros años, antes de ser socializados.

Algunas personas pueden alcanzar un alto estado de conciencia bastante rápido. En cierta ocasión, Carlos Castaneda visitó a una mujer de ochenta años que vivía en una casa de retiro; dicha mujer había recobrado la conciencia después de veinte años en estado de coma.

La señora, había escrito un libro sobre un grupo de indios y vivía con uno de ellos (brujo co-escritor?) quien al final de la visita, le dijo a Castaneda que le parecía injusto que él, que estaba avanzando muy rápidamente en sus prácticas de brujería con respecto a ellos (¿el grupo del nagual?) no pudiera estar un rato más charlando y hacerse amigos realmente.

Castaneda apuntó este comentario a la máxima arrogancia por parte del hombre. Dos años más tarde, el nagual se vio en una tormenta mientras conducía de México a San Diego por la autopista ocho. Se le acercó entonces un camión remolque que le señaló que condujera bajo su protección. Castaneda se puso ansioso porque no sabía hacia donde iba el camión, y le señalaba al conductor que parase. Finalmente los dos vehículos terminaron en una carretera de piedras. El conductor del camión era el indio. Éste le dijo a Castaneda que estaba endeudado con él por su instrucción y que ahora le pagaba la deuda; le hizo saber al nagual que estaban en la segunda atención juntos. (Aparentemente, el hombre tenía el nivel de energía y conciencia necesario para llevar a Castaneda dentro de su ensoñar). Tan pronto como el camión se marchó, Castaneda se encontró otra vez en la autopista ocho.

8.- Ensoñar

Ensoñar no significa tener sueños lúcidos. En el sentido que le dan los brujos, ensoñar quiere decir tener el grado de control necesario para fijar el punto de encaje en cualquier posición a la que se desplace durante el sueño. El contenido de los sueños no cuenta, lo que sí cuenta es cuán bien y por cuánto tiempo podemos mantenerlo allí. Tenemos que acechar nuestros sueños para fijar el punto de encaje en cualquier posición al que el sueño lo lleve; entonces, podemos volver al mismo sueño una y otra vez, sólo por haber fijado el punto de encaje en ese sueño.

Empezamos despertándonos en un sueño y localizándonos en él; necesitamos la fijación en algo que queramos hacer en el sueño, eso nos "despertará". Más tarde cuando somos totalmente conscientes de nuevo, podemos repetir los movimientos que hicimos en nuestro "ensoñar despierto" para traer nuestro cuerpo energético a nuestro cuerpo físico.

9.- Acecho

Los brujos dicen que primero debemos acecharnos a nosotros mismos a través de la recapitulación. Llevar a cabo esta premisa requiere ser despiadados con nosotros mismos, en la valoración de quienes somos y cómo es nuestra vida.

Taisha se dio cuenta, gracias a su recapitulación, que era extremadamente complaciente (como muchos de nosotros), y que hacía cualquier cosa por conseguir lo que quería. Don Juan la llamaba "yo quiero que". Además era incapaz de sentir afecto por nadie.

Cuando Nélida probó una simple maniobra para abrir su punto de encaje, Taisha se quedó tanto tiempo en la nueva posición, que alucinó. Cuando volvió a su estado original continuó vibrando, sin moverse a ningún sitio, como una "máquina funcionando en el vacío".

El grupo de Don Juan se preocupó tanto por este motivo, que decidieron colgarla en los árboles. Su punto de encaje se fijó entonces en la nueva posición de la vivienda del árbol. En los árboles, Taisha experimentó sentimientos por primera vez, que le eran extraños, como afecto por los árboles. Además sintió cómo los árboles se comunicaban a través de burbujas de sentimientos. Taisha estaba utilizando filamentos diferentes a los usuales.

A los dos años, su punto de encaje logró estabilizarse, entonces se le asignó la segunda tarea como acechadora, la de fijar su punto de encaje en una nueva posición: la de una chica ingenua y superfemenina buscando marido. Éste fue un cambio dramático, ya que en los árboles, su punto de encaje se había movido hacia una posición atlética, libre y masculina, incluso empezó a encararse hacia afuera como los hombres. (El punto de encaje de la mayoría de las mujeres está encarado hacia adentro).

Durante más de un año Taisha hizo el papel de Madeline Rigo, perfeccionándolo con clases de francés, de cocina, de etiqueta, etc.., para lograr ser una mujer deseada para el matrimonio; recibió diferentes ofertas. Este período terminó cuando se enamoró de un hombre "inelegible", un "uptown whacko" (¿?), que había sido sacerdote. Era un hombre joven, obsesivo, con sentimientos de culpabilidad y profundamente perturbado, que pasaba sus días montando en bus y paseando alrededor de las iglesias. Taisha, como Madeline, decidió que iba a salvarlo.

Los brujos ven la locura como un superénfasis o fijación en mantener las fibras de luminosidad en un punto en particular.

Ella decidió colgarlo de los árboles. Una vez que lo subió, el hombre se volvió completamente loco. Después de este escándalo, el tiempo como Madeline se acabó.

La siguiente posición de acecho señalada a Taisha fue como la mendiga "Alfonsina", un gran salto, ya que anteriormente había sido una ingenua consentida.

Una mendiga que contrató Don Juan para que haga de su madre, enseñó a Taisha todo lo que se necesita saber acerca de la mendicidad. Cuando vio la asquerosa chabola en donde vivía la mujer, Taisha quiso marcharse inmediatamente. Localizó a Don Juan para implorarle que la dejara volver. Don Juan le dio a elegir entre volver a su mundo, (el de Taisha) o ser Alfonsina "hasta las profundidades".

La conciencia de Taisha era ya lo suficientemente alta como par decidir volver con la verdadera Alfonsina. Taisha tuvo únicamente su disciplina y su intento inflexible en esta experiencia, y debido a la tensión vivida, llegó a experimentar amor por su "madre"; así fue la mendiga Alfonsina, sin sentir vergüenza ni lástima.

El papel de Alfonsina acabó cuando una mujer que había intentado llevar a Taisha

a su casa para asearla y vestirla, y a quién Taisha había evitado anteriormente, logró su objetivo, bañarla y quitarle la roña de su pelo enredado, mostrando que volvía a ser "blanca". Este hecho señaló el fin de Alfonsina.

La cuarta y última posición de acecho de Taisha fue como hombre, Ricky. Ricky era un joven americano enamorado de la vida y arrobado por todas las pequeñas cosas que normalmente se dan por sentadas. Le llevaba ventaja a las oportunidades, pero la principal presión en él era el conocimiento de que su vida iba a llegar a su fin.

Cuando no tenemos ego es fácil entrar en el universo paralelo, además el emisario de ensueño, que es siempre una voz femenina, nos describe cómo es. En ese universo podemos interactuar con los eres inorgánicos, los "aliados" para los antiguos videntes. Entramos en su mundo en ensueños, donde nuestra velocidad se ajusta a la de ellos. Los acechadores pueden adaptarse a esa velocidad a través de la vigilia en reposo, con la voz que les dice qué deben hacer para lograrlo.
Dos de los seres inorgánicos con los que Taisha está conectada han entrado en nuestro mundo o percepción. Se han llevado a Taisha, durante muchos viajes, a sitios recónditos de su mundo, muchos de los cuales son accesibles para nosotros. Ella también los ha jalado a sitios espantosos de la segunda atención, razón por la cual se han abstenido de volver a verla durante un año. Ellos también la han guiado a sitios "tremendamente terroríficos" de su universo.

En el reino de los seres inorgánicos, tenemos la muy placentera impresión de flotar y movernos gran velocidad. Los seres inorgánicos son entidades "femeninas" buscando energía masculina, que es muy extraña en su universo, un universo que es muy peligroso para ser visitado por hombres muy a menudo. Las mujeres, sin embargo, pueden ir a los túneles de su mundo, simplemente en silencio interior.
Los brujos de los tiempos antiguos se decepcionaron con los seres inorgánicos, porque no obtuvieron las recompensas que esperaban y "merecían".
Creían que los seres inorgánicos los ayudarían, por ejemplo, contra los invasores españoles.

El grupo de Carlos Castaneda ha constatado la capacidad de los seres inorgánicos de sentir afecto, un afecto genuino y profundo, relajante como ninguna cosa. Ellos hacen cosas por los brujos debido a su afecto libre y sin expectación. Los seres inorgánicos están motivados en ayudarnos sin tener en cuenta la brevedad de nuestras vidas, en relación a ellos. Cuando nos ponemos en contacto con ellos, a través de un profundo afecto, nos capacitan para prolongar nuestra atención. (No suena esto como Fausto).
Desde la posición de la razón, los seres inorgánicos pueden parecernos como diablos, ya que están interesados en extender nuestra conciencia hasta un punto que es casi eterno.

El viejo nagual decía que son como nuestros primos, existiendo en una línea paralela a la nuestra. La única forma de expandir nuestra potencialidad es entrando en su mundo. No hacen esto por beneficio. Don Juan decía que el universo está permeabilizado por una ola de profundo afecto, del que lo sseres inorgánicos están llenos. (Esto también incluye el afecto que sentimos por los árboles, por otras personas y por los seres inorgánicos). Cuando esa ola de afecto los golpee, dejen que ella se haga cargo, porque ello "capacita al espíritu para marcharnos y volar hacia el infinito". Entonces remontarán el vuelo intrépidamente y con total abandono. Cuando el hablar (¿diálogo interno?) entre, dirán: "a quién le importa".

(Taisha finalizó su charla en este punto más tarde de las 11 de la noche y sin aceptar preguntas. Bastante gente se había

marchado de la carpa porque hacía frío y había corriente de aire. Dijo que estaría dispuesta a contestar preguntas al día siguiente.

El domingo por la mañana, a eso de las 10:40, durante nuestra instrucción en los pases finales de las nuevas series de movimientos de Tensegridad, Taisha y Florinda pasearon brevemente por un lado de la carpa. Yo fui bastante afortunado por estar en su camino y poder verlas muy de cerca. Finalmente, después de estar totalmente distraído observándolas fuera de la tienda conversando con unas personas, fui para escuchar la conversación. Fue entonces que tuve la oportunidad de hablar un poco con ellas, y de recibir algunos abrazos. La oleada de afecto que sentí que emanaba de ellas esa mañana parecía, en una reflexión posterior, ser como la misma que Taisha había descrito al final de su conferencia la noche anterior).

NOTAS BRUJAS 8

Curso de Tensegridad, Maui, 24-26 Marzo
Incluyen lecturas de Florinda y Taisha.

Voladores

Florinda y Taisha hablaron de los voladores. Dijeron que son una especie de seres inorgánicos que se alimentan de la conciencia humana. Estos "servidores del Águila" comen de nosotros hasta el punto de que la única conciencia que tenemos para los asuntos cotidianos, es usada para la autorreflexión. De acuerdo con Don Juan, los voladores nos han comido hasta los pies, literalmente. Cuánto más egomaníaca es nuestra preocupación, mejor sabor tenemos para los voladores. En cualquier caso y de acuerdo con los brujos, podemos producir una conciencia que es rechazada por los voladores, desarrollada a través de la disciplina e incomestible para ellos, y que podemos conservar. Taisha dijo que había logrado retener bastante conciencia para subirla de sus pies hasta sus rodillas, lo que le permitía percibir mundos fantásticos. Carlos Castaneda la ha desarrollado todavía mucho más. La conciencia de Don Juan cubría su cuerpo entero y su habilidad para percibir era asimismo enorme.

Los voladores son esencialmente energía impersonal, pero predatoria como todos los seres del universo.

Para convencernos de que los voladores son algo más que una mera metáfora, Taisha nos mostró tres fotos; dos eran ampliaciones y mostraban un enorme "volador", una sombra negra en las montañas de México, saltando entre las pirámides.
La figura parecía humana, tenía los brazos cruzados y estaba como orando, con las rodillas dobladas. La ocasión para la fotografía fue un festival de primavera que reunía a cientos de budistas tibetanos y cristianos. La cantidad de conciencia disponible generada por esos grupos era tan generosa que los voladores, de hecho,

se hicieron visibles para la película fotográfica.

Cuando Taisha era una estudiante de doctorado en antropología en UCLA, trabajó en una investigación sobre la vejez y la muerte. Por esa época había aprendido a ver a los seres inorgánicos.
Taisha descubrió que las casas de la gente mayor estaban infestadas de voladores comiéndose la conciencia de los que vivían allí. Las funerarias y los cementerios, dijo, son también sitios populares para los voladores.
Después de haber trabajado durante un tiempo, un día volvió a su apartamento y lo encontró lleno de estos seres, que la habían seguido hasta allí. Volaban alrededor de la habitación como grandes murciélagos negros.
Espantada, tuvo que pedir ayuda a Don Juan y ver si él era capaz de deshacerse de ellos. Cuando Taisha logró incrementar su conciencia a través de la autodisciplina, los voladores dejaron de interesarse por ella.
Al pedirle una explicación a Don Juan sobre lo ocurrido, éste le contestó que se "sorprendería al aprender cuan rápido llega la palabra en la segunda atención".

Taisha Abelar y la otra cara de la moneda

Cuando era una joven aprendiz, Taisha rogaba por la atención de don Juan y los otros brujos. Entraba a una habitación en donde se encontraban hablando y se sentaba despacito, con una mirada necesitada y patética en su cara, hasta que alguien le hacía caso. La mayoría de las veces nadie se percataba de su presencia. Continuó así por algún tiempo, hasta que Don Juan decidió hacer algo al respecto. Como ella estaba mendigando atención, Don Juan razonó, debería asumir el papel de un verdadero mendigo y vivir en las calles, pidiendo dinero y comida para mantenerse. Don Juan dijo que ese era el único camino para curarla de su necesidad, y quizá, si tenía suerte, encontraría la "otra cara de la moneda", el complemento de la vida de mendigo.
Taisha se tomó la tarea con energía, incluso construyó un maniquí con un pene en el que coser su vestido. Trabajó en él con tanta obsesión que un día cobró vida. Un día Florinda lo encontró caminando por ahí y Don Juan tuvo que guardarlo en la habitación de Emilito, con la colección de extrañas cosas traídas de la segunda atención, muchas de ellas por el nagual Elías.
Taisha pasaba los días tumbada en las escaleras de la iglesia local. Un día, una mujer que entraba en la iglesia, se agachó para hablar con ella. Le ofreció llevarla a su casa, bañarla, alimentarla y coser sus ropas nuevas. Taisha rechazó la oferta temiendo que la mujer fuera a darse cuenta que ella no era realmente un mendigo.
A partir de entonces, la mujer repetía día tras día su oferta, mientras que Taisha se convertía verdaderamente en el sucio y mentalmente inestable que quería ser. Después de varios meses, aceptó la oferta de la mujer que, a pesar de ser rica y poder ordenar a un sirviente que atendiera a Taisha (quien por aquel entonces olía horriblemente), cuidó de ella personalmente. La bañó, (Taisha presentó resistencia, porque desde su soledad, había desarrollado verdadero miedo al agua), peinó su cabello y le dio ropas nuevas.
La señora parecía dedicar mucho tiempo a asegurarse de que iba todo bien y que Taisha se sintiera confortable. Una vez esto estuvo hecho, la mujer acompañó a Taisha a la puerta, y le dijo que había hecho lo mejor por ella, que debería irse y nunca regresar.
Taisha recuerda a aquella mujer con mucho afecto, porque a través de ella presenció por primera vez la impecabilidad que está en la otra cara de la mendicidad.

NOTAS BRUJAS 9

Seminario de WESTWOOD, Agosto 1996

1ª Conferencia de Carlos Castaneda
Acerca del tema del seminario: la tensegridad es la versión moderna de los pases mágicos que descubrieron los chamanes del antiguo México. Esos pases se remontan a una antigüedad de entre 7.000 y 10.000 años atrás. Los cazadores del nuevo mundo se habían desarrollado y habían conseguido una nueva forma de percibir. Esa forma de percibir se contrapone a lo que nosotros hacemos. Nosotros catalogamos, taxonomizamos, desde pequeños enseñamos a los niños a clasificar. Esa es nuestra forma de conocer, clasificar.

Pero eso ocurre ahora, hace 10.000 años el hombre estaba completamente interesado en la capacidad de ver energía directamente, sin interpretación. De hecho nosotros hacemos eso, ver energía en bruto, pero la interpretamos. Realizamos una sofisticada maniobra de interpretación. Transformamos la energía en esto que vemos pero no somos conscientes de ello, de la maniobra, porque lo hacemos así desde que éramos niños y ahora ni siquiera concebimos la posibilidad de estar viendo energía y estar obrando sobre ella.

No es que los brujos vean energía directamente todo el día, eso sólo ocurre en ciertos momentos de los que ellos toman los dictados que deben guiar el camino. De los momentos en que ven el flujo de energía, los brujos leen cuáles son los dictados de él adaptándolos y adaptándose a ellos.

Los pases mágicos son movimientos que fueron heredados por don Juan de gente que actuaba de un modo muy sofisticado. Estos pases permiten al cuerpo ser fuerte y ser fuerte significa encontrarse vital, no ser joven. Él me decía que la juventud se desperdicia en los jóvenes. Esos pases hacían que don Juan caminase como una cabra por los montes. Previenen las enfermedades de la vejez.

Aquí explicó la historia de un amigo que tomaba píldoras (pretendía ejemplificar cómo ponemos un gran poder sobre las píldoras): aquel amigo suyo tomaba píldoras para controlar la presión sanguínea, pero a cambio le salían pelos en la nariz. Claro, su amigo estaba preocupado por ello pero continuaba tomando esas píldoras.

Los pases mágicos detienen ese tipo de cosas, nos hacen ser deliberadamente conscientes. Lo que hacen los chamanes es manejarse de un modo deliberado, traen deliberadamente el ver la energía y ven a los seres humanos como huevos luminosos.

Antes los seres humanos tenían otra configuración energética, sus huevos luminosos tenían otra forma. Ahora somos círculos luminosos como las jaulas de los pájaros, con un corte plano por debajo y un punto de brillo más intenso atrás en la espalda: el punto de encaje.

El conocimiento

En la universidad taxonomizamos y hablamos de cosas maravillosas pero siempre son cosas que no afectan nuestras vidas. Frente al vacío que eso crea, el de hablar y actuar de un modo que en nada afecta nuestra existencia real, los brujos son seres que cuando hacen algo lo hacen porque saben que eso va a cambiar sus vidas: cuando un brujo hace algo es porque sabe que eso va a cambiar su vida. Un chamán no tiene tiempo que perder en cosas que no van a modificar su existencia.

La psicología infantil hace un terrible esfuerzo, muy detallado, para socializar al niño. Le enseña como ser adepto de esta sociedad. El proceso de la socialización es algo muy sofisticado, absorbe la totalidad del ser en una única posibilidad. Es una maniobra muy compleja de desactivar.

Los científicos se plantean: ¿cómo vive un árbol? ¿De qué se alimenta? ¿Qué cosas le afectan? ... bien, y todo eso. Pero no se plantean jamás cómo llegamos al proceso de ver un árbol. El árbol no es un árbol, es energía que interpretamos como árbol. Pero para los científicos no hay nada anterior a esa visión. ¿Son ingenuos o tontos? Lo evidente es que ignoran todo el proceso que hay hasta llegar a ver ese árbol.

Punto de encaje y cuerpo energético

El punto de encaje es un punto de brillantez que durante el sueño se desplaza, es por eso que los sueños son una compuerta hacia la ampliación de los márgenes de la percepción ordinaria. Los videntes del antiguo México de quienes estamos hablando, en el proceso de desplazar el punto de encaje en sus sueños, llegaron a estados inigualables de lucidez. Lo que lograron después fue trasladar esos estados de lucidez del ensueño al mundo ordinario mediante los pases mágicos.

Los brujos ven que en el huevo luminoso hay varios centros de tremenda energía:

• el hígado
• el páncreas
• las suprarrenales
• la matriz (en la mujer)
• el punto V, detrás de la glándula tiroides

Lo que sucede es que el desgaste de la vida diaria desplaza la energía de esos centros a los bordes del huevo luminoso. Eso nos ha estado ocurriendo durante años y ha generado una costra energética: tenemos la mayor parte de nuestra energía solidificada en los bordes de ese conglomerado de campos energéticos - huevo luminoso -. Los pases mágicos actúan como reorganizadores de esa energía: primero sacudimos el cascarón para diluir la costra y después la energía retorna por sí sola a sus centros vitales. Es muy importante la idea de sacudir las paredes del huevo luminoso para desprender la energía que está ahí clavada. Sin ella jamás podremos navegar porque esa es la energía que va a provocar en nosotros el cambio.

Navegantes en el mar de lo desconocido

Los chamanes, lo brujos, son seres muy pragmáticos, seres altamente sofisticados y pragmáticos que en absoluto son idealistas. En cambio nosotros somos totalmente idealistas: la idea de curar, la idea de ayudarnos a avanzar, de ayudar a los demás, la intención de pretender cambiar a todo el mundo... todo eso son idealidades. Eso es la mente del volador.

Detrás de todo cuanto hacemos, está nuestro YO personal. También existe otro tipo de YO, más tímido, que dice yo en bajito, encerrado en el armario. Pero, uno y otro, no dejan de ser YOOOO...

Aquí explicó la historia de las brujas demoníacas, aquellas chicas de la universidad que lo querían embrujar durante una clase magistral que él impartía. Ellas esperaban que él gesticulara de determinado modo para comprobar que su brujería había funcionado. Un alumno le fue a "prevenir", y él para reírse de ellas pasó toda la clase gesticulando de aquel modo que ellas esperaban. "Estoy embrujado, uhhhh..."

Don Juan me solía decir: " no hay nada que te puedan hacer porque son egomaníacos y están tan ocupados en su YO que no pueden afectar a nadie". Las personas que se consideran embrujadas lo que están haciendo es reclamando atención, están gritando YOOOO...!

Nadie puede afectar a nadie y cuando aquellos que podrían hacerlo disponen de ese poder, ya no están interesados en ello; para cuando los brujos tienen el poder de afectar a los demás ya no les interesa. Yo no estoy interesado en robar la energía de nadie, no estoy interesado en los demás.

Sólo me interesa el infinito; sin el infinito no hay nada. Don Juan me decía: "tengo citas diarias con el infinito, ahí un hombre sólo puede ir con pureza. No me vendo". Para afrontar el infinito debemos dejar de llevar siempre colgando esa etiqueta con nuestro precio.

Estábamos de viaje y éste ha sido interrumpido por el orden social. Ese orden lo único que nos entrega a cambio son placeres seniles como ir de pesca con una autocaravana cuando nos jubilemos: cruzaremos el país aburridos, añorando los felices días en que trabajábamos para aquel jefe hijo de puta al que amaremos diciendo: "me amargó la vida pero lo amo". No, no, no. Ni hay ni habrá nada excitante de verdad al menos que actuemos de acuerdo a nuestra cita final: la muerte.

Cuando don Juan me hablaba de la muerte yo le decía: "por favor, don Juan, no me hable de la muerte, háble me de algo más positivo y excitante". Pero no hay nada más positivo, excitante y certero que la idea de que vamos a morir para hacernos remover y actuar de modo consecuente con nuestra realidad.

Lectores del Infinito

Ese es el tema del seminario, los lectores del infinito, porque eso es lo que los chamanes hacen: leer energía en el horizonte, el horizonte se puede leer. Para conseguir eso hay que ir más allá de lo racional, debemos trascender a nuestra propia mente e ir directamente a la fuente que somos. Debemos alcanzar nuestro cuerpo energético. Eso me dijo don Juan.

La 1ª serie de pases mágicos de la serie Westwood es para activar el centro de decisiones que se encuentra en el punto V. Es un filtro que jamás debemos tocar ya que facilita la toma de decisiones. Realmente tenemos una gran incapacidad para tomar decisiones, nos cuesta decidir; siempre nos contradecimos y evitamos decidir por miedo a perder todo lo que tenemos invertido: Tememos decidir porque somos inversionistas.

Sólo alguien que invierte su yo personal tiene miedo a perder: Sin YO no hay miedo ni se pierde nada. De hecho ya está todo perdido, lo que venga es de más.

Además de esa serie para el punto V, la serie de Westwood costa de otras tres, cada una enfocada a un aspecto concreto de esa realidad de la fuerza aglutinadora que hace que los campos energéticos se mantengan juntos: la de la recapitulación, la del ensueño, la del silencio interior.

Esa gran fuerza aglutinadora hace que estos cinco campos energéticos se mantengan unidos: toma de decisiones, recapitulación, tensegridad, ensueño y silencio interior.

La espiritualidad

La mayoría de nosotros somos expertos en cualquier tipo de actividad espiritual como el yoga, el tai-chi, el chi-kung, etc... pero todo eso sigue siendo YOOOO... Se debe llegar a suspender los juicios y eso pasa por suspender la espiritualidad. Debemos ser prácticos, la espiritualidad sigue siendo la mente del volador.

Los brujos son seres prácticos, los brujos son seres prácticos, los brujos son seres prácticos.

De esto los franceses saben poco, ellos son muy difíciles, son los expertos del hablar.

Lo científico

Se debe experimentar lo que los chamanes dicen, uno debe probárselo a su cuerpo. Pero es necesario prescindir de la mente, es una mentirosa. Analiza y analiza y al final esos análisis no nos dan resultado, todo son palabras. ¡Pero, pucha, qué lindo hablar de eso!

NOTAS BRUJAS 10

Seminario de WESTWOOD, Agosto 1996
Conferencia de Taisha Abelar

Taisha empezó explicando que vivimos en un universo predatorial, un universo que se basa en el equilibrio dual de fuerzas gemelas. Dentro de ese universo hay algo en contra nuestra, algo que nos impide evolucionar: ese algo es los voladores, cuerpos complejos de fenómenos comprobables que se observan al ver.

"En el camino del guerrero hay que suspender los juicios para comenzar a viajar, pera ver como la energía fluye y como ésta está basada en fuerzas opuestas. Ese camino supone una serie de elementos claves, conceptos basados en la práctica de la concepción de la vida como una maniobra chamanística donde todo es a vida o muerte. Las maniobras de los chamanes son siempre a vida o muerte.

La idea de un libro de navegación es absurda para nuestra mente lineal, por ello debemos detenerla - la mente -. Después de detenerla empezaremos a concebir la posibilidad de viajar por la zona gemela de este mundo, donde no hay absolutos y todo cambia y fluctúa. Pero para poder viajar a ese otro universo, el reino de los seres inorgánicos, hay que estar equipado con todo lo desarrollado en el camino del guerrero. Ese viaje es la esencia del chamanismo."

Taisha explicó aquí cómo y cuándo conoció a don Juan y a su gente. Sacó el tema para ejemplificar cómo ella le preguntaba todo el tiempo a don Juan "¿por qué? ¿cuándo? ¿dónde?..."

"Pero el mundo de los chamanes no se puede confrontar con este tipo de preguntas. Yo seguía preguntando estúpidamente cada vez que me explicaban algo y exclamaba "gua gua", así que me llamaron de ese modo y también "quiero quiero", porque nunca paraba de pedir".

Después contó la historia de la casa de los brujos en el norte de México: don Juan le explicó que junto a la casa grande había una casa invisible que existía en otra dimensión. Le aseguró que algún día tendría que ir allí. Ella no entendía nada pero estaba intrigada y empezó a buscar la casa desesperadamente, de un modo estúpido. Un día despertó en aquella casa, para ella invisible hasta entonces: don Juan estaba estirado en el suelo y a los lados había unos discos efervescentes que eran como puertas o aberturas naturales que conducían al mundo de los seres inorgánicos. Había otras áreas de la casa invisible que llevaban al infinito, zonas oscuras que inmediatamente había que esquivar. Entonces ella entendió que jamás había visto aquella casa porque ésta existía en otro nivel de conciencia, era una parte adicional de la casa grande, la entrada al reino paralelo, el de los seres inorgánicos.

"Los seres inorgánicos son como nuestros primos. Los brujos aseveran esto desde su experiencia personal de entrar y salir una y otra vez de ese mundo. Los inorgánicos son configuraciones energéticas que están unidas al intento como lo estamos nosotros. Lo que hacen los chamanes es desarrollar deliberadamente esa similitud de enlace con ellos.

Hay tres formas de alcanzar ese otro reino paralelo:

1.- El ensueño
2.- El silencio interior: se atraviesa un túnel oscuro
3.- Atravesar una de las aberturas naturales

Todo lo expuesto sólo cobrará entera certeza cuando puedan atisbar su sentido completo al ser testigos imparciales del infinito: cuando uno es testigo del infinito sabe directamente."

Explicó una de sus experiencias en la cual pasó más de una semana en un centro comercial de ese otro mundo viendo personas que estaban por allí sentadas y que en realidad no eran más que su interpretación de seres inorgánicos. Ellas los interpretaban como personas. También pudieron conocer un cine en ese otro mundo: las imágenes se proyectan desde atrás y se mantienen en el aire sin necesidad de pantalla. Ella estaba muy sorprendida y quiso saber el nombre de la compañía pues le parecía un gran adelanto esa nueva forma de proyección: la marca era Sony.

De sus viajes surgió una estrecha relación con dos seres inorgánicos -Globus y Anfibus- que ahora viven con ella unidos a su conciencia. Entre ellos y Taisha se da un enlace energético. Taisha se refirió a ellos como grandes viajeros, auténticos navegantes mucho más antiguos que nosotros, seres de conciencia pura con capacidad para sentir y percibir sensaciones, pero de velocidad mucho más lenta que la nuestra. Taisha habló de ellos como de seres impecables que viven en un mundo mucho más lento que el nuestro y en el cual nos debemos acoplar a la nueva velocidad al entrar por esa puerta que es el silencio.

Cuando no sepamos cómo regresar de uno de esos viajes debemos esperar, detenernos y esperar. Explicó que en uno de esos viajes ella no podía regresar y se puso a esperar hasta que una conciencia la trajo de regreso y apareció en su auto.

"El viaje definitivo debe ser en solitario, no cuanta el esfuerzo del grupo. Sí, es posible que ustedes se marchen con nosotros, que nos marchemos todos juntos, pero antes cada uno debe poder conseguirlo solo. Ante esa posibilidad sólo tenemos la sobriedad que va a impedir que el pánico nos arrolle cuando se presente la posibilidad de convertirnos en testigos imparciales de lo infinito.

La recapitulación es el medio que tienen más a su alcance para acrecentar la conciencia, les va a ayudar a conseguir la sobriedad y la ecuanimidad para saber que somos testigos imparciales del infinito."

FIN

* * *

ROBERT MARSHALL
EL OSCURO LEGADO DE CARLOS CASTANEDA
MANO IZQUIERDA EDITORES

Robert Marshall.
El Oscuro Legado de Carlos Castaneda.

Fotografía de Portada: Taylor Leopold by Unsplash.

Fotografía de Contraportada: Linus Nylund by Unsplash.

Edición bajo el cuidado de:
Mano Izquierda Editores.

Circa, 2019.
Lima, Perú.

EL OSCURO LEGADO DE CARLOS CASTANEDA

Reportaje escrito por Robert Marshall para la Revista Salon, 12 de abril de 2007, donde da cuenta de la honda decepción en el círculo interno de Carlos Castaneda, sús últimos años y el camino de las Brujas.

• El padrino de la New Age tuvo un grupo secreto de devotos seguidores en la última década de su vida.

• Sus "brujas" más cercanas permanecen desaparecidas, y antiguos miembros, ofreciendo nuevos detalles, creen que las mujeres pudieron suicidarse.

Para los fans de la estafa literaria, ha sido un año de escasez. Actualmente tenemos a Richard Gere protagonizando a Clifford Irving en "The Hoax" una película acerca del novelista de los '70 que escribió una falsa biografía de Howard Hughes. Hemos tenido el desenmascaramiento de James Frey, JT LeRoy/Laura Albert y Harvard's Kaavya Viswanathan, quienes plagiaron largos fragmentos de su primera novela, obligando a la editorial Little, Brown and Co., a publicar la obra para reclamarla. Se ha escrito mucho acerca de los borrosos límites entre ficción y no-ficción, la responsabilidad de la industria editorial de distinguir entre ambas, y el daño potencial a los lectores. Sin embargo, se ha hecho escasa mención del estafador literario más exitoso del siglo 20: Carlos Castaneda.

Si este nombre no le dice nada a los lectores menores de 30, todo lo que tienen que hacer es preguntar a sus padres. Considerado por la revista Time el "Padrino de la New Age," Castaneda fue la encarnación literaria de la era Woodstock. Sus 12 libros, supuestamente basados en encuentros con un misterioso chamán indígena, don Juan, convirtieron al autor, un estudiante graduado en antropología, en una celebridad mundial. Entre sus admiradores se incluyen John Lennon, William Burroughs, Federico Fellini y Jim Morrison. Bajo la tutela de don Juan, Castaneda consumió peyote, habló a los coyotes, se convirtió en un cuervo y aprendió a volar. Todo esto tuvo lugar en lo que don Juan llamaba "una realidad a parte". Castaneda, quien murió en 1998, fue, desde 1971 a 1982, uno de los autores de no-ficción mejor vendidos en el país. Durante su vida, sus libros vendieron al menos 10 millones de copias.

Castaneda fue visto por varios como un compilador, y sus primeros libros recibieron de manera abrumadora reseñas positivas. Time los llamó "maravillosamente lúcidos" y remarcó un "poder narrativo sin igual en otros estudios antropológicos." Fueron ampliamente aceptados como un hecho, y esto contribuyó a su éxito. Richard Jennings, un abogado que se convirtió en alguien estrechamente vinculado con Castaneda en los 90, estaba

estudiando en Stanford a principios de los 70 cuando leyó los primeros dos libros de don Juan. "Yo era un buscador", contó recientemente a Salon. "Yo estaba buscando un camino real a otros mundos. No estaba buscando metáforas". El estatus de estos libros como antropología seria se mantuvo al menos por cinco años. El escepticismo creció en 1972 después de que Joyce Carol Oates, en una carta al New York Times, expresara su asombro ante el hecho que un revisor hubiera aceptado los libros de Castaneda como no-ficción. Al año siguiente, Time publicó un artículo de portada que revela que Castaneda había mentido mucho sobre su pasado. Durante la siguiente década, varios investigadores, el más prominente Richard De Mille, hijo del legendario director, trabajó incansablemente para demostrar que el trabajo de Castaneda era un engaño.

A pesar de este descrédito exhaustivo, los libros de don Juan aún se venden bien. La Editorial de la Universidad de California , que publicó el primer libro de Castaneda, "Las Enseñanzas de Don Juan: un camino yaqui de conocimiento", en 1968, vende 7.500 ejemplares al año. BookScan, una empresa de Nielsen que rastrea las ventas de libros, informa que tres de los títulos más populares de Castaneda, "Una realidad aparte", "Viaje a Ixtlán" y "Relatos de Poder", vendieron un total de 10.000 ejemplares en 2006. Ninguno de los títulos de Castaneda se ha dejado de imprimir - un logro impresionante para cualquier autor. Hoy en día, Simon and Schuster, editor principal de Castaneda, todavía clasifica sus libros como en la no ficción. Se podría argumentar que esta etiqueta no importa, puesto que todo el mundo sabe que don Juan era una creación ficticia. Pero el hecho es que no todo el mundo lo sabe, y la confianza que algunos lectores han invertido en estos libros da lugar a una oscura historia que apenas ha recibido cobertura en la prensa mayoritaria.

Castaneda, quien desapareció de la vista pública en 1973, comenzó en la última década de su vida a organizar un grupo secreto de devotos seguidores. Sus herramientas eran sus libros y la Tensegridad, una técnica de movimiento que según él había sido aprobada por 25 generaciones de chamanes toltecas. Se creó una corporación, Cleargreen, para promover la Tensegridad, y se celebraron talleres a los que asistieron miles de personas. El novelista y director Bruce Wagner, miembro del círculo íntimo de Castaneda, ayudó a producir una serie de videos didácticos. Cleargreen sigue funcionando hoy en día, llevando a cabo la promoción de la Tensegridad y las enseñanzas de Castaneda a través de talleres en el sur de California, Europa y América Latina.

El corazón del movimiento de Castaneda era un grupo de mujeres intensamente dedicado, todas ellas eran o habían sido sus amantes. Se les conocía como "las brujas", y dos de ellas, Florinda Donner y Taisha Abelar, desaparecieron el día después de la muerte de Castaneda, junto con la presidente de Cleargreen Amalia Marquez y la instructora de Tensegridad Kylie Lundahl. Unas semanas más tarde, Patricia Partin, hija adoptiva de Castaneda, y amante del mismo, también desapareció. En febrero de 2006, un esqueleto encontrado en Death Valley, California, fue identificado a través de análisis de ADN como los restos de Partin.

Algunos antiguos asociados de Castaneda sospechan que las mujeres desaparecidas se suicidaron. Citan las observaciones que realizaron poco antes de desaparecer, y la recurrencia del tema del suicidio en las reuniones privadas del grupo. El logro de trascendencia a través de una muerte noblemente elegida, según ellos, había sido durante mucho tiempo el centro de sus enseñanzas. Castaneda nació en 1925 y llegó a los Estados Unidos en 1951 desde Perú. Había estudiado escultura en la Escuela de Bellas Artes en Lima y esperaba consolidarse como artista en los Estados

Unidos. Trabajó en una serie de extrañas ocupaciones y tomó clases de filosofía, literatura y escritura creativa en el Los Angeles Community College. La mayoría de quienes le conocieron entonces recuerdan un brillante narrador de divertidas historias de fascinantes ojos castaños. Era pequeño de estatura y consciente de sí mismo en cuanto su imagen. Junto con su entonces esposa Margaret Runyan (cuyo libro de memorias, "Un viaje mágico con Carlos Castaneda," más tarde trataría de suprimir) quedó fascinado por el ocultismo.

Según Runyan, ella y Castaneda sostenían largas charlas, bebiendo vino con otros estudiantes. Una noche un amigo señaló que ni Buddha ni Jesús habían puesto jamás nada por escrito. Sus enseñanzas habían sido registradas por sus discípulos, quienes podrían haber cambiado o inventado cosas. "Carlos asintió con la cabeza, como si pensara cuidadosamente", escribió Runyan. Juntos, ella y Castaneda realizaron infructuosos experimentos de percepción extrasensorial. Runyan había trabajado para la compañía de teléfono, y el primer intento de Castaneda de escribir un libro fue un manuscrito incompleto de no ficción titulado "Acceso de operador." En 1959, Castaneda se matriculó en UCLA, donde se inscribió en la asignatura de etnografía de California con el profesor de arqueología Clement Meighan. Una de las tareas fue a entrevistar a un indígena. Obtuvo un excelente por su trabajo, en el que trataba con un anónimo nativo americano el tema del uso ceremonial de estramonio. Sin embargo, Castaneda no perseveró y pronto abandonó los estudios. Trabajó en una tienda de licores y condujo un taxi. Empezó a desaparecer durante varios días, diciendo a Runyan que iba al desierto. La pareja se separó, pero poco después Castaneda adoptó a CJ, el hijo que Runyan había tenido con otro hombre. Y, durante siete años, trabajó en el manuscrito que se convertiría en "Las Enseñanzas de Don Juan."

"Las Enseñanzas" es en gran medida un diálogo entre don Juan, el maestro, y Carlos, el aprendiz, marcado por la ingestión de mezclas a base de hierbas y hongos cuidadosamente preparados. Carlos tiene experiencias extrañas que, a pesar de las advertencias de don Juan, sigue considerando como alucinaciones. En una ocasión, Carlos se convierte en un cuervo y vuela. Después se genera una discusión: ¿Existe la realidad objetiva? ¿O es la realidad sólo un conjunto de percepciones y existen diferentes formas igualmente válidas para describirla? Hacia el final del libro, Carlos de nuevo se encuentra con Mescalito, a quien ahora acepta como real, no una alucinación.

En "Las Enseñanzas", Castaneda trató de seguir las convenciones de la antropología añadiendo unas 50 páginas de "análisis estructural". Según Runyan, su objetivo era convertirse en un erudito psicodélico en la línea de Aldous Huxley. Se había desilusionado con otro héroe, Timothy Leary, quien supuestamente se burló Castaneda cuando se conocieron en una fiesta, ganándose una enemistad de por vida. En 1967, llevó su manuscrito al profesor Meighan. Castaneda se desilusionó cuando Meighan le dijo que funcionaría mejor como un libro comercial que como una monografía académica. Sin embargo, siguiendo las instrucciones de Meighan, Castaneda llevó su manuscrito a las oficinas de la Editorial de la Universidad de California, en la biblioteca Powell, donde se lo mostró a Jim Quebec. El editor estaba impresionado, pero tenía dudas sobre su autenticidad. Inundado por los buenos informes del departamento de antropología de la UCLA, según Runyan, Quebec quedó convencido y "Las Enseñanzas" se publicó en la primavera de 1968. Runyan, escribió que "la Editorial de la Universidad de California, plenamente consciente de que había una nación de estudiantes encaprichados con las drogas allí afuera, promovió efusivamente en las librerías de California." Las ventas superaron todas

las expectativas, y Quebec pronto presentó a Castaneda a Ned Brown, un agente cuyos clientes incluyen Jackie Collins. Brown, a continuación, puso en contacto con Castaneda a Michael Korda, nuevo jefe editor de Simon and Schuster.

En sus memorias, "Another Life", Korda relata su primera reunión. A Korda se le dijo que esperara en el estacionamiento del hotel. "Un Volvo limpio se detuvo delante de mí, y el chofer me indicó que entrara" escribe Korda. "Era un hombre robusto y musculoso de pecho amplio, tez morena, ojos oscuros, pelo negro, rizado y corto, y una sonrisa tan alegre como la del fraile Tuck... A mí raramente, o nunca, a nadie me gustaba tan rápido ... No era tanto lo que Castaneda dijo como su presencia – una especie de encanto que fue en parte sutil inteligencia, en parte, un verdadero afecto por la gente, y en parte una especie de inocencia, no del tipo ingenuo sino de la especie que nos gusta suponer que tienen hombres santos, profetas y gurús ". A la mañana siguiente, Korda se dedicó a comprar los derechos de "Las Enseñanzas". Bajo la guía de su nuevo editor, Castaneda publicó sus siguientes tres libros en rápida sucesión. En "Una realidad aparte", publicado en 1971, Carlos vuelve a México para dar a don Juan un ejemplar de su nuevo libro. Don Juan rechaza el regalo, sugiriendo que lo usaría como papel higiénico. Un nuevo ciclo de aprendizaje comienza, en el que don Juan trata de enseñar a Carlos la forma de "ver". Aparecen nuevos personajes, el más importante de los cuales será don Genaro, mejor amigo de don Juan y el compañero brujo. En "Una realidad aparte" y los dos libros que siguen, "Viaje a Ixtlán" y "Relatos de Poder", se introducen numerosos conceptos nuevos, incluyendo "no estar", "borrar la historia personal" y "detener el mundo".

Hay también muestras de la magia. Don Genaro está en un momento de pie junto a Carlos, y al siguiente se encuentra en la cima de una montaña. Don Juan emplea poderes invisibles para ayudar a Carlos a arrancar su auto detenido. Y trata de enseñarle a ser un guerrero - un ser que, como un iluminado budista, ha eliminado el ego, pero que, en un sentido más nietzscheano, sabe que es superior a los seres humanos ordinarios, que llevan vidas desaprovechadas y sin sentido. Don Juan trata de enseñar a Carlos la manera de entrar en el mundo de los sueños, la "realidad aparte", también conocida como el "nagual", una palabra en español tomada de los aztecas. (Más adelante, Castaneda desplazaría el sentido de esta palabra, para representar no sólo la realidad aparte, sino también un chamán, como don Juan y, finalmente, al propio Castaneda.)

En "Viaje a Ixtlán", Carlos comienza una nueva etapa de aprendizaje. Don Juan le dice que no va a consumir más drogas. Estas sólo eran necesarias cuando Carlos era un principiante. Muchos consideran que "Viaje a Ixtlán", el cual sirvió como tesis doctoral a Castaneda en UCLA, es su libro más hermoso. También le hizo millonario. En la conclusión del libro, Carlos habla con un coyote luminoso. Pero todavía no está listo para entrar en el nagual. Por último, al final de "Relatos de Poder", don Juan y don Genaro llevan a Carlos al borde de un acantilado. Si él tiene el valor de saltar, por fin, se convierte en mago de pleno derecho. Esta vez Carlos no retrocede. Salta al abismo.

Los cuatro libros fueron muy elogiados. Michael Murphy, uno de los fundadores de Esalen, señaló que las "las lecciones esenciales que don Juan enseña son eternas y las mismas que han sido enseñadas por los grandes sabios de la India". Hubo comentarios favorables en el New York Times, en Harper y en el Saturday Review. "La reunión de Castaneda con Don Juan", escribió Robert Hughes de Time "parece uno de los encuentros literarios más afortunados desde que Boswell fue presentado al Dr. Johnson." En 1972, el antropólogo Paul Riesman reseñó los tres

primeros libros de Castaneda en el New York Times Book Review, escribiendo que "Castaneda deja claro que las enseñanzas de don Juan nos hablan acerca de cómo es realmente el mundo". El artículo de Riesman se publicó en lugar de una reseña que el Times inicialmente había encargado a Weston La Barre, una de las máximas autoridades en las ceremonias indígenas de América del peyote. En su artículo no publicado, La Barre, denunció la obra de Castaneda como "pseudo-etnografía terriblemente vulgar y pseudo profunda." Contactado recientemente, Roger Jellinek, el editor que encargó ambas reseñas, explicó su decisión. "La reseña de Weston La Barre, que yo recuerde, no fue tanto una crítica como una furiosa diatriba ad hominem destinada a suprimir ya no el debate, sino el mismo libro", escribió vía correo electrónico. "Para entonces yo ya sabía lo suficiente sobre Castaneda, por las discusiones con Edmund Carpenter, el antropólogo que me introdujo a Castaneda, y por mi lectura del famoso académico del chamanismo Mircea Eliade en las que se basó mi propio análisis de Castaneda en el diario New York Times, como para sentir intensamente que "Las enseñanzas de Don Juan" merecían algo más que un descrédito personal. De ahí el segundo encargo a Paul Riesman, sociólogo de Harvard, hijo de David Riesman, y un brillante antropólogo en alza. Por cierto, en mis ocho años en la NYTBR, es la única ocasión que recuerdo que una reseña fuera encargada dos veces."

La crítica entusiasta de Riesman pronto fue seguida por la carta de Oates al editor, en la que alegaba que los libros eran evidentes obras de ficción. Luego, en 1973, la corresponsal de Time Sandra Burton descubrió que Castaneda había mentido acerca de su servicio militar, la ocupación de su padre, su edad y su país de nacimiento (el Perú no Brasil). Nadie contribuyó más al descrédito de Castaneda que Richard De Mille. De Mille, que tenía un doctorado en psicología de la USC, era una especie de intelectual independiente. En una reciente entrevista, señaló que precisamente debido a que no se asoció con ninguna universidad, podía contar la verdadera historia. "La gente de la academia no lo haría", comentó. "Sería vergonzoso para el sistema." Concretamente para los profesores de la UCLA que, según De Mille, sabían que era un engaño desde el principio. Un engaño que, sin embargo, apoyaba sus teorías, que de Mille resumió sucintamente: "La realidad no existe. No es más que lo que se dicen las personas unas a otras." En la primera exposición de De Mille "Castaneda's Journey," que apareció en 1976, señaló numerosas contradicciones internas en los trabajos de campo así como la ausencia de detalles convincentes. "A lo largo de nueve años de recolectar plantas y cazar animales con don Juan, Carlos no aprendió ni un nombre indígena de planta o animal" escribió De Mille. Los libros están también llenos de detalles inverosímiles. Por ejemplo, mientras que "caminaban sin cesar a través de las arenas en las estaciones... cuando las más duras condiciones mantenían a las personas prudentes distancia, don Juan y Carlos no eran molestados por las plagas que suelen atormentar a los caminantes del desierto."

De Mille también descubrió numerosos casos de plagio. "Cuando don Juan abre la boca", escribió, "salen palabras de escritores concretos". Su compilación de 1980, "The Don Juan Papers", incluye un glosario de 47 páginas de citas de don Juan y sus fuentes, que van desde Wittgenstein y CS Lewis a artículos en oscuras revistas de antropología. Por ejemplo, de Mille cita primero un pasaje de un místico, Yogi Ramacharaka: "el aura humana es vista por el observador psíquico como una nube luminosa, en forma de huevo, rayado por líneas finas, como cerdas erizadas en todas las direcciones". En "Una realidad aparte", un hombre "se parece a un huevo humano por la circulación fibras. Y sus brazos y piernas son como cerdas lu-

minosas estallando en todas direcciones". La acumulación de tales casos lleva a De Mille a concluir que "las aventuras de Carlos no se originaron en el desierto de Sonora, sino en la biblioteca de la UCLA." De Mille convenció a muchos de los lectores anteriormente simpatizantes de Castaneda que don Juan no existía. Quizá la prueba más evidente era que los yaquis no hacen uso del peyote, y don Juan era supuestamente un chamán yaqui enseñando la "vía yaqui de conocimiento". Incluso el New York Times se corrigió, declarando que la investigación de De Mille "debería satisfacer a cualquiera que todavía tuviera dudas."

Algunos antropólogos han estado en desacuerdo con De Mille en varios puntos. JT Fikes, autor de "Carlos Castaneda, Academic Opportunism and the Psychedelic Sixties," cree que Castaneda tuvo algún contacto con los nativos americanos. Pero resulta un crítico aún más feroz que De Mille, condenando a Castaneda por el efecto que sus historias tuvieron en los pueblos Nativos. Tras la publicación de "Las Enseñanzas", miles de peregrinos acudieron a territorio yaqui. Cuando descubrieron que los yaquis no hacían uso del peyote, pero que sí lo hacía el pueblo huichol, se dirigieron a los territorios huichol en el sur de México, donde, según Fikes, causaron graves trastornos. Fikes relata con indignación la historia de un anciano huichol que fue asesinado por un gringo drogado.

Entre los antropólogos, ya no hay debate. El profesor William W. Kelly, presidente del departamento de antropología de Yale, me dijo: "Dudo que encuentres un antropólogo de mi generación que se refiera a Castaneda como algo más que un estafador astuto. Fue un engaño, y seguramente don Juan nunca existió como algo parecido a la figura de sus libros. Tal vez para muchos es una nota divertida de la ingenua credulidad de los estudiosos, pero para mí sigue siendo preocupante y una violación imperdonable de la ética ".

Después de 1973, el año en que Time lo desenmascaró, Castaneda nunca volvió a responder públicamente a la crítica. En lugar de ello, se recluyó, al menos en lo que concierne a la prensa (aún frecuentaba las fiestas en Hollywood). Alegando que estaba cumpliendo con la instrucción de don Juan de convertirse en "inaccesible", no permitió que lo fotografiaran, y (en el mismo año se hizo pública la existencia de las cintas de Nixon) decidió que las grabaciones de cualquier tipo estaban prohibidas. También rompió con su pasado; tras acudir a la graduación superior de C.J. y prometerle que lo llevaría a Europa, pronto expulsó a su ex-mujer e hijo. E hizo que don Juan desapareciera. Cuando "El Segundo Anillo de Poder", fue publicado en 1977, los lectores se enteraron que en algún momento entre el salto al abismo al final de "Relatos de Poder" y el inicio del nuevo libro, don Juan se había esfumado, desvaneciéndose en una bola de luz y entrando en el nagual. Su aislamiento también ayudó a Castaneda, que contaba ya 40 años, a ocultar la familia alternativa que estaba empezando a formarse. Los miembros clave fueron tres mujeres jóvenes: Regine Thal, Maryann Simko y Kathleen "Chickie" Pohlman, quien había conocido a Castaneda mientras él todavía estaba activo en la UCLA. Simko hacía un doctorado en antropología y fue conocida en todo el campus como la novia de Castaneda. A través de ella, Castaneda conoció a Thal, otra candidata al doctorado en antropología y amiga de la clase de karate de Simko. El modo en que Pohlman entró en la fotografía permanece poco claro. En 1973, Castaneda compró una casa en la adecuadamente llamada Avenida Pandora, en Westwood. Las mujeres, que pronto serían conocidas en su grupo y en sus libros como "las brujas", se trasladaron allí. Finalmente llegarían a vestir idénticos pantalones deportivos, y pelo teñido de rubio con corte similar al usado más tarde por el culto Heaven's Gate. También dijeron que habían estudiado con don Juan.

En consonancia con la filosofía de "borrar la historia personal", cambiaron sus nombres: Simko se convirtió en Taisha Abelar, Thal en Florinda Donner-Grau. Donner-Grau es recordada por muchos igual en inteligencia y carisma que Castaneda. Apodada "El colibrí", debido a su energía incesante, nació en Venezuela de padres alemanes, y afirmó haber realizado investigaciones sobre los indios Yanomami. Pohlman se dio un alias un poco menos glamuroso: Carol Tiggs. Donner-Grau y Abelar finalmente publicaron sus propios libros sobre brujería. Las brujas, junto con Castaneda, mantuvieron un denso velo de secreto. Utilizaron numerosos alias, y no se dejaron fotografiar. Contaron a sus seguidores historias constantemente cambiantes acerca de sus orígenes. Sólo después de la muerte de Castaneda los hechos reales acerca de sus vidas empezaron a emerger. Esto se debe principalmente a la labor de tres de sus ex seguidores.

A principios de los 90, Richard Jennings, un graduado de Derecho de Columbia, estaba viviendo en Los Ángeles. Era el director ejecutivo de Hollywood Supports, un grupo sin fines de lucro organizado para combatir la discriminación contra las personas con VIH. Anteriormente había sido el director ejecutivo de GLAAD, la Alianza Gay y Lésbica Contra la Difamación. Después de leer un artículo de Bruce Wagner en la revista Details acerca de un encuentro con Castaneda, quedó intrigado. Buscando en Internet, encontró el camino a uno de los talleres semi-secretos que se celebraban en todo Los Angeles. Pronto fue invitado a participar en las sesiones de Domingo de Castaneda, las clases exclusivas para los seguidores selectos, de las que Jennings conserva numerosas notas. De 1995 a 1998 estuvo profundamente involucrado en el grupo, a veces, dando asesoramiento en cuestiones jurídicas. Después de la muerte de Castaneda, creó un sitio Web, Sustained Action, para el que, investigado meticulosamente, compiló las cronologías desde 1947 hasta 1999, de la vida de Patricia Partin y las brujas.

Otra informadora privilegiada es Amy Wallace, autora de 13 libros de ficción y no ficción, incluyendo el best-seller "Book of Lists", que escribiría junto con su hermano David Wallechinksy y su padre, el novelista Irving Wallace, quien también es un cliente de Korda. Ella conoció a Castaneda en 1973, cuando aún estaba en la secundaria. Sus padres la llevaron a una cena celebrada por el agente de Ned Brown. Castaneda estaba allí con Abelar, quien luego fue bajo el nombre de Anna-Marie Carter. Hablaron con Wallace acerca de su internado. Muchos años más tarde, Wallace se convirtió en una de las numerosas amantes de Castaneda, una experiencia relatada en sus memorias, "Sorcerer's Apprentice". Wallace ahora vive en el Este de Los Ángeles, donde está trabajando en una novela sobre el punk rock.

Gaby Geuter, escritora y ex agente de viajes, había sido una participante de taller que esperaba unirse al círculo interno. En 1996 se dio cuenta que estaba siendo excluida. En un esfuerzo por averiguar la verdad sobre el gurú que la había rechazado, junto con su marido, Greg Mamishian, comenzó a ser la sombra de Castaneda. En su libro "Filming Castaneda", relata cómo, desde un automóvil estacionado cerca de su casa, grabó en secreto las idas y venidas del grupo. Si no fuera por Geuter no habría un registro fotográfico de Castaneda posterior a 1973, quien, a medida que envejecía, pareció conservar su encanto travieso, así como una cabeza llena de cabello plateado. También pasó por la basura, descubriendo un tesoro de documentos, incluidos certificados de matrimonio, cartas y recibos de tarjetas de crédito que más tarde serían pistas importantes acerca de la historia del grupo y su comportamiento durante los últimos días de Castaneda.

Durante los últimos años 70 y principios de los 80, Jennings cree que el grupo probablemente no estaba constituido por más

de dos docenas de personas. Los miembros, en su mayoría mujeres, iban y venían. Al mismo tiempo, un acontecimiento fundamental fue la deserción de Carol Tiggs, que fue siempre, según Wallace, la bruja más ambivalente. Poco después de incorporarse, trató de romper. Asistió a la Universidad de Acupuntura de California, se casó con un compañero de estudios y vivió en Pacific Palisades. Finalmente, dice Wallace, Castaneda la atrajo de regreso. Castaneda tenía una versión diferente. En su best-seller de 1981, "El Don del Águila", describe cómo Tiggs desapareció en la "segunda atención", uno de sus términos para el infinito. Finalmente, volvió a aparecer a través de un portal del tiempo espacial en Nuevo México. A continuación, se dirigió a Los Ángeles, donde ambos se reunieron con alegría cuando la encontró en Santa Monica Boulevard.

En homenaje a sus 10 años en otra dimensión, ahora era conocida como "la mujer nagual." Wallace cree que esto incentivó a Tiggs a regresar. De acuerdo a Wallace y Jennings, una de las tareas de las brujas era reclutar a nuevos miembros. Melissa Ward, quien trabajaba en una empresa de catering en Los Angeles, participó en el grupo de 1993 a 1994. "Con frecuencia, reclutaron para las clases magistrales", dijo. Entre los objetivos, indicó, estaba encontrar a " mujeres con una combinación de inteligencia, belleza y vulnerabilidad". La iniciación en el interior de la familia a menudo implicaba dormir con Castaneda, quien, según reivindicaban las brujas en apariciones públicas, era célibe.

En "Sorcerer's Apprentice", Wallace ofrece una imagen detallada de su propia seducción. Debido a la amistad de su padre con Castaneda, su caso fue inusual. Durante años frecuentó la casa de Wallace. Cuando Irving murió en 1990, Amy estaba viviendo en Berkeley, California. Poco después, Castaneda llamó y le dijo que su padre se le apareció en sueños para decirle que estaba atrapado en la casa de Wallace y necesitaba de Amy y Carlos para liberarlo. Wallace, con el debido escepticismo, llegó a Los Ángeles y la seducción comenzó en serio. Ella recuerda cómo de pronto se encontró en la cama con Castaneda. Él le dijo que no había tenido relaciones sexuales durante 20 años. Cuando más tarde Wallace expresó su preocupación por el hecho de haber podido quedar embarazada (no se había utilizado ningún método anticonceptivo), Castaneda saltó de la cama, gritando: "¿Dejarte preñada? ¡Imposible! El esperma del Nagual no es humano ... No dejes nada de esperma fuera, nena. Quemará tu humanidad." No mencionó la vasectomía a la que se había sometido años antes.El cortejo continuó por varias semanas. Castaneda le dijo que estaban "casados energéticamente".

Una tarde, la llevó a la casa de los brujos. Al salir, Wallace buscó una señal en la calle para poder recordar su ubicación. Castaneda la regañó furioso: Un guerrero no debe ser buscado. Le ordenó volver a Berkeley. Ella lo hizo. Cuando llamó, Castaneda se negó a hablar con ella. Las brujas, no obstante, instruyeron a Wallace en los pasos brujos necesarios para volver. Tenía que deshacerse de sus apegos. Wallace se deshizo de sus gatos. Eso no los cortó. Castaneda, escribió ella, se puso al teléfono y la llamó malcriada judía egoísta. Le ordenó conseguir un empleo en McDonald's. En lugar de eso, Wallace fue camarera de un bed and breakfast. Seis meses más tarde se le permitió volver. Había dejado ir sus ataduras.

A los aspirantes a guerrero, dicen Jennings, Wallace y Ward, se les urgía a cortar todo contacto con sus antiguas vidas, tal como don Juan dio instrucciones de hacer a Castaneda, y Castaneda hizo rompiendo con su esposa e hijo adoptivo. "Nos decía como librarnos de las obligaciones familiares", me contó Jennings. "Una a una las relaciones podían alejarte del camino. Castaneda nos estaba diciendo cómo salir de los compromisos con la

familia, hasta en los pequeños detalles, como evitar abrazar a los padres directamente." Jennings estima que, durante sus cuatro años con el grupo, entre a 75 y 100 personas se les dijo que debían cortar sus familias. No sabe cuántos lo hicieron.

Para algunos iniciados, la separación fue brutal y final. Según Wallace, a los acólitos se les dijo que debían decir a sus familias, "Os envío al infierno". Tanto Wallace como Jennings nos hablan de una mujer joven a la que, en los primeros años del grupo, Castaneda había ordenado golpear a su madre, una sobreviviente del Holocausto. "Algunos años más tarde", contó Wallace, la mujer "lloró por ello. Lo hizo porque pensaba que él era tan perceptivo que podría decir si no lo había hecho". Wallace también describe cómo, cuando los padres de un joven murieron poco después de haber cortado la relación, Castaneda lo distinguió con elogios, señalando: "Cuando se hace realmente, me dijo don Juan, se mueren al instante, como si estuvieras aplastando una mosca... y eso es todo lo que son, moscas ".

Antes de entrar en el círculo más íntimo, al menos algunos, los seguidores fueron conducidos a una posición de dependencia emocional y económica. Ward recuerda una mujer llamada Peggy, a la que se ordenó dejar su trabajo. Se le dijo que lo haría cuando se le diera dinero para conseguir un departamento sin teléfono, donde esperaría noticias de Castaneda o de las brujas. Peggy huyó antes de que esto sucediera. Pero Ward dijo que ésta era una práctica común con las mujeres que estaban a punto de ser introducidas al núcleo familiar.

Valerie Kadium, una bibliotecaria que desde 1995 hasta 1996 participó en las sesiones del domingo, recuerda a uno de los participantes que, después de varias reuniones, decidió comprometerse plenamente con el grupo. Se fue a Vermont a cerrar su negocio, pero al volver a Los Ángeles se le dijo que no podía participar, que era "demasiado tarde". No había sabido captar el "centímetro cúbico de oportunidad", dijo Kadium, del que Castaneda hablaba a menudo. Jennings tuvo que dejar su trabajo en Hollywood Supports, su trabajo le obligaba a interactuar con los medios de comunicación, pero esto era imposible: Los brujos no podía sacarse una foto. Pero había recompensas. "Yo estaba totalmente emocionado por estas personas", me dijo Jennings. "Sentí que había encontrado una familia. Sentí que había encontrado un camino." Kadium recuerda la primera vez que vio a la instructora de Tensegridad Kylie Lundahl en escena, cómo vio un aura a su alrededor, de un brillo albaricoque. Recordando sus primeros días con el grupo, comentó: "Había cierta dulzura en aquello. Había tantas esperanzas. Yo quería sentir más profundamente el mundo – y lo hice."

Aunque más tarde fuera devastada cuando Castaneda la expulsó de las sesiones de Domingo, diciéndole "los espíritus te escupen fuera", finalmente se recuperó, y ahora recuerda aquel como el periodo más excitante de su vida. De acuerdo con todos los que lo conocieron, Castaneda no sólo era fascinante, también tenía un gran sentido del humor. "Una de las razones por las que me involucré fue la idea de que estaba en este fascinante, en el límite, vanguardista, extraordinario grupo de seres", dijo Wallace. "La vida era siempre excitante. Éramos libres del tedio del mundo." Y como Castaneda era un "maníaco del control", como Jennings indica, los seguidores a menudo eran liberados de la ansiedad de la toma de decisiones. Algunos tenían mayor independencia, pero aún Wallace y Bruce Wagner, a los cuales se dio cierta libertad de acción, a veces, según Wallace, eran obligados a someter sus escritos a la inspección de Donner. Jennings y Wallace también señalan que Castaneda dirigía la vida sexual del círculo interior con gran detalle.

La parte más difícil, cree Wallace, es que uno nunca sabía dónde estaba. "Tomaba a alguien, lo coronaba, y era tan capaz de echarlo en 48 horas como de mantenerlo 10 años. Nunca lo sabías. Así que siempre había temor, y muchos celos." Algunos iniciados fueron desterrados por ofensas espirituales tales como beber capuchino (que Castaneda consumía en grandes cantidades). Dejaban de ser invitados la casa. No se devolvían sus llamadas telefónicas. Después de haber sido admitidos por un tiempo en una secreta familia mágica, eran cortados abruptamente. Para algunos, Wallace opina, este modelo fue muy traumático. "En cierto modo extraño", dijo ella, "lo peor que puede suceder es ser amado y querido y luego maltratado y abusado, y no hay reglas, y las reglas cambian constantemente, y nunca puedes hacerlo bien, pero luego de repente te están besando. Ese es el cambio de conducta más enloquecedor que existe. Y es en el que Carlos estaba especializado, no era un estúpido. "

El que a los discípulos se les permitiera quedarse o fueran forzados a salir, parece que a menudo dependía de los caprichos de una mujer conocida como el Explorador Azul. Al tratar de describir su poder, Ward recordó un episodio de Twilight Zone en el que un niño podría mirar a la gente y hacerlos morir. "Así que todos la trataban con guantes de seda", dijo, "y eso es lo que pasaba con Explorador Azul." Ella nació como Patricia Partin y creció en LaVerne, California, donde, según Jennings, su padre había sufrido un accidente que lo dejó con daño cerebral permanente. Partin abandonó Bonita High en su tercer año. Ella se hizo camarera y, a los 19, se casó con un aspirante a cineasta, Mark Silliphant, quien le presentó a Castaneda en 1978. Pocas semanas después de su matrimonio dejó a Silliphant y se fue a vivir con Castaneda. Realizó una última visita a su madre y, de acuerdo con las instrucciones del nagual, se negó a aparecer en una fotografía familiar. Durante el resto de su vida, nunca más habló con su madre.

Castaneda renombró a Partin como Nury Alexander. También fue "Claude", así como el Explorador Azul. Pronto destacó como una de sus favoritas (Castaneda la adoptó oficialmente en 1995). A los seguidores se les dijo que la había concebido con Tiggs en el nagual. Él dijo que tenía una energía muy rara, que era " apenas humana" - grandes elogios de Castaneda. Partin, eterna estudiante de la UCLA y compradora empedernida de Neiman Marcus, se infantilizó. En años posteriores, a los nuevos adeptos se les asignó la tarea de jugar a las muñecas con ella. A finales de los 80, tal vez porque se habían reducido las ventas de los libros, o tal vez porque ya no temía el escrutinio de los medios, Castaneda intentó expandirse. Jennings cree que podría haber sido impulsado por un deseo de agradar a Partin. Geuter confirma que Castaneda dijo a sus seguidores que el Explorador Azul le había hablado acerca de iniciar Cleargreen. Pero también sugiere otra motivación."Estaba pensando acerca de lo que él quería para el resto de su vida", dijo Geuter. "Siempre hablaba de ir a por el "broche de oro". Él quería terminar con algo espectacular ".

Castaneda investigó la posibilidad de incorporarla como religión, como L. Ronald Hubbard había hecho con la Cienciología. En lugar de esto, optó por desarrollar Tensegridad, que, Jennings cree, iba a ser el medio por el cual la nueva fe se extendería. La Tensegridad es una técnica de movimiento que parece combinar elementos de una versión rígida de tai chi y baile moderno. Con toda probabilidad, la inspiración vino de la afición por el karate de Donner-Grau y Abelar, y de sus años de clases con instructor de artes marciales Howard Lee. Los documentos encontrados por Geuter las muestran discutiendo con Lee acerca de un proyecto llamado "Brujería Kung Fu", ya en 1988. El más elegante nombre de "Tensegridad" fue tomado

de Buckminster Fuller, quien la describe como una sinergía estructural entre tensión y compresión. A Castaneda parece que sólo le gustó cómo sonaba.

Un personaje importante en la promoción de la Tensegridad fue Wagner, cuya quinta novela, "El Palacio de crisantemo", fue finalista para el premio PEN / Faulkner (la sexta, "Memorial", fue recientemente publicada por Simon and Schuster). Wagner todavía no había publicado su primera novela, cuando se acercó a Castaneda en 1988, con la esperanza de filmar a los libros de don Juan. Al cabo de pocos años, de acuerdo con Jennings y Wallace, se convirtió en parte del círculo interno. Le fue dado el nombre brujo de Lorenzo Drake - Enzo para abreviar. Cuando el grupo comenzó a emerger de las sombras, celebrando seminarios en auditorios de escuela secundaria y en campus universitarios, Wagner, alto, calvo y normalmente vestido de negro, según Geuter y Wallace, actuaba como una especie de guardia de seguridad, expulsando a aquellos que hacían preguntas inconvenentes. (Wagner rechazó las solicitudes de entrevista). En 1995, Wagner, quien previamente había estado casado con Rebecca De Mornay, se casó con Tiggs. Ese mismo año su novela "I'm Losing You" fue elegida por el New York Times como libro destacado del año. John Updike, en el New Yorker, proclamó que Wagner "escribía como un brujo".

A principios de los 90, con el fin de promover la Tensegridad, Castaneda estableció Cleargreen, que operaba desde las oficinas del productor de "Rugrats" y agente de Castaneda (y brujo a medio tiempo) Tracy Kramer, un amigo de Wagner en Beverly Hills. Aunque Castaneda no era accionista, según Geuter, "determinó todos los detalles de la operación". Jennings y Wallace confirman que Castaneda tenía un control absoluto de Cleargreen. La presidenta oficial fue Amalia Marquez (de nombre brujo Talia Bey), una joven empresaria que después de leer los libros de Castaneda se había trasladado desde Puerto Rico a Los Angeles con el fin de seguirle.

En los seminarios de Tensegridad, mujeres vestidas de negro, las "chacmoles," hacían demostraciones de movimientos para el público. Castaneda y las brujas hablaban y respondían preguntas. Los seminarios tenían un coste de hasta 1.200 dólares, y admitían 800 asistentes. Los participantes podían comprar camisetas que decían "La Importancia Personal Mata - Practica Tensegridad". Los movimientos estaban destinados a promover la salud, así como ayudar a los practicantes a progresar como guerreros. La enfermedad se consideraba un signo de debilidad. Wallace recuerda el caso de Tycho, el Explorador Naranja (supuestamente hermana de la Explorador Azul). "Ella tenía colitis ulcerosa," dijo Wallace. "Estaba tratando de mantenerlo en secreto porque si Carlos sabía que estabas enfermo te castigaba. Si recibias atención médica, te expulsaba". Cuando se descubrió la enfermedad de Tycho, dijo Wallace, Tycho fue expulsada del grupo.

Si los primeros libros de Castaneda se basaron en el budismo y la fenomenología, su trabajo posterior parecía más en deuda con la ciencia ficción. Pero en todo, había una preocupación por reunirse con la muerte como un guerrero. En los años 90, Castaneda dijo a sus seguidores que, tal como don Juan, no moriría – sinó que ardería en el fuego interno, se convertiría en una bola de luz y ascendería a los cielos. En el verano de 1997, se le diagnosticó un cáncer de hígado. Dado que se suponía que los brujos no enfermaban, su enfermedad sigue siendo un secreto celosamente guardado. Mientras que las brujas probaban desesperadamente tratamientos tradicionales y alternativos, los talleres continuaron como si no pasara nada (aunque a menudo Castaneda no estaba allí). Una de las brujas, Abelar, voló a Florida para inspeccionar yates. Geuter, en las notas tomadas en el momento, se

preguntaba, "¿Por qué comprar un barco? ... Tal vez Carlos quiere irse con su grupo, y desaparecer en el gran mar abierto." No se compraron yates. Castaneda siguió empeorando. Se hizo cada vez más frágil, sus ojos amarillos por la ictericia. Rara vez dejaba la casa. Según Wallace, Tiggs le dijo que las brujas habían comprado armas de fuego. Mientras que el nagual estaba postrado en cama con un goteo de morfina, viendo vídeos de guerra, el círculo interno quemaba sus documentos. Una dolida Abelar había empezado a beber. "Ahora no corro ningún peligro de volverme alcohólica", dijo a Wallace. "Porque me voy, así que – es demasiado tarde". Wallace escribió: "Ella me decía, a su manera, que planeaba morir".

Wallace también recuerda una conversación con Lundahl, la estrella de los videos de Tensegridad y una de las mujeres que desaparecieron: "Si yo no me voy con él, haré lo que tenga que hacer", Lundahl le dijo. "Es demasiado tarde para que tú y yo permanezcamos en el mundo - Creo que sabes exactamente lo que quiero decir. " En abril de 1998, Geuter filmó al círculo íntimo empacando las cosas de la casa. A la semana siguiente, a los 72 años, Castaneda murió. Fue incinerado en el tanatorio de City Culver. Nadie sabe qué fue de sus cenizas. A los pocos días, Donner-Grau, Abelar, Partin, Lundahl y Márquez tenían sus teléfonos desconectados y desaparecieron. Pocas semanas más tarde, el Ford Escort rojo de Partin fue encontrado abandonado en las Panamint Dunes de Death Valley. Incluso dentro del círculo interno, pocos sabían que Castaneda había muerto. Había rumores. Muchos estaban desesperados: El nagual no se había "quemado en el fuego interno". Jennings no se enteró hasta dos semanas más tarde, cuando Tiggs llamó para decirle que Castaneda había "partido". Las brujas, dijo, fueron a "otro lugar".

En una propuesta de biografía de Castaneda, proyecto que Jennings al final decidió no seguir, escribió que Tiggs "también me dijo que se suponía que debía "partir con él", pero "una decisión sin elección" me mantuvo aquí". Mientras tanto, los talleres continuaron. "Carol también prohibió el duelo en Cleargreen", escribe Jennings: "por lo que sus miembros escondieron su dolor, ahogándose en el alcohol o las drogas." Wallace, también, recuerda mucho el consumo de drogas: "Yo no sé si trataron de acercarse a la sobredosis tanto como para "llegar". Llegar a Carlos." El mismo Jennings fue al desierto y pensó en suicidarse. Los medios de comunicación no se enteraron de la muerte de Castaneda hasta dos meses después. Cuando la noticia se hizo pública, los miembros Cleargreen dejaron de responder sus teléfonos. Pronto se colocó una declaración, que según Jennings fue escrita por Wagner, en su página web: "Para don Juan, el guerrero era un ser ... que se embarca, cuando llega el momento, en un viaje definitivo de la conciencia, cruzando a la "libertad total" ... los guerreros pueden conservar su conciencia, generalmente abandonada en el momento de morir. En el momento del cruce, el cuerpo se enciende en su totalidad con el conocimiento ... Carlos Castaneda dejó el mundo de la misma manera que su maestro, don Juan Matus, lo hizo: con plena conciencia ".

Muchos obituarios tenían un tono curioso, los escritores parecian dudar a la hora de describir a Castaneda como un estafador. Algunos expresaron una especie de nostalgia hacia un autor cuya obra había significado tanto para tantos en su juventud. Korda se negó a hacer comentarios. De Mille, en una entrevista con el cineasta Ralph Torjan, expresó una cierta admiración."Era el falsificador perfecto," dijo a Torjan, "porque nunca admitió nada." Jennings, Wallace y Geuter creen que las mujeres desaparecidas probablemente se suicidaron. Wallace me contó de una llamada de teléfono a los padres Donner-Grau, no mucho después de que las mujeres desaparecieran. Donner había sido una de los

pocos a los que se permitió mantener contacto con su familia. “Estaban llorando”, dijo Wallace, “porque no hubo despedida. No sabían lo que había sucedido. Esto fue después de décadas de haber mantenido el contacto”. Las voluntades de Castaneda, ejecutadas tres días antes de su muerte, dejan todo a una entidad conocida como Eagle’s Trust. De acuerdo con Jennings, quien obtuvo una copia del contrato de fideicomiso, las mujeres desaparecidas habían conseguido una cantidad considerable de dinero gracias a ellos.

Deborah Drooz, albacea de la herencia de Castaneda, dijo que no ha tenido contacto con las mujeres. Añadió que cree que aún están vivas. Jennings cree que Castaneda sabía que estaban planeando suicidarse. “Solían hablar sobre el suicidio todo el tiempo, incluso para las cosas de menor importancia”, me dijo Jennings. Añadió que una vez Partin fue enviada a identificar minas abandonadas en el desierto, que podrían ser utilizadas como sitios potenciales de suicidio. (Hay una mina abandonada cerca del lugar donde sus restos fueron encontrados.) A menudo nos decía que era “nuestra única esperanza”, dijo Jennings. “Se suponía que íbamos todos juntos a “dar el salto”, fuera lo que fuera lo que aquello significara. ¿Qué creía Jennings que significaba? “No lo tengo claro”, dijo. “Él lo describía de diferentes maneras. También las brujas. Parecía ser aquello por lo que vivían, algo que les había sido prometido”. La promesa pudo basarse en la escena final de “Relatos de Poder”, en la que Carlos salta desde un acantilado hacia el nagual. La escena es repetida posteriormente en varias versiones. En 1984, en su libro “El fuego interno”, Castaneda escribió: “Yo no morí en el fondo de esa garganta - y tampoco los otros aprendices que habían saltado en un momento anterior - porque nunca se llegó a él; a todos nosotros, debido al impacto de un acto tan tremendo e incomprensible como el de saltar a la muerte, se nos movieron los puntos de encaje, volviendo a encajar en otros mundos”.

¿Castaneda realmente creía esto? Wallace cree que sí. “Fue hipnotizado progresivamente por sus propios sueños”, dijo. “Creo firmemente que Carlos se hizo a sí mismo un lavado de cerebro”. ¿Las brujas? Geuter lo expresó de esta manera: “Florinda, Taisha y el Explorador Azul sabían que era una estructura de fantasía. Pero cuando tienes miles de ojos observándote, empiezas a creer la fantasía. Estas mujeres nunca habían tenido que responder al mundo real. Carlos se lo había arrebatado cuando eran muy jóvenes “. Wallace no está seguro de lo que las mujeres creían. Dado que estaba prohibido el debate abierto acerca de las enseñanzas de Castaneda, era imposible saber lo que nadie pensó realmente. Sin embargo, me dijo, después de vivir tanto tiempo con Castaneda, las mujeres pudieron haber sentido que no tenían elección. “Has cortado todos tus lazos”, dijo. “¿Vas a volver ahora después de todas estas décadas? ¿Con quién vas a estar? Y sientes que ya no eres uno más del rebaño. Por eso se suicidaron.”

En su sitio Web, Cleargreen sostiene que las mujeres no “se fueron”. Sin embargo, “por el momento no van a comparecer personalmente en los talleres porque quieren que este sueño vuele con sus propias alas.”Sorprendentemente, no parece haber habido una investigación en al menos tres de las desapariciones. A excepción de Donner-Grau, todas habían sido separadas de sus familias durante años. Meses después de las desapariciones ninguna de las otras familias sabía qué había sucedido. De modo que, según Geuter, nadie denunció su desaparición. Salon trató de localizar a las tres mujeres desaparecidas, basándose en los registros públicos y llamadas telefónicas a sus residencias anteriores, pero no descubrió ninguna traza actual de ellas. El Departamento de Policía de Los Ángeles y el FBI confirman que no ha habido una investigación oficial sobre las desapariciones de Donner-Grau, Abelar y Lundahl.

Hay, sin embargo, un archivo abierto en el caso de Márquez. Esto se debe a los esfuerzos incansables de Luis Márquez, quien dijo a Salon que intentó reportar por primera vez la desaparición de su hermana en 1999. Sin embargo, dijo, la policía de Los Ángeles en repetidas ocasiones no le hizo caso. Un año más tarde, él y su hermana Carmen escribieron una carta a la unidad de personas desaparecidas, de nuevo sin respuesta. Según Márquez, hasta la identificación de los restos de Partin el Departamento de Policía no abrió un expediente sobre Amalia. "Hasta hoy" dijo, "todavía se niegan a hacer cualquier pregunta o visita a Cleargreen". Sus propios intentos de obtener información de Cleargreen han sido infructuosos. Según Márquez, todo lo que han dicho es que las mujeres están "viajando". La detective Lydia Dillard, asignada al caso Márquez, dijo que debido a que ésta es una investigación abierta, no podía confirmar si alguien de Cleargreen había sido entrevistado.

En 2002, una mujer de Taos (Nuevo México) Janice Emery, seguidora de Castaneda y alumna de sus talleres, saltó a su muerte en el desfiladero del Río Grande. De acuerdo con el Santa Fe New Mexican, Emery tenía una lesión en la cabeza provocada por el cáncer. Uno de los amigos de Emery dijo al periódico que Emery "quería estar con la gente de Castaneda." Otro dijo: "Creo que ella estaba pensando que podía volar." Un año más tarde, un esqueleto fue descubierto cerca del lugar en el que encontraron el Ford abandonado de Partin. El departamento del sheriff del condado de Inyo sospechaba que era de ella. Pero, debido a su estado de disecación, no pudo hacerse una identificación positiva hasta febrero de 2006, cuando la tecnología de ADN estuvo disponible. Wallace recuerda como Castaneda había dicho a Partin esto: "si alguna vez necesitas subir al infinito, toma tu pequeño coche rojo y condúcelo tan rápido como puedas en el desierto y ascenderás." Y Wallace cree que, "eso es exactamente lo que hizo: Tomó su pequeño coche rojo, lo condujo en el desierto, no ascendió, salió del coche, buscó en derredor y se desmayó de deshidratación".

La muerte de Partin y la desaparición de las otras mujeres no constituyen todo el legado de Castaneda. Ha sido reconocido como una influencia importante por autores que van desde Deepak Chopra a George Lucas. Sin duda, Castaneda abrió las puertas de la percepción de muchos lectores, y muchos de los asistentes a los talleres consideraron que la experiencia fue profundamente significativa. Hay quienes dan testimonio de los beneficios de la Tensegridad. E incluso algunos de sus críticos consideran útiles sus enseñanzas. "Era un conducto. Quería respuestas a las grandes preguntas. Él me ayudó", dijo Geuter. Pero a cinco de sus compañeras más cercanas, sus enseñanzas - y su insistencia en la verdad literal - pudieron costarles la vida.

Mucho después de que Castaneda fuera desacreditado en el mundo académico, Korda siguió insistiendo en su autenticidad. En el 2000, escribió: "Nunca he dudado por un momento la verdad de las historias de don Juan." Los libros de Castaneda han sido rentables para Simon and Schuster, y de acuerdo a Korda, durante muchos años fueron uno de los puntales en los que la editorial se apoyó. Castaneda podría haber logrado un cierto nivel de éxito si sus libros se hubieran presentado, como la "Celestine Prophecy" de James Redfield, como ficción alegórica. Pero Castaneda siempre insistió en no haber inventado nada. "Si él no hubiera presentado sus historias como un hecho," dijo Wallace, "hubiera sido poco probable que existiera el culto. Sin embargo, presentado como no ficción, se convirtió en lo más peligroso posible".

Hasta la fecha, Simon and Schuster mantiene la posición de Korda. Cuando se le

preguntó si, ante la abrumadora evidencia de lo contrario, el editor aún consideraba los libros de Castaneda como de no ficción, Adam Rothenberg, vicepresidente de comunicación corporativa, respondió que Simon and Schuster "seguirá publicando Castaneda como siempre ha hecho." Las clases de Tensegridad se siguen manteniendo en todo el mundo. Recientemente se llevaron a cabo talleres en la Ciudad de México y en Hannover, Alemania. Los videos de Wagner todavía están disponibles a través de Cleargreen. Según los términos de las voluntades de Castaneda, las regalías de los libros aún ayudan a mantener a un grupo de acólitos. En el sitio web de Simon and Schuster, Castaneda sigue siendo descrito como antropólogo. No se hace mención alguna de su ficción.

FIN

* * *

Se terminó de diseñar y editar el día 30 de mayo del año 2021, en la ciudad de Lima, usando Century Schoolbook, punto 12, para la composición de los textos, KG All of Me para los subtítulos de autor, editorial y The Next Font para los títulos de todos los libros y documentos ensamblados.

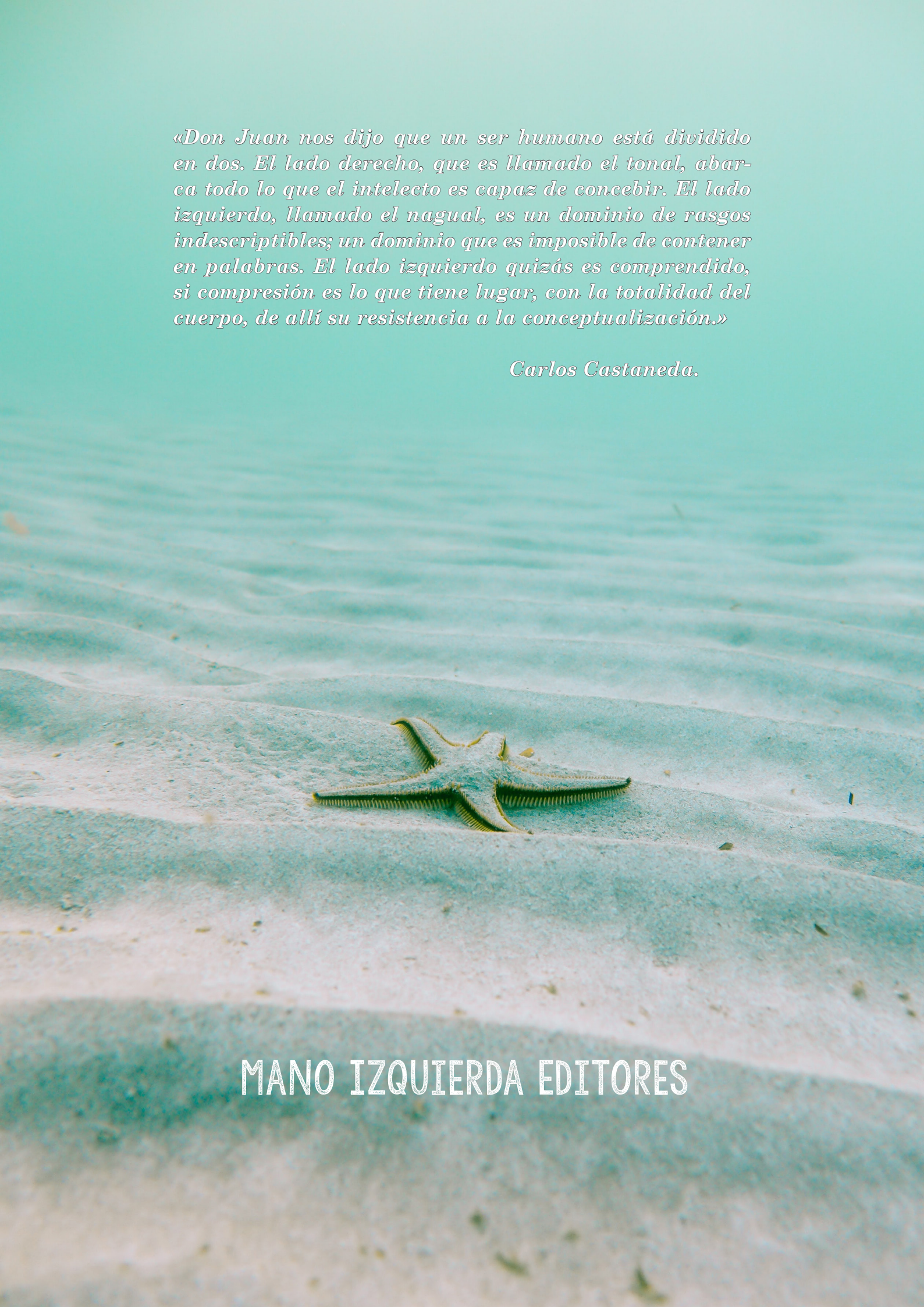
Los textos fueron digitalizados por Luis de Cuba y otros colaboradores, encontrados en diversos portales web de internet, entre ellos *www.elmistico.com.ar* y *www.formarse.com.ar*, que databan del año 2002. Se utilizó el programa InDesign para reunir toda la obra de Carlos Castaneda, incluyendo entrevistas, anotaciones de cursillos dictados de Tensegridad, a excepción de Pases Mágicos.

Las fotografías para cada portada, fueron cuidadosamente escogidas del portal fotográfico Unsplash, para efectos del diseño en conjunto que se quería lograr. El diseño del libro está hecho para ser impreso, a dos columnas, para facilitar su lectura y comprensión de los conceptos que se asimilarán de cada libro de Castaneda.

Mano Izquierda Editores.

«Don Juan nos dijo que un ser humano está dividido en dos. El lado derecho, que es llamado el tonal, abarca todo lo que el intelecto es capaz de concebir. El lado izquierdo, llamado el nagual, es un dominio de rasgos indescriptibles; un dominio que es imposible de contener en palabras. El lado izquierdo quizás es comprendido, si compresión es lo que tiene lugar, con la totalidad del cuerpo, de allí su resistencia a la conceptualización.»

Carlos Castaneda.



MANO IZQUIERDA EDITORES